

en un posal en la mano,
feshonrada: x haiando
ropósito se la ocurren
ción (de la que Dios
a mí) se le ocurren
res; y es natural.

enor? Una infamia.

¿Un frenesí.

la poligamia?

¿Quién anda ahí?

lo, porque suena el
primera caja de la iz-
ruedo y dice, apostro-
ya sin honra:

es de vergüenza

¿A mí?

piérdese el alma,

de decir?

de generalmente.

o de grita, pero po-

en en que la primera

uz un robusto y ante,

el primer acto de ca-

una operación doloro-

lica se halla el cuerpo

arre el primer actor y

a exclamar:

re tantos nublado.

la chispa?

del público la chi-

que generalmente.

does otavia más grave,

y ya le han robado el

ro. En la segunda es-

el autor (el autor del

es un primo: crediva to-

tiene un juez, resulta

do en un securo de

ga un caballo, po-

Es un enjeto, y en la

á los licenciados de

n. Kritik and London...

HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID

TESTIMONIOS DE PRENSA N.º



PALIQUE

RIMAS (Ó RIÑONES SALTEADOS).—Imitación,
hasta cierto punto, y por una sola vez, de
mi querido amigo Eduardo de Palacio.

EN EL ALBUM DE BOSCH

CON MOTIVO DE HABERSE FENADO EN EL
PARA HACERLE MINISTRO
CUANDO POR POCO SE HACE LA CONCILIACIÓN

¡Bosch ministro de Fomento!

¡Bosch Fustigueros ministro!

Fern. ¡si ese hombre no sabe

ni fomenitarse a sí mismo!

Se estrana en Atena

que le han robado la

bu de su gloria

que se le ha ido la

querian darle treinta

mi reales de cesantia!

—

He visto al rosicler,

al cha del real.

Es un Moret, un de co-

si a Moret no se le va ar.

—

¡Y ahora, de repente,

sabe cual la espuma, y aspira á ser tanto

como Villaverde!

—

¡Llamarse Bosch es ya malol

¡Pero además Fustigueros!

¡Y a los que se le perd-

Y he feso muchísimo!

—

Para llegar a ministro

que se le ha ido la

conviene tener pro-

que no se ha oprimido nada.

—

¡Por qué el señor Cavostany

no pone en prosa sus versos

y ¡Ayuntamiento de Madrid

y le hacen ministro luego!

La Sociedad Económica...
después las ciencias morales!
¡Parece nada todo eso,
le treinta mil reales!
¡Anuales!

¡Le tengo yo envidia
bueno de Bosch?

¡Le tengo al sueldo,
pero al hombre no.
Esto no es envidia.
¡Es indignación!

¡Claro! Nos dicen los libro-
«Dios...» A los burgueses
la farsa parlamentaria
es de medianos catetres.
Después los medianos suber-
y habrá que llamarlos jefes.

¡A ver! ¿Quién se subleva, amigo
Vosotros, literatos.

¡Los que sabéis que Bosch y Fust-
es nada entre dos platos!

¡A volar! ¡A volar! Que siga Esp-
con ó sin Monarquía.

Pero, ¡fuera los Bosch!—Esto va
cucación de ortografía!

QUESTIÓN DE FOR

En Francia primero, y en Es-
pues—porque aquí vamos sin
zaga de los franceses—se ha
riamente de proscribir la form-
de los dominios de la literature

No sé qué delito habrá con-
pobre forma para que así se
contra ella en Academias y At-
sablos que bien puedo llamar.

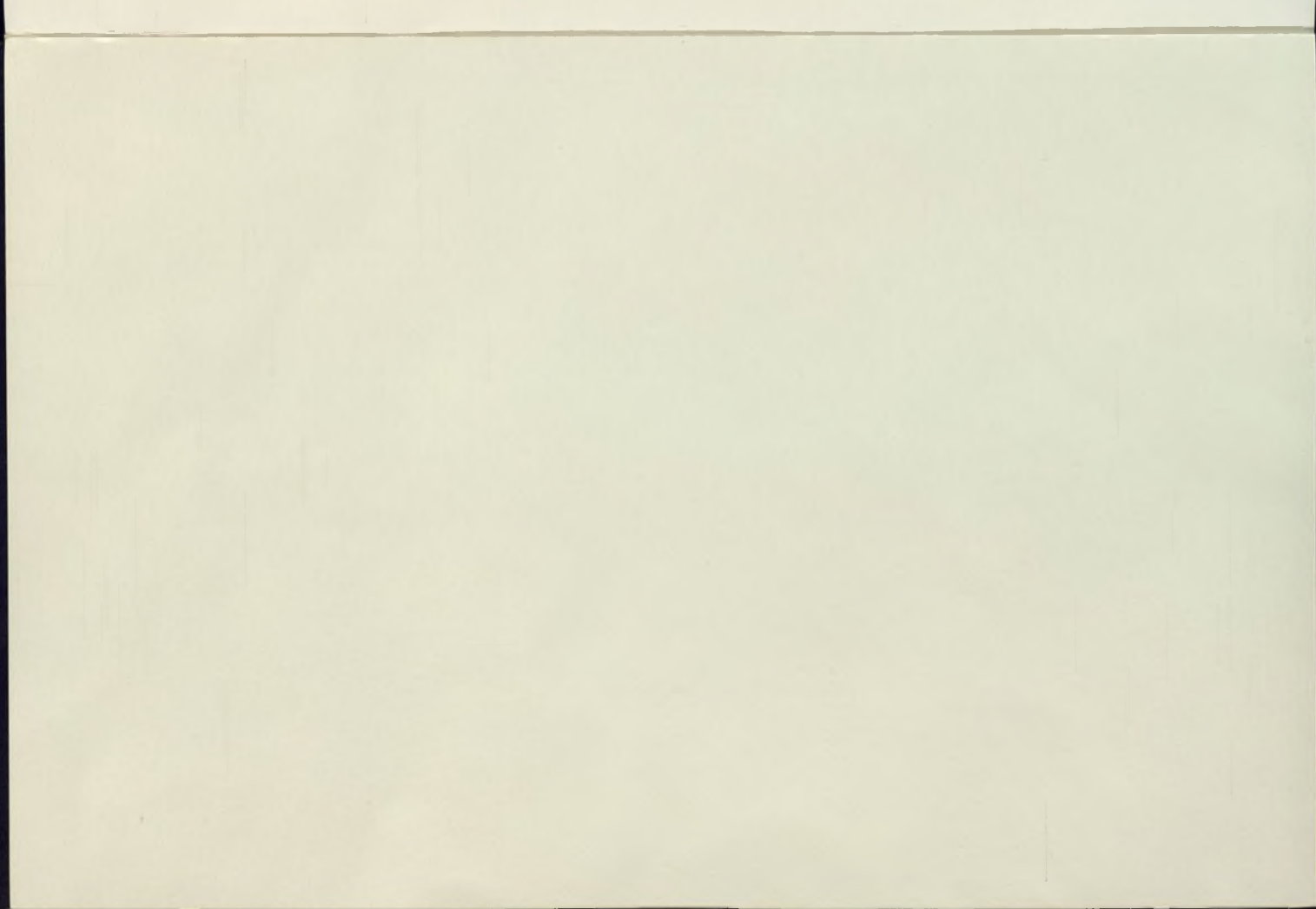
No quiero ofender á nadie,
pero como se encarniza
bad de la poesía... son
que se le va el verso.

Hay también propagandistas
fe; pero esos han tomado el ri-
las hojas.

Leopoldo Alas

“Clarín”

PALIKUES



LEOPOLDO ALAS
"CLARÍN"

LEOPOLDO ALAS
"CLARÍN"

Paliques

HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID

TESTIMONIOS DE PRENSA N.º 4

LEOPOLDO ALAS

"CLARÍN"

Paliques



Ayuntamiento de Madrid
Concejalía del Gobierno de las Artes

TESTIMONIOS DE PRENSA N.º 4

Documentación: M.ª L. Concejo, C. González Polo, P. Garrido, M.ª L. Asenjo, M.ª O. González-Amezúa, C. Antón, E. Iglesias, F. Mira, J. P. Pedreño, I. Zaragoza, M.ª J. Blázquez, J. I. Gómez, J. González y M.ª R. Rodríguez. Asistencia: C. Aguilar, I. Albarracín, J. Ambrona, P. Berrocal, J. M. Blázquez, G. Cano, R. Cobos, J. M. Frutos, J. Gómez, M. Guerra, A. Jiménez, I. León, T. López, C. E. Mansilla, M. A. Quiles, L. Rojo, J. Rojo, Sánchez, H. Velázquez y J. M. Ysmer. Documentación microfilmada: A. Prast, R. Fonseca y J. Jiménez.

Edición al cuidado de: Carlos Dorado, Director

Asesoramiento editorial: J. B. Bermejo

Secretaría: A. Hernández

Coordinación de Prensa: J. Monzón

Asesoramiento jurídico-administrativo: F. Rodríguez Olivares, S. Scarlatti, E. Martín

Agradecimientos:

Ateneo de Madrid. Biblioteca

Ayuntamiento de Alcañiz. Biblioteca

Ayuntamiento de Barcelona. Instituto Municipal de Historia. Hemeroteca

Ayuntamiento de Madrid. Biblioteca Histórica

Ayuntamiento de Madrid. Bibliotecas Públicas

Biblioteca Nacional (Madrid). Sala Cervantes

Biblioteca Pública Gabriel Miró (Alicante)

J. E. Botrel (Université Rennes 2)

Casa de la Cultura (Yecla)

Diputación Provincial de Alicante. Instituto de Cultura Juan Gil Albert

Y. Lissorgues (Université de Toulouse- Le Mirail)

Universidad de Navarra. Servicio de Bibliotecas

Diseño gráfico y cuidado de la edición: Rafael Cansinos

Preimpresión: Ilustración 10

Digitalización: Nuria Martínez

Micofilación: Hemeroteca Municipal

Impresión interiores: Rigorina Gráfica

Impresión cubierta: Artes Gráficas Montesa

Encuadernación: Felipe Méndez

I.S.B.N: 84-7812-566-3

Déposito Legal: M-43.182-2003

© 2003 Ayuntamiento de Madrid

© 2003 De los artículos, los respectivos autores o publicaciones

Plizze

Zola... Uno de los hombres que han hecho una
impronta en mi vida. No siento sólo ido vi-
viendo la vida original del espíritu con
algun gran entusiasmo a estos por un
hora, como Carlyle dice. De nuevo, y va
de cuenta, uno de mis primeros libros fue... Pa-
cio Pisto. No se puede, pero fue bueno de tener,
un libro de la religión del miedo. Para mí, Pisto
otro emprendido, y el poner junto a un mu-
ro o por tembale, fijándose en él. De modo,
me resistía a ver el Cristo, porque en él se
nombra el Dios de mi infancia. — Después
mis libros fueron Zorrilla y don Pedro el
Cual marchaba; y ahí, mi libro en don
Pedro, pero publicado por Zorrilla. Sabía, y se
de memoria, la 2ª parte del Zorrilla y el
Pase, y gran pasión al mismo. Después...
¡Cuanto libro, cuánto teatro, cuántos pre-
sios, admirados con entusiasmo... Chateaubriand
Leopoldo, Víctor Hugo, Meyer de Hunsbald, Li-
vet, Masset, y tantos otros! Y me acuerdo

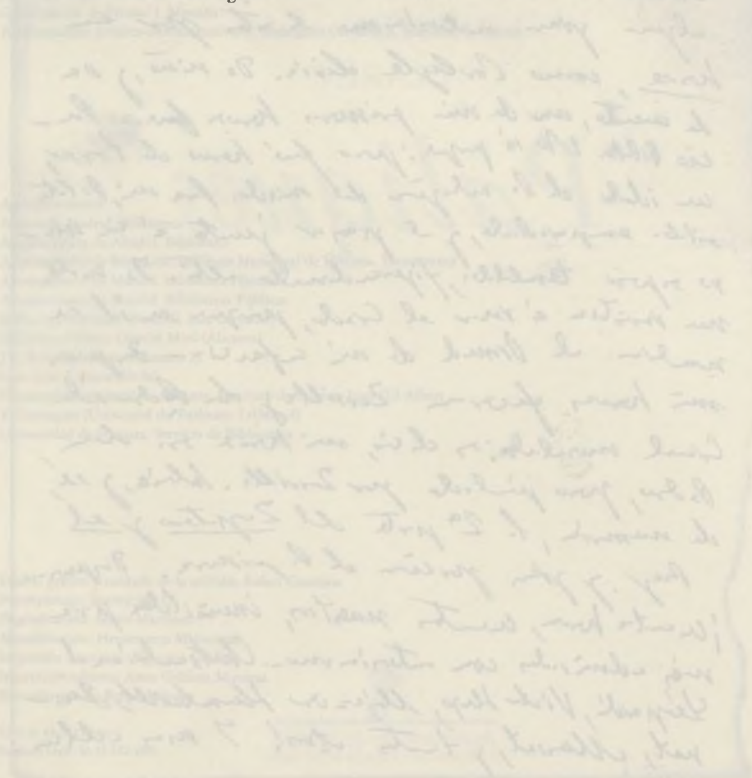
Alcalde de Madrid
Alberto Ruiz-Gallardón Jiménez

Concejal de Gobierno de las Artes
Alicia Moreno Espert

Secretaria Técnica de la Concejalía de Gobierno de las Artes
Eugenia Castro Sáez

Director Gerente de Patrimonio Cultural
Juan José Echeverría Jiménez

Jefe del Departamento de Archivos y Bibliotecas
María del Carmen del Moral Iglesias



SUMARIO

Preliminares	9
<i>Paliques</i> : ordenación cronológica	23
<i>Paliques</i>	35
Índice de nombres de personas, instituciones y títulos contenidos en los epígrafes de los "Paliques"	741
Índice de ilustraciones	746
Apunte bibliográfico	747

Los *Paliques* son un género literario que surgió en Madrid en 1804. En él se narra una serie de hechos de la vida cotidiana, pero con un toque de humor y de sátira. El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira. El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira. El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira.

Juan de Dios, *Paliques*, Madrid, 1804. En este libro se narra una serie de hechos de la vida cotidiana, pero con un toque de humor y de sátira. El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira.

El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira. El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira.

El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira. El autor, Juan de Dios, describe una serie de situaciones que ocurren en la vida de los madrileños. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un toque de humor y de sátira.

¹ Juan de Dios, *Paliques*, Madrid, 1804, p. 15.

² Juan de Dios, *Paliques*, Madrid, 1804, p. 15.

1890-1891

1891-1892

1892-1893

1893-1894

1894-1895

1895-1896

1896-1897

1897-1898

1898-1899

1899-1900

1900-1901

1901-1902

1902-1903

1903-1904

1904-1905

1905-1906

1906-1907

1907-1908

1908-1909

1909-1910

1910-1911

1911-1912

1912-1913

1913-1914

1914-1915

1915-1916

1916-1917

1917-1918

1918-1919

1919-1920

1920-1921

1921-1922

1922-1923

1923-1924

1924-1925

1925-1926

1926-1927

1927-1928

1928-1929

1929-1930

1930-1931

1931-1932

Introducción

CARLOS DORADO

Director de la Hemeroteca Municipal de Madrid

Impiger, iracundus, inexorabilis, acer.
(Horacio, de Aquiles)

Lo llamo *Palique*—dice el propio Clarín al publicar en 1893 la obra con este título donde incluye, con algunas variantes, unos pocos de esos artículos que le habían hecho célebre—para escudarme desde luego en la modestia; porque *palique* vale tanto como conversación de poca importancia, según la Academia, y con ese nombre he bautizado yo gran parte de mis trabajos periodísticos. [...] Si se me dice que de todos los modos de crítica, este que hace de ella un negociado de higiene y de policía es el más enojoso, el de menos brillo y más disgustos para quien se emplea en el oficio, declaro que pienso lo mismo; pero también creo que es de mucha utilidad, particularmente en países como el nuestro, donde la decadencia de toda educación espiritual, del gusto y hasta del juicio, a cada momento nos empuja hacia los abismos de lo ridículo, o de lo bárbaro, o de lo bajo y grosero, o simplemente de lo tonto. [...] estos paliques que muchos tratan de frívolos, málévols, inútiles para la literatura—continúa, dejando entrever, al paso, los muchos enemigos que le habían procurado—, son crítica higiénica y de policía; son crítica aplicada a una realidad histórica que se quiere mejorar, conducir por buen camino. [...] Y la policía ya se sabe que no consiste sólo en perseguir a los malhechores, sino en proteger a las personas honradas. Aquí no hay sólo que atacar a los malos escritores, sino que también es necesario defender, no sólo juzgar a los buenos.

José M.^o Martínez Cachero—cuya obra, con los trabajos de *Archivum*, el estudio biográfico de Marino Gómez Santos, precedido por el siempre valioso de Juan Antonio Cabezas, tanto han contribuido a estimular y conseguir la revalorización de Clarín—, se refiere a los *Paliques* como *piezas breves y humorísticas*,

de expresión nerviosa e irritada y frase corta que tenían como protagonista la realidad más inmediata. Valora, frente a la caducidad que comportaba esa referencia a lo inmediato, muchas veces efímero, la actitud moral y la actitud valiente de enfrentarse contra y denunciar la inopia y la falsedad, estuvieran donde estuvieren,¹ y ensaya en otro lugar una caracterización de estos célebres artículos: Externamente un artículo de extensión normal, tratando de unos cuantos—dos a cinco— asuntos, independientes entre sí, unas veces, o más, de ordinario, ligados de alguna manera, como concatenados, como saliendo uno del anterior. Tres asteriscos señalan gráficamente la separación. Párrafo corto, a veces de una sola línea. Hay no pocos puntos suspensivos, exclamaciones, admiraciones e interrogaciones. Un rasgo de la expresión paliquera es la intercalación de incisos, parentéticos o no, relativos a cuestiones marginales, que interrumpen el natural fluir del discurso inicial o eje; muy frecuentemente se trata de ingeniosidades y anécdotas. Internamente, señalaríamos como privativo del *palique*: a) la sátira, que a veces se forma de bajo vuelo, yéndose tras el golpe que impresiona al lector común; b) hay indudable ingenio gracioso, travieso, y, a veces, mal intencionada réplica, alusiones, etc. Podría afirmarse que un *palique* serio es un contrasentido, difícilmente aceptado por los lectores habituales de los mismos.²

De hecho, los *Paliques* se resisten a una esquematización estructural. Abordan cuestiones de actualidad efímera o de interés permanente, con ta-

¹ Martínez Cachero (2001), p. 16.

² Alas (1973b), p. 31-32.

lante burlón o con muy serio tono, haciendo chiste inocuo o comentario grave u observación de mordacidad sangrante. Recurre a veces a la forma alegórica o un imaginario diálogo, un poema, o una dramatización sainetesca. Derrochando siempre cultura, ingenio y celeridad inventiva. Todo con tan admirable naturalidad expresiva y facilidad de discurso, que haría creíble el testimonio que da Adolfo Posada de que Clarín *hacía un palique en el gabinete de lectura del Casino, entre dos partidas de carambolas o de palos*.³

La denominación misma trasluce, en efecto, aquella intención declarada por su autor de tratar, informal y distendidamente, sin digresiones eruditas o académicas, de cualquier asunto del día. La voz "palique" —observa Carlos Barbáchano—, *posible cruce entre "palillo" y "parlique", o hablar, designa la conversación intrascendente que se suele (solía) tener en la sobremesa*.⁴ El mismo Alas insiste en referirse a ellos como *trabajillos ligeros, pero algo pesados y de buena intención que publico en varios periódicos populares*.⁵

Entre éstos, *El Solfeo*, que incluía, cuando comienza Clarín a prestar su colaboración, una sección de pinceladas de actualidad encabezadas como "Notas y notitas". En ellas, *aunque casi siempre anónimas [...] no cabe duda de que tras el anonimato se esconde muy a menudo Clarín*, según Jean François Botrel, quien descubre ahí un antecedente inmediato del "Palique", *o sea la elaboración literaria inmediata, el comentario orientado y chistoso de una noticia, de un suceso bajo una forma fragmentaria y variada. El artículo "Cuestión temporal" [...] tal vez sea la primera ilustración de esta manera, que se puede relacionar con la de Larra en los "Rehiletes" que publicó en El Correo de las Damas*.⁶

Claro es que no puede hablarse de invención de un género, con precedentes como Larra. Por éste Clarín manifiesta tanto una gran admiración como la voluntad de seguir sus huellas. Muy dentro ahora del espíritu krausista, pedagógico y renovador, quiere hacer del periódico tribuna educativa de los gustos y exigencias estéticas del pueblo. Opta por la

crítica satírica por juzgarla *la más eficaz y la más amena*; la más adecuada para este objetivo periodístico.

Dentro de esa producción los *Paliques* no son, por ello, ni lo más cuidado ni lo de más ambición crítica. Pero su autor aporta en ellos tanto ingenio, sentido de la oportunidad, finura de análisis, gracejo cuando lo requiere y severidad cuando es o él lo estima necesario, en un alarde de inteligencia erudita poco común, que hacen de estas breves piezas joyas en la historia del periodismo y explican su éxito de público.

Si a los españoles les hubieran preguntado quién era Clarín, hace memoria Pérez de Ayala, hubiesen respondido que *un escritor agudo y mordaz que en varios periódicos y revistas publicaba muy a menudo unos artículos breves titulados Paliques en los que se metía con el lucero del alba*.⁷

Cierto que, como halagado por este aplauso, en ocasiones, su autor parece claudicar algo en lo que él en otros censura, echando mano de la fábula de Iriarte en que se dice *aquello de que el gran público si cuando le dan paja come paja, cuando le dan grano, come grano*. (Palique 411).

De la engañosa ligereza de estos artículos es consciente su sagaz autor. Parece hacer descargo de conciencia, también *paliqueando*, cuando aduce el móvil pecuniario en la producción de estos *artículos de pan llevar* (Palique 525) que, en efecto, le fueron bien retribuidos y cuya publicación interrumpe cuando él piensa que no es así. (Palique 338).

Cosas pretenden de mí, bien contrarios, en verdad, *mí médico, mis amigos y los que me quieren mal... que también suelen llamarse mis amigos. [...] no escriba usted tanto, no desparrame el ingenio (muchas gracias) en multitud de articulejos... no escriba usted esas resmas de crítica al pormenor; haga novelas, libros de crítica seria... de erudición... y sobre todo menos articulillos cortos... ¡Esos paliques!... Pobres paliques. Como quien dice: ¡pobres garbanzos!*

Otros exclaman. Eso, eso, venga de ahí... vengan paliques: *palo a los académicos; palo a los poetas y a los novelis... tastos o trastos; en fin, palo a diestro y siniestro. Alguno de los que esto piden deben de creer que palique viene de palo*.

[...] Yo no soy rico por mi casa ni por la ajena; pulso la opinión, como los diputados, y por conducto de los empresarios de periódicos veo que la opinión quiere paliques y

³ Posada (1946), p. 164.

⁴ Alas (2001b), p. 235.

⁵ Alas (1890a), p. 11.

⁶ Alas (2002a), p. 36-37.

⁷ Pérez de Ayala (1961), p. 16.

hasta los paga, aunque no tanto como debiera... pues allá van, ¡qué mal hay en ello? Que me gasto. ¿Qué me he de gastar? Más me gastaría si me comiera los codos de hambre. (Palique 227).

Si se considera, además, la jovial naturalidad y la agilidad de su factura, podría pensarse, de no mediar el testimonio de su propio autor (*Estos trabajillos me cuestan más trabajo que los pesados*) (Palique 338), que los *Paliques* fueron para Clarín poco más que una grata expansión de tareas más arduas, de otras empresas críticas de mayor calado. Una suerte de divertimento remunerado que, por la carga agresiva que el autor procuraba meter en ellos, contribuyeron a crear una imagen desajustada de su perfil humano.

[...] documentos tan poco solemnes como confieso que son estos empetatados *Paliques*, que yo escribo porque me los pagan, aunque sé que labran mi descrédito en el concepto de las personas mejor almidonadas [...]. (Palique 664).

De hecho, dado que los *Paliques* nacen (1875, octubre) poco después que el seudónimo, de tan buena fortuna, del periodista (abril), ambos en los inicios de su carrera (marzo), y le habrán de acompañar hasta el final de su vida, es posible, en cierto modo, hacer un seguimiento en ellos, tanto de los temas que él considera importante tratar ante el gran público, seguro de su buena acogida, como de la evolución intelectual del propio Alas. Firme y constante en lo fundamental, sincero consigo mismo y tenazmente independiente, para no evitar, cuando lo juzgue necesario, aproximaciones o distanciamientos.

Quijotesca y constante es la pelea que Clarín libra contra agravios a la Gramática o la Lengua en todos los terrenos: Literatura, Prensa, Política, Ciencia o Foro. Asimismo permanente, su atención a cuanto con el lenguaje se relacione, como la Real Academia y su Diccionario. En esta verdadera obsesión de denuncia de la incorrección idiomática ve Santos Sanz Villanueva un fundamento que es mucho más sólido que el simple gusto por el tiron de orejas a quienes menosprecian o ignoran la gramática. Para Alas, la cuestión del lenguaje y del estilo no es nimia tratándose de obras de arte que manifiestan la belleza en forma literaria.⁸ A este respecto, es conveniente subrayar desde un primer acercamiento a la obra y pensamiento de Clarín la importancia fundamental que éste asigna al arte frente a las limitaciones intrínsecas de la ciencia y la filosofía en la actividad intelectual, como seña-

la Yvan Lissorgues: *por una parte, pone en juego todas las facultades del sujeto y, por otra, puede abrazar al objeto en su totalidad.*⁹ Es un instrumento cognoscitivo preponderante.

Con esta racional hipersensibilidad frente a la palabra escrita pueden entenderse no sólo la exigencia y hasta cicatería con que vigila Clarín la expresión verbal, sino también el disgusto, la desazón, incluso el ridículo que le ocasionan las erratas, frecuentísimas, de imprenta, en sus propios textos (*Paliques* 220, 287, 628...), contra las que el lector de los *Paliques* debe de estar prevenido. Tormento compartido de antemano por los cajistas, que llegaban a anotar protestas y denuestos contra el escritor por su grafía expeditiva y descuidada en las transcripciones.

Más de una vez, al corregir las pruebas de mis libros, me he encontrado con escolios como estos al margen: ¡Mal rayo te parta! ¡Vaya una letra que usa v., compadre; mejor le fuera aprender a escribir que meterse a criticar! ¡Escribir de ese modo es robarle el sudor de su frente al pobre trabajador de la imprenta, etc., etc. (Palique 208).

El disgusto, con todo, no le hace perder el buen humor, jugando, maliciosamente, con el asunto. Así, hablando de su cordialmente detestado Alejandro Pidal:

[...] cuando se presenta el Neptuno en bable, el Júpiter Tonante (Tonante, señores cajistas, cuidado) [...]. (Palique 287).

O sirviéndole, ya en el ocaso de su vida, para remembranzas del oficio o de sus maestros:

Pero creo que el tener mala letra, más bien es una desgracia que mala crianza.

Y de mí, puedo decir, aunque sea demasiado buena comparación, que así como Cervantes no quedó manco en ninguna taberna, yo no eché a perder la letra por causa vergonzosa, sino escribiendo apuntes años y años en las aulas universitarias; siguiendo con la pluma la palabra rápida de profesores como Canalejas (D. Francisco), Castro (D. Fernando), Camús, Castelar, Bardón, Salmerón, Azcárate, Amador de los Ríos, Fernández y González, Valla, Giner y otros muchos. [...].

⁸ Alas (1998), p. 33.

⁹ Lissorgues (2001a), p. 240.

Y después, para remachar el clavo, vime obligado por la dura ley del garbanzo, que no entiende de caligrafías, a escribir durante un cuarto de siglo (del 75 a la fecha) a escribir casi un artículo diario y muchas veces ¡dos! [que] en ocasiones hay que despacharlos en media hora porque otros quehaceres lo exigen [...].

Si, en la lucha por la existencia yo he perdido la letra. (Palique 628).

La crítica va dirigida primordialmente a la creación literaria, decantándose por la poesía y sobre todo por el teatro. Además de responder a su personal afición, estimaba, con seguridad, que el aplauso en el teatro es un indicador inmediato de la cultura y del gusto populares. Sigue con mucha atención la producción teatral del país y foránea, la vida que le aportan compañías y actores, la marcha del Teatro Español de Madrid, institución, con el Ateneo, que más le liga a la vida de la capital de la nación; vida que, fuera de la actividad editorial, le atrajo y envió bien poco.

A quien realiza una primer acercamiento a la crítica teatral de Clarín puede sorprenderle mucho que este exigente renovador, buen conocedor de lo que se escribía por entonces para los escenarios del mundo, como la gran dramaturgia escandinava, y que suscribe afirmaciones de este tenor:

Y el humilde Clarín se entusiasma con la idea del teatro que él llama de ensayo. (Palique 411).

Clarín lo llama teatro de ensayo, de invitación, porque quiere que tenga carácter de institución privada, para quitarle al autor la preocupación de un público tirano, señor de vidas y haciendas [...]. (Palique 414), aplaude cerradamente, a continuación, la obra de Echegaray, la gran figura, con Galdós, en su concepto, del teatro español de por entonces, y se recrea con sainetes, zarzuelas y otras manifestaciones de "género chico":

El verdadero [idioma] español de hoy se encuentra en las comedias de Ramos, Vega, Burgos, Aza, Echegaray, etc., mucho mejor que en ciertos discursos académicos y en no pocos libros de grandes pretensiones. (Palique 490).

Ya verán Vds. como hay Quinteros para rato. (Palique 585).

En realidad, estas afirmaciones deben de ser entendidas dentro de los parámetros estéticos que se construyó Alas y que van a permitir comprender también sus preferencias en otros géneros literarios, no menos chocantes, en principio:

*Campoamor es el poeta más revolucionario de España*¹⁰, o su entusiasmo por *esas estrofas esculturales* de Núñez de Arce (Palique 373).

Clarín busca más la restauración que la innovación del buen gusto extraviado, con el referente constante de los grandes clásicos, los *artistas verdaderos*. Descubrimos que entre éstos van entrando ya los de su siglo: de Goethe a Tolstoy, Dickens, Hugo, Flaubert, Zola, Baudelaire... con Hegel, Renan o Bergson. Comparte con su admirado Valera la *prevención contra formas nuevas* que en éste señala Pardo Bazán, pero tanto la mentalidad ante esas nuevas formas, como la postura *clasicista* son de talante muy diferente en uno y otro.

Con éstos que al lector de los *Paliques* se le antojan, a veces, registros contradictorios se encuentran en ellos elogios a Zorrilla, Balart, Tamayo y Baus, Alarcón, Valera, Pereda, Galdós, Palacio Valdés, Sellés, Yxart, Oller... Pero no es este Clarín de los que consienten que alguien le marque el compás. Ni los más admirados, ni los más amigos se libran de un palmetazo ocasional.

Más concurrida está la orilla de los réprobos. Novo, Cavestany, Sánchez de Castro, Catalina, Bremón, Pérez Ferrari, Velarde, Navarro Ledesma, Fernández Grilo, Bonafoux, Arimón, Blasco, Cañete... son víctimas de un vapuleo constante e inmisericorde:

[...] se ha hecho acreedor a que yo le consagre una paliza (metafórica) ordenada y orgánica [...] (Palique 317).

Porque

*Eran palizas, soberanas palizas en las que no le concedía tregua al enemigo.*¹¹

Sin sentir reparos en hacer despedidas como ésta:

Hasta otra, mal bicho. (Palique 511).

Y enemigos le crecían entre los puntos de la pluma al implacable Clarín quien, se diría, se crecía y disfrutaba con ello; como se decía entonces que, a diario, se entrenaba en tiro y sable, por si los duelos. La verdad, que no habrían sospechado y menos acep-

¹⁰ En "El libro examen y la literatura presente", Alas (1881).

¹¹ Fernández Avello (1963), p. 25

tado algunos de esos zarandeados autores, mediocres o malos sin paliativos, es que la fusta de Leopoldo Alas contribuiría a salvarlos del olvido definitivo.

El mismo Clarín sintió en algún momento, si no dudamos de su sinceridad pensando que extremaba el sarcasmo, un a manera de escrúpulo o remordimiento a vueltas con la conciencia por la severidad de sus juicios. (Paliq. 288). Debilidad superada de seguida por el crítico, que se siente comprometido de forma ineludible en esa su tarea de policía e higiene literarias con el propósito de que los malos autores dejen de escribir.

Elogiando o denostando, siempre brilla la maestría en dar, con trazo rápido, agudo, humorístico, una semblanza:

Queriendo demostrar que Menéndez Pelayo es grande, se le ha desfigurado haciéndole enorme. (Paliq. 58).

El Marqués de Molins, cancionero de Baena con muchos pelos [...]. (Paliq. 210).

Cree de buena fe (la que él me niega a mí) que MADRID COMICO viene a estorbar la regeneración, porque se viene con chistes y chirigotas.

Maeztu no entiende de bromas.

Es un espíritu eminentemente serio y no sé si agrícola. [...].

Se me figura que es de esos que en vez de tararear, al ponerse los calcetines, v. gr. lo de Calatorao, tararean la marcha real. [...].

¡Jesús, que muchacho tan fúnebre! (Paliq. 609).

Hay que reconocer también las limitaciones del crítico por muchos y grandes que sean sus talentos. Clarín minusvaloró a Bécquer e ignoró a Rosalía, que nos parecen hoy las grandes figuras de la lírica de entonces.

También erró, llevado de prejuicios personales, con los jóvenes Menéndez Pidal:

Lo grave es que, por una tolerancia mal entendida, se mezclen con los estudios superiores [del Ateneo] que realmente lo son, como Vg., los de Cajal, M. y Pelayo, Simarro, etc., etc., [...] un no sé cuantos M. Pidal, que está explicando nada menos que los orígenes de la lengua castellana. [...] las vulgaridades de ese muchacho que es político pidalino [Clarín no ignoraba el parentesco de ese joven con su cordialmente detestado A. Pidal], que en los ratos de ocio se dedica a Menéndez y Pelayo instantáneo, [...] medioeval y medio-tonto. (Paliq. 465).

En tanto que acertó con Azorín —lo que venció en éste cierta reticencia inicial, convirtiéndole en perdurable admirador—, desde los primeros renglones que de él llegaron a sus manos:

No sé quien es un señor Martínez Ruiz que escribe artículos de costumbre en El País; pero quien quiera que sea, tengo el gusto de decirle que, en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado Mi crítico acabará por merecer que se vea en él una de las pocas esperanzas de nuestra literatura satírica. El final de su semblanza es un rasgo de verdadero ingenio; y lo que se lee entre líneas en todo el artículo demuestra que Martínez Ruiz tiene más enjundia literaria que muchos afamados escritores festivos que hacen alarde de no tener pizca de sustancia. (Paliq. 447).

[...] anarquista literario. *Passará el sarapión, que acaso es salud, y quedará un escritor original, independiente y mucho más.* (Paliq. 482).

Pero rechazó, sobre todo, y se mostró radicalmente adverso a cualquier asomo de innovación modernista. Así, cuando prevé en Benavente una gran figura del teatro, no le priva de amonestación:

[...] yo me atrevo a echarle la buena ventura a Benavente, sin datos casi, y a profetizar que se casará con una dama hermosísima, que es la fama bien ganada, si antes no le engaña una querindanga, llena de postizos, pintada de modernismo, alcanforada con humo de carbón decadentista y otras suciedades de droguería pseudo estética. (Paliq. 489).

Y ante Ramón del Valle Inclán:

Vuelvo de la aldea y sobre el cartapacio prosaico de mi mesa de trabajo veo un libro chiquitín y bien impreso que se titula Epitalamio. [...].

¿Quién es Valle Inclán? Un modernista, gente nueva, un afrancesado [...].

[...] en este mismo librito, que el Sr. Valle Inclán por mi consejo no hubiera escrito, se ve que el autor tiene imaginación, es capaz de llegar a tener estilo, no es un cualquiera, en fin, y merece que se le diga, que, hoy, por hoy... está dejado de la mano de Dios. [...].

¡Dios mío, quién convencerá a estos muchachos que hablan del boulevard, desde Madrid, y hablan casi en francés, y escribir y pensar y sentir (o hacer que se siente) como los chicos de París... del año 85... no es la última moda, ni cosa formal ni digna de verdaderos artistas! [...].

En cuanto al cinismo repugnante que es el fondo de Epitalamio, no crea el auto que ha encontrado ningún estrocolero nuevo. (Paliq. 517).

De esta aversión al modernismo, al menos en su expresión literaria y artística,

Este es el arte modernista... La mono... tonía, la mono... cronía, la mono... manía!... (Palique 663)

que ya se le reprochaba en sus días, busca una justificación siempre al amparo de su idealismo estético:

Cuanto han dicho que soy enemigo de la gente nueva, así como suena, o mienten o se engañan. Yo también he sido nuevo, y he tenido pruritos que he dejado después. [...]

Lo que hago es combatir la pose, la servil imitación, el descaro y la falta de respeto. [...]

[...] *la hermosura no está hecha de decadentismos y desvergüenzas.* [...]

La literatura de esas escuelas nuevas, diabólicas, egoístas, hedonistas, místicas, con el misticismo que supo tener y separar del puro, del real, Santa Teresa; tal literatura, o es un capricho o viene de una filosofía empírica, hedonista [...]. (Palique 520).

Cierto es que siempre señaló la distancia que media, de ordinario, entre los artífices de hitos culturales y sus seguidores:

Nietzsche no quería discípulos porque preveía los Genes. (Palique 633).

Y, en cualquier caso, y por mucho que le admiremos, tenemos que admitir también sus lógicas limitaciones. También de Clarín puede decirse lo que él decía de Emilia Pardo Bazán:

[...] *llega donde puede, y la luz que ya no puede resistir la niega.* (Palique 465).

Al llegar a Emilia Pardo Bazán habría que abrir otro capítulo porque es la figura de las Letras más mencionada en los *Paliques*; casi una monomaniá.

Los dos personajes, eran muy diferentes y, al mismo tiempo, tenían muchos rasgos comunes. Ambos eran excepcionalmente inteligentes, hiperactivos, lectores contumaces, amantes de la cultura y curiosos por todas sus manifestaciones —las foráneas, por vía de Francia— y deseosos de manifestarlo. También de elevada autoestima, sorteando la pedantería, amantes del reconocimiento público y poco pacientes con las críticas ajenas.

Cuando dos personas así se cruzan en el camino de la vida, no pasan indiferentes. Se hacen grandes amigos o se tornan enemigos acérrimos. Cuando llegó el enfado, sabían dónde atacar con más

eficacia. Ella, con el silencio (Palique 307) y una, en apariencia, búdica indiferencia. Él, sabiendo muy bien que

Doña Emilia no perdona que le tomen el cabello. (Palique 465),

recurría a la más deletérea ridiculización, a todos los niveles.

Ya se sabe que D.^a Emilia Pardo Bazán es una autoridad.

Pero no hay que fiarse, porque también las autoridades filológicas tienen sus alcaaldas.

He aquí algunas de D.^a Emilia... alcaldesa que se va peinando demasiado

Pelo arriba, pelo arriba,

Lo mismo que si fuera una duquesa. (Palique 318).

[...] *de tan pardo va pasando a castaño oscuro.* (Palique 342).

[...] *vestida de raso blanco, lo dicen los periódicos, y ceñida la rubia cabellera por cinta de oro sembrada, o como se diga, de diamantes, se presentó en la cátedra del Ateneo, desde la cual demostró que el Nuevo Mundo lo habían descubierto, o por lo menos, los frailes franciscanos.* (Palique 328).

Pasa de una

[...] *mi querida amiga doña Emilia Pardo Bazán [...] es una enciclopedia... de viaje. Debe de llevar una imprenta consigo en el ferrocarril.* (Palique 236)

a

D.^a Emilia es muy aficionada a la erudición barata, de bazar [...] (Palique 337).

En cuanto a la señora Pardo Bazán, hablará [en el Ateneo] de la literatura contemporánea en Rumania. Es mucha señora Pardo Bazán. Sabe unas cosas, que no las sabe nadie.

Tal vez ni ella. (Palique 336).

[...] *lo peor es lo cursi, lo radicalmente cursi del estilo.* (Palique 489).

Sin que falte alguna, quizá, muy maliciosa alusión:

Hay quien dice que La Chucha no es de la señora Pardo, sino de Blasco Ibáñez. No lo sé. Lo mismo Blasco Ibáñez que la Pardo Bazán han escrito muchos cuentos muy hermosos, y de cualquiera de ellos puede ser La Chucha. (Palique 629).

Pasado el tiempo, Clarín intentará un acercamiento, desvelando el que había sido siempre su parecer sincero:

Hoy se trata de doña Emilia Pardo Bazán, de la cual yo he dicho en este mundo mucho bueno y algo malo. Doña Emilia tiene defectos: yo he hablado de ellos mil veces (y de sus méritos, diez mil); pero siempre se debió de sobrentender que para mí, esa señora tiene positivo talento, cultura excepcional en mujer española, y que no hay que contarme entre los libertarios de pluma que quieren echarla por los suelos [...]. (Paliqúe 633).

Ella no le perdonó jamás, aunque tampoco dejó de manifestar en privado su admiración por el talento del crítico que había sido, durante años, su persistente flagelador.

¿Antifeminismo en el sensible cronista de la pasión de Ana Ozores? En cualquier caso, es patente cierta alergia, de resabios molierescos, a las mujeres intelectuales:

Que la mujer debe instruirse es indudable.

Pero instruírla como al hombre sólo se le ocurre a quien vive sumido en el pedantismo medievoal y medio bárbaro, que tiene brutales soluciones para todos los problemas del cielo y todos los de la tierra. [...].

Es muy fácil no asustarse porque haya en una nación veinte, cien, mil señoritas bachilleras y doctoras. Hasta ahí puede tener gracia, y sobre todo pimienta.

Pero figúrese que, como sería natural y justo, todas las mujeres, con posibles, quisieran ser médicas, abogadas, periodistas, ingenieras, catedráticas, etc., etc. ... como quieren todos los hombres.

—¡Oh! ¡cómo se echaría de menos entonces una carrera que debía seguir la mujer!

La carrera de la mujer como eran casi todas, antes de haber tantas carreras para las mujeres. (Paliqúe 340).

Sin embargo:

No hay razón para que una mujer pueda resolver las crisis políticas más importantes para el país, o no pueda resolver si se ha de escribir exhuberancia (como cierto ilustre poeta) o exuberancia.

Sí, las mujeres deben entrar en la Academia. (Paliqúe 490).

Como parece que Clarín se divirtió mucho, y logró sus páginas más divertidas, fue satirizando a los clérigos escritores.

Esto va con el Papa. Llamo la atención de S. S. acerca de las tonterías que se permiten algunos Padres. creo que calzados, los cuales en sus ratos de ocio, que deben de ser muchos, se dedican a la amena literatura. [...].

Con eso de haber caído tan en gracia la novela del P. Coloma, por ser de un jesuita, ahora todos los gatos quieren zapatos.

[...] ¡Bueno fuera que, después de tanto poetaastro, y crítico buero como tenemos, del género de los legos, nos vinieran ahora los escritorzuelos adocenados de las Ordenes a imponer su mal gusto, sus inocentadas y la insulsez de su medianía regular!. (Paliqúe 314).

Como esos diablitos de fraílucos agustinos amenazan convertirse en una plaga de Fray Gerundios de Campazas a la moderna, hay que irlos a la mano. (Paliqúe 317).

¡Cuánto mejor estaban ustedes fabricando charreitre verde! (Paliqúe 325).

Los padres Blanco García, Mir, Muiños, obispos, canónigosseudoliteratos o teólogos de pacotilla se hacían insoportables a la sensibilidad y al espíritu de extraordinaria finura religiosa de Clarín y a todos mete en una danza burlesca de gracia incomparable, más cómica que humorística, muy en consonancia con la revista que la divulgaba para público regocijo. Revista que según afirmación, verosímil, del periodista, los propios frailes leían y refan:

Ha llegado a mi noticia que algunos fraílucos del convento de vuestra merced leen a hurtadillas el MADRID COMICO, y celebran con gran fruición las beringas que digo de vuestra paternidad. Como no me gusta dar alimento a la envidia (hasta usted tiene envidiosos), en adelante le dejaré en paz. Por mí ya puede descarrilar siempre que quiera, en competencia con las más acreditadas compañías ferrocarrileras.

Me limito a aconsejarle que cuando beba cerveza, digo, cuando escriba odas... las ponga freno automático, como está mandado por el ministro del ramo. (Paliqúe 318).

Los aludidos, como cabía esperar

[...] echan espumarajos de santa cólera místico-poético-crítica, y han saltado contra mí toda la jauría de legos de prensa que tienen a sus órdenes por esos perioducubos neos que alimenta Pidal con destinos y otras hierbas. (Paliqúe 325).

Los neocatólicos: Otro blanco insistente del crítico. Políticos y prensa de mucha fuerza en la Restauración y brazo secular de una Iglesia —mejor, de una jerarquía eclesiástica— reaccionaria, enemiga de la libertad de pensamiento y que interfería de continuo en la vida política, a cambio de contribuir a mantener el orden establecido.

¡Cómo el Estado, pese al Concordato, ha de transmitir a la Iglesia el derecho, que no tiene el Estado mismo,

de atentar a los derechos individuales reconocidos por la Constitución? (Paliq 375).

Situación que siente y denuncia el Leopoldo Alas sincera e íntimamente creyente, con clara visión de la razonable y justa separación de competencias civil y religiosa, que rechaza ser tildado de anticlerical.

[...] por lo mismo que amo la religión y respeto al buen sacerdote de Cristo. (Paliq 460).

En el terreno político Clarín profesó siempre un republicanismo castelarino irreducible,

soldado fiel de don Emilio (Paliq 210)

a quien admira entera e incondicionalmente. Sigue de cerca, analiza y comenta la marcha de los acontecimientos e instituciones —prudentemente irónico con la Familia Real— y la actuación de sus prohombres. Severo con todos ellos, no falta su característico gracejo, en observaciones como éstas que prefijan la greguería:

Hoy el senador puede definirse así: el que no ha podido ser diputado.

El senador es al diputado lo que la ropa vieja a la carne fresca, lo que la pasa a la uva. (Paliq 72).

Pero, por lo general, cambia a registro grave cuando pisa este terreno. Particularmente áspero y vehemente siempre que habla de Cánovas, en quien ve una personificación de todos los males que afligen a la sociedad de la Restauración —la situación Cánovas— que él se siente obligado a combatir con sus armas intelectuales.

Cuando le llega la noticia del asesinato del político lo registra con gran frialdad y deja unas líneas del peor gusto que podemos encontrar en sus artículos:

Al llegar aquí, leo en un periódico que un italiano ha matado a Cánovas.

Excuso decir que lamento el suceso.

Porque es un crimen.

Porque es la muerte de un hermano; porque Cánovas es nuestro hermano, según la verdadera religión.

Y porque será la muerte de otro hermano: el asesino de Cánovas. (Paliq 508).

En los paliques siguientes matiza y también insiste en esta actitud:

De modo, que apenas me atrevo a decir que... no hay mal que por bien no venga: y que del mal, el menos.

La muerte de Cánovas (q.e.p.d.) fue un mal para él, para su familia, para su partido, acaso para la di-

nastía, y un suceso lamentable y digno de compasión para todos. Pero... no de la muerte de ese señor, sino de las consecuencias de esa muerte, pueden venir para España: v. gr., la destrucción del partido conservador, la victoria del progreso sobre la reacción, el despertar de las energías liberales del país, etc., etc.

La sociedad necesita defenderse contra esos aficionados de verdugo, contra esos diletantes de la pena de muerte.

Pero... ¿no es preferible que maten a una persona designada, sin exposición de los demás, y que renuncien al medio bárbaro de la destrucción por grandes masas, y a bulto? (Paliq 510).

Es admirable la lucidez de sus comentarios sobre la guerra de Cuba:

Es una guerra civil... peninsular. [...]. La ignorancia general de lo que es Cuba, de su naturaleza, de su vida social, de sus condiciones económicas, etc., etc., ayuda no menos que el excesivo afán de lucro al desbarajuste que lamentamos. [...] Se me dirá: pero es que Cuba la conocen muy bien los españoles. En el sentido bíblico de la palabra, acaso... (Paliq 373).

Más hombres, no; más dinero, sí. [...].

No se trata de que España entera pague. ¿Quién da la sangre? El que la tiene, el pueblo.

Que dé el dinero el que lo tenga. [...].

Los pobres han visto morir a sus hijos por defender España.

Nada más justo que ahora viertan la sangre amarilla los que la tienen. [...].

Hasta ahora ha habido una desigualdad tremenda. Para unos la guerra ha sido luto de esos que ya ennegrecen la vida para siempre; para otros, para muchos... una receta sazonada; y para los más... un folletín, un crimen célebre.

Es necesario que todos sintamos en la carne la guerra, y entonces podremos hablar. (Paliq 531).

También advierte —quien, por otra parte, señala los males del centralismo imperante—, los excesos, ingenuos, aunque peligrosos en la cuestión de los regionalismos peninsulares:

Con motivo del famoso regionalismo se están diciendo muchas divinas tonterías. Lo mismo en pro que en contra.

Yo respeto el regionalismo serio que tiene una significación clara, concreta. Es el único verdaderamente peligroso en la vida política, pero es el más lógico, el único que tiene substancia. Podrá ser una equivocación; yo creo que lo es, por culpa de las exageraciones y de los arcaísmos que a lo romántico y a lo rousseauniano, quiere despertar [...].

Este regionalismo, con sus defectos y buenas cualidades, que también las tiene, sólo existe en Cataluña de una manera ostensible y eficaz a lo meno.

El regionalismo vascongado es harina de otro costal. También es concreto, sólido, político, eficaz... en la parte más nociva, en la parte que tiene la pretensión reaccionaria y de privilegio. [...]

Si regionalismo quiere decir que cada cual es de su tierra; y que cada pedazo de España que tenga vida propia, especial, característica (no artificial, sino natural, histórica), debe incitarla, vivirla, no con espíritu de unisonismo, arqueológico y reaccionario, sino conservando lo local y tradicional que es compatible con el progreso; si regionalismo es eso, hablar de su defensa es una ociosidad; porque en tal concepto, ninguna persona de sentido común lo ataca. (Palique 476).

Estos juicios denotan la atención seria, preocupada con la que Alas examinaba la ya denominada cuestión social, que aborda directamente con ocasión de alguna situación de actualidad, en planteamientos sencillos, originales y un tanto demagógicos, como éste:

Ya han empezado a organizarse en algunas provincias las comisiones o juntas que han de informar en la cuestión social, que el gobierno quiere estudiar o poco ha de poder.

En esas juntas se trata de averiguar quién tiene hambre y cómo la tiene. Lo recto parecería, a un espíritu vulgar, preguntar por el hambre a quien la tiene: al pobre, al obrero.

Pues no señor; el Gobierno, más filósofo, se lo pregunta —por conducto el señor Moret— a los abogados, capitalistas, médicos, curas, etc., etc., es decir, no al que padece el hambre, sino al que la causa muchas veces.

Esto es ir a la fuente del mal.

No se pregunta a los pobres lo del hambre, sino a los ricos. Perfectamente entendido.

El rico podrá decir:

—El pobre tiene hambre porque me como yo lo poco que queda.

Nada tan sabio como los Gobiernos y las comisiones. (Palique 162).

Parece anticipar, sin duda, el espíritu de los regeneradores ("sembrador de ideas" y precursor, en concepto de Unamuno) cuando hace manifestaciones como ésta, después de la derrota en Santiago de Cuba:

¿No podemos conquistar el mundo, ni mucho menos? Pues vamos a conquistar Castilla... Andalucía... Guerra de la reconquista... agrícola e industrial.

Abora no echaremos a los moros, echaremos a los holgazanes, a los vagos, a los rutinarios, a los que ocultan riqueza, territorio... todo es guerra. [...]

¡A la siembra, a la siembra! (Palique 568).

Si bien, a propósito, del programa "Reconstitución y europeización de España", de la Liga Nacional de Productores, ironiza:

No creo yo en esos reconstituyentes; y la emulsión Paraíso-Costa, la juzgo muy inferior a la de Scott.

España no necesita que la europeicen, (vaya unos terminachos) porque ya está europeizada, y en todo caso, no se curan las heridas nacionales, que todavía echan sangre, con palabras sexquipedales... (Palique 637).

De igual modo, siendo hombre imbuido por el espíritu de la Revolución del 68, se muestra, sin embargo muy receloso de todo lo que pueda comportar directamente desórdenes o violencia. De ahí su prevención frente a algunas manifestaciones socialistas (Paliques 524, 526, 527) y, sobre todo, libertarias (Paliques 509, 510).

Las cuestiones, teóricas y prácticas, relacionadas con la enseñanza son para Clarín motivo de especial cuidado: planes y reformas de estudios, exámenes, provisión e independencia de cátedra. Educación para la libertad. Esa es la vía de regeneración para España y para todos los pueblos. El pensamiento, la cultura, la reflexión, la vivencia y recreación de lo bello. Por principio y hasta las últimas consecuencias Leopoldo Alas es un depurado esteta:

[...] creo que uno de los signos de la verdadera civilización, consiste en el profundo respeto y el asiduo y esmerado cultivo de la belleza y el arte.

[...]

En España, ahora, el desdén del arte puro, como el de todo lo que buela a idealidad, se extrema, por predominio del sanchopancismo, que se ha metido a regenerador; y damos pasos de gigante en el camino del prosaísmo, como puede observar todo espíritu que no sea excesivamente frívolo.

En infinitas cosas se nota este desprecio de olvido de lo estético, de lo bello por lo bello.

[...]

Hay dinero para satisfacer la pueril y hasta enfermiza curiosidad, adquiriendo con diligencia noticias y pormenores insignificantes y a veces escandalosos, y no hay un cuarto para pagar una colaboración decorosa que defienda, con crítica ilustrada, los fueros de lo bello. (Palique 624).

Estos paliques míos pueden ser descubiertos dentro de siglos en cualquier desván o bajo tierra; en suponerlo no hay vanidad alguna, pues por poco que valgan valdrán tanto como un puchero roto, de esos que después de siglos se desienterran y valen a su modo. Tal vez entonces tengan estas menudencias de que yo hablo un valor arqueológico que ahora no podemos ni imaginar siquiera.

Palabras del propio Clarín en su prólogo a *Palique*, muy recordadas en estos años y una muestra más de su agudeza especulativa.

La obra clariniana, en efecto, pasó enseguida al desván. Suerte compartida por los grandes escritores de su generación, los de las inmediatas, a pesar de las afinidades con Unamuno o de la simpatía de Azorín (quien, por otra parte, no pasó de reconocerle una *crítica de transición*), no se inquietaron porque la cubriese el polvo. Menos, los movimientos vanguardistas.

La recuperación, lenta, pero consolidada y definitiva, de esos grandes autores, no podía por menos que devolvernos un monumental Clarín. Precedida por la revalorización del narrador, en lo que es posible el deslinde, queda pendiente la del crítico y periodista inmenso que fue don Leopoldo Alas.

El carácter ejemplar de la personalidad intelectual y moral de Leopoldo Alas—según Lissorgues—es el de asumir los elementos dominantes del pensamiento español y europeo del último tercio del siglo XIX. No menos ejemplar es la dimensión cordial de una concepción del mundo siempre orientada hacia el otro, el ciudadano, el prójimo, y que implica a todos los niveles una exigencia ética, que es la búsqueda de la autenticidad en todo.

[...] el pensamiento filosófico de Leopoldo Alas, no conocido aún en toda su amplitud universal, todo su pensamiento, todo en su espíritu ético y religioso, como estético, merecen hoy conocerse, difundirse, discutirse para enriquecer, pongo por caso, el humanismo de Habermas, y contrarrestar las abdicaciones de los Adorno, Hockheimer, Vatimo y demás nuevos seudofilósofos más o menos mercaderes ésto últimos del invento llamado postmodernismo.¹²

Con todas sus limitaciones (que las tuvo y muchas), opina José Luis García Martín, hoy podemos afirmar que Vicente Colorado, en 1881, Gabriela Graham, en 1890,

tenían razón: era el primer crítico de su tiempo, el único que estaba al tanto, lo mismo de cualquier estreno madrileño que del movimiento intelectual europeo; el único capaz de unir la agilidad del gacillero, siempre ocuriente y malintencionado, siempre dispuesto a la polémica, no importa si muy menor y cominera, con el afán moralista y pedagógico del krausismo, con la preocupación filosófica (que no era en él algo únicamente intelectual), con una inquietud religiosa que nada tenía que ver con el acomodaticio catolicismo al uso.¹³

Recobrar esa obra periodística implica una especial atención hacia los célebres *Paliques*. Descifrar las razones de su éxito, profundizar en la mentalidad de su autor y en la del público que los acogía tan complacido. Recoger en esos artículos, donde, en palabras de Urbano González Serrano hay *aliento de verdad y de vida*¹⁴, el testimonio que da su autor, según él presentía, de la sociedad donde germinaron. Testimonio de un observador excepcionalmente privilegiado.

Al editar esta amplia—difícilmente se podrá decir nunca completa—recopilación de los *Paliques* de Clarín nos parece oportuno insistir en la observación que hacíamos al iniciar esta serie de publicaciones: aunque fruto de una investigación, en este caso especialmente dilatada y laboriosa, no lo es propiamente. De acuerdo con la naturaleza y fines de este Centro, su propósito es el de facilitar la documentación a lectores, investigadores o estudiosos.

A este propósito y dado que los artículos aparecieron en su mayor parte sin más título que el genérico y común a todos ellos, hemos compuesto un epígrafe que informa del asunto, institución o tema que aparece tratado con más extensión en cada uno de ellos, aportándolo en la *Relación cronológica*. Como complemento, un *Índice* de los nombres propios—donde se aclaran seudónimos o alusiones cuando ha sido posible—y títulos que aparecen en los epígrafes.

La reproducción de la imagen del texto tal y como apareció en la hoja del periódico o revista, pero despojado del entorno de otras informaciones ajenas, parece conciliar las opiniones de dos eminentes especialistas clarinianos.

¹² Lissorgues (2001a), p. 243-244.

¹³ García Martín (2001), p. 36.

¹⁴ González Serrano (1892), p. 152.

Opina Jean-François Botrel que:

No es lo mismo leer un artículo presentado en las páginas de un libro, fuera de su contexto periodístico, que hacerlo en las tres columnas de una plana de *El Solfeo*, o las seis de *El Progreso*. ... Al trasladarse del periódico al libro desaparece el entorno de cada artículo de Clarín [...]. Mediante algunas reproducciones de los periódicos en que fueron publicados se procura subsanar, en la medida de lo posible, tal asepsia del entorno.¹⁵

En tanto que Laureano Boner:

[...] un escrito periodístico —un artículo— al ser trasplantado a otro soporte tipográfico más sucinto y apretado como es [...] el libro aviva en los lectores una distinta táctica receptora: sus ojos suelen posarse en la superficie del papel de manera secreta, analítica, mientras que esa mirada captará con mayor urgencia, o nerviosismo, el mis-

mo texto impreso en un diario. En el primer caso, el texto puede calar más hondo en el lector, quien, así, se demorará en la recomposición de la palabra escrita creándose a la par —y en el pequeño ámbito libresco— una atmósfera dialogal con el autor. Atmósfera intimista que se debilita en la plana de un periódico donde conviven apretadamente, con las lógicas interferencias mutuas, bloques léxicos muy dispares (noticias, sueltos, anuncios), con su tan peculiar confección tipográfica, distribución en columnas, ilustraciones, etc.¹⁶

Pensamos que este tipo de reproducción contribuye, en efecto, a acortar distancias en el tiempo, ayuda algo a obtener esa *Sitzimleben* tan cara a los hermeneutas, a disponer psicológicamente al lector para un mayor acercamiento al ambiente en que nació el documento y a extraer de él la vida que todavía encierra. Porque, en efecto, y como dice García Martín, los *Paliques* de Clarín siguen... vivos, actuales, divertidos, como cuando aparecen en las *bemerotecas*.¹⁷

Alusiones que nos comprometen y gratifican en este tipo de quehaceres.

C.D.

¹⁵ Alas (2002a), p. 9.

¹⁶ Alas (2003), p. 47.

¹⁷ *Op. cit.*

Nuestro trabajo no ha resultado sencillo, pues la producción periodística de Clarín, como él mismo llegó a decir, está "sembrada a los cuatro vientos". Hemos realizado una minuciosa labor de búsqueda y hemos consultado 120 publicaciones de los fondos de nuestra hemeroteca (1875-1901), prensa madrileña, aragonesa, asturiana, cántabra, catalana, valenciana, vasca, cubana, francesa y neoyorquina, y hemos localizando paliques en 22 de ellas, siendo la mayoría de Madrid, también de Barcelona, Alcañiz y Nueva York.

En la prensa madrileña se publicaron paliques, por orden cronológico, en *El Solfeo* (1875-1876), *La Unión* (1878-1880), *El Mundo Moderno* (1881), *El Día* (1881-1883), *El Progreso* (1881-1883), *Gil Blas* (1882), *El Porvenir* (1882), *Madrid Cómic* (1884-1901), publicación en la que Clarín llegó a ser director de abril a septiembre de 1898. *Madrid Político* (1885), *La Opinión* (1886), *Los Madriles* (1888-1890), *La Justicia* (1889), *La Correspondencia de España* (1891-1901), *La Caricatura* (1892-1893), *El Globo* (1893-1894), *El Heraldo de Madrid* (1895-1901) y *La Vida Literaria* (1899), siendo *Madrid Cómic* y *El Heraldo de Madrid* las publicaciones con mayor número de ellos. En Barcelona se publicaron en *La Publicidad* (1880-1899), *La Ilustración Ibérica* (1885-1895) y *La Saeta* (1897). En la prensa de Alcañiz en *El Eco de Guadalupe* (1882), en Valencia en *Para todo el mundo* (1889), en Alicante en *El Liberal* (1892) y en Nueva York en *Las Novedades* (1894-1899).

Los paliques (1875-1901) convivieron con la obra novelesca de Clarín. *La Regenta* (Madrid, 1883 y 1885) es contemporánea de los paliques publicados en *El Día*, *Madrid Cómic* y *Madrid Político*, además de *La Publicidad* y *La Ilustración Ibérica* de Barcelona. *Pipá*, colección de cuentos que Clarín publicó en 1886, es contemporánea de los paliques de *Madrid Cómic* y *La Opinión*, y *Su único hijo*, escrita entre junio y julio de 1891, lo es de los paliques de *Madrid Cómic* y *La Correspondencia de España*.

MARÍA LUISA CONCEJO

División Histórica de la H. M. de M.

PALIQUES: ORDENACIÓN CRONOLÓGICA

(La mayoría de los *Paliques* aparecieron sin título específico. Cuando lo tienen, figura en cursiva. Entre corchetes viene consignado un extracto de lo tratado con más amplitud en su contenido)

1875

- 1 - 21 octubre, *El Solfeo*, I, n. 51, p. 1-2: [Opiniones de A. Pidal. Noticias del clero y del Ateneo].
- 2 - 25 octubre, *El Solfeo*, I, n. 55, p. 1-2: [Estreno de una obra de Campoamor].
- 3 - 27 octubre, *El Solfeo*, I, n. 57, p. 2: [Un libro del canónigo J. Morgades y la prosperidad de los Estados Unidos].
- 4 - 6 noviembre, *El Solfeo*, I, n. 67: *El Siglo Futuro y el telégrafo. ¿Qué es bajo clero? - Lo de Gandía. El señor de la Revilla*.
- 5 - 10 noviembre, *El Solfeo*, I, n. 71, p. 1-2: [Opiniones del periodista neocatólico U. Ferreiro sobre ciencia y filosofía modernas].

1876

- 6 - 5 enero, *El Solfeo*, II, n. 126: [Catástrofes y Providencia; Infierno y neocatólicos].
- 7 - 16 julio, *El Solfeo*, II, n. 282, p. 2: [Un libro de Taviel y Andrade; las políticas española y turca].

1878

- 8 - 31 diciembre, *La Unión*, I, n. 111, p. 3: [Fin de año. Miscelánea política y teatral. Comienza a publicarse *El Domingo*].

1879

- 9 - 8 enero, *La Unión*, II, n. 118, p. 3: [Ejecución de penas capitales. Revilla, Núñez de Arce. Máximas].
- 10 - 14 marzo, *La Unión*, II, n. 160, p. 3: [Opiniones de *El Siglo Futuro*].
- 11 - 26 abril, *La Unión*, II, n. 197, p. 1-2: (*Electorat*).
- 12 - 1 mayo, *La Unión*, II, n. 201, p. 1: (*Imparcialidades*). [El *Imparcial* y los protestantes]

- 13 - 15 mayo, *La Unión*, II, n. 213, p. 2: [Sobre la crítica. Blasco. E. Rivas, el conde de Cheste, Campoamor].

- 14 - 24 mayo, *La Unión*, II, n. 220, p. 2: [Fernández Bremón y la crítica literaria].

- 15 - 11 junio, *La Unión*, II, n. 235, p. 2: [Polémica con Fernández Bremón].

- 16 - 25 junio, *La Unión*, II, n. 246, p. 3: [Sigue la polémica con Fernández Bremón. Menéndez Pelayo y una crítica de A. Valbuena a Pereda].

- 17 - 15 julio, *La Unión*, II, n. 263, p. 2-3: [Crítica de A. Cámara a una obra de Draper. Fábri y Hegel. Castelar y *El Siglo Futuro*].

- 18 - 12 septiembre, *La Unión*, II, n. 293, p. 2: [Cañete. Los krausistas. U. González Serrano y *El Siglo Futuro*].

- 19 - 18 septiembre, *La Unión*, II, n. 298, p. 2: [Sobre un artículo de Tejada en *El Siglo Futuro*].

- 20 - 4 octubre, *La Unión*, II, n. 312, p. 2: *Lo cortés y lo valiente*. [El periodismo].

- 21 - 7 octubre, *La Unión*, II, n. 314, p. 2: [Cánovas y Bismarck. El conde de Toreno y la Universidad. Noticias teatrales. Peña y Goñi. catedrático].

- 22 - 15 octubre, *La Unión*, II, n. 321, p. 2: [La pensión de Zorrilla. Miscelánea literaria y teatral].

- 23 - 17 octubre, *La Unión*, II, n. 323, p. 2: [A. Fernández Gilo].

- 24 - 19 octubre, *La Unión*, II, n. 325, p. 2: [Toros. Frascuelo. El duque de Bailén, en Viena. Comentarios políticos].

- 25 - 21 octubre, *La Unión*, II, n. 326, p. 2: [La poesía de M. Catalina].

- 26 - 22 octubre, *La Unión*, II, n. 327, p. 1: [Centralización].

- 27 - 26 octubre, *La Unión*, II, n. 331, p. 1-2: [Filosofía].

- 28 - 4 noviembre, *La Unión*, II, n. 338, p. 2: [La *Gaceta*].

- 29 - 6 noviembre, *La Unión*, II, n. 340, p. 2-3: [Todo decae].

- 30 - 7 noviembre, *La Unión*, II, n. 341, p. 3: [Una gran vergüenza: *El Siglo Futuro* y *El Fénix*].

- 31 - 23 noviembre, *La Unión*, II, n. 355, p. 1: [El *Independiente*].

- 32 - 26 noviembre, *La Unión*, II, n. 357, p. 2: [Fiestas por la boda de Alfonso XII].

- 33 - 30 noviembre, *La Unión*, II, n. 361, p. 2: [Fiestas por la boda de Alfonso XII. Función en el Teatro Real].

- 34 - 1 diciembre, *La Unión*, II, n. 362, p. 2: [Fiestas por la boda de Alfonso XII. Corrida de toros].

- 35 - 14 diciembre, *La Unión*, II, n. 373, p. 3: *Plauto en la escena*.

- 36 - 17 diciembre, *La Unión*, II, n. 375, p. 1-2: *El vértigo: poema de D. Gaspar Núñez de Arce. Rafael Calvo*.

- 37 - 19 diciembre, *La Unión*, II, n. 377, p. 2: [La *Dignidad* de Cánovas, en el Teatro Español].

1880

- 38 - 4 enero, *La Unión*, III, n. 390, p. 2: [Vacante en la Academia. Las poesías del obispo Ignacio Ipandro].

- 39 - 16 enero, *La Unión*, III, n. 400, p. 2: [El diputado Candau. Cánovas. Toreno].

- 40 - 20 enero, *La Unión*, III, n. 403, p. 2: [La *Correspondencia de España* y el Centenario de Calderón. Contestación al periódico *La Lejía*].

- 41 - 25 enero, *La Unión*, III, n. 408, p. 3: *Ateneo. Velada literaria: Pray Juan. poema del sistema decimal por el Sr. Velarde*.

- 42 - 28 enero, *La Unión*, III, n. 410, p. 1: *El Niño de la bola, por Alarcón. Proemio del revistero*.

- 43 - 1 febrero, *La Unión*, III, n. 414, p. 3: [Lectura poética de Armas y Céspedes en el Ateneo. Una obra de Estévez en el Apolo].

- 44 - 3 febrero, *La Unión*, III, n. 415, p. 3: *Al señor don Ricardo de la Vega*.

45.- 10 febrero, *La Unión*, III, n. 421, p. 3: [Vega peluquero o el saineiro filólogo]

46.- 11 febrero, *La Unión*, III, n. 422, p. 2: [Ricardo Vega, en sus escasas relaciones con la gramática, la retórica y la poética]

47.- 17 febrero, *La Unión*, III, n. 427, p. 3: [Polémica con Ricardo Vega]

48.- 13 marzo, *La Unión*, III, n. 449, p. 2: [La crítica de Fernández Bremón. Sigue la polémica con R. Vega. Un artículo del Sr. Solsona. *El Tiempo*, comedia de Santero]

49.- 23 marzo, *La Unión*, III, n. 457, p. 2: [El obispo de Linares (México) (I. Montes de Oca), poeta]

50.- 12 agosto, *La Publicidad*, III, n. 898, p. 1: [Un libro nuevo de E. Blasco. Fernández Bremón]

51.- 19 agosto, *La Publicidad*, III, n. 905, p. 1: [A propósito de una obra de R. León Mainez sobre Santa Teresa. *Sor Lucila* de Ortega y Munilla. *Nana* de Zola]

52.- 25 agosto, *La Unión*, III, n. 537, p. 1: [Palique... importante. [El nuevo plan de estudios en las universidades]

53.- 3 septiembre, *La Publicidad*, III, n. 920, p. 1: [Sobre una federación en la prensa]

54.- 16 noviembre, *La Publicidad*, III, n. 994, p. 1: [Literatura y fomento de la cría caballar]

55.- 18 noviembre, *La Unión*, III, n. 594, p. 3: [El año literario. Campoamor, en Sevilla. Fernández Bremón. Castelar]

56.- 5 diciembre, *La Unión*, III, n. 609, p. 2-3: [Don Juan Solo de Ortega Munilla. D. Carlos Hierro, editor. *La venganza*, poema del sistema decimal por ¿no faltaba más? si señores, por Velarde]

57.- 8 diciembre, *La Unión*, III, n. 611, p. 2-3: [La venganza, poema del sistema decimal por Velarde (Conclusión)]

1881

58.- 8 marzo, *El Mundo Moderno*, I, n. 11, p. 3: [El señorito Octavio de Palacio Valdés. Recepción de Menéndez y Pelayo en la Academia]

59.- 30 marzo, *El Mundo Moderno*, I, n. 30, p. 3: [Nicolet Valdivia]

60.- 3 abril, *El Mundo Moderno*, I, n. 34, p. 3: [Fernández Bremón]

61.- 12 abril, *El Mundo Moderno*, I, n. 41, p. 3: [Discusión con Fernández Bremón. El homenaje poético a Calderón]

62.- 19 abril, *El Mundo Moderno*, I, n. 46, p. 3: [A El Siglo Futuro]

63.- 5 mayo, *El Mundo Moderno*, I, n. 60, p. 3: [Discusión con E. y C. Navarro Gonzalvo]

64.- 10 mayo, *El Mundo Moderno*, I, n. 64, p. 3: [Actualidad teatral. Discusión con los Sres. Navarro]

65.- 12 mayo, *El Mundo Moderno*, I, n. 66, p. 3: [Estreno de *La Esfinge* de Octavio Feuillet. Discusión con Lo Nuncio]

66.- 2 junio, *La Publicidad*, IV, n. 1193, p. 1-2: [El Centenario de Calderón]

67.- 17 julio, *La Publicidad*, IV, n. 1239, p. 1: [Los Nulos. Los malos autores teatrales y la crítica]

68.- 12 agosto, *La Publicidad*, IV, n. 1265, p. 1: [V. Balaguer, presidente del Ateneo]

69.- 17 agosto, *La Publicidad*, IV, n. 1270, p. 1-2: [El don de berrar y el don de errar. [El diputado Téllez y la veterinaria]

70.- 21 agosto, *La Publicidad*, IV, n. 1274, p. 2: [Los candidatos a la próxima legislatura]

71.- 3 septiembre, *La Publicidad*, IV, n. 1287, p. 1: [La Correspondencia de España]

72.- 15 septiembre, *La Publicidad*, IV, n. 1299, p. 2: [El Senado]

73.- 29 septiembre, *La Publicidad*, IV, n. 1313, p. 1: [El Teatro Español y el teatro en España]

74.- 6 octubre, *La Publicidad*, IV, n. 1320, p. 1: [El teatro en Madrid]

75.- 18 octubre, *La Publicidad*, IV, n. 1332, p. 1-2: [Semana de frases célebres. Linares Rivas, el Rey de Portugal, Sagasta, Silvela, Moret, Campoamor y Palacios. El tenor Mierzwinski, en el Real]

76.- 1 noviembre, *La Publicidad*, IV, n. 1346, p. 1-2: [Romero Robledo. Comedia de Valentín Gómez en el Teatro de la Alhambra. El matrimonio. Representaciones del Tenorio]

77.- 4 noviembre, *La Publicidad*, IV, n. 1349, p. 1-2: [Puntualizaciones a Renacimiento. La Reina, indisputada. El poeta Valverde y Campoamor]

78.- 9 noviembre, *La Publicidad*, IV, n. 1354, p. 1-2: [Don Juan Tenorio]

79.- 18 noviembre, *El Día*, II, n. 545, p. 1: [Las Cortes]

80.- 19 diciembre, *El Progreso*, I, n. 232, p. 2: [Comentarios teatrales]

81.- 2 diciembre, *El Día*, II, n. 559, p. 1: [El Retiro, Campoamor y un estudiante de medicina]

82.- 24 diciembre, *El Día*, II, n. 581, p. 1: [El poeta N. Manzano]

83.- 27 diciembre, *El Progreso*, I, n. 239, p. 3: [Peregrinación crítica. [El crítico Peregrín G. Cadena]

1882

84.- 3 enero, *El Día*, III, n. 591, p. 3: [Aprehensiones. La ciencia al alcance de todos]

85.- 7 enero, *El Progreso*, II, n. 250, p. 3: [Las mujeres en el Ateneo. Herodiades de Millet y Massenet, y *La Unión*]

86.- 21 enero, *El Día*, III, n. 609, p. 3: [“Almaviva”, revistero de salones]

87.- 25 enero, *La Publicidad*, V, n. 1431, p. 1-2: [Los conservadores. Cánovas y el poeta Valverde, en el Ateneo]

88.- 28 enero, *El Progreso*, II, n. 271, p. 3: [Una vacante en la Academia y Pidal, Nocedal y Velarde]

89.- 4 febrero, *La Publicidad*, V, n. 1441, p. 1: [Gil Blas. Un estreno de Santero. Pidal, Campoamor y la Academia]

90.- 6 febrero, *El Progreso*, II, n. 280, p. 2: [Un drama de J. Amat]

91.- 7 febrero, *La Publicidad*, V, n. 1444, p. 1: [“Almaviva”. M. del Palacio, en el Ateneo]

92.- 9 febrero, *La Publicidad*, V, n. 1446, p. 2: [Cierre de buñoleras. El timbre móvil y los escritores]

93.- 10 febrero, *El Día*, III, n. 629, p. 3: [Una risita... crítica. [Escena satírica de poetas y críticos]

94.- 28 febrero, *El Progreso*, II, n. 302, p. 3: [Algunos libros de asunto religioso]

95.- 3 marzo, *La Publicidad*, V, n. 1468, p. 1: [Palique autobiográfico]

96.- 6 marzo, *El Progreso*, II, n. 308, p. 3: [Escritos del cardenal Moreno, Fernández Bremón y E. Mora]

97.- 9 marzo, *La Publicidad*, V, n. 1474, p. 1: [Maltrana en la cárcel por defraudación. Una obra del P. Coll sobre el Purgatorio]

98.- 18 marzo, *El Progreso*, II, n. 320, p. 3: [Varia de actualidad]

99.- 21 marzo, *El Progreso*, II, n. 323, p. 3: [Los escritos del cardenal Moreno y de Lastondo]

100.- 24 marzo, *El Progreso*, II, n. 326, p. 3: [Anécdota de actualidad. El crítico Peregrín G. Cadena]

101.- 27 marzo, *El Progreso*, II, n. 329, p. 3: [A. Velarde]

- 102 – 31 marzo, *El Progreso*, II, n. 333, p. 3: [Discusión con *El País*].
- 103 – 14 abril, *El Progreso*, II, n. 346, p. 3: [A. J. Reina, crítico de *El Progreso*].
- 104 – 14 abril, *La Publicidad*, V, n. 1510, p. 1: [Cavestany].
- 105 – 19 abril, *El Progreso*, II, n. 351, p. 3: [*De teatros*]. [Sara Bernhardt, en el Real y la Marini, en la Comedia].
- 106 – 20 abril, *La Publicidad*, V, n. 1516, p. 1-2: [Sara Bernhardt y la prensa madrileña].
- 107 – 4 mayo, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 49: [Ser literato en Madrid].
- 108 – 6 mayo, *El Porvenir*, I, n. 108, p. 2: [Un crítico anónimo de *El Imparcial*. A. Grilo].
- 109 – 9 mayo, *El Progreso*, II, n. 371, p. 3: [Un Ateneo de empleados. Noticias de *La Correspondencia* y *La Época*].
- 110 – 18 mayo, *Gil Blas*, I, n. 33, p. 259: [Romero Robledo. Pina Domínguez. Campanor].
- 111 – 19 mayo, *El Progreso*, II, n. 380, p. 3: [Sobre una crítica a Zola. La biografía de Moret por E.S.P.].
- 112 – 21 mayo, *Gil Blas*, I, n. 34, p. 266: [La Sociedad de Escritores y Artistas. La Marini].
- 113 – 26 mayo, *El Progreso*, II, n. 387, p. 3: [Romero Robledo. La precocidad en la literatura].
- 114 – 7 junio, *El Porvenir*, I, n. 235, p. 1-2: [Exposiciones].
- 115 – 11 junio, *El Día*, III, n. 745, p. 3: [Madrid, en fiestas].
- 116 – 11 junio, *El Progreso*, II, n. 402, p. 3: [Balaguer, en el Ateneo. Enfermedades y poetas. Nuevos libros].
- 117 – 29 junio, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 65: [El teatro en España].
- 118 – 29 junio, *El Progreso*, II, n. 420, p. 3: [El perro Paco].
- 119 – 30 junio, *El Porvenir*, I, n. 155, p. 3: *Resumen: Fernánflor y el naturalismo. Pensamientos de Grandallana. Ruiz Gómez en el arte*.
- 120 – 30 junio, *La Publicidad*, V, n. 1587, p. 2: [El Ateneo. V. Balaguer. Poesías de la Infanta doña Paz. La exposición de pinturas de Bosch].
- 121 – 5 julio, *La Publicidad*, V, n. 1592, p. 1: [Echegaray, académico].
- 122 – 7 julio, *La Publicidad*, V, n. 1594, p. 1: [Espectáculos en Madrid. El Retiro].
- 123 – 16 julio, *La Publicidad*, V, n. 1603, p. 1-2: [Ruiz Gómez].
- 124 – 20 agosto, *La Publicidad*, V, n. 1637, p. 1: [Pérez Galdós].
- 125 – 27 agosto, *La Publicidad*, V, n. 1644, p. 1: [El amigo manso de Pérez Galdós].
- 126 – 3 septiembre, *La Publicidad*, V, n. 1651, p. 1-2: [El sabor de la tierra de Pareda].
- 127 – 7 septiembre, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 85: [Disparate del poeta V. (¿Velarde?)].
- 128 – 17 septiembre, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 88: [Actualidad teatral. Valdivia. Cavestany].
- 129 – 5 octubre, *El Porvenir*, I, n. 238, p. 3: [Autores y lectores. Cánovas].
- 130 – 22 octubre, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 98: [A propósito del Congreso Filológico Bosch. Mena y Zorrilla. Cánovas].
- 131 – 30 octubre, *La Ilustración Popular*, supl. de *La Publicidad*, n. 32, p. 4: [Cánovas en el Archivo de Simancas. Balaguer. Valverde].
- 132 – 4 noviembre, *La Publicidad*, V, n. 1681, p. 1: [El corredor Bargossi. Fantasías históricas. Cánovas. El escritor Teodoro Guerrero, miembro de un tribunal de oposición a cátedra de Literatura].
- 133 – 5 noviembre, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 102: [Sobre el *Almanaque de La Ilustración Española y Americana*].
- 134 – 6 noviembre, *La Ilustración Popular*, supl. de *La Publicidad*, V, n. 33, p. 3: [La nueva temporada teatral].
- 135 – 13 noviembre, *La Ilustración Popular*, supl. de *La Publicidad*, V, n. 34, p. 4: [El estilo literario de los periódicos].
- 136 – 20 noviembre, *La Ilustración Popular*, supl. de *La Publicidad*, V, n. 35, p. 3: [La crítica teatral madrileña. Patriotismo].
- 137 – 23 noviembre, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 107: [Las "hojas literarias" de los periódicos de Madrid].
- 138 – 26 noviembre, *El Progreso*, II, n. 571, p. 3: [Conferencias. Afán de notoriedad. M. Fernández y González].
- 139 – 27 noviembre, *La Ilustración Popular*, supl. de *La Publicidad*, V, n. 36, p. 3-4: [La Sección no oficial de la *Gaceta*].
- 140 – 28 noviembre, *El Progreso*, II, n. 572, p. 3: [*Palique teatral* [Lazos eternos de L. Calvo, en el Teatro Español]].
- 141 – 4 diciembre, *El Progreso*, II, n. 578, p. 3: [*Palique teatral*].
- 142 – 12 diciembre, *El Eco del Guadalupe*, II, n. 113: [Autores dramáticos].
- 143 – 14 diciembre, *La Publicidad*, V, n. 1716: [Noticias en *La Correspondencia*. Estrenos teatrales. *Fuera caretas* de Mariano Larra].
- 1883
- 144 – 23 enero, *La Publicidad*, VI, n. 1756: [Notas de actualidad].
- 145 – 7 febrero, *La Publicidad*, VI, n. 1771: [Gamazo y Valladolid. Celebridades locales. Iglesia y Estado].
- 146 – 12 febrero, *El Progreso*, III, n. 647, p. 3: [Pornografía en *La Correspondencia de España*. A Luis Alfonso, crítico de *La Época*. *Las esculturas de carne* de Sellés. Los cómicos españoles].
- 147 – 21 febrero, *La Publicidad*, VI, n. 1785, p. 1-2: [El estilo literario de *La Época*. La vacante de cátedra de declamación en el Conservatorio. Jimeno, en la Academia de Bellas Artes. Omnipresencia de H. Varella].
- 148 – 25 febrero, *La Publicidad*, VI, n. 1789, p. 6: [El *Bilis Club*].
- 149 – 9 marzo, *La Publicidad*, VI, n. 1801, p. 1: [El crítico Figueroa y una novela de J. Navarrete].
- 150 – 15 marzo, *El Progreso*, III, n. 677, p. 3: [Prólogo de Valera al libro de versos de Menéndez Pelayo. El naturalismo y E. Pardo Bazán. Actualidad literaria].
- 151 – 19 marzo, *El Día*, IV, n. 1023, p. 1: [El proyectado homenaje a Pérez Galdós].
- 152 – marzo, *El Progreso*, III, n. 681, p. 2: [*Literatura de orden*. [Los malos escritores].
- 153 – 2 abril, *El Progreso*, III, n. 694, p. 3: [El diputado Cañamaque. Oratoria sacra. P. Simués. Los Centros Regionales. A. García Gutiérrez, candidato a la dirección de la Biblioteca Nacional].
- 154 – 3 mayo, *El Progreso*, III, n. 725, p. 3: [A. Pidal, académico. La Academia y los académicos].
- 155 – 2 junio, *El Día*, IV, n. 1095, p. 3: [Diversiones públicas y políticas].
- 156 – 22 julio, *El Progreso*, III, n. 805, p. 3: [Muerte del periodista Lorenzana. El crítico R. Chichón].
- 157 – 24 julio, *El Progreso*, III, n. 807, p. 1: [*El certamen de El Imparcial*].
- 158 – 9 agosto, *El Progreso*, III, n. 823, p. 3: [La circular del ministro Romero Girón y la buena gramática].
- 159 – 10 agosto, *El Día*, IV, n. 1163, p. 3: [*Obras de Revilla*].

160.- 30 agosto, *El Día*, IV, n. 1183, p. 3: [*El Paco Aragonés*, periódico de Zaragoza].
 161.- 18 septiembre, *El Día*, IV, n. 1202, p. 2: [Gazapos en la prensa diaria. Crisis en el Teatro Español].

1884

162.- 24 agosto, *Madrid Cómico*, IV, n. 79, p. 3: [Políticos y poetas. J. Sand. Las Academias y la actualidad. Informes sobre la cuestión social].
 163.- 14 septiembre, *Madrid Cómico*, IV, n. 82, p. 3 y 6: [*La Unión*].
 164.- 26 octubre, *Madrid Cómico*, IV, n. 88, p. 3 y 6: [La enudición del Sr. Cañete].
 165.- 16 noviembre, *Madrid Cómico*, IV, n. 91, p. 3: [Tres poemas de Campoamor. Cánovas y Pérez Galdós].

1885

166.- 4 enero, *Madrid Cómico*, V, n. 98, p. 6 y 7: [*Por qué no escribe Alarcón? (Palique tal vez indiscreto)*].
 167.- 7 febrero, *La Ilustración Ibérica*, III, n. 110, p. 87 y 90: [El testamento literario de Alarcón].
 168.- 14 febrero, *La Ilustración Ibérica*, III, n. 111, p. 106-107 y 110: [Venancio González-Ripios Aristocráticos].
 169.- 3 mayo, *Madrid Cómico*, V, n. 115, p. 3 y 6: [La sección literaria en los periódicos].
 170.- 24 mayo, *Madrid Cómico*, V, n. 118, p. 3 y 6: [Oposición a la pensión de Zorrilla].
 171.- 30 mayo, *La Ilustración Ibérica*, III, n. 126, p. 347 y 350: [José. Novela por Armando Palacio Valdés].
 172.- 6 junio, *La Ilustración Ibérica*, III, n. 127, p. 359, 362-363: [Premio a una novela y otras cuestiones de la Academia].
 173.- 9 agosto, *Madrid Cómico*, V, n. 129, p. 3 y 6: [Regeneración del teatro español].
 174.- 12 septiembre, *Madrid Cómico*, V, n. 134, p. 3: [Manifestaciones patrióticas por las pretensiones del Canciller alemán].
 175.- 19 septiembre, *Madrid Cómico*, V, n. 135, p. 3 y 6: [Más manifestaciones patrióticas].
 176.- 17 octubre, *Madrid Cómico*, V, n. 139, p. 3 y 6: [*El Adalid de Córdoba*].
 177.- 31 octubre, *La Ilustración Ibérica*, III, n. 148, p. 691: [La crisis del Teatro Español].

178.- 7 noviembre, *La Ilustración Ibérica*, III, n. 149, p. 707: [Obras de Tamayo, Eguilaz y Suárez Bravo].
 179.- 28 noviembre, *Madrid Cómico*, V, n. 145, p. 3 y 6: [La traducción del melodrama *El soldado de San Marcial*, de V. Gómez, y la Ley de Enjuiciamiento Criminal].
 180.- 2 diciembre, *Madrid Cómico*, I, n. 27, p. 3 y 6: [*Palique político*]. [Muertes de Alfonso XII y de Pablo Nougués].
 181.- 9 diciembre, *Madrid Cómico*, I, n. 28, p. 3 y 6: [Dolor de *La Epoca* por la muerte de Alfonso XII. Algunas obras de Fernández Bremón].
 182.- 16 diciembre, *Madrid Cómico*, I, n. 29, p. 3: [*Palique político*]. [Cánovas].

1886

183.- 30 enero, *Madrid Cómico*, VI, n. 154, p. 3 y 6: [Noticias literarias: Castelar, Oller, Faxort, Palacio Valdés, Pereda, Picón, Luis Alfonso, Alarcón, Valera...].
 184.- 20 marzo, *Madrid Cómico*, VI, n. 161, p. 3 y 6: [Estreno de *El Archimillonario* de P. de Novo].
 185.- 8 mayo, *Madrid Cómico*, VI, n. 168, p. 3 y 6: [Poda Campoamorina. {Los imitadores de Campoamor}].
 186.- 12 junio, *Madrid Cómico*, VI, n. 173, p. 6: [J. S. Toca y Fernández Bremón].
 187.- 2 agosto, *La Opinión*, I, n. 91, p. 1: [Las Cortes suspenden sus trabajos].
 188.- 7 agosto, *La Opinión*, I, n. 96, p. 1: [*Cuento Futuro I*]. [El sol, cansado de la Humanidad. Suicidio universal].
 189.- 16 agosto, *La Opinión*, I, n. 105, p. 1: [*Cuento Futuro II*].
 190.- 24 agosto, *La Opinión*, I, n. 113, p. 1: [*Cuento Futuro III*].
 191.- 3 septiembre, *La Opinión*, I, n. 123, p. 1: [*Cuento Futuro IV*].
 192.- 9 septiembre, *La Opinión*, I, n. 129, p. 1: [El conoelal Jiménez Delgado, poeta. Valera y el naturalismo. Una cuestión gramatical].
 193.- 16 septiembre, *La Opinión*, I, n. 136, p. 1: [Mariano Cavia].
 194.- 25 septiembre, *Madrid Cómico*, VI, n. 188, p. 6-7: [La nueva generación de escritores. Un cuento de J. Siles].
 195.- 13 noviembre, *Madrid Cómico*, VI, n. 195, p. 3 y 6: [Juan Fernández contra Miguel Escalada en *El Imparcial*, y el *Diccionario* de la Academia].

196.- 27 noviembre, *Madrid Cómico*, VI, n. 197, p. 3 y 6: [Estilo de revisteros de salones. Discursos de Ruiz Gómez en la Academia. Opiniones del Sr. Sbarbi sobre la lengua española].

1887

197.- 1 enero, *Madrid Cómico*, VII, n. 202, p. 10-11: [Pronósticos literarios para el nuevo año].
 198.- 8 enero, *Madrid Cómico*, VII, n. 203, p. 3 y 6: [Corrección literaria y cultura de *La Epoca*].
 199.- 5 marzo, *Madrid Cómico*, VII, n. 211, p. 3 y 6: [La censura].
 200.- 26 marzo, *Madrid Cómico*, VII, n. 214, p. 3: [Envíos de obras sin sellos de franqueo].
 201.- 30 abril, *Madrid Cómico*, VII, n. 219, p. 3 y 6: [Crítica teatral de Cañete. Fernández Bremón y E. Pardo Bazán].
 202.- 14 mayo, *Madrid Cómico*, VII, n. 221, p. 3 y 6: ["Fernanfior" y sus crónicas. Fernández Bremón].
 203.- 18 junio, *Madrid Cómico*, VII, n. 226, p. 3 y 6: ["Fernanfior" y la escuela literaria de los antigramaticistas].
 204.- 2 julio, *Madrid Cómico*, VII, n. 228, p. 3 y 6: [Última moda: la aristocracia actuando en los escenarios].
 205.- 6 agosto, *Madrid Cómico*, VII, n. 233, p. 3 y 6: [El proyecto de información agraria. Los libros de Cánovas].
 206.- 15 octubre, *Madrid Cómico*, VII, n. 243, p. 3 y 6: [*Monólogo en forma de diálogo (aunque parezca mentira)*]. [Malos escritores. Un libro de Tomás Tuero].
 207.- 29 octubre, *Madrid Cómico*, VII, n. 245, p. 3 y 6: [Contestación a algunos ataques].
 208.- 19 noviembre, *Madrid Cómico*, VII, n. 248, p. 3 y 6: [Más contestaciones a críticas].
 209.- 17 diciembre, *Madrid Cómico*, VII, n. 252, p. 3 y 6: [El crítico de teatros Pedro Bofill y el derecho de silbar. La ruina del Teatro Español].

1888

210.- 24 marzo, *Madrid Cómico*, VIII, n. 266, p. 3 y 6: [*Broma de carnaval retrasada por las nieves*]. [Retrasos en el reparto y novedades literarias. La Galería de *Celebridades contemporáneas* y Silvela].

- 211.- 7 abril, *Madrid Cómico*, VIII, n. 268, p. 3 y 6: [A Taboada. Falta de regalos].
- 212.- 14 abril, *Madrid Cómico*, VIII, n. 269, p. 6: [A Taboada. Más sobre la falta de regalos].
- 213.- 19 mayo, *Madrid Cómico*, VIII, n. 274, p. 3: [Aspiración a un regalo].
- 214.- 9 junio, *Madrid Cómico*, VIII, n. 277, p. 3 y 6: [A Taboada. El secreto para obtener regalos].
- 215.- 7 julio, *Madrid Cómico*, VIII, n. 281, p. 3 y 6: [Desains regios a E. Pardo Bazán].
- 216.- 3 noviembre, *Los Madriles*, I, n. 5, p. 6-7: [Crisis literaria. Silba a Cánovas en Zaragoza. Críticas de Cañete].
- 217.- 17 noviembre, *Madrid Cómico*, VIII, n. 300, p. 3 y 6: [Luis Taboada, cesante].

1889

- 218.- 12 enero, *Madrid Cómico*, IX, n. 308, p. 3 y 6: [La Dirección de Artes y Letras proyectada por el Conde de Xiquena].
- 219.- 21 enero, *La Justicia*, II, n. 382, p. 1-2: [Renovación del Ateneo. Cánovas. Carracido. M. Catalina].
- 220.- 29 enero, *La Justicia*, II, n. 390, p. 1: [Sobre motivos de una errata. [Mala grafía de algunos autores. Castelar].
- 221.- 23 febrero, *Madrid Cómico*, IX, n. 314, p. 3 y 6: [La Pucbaca de Pereda. Una Revista que no paga. La España Moderna. Peña y Gofí].
- 222.- 2 marzo, *Los Madriles*, II, n. 22, p. 3: [Zornilla].
- 223.- 9 marzo, *Madrid Cómico*, IX, n. 316, p. 3 y 6: [Discusión gramatical con Peña y Gofí].
- 224.- 30 marzo, *Madrid Cómico*, IX, n. 319, p. 3 y 6: [Sánchez Pérez. "Fray Candil"].
- 225.- 27 abril, *Madrid Cómico*, IX, n. 323, p. 3 y 6: [Semanales festivos].
- 226.- 11 mayo, *Madrid Cómico*, IX, n. 325, p. 3 y 6: [Novedades literarias. Bourget. La Hermana San Sulpicio de Palacio Valdés. Insolación de E. Pardo Bazán].
- 227.- 16 mayo, *Para todo el mundo*, n. 51, p. 22-31: *Palique del palique*. [Razones de los "paliques"].
- 228.- 22 mayo, *La Justicia*, II, n. 501, p. 2: *Palique político*. [Gamazo].
- 229.- 1 junio, *Madrid Cómico*, IX, n. 328, p. 3 y 6: ["Cosas de América". Las *Cartas Americanas* de Valera. *Estudios sobre España* de J. Iluneeus].

- 230.- 8 junio, *La Justicia*, II, n. 518, p. 1-2: *Palique jurídico-gramatical*.
- 231.- 15 junio, *Madrid Cómico*, IX, n. 330, p. 3 y 6: [Decreto del ministro de Fomento sobre exámenes y oposiciones].
- 232.- 24 junio, *La Justicia*, II, n. 534, p. 2: *La elección de Galdós 6 el triunfo de la gaceta*.
- 233.- 8 julio, *La Justicia*, II, n. 548: [Cánovas, historiador. V. Barrantes].
- 234.- 7 septiembre, *Madrid Cómico*, IX, n. 342, p. 3: *Cartel... de desafío*. [Soneto y carta a M. del Palacio. Carta a S. Delgado].
- 235.- 5 octubre, *Los Madriles*, II, n. 53, p. 3 y 6: [Esby: F. Rodríguez Zapata. Ferrán].
- 236.- 9 noviembre, *Los Madriles*, II, n. 58, p. 3: [Morriña y otras obras de E. Pardo Bazán].
- 237.- 30 noviembre, *Los Madriles*, II, n. 61, p. 3 y 6: [Prólogo de Cánovas a *Pepita Jiménez* de Valera].

1890

- 238.- 11 enero, *Madrid Cómico*, X, n. 360, p. 3 y 6: [Campoamor. Valera y Morriña de E. Pardo Bazán].
- 239.- 18 enero, *Madrid Cómico*, X, n. 361, p. 6 y 7: [E. Pardo Bazán].
- 240.- 25 enero, *Madrid Cómico*, X, n. 362, p. 3: [Encíclica papal. Alonso Martínez y Martínez Campos].
- 241.- 1 febrero, *Madrid Cómico*, X, n. 363, p. 3: [Orera. Miravalles. Las obras de Ramos Carnón. Vital Aza y otros saineteros].
- 242.- 8 febrero, *Madrid Cómico*, X, n. 364, p. 3: *Un poema de Ansoarena y una carta de Campoamor*. I].
- 243.- 8 febrero, *Los Madriles*, III, n. 71, p. 46: *Rimas (6 riñones saltados)*. - *Imitación, hasta cierto punto, y por una sola vez, de mi querido amigo Eduardo de Palacio*. [Poema a A. Bosh y Fustegueras].
- 244.- 15 febrero, *Madrid Cómico*, X, n. 365, p. 3: *Un poema de Ansoarena y una carta de Campoamor*. II].
- 245.- 22 febrero, *Madrid Cómico*, X, n. 366, p. 3: *Un poema de Ansoarena y una carta de Campoamor*. III].
- 246.- 1 marzo, *Madrid Cómico*, X, n. 367, p. 3 y 6: [Un sabio que no sabe escribir. Larra, supuesto plagario. Duda existencia de América. E. Pardo Bazán].
- 247.- 8 marzo, *Madrid Cómico*, X, n. 368, p. 3: [Calvo y Muñoz, deudor. El general Cassola y *La Reforma*].

- 248.- 8 marzo, *Los Madriles*, III, n. 75, p. 75: [Una novela de Carracido. *Migajas* de López Silva].
- 249.- 15 marzo, *Madrid Cómico*, X, n. 369, p. 3: [Jove y Hevia].
- 250.- 22 marzo, *Madrid Cómico*, X, n. 370, p. 3 y 6: [Comienza a publicarse *La Reforma*. Santiago Estrada].
- 251.- 29 marzo, *Madrid Cómico*, X, n. 371, p. 6 y 7: [Bosh y Fustegueras, en la Academia de Ciencias].
- 252.- 5 abril, *Madrid Cómico*, X, n. 372, p. 6: [Crítica de F. Gavidia, elogiada por R. Dario, a propósito de las *Cartas Americanas* de Valera].
- 253.- 26 abril, *Madrid Cómico*, X, n. 375, p. 6 y 7: [Trilogía de Gutiérrez de Alba].
- 254.- 17 mayo, *Madrid Cómico*, X, n. 378, p. 3 y 6: [Las poesías de M. en *La Época*].
- 255.- 24 mayo, *Madrid Cómico*, X, n. 379, p. 3 y 6: [Mala redacción de algunos periodistas. E. Lezama. F. Balart].
- 256.- 14 junio, *Madrid Cómico*, X, n. 382, p. 3 y 6: *Sobre motivos de los "Ripios académicos" de Valbuena*.
- 257.- 21 junio, *Madrid Cómico*, X, n. 383, p. 3 y 6: *Sobre motivos de los "Ripios académicos" de Valbuena. (Conclusión... que continuará)*.
- 258.- 28 junio, *Madrid Cómico*, X, n. 384, p. 6 y 7: *Sobre motivos de los "Ripios académicos" de Valbuena. (Conclusión verdad)*.
- 259.- 5 julio, *Madrid Cómico*, X, n. 385, p. 3 y 6: [Antología de poetas líricos castellanos de Menéndez y Pelayo. *Una Cristiana* de E. Pardo Bazán].
- 260.- 12 julio, *Madrid Cómico*, X, n. 386, p. 3 y 6: [Una *Cristiana* de E. Pardo Bazán].
- 261.- 19 julio, *Madrid Cómico*, X, n. 387, p. 3 y 6: [Repaso a la producción literaria en Europa desde un año atrás].
- 262.- 26 julio, *Madrid Cómico*, X, n. 388, p. 3: *Correspondencia particular (imitación del Madrid Cómico)*. [A. S. Rueda, S. Delgado y C.R.R. de E.V.].
- 263.- 9 agosto, *Madrid Cómico*, X, n. 390, p. 3: [Simbolismos. Políticos, literatos y falta de letras].
- 264.- 30 agosto, *Madrid Cómico*, X, n. 393, p. 3 y 6: [Lorenzo Manuel d'Ayot. Muerte de Rodríguez Rubí].
- 265.- 6 septiembre, *Madrid Cómico*, X, n. 394, p. 3: [El álbum *De Cantabria*. Regionalismo y celebridades literarias].

- 266 – 13 septiembre, *Madrid Cómico*, X, n. 395, p. 3: [M. L. d'Ayot. Cánovas].
- 267 – 20 septiembre, *Madrid Cómico*, X, n. 396, p. 3 y 6: [La Prueba de E. Pardo Bazán].
- 268 – 27 septiembre, *Madrid Cómico*, X, n. 397, p. 3 y 6: [La Prueba de E. Pardo Bazán].
- 269 – 4 octubre, *Madrid Cómico*, X, n. 398, p. 3: [Portugal].
- 270 – 11 octubre, *Madrid Cómico*, X, n. 399, p. 3 y 6: [F. Balart, R. Gil. Poetas contemporáneos. Palacio Valdés y S. Rueda].
- 271 – 18 octubre, *Madrid Cómico*, X, n. 400, p. 3 y 6: [Barrautes y S. Estrada].
- 272 – 25 octubre, *Madrid Cómico*, X, n. 401, p. 3 y 6: [La Prueba de E. Pardo Bazán].
- 273 – 1 noviembre, *Madrid Cómico*, X, n. 402, p. 3 y 6: [Fabié en la Academia y el descrédito de la institución].
- 274 – 8 noviembre, *Madrid Cómico*, X, n. 403, p. 3: [A. María Guerrero].
- 275 – 15 noviembre, *Madrid Cómico*, X, n. 404, p. 3 y 6: [A. María Guerrero].
- 276 – 22 noviembre, *Madrid Cómico*, X, n. 405, p. 3 y 6: [Libros recibidos. M. de Cavia. A. Muro. El Método Cortina para aprender español].
- 277 – 29 noviembre, *Madrid Cómico*, X, n. 406, p. 3 y 6: [Cánovas en el Ateneo].
- 278 – 6 diciembre, *Madrid Cómico*, X, n. 407, p. 3: [A. M. Guerrero. Los irresponsables de Dicenta, en el Español].
- 279 – 13 diciembre, *Madrid Cómico*, X, n. 408, p. 3 y 6: [Un discurso de Guillermo II].
- 280 – 20 diciembre, *Madrid Cómico*, X, n. 409, p. 3 y 6: [Incorrección gramatical de M. del Palacio. Carta a J. Dicenta].

1891

- 281 – 3 enero, *Madrid Cómico*, XI, n. 411, p. 3, 5 y 6: [Ataques del periódico *La Libertad* y defensa de *La Justicia*. Las Agencias Fabra y Mencheta].
- 282 – 10 enero, *Madrid Cómico*, XI, n. 412, p. 3 y 6: [M. del Palacio. E. Pardo Bazán].
- 283 – 24 enero, *Madrid Cómico*, XI, n. 414, p. 3: [Ángel Guerra de Pérez Galdós. *La Espuma* de Palacio Valdés. *Madrid en Broma* de L. Taboada. Poesías de J. Cailaveral].
- 284 – 31 enero, *Madrid Cómico*, XI, n. 415, p. 3: [Ataque de revistas. *El Polichinela*. Anécdotas literarias. Dicenta].

- 285 – 7 febrero, *Madrid Cómico*, XI, n. 416, p. 3: [Aparición de *Nubes de Eslo* de Pereda. Publicidad de malos escritores y malos políticos].
- 286 – 14 febrero, *Madrid Cómico*, XI, n. 417, p. 3 y 6: *A la parietaria a ó d la parietaria b*. [E. Pardo Bazán. *Nuevo Teatro Crítico* e incorrecciones lingüísticas].
- 287 – 21 febrero, *Madrid Cómico*, XI, n. 418, p. 3 y 6: [Los conservadores en la Universidad de Oviedo. Cánovas. Campoamor y el barón de Covadonga].
- 288 – 7 marzo, *Madrid Cómico*, XI, n. 420, p. 3 y 6: [Ausencia de un "palique" y a vueltas con la conciencia. E. Pardo Bazán y C. Arenal].
- 289 – 14 marzo, *Madrid Cómico*, XI, n. 421, p. 3 y 6: [Cavestany].
- 290 – 28 marzo, *Madrid Cómico*, XI, n. 423, p. 3 y 6: [Luis Alfonso. E. Pardo Bazán y la "high life"].
- 291 – 18 abril, *Madrid Cómico*, XI, n. 426, p. 3 y 6: [De pión a pión de M. de Cavia. E. Pardo Bazán y *Pequeñeces* del P. Coloma. R. Correa].
- 292 – 25 abril, *Madrid Cómico*, XI, n. 427, p. 3 y 6: [Poesías de J. Velarde y de J. Menéndez Pidal].
- 293 – 9 mayo, *Madrid Cómico*, XI, n. 429, p. 3 y 6: [C. J. de Arpe, de *El Resumen* e incorrecciones gramaticales].
- 294 – 30 mayo, *Madrid Cómico*, XI, n. 432, p. 3 y 6: [Vital Aza. Ferrari].
- 295 – 6 junio, *Madrid Cómico*, XI, n. 433, p. 3: [E. Pardo Bazán. Patrocinio Biedma].
- 296 – 13 junio, *Madrid Cómico*, XI, n. 434, p. 3 y 6: [Exámenes. Obispos y trabajo].
- 297 – 20 junio, *Madrid Cómico*, XI, n. 435, p. 3: [L. Ayot. E. del Palacio].
- 298 – 4 julio, *Madrid Cómico*, XI, n. 437, p. 3 y 6: [Ripios vulgares de A. Valbuena. L. Cano. Grilo. Cueros Enriquez. La compañía teatral de A. Vico. El C. J. Arpe de *El Resumen*].
- 299 – 11 julio, *Madrid Cómico*, XI, n. 438, p. 3: [F. Balart. C. Arenal y la Academia].
- 300 – 18 julio, *Madrid Cómico*, XI, n. 439, p. 3 y 6: [A. Vico y sus campañas teatrales].
- 301 – 1 agosto, *Madrid Cómico*, XI, n. 441, p. 3 y 6: [A propósito de *Las mujeres* y las Academias. cuestión social inocente de J. Valera].
- 302 – 8 agosto, *Madrid Cómico*, XI, n. 442, p. 3: [Un artículo de L. Vidart y la cuestión de las mujeres en las academias].
- 303 – 22 agosto, *Madrid Cómico*, XI, n. 444, p. 3: [Inauguración de una estatua a Jovellanos].

- 304 – 5 septiembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 446, p. 3 y 6: [G. Ladevesse y los galicismos. Música a la trilogía de Balaguer. Carulla. Lagartijo. Nakes].
- 305 – 12 septiembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 447, p. 3 y 6: [Cuestiones del Ejército].
- 306 – 15 septiembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 448, p. 3 y 6: [El silencio de E. Pardo Bazán en su *Nuevo Teatro Crítico* a la última obra de "Clarín"].
- 307 – 19 septiembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 448, p. 3 y 6: [El silencio de E. Pardo Bazán en su *Nuevo Teatro Crítico* a la última obra de "Clarín"].
- 308 – 10 octubre, *Madrid Cómico*, XI, n. 451, p. 3 y 6: [La Academia. San Juan de la Cruz y los poetas].
- 309 – 17 octubre, *Madrid Cómico*, XI, n. 452, p. 3: [M. del Palacio y el general Boulanger. El Sr. Zeda, crítico teatral en *La Epoca*].
- 310 – 31 octubre, *Madrid Cómico*, XI, n. 454, p. 3: [La Epoca y A. Escobar].
- 311 – 7 noviembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 455, p. 3: [Taboada, Cavia, Grilo, M. del Palacio, Ferrari y Velarde].
- 312 – 14 noviembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 456, p. 3: [Silencio y opiniones de E. Pardo Bazán].
- 313 – 15 noviembre, *La Correspondencia de España. Suplemento de Literatura. Ciencias y Bellas Artes*, n. 49, p. 1: [L. Taboada].
- 314 – 21 noviembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 457, p. 3 y 6: [Fratiles escritores. El P. Blanco García. El P. Muñíos].
- 315 – 28 noviembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 458, p. 3 y 6: [Bosch. M. del Palacio. El P. Muñíos. El P. Blanco García].
- 316 – 5 diciembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 459, p. 3: [Últimos escritos de P. A. de Alarcón].
- 317 – 12 diciembre, *Madrid Cómico*, XI, n. 460, p. 3 y 6: [Velarde. El P. Muñíos].

1892

- 318 – 23 enero, *Madrid Cómico*, XII, n. 466, p. 3, 5 y 6: [Ibsen. Errores lingüísticos de E. Pardo Bazán. E. Bobadilla; *Candilejas*, poema que "Clarín" le dedica. El P. Muñíos].
- 319 – 26 enero, *El Liberal* (Alicante), n. 1761, p. 3: [*Colaboración inédita*]. [*La piedra angular* de E. Pardo Bazán].
- 320 – 30 enero, *Madrid Cómico*, XII, n. 467, p. 3 y 6: [M. del Palacio. *Historias de la corte celestial* por un sacerdón jubilado. Apeles

Mestres. Echegaray. *Cartilla Huasteca* de M. Alejandro].

321.- 6 febrero, *Madrid Cómico*, XII, n. 468, p. 3 y 6: [E. Bobadilla].

322.- 13 febrero, *Madrid Cómico*, XII, n. 469, p. 3 y 6: [El P. Blanco García].

323.- 20 febrero, *Madrid Cómico*, XII, n. 470, p. 3 y 6: [E. Gómez Carrillo. E. Bobadilla].

324.- 27 febrero, *Madrid Cómico*, XII, n. 471, p. 3 y 6: [A San Juan de la Cruz, poesía de Carolina Valencia, premiada por la Academia].

325.- 5 marzo, *Madrid Cómico*, XII, n. 472, p. 3 y 6: [Ataques a "Clarín" por las críticas al P. Blanco García].

326.- 26 marzo, *Madrid Cómico*, XII, n. 475, p. 3: [Noticias locales. Carvajal. Necedal. Precisión semántica].

327.- 2 abril, *Madrid Cómico*, XII, n. 476, p. 7: [Actividades en el Ateneo. El conflicto de las Carolinas y los padres Blanco García y Muñíos. Anécdota en el tren].

328.- 9 abril, *Madrid Cómico*, XII, n. 477, p. 3: [El descubrimiento de América: opiniones de E. Pardo Bazán y otros comentarios].

329.- 16 abril, *Madrid Cómico*, XII, n. 478, p. 3 y 6: [Centenario del Descubrimiento: a propósito de un artículo de J. Valera].

330.- 30 abril, *La Ilustración Ibérica*, X, n. 487, p. 279 y 282: [Actualidad literaria. E. Pardo Bazán. Semana Santa y disparates periodísticos].

331.- 30 abril, *Madrid Cómico*, XII, n. 480, p. 3: [“Zeda”, redactor de *La Época*. Cuestiones sintácticas].

332.- 7 mayo, *Madrid Cómico*, XII, n. 481, p. 3 y 6: [Otro “Zeda”. Bofill y una comedia de Urecha. Luis París y el Teatro Español].

333.- 14 mayo, *Madrid Cómico*, XII, n. 482, p. 3 y 6: [Actividades en el Ateneo y en el Centro del Ejército y la Armada. Sánchez Pérez, de *El Imparcial* y cuestiones de crítica teatral. R. Calvo, D. Jiménez y el Teatro Español].

334.- 28 mayo, *Madrid Cómico*, XII, n. 484, p. 3 y 6: [Falta de traducciones de calidad. *Madronópolis* de E. Prieto].

335.- 4 junio, *Madrid Cómico*, XII, n. 485, p. 3: [Muerte de M. Silveira. J. Nombela].

336.- 7 junio, *El Liberal* (Alicante), n. 1867. (Publicado también en *La Nación*, Buenos Aires, 27 junio 1892): [Colaboración inédita]. [Cantos de C. Oyuela].

337.- 11 junio, *Madrid Cómico*, XII, n. 486, p. 3: [E. Pardo Bazán y su *Nuevo Teatro Crítico*].

338.- 18 junio, *Madrid Cómico*, XII, n. 487, p. 3: *El último palique*. [“Clarín” se despide de la revista, por razones económicas].

339.- 12 noviembre, *La Caricatura*, I, n. 17, p. 6-7: [El Congreso literario por el Centenario de Calderón. Cánovas].

340.- 18 noviembre, *La Correspondencia de España*, XLIII, n. 12644, p. 1: [Exposición de pinturas. La instrucción de las mujeres].

1893

341.- 22 enero, *La Caricatura*, II, n. 27, p. 3-4: *Los años* [Un soneto de Fabié. El suplemento infantil de *La Época*. Castelar. E. Pardo Bazán y Sagasta. El P. Blanco García].

342.- 26 febrero, *La Caricatura*, II, n. 32, p. 5-6: [Homenajes periodísticos a Zorrilla. Castelar. Cánovas. E. Pardo Bazán].

343.- 4 marzo, *Madrid Cómico*, XIII, n. 524, p. 3 y 6: [Los castelanos. El Sr. Pulido, candidato a la diputación de Murcia].

344.- 18 marzo, *Madrid Cómico*, XIII, n. 526, p. 3 y 6: [Incorrecciones gramaticales. Baralt].

345.- 22 abril, *Madrid Cómico*, XIII, n. 531, p. 3 y 6: [El monumento a Zorrilla. E. Pardo Bazán].

346.- 6 mayo, *Madrid Cómico*, XIII, n. 533, p. 3 y 6: [La Academia. Silveira, académico. El P. Mir].

347.- 20 mayo, *Madrid Cómico*, XIII, n. 535, p. 6: [Periódicos populares. Los folletines].

348.- 24 junio, *Madrid Cómico*, XIII, n. 540, p. 3: [Errores ortográficos y sintácticos. Baralt].

349.- 15 julio, *La Ilustración Ibérica*, XI, n. 550, p. 438: [Alusiones de A. Sánchez Pérez y la renovación del teatro].

350.- 29 julio, *La Ilustración Ibérica*, XI, n. 552, p. 470: [“Kermesse” y ayuda a los pobres].

351.- 26 diciembre, *El Globo*, XIX, n. 6620, p. 1: [La crítica literaria. F. Balart. S. Rueda. R. Darío y los poetas modernistas].

1894

352.- 10 febrero, *El Globo*, XX, n. 6666, p. 1. (Publicado también en *Las Novedades*. Nueva York, n. 626, 8 marzo 1894, p. 2): [Indicios de mejoría en el interés público por libros y prensa. Actualidad teatral. *La de San Quintín* de P. Galdós].

353.- 9 mayo, *El Globo*, XX, n. 6754, p. 1: [La cultura española vista desde el extranjero.

Errores de P. Gener y de J. Burell. Ramón y Cajal. *Christophe Colon* de E. Harrisse y la *Bibliografía colombina* de la Academia de la Historia].

354.- 30 junio, *El Globo*, XX, n. 6805, p. 1. [El álbum dedicado a la literatura y arte de España publicado por Magyar Szalon].

1895

355.- 5 enero, *La Ilustración Ibérica*, XIII, n. 627, p. 10. (Publicado también en *La Publicidad*, Barcelona, n. 5821, 15 enero 1895): [El periodismo literario en España. Estreno de *Los Condenados* de P. Galdós].

356.- 16 febrero, *Madrid Cómico*, XV, n. 626, p. 71 y 74: [Vuelta a los “paliques” y propósitos. La prensa literaria en España. “Kasabal”. Fernández Bremón].

357.- 13 abril, *Madrid Cómico*, XV, n. 634, p. 139-140: *Correspondencia particular*. [Sobre Teresa y otras obras de “Clarín”].

358.- 25 abril, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1629, p. 1: [Propósitos. El Ateneo. “Roger de Flor”, crítico de E. Pardo Bazán].

359.- 3 mayo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1637, p. 1: [Actividades en el Ateneo. R. Balsa de la Vega. J. Arimón].

360.- 11 mayo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1645, p. 1: [Química y poetas españoles. *Studien zur kritisch der moderne* de H. Bahr. Anónimos y críticas. E. Blasco].

361.- 18 mayo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1652, p. 1: [El P. Blanco García. J. Arimón].

362.- 24 mayo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1658, p. 1: [Primavera y poetas. Balsa y J. Arimón].

363.- 25 mayo, *Madrid Cómico*, XV, n. 640, p. 185-186: [D'Ayot. L'Iniers. Sonetos de Núñez de Arce].

364.- 30 mayo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1664, p. 1: [Balsa de la Vega].

365.- 8 junio, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1673, p. 4: [M. de Cavia, Ixart, Sánchez Calvo, Balsa].

366.- 8 junio, *Madrid Cómico*, XV, n. 642, p. 199-200: [Críticos nuevos. M. del Palacio. Núñez de Arce. J. Menéndez Pidal].

367.- 29 junio, *Madrid Cómico*, XV, n. 645, p. 225-226: [J. Arimón. Fernández Bremón. López Silva y cierta protesta por sus diálogos populares].

368.- 3 julio, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1698, p. 1: [Fernández Bremón].

- 369.- 13 julio, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1708, p. 4 (El mismo "palique" viene publicado el día 14 en el mismo periódico): *Modas*. [Reflexiones estéticas].
- 370.- 21 julio, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1717, p. 4: *Modas II*.
- 371.- 5 agosto, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1731, p. 4: *Los amateurs* [Amateurs literarios].
- 372.- 11 agosto, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1737, p. 4: *Gijón*, Agosto. [Noticias de y desde Gijón].
- 373.- 30 agosto, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1756, p. 1: *Otra reconquista*. [Cuba].
- 374.- 25 septiembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1782, p. 1: [La catástrofe del crucero Barcáiztegui. Deficiencias de la Armada española].
- 375.- 12 octubre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1799, p. 1: ¿Se puede? [La Iglesia y la libertad del pensamiento y de la cátedra. El Concordato].
- 376.- 23 octubre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1810, p. 4: [El Estado y el teatro].
- 377.- 26 octubre, *Madrid Cómico*, XV, n. 662, p. 359-360: [Disparates periodísticos. Martínez Campos].
- 378.- 4 noviembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1822, p. 1: *Unas palabras de Bentham*. [La guerra de Cuba].
- 379.- 11 noviembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1829, p. 1: *Para alusiones*. [Sobre las discusiones. El Sr. Concas. Campaña pro mejora del teatro].
- 380.- 16 noviembre, *Madrid Cómico*, XV, n. 665, p. 383 y 386: [Cursilones de L. Taboada].
- 381.- 19 noviembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1837, p. 1: *Teoría y práctica forenses* [Comedia judicial]. [La defensa, a propósito de un caso en Oviedo].
- 382.- 30 noviembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1848, p. 1: [La libertad de cátedra].
- 383.- 9 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1857, p. 1: *Armando*. [Político de la antigua Roma prevaricador y culpable de lesa majestad].
- 384.- 25 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1873, p. 1: *Zorrilla y Moral*. [Autores españoles en el *Diccionario universal de contemporáneos* de Vapereau].
- 385.- 28 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1876, p. 4: *Justicia* [Las críticas a *Voluntad* de Pérez Galdós].
- 386.- 11 enero, *Madrid Cómico*, XVI, n. 673, p. 31-32: ["Panzaque", de *La Epoca*, "Elete" de *El Imparcial* y otros críticos].
- 387.- 17 enero, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1896, p. 1: [La *Epoca* y el matrimonio, a propósito del contrato por M. Guerrero con el Sr. Mendoza. Verlaire y error de información en *La Epoca*. Hacienda].
- 388.- 25 enero, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1904, p. 1: *El doctor Angelico y los doctores de todos los diablos* [Escolasticismo en la Enseñanza].
- 389.- 30 enero, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1909, p. 1: [Malos poetas].
- 390.- 14 febrero, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1924, p. 1: [Fallecimiento de Castro y Serrano. Vacante en la Academia. candidatos].
- 391.- 22 febrero, *Madrid Cómico*, XVI, n. 679, p. 79-82: [La cuestión de Cuba, el carlista *El Correo Español* y otros periódicos. Errores de estilo en *La Epoca* y *El Liberal*. A. Pulido. El crítico "Cualquiera"].
- 392.- 3 marzo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1942, p. 3: [La crítica de libros en España. Vacante en la Academia. Pereda].
- 393.- 13 marzo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1952, p. 4: [Periodistas en la Academia. El periodista "San Rafael". El público de los estrenos teatrales. Candidatos a la Academia. Más disparates periodísticos].
- 394.- 19 marzo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1958, p. 4: *Cortes ordinarias... extraordinarias*.
- 395.- 31 marzo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1970, p. 1: [Fin y balance de la temporada teatral. Dicenta. P. Galdós. Echegaray. Feliu y Codina. Críticos. Ibsen. Ramos Carrión. Vital Aza].
- 396.- 9 abril, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1978, p. 1: [La *Epoca* y un folleto del P. Mir contra los jesuitas. *Adán y Eva* de E. Pardo Bazán].
- 397.- 18 abril, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1987, p. 1: *Fe de erratas*. Procopio. ["Zeda"].
- 398.- 22 abril, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 1991, p. 1: *Para alusiones*. [A. M. de Cavia. Las últimas elecciones. El actor Novelli].
- 399.- 9 mayo, *Madrid Cómico*, XVI, n. 690, p. 167: [Una supuesta aparición de la Virgen. La Iglesia española, reaccionarios y *La Epoca*].
- 400.- 10 mayo, *Heraldo de Madrid*, VI, n. 2009, p. 1: [La sequía, *La Epoca*, "Zeda". Cánovas].
- 401.- 12 mayo, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2012, p. 1: [*La Epoca*. Arbitrariedad ortográfica; estadística de los diputados. Traslado a Valladolid de los restos mortales de Zorrilla].
- 402.- 16 mayo, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2015, p. 1: [Disparates de E. Pardo Bazán. Defectos estilísticos en un discurso de la Reina].
- 403.- 26 mayo, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2025, p. 1: [Los jesuitas y *Barrodo* del P. Mir. Noherlessen, astrólogo palentino].
- 404.- 29 mayo, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2028, p. 1: [Nuevos libros. A. de Paz, Dicenta, J. de Cárdenas, Abarzuza, Ferrán].
- 405.- 6 junio, *Madrid Cómico*, XVI, n. 694, p. 201-202: [Filosofía de los "paliques de gazapos". Algunos de Herculano de Moguel, E. Pardo Bazán y *La Epoca*].
- 406.- 13 junio, *Madrid Cómico*, XVI, n. 695, p. 209-210: [El duelo y el Código militar. Unos versos de Núñez de Arce].
- 407.- 20 junio, *Madrid Cómico*, XVI, n. 696, p. 215-216: [Discusión en el Congreso sobre reputación de candidatos a Cortes. A. Pidal].
- 408.- 4 julio, *Madrid Cómico*, XVI, n. 698, p. 233-234: [Pidal. *La Nebolina* de José Chocano. Opiniones literarias de Max Nordau].
- 409.- 6 julio, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2066, p. 1: [Un romance becho a la antigua / -al menos, muy anticuada- / para contestar a un crítico / que ahora vuelve a la jarana / / que él comenzó en illo tempore / sobre cuestión de gramática].
- 410.- 11 julio, *Madrid Cómico*, XVI, n. 699, p. 239: [La actual clase política española].
- 411.- 18 julio, *Madrid Cómico*, XVI, n. 700, p. 247: [M. del Palacio. Becerro de Bengoa. Los *Lunes de El Imparcial* y "rachas literarias" de otros periódicos. La renovación del teatro].
- 412.- 21 julio, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2081, p. 1: [Reverter, ministro de Hacienda].
- 413.- 25 julio, *Madrid Cómico*, XVI, n. 701, p. 257-258: [Cuentos y chascarrillos andaluces, de Campillo y Valera].
- 414.- 1 agosto, *Madrid Cómico*, XVI, n. 702, p. 265-266: [Fernández Bremón y la renovación del teatro].
- 415.- 3 agosto, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2094, p. 1: *Valera y el teatro libre*.
- 416.- 8 agosto, *Madrid Cómico*, XVI, n. 703, p. 273-274: [Reverter, ministro de Hacienda, y Gamazo. Versos de Fernández Bremón].
- 417.- 11 agosto, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2102, p. 1: [El centenario de la patata y Sánchez Moguel. Certámenes literarios. El Dr. Thebussem].

418. — 15 agosto, *Madrid Cómico*, XVI, n. 704, p. 281-282. [La guerra de Cuba].
419. — 22 agosto, *Madrid Cómico*, XVI, n. 705, p. 287. [Higienistas. Cuestiones de Instrucción Pública. Provisión de cátedras].
420. — 29 agosto, *Madrid Cómico*, XVI, n. 706, p. 295. [Erratas y cuestiones gramaticales. Cheste y su traducción de Dante. Retana y Filipinas].
421. — 2 septiembre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2124, p. 1. [La estatua de Elduayen y la erección de estatuas].
422. — 5 septiembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 707, p. 303. [La sección "Nuestras crónicas" de *El Liberal*. Blasco].
423. — 12 septiembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 708, p. 313-314. [La guerra de Cuba].
424. — 14 septiembre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2136, p. 1. [J. García Sanz. El conde de Coello].
425. — 19 septiembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 709, p. 319. [El manifiesto de los diputados carlistas. Vázquez de Mella].
426. — 26 septiembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 710, p. 327-328. [Ataque de S. Piñeiro. E. Sepúlveda].
427. — 10 octubre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 712, p. 343. [El discurso de parainfante del Sr. Vadillo].
428. — 16 octubre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2168, p. 1. [S. Piñeiro. Al hijo de F. Urrecha].
429. — 17 octubre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 713, p. 354. [El manifiesto de los diputados carlistas].
430. — 24 octubre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 714, p. 359-360. [Publicación de *El Año Teatral*].
431. — 26 octubre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2178, p. 1. *Un filibustero literario*. [Más sobre *El Año Teatral*].
432. — 31 octubre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 715, p. 367. [Alusiones de Gedeón a la corrección literaria y a las erratas].
433. — 7 noviembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 716, p. 375. [Algunos artículos del autor de *El Año Teatral* (S. Canals)].
434. — 14 noviembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 717, p. 383. [Errores periodísticos. Las críticas de J. Arimón a Calderón].
435. — 21 noviembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 718, p. 391. [El *Imparcial* y la guerra de Cuba. Patriotismo literario. Un artículo de E. Pardo Bazán. Ataque de un periódico de Pontevedra].
436. — 23 noviembre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 3006, p. 1. [Discurso de Moret en el Ateneo. Cursos de J. Menéndez Pidal y de E. Pardo Bazán].
437. — 28 noviembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 719, p. 399. [Desgracia familiar de don Carlos de Borbón. Ayudas de Dicenta, Echegaray y Novo a la causa de la guerra. Fernández Bremón].
438. — 5 diciembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 720, p. 407-410. [Tribunal de exámenes en Telégrafos].
439. — 6 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 3019, p. 1. *Melquiades Álvarez*.
440. — 12 diciembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 721, p. 415. [El señor feudal de Dicenta].
441. — 16 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2229, p. 1. [Vacaciones universitarias].
442. — 19 diciembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 722, p. 425-426. [Clérigos patrioterros].
443. — 22 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2235, p. 1. [Opiniones de Núñez de Arce sobre el teatro].
444. — 26 diciembre, *Madrid Cómico*, XVI, n. 723, p. 431-432. [Fernández Bremón y otros periodistas escribiendo de la guerra. Centenario de Bretón de los Herreros].
445. — 29 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VII, n. 2242, p. 2. [Los clérigos y la guerra].
446. — 4 enero, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2248, p. 2. *Horizontes* [Reflexiones paisajísticas. Campoamor, Balart, Núñez de Arce, Pereda, Castelar...].
447. — 7 enero, *La Saeta*, VIII, n. 320, p. 2-3. [Comentarios errados de Gedeón sobre "Clarín". Fernández Bremón. Martínez Ruiz. Opiniones teatrales del crítico "Gil Blas de Santillana"].
448. — 9 enero, *Madrid Cómico*, XVII, n. 725, p. 19. [Horizontes de Campoamor. Balart. Bagatelas de Vital Aza. Los *Madriles* de López Silva].
449. — 16 enero, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2260, p. 1. [Humorismo de *La Epoca*. E. Sepúlveda. "Gazapos" de Gedeón].
450. — 16 enero, *Madrid Cómico*, XVII, n. 726, p. 29-30. [Críticas de Gedeón a "Clarín" y a E. Pardo Bazán. Errores gramaticales de Gedeón].
451. — 21 enero, *La Saeta*, VIII, n. 322, p. 1-2. [V. Balaguer].
452. — 28 enero, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2272, p. 1. [Desafío y errores lingüísticos de Gedeón].
453. — 28 enero, *La Saeta*, VIII, n. 323, p. 2 y 4. [Moret. Fernández Bremón y el centenario de Bretón de los Herreros, en el Ateneo. E. Sepúlveda. El obispo de Salamanca (T. Cámara) y la guerra de Cuba].
454. — 30 enero, *Madrid Cómico*, XVII, n. 728, p. 45-46. [P. de Múgica y *Fe de erratas* de A. Valbuena].
455. — 4 febrero, *La Saeta*, VIII, n. 324, p. 2-3. [El fiscal Puga y Cánovas].
456. — 6 febrero, *Madrid Cómico*, XVII, n. 729, p. 51. [Diálogo entre Gedeón y Calínez].
457. — 11 febrero, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2286, p. 1. [El crítico Saint-Aubin y la literatura dramática].
458. — 11 febrero, *La Saeta*, VIII, n. 325, p. 2-3. [Política del pretendiente carlista. El año teatral 1896-1897. Gedeón y Calínez].
459. — 13 febrero, *Madrid Cómico*, XVII, n. 730, p. 59. [Un discurso de Cánovas sobre las guerras coloniales].
460. — 18 febrero, *La Saeta*, VIII, n. 326, p. 2-3. [El obispo de Salamanca (T. Cámara) y P. Dorado].
461. — 20 febrero, *Madrid Cómico*, XVII, n. 731, p. 67. [Gedeón. Calínez. Discursos de P. Galdós y Menéndez Pelayo en la Academia. "Gil Blas de Santillana"].
462. — 25 febrero, *La Saeta*, VIII, n. 327, p. 2-3. [Navarro Ledesma, de Gedeón: gazapos y Urrecha de *Los Lunes de El Imparcial*].
463. — 27 febrero, *Madrid Cómico*, XVII, n. 732, p. 77-78. [Poesías de Ferrás].
464. — 4 marzo, *La Saeta*, VIII, n. 328, p. 2-3. [Navarro Ledesma, de Gedeón, y U. González Serrano].
465. — 5 marzo, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2308, p. 1. [E. Pardo Bazán y Víctor Hugo. *Los Estudios superiores* promovidos por Moret. Menéndez Pidal].
466. — 6 marzo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 733, p. 83. [Navarro Ledesma].
467. — 14 marzo, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2317, p. 1. *Dos estuches*. [Legado monetario de Z. González al Papa, enviado por A. Pidal. San Francisco y el dinero].
468. — 18 marzo, *La Saeta*, VIII, n. 330, p. 2-4. [Opiniones de Fernández Bremón. Navarro Ledesma, Pérez Galdós y Menéndez Pelayo].
469. — 20 marzo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 735, p. 99. [Carlistas y guerras].

470. – 27 marzo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 736, p. 107: [Genio y figura de J. Valera. M. Espejo y R. Menéndez Pidal].
471. – 1 abril, *La Saeta*, VIII, n. 332, p. 2-3: [Relaciones de Estados Unidos con la clericalizada España. Cánovas, escritor].
472. – 3 abril, *Madrid Cómico*, XVII, n. 737, p. 115: [Algunos libros del canónigo penitenciario de Toledo (R. Fernández Valbuena) sobre el liberalismo y la libertad].
473. – 4 abril, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2338, p. 1: [A propósito de la expedición de Nansen al Polo Norte].
474. – 8 abril, *La Saeta*, VIII, n. 333, p. 2-3: [La prensa y la guerra. Genio y Figura de Valera y la crítica carlista. *Notas* de Alfredo Calderón].
475. – 12 abril, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2346, p. 1: [Snobismo cultural].
476. – 15 abril, *La Saeta*, VIII, n. 334, p. 2-3: [Regionalismo. Becerro de Bengoa].
477. – 17 abril, *Madrid Cómico*, XVII, n. 739, p. 131-132: [Ataques a "Clarín"].
478. – 24 abril, *Madrid Cómico*, XVII, n. 740, p. 140-141: [Núñez de Arce. Pérez Escrich].
479. – 29 abril, *La Saeta*, VIII, n. 336, p. 2 y 4: [Núñez de Arce. Fernández Bremón].
480. – 1 mayo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 741, p. 147: [A. S. de la Torre, propietario de la *Revista Moderna*, sobre Navarro Ledesma].
481. – 3 mayo, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2366, p. 1: [Pérez Escrich].
482. – 8 mayo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 742, p. 158: [Martínez Ruiz].
483. – 15 mayo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 743, p. 163: [Académicos en cuadrilla de "El Bachiller Francisco de Estepa". Las críticas de Calínez y de Ledesma. Muerte de Feliu y Codina].
484. – 22 mayo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 744, p. 171: [Calínez. Navarro y Ledesma].
485. – 26 mayo, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2389, p. 2: [Feliu y Codina].
486. – 29 mayo, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2392, p. 1: [Hortus Inclusus. [El duque de Tetuán].
487. – 29 mayo, *Madrid Cómico*, XVII, n. 745, p. 179: [Elecciones municipales. Actualidad política].
488. – 3 junio, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2397, p. 1: [Vacante en la Academia. Palacio Valdés].
489. – 5 junio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 746, p. 189-190: [Tipos Cómicos de L. Taboada. *El tesoro de Gastón* de E. Pardo Bazán].
490. – 12 junio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 747, p. 195: [Candidatos a la vacante en la Academia: ingreso de las mujeres].
491. – 17 junio, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2411, p. 1: [Proyecto. [Propósitos críticos de "Clarín"].
492. – 19 junio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 748, p. 203: [Discurso de Silvela].
493. – 22 junio, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2416, p. 1: [Peña y Dorado. [El decano y el catedrático de la Facultad de Derecho de Salamanca].
494. – 25 junio, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2419, p. 1: [T. Peña y P. Dorado].
495. – 26 junio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 749, p. 211: [Fernández Bremón y L. Bardón. Un soneto de Navarro y Ledesma].
496. – 28 junio, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2422, p. 1: [Bardón].
497. – 3 julio, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2427, p. 1: [La cátedra de Bardón].
498. – 3 julio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 750, p. 221-222: [Crítica de J. Arimón a *Agua, azucarillos y aguardiente*. El estilo de Pulido y de Fernando Segundo, en *El Liberal*].
499. – 10 julio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 751, p. 227: [El clero y P. Dorado].
500. – 17 julio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 752, p. 235-236: [El Dr. Díaz de la Quintana y el clima de Madrid. *Hojas* de Sagastume].
501. – 24 julio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 753, p. 245-246: [Los pecados de los padres los pagan los hijos, drama de D. Mortalé. Castelar. El duque de Rivas].
502. – 29 julio, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2453, p. 1: [Actualidad política y teatral. E. Pardo Bazán. Fernández Bremón].
503. – 31 julio, *Madrid Cómico*, XVII, n. 754, p. 254-255: [Ojito derecho de los hermanos Álvarez Quintero. El Dr. Díaz y otros higienistas. E. Sepúlveda. P. Gullón].
504. – 3 agosto, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2458, p. 1: [Un soneto de A. Reyes].
505. – 5 agosto, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2460, p. 1: [Don Leonardo. [Interés por las opiniones del público desconocido].
506. – 7 agosto, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2462, p. 1: [El último decreto sobre la enseñanza de las lenguas vivas].
507. – 7 agosto, *Madrid Cómico*, XVII, n. 755, p. 259: [La guerra de Cuba].
508. – 14 agosto, *Madrid Cómico*, XVII, n. 756, p. 267: [Silvela. Asesinato de Cánovas].
509. – 20 agosto, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2475, p. 1: [Don Leonardo. II. [El asesinato de Cánovas. Anarquistas y cristianos].
510. – 21 agosto, *Madrid Cómico*, XVII, n. 757, p. 277-278: [Circular de Puga a propósito de la muerte de Cánovas].
511. – 28 agosto, *Madrid Cómico*, XVII, n. 758, p. 283: [Bosch. Calínez y Cánovas].
512. – 6 septiembre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2492, p. 1: [Mi D. Leonardo en el meeting republicano de Gijón. [Castelar, M. Álvarez, Labra].
513. – 11 septiembre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2497, p. 1 [Publicado también en *La Publicidad*, Barcelona, ed. de noche, n. 545, 14 sept. 1897]: [Las oposiciones a cátedras. Labra].
514. – 11 septiembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 760, p. 299-300: [Las reformas en el reglamento de las corridas de toros y la política del día. Las compañías teatrales].
515. – 16 septiembre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2502, p. 2 [Publicado también en *El Diluvio*, Barcelona, 3 oct. 1897]: [Guillermo II y víctimas militares].
516. – 18 septiembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 761, p. 307: [El general Pando].
517. – 25 septiembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 762, p. 315: [Epitalamio de Valle-Inclán].
518. – 2 octubre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 763, p. 325-326: [El positivismo de J. E. Lagarrigue].
519. – 3 octubre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2519, p. 1: [Luis Vidart].
520. – 9 octubre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2525, p. 1: [Sr. D. R. del Valle Inclán].
521. – 9 octubre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 764, p. 331: [La guerra de Cuba. El fiscal Puga].
522. – 11 octubre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2527, p. 1: [La guerra de Cuba].
523. – 16 octubre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 765, p. 339: [Apolo en Apolo, S. Delgado y M. de Cavia].
524. – 24 octubre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2540, p. 2: [Inventiones de *El Liberal*. Fernández Bremón. *El País* y el socialismo].
525. – 30 octubre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 767, p. 355: [El estreno de L. González Gil. Reflexiones sobre los Paliques].
526. – 31 octubre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2547, p. 1: [El socialismo de *El País*. *Joya literaria*... de J. Montalvo].

527.— 3 noviembre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2550, p. 1: [El Socialista, Dicenta y discusión sobre el socialismo].

528.— 6 noviembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 768, p. 363: [E. Blasco].

529.— 13 noviembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 769, p. 373-374: [El sílbido en los teatros. María Guerrero].

530.— 4 diciembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 772, p. 395: [Alboroto en los estrenos teatrales. Calderón y María Guerrero].

531.— 18 diciembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 774, p. 413-414: [Guerra en Cuba e impuestos].

532.— 23 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2600, p. 1: *El desprecio de la vida... ajena*. [El general Weyler].

533.— 25 diciembre, *Madrid Cómico*, XVII, n. 775, p. 421-422: *Mortis causa*. [Despedida de *Madrid Cómico*].

534.— 26 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2603, p. 1: *"El Abuelo"*. [La última novela de Pérez Galdós].

535.— 28 diciembre, *Heraldo de Madrid*, VIII, n. 2605, p. 1-2: *"El Abuelo"*. [Conclusión].

1898

536.— 1 enero, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2609, p. 1: *El Cómico*. [Venta de *Madrid Cómico* L. Taboada].

537.— 10 enero, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2618, p. 1: [La guerra de Cuba].

538.— 15 enero, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 778, p. 66-67: [El nuevo *Madrid Cómico*. La sátira].

539.— 21 enero, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2629, p. 1: [J. Valera. *Académicas* de O'Reily].

540.— 22 enero, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 779, p. 85: [Gazapos literarios, E. Pardo Bazán, M. del Palacio, *El Mundo Naval Ilustrado*. Amós Salvador].

541.— 29 enero, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 780, p. 100: [Actualidad política: Sagasta, Romero Robledo, Weyler].

542.— 31 enero, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2639, p. 1: *Abajo los judíos*. [Antisemitismo en Francia].

543.— 5 febrero, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2644, p. 1: *Dios se ríe...* [A. Pidal].

544.— 6 febrero, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 781, p. 124: [*Cleopatra* de Sellés. Canals].

545.— 12 febrero, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 782, p. 138: [Primeras lecturas de "Clarín". Zola. El caso Dreyfus].

546.— 13 febrero, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2652, p. 1: [*Madame Sans-Gêne* de Sardou, por María Tubau. D'Annunzio. Escritores italianos contemporáneos].

547.— 24 febrero, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2663, p. 4: [J. Valera, crítico teatral].

548.— 26 febrero, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 784, p. 581: [*Barbastro* de E. Pardo Bazán. Patriotismos y la guerra con Estados Unidos].

549.— 5 marzo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 785, p. 199-200: [*Naderías* de J. Agius].

550.— 6 marzo, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2673, p. 4: [Quijotismo. *Paris de Zola*].

551.— 12 marzo, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2679, p. 1: [En favor de los cursos del Ateneo].

552.— 12 marzo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 786, p. 224-225: [Discusión lingüística con J. Agius].

553.— 15 marzo, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2682, p. 1: [Muerte de Zola. Fernández Bremón. Martínez Ruiz].

554.— 19 marzo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 787, p. 242-243: [J. Agius].

555.— 26 marzo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 788, p. 258-259: [D'Ayot. Los doctores Mariscal y Pulido].

556.— 2 abril, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 789, p. 271: [El señor *Intocables*. Las tragedias D'Ayot].

557.— 9 abril, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 790, p. 287: [*Un alma de Dios* de J. Ochoa: carta de J. M^a de Pereda. Algo de historia de M^a del B. S. Pedrero. El clero y la guerra contra los Estados Unidos].

558.— 16 abril, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 791, p. 302: [La guerra de Cuba].

559.— 23 abril, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 792, p. 322: [La guerra de Cuba y el patriotismo. Carta del pretendiente carlista a Vázquez de Mella].

560.— 7 mayo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 794, p. 348: [Opinión internacional ante la guerra de Cuba].

561.— 14 mayo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 795, p. 366: [El desastre en la guerra de Cuba].

562.— 21 mayo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 796, p. 382: [Algunos literatos y auxilios económicos para la guerra de Cuba].

563.— 28 mayo, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 797, p. 398: [Patriotismo de café y la guerra de Cuba. *De historia y de arte* de R. Altamira. *Colorín colorao* de Ramos Carrión].

564.— 11 junio, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 799, p. 430: [Ataques a Castelar. Zumalacárregui de Pérez Galdós. *Figulinas* de Benavente].

565.— 18 junio, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 800, p. 450: [Las cabezas de Aguinaldo, el director de *El Progreso* y otros].

566.— 2 julio, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 802, p. 482: [El general Polavieja. Confirmación del Rey. Disolución de las Cortes. Salmerón].

567.— 9 julio, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 803, p. 494: [Dinero y hombres para la guerra de Cuba. Planes para finalizarla].

568.— 16 julio, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 804, p. 510-511: [Responsabilidades. Desastre de la escuadra española en la guerra de Cuba. Regeneracionismo].

569.— 23 julio, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 805, p. 5270: [Respuesta en verso a E. de la Vega, que pidió protección a "Clarín". Elogio de J. Benavente].

570.— 1 agosto, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2821, p. 1: [A propósito del artículo *La guerra y la Marina* en *Heraldo de Madrid*].

571.— 6 agosto, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 807, p. 564-565: [Arcaísmo de la Academia. Candidaturas a una vacante: Ferrán, Palacio Valdés, los postas cómicos: Camión, R. de la Vega...].

572.— 12 agosto, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2832, p. 1: [Cultivo del género festivo, a pesar de los desastres patrios].

573.— 13 agosto, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 808, p. 524-525: [Romero, Nocedal, y la guerra. Libertad y representación política].

574.— 20 agosto, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 809, p. 590-591. (Publicado también en *La Publicidad*, Barcelona, n. 7138, 22 agosto 1898): [Los millones de Eudayen. Gasto público, clero y militares].

575.— 27 agosto, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 810, p. 606-607. (Publicado también en *La Publicidad*, Barcelona, n. 7145, 29 agosto 1898): [La "presión social" propugnada por *El Imparcial*. Silvela y el positivismo].

576.— 3 septiembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 811, p. 622-623: [El señor Joaquín de J. Romea. La lista del Teatro Español].

577.— 9 septiembre, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2860, p. 1: [El juez Barinaga].

578.— 10 septiembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 812, p. 639: [*A History of Spanish Literature* de J. Fitzmaurice Kelly].

579.— 14 septiembre, *Heraldo de Madrid*, IX, n. 2865, p. 1: [Una *Historia Natural* que se publicará en el siglo CL].

580.— 17 septiembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 813, p. 655: [Regeneración. Manifiesto de Polavieja. El conde de las Almenas. Reformas educativas de Gamazo].

581 - 24 septiembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 814, p. 674: [El general Primo de Rivera. Caligrafía. Críticas a las reformas educativas de Gamazo].

582 - 1 octubre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 815, p. 686-687: [Traducción de *La Eneida* por L. Herrera, prologada por J. Valera. Traducciones].

583 - 8 octubre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 816, p. 702-703: [María Guerrero].

584 - 15 octubre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 817, p. 718-719: [Serilogía. Libros de texto. *La Prosa Castellana* de Aldeguez. *Frusterías anecdóticas* de Rodríguez Marín. *Fuils de la vida* de S. Rusiñol].

585 - 22 octubre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 818, p. 738-739: [*Vida íntima* de los hermanos Álvarez Quintero. María Guerrero].

586 - 29 octubre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 819, p. 748-749: [Necesidad en España de industria y de letras. Marnuecos. Opiniones de F. Croisset en *La Presse* sobre el teatro español].

587 - 12 noviembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 821, p. 784-785: [España, independentismo y autonomía. El *Diccionario* de la Academia. Discusión en el Ateneo sobre los estudios superiores].

588 - 19 noviembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 822, p. 800-801: [Noticias de estudiantes y de maestros].

589 - 26 noviembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 823, p. 812-813: [Alimentos ultramarinos. *Cánovas y las letras* por Manuel G. Revilla. *Mendizábal* de Pérez Galdós. *Viajes por España y Portugal* de A. Farinelli en la *Revista crítica de Historia y Literatura*. Los libros de viajes. El *Viaje* de L. Busto].

590 - 3 diciembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 824, p. 828-829: [Sobre la ubicación del Paraíso terrenal. La Asamblea de comerciantes en Zaragoza. "Fermanflor" y los *Lunes de El Imparcial*. Lapsus lingüístico de M. Catalina].

591 - 17 diciembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 826, p. 866-867: [La compensación económica pagada por los Estados Unidos a España. Las Cámaras de Comercio y la corrección expresiva. Ferrari, en la Academia].

592 - 24 diciembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 827, p. 876-877: [Carlitas. Estudios de Derecho. La zarzuela *Curro Vargas* y *El Niño de la Bola* de Alarcón].

593 - 31 diciembre, *Madrid Cómico*, XVIII, n. 828, p. 896: [Ataque de "Sosera" a "Clarín". Sobre la colaboración política de los republicanos].

1899

594 - 6 julio, *La Vida Literaria*, I, n. 26, p. 417: [Reflexiones sobre la juventud. Nietzsche].

595 - 9 julio, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3163, p. 1-2: [Reflexiones veraniegas. Los presupuestos del Estado, Silvela y el *Fausto* de Goethe].

596 - 13 julio, *La Vida Literaria*, I, n. 27, p. 433: [Pidal y la religión de los españoles. Periodistas, cultura y elocuencia].

597 - 20 julio, *La Vida Literaria*, I, n. 28, p. 452-453: [La *Biblioteca Mignon*. Aires murcianos de B. Rodríguez J. Ochoa].

598 - 27 julio, *La Vida Literaria*, I, n. 29, p. 465: [Morsamor de J. Valera. Acracia literaria. Los folletines].

599 - 31 julio, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3185, p. 1: [A propósito de la Exposición regional en Gijón].

600 - 3 agosto, *La Vida Literaria*, I, n. 30, p. 481: [J. Lorenzana. *De Roma* de A. Mellado].

601 - 10 agosto, *La Vida Literaria*, I, n. 31, p. 497: [El Congreso Católico de Burgos, el P. Cámara y la agricultura].

602 - 11 agosto, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3196, p. 1: [Publicado también en *La Publicidad* (Barcelona), n. 1237, ed. de noche, 13 agosto 1899. [Separatismo catalán. Centralismo y celebdad literaria. Narcís Oller].

603 - 24 agosto, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3209, p. 1: [Publicado también en: *La Publicidad*, Barcelona, n. 1250, ed. de noche, 26 agosto 1899, p. 2: [El Guerra].

604 - 5 septiembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3221, p. 1: [Publicado también en *Las Novedades*, Nueva York, n. 875, 28 septiembre 1899, p. 7: [Muerte de E. Mario].

605 - 8 septiembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3224, p. 1: [Castelar por R. Darío].

606 - 16 septiembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3232, p. 1: [El Congreso Católico de Burgos, Brañas y Polo y Peiró].

607 - 26 septiembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3242, p. 1: [Neurasis de José *** prologado por Eduardo ***. *Destrozcos literarios* por A. Valbuena].

608 - 14 octubre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 2, p. 12-13: [Demandas de los harineros. *La musa ciega* de A. Zozaya].

609 - 21 octubre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 3, p. 21-22: [Wagner. R. de Maetzu].

610 - 28 octubre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 4, p. 30: [L. Taboada. Sancha, Cilla, caricaturizadores de "Clarín". A. Grilo].

611 - 29 octubre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3275, p. 1: [Reformas universitarias].

612 - 7 noviembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3284, p. 1: [Opiniones del catedrático Cepeda].

613 - 11 noviembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 6, p. 44-45: [El Tenorio].

614 - 18 noviembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 7, p. 52-53: [Erratas. S. Rueda. *Didálogos fantásticos* de G. Martínez Sierra. Imparcialidad crítica de "Clarín". S. Rueda].

615 - 25 noviembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 8, p. 60-61: [Trébol de Alcaide de Zafra. R. Darío. S. Rueda].

616 - 26 noviembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3303, p. 1: [Zola. P. Galdós].

617 - 2 diciembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 9, p. 68-69: ["Soledad Gustavo". Belén Tórraga].

618 - 6 diciembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3313, p. 1: [Ataques a Clarín de católicos y de libertarios. F. Urales].

619 - 9 diciembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 10, p. 76-77: [El Almanaque de *La Ilustración Española y Americana*. Ferrari. Fernández Bremón].

620 - 16 diciembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 11, p. 84: [Ortega Munilla, candidato a académico de la lengua. Los autores cómicos y la Academia. Sugerencias para ingresar en ella].

621 - 19 diciembre, *Heraldo de Madrid*, X, n. 3326, p. 1: [Libertarios y ácratas].

622 - 23 diciembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 12, p. 92: [La discusión sobre el "teatro libre". Benavente y el "teatro artístico"].

623 - 30 diciembre, *Madrid Cómico*, XIX, n. 13, p. 100-101: [Problemas del Teatro Español. Acratas].

1900

624 - 6 enero, *Madrid Cómico*, XX, n. 14, p. 110: [Belleza, arte y moral. "Sanchopancismo regenerador". Menosprecio por el artista. El artículo de encargo].

625 - 20 enero, *Madrid Cómico*, XX, n. 16, p. 126: [M. de Cavia. Acratas. Lecturas filosóficas de "Clarín". F. Urales. S. Gustavo].

626 - 22 enero, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3360, p. 1: [El concurso de cuentos de *El Liberal*; temores de Dionisio Pérez. Deseable concurso de la Academia y obras literarias de "Clarín"].

627 - 27 enero, *Madrid Cómico*, XX, n. 17, p. 134: [La ópera española. Bretón. Wagner. El concurso de cuentos de *El Liberal*].

- 628 — 3 febrero, *Madrid Cómico*, XX, n. 18, p. 142-143: [Mala caligrafía de "Clarín" y de otros escritores: opinión de Estévez Calderón. Muerte de E. de Palacio].
- 629 — 7 febrero, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3376, p. 1: [El certamen de inocentadas de *Madrid Cómico* y el de cuentos de *El Liberal*. "Nogales", F. Pardo Bazán].
- 630 — 10 febrero, *Madrid Cómico*, XX, n. 19, p. 150: [Odas de E. Marquina. Nogales. E. Pardo Bazán].
- 631 — 17 febrero, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3386, p. 1: [P. Genet y Nietzsche].
- 632 — 24 febrero, *Madrid Cómico*, XX, n. 21, p. 166: [Dafnis y Cloe traducida por Valera. Poetas modernistas. Críticos del momento].
- 633 — 3 marzo, *Madrid Cómico*, XX, n. 22, p. 174: [Justiciero de E. Pardo Bazán].
- 634 — 8 marzo, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3405, p. 1: [Novodiorov. Resurrección de Tolstoi].
- 635 — 10 marzo, *Madrid Cómico*, XX, n. 23, p. 182: [Resurrección de Tolstoi].
- 636 — 17 marzo, *Madrid Cómico*, XX, n. 24, p. 190: [Soledad Gustavo. E. Pardo Bazán].
- 637 — 24 marzo, *Madrid Cómico*, XX, n. 25, p. 198: [Tardes grises de Durbán. Sensaciones de F. Aquino Cabrera. E. Pardo Bazán].
- 638 — 31 marzo, *Madrid Cómico*, XX, n. 26, p. 206: [Jueces de Asturias. Alegrías de C. L. de Cuenca. Agua turbia de A. de Valbuena. El "Programa para la europeización de España" de la Liga Nacional de Productores. Del desastre nacional de D. Isern. L'Aiglon de Rostand].
- 639 — 2 abril, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3430, p. 1: [Erratas. Transcripciones del hebreo].
- 640 — 7 abril, *Madrid Cómico*, XX, n. 27, p. 214: [Crítica de Ballesteros a *La gata de Angora* de Benavente. El Sr. Paraiso, de la Liga Nacional de Productores].
- 641 — 14 abril, *Madrid Cómico*, XX, n. 28, p. 222: [Poesías de Icaza, R. Darío y M. del Palacio. *La berencia de Wagner* de Martínez Rücker].
- 642 — 21 abril, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3448, p. 1: [La revista *Germinál*. P. Dorado. Morato].
- 643 — 21 abril, *Madrid Cómico*, XX, n. 29, p. 230: [Nazarenos de Sevilla. Polémica entre *La Época* y *El Siglo Futuro* sobre la limosna].
- 644 — 28 abril, *Madrid Cómico*, XX, n. 30, p. 238: [F. Araujo y su sección "Revista de revistas" en *La España Moderna*].
- 645 — 5 mayo, *Madrid Cómico*, XX, n. 31, p. 246: [Impiedad de los jóvenes. Un mal poeta].
- 646 — 12 mayo, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3469, p. 1: [El escalafón de los catedráticos].
- 647 — 12 mayo, *Madrid Cómico*, XX, n. 32, p. 253: [Los Juegos Florales de Sevilla].
- 648 — 26 mayo, *Madrid Cómico*, XX, n. 34, p. 270: [Repatriación de los restos mortales de Moratín, Goya y Donoso Cortés].
- 649 — 2 junio, *Madrid Cómico*, XX, n. 35, p. 278: [Orbe y la crítica de los poetas modernistas. Valera].
- 650 — 3 junio, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3491, p. 1: [El eclipse].
- 651 — 9 junio, *Madrid Cómico*, XX, n. 36, p. 291: [Menéndez Pelayo. *El alma castellana* de J. Martínez Ruiz. J. Ochoa].
- 652 — 16 junio, *Madrid Cómico*, XX, n. 37, p. 297: [Orbe. F. Balart y el Teatro Español].
- 653 — 23 junio, *Madrid Cómico*, XX, n. 38, p. 306-307: ["Tensites", F. Balart y J. Echegaray].
- 654 — 28 junio, *La Correspondencia de España*, LI, n. 15486, p. 1: [María Guerrero].
- 655 — 30 junio, *Madrid Cómico*, XX, n. 39, p. 314: [Opiniones de Relieves. Flores de escarba de G. Martínez Sierra. *Gente conocida*].
- 656 — 3 julio, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3521, p. 1-2: [Arrazola y el Ministerio de Instrucción Pública. Cuestiones universitarias. A. Pidal].
- 657 — 7 julio, *Madrid Cómico*, XX, n. 40, p. 322-323: [Luz de Granada, poesía de Gutiérrez premiada en Granada].
- 658 — 12 julio, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3530, p. 1: [L'Espagne de la Nouvelle Revue Internationale. F. Urales].
- 659 — 14 julio, *Madrid Cómico*, XX, n. 41, p. 328-329: [Lapsus y erratas de "Clarín" y de otros. Allendesalazar].
- 660 — 23 julio, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3541, p. 3: [Silvela. Emigración española al Sahara y Guinea].
- 661 — 28 julio, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3546, p. 1-2: [Diálogos de verano].
- 662 — 4 agosto, *La Correspondencia de España*, LI, n. 15523, p. 1: [Probidad literaria y Verdes Montenegro].
- 663 — 11 agosto, *Madrid Cómico*, XX, n. 45, p. 362: [Vacaciones de Clarín. El marqués de Comillas. García Alix. Arte modernista].
- 664 — 12 agosto, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3561, p. 3: [Reformas en la enseñanza. García Alix. Gamazo].
- 665 — 26 agosto, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3575, p. 4: [Toledo y Garcilaso de la Vega].
- 666 — 5 septiembre, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3585, p. 1: [Los decretos pedagógicos de García Alix].
- 667 — 8 septiembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 49, p. 394-395: [Los Juegos Florales de Almería y la guerra de Cuba. Las reformas educativas de García Alix. E. Pardo Bazán. El silencio].
- 668 — 11 septiembre, *La Correspondencia de España*, LI, n. 15561, p. 1: [Valera. Las disposiciones de Instrucción Pública].
- 669 — 15 septiembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 50, p. 402-403: [¿Quo vadis? de Sienkiewicz. Il Fuoco de d'Annunzio. Nietzsche. "Claudio Frullo"].
- 670 — 22 septiembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 51, p. 411: [Las corridas de toros. Monumento a Zorrilla en Valladolid].
- 671 — 29 septiembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 52, p. 418: [Disposiciones de García Alix. Ministro de Instrucción Pública. Juegos Florales de Oviedo].
- 672 — 6 octubre, *Madrid Cómico*, XX, n. 53, p. 426: [Congreso Hispano-Americano].
- 673 — 11 octubre, *La Correspondencia de España*, LI, n. 15591, p. 1: [Toros en provincias. Sobre música].
- 674 — 12 octubre, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3622, p. 2-3: [Los decretos de García Alix sobre reforma de Instrucción Pública].
- 675 — 20 octubre, *Madrid Cómico*, XX, n. 55, p. 442: [Polémica entre "Caramanchel" de *La Correspondencia de España* y *Madrid Cómico* sobre crítica teatral. Actrices: M. Guerrero, Cira, L. Prado].
- 676 — 27 octubre, *Madrid Cómico*, XX, n. 56, p. 450: [Poema a T. Carretero, con motivo de García Alix].
- 677 — 3 noviembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 57, p. 457-458: [Preceptiva literaria de D. Fernández y Trozos selectos de Sánchez Castañer].
- 678 — 10 noviembre, *La Correspondencia de España*, LI, n. 15620, p. 1: [Carta a "Caramanchel", a propósito de *El esclavo de su culpa* y *Nerón* de F. Cavestany].
- 679 — 10 noviembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 58, p. 466: [A "Caramanchel", a propósito de F. Cavestany].
- 680 — 17 noviembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 59, p. 474: [El Congreso Hispanoamericano. Romero Robledo].

681 — 24 noviembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 60, p. 481-482: [El Congreso hispanoamericano. D'Annunzio].

682 — 25 noviembre, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3666, p. 2: ["Clarín". A. Escobar, *La Época* y el ministro García Alix: ¿Quién es "Clarín"?].

683 — 13 diciembre, *La Correspondencia de España*, LI, n. 15653, p. 1: [Literatos: "gente vieja" y "gente nueva"].

684 — 14 diciembre, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3685, p. 2: [Homenaje a E. Blasco Ibáñez. *Entre narrajos*].

685 — 18 diciembre, *Heraldo de Madrid*, XI, n. 3690, p. 2: [A M. de Cavia, a propósito de S. Delgado].

686 — 22 diciembre, *Madrid Cómico*, XX, n. 64, p. 514: [F. Cavestany].

1901

687 — 5 enero, *Madrid Cómico*, XXI, n. 1, p. 3: [Cambio de siglo. Cavestany].

688 — 14 enero, *La Correspondencia de España*, LII, n. 15685, p. 5: [Campoamor].

689 — 19 enero, *Madrid Cómico*, XXI, n. 3, p. 22: [A. Pidal. La estatua de Cánovas. El saludo a la bandera].

690 — 29 enero, *Heraldo de Madrid*, XII, n. 3730, p. 1-2: [Certámenes literarios. Nogales. Martínez Sierra. F. Acebal y *La Lectura*].

691 — 22 febrero, *Heraldo de Madrid*, XII, n. 3754, p. 1: [Problemas sociales, periodistas literarios e industrias de convento].

692 — 23 febrero, *Madrid Cómico*, XXI, n. 8, p. 62: [Protestas en Méjico por un "Palique". El Congreso Hispanoamericano y el ministro Aguilar de Campo].

693 — 14 marzo, *Heraldo de Madrid*, XII, n. 3774, p. 1: [Prohibición de juegos de niños en las calles de Sevilla].

694 — 21 marzo, *La Correspondencia de España*, LII, n. 15751, p. 1: [*Retrasado por las nieves*]. [Publicaciones póstumas de Campoamor y de Alarcón].

695 — 21 marzo, *Heraldo de Madrid*, XII, n. 3781, p. 1: [Ministros. Moret y el Ateneo].

696 — 3 abril, *Heraldo de Madrid*, XII, n. 3794, p. 1: [Romanones, ministro de Instrucción Pública. Reformas en el sistema educativo].

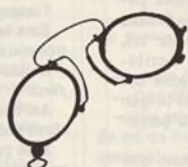
697 — 24 abril, *La Correspondencia de España*, LII, n. 15785, p. 1: [U. González Serrano, Campoamor y el Diccionario de la Academia].

698 — 24 abril, *Heraldo de Madrid*, XII, n. 3814, p. 1: [Romanones y reformas en la enseñanza].

699 — 6 mayo, *Heraldo de Madrid*, XII, n. 3826, p. 1: [Homenajes a escritores modernistas. *Las osadas* de "Estrechín"].

PALIQUES

PALIQUES



PALIQUE.

El Siglo Futuro, que no pasa por eso de ver las ¡ay! pantorrillas de las bailarinas por muy postizas que las pantorrillas sean, ha visto con deleite, con concupiscento deleite, el brazo de la revolución en toda su horrible desnudez.

Ahí tiene usted; y yo que soy mucho menos tímido—qué tiene que ver—no me atrevería a mirar a un neo... en toda su horrible desnudez.

Así es que prefiero pararme a contemplarle vestido de monaguillo ó bajo la forma de autor, compilador, extractador, ó qué sé yo de las obras neo-escolásticas.

Porque han de saber ustedes que el Sr. Pidal, autor á quien me refiero, es un sabio; y sin dejar de serlo, hizo un libro más ó menos suyo, en el cual le dice á la Virgen Santísima—alabada sea ella y áun el Sr. Pidal sea alabado, y si se quiere bendito—digo que dice el Sr. Pidal muy modestamente á la madre de Dios, que su deseo es contribuir con aquellas pobres páginas al advenimiento de la ciencia de Tomás (yo le hubiera llamado Santo Tomás)—*Trop de cel*, Sr. Pidal.—Si Santo Tomás viviera ahora no escribiría la *Summa* ni se alegraría de ver á ustedes los señores neo-escolásticos (bien que usted dice lo que oye) haciendo elogios de su obra, que más la perjudican que la ensalzan.

Que usted es muy listo, Sr. Pidal, certísimo; que usted es muy aplicado, evidente; ¡qué más! es usted hasta guapo... pero... pero... no es usted filósofo, es más, no es usted un místico, ni mucho menos, ¡ea!

1 El Selfco (Madrid), n. 51, 21 octubre, 1875.



1 Miniatura de la página.

ni mucho menos. ¿Usted y Selgas son dos tomistas... de tomo y lomo? Distingo.

Ahora que hablo del Sr. Pidal, que quiere ser diputado, recuerdo que *La Epoca* recomienda la mayor baratura en las elecciones.

Pues bien, Juliá ha inventado la aplicación, sin inconvenientes, del carbon á la fotografía; procedimiento, al decir de los enterados, mucho más barato que el otro de la albúmina.

¿No podrá aplicarse el carbon á eso de las elecciones? Habrá inconvenientes, no lo niego; los diputados saldrán sucios como unos carboneros; pero el carbon, repito, es más barato, mucho más barato que el oro; y es probado que el oro también ensucia las manos,

A fuerza de leerlo en los periódicos me he convenido de que, en efecto, al arzobispo de no sé dónde le han impuesto... el pálio.

He aquí un impuesto mucho más pacífico que el impuesto de guerra. Como que se trata de la lana de un cordero.

Un impuesto de *vellon* como quien dice.

Esta lana la preparan en Roma las monjas de no sé qué convento.

De modo que unos cardan la lana y otros llevan la fama.

Así sucede con todo: con lanas lo mismo que con obras acerca de Santo Tomás.

Y de propósito no cito nombres propios de sabios para que el Sr. Pidal no venga diciéndome que los escribo incorrectamente, siendo así que de eso tienen la culpa los cajistas.—Así Dios me salve.

Todas estas noticias, con ser de sensacion, lo son mucho menos que lo que consistiese en decirnos si resueltamente han almorzado aquellos dos ó tres individuos que para desayunarse esperaban un acuerdo del partido.

¿Si por fin se habrán quedado en ayunas? No es de creer siendo unionistas y sagastinos por añadidura.—Con este almuerzo ha coincidido la llegada del duque de la Torre.

Y diga Vd.: *ícome el duque?*

En la noche del martes no se tomó acuerdo alguno en el Ateneo; lo cual no es decir que haya habido junta extraordinaria.

En vista de que no se tomaba ningún acuerdo, varios socios tomaron sendos constipados al salir á la calle tras una discusion muy acalorada. No asistió Candau, que no sé si es socio, y así es que no hubo frases célebres. Vamos, no hubo nada.

Sepan ustedes que «anoche se discutía la importancia de cierta reunion» en efecto, eso parece discutible, pero no señor, porque «ha tenido lugar en casa de uno de los hombres más importantes del partido moderado.» Ahora, ya no es discutible la importancia. Pero si es discutible, porque «ha pasado desapercibida esta reunion para los periódicos y los círculos mejor enterados.» Vaya, vaya, eso no ha tenido ninguna importancia. Pero si tal, porque «los acuerdos adoptados no han dejado de tener gran importancia. Hay para volverse loco. Hubo ó no hubo importancia? ¿Pero, á mí que me importa?

CLARIN.

PALIQUE.

En los pasillos del Circo.

—¿Tú aquí!

—¿Qué te asombra?

—Como eres tan poco aficionado al teatro...

—Distingo... Cuando al teatro sólo se viene a gozar frivolamente de una obra de arte, confieso que me da rubor asistir á semejantes espectáculos, pueriles, nimios, porque yo me debo á mis cavilaciones. Pero... si se barranta algún suceso extraño, de *trascendencia*, ya ves...

—Sí, veo que eres un ave de mal agüero.

(Suenan varias campanillas.)

—Hasta luego.

—Hasta después.

Después del primer acto.

—¿Y bien!...

—Habla tú.

—Habla tú primero.

—Pues, francamente, esto es... lo que yo me esperaba...

—Lo que tú deseabas, querrás decir, adelante.

—Hombre, me estás cargando. Parece que te inclinas á elogiar el drama. Y sin embargo, este primer acto, que, *lo mismo podía ser el tercero* (1), es absolutamente malo.—Aquí no hay más que una mujer que no es una mujer, que es un demonio.

Mezcla de cultilatiniparla y de Medea, de Voltaire y Campoamor, serpientes sábia que se produce en endecasílabos *esculturales*, como sacados del drama universal; que ha leído á Plutarco, pero que no tiene pudor; que se burla de su tío y juega con su propia conciencia; que confía á su criada horribles proyectos, que la fábula se apresura á comprender y cobijar, sin duda porque pertenece á la misma escuela pesimista irónica que su señora ama...

—Permiteme; dí todo lo que quieras, pero no te sonrias de esa *moda*. *Péjase*... pero no te rías.

—¿Y qué diré de la afectación continua del poeta? todos los personajes no son más que polichinelas, cuyo único fin en las tablas es enseñar al público la habilidad del autor; juego de marionetas con prurito de que se vean los hilos del resorte, un juguete visto por dentro, el amaneramiento por el amaneramiento, la vanidad por la vanidad. A ese poeta, lo ha dicho el público que era filósofo, y él se lo ha creído; en cambio hoy va á decir que no es poeta dramático y no se le va á creer.

—Yo te suplico dé nuevo que no te sonrias de esa manera: me estás enseñando el alma, y como dijo Shakespeare, es un espectáculo más divertido que edificante. ¿Con qué nada encuentras de bueno en este primer acto?

Que bien dice el Evangelio hablando de no sé qué, tienen oído y no oyen, tienen ojos y no ven.

Yo soy más afortunado que tú: veo todo lo malo que tú ves, y veo además todo lo bueno que se te oculta. Como yo no vengo con malas pasiones á juzgar esta obra, como yo no entiendo que la sentencia de la crítica ha de ser puñalada de picaro, sé distinguir y distingo en el carácter de Albañor, rasgos de valor sumo, al lado de pinceladas demasiado sombrías y más recargadas en ocasiones, veo en Albañor, no un demonio, una Medea, sí, pero una Medea antes de matar á sus hijos, cuando llora la patria perdida y el esposo infiel; veo en Albañor, mucho de Campoamor, es cierto, pero mucho también de una mujer, cuya alma enamorada gime en el infierno del amor desesperado, un corazón fuerte que sólo sucumbe á las pasiones por una explosión, no por abatimiento; y veo sobre todo en Albañor, un gran peligro para el poeta, que con un público poco preparado para esta clase de *dramas ocultos*, arriesga semejante carácter en el terreno minado de la escena que él conoce poco. Preveo que ha de naufragar, si naufraga, en aguas en que navegan perfectamente autores de menor cuantía, y que él, creyéndolas poco peligrosas, no se para á observar como debiera... (Suenan otra vez las campanillas.)

(1) Histórico.

Después del acto segundo.

—¿Qué dices ahora?

—Que esto va malo. Que Albañor se va convirtiendo en un fantasma demasiado negro... que los demás personajes no son ni sombras. ¡Pero haz el favor de no sonreírte de esa manera...

(Suenan las campanillas.)

Después del drama.

—¿Qué caída!

—¡Hum! Me lo decía el corazón... estando tú en el teatro no podía suceder nada bueno.

—¡Ja, ja, ja!...

(Cogiéndole por las solapas de la levita.)

—Pero dime, desgraciado, ¿te figuras que por caer un gran poeta se levantan los poetastros? y has pensado que Campoamor dejara de ser Campoamor... y tú un... *attaché* inaguantable?

(Interviene un tercero.)

—En vano es ese furor... el drama es muy malo... tiene razón este señor.

—¿Y usted quién es?... ah, sí, el autor de... el prototipo del *savoir faire*, ¿sabe usted, desgraciado, que doy todos los éxitos que usted ha logrado por un cuarteto de Campoamor? ¿Y por qué se ríe usted también? ¿Qué amor al arte es el do ustedes!—Ya estoy irritado, lo confieso; pero es que considero al verdadero ingenio incurre en tales deslices ¿de dónde nos vendrá el remedio?

Yo no soy ninguno de los interlocutores; he oído estos diálogos y los traslado á las columnas de El Solfeo.—Sí declaro, que sin opinar absolutamente como ninguno de los señores cuyas palabras dejo copiadas... siento inclinarme al ánimo hácia la causa del que defiende al *leon enrojado*.

ZOLITO.

2 El Solfeo (Madrid), n. 55, 25 octubre, 1875.

PALIQUE.

No pasa *El Siglo Futuro* porque sea un hecho la prosperidad de los Estados Unidos.

Con dos importantes documentos prueba todo lo contrario. Es el uno la bula nunca bien ponderada de *Quanta cura*, y es el otro, más importante si cabe, un libro traducido por el canónigo D. José Morgades y Gilli.

Comprendo que un canónigo se crea más próspero él mismo que todas las repúblicas del universo. Indudablemente, una sociedad compuesta de canónigos sería mucho más feliz que la sociedad compuesta de hombres de bien, republicanos y todo, pero sin canongía. El trabajo es ley de vida en las circunstancias actuales de la sociedad, pero el trabajo material es cosa transitoria; ahora bien, figuremos una civilización en que todas las materias primeras, manipuladas por modo milagroso se fueran convirtiendo en productos, y por sí mismas se distribuyeran de un modo regular y adecuado. ¿Qué le quedaba al hombre que hacer? Pues nada. Asistir á coró á dar gracias á Dios por sus inmensas bondades.

Pero en tanto qué todo eso no suceda (y hombres hay tan mal pensados que opinan que no sucederá nunca), no es posible que todos seamos canónigos, y hemos de contentarnos con que lo sean unos pocos.

Canónigo y muy canónigo es el Sr. Gilli, y por eso tiene tiempo para traducir libros tontos, como lo es indudablemente el de ese jesuita Ramiere, el cual jesuita quiere hacernos creer que los Estados Unidos se van quedando despoblados, y que á no ser por las inmigraciones, los pieles rojas, ó los jesuitas, ó cualquier otra raza se habrían apoderado ya de los Estados de la Unión. Tal es la inmoralidad en aquel desventurado país. Se asesina públicamente, hay mujeres vampiros, que comercian á la luz del día en carne humana. Tales horrores, en fin, contempla el sol en aquella tierra, que la pluma castísima del P. Ramiere se resiste á referirlos.

En cuanto al presidente Grant, es cosa probada, se come á los niños crudos. Todo esto lo sabe *El Siglo Futuro*, porque lo dice Gilli, Gilli porque lo dice Ramiere y Ramiere porque se lo han dicho algunos indios, tal vez como el de Marica Perez que es un indiano que va, que no es indiano que viene. Así de boca de ganso en boca de ganso (y valga por lo gráfica la comparación), se ha ido demostrando que

el mejor día se hunden en el mar los Estados Unidos y todo por qué por no hacer caso de la bula cuando dice que es condenado el que afirma «que el mejor Gobierno es aquel en que no se reconoce en el poder la obligación de reprimir, por medio de la sanción penal, á los violadores de la religión católica,» entendiéndolo por violador. por supuesto, al que no es católico. La verdad es que todo pueblo que no acata, venere y adore todo eso que acatan, veneran y adoran *El Siglo Futuro*, Gilli y Ramiere camina á su perdición, se va despoblando poco á poco.

No así nosotros los españoles católicos ó la muerte, como es bien sabido; que nos ahogamos de felicidad y nos multiplicamos como arenques, y todo por mor de reconocer la bula de *Quanta cura*, y cuantas otras se nos prediquen; que no hay como las bulas para eso de conservar las castas.

El presidente Grant no quiere que se gaste ni un perro chico en enseñar por cuenta del Estado el dogma de una religión determinada con odioso privilegio. Parece, á primera vista, que tiene razón, porque de enseñar un dogma deberían enseñarse todos, para que nadie pudiera llamarse á engaño; y vaya usted á enseñar, ni ménos á aprender, todos los dogmas que andan por esos mundos de Dios. ¡Pues apenas se ha hecho figuraciones la humanidad acerca de lo que sucede de tejas arriba! Y sin embargo, el presidente Grant se equivoca, y el razonamiento anterior es puro paralogsimo, que yo á las consecuencias me atengo. ¡Y cuáles son las consecuencias de no enseñar el dogma católico en las escuelas del Estado? Las infanticidios, la afición á la carne muerta y otras ferocidades. ¡Ah! también observa el colega neo que por no enseñarse el dogma católico en las escuelas públicas disminuye el número de papistas en la república de Grant.

Sólo ese dato hace la apología de los papistas y condena en absoluto la política de Grant. Porque, señor, se puede ser católico mientras el Estado pague maestros católicos. ¡Pero si nos les paga! no, señor, no se puede ser católico.

¡Felices nosotros, los españoles, que seguimos cada vez más católicos, sin que nuestros católicos maestros cobren un cuarto del Gobierno!

Aquí se enseña el catecismo de Asete, y el de Ripalda, y el de Maza; ¿qué sé yo! hasta *La Uña de oro...* y todo de balde, y sin embargo, nadie abandona la religión de sus mayores, ¡qué católicos son esos que se usan en los Estados Unidos! Allí por no haber nada bueno, hasta los católicos son malos.

Bien pudiera ser que los indios hubieran querido dar una broma al P. Ramiere, crédulo de oficio, y que éste, sin querer, se la haya dado á Gilli, y Gilli al *Siglo Futuro*, y *El Siglo* á nosotros.

Pero sease de esto lo que quiera, yo termino recomendando á ustedes la obra en que constan esos preciosos datos, traducida en canónigo por el Sr. Gilli, la cual obra se llama *La soberanía social de Jesucristo*. CLARIN.

PALIQUE.

El Siglo Futuro y el telégrafo. — ¿Qué se bajo clero? — Lode Gandía. — El señor de la Revilla.

No me extraña que *El Siglo Futuro* esté mal con el telégrafo eléctrico, obra diabólica de la civilización moderna; pero no debiera llevar su inquina al extremo de decir como dice: "Así, los que en su lenguaje inculco y bárbaro llama el telégrafo bajo clero..."

No sé yo quien responda de la síntesis telegráfica; pero no tengo por muy culto y pulido tampoco el lenguaje de *El Siglo* futuro. En cuanto a lo de bajo clero, no es el telégrafo quien ha inventado la palabra; es muy antigua, y, lo que vale más, muy puesta en su lugar. Bajo clero es, como quien dice, en mi concepto, el clero bajo, el clero de mal vivir, sea obispo parabolano ó capiscot; clero bajo es el cura Félix, el obispo de Urgel, todos los curas que andan á tiros ó á sermones, que todo es disparar. Más difícil me sería determinar lo que debe entenderse por clero alto: es más, yo creo que no le hay; pero en fin, suponiendo que lo hubiera, clero alto sería el que se atuviese á sus obligaciones espirituales y no quisiera cobrar de aquellos á quienes no sirve para nada porque son incapaces de sacramentos; clero alto sería... pero no es; es un mito.

No creo, pues, en el alto clero; pero sí creo en los milagros, porque ver y creer. Es decir, yo el milagro no le he visto, pero he leído comuniones y cartas y otros mil documentos acordes y contextos y no me cabe duda, hay milagros; á lo menos uno, el de Gandía.

Yo confesaré (la ocasión es de perlas) que el P. Félix y Dupanloup me habían convencido hasta la evidencia más absoluta de que esta época ya no era propia para los milagros. Excepción de suyo el siglo, lleno de médicos y naturalistas y filósofos capaces de hacer blanco lo negro y vice-versa, Dios nos había castigado agotando la fuen-

te de la gracia especial y milagrosa. Aducían los referidos sapientísimos señores multitud de argumentos que habían traído á mi alma la completa seguridad de que no había que temer (digámoslo así) más milagros en adelante. Pero del mismo modo que monseñor Dupanloup tuvo que dar por nulas y vacías las razones que contra la infalibilidad había aducido, hora es también de que se vuelva atrás él y cuantos lo mismo hayan sostenido acerca de la era de los milagros.

Reptenso con tal frecuencia que, no cabe dudarlo, Dios ha concedido una próroga á su acción sobrenatural y... en mi opinión hay milagros para mucho tiempo, si Dios no lo remedia.

Yo no quisiera que el señor de la Revilla viera en lo que dejo dicho una broma de mal género, una ironía irreverente.

Su brillantísimo discurso del jueves, que oyó el Ateneo con recogimiento y mal comprimido entusiasmo, me convenció hasta la saciedad de que el volterrianismo y enciclopedia (si vale) han pasado de moda, y que no debe ponerse en ridículo (por ridículo que sea) nada de cuanto atañe á las creencias de una sociedad, aunque fuesen absurdas, y aunque puedan dar en inmorales.

Porque decía el señor de la Revilla: "es más respetable y digno de adoración un fetiche egipcio que el Dios de Hegel ó el de Krause."

Así plenas la filosofía d la última; vean los mandilonas si tienen razón cuando se quojan de los adelantos de la ciencia; hoy se ha descubierto que Dios no se revela al filósofo, y es preciso buscarlo en otra parte; es decir, entre los curas, que son los que saben de buena tinta lo que es de Dios (si bien suelen ignorar lo que es del César); y así como Descartes dijo: "pienso, luego soy," y Heine con más profundidad: "baseo, luego soy," los curas pueden decir: "cobro, luego hay Dios."

Y vuelta á la ironía y á olvidarme de los prudentes consejos del señor de la Revilla.

No extrañará el lector que consagre estos párrafos descosidos al señor de la Revilla; porque yo que no dejo pasar artículo del Sr. Selgas sin el correspondiente visto bueno, y eso que todos los suyos son tan malos (ahora que no lo oyo él), con más razón debo dar noticia al público del notable discurso del señor de la Revilla, uno de los primeros oradores del Ateneo según confesión de amigos y contrarios.

¡No sería sistemático pesimismo hablar de los adelantos filosóficos de un neu y no decir esta boca es mía cuando abre la suya un joven orador como el señor de la Revilla, llamado á dar días de gloria á la nascente filosofía española!

Pero, dispuséme el elocuente filósofo; yo no respondo de seguir su ejemplo y tratar con seriedad todos los milagros que van á llover cada semana, si cunja el de Gandía, que sí cunjará, porque es cierto; y si no lo he visto yo lo ha visto un amigo, que es lo mismo ó mejor para el caso.

No vayan á creerse los curas (si hay cura capaz de leer *El Solfeo*) que el señor de la Revilla es un adalid que les ha salido: él los respeta, venera, considera... y otros muchos era; pero... tengo la esperanza de que si llega á ministro el señor de la Revilla no ha de pagar el presupuesto del clero.

Si así lo hiciera, Dios se lo premie; y si no, se lo demande.

De todos modos, conate que el milagro de Gandía es indudable, porque lo ha visto un amigo mío.

CLARIN.

PALIQUE.

Siempre es falible el juicio humano (salvo la honrosa excepción que todos conocemos). Pienso, ha yo, pobre Clarín, que era imposible de todo punto decir mayores heregias que las que *Pape Selgas* consagra de cuando en cuando á lo que él entiende por filosofía moderna, y no hay tal. El Sr. B. Urbano Ferrer, *esotérico neo-católico*, y correcto, pendolista, todavía es mucho más gracioso é ignorante en la materia filosófica. ¿Cuál dirán Vds. que es la última palabra de la ciencia moderna?

Pues las mesas giratorias y parlantes y la metempsicosis de Pitágoras (la metamorfosis de Pitágoras, que diría Asmodeo). Indudablemente que eso de las mesas es una salida de pie de banco. También se ríe el Sr. Ferreira de la utopía geográfica de que un día puede llegar á ser un continente lo que hoy forma el archipiélago del océano Pacífico.

Me gusta á mí ese excepticismo escolástico: el Sr. Ferreira no cree en el océano Pacífico ni en la formación madreporica. Eso se llama ser un *sprit-fort*, en el buen sentido de la palabra.

Y después dice que la filosofía es ciencia *novísima*. Tan nueva, que el Sr. Ferreira no la ha estrenado.

Y «el que no escucha á la Iglesia, vejeta...» ¡Vejeta!

«Los hombres ignorantes solo se mueven con la autoridad; luego la religión es necesaria para los hombres ignorantes.»

Buen concepto tiene el Sr. Ferreira de la religión.

¡Y llama á los krausistas pobres! Pobres, pero honrados.

El estilo del Sr. Ferreira es el más adecuado al *suelo que le vio nacer*.

Que es *El Siglo Futuro*, en cuyas columnas ha visto la primera luz (digámoslo así) el Sr. Ferreira.

Porque dice *El Siglo Futuro*: «Vamos á sacar á la vergüenza al Sr. Minghetti.»

No solo el estilo es el hombre.

El estilo es también el neo.

Ya sabrán Vds. que se ha ensayado recientemente un aparato para mirarle á uno por dentro la cabeza: y así como los curiosos aplican la vista al ojo de una llave, el instrumento en cuestión satisface la curiosidad más femenil respecto á las interioridades de la masa cerebral.

Es decir, que casi casi se ha cumplido aquel

deseo de cierto dios que quería, como Vds. saben mejor, que el alma un cristal tuviera.

A la manera que el ojo del amo engorda el caballo, dice el inventor del aparato en cuestión, que el ojo del cuerpo es el espejo del cerebro.

Grandes son las ventajas que el instrumento *susodicho* proporciona.

En adelante nadie será enterrado vivo; porque el aparato da á conocer si se ha muerto ó no de mentirijillas.

De modo, que ya no se volverán á levantar los muertos.

Es decir, que ya no hay que temer la Constitución del 45.

También se echa de ver con este aparato la meningitis simple (enfermedad de moderados).

Y no solo eso: la meningitis tuberculosa (pues no es nada lo del ojo).

¿Que más? Hasta se puede ver la... meningitis tifóidea.

Y hé aquí que yo tengo un antojo (aunque me esté mal el decirlo).

Consiste mi capricho en que quisiera verle al Sr. Ferreira la meningitis simple, ó el *pesquis*, ó el *cacumen*, ó la *sindéresis*... cualquier cosa, en fin, que tenga en la mollera, si es que tiene algo en ella efectivamente; y no se ofenda el señor Ferreira, porque ya sabe que para nosotros (ejem) los filósofos, todo se vuelve dudas y cavilaciones.

Hasta aquí se había visto la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio; pues en adelante, merced al aparato á que me refiero, ya se podrá ver la viga en el propio y en el ajeno también, que no dice el refrán si se veía antes ó no se veía.

Y quién sabe si se le verá yo al Sr. Ferreira, además de verle la paja, con lo cual habré satisfecho el capricho de que dejo hecho mención.

Para ver si una avellana es lo que suele llamarse *cana*, no existe otro medio que romper la *cáscara*.

Lo mismo sucedía con los gobernadores; para ver si eran *venos*, no había más remedio que aguardar á que publicasen *circulares*.

En adelante, — y siempre gracias al instrumento tantas veces citado, — no habrá más que mirarle el ojo al gobernador, y se verá lo que le bulle dentro del magín.

¡Ah, si á cierto gobernador que yo me sé — y ustedes también *se lo saben* — le hubieran registrado en tiempo los sesos!...

Por último, *El Cronista* aconseja á los notables «que meta cada cual la mano en su pecho...» Ya sé para qué es.

Para sacar una *comisión de su seno*...

CLARÍN.

5 El Sufco (Madrid), n. 71, 10 noviembre, 1875.



5 Miniatura de la página.

PALIQUE.

Me mato por que mi vida es
una música deshepada.
(Un suicida de Palermo.)

Simpatico suicida.

Ha hecho Vd. bien en irse con la música á otra parte.

Pero, ¡ay! en España no conviene matarse,

porque no le entierran á uno en el cementerio, y esto es un disgusto para la familia.

Si eso no fuera, no quedaria un español para contarlo.

De todos modos, ya vamos siendo pocos y mal avenidos.

¡La vida! ¿Qué es la vida, sobre todo para un ilegal?

¿Ve Vd. las estrellas?

Pues bien; las estrellas son la perdición de España.

¿Ve Vd. ese cielo azul?

Pues ese cielo azul que todos vemos tan puro, límpido y sereno, es un mal bajo el punto de vista de la pesca del besugo.

No se encuentra un besugo en todo el Cantábrico; algun moderado que otro, vulgo cangrejo, tal cual sagastino ó sea calamar, pero tesugo ni uno.

Y todo porque el tiempo se mantiene tan despegado, porque es tan clara la situación.

Acarramolinense las nubes, haya marejada, crisis, y los besugos asomarán las plateadas escamas en la superficie agitada del mar.

En Suiza, la tierra de los quesos y la libertad, se ha hundido una escuela, produciéndose en el acto una tortilla de 175 párvulos.

¡Hasta la Providencia secunda los planes de Orovio en materia de instruccion pública!

Porque no cabe duda, en ese fregado anduvo la mano de la Providencia.

¿No vé en ello nada *El Siglo Futuro*, tan acostumbrado á ver visiones?

¡Ciento setenta y cinco niños aplastados en el momento de impregnar su espíritu quizás con las deletéreas doctrinas modernas!

Hay para escribir una filosofia de la historia sistema Chassepot providencialista.

Porque los neos son así; todas las catástrofes, esos crímenes anónimos, los atribuyen al Sumo Hacedor.

Cuando el terremoto de Lisboa (no asustarse, fué en el siglo pasado), Voltaire aprovechó la ocasion para reirse de la Providencia.

Hoy un terremoto por el estilo le vendria de perilla al Vaticano para demostrarnos la corrupcion presente y la connivencia de la Santa Sede con los tramoyistas de tejas arriba.

El Padre Astete dejó dicho de una vez para siempre que hay cuatro infiernos en el centro de la tierra. De otro modo: que este planeta es un planeta de cinco mil demonios.

Prescindiendo del limbo de los niños, á donde van las almas de los que mueren sin bautismo, ó con el bautismo roto, como los párvulos de Suiza; prescindiendo tambien del seno de Abraham por razones de pudor, y aun del purgatorio, por ser del sistema correccionalista, un presidio celular, krausista, en una palabra, concretémosnos al infierno de los condenados, que es de donde proceden todos estos trastornos epitelúricos que, con el nombre de erupciones volcánicas, terremotos, etcétera etc., son conocidos.

Se anuncia como inminente una erupcion del Vesubio; es decir, vamos á saber de buena tinta las últimas noticias del infierno.

Propongo á los sábicos que examinen químicamente, con más atencion que hasta la fecha, las materias que vomita el infierno, porque corro prisa á la humanidad saber con qué atizan allí.

Además, puesto á proponer, propongo una expedicion al infierno entrando por la boca del volcan, ó por la cueva de San Patricio, ó por la redaccion de *La Nueva Prensa*, periódico subvencionado por el mismísimo Lucifer.

Sepamos de una vez á qué atenemos aserca de la unidad católica; si es verdad ó no que nos condenamos todos los libre-cultistas; y caso de condenarnos si es preferible vivir bajo el paternal gobierno de Satanás ó andar á salto de mata sobre la superficie de la tierra, cuyo dominio directo corresponde á los conciliados.

Si efectivamente en el infierno de los condenados se vive mejor que en este país, vamos allá á lo ménos á pasar los rigores de la estacion, y cuando estemos de vuelta ya no nos asustarán los neos.

Porque, imparcialmento, señores, ¿qué será

del sistema ultramontano (por decirlo así) cuando se sepa que el demonio no es tan fiero como le pintan, y es más tolerante, con mucho, que *El Siglo Futuro*?

¡Quién sabe si el diablo será otro enano de la venta!

Conque ¡se vienen Vds. á dar una vuelta por la mansion confortable de los demonios?

Porque aquí hace un frío de todos los diablos.

CLAMOR.

PALIQUE.

Nada hay peor que hacer caso de los libros, y sino ahí están D. Quijote y Taviel y Andrade, diputado de la mayoría, que no me dejarán mentir. Uno y otro vieron convertidos sus respectivos sesos en requeson y todo por leer y más leer libros de caballería—é infanterías. Porque si aquel, D. Quijote, se iba á las aventuras también este, Taviel quiere que nos vayamos por esos mundos; y así, madura el proyecto, que en su día presentará á las Cortes, de enviar todos nuestros hombres de armas tomar á la guerra de Oriente, para que no dejen tífere con cabeza y se haga el que menos bajá de tres colas, con lo cual nos veremos libres aquí de todas las ventajas é inconvenientes que trae consigo el militarismo. Proponía también Taviel y Andrade, gran *proponedor* de entuertos que se proclamara dictador del país al hombre de más narices que hubiera en el universo, de más narices... seguramente hablando, porque de este modo, ya qué se levantara el dictador con el santo y la limosna, no se podría decir que nos la había pegado ningún chato.

Si, señores, añadía Taviel y Andrade, lo que hace falta aquí es un Atila.—¿Cuál? interrumpió un chusco, ¿el padre ó el hijo?—Y Taviel respondió.—El hijo ¡cuál había de ser! y se quedó tan sereno.

Yo no sé por qué se quejan estos diputados de la mayoría y quieren que venga á mandarnos Atila el hijo, como dice Taviel y Andrade, no parece sino que el Sr. Cánovas no hace los imposibles porque nuestra patria pueda resistir un paralelo con la del célebre Etzel.

¡No decíamos todos, ó casi todos, que lo que necesitábamos era mucho palo? Pues, señores, ¿quieren Vds. más palos todavía? Porque ¿qué sucede aquí? Lo mismo que en Turquía. Allí se escribe una especie de Constitución en que se consiguan unos cuantos derechos individuales. Otro tanto se escribe aquí. Allí la Sublime Puerta hace despues de su capa un sayo y de la Constitución mangas y capirotes. Aquí el no menos sublime Gobierno hace lo que todos sabemos, y no hay para qué repetir. Decreto va, decreto viene, y la Constitución fingiéndose la maerta, y temiendo como F. Istaff que la embalsamen. Así es que si imitáramos en todo á los

turcos, yo no sé cuántas colas habría que ponerles á nuestros ministros. —

Siete colas arrastra el sultan de Turquía; cinco el gran visir, y tras el bajá de menos pretensiones. Pues, repito, ¿como cuántas colas deberían consentirle á C. el conde de Toreno, si la justicia se cumpliera como es debido y cada cual tuviera todas las colas á que se ha hecho acreedor por sus hazañas y decretos?

A lo ménos, ya que no colas, ¿por qué no se permiten los ministros el lujo de tener una guardia de genizaros? ¿O se cree que les faltarían genizaros entre los ministeriales? Genizaros y hasta mamelucos tendrían á su disposición.

No se piense que estas medidas que propongo son cosa baladí y de poca monta. Todos sabemos que *nihil est in intellectu quod non prius...* etc., y si todo entra por los sentidos, bueno será que este modo de gobernar turcomano no nos coja de sorpresa, y si es posible, que todos los ministerios se vistan de turco para que haya armonía entre leyes, trajes, usos y costumbres, para que podamos contestar afirmativa y categóricamente á la pregunta formulada hace ya mucho tiempo, y que dice á la letra: ¿Señores, estamos aquí en Turquía?

Quien sabe; tal vez haya en Turquía alguna frase equivalente y se digan unos á otros: pues ni que fuéramos españoles. No crean Vds., que no habrá tanta diferencia entre aquel diván y este banco azul. (Políticamente hablando).

CLARIN.

PALIQUE.

Hoy se acaba el año. A estas horas multitud de revisteros estarán aguzando el oído para decir algo trascendental y nuevo sobre este hecho inconcuso de que se acaba el año. Eso más probable que no se les ocurra nada nuevo ni trascendental; únicamente los revisteros constitucionales podrían hacer consideraciones muy dignas de atención si se atrevieran a decir todo lo que piensan sobre el particular.

¡Se acaba el año... y la paciencia! pensarán de fijo los constitucionales; pero no lo dirán hasta Febrero... ó más tarde.

A mí, que no se me ocurre nada sobre eso de que el año se acaba, se me ocurren muchas cosas sobre el juego de las instituciones (y el de la lotería), el turno pacífico y demás zarandajas constitucionales. Parodiando a Pascal, y saltando de la categoría de espacio á la de tiempo, se me ocurre pensar: *Verdad hoy, error después de Febrero.*

En mi opinión, los constitucionales debieran adelantarse á los acontecimientos. Sería el único modo de comerse la partida á los conciliados. Y todo es comer.

A el Lunático no se le ocurre nada sobre el fin del año. Se ha dedicado á los conocimientos útiles y como el personaje aquel de «Las dos cunas» anda muy preocupado con la lactancia.

Efectivamente; la de las amas de cría es una cuestión madre, por decirlo así. Fausto hizo un viaje metafísico á la región de las madres, y el Lunático hace otro á la región de las nodrizas.

¿Para qué querrá nodrizar el Lunático?

¿Pensará hacer oposición á alguna cátedra?

¿A propósito de lactancias, recomiendo á el Lunático una cuarteta que puede leer en la iglesia del Sacramento debajo de un San Bernardo.

Dice á la letra:

Lacteos virgíneos candores
gustó Bernardo, ¡oh portentol!
Ya no es extraño lo dulce
pues tan melisíuo fué el premio.

¿Será esta cuarteta del conde de Toreno y el premio melisíuo algún nombramiento á salto de terna?

Convento con «El Tiempo» en que todo esto no le hará gracia al ministro que no sabe hacer justicia.

A propósito de Toreno; recomiendo á mis lectores el artículo que en otro lugar de este número publica el Sr. Carracedo (1).

Parece ser que Toreno se ha metido en diapasón de once varas, y ha nombrado una comisión en que no figura ninguna persona competente en la parte científica. A no ser el Sr. Cárdenas que es competente en todo, como Dios ó como el Sr. Huelin.

Yo he visto el toro que enganchó á Pepete, como dijo Nuñez de Arce, en fotografía, de cuerpo entero, y no me extraña, al fin era un toro célebre.

Pero lo que no me explico es el grabado de «La Ilustración» que representa al Sr. Bascó leyendo á Mario el «Pobre portado». Bascó le toma en el hombro á Mario, sin duda porque el actor está distraído y hay que llamarle la atención. Mario está hablando, parece que está diciendo: ¡qué malo es!

Después en el texto se pone á Bascó á la altura de Pradilla; como quien dice, «Soledad» junto á «doña Juana la Loca». Y por decir cosas así no se denuncia á nadie, ni echan multa, ni nada.

A propósito del periódico ilustrado:

Mi amigo el revistero de «La Ilustración Española y Americana», el Sr. Bregon, si habla del fin del año y dice algo nuevo: dice que el Sr. Revilla es catedrático de literatura en el instituto del Noviciado. Esto parece á primera vista una equivocación como otra cualquiera, pero en el fondo es un epigrama sangriento: El Sr. Revilla pica más alto, es profesor de la Universidad. Para convencerse de ello no hay más que leer «El Siglo Futuro» que denuncia todos los días al «Meñestófeles de la Central.»

Asegura Bregon que Revilla es un buen orador... y que Carballada es otro buen orador.

Nego minorem.

«El Domingo», además de ser un día de la semana, es un periódico nuevo que parece satírico y no lo es, que parece de oposición y no lo es.

La sátira, aparte de filosofías, tiene por objeto hablar mal de algo.

Y «El Domingo», que no es de oposición, no puede ser satírico.

Porque ya hemos convenido en que por ahora no hay aquí nada malo más que el gobierno.

Los constitucionales no serán malos hasta Febrero... ó más tarde.

«El Domingo» publica un paralelo que es un para-Cánovas, porque pone á este señor por encima de Castelar.

«La Filoxera...» también es ministerial, aunque lo disimula mejor.

¡Oh, la prensa libre!

La mejor prueba de que estos colegas satíricos son ministeriales está... en que han obtenido permiso para publicarse.

Asmodeo ha hecho con gran descubrimiento (no asustarse, no es cosa de pólvora) ha descubierto que

la «Soledad» de Bascó se parece á la «Mignon» de Goethe.

Como un huevo á una castaña.

Ya se sabe que la castaña es «Soledad.»

En cuanto á D. Peregrin, dice que «Soledad» se parece á «Flor de María», la de Suárez.

Lo que parece «Soledad» es... que parece mentira.

El jueves se estrenará «El Casino.»

Bueno será que el gobernador dé por allí una vuelta.

Observación.—Hay autores que en vez de matar á los personajes, levantan los muertos.

Yo voy á escribir un drama titulado: «El Ateneo», con el siguiente reparto: Perier, primera dama; Carballada, dama joven; Revilla, primer galán; Burel, barba; Bravo y Tudela, coro de ambas sexos.

CLARIN.

(1) El artículo á que se alude se publicará mañana.

PALIQUE.

Causaba horror mirar las columnas de algunos periódicos en los días pasados; en esas días que daban principio al año con la muerte de siete u ocho ciudadanos; al año que, según «El Tiempo», comienza con felices auspicios.

El folletín terrorífico había salido desde el cuarto bajo al principal; en lugar preferente, donde estábamos acostumbrados a ver al Sr. Bugallal que ni subía ni bajaba, ni estaba quedo, nos encontrábamos durante esos días con el verdugo, los hermanos de la paz y la caridad y con la capilla. Podía la curiosidad sin entrañas ceder a la fascinación, saciarse en aquella literatura patibularia; parecía al pronto una novela vulgar muy mal escrita; las formas románticas que procuraban dar los noticieros a su relato, causaban ilusión pseudo-artística; pero de repente, el pensamiento de que *aquello era verdad*, ponía los pelos de punta. Figúrate que el cincol del estuario, labrando la piedra, biciera brotar san-

... la le embalsamada... el que se sentía, se parece he poco al que producen esas relaciones que son una especie de simonía de la humanidad, que es la religión indispensable.

Los periódicos neo-católicos aprovecharon la ocasión, y *el artículo del señor*, a su vez, pusieron de relieve todo el aparato de sacristía que acompaña a esos actos... que no tienen adjetivo propio.

Se censura al pueblo que acude a contemplar la ejecución de un sentenciado a muerte; ¿pues qué censura merece el periódico culto que nos dice si el *recorrido en la capilla* pasa y queso y si probó o no probó el vino?

¡Oh, la ejemplaridad de la prensa! Se truená contra los corridos de toros... y se publican revistas de toros; se moteja de bárbaro al pueblo que acude al campo de Guardias y se la atrae con el incentivo de minuciosas descripciones...

Ustedes dispensen, pero hoy tengo que abusar de los puntos suspensivos...

Máximas de Masquillo, sabio académico de Birmanía:

La piedad es la virtud útil de los poderosos. No sólo llevan taparabos los pueblos que lo llevan, sino los que parecen llevarlo.

La fuerza es para las grandes ocasiones y la piedad para todos los días.

Nunca digas que es imposible el absurdo si viene de luengas tierras. La distancia ensancha el campo de lo posible. Allí donde se pone el sol hay pueblos que hacen sacrificios humanos y después se lo dicen de misas a las víctimas. Este parece mentira, ¿verdad, pero no lo es. En la historia antigua de esos mismos pueblos el sacerdote se comía, en nombre del Dios, las asaduras de la víctima: ahora...

Máxima de Revilla, sabio de Occidente.

El derecho, esto es, la justicia, atiende a la intención del acto, pero principalmente a su resultado.

A propósito del Sr. Revilla: este señor alude a Clarín en un artículo publicado recientemente en el «Glebe», y... pido la palabra para una alusión personal: Dice el Sr. Revilla: sería de ver cómo juzgaba Clarín al Sr. Alas, si tuviese que criticar su libro.

Si tuviese que criticar su libro empezaría por leerlo, y si podía, por entenderlo, aunque tuviese que poner en tensión el espíritu; y si no lo entendía ni lo leía siquiera... ya se sabe, que no diría una palabra.

¡Qué cosa tan buena es una buena poesía! Lástima que haya tan pocas con esa cualidad necesaria para que no sean insostenibles.

Tengo la mesa llena de libros de versos; a un poeta se le rompen las cuerdas de su lira, el otro manda a ensaunderar las impresiones de su corazón; quién nos dice que está desesperado en una hermosa portada a dos tintas; el de más allá canta lo abouluto, lo infinito y el algo desconocido, por la corta cantidad de dos pesetas en Madrid y diez reales en provincias... Si la ley de la selección fuera cierta, aquí no deberían quedar más líricos que Campesino, Nuñez de Arce, Aguilera y otros tres o cuatro, ¿por qué no había de comerse el poeta grande al poeta chico, como sucede con los peces?

El Ateneo se atiene a esa ley de selección, y así

como en pardo a «dródes los aditá de todos los tamaños, tocante a poetas sólo confitida escuchar a los de verdadero mérito».

Nuñez de Arce ha inaugurado las revistas de esta año leyendo las «Últimas lamentaciones de lord Byron», poema escrito en octavas... ¡pero qué octavas! aquellas son octavas ilegales, porque en nada se parecen a las que se publican en la Gaceta.

Por supuesto, que el lord Byron de Nuñez de Arce no es el que todos conocemos, es lord Nuñez de Arce que, de la vida del poeta inglés, toma lo que le hace falta para cantarnos sus propios sentimientos. La ironía es tanto desfasada del autor del «D. Juan», no relampaguea ni una vez siquiera en los versos del poeta español; pero aquella descripción de Grecia y la de aquella horrosa batalla, son dignas del personaje que se figura representado en esta poesía.

Yo que reconozco en mí la debilidad de ser algo progresista (una especie de salto atrás), no puedo menos de entusiasmarme cada vez que se habla mal del enemigo común, como le llamamos nosotros. Nuñez de Arce declara la guerra al *casco*, que es el casco del enemigo moderno, y yo, aparte poeta, aplaudo: esta *indignidad*, y aprovecho la ocasión para pedir que no se pague culto ni clero.

Pero, ¿qué tiene que ver la poesía con eso? se me dirá: yo no sé; pero confieso que cuando una obra es buena y además la toma con los neos, digo para mí: ¡esto es miel sobre hojuelas!

Ya le he dicho: soy un poco progresista. Pero ahora se me ocurre una duda. La poesía que leyó Nuñez de Arce, ¿es objetiva o subjetiva? Mientras esto no se resuelva creo que es aventurado el aplaudir esos versos, que serán todo lo buenos que se quiera, pero que no se sabe a qué género pertenecen.

Permítaseme concluir con algunos apuntes de la cartera de un filósofo patagón, llamado Consuepau-sel ocoma.

Los miserables que se agachan al viento para brillar con su luz, logran su intención; brillan como el polvo que ilumina un rayo de sol.

Los aduladores no queman incienso en el altar del ídolo; queman reputaciones.

La adulación es humo que asfixia; el adulador se duerme hombre, y despierta monigasta.

El adulador no es lo que parece; caído y encatratado al envilecimiento.

Qui potest capere capiat.

Mi filósofo patagón sabe latín.

No temo perder ningún amigo por haber copiado estas máximas. Cada cual creará que aluden al vecino. Y, sin embargo, te las dedico a ti job, amén! Pítol.

C.

PALIQUE.

«El Siglo Futuro», que tiene entre otros muchos méritos, el de haberse de memoria la gramática de la Academia, se crea por ende el más estrafaloso catódico de cuantos en el mundo han sido. ¡Tristes y menguados tiempos! ¡Estos en que Martínez Campos, por ganar algunos plenos en la gran ruleta de la casualidad, es considerado como el fuera gran padre de la patria, honor de España: ¡pío, felice, triunfador Trejano!

ante quién nunca se postuló la tierra y en que «El Siglo Futuro» (vuelva a hablar de los tiempos), por saber la gramática de la Academia, se tiene por clásico, por selectísimo hablista y orílico infalible!

Tiene razón «El Siglo Futuro»: el régimen de tal ó cual verbo, es como él dice, y no como dice «El Tiempo»: corriente; pero, aunque así sea, ¿dejará «El Siglo» de ser más rico que Pío! Un día es conjuntivo, corrompido, el verbo coar y el verbo asir, y otra cosa haber leído a Shakespeare y haberle entendido.

Sucede que a un yankee se le ocurre redactar un telegrama para dar a un amigo la feliz noticia de que Shakespeare ha resultado; «El Siglo» llega a enterarse de que el Shakespeare resultado es el señor Tamayo, y grita ¡ajo! ¡ajo! éste es de los malos; ¡Shakespeare dijiste! Si, por cierto; pero Shakespeare mejorado.

¡Shakespeare mejorado!
Cada cual pidiendo la palabra a la moral a la manera; para dar la afirmación de un acontecimiento más lúculo que robar un copon y una patena, como decía un neo que escribía «Los Descamisados».

¡Tamayo mejor que Shakespeare!
Y saben Vds. por qué Tamayo es Shakespeare mejorado? Porque es católico.

Mucho vale Tamayo, más de lo que en realidad pueden apreciar los presbiteros de la gacilita futura; pero compararlo con Shakespeare, es poner el ridículo al poeta español.

Qué obra de primer orden, llamémoslo así, tiene Tamayo? Una, el «Drama nuevo»; con las demás pueden compellar, y con ventaja, las de otros autores, como si siquiera son únicamente aplaudidos. Y el «Drama nuevo», ¿qué es sino «El rey Lear», «Macbeth», «Hamlet», «Otelo», «Julietta y Romeo», etc., etcétera?

De otro modo, ¿para quién escribe «El Siglo Futuro»?

¿Qué sería de esta gloria de la patria, que «El Siglo» aparenta defender, si cualquier publicista inglés quisiera poner las cosas en su sitio y hacer composiciones entre su poeta y el Sr. Tamayo?

El Sr. Menéndez Pelayo, que debe ser una autoridad para «El Siglo», y que efectivamente sabe de estas cosas muchísimo más que todos los rufas y ourastras del mundo, el Sr. Menéndez Pelayo ha dicho en ocasión solemne que Shakespeare estaba muy por encima de Calderón, y Calderón, que era calóli,

co, ¿no ostará por encima de Tamayo? Shakespeare y Tamayo, ¿por qué juntará «El Siglo» estos dos nombres? ¿Será por recordarnos que uno de los principales defectos del «Drama nuevo» consistió en el carácter de Shakespeare, fantaseado arbitrariamente y contra todos los datos históricos, por el ilustre poeta de España?

«El Siglo» se lamenta con los telegrafistas de los Sjanques, dice que el Sr. Tamayo se hace aplaudir de sus enemigos mismos. Se refiere a los enemigos de la luz; esto es, a los no católicos.

Y al «Siglo» se le ocurre poner por ejemplo unas palabras que Tamayo atribuye en su drama nuevo a Shakespeare. Pero como Shakespeare no era católico resulta que lo que aplaudimos es una frase que pertenece a un personaje de los nuestros; de decirlo no católico, porque de no admitir esto «El Siglo» necesitará pensar que el Sr. Tamayo cometió el gran desatino de atribuir a un hereje ideas solo pertinentes en un católico.

«El Siglo Futuro» se ampara en demostrar que Tamayo es gran poeta porque es neo; no señor; es buen poeta, a pesar de ser neo.

Aparte de que si ahora no escribe, acaso se daba a la obsesión no católica que dicen que padece. Conque medrado está el arte con el mismo. Con esta teoría del «Siglo» se ha llegado a decir que Sancho de Castro es algo más que un adocenado poeta.

¿Pero quién ha dicho que es buen poeta? ¡Otil Lara y Revilla; un neo y un posibilista; totos dos reaccionarios.

Triste mescolanza es esta de la literatura y la política.

La literatura nos roba políticos, por ejemplo Chate; que hombre de Bellin! No sería Chate si no fuera por sus percalos de la política nos roba literatos.

Por ejemplo, Martínez Campos. ¿Qué versos no haría Martínez Campos si no fuera por la política?

Toreno continúa en el ministerio. Otro literato echado a perder; totos los versos de la patria.

Regollos, ob jóvenes ilegales, que en sus teleros lieros atos al templo de Minerva dirigís vuestras pasos: vosotros los que devorabais los libros de las respectivas ciencias desde que supisteis que había oris; de daraca embuega; nada de estudiar; vade retro, prociata profana; y tras porción de balatines. Nada de obsidiones; pur chate.

Martínez Campos creó el mismo que creó Cánovas, que en Toreno no hay fomento posible, ni gadadería ni minas, ni pacos, ni cabras, ni cabritos, en fin, nada de lo que se llama fomento. ¿Qué sería, en Toreno, de las obras públicas, del dispacon y del baron de Corderon?

Se habló de Moreno Nieto para el ministerio de Fomento... ¡qué absurdo! Una persona ilustrada, imparcial, amante sincero de la ciencia...

Martínez Campos no podía hacer tal elección. Como todos los grandes hombres, el posiblador de Cucha (c. m. b. «El Imparcial») sabe escoger su gente. Cánovas los oró y ellos se juntan.

PALIQUE.

(ELECTORAL.)

Dispense «El Imperial», pero es cosa de tomarlo á broma.

Algo hay serio y muy serio en el fondo, pero quedese para otro día.

Voy, por ahora, á hablar á Vds. de la fruta del tiempo; de los Pídalos, símbolo de la situación.

El marqués de Pídal, gracias á los carlistas y al gobierno, ha sido el candidato que entre todos los de Oviedo (pueblo democrático) obtuvo más votos. Gracias á los carlistas que le votaron por sán, y gracias al gobierno que le recomendó por suyo. Luego el gobierno tiene afinidad con los carlistas.

Sin embargo, inmediatamente, el triunfo lo daba á su señor hermano, D. Alejandro Pídal, filósofo paripatético que anda las siete partidas del mundo por buscar un voto. Sigamos al Sr. D. Alejandro en su Odisea electoral. (Todo lo que sigue es histórico, según la pública voz).

Escena primera.—El teatro representa el estrado de una señora viuda, noble, ilustrada, etc. Entra Alejandro con la sagra del mundo, y después de hablar del tiempo y otros lugares comunes, se va al grano y dice:

Alejandro.—Pues, si, señora, mi hermano el marqués quiere ser diputado, porque la sociedad se desmorona y es necesario apaciguarla—*Algunos inauditos*—y no será mal puntal el marqués de Pídal. Sobre que Vd. me debe el favor de marcas (que de buena se los seed á Vds., aunque me esté mal el decirlo...) Y, como dijo Santo Tomás, hoy por ti y mañana por mí. En fin, cuento con los votos de que Vd. disponga para mi señor hermano...

Señora.—Caballero, el favor á que Vd. se refiere, yo se lo debo directamente al Sr. Mon, cuyo hijo se

presenta candidato también: por él he prematado indico...

Alejandro.—Es que, mi señor primo, el Sr. Mon se ha retirado...

Señora.—Ah, pues si él se ha retirado, permítame Vd. que yo también me retire. (Salida y vuélvase)

Escena segunda.—La casa del señor cura.—El cura (con la boca abierta).—Pídal (con el sombrero puesto).—El prior de la diócesis (con las botas puestas).

Cura.—¿Casi que dice Vds. que según el derecho romano yo debo votar y hacer que voten mis ovejas al señor marqués?

Alejandro.—Sí, hombre, sí. El derecho romano lo prescribe: precisamente al «Digesto» no habla de otra cosa.

Prior.—Y sea hablen del derecho canónico, Alejandro.—Eso es: no hablen del derecho canónico. Desde Dionisio el Exiguo hasta la extravagante de Juan XXII... nada hay que no anuncie la elección del marqués como necesaria para la moral y la disciplina.

Cura.—Pues Vds. dispensen; pero digan lo que quieran Isidoro Mercator y Graciano, yo no voto al marqués de Pídal si me meto en elecciones.

Prior.—En decir que se revela Vd. satánicoamente?

Cura.—Como Vd. guste: no servím, no quiero quebraderos electorales de cabeza.

Alejandro.—Pues bien, aquí de mis poderes extraordinarios en nombre de Dios y de su Vicario en la tierra, digo á Vds., señor cura, que así como usted se mantiene inflexible en esta cesión, la Providencia será implacable con Vd. en la hora de la muerte.

Prior.—Eso es: se condenará Vd. como tres y dos son cinco.

Cura.—Allá veremos...

Alejandro.—*Anathema sit.* (Váse.)

Prior.—Eso es: *anathema sit.* Ya se lo dirán á Vd. de visitas.

Lupus (canónico): trage de campaña... electoral: pistola al cinto: cuchillo de monte, y muchas papeletas, con el nombre del marqués de Pídal, en la manga de la parroquia. Monta un recin. Trote largo.

(Canta):

Hurra, carcundas de los montes, hurra, Pídal os brinda espléndido festín: chorizos extramuros y morcillas, cuatro pesetas, y la gloria, en fin.

A falta de Cucala y Samaniego unánimes votemos á Pídal; la esposa de Jesús os lo prescribe por la boca del clero catedral.

El canónico soy que vaga errante, mercedando en los votos del redil; otros acuden á cantar al coro que yo soy de Pídal el alguacil.

Yo escamoteo papeletas, urnas, leyes, alcaldes, todo, en conclusión; yo impongo el candidato que me pelen en nombre de la santa religión.

Hurra, cosacos de la Iglesia, hurra, la mesa ostenta electoral festín: Pídal promete la unidad católica, cuatro pesetas, y la gloria, en fin.

No; no son estos sueños de mi acalorada fantasía; es cierto, certísimo que los Pídalos han recurrido á toda clase de expedientes para conseguir el triunfo. Han sacado á colación servicios más ó menos favorables á la eficacia de la sanción penal; han mermado el coro de la basilica ovetana, haciendo que los canónicos en vez de cantar las alabanzas del Señor, como lo tienen por oficio, fuesen á los colegios electorales, armado en corso alguno de ellos, para cazar votos, valiéndose de las armas espirituales y de fuego... eterno que tienen á su disposición.

¡Por qué hablo tanto de los Pídalos! Porque son cifra de la situación: los carlistas los votan, los canónicos los ayudan y el gobierno los recomienda. Es decir, que mandan los carlistas, los canónicos... y Santo Tomás.

Si el diablo ha vencido aquí, en cambio en Avilés el triunfo ha sido de San Miguel.

Excusado es decir que me alegro, como me hubiera alegrado de que Celleruelo hubiese triunfado en Oviedo. Lo que yo no quería era que los depúctates retirados votasen á nadie, y menos que los de la unión votasen á un separatista. San Miguel triunfó sin nosotros en Avilés; sea ennobrecida.

Eso se me olvidó decir ayer al viejo progresista, mi correspondiente.

Dice «El Diario Español» que en la próxima legislatura van á oírse muchos discursos.

Lo que es de los diputados A. de Asturias respondiendo yo.

El mejor orador entre ellos es... ¡Termino!

Allá va D. Gonzalo González de la Gonzalera; sólo que con otro nombre.

Tengo el disgusto de anunciar á Vds. que en Gijón se ha abogado San Pedro.

Su sabelo ha pasado por ojo un ingeniero naval que se llama Navas.

Cuando Cristo dijo *tu es Petrus et super hanc petram*, no contaba con la influencia moral.

Sin embargo de esto, la milología tendrá en el Congreso más de un representante asturiano... porque también va Jovo.

El «Eco de Asturias» pide perdón á la patria en nombre del país, porque le manda tales representantes.

Efectivamente la cosecha ha sido mala.

Culpa del Píntor liberal-conservador.

Sin embargo, debiéramos mandar estos ejemplares de *colladoma adicta* á la Exposición de Melbourne.

Esta pill de las islas Filipinas.

CLARIN.

PALIQUE.

(IMPARCIALERÍAS.) (I)

Preciso me será convencerme de que hay muchos modos de ser liberal en este mundo.

«El Imparcial», por ejemplo, es en ocasiones liberal por tan extraña manera que no lo parece.

Debe suceder con esto de ser liberal, lo mismo que sucede con aquello de tocar el violín.

Según el maestro de cierto rey de Inglaterra (ya recordarán Vds. el cuento) hay tres modos de tocar el violín: unos lo tocan bien, otros lo tocan mal y otros no saben tocarlo.

«El Imparcial», como el rey Jorge, pertenece ya a la segunda clase de violinistas.

Nosotros, los que somos liberales a la buena de Dios, y no tenemos intereses creados, ni necesidad de transigir con lectores liberales, que no son liberales, somos unos deslenguados que vamos y, ¡zai! llamamos las cosas por su nombre.

Por esto, sin duda, jamás se me hubiera ocurrido a mí copiar con fruición, notitas del «Siglo Futuro» en que éste trabaja *pro domo sua*, acogerlas como cuántos de bienandanza, y... ¡a regañón seguido enjorazar un bicho en el cor de Torero y de Cárdenas.

Todo eso que no se me hubiera ocurrido a mí se le ha ocurrido al Imparcial.

¡Cuán profundos son los designios de la Providencia y los de Gasset y Artime!

¡Quién había de pensar que por tanto ocurra senda-ros! «El Imparcial» prepara (poco a poco, eso sí) el relinido (sin X) de la libertad?

Es el caso que S. S. ha dado su bendición a unos cuantos protestantes (Dios de los aumea), los cuales protestantes parece que los acogea como lloridos del cielo. Esto regocija al «Siglo Futuro», lo cual nada tiene de particular; pero que «El Imparcial» participe del júbilo futuroso ya tiene algo de particular.

Los protestantes, en cuestión; llevaban rosarios, medallas y otros dijes para bendecirlos, y esto para «El Siglo Futuro» es un signo de regeneración.

Al fin, exclama el que le escribe de Perusa, los protestantes no pueden prescindir del bautismo que han recibido.

[Medallas, rosarios, bendiciones]

Comprendo, comprendo que a un no se saquen de guiso estos contactamientos trascendentes. Pero que «El Imparcial» llame la atención de sus lectores sobre estos sucesos y los juzgue propicios y trascendentes!

Es más, el papa agasajó a unos rapazuelos que eran católicos, y sus papás, protestantes, que se hallaban presentes y no podían participar del placer que gozaban sus hijos, lo tomaron tan a pecho que soltaron el trapo y lloraron como Magdalenas.

«El Siglo Futuro» se enterneció, es claro; y «El Imparcial» va y ¿quién sabe? ya se enterneció también.

Reclamos por el estilo los publican los diarios ultramontanos casi todos los días; el tipo del protestante que en el fondo es siempre católico, no es nuevo, es de los más menoscados de la literatura *partidurista*; y «El Imparcial», a literature, se ha dejado sorprender, sin embargo, por tan conocidas artimañas.

(1). Como los lectores de LA UNIÓN saben, nuestro estimado compañero Clarín se halla en Oviedo; ignoraba pues, al escribir este artículo, que su trabajo llegaba a Madrid cuando «El Imparcial» había suspendido su publicación.

Por nuestra parte, atendiendo a exigencias de delicadeza y, en cumplimiento de deberes de compeñerismo a que jamás faltamos, a sabiendas, habríamos aglosado la publicación del artículo de Clarín a no haber sabido, con verdadera satisfacción, que «El Imparcial» respaldará uno de estos días.

(Nota de la R.)

Yo creo que «El Imparcial» debería recogerlos, algo, y no mucho, si le hablasen de otras cosas.

Pero, esos protestantes que lo gustan, al «Siglo Futuro» deberían parecerse a nosotros.

Pero regocijese con lo que quiera «El Imparcial», es hacer poco favor a los cultos disidentes, a sus sales tan poco serios y tan mal convencidos, que vaguen por una impresión del momento; impresión no ajena de idolatría.

Bien sé que hay católicos liberales, que todavía algunos insisten en conciliar la autonomía de la libertad y la Iglesia: echándose a esta parte «El Imparcial» podría defender su liberalismo, a pesar de su regocijo ultramontano.

Es más, supongo que ya lo ha defendido, supongo que ha hecho prodigios de fanabulismo. Pues con eso y todo, repito que no me gusta cómo toca el violín.

Después de enternecerse ante esos padres que envidian en sus hijos al ser católicos (¡no más protestantes véase la cuarta plana) «El Imparcial» oge los platillos y el bombo y toca en alabanza del director de Instrucción pública y de Torero. Edificios por su actividad, y dicho en abstracto, tiene razón. Son tan activos que si no se les va a la mano, la generación que viene nos va a salir de zutis con plumas en el moño y todo.

Pero el motivo próximo, inmediato de la admiración de «El Imparcial», es la circular en que, a vueltas de varios impropiedades contra los estudiantes y el sentido común, se recomienda un saludable rigor en los próximos exámenes.

Lo del rigor en los exámenes es una exigencia legal que, para los que saben cumplir con su deber, se impone sin necesidad de circulares (pensativas en cierto modo); y en cuanto a los que no emplean ese rigor, que su deber les impone, no hay circular que valga y los comuense; porque lo que no, hace la ley y la conciencia, no lo hará una circular más. «El Imparcial» hace mal en olvidar doctrinas, que en sus propias columnas fueron admitidas, según las que las relaciones jurídicas entre el profesorado y el ministro de Fomento con de índole bien distinta de la que supone el texto de la circular de Torero. Sobre todo, «El Imparcial» no debiera dejar para el libro ó la revista lo que más importa, y contentarse con elogiar al ministro.

No parece sino que es un «Tiempo» ó una «Política», que dejan por el libro y la revista la justicia, la razón y hasta el sentido común en ocasiones, y consagran todas sus fuerzas al incensario.

Si se hubiera ido más despacio «El Imparcial» hubiera visto en la circular afirmaciones reaccionarias, absurdas jurídicas, que no cobó de ver por aprestarse a alabar un acto que el sumo será insignificante.

Yo no soy partidario de la oposición malamente llamada sistemática, pero no me parece la mejor ocasión para alabar a un ministro un acto que obedece a doctrinas opuestas a las que defiende el que alaba.

El partidario «El Imparcial» del antiguo rigorismo escolástico, formal y arbitrario, estrecho y mezquino. Quiero que la lista sea la garantía suprema de la ciencia de nuestra juventud. ¿Está conforme en achacar los vicios de la enseñanza a las ideas y prácticas de la Revolución? Pues de todo eso se hace solidario, alabando la circular del ministro, y más que un bombo inoportuno, hubiera convenido que el colega hubiera tratado eso que deja para el libro y la revista (extraño modo de entender la misión de la prensa) con el acierto y la ilustración que podrían prestarle, si los había menester, los próhombrs de su partido.

Pero, tal, que estos párrafos largos me indican que me iba poniendo serio. Vada resto.

El decir todo lo que a mí me parece del catolicismo propagandero de «El Imparcial» y de su imparcialidad oportuna: atque inopportuna... lo dejo también para el libro ó la revista.

CLARÍN.

PALIQUE

El Sr. Marco, un positivista de marcos mayor, dice en el Ateneo, á quien le quiere oír, que la crítica no sirva para bendita de Dios la cosa.

No puedo resignarme á creer que don Peregrin me sirva para nada.

¿Ni siquiera para hacer reír?

¿Y saben Vds. por qué no sirve para nada la crítica?

Porque el gusto del público no lo forman ni reforman los críticos sino que éstos siguen la corriente general del gusto dominante.

Ahora bien, yo leo con extraordinaria sorpresa que el Ateneo aplaudió, con extraordinario aplauso, unos versos de Blasco que empiezan así:

Inés y Ana eran hermanas
y en aficiones tempranas
con pensamientos distintos,
dieron muestras cotidianas
de diferentes instintos.

Si es verdad que el Ateneo aplaudió eso, yo protesto de que no hay corriente que valga; y no ya la corriente, ni padros descalzos me harán decir que esa quintilla no es un disparate.

¿Que la crítica no sirva para nada?

En los tiempos y poetas que alcanzamos sirve, por lo menos, como el algodón en rama, para taparse los oídos.

* *

El señor duque de Rivas (D. Enrique) que es todo lo mal poeta que le permite su posición desahogada, también debe ser enemigo de la crítica.

Digo esto porque dice el duque:

Elena, Elena, entonces tu garganta
desátase en raudales de armonía...
y las floridas márgenes encanta;
inmóvil queda la corriente fría.

Todo al revés; una garganta desatada en raudales y una corriente inmóvil.

Ni esa corriente, ni la otra de que hablaba el señor Marco, me arrastrarán á mí, que ni paso por el Sr. Blasco, ni por el señor duque, ni por el Sr. Velarde.

* *

Más gracia que el duque me hace el conde, el de Ceste, que sigue triturando los versos del «Dante», con una majestad y una frescura que no tienen ejemplo.

Bíce el rimbombante capitán general:

Créeme, si en la más viva y honda parte
de esta hoguera estuvieses cien mil años,
ni en un pelo llegarás á encalvarte.

.....

El sol se va: la noche ya aparece,
(prosiguió) no os pareis, doblad el paso,
mientras no el Occidente se ennegrece.

Recto iba el corte del pañasco y raso,
hacia donde á mi frente yo cortaba
el reflejo del sol que era ya escaso.

Y cuando dél muy poco se trepaba...

.....

No trepe V. E. más; hájese y cepos quedos.

Si hay algo en los anteriores tercetos que el lector no entienda, ballará la explicación en lo que sigue:

Así óramos los tres en nuestra ruta,
yo cual rumiante...

No puede estar más claro.

* *

El señor Camposamor tampoco necesita crítica.

Hace lo que Juan Palomo... y lo que Juan Pablo, él se lo guisa y él se lo come.

Richter publicó una poética que era su poética; Camposamor después de escribir pequeños poemas los acompaña de un pedimento. Va éste encaminado á demostrar que la mejor poesía es la que usa el autor.

Afortunadamente la prueba no está en... la prueba.

Está en los poemas.

¿Por qué ha de ser todo poesía lírica... dramática como quiere D. Ramon?

Las poesías líricas... deben ser líricas. Esto es lo que se le ocurre á cualquiera.

Sin embargo, todo puede arreglarse si el Sr. Camposamor declara que para él es dramático mucho de lo que se suele llamar lírico.

Yo he visto en mi pueblo una compañía de cómicos ambulantes que declamaban, cantaban, prestidigitaban (que diría Ceste) pintaban retratos al minuto... y echaban las cartas. Esta compañía en sus carteles se denominaba «Gran compañía lírico-dramática.» ¿Por qué no?

¿No dicen en el Ateneo que lo lírico es subjetivo, y lo épico objetivo, y lo dramático subjetivo-objetivo? Pues bien; los naipes, los cubiletes y las tonadillas, son objetos, y los cómicos sujetos... y además que todo está en todo, y por decir: esto es lírico, y esto otro dramático, no ha de venirse la casa abajo; y es más ridículo tomar muy á pecho estas quisquillas que sólo sirven para hacer doctores en filosofía y letras.

Yo, con tal que las poesías sean poesías, no me importa que las llame Vd. h.

Los poemas de Camposamor, ¿son bellos? Bellísimos.

Pues por eso tiene razón el autor de lo «Absoluto», nada más que por eso.

* *

«El Siglo Futuro» y «El Fénix» vierten la pila de sus groseras graciosidades (el agua bendita que usan) sobre el último drama de Echegaray.

Estadística que explica el caso: Autores dramáticos:

Redactor de «El Siglo»: D. Ramon Necedal.—Silbado.

Redactores de «El Fénix»: D. Fulano Catelina.—Silbado.

D. Ceferino Suarez Bravo.—Vordugo y sepulturero.

Ahora lo comprenderán Vds. todo.

CLARIN.

Yo no sé porqué ciertos torzanos bándolos, almas pías sin piza de mala intención se dedican al género domador de la crítica literaria.

Cuando todo se ve ó se quiere ver de color de rosa, no es posible dar en el clavo; y digo ahora esto porque el Sr. Bremon, á quien castigo, no usa de tributar inclinos á ciertos caballeros particulares se encaraman en la cátedra del Ateneo. Cada vez que se publica un número de *La Ilustración*, me encuentro con algún *géne* de última novedad; el Sr. Bremon me lo presenta con todas las reglas de la cortesía, con tan buenos modos que cuesta gran trabajo no reconocer al *célebre* de la semana los títulos que exhibe para la inmortalidad. El *milit* *suav* es letra muerta para el Sr. Bremon que lo admira todo, ni por casualidad le da haber un poeta malo. Y la verdad es casualidad es que haya uno bueno.

El optimismo literario es el más inocente de todos. Se explica que los temperamentos bien equilibrados se inclinan á creer en las causas finales, y esperan la plenitud de los tiempos como agua de mayo; pero por bien que lo vaya á uno de salud... y de peetas, no sé cómo se puede tener por bueno lo que escribe Cañete en verso.

El Sr. Bremon llama á los defectos lunares, y como tales le lincea gracia, y así solo se conchilo que las infinitas manchas hepáticas de la poesía cañetista, se lo antojen primores del pulido estilo académico.

El Sr. Cañete es autor de una poesía al conde de San Luis, *restaurador del teatro español*, poesía que tuvo el valor de leer á las espaldas del Ateneo el muy afectado poeta, y que al Sr. Bremon lo *pasase de poeta*.

Yo, que de muchacho lei por casualidad esa poesía, recuerdo que dico entre otros adelantos:

La vida es un suplicio,
el bien es un arcano;
si abriga ingratitude el pecho humano
nunca puede ser grato el beneficio.

¿Es esto bueno, Sr. Bremon? Esos cuatro versos no tienen enlace lógico entre sí, ni el orden de colocación es más que arbitrario. Pudo haber dicho:

El bien es un arcano,
la vida es un suplicio,
nunca puede ser grato el beneficio
si abriga ingratitude el pecho humano
Y también:
Si abriga ingratitude el pecho humano
la vida es un suplicio,
nunca puede ser grato el beneficio;
el bien es un arcano
Y así mismo:

Nunca puede ser grato el beneficio;
el bien es un arcano,
la vida es un suplicio
si abriga ingratitude el pecho humano,

y de otro modo y de otros muchos pudo decir con los mismos versos lo que dico, que no es nada.

El Sr. Cañete no es poeta, es Cañete y basta. En una columna suya (el libro por lo extraordinario de la silba) (1) dedica un personaje de los inventados por el Sr. Cañete—¡cielos, monda la manzana! es la marquesa de Pompadour—Con lo que daba á entender al Sr. Cañete que en Francia nadie mondaba las manzanas para comerlas, no siendo la marquesa de Pompadour. Yo no traría á colchon estas miserias literarias si no me provocasen á uno los intempestivos elogios de tan discreto revisador.

¿Cree el Sr. Bremon que los demás no tenemos entinas? Pues si los tenemos, pero es necesario mantener á raya las pretensiones de los poetas. Si en una publicación ilustrada, de papel satinado va su nombre cualquier autorcillo malencu y lo va acompañado de rimbombantes elogios, ¿cómo podrá no desvanecerse? ¿Cómo ha de renunciar á su inspiración? Créame Vd., señor Bremon, su bondad nativa de Vd., y la solicitud de nuestro amigo Sánchez Moguel están causando un pequeño mal á las letras y al Ateneo.

(1) Deltran y la Pompadour.

Moguel conoce perfectamente dónde acaba la razón, dónde empieza la locura,

cuales poetas le son de verdad y cuáles no; pero comprometido á presentar en la tertulia del Ateneo más poetas, los busca ya donde los encuentra aunque sean falsificados. Apolo se lo demande. Pero Vd., ¿para que se mate en poetas de once varas?

¿No ve que esos camino de perdicielen? ¿que el mejor día los versos Lopez Bago... y tiene usted que decir que es mucha poeta el Sr. Lopez Bago, y que es cosa de oírlo con la boca abierta?

Y Vd., Sr. Bosill, mi amigo y dueño, tan suvero para juzgar á Moreno Nieto, ¿por qué es usted tan blando con los poetas de menor cuantía? ¿Qué importa á la España moderna que Grilo coma dulces ó gasepachos? ¿Qué tenemos que ver con el Sr. Voltrich? ¿A qué vienen esos apuntes biográficos en que Vd. me da á conocer *el hombre*, después de antes de examinar la obra, como dicen los críticos cursis?

Por Dios, por Dios, más formalidad.

El Lunático ya no escribe *Los Líneas de El Imperial*. Respiremos, como dicen en las comedias.

Los conceptos y conceptillos pueden dormir tranquilos... ya no les dará caza el ingenio habermediario del experto tirador.

Ahora el encargado de la revista es un señor J. G. A., que en punto á ginecias y ohistes está por el retraimiento. Y está en su derecho. J. G. A. será un hombre serio, enérgico, gubernamental, ¿para qué le da venirnos con cuahueltas?

Sin embargo, al terminar su primer artículo lo parece oportuno decir una gracia, una sola... y la dico.

Ha sido de la Exposición de flores, y concluye: «*En su abundancia*».

Cañete demuestra el Sr. J. G. A. que bien

se puede ser hombre aceduo, de peso, serio como un colchon, y permitirse de vez en cuando una salida que haga morir de risa á las piloras.

¿Con que habrá lílas en abundancia? ¡Marnón!

No se lo ocurrán cosas así al revisador de *El Diario Español*, ni al periodista que escribe los sueltos picarescos de *El Pabellón Nacional*.

A esto último me atrevo á dirigirlo una réplica en nombre de varios vecinos honrados: ¿quiere hacer el favor de dar las noticias sin los comentarios que se le centren? ¿No quiere? Corriente; nosotros se lo declamos por sí, querir.

¿Qué sería de muchos gaceticillos *humoristas* si fuera cosa prohibida por el buen gusto (y acaso lo sea) eso de llenar cuartillas y cuartillas con interiecciones y apóstrofes de baja estofa?

¿Qué sería de ellos si se los tomara mal aquello de... ¡Caramba, caramba! ¡Por vida de todos los demonios! ¡Atiza! ¡Chupato! ¡Rodios! (1) y otras linduras por este que para la noticia más ofensiva tiene un comentario que coha chapas.

Yo he leído muchas veces cosas por el estilo: «Ha sido jubilado el Sr. D. Juan Formidex, magistrado que fué de varias audiencias. ¡Cataplum!»

El cataplum es muy socorrido, pero no tanto como aquello de ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que tiene mucha gracia, y tendrán más si no hubiesen abusado del chiste un periódico de la corte.

Se ha ido tan lejos en eso del gaceto, que se ha llegado á decir la graciosidad más elocuente con sólo algunos signos de puntuación, por ejemplo: «Una mujer ha parido cinco chupillos. Cinco (?) (III)...»

Y andando el tiempo habrá escritores festivos mecánicos, de goma, y gr., que hagan chistes con gran abundancia, perfección y baratura.

GLAMX.

(1) Histórico.

El amigo Bremon dice otra vez que no quiero polémica—como *La Epoca*, que tampoco quiere polémicas.

Sea en buen hora: no haya polémica; pero permítame el amigo Bremon que diga todo lo que se me ocurra, usando del mismo derecho que él ha usado diciéndome todo lo que se le ha ocurrido.

Si á los intereses de *La Ilustración* conviene que esto no se llame polémica, llámelo Vd. H; todo menos llamarme yo andana cuando se me dirigen cargos tan graves como el que el señor Bremon me ha dirigido en la forma meliflua que le caracteriza.

Porque eso sí; el Sr. Bremon es un Himeto en punto á dulzura (y advierto á muchos de los poetas patrocinados por Bremon, que el Himeto no es una confitería); no se lo oye una voz más alta que otra, y es el doctor Pangloss de los escritores, el *compos voti* de la literatura. Todo lo encuentra bien según su género; le gustan las bellezas por bellezas, los defectos por lunares; y si se le pega un palo (de estos metafóricos) á un poetillo de tres al cuarto, el amigo Bremon despliega su bandera de la cruz roja, y poco le falta para exclamar con el protagonista del sainete: ¡Animalito!

Es indudable que la caridad tiene sus extravíos; en cuanto el romanticismo se apodera de ella pierde su magestad para convertirse en algo (en un algo que diría algún poeta de los protegidos) en algo muy cursi.

Me parecen ridículas las señoritas que no permiten que se pise una cucaracha; y es evidente

que la protección de los animales no puede extenderse á las pulgas.

El matar pulgas será una institución eterna.

Decir el Sr. Bremon que una poesía es un ser vivo, sensible.

Sobre que eso no es verdad, y no necesito demostrarlo, aunque lo fuera, no habría razón para dejar de cumplir la justicia que manda la ley.

El Sr. Bremon; ahora que me acuerdo, es partidario de la pena de muerte; piensa que, llegada la ocasión, no hay como darle garrote á un ciudadano porque todos los demás se sientan mejor. Por muy sensible que sea una poesía, mucho más lo es un hombre, y me parece que mal se concilian los escrúpulos literarios del ilustrado revisor con sus ideas de derecho penal.

A ver, quién es en realidad más humano—como se dice—¿el Sr. Bremon ó yo?—Yo desde ahora perdono á todos los condenados á muerte, y doy garrote, sin compasión, á la *bata de plomo*—pongo por caso—del Sr. Blanco Asenjo. El señor Bremon, en cambio, perdona el poema, porque es un ser sensible, y á cualquier reo de homicidio frustrado lo lleva al palo (eso sí que es palo) en nombre de los más altos intereses.

La crítica, Sr. Bremon, ha de disponerlo todo *in numero, in mensura, in pondere*, como dice Salomón, y el tributar alabanzas á los malos autores, no solo es negarles á ellos el derecho á la pena, sino quitar el premio á los buenos; porque con tales alabanzas la medida del mérito se altera; toda medida es relación y ésta relación no puede ser bien apreciada si se produce engaño en uno de los términos.

Si Vd. dice, por ejemplo, que Blasco vale como uno, y que Campoamor vale como diez, no sola-

mente adula á Vd. á Blasco, sino que calumnias á Campoamor; porque ni Blasco vale 1/10 de Campoamor, ni Campoamor vale por diez Blascos, sino por todos los Blascos que Dios puede echar á este mundo, y ojalá que no echo más.

Si Vd. dice de Blanco Asenjo (como lo ha dicho) que representa una generación, así como Nuñez de Arce y Zorrilla representan las suyas respectivas, hace Vd. más estropicios que una ametralladora, porque lastima Vd. á Blanco Asenjo con deslumbrarle, á Nuñez de Arce y Zorrilla con su comparación.

Pero aún no queda ahí el daño. Los que quieren restablecer la justicia sin colocar á cada cual en su sitio (único modo posible) dejan á los malos poetas tan altos como la benevolencia les ha puesto, y á los buenos les empujan á los cuernos de la luna y los llaman inmortales, dioses y redivivos, con grave detrimento del sentido común, y de los mismos poetas buenos, que no por serlo, dejan de estar sujetos á la pícara vanidad.

Si Blanco Asenjo representa una generación, con mejor derecho podrá crear Campoamor que él representa una era, y que el Dante y él son de lo que no se ha visto en punto á simbolismo trascendental y poético. No digo que Campoamor crea eso, sino que lo podrá creer si vé que Campoamorana es considerado por la crítica como poeta de verdad.

Bien sé que es regla jurídica lo de *alterum non ledere*, pero también lo es *suum cuique tribuere* y al que se le da lo suyo no se le causa perjuicio, sino que con desagafiarse, se le pone en camino del *honesto vivere*; que no es manera honesta de vivir eso de versificar contra viento y marea.

Sostiene el Sr. Bremon, que yo en literatura capitaneo una partida de la porra.

Yo no capitaneo nada; les digo como puños y no pso de ahí.

¿Que tengo, buen natural? Ya lo creo; tengo un corazón de oro, y no hay otro como yo para aplaudir lo bueno; como dije de sí mi homónimo de la *Vida es sueño*:

soy un gran agradador
de todos los Segismundos;

y llamo Segismundos á los que arrojan la necesidad por el balcón y pueden decir legítimamente

vive Dios que puedo ser.

Pero el Sr. Bremon, cree que violento mi buen natural cuando abomino de los poetas nihilistas. ¿Qué he de violentar? Como el pez en el agua estoy cuando me entrego á las expansiones inocentes de lo que él llama análisis minucioso, trabajo de escalpelo, etc., etc.

¿Y sabe el Sr. Bremon todo el mal que se origina? No cultivar el amono trato de Blasco, Lopez Bago, etc., etc. Desgracia que no es lo que se llama insoportable.

Ahora, y por concluir, arrojo un guante al señor Bremon con toda formalidad, y conforme á las *premiáticas de los rictos*.

Reto al Sr. Bremon en lid soltera á que encuentre tantas bellezas como yo disparates en cualquier obra de cualquier poeta de los que yo tengo por eufemismos y canijos y él coloca sobre su cabeza. Blasco, Cañete, Blanco Asenjo, Grilo, Valardo, Campo-arana, Escobar, Lopez Bago, etc., pueden ser objeto de nuestras pesquisas. Juez del campo, el buen sentido de nuestros lectores.

CLARIN.

PALIQUE.

Vuelvo á hablar del Sr. Bremon, porque necesito hacer constar que, según expreso antes do-

clarar en el último número de *La Ilustración*, no acepta el desafío incruento á que yo le retaba días pasados.

Confieso que me pesa que una generosidad mal entendida—á mi parecer—me prive de lucir mis conocimientos en la materia. Sé yo más ripios, solecismos y nebulismos de Grilo, Blasco, Costera, que de pelos tengo en la cabeza. Pero, en fin, qué le hemos de hacer. El Sr. Bremon no quiere batirse con el cuerpo de un amigo. ¿Por qué? Quien tal hizo que tal pague. ¡Otra vez sorá!

Por lo que no paso es por eso de comparar á los poetas con las muchachas.

La prima de esa señora que tantos chascarrillos le cuenta al Sr. Bremon, puede muy bien ser agradable y tener los ojos pequeños, la frente demasiado estrecha, etc., etc., pero con los versos no sucede como con las chicas. Sin embargo, yo también me ntrovo á sostener que son más hermosas las mujeres guapas que las feas.

Y también niego rotundamente la paradoja de Bremon, que dice: «La poesía es como la mujer: puede ser fea y hacer gracia; puede ser hermosa y no gustar á nadie.»

Por lo pronto, la poesía no es como la mujer (por lo general las mujeres valen muchísimo más que las poetas), y si es verdad que una mujer puede ser fea y hacer gracia (porque puede ser de espíritu bello y tener consiguiente expresión graciosa), es absolutamente absurdo que la poesía pueda ser hermosa y no gustar á nadie, ser fea y hacer gracia. Porque tanto vale eso como suponer que nadie sabe apreciar la hermosura; y que lo feo sea gracioso, es un imposible, porque lo gracioso es un modo de lo bello, un momento, que diría Torono.

Ya ven Vds., el Sr. Bremon, tan discreto, tan ilustrado por defender la causa perdida de los malos poetas, viene á dar en tales extremos.

Para terminar esta polémica: ya que el señor Bremon dice que lo feo puede hacer gracia, conengamos en esto: Blasco, Grilo, Sánchez de Castro, etc., etc., escriben versos detestables... pero que lo caen en gracia al Sr. Bremon.

¿Estamos conformes? Pues poetas, ¡a la mar!



¡Cuando yo lo decía! El Sr. Monendez Polayo no podía vivir en paz mucho tiempo con los sacerdotales. ¡El tan clásico! ¡Ellos tan... murciélagos!

En la *Cienicia cristiana*, revista que yo no leo (Dios me libre) ha visto la luz un artículo que copia *El Siglo Futuro* (que sí leo, y á mucha honra). En el tal artículo, con motivo de elogiar una obra del Sr. Pereda, se pone al Sr. Monendez Polayo como elupa do dómimo. El autor de la invectiva es el Sr. D. Antonio de Valbuena—muy señor mío—que no sé si es cura, pero que lo parece. Si es presbítero, efectivamente, como oro, ó ho olido mal, dispongo si no lo trato con todos los miramientos con que lo trataría si supiese á clon-oia cierta que lo era. Digo esto porque el Sr. Forreiron, á quien yo tuteaba, me salió cura, y desde entonces, en cuanto veo un noito, me digo: ¡esto es podenco!

El Sr. Valbuena, ó el P. Valbuena (lo que sea, porque hasta puede ser fraile descalzo), copia palabras de la crítica que escribió Polayo, tratando del «D. Gonzalo de Pereda», y añade «que va más adelante que todos en la vía del despropósito, porque, según Polayo Pereda, no se propone demostrar nada en su novela. Son para leídos los aspavientos que hace el reverendo Valbuena (casi estoy seguro de que es fraile) y los donues-tos que dirige al Sr. Polayo, aunque sin nombrarlo.

Por supuesto que la tesis de S. I. Valbuena (quién sabe si será obispo) no puede ser más peregrina. Dice que un autor cristiano no puede escribir sin proponerse demostrar algo. Lopo de Vega era cristiano; Villaviciosa era cristiano, ¿qué demuestran la *Gutomaquia* y la *Mosquea*? Tirso era cristiano, ¿qué demuestran *Maria la Fiedosa* ó *El Vergonzoso en Palacio*? Moreto era cristiano, ¿qué demuestran *El desdén con el desdén*, como no sea alguna tesis orónica? Cervantes era cristiano, ¿qué demuestran *Rinconete y Cortadillo* y el *Didlogo de los perros*? Y así hasta lo infinito, ó aoren. También dice Valbuena (quizá sea paiano) que la novela no apareció hasta que la inventó el *Cristianismo*. Por lo visto en Grecia no hubo novela, ni sobre la novela en Grecia se han escrito (y muy recientemente) libros muy notables. Y en Roma pagana, ¿no hubo novela? Quo so lo digna al crítico do sacerista el Sr. Monendez Polayo.

El cual Sr. Monendez Polayo debe separarse cuanto antes de esos roe-hostias, que sólo pueden darle disgustos. Valbuena ya compara á Monendez Polayo con el cura Morino, y lo excomulga on regla. Vamos, amigo Polayo, quítese Vd. de ahí; se está Vd. poniendo perdido.

CLARIN.

PÁTIQUE.

El padre Fray Tomás Cámara, del colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid, sin encomendarse á Dios ni al diablo, ta cogido y ha escrito una refutación del libro de Draper, traducido dos veces al castellano, muy mal las dos veces; como dice con grande y profundísima verdad el señor Ortí Lara, catedrático de entelequias en la Universidad de Madrid.

Con este padre filipino sucede lo mismo que

con el tabaco de la misma procedencia—al decir de los fumadores—no arde bien, no da fuego.

Que el libro de Draper no es irrefutable en todas sus materias, es cierto; pero que ni padres descalzos, cuanto y más filipinos, ni Ortí, ni *El Siglo Futuro*, son los llamados á refutar debidamente á Draper, es de sentido común. Los defectos de Draper se corrigen con pruebas científicas, no con argumentos de seminario conciliar.

Por lo demás, es simplemente ridículo decir, como *Ciencia cristiana*, que David (el padre Tomás) ha herido de muerte y resucitado á Goliath (Draper); y es ridículo, sobre todo, porque Goliath ni siquiera llegará á saber que David le ha degollado.

Libros como el escrito en Valladolid no atraviesan los mares:

El señor marqués de Larios es muy dueño de gastar su dinero en lo que quiera, pero yo tengo derecho para dolerme de que en esta España, donde el verdadero ingenio apenas tiene alicientes para el trabajo, se premien obras que nos vuelven á la Edad Media y que ni siquiera merecen una contradicción seria y científica; porque toda discusión verdaderamente científica es imposible con estos escolásticos rezagados, telarañas de la catedral, escombros del tomismo, desacreditados por completo en toda Europa, y aquí pagados por los miseros contribuyentes.

El mismo Sr. Ortí Lara, explicando metafísica, como podría explicar un discípulo de Santo Tomás, en la Universidad principal de España, es un arcásmo lamentable.

Si los estudiantes no oyeran esas metafísicas como quien oye á Fabié, ¡qué generación se nos preparaba!

Personalmente el Sr. Ortí Lara es un pensador de mérito.

No así el Sr. Fabié, que es á Hegel lo que á Benito sus amigos. Cuéntase que Hegel, al morir, exclamaba: sólo un hombre me ha comprendido: y que dando media vuelta en su lecho, añadía: y este no del todo.

Heine dice por su cuenta que tal vez ese hombre fuese el mismo Hegel.

Acaso. Lo que yo puedo jurar es que no era el Sr. Fabié el hombre á que Hegel se refería.

Pero si no comprendió á Hegel comprende la aguja de marear.

Pocos hegelianos habrán llegado á consejeros de Estado con las condiciones de S. S.

Y dicen que el hegelianismo ha muerto.

Mientras viva Fabié habrá hegelianismo. Pero hegelianismo aplicado. Aplicado al presupuesto. Que es el último desenvolvimiento del ser. Veán Vds. en lo que ha venido á parar el llegar á ser de la idea!

Sin embargo, por el camino que va, no llegará á ser ministro. Que es lo que hay que ser.

El Sr. Fabié nos amenazaba con un libro ó varios para refutar otro ó otros que el Sr. Carvajal no piensa escribir.

Escriba el libro el Sr. Fabié; Larios se lo preme... y Dios se lo demande.

Esta vez *El Siglo Futuro* no ha conseguido estar gracioso criticando á Castelar. Después de leer el discurso del ex-tribuno (y que sería oír al monstruo!) el artículo de *El Siglo* parece una mueca de cualquier clase de mono.

Todas las graciosidades de *El Siglo* se reducen á copiar los nombres propios y los apóstrofes diseminados en el discurso de Castelar; pero á copiarlos sin orden, sin referencia al lugar justo que ocupaban, añadiendo por todo comentario: ¡la mar! ¡caramba! ¡ata! ó cualquiera de esas otras interjecciones que no deben escribirse en los periódicos.

Y dice *El Siglo*. Desde la noche anterior (esto es literal, nosotros lo vimos) había á la puerta de la tribuna, etc., etc.

Eso que dice *El Siglo* será cierto, exacto, pero ¿literal?

¿Llaman los académicos literal á la narración fiel, exacta?

Si es así que lo digan en el diccionario.

Por hacer hasta voros hace *El Siglo Futuro*.

...no cabe lo que siento

en todo lo que no digo

y el discurso do ayer no tiene desperdicio.

¿Esto le parece verso á *El Siglo*? Pues así hablaba Jourdain sobre poco más ó menos y llevaba cuarenta años hablando en prosa.

El Fenix, imitación, no de Cristo, sino de *El Siglo Futuro*, señala un vacío en la literatura católica... una refutación de Castelar.

Lo oyó el señor marqués de Larios? Pues bien claro está.

Pero, que no escriba Ovidio esa refutación, porque... porque, señores, Ovidio es D. Ceferino Suarez Bravo, que ha puesto la historia en zarzuela.

(Véase el Motín contra Esquillache.)

Aunque defiende con cierto calor el discurso de Castelar, conste que yo no creo que Lisboa ó Sevilla lleguen á ser la capital del mundo.

Pero tampoco aseguro, como un diario, que nunca lo llegarán á ser.

¿Quién le hubiere dicho á Martínez Campos que había de ser presidente del Consejo? Y sin embargo, lo es, sobre poco más ó menos.

Estarán Vds. muy incomodados con las defraudaciones de estos días atrás.

Pues bien; ahora pueden Vds. serenarse, porque el Sr. Orovio ha tomado eso por su cuenta. Lo dice *El Diario Español*: El Sr. Orovio mostrábase vivamente irritado.

Eso ya es algo... Un paso más; rabia el ministro, y... se salvó la Hacienda.

Pero el Sr. Retes se mostró también muy enérgico (no sé si en verso ó prosa), y consiguió que los empleados no queden cesantes, que sean trasladados á otras dependencias.

Esa es una aplicación sabia de la división del trabajo.

Si esos funcionarios no tienen culpa, ¿para qué trasladarlos?

Y si la tienen, ¿para qué trasladarlos?

El Sr. Fabié: Pues es muy sencillo: todo lo real es racional, según Hegel; pero es real que se ha hecho lo que dice *El Diario Español*... luego es racional.

Indudablemente, el hegelianismo, entendido á la buena de Dios, es propio de los conservadores.

No hay que echar toda la culpa, si la hay, al Sr. Retes, en eso de la traslación del personal.

Parte de la responsabilidad debe ser... del señor Echevarría.

CLARIN.

PALIQUE.

Al verdugo de un pueblo de Valencia le han robado varias prendas de vestir y de adorno en el momento solemne de prepararse á desempeñar su delicada misión.

Estos ladrones están empeñados en desacreditar la pena de muerte. Como saben que la ejemplaridad es su gran argumento, no se corrigen y así acaban con la ejemplaridad.

Y resulta que los ladrones se salen con la suya.

Es decir, teóricamente.

Porque ejemplar ó no, en la práctica hay garrote.

A un conservador le oí decir que no son los ladrones los que roban en tales casos.

—No, señor, exclamaba; los que van al pie del cadalso á cometer delitos son... los abolicionistas.

A propósito de verdugos.

El Sr. Cañete va á dar á la escena un arreglo del rey Lear de Shakespeare.

A priori me atrevo á decir que el arreglo es malo.

Por lo pronto es una profanación.

Piensen Vds. un momento quién es Cañete y quién es el rey Lear.

¿Lo han pensado Vds? ¿Verdad que es una profanación?

El que arregla de una escena á otra debe ser, ante todo, autor dramático.

Y el Sr. Cañete ¿es autor dramático? Bien sabe Dios que no. Y por si Dios no quiere meterse en estas cosas, yo lo sé y cualquiera que haya visto *Beltrán* y *le Pompadour*, zarzuela silbada con un estrépito horrisono.

El Sr. Cañete es un académico de esos que no hacen cosa de provecho.

Dedicase á trabajos de crítica menuda; revuelve estantes y copia infolios y escribe unos versos adormideras, buenos para envenenar ratones.

Nadie como yo respeta al bibliófilo de buena ley; pero cuando éste no tiene talentos especiales, y sin embargo, se da un tono como el que se da el Sr. Cañete, y pretende que se le tenga por hombre de ingenio, por artista, entonces no lo puedo sufrir.

¿Qué obra ha escrito Cañete que valga la pena?

¿Qué tiene de poeta el Sr. Cañete?

Una traducción de *El rey Lear* es fácil hacerla. Basta con resignarse á hacerla muy mala. Traducir literalmente *El rey Lear* no es obra de romanos; pero ponerlo en la escena española con todos los variantes indispensables es empresa que está muy por encima de las facultades cañetiles.

No hay académico, á excepción de uno, que tenga lo que es necesario para traducir y arreglar bien *El rey Lear*.

Sólo Tamayo (porque Hartzenbusch ya no

escribe para el teatro) puede intentar obra semejante, y no sin tentarse la ropa, como suele decirse.

Para arreglar bien *El rey Lear* se necesita entre otras cosas:

Comprender y sentir bien á Shakespeare; penetrar con la inspiración del artista en aquel mundo maravilloso que se encierra en las obras del primer poeta dramático del mundo. El Sr. Cañete es incapaz de esto.

Se necesita también el arte difícilísimo de quitar y poner sin quitar ni poner nada; es decir, si esto suena á paradoja, que ha de variarse todo en la estructura de la tragedia, y sin embargo, no ha de faltar un pensamiento ni una belleza de fondo de cuantos puso el autor en su obra, ni ha de haber ni una sílaba, ni una idea del que arregla en materia esencial.

Se necesita, por consecuencia, apreciar bien lo esencial, y esto exige un tacto exquisito en el que se atreva á distinguir lo esencial de lo accesorio en Shakespeare.

Como de la estructura escénica, en un buen arreglo, no puede quedar nada más que el orden general cronológico de los episodios, el que arregla necesita tener esas cualidades tan poco comunes que constituyen el poeta dramático, distinguiéndole del lírico: necesita saber hacer dramas buenos, de vida real en la escena, porque en este punto, en el de la representación y distribución, el original no le presta ayuda (he dicho que no

se trata de una versión literal, sino de un arreglo).

De todo lo cual, y otras muchas consideraciones, saca en consecuencia que el Sr. Cañete va á degollar al rey Lear, como no haya indulto.

¡Miseroy! ¡Después de pelear en vida con hijas ingratas y yernos desalmados, ser exhumado por un autor de zarzuelas silbadas!

El Siglo Futuro, que ha perdido mucho, escribe contra los krausistas, y llama á Krause majadero, etc., etc. Habla de «la mar y sus arenas», y escribe, en fin, como un orecilla de tres al cuarto. *El Siglo* sabía ser discreto, pero ha venido muy á menos. ¿A quién se le ocurre sino á un ignorante, atribuir al krausismo la invención de ese tecnicismo (innocente del todo) que habla del yo, de la unidad, del conocimiento, del sujeto, del objeto, etc.? Lo malo es usar esos términos cuando no hacen falta; por ejemplo, en obras de amena literatura.

También dice *El Siglo* que no tiene el gusto de conocer al Sr. Gonzalez Serrano. Y entonces, ¿por qué habla de krausistas españoles? El señor Gonzalez Serrano es uno de los profesores más distinguidos de la escuela que combate *El Siglo*; eso lo saben todos menos *El Siglo*... pasado.

Trasnochado anda el autor de ese artículo insulso y procaz, y... dis y dis... pongan Vds. aquí lo que quieran, con tal que sea algo malo.

¿Por dónde cogerán *El Siglo* sus «habituales cabecillas»?

CLARIN.

PALIQUE.

Tejada, el Gabino por antonomasia, ha escrito en *La Ilustración católica* un artículo que titula *El tren de peregrinos*, compuesto en estilo asiático, de la media de abajo, quiero decir, chinesco ó annamita, como van Vds. á ver.

El *Siglo Futuro*, que se pasa la vida dando palmetazos á *El Tiempo* y otros párvulos, copia con fruición el articulejo del más neo de todos los Gabinos, á pesar de que lo primero que á Tejada se le ocurre es una falta de gramática.

Dice así: «Y el monstruo silba, y ruje, y aliena un nubarrón de humo.»

Alentar en la acepción de respirar, en que Gabino lo usa, es verbo neutro, según el Diccionario y según el sentido común; pues es un absurdo que pase á otro objeto la acción de alentar. ¿Verdad que es así, señor *Siglo Futuro*?

Y sigue Gabino diciendo:

«¡Dichosos los que se van! Tristes de los que se quedan! No parece sino que en el alma de los segundos (los de segunda clase, querrá decir) se posa un silencio de soledad (metáfora que se quiebra de sutil) tan hondo cuanto es rumoroso el vehículo y turbulenta la caravana que se llevan á los primeros.»

Conste que los peregrinos son turbulentos, según confesión de Gabino.

«Y, sin embargo, el rápido ondular de aquella sierpe, dice que volverá tan de prisa como ha partido.

Ese sin embargo me recuerda aquella noche en que también llovía sin embargo.

«Debajo de sus escamas la he visto más de una vez...»

Entendámonos; ¿Vd. lo vió debajo de sus escamas? ¿Dónde estaba Vd. metido? Lo que quiere decir Gabino no es que él la viera debajo de sus escamas, sino que cuando él la vió, llevaba debajo de sus escamas «la norrenda mole de máquinas de guerra y de ministros de ira.»

Alude á los trenes que asaltaban y robaban los carlistas en tiempos de la guerra.

Tanto afán de los vivos por sorber (chúpate esa) el espacio de una tierra que no les concederá después de muertos sino siete pies de heredad. (Porción de terreno cultivado. Ant.: hacienda de campo; bienes raíces ó posesiones. Ant.: herencia. —Véase *Diccionario de la Academia*.)

Después le dice al Leytán (al tren): por mucho que «despliegues tus alas de lumbre (metáfora que arde en un candil), no lograrás remontarte á donde la carga que, prisionera, vas arrastrando en tu preñado vientre.» Ahí tienen ustedes

un tren en estado interesante, que por mucho que se eleve (como si el tren fuera un globo) no subirá á donde la carga que arrastra en el vientre preñado.

Pero, D. Gabino, ¡qué malos partos tiene Vd.! Por supuesto, en sentido figurado, como el tren de marra. Venga Vd., y á ver lo que quisó decir.

Lo que se lleva en el vientre no se arrastra, y si Vd. quiere decir que arrastrando el vientre se arrastra lo que va en el vientre, entónces, ¿cómo puede ser que el tren se eleve? Y si no se eleva, ¿cómo ha de elevarse mucho más lo que el tren lleva en... la barriga?

«Ella (la carga) sin contar contigo, y aun en cierto modo burlándose de tí (quiere decir que los peregrinos van á quemar alguna estación) se mecera sobre la cumbre donde perpétua resplandece la cuna del Serafín de Avila.»

Este es un oblicuo que Gabino dedica á una muchacha de Avila que le hizo tilin. Que también, ¡ay! los Gabinos son capaces de amor.

No creo que Gabino alude á Santa Teresa, porque no sería muy oportuno llamar Serafín á una santa.

«Hermanos, el arcángel Gabriel (San Gabriel Gabino, San Gabriel; no se tome Vd. esas confianzas) os proteja con su sombra.»

Si yo dijese de San Gabriel ú otro cualquier prócer de la corte celestial, que tenía buena sombra, ya estaba el fiscal con la denuncia á la puerta.

«Bullen regocijados en mi fantasía enjambres de peregrinos.»

Bueno es saber: 1.º Que los peregrinos son gente de buen humor. 2.º Que hay enjambres de peregrinos, como de avispas. Y 3.º que la fantasía de Gabino es un avispero... ó una olla de grillos.

Habla en seguida el digno émulo de Moyano de «veredas incultas (como si las hubiera de pan llevar), y habla también del «piélogo del andén» y de oleadas de paletots... Bien se echa de ver que Gabino tiene en la cabeza un enjambre de... peregrinos.

«Allá en aquel rincón de la fantasía donde se engendran los contrastes y nacen los retruécanos...»

Y allá va un retruécano «la religión que hace de las piedras pan...»

¡Oh, Gabino! si eso fuera verdad otro cura nos cantara.

Lo que hace su religión de Vd. es sacar pan debajo de las piedras.

CLARIN.

PALIQUE.

LO CORTEZ Y LO VALIENTE.

Dos periódicos, ilustrados los dos, cada cual a su manera, a saber, *El Liberal* y *La Ilustración Española y Americana*, tratan de establecer una especie de sociedad de seguros mutuos contra gazapos periodísticos.

Yo reputo ilegal esa sociedad, moralmente imposible.

No quiere *El Liberal*—y a *La Ilustración* le parece muy bien que no lo quiera—que los periodistas se enmienden unos a otros el vocablo, porque dicen que eso está mal visto entre amigos, y que amigos deben ser todos los periodistas.

Amigos, sí; pero, y eso ¿qué tiene que ver? Amigo era D. Quijote de Sancho y se pasaba la vida enmendándole el vocablo.

Lo que pretenden esos periódicos vale tanto como crear una casta; la casta de los infalibles.

¿Para qué es el periodismo? Entre otras cosas para censurar y corregir abusos, defectos, vicios, etc., etc. Pues entonces no hay equidad si se corrige y censura a todos menos a los del gremio. El privilegio es irrisorio y absurdo.

Que un autor dramático diga sextercio en vez de semestre, ahí tienen Vds. a toda la prensa con el vejamen del sextercio. Pues cuando un periodista dice «mamarr» en vez de hoja de biguerra, ¿por qué no se le ha de dar maza con la samarra?

¿Qué tiene que ver el compadecimiento con la censura y la crítica?

El compadecimiento es para mirarse todos como hermanos y no dices tono los unos delante de los otros desdiciendo el que tiene más lectores al que tiene menos; el compadecimiento es para sentir como propios los ultrajes inferidos a cualquier periodista; el compadecimiento es para huir del papel de delator que tan bien sabe desempeñar el periódico de uno de cuyos redactores trata *La Ilustración* precisamente.

Pero no es el compadecimiento para encubrir defectos, ligeros o no, ni censuras. El público tendría razón al desconfiar de una prensa que para sus

propias faltas solo tenía lepididad y olvido, mientras castigaba con severidad las ajenas.

Méncos que los defectos de lenguaje pueden disimularse los de hecho. Si un periodista viaja, ó hace otros viajes, y por no enterarse bien, ó por por hablar de lo que no sabe, desfigura la verdad y maltrata a una clase, a una corporación ó a un país entero ¿debe callar la prensa? ¿No es primero la justicia, y no es primero la buena fama de la patria que la epidemia demasiado sensible de cualquier periodista?

El Sr. Escobar, y no soy yo quien, esca a reducir en nombre, habla en una oración de viajes, ó no sé qué, del país gallego y de las gallegas en particular, y dice una porción de adeseos sobre el asunto, adeseos que justamente ofenden la susceptibilidad gallega; ¿por qué hemos de defender al Sr. Escobar?

El bibliotecario de Leon rectifica una serie de errores del Sr. Escobar, relativos a aquella biblioteca provincial ¿quién será primero: el periodista ó el bibliotecario?

Disipante el Sr. Escobar, mi conocido, y disipante en adelante todos los periodistas que hayan de equivocarse: *amigos periodistas, sed magis, et cetera*.

Existe en Madrid una costumbre que dificulta, en gran manera, el libre ejercicio de la justicia en la prensa. Esa por nuestro carácter expansivo, sea por lo pequeño del círculo literario, es lo cierto que a los pocos meses de coger la pluma en cualquier redacción se encuentra uno siendo amigo, ó como así, de todos los literatos—periodistas inclusive—de la villa. Esta pícara manía de las presentaciones tiene la culpa de todo, ó poco menos. Hay manifiestos activos y pasivos. Los activos son los que tienen amigos en que todos se tratan con tallos; ó pidiéndonos con que conoces a muchos personajes y personajes, ó por humor, es el caso que no están en paz si no pasan la vida diciendo: «tengo el honor de presentar a Vd...», etc., etc. Mi amigo R. mi amigo M. son de esta clase.

Pero más activos que los activos son... los pasivos, aunque parezca paradoja. Los pasivos son los que quieren ser presentados. Son muchos más

y mucho más ebérgicos en su voluntad de conocer y tratar el mundo entero.

Eso es histórico; me sucedió a mí mismo. El amigo X. no me conocía; me había escrito varias cartas, no sé por qué; pero no sabía ni mis pelos ni mis señales. Una noche en el teatro se cobó a adivinar... y me paró de repente. ¿Ea Vd. Clarín?

—Servidor de Vd.—Yo soy X.—¡Ah! ¿eh? pues... ya somos dos.—¡Ei Vd. me hubiera el favor de presentarme al Sr. Sanchez Perez!... Con mucho gusto, es esé que está hablando con el Sr. Bizar, el más alto. Y va X., y me hace presentarle a Sanchez Perez, el cual tuvo que presentarle enseguida al Sr. Bizar, a quien poco después vi desaparecer con X. Quisiera irle a presentarle al gran Tamberlan de Femia.

Demas está decir que estas relaciones omnilaterales no sirven para formar vínculos de íntima unión y cordial amistad, porque *por detrás* nos desollamos los unos a los otros; no sirven sino para falsificar la opinión, para desorientar al benévolo lector, para inutilizar la misión de la prensa y de la crítica; porque estas amistades superficiales obligan (en concepto de muchos, no en el mío) a exagerar los elogios y atenuar las censuras; a los aplausos mutuos, que decía Mesonero Romano.

¡Ay del crítico ó lo que sea que se resista a esa costumbre de la benevolencia sinálgmatral se le tendrá por descortés, arisco y mal intencionado...

El Sr. Bremon, el que hoy defiende la benevolencia mutua de los periodistas, me presentó cierta noche (y va de historia) a un pequeño poeta, de esos que imitan a Campoamor. Poco antes había yo tenido el honor de poner al tal poeta como chupa de dómine.

No por esto se detuvo el amigo Bremon, sino que, a quemarropa, me dijo: Tengo el gusto de presentar a Vd. al Sr. E... a quien Vd. ha pagado un pelo.

Ciel, al pronto, que E... venía a desafiarme; pero no tal; venía... a tener el gusto de conocerme. Y nos conocimos, gracias al Sr. Bremon. ¿Qué sucedió después? Que al pequeño poeta volvió a las andadas, y yo volví a cumplir mi deber haciéndole la justicia que mandan hacer. ¿Fui gro-

soro? ¿Fui descortés? Yo creo que no, y ¡ojá! la buena crianza me hubiera permitido recordarle oportunamente al Sr. Bremon aquella fábula, no sé si alemana, que dice, puesta en prosa:

«Era durante el verano, y el lobo estaba harto y satisfecho: la humilde oveja, que lo apuó, se atrevió a visitarle y procuró hacerse amiga del terrible verdugo de su especie. El lobo, conociendo las intenciones de la oveja, no quiso que la amistad fuese adelante, y le dijo: Hermana, no vuelvas a mí cerca; quédate en el redil, porque en verdad te digo que, si mi amistad puede ser sincera mientras no me piques el hambre, en llegando el invierno, venir a verme sería entrar en la boca del lobo.

—Lobo cruel, dijo un pastor que oía la historia.

—Franco y noble animal, replicó otro lobo que también atendía.»

¿Para qué buscar amistades que sólo en el nombre lo son, y que de la amistad no tienen más que lo malo; el quitar la libertad al juicio del amigo?

No es esto decir que yo tenga cara de pocos amigos: a mí me gusta el buen trato, la cordialidad, la expansión... quisiera ser amigo hasta del Sr. Blanco.

Pero se necesita, para que esta sociabilidad no sea incompatible con la justicia, que los literatos no sean tan susceptibles: se necesita que aprendan estos señores que sólo hay ofensa y agravio en la censura injusta; y que al hombre de recto criterio sólo le avergüenzan los defectos morales, no los del ingenio y el arte, que no dependen de la voluntad. Cuando los literatos se convenceran de que desearé que escriban mal no es ofenderlos, podremos ser todos buenos amigos.

Entre tanto cumple cada cual su deber, que es decirle al público la verdad entera, pese a quien pese y caiga el que caiga.

A este lo llaman algunos crítica menudita, apasionada... ¿qué importa?

Y el placer de tener tranquila la conciencia?

Y el de llamar a Lopes... Bago, y al vino, vino?

CLARÍN.

PALIQUE.

Cánovas ha visitado a Bismarck á va á visitarle.

Estamos en «la region de los iguales, ¡qué conjunción de dos astros!» diría V. Hugo.

Eclipse de Bismarck, en concepto de Puente y Brañas, mi amigo particular y mi enemigo general.

Bismarck no sabe español; se le más probable. Pero Cánovas sabe el alemán... en ochenta días, método Robertson.

Hablaron en alemán.

Bismarck (mirando de arriba abajo).

—He leído en la *Revue des deux mondes* y en el *Journal des Débats*, que es Vd. un hombre de Estado, español.

—Cánovas (mirando como Dios le dá á entender). ¡Pai! ¡Algo se ha leído!

Entre los sábios paso por un hombre de acción, y entre los políticos, por un sábio. Sobre todo, soy muy enérgico... Ya sabrá Vd. lo de va: aquel día salvé á la Europa. Yo soy así; muy enérgico.

—Tendrá Vd. sus planes políticos... trascendentalistas.

—Sí, señor, mientras fui gobierno, mi plan era... no sé como se dice esto en alemán, en español es: ir tirando.

—¿Y ahora?

—Ahora, lo mismo: *ir tirando*; pero en otra acepción de la palabra.

—¿Y nada más?

—¡Oh!, sí, muchísimo! además... además tengo una numerosa familia: todos están colocados.

—¿Y nada más?

—Ya he dicho que soy muy enérgico; y sé más que Martines Campos; en fin, soy, como usted dice, un hombre de Estado... español.

—¿Y qué planes tiene Vd. respecto al porvenir: como mira Vd. el gran problema económico?

—Soy proteccionista y negrero. Es decir, á los blancos no les dejo comerciar con sus cosas, pero sí con los hombres. Hay que respetar los derechos adquiridos... por los que no tienen derechos: y á los que tienen el derecho de comerciar... hay que oprimirlos; de ahí los derechos de aduana.

—¿Y de relaciones con la Iglesia, cómo está usted?

—¿Qué ha hecho Vd. por el Kulturkampf? ¿Y por pagar á toca teja, y llamar de tejas y tocas la España. Yo soy semikantiano, ¿está Vd.? pero gobernar es transigir, como dice ahora Castelar, y qué diablo, pues el país está asustado, démosle monjas y frailes y carlistas.

—¿Y la enseñanza?

—De eso no me habla Vd. Es cosa de tan poca monta, que se la he dejado á Toreno. El hace mangas y capotes con las ternas, destituye y suspende profesores á su antojo, crea canchongas en las Universidades para sus amigos... pero todo eso importa un bielo. Ya sé Vd., ¿quién sale perdiendo? los estudiantes, unos chiquillos: cosas de la escuela; en fin, eso no me importa.

Además, nadie está libre de malas pasiones: yo, como del oficio, tengo mala voluntad á los sábios que saben más que yo: los he dejado despojar. ¿Para qué sirven los sábios que no saben ser presidentes del Consejo y alma de una situación?

—¿Y de política exterior?

—Presuntamente á eso vengo. Yo he viajado mucho. Figúrese Vd. he estado en Berna, y soy de la sociedad geográfica. La casa de Austria se ha dicho por ahí que no me era simpática. No haga usted caso, todas las cosas me son iguales, mientras no falte la Casa-Moneda. ¿Que he escrito algún opúsculo contra los Austrias? ¿Y eso qué más dá? ¡He escrito uno tantito! También he escrito versos á Elisa... y sin embargo, lo he leído infinitas. Servirá á la casa de Austria; servirá la política de los imperios alemanes, de la alianza que ustedes traen entre manos: yo sirvo para todo. Y usted, Sr. de Bismarck, ¿qué se hace?

—¿Y? Bueno, gracias. ¿Y qué tal de amoros? ¿Ha sido dicho que era Vd. afortunado con el bello sexo?

—Así, así... ¿Con que Vd. tiene planes rentísticos?

—¿Sabrá Vd. pelar la pava?

—En mis verdades... ¿Y á qué obedeco, en suma, la alianza con el Austria?

—¿Y la guitarra? ¿Vd. debe cantar malagueñas, porque es Vd. malagueño? Vamos á ver... cante Vd. algo... venga de ahí...

(Cánovas sale amoscado y cantando bajito.)

Rigoletto, redactor satírico de *El Finis*, opina que rubien es consonante de Repúblicas.

Como D. Clemente Díaz, que hacía á veces consonante de *verdada*.

Y Rigoletto será probablemente académico, ó estudiará para ello.

El conde de Toreno ha dirigido una circular á las universidades, por boca de Cárdenas, según creo.

El conde quiere levantar un muerto, esto es, el espíritu de las universidades: quiere sacar de su letargo, etc., la enseñanza facultativa; es decir, quiere hacer el hospital después de haber hecho los pobres.

Al ministro le parece el mejor medio de denegar sus tuertos apretar las clavijas á los estudiantes, y convertir á los profesores en reclutas.

Precisamente en Rusia está sucediendo ahora lo mismo.

¿Por qué no se hace ruso del todo el Sr. Toreno? Allí hay visitas domiciliarias para registrar los libros de los estudiantes; se les hace estar en casa tales y cuales horas, y se les quita toda obra inhumana á juicio del encargado de semejantes pesquisas.

Ya estamos á la altura del despotismo ruso. No faltan más... que los nihilistas.

Pero no. En cuestión de ciencia, ¿quién más nihilista que Toreno?

Que es un ministro, como la creación, ex-nihilo.

Todos los años se repite en los teatros de la capital que Bretón no ha muerto, que Calderón vive y que Serra tampoco ha fallecido.

Todo eso está bien en verso; pero mejor que andarse con metáforas sería representarse bien las respectivas comedias.

Mirabeau es un drama de Claretie que se vá á representar en París.

En tal obra pronuncia un discurso de veras el onador encargado del papel de protagonista.

Si cunde el ejemplo, que si cundirá por ser francés, no tardaremos en oír á Arderius cantar las interrupciones de Mariaca! y los discursos interiores de Paria.

Se va exagerando un poco el naturalismo del arte.

Tanto que esto va siendo el mundo al revés.

En el teatro y en la novela la verdad fotografada, la realidad con sus pelos y sesos.

Y en la vida real... las falsificaciones.

Yo preferiría que hubiese más fantasía en el arte y más verosimilitud en los billetes de Banco.

Críticos un colega la conducta de Cárdenas por haber dado á Peña y Gofí una cátedra... sin previa oposición.

Yo le aplaudo.

Con ese sistema se ahorran tiempo, trabajo, dinero y paciencia los contrinantes que hubieran tenido Peña y Gofí, si la cátedra hubiese sido á oposición.

Pero ¿de qué es la cátedra?

¿De tauromaquia? Porque creo que el señor Peña entiende de eso.

A propósito; (pero sin que esto vaya con el Sr. Peña, porque se trata de música, y no de tauromaquia) le decía un amigo á un caballero á quien, también sin oposición, habían dado una cátedra en un conservatorio:

—Pero chico, ¿de qué es la cátedra que te dan?

—De música.

—¿De música? Y ¿qué tocas tú?

—Yo no toco, pero bailo al son que me tocan.

Conste que no se trata ni del Sr. Peña y Gofí, ni de Martines Campos, que también podrían darse por aludido.

CLAREN.

D. José Zorrilla, el mejor poeta de todos en muchas leguas á la redonda, ha perdido una modesta pensión que disfrutaba, á consecuencia de algunas economías que ha creído oportunas el ministro de Estado, señor duque de Tetuan.

(Zorrilla) ¡El duque de Tetuan!

¿Qué sacamos los de la sueta!

¿Quién habla de decir que un O'Donnell, que al adquirir en D. Leopoldo, llegaría con el tiempo á poder tanto que pudiera quitar el pan de la boca al poeta más famoso de España en el siglo XIX.

Sólo al diablo, ó en su defecto al duque de Tetuan, se le puede ocurrir hacer economías de tal suerte, que sea Zorrilla el que padezca por ellas.

«No está ahí Molina que cobra no sé cuántos miles de duros, pero muchos miles! ¿No se le pudo ocurrir el sueldo un poco lo suficiente para conservarle á Ruiz Zorrilla la modesta pensión que disfrutaba?»

¡Podías, en justicia, oponerse Molina, que tantos agravios tiene hechos á las musas, á esta repartición oportuna?

Zorrilla, sin embargo, no se queja, al contrario, en carta que dirige al Sr. Velarde, otro poeta sin pensión, bien que esté no la merece, expresa su agradecimiento á la patria que según D. José le ha tratado mejor que á ningún otro poeta.

Bien puede ser, pero eso no es mucho decir, porque á algunos de sus hijos más ilustres los ha tratado tan mal!

Pero la verdad es que ahora no es la patria la que tiene la culpa, sino el gobierno, y singularmente el duque de Tetuan; ese poeta del presupuesto.

El ministro de Fomento, ganoso de gloria, y de inmortalizarse como su papá, ha facilitado á Zorrilla unos cuantos interinos, una subvención, que le servirá, según él, para ir tirando.—Bien por Toranzo; sea lo que quiera de las ternas, ese zango le honra, y merecía que, en su locor, pulse la lira.

Juan de Dios de la Rada y Delgado (no murió por cobardes y traidor, que murió con la espada en la mano defendiendo la Constitución...)

Bien mirado, el ruego de Toranzo es un vidrio que pagará el país. Ahora digámonos Vds. si para gastar en Fomento lo que se economiza en Estado (y que el país lo gastaba con mucho gusto), vale la pena de molestarse á Zorrilla y de dar el

acordado de dejarle sin pensión. Porque diga Zorrilla lo que quiera, no parece bien que él tenga que andar como viuda de retirado, de ministro en ministerio, buscando tocas, derechos pasivos, etc., etc.

Lo que se le ocurre debe otorgarse con toda dignidad, sin vergüenza para el poeta que lo recibe, ni para el país que lo concede.

Por supuesto que, aparte Zorrilla, yo no soy partidario de esto de las pensiones, aunque transigiera, siempre que se tratase de casos semejantes, y á falta de otros medios más directos y honrosos, de dar al génio lo suyo.

Lo mejor sería que quien, como Zorrilla, llenó durante dos ó tres generaciones las trompas de la fama con la voz de sus cantos, tuviese ahora, como producto de su trabajo, una posición bien desahogada.

Pero esto en España es un sueño. Aquí los libros no se venden; se regalan y se prestan. Cuanto más vale una obra, más lectores tiene... un caso ejemplar.

No parece otro que lo po se ha inventado la imprenta y que cada volumen es un precioso códice que costó años de trabajos asiduos al cuidadoso amanuense.

Aquí no se venden más que los libros de texto que suelen ser tan malos.

Victor Hugo con sus versos y su prosa se ha hecho millonario.

Campoamor aquí se ha hecho... consejero.

Ayala se ha hecho... ex ministro.

Baltar se ha hecho... empleado del Banco.

Aguilera se ha hecho... empleado en no sé dónde.

Y Arderius se ha hecho de oro.

En España Arderius = Victor Hugo.

Aquí una obra bufa, aunque sea mala, da más provecho que un drama aunque sea bueno.

Sin embargo, no exageremos; ni aun lo malo produce mucho.

En cuestión de papeles aquí sólo dan productos las carpetas; y esas han de ser malas.

El país tiene mal gusto, olerio; pero sobre todo... no tiene dinero.

¿Queréis literatura? Pues tened hacienda.

Ahora figúrense Vds. qué literatura tendríamos nosotros, siendo ministro Orovio.

Así, pues, eso de fijarle á Zorrilla una subvención literaria, como si fuese un mal periódico ministerial, es un paliativo, pálido caliente: lo que importa es que calce el ministerio.

Cayendo al ministerio sea Orovio, cayendo

Orovio la Hacienda mejora necesariamente, mejorando la Hacienda aumenta la riqueza, aumentando la riqueza se compran más libros (digo yo), y cuando te compres más libros los poetas no necesitarán que Toranzo les dé la mano para vivir como Dios manda.

¡Pobre Zorrilla! Un duque de Tetuan le economiza y un conde de Toranzo le protege (por cuenta del país).

¿Qué mayor larri!

✱

El joven y elegante escritor Sr. Ortega Munilla, anuncia en *Los Lunes de El Imparcial* obras de Pérez Galdós, Nuñez de Arce, Echegaray y Alarcón para dentro de poco.

Dios la olga, y al bendito Alarcón tenga de su mano (la de Dios).

De Pérez Galdós y Nuñez de Arce me atrevo á ser fador.

Y á Echegaray... lo juego un poco.

Quiero decir, señor gobernador de Madrid, quiero decir que por Echegaray llevo una probabilidad contra treinta y tantas... pero que si gano me levanto con el santo y la limosna.

De quien no dice nada el Sr. Ortega, es de Bellés.

Pues yo lo diré.

El autor de *El nudo gordiano* tiene compuesto un drama, y lleva escritos dos actos ó más hasta el día de la fecha.

El drama... ¡Yo, la verdad, no estoy autorizado para decirlo; pero, en fin, diré lo que debo y un poco más! el drama... estoy seguro que no ha de gustarle á *El Siglo Futuro* ni á *El Financiero*, no sólo por lo de la envidia, no; eso ya se supone, sino porque Bellés va á atravesar, dentro de los límites que señalan la discreción, la escasa... y la censura, con un asunto que ningún poeta de los nuestros ha llevado á las tablas.

En fin, que aquí hace falta un *Contra-Toranzo*, y á mí me parece que le vamos á tener.

En *El nudo gordiano* darán razón.

He observado que Bellés es poeta peripatético.

Compone pasadinhos.

Aquí habrán Vds. observado que en sus dramas hay mucho movimiento.

Se me ha figurado que Bellés al pensar su nuevo drama (pase el solitario) planea en dos dramas: el que está haciendo... y el que ya tiene hecho.

Así como estas cosas le pesa de que el *Nudo gordiano* sea tan bueno.

¿Pasaré Bellés el cabo?

De todos modos, le quedará la gloria de que el cabo... lo ha hecho él mismo.

El Financiero prefiere que mande Martines Campes y que no venga la democracia.

Y dice del mal el mismo.

Aquí el mismo es la subsecretaría de la presidencia, el destino de Catalina, etc., etc.

Del mal el mismo en latín: *aliquid clupeter*.

A propósito de malos poetas.

El censor de teatros, Sr. Herranz, tenía escrito un drama, ó una comedia, esto no lo sé, que se titulaba al *Alma*; le pareció poco título y ahora se llama... *El alma y el cuerpo*.

Una comedia poco física, por lo visto.

Y no lo siento tanto por la comedia como por la crítica positiva cursi-mono-pediatra que el señor Ravilla dedicará á la obra del censor de teatros.

El Sr. Castro y Serrano, uno de nuestros mejor planchados escritores, prepara ó tiene hecha, una nueva edición de sus obras.

¡Ojalá sea corregida y... disminuida. Porque es preciso confesar que sobran retruécanos y concepciones y discusiones casacas.

Verdad es que si no hablase de esas cosas, ¿dónde había de hablar?

Castro y Serrano es un gran escritor... que no tiene nada que decir.

Siempre que hablo mal de Castro y Serrano (que suele ser á menudo) hay quien me diga:

—Y el artículo de *Los Estanqueros*?

Y respondo.—No sería nada sin «los estanqueros del artículo.»

—

¿Quieren Vds. un artículo más elegante que *Los Estanqueros*?

Pues allá va uno de primera necesidad:

El día de Navidad de 1878 recibió Pérez Galdós una tarjeta de felicitación que decía: «Felicitación á Vd. el hijo mayor de Becher.»

Este artículo puede llamarse *La herencia del génio*.

Y puede compararse, por ejemplo con «La herencia de Fidal».

CLARE.

PALIQUE.

Hace mucho tiempo que vengo sosteniendo la atrevida tesis de que muchos de los que pasan por poetas no lo son, ni siquiera saben gramática.

Esta opinión mía, apoyada en multitud de pruebas y versos, me ha producido, si no disgustos, porque a mí no me disgusta la cólera y mala voluntad de los poetas ebrios, infinitos enemigos que sé que, cuando yo no los oigo, por supuesto, me ponen como chupá de dómine.

Interesado ya mi amor propio en esta lucha que hace años sostengo, en compañía de algunos críticos sensatos, no puedo pasar en silencio un nuevo atentado del Sr. Grilo, de que acaba de ser teatro *La Ilustración Española y Americana*. Ya sé que esta crítica merida los pareos baladí a los desmesurados autores con quien me las he ó tengo, pero, digan lo que quieran, no merecen ellos otra cosa.

De Grilo dicen muchos que es un poeta de poco fondo pero de forma brillante, armoniosa, etérea, etc., y cometen el sacrilegio de compararle con Zorrilla, en quien, efectivamente, las galas poéticas del lenguaje son lo más digno de admiración. Yo sostengo que Grilo no tiene fondo, ni forma, ni chicha, ni limón. Pero no se trate de juzgar a Grilo en general, sino sus últimos versos en particular. Son una prueba más de que el tal señor, como los judíos, no sabe lo que nace. Vámonos allá:

«Al borde de la cuna...»

Otro hubiam dicho junto a la cuna ó al lado de la cuna, todo menos al borde. ¿Quién está al borde de la cuna? Nadie, Sr. Grilo, nadie.

«Señor, por la vereda* de la vida,
Por la tierra de lágrimas regada

* Los mayores distales van con asterisco.

Una flor, de tu huerto desprendida*
Hoy atraviesa* la primer jornada.»

Ahí tienen Vds. una flor, desprendida de un huerto, y que anda que te andarás, no hace jornadas, sino que las atraviesa.

¿Si creará Grilo que las jornadas son caminos de herradura? Y además, ¿que atraviesa un camino no sigue el camino, sino que... lo atraviesa; ello mismo lo dice.

«Que nos vino de Tí... lo estamos viendo
en sus dulces y cándidos sonrojos.*
Que del cielo bajó lo están diciendo
las dos estrellas de sus claros ojos.»

Yo nunca he tenido ocasión de notar los sonrojos de un bebé; los chiquitines no se sonrojan, ni tienen por qué; y aunque se sonrojaran, eso no probaría su procedencia celestial.

«Deja, Señor, que a tu poder rendido
Te cante el alma de placer henchida.»

Esa ya es harina de otro costal; nada más respetable que estos poetas que alaban a Dios a troche y moche como los pastores de Belén.

Sin embargo, se ha observado que los vates suelen cantar alabanzas a Jehová... cuando no se les ocurre otra cosa.

«ya que por galardón nos la has traído
defiéndela en la lucha de la vida.»

Hé aquí un donatario que pide prestación de la culpa levisima.

(Esto acaso no lo entienda Grilo, pero no puede ser más largo.)

«Has que libre en los sueltos* andadores
cuando ensaye su plácida carrera,
no pises más que perfumadas flores
sin verter una lágrima siquiera.»

Pero, hombre, eso no es cosa de Dios, sino de la nodriza. Y eso de la lágrima es pedir gollerías; los chiquillos lloran por cualquier cosa, y con mucha razón cuando tienen un papá que hace tan malos versos.

«Que eterno siempre en su alrededor circule
el ángel que en los niños se recrea.»

El Sr. Grilo va a concluir por pedir la luna para su nene, ¿pues no quiere que el ángel que en los niños se recrea balle como un trompo?

«que su imagen* bellísima y gallarda
conduzca de la mano la fortuna.»

De otro modo, que tenga buena sombra.

«Que tenga siempre el ángel de la Guarda
las alas extendidas en* su cuna.»

Caprichos, puros caprichos. Pobre ángel que ha de estar siempre con la espalda, digo, con las alas abiertas y en su cuna precisamente.

«Que de bien, de respetos* y carifios*
A manos llenas su camino alfombrées.»

Como el poeta está hablando con Dios (y llamándole tío), aquí hay que figurarse a su divina Majestad en el humilde oficio de tapicero alfombrando a manos llenas, modo de alfombrar, por cierto, sólo posible para Dios, que lo puede todo.

Y concluye:

«Que logre ser, en fin, en el profundo
Abismo de la vida transitoria.

Viva... el orgullo y la ilusión del mundo;
Muerta... no; muerta no, que ella es mi gloria.»

Por lo visto, se trata de una niña del Sr. Grilo; pues si ha de ser el orgullo y la ilusión del mundo, que no salga a su padre, que es todo lo mal poeta que se puede ser en este profundo abismo de la vida transitoria.

Repito que es pesado y nada divertido esto de ir pisándole los pies ó los versos al Sr. Grilo; pero me creo obligado a ello en virtud de la afirmación categórica que tantas veces he consignado respecto a los méritos y servicios de este hijo sacrilego de una de las nubes.

Procedente de Méjico, y no sé si recomendada entre los artículos de Faria, publica á ránkion seguido *La Ilustración* una «leyenda tolteca sobre

la peste», de la cual Dios nos libre (de la peste y de la leyenda).

La política de España se parece a la de Méjico, y los poetas de Méjico, por la prueba, se parecen a los Grilos de España.

Dios, entre otras cosas, el poeta (de Méjico):

«La odiosa carga allí suelta

La multitud consternada,

Cual si estuviese embriagada

Bamboleando á la vuelta.

Si en sus brazos no lo abarca

Xóchtli, hubiera caído

En tierra, del mal herido,

Tecpancaltzin el monarca.»

Yo creo que ese monarca Pontelcaltzin no se murió de la peste, sino por culpa de los versos toltecos. De todos modos, ¡válgame San Roque!

Volviendo al viejo continente, tropiezo con el Sr. D. José Márcos que, en la citada *Ilustración*, dice para demostrar que Serra no ha muerto:

«¡Morir! Si lo es cuando avanza

es...»

Ante tamaña sintáxis, no dudo que resuciten los muertos.

Ya lo ven Vds. ni en el viejo ni en el nuevo mundo es posible librarse de los poetas ilustrados.

No hay más remedio que resignarse a morir... matando.

El Siglo Futuro pregunta á *El Tiempo*, con mucha malicia y entre paréntesis, porque *El Tiempo* habla de posesión:

(¿Posesión rústica ó urbana?)

El Siglo oyó servilidades, y no sabe dónde. El colega castita ha probado más de lo que quería; quería demostrar que *El Tiempo* no sabe lo que es posesión... y demostró de paso que él tampoco lo sabe.

CLARIN.

PALIQUE.

Existe en los toros una antinomia insoluble; y dispárense el *Bolita de toros* y *loterías* si me meto en la renta del exausado y hablo de tales cosas en términos que el asno no comprende: pero tampoco voy comprendo lo de brango, mulato, corniveteo, etc., etc.

La antinomia á que me refiero, consiste en que un toro para ser bueno, tiene que ser malo.

Un buen toro es el que hace muchos estropicios, el que lo lleva todo por delante.

Y un toro así es moralmente malo.

Pero, prescindiendo de la moralidad del toro, y atendiendo al resultado, siempre tendremos que para acreditarse un toro necesita enganchar algo, ora un caballo, ora un diestro. No porque sea de cojón que el toro bueno haga daño; podía ser bueno y no coger á nadie. Para esto se necesitaba que los toreros fuesen mejores que el toro.

Pero como los toreros son invariablemente malos, en cuanto un toro malo bueno comete fatalmente una pordon de crímenes.

Leed las sábias síntesis de las corridas que publica D. Exito ó el simpático y querido Sentimentoso: pues veréis que siempre que el ganado sale bueno algún torero sale malo.

Los aficionados están constantemente deseando que el ganado dé juego, sea bueno, claro, fuerte, voluntarioso, como un ministro conservador; pero un ganado de esta índole supone cogidas necesariamente: luego los aficionados están deseando constantemente que haya cornadas, sangre, huesos rotos y demás lacerias del arte.

Y esto no puede seguir así.

Ya comprenderá el periódico conservador que se seala de La Unión, porque pedíamos que se tratara bien á los carneros, que esto que hoy digo no es sensiblería, que es inhumano el dese implícito de los aficionados á los toros.

Y así que me contestará con aquello del arte por el arte.

Y efectivamente, hay *dilettanti* que en una corrida no vé más una pifa: un volteo por el aire es á Frasuelo lo que un gallo á Tamberlik. Hay algunos inteligentes que hasta son supersticiosos ó por lo menos providencialistas.

Si un diestro se ve entre las astas, el fanático aficionado cree que es un castigo de la Divinidad aquel contratiempo, y que en el pecado va la penitencia.

Véase si no lo que ha sucedido ahora con Frasuelo: va *Primoroso* y le rompe el húmero y la cresta del busco coxal; lo primero que se le ocurriría á un profano sería acompañarle en el sentimiento y desear su pronto restablecimiento, como se dice, y que no vuelva á verse en otra.

Pero no es así como procede un amante platónico de la tauromaquia: en vez de vanas lamentaciones se le ocurre increpar al diestro, y le dice que la culpa la tiene él por andarse con zaragatas.

Es decir, que el toro hizo lo que debió. A *Primoroso* no hay que cocharle en cara nada: cumplió su cometido, y el mal estuvo en las zaragatas del diestro.

Como se ve, el arte no tiene entrañas. Yo no puedo dar mi opinión, porque no entiendo de zaragatas, y no sé si Frasuelo anduvo ó no con zaragatas; pero lo que pido, en nombre de la humanidad, es que ya que los toreros son así, que no se les haga luchar con toros dignos de otra generación tauromáquica. ¿Que se ha acabado el arte? ¿Que ya no hay toreros de génio? Pues tampoco los toros de génio deben sublevar: como decía Saint Simon, á cada torero según sus obras. Así como se arregla el diapason cuando los cantantes no pueden con él, que se baje también el diapason de los toros; que se lidien toros de buena voluntad y no voluntariosos, blandos y no duros.

En una palabra, que yo estoy por las becerradas.

El crítico de las zaragatas le dice á Frasuelo, para consolarle, que si no sigue sus consejos, no será ésta la última cogida que sufra.

Yo, aunque se arregle el diapason cuando los cantantes no pueden con él, que se baje también el diapason de los toros; que se lidien toros de buena voluntad y no voluntariosos, blandos y no duros.

Las zaragatas podrán hacer más breve el pla-

zo; pero, de todos modos, se cumplirá siempre lo que dijo la Sibiduria.

Quien ama el peligro perecerá en él... á no ser que lo ame desde el tendido.

Y, sin embargo, como decía un defensor del espectáculo nacional, si cada año se hiciera una estadística de defunciones, se vería que siempre morían muchos más espectadores que toreros al cabo de los doce meses. Lo cual demuestra que los toros son inofensivos.

Quedamos, pues, en que lo que hay que evitar, no es el toro... sino las zaragatas.

Pero á mí... de los toros me libre Dios, que de las zaragatas me libraré yo.

¿Y de qué más se puede hablar hoy, no siendo de los toros? Ah, sí; del viaje del duque de Bailén y de las reformas del teatro Real. Tales son las graves cuestiones con que la prensa madrileña ocupa la atención de toda España que sabe leer. Además, tenemos por pasto de nuestra curiosidad la crónica andante de Manchota, que nos ha dicho, respecto de las idas y venidas de Cánovas, lo suficiente para que podamos dormir tranquilos.

Procedamos con orden.

Lo primero que hace el duque de Bailén, al ponerse en viaje, es echar la casa por la ventana, y decirlo en la *Correspondencia*.

La patria premiará la abnegación del duque.

Lo que va á hacer está muy en consonancia con el carácter nacional; somos pobres... desfilarrados y facultosos, no; pero facendados, sí.

El pueblo se muere de hambre, pues, ¿qué mejor ocasión para deslumbrar el extranjero gastando el oro y el moro?

La envidia de esta esplendidez del duque es la siguiente: sepa el mundo entero que España es un país donde el pueblo se como los ocos, pero donde los próceres tienen todo este bostó que Vds. ven. Si que saque otra consecuencia de los trenes que el de Bailén lleva á Viena será demasiado optimista.

La *Correspondencia* cree que nos tapa la boca con decir que el duque va á gastar lo suyo.

Pues no nos la tapa.

¿Que por qué no nos la tapa?

Porque quien nos la tapa es el fiscal.

En Consejo de ministros se ha resuelto que en los próximos festejos se invierta lo más del dinero que ha de gastarse, en obras de beneficencia.

Yo propongo una obra de beneficencia que no cuesta dinero:

La caída de Orovio.

Sería de muy buen efecto.

Y en punto á hipódromos... la caída de Toreno.

Que es la revancha.

Al baron de Covadonga le han indicado que su destino, la dirección de Obras públicas, le vendría de perlas á D. José López de Ayalza, tío paterno de el del manifiesto de Cádiz.

¿Y qué indicaciones son esas?

Le habrán dicho al baron:

—Mire Vd... es una de las obras de beneficencia proyectadas.

Parécidas indicaciones se le habían hecho á Maldonado Macanas, que no se dió por entendido.

Y Toreno tuvo que publicar un decreto que «lo oyeron los sordos».

A Maldonado se le reconoció la inteligencia, pero se le negó el celo.

Aquí se funcionario coloso... el que dimite á tiempo. Se lo sabe el baron.

En punto á festejos, al Sr. Bremon se le ha ocurrido soñar con una procesion de antiquedades que se pasaba por las calles de la villa: allí había caballeros y damas del tiempo de Carlos V, de todos los Felipe's, etc., etc.

Pero todo eso cuesta caro y se haría muy mal; no exponíamos á multitud de anacronismos y á multitud de peetas gastadas en balde.

Tendremos que contentarnos con la antigüedad de todos los días; veremos por esas calles un gobierno del tiempo de Mari-Castañas.

CLARIFI.

PALIQUE.

El Sr. D. Mariano Catalina ha escrito un libro de versos, que, efectivamente, *caen en copla*, y además se caen de las manos. Este Sr. Catalina es, sobre poco más ó ménos, y yo oreo que sin quitar ni poner, el redactor de *El Fenix* que usa del anagrama Al-katina que, puestas las cosas en su sitio, dice: Katalina.

Ahora bien; los versos se titulan *Poesías, cantares y leyendas*. Por donde se ve que las leyendas y los cantares no son poesías; y puede que sea verdad, que los cantares y leyendas de Catalina no sean poesías; y voy yo más lejos; las que él llama poesías no deben serlo tampoco.

Vamos á estudiar á Catalina como poeta y como sábio. Y viniendo á lo primero, Catalina sale con este cantar:

No busques en este mundo
la felicidad completa,
porque las cosas del cielo
no se buscan en la tierra.

La sencillez de este cantar me recuerda la sencillez de otro que yo improvisé en la solemne ocasión de mandar á mi criada por tabaco:

Ohica, vete por pitillos
al estanco de la esquina,

y cómprame de camino
una caja de cerillas.

Así decía yo con esa ingenua expresión del que necesita tabaco. Pero el cantar de Catalina todavía se parece más á aquella cuarteta piadosa que anda en boca de todos los devotos:

Con Dios me acuesto,
con Dios me levanto,
con la gracia de Dios,
y el Espíritu Santo.

Describiendo al Taseo, ó mejor dicho, *llamándole* la óscula de vecindad, dice Catalina:

....aire modesto,
barba clara, dulce vista,
traje pobre y bien compuesto;
era el tipo de un artista
del siglo décimosexto.

Lo cual prueba: primero, que los artistas del siglo xvi tenían la barba clara, el traje pobre y la vista dulce: segundo, que Catalina para rípiar no se para en barras ni en siglos.

Si á mano hubiera venido diría sin inconveniente el poeta:

De color casi retinto
barba clara, dulce vista,
traje pobre, aire de... quinto,
era el tipo de un artista
del siglo décimoquinto.

Y apurada la cosa:

Traje pobre, sin un cuarto,
era el tipo de un artista
del siglo décimocuarto.

Es mucho Catalina. Y pensar que el pobrecito podría repetir con el gracioso del *Relámpago*:

No, señor; yo no soy más
que el sobrino de mi tío!

Don Mariano oreo que el parentesco obliga, y que tiene que ser por fuerza una notabilidad para parecerse á los suyos.

Por de pronto ya es académico. Y ¿saben ustedes por qué? Por elección de los buenos, según dice Cañete en el prólogo del libro.

Que hasta eso tiene el libro (prólogo de Cañete).

Con que bien se puede decir que en el pecado, el libro, lleva el autor la penitencia, el prólogo.

Ahora hablemos de Al-katina el sábio.

Como el don Nominavito de doña Perfecta (del cual es imagen y semejanza) las toma Al-katina con el Darwinismo, del que sabe por algún artículo de la *Civiltá* ó de la *Revista Cristiana*.

Se rie él de todo eso de los monos, y dice que Lamarck empezó la propagación del evolucionismo.

El sábio hace un pisto con los nombres de Darwin, Hæckel y Wirchow y Renan y Buchner, (sobre todo Buchner).

Habla de los disparates que esos señores escriben en lo que respecta al universo y hasta á la célula más elemental. (Buen evolucionista está Al-katina). Despues alude á las peloteras que ahora tienen los neptunistas y platonistas, con lo que demuestra que está al corriente de los adelantos y del movimiento de la ciencia geológica. Por supuesto que Al-katina se rie de todo eso, de que no entiende, en calidad de católico, pero olvidando la Enciclopedia *Aeterni Patris*, que les dice muy bonitamente en latín que no se metan en camisas de once varas.

Si Al-katina se burla de los darwinistas, se burla de algún ilustre obispo que, sin mengua de su ortodoxia, sigue las doctrinas de Darwin. ¿No sabía eso Al-katina?

No, no lo sabía. Ni eso ni nada. Ya lo dijo el poeta:

No busques entre los neos
una palabra de ciencia
que las cosas de los sábios
no se buscan en la iglesia.

El asonante pide iglesia; pero mejor sería decir sacristía.

CLARIN.

PALIQUE.

Qué gran cosa es la centralización; no ya la política, que en eso estamos conformes todos, federales (de ayer) inclusive; sino la centralización administrativa... y hasta la literaria.

Escribo yo este palique desde una capital de provincia. Estoy en el Casino, en el gabinete de lectura. Media hora hace estaba desierto; pero llega el correo, infinidad de periódicos, todos de Madrid, cubren la gran mesa verde, y sendos lectores acuden a este abrevadero intelectual ganosos de pulsar los últimos latidos de la vida política de España.

En este momento sucederá otro tanto en todas las ciudades, villas y aldeas del territorio; todo aquel número de lectores que averiguó *El Liberal* que la prensa madrileña tiene en provincias, devoran con los ojos en este instante, sobre poco más o menos, las columnas de los diarios de la corte. No les importa a los *habituales* lectores timar los dedos con ese diablo de tinta que ahora usan algunos colegas; todo por la noticia; todo por la novedad.

¿Y... qué hay? ¿Qué es lo que están leyendo tantos españoles a un tiempo? Pues (como dicen en Valladolid, y como dice Fernánfor) que el teatro Real se ha abierto, y qué en el *foyer* hay espejos, y en la platea proscenio la Buschental, y en el techo los dioses y... cosas así.

A estas horas sabe España a qué atenerse respecto de los gorgoritos centralizadores; y sabe

que Frasuelo sigue mejor, y que los políticos de Madrid siguen luciendo *ingénio* y poniéndose mote.

Empapao, empapao en esa instructiva lectura, ¡oh! mis queridos y honrados convecivos, en vuestra mayoría centralizadores...

Yo me vuelvo a Madrid.

Si, a Madrid me vuelvo: yo también soy pintor; yo también quiero ilustrar a mis contemporáneos y echar mi cuarto a espadas acerca del Real, y decirle a Rovira que de un teatro majestuoso ha hecho un teatro *posibilista*; es decir, poco serio.

Y a propósito de todo esto.

El Lunático dice que a Castelar sólo le gusta el último acto de *Los Hugonotes*; que le demás de la ópera no lo entiende.

Ya lo oís, possibilistas, el último acto. Ya no es cuestión libre la cuestión de la música alemana.

¡Feliz el Sr. Carvajal, que puede gustar de la música de Meyerbeer a sus anchas!

¿Qué gran cosa es la centralización!

Si, me vuelvo a Madrid. Yo no quiero saber por *El Imparcial* y por *La Política* lo que pasa en los estrenos; ni de qué color está pintado el techo del *foyer* del Real.

Un colega dijo que era azul, y otro que verde claro...

Quiero ver eso por mis propios ojos.

Pero, fíjate lector; ¡los verdes, los azules! Bajo Imperio legítimo.

Hubo un estreno: el de *El Ejemplo*.

La Política me dice que «la obra pertenece a la época de Felipe II.»

Voy a los *Orígenes* de Moratin, y la obra no parece; consulto otros libros que tratan la materia... nada.

Leo *El Imparcial*, y... la obra pertenece a Retes, digo, Santibañez y Echevarría, que son mis contemporáneos.

La obra es muy buena, según el colega; no es original el argumento, pero eso no importa; hay tal discreción en los diálogos, hay tan pintadas descripciones de batallas, que no hay más remedio que aplaudir. Despues, viene una *lucha de afectos*; vea Vd. una *lucha de afectos*, ¿quién no aplaude? y sigo el «recuerdo de unas relaciones amistosas», y eso arrebató. Así es que al público (habla *El Imparcial*) depona al severo ceño del magistrado (los magistrados ponían antes peluca, pero el ceño nunca fué de oficio).

«Los detalles de esquisito gusto y de suma delicadeza (no hay como la delicadeza) se repiten y contribuyen a sostener el tercer acto, aunque la acción podría terminar perfectamente en el segundo.»

Benditos detalles, y bendita delicadeza y buena crianza que salvó una obra que podía acabarse mucho antes del final.

«*El Ejemplo* es uno de esos dramas en que una crítica severa podrá encontrar defectos; pero que serán siempre aplaudidos por el sentimiento que rebosan.»

Quiero decir que esos defectos deben aplaudirse por la buena intención.

Síntesis: *El Ejemplo* se salvó por las buenas palabras.

No le sucedería lo mismo al redactor que escribe lo que sigue:

«Desde el final del primer acto quiso conocer el público los nombres de los autores, que se reservaron manifestarles hasta la terminación del segundo, en que tuvieron que salir al palco escénico (los nombres?) donde (ya, ya) fueron saludados con nutridos aplausos.

Y salieron los autores seis veces; y eso que sobraba el tercer acto.

¿Qué hubiera sido si hubiese estado el drama pié con bola!

Si una provincia quiere disputar a Madrid el privilegio de llamar la atención, sólo puede conseguirlo apelando a los medios heroicos.

Múrcia, ¿quién se acordaba para nada de Múrcia, si allí no hay ni Real, ni Frasuelo, ni dramas nuevos? Pero dos ríos salen de madre, ¡la inundación! Esto ya es otra cosa.

Los periódicos hablan de Múrcia, y el gobierno da para remediar la catástrofe... quince mil pesetas; peseta arriba, peseta abajo, lo mismo que a los caballos distinguidos del hipódromo.

Yo me voy a Madrid.

Y a mi provincia le aconsejo que... se inunde.

CLARN.

PALIQUE.

Ahora que se ha publicado un reglamento nuevo para la Imprenta Nacional, se me antoja oportuno hacer algunos reparos á la redacción de la *Gaceta*, reparos á que nada responde en el capítulo II de dicho reglamento, que trata precisamente del servicio de redacción.

Hay una sección en la *Gaceta* que se titula *No oficial*, y que peca de oficiosa en mi humilde y nada autorizado juicio.

En tal sección suelen entregarse los redactores del periódico oficial á lucubraciones del peor gusto, dando bombos á los cómicos y poetas amigos, con la misma frescura que podrían hacerlo desde la gaceta de *El Tiempo*, ó de *La Correspondencia*. Y como esta España es un país tan autoritario y centralizador, alcalde habrá por esos pueblos que crea obligados á sus convecinos, á los tres días de publicado el bombo, á que tengan por gran poeta á Fulano, y por gran actor á Zutano, y por tenor de primísimo á Perengano. Todo lo que en la *Gaceta* se publica tiene cierto carácter de autoridad, un olorillo de promulgación, que no se compagina con la libertad que debe presidir al juicio estético.

Hacen un efecto desdichado las críticas *gaceteras* junto á las sentencias de los jueces y tribunales del reino: parece que así como todos estamos obligados á tener por bien condenado á gar-

rote el que lo ha sido por sentencia firme, del propio modo debemos dar la autoridad de cosa juzgada al entusiasmo que despierta en el ánimo del director de la *Gaceta*... el cante flamenco, verbi-gracia.

Si á esto añadimos que los redactores del diario oficial suelen ser muy malos poetas y pésimos críticos, tendremos doble motivo para condenar esa especie de tablas pontificales en que nuestros literatos máximos escriben su opinión gubernamental sobre las seguidillas y décimas del primer Lopez Bago que se presente. Recuerdo haber leído en la *Gaceta* aquello de

«Te llevaré á Puerto Rico

en un cascarrón de nuez,»

de una zarzuela original de algún director de algo, ó jefe de negociado por lo menos.

Y eso no está bien: bastante tenemos con la censura previa del Sr. Herranz, sin que á *posteriori* venga cualquier poetaastro ministerial á decirnos lo mucho que vale cualquier amigo suyo, haciéndolo saber á cuantos la presente vieren y entendieren.

Verdad es que en Roma sucedió algo por el estilo, pues los pontífices llevaban en sus tablas cuenta, nó ya de las leyes, sino de los espectadores; pero sobre que eso era hace mucho tiempo, ni entonces había quien hiciese tantas y tan malas comedias, ni llegaba á la categoría de pontífice cualquier poeta vergonzante. También entre nosotros hubo un tiempo en que esas cosas podían

pasar por la escasez de periódicos, como volverán á ser oportunas cuando el fiscal haya acabado con todos nosotros, y vuelva la *Gaceta* á ser el único «motor de los motores,» como dice Castelar.

¡Castelar! Cuando manden los posibilistas ya será otra cosa. Entonces si que parecerá bien que la *Gaceta* publique, nó ya en la parte no oficial, sino como decretos, las críticas del Sr. Revilla, crítico gubernamental por excelencia, como ya he tenido ocasión de decir varias veces.

Entonces á nadie le extrañará ver despues de aquello de: El Sr. Castelar sigue sin novedad en su importante salud, este decreto, verbi-gracia.

Señor: el ministro de estética y tauromaquia, habiendo notado que nuestro teatro decae visiblemente por el poco ó ningún caso que en la esfera del arte se hace de las críticas de este ministerio, he creído oportuno proponer que se declare obligatorio en toda España y sus posesiones, el parecer del gobierno en punto á comedias, etcétera, etc., etc. Y la parte dispositiva diría, sobre poco más ó menos.

Artículo 1.º Se repnta malo todo drama que no sea tendencioso como él sólo, y en que no se resuelvan tres ó cuatro problemas sociales de los que oportunamente irá proponiendo este ministerio para su resolución, en un plazo determinado.

Art. 2.º Todos los dramas que se representen en el próximo año estético tratarán algunas de las cuestiones siguientes:

A) ¿Cuál es el porvenir de las razas latinas, dado que las razas latinas tengan porvenir?

B) ¿Está completamente demostrado que sea inmoral desear la mujer del prójimo? Y si es esto una preocupacion, ¿cuáles son los medios de combatirla?

C) ¿Cuáles son los derivados del protoplasma? ¿Cuál su influencia en la economía política?

D) Resuélvase si es ó no ventajosa la sociedad protectora de animales para la prosperidad de la poesía dramática.

Pero en el interin, como decía *La Epoca* en sus buenos tiempos, mientras la crítica posibilista y de orden no sea gobierno, la *Gaceta* debe abstenerses el juzgar estas cuestiones «de circo,» de verdes y azules, indignas del poder. Recuerde el señor director del diario oficial las consecuencias perniciosas que trajeron al emperador Maximiliano sus veleidades oromáticas, y déjese de preferir estos ó los otros aurigas, que diga, poetas.

Y en el último caso, si ha de ser indispensable que la *Gaceta* hable de eso, hágase con más formalidad. Que los poetas y actores vayan en terna, y... que decida Torero.

CLAHIN.

PALIQUE.

El Siglo Futuro y El Finis enseñan, los dientes amarillos, por supuesto, al Sr. Castelar, porque éste se ha ofrecido á contribuir con su mágica palabra en la obra común de la caridad.

Los colegas ultramontejurranos pretenden demostrar que la caridad no es compatible con el amor propio.

Pero yo creo que la vanidad que el Sr. Castelar tenga, no le impedirá ser caritativo. Si para ser caritativo se necesitase no ser vanidoso, pocas obras de misericordia se verían por el mundo.

Verdadera y ridículamente incompatibles son la caridad y la envidia.

Y como al *Siglo* y al *Finis* la envidia se les come, su caridad resulta nula.

Es una vergüenza; una gran vergüenza lo que con estos periódicos neos sucede.

Ellos sólo desentonan en este gran concierto de la compasión universal; mientras los demás sin pararse en distincos escolásticos, contribuyen como pueden al socorro de los desdichados de Levante, los Ovidios, Catalinas, Nocedales y Nocedaletes, haciendo el desagradable papel de Tersites se oponen á todo porque ellos no lo mangonean, todo les parece mal hecho porque no se cuenta con ellos, y hasta se atreven á proponer que el dinero, que tanta falta hace para vestir á los desnudos y alimentar á los hambrientos... se entregue á los ouras para que lo gasten en misas y respuestas.

Ovidio, el más envidioso, por lo mismo que es el más incapaz, poeta cursi pasado de moda entre los mismos cursis, carlista póstumo, parodista insípido, creyente de similor, se atreve á definir la caridad y á distinguirla de la filantropía repitiendo con intencion nada caritativa lugares comunes de sermonario de aldeas.

Libelista de misa y olla, se mete en teologías y blasfema invocando á Cristo, y cuando no siente más que odio al talento y á la virtud, que mora allá en alturas inaccesibles, acota con su religiosidad; pretende el muy romo que la blancura artificial se nos antoje palidez de anacoreta, y el color de la bilis, huella de la abstinencia y los cilicios.

¿Por qué ha de ser extraño ni ridículo que nuestros oradores se reúnan y celebren, en bien de los desgraciados, una solemne fiesta para la inteligencia?

¿No será más inmoral una rifa para llevar los mercaderes al templo, que un discurso para invocar la caridad?

¿Qué será un discurso de un buen orador diciendo amor al prójimo, sino un sermón, con la única diferencia de ser mejor que todos los sermones de todos los ouras del mundo? El orador podrá

hablar en nombre de sentimientos universales que no llevan la marca de tal ó cual Iglesia.

¡Cuánta fuerza, cuánta hipocresía!

¡Que la caridad nació al pie de la cruz...! Eso, falso por completo. Con la cruz y sin ella, la caridad vivió y vive en el mundo, y han pasado los tiempos de decir con el filósofo Rancó, que es imposible ejercer la caridad con un hereje ó con una prostituta. Hay caridad si hay amor al prójimo eficaz y desinteresado. Acaparar la caridad en vuestros graneros de neo-catolicismo, es peor que acaparar el trigo en los años de hambre, porque la caridad es pan del alma; sola, señores carlistas, eimónfacs de lo más santo, que es el amor al prójimo; y yo os juro que conozco á los que son caritativos como el que más; y vosotros, también lo juro, al hablar de caridad, sonais á hueco, como las cañas de que habló, según dicen, Jesu-Cristo que tan flacos servíais de donde él... *CLARIN.*

Dicen que el Papa es hombre listo y de buena intencion. Lo será, pero entonces... por qué no excomulga á estos fariseos y escribas, que tanto daño hacen á su Iglesia?

Entre tanto que el Papa toma tan laudable resolucion, yo, en nombre del sentido común, excomulgo á Ovidio, Nocedaleta, Catalina, etc., etc., y digo: *Anathema sit...* ¡Madridlones!

PALIQUE.

El Independiente es un periódico que se publica en Madrid, él sabrá por qué, y que yo no había visto en mi vida. Pero sucedo que hoy se lo ocurre levantar una cruzada para rescatar al sepulcro del olvido en que han de caer dentro de muy pocos días dos dramas en mal hora nacidos, y es necesario prestarle atención por una sola vez, una sola para saber qué es lo que se le ocurre a ese señor *Independiente*, capaz, contra todas las probabilidades, de tener ocurrencias.

Oigámoselo, sin quitar ni poner:

«Va picando ya en historia el sistema que emplean, tanto en asuntos políticos como literarios, algunos sabios modernos, nacidos para la vida pública en los momentos febriles de la pasada revolución; como las ratas roedoras que salen a luz en medio de las inundaciones, siempre y cuando se trata de hombres políticos ó escritores que no pertenecen á los partidos gritadores y bullangueros.»

Advierto que yo no me doy por aludido, pues si bien es verdad que soy moderno, y de ello me precio, no soy sábio curativo ni de ninguna clase de letra: En cuanto á las ratas roedoras que salen a luz en medio de las inundaciones siempre que se trata de hombres políticos ó escritores, ellos verán si les está bien contestar á *El Independiente*.

Pero los que deben irritarse y pedir daños y perjuicios al colega, son los Sres. Herranz y Gómez de Cádiz á quien *El Independiente*, con la más pernicioso oficiosidad, defiende de supuestas injusticias. Dice el periódico que no depende, que *El alma y el cuerpo* es una obra preciosa y *El Azo-*

género nuevo, así como el crítico que es de lo más nuevo y original.

«El Sr. Blasco está sujeto como los demás mortales á la ley novísima de la perfectibilidad.»

«La tercera obra se titula *La ocasión la pintan calva*, y en ella no hay nada vital más que el *Vital* (¡ah, pillol!) arreglado; ni el público se dispone á más ramos que á respetar al Ramos (¡otra!) cómplice del arreglo.»

Como Vda. comprenderán, voy poco á poco demostrando que el revistero feliz é independiente no sospecha siquiera la existencia de la gramática. He aquí mi argumento Aquiles:

«Ahora, que en el tercero haya cierta decadencia y que los dos tiros sean muchos tiros para los tiempos que corremos, no seremos nosotros quienes defendamos ciertos defectillos; pero que la obra es buena, lo prueban la espontaneidad con que al autor saludó el público y las opiniones completamente imparciales.»

Cuando se escribe así, no hay derecho á la discusión, ni á tomar la defensa de dos autores que por malos comedias que hagan no merecen el tremendo castigo de verse apadrinados por plumas cortadas de tal manera.

Lo mal de la fin:

«Así es que el Sr. Herranz debe seguir trabajando, porque esto le ha de ofrecer más brillante porvenir que ir de gobernador á Toledo.»

Conque, según *El Independiente*, los gobernadores no trabajan.

Pues allá va un parrauto de Asmodeo:

«...En fin, Grilo, el tenor de los poetas (pero ¿tenor de qué tenor?) alcanzó uno de sus mejores triunfos decianando, que no leyendo, una bellisi-

te de Dios una magnífica tragedia. Yo, en el caso de los autores, mandaría un comunicado á *El Independiente*, rogándole que se sirviera rectificar tan inexactas noticias. Este rasgo honraría en esos señores, á quienes yo supongo, porque es mi deber, inocentes en semejante atentado contra las prerogativas del sentido común.

Y sigue:

«Es preciso emprender una verdadera cruzada contra ese charlatanismo ridículo que todo lo está invadiendo. Es menester que no pasen sin el merecido correctivo esos inconscientes juicios, que todo lo ven oscuro, si no se presenta á su vista el fuerte condimento de los adulterios, de los amores incestuosos ó crímenes nefarios, pero que no siempre conviene llevarlos á la escena con el propósito de hacer efecto.»

El Independiente confunde de una manera lastimosa los sentidos corporales: ni los juicios ven lo oscuro ni lo claro, ni el condimento se conoce por la vista, ni para la vista se condimenta. Pero ¿qué sabe *El Independiente*, si no sabe comer? Se concibo que un cesante come con los ojos; pero un independiente, propiamente dicho, debe comer como come *El Tiempo*.

Emprendiendo la cruzada que anuncia, dice el crítico de *El Independiente* que la representación de tres comedias «ha dado al espectáculo un sí es no es de agradabilísimo cambiante.»

Precioso, trágico. «No ha contribuido poco á presentar esa novedad el Sr. Marlo, cuya dirección es tan admirable.»

Pues mire Vd. que la dirección de los globos...

«*Moros en la costa* es un pasillo de alto tono»

ma composición, cuyo asunto era naturalmente el triste suceso cuyas consecuencias se trata de alminorar.»

De lo que se trata es de remediar los males consecuencias del suceso, pero de amnorrar las consecuencias no se puede tratar; sería inútil, traviesísimo Asmodeo, tenor de los diablos.

Mi amigo el Sr. Bremon opina que sólo en España se piensa todavía que las fiestas públicas son estas improductivas.

En España y en el resto del globo terráqueo, donde quiera que ha llegado la más ligera noción de la economía, se piensa y se pensará siempre que lo que se gasta en fiestas es improductivo.

¿Si habrá que contar también al Sr. Bremon el cuento del vidrio roto?

Mañana lunes, se discutirá en el Ateneo «Sección de ciencias naturales,» el tema que expondrá el Sr. Mourel y que se refiere á la influencia de las ciencias naturales y de las morales en la civilización moderna.

Se pregunta cuál de estos grupos de ciencias ha influido más en la civilización, y esto se pregunta en la «Sección de ciencias naturales.»

Me parece que va á ser el león el pintor.

Yo, con perdón sea dicho, oro que el tema corresponde á esa sección. Pero, en fin, que averigüen ero.

¿Quién ha influido más? Es difícil de resolver.

Más fácil sería decir quién ha influido menos en la civilización.

Claro, Torepo.

CLAREN.

El ministerio va á representar en la escena política el último acto de *Lycrécia Borgia*: con la muerte en las entrañas asistirá al banquete; Orsini—Torono, vg.—cantará aquel himno horaciano, epicurista, del desprecio de la muerte: *inter pocula* escucharán la misa de difuntos, el *Te Deum* les sonará á requiem...

Es como el dios que cantando llora su muerte: ya vecina...

¿Serán estóicos? ¿Sabrán morir como Séneca? Morirá Toreno como Burro?

Pavía pide que un joven de lenguas le lea en griego el *Fedon* para hacer coraje, y confía en que la nave que vuelve de Delos (Cuba) naufrague en la travesía.

Durante el festín algun húsar, de gala con uniforme, pasará por delante de los ministros con el esqueleto de plata que les recuerde la brevedad de los placeres gubernamentales.

Orovio, el más filósofo de todos, exclamará entre dos cañas: «Morir tenemos» y Toreno, en vez del conabido «Ya lo sabemos» responderá, tirando las ternas al alto: *Ergo bibamus!*

Triste festejo! De gusto puramente romántico. No bastaban caballeros en plaza, hipódromo, faroles, músicas y cohetes; era necesario además... una *cámara ardiente*.

El programa debía decir:

«Para mayor alegría de este vecindario, podemos ofrecer al público el espectáculo de un gobierno... de cuerpo presente.»

Los españoles sabrán agradecer como se merece esta delicada fineza con que se halaga su vicio predilecto: la expectativa de un terremoto político.

¡Nueve días de crisis... de chorro continuo! ¿Dónde hay fuentes de vino que valgan otro tanto!

No nos bastaban toros; queríamos *circenses*, propiamente dichos, y ya los tenemos.

Los gladiadores están en la arena; con la sonrisa en los labios, buscan la mejor postura para morir (la mejor postura es un testamento lleno de exigencias burocráticas). Ya me parece oírles exclamar:

Cánovas, dimissuri te salutant.

Saliedo el lunes de la sesión del Congreso, preguntaba un diputado á otro:

—¿En qué parará esta comedia?

—En un drama de Echegaray.

La diputación provincial está en todo, el ayuntamiento está en todo; no va ha faltar nada; cada cosa estará en su sitio, Mencheta se multiplicará como los peces de la Escritura, está bien. Pero ¿y el cielo? ¿Quién responde del firmamento?

Sigas lloviendo como si tal cosa, y al parecer no hay que confiar en lo de *redeunt spectacula manas*, porque Martínez Campos no tiene dividido el imperio con Jove. Lo tiene dividido con Cánovas.

Si hemos de alegrarnos sincera y espontáneamente, es necesario que no llueva y que á Cánovas le sanen los ojos. Porque si D. Antonio sigue mal de la vista, ¿con qué ojos vamos á ver todas esas luminarias?

No oigo hablar de primeros poetas. ¿Qué es eso? ¿Dónde están Lopez Bago, Rada y Delgado, Grilo, Cañete y demás poetas gaetables?

¿Ea que piensa el ayuntamiento que todo se arregla con gas y percolina? Bueno es que haya muchos faroles; pero, señor, los poetas nunca es-

torban. Es necesario que haya palomas y poetas. Yo declaro que no estaré definitivamente contento hasta el punto y hora, como dice Silveira, en que desciendan de los tejados esos papelitos multicolores llenos de rípos y conceptos del más puro y acendrado patriotismo.

Es preciso, absolutamente preciso, que los vates del presupuesto nos anuncien días de ventura debidos á esas causas que á los simples mortales nos parecen tan ajenas al desenvolvimiento histórico del progreso.

Y, entiéndase bien, es asimismo indispensable que durante estos regocijos públicos, nadie se acuerde para nada de calamidades pasadas ni futuras: nada de inundados, nada de irregularidades, nada de negros, nada de reformas económicas; nada de eso es consonante del placer que nos embarga ó debe embargarnos. Todas esas son *desarmatas*, como dice *La Época*.

¿Quereis el modelo de un ciudadano tal como debe ser en estos días de júbilo y de adhesión al más tradicional de nuestros sentimientos? Pues ese modelo existe: es Peris y Mencheta. Ese es el corazón entero y generoso que al caso adverso inclina la frente antes que la rodilla al poderoso.

La pluma de Mencheta es un raro ejemplar de pluma topográfica; ella traza como ninguna otra los signos convencionales del entusiasmo público á través de comarcas y comarcas.

Ya no hay baile. La diputación ha hecho lo que las estrellas de *La Época*; no ha querido quedarse en casa. Ni hubo baile de estrellas, ni habrá baile de la diputación.

En cuanto al baile de las estrellas, no lo hubo; pero se duda si lo habrá.

Si lo hay, las estrellas bailarán... con los galones y los entorchados.

No hay baile... pero habrá concierto. Un concierto es de mayor actualidad. La música, que amansa á las fieras, no podría con mayor motivo amansar á los húsares?

Debo advertir á los contribuyentes, que el dinero lo mismo se gasta con músicos que con dancantes.

Y debo advertirles además, que es imposible que todos los que contribuyen asistan al concierto.

Pero á los que no vean esa fiesta, les queda el consuelo de que, de todos modos, la pagan.

En otros tiempos, los festejos, como el regocijo, eran verdaderamente populares.

Ahora nos divertimos por el sistema representativo.

El pueblo no entiende de placeres, y se divierten por él... las clases directoras.

No cabe régimen político más paternal. El pueblo se lo encuentra todo hecho.

¿Qué se le exige hoy en suma? Una delectación seráfica, puramente metafísica... y una contribucion pagada á toa teja.

¡Oh! pobre jornalero que no tendrás, de fijo, entrada para el concierto; el gobierno te concede el derecho de pasar la noche al aire libre, máxime si no tienes casa, escuchando

el himno que Pitágoras oía, ó sea las armonías de las esferas.

Armonía que, en concepto de Mencheta, estará cantando á estas horas un epitalamio.

Como Sagasta.

CLARIN.

PALIQUE.

Yo no creo que sea atentar contra el ilustre ayuntamiento decir que anoche había muy pocos farolillos en la plazuela de Oriente.

«¡Si la luna no hubiese acudido en auxilio del ayuntamiento, nos hubiéramos quedado a oscuras. El astro de los amantes, como dice Camprón, y otros han dicho antes que él, quiso echar un vistazo sobre la villa y corte; y por cierto que se moría de risa al contemplar la competencia que pretendían hacerle aquellos miseros cucuruchos á la veneciana, miserables gusanos de luz que de trecho en trecho pendían de los árboles.

«Oh, si yo fuera el revisitor de *La Época*, ó de *El Diario*, qué de composiciones había de hacer aquí, y qué de conjeturas sobre el significado de aquellas antorchas atadas á los balcones de los palacios!

«Compararía, como si lo viera, la cinta de bombillas de cristal opaco iluminadas por el gas á un magnífico collar de perlas, ceñido al cuello de arrogante madonna, y había de perderme en tropos no menos aventurados y lisongeros para los señores concejales, que han sacado de su cabeza, y de nuestro bolsillo, toda esa magnificencia, que si no es oriental precisamente, se puede llamar por lo menos de Levante.

«Pero no nos acordemos de Levante.

«El Madrid oficial hora un día y río otro; rige sus sentimientos por el calendario: es preciso respetar el turno par de alegría.

«El gobierno, de puro contento, está tan comunicativo que hasta quiere que goceamos algo; poco las oposiciones.

«Cuanto las oposiciones son más radicales, opina el gobierno que les corresponde gozar menos.

«Por lo cual á nosotros sólo nos ha cabido en suerte (aunque, después de todo, es una suerte loca), un billete de entrada al palco de la prensa en la función regia de la Opera.

«Esta redacción, agradecida al Sr. Silvela muy seriamente, se cree en el deber, no de desairarle, que fuera descortés, pero sí de decirle como Gayarre en la *Favorita*.

«Gli onori che mi desti, ecco ti rendo!»

Agradézcanno nuestros colegas conservadores. Si todos los periódicos de Madrid acudiéramos al palco de la prensa... sería el tal palco, en efecto, el palco de la prensa. Más vale que estén anchos unos pocos, los que son en realidad más dignos de divertirse con tan plausible motivo.

«Lo que importa es que haya toros y caballos en plaza.

«Es necesario que en el extranjero se sepa quién es Calleja.

«Lo que no vale es quejarse después si los correspondientes y turistas vienen diciendo que aquí vivimos sobre poco más ó menos en la Edad Media. Si, señor, á mucha honra, esto hay que contestar. ¿No quieren Vds. carácter nacional?

«Pues tomen carácter.

«Precisamente hoy me siento yo más español que nunca.

«Bubian ayer, como á las dos de la tarde, por la calle de Alcalá tan ricos y abundantes trenes, tiros de tan brujos y nobles caballos con tan bellos penachos y preciosos arreos, cocheros y postillones de tal riqueza cubiertos, carruajes de tal

lujo y apariencia, que el corazón se ensanchaba y la mente se enardecía al pensar que todo aquello era de España, aunque no de los españoles. Al ver pasar aquellas carrozas y caballos, sin igual en corte alguna de Europa, ¿quién no trae á la memoria las glorias nacionales, por ejemplo la toma de Granada, la conquista de América y el déficit del presupuesto?

«¿Cuántos coches! mirad, españoles; ya no faltan mas que carreteras. ¿Cuántos coches para tantos españoles sin zapatos y á pie!

«Eos son los restos de nuestra antigua grandeza; ya no hay imperio, ya no hay colonias, ya no hay grandes hombres que todo eso lograron... pero queda lo que basta para que el diablo, ya que nos lleve, nos lleve en coche.

No me toca hablar de si hubo ó no hubo vitores y otras interjecciones de entusiasmo.

«Mencheta cantará con mejor plectro.

«Segun me ha dicho un señor corresponsal de un diario de París, á un su colega no le fué permitido comunicar por telégrafo á su periódico lo que ayer se decía en punto á saludos.

«Por donde se ve que, dentro de poco, no nos podremos dar los buenos días.

Mientras dura todo esto, no vayan Vds. al teatro.

«Se entra de balde!

«Los actores, que áun costando una butaca un sentido hacen del arte mangas y capirotes, ¡qué no harán ante espectadores gratuitos y obligatorios!

«Dirán allí que á teatro regalado no hay que mirarle el diente.

«Sin embargo, anoche en el Real costaba dinero y mucho dinero, porque todo es relativo, el asiento más humilde, y los cantantes se portaron como si ellos nos hubiesen pagado á nosotros por oírlos.

«Es decir, distingo. La Schalchi y Vergernada dejaron que desear; son dos de los artistas más... artistas de aquella numerosa compañía, y ayer lo probaron una vez más, obteniendo muy merecidos aplausos.

«Pero el nuevo tenor Sr. Ortisi, no bien comenzó á cantar, lanzó al aire en forma de bipedo implume, un tremendo *quos ego*, que suscitó tempestades no calmadas en el resto de la noche.

«Así como la gallina es símbolo de la cobardía, al gallo, en el canto, le sucede lo mismo.

«El cantante que tome al público, casi siempre acaba por cantar la gallina cantando gallos.

«Es evidente que el paraíso más bien semeja al infierno por la severidad de aquellos Minos, Radamantos y Eacos, que á la mansión de los bienaventurados. Parece que la divisa del paraíso en punto á tepores, es: «do Gayarre abajo ninguno.»

«Lo cual no es negar que anoche el público tuvo razon en parte para oponerse á los excesos galináticos del Sr. Ortisi.

«¿Qué miserere!

«Casi se me figuraba oír al tenor exclamar:

«*Miserere... mei domini.*»

«Si así se canta en el Real por dinero, ¡cómo cantarían en la Zazuela gratis!

CLARIN.

PALIQUE.

Nueve toros se lidiaron en la corrida extraordinaria de ayer.

Desde las doce de la mañana hasta la puesta del sol estuvo lo más escogido de nuestra sociedad viendo morir inocentes individuos del ganado caballar y vacuno.

Una corrida, para el que no es inteligente, ofrece una monotonía abrumadora. ¡Tantos grandes, príncipes, duques, princesas, duquesas, tantos y embajadores, generales y ministros contemplando las habilidades esotéricas de Carancha y Legartijo! ¡Y aquello le llamaban diversión!

Y hoy... otra vez, otros nueve toros.

Es decir, en total, diez y ocho toros muertos en loor de... no sé qué. Sacrificio inmenso, hecatombe digna del mismísimo Baal ó cualquier dios de esos gastrónomos que usó la antigüedad.

¡Qué imaginación la del ayuntamiento!

Para obsequiar á tantos extranjeros distinguidos sólo se le ocurre suministrarles el sublime del terror repartido en diez y ocho dosis.

Venga Vd. de Austria-Hungría para verles las tripas y demás interioridades á unos cuantos ro-cines!

Y ese sí, la plaza estaba llena, de bote en bote; y el resto de Madrid estaba *tendido*, como se dice, desde el templo del arte á la plazuela de Oriente, en apretadas filas, con la ansiedad en los ojos, á caza de emociones y de pulmonías. ¿Qué esperaba Madrid? Quería ver. ¿Ver qué? Lo que ya había visto por la mañana, y lo que había visto anteaer, y lo que verá hoy y muchos días seguidos.

Ya sé que no van allí más que por ver; que no les conduce el entusiasmo, ni preocupacion alguna política. Así van al Campo de Guardias; así van á todas partes donde no cuesta dinero su presencia.

El gobierno, el ayuntamiento y todos los que pusieron en esto las manos, debieron pensar que el modo más eficaz de dar interés á la parte del espectáculo más insípido en sí, era el método de eliminacion. Al público no se le dejó más diversion que la de ver pasar á los que iban á divertirse, y el público, decidido á holgar á toda costa, tomó las cosas como se las dieron y se puso á ver pasar.

En vano el viento en remolinos azotaba indignado la cara de tantos bobalicones: el público desafiaba los elementos.

Figuras, pues, lectores, á miles y miles de hombres divertidos en aburrirse, y á otros muchos miles divertidos en ver al paso el aburrimiento de los otros.

«Desde la princesa altiva

á la que peca en ruin barca»

todas las mujeres abrían la boca y tenían las narices encarnadas.

Este es el placer representativo.

No comprendo el simbolismo de estas fiestas.

Los griegos celebraban juegos en los que siempre había algun pensamiento, pasto para el espíritu.

¿Pero los toros qué simbolismo encierran?

¿Qué tienen qué ver las alegrías de la patria, dado que la patria está realmente alegre con los quiebros y los volapisés?

¿Y qué diría de este contentamiento nacional el Guardia civil que se vió en el aire volteado inopinadamente por el toro?

Muchos y muy importantes son los servicios que el benemérito cuerpo presta á la patria, pero entre los deberes de su instituto no está ciertamente el de servir de *carne de toro* para que los austriacos, los húngaros y los chinos se diviertan en ver dar vueltas por el aire á un pobre guardia. Si su madre ó su mujer le hubieran visto en aquel trance, bendita la gracia que la diversion les hubiera hecho.

Y no faltó quien viera la contingencia.

Ni tampoco faltó la autoridad que acudió, como siempre á evitar el daño... despues de la desgracia. Allí sobraba gente, no debían que dar sino los hombres del oficio, y así lo comprendió la policía *á posteriori*, cuando tuvo un ejemplo. Positivismo gubernamental.

Yo declaro que en toda la tarde no pensé más que en el pobre guardia, y en que hay ocasiones en que parece verdad que el Africa no empiece más allá del estrecho. ¡Y habla *El In-parcial* de civilizar á Marruecos!

Buenos Marruecos estamos nosotros.

Al que no haya podido obtener ningun billete le queda el consuelo de leer las reseñas de los festejos en los periódicos ministeriales y en los nacionales.

A. E., el revistero de *La Epoca*, sobresaliente de Asmodeo, filósofo con motivo de las fiestas, y dice:

«Una novia no inspira á todo el mundo alegres impresiones.»

Y así debe ser, hombre, una novia que impresionara agradablemente á todo el mundo sería una novia de... tócame Roque.

Estos conservadores siempre tan polígamos.

«Para las mujeres, la alegría que debió sentir la archiduquesa fué indecible.»

¡Qué fino, qué amable, qué buena educacion!

¿Pero qué mujeres trata ese revistero, y cómo trata á esas mujeres?

Ni el autor de *La llave de oro* se permitiría meterse en esas camisas de once varas.

«...poseer carrozas riquísimas y joyas de gran valor debe ser la suprema felicidad.»

Ya han demostrado Cano y Herranz hasta la saciedad que la verdadera felicidad está en la virtud.

Por fin el revistero habla de un deber digno de ser puesto en tragedia por Esquilo, y dice:

«Nosotros no sabemos cautarlo...»

¿Qué no saben Vds. cantar? ¡Ah, caxurro! diga Vd. que tira los versos y esconde la mano.

En el Real, funcion de convite.

Un diputado, marqués, gran cruz, desde una delantera de paraíso.—¿Qué veo? ¡Sí! ¡Ea él! Mi cocinero... está allí... en una butaca.

La marquesa.—Claro, ¡como que es pariente de un concejall!

En las funciones de etiqueta no se aplaude.

Veán Vds. una etiqueta que me gusta á mí, para este país donde hay tantos autores... de etiqueta.

CLARIN.

PALIQUE.

El crítico: poema de D. Gaspar Nuñez de Arce.— Rafael Calvo.

Un crítico, que no quisiera por tal, me esperaba pocos días, después de oír a Rafael Calvo declarar la leyenda de Nuñez de Arce, la legitimidad artística de semejante procedimiento. Una leyenda, decía sobre poco más o menos, debe leerse, no debe declararse; el lector es imparcial, no ha de mezclarse con sus propios sentimientos y carácter peculiar revelado por el gusto, en la acción del relato. Es ésta una confusión de géneros. Puede ser. Pero la necesidad carrea de ley, y yo prefiero ver conculcadas las eternas leyes del arte, inventadas más bien por los retóricos que por la naturaleza, con tal que el público tenga ocasión de sobrear una verdadera belleza literaria. Vuélvase lo de arriba abajo en buen hora; páselese los preceptistas; proteste la filosofía; más o menos serio, de lo estético... pero déjense algo que adorar, venga poesía, y venga como viniere.

Contaba Guillermo Meisler a su querida Marizana, que en ocasión en que se disponía a representar en su teatro casero un drama de su invención, en compañía de otros muchos de la vecindad, toparon de repente con la dificultad insuperable de que si bien ellos una sabía cual era el personaje que tenía que figurar y las vicitudes de la fábula, habíaseles olvidado pensar en lo que estos personajes debían decir; entre otros arbitrios, no muy oportunos, Guillermo se encargó por lo que a su papel tocaba, de recitar un notable episodio de la Jerusalem del Tude, en que hablaba el valeroso y noble Tancred; bien iba todo al principio, más sucedió al cabo que el héroe se encontró hablando de sí mismo en tercera persona...

La necesidad llevó a Guillermo Meisler a semejante anomalía, y la necesidad lleva a Calvo a bajejar poesía donde la hay, y recurre a los poetas épicos a falta de dramáticos. No es que fallen los dramáticos en absoluto; los hay, pero pocos: en activo servicio quizá sólo Echegaray, Se-
ñe.

Nuñez de Arce, a pesar de que ha sabido ganar en el teatro muchos y muy legítimos triunfos, tiene al drama cierta antipatía. No sé si será indiscreción revelar su teoría, expuesta en privado, acerca de la insuficiencia del teatro actual para nuestro gusto refinado y las ideas del siglo; pero esa lo que quiera de esta teoría, es lo cierto que Nuñez de Arce prefiere cultivar ese género entre lírico y épico que le ofrece más ancho campo que las tablas para esparcir la fantasía, y le permite hablar de muchas cosas que antes que él las diga parecen infabiles, y que al público de los círculos suele antojarse no entender. Sin embargo, esta ventaja para el desempeño está compensada con algún inconveniente: aquí no hay más triunfo sensible que el de la escena; far á la lectura el éxito de una obra artística se expone a predicar en el desierto; y aunque la obra se lee, ¿qué sabe el autor de la impresión producida en el lector? Sólo el lírico se parará a pensar que en aquella misma hora en que él lo piensa, estará su libro en manos de aristócrata, ó lo que más vale, hermosa dama, que en su camarita robaba las horas al sueño para anegar el alma en el deleite de la misteriosa, íntima poesía; y tal vez en el mismo instante, en humilde quinquini, algún rapaz enamorado de los sueños y de las leyendas flota de emoción al sentir el consuelo celestial de ver expresados en versos armoniosos y en imágenes esplendorosas los más profundos sentimientos, las más acorciadas aspiraciones de su espíritu.

Todo eso y mucho más puede ser cierto; pero el poeta que en su empeño de imaginario se recrea, valiente vanidoso será; no será hombre serio. Fi-

garame un triunfo es puerilidad ridícula; pero, sobreararlo es la realidad con placer legítimo. Además, obras que sin más que ver el forro del volumen que las contiene no se compran. Si bien buena salud cuando el público sabe ya de antemano las riquezas que encierran.

Por todo lo cual se justifica sobradamente la novedad de las lecturas teatrales.

Pero la lectura tiene también peligros, sobre todo ante un público meridional.

mi, a lo menos, me sucede que, cuando otro me lee algo, no me entero, me distraigo; y si la obra me interesa, necesito leerla yo.

Por bien que lea en voz alta un lector público, no sabe leer como cada cual lee para sí; hay inflexiones singulares que cada cual necesita para entender bien los conceptos; hay estilo para leer, como lo hay para escribir y para ponerse al obra. La declamación ya es otra cosa; aquí ya no nos supuestos que otro hace por nosotros lo que nosotros acostumbramos hacer a nuestra manera, se objetiva el lector, se transforma en personaje real, y como declame bien no le pedimos que se nos parezca, pues ya se trata de su modo de expresar, no del nuestro.

Si el lector acciona se sale de su papel, es como si un personaje pintado en un cuadro sacase

un brazo fuera del marco, como en *La pata de ca-
brón* (exposición de pinturas); pero el declamador tiene el defecto que, según Cicerón ya decía, "la primera, la segunda y la tercera condición de la elocuencia. Es una antítesis con derecho al movimiento.

En toda declamación dramática necesaria-
mente No, sólo ayuda. En esto me parece muy bien la característica que presenta A. G. Schlegel: no hay elemento dramático si las palabras del diálogo (o monólogo, esto no importa) no influyen en la situación del que habla. En *El crítico* que Calvo declara no hay drama, porque Calvo no dice si aquello le importa a él, no; lo dice... para que el público se entere.

Porque una cosa es que le interesa y conve-
va a él mismo el relato, y otra que le importe en realidad, fuera de la impresión artística, que le causa y que él traduce con la voz y el gesto para transmitir a los espectadores. Es, pues, legítima, aparte de la necesidad de buscar algo bueno, la declamación de *El crítico*. Ahora hablemos algo del poema.

No es el mejor de Nuñez de Arce, pero sí el más propio para qué Calvo luxa, sus cualidades... y las del poeta. Yo había leído *El crítico* antes de oírlo y verselo al actor del Español, y confieso que me pareció muchísimo mejor oyéndolo a él que oyéndolo a mí. Aproveché esta ocasión para atribuir una alabanza incondicional al simpático actor; pero es denotar: él debe pensarlo, que así tan perfecto nos parece declamando un poema, como en el drama no lo sea tanto, ni con mucho; si no es bien diferente su manera de declamar en uno y en otro caso. ¿Lo es? Yo creo que no tanto como fuera de desear. Pero no es este lugar oportuno para semejantes disquisiciones; que en día no lejano vendrán muy a cuento.

Vuelvo al poema. Su asunto no es de los más adecuados a la inspiración de Nuñez de Arce; el metro y la rima no son de los más adecuados al asunto. La décima es una combinación sabia, es una imitación romántica de la estrofa clásica; pero como stírofa, en polva, delicante; y como rima romántica, lo feble, naturalidad, altura y ligereza. No que creo firmemente, pesé al señor Videt, en la armonía de la expresión rítmica y de la poesía del asunto, no en aquel repertorio del connotante en la décima: una clara indicación de la materia propia para tal rima, y así le creo oportuna para esa poesía puramente lírica en que el pensamiento es reconocida, ya para reflexión,

hablando con la conciencia, ya para consolarse con la contemplación poética del poeta, ya para extasiarse con la visión de alguna imagen querida. En una leyenda no hay esto, en *El crítico* no lo hay; hay decepción y narración, y hay diálogo; como videntes y apasionados que, luchan, con las leyes de la continuación de la escogida, y luchan venciendo una vez y acunbiendo otras. No siempre habla de Juan con la brevedad necesaria; no siempre contrasta toda su fuerza los arcaísmos de energía felizmente ideados, pero diluidos en los diez versos fatales. Y sin embargo, aquí mismo, en los diez versos fatales, el poeta ha hecho milagros de arte.

Pero dentro el ingenio del Sr. Nuñez de Arce triunfa de tal suerte que no, parece que hubo lu-
cha siquiera, es en la descripción, ¿qué pureza, qué plasticidad, qué energía! ¿Quién podrá señalar los límites del genio? El Sr. Nuñez de Arce, lírico por excelencia, parecía que debía desear, este género, en que la exposición, de los accidentes exteriores, sirviendo de signo público, trans-
parente, el fondo de la idea que anima al artista, parecía que, una vez empujado, en él, había, de estar ménos feliz que en el natural elemento el subjetivismo puro y directo: más bien; *El crítico* prueba que hay en el verdadero poeta, cuando

inesperadas, inspiración; que la crítica no puede coagrar de sus otras inspiraciones.

He dicho antes que esta poema no es el mejor de nuestro lírico poeta. No podía serlo el género es inferior al de otros poemas ya clásicos de Nuñez de Arce; y además, por bien que esté el poeta en el terreno que por alarde de fuerza conquistó, siempre estará inferior en aquella región que Apolo le señala; por tanto de heredad, como suya.

Pero no se entienda por esto que la obra última del Sr. Nuñez de Arce sea excelente. Es que tiene otras excelentes más.

Yo, aunque presuroso poco formal, y acaso lo soy, tengo mi simpatía en mi armario. Se dicho, y lo repito, que *Hamando Ludio* y *El Idiote* son poemas asombrosos; como se han escrito pocos en el siglo. Para asombrar esto, necesito no colocar a su altura todo lo que el Sr. Nuñez de Arce escribió, aunque sea muy bueno. Con el sistema de la alabanza progresiva, sólo se logra que la dulce música de la idea suene a bombo, y nada más que a bombo.

Convenido de que mis discretos lectores y el Sr. Nuñez de Arce, también discreto, me comprenden; firmo tranquilo.

CLARIN.

PALIQUE.

Se ha presentado un drama anónimo con el título de *La dignidad* á la empresa del Español.

¡La dignidad! Anónimo!

Pues bien, el autor es Cánovas.

Hace ya días que no piensa más que en ladg- nidad, ese derecho inalienable é ilegislable de que se rien los neos y los moderados.

El Sr. Cánovas no quiere explicar á las mino- rías sus arranques á lo *Sigismundo*, y prefiere que tiemble el orbe en sus cimientos á dar semejante jaso.

Una gran razón podía alegar el Sr. Cánovas para no explicar su conducta: podía decir que es inexplicable.

Peró no dice eso, sino que no lo consiente su dignidad.

Con ese concepto de la dignidad se han hecho buenas comedias de capa y espada; pero nunca se ha hecho un hombre de Estado.

Alguna teoría interna de la dignidad tendrá el Sr. Cánovas que no le consentirá explicar á una comisión de las minorías lo que no titubearia en explicar á todo el Congreso.

¡Respetemos los inexorables prencas de la providencia liberal conservadora!

Peró la dignidad no es propiedad exclusiva del Sr. Cánovas; también hay dignidad, y muy susceptible, en las bandas de música de los regi- mientos.

La *Correspondencia*, el San Mateo de Cánovas, ha dicho: no sería propio de la dignidad de las

músicas militares su presencia en espectáculos ajenos á los fines de su instituto.

Se quería que las bandas militares, paga- das por supuesto, diesen serenata bajo los balco- nes de la embajada francesa.

¡Peró esto sería prostituir la música militar! Es como si Vds. propusieran que D. Alberto Boeck hablase en un hatén ó en una boda, donde quería que no fuese el Congreso.

¡Una serenata! ¡A la luz de la luna! Romanticis- mo puro; ¿no sería ridículo ver á las músicas de nuestro valiente ejército á guisa de trovadores que vagan errantes?

El gobierno no debía consentir, no podía con- sentir, no ha consentido semejante ataque á la dignidad de nuestros más preclaros instrumentos de viento!

Otra cosa es que los alabarderos, los alabar- deros de verdad, se trasformen en un día solem- ne en manera de barrera, y se pasen horas y ho- ras con la pica en ristre, esperando que un ino- centísimo toro venga á clavarse, como periódico en fiscal. Eso no tiene nada de particular; eso está en las costumbres; eso no ofende á nadie.

Tampoco tiene nada de particular que esos mismos músicos de bandas militares, de cuya susceptibilidad se trata, se vistan de egipcios, de moros, de abisinios, y hasta de botentotes si hace falta, y salgan al proscenio del teatro Real, ó de la Zarzuela ó de los Bufos, marcando el paso, y sonando en sus respectivos instrumentos.

Es más, las músicas militares pueden ir al Buen Retiro y dar conciertos, para que el públi- co se divierta, y á Recoletos á amenizar el paseo,

tocando variadas piezas, como dicen los progra- mas.

Todo esto no tiene nada de particular; ¡pero dar serenata á un embajador... extranjerol

¡Si fuera un embajador... nacional!

Por ejemplo, Molins.

Por supuesto, que en Francia no tomarán á mal esta genialidad de nuestros gobernantes.

Una cosa es Cánovas, y otra cosa España, por más que Cánovas lo sea aquí todo.

El pueblo de Madrid, más fino que ese Segis- mundo que ha despertado en el poder, cumple como debe pagando con expresivas muestras de simpatía la deuda de gratitud que tenemos con Francia.

Yo he llevado mi tarjeta á M. Jaurés: una tarjeta que dice así:

¡Viva... eso!

Ya pasó... No hubo serenata, pero á Cánovas le sonaron los oídos.

Me ha dicho Asmodeo, el verdadero Asmodeo, que esta noche la pasó junto al lecho del enfer- mo (Cánovas) y que le oyó delirar. Soñaba que al pié de sus balcones daban los ilegales una se- renata. La letra estaba en francés, un francés tal como Cánovas puede hablarlo en sueños; porque es de advertir que D. Antonio cantaba, mejor di- cho, *trimbaba* la canción que creía oír bajo sus bal- cones, canción que decía así:

«Si vous allez croire, monsieur Canovas,
que nous allons dire ce que nous aimons,

vous vous tromperez, ce ne sera pas;
en clignant de l'ail nous nous entendons,
et voilà!

L'Espagne aime la France, elle en a le droit,
vive la... la... la... République française!

—ce cri de nos âmes et bien dans la loi—
et nous chanterons notre Marseillaise,
et voilà!

Si vous enrajez, monsieur Canovas
ce n'est pas mon fait. Madrid vous répond,
et nous chauterons toujours comme ça:
notre Marseillaise fait le tour du monde
et voilà!

Indudablemente el gobierno ha dado un des- aire á los franceses.

Bien se conoce que ya anda Torreno en los asuntos de Estado, donde la buena forma es el todo.

Peró á Torreno no se le pueden pedir buenas formas; muchas sí, pero buenas...

—¿Qué se dice por ahí? ¿Qué hubo anoche?

—¡!

—Eso es plagio; es de *El Liberal*.

—Sí, señor; ¿y qué? Esa es la fórmula; *El Li- beral* la ha inventado, y todos nos entendemos con ella.

—¿Y qué quiere decir?

—Se lo diré á Vd.; ¡! quiere decir: lo que pasó anoche y lo que pueda pasar mañana.

CLARIN.

PALIQUE.

«Ayalá deja un vacío que no se puede llenar.» Esta era frase de cajón; frase hecha antes de que enterraran al ilustre poeta.

Hoy ya se sabe que se puede llenar el vacío y se llena; mas, se rellena, y Romero va á ser presidente y va á arrellanarse en el sillón que dejó Ayalá.

Pero resulta que el vacío no era ese sólo; había otro vacío, y también se va á llenar; la plaza de la Academia.

Se vacila entre Echegaray, y... ¡Tejado! ¡Oh! ni no fuera porque Canete ya es académico se nombraría á Canete.

Es público y notorio que Gabino es feo, Ayalá era guapo. Y ya se ve, la Academia procede por antitesias.

Si no fuera que yo tengo otro candidato, de que luego hablaré, rogaría á los académicos que nombraran á Gabino. ¿Qué va á hacer Echegaray en la Academia?

Lástima que estén allí Camposamor, Valera, Nuñez de Arce y algunos otros, pocos, que descomponen aquel famoso Areópago, donde ilustres hablistas andan á la greña por una partícula, desdennan los adelantos de la lingüística y de la filología, y sacan de su cabeza las leyes de nuestra gramática.

Castelar les está dando un desaire há más de ocho años y hace bien. ¿Para qué quiere Castelar ser excelencia? ¿Para qué lo quiere Echegaray? No lo es Zorrilla, no lo era siquiera el único autor español de una *Historia de la literatura patria*, que

vale la pena de ser leída. Amador de los Ríos, no lo fueron los más ilustres poetas y publicistas. Debe dejárselos solos.

Donde está Catalina, mejor estará Tejado que Echegaray.

Dicho sea con perdon de los académicos arriba citados y otros pocos.

Pero decía que tengo otro candidato, y es verdad:

Es un obispo.

Esta ventaja lleva á Gabino, que ni siquiera es, dígame lo que se quiera, sacristán.

El tal obispo escribe desde Méjico á *La Ilustración Española y Americana*, y en vez de firmar Pedro, Juan ó Diego, como suelen hacerlo los obispos humildemente, se llama así:

«Renacimiento clama de Cantabria
allá en los montes inspirado vate!
Renacimiento clama en las Aztecas
playas, Ipandro»

De donde resulta que se llama Ipandro; pero es de mentirijillas, porque el ilustrísimo señor tiene por nombre de pila Ignacio; nombre prosaico, indigno del renacimiento de las playas Aztecas, y fue el señor obispo y lo trocó por este otro de Ipandro que es mucho más sonoro y propio de un poeta. Pero á la manera que D. Quijote necesitó un apellido ó sobrenombre, y escogió el de la Mancha, nuestro Ipandro se puso por añadidura Acaico, que algo bueno querrá decir, porque á estos eruditos no se les escapa nada, y todo lo que ellos digan y escriban ha de tener una segunda intención, que la cojan galgos.

Pues este Ipandro Acaico que digo, es el que yo presento como candidato á la plaza vacante, y verán Vds. si me falta razón: Ipandro (pero qué bonito nombre, no parece de obispo, parece de un pastor de la Arcadía con xurron y todo), pues Ipandro escribe unos versos sáficos, de esos que no tienen consonantes; pero que en cambio así se parecen á los sáficos griegos como yo á Ipandro. Además es muy erudito; verán Vds. lo que sabe: y lo sabe en sáficos, que es lo más notable:

A los hebreos dió la Providencia (1)
Sus santas leyes, el poder á Roma
Y de las letras al primado escelsio
Hellado tuvo.

Esto es llamar arzobispo ó patriarca de las Indias á Homero; y es una profanación. Del monte Sina los preceptos guarda.

El Sina es el Sinal, y los preceptos los mandamientos de la ley de Dios; pero en sáficos deben decirse las cosas de cierta manera.

Al Vaticano la cabeza inclina.

Eso sobre todo; ni disfrazados de sagales olvidan estos neos su negocio.

Leyes tu musa del Parnaso griego
docil acepta.

De manera que le manda obedecer á todo el mundo; olvidando aquello del Evangelio de que no se puede servir á dos amos.

Del frío Norie las heladas hojas

Arroja al fuego la piadosa España.

A primera vista parece que quiere decir que nos calentamos con madera de pino de Noruega, que es madera de construcción, y no para hacer

(4) Verso sáfico... Aleas.

leña; pero lo que en rigor, y á vuelta de sáficos manda, es quemar los libros de Alemania, Inglaterra, etc., santísimo consejo propio de un obispo, siquiera se llame Ipandro.

A Víctor Hugo la cristiana Puerta
cierra Pirena.

¡Ya pareció el neol! Supongamos que Piri-ne entiende de sáficos, al estilo Ipandro, y que contesta á su ilustrísima:

¡Oh sábio Ipandro, corruscante obispo,
pastor flogido, rabadau de ovejas,
Dios te depare beneficio pigüo,

Sedo vacante.

Ya por mis puertas, décadas pasadas
entró el poeta Víctor Hugo insigne

tal como dicen que en la casa propia

Padro penetra.

Esos consejos que me das cantando,
tal los recibo como son, y dejo

que por el un oído entren, y salgan

Salgan por otro.

Estos no son sáficos de varas; pero tampoco los de Ipandro lo son.

Dejo, pues, demostrado que Ipandro y no otro; ni siquiera Gabino, que también tiene sus sáficos en su armario, merece la honra de ser presidido por Cheste.

Que es una honra tan disparatada como aquella de *La Gran Duquesa*.

Ipandro Acaico figurará dignamente al lado de todos los Fernandez Fernandez, Peres Peres, Lopez Lopez y Gonzalez Gonzalez que en la Academia son y han sido.

CLARIN.

PALIQUE.

¡Deus passus est!

¿Habrán oído Vds. la noticia?

Jamás *La Correspondencia* maneja su lenguaje sibilítico (si es que el lenguaje se maneja, que yo creo que no) con más solemnidad.

¡Habla de él! ¿Qué digo de él? De El. Habla del inventor del griego, de Calisto, en una palabra, en una gran palabra.

¿A qué se le pusieron al lector los pelos de punta?

Yo al leer el suelto sentí todas aquellas cosas que sentía Orestes perseguido por las Eumenides, y aquellas otras que Job dice haber experimentado cuando el soplo de Dios le tocó la frente.

En fin, el párrafo dice así:

«El diputado centralista Sr. Candau, que es esperado (¡ay, si que venga!) dentro de dos días (de dos siglos) en esta corte, según dicen sus más íntimos amigos (de modo que no es seguro, ¡qué ansiedad!), viene resuelto a sentarse (¡sentarse parece que eso lo hace cualquiera, pero el caso es sentarse en...) en las Cortes, (eso, en las Cortes; ¿a ver quien se sienta en las Cortes, no siendo Candau?) sin respetar para nada (¡léonicos a él!) la abstención acordada por las minorías.

De otro modo:

Libre Candau, feliz é independiente en las Cortes se sienta incautamente y valor afectando, entra cayendo por salir pitando.

Es mucho Candau. Lástima que no haya más que uno y que ese sea mortal.

Ya tiene minorías el gobierno.

¡Pero Dios mío! hay que esperar dos días, y no se sabe de fijo si vendrá.

Y como dicen los novelistas, la incertidumbre es peor que la evidencia del mal.

Yo propongo que esgan a buscarle con las escaleras, los faroles y el discurso de Cánovas.

Cuidado que es discurso. Parece un juego de prendas: aquel de tres veces sí y tres veces no.

El Sr. Cánovas no quiere dar una explicación, lo cual no significa que no quiera darla, sino que no la quiere dar, y no es lo mismo: no quiere, no debe, no puede dar una explicación, ¿por qué la ha de dar? aunque por otra parte, ¿por qué no la ha de dar? Así es, que la dará y no la dará; dará una explicación categórica, y otra problemática, que será una explicación y no será una explicación; y lo que fuere sonará y averigüelo Vargas: no el excelente redactor de *El Liberal*, sino Vargas el clásico.

Los constitucionales van a meditar las explicaciones del Sr. Cánovas.

¿Ha dado ó no ha dado una explicación?

De camino que resuelven ese intrincado problema, yo les suplico que resuelvan este otro planteado por el Sr. Cánovas también en la sesión de *requiem* del 10.

Decía Cánovas: «Yo no me refiero a las minorías presentes, ni a las pasadas, ni a las futuras.»

¿A qué minorías se refiere el Sr. Cánovas?

Por lo visto, el Sr. Cánovas ha inventado un tiempo nuevo: el pluscuamfuturo.

Y para entonces dejará el poder a los constitucionales.

En el *interim* (1) mediten los constitucionales si Cánovas ha dado explicaciones. Y como el que medita suele rascarse la cabeza, según Camposamor, vayan rascando, «que el comer y el rascar todo es empezar.»

El Sr. Cánovas no sólo hace discursos; hemos quedado en que es un hombre de Estado y tiene su política.

Su política consiste, y, gr., en nombrar a Torreno presidente de las Cortes postergando a Moreno Nieto.

(4) De La Epoca.

reno Nieto, primer vicepresidente, orador elocuentísimo (mucho más que el Sr. Cánovas, que necesita decir las cosas de tres maneras, como el otro decía procurador) hombre de serio pensamiento político, de integridad ya proverbial. Pero el Sr. Moreno Nieto tiene un defecto imperdonable: hace sombra.

Y Torreno, a pesar de su masa, es diáfano en punto a méritos políticos.

Por donde se ve que la política de Cánovas es la política del pino. El pino mata toda vegetación en derredor suyo.

Ya veo a Torreno en la presidencia.

Van a consumir turno: primero el Sr. X.; después el Sr. Z., y, por último, el Sr. Candau.

Y dice el presidente:

—Tiene la palabra el Sr. Candau.

El Sr. X.: Sr. Presidente, yo soy el primero en el turno.

Torreno: Pues por eso tiene la palabra al señor Candau, porque es el último.

Yo hago con los turnos lo que hice con las ternas.

Ya lo dijo Jesucristo: los últimos serán los primeros: por eso Torreno será presidente.

CLAREN.

PALIQUE.

La Correspondencia nos da la siguiente noticia:

«Hoy hace doscientos años nació en Madrid D. Pedro Calderon de la Barca.»

Esta vez han informado mal á La Correspondencia.

Ese señor á quien La Correspondencia se refiere, nació en 17 de Enero de 1600, y fué bautizado por Fabian de San Juan Romero á 14 de Febrero del mismo año.

Ahora lo natural es que La Correspondencia diga:

«No es cierto, como aseguran algunos colegas, cuyo deseo de adelantar noticias les hace equivocarse con frecuencia, que el Sr. D. Pedro Calderon de la Barca haya nacido hace doscientos años; lo que hizo, no doscientos años há, sino ciento noventa y nueve, fué... morirle.»

A los redactores de La Lejía:

Muy señores míos y lavaderos: Un voto que tengo hecho de no darme tono en los días de mi vida, me obliga á recoger una alusión personal que he visto en el periódico de ustedes.

Yo no sabía de tal alusión; pero un amigo me dió cuenta de ella y voy á contestar por eso, porque no puedo darme tono. Por lo demás, la ocasión era de perlas; Vds. no firman, y aunque es posible que bajo el anonimato se oculte algún literato insignie, con esto, y con la máscara de escribir mal (que lo harán Vds., como si lo viera, para que no los conozcan y los tengan por unos pelagatos), no cabe en lo humano ser cosa más insignificante, al parecer, que Vds. Mal hacen, en mi opinión, si quieren que el público descubra su alta prosapia literaria, tomándolas conmigo, un pobre revistero que no se mete con nadie: mejor está aquello de insultar á Echegaray y tenerse las

tuestas con Valera; por ahí pelecharán Vds., y no hombrándose con Clarín.

Sobre que, con tan buen corazón como ustedes tienen, no se puede ser escritor satírico. La conciencia no les permite mortificar á nadie, ya lo veo; y eso está bien, pero entonces ¿para qué escriben Vds. periódicos satíricos? Aseguran que, empuñándose un poco, bien podrán medirse con gigantes como Clarín, etc., etc.

¡Ingénua confesión! ¿Con que empuñándose? Eso prueba que naturalmente son Vds., ó por tal se lo tienen, más pequeños que yo.

Y como lo de empuñarse debe ser para ustedes sumamente incómodo, pues muy otra debe ser su postura ordinaria, resulta que de higos á brovas van á poder compararse conmigo. Como se ve, todo es sobre de candor y de buena fé. Si á esto se añade que en el jabón que Vds. usan abunda la sosa, venimos á parar en que son ustedes unos benditos.

Prometen el oro y el moro á sus lectores, y á más de varios regalos monárquicos les ofrecen hablar de *Fichette* y de *Schopenhauer*.

Quiero suponer benévolamente que donde dice *Fichette* Vds. escribieron *Fichte*; pero al filósofo pesimista lo inventaron Vds. un nombre que no es el suyo. Ciertamente que los que pronuncian mal el nombre de *Schopenhauer*, lo pronuncian como *La Lejía* lo escribe. Pero estos defectillos son nada en comparación de los versos de *La Lejía*.

Hay en esa colada un poeta que reprende á Mario, porque manchando incoherente lo hermoso de su destino, representa comedias de Blasco. En mi tiempo, cuando se escribían periódicos satíricos, no se hablaba de la incoherencia, al menos con formalidad. Y aun no es eso lo peor; lo peor hasta ahora es el gusto literario que ustedes manifiestan; parece ser que Vds. tienen á Fernández y González por un eminente autor dramático. ¡Vaya, vaya señores de *La Lejía*, ¡já

que salimos con que son Vds. algunas honradas lavanderas del Manzanares, apasionadas de los novelones de D. Manuel?

Lo más triste sería que fuesen Vds. amigos de los que hieren por la espalda. ¡Tengo yo tantos que me dan palmaditas en el hombro y sé que por detrás me despellejan! Lo que es como no sean Vds. amigos lodo se lo perdono... por no manchar incoherente lo hermoso de mi destino.

Ea, ya están Vds. satisfechos; ya hay polemiquilla. Pero les advierto, para que no se llamen á engaño, que es muy probable que en lo que me resta de vida no vuelva yo á acordarme de que hay *Lejía* en el mundo. Después de cumplir mi voto de no darme tono, puedo prescindir de ustedes y de todas las gracias que se les ocurran, sin que me pese en la conciencia.

Y esto no es decir que Vds. escriban mal; no, señor; Dios me libre; eso no hace falta decirlo; sino que de todo se cansa uno en el mundo. ¿No se cansaron los griegos de la virtud de Aristides? ¿No hay quien se cansa de oír á Gayarre *La Favorita*? ¡Qué mucho que yo me cansa de las ocurrencias de Vds.?

He recibido, y conserro como escogido regalo, una elegía de un querido condiscipulo y amigo, Marcelino Menéndez Pelayo. Está escrita en versos libres que alternan con algunos rimados en consonantes, según solían hacerlos Leopardi, Monti, Foscolo y otros poetas italianos. El título indica el asunto: *La galerna del Sábado Santo*. En tan selecta composición se lamenta la catástrofe del Cantábrico en 1877, y entro descripciones de sabor clásico, pero no frías y secas como algunos académicos las usan, hay pasajes de gran valor por la expresión y la idea. Es el más notable, aquel en que el poeta pide los triunfos de los juegos olímpicos para el trabajo, merecedor de nuevo Píndaro.

Yo estimaría, sin embargo, más que un nuevo Píndaro un poco de consideración social para los trabajadores. Pero, en fin, Pelayo no pretende arreglar el mundo.

Aunque parezca otra cosa, tampoco pretenden eso los señores que en el Ateneo discuten si el mundo moderno debe más á las ciencias naturales que á los morales. Hasta ahora, la mayoría se inclina en favor de las ciencias naturales; pero es una mayoría que tiene por tacto de todos las fórmulas del álgebra y de la química. Ya llegarán los señores *morales* y *políticos*, abogados sin pleitos en su mayor parte, y si no resuelven la cuestión, la embrollarán por lo ménos.

En la sesión de ayer, el Sr. Carracedo, enemigo declarado de la metafísica, pero joven muy discreto é instruido, improvisó una brillante rectificación. El Sr. Monmoseu había hablado antes, y por cierto en un sentido conciliador y templado, que demostraba nada superficial talento. Algo dijo, sin embargo, que yo no comprendí bien: entre las ventajas que á la civilización habían traído las ciencias naturales contaba el alumbrado público.

¡El alumbrado! ¡el alumbrado! Bueno es que se vea claro, que el candil alumbrase bien; pero ¿no sería más importante encontrar al *hombre* que buscaba el filósofo del candil? Soy ya tan metafísico que no concibo que el progreso sea cuestión de faroles.

Don Juan Valera, que opina como yo, que el progreso es relativo, lo demostrará esta noche en el Ateneo, leyendo algunos capítulos de *Zarina*, novela de costumbres... de hace dos mil quinientos años. Sin embargo, también alude á los posibilistas.

CLARÍN.

PALIQUE.

ATENEO.—Velada literaria: *Frax Juan*, poema del sistema decimal por el Sr. Velarde.

Yo tenía entendido que el Sr. Velarde era un poeta de la escuela sevillana, como dicen los que creen en esas cosas; yo pensaba que el Sr. Velarde escribía largo y tendido y no se paraba a imitar el estilo y los asuntos de nuestros poetas predilectos de ahora. Pero me había equivocado: el Sr. Velarde también imita, y como todos los del género, imita mal. Escribió Núñez de Arce *Frax Martín*, y el Sr. Velarde escribe *Frax Juan*, creyendo que el *quid* de la dificultad estaba en tener un frutal a su disposición.

El poema del Sr. Velarde está en décimas (como *El Virrey*), y también pretende pintar con cuatro palmos, paisajes y escenas de interior, como se dice.

Nada tan sencillo como el argumento de *Frax Juan*: éste es un frutal, como indica el título, que cuando vivió en el siglo, estuvo enamorado de una señorita que se casó con su padre, con el padre del padre Juan, no con su propio padre, que eso hubiera sido demasiado fuerte y complicado. Frax Juan tiene a su novia, por coqueta, ingrata y desleal, y, de remilgas, se mete frutal. Suada que un día *Frax Juan* confesando a varios fulgones, y de marca á boca se encuentra con su novia, que le confiesa que está casada con su padre (rempiende el padre de Frax Juan). Este Frax Juan va, ya, ¿qué hace? va ya... se casa con ella. La penitente se asusta, como es natural, aunque es de 6, 7... nada más, á no ser esto:

«En tanto, escuchando el auelo,
la casa el gallo atolondra;
sale del surco la alondra;
cantando el sol, alza el vuelo;
el oscuro azul del cielo
se torna en vivo arrebol;
mira á Oriente el girasol;
suena la esquila en el monte;
horizontese el horizonte
y surge radiante el sol.»

Como se vé, el poema no puede ser más sencillo, y todo se entiende malísimo eso de atolondrar la casa, porque á las casas no les suocde lo que á los poetas, que son susceptibles de atolondramientos.

La décima que dejo copiada, ¿qué tiene que ver, Sr. Velarde, con lo anterior? ¿Le parece á usted que hay naturalidad en eso? Pongamos á decir si el gallo canta ó no canta cuando acaba de morirle el héroe del poema! Por lo demás, esa décima es mala y Vd. mismo lo va á reconocer así. Vámonos a ver: ¿qué diría Vd. de cualquier composición poética ó prosaica que dijese lo mismo leído de arriba abajo y de abajo arriba? Lo natural es que Vd. dijera que no tenía pies ni cabeza. Pues oiga Vd. su décima leída del revés y verá cómo dice lo mismo:

«Ya surge radiante el sol,
encuéntase el horizonte,
suena la esquila en el monte,
mira á Oriente el girasol;
se torna en vivo arrebol
el oscuro azul del cielo
cantando el sol abra el vuelo
dejando el surco la alondra,
y en tanto el gallo atolondra
la casa escuchando el auelo.»

Las descripciones, Sr. Velarde, han de ser, primero, oportunas; segundo, ordenadas. Eso de empezar por donde quiera y coger, no los rasgos característicos, sino los que hacen consonante, es como pintar una mesa revuelta de arreboles, alondras, gallos, gusas, nubes, horizontes, girasoles, cielos, montes y esquilas. Sus descripciones de Vd. son inventarios del mueblaje poético. Eso que Vd. pinta no parece el campo, parece un carro de mudanzas de la naturaleza. Si Vd. al pintar se representara no los versos y los consonantes, sino la realidad misma, no incurriría en el pleonismo de decir en una misma décima, dos veces, que con la salida del sol el cielo se colorea. Insisto en esta parte porque á la legua se ve que Vd. aspira á la fama de poeta descriptivo; el argumento de *Frax Juan* no es nada; escúeto no le serviría para llenar dos décimas: y lo que á usted le importa es, sencillamente, describir el día de muchas maneras: dos veces al amanecer, otras dos de noche y otras dos entre luz y luz. Al viento lo hace Vd. bramar, mugir, zumbir, de todos modos, meter ruido en más de seis décimas, y siempre con la circunstancia de que el viento no hace falta para nada en lo que Vd. dice. Diga, pues, que insisto en lo de las descripciones, porque parece que son su fuerte, y creo deber más de mostrar que es un fuerte que parece un flaco. Y sigo:

Va á partir. Se alza la brisa,
la ola suegrase la melena,
Una de dos, ó Vd. no sabe lo que son olas, ó

no sabe lo que son melenas. La melena, ello mismo lo dice, es la cabellera negra, y las olas, dado que tengan cabellera, no la tienen negra, sino blanca, albina, propiamente hablando de cabellera.

Quiera Vd. ser natural, y parezca Vd. un cristiano.

Tres bancos y un fasciolo
en medio, forman el cerco
no habiendo allí más teatro
que una virgen del Carmelo
vestida de terciopelo
con lentejuelas de oro.

No falta más que el total de la cuenta: tres bancos, tanto; un fasciolo, cuánto; y por lentejuelas para la virgen... ¡jalgate Dios, por lentejuelas! y ¿qué tenían que ver las lentejuelas de oro con las aurículas de Frax Juan?

Concluye otra décima así:
y el del vendabal que azota
y empuja la vidriera.

Aunque Vd. le ponga al verso crema ó diéresis, á modo de mulata, el verso es cojo y además sobre; porque el vendabal (por fuerza el vendabal) azota la vidriera, dicho no está que la empuja. A esto dirá Vd. que el verso hacia falta para que la décima fuera décima y no novena, y con eso me tapa Vd. la boca; pero recuerde lo que decía su poeta que, como Vd., se veía repudiado en un caso igual:

El pensamiento acababa,
y la décima seguía...
¿qué hacer si no la tripiaba?...
¡pote la tripiaba!

Dice Vd. más adelante:

El viento en las rejías zumba,
Si, señor, ya lo hemos oído, el viento; por más señas, el vendabal,
da con su frente
en la losa de una tumba,
con sordo rumor retumba
el golpe en la cripta hueca...

Le para á Vd. con las criptas lo mismo que con las melenas; no sabe Vd. lo que son. Dice el Diccionario que es cripta un lugar subterráneo en que se acostumbra enterrar los muertos, y aunque la definición no es perfecta, ni mucho menos, bien se deja ver que una cripta no es una tumba hueca ni nada.

Toda estas lamentables equivocaciones las evitaria el poeta si al describir poetas en las cosas y no en las palabras, en el cuadro y no en la música. Y además, no bastaría esto; sería preciso que describiera cuando Dios muerde, y no á trocena y moche, porque eso no es más que, *currente nota*, hacer jarros, y el poeta no ha de ser un alfarero.

Por último, el Sr. Velarde fue muy aplaudido al terminar la lectura de su poema por muchos socios del Ateneo, como el parecer nunca han visto salir el sol, ni han cido oír un gallo. Otro les cantara si madrugasen y buscasen poetas donde los hay, y no fuesen por una rápida pendiente de optimismo á dar en el miamismo Lopes Bago, si Dios no lo remedia.

Yo no niego al Sr. Velarde mérito positivo; pero es lo cierto que va por mal camino, y que la crítica, aun en su más humilde representante, necesita protestar con más energía que nunca cuando se trata de obras que ofrecen oropel en calidad de oro.

Ya que llamo poetas y no dioses y redioses á Campocamor, á Núñez de Arce, á Aguilera, ghe de llamar poetas también á todos los señores que lean versos en el Ateneo? Mucho respeto y estimio á más conoció; pero... ¡por vida de Castet! que no he de tener por poeta á quien no me lo parezca.

CLARIN.

*El Niño de la bola, por Alarcon.—Proemio del revis-
terio.*

Así como los libros, y aun las comedias, sue-
len tener un prólogo en que el autor explica al
público que aquél es gallo, como dice el epígra-
ma, creo que el revistero de libros, ó crítico que
ahora se llama, tiene también derecho para echar
por delante, á manera de batidores, aquellos con-
ceptos que la presencia de una obra le sugiere,
aparte del valor intrínseco de la misma. Pongo,
pues, un prólogo ó proemio á la revista bibliográ-
fica que he de escribir tratando de la última nó-
vela de Alarcon, para dejar á un lado ciertas eno-
jeas cuestiones, que no quiero que, en modo al-
guno, influyan en el juicio literario que ha de
merecerme *El Niño de la bola*.

Otros muchos revisteros se me han adelanta-
do y han puesto por cierto, por las nubes, como
era natural tratándose del Niño Jesús, la novela
de Alarcon.

Y á eso voy precisamente.

Haga cuenta el Sr. Alarcon que no hablo con
él: si alguna culpa le cabe en el bombo prematu-
ro de la prensa, yo no lo sé, y no tengo derecho
para suponer tamaña debilidad en el ilustre con-
sejero.

Anteayer lunes apareció *El Niño de la bola* en
los escaparates; en los escaparates de las librerías,
no en los de almacenes de música, como podría
creerse, á juzgar por la que, sobre motivos de ese
bienaventurado infante, han escrito algunos co-
legas.

Parece que una mano invisible tenía la brú-
ja, y que á una indicación suya han comenzado
los organitos á sonar como un solo bombo.

¡Triste sintonía! A mí me suena como mecha

fúnebre de la crítica imparcial, seria y comedida.
Esa alabanza prestablecida hacen imposible el
ejercicio de la crítica sensata y desapasionada.
Comprendo que cuando se trata de un discurso de
la corona al abrir las Cortes, diga *La Corresponden-
cia* que es excelente antes que se pronuncie; pero
cuando tratamos de un escritor como Alarcon,
que no necesita semejantes apertivos, el procedi-
miento se me antoja contraproducente, y creo que
los panegiristas *á priori*, probando que la obra
es admirable antes que se conozca, prueban de-
masiado.

¿Cuál es la situación del pobre crítico, sin
fama ni méritos para tenerla, pero severo á su
modo, justo y de buena fé, que quiera decir su
leal saber y entender acerca de libro erizado de
semejantes precedentes en forma de ditirambos?
¿Cómo contrarrestar, si á mano viene, el impulso
que á la opinion imponen periódicos populares,
que lee España entera, y que, entre muchas cu-
lidades que tienen, no cuentan con la de ser mo-
rigerados en la alabanza, ni con la de ejercitar
con escrupulosa conciencia el oficio, magisterio ó
lo que sea de la critica? ¿Quién será osado (por
supuesto que estas interrogaciones son puramen-
te retóricas, porque yo soy el osado, y tres más);
quién será osado á ir (si hace falta) contra la cor-
riente, que viene ya tan poderosa desde los pri-
meros y más abundantes caudales?

Estos enigmas con que libros no conocidos aún
del público se imponen al juicio de todos, pare-
cerse en lo irracional á los que exigía D. Qui-
jote de la Mancha á todo mal aventurado viajero
con quien tropezaba en su camino, que habia de
colocar mal su grado, la belleza de la incompara-
ble Dificultad del Toboso por encima de todas las
nervaduras del mundo.

¡Y guay del crítico que se atreva á decir que
le mana, algo que, no sea ambar á *El Niño de la*

Bola; porque ya nos han dicho los periódicos por
adelantado aquello de «No le mana, canalla in-
fame!»

Y cuidado que ha habido unanimidad en el
prejuicio, que así debe llamarse, del libro en
cuestión.

El Globo, el más entusiasmado, sin duda por-
que en eso *Do el Niño de la bola* ha visto una alu-
sion, echa la casa por la ventana y regala á sus
abonados una biografía del autor, el retrato del
autor, un bombo del autor y un capítulo del
autor.

Dispénsame mi querido colega, á quien yo es-
toy agradecido por razones especiales; pero creo,
sin que esto sea reñir ni andarme con dimes y
diretes, que eso no es propio de un diario cuyo
crítico oficial es por lo común severo en sus ju-
icios. Yo en lugar del Sr. Revilla protestaría con-
tra esas sintonías que *El Globo* toca antes de que
él exponga su opinion.

Pero dejando esto, que en rigor no me impor-
ta, digo que semejante conducta en la ocasion
presente ofrece un expresivo contraste con lo que
suele suceder cuando aparece alguna novela de
otro ilustre novelista á quien ya el público coloca
á muchísimos codos de altura.

Recuerden Vds. qué callando se presentaron
al público *Marianela*, *Doña Perfecta*, y hace poco
Los apóstólicos, ynoten Vds. qué poco se habla
de la última obra que en breve aparecerá, y que
dá fin y coronamiento á los *Episodios nacionales*,
monumento de nuestra literatura contempo-
ránea.

Ah, Sr. Alarcon; y si Vd. supiera cuán bello
atractivo tienen para los que sienten el *pulso del
arte* esta callada modestia del ingenio; esta des-
cuido; no estudiado de las apariencias; y, del
exilio de la crítica, que es el más bello de los
Xo sé yo... (es decir, en conciencia no puedo

decir que lo sé) ya supongo yo que Vd., Sr. Ala-
con, no entra ni sale en estas armonías presta-
blecidas de la prensa; pero el caso es que, sin co-
merlo ni beberlo, Vd. va á cargar con las conse-
cuencias deplorables de la imprudente alabanza
abortiva.

Los espíritus independientes que aborrecen
esa especie de tacto de codos de que usan los pe-
riódicos, aun los discretos, para elogiar al amigo,
miran, sin poder remediarlo, con cierta preven-
cion, libro que viene desde el primer día rodeado
con la peste del incienso.

Esto no es decir que yo no prometa á usted,
empeñando solemne palabra, prescindir en abso-
luto de semejante preocupacion al juzgar su obra.
Pienso escribir de ella cuando esta mala impre-
sion (crea Vd. que es triste impresion) se haya
disipado; cuando al público haya podido, por
término prudencial, conocer la obra; cuando mis
alabanzas, que barrunto no han de ser escasas,
no suenen á desseo inmoderado de contentar al
autor.

Supongo que no se habrá Vd. incomodado
con todo lo dicho, que en último resultado ni
pone ni quita merecimientos al autor, ni dismi-
nuye en una sola las bellezas que de seguro hay
en su libro. En tal suposicion me siento tran-
quilo; pero si Vd. fuese hambro capaz de enfa-
darse porque me pareciera mal la lisonja oficiosa,
ah, entonces! ¿Qué perderia yo con tener por ene-
migo, espíritu tan poco serio, tan val templado?
Afortunadamente Vd. está, de seguro, por encima
de semejantes niñerías, y sabrá apreciar la buena
fé y el justo título de estas observaciones preli-
minares.

Ahora, veamos, el *Niño de la Bola*. Lo único
que yo anticipo á los lectores es que la escena no
pasa en Belam.

CLARIN.

PALIQUE.

« Anoche celebró el Ateneo velada literaria. El Sr. Armas y Céspedes leyó varias poesías de distintos poetas americanos, y, entre ellas, algunas de su propia ingenio.

Si el Sr. Armas y Céspedes fuese de la Metrópoli, no tendría perdon de Dios.

Pero siendo de las Antillas, la crítica necesita tener con él ciertos miramientos; y no sólo con él, sino con los señores del Ateneo que facilitan semejante velada ultramarina.

Si el Sr. Armas y Céspedes creía en conciencia que el gusto metropolitano podía transigir con la poesía pasada por agua, se equivocó, sin duda; pero nada tiene de particular que su amor patrio no le dejase ver claro en este punto, es más, es posible que al Sr. Armas y Céspedes parezcan de oro los versos que leyó anoche en el Ateneo.

Por otra parte, á la menor insinuación el Ateneo no podía menos de acceder á que el Sr. Armas leyera tamañas poesías: era cuestión de buena crianza. Así, pues, fué fatalmente preciso que el Sr. Céspedes leyese los versos que leyó. No fué culpa de nadie; fué el destino de todos. Los señores del Ateneo, con cara de pascua, estuvieron toda la noche recibiendo golpes en los nudillos, como si tal cosa. No puede darse mayor ni más expresivo alarde de cariño á nuestros hermanos de América.

Yo mismo, que digo de Grilo y de Blasco, que son poetas peninsulares, mil atrocidades me guardaré muy bien de emplear el mismo tono tratando de sus hermanos del lado allá de los mares.

Pero la verdad es que, por regla general, los poetas coloniales son malos: no sé por qué será; tal vez por el clima, tal vez por el pésimo sistema de colonización de España, acaso por culpa de la prohibición; de todas suertes allí la poesía no cuaja. Han cuajado, por ejemplo, los oradores; buena prueba de ello es el Sr. Labra, que es de los más fáciles, fecundos, brillantes y discretos de cuantos hablan la rica lengua castellana.

Hay otra porción de géneros coloniales que se dan en Cuba como en ninguna parte; no hace falta citarlos; pero el poeta no acaba de aclimatare. Hay algunas excepciones, poquitas, Heredia, Plácido, por ejemplo, pero no pasa de ahí. Y acaso esos, dicho sea con perdón, no valen tanto como algunos se figuran. Pero como esto exigiría muy larga demostración, damos por bueno que esos señores fueran poetas admirables.

Mis ¡ay! el Sr. Armas y Céspedes apenas leyó nada de Heredia, y de Plácido leyó la *gor del café*, que no es precisamente moka ni caracolillo. En cambio aprovechó la ocasión para darnos á conocer á varios autores de cuyo nombre no quiero acordarme, ni puedo. Lopez Bago es un génio comparado con algunos de esos poetas. Lo hay que ve á un caballo echar plumas por la boca, y hacerse el sordo á la brida; y saltar de cima en cima por los Andes. Otro tiene una cita amorosa de pie quebrado, que parece un tango sentimental. Y, en fin, el Ateneo, como un héroe, sintió pasar por encima de su cabeza el escuadrón de las masas ultramarinas, y no lanzó un quejido; por el contrario, ni en momento dejó de ebruir, como el mártir. Además, aquello era una expiación; un ateneísta exclamaba por lo bajo, mirando al cielo y con las manos en cruz:

— ¡Justicia de Dios! Nosotros los mandamos capitanes generales, intendentes y vistas: ellos nos mandan poetas; Dios castiga sin palo ni piedrá

Esta viene á ser la filosofía del drama ó comedia de D. Joaquín Estévez que se representa estas noches en Apolo.

La señora Hijosa no quiere hacer caso de los bien intencionados consejos de la crítica, y el mal es para ella. Si el público, cada vez más optimista, de Apolo, la aplaude el amaneradísimo ademán que el arte condena por grotesco (por absurdo, tratándose de ciertos personajes, tanto peor para la señora Hijosa; porque el día que trabaje en teatro de mayor importancia, y de público más escogido (como merezca todavía), verá cuán poco contribuyen á mantener su buena fama de actriz los asperavientos de que ahora hace gala y que convierten en caricatura muchos de los papeles que representa.

Pero dejando á los actores: si la obra del señor Estévez se estrenará hoy (qué cosa oíría el autor! Yo, al ver aquel drama de moral casera, falso en el fondo, y muchas veces pobre y falso en los medios, no podía menos de pensar en la fama de poetas siempre acertados, grandilocuentes y perfectos que algunos se conquistaron desahogadoamente en tiempos mejores... para ellos. La moral de este drama de Estévez es, que un aburrido para convertirse necesita que se le muera un hijo, y un ateo para volver á Dios, que se muera el susodicho hijo á un amigo, que la

hija del amigo le dé flechazo y que la madre del ateo se haya muerto aquel día hace cinco años. ¡Y qué filósofos los que inventa el Sr. D. Joaquín Estévez!

Conste, conste, que por acá estamos carne también, y que esos poetas imposibles de que hablan algunos son mitológicos. D. Joaquín Estévez las daba también en el claro y fuera del clavo. Esto no le impide ser un gran poeta, pero como decían Vda...

CLAMIN

PALIQUE.

AL SEÑOR DON RICARDO DE LA VEGA.

Muy señor mío: Aunque Vd. me llame a mí de tú—no sé por qué, pues en ningún meson hemos comido juntos, ni comemos probablemente—yo le llamaré a Vd. como Dios manda.

Verdad es que Vd. me escribe en verso, y eso le dispona de muchas cosas, de que yo no quiero prescindir. Vea Vd., sin embargo, todos mis versos (ya que parece sabérselos de memoria) y no hallará uno sólo en que yo llame de tú a ningún caballero a quien no tenga el gusto de conocer. Los versos en que Vd. me pone como obispo de dómine se titulan *Al poeta Velarde con su poema: Fray Juan*. Siento decirlo a Vd., Sr. Vega, pero eso no se entiende bien. Habrá querido decir, como si lo viera con «motivo u ocasión» de su poema. Pues bien; eso se dice de otro modo.

Dá Vd. a entender que yo he escupido al Sr. Velarde; y eso no es verdad; yo no hago esas... *sinevergencias*, como dicen en una saxuela, ni llamo de tú a las personas que no conozco. Lo que yo he dicho es: que el poema *Fray Juan* era malo, y esto lo repito; ahora, que sea tan malo como el alegato de Vd. no le diré en mi vida. Para probar que me equivocó debió usted buscar razones más fuertes que esas quintillas, con pié quebrado de que hace generoso alarde. Figúrese Vd. que deja demostrado que el señor Alas, allá por las comienzas del año '78, publicó un poema malo (prueba Vd. con esto que el del Sr. Velarde sea bueno).

Ante todo, advierto a Vd. que yo no tengo la misión de defender los versos del Sr. Alas; y si él quisiera defenderlos, no le faltaría algún amigo oficioso que saliese al campo a demostrar que Vd. había escrito muchas comedias malas, con lo cual quedaría probado que el Sr. Alas hacía unos versos excelentes, según el sistema de Vd. Pero como Vd. saca a Clarín a cuento, aquí entro yo, me dije, y me decidí a contestar a Vd., porque yo soy así, contesto a todos los que tengan algo que decirme; y si no ahí están los redactores de *La Legia*, que también andan buscando versos viejos de eso pobre Sr. Alas; qué bueno lo van a poner Vds. entre todos.

Dice Vd.:

¡Pobre Velarde! (en *La Unión*
bailarás tu panteón (1).
Allí da sus notas rotas
Clarín en lúgubre son,
¡por eso parecen notas
de trombon!

No veo la consecuencia: según Vd., un Clarín que da notas rotas ó desocidas, suena como un trombon?

De modo que el trombon debe definirse: un clarín echado a perder.

Prosigue Vd. hablando de Clarín:

¡Sabe tocar más de cuatro
operas del Real teatro:
y es preciso ser de estuco
¡aplaudirle *El Trovador*
El Atala y el *Nabuco*
Donosor.

Sr. Vega, no veo el chiste. Será acaso porque no lo tenga. Es más; no sé lo que querrá usted decir.

¿Si no habrá Vd. querido decir nada?

El ha puesto en el escudo
de la Academia este invento:
La melena siempre es negra (2).
¡Y la Academia se alegra,
porque es un descubrimiento
melencuado!

Ese melencuado, consonante de escudo, con cuatro versos por medio, necesita teléfono para entenderse con su compañero. Y diga Vd., señor Vega, aunque sea mala pregunta: ¿usted tiene por sinónimos invento y mote? Lo digo porque en un escudo suelen ponerse motes; pero poner inventos en los escudos, es una invención heráldica que se le ha puesto a Vd. en la cabeza.

Ahora, escúchame, Velarde:
Si crees mi intención sañuda (¡!)
En tus ilusiones métele.
Más para aprender no es tarde.
Oye el *Mártir de la duda*,
y estrémécete.

Ya lo oye el Sr. Velarde; si cree sañuda la intención del Sr. Vega, le queda el recurso de meterse en sus ilusiones, y, en todo caso, no es tarde para aprender. Esto no se entiende tampoco, pero crea el Sr. Velarde que no hay para qué meterse, porque la intención del Sr. Vega no es sañuda; es la intención de un bendito de Dios. Ni el Sr. Velarde ni yo hemos de morir de *intención de Vega*.

Más adelante dice:

Clarín, vibra tus notas (3)
y confunde a Velarde
en un mar de castañas ó bellotas.

¿Qué cosas tiene Vd! ¿Dónde ha visto Vd. un mar de castañas? ¿Y para qué quiere las bellotas el Sr. Velarde? ¡Pobre Sr. Velarde, y cómo se parece a Benito en esto de los amigos!

Después el Sr. Vega sostiene, con mucha razón, que es cojo este verso:

Ya observando una en algún prado.

Pero el lector de buena fé, conoce que los cajitas se han comido ahí una flor: lo que sigue no tiene sentido sin ese sustantivo. ¡Qué picardías se le ocurren al Sr. Vega!

¡Y qué recursos los del Sr. Vega! Para defender al Sr. Velarde no sabe más que burlarse de una poesía publicada hace dos años, y que no tuvo el honor, ni aspiró a él, de ser leída en el Ateneo, que era de lo que se trataba.

No parece sino que porque haya un poeta malo no puede haber dos; siendo así que el señor Vega ha demostrado que había tres.

Y hay muchos más. Casi todos los poetas son malos. En España habrá tres ó cuatro líricos

(1) Tumba, sepultura, etc., no serían causas graves.

(2) Claro que siempre es negra, Sr. Vega. Pero eso es peleonístico aquello de «la melena negra», ni más ni menos que lo otro de «la negra melancolía». Lo cual le parecerá a Vd. mentira, y no me extraña.

(3) No puedo *oír* notas. Bien quisiera complacer a Vd.; pero no podía imponibles y veré como lo sirvo.

buenos los demás, todos, absolutamente todos, menos la más enarrazada persecución. Dura en ellos, Sr. Vega, y si Vd. tiene alguno de la familia, sea Vd. un Virgilio, si sabe Vd. lo que es eso; ó un Flario... y a mano viene un Bruto.

CLARÍN.

VEGA PELUQUERO O EL SANESEPO PELÁLOGO.

«¿Quién había de pensar que el inspirado autor del *Bosch*, comedia estrenada por la tarde para salas de comedias, sólidos y malos, era además de dramaturgo respetuoso un rival de Curtius de Koenner, y otros ilustres helenistas modernos? O para que Vega lo entienda, ¿quién le había de decir a él que llegaría tiempo en que escribirían griego, y él bien equivocadamente? Pero aunque así sea, y confundió los caballos con los caballos, ¿no es de todas suertes asombroso que el autor del *Bosch* se nos venga con etimología? Y dirán que de la dicción no sabe lo que él que usó; y a la manera que el choque del acento echó chispa al pedernal, así el Sr. Vega con la ficción que ha tenido el honor de suministrarla, no solo ha echado chispa, sino griego, al menos sea tomando el rebano por los bojes.

Acabo de recibir un ejemplar del *Madrid cómico*, con notas manuscritas en que una mano, más piadosa que esperta en achacos lingüísticos (1), trata de corregir varios errores en que el Sr. Vega ha incurrido al escribir griego, ¡qué! por la primera vez en su vida!

Dice el amigo Vega: «No niego ni afirmo que la palabra de que tratamos sea de origen griego, y que, a pesar de que cada de lo supuso lo sea, le dice, pueda proceder de las voces compuestas *Mela-nippos*, caballos negros.» Oiga ahora el helenista sereno que no quiere *comenzar babilón*. *Mela-nippos* no significa caballos negros, ni si quiere caballos negros, ni siquiera caballo de pelo negro, porque *nippos* no significa nada, porque Vd. no ha sabido dividir la palabra, porque usted hace que sabe griego y no lo sabe. Habrá tales cogido un Diccionario griego francés, por ejemplo, *Alexandre* (¿qué tal?) él lo habrá cogido en ciríaco de Vd. (que me parece que lo hay), y como no sabía ni griego, ni siquiera francés, confundió caballos con castillos (*chevaux*, *châteaux*). Como ni lo viene. No echart Vd. la culpa a los cajistas, que no se meterán a improvisar griego, corrigiéndole a Vd. los vocablos: *Melanippos* se compone de *nippos* (caballo), y del adjetivo *mela-nippos* (negro), y significa el que tiene caballos negros (2). Dicho se está con esto que la palabra de que tratamos no viene de *Melanippos*, porque *mela*, que es la dicha palabra, nada tiene que ver con *lippos*, y el únicamente con la terminación *terminis* de *mela* (negro).

No hay erratas ni notas manuscritas que valgan: usted creyó que *melanippos* significaba caballos negros, y por eso dijo que puede venir de ahí la voz *mela*; pero al decir que significaba el caballo de color negro (y tampoco significa eso), no había de ser tan... vamos, tan así, que se le ocurriera derivar de semejante vocablo la *mela*, trayéndola por los caballos y al sentido común por las pías de los caballos. Pero hay más caballos de caballos, de todas maneras era un absurdo; y sólo con que Vd. supiera declinar en griego, podría conocer que el nominativo no se podía ser de plural como son caballos y caballos; y a más de esto toma Vd. un adjetivo como sustantivo.

Creo dejar demostrado que Vd. y quien le ayude, al con Vd. no se basta y se sobra para decir... en, han oído griego y no saben dónde. Pero si fin, la intención es buena; la intención era saber griego, y ese respeto a las lenguas sabías por parte de un autor de *satires*, es digno de encomio y de mejor diccionario.

Si Vd. quería darme la razón, como al cabo me la ha dado, aunque de mala manera, no necesitaba recurrir a los amigos que le han engañado con un griego; bastábale consultar al ilustre Covarrubias que opina como yo, que *mela* viene del griego y significa la cabecera negra.

[Pobre Vega: Te va a sacaron una cuestión del pelo negro. Bien se la puede llamar Vega peluquero, y en la muestra debes poner: se riza con Diccionario y en griego. En el caso que el señor Velario suponía que las olas tenían *mela*, y como las olas no tienen frente ni pelo que les sirva por delante de los ojos (lo cual cree el Diccionario preciso para que haya *mela*, como yo lo haber creído conquisit. otra cosa) resulta que la *mela* a que el poeta se refería tenía que ser de otra especie; y como la espuma de las olas es blanca y la estirpe de *mela*, a todo el que sepa algo de esto, le suena a negro sin remedio, había un contrasentido ridículo en hablar de espumas negras, refiriéndose a la espuma blanca de las olas. *Melanolia* es bilita negra y enfermedad análoga; *mela* es otra enfermedad que tiene sentido semejante; *Melanolia* es país de negro; *Mela* es el nombre de un río temido por negro, el cetera, etc., y siempre será escribir mal, sobre todo en obras de arte que piden cierta cultura, usar en sentido metafórico palabras que, al entrar en

el tropo, han de perder el valor de su significado vulgar, y que son contraindicaciones del etimólogo al pasar a la mitología. Yo no sé si estará hablando en griego, del que él no sabe, al amigo Vega; pero no es más la culpa; ¿quién diabla le metió en esas honduras?

Si yo hubiera discutido con el Sr. Velario nos habríamos entendido más pronto y no hubiera sido ese señor las cosas que viniera a darnas con el diccionario de la Academia en los ojos. ¿No respondo Vega que el Diccionario debía yo tenerlo visto y bien visto, y que cuando insistía en mi afirmación por algo había de ser? (No comprendo de Vega el grandísimo ridículo en que ahora está al venirme tartamudeando griego, y con caplomas y apóstrofes manuscritas, que solo prueban que su alma caritativa ha querido comandar sus adeseos helenísticos y no ha sabido? Pero ¿por qué me ha tomado a mí el pobre Vega? ¿Cree que con atrevimiento a llamarme de tal, y Clari, y decir inocentemente a guisa de riplo, ya es un valiente que se las ha con la crítica y venga a sus compañeros mártires, los malos poetas cómicos? Es muy fácil hacer esas quintillas malas y despusémoslas poetas, como ya demostraré, y creemos, sin más, benemérito de la literatura a real, cuyos irritables manes se calman con tal desagravio.

Vamos a ver, ¿por qué cree Vega que yo le contesto? Pues es porque conozco el juego. Como tengo el honor de haber dicho la verdad respecto de ese teatro chocarrero, de sacarla abajo, desahogado y poco limpio que el amigo Vega y otros del oficio cultivan, esto no se me perdona y se conspira contra mi humilde personalidad, siendo Vega el que da la cara como se dice, tal vez por que lo soy en suerte. Y proclamando Vega es el autor de esa sátira que menos se puede quejar de mí, porque alguna vez me han hecho rir sus minutos y siempre lo he tratado con indulgencia y benevolencia. Comprendiendo el propósito de esos autores, contesto de una vez para siempre a calabazas y artimañas de semejante ídolo, para darles a entender que no es ese el camino de hacerme callar, ni hay tampoco otro.

Tal es la principal razón que me mueve para contestar a los ataques importunos del autor del *Bosch*; pero ya que estoy con las manos en la masa, y a falta de asunto mejor, seguiré dando al dramaturgo de portal el placer de tomar en consideración sus quintillas, que tienen más ripio que tachuelas un zapato de aguador.

Hay honesto visto lo que sabe Vega en griego.

Más me le vemos en el romancero.

[Chupa más no fudé, fué mi destino!]

CLARI.

(1) Si lo que se quiere salvar en las notas manuscritas fueran estables de imprenta, yo me creería obligado a insistir en consideración a las notas; pero como lo que se quiere salvar son errores del editor Vega, que es en quien yo discuto, no tengo obligación de ayudar al escritor en su obra pla de corregir los desmanes lingüísticos de quien se nos tiene con locuciones que yo no pido. Por lo demás, el autor de las notas manuscritas necesitaba a su vez otro auxiliar que corrija sus correcciones: *melanippos*, singular, nominativo, no puede significar caballos negros, que es lo que dice el corrector.

Como uno se mete en semejantes, de entre varias no hay más que sufrir las consecuencias de la mala fe. Yea el corrector a otro día buena fe; pero a Vega no le salva de ésta ni la caridad ni las notas.

Dice también Vega que *melanippos* significa caballos negros, y esto no se lo corrija ni bien ni mal, al de las notas; pues *mela*, *melanippos* significa el que tiene cabecera negra, que es muy distinto. (Con las notas manuscritas y sin ellas buena la han hecho ustedes!)

No el caballo de pelo negro, como dice el señor de las notas púdoras.

PALIQUE.

Ricardo Vega, en sus escasas relaciones con la gramática, la retórica y la poética.

¡Qué disgusto pasaría
si lo viera tu papá,
tu papá!
(El joven Teldecano.)

Más ya que Vegame alaba,
muy mal drbo de bailar.
(De Iriarte, pero puede ser
de Velarde.)

Dejemos las lenguas sabias (1), que decididamente no son el fuerte ni el fiasco del autor de *Los cuatro sacristanes*. Vengamos al romance liso y llano.

Confieso que el amigo Vega ha conseguido enfadarme. ¡Pues no me ha tomado por un espectador de la Infantil, enderezándose rípiro sobre rípiro, que no hay persona bien nacida que los entienda!

Vamos por partes, esto es, por rípiros.

Porque yo le había preguntado al autor del *Rosicler* que donde había visto un mar de castañas, me contesta lo siguiente:

¡Hijo, por Dios! Descalabras
y tu desventura labras
con argumento como éste.
Vamos a ver, niño rubio,
¿no está bien dicho un diluvio
de palabras?

Lo de *tu desventura labras* es un rípiro de pan llevar, un rípiro agrícola; y lo de llamarme niño rubio, no conociéndome, es una temeridad poética. Ahora vamos al argumento: un diluvio de pa-

(1) Errata: En el artículo de ayer los cajistas pusieron *melas*, cuando en vez de *melas*, *sima*, *ca*.

labras está bien dicho, sí, señor; pero un mar de castañas no está bien dicho; porque si Vd. junta infinidad de castañas, aquel inmenso montón no se parecerá al mar, y mejor estaría decir tierra de castañas, por ejemplo. No se puede decir todo lo que se quiere: ¡buenos estaríamos!

Ahora vamos a lo de las bellotas, ya que su buen gusto de Vd. me hace andar en semejante comercio.

Decia Vd.:

Clarín, *vibra tus notas* (1)
y confunde a Velarde
en un mar de castañas y bellotas.

Y yo decía: «¿Para qué quiere Velarde las bellotas, que al parecer, según Vd., salen de mis notas?» (1)

Y Vd. contesta:

Para Velarde no son,
has equivocado la
donación.

Entendámonos. Aquí no hay más que Velarde, Vd. y yo; yo soy el que ha de regalar esas bellotas, según Vd.: Velarde no es el donatario.... conque aplique Vd. el raciocinio del perro; ¿para quién son las bellotas?

Sigue el poeta:

Ya ves, hijo de mi alma,
(Hay rípiros que ofenden; protesto contra ese rípiro.)

que por escribir sin calma
dices cosas,

(Las cosas se dicen ó no se dicen, con calma ó sin ella.)

y las dices
con muy poco fundamento,
y por eso te presento
las raíces.

Aquí vuelve el griego. Llama raíces este bendito varón a las palabras griegas de que hablamos

ayer. Permítame Vd. una advertencia con rípiros y todo:

No sabes lo que te dices
y tu desventura labras
confundiéndolo las palabras
compuestas con las raíces.
¡Tiene narices!

Otra vez él:

No gruñas ni hagas el bú:
si tú quieres me tuteas.
¿Pues no sabes volo a brios
que a Dios se le habla de tú?
A no ser que tú te creas
más que Dios?

Si Dios es Vd., como se deduce del contexto, francamente, me creo más que Dios.

Decía yo a Vega que sacrificase a todo poeta malo, y si tenía alguno de la familia también, imitando a Virgilio, a Fávio ó a Bruto. Y contesta Vega, que no se dice de la familia, sino en la familia, con lo cual demuestra que no sabe para qué se han hecho los genitivos. En cuanto a Virgilio, dá a entender que no sabe quién es, como yo sospechaba. Dice, siempre con los rípiros correspondientes:

¿Cómo que no? ¡voto a Plinio! (4)
Yo, que me salgo del aula
para hacer un escrutinio.

(¿Que yo está discutiendo con un señor que dice estas cosas!)

¡No he de saber, buena maula,
la triste historia de Paula
y Virgilio!

Cree Vega que hablaba yo de Virginia; no señor; remóntese Vd.; hablaba del padre de Virgi-

(4) ¿Voto a que Plinio, el viejo ó el joven?

nia, pero no de esa que Vd. dice, ¡de la otra! ¿gambete usted? ¡de la otra!

Confiesa que Flavio no sabe quién es. Pues Flavio ha habido muchos, pero yo quisiera decir Fávio; la f sobra. ¿Y éste, sabe Vd. quién es?

Una apuesta, Sr. Vega; si Vd., en el término de ocho días, acierta lo que hizo de notable Creso Fávio, a quien yo aludía (pero dándome palabra de honor de no recurrir al sabio griego de las notas), le convido a Vd. a comer, no en un mesón, en los Cisnes ó en Fornos. Con toda formalidad.

Respecto a Bruto, que se suicidó (y por eso yo lo citaba, y no para que Vega lo tomase por donde quemó), dice el poeta de los pies quebrados:

¡Oh, Dios! ¿Qué escuchas? ¡Es un toque
de Clarín! ¡Ya no discutas!
¡Mi alma se cubre de luto!
¡Vas a herirme con tu estoque!
Tú también me llamas Bruto
¡Tú quoque!

¿Cómo yo quoque? ¿De manera que quoque, otros, se llaman a Vd? ¡Pobrecito! Pues eso no lo sabía yo. Esa quintilla, que está muy bien sentida, me ha enternecido, y declaro que lo de Bruto no lo dije con la intención de esas cifras, sino únicamente aludiendo al suicidio del héroe romano.

Esa queja sincera, sentimental, que se parece a las confesiones de Rousseau, demuestra que Vega, en cuanto no haga quintillas de *estoque*, podrá ser un ciudadano pacífico muy tratable.

«Tú también me llamas Bruto, tú, quoque!»

¡Oh, eso enterneció a las piedras!

No señor; yo no es lo llamaré a Vd. más: de los demás no respondo.

Pelillos a la mar (negros, rubios ó blancos, como Vd. quiera, en griego ó en castellano, con rípiros ó sin ellos), y trabaje Vd., que como averigüe eso de Fávio, le espera en Fornos, para *labrar su ventura* al reconocido servidor que se despide ¡hasta la primera!

CLARÍN.

PALIQUE.

Para historia Catalina (1)
y Blasco para monedas (2);
para leyes Camporana (3),
y para pronombres Vega (4)

Es el caso que el amigo de Vega, en vez de darnos la *calada por respuesta* (chiste de jergon, seguramente suyo), todavía se atreve a pedirnos un almuerzo en Fornos, siendo así que perdió la apuesta — y los «tribos». — Ocho días le di de término para averiguar quién era Curó Favió, y ahora sale con que lo está averiguando. Ya no comaremos juntos.

Y lo siento, porque, si tuviera ocasión de hablarle, le diría, sin que nadie se enterara más que él, lo que ahora me voy en la precisión de decirle delante de todos Vds., y le va a dar al pobre mucha vergüenza. ¡Me da a mí!

Ante todo dejemos al griego a un lado. Vega confiesa que no sabe griego, ni le hace falta para escribir comedias.

Tiene razón; pero, entonces, ¿por qué se mete a dar lecciones de alquiler?

Cualquiera diría que su maestro de griego está de acuerdo conmigo para ponerle en ridículo. Pero no hay tal; yo en el griego de Vega ni entro ni salgo.

En el *Madrid Cómico*, del domingo asegura el poeta que me ha triturado, y que en adelante ya no me dejarán entrar en el Ateneo.

Y todo ¿por qué? Porque he dicho que melancolía significa al que tiene caballos negros. Vega, que no sabe griego, según confesión suya, opina que no hay tal significación, y que, por ende, yo no debo volver al Ateneo. Pues, entonces, que expulsen del Ateneo también al ilustrado Alexandre, que en su *Diccionario* dice — página 587, columna 3.ª — «*Melanippos*, os, ou, qui a des chevaux noirs.»

Es de advertir que Alexandre se apoyó en la autoridad propia, en la de Passow, Pape, Jacobitz y Sailer. Ahora, si Vega, que no sabe griego, se atreve a darme de crédito que todos esas helénistas francesas, en sus cosas, si tal creo, ya no hay que acudir a los helénistas, sino a los aliopistas.

A Vega le extraña, sobre todo, que una sola palabra — raíz diría él — signifique tantas palabras distintas. No hay que admirarse de nada. Vega, en castellano tiene Vd., significados por el estilo; v. gr. pelinagro, rabiflor, etc., que no significan

- (1) Véase el párrafo cit. «*Melanippos*».
- (2) Véase el extracto del autor de *Saludad*.
- (3) Véase *Los trapos de cristianismo*, donde hay un Código civil español.
- (4) Véase el presente *Palique*.

pelo negro ni rabo largo, sino el que tiene el pelo negro, el que tiene el rabo largo. ¿No se convence con esto? Pues allá se las haya con Alexandre, Passow, Pape, etc., etc.

Y ahora viene la *mat de la fin*. Dice Vega al pie de la letra:
«De dónde has sacado que el adjetivo, *melas*, y el sustantivo *ippos* encierran una oración entera con su pronombre *el*, su relativo *que* y su verbo *tiene*».

Yo eso lo he sacado de Alexandre; pero usted, ¿de dónde ha sacado que en esta frase, el que tiene caballos negros, el es pronombre?

Ese el es artículo, desgraciado!

¿Y yo decirlo con un *que* que confunde los artículos con los pronombres?

Razon tenían mis amigos que me aconsejaban no entrar en polémicas con Vd. Un *helénista* que no sabe lo que son pronombres descreditó al periódico en que escriba y al mortal que tiene el atrevimiento humorístico de discutir con él.

¿Cuanto vamos, Sr. Vega, a que no se atreve usted a copiar este *Palique* en el *Madrid Cómico*?

Y hará Vd. bien en no atreverse.

Escriba *hebe*, etc., etc. — Análisis: el pronombre.

¡Basta! ¡Basta! Ahora lo comprendo todo.
¡Ni una palabra más!

Para historia Catalina
y Blasco para monedas;
para leyes Camporana
y para pronombres Vega.

Y ya que he citado al inventor del sextercio, colé de ratón del *Día de moda*, *incroyable* de la literatura, y autor de aquella rondalla que dice:

A no llevarse a Bruselas
la muerte de mi caudrasta
me creó con una sastría
de la calle de las Velas:

A Blasco, en fin, bueno será, que para hacer *peasant* con el pronombre de Vega nos enseñe aquí alguno de los últimos partos líricos de su ingenio.

En un periódico, digno de mejor Blasco, publica éste unos versos que titula *Las casas blancas*. Casas blancas las hay en cualquier parte, pero Blasco alude a las casas blancas de Andalucía, no sé si a todas.

ellas, porque eso no se saca del contexto. El caso es que dice el poeta:

Escuchando lejanos
dulces cantares,
y en la extensión que pueblan
los olivares,
como blancas palomas
descarramadas,
y sobre las estirias
mieses doradas,
lo miro en la laguna
que en el repecho,
brilla en las casas blancas
de trébo en trébo.

Por lo visto las casas de Andalucía, sobre todo las casas blancas, tienen dotes sobrenaturales. Ya el Sr. Velarde nos pintaba una casa atollonada, y ahora el Sr. Blasco nos presenta otras casas que están colocadas sobre las mieses (género de arquitectura puramente poética), y que además tienen el don de escuchar cantares lejanos.

Y no le dice esto a humo de pajas, no, señor, porque las susodichas casas, que primero están cimentadas en las mieses, y parecen luego de esta modo:

Sobre las amapolas
que el viento mueve,
brillan las casas blancas
como la nieve.

De manera que, no cabe dudarlo, es una convicción profunda la que el Sr. Blasco tiene respecto de las casas blancas de Andalucía: son unas casas que, lo mismo se edifican sobre mieses, que sobre amapolas.

¿No hay por ahí un Castor que dé a Blasco una lección de arquitectura?

Otra seguidilla de dos casas blancas:

En tanto el manzo arrulla
de fresca fuente,
donde es azul el cielo,
fresco el ambiente...

Aquí de Mignon. ¿Conoces el país donde las fuentes tienen un cielo azul y un ambiente fresco? ¿Conoces el país donde las casas están sobre amapolas y espiguer, y escuchan cantares?

Blasco, que no sólo es poeta, sino empleado en Correos y en verso, ha querido dar una deda de miel a Cánovas atribuyéndole, no precisamente un *colmo*, que sea, ya sería demasiada confianza, sino una frase ingeniosa.

La escena es en un baile; Cánovas dice galante a las muchachas: una señora le pide no favor, y luego cierto amigo pregunta al monstruo: ¿Le tendrán a Vd. abrumado con tantas peticiones?

Y dice Cánovas:
—Lo que yo siento no es lo que me piden, sino lo que no me dan;
Indudablemente, no hay grandes hombres para los ayndas de cámara.

Para concluir: una pregunta a Vega:
—¿Hay o no pronombre?

CLARIN.

Pocas personas conozco de tan exquisita susceptibilidad como mi particular amigo el señor Fernandez Bremon.

No solo es susceptible por cuenta propia, sino tambien en cabeza ajena; pasa la vida pensando en los chalecos de los demás.

Por esto, y por cuanto él y algunos amigos suyos se tomaron la libertad de salir á las tablas del Teatro Español la noche del beneficio de Garcia Gutierrez, y considerando que hubo quien no tuvo por oportuna semejante salida, falla que debe condenar y condena á los que nos permitimos extrañarnos de aquella inopinada presentación.

Yo, que fui de los que censuraron la exhibición extemporánea de poetas de todos calibres, digo que me ratifico en lo dicho, aunque sienta disgustar á mi amigo el Sr. Fernandez Bremon, el más optimista de los Fernandez.

El Sr. Fernandez Bremon se disculpa con la invitación que se le hizo; pero eso no es bastante. Si al simpático revistero le invitan á tocar el violon, ¿aceptará? claro que no. Si un timador le pasa un recado de atención, diciéndole que se pase por aquella su casa donde le espera para robarle el reloj, ¿acudirá el Sr. Bremon á la cita?

Crea el serafico revistero que si uno cuando critica algo se parase á pensar en los amigos que pueden ir incluidos en la crítica, no habia más remedio que dejar el oficio.

Ya se lo tengo dicho: con ese corazon de oro no se puede ser crítico imparcial. Cuando se ve todo de color de rosa, hasta el punto de tener á Castro y Serrano por ingenio positivo de prime-

ra fuerza, es imposible hacer la justicia que manda la ley.

En cambio el Sr. Bremon, Enrique el de las Mercedes para los literatos, es Pedro el Cruel para los criminales. Esto es, para los criminales de delitos comunes.

Nada de dar garrote sin que el público se entere.

El Sr. Bremon, ese caramelo de la crítica, cree en la ejemplaridad del garrote vil.

Es como si se empeñara en sostener la conveniencia del tapa-ropas para los bailes de etiqueta.

El día en que el amigo Bremon sea más caritativo con los delinquentes ordinarios y más justiciero con los criminales de leza literatura, será un hombre completo.

Siempre y cuando que no le parezcan bien las comedias de Cavestany.

El Sr. Ricardo de la Vega me ha escrito un artículo final al que me he tenido tiempo de contestar antes.

Se queja de que no le ha pagado un almuerzo. Consiste eso en que Caco Fario no es el que él dice.

Indica que no le basta la autoridad de Alexandre para convencerse de que Melanippos significa «el que tiene caballos negros.»

¡Buena! Pues allá va otra autoridad.

El reputado helenista Leopold, cuyo diccionario es acaso el mejor de los escritos, dice al pie de la letra: «Melanippos on.—Nigros equos habens.»—Me parece que ahora el Sr. Vega se dará por convencido.

Otroel, el Sr. Vega declara que ha dicho un desatino, y que no es ese el único.

¡Basta! Es Vd. un grande hombre. Ese rasgo

de modestia le coloca á Vd. á una altura inmensa sobre los helenistas y gramáticos más altos. Leopold, Alexandre y el maestro de escuela podrán saber más que Vd., pero no pueden competir con su modestia.

El hombre que posee tal virtud en tan alto grado puede caminar con la cabeza erguida y la gramática levantada.

Pero nadie tiene derecho para abusar de la modestia del Sr. Vega, por grande que sea esa virtud.

Así, pues, me ha parecido muy mal lo que dicen los redactores del *Madrid Cómico*, que en el mismo número en que Vega declara paladinamente haber dicho un desatino, escriben lo siguiente:

«¿Cuál es el (literato) más á propósito para pastar? Vega.»

Es de cobardes el hacer leña del árbol caído, y ahora soy yo el que sale á la defensa del señor Vega. No es cierto que el D. Ricardo sea el más á propósito para pastar.

Hay otros que son mucho más á propósito: y vo protesta contra semejante juego de palabras.

Porque aquí entre nosotros, y ahora que ya hemos hecho las paces, Vd., Sr. Vega, no es un sabio, es verdad, ni sabe gramática, gracias á Dios, pero tiene Vd. ocurrencias, y comedias, que me han hecho reír de todo corazon, lo que nunca ha conseguido Blanco á pesar de todos sus sextercios.

No sé si será comprendido por Vd., Sr. Vega; pero le juro que á pesar de haberse Vd. metido en polémicas de once varas, le tengo por autor, si no eximio, como dice Cañete, digno de salud y pesetas.

¡Y los hay dignos de presidio correccional!

Mi amigo Solsona se ha atrevido á lo que pocos hubieran osado. ¡Se ha atrevido á firmar un artículo en *La Correspondencia*!

Y dice al final que daría todos los violines del mundo por la mirada de una virgen.

Pues, amigo Solsona, váyase Vd. á paseo á Recoletos un domingo, verá pasar las niñas del Hospicio, que son virgenes, sin duda alguna, y allí podrá recoger buena cosecha de esas miradas que tanto desea.

¡Pero qué fogoso trae Vd. el corazon, amigo Solsona!

No hay que olvidar que Solsona ha vuelto hace poco de Africa.

Y trae en el corazon el sol de los Trópicos, que diria el ministro de la Guerra,

El Tiempo habla de *Angel*, comedia del señor Santero, facultativo.

Dice *El Tiempo*, que todos los personajes son buenos ¡mejor!

Porque si bien hay allí un seductor que tiene un hijo fuera del derecho canónico, *El Tiempo* atribuye esta felonía, no á mal corazon, sino á la fuerza de las pasiones.

Así es que el seductor no ha podido menos de hacer á la jóven seducida «víctima de las circunstancias.»

¡Conque eso se llama circunstancias?

Así es que cuando se dice por ahí que Torneo y Orovisio han abandonado á Martinez Campos, lo que se quiere decir es que le han... hecho víctima de las circunstancias.

CLARIN.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE.

Está demostrado que se puede ser obispo y escribir malos versos.

Y viceversa, que se puede escribir versos buenos y no ser obispo.

De donde se deduce que hablar pestes del obispo de Linares, en cuanto a poet-, no es faltar al dogma, ni á la moral ni á la disciplina.

El poeta nace y el obispo se hace. Para ser poeta no basta el báculo ni el anillo; y si el señor obispo de Linares cree que en su calidad de pastor se puede poner á tocar la zampogna *ubi et orbi*, yo creo que tengo derecho para hacer abstracción de su carácter sacerdotal, y tratarle con la consideración con que he tratado á Grilo, á Blasco, á Lopez Bago y á Velarde, es decir, sin ninguna consideración.

Bueno sería que porque el obispo de Linares usa mitra y Ricardo Vega no, tuviese yo mas respeto á los versos del diocesano que á los del autor del *Bosicler*, inventor del pronombre.

No señor, yo no distingo de manteos; y sea lo que quiera del poder delegado por Jesucristo en el señor obispo de Linares, la verdad es que escribe S. I. unos sáficos con trufas de consonantes que se le indigestan á cualquiera.

Esto de los consonantes mechados, ó sea intercalados en el primer hemistiquio es una degeneración del verso sáfico, propiamente dicho. Y ¿por qué tendrán tanta afición los obispos á los versos sáficos? Hace pocas semanas hablabamos de los seráficos de Hipandrio, otro obispo con su sede correspondiente, natural, en cuantos obis-

po por lo ménos, de Méjico; pues ahora viene el obispo de Linares, natural de Méjico, tambien y autor de sáficos con consonantes intercalados en el texto. ¿Si será esto la ley de la adaptación? ¿Si en siendo un hombre obispo, y de Méjico, no podrá ménos de escribir sáficos y sáficos malos?

El *Siglo Futuro* es quien apadrina los versos á que me refiero, y de *El Siglo Futuro*, los tomo yo, dejando al colega carlista toda la responsabilidad del petardo poético.

Dice el obispo:

Oda sáfica leída en la Juventud católica de Madrid.

Apacientando mi infeliz rebazo
triste y á solas á tañer acierito
en el desierto ó en bosque umbrío
fébiles cañas;

Pero el reposo de las sacras ninfas
que en su regazo nutre el Manzanares
con mis cantares perturbar no quiero.

(Cítara calla!)

Parece mentira que un obispo tenga tan poca formalidad. ¿Qué es lo que vuestra eminencia ilustrísima toca, cañas ó cítara? ¿En qué quedamos? Primero dice que toca cañas y despues manda callar á la cítara. ¿Qué cítara es esa?

Sin duda para que el verso adónico saliese más gentil merced al esdrújulo cítara, trocá vuestra eminencia ilustrísima los instrumentos, es como trocar los frenos; pero eso que en un se-
gla como Velarde ó Cano hubiera sido uno de tantos rípicos, es una falta de seriedad apostólica en quien se viste de morado de los pies á la cabeza.

No entiendo muy bien lo que el señor obispo quiere decir en esta estrofa:

Ella las alas de Tomás compone,
(Dédalo nuevo) y ella en la palestra
del lo amaestra, y en su cuerpo el óleo
elástico vierte.

Para comprender algo de eso hay que figurarse que Santo Tomás tiene alas y que las tiene decompuestas, como si fueran un paraguas, y despues de figurarse todo esto resulta que tampoco se entiende lo que el obispo quiere decir.

Despues de asegurar que Apolo no es Apolo, sino Santo Tomás, sigue diciendo:

De un polo á otro resaliente brilla
de Dios la ciencia, que Tomás revela,
y que modela con la antigua forma
estagirita.

El señor obispo cree que somos tontos. ¿Qué quiere decir la forma estagirita? Figurémonos que el obispo de Linares nació en Cien-pozuelos y no en Méjico, y que inventó una filosofía. ¿Llamaremos á esa filosofía cien-pozuelista? Pues es lo mismo.

Quise en las áulas penetrar osado
y presentarnos á mi absorbida vista
de la tomistá celestial escuela
hojas sin cuento.

Y el señor obispo tomó el rábano por las hojas. Este señor prodiga los epítetos teológicos: al tomismo lo llama celestial y á Méjico divina. ¿Qué dejará para su divina majestad?

Animando á la juventud católica
para que vuelva á levantarse en armas
Dice el obispo:

Re, quiere la enseña del león hesperio
tuvo su imperio, de Tomás la ciencia
reins absoluta.

Eso no es verdad, señor obispo, como dice el general Sans; pero, en fin, siga V. S. I.

Biguño España, Nápoles la bella
Milan y Pláncas, Méjico divina
y la argentina salubre márgen
Quito y el Cuzco.

Tiene la palabra el Cuzco para decir si efectivamente allí reina absoluto Santo Tomás.

Los versos del señor obispo tienen disculpa por lo siguiente:

Sólo á tu ruego descolgué mi lira
y á toda prisa ¡Juventud hispana!
esta mañana recorrí las olas
que hora resenan.

Ya lo oyen Vds. esta mañana y á toda prisa, mientras estaba afeitándose ó tomando chocolate, el señor obispo descolgó la lira (ya no cítara, ni cañas) y se descolgó con estos sáficos.

Así se explica todo satisfactoriamente. Lo más gracioso es que el obispo tocó por la mañana lo que suena por la noche.

En una palabra, lo que quiere decir el obispo de Linares, es que sonó la flauta, ó la caña, ó la cítara ó la lira, por casualidad.

Dios en su infinita misericordia se lo haya perdonado.

Ahora la Juventud católica está obligada á contestar al señor obispo.

Propongo que conteste al Sr. Carballada, joven católico muy apegado á la religion de nuestros mayores y al ministerio de Gracia y Justicia.

Tiene los sáficos el Sr. Carballada.

CLARIN.

PALIQUE.

Ensebio Blasco ha publicado un libro que se titula sobre poco más o menos, *Cosas de mi tiempo. — Artículos de malas costumbres*. Entre estos artículos hay uno que se llama *Castelar*, otro *Mario*, otro *Matilde de Díez*, etc., etc.

El señor Blasco es el hombre de los *quid pro quo*, pero hasta ahora no se le había ocurrido adelfeso alguno que constituyera ofensa directa a personas vivas y respetables. Ni Castelar, ni Mario, ni Matilde de Díez, son artículos de malas costumbres; mejor se les podría llamar artículos de lujo.

Si fuera absolutamente preciso creer a mi buen amigo el discreto periodista Francisco Pacheco, el último libro de Blasco acreditaría una vez más, cuán justa es la reputación que goza este ingenio cuyo puesto en la literatura es muy alto y muy enviable, etc., etc.

Pero como por fortuna no es precisamente necesario creer a mi buen amigo el crítico de las *Entre páginas de El Liberal*, yo me atrevo a sostener contra viento y marea, y contra todos los amigos benévolo del señor Blasco, que su último libro, de acreditar todo eso que dice Pacheco, no lo acreditaría una vez más, sino por la primera vez.

Y lo cierto es que no hay crédito que valga.

Por de pronto, nunca está seguro de que los artículos de Blasco son suyos. Puede muy bien suceder que sean de Monselet; Monselet y no Musset, señores cajistas. Ya sé por dónde van ustedes; us-

tedes han oído plágios y no saben dónde, verdad es que Blasco también ha levantado ese muerto literario, pero es preciso distinguir: a Musset no le toma artículos, le toma comedias.

Yo hice una vez con mi amigo Sánchez Pérez una apuesta. Yo decía que no había página de Blasco en que no me comprometiere a encontrar un gran error gramatical, o de lógica, o de geografía, o de historia, o de materia médica; en fin, una profanación de cualquier rama del saber humano. Sánchez Pérez que aprecia a Blasco, no como literato, Dios lo libre, sino como particular, aceptó la apuesta, seguro creo yo, de perderla; como la perdí en efecto.

Yo estoy formando un álbum (nos hacen colecciones de sellos) en que no hay más que dibujos de Blasco y alguno que otro de Campo-Arana. Allá van algunos botones.

Dico Blasco en la *Rosa Amarilla*: «Aguárdate un sextercio», confundiendo sextercio, al parecer, con semestre.

En una comedia que se estrenó este año, y de cuyo nombre no puedo acordarme, se habla de un conquistador que fué haciendo víctimas desde Oriente hasta Levante...

En un artículo en prosa dice: «Estas cosas, si cosas pueden llamarse...»

Ahora una copia de *Solitario*:

A no lloverme a Bruselas
la muerte de mi madrestra,
me caso con una anstra
de la calle de las Vuilas.

Todos estos, sin embargo, no son más que peque-

ños lunares que dangruela al conjunto, en concepto de otro amigo mío, Bregon, redactor también de las *Entre páginas de El Liberal*, como Pacheco y Blasco, y sumamente bondadoso.

No sabe Blasco la fortuna que le ha entrado en casa con tener tan buenos amigos.

Hablarle a Bregon mal de cualquier comedia de Blasco, es ofenderlo. Bregon hace esto las noches de los estroncos; se coloca a la puerta de la Sala en cuanto se baja el telón. Pasa cualquier periodista bien educado, como suelen serlo casi todos, y le echa las dos manos sobre los hombros. — ¡Qué delicado es esto! dice Bregon; no se puede negar que tiene mucha gracia. — ¿pero usted bostaza? — No señor. — Si señor, pero ya me lo explico; no será de aburrimiento, será de hambre ó de... — Si señor, de hambre... de comedia. — Yo no niego que tiene defectos, verdad es que Blasco confunde el acusativo con el dativo, y no tiene perfecta noción de los verbos neutros ni de los puntos cardinales; pero ¡qué gracia, qué delicadeza! en los ojos de Bregon brilla el fuego santo de la caridad; aquello no es un crítico, es una sociedad protectora de... los poetas pragmáticos. — En fin, hay que pasar por lo de la gracia y la delicadeza.

Resultado, que al día siguiente en el periódico toma una la revancha y le dice al señor Blasco cuántas son cinco y lo que es un sextercio.

Y Blasco pregunta, por ejemplo: — Pero hombre, ¿qué le habré yo hecho a Clarín?

— ¡Si no es por usted, alma de Dios! ¡Es por Bregon!

Y lo mismo ha sucedido ahora. A no ser por el artículo encomiástico de Pacheco ¿qué me había de acordar yo del último libro de Blasco!

Pero ¿a quién no subleva lo de *acreditar una vez más*, etc., etc.

No se puede consentir, sin protesta, que se diga que Blasco tiene crédito, literario por supuesto.

Para mí no tiene crédito bendito.

Yo no le daría al flaco... ni una mala oración primera de sustantivo.

De estas jardiadas que les decimos a Blasco, Campo-Arana, Vega y demás autores de este tenor, se vengán ellos de una manera muy graciosa. Escribiendo periódicos festivos, como les llaman, en que publican sus autógrafos para que la humanidad se entere de cómo ponían la pluma tan incógnitos ingenios. Estos autógrafos sirven para firmar artículos humorísticos en que se llama a los críticos envidiosos y se les dice que no comprenden la *alta misión de la crítica*, que burlarse no es corregir, etc., etc. Después vienen los colmos, los acertijos y las fugas de vocales. Además, suele haber intercalados en el texto; el grabado representa al autor del Rosicler cortándose las uñas, ó al de *Los dulces de la boda* pidiéndole fuego a un farol, que es el colmo de la distracción, según ellos. Así va sabiendo el mundo, poco a poco todas las señas personales de sus *autores favoritos*. Y es claro, con semejante *autopsia* llega Blasco, v. g., a convencerse de que en España no se habla más que de él y de otras dos ó tres cosas.

¡Señores qué más! Un día llegó un cronista del Ateneo a decirnos que Grilo apenas comía más que dulces, y que, caso de comer carne, había de ser poco menos que cruda.

Con todas estas cosas se vuelven locos los muchachos en provincias: los muchachos de corta edad, es claro. Se les representa Madrid como una olla de ingénilos: cada apellido que aparece en una revista literaria se les antoja el nombre de un genio.

Después, cuando viene el desencanto, la reacción suele ser demasiado violenta. Hoy conozco yo jóvenes que desean olvidar el español porque dicen que no vale la pena de leerse nada de cuanto escriben nuestros literatos.

No sabe Bregon el mal que hace con ser tan bueno.

Madrid 31 de julio.

CLARÍN.



50 La Publicidad (Barcelonia), n. 898, 11 agosto, 1880

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE.

El señor don Itanon Leon Malnez ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de su libro *Teresa de Jesús ante la crítica*.

En cuanto vi que el señor Malnez llamaba á la *littera doctorum* Teresa á veces, comprendí la intención del libro. El señor Malnez no cree en el cielo, ni el infierno, ni en los santos, ni en los diablos. Con un hombre así vaya usted á discutir acerca de las moradas infinitas.

Para poder yo decir todo lo que me ocurre con motivo de esta obra, necesitaria escribir otra que constara de docientas páginas por lo menos; al constaba de ciento noventa y nueve, el gobierno me echaría el alto; es decir, que el señor Malnez puede en su libro, porque consta de más de docientas páginas, descartarse, dígase así, á Santa Teresa y yo no puedo en un periódico ni siquiera tocarla al pelo de la ropa.

Aunque el señor Malnez demuestra en su libro que ha estudiado mucho, y lo que vale más, que no se anda con patos calientes, yo no simpatizo, en general con sus teorías.

Tengo razón casi siempre, pero... pero dá tristeza que la tenga. ¡En las segundas para tantos personas dignas de aprecio, y muy queridas algunas, lo que el señor Malnez ataca sin piedad! Claro que este dolor que nos produce, aun á los que estamos curados de espanto, el escarpelo de la crítica religiosa es un dolor necesario; pero necesario, y todo.... deoia.

Por lo cual, y ya que al fin se trataba de una señora, el señor Malnez debió escribir con más blandura recurriendo á la perifrasis y al eufemismo.

Pocos meses hace, Renan publicó un artículo que, si mal no recuerdo, titulaba: «Un idilio místico del siglo xiii». Se trataba de una beata alemana que mantenía relaciones místicas con un monje escandinavo. ¡Cuánta poesía en el relato de Renan! Allí está la crítica con toda su maldad, con toda su fría realidad, pero está envuelta en un ropaje tan bello! El amor humano se vé allí disuelto en una atmósfera de espiritual sonambulismo místico, y los alucinados á pesar de su error, son figuras interesantes, bellas sobre toda ponderación.

Flaubert también, aunque esté en el terreno de la pura fábula, pinta en Salammbó á la enamorada del amor que, como ignora los misterios de Tauti, solo sabe atribuir á su místico arroboamiento la causa de sus inquietudes, y canta á la luna, la diosa á cuyo culto se consagra.

Santa Teresa es una Salammbó real de Occidente, y la crítica podrá despreciar de toda atrocidad sobrenatural, pero no de su belleza histórica, digna de que alguna vez la estudie y espese un gran poeta.

Yo recuerdo que en cierta ocasión Galdós me hablaba del gran asunto que habla en Santa Teresa para una novela histórica en el buen sentido de la palabra. Es verdad. Y él podría escribirlo, porque es capaz de comprender tanques y tantos misterios de poesía y sentimiento como hay en Santa Teresa y su divina locura. Créalo el señor Malnez, los médicos pueden decir mucho de lo que la sucedía á Santa Teresa; pero no lo pueden decir todo.

Convenimos en que las cosas son las que no pueden más. Bajo este punto de vista estamos de acuerdo. Y además, gracias por el libro y que sea ennoblecida.

Sor Lucía es la última novela de Ortega Munilla, un joven de 28 años que ha nacido con lo que otros no adquieren á fuerza de virtud y de estudio: con un estilo nayo y sentimiento práctico. Esto es lo principal de las novelas de Ortega Munilla: lo demás su

ingénio y el tiempo no lo van dando por añadidura. Se inspira en los modelos verdaderamente clásicos, tiene mucho corazón y una inteligencia que lo ayuda á imaginar y sentir, sabe escribir ya, (muchos hay que mueren sin aprender) y la experiencia de la vida le dará lo que hoy se le da de menos en sus fábulas.

Sor Lucía es un progreso grande de las facultades juveniles del autor; las descripciones son menos vagas que en obras anteriores, de mayor relieve y de no menor delicadeza y gracia: la parte narrativa interesa y hay estudios de costumbres y caracteres en algunos capítulos, dignos del novellista consumado, arteño de la palabra, y maestro en la ciencia oculta de la observación. Las visiones de *Sor Lucía* han merecido entre los mas bellos rasgos de la pluma elegante y fácil del joven poeta.

Si, poeta en prosa, como le quisiera Vidart,

La misma casa editorial del señor De Cárlos y Hierro, que publicó *Sor Lucía*, acaba de poner á la venta la traducción de *Nana*, la última novela, hasta ahora, de la serie que Zola escribe con el título general de *Los Rougon Macquart*.

Mientras en París *Nana* se prepara ya con el aparato necesario para salir á la escena, de uno de los más notables teatros, en Madrid se discute la moralidad é inmoralidad del célebre revolucionario de la literatura. Esta diferencia de nivel intelectual tiene otras muchas expresiones gráficas: en París discuten los Congresos de obreros la suerte que en el

recho moderno cabe á la mujer, y en Madrid discute la prensa si caso de no ser niño el niño que va á nacer, se le llamará princesa ó infanta. Da una triste impresión al pensar en la distancia que separa nuestro estado de cultura de la cultura francesa, nuestra política de su política.

Volviendo á *Nana*, es preciso reconocer que obras semejantes no se escriben para que las lean las vírgenes del Señor ni virgen de ninguna clase. Mas condenar por esto un libro, es un absurdo.

En *Nana* la franqueza de estilo de que hace alarde Zola, llega al exceso; pero este defecto, que es el único que con razón se le atribuye, tiene explicación, que also justifica por completo la conducta del autor, atenida su delito literario. Zola se vé estigado por sus enemigos, que con injusticia irritante lo desprecian y calumnian, negándose á ver en sus obras los rasgos de génio en que abundan la grandeza y brillantez del estilo en cuanto descriptivo, y la exactitud y profundidad de la observación.

Pues bien, Zola que es valiente, quizá orgulloso, y sin duda cólico, como ellos dicen, contesta á la diatriba y al insulto con la exageración y la desfachatez estilmática. Lastima grande, porque Zola, aparte de eso, es el primer novelista de la Francia, que no es poco decir por cierto.

La traducción española es raramente excepcional: no es mala. Los traductores han demostrado que comprenden el estilo de Zola, el carácter de su inspiración, y por esto han sabido vencer muchas de las dificultades que la versión de *Nana* ofrecía.

Si enhorabuena al editor y á los traductores.

Dice *La Unión* que se trata de elegir para la vauante que dejó en la Academia Ayalá, á Marcelino Menéndez Po-

layo.

Tiene 24 años.

Sería un escándalo? Yo creo que no. *El Demócrata* asegura que M. Pelayo no merece la silla de académico. ¿Le conoce bien Menéndez Pelayo, á pesar de ser ultramontano, vale mucho, y él no es responsable de las imprevidencias que por ensalzarse cometen sus amigos.

Debo advertir, para que no se crea que alguna pasión me coga, que para mí la dignidad de académico ha venido muy á menos. ¡No he de merecer Pelayo por colega de Catalina, de Arnu y de Castelar! Yo creo que sí.—¿Quién no merece nada en Castelar, Campomanes, Valera, Nuxez de Arc, etc, porquo esos merecen algo mejor.

Madrid 14 de agosto.

CLARIN.

51 La Publicidad (Barcelona), n. 905, 19 agosto, 1880.

PALIQUE... IMPORTANTE

El nuevo plan de estudios impuesto a las universidades por un decreto, es tan abundante en errores y absurdos que no se agota fácilmente el tema de censurarle por todos lados y por todos conceptos y siempre con justicia.

Como es tan vasta la materia, es necesario escoger en ella algo y dejar mucho para no hacer la crítica interminable; y es preciso además aborrazar palabras para dejar espacio a los adeseos del plan.

Hoy prescindimos nosotros de considerar cuán imprudente es la conducta de los que alteran tan sin escrúpulo y sin lío un sistema de enseñanza pública prescindiendo del legítimo legislador llamado a tan graves transformaciones. Esto indica el escaso respeto que se profesa a la representación nacional y el desprecio con que se miran los intereses de la ciencia. Nosotros no emplearemos los eufemismos, que casi parecen elogio, de un diario democrático al tratar el asunto; nosotros no diremos que se vé a pesar de todos sus defectos, en el decreto, deseo de seguir las corrientes de la ilustración y la obra de personas científicas. Nada de eso: no hay más que afan de despreciar cuanto la voz del progreso enseña, y hay además el empeño de hacer que la ciencia reciba tan terribles golpes de manos profanas de hombres, que a pesar de sus borlas y títulos, son en rigor ajenos a la ciencia.

También podríamos extendernos demasiado si tratáramos el punto de lo ridículo que es anunciar reformas, alterar positivamente la enseñanza, para contentarse luego con vestir y desnudar de títulos y adjetivos las diferentes asignaturas de las facultades, y alterar su orden fijándolo de manera arbitraria. Una reforma debiera emprenderse cuando se contara con elementos para ensanchar el cuadro mezquino en que se encierran las distintas facultades; estos elementos nuevos, que entre otras cosas habían de costar dinero, permitirían completar y sistematizar los estudios de cada facultad: pero el gobierno ni ha creado nuevos elementos a la enseñanza, pues aquí lo que se gasta en hipódromos se consideraría desperdillar gastándolo en las universidades, ni ha procurado completar ni sistematizar nada. Respecto al orden, lo único que se hace es dividir las facultades en grupos, y como no hay sistema, estos grupos son puramente arbitrarios; sen así, no porque la ciencia tenga en su organismo algo que exija ni favorezca siquiera esa división; sen así, porque el gobierno, entre las indefinidas combinaciones arbitrarias que se pueden hacer, escogió esa por escoger alguna. El orden de las asignaturas, en atención al tiempo, debe dejarse al alumno entre tanto que no haya en cada facultad un cierto, infalible sistema que lo imponga científicamente. Cuando esto hubiere, el alumno no podría alterar el orden de los estudios, porque sería en menoscabo de la ciencia misma; no entendería siquiera lo que estudiaba si no se atenia a lo que la naturaleza de la ciencia imponía. Pero semejante sistema está muy lejos la doctrina de la ciencia de haberlo fijado y menos podía fijarse donde tan defectuosas son las facultades.

En tal caso, que es el presente, y seguirá siendo el caso por mucho tiempo, ya que penda de voluntad el orden de los estudios, ésta no debe ser la del gobierno que impone el mismo a todos, lo que sólo podría hacer la ciencia. Mientras tenga que quedar este punto a la elección subjetiva de alguien, debe ser el que estudia, o quien le guía o conozca sus aptitudes intelectuales, quien determine, según las circunstancias, el tiempo que ha de emplearse y el orden en que se ha de estudiar. Hoy el gobierno fija grupos, por ser tirano en todo y arbitrario, por molestar, haciendo sentir el peso de su poder, desde los primeros años, para que sepen los estudiantes que por encima de su razón y de sus intereses hay un orden poderoso, ciego y despótico que manda lo que quiere y guía absurdum.

Tratemos ahora de los grupos de algunas facultades; congelemos a las de filosofía y letras, derecho y administración.

Filosofía y letras.—Sábiamente se había dividido, en un plan del periodo revolucionario, esta facultad en dos distintas; pero basta tal precedente para que el gobierno buya de semejante reforma. En efecto: ¿por qué el que tiene vocación de filósofo ha de tenerla de literato, y literato clásico y orientalista, por fuerza?

Puede eso creerse cuando se considera que la filosofía no es más que un tema oratorio, muy socorrido para brillar en el mundo como lo entendía aquel Eumerio del diálogo *Asclepiogenia*, de D. Juan Valera. Si, por fuerza la filosofía ha de ir agregada a alguna facultad, considerándola como indigna de constituir por sí una sola, ¿por qué no se agrega al derecho, o a las ciencias (!) o a la medicina?

Al literato le importa menos—si en hoy grados—la filosofía que al jurisconsulto; y las ciencias, como dice el gobierno hablando como un positivista, las ciencias tienen hoy más que nunca necesidad de

los estudios filosóficos para huir de ese materialismo que tanto aterra a los reaccionarios, o para depurar de sus errores si le conviene a la misma filosofía.

A filósofos y científicos conviene comunidad de estudios.

¿Por qué no agregar la filosofía a las ciencias? De la medicina puede decirse algo muy parecido. Pero no; el gobierno llama filosofía a la escolástica renovada y echada a perder por ese pseudo-renacimiento tomista que tanto alaban los Pidales y Tejados, y esta filosofía, la *erumbré* de la filosofía, según Salmerón, sería ridícula junto a las ciencias naturales, exactas y médicas.

Primer grupo.—Metafísica primer curso.—Historia universal primer curso.—Lengua griega primer curso.—Literatura general.

Se empieza a estudiar letras estudiando metafísica, y hay que estudiarla en dos cursos. No está mal que haya dos cursos de filosofía en una facultad de filosofía; pues basta ahora sólo había uno en toda la licenciatura; pero esta reforma, que podría ser buena, se echa a perder consagrando a la metafísica los dos cursos. La metafísica, ¿es toda la filosofía? En Alemania, y en Italia, y en Inglaterra se observa que en las facultades de filosofía disminuyen los cursos de metafísica y aumentan los de historia crítica de la filosofía, los de lógica, los de psicología; esto, que sin renegar de la metafísica se puede explicar y añadir, es contrario al instinto reaccionario del gobierno. Así, pues, aquí haremos todo lo contrario: dos cursos de metafísica, y basta de filosofía; mejor dicho, dos cursos de F. Ceferino, corregido y aumentado por Orti Lara y otros filósofos católico-peripatéticos.

El gobierno divide lo asignatura de literatura general y literatura española, y en esto no hace mal; pero ya que esto hace, ¿por qué llamar *literatura general* a una asignatura que abarca elementos de estética, de lingüística, y de historia de la literatura? En fin, ¡si todos los pecados fueran como este!

Segundo grupo.—En este es de notar sólo que la literatura griega se estudia en un curso con la latina, ¡y esto es para literatos que se han de dar infancias de clásicos! Pero así fué necesario, porque los abogados y los que cursan derecho administrativo han de asistir a la misma clase, y como no hay más que una, los señores de letras tendrán que contentarse con saber de las de literatura griega y romana lo que saben los aspirantes a un juzgado o a un empleo en Hacienda. ¿Puede haber una cosa más ridícula? ¡Que tanta literatura clásica se exija a un jurisconsulto y a un estudiante de administración, como al que se consagra especialmente a las letras!

Tercer grupo.—Historia crítica de España.—Literatura española.—Hebreo o árabe.

Obsérvese que la historia de España ha de ser crítica; la universal, historia a secas. Por lo visto el gobierno no se atreve a juzgar a los extranjeros, y todas las críticas las reserva para los nacionales.

Por lo demás, en este tercer grupo el filósofo ya no tiene nada que hacer; ¡completa su metafísica con la de *Bresit babrah Elthoin*... Es decir, que a la metafísica de Santo Tomás le pone digno coronamiento la cosmogonía de Muissés. ¿Qué tiene que ver la filosofía con este tercer grupo?

En el doctorado hay la novedad del sancrito. Dada la pobreza de nuestras facultades en las asignaturas de primera necesidad, este sancrito—una que bien venido sea—es un lujo, como el de aquellos asiáticos que trenzan charreteras y andan ensayando el ombligo. En París el año pasado había un alumno matriculado en la cátedra de sancrito. Aquí si lo dejaran al albedrío del estudiante, siguiendo una justa proporción, habría un décimo de matrícula.

Facultad de derecho.—Derecho civil y canónico.—Primer grupo.—Prolegómenos del derecho.—Historia del derecho romano y elementos del mismo.—Historia universal, primer curso.—Literatura general.

Empieza el que ha de ser juriconsulto estudiando tres asignaturas y una sola de derecho, y es esta materia bastante, si se explica bien, para llenar todo el curso ella sola. Indigna, al llegar aquí, el desprecio que el gobierno sienta por todo lo que es majería y progreso. No sirve para que se corrijan los vicios más evidentes del antiguo sistema, que en las Universidades extranjeras desde hace más de cuarenta años en algunas, y en todas hace mucho tiempo, se haya constituido lo que aquí malamente se llama prolegómenos, en una asignatura especial, que bajo el título propio de Enciclopedia jurídica u otro análogo, sirve de racional introducción a todo el estudio del derecho, estudio que de esta suerte se hace aproximadamente sistemático. Tampoco sirve que los profesores más ilustres de la Universidad, como el señor Fies, catedrático de esta asignatura en la Universidad central, proclamen en sus libros y explicaciones la necesidad de esta reforma; el gobierno no oye nada más que su capricho, y mientras obliga al que empieza la carrera del derecho a estudiar historia universal y estética, glosología, historia de la literatura, todo ello deprisa y mal, acumula en una sola asignatura la extensísima y homogénea materia de los prolegómenos y el derecho romano. ¡Y qué división la del derecho romano! En el primer curso, a más de la introducción general al derecho, la historia del derecho de Roma, es decir, el verdadero derecho romano, tal como hoy ya se estudia por todos los que de veras quieren conocer su espíritu y trascendencia, y es más la glosa de las instituciones hasta el título IX inclusive del segundo libro. Esto es, una división de los cursos como pudiera hacerla un especiere pesado, donde pesa pimienta y clavo, los dos tomos del Sr. Lasserre, v. gr.

En el segundo grupo se nota que los estudiantes continúan sin saber una palabra del derecho pátrio en ninguna de sus esferas, pero en cambio estudian literatura latina, como los filósofos y los literatos, y además literatura griega. Esta última no se exigía antes, pero el gobierno entiende así el modo de ampliar los estudios jurídicos. ¡No parece todo esto un

absurdo buscado con candil? ¡Se aumenta la facultad de derecho... con literatura griega!

Tercer grupo.—Derecho civil español (gracias a Dios).—Primer curso.—Derecho político y administrativo.—Derecho canónico.

Sería pedir gollerías pedirle al gobierno que ya que no suprimiera todo lo relativo al derecho de la Iglesia, por lo menos redujera a una asignatura sola esa arbitraria división de los dos cursos de derecho canónico, disciplina eclesiástica, división que en vano los profesores procuran explicar con señas. No hablemos de esto. El derecho político por sí merece una asignatura especial y lo mismo el administrativo; pero es preciso escatimar las asignaturas para que se estudie literatura griega, y latina, y española y general. ¡Toda la literatura!

Cuarto grupo.—Derecho civil, segundo curso.—Disciplina eclesiástica.

Se suprime la asignatura de Códigos, de modo que el segundo curso de derecho civil viene a sustituir lo que no debía sustituirse, no a ampliar lo que debía ampliarse. Los dos cursos de derecho civil serían una real y buena reforma sin ser algo más que una alteración de nombres. A no ser que se pretenda suprimir el estudio histórico de nuestras fuentes de derecho, en cuyo caso lo peor habrá sido menearlo.

Quinto grupo.—Derecho mercantil y penal.—Procedimientos y prácticas.

Otra reforma que pide a voces el sentido común y que no se hace. ¿Por qué juntar el derecho penal al mercantil? El mercantil, que es derecho civil, dígame lo que se quiera, debiera ser un curso de éste, y el penal asignatura separada. Pero ¿y la literatura griega?

En el doctorado hay la reforma de llamar Historia del Derecho a lo que se llamaba derecho comparado. Un error se sustituye con otro.

Derecho administrativo.—Basta decir que esta facultad consta de diez asignaturas y cinco de ellas son ¡de letras! El colmo del absurdo. En cambio el derecho administrativo—que da nombre a la facultad—se estudia en media asignatura, pues entra en una con el político. Esto se explica; este decreto lo han hecho los poetas de la Gaceta; en España el literato aspira a la oficina; en la oficina se hacen versos, y el gobierno previsor quiere que se hagan con todas las reglas del arte.

CLARIN.

PALIQUE.

Decididamente de esta vez se realiza la federación: no asustarse, la federación ó liga de la prensa. Suceso que á *El Diario Español* lo ha retirado los billetes la empresa del Retiro, y esto no puede celebrarse.

Pero la verdad es, que *El Diario Español* se ostanta por poco.

A mí, varios autores dramáticos me han retirado el saludo, y yo tan fresco y tan ligas.

Yo desearía que la unión de la prensa fuera un hecho, pero también quisiera que se creara con motivos un poco mas empinotentes.

Y además eso de la liga ó unión de los periodistas, debe ser con su cuenta y razón.

Liga para qué? Entre muchos domina este criterio: la prensa ha de nutrirse como un colegio en que debe reinar la armonía de los intereses solidarios; todo periodista debe ser hermano de todos los periodistas; los encueijos en letras de molde, deben ser amigos en dejando la pluma; una cosa es la *acción* cuando de la polémica periodística, y otra cosa el lazo de unión que debe existir entre los que se consagran al sacerdocio, etc., etc.

Todo esto que parece muy bien á primera vista, puede tener sus inconvenientes. Es claro que en una completamente ajena al trato social, todo se decidirá racionalmente, sin pasión, sin fuerza, y nadie tendrá por menos que hermanar al que profesa las mas opuestas ideas. En esa sociedad ideal, á un hombre le se le dirá que lo es, si conviene al bien de la República, y él se lo creerá, y si no lo cree no se incomodará por eso, y se quedará tan fresco. En esa sociedad, á un periodista que dice que las sardinas no son peces, (como lo decía dias pasados en *El Liberal* el señor Olavarría) se lo demostrará lo contrario, y no por eso se incomodará ni mucho menos. En esa sociedad se le podrá decir á un periodista que colorea á Sagasta, Martínez Campos y Mendaza sextonarios — ó sexticio, como quisiera decir — en la capital de Vizcaya, que San Sebastián es capital, sí, pero no de Vizcaya, y el tal periodista, aunque sea *demócrata* y por ende correligionario mío, no se enfadará por esta justísima observación que no permito. En esa sociedad ideal, á un autor dramático que me regala, sin que yo me acuerde de pedírsela, una *butaca* para el estróno de su drama, le podré decir que así nació él para el teatro como yo para obispo, y el autor dramático no se irritará ni me mandará pedrinos. En esa sociedad ideal, la liga de la prensa no tiene mas que ventajas.

Pero en la sociedad actual y en el estado actual del periodismo, ó la liga no se realiza con sinceridad, y si se realiza se engaña al público en masa y se convierte al *sacerdocio* en algo parecido á lo que han sido muchos sacerdotes, efectivamente.... Me explicaré. Lo primero en esa union ha de ser la amistad, el compañerismo, según lo entiendan los asociados. Y solo un santo es capaz de seguir amando al prójimo después que éste lo hace un flaco servicio. ¡Y cuántos flacos servicios sería preciso hacer á los amados compañeros! Por ejemplo, escribo un drama un periodista (Catalina ó Suarez Bravo, que ellos escriben) y después va el público y se lo alaba. Pues yo sostengo que al al dia siguiente se le dice á Catalina en un periódico que aquello es una atrocidad, y que los hijos por regla general son más jóvenes que sus padres y que él no sirve para el caso, Catalina se enojada y dice que esto no es compañerismo ni nada. Yo no cabe duda, en los verdaderos amigos no le dirán todas esas verdades que tan bien le están, y el público no sabrá por ellos que Catalina, un académico, dá á Blasencillo un hijo lleno de barbas por toda la cara. En la sociedad actual el compañerismo que pueda existir entre un servidor de ustedes y yo, y Blasco, Grilo, Cano, Verdugo, Estruven, y por último Campo-Arana, tiene que ser un compañerismo de dientes afuera. No por

mí, por ellos: si ellos quisieran ser buenos amigos míos, de mil maneras: yo seguiría diciendo perrierías de sus comedias, ellos tendrían obligación de no ofenderse y entonces todo iría bien. Pero como esto no había de ser, ó yo me blandaba defraudando al público con ocultarle la verdad, ó no habrías amistad que valga. Porque el compañerismo no puede reducirse á nombrar una comisión y á pagar una peseta al mes para alquiler. Una sala donde se reúnen por lo comun los que no son periodistas.

La prensa es la forma, á veces única, en que se manifiesta el criterio público en política, arte y en otras cosas de la vida; para crear una reputación ó aniquilar un nombre puede y suelto bastar la prensa, si la prensa se coaliga; si hace sociedad aparte, ó no son efectivos sus propósitos, ó si lo son, pueden ser contrarios á su misión verdadera. ¿Qué colegio, clase, cuerpo ó persona jurídica, en un conflicto con diversas entidades no defendiendo los propios intereses? Pues líguense un conflicto de la prensa coaligada, con otra corporación, empresa ó lo que se quiera. ¿Quién duda que el compañerismo, el espíritu de cuerpo obligaría á la prensa á defender antes que todo su existencia y sus intereses? ¡Y qué lucha tan injusta y tan desigual sería las mas de las veces! ¡Miles de trompetas y bombos ahogando la voz de cualquier simple mortal que se atreviera á luchar con el periodismo!

En la política, en la que no se trata de meras controversias académicas, sino siempre de intereses reales, (si la política es real) sería imposible esa her-

mandad cierta, efectiva, á menos de convertir el periodismo en pura farsa.

Vaya de ejemplo, porque no me duelen prendas. Un periódico carlista deliendo las matanzas bárbaras de los curas del Norte, viene de la campaña con salvo-conducto para insultar y calumniar á los liberales, á nuestros verdaderos hermanos; yo juro que el tal periodista no es para mí un compañero, ni lo quiero entre los míos; y sin embargo, el cual razón se llama periodista, lo es según el diccionario y según el derecho. Hay periodistas que venden su pluma, que admiten subvenciones de políticos y negociantes; esos periodistas pertenecen á la liga por derecho propio, quizá los periodistas en que escriben son de los mas lúidos; pues yo á esos periodistas no los quiero por amigos, ni callo su crimen, ni sufro su compañía. El periodismo ha de ser producto espontáneo de la opinión, reflejo de la cultura y del movimiento social; colegialito es estorbo, falsearlo, y así todo proyecto de union y coalición debe tenerse en muy estrechos límites; la prudencia lo exige, porque de otro suceso se puede convertir en perjuicio del progreso lo que ha sido creado para el adelanto del mundo.

Observen los periodistas que en parte el sacerdocio del *sacerdote* — porque hay sacerdocio y es hipocresía inútil negarlo, — se debe á esa tendencia del compañerismo mal entendido, que hace aparecer á los ojos del vulgo como una comedia la lucha política, y como usurpación muchas reputaciones. La union debe existir para reclamar el propio derecho, por esa union no necesita un organismo especial, por

que el Estado no puede hoy consentir esa coalición de clases y odios que se defiendan por cuenta propia como creando un nuevo feudalismo.

Hay union sí, pero medítese mucho lo que este propósito significa para muchos que acaso sin saberlo quieren hacer del periodismo una especie de Iglesia, ó mejor sociedad eventual. ¡No queramos ser los frailes del porvenir!

¡Díabolo me he puesto demasiado serio. Es demasiada prudencia la mía. Predico contra los excesos en que pueden caer la union de la prensa, cuando la prensa no se ha unido siquiera. Ni se unirá probablemente, ni para lo malo ni para lo bueno. — Dios quiera que nos unamos, donde ó no á *El Diario Español* billetes en el Buen Retiro.

Conste:

1.º Que aunque nos unamos yo seguiré sosteniendo que San Sebastián no es la capital de Vizcaya, por más que diga lo contrario un compañero, un periodista *demócrata* y todo.

2.º Que aunque lo indique otro periodista liberal tambien, yo tengo por pocos á las sardinas.

Y 3.º Que si llega el caso, que si llegará, de nombrar alguna comisión, yo niego mi voto al señor don Modesto Fernandez y Gonzalez; pues ya es hora de que duerma sobre sus laureles y sobre sus comisiones.

Madrid 27 de agosto.

CLARIN.



53 Miniatura de la página.

PALIQUE.

No me atreveré á asegurar que tenga la culpa el señor Cánovas, pero es lo cierto que este año no hay literatura. El año pasado se perdió la cosecha del trigo y este año se pierde la cosecha de laurel.

En cambio, pan y vino no faltan, y esto es lo principal. Bueno es que las letras vivan y prosperen; nadie más aficionado que yo á los buenos libros y á las buenas comedias, pero confieso que el vino y el pan son mucho más importantes.

Además, esto de la literatura tiene remedio, y cuando se pierden los cereales, aunque pongan pica en pared todas las Sociedades económicas del mundo, ni un solo grano sale de la madre tierra. Y la falta de literatos se puede suplir con lo que llaman los economistas artículos *succédanos*, es decir, que basta con tomar por literatos á los que lo parecen. Con esto y ofrecer un premio de mil reales á la mejor oda al sol y una rosa natural al mejor romance á la luna, se está al cabo de la calle en punto á penuria literaria. Sobre que lo principal no es que progresa la literatura sino que mejora la raza caballar. Dicon los periódicos que el ministro de Fomento no quería comprender esto, que lo principal es la raza caballar, pero ¿dónde son Dios! al fin lo ha comprendido como lo demuestra los 38,000 reales con que premió hace días los sudores de un jaco anglo-andaluz. Es de advertir: que estos treinta y ocho mil reales no eran de la propiedad del ministro, así como tampoco otros 18,000 que fueron el digno galardón de otra carrera llevada á término feliz posteriormente por el conocido cuadrópode *Eclipse*, propiedad del señor Aladro, que lleva ganados en una semana varias miles de duros. Suceden con esto de las carreras lo contrario de lo que sucede en las operaciones; el primer caballo de la terna siempre se lleva los cuartos. Una vez convencido el ministro de que reventando caballos se mejora la raza, ya no falta más que convencer al contribuyente; y si no se convence aplíquesele el sistema, hágasele sudar el último ochavo, revientélelo á fuerza de recargos, y tal vez mejor con esto la raza de los contribuyentes.

Pero no solo son la raza caballar y el señor Aladro los que median con las corridas del Hipódromo, sino también la literatura. Y así lean ustedes las revistas que publican algunos diarios con tan plausible motivo y allí verán lo que son caballos anglo-árabes andaluzes y gramática anglo-árabe-bípico-española.

Uno de esos revisteros escribe lo que sigue:—«Carreras de caballos.—Al fin el ocio lució espléndido y sin nubes, y los fríos del anticipado invierno se templaron con los tibios rayos de un hermoso sol de otoño.»

Veán ustedes, sin ir más lejos, el sirva para algo ó no la mejora de la raza caballar; aquí tienen ustedes

nubes frías que se templan por obra y gracia de un sol de otoño que hace en un día de invierno. A seguida el revistero luce una brillante enumeración de las damas que asistían á la corrida; de modo que el curioso lector se queda porplejo y no sabe si aquella es carrera de caballos ó de señoras, y aunque lo último es una descortesía, no es por culpa del lector sino del revistero, que da ocasión para tan malas suposiciones.

Resulta que la condesa de Peña Ramiro «llevaba un original abrigo color mirra», y que la marquesa de Alava tenía el rostro cubierto «con un original velo de lila de oro.» Yo, con permiso del revistero, pienso que la originalidad de esa prenda consistía

en haberles costado su dinero

como el blanco y carmin de D.^a Elvira. Tampoco me explico bien por qué el revistero de caballos llama caprichoso el sombrero de la señora condesa de Xiquena: más caprichoso que su sombrero me parece á mí su señor marido, que se fué á hacer fusilación, teniendo tantas ganas, como debe tener, de ser ministro. ¿Por qué ha de ser caprichoso un sombrero y otro no? Lea, lea el articulista á Aristóteles en el capítulo de los sombreros.

Niego también, aunque no estaba presente, lo que dice el revistero respecto de la señora condesa de Villa Gonzalo; asegura que «se envolvía por completo en una especie (¿qué especie?) de carrik de *peluse gris*». No sería tan por completo como V. quiere, señor revistero, el envolverse de esa señora, porque no creo yo que haya asistido á las carreras melida

en un saco. Aquí el que se envuelve por completo en los lazos que le tiende la gramática, es el revistero.

Y añade: «Estaban además la condesa de Toreno, la de Heredia Spínola, la de Casa Valencia, etc. etc.»

Y como de estas no dico qué vestidos llevaban, ni qué abrigos ni qué sombreros, pareco deducirlos que iban sin nada de eso. Pero es más fácil y decoroso suponer que esas señoras iban como Dios manda y que el revistero por su torpura en el escribir tiene la culpa de las gratuitas suposiciones que el lector puede hacer, si es malicioso, en vista de un tan deficiente artículo de modas.

Por fin los llega la vez á los caballos, que es por donde el revistero debió haber empezado, sin meterse en abrigos de once varas.

De los potros no dico qué traje lucían, sino qué premios ganaron ó estuvieron á punto de ganar. Sucedió que al principio las ventajas estuvieron por Trovador, pero se le adelantó *Eclipse*. Ese Trovador debe ser algún primer poeta disfrazado de caballo, el cual convencido de que en este país no se puede vivir de las letras como no sea falsificándolas, se habrá dedicado á la lucrativa carrera de caballos de ídem. Pero el hundo persigue al Trovador por todas partes; le eclipsa *Eclipse*; y añade el revistero: «Llegó el segundo Trovador y el tercero Segundo».

Retirado *Fitz Plutus* por encontrarse cojo, todos los bettingmen (porque no en español ¿ó es que en español no hay quien apueste?) se dirigieron á los caballos de Garvey, (el por de los malos es tratar con animales) especialmente á Storm. Storm de Garvey y Reine Claude llevaban buen puesto (eso de llevar un puesto es poco castellano, pero puede pasar tratándose de caballerías) y se esforzándose Flaneur, y quizá contentándose á Storm, (esto ya no puede pasar ni aunque se trate de boricos de leche, contentándose á Storm no es anglo-árabe-andaluz siquiera), que es del mismo dueño (y viva mi dueño!) puede llegar el primero á la meta aquel caballo.

¿Qué caballo es aquel, señor revistero? La posterioridad se queda sin saber si llegó primero á la meta Storm, Flaneur, Reine Claude ó el dueño. Pero como que el articulista no llegará en su vida á la meta de la sintaxis.

«El señor marqués de Villamejor manifestó al jurado su disgusto por el peso injustificado, según su creencia, con que se recarga á sus caballos.»

Por lo visto, el jurado trata á los caballos del marqués como si fueran contribuyentes.

A propósito del jurado. ¿Por qué crearán nuestros legisladores que España no está bastante adelantada para tener la institución del Jurado, y sin embargo consiente que haya jugado para las caballerías?

¿Si crearán nuestros legisladores que los caballos de carrera por lo que tienen de mezcla inglesa están mejor preparados que nosotros, los españoles de pura sangre, sin mezcla de caballo, para el ejercicio de los derechos y de la libertad?

¿Vé usted, señor revistero, cuánto valen todos esos caballos anglo-árabes-andaluzes? Pues todos ellos los daría yo por un nano.

Por el amo de Victor Hugo, de que hablaré á mis lectores en el próximo palique.

CLARIN.

PALIQUE.

¡Mal año para la literatural

Entendámonos; esto no es una imprecación, al decir mal año para la literatura, no hago más que una afirmación histórica, que diría el padre Fidel Fita.

La cosecha se presenta buena, digan lo que quieran los fusionistas y los nuestros; pero es la cosecha de caldos y cereales, inclusive el caldo gordo; en cuanto a la cosecha de las letras no puede ser más pobre. ¡Qué penuria! Que inopia (ó inopia que diría Corradi). El teatro no ha producido hasta lo presente más que una comedia de Echevarría, que resulta que no es de Echevarría; una comedia traducida del francés con su marchamo correspondiente. Esto es poco. Se anuncian obras de Echegaray, Nuñez de Arce y Sellés, y esto sería mucho... si fuera; por ahora son anuncios, ¡anuncios! ¡anuncios!

El presente se reduce, en punto a teatros, á la comedia de Echevarría, que no es de Echevarría.

Pasando al género novelero tenemos; primero el discurso de Vega Armijo: segundo el discurso de Balaguer. Pero aunque Vega Armijo sea un eminente gallego, de esos que no dan puntada sin hilo y ni ponen el hilo ni cosen de balde; y aunque Balaguer sea un eminente poeta, *catalanamente* considerado, todo esto es poco para que podamos aplaudir sin reserva sus lucubraciones oratorias.

Viniendo á la lírica nos encontramos con el

poeta de *La Política* como único pasto para los espíritus soñadores, amantes del ideal.

A esto, sobre poco más ó ménos, se ha reducido la literatura en el mes de las ánforas, como llama un poeta á Octubre, él sabrá por qué. El otoño suele ser la primavera del arte en Madrid; pero este año ha sido un otoño propiamente dicho; ó mejor, como escribía un revistero de caballos, no há mucho: aquel día de invierno anticipa fué iluminado por un sol de otoño, etcétera, etc., etc.

Para calentarse la boca (y todo escaldar) en este invierno anticipado no hay cosa como leer los poemas que el Sr. Velarde ha publicado días atrás. Uno de ellos se titula «La Velada» y concluye—porque el fin todo concluye—con el incendio de un castillo.

■ Hay allí una porción de llamas, como es natural, todas las llamas, menos la del génio. El poema está dedicado á D. Ramon Campoamor, á quien llama el Sr. Velarde su maestro. ¡Maestro de qué! ¿Qué le ha enseñado el Sr. Campoamor al Sr. Velarde? Mejor hubiera dedicado el poema á la sociedad de seguros mútuos contra incendios.

Apropósito de Campoamor, se dice que asistirá al banquete de Sevilla.

¿Qué podrá decirle Romero Robledo á D. Ramon que D. Ramon no sepa?

Un amigo mio y de Vds.—Eduardo Quilez—

asistía en cierta ocasión á un banquete político. Suele comerse bien, y aun se puede decir que no se bebe mal, en esta clase de banquetes. Mientras los señores del centro de la mesa trataban del gobierno del mundo y sus monarquías, Quilez y sus vecinos gobernaban sus días con mantequillas y pan tierno. Llególe la vez de brindar á Quilez, y levantándose como un solo gastrónomo exclamó: Señores, me siento más erótico que político.

Creo que si D. Ramon asiste al banquete de Sevilla ha de sentirse más erótico que político. Porque un poeta que ha dicho lo de

digna de ser morena y sevillana

¡cómo ha de ir á la ciudad de la Giralda á escuchar y admirar un discurso jándalo de Antequera? Eso es bueno para Villaverde ó Bosch, que dentro del presupuesto nacidos, ¡qué saben ellos si hay mas vida ni más aire en qué volar? Pero Campoamor en Sevilla significa la visita de la Dolores á la Silva *rojiana*; es la poesía del Sentirion que busca el beso ardiente de la poesía meridional; es el pino del Norte de que habló Heine, cansado de suspirar por la palmera que va á verla á su país. ¡Cuántas cosas dirá Sevilla á la imaginación del poeta! ¡Cuán lejos volará su fantasía de los solecismos inveterados del ministro de la Gobernación.

Tengo el sentimiento de comunicar á mis lectores que á mi amigo el Sr. Fernandez Bremon le parece un verdadero atentado á la libertad

la aplicación de los decretos de Marzo: créese el Sr. Bremon, con el Sr. Castelar, que por ahí no se va á ninguno parte.

Pues bien, aunque me pesa tengo que decirlo; el Sr. Bremon ha sido menos diligente que un diligentísimo padre de familia.

¡Cuántos disgustos pudo haber evitado el señor Bremon!

Si hubiera dicho todo eso un mes antes.

A propósito de Castelar un excorreligionario suyo, de esos que creen en los santones y no creen en Dios, y que dejó la fé de sus mayores cuando Castelar dijo aquello de la discordia de la libertad y de la fé, se obstina en negar lo de la misa de Alcira.—¡Eso sería demasiado! ¡No es posible que Castelar haya oído misa!

—Pero es cierto. Ahora la oye. Y el mejor día la dice.

Última hora: escrito lo anterior, averiguo que se ha publicado *D. Juan Solo*, de Ortega Marcilla, que se vá á publicar *El señorito Octavio* de Armando Palacio, que Nuñez de Arce prepara una magnífica edición de sus obras, que Moreno Nieto ha leído en el Ateneo un gran discurso tratando del lenguaje, y que va á representarse en breve *La muerte en los lábios*, de Echegaray.—Todo lo cual pondrá término á la escasez literaria de que arriba me quejaba y me dará asunto para futuros paliques. Vale.

CLARIN.

Don Juan Solo de Ortega Munilla. — D. Carlos Hierro, editor.—La elegancia, poema del sistema decimal por gno íntima más, si señores, por Velarde.

Pensaba hablar en este *palique* de Don Juan Solo, la última revelación del Sr. Ortega Munilla; pero me aparta de mi propósito el considerar que por estos días el joven novelista no se encuentra en situación de atender a los consejos de la crítica; y como no es él de los que se desprecian, sino de los que con modestia plausible oyen sus advertencias y las aprovechan en cuanto saben, creo de mi deber agradecer a que pueda tomar en cuenta los argumentos en que

fundo mi censura, el modesto y simpático autor de *Su Lucía*.

No es Don Juan Solo, ni con mucho, la mejor novela de Ortega, pues aunque en ella se ve el progreso de sus envidiables facultades tiene un defecto capital, mejor decía una desgracia: la desgracia de parecerse mucho a una obra maestra del más grande de los novelistas contemporáneos. Si la imitación fué de intento, es para mí deplorable intento: porque las convicciones que en punto a imitadores tengo arraigadas no pueden desvanecerse ni al fuego de la verdadera admiración que me inspira el talento sorprendente del Sr. Ortega. Si el parecido es casual, (y entonces la desgracia) no por eso el resultado es menos lamentable. Don Juan Solo es *La Pira Goriol* de Balzac, no plagado, porque el artista no puede jamás entrar en los planes de plagio en tan ferviente fe artística como el señor Ortega, pero *La Pira Goriol* discretamente traducido o recordado o adivinado por la fantasía joven, valiente, poética de un autor hasta hoy siempre original y fecundo. Así es, don Juan Solo tiene capítulos completamente originales de alto mérito; la conversación de Pepín con la naturaleza es digna quizá de Víctor Hugo, el gran poeta de los diálogos infinitos.

Es en, cuando el Sr. Ortega sana, y ojalá sea tan pronto como yo deseo y necesitan las buenas letras, hablar con él del asunto, y seguro estoy de que quien tan sincera y puramente ama los libros y reconoce el severo mandato que cumple la crítica humilde (que no es otra que la imparcial), no ha de enojarse conmigo, porque amigablemente censuró esta vez el producto de su ingenuidad. Si con alguien pudieran atarse meditaciones ajenas al arte para impedirle ejercitar libremente el derecho—que es deber también—de la censura, sería con el joven autor que, acusando muchas veces a mi pobre juicio, me ha honrado y obligado. Pero el deber sobre todo. Si algún malicioso, en otros artículos míos en que oloquia con calor las obras del Sr. Ortega, quisiera ver complacencia de una crítica parcial y ciega por el afecto, ahora puedo desengañarse.

El Sr. Velarde ya es otra cosa. Este no se ha caído de ninguna parva, que yo sepa, aunque a mí me viene como llovizna del cielo, para llenar este *palique*. Suponiéndole, pues, tan sano y gordo como suelen estar estos poetas objetivos y predominantemente, los cuales no tienen que braderos de cabeza, me digo: aquí que no peo, y presento ante el Jurado del público la siguiente querrela:

El Sr. Velarde no es de los que hacen caso de la crítica; entre poema y poema escribe artículos hablando mal de los críticos y del que los inventó; artículos llenos de alusiones personales, que se ven venir, pero que no se pueden recoger por aquello de que el que se critica algo como. Pero en fin, esto no da más: no es mucho que el Sr. Velarde habla mal de la crítica; moda es entre los poetas de la parte contraria y parece que les va bien con el sistema de replicar a las censuras; sus obras sin embargo, no mejoran por esto; pero tampoco empeoran. La verdad en su punto. (Hasta Pina, ese Domínguez, les levanta el gallo—el gallo de la pasión—los señores críticos! No hay más allá, como no sea Blasco.

Pero entremos en materia, es decir, en décimas. Sabidos es que el Sr. Velarde se ha erigido—dijámoslo así—en sucesor del Sr. Nuñez de Arce. Escribe este un poema que se llama «La visión de Fray Martín», y en seguida aparece «Fray Juan», que es también una visión: habla el Sr. Nuñez de Arce en décimas y alia verdécimas donde quiere Velarde; coloca al Sr. Nuñez de Arce el lugar de la escena de *El séquito* a orillas del mar en una especie de atalaya para defender la tierra de los ataques del moro y el señor Velarde busca sus marismas correspondientes

frente al moro y allá se va con los trebejos de pescar rípios a bragas enjutas de poesía. Si N. de A. habla, de la atalaya y de la plaza, Velarde por usucapción se apodera de los mismos consuelos y habla de la plaza y de la atalaya al N. de A. va.

Alguna blanca gaviota que tiene en la peña el nido Velarde ve más; ve que

en las quebradas de una peña anidan curioso y gaviota.

El Sr. Velarde no puedo figurarse cuán sublimemente ridículo y pueril es este procedimiento suyo que le convierte en eco, en eco echado a perder, de un poeta insignificante. Pero la justicia exige reconocer que en esta como en otros poemas el Sr. Velarde no siempre imita; cuando es original lo es de veras y llega a ver lo que habrán visto pocos.

El agua que arroja el mar entredada en un lentísimo.

No me tengo por una especialidad en lentísimo ni he profundizado la filosofía de las algas, pero en fin, algo sí he leído y puedo asegurar al poeta que, en mi tierra, por lo menos,—y soy de puerto de mar—los lentiscos y las algas no andan en esos entredos, en que los mete el poeta. Dejemos las cosas se termine las puso Dios.

Cual a otros de su calaña hizo del hombre el rigor campesino y pescador el ducho de ella...

—Cabaña, ya lo suponíamos: solo por este motivo puedo el Sr. Velarde escribir esa palabra del primer verso: cabaña no será palabra culta pero es consonante tan cabaña y el que vive en ían vil mansion no merece mejores consonantes.

De aquí el hallarse el extremo de su versificación.

Es de aquí el hallarse que tiene mucha gracia, de aquí poética expresión que nos recuerda aquellos versos de un poeta que quería ante todo la sencillez y la naturalidad:

En el ínterin don Pablo,

no obstante ser muy valiente,

se escurrió prudentemente.

Como alma que lleva el diablo.

Y toda vez que de él hablo,

en dos palabras siquiera,

y así muy á la ligera,

díre, dígamele así,

que en su loco frenesí

no hubo Dios que le cogiera.

El Sr. Velarde tiene entre varios defectos el de confundir los dativos con los acusativos, lo cual se ve por las preposiciones que le planta a los acusativos de cosa, creyendo que son dativos. Peor que esta confusión es la siguiente:

A veces el campesino

topa por mugro marino

el cespud que va brotando.

Comprendo que un campesino tome el rábano por las hojas, pero en estos tiempos de conferencias agrícolas y de Cáritas no se convenga que un campesino confunda el mugro con el cespud.

Con las horas de bochorno

las tórtolas del contorno

van á arrullarle la vista.

Eso de ir á arrullar la vista, podrá ser verdad, pero no lo encontrará V. en los clásicos. Ni en los románticos.

A uno y otro rapazuelo

que lloran, dice la madre:

«¡Callad, al pan no trae pallo

lo traerá un ángel del cielo.»

Más no calmado su anhelo

con esta apóstrofe santo...

Eso no es un apóstrofe, pero es muy natural que los rapazuelos no calmen su anhelo. Ha pasado la edad de la fe y ya ni los chiquillos creen a la madre que los parió.

Abogada la trista en llanto

cuentos de brujas les cuenta,

por ver si de ellos se ahuyenta

el hambre con el espanto.

Sistema Cánovas: ¡hay hambres pues palo; no hay como el medio para engordar.

A fuerza de estar atentos

se van quedando dormidos.

Bonito epigrama. El Sr. Velarde se lo habrá oído a algún lector atento de sus poemas.

Tanto al fin se sobresalta

que corre á atrancar la aliteria

y desventajada puerta

de llave y cerrojo falta.

Más cuando el umbral aulla...

Una mujer de su casa que vá á cerrar la puerta no asalta el umbral, y esto sí que lo sé de seguro, no es como lo del lentisco.

Al conocer el intruso

la mala impresión que (¡¡) ejerce,

el gesto fruncido tierce entre irritado y confuso; y murmura—«¡si es que abuso...»

Si señor, abuso V. de los consonantes, sabe Velarde, y ojerce V. muy mala impresión a los lectores, que si no no se han perdido a fuerza de estar alentos.

Sin notar que el hombre adusto la mira y no le responde, ella que el tenor escucha...

Y se ha repetido el auto...

Repóngase el lector del susto y mañana! propinará otra dosis de poema.

Pero antes de concluir por hoy, conste que el Sr. Velarde no ha infringido el bardo del sistema de punto al sistema métrico decimal: todo sus estrofas son décimas, y ninguna esta fe de peso. Todo lo contrario.

(Se concluyó, ¡oyá si se concluyó!).

CLARIN

PALIQUE. (1)

La venganza; poema del sistema decimal por Velarde.

(Conclusión.)

Si el Sr. Velarde fuese un poeta desconocido, ya me guardaría yo de ir siguiéndole los pasos, ó mejor diré, los versos con este comentario perpetuo. Pero, amigo, la glosa es el privilegio del génio. Dante ha sido mucho más comentado que el poema de Velarde y Cervantes no se diga: tal vez lleguen los tiempos en que haya velardófilos como hoy existen cervantófilos; y acaso se averigüe, como se supo de Cervantes, que el señor Velarde era un gran cocinero; y lo que exajeran los más, pues nunca faltan exajeraciones; hasta llegarán á decir que el autor de la *Venganza* era gran hablista. Aunque esto ya sabemos los contemporáneos que no es verdad: porque á ningún hablista se le ocurre decir:

Sin freno que la cohíba
cual al callar fuera mengua,
no da descanso á la lengua
en tanto que el fuego aviva.

(1) Véase el número del domingo,

Así hace el Sr. Velarde, no da descanso á las décimas; y es por eso, porque no hay freno que le cohíba.

De charla tan expansiva
da su inocencia la clave:

¡Fuerza del consonante á lo que obligas! Ha meditado Vd. bien lo que significa clave? Pero, ¿qué más da clave que clavo? El caso es que oncaje. Sin embargo, cuando el consonante le ponga en un aprieto, antes de recurrir á la clave de la charla que da la inocencia, debe ampararse del nuevo sistema inventado por el autor de un poema á SS. MM., que así dice: el cual autor usa el consonante que primero se le ocurre sin perjuicio de rectificar en una nota dando el verdadero sentido á la palabra: *El Imparcial* ha descubierto este maravilloso invento, y nos da el ejemplo de una *ho uera* que ha de entenderse *política*. Haga lo mismo el Sr. Valverde; recurra sin escrúpulo á lo que un médico ó un economista llamarían consonantes sucedáneos.

De la fortuna la rueda
anda tan mal, que predigo
que un día como al mendigo
nos arroje á la vereda.

Predigo que nos arroje, está mal dicho, señor Velarde; esto lo juro yo ante un Cristo, y no es malquerencia mía; consúltelo Vd. con la almohada, que quizá haya aborvido la gramática que usted debe de haber estudiado.

Solo este huerto nos queda,
y hemos de regarlo á mano
de ese pozo, al mar cercano,
cuyo manantial salobre,
á mas de malo, es tan pobre,
que se agota en el verano.

Conocía yo la mano de gato, las manos de carnero y hasta la mano de obra; pero la mano de pozo es nueva para mí: ni creo que el mar sea un manantial malo y pobre que se agote en el verano.

....—Más tan prolijos
cuidados en regocijos
ma los trueca Dios piadoso
con el amor de mi esposo
y la salud de mis hijos.

¿Teneis hijos? (1) ruje fiero
el hombre que se adelanta
y quate, al saltar la mania,
en traje de marinero.

La buena mujer que charla y charla porque no tiene freno que la cohíba, no sospecha que aquel hombre debe de estar loco cuando tan furioso se adelanta saltando la mania y quedándose en traje de marinero por nías cosas. Si señor, tengo hijos; ¡y qué! V. no los ha de mantener.... A renglón seguido el hombre adusto se pone furioso y á la mujer la acomete un miedo soberano, pero

Al cabo se restablece;
mira al hombre de asolayo
y viendo que va en desmayo
y se apaga su furor....

¿Va en desmayo....? pero, siga usted, siga usted.

cual de la nube el rigor
cuando rompe en lluvia y rayo.

Mala comparación. El rigor de la nube no se apaga ni *ed en desmayo* cuando arroja el rayo rayos y centellas! ¿quiere V. más rigor que el de un rayo? ¡Ni que fuera V. Júpiter Tonante!

Fuere del hogar se lanza,
sin que ya nadie le asombre

Hombre ¡hombre! ¿eso ya es demasiado ripiar! Sr. Velarde, ubinam gentium ¡uinus quam republicam habemus....!

El hombre de la venganza.

Furioso ruje (ya rugió tres veces y siempre furioso) y avanza

hacia donde están dormidos
los niños que, sorprendidos,
en él la muerte fijan
(ya han despertado, por supuesto)
y asustados se cohijan
rompiendo en tristes gemidos

¿Dónde se cohijan?

Acercóse poco á poco
al hombre sañudo el niño,
y á la par que con cariño
con inocente descoco.

¿Descoco! Tampoco ha meditado V. lo que es descoco.

(1) Pues claro; el que tiene *prolijos* tiene hijos, á lo ménos en verso.

—«Y madre» gimiendo añade,
pero tórnase jovial
viendo del hombre el morral.

¡Morral! ¡El morral del hombre!

Que á un registro le persuade
con temor y ansia lo invade.

¡Invadir el morral del hombre! Esto toma proporciones alarmanes.

Entre tanto el marinero,
cual potro que el freno tasca...

Por lo visto éste tiene freno que le cohíba.

El poema concluye en paz y en gracia de Dios; la madre, que de puro miedo corrió dejando en poder del asesino que ruje fiero á sus hijos prolijos, y eso que *no hay nada que le asombre*, vuelve y encuentra á los chiquillos sanos y salvos. Más vale así.

Dios lo conserve tambien la salud al Sr. Velarde; pues si los Velardes se acabaran, ¿qué sería de

CLARIN?

Dos autores llaman mi atención en la presente semana, y digo la mía, porque no me atrevera a decir otro tanto de la atención de todos: por ejemplo, de la atención de Alejandro Pidal—Pidalejo, que digo yo (y voy haciendo escuela).

El primer suceso es la publicación de una novela—¡gracias a Dios!—que se titula *El señorito Octavio*, que ha salido de la casa editorial de Fernando Fé, con toda la elegancia tipográfica que merece un señorito de buena familia.

El otro suceso de importancia es el acto solemne de la recepción de Menéndez Pelayo en la Academia de la Lengua, y de Cañete.

Estoy seguro de que todos los que visten gala con uniforme, desde el conde de Cheta al portero del Veloz-Club, dan mucha más importancia a la recepción de Pelayo que a la novela de Armando Palacio. Una novela no es más que una obra del ingenio. Que sea original, que sea bella, que revele dotes excepcionales en su autor, que pertenezca a un género aquí apenas cultivado y que es el más propio de las costumbres ó ideas presentes ¿qué más dá?

Todo eso no prueba que Armando Palacio tenga buenas alabas, ni amigos ultramontanos y excesivamente celosos de su gloria; ni prueba tampoco que Armando Palacio sepa más que Lope ni disfrute de mejor memoria que Séneca: todo eso no prueba más que el florecimiento de nuestra novela continua; que a los nombres de Galdós, Valera, Alarcón, Pereda, Ortega Manilla, hay que escribir otro: Palacio Valdés.

¿Le parece bastante a Palacio esto? ¡Sí!

Pues hasta. Otro día hablaré de *El señorito Octavio*.

oto, sin llamar al autor divino, ni monstruo, ni ridios:

Y vamos al otro acontecimiento.

Ante todo, consta que Marcelino Menéndez Pelayo es inocente.

Ninguna responsabilidad tiene en todas las necesidades que con motivo de su recepción y de su extraordinario talento se han dicho.

El es uno de tantos (de tan pocos) jóvenes que cultivan las letras, anunciando en los primeros frutos de su pluma y de su palabra abundantes cosechas de obras que enriquecerán y honrarán la literatura patria. Pero, por desgracia, la vocación de Pelayo es tan rara en nuestro país y en nuestro tiempo, que la fama superior de que goza este joven, ya flaquea, débela a lo especial, —a lo singular diría mejor,—de sus aficiones. Se le ha ocurrido amar el clasicismo, estudiar, comprendiéndoles y amándoles, a los poetas griegos y latinos.

Otros jóvenes que valen tanto como Pelayo no han tenido la fortuna de sentir esta vocación, aquí excepcional, y justamente el nombre que tienen no es de tanto valer, relativamente, como el de Pelayo.

Si González-Serrano, si Alfredo Calderón, si Ortega Manilla aspirasen a entrar en la Academia Española, se les tendría por sobradamente audaces, y con razón. Menéndez Pelayo aspira a entrar y entra, y a ninguna persona imparcial se le ocurre decir que peca de atrevido.

¿Por qué? ¡Es esto justo! Si es justo, porque los talentos de Pelayo, sin ser en absoluto superiores a los de los jóvenes ártos nombrados, son más propios de esta clase de instituciones; Pelayo será un buen académico de la Lengua, y no lo serían los otros.

(Ni el Sr. Catalina.)

Sigamos.

Menéndez Pelayo es algo más que un hombre, como diría Pidalejo.

Se también una bandera.

Yo, en cuanto hombre (en cuanto hombre... él), le admiro y quiero más que todos esos reos que explotan su fama, sin comprender, los más, su mérito.

En cuanto bandera, voy a ponerle como un trapo. Demasiado sabe, él que la admiración que me producen sus positivos méritos, está muy por encima de estos distinguos a que me obligan imprudentes panegiristas.

Queriendo demostrar que Menéndez Pelayo es grande, se lo ha desfigurado haciéndole enorme.

El Imparcial de ayer publicó un artículo en que se prueba que Pelayo no puede ser tan listo y tan sabio, como efectivamente es, sino por medio de un milagro. Quitad el portento y es imposible que Menéndez Pelayo sepa tanto. Esta es la terrible y sarcástica conclusión del articulista.

Firmase el apologeta *Un montañés*, y el muy torcaz escritor que no debe estar acostumbrado a la lógica que usamos los de la llanura, los lisos y llanos, se enreda en una de esas paradojas que defraudan muy mal parada la fama de Pelayo, si no estuviera, como está, a prueba de bomba y de bombo.

Dice el escritor del monte que Marcelino M. Pelayo no tiene tiempo para estudiar tanto como sabe. Que anda de hureo todo el día y toda la noche, que no come en casa, que yala en los bailes y que no se está quieto ja más.

Pues en tal caso, una de dos.

O ¡aquí hay un milagro, ó Marcelino no sabe tanto como parece.

Claro que no hay nada de esto: ni milagro ni lo otro. Pero vamos a las tonterías del montañés-adulador.

Lo que hay es que lo que me importa al grandísimo meo que escribe estas hipérboles, es poner ó no poner, en ridículo a su defendido; lo que él, y otros como él quieren, es hablar mal de la libertad y de la ciencia moderna, y de la filosofía alemana (como ellos dicen) con cualquier pretexto.

Y quien paga los vidrios rotos al sentido común, es Menéndez Pelayo.

Se le hace decir que el mundo debe estar iluminado por los resplandores de las hogueras inquisitoriales.

Ese alumbrado es más caro que la luz eléctrica. Porque no hay que olvidar cuál era el combustible de esas hogueras: era la carne humana.

Pues ya lo vé Vd., señor gato montés, decir eso de M. Pelayo, es tanto como llamarle salvaje y antropófago. ¿Qué más? Le llama troglodita con todas sus letras.

Lo único que los Pidalejos podrán conseguir por ese camino es provocar las pasiones contrarias a las auyas y hacer que sean desconocidos los méritos de Pelayo.

Si haceis sabiduría su fama de las hogueras inquisitoriales, ¿cómo queréis que su nombre sea por todos bendito y alabado?

Segun los Pidalejos, Menéndez Pelayo no es más que esto en resumen: un Torquemada precoz.

Pero además hay que saber leer entre líneas.

Cuando Pidalejo dice todas estas atrocidades de Pelayo, otra le queda.

Que es la siguiente:

...¡Y si esto vale él, cuánto valdré yo, que valgo mucho más!

Del discurso de M. Pelayo hablaré otro día, y hablaré también de la contestación de Valera.

Pero antes merecen ocupar mi atención dos obras de ingenios positivos, que no tienen Pidalejo que les ladre (estilo de neo); pero que han enriquecido el caudal de la literatura seria, de la literatura oportuna, del día, original y que no admito falsificaciones. Digo que hablaré antes de *El guardián de la casa* y de *El señorito Octavio*.

CLARIN.

Señores, confieso que no se hizo para mí esto de alabar todos los días.

Espíritu avieso el mío, y aún envidioso en opinión del Sr. Cano y otros autores, necesita *carne de Velarde*, por decirlo así, de cuando en cuando.

Esta semana pasada no he hecho más que tocar el bombo, y esto no parece bien en un Clarín.

Es preciso cambiar de vida; por lo ménos alterar,

nar, y no siempre escribir de géneos y más géneos.

Ya estoy hasta aquí (señalando la punta de los pelos) de decir que Echeagaray es un poeta como un estallo, y Campoamor otro poeta como una montaña.

Claro es que lo son. Pero ya estoy cansado de Aristides.

Basta de Echeagaray, basta de Campoamor.

¡Hablemos de Valdivia!

¿Qué era ayer Valdivia?

Nada.

¿Pero hoy?

Nada, tampoco.

¿Pero mañana?

¡Ah, mañana será otro día! Valdivia es de ayer y llenará la tierra.

El Sr. Valdivia, que por lo pronto tiene la ventaja de llamarse Niceto, emprende la carrera de las letras, y parece ser, a juzgar por sus primeros escarescos, que piensa consagrarse a la crítica.

Yo voy a tomarme la libertad de darle algunos consejos.

Ante todo, debe cambiar de apellido. Valdivia es un nombre que no dice nada, por lo ménos nada bueno.

Aquí, donde hemos tenido un *Valdicielo*, autor de *Fantasia y Realidad* (un poema-Orsói, capaz de matar a un czar con cada canto), un Valdivia ya no nos sorprende.

El origen de Valdivia, como el de la historia del lenguaje, se pierde en la noche de los tiempos.

Yo sé del doctor Valdivia, personaje de gran importancia en las aleyas de D. Perlimplín.

Pero nuestro Valdivia no debe ser ese; el nuestro no debe ser doctor.

En fin, este es un Valdivia no *sorpreñado*, como diría Fernánfort, ¡vaya si lo dice!

Pero no importa.

Le non ne fait pas le Valdivia.

Todo es acostumbrarse, y á fuerza de repetirlo nos iremos haciendo á Valdivia, Valdivia, Valdivia.

Otro consejo.

Hace mal en burlarse de Clarín, y en levantarle falsos testimonios.

Figúrese Vd. que yo no fuera tan llano como la palma de la mano y como Posada Herrera; no hubiere contestado á sus echufetas de Vd., y allí se estaría Vd. pudriendo.

Un crítico novel no debe empezar por decir pesates de quien no ha hecho otra cosa en su vida que hablar mal de los poetas.

Cualquiera puede pensar, al leer los ataques exasperados de Vd. á Clarín, que viene Vd. *de comisión*.

Claro,—pueden haberse dicho algunos amigos de usted,—nosotros no debemos meternos con Clarín, porque tenemos el tejado de vidrio.

Echémosle á Valdivia... que no tiene tejado.

Efectivamente, Vd. no tiene tejado, ni nada.

Es Vd., en punto á antecedentes literarios, un solar, unos cuantos pies cuadrados de escritor sin construir.

Y por eso se atreve Vd. á tirar piedras.

Figúrese Vd. que yo quisiera vengarme; de sus bromitas de Vd., que Dios me libre.

¿Qué habría de decirle!

Que el artículo en que Vd. quiere demostrar que Armando Palacio no sabe gramática, sólo demuestra que quien lo ha escrito es Vd.

¿Y qué más dá que no sepa gramática el Sr. Valdivia?

Copia Vd., con letra bastarda, varios párrafos de *El señorito Octavio*, y resulta que Vd. mismo no sabe qué es lo que pretende corregir, porque ni hay allí qué corregir, ni Vd. lo corrige; ¿y qué? Por ventura ¿es Valdivia el primer crítico que no sabe lo que es arquitrabe?

De otro modo, que aún es Vd. demasiado poco para materia primera de un palique.

Demasiado poco, en cuanto escritor; entendámonos.

Que tocante á lo Valdivia, le considero á Vd. tan Valdivia como el primero y tan digno de respeto como cualquier caballero particular.

Y vamos ahora á lo del falso testimonio.

Dice Vd. que yo he encontrado mucho humorismo en *El señorito Octavio*.

Y lo repite Vd. quince veces, lo cual constituye una matracá que á Vd. puede parecerle muy graciosa, pero que no es verdad ni una sola vez.

En quien yo veía *humor*, no humorismo, era en Valera, á quien decía Fernánfort que imitaba Palacio; pero en *El señorito Octavio* yo veía sólo una novela de un naturalista, de un humorista.

Y añade Vd. que yo comparo á Palacio con Heine y Richter. No es verdad.

Y con Borel. ¿Borel? No, señor, ni con Borel, ni con Miquel.

¿Qué humorista es ese?

«Clarín,—dice Vd. más abajo,—no halcido á Roqueplín.»

A lo ménos que yo recuerde.

No he leído á Roqueplín, ni sé quién es; crea usted que ese Plín es un Roque que no está en el número de mis autores favoritos.

¡Roqueplín... Roqueplín... Como no sea algún Valdivia extranjero, no puedo sospechar quién pueda ser...

Creo, Sr. Valdivia, sea lo que quiera de Roqueplín, que no puede Vd. quejarse de mí.

No sólo escribo para Madrid este artículo, en que estampo repetidas veces el nombre de Vd., sino que también hago lo mismo en una correspondencia que mando á *La Publicidad*, de Barcelona; allí podrá Vd. ver su nombre con todas sus letras: Valdivia.

Otro consejo: no debe Vd. replicar, porque yo no estoy dispuesto á escribir una réplica.

Creo que bastante hemos hablado.

Haga Vd. que se represente algún drama; luego; que no dejará Vd. de tener su drama en su teatro; publique Vd. algún libro, y entonces... hablémos.

Entretanto, prometo no volver; á acordarme de San Niceto, ó sea el santo de su nombre.

¡Oh, Sr. Valdivia!

CLARÍN.

Pródiga naturaleza—como diría Llipandro Acaico—pero, mejor dicho, pródigo el Espiritu-Santo, dotó con los doce dones que tiene a su disposición a mi excelente amigo el revistero distinguido D. José Fernandez Bremon; pero como entre esos dones no está el de la oportunidad, ahí tienen Vds. á Bremon lleno de dones y sin ese.

Lee Campoamor en el Ateneo su magnífico poema *Los buenos y los malos*, y la prensa, unánime y acertada también por unanimidad y por primera vez acaso, aplaude con entusiasmo al poeta insigne.

¡Pues con tan feliz coyuntura, el Sr. Bremon, que ha sacado de pila á todos los poetas chirles que pululan por ahí, que ha apadrinado absurdos de Cano y dislates de Velarde, llega con sus manos lavadas—porque, eso sí, á pulcro no le gana nadie—y se le ocurre poner en cuarentena la competencia del Ateneo para juzgar obras literarias y la de los periódicos para dar patentes de génio.

Cuando el Sr. Velarde, y otros peores poetas que el Sr. Velarde, que es bastante decir, leía en el Ateneo poemas sin sentido común; el Sr. Bremon callaba ó aplaudía, según frecuentaba ó nó el Ateneo; pero llega Campoamor, el mejor poeta lírico, en la rigurosa acepción de la palabra; el más profundo y original que ha tenido España, y el amigo Bremon dice, con la escasa oportunidad de que dejo hecho mérito:—Tate, tate, señores; no entusiasmaros demasiado, que los socios del Ateneo no tienen el gusto muy exquisito, y la prensa suele llamar génio á cualquiera.

¡Oh, Bremon benigno, Bremon benéfico, absolución andando, protector de Velardes y Canos, amparo de ripios desvalidos, de solecismos extravagados; Bremon risueño, el que vé lunares graciosos en barbarismos intolerables, el que deja que cada cual conjugué á su manera verbos irregulares! Tá, Bremon, que con decir Bremon agoto el vocabulario de la piedad y de la tolerancia; tú, que opinas que el colmo del buen gusto es hacerse de miel (y comerte hasta Velardes y Canos), ¿cómo no ves que la peor ocasión para decir mal del gusto del Ateneo y de la imparcialidad de la prensa era ésta, en que prensa y Ateneo proclaman á Campoamor y le declaran el mejor poeta nuestro de los de ahora?

Vuelvo á llamar al Sr. Bremon de Vd.,—terminado ya el apóstrofe que precede,—y digo:

Pero Sr. Bremon de sus pecados de Vd., ¿por qué habla Vd. con esa tibieza del poema de Campoamor y por qué censura el efecto mágico que causó en el Ateneo... si Vd. no estaba allí?

Yo le diré á Vd. lo que decía Esquines cuando hablaba á sus discípulos del triunfo de Demóstenes:

«¡Si hubiera Vd. oído al monstro!»

¡Si hubiera Vd. oído á Campoamor cuando, después de hablar de lo que le decía á Juan la naturaleza de la muerte de su madre, hablaba el poeta de la muerte de la suya y exclamaba:

Y ví también cuando murió la mía
á las piedras llorar de sentimiento!

Y si Vd. le hubiera visto llorar, sin poder contenerse, ¡ah, Sr. Bremon! Vd., tan tierno ante los rípicos de Cano, Vd., tan embelesado ante los imposibles psico-físicos de Velarde, hubiera hecho lo que hicimos todos: llorar con el poeta y ver bien claro, como todos lo vimos, que para tocar las fibras más delicadas del corazón no es absolutamente necesario prescindir de la gramática, y que aun sin conjugar mal el verbo asolar, y sin decir que las algas las cuega el mar por sí y ante sí de los lentiscos, se puede entusiasmar á un Ateneo y á *La Correspondencia*.

(1) Por falta de espacio no se publica hoy el segundo artículo acerca de *El gran Galeotto*, y vá en su lugar esta *Palique*.

respondencia, que supo aplaudir, y conste, los versos de Campoamor con frases muy bien pensadas y muy bien sentidas.

Si, señor, ¡hasta *La Correspondencia*! Vea Vd., señor Bremon, lo que tiene óir poemas y no saber dónde.

Ahora suspendo por algunos cuartos de hora este palique, y voy á ver al Sr. Abarzuza que, en pie junto á la máquina, silla en que no se sentó Campoamor el sábado pasado, vá á leer nos varias poesías suyas (de Abarzuza) poéticas que tienen el mérito relativo de ser inéditas.

No conozco al Sr. Abarzuza, ni de vista ni de oídas. Voy á juzgarle como no quiere *El Siglo Veintiuno* que se diga, y hace bien—con absoluta imparcialidad.....

(*Unzler*).—¡Velada literaria; lectura de poesías por el Sr. Abarzuza!

Dejo la pluma; voy á ver al poeta.

Empezaré por no llamar génio al Sr. Abarzuza, para que no se incomode, esta vez con motivo, el Sr. Bremon.

‘Pero,’ pésele ó nó á Bremon, ó al Sr. Velarde, diré que Abarzuza es de la madera de los poetas verdaderos.

No es la escuela á que pertenece la forma que cultiva, ni la más simpática al gusto de nuestros días, ni la más propia para expresar las ideas y los sentimientos que hoy predominan y de que participa, para bien suyo, el Sr. Abarzuza que, á Dios gracias, es poeta liberal.

Y, á pesar de esto, será míope ó mal intencionado el que no pueda ó no quiera ver que lo porvenir reserva triunfos legítimos y de valor durable al jóven que ayer recibió muchos y mercedidos aplausos.

Las poesías, que hoy mismo acaso se pondrán á la venta, son dignas de detenido exámen; y no puedo significar al Sr. Abarzuza de mejor modo la simpatía que sus cantos han despertado en mi alma que tratando, contra mi costumbre, de los ensayos líricos de un poeta novel.

No siendo para mal, nunca he hablado de semejante clase de ensayos. En lo que de su libro tengo que decir, no faltarán espinas, pero tampoco flores; si es vanidoso, las espinas se le clavarán hasta muy adentro; si no lo es, y Dios lo quiera; si ama el arte con amor puro y no por vanagloria, entónces, será cada espina acicate de su positivo ingenio.

OLAZEN.

PALIQUE.

Cierto caballerete (del caballero no respondo, del etc, sí,) cuyo nombre no digo, por mortificarle más, desca entablar polémica con Clarín; pero ha equivocado el camino. Yo no discuto con quien usa palabras groseras y olvida los radimantos de la buena crianza.

Me ha incomodado, porque me obliga á llamarle lo que yo no he llamado jamás á nadie en letras de molde: imbécil.

El dice que yo lo soy, pero literariamente nada más.

Como el *Diccionario* no admite esos distinguos, yo me veo obligado á llamar á ese quidam imbécil en toda la extensión que dá á la palabra el *Diccionario*.

Nota bene.—Para evitar trámites inútiles, al caballero á quien aludo debo advertirle que las palabras anteriores son de las que no se retiran.

Me parece que me explico.



Amigo Bremon: Vd. que es todo lo bien educado que yo necesito que sea quien discuta conmigo, merece que replique á las palabras que me dedica en el último número de *La Ilustración*.

Dice Vd. que considera á Campoamor en todo lo que vale, y me alegro infinito, no tanto por Campoamor como por Vd.

Y concluye Vd. dándome una lección, que yo acepto, de P. Astete.

He buscado el P. Astete en el Ateneo, y no lo hay; á pesar de ser el presidente tan católico, en el Ateneo no existe el P. Astete; ni siquiera entre los libros que llama el catálogo de *vaga y aviesa literatura*.

Parece ser, según Vd., que los dones del Espíritu-Santo no son doce, sino siete.

Es muy posible.

Yo, de todas suertes, lo siento, no por mí, sino por el Espíritu-Santo.

Por lo visto, yo lo he atribuido cinco dones más de los que efectivamente tiene. Más vale que sobre que no que falte.

Y despues de todo, ¿quién sabe de fijo, así, como dos y tres son cinco, cuántos dones tiene Su Divina Majestad?

Siete es un número climatérico, y por eso tal vez se ha dicho que los dones del Espíritu-Santo son siete; pero acaso cuando el sistema decimal se extiende y popularice, se aumente el número de esos dones por la autoridad competente, y lleguen á diez para facilitar su multiplicación.

En fin, dejemos esto, porque de tejas arriba todo es teología y gatos.



He recibido una carta atenta é impresa del señor presidente de la comisión del Centenario.

En ella se me invita á que eche mi cuarto á espaldas y escriba algo para un libro dedicado á Calderón.

Yo agradezco infinito, y si no infinito por lo menos bastante, al señor presidente del Centenario la invitación con que me honra; análoga á otra invitación con que honra al Sr. Vieyra de Abren (no respondo de la ortografía).

Se me pide que para el día 20 del actual tenga escrito un artículo ó una poesía en honor de Calderón.

Y se me pide esto el día 11.

Tal vez se me ha confundido con otro; esto de

pedirme poesías á mí, y en plazo tan perentorio, me huele á broma. He visto también otra circular de esas, dirigida á Moreno Nieto, y como supongo que también se le pedirá un artículo ó una poesía, esto ya me parece casi una irreverencia. Pedirle al Sr. Moreno Nieto una poesía, como, quien dice improvisada, es compararle con la ciega de Manzanares ó con el Sr. Lopez Bago, de felice recordación.

Mi amigo y paisano—¿por qué no decirlo?—Pando y Valle debe tener la culpa de esto. Él, tan poeta, cree que todos los somos.

Pero yo le digo en mi nombre, y aun en el de Moreno Nieto, que lo que es versos no los hemos de mandar.

Lo que yo haría en honor de Calderón, sería quemar en la Plaza Mayor todos los versos que se perpetren con motivo del Centenario.



Porque, señores, eso de querer que la poesía brote regándola con perros chicos, es una inocentada. El decoro debe darse al poeta despues de producir, no como señuelo para que produzca.

Un certámen viene á ser la operación cesárea del poeta; muerto el ingenio se le quiere extraer la criatura... que también suele perecer en el lance.

Esto lo digo despues de consultar con varios doctores; porque despues del gazapo de los dones del Espíritu-Santo, estoy escamado y no quiero dar puntada sin doctor.



Oiga Vd., Sr. Bremon, á propósito de los dones. Dispense Vd.; yo los habia confundido con los frutos, que parece cosa averiguada que son doce. Yo habia oido campanas. Confieso el *lapsus*. Pero filosofemos. ¿Por qué han de ser doce los frutos y siete los dones, y no viceversa, por ejemplo?

De esto hablaremos cuando Sagasta haya abolido decididamente á mi amigo Castrillo (alias) el fiscal.

CLARÍN.

PALIQUE.

A «EL SIGLO FUTURO».

SALUD Y BEATAS:

Confieso que me gusta disputar con *El Siglo Futuro*. Yo que no soy partidario de la moral en el arte, que creo que el mal, en siendo bello, es digno de ser admirado estéticamente, juro y perjuro que *El Siglo Futuro*, es el periódico que más me gusta de cuantos se escriben en Madrid.

Por lo pronto, tiene la ventaja inmensa, cada vez más apreciable por lo rara, de estar escrito en castellano.

El Siglo Futuro, comparado con *La Fé* y *El Fénix*, es como Bertrand el de *Roberto* comparado con don Basilio el de *El Barbero*. Se le ven á *El Siglo* las alas de murciélago, las uñas de diablo, el rabo de cura salta-montes; *La Union Católica* ni tiene alas, ni uñas, ni rabo, ni pincha ni corta. *El Siglo* es el caradura tradicional, erudito á su modo, falso, cruel; grande en su cinismo, orgulloso hasta la locura; tiene los siete pecados capitales, pero no los esconde; es el diablo mayor, en una palabra.

Y sobre todo, sabe mucho más que sus colegas los de la competencia celestial.

Recuerdo que discutiendo yo con *La Fé*, le di una buena lección [buena] de de... autología (no sé el término técnico, y empleo éste, pero no por burlarme, amigo *Siglo*, créalo Vd.). Decía *La Fé* que en Astúrias habían nacido muchos santos, entre otros Santa Eulalia.

Figúrese Vd., *Siglo*, ¡Santa Eulalia en Astúrias! —Oiga Vd., —le dije yo,—de dos Santas Eulalias de que se habla, ninguna nació en Astúrias, pues la auténtica nació en Mérida y la otra se dice que en Barcelona.

Quisiera que leyese esto Bremen, para que no creyera que sé tan poco de cosas sagradas y santas.

Pues bien, cuando me atrevere, yo á darle una lección por el estilo al *Siglo Futuro*?

Y además, otra gran ventaja del *Siglo* sobre *El Fénix*: en *El Siglo* nadie ha escrito *Verdugo* y *sepulturero*, ni *Alicia*, ni *Masaniello*.

De otro modo, *El Siglo* será todo lo que ustedes quieran, pero no es cursi.

Y esto vale mucho en los tiempos que corremos.

Me parece que no se quejará de mí *El Siglo*; le doy todo este incienso —que él merece— á pesar de que dice que, he escrito tan montón de majaderías en un periódico para vanagloriarme de que no sé el *Catecismo*.

Pies neos no ofenden. Majadero ha llamado *El Siglo* á Castelar, y sería demasiada susceptibilidad —si vale la palabra, señor *Siglo*, que Vd. dirá— ofenderse por tales palabrotas. *El Siglo* no sabe hablar de otra manera, y en esta parte no hay que exigirle lo que no puede dar: buenos modos.

En cuanto á lo de vanagloriarme, no hay tales Necedales; no sólo no tengo á gloria el ignorar el *Catecismo*, sino que aseguro, bajo palabra de honor, que lo sé. Lo de los dones fué una equivocación; mi amigo el revisitor de *La Ilustración Española* me cogió el gazapo, y saltó del apuro lo mejor que pudo. Pero el *Catecismo* lo sé; sé lo que hay que creer [que no es poco] lo que hay que orar, lo que hay que obrar y lo que hay que recibir; sé, otro-sí, dos novísimos y, por consiguiente, no me he caído en saco roto qué hay cuatro infiernos en el centro de la

tierra. Pero supongamos que yo, en uso de mi autonomía, no supiera nada de esto, y que con una ingenuidad y humildad, dignas siempre de aplausos, lo confesara: ¿hay razón, sin más, para decir que blasfemo?

¿Es blasfemia declarar la propia ignorancia?

Supongamos ahora que yo soy budista y que á *El Siglo Futuro* se le antoja hablar de la teología de Sankia-Muni, ó de la ley de Manú, y resulta, como será muy probable, que no las sabe. Yo, budista, ¿tengo derecho para escandalizarme de la ignorancia confesada de *El Siglo*?

Yo le pregunto á *El Siglo*: —¿Cuántos son y cómo se llaman los distintos matrimonios de la ley de Manú? —Conteste *El Siglo* sin consultar libros ni nada, de repente; y es casi seguro que contestará un disparate. Pues yo, budista, le llamo ateo, impío, blasfemo, majadero, cursi y carlista. ¿Lo parecerá eso bien? Claro que nó; pues con igual justicia ha procedido *El Siglo*.

Que yo he dicho que se presta á filosofar eso de que los dones sean doce y los frutos siete, digo, que los dones sean siete y los frutos doce... ¿Y qué? ¿Pues no mereco meditaras el caso? ¿No es de extrañar, ó mejor, de admirar que los frutos sean tan ricos en variedades, que ni los de la pera de la Duquesa?

¿No hay aquí ocasión para alabar á Dios, y de paso al P. Astete?

¿No pudo Dios en su infinita bondad, con la cual es nada comparada la bondad de Bremen, no pudo hacer que los frutos fueran ménos? Y sin embargo, no señor, son doce, la docena entera.

Y en último caso, señor *Siglo*, si yo tomo con poca formalidad estas teologías, que no creo, ¿gusto por ello á lo que se debe á Dios? Yo creo en Dios, á Dios gracias; pero este Dios en que yo creo no tiene todos esos cosméticos que diría Valera; es un Dios —no raya Vd. á creer que es un Dios del uno y veis —es un Dios uno, por de pronto, pero no trino; y esto permite la Constitución decirlo; ¡pues no faltaba más!

Así como á Vd. puede parecerle desairada una Divinidad sin acompañamiento; á mí me parece ridículo colgarle al Sér Supremo, como la llamaban ántes los liberales, una porción de dones y frutos, como si fuera ramo de rifa en fiesta de pueblo; y con el artículo 11 de la Constitución en una mano; y la pluma en la otra, digo y sostengo lo dicho: qué Dios, el Dios á quien yo adoro, no tiene frutos ni flores, ó que si los tiene yo no lo sé, pero que creo que no los tiene. ¿Es esto blasfemar?

¿Debe denunciarme por esto el fiscal? (que es lo que quería demostrar *El Siglo*.)

De ninguna manera; basta ya, es que yo sufra que el dinero que pago de contribución (una cédula de pobre de solemnidad), sirva para alimentar á los curas que enseñan á los hijos de mi vecino eso de los dones y de los frutos, en, que digo y repito que no creo; y lo digo en nombre de la Constitución, art. 11. El art. 11 deja creer y no creer en los frutos, á gusto del creyente.

Para concluir. *El Siglo* se pone muy puto porque yo pregunto ¿por qué han de ser doce los frutos y siete los dones y no viceversa?

Eso es, vamos á ver ¿por qué ¿por qué?

Si *El Siglo* me dá una razón satisfactoria, le prometo solemnemente comulgar con ruedas de molino.

E si non, non. Como dice Balaguer. —CLABIN.

PALIQUE.

Señor don Eduardo—Navarro Gonzalvo: señor don Calixto,—Navarro tambien: mi honor literario—dejar quiero á salvo en esta disputa—de *quienes* y *quién*.

Decíame vosotros—que debe ser *quienes* el quien relativo—tomado en plural; Navarro Gonzalvo,—¡con buena me vienes! Calixto Navarro—tambien... ¡dices mal!

De nuestra gramática,—que ilustra Cañete, del año setenta—tomad la edicion, buscad en sus páginas—un cuatro y un siete; tragad la vuestra—y oid su leccion:

«Algunos escritores usan el singular *quién* cuando se refiere á un antecedente plural: v. gr., «Los siete sábios á *quien* tanto venera la Grecia. Los primeros con *quien* topamos eran los gimnosofistas.» (Saavedra.)»

Si pudo Saavedra,—si pudo Cervantes, si pudo Zorrilla,—á más de otros cien,—decir quien por *quienes*,—señores pedantes, ¡por qué no lo puedo—decir yo tambien?

Por lo demás, señores míos, esto es, señores Navarro, no está bien eso de hacerle saber al público *a fortiori*, quien son los autores de una comedia que él silba, autores de cuyo nombre no quiere acordarse.

Figurémonos que *Clarín* (lo que habrá sucedido muchas veces, pero esta nó,) hubiese cometido una falta gramatical, ¿era ese motivo suficiente para que Vds. exhibieran su apellido, por saber el cual el mundo no habia manifestado la menor impaciencia ni prisa?

Esto demostraría que Vds. se cuidan más de los intereses de la gramática que de su fama literaria, si no fuese que por su cuenta y riesgo la ponen ustedes como chupa de dómine (á la gramática ó á su fama literaria de Vds.... ó las dos, como ustedes quieran).

El articulo en que pretenden darme una leccion, comienza con un barbarismo: «Se ocupa usted del estreno,» dicen Vds., y eso no es castellano.

En su comedia silbada *Ley de amor*, hacen decir á un personaje: «Tengo desconfianza á ese hombre» (ó cosa así; pero, en fin, *desconfianza á*), y eso tampoco es castellano.

Dicen Vds. que no está bien dicho: «El Sr. Romea no es hijo de ningún presidiario.» Pruébuelo Vds.

Y dicen Vds. otra porcion de cosas que no vienen

á cuento, que no prueban que yo falte á las reglas de la gramática; pero aunque lo probasen, su comedia de Vds. seguiría siendo tan mala como el primer día (y último), y Vds. tan incautos ó poco aprensivos como todo autor silbado, que en vez de esconderse y echar *tierra á la silba*, se rebela y chilla y la toma con la crítica, que no ha hecho más que votar con la mayoría, ó mejor dicho, votar *por unanimidad* lo que notó el público.

Para demostrar que no saben Vds. lo que es en sintaxis *figurada*—como dice la Academia—la traslacion de los tiempos del verbo, ¿qué falta hizo exhibir dos nombres que el público habia condenado á la oscuridad?

¿Quién les dijo á Vds., señores gramáticos, que en esta frase «el héroe de la comedia, cuyo padre,» etcétera, el padre es por fuerza el de la comedia? ¡Valientes *cursis*—en gramática—están Vds.! De modo que si digo «el rey de Francia, cuya esposa,» etcétera, ¿hay que entender la esposa de Francia?

Pero falta lo más peregrino.

Los señores Navarro Gonzalvo y Navarro sin más, pretenden que toda la culpa de la silba de marras la tiene el autor de no sé qué obra representada el año pasado por la compañía italiana de la Comedia.

No hay tal cosa: los responsables de eso que ustedes llaman arreglo (¡vaya un modo de arreglar las cosas!) son Vds. El año pasado gustó la comedia que Vds. dicen, y este año se ha silbado lo que han arreglado Vds.

Pues ya ven Vds. si hay diferencia.

Llevan Vds. la sencillez hasta la paradisiaca.

Confesar que se ha hecho silbar una comedia, cuyo original se ha aplaudido, sería el colmo de la humildad, si no fuese otro colmo.

¡Mal sistema, señores autores, mal sistema!

Cuando el público silba y la critica dice amén, la rebelion es contraproducente.

¿Qué han adelantado Vds. con su articulo contra *Clarín*?

Probar una vez más que no saben gramática. Una vez más, porque otra vez lo habian probado ya... en el *cuerpo del delito*.

FÉ DE ERRATAS.—En mi articulo de ayer se me hizo decir «nieves respetuosas,» en vez de «nieves perpetuas.»

Y: «de aquel lecho que quería infamar,» en vez de «que querian infamar.» Conste.

Mi amigo el discreto y diligente periodista Francisco de Asís Pacheco, ha escrito un libro que se titula *La misión de la mujer*.

Y me ha regalado un ejemplar, que agradezco (1).

Dentro de pocos días tendré el gusto de dedicar el tiempo y el espacio que merece á esta obra tan oportuna, y de seguro interesante.

Amigo Pacheco, no le dejan á uno tiempo para nada esos autores *protestantes* que no se conforman con ser detestables y parecerlo además.

(1) Está bien que el Sr. Pacheco (D. Francisco de Asís) haya regalado un ejemplar de su libro á *Clarín*; está bien que *Clarín* dedique un articulo al libro del Sr. Pacheco (D. Francisco de Asís); lo que no estaría bien es que el Sr. Pacheco (D. Francisco de Asís) dejara de remitir á la Redaccion el ejemplar que, como varias veces hemos manifestado, debe enviar todo autor si quiere que se publique un juicio de su libro. (*N. de la R.*)

¡Infelices, ilusos! ¡No comprenden que el *motín* de los réprobos es inútil, inútil, inútil!

CLARÍN.

PALIQUE.

Bebé es una comedia de esas que llaman los autores de por acá, cuando las escriben por el estilo—y casi siempre peores—un jugueto, ó un disparate.

En esta obra no tienen papel las partes principales de la compañía, hecha excepción del Sr. Novelli, que representa el suyo de *repetitore* con la maestría con que interpreta siempre todos los personajes que se le recomiendan. El Sr. Garcés hace un gracioso *Bebé*, y los demás actores trabajan á conciencia en los respectivos papeles. Pero *Bebé* no merece estar mucho tiempo en los carteles; no se puede prescindir, sin peligro, de las primeras partes, y la compañía italiana, que no podrá quejarse de la escogida que el público le dispensa—como se dice—está en el deber de escoger con algun cuidado las obras que pone en escena. *Bebé*, *Frou, Frou*, etcétera; no está mal todo eso... pero queremos cosas más sustanciales. Las hay, á Dios gracias y gracias á los buenos autores contemporáneos del teatro francés.

En cuanto á la *Tornabola*, comedia en un acto con que ayer terminó la función, es demasiado cosa y pesada; hay allí muchos números, y el público, ántes de terminar el sainete, comenzó á despejar, como quien dice: basta de matemáticas.

No saben los Sres. Navarro y Navarro cuánto sienten tener que hablar otra vez de ellos, siquiera sea la última.

Pero, amigo, se viene invocando los sentimientos caballerescos y caritativos del prójimo, y yo, que me precio de bien nacido y bien criado, y que tengo además un corazón de oro (no de los de Lara), no puedo ménos de decir algo á los Sres. Navarro y Navarro, por la última vez.

Dicen Vds. que no está bien andarle con los huecos á una comedia silbada, que eso no se hace y que á *moro muerto, gran lanzada*.

Señores míos: si el moro, despues de muerto, no hubiera dicho esta boca es mía, yo le hubiera dejado dormir en paz; pero ustedes, por cogerme á mí en faltas gramaticales que ahora resulta que no son faltas, han querido levantar el muerto, y por eso fué todo. Por los demás, sería muy cómodo para los poetas—perdone Apolo—que cuando el público silbase, nadie tuviera derecho á decir despues por qué había silbado. Si, señores, hay derecho y hasta el deber de decirlo.

Lo más triste de su comunicado de ustedes es aquello de que «no tienen tiempo para hablar de *distingos* (?) gramaticales, porque, ¡esto es lo terrible! porque tienen que escribir comedias.»

¿De modo que nada de propósito de la enmienda, eh? ¡Buena, bueno! Así anda ello: por haber tantos españoles que gastan el tiempo en escribir comedias y que no lo tienen para andar en *distingos* gramaticales, sucede lo que sucede.

Vuelven Vds. á decir: *ocuparse de*.

¡Así me gusta! Firmeza en los principios y en los

barbarismos. Ustedes no son hombres que hoy dicen uno, y mañana otro.

¿Conque es absolutamente falso que en su comedia de Vds. haya aquello de *desconfianza* á? Pues; absolutamente cierto, que yo se lo oí al Sr. Sanchez de Leon, y como me consta que este señor sabe lo que dice, créle, bajo su palabra, que aquello era de ustedes. ¿No he estado en mi derecho?

Por último, parece ser que á Vds. no les hacen gracia mis chanzonetas.

Gracia tendría que les hiciera á Vds. gracia. No era ese mi objeto al escribirlas.—Ahora ¡quieran ustedes una cosa: que nos dejemos de púimos y di-retes? Sin embargo, si esta discusión pudiera distraerles á Vds. del propósito de escribir más *Leyés de amor*, en tal caso,—¡tanto es mi amor al arte y á la patria!—en tal caso yo estoy dispuesto á discutir con Vds. toda la vida.

Y con el tiempo me llamarán *Salvador de la patria* como á Resclanes.

CLARIN.

PALIQUE.

La Eufonia es un drama de Octavio Feuillet en que se revelan todas las grandes facultades de este autor, en tiempo de moda, y aun hoy en ciertos círculos; pero donde también aparecen sus incurables defectos, su anemia moral, su falta de naturalidad. Y si en la novela posea sus concepciones por favorables, esta peccada capital se hace más clara y es también de mayor gravedad en el teatro, donde esos tipos originales, pero falsos, abstractos, enfermizos de la heroína de *La romana di una joven* *homme pauvre*, de *La condesita* y tantos otros, son absolutamente imposibles.

Blanca, la esfinge, es un sér extraño que sólo existe en ciertas obras de un arte á Dios gracias ya desacreditado. Aquella mujer no interesa, como no interesa la famosa *mujer formosa* *suprema* de Horacio.

Pero valga la verdad, hay en *La Eufonia* otra figura que es de las que no suele pintar Feuillet; figura que atrae, que excita la compasión, que enamora sin más que la sencillez sublime de la virtud: Berta, la casta y enconcordada esposa, la del amigo, la mujer digna, pero no vengativa, la mujer que tiene

Copio yo unos versos de Molière en cierto artículo y, según me dicen, *Lo Nunci* me dá otro palmetazo asegurando (en catalán, siempre en catalán) que donde yo digo *mechasi*, debe decir *mencaia* (ó viceversa, no lo sé á punto fijo). Pues aunque lo diga el Nuncio, yo prefiero decir lo que dijo Molière como él lo dijo. ¿Que está mal? Pues allí se las haya con Molière *Lo Nunci*.

El día que Molière ó yo escribamos en catalán (y de mí respondo que no será nunca, y de Molière también respondo), entonces corrijaos el vocablo *Lo Nunci*.

Y, para concluir, una advertencia.

El que tenga algo que decirme, que me lo diga en español; no respondo á alusiones ni pulas en idiomas ó dialectos que no poseo.

No quiero discutir por medio de intérprete.

•••

El doctor Esquerdo ha pedido la cabeza de un sentencedo á muerte.

¡Un demagogo de la clancial!

¡No podrían darle la de un poeta malo y respondón? ¡Debe haber tanto que estudiar allí dentro!

CLAREN.

todas las bellísimas y sublimes grandezas de la mujer vulgar, como se dá en llamar á la mejor casta de mujeres, Berta es un carácter digno de un verdadero autor dramático; y en cuanto y cuanto dice, resplandeciendo la hermosura de la verdad y del bien, de la sencillez y de la naturalidad.

Mucho conocimiento de la escena y de sus resortes demuestra el movimiento de acción en los tres primeros actos: el cuarto llega al absurdo, á que no podía menos de llegar tal obra, cuyo defecto mayor estaba en la esencia de la concepción abstracta, quimérica, de Feuillet. Aquello no podía acabar bien, no podía tomar los caminos de la realidad, de la verdad artística; y mala el veneno, y malen todos los exabruptos de las catástrofes pseudo-trágicas que han inventado los dramaturgos idealistas para romper puros estados sin reflexión y por causar efecto.

Pero no hablemos más del drama. Tal como es, es obra de ingenio sério, experto y dá ocasión á los actores para representar cuadros de gran belleza, de mucha vida y verdad. Es esta una de las obras que mejor han desempeñado los notables artistas de la Comedia. Muy bien interpreta su papel, difícilísimo por lo convencional y abstracto, Pía Marochi; pero es necesario hacer justicia y reconocer que la señorita Gléck se muestra actriz de no inferiores facultades en su parte de Berta. ¡Qué bien ha comprendido tan noble carácter! ¡Cómo sabe señalar en cada momento oportuno el amor puro y casto, los celos-altivos, la compasión, la dignidad, la resignación, cuantos afectos y pasiones ha puesto Feuillet en tan bello personaje! Caramorosamente felicitó á la jóven y bella actriz, llamada á triunfos muy merecidos en la escena.

El Sr. Reinach, cuyo papel exige desde el primer acto cierta violencia del carácter, que tiene que mantenerse en lucha constante con las tentaciones de la pasión, el Sr. Reinach, digo, comprende perfectamente todos los elementos que deben entrar en la acción de su personaje, y sin necesidad de escenas de tanto brillo y de tanta fuerza como otras que ha representado, por ejemplo, algunas de *La Ma de Coralie*, ha probado grandes dotes de inteligente é inspirado artista.

Los demás actores tienen poco que hacer en esta obra, pero eso lo hacen con la corrección de siempre, merced á la cual se admira en este teatro esos conjuntos, á que nuestras compañías no nos tienen acostumbrados.

Pero... ¿y Augier? ¿y Dumas?

•••

Hay un periódico en Barcelona que se llama *Lo Nunci* (el Nuncio), que en catalán y todo se mete á darme lecciones de gramática. Yo no lo he leído, porque no sé dónde se vé ese periódico, y además no entiendo el catalán. *El Nunci* opina, contra *El Siglo Futuro*, que no tengo ya razón en la reciente disputa que he sostenido con dos autores subidos.

En materia de castellano, prefiero el voto de *El Siglo Futuro* al voto de *Lo Nunci*, á quien nadie le ha dado vela en este entierro.

PALIQUE.
Opina don Julio Nombela, veneranda representación de la literatura cursi, que todo el que hable mal del Centenario, es un zángano.

La palabra es un poco fuerte, aquí se aplique a los enemigos de la patria.

Yo lo que le acabo Nombela, haría un distinguido.

El Centenario ha sido una idea patriótica, digna de un pueblo culto; Easí ha tomado las fiestas de Calderón con un optimismo, que si no excedió ni con mucho los mercedimientos del dramaturgo, consigue acordar que al progreso de la cultura es grande y rápido entre nosotros. Si en los portamónes de los espectáculos con que se conmemora el centenario hubiésemos descierto, esto significaría poco, no estamos acostumbrados a tales fiestas y la inoperancia no puede dar más de sí. La principal era en la intención en este caso; atrevase a apostar y que la voz de los que lo hicieron la lea, no fuese la voz del que clama en el desolado: esto importaba.

Pero otra cosa es que quien tiene por costumbre y por oficio saludar las flaquezas del prógimo para ponerlas donde se vean y sirvan de escarapelo, aproveche como una de tantas la ocasión que el Centenario ofrece para satirizar lo digno de sátira, para tomar apuntes de lo cómico, de lo ridículo, y de lo absurdo. Es, por ejemplo, digno de censura y de los tiros de la sátira, como se decía antes, el indigno comercio que la vanidad viene hoy a hacer en el templo del arte; y sin menzuga de Calderón ni de su gloria, ni del patriótico acto realizado en el Centenario, se pudo sublevar a esos comerciantes de la vanagloria, que quieren saber al templo de la inmortalidad trepando como ratas por el pedestal de la estatua de Calderón.

Si usted ha nacido—ya no hablo con el señor Nombela, ni volveré a acordarme de él en lo que me quede de artículo—si usted ha nacido con alma de concejal o de comerciante de ultramarinos, si no sabe usted cosa mayor ni menor de literatura, no se meta usted a escribir pensamientos para Calderón, ni a inventar festejos para su Centenario, porque todo lo que usted haga ha de caer a tierra de holanda o ha de trascender a estrepido.

Por qué se ha de celebrar la gloria del que ha tenido por sus versos facetas que todos los opositores se pongan a improvisar versos, y algunos sentido común?

Y por qué no hemos de criticar este año en el pedestal de escribir caprichos filosóficos que le ha entrado a todo bicho viviente con motivo del glorioso Calderón de la Barca?

Si que en su vida ha sido poeta, ¿por qué ha de serlo el día en que hace justos y cabales doscientos años que murió Calderón?

Con los disparates, andaceos y cosas insignificantes que se han escrito para el Centenario, haría con que llenar más tazones que ocupan las comedias del gran poeta.

Frecuente de las tonterías que han dicho en provincias, porque sabido es que hasta que sea un hecho el pacto sinagagístico, en provincias no se podrá hacer nada bueno.

Vamos a hablar solo de lo que se ha escrito en Madrid. Y perdónen amigos y enemigos, porque esto va con todos.

El Día, periódico sesado de ayo, publica un número pacudo-arqueológico, verdadero anacronismo, a pesar de las firmas respetables que suscriben los artículos.

El Siglo Futuro, el *Injuncional* y algunos otros colegas, como *El Progreso*, han obrado con mejor acuerdo, limitándose los dos primeros a copiar composiciones de Calderón y documentos de su tiempo y a él relativos, y reproduciendo el último el discurso de Ayala, obra que, sin ser de mérito sobresaliente, es mejor que todo lo que ahora se ha escrito con motivo de Calderón.

Pero los más de los periódicos hacen lo que los demagogos sueñan a los presidentes de las letradas mandan sus columnas con los productos de la más devastadora poesía.

Los más de los poetas, los míos siete mil, entran en tristes consideraciones y dísticas acerca del socorrido tema de si la vida es sueño o no es sueño; y sus versos hacen efectivamente dormir de pie a cualquiera. Todos quieren descubrir filosofías en las dísticas de Calderón; quien establece comparaciones entre Cipriano y Fausto, quien entre Hamlet y Segismundo; todos hablan de la transcendencia de Shakespeare y de la transcendencia de Calderón; y dale con lo de

pero dormir es vivir?

pero vivir es soñar?

¿dónde vamos a parar si vivir solo es dormir?

Si es un sueño el existir,

como dice Calderón,

¿acabamos en conclusión

que la vida es sueño vano,

que la vida es sueño humano

nada más una ilusión.

Cosa así, y algunas peores, se han publicado estos días en papel satinado; y lo que es más triste, muchas de ellas han firmadas por poetas de algún mérito.

Se quejan muchos de que Campoamor y Nueces de Arce no hayan escrito versos para el Centenario.

¡Has hecho perfectamente!

Si no los sopla la musa, como a los que escriben tampoco los sopla, ¿por qué hablan de escribir? Crean ustedes que el poeta verdadero escribe como ustedes, por certidumbre y convicción y valentía? Con qué Campoamor debe sentir lo de *Deus vult quod faciat* y cantar como un ruiseñor, porque algunos comisionados del Ateneo resolvían en sus sitios designados y voten por mayoría que Campoamor debe escribir para el Centenario?

Los versos de circunstancias se dejan para esas nulidades que se llaman las medallas.

No suñe el poeta cantar al poeta, a lo mona en sus otras peores; no es asunto que ofrezca gran fondo poético; y sobre todo no puede haberlo cuando se lo mandan, sino cuando espontáneamente se lo ocurre. Pero hoy en Madrid muchos señores, que a pesar de creerse grandes admiradores de Campoamor y de Nueces de Arce, piensan, con poquísimo respeto, que los versos de estos poetas son como un discurso suyo en la sección de literatura, o como un memorial a los electores o cosa así. Se puede cargar un artículo al señor Monreal acerca de las quirlucas y su uso y color en el siglo xvi, pero no se lo encarga a Nueces de Arce unas dísticas, como unos zapatos a un zapatero o como otras dísticas al señor Velarde.

Y lo creo. Las dísticas de Velarde se hacen miles solas. Todo es coser y cantar.

Por todo lo cual, o al menos por mucho de ello, no es de extrañar que en la presente ocasión se haya escrito mucho y mucho malo, y haya caído los que saben escribir bien.—Moraleja: que los Centenarios de los poetas no deben celebrarse haciendo cantar a los grandes contemporáneos para gloria del claro olvido.

CLAMIN.

66 La Publicidad (Barcelona), n. 1.193, 3 junio, 1881.



66 Miniatura de la página.

PALIQUE

Entre nuestras costumbres literarias, muchas de ellas detestables, existe una que parece ves-

tigio de antiguos usos de nuestros padres los Bárbaros.

Hasta los niños saben, pero no lo saben muchos de los literatos á quienes me refiero, y por eso lo cuento, que los germanos; como otros muchos pueblos en su primitivo estado de cultura, tenían como institución veneranda, la venganza de familia. Era obligación en los parientes perseguir sin descanso al que hubiese muerto á cualquiera de los suyos; y es esta parte del Derecho de los germanos, una de las mejor conocidas y más extensamente estudiadas. Para más pormenores, pueden ir á Salamanca los autores de que trate.

Pues bien; aquí todos los escritores malos, que por un secreto instinto se buscan, se juntan, simpatizan y fraternizan, cumplen como si fuera religioso deber, el pacto tácito de ayudarse en sus descabros y perseguir con diatribas, cábalas, y toda clase de armas prohibidas al mísero crítico que se ha visto en la necesidad (triste ó alegre) de llamar tanto á alguno de ellos con más ó menos circunloquios.

Se reconocen, expresa ó tácitamente, miembros de la misma familia, y defienden su apollido: Los Nulos, como pudieran los Flabios ó los Escipiones de Roma, los Guzmanes ó Laras de España defender el suyo.

El parentesco es indudable; hasta en la cara se les conoce el aire de familia. No se estiman personalmente, con amor desinteresado; no estiman más, no defienden más que el interés común: el derecho de Los Nulos al aplauso público.

El autor del *Esclavo de dos amos* comprende que su amigo el autor del *Código frustrado* escriba muy malas comedias; en más, aunque fueran buenas, creería que eran malas; pero no obstante defiende como cosa propia los abortos del amigo; y es así, que la voz de la conciencia le grita, ¡los de los tuyos, es de los Nulos! Y vice-

versa, el autor del *Código frustrado* oprime del autor del *Esclavo de dos amos*, que es un mequetrefe, pero no importa, si la crítica se atreve á decirlo, el autor del *Código* pone el grito en el cielo, y como estos son todos, y son de oír sus lamentos, y de ver sus gestos y contorsiones cuando se juntan á ladrar á la luna, es decir, á ladrar á la crítica.— La crítica, señores imbéciles, no puede morir, porque, aun dando este nombre solo á la que tiene que censurar, señalar defectos y pobreza de ingenio, aun así se puede asegurar que habrá crítica mientras haya letras; porque cómo los nulos han de dejar de escribir necedades? Vosotros, autores chirles, los que queréis matar al enemigo común, le estáis dando constante alimento para que no perezca; mientras vosotros seáis tontos, y lo seáis siempre, la crítica tendrá asegurado el pan de cada día.

Si los señores de que acabo de hablar no fueran los Nulos, sino los Medianos, como algunos piensan, podrían acogerse á la teoría que acaba de inventar el doctor Jacobi. Este señor ha descubierto que lo porvenir es de las medianías, que el mayor delito es aspirar á ser y ser notabilidad. El talento, la fuerza, el génio, el valor, todo lo que distingue á los hombres notables, son trabas del progreso; todos debemos contentarnos con un grado de fueros, talento, etc., medianía, que no pase del nivel común.

Esta teoría tiene su precursor, y para gloria nuestra, español. El doctor fundó su doctrina, bien ó mal, en las leyes de la selección; *El Tiempo*, hace muchos años predicó lo mismo sin empinar más que en Torero: que es base sólida por cierto. Juraba y perjuraba *El Tiempo* hace muchos años, que los hombres notables eran una calamidad, que lo mejor era educar á la juventud para medianía; y de fijo que *El Tiempo* no deducía esto de las leyes naturales de selección, que no sabe. ni falta, lo deducía de... un poquito de vanidad. *El Tiempo*, es decir, Torero, pensaba que él era una medianía y por eso predicaba... pero si hubiera sabido la verdad, toda la verdad, no hubiera ahogado por los medianos, sino por... los autores de que dejo hecho mérito. A alguno de los cuales, por cierto, yo le he visto ponerse colorado porque delante de él se hablaba mal de los *poetas medianeros*. Su raciocinio era este.—Yo soy una notabilidad, pero estos me tienen por mediano cuando esto dicen. ¡Pobres amigos del poeta! Hablaban así delante de él porque sabían que era de la familia de los Nulos.

CLARIN.

67 La Publicidad (Barcelona), n. 1.239, 17 julio, 1881.



67 Miniatura de la página.

PALIQUE.

Tengo entendido que en Cataluña el señor Balaguer tiene un talento muy grande, hasta para hacer versos en catalán. Dios se lo conserve. No hay cosa como el talento, no precisamente para ser ministro, que de estos se han visto y se ven, que sin talento cobran su sueldo y mañana cobrarán su cesantía; pero en fin no se puede negar que el talento sirve para muchas cosas, y si se aplica a la poesía no se diga: en tal caso se convierte uno en un trovador de la noche a la mañana y se puede ganar una rosa natural en menos que canta un gallo, y ser declarado maestro del *gay saber*, que es una especie de canongía.

El señor Balaguer, que tiene a su disposición el mencionado talento, no es solamente el trovador que vaga errante diciendo aquello de *é, é, non, non*, sino que además ha conseguido que algunos castellanos le tengan por hombre de talento, no solo en Cataluña (que es donde él real-

idad tiene don Víctor sus talentos raíces), sino también en Castilla.

Y por esto es por lo que yo no paso. No le niego el ingenio necesario para ser consiliario y ministro cuando le toque. Lo que le niego es que sea un buen escritor español, entendiendo por tal el que escribe en lo que debe llamarse lengua española.

Pero vamos a cuentas, señor director, redactores y administrador de LA PUBLICIDAD. ¿Es alguno de ustedes pariente del señor Balaguer? Lo digo porque tengo un artículo inédito rechazado por los periódicos, por motivo de que en tal artículo se ponía en tela de juicio la literatura del señor Balaguer, y en las redacciones de uno y otro diario (eran diarios) había impedimento diamante para publicar mis *paliques* por phrentescon de consa: queinidad ó afinidad del señor Balaguer con el director, en un caso, y con la señora del director en otro.

Así, pues, avisen ustedes si hay novedad, pero por si acaso el señor Balaguer no les toca nada, como se dice vulgarmente, prosigo.

El señor don Víctor Balaguer, a quien yo jamás le he echado en cara lo de las plumas de gacela, porque tiene otros muchos gazapos de mayor cuantía, ha sido nombrado presidente del Ateneo de Madrid. El señor Perez Galdos ha sido derrotado por el señor Balaguer.

Para mí, esta es una atrocidad como la que cometieron los judíos con Jesucristo, crucificándole entre dos ladrones y poniéndole *inri*, como dijo aquel señor cura.

Galdos, nuestro mejor novelista, el literato mas

secundo, origina y ameno de España, vencido por Balaguer que también ha escrito novelas en *La Mañana*.

En una de esas novelas de Balaguer, dice el autor lo siguiente: «Matilde (ó Clotilde, un nombre así) no dijo nada, al contrario, exclamó... etc., etcetera.» Y otra porción de plumas de gacela por el estilo.

Esto es el presidente que vamos a tener durante el próximo curso del Ateneo, en la sección de Literatura.

Si algún día pido la palabra, no diré nada, al contrario, exclamaré: ¡no lo entienda usted! ¡no lo entienda usted!

¿Y quién tiene la culpa de estos absurdos?

El reglamento del Ateneo y la apatía de los hombres de letras. El reglamento consiente que sea socio cualquiera que pague cincuenta pesetas de entrada y siete y media pesetas al mes.

De modo, que no hay niño que antes de afelitar se no dé una vuelta por el Ateneo, y, como la posición crece que es un gusto, aquello está lleno de párvulos, futuros mufidores de elección que allí se ensayan y juegan al escrutinio y a las candidaturas, y hacen que sean repartidos los cargos según su *puerri*-entender y saber.

Un Herodes del Ateneo hubiera evitado tanta vergüenza.

Viaje de recreo.

El tren se acerca al Escorial.

Un madrileño que no ha visto mas río que el de su patria:

—Diga usted compañero, ¿de qué lado está el monasterio.

—Segun; cuando se vá, de este lado; pero cuando se vuelve, de este otro.

—Hombre, hombre eso es maravilloso!

—Pues por eso se llama la octava maravilla.

Torrelodones, dos minutos.

Un *palato*, leyendo: Retretez aquí es: «Señoras.» Esto no es conmigo.—Corre al otro lado; lee: «Caballeros» anda, pues esto tampoco. Redios, pues se han olvidado de musotros.

Un profesor de veterinaria se presenta diputado por acumulación. Dice en su manifiesto que él al principio no quiso presentarse (y hacia perfectamente) pero que al fin comprendió la grandeza de aquella idea salvadora!

Sí, sí, sálvense los animales y perezcan los principios!

La experiencia demuestra que ya no es posible hacer felices a los españoles; ¡a ver si podemos lograr que sea dichoso el ganado por lo menos!

Yo suplico al señor profesor de veterinaria que quiere que le acumulen lo siguiente: *El Tiempo* tiene un colaborador que anda *ramoneando* por los montes de Asturias.

Pues bien, déjesele ese privilegio, que ramonee enunque no identifique su personalidad de rumiante.

Y a los pobres labradores de Galicia que á veces no tienen que comer y comen yerba no se les moleste tampoco..... Mucho me temo que esta política veterinaria acabe en una guerra de razos..... suponiendo la unidad de la especie.

Clarín.



68 La Publicidad (Barcelona), n. 1.265, 12 agosto, 1881

PALIQUE.

EL DON DE HERRAR Y EL DON DE ERRAR.

Días pasados escribí un palique en que se hablaba incidentalmente de la veterinaria y sus aplicaciones á la política.

Después he reflexionado que deba meditarlo mucho la cuestión; y por sí ó por no, he adquirido el manifiesto del candidato filozoológico, manifiesto que comienza con estas palabras: «Apenas el cambio político de febrero hizo presentir un cercano período electoral, muchos veterinarios quisieron...»

Lo que sigue tranquilizará á cualquiera, porque se trata de elegir al señor Tellez diputado por acumulación, pero cualquiera ocreía por lo que dejó copiado, que el cambio de febrero fué como un espanto en una feria.

¿Por qué los veterinarios no se acordaron de acumular? ¿El señor Vicen en tiempo de Cánovas?

Porque es de advertir, que el señor Tellez no piensa ser diputado por proteger á los animales sólo, sino también á los veterinarios y albañiles. Es decir, que no hay tanta pureza en la

idea salvadora de que me hablaba el distinguido profesor.

El señor Tellez dice, para tranquilizar al mundo, «que no piensa separar gubernativamente el horrado higiénico de la práctica veterinaria.» Pero vamos á ver, ¿piensa usted ser goherno? Porque eso de separar ó no separar el horrado higiénico, es cosa grave y del goherno, según usted mismo declara. Quisiera yo saber qué puede opinar el horrado higiénico un goherno.

«Me he reído, sí, y todavía me burlo de las ridículas ponderaciones, de las encomiásticas hipóboles en que suele incurrirese á propósito del arte de herrar.» Bien, cuando se exagera, todo está mal, pero es preciso reconocer, señor profesor, que por un clavo se pierden una herradura, por una herradura un caballo, por un caballo un escuadrón, por un escuadrón una batalla y por una batalla el imperio del mundo. Esto, á lo menos, me decía mi profesor de lógica, aunque no lo demostraba. Toda la vida fué el sueño del candidato el bien de los veterinarios, lo mismo cuando era estudiante, que cuando pasó «las amarguras de la práctica civil.» No sé lo que es la práctica civil, pero basta que se trate de amarguras, para que yo acompañe en el sentimiento al candidato.

69 La Publicidad (Barcelona), n. 1.270, 17 agosto, 1881.



69 Miniatura de la página.

El señor Tellez, que es también algo *lirico* como el señor Velarde, se deja arrebatar por su fantasía y habla de las venerandas tradiciones de los albañiles de Aragón, Cataluña, etc. ¡Venerandas, venerandas! Me parece mucho epíto ese. La empresa es árdua, pero ¿hemos de abandonarla? ¡Ah! tanto valdría negar la ley de la historia—de la historia de los herradores, señor Vicen, no confundamos las historias.—Porque lo que es historia la hubo antes de que hubiera herraduras.

Ahora, el señor Tellez que necesita un punto de partida (y diez mil votos, no olvidar eso) como los *attachés* del krausismo que sin un punto de partida no dan paso:

«Rechazo desde luego todo sacudimiento brusco, toda crisis violenta.»

No me gusta eso. O herrar ó quitar el banco. O ustedes creen que debe haber reformas en el herrado higiénico ó no. ¿Por qué no ha de haber sacudimiento? Pues donde se ha visto herrar sin que hubiera algun sacudimiento?

Por fin el señor Tellez quiere asimilar los veterinarios del ejército, al cuerpo de Sanidad militar.

¡Pobres quintos, ya lo sabéis, se os vá á tratar como á caballos; os curará un médico ó un veterinario indistintamente!

Y basta del don de herrar y hablemos del señor Valdivia, un crítico que anda de periódico en periódico escribiendo majaderías y desvergüenzas hasta que le echan de la redacción respectiva.

El señor Valdivia quiere censurar no importa qué libro, y escribe el castellano siguiente:

«Comedia que asegura el señor... haber visto, pero que pongo en duda porque, etc. ¿Pone usted en duda la comedia? No vé usted más ratón de las zahurdas literarias, que siempre le sale á usted la gramática por la culata?»

Y despues dice usted, gusanillo de sombra; ¡francamente es superior á lo que concibe la humana flaqueza.» La flaqueza humana no concibe; así usted que todo es flaqueza, en alma y cuerpo, no concibe ni ha concebido, ni concebirá cosa que valga dos cuartos. «Cabeñany escribe una comedia con objeto de que el público la aplauda y consigue lo contrario, que el público la grite.» Eso de *gritar* una comedia podrá pasar en el calor de los poetastros que le echan á usted las pantorrillas del transeunte, pero es un disparate que no puede pasar en letras de molde.

«Esto es sencillamente faltar á su destino. ¿Faltar á su destino? Como no sea no ir á la oficina, no sé lo que quiera decir usted, señor Valdivia... (no merece el trabajo de escribir todo su apellido este escribtorzuelo.) «Esto es faltar á su destino, engañar su misión. Basta, ¡oh crítico audaz! engañar la misión, ya no solo no escastellano sino que hasta parece cosa de otro idioma. ¿Qué será engañar la misión en la tierra de los Valdivias? Despues habla de infelices de cuerpo y espíritu, y despues... y siempre disparata mas y mas sin escribir español una vez siquiera, ni por casualidad.

«De vez en cuando el literato aparece, pero en las mas de ellas.» ¿De las qué, desgraciado? ¿De las veces? ¿Y porque no de los «cuandos» en fin, que si el señor Tellez alaba el don de herrar higiénicamente no debe ser menos bendito y alabado este mosquito crítico que se llama Valdivia, hoy ya por mal nombre, pues tiene el don de errar.

CLARIN.

PALIQUE.

¿Tienen ustedes un distrito? ¿No?

¡Ah! pues es preciso buscarlo. Hay un hombre sin distrito, es un hombre al agua. No hay hombre sin distrito.

La mayor parte de los españoles se presentan candidatos; de estos, mas de la mitad desearían poder contar con el apoyo del Gobierno; es decir, conque el gobernador pusiera á su disposicion la influencia moral y la inmoral tambien, si á mano viene. Y ademas, todos los destinos del distrito.

Muchos de estos candidatos, despues se retiran; cuando ya han colocado á toda la parentela y tiguio en la cárcel á todos los enemigos que tienen en el pueblo.

¿Por qué hay tantos candidatos?

De otro modo, ¿por qué hay tan poco pudor? Para encontrar el origen del poco pudor político sería preciso remontarse, no ya á la casa de Austria, como suelen hacer los historiadores de la escuela del señor Cánovas, sino á la casa de Caco, rey de Iberia, segun acreditados cronicos.

Yo creo que Caco no fué tan inhuloso como se dice; y es mas, creo que Caco tuvo en el trono sucesores tan Cacos como Caco I.

El caso, es que desde el tiempo de Caco acá (colonija patente) va creciendo que es un gusto el presupuesto de gastos, y que unos cuantos señores son los que medran y gastan este presupuesto que dan por supuesto que es suyo.

Los diputados que ahora se estilan—salvo honrosas etc. se presentan candidatos como podían sentar plaza, ó embarrarse para Filipinas en calidad de... señor alcalde mayor.

Todos estos candidatos, menos las excepciones, todos piensan en que hay un presupuesto y en que por las á por, nefas, no hay mejor camino que

representar al país para vivir sobre el país, tardando á temprano.

En mi tierra no se presenta mas que un candidato digno de ser elegido, y se presentan veintiocho. Y esto sucederá, aproximadamente, en la tierra de ajedrez, y en toda tierra de garbanzos.

¿Qué es esto? ¿Por qué Juan Fernandez aspira, el muy zoquete, á representarme á mí?

¿Qué es él, de dónde viene, á dónde va, qué música trae?—Juan Fernandez es el hombre mas insignificante de mi pueblo, pero tiene el talento de meterse donde no le llaman, en todas partes, de ser indiscreto, de pedir lumbre para el cigarro y, de paso, el voto; tiene el talento de no tener aprension ni vergüenza, ni donde caerse muerto. Y mientras otros ciudadanos de mérito, con el pudor natural, no se atreven á solicitar sufragios que morecen, porque creen que el buen paño en el arca se vende, y que el candidato ha de ser buscado por el elector y no el elector por el candidato, Juan Fernandez compromete á todo el mundo, ó por lo menos á todos los electores, y el distrito está hecho un puro compromiso, gracias á Juan Fernandez.

Y oido. Con qué cinismo dice que en tal colegio los contrarios no tienen intervencion, lo cual equivale, añado, á que no tendrán votos, porque se volcará el cantaro.

¡Oh, alma de urna, ya que á la urna la llamas tú cantaro, oh Juan Fernandez, tú eres español de raza, tú tienes en la médula de los huesos el virus de la servidumbre que nuestros mayores adquirieron en peligrosas aventuras, tú eres el símbolo del español que tú leal á los tiranos y no sabe ser honrado siquiera con la libertad; del español que abomina de los regicidas y no consentiria que se ahorcase á Juan Fernandez, asesino de la soberanía del pueblo; falsario del sufragio, semilla de todos los males que en política tiene que sufrir la pobre patria...!.

Como quiera que este pollque iba pareciéndose á un sermón, y lo que es peor, á un artículo de Parier, *ponco pundum*, como dijo un orador latino de Madrid en ocasion solemne.

Y paso sin más á tratar de la profecía de *La Correspondencia*, segun la cual, el señor Gomez Díez hará una brillante campaña durante la próxima legislatura.

Por lo visto, el señor Gomez Díez va á conquistar el Africa durante la próxima legislatura; el Africa, donde está nuestro porvenir, como dicen muchos oradores del Ateneo que ni siquiera saben que porvenir es neutro y no masculino.

Pero volviendo al señor Díez Gomez, digo, Gomez Díez, que es masculino indudablemente, sostengo que *La Correspondencia* debió de haber recibido inspiracion de lo alto para echar á volar especie tan aventurada (lo que va de bustardilla no lo tengo yo por buen castellano aunque lo parezca.) Ahora lo que hace falta averiguar es si ese alto está muy alto sobre el nivel de *La Correspondencia*. De todas suertes no hay alto ni allí bajo que valga para profetizar cosa tan fuera de lo natural y verosmil. El señor Gomez Díez va á hacer una campaña, bueno. Pero si esa campaña va á ser parlamentaria, ¡vive Dios! que ni en la vida pública ni en la privada tiene el señor Gomez Díez (á quien no conozco) antecedentes que le abonen. ¿Qué discurso del señor Gomez Díez pueda citarme *La Correspondencia* que se parezca á la oracion de Demóstenes por la Corona, ni á las catilinarias de Ciceron, ni á los discursos de Castelar? Que diga el señor don Arcadio Roda y Rivas si el tal Gomez Díez fué en su vida orador griego, ni romano, ni siquiera madrileño?.

Pues entonces, ¿por qué no culla la Pitonisa de la calle Mayor?

CLARIN.

PALIQUE.

Hay ciertas necesidades que no se explican.
Por ejemplo: la de leer *La Correspondencia* viviendo en Madrid.

Yo cuando estoy en la capital la leo todos los días. Y en provincias la leo de cuando en cuando. Ahora acabo de leer un número del eco imparcial. ¡Cuántos recuerdos despiertan en el alma estos solismos y barbarismos que parecen esteroidizados en las oficinas de *La Correspondencia* para uso del consumidor! Si estos barbarismos despiertan el recuerdo de aquellos otros que hace años y más años leí en las mismas columnas.... Se parecen como gotas de agua!

Todo lo que escribe *La Correspondencia* lleva un sello especial de mala gramática que la dá ese no sé qué, que tanto gusta á los madrileños, lectores nocturnos del susodicho de la opinión.

Yo tengo un amigo que fué redactor del diario de Santana. Estaba allí para corregir el estilo del periódico. Mi amigo creía ganar mejor su sueldo absteniéndose de corregir el llamado estilo de *La Correspondencia*.

Si encontraba en el folletín una jóven hija blonda y frele, la dejaba allí tal cual estaba, sin detrimento de su virginidad ni de sus guilicisms. Lo de *La Correspondencia* ya no es guilicisms, es un *patoi* que entienden todas las señoritas (que no sólo son las costureras) que leen *La Correspondencia*.

En este periódico sin analogía, sintáxis, prosodia ni ritografía. todo parece traducido del francés, hasta los discursos ó escritos que atribuyo á personajes de cuya castiza prosapia no cabe dudar.

Por ejemplo: *La Correspondencia* atribuye á don Alfonso XII estas palabras: «En todos los puntos de mi reino *sereis* bien venido, y yo *feliz* de alojaros en cualquier punto que me *visiteis*.» Esto no lo castigo el Código, pero no deja de ser un reto irrespetuoso.

¡Atril ulir tumaña al táxis al jefe del Estado, como dicen los progresistas!

En bien de la Monarquía, aunque no soy monárquico; en bien de las instituciones, aunque no soy institucion; protesto contra esa manera de traducir palabras de rey que son las palabras de más fama.

Si *La Correspondencia* hubiera hecho *ser feliz* de al rey Kulakana, pase, ¡pero al rey de España!

Claro, como que *La Correspondencia* no va de democratizando, dice que los demócratas monárquicos son los que lo entienden....

Pero volviendo á *La Correspondencia* en cuanto escritora, veamos lo que dice en el mismo número en que hace al rey de España *ser feliz de alojar al rey Kulakana*:

«Nada lastima más al amor que un accidente banal»

Ese banal, siquiera, es francés, pero enseguida *La Correspondencia* para adular á S. M. Kulakana, comienza á hablar en un idioma que debe ser el de las jajas Sandwich, según lo mal que se entiende.

«Cuando una jóven casadera descubra una afi-

cior idéntica sobre el pecho de un pretendiente, puede seguir prócelosamente el trascurso de sus cultos.»

Y sigue prócelosamente el trascurso de los disparates de *La Correspondencia*:

Habla de una pareja de enamorados «entregada á merced de un dulce coloquio» y dice que «llega el momento de la despedida ó se suceden las impresiones borrascosas de algun caillito (uno solo) y las partes unidas rompen su adhesión y el alfiler queda extraviado ó olvidado.»

Si no fuera porque *La Correspondencia* tiene acreditada su moralidad, creeríase que su propósito era introducir en el hogar doméstico la literatura corrosiva del renliemo más desenfreñado, como dicen los correspondientes que tienen en París algunos periódicos madrileños.

Corresponsales —es un paréntesis— que ponen á Zola como chupa de dómino en cualquier periódico que paga en Madrid por derechos de timbre unas doscientas pesetas; y que después encuentran en la calle al autor de *Nana* y se separan media legua de su lado temiendo que les dé palos por haberle desacreditado. Siendo así que Zola no sabe ni de los corresponsales ni de los periódicos correspondientes. Pero voluamos á *La Correspondencia*.

Habla de unas calderas y dice que «dichas calderas disponen de grandes reservas de agua.»

Indudablemente adelanta mucho la industria.

Hasta aquí habla calderas de los que disponía el hombre; pero ahora ya las hay que disponen por sí y ante sí, ellas mismas, sin necesidad de nadie, ó á lo sumo con necesidad de un redactor de *La Correspondencia*.

Acto continuo dice que se atribuye á Alhareda «el propósito de proponer.....»

¡Y no he entrado en el Colitini!

¡Es mucha *Correspondencia*!

¡Pero es mucho más *Tiempo* todavía!
Ya hablaremos de *El Tiempo* con el tiempo.
CLARIN.

71 La Publicidad (Barcelona), n. 1.287, 3 septiembre, 1881.



71 Miniatura de la página.

PALIQUE.

Yo no soy enemigo del Senado. En primer lugar, porque no soy amigo de tener enemigos; en segundo lugar, porque el Senado nunca me ha hecho nada malo ni bueno; y en tercer lugar, ó sea en el lugar de Toreno, porque no me es lícito tratar de política en este periódico.

Pero una cosa es el Senado y otra cosa los senadores nuevos. ¡A cuántas consideraciones se presta la última hornada de senadores! ¿Qué digo la última hornada? Solamente el señor don Alberto Bosch, senador por la Sociedad Económica de Madrid, ¡a cuántas consideraciones se presta!

Hoy el senador puede definirse así: el que no ha podido ser diputado.

El senador es al diputado lo que la ropa vieja á la carne fresca, lo que la pasa á la uva.

Este año va á haber rayos y truenos en el Senado: estará allí Júpiter; Júpiter, que ha venido á menos, y en vez de llamarse Júpiter Tonante se llama Júpiter y Hércules.

Los obispos, que también tienen vela en este entierro, estarán brillantemente representados por el de Coria. No por el bobo de Coria, no, por el obispo.

Las Universidades mandan su contingente de sábios de oficio, como lo demuestra el señor Mena y Zorrilla, que ha venido en la Hispalense al lustre Gayangos. A primera vista, Mena y Zorrilla llena más que Gayangos, porque este no es más que uno, un sábio eminente; y el otro parece dos; Mena, poeta sin igual de la escuela cordobesa, y Zorrilla, el gran poeta castellano. Pero después resulta que el señor Mena y Zorrilla no es más que uno, y ese, mediano. Un señor que que fué empleado cuando pudo.

Las Sociedades económicas también tienen voto, es decir, compromisos. Estas Sociedades no economizan nada, ni sirven para nada, ni deberían votar nada. Y la verdad es que la de Madrid ha votado esta vez bien poca cosa. El señor Bosch es su representante. ¡Bosch! Bosch, don Alberto, sí, es el mismo. Girro los ojos y le veo en el Ateneo hablando como podría hablar una confitería ó una exposición de flores. De aquella boca salían á borbotones ramilletes y huevos hilados, merengues y cuantos jarabes conoce la farmacia (si la farmacia conoce jarabes.) En discurso de Bosch unta y pringa. Después de oírle, unos se chupan los dedos y otros se lavan las manos, según los gustos. Un discurso de Bosch también puede llamarse un extracto de la primavera, según es de florecido y huemoso como mayo. Un amigo mío decía oyendo al señor Bosch: No dejaría yo á este orador en mi cuarto de noche... porque me asfixiaría. Efectivamente, solo puede compararse á las calles de árboles del Retiro cuando empiezan las lilas á llenar de fragancia el ambiente.

No pringamos; pero bien decía yo: ¡Solo el señor Bosch, á cuántas consideraciones se presta!

La Universidad de Oviedo ha votado á don Nicolás Quintana, no por sábio, sino por méritos contrarios en la cuestión del ferro-carril del Noroeste.

Y la de Granada también ha votado á don Nicolás, pero no el del ferro-carril, sino del Paso; sin duda por salir del idem. Y viniendo ahora á los senadores que no representan precisamente la subiduría de sus representantes, ni la suya, conviene decir que por Albacete ha sido elegido el señor Pulgmóltó, conservador dinástico.

En Avila ha salido del Pozo.

El señor Corradi es senador, además de ser un grande hombre por Alicante. No digo yo, que sea el Sr. Corradi grande hombre por Alicante, sino senador por Alicante; grande hombre lo es por mar y por tierra.

Por la Coruña ha salido un Hombre. que no sé si será tan grande como Corradi; pero de todos modos que no se fíe, porque no hay Hombre sin hombre, y lo que debe procurar es: señor Hombre es tener quien le arrime el hombro.

En Murcia ha vencido el señor Amores y No Buenas razones como se habla dicho.

Por Valencia vendrá un senador que será muy bien hallado por Sagasta, el señor Puerto-Segura. En Zaragoza venció un caballero cuyo apellido, de ser atendido, podría resolver muchas cuestiones, me refiero al señor Miravete.

Para asistir al señor obispo de Coria vendrá de Zaragoza también, un Sacristán, que ayudará no poco al señor Misa, senador por Cádiz.

Tenga mucho ojo el señor Camacho con el senador por Huelva que responde por Gastón; estos senadores no nos convienen.

Leon ros manda una Murga y varias Carreras, que es lo que sobra en Madrid.

Por Logroño viene Domingo, pero no se sabe si es el negro, como tampoco si el Viñes de Teruel se llama Juan.

Todas esas señores y muchos mas representan la clase elevada de la Sociedad; vean Vds., y nosotros, sin sospecharlo.

Entre tanto Fernandez y Gonzalez, un literato que conoce toda España, se dedica á escribir el Almanaque del Quila pesares.

Zorrilla, el gran poeta, gana, al no para comer.

para conar, escribiendo artículos en los *Lunes de la Imparcial*, ni mas ni menos que *Clarín* ó cualquier otro principiante.

¡Conque aquí ya se acabaron las eminencias literarias, científicas, etc., etc.? No, pero las eminencias verdaderas no suelen saber de política.

Para saber de política el susodicho señor Bosch, que va ¿y qué hace? Va y se vota á sí mismo, y de este modo, el que antes ora sólo compromísarlo, sin dejar de serlo, quedó hecho senador.

Afortunadamente el señor Bosch no necesita que le vota su abuela.

De fijo que el señor Bosch no coleccionará en su vida almanaques del *Quila pesares*. ¡Oh! estos hombres son los que saben y... saben; no los que se conocen á sí mismos, como decía el filósofo, sino los que se votan á sí mismos.

El señor Bosch tiene tanto corazon, que si le hubieran dejado hubiera sido capaz de acumularse el solo.

Con eso sistema puede el señor Bosch llegar á ser, ¿que sé yo? ¡Hasta Papa! Sólo que no sería infalible, porque ni siendo papas son infalibles los hombres como el senador por sí mismo, que bien so le puede llamar así.

Resúmen: ¡Valientes padres conscriptos ha adquirido la patria!

Clasica: Mena Zorrilla+Bosch=0.

¿Qué es un senador vitalicio?

Es un senador que no cuenta con la huésped.

¡Sería divertido que el señor Ruiz Gomez fuera senador toda la vida!

Cuando hay Ruiz Gomez en algunos cimientos que duran ciertos y cientos de años.

Si señores, en mi tierra se cayó hace poco uno que tenía ochocientos años.

Se le conoca por la corteza

CLARIN.

7 setiembre.

PALIQUE.

Se arregló lo de Capa rota y con este y otros antecedentes históricos, se espera que se arregle lo del teatro Español. Es el caso que en España ya no hay quien sepa representar comedias en el teatro; todos los cómicos se han retirado a la vida privada, como el diputado San Miguel; cada cual hace primoros papeles y á veces el entremés, como dijo Moratin, en su casa, en la calle, en todas partes; pero por las tablas no parece un cómico. De esto no tiene la culpa el señor Ducazcal, y sin embargo, el Ayuntamiento de Madrid le exige una responsabilidad que no le pertenece. El señor Ducazcal busca comediantes y no parecen. ¿Qué culpa tiene él? ¿Ha de contratar á los democratas dinásticos? A estos les tiene apalabrados el señor Sagasta para que hagan en el Parlamento las hermosas comedias de nuestro teatro clásico «Da fuera vendrá» y «Casa con dos puertas» y «Aventuras de un acaso», y «Con quien vengo vengo», y «Ganar amigos», y «El vergonzoso en Palacios», y «El mejor Alcalde del Rey», y «El rico-hombre de Alcalá á los pies del rey don Pedro», con otras muchas del repertorio.

No es que falten cómicos en la patria de Romero Robledo y Rita Luna; no, señor; es que ahora se ha comprendido que más vale representar en la política, en la bolsa, en la oficina, en el ejército, en el templo, en todas partes, que en las tablas. Los mismos diputados y senadores se llaman con orgullo representantes del país, y dos vivimos bajo un régimen que se titula representativo. El otro día se representó á marasilla la función inaugural del Parlamento. El rey leyó un discurso que según la letra parecía sacado de su cabeza, y no había tales carneros, esta-

ha sacado de la cabeza de Sagasta. Allí había alrededor del monarca sin número de fieles servidores del trono que derribaron el trono hace pocos años. Todo esto es puro sistema representativo. A los dos días se poría en escena en el Congreso la conocida zarzuela «El Juramento». Juraron y perjurarón Marías y Castelar que ellos y sus amigos eran republicanos, y que juraban á la fuerza, pero sin pizca de él voluntad para cumplir lo jurado; y Sagasta se levantó y vino á decir que eso era lo de menos, que hiciesen de su capa un sayo y del juramento mangas y capirotes, que el que hace un juramento hace cielo y; y que más jura un carretero. Y juró á Dios, para que juremos todos, que esto no pasaría si no nos rigiera este venturoso sistema representativo.

No, no decae el arte de Maiquez en España; dígalos si no el simpático don Venancio González, que cualquier era que le vea dice que es ministro de la Gobernación, y en realidad, gr: cias si manda en su propia casa. Pues ¿y Alonso Martínez, jasiendi cr ministro de la gracia y de la justicia? como si hubiera cosa menos «raciosa» en el mundo que Alonso Martínez, y menos justa que un abogado que todo lo defiende. ¿Y Martínez Campos, que es un César, sin los comentarios, hablando de organizar y reorganizar las armas del ejército? ¿Y qué diremos de Leon y Cusiillo, que es un sábio de ultramarinos de resultados de no haber admitido Peláyo Cuesta la cartera de Ultramar? Y Comacho, que sabe que no hay un cuarto, ¿no nos promete que merced á sus martingales rentísticas vamos á comer todos tan abundantemente como se comió en las bodas de su apellido?

Bien coice Ducazcal á todas estas eminencias trágico-cómicas y otras muchas; pero ¿cómo ha de atreverse á contratarlas? ¿Cómo competir con el presupuesto?

El que decididamente va á salvar el arte es el señor Arderius Arderius, como la Putti, aunque sea muy mala comparación, no ha podido renunciar al teatro de sus trifulcos y de sus g:llos (los de Arderius.) Después que le ha roto la cabeza á puños gritos que parecían penadas, á tantas generaciones, ¿debe ser tan triste renunciar á seguir destruyendo el timpano de los compatriotas?

Pero ¡ay! que Arderius, como la Magdalena después del pecado, viene arrepenido y besa los pies de Eutripo y de Tulia y se propone.... restaurar, ó mejor dicho, crear el arte lírico español, la ópera española, si á mano viene.

Es de advertir que todos estos zarzucleros siempre han llamado arte lírico al arte de cantar con ó sin afinación.

Pero ya se sabe que, en punto á zarzuelas, la gramática es libre. Arderius quiere hacer lo que don Juan de Robres; después de hacer los pobres, don Juan, hizo el hospital; y don Francisco hizo los pobres, esto es, contribuyó á que el arte lírico español perdiera lo poco que tenía que perder. Y ahora, arrepenido, quiere fundar el hospital de inválidos de la zarzuela. Pero hay una diferencia: entre don Juan de Robres y Arderius, porque Arderius, quiere que... le subvencione el gobierno. Pide cien mil pesetas para hacer boca, y comenzar la susodicha restauración del arte lírico, y después, según el arte se vaya reponiendo y sintiéndose bueno, el gobierno seguirá dando al señor Arderius, sobre las cien mil pesetas, lo que tenga á bien. De modo que, dentro de algunos años, podrá no estar restaurado el arte, pero el señor Arderius, estará mas restaurado que el mismísimo Don Alfonso XII.

El mal está, señor Arderius, en que un arte no se crea como un asilo de lavanderas ó un mercado cubierto. Aunque le den á usted, mas pesetas que arenas tiene el mar, para lo cual tendría positivamente que empeñarse el gobierno, no cantarán mejor k dos esos apreciados artistas do que usted puede disponer; los cuales, habidos, son excelentes personas, pero cantados, son intratables.

Mientras está así, si se restaura ó no se restaura el teatro lírico, el de Jovellanos prepara correr borrasca, y anuncia La Tempestad y El Capitán Centellas, todo lo cual huele á truenos de media legua.

Amen.

Porque yo opino que las zarzuelas son como los dedos:

Lo mejor de las zarzuelas... es no cantarlas.

CLARIN.



73 Miniatura de la página.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE.

Los teatros de Madrid se van abriendo uno tras otro; en unos cantan, en otros declaman versos ó prosa, en otros cantan, bailan y declaman. Y digo declaman, porque el verbo más propio, preciso y exacto para lo que quiero dar á entender. El arte de representar comedias está reducido entre nosotros al arte de declamarlas. Hasta el gobierno lo reconoce así, y por esto hay un conservatorio de música y declamación en el cual se enseña á cantar á unos y á cussá cantar á otros, y estos últimos son los llamados cómicos. No se les pone en solfa el arte de imitar la vida en sus manifestaciones temporales exteriores porque sería domasado; pero en fin, así les viene á hacer pensar lo que sigue: un cómico es un sér excepcional que no debo hablar como la gente; ya que no usa la persona que usaban los cómicos antiguos para desfigurar la voz y hacerla sonora y fortísima, debe el cómico moderno ahuecarla por su cuenta y riesgo y aproximarse en lo posible al cantolillo, entonando como quien canta la plátala. Aquí todo galán tiene algo de tenor, todo barba, mucho de bajo, y en cuanto á las damas, las hay que parecen una pajareta en revolución.

El teatro Español suprimió hace dos años la orquesta y se quedó el público. Mal hecho. Pudo una economía que evitó una redundancia. ¿Quieren ustedes músicos? Pues aguarden á que se levante el telón. Y en efecto, se levantaba el telón: y aparecía Jimenez, encargado de representar todos los reyes visigodos, desde Ataulfo á don Rodrigo Jimenez!

¿Veis el furor del almoso viento embrovecido en la fregosa sierra, que los soberbios troncos ciento á ciento y los pinos silbes á tierra y que de tanto estrago no contento al proceloso mar mueva la guerra? Pequeña es esta furia comparada á la de Jimenez irritada.

Yo nunca he oído tamaño estrépito, ni en El terremoto de la Martinica. Jimenez solo, hace

más ruido, allí dentro de la boca, que toda una casa de flores. No tendría precio para representar el exano de la venta. Cuando á Jimenez se lo ha muerto un hijo de teatro, ó se la ha pegado la característica, su esposa consuetudinaria, no se puede parar en el teatro. ¡Hijo de mis entrañas al grillo Jimenez! ¿digo ¡tiembles la esposa infeliz y tiemblan los candeleros del gas, y las gasas de las señoras, y los cristales de los quinqués, y hay quien quiere abrir el paraguas porque aquello parece una tectipiestad.

74 La Publicidad (Barcelona), n. 1.320, 6 octubre, 1881.



74 Miniatura de la página.

Pues aguarden ustedes, que ahora llega la señorita Mendoza Tenorio, que tiene muy buenas cualidades como actriz, pero que, con todo y con eso, y con ser señorita y con caballero obligado á ser galante, no por eso deja de hacer de cada y cada siete, una para cada nota de la escala.

¡Hé aquí una representación esquemática de la declamación, según lo entiende la señorita Mendoza y sus secuaces, que los tiene:

Noooo (etc.) tees (etc.) apropiíncus á mííí que empaahhaarás el candoor de mííí cuatííísimos buuultoo y profanarás el cuuultoo de las aarás de mííí honooor.

¡Aquí, solo falta una clave y el pentágrama.

Después que la Mendoza ha cantado su parte, llega la señorita Calderón, que aunque no me nos provista de las prerrogativas de su sexo, en punto á dotes artísticas, no tiene ninguna dote confiada. Y la Calderón, es un eco de la Mendoza; no mirando al escenario, no se sabe quien habla ó canta, si la Mendoza ó la Calderón. Suécde, además, que se dice al espectador, ¡dónde he oído yo esto! y es verdad que aquello le suena, como demuestra inmediatamente Rafael Calvo que se presenta en escena á cumplir con su

romanza ó lo que sea. Calvo, este Calvo, no tiene prerrogativas en el sexo, porque es varón constante, pero como actor es de los pocos que valen algo en España, en fin, es de los que se ponen en la cruz de San Andrés, con que anuncian los carteles á las categorías; es una categoría legítima. Yo le aprecio mucho, y lo he aplaudido muchas veces. Pero esto no quita que no me guste su escuela de canto. Calvo, canta bien, pero canta, y la mejor escuela de canto para los cómicos, es no cantar... Desde que sale Calvo á las tablas, se ve como la luz que la Mendoza, y la Calderón, y los Calvos que vayan saliendo, todos imitan el canto de don Rafael, y aquello, ya no parece una compañía de cómicos, sino una caja de copas de cristal, de esas que sirven para tocar lo Traviata, á varios músicos ambulantes. Todos los cómicos del Español, suenan lo mismo (menos Gimenez, que como ese no hay nadie, ni la caja de los truenos). Después de Rafael Calvo, sale Ricardo Calvo, que canta su aria sobre motivos de su hermano; y tras él, viene otro Calvo, que yo no sé qué nombre de pila tiene, y siguen saliendo Calvos y mas Calvos, y aquello se convierte en un Calvo-orfeón.

Ahora digan ustedes, si en semejante teatro hace falta orquesta, como no sea para acompañamiento.

Este año parece que la empresa vuelve á traer los músicos.

Pero en cambio, suprimo la Mendoza. Y en su lugar cantará C. Calron, que también canta y además, desafina.

En vista de todo lo cual, yo opino que el señor Echegaray debe hacer lo que Ardoriús, dedicarlo á la ópera española.

En los demás teatros de verso, no se diga: allí cantan, pero cantan con toda intención, y cantan flamenco; y aunque dice el señor Paco en el café de El Imperial á quien le quiere oír y jugar unas cañitas, que este flamenco no es el flamenco como Dios manda, no importa; Rossell, Zamacia, Ruiz, etc., etc., cantan flamenco con guindilla, y el público aplaude y no solo se viene abajo el arte de Malquez y Romea, sino también el arte de Juan Bravo y del señor Paco.

Ahora, sea usted autor dramático.

Casi tiene más cuenta escribir para el teatro de las Marionetas.

Pero todavía es más difícil otra cosa que el ser autor dramático ahora...

Ahora, sea usted crítico de teatros.

CLARIN.

PALIQUE.

Esta ha sido la semana de la quincena de las frases célebres.

Comencemos por el principio.

«Estoy de actas hasta la coronilla.»
Linares Rivas.

Ahora oigamos al rey de Portugal:

«La unión de España y Portugal habría de hacerse por medio de una confederación, pero esta ejemplo podría cundir á las provincias, y lo mejor es renunciar á confederarnos.»

Todo degenera: «¿Ustedes cuánto han degenerado la acreditada palabra de rey, desde los tiempos en que Salomón decía: «Magníficos matinetón kai pautá matiónes» vanidad de vanidades, y siempre vanidad. Salomón hablaba como un libro; el rey lusitano, (uspésemse S. M.), pero no habla como un libro, á lo menos como un libro bueno. La confederación sería casaca, pero podría servir de ejemplo y hay que renunciar á ella.»

El rey de Portugal debe demostrar: 1.º Que el ejemplo haría de cundir, y que las provincias querían imitar á las naciones.

2.º Cómo se las habrían de componer las provincias para lograr su intento, siendo provincias de raciones unitarias en su interior régimen, y aun con otras confederadas.

3.º El peligro que podría crecer eso que llama S. M. confederación de provincias.

El rey de Portugal estuvo muy mable con Sagasta; le dijo que seguía sus pasajes de su política con gran atención e interés.

Y Sagasta para pagarle honra tan disparatada, estuvo conforme con aquello de la confederación. Verdad es que también Sagasta es un L. Rocheloucaud en punto á pensamientos profundos.

Véase la clase:

«Los tronos no son más que instituciones políticas, llamadas á satisfacer las necesidades de los pueblos.»

Donde dice pueblos, léase constitucionales, y Sagasta habrá hablado *ex abundantia cordis*.

Si los tronos son instituciones llamadas á satisfacer, es señal de que aun no han salisfecho, y así la llama, cita y empla como á los malos pagadores.

Muy gran pensador es Sagasta, pero todavía le dá quince para a Martínez Campos, ese Temístocles de Sagunto.

Dice el general... «pero con mi natural franqueza debo manifestar á ustedes, que quedan solo una vez en mi vida

he hecho un pensamiento, y resultó tan malo, como hijo que era de un soldado...»

Preciosa declaración: el general solo ha pensado una vez en su vida, y eso, mal, por la falta de la costumbre.

También se deduce del contexto que los soldados no deben tener pensamientos, porque siempre resultan malos...

¡Lastima que no sea soldado Romero Robledo. Pero tate, que si no es soldado es hombre de muchas ocupaciones, que, según él, es lo mismo para el caso.

En efecto, unos señores lo piden un pensamiento para el *Almería Orán*, y Romero Robledo contesta:

«Mis ocupaciones no me dejan tiempo para nada.»

Este profundo pensamiento ya lo había ya formulado muchas veces. Romero Robledo tiene tanto que hacer que ni tiene tiempo para pensar lo que hace.

Es un hombre que no sabe lo que hace... porque no tiene tiempo:

Así son la mayor parte de nuestros hombres políticos: si á todos se les pidiera un pensamiento y todos responderían con la sinceridad del general y del coronel de búscaras, se vería que el pensar es un lujo que se permiten muy pocos.

Continúan las frases célebres:

El señor don Manuel Silvela escribe en el *Almería-Orán*, varias máximas de moral experimentada debidas á su talento y al de otros, especialmente, porque todo aquello ya estaba dicho. Y don Manuel añade por su cuenta: «es muy difícil ser original en literatura, sobre todo, escribiendo máximas, porque éstas suelen ser no más que reminiscencias.»

Válgame la franqueza al señor Silvela.

Ojalá hubiera sido tan franco el autor de «El primer negocio», recientemente silbado en la Comedia.

Porque eso sí, la temporada está para frases, pero no para comedias. Se estrena «Abnegación» silba; se estrena «El primer negocio» silba.

Pero sigamos con las frases célebres. Los señores senadores hablan con su contestación al Mensaje, de la necesidad de paz y bienandanza que aqueja al país. Para ser senador se exige ser bispo, ó rico, ó cosa así, pero no se exige saber leer y escribir.

También *La Correspondencia*, ha tenido su frasecilla correspondiente.

Ha dicho: El señor Moret y el señor Balaguer, son los dos polos opuestos del horizonte arancelario.

Por lo visto hay polos que no son opuestos, porque *La Correspondencia* habla de los opuestos para que no se confundan con los otros. Además, resulta que el arancel tiene horizontes que los horizontes tienen polos.

La Correspondencia, es el polo opuesto de la gramática en el horizonte literario.

Discuten en verso Campoamor y Palacios acerca de una cuestión político-hidráulica. ¿Es mejor que el agua corra ó que esté quieta? ¿Cuándo tiene más libertad el agua, cuando está quieta ó cuando corre?

Yo resolveré la cuestión: el agua, y el vino y todos los líquidos y todos los sólidos tienen menos libertad cuando mandan los conservadores. Es decir, cuando mandan ustedes, mis amigos don Ramón y don Manuel.

En el Real ha fracasado—como dicen los revisores de música que no saben música—el tenor Mierzwinski. Lo primero que hicieron los revisores fué reírse del apellido. ¿Qué flura, qué cultura, qué buena educación! Por lo visto nuestros críticos querían que un Polaco se llamase López, como el de los chocolates. Ahora, si el tenor canta mal, bueno que se le censura, ¡pero dejado en paz el apellido!

En cambio nuestros tenores de zarzuela van á restaurar el arte lírico y á cantar óperas como unas personas, y ya verán ustedes como se excoden á sí mismos, y recuerdan los buenos tiempos de... otros tenores tan malos como ellos.

En fin, que viva España... á los artistas extranjeros palo, y á los indigénas la apoteosis. O somos ó no somos el pueblo del 2 de mayo.

CLARIN.

PALIQUE.

Ahora resulta que Romero Robledo no es un aventurero vulgar de la política, un cualquiera molinero de hombre de Estado. ¡Nada de eso! Romero Robledo lo dicen los periódicos de la política es un gran orador, un elocuente orador, un habilísimo orador. Esto lo dicen sus adversarios políticos,.... con que es necesario crearlo.

Cierto, dice uno de esos periódicos, que el señor Romero Robledo estuvo como siempre incorrecto, gárrulo, pero su discurso fue magnífico, sin embargo, por tal y por cual.

Esto es que es invención moderna, un orador que, como Romero Robledo, no es más que un grandísimo hablador, que no sabe hilvanar tres oraciones sin cometer cinco errores, que habla por los codos y con la gramática y el sentido que se pue le tener en los codos, es sin embargo un gran orador.

¿Pero qué dijo el señor Romero? Oh, señores, dijo que el alcalde de Mirandilla buen pájaro estaba, y el inventor que le ayudó en su mano, otro que bien baila. Esta es la oratoria práctica, intencionada, que se usa ahora; lo demás para la Academia; aquí no queremos flores, queremos discursos intencionados. Esta es la opinión general que aplaude á Romero Robledo unas agudezas que se le ocurren á los maceros al mismo tiempo que al diputado de Antequera. Precisamente por esto le aplauden muchos periodistas, dignos de ser maceros, porque lo que dice el ex ministro de Bórsas está al alcance de todos y podrían decirle todos:—«¡Esa es una

ocurrencia! ¡La tenía yo en la punta de la lengua! Esta es el pensamiento común de los que aplauden las vulgaridades de Romero Robledo.

Este señor es incapaz de hablar de cosa que valga dos cuartos, que exija un poco de estudio y penetración. Es el orador de todas las esquinillas, de todos los cafés que había desde donde le oyen los señores. No ha tirado los altos puestos por su criterio. Le llaman ahora gran orador, por los altos puestos. Quidadle á Romero la tribuna, hereditaria en mitad del arroyo, y á ver quien se defiende por escucharle. Hace alarde de desprender la ciencia, la ley, todo lo respetable, y piensa que el arte del hombre parlamentario se reduce á decir cachufetas á los señores de enfrente y á dirigirse apóstrofes á los tribunales con la valentía con que se provoca al toro desde la barrera. Dicen que Campomór ha escrito una dolora al ex ministro de su ramo.

Esa dolora, si está escrita, no es de Campomór, es del ex-director de Beneficencia.

Un alma de hilo es una comedia de don Valentín Gómez muy aplaudida en el teatro de la Alhambra.

Alhambra lo dice Dios poeta que el voir puen te vale.

En ese teatro todo se aplaude como esus asmo, con frenesí. Des atrás se apañó á una actriz nueva como si hubiera resultado Taima, se le hallo: aplaudido ese ilustre español según el poeta Gilo que le declaró hijo p alamo adoptivo de E nabo. La tal actriz es una joven que acaba de obtener un premio en el Conservatorio Y sir embargo, decían los mismos periódicos que

aplauden el discurso de Romero, que esa joven del Conservatorio era la que venía á reemplazar el puesto vacío de la Boldini.

Así es que de los el gila que se hacen de

Un alma de hilo no hay que fiar. Un diario muy popular reconoce que la obra no tiene bendita la novedad, que los recursos son pobres y poco lógicos, que las situaciones no se justifican, que los caracteres no realitarán un análisis detenido, pero que el público no repara en estos pelli los que aplaude á ralar.

De modo que el arte español está de enhorabuena los obras maestras en pocos días el discurso incorrecto, gárrulo, desordenado de Romero y la comedia de Gómez, sin caracteres etc., de obras que los más perspicaces gacetilleros han puesto en los cuernos de la luna.

Si cuantos mas disparates mejor ¡porque no se dedicó Romero á escribir comedias como Gómez y vice-versa?

Los que están de enhorabuena con las bases del Código civil, son los escritores contrabandistas, los que traducen sin conocerse, como zurren los mas hábiles contrabandistas.

Lo que ellos temen es que algún crítico procaz se eche á buscar el verdadero autor de las obras que ellos dan por suyas. Pues bien, el Código civil no admitirá la investigación de la paternidad.

Sin duda para que no se averigüe de donde está copiado el Código.

—El matrimonio será indisoluble *quo ad vinculum* ¡conviéndonos esto?

—No se latín.

—Pero entre la separación *quo ad ius*.

—Eso si lo entiendo, que la mujer puede separarse... del toro... ¡Vaya unas bromitas que so permito la ley!

A propósito de matrimonios. Un revisero muy afamado de Madrid, predica estas días acerca del celibato, y decía que tales y cuales literatos célebres habían muerto solteros.

Y citaba entre ellos al matrimonio sea malo

Esto no prueba que el matrimonio sea malo por los literatos, sino que el revisero no ha leído ni siquiera la *Alemania* de Heine.

Allí, y en otras partes, dice el poeta que está casado y bien casado.

Nadie tiene obligación de saber estos pormenores, mas que quien habla de ellos.

V. gr. el revisero que no los sabía.

Pronto empezarán las representaciones de don Juan Tenorio.

Si de lo que se trata es de llevar al teatro la conmemoración de los difuntos, pueden las empresas dar variedad al espectáculo dejando á don Juan con el Comendador y poniendo en escena el *cast de Mérida*, ó la de Puchona, ó la de cualquier parte; porque en todos los distritos ha habido su poquito de resurrección de la carne.

CLARIN.



76 Miniatura de la página.

PALIQUE.

¿Cómo pudo yo decirlo al Renacimiento—en catalán—sin que haya motivo para que él lo tome a polémica (lo que es tomarlo a mala parte), como podrá yo decirlo que cuando hablo en La Publicidad de política, no hablo como político. La política, señor Renacimiento, tiene un aspecto, ó mejor diré, varios aspectos, que están en la naturaleza de la misma. Como política y en tanto que la salta literaria y no política, y por consiguiente, en la justificación de mi mando, como si dijéramos, el modo de ser político de un pueblo, es parte de su vida, de sus costumbres, y las manifestaciones del pensamiento político en la tribuna, en el periódico y en el libro, tienen una relación literaria innegable. Por eso se puede hablar de la política sin hablar de política, por eso yo puedo traer a colación a Romero Robledo, á los jóvenes demócratas dinásticos, sin que se me tome por redactor político de este periódico.

Así como el que le rompa la cabeza á un elector, de una peñada, realiza un acto político y de camino un delito, el que combate en las Cortes al nota de Mérida y dice haiga, realiza un acto político y un crimen de lesa grandísima.

La política es una de tantas cosas que sirven para mis paliques, que no son en rigor política, aunque tampoco impolíticas, sino la flauta del mundo.

Y como esto no quiere más explicaciones, porque basta con muy poco en asunto tan claro, pido á La Época, que esté estos días con el alma en un hilo. Veamos por qué.

La Correspondencia. Real familia ha estado de exa en la Casa de campo, hecha excepción de S. M. la reina, que se halla ligeramente indispueta.

La Época: (Con el grandísimo amor que tiene á la dinastía y sus frutos). ¡Cielos! ¡Será verdad! ¡La reina indispueta! ¿Como consienta, en constituciones, que una reina se indisponga? ¡Dios que á Dios que eso no sea nada! Te Deum...

Pasan horas. Aumenta la ansiedad de La Época. Sabe que la reina acaso, acaso esté en estado interesante, como La Época cuando no sabe á qué revolución quedarse.

La Época medita. Busca la fórmula más elegante, el enfemismo más delicado para expresar sus temores de obstetricia dinástica. Y al fin dice:

«So abriguen temores, que descanse por disvanecidos, lo que la indisposición de S. M. la reina pueda abrigar halagüeñas esperanzas concebidas.»

Metafísica está La Época, pero no será porque no coma, porque no solo de presupuesto vivo el periódico, sino también de... Veamos lo que quiere decir La Época.

Disipar... halagüeñas... esperanzas... concebidas. ¡Tate! ¡Tate! Concebidas, es decir, que hay que en concebir; ¿y qué concibe? esperanzas; para que pueda ser una esperanza obijot. de una concepción, tiene que ser un ser que todavía habita el útero materno.

Luego todo está claro como el agua. La Época alude al futuro príncipe é infanta que puede ser disipado ó mal-partido.

77 La Publicidad (Barcelona), n. 1.349, 4 noviembre, 1881.



77 Miniatura de la página.

Y La Época, siempre previosa, ya emplosa á cantar alabanzas al non-nate príncipe é infanta. Principio, por supuesto.

A La Época le dá el corazón, su dinástico corazón, que ha de ser príncipe.

Pero caso de hablar de posibles abortos, no está bien, en público.

¿No vé La Época que hay señorías delante? A esto dirá La Época que los fetos reales no tienen vida privada.

Y esto nos convenga.

Esas halagüeñas esperanzas concebidas merecen un premio, merecen que se nombre á La Época... Matrona partera matriculada de la real Casa.

Vea el Renacimiento. Nada de eso es político. Yo no trato ahora de fallar á la ley de imprenta,

yo no trato de afear indirectamente á las instituciones, sino de poner en evidencia sus inadecuaciones, adulando de portavoces inescudados.

Si La Época nos dá una representación de «Brisa Azul» ó la «Gran duquesa», ¿qué culpa tenemos ni yo ni las instituciones... ni las instituciones ni yo; que diga.

Tampoco tengo yo la culpa de que el señor Velarde siga levantando falsos testimonios á la naturaleza y al diccionario. Este poeta se ha propuesto ser descriptivo á toda costa... y se esfuerza emplearlo en el observatorio... para que nos dé cuenta del estado de los tiempos, de la temperatura máxima y media y de los vientos de los ciclones. Dijo: llegará en que El Liberal ó El Imparcial publiquen sus revistas agrícolas en verso de Velarde. Y dirán, por ejemplo:

En la gran Valli do id
que el río Pasiega baha
ha subido mucho el trigo
en la presente semana.....

Pero dejando los versos que puede hacer Velarde en lo porvenir, volvamos á lo presente.

El señor Velarde quiere decir, en plata, que amance y que estemos en el campo.

Pues vean ustedes con qué alero lo digo:

Amance: ya lo anuncian,
poniendo al rústico en celo
los arpegios de la alceira
que se remonta á la esfera.

Lo que yo digo. En cuanto amance Dios, ya suelta Velarde un disparato. Si la sintonía despierta al rústico al amanecer, lo cual no es seguro, eso no es ponerle en celo; porque despertar es uno y no dormir ó estar en vela, es otro; precisamente el que vela no puede despertar, por lo mismo que no ha dormido.

y los cánticos del gallo (1)
que escarba, que picotea
y que en el húmedo suelo
va, al andar, sembrando estrellas.

Alude á la buslia de la pata del gallo, que se le antojan estrellas al poeta. ¡Arrebatos de la fantasía!

El ganado se rebulle...

Espera V. un momento. Rebullir no rebullir; el diccionario no admite el reflexivo, ni hay para qué. Sigue V.

Concerros y esquillas suenan

y rímp el toque de gracias

la campana de la aldea.

¡Valiente repique!

Al fin (gracias á Dios) en oriente el cielo
un horro ardiendo semeja
¡que dico de esta composición la aurora de los rosados dedos!

Saló el sol, dora las cumbres,

ábrese h.aba la tierra,

y es el remoto occidente

como otro sol roberber. n

los zultijos que visten

la cúpula de la Iglesia.

Valgate Dios por azulajal A este señor Velarde le llaman la atención unas... cosas...

El señor Camporaza, otro poeta capaz de describir al mun lo entero, tambien ha inventado al arte de escribir cuentos con introducción de crítica. Cuenta la historia de un capitán á quien se le murió una perra, y con tan plausible motivo ensarta un sermón muy santo contra el realismo y dice entre otras maravillas: «El artista olvidado no es un artista estúpido, que se ocupa siempre la luz y mira constantemente á lo alto.» Pues que echo á andar y cada paso será un tropezco. Además, tambien los perros miran á lo alto... cuando le dan á la luna. Muy mal floodeo y muy mal teólogo es el señor Camporaza, que yo sin esto es muy mal poeta.

Dicho esto, que aunque parece fuera de lugar no lo está del todo, porque una verdad siempre viene á cuento...

¡Siempre! Pues entonces, permítame V. y oiga esta.

Pocos poetas habrá en el mundo pobres que el señor Camporaza; como digo en el citado arbo.

CLARIN.

PALIQUE.

Dichoso mes, que empieza con «Don Juan Tenorio» y acaba con San Andrés.

«Don Juan Tenorio» es ya una especie de fiesta inamovible del pueblo español. Un hombre puede ser todo lo malo que quiera, siempre y cuando que tenga al fin de su vida un momento de contricción. En el don Juan, de Zorrilla, no está averiguando si este punto de contricción que da a un hombre la salvación, lo tiene don Juan de vivo ó de muerto. Porque, si como dice el Comendador.

El capitán te mató

á la puerta de tu casa,

don Juan ya está muerto, y parece que enterrado, cuando se arrepiente; lo cual que le están cantando el oficio de difuntos. Todo esto es absurdo, convenido, inmoral si se quiere, pero el pueblo español las ha tragado muchas más gordas y con menos poesía. Por lo demás, la moral del Tenorio es la misma que Calderón emplea en «La devoción de la Cruz»; Zorrilla, en esta, como en todas sus obras legendarias, no hace más que seguir las ideas y sentimientos de un pueblo educado católicamente. En Margarita la tornera, la Santísima Virgen es encubridora de los amores saciílegos de Margarita; pero grandísimo ignorante sería el que achacase á Zorrilla la invención de tamaña inmoralidad. Todos sabemos que la historia de esta monja anda en libros antíquismos y de autores muy cristianos. Pero ¿qué más? ¿No han leído ustedes los evangelios? ¿No vino Jesucristo al mundo á purgar las faltas que cometieran los hombres, á redimirnos mediante su sangre preciosísima, como dicen en la novena? Pues la moral del «Don Juan Tenorio» no es otra.

Y Fausto, ¿no se salva al fin y al cabo después de correrla con el diablo?

Y por último, señores, ¿no se aprobó el acta de Mérida, que fué como salvar al alcalde de Mirandilla?

Queda demostrado que la moral de «Don Juan Tenorio» es todo lo católica, apostólica y romana que se necesita.

Hace años asistí yo á la representación de «Don Juan Tenorio» en el teatro del Circo, que pereció por cremación; don Juan era Rafael Calvo y doña Inés del alma mía, era Elisa Boldun.

Estaba yo en el palco de una señora americana, hija de andaluces, muy hermosa, jóven y amiga de la poesía. Esta señora jamás había leído ni visto el «Tenorio» de Zorrilla.—Señora, la dije yo al levantarse el telón y cuando don Juan quiere que le parta un rayo, si en acabando la carta, etc., señora, envidio á usted las emociones de esta noche.—Pues me ha dicho un jóven crítico, que es socio del Ateneo, que el don Juan era un disparate que si lo gustaba á los niños y á los soldados y á las amas de huéspedes. Yo no conozco mas Tenorios que el don Juan de Molière, el de Tirso, el de Mozart.—Hay muchos mas, pero entre todos es el mejor este, aunque el de Tirso sea en algún respecto superior; pero en conjunto, la frescura y valentía de este Tenorio no la tiene ninguno.—El don Juan de Molière, así me repugna, prosiguió la señora, mientras don Juan habla en italiano con Clotilde. Es un tramposo de mucho ingenio, pero poco poético. No triunfa por amor, sino por engaños; da palabra de matrimonio y hasta se casa para seducir, sin perjuicio de negar después la boda y huir de su mujer. Su esposa, la infeliz D.^a Eivira, iba en

nuestro tiempo ante los tribunales y don Juan lo pasaría muy mal. Pues ¿qué diré de don Juan en cuanto á tramposo? Está agobiado de deudas, los acreedores le persiguen y él se libra de ellos con tretas suyas y de Sganarelle, tipo superior acaso al mismo don Juan. La escena entre don Juan y el comerciante Dimauchio es de mano maestra, pero aquel don Juan que se libra del acreedor con tanta gracia y travesura, no ¡es el de la leyenda.—En efecto, señora, ya verá usted á este otro don Juan tirar el dinero en vollosos preciosos y en hermosísimos versos de plácquerado.

No hablamos más: llegaba don Luis Mejía á la sazón y la señora americana comenzaba á interesarse en la apuesta y ponía por Tenorio.

Cuando el drama llega al final del cuarto acto, las mejillas de la hermosa americana, hija de andaluces, eran rosas de Alejandría, sus labios estaban secos, la nariz se hinchaba con movimientos convulsivos, los ojos miraban con llamaradas de entusiasmo, todos fuego. ¡Pero ustedes no sienten! ¡Ustedes han olvidado lo que es poesía á fuerza de machacarla! Sí, esta obra es para las almas que no tienen gastados los sentidos y el sentimiento con refinamientos de arte, es para los niños, es para los soldados y... es para mí.

Y la señora, como si estuviese pecando con don Juan, miraba á su marido, recelosa de que pudiese adivinar sus pensamientos y nocivas comparaciones. ¡Ella se sentía capaz de ser doña Inés! Y su marido, de ser un Juan, no sería Tenorio. El esposo, en tanto me decía ¡qué poca gramática sabe Zorrilla! mire usted que eso que viene luego «Mármol en quien doña Inés», es un español, mediano; y lo otro de: «Vosotros á quien maté», es una bonita concordancia. Ja, ja, lo que hay es que el pueblo está embrutecido con tantos años de inquisición y fanatismo....

El lector escogerá el criterio que le parezca mejor. El del marido es el común entre los que se tienen por instruidos. El de la señora es el criterio popular, el que da la gloria y la inmortalidad.

El don Juan de Zorrilla es, como dicen algunos, una obra aparte.

Es el sueño de un enfermo, que ni enfermo deja de ser poeta; es el roncar de Homero cuando dormita.

Comparad esa poesía con un drama en prosa trascendental de los que ahora escriben algunos autores tendenciosos.

Es como si comparáseis el gorro de un dómine con la corona de laurel de Apolo.

Zorrilla, como don Juan en el último acto, es un difunto vivo. Si á don Juan le mató Centellas, á Zorrilla le ha matado la indiferencia de una generación fría, prosaica, de imaginación pobre y sujeta á un orden abstracto que se llama método, filosofía, transcendencia.... ¡oh la filosofía de estos pobres burgueses!

CLARIN.

Palique

La política es para el contribuyente una carga muy pesada, porque viene á ser la contribucion; para el madrileño es un espectáculo. Así como jamás oyo el habitante de Canebejos la música del Real, ni disfruta de la agradable vista de tantos

paramentos, bordaduras
y cimoras

como constituyen el boato de la corte, y, sin embargo, paga todo esto, así paga y no ve las pompas y vanidades del Congreso, donde, hoy por hoy, actúa la mejor compañía de prosa y verso que tenemos.

Esto es una injusticia. Las Cortes debieran ser ambulantes y hacer lo que Vico y otros actores: ir á representar—pues son representantes—de cuando en cuando en las diferentes provincias del reino. No es esta proposicion una irreverencia; y si no, acordámonos de lo que sucedia con las Cortes de Castilla, que no tenían asiento fijo, y ora se celebraban en Valladolid, ora en Toledo, ora en otras muchas partes.

¿No es una injusticia que sólo los madrileños sepan el grandísimo celo con que nuestros representantes nos representan? ¿No es una injusticia privar á los provincianos de las emociones de una *première* de Moret, Castelar, Cánovas, etc.?

Se dirá que el provinciano puede enterarse de lo que ocurre por el *Diario de sesiones*. Sofisma. El *Diario de sesiones* no puede retratar en sus frías páginas todo el calor natural de una sesión borrascosa, ni reproduce fielmente aquellos graciosos solecismos que vierten á borbotones innumerosos padres de la patria. Las concordancias atrevidísimas de tal diputado, de gran fama, que empieza oraciones cuyo sugeto es yo, y cuyo verbo es de tercera persona de plural; las metáforas frustradas de tal ministro que, como diría Hermsilla, compra á un orador con la pirámide de Cheos, nada de esto sabe reflejar fielmente la muerta letra de molde.—Y, lo que dico un diputado que nunca apareció como orador ni vió su nombre en el *Diario*, no siendo en las votaciones:—Señores, yo no he hablado nunca, pero hago mi papel; toso, interrumpo, grito. Prefiero volver á la elocuencia primitiva, á la interjeccion.

El tal diputado tiene archivada la coleccion de sus interrupciones y demás actos parlamentarios.

Veamos para muestra un boton:—Bravo, bravísimo. (Sesión de*** discurso del presidente del Consejo.)—¿Esto es inaudito! (Sesión de*** discurso del señor***, de la minoría.)—¿Y vosotros?—A votar, á votar.—¡Oh!—¡Ah!—Risas.—Murmillos.—Y por ahí adelante. Pues bien, este diputado y otros doscientos como él, son... la salsa de las sesiones, digámoslo así, y el provinciano que no asiste al Congreso, que no ve esto por sus propios ojos, no puede gozar de veras el espectáculo de una sesión dramática, como ya se comienza á decir. Es necesario descentralizar el interés parlamentario, ir á provincias á representar la política de la nación; aprovecharlo, por ejemplo, las fiestas de María Pita en la Coruña, las de San Mateo en Valladolid, las de Semana Santa en Sevilla, etc., etc.

En Madrid, que goza el privilegio de las emociones parlamentarias, ya se consideran las Cortes como uno de los espectáculos más divertidos. Diputados y demas manjean los gomeos de teatro *torridamente*, como decia un traductor; en los intermedios se reparten á las señoras caramelos y pastelillos, y el público aplaude ó murmura segun las ocasiones: una entrada para la tribuna pública cuesta más que una butaca en un teatro, y se puede decir que hay dias de moda.

El público es exigente; quiere divertirse y no consiente que se le hable de lo que no le importa.—¿Que Zamora no tiene agua potable? Miserables. ¿Qué le importa al público la sed de los zamoranos?—¿Que no se paga á los maestros en tal provincia? Miserables. ¿Qué le importa al espectador esta vulgaridad de los maestros hambrientos? El presidente comprende que es necesario llegar pronto al discurso que se espere, ó al escándalo que se anuncie. Todos los que hablan lo hacen deprisa, casi silbados, y nada se tolera, y ménos que nada una cuestion de Hacienda. ¡La Hacienda, eso hace dormir! Vamos al grano... vamos al discurso del eminente Fulanito que tiene la palabra para dieciocho meses...

Nada hay comparable á la indignacion del pueblo del Dos de Mayo cuando sus esperanzas se defraudan, y no se cumple el programa y habia cualquiera ménos el orador que se habia anunciado.

Y ¡ay del orador si no se presenta bien, si no es guapo, ó simpático por lo ménos! ¡Ay de él, sobre todo, si en vez de poner colorados á los ministros contándole el cuento de sus inconsecuencias, que es el cuento de nunca acabar, se deja de personalidades y trata el fondo de la cuestion, y se extiende en consideraciones! Ese es un discurso de academia, dice un espectador que no ha entendido una palabra.—Es un sábio, pero no un político; no es mal intencionado, no le ha dado ningun palo al ministro, ni siquiera á su correligionario X.—Esto es pueril.—Este es un catedrático, no es un orador.—Está perdido, nadie atiende, comienzan las toses; los diputados dejan los ascaños, y el misero mandatario se queda hablando con los maceros, no ménos verdos á sus voces que doña Isabel la Católica, de mármol.

Nada de esto es política, lector; pero sucede que la política es una de tantas costumbres, y hablando de las costumbres se puede tratar de política; sin ser político.

Por esto yo opino que nuestros novelistas deben cultivar la novela política, porque cada dia la realidad va ofreciendo más campo á la observacion en este modo de actividad.—Madrid se hace más político cada dia; se aburre en el Español y se divierte en el Congreso.

Última grande que de estas comedias que aquí se representan puedan resultar, como otras veces, muchos dramas de los que acaban mal, en sangre.

Y lástima que estos dramas se representen en provincias por pobres políticos de la legua.

Así como en los dramas morales muero siempre el traidor, en el teatro político el que la paga... es el contribuyente. Ese comparsa.

CLARIN.

PALIQUE.

¡Qué docilidad la de nuestros actores! Piensan que la crítica no se ha inventado más que para mortificarles, y no hacen caso de ella. Empresario hay que secuestra los ejemplares de los periódicos en que se les da un palo—como ahora se dice llamamento—á los cómicos de su compañía.

—Esto no deben leerlo ellos... se les sube el humo á las narices... y no pueden cantar.

Ejemplo de esa docilidad es el Sr. Mário, que si-gue pronunciando Hegel así como suena, á pesar de los sanos consejos que se le han dado acerca del particular.

Acaso creará el Sr. Mário que un personaje que pretende un gobierno de provincia, no sería verosímil si pronunciara bien el alemán.

¡Quién sabe! ¡quizá el Sr. Mário este en lo justo! ¿Quién sabe cómo pronunciará Hegel D. Venancio, ni si lo pronunciará siquiera?

* *

Con gran sorpresa he leído en la *Correspondencia* que el eminente poeta Nuñez de Arce, ocupa en la administración un destino inferior sin dada á sus méritos.

Suelto canta: «Ha sido ascendido á jefe de administración de cuarta clase del ministerio de Ultramar, el Sr. Nuñez de Arce, hermano del conocido hombre público del mismo apellido, que lo era de negociado de primera clase.»

Está claro como la luz, el que lo era de negociado de primera clase es el hermano del mismo apellido, á saber, el poeta.

Pase que un hermano sea del mismo apellido que su hermano; pero esto de tener al Sr. Nuñez de Arce, á nuestro insignie lírico, en un negociado de ministerio, es una gran injusticia... de la sintaxis de *La Correspondencia*.

* *

Parece que M. Uchard quiere tener pleito con M. Sardou para reivindicar ciertas escenas de *Odette*, que dicen que son suyas.

Si los autores franceses dan en la flor de pedir lo que es suyo, van á llover exhortos en los juzgados de Madrid.

Aconsejo á nuestros abogados que se dediquen al derecho internacional privado.

* *

Se representaba un drama de Dumas (padre); el empresario se mostraba descontento de la entrada, y quería retirar la obra.

—¡Cómo! decía Dumas, ¿retirar la obra, y volverá Vd. á representar la tragedia de anoche, que hacía dormir á los espectadores?

—Dormir, ¿eh? contestó el Ducazal; mire Vd., mire Vd. por ese agujero á la sala.

Miró Dumas y vio á un caballero profundamente dormido en su butaca.

El poeta al principio se sintió desconcertado, pero vuelto en La Iberia, exclamó:

—¡Bahl!... ese es de ayer.

—

Ya lo saben nuestros dramaturgos, si ven á algún espectador dormido cuando se estrene una obra suya, pueden decir.

—Eso es... de ayer.

Si yo fuera poeta diría en tal caso:

—Eso es de Sanchez de Castro.

Y si no era cierto, era verosímil.

* *

Porque sepan ustedes que se anuncia un drama de este señor.

No me gusta juzgar las cuestiones, ni los dramas; pero á la manera que el Zaragozano anuncia rayos y truenos, hablando de ciertas señales que él conoce á su manera, del propio modo yo, profundamente versado en Sanchez castrología, me atrevo á predecir un temporal escénico de todos los diablos.

Habrá rayos y Jimenez que vale por una tempestad, florará la Calderon que será una lástima, y todo aquello se resolverá á décimas filosóficas y á pualadas, género de muerte muy usado en tiempo de los godos, que es el tiempo predilecto del creador de Tuscía y otros nombres perrunos.

* *

También el Sr. Herranz va á echar su cuarto á espadas.

Como este autor es tendencioso y de los que se quejan de lo perdidos que están los tiempos, supongo que en el drama habrá una moraleja al final del tercer acto, que puede ser, v. gr.:

Que el mundo va, en su locura,
buscando su perdición,
merced á la supresión
¡ay! de la previa censura.

* *

Pero lo mismo el drama de Sanchez que el drama de Herranz, le parecerán excelentes á Bremon, uno de nuestros primeros amigos de sus amigos.

* *

Una frase de un hombre célebre:

—Señores, voy á leer unos versos de nuestro malogrado amigo... (Histórico.)

Señor Bremon, ahí tiene usted un superlativo que no se le hubiera ocurrido á usted...

CLARIN.

Palique

Lugar de la escena: el Retiro.

Época: el día de la fecha. Personajes: Campeamor, un estudiante de medicina.

Clarín, que dice el prólogo, que es como sigue:

Estamos en otoño—ya lo habrán Vds. conocido—las enramadas del Retiro cambian el manto verde, lujuriosamente verde, como decía otro traductor, por una capa de púrpura, sobre poco más ó ménos. ¡Qué hermosas están las ramas de los árboles! La naturaleza lenta toma un tinte melancólico de color de

pasa, puede decirse; no sé si de pasa de Corinto ó de Málaga, pero de pasa al fin. Pasa, si, esa es la palabra; pasa la primavera, en lá-que

vierte alegre la copa en que atesora!

bienes naturales;

pasa el verano, durante el cual, según el poeta suodicho,

va pasa ardiente el sol á donde mora
el Canero abrasador, -

y ahora, por fin,

llega el húmedo otoño, cuya puerta
adornar Baco con sus dones quiere;
pero si el otoño es alegre para los borrachos habituales y no habituales, ¡qué triste es para las hojas y para los tísicos! Los árboles, de que dejo hecha mención, parece que al cambiar de color; se espiritualizan; también se espiritualizan los tísicos: aquellas ramas paracen un pulmón que se... ¿cómo lo diré yo? que se gangrona (!); las hojas son como la falda aparente en las megillas de la pobre enferma, de la pobre Traviata. ¿No veis las ramas? Como está en calma el aire, ni una sola hoja ha caído; parece que todo se reduce en el árbol á cambiar de casaca. Así el tísico ó la tísica; la enfermedad no le postra, come bien, se levanta, anda por su pie... ¡jamás tuvo tanta vida... en su imaginación. Pero sopla un día el viento del Guadarrama, ¡basta un soplo! El árbol queda sin hojas y las megillas rosadas de la Traviata palidecen; las hojas caen al suelo y los tísicos á la tumba.

81 El Día (Madrid), n. 559, 2 diciembre, 1881.

Toda esto y mucho más se le ocurre al estudiante de medicina que, sentado en un banco de césped en lo más retirado del Retiro, si vale hablar así, estudia la fisiología de Kú. Kú, piensa el estudiante, significa beso; y vuela su fantasía en alas de los recuerdos, como una paloma mensajera hasta llegar al nido del amor de su casa...

según dijo un señor que en el mismo momento pasa al lado del estudiante sin verle. Aquí señor es como el invierno con sus nieves, cano. Blanca la barba y blanca la melena, como decía otro poeta mucho peor que el que pasa delante del Galeno. El estudiante que tiene más afección á Víctor Hugo que á Cláudio Bernard, contempla en silencio con veneración tailgioso al peripatético poeta.

El poeta paseaba y se creía solo. Del ámplio bolsillo del ámplio gabán de pieles, sacó un libro de apuntes que dice en la pasta *Notas*. ¡Y es de la Academia el poeta! Da algunos pasos más el poeta, una lavandera se le pone delante como para estorbarle el camino. En efecto, D. Ramón se para. Escribe; mira á la lavandera y vuelve á escribir. Parece que la está retratando en verso. Huye el pájaro, asustada á otro que está en una rama, la rama sacudida deja caer algunas hojas. unas caen en la arona, otras en el agua, y el agua se las lleva.... El poeta las sigue con el lento paso que lo señala la corriente, anda y escribe, y mira las peripecias de las hojas en el agua, ora se posan en remanso sombrío, ora más rápidas que antes corren por una cuesta del agua, ya son navío de un insecto, ya se bascan con las hojas de una flor, y siguen.... El poeta detrás, mirando, meditando, escribiendo.

En pos del poeta el estudiante, que se lo sabe de memoria. El sabio Kú, queda olvidado sobre el banco de césped. El poeta no conoce que le siguen los pasos; el aprendiz de médico procura apagar el ruido de los suyos; tiene una pretensión atrevidísima y de mala crianza; leer por encima del hombro del poeta. Ya casi lo consigue... Va detrás, muy cerca, pisando sus huellas y vislumbrando la escritura... pero súbito las hojas del arroyo se detienen, el poeta también y el estudiante le da un golpe en el hombro con las narices.

—Don Ramón, dispense Vd....

—Hola, Broca... ¿Te han hecho de la policía secreta? ¿Sospecha Martínez Campos que conspiran las musas?

—No, señor, es que... quería ver lo que Vd. escribía; quería ver cómo hace un poema...

—No es un poema. Ahora no hago poemas. El médico me ha condenado á la filosofía peripatética, no me deje discurrir sino en paseo; piensa, pero anda. De esta manera no es posible escribir poemas.

—¿Qué escribe Vd.?

—No escribo, copio.

—¿Copiar?

—Sí, copio doloras. (Un soplo de la brisa.)

—No lo ves? Ahora las doloras caen hechas de los árboles. (Histérico.)

CLARÍN.

Palique

Arrojé la pluma sobre el papel. Estaba desesperado. ¡Ni una idea, ni un asomo de pensamiento quería brotar de la pluma! Tenía la imaginación seca como un esparto. La ciencia, la literatura, todo estaba cerrado para mí. Tenía delante un tomo de poesías; el autor, un desconocido, se había entregado inerte entre mis garras. ¡Desgraciado! No sabía el lo que es el hambre de asunto en esta fiera civilizada que llaman unos el crítico, otros el impresionista y los más expertos el gacetero. ¡Un tomo de poesías liricas! Es decir, la materia primera tentándome. No había más que copiar, y al pie de cada estrofa llamar animal al autor en buenos términos. Pero le salvó mi *apleca*. Si, en estos momentos de basto, en que se está más cerca del Viaducto de lo que se piensa, lo conciencia ve con claridad inusitada. En las horas ordinarias de la vida, cuando el hábito se impone sobre toda ley lógica o moral, triturar á un poeta, desengañar á un necio, me parece lo más natural del mundo.

Pero en el instante de clarividencia pesimista en que me hallaba, vi con la misma evidencia con que veía todas las tristezas del mundo, la tristeza de la súpita, su pequeñez, su infancia. Los desgraciados, los desesperados entienden de delicadezas capritanas que no comprenden los dichosos. El dolor aña el tacto con que toca el alma al alma. Me pareció un crimen, un verdadero crimen burlarse del misero loco y mandar mis burlas á la imprenta, y me avergoncé de mí mismo ¡Cuántas veces había aguardado con sangre fría, allí, en las altas horas de la noche, al cajista que traía las pruebas, las pruebas de mis chanzonetas erueles! Y corregía las pruebas, pero jamás corregía el sarcasmo, el epigrama, el insulto; dejábalo intacto, y aun solía recrearme contemplándolo como á hijo predilecto del ingenio. En aquellas horas de basto *usque ad mortem*, de descreimiento y fatiga, la moral inesplicable de los que no creen fué más severa que mi moralidad ordinaria de burgués, clasificada correctamente en las casillas de los sistemas.

En fin, salí de mi casa. Era de noche. Madrid iba al teatro y al café. Cada transeunte me parecía un estorbo, un tropiezo, una piedra olvidada en la calle por los barrenderos; cada mechero de gas una indis-

creción. ¡Esta policía, pepsaba yo, por qué no barre las calles! Terribles momentos estos en que la humanidad nos parece una secreción de la naturaleza, un prurito, irracional de erección, sin objeto, sin fin, sin medida! El prójimo no se mira como prójimo; es el desconocido, el anónimo invasor, el no sé quién que hiela, que estorba, sobre todo que invade, cuando sube como la marea. —Y Dios cuida de todos estos insignificantes ejemplares del género humano? ¡Y á Dios le importa tanto esa pillastre que me ofrece una sortija fina, como yo, yo que la soy tan conocido, con quien he hablado tantas veces; yo que he sido casi místico en mis verdades años! Es decir... Dios es padre de todos... como el jefe del Estado... Un padre que en rigor no ama ni conoce á sus hijos.

Observé que algunos transeuntes me miraban con insistencia. Hubo hasta quien se volvió para verme. En la Puerta del Sol me detuvo un caballero? —Dígame Vd., me dijo, el Sr. Manzano. —No, señor; ¡ni gana contesté rugiendo. Seguí por la calle de Alcalá. Cerca del Suizo sentí deseo de tomar un coche y mandarle rodar y rodar por las calles. Así fuera del tumulto, no tropezaba con mis semejantes. Era el 69; me acuerdo porque estúpidamente, pensé, en medio de mi desesperación, que aquel número se llama en la lotería *arriba y abajo*. En el momento de extender la mano hacia la portezuela del coche noté que otro sujeto decía, ya con el pie en el estribo: —Al Obelisco. —¡Al Obelisco! exclamé; el cochero. —¡Al Obelisco! exclamé yo. —Sí, al Obelisco. ¿Qué hay? gritó mal humorado aquel señor, que era muy pálido y tenía los ojos encendidos y como si quisieran saltar de las órbitas.

Me había robado el pensamiento y el coche. Iba yo á exclamar: A la Castellana, á dar vuelta al Obelisco, cuando el caballero pálido dió la misma orden. El había llegado primero y yo codé. El cochero nos miró á los dos, y sonriendo dijo: —¿Van ambos? —No, bruto, respondí el otro cerrando por dentro la portezuela. El gallego se dió por aludido, y partió al trote. En el mismo instante se acercó á mí una agitada. Creí que iba á pedirme limosna. —¡Manzano, espérame, Manzano!... ¡Ah! Vd. dispensa, caballero; me pareció Vd. Manzano. —No, señora; soy otro. Y seguí mi paseo, abnrrido de parecerme á un quidam, de no ser bastante conocido para que á oscuras me distinguiera la humanidad, mi enemigo, de todos los individuos aborrecibles.

Volví á casa. El criado al verme, dió un grito. —¿Qué es eso, animal? Y entré en mi habitación. Me vi de cuerpo entero en el espejo del armario. Y di un grito como el de mi criado. Estaba pálido como un muerto, los ojos encendidos, saltando de las órbitas. Noté en mí un gran parecido con no sabía quién. Para dormirte pasé los ojos por el libro de poesías líricas. Decía el autor que iba á pegarse un tiro á consecuencia de no creer en nada. Arrojé el libro: ¡vulgaridades! dije. Y me dormí. Al despertar me trajeron el *Diario de Avisos* con el café. Y leí: «El conocido poeta D. N. Manzano, pasó fin á sus días acribe de un modo original. Dentro del coche de punto señalado con el núm. 69, se disparó un tiro de revolver cerca del Obelisco de la Castellana. Su desconsolada viuda, etc., etc.» El poeta había dado una lección al crítico.

CLARIN.

PALIQUE

PEREGRINACION CRÍTICA.

El Sr. García Cadeña no tendría nada de partícipe. ¿Iar si no fuera su estilo, su nombre y su odio á Echegaray

Do. Peregrin es, en efecto, el inventor del *calor de humanidad*, y de muchos y muy peregrinos neologismos que le han de hacer inmortal ó poco ménos.

Don Peregrin ha visto el *Haroldo*, y aquí le quiere, carabina (de Ambrosio); ha dado rienda suelta á sus rencores y á sus esdrújulos.

Los esdrújulos en D. Peregrin son algo más que cuestión de prosodia; yo creo que piensa en esdrújulo; ¿no comprendes esto, lector, los pensamientos esdrújulos? pues lee á D. Peregrin.

Como yo le leo. Y dice:

«El Sr. Echegaray no llevará en el teatro las palmas efímeras, pero resonantes, de la victoria, si abandona el manubrio de la máquina que le sirve para llevar la estupefacción al ánimo de su devoto auditorio.»

Esto es pensar *esdrújulamente*. ¡Una máquina de hacer estupefacción, y palmas que se llevan en el teatro, y que son efímeras, pero resonantes!

Ben Peregrin cuando se eleva á estas regiones del estilo esdrújulo—y para él esto es coser y cantar—es como una sibila, como una estirpe, más intrincado aún, es una especie de inscripción coniforme que el demonio que la lee.

Lo malo, es que á veces no sabe lo que significan las palabras, y allá van adjetivos donde quieren Peregrines. Habla en el primer párrafo de su crítica de *Haroldo* de *colosales ovaciones*. O no sabe lo que es ovación, ó no sabe lo que es colosal. Como esas señoritas cursas que todo lo tienen por divino, el Sr. D. Peregrin llama colosal á cualquier cosa aunque no pueda serlo, como les sucede á las ovaciones. Aquí el único colosal es usted.

En el mismo párrafo dice que Echegaray *ejerce su actividad*; como quien dice: la actividad de su mando. Tampoco sabe D. Peregrin lo que es ejercer. Y, también en el mismo párrafo, habla de los *altos placeres* de los espíritus inmortales. ¡Hombre, eso es escribir á la *alta escuela*!

Aproposito. Ya que el Sr. D. Peregrin escribe tan mal, ¿por qué no toma un maestro de baile?

Saben ustedes como llama D. Peregrin á Teodora y á Ernesto, los personajes del *Gran Galeoto*? Pues los llama dos *atonías morales*.

¡Gran partidario de las atonías es D. Peregrin!

Pero llamar *atonia* á una persona es exagerar el sentido traslucido. Y además, eso es poner motes. ¿Le gustaría á él que le llamasen por ahí don Peregrin Atonia, ó el de las Atonías?

Después se pone furioso con los héroes de Echegaray, porque «no tienen ninguna representación grandemente simbólica»

¿Pero qué falta hace eso? ¿Por fuerza han de ser todos simbólicos? ¿O es que D. Peregrin no concibe arte sin su símbolo correspondiente?

Pero no nos pongamos serios.

He observado que D. Peregrin, cada vez que habla de Echegaray, le llama varou, Si, señor, varon constante, ¿y qué tenemos con eso?

¿A que no saben ustedes qué dice D. Peregrin qué es el bantismo?

Pues dice que es «un acto apremiante y decisivo.» ¡Oh númen premioso de los actos apremiantes!

«¿Qué significa, dice, esta fe deficiente de la potencia varonil?»

¡Dale! ¡dale!

¡Ah, D. Peregrin, si la potencia varonil fuera un acto de fel Otro gallo les cantara á muchos deficientes.

«*Haroldo el Normando* es, por los elementos y la marena de la acción, una tragedia, un poema consagrado, desde el instante voluptuoso de la procreación...

¡Don Peregrin, D. Peregrin! ¿Y esa formalidad simbólica? ¡No esto tenían que parar las potencias vareniles!

Más adelante habla de las emociones solitarias del gabinete.

«Pero esto no es un Peregrin, es un Peratoneri! Según el crítico, *Haroldo* es tan poema escénico como cualquiera, «pero en su fondo no se agita ninguna cuestión ruidosa de moral.»

A D. Peregrin le gustan las que sean sonadas.

«*Haroldo* es una tragedia de resortes claramente enunciadas.»

«*Enunciar resortes*, don Peregrin, podrá ser simbólico, pero no es castellano.

El crítico habla también del tigre y de «la parábola que le arroja en pos de su apetito.»

Esa parábola es una hipérbole, amigo mío. ¡Usted si que es parabólico y simbólico y sobre todo esdrújulo!

Y acaba diciendo que él prefiere los *Fantoches*.

Es claro, hombre, es claro. Los *Fantoches* no tendrán calor de humanidad, pero, en cambio, oirán sin replicar y sin reírse las críticas de D. Peregrin.

Tómela, tómela con los *Fantoches*.

Y llámelos *atonías* de cartón

CLARIN.

Palique

No se puede sufrir tanta sabiduría. Todas las semanas me encuentro á mi amigo Serrano Fatigati on el Ateneo—quó yo cerraría—con algun descubrimiento nuevo. ¡Pero qué descubrimientos! Retos sábios no se proponen más que desacreditar á nuestros padres, que después de todo eran los suyos, es decir, respectivamente. Que antes no se sabía nada, y que ahora todavía se sabe poco.—¡Poco, les parece á Vds. poco todavía!—Yo, quó me he propuesto no ser sábio en mis días, y que mis hijos tampoco lo sean, por aquello de que el saber no ocupa lugar, y, por consiguiente, no ocupa el estómago; yo, que no leo más que periódicos, á fin de no enterarme de nada que sea cierto, sin embargo, me voy haciendo una eminencia científica, poco á poco, *non vi, sed sepe cadendo* (¡ve Vd.?), desde que algunos papeles han dado en la manía de poner la ciencia al alcance de todos los lectores. Muchas veces he visto á mi cochero—yo tengo cochero, por eso hablo gordo—he visto á mi cochero con un periódico entre las manos, y hubo vez que le encontré leyendo ¡Radiofonía! Aquel día volcamos. Claro ¡la radiofonía! Antes, un asiduo lector de *La Correspondencia* sabía cuántos galguitos, con una mancha café con leche, se habian perdido en veinticuatro horas, y que don Fulano de Tal, marqués de Casagarito, se habia muerto tal día hizo un año, R. I. P., y que no habia crisis, y por fin la solución de la charada del número anterior.

¡Pero ahora! coge Vd. un diario, y lo primero que ve es, ¡oh desengaño! que en el chocolate no es chocolate todo lo que reluce. Así, así se acaba con la fe de nuestros mayores. ¡Qué, crean Vds. que no hay solidaridad—como se dice ahora—entre el chocolate y los más altos principios de moral y religion? Hay es la duda del chocolate, mañana se niega á Dios. Que se le echan al chocolate sustancias inorgánicas, pedacillos del arroyo, como quicaa dico, y migajas de pan del año del hambre. ¡Ve Vd.? Efectos del libro oxímoron. ¿Dónde habrá habido mejores chocolateros que los frailes? Pues los frailes, que tenían fe, verdadera fe, la éel carbonero de Menendez Pelayo, nunca pasieron pero al chocolate de Astorga; ni si quiera se lo ponían los frailes que antes habian sido cocineros. Estos sábios no reparan que con sus análisis de los diablitos, llevan la discordia al seno de la familia.—Yo tengo doce hijos, ¿qué les voy á dar por la mañana, si no les doy chocolate? ¡Té! Anda, anda, pues ei el té contiene no sé que cantidad de porquerías inorgánicas también. Si al decir de los sábios todo está lleno de basura. Pero estos no son sábios, son perros de los que revuelven los montones de inmundicias. Para estos sábios, cada calle de Madrid es un musco. Por eso los barrenderos no barron. Comparen Vds. los tiempos en que á Zoroastro, á Confucio, á Numa Pompilio, y á tantos otros les dictaba su sabiduría alguna inspiracion sobrenatural, con estos tiempos en que los sábios se van á las casas de los pobres á rascar las paredes y á recoger miasmas (¡puff!) para hacer experimentos

y poner al ayuntamiento como chupa de dómimo. ¡Recoger miasmas! esto es el colmo de la sabiduría moderna, experimentalista, utilitaria, naturalista. ¡Pero no se contentan con esto. El sabio es vampiro también, es un buitre. ¡Vadle de noche, en el cementerio, registrar cadáveres, sacar croquis de sus posturas, de las cajas que los encierran! ¡Horror! ¡Para qué? Para demostrar que hay muchas probabilidades de que nos antierran vivos. ¡Es decir, que ya no sólo no se puede vivir entre tanto sabio, sino que tampoco se puede morir! ¡Han tapado el infierno y en cambio nos ofrecen otro de su invencion: la vida en una caja de la funeraria bien clavada! ¡Oh, basta, basta de sabiduría, basta de desengaños, de sustos y miedos!

Arrojo el periódico. Voy á tomar el aire libre. ¡El aire! Esto sí que es puro, los postes lo dicen, el aire... la qué restaura... ¡Respiremos! ¡Pero ¡qué digo respirar? Ni respirar se puede. ¡Y la glicerina? ¡Nos han demostrado estos sábios con glicerina que el aire de Madrid está infestado, lleno de cadáver en polvo.

¡Señores, señores, quó me vuelvan la ignorancia de nuestros padres! Entonces no era el pensamiento libre; pero se respiraba á lo ménos.

Se respiraba... y no infundian sospechas mis generos coloniales y del reino.

(Monólogo de una comedia titulada *Ultramarinos*.)

CLARIN.

PALIQUE.

Las mujeres han entrado en el *Ateneo*

¡Alarma en las sacristías!

Gabino Tejado está celoso *La Union*, órgano ó campanario de los mestizos, ó sean *los sacristanes grises*, toca á rebato, ó el *tocino*, como decía un traductor, y pasa revista á las siervas de los señores de Dios. ¡Cómo se entiende! ¡Dejar el sermón por la conferencial ¡Ir á escuchar á Moreno Nieto, ese hereje con cara de católico! ¡Todo lo contrario de Tejado, que es un neo católico con cara de hereje! Ir á respirar el ambiente deletéreo de la cátedra del espíritu de la contradicción, de la cátedra del demonio!...

Y con tan plausible motivo, *La Union* trata á las señoras que han asistido al *Ateneo*, con la delicadeza con que el P. Gago trataba á la señora del pastor Cabrera.

«Ya las conocemos, son las institutrices, las hemos visto en otros malos parajes y las veremos al fin en el Congreso.»

¡Qué fino, qué atento, qué buena educación! Esto es de una zarzuela que no es de Cañete; lo que es de Cañete es esto otro: *Beltrán y La Pompadour*, zarzuela en tres actos y una sola sílaba.—La marquesa de Pompadour, vestida de pastora come manzanas y las munda con un cuchillo. Beltrán, que ve esto, exclama:—¡Cielos! munda la manzana... luego es la marquesa de Pompadour. Lo cual demuestra que en la corte de los Borbones nadie munda las manzanas más que la marquesa de Pompadour.

Este mismo Cañete es el que dice que *El Gran Galeoto* no contiene más que disparates en el estilo, en la acción, en todo.

Y digo yo... ¡Cielos! ¡despellosa á Echegaray! ¡Es el marqués de Pompadour!

Pues como decía, *La Union* se burla de las señoras que fueron al *Ateneo*, y las llama institutrices con *marcada intención*, como dicen en las zarzuelas de Cañete.

¡Institutrices! ¡Habrà mayor vergüenza que ser institutriz!

¡Si fueran hermanitas de los pobres!

Pero estos neos son insaciables. ¡Ah, glotonés! Al decir glotonés cometo una figura retórica, un tropo. Quería decir otra cosa, pero tomé la parte... por donde no quemá.

También se incomoda *La Union* porque en Bruselas se representa la ópera de Milliet y Massenet, *Herodiades*, como dice *La Union*. Y eso no es hablar como Dios manda, porque la Biblia, en castellano, no la llama Herodiades, sino Herodías. Véase á San Mateo—hablo del Evangelio—Cap. XIV, versículos 6, 7, 8, 9 y 10 (¡oh!) Lo cual, que dice San Mateo, ó dicen que dice, porque yo me lavo las manos: *Die autem natalis Herodis saltavit filia Herodiadis in medio et placuit Herodi, etc. etc.* (¿Qué tal?) Ya vé *La Union* que decir Herodiades, es dejar el nombre en latín. ¡Qué sabe *La Union*, si no sabe traducir latín?

Como si se tratara del cólera, *La Union* anuncia la ópera *Herodías*, que aun está tan lejos, como un mal terrible que nos amenaza, y ya le dice al empresario del Real que les tirará las butacas á las piernas á Herodías, y á Herodes y á Salomé si se atreven á presentarse en las tablas.

Y todo, ¡por qué! Porque Milliet hace que Salomé se enamora de San Juan Bautista, y que el santo, en la hora suprema del martirio, le diga en francés á la muchacha *je t'aime*, y esto, cantado.

Esto es una profanación, dice el sacristán mestizo. Pero ¿por qué? ¿Es pecado amar?

No es gran coadura contestaba Rocinante cuando le preguntaban eso.

Pero ¿qué quiere *La Union* que hagan la tiple y el tenor más que cantar amores?

Lo peor no es eso. Lo peor es que si el Sr. Rovira nos trae al Bautista en forma de tenor, ¡es muy posible que á San Juan le dé una *grita* el Paraíso.

¡Indudablemente, los santos no deben cantar en el teatro, sino á condición de cantar... como ángeles.

Pero, ¿por qué no protesta *El Siglo* contra *Poliucto*, que es un mártir y, sin embargo, tiene amores en la escena, y canta y hasta da el *do* de pecho?

Además, ¿no es cosa averiguada que en el cielo cantan los tronos y las dominaciones?

Y ustedes mismos, señores mestizos, santos de lo porvenir, ¿no han tenido que cantar la palinodia?

CLARIN.

Palique

Hay quien quiere ser buen académico y no escribe los agudos en on con acento; yo quiero y no puedo ser periodista elegante, de bomboneros, porque aún no sé destrozar el castellano con bastante soltura, y como si en mi vida hubiera hecho otra cosa.

Pero aquí tienen Vds. el modelo que estudio.

Está tomado del natural.

Se titula «La vida madrileña».

«La onsa de los condes de...» está dispuesta para celebrar grandes bailes.

»Pueden desplegarse majestuosamente las colas sobre la alfombrada escalera.»

Aviso á los pavos reales.

«...el salon de baile es un modelo en su género (género ambiguo ó dudoso) como decoracion elegante y como proporciones.»

Conqu, ¿el salon, como proporciones?... Salones proporciones, género nuevo, en su género.

«La encantadora dueña de la casa posee el secreto de hacer que las horas se pasen allí sin sentir.»

Sobre quo eso no es una ventaja, el secreto de esa señora debe de ser el cloroformo.

El pendolista aristocrático la emprende en seguida con la descripción de la *morada de los condes*: «desde la lámpara pompeya...» ¿Hasta dónde? Pues eso es lo más gracioso, que dice desde dónde y no dice hasta dónde; los incisos se suceden y no parece el hasta ni siquiera en figura de cuerno.

En cuanto á la lámpara pompeya, tiene la cualidad de no iluminar más que los platos de mayólicas y los repujados de las puertas, lo demás lo deja á oscuras el amanense condal.

El despacho del conde es una maravilla, porque en él hay platos que nunca gustarán los mestizos. Dice el cronista: «El despacho del conde, de artesonado techo, que adornan platos de porcelana.» Platos caros son esos, pues andan casi casi por las nubes, por los techos.

Y sigue diciendo el distinguido escribiente, «los gabineteitos (titos) próximos al salon de baile, nidios deliciosos para charlar (ó para caerse de ellos, masese cronista) y el salon de baile, en suma...» ¿Cómo en suma?

«De modo que ese ilustrado redactor de escalera arriba no sabe lo que es sumar siquiera? ¿Con que el salon en suma? ¿Es decir, que el salon es la suma, y los gabinetes, y los platos, y el conde, y el despacho, y la lámpara los sumando?»

«Estas fiestas tienen un carácter especial.»

Sepamos.

«Son intimas por el reducido número de personas que asisten.» Eso no es una razon.

«Y grandes bailes por el aspecto brillante que ofrece la casa.» Tampoco eso es una razon. Porque una capilla ardiente, por ejemplo, suele ofrecer un aspecto brillante... y no es un gran baile por lo regular.

Pero dejemos á los condes y vámonos con nuestro revistero á casa del principe.

«La casa del principe es verdaderamente original.»

Aprendan de la casa del principe nuestros poetas dramáticos.

«Posee rica coleccion de objetos de arte. Llama la atencion, en primer término, la de vacías.»

¿La atencion do vacías?

«La de vacías pertenecientes á todas las épocas—será de ver la vacía de Adam—á todos los gustos. —Usted dispense, no hay ninguna vacía á mi gusto—y á todas las nacionalidades.»

«Esto de dividir las vacías por nacionalidades debe de tener su pensamiento trascendental. Los autores dodan si es la lengua, si es el clima, si es la raza lo que distingue á unas naciones de otras. Nada de eso; la característica de la nacionalidad es... la vacía. «Hay vacías históricas (la de *El barbero de Sevilla*); vulgares (la de *El barbero de Lavapiés*); nobles y plebeyas...»

Respiremos; todavía hay clases... en las vacías. Yo quiero una vacía de sangre azul.

«Es tal vez la única coleccion de vacías que hay en el mundo.»

—No lo crea Vd. Yo he visto muchas asambleas que eran otras tantas colecciones de cabezas-vacías.

«Hay una (vacía) que llama la atencion por su parecido con el yelmo membrinesco...»

—Pero Vd. vió alguna vez el yelmo de Mambrino?

«La fiesta consistió...» no diga Vd. Se cae de su

peso; la fiesta consistió en una gran jebonadura... por barba. ¿No es eso?

Tengo yo un amigo literato que se hará presentar en casa del principe. Y se verá afeitado por la primera vez en su vida.

Asistió la embajada china.

¿Y qué le afeitaron á esa?

ULARIN.

PALIQUE.

Los conservadores son los únicos hombres que co-servan aquí la fé de nuestros mayores.

¿Qué responsabilidad la de un mo-nárquico!

Pálidos, cariacontecidos, lícios, des-mayados andan por esas calles, lamen-tando esa Aljubarra diplomática de que nuestro poder moderador, como le llaman algunos demócratas-dinásti-cos, ha sido víctima en Portugal.

Parece ser que ese poder ha sido re-cibido en Lisboa con cierta finchada frialdad.

Los conservadores ven en esto an-casus belli, ó lo que sería mejor, un casus crisi.

¿Qué, los portugueses han estado sérios? Pues señor, ¿qué mejor motivo para que ellos se agasien?

Porque, eso sí, los españoles somos de esta guisa: cuando se trata del in-terés ó del honor, ó del pundonor, ó de las cosquillas, siquiera de la patria, deponemos nuestros ódios y trabaja-mos de consuno... para derribar al go-bierno.

No hay español que no piense en ser pescador cuando está el río revuelto.

Y yo me paro á detengo á meditar:

Ser ó no ser contribuyente; esta es la cuestión. Si soy contribuyente, algo tengo que ver con el Estado, algo me toca del Estado á mí, aunque no me toque nada de nómina. Pues si yo soy algo del Estado, y el jefe moderador de Moret y Martín Giménez es la per-sonificación ó encarnación del Estado,

algo que es de mí sé si se encarna en esa per-sona, y si á esa persona se la recibe friamente, yo también me debo con-templar, como Arderius en *Los sobrinos del capitán Grant* cuando estor-nuda Mochliu. ¿Estoy yo realmente ofendido? Me han dado efectivamente un desaire los portu-gueses? ¿Debo pedir la dimisión á mi emba-jador ó plenipotenciario el de los chirimbolos, al sala-dísimo don Juan Valera? ¿Debo declarar la gue-rra á los hijos de Luis?

No sé si debo... pero en fin... haré lo que ellos suelen hacer en casos tales: les perdono la vida.

Lo que sé de seguro, señores conservadores, es que, haya ó no haya desaire, no existe motivo para que Cánovas vuelva al poder.

Que es lo que ustedes se proponían demos-trar.

¡Cánovas! ¡Qué hombre tan sincero! ¡Ahora que no tiene pedestal, contemplado, humano!

¡El otro día entró en el Ateneo como otro mor-tal cua quiera! ¡Oh asombro! ¡Habrás visto mu-nificencia por el estilo? ¡El, don Autonio, abrió la puerta, atravesó los pasillos, y todo esto á pié; sí, señores, á pié! Por nada del mundo se hubiese atrevido á entrar en coche; porque él es así, tan llano, tan sencillo.

¡Y lo que sabel!

¿Qué sabe? Vaya usted á saber.

Por lo pronto sabe vivir.

Vedle, ahora que está en su Ponto Euxino de la calle de Fuencarral, cómo procura refrescar sus laureles de sábio. «Ahora no soy el dios Mar-te, ni Júpiter Tonante. Ahora soy Minerva, mor-tales. ¿No me veis? Me nombran presidente del Ateneo, desbanco á Moreno Nieto que es un sá-bulo que no sabe darse tono; voy al archivo de Alcalá y los periódicos, los periódicos lo dicen al Universo mundo.—¡Se vá al archivo! repiten hasta los periódicos democráticos; ¡se vá al ar-chivo! lo que ese hombre sabel Soy el primer sábio de España. ¡Admiradme, súbditos, que yo haré como que no lo notéis! Dijo, y los espinazos flexibles describieron la más graciosa de las curvas.

En el Ateneo no solo es digno de admiración el señor Cánovas; también es cosa que espanta lo bien que pinta la naturaleza el señor Velarde. Es este pcta un verdadero pintor de puertas y ventanas de la naturaleza. Mas veces ha des-orlto el señor Velarde la salida del sol, que ve-ces ha salido el sol desde que ha dado en salir por Oriente. Con las alboradas del señor Velar-

de, se podría hacer el calendario mas completo. El sábado último, este notario del parnaso leyó en el Ateneo un poema de su invención que se titula: *A orillas del mar*. Es un poema con vien-to fresco que está lleno de esas perlas que la crítica de miel alaba y que por otro nombre son lo que se llaman rípios. Se trata de la histo-ria de un pobre marinero, grumete, hijo de un pescador, que habla de Anteó como si le hu-biera conocido. El poema empieza así:

Siempre que me hallo en la tierra hermosa donde nací

que aun á los moros aterra...

Dispense usted si le interrumpo. ¿De donde es usted?

Porque yo no conozco tierra española que aun aterre á los moros; En estas cuestiones interna-cionales, señor Velarde, hay que irse con piés de plomo y mirar lo que se dice. Aunque sea usted de los que opinan que *nuestro porvenir está en Africa*, esa no es razón suficiente para echar bravatas y ponerse mal con una potencia extranjera. Siga usted.

alzada frente á la sierra

del imperio marroquí.

¿Alzada? Mírese usted bien. Crea usted que está bien dicho *alzada* tratándose de la torre que está á orillas del mar, lo cual que como usted dice después muy bien, ve usted llegar

á la arena de la playa

las roncadas olas del mar?

Yo lo que usted, retiraba la palabra.

Después habla el poeta del pájaro marino

que va tras el pez sin fino

zambulléndose en las olas

é imitando con su trino

dulcísimas barcarolas.

Por Dios uno y trino, que el pájaro marino no trina, y caso de que trinará no cantaría dulcísimas barcarolas. Ni los cuervos, ni las gaviotas, ni pájaro marino alguno de los que el señor Ve-larde puede haber oído, imita una cosa tan di-fícil para sus pobres facultades vocales.

Y por ahí adelante sigue diciendo cosas imposi-bles este magnífico pintor de la naturaleza.

La cual naturaleza le va á demandar el mejor de los poemas de calumnia.

CLARIN.

87 La Publicidad (Barcelona), n. 1431, 25 enero, 1882.



87 Miniatura de la página

Ayuntamiento de Barcelona

PALIQUE.

D. Alejandro Pidal solicita la plaza de académico de la lengua (no hay errata), vacante por fallecimiento de no sé quién.

Porque estos académicos son así, fallecen y no se sabe más que por las intrigas de los candidatos.

Muy buen concepto, debe de tener eso Sr. Pidal de los propios méritos y servicios, cuando se atreve a solicitar el derecho de quitar y poner acontos a los vocablos que no los necesitan.

Pero no tiene él la culpa. El honor de ser académico hay que solicitarlo. No basta merecer, es necesario pedir. Lo que suele bastar es el pedir, pero el merecer, nunca.

Esto explica que sean académicos Catalina, Barbaotes, Arnao, Tejado y otros por el estilo, y no lo sean Zorrilla, Echegaray, Galdós, Balart y muchos otros escritores ilustres.

Pero el Sr. Pidal, convencido de que es cierto el refrán que dice «el que no llora no mama», se ha decidido a solicitar que se le declare literato emérito en votación secreta ó nominal, que no sé como se hace eso.

Como todo es relativo, Pidal, que al fin es un buen orador comparado con Catalina, es efectivamente una emigrenia.

Pero comparado, con cualquiera de las personas que la opinión indica para la plaza vacante, por ejemplo, Galdós, Echegaray, Martí, es á su vez un Catalina, aun que nunca, ni en este caso, tan malo como el otro.

El Sr. Pidal habla con facilidad, con energía y vehemencia y sabe incomodarse muy bien. Esto es mucho más que haber escrito dos dramas silbados, pero es mucho menos de lo que basta para atreverse á pedir que se le declaren á uno padre del idioma. Lo que es, para atreverse á pedirlo, yo creo que no basta nada.

En rigor, la oratoria de Pidal tiene poco que ver con la perfección académica. Pidal es incorrecto, nada conciso, y en punto á ideas, en su vida ha pasado de las que se le ocurren á cualquier neo vulgar.

¿Qué obras ha escrito? Una apología de Santo Tomás de Aquino y un folleto contra el decreto de Ferry sobre las congregaciones.

La apología de Santo Tomás, es una declamación en que prueba el Sr. Pidal que no sirve para la filosofía; su erudición es de cuarta ó quinta mano. No basta ser un mediano discípulo de Fray Ceferino González, para escribir de Filosofía, aunque sea escolástica.

El folleto es uno de esos libelos católicos de que ha dado el modelo Augusto Nicolas en libros tan absurdos y superficiales como *El Estado sin Dios* y otros por el estilo.

Estos son los méritos literarios del Sr. Pidal.

Don Ramon Nocedal, que se presenta, siquiera sea por combatir á un mozo, á solicitar el sillón vacante, tiene méritos mucho más atendibles, sobre todo, para una Academia católica.

Nocedal cuenta con los méritos de su Señor Jesucristo.

Y con los de su papá.

Y en cuanto á obras literarias, ahí está la primera plana de *El Siglo Futuro*, con sus apañadas filas de carlistas que se adhieren.

Pese bien la Academia estos méritos.

Por supuesto, que si fuera yo quien tuviera que nombrar al nuevo académico, no escogía á ninguno de esos, sino al Sr. Velarde, que ha escrito recientemente un poema de marina, en que no que da una arena de la playa, ni una gota del Océano Atlántico, sin describir como Dios manda.

El poema se titula *A orillas del mar*.

Sin necesidad de engolfarnos en el poema, sin entrar mar adentro, topo con estos versos en cuanto meto el pie en el agua.

Siempre que me ballo en la tierra,
hermosa donde nací,
que aun á los moros alerra...

Yo suplico al moro que no haga caso de estas bravatas del poeta. No queremos complicaciones internacionales ni meter miedo á nadie. Y no sería cosa de aprovechar los ríos del Sr. Velarde para cumplir con el testamento de Isabel la Católica, que fué la primera que dijo (después lo han repetido muchos oradores del Ateneo) que *nuestro porvenir está en Africa*.

Quedamos, pues, en que los moros no tienen por qué asustarse, como no sea de los versos descriptivos-internacionales del Sr. Velarde.

Y sigue el poeta hablando de la playa:

«Atada frente á la sierra
del imperio marroquí.»

«Una playa alisada! Haga usted el favor de dejar esa playa en su sitio y no levantarla de cascos, como han levantado á ciertos poetas los amigos

imprudentes, diciéndoles que son descriptivos y otras bromas.

El Sr. Velarde, ni con meterse en el mar, que no da conejos, deja de estar lleno de garapos. Allí va uno bueno cazado en alta mar. Habla del pájaro marino:

«que va por el mar sin tinie
zambulléndose en las olas
imitando con su trino
dulcísima barcarola.»

Pasemos porque el pájaro vaya sin tinie, por que á esto y á mucho más suele obligar el consonante á los poetas destinados, pero lo que no es posible tolerar, es que el pájaro marino trine, como si le hubiesen quitado una espátula general. Los pájaros marinos no trinan, ni uecan por qué, y aun que trinaran, que, ya digo, que no trinan, de todos modos, no entraria en sus atribuciones el imitar dulcísima barcarolas, por que eso ni los loritos lo pueden hacer, ni el mirlo más pintado.

Ea, hagamos una apuesta: si el Sr. Velarde me prueba que ha oído trinar imitando barcarolas á cualquier gaviota ó cuervo marino, yo le concedo que ha podido ver algas colgadas, *motu proprio*, de lentiscos como afirmaba el poeta en otro poema de tierra firme.

Y el Sr. Nuñez de Arce se empeña en que á mí me gusten los versos de Velarde. Con mil amores, D. Gaspar. ¿Qué más quisiera yo que complacer á usted? Pero pida usted otra cosa. El Sr. Velarde no se enmienda, sigue en su empresa de calumniar con su pincel al Universo mudo, y yo, amante de la naturaleza y de la verdad, no puedo transigir con estas lamentables equivocaciones.

Ahora, también confesaré que los versos del señor Velarde sirven para algo. Tantas alboradas, tantos crepúsculos, tantas tormentas, vientos, lluvias y granizos ha descrito, que se tiene ganada una plaza de boletín meteorológico en cualquier observatorio.

Además, el Sr. Velarde, como Orbaneja, es una especialidad en pintar gallos. No hay poema de Velarde sin su gallo correspondiente. Desde el gallo de la Pasión hasta el de Moron inclusive, todos, todos han sido cantados por este poeta descriptivo, que pese al Sr. Nuñez de Arce, á mí no me gusta.

CLARIN.

PALIQUE.

Ha vuelto á presentarse al público *Gil Blas*, aquel precursor de la revolución de setiembre que, pintando *o manos* y citando *gibblasianes* contribuyó con no pequeña parte al descrédito de que se vieron rodeadas antiguas instituciones.

Hoy *Gil Blas* no puede ofrecer tan poderoso auxilio como entonces, porque ha perdido dos de sus mejores redactores: Roberto Robert, el humorista político de más talento que hubo en España, y el infatigable y discreto Luis Rivera. Quedante, de su antigua redacción, Manuel del Palacio, que, como los pantalones de Juan Soldado, según Campoamor, fué cambiando de color en las coladas políticas; pero si Palacio ya no puede ofrecer al lector su originalidad (metélica) de tribuno de la piche en verso, sigue siendo el buen poeta de siempre, y acaso, ó sin acaso, ha ganado mucho en este concepto. Sin ser redactor político, escribirá mal del gobierno, escribiendo bien, que es como él escribe, y hará reír á costa de Venancio, que le dejó cesante, no por esta circunstancia, sino por las muchas que hacen de que dé risa al ministro de la Gobernación. Eusebio Basco también trabaja en *Gil Blas*, y este como redactor, corresponsal de París y todo lo que quiera, por si bien Basco tuvo veleidades monárquicas, (seis años de veleidades) volvió al buen camino, á la democracia, á la República, y si dice el refrán que á enemigo que huye puente de plata, es corolario del refrán este otro: á enemigo que vuelve, puente de oro. Por fin, de la reducción antigua también nos queda Sanchez Perez, el que ni murió ni desertó, el que puede decir imitando á un personaje de Echegaray:

Lo que siempre he sido soy,
lo que siempre quise quiero;
venid, necos, que os espero...
á esperadme, que allá voy.

Y como elemento joven, pero no dinástico, figurarán en la redacción del periódico *Gil Blas*, Luis Taboada, escritor festivo, que ha heredado un poco de la gracia que tuvo, cuando Dios quería, Frontauri; y Tomás Tuelo, joven desconocido para el público, pero que en los círculos literarios tiene ya un nombre que merece por su gran talento, por su original é independiente oratorio y por la gracia, elegancia y corrección de su estilo.

Y por último, y aquí entra la parte flaca de *Gil Blas*, está en su redacción este humilde *Clarín*, que aunque dice un periodiquito de la corte que ya no suena, ronco y todo, sigue tocando á su manera llamada y tropa.

Saludo, pues, en nombre de *Gil Blas* á la prensa catalana, á la de Barcelona en especial, á *La Publicidad* en particular... y á la gente forastera. Y mandar.

Si algun lector de *LA PUBLICIDAD* tiene la costumbre de leer estas crónicas madrileñas, que á temporadas no son ni madrileñas ni crónicas, acaso se diga: ¿Cómo este *Clarín* no ha escrito

palabra de *Los guantes del cobero* de Santero, que ha obtenido un beneficio con asistencia de sus majestades y todo?

Varán ustedes por qué fué. Fué por delicadeza y por honrar de bien excesiva, esto lo confieso, excesiva.

Tégo por oficio, —y más me valiera ser verdugo— así: tir á los estrones, que es en esta temporada una obra de caridad como llevar el Viático á los moribundos; pero lo malo no está en así: tir. sino que despues largo que decir en los periódicos qué tal me ha parecido aquello. Y como casi siempre me parece malo, y lo es, paso toda la semana hablando mal de a gente, y como apenas queda perro ni gato madrileño que no tenga su estreñito consumado ó en tentativa, se vá uno poniendo mal con todo el mundo, y ya tengo ampollas en la boca de tanto murmurar y decir pesas de versos y prosas.

De *Los guantes del cobero* he tenido que decir que no eran de piel de porro, aunque sí buenos para echarlos á los perros; que no tenían ni *chicha ni timón*, como dice ahora la crítica ilustrada; que ni siquiera eran guantes, ni tenían nada que ver con las manos, y que á lo sumo podrían servir de catelines. Canasado de decir todo esto y mucho más, llegaba á mis cartas a para *LA PUBLICIDAD*, y me dije... no más Santero, ¿que haya un poecastro más, qué importa á Barcelona? Y caíle.

Pero cuando ya no me acordaba de que habla en el mundo médicos poetas, me encuentro con que al señor Santero le han dado un beneficio con asistencia de SS. MM., como si diéramos, miel sobre hojuelas, y entonces, pensé, ya es otra cosa; es necesario que conste en Barcelona también, y donde quiera que la presente vieren y entendieren, 1.º que Santero es médico. 2.º que lo es poeta. 3.º que *Los guantes del cobero* parece una comedia. 4.º pero que no lo es, y 5.º que si se empeñan en que lo sea lo será, transijo, pero una comedia muy mala.

¿Que por qué es mala? Véase la colección de mis cuadros, en que lo dejo demostrado seis ó siete veces.

Sin embargo, los monárquicos harían mal en opinar como yo, porque SS. MM. presenciaron y

aplaudieron la obra el día del beneficio.

Dicho esto, pueden ustedes ahorrarse la consulta de mis obras, que ahora que me acuerdo, no están publicadas.

El señor don Alejandro Pidal y Mon se encuentra con las fuerzas suficientes para cobrar las dictas que les pagan á los académicos por poner los puntos sobre las *is* al Diccionario. Quiere ser académico, es que para eso es hijo de su papá y mestizo.

Y será académico.

Figúrense ustedes que Campoamor le ha mandado á Castelar esta esquela:

«Querido Castelar: Los liberales de la Academia votamos á Pidal.»

Toda una dolura del género humorístico. Es un epigrama que le hará gracia al interesado. Campoamor pincha y despues paga el pinchazo con un voto.

CLARÍN.



89 Miniatura de la página.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE.

«El Sr. D. José Amat, joven y distinguido abogado establecido en Figueras, y que accidentalmente se encuentra en Madrid, obsequió anoche con un delicado banquete en Los Cisnes a varios periodistas (¿a mí no) y amigos particulares para ¡ay! Este ¡ay! es mío) darles a conocer una obra dramática que tiene presentada en el teatro Español.

En el banquete de Trimalción, en vez de un drama, sacaban a los postres un esqueleto de plata para recordar a los gastrónomos la vanidad de los placeres mundanos.

Pero ese señor Amat, establecido en Figueras y a quien, dicho sea de paso, yo no quiero ofender ni tengo por qué, ha inventado algo mejor. Porque, en efecto, un drama leído después de un banquete delicado, es mucho más terrorífico que un banquete de plata. A los muertos no hay que temerlos, y menos cuando son de plata; de vez en cuando alguna empresa suele levantarlos para salir de apuros, como hizo ahora la del Circo de Price; pero esto no es lo común.

En cambio un drama vivo, hecho por un joven abogado establecido en Figueras, es cosa que puede aceptar el más valiente si se lo presentan entre bocado y bocado.

Sería de ver el *menu* del delicado banquete, que no se yo por qué había de ser delicado precisamente. Supongo que el drama tendrá tres actos y que lo habrán distribuido en la comida conforme a las reglas culinarias.

Los típicos, que los tendrá, porque no hay nada perfecto, ni en Figueras, serían los *hors d'œuvres*; como si lo viera.

«La comedia del Sr. Amat, lo decimos con toda sinceridad (este tema que no lo creo) es un trabajo muy notable, literariamente considerado (que es como se debe considerar, porque si se considera como obra de cocina ya no tiene gracia que sea bueno) y original, conmovedor (después del Champagne se llora por cualquier cosa; y al cuñado le duele siempre uno da por la paz perpetua) y atrevido (*audaces fortunati juvat*) bajo el punto de vista dramático.»

Valiente comedia debe de ser, que se presenta con tal atrevimiento... en Los Cisnes.

«Su argumento entraña (¿entraña? palabra extraña) un problema jurídico (¿bajo el punto de vista de Figueras?) de gran interés, en la región catalana sobre todo...»

Alto ahí, que voy a contar un cuento.

Explicaba el Sr. Canalejas historia de la filosofía, y a un discípulo mío, valenciano, lo pregunté de sopetón:

—Dígame usted, ¿qué entiende usted por conocimiento?

—Señor... yo... he estudiado la metafísica en Valencia.

—Bueno, pues, ¿qué es conocimiento en Valencia? replicó D. Francisco.

Un drama jurídico que tiene interés principalmente en Cataluña, debe de ser algo parecido al conocimiento en Valencia.

Me lo estoy figurando; será un drama proteccionista.

Ya lo decía Pascal; verdad aquí, error al otro lado de los Pirineos.

Y sigue.

«...Un problema que el Sr. Amat ataca con valentía (y con temeridad) y sin arredrarle las dificultades (cuando que es valiente ese Sr. Amat), que en exposición franca y desnuda ha debido presentarle.»

No, lo que es como se anda con desnudeces no le ira mal, porque aquí no toleramos el *naturalismo repugnante*, pero el desnudo, venga bendito de Dios.

«Esas mismas circunstancias hacen que la obra resulte peligrosa y que puede temerse un fracaso.»

Adios mi dinero, dirá el Sr. Amat y lo dirá con mucha razón.

¿Con que les convino a ustedes a comer y ya le dan una silba a tantos días vista?

Pero no crea eso del fracaso el Sr. Amat, porque yo, que no he comido a manteles con él, ni se quién es, aunque algo sospecho, me atrevo a decirle que no habrá silba ni nada de eso si toma algunas precauciones.

Ante todo, vamos a quitarle a la comedia ese problema que entraba, porque ni está bien que las comedias entrañen cosa alguna, y menos problemas. Cuando el Sr. Amat, que está accidentalmente en Madrid, no olvidemos este dato, se vuelva a su bufete y a su Figueras, entonces será otra cosa, allí podrá ponerle el problema a la comedia otra vez, ya que tanto interesa a la región catalana.

Pero aquí representaremos el drama sin problema; quedamos en eso.

Pero no crea el Sr. Amat que ya está hecho todo.

No, señor.

Hay que afilar la bolsa otra vez.

Hay que dar un banquete delicado a los espectadores. Basta el cobiert de... duro. En Los Cisnes se come bien por un duro, dice un amigo mío que cree que un duro es una cosa nunca vista. Supongamos que hay mil espectadores, que es mucho suponer, porque después de anuncios como el de que trato, los espectadores se escaman: pues bien, tenemos que el Sr. Amat se gusta mil duros. ¡Y qué son mil duros comparados con la gloria que le espera al autor accidentalmente en Madrid y en Figueras, para toda su vida?

Después de los postres, ya puede empezar el drama, y ¡qué diablos! si la gente se calienta la boca, si corre el Champagne, ya puede venir con problema y todo. El problema interesa a los catalanes y el banquete al resto de los peninsulares.

Mucho sentiría que el Sr. Amat, a quien no conozco, tomase a mal este palique, y creyera que podría perjudicarle.

Mucho más que estas inocentes cuchufuleas, le perjudicarán, un hijo, el banquete, y lo que es peor, el anuncio del banquete.

Pero de todas maneras, aprendan del Sr. Amat muchos poetas que van a leerme versos a casa y no me convidan siquiera a café. Porque eso de los banquetes suele ser malo para los dramas, pero excelente para los crítics, porque los dramas y los duelos con pan son menos.

Nota. He dicho antes que se presentaba un esqueleto de plata en el banquete de Trimalción; pero en Dios y en mi conciencia, que no recuerdo bien si es en el de Trimalción o en otro. De todas maneras, eso pasaba en Roma en tiempo de los emperadores, pero por si he dicho una barbaridad, prefiero curarme en salud.

Ya se yo que *El Tiempo* no había de cogerme el gazapo, pero podía cogérmelo *El Siglo Futuro*, que no se tragaría el esqueleto, como se tragó el *Romanceo leonés* que le regaló Gil Blas.

Ahora, si ustedes lo permiten, voy a despedirme del Sr. Amat, que no es cosa de dejarle sin más ni más.

Conste que yo no *prejuzgo* el drama, que a pesar de todas las apariencias, puede ser bueno.

Usted lo pase bien, y hasta la primera; hasta la noche del estreno.

CLARIN.

PALIQUE.

Almaviva es un revistero de salnes, encarga-
do de contar á los suscritores de *El Imparcial* y
de *La Época*, cuánto y cómo se divierte la *creme*
de *cremes*, como se llama ahora á los sietemesi-
nos y señoras.

Conmigo se ha incomodado porque me permi-
ti poner algunos reparos, á su modo de enten-
der el castellano y la misin del cronista cristo-
ráfico.

Pero me parece que se ha incomodado sin mo-
tivo; porque ya que á él no se le puede negar el
derecho de referirnos lo que no nos importa,
asistamos á nosotros el derecho no menos res-
table, de reirnos de lo que *Almaviva* nos re-
fiere.

En la última juerga (modo flamenco de llamar

á las *soirées*) que pone en nuestro conocimiento
Almaviva, encuentro de notable lo siguiente:

«La marquesa de Molins había defraudado al
gran mundo.»

No conozco á la señora marquesa; no sé de
ella más que tiene un marido que hace muy ma-
los versos y muy malas embajadas; pero pongo
un dedo á cortar á que esa señora es incapaz
de defraudaciones y demás irregularidades.

[Vaya un estómago agradecido el de *Almaviva*!
Después de un brillante y espléndido *buffet*, se
viene con la especie, ó especie,—que decía un
alcalde amigo mío—de que la marquesa de Mo-
lins les robó á los convidados el pañuelo de nari-
ces, que es lo que parece indica *Almaviva*.

«Verdad es, añade *Lindoro*, que la gente del
gran mundo es insaciable.»

Eso sí que lo creo. Pero también hay mu-
chos hombres insaciables en el microcosmos,
ó sea el mundo pequeño. Ahí está el partido
constitucional en masa, que no es *crema*, ni *dié-
resis* siquiera, y que es capaz de comerse un
Almaviva partido al medio por barba.

«La biblioteca del marqués de Molins, quedó
convertida en fumadero.»

Ea claro; ¿para qué sirve una biblioteca tra-
tando de la *goma*? Para fumar.

Además, si el marqués suele escribir en su bi-
blioteca, no habrá estado de más una fumiga-
ción, porque los versos del hirsuto marqués de
Roca Tapeya, digo, Togores, son una peste lite-
raria.

¡Cuánto se divierten ustedes, señor *Almaviva*,
ustedes, los hombres del gran mundo!

Pero hablando de esto, me acuerdo de cierta
febulilla, no recuerdo si de Samaniego...

¿Me valiera usted enseñar el cuello?

Nosotros, los que no pertenecemos al macro-
cosmos, sino al *micro*, tenemos que contentar-
nos con placeres más espirituales pero más in-
sípides.

Ciudadano hay quien por todo solaz no tiene más
que una veladita literaria en el Ateneo un sábado
sí y otro no.

El *menú* de este pisto espiritual, suele ser algo
como esto: Si plillos líricos de Grilo.—Legum-
bres de Velarde, poeta eminentemente horticulto-
r.—Y de vez en cuando un poeta inedito, em-
bolado, para los aficionados.

Pero como todo tiene excepciones en el mun-
do, sucede que de Pascua á Ramos lee en el
Ateneo un poeta de verdad.

Así sucedió el último sábado, que leyó muchas
y muy elegantes poesías Manuel del Palacio.
Menos una en que dice que él es más liberal que
Riego, todas me gustaron.

Recuerdo ahora estos cantares que hicieron
mucho gracia, y que la tienen:

Como el pez en la agua
vive aquí el bueno,
esperando á que el malo
le eche el anzuelo.

El hombre cuando se embarca
debe fiar una vez,
cuando vá á la guerra, dos,
y cuando se casa, tres.

Manuel del Palacio es uno de los pocos poe-
tas de ahora que saben hacer versos sonoros,
armoniosos, elegantes, de noble y poético len-
guaje... y decir algo en ellos.

Esto va siendo un lujo.

Hay quien sostiene que en poesía no hace falta
decir nada, que basta cantar ó trinar como las
gaviotas de Velarde.

Otros creen que hay derecho á un diploma de
poeta con medalla de oro en cuanto se sabe des-
cribir un campanario con todas sus campanas,
chicas y grandes, y el campanero, y el monaguil-
lo, y todo, en fin.

Yo he visto aplaudir con entusiasmo versos y
descripciones de este tenor:

Brilla el sol; en la alta cumbre
su luz el jaspe refleja;
de sus rayos la madeja
doquier lanza v.v.a lumbre.
En tanto, como es costumbre
deja el labrador el lecho,
canta el mirlo en su barbecho,
ordeña un gañán la vaca,
y un ama de cria saca,
para darlo á un niño, el pecho.

CLARIN.

91 La Publicidad (Barcelona), n. 1.444, 7 febrero, 1882.



PALIQUE.

Ya sabrán Vds. que se han cerrado las buñoleras. Yo no lo siento por los buñuelos, que no los tomo.

Lo siento por los chistes que se les ocurren con tal motivo á todos los gacetilleros de la capital. Este es el espíritu político y económico del país, particularmente de la Corte y singularmente de la prensa.

Una calamidad pública solo se mira bajo el aspecto del retruécano.

Si á la de buñuelos sigue la huelga de los pastales ¡verán Vds. que lluvia de epigramas y equívocos!

Nosotros somos así, podemos pasar sin comer buñuelos y hasta sin comer nada, pues se ha visto algo así, pero no podemos pasar sin hacer juegos malabares con el vocablo.

(Oh, pueblo de retóricos!

Y de retóricos malos.

El señor Maltrana, un comerciante, pero no de buñuelos ha tomado lo del impuesto por lo serio.

Dice á quien le quiere oír, y á Sagasta, que al fin lo ha oído, que él no paga la contribución.

La idea ha parecido bien á varios contribuyentes y parece cosa resuelta que estos señores se declaren también en huelga.

El señor Maltrana era ayer un desconocido y á estas horas ya se habla de levantarlo una estátua.

Yo lo que él no pagaba ya un cuarto.

Aun que no fuese mas que por la razón.

Juega en esto la inmortalidad. Si paga, es un pagano como tantos otros y vuelve á la oscuridad de contribuyente ordinario.

Si no paga habrá inventado un nuevo derecho constitucional. Porque hasta para cobrar los impuestos hacia falta que les aprobasen las Cortes. Y en adelante, si triunfa Maltrana, será necesario que aprueben los presupuestos también los contribuyentes.

Y á propósito de contribuciones. Insisto en señalar veneros de riqueza, abundante materia imponible en el campo de la literatura.

Porque no había de aplicarse el timbre móvil que ha inventado el señor Camacho á una porción de cosas que no ha pensado nadie? Esto de que para pedir en una oficina documentos que son muy necesarios llevar un sello de diez céntimos es irracional: pero estaría muy puesto en razón, que el señor Velarde, por ejemplo, pagase un perro grande por cada gallo que saca á relucir ó á cantar el quiquiriqui en sus poemas. Y los rípos de tantos y tantos líricos como tenemos y de los no menos abundantes dramáticos (porque no han de necesitar sello móvil?

Que dice un autor cómico, por ejemplo:

Esto de la raya pasa,
y nunca el pecho te taladra
sabe que yo soy tu padre
y soy uno de mí cosa.

Bueno, pues, pague usted 20 céntimos en el estancuillo de la esquina. Un perro grande, en timbre móvil, por eso que pasa de la raya, y otro perro móvil por lo del cuadro con fractura. Al final de cada verso se pega el sellito con la rúbrica del poeta, y vamos andando! De esta suerte lo que pierde el Dios Apolo lo gana el Dios Cómico.

Además, como no debo haber riqueza oculta, fíndese una oficina estadística de amillaramientos literarios, y salgan á relucir los dramas inéditos, y los poemas subrepticios, y en vez de leer esos señores poetas clandestinos sus *eraciones* á los amigos y á los críticos, vayan, vayan á leerse los al señor liquidador y al registrador de la propiedad y que allí los sellen y los inscriban y les cobren á los poetas un ojo de la cara por cada rima y por cada monólogo y por cada pequeño poema. Duro en ellos. No, sino déjelos usted vivir del contrabando. No sé, que paguen ya que acaban con la paciencia del prójimo.

Pues, qué diremos de los traductores y arregladores?

Porqué no han de sudar el quillo en las adunas? Si Fina Domínguez hubiera pagado derechos por todos los artículos literarios importados, no estaría el tesoro público lo apurado que está, de el señor Maltrana necesitaria hacerse célebre.

Y cuando el señor Cereceda, que es un maestro compositor que hay aquí, cole y le pone á su zarzuela *Rosa de Mar*, música de Fausto y de Marina; porque no ha de pagar derechos por este robo musical?

Oh! el señor Camacho no sabe los ingresos que le da en no saber literatura.

Cuidado que se ha puesto contribución sobre todo lo creado monos sobre lo que debiera pagarla mas crecida.

Hasta ha habido que pagar por puertas y ventanas.

Y qué ha resultado? Que se han cerrado muchas puertas y tapado algunos balcones.

Pues no sería mejor taparles la boca á muchos poetas con el timbre móvil?

Y es mas; á estos autores de sus pecados respectivos se les debe obligar á escribir en papel sellado, si señor, y de lo mas caro. Las comedias en prosa en papel del número 1, pero lo que es los dramas en verso en papel de lo mas caro.

Peró ya se vé, cómo se le iba á ocurrir todo esto á Camacho que cree que dice *haiga*.

CLARIN.

Palique.

Una visita... crítica.

- ¿Se puede pasar?
—A delante.
—Dispense Vd. si he venido á interrumpirle en sus importantísimos trabajos de críticas...
—Qué crítica, ni qué ocho cuartos, si estaba durmiendo. Pero en fin está Vd. dispensado, y síntese Vd... si hay dónde. Hombre, ahí no, que me aplaste Vd. al sombrero!...
—Deje Vd., donde quiera, en el suelo... ó estará de pie: yo venia á leerle á Vd. unos versos... quiero consultar con Vd... que sabe tanto... Yo soy un poeta descriptivo.
—¿Matriculado?
—¿Cómo matriculado?
—Perdone Vd., no sé lo que me digo. Esperaba otra visita, pero más tarde... á mí me visitan más tarde. ¿Ha amanecido ya?
—Como que son las doce; si, señor, yo lo creo que ha amanecido, lo cual que, como digo yo, perfectamente en este posmita:
Brilla el sol en la alta cumbre,
su luz el jaspé refleja;
do sus rayos la madeja
do quier lanza viva lumbrera.
En tanto, como es costumbre,
deja el labrador el lecho,
canta el niño en un barbecho,
ordeña el gajón la vaca,
y el ama de cría saca,
para darlo al niño, el pecho.
—¿Qué lo parece á Vd.?
—Me parece que me voy á levantar, como el labrador que deja el lecho. Así como así, ha poema de Vd. ya no habrá de dejarme dormir en paz. Me luce Vd. el favor de esas zapatillas... esas no, esas son de verano. Esas otras que deban estar debajo de la cama.
—Con mil amores. ¿Son estas que tienen un cierto pintado en fondo rojo?
—Justamente, las del ojerro. Dios se lo pague á Vd. Es; ya estoy en pie. Con que decíamos...
—El ama de cría saca, para darlo al niño, el pecho.
—Ese ama de cría me recuerda á mí el Tajo.
—¿El Tajo? (Esta crítica está borracho.)
—¡Sí, hombre! El Tajo cuando
el río escó la era
el pecho y lo habló de esta manera...»
—Pues mi poema se titula...
—Ya lo supongo; debe de ser un poema para casa de los padres. Se llamará *La casa de vacas ó La virgen nodriza*...
—No señor. ¿Qué bromista es Vd.?
—No se puede Vd. figurar.
—Tiene Vd. fama de ser muy satírico. ¡Pega usted cada palo...!
—¡Oh! pues aún me quedo corto.
—Pues mi poema se titula *El Universo*, su autor, don...
—Con que Vd. es el autor del Universo, es decir, el autor de lo creado... Dispense Su Divina Majestad; no le había conocido, está tan oscuro esto...
—Pues sí, señor. Yo no me propongo demostrar nada en mi poema, no vaya Vd. á creer, eso se queda para los poetas cursis.
—¿Usted no es cursi?
—No señor.
—Eso está bien. Pero, vamos al grano...
—Ya sé que á Vd. no le gusta la poesía tenden-

ciosa, como dijo Flaubert, el fondo se queda para los burgueses.

- ¡Hola! Usted ha leído á Flaubert.
—No señor; pero he oído decir que dice eso.
—De modo que no está Vd. seguro. Pero si usted quiere vamos al grano...
—Sí, señor, vamos donde Vd. quiera: Leo:
En el alto campanario
rinda el vuelo la gaviota,
y en tanto en region remota
rumia el pardo arromedario.
Ya tienda, como un sudario,
su manto sutil neblina,
y del valle á la colina
se extiende dulce rumor;
¡alcántara entona el conde
su serenata á la endina.
—Si Vd. me hiciera el favor de avisar en la cocina que espero en el comedor...
—¿Cómo! ¿Vd. también hace versos?
—Sí, señor, cuando tengo mucha hambre. No he almorzado todavía; tenga Vd. compasión de un pobre hijo de familia que no ha almorzado todavía. Y además, ¿qué le he hecho yo á Vd. para tratarme de este modo?
—¿Pero no es Vd. crítico?
—No, señor, qué he de ser. Soy un hombre que vá á almorzar si Vd. se lo permite.
—Entonces me he equivocado de cuarto...
—Si señor, tiene Vd. cara de equivocarse de todo. El crítico que Vd. dice debo vivir en el número 8, aquí al lado, en el pasillo de la derecha.
—Vd. perdone; voy á ver si recibo... ¡Ea allí, ¿sabe usted?
—Sí, en aquella puerta que tiene un letrero. Un letrero que dice: «Deja Vd. el bastón á la puerta. Y si es Vd. poeta deje Vd. á la puerta el bastón y los versos.»

CLARIN.

Palique.

¿Qué diablo! No siempre hemos de hablar de libros profanos; de vez en cuando conviene echar un vistazo á los libros que llevan licencia del ordinario, porque, como dice con gran elocuencia un colega roñero, equivocase grandemente quien creyera que hoy no se escriben buenos libros acerca de asuntos eclesiásticos.»

Parece mentira, pero todavía hay quien se dedica á estudiar la esencia de Dios y sus atributos, como si los viera, y le divide en Padre, Hijo y Espíritu-Santo.

Por ejemplo, el P. Ceferino Gonzalez, que ya va con el tercer tomo de su *Philosophia elemental*. Bien hace el sábio chispa de Córdoba escribiendo en latín, porque así evita los galicismos de que está llena su filosofía de Santo Tomás, que parece traducida, sobre todo allí hacia las notas, según está plagada de giros franceses.

En este tercer tomo trata, entre muchas otras materias, de la historia de la filosofía, «del socialismo y del espiritismo,» como dice un crítico del obispo.

No se qué pueda tener de común una cosa tan seria como el socialismo, y una cosa tan ridícula como el espiritismo; ni uno ni otro con la historia de la filosofía; ni el socialismo es filosofía, ni mucho menos el espiritismo. Cuando se quiere hacer al racionalismo solidario de las locuras de los ignorantes metidos á filósofos ó se obra con insignia mala fé ó con juicio poco maduro.

Cuestiones litúrgicas, se titula otro tomo de 483 páginas en folio, cuyo autor, D. Lorenzo Sánchez, demuestra grandes conocimientos en el arte de ayudar á misa, y aun en el decirlo y en el cobrarla.

Es esta una obra que cualquiera que sea mi opinión acerca del inminente sacrificio, recomiendo muy de veras á todos los que no anhen de la misa la media.

Pero el libro de la semana, el libro que está llamado á suscitar grandes polémicas en el campo de la crítica, como dicen los gaceteros de *La Correspondencia*, es el debido á la bien tajada pégola del muy reverendo fraile D. José Coll de los menores observantes de San Francisco.

El, como observante, podrá ser de los menores, pero en la de arrimar el ascua (las ascuas del purgatorio) á la sardina de la iglesia nadie le pone el pié delante.

Titulase, en fin, el libro de que trato *El Purgatorio y la devoción á las benitas almas*.

¡Ánimas benditas! esto es el libro que nos estaba haciendo falta, por más que no lo conociáramos.

Como dice muy bien el crítico aludido, obras de esta naturaleza son de todo punto necesarias en estos tiempos de grandes demayos y de eternas inquietudes.—Si señor, eso digo yo; con estas contribuciones no es posible vivir sobre el haz de la tierra y es preciso ir pensando en el Purgatorio; y bueno es tener una guía del forastero en el país de las Ánimas con todas las calles y callejuelas de aquellos calabozos correccionales de ultratumba.

Añade el crítico que, la contemplación de los tormentos que pasan las almas (que pasarán las de Cain, supongo yo) como justa expiación que deben á la justicia divina, es hoy tan racional como provechosa. Si creo; tan racional como provechosa, esa es la faja.

«El autor (siempre el mismo) dedica gran número

de páginas á probar que el purgatorio es de fé y hasta de sentido común.»

Aquí señor Coll, permítame Vd. que no esté conforme. De fé si será el purgatorio, pero de sentido común, ¡alto allí, padre Lechuga, digo, padre Coll! que yo no caeo en el purgatorio y tengo tanto sentido común como pueden tener todos los menores observantes de San Francisco, juntos; y aunque vinieran frailes descalzos, cuanto y más menora observantes, no me demostrarían á mí que despaña del aguantar en la vida epitolúrica á Camacho y á D. Venancio y hasta la iniciativa venatoria de Albareda, y tengo que sufrir in inferis tizonazos correccionales, y exponerme á que D. Modesto Fernandez y Gonzalez sea de la comisión del aceite hirviendo, y el Sr. Lastra individuo de algun horno modelo en casa calijinosas rejonas que el Sr. Achicorias, digo Coll, dice que son de sentido común. Ustedes contentense con la fé, y el sentido común déjelo para los profanos.

El crítico termina diciendo que la lectura de esta obra será daleitosa para los lectores y no de poco provecho para las almas que padecen en el purgatorio.

Esto de recomendar un libro á las almas del purgatorio no se lo había ocurrido ni al mismo Nocedal que creo que le sirve un número del *Siglo Futuro* al mismo Dios y le cobra tres suscripciones, una por el Padre, otra por el Hijo y otra por el Espíritu Santo,

Yo donde tengo influencia es el infierno; si el señor Pepiniello, digo Coll, quiere dará su *Purgatorio* á todos los diablos.

CLARIN.

PALIQUE AUTOBIOGRÁFICO.

Mi amigo y director, el señor Pascual y Casas, me pide un retrato y una biografía para publicarlo todo en su ilustrado periódico.

No sé qué interés puede tener el señor Director de La Publicidad, en que el público se entere de que soy f-o— aunque no s-y un Gabino Tejado, lo hay que exagerar—pero ¡allá él, yo me lavo las manos y allá va mi *exce-homo*, que dijo el otro, y la biografía del propio cosechero. Pero no teman ustedes—los que lo—cuento mis primeras amores, ni haga *confesiones* ni otras *cursiladas* por el estilo. Tomaré los datos principales en las mentes que voy a indicar, donde podrá verlos el que quiera enterarse por sus propios ojos. Confiéstele un *cécula* de memoria, el libro que me regaló de bautizo, o de bautismo, 4 como se llama aquí, y el padron que consta en el ayuntamiento.

A primera vista, parece que la modestia debería retraerme de dar mis locuciones á luz y mis *cartas*, como diría Cañete. Pero, mirándolo bien, ¿esta es la primera vez, ni la segunda, que me he convertido en *nuestro* *grahado*, ni soy yo menos que don Modesto Fernández y González. Sin pecar de vanidoso puedo dejar que me graben en madera ó como lo hagan, porque ahí está la *Extracción Española y Americana* que insertaba sus obras *retrato* de Urquijo y el de Girona, en sus días respectivos, y ¿por qué no insertar en estas señoras han trabajado—so de la conversión de la Deuda.

Yo no sé si esto es un mérito, pero séalo ó no, lo que yo hubiera podido convertir la *Deuda* pública, y hasta la *Infia* (un poquito insignificante) me hubiesen dado los millones que tienen en disposición. Si no, yo me quedo con los millones que tienen el mérito, no ya de convertir la *Deuda*... en otra *Deuda* (vaya una gracia) sino como en *moneda* y viceversa, como dice el Evangelio. Luego los millones debieron ser los retratados y no los banqueros.

Por esta parte, yo no tengo ningún mérito, porque declaro con vergüenza que no tengo ningún millón, ni siquiera del tamaño de un *azote* de mozaque. Pero puedo tenerlos, *opala*, porque el rico se hace; de modo que puede ir el retrato delante, y lo demás me lo dará Dios por añadidura, como dice el Evangelio también.

Pero viniendo á mi vida y milagros, debo confesar ante todo que yo me llamo... cómo me llamo... Los Señores del *capitán* *Clarín*, yo me llamo Saturnino Mirabel, digo, no, me llamo *Clarín*, pero esto por mal nombre. El de pila que yo soy bautizado, en buena hora lo diga, lo de herage me vino después), el nombre de pila es el mismo de un general que fusilaba mucho y el de un poeta que fusiló los versos de quien, quiero decir, que me llamo Leopoldo. Esto para los amigos, para los desconocidos don Leopoldo (no faltaba más).

¿A cuánto? ¡El apellido, dicen que es de los mas antiguos de Asturias, y aseguraba hace días un señor muy erudito, que los Alas, que este es el apellido, creíamos descendir de don Pelayo. Yo no creo del *costa*, señor erudito, yo con no descendiendo de Torcuato (porque descendiendo de Torcuato descendiendo de Torcuato) me doy por satisfecho.

Para mí, don mi abuelo arriba todo es teológico. Nací en Zamora, aunque me esté mal el decirlo, en la tierra de Moyano, que parece de Negro, pero nunca estuve en mi pueblo, quiero decir que me escaroten de allí muy *chirritin*, sin duda porque don Claudio no me matara de un susto. Vine al mundo sobre poco mas ó menos cuando el programa del Manzanares, y cuando el programa de Cádiz ya era yo casi un señorito liberal.

Fui á la escuela, previo el acto solemne de desamante, para lo cual en vez de acabar empuñando versos de don Narciso Campillo que por entonces empezaba á hacer de las suyas. Chupar los versos románticos de Campillo (que no sé si es el *sastre*) y sellar la teta era todo uno. Fui pues á la escuela, pero de mala gana, porque me insistió me decía que yo había de ser *ilustre* español, de esos que se lo saben todo sin necesidad de estudiar nada; con que la escuela era excusada. Inclinado á la holgazanería me hice naturalmente ahogado á los 18 años. Pero antes, mucho antes ya había sido cardenal. Sí, sí, en León, á los ocho años me vistieron los *jeuitas* de colorado, y no me tiraron á un *tejado* sino que me subieron al pulpito, y esto muchas veces, y vestido de Anagnini me hicieron predicar y mas predicar, lo *cual* que me llamaban las beatas *piquito* de oro, como á San Juan Crisostomo, que lo quedó el mote. Dando aquella época me quedó á mi una gran inclinación á las cosas de la iglesia, y llevé esto tan

PALIQUE AUTOBIOGRÁFICO.

Mi amigo y director, el señor Pascual y Casas, me pide un retrato y una biografía para publicarlo todo en su ilustrado periódico.

No sé qué interés puede tener el señor Director de La Publicidad, en que el público se entere de que soy f-o— aunque no soy un Gabino Tejado, lo hay que exagerar—pero ¡allá él, yo me lavo las manos y allá va mi *exce-homo*, que dijo el otro, y la biografía del propio cosechero. Pero no teman ustedes—los que lo—cuento mis primeras amores, ni haga *confesiones* ni otras *cursiladas* por el estilo. Tomaré los datos principales en las fuentes que voy a indicar, donde podrá verlos el que quiera enterarse por sus propios ojos. Confiéstele mi *cécula* de veracidad, el libro que me regaló de bautizo, o de bautismo, 4 como se llama aquí, y el padron que consta en el ayuntamiento. A primera vista, parece que la modestia debería retraerme de dar mis facciones á luz y mis *gracias*, como diría Cañete. Pero, mirándolo bien, ni esta es la primera vez, ni la segunda, que me he convertido en *nuestro* *grahado*, ni soy yo menos que don Modesto Fernández y González. Sin pecar de vanidoso puedo dejar que me graben en madera ó como lo hagan, porque ahí está la *Extracción Española y Americana* que insertaba sus obras *retrato* de Urquijo y el de Girona, en sus días respectivos, y ¿por qué no insertar en estas señoras han trabajado—so de la conversión de la Deuda.

Yo no sé si esto es un mérito, pero séalo ó no, de fijo que yo hubiera podido convertir la *Deuda* pública, y hasta la *Infia* (un poquito insignificante) me hubiesen dado los millones que tienen en disposición. Si no, yo me quedo con los millones que tienen el mérito, no ya de convertir la *Deuda*... en otra *Deuda* (vaya una gracia) sino el llano y monedera, como dice el Evangelio. Luego los millones debieron ser los retratados y no los banqueros.

Por esta parte, yo no tengo ningún mérito, porque declaro con vergüenza que no tengo ningún millón, ni siquiera del tamaño de un *azote* de mozaque. Pero puedo tenerlos, *opala*, porque el rico se hace; de modo que puede ir el retrato delante, y lo demás me lo dará Dios por añadidura, como dice el Evangelio también.

Pero viniendo á mi vida y milagros, debo confesar ante todo que yo me llamo... cómo me llamo... Los Señores del *capitán* *Clarín*, yo me llamo Saturnino Mirabel, digo, no, me llamo *Clarín*, pero esto por mal nombre. El de pila (ponque yo soy bautizado, en buena hora lo diga, lo de herage me vino después), el nombre de pila es el mismo de un general que fusilaba mucho y el de un poeta que fusiló los versos de quien, quiero decir, que me llamo Leopoldo. Esto para los amigos, para los desconocidos don Leopoldo (no faltaba más).

En cuanto al apellido, dicen que es de los mas antiguos de Asturias, y aseguraba hace días un señor muy erudito, que los Alas, que este es mi apellido, creíamos descendir de don Pelayo. Yo no creo del *costa*, señor erudito, yo con no descendiendo de Torcuato (porque descendiendo de Torcuato descendiendo de Torcuato) me doy por satisfecho. Para mí, de mi abuelo arriba todo es teológico.

Nací en Zamora, aunque me esté mal el decirlo, en la tierra de Moyano, que parece de Negro, pero nunca estuve en mi pueblo, quiero decir que me escaroten de allí muy *chirritin*, sin duda porque don Claudio no me matara de un susto. Vine al mundo sobre poco mas ó menos cuando el programa del Manzanares, y cuando el programa de Cádiz ya era yo casi un señorito liberal.

Fui á la escuela, previo el acto solemne de desamante, para lo cual en vez de acabar empuñando versos de don Narciso Campillo que por entonces empezaba á hacer de las suyas. Chupar los versos románticos de Campillo (que no sé si es el *sastre*) y sellar la teta era todo uno. Fui pues á la escuela, pero de mala gana, porque ya el *intinto* me decía que yo había de ser *ilustre* español, de esos que se lo saben todo sin necesidad de estudiar nada; con que la escuela era excusada. Inclinado á la holgazanería me hice naturalmente ahogado á los 18 años. Pero antes, mucho antes ya había sido cardenal. Sí, señores, en León, á los ocho años me vistieron los *jeuitas* de colorado, y no me tiraron á un *tejado* sino que me subieron al pulpito, y esto muchas veces, y vestido de Anagnini me hicieron predicar y mas predicar, lo *cual* que me llamaban las beatas *piquito* de oro, como á San Juan Crisostomo, que lo quedó el mote. Dando aquella época me quedó á mi una gran inclinación á las cosas de la iglesia, y llevé esto tan

adelante que muchos años después ya era yo redactor de *El Solfeo* y ala misa tocos los domingos. Pero esto no quita que doado los catorce años *anulivra* yo por los *ciubs* predicando la *lungha* y la *libertad*. Quería lo que tanto progresistas, *conclamar* la *religion* y la *libertad*. Dios me haya perdonado. A los diez y nueve años vino á Madrid á estudiar filosofía, así me dirá y yo no se me ocurrió cosa mejor que *hacerme* krausista, pero no de los que hablan oscuro y apenas se lavan, no señor; krausista *asado*; limpio é independiente. Y me hice, porque *hac* no cuesta dinero, aunque tampoco lo vale. Pero amigo, yo no tonista, por el gramotismo *per* el *crusde* de Terence; y que me quería yo la economía política á los estudiantes de Salamanca, porque no les inclinara; y en efecto, aunque tuve el honor de ser *primer* *icar* de la *terna*; el *conde* me *preñó*, como se dice. Dios se lo haya perdonado, yo se lo perdono. De unas á otras me *hice* *periodista*; comencé mis *carpas* anti clericales en *El Solfeo*, en compañía de Sanchez Perez. Pero como no solo el clero me *arruin* á la nación, sino tambien los *des* *cupados* *ecrécotos* de Agolo, tomela asimismo con *als*, y á fuerza de *hablar* *gordo* y no tener *piros* en la *lengua* me *hice* una *porcion* de *en* *migos* de la *clase* de los *escribieros*, ó sean *raios* *plumeiros*; y que me quería yo el *señor* Lopez Ruy, poeta famoso en su tiempo, me *pidió* una *satisfacción* *después* de haberle *da* *muchas* *dozanas*, y yo lo dije que á lo *escri*to me *atenia*, y él se lo dió por *satisfecho*. En el *ramo* de *guerra* no *tengo* *mas* *hazaña* que *esta*. Pero en la paz soy un *héroe*. Desde *poco* *tiempo* me *regala* un *amigo* un *librito* con el *encargo* de que *digas* *cual* *palabras* de *él*. El *librito* *casi* *siempre* *es* *mal*, *es* *natural*, pero el *amigo* me *dice*:—Cuidado que yo quiero *imparcialidad*. Si lo *mezco*, *déme* *usted* *un* *palo*, *dure*, *dure*... ¡Ah! *pillo*, ya *sabe* *él* que *no* lo *creo*, y si lo *do*y

el palo no me vuelve á saludar, y el no se lo doy no lo y justicia en la tierra. Esto es un martirio; á lo mejor lo despertará uno con la *freaca* para leerle un *druma*. No me *penaba* que era *todo* un *critico*, ni *habia* *estudiado* *para* *eso*, ni *nada*; pero *ningunos* *amigos* que *escriben* *gacetas* *em* *pezaron* á *decir*, el *acreditado* *critico*, como si dijéramos el *acreditado* *protético*, y *critico* *ve*, *critico* *viene*, me *quedó* el *note*, y *aquí* me *llamen* *ustedes* *oficiando* de *cenor* y de *ardopico* *literario*. Me *consulta* la *idea* de que *ten* *criticos* como yo son los *otros* que *responden* *por* el *mismo* *nombre*; los *hay* *fabricantes* de *papel*, *te* *lografistas*; *bachiller* *en* *ortos* y *hasta* *forasteros*. Critico *hubo* que *dejó* *su* *misterio* *por* un *destino* *de* *voto* *real*. Pero en fin, *aquí* *no* *es* *trata* de *hablar* *mal* de los *demás*, *sino* de *mí* *solo*.

Pero en rigor, no hay nada mas que decir, porque á mí no me pasa nada que sea digno de mención; y si allá en mis mocedades primeras fui un *soñador*, con mi pan me lo comía; eso no les importa á ustedes, y *hato* *saber* que *ahora* *soy* en *literatura* *naturalista*, y *yo* *pienso* *casarme* *por* lo *católico* *porque* *no* *se* *prede* *paar* *por* *otro* *camino*; *porque* *vaya* *usted* *á* *decir* *lo* *que* *yo* *soy* *hereje*. ¿Cómo ha de querer *ella* á un *hereje*? Anda, ande, que bien cogidos nos tienen las curas por este lado.

Y *con* *esto* y *con* *decir* que *tengo* *excent* *filis* *ca*, *porque* *no* *veo* á *dos* *Venancios* *acaben* *un* *Torreno*, y que *ya* *van* *tres* *veces* *que* *pruebo* *ante* *los* *médicos* *que* *soy* *corto* *de* *vista*, *no* *cano* *más*, *porque* *es* *mala* *educación* *hablar* *mucho* *de* *mi* *mismo*.

El que quiero *saber* *más*, *que* *vaya* á *Salamanca*.

CLARIN.

95 La Publicidad (Barcelona), n. 1.468, 3 marzo, 1882.

[Texto reconstruido sobre imagen de un documento deteriorado].

Palique.

Para ser escribiente del Ayuntamiento se requiere saber más que Lepo; para ingresar en el cuerpo de telégrafos hay que saber más electricidad que el polo magnético, pero ni gramática siquiera se necesita para oficiar de pontifical y ser metropolitano y primado de las Españas, y arzobispo de Toledo y Cardenal Moreno.

Prueba al canto. El reverendísimo y bien alimentado cardenal escribe á los reverendos y nada malos obispos y arzobispos de su mando, lo siguiente:

Habla de un despacho y dice: «Su contenido iunpondrá á Vd. que el Papa desea, etc.

¿Qué entiendo por imponer el cardenal de las parroquias sin párrocos? (O creo S. E. I. que un primado está exento de saber primoras lstras?

Y sigo el cardenal... «Procurarán que estas manifestaciones regionales, puras y exclusivamente católicas, y sobre todo la primera que se realice, no sean, ni *ménos numerosas*, respectivamente, ni *con ménos lucides y brillo*, como se suponía iba á ser la nacional.»

Eminentísimo señor, escribe V. E. como un apóstol... antes de topar con Cristo. Así escribiría San Pedro cuando aun no tenía sobre sí la lengua del Espíritu Santo.

El arzobispo, que sabe con que obispos ara, preguntales si podrán organizar las peregrinaciones *pueficamente*.

Algun rosario de la aurora habrá E. S., pero qué vale eso comparado con la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Y termina el Primado diciendo.

«En vista de las respuestas que sobre los *extremos* indicados se dignen darme mis *venerables hermanos*, me permitirá molestar de nuevo la *respetable atención* de quien con la mayor consideración se repito afectuoso servidor y hermano Q. S. M. B.—Juan Ignacio.»

Del contexto se saca que la atención *respetable* es la de Juan Ignacio mismo, por cuanto eso *quien* es el que se repite servidor y besa la mano. Pero esos familiares del Cardenal, ¿qué hacen que no le corrigan el estilo, ya que otra cosa no pueden?

¿Verdad, señor *Siglo Futuro*, que eso modo de poner la pluma es indigno de un sucesor de San Eugenio?

Lo venerable, la atención *respetable*, el afectuoso servidor... Todo eso parece del folletín de *La Correspondencia* y no de un arzobispo de Toledo.

Yo me ofrezco, á pesar de todo, afectuoso servidor de quien no provee, aunque le fusilen, las parroquias vacantes de Madrid.

Merced á no sé qué asociación de ideas, hablando de arzobispos que escriben mal, va el pensamiento por una suave pendiente á dar con el Sr. Bremon, digno de ser metropolitano, sede vacante, por lo bien puesto de su ortodoxia, y lo no ménos bien colocado de su odio á cuanto ponga en ejercicio las facultades mentales.

Pocos días hace alababa el genio de Dumas (padre) porque no era de esos filósofos y moralistas que invadieron el campo de los poetas con una literatura trascendental é insoportable.

¿Qué tendrá en la cabeza Bremon que no puede sufrir lo trascendental, lo filosófico, en fin, cosa que sea de discurso?

Dice el pundonoroso cronista que Dumas recurría á su inventiva «para producir sus emociones.»

Entiéndase, las emociones de los demás. Cuando Bremon dice *sus emociones*, quiere decir las que él, (Dumas) causaba á los otros. Pues si esto de decir las cosas al revés, no es trascendental, venga Dios y véalo.

Y añado Dumas, digo Bremon, recordando sus años juveniles, como dice Cavestany: «Cuando bajábase al encierro, qué agradable era si bajábase á él con el caballero de la Casa Roja ó con la reina Margarita.»

¡Ah, picarillo! que de esas encerronas lo viene á usted su odio á lo trascendental. Con que lo encerraban á Vd. con la reina Margarita?

¡Esoa colegios! ¡Esoa colegios!

¡Oh eterna juventud de la vida! Todavía hay quien escribe versos á A***, un señor titulado D. Emilio Mora, que también tiene trazas de haberse encerrado con la reina Margarita, hace saber á los habituales lectores de Bremon lo que copio:

A***

En tus mejillas, bien mío,
ví una lágrima preciosa
que te arrancó mi desvío,
brillante como el rocío
que borda el alba en la rosa.

Usted si que lo borda, amigo mío. Un desvío brillante como el rocío es cosa tan nueva como la consecuencia que Vd. saca á renglón seguido:

Por eso no es maravilla
que á esa flor yo quiera tanto.

Por eso es Vd. la flor de la maravilla en punto á versos y á lógica. ¿Por qué no harán arzobispo á Mora, y por qué no hará versos Moreno?

CLARIN.

PALIQUE.

En, ya están en la cárcel.

Me refiero a los señores del sindicato.

Lo tenía yo anunciado; este Maltrana va a concluir por haceros célebre; ha dado en lo que mas genuinamente representa el genio nacional, que es el dar en no dar nada. Maltrana es el inventor de no pagar la contribución, que es el invento que mejor puede seducir a los españoles, y arrastrarlos como un solo insolvente.

Pero además de inventor, Maltrana es mártir de su invento, como Pálsey y tantos otros.

Le han dicho: ó paga V. ó va V. á la cárcel, y él ha dicho: á la cárcel.

Antes que dar un perro chico mas de lo que señala, en su concepto, la tarifa racional y justa, se deja hacer pedazos.

Así es que á la puerta de la trena habla una compacta multitud que aclamaba á Maltrana, y gritaban viva!

Pues es claro; viva Maltrana que no quiere pagar la contribución.

No, y lo que es por su parte, Camacho se está portando como un hombre de Gobierno.

No quieren pagar eh? Bueno, pues pongámonos V. á la sombra, señor Alonso Martínez.

Y Alonso Martínez, con esa energía y con esas patillas toreras que lo caracterizan, llama al alguacil del Juzgado y se dirige al lugar del siniestro. Del sinistro Maltrana, que apríete los cordones de la bolsa como un héroe.

En cada tiempo su uso. Allí, cuando predominaba el idealismo que inspiró a Fernandez y Gonzales sus novelas por entregas, Guzman el Bueno se dejaba descuartizar, ó mejor dicho, dejaba descuartizar á su hijo, que no es lo mismo, antes de entregar á Tarifa, que es una poblacion donde no se puede vivir.

Ahora Maltrana se deja llevar al Saladero como el mas vulgar de los timadores, antes que satisfacer al fisco lo que el fisco dice que le debe.

Yo creo que lleva la razon Maltrana contra el señor Camacho.

Porque, vamos á ver ¿quién es mejor hacendista, Camacho ó Maltrana? Maltrana sin duda alguna. Por lo pronto, siempre entiende mas de hacienda el que no paga que el que pide lo que le deban. El que quiere cobrar y no cobra no adelanta nada. Y el que debo y no paga eso sale ganando. Además, atengámonos á los resultados: Camacho, que maneja la Hacienda pública no ha hecho rico á nadie, y quiere dejar pobres á muchos. Maltrana, que maneja su propia hacienda se ha hecho rico, no sé si en mucho ó poco tiempo, pero en fin se ha hecho rico. Otro sí, Maltrana, por no pagar se deja prender, ¿se dejaría prender Camacho por cobrar esos cuartos? De fijo nó. ¿Como no son para él!

En estas cuestiones de echavos nunca puede competir el que representa un interés general con el que defiende su propio interés. Maltrana vencerá á Camacho.

Hay quien dice que Maltrana no lo hizo por el dinero, sino por el teson.

¡Malol! teson tambien lo tiene Camacho, y hasta don Venancio es capaz de tenerlo si lo apuran. El teson vale poco. Si Maltrana se bate por el teson, sucumbirá.

Si lucha por los maravedises será invencible.

Antes de entrar en la prision Maltrana nos ha aconsejado que no alteremos el órden.

Descuide usted; yo no pago subsidio industrial, porque Camacho no me ha impuesto contribucion por mis patiques.

Así que, guardo el órden mas completo.

Contra quien yo he de sublevarme ya lo sé.

No es contra el ministro, no.

Contra el sastro.

De literatura no hay nada nuevo.

Estamos en pleno mercantilismo.

Así es que la obra única notable que se ha publicado estos dias es la titulada *El Purgatorio y las benditas almas*.

Su autor es el aventajado fraile señor Coll, de la órden de San Francisco de moneros observantes.

La modestia del señor Coll se ve desde luego en eso de ser menor observante, y no pasarse á mayores.

En cuanto al libro, es una cosa admirable.

Figúrense ustedes que se prueba, como tres y dos son cinco, que el Purgatorio es una institucion muy conveniente, y de cuya existencia da testimonio el mismísimo sentido comun.

El señor Coll podra tener todo el sentido comun de que sea capuz un menor observante, pero yo, que no observo nada, tengo mi sentido comun de laico y no le cambio por el suyo. Pues bien, mi sentido comun nada me dice del purgatorio.

En lo que yo creo es en el cepillo de las ánimas; en eso sí, porque está á la vista.

Y en las misas de San Lorenzo, que valen un dineral, y son un coche parado en materia de misas.

Que el purgatorio es conveniente, no lo dudo. Conveniente para toda clase de clero regular é irregular.

Pero que lo hay, hombre, que lo hay no es tan seguro.

Si lo fuera, ya Camacho lo habria echado vez fuerte contribucion como á las demás casas de giro.

CLARIN.

97 La Publicidad (Barcelona), n. 1.474, 9 marzo. 1882.



97 Miniatura de la página.

Palique.

Dicen que ahora nos van á hacer nacion de primera clase.

Yo me alegro por D. Fernando Corradi.

El cual dicen que decia:

—¿Eres buen mozo, tienes mucho talento, vienes bien, hablas mejor, gustas á las chicas y pasmas á los sabios?... ¡Lástima que España no sea más digna de mí! Mire Vd. que habo nacido en una nacion que no es primera potencia!...

Un gastrónomo asegura, y dice que lo puedo probar, que el pan que se hace en Madrid ya no es el pan de nuestros mayores.

Así es que para él lo de hacerse potencia de primera clase, nada significa, porque dice él:

¡La nacion sube á primera clase y el pan baja á ser de tercera! *Vanitas vanitatum*.

¡En todo ha de haber divisiones y partidos!

¡Quien pensaria que los revendedores no estaban unidos y compactos como un solo acaparador para explotar el amor al arte!

Pues no lo están. Hay revendedores y revendedores: hay revendedores abonados y revendedores libres.

Yo creia que todos eran abonados al bolsillo del prójimo; pero no, los hay libres, felices é independientes.

Dias atrás un revendedor abonado le abrió la cabeza á un revendedor libre.

Indudablemente estos pueblos latinos no están preparados todavía para la libertad.

Un crítico escribe.

«Nosotros nos congratulamos en señalar...»

¡Congratulámini, congratulámini!

El *Tiempo* corrige un latín de sus cajistas, y lo echa á perder, lo pone peor.

Y es que está de Dios que el *Tiempo* no sepa latín.

Ni castellano (según el *Siglo Futuro*).

Se anuncia una revista cómica-lírica de Semana santa, titulada:

Los ocho dolores.

—¿Pero no son siete los dolores de que se trata?

—Sí, señor; siete de la Virgen, y el dolor de No-sedal, ocho.

Por lo demás, es una irreverencia eso de llevar al teatro estos asuntos religiosos.

Su teatro natural es el púlpito.

Al Sr. Pastor lo han hecho cargar con la cruz de Cristo de Portugal.

Lo acompaña en el sentimiento, porque cargar con una cruz siempre es malo.

Y figúrense Vds... ¡la cruz de un cristó portugués!

¡Aunque sea un cristó suertoso!

Los cargos públicos publica un retrato de Camacho.

El hombre mas público y mas cargante.

Aasmodeo, hablando de un señor aficionado que representó en el teatro de la Comedia, dice, para elogiarle, que ostentó dotes no sospechadas en él de vigor, de energía y de sensibilidad.

Vamos, que Aasmodeo le tenia por un guardacanton.

Ya vé Vd. cómo engañan las apariencias.

Aforismo de *La Epoca*. «La crítica, cuando es justa, mas caltece que deprime.»

Y medra más, y hace casitas de campo, y vivo de gorra durante la estacion, que diria un moderado crítico.

¡Medrados estamos!

De un periódico dinástico y sin gramática:

«SS. MM. el rey la reina, con la infanta doña Isabel, aparecen en su palco entre los ecos de la marcha real.»

Importa saber á los contribuyentes que esos ecos no son el de la real familia, y no cobran nada, por consiguiente.

La marquesa de Alcañices se presenta con la de Bedmar... la de... con la de... la de... con la de... y así se van presentando todas las señoras y señoritas de la aristocracia de dos en dos, como andan por esas lomas juntas las cogujadas y las palomas.

Pero las palomas van hembra y macho, como manda la Biblia, que dice: *hembra y macho los crió*. Y lo que hacen esas señoras es contra el órden de la naturaleza, según la Biblia.

Hablando de *La Tempestad*, de Ramos Carrion, dice un crítico que esa obra se basa en un crimen antiguo.

Entonces se basará en *Los señoritos*, que es un crimen antiguo del autor.

Que despues ha lavado sus culpas en el Jordán del buen éxito, como diria un crítico, pero atroz.

CLARIN.

Palique

¿Porqué no me ayuda *El Siglo Futuro* en la pia-
dosa tarea de demostrar que los obispos, sus natura-
les enemigos, no saben castellano?

¿Qué fácil le sería escribir un artículo de Destrozos
literarios, como él los llama, poniendo de oro y azul
al obispo de Barcelona, por ejemplo, que escribe en
español un precioso catalán!

¿Y dónde dejamos al cardenal Moreno, que parece
que no fué á la escuela según pone la pluma!

Tiene el primado algunos arranques de sintáxis,
que parecen de Balaguer ó de cualquier otro catalán
varitado al castellano.

Dice Moreno, hablando del ayuno y del momento
de la muerte:

«Aquel momento del cual exclamaba San Ber-
nardo.»

Pero señor metropolitano, ¿qué exclamara en eso?
¿Crea V. S. I. que porque se puede decir: del cual
decía, puedo decirse también: del cual exclamaba?

Después cita el siguiente latín:

«Non tardes converti ad Dominum et non differas
de die in diem.»

Ese latín parece bable, y extraño que el Ecce-
lesiasta, que era persona instruida, escribiera un latín
tan macarrónico; verdad es que el Ecclesiastes no
escribía en latín, y parece cosa averiguada que este
libro es obra de un descreído, según demuestra Re-
man, ó poco ménos; lo cual á mí no me importa,
como Vds. pueden suponer.

Pero lo cierto es que sin ser yo un Ecclesiastes, ni
aiguera un sarriatán, me atrevo á escribir latines
por el estilo.

Prueba al canto:

Hablo con Moreno y digo: *Non tardes proveri
parroquias, et non differas de anno in annum, mandu-
catione tua caui.*

Y sigue el arzobispo metropolitano, como dijo el
poeta:

«Muchos anochecen y se acuestan (á buenas no-
ches) y no amanecen sino difuntos para no levan-
tarse ya.

Aquí de Blasco:

—Los muertos no se levantan.

—¿Como haya quien los levante!...

«Vendrá el Hijo de Dios y pasará hasta los pensa-
mientos más recónditos de vuestro corazón.»

Bien se vé que al arzobispo el corazón se le ha en-
bido á la cabeza.

«Tomará cuenta sobre vuestras acciones.»

De, señor, de y no sobre.

Después asegura muy formal el capitán general
de los ejércitos de Cristo, que San Pablo les prohibió
á los galatas leer periódicos: ¡vaya un galatimatas!

Pero qué rabia les tienen estos obispos, y en ge-
neral todo el estado mayor del clero á los periódicos.

cos... de enfrente, aun que los suyos les recomiendan
como si fueran el camino más recto y seguro para
llegar al cielo.

Y dale con que mortifiquemos la carne.

¿Pero por qué no la mortifica V. S. I. si es cosa tan
provecchosa?

Y se queja de que se ignore generalmente la doc-
trina.

¡Pues mire Vd. que la gramática!

Diga *El Siglo Futuro*: ¿es de fe creer que se dice:
del cual exclamaba?

Escriben del seminario de Vergara que allí están
de jolgorio, con motivo de ser los días de Santo
Tomás.

Y dicen, y esto es lo que no entiendo, que el pa-
dre Juan González predicó los fervorines.

¿Qué son los fervorines?

Paracen así, algo como leche hervida.

¿Fervorines... fervorines!...

No sea eso una errata, y quiera decir *La Unión*
que el P. González explicó los polvorines.

Porque esos padres saben de todo.

Explicados los fervorines, subió á la tribuna el
P. Robustiano (redundancia inútil, pues siendo pa-
dre se supone que ha de ser robusto), y pronunció
un largo discurso sobre los seis días de la crea-
ción.

De modo que tardó ménos Dios en hacer el mun-
do, que el P. Robustiano en decir cómo lo hizo.

El colegial Marichalar leyó una hermosa poesía.

¿Hermosa, eh? A var, que vengan los autos.

Viniendo ahora á lo profano, diré que el Sr. Lus-
tonó se ha dedicado á la Edad Media, y magar su
habitual buen humor escribe de esta guisa:

«Ellos en aquesto estando.»

Muy bien, muy bien, Sr. Lustonó! Lo que tiene
el cultivar los clásicos: ¡en aquesto! Pero á renglón
seguido lo echó todo á perder, porque dice: «y como
se apercibiesen por el ruido de algunos pasos...»

Aqueso no es castizo, ya se lo dijo Cánovas á Sa-
gasta.

Es preciso estar en todo, en aquello y en aquesto.

¡Vaya, vaya con el Sr. Lustonó! ¿Si querrá ser de
la Academia?

Signe Lustonó:

«Vencido con las dádivas de D. Jorge, el esclavo
de D. Hernando, concertáronse en el medio y oca-
sion que deberían caejer para llegar al fin apete-
cido.

Fué esta la partida de reínticuatro...

Malo, malo, por ahí no se va á la Academia. Va-
mos á ver, ¿con quién concuerda ese *esta*? ¿Con el
fin apetecido? No, diré á Vd., con la ocasión.

Pues ento-ces ponga Vd. la ocasión más á la mano
del pronombre.

¿Qué?... ¿con Vd. que para llegar á merecer el ho-
nor de alternar con Catalina basta saber que en el
mundo habo reínticuatro?

A veces hay que saber además un poco de gramá-
tica.

A no ser que se tenga el don especial de haber
sido carlista ó sobrino de alguien.

En tal caso basta con ser antes autor silbado.

En cuanto al Sr. Lustonó, déjase de fablas y vuel-
va al flameneco que es la moda del día.

Aquesto no es más que un castigo, como diría el
rey sábio.

Ya sabe Lustonó á qué llamaban castigo las Par-
tidas.

Y si no lo sabe...

CLABIN.

Palique

El Tiempo, esa zampatorras como le llama *El Siglo Futuro*, que sabe poner mote, asegura, bajo su palabra, que podrá justicia a los fusionistas es como *pedirle cotufas al golfo*.

Nadie le ha pedido nunca cotufas al golfo: *El Tiempo* confunde el golfo con el olmo, y las peras con las cotufas.

Lo que se dice es *pedir cotufas en el golfo*, lo cual nada tiene que ver con lo que *El Tiempo* quería expresar.

Si *El Tiempo* se pierde hasta en las frases hechas, ¿qué hará cuando tiene que echarse a divagar por cuenta propia en las grandes ocasiones?

Pedirla al *Tiempo* que dé una en el clavo, es pedirle cotufas a Toranzo.

Consta en el archivo de Simancas que son las comparaciones siempre odiosas.

Figúrense Vds. que un revistero compara a Santa Teresa con Murillo.

¿En qué se parecen Santa Teresa y Murillo? En que se va a celebrar el Centenario de uno y otro.

Esta clase de comparaciones siempre me recuerdan aquello de un orador: es como una pirámide de Egipto.

A propósito de Centenarios.

Frase de un gobernador militar cuando se celebró el de Calderón.

—Señores coronales, comandantes, etc.; la patria nos pide nuestro óbolo para celebrar el Centenario del gran Calderón. Hagamos, señores, algo por el ilustre manco de Lepanto.

Histórico.

Otro D. Peregrin García Cadena está por nacer. Oficia de crítico *Máximo* con motivo de un drama estrenado hace poco, y se queja amargamente del *subjetivismo ingenuo* del autor.

¡Valiente ingenuo está D. Peregrin! Todos tenemos nuestro subjetivismo en nuestro armario, don Peregrin. ¿Se ha creído Vd. que eso era con exclusión de los poetas líricos?

Después dice el crítico *pour rire* que «el condimento del drama vulgar no necesita enganches, sino directrices».

Hé aquí una metáfora que empieza en la cocina y acaba en el ejército.

En cuanto a la filosofía, el Don Peregrin ve que el autor lo ha hecho muy mal, pero que el público ha hecho muy bien en aplaudirle, para que vuelva con nuevos bríos al palanque de la escena.

Eso es, eso es, decía Vd. alas a los subjetivismos ingenuos.

Según Don Peregrin, el drama pierde todo interés desde que se sabe que el Conde es el forzador, el injusto forzador de la madre de Fernando.

Don Peregrin es como esas pstronas que no quieren enterarse de nada hasta el último verso del último acto.

Es un crítico de seis reales sin principio, pero con muchos agremios retóricos.

El culteranismo de Don Peregrin llega a convertirse en cuencas hidrográficas al Sr. Palencia. Habla de su vena poética, y figurándosele, en su ardiente fantasía, como un río navegable, dice: «La comedia *Carilmo* que matas no está en la corriente, sino en un remanso de la vena cónica de este escritor. Esto prueba, primero, que Don Peregrin cree que en los remansos no hay corriente, y segundo y principal, que tiene una imaginación de fuego, capaz de vomitar más metáforas y epatitosis que hay en el *Re-mayana* ó en el *Mahabaret*».

También tiene una imaginación atroz el Sr. Velarde, con Peregrin del Paraiso.

Es uno de tantos poetas vampiros que han escogido al pobre Moreno Nieto (q. e. p. d.) por víctima.

Artículo aparte merecen las décimas del Sr. Velarde, que en tiempo de los Romanos serían objeto de un interdicto hecho de encargo para esta clase de profanaciones. ¡Pues no se pone el poeta a suponer que Moreno Nieto se murió pensando en el potro andaluz que Isabel la Católica llevó a la conquista de Granada! Dice que recordaba

«Ora aquel tiempo de luz
En que Isabel la inmortal
Atravesaba el Real
Rigiendo un potro andaluz».

Dejemos en el potro al Sr. Velarde hasta otro día, porque décimas de esta albarda —y no jaez— necesitan comentarios.

Continuaré en el uso de la palabra.

CLARIN.

Palique

Sr. D. José Velarde: Voy a hablar con V. con toda familiaridad. Te lo juro, no costará, pero cesará la comedia.

«¿Por qué V. que yo le tengo mala voluntad? Ni pizca. Si fuera V. uno de tantos poetas que pasan la vida la tirando a la luna, sin que nadie los haga caso, yo no me acordaría del santo de su nombre, y eso que es un santo tan bonito».

Pero es el caso que el *Imparcial* y otros periódicos han dado en la flor de decir que es V. poeta de primera clase, y ¡vive Dios que eso no es verdad!

Una de las conclusiones indispensables en todo poema, digase de tal nombre, es sentir lo que dice y decir la verdad.

Pues bien, voy a cualquier poesía de V., la más reciente, por ejemplo, la que V. ha escrito a la muerte de D. José Moreno Nieto—cuya memoria respectable me duele—y veo que en su verso a mí con mi artículo—y me encuentro con que V., sin mala intención sin duda, ha profanado la elocuencia del ilustre profesor cantándole una décima que ya que a Moreno Nieto no le puede en ridículo, lo ponen a usted, lo cual es una liturgia.

V. intesa décimas, es decir, 260 versos ha escrito usted, queriendo manifestar el dolor que le produjo la muerte del sabio amigo, y no puedo V. conseguirlo por más que lo sea.

Quiero V. hacer descripciones—que son su fuerte y su llave—y por que Moreno Nieto estuvo en Toledo, en Granada y en otras capitales de provincia, la emprende V. con Toledo la imperial y sus ojivas de cajo... que no parece sino que no hay ojivas más que en Toledo; y después se va V. por el campo a criticar el Dario y del Geail, y habla de la Alhambra y de la conquista de Granada, y de cuanto Dios erri.

¿Qué formalidad es esa, Sr. Velarde?

De modo que porque el difunto profesor viajó un poco, que no fue mucho, V. se sirve con derecho para escribir un itinerario en verso de todos los pasos que dió en vida.

Vaya un modo de cantar a Moreno Nieto! Tendría estor a creer que si el ilustre finado no hubiera vivido en Toledo ni en Granada, se quedaba su memoria en las décimas de V.: que ojalá se hubiera quedado.

Parece que—y no se ve—pero, en fin, parece que usted tenía preparada sus descripciones de la imperial Toledo y de la ciudad de Badajiz para saltarla a la primera ocasión.

Figúrense que en vez de ser esta la triste muer-

te que todos lamentamos, hubiera sido una lírica férrea de Madrid a Granada, pasando por Toledo; pues figúrense también que le convidaban a unirse a la inauguración. En ramos a ver, Sr. Velarde, homías! Y allá iban las décimas de las ojivas y de la cuesta de los Gomeles, con motivo de la vía férrea.

¡Lepto que eso no es formalidad, y que V. habrá sentido la muerte de Moreno Nieto como cualquier persona, pero por los versos no se conoce.

Y ahora vamos a cuentas.

Primera décima:

«¿Colatos hoy a orfandad!
Ll re el artista al hermano.»

¿Ve V.? Ya empieza a faltar a la verdad. Si usted dice que el hermano es el que llora, ¿por qué habla de orfandad?

«La religión al cristianos»

«Era el fiscal pa lre de los felas»

«Y la patria al ciudadano.»

Eso, bueno, porque había sido diputado.

Segunda:

«Nada que igual al pesar
de esta centro del saber.»

Eso son versos de estudiante de leyes. Vaya un giro poético! Nada que igual al pesar... Pero y Mencheta no lo diría de otro modo.

Allí va la tercera décima entera, porque ésta no tiene desperdicio:

«Que linfema el ateísmo;
que avanza la anarquía;
que hunde en lodo a la poesía
el procaz naturalismo; (1)
que maldice el positivismo;
que todo es barror y deslío...
¿Qué importa?

¿Cómo que no importa?

Reino el consuelo,
en voz, que al bien rinde palmas,
va á caer sobre las almas
coco o rocío del cielo.

Confiese el Sr. Velarde que todo eso es un puro disparate. Ni las voces caen sobre las almas, ni el rípi de las palmas puede pasar fuera del domingo de Ramos, ni hay vez que basta cuando todo es horror y duelo y ¡vive Dios naturalismo.

¿Si creará el Sr. Velarde que el naturalismo se mece con él?

Confiese el Sr. Velarde que todo eso es un puro disparate. Ni las voces caen sobre las almas, ni el rípi de las palmas puede pasar fuera del domingo de Ramos, ni hay vez que basta cuando todo es horror y duelo y ¡vive Dios naturalismo.

¿Si creará el Sr. Velarde que el naturalismo se mece con él?

Nn, no poca Velarde de idealista.

Peca de mal poeta, es, con por y para todas las escuelas.

«Su palabra no produce
bueno solo y vano ruido.»

Parece ya que profesa, sin embargo, algo de humo, según V. se explica.

«Tanto debiste sufrir
y tanto a solas llorar,
que tal vez, al espirar,
la alegría de morir.»

Suposición gratuita. Hacer un Manfredo y un Leopardi de Moreno Nieto, es un rípi de pesimismo impenable. El Sr. Moreno Nieto ni renegaba de la vida, ni siquiera de los malos poetas, porque no tenía obligación de leerlos.

«Artista, sufriste el yugo
de esa crítica grosera
que se vende con ramera
y azota como verdugo.»

Tampoco hubo na le de eso. La crítica no azotó a Moreno Nieto, ni éste en su vida se quejó de ella. Pero se conoce que el Sr. Velarde tiene un molde invariable de homías célebres: malicia del vida, como Ducaxel de su suerte; sufren penas especiales, que no conoce el vulgo... y son perseguidos por la crítica... Con eso se hace una novela cara; pero no se recorta á falsos actos ridículos para recordar á un hombre superior de veras como Moreno Nieto.

Y ahora comienza Cristo á poder ir, ahora comienza el Sr. Velarde la serie de suposiciones que le hacen hablar de cuanto quiere, menos de Moreno Nieto. Dice:

Y después la está hermosa
Cando, haciendo el amor,
El capullo se hace flor

Y la niña mariposa.

Elad para ti dichosa

En que, abusado en deseos,

pero, Sr. Velarde, ¿qué sabe V. si se abusaba?

Atornaba los recores

Y fatigaba del trabajo

Con meriolas en el Tajo

¡Válte Dios por meriolas!

Y amorosos devanesos.

Esa es ya demasiada licencia poética. ¿Por qué se empeña V. en hacer de Moreno Nieto un don Juan Tenorio?

¿No es esto una profanación en décimas?

En Toledo la imperial,

Tu corazón y tu mente,

El laburo con sed ardiente

En artístico raudal.

Allí la ojiva ideal,

Con la greca pompeyana,

Junto a la niña pagana,

La lisantia escultura,

Y la arábiga escritura

Con la leyenda cristiana.

Aquí se destiende la inspiración de subasta pública y pública alusiva del Sr. Velarde, y salen a reducir todas las cosas que hubo en Granada de muchos siglos acá.

Allí los cerros hermejos,
La Alhambra, el Generalife,
donde agotó el alarife
los mármoles y azulejos.

¡Agotar azulejos, poder de la imaginación!

Invocabas la era grata
en que hollaban los corceles
la cuesta de los Gomeles
con herraduras de plata.
Y la dulce serenata
que á la odalisca recrea
y da celos á la helveta
que tura al Abencerraje,
tras los pretiles de encaje
de la morisca azotea.

El Sr. Moreno Nieto tenía mucho más que hacer que pararse el sentu alia pensar lo en el Abencerraje.

(1) Zola, pedía, porque no sabe lo que dice.

je, y en los celos de la helveta, que con su pan se los comía.

Ona aquel tiempo de las
en que Isabel, la inmortal,
atrayaba el Real
rigiendo un potro andalus.

¡Gracias á Dios que dice V. algo de prorecho! Conste, de hoy en adelante, que merced á las averiguaciones del Sr. Velarde, se sabe de un modo positivo que el potro que montaba Isabel la Católica en Granada era andalus.

Y concluye el Sr. Velarde diciendo que el verdadero dolor, más es para callado que para cantado.

Pues saque V. la consecuencia, y dígame la falta que hacían todas esas azoteas y herraduras de plata, ni el Dario ni el Geail...

Permitame V. que yo también termine hablando as versos:

Fué sacando
della Erraca
una liga
colorada,
un bolatillo
de casaca,
medio peine...
una vaina
de tijeras...
.....

CLARIS.

Palique

Hay un periódico que se llama... *El País*.
Yo no lo sé. Mis ocupaciones no me permiten
saber estas cosas.

Este *País* se hace abogado de las causas perdidas
y defiende a *El Tiempo*, abandonado por toda la
prensa al brazo secular de *El Siglo Futuro*.

El País da á entender que no sabe quién es
Clarín.

No me extraña, porque nunca he escrito para Bo-
len ni para las Butacas.

Y de camino quiero darme lecciones de gramáti-
ca. Vengan en buen hora, porque el saber no ocupa
lugar.

Primera lección.

Dijo yo: «¿En qué se parecen Santa Teresa y Mu-
rillo? En que se va á celebrar el centenario de uno
y otro.»

Segun *El País*, esto es decir literalmente que el
centenario de uno y otro se va á celebrar el mismo
día.

No hay semejanza cosa; y pongo por testigo á
cualquiera que sopa castellano, aunque solo sea de
oidas.

Segun *El País*, si yo digo: «¿En qué se parecen
El Tiempo y *El País*? En que yo me río de uno y
otro,» debe entenderse que me río de los dos en el
mismo día.

Y corrigiéndome la plana, añade *El País* que lo
que yo quisé decir fué esto:

Se va á celebrar el centenario de la una y el del
otro.

Vive Dios que no he querido decir tal. ¿Si sabré
yo lo que me digo? He querido decir lo que he di-
cho, y cejos quedos. Aprenda el colega lo que sig-
nifica Centenario (1).

Y añade *El País*: ó bien, *Los Centenarios de uno
y otra*.

Primero me cuelgan que yo diga semejante des-
atino. Basta con un modesto singular, porque el
plural parece indicar que los Centenarios de cada
cual se van á celebrar á pares. Eso sí que es mala
gramática y no la mía.

Como estas cuestiones de gramática tienen entre
periodistas tanta importancia, por lo ménos, como el
averiguar si Xiquena juega á los dados, propongo á
El País, como suelo hacer en tales casos, que nom-
bramos un jurado de honor... gramatical, para que
decida si la lección del colega está bien ó mal dada.
Yo propongo, como juez, á *El Siglo Futuro*. Pro-
ponga *El País* otro periódico en el cual haya quien
escriba con buena gramática.

Y ruego á *El Siglo Futuro* que conteste si ó no,
como Cristo nos enseña.

¿Se puede decir, aunque Santa Teresa sea hembra
y Murillo varón consiente: «El Centenario de uno y
otro»? Ya sé yo que se puede decir, pero es para que
se convenza *El País*. Conteste por Dios *El Siglo*, y
explíqueme á eso *País* por qué se puede decir. ¿Yo
debo en igual caso decir: «Los Centenarios de uno y
otra,» como propone *El País* que me diga?—Con-
teste *El Siglo* por los clavos de Cristo—¿Cómo se
compondría *El País* para decir uno y otra en latín?
¿Diría *utrinque*?

Y sigue *El País* dándome lecciones.

«A seguida añade: Esta clase de comparaciones
me recuerdan... Debia haber escrito: me recuerda y
no recuerdan.» Señor *Siglo Futuro* ¿verdad que se
puede decir como yo lo he dicho? Digale, dígame al
País qué figura he cometido, y lo que son nombres
colectivos y lo que se puede hacer con ellos; en fin,
que se entere. Para *El País* no hay ailepals en el
mundo (?).

Espero de la amabilidad de *El Siglo Futuro* que
se sirva entender en esta causa, si no por mi cara
bonita, por bien de la gramática.

Yo me someto á su fallo.

¿Si estaré tranquilo?

Porque una cosa es la política, y la sintáxis es
otra cosa; y en sintáxis, yo soy correligionario del
Siglo, y á mucha honra.

Los demás adelfos de *El País* no merecen con-
testación.

Porque los cajistas, por culpa mía, que tengo muy
mala letra, dicen escapar muchas erratas, no he de
discutir yo con un desocupado, si dondo dice décimo
debe leerse décima.

Tambien *El País* dice principiante á escritor, y
apongo pidosamente que no habrá querido de-
cir eso.

Ya va *El País* si lo he tratado con toda formal-
idad. Pero no lo volveré á hacer. Y no lo ha sido por
el, sino por la gramática.

Pero bien sabo Dios que ya no he de acordarme
para nada de *El País* en todos los días de mi vida.

Tambien *El Tiempo*, el tantas veces citado zam-
pastortas, aspira á tutearme, como dicen en La Bo-
hemia de Múrcer. Pero con esto no discuto. Ni tanta
humildad. Tres ó cuatro veces cita en latín, y
siempre dice precursor, ó precursor, ó precursor.
Es el rigor de las destichas.

CLARÍN.

Palique

Sr. D. Juan Reina:

Mi querido amigo y compañero: He leído sus crónicas teatrales de *El Progreso* con sumo gusto en cuanto lector, y con disgusto en cuanto crítico (?).

Porque ahora, al volver yo á las tareas propias de mi sexo, como dicen los novelistas curius, voy á verme y desearme para decir algo que no desmerezca de las revistas de V.; y aunque me vea y me desee no podré adelantar nada.

Última grande que no haya V. podido escribir más largamente de crítica teatral, porque el público hubiera apreciado aun mejor sus dotes especiales. Pero ¿qué ha de hacer V.? La moda es la impuesto y un pobre periodista, solo, puede poco ó nada contra la corriente general que, según he observado, nunca es tan poderosa como cuando se trata de algo absurdo. Es absurdo y muy absurdo este afán de los periódicos *efectistas*, que obligan á sus redactores á escribir poco y pronto de toda clase de asuntos.

Autes, hace pocos años, cuando escribían Balart y el malogrado Revilla, no nos habíamos dejado contaminar de esa costumbre de la prensa de París, que quiere en cuatro palabras un juicio completo de una obra estrenada pocas horas antes.

Zola se queja amargamente en uno de sus libros acerca del teatro, de esta endiablada costumbre que entrega la crítica á los *reporteros*, y así sale ella. Eso no es crítica, ni puede serlo. De esa manera se da cuenta de las operaciones de la Bolsa, pero no se analizan así obras dramáticas. Hay dos inconvenientes con este sistema: los críticos, buenos ó malos, pero que como tales trabajan, se abstienen de escribir, ó si la necesidad les obliga, escriben como quiera, dejan que el arte se pierda y se salve el sueldo. Y el otro inconveniente, el mayor, es que varios apreciables sujetos que, á pesar de ser apreciables, ni tienen estudios literarios, ni gusto, ni afición, ni gramática, se encargan de criticar al minuto, como se hacen las tarjetas, y llegan á tenerse por Aristarcos y hasta escriben unas revistas humorísticas que dan ganas de llorar. Y, sin embargo, éstos son los que dan el veredicto de la opinión.

Yo sé de un director de periódico, que es muchacho listo, eso sí, y sabe de poliquilla mucho, y conoce al dedillo todas las circunstancias de Alonso Martínez, pero que en punto á teatro empieza por no gustarle; pues bien, con sus manos lavadas hace él las revistas de su periódico, y ¿por qué? porque es benévolo de suyo, porque le importa un pepino que se pierda el arte, y en cambio conoce la importancia práctica de la amistad de empresarios, actores y poetas.

Así está la crítica en España, amigo mío, y para muchos no importa que esté así ó de otra manera, y esto es lo más triste.

No tema Vd., que con decir esto, me enagane la amistad de muchos compañeros y amigos. Con no citar á nadie, estoy libre de toda mala voluntad, por que ninguno se dará por aludido.

Hoy mismo, amigo Reina, leyendo lo que dicen, algunos compadres, de el último drama de Echegaray, he sentidos deseos de llorar, metafóricamente por lo menos.

Yo no niego que el drama sea malo; y sobre todo, pronto saldré de duda; pero qué cosas dicen de él ¡Cómo se incomodan los críticos por que Gabriel tiene celos y sospechas! ¡El drama será malo, señores; pero no por eso! y ¿qué me dice Vd. de los que toman la crítica á broma y cuentan el argumento en estilo *humorístico*—como se dice—igualmente que si se tratara de Bregon ó de Cavestany? ¡Viva la igualdad!

Crítico hay tan festivo que habla de *el horizonte que los cubija*. ¿Qué bromistas son algunas personas! Mire Vd. que un horizonte que parece un cobertizo, es cosa de mucha intención, y en ese horizonte debe de haber alguna pilla, como si lo viera. Este horizonte, no digo yo, que desaparecería si al escritor le diesen tiempo; porque no tiene mimbres, y pasarían cinco años, y él volvería á su horizonte; pero otros que escriben mejor, haciéndolo de prisa lo hacen mal; y sobre todo, no tienen tiempo para estudiar una obra de arte en el plazo perentorio que les dan, como á D. Juan Tenorio.

Asmodeo se queja de este costumbre que es el peor de los galicismos, y hace muy bien en quejarse.

Pues bien, inténtese algo para acabar con esa costumbre pícara. Niéguese los críticos á escribir en tales condiciones, y acaso se coniga algo.

¿No hubo huelgas de cajistas? Pues háyala de críticos...

Y verá V. que ricamente les va sin crítica á los autores, á los poetas y á los directores benévolo.

¿Qué más quisieran ellos!

Hasta pronto amigo mío. Luego nos veremos oyendo á la Marini y Sarah Bernhardt... y haciendo comparaciones odiosas.

P. D. Si algun revisitero le pregunta á quién aludo, dígame que no es á él.—Suyo,

CLARIN.

NOTA BENE. El director de *EL PROGRESO* siempre me ha dejado escribir lo que quisiera y cuando quisiera. Pero el ejemplo y la competencia de los demás periódicos, obligan á seguir la general costumbre.

C.

Oviedo 10 Abril 1882.



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS CRÍTICOS

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)



Es un crítico eminente,
que zorra divinamente
á los escritores malos,
y vive pegando palos
á todo vicho viviente.

Lit. Espirito-Santo, 18. Madrid

PALIQUE.

En los Estados-Unidos celebran grandes reuniones literarias en que se elogia y analiza la elocuencia de Castelar.

Y no hay un yankee en el mundo que sepa quien es don Venancio.

¡Por eso, porque no hay justicia en la tierra! Dice un orador de allá que para comprender lo que vale Castelar hay que oírle, que sin esto no se le conoce de veras.

Opino lo mismo.

Pero ¿a don Venancio ¿no hay que verle y oírle también?

¡Pues a penas tiene que ver don Venancio!

Por mucha imaginación que Vds. tengan, si no le han visto, no se lo pueden figurar.

Afortunadamente, para cada Venancio tenemos media docena de génios.

Todas las semanas descubre uno algún gacetilero.

El génio que está a la orden del día es un joven, un adolescente, el señor Saw, que escribe en realidad muy bonitos versos a la edad de 16 ó 17 años.

Yo aprecio al señor Saw, a quien miro como una esperanza del arte, y por lo mismo me abstengo de echar sobre sus espaldas la carga enorme de tamaños calificativos.

Cuando a un niño se le llama génio, se corre el peligro de que él lo crea.

Y cuando un niño se cree génio, suele suceder que se convierte en una calamidad.

El señor Cavestany, que nunca valió lo que el señor Saw vale ya positivamente, fué también un génio precoz para la crítica de la gacetiilla. Y dicen que después de aquella apoteosis no se le podía aguantar en casa. No hubo modo de hacerle seguir una carrera.

Es claro, para qué quiere una carrera el génio, que tiene alas, según hemos convenido! Tanto valdría hacer un ferro-carril para un globo.

El génio es una paloma mensajera entre el cielo y la tierra.

Digo yo que será; no puedo jurarlo.

El génio es la niña Egeria de la humanidad.

El génio es la clave del gran jeroglífico de la vida.

El génio es la palabra misteriosa con que se abre el arca santa de la poesía.

El génio es... *ora pro nobis*.

Pero con ser todo esto y mucho más, el caso es que Cabestany se quedó compuesto y sin poesía. Es decir, que se quedó de génio honorario, y ahora le silban todas sus comedias que no son mucho peores que la primera.

Yo no auguro tan triste porvenir al señor Saw, pero no quedará por los gacetileros si no se desgracia.

Estos señores, por obligaciones que les impone el director, se ven en la dura necesidad de hacer de críticos, y cómo no manejan el idioma con gran soltura ni conocen la abundancia de vocablos que posee el idioma y que sirven para llamar las cosas por su nombre, con prudente exactitud, van y cogen el primer nombre que se les ocurre y ponen de génio a cualquiera con la misma frescura con que llaman deleitabile a cualquier otro que tiene algún defecto.

También hay jóvenes apreciables a quien conviene que el director del bombo esté muy alto, porque así a río revuelto...

Ellos ponen por las nubes a cualquiera en la convicción de que a su vez serán colocados en los cuernos de la luna.

Y al que no entra en esa cofradía de aplausos mútuos se le excomulga y se le apellida evildo so, eunuco y otras novedades en verso y prosa. ¡Pobres diables! ¿Qué les ha hecho la crítica a ellos?

¡Pues si la crítica hablara!

Si la crítica hablara diría que esos gacetileros no saben lo que es génio, que esos críticos mestizos son unas medianías empalagosas y que el señor Saw es un niño de felices disposiciones para la poesía.

CLARIN.

Palique

(DE TEATROS)

Ante todos y sobre todos los acontecimientos teatrales de estos días, debe colocarse la serie de representaciones dadas en el Real por la actriz de las actrices, Sara Bernhardt.

Pero la misma importancia del asunto me obliga a dedicarle detenido estudio, que dejo para otro día.

Quiero, sin embargo, en cuanto pongo la pluma sobre el papel, hacer constar que voto con la mayoría, es decir, que pienso que Madrid jamás ha visto cómica por el estilo, y que las más excelentes no llegan a igualarla, ni siquiera pueden clasificarse en la misma categoría que Sara Bernhardt, que es acaso un génio que tiene por expresión de sus creaciones la música.

Este entusiasmo, y otros por el estilo, me han ganado la nota de apasionado, impresionable, sectario y hasta de mago. Sea en buena hora. Tengo fé en los escalofríos, quiero decir (porque eso no está muy claro), que cuando una obra bella me causa el temblor inflexible de la admiración, en vez de ponerme en guardia y decir a mis sentimientos: ¡alto ahí, no me dé!—procuro conservar la emoción para analizarla viva, y no hacer una autopsia, como ciertos críticos aconsejan. Soy un entusiasta de lo que me parece bello, y si esto a ciertos espíritus fuertes, tristes, excépticos, desengañados, se les antoja pueril, banal (como dicen uno de ellos), a mí en cambio me parece ridícula esa reserva sistemática de los que no creen que aciertan hasta que ven fealdad en lo que tiene fama de hermoso.

—Don Geroncio ¿le parece a Vd. de buen tono ponerle peras a Sara Bernhardt, porque su inmensa fama ha nacido y llenado el mundo sin que se necesitara saber la opinión de Vd.?

—Hombre, hombre, yo no digo... pero la escuela... la personalidad excesiva... absorbente... eso es, absorbente... excesiva... y después hacía un calor en aquel París... y esos franceses ligan de una manera las palabras... aquel lenguaje apelmazado... eso no es un idioma, es una alcaicón... Yo no creo que lo subjetivo debe sobreponerse al objetivo... hay demasiado yo (*ego, me, mihi*) en Sara Bernhardt... y por último... el *Pajarito*... eso es un rolo.

Dejo a D. Geroncio que hable hasta mañana y me voy a la Comedia.

Yo no conozco a la Marini, y me guardaré muy bien de juzgar de su mérito por el papel de madre angustiada que anoche le cupo en suerte.

¡Por qué es *El suplicio de una madre* obra del repertorio de tan eminente actriz?

¿Cómo juzgar a la gran artista en un papel donde hay aquel *¡pocoero Giorgio!* con que una mujer canta el repulso al padre del hijo que llevó en las entrañas?

A pesar de las condiciones desfavorables en que anoche se ofrecían al público los méritos artísticos de la Marini, es pudo admirar en ella, y yo de todo corazón admiró a la actriz de excepcionales facultades, de gran talento y de conciencia rigurosa, que interpreta con fidelidad el pensamiento del autor y estudia lo natural para reproducirlo escrupulosamente.

Pienso, por lo que vi y adiviné anoche en la Marini, que he de tener pronto ocasión de elogiar con entusiasmo su grandísimo talento de artista.

Si algún día hago comparaciones, no será por alabar a nadie a costa de quien valga menos, sino por estudiar las condiciones del arte cómico con motivo de estos ejemplos que por acá se ofrecen de tarde en tarde.

¡Sara Bernhardt! ¡La Marini! ¡Cuánto pueden hacer pensar!

¿Verdad, señoras, o señoritas, M. C. T. y Sr. Zamora?

CLARIN.

PALIQUE,

Los periódicos madrileños han echado á la candente cuanto metafísica arena del debate sus mejores gallos ingleses, quiero decir, sus *mas espirituales* revisteros para *hacer frases sobre Sarah Bernhard*.

C.n esta ocasion han lucido los mas excelentes

tes galicismos del repertorio (entre otros, los que van con bastardilla.)

Ha habido cronista que ha llamado á Sarah mala mujer en buenas palabras.

Yo no sé como entienden algunos señores la democracia, ni como entienden otros la caridad cristiana.

¿Por qué una mujer sea cómica hay derecho para poner su honor en pública subasta?

¿Hay derecho para afilar la punta (roma) del ingenio con chistes que se hacen de los errores de una honra?

¿Tan poco entienden de arte esos señores revisteros que no pueden llenar cinco cuartillas tratando de la actriz francesa sin caer en las murmuraciones indignas de cierta parte de la prensa de París?

¿Qué hermosa valentía! Insultar con renglones cortos llenos de humorismo (?) á una mujer extranjera que no puede, y lo que es peor, acaso, no quiere ni saber defenderse!

Se han dicho las mas groseras chanzas con motivo de las pocas carnes de la actriz francesa; se han contado historias escandalosas, chistes verdaderos... todo por el arte!

Si así que esos señores demócratas y liberales, hijos de su siglo, crearán que la *histrionía* es infame solo por ser *histrionía*, y que en ella no hay que respetar ni el sexo, ni la extranjera ni nada.

Si se tratara de un pobre diablo, de un poeta tonto, ya sería otra cosa; para decirle que no sabía hacer versos se valoría la prensa de mil rodeos, y acabaría por decirle que era un Homero que dormía de cuando en cuando.

Así se entiende aquí la crítica y el decoro debido

El humorismo es la gran plaga de la prensa en el día.

No hay gacatillero que no se crea dispensado de escribir con formalidad; todos hacen renglones cortos y usan palabras familiares, idiotismos de la plazuela. De esto modo se disimula bastante bien la ignorancia de las omiliosas reglas de la gramática.

Ahora usted un periódico, y en vez de los soportar artículos de fondo de antaño se encuentra con una porción de cuchufletas en que se habla del *Tratado*, ó del *Sindicato* ó de las *Córtes* como yo hablo de Valdivia, autor de *La ley suprema*, ó del señor Velarde, autor de *obras*. Esto es insufrible: todo el mundo tiene *esprit*, el *esprit* se ha hecho vulgar y pronto será, á este paso, del mejor tono el ser seso como una calabaza.

El descuido de la forma llega en algunos revisteros al extremo de decir que dos personajes de una comedia «están cobijados bajo el mismo horizonte.»

Otro habla de los ojos de Sara Bernhardt y dice que son «largos, inmensos, grandes.»

¿Cómo serán unos ojos largos?

Inmensos... grandes... es decir: grandes, inmensa, sólo que al revés.

Estos señores que escriben de esta manera son los mismos que cuando se trata de elegir un académico se rien de la Academia y del Diccionario.

Y llaman á Echegaray de tonto, y le dan consejos, y lo mandan ser realista si no quiere perderse...

¡Viva la igualdad y viva la Pepal!

En España solo impera la democracia donde no hace falta: en la Literatura.

Me próximo palique lo escribiré ya en Madrid. Me voy al castillo famoso para evitarme la lectura de tanta gaceña *humorística* y ver por mis ojos, los ojos largos, inmensos, grandes de Sara. CLARIN.

106 La Publicidad (Barcelona), n. 1.516, 20 abril, 1888.



106 Miniatura de la página.

PALIQUE

por don Leopoldo Alas.

Madrid se cansa muy pronto de ser un pueblo espiritual como dicen los traductores (y casi hacen bien, para lo que cobran).

Asistió al entierro de Moreno Nieto

como un solo hombre su sentido, culto y religioso.

Pero ¡y! murió Mesonero Romanos, y el pueblo de Madrid, que tanto debe a este geógrafo de la villa y corte, le dejó ir casi solo al cementerio. Entre los que siguieron el duelo, solo un nombre ilustre, el de Ollero, los demás eran una porción de concejales, es decir, todo lo contrario de la literatura.

Muchos periodistas, para hacer la noticia biográfica de Mesonero Romanos han recurrido a un diccionario extranjero el de Larousse.—Por aquello de español que tal vez recitaría, quinientos versos de Boileau y el Tasso puede ser que no sepa todavía en que lengua los hizo Garcilaso.

Así están los libros patrios. Ahora todo el mundo habla aquí de Balzac, Steendhal, Goncourt, Tóro; Flaubert (serie que va siendo célebre, por lo repetida, como hace años la de los consabidos, Kant, Schelling, Fichte, Hegel y Krause) todo el mundo discute el naturalismo francés pero llega la ocasión de hablar de Moratin y unos le confunden con su padre, otros lo desentierren y desentierren después de tantos años de difunto.

Para ser literato en Madrid va siendo necesario el arte difícil de saber lo que dicen los libros, sin leerlos.

A la mayor parte de los eruditos escritores que se usan, les ajusto yo la cuenta de las horas que emplean al día en sus abstracciones, necesidades, fincas etc. etc., y resulta que no les queda media de cada 24 para enterarse de lo que escriben o han escrito los demás.

Casi todos escriben y nadie lee.

De otro modo, todos hablan: pasan tantos gazapos inadvertidos. ¿Quién no tiene su coto redondo de conejos?

pueblo, le importa un bledo lo que pueda pasar a las provincias, y para resolver las cuestiones jurídicas a que da origen la ley provincial se nombra una comisión que se convierte en subcomisiones y resulta que que un diputado solo que se llama ponente ó como ustedes quierau, hace mangas y capirotes de la mas importante ley orgá-

nica mientras los ministros y demás diputados se van al Pardo ó a la exposicion de ganados y perdidos. De suerte que a estas horas un señor Paco ó cosa por el estilo es el único que piensa en la ley provincial y corta y raja y hace de las provincias un sayo sin que nadie le vaya a la mano.

Yo estoy seguro de que llegará un día en que el Sr. D. Modesto Fernandez y González, será el subcomisionado para hacer lo todo y será el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial.

Estos hombres ya tienen el génio de las comisiones, nos llevan por los cerros a los demás celtas y celiberos de esta noble y sabia tierra de España, que acaso será palabra vascongada segun el padre Isla. No solo es la subcomision de teatros la que mira por el adelantamiento de la cultura. La Academia de Jurisprudencia que preside Romero Robledo, tambien se afana por el esplendor de la ciencia, y ha resuelto solicitar y en efecta ha solicitado y parece que conseguido el título de Real Academia.

Reconocido el realengo ó la realteza de la Academia de los juriscónsultos verán ustedes como prospera aqui la ciencia jurídica y que de libros se publican para admiracion de los extranjeros.

Una vez en el camino de las reformas útiles yo me atrevo a proponer que a D. Venancio se le llame el Real D. Venancio, que en ese caso se le debe obli-

gar a calzarse el coturno de Esquilo que dará a su persona el realce que positivamente necesita.

Por lo demás los académicos jurisperitos demuestran lo bien que comprenden el espíritu del siglo solicitando, facilitando una honra tan disparatada. Esa es la tendencia de la filosofía jurídica moderna verdaderamente.

¿Por que no solicitan las academias de Jurisprudencia jóvenes en su mayoría que se les haga alabarieros y que se nombre una comisión de su seno para formar la que el día del furor príncipe cuyo nacimiento procura anunciar ya «La Epoca», entre metáforas y enfonismos y con lágrimas en los ojos? Nómbrén una guardia real los Académiquitos por el próximo futuro príncipe como se dice en el último acto de «Las mil y una noches» Preparemos lo porvenir ó el porvenir y sobre todo hagamos una subcomisión para que subsalve el país y seamos subfelices.

Clarín.

PAIQUE

«Es mucho más difícil escribir un buen cuento, que una buena novela.»

El autor de tamaño aserto es uno de esos críticos andinos que tiene *El Imparcial* á su disposición, y merced á los cuales se propone acabar con la poca crítica y la poca literatura que nos queda.

A lo mejor, un crítico de éstos es amigo de uno y una gran persona, á quien por nada en el mundo nubiera yo querido lastimar. Pero ¿por qué no avisan? Escribir esos disparates sin firma, vale tanto como salir á la calle con los pies llenos de callos, y ponerlos debajo de los tacones de los transeúntes, ó es como disfrazarse de conde, y salir de casa. ¿Qué sé yo si le deberé, no dinero, porque dinero no le dabo á nadie (y ¡ojalá fuera cierta la recíproca); pero qué sé yo si le deberé algún favor al crítico que asegura que es más difícil escribir un cuento bueno que una novela buena?

Muchas veces voy por la Carrera de San Jerónimo; pasa junto á mí un amigo del vulgo; no puedo sospechar que tenga el vicio de escribir subrepticamente; ¿estoy yo obligado á saber estos males secretos? Pues bien, le digo ladinos, Fulanito con una sonrisa angelical, con la sonrisa de Peres Escrich. Que si quieres. El amigo no contesta. Como que el día anterior le venido á llamarle tonto sin saberlo. Era él el autor de tal ó cual disparate.

¿Por qué no se ponen VV. una insignia, señores aficionados á la literatura? ¿No la traen los carteros, los bomberos, los acomodadores, los mozos del Banco?

Madrid va siendo inhabitable. El literato está emboscado en todas partes.

¿Ve V. ese jóven bien vestido, bien educado, que paga el café, que sonríe, que hasta sabe hablar, en fin, que es un buen muchacho, con quien se puede ir á paseo?

Pues no se fie V.; debajo de esa apariencia amable hay un escritor despreciable. V. se la pagará, V. ha dicho que tal artículo sin firma era un desatino. ¡Y el artículo es suyo!

El terreno está minado, como el Masaniello de Catalina (que es preciso recordar de cuando en cuando); el terreno está minado; de otro modo, estamos sobre un volcan.

A propósito de volcanes.

Anoche estaba yo en la Comedia, sentado pacíficamente en mi butaca. Sor Teresa no conseguía distraerme. ¡Sentía yo una comezon por todo el cuerpo!..

Será la primavera, me decía. Y no decía más, porque me he jurado á mí mismo no hacer frases en mi vida con motivo de las cosas que retoñan en primavera.

Pero el cuerpo seguía picándome.

¡Si me habré sentado sobre un hormiguero, como Mari Hernandez la gallega?

¡Buenas hormigas te dé Dios!

¡Estaba sentado sobre un volcan!

Sobre un volcan de D. Antonio Fernandez Grilo.

Este me gusta, porque siempre firma.

Se trataba de un suplemento literario de un periodiquito, que cada ocho dias se reparte en las sillas del teatro de la Comedia.

No está mal escrito para sillas.

¡Pero lo que es para caballeros y señoras!

Todo el teatro sentía la emoción de que dejó hecho mérito. ¿Cómo no? Todos estaban sentados sobre el respectivo volcan de Grilo.

¡Por Dios, señor poeta! ¡A qué estado han traído VV. la lírica!

Ya no me extrañaré verlos á VV. ensalzando pastillas y bombones de la fábrica de Matías Lopez.

Y llegará tiempo en que publiquen VV. sus ilusiones y desencantos por las esquinas, y en transparentes y en letras de gas en la Puerta del Sol.

Y, á pesar de todo, el mundo se aparta de sus redondillas y sonetos y píes quebrados de VV.

Esos crateres que están en los ojos de las niñas, y esos volcanes que están en las grietas de los montes (lo cual indica que las niñas tienen grietas y montes, ó yo no lo entiendo); digo que todos esos ademanes ¡oh *Grilus vastatriel*! ya no los quiere el público ni de balde.

Tenéis el corazon en la mano; lo poneis, en verso y todo, encima de una silla del teatro, y el espectador ¡arrell! llega y se sienta sobre vuestro corazon, y lo aplasta... y no lo conoce siquiera.

¡Qué diferencia entre esto y poner un libro ó una poesia sobre su cabeza!

Hable V. á una niña del amor que por ella siente, de las maravillas que por ella es capaz de cumplir, de lo mucho que sabe V. querer, y acaso su adorado tormento llegue á la Comedia, se plante delante de su silla, y... ¡zas!

Dicen VV. bien: el mundo está perdido; la prosa vil todo lo domina, y los versos ya no se quieren ni de balde. Apague V. el volcan, señor Grilo, y si quiere anunciar sus versos, no los ponga sobre las sillas, sino en el telon de boca, como la opinion de los fosforitos, que está pintada en no recuerdo qué teatro. Por cierto que, haciendo *pendant* á la señora de la máquina Singer, tiene el anuncio de *La Opinion* un caballero vestido en traje de banquete dinástico. Hay quien dice que es el retrato muy mal hecho del mismísimo Sr. Moret; pero otros dicen que no es más que el Sr. Martos Jimenez.

¡Conque decía V., señor crítico anónimo de *El Imparcial*, que es más difícil escribir un cuento bueno, que una novela buena?..

¡Oh, si V. me quisiera decir quién es, yo le contaría á V. un cuento!..

El crítico que no firma, dice que elos dominios de la fantasía están amillados ó inscritos *palmo á palmo* (II) en el registro hipotecario de las celebrades.

Que le inscriban á V. esa frasec'II.

De fijo que á V. no se le puede acusar por ocultacion de riqueza.

Dña Maria Sinués declara que no le gustan los hombres chistosos.

Si yo fuese Correa, contestaría sencillamente:

—Ni V. á mí.

Y beso sus piés,

CLARIN.

Palique.

Se ha formado un Ateneo de empleados. Según *La Correspondencia*, este Ateneo atenderá no solo al recreo é ilustración de los socios, sino á un fin más importante.

¿Un fin más importante?

Estarán tratando la materia de la eternidad del empleo, como en el *Ateneo* discuten la eternidad de la materia.

Será de oír lo que diga en contra el Ateneo de los cesantes, si llega á reunirse.

Por lo demás, bien está que los empleados ocupen el tiempo en algo útil y recreativo.

Porque tanto ocio debía de tenerles aburridos.

Nada, nada, vengan Ateneos, y los expedientes que se despachen solos, ó que funden un Ateneo también.

Es una atrocidad la instrucción que se va espaciando por ahí. Ya hay Ateneos de todo, periódicos de todo.

Ya no le falta al pueblo más que saber leer.

La Epoca opina que en la Academia de la lengua no debe haber carlistas ni liberales, sino sábios.

Pues apenas hay más que carlistas.

Liberales muy pocos.

Y sábios, lo que se llama sábios, casi ninguno.

Pida *La Epoca* otra cosa.

Según *La Correspondencia*, han causado tristísima impresión las frases que dirige *El Siglo Futuro* á *La Fe* y á *La Fuente*.

Desmentio la noticia por lo que á mí toca.

Por mí ya puede llamarlos perros judíos, que yo seguiré alegre como unas sonajas.

Habla *La Correspondencia* del nuevo domicilio de la embajada española en París, y dice que hay habitaciones de la servidumbre y de los servicios accesorios. ¿Quién son esos señores servicios accesorios que necesitan habitaciones?

También habla de las cocinas preparadas para los banquetes, y añade que hay además cuartos, como es de suponer.

Es claro que es de suponer.

¿Qué sería de la embajada sin cuartos, como es de suponer?

Y por último, hay puertas que sirven, según *La Correspondencia*, para entrar y salir los días de recepción.

Todo eso demuestra lo muy previsora que es la embajada.

Y además, que tiene mucho dinero.

Y por último, dice otro sí *La Correspondencia*:

«Con la muerte del marqués de Mudela, quedan vacantes nueve senadurías vitalicias.»

Lo cual prueba que el señor marqués era nueve veces senador y tenía nueve votos.

Es decir, valía él sólo más que todos los fosforitos juntos.

CLARIN.

PALIQUE

Romero Robledo, ese Papiniano de caballería, ha sido nombrado presidente de la Academia de Jurisprudencia.

Si la Jurisprudencia es, según un colega ilustre de Romero Robledo, la ciencia de lo justo y demás *divinarum atque humanarum rerum notitia*, el Sr. Romero, varón magnífico y ex-questor de palacio, se va a ver negro para desempeñar su papel con el decoro debido; porque en punto á noticias de lo humano y de lo divino, no sabe más que lo que dice *La Correspondencia*.

Dicese que doscientos socios han dejado de pertenecer á la Academia desde que Romero es presidente.

Pienso que han hecho muy bien, y estoy tentado á suscribirme en la lista de socios por tener el gusto de borrarme también.

La ignorancia del Sr. Romero no tiene nada de mitológica, está probada en cien lides en una porción de legislaturas. Pocos españoles pueden vangloriarse de haber disparado tanto como él en el seno de la Representación nacional.

¡Oh, jóvenes amables, que en vuestros tiernos años elegís á Romero, segundo Triboniano; él, que es agradecido y dá ciento por cuatro, os pagará con creces y con creces y abrazos y con buenos destinos, cuando vuestra *esse ratio*; si *quis de no patetibus lo demuestra* orio: si amais no le la ciencia lo dice el desenfado con que de un leguleyo hacéis un *Papiniano*, y hacéis jurisperitos de los jurismachos, y *hacéis* juriconsultos de los jurisperaltum.

Viniendo ahora de la ciencia al arte, diré que según *El Imparcial*, la representación de *Le monde ou'on s'en suit* fue un triunfo... para Pina Domínguez.

Pina Domínguez es el traductor y franco-fusilador de Failleron, y como *El Imparcial* no entiende bien el italiano y el castellano sí, aunque no lo hable, resulta que para Melisandro, como ya se le llama por ahí (y tiene que correr, vaya si correrá!) Pina Domínguez vale más que Failleron, traducido al italiano. Pues si Melisandro hubiera visto la comedia en francés, ¡qué apoteosis la de Pina Domínguez!

No se dirá que Melisandro no es consecuente. Lo mismo dijo cuando la Sarah representó el *Ernani*; no le gustó el *Ernani*—dijese lo que se quiera—porque entre otros defectos tiene el imperdonable de estar escrito en francés. Pero ¡ay! la gloria de Pina Domínguez vendrá á tierra el día en que á cualquiera se le ocurra traducirlo á él, á su vez, al español propiamente dicho.

¡Pero como respaldase el patriotismo de *El Imparcial* en todas sus columnas! Españoles ante todo.

Campoamor ha regresado del campo de su quinta de Matamuros y ha traído un poema nuevo en el Ateneo. Se titula *Los amorfos de Juana*. Se trata de una chica que se enamoró del rey, y desde el rey baja á un coronel sin parecer en el duque de Sexto.

El poema es una joya literaria.

Pero le falta algo. Falta saber si es cierta la reciprocidad.

Lo digo porque cada vez me convengo más y más de que los poderes moderadores y familia con hermanos y partidigan de nuestros gustos y disgustos. Bailan, pistan y basta... versifican.

Yo no sé hasta qué punto entre en las atribuciones de la crítica el juzgar los productos literarios de los grandes de la tierra. Hablar bien ya se puede, pues he visto á un perdidito decir de una infante que pinta que es una *Rafaela*, siendo así que es una doña Paz, si bien recuerdo. Pero ¡hablar mal se puede!

Quintillos quedos mientras esto no se averigüe.

Y volviendo á Campoamor
¡Qué humorista es don Ramon!

¡Pues no sé ha llevado á la aldea consigo á Velarde y otros poetas que ofrecen epílogo fruto? *Contraria contrariis*.

Por cierto que ya han vuelto, y aviso al señor gobernador para que se le diga al señor ministro de Fomento que anda ahora muy preocupado con las enfermedades de las vides y de los granos.

Donde Velarde pone los versos no vuelve á nacer yerba. Campo que él describe ¡adulá ya no dá trigo es cien años. Es como

el cancro abrasador, que en sus ardores
destruye campos y marchita flores
y el orbe de su lustre descolora...

Pero diga yo lo que quiera, es lo cierto que la poesía descriptiva como es una maravilla, y que tarde ó temprano, tarde ó temprano, escribir la naturaleza tiene que parar ce luz y ser así beneficio para nuestra hoy decadente y abandonada agricultura.

Día llegará; si llegan á florecer todos los poetas que hoy anuncian los Zaragozaños de la crítica, día llegará, digo, y al tiempo, en que tengamos un poeta descriptivo-agronómico para cada granja modelo.

Y con la división del trabajo, tendremos especialidades, por ejemplo: poetas descriptivos de cereales, otros de árboles frutales, y tal poeta habrá que no sepa describir más que las peras de don Guindo. ¡Ah! pero éstas perfectamente.

Yo creo que el siglo vá por ahí, que esto matará aquello; y que la poesía como la de Campoamor está llamada á desaparecer, porque no sirve para nada, ni mejora nada, ni se puede ingeritar, ni facilita las oposiciones agrícolas, ni cabe recomendarla como libro útil para las escuelas públicas.

Porque, lo que decía un señor ateneísta después de oír á Campoamor las otras noches...

—Señores, ¡á qué viene tanto ingenio, tanta gracia! ¡El humorismo! ¡Para qué sirve el humorismo! ¡Hacer reír, hacer reír! ¡Vaya una cosa! ¡Hacer reír! Esto no es serio, señores, esto no es serio.

Es claro que esto no es serio.

Soriso Ruiz Gomez.

CLARIN.

Palique

Con mucha razon critican algunos literatos y muchos vecinos honrados, el atrevimiento con que Zola describe en su última novela las vicisitudes de un parto.

Yo leo un folletín de cierto diario madrileño, y en él acabo de ver una descripción idealista y sumamente pulcra de la misma importante función natural. He aquí cómo hablan los traductores de guante blanco, de estas materias *fenaréticas* (hablemos en culto para que *La Península* no lo entienda.)

Dice el traductor:

«Después de dar de mamar al niño, el joven se puso á arreglar á la madre.»

Así habla y hablará eternamente la poesía:

«¡Arreglar á la madre! ¡qué vaga y armoniosa expresión de un acto tan prosaico, como indispensable! ¡Arreglar á la madre! Parece que no la toca siquiera.

A propósito de partes. Uno ha tenido feliz el señor F. S. P. (*Fecit suis pedibus*) que ha escrito la biografía del Sr. Morat en un periódico que se llama, él sabrá porqué, *Los Cargos Públicos*, como pudiera llamarse los cargos de piedra.

Comienza diciendo el Plutarco de D. Segismundo: «Cuando le oísteis *toda* mi inteligencia corre en alcance y seguimiento de esa palabra...»

¡Alto el carro!

Seguimiento y alcance debió Vd. haber dicho, y aun no estaría muy bien, pero no estaría tan mal, para ser Vd. quien es.

«De esa palabra tan fluida, etc., etc., que parece á veces una lectura.»

Sr. F. S. P. (*folicularius sine pudicitia*) ó Vd. no sabe lo que es lectura, ó no sabe lo que es palabra, ó no sabe nada, y á esto me atengo.

Ahora dejo la palabra al Sr. F. S. P. por largo rato y me voy á dar un paseo.

«Imposible sustraerse en esos momentos (esos, aquellos, todos los momentos) al ejercicio de la atención, poderosamente excitada por esa maravillosa conjunción de dos elementos oratorios tan distintos, como la *avidez* de la demostración matemática (van un elemento, la *avidez* de la demostración) y los brillantes esplendores (sobran los brillantes) de una imaginación meridional (van dos elementos), el severo lenguaje (van tres, y él decía que eran dos nada mas) y la inmensa riqueza de galas (van cuatro) con que visten sus conceptos los ardientes hijos del Mediodía (Los ardientes hijos del *ardiente polo*, como quien dice), y en una palabra (veaga) Apelo y Urania inspirando esa elocuencia...» Pero venga

usted acá; si Urania es la musa de la astronomía: ¿qué tiene que ver Moret con la vía láctea? Como no sea por aquello de

El mentir de las estrellas...

¡Si confundirá V. á Urania con Polimnia! (ó Bolivia, como decía el cómico de marras.)

Después el Sr. F. S. P. estudia á Moret «cuando calla, con una curiosidad de todo punto científica, curiosidad de fisiólogo.»

Y en tal caso «la máquina (la de Moret) resulta incomprensible.»

Y añade... «Ya que no podemos penetrar en su pensamiento estudiemos á Moret en su exterior.»

Bueno, pero antes pídale V. permiso y prohiba usted la entrada á las señoras.

«Es de familia distinguida.»

¡Vaya un exterior!

«Su educación fué completa.»

Y exterior por lo visto.

«A los 21 años fué diputado.»

Exterioridades.

«Y representante de España en Londres, con una velocidad que pudiera compararse á la de su palabra.»

No sabía yo que la velocidad era una cualidad recomendable en los embajadores y plenipotenciarios. No le falta más que decir el número de libras que pesa.

«Es afluente hasta cuando reprende á sus subalternos»

Esto es, cuando reprende á Mártos Jimenez y demás, á los cuales educa para ministros, por el sistema Froebel.

«La verdadera importancia de Moret empieza ahora.»

¡Hombre! pues á buena hora! De manera que todo lo demás son tortas y pan pintado.

«Su talento organizador necesitaba emplearse en la feliz y benéfica tarea de vigorizar la gimnasia infundiendo en ella la sávia poderosa...»

Basta, basta.

Un revisero haría esta frase: Morat es el aceite de bigado de bacalao de la dinastía.

¿Conque infundiendo la sávia? ¿eh? ¿eh?

Y eso después de decir que es una arrogante figura... un gentleman.

Y la sávia de Mártos (siempre Jimenez), ¿es un grano de anís ó sávia de eucú?

Pues yo siempre le voy por ahí de frao y muy estira lo, ganoso de infundir la sávia que Dios le dió y la sandunga de la marracatunga, como dice Pina Domínguez.

¡Estos fosforitos!

Ya se ve su divisa. ¡Todo por la credencial!

CLABIN.

PALIQUE

La Sociedad de Escritores y Artistas, que con perdón sea dicho, no sirve para bendita de Dios la cosa, ha invitado, según se dice, á la señora Marini para que tome parte en una función que se piensa dar á beneficio de dicha sociedad.

Según unos, la Sra. Marini se ha excusado de trabajar á beneficio de esos señores artistas y escritores; según los más, no ha tenido noticia de semejante invitación.

En la primera hipótesis, algun apreciable colega—*sed magis amica veritas*—se ha apresurado á decir que la Marini debe mucho á la prensa y que siente lo sucedido por la Sra. Marini.

Quiero suponer que, en efecto, la Sra. Marini ha negado su concurso

en el espectáculo que se quiere dar á beneficio de los artistas y escritores asociados. Pues aunque así sea, no había para qué recordar lo que debe la Marini á la prensa.

Y en rigor no la debe nada.

¿Qué ha hecho la prensa? Elogiar el talento de la Marini.

Eso era su deber. La actriz eminente no debe sus facultades á la prensa, y ésta, al reconocer el valor excepcional de la actriz y recomendarla al público, no ha hecho más que cumplir las obligaciones de su oficio.

Es absurdo, y de pernicioso ejemplo, la teoría que profesan muchos colegas respecto del agradecimiento que se debe á los periódicos por la publicidad que dan al mérito. Cuando no se hace más que justicia, no hay derecho á pedir más que justicia... Y no sé yo por qué la Marini había de estar obligada, en justicia, á trabajar por la cara bonita de los susodichos asociados escritores.

¿Y qué quiere decir eso de lo sentimos por la Marini?

¿Es que en adelante se le va á negar el mérito ó se van á olvidar sus triunfos?

Pues la prensa que tal hiciera faltaría á su deber respecto de la Marini y respecto del público.

•••

Y ¿quién es la Sociedad de escritores y artistas?

Si lo indult no fuera perjudicial, esta sociedad sería completamente inofensiva.

Todas estas sociedades no sirven más que para que se den á luz unos cuantos caballeros parciales.

El Centro de asturianos, la Sociedad de escritores y artistas, etc., etc., son válvulas por donde se escapa el humo de la vanidad de las nulidades.

¿Qué ha resultado hasta ahora de la Sociedad de escritores?

Varios bailes y D. Modesto Fernández y González.

Los pocos escritores de verdad que pertenecen á la tal sociedad, están en ella por compromiso, á la manera que por compromiso están en el Centro asturiano Posada Herrera, Pidal, Pedregal, etc.

En cambio hay cientos de socios que no son escritores ni artistas y que se dan tono pagando una peseta al mes en calidad de literatos.

¿Pues y los bailes?

¿Está bien que los literatos se junten para dar bailes como una sociedad de peluqueros, *El Genio Capilar*, v. gr.?

En España todo tiende con una fuerza irresistible á adocenarse, á caer en poder de los necios, de los entrometidos, de los advenedizos audaces.

¿Por qué no se ha de trabajar seriamente por librar á las letras de esta ignominia, ya que la política no tiene salvación?

Yo creo que esa sociedad de escritores, tal como es, es una cosa muy cursi, una verdadera *besiga*, que sirve para que sean de la comisión cuatro autores inéditos.

Esto que yo digo así, tan claramente, lo piensan muchos con la misma claridad; y la diferencia está sólo en que yo lo digo.

¡Dar una función teatral! ¡Oh, qué idea salvadora!

No había más la sociedad si le hubiese tocado la suerte y quisiera librarse del servicio.

•••

Entendámonos.

¿Es que algun socio quiere tocar el piano ó que su hija toque el arpa?

¿Es que algun socio tiene que leer algun poema inédito?

¿Es que algun socio quiere hacer juegos de manos?

Pues para todo eso no es necesario molestar á una actriz eminente y extranjera.

•••

Yo propongo á la Sociedad de escritores y artistas, por su bien y el de las letras, que cambie de nombre y se llame en adelante:

«El Tulipán, sociedad de bailes y conciertos.»

CLARIN.

Palique

El Sr. Romero Rebledo ha inaugurado en temporada de jurisoconsulto; ha abierto el pico de oro—*crisotomero*—y ha dicho muchas cosas dignas de figurar en el edicto porpósito.

Un periódico, muchas horas antes de que el búsar tuviera dijera esta boca es mía, comentó su discurso, y aseguró que el Sr. Romero había hablado mal, demostrando que no sabe leyes, ni derecho, ni nada.

Algunos colegas se han reído de esta crítica *a priori*, pero yo no me río.

¿No se anuncian los clicesos? ¿Por qué no ha de poder anunciar un discurso de Romero Rebledo? ¿No la oratoria como en meteorología, gracias á los adelantos, se puede profetizar las galeras?

Pues Romero Rebledo dijo, aunque yo no lo oí, sobre poco más ó menos, lo que sigue:

«Señores padres concorritos: ego sum qui sum, y estoy aquí porque he venido, que dijo el profano. Y lo que he de hacer aquí es mucha de la ocasión, y de la vergüenza y de la buena crianza.»

Porque es un hecho que Romero recomendó á los académicos la compostura, la limpieza, el buen trato, en una palabra, las conveniencias, como diría Cánovas, al gran purista.

Esto me recuerda á un catedrático mío que no sabía latín y que tenía á su cargo una cátedra de latín elegante y *figurado*. Se discutía si un pío de cierto verso era dactilo ó no era dactilo; dos estudiantes muy aplaudidos pronunciaron sendos discursos con motivo de la métrica latina, de la cantidad silábica, etc., etc. El profesor tenía que decidir la cuestión y empezó diciendo: «El Sr. González tiene muy mala educación; se estaba limpiando las uñas mientras hablaba; y como un hombre sin crianza no sirve para estar en sociedad, lleva razón indeciblemente el Sr. Pérez, y el pío no es dactilo sino troqueo.»

Pues los conocimientos jurídicos de Romero se reducen á esto, á saber las reglas de la buena crianza.

Y leudo sea Dios.

Porque conozco yo un poeta que, además de escribir versos muy malos, pone los pies, cuando se alista, en el respaldo de las sillas, y se mete los dedos en las narices—con perdón sea dicho—y habla como un carretero.

Y todavía dice que él es romántico, y que no transige con el naturalismo por cuestión de asno.

•••

En esto estaba yo de mi palique, cuando con el raballo del ojo, vi á mi lado un bulto verde que resultó ser un toconito de poesía con el título modesto de... *Ensayos literarios*. La primera composición se titulaba «Seguidillas amorosas» y se advertió en una nota que esta poesía fué hecha para un amigo del autor. La primera seguidilla dice á la letra:

«Mi querida Josefa
hoy, como siempre,
te aseguro que te amo
con fé ferviente.
Porque el amor
es pasión que me nace
del corazón...»

Al llegar aquí, se me ocurre mirar el prólogo del libro y veo que el autor era un niño y que sus papás consienten que se publiquen estas porrididades, después de morir el pobre muchacho.

Aquí, pues, la responsabilidad toda es de los papás y de los amigos imprudentes, que los exponen á que se ría el mundo de los versos de un niño, cuyo recuerdo sería para ellos dolor y tristeza.

No se trata aquí de una censura literaria, desde el momento en que el autor del libro era menor de edad, próximo á la infancia, como quien dice; se trata de conservar el prieto de publicación que aqueja á muchos honrados ciudadanos que ponen en ridículo lo más sagrado.

Por eso, si no llego á mirar el prólogo, hago yo una atrocidad, una verdadera profanación. ¿Pero qué creerán ciertas gentes que con las letras de molde?

Y lo que es un relator de audiencia, como es el padre del poeta, ya podía tener más formalidad. ¿Pasa por poco la hago yo buena! ¿Y de quien hubiera sido la culpa?

•••

Esto de la precocidad en literatura es más bien un defecto que una gracia.

El Sr. Blanco Asesio ó el Sr. Chaves (no recuerdo cuál de los dos es, y no os acordó de ir á consultar el periódico en que escriben) se queja amargamente en *La Península* de los engaños del amor, alternando los versos de cinco y siete sílabas.

Los versos son muy malos, por supuesto.

¿Lo vé Vd.? ¡Claro! ¡La precocidad!

CLARIN.

PALIQUE

[Todo se vuelve exposiciones. Exposición de Balagner en el Congreso; de Balagner, que ha jurado no ser nunca, nunca, nunca irónico. ¡Oh! y lo cumplirá. No se hizo la ironía para la boca de Balagner. Su seriedad, digna de ser cantada por Apuleyo, me recuerda la seriedad de Ruiz Gómez, que tampoco es irónico. Hay muchos hombres serios en nuestro país: lo malo que tienen es que dan risa. Ellos no se ríen; pero hacen reír a los demás.]

Jová y Elevir puede compararse a una pirámide de Egipto, en punto a seriedad. Un poco de su carácter formal le quita eso de llevar el sombrero largo; pero, en fin, todavía puede pasar por un hombre completamente serio.

[Alonso Martínez:] Ese no sabe siquiera sonreír. ¡Frente a la estatua de la ley de Enjuiciamiento criminal!

[Y con tanto hombre serio, ¿qué cosa tan divertida es la política española?]

[Observador imparcial:] Habla de una sesión del Congreso, presenciamos de los debates en que

un importante miembro de la mayoría se separa de ella por un importante destino, que no han querido darle. Oyeles discutir y decir que son nobles, y que han servido siempre al país, y que no deben nada a nadie, y que primero es la patria y después la libertad, y... y te morirás de risa.

[Y dice Balagner que no es irónico? Lo es, sin saberlo. Es un sarcasmo de la naturaleza. Es el gran sarcasmo del hombre serio, del personaje político formal, según lo usamos en España.]

Decía que todo se vuelve exposiciones.

En la de ganados, también predomina la seriedad.

Esa seriedad que tan bien les sienta a los animales, sobre todo a los de coronada testa, quiero decir, cornúpetos.

A propósito de ganado: contemplando un gran carnero, preguntaba un papá a su hijo en la exposición:

—Dime, niño, ¿qué clase de ganado es el carnero?

114 El Porvenir (Madrid), n. 235, 7 junio, 1882.



114 Miniatura de la página.

—Ganado de cuerdas.
—No, hijo mío...
—Sí, papá mío; porque con las tripas de los carneros se hacen las cuerdas de los violines. Ahora estudiemos por el sistema intuitivo.

A propósito de pedagogía y de exposiciones. En la exposición de maestros, ó sea galería de expositos exágrados, un domine aseguraba que es preferible el sistema de Montesinos al de Hrobel.

[Montesinos!] [Montesinos!] No me suena. Como no sea aquello que le dijeron a D. Quijote en la cueva de Montesinos: «¡Paciencia y barajar!» No es mal sistema para un maestro.

Y a propósito de exposiciones también... Voy a exponerme yo.

A Gil Blas le han suspendido la respiración por cuatro meses y medio, á causa, ó por mor; de haber hablado de un coche con sus lacayitos (V. Un caballero particular) y de los verosos de Grilo. Pues si á Gil Blas no le dejan hablar de Grilo... ¿me dejarán hablar á mí de otros verosos, una becqueriana que publica La Epoca?

Por cierto que, antes de hablar de la becqueriana, en la sentencia en que se condena á Gil Blas, habla el tribunal del distinguido poeta Sr. Grilo.

De modo que ha pasado en autoridad de cosa juzgada, que Grilo es un poeta que se distingue...

[Ya no se podrá decir pestes de él?]

Quiero que se me aclare también este punto de derecho.

Pues, volviendo á la becqueriana... Vuelvo.

En la exposición, otra, de pinturas del señor Bosch, hay cuadros admirables. Yo no entiendo de pintura (ni de música, ni de guerra); pero lo mismo les sucede á muchos críticos que hablan de las carnes, y del calor que se siente, y de la patina, y del claro-oscuro. Por consiguiente, digo sin empacho que El valle de lágrimas, de Sala, me ha entusiasmado. Sin necesidad de saber de pintura, se puede sentir mucho ante una obra de arte en que hay, además de la perfección técnica, algo del corazón del artista.

Al otro extremo de la exposición, frente por frente del cuadro de Salas, y rodeada de obras de Fortuny, Domingo y otros pintores de ese tamaño, hay una acuarela que pertenece al autor de la becqueriana antes aludida. Representa una cantadora, según unos. Otros creen que se trata de un cuadro de carne muerta, y que la víctima es una merluza. El marqués de Melina, que visitó la exposición el mismo día que yo, aseguraba, y él ha visto mucho, que no era tal merluza, sino una cantadora. Yo, por conciliarlo todo, me incliné á creer que era, en efecto, una merluza que sabía de canto, una sirena del mar; pero que por el olor se conocía que no era pescado fresco.

Nota. El señor marqués de Mollins estaba en la exposición con el sombrero puesto, y todos los demás estábamos descubiertos.

¿Qué privilegio tuvo el marqués, que yo no gocé jamás?

¡Y estos diplomáticos que tienen que ser tan finos!

[Vaya un ex-diplomático!]

Peró la becqueriana, ¡ah! Como la becqueriana no hay nada...

Martínez Campos llora lágrimas de sangre leyendo aquello de...

«¡No todo me es igual!»

Peró valga la verdad, y pese á la opinión de Martínez Campos. El buen éxito de la becqueriana se debe en parte al buen nombre del autor, á la firma.

[Oh, si Chaves hubiera nacido en región patética! ¡Si fuera el hijo de cien reyes, y no de cien Chaves!

CLARIN,

Palique

Madrid arde en fiestas en su Coso; la marquesa de la Mediatostada dice que ya no tiene piernas, y no porque las haya empujado, sino porque, como esos simos son tan gruesos que no permiten que la mamá y las cuatro *enlatadas* se metan en su berlina por el mudo interés de una peseta, tienen que ir a pie a todas partes; de aquí el haberse quedado sin piernas. Pero que ellas son de buena familia, se conoce a la legua, se cae de su peso, y no había más que verlas el otro día en la Exposición central de horticultura, recibiendo los saludos de más de cuatro personajes.

Ellas entran de balde en todas partes, tienen papeletas de todo, de empuje inclusive.

Bartolillo, el noticiero, que es un muchacho que llegará a ministro si lo de los fosforitos cuaja, es el encargado de buscarles billetes para verlo todo, lo reservado inclusive, vamos, billetes de libre circulación y viceversa. Han estado en la Exposición de horticultura, como ya dicho. Sincopes, la niña menor, que se llama así, preguntó si se podían comprar flores con el billete de circulación libre. Bartolillo no entendió la indirecta, ¡como al pobre no le pagan en el periódico! Qué han de pagar, si el otro día el director le pedía prestados cinco duros, a pagar cuando vengan los suyos. Afortunadamente, si, por desgracia, segun se miran las cosas, Bartolillo no tiene esos cinco duros, ni duros; no tenía más que billetes para ver cuanto Dios crió.

Pero los de Mediatostada bien se han divertido, y se han puesto el cuerpo de conocidos! No se les ha escapado ni un acorde de cuanto han tocado Vazquez y los suyos, y la banda del Sr. Malco. Y dicen que en Madrid no se puede vivir con poco dinero, ¡vivir si se vive! Ahí tiene Vd. a las cuatro Mediatostadas vestidas para todo el verano con sus vestidos de percal francés, rameado, lleno de flores de las más caras, pintadas por supuesto.

Ellas mismas la han vestido; y ¿por qué figurán dirán Vds.? Pues nada menos que por el figurín que les ofreció Sarah Bernhardt en el Teatro Real. Ya lo creo que si; a ojo, desde el Paraíso, le cortaron los patrones. Así va Julia, la mayor, que parece un pavo real, con una cola que no llega al suelo, pero que arranca del cogote, como las batas do Sarah Bernhardt: Pues, y Presentacioncita, la segunda, que parece el faisán dorado de la Exposición de animales...?

También han estado en la Exposición de animales, siempre con Bartolillo, y por cierto que la mamá al contemplar el novillo gordo, le dijo al muchacho: —A propósito, Bartolo, Sincopes no puede esperar más;

hace siete meses que duran estas relaciones y esos fosforitos no acaban de ser gobierno.—Señora... no comprendo... ¿por qué dice Vd. a propósito?—Pues hombre, es bien claro: ¿no ve Vd. ese novillo? Pues a propósito de novillos... me he dicho: voy a echarle el tiro a este muchacho... Conque ¿me ha entendido Vd.? Hace siete meses...—Mamá, mamá, interrumpió Sincopes; mire qué tortolitas, mire qué mancha de sangre tienen en el pecho. ¿Cómo se llaman esos animaluchos tan lindos?—Tortolitas de la puñalada.—A propósito, señora, yo creo que eso del matrimonio... no es puñalada de picaro.

CLARIN.

115 El Día (Madrid), n. 745, 11 junio, 1982.

Palique

El Sr. Balaguer hará el lunes el resumen de los debates en la sección de literatura del Ateneo. Hablará del Naturalismo y, según un periódico, habrá en su discurso algunas digresiones políticas.

Pues hará muy mal el Sr. Balaguer en llevar al Ateneo sus maravillas políticas, porque allí, créame, dejamos que hablen otros del gobierno, del mundo y sus monarquías, y tanto nos importa Sagasta como D. Zolito Perez.

La verdad es que eso del Naturalismo debe cojerle un poco desprevenido al Sr. Balaguer. ¡El Naturalismo, el Naturalismo! Lo suena a él eso, pero no sabe donde.

Por lo demás, bien empleado los estará a los señores ateístas el discurso político del Sr. Balaguer. ¿No quisieron un preloquio literario, ajeno a los intereses del arte? Pues ahí le tienen. El Sr. Balaguer va a hablar... de política con motivo de la nueva escuela literaria.

Pero, en fin, del mal el menor.

¡Pues está que hablas de literatura!

Y que leyeran una tragedia, de aquellas que empiezan diciendo, v. gr.:

Oya, Anibal, las cosas caen siempre del lado a que se inclinaban...

Balaguer en el Ateneo y Romero en la Academia de Jurisprudencia. ¡Ni el siglo de Pericles!

Una cosa se puede asegurar del discurso de Balaguer...

—¿Qué será malo?

Bien, eso también; bueno, pues dos cosas se pueden asegurar: primero, que será malo; y segundo, que no será irónico.

Porque, ¿lo lo ha dicho y yo lo repito; el Sr. Balaguer no será irónico nunca, nunca, nunca.

Aviso a los poetas. Con motivo de lo que ha dicho el sábio Esquerdo ante la comisión de la reforma del Código penal, he meditado mucho y resuelto ser un ablatante más benévolo con los autores de ensayos políticos y de poemas largos y cortos.

Confieso que muchas veces he pecado de ligero. Yo no contaba con las entrededades que podían padecer los escritores, a quienes he tratado sin consideración. En adelante, aconsejo a los autores que me manden libritos con su dedicatoria y todo, que los acompaña de un certificado facultativo, en que consten los antecedentes psicológicos del enfermo. Yo que he dicho tantas cosas malas como Blanco, Azcoy, Chaves, Loper Bago, Grilo, Grel y Ben-tá, etc., etc.!

¿Qué sabía yo si al escribir estos señores padecían o estaban en una de esas situaciones que, según Esquerdo, son circunstancias atenuantes? Me constaba a mí, por ventura, que Chaves o Grilo no estaban bajo la influencia del histerismo, o de la corea, o de las pérdidas, o del puerperio, o del parto, o del estado catamenial?

Nada, nada, en adelante, vida sana.

Que escribo Campo Arana, por ejemplo, un poema en que hay aquello de

Cosmo era el crucifijo de madera...

Bueno, ¿y qué? ¿Y les piden las posibles? Que escribe Blanco el mundo de plomo; ¡Pobrecito! ¿Qué lo hemos de hacer!

¡Si está opilado!

Que Chaves habla del cráter del volcán de los muchachos... Paciencia, es el furor pimplero producido por el puerperio.

Que Veludo vuelvo lo de arriba abajo en un poema descriptivo... ¡Histerismo puro!... O sea mal parto, ¡vaya V. a saber!

¿Qué Almagrera destruye el idioma con motivo de un artículo danzante... ¡Infeliz! ¿No ve V. que desordenado está? Pues sería que le diese por comer tierra. Estadísimos, estadísimos la teratología humana, y después, ¡blablernoo.

He recibido varios libros estos días, y de todos dié a Vd. algo, pero tomándose el tiempo necesario para leerlos.

He recibido *Lázaro*, casi novela, por Octavio Picó.

Dos opúsculos del Sr. Vidart acerca de las ideas de Cervantes en literatura.

Crístina, novela por Miguel Barrios.

Marruecos de Amicia, traducción de Maniz.

Ley de Enajenamiento, tercer tomo, bajo la dirección de E. Neua.

Etc., etc.

To lo se andará. Pero lo primero es lo primero.

Tiene la palabra el Sr. Balaguer...

CLARIN.

PALIQUE

(por D. Leopoldo Alas.)

Mientras yo pensaba que el teatro nacional se arruinaba sin remedio y había menester de puntales, otros menos pesimistas que yo y mas solícitos estaban trabajando en su restauracion y florecimiento. En efecto, existe una comision de teatros que consagra sus desvelos al esplendor del arte dramático nacional y activa como ella sola despues de algunos meses ha llegado á este satisfactorio resultado. La comision de teatros ha nombrado una subcomision para que se entere.

No hay cosa como la division del trabajo, á no ser la subdivision del trabajo, inventado por los españoles para no ponerse á trabajar. En efecto, véase el procedimiento. Varios caballeros tienen algo que hacer, pues antes de hacerlo se dividen la faena; pero antes de empezar las faenas se les ocurre subdividirlas y de subdivision en subdivision se llega al trabajo infinitesimal, ó sea á las cantidades imaginarias de trabajo imaginario. De esta manera echamos los españoles el pelo que echamos. Esos, pobres pero orgullosos. La puerta Otomana nos niega vela en el entierro y por conducto de la prensa periódica protestamos y decimos que en nuestros dominios no se pone el sol, despues le echamos la culpa al gobierno del desaire recibido, y vol vemos á la impruba tarea de nombrar comisiones y subcomisiones que son al trabajo sério, á la actividad verdadera y positiva lo que las monteras de Sancho son á las nuestras.

En el Congreso se trata de una cosa tan importante como la ley provincial y como aqui todo diputado se convierte en madrileño á los pocos dias de llegar del

pueblo, le importa un bledo lo que pueda pasar á las provincias, y para resolver las cuestiones jurídicas á que dá origen la ley provincial se nombra una comision que se convierte en subcomisiones y resulta que que un diputado solo que se llama ponente ó como ustedes quieran, hace mangas y capirotas de la mas importante ley orgánica mientras los ministros y demás diputados se van al Pardo ó á la exposicion de ganados y perdidos. De suerte que á estas horas un señor Paco ó cosa por el estilo es el único que piensa en la ley provincial y corta y raja y hace de las provincias un sayo sin que nadie le vaya á la mano.

Yo estoy seguro de que llegará un dia en que el Sr. D. Modesto Fernandez y Gonzalez, será el subcomisionado para hacerlo todo y será el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial.

Estos hombres ya tienen el génio de las comisiones, nos llevan por los cerros á los demás celtas y celiberos de esta noble y sabia tierra de España, que acaso será palabra vascongada segun el padre Isla. No solo es la subcomision de teatros la que mira por el adelantamiento de la cultura. La Academia de Jurisprudencia que preside Romero ilobledo, tambien se afana por el esplendor de la ciencia, y ha resuelto solicitar y en efecta ha solicitado y parece que conseguido el título de Real Academia.

Reconocido el realengo ó la realza de la Academia de los juriconsultos verán ustedes como prospera aqui la ciencia jurídica y que de libros se publican para admiracion de los extranjeros.

Una vez en el camino de las reformas útiles yo me atrevo á proponer que á D. Venancio se le llame el Real D. Venancio, que en ese caso se le debe obli-

gar á calzarse el coturno de Esquilo que dará á su persona el realce que positivamente necesita.

Por lo demás los académicos jurisperitos demuestran lo bien que comprenden el espíritu del siglo solicitando, facilitando una honra tan disparatada. Esa es la tendencia de la filosofia jurídica moderna verdaderamente.

¿Por que no solicitan las academias de Jurisprudencia jóvenes en su mayoría que se les haga alabarderos y que se nombre una comision de su seno para formar la que el dia del fururo principe cuyo nacimiento procura anunciar ya «La Epoca», entre melfóras y enfonismos y con lágrimas en los ojos? Nombren una guardia real los Academiquitos por el próximo futuro principe como se dice en el último acto de «Las mil y una noches». Prepáremos lo porvenir ó el porvenir y sobre todo hagamos una subcomision para que subsalve el pais y seamos subfelicés.

Clarín.

Palique

Il était de ce monde, ou les plus belles choses
ont le pire destin,
et chien il a vécu ce que vivent les roses
l'espace d'un matin.

Me refiero al perro Paco, de quien no he dicho una sola palabra mientras estuvo inactivo en el gran libro de los vivos, como dice Pérez Escribá.

Pero muerto el perro, no tengo inconveniente en consagrarle un cariñoso recuerdo.

Ha llegado para él la hora de la justicia.

Era a todas luces un perro original; un génio, solo que no se pronunciaba.

Se dice que no hay hombre sin hombría, pero no se puede decir lo mismo de este perro.

No tenía dueño, no hizo su fortuna como tantos y tantos jóvenes que yo conozco, que se agarran a los faldones de la levita de un personaje político, y le siguen a todos partes, medrando cuando él medra, y soltándole cuando cae.

La celebridad de Paco no se debió al favor de un magnate, ni fué improvisada como la de tantos jóvenes que a todo trance quieren ser célebres y ministros antes de la mayor edad.

Si el público se excedió, si la prensa se excedió pregonando parlara la fama del perro, culpa suya no fué, que inocente vivía, sin saber siquiera lo mucho que de él se hablaba. En él no había jactancia; su originalidad era el último día como el primero, era la celebridad que ignora lo que vale y lo que suena; por eso no era antipático.

¿Qué tenía él que ver con todos esos periódicos, aleluyas, grabados, etc., etc., con que se quiso hacer excesiva su nombradía? ¿Qué culpa tenía el perro de que el público esté ya cansado de tanto oír hablar de Sagasta, Atard, Martínez Campos, Zoilo Pérez etcétera etc., y prefiera un personaje canino a todos esos personajes políticos?

Además, mientras el nombre de Paco entretenía la curiosidad del público, los gacetilleros no se vieron en la triste necesidad de escar a relucir uno de esos génios de pocos años, que solían exponer en los escaparates de los periódicos todas las semanas.

Es preferible que se hable demasiado de un perro, que al fin era un carácter (y caracteres son los que aquí hacen falta), a que se exhiba a un poeta lleno de génio, que acaba por hacer oposiciones a una plaza de escribiente temporero.

A propósito de génio; todavía se quejaba el otro

día un colega de que había muchos génios desconocidos.

Como me sea debajo de tierra, no sé dónde puedan estar.

Ahi están la prensa y la tribuna y la Plaza de toros, abiertas a todas las luchas de las ideas y de los cuerpos.

En un país en que ya el hijo de Escobar (Escobar a su vez) ya va dando qué decir, nadie puede quejarse de falta de publicidad.

Cada adefesio de Almaviva se reproduce cincuenta mil veces, merced a las máquinas nuevas de *El Imparcial*. El correo, tarde o temprano, reparte por todas las ciudades, villas, aldeas y caseríos los galicismos de Asmodeo; consta en el mundo entero que el Sr. Isasa dijo: Hasta ahora bien; y no es permitido a nadie ignorar que el Sr. Ceñal ha salido para los baños. ¿Qué mayor publicidad?

Merced a los medios inventados por la moderna civilización, ya todo se sabe, ya todo está en la luz.

¿Última grande que la mayor parte de las cosas que se saben no importen un bledo!

¿Cómo ha de haber génios desconocidos en esta época en que no hay ni desconocidos, ni génios acaso?

Y digo acaso, porque me acuerdo de Candau.

Y me acuerdo de Candau porque le he visto en el Prado.

Iba con otros dos señores que le llevaban en medio.

¿Qué hasta Candau tiene satélites!

Y es que las gerarquías llegan hasta lo infinitamente pequeño.

¿Candau! ¿Por qué no ha de ser moda otra vez hablar de Candau?

Una vez que Balaguer se ha ido.

Y el otro se ha muerto....

CLARIN.

PALIQUE

Remite: Fernánfil y el naturalismo.—Pensamientos de Grandallana.—Huals Gómez en el arte.

Fernánfil ha dado en voto en la cuestión del naturalismo; y como yo considero que este escritor es uno de los de más gusto que tratan aquí asuntos literarios de actualidad, voy á tomar en cuenta en opinión en esta materia.

Un escritor ingenioso puede poner en ridículo una cosa que no conoce, á los ojos de los que no la conocen tampoco. Este pensamiento es mío, no es del Sr. Grandallana, que ha escrito recientemente mal pensamientos del Sr. Grandallana; y de sus cavilaciones hablo más abajo.

Decía, ó iba á decir, que Fernánfil es muy listo; ve pronto la parte flaca de las cosas, y, sin molestarse estudiando las novelas del naturalismo y los libros de crítica, ha podido decir, burla burlando, algo que tiene apariencia de verdad, y que puede engañar á los que conocen el asunto de oídas.

En España, generalmente, ha sido mal recibida la escuela nueva, como era de esperar, y como conviene para que arraigue de veras y á su tiempo; pero lo que se ha escrito contra ella, vale poco por lo común. Aun antes de gran ingenio y de mucha ilustración ha dicho y escrito solemnes vulgaridades. El Sr. González Serrano, que sólo relativamente ataca al naturalismo, ha hecho un estudio profundo con motivo de esta escuela; pero en contra, yo no recuerdo haber leído nada bueno, nada que no sea copiado del francés, si es mediano, ó indigno sólo en el caso de ser vulgarísimo ó insignificante. Pasa bien: Fernánfil, que escribe sin aparato académico, sin pretensiones de crítico, pero con mucha agudeza, y poniendo muchos pensamientos entre flecos, acaba de echar su cuarto á espaldas, y, discreto como siempre, ha condenado el naturalismo con ingenio, cierta novedad y apariencia de justicia.

Es preciso protestar inmediatamente.

El naturalismo se pierde aquí, si se deja poner en ridículo; y eso es lo que quiere el agudísimo escritor de *El Liberal*.

Yo no puedo jurar que Fernánfil no ha leído todas las novelas de Zola, Flaubert, Balzac, Stendhal, Goncourt, Daudet, etc. Tampoco puedo asegurar que no ha leído los tomos de crítica publicados por el autor de *Le roman expérimental*; no tengo más que vehementes sospechas de que no ha leído todo eso.

¡Ah, pero lo que es sospechas, vehementísimas! Se conoce que no ha leído la obra crítica de Zola, en que dice que este autor ha publicado diez reglas infalibles del naturalismo en varios tomos, á fin de que todo el mundo pueda confeccionar obras perfectas, pero él no cumple en sus novelas las reglas que establece.

Primamente, nadie, como Zola, cumple las reglas que establece; pues si de algo poca, es de ajustar demasiado las reglas á sus propios procedimientos.

Con esto prueba Fernánfil que no ha leído tampoco las novelas de Zola. Con el talento que él tiene, es imposible que dijera tal, conociendo las novelas y la crítica del eminente escritor naturalista. Suponer á Zola un procedimiento oculto, además, me parece sería mala fe probar teorías en que no se cree, es desconocer por completo al escritor más ingenioso de Francia. Uno de los mayores enemigos literarios de Zola, M. Brunetiere, decía há poco en la *Revisión de Ambos Mundos*, que lo que distinguía Zola es la fuerza y la fe en sus doctrinas y procedimientos. En verdad, la fe y la fuerza; esta es ve en sus novelas, aquella en sus trabajos críticos. ¿Dónde ha visto Fernánfil que Zola dá recetas para que cualquiera sepa escribir? ¿Ora de buena fe Fernánfil que Zola es tonto, como tendría que serlo quien diese semejantes recetas? Precisamente, con las teorías de Zola se disculpa más y más la tarea del escritor: el idealismo exige muchas más facilidades al artista, que las que se requieren para trabajar en las condiciones que Zola estima necesarias para escribir la novela oportuna en el día. Pues de eso se trata, Sr. Fernánfil: de la oportunidad del naturalismo; no de una escuela que se pretenda la única verdadera.

Yo, que estimé mucho á Fernánfil, aunque no tengo el gusto de tratarle, siento vivamente ver mezclar su autorizada opinión con el coro de vulgaridades injustas que, aquejado y alende los Pirineos, se escriben y dicen todos los días contra el naturalismo.

Emplazo al discreto redactor de *El Liberal* para antes de tres meses: Escríbale allá hacia Setiembre, acerca del naturalismo, previa la preparación siguiente:

Leer los libros principales de la estética idealista, leer las novelas de Jorge Sand, Fenimore, Chéribuliz, etc.; acto continuo, leer á Balzac, Stendhal, los Goncourt, Flaubert, Zola (entero), y la crítica (todos los tomos) de este último autor. Después de leer todo eso, si Fernánfil no ha tenido un ataque cerebral, es lo más probable que se haga naturalista, ó, por lo ménos, que rectifique en favor de la nueva escuela lo que ahora dice de ella.

Está el talento de Fernánfil virtualmente por encima de todas esas frases hechas que andan por ahí:

«El verdadero naturalismo, es el del Quijote»; «el verdadero naturalismo, es español»; «el verdadero naturalismo, es tan antiguo como el mundo»; «el arte es una aspiración á lo infinito, y debe proponerse algo más que copiar las miserias de la vida», etc., etc.

Todos estos pensamientos debe dejárselos al Sr. Grandallana, para que los añada á los mil de su colección.

A propósito del Sr. Grandallana:

Oigan VV. algunas de las cosas (si cosas pueden llamarse, como decía mi amigo Blasco) que se le ocurren:

«La esperanza es el polvo que levanta el deseo en el camino de la vida.»

Justamente; y de esos polvos vimen estos lodos.

«Los ingleses llevan el cielo en los ojos, el sol en los cabellos, y las nubes en la frente.»

Esta sol, que no está en el cielo; estas nubes entre el cielo y el sol, me recuerdan los versos de Velarde. No lo puedo remediar.

«¡Carlos V fué grande como el sol.»

Como el sol que llevan los ingleses en el caballo.

De modo que puede decirse: Carlos V no se ponía en sus propios Estados.

«Siempre que una mujer se mira al espejo, se mira con los ojos de alguien.»

Claro, hombre, se mira con los ojos de... una mujer.

«El abanico es el bastón de la mujer»

A ésta le han dado algun abanicazo. Por atrevimiento, probablemente.

«En todo lo árabe hay un suspiro.»

¡Es verdad; ¡jamalá!

«En todo lo inglés, un bostezo.»

Ménos en la cerveza, en los caballos y en el Parlamento largo. (Ruiz Gómez.)

A propósito de Ruiz Gómez. El otro día estaba yo mirando el cuadro de Pradilla, y Ruiz Gómez, que es senador, y estaba allí en su casa, se me plantó enfrente, es decir, que se puso entre el caballo de Boabdil y el de D. Fernando el Non-santo. ¡Qué arrogante mozo estaba Ruiz Gómez allí! Se salía del cuadro, como dicen los inteligentes á poca costa.

¡Ya ven VV. si D. Fernando tiene talla histórica! Pasa bien, Ruiz Gómez la hierba toda la cabeza y parte de la del caballo. ¡Qué hacía Ruiz Gómez allí, en la conquista de Granada! Las crónicas no hablan de él. ¡Ah, pero hablarán! ¡hablarán! ténganlo VV. por seguro.

Ruiz Gómez contemplaba el cuadro en el espejo; se ponía la mano izquierda (porque la otra no sabe que ha hecho de ella) delante de los ojos en forma de telescopio, y exclamaba: ¡Qué perspectiva! ¡Qué medio ambiente!...

Me entusiasman á mi estos hombres que sirven para todo. Ruiz Gómez entiende de política á la inglesa, de Hacienda á la alemana, de pintura y de literatura. Porque también ha escrito un artículo crítico con motivo de... *La Pródiga*.

Es un hombre siglo, como dice Castelar hablando de Leonardo Vinci.

Permítame el Sr. Grandallana que, llevado por

mi entusiasmo, escriba yo un pensamiento á propósito de D. Serrano.

Ruiz Gómez es grande como Campo-Grande. Y viceversa.

Amos de los cuales, como dice un periódico, son palmasos míos.

Los vi nacer, yo vi crecer sus hojas...

que dijo el poeta.

CLARIN.

PALIQUE.

No recordarán acaso los lectores de LA PUNTRICIDAD que hace un año, ó cerca, cuando se eligió al señor Balaguer presidente de la sección de literatura en el Ateneo de Madrid, yo protesté con una energía digna del mayor encomio, y puse el grito en el cielo. Como dicen los políticos, los sucesos vinieron á darme la razón.

El señor Balaguer, excelente catalán, excelente ciudadano, es como literato español una mediana fa de abajo, como las medias tostadas.

Balaguer se vió en el gran aprieto de tener que pronunciar un discurso, resumen de los debates que hubo con motivo del naturalismo.

Balaguer trajo el discurso pronunciado desde casa, y para mas seguridad, escrito en cuartillas sueltas.

Parece ser que por aquellos dias Sagasta le habia jugado una mala pasada y viceversa, y con esto y la natural tribulación del que no sabe lo que trae entre manos, el señor Balaguer se vió en el caso doloroso, pero imprescindible, de hacer lo que ahora llama el café académico-parlamentario una plancha.

Ni en los anales del Ateneo, ni en los de Tácito hay recuerdo de mayor fiasco.

Las sillas del salon se derreclinaban de risa. Hubo un banco que pidió la palabra para rectificar. Sahia ya él mas á fuerza de oír hablar del naturalismo que el señor Balaguer, que si oyó camp: nas no sabe dónde.

Todo el ideal es natural, señores, decía el señor Presidente.

Luego tienen razon el naturalismo y el idealismo, y no hay para qué reñir, y Homero es Homero, y *ego sum qui sum*.

El señor Balaguer no sospecha siquiera la existencia de los libros que tratan la cuestion á que se referia su discurso.

No cité mas autores que al señor Balaguer que allá, por los años de 1864, decía que todo lo natural es ideal y viceversa: es decir, lo mismo que dice ahora. Esta consecuencia con sus principios honra al señor Balaguer. Balaguer no es de los que hoy dicen uno y mañana otro.

Prepárense ustedes, señores catalanes, para oírle este verano predicar de estacion en estacion.

Ya me lo figuro en el comedor de la fonda de cualquier parte:

«Lo primero es la patria, despues la libertad, despues la mayoría...»

Balaguer es el símbolo del himno de Riego traducido al catalán.

En el susodicho Ateneo, varios caballeritos que se lo guisan y se lo comen todo, trahajan estos dias las candidaturas para las mesas de las secciones, segun han de ser en el curso próximo.

El español nace torero y mufidor de elecciones. Es un estudio digno de un gran novelista el de las pasioncillas que andan despiertas con motivo de esta batalla electoral de tan poca importancia. Ha habido ya un duelo por culpa de una secretaria, menos que nada. Estos señoritos hacen trampas, se engañan unos á otros, faltan á la palabra, etc., etc., como si ya fueran hombres hechos y derechos. Por eso se dice que el Ateneo es la ant sala del Congreso. Todos estos que hoy venden al amigo por un quítame allá esas pajas, mañana ven lerán á Cristo por treinta duros cuando se trate de ser diputados.

Que es de lo que tratan todos.

Y despues ministros.

¿Quien dice que ya no hay un ideal comun para todos los españoles?

Vaya si lo hay.

Ese, el ser ministro.

La poesia lirica se ha enriquecido últimamente con dos poesías de la Casa real.

La infanta doña Paz de Borbón ha escrito versos á la Princesa de Asturias, versos á la infanta doña Isabel y una bequeriana.

Varlos periódicos han tenido la dicha, la inmensa satisfaccion de ser los primeros que insertaron estas preciosas poesías que prueban que

pálida mors equo pulsat, etc., etc.

Porque aunque esos versos no sean la muerte, son el sueño, que es un remedo de la muerte, segun varios filósofos.

Nada dice la Constitucion acerca del derecho de los príncipes á escribir en verso; pero yo creo que la buena doctrina parlamentaria consiste en sostener que los responsables son los ministros.

Pues bien, don Venancio, es usted un coplero insoportable.

Voy á la exposcion de pinturas de Bosch (carrera de San Jerónimo), y enfrente del cuadro admirable de Sal, «El valle de lágrimas,» veo una acuarela, tambien de la dinastía rolante, y que tambien hace llorar.

Representa una merluza tocando la guitarra por sílon.

¡Pero, señor Martiuez Campos, que mal maneja usted los pinceles!

Esta es la critica verdaderamente constitucional y parlamentaria, á la inglesa, como diria Ruiz Gomez, á quien consagraré mi próximo palique.

¿No conocen ustedes á Ruiz Gomez?

¡No! Ah, pues oigan ustedes.....

CLANIN.

PALIQUE.

Al fin Echegaray es académico.

Pero no sin protesta. Los neos han echado en el bombo que hace las celebridades oficiales seis bolas negras.

Han echado la conciencia en el bombo.

Modestamente renuncian los seis negros á la inmortalidad.

¿Por qué no publican sus nombres?

¿Por qué no explican su voto?

¿Por qué no dicen quienes son?

¡Fé aquí como deben de llamarse:

La envidia.

La ignorancia.

La soberbia.

El fanatismo.

La impotencia.

El autor albado.

En cambio anuncian ya los periódicos el nombramiento del señor Marqués de Villahermosa, pulquérrimo traductor de Virgilio.

No conozco al señor Marqués, ni sabía de su traducción de Virgilio; pero estoy seguro de que si votara el Mantuano, le echa bola negra á su traductor.

Hacer académico á un caballero porque ha hecho una traducción mas de Virgilio, traducídon que no ha llamado la atención de nadie, sería el colmo de la benevolencia si no lo hubiere sido el hacer académico á un autor dramático dos veces silbado.

En cambio Perez Galdós, el autor del Amigo Manso, el mejor literato de España sin duda,

vuelva á ser relegado; tiene que ceder el paso á un marqués que traduce correctamente y con prontitud la *Enéida* ó las *Georgicas*.

Lo que sucede con Perez Galdós en esto de las pompas y vanidades que reparten las Academias y Ateneos, es muy gracioso y pinta perfectamente el estado de nuestras costumbres.

Perez Galdós es presentado para la presidencia de literatura en el Ateneo y le derrota Balaguer: es presentado para la vice-presidencia, y le derrota un joven de 23 años. Se habla de Galdós una y otra vez para las plazas de académico vacantes, y unas veces se le adelanta un neo desconocido y otras veces un magnate que traduce latín.

Esto consiste en que Perez Galdós que merece esos honores, y muchos mas, no los solicita, ni los estima, ni los agradecería.

Y los que no los merecen heben los vientos tras ellos.

Afortunadamente todos esos motes de presidente, académico, etc., etc., son vanidades insignificantes de que el público va haciendo poco caso.

Pase, pase el marqués de Villahermosa, que para él y otros como él se han hecho estas honras y bordaduras y cimbras.

Galdós no padece con estos desaires.

Por una razón muy sencilla, porque ni siquiera sabe de ellos.

Le presentan candidato y le derrotan sin que él se entere de nada.

Si quisiera vengarse de todos esos monigotes que traen y llevan su nombre y le dejan en mitad del arroyo, le sería bien fácil: Bastaría escribir unas cuantas páginas en una de sus novelas pintando las grotescas figuras de esos asquerosos aduladores, nécios barnizados de pedantes. Y quedaría clavados en la pared del ridiculo para honra eterna de las generaciones.

Que no se fíen. El día que Galdós eche de ver el material cómico que hay en estos piratas de Academia y Ateneo, les sacará á los vergüenzas como á los lechuguinos del «Abate Pirricas.»

Y basta por ahora; paz á los tontos.

CLARIN.

121 La Publicidad (Barcelona), n.º 1 592, 5 (julio, 1882)



121 Miniatura de la página.

PALIQUE.

Madrid se derribo. Se ha ido todo lo que tiene algo de artístico, no nos queda más que Pina en el teatro de Rivas. Pina, que en combinación con Caballero nos ha trasladado al centro del África; pero no del África que todos conocemos, es decir, la que no conoce nadie, sino de un África que ha inventado Pina para dar ocasión á Ducazal de lucir decoraciones inverosímiles.

En las *Mil y una noches*, que es la *serie* de quo se trata, salen dos camellos, un acobra, (vulgo, mula), un ciervo (alias, pollino), un tigre de presa, y coro de perros de ambos sexos.

Es preciso confesar que todos estos animales interpretan sus respectivos papeles con mayor naturalidad que nuestros actores españoles.

Los perros ladran como en la calle, y ladran como si recitaran prosa. No hay en ellos amanecimiento, canturía ni vicio alguno de los que afean el arte de nuestros cómicos.

Así, pues, yo aconsejo á los poetas dramáticos que en adelante no limiten la acción de sus dramas á la misera humanidad: introduzcan también en escena las pasiones de las bestias, que suelen ser no menos fuertes: por ejemplo, sería de mucha actualidad un dramatitulado «La Caniula», en que salieran muchos perros rabidos. Ya verían ustedes cómo los perros no ladraban

tan alto como algunos de nuestros simpáticos actores. Pues ¿y el celo de los gatos?

¿Dónde hay nada mas patético que uno de esos delirios gatunos en un tejado, á la luz de la luna, entre una Julietta relamida cuanto se llama y un Romeo de nariz roma, pero gran olfato?

Y después, que eso no comprometa á nada. Como los animales no hablan, los autores pueden prescindir de la gramática, y esto es para ellos en general, una ventaja.

Así el señor Gaspar, por ejemplo, no se verá obligado á llamar *banales* á los galanteos, como sucede en su última comedia *Problema*, que según Bremon agradó á todos.

Fido la palabra en contra, señor Bremon.

A mí no me gustó *Problema*, y así lo he dicho en letras de molde. Pueden ustedes los críticos de almibar dar todos los bombos que quieran sin faltar á la verdad histórica.

Aparte de *Las mil y una noches*, no hay mas espectáculos en Madrid ahora que los del Retiro.

¡Los Jardines! Aquello es otra cosa.

No lo digo por *Espiridon en Vulcano* que declaman y cantan y bailan allá en el fondo de un teatro de madera y carton varios apreciables sujetos; lo digo por las suaves auras que soplan en aquel bosque, por la frescura de la enramada, por la eterna hermosura de la naturaleza, la plácida noche, la melancólica luna, que no se rie, aunque asiste desde allá arriba al espectáculo que le ofrecen los bufos y las bufas del teatro al aire libre: y dígoles, principalmente por las hermosas, y aun hermosísimas mujeres que pasean en los encantados jardines. Oh, si yo fuese poeta lírico! Aquí vendría de molde hablar de Céiro y Flora, y de las ondinas, dríadas, ninfas, y walkiris que abandonan fuentes, ríos, mares, lagos para acudir al ameno bosque en las noches de verano, no citadas por Jitania ni Oberon, sino por Ducazal, que los exige job prosa de la vida una peseta á la entrada.

Dos cosas preocupan la atención de los hom-

122 La Publicidad (Barcelona), n.º 594, 7 julio, 1882.



122 Miniatura de la página

bres que se interesan por la prosperidad de la patria.

La formación de una compañía para el teatro Español, y la formación de un partido dinástico-democrático que pueda turnar en el Gobierno dignamente con la *troupe* de Sagasta.

Pero se tropieza en uno y otro proyecto, con las dificultades de siempre: la cuestión de categorías. Moret quiere trabajar solo con su cuadrilla, Calvo no quiere mas galán que él, Vico no quiere ir con Calvo, y es probable que nos quedemos sin compañía para el Español y sin democrata para la dinastía.

Como no se recurra á los perros de «Las mil y una noches.»

CLARIN.

PALIQUE.

Había prometido a los lectores de LA PUBLICIDAD hablarles de Ruiz Gomez.

Voy a cumplir mi promesa; y en efecto, cojo la trompa épica y, como mejor proceda en derecho, parezco y digo:

Canto al varón, sin miedo y sin mancha, humano mongolifer, que por lo hinchado no cabe dentro de la corte y villa; de sí mismo tan lleno y tan pagado que tiene por hechizo y maravilla que una débil mujer le haya engendrado, y siente que los dioses se hayan ido antes de haberle semi-dios parido.

En fin, canto a don Servando Ruiz Gomez, el hombre mas sábio de tejas abajo, polígloa, filósofo, arqueólogo, geólogo, botánico,

que come las yerbas diuréticas... y cuanto Dios crió. Sus estudios especiales se refieren a la Mitología, la marina de guerra y mercante, la hacienda pública, la crítica literaria, la crítica pictórica, y por último, sabe hacer jaulas y palillos para dientes.

Las dos últimas obras notables—porque el rayo hace mucho tiempo que lo inventó,—son una crítica de... «La Pródiga», novela de Alarcon, y un elogio de... «La rendición de Granada», el ya célebre cuadro de Pradilla.

Esto de servir lo mismo para un fregado que para un barrido, es muy de los géneos y de los Ruiz Gomez, que son primos hermanos.

Pero antes de entrar en materia, hagamos lo que él hace; midamos al personaje. El artículo en que trata de «La rendición de Granada», lo termina así el sábio senador:

Las dimensiones del cuadro son las siguientes:
Metros.

Anchura. 5'43

Altura. 3'55

Servando Ruiz Gomez.

No se dirá que falta aquí la elocuencia de los números.

Eso es tener *esprit*, ¿qué mejor *mot de la fin* que esos 5'42 y 3'51 metros, y después la seria, respetable, acreditada firma del autor: Servando (jab!) Ruiz (johl) Gomez (jebl)?

123 La Publicidad (Barcelona), n. 1.603, 16 julio, 1882.



123 Miniatura de la página.

Pues bien, midamos al gigante, midamos a Ruiz Gomez, recurramos a la paralaje. Resulta de mis trabajos telescópicos, que Ruiz Gomez tiene estas dimensiones:

Anchura. la del mar, la de la inmensa llanura del mar! (Camprodon).

Altura. Próximamente la del Chimborazo; llega a la region de las nieves perpetuas.

Profundidad. 0 metros. Clarín.

Sigamos.

Así empieza don Servando su artículo de «La Pródiga».

«¿Qué escultura tan bella la Pródiga de Alarcon! Es, como labor, parecida a la Princesa Borghese y a la Princesa Elisa, de Canova, dos romanas de este siglo. ¡Qué mujer de Cbide Harold!»

«¡Qué hombre de Dios digo yo! Don Servando, como labor, se parece a Jove y Hevia, de Cánovas, un dios de este siglo».

«Tambien me ha hecho recordar a la apuesta Ariadna que vimos en nuestra juventud en Frankfurt».

Pero Ruiz Gomez ¿ha tenido juventud?

Un hombre tan estirado no ha podido ser jóven.

Y de todas maneras; aunque lo haya sido, da fijo que la apuesta Ariadna le dió calabazas.

«Para que el lector admire cómo está cincelado la Pródiga (este en cogiendo una metáfora no la suelta) haremos de ella, con exactitud matemática, una reducción.»

Y en seguida la copia, como dice el epigrama.

En efecto, copia casi todo el libro sin permitir se el mas breve comentario.

El sistema es bueno, bonito y barato.

Supongo que el artículo se lo habrán pagado a Alarcon y no a Ruiz Gomez.

Don Servando termina así su reducción de la Pródiga: «¡Llegamos aquí sin respiración.»

Eso ya lo dijo Iriarte:

¿qué ha de ser? responde,
sin aliento llego,
dos plágaros galgos
me vienen siguiendo.

Y sigue Servando (digo que podencos.)

«Y después de todos estos capítulos de mano maestra trazados, sorprendida la verdad del alma humana en *stagnant delito*. ¡Ay! don Peregrin, que este le va a quitar a usted la parroquia... quedase el lector pensativo y sumergido en un sueño».

«¡Qué amigos tienes, Perico!—Ruiz Gomez le ha salido a usted hombre malo, señor Alarcon; ¡pues no dice que el lector después de leído todo eso «se sumerge en un sueño!»

«Con que la Pródiga convida a dormir?»

Por lo demás, usted se contradice, don Servando.

Dice usted que el lector se queda dormido y pensativo. ¿Hace usted eso, se duerme usted, pero medita?

¡Ahora lo-comprendo todo!

Y dijo Melchor:

«La figura de Julia, del tamaño de la pirámide de Cheops.» Eureka ¡ya la encontré! Hace una hora que busco una comparación para fijar bien el tamaño de Ruiz Gomez, el español más portugués del mundo. Ya encontré la comparación; me la ha dado él mismo.

Ruiz Gomez (entiéndase siempre don Servando) es grande... como la pirámide de Cheops... aunque no tan agudo.

CLARÍN.

PALIQUE.

Poco tiempo hace han tenido ustedes en Barcelona a Perez Galdós. De fijo que su llegada no hizo ahí la mitad del ruido que produciría la llegada de Balaguer y la del mismo señor Rius y Taulat, que creo es ó ha sido alcalde; (pero eso lo sabrán ustedes mejor que yo.)

Perez Galdós que nunca ha sido Balaguer, ni alcalde, ni Taulat siquiera, viaja siempre de incógnito, con un nombre que aunque no es el suyo le viene pintiparado: se llama *Modesto*.

Si, la modestia es en Perez Galdós una de las cualidades mas características, es modesto hasta el fondo del alma, por naturaleza.

Quizás es el único literato que no finge cuando se manifiesta sencillo, humilde.

Se cree mucho menos de lo que es. Todavía hace pocas semanas, en un libro publicado en Barcelona, por los Domenech, el *Sabor de la tierra* de Pereda, Perez Galdós, publicaba un pró-

logo en que llamaba maestro al autor de las escenas montañesas.

Pereda maestro de Galdós! Esto dicho por otro, parecería hasta un sarcasmo; dicho por Galdós debe ser expresion sincera de lo que siente.

Pues bien, siendo así, esto prueba que de puro modesto Galdós es mal crítico.

Si, porque en España tiene que ser mal crítico todo el que desconozca el mérito superior de Galdós, que es ya en opinion de los mas entendidos, el primer literato de España; por que si hay otros acaso tan perfectos en otros géneros como en el suyo él, por cultivar Galdós el mas adecuado á las necesidades artísticas de nuestro tiempo y cultivarlo en la forma mas propia del dia, lleva el autor de «La Desheredada» ventaja á todos.

Poco tiempo hace me decía un filósofo eminente, crítico de gran penetración, sábio ilustradísimo, don Francisco Giner, que Perez Galdós, despues de «La Desheredada», es un moralista que podemos colocar al lado de los mas eminentes que brillan con gloria universal en otras naciones.

Es cierto; Perez Galdós merece ya una fama internacional, una fama como la que ya logra Zola, como la de Dickens. Es uno de los grandes escritores contemporáneos. De él á los demás autores que cultivan aqui la novela hay toda esa distancia.

¿No comprende Galdós esto? Parece que no. Cualquiera que le oiga hablar vé en él la convicción de una inferioridad que solo existe en las quiméricas apreciaciones de su modestia. Os hablará del estilo de «Pepita Gimenez» y dirá que lo envidia, que daría todo su talento por saber manejar así la lengua. Ignora Galdós que con valer tanto como vale el estilo de Valera, sería una verdadera calamidad que se cribiese como él quien se consagra sólamente á la gran novela naturalista, que necesita en la forma más sinceridad, sencillez y naturalidad que los que pueden hablar en el modo de escribir elegante, pero un poco afectado, del creador de Pepita Gimenez.

Si se trata de la gracia y verosimilitud del diálogo, y se alaba, como lo merece, á Pereda por sus excelentes facultades para tal materia, veréis á Perez Galdós entusiasmarse y elogiar con todo el corazón, con la mayor sinceridad el talento de Pereda, que en efecto asombra á veces por la verdad que sabe dar al lenguaje de sus montañeses; pero Galdós hace mal en envidiar á Pereda tales dotes, porque él las tiene en grado eminente, y si el otro vale mucho en los diálogos, Galdós los tiene tales que pueden pasar por modelo de verdad, de naturalidad, de observación.

No le habéis á él de los «Episodios» como novelas; piensa que los tipos creados en esas dos series inmortales son de poco más ó menos, figuras de cartón. ¡Ingratitud! ¡Ingratitud! Don Patricio Sarmiento, Genara, Salvador, Soledad, etcétera, etc., son caracteres dignos de la novela más pensada y más semejante á la realidad de la vida.

Recientemente Galdós ha publicado *El amigo Manso*. Según él, este libro no es más que un pasatiempo; lo ha escrito como por vía de descanso, no le dá importancia. Afortunadamente la tiene él sin necesidad de que se la dé nadie.

El Amigo Manso, de que hablaré á ustedes en mi próximo *Palique*, es uno de los estudios psicológicos más profundos y bellos que se han escrito en estos tiempos en que tanto se ha profundizado y observado en el espíritu del hombre.

Galdós, pues, es un mal crítico, porque alaba demasiado las obras ajenas y desconoce el mérito de las propias. Acaso es el único español á quien le sucede esto. Es la antítesis de Corraón y de Ruiz Gomez.

CLARIN.

124 La Publicidad (Barcelona), n. 1.637, 20 agosto, 1882.



124 Miniatura de la página.

PALIQUE.

Prométi hablar á mis lectores de *El Amigo Manso* de Galdós, idilio naturalista, donde la forma convencional de la autobiografía descriptiva y narrativa no quita el encanto de la verdad al conjunto, ni su fuerza y valor serio y profundo á la observación.

Tiene, para el vulgo, esta novela, el defecto, ó mejor diría las *sobras*, de pasar con mucho de los 20 grados á que puedo llegar la común inteligencia de los lectores probables; pasa de esos grados que con fina observación señaló Valera á las celebridades corrientes, y por esto lo mas de su mérito pasa como si no fuera á los ojos de los mas, pudiendo así obras como el *Sabor de la tierra*, de que hablaré otro día, si no eclipsar, por lo menos hacer la competencia á libros como el último de Perez Galdós, nuestro mejor novelista con muchos codos. Galdós quiso, por desear, escribir un libro de pura fantasía, pero la conciencia que en él se ha despertado de riguroso observador, por modo artístico, de la vida, no lo ha permitido seguir el rumbo propuesto, y lo que iba á ser obra de pura imaginación, vino á concluir en estudio serio, profundo de sociedad, así en los elementos psicológicos, principalmente examinados en el espíritu del protagonista, como en la descripción de escenas sociales, de tipos, caracteres y costumbres ambiente, de esas que tan difícilmente se estudian, por lo mismo que las tenemos mas cerca.

En este sentido, aunque de menos importan-

cia por el asunto y la composición, *El Amigo Manso* sigue el camino por que fué *La Desheredada*, y pertenece sin duda á la nueva manera del autor, que si en obras como *Marianela* y *Gloria* dió vuelo á las anchas alas de su fantasía, en estas últimas producciones acumula el trabajo que engendraron su finísimo, atento, prolijo análisis de las cosas mundanas, y la intuición feliz que el observador también necesita para completar la visión de los objetos, en gran parte ocultos entre sombras.

[Con qué clarividencia examina nuestras miserias, la de esta sociedad culta y llena de lacras en que vivimos; y que bien parece aquel modo de sátira que consiste en dejar la lección del ridículo al ridículo mismo, concretándose el escritor á señalar bien, con fuerza, las líneas de la cómica figura que nos presenta!—Pero aun *El Amigo Manso* no es mas que un ensayo de lo que Galdós prepara. Hay en su cerebro, y tiene ya en el taller, una obra colosal, algo parecida á lo que Zola está haciendo en los Rougon Macquart, algo que seguirá el ejemplo de *La comedia humana* del génio de la novela contemporánea. Galdós tiene treinta y siete años y ha escrito treinta y un volúmenes, algunos de gran tamaño; es todo un mundo creado entre la observación y la fantasía: ahora trabaja en una nueva serie, de diez tomos acaso; en ella se propone estudiar el gran problema de la educación, la vida clerical, la de la curia, etcétera, etc. Piensa tener escrito todo eso en cinco años, y despues... dejarlo. ¡Dejarlo á los 43 años! es decir, á la edad de verdadera madurez en trabajos de esta índole. No lo teman los amantes de nuestra literatura, esos instintos de seguro los combatirá el mas poderoso enemigo de Galdós, su génio. ¡A los 43 años Galdós aun no estará contento de su obra.... y seguirá, seguirá diseccionando las miserias del mundo...

CLARIN.

125 La Publicidad (Barcelona), n. 1.644, 27 agosto, 1932.



125 Miniatura de la página.

PALIQUE.

El *Sabor de la tierruca* se titula la última novela del señor Pereda, notable escritor montañés, que vale mucho positivamente, aunque no tanto como quieren algunos paisanos suyos.

El libro pertenece á la biblioteca de *Arte y letras* que publican los señores Domenech y por cierto con un lujo tipográfico á que nos tienen poco acostumbrados nuestro editores.

Como libro de primorosas descripciones, naturales, gráficas, sencillas y correctas no tiene pero el *Sabor de la tierruca*. Pero.... es un paisaje desierto. Los hombres allí son un adorno mas, figuran sin mas importancia que los árboles y los animales. Describe á Nisco el autor como si sería describir una vaca; se ve que estos hombres de Pereda son productos de la tierra, ganado humano. ¿Es esto un defecto del señor Pereda? Sí y no. Es defecto en cuanto no es el verdadero carácter individual el que estudia y pinta, sino mas bien el temperamento y el instinto segun fatalmente los determina el lugar, el medio, como ahora se dice.

Prueba de esto, de que Pereda pinta bien sus *rusticos* en cuanto parte de la fauna de su tierruca, es que en metiéndose con los señores, con los personajes que lo mismo podrian ser de la Montaña, que de otra parte, ya no acierta y cae en lo vulgar, en lo indeterminado y borroso.

Ya le sucedió esto en *De tal palo tal astilla*. Valen mucho los aldeanos y muy poco los oahalleros.

Y lo mismo pasa en *El sabor de la tierruca*. Nisco, Catalina, el alcalde, Chison, el sevillano, don aldeanos perfectamente retratados, sobre todo en su manera de expresarse. Pero Pablo, Ana, María, don Pedro, son del todo insignificantes y apenas si don Juan de Prezanes es un apunte para un carácter, ó más bien, para un caso de *patología teratológica*.

Los aduladores "o dicen al señor Pereda que sus obras son perfectas tal como son; yo no me canso de repetirlo que no lo crea. Para ser un verdadero novelista, de primer orden acaso, le falta estudiar más al hombre y no plantar solo el montañés. No haga caso el señor Pereda, por mucho que yalgan, de esos críticos que por alabar todo se burlan de las novelas trascendentales, llenas de estudios sociales, de nieblas pal-

cológicas, etc., etc., como ellos dicen. El mundo es mucho más que la vida de la montaña en lo más somero y aparente, y por lo mismo la novela es mucho más que una serie de cuadros excelentes, pero deshilvanados, sin fondo dramático, de puro paisaje.

Todo eso es muy bueno, y yo lo pongo en el querno de la luna, pero es poco para dar justo recombre de novelista á un escritor, aunque sea tan inteligente y simpático como el cantor de La Leza y don Gonzalo.

CLARIN.

126 La Publicidad (Barcelona), n. 1.651, 3 septiembre, 1882.



126 Miniatura de la página.

PALIQUE

POR DON LEOPOLDO ALÁZ.

(Escrito para El Eco del Guadalupe.)

Decía un poeta neo-católico:

Mientras yo duermo en dos blandos
colchones ¡que de frailes cantando están
mañitines!

Y digo yo: mientras yo olvidado del
mundo y sus monarquías, de la literatura
docente y del arte por el arte me zambullo
en el mar cantábrico, este mar que

según el gran ex-tribuno representa la
reacción; o como, mo paseo y vegeto,
por mas que el poeta haya dicho:

«Vegeter c'est mourir. beaucoup penser
c'est vivre. ¡Que de poetas cantando
están mañitines por esas revistas y periódicos
de Dios!

Todavía hay poesía Veremundo.

Mientras haya un soplo de variedad
sobre la tierra habrá poesía.

Mientras un soldado cuente
el Rey de Castilla soy.

Le decía Don Pedro al zapatero capitan
y el zapatero respondía:

Uno-nunca os faltará

D. Pedro, mientras yo aliente.

Pues así puede decir Apolo el de la
lira mientras aliente V., ya hay para rato,
nunca le faltará un cantar aunque
sea verano y se caigan los pájaros de
calor y hasta las cigarras se estén calladitas
de puro sofocadas.

El Sr. V... consecuente poeta como le
llama una «Ilustración», escribe en Agosto
como si tal cosa, sin sospechar que el
Universo mundo no está para versos, en
esta época del año y mucho menos para
ripios. Pero, en fin, Dios le guarde. Dominus
tecum, me dijo el profano.

Ello parece ser que el Sr. V... cansado
de no hacer mas que «versos» como dice
«El Diario de la Marina» en la cuarta
plana piensa dedicarse a cualquier cosa
útil para la república, ó para él por lo
menos; y ahora cae en la cuenta de que
el trabajo es una cosa excelente. Pero
como Xiquena tira al monte, quiero decir,
que como genio y figura hasta la sepultura,
y el que malas mañas ha, tarde ó nunca
las olvida, el Sr. V... en vez de trabajar
hace versos al trabajo y dice:

Cuando el «fiat» de la nada
salir hizo al Universo.

Pido la palabra para defender á un
ausente. Moisés no dice eso; no dice que
el «fiat» haya «creado el Universo»; dice
que «gi or eca yi or» haya luz y hubo luz
y eso no es hacer el Universo.

¿Por qué no leo la Biblia el Sr. V...?
Sobre todo; ¿por qué no se baña?

Todo eso se le quitaría con once ó trece
ó quince baños de impresión. Nada mas
que entrar y salir. Si el Sr. V... se bañara
aquí en el reaccionario Cantábrico,
conmigo y con sus calzoncillos de punto
de esos que se visten por los pies y hacen
de calzones y camisa digo que el señor
V... curaría radicalmente. ¡Todo eso
ruido que siente en la cabeza, ese zumbido
que á él se le autoja voces de la inspiración,
no son mas que la fuerza de la sangre
nueva.

Al agua, al agua Sr. V... y verá V.
como no vuelve á escribir como no sea
por casualidad.

Parece ser que el hombre vivía hecho
una miseria, lleno de plagas, inferior á
los brutos, hasta que un día hubo una
tempestad y se dijo: «tate», como se digera
en aquella época y comprendió que
era superior á los animales y se dedicó
á trabajar como ahora se propone el señor
V...

Desde que el hombre al oír rayos y
truenos.

Rompió en un grito salvaje
de entusiasmo y de contento,
grito que fué la plegaria
primera, que oyó el Eterno.

Desde entonces el hombre trabaja y
como el comer y el rascar no es mas que
empezar, el susodicho hombre realizó
acto continuo una porción de empresas.

Y surcó las bravas olas
de los mares, con el remo;
la tierra con el arado
y con la mente los cielos.

Surcar es Sr. V... O V. no sabe lo que
es surcar ó falta á la verdad á sabiendas
Que la quilla surque el mar, vaya con
Dios, pero atribuir esa función á los remos,
es demasiado, y surcar el cielo con la
mente es una condición materialmente
imposible, según el derecho romano.
Por fin dice que aquí todos somos
trabajadores.

El que piensa, y el que imprime
en el libro un pensamiento.

Mire Vd. mire Vd. que hay muchos
que imprimen libros y son unos vagos.
El Sr. Henao y Muñoz que escribe libros
¿Es un trabajador? ¿Que ha de ser!

CLARIN.

PALIQUE.

(Escrito para El Eco del Guadalupe.

Anuncian los periódicos que en los teatros de Madrid ya se preparan las compañías de costumbre á representar los dramas y comedias á que yo no puedo acostumbrarme.

Periódico hay que dice, con la desfachatez del mundo que no se que empresa cuenta con las obras de Valdivia y de Cavestany, de génios en espíritu de vino. Eso de que Valdivia, figure en la misma lista en que están Tamayo y Echegaray habla muy en favor de nuestro espíritu democrático.

Si, dígame lo que se quisiera, en España la democracia está en la masa de la sangre. Aquí siempre fué igual, siempre fueron juntos el noble y el pechero, el Tamayo y el Valdivia.

Este jóven escritoruelo es un ejemplito de lo mucho que puede la voluntad en

materia de literatura. El se empeñó en ser autor dramático, escribió un drama que parecia traducido aunque por lo malo que era lo disimulaba bastante, que lo pusieron en escena ó mejor dicho se lo pusieron en el teatro de la Alhambra; donde suelen trabajar todas las sociedades de aficionados, beneficios que quieren librar de la suerte á un quinto. Pues señor, apenas se lo representaron se lo silbó la crítica y tronó la empresa. A la noche siguiente de tan infausta aventura ni los ratones estaban en el teatro: aquella velada la pasaron fuera por no oír otra vez las quintillas de Valdivia, y no hubo mas. No importa, cátese á Valdivia hecho autor dramático siquiera sea sin derechos.

128 El Eco del Guadalupe (Alcalá), n. 88, 17 septiembre, 1882.

Sucede con esto como la gota que «cavit lapidem non ni sed sape cadendo» y como con los candidatos á la diputación á Cortes. Es teoria corriente que á fuerza de presentarse un cualquiera candidato al fin, tantas veces va al cantaró á la fuente ó á elecciones que concluyo por ser diputado. Pues esto sucede con el poeta dramático. ¿Que le silban á usted? Pues á otra. ¿Que lo vuelven á silbar? Pues á la tercera. Y siguen silbando pero no importa. El «quid» es ser autor dramático, lo de aplaudido ó silbado es una cuestion «adjetiva» como dicen los krausistas.

Y si quereis mejor ejemplo ahí está el señorito Cavestany que á estas horas ya podia ser ingeniero ó director de comunicaciones hijo de D. Venancio ó Rute que todo es ser mas ó menos y sin embargo prefiere seguir elevandó altares á Melpómene y Talia.

Y es un veterano de las «planchas» escénicas como decia un traductor hablando de las tablas y cometiendo un galicismo bastante oportuno en esta ocasion.

Cavestany tiene la cara llena de cicatrices ó sean silbas. No hay teatro donde no le hayan aplastado algo.

Pues con todo y con eso ahí le tiene V. figurando en todas las manifestaciones pacíficas á que asiste el gremio de los poetas de escenario.

Que dá Calvo unos pastelillos en el saloncillo del Español, pues allí está Valdivia, digo Cavestany, Valdivia ya irá mas adelante cuando le hayan silbado lo suficiente) allí está Cavestany tuteando á Echegaray ó poco menos. Que se muere un poeta y hay grande entierro y coronas y versos, pues Cavestany y Valdivia y el Sr. Fachson Veyan, ahora que me acuerdo acuden con la cítara sonora sin falta, como exactísimos empleados de la Funeraria.

Y despues dirán que no hay caracteres, vaya si hay caracteres. Los hay duros y resistentes como esto (golpeando la mesa de pintado fino.)

Por lo demás, ya verán ustedes como en eso de que se preparan comedias de Tamayo y Valdivia no va á ser cierto todo. Resultará que se representarán dramas de don Aniceto que así se llama Valdivia, pero de Tamayo ¡quién!

CLARIN,

Madrid 12 Setiembre 1882.

PALIQUE

Repararán VV. que pasan días y días, meses y meses, y no se publica un libro que valga la pena (con perdón de *El Siglo Futuro*) de leerlo.

Únicamente los novelistas dan algunos muestras de actividad. Pero cosa que necesite conocimientos científicos y profundos, no se escribe. ¿Por qué? ¡Así como así no ha de haber quien lo lea!

Parece que todos los autores *in partibus* de España están convencidos de la verdad que encierra aquella célebre teoría del pesimista Hartmann, según la cual, viene a resultar que la única persona que lee con atención y gusto un libro cualquiera, y hasta lo aprecia y admira como merecedor... es su autor.

Curioso es el cálculo de Hartmann y, aplicado a España, de una verdad evidente.

De los diez y siete millones de españoles, no sé si llegarán a dos los que sepan leer.

De los que saben, hay que descontar, primero, los que más valdría que no supieran. ¡Cuántos disgustos nos hubiéramos ahorrado todos (y sea esto nada más un ejemplo, y deningun modo una palle), cuántos disgustos nos hubiéramos ahorrado si al Sr. Cavestany y al Sr. Valdivia no les hubieran enseñado las letras en su tierna infancia!

No estaríamos a estas horas como estamos positivamente, amenazados de un par ó varios pares de drams, que equivalen á varios pares de bemoles, si vale la frase.

Seguendo mi cálculo, diré que es preciso dejar también a un lado el inmenso pópulo bárbaro que, aunque sabe leer, no entiende lo que lee. Tampoco contaremos á la gran multitud de los que no leen más que *La Correspondencia* y *El Imparcial*, esas dos enciclopedias de la vulgaridad.

Quedámonos con los lectores de libros, que serán ya muy pocos miles.

Entre éstos tampoco hay que contar á los que se deleitan con las novelas de Paul de Kock.

Demos también de meno á los apasionados de Teodoro Guerrero.

Quedamos reducidos á los lectores que se tienen por hombres de buen gusto.

Es decir, literatos y aficionados.

Pues bien; entre literatos es cosa corriente no leer los libros de los colegas; se habla mal de ellos, eso sí, pero sin necesidad de mirarlos por el forro; basta con lo de: piensa mal y aciertará.

No hay en esto exageración. Se cuenta que Thiers preguntaba en una tertulia á Víctor Hugo: —¿No ha escrito V. un drama que creo que se llama *Le roi s'amuse*?

Un ilustre español que oyó la pregunta, y se escandalizó al oírlo, dijo á no poderlo creer que tenía al lado:

—¡Cómo! ¿Es posible que Thiers no sepa de memoria *Le roi s'amuse*?

—¡Ojalá no lo extraña V., repentinamente el periodista. Eso es lo corriente. Pero Víctor Hugo se venga ignorando: quién es el autor de *El Consulado y el Imperio*.

En España sucede lo mismo. El genio, y aún el que no lo es, desprecia al genio.

Todos pasan la vida mirándose en el espejo de su vanidad. Yo vi á Corradi en el salón de retratos del Ateneo, detenerse en éxtasis contemplativo enfrente de su retrato (que está allí Dios sabe por qué). El buen Corradi no se creía sólo. ¡Cuántos hombres ilustres hacen lo que Corradi, sólo que no se les ve! Yo he notado que la mayor parte de nuestros literatos notables ignoran qué pasa á su alrededor, y están siempre como distraídos.

Es eso, es que están pensando en sí mismos. Habléles de otra notabilidad, y si no son envidiosos (que sea ésto esta contradicción: el desprecio á la envidia), se contentarán con decir: —¡Ah! Fulano es un muchacho que promete.

Otras veces se declaran que no han leído nada suyo, ¡pero vale, vale ese modo!

Si esto hacen los que son escritores entorpecidos, no se quedan atrás los que, sin serlo, pasan por ello ó á sus ojos ó á los del público.

Yo sé de un catedrático de Madrid que piensa firmemente que desde Leibnitz aún no ha habido más que dos filósofos verdaderos, Dugald-Stewart y él; todos los demás no han hecho otra cosa que divertirse y perder el tiempo (un tiempo preciosísimo, si se dan palmaditas en el abdomen).

De resultas de todo lo cual puede asegurarse que el único lector serio y concienzudo de un libro es el autor.

Y como recordándolo así nuestros literatos más distinguidos, han dado en la flor de no escribir.

Y, sin embargo, si VV. van á verlos, los encontrarán muy ocupados.

Todos traen entre manos algo muy serio: una obra que ha de llamar la atención.

Pero, como el loco del cuento, traen el paño debajo del brazo, esperando la última moda.

Entre todos estos escritores ilustres que no escriben, hay uno, que no escribe tampoco, pero que se distingue, porque al menos hace algo.

En efecto; coje *La Correspondencia*, y leo:

«El Sr. Cánovas saldrá mañana para Simancas, en cuyo archivo, etc., etc., etc.»

Todos los años se publica dos ó tres veces esta noticia. Yo no sé si Cánovas va ó no va á Simancas; pero de todos modos, la palabra basta.

No necesita más para que su fama de sabio se conserve incólume.

Podría cualquier malicioso decir:

—Pero hombre, ese Cánovas que tan sabio es, ¿por qué no lo prueba? ¿Qué libros escribe.....

—¡Libros... eh? ¿Para qué quiere él escribir libros? Lea V., lea V.: «El Sr. Cánovas ha salido para Simancas, en cuyo archivo, etc., etc.»

Todos nuestros sabios, que tantas cosas buenas se callan, debían tomar el mismo camino. Buscar se un archivo de su incumbencia y un noticiero que lo cuente...

Toreno ya empezaba á visitar el archivo de Alcalá... y no faltaba quien dijera: ¡Pues mire usted, no es tan ignorante!

¡Oh, si D. Venancio, en tiempo hábil, hubiera registrado el archivo de Navalperal ó Navalcarnero!

CLARIN.

Zaragoza 30 de Setiembre.

PALIQUE

por don Leopoldo Alas.

Se vá á celebrar otro Congreso filoxérico.

Bien, no me «pongo, magüer lo poco que me fio de los congresos.

Pero lo que no consiento es que sea vocal ni secretario, ni nada de la comisión ni de la subcomisión el Sr. Fernandez y Gonzalez. Por aquello de que nadie es juez en causa propia.

¡A la barra!

Por lo demás, á quien debe buscarse para arreglar eso es al Sr. Bosch.

Citan ustedes á todas las filoxeras, *vastatrices* del mundo. El Presidente dice: Tiene la palabra el Sr. Bosch.

E inmediatamente los bichitos esos se mueren sumidos en un dulce sopor que yo he experimentado muchas veces, oyendo las floriculturas retóricas del señor Bosch.

Y á propósito del Sr. Bosch y compañía.

El Sr. Cánovas, de vuelta de Simancas, ha llamado al Ateneo ó allí, á todos los sabios del contorno para que desde la cátedra de la calle de la Montera expliquen al mundo la verdad una y variá.

Y resulta—lo cual que parece mentira—que entre esos sabios están el citado Bosch, Toreno y ¡oh pudor! el Sr. Mena y Zorrilla (es decir), dos grandes poetas distintos, Zorrilla y Mena y un ex-fiscal verdadero.

El Sr. Mena y Zorrilla sabrá las cuatro reglas y la regla de tres si me apuran, pero poner cátedra es ya mucho poner y mejor comprendería yo que pusiera huevos, aunque no es cosa habitual

en ese estado. No es habitual, pero en una feria he visto yo hace poco «una mona dando de mamar á un-gato vivo» de modo que fenomenalmente podía poner huevos, pero cátedra, no señor, y si la llega á poner ¡buena! la pondrá!

En este respecto no es mucho mas ponedor el Sr. Toreno. Quitar cátedras si sabe, pero ponerla él es cosa nueva: en fin, allá veremos. A quien yo echo de menos en esa lista de catedráticos de nuevo cuño es al Sr. Romero Robledo. ¿Si será que á Cánovas no le conviene que Romero empiece á pasar por sabio?

Pues si el antequerano se empeña, á la vuelta de algunos años tiene una cámara de Morlin como una casa. Pues no es él poco activo en gracia de Dios. ¿Si creará Cánovas que Romero no es capaz de ir á Simancas y volver, y decirlo en los periódicos?

• • •

«El Globo» decía el otro día «que en las Tullerías no ponían en duda nada» porque el original decía «ils ne se doutaient de rien». «El Globo», no sospecha (ó no duda) que hay una cosa que se llama mudismo y que el saberla es el único modo de poder traducirlo.

• • •

También el traductor de «La Maecoute» debe de ser un truchiman poco aprensivo. Á cada momento hace decir á sus personajes. «No me reusis este favor.» «Os rehuso lo que me pedis.»

Y cobrará derechos.

Gracias á Dios que no traducen la música. Esa la fusilan nuestros creadores de la «ópera nacional.»

A propósito ¿por qué no hace una ópera Cánovas? Es lo único que le falta—Mas dirá. ¿Está demostrado que Cánovas no sea un gran tenor.—No señor, y si quiere él....

Que no hará, si se empeña el hombre que hace poner cátedra á Mena y Zorrilla.

CIARIN.

PALIQUE.

¡Leado sac. Dios! El señor Cánovas ha llegado, por fin, á Simancas.

Así lo dicen los periódicos del partido con el orgullo propio de su clase.

¡Y el difunto Moreno Nieto decía que Cánovas era un semi-sábido!

¡Semi-sábido! Semi-dios sí que es; ¡pero semi-sábido? todo entero, comodíen cuatras veneran las leyes, aludiendo á los recién nacidos.

Todos los años va Cánovas á Simancas.

A la manera que Numa Pompilio se retiraba de vez en cuando para consultar á la Ninf Egeria.

No de otro modo que César consultaba los oráculos.

Así Cánovas se retira á Simancas, y siempre que él fué allí

Combien de livres obscures, d'écrits ignorés

furont dans ce grand jour de la poudre tirée!

¡Qué bien prepara el ilustre conservador estos efectos de luna!

Vedle, lejos de las ruinas contendas de partido, olvidado de las miserias mundanas, buscando allá en los campos tristes y solitarios de Castilla el único refrigerio digno del espíritu grande, que se recrea contemplando bajo el polvo de los siglos el testimonio misterioso de la paleografía, que en borrosos cantares cuenta á la posteridad las aventuras de lo pagado! (Borito párrafo digno de *El Cronista*.)

¡Cuánto lo envilleará Sagasta estos viajes á Si-

mancas; ¡di que ni siquiera registró el archivo de su pueblo natal (no sé cuántos de Cameros.)

Cánovas sirve para todo. Así es, que ahora aspira á un nicho vacante en la Academia de San Fernando, en competencia con el señor Osoillo y Bernard.

Cánovas se lo disputa todo á todos.

Llegará á ser el presidente de cuanto Dios crió.

Y el señor Fernandez y Gonzalez (don Modesto) será el secretario.

Hola, hola, hola,—como decía el gran Tamerlan de Persia, en la zazueta de su nombre,—hola, hola, hola, el señor Balaguer ha parecido. Continúa predicando la buena nueva por Cataluña.

No, lo que es éste no necesita el archivo de Simancas para ser un sabio sin Jarchamo.

De eso se sabe él cuanto necesita para ser el Balaguer mas importante del Principado.

Primero la patria, despues la libertad y despues la monarquía. Y no hay quien le apée de ahí.

¡Dios mio! cuánto mas fácil es ganarse la vida diciendo esto en todas las estaciones del ferrocarril de Madrid á Barcelona, que disparando tiros sobre la cabeza de la propia mujer, como Mr. Paine.

Comparad el mérito de Mr. Paine y el de Balaguer! Dispara Paine y dá en el blanco; dispara Balaguer, no dá siquiera en la herradura. Y pensar que acaso Balaguer pudo haber sido un excelente tirador! ¡Quién sabe si habrá errado la vocación?

No de otro modo es mas posible que el señor Velarde, empeñado en que nació para poeta descriptivo, seria acaso un andrín tan ligero de piés como el célebre Bargas!

¡Porqué no prueba el señor Velarde? déjese de los plég métricos y recurra al paso de andadores. El, que es capaz de escribir mil versos sin respirar, acaso podría contener el aliento y acharse al cuerpo diez leguas de un tiron.... No hay duda, las vocaciones suelen estar trocadas.

Por el mozo, el señor Balaguer que escribe el Adalfr, hubiera sido un hermoso soldado de los que llaman gastadores.

Y el señor don Venancio Gonzalez, es un mozo de cordel que está hablando....

Pero, sobre todo, insiste en que Velarde debo echar á correr....

Cánovas es el que nació definitivamente para registrar archivos....

LEOPOLDO ALAS.

PALIQUE.

Aquí tienen ustedes á Bargossi, el célebre aragón, que habrá desafiado á todos los catalanes á correr. Yo creo que Bargossi apuesta en la seguridad de vencer.

Sin embargo, yo lo he visto correr en Zaragoza con el hoy célebre Bielsa, y todos los aragoneses á una dicen que venció su paisano. Todos los

periódicos de España lo han repetido y hoy me esto una verdad histórica.

Por lo, así se escribe la historia.

La verdad es, que la manera ordinaria de apostar de Bargossi, exige que el andarie vencedor dé una vuelta mas que su contrario, si éste se rinde antes de llegar á 200, y Bielsa, aunque adelantó á Bargossi á las setenta y tantas vueltas, dejó la pista á las ochenta vueltas arrojándose en brazos de sus amigos, mientras el italiano siguió corriendo, y con dificultad por cierto, porque los paisanos del otro querían impedirsele.

Bargossi dice que esto es haber ganado, pero el caso es que el público así unánime lo lo entendió así y levantó en triunfo á Bielsa, que hoy es el aragonés mas notable de España.

Y esto hace pensar en los héroes de la historia. Si lo que pasa á nuestra vista se desfigura inmediatamente de modo que no sabe uno ni cómo fué lo que vió, ¿qué sucederá con lo que sólo consta por lejana y borrosa tradición!

¿Quién sabe si algun día dirá la historia que Martínez Campos fué un héroe, como ya lo dice *El Siglo*!

La historia es acaso una novela inventada por la fantasía de todos.

Así es, que la crítica histórica muchas veces ha tenido que discutir tratándose de ciertos nombres, si se referían á hombres ó á estrellas.

Dia llegará probablemente en que algun curioso que quiera conocer la historia de España en nuestros dias se encuentre con esto:

Presidente del Ateneo, Cánovas del Castillo.

Presidente de la Junta de socorros, Cánovas del Castillo.

Presidente de la Academia de tal, Cánovas del Castillo.

Presidente de la Academia de cual, Cánovas del Castillo.

Presidente de... Cánovas del Castillo.

En vista de lo cual escribirá:

«En aquellos tiempos se llamaba Cánovas á los presidentes de tal, como á los reyes de tal, pero se les llamaba Faraon aunque se llamasen Nicolás.»

Así hubo un Cánovas Sagasta, un Cánovas de la Torre que presidió la construcción de un puente llamado de Alcolea, que más tarde se hundió bajo el peso de unos carros de Martínez Campos, que era como se llamaba entonces al plomo.

Cánovas era tambien sinónimo de monstruo, y así á Lope de Vega se le llamaba el monstruo ó el Cánovas de los ingenios. Cánovas tambien significaba sabiduría.

Y así, por ejemplo, Teodoro Guerrero, el inventor de *Las llaves*, era un Cánovas, un sábio, porque se le nombró vocal de un tribunal para juzgar unos ejercicios de oposicion á la cátedra de literatura de la primera Universidad de España.

Pero aquí, quito yo la palabra al historiador futuro y hablo por mi cuenta por que estoy mejor enterado.

A quien se lo ha ocurrido mandar á Teodoro Guerrero para ese tribunal? ¿Se ha pensado lo que se ha hecho? ¿Quién es ese señor para juzgar unos ejercicios que han de hacer personas versadas en la historia de nuestras letras y en el estudio de la Estética? Guerrero es el símbolo de la literatura azul, es el autor de los *Cuentos de salon*, que son la dosimetría de la necedad, de modo y manera que con dos granos de *Cuentos de salon*, se vuelve cualesquiera tonto vililicio.

El señor Guerrero, yo lo juro con las manos

puestas en el libro sagrado, como Nelusko el de la Africana, Guerrero no sabe lo que es escribir en castellano.

En una sola página de su libro *Las llaves*, descubrí yo mas de cincuenta disparates. Y estoy dispuesto á repetir la experiencia siempre que se quiera, aunque sea en un teatro á puesta la entrada y los niños y soldados á dos reales. Yo me siento en el escenario y Guerrero en un banquillo, á mis pies. Abro su libro, por donde él quiera, y como la página no está en blanco, doy palabra de encontrar algun disparate. Doy de no, que me corten la mano derecha.

¿Y á este hombre se le hace juez de unas oposiciones de literatura.

En mi vida he visto nombramiento mas curial. Ni el de Lastres, ese abogado diptero, que está en todas partes como Dios, y además en la sopa; ni el de Lastros, digo, para cinco ó seis comisiones, que he visto estos dias en un periódico.

Tambien á don Modesto Fernandez y Gonzalez le han hecho juez de no sé qué oposiciones.

¿Pero qué país es este! Nuestra literatura la representa Guerrero. Nuestra jurisprudencia Lastres. Nuestra economia don Modesto.

Este don Modesto Fernandez es el vocal ó secretario nato de todas las comisiones que ha habido en Madrid desde que nació él.

¿Qué mas? Cuando le llevaron á bautizar, se empujó él, que era un recién nacido, en firmar la fé de bautismo y puso esto: Modesto Fernandez y Gonzalez, secretario.

CLARIN.

PALIQUE

(por DON LEOPOLDO ALAS.)

Ya se ha publicado el almanaque de la Ilustración Española y Americana. Aunque en él hay un artículo de mi propiedad, no creo estoy incapacitado para hablar de este almanaque que (hechas las salvedades de ordenanza) va siendo considerado por algunas de las firmas que en él procura reunir el señor D. Adelardo de Carlos como una obra literaria y artística.

Los grabados son preciosos, de gusto y esmerada ejecución. Pero en esto no entro ni salgo.

Entre las firmas del texto figuran las de Castelar, Núñez de Arce, Menéndez Pelayo y alguna otra de mérito, aunque no de tanta importancia.

Nota con placer que los poetas no hacen la mayor parte del gusto como otras veces.

Entre los trabajos en prosa, aparte del de Castelar, notable como todos los suyos, merecen especial mención los de Vidart acerca de Garcilaso; el de Armando Palacio; y los de Eduardo Palacio, Madrazo, Monreal y otros. De los poetas hay un canto de Bernu, el robo de Núñez de Arce, el primero que leyó y aplaudimos en el Ateneo. Ofrece la novedad rítmica de estar escrito en tetras consonantadas y tener aunque la cultura y flexibilidad del bro. Como poema aun no se pues solo es la mo tal v

la sogá va siempre tras el caldero, no po día faltar algo de Volarde habiendo de Núñez de Arce, su espejo á la Rigoade.

Habla Velarde como siempre de ebrietas y albaniloria. El so ha empeñado en ser descriptivo y se sale con la suya. Titúlase la composición de Velarde, «La odalisca», y no es mas que un fracamento de un poema. Y valga la verdad no es lo peor de Velarde; sino puramente insignificante, y vamos no tiene tonos disparates físico-químico como suele acontecer.

Y digo que no tiene tantos porque tiene menos, pero todo sea por Dios; no faltan algunos que el estilo es el hombre. «La odalisca» aparte de la quincalla oriental que le cuelga el autor, pudiera ser cualquiera otra cosa y me recuerda aquella Angelina que engatusó al gran Tartarin de Tarascó en el célebre cuento de Daudet.

Como siempre la poesía de V. parece el Rastro del parraso. Cualquiera diría que Apolo hace el mundo y el enigma y que V. está encargado del martillo.

Dice que los jardines de La Odalisca.

Hacen pensar en el cielo,
con sus fuentes de mosaico
kioscos y baños turquescos

De lo cual se saca que en el cielo son tareas á lo menos en cuestión de baños. ¡Mire Vd. que figurarse el cielo lleno de kioscos, es no tener imaginación y poco respeto á las divinas! Habla V. de almol ascados que es como si d' comprado un que

una nueva escuela literaria, la escuela de la «mauqueterie». Basta comprar una sierra, maucjar con alguna habilidad el instrumento y por patron se sacan preciosas rinconeras en verso libre basadas en romance ó en meras redondillas.

El Sr. Fernandez Shan escribe un poemita que titula «Una historia en dos». Este poeta es muy jóven, es muy niño y no se puede decir si llegará á madurar ó no. Tiene buenas disposiciones, pero me parece que anda por malos caminos. No se fija en que las redondillas mas sonoras no valen si dicen algo ó si discute no dicen nada. Seria casi una crueldad esta de ejemplos..... *Festine lente*. El señor Güell, ¡ah! y Renté ¡oh! se conoce que tiene de hierro, sigue escribiendo versos á los signos de admiración. All se titula la poesia) El Sr. Güell tiene una ingrata.

(Una ingrata!) (Los mosqueteros grises) y por culpa de ella no deja venir á los demás.

El Sr. Sepúlveda (Don Ricardo) que se ha puesto triste hace años, escribe versos *Mirando al cielo*, pero no ve kioscos. El Sr. Echevarría escribe geografía en verso.

Y por último, llevado Pelayo por el cetillo Claricio con alguna afectación tal vez, pero en vigorosa, elegante y bella frase cubra la «Nueva primavera». No es Menéndez Pelayo principalmente poeta y no quita eso para que se le nieguen las dotes de tal. Y aquí la división del trabajo se aplica con demasiado vigor á la literatura. Yo no diré que Pelayo sea un gran poeta. Pero quisiera yo mas ser autor de sus versos que los de

A lo menos seria escribir robusto, elegante, discreto y sabio... y mas vale ser esto que registrador de la propiedad

na, n. 7 las.

CLARIC.

Otra id. calle

133 El Eco del Guadalo (Alcalá), n. 102, 5 noviembre 1882.

[El original, conservado en la Biblioteca Municipal de Alcalá, deteriorado]

PALIQUE.

En Madrid ha comenzado la temporada teatral y la época de los estrenos.

Si se fuera a juzgar del estado de nuestra literatura dramática por el número de autores que se dedican al teatro, no habría en la historia ilocimiento del arte escénico como el de nuestros días.

No pasa día apenas, sin que algún periódico diga: «mañana se estrenará en el teatro de tal la comedia, ó el apropósito, ó el juguete, ó el disparate titulado...» Y en efecto, se estrenan disparetes todos los días.

Decía Castelar, y tenía razón (había de ser joven que no ha indicado á escribir comedias sin la menor vocación) decía Castelar: «Aquí todos hemos de ser oradores ó autores dramáticos, y es porque son los géneros que tienen público numeroso».

Es verdad; no se consulta la vocación, se consulta el mercado. Se comprende que un hombre que quiere dedicarse al comercio de botas consulte la ley de la oferta y la demanda y vea si la demanda exige más becerros que cabrillitos; á él, qué más le da la cabrilla que el becerro? ¡No pare si las cabras ni los becerros! Pero que un artista haga lo mismo, y se consagre, no al género á que le llama su vocación, sino al que ofrece más ganancias con laureles y dinero, es un dilataste que suelen pagar el público y el artista.

Muchos autores líricos (que así les llaman, conozco que de la noche á la mañana se me presentan y dicen:—¿Sabe usted? Ya á estrenarse un drama mío.

¿Cómo, usted hace dramas? Pues no habíamos quedado en que usted era predominantemente subjetivo en sus versos, y lírico por consiguiente? —Sí, señor, pero no es puñalada de pizarra; y los tomos de poesías no se llen, y me voy al teatro para que me oigan los señores, ó á lo menos me vean. Estoy cansado de que nadie haga caso de mí.]

Y resulta que le silban y ya sabe de él todo el mundo. Todo el mundo sabe que le han silbado.

Y no son los poetas líricos los únicos que dejan la lira y se van á la escena; esos sí lo son poetas; pero los políticos de oficio, los abogados, los comerciantes y hasta los capataces de obras echan su comedia á espaldas. ¡Es la vanidad en tres actos y en verso!

Pongamos ejemplos, que siempre conviene. Se anunció un drama del señor Balcells, director del «Adalid».—A este señor ya le hemos silbado varios dramas.—¿A qué buscar nuevas aventuras? ¡No le basta con dirigir una cosa tan comprometida como es un adalid, que tiene que ser á la fuerza temer por fuerza?

Pues vengamos al señor Marco, que es empleado antiguo, probó á inteligente en no recordar que misterio. ¡Por qué no se contenta con su destino? ¡Por qué se empeña en escribir comedias que no le dan honra y lo darán poco provecho? ¿Es que está la plaza cara y no le alcanza el sueldo? Pues que ponga una agencia, ó que juegue á la lotería y que le toque, ó admita pupilos sin ser casa de huéspedes, ó se haga cura de curia para casa de los padres, cualquier cosa menos empeñarse en mortizar la sociedad desde las tablas, repartiendo morfina, ó sea, el sueldo desmístico-dramático. Qué es lo que quiere el señor Marco ¡ad.ieu? ¡Pues que no haga albalá!

Los Conocimientos es una comedia que el señor Marco ha discurrido en la compañía de Mario representado. Aquel dice, que es una comedia honrada y modesta; no tiene novedad, ni nada de particular, pero es modesta y es honrada. Según este criterio, va á concluir la crítica por decir de los comedias malas lo que dicen los revaloros de las chicas feas, la simpática señorita, la simpática comedia.

Porque esto es lo mejor. No solo escriben comedias las que no saben, sino que an meten á críticos los que no entienden de tantoar ses palabras y estos se dedican á predicar la renovación y ponen de oro y azul á quien no tributa aplausos á las nulidades para animarlos.

Animarlos á qué? Yo animaría al señor Marco de esta manera. Ea, señor Marco ea, echo usted mano á ese expediente y desahogado en un doir Jousa, ascenda V. al puido y lleve á Director ó á ministro; pero deje V. en paz á Talla que no gusta de V.; si lo han aplaudido á V. alguna voz con tan mal acuerdo como gusto, esa tiempo ya pasó y otro vino viva mí, ahora el Sol de invierno hace dormir do pies, y la «Feria do las mujeres» no pasa en el mundo. V. ne ha nacido poeta, ¡a nacido empleado, ó sino ha nacido,

porque al empleado se hace, por lo menos no sirve V. para otra cosa. Animar de esta manera es animar al suicidio.

Ahi está el señor Cavestany que de animado poco, y tiene ánimos para recibir cinco revoluciones en una temporada y vuelve por otra todavía.

A ese muchacho le han dicho primero que era un genio, siendo así que no era más que un estudiante; y ahora ni estudiante ni genio, no ha concluido ninguna de estas carreras, por lo menos la de genio no.

El señor Valdivia es otro que tal. También le dijeron el año pasado lo de *miele animo*, á pesar do que se corrió un teatro de resultados de una obra suya, y esta temporada vuelve á probar silbas y es probable que en el resto de sus días no vuelva á hacer mas que comedias.

Cada año pierdo yo una porción de amigos que á lo mejor salen con su comedia, ese crimen oculto, y quieren que se les anime. Y como no puede ser, dejan de decirle á uno adios y juran odio eterno.

Así es que yo cuando tengo que pedir un favor á uno le digo. Poro entendámonos: admito el favor, si V. no tiene escrita ni para representar ninguna comedia... Yo creo que en la asociación «Estado sanitario» debían hablar los periódicos de esto: de la *estrenitis*.

LEOPOLDO ALAS.

134 La Ilustración Popular (Suplemento de La Publicidad) (Barcelona), n. 33, 6 noviembre, 1882.



PALIQUE.

Entre las muchas maneras que hay, al aloance de todas las inteligencias, para volverse tonto, caso de no serlo previamente, uno de los más fáciles es dedicarse con asiduidad á la lectura de muchos periódicos.

Yo, periodista, lo declaro sin rubor.

La humanidad discurre pocas veces como Dios manda; y sin embargo, cuántos periódicos se leen en cada día sin más elementos que lo que discurren los periodistas!

Todos los extremos son viciosos. Antigüesmente los oráculos hablaban demasiado poco. Querían ser lacónicos y eran oscuros y la gente se daba de calabazadas para enterarse y poner en claro lo que habían querido decir. ¡Pues los oráculos modernos, los periódicos, peusan por el otro extremo: hablan demasiado y tampoco hay quien los entienda. Eso de tener que decir algo y mucho todos los días con motivo de asuntos que no merecen que se hable de ellos, es un tormento para el que escribe y otro tormento para el que...

Figurémonos al pobre Sisifo encargado de hacer el fondo de *La Epoca*, v. gr.

Escribir el artículo de fondo de *La Epoca* (ó de *La Iberia*, ó de *El Adalid*,—vaya un nombre de periódico,) pero sobre todo de *La Epoca*, es un oficio parecido, aunque sea mala comparación, al de una limpia botas.

¿Qué hace el limpio á botas? Poner negra la piel á fuerza de betun. Pues eso hace el redactor de fondo de *La Epoca*, poner negro un pedazo de papel á fuerza de tinta. Nadie lee lo que ese pobre redactor dice; ni él mismo, porque se lo sabe de memoria, lo repite y no necesita pensar lo que hace. Sin embargo, el oficio tiene también su autoridad á veces: cuando se hace una plancha, como se dice ahora. Un ejemplo. Años y años estaría escribiendo el infatigable redactor de *La Iberia*, que se hizo famoso, artículos que nadie leía; para él sería el trabajo periodístico parecido al de un cavador. Se volvería todos los días á su casa, á dormir tranquilo, al calor del hogar, sin sospechar que alma viviente se ocupase en examinar su obra, su infecunda tarea. Y un día, de repente, al volver al trabajo ¡zas! se encuentra con que el mundo entero ha despertado riendo á carcajadas por causa de su artículo, de aquel fondo que nadie leía. El *Voltaire* en sí da la vuelta al mundo, y el autor se hace inmortal á su modo.

Pero fuera de rasgos así, los autores de escritos por el estilo trabajan como canteros. No niego la utilidad de su obra, pero lamento la monotonía y tristeza del trabajo.

Por ejemplo, citaba yo antes *El Adalid*, un periódico que me ha caído en gracia por el rótulo.

¡Apenas habrá escrito artículos el señor Balaclart, en otros diarios, diciendo que la República es la forma natural de la democracia, y que á él no le vengán, ó no le vinieran, con pasteles ni ruedas de molino! ¡Pues ved ahora cómo que afan se consagra á sostener la necesidad de la forma tradicional de Gobierno, de la monarquía, perfectamente compatible con la democracia, etcétera, etc. ¡Pues bien, todo esto lo hace el escritor citado impunemente, porque nadie lea antes aquello de: la República, forma natural de la democracia; ni nadie lee esto otro de ahora: la monarquía compatible con la democracia, etcétera, etc.

En cambio se le ocurre al señor Balaclart escribir un drama y el drama no gusta, y sabe el mundo entero á la mañana siguiente que el señor Balaclart es... ¡mi poeta dramático. Pasan meses, escribe otro drama, y aunque no esté en contradicción con el otro, todo lo contrario, es tan malo como el primero, el público se lo silba.

De lo cual se deduce que en los periódicos se dicen muchas cosas que nadie lee, y por eso pasan.

Pero.... como todo tiene sus excepciones, no faltan algunos tipos que son comederos de papel impreso, que leen en la pequería todos los diarios de la mañana, en el café todos los de la tarde y en el teatro y en la cama todos los de la noche. De estos los hay que hasta leen los fondos de *La Epoca* y de *El Adalid*.

Y estos son los tontos de capirote á que me refería y de los que hablaré otro día, pues que ya veo que hoy no tengo tiempo.

LEOPOLDO ALAS.

[Texto reconstruido sobre imagen de un original deteriorado]

PALIOUE

Varios reviseros madrileños, que á fuerza de llamarse críticos unos á otros van creyendo que lo son han recibido con iracundo ceño "La Mascola."

Dicen que la música del primer acto es buena, o que enseguida decae y que ya no vale cosa. En fin no se explican el éxito que esta ópera ha tenido en otras partes.

Y verán Vds. como en Madrid también tiene éxito bueno; verán Vds. como al público le va gustando cada vez mas la música. á pesar de la severa crítica de tantos Aristarcos gaceterillos, que llaman á Ferraris, Valdivias y Cabestany, poetas y autores dramáticos, y no pueden tolerar

Leída en el Gran Teatro del Liceo en la noche del 9 de noviembre, al recibir el autor la comedia que obtuvo Rómulo en la representación de "Sulliván". Refiriéndose al modo que tuvo de interpretar el "Sulliván," contrario al de Rossi y otros actores

Recuerdo que cuando se estrenó "Los sobrinos del capitán Grant" la severa gaceta (severa en el género bufo) dijo que esta zarzuela era un disparate que no duraría en los carteles.

Y en efecto, fué un disparate que dura y dura en los carteles porque hace reír á cualquiera, sin pretensiones de ser obra propiamente literaria.

Lo mismo sucede con "La Mascota," como obra literaria es mala; pero no se trata de eso, es un espectáculo alegre, que divierte, un cuento que en el original no carece de malicia y gracia. ¿Que la traducción está llena de galicismos? ¿Ya lo creo! Pero ¿y las gacetas de Vds? ¿Y las comedias de Pina y otros que pican mas alto? Qué los versos están llenos de rípios; pues no faltaba mas: pero ¿y los versos de todos esos poetas que Vds. dicen que hacen décimas calderonianas?

Vamos, vamos, señores críticos por horas, un poco mas de indulgencia con ese modestísimo género bufo que ni es literario propiamente, ni quiere serlo, pero que hace reír; y un poco mas de severidad con esos dramas y comedias y discursos que Vds. califican de excelentes todos los días.

11

Hay en España una cousumbre deplorable, que nife con nuestra dadalgama más ó menos probada. Por un patriotismo mal entendido (tan mal entendido como el de Cánovas en su célebre discurso del Ateneo), aquí se alaba la nacionalidad por encima de todo lo demás. Yo creo que hay algo que censurar en los extranjeros se aprieta de firme. Ejemplo de esto son las censuras que se escriben contra los pobres cantantes del teatro Real. Por mal que canten esos señores, por malos que sean sus talentos, no se les debe poner tenores (tenores? tipos de zarzuela; y por poco que posean la escena, la poserdrán mas que la mayor parte de nuestros cómicos, que son de la peor del mundo (salvo contadísimas excepciones), y sin embargo, para los indígenas no hay mas que aplaudirlos. En cambio, para los extranjeros, los pobres italianos, suecos, alemanes, franceses, etcétera, que vienen á cantar al Real, ínter, censuras terribles, casi insultos.

Eso está muy mal hecho. Eso no es patriotismo.

También es un ejemplo de esta falta de justicia y consideración el célebre y casi desacreditado andarín italiano Bargossi. Escrito hay que se burla de él, que le predice la ruina y le manda retirarse, y todo esto manifestando alegría por el problemático vencimiento del pobre extranjero.

Y el escritor que esto hace no es un cualquiera-

za, es nada menos que el señor Fernández Brea-
mon, el crítico de miel sobre hojuelas, el mar-
suave de todas las revisteros. Bremon contempla-
da (véase la *Ilustración Española y Americana*),
¿Bargossi vencido por Blicsu, aunque él no le
contaba su victoria, asegura que Bargossi faltó á
lo que decia en persona (lo cual es falso en ab-
soluta forma). ¿Bargossi no se había ido a su
poso y después se purga de su designación y se
alegra de su ruina y le predice el aniquilamiento
de su fama: ¿Oh nobleria española! El crítico que
no se atreve á decirle a un coplero que es mal
poeta, por no darle un disgusto, no vacila en
arrebatar á un pobre andador de estraña tierra
su único capital, el rédito de sus pierns, y esto
haciendo complaciéndose en ello, haciendo gra-
tuitas suposiciones que deshonran al ita-
liano.

Señor Bremón, con toda formalidad, no le envío a usted la delicadeza de ese ataque, el patriotismo de esa saña contra el.... andarán ex tranjero.

Y no se enojarán los lectores de LA ILUSTRACION POPULAR de que yo hable tanto y en serio de este asunto.

No se trata del andarín, como tal andarín, sino de un semejante que tiene los derechos de la hospitalidad.

Pero, siga la broma. Duro en las zarzuelas bufas y en los andarlínes de fuerza, y vivan los génius y geniecillos que cada semana descubre la gacetiilla patrioteria... Esa gacetiilla que inventó el llamas *mónstruo* al que ha leído media docena de libros y *sin embargo* ha sido minino.

PALIOUE.

Los viajeros madrileños, que á fuerza de
críticos unos á otros van oyendo que
no han recibido con franco celo «La Mas-

En la música del primer acto es buena, se enseguida decae y que ya no vale cosa. En el segundo explican el éxito que esta opereta ha tenido en otras partes.

Más Vds. como en Madrid también tiene su no: verán Vds. como al público le va en cada vez mas a música, a pesar de la crítica de tantos Aristarcos gaceteros, como a Ferraris, Veldivias y Cabestany, y a autores dramáticos, y no pueden tolerar nada mas las bufonadas de esta Mascota.

En la noche del 2 de noviembre, al recibir el autor la corona de Roma en la representación de «Sullivan», se le ocurrió al modo que tuvo de interpretar el personaje de Rodolfo, y otros actores.

Recuerdo que cuando se estrenó «Los sobrinos del capitán Granta la severa gacellilla (severa del género bufo) dijo que esta zarzuela era un desastre que no duraría en los carteles».

Y en efecto, fué un disparate que dura y duele en los cartoles porque liaco reir á cualquier cosa sin pretensiones de ser obra proplamente literaria.

Lo mismo sucede con «La Mascota», comedia literaria es mala: pero no se trata de ser un esportador alegre, que divierte, un comediante que en el original no carece de malicia y gracia. ¿Que en la traducción está llena de galicismos? ¡Ya lo creo! Pero ¿y las gacetas de Vds? ¿Y comedias de Plin y otros que plean mas allá? Qué los versos están llenos de ripios; pues faltaba mas: pero ¿y los versos de todos es poetas que Vds. dicen que hacen décimas eslo-

Vamos, vamos, señores críticos por horas, poco mas de indulgencia con ese modestísimo género bufo que ni es literario propiamente, ni quiero serlo, pero que hace reír; y un poco mas de severidad con esos dramas y comedias y demás cursos que Vds. califican de excelentes todos los días.

1

Hay en España una costumbre deplorable, que riñe con nuestra hidalgas más ó menos prichas, y que es el de no dar el consentimiento para el matrimonio de los hijos, sino en el sacramento del Ateísmo, aquí se alaba la nobleza en su mediana, y en cambio cuando se cree que no hay algo que enmarcar en los extranjeros se aprisa de firme. El ejemplo de esto son las ensuñares que se hacen con los extranjeros, y que se hacen en Real. Por eso que canten esos señores, por que veces llegarán a hacer: tal mui como nueros tueros y tipos de zarzuelo; y por eso que posean la escena, la poseerán más que la mayoria de las personas que se encuentran en el mundo (salvo centodifuma excepcional), sin embargo, y por los indigenas no hay mas que amor, y benevolencia y eufemismos, y oos pobres italianos, sucos, alemanes, franceses, estodora, que vienen a cantar al Real, tras de

Eso está muy mal hecho. Eso no es patriotismo, tiene otro nombre.

También es un ejemplo de esta falta de justicia y consideración el célebre y casi desacreditado andarín italiano Bargoni.

Escrito han nua en la ciudad, que se prede la ruina y se manda retirarse, y todo esto manifestando alegría por el problemático venenicio del pobre extranjero.

Y el escritor que esto hace no es un cualquiera, es nada menos que el señor Fernández Brea, mome, el crítico de miel sobre hojuelas, el mismo suave de todos los revisteros, Bremon crónico (véase la *Ilustración Española y Americana*), el que se ha convertido en el más leído de la prensa, consta en su victoria, asegura que Bargañal, el que lo decala el programa (lo cual es falso en su acierto), insulta al italiano suponiéndolo tramposo y después se burla de su decrepitud y alegría de un ridículo y lo predice el aniquilamiento de su raza, la pobreza española, que él mismo se atreve a decirle a un coplero que es un poeta, por no darle un diagnóstico, no vacile en arrebatarse a un pobre andarín de extraña tierra su único capital, el rédito de sus plenas, y es que el más complicado de los actos, haciendo gratuita suposición, que deshonran al italiano.

Señor Bremon, con toda formalidad, no le e
vidio á usted la delicadeza de ese ataque, el p
triotismo de esa agda contra el.... andarín e
trajero.

Y no se enojarán los lectores de LA ILUSTRACION POPULAR de que yo hable tanto y en adá de este asunto.

No se trata del andarín, como tal andarín sino de un semejante que tiene los derechos la hospitalidad.

Peró, siga la broma. Duro en las zarzuelas y en los andarines de fuerza, y vivan los géminos y geniecillos que cada semana desmoran la gacotilla patriótica... Esa gacotilla que le ventó el llamar *mónstruo* al que ha leído más de cien de libros y sin embargo ha sido un idiota.

LEOPOLDO ALAS.

PALIQUE

por D. Leopoldo Alas.

(ESCRITO PARA EL ECO DEL GUADALUPE.)

Los periódicos de Madrid publican en cuanto se encuentran con fuerzas para ello, una cosa que suelen llamar hoja literaria ó Lunes, Martes, Miércoles, etc. del tal, (nombre del periódico.) Esto considerando en abstracto no está mal. Como creo eso considerando en concreto. Lo que quiere el amo del periódico (con ligeras ni pesadas excepciones) es gastar poco dinero. Esto es su ideal artístico.

Basta con semejante intervencion de la ley económica del interés personal como dicen algunos, para que las musas se escapen de la hoja literaria como baudada de gorriones que oye un tiro cerca.

El amo ya no divide á los escritores en buenos ni malos, sino en caros y baratos. En las hojas literarias hay artículos que puedo llamar de rúbrica y también de cajón, y ahora añado de

sastre. Esos artículos los llenan algunos redactores del periódico que cada semana están obligados á dar una vez graciosos, epigramáticos, filosóficos, y á escribir en estilo cortado sentencias profundísimas con motivo de sucesos de actualidad. Este es uno de los redactores de la hoja obligada; es el revisero. Hay otro también, el corresponsal, de París que suele ser vecino de Madrid y vivir en la calle del Molino de Viento. Este corresponsal; esté aquí ó allá en París, el de verdad, escribe siempre en francés y esté en París ó en Madrid traduce sus cartas del Fígaro, Gil Blas, Voltaire Temps, etc, segun sus aficiones, ó de todos á un tiempo.

Los chistes que la máscara de hierro habrá suministrado á estos galináuticos escritores no tienen cuento.

A veces parecen que son los mismitos corresponsales los que hacen aquel *esprit* de sus cartas, pero no señor, ellos no saben lo que es eso, se conoce en el mar chamo galicismo que es una especie de certificado de origen á propósito, ¿por qué no habian de pagar en la Aduana un diueral los tales artículos de los corresponsales? Buen marchamo le hubiese yo echado, á ser Vista al que introdujo fraudulentamente este gazapo de triste historia recandalosa.

Pero dejemos al corresponsal Parisien de la calle de las Veneras y vengamos al revisero de la semana.

Este piensa que está de Dios que ha de ser gracioso y tener un estilo chispante, como dicen los que hablan de chispas sin saber lo que son. Desdicha los asuntos que no le dan materia para una antítesis ni para un mal retruécano. Ha habido un terremoto en Filipinas. ¿Buena y que? al revisero no se le

ocurre nada sobre los terremotos. El perro Pato, el globo de Mayet, Burgossi etc., aquí do las consideraciones filosóficas de medio renglón, aquí de las comparaciones, aquí de las salidas de tono «geniales»... cansando al lector el tormento de ver al revisero, buscando el chiste; la frase intencionada.

Entre todas las cosas que suceden en el Universo, contando con las estrellas, en otros días, y ya son acontecimientos, el misero revisero pasando revista á todos, escoge dos ó tres temas los que han dado chispas.

¡Desgraciado! ¿No es esto peor trabajo que el de buscar pepitas de oro en un tío exhausto del precioso metal? Por supuesto que el chiste traído por los caballos suele ser de tal naturaleza que antes que lo diga el revisero ya se le ha ocurrido al lector. Estos rípios en prosa en que los sucesos del mundo son el rípiio, y el chiste el consonante que lo pide son mas ridículos que los ordinarios de nuestros liricos y dramáticos.

Pero hay honrosas excepciones. El Sr. Bremon no hace así sus revistas de semana.

La crónica de Bremon ya se sabe empieza siempre así, con tristeza. En el extranjero, casi siempre tropieza el discreto redactor con la pícara cuestión del Oriente, que Jerónimo Patnot no entendia ni Bremon tampoco. Acto continuo, Bremon da un palo si puede á los liberales, con motivo de cualquier cosa hecha pullos á los críticos, trazo do algun invento del cual solo sabe que le convidarán á comer para verle funcionar y concluye contando dos ó tres cuentos que ha oído á un señor amigo suyo. Bremon es el único revisero que se calienta los cascos para hacer las revistas.

Digamos ya los escritores temporeros de la hoja literaria; se llaman casi siempre Fernandez, Gomez, Perez y Perez y Fernandisfor.

Pero los hay de muchas clases dignas de especial estudio en el arte.

CLARIN.

Palique

Leyendo estos días los periódicos de Madrid, se le ocurre á cualquiera esta duda:

¿Quita hará de ilustrado auditorio en todas esas conferencias, que los vecinos de la corte dan todas las noches á quien les quiera oír?

Porque como todos conferencias, como todos se han metido á predicadores, no queda ya quien haga de oyente.

Todos nos hemos puesto á enseñar. Lo que falta ahora, es quien quiera aprender.

Hasta los oficiales de no sé qué oficina tienen su círculo correspondiente, donde se reúnen para conforaciarse de lo lindo. Cualquiera diría que, dónde mejor que en la oficina podrían reunirse los empleados; pero no, señor, eso no tendría gracia. Los expedientes, en paz descanzan; y vamos á conferenciar.

Conferencian los estudiantes de esta facultad, y los de la otra, y aún los que no tienen facultad que valga; conferencian los veterinarios, los peluqueros, los párrulos y las señoritas, y hasta las amas de lo que de pocos meses.

A fuerza de convertirlo todo en tribuna, resulta que cada cual predica en desierto.

Muchos creen que tanta y tanta conferencia, indica que adelanta mucho la cultura.

Podrá ser.

Por lo pronto lo que prueba es que todos hablan y nadie se entiende.

Esto de las conferencias á todas horas y en todas partes, obedeces á la pícara vanidad que con la facilidad de los aplausos está haciendo cada día más víctimas.

Morad á los periódicos benévolos y de recamo, que van siendo casi todos, la notoriedad es ya un artículo de primera necesidad; cada cual se cree humillado, indigno del nombre que lleva, si éste no se publica en letras de molde de cuando en cuando.

El bello ideal de muchos españoles es llegar á ser tan sonados como D. Moisés Fernandez y Gonzalez, el español cuyo nombre y cuyos apellidos más veces han salido en letras de molde, según datos estadísticos que tengo en casa y puedo enseñar á cualquiera.

El Sr. Fernandez y Gonzalez es el modelo del español actual, es el hombre que ha sido más veces secretario y de la comisión, en todo el mundo. El señor Fernandez es el prototipo del que hace siempre lo que podría hacer cualquiera lo mismo que él.

Hay otros varios jóvenes que tratan de imitarle, y lo van consiguiendo. Así como no hubo escándalo ni daño donde no estuviera Don Juan Tenorio, no hay junta, rifa, sociedad, tremoto, inundación en que no intervenga Fernandez y Gonzalez (D. Moisés). Las letras de su nombre ya se juntan solas para componerse en la imprenta de *La Correspondencia*; en el licor del Polo de Olivo de los nombres públicos y notorios.

Y todo esto lo digo sin la menor intención de ofenderle. Es muy posible que con tantas idas y venidas, más de una vez, haya servido positivamente á la patria. Pero no lo he citado por molestarle, sino como modelo del español que se exhibe.

El que haya tantos ciudadanos que quieran que se espere ellos, sin por qué ni por qué, es culpa de los demás, que en efecto se prestan á contemplar á la nulidad en letras de molde.

Bien pueden creer Sanchez, Gomez, Perez, Suarez, Gutierrez y Alvarez que ellos merecen su crédito de pública expectación, al ver que nos pasamos todos los españoles somnas y somnas cavilando qué pensará, qué no pensará Navarro y Rodrigo, que es muy posible que no piense nada.

Yo no quiero decir que el Sr. Navarro y Rodrigo no tenga ninguna importancia; hará lo que el río, cuando tanto suena agua llevará; pero por mucha importancia que tenga Navarro, no está bien que se hable tanto de él en un país en que casi nadie se acuerda del Santo Nombre de Dios. Y no cabe duda que Dios es mucho más importante que el autor de *O'Donnell y su tiempo*.

No cabe duda, señores, no cabe duda, dejándose ya de alusiones; lo vulgar invade la celebridad; cualquiera que leyera nuestros periódicos, sin más antecedentes, creería que nuestras postas son esos que leen en las veladas de tal ó cual círculo, nuestros oradores los que dan conferencias todos los días, nuestros literatos los que escriben esos libros que nadie lee y que tanto se anuncian. Yo que por oficio tengo que pasar revista á lo que se llama aquí movimiento de la cultura literaria, que consiste en discursos, comedias, libros, etc., estoy malo de ver lo que veo, tengo una indigestión de Marínex poeta Gómez novelista, Pérez orador y Sanchez dancante.

Treguas, treguas á la notoriedad. Adviertan ustedes que mucho más merecerían la fama que ustedes piden, los innumerables mártires de Zaragoza, y sin embargo, nadie sabe cómo se llamaban la mayor parte.

Y volviendo á los señores conferenciantes, ¿no podría el Sr. Camacho enseñarles encima el subditado industrial?

Qué menos que cinco duros podría costarle á cualquier ciudadano el placer de ver en los diarios esta noticia?

Movimiento científico.—Reuniones públicas.—Círculo de los yernos.—ayer dió su anunciada conferencia sobre la influencia de la mujer en las sociedades, el Sr. D. Juan García. El orador fué muy aplaudido.

CLARIN.

PALAQUE.

Cojo la *Gaceta de Madrid* del 16 de noviembre, según mi costumbre cada vez que hay un estreno en los teatros de la corte y yo no estoy presente. ¿Saben ustedes por qué? Por que francamente, ha venido la crítica a tal estado, que el mejor crítico, el de más crédito, que es para mí el señor anónimo, que en la última parte de la *Gaceta*, *Sección no oficial* suele hablar de estas materias con la competencia que le dá el sitio en

que escribe. En efecto, en esta parte de la *Gaceta* he leído en otro tiempo luminosas disertaciones con motivo de *Pepe-Hillo*, *El barón de la castaña*, y si á mano viene *La Mariposa*, del señor Cano.

Podrá haber quien critique esta mezcla de los poderes, ó sea especie de interpretación auténtica del arte, y estime que la *Gaceta* no es quien para juzgar sainetes y óperas bufas; pero sea de esto lo que quiera, al crítico oficial me atengo. Iba yo, pues, á buscar la revista de teatros de la *Gaceta* para saber á que atenerme respecto de las últimas obras estrenadas, porque lo que decía *El Imparcial*, v. gr., no me satisfacía. Según *El Imparcial*, las obras de Blasco — *El secreto* por ejemplo — no tienen miga, no tienen ningún fondo, como se dice, pero (según *El Imparcial* también) muchos eso ibiendo con intención y profundidad y pensamiento aburren al público nuestro Blasco, sin nada de eso divierte. De donde resulta, que *El Imparcial*, por salvar á mi buen amigo Blasco, viene á llamar idiota al público, que se aburre cuando le ofrecen un pensamiento, algo profundo, intencionado, etc.—Dejo *El Imparcial* y voy, como decía, á la *Gaceta*, donde hay firmas mucho mas acreditadas.

Busco la crítica de teatros y no parece en el lugar de costumbre. Repasemos todo el periódico hasta dar con ella:

«El Mayordomo Mayor...» A ver lo que dice este mayordomo tan grande. Pues le dice á Sagasta que la reina y la infanta han pasado bien la noche y continúan sin novedad particular.

No era eso lo que yo buscaba. Si yo fuese de esta parroquia, algo me alarmaría eso de la novedad particular, que parece dar á entender que hay otra clase de novedades. Puro por mí que duerman como quieran. Y Sagasta, señor Mayordomo Mayor ¿qué tal ha pasado la noche? La novedad de los dinásticos-republicanos no le ha hecho mella?

Pero continuo leyendo hasta llegar á un suen-to puramente literario.

Ministerio de Fomento.— El señor Albarada manda adquirir, con destino á las Bibliotecas públicas 150 ejemplares de *Las lecciones de oratoria* pronunciadas en el Ateneo por Don Fernando Corradí (la de Dios! ¿si querrá el ministro hacer de España un pueblo de oradores á lo Corradí? ¿Quién mata al ministro á recomendar libros do Corradí? ¿Quién? Pues ni mas ni menos que la Academia Española por conducto de su secretario el muy ilustre don Manuel Tamayo y Baus. El conforme que suscribe Tamayo estaría muy bien en un periódico satírico, el *Padre Cobos*, *La Gorda*, etc., porque es una broma graciosísima Tamayo recomendando la oratoria de Corradí! Es como si Apolo se enamorase de los versos del poeta que decía

el día diez y siete del corriente
á cosa de las nueve ó nueve y cuarto...
se reunieron en la sala todos
los señores que estaban convidados.

Solo en calidad de finísima ironía puede pasar el elogio que Tamayo hace del libro *Corradí*. Pero la bromita es pesada porque le cuesta el dinero al Estado. Dice Tamayo que el libro se escribió hace unos 40 años; y no recomiendo la oratoria progresista del año 40!—Dos generaciones, añade el ilustre académico, han aprendido en este libro las reglas del buen gusto. Sobre que esto no es verdad, vaya una prueba que sería el resultado de lo aprendido en Corradí; estas dos generaciones se han distinguido por hablar mucho, pero mal. Sería de ver que Tamayo demostrase que los pocos oradores buenos que tenemos, Castelar, Moreno Nieto, Moret, Martos, Silvela, Alcázar, etc., han aprendido á hablar bien por las lecciones de Corradí.

Y dice también el secretario de la Academia que todo el libro está inspirado por un espontáneo sentimiento católico de la más pura ortodoxia.

¡Ya pareció aquello! Pero que tiene que ver la elocuencia con la ortodoxia, ni porque eso ha de ser motivo para que la Academia de la Lengua recomiende el libro. ¿No se puede ser maestro de elocuencia bueno sin ser católico? ¡Abajo Quintiliano, según eso, abajo Horacio, abajo Séneca, arriba Corradí!

¿Y la Academia que tiene que ver con la ortodoxia ó no ortodoxia de los libros?

¿Es ella una sucursal de la Congregación del Índice?

Pues empieza por condenarse á sí misma, que tiene en su seno á Castelar, á Echegaray, á Valera, á Nuñez de Arce, á Camps, á Canalejas y otros autores en cuyos libros no respaldaría la más pura y espontánea ortodoxia.

No confundamos la ortografía con la ortodoxia.

La nueva edición de *Las lecciones de oratoria* está, según Tamayo, limpia de inexactitudes, pero está limpia de Corradí! Pues mientras que algo de él en su libro patra la oratoria corradíesca!

Otra mejora de la segunda edición.
Contiene un estudio del sistema social y político de Licurgo.

¿Pero que tiene que ver eso con la oratoria, ni que tiene que ver Licurgo con Corradí.

Para oradores de la materia de Don Fernando todas las reglas de la elocuencia hablada deben reducirse á estas:

No hay mejor palabra que la que está por decir.

Al huen callar llaman Sancho.
Quien mucho habla mucho yerra.
En boca cerada no entran moscas.
Y sonsoniche!

CLARIN.

Palique teatral

Las reformas llevadas a cabo, como diría *La Correspondencia*, en el teatro Español, fueron muy paramente exteriores. Al entrar en el antiguo corral, que ahora parece una hermosa caja de bombones de la fábrica de Matías López, pensaba yo: ¡luego así se habrá transformado aquí todo! ¿Si ya no habrá aquí una décima calderoniana para un remedio?

¿Si se habrá huido en el polvo de la nada el que viste loriga junto con el noble caballero? ¿Si habrán ya estos apreciables actores en el tono comedido que tan bien parece entre personas cultas?

No tardé en convencerme de que lo único que había cambiado era el color de los palcos y de las butacas. No cabe negar que el teatro parece bien, aunque como se ha abusado del guayaquil. No es que a mí no me guste el chocolate, pero me gusta claro. En fin, se levantó el telón, que era lo principal, y vi la decoración de *El verjerto*, sobre poco más o menos, con la misma chimenea feudal (que dijo un revisor), tiron arriba ó abajo.

Como cosa de cuatro pajes y criados (malamente llamados escuderos por inveterada corrupción del lenguaje), se ocupaban en limpiar con sencillos paños no sé qué preseas metálicas, y de paso entretenían sus ócios hablando de los trapillos de los amos de la casa. Confieso que estas exposiciones clásicas, que consisten en que las partes de por medio expliquen el argumento de las comedias ó tragedias, nunca me ha parecido bien; me dá el sueño inmediatamente (verdad es que aquella noche yo estaba aterrorizado en punto á dormir), el caso es que no me entero de nada; ellos hablan y más hablan en verso; yo quiero entenderlos, pero imposible. Afortunadamente yo tenía á mi lado quien no estaba tan cansado como yo de nuestros castillos y chimeneas feudales, y atendía y se iba enterando del argumento. De esta suerte supe que á Jimenez, el apreciable barba caudatos del Español, se le había fugado su señora castellana, como suele suceder casi siempre. El buen Jimenez es casi siempre el marido que no las tiene todas consigo. Pero nada, él no se acostumbra, siempre está como la primera vez, en lo cual no se parece á sus similares del mundo real que poco á poco suelen acostumbrarse á los apéndices capitales por la ley de la adaptación. Digo que Jimenez estaba que bramaba, pero bramaba así como suena, sin más que asegurar que su hijo, de no ser sietomesino, no debía ser suyo.

140 El Progreso (Madrid), n. 572, 28 noviembre, 1882

La Sra. Contreras, enamoradísima de Rafael Calvo, que para eso está contratada; el cruel Calvo, ó cugo Calvo, que diría Breunon, salta por la ventana y suplica á decir versos á la antigua española, muy bien dichos y muy bien ritados. Y á propósito de versos; el autor de *Lasos eternos* tiene este mérito indispensible, escribe muy bien verso, con más soltura, naturalidad y corrección y hasta elegancia, que otros muchos que puean por mejores poetas que él. El Sr. D. Luis Calvo, que es de quien hablo, ha leído mucho y estudiado el teatro de nuestros magníficos poetas del siglo XVII, y al imitarlo, casi siempre lo hace con la prudencia y discreción necesarias para huir de la imitación servil y del ridículo arcaísmo que muchos creen que es el *desideratum* de la esbidería en punto á lenguaje. No pienso yo, ni con mucho, que el lenguaje de Lope, Moreto y Calderón sea el propio del teatro de ahora; estoy muy lejos de tal idea, pero sí creo que es preferible, porque al fin es poético, noble, castizo, apasionado, fácil, primoroso, al que suelen empujar los autores contemporáneos que escriben en volterillas sus trabajados conceptos, poco espontáneos. Ya que se trata de personas puramente fantásticas, que no saben más que hablar de amor y de honor, bueno es que se les haga expresarse en ese lenguaje heroico, claro y expresivo, que si es artificial, es de un género de artificialidad que está en armonía con la ficción de la trama y de los caracteres.

Peru no basta, Sr. D. Luis Calvo, poseer esas buenas cualidades, que le reconoczo, para ser autor dramático. En *Lasos eternos* no hay interés aniano; aquellos personajes no son nadie, nada hay allí que se parezca á un carácter; por eso la resolución del conmorado galán, que se tira por la ventana, abrazado á su novia, lo deja al público frío, y vamos caer á Sr. Calvo (D. Rafael), como si fuese un farlo de quintillas. Voluntariamente se piensa que va á morir en el acto, y no tiene gran altura; el autor no se hace que nos ilusione hasta el punto de creer que allí dentro hay un abismo.—Sr. Calvo (el poeta), con de tirarse la gente por las ventanas, se deja para Sigismundo; con lo no es Sigismundo el que arroja ó se arroja, no es más que una modista que se tira de una guardilla, ó un cuanta que toma igual determinación para matar el hambre.

El final del segundo acto está muy bien pensado, es una situación de verdadero interés, y lo que dico y hace el hijo de la infiel condesa (ó marquesa), está muy puesto en razón. Así obran los hombres, aunque otros suelen ser los procedimientos de los muñecos de cartón del teatro. Sin embargo, aquel hijo piensa demasiado poco en que su madre es una esposa adúltera; bueno que la defienda y perdone, pero debía tenerle algo movido aquella deshonra. A lo mismo en el teatro yo siempre he visto, en casos parecidos, á Rafael Calvo, ongar el cielo con las manos.

En resumen, *Lasos eternos*, es un drama de un género completamente desacreditado, un drama sin interés, que no tiene en su abono más que una escena natural, fuerte y de interés, y un lenguaje relativamente digno de elogio. No es el Sr. Calvo (don Luis) un coplero cualquiera, aunque no sea todo un autor dramático.

CLARIN.

Palique teatral.

Ha visto en Lara a Zúñiga representar un papel discretamente escrito por mi querido amigo Vival Aza *Los Codornices*, es una comedia en un acto que revela su autor un verdadero progreso.

No hay novedad en lo que se llama el estado de la comedia; se trata de un *quid pro quo* de los críticos; en otra parte está el mérito positivo de *Los Codornices*: en la naturalidad del movimiento escé-

nico, en la sencillez y verdad dramática del lenguaje y en el personaje cómico que las bien ha interpretado Zúñiga. Pocas veces enseñan nuestros autores de comedias lo cómico como representación viva y natural del carácter; así nunca se produce de observación; así como los trágicos que escriben se llaman dramas, falsifican el elemento patético de la vida, los cómicos suelen idealizar con caricaturas cotizadas por patron, las flaquezas ridículas de la humanidad doliente.

Sin decir que el tipo que ha figurado Aza sea todo un estudio de carácter, producto de prolífica y exacta observación, bien se puede afirmar que aquel empleado que vive de sus ilusiones y de su economía y aseo, no es una figura de las manoseadas, ni falsa idealidad cómica; dice y hace lo que vemos en la vida realizado por los hombres de esa traza. Por ese camino debe seguir Aza y deben seguir todos los autores de comedias, si quieren que el teatro de las miserias alegres, que dijo Moratin, sea en España algo más que colección de almanaque representados. *Los Codornices*, como obra de estado, es de las vulgares; no merece los honores de la crítica; como asunto de un carácter, de una figura real y cómica de verdad, según lo ridículo aparece en el mundo, es un anuncio feliz de nueva época en su autor, que al sentir en sí los progresos de su habilidad artística, debe aprovecharlos para llegar a la comedia realista, de carácter y observación, única digna del gusto moderno. Merece también más plácemes Zúñiga, que en este papel prueba una vez más, que es capaz de hacer algo más artístico que las muecas ridículas a que ordinariamente le obliga el gusto extragado del público por hora. Trabaja Zúñiga en *Los Codornices*, como debieran trabajar todos nuestros actores, previo un concepto del carácter que representa, y con la observación por norma: sólo así, se pueda copiar tan perfectamente, hasta en los gestos y pormenores menos notables, lo que en el mundo se ve en cosas análogas.

En el Español se representaba días atrás, después del drama del Sr. Calvo, una comedia en un acto titulada *Firmas, Caracoll* ¿Quién recoge semejantes absurdos, tan nefastas necedades, quichasas tan insulsas y sin sentido en el teatro que debiera ser clásico? Da tristeza ver a Mariano Fernández de Caceres tantos desatinos sin pizca de gracia. Debiera el empresario, ó quien maneja, ser un poco más severo al admitir esos divertidos fines de fiesta, que no divierten a nadie.

Precisamente en el Español es donde más se necesita un poco de alegría al final, para olvidar aquel valle de lágrimas en que se le consistió el drama anterior, en el cual lloran cuando ó cinco Calvos, llora la Contreras y ruja el *onomatopéyico* Jimenez. Y precisamente en el Español es donde se representan casi siempre los peores sainetes.

En Apolo he visto a Vico *La jura en Santa Gadea*. Decididamente es Vico un buen actor: cuando digo que venció á quince en Zamora parece que lo está uno viendo. Es un Cid muy verosímil. Lástima que en ocasiones se distraiga y trabaje unos días con más entusiasmo que otros. Yo creo que el público que paga siempre lo mismo, y sobre lo ahora que no hay revandadura, tiene derecho siempre á igual oído y atención al papel, por parte de los actores.

La señorita Mendoza es la actriz simpática, de figura poética, de siempre, pero es lástima también que sea tan sistemática en sus defectos. Se lo he dicho mil veces, que no está bien eso de cantar y hacer de cada vocal siete, y ella no hace caso. Y después, ¿qué viene aquello de precipitar á veces la pronunciación y recitar dos versos en el tiempo que suele emplear para decir uno? Con eso solo consigo que no se entienda lo que dice, y equivocarse como la otra noche, que hizo á *piés* femenino. Ya que es, sin ningún género de duda, la única *dama* que tenemos, ¿por qué no se pone á la altura de sus mil on, estudiando un poco más sus facultades y sus defectos? No creo que sea orgulloso desdeñe ese descuido que noto en la señora Mendoza; será olvido, para ó tal vez falta de espacio en que verán. En efecto, la crítica debiera ser el espejo de actores y autores, y por desgracia aquí no es más que incienso. A la señorita Mendoza le han dicho en verso que era poco menos que Dios, ya lo recuerdo, y la verdad es que no pasa de ser una actriz muy apreciable, que tiene inspiración á veces, dotes naturales, pero poco estudio y poco afán por pintar la naturaleza.

Hoy no me queda espacio para hablar de *Las mejores armas*, de Segovia Ricaberti. Será otro día. Sólo anticipo que, en punto á comedias, *Las mejores armas* para el autor deben ser las de Goldan. «Nadie las mueva.»

CLARIS.

PALIQUE

por D. Leopoldo Alas

Hace pocas semanas asegura un acreditado revisiero que el teatro español no decae: yo no se si decae, lo que se es que no ganan los autores para silbas: y cuando no se silba no es porque falta motivo. Unos autores obtienen el indulto y otros no, pero todos son reos de lesa talla. Sucede aquí que cualquier muchacho que no tiene que hacer, hace comedias en vez de espantar las musas con el rabo como el diablo cuando no tiene que hacer.

Nadie consulta la vocacion, nadie mide sus fuerzas; la cuenta que se echan es esta; el teatro es una ruina, luego yo soy autor dramático. No es el afán de gloria lo que decide á los mas, es el afán de vivir sin trabajar. Se hace una comedia como se compra un décimo de la loteria nacional. Nadie entiende aquello de *summe unieriam restam*, se escribe por si pega. No faltan precedentes de comedias que sin saber porqué han tenido buen resultado y esto anima á los malos escritores.

Así como hay muchos que se crean con derecho para llegar á ministros porque otros mas brutos han llegado, así hay muchos que escriben comedias porque otros mas malos han salido á las tablas á recoger el lauro que dejó Samaniego.

Si frecuentais la sociedad de los literatos de esta ciudad vereis que existe entre ellos un espíritu de cuerpo algo del compadecimiento de los cuarteles, se miran

como aventureros de las mismas aventuras. Cuando á uno le dicen estronan una obra, todos encuentran natural que esté temblando y lo animen con apretones de mano como si se tratara de un golpe de fortuna. Lo primero se duda del éxito del drama de un autor eminente que deja de ser un aparato de cualquier intruso, parece que fel escribir comedias es cosa de poco valor á cualquiera se le admite en el gremio.

Al poeta dignamente aplaudido le tratan los primerizos y los «nonnatos» como compañero; se diría que el triunfo del verdadero ingenio era cosa de suceso. Se atribuye todo á la casualidad exagerando enormemente los elementos secundarios en los asuntos teatrales. De esta manera si el público los aplaude un drama no se les ocurre ni á ellos ni á sus amigos buscar la causa natural. Pero calumnia que algo queda, es decir, escribe dramas aunque sean malisimos que algo queda, queda su nombre de autor dramático. Al principio todos se acuerdan de eso autor malo, pero despues se olvida el adjetivo y pasan á la categoria de autor á secas. Si hay reuniones el autor dramático allí y poco á poco van entrando en la galeria de autores distinguidos. A veces vereis que nombres entre los de Tamayo, Echegaray y Selles en listas que terminan con su apellido ó con el de Valdivia. Muchos políticos suelen hacer lo mismo. Se presentan candidatos á la diputacion á Cortes por cualquier parte. La primera vez tienen cinco ó seis votos pero llega á la segunda eleccion y aquel quidam se presenta ya como candidato natural y hasta viene al Congreso.

Autores dramáticos de esto tenor conocen los señores que van en el café

tengo que saludarlos muy fino, y si hablar de los poetas del teatro, de Selles tengo que decir, ustedes son autores dramáticos.

¡Ira de Dios! y se darán por ofendidos si les niego la calificacion de tales, y serán capaces de desafiarme, si son capaces. ¿Qué es lo que ellos tienen de autores de comedia? La voluntad y el entendimiento. El mismo revisiero á que aludo es uno de tantos.

Clarín.

PALIQUE.

¿Quién será un señor Gijes ó Jigas ó Iljes ó Jiges que le escribe cartas á *La Correspondencia* desde París?

Días atrás le echaba á Zola la culpa del éxito mediano que tuvo en París la representación de *Le roy s'amuse*, ni mas ni menos que los críticos de por acá culpan á Echegaray cada vez que se representa un mal drama romántico.

Lo gracioso es, que ese mismo corresponsal que se escandaliza del naturalismo se entusiasma ante el gracioso y completo desnudo de las actrices de no sé qué teatro.

Hay muchos idealistas así; no les gusta Napoleón en letras de molde, la quieren de carne y hueso.

Según *La Correspondencia* el señor Lorenzana está dispuesto á votar en el Senado con el gobierno, siempre que la salud se lo permita.

La salud del gobierno?
Sistema fusionista-disidente puro.

Un periódico dá cuenta del diálogo quem antenaron, tratando ella sueto de la izquierda, los señores Moret y Nieto en la madrugada del día que se dió el baile del Conservatorio.

Política trasnochada.

Entre luz y luz.

La seriedad de la política de los siniestros queda bien con la seriedad de un pasillo, en un baile á la madrugada.

Al que madruga Dios le ayuda.

Pero yo creo que mas madrugó Sagasta.

La Correspondencia habla de un lamentable suceso ocurrido en un cementerio y se pone tan agubre como su argumento regular.

Dice que á un caballero, que va al campo santo á visitar los restos de su esposa, entregado á sus fúnebres recuerdos y á sus oraciones en aquella hora del crepúsculo vespertino, le sorprendió la noche.....

Eso es muy natural, si hubiera sido el crepúsculo matutino le hubiera sorprendido la mañana.

Que cosas estraña *La Correspondencia*.

En los teatros de Madrid continúan los estrenos que no ofrecen mas novedad respecto de los otros años que el ser mas baratos. Se ha sumido la reventa con una energía y eficacia que fueran de desear para otras medidas de justicia y utilidad menos discutible. Por ejemplo, yo quisiera ver suprimida así la lotería nacional.

En cuanto á los estrenos ha habido de todo, malos y malísimos.

Las mejores armas del señor Segovia Romerti, son... tres actos de adormideras y en verso. Se habla allí de

las alfombras de mi hogar además de muchos otros absurdos por el estilo tiene el mérito de no resolver ningún problema, como dice *La Correspondencia*.

En efecto, habla este periódico celestina de una comedia de un distinguido autor dramático que no se ha propuesto con la obra que se vá á estrenar, más que entretener al público y hacerle reir, pero de ninguna manera «conmover el corazón con la solución de problemas sociales».

Es mucha *Correspondencia*: nadie dice las cosas como ella. Tan mal como ella, se entiende. Cualquiera diría que los problemas sociales se resuelven á corazonadas. Y que se resuelven en el teatro.

Esté tranquilo el autor, que se cura en salud; nuestro corazón saldrá ileso de la representación de su comedia. ¡Ojalá la comedia no sufra más quebrantos!

Por último anoche he presenciado el estreno de «Fuera caretas», comedia en tres actos y en verso de Mariano Larra, nieto de Figaro é hijo de su padre, ó sea el autor de Chorizos y polapos y otros embutidos dramáticos.

El nieto vale mucho menos que el abuelo como tal. Habrán supuesto desde luego, pero si estudia el teatro, y cultiva algunas buenas cualidades de estilo que posee, llegará á escribir comedias mejores que las de su papá, que no es mucho decir por cierto.

Hay en «Fuera caretas» dos escenas en el segundo acto escritas con naturalidad, elegancia y sencillez. Pero, lo que es comedia no la hay. Muchos achacan esto á la inexperiencia.

Y digo: todos los autores que comienzan escribiendo y echando á la escena comedias que no son, debieron seguir el mandato de aquella autoridad de Barcelona que cita el abuelo del señor Larra: debieron empezar por el segundo acto, ó sea la segunda comedia.

CLARIN.

PALIQUE.

El cerebro de Gambetta está depositado en el museo del doctor Broca.

Y cuentan que al saberlo don Zolito Perez exclamó:—¿Cómo? ¿Con qué los cerebros célebres se mandan á ese museo? Pues dentro de un caos los voy á enviar al mió.

Así como así, para lo que me sirve...

El Gobernador de la Coruña ha mandado que se cierre el Liceo de artesanos del Ferrol.

El de los artesanos, entiéndase bien.

Si en vez de ser artesanos fueran señoritos y tuvieran una ruleta bien montada, acaso no se metería con ellos el gobernador.

Como sucede en varios casinos del reino.

Desgraciadamente ya no hay clases.

Pero en rigor los artesanos no pueden quejarse; los gobernadores vigilan, se desviven por la moral del pueblo y á los señores les dejan perdoras...

La audiencia de lo criminal de Tremp antes de inaugurarse fué bendecida solemnemente por el cura-párroco.

Ahora ya cuando aquellos señores dar garrote... en gracia de Dios.

La Correspondencia llama al representante del Brasil en Madrid distinguido diplomático.

Pues bueno estaría que fuese diplomático y pareciera un cochero, ¡qué menos puede tener un plenipotenciario que un poco de distinción?

Mañana habrá en el Palacio capilla pública.

Hasta las capillas se van dando á la mala vida.

Ha reaparecido el periódico *la Highelife*.

Me alegro. Aun hay puristas, Veremundo.

El señor Verdugo va á Matanzas á cobrar la contribución.

Este suelto parece una tragedia ¡Verdugo! ¡Matanzas! ¡contribución!

El señor Leon y Castillo (ó sea, las armas de España) ha mandado al general Primo de Rivera, según el texto del telegrama que le dirigió, el sagrado de su honra.

Se trataba del desestanco del tabaco filipino. El general Primo le ha devuelto, según el texto también, intacto el sagrado del susodicho honor.

No sé si se lo ha mandado en un cajón de cigarreros.

Pero de todas suertes, ¡qué falta le hizo ese viaje de ida y vuelta al Archipiélago al honor del ministro de Ultramar?

¿Es que quiere tener el honor *in partibus*?

El poder moderador de las islas Sandwich, su magestad Kalakaua I, ha enviado tarjetas de invitación para cierta ceremonia de su corte á los personajitos europeos amigos.

Las tarjetas dicen, según *La Correspondencia*, que ahora se ha dado á poliglota, para ser ministerial en todas las lenguas del mundo de todos los ministerios del mundo, digo que dicen las tarjetas: «Na mauku in Kaeli i kapono». *La Correspondencia* asegura que esto significa: «Yo soy el señor, el tirano».

De modo que ¿cómo ha estado siendo kapono seis años seguidos.

¿Pero está segura *La Correspondencia* de que es *tabou* ó será *taboi*? Arderius me parece más competente en lenguas así civilizar.

No sabiendo ya cómo dar bomo un periódico ha inventado elogiar al autor de una obra diciendo que su libro es un *abultado volúmen*.

Pero es poco decir.

Abulta lo volúmen es Torero, y no es ninguna Biblia.

Por lo demás, el abultado volúmen es del señor don Antonio San Martín, y se titula «Glorias de la Marina española». El primer episodio se llama: «Un viaje á la eternidad».

No sabía, o que la eternidad era del ministerio po Marina.

Los zarzós ó sinietros han nombrado una comisión en el Congreso para tratar el asunto de la prersa. De esta comisión es Linares Rivas.

Pero ¿por qué? ¿señor! ¿por qué? Si Linares Rivas no ha escrito *carí nada*, y eso poco en gallego!

En casa de Ros de Olano,—el bizarro literato— se vá á escribir una circular al partido izquierdo.

Si lo escribe Ros, ya me figuro lo que va á ser. Una *dolora manchega*, género que él ha inventado. Porque según él, Campoamor que es asturiano, hace *¡doloras asturianas*, y él, Ros de Olano, las hace *manchegas*.

Se quiere hacer una manifestación pública en honor del Jaque de la Torre como protesta contra cierto foliote.

Yo no creía que se echaban guantes para ciertas cosas.

Pero señor, ¿qué honor es este de ahora? Unos lo mandan á Filipinas y á otros se lo sacan en procesión...

En la comisión encargada de manifestar el honor del duque figura Bulaguer.

Pues como *éste* se lo ponga en verso, ¡vá á salir amplumado el honor del ex-regente!

A la política le sucede lo mismo que al contribuyente.

No pasa nada, dicen los políticos.

Y los contribuyentes... tampoco *pasa nada*.

Y no es porque se le atragante.

La comisión del proyecto de Código discutió, según un diario, el concepto de la reiteración y el de la habitualidad.

¡Dios nos coja confesados! Mas delitos que inventan los *criminalistas* españoles!

Pero digamos como el *Gran Galkoto*:

Vosotros á invéntar, yo á realizarles...

Si por *habitudinal* se entiende la de quejarse del gobierno, todos pasamos por *habitudinal*, menos los que vienen con *reiteración*.

Por cierto, que según ese periódico, el señor Maluquer, en el seno de la comisión, se manifestó más jurista que como político.

De otro modo, que en el susodicho seno Maluquer mostró sus encantos jurfalcos...

CLARIN.

PALIQUE.

El ayuntamiento de Valladolid entusiasmado con la exaltación al ministerio de su santo patrono el señor Gamazo, le ha hecho hijo adoptivo para darsa uno sien'o padre de un ministro.

Y no sólo esto. Además, el ayuntamiento de Valladolid acordó fabricar una medalla conmemorativa de la ascension ministerial de Gamazo.

Yo creo, que sin necesidad de que quede grabado tan memorable suceso en mármoles ni en bronceas, la historia consignará el hecho, por lo menos en algún almanaque americano á renglon seguido de una chorrada.

A mí no me ha hecho nada el señor Gamazo, ni siquiera director; ni le quiero mal, ni hay para qué. No obstante, creo que hay exageración en la importancia que dá el ayuntamiento de Valladolid á la subida de Gamazo al poder. Yo no digo que el acontecimiento no fuera notable si aquí solo llegasen á rajoleiros de un ramo determinado las personas que hubiesen acreditado profundos conocimientos en las materias respectivas; pero, si aquí es ministro cualquiera y de cualquier cosa, ¿qué tiene de particular que el abo-

gado Gamazo sea ministro de Fomento? Tercero lo fué y nadie le levanta estatua ninguna, ni á él ni á caballo.

Ahora, si lo que quiere el ayuntamiento de Valladolid es halagar al ministro para que le haga carreteras, ó un matadero, ó algo así... ya es otra cosa.

Supongo que en el anverso de la medalla figurará el ministro cogiendo una sartén por el mango. Y en el reverso el alcalde de Valladolid arrimando el áscua á su ardina. Y la inscripción dirá: «Por la gracia de Sagasta y de Navarro Rodrigo.»

A propósito de Navarro Rodrigo (ó y Rodrigo, que no estoy seguro). Nadie se explica su situación. Está contento, contentísimo, y sin embargo no acaba de ser ministro, que era lo que se propenia demostrar.

Pues yo me lo explico perfectamente.

Navarro Rodrigo dice para sí:—Yo soy algo mas que ministro. Yo ejerzo un protectorado... soy un Doria... soy un Gambetta. Eso, un Gambetta se figura Navarro que es.

Quite usted! si aquí hay cada vanidad!

¡Hasta Linares Rivas so cree un hombre!

Pues los maragatos no han querido ser menos que los vallisoletanos. También tienen su ministro correspondiente, don Pío Gullón, que es de Astorga, como las mantecadas.

Ojalá en Astorga se hagan tan buenos ministros como molendinas de chocolate. Los maragatos han felicitado á don Pío y sino le han levantado una estatua, es porque tienen miedo que se cele el papa-moscas que tienen pintado en la torre de la catedral. El papa-moscas, sin embargo, no podría quejarse, porque él ya no sirve para ministro. Tiene la boca abierta, pero no puede carrarla. Y para ser ministro, hay que saber serlo á mandíbula batiente.

Pues agárdselo usted que los vallisoletanos tambien han felicitado al ministro de Ultramar, Nuñez de Arce, no menos natural de Valladolid.

Y como Sagasta tambien es castellano (de no sé cuantos de Carneros) resulta que casi todo el ministerio es castellano viejo, casi, casi, como quien dice de tierra de Campos.

Menos Martinez Campos que es de Coria, hijo adoptivo de las Batuecas.

Han conferenciado Romero Giron y el cardenal Moreno y los dos salieron satisfechos.

Ya lo creo. El uno cobra seis mil duros y el otro seis mil parroquias vacantes, con que ya pueden estar satisfechos.

Para tener á partir un pifion á la Iglesia y al Estado no hay como dar bien de comer á sus respectivos ministros.

De todos los milagros de Cristo el de mas eficacia fué el de los panes y el de los peces.

La barca de Pedro no zozobrará... mientras tenga víveres.

Ahora que se habla tanto de los vinos. Un diálogo que he oído en una funda.

—Un camarero. —(Sirviendo á un inglés).—Este Jerez no miente, sílord.

—El inglés. —Lo creo, porque no es Andalúz.

CLARIN.

Palique

La Correspondencia ha publicado el martes de Carnaval un curioso puzoogrado; en su primera plana cutiva con buen éxito lo que llama ella el naturalismo a lo Zola, y que es en rigor un género provido. Si *La Correspondencia* continúa así, no podrá decirse que es el porro de dormir, por lo ménos de dormir tranquilamente.

No u-y manera de referir ci-rtta clase de aventuras. Como *La Correspondencia* no es putada su nilo, hay quiza suspensas que ahora tiene lectores en el Mar interior.

Qui potest capere capiat.

A pr-posito de cosas osas.

El Tiempo (que es al *Siglo Futuro* lo que el diablo a San aguo), se muco a criticar el drama de Solís (lo que usará a un día su día de estos).

El Tiempo ocupa, en el orden j-rárquico de la literatura periodica, el lugar ro ciego de la prensa.

El Tie-po es el que ha habido de la *mesquina inteligencia del Sr. Echegaray*.

Por todo lo cual, *El Tiempo* no tiene voz ni voto, ni pies ni cabeza.

Saliedo de esta clase de literatura, me dirijo muy cortosamente al reputado suocor de *Asimódeu* en *La Época*, al Sr. D. Luis Alfonso, muy señor mío y amigo, que, al escribir su crítica del drama de Solís, se digna aludir a mi humilde persona. El señor Alfonso es muy fino y es necesario verlo con él también. Yo no soy agudo, como el Sr. Alfonso dice, y Vd. me avisa. Es claro que no soy un *Tiempo*, ni tan calvo pero no soy agudo. Tampoco es cierto, en cambio, que me falta templanza. Puedo asegurar al Sr. Alfonso que no lo pruebo.

Lo que me falta muchas veces es paciencia para oír desatinos y contemplar injusticias; y entonces salto. Por ejemplo, la noche del estreno del drama, que Vd. critica, salté. ¿Qué remedio? Se puede encontrar defecion en las *esculturas de carne*, pero de eso á iodi-gnates porque se pida el nombre del autor, hay un *Bonou Asej*: (que para mí siempre ha sido un adorno de poeta *unconsciente*). El mismo señor Alfonso dice que, en el drama de Solís, hay cosas dignas de *de-k* *de-jepto* y de Calderón. Y á un autor que tiene esas cosas, ¿no quiero verlo en las tablas el Sr. Alfonso? Pues yo, sí; aunque no sea más que por ver una cosa rara en estos tiempos. Lo que hace el Sr. Alfonso está muy bien, criticar, dar argumentos, que yo no he leído, porque ando muy ocupado estos días, pero que tendrán la fuerza correspondiente. Lo que está mal, es lo que hicieron los envidiosos y los zélos en la noche del estreno. Y a propósito de envidia y necesidad: yo no tengo por nécho ni por envidioso al Sr. Alfonso; ni he visto entusiasme en el estreno de *Conflicto entre dos deberes*, y eso bastaría para acreditarlo de disonante y e imparcial, y exento de esa pasiononía rana de la envidia. Lo que yo decía, Sr. Alfonso, del eterno derecho y el eterno izquierdo, no era una metáfora, como Vd. asegura, sino una alegoría, que no es lo mismo exactamente. Además no se trata de las cuernus del toro, sino de las cuernus de un ejército, como yo suponía que era el que atacaba el drama.

Doy á Vd. todas estas explicaciones por lo fino que ha estado Vd., y porque es el único que ha comotido el drama sin faltar á lo que llama *El Tiempo* las conveniencias, en el francés que lo es *caraculista* tico.

Lo cierto es que la prensa en general, y la mejor y mas sana parte—sea dicho sin modestia—ha dado un hermoso esp-otaculo, defendiendo el drama de Solís. Ortega Manilla, Eduardo Palacio B.ñil, Lla-na, Pío y otros muchos, han escrito muy discretamente con un ivo de *Las esculturas de carne*, que mereco, en efecto, eso y mucho mas. Por cast; que unos con mas claridad que otros, según el temperamento, todos han pr-ocudido a las ves de al-bar á los cómicos Solís na *recho* justicia. Si ha po-to por las nubes á Vico, que lo mereco; y á los demás, as los ha dicho: *cufuta* son cano.

Es necesario que la prensa justa en esta buena disposición, para bien del arte. Es necesario decir verdades amargas á los actores, sin dminguir de sexo.

Yo, por mi parte, pienso hablar mucho á Vd. de los cómicos españoles y de sus defectos. Digo que casi todos son muy malos y pienso probarlo.

Y es necesario atravesar con reputaciones hechas demadado de-prisa y en tiempos sobradu benévolos.

Si de estas averiguaciones resulta, que no se puede representar com-dias, que resolta.

Más quiero arte sin cómicos, que cómicos sin arte.

CLARIN.

PALIQUE.

Hablemos hoy de *La Epoca*. ¿Porqué no? No siempre ha de nazar el paio *La Correspondencia*. Unos cardan los barbarismos y otros llevan la fama. *La Epoca* escribe tan mal como cualquiera. Leamos: «Terminamos hoy la exacta traducción del librito del *Moisés de Boito*». «La escena representa un lugar desierto y salvaje». ¿Cómo son los lugares salvajes, señora *Epoca*? «Los siniestros perfiles de las rocas destacan en negro del cielo gris.»

«Destacar en negro del cielo gris... ¿qué plato de colores y de gramática es ese? Pero algunos... «Una ríjida aurora de luz ilumina con extraño resplandor la escena.» En efecto debe de ser muy extraño el resplandor de una aurora de luna. La Aurora le la Luna debe parecerse á aquella pieza de música que se úta, «Aurora, nocturno para piano.» ¿Pero qué cree que es la luna *La Epoca*? La luna no tiene auroras. ¿Si habrá leído *Hair de lune* y habrá traducido aurora de luna? Pues mire usted, es muy posible. Y añade *La Epoca*, «es pues, la voz de Moisés que anuncia á Fausto á subir á la montaña.» Anunciar á subir es un castellano completamente nuevo. ¿Yo anuncio á *La Epoca* (ó invito) á escribir como Dios manda.

Y sigue la romántica *Epoca*. «En el fondo del valle oigo.» El fondo del Valle!

Segun eso, *La Epoca* será de los que dicen: hanega, hila y behaciente por fenega, fila y fehaciente.

La Epoca, metida de hoz y coz, como se dice en la Vulpurgia, ilga en su frenesí gramatical á decir, «Raza villana que á todo momento se devorará y arriará á lo largo.» ¿Qué sea á reir á lo largo Eso debía de ser la risa del Consejo, ó sea la risa de Fernández Bremón. Sigue *La Epoca*, «eso es una caricia que enferma el corazón de quien la hiere.» Eso de enfermar á otro es muy nuevo y muy decaído. ¿Qué verbos transitivos emplea *La Epoca*.

Bueno; pues ahora, para que no se crea que *La Epoca* solo escribe mal cuando traduce, vamos á ver lo que dice en el mismo número hablando de...

...honraían, les hacemos estar... con quien tan altas cualidades posee (Alfonso de Borbón), pero el hecho es que la conferencia no ha tenido lugar. Ni Castelar se honra en hablando con Alfonso, ni se dice honrase de hablar, señora *Epoca*, ni una conversación tiene lugar ó deja de tenerlo.

Alguna vez había de estar yo conforme, en materia de arte, con el señor Bremón. En *El Liberal* trata la cuestión de la cátedra del Conservatorio, vacante por la muerte de Florencio Romea. Los lectores de este periódico ya sabrán la historia. El Consejo de Instrucción pública quiere que sea el señor Itur, quien enseña á declamar á los futuros actores. Y España entera quiere que el profesor sea Vico. Bremón defendiendo la causa del gran actor con poderosísimos argumentos. Es curiosísimo lo que sucede con la administración española. La Administración parece que se ha inventado para regir los intereses públicos de la mejor manera posible; esto parece, pero no es así: la Administración sirve para cumplir los formalismos que satisfacen la vanidad de lo. Administradores.

¿Por qué combinación complicadísima de aparatos burocráticos ha podido venir á parar en menos del Consejo de Instrucción pública el asunto de la cátedra de declamación? Y por último, porque ha de ser un señor Gamazo, abogado de Valladolid, que puede suceder que en materia de espectáculos nunca haya visto más que líteres, el que resuelva la cuestión en último término. En el Consejo de Instrucción hay varios boticarios, médicos y no sé si algún veterinario, ¿qué tienen que ver estos señores con Melpomene y Talía? ¿Por qué el señor González Encinos, que es tan excelente cirujano, capaz de cortar á uno el cuello á cercear, para curarle un dolor de cabeza, ha de tener voz y voto en materia de bastidores? Pero hay más. Varlos académicos, el señor Palau y el señor Isbert, v. gr. son señores, en calidad de tales, no deben ir al teatro en su vida. Y sin embargo, habrán votado por Oltra ó por Vico, á quien no conocerán probablemente.

Y el mismo Gamazo, porque ha de entender de comedias y comediantes? Si me dirá que tampoco entenderá de ferro carrila, y sin embargo... Bien, concedo; pero ahora no se trata de eso, sino de teatros.

De todas suertes, debiera ser la Administración de tal manera, que no pudiera nunca darse el caso de que dos presbiteros y un abogado de Valladolid, sean jueces entre Vico y Oltra, para dar á uno ó á otro una cátedra de declamación.

¿No sería absurdo que Linares Rivas, que puede llegar á ministro, fuese árbitro en cuestiones tamañas?

Por lo demás, si de lo que se trata es de acabar con el teatro, entregado la enseñanza del arte escénico á un actor malo, tampoco es Oltra quien merezca la cátedra.

Deben disputársela Morales y Zamora. Y yo voto por Zamora, desde luego.

Que esos señores sacerdotes uno, lo, es absurdo. Cuando habrán que ni á Oltra en sagrado.

El ministro de Gracia y Justicia ha dicho que no tiene opinión formada en la cuestión del juramento.

¿Habrá querido decir que aun no tiene opinión acerca de la opinión que le conviene tener. Porque una opinión ya la tenía, lo que puede decir es que esa ya no le sirve.

A propósito de Romero Giron. A este ministro no le han hecho hijo adoptivo de ninguna parte, pero le han dado una serenata.

«Dios mío en lo que han venido á parar las románticas serenatas! Qué diferencia entre la serenata de Lindoro á Rosina y la serenata á Romero Giron! Porque ha de ser digno un demócrata encabezado de que al pié de su reja se canten endechas mas ó menos amorosas!

En la Academia de Bellas Artes disertó el nuevo académico señor Jimeno, notable organista, con motivo de los órganos.

Eso no tiene nada de particular.

Pero lo gracioso es que se encargó de contestarle don Antonio Arnau el autor de aquel soneto que acaban de decir: *Leus Deo*.

Pero Arnau también ha sido organista. Yo le tenía por mero sacristán que solo sabía tocar las campanas.

Hay un señor don Hector Varela que se va pa-reciendo á Dios en lo de estar en todas partes, principalmente en los periódicos. Cada vez que vá á publicar un artículo lo anuncia á golpe de bombo en toda la prensa. No hay un Aquiles para este Hector?

Pregunta un escritor en un *Album de Recuerdos*: «¿Qué es lo mas difícil de hallar? Respondo: Un periódico en que se dé bombo don Hector Varela.

«¿Donde queréis vivir?—R. Donde no llegue el nombre de don Hector Varela.

«¿Desearís llegar á la vejez?—Segun; si se retira al silencio del hogar don Hector Varela.....

CLARIN.



147 La Publicidad (Barcelona), n. 1.785, 21 febrero, 1883.

[El único ejemplar localizado, en el Instituto Municipal de Historia (Barcelona), se halla deteriorado].

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE.

El *Bilis club* ha dado un banquete á Eugenio Salda, el autor ya ilustre de «Las esculturas de carne».

Antes había dado una batalla en defensa del mismo autor.

El *Bilis club* es una cosa muy rara en nuestra república literaria. El *Bilis club* es de ayer y ya llena la cervetería Escocesa (calle del Príncipe). Voy á hacer su historia y la filosofía de su historia.

En una mesa de la cervetería Inglesa se reunían hace tiempo varios amigos, que solo estaban unidos por lazos de simpatía.

Todo era allí heterogéneo la profesión, la edad,

el temperamento, hasta el color del pelo. Había rubios y morenos, gallegos, andaluces, riojanos, aragoneses, catalanes y no recuerdo si alguna madrileño, pero sí que muchos asturianos: unos etc. políticos, otros médicos, otros literatos, algunos cómicos y "buenos mozos" algunos.

Una mala inteligencia entre uno de los parroquianos y el mozo de la mesa, produjo un olismo; algunos, disgustados del genio montañés del camarero, abandonaron la cervetería; propiamente Inglesa y se pasaron á la Escocesa.

Los clamores vieron crecer milagrosamente su número, de la suerte, que allí ya se ahogaba demasiado, los demás concurrentes hacían lo que don Pedro el de la Comedia: nueva, protestaban contra el ruido. Entonces el dueño de la cervetería se le ocurrió dar un templo, digno de ella á la nueva iglesia; y desde aquel día tuvieron los protestantes de la cervetería, sus Estados-Únidos en una habitación peñal de la Escocesa. Allí no entra nadie que no sea de la reunión. Pero á esta le faltaba un nombre. Un enemigo se lo puso. Un pobre diablo, libellista-clown, discurrió bautizar en un periódico suyo, á la nueva iglesia de café con un nombre; que otro había inventado, pero sin mala intención.

Dijo el mal aconsejado, escriptorzuelo que, era aquella reunión el club de la bilis, donde todo parecía malo por culpa del mal humor. *Bilis club* dijo, y los socios que despreciaban al mentecato y su acusación, como se desprecian las que no se merecen, acogieron con fino humor la palabra; y *Bilis club* se llamaron á sí propios y ya todo Madrid reconoce la sociedad y emplea el nombre.

Y digo sociedad, por decir algo; pero, precisamente el carácter de esta agrupación, no creará reflexivamente, sino por impulsos naturales de simpatía, consiste en no tener más pragmáticas que las de su voluntad en no tener objeto determinado, ni ser obra de nadie, ni admitir compromisos, ni obedecer reglamentos, ni nombrar mesas, ni comisiones. Al *Bilis club*, no se va mas que á tomar café (ó nada) y á hablar de todo. Aunque es la literatura el asunto predominante de las conversaciones, no todos los allí reunidos son literatos: hay médicos, abogados, empleados y personas sin oficio conocido. No se admite allí gerarquías, ni mas aristocracia que la del ingenio, y aun ésta á condición de ser modesta. Van allí bastantes personas de nombre mas ó menos conocido en las letras: Sellés, Eduardo Palacio, Armando Palacio, Bofill, Cano, Taborda, Bustillo, Sierra, Likona, Tuero, Cavia, Zapata, Posada, Reina; Sanchez Perez, Sanchez de Leon, Tolosa, Farriol y otros que no hay para qué citar, pues bastan los dichos como muestra; son los mas asiduos concurrentes, y allí todos son iguales y no es el chiste patrimonio de nadie, ni la observación ayuda cuestión de costas. Todos se estiman (sin perjuicio de decirse las del barquero, que al mano viene) y todos son partidarios de que se acabe en España el dominio del bombo y la protergia de la modestia y el mérito difícil de digerir para los avestruces que digieren perfectamente los cantos rousados de la literatura cural y slot-mesina.

Y aquí está la madre del curdero; como decía cierto físico-químico en el Ateneo enseñando no sé qué resorte de un goniómetro.

El *Bilis club*, sin necesidad de estatutos, que lo matarían en flor, predica; por inclinación natural, el entusiasmo por las letras que son vigorosa palanca de las ideas modernas; que no se someten al paganismo académico y procura pagar el sabido mérito que lo se busca la fama, y hundir á los literatos pregoneros de la suya, que es puro viento.

Pues este *Bilis club* del que habría mucho mas que decir, es el que ha dado á Sellés, ese banquete tan merecido y el que prepara otro al ilustre Perez Galdós, el primer literato de España sin duda alguna. Esto lo creen ya muchos, pero hace falta decirlo donde suene.

Perez Galdós ve sus obras traducidas al inglés, al francés, al italiano, al alemán, al ruso, al sueco; *El Thimes*, contra su costumbre, le consagra nueve ó diez columnas, *Le Correspondant*, *La Revue des deux Mondes*, sendos artículos, mas ó menos apreciados, *La Revue Britannique*, extenso estudio y aquí.... ni se le hace académico.

El día 28 de este mes (si sabe Balaguer su discurso de entrada (salida del tono) en la Academia de la lengua.

El 28, sin olvidarlo.

Bonito día para celebrar el banquete en honor de Perez Galdós.

No será Balaguer el peor académico, no, por que donde está Catalina, allí está el último siempre; pero si no es el último.... será el pandillado y cincuenta céntimos.

CLARIN.

PALIQUE.

Un joven que se llama Figueres y es redactor de *El Imparcial*, se ha dedicado á crítica, por no ser buenos que el director del periódico; y escribe un artículo enoñmático de la novela que acaba de publicar don José Navarrete, mi amigo, con el título de «María de los Angeles».

Lo original es que el señor Figueres, poco seguro de sí mismo, declara que no se trata de un julido hecho por persona competente; que él no es crítico, sino un lector, que publica sus impresiones.

Pero señorito, eso es tergiversar las nominas mas vulgares. Lector es el que lee y no se mete en mas libros de caballerías.

Si usted no es mas que un lector ¿porqué escribe en la hoja literaria de un periódico tan julido un artículo de crítica?

149 La Publicidad (Barcelona), n. 1.801, 9 marzo, 1883.



149 Miniatura de la página.

¿Y porqué se mete usted en honduras diciendo que la novela debe ser esto y lo de más allá?

Se atreve usted á decir que hay pasajes en el libro de Navarrete que mejores no los han visto los nacidos; que el autor se ha puesto en primera línea entre los novelistas contemporáneos y otras atrocidades así. ¿Y todavía se hace el modesto y se llama mero lector? Es decir, lo de mero lo pongo yo, pero usted no se mete en calificativos, no dice si es truchuela ó abadejo. No niego yo que Navarrete sea un andaluz muy sa-lado y muy buen amigo, y orador florido de los que mas me agradan, y escritor digno de mucho aprecio y consideración, pero uno de los mejores novelistas! Eso es echar el bumbo por la ventana, señor lector, y bien se conoce que usted lee, pero no pronuncia, quiero decir, lee pero lee muy de prisa, aunque no con tanta ligereza como escribe.

Esos bombitos desmesurados mas perjudican que favorecen, el público y la crítica, buena ó mala crítica al fin, se darán á pensar que debe de haber pasión en tales elogios, y al leer el libro todavía le encontrarán menos mérito del que tiene por las exageraciones de los amigos apasionados.

Además, puede preguntar la malicia ¿no hay críticos en *El Imparcial*? No tiene ese periódico ningún literato que escriba crítica de novelas? O es que la de Navarrete no merece que hable de ella persona mas competente que aquella que se declara mero lector? (dále con el mero.)

(Ya sé porque hoy repito tanto lo del mero; es que ne leido un artículo de Balaguer, donde ha visto siete meros.)

Mi amigo don José Navarrete me hará el honor y la justicia de creer que nada de esto quiere decir nada contra su novela. Yo la he leído tambien y conforme á lo ofrecido diré mi opinion acerca de ella otro día.

Pero una cosa es «María de los Angeles» y otra cosa los críticos de lance que salen de cualquier parte queriendo gozar por sorpresa la opinion, y cortado y rajando en idealismo y naturalismo, sin saber lo que dicen, sin haber estudiado una palabra, sin vocacion literaria, y sin mas que la suficiente dosis de frescura para despre-clar los trabajos serios y metódicos de la crítica, que no necesita para valer darse aires de científica ni humos de clásica.

Todo esos caballeritos que invaden la prensa en hojas y revistas y hacen burla de la crítica literaria, no saben que de lo que se burlan es de su propia ignorancia, no de lo que no entienden ni se escribe para que ellos se enteren. El señor tal es un génio, el señor cual medio génio. ¿Qué saben ustedes?... Pero es fin, todo esto se arreglará cuando sea un hecho la ensañanza obligatoria....

CLARIN.

PALIQUE.

Comienzo este palique frotrándome las manos en señal de satisfacción.

Confieso que, aunque tengo mi alma de político en mi almanaque, tal anda la cosa pública, que por ahora todos mis amores son las letras. Pues bien, las letras no van mal del todo esta temporada; no tanto porque se escriba mucho bueno, sino porque hay ciertos síntomas que anuncian progresos en el espíritu nacional, por lo que toca, que diría Balgaur, a literatura.

Vamos por partes.

Verdad que se publican menos versitos esta temporada que en otros años por el mismo tiempo?

Parece que ha emudecido el gallo del señor Velarde.—Dios lo haga—aquél que siempre cantaba en la leña.

Ya no hace nadie pequeños poemas, mas que los ristos ordeñar de Camposamor. De poetas bequerianos no hay que hablar.

Ahora los clásicos que crecen en Dios, el día que ven a su zorra se callan, ó á lo menos no lo dicen donde estas cosas sean sonadas.

El único libro de versos que ha salido esta temporada es el de Marcelino Menéndez Pelayo, el cual, dicho sea entre paréntesis, á mí no me parece un viejo, como ha dicho mi amigo Ortega Munilla, á no ser por el mucho seso que tiene.

Yo siento que Ortega Munilla, tan discreto, tan artista, como es de lo que es, haya coincidido esta vez con los que hablan mal de Menéndez Pelayo... ya que sabe latín y griego.

La Providencia parece que ha querido castigar al autor de la «Cigarra», haciendo que los cajistas cometieran una errata allí mismo, donde Ortega censura á M. Pelayo.

Por esa errata, podría el catedrático de la Central, imitando á un escritor célebre, dar por toda respuesta á las censuras de Ortega Munilla, esta:

—Licio, no se escribirá con t.

Pero M. Pelayo sabe salvar erratas y otras muchas cosas.

Dejo esto. En otra parte dedico un artículo á las poesías del sabio humanista, y no es cosa de andar con el incensario de la ceca á la meca.

Conste, sin embargo, que yo voto con Valera en esta materia, aunque quitando un poco de hierro.

Hablemos del prólogo de Valera.

Este escritor humorista, ha tenido una humorada peregrina esta vez; colocar á D. Narciso Campillo en la lista de los grandes líricos. Señor Valera, ponga usted un mano sobre el pecho. Exienda la otra, como Nchako. Así, bien. Ahora.—¿Jurais haber leído los versos de Campillo?

Veremos si Valera es tan franco en esto como respecto de Zola. Confiesa que él no ha leído de este autor más que Nana..., pero que le basta para decirlo... una porción de palabras gordas.

Palabras que Bremon copia relamiéndose, como si dijéramos, de gusto.

Es muy graciosa la ira que Bremon siente cada vez que se trata de naturalismo.

Parece que Zola le ha silbado algún melodrama. ¿Qué odio! ¿Qué santa indignación!

Para saber lo que es Zola no estudie á Valera, que confiesa que no lo ha leído, estudie, por ejemplo, á Dña Emilia Pardo de Bazán, que en La Roca está publicando una serie de artículos acerca del naturalismo, dignos de ser leídos, meditados y alabados.

La señora Pardo Bazán, para hablar del naturalismo, ha hecho lo que á ningún crítico de por acá se le habría ocurrido hasta ahora; es: estudiarlo. Todos los lunes, día literario por excelencia, sale algún artículo de algún autor más ó menos Fernandés ó Pérez, contra el naturalismo, diciéndonos que no hay tales cánones, que eso de idealismo y realismo es una broma, una división abstracta, que todo es ideal y material, etc., etc.

Ya era tiempo de que alguien hablase con conocimiento de la materia! Y en efecto, la señora Pardo de Bazán, uno de los primeros talentos de la literatura española (confieso que sus artículos me parecen admirables), escribe después de haber estudiado la obra positiva las novelas del naturalismo y sus libros de crítica. Y, ¡qué casualidad! como todos los que han penetrado de veras en la cuestión, reconoce que por algo se ha llamado al naturalismo así, y al idealismo, idealismo.—Pues es claro. ¿O creen ustedes que los que establecieron la diferencia, eran tonitos?

Lea, los Bremon á la señora Pardo Bazán, y allí verá lo que es crítica seria, concienzuda, perspicaz, profunda, imparcial y de buen gusto.

De todo corazón felicito á esa señora que se ha mostrado en esta ocasión más «hombre de letras» que todos los literatos varones de España. Ella es católica, y sin embargo, ha sabido digerir doctrinas literarias que aquí se les han indigestado á muchos señores materialistas, de esos que creen que con los alelúidos y la evolución, se pueden meter en toda clase de camisas, las de once varas inclusive. Es lo que yo he dicho siempre: el naturalismo es independiente de toda doctrina religiosa y metafísica, y por eso mismo es la literatura propia del tiempo, y la primer literatura emancipada, digna de toda la grandeza de sus fines; sin que esto tenga nada que ver con lo del arte por el arte, frase que al hacerse vulgar se ha hecho frase, y lo que es casi peor, vana, insignificante, porque es comprendida de mala manera y usada por los que no entienden, ni entenderán nunca de estas cosas, aunque sean opositores á cátedras, como D. Hermógenes (el antiguo.) Adelante, señora Pardo Bazán!—Mezcla misma, guerrona salter!

..

¿No ven ustedes cuantas novelas se publican estos días?—Pues eso también es bueno.

No digo que sean buenas—ni malas—las novelas que se publican estos días; digo que es bueno que se publiquen novelas.

¿Por qué?—Porque eso indica que crece el favor del público por este género, el más propio de nuestros tiempos, el único acaso completamente serio y sincero en este caso. Sin frase que subyuga, entendida de casado literalmente, es una paradoja, como diría Taviel de Andrade, ese señor que lee versos en la tertulia de don Héctor Varela.

Pero en el sentido que yo le doy (á la frase no á D. Héctor Varela; lo advierto, porque como D. Héctor Varela está en todas partes casi á un tiempo, podían ustedes creer...) pues digo que en ese sentido, la frase es una verdad demostrable.

Volviendo á las novelas de estos días, debo advertir que yo no las he leído todavía, que algunas no las leeré probablemente, y que las que las es posible que no me gusten tanto como á ciertos críticos que se chapupan los dedos de gusto con las novelas que escriben los amigos; pero de todas maneras, *laissez faire, laissez passer*.

ser... bueno es que vaya por ese camino la nueva del ingenio.

D. José Navarrete ha escrito... *Marta de los Angeles*, novela que alaban mucho los periódicos. Yo la estoy leyendo, y en cuanto concluya diré al autor mi opinión: imparcial. Mucho sentiría que mi pobre juicio no le fuese tan favorable como el de otros que tienen más autoridad que yo ciertamente. Lo sentiría, porque Navarrete es uno de esos escritores que tienen singul, como dicen en su tierra, hablando de otras cosas.

Asmodeo, D. Eusebio Navarrete, también ha escrito una novela. «El crimen de Villavieja», que no conozco.

El señor marqués de Figueroa (salvo error), va á publicar «El último estudiante».

Ortega Munilla también tiene en el telar algo.

Armando Palacio ha entregado hace tiempo, á los hermanos Domenech, su «Marta y María», que ilustra... Pellicer...

Adelante. Muchas novelas y artículos como los de la señora Pardo Bazán. Eso es ir á lo porvenir por el camino más corto.

..

Por último, se va á celebrar un banquete en honor de Pérez Galdós.

Y al banquete quiere asistir Castelar...

Castelar tributando á Galdós honores tan merecidos! ¡Oh, aquel sí que, va á ser espectáculo! Cuando Castelar hable y Galdós quiera meterse debajo de la mesa, y se ruborice como una señorita de las que se ruborizan!

Pero esto sí que merece artículo aparte.

Por algo yo me frotaba las manos al comenzar este palique.

CLARIN.

Palique

Saben Vds. que se prepara una manifestación pública en honor del insigne novelista Pérez Galdós.

A excepción de algunos desgraciados, a todos los que saben leer y leer, y tienen ojos y ven, y oídos y oyen, les ha parecido bien la idea.

Estas manifestaciones de entusiasmo por intereses puramente literarios, son exclusivas de los pueblos muy cultos. No ha de ser siempre *le panache*—que diría Gondinet—el objeto del culto público. Alabar al que reluce con entorchados, o casaca dorada, es cosa de poco mérito las más veces. Ir a buscar al riñon en que se esconde el mérito más sólido, es una discretísima obra de justicia que enaltece a quien la emprende.

El banquete en honor a Pérez Galdós es parecido a los honores fúnebres que se tributaron al inolvidable Moreno Nieto. La diferencia está en que entonces se llegó un poco tarde; aquel querido maestro, padre, mejor, de la generación a que pertenezco; consejero de todos nosotros; amigo de los más; providencia de algunos, se murió sin la satisfacción de saber que su querida España, no sólo tributaba admiración a las grandezas que sueñan y brillan, sino a las que por modestia se ocultan. Todos sabíamos *privadamente*, de ti para mí, que Moreno Nieto era un grande hombre, un Sócrates a la moderna. Pero el gran público no tenía noticia de esto. A Dios gracias, el terreno estaba minado, y al morir D. José estalló la mina del entusiasmo, y fué una manifestación popular aquella, tan solemne y hasta sublime. Pérez Galdós, en otra esfera, es un Moreno Nieto por la modestia. Sube al templo de la fama sin hacer ruido. No se le siente pasar por delante, y por eso el asombro de algunos que se quedan atrás y le ven ya tan arriba.

La fiesta de Pérez Galdós no significa nada negativo, como se ha querido suponer. Otros novelistas ilustres pueden ser objeto de parecidos homenajes. En cuanto a los hombres notables que cultivan otros géneros, ya no hay los motivos que ahora existen para consagrarles tal obsequio, si bien no se niega que puede haber otros.

Ayer se trató de los novelistas, porque entre los diferentes géneros literarios que son propios de la actual literatura, la novela es el que menos triunfos visibles proporciona a los grandes autores. Al poeta lírico le aplaude el público escogido de un Ateneo, de una Academia; diganlo Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce, que hasta en el teatro han sido aplaudidos, leyendo sus versos Calvo, por ejemplo. Del poeta dramático no hay que hablar; ya se sabe cuán *palpables* son sus triunfos. Pero el novelista, ¿qué satisfacciones de esta clase tiene? En España ni siquiera el lucro, ni la gran publicidad. Aquí la crítica discute poco estas materias. Se anuncia lo mismo una novela de cualquiera que la de un autor ilustre. Yo oí a Pérez Galdós *recordar* a un redactor de *La Correspondencia* la forma de anunciar *¡La Desheredada!*—Los amigos mismos, si no son aduladores (y si lo son, ¡qué asco!) se abstienen de decir cara a cara al autor lo mucho bueno que piensan de sus obras. ¡Cuántas veces he ido yo a paseo con Galdós, sin hablar palabra en mucho rato, sin poder decirle lo que me *andaba por dentro* respecto del grandísimo mérito de sus obras!

Pues lo que queremos es esto: desahogar, hacer que tome cuerpo, que se oiga y se vea este entusiasmo común a tantos, pero que al autor no le conste que existe. Galdós no sabe a estas horas lo mucho que se le admira en España. Yo acabo de recorrer gran parte de ella y en cada pueblo he encontrado apasionados de las obras de Galdós. ¿Por qué todo esto, que está en el aire, no ha de condensarse y ser una hermosa fiesta literaria?

Y ¿quién dice que después no puedan celebrarse otras en honor de otros pocos, muy pocos varones insignes, honra de las letras? En mi opinión, los grandes novelistas son las que los merecen antes que todos, por las razones apuntadas. Pero es claro que se puede extender el honor a poetas líricos y dramáticos y a oradores insignes también.

A propósito: se dice que Castelar asistirá al banquete en honor de Galdós, con mil amores.

Pues bien; figúrese Vds. el momento en que Castelar, rodeado de poetas, críticos, novelistas, periodistas, oradores, académicos, políticos y pueblo, pide la palabra para ensalzar a Galdós y a la España de los Episodios. ¿No será aquel un hermoso espectáculo, de los mejores que puede ofrecer un pueblo culto? ¿Habrá muchos pueblos donde un Castelar pueda brindar por un Galdós?

¡Envidia, triquiña del espíritu, no envenenes el único *asilo casto* de la inteligencia pura! Envidia, la tarde del banquete quédate en el salón de conferencias...

CLARIN

PALIQUE

LITERATURA DE ORDEN

¡Libreme Dios de burlarme de la ortografía y demás partes de la gramática, según las entienden los secretarios de la liquidación social!

Aparte de que en punto a poner bien ó mal la pluma allá se van con ellos muchos literatos de los que no quieren liquidar, yo considero que es un sarcasmo de pésimo gusto el reírse de lo que ignoran las clases proletarias, que saben tantas cosas que ignoramos nosotros.

Ahora es moda el no querer ser *cortésano del rey-populacho*... ¡hermosa independencia, si tuviera el *pendant* necesario! El de no ser cortésano de nadie.

Así es, que los más *espirituales* roviesteros—como ellos se llaman—escriben estos días chistes—traducidos del francés—á costa de ese populacho, á quién, como queda dicho, no quieren adular.

Y si solo fueran los roviesteros *espirituales*! Pero hasta un poeta bueno, de los pocos que hay, ha cogido y ha escrito un soneto muy enérgico, que han leído todos ustedes.

Es un soneto que está sangrando; un soneto al natural, como el bisté (sic) á la inglesa.

Eso de *hacer gobierno* desde un soneto, es muy español.

Los poetas manifiestan gran energía: una mano al hierro para reprimir los crímenes.

Y el Gobierno, con oratoria dulce como la miel bíblica, por boca del dulcísimo Gullon (don Pio), felicita al fundador, etc.

El poeta á que hablo dice:

«Obrero á quien despierta enamorada la aurora que las sombras atropella.»

(Hay ripios que lo atropellan todo.)

«Cual si fuera de púdica doncella gozo estrecho de vuestra mano honrada.»

Aviso á las señoritas con pudor. No le den la mano al poeta, que, si no es de cortésia, se entrega, según el texto, á deleitosos furtivos. Y casi casi estoy por dirigir igual aviso á las clases proletarias... de ambos sexos.

«De rosas y jazmines me parece»

(La mar del obrero. «No lo digo! Pues, señor, esto me recuerda un cuento *drolatique* que no se puede contar...»)

«De rosas y jazmines me parece

cuando creída, porque á Dios le plugo»

(A Dios y al consonante; pero Dios, sobre todo.)

«Nunca en el trabajo y encallece...»

Al poeta le gustan los callos... en mano ajena.

«Esa de la miseria rompe el yugo:»

«Esa de la mano.»

Lo que con lodo y sangre se ennegrece no la debéis estrechar sino el verdugo.» Esto tampoco, como acto de gobierno, como medida enérgica, de esas que salvan la sociedad, según el Sr. Perier, no tiene pero... Pero sucede, como en todo arranque autoritario, que pagan ¡ja! por pecadores.

Ofertando, sustamente, el poeta en ese terceto á los honrados trabajadores, por ejemplo: á los empleados en el alcantarillado; á los que trabajan la tierra, cuando ha llovido; á los empleados de los mataderos, á los sangradores, á los cirujanos, á los toreros y á los verdugos más especialmente.

Los verdugos, ¿no pueden ser personas honradas? Pues entonces, ¿por qué reserva para ellos la honra de estrechar la mano de los asesinos?

Además, ese terceto es draconiano. Pide, ó yo entendi mal, la pena de muerte para todo el que vierte sangre. ¡Fuerza del consonante y de las ideas políticas á lo que obligas!

¡Lo que son las cosas! Mientras el poeta español supone á la aurora enamorada del obrero á quien despierta, otro poeta, portugués (y mejor todavía que el castellano), dice así:

«A espiadilla alvorada

Com sua luzfcastil, mas viva que una espada, entra pelo casebre e diz no aldeas:

«Levante, animal! Tens fome e ñao tens pao; é ganhal-o, é andar... Descance quem puder; deixa ó rico a dormir. Tens filhos, ten mulher, vamos! depressa, a pé! Já canta á cotovia...»

Para ganhar un pao é necessario um dia. Tens muito somno, tens? Os parias, desgraçados, quando querem dormir un somno abençoado, vao-se deitar ali, de baixo d'uma lousa, á sombra d'un cipreste!...»

¿Quién dice la verdad: Guerra Junqueiro, el portugués, ó Palacio, el español?

Lo que yo puedo asegurar es, que el soneto de Palacio tiene ripios, y los versos que he copiado de Guerra Junqueiro, no.

Los obreros, que son los que madrugan, juzgarán este pleito.

De todas maneras, yo no creo que la patria debe tomar para sí atribuciones propias de la Guardia civil ó de los tribunales.

Para el poeta los secretos de la musa... pero no el secreto del sumario.

Amigo Palacio, poeta eminentísimo, bórreme el soneto, que parece de Cheste, por lo malo, y por lo que tiene de *ley marcial*.

CLARIN.

PALIQUE

Días atrás escribía Castelar un artículo acerca de las relaciones y semejanzas de la naturaleza y la historia.

En efecto, hay misteriosas relaciones de este género, que no están bien explicadas, pero que no por eso son menos reales.

Por ejemplo: hay de fijo una relación entre la actividad parlamentaria del Sr. Cañamaque y la actividad del Rima.

El Rima se ha declarado en erupción... y el Sr. Cañamaque ya pensará en una ley contra las erupciones, inclusive las cutáneas.

Si yo fuera siciliano, pediría al Congreso español un Cañamaque, lo ponía en frente del Mongibello... y ya veríamos quién venía a quién.

El Sr. Cañamaque quería empezar a cumplir los destinos de dictador a que está llamado. Quería declarar la guerra de la ley a los trabajadores federales. «Trabajadores a él!» pero el Sr. Sagasta se opuso. Cañamaque, no apartó incomodarse; lejos de eso, continúa asistiendo todas las noches al palco de Sagasta; pero otra le queda.

Perro soy un grosero, porque no saludé; Guillermo Guerrero, servidor de usted y de usted, y de usted y de todos usted...

decía Rosell en *La sala de Avelta*. Y eso digo yo; soy un grosero, porque todavía no he dicho quién es Cañamaque.

Yo no sé quién es; pero es de ayer y ya lleu el Congreso.

Le proponían, ó hacían como que le proponían, ser subsecretario.

«Subsecretario él! El que aspira a ser subsecretario!» Y, sobre todo, dictador.

Cierto es que el mundo estaba a un paso del precipicio; pero Dios (ó la naturaleza) envía a los grandes hombres en los momentos supremos de la historia: Alejandro, César, Carlomagno, Napoleón, Cañamaque, todos han venido en el día fijo. Alejandro mantuvo la sustentividad de la civilización europea, César preparó el imperio, Carlomagno cuidó gallinas, Napoleón propagó a cañonazos la revolución, y Cañamaque viene a ser el dique de las procelosas ondas de la Internacional.

Entre Cañamaque y Mencheta, defenderán el capital amenazado.

Solo un peligro amenaza al Sr. Cañamaque: el exceso de popularidad.

Temo que el pueblo se cansa del virtuoso Aristides; tanto Cañamaque ya empalaga.

El Globo cree que hace un bien burlándose de los sermones de Semana Santa.

Yo creo que no es ese el camino.

Al orador sagrado no hay derecho a censurarle, aunque se extralimite.

Yo los suprimiría.

Como los echéis. ¿No se suprime el ruido de carruajes? Pues que se suprima el ruido de curas... por la solemnidad de los misterios que recuerda la Iglesia, etc., etc.

Dona María del Pilar Sinués, dico que en las botas de cierta ilustre señorita, se conoce que sus formas (las de la señorita), son la de una jóven que no ha dado un paso en el mundo.

Dona María llama paso al traspie, por lo visto, ó al traspies, como decía Virgilio al Bomo

(Cefirino Suarez Bravo).—Y añade, que se conoce por esas botas, que el cuerpo de la señorita para quien son, es... *alastrinso*.

Pues a pesar de eso, verá Vds. como nadie denuncia el artículo de la señora Sinués.

Mis queridos paisanos los asturianos, es decir, algunos de ellos, se proponen discutir en el Centro de su apellido el siguiente tema: «¿Es un peligro para la unidad de la patria la formación de centros regionales?»

A eso cualquiera contesta: Claro que no hay tal peligro.

La cuestión debía ser esta: ¿Sirven para algo esos centros excéntricos?

Para bendita de Dios la cosa.

Pasa con estos centros algo parecido a lo que viene sucediendo con la Sociedad de Escritores y Artistas: se juntan los señores, tocan el piano, bailan, se cuentan sus primeros amores en prosa ó en verso y a casa. Al día siguiente, los periódicos lo dicen, y *¡tutti contenti!*

Esos centros sirven para molestar a las notabilidades políticas de las respectivas provincias, haciéndoles dejar sus ocupaciones para ir a saber que existe un su paisanito que toca el piano a cuatro manos, ó escribe versos que son una bendición. Muchos jovencitos que no quieren llegar a la notoriedad por sus pasos contados, sino en pocos días, son los que sacan provecho de esos centros regionales, que están fuera de la respectiva región.

Las cosas claras.

Esos centros *in partibus*, son una de tantas invenciones que contribuyen a que llegue a ser cierto lo que dice un amigo mío: «Hay un siglo de Pericles, otro de Augusto, otro de Leon X... y el siglo XIX, si sigue esto como va, llegará a ser el siglo de Fernando».

Yo creo que el Centro asturiano debe estar en Asturias, el gallego en Galicia, el aragonés en Aragón.

Así lo exigen las leyes del equilibrio, si es que se trata de centros de *gravedad*. Ahora, si es juego de chicos, no digo nada.

El Sr. Carracedo, profesor de Farmacia en la Universidad Central, ha dado una conferencia, notable, como todas las suyas, acerca de la consecuencia política.

Parece, por lo que dicen los periódicos, que, según los adelantos de la química, la consecuencia en política suele ser más perjudicial que otra cosa; y que el hombre que quiera servir a su patria no debe pararse en pelillos (escrúpulos capilares), y debe cambiar de ideas sacrificándose por el país.

Pues, señor, eso ya lo decían—y lo hacían—nuestros antiguos, alquimistas, Homero Robledo, Sagasta, Cañamaque y otros astrólogos.

Se ha citado el nombre de D. Antonio García Gutiérrez para reemplazar al Sr. Rosell en la Biblioteca Nacional.

Yo creo que si D. Antonio García Gutiérrez quiere eso puesto, el que tenga que darle el dote ir, sin más, a su casa, quitarse el sombrero hasta los pies y decir:

—Sr. D. Antonio, ahí tiene Vd. esa menudencia; pero... pida Vd. oro molido.

¡Pues no faltaba más!

Sé que tengo enfadado a mi ex-amigo Fernandez Brion, y no le faltan motivos.

Pues aunque él no quiera, me ha gustado mucho lo que ha dicho en apoyo del homenaje que se tributó a Galdós.

Y también me ha gustado mucho lo que ha dicho *El Liberal* del brindis de Cánovas y del paralelo (¡paracurioso!) que estableció *El Imparcial* entre Castelar y Cánovas, como oradores.

—¿Quién es mejor orador, Castelar ó Cánovas?—Castelar y Mártons; y algunos otros. Todo esto no quita que el Sr. Cánovas se haya portado esta vez como un hombre. Su presencia en el banquete es digna de elogio y merece artículo aparte.

Horrorizase el Sr. Cañamaque! Ya ve si Thiers es una figura tan grande como él en la historia del siglo; pues bien, el Calendario del proletario dice: «16 de Abril.—Nace en Marsella el raquítico tiranuelo Luis Adolfo Thiers, llamado: «la Hiena del Proletariado.»

¡Vea Cañamaque a lo que se expone con sus proposiciones draconianas!

A que en los siglos venideros le pongan en el santoral colectivista, y diga el Calendario, por ejemplo:

—28 de Diciembre.—Nace en Píscis el Illiputiense dictadorzuelo D. Fulano Cañamaque, llamado la triquina del Congreso.

¡Leñidad, Cañamaque, leñidad! Sea usted

PALIQUE

Alejandro Pidal ya es académico.

«¿Merco serio?»

«Merco serio!»

Pero al decir esto, es necesario añadir que mercoen no sólo Castelar, Zorrilla, Campaamor, Valera, Echegaray, Núñez de Arco, Canalejas, Alarcón, Turrado y algunos otros, no muchos, que me obligan no a desear que aquella casa, podría por el *examine de examen*, se venga abajo y a plasticar los inquilinos, figuradamente hablando.

Hay muchas personas respetables en la Academia, no cabe duda; pero, como corporación, es sencillamente ridícula: es el retrato de la olla, de que hablo antes. Se ha dicho que todos hablan mal de las Academias hasta que pueden ser candidatos a una vacante. Yo, que no espero encontrarme jamás con las generales de la ley, exceptuando para aspirar a una honra tan disparatada, como dicen en los Bufos, declaro de hoy para siempre que yo quise ser académico. Y si algún día mandan los míos (que no se a punto fijo cuáles son), desde este momento les pido que no hagan conmigo lo que hicieron con Castelar los suyos. Ahí estáis mis galicismos, (aunque no tan abundantes como los de Cánovas, Alarcón y otros puristas, *cf. State Despatch*) producido contra aquella buena u ofensa, según por donde se tome.

Dicho esto, puedo seguir hablando mal de la Academia sin empacho.

Pues sí, señores, es una cosa ridícula. «Se creen superiores los literatos académicos a los que no lo son». No los parece dignos una distinción que no sanciona la opinión pública.

Salvando honrosas excepciones (la letanía de siempre; Castelar, Echegaray, Campaamor, etcétera, etc.), la Academia no admite más autores que los que han pasado de moda o los que están de moda nueva. Tiene el cuerpo un instituto a lo que vive, a lo que se mueve y llama la atención y entusiasmo al público. No le gusta sacar de la secretaría a un hombre, sino desenterrarlo. Para la Academia, clásico, parece sinónimo de fósil.

La Academia toma a por sí el papel de conservar el idioma. Un estudio profundo y minucioso de su gramática, sería cosa muy edificatoria. Veríamos que gran alfiler se entremesa a las mayores dificultades de la sintaxis que abandonan por completo el estudio de las etimologías que olvidan, o no conocen, los grandes escritores de la lingüística, y por consiguiente, la aplicación fecunda en resultados que podría hacerse en tales materias al idioma *proprio*.

«¿Qué más? Repasad los escritos de la mayor parte de los académicos notables; están plagados de solecismos y barbarismos. ¿Cái todos los cast? «Voy a ocuparme de...» y «debo de hacer por este hacer», y vice versa.

Y Cánovas habla de «guardar las convenciones»; y, en fin, sería curioso que un tribunal de maestros de escuela, exámenes de gramática *expos* a los académicos; se oíría cada cosa! Y es que muchos de ellos son hombres de talento, otros de gran imaginación; pero filológicos; «etimológicos»; «sintácticos»; «filológicos en general». No hay para qué hablar de ellos.

Cualquier persona que, por su singular aptitud y vocación decidida, se consagra a casa estudios, sabe más, mucho más que la Academia en pleno.

Los académicos comprenden todo esto, pero también saben el prestigio que tiene en nuestro país todo lo que son parentescos, y cimeras.

«No existe todavía las órdenes militares y no están disputándole al obispo del Celo llevando sus prerrogativas». Pues así es la Academia.

Una orden militar contra el extranjero invasor. Con la diferencia de que las órdenes dadas atacan a los moros muertos, a un enemigo que ya no existe. Y los académicos atacan al galicismo, un extranjero que lleva dentro de sí.

Cuenta Camús—que no es académico—que cierto amigo muy, muy ilustrado, compraba a dúctiles a un mozo de la Puerta del Sol, y Camús le decía: «Ea, pichale, mátales; Santiago y cierra España!»

Esto se puede decir a los académicos que compran tracas, argentesos y otros productos literarios a los franceses: «Bás, á ellos; Santiago y cierra España!»

Pero volvamos a Pidal. El académico cuyo puesto ocupa, era el señor conde de Gendralain. «Una notabilidad, que yo no se si siquiera cómo se lee». Es claro que la Academia la graduó. Por mala que sea la florista de Pidal—y vive Dios que no puede ser peor—es claro que Pidal suena mejor que Gendralain.

«¿Quién es Pidal? Un orador incorregible, pero de mucho fuego, elocuente a veces, intencional, que no se acuerda, que habla con el alma que tiene buena figura: en fin un verdadero orador!—Merco ser académico—en el buen sentido de la palabra.—Distingo, si no lo fupura más que lo que tienen grandes méritos literarios. Alendadito no debía ser de la Academia. Librelo, lo que se llama librelo, no lo es siquiera. Ni le gusta el arte, como dice mandado. No le gusta más arte, que el que arrima el Anón a sus sardinas. Pero siendo académicos Castelar, Arana, Balaguer, Chacón, Barrenu, Boca Tarpeya, digo, Inguez, Cueto, y los Gámez, González y Pérez del Joro mercoen serio

Pidal! Siets veces siets, como cuenta Molins, mejor que todos esos. ¿Por qué? Porque esos señores no representan ningún valor positivo, no representan más que el valor negativo de las preocupaciones antiguas de las oligarquías académicas; y Pidal, *todo sea que él sea*, como diría algún académico que yo me sé, es un talento real, de fuerza, que vive a la moderna, que sirve para algo, aunque no para cunctar a Santo Tomás de Aquino. Los que nos pretenden de imparciales, queremos estar de un lado o en esta distinción, que es necesario hacer entre uno y otro. Lo que quisiera el enemigo, sería locurar a pesar mío a Tanayay, a Nocedal, a Menéndez Pelayo, y ahora a Pidal, por ejemplo. No señor. A eso los reconocemos su valor. Si atacamos a otros, no es por ocasionistas, sino por Chistes, Catalinas, Armas, coetras, etc., y Balaguer, digo no, que está a la liberal, y Tejedor y Barrenu quien decir. Claro es también, que antes que Pidal, de licitar entrar en la Academia—mucho antes—Balart, Marín, Galdós, Camús, Pereda, Moret, Fernández Almoner, Selva y algunos otros, que bien llegarán a dos docenas o tres; pero también es indudable, que Pidal merece entrar antes que algunos que han entrado, primero. Por eso, no es ocasión ésta de poner el grito en el cielo.

Pero verán ustedes lo que son las preocupaciones en el mundo. Yo digo, por ejemplo, que Fernánsez era más digno de ser académico (en el buen sentido) que Pidal.

«Oíste un revolver, un elegante... un petimetre de la literatura, un hombre que habla todos los días con el vulgo, que ama los galicismos como al fucien *arribada de París*... Pues sí, señores, ese Fernánsez, que tiene muchos defectos, entre otros, el muy simpático de defender de masado a los amigos; que mira con un desden a la SShenda la literatura; que deja un final de drama bueno por salir del teatro con una señora guapa (y hace perfectísimo); Fernánsez, que hace cosas al naturalismo... porque no tiene tiempo para leer; Fernánsez, es mucho más literato que Pidal, sin duda alguna. Fernánsez es un crítico, aunque no cumple disciplinas el papel rayado. Pidal, en materia de arte, no va más que los lugares comunes, y hace que se entusiasma con el Darte, y desprecia el teatro moderno, y la saca filonías a «la vida es sueño», y es de los que creen que tiene maltrato Calixto porque consagra los sentimientos de ley, patria y rey, como los duros isabelinos.

Pidal, que en la tribuna política está muy bien, metido a literato en letra de molde, es adocenado, repito las vulgaridades, necas, sin gracia ni originalidad aparente siquiera. No acabo lo que Menéndez Pelayo, que todavía encuentra leña verde para el fuego de la Iniquidad.

Fernánsez, al qualoré, si cazara más y estudiara más, y escribiera un poco más largo, y se convenciera de que la literatura no es luciente ni cural (si se la toma bien la embocadura), sería probablemente el inmediato sucesor de Balart en la crítica verdadera, que es la única, la que consiste en el gusto, en el talento, en las ideas, y no en las citas transcurridas y las leyes de Apolo derogadas.

Pues bien: si en vez de ser Pidal fuera Fernánsez el nuevo académico, qué caducidad! ¿Qué profanación! Aún muchos *desperperos* tendrían escrupulos. Y, sin embargo, ¿quién se atreverá a decir que Fernánsez es peor literato que Pidal? Luego hay algo que añadir al literato para hacer de él un académico.

Hay que añadirle (excepto a Castelar, Campaamor, etc., etc.), hay que añadirle... el *arido de seo*.

Alarcón contestó a Pidal. Dijo que el naturalismo es la mano sucia de la literatura. Lo siento por el Sr. Alarcón, a quien supongo que le gustaría las sabanas limpias.

Le queda el recurso de no asociarse, y hacerse de La mano Ayre.

CLARIN.

154 El Progreso (Madrid), n. 725, 3 mayo, 1883

Palique

No me siento con la vocacion de Heráclito ó de Jeremias; pero es indudable que al leer lo que dicen los periódicos de los regocijos públicos, dá ganas de llorar...

¡Qué dirán los portugueses!

Los padres de la patria, esos padres que cuando se discuten los presupuestos se van á tomar el sol ó el fresco, segun la temperatura, el otro dia acudieron como un solo senador ó diputado—respectivamente—*al seno de la Representación Nacional...* para reivindicar sus derechos, desconocidos por la diputacion provincial en el reparto de billetes para la corrida de toros.

Diputado hubo que amenazó con retirarse al cerrillo de San Blas—á falta de Avestino—si no se le daban tres andanadas. Otro gritaba... Constituyámonos en Convencion... en la Plaza de Toros... ¡Eh, eh, á la plaza; padres conscriptos á la plaza!

¡Cómo, señores diputados! 100 billetes á los diputados de la nacion; 100 billetes, y de sol, si á mano viene...

La dignidad de nuestros representantes *rayó á gran altura*, como dicen ellos cuando sueltan á hablar; hubo quien propuso devolver los billetes. ¡Eso es energia!

Y, en fin, se declararon en sesion secreta.

El Senado, el respetable, el calvo Senado, siguió idéntica conducta. Se cerró sobre si mismo para meditar.

¡Qué más? El ayuntamiento devolvió tambien á la diputacion provincial los 180 billetes que le daba esta corporacion, cuya responsabilidad ante la historia, por el reparto de los billetes, no podemos juzgar bien los contemporáneos, porque en tales asuntos, la posteridad es la única que vé claro.

En cambio, ¡qué gran hombre de Estado se manifestó Sagasta al repartir los billetes para la funcion del Real! ¡Aquello fué política y buen gusto, segun los periódicos más agradecidos, con que éste distribuyó las invitaciones, de manera que las bellezas esculturales, las carnes, hablando en plata, de nuestros más acreditados bustos femeninos se lucieran debidamente! Sagasta se ha asegurado para mucho tiempo.

Cuando se reparten con tal habilidad unos cuantos billetes de teatro se merece el poder por mucho tiempo. No lo haria mejor el más experto de nuestros acomodadores.

¡Oh, si Sagasta acertará á colocar en los escaños del Congreso á los diputados con la misma sabia distribucion con que sentó á las damas hermosas y escotadas en los palcos del Real!

..

Mientras aqui nos divertimos todo eso que Vds. ven, en Sabadell se declaran en huelga 4.000 jornaleros.

No porque les den pocos billetes para ver los toros, sino porque les dan, dicen ellos, pocos cuartos para comprar pan.

Ya verán Vds. cuánto anatema tiene la prensa para los *mal aconsejados obreros*, que no quieren el trabajo que juzgan mal pagado.

En cambio, todos celebraremos la arrogante entereza y eximia dignidad de los diputados, senadores y concejales que no quieren los billetes de toros... porque les dan pocos...

¡Qué dirán los portugueses!...

..

Ménes mal que la literatura ha procurado dejar bien puesto el pabellon nacional.

En efecto; se han celebrado varias veladas literarias... y se han leído versos de respetables aficionados... ¡y se ha tocado el piano y el arpa!... No dirán los portugueses que no los recibimos con confianza...

CLARIN

PALIQUE

Confieso que cuando supe que el ilustre Lorenzana había muerto, pensé enseguida a lo que *El Diario Español* escribiría con este motivo.

Y en efecto... ¡Vaya una manera de honrar la memoria del fundador!

Tratándose de tan notable periodista, lo menos que podía hacerse era «cargar el artículo necrológico a un periodista mediano (ya que esos son los buenos.) Pues verán ustedes. Empieza *El Diario Español* diciendo que llama a Lorenzana «cuantos militas en las honradas filas del periodismo militante.»

Mucha infamia es esa.

Después dice que la existencia de Lorenzana fue modesta, pero honrada.

«Asociado con otros queridos amigos, que algunos le han precedido al sepulcro, fundaron en 1851...» Con esta bella elección de *El Diario Español* la necrología de Lorenzana, el periodista insigne!

«Los extraviados de la revolución más le entristecieron que le disgustaron.»

¿De modo que lo que le entristeció no disgusta? ¡Amigo Diario! ¡Cuanto mejor está el Padre Nuestro, no es una oración fúnebre!—Cuando se escribe así, vale más despedir a los amigos que mueren con un R. I. P.

«Creo ustedes que es sólo *El Diario Español* el periódico que ha venido tan a menos? ¡Ay, no!

En general, y sin ofender a nadie, y salvando las excepciones de ordenanza, no puede asegurarse que así se escriben muchos periódicos.

Parecía natural que las más ilustres plumas del periodismo despidieran al mejor de los periodistas; pero, amigo, ahora los periodistas buenos están ocupados en cosas de más provecho... unos en ser ministros, otros en ser diputados y casi todos en hacer caldo, el gordo, por supuesto.

Comparemos los artículos que escribió Lorenzana en *El Diario Español* con el que este periódico consagra hoy a su fundador ilustre... comparemos... y meditemos.

Así anda todo.

La *Revista de España* que, mézcala ó no, tiene fama de ser la primer revista de España, dice: «La de un crítico que se llama el Sr. Chichón.»

El Sr. Chichón será, yo no lo niego, un literato de bulto; pero así fuere un chichón tan grande como el Corriño de San Blas, yo creo que no tiene la autoridad suficiente para decirle a Campaamor:

«Zapatero, ¿a tus zapatos.»

como efectivamente se lo dice. ¡Y todo por qué? Porque Campaamor ha escrito el *Idicismo* sin permiso del Sr. Chichón, que es un positivista muy serio, tan serio como un famoso personaje de un famoso poema contemporáneo.

Mucho tiempo hace que el Sr. Chichón se me ha puesto en la cabeza, y no es esta la primera vez que cojo la pluma para manifestarle mi cordial antipatía. Debo de ser joven y creer a pica juntillos lo que leo en los libros que vienen de París con la última moda de la filosofía que reniega de Dios y de la madre que la parió. Y ¡amigo! con estas noticias, el joven Chichón se cree un Aristóteles y se rio de Krause (que él escribe Krausse) y de Tiberghien y del Sr. D. Hermenegildo Güer, que lo traduce, y de Campaamor y de la metafísica... En cambio, en presencia de una novela del señor Navarrete vacila, como Nelasso, y se pregunta: ¿a qué género pertenece? ¿Es psicológica ó de carácter? ¿Es de costumbres ó trascendente? Preguntas son esas, Sr. Chichón, que estarían muy bien en *La Ilustración de Cabellos* ó en *El Faro de Quintanar de la Orden*. La novela del Sr. Navarrete, señor mío, podía muy bien ser psicológica y ser de carácter y ser trascendente, como V. dice, y ser de costumbres, todo a un tiempo. ¿Y usted? Vamos a ver, ¿usted de qué género es, como escritor? Del género cursi, Sr. Chichón, del género cursi, por siempre jamás amen.

Decía que ya otra vez tuve la pluma en la mano para dirigir al Sr. Chichón estas saludables advertencias, y ahora debo añadir que nubes de aplazar mi caritativo varapalo, considerando que el Sr. Chichón todavía no era bastante abultado, en cuanto escritor, para aplicarle este vinagre de la sátira, como él dirá seguramente.

Ahora ya es otra cosa. Atrévase a decirle a Campaamor que su deje de filosofías, y llámalo zapatero, es demasiado.

El *Idicismo* de Campaamor no se ha escrito para que el Sr. Chichón lo entienda. Aprende el Sr. Chichón del modesto y discreto Luis Alfonsu, que declara francamente que él no entiende el *Idicismo* ni guero alguno de filosofía. Esto es mucho mejor que decir, que Campaamor no es serio, ni Tiberghien tampoco, ni el Sr. D. Hermenegildo Güer tampoco.

Yo no dudo de la seriedad del Sr. Chichón; pero que no niegue el la de los demás.

Y como es tan serio, capaz será de tomar por lo serio todo esto que le digo y censurar muy seriamente en su *Revista crítica*, como el la llama.

Pues hará usted muy mal Sr. Chichón; y lo mejor será que usted me condene al desden mas absoluto, y así de la calada por respuesta, como en los *Baños del Manzanares*.

Crea V. que maldita la utilidad que podría traerle el andar en dunas y directos camuño; porque tengo una porción de gazapos, todos cogidos en los cotos de su jurisdicción literaria, y si los suelto, podría usted disgustarse y aducir la profunda convicción de que no sabe gramática siquiera; como, en efecto, no la sabe.

A propósito de la manera de escribir periódicos que ahora se usa:

Tratando de describir el entierro de Lorenzana (el gran periodista), dice un colega, de cuyo nombre no quiero acordarme: entre los asistentes (al duelo) recordamos a los señores Tal y Tal, etc., etc., y otros muchos que no recordamos.

¡Pobre Lorenzana! ¡Así te despiden los que debieran imitarte!

Habrán observado los lectores que este palique me ha salido un poco duro, como se dice. Pues es a propósito, porque noto que la be-

nevolencia a prueba muy mal en literatura, como en otras materias en que yo no entro ni salgo; y es necesario volver a las andadas.

Y debo advertir a cuantos la presente vierten y entendieren, que ni en este ni en artículo alguno me propongo molestar a persona nacida de mujer; que yo como hermanos en Adán, ó quien sea, a todos los escritores estimo y respeto, y lo mismo digo de los periódicos, *El Imparcial* inclusive.

CLAREN.

PALIQUE

EL CERTÁMEN DE EL IMPARCIAL.

No podrá decir *El Imparcial*, á lo menos con razón, que me meto en la renta del Excusado al hablar del certamen que generosamente ofrece el colega para premiar novelas españolas. Los intereses que invoca y pretende servir son generales y á todo español es lícito tratar de ellos, y especialmente puede y debe hacerlo quien se consagra á las letras, cualquiera sea con tal poco provecho como yo.

Lo primero que merece *El Imparcial* por su certamen es un aplauso. Acordarse de que la literatura es digna de ser fomentada tanto, por lo mismo, como los caballos andaluces, es, sin duda, cosa digna de elogio.

Cuantas observaciones voy yo á dirigir al proyecto de certamen de *El Imparcial* son de secundaria importancia: lo principal es que *El Imparcial* quiere pagar en dinero contante y sonante las obras del ingenio nacional. Dios y los suscriptores se lo prometen.

Como, á pesar de cierto personaje de Retón de los Herreros, es el dinero no es todo en este mundo, en un certamen así, donde consiste en el premio, que está muy bien que consista en billetes de Banco, en un juez competente que lo adjudique, porque sino se convierte el certamen en una librería y acaso prodigalísima arbitraría que en vez de servir de aliciente al mérito lo rebaja y deshonra. El arte no ha de ser como quisieran los ricos, que no suelen ser artistas. El zino que quiere premiar el arte, no ha de exigir las condiciones técnicas que á él se le exigen, porque así el arte, además de corromperse, se prostituye: el artista se convierte en un criado, el Mecenaz se erige en Horacio, en preceptista, y todo lo echá á perder.

En este defecto ha incurrido *El Imparcial* por desgracia.

Es una debilidad antigua en el colega pensar que la misma persona que se luce escribiendo artículos políticos y recordando todas las contradicciones de Sagasta ó de Romero Robledo, se ha de lucir tratando de asuntos literarios.

Es vez de combrar un jurado de críticos competentes y autores ilustres, como sería, por ejemplo, uno compuesto de los Sres. Valera, Balart, Giner, M. Pelayo, Galdós, Alarcón, Pereda, E. Pardo Bazán, Tamayo, Echegaray, Camposomar, Núñez de Arce, etc. *El Imparcial* se reserva el derecho de juzgar por sí y ante su director el mérito de las novelas que se le presenten. Desde el momento en que tal hace, ó se proclama, con poca modestia, crítico infalible, ó por lo menos crítico muy autorizado, ó falta ya á su propósito de sacrificar algún dinero á los intereses de la literatura española. Hay algo que no me parece muy delicado en uso de querer componer el propio gusto por el medio material, y en esta relación grosero, de la riqueza.

Por el sistema de *El Imparcial* llegaríamos á una bucría tiranía del oro: la tiranía sobre el gusto. Así como él prefiere las novelas que llaman de acción con frase poco exacta, podría presentarse otro más rico diciéndole: darte el oro y el moro al que me escribas libros de caballerías, con endriagos, gigantes, desafiadores de elementos, duendes doloridos y demás disparates clásicos. No hay escape: ó *El Imparcial* crea que el sabe á punto fijo lo que nos conviene en materia de novelas, ó lo que quiere es que se escriban novelas á su gusto. Esto último sería muy legítimo: pero en tal caso no había para que

hablar de la patria, de la literatura nacional y su prosperidad, de los intereses generales, etc.

Empieza *El Imparcial* señalando un criterio estrecho, sistemático, y por añadidura retrógrado, contrario al movimiento natural y común de la literatura contemporánea en todos los pueblos civilizados. No es este lugar de condenar ese criterio: podrá ser bueno ó malo, pero es exclusivo, opuesto á lo que á *El Imparcial* le consta que es opinión y es gusto predominante en esa juventud literaria á la que parece que principalmente convoca. ¿En qué infalibilidad se fuda *El Imparcial* para imponer el género de novela que hoy predomina, y que, según los más notables críticos contemporáneos, es el más propio de nuestra civilización presente y el más alto grado de la forma literaria hasta el día? Ya lo sabían los escritores que siguen las tendencias del día, que vieron en la atmósfera natural del gusto moderno: á ellos les ofreció *El Imparcial*, como *por falso Arte*, una afreca de 4.000 reales, pero con ella el desaire de devolverles el original que no le sirva. La verdadera recompensa, el honor del premio y de la gran publicidad de *El Imparcial* quedo para los escritores (no sé si los encontraré buenos) que escriban lo que él llama la novela de acción, predominando ésta sobre las descripciones y detalles, y con el movimiento (este movimiento es toda una confesión) vireza (!) y demás caracteres acomodados al género especial de los folletines. De esta manera *El Imparcial* quiere seguir cultivando la novela de folletín, que casi nunca es literaria propiamente; pero tal pecado quiere que sea genuinamente español, en vez de ser francés; quiere que prosperen los Montepius, los Gaboriaus, los Luns, don Terrail que pueda haber por ahí desconocidos.

Yo no niego que á *El Imparcial* lo convengan folletines de ese género: pero entonces no diga que quiere la prosperidad de nuestras letras, confiese que pretende seguir halagando el mal gusto de los suscriptores dándole lo que ellos piden, no lo que la honra de nuestras letras exige.

¿Qué novelista español digno de ser premiado cree *El Imparcial* que le vá á escribir novelas por ese estilo, del género propio de los folletines?

Y para llegar á este punto, comienza *El Imparcial* maldecido de la novela francesa y su influencia perniciosas. Entendamos. Hay una novela francesa muy mala, digna de desprecio; es la que *El Imparcial* y otros periódicos suelen traducir para halagar el mal gusto dominante en las clases inferiores. Hay otra novela francesa que es acaso la mejor de Europa y sin duda tan buena como la mejor: esa novela la escribieron los escritores Jorge Sand, los Victor Hugo, los Balzac, los Flaubert, los Vigny, los Daudet, los Goncourt, los Zola, y otros pocos. Unos en una escuela, otros en otra, hicieron obras inmortales. ¿Condennas esas obras y su imitación prudente y no sorrija nuestro colega? Así parece, aunque parezca mentira, pues precisamente las novelas que pide á sus compatriotas han de ser como esas otras de aventuras, movimiento y demás caracteres de folletín.

Es decir, que para desarraigar de nuestra literatura esa influencia que tiene mucho malo y algo bueno, *El Imparcial* lo ocurre arrancando lo bueno y dejar lo malo. De otro modo, consistente que se siga cultivando el género malo, pero aspira á la honra nacional de que eso malo ya no lo escriban franceses, sino españoles de pura raza.

Siento tener que añadir que en las condiciones económicas del certamen el generoso *Imparcial* tampoco anda muy acertado.

Abona 107 reales por cada folletín. Como el folletín de *El Imparcial* consume muchas cuartillas, sólo llegarán á obtener un precio digno del trabajo de escribir los novelas que sean muy largas. Ka decir, otro incentivo para lo malo, para la acumulación de rípios y farrago, para ese defecto tan general en los escritores que comen de escribir mucho, que consiste en estirar los asuntos, diluir el interés y matar el efecto.

El Imparcial dá la propiedad de la obra al autor, pero esto no podrá publicarla hasta pasados tres meses de su inserción en *El Imparcial*. Esto se reserva el derecho de hacer por su cuenta y para sí una tirada de 3.000 ejemplares; lo cual, dado el mercado de libros en España, equivale á enaguar el dominio directo, quedarse con el útil y no pagar siquiera el ludencio. De otra manera más clara para los legos: equivale á darle á uno un cigarro para que el donatario escupe y *El Imparcial* fume.

Si la novela es buena, ofrece probabilidades de ser vendida, la propiedad de ella vale algo: pero con eso de los 3.000 ejemplares de *El Imparcial* casi nunca quedará utilidad para el propietario.

Si la novela le gusta á *El Imparcial*, pero no le gusta al público, la propiedad de la novela es una palabra soñada.

Supongo que *El Imparcial* no creará en los géneos desconocidos. No es de esperar que haya por ahí oculto un novelista de quince á veinte años aguardando á que *El Imparcial* lo dé cinco duros por folletín para asombrar al mundo. El que quiere hacer algo útil debe atender á la realidad, á las circunstancias actuales. ¿Qué autores probables tiene en la imaginación *El Imparcial*? Con el anuncio de su certamen habrán abierto el ojo, si vale la frase, aquellos alucinados autores, de cuyo nombre no hace falta acordarse, que llenaron de disparates en noción todas las tiendas de modistas de España. Pero los novelistas notables que tenemos y los que como tales se anuncian, creen *El Imparcial* que audirán á semejante reclamo? ¿Cree que no habrán recibido con glacial indiferencia eso de «el grosero naturalismo contrario á la moral y lo del idealismo extravagante»?

Puede asegurarse que no acudirán á *El Imparcial* Galdós, Pereda, Alarcón, Valera, Emilia Pardo Bazán.

Tampoco creo que acudan, y aún al tiempo, Ortega Muñilla, Armando Palacio y otros pocos, que son los que dan esperanzas de la novela futura.

Hepto que el certamen de *El Imparcial* es un esfuerzo en general laudable; pero lastima que no se le haya ocurrido prescindir de preámbulos críticos y cortapisas inoportunas, diciendo, y gr.: «Para el certamen de novelas españolas *El Imparcial* presenta como jurado á los señores (aquí los citados antes ó otros por el estilo, si los hubiere).

El asunto de la novela, su género, forma, tendencias y extensión son libres.

La propiedad de la obra es del autor; *El Imparcial* no se reserva el derecho de regalar un tomo ni de venderle al no sale premiada.

De este ó parecido modo, el rasgo de *El Imparcial* crea digno de eterna alabanza. Tal como es, merece el aplauso que le consagro al principio de este desaliñado artículo.

CLARIN.

PALIQUE

Yo no sé hasta qué punto es obligación del gobierno escribir en castellano, que «el idioma oficial, sin ningún género de duda. Pero me parece que aunque sólo fuera por el que dirán, las circulares de los ministros deberían salir en un lenguaje medianamente correcto. No todo ha de ser re-artirir palos y dejar a pié a los ginetes honrados. Un poco de gramática siempre está bien».

El ministro de Gracia y Justicia hace lo que el diablo, tiene fama de listo. Yo no digo que sea un Molo, pero tampoco es un molon, es un término medio, es un ministro de Gracia y Justicia que ha estudiado Derecho y que debía haber estudiado gramática.

Pues bien: este ministro ha permitido que su firma saliera autorizando una circular que está muy mal escrita.

Yo no le tengo mala voluntad al Sr. Romero Gilón, ni he dicho nunca de él perrerías, ni piques decidas, ni creo que esa circular la haya escrito él. Pero sí no la ha escrito, ¿para qué la firma? No firmes carta que no leas, dice el refrán, y el ministro ha firmado la circular sin leerla, porque si la hubiera leído, ¿cómo había de firmarla?

El documento pertenece a ese estilo *prodomo-meco*, que muchos creen indispensable en todo papel oficial; creen nuestros burocratas que no se puede ser serio sin escribir vulgaridades alfanuméricas y lugares comunes, insipidos y ridículos. Pero, en fin, pasemos por el estilo y vamos al lenguaje.

Empieza diciendo la circular del ministro, que «los delitos que se cometen por medio de la imprenta, se sancionan con los castigos previamente establecidos a su el Código penal».

Es de sancionar delitos y por medio del Código penal nada menos, no debe de ser teoría de ningún Carrara, sino de algún Berroqueña.

«La presunta culpabilidad muy pronto aparece o debe aparecer de las primoras é inmediatas diligencias.»

Entendámonos, señor ministro, ¿es qué manda V. E. que aparezca (por sí ella espontáneamente no aparece)? En tal caso, bien está esto: «debe aparecer» pero como V. E. no tiene jurisdicción sobre las contingencias de los sucesos, me inclino á creer que V. E. ha querido decir *debe aparecer*, sólo que no ha sabido. Además, la culpabilidad que aparece pronto, si-gue V. E., es la presunta, y esa ya aparecido; sino hubiera culpabilidad presunta no habría para qué molestar á nadie. Luego V. E. busca lo que ya tiene, que es peor que buscarle cinco pies al gato. Signa V. E.

«Pues no es de tomar que el autor real del escrito, contra el cual, ante todo, se dirige la ley.» Alto al carro. ¿Qué quiere decir autor real? Entendámonos, porque si se trata de esa clase de autores criticado á los cuales le denuncian á uno, yo me inhibo ó escuro. Pero si el autor es un autor como otro cualquiera, ¿por qué le llama real el ministro? Es en oposición á falso, ficticio, falsificado? Pues el autor falso no es autor. Luego sobre el real y quedamos en los ocho cuartos y medio.

Ahora el autor de la circular (que repito no debe de oír) ser el ministro en sí es de una fantasía. ó en aras de su loca fantasía, como diría Martínez Campos, se pierde en un dédalo de incisos y oraciones de relativo que es una bendición.

Cópico:

«Que el autor real, procure ampararse de cierta manera de inmunidad, por dónde? (¿por dónde?) terceras personas resultan responsables de actos que en verdad (riipo en prosa) no ejecutaron, por cuyo [ay que enyo] medio, si el autor elude la sanción legal, de cierto no *exage* á la moral de la pública opinión, que condena sin recurso á cuantos, poco firmes en sus convicciones ó penetrados guizos de sus errores (penetrados? guerra decir otra cosa), no vacilan cuando las unas ó las otras pueden constituir materia punible, en exponer las *primeras* ó en propagar los *segundas* (y viverra, ¿no?), flacos de la irresponsabilidad personal que declinan sobre un tercero (pues si declinan la irresponsabilidad, mejor para el tercero) que *reclamaria ó secundariamente* (¡oh psicología gubernamental!) se presta á secundarios (el tercero secundado) un semejante empresa.»

¿Quién será el tercero que *secundó* al ministro en la empresa de escribir parrufito semejante?

Y sigue el ministro:

«El gobierno de S. M., que estima, reconoce y aplaude...»

¡Otra vez alto! ¿Qué es eso de estimar y después reconocer? Primero reconoce ó lo que sea y después podrá estimar, compadre; digo, que ni V. E. es mi compadre y tampoco es ese el camino. «Aplande la noble *ellice* de los escritores públicos».

Mal hecho: el gobierno no debe aplaudir la altivez; y además, eso de nobil altivez está bien en unas décimas *alderonianas*, de esas que hacen Bets y Castro y Rebovarria, pero en la *Gaceta* parecen mal esas circulares de capa y espada. La nobil altivez no lo falta más que milpas de Cereceda. «El gobierno confía y asegura que tales arides no se producirán con frecuencia.»

El gobierno que *asegura* que las cosas sucederán pocas ó muchas veces, me recuerda el personaje de la zarzuela que opina que el rey nunca se equivoca... Además, supongamos que el gobierno *asegura*, que esas arides no se producen con frecuencia, ¿pero y si se producen sin frecuencia, de ligas á brevas? ¿O es que las leyes no se dan más que para lo que ocurre todos los días?

«Concluye la circular recomendando benignidad é imparcialidad para todo, menos para lo que se refiere á las instituciones fundamentales, á la disciplina del ejército y al orden público.»

¡Eso es, á los que toquen á las instituciones, al orden ó á la disciplina que las paria un rayo!

En resumen (como dice la circular): yo no creo que esa adfesisio gramatical, ese Algoritmo de la sintáxis sea obra del ministro.

Pero entonces, ¿para qué la firma?

CLARIN.

Palique

OBRA DE REVILLA

Este palique no es un artículo bibliográfico, en rigor, sino de costumbres.

Revilla era, según la opinión más general, el crítico de más autoridad entre los que escribían hace pocos años.

Muere Revilla, ponemos sus méritos por las nubes, hasta los exagera alguno, se celebran veladas literarias para honrar al muerto, el Ateneo publica á costa suya varias obras del crítico, Gonzalez Serrane escribe su biografía, Cánovas un prólogo, la edición es buena y barata, comprar el libro obra de caridad y buen gusto...

Y en efecto, en el Ateneo se venden nueve ejemplares del libro póstumo de Revilla.

Yo se lo he oído decir á su desgraciada viuda, simpática y discretísima señora.

Me refería estas tristezas con lágrimas en sus ojos, que cantó Zorrilla cuando vivía el marido, cuando Revilla era una especie de tirano del teatro, de la poesía lírica, de la novela, etc., etc. Y me hablaba esa señora á la puerta del teatro Español, donde tantas veces la vi al lado de su esposo reinar á la manera como puede reinar el talento allí donde asisten tantas grandezas de otro género.

Yo me apresuré á contar el escándalo de aquella venta irrisoria á muchos amigos periodistas. Algunos dieron la noticia, pero del libro de Revilla muy poco se ha hablado. Es necesario que los periódicos que estimen las letras sigan el ejemplo de *El Liberal* llamando la atención del público.

¿Revilla era un escritor notable, si ó no?

Claro que sí. Pues entonces, ¿no hay más que nueve señores ateneístas que compren las obras de un escritor notable como ese que todos echamos de menos?

Y el público grande, el de la calle, ¿no admiraba también á Revilla? ¿No acataba su autoridad en una época en que se dudaba de todas las autoridades? Sí.

Y entonces, ¿por qué no compra las obras de Revilla? Los libreros dicen que consiste en que la prensa no mueve el libro.

Pues movámosle. Nos lo piden las dos más grandes y delicadas inspiraciones del alma: la caridad y el buen gusto.

Las *Obras de Revilla* van precedidas de un notable prólogo del Sr. Cánovas, celoso presidente del Ateneo, y de un hermoso escrito biográfico de Gonzalez Serrane, verdadera introducción del libro. No importa que no se haya escogido lo mejor de Revilla para la colección, pues siempre queda mucho bueno, por ejemplo, los bocetos literarios. Sin duda se ha hecho mal en dejar fuera del libro muchos de los artículos de crítica contemporánea, escritos para las necesida-

des literarias de cada día, pero no de ménos mérito por eso y acaso por eso más espontáneos.

De todas maneras, las *Obras de Revilla* son un libro notable y nadie que pretenda tener en su biblioteca los autores que representan la vida literaria de la España contemporánea, podrá prescindir de un ejemplar de esta colección de estudios críticos, en que se ven diferentes clases de manifestaciones de aquel poderoso talento que tanto influyó en la revolución actual del gusto literario.

Si algún lector de *El Día*, después de leer este artículo, se va derecho á la librería y pide, un poco avergonzado de no haberlo hecho antes, las *Obras de Revilla*, yo habré conseguido el único objeto que hoy me he propuesto al tomar la pluma.

Si todos los literatos que pueden temblar, pensando en que acaso un día habrá una viuda que lllore por su rememorado olvidado, compraran este libro, pronto se agotarían varias ediciones.

Vosotras, viudas posibles, mostrad esta caridad de buen tono á vuestros respectivos maridos.

CLAMIN.

Palique

El Pacto Aragonés es un periódico de Zaragoza que ha nacido hace poco, pero que ya sabe lo que es vivir en tiempos de fusiones.

Primero le pegaron una paliza al director que, como no podía menos, tuvo que quedarse con ella.

Sanó el director y enfermó el periódico.

Lo multaron y suspendieron.

Sanó el periódico y lo volvieron a denunciar y se cuestrar.

Ahora le toca otra paliza al director.

Dios quiera que no se la den; pero, amigo, ó somos ó no somos el cuarto poder del Estado.

Yo creo que, después de los contribuyentes, los periodistas somos los más soberanos, porque después de los contribuyentes somos los que pagamos más vidrios rotos.

Bueno, pues en estos tiempos en que todos somos tan felices, por supuesto, gracias al gobierno, se le ocurre a un señor pasar por el viaducto de la calle de Segovia, hecho ya punible en sí, sin más, á todas luces, especio de tentativa de suicidio.

Pero no es esto sólo: á ese señor se le ocurre echar mano á la barandilla del viaducto para cerciorarse de su resistencia, y entonces, ¡oh, entonces! la autoridad paternal, en forma de polizonte, sujeta al presunto suicida y le recrimina (amén de llevarle preso), con estos ó parecidos términos, salva la sintaxis.

—¡Como, caballero! ingrato. ¿qué iba V. á hacer? Abandonar esta Jauja en estado de sitio? Eso es un acto de oposicion sistemática; resignese V. á ser feliz, á que cualquier concejal, si V. es periodista, le rompa la cabeza con un comunicado de hierro; déjese usted multar, déjese llevar á la cárcel, déjese V. hacer pedazos, si conviene á la causa del orden... ¡pero suicidarse! ¿Para qué quería V. suicidarse? probablemente para no pagar la contribucion...

La verdad es que aquel señor no quería matarse, pero después de sufrir insultos, encierro y vergüenza, por una lamentable equivocacion autoritaria, ¿quién sabe si le entrará ganas de matarse de veras?

Solo que en tal caso ya no se aplastará la cabeza contra los adoquines de una calle... se dejará caer sobre el orden público hecho carne y habitando entre ó sobre nosotros. ¡Ave Maria purisima!

Así se explica la publicacion de un libro que se llama *El mundo por dentro*, historia de la prostitucion desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias.

¡Y un mundo que está así por dentro es el que la policia no permite que se vaya a ver desde fuera!

Dia llegará, con esa solicitud preventiva de la policia, en que será un delito el acto al parecer más inocente, por ejemplo, la publicacion de un *Pacto Aragonés* ó cualquier otro periódico.

Cualquier polizonte tendrá sus motivos para llevar á la prevencion al director de ese periódico, dición-dole:

—Caballero, eso es una tentativa de suicidio; en estos tiempos el que publica un periódico quiere que le revienten.

CLARIN.

Palique

Es verdad que los periódicos se escriben muy de prisa, pero, ¿hasta eso para disculpar los gazapos que andan por esa prensa diaria—y aun por la hebdomadaria—sin que nadie los cace?

¿Qué dirían Vds. si todos los días descarrilase un tren y las empresas se disculpasen diciendo: «¡Qué quieran Vds., como van tan de prisa los trenes!...»

161 El Día (Madrid), n. 1.202, 18 septiembre. 1883

Yo no quiero molestar a nadie en esta ocasión, porque a El Día no le gustan alusiones personales; si por mí fuere... así es que no pienso apuntar con el dedo ni citar nombres de personas ni periódicos. Citaré los gazapos sin nombrar el monte donde los he cazado.

Un periódico de los más discretos, decía no há mucho que la Meca estaba en África. Pasaron días, nadie le puso la Meca en su sitio y el periódico... volvió a colocarla en África.

Bueno, déjesele ir de la Ceca a la Meca.

Un escritor muy conocido, y a quien yo aprecio, hablaba, hace muy pocos días, de cierto medicamento puesto en moda recientemente, y decía que unos opinaban que eran los médicos los que habían introducido esa moda. Y añadía: ¿Son, por el contrario, los boticarios?—Ese por el contrario me recuerda aquel diálogo que dice a la letra:

—¿Se puede pasar, señora?

—Adelante, caballero.

—¿Tal vez será molesto?...

—De ningún modo.

—Como creía que estaba V. comiendo...

—¿Comiendo? ¡Cá! no, señor, al contrario...

Un señor que está dando la vuelta al mundo, y poniendo a la gramática de vuelta y media, dice en una de sus cartas, que en no sé qué hospital pasaron delante de él varias enfermas, y añade: «pasó sobre todo una anciana.»

¿Qué será eso de pasar sobre todo?

¡Maravillas del extranjero!

Como no quiera decir pasar por encima de todo, el idioma inclusive...

(Se continuará.)

¿Con que el capitán general de Madrid ha prohibido los aires callejeros?

Mejor prohibia los aires colados, que era como prohibir las pulmonías.

Pero no nos burlemos.

Ante todo, porque es peligroso hablarse de estas cosas.

Y además, porque no está mal esta intervención de la fuerza armada en el arte.

Hoy prohíbe el general los aires vulgares de zarzuela y además música ordinaria... Todo es empezar. ¿Quién sabe? Acaso mañana prohíba el ministro de la Guerra, en una circular de las suyas, los versos vulgares y las comedias de poco más ó ménos.

Y lo que es yo, en esta ocasión, me pongo de parte de la autoridad.

¿Por qué no se ha de publicar la ley marcial en el teatro, por ejemplo? ¿No se echa mano de esa ley para los casos de apuro? ¿Pues dónde habrá mayor apuro que el del teatro Español?

Y a propósito del teatro Español.

Se dice que no se van a poder representar obras importantes porque va a faltar actores que hagan los papeles principales.

Yo resuelvo la dificultad.

En París, Sara Bernhardt va a poner en escena *El Misántropo* de Molière, en el que hace de Celimena. Pero como ésta no muere en la comedia, y ella quiere morir, ha encargado a un poeta que le eche un remiendo a *El Misántropo* y le ponga una cola en la que Celimena se muere. Y dicen que ya está hecho como se pide.

Pues bien, hagamos aquí lo contrario—que no es un boticario,—en vez de añadir suprimamos; representemos, v. gr. *La vida es sueño* sin el papel de Segismundo.

Todo tiene arreglo en este mundo.

(Esta última frase es de un traductor de folletines y vaudevilles.)

CLARIN.

PALIQUE

El señor exministro D. José Carvajal ha presidido los juegos florales de Vigo, y el exministro Sr. D. Vitor Balaguer va a presidir los juegos florales de Pontevedra.

El año pasado presidió otros juegos florales gallegos el señor Moret, exministro.

La ex-gaya ciencia no adelantará mucho con estos presidentes eminentemente políticos; pero los poetas laureados suelen colocarse en los Ministerios con tan plausible motivo, y así tenemos tantos poemas que parecen expedientes y tantos expedientes que parecen comedias.

162 Madrid Cómico (Madrid), n. 79, 24 agosto, 1884.

¿QUÉ HAGO?

Yo era niño y el tropico me encantaba, y siempre que á mi padre contemplaba con sus amigos gravemente hablar, decía presidiendo oráculos daños:

—¿Qué haré yo cuando llegue á cuarenta años y sin poder jugar?

No crean VV. que este poeta del tropico es el Sr. Moret, ni mucho menos; es decir, ni Balaguer, no; pero vamos al caso. Juraría yo (por mi honor, por supuesto), juraría (no se levanten VV.) que esos versos *tropeleros* se han escrito en una oficina.

Tales consecuencias tenían que traer esos juegos florales, noivos *per se*, presidiéndolos hombres de la izquierda de esos que buscan fórmulas para salvar el país y combinar el ácido de república con las flores cordiales de monarquía.

Señores, ¡que esas fórmulas son mítica, pero no poesía!

Por lo demás, yo tengo al Sr. Moret por poeta á su modo, ya lo creo! y sus metáforas de mar me parecen admirables. Varias veces le he visto (oído, quiero decir) coger una nava en alta mar—nave que solía ser la del Estado,—y llevarla á puerto seguro sin el menor contratiempo.

Los que ya no me gustan son los oradores—no menos zurdos—que imitan al Sr. Moret y la toman también con el Océano y se embarcan en unas metáforas de cabotaje que hacen ripias por todas partes.

También el Sr. Fidal ha pronunciado varios discursos en Asturias; por lo menos hay quien dice que anda por allí hablando solo.

Si andará, pero yo, señores, «no vengo aquí á hacer política... sino administración.» A otra cosa, que el diablo las cargue.

La Academia francesa no ha querido solemnizar con su presencia la inauguración de la estatua de Jorge Sand.

En todas partes cuecen Academias (ojalá).

Dice la Academia que Jorge Sand ha corrompido la familia, ha soliviantado las pasiones y... por eso.

Ya ve mi buen amigo y compañero D. Luis Alfonso cómo estas cosas se pagan.

Deje que hoy los naturalistas corrompan y solivianten, como Jorge Sand (que era idealista). Día vendrá en que los pueblos quieran erigir estatuas á esos naturalistas (no á todos, ¿eh?) y... se las orijan en efecto, pero será sin el concurso de las Academias de entonces.

Porque las Academias son de todos los siglos.

Cristo se olvidó de decirlo, pero lo diré yo:

«Siempre habrá Chistes y Catalinas entre vosotros.»

A propósito de calamidades.

Ya han empezado á organizarse en algunas provincias las comisiones ó juntas que han de informar en la cuestión social, que el Gobierno quiere estudiar ó poco ha de poder.

En esas juntas se trata de averiguar quién tiene hambre y cómo la tiene. Lo recto parecería, á un espíritu vulgar, preguntar por el hambre al que la tiene; al pobre, al obrero.

Pues no señor; el Gobierno, más filósofo, se lo pregunta—por conducto del Sr. Moret—á los abogados, capitalistas, médicos, curas, etc., etc., es decir, no al que padece el hambre, sino al que la causa muchas veces.

Esto es ir á la fuente del mal.

No se pregunta á los pobres lo del hambre, sino á los ricos. Perfectamente entendido.

El rico siempre podrá decir:

«El pobre tiene hambre porque me como yo lo poco que queda».

Nada tan sabio como los Gobiernos y las comisiones.

CLARIN.



PALIQUE

Hace unos días que recibo el periódico titulado *La Unión*, sin comerlo ni haberlo, sin que yo haya almorzado en ninguna escarifa con el papel mestizo ni dado motivo para semejante confianza.

Me pasa lo que al sargento de orden público a quien suscribieron a un periódico militar sin su permiso. A mí no creo que me hayan suscrito todavía a *La Unión*; pero de todas maneras, la broma de recibirlo todas las mañanas es algo pesada.

Después tiene V. la cuestión de moralidad. Yo soy padre de familia, señores, y no me gusta que entren en mi casa ciertos papeles corrosivos. Pueden leerlos las criadas y convencerse de que los liberales somos dignos de exterminio, como predica *La Unión*, y envenenar el pushero ó sizar para el dinero de San Pedro; el hermoso dinero, como lo llama el Papa en carta particular dirigida al Cardenal Moreno (q. e. p. d.).

En cuanto á lo del exterminio, cura canta.

Dice *La Unión* que se ha empezado á publicar un periódico católico, titulado *El Pepinillo*, cuyo objeto es emprender una campaña de exterminio contra *El Motín*. Y *La Unión* añade: Damos la bienvenida al que viene á exterminar, no me parece muy catívativo, pero *La Unión* podrá decir que es muy católico, toda vez que en el mismísimo cielo, con ser cielo, hay un Ángel Exterminador.

Por lo demás, *El Pepinillo* no trae ninguna novedad á lo que llaman en las aldeas todavía el estadio de la prensa. *Pepinillos* mucho más considerables que él, tanto que eran como calabazas, se han propuesto exterminar al *Motín* metiéndole en la cárcel y metiéndole la mano en el bolsillo, no para robarle, eso no (guarda Pablo), sino para sacarle la multa que por clasificación le correspondía.

Pero, entrando en otro género de consideraciones, ¡qué desacuerdo (clasicismo barato) anda el respetable gremio de sacristanes!

En otro tiempo, ó mejor diré, *in illo tempore* se batían contra la heregía, la impiedad, etc., etc., el Águila de Meaux, vulgo Bossuet, Fenelón, Snárez, Vives, genios y talentos insignes... ¡Y ahora viene *El Pepinillo* á defender la religión de sus mayores!

El Pepinillo... última ratio stultorum.

sin dejar el terreno de la pura idealidad religiosa, paso á considerar otra noticia de *La Unión*, que se refiere al inmenso júbilo que á estas horas debe llenar el alma del señor tesoro de la Juventud católica, D. José González Baidas.

Es el caso que este hijo predilecto de la fortuna, este *enfant gâté* de la gracia (y tómese aquí la gracia en sentido

teológico, no en sentido andaluz), este portento de buena sombra, como ahora dicen los oradores parlamentarios de *flacó* cobro, este... Sr. González, en suma, ha tenido la dicha...

Pero dejemos al cantor de tan excelsa aventura su propio estilo: «Tuvo la honra (siempre el Sr. González, el tesoro) de poner á S. E. (el cadáver del Cardenal Moreno, que es, por lo visto, un cadáver con tratamiento) los dos palios que usó como Arzobispo de Valladolid y de Toledo. ¡Los dos palios! ¡Los puso él, el tesoro, el González, los dos pálios!

Aquí no se sabe qué admirar más, si los dos palios, ó la serenidad del tesoro, que se atreve á ponerle un par de palios á un Arzobispo difunto.

Para ser digno de eterna los, ó de eterno loor, como él quiere, no le faltaba al Sr. González más que un poco de modestia. Qué diablo, ¡quién le ponía un puñal al pecho para que contase al público su hazaña? ¡Sienta tan bien la modestia en el genio! ¡No le bastaba al Sr. González la satisfacción de su conciencia?

“ Prosigue *La Unión* su servicio fúnebre de primera clase, y dice que todas las parroquias han ido con manga alzada á orar ante el cadáver de Su Eminencia.

Permítame *La Unión* que le diga aquí comete una sinécdoque, porque las parroquias no pueden orar; de modo que *La Unión* toma la parroquia por el párroco. Y tenemos que eran los párrocos los que iban con manga alzada á orar ante el cadáver de Su Eminencia.

Otra noticia de *La Unión*:

«Entre las personas que hemos visto *este mediodía* (1) orando junto al cadáver de Su Emma. (¿qué Emma. es esa?) se hallaba el Sr. D. Eduardo Palou, catedrático de la Universidad de Madrid.»

Hasta ahora no había invadido el noticierismo la vida piadosa. (Ya no se puede ni rezar en paz!

Advierta *La Unión* que por ese camino no se va á la humildad cristiana ni á lo de que no sepa una mano el bien que hace la otra.

El mejor día nos sorprende el periódico de la manga ancha (y alzada) con una orónica religiosa firmada por Almaviva en que se diga, v. gr.:

«Ayer rezaron un rosario con coronilla y sendos padrenuestros á las cinco llagas, las señoras de Lameliostro; la mamá recitó los actos de fe con la unción que tanto le distingue. Cuantos asistieron al rosario, rogaron á la de Lameliostro que se repitiera á menudo tan agradable y edificante fiesta.

Los Marqueses de Gazofláncos se quedarán en casa el viernes próximo y se cantarán vísperas y maitines. No faltaremos.»

¡Dios mío! ¿qué tiene Vuestra Divina Majestad que ver con *La Unión*, los palios del tesoro, ni las mangas más ó menos levantiscas?

Ahora dos leccioncitas á *La Unión*.

No se dice *impugnemento*.

Ni en castellano se llama *Genos* á Génova.

Es todo lo que se me ocurre contestar al Sr. Administrador del diario mestizo que me pregunta si quiero suscribirme á *La Unión*.

No, hombre, no; ¡qué he de querer!

Ya estoy suscrito á la bula.

Oceas de la familia.

CLABIN.

PALIQUE

El Sr. Cañete sabe poner los puntos sobre los críticos.

Se le ocurrió á Pícion decir en una biografía de Ayala que éste acaso debía á García Gutiérrez la representación de *El hombre de Estado*, y el crítico académico cuenta lo que hubo; y resulta que á quien le debió ese favor D. Adelardo fué á él, á Cañete.

Y cita una carta que él—Cañete—tiene en el bolsillo.

La verdad es que Pícion no podía haber ido á beber en esas fuentes.

Para ello le hacía falta inventar una conspiración de la calle de la Fresa y registrarle á Cañete los papeles.

Yo creo, y Pícion pensará lo mismo, que la erudición no debe ir tan lejos.

Si para ser historiador hay que violar la correspondencia, aquí no van á quedar más Zuritas y Herodotos que los carteos despreocupados y amigos de cobrar letras ajenas.

Todo esto me recuerda cierta discusión del Ateneo en que Carulla disputaba con el P. Sánchez. Se trataba de ver cuál de los dos defendía en determinada materia la doctrina puramente católica.

—Yo—gritaba el P. Sánchez,—me refiero á declaraciones frescas, á la última Encíclica del Papa.

—¡Ah, señor mío!—contestaba triunfante Carulla,—esas son antigallas; yo tengo noticias directas y que colean. Su Santidad me dice con fecha de antaño lo siguiente. ¡Carta canta!—Y sacaba del bolsillo del pantalón el Breve con que Su Santidad le había favorecido.

Sr. Cañete, los documentos privados no traen aparejada ejecución si no son reconocidos por el dador ante el juez competente para la ejecución. (Ley de Enjuiciamiento civil. Título XV.)

Verdad es que el Sr. Cañete cita también un documento público *El álbum postico*, dedicado al Conde de San Luis por varios poetas y una poetisa.

Allí, en efecto, el Sr. Ayala canta al Conde en una oda que si mal no recuerdo, comienza así:

¿Habéis sentido en soledad profunda
desarrollarse el alma?...*

Pero eso no prueba que sea falso lo que supone Pícion. La oda de Ayala no dice palabra de *El hombre de Estado*. Bien podía haber protegido al Conde al gran poeta... y haberle ayudado también García Gutiérrez.

Y ya que á citas vamos, en ese mismo álbum hay unos versos de Cañete que yo sé de memoria desde los seis años, desde los tiernos seis años, Sr. Cañete.

Nunca los he comprendido, ni en la edad de la inocencia ni en la de la malicia.

Ellos, decir, dicen así:

La vida es un suplicio,
el bien es un arcano;
si abriga ingratitud el pecho humano
nunca puede ser grato al beneficio.

No lo entiendo. ¿Qué tienen que ver los dos versos primeros con los otros dos? Nada.

Por lo demás—ó *du resto*—soy yo que en aquel tiempo el Sr. Cañete no estaba contento con su suerte—*compos voti*. Pero después cambió de opinión y pudo decir lo del otro trozo, cuando el orden:

Donoce multos numerabis amicos, felix eris.

.

Y propósito de cartas, Sr. Cañete. Yo también le he escrito á V. una hace tiempo para felicitarle por su valentía al luchar solo contra todos los defensores de *La Pasionaria*.

Y todavía no he recibido contestación.

Usted está en su derecho no escribiéndome. Y hablando aquí en puridad, yo no esperaba carta suya. Sé que soy un escritor insignificante de lo que soy. Pero la cuestión está en averiguar si á una carta de felicitación, respetuosa, hasta amable, se debe contestar, por poco que valga quien la escribe.

Y no extrañe el Sr. Cañete que yo publique estas cosas: primero las publiqué él.

Me coneta que el Sr. Cañete habló de mi carta y hasta hizo alarde de no haber contestado á ella. (El decirlo es ya alarde.)

Y eso es lo que ya no está bien.

Darse tono con no contestar á Clarín, es un tono... menor... Y además:

¡Apenas me hubiera puesto yo hueco con un autógrafo de Cañete!

Cuando el Papa escribe á Carulla, ¡bien podía V. escribirme á mí!

¡No habrá V. querido darme ese gusto por... porque soy feo, v. gr.? ¡O porque algunas veces he dicho perrerías de V.! ¿Porque he dicho que se parecía V. á la gitana de *El Trovador*? Pues, hijo, se parece, eso no tiene remedio.

Problema, Sr. Cañete: ¿me ha disgustado ó no que V. me haya escrito? Lea entre líneas y á ver si da con la solución. ¡Por supuesto, que en lo de *La Pasionaria* habló V. de mo un libro!

CLARÍN.

PALIQUE

D. Ramón Campoamor ha escrito estos días tres poemas, dos en verso y uno en prosa.

El mejor es el que se titula *El anillo de boda*, dramático, naturalista, en el buen sentido de la palabra, aunque los conceptos se mezclan á los ayes del dolor más humano, como es ya costumbre en toda obra lírica de Campoamor.

En este poema se muere de hambre una mujer en la calle y de lástima como si la viéramos nosotros. Cosa rara en literatura. Según se han puesto las comedias, los poemas y las novelas, ya oímos y leemos con la mayor sangre fría toda clase de desgracias, ni más ni menos que las verdaderas de que dan cuenta los periódicos. Pues bien; *El anillo de boda* está escrito, apesar de los conceptos y de algunos versos

165 Madrid Cómico (Madrid), n. 91, 16 noviembre, 1884

flojos, con el arte maravilloso de hacer sentir, casi completamente olvidado por naturalistas é idealistas. Ahí tiene el señor Moret una contestación al interrogatorio para arreglar la cuestión social. Podrá decir que eso es música; bien. Pero ¿y lo demás?

El segundo poema se titula *Orgia de la inocencia*, y aunque menos dramático, es original y profundo también. Adolesce como el otro de conceptismo y desouidos de forma, pero presenta con plásticas hermosas ideas que el pesimismo filosófico suele darnos sin más ropaje que el frío sudario del *asqueto del desengaño*. (¡Cristo padre, qué cosas se me ocurren! ¿si habrá microbios orticos pegadizos?)

Ello es que D. Ramón ha escrito dos poemas originales, intencionados, concisos y de rigor como todos ó casi todos los suyos, aunque los tiene mucho mejores. Lo que no está bien es desdeñar tanto la *parura*.

Ya se lo he dicho cien veces. Por mí no me importa. Pero hay gente de fuera...

De todos modos, mi enhorabuena, D. Ramón. En mangas de camisa vale V. más que toda la *escuela sevillana* (?) y mucho más que los poetas descriptivos, sistema Froebel, que ahora empiezan á dejarnos en paz, á Dios gracias. Mucho dura.

El tercer poema está en prosa y es humorístico. Es la oración fúnebre de Cánovas.

Este panegirico hay que tomarlo por donde quema.

Es una andaluzada de gallego.

Campoamor es asturiano, pero es lo mismo.

Cánovas no debe farse.

Para convencerse de que D. Ramón ha querido reírse de Cánovas, basta recordar que le llama gran poeta y leer en seguida los versos que escribió D. Antonio en el álbum de la marquesa ó condesa ó lo que sea de Guequi.

El que escribió esos versos no debo mandar á Martínez Campos á Filipinas, sino ir él. Y seguir más allá y guisar los huevos de la fábula.

Campoamor en ese poema burlesco, especie de Mosquesa, Gatomaquia ó Batracomaquia, llama á Aristóteles genio pedestre.

¿Pues y entonces Cánovas? Hay que llamarlo *mediania subterránea*.

La verdad, D. Ramón, á mí me gustan las bromas de V., pero esta es algo pasada. Da; hombre á Cánovas como se lo da V. es un humorismo exagerado. Oír decir que D. Antonio es un grande hombre y un gran corazón, siempre repugna, aunque se sepa que no lo cree el que lo dice.

El sobrino de su tío es un político como tal voz nos lo merecemos. ¿Pero literato? ¿hombre de gusto? ¡quite V. de ahí! (No; si ya sé que V. lo ha dicho en broma, pero así y todo bueno es llamarle en serio *mediania de abajo*.)

Cánovas asistió hace tiempo á celebrar la gloria de Pérez Galdós en un banquete.

Véase la sinceridad de Cánovas:

(Prescindamos de que entonces probó que no había leído á Galdós.)

Hay una vacante en la Academia... y Cánovas impone á su candidato al Padre Mir.

Y deja á Galdós en la calle.

Hay otra vacante... y recomienda al Marqués de Pidal (que ni siquiera se llama Alejandro).

Y deja á Galdós en la calle.

¿De modo que para Cánovas valen más el Padre Mir y Pidal que Galdós?

¿De modo que si le hubieran invitado á celebrar en un banquete la gloria de Mir y de Pidal hubiera ido?

¡Bismar tenetis! ó sea ¡tíone narices!

D. Ramón el poeta puede atreverse con todos los asuntos, menos con los que huelen mal. V. lo ha dicho...

CLARIN.

¿POR QUÉ NO ESCRIBE ALARCON?

(PALIQUE TAL VEZ INDISCRETO.)

Eso pregunto yo: ¿por qué no escribe?

¿Qué se ha figurado, que no va a gustar ahora menos que antes, por lo del naturalismo y el idealismo, y por lo del documento humano y la fotografía, y el arte por el arte, y toda esa conversación?

¡Pero si esas son bromas! En algo ha de pasar no es el tiempo. Yo soy naturalista (vaya por Dios), o me han hecho, ya me lo acuerdo, y no me da vergüenza; pero de eso a tomarlo tan a pecho no faltaba más! Lo que hay es que a veces hay que llamar bruto a cualquiera (ó a cualquiera, como diría La Unión, que estaba puta, hará ocho días, cualquiera pe-rídico que no sabe, etc. y); bueno; pues a veces hay que llamar bruto a cualquiera, y como los amos de los periódicos no le dejan a uno hablar claro, ¡claro! le emprendo uno con una porción de rodeos, y se le dice al grandísimo zote de mi cuento, con todo lo demás del vocabulario; en vez de decirlo que se pasa de tanto y que valiente albordea merece, como es la verdad. Pero amigo, se presenta el que paga y grita: ¡nada de personalidades!... ¿No? Pues duro en el idealismo. Por lo demás, se puede ser idealista, y al mismo tiempo ser gran persona. ¿Ya lo oíste! Si hasta hay minoritarios muy tratables... Señores, lo que yo digo: no adormos dividiéndonos en partidos los hombres de bien; bastante nos divide el Gobierno.

El Sr. Alarcón es un hombre de mucho ingenio, que se ha empalado en pasar la vida que le queda cantando la primera parte del último acto de *Enrico*. Mucha devoción, mucha moralidad, mucho Jesucristo... sí, señor, ¡Cristo con todos en eso estamos; pero ¿qué tiene eso que ver?

¡Cree V. que se lo va a insultar porque sea un santo? Santa era Santa Teresa, y da gusto leerla, y santo San Juan de la Cruz, y hace llorar de amor y devoción con lo que escribe. Pero, oiga V., ¿Sr. San Pedro—como dicen en Asturias,— ¿será V. que no sería una buena obra de caridad otro *Sombrero de tres picos* en esta tierra de naturalismo incipiente y de idealismo con aquejitas?

El no ser V. el mejor novelista de España no es motivo suficiente para dejar de escribir novelas. El primero es Pérez Galdós, en eso estamos todos, y casi estoy seguro de que usted también; tan clara es la cosa (1).

El segundo hace poco tiempo era V.

Para mí, hijo, ya no... ahora el segundo—y V. dispense—es Pereda.

(1) También el autor de *Poppea Jintense* viene a ser el primero... ¿su nombre. En rigor, es el primero y el último en su género, que es un género aparte.

Pero el tercero ¡vive Dios! que es V., sin falta.

Y esto hablando en general, pensando todo en montón.

Porque en algunos méritos particulares de artista, v. gr., la invención, es V. el segundo de la escala.

Y (vaya V. el rumbo) en alguna cositas no despreciables es V. el primero.

Así como en profundidad, instrucción, seriedad y otras cualidades y adornos es V. el quinto, el sexto, etc., etc.

De manera, que es V. uno de nuestros mejores novelistas, pero de los verdaderos, de los de buena ley.

¿Le parece a V. poco?

El Sr. Alarcón, al publicar *La Prodigia*, nos dijo que ya lo dejaba, que no escribiría más novelas, aunque lo apesasen; no debía pagar, pero una cosa por el estilo.

¿A mí me temblaron las carnes. ¡Dios mío! pensé, si los autores buenos dan en no escribir y los malos en escribir tanto, ¿qué va a ser de nosotros?

Y pasaron años, y en efecto, Alarcón no ha vuelto a escribir ninguna novela.

¡Si estaba, me decía yo a veces, estudiando etimologías y sinónimos para salir a lo mejor con una monografía acerca del diagnóstico diferencial entre abarca y alpagata, v. gr.?

¿Diga gracias, hace pocas semanas empecé *La Ilustración Americana* (e. p. b.) a publicar una especie de testamento literario que Alarcón escribe para la edición de sus obras completas.

Y en ese testamento insiste en lo de no escribir más; pero en un arranque de buen humor y franqueza, de los que tan bien parecen en él, añade que si le da la gana, escribirá cuanto se le antoje, y volverá a ser novelista en uno de sus derechos.

Dios lo quiera, D. Pedro Antonio, Dios lo quiera.

Y oiga V.: sea V.—y anda con Dios—todo lo idealista que le parezca y llame perros judíos a los librepensadores, y tontos, que algunos hay, bastantes, muchos; en fin, despellaje a quien quiera, porque haciéndolo con ingenio, ¿qué importa lo demás? No soy yo como esos exclusivistas, nuestra admiración por Galdós no nos impide reconocer el mérito de los otros pocos que lo tienen.

Miro V. Pereda y yo como ahora los mejores amigos del mundo, y sin embargo, yo empecé a tratar a Pereda con bastante impertinencia al discutir el valor literario de *El buey suelto*.

Pero amigo, el Sr. Pereda es por lo visto un cristiano de verdad, de las humildes, de los que no desprecian ni quieren mal al prójimo porque se les diga que no son perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.

Y verá V. lo que me sucedió con Pereda: este señor, que Dios bendiga, al principio no me mandaba sus libros porque no me conocía; comencé yo a tratar sus obras mucho porque que las de V., y él comenzó a regalármelas y a leer mis críticas y hasta a tenerlas en cuenta. Y ahora estamos a partir un puñón. Y sin embargo, ya sabe que Pérez Galdós es para mí una maravilla...

Verdad es que para él es otra maravilla, ó mejor dicho, la misma.

Y ahora vamos a lo que me sucede con V. Hay años, cuando yo era más insignificante que ahora todavía—figúrese si sería entonces insignificante,—V. solía regalarme sus novelas con su dedicatario fina y lisonjera. Me llamaba V., por ejemplo: distinguido compañero (1), y ya se ve que esto me ponía a mí muy hueco. ¡Compañero de Alarcón! ¡Ahí es nada! Yo no sabía en qué mesón habíamos comido juntos; pero, en fin, V. me llamaba compañero, y eso me ponía muy ancho; estos son los hechos.

Pero es claro; yo, hijo, infeliz ó independiente, no quisiera abrirme a la vanidad incautamente, y en la misma época en que perdía cuatro años de antigüedad en mi carrera por no llamar a nadie y justifico a Torero, así, sí, así decirlo, a V. que sus libros eran hermosos, pero que tenían sus defectos.

De resultados de lo cual V. no volvió a regalarme sus libros. Hubo más; en cierta ocasión un conocido escritor, naturalista por cierto, gran amigo de sus amigos, quiso suplantarme con buenos modos y escribir la crítica de un libro de V. en el periódico en que yo escribía estas cosas. El director me pidió a mí permiso, y yo, con la fiura del mundo, lo negué, dejando al amigo de V. en libertad de decir todo el bien que quisiera de libro que tan hermoso le parecía; pero sin perjuicio de dar yo mi opinión independiente, imparcial, etc.

Y así estamos. En varios escritos de V. he visto repetidas

(1) Véase mi ejemplar del Nido de la Dol. (Sistema-García de ellas.)

alusiones colectivas a mí y todos los días me oíase: los críticos que salen del cascarón, los modernos Aristarcos, y todas esas cosas que dice V. con bastante más gracia que otros conser-vadores.

Y si me equivocó, si tanto me desprecia V. que ni siquiera pensó en mí, como uno de tantos, al tirarme esas paladillas, mucho mejor, y no he dicho nada.

Figúrese V. si estaré yo a prueba de desaires: ¡Hasta me desairó Calvet!

Lo que importa, D. Pedro, es que V. vuelva a escribir no-velas, y todo le será perdonado.

El testamento que V. publica está bien escrito, tiene gra-cia, espontaneidad, sinceridad hasta cierto punto, y es pre-cioso documento para la historia íntima de nuestras letras.

Pero de tristeza. Está V. muy bien conservado. ¿Para qué pensar en cosas tristes? Me parece que es temprano para pensar en últimas voluntades.

¡Ah! Y antes que se me olvide: cuando corrija V. las prue-bas de ese testamento acuérdese de aquello que dice al ha-blir del *Hijo prodigo*: ...«Cuando corrija este drama; en cuyo caso,» etc. Eso está mal según la gramática que han he-cho VV. en la Academia. Véa V. la página 219, y vea V. también la 282, en que dicen VV. que ese en cuyo caso es un caso desatino.

Este caso no es como más, es de la Academia, que siempre habla gordo ó craso. La verdad es que el cuyo significa par-tencia ó posesión (según VV., pág. 219); equivale a *cuyo*, es «do quién ó del cual,» y siendo esto así, habló V. mal; como también Fernando VII, en el Código de Comercio, donde usa las mismas palabras y comete un craso y real desatino, según la Academia.

¡Cuántas niñerías! Verdad, D. Pedro?

Pero, amigo, quien manda, manda.

No crea V. que es el único alquiloi alquilado.

Campañero, Echegaray, Castelar, los mojericos, en suma, dicen *ocuparse* de un sentido en que está prohibido decirlo (Yo creo que ocupar de cacharros un armario, v. gr., se pue-de decir, aunque también vale *ocupar* con en este caso).

Monferrer Pelayo y Necedal, que son de los mejor hablan-dos, usan el *debe* en vez del *debé*, y se quedan tan frescos.

¿Y qué me cuenta V. de los galicismos?

En esto es la Academia en masa la que peca contra sus propias órdenes. ¿No dice que se prohíbe el galicismo? ¿Pues qué mayor galicismo que ella, que está tomada de una institución francesa por un rey que nos vino de Francia?

Conque, Sr. Alarcón, a escribir novelas, en cuyo caso me-recerá bien de la patria, y lo aplaudiré de todo corazón uno de sus más sinceros y apasionados admiradores, aunque in-digno.

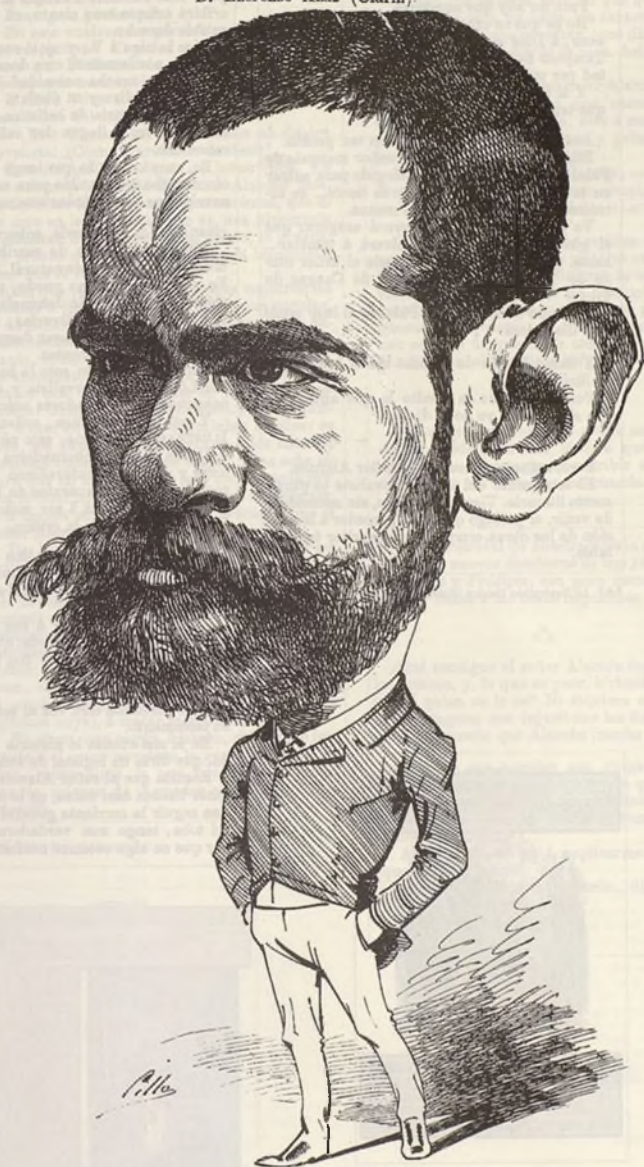
CLAYTON.

Madrid

166 Madrid Cómico (Madrid), n. 98. 4 enero, 1885.

LA CARICATURA.
CELEBRIDADES.

D. LEOPOLDO ALAS (Clarín).



Como crítico no tiene
su laboriosidad fin.
¡Cuantos sentirán que suena
tal Clarín!

PALIQUE

El señor Alarcón está publicando su testamento.

Pero no hay que asustarse.

No es que se crea en peligro de muerte. Está sano, á Dios gracias y para bien de las letras. Tampoco ha dictado ó escrito su última voluntad por miedo á los terremotos.

Y si fué por eso, yo le aseguro que no tiene que temer.

Los terremotos no se repetirán tan pronto.

Ello fué que se dijo que el señor marqués de Pidal había sido llamado y elegido para entrar en la Academia Española, y la tierra... se estremeció. No es el caso para menos.

Yo creo, es más, me atrevo á asegurar que el globo que pisamos no volverá á temblar... hasta que entre en la Academia el señor conde de Toreno, ese *buey mudo* de Cangas de Tineo.

Así como el marqués de Pidal es el *buey mudo* de Villaviciosa.

Y Santo Tomás de Aquino era el *buey mudo* de Sicilia.

Por lo cual, no es insulto lo que antecede; que si lo fuera, yo no lo diría.

Pero, señores, volvamos al señor Alarcón.

El testamento del ilustre novelista es puramente literario. Viene á ser, ó es, sin necesidad de venir, el prólogo que va á preceder á la edición de las obras completas de escritor tan notable.

167 La Ilustración Ibérica (Madrid), n. 110, 7 febrero, 1885.



167 Miniatura de la página.

Es un documento muy curioso y que verán con deleite todos los amantes de nuestra historia intelectual. Por ese testamento se sabe al principio que el señor Alarcón no piensa escribir más novelas, aunque, á Dios gracias, un poco más adelante dice que si se le antoja escribirá aunque sean ciento, en uso de su indiscutible derecho.

Dios le oiga á V., y ¡ojalá escriba, si no cien novelas, por lo menos otra docenita. El arte se lo pide con mucha necesidad. Y yo se lo pide en este periódico y en distinta forma en otro, por aquella teoría de balística del general del cuento, á ver si llegan dos cañonazos si no alcanzan uno.

En cuanto á lo de que tenga el señor Alarcón derecho indiscutible para escribir todas las novelas que quiera, todos estamos conformes, in-

cluso el señor Villaverde, gobernador de Madrid.

Ahora, si después de escribirlas quiere publicarlas, como parece natural... ya es otra cosa. Es decir, publicarlas puede, pero la policía se reserva el derecho de denunciarlas, recogerlas en Correos y en las librerías, sin perjuicio de que los tribunales vengan después diciendo que las novelas son inocentes.

Por lo menos todo esto le ha sucedido al señor López Bago, novelista y además novel en achaques de gobernadores enérgicos y morales.

Y esto no es política, señor director de LA ILUSTRACIÓN IBERICA, esto no es política.

Desde que los gobernadores se meten á idealistas y atacan el naturalismo poco menos que rompiendo los escaparates de las librerías, los gobernadores pasan á ser materia literaria, sujeta á la censura de la crítica.

Lo que yo extraño es cómo el señor López Bago, que antes de ser naturalista fué conservador, no conoce mejor á sus antiguos correligionarios.

De fijo conoce mejor á sus correligionarios antiguos el señor Villaverde, que antes de conservador fué... ¿novelista? No, liberal.

Pero volvamos otra vez al señor Alarcón y á su testamento.

En él nos cuenta la historia interna y externa, que diría un legista, de todos sus libros.

Resulta que al señor Alarcón le parecen bastante buenos casi todos, en lo cual no hace más que seguir la corriente general, y por lo que á mí toca, tengo una verdadera satisfacción al ver que en algo estamos conformes el autor del

Escándalo y yo. Tal vez, si fuéramos á juzgar á otros novelistas que aún me gustan más que el señor Alarcón, él no fuera ya de mi parecer, pero bueno es que en algo estemos de acuerdo. Quedamos en esto, en que Alarcón ha escrito muy buenos libros.

Pero, ¿son perfectos?

En esto vuelven á separarse nuestras opiniones respectivas. El señor Alarcón se inclina á creer que *El Escándalo*, por ejemplo, no tiene pero; por lo menos, él no se lo encuentra.

Y dirán Vdes. á todo esto, si no han leído el testamento del señor Alarcón:

—Este Clarín está calumniando al ilustre novelista ¿Cómo Alarcón ha de decir?... Permitanme Vdes. que les interrumpa. Yo no calumnio á nadie. El señor Alarcón dice, en *La Ilustración Española y Americana*, que él no cree en la modestia, que es una hipocresía tratándose de literatos; y, en efecto, lo prueba. No prueba que la modestia sea una hipocresía, sino que él no cree en ella.

¡Ea, que ya está cansado de que censuren los críticos ó Aristarcos, como él dice, sus novelas, y de callarse como un muerto! Y en vez de encomendarse á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, como suele hacerse en los testamentos, se encomienda á su cólera y cierra á epiteto límpico con los críticos que se permitieron encontrar defectos en su *Escándalo*, y á éste quiero, á éste no quiero, los descalabra á todos; es más, los llama *cursis*, á otros, ó á los mismos, estudiantones (miren qué tacha!) y les echa en cara que no han conocido más mujer que la propia, lo cual no es deshonra, porque así debese, á lo menos según la doctrina cristiana que el señor Alarcón profesa.

De lo que dice el señor Alarcón contra los críticos,—á quienes también llama mentecatos y puerocos,—puede deducirse que, en opinión del novelista, nadie puede decir lo que es verosímil en materia de caracteres femeninos y costumbres sociales, sin haberla corrido y haber estado en la guerra de África de testigo y haber asistido á no recuerdo qué sala de armas, donde el señor Alarcón se preparaba, ó mucho me equivoco, (á juzgar por cierta epístola suya), á matar moros con florete.

En suma, que según Alarcón, sólo puede juzgarle á él como novelista la gente que él llama *finis*, cierta clase, la que figura en las revistas de salones de Asmodeo y Almaviva, por ejemplo.

Los demás, somos gente sana, estudiantones, que sólo tratamos *criadas y pupilas*, y siendo así, ¿cómo hemos de saber si Fabián Conde, que es un aristócrata, es ó no un majadero? ¿Quién le mete á hablar de los jesuitas, á quien nunca ha estado en una *bombonera*?

Y para que se sepa todo, el que quiera pintar bien una sala, un baile, los caracteres de la concurrencia... debe procurar, ¡qué diablo! estar en amores con el ama de la casa. Así hacen los genios.

Así hacía Balzac (debo creer Alarcón).

Así hacía Shakespeare, que, como se sabe, estaba *haciendo* de amante, más ó menos tiempo, de todas aquellas reinas y princesas que tan bien pinta en sus dramas.

Esta teoría del señor Alarcón, se comprenderá mejor estudiándola como complemento de su famoso discurso acerca de: «La moralidad en el arte».

Lo malo es que, según la estética del ilustre autor del *Sombrero de tres picos*, el señor Pérez Galdós, v. gr., tiene que dejarse de escribir novelas. Porque Galdós es de costumbres morigeradas, se acuesta temprano, trata pocas marquesas y duquesas... y ni siquiera tiene esa «su señora» de que habla con desprecio el señor Alarcón, aludiendo á las de los críticos.

De modo que, hablando ahora con un poco de formalidad, es una lástima que el señor Alarcón se entretenga en escribir esas puerilidades por vía de venganza cuando podía en-

riquecer el caudal de nuestra novela contemporánea con nuevos *Sombreros de tres picos*, *Niños de la Bola* y *Pródigos*, con poco menos *ideales*, como él llama á las cosas imposibles.

¿Qué consigue el señor Alarcón insultando á los críticos, y, lo que es peor, hiriendo de acoslayo á quien no lo es? Ni siquiera conseguirá que le paguen con injusticias las de él. No se dirá, por mucho que Alarcón insulte á los cen-

sos, que sus novelas son vulgares, sosas, frías, sin interés. Se dirá siempre que Alarcón es uno de nuestros mejores novelistas, á pesar de que tiene defectos que la crítica está en el deber de señalar.

Ahora empiezo yo á explicarme esta frase que oí no sé cuándo:

—[Alarcón tiene un ingenio... digno de que lo tuviera otro!]

CLARÍN.



167 Miniatura de la página.

PALIQUE

(Venancio González. — Ríspios Aristocráticos.)

Don Venancio González, es un político muy respetable que, cuando es ministro, lo hace tan mal como todos los ministros. No tiene otro defecto, que yo sepa, y el señalado es común a todos los españoles, la mayor parte de los cuales ya han tenido cartera y ahora tienen cesantía y han gobernado mal. Los pocos que faltan, me, ya mandaremos y lo haremos como los

otros. De modo que mi amigo** al tomar por pseudónimo el nombre y el apellido del distinguido constitucional, no se propone molestarlo, como creo que consta ya en papel impreso.

Así, pues, cuando yo hablé de Venancio González, sé que me refiero al escritor que se oculta (mientras no hace falta dar la cara), bajo, ó mejor, detrás de esas dos palabras vulgares que separadas dicen bien poco: González nada; Venancio, poco más que nada; y que

unidos tienen en el turno pacífico de los partidos un representante serio que no ha hecho versos, que yo sepa.

Venancio González, el mío, el crítico, acaba de publicar la segunda edición, según me han dicho, de los *Ríspios Aristocráticos*. Aquí tengo yo un ejemplar que me ha regalado el autor (1), publicado con mucho lujo, el ejemplar, es claro, por Fernando Fe. Los *Ríspios Aristocráticos* son muy conocidos y no necesitan que yo diga su argumento. Se trata de darles una serie de pallas a todos los poetas aristocráticos. Y en efecto, se les da. Con esto no quiero decir usted González, que la aristocracia no pueda producir buenos poetas, porque eso sería un disparate, y V. González, no disparata nunca. Lo que hace es *oir crecer* los disparates de los demás.

Hace poco discutían, ó cosa así, *El Siglo Futuro* y mi amigo el joven novelista D. José Ortega y Manilla, que valía más, si tener genio ó saber gramática.

La verdad es que todo se necesita. Es como si se preguntara que vale más, tener genio ó tener educación.

Claro que el genio es cosa más exquisita y rara que la educación (aún que tampoco ésta abunda mucho, no vayan Vdes. á creer); pero el genio, como todos, necesita estar bien educado.

Figúrense Vdes. un genio mal criado en visita. Pues nada con el tal de ser genio, se le auto hace excavaciones en las narices, como quien busca botones ó hierro viejo en las ruinas de Pompeya, ó si esto de las narices las parece á Vdes. demasiado feo, figúrense ustedes que el genio levanta un pie mal calzado y se lo planta á Vdes. debajo de los ojos, sobre el sofá. (Esto me ha pasado á mí, no con un genio, sino con un literato, catedrático, por más señas, que me presentaron en el Ateneo de Madrid.) ¡Grandísimo puercos!... (como diría Alarcón, que llama puercos á los críticos). Bueno, tenemos á nuestro hombre, á nuestro genio, con un pie sobre el sofá. ¿Qué hacen ustedes? Claro, aún que sea más genio que Platón y el niño Shaw juntos, lo que hacen Vdes. es decirle:—¡Hombre, genio, apátese usted!... ¡Váyase á la cuadril etc. etc.

Pues lo mismo sucede con la gramática. La gramática, (y bien sabe Dios que no me gusta hacer frases), pero lo cierto es que la gramática es la buena crianza de la literatura. Debía ser cosa corriente, que supieran todos, pero, amigo, no lo es; va siendo la gramática también cosa muy rara y con la escasez, es natural, aumenta su valor. Pura economía. En cambio los genios van abundando que es un primor.

Desde que el Ateneo de Madrid se ha ido á la calle del Prado, han salido de allí tres ó cuatro genios... todos sin gramática, por supuesto. De modo que dentro de poco tendrá razón *El Siglo Futuro*, valdrá más saber gramática que tener genio.

Los poetas aristocráticos de Venancio González, no tienen genio (ni aún del harato), ni saben gramática. Y Venancio sabe mucha gramática y tiene mucho ingenio y el ingenio es más castizo que el genio y más seguro. Es monedá que se falsifica menos.

Venancio González podría ser, si tomara en serio el oficio, uno de los críticos más notables de España. Burla burlando y todo, ha demostrado en sus *Ríspios Aristocráticos* y en una larga y famosa campaña periodística, grandes, originales, serios estudios del genio del idioma,

(este sí que tiene genio), conocimientos variados de literatura, un buen gusto verdaderamente excepcional entre nosotros, pues el buen gusto es lo que menos se suele ver por esos críticos de Dios; y además de todo esto y sobre todo esto, Venancio González ha probado que sabe escribir con gracia, con soltura, que es un escritor satírico tal como los piden nuestra lengua y nuestra raza. Es muy español en sus chistes y en sus picardiguñías lícitas de autor molesto (palabras académicas por desgracia porque es bueño), y con decir que me muy espa-

(1) El que quiera que Clarín hable de un libro en la *Ilustración Ibérica* ó en alguno de los demás periódicos en que trabaje, que le envíe un ejemplar con estos señas: Leopoldo Alas.—Orléans. Así hacen Galdós, Valera, Pereda, Campsomer, Menéndez Pelayo, Ezcurra, etc. Ahora al lo que Clarín dice resultan perterrias, no sepa cuáles suya.

Nel queda dicho que es muy poco académico.

El señor Cañete á tomado muy á mal que González se haya burlado de los versos del conde D. Leopoldo Augusto de Castro, pero, ¡qué Cuetos, ni vericuetos! Venancio en cuanto ve un ripio blasonado lo coge y lo mete en su colección y está en su derecho.

—Pero, hombre, que también se mete con el duque de Rivas!...

[Pues ya lo creo! Y hace perfectamente. Eso de que es hijo ó sobrino (no recuerdo), del ilustre poeta que escribió *Don Alvaro* y como quien dice:—«Esto de ser poeta me quede en el vínculo,—se pone á decir *currierías* en papel satírico, sin ver que robaba obliga y que la fortuna de ser hijo de tal padre, le obligaba á él á no escribir en verso ni por casualidad.

Decía Catón (Dos Marco Porcio), que cada

qual debe procurar aumentar la hacienda que heredó, dejarla á sus hijos no sólo completa, sino mejorada; y este señor duque de Rivas que recibió del otro tan pingües rentas, ¡qué cosas, qué ha hecho de ellas! Desbaratadas. Sus descendientes dirán con orgullo algún día: «El duque de Rivas, el poeta, fué nuestro abuelo;» y los constatará la envidia: «¿Sí, el bueno... y el malo, con que váyase lo uno y lo otro.» Y como dijo Rubi, en una comedia muy mala, como casi todas las suyas:

Alburio un Guzmán el Bueno
tambien los Rey de Alarcache

Venancio González, tiene siete mil veces más razón para poner en ridículo los versos malos de la noblería más ó menos apegaminada, como tendrá razón mañana también para poner en solfa los versos de los académicos y los de la plebe que escriba disparates. ¡Qué mucha gente pone el genio en el cielo al ver el desmoro de mi amigo! Mejor. Eso es lo que hace falta que los duela.

En España, la crítica siempre anduvo mal. Salvas honrosas excepciones, siempre alabó poderoso ó al rico ó al que daba *les más ó menos danzantes*. Hasta hubo críticos que se vendieron por una media beta de Javes (véase que era de González Viga). Pues ahora la á choca crítica anda peor. Siguen habiendo mociones honrosas pero, ¡son tan pocas! Una ellas es Venancio González y hay que aplaudirle y aplaudirle de todo corazón y sin parar para que siga así.

Y más, yo le suplico que, con pseudónimo: así él, se dedique á descubrir fealdades literarias sin miramientos, que no le faltará quien le defienda, aun que él no lo necesita. Hay más que ripios en nuestras letras, hay caqueñes, necesidad inveterada, hipocrésia, hay fimas usapalaw, hay conspiraciones contra autores a siges y escritores humiles pero francos. Contra todo eso hay que levantarse en crean generosa ó si no quieren Vdes. que sea cruda. En fin, que hacen falta en el *Paraiso de los orden*.

Concluyo, no porque los *Ríspios Aristocráticos* no merezcan un estudio largo y hasta minucioso, sino porque este artículo debe ser cortapex exigencias materiales del ajuste.

En resumen: Venancio González, no es un gaceterillo desfachato como ha venido á ser Cañete; es un escritor correcto, fácil, preciso, franco, que tiene dentro de sí un buen noble, de buena fe, valiente y un crítico de gusto delicado. Detesta el estilo cursi, amor pseudo-clásico de algunos muchos académicos y deja correr la pluma con libertad, saliendo de la calle de Valverde, pero no de las gentes y la retróica.

Y *Ríspios Aristocráticos*, es un libro excelentísimo de una crítica salada, sana, franca, profunda, su modo, no en las palabras, en la idea del autor, un libro que hace reír á carcajadas con los de Pereda. [Envidiable privilegio de pocos autores escritores contemporáneos]

[Ahí se me olvidaba. Venancio González es carlista y yo republicano.

Y sin embargo, una y carne en esta materia...—*¡Vámonos, vámonos!*...—como decía el correlligionario mío que hablaba mal, pero era marqués, ni publicaba versos.

CLARÍN.

PALIQUE

Con esto de ser pobres la mayor parte de las empresas de los periódicos, se va poniendo intranquilable la sección literaria de casi todos los papeles públicos.

No hay dinero para pagar a los literatos, y se entrega la literatura a los aficionados. La crítica es la que más padece con esta penuria. Estamos condenados a crítica embalsada para mucho tiempo.

Antes criticaba Balart; ahora no hay quien pueda pagarle, y critica un señor que firma X, ó Fulano, ó Cualquiera, ó Yo, o con el nombre vuestro como un calcofín, ó Un lector.

Esto de un lector, dicho así ó de otro modo, es lo que más me irrita.

La metitilla es esta: «aunque no pretendo ser crítico,» ó lo que es lo mismo, «aunque no tengo la pretensión de ser Aristarco,» ó si no «no vamos a escribir un juicio crítico, vamos a reflexar sobre el papel las impresiones de una lectura rápida, etcétera, etcétera».

Pues si V. no es Aristarco, ni crítico, ni chicha, ni limond, ¿quién le mete en camisa de once varas?

Desde cuándo el oficio del lector, del mero lector, como dice alguno de estos censores, consiste en juzgar públicamente las obras de arte?

Por qué han de querer VV. tener autoridad y ser leídos siquiera?—El lector es el que lee y se calla, lo dice él mismo. ¿Llamarían VV. oidor al relator, ni abogado al testigo? ¿Qué quiero decir eso de que un lector, a quien los escritores suponen siempre benévolo y hasta pío, se suba a la parrá y comience a vociferar desde la tercera plana de un periódico, por el fútil pretexto de que es escritor y busca más escritores, y tal vez el director le debe dinero? que se lo pague. Pero que el lector deje en paz al público. Figúrese que los demás lectores, que tienen igual derecho, hicieran lo que él y mandaran a la prensa su opinión. ¡Dónde íbamos a parar! Sería cosa de que el novelista, v. gr., anduviera de casa en casa tomándole la medida al gusto de cada cual, para que después no saliesen diciendo en los periódicos que se las habían sacado apretadas, ó que le tenían muy anchas, aludiendo a las novelas y no a las botas, como parecía colegirse del contexto.

Por ese camino de los críticos-lectores va a llegar el día en que la crítica sea una cosa por el estilo:

Señor autor, he comprado su libro de V. ó si no lo he comprado, se lo he pedido prestado a mi primo Sebastián, y es lo mismo. No vale las tres pesetas que cuesta. Es V. muy caro. Eso es un ladrón. Y podría V. rebajar dos reales, porque el final, francamente, es poco verosímil. ¿Dónde se ha visto que una suagra se envenene? Si fuera envenenar a los demás! No es V. nada interesante. En ese libro todos mueren en la cama. ¡Vaya una vulgaridad! ¿Y por eso pide V. tres pesetas? En la cama pienso morirme yo sin pedir nada a nadie. Además, no me gusta V. porque es V. demasiado verde. Y además, porque me han dicho que es V. demasiado rubio, y no me gustan los rubios. No vaya V. a creer que yo me las echo de crítica. Valientes cursis son los críticos. No soy más que una sefiora, viuda de un literato de verdad, de cuando los había. Mi marido escribía también para fuera; pero era mucho más sabio que V., ¡ya lo oíste! mucho más. Y moreno. Y repito que yo no soy crítica. No hablo más que por impresiones. Y en fin, porque estas son cosas de gusto. Vaya, con que rebaje V. esos dos reales y mandar. Suya: Una lectora impresionable.

Segundo modelo:

Señor autor, ¿y V. se llama liberal? ¿Qué ha de ser V. liberal, hombre! Lo habrá V. sido, pero ahora ¡quid! Lo que es usted un pastelero; carta canta: en su novela, fecha de octubre último, ataca V. al clero, y en eso obra V. como un santo; pero después se burla de un librepensador, y eso no está bien. Eso es poner una vela al diablo y otra a San Miguel y querer comer con todos. Además, usa V. unos terminachos que no los entiende el pueblo, el verdadero pueblo, el que anda y trabaja y no entiende esas cosas. Conque ¡valiente demócrata será V.!) ¡Cómo no sea! No crea V. que yo me las echo de erudito, ni de literato; no señor, ni ganas; no soy más que un liberal muy consecuente; pero en uso de mi derecho de manifestación pacífica, le manifiesto a V. que su libro es una indignidad.—Un buen liberal.

No se ha llegado todavía a tal extremo, pero ya se anda muy cerca.

Sea motivo que tome esos Un lector, ó X, ó Nadie, ó Uno de tantos para escribir su correspondiente crítico. El principal

pal es la vanidad, que se saca viéndose en letras de molde.

Este motivo suele ir unido a cualquiera de estos otros dos: Primero: El deseo de la venganza; el autor ha llamado bruto al lector, por ejemplo, y el lector se erige en crítico para que el autor se las pague todas juntas.

Segundo: El afán de la lisonja; el lector le debe al autor un bombó, ó una butaca de tifus, ó una merluza, ó una manteca fresca, cualquier cosa; ó tiene que pedirle un favor, ó un duro (que es un duro y un favor), y le quiere pagar con alabanzas impresas el benéfico recibio ó el sablazo preparado.

Del primero de estos dos casos, el de la venganza, puedo presentar un ejemplo que me ha hecho gracia.

Ante por el mundo, generalmente, por las oficinas, un señor que se llama D. Jesús Pando, V. de V. llamado como el solo poeta en épocas de cenuria, miembro de todas las comisiones habidas y por haber. El tal D. Jesús me quiere a mí más, tal vez porque algún día dije eso en algún periódico, lo que ahora repito; y digo tal vez, porque el Dios y mi alma, como dicen los clásicos baratos, no me acordé de haber escrito el nombre del Sr. Pando antes de ahora. Pues ¡qué hace! el Sr. Pando y Valle para vengarse de las perrerías, que acaso yo habré dicho de su ubuidad comisionera. ¡Ahí es nada! Según mis aseguras (porque tampoco esto es un sí), ponerme como chupa de dómne, con motivo de cierto libro mío, en un periódico. ¿Y en qué periódico dirán VV.? Según mis noticias, en uno que creo que se llama El Consultor de los Ayuntamientos y Boletín de Positos.

Perdonen los Positos si los calumnio sin querer, pero esto me han asegurado. Ya ven VV. si hay críticos que saben aprovechar las ocasiones. ¿Quién ha metido a Pando a decir si un libro es malo ó es bueno? El se ha metido, sin necesidad de que se lo mandaran. Para ser crítico le bastaba la gana que me tenía. Más que la oscuridad de su nombre y el no saber de la misa la media, le haya impedido recurrir a La Epoca, que es algo más literaria que el Boletín de Positos debe de ser, y no me quiere mejor que el Sr. Pando.

El cual, si todo esto es puro cuento, habrá de dispensar; a mí me lo han dicho, y lo repito porque oíste que tiene gracia y que sirve para mi asunto como ejemplo de mucha fuerza.

Si no es verdad, retiro todo lo escrito, menos lo que he al Sr. Pando se mete en todas las comisiones del mundo y hace más ruido que perro con maza, y todavía no ha hecho una niñez en su vida.

Esto no lo retiro, porque lo sé yo sin necesidad de que me lo cuenten.

El D. Jesús siempre anda diciendo dónde guisan comisiones. Esto es una verdad adquirida definitivamente por la historia.

Y el acordarme yo de él pura casualidad.

Pues bueno; este y otros ejemplos prueban que eso de escribir quien quiere, y sin más atractivo que el de trabajar de balde, hace imposible la crítica, la transforma en sección de anuncios ó en sección de anónimos.

Callen para siempre esos Lectores y contentense con leer... si saben.

OLAMIN.

¡Seis bolas negras!

Seis españoles, llamémoslos así, que opinan que Zorrilla no merece 30.000 reales al año, como los que se le pagarán a toos teja a Tejada Valdosa al día, día felix, que deje de ser Ministro.

Es decir, que según esas seis bolas, símbolos de otros tantos padrastos de la patria, Zorrilla no ha prestado al país tantos servicios como Marfori, el Marqués de Molins ó cualquier otro Roca más ó menos Togores que haya sido Ministro.

¿Queo serán esas bolas negras que es un poeta, y qué crean que son 30.000 reales?

¡Lastima que esos caballeros no tengan el valor de sus convicciones hasta el punto de atreverse á fundar su voto y firmarlo y darlo al público así.

¿Qué pueden alegar en favor de su opinión negra?

¿Que no saben leer y que para ellos sobran los poemas que no cantan por la calle?

Eso no basta; porque otros muchos diputados habrá que no sepan leer, por lo menos con sentido, y señalando las cosas como es debido.

Mejor disculpa es la que se atribuye á uno de esos señores negros, que decía explicando su voto:

—Sí, señores, yo soy una de esas bolas... porque... franca-

mente, eso de pagarle el puplaje en Londres á un revolucionario como Zorrilla, no me hace gracia.

Hay quien dice que otro de los que votaron en contra, otro de los tirados, fué el Marqués de Pidal; pero es claro que estos son dichos, y no hay fundamento que históricamente dé fuerza á semejante atrevida conjetura.

Yo me apresuro á decir que no sé si fué ó no; que creo que no puede haber pruebas de que haya sido, y que me guardaré muy bien de suponerlo.

Pero ello es que los que presumen que fué él dicen, y mienten seguramente, que exclamaba:

—¡Zorrilla! ¡Bah, bah! ¡Si fuera el P. Mir!

—O yo—añaden que interrumpió Cánovas.

No, y lo que es que á Cánovas le dieron un buen día esos seis negritos no cabe duda.

Cánovas habrá votado con bola blanca, pero en el *forro interior*, que diría el otro, de fijo le pareció una delicada atención para con su lira el voto oscuro de los seis indógnitos.

—Señores—gritaba un ministerial—yo creo que Zorrilla merece la pena; pero es una injusticia que aquí se den pensiones, ni se celebren centenarios, ni banquetes; ni nada, en honor de bicho viviente ó difunto, mientras la patria, agradecida y enamorada, no tribute al cantor de Elisa la apoteosis que merece.

—¿Pero qué le parece á V. qué merece Cánovas? ¿qué le daremos?—le preguntaban...

—Qué sé yo... algo así... como... la luz del Tabor; eso es, una aureola de luz eléctrica, unos cuernos luminosos, como los de Moisés... en fin, algo muy reluciente.

—¿Le parece á V. que hagamos de él lo que la antigüedad con la cabellera de Berenice?

—Eso es, justo, ¡qué menos puede ser Cánovas que una constelación! ¡Elevémosle á la categoría de nebulosa!

Y Bosch, ó sea Bosquite, haciendo un colmo, diría:

—¡Si me convierten VV. en estrella á Cánovas, no olvidarse que sea de las dobles!

Otro de los *bolas negras*, que es mostizo, decía que él hubiera votado la pensión con mil amores si fuera para D. Celerino Suárez Bravo, alias Ovidio el Romo, autor de *Yerdugo y sepulturero* y de un ante-proyecto de ópera española, intitulado *Don Alvaro de Luna*, y además inventor de una novela consumada que responde por *Guerra sin cuartel*.

Eso sí. Mientras las Cortes españolas no acaban de dar á Zorrilla, al gran poeta nacional, del que se hablará todavía cuando ya no haya Cortes en el mundo, ni casta de Toreros para presidir, ni campanillas; mientras este escándalo dan nuestros mandatarios, la Academia Española pierde el tiempo, que es oro, oyendo leer día tras día una novela de Ovidio el Romo, y en una sola votación decide premiarla con 10.000 reales, ni más ni menos que si fuera de Méndez Núñez.

Un novelista que va á pedir 10.000 reales á la Academia está juzgado... como hacendista; y una Academia que premia, por su parte sí, una novela de Ovidio el Romo, está también juzgada, por esto y por el diccionario y por Catalina, que era antes el último académico, y ahora es el pendulito, gracias al Marqués de Pidal, eso *non plus ultra*.

Pero no tergiversemos los académicos.

A los cuales un colaborador de *El Imparcial* les está demostrando que no saben lo que es *diccionarizar*.

Eso sí; mucho Conde de Cheste, Marqués de la Pezuela, ó al revés, ó no sé cómo, ni me importa, dignidad de Clavero Mayor (y no ha dado una en el clavo, tan viejo como es) individuo de la de los (¿en qué quedamos?) Arcades en Roma (como si hubiera Arcadia posible donde está Pezuela), socio preeminente de la de Buenas Letras de Sevilla..., sí, si, preeminente y proomiscuante y protuberante y preesidente y Antili-Dante.

Para definir á Cheste y á Molins, ese Roca Togores de apellido y Roca Tarpeya de la poesía, tiene el Diccionario de la Academia palabras, palabras, palabras; y para definir á Dios no tiene más que estas: «Nombre sagrado del Supremo Sér (por no decir Sér Supremo), criador del Universo, (¡qué sabe V.!) que lo conserva y rige por su providencia...» ¡Vaya una teología ramplona! Y gracias que la Academia no hace á Dios de la de los Arcades de Roma.—¿Y qué más dice de Dios? A los dos otros rangelones dice esto: *Adiós con la colorada*, expresión familiar de que se usa para despedirse.

Y vive Dios que no es verdad. Adiós con la colorada es una exclamación que se usa para manifestar que una cosa se ha echado á perder, ó que lo hecho ó dicho por alguien es una salida de tono ó de pio de banco. Así, por ejemplo, la Academia publica un diccionario lleno de disparates y el país exclama: ¡Adiós con la colorada!

Y la colorada aquí es la Academia, que debe de estar como un tomate.

¿Si serán académicas las seis bolas negras del Congreso?

CLARÍN.

Mientras unos cantan victoria y repiten en los periódicos todos los días que las letras españolas progresan y toman el rumbo más propio de nuestro tiempo, la novela,—y no la novela como género secundario, más artículo de ultramarino que arte puro, sino la novela de estandar, la novela refugio de la vida y obra de estilo,—otros pregonan la decadencia literaria y dicen que si el teatro se desmorona, la novela también se cuartea y cae en la pesadez, en el amaneamiento y en hace aburrida e indigesta.

¿Quién tiene razón? Todos y ninguno: como siempre, la literatura española florece en ciertos géneros, como jura y perjura D. Juan Valera; en otros languidece, vegeta, y en algunos apenas da muestra de vida.

Sea lo que quiera del teatro, de la crítica, de la didáctica, de la lírica, del periodismo li-

terario, de la historia artística y de otros géneros que no es el caso examinar, en la novela orso que llevan la razón los que dicen que estamos mejor que hace dos años, por ejemplo. Con *La fontana de oro*, *Pepita Jiménez*, *El sombrero de tres picos* y algunos otros libros de su tiempo, se inició en España un florecimiento innegable del género novelesco, y sólo pocos lo niegan, ni aún aquellos que quieren ver en Fernán Caballero un gran novelista, equivocándose, en mi humilde opinión, en más de la mitad. Lo que dicen algunos es que aquel renacimiento, iniciado por Valera y Alarcón principalmente, se ha detenido, y que la abundancia actual se más de lamentar que de aplaudir, porque se escribe mucho malo. En lo de que se escriben muchas novelas malas estoy yo de acuerdo, pero también se escriben otras y en cambio no se escribían algunas buenas como ahora.

Pero, ¿mi entender, lo que quieren decir algunos es que nuestra novela ha perdido desde que Valera ha dejado de escribirlas y desde que Alarcón ha suspendido su actividad literaria; esos mismos suelen opinar que la nueva manera de Galdós es inferior a la antigua, que Pereda valía más que ahora cuando escribía escenas y paisajes, y que los jóvenes que siguen las tendencias del naturalismo, entendido como mayor ó menor amplitud de criterio, debían dedicarse á otra cosa.

Un crítico que viaja de incógnito y firma *Orlando*, pero que no es el Furioso, ha hecho notar, con suma discreción y perspicacia en este punto, que nos exponemos á convertirlo todo en sustancia, ó sea en novela, si la manía de escribirnos sigue invadiendo á la masa receptiva de los que debieran contentarse con leerlas.

Si, no hay para qué negarlo, este peligro existe, y en este mismo periódico lo señala en la forma graciosamente paradójica que suele usar así mismo el distinguido escritor que hace las «*Revistas semanales*». Yo creo que Fernán Caballero exagera mucho cuando asegura que libros como *Sotiles* y los que él, el mismo Fernán Caballero, empieza y no acaba, le hacen dormir. Ni las novelas que Pereda escribe, ni las que el antiguo *Lancetista* comienza á escribir, convidan al sueño; de estas últimas hablo por experiencia, porque, como comprenderá el lector, no las conozco, pero de las otras, de las de Pereda, hablo con perfecto conocimiento y puedo asegurar que en vez de llamar á Morfeo lo espantan; yo he pasado horas y horas, de las más altas de la noche, en vigilia, pensando en las bellezas de *Pepita Jiménez*, de *Sotiles*, por ejemplo. Si lo que dice Fernán Caballero, yo creo que en broma, fuese cierto, la mitad de los españoles que me han leído estarían convertidos en maniques del opio, entregados á las delicias del sueño, porque la mitad de los españoles que entienden de sillario, y me quedo corto, leen las novelas de Pereda.

promiso, ó de buena fe, alaban los disparates en artículos de esos que firma «Un lector», ó en carta particular, cátele V. á Periquito hecho frasco y á todos los poetas, ó á muchos, convertidos en novelistas.

De mientras llega el diluvio, tengámonos á las novelas buenas que se publican, y después que el diluvio venga, construyámonos un arco, y en ella, en vez de meter á los animales como hizo Noé, verdad que por consejo de Dios, metamos á los autores buenos, sean idealistas, naturalistas ó diábolos coronados.

De dijo no más negará Fernán Caballero el derecho de Armando Palacio á salvarse del diluvio. Que si nosotros, con notoria injusticia, no lo acogáramos en el arco, él se salvaría con la lancha de su *José*, contra viento y marea.

José es una novela maravillosa, como los dice con frase poco exacta: á la orilla del mar y allí en la playa donde se pesca el besugo y la merluza, sucede todo lo que el autor tiene que contar.

Apareció *José* casi al mismo tiempo que *Sotiles*, pero que uno dice así, y tal es su mérito, que á pesar de tener por asunto, como la novela de Pereda, el mar, los pescadores, el olor de la sardina, los furores del mar, el valor de los marinos, no se vio eclipsada por el gran libro del maestro montañés, sino que hubo apuro y lectores para uno y otro libro.

Como Pereda conoce su *Sotiles*, Armando Palacio conoce su *Rodillero*, que no se llama así. Le conoce y le quiere con todo corazón, porque él también encontró allí su Elisa. Como *José*, aunque en otras esteras y por accidente, como diría el ministro del ramo.

Palacio ha ido á pescar muy lejos de la costa, para saber cómo es así; no ha querido contentarse con descripciones, ha querido sentir él lo que se siente allá fuera, y así (y además por virtud del arte) se nota desde los primeros renglones del primer capítulo de *José*, esa belleza en igual de la imitación *aparte nature*. Para producir belleza en actos imitativos es necesario que el objeto imitado sea la naturaleza directamente vista y el sujeto que imita un artista capaz de ver lo instancial en lo pasajero. Palacio, en los primeros capítulos de *José*, demuestra que en su libro se reúnen ambas condiciones: él ha visto por sus propios ojos todo aquello, y sus ojos son los de un artista, ojos que saben después guiar la mano para dejar sobre el papel nada más que lo que importa, pero nótese que muchas veces lo que importa son los que parecen pormenores, incidentes, al no artista, que no ve que una cosa son las categorías abstractas y otra son las categorías del arte. Todo esto es claro como el agua para el que entiende de estas materias.

Pocas líneas, pocos colores, pero muy bien distribuidos, bastan al autor de *José* para presentarnos en los primeros capítulos, en el valor artístico, el *lugar de la escena* y los *personajes*, inferiores todavía en este libro muchos de ellos, no todos, al secundario y al autor.

En los capítulos en que se narra lo que importa para el *sueto*, si se quiere llamar así, de la acción, no ha estado siempre tan feliz el autor, y digo siempre, porque entre rasgos medianos aparecen otros excelentes, aún en esta parte inferior del libro. Hasta el lenguaje se hace más descuidado y el estilo degenera hasta no ser digno de Armando Palacio en algunos, muy pocos, pasajes. Pero luego vuelve á levantarse el interés, el estilo de Palacio recobra su fuerza y se calor ordena, las descripciones llegan á ser magníficas por la sobriedad, la corrección y la verdad, el autor muestra una vigorosa, el diálogo, menos frecuente, toma vida natural, y puede decirse que *José*, desde el capítulo en que el hambre acomete al ilustre D. Fernando Miera hasta el final, es el mejor que ha escrito el autor de *El señorío Octavio* y de las *Aguas frías*. Sobre todo, los capítulos catorce, quince y diez y seis pueden calificarse de joyas artísticas sin asomos de exageración. La descripción del galeón nada tiene que

envidiar á otra cualquiera entre las más excelentes que hayan escrito los maestros, y la llegada á Rodillero de los pobres marinos refugiados en otros puertos, el encuentro con esas familias en la playa, la visita al Cristo, náfrago también, son páginas en que se admira el arte sobrio, decidido, atento á la verdad y á la emoción. Al leer aquello se siente profunda piedad, el corazón late en la garganta, y conseguir tal efecto es probar que tiene el autor divino del poeta. Palacio es de los que aspiran al *si vis me fides* del poeta veneciano, pero sabe cumplir con la condición que el preceptista impone al que tenga pretensión tan alta.

En mi sentir estos últimos capítulos de *José*, son el mejor que hasta hoy ha escrito Armando Palacio, lo cual es mucho decir, por esta reputación crítica y ya popular novelista, ha dado al público, á pesar de ser aún muy joven, muchas páginas excelentes.

Entre los personajes de la novela se distinguen D. Fernando Miera, de la raza española de los Quijotes, tipo de una realidad culminante, que sabe unir á la más exacta naturalidad toda la poesía de un carácter sombrío, que por la escasez de los medios con que cuenta y la grandeza de sus ideales, produce esa emoción de lo común, semi-fine, semi-melancólico, delicada forma del arte.

Merece don Fernando por sí solo una novela.

José, el protagonista, tiene el mérito de la sencillez unido al de la virilidad, y si primero ofrece poco relieve, se levanta cuando aparece la ocasión se presenta. El valor en medio de los peligros del mar debía ser su calidad primera, y en efecto, con la mano en el timón de su lancha, entre el furor del viento y de las olas, aparece grande sin dejar de ser el sencillo pescador, que en una ocasión se resaca al campamento de Manzana, á *Renzo* inclusive. También la madre de *José* tiene rasgos de fuerza y verdad, y lo mismo puede decirse de su enemiga la maestra. Don Claudio, el maestro, apenas hace más que asomar al cuadro de la novela, pero es lastima porque es una figura que promueve mucho y que sabía traer muy bien Palacio, que maneja los grandes recursos de lo cómico con original gracia y malicia y sobriedad picante. Y por esto merece una censura. (Por qué censuras tanto los rasgos de gracia, el elemento cómico, se levanta cuando se podría lucirse, dando de camino gran animación á sus obras? No comenzó así, por cierto, y no le iba mal, cuando en el *Sotiles* Octavio hizo reír tan de buena gana al lector sin salir de lo venustísimo y sin pecar de inoportuno.

También me consta, por otras razones, que sabe el autor de *José* hacer á la pasión hablar con más fuerza. Ya que la sigue en su lógica especial sin miedo á lectores morigatos, ¿por qué á veces la abandona por lo que respecta á su lenguaje?

Mucho más tenía que decir de *José*, pero me falta el espacio.

Resumiendo diciendo que *José* es, en general, el mejor libro de este novelista, que si hace poco era una legítima esperanza, hoy ya figura entre los que se citan constantemente al probar con nombres propios que es algo más que un buen deseo el florecimiento de la novela en España.

Hay, sí, para ella, los peligros, algunos graves, que indicaba al principio, pero Armando Palacio no es de los que pueden comprometer el género, sino de los que lo acreditarán más cada día si Dios le da la salud que á todos os deseo, amén.

CLARÍN.

PALIQUE

La Academia Española ha decidido premiar una novela presentada á concurso.

Yo no digo nada del mérito de esa novela porque no la conozco, aunque me la figuro.

Un novelista que pide un premio á la mayoría de la Academia y que se deja leer por Castejo... me parece que está clasificado.

Pero en fin, la novela, á pesar de todo eso, puede merecer el premio.

De mal agüero es, por de pronto, que hayan sido trece los académicos que la juzgaron.

Dicen que Arno, que es supersticioso, quería abandonar en seguida el salón y que gritaba:

—Señores, ¡somos trece! ¡trece aquí sobra uno.

—Pues si sobra uno es Catalina, —dijo un chusco por lo bajo.

—Lo que es sobrar, sobran muchos.

Y cundió la alarma.

Pero Castejo tranquilizó á los presentes asegurando que no había peligro porque en rigor no eran trece sino catorce, toda vez que él valía por dos.

La dicha novela habrá ocupado más de veinte sesiones con su lectora.

¡Miren Vdes. que cinco veinte lecciones de prosa á Castejo, y de una novela que premiaron Catalina y Arno (supongo), es dar prueba de valor!

Yo no sé, repito, si la novela merece premio, pero de fijo lo merecen los académicos que la oyeron leer. El premio á la virtud... de la paciencia.

Dicen que es muy difícil el arte de leer.

¡Pues miren Vdes. que el de oír leer!

Por lo demás, ¡vaya una ocupación sería la de las Academias!

¡Juntarse para oír leer novelas un día y otro!

No harían más los habituales lectores del folletín de la *Correspondencia*...

Verán Vdes. como el mejor día entra allí Cánovas y dice:

—A propósito, señores, van Vdes. á leer mi *Campana de Huesca*... cosa rica.

Si las faenas del perfecto académico consisten en votar todo lo que oír leer, ya me explico la elección del marqués de Pidal.

El no sabe escribir.

El, acaso, no sabe leer.

Pero oír leer, de fijo sí.

Volviendo á la novela premiada, sepan ustedes que eso del premio no fué pan comido. Ocho señores votaron que sí, que se premiara y anda con Dios; cinco votaron que no. ¡Si serían rencorosos!

En justicia yo creo que á los ausentes debe suponerseles votando en contra.

Si el sueño es una opinión, como dijo el otro,

también lo es la ausencia en semejantes casos. Quién duda que votó á su manera el académico á quien preguntaron:

—¿Por qué no va V. á oír esa novela?

Y que contestó:

—Porque dormir la siesta me hace mucho daño.

Esto es una opinión, un voto.

El público que deja desierto un teatro vota contra la comedia que se representa.

De modo que la novela premiada lo fué por minoría.

De todos modos en materia de arte no debe satisfacer á nadie que le voten compromisarios; es preferible la votación directa, el sufragio universal del público.

Los académicos son los compromisarios de la Nación en materia de lenguaje.

A ellos se les da el compromiso de elegir palabras y de premiar novelas.

Y ellos ponen por condición á las palabras, para admitirlas, que sean viejas, y á las novelas, para premiarlas, que huelan á rancio.

Y á propósito de la Academia. En la última edición del *Diccionario*, el principio más del hablar seguiera de la letra A, se habla de don

Leopoldo Augusto de Oseto, y de Roca Togores de Castejo, y se nos cuenta con pelos y señas su historia, la historia de sus pompas y vanidades, y hasta creo que se nos dice algo de sus primeros amores. Grandes párrafos para Castejo, para Cánovas, para Casa-Valencia y hasta para ese que aproximadamente se llama Gualacacín ó no sé qué diablos, y para Castellar, Echegaray, Zorrilla, y otros hombres vulgares unos pocos renglones, como si se tratara del sobre de una carta.

Bien se conoce que no fué el león el pintor. Que fueron los ratones.

Por supuesto que eso de hacer académico á Galdós no entra en los planes de la Academia (de la mayoría). Mucho admitir la palabra «curul» y «argayar» y la «harmonía» con á, pero á Galdós, ¡pardiente, hermano!

Meditemos un momento y compáremos al P. Mir, el harmónico, con Galdós.

¿Qué ha hecho el P. Mir? Poner una á á una palabra y ponerse en ridículo con un libro en que se quiere *harmonizar* dos cosas de las cuales una no sabe el autor con que se come. Pero así como allí en Roma, según Virgilio, *noche plus tuta*, pero los espectáculos volvieron al día siguiente porque Augusto tenía dividido el imperio con Júpiter, así en España, aunque los escritores luevan desastinos, Cánovas, si le entran por el ojo derecho (ya se sabe que el otro lo tiene torcido), los convierte en eminencias de la noche á la mañana.

Además, al P. Mir nadie le tiene envidia. Ponerle una á á una palabra que no la necesita... vaya un mérito. No hay costurera que no le haya puesto á al amor y hasta hubo un diputado que se la puso á ayer y hasta quería ponerla á mañana.

Otra cosa es haber escrito los *Episodios Nacionales*.

Esto ya no sabe hacerlo Cánovas.

Cuando á la *harmonía* haya vuelto á caersele la á, como una herradura, todavía las novelas de Galdós vivirán incluídas sin haber perdido una sola letra.

Y para no salir hoy de la Academia podré que el conde de Castejo ha convidado á la poetisa de Málaga, que está en Madrid, á comer y leer versos.

La poetisa es guapa, yo la he visto en Málaga. Los versos no se los conozco. Pero conozco á Castejo. ¿Quién lo manda andar diciendo en los periódicos los comensales que tiene? ¿Qué le importa al pueblo español, al noble y hambriento pueblo español, saber con quien come el *Anti-Dante*? Porque sepan Vdes. que llueve

sobre mojado. El año anterior vino á Madrid esa poetisa malagueña (o. p. b.) y los periódicos nos dijeron que Castejo la había convidado á comer; vuelve ahora la poetisa (que es rubia y muy graciosa) y ¡vuelta! «El señor Castejo ha convidado...» y á los poetas leyeron versos, como quien se enfaja, varios aficionados y un poeta de verdad.

Por lo demás, se conoce que el conde ha estudiado á fondo el corazón humano.

Para hacer oír versos no hay más camino que convidar á comer al oyente.

Si Mecenas hubiera sido como Castejo, si hubiera leído versos á los poetas, seguramente no hubiera tenido tantos que le canaran y le comieran.

Porque las comidas con ese café se indigestan á la larga.

Dante convertido en ese salchichón que se llama los tercetos de Castejo es más indigesto que la langosta cruda.

Por supuesto que con todo lo dicho yo no quiero molestar á la poetisa de Málaga.

Pero me atrevería á aconsejarla que si quiere que sus versos prosperen, cuando venga á Madrid... coma en la fonda.

Después de todo, Fornos tiene mejor cocinero que Castejo, y es, sin comparación, mucho mejor poeta.

CLARIN.

PALIQUE

Se han reunido varios caballeros y no sé si alguna señora también, con el sano propósito de reorganizar el teatro español, que al parecer anda tan mal como la Marina.

Yo, con tal que no se crea la *ópera nacional*, transijo con todo. Oreo firmemente que el castellano se presta poco y de mala gana a que lo pongan en solfa. Hasta Cañete se estreñó en tamaña empresa. Recuerdo el estreno de su *ópera Beltrán y la Fompadour*, que duró lo que duran las rosas, el espacio de una sílaba. El idioma que sirve para hacer los artículos de fondo de *La Epoca*, no puede servir para despedirse cantando.

Todo esto no quiere decir que yo sea enemigo de las zarzuelas. (Al contrario) vivra la zarzuela... Pero este género ya se sabe que no se escribe en español. Se escribe sin... Camprodón ó Pastorido ó Serra, el malo.

Admito, pues, que se regenere el teatro.

Es una empresa patriótica.

Pero si puede ser, que se regenere sin que haya que nombrar comisiones.

Porque si hay comisiones ya sé en qué va a parar la regeneración. Va a parar en que la reforma del teatro español quedará antes de pocos meses a cargo de los Sres. D. Modesto Fernández y González, D. Héctor F. Varela y D. Jesús Pando y Valle, secretario.

Si hay comisión organizadora, acabará por dar hailes de beneficencia, como la Sociedad de Escritores y Artistas, que, salvo el presidente, que es Núñez de Arce, mejor estaba repartida en ambulancias por esas provincias cuidando coléricos ó haciendo el servicio de la Guardia civil. Para encontrar un literato en la Sociedad de Escritores, ya hay que buscar. Pues si se nombra una comisión para salvar el teatro va a suceder algo parecido.

Nada de comisiones; sívese el teatro sin comisión... y con dinero.

—¿Con dinero de quién? ¿Del público?

—¿Del contribuyente?

173 Madrid Cómico (Madrid), n. 129, 9 agosto, 1885

—No señor, de los espectadores.

—¿Y si los espectadores no quieren pagar?

—Entonces que se contenten con un teatro de capá caída.

—Pero eso no es resolver la cuestión.

—Claro que no.

—Según V., entonces, el enfermo no tiene cura.

—No se sabe. Pero se sabe que está muy malito.

—¿Y no hay modo de salvarlo?

—No lo sé.

—¿Y de hacerle tir tirando?

—Eso creo que sí.

—Mostrad cómo.

—Con una dictadura. Debe ser cosa de Cánovas.

Si yo fuera Cánovas haría lo siguiente:

Primero... disminuir, eso ya se sabe.

Pero supongo que no me lo admitían, según haciendo otra vez lo siguiente:

Suprimía sí sí sí. El que quiera comedia, que la pague. Suprimía los críticos no matriculados. El crítico había de tener su carilla, y revalidarse, ¡ya lo oí el que quería hacer. A Zamacóis se le invitaba a escribir lo que él quisiera cada vez que se esplandiera algo de Echegaray, á Sallés se le pensionaría para estudiar el teatro realista en el extranjero con la obligación de mandarnos un drama ó comedia original al cabo de dos ó tres años, ó si no, una memoria demostrando que el teatro que se llama por ahí fuera realista es tan falso como el romántico, y que por ahí no se va á ninguna parte.

Además, se representaría el *Nido* (ordiano) algunas noches, cada dos temporadas. A Cano también se le pensionaría en el extranjero para que estudiase cualquier cosa de Estado Mayor.

A Ceperino Palencia se le apartaría de las malas compañías, se le harían saber muchas cosas que no sabe, y después de algunos años de medio-pensionista en el Colegio de las Musas, se le representarían todos los *Guardianes de la casa* que quisiera escribir, como no fueran más de uno en cada temporada.

A Miguel Echegaray se le condenaría á prisión correccional hasta que acabara por escribir alguna cosa formalmente cómica, que si acabaría, sometido á un régimen vigoroso. Y podría ser al cabo un buen poeta cómico, fácil, intencionado, precioso, más agudo que todos sus enemigos. Y también se le representaría una comedia cada año.

A Santero, Larra, Fina, Ferris, Cavestany, etc., etc., se les daría una carga de Villavieja, y después se publicaría un bando previniéndoles que dejasen libre la vía pública.

La *Epoca* diría que se habían matado unos á otros por la espalda, y puede que tuviera razón.

Y advierto que en la lista anterior de Santeros y Larras no he escogido á estos señores porque los crea muy conocidos que otros muchos que no nombro; he escrito los apellidos que vinieron primero á mi memoria. En mis buenos tiempos, cuando yo ejercía en Madrid de crítico cojijunto, recordaba perfectamente los pelos y señales de todos los poetas que se escribían; pero poco á poco voy olvidando materia tan liviana, y ya sólo sé, así, confusamente, que hay muchos escritores dramáticos malos. Pues bien, todos ellos serían arrojados por la caballería.

Y ahora vamos con los actores.

¡Según VV., lo que sucedió en Zaragoza cuando lo de los Inmigrantes marítimos! Pues una cosa sé. Aquí del teatro Prebencio para cantar la degollina de cómicos.

Se salvarían de la matanza Vico, Calvo y otros dos ó tres. Del ramo de señoras puedo que no se salvara más que la Tubau, y esa si me prometía seguir estudiando mucho y corrigiendo defectos que ya se le irían señalando. Elisa Mendoza no moriría en la terrible hazaña... pero tendría que viajar mucho, pensionada también, para convenirse de que en este mundo, aunque es positivamente un valle de lágrimas, no hay que estar siempre gimiendo y llorando y haciendo de cada vocal siete.

A Elisa Boldán—aquí de la dictadura—se le haría sacrificarse por la patria y volver á la escena; y un señor espeso que perdona.

Ahora vamos al repertorio.

La mitad de la temporada se representaría el teatro de Moratín, de Bretón, M. de la Rosa, de García Gutiérrez, de Hartzenbusch, Duque de Rivas, Ayala, V. de la Vega, Za-

mayo, etc. La otra mitad se dividiría entre los pocos extranjeros de que va hecha referencia, alguna traducción, encomendada á un literato de verdad, como Menéndez Pelayo, Balart, Núñez de Arce (si quería), Valera, etc., etc., y por último, nuestro teatro glorioso de Caldera, Lope, etc.

—Pero quién iba á poner en escena todos esos dramas y comedias?

—Pues, hombre, los cómicos...

—¡Pero si los hemos degollado!

—¡G...! ¿Conque los hemos?... ¡Vea V... una pequeña contraindicación! En fin; habrá que sacarlo. Págueme V. la cabeza al cuello á los menos malos y que hagan voces de actores verdaderos hasta que se críe una generación de comediantes.

—¿Y cómo va á criarse esa generación?...

—Hombre, yo no lo sé... si me importa. Lo que yo quiero es que no se crea la *ópera nacional*.

Y lo de las cargas de caballería... por supuesto.

Crumb.

PALIQUE

Hermoso es sin duda el espectáculo, como se dice, que ofrece el pueblo español protestando con la energía que le es característica contra las pretensiones del Canciller alemán, etc. etc.

Yo mismo, en mi pueblo, he echado mi cunto a espaldas, aunque me esté mal el decirlo, pronunciando mi cachito de discurso patriótico desde un tercer piso.

(1) Perdonad esta á, pero el efecto...

174 Madrid Cómico (Madrid), n. 134, 12 septiembre, 1885.

Sí, el pueblo español ofrece un hermoso espectáculo, como dejo dicho; tanto más hermoso, cuanto que en él no han tomado parte ostensible los Sres. D. Héctor F. Varela y D. Jesús Pando y Valle. Parece mentira, pero todo se ha hecho sin que ellos tuvieran que intervenir para nada.

Esto prueba que no estamos tan echados á perder como se dice; y que á poco que sople el viento podremos convertirnos en potencia de primer orden con Cánovas á la cabeza.

Verdad es que sigue el cólera haciendo de las suyas y siguen los molinos de consumos haciendo de las de Cos-Gayón; pero esto no empuja, como dicen los clásicos, para que seamos el león de siempre, con las mismas mejetas de siempre.

Además, qué no en toda España hay molinos ni en toda España hay cólera.

Galicia, por ejemplo, se ha librado hasta ahora del terrible huésped del Ganges.

Pero tiene otro no menos terrible, aunque natural de más acá; creo que de Córdoba.

En efecto, y no hay para qué ocultar la verdad, por triste que sea; el Sr. Grilo se ha presentado en la tierra de los *grellos*, y el contagio ha sido inmediato. En la pintoresca Galicia hay varios focos de infección *grillesca*, y puede verse el estado de los casos ocurridos en la *Ilustración Española*.

Aunque Grilo es un Velarde atenuado y se le puede conservar en buen caldo, no hay que fiarse, y lo mejor contra él es la limpieza. En un pueblo limpio, lo que se llama limpio, no hay que temer veladas literarias de Grilo y sus vírgulas correspondientes.

Pero volviendo á las Carolinas—y VV. dispensen la molestia,—es preciso convenir en que una cosa es el derecho que tenemos á conservarlas y otra los discursos que se han vociferado por esos pueblos de Dios.

En cierta manifestación apareció en una ventana un hombre de mala catadura, con cara de hambre, y dirigiéndose al pueblo estupefacto, exclamó:

—Españoles: basta de discursos, yo sólo quiero arrancaros un grito de entusiasmo, un grito de amor á nuestra patria querida; gritad conmigo: ¡Viva Alemania!

—¡Viva!—contestó la multitud sorprendida.—Pero la reacción no se hizo esperar.

El pueblo cayó de su burro; comprendió que se le había hecho gritar lo contrario de lo que quería, valiéndose del natural aturdimiento y de la velocidad adquirida con los vivas anteriores.

—¡Muera! ¡Muera!—exclamó entonces la muchedumbre.—¡Muera ese traidor!...

Y querían matar al orador; y lo hubieran hecho, ¡ya lo creo! Pero cuando ya iban á echarle matos, se oyó que decía:

—Señores, compasión; soy un padre de familia que no tengo pan para mis hijos... He apostado con un chusco cincuenta duros á que hacia al pueblo español gritar viva Alemania, y he ganado los mil reales. Quinientos serán para los pequeñuelos, y los otros quinientos para comprar un acorazado. ¡Viva España!

—¡Viva!—gritó el pueblo satisfecho.

CLARÍN.

PALIQUE

En San Sebastián, o por allí cerca, le han dado una paliza á un sujeto por gritar: «¡Viva España!»

Hay quien pretende que este grito es hoy subversivo y un sí es no es peligroso para las instituciones.

¡Que por qué? Porque decir viva España... no basta, es poco decir, da á entender que hay otras cosas que deben morirse.

De modo que el caballero de la paliza si quiere volver á gritar sin acompañamiento de garrote, debe exclamar:

—¡Viva España!... y viva con su pepita.

Esto es lo correcto, como diría *La Época*.

Menos correcto me parece lo que asegura el Sr. Girón, digno capitán de orden público, al decir que la Providencia se le mostró propicia consinténdole prender por la mañana á un ciudadano á quien había dejado libre por la noche.

Providencia por Providencia—diría el detenido,—¿la de anoche me atengo.

175 Madrid Cómico (Madrid), n. 135, 19 septiembre. 1885.

Ello es, que si sigue esto del patriotismo, pronto vamos á estar en la cárcel todos los españoles útiles para el servicio de las armas.

Bueno sería que Bismarck nos dejase las Carolinas, y el Gobierno, por no verse en otra, mandase á poblarlas á los patriotas más caracterizados.

—¡Tomen—diría él,—hántense VV. de integridad del territorio!...

—Pero hombre de Dios, todo eso es política—dirá alguno de ustedes,—para política; y V., Clarín, es predominantemente literato, aunque indigno.

Si señores, aunque indigno y á veces indignado, literato soy (y así me luce el pelo), pero de todas suertes, algo me toca del león de España y de sus intermitentes. Creo, sin vanidad, que tengo tanto de león como el Sr. Perillán y Buxó, que, según las crónicas, le pegó una bofetada á un alemán en un café de París; y si me viera en la ocasión, creo, sin modestia, que también sería capaz de romper un plato y todo el servicio, si el patriotismo lo exigía.

Y es más; hasta me atrevería á pagar los vidrios rotos, como supongo que habrá hecho también el Sr. Perillán, por el apellido.

Pero volviendo á lo de literato; ¡VV. creen que ahora hay literatura? Pues no la hay. Se le han suspendido las garantías. Cojan, cojan VV. los periódicos y lean. Con pretexto de que estamos en verano y hay cólera y hay Carolinas, los españoles han hecho bancarrota en materia de letras y aprovechan la ocasión para declarar en secreto ¡real que ellos son muy españoles, como es natural!, pero que por lo mismo, no saben leer.

A mí me lo decía un guapo, sujetándome por las solapas de la chaqueta:

—Diga V., para ir allá y romperles el alma por mar y por tierra y en el aire, ¿hace falta saber alimán, ni estilegia, ni tanticas?

—No señor, no hace falta—respondí yo, sin más remedio.

—¡Pus claro! ¡Pa hacer una barbaría, cuanto más bruto, mejor!

La verdad es que, como ya decía D. Quijote, deben quitarse de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas.

Las armas valen más.—Cuando no se reducen á letras... de imprenta.

Porque es indudable que somos los descendientes de los héroes de Numancia... de Lepanto, de Covadonga, de Zaragoza, de Trafalgar, y de cuanto Dios crió... pero no basta con escribir ni leer periódicos, para salvar el país. El país en tiempo de guerra, se salva á tiros; pero en tiempo de paz, se salva aprendiendo á leer.

Y es de notar que el que no lee más que periódicos, no sabe leer todavía.

Por lo cual no me contradigo aunque diga que aquí no sabemos leer y leemos muchos periódicos.

Excuso decir que el MADRID CÓMICO debe leerse, porque habla como un libro.

Además, no es el uso lo que censuro, sino el abuso.

El abuso de que todos los españoles estén pendientes durante meses y meses de lo que dicen veinte ó treinta noticieros, sin hacer otra cosa ni pensar en otra cosa.

Esta obsesión malsana, señal de anemia intelectual en un país, se origina en estos casos no de ruido de cobre ni de excesivo amor patrio, sino de leer casi exclusivamente periódicos de noticias...

Y como el artículo se me iba poniendo serio, *ponco puntum*, que dijo un latino.

Y si algún idiota ve en algo de lo dicho escaso entusiasmo patriótico... que se vaya á paseo.

La madre patria es muy valiente, en eso estamos, pero recordarán VV. que antes de ahora habíamos convenido en que esa madre patria tiene muy decaídas las primeras letras.

Por lo demás, ¡viva España!... salvo error; y dicho sea sin ofender al Gobierno.

CLARÍN.

PALIQUE

Como hay gente para todo, no ha faltado un desconocido, que debe de residir en Córdoba, que se tomara la molestia de pegar con una oblea en un papel un suelto de un periodiquito intitulado *El Adalid* para mandarme bajo sobre el todo, como diría Ernesto García Ladevese.

El Adalid opina que yo tengo envidia á Grilo; ¡envidiar sería! Sepan cuantos adalides pueda haber en Córdoba y sus ruedos, que Grilo y yo somos buenos amigos, y que ya sabe él que no le tengo envidia.

El Adalid no sabe de la misa la media, y se ha puesto á ser más papista que el Papa.

El Sr. Grilo, *mutu proprio*, se me presentó, como tal Grilo, en cierta ocasión en la Cervicería Inglesa (ó en la Escocesa, no recuerdo bien), y me dijo que le hacía mucha gracia que yo le pegase en los nudillos, ó sean los ripios, y que así debía ser y que Cristo con todos.

Yo hubé de contestarle que así me gustaban á mí los poetas, y que descuidase, que por mí no quedaría. Desde aquella tarde, porque era una tarde, señor *Adalid*, quedamos tan amigos, y día hubo en que se empeñó Grilo, si señor, se empeñó en pagarme el café y me lo pagó; que estos poetas son así, cuando se proponen hacer una cosa buena, como no sea cosa de retórica y poética.

También le hacía á Grilo mucha gracia, á lo menos él lo aseguraba, lo que yo diría de otros poetas malos, amigos suyos; y yo con esto estaba en la gloria, como comprenderá *El Adalid*, si es periodico aficionado á comprender.

Desde aquella época, temporaló ó como quiera llamarla el periodico cordobés, siempre he hablado de los versos de Grilo sin el menor escrúpulo, seguro de contar con el beneplácito del autor. Así están las cosas.

Vea el periodiquito de la patria de *Lagartijo* lo que tiene metido donde no le llaman á uno.

Pero ya que hablo con *El Adalid*, del cual sólo conozco una pulgada de papel, quisiera que satisficiera mi curiosidad: ¿por qué demonio se llama así? ¿A qué viene eso de *Adalid*?

Adalid es palabra árabe que dice adalid y significa guta, y en español, ó miente el Diccionario, ó significa caudillo de gente de guerra, y en sentido figurado guía ó cabeza ó individuo muy señalado de algún partido, corporación ó escuela.

¿Qué gente de guerra acaudilla el papelito que me llama envidioso? ¿De qué partido, escuela ó corporación es muy señalado individuo?

Bueno será que se explique para saber yo con quién me las he ó tengo.

Lo mío será que yo no leeré la contestación del caudillo de Córdoba y me moriré sin saber por qué se llama así.

Se muete uno ignorando tantas cosas!

Por ejemplo, yo no sé por qué el Sr. Cañete toma tan á pechos eso de los sainetes políticos y *aristofanesco* (¡Jesús, María y José!) Hablar de las *Atelanas* con motivo de una comedia del simpático Navarro y Rodrigo, que diga, y Gonzalvo, es, Sr. Cañete, un exceso de erudición, como si yo me pusiese á comparar al Sr. Cánovas con Metelo y al autor del *Puesto de las castañas* con Nevio y recordase aquello de

Fato Metelli sunt cónsules,

que quiere decir

Cánovas nació presidente de todo;

y la contestación que dice.

Malum dabunt Metelli Nevio poeta,

que significa:

Yo le contaré un cuento al Sr. Navarro el de las castañas.

¿Y qué me diría el Sr. Cañete si yo me metiese á disertar, siempre á costa de N. y Gonzalvo, acerca del *Caux Saturra*, que pueda ser que Corbalán no sepa lo que es ni con qué se come? Y ya que Cañete habla de las *faras atelanas*, ¿por qué no dice que en esas faras, á los Ministros y Gobernadores se les llamaba *Násica*, *Corputus*, *Capito*, *Besitas*, *Verres*, *Bibulus*, *Dentatus*, etc.?

Podría decir el Sr. Cañete que el dios *Fascinis* daba entonces sus apercuerdas á los viejos que se casaban con doncellas jóvenes y á las viejas que se casaban con mancebos de pocos años.

Inde joci veteres, obsceaque dicta canuntur.

Y aún, si quería, en otro raptó de erudición; ¡añadir á Corbalán y sus disposiciones, cabía añadir:

*Permissisque jocis turba licentior,
exultet tetricis libera legibus.*

Y por último; el Sr. Cañete podía aplastar con su sabiduría á Cánovas y á Vallejo juntos repitiendo lo de

Gallias Caesar subegit. — Nicomedes Casarem.

Ya ve el Sr. Cañete que todos tenemos nuestro latín en hueso; ¡to armario, y que para defender una alcaldada no se debe acudir á la antigua Roma, pues tenemos suficientes humanidades para demostrarle que ya entonces había alguaciles alguacillados; porque como dice Tito Livio (¿eh? qué tal), Tito Livio, si señor: *parvum triumphali solennibus jociis jocos militares alternis conditi versus militari licentia jactati. Amen.*

Y con esto y añadir que no respondo de las erratas, no puedo ser más largo ni más erudito por hoy.

¡Y que *El Adalid* de Córdoba me diga á mí, que sé todo eso, y ayudad á misa, que tengo envidia á Grilo!

Ni á Grilo, ni á Cañete.

Nota bene.—Este último, nunca me pagó el café.

CLARÍN.

PALIQUE

El señor ministro de Fomento que tiene dinero, ó si no lo tiene él lo tienen los contribuyentes, para mandar á todos sus amigos y conocidos con su comisión respectiva por esos mundos de Dios, que podría hacer de modo y manera que las compañías de teatro que este año se preparan, fuesen un poco menos malas de lo que van á ser? ¿No sirven los amigos políticos del ministro para cómicos? Yo creo que el señor Sánchez de Castro, pongo por Catalina, había de ser una primera dama mucho más aceptable que la señora Cirera, cuyos piés beso, pero que á pesar de sus virtudes domésticas, en materia de tablas deja mucho que desear.

La señora Cirera debe de estar segura de que yo no tengo con ella ningún resentimiento personal, como dicen algunos; no la conozco más que de haberla visto representar dramas y comedias en Zaragoza; los disgustos que esto haya podido ocasionarme no son, de ningún modo, de los que engendran rencoras. No, yo no aborrezco á la señora Cirera; lo digo con la mano puesta sobre la conciencia del señor Balaguer.

Pero... la verdad, me parece la Cirera poca dama para primera del primer teatro de España. Si no hubiese que poner en escena más que *Pasionarias* y demás flores cordiales, corriente; para Petrica buena es la Cirera; y hasta su señor hermano que también es cómico... cualquiera sirve para desempeñar esos dramas cursi. Pero no sólo de Canos vive el hombre, sino que de vez en cuando queremos ver algo bueno... y para eso ya no sirve la compañía del teatro Español.

Es imposible que Echegaray pueda hacer un drama en libertad con ese pié forzado de la señora Cirera. Es imposible que la señora Cirera entienda á Echegaray y más imposible, por decirlo así, que sepa expresar lo que por un milagro pudiera entender.

Para el teatro Español no tenemos ninguna primera dama; pero la que más se parece á lo que necesitamos no es la señora Cirera. Ni el público, ni el Ayuntamiento, ni el Estado, ni nadie debía admitir que el teatro Español se abriera sin contar con las cómicas menos malas que tenemos.

La señorita Mendoza Tenorio, que no es ningún portento, ni médico, es la única que puede representar malos mal nuestro teatro romántico antiguo y moderno (nuestro verdadero teatro), y las comedias realistas, ó poco menos, que ahora gustan, sólo puede entenderlas regularmente la señora Tobau. El teatro Español no debía estar sin estas dos señoras, si se quiere ver allí algo más y mejor que *Pasionarias* y dramas frustrados.

Para encauzar el gusto del público (que indudablemente se ha salido de madre), no hay remedio humano, ya lo sé; pero por lo menos se puede procurar que no se pervierta más cada día, y esto tal vez se consiguiera poniendo en la escena del Español con propiedad y corrección lo me-

jor de nuestro repertorio antiguo y moderno.

Pero esto es imposible sino trabajan Vico y Calvo juntos, y en la misma compañía la Mendoza, la Tobau, y algunos cómicos medianos que tenemos desperdiciados por muchos teatros.

Esto debe conseguirlo quien puede, en leyes ó decretos ó lo que haga falta; debe conseguirse. Hace falta un verdader: teatro español; da vergüenza que no lo haya, teniendo como tenemos una gloriosa escena que conservar; y como las comedias no se conservan en salazón, sino representándolas, de aquí la necesidad absoluta de que meta mano en eso quien mande. Sin un hombre de energía con plenos poderes no se hará más que hablar inútilmente discutiendo cual es la misión del Estado, con motivo de los cómicos españoles. La misión del Estado es que haya teatro español.

Esto no es pedir el poder para los míos. Que haga todo eso el mismo Cánovas. ¿No hace lo que quiere en todo lo demás? Pues, que mande también en el teatro.

Pero, no, no hará nada... como no sea emplear á cualquier poeta zulo.

Porque la protección del arte se entiende aquí de esta manera; al mejor intencionado no se le ocurre cosa mejor que llenar la administración pública de bardos que vayan más ó menos errantes.

El conde de San Luis, de feliz memoria en punto á letras, llevó á cabo lo que llamaron sus entusiastas la restauración del teatro español,

¿cómo? Pues en sustancia protegiendo á unos cuantos poetas que se declararon resaciorarios de por vida.

Porque los Mecenas no suelen ser como el Lemos de Cervantes que le premiaba sin exigirle otra cosa que seguir teniendo ingenio.

También Cánovas protege á los literatos que se dejan proteger, ¡Dios sabe de qué manera! Díganlo algunos que sirvieron cerca de él y hoy le pincan desde lejos siempre que pueden hacerlo disimuladamente.

No, Cánovas no hará nada por el teatro, ni siquiera á guisa de dictador.

A lo sumo haría, si se le apuraba, una comedia, ó pondría en tres actos y en verso los artículos flamencos de su tío el *Solitario*.

¿Quién va á salvar el teatro Español?

No se sabe.

Porque lo que es el señor Corbalán, el gobernador, tampoco...

CLARÍN.

177 La Ilustración Ibérica (Madrid), n. 148, 31 octubre, 1885.



177 Miniatura de la página.

PALIQUE

Vico está haciendo en el *Español* lo que yo he tenido el honor de pedir muchas veces: está sacando el aire para que no se apollillen comedias y dramas dignos de que el público los recuerde de vez en cuando. Algunas de las obras representadas no merecen eterna memoria, ni siquiera una memoria de mucha menor duración, pero no en todo se ha de acortar; y además, se me figura que no es Vico quien tiene la culpa de que se mezclen con las comedias excelentes, otras medianas y otras malas a todas luces, inclusive la del gas.

No hay mal que por bien no venga es un sermón renecionario de Tamayo, ó por lo menos de don Joaquín Esteyanes, en que nadie adivinaría el talento vigoroso que engendró *Un drama nuevo*; allí se habla de Kant y otros filósofos con la poca oportunidad y con la misma ignorancia del asunto con que suele hablar de filosofía el señor Alarcón en sus novelas.

Pero al fin, ¡ande con Dios! No hay mal que por bien no venga aunque obra amanerada, fría y algo cursi, está escrita en buen castellano, tiene su intención y no carece de interés.

Pero *Los soldados de plomo* del difunto Eguilaz no tienen mérito de ningún género, ni lo han tenido nunca, digan lo que quieran ciertos gacetilleros que creen que el mérito se cae como el color de la ropa mala ó como el dorado de las medias cañas.

Digase la verdad de una vez: no hay ninguna comedia de Eguilaz que llegue á mediana apenas, *La cruz del matrimonio* inclusive. Eguilaz no fué nunca buen poeta dramático, y si se me dice que debo respetar su fama porque se trata de un muerto, respondo que también está muerto y más muerto, como si dijéramos, el pobre Comella, y sin embargo, nadie le respeta. No diré que haya que comparar á Eguilaz con Comella como escritor, pero si se les puede comparar en cuanto difuntos.

Tampoco vale decir que el no gustar hoy Eguilaz consiste en que ha cambiado el gusto. Eguilaz nunca fué un buen dramaturgo y hoy se declara que ya no gusta porque no hay una masa de gacetilleros y espectadores ignorantes que nos lo imponga. Tan mala era ayer como hoy esa comedia soporífera y de moral á domicilio que Victorino Tamayo, cómico bastante malo también (la verdad siempre por delante) ha tenido la mala idea de resucitar.

Vamos claros, repito, si es que lo he dicho antes. Eso del tiempo no es bastante disculpa. Tiempo muy distinto era del actual aquel en que escribió Moratín y el que no goce viendo bien representadas la *Comedia nueva* y *El sí de las niñas* es un badulaque, un pedazo de corobo. Tiempo ha pasado y mucho ha llovido después que dejó de ser obra de actualidad *Marcela* y no es cosa moderna *Mudrete* y verás, ni retrata costumbres de ahora *El que dirán*, ni *Un novio á pedir de boca* es cosa del día, y sin embargo, quien no sepa saborear las finísimas bellezas del teatro de Bretón será un majadero, porte-

nezoa al siglo que pertenezca, siempre y cuando que entienda el castellano. Señores, no confundir. Las generaciones dejan á la posteridad su caudal de ingenio mezclado con mucha moneda falsa; entre los nombres de los autores justamente alabados vemos los de aquellos que sólo tuvieron crédito por culpa del mal gusto; la gracia está en saber distinguir, sino la crítica sería pura obra de erudición tratándose de tiempos pasados. Por eso son cosa muy distinta un Menéndez Pelayo y un Caffete. Menéndez Pelayo estudia la antigüedad y admira en ella lo bueno, no por viejo sino por bueno; Caffete estudia también lo antiguo y embarca de todo; le gusta el queso bueno ó malo siempre y cuando que tenga gusanos auténticos. He visto muchas veces en la lista estereotipada de nuestros buenos poetas dramáticos á Rubí y á Eguilaz mano á mano con el duque de Rivas, García Gutiérrez y Tamayo y he visto á otros autores medianos codeándose en el papel con Bretón, con Hartzembusch. ¿Qué tiene qué ver el *Trovador*, inmortal maravilla, y *Don Álvaro*, sublime creación, con *Las querellas del*

rey sabio, ridículo drama bufo (sin más ni menos, me ofrezco á dar un curso de literatura demostrándolo) y *Doña Isabel la Católica* disparate descomunado, profanación inaudita?

¿Es que la crítica ha de recibir sin beneficio de inventario las preocupaciones del público y de los malos críticos que han sido?

No, y mil veces no. Hoy, por ejemplo, *La Pasionaria* gusta tanto á gran parte del público como el mejor drama de Echegaray; los gacetilleros suelen colocar á Cano al lado del poeta ingeniero y por encima de Sellés; pues cuando *La Pasionaria* se represente dentro de treinta años (que no lo permita Dios), de fijo no gustará, y los sargentos de entonces ya no la pondrán en escena cuando quieran redimir á un quinto. Si entonces los revisores de teatro salen diciendo: «Hoy no gusta el drama del ilustrado Cano porque ha cambiado el gusto con el tiempo.» [Un diablito gritará yo, si vivo, que así lo espero, ¡un diablito que hace treinta años lo mismo que ahora *La Pasionaria* era mala y de ello certifico, y juro que es un drama detestable *sub specie eternitatis*].

Permítaseme una frase, que resume todo lo dicho y expresa bien mi pensamiento.

Eguilaz fué el Cano de su tiempo.

(Aunque en su género Cano es peor que Eguilaz en el suyo).

Y esto de los autores malos me recuerda que he leído hace pocos días una novela premiada por la Academia Española con cinco mil pesetas.

Pensaba hablar á Vdes. hoy de... *Guerra sin cuartel*, que así se titula la novela que ha entrado valerosamente en la lid

don't le prize... no es Jimena sino cinco mil pesetas, como dejo dicho.

A pesar del poco valor que va teniendo la plata el señor Suarez Bravo no ha querido desairar á la Academia y ha gastado sus mil duros de ingenio en escribir un libro del cual, repito, pensaba hablar á Vdes. hoy, pero como que no tengo espacio suficiente lo dejo para el próximo número.

Hoy sólo advertiré que aunque la novela se titula *Guerra sin cuartel*, allí no mueren los inocentes (no siendo frailes), y en cambio no queda un malvado para contarlo, y para mayor gloria de Dios estos pícaros se matan unos á otros.

En fin, es cosa de chuparse los dedos... y silbar de camino.

Ustedes verán.

CLARÍN.

Yo no he visto *El soldado de San Marcial*, melodrama arreglado á la escena española por mis amigos queridos Julio Llana

y Valentín Gómez, pero sí he visto lo que dice de este arreglo la prensa, y me he fijado singularmente en un artículo de *La Época*, en que el crítico, simpático, si los hay; bueno, si los hay, pretende darme una lección de derecho, nada menos que de derecho, y derecho positivo á mis amigos Gómez y Llana.

Según explica la cosa *La Época*, parece ser que un hijo declara *motu proprio* contra su padre, y esto le parece al crítico un absurdo jurídico, porque según él, nunca se ha visto ni se puede ver semejante atrocidad; porque las leyes no la consenten.

Va veremos si consenten eso las leyes ó no, pero vamos primero á lo que á mí me ha hecho mas gracia.

Dice *La Época* en estas ó muy semejantes palabras: «En qué Código penal han visto los traductores que á un hijo se le admita declaración contra su padre? En el Código penal de España, no será ciertamente, etc., etc.»

Primer disparate, señora *Época*, y muy gordo ó craso, que diría la Academia.

¿En qué Código penal habían de ver los traductores eso, el si un hijo puede ser testigo ó no en causa contra su padre? En los Códigos penales se trata de las penas y de los delitos, pero no de las condiciones de los testigos. Coja el crítico de *La Época...* pasada el Código penal español, á que se refiere, y no verá en él un solo artículo que se refiera á las condiciones de los testigos. Ni para bien, ni para mal, se habla en el Código penal de estas cosas.

No comprende, por consiguiente, el crítico simpático él, y beuévolo él, que es muy graciosa su pregunta de maestro socarrón y amigo del eufemismo irónico? «En qué Código penal han visto los traductores que un hijo pueda declarar contra su padre? En el español no será.» Ejem, ejem; ¿digo algo?

Y los traductores, que se la tienen guardada al crítico, contestarán muy serios: No, señor; no hemos visto en el Código penal nada de eso.

Y después de esto el crítico se frotará las manos y se quedará tan fresco.

—¿Eh?—dirá á los amigos,—¡qué leccióncita he dado á estos señores!

Pero, venga V. acá, crítico amable y concienzudo y hasta un poco amigo mío, ¿cree V. que tiene V. razón?

¿No le he dicho que los traductores se la tienen guardada?

Óiga V., óiga V.

Donde se trata eso de si los hijos pueden ó no ser testigos cuando los padres son procesados, no es en el Código penal. ¿Lo oye V. bien?

No es en el Código penal. (Ahuecando la voz.)

El crítico de *La Época* oyó campanas... jurídicas y no supo dónde.

Donde se habla de las declaraciones de los testigos en materia criminal es en las leyes que tienen por objeto el procedimiento criminal. ¿Se entera V.?

Si fuera hace años, trabajo le costaría al crítico encontrar por sí mismo todas estas leyes, porque eran varias, de distintas épocas, y, en fin..., cosa complicada para profanos.

Pero, ahora, señor crítico, algo amigo mío, tenemos una fresca y flamante ley que es la única que rige sobre el particular, y que se titula así: *Novísima ley de Enjuiciamiento criminal*, y es de 14 de setiembre de 1882.

Pues en esa ley, que se compra por muy poco dinero, puede ver el crítico lo que le interesa, y no en el Código penal de sus pecados!

Y dice la ley de Enjuiciamiento criminal en su art. 416: «Están dispensados de la obligación de declarar.

«1.º Los parientes del procesado en línea directa, ascendente ó descendente...» ¡Este es nuestro caso! Ahí tiene V. lo que buscaba. Están dispensados de declarar los padres, abuelos, etc. Y los hijos, nietos, etc.»

Pero... ¡buena la hemos hecho! Ahora resulta que no es tan absurdo que un hijo declare contra su padre, porque aquí tenemos una ley, la que ahora rige, que le dispensa de declarar, pero que no se lo prohíbe.

Quedamos, señor crítico, en que, á lo menos en España, como usted decía, el hijo puede declarar contra el padre, y abstenerse de declarar.

Y si lo quiere más claro, lea el segundo párrafo de este mismo artículo que dice:

«El juez instructor advertirá al testigo que se halle comprendido en el párrafo anterior, que no tiene obligación de declarar en contra del procesado...»

Ahora sí que no puede quererlo más claro el crítico de *La Época*. No tiene obligación de declarar en contra. Puede declarar, pero no se le obliga. No cabe otro modo de entender esto.

Y esta era la que le tenían guardada al crítico los traductores de ese melodrama.

Y dicen, ó pueden decir:

1.º Que no han visto en ningún Código penal, ni en el español siquiera, que un hijo pueda declarar en contra de su padre procesado.

2.º Pero que lo han visto en la ley de Enjuiciamiento criminal, que es donde se ven esas cosas.

Pero hombre, ese Oliver, ¡qué demonios de jurisprudencia les enseña á los periódicos conservadores?

CLARÍN.

PALIQUE POLÍTICO

El mismo día que supe, con todos los detalles que quiso darme Mencheta, la muerte de D. Alfonso XII, y a poco rato de enterarme de esta desgracia, leí en un suelto de un periódico aquello de que Villaverde había mandado entregar 250 pesetas a la familia de Pablo Nougues para pagar los gastos ocasionados, decía el papel, por la grave enfermedad del antiguo publicista.

Y añado el periódico, como quien no dice nada:

El Sr. Nougues dejó ayer de existir.

Por lo visto, a ese periódico le corría más prisa dar cuenta de los mil reales de generosidad del Sr. Villaverde que de la muerte de mi querido amigo y compañero el infortunado Nougues.

El mismo diario, rodeado de barras negras, como quien da a entender que a él no le entran moscas, trataba de convencernos de que dolor comparable al suyo no lo había, en vista del fallecimiento de D. Alfonso XII.

Dudo yo que el dolor que Mencheta manifestó ya desde el Pardo, y a raíz del triste suceso, sea menor que el de *La Época*; pero en fin, allá ellos. Creo, sin embargo, que el dolor incomparable de *La Época* ha de ser más duradero que el de Mencheta, aunque éste llamase al suyo inefable o cosa así. Pero amigo, Mencheta viaja mucho, y ya se sabe que para aliviar el dolor no hay como los viajes. Además, Mencheta es de *La Correspondencia*, que siempre está en el poder, y *La Época*, infeliz tiene para rato... de dolor y de ayuno.

Por lo que a mí toca, y en cuanto un republicano puede hablar de estas cosas, me inspiran más compasión que *La Época*, y el Sr. Mencheta D.^a Isabel II, que se queda sin hijo, y la Reina Mercedes y su hermanita (cuyo nombre no recuerdo), que se quedan sin padre.

¿Y por qué negarlo? Más efecto que la muerte del hombre fétido, me causa la del hombre desgraciado.

No entiendo las cosas como Bossuet. El águila de Meaux sacaba sus efectos oratorios del contraste de una vida opulenta y rodeada de alegría y grandeza con la muerte fría y desengañada, igual para todos. Como recurso retórico, está bien. Pero pensándolo mejor, no libra menos mal el que aquí lo pasa bien! Es el morir todos somos iguales, corriente; pero el que ha vivido con un poco más de desahogo, esa ventaja lleva.

Además, es natural que nos impresione más la suerte triste que nosotros podemos correr que aquella que de fío no ha de ser la nuestra. Se muere un Rey apesar de su grandeza. Bueno; es decir, malo; pero los que deben experimentar más fuerte impresión son los demás Reyes, pensando que a ellos les va a suceder lo mismo: pasar del trono al sepulcro, suponiendo lo mejor. Pero a mí y a Mencheta, que de fijo no hemos de ser nunca Reyes, debe impresionarnos más la muerte de un periodista que se va de este mundo sin haber sido siquiera Villaverde y sin pagar la cuenta de la botica, v. gr., sino merced a una limosna anunciada en los periódicos.

Eso, eso es lo que nos puede suceder a Mencheta y a mí, y lo que debe ponernos el cuerpo como carne de gallina.

Yo fui compañero de Nougues en su última campaña periodística en *El Progreso*. El Sr. Mencheta le habrá visto también mil y mil veces, en las reuniones de los periodistas, si bien Nougues no solía ir donde guisaban, y Mencheta, en buen hora lo diga, no pierde bocado; pero en fin, de fijo le conocerá.

Pues dígame el Sr. Mencheta si no se le ocurre lo que a mí; la suerte de ese compañero puede llegar a ser la mía.

En cambio sería absurdo pensar que podamos morirnos como el Rey.

¡Ah, periodistas, periodistas! Abrid los ojos y ved, abrid los oídos—digámoslo así—y oíd...

Un periodista notable, de la aristocracia de la clase, muere ciego a fuerza de trabajar... y Villaverde—que ve más que un lince—le manda 250 pesetas a la familia de Nougues, y lo sabe el mundo entero!

Si yo fuera Bossuet, encontraría más enseñanza en esto que en lo otro.

Verdad es que, según *La Época*, siempre *La Época* Nougues fue pobre porque quiso, dice el periódico de la calle de.... (no sé la calle), en fin, dice *La Época*; Nougues descuidaba los intereses materiales y prosaicos.

No hay que echar la culpa a nadie de su pobreza, por consiguiente.

Lo que viene a decir *La Época*, en cobre, es que si hubiera sido conservador, otro gallo le cantara.

Y es la verdad.

Pero amigo, fué liberal, demócrata, republicano, es decir, descuidó los intereses prosaicos y materiales y murió sin dinero para pagar el entierro.

Y vino Villaverde, que no descuida los intereses en prosa ni en verso, y sacó de su bolsillo particular 250 pesetas y las mandó a *La Correspondencia*, digo no, las mandó a la familia del finado.

Y aún a Villaverde hay que agradecerle eso, 250 pesetas; pero a *La Época* no hay que agradecerle más que esa observación justísima y *aviso a los vivos*. «Nougues murió pobre porque descuidó los intereses prosaicos;» no fué consejero de ferrocarriles, ni supo lo que era un infundio, ni siquiera se reselló. En fin, él se lo tiene merecido. ¿Qué hizo en este mundo por los intereses materiales, que nos son tan precisos, como dice *La Época*, pues por otro nombre se llaman el *pan de los hijos*? ¿Qué hizo por el pan de sus hijos Nougues? Nada; trabajar a la luz de un quinqué hasta quedarse ciego, tener talento, repartirlo en letras de molde, propagar la idea de la libertad... y morir a oscuras y sin un cuarto... y sin libertad. Todo eso no equivale a lo que es capaz de hacer *La Época* en un solo día.

Por ejemplo, el día en que salió de luto, como la dueña Quintanona, y nos habla de su dolor, que a creerla a ella, era el *dolor de los dolores*. Eso, eso es ser romántico... y de camino cuidar de los intereses prosaicos y materiales.

Compárese a Nougues, no ya con *La Época*, que es un genio y casi casi una institución, compárese con Peris Mencheta, y se verá la diferencia que va de un hombre que se queda ciego trabajando a la luz de un quinqué... la diferencia que va de ese hombre, digo... al inmenso dolor, al infame dolor que sabe sentir un buen monárquico en momentos oportunos.

¡Oh, quién fuera Bossuet!... mezclado con un poco de Juvenal.

CLARÍN.

PALIQUE

La Época continúa presa de dolor profundo—como dicen los poetas malos, y a veces los buenos, cuando se lo mandan decir. Pero el dolor profundo de que es presa *La Época* ahora ha tomado figura de *buldog*; quiero decir, que ahora *La Época* lamenta la muerte de D. Alfonso XII en verso, en unas quintillas que podrán ser de orden y monárquicas, pero que parecen demagogias y hasta endemoniadas.

Firma el *todo*, como diría D. Ernesto García Ladevese, un don Joaquín Ugarte.

Si, don Joaquín Ugarte;
un nombre que me suena...
yo lo vi, no sé cuándo ni en qué parte.

Ellos, que D. Joaquín Ugarte... ¿No hizo este señor una comedia que se llamaba *Maria de los Angeles*? ¡Ah, no! *Maria de los Angeles* es una comedia de Santero, médico de la real cámara... digo, tampoco; lo que hizo Santero fue una comedia que se llamaba *Angela*, ó *Angelita*, para el cielo ó cosa así. Perdonen VV. esta serie lamentable de equivocaciones. Con estos diablitos de obras inmortales que ahora se escriben, al mes de publicadas todas se confunden.

En fin, doy de barato, como se dice, que el Sr. Ugarte no ha escrito en su vida más que las quintillas que tengo delante. Bastante es esto para condenarse indefectiblemente.

Ante todo, advierto que yo respeto, como el primero, la memoria del Rey D. Alfonso, y que cuanto voy á decir no va con ningún Borbón vivo ni muerto, sino con *La Época* y con el señor Ugarte.

Digo esto, porque otra vez, queriendo yo poner en ridículo las adulaciones de *La Época* á la corte, heyo quien tomó el ribaño por las hojas... No confundir.

El Sr. Ugarte, que no es hijo de cien reyes, ni de medio, dice así:

«Ado le recuerda la mente
gentil, gallardo, animoso,
cuando tierno adolescente
jinete en corcel brioso
entró en Madrid sonriente.»

Perfectamente. Esa quintilla no tendría pero, si la mente fuera sinónimo de memoria y si las cláusulas tuvieran enlace en buena sintaxis y el correspondiente sentido.

La multitud apiñada
(este verso es de Ovidio el Bueno)
nuevos destellos pedía
al sol que alumbró su entrada...
¡Esplendorosa alborada
del reinado que nació
¡Adiós con la colorada!

Este último verso, que es el mejor, es mío. Y digo: ¡Adiós con la colorada! no porque me despidía, como creería la Academia, sino porque el Sr. Ugarte sale por los cerros de Ubeda en los dos últimos versos. Cuando el lector espera que el poeta le explique para qué quería más destellos del sol la multitud, el señor Ugarte sale con que aquel sol, ó aquel día, fue una alborada esplendorosa. Razón tiene Camacho cuando afirma que los poetas no tienen pizca de formalidad, y deben ser mirados como artículo de ostentación, como objetos suntuarios, á los cuales hay que cagar de impuestos.

Y en concierto singular,
(pase este rípolo ejemplar)
eran de ver y de oír
(y de oler y de palpar)
aquel ansioso mirar,
aquel recio vitorear
y aquel ferviente aplaudir.

181 Madrid Político (Madrid), n. 28, 9 diciembre. 1885.

Y viceversa.

Que (¿qué qué?) en una emoción fundidos
anhelos y aspiraciones,
no había, entre bien nacidos,
ni corazón sin latidos,
ni labios sin bendiciones.

Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, Señor Ugarte, ¿V. cree que á los mal nacidos no les late el corazón también? ¡O es que opina V. algo parecido á lo que pensaba *El médico á palos*, respecto de los corazones?

¡Qué cosas le hace decir el dolor á *La Época*!

Auras tibias, cielo raso,
flores brindaban el paso
del noble Rey español...

—¡Quién dijera que aquel sol
tan pronto hallara su ocaso!

Entre los cien disparates de esa quintilla, el que más gracia nos hace es el de brindar á su vez con un cielo raso. ¿Sabe lo que es cielo raso ese poeta á teja vana?

Goberné sabio y discreto;
ganóse amor y respeto (y el sueldo)
en pos de una y otra hazafia...
y hoy se nos lleva el secreto
de los destinos de España.

Eso no, vive Dios; que el secreto de los destinos de España, hoy por hoy, lo tiene Sagasta.

Hoy mustia España y llorosa
viste crespones de luto...
(se me ocurre un sustituto
del consonante, y no es cosa...)

Y al lucir de los blandones,
no hay bálsamo que mitigue
tantas penas y aficciones.
(Este hombre nunca consigue
aclarar diez oraciones.)

Lo que parece que quiere decir el poeta, es que no hay bálsamo que mitigue las penas y las aficciones, al lucir de los blandones, esto es, mientras están los blandones encendidos; pero que en apagándose las velas... ya será otra cosa.

¡Ah! probablemente, sin querer, hablará V. en profecía.

Lágrimas al duelo interno;
suene el místico responso,
conjuro del hondo Averno
(vate motilón ó intenso,
así te trague el infierno).

¿Qué quiere decir lágrimas al duelo interno? ¿qué quiere decir responso místico? ¿qué quiere decir conjuro del hondo Averno? ¿qué quiere decir arquitrave?

Y Dios, que con él derrumba
nuestra ventura completa...

No exagera V.; á quien ha derrumbado, no Dios, sino la Reina regente, es á los conservadores, y eso será á lo sumo la ventura completa de *La Época*.

Así son los versos que publica *La Época* sin decir agua va. Yo creo que el partido conservador se va á convertir en un *puerilero* (palabra de moda) de literatura romántica.

La Época está hecha un triste Chactas.
Cánovas se va á convertir en el *Ermítano del monte salvaje*.
Solo queda Romero para continuar las aventuras de la *meza redonda*.

Como á mí me gusta dar á cada uno lo suyo, declaro *ex abundancia cordis*, que me gustan algunas de las fábulas en prosa que publica de vez en cuando Bremon en *El Liberal*. Suele haber allí originalidad, frescura, facilidad, gracia, naturalidad á veces y á veces intención.

Y también me gustaban algunos romances que solía dar á luz el mismo autor en el mismo sitio.

Y eso que Bremon y yo estamos como el perro y el gato.
Yo no soy el gato.

Un periódico muy leído, que podía hacer mucho bien y suele hacer bastante mal, explica á sus lectores el argumento de «Le prêtre de Nemi» de Renán.

Y dice que un personaje se llama *Antistius*.

Se llamará Antistio, señor literato.

Si creará V. que el latín cuando se encuentra en un libro francés se traduce en gallego.

CLARÍN.

PALIQUE POLÍTICO

Nosotros, miserables literatos, y eso malos, enemigos de la Academia y de sus paniaguados, no podemos comprender los misterios de la política.

Yo, por ejemplo, creo que siempre es pecado faltar á la verdad, y pecado y medio faltar á la verdad sin por qué ni para qué, sin utilidad de ningún género, ni aun utilidad mal entendida, como tiene que ser, al fin, la que se sigue de no decir la verdad.

Pues algunos políticos lo entienden de otra manera.

Al que es capaz de engañar á su padre, le llaman hombre habil.

Y la palabra *habil* me recuerda á *La Época*, que será mala literata, pero que es una política consumada. Y va de cuento.

Hace unos días, dos ó tres, me decía yo al acostarme, al hacer examen de conciencia, como aconseja Pitágoras en los *Versos de oro*; me decía yo:

—¡Hombre, qué casualidad! Hoy me he encontrado en la calle nada menos que cuatro diputados de la tierra, quiero decir, del país; vamos, cuatro diputados á Cortes por mi provincia. Sí, cuatro; no quito uno.—Por la mañana saludé á D. E. M. G. del V., diputado que llevaba las orejas tapadas con el cuello del gabán, y recuerdo que me dijo:—¡Qué friol—y yo contesté:

—¡Sí, mucho friol

Por la tarde estuve en el paseo y vi pasar á D. A. M., diputado que me saludó inclinando la cabeza.

Al oscurecer encontré en el casino del partido á D. J. M. G., que estaba viendo jugar al billar; lo mismo que yo. Y me dijo:

—¡Buena carambola!

Y contesté:

—¡Buena!

Y después me fui al circo ecuestre y topé con el diputado D. C. C. de A., y le pregunté:

—¿Usted se va con Cánovas ó con Romero?

—Con Cánovas, hombre; eso no se pregunta.

Pues que sea enhorabuena. Malo es Cánovas, así Dios me salve; pero á lo menos... es una persona de... en fin, bizco y todo, vale mucho más que Romero... etc., etc.

En suma, he dado el día, puede decirse, á diputados...

Bueno, pues veinticuatro horas después de este mi soliloquio nocturno, cojo *La Época*, abro sus hojas con las precauciones

de costumbre, y me encuentro con que el día anterior, el mismo en que yo había visto y hablado, ó saludado por lo menos, á los señores diputados á Cortes de mi provincia, distante muchísimas leguas de Madrid, y el mismo día, de noche, en la noche del miércoles, del mismo miércoles que viste y calza, los señores D. E. M. G. del V., D. A. M., D. J. M. G. y D. C. C. de A., habían hablado con Cánovas en su casa, en Madrid; y *La Época* añade que á mis cuatro diputados y á otros 137 les ha dicho algo bueno el monstruo; á uno un chiste, á otro un gran pensamiento digno de la Bruyère ó de la Rochefoucauld, á todos algo que merecía grabarse en letras de oro.

Si, señor; *La Época* dice que para todos los 141 diputados que estuvieron en casa de Cánovas el primer miércoles de recepción, tuvo el gran lanza conservador una ocurrencia, una frase inmortal, algo grande, pasmoso... ¡Ya se me hacía á mí cuesta arriba que Cánovas hubiese podido decir ciento cuarenta y una cosas admirables, sin contar con las que endosó á los señores senadores; pero, en fin, *La Época* lo aseguraba!

Y como quien dice: ¡yo no cito con muertos!, va el periódico y enumera á los señores diputados que fueron pasando por delante de Cánovas y oyendo aquellos murmullos.

Y con el mismo énfasis con que me en el libro segundo de la *Iliada* Homero pasa revista á las tropas griegas y troyanas, *La Época* pasa revista á los agraciados por la suerte de haber oído aquellos chistes al bizco de Málaga.

Y comienza:

Señores diputados: y zas, allá van 141 diputados con nombre y dos apellidos cada cual.

Y hacia la mitad de la lista, juntitos, á partir un piñón, me encuentro á los cuatro diputados de mi pueblo con quien yo había hablado el mismo día en que *La Época* me los planta en casa de Cánovas, que está á ochenta y más leguas de aquí.

Y no vale decir que es ilusión de los sentidos, como dicen en las comedias, no señor; aquí están los diputados aludidos, á dos acabo de verlos hace media hora, y los cuatro estaban aquí en el momento en que *La Época* los supone pasando por delante de Cánovas y oyéndole decir cosas dignas de pasar á la historia.

¡Oh! repito, ¡oh! profundos arcanos de la política, y sus habilidades.

¿Qué necesidad tenía *La Época* de faltar á la verdad diciendo que estaban en casa de Cánovas estos señores que estaban aquí? ¿Quería decir que se adherían á la política del monstruo?

Pues se dico así:

«Aunque no le oyeron al Sr. Cánovas maravillas de ningún género los Sres. Fulano, Mengano, Zutano y Perencejo, porque estaban estos señores á muchas leguas de Madrid; pero podemos asegurar que las dan por oídas, y que lejos y todo del sol que reparte la luz y los chistes malagueños, los diputados Fulano, Mengano, Zutano y Perencejo siguen al Sr. Cánovas hasta en sus extravíos, como dijo Madoz, salvo en los extravíos de la vista y en los extravíos del amor, pues en estos últimos cada cual tira por donde puede, y en cuanto á lo de ser bizco, no es para todos.»

Así se escribe sin faltar á la verdad, y produciendo el mismo resultado.

Pero por lo visto, es más político, más hábil decir lo que no puede ser verdad sin por qué ni para qué, solo por gusto de engañar al ilustrado público.

¿Cómo quiere *La Época* que la creamos cuando nos habla del dolor profundo que le causó la muerte de D. Alfonso, si asegura que vio pasar ante el Sr. Cánovas y hablar con él, y oírle chistes á cuatro caballeros, que en el día y hora á que *La Época* se refiere, estaban en mi pueblo, á ochenta leguas de la corte?

Yo no creo ya en nada de cuanto diga *La Época*. Ea, ya no creo... ni en la existencia de Alfredito Escobar. No hay tal Alfredo. ¡Nego minorem!

Oviédo, diciembre 1885.

CLARÍN.

La literatura comienza a reanimarse.

Sin contar con el discurso en blanco de Romero Robledo, porque, en efecto, no se puede contar con él, podemos pasar revista a varias obras, algunas muy importantes, publicadas recientemente.

El Suspiro del Moro es un nuevo libro de Castelar, al cual, al libro, para ser perfecto en su género, no le falta más... que el segundo tomo. Los libros históricos de Castelar son verdaderos poemas; allí la imaginación ayuda a la historia, hasta el punto de convertirla en actualidad. Muchos historiadores tienen la facultad de hacernos ver las momias bien conservadas de los tiempos muertos; pero son pocos los que tienen el don de animar esas momias, como aquella egipcia que Edgard Póe nos describe en sus cuentos. *El Suspiro del Moro* es, además de una obra de arte, una obra de patriotismo. Pintar así la época más gloriosa de nuestra historia, es confortar el espíritu español, hoy tan decaído, apesar de los autos de fe que solemos hacer con los escudos de las Embajadas. Hoy, preciso es confesarlo, ya nadie piensa en conquistar nada a los moros; ahora nuestro porvenir no está en África... está en los secretos designios de D. Venancio; todo español en este momento fusionista, aspira a representar en Cortés a sus conciudadanos.

El estudio detenido que el último libro de Castelar merece, no es propio de este sitio.

Vilainin se titula la novela que acaba de publicar en Barcelona el mejor novelista de aquella tierra, Narciso Oller, cuyas obras anteriores, sobre todo la *Papallona*, tanta gloria le han dado.

Vilainin está en catalán. Esto no es un defecto, pero sí una dificultad para muchos españoles. Si Narciso Oller hubiera escrito en español sus libros, a estas horas sería en todo el reino, como lo es en Cataluña y en el extranjero, considerado como uno de los mejores escritores contemporáneos.

Yo he de publicar en breve, en un periódico en que haya más

espacio, una semblanza, ó una biografía mejor, de Oller, y allí (en *El Globo* probablemente) expondré a mis anchas lo mucho bueno que pienso del simpático y muy inspirado escritor catalán, y de su última novela.

También es de Barcelona un libro que se titula *El año pasado*, colección de artículos de crítica literaria y artística debidos (y supongo que pagados) a la pluma elegante y correcta de don José Faxot, un catalán que escribe en español con mucha más soltura y naturalidad que algunos académicos del riñón de Castilla.

En *El año pasado* se ven dos cosas: primera, el talento del autor, que es todo un crítico, mucho más enterado de la vida moderna que suelen estarlo los que en Madrid, valiendo menos que él, tienen más fama sólo por escribir en Madrid. Segunda (esta segunda no es una muchacha, sino la segunda cosa que prueba el libro de Faxot), que en Barcelona el movimiento artístico crece y crece y mejora de día en día, y que España se va a encontrar el mejor día con dos capitales industriales, con dos cabezas, ó sea, *actuales*, como decía un General de *ilustre* memoria.

Y por último, y antes de dejar a Barcelona, sepan cuantos la presente vienen, que los editores Cortezo y Compañía tienen entre ceja y ceja el proyecto, que pronto pondrán en planta, de publicar una *Biblioteca de novelistas españoles*, con el mayor lujo tipográfico, hermosas encuadernaciones, pero sin monos, sin ilustraciones, como se dice, lo cual me parece muy bien pensado, porque pocas veces gana una novela con los grabados. (Si todas las ilustraciones fuesen como la de *Tartarin sur les Alpes*, de A. Daudet! Cortezo piensa pagar bien sus novelas (suvas porque las compra). Conque ánimo señores... naturalistas, idealistas y demás autores de buena voluntad y de facilidades.

Y me vuelvo a Madrid. Dentro de poco llegaré a esta capital Armando Palacio (a quien yo no llamo Valdés, porque Valdés es apellido materno y no necesita Palacio tantas señas), pero no viene con los acreditados garbanos de Fuente Saucó, ni trae en las alforjas ninguna comedia, aunque bien podría. Lo que trae es una novela que ha de tener dos partes, y que se llama, por buen nombre, *Riverita*. Y no puedo decir más... porque eso es todo lo que sé.

Ya sabrán VV. que Pereda les va a mandar pronto desde Santander un libro nuevo que se titula, según dicen, *Los de Pas*. Bien venidos sean, que buena falta hacen quien quiera que sean esos señores.

Lo que sé es que Pereda desconfía de su libro. ¡Buena señal! También desconfiaba de *Pedro Sánchez*, y salió una obra maestra. La modestia hace de Pereda un mal crítico.

Galdós trabaja.

Picón está cosiendo una *Solana*. Si lo que se propone es dar a luz un cura más, sólo le suplico una cosa... ¡que no sea mestizo! No, no más mestizos... ni en broma.

Y Luis Alfonso ha puesto tienda de guantería.

El guante, del crítico de *La Época*, cada día más simpático, es guante de siete u ocho botones, huele a esencias, y está muy bien cosido. Lo que hay de malo en *El guante*, de Alfonso, es cosa de la escuela, de la manera, casi todo; lo que hay de bueno lo debe el autor al propio ingenio. Pero ya hablaremos.

¿Y Alarcón? ¿Y Valera? ¿Por qué no escriben novelas?

Que no nos venga D. Juan con embajadas. Un Embajador, después de cobrar, debe de tener muy poco que hacer. Ahora que se acerca, que se viene a Bruselas, debiera el autor de *Pepe Pinto* mandarnos de vez en cuando algún libro nuevo.

¿Y D. Pedro Antonio! ¿Por qué se le ha metido en la cabeza que ya no se le quiere? ¡Con mil amores! ¡Cree que aquí todos somos naturalistas juramentados! El naturalismo... bueno, es una gran cosa; ¡pero hay tantas cosas buenas además del naturalismo! No tema Alarcón a los naturalistas; los que seguirían haciéndole cruda guerra serían los envidiosos, esos que preferían quedarse mudos a decir palabra buena del talento aborrecido. Pero esos no son naturalistas. ¡Cómo han de serlo gentes que todo lo ven amarillo!

Y perdón el lector esta revista de comisario. Si este artículo me ha salido en el estilo de *La Correspondencia*, mejor. Un buen día hay que matarlo en casa. Tal vez conviene más a los intereses del arte el estilo bilioso.

Pero, ¿y el hígado?

CLARÍN.

PALIQUE

Amigo Sinesio:

Yo (el satánico yo) que no dejo de leer una línea del Madrid Cómico cuando estoy en el pueblo, aquí, en la villa del oso y del Xiquena (en otros tiempos se diría del Bosch y del madroño) no he podido echarle la vista encima, desde que he llegado, á su simpático papel de V. No digo esto para que mis biógrafos ó mis naturales enemigos vayan tomando notas, sino para advertirle de que tal vez hable en mi artículo de algo que haya dicho ya cualquier compañero.

Por ejemplo: ¿Han hablado VV. del Archimillonario?

—¡Pero, hombre!—dirá V.—¿Quién se acuerda ya de esa acaudalado majadero, de ese disparate cómico-crematístico-crasológico-telefónico-bursátil?

¡Oh! Sr. Delgado, dispense V.... pero el Archimillonario, no sólo es un adelesio mímico-platónico, sino también, ó sí que también, como dicen algunos oradores, sí que también un signo de los tiempos y otro signo de las comedias al uso.

Yo no hablo del archipámpano ese desde el punto de vista de la retórica y la poética, sino en cuanto filósofo de la historia y principalmente como persona de buen sentido que me precio de ser.

Yo fui al estreno. Estaban allí todas las aristocracias, menos una que no he de nombrar. La de la hermosura (la primera y mejor de todas, valga la verdad), así pensaba en el drama, como en el prólogo que le puso Cánovas á la elegante edición de *Dramáticos españoles* que acaba de publicar el Sr. Novo y Colson (y Apolo se lo pague). No faltaban, sin embargo, damas sensibles y de buen ver que quisieran exterminearse con todo aquello.

—¡Pero esta niña!—exclamaba una señora aludiendo á su

hija, que era una rubia mucho más hermosa que todas las musas juntas.—¡Pero esta niña, que no hay quien la haga llorar, Marqués!...

—Pero mamá, si no puedo, si....

—Quita, hija, que no tienes entrañas. Ni cuando salen las dos Hermanas de la Caridad se le cayó una mala lágrima... al contrario... quiero decir, Marqués, que á esta pícara se le escapó la risa....

—¡Oh... la risa!... ¡La educación moderna!... ¿Su niña de usted monta á caballo?

—Sí, Marqués.

—¿Hace gimnasia?

—Sí, Marqués.

—Fues es eso....

¡No es eso!—decía yo para mis adentros, y digo ahora para los de VV.—No es eso, Sr. Marqués; lo que hay es que esa rubia, que por el pronto es tan hermosa, tiene además un gusto virgen, sano, puro, *mens sana in corpore pulchro!* ¡ay! miel sobre hojuelas. La naturaleza es más sabia que los Marquéses y los autores de comedias cursis; ¡la salud física y moral de aquella rubia eran cosas tan superiores á la sensibilidad de escotillón del buen porte!

¡Bueno fuera que aquella niña, poesía verdadera de los pies á la cabeza, se enterneciese por ver dos monjas de tropo que vienen á ayudar á bien morir, á guisa de ripio, á un acto segundo de una comedia anémica!

.....
Durante el tercer acto observé las emociones de la mamá, de la hija y del Marqués. Los tres estaban cerca de mi asiento.

La señora, con el pañuelo preparado, buscaba y aprovechaba todas las ocasiones de enternecerse; en las grandes situaciones hacía señas con los ojos y los labios al Marqués, que movía la cabeza y convertía los ojos en ojivas. Después miraba la mamá á la niña.... que ¡oh sér angelical! encontraba todo aquello ridículo, y reventaba de risa.... La mamá le daba con el codo en el brazo.

—¡Pero niña, qué dirá el Marqués!...

—¡Pero mamá, si no puedo menos!...

Hubo un momento en que la rubia tenía lágrimas en los ojos... ¡Oh lágrimas divinas!

La ternura de la risa, la voluptuosidad de lo cómico sentida por su alma delicada de innato buen gusto, brotaban en las dos burbujas graciosas que en aquellos ojos azules, alegres, vivos, reflejaban la luz como diamantes... Un amigo mío, poeta y además soltero, me decía: ¡Beber esas lágrimas! ¡Qué gran crítica del drama de Novo!

.....
Y allí en el foyer, á la salida, disputaban los literatos de oficio si aquello era bueno ó malo... ¡Y con qué seriedad discutían! ¡Como si cupiera discusión!...

¡Y eran personas formales!

¡Dios mío, cuánto puede decaer el gusto y el juicio en un pueblo!

Pero, confiemos: nunca faltan rubias (y morenas) que nos salven.

Aquella rubia que se moría de risa cuando su mamá lloraba, se casará, tendrá un hijo, lo criará á sus pechos... y el chico será crítico y tendrá buen gusto...

Porque eso se llama.

OLARÍN.

PALIQUE

PODA CAMPOMORINA

Aunque ya no estamos en enero (hace más de tres meses), y aunque en enero es cuando, según mi calendario americano, se deben podar los árboles, el caso es urgente, y voy a ver si consigo cortar algunos vástagos torcidos y de poco fuste que le han salido al hermoso árbol de la poesía campomorina.

Hace pocos días escribía yo que los imitadores de Campompor se habían acabado. En mal hora lo dije. Aquel tengo dos a la vista que me estaban dejando morir.

Y vive Dios que, aunque estoy convencido de que mejor cumplo con ellos, por el obsequio que les debo, diciéndoles la verdad de lo que opino de sus imitaciones, siento darles

un disgusto *subjetivo*, como diría un exclaustrado, digo, un extruclista. Si, un disgusto subjetivo, porque para aprensión del *sufrío* será el disgustarse esos amables jóvenes por que se les diga que ni el Sr. Cortón ni el Sr. Morales, ni ellos son poetas, ni falta que les hace.

No diré yo, como el Sr. Cortón que ya veremos luego que no peca de corto), autor del prólogo de uno de los libritos -le que trato, no diré que ni el Sr. Morales Ferrer ni nadie debe hacer versos. Con que no debe hacerlos el Sr. Morales, estoy conforme; pero como no los haga nadie, no, por ejemplo, Campompor, ¡por qué no los ha de hacer! «Eso de hacer versos», prosigue el Sr. Cortón, es tan inocente como el jugar al billar ó el creer en la virtud de las mujeres blancas. Por lo visto, el Sr. Cortón es un humorista de Puerto Rico, y no quiere hablar con formalidad... Vuelvo, por ahora, a mis poetas.

El uno se llama D. José Martínez Medina, y debe de ser muy joven, y es, esto me consta, muy modesto.

Su librito se titula... *Humoradas*, y lo que es, no levéndolo las, parecen las de Campompor; son del mismo tamaño, llevan sus números romanos correspondientes, y hasta en el papel se parecen a las otras. Y aquí se nos ocurre una observación puramente positivista. ¿Qué buen papel usan estos poetas principiantes!

No tendría yo perdón de Dios, ni de Campompor, ni de nadie, si me permitiera burlarme de las humoradas del señor M. Medina. Repito que se conoce que es muy modesto, que parece muy simpático (esto lo digo por primera vez), y que debe de ser muy joven.

Las culpas de estas cosas las tiene D. Ramón; las tiene él, pero después quiere que pague uno los ríos rotos... En fin, al Sr. Medina, quiere creerme a mí, ni yo soy el *Príncipe de las críticas*, ni el *Príncipe de Asturias*, ni de nada, ni crítico siquiera, sino un revatero literario, como me llama Bremón, de acuerdo en esto conmigo; ni él, el señor M. Medina, es poeta, por ahora a lo menos, ni hay para qué ocultárselo, ni es ese verso, que tiene no sé cuántas sílabas, no es ese el camino.

Primera humorada:

Y tengo, aunque muy joven (1), la evidencia de que todo es peor en la existencia.

No lo crea V. Lo peor no es todo; lo peor es eso. Deje usted la pluma, y en ocho días será V. tan sano, y todo lo ve de color de rosa... ¡Ah! y no les V. los versos de D. Ramón; ¡para qué?

V

No he visto ningún necio que en los demás encuentre algo de aprecio.

Tampoco eso es verdad. Yo soy uno de los demás (4 no ser que quiera V. decir en los demás... necios, porque entonces no digo nada), y aprecio a muchos necios; ¡qué remedio!

XIV

Para sufrir del mundo los desamores, No hablamos de hombres ser, sino tuitanes.

Esto ya es más serio. Además de manifestar V. que es un pesimista como boca de lobo, y eso es lo de menos, demuestra V. que no tiene oído, y esto es mucho más grave. Prescindamos de tal mundo no se demanda; el verdadero desamón aquí es ese verso, que tiene no sé cuántas sílabas. Vamos a contar: no-ha-bi-a-mos-de-hom-bres-ser-si-no-ti-ta-nes. Tiene catorce sílabas; y si V. quiere contar así: no-ha-bi-mos-de-hom, hay acento que esté en su sitio, ni eso se puede leer... y además es una atrocidad.

XV

Es diferente, pero siempre arcano el corazón de todo humano.

El segundo verso es cojo, Sr. Medina.

XVI

La verdad, no es de mí un luso afán, mayor atracción tiene que el mán.

Bueno, bueno. Basta. No, no es V. poeta, Sr. M. Medina, ni yo Principio reinante. Ni Campompor tan buen amigo como uno se figura. ¡Vaya unas bromas!

XVII

El otro poeta se titula D. Abelardo Morales Ferrer, y su poema «La religión del amor», con un prólogo de D. Antonio Cortón.

Este, el autor, se contenta con llamarme eminente, sin duda recordando los versos aquellos de un amigo del Conde de San Luis:

Los hombres eminentes hoy pululan:
No los ves cómo erguidos se encarnan
en las regiones á que tú subiste,
y desde allí á torrentes luz derraman

Como estoy casi seguro de que el Sr. Morales, llegado el caso, llamará también eminentes a Bremón y a Fernánfor, por lo de *mi eminencia*, aliré, con lo que me bolaría más que se me dijera el *empingorotado crítico* «¡Arín, por la novedad del tratamiento!»

El Sr. Morales dedica su poema á la «Unión Ibero-Americana».

No sé si se trata de alguna tienda de géneros colomales y del Reino, ó de una sociedad que fundó el funestísimo señor Pardo y Valle, de triste, pero perdurable memoria.

De todos modos, no está bien decirle á la Unión que cuente con su *cafitá* consideración la más distinguida. Eso no es entender.

Antes de pasar adelante, advierto al Sr. Morales que, sea de su poema lo que quiera, le agradezco mucho la fleza de haberme enviado.

Y en seguida entro el prólogo.

El prólogo es una pretensión de lo típicas. El Sr. Cortón dice mucho que no quiere escribir el prólogo, y burla burlesco, le escribe, Está bien. La cosa no es nueva, pero es buena. Ya queda dicho que el Sr. Cortón es, ó parece ser, un humorista. Está en su derecho.

El Sr. Cortón dice primero: que la modestia es la virtud de los poetas.

El Sr. Cortón no tiene pelo de modestia.

El prólogo, ahora que me acuerdo, está en forma de diálogo, tal vez porque al Sr. Cortón es el titular de la teoría filosófica de Renán sobre el *dialogismo*.

Por este diálogo sabemos que el Sr. Morales es de Caguan. Si será, Y pariente de D. José Pablo Morales. Si será también. Pero como el siglo es escéptico, á cualquiera Le que se sabe de él es que quería mucho al Sr. Cortón. Dios se lo habrá premiado.

El Sr. Cortón tiene muchas opiniones propias: una de ellas es esa: que le gusta bien D. José; otra la de que no debe haber poetas, y otra que se debe pellicar las pantorrillas a las mujeres y después decirlo en el prólogo de un poema que se titula «La religión del amor». Parece ser, según resulta del diálogo, que el Sr. Cortón dedica toda su vida á las prostitutas (sic), sin metáfora, que le roban el fósforo (¡qué fósforo!), el dinero y hasta la belleza inclusiva.

Queda dicho que el Sr. Cortón es un humorista. Solo así se explica lo que dice «del semblante de la fisonomía del rostro de la cara». Tiene gracia. Un humorista; lo deho.

El Sr. Cortón opina que de *tal palo tal astilla* es una novela le coja, y que el Sr. Morales tiene madera de poeta. Y que él, el Sr. Cortón, ha soñado muchos palos, y que en Puerto Rico es poco menos que célebre y aquí algo conocido. Y que en la isla, que no quisó a Selen para diputada, hay muy buenos poetas, como Lola Rodríguez Padilla, Amy, Brau, Zano, Gandía... Digo, digo, Sr. Cortón, ¡mediano Parnaso tiene VV. por allí! Y también hay muchos mequetrefes que valen.

También dice el Sr. Cortón que tiene pensamientos el señor Morales que *subscribirá* Campompor (pero no los *escribirla*). Y añade que el Sr. Morales versifica perfectamente. ¡Hombre, eso no! ¡No tanto humorismo! Dice el Sr. Morales:

Móvete al sacerdote en el asiento,
costumbre en él ya vieja (1);
la infante pagó contra la reja
su cara de tal modo, que así aliento...

Sr. Cortón, V. ser, será todo un crítico; pero lo que es oído... no lo tiene V.

Y en cuanto á lo de que no tiene rípios el poemita (salvo opinión de V.), allá va esto:

Y se lo dijo todo, todo...

Ahí hace endecasílabos una máquina de coser.

Y se lo dijo todo, todo,

sin dejar una cosa.

Y como se dicen las cosas?

Pero vuelvo al Sr. Cortón, que es más interesante y más original.

Dice en el prólogo; hacia el fin, que va á fundar una orden: «la de caballeros de la cama redonda».

Ya decía yo que Cortón no pecaba de corto.

Otro párrafo naturalista y de escribir desprecupado y á la buena de Dios:

«Es elial (Al subir al coche ha encañado las pterofa! Por ellas la conocí! Las he pellicado tantas veces! Son las mismas pantorrillas complacientes, de las cuales yo, semi-bardo, quise en otro tiempo aquellas perfumadas ligal...»

Yaya, yaya, Sr. Cortón, que es V. atrevidillo.

Hace V. bien. Así, claro; el genio es el genio.

Sin embargo, no abusó V.

Porque efectivamente se conoce que las prostitutas, como V. dice, le han quitado la caja de cerillas.

A lo menos así dice V. en el diálogo.

(1) También parece humorista el Sr. Morales.

En cuanto á la *Religión del amor*, ¿qué le he de decir después de los cuatro ó cinco versos copiados?

El autor tiene veintidós años y opina que el amor es santísima cosa, y que un judío bien puede casarse con una cristianita. Lo mismo creo. Pero sus versos de V. son muy malos, casi tan malos como las *Humoradas* del Sr. Medina.

Y qué! Sr. Morales no es un grande hombre, por ahora, se conoce, entre otras cosas, en esta: en que no sabe escoger bien los amigos.

Con prólogo como al del Sr. Cortón no se va á ningún lado.

Diga V., en esa Unión Ibero-Americana ¿entran señoras? CLARIN.

(1) Ya lo decía yo.

PALIQUE

No sé quién es D. J. S. Toca; por lo que a mí toca, no sé una J de los méritos de S. Toca.

Pero quien quiera que sea, en donde pone la pluma el delgado papel rasga.

Escribe ese señor un artículo que se titula «Juicio crítico acerca de Sor María de Agreda y Felipe IV. Bosquejo histórico de D. F. Silvela.»

Y como á renglón seguido empieza á despreciar á los «gacetilleros, de bien intencionada ignorancia los unos, los otros bellicos, sañudos y venenosos... que osaron hablar mal (y aun decir pestes) del último Diccionario de la Academia, conviene demostrar al muy desdenoso desconocido que él también escribe como cualquier Roca Togores, puesto que ni siquiera sabe poner un rótulo á las partes de su ingenio; y un rótulo sabe escribirlo un pintor de puertas y ventanas, y sólo Jove y Hevia tropezó antes que el Sr. Toca en tan pequeño trabajo.

Dice Toca «Juicio crítico,» y eso ya está mal, porque *hasta los niños saben* que en siendo juicio ha de ser crítico, y que en siendo cosa de crítica al juicio pertenece. «Juicio crítico acerca de Sor María de Agreda y Felipe IV.» También eso está mal; porque parece que V. va á escribir un *juicio crítico* juzgando á Sor María y á Felipe IV., y no es tal su propósito. Además, ese *acerca de* es un rodeo ramplón, porque sobra el *acerca*. Y sigue: «Bosquejo histórico de F. Silvela...» Y parece que después de juzgar á Sor María va V. á bosquejar á fray Silvela. El rótulo está sangrando; primero, «Juicio de Sor María y de Felipe IV.» Aquí punto, una pleca, y después «Bosquejo histórico de F. Silvela.» Si el castellano es castellano, V. aquí ofrece la historia de Silvela en bosquejo. ¡V, sin embargo! Oh, arte maravilloso del lenguaje escrito! El Sr. Toca no quiere decir nada de lo que dice. Quiere decir esto: que el Sr. Silvela ha escrito un bosquejo histórico de Sor María de Agreda y de Felipe IV., y que él, Toca, va á juzgar ese bosquejo.

El Sr. Toca, que no sabe escribir rótulos, comienza su artículo insultando á los que no han hablado del último Diccionario de la Academia, y á los que no han hablado. Es que el Sr. Toca recordará que la Academia también tiene la rara habilidad de no saber decir lo que quiere decir, como lo prueba el prólogo de ese mismo Diccionario que el Sr. Toca quiere que calunniemos. El no sabe escribir rótulos, y la Academia no sabe escribir prefacios. Por eso se aman.

También nos ataca á los gacetilleros y críticos de oficio, porque no hemos hablado de la colección del Sr. Silvela. «Enmudecieron, dice, ante un trabajo de más alto vuelo que los chapuces literarios que de ordinario sudan nuestras prensas.»

¡Aludirá el Sr. Toca á los recientes *chapuces literarios* de M. Pelayo, Zorrilla, Campoamor, Castelar, etc., de que habla la prensa!

¡Que se ha hablado poco del libro de Silvela! ¡Si precisamente el Sr. Silvela ha demostrado que sabe *faire l'artite* tan bien casi como Cánovas!

Y me apresuro á decir que el Sr. Silvela es hombre de positivo talento, digno de ser Ministro conservador, y que ni su libro ni él tienen nada que ver con este palique.

A mí lo que me importa probar es que el Sr. J. S. Toca escribe muy mal, apesar del desdén con que nos trata á los gacetilleros. (Porque de seguro á mí me tiene también por un gacetillero, si es que se digna saber de mi existencia; y gacetillero soy, y á mucha honra, y bien lo sabe Bremón, de quien hablo más adelante.)

Dice Toca: «Todo, sin embargo, pareciera deber contribuir en esto á encender el interés de los críticos.» El interés no es combustible, Sr. Toca, á no ser llevando el estilo cursi demasiado lejos... «el fuego sacro de los entendidos.»

¡Válgate Sor María de Agreda! ¡El fuego sacro de los entendidos! ¿Dónde tienen los entendidos el fuego sacro? ¿Qué es el fuego sacro, Sr. Toca? ¿Cree V. que es cosa que se lleva en el bolsillo ó sabe Dios dónde? Estas frases son de la escuela de Cánovas; sí, recuerdan aquella inmortal figura de un prólogo del monstruo (que tampoco sabe escribir prólogos): «el proceloso viento de las circunstancias...»

Ya sé yo que el Sr. Toca, en cuanto literato, no merecía tanta conversación.

Pero la merecían sus pretensiones.

Fernández Bremón continúa escribiendo sus anales con ese estilo chispeante y mordaz que Dios le dió: en una de sus últimas lucubraciones se lee: Estudios frenopáticos de los doctores D. Joaquín Rosel, D. Alejandro Planellas..., D. Pedro Ribas..., D. Antonio Rodríguez, y siguen las firmas así hasta llenar veinte renglones.

¡Qué estilo! ¡Qué hombre! Ni Homero en el canto segundo de la Iliada.

Bremón, no sólo copia listas, sino que en los momentos de verdadera inspiración le da un bombo á un amigo, poniéndole entre la Puerta Sublimis y el bloque de Grecia. Y á veces, cuando *est Deus in Brenione*, me tira á mí una chinita ó á cualquiera otra persona de gusto, medianamente educada, que no haya querido leer sus ocho ó diez comedias.

Y por último, cuenta sus cuentecitos. Y el que es tan idealista, tan soñador, hace un chiste con una «dentadura postiza, que se deja á unos herederos para que la usen.» (¡Puff!)

Esto es de la jurisdicción del *comes cloacarum*.

CLARÍN.

PALIQUE

Las Cortes suspenden sus trabajos. Esta noticia, que habrá sorprendido a muchos Diputados en traje de baño sobre la fresca arena de la playa y muy lejos de la candente arena política, me ha hecho a mí pensar que yo también debía suspender mis tareas, tan incompatibles con el calor como puede serlo el *modus vivendi* ó el arroz de Valencia, parlamentariamente considerado.

Y no es que falte materia. No pasan dos días sin que llegue un libro á mi apartado rincón, que es casi casi el rincón de Asturias desde el cual D. Peláyo hizo á España volver de su desmayo, según el P. Isla. En este rincón hay una cartera y el estafetero, hombre íntegro, incapaz de extraviar un mal periódico contra la voluntad de su dueño, divide á los autores, tanto nacionales como extranjeros, en dos clases: los que mandan sus libros certificados y los que los mandan sin certificar.

Los primeros le parecen hombres serios, prevenidos, cautos, dignos de consideración y aprecio; los otros, genterilla de poco más ó menos, ligeras, superficiales. Un libro entregado al correo sin certificar, no puede ser cosa buena, y poco debe importarle que se pierda, según el jefe de la cartera. El no se queda con ninguno; pero re explica que otros sean menos escrupulosos y dejen que se extraíe un volumen que no trae más garantía que un sello de perro chico.

En cambio, cuando llega un certificado, mi estafetero me lo anuncia poco menos que á cañonazos. Primero una esquelita por un propio:—El señorito tiene aquí un certificado; quiere que se lo envíe y devolvérme el sobre con la firma, el recibi, la fecha y lo de «sin fractura»? ¿ó prefiere pasar á recogerlo?—¿Qué de precauciones, miramientos y requisitos, para que el certificado cumpla su destino y los intereses particulares y la responsabilidad del Estado queden en su sitio!

Yo, más ecléctico que mi estafetero, no dividiré á los autores como él, pues yo sé que el genio no admite clasificaciones; pero sí aconsejo á todos los señores que tengan el propósito de hacer llegar á mis manos un libro, que lo envíen certificado.

Pero como es indudable que me he apartado de mi asunto, vuelvo á él, si puedo.

Decía que, á imitación de los padres de la patria, me proponía descansar de mis tareas, y que no era porque faltase asunto para la crítica. En efecto, no falta. No sólo hay quien siga teniendo la fe sencilla de que en España se leen libros, sino que hay quien piensa que hasta se leen en verano. Yo sigo recibiendo tomos llenos de letras compactas... mi obligación es leerlos... pero imitando á mis legítimos representantes, digo:—Ahí queda eso por ahora; me echo al agua; yo me volveré á abrir más adelante y hasta me declararé en sesión permanente si ustedes quieren; pero hoy—¡por Cristo vivo!—la tregua de Dios!

Recuerdo que la semana pasada hablabá á ustedes de las traducciones y que anunciaba continuar en el mismo tema. Pues bien, nada de lo dicho. Suspendo esa materia, sino precisamente allá para el invierno, para cuando me sienta más retórico y poético que estos días.

Un crítico, aunque sea indigno, es hombre y necesita pensar alguna vez en algo que no sean las ocurrencias literarias de los demás.

Más ¡ay! como mis arreos son las cuartillas y mi descanso el llenarlas de tinta, lo que yo llamo suspender mis tareas no puede ser un reposo absoluto. No me es permitido más que cambiar de postura para trabajar. Quiero decir, que de todos modos tengo que escribir, si bien me es lícito, por vía de vacaciones, hablar de lo primero que me venga á la pluma. Y aun este lujo no me lo permitiré muchas veces.



¿De qué hablaré hoy? De política. ¿Por qué no? Pero, ¿en un periódico monárquico siendo yo republicano? ¿Por qué no?

Hay en política mucha materia neutral; y además, la política tiene aspectos que son por completo ajenos á la política... menuda.

Que los españoles somos punto menos que ingobernables, es una tesis que lo mismo puede sostenerla un monárquico que un republicano. Unas veces nos dejamos tratar á puntapiés y Constituciones internas, y entonces no somos gobernables, porque dejarse pisotear no es dejarse gobernar. Otras veces somos ingobernables, porque queremos declararnos en cantón á domicilio.

Otra tesis política que puede admitir cualquiera, es ésta: los españoles, padres é hijos, somos unos holgazanes.

Dejando á los hijos, hablemos sólo de los padres de la patria. En cuanto sudan un poco, se disuelven como si fueran requesón.

Cuando el Gobierno se acuerda de suspender las sesiones, ya ellas se han ido consumiendo por falta de número, ó sea tuberculosis parlamentaria.

Á la mayor parte de los procuradores y percuradores les coge la suspensión á doscientas leguas del Congreso. Y todo porque hace calor. Si hoy las naciones se conservan por las artes de la paz, se rigen por la persuasión, etc., etc., es necesario que nosotros hagamos nuestras tareas pacíficas con la misma formalidad con que nuestros mayores hacían la guerra.

Si nosotros salvamos el país deliberando, aguantemos el calor y deliberemos; como lo aguantaban nuestros antepasados, cuando salvaban el país cascándose las llendras en el mes de Agosto.

Es fama que el día de la batalla de las Navas hizo un calor que se asaban los pájaros; y si por esta consideración Alfonso VIII hubiera vuelto grupas para refrescarse en la Zuriola ó en el Sardinero, á estas horas acaso estaríamos sin reconquistar.

Y puede que estuviéramos mejor. Es indudable que nosotros no tomamos tan en serio nuestras batallas parlamentarias como los antiguos sus batallas campales.

Diputados hay en mi provincia, y en otras, que jamás han entrado en fuego, ni siquiera han visto al enemigo.

Es más; los conozco yo tales, que en cuanto se aprueba su acta salen para el lugar de su destino, es decir, para el pueblo á trabajar el distrito para otra vez ó á servir de agente de negocios al cacique grande que queda en Madrid y necesita en la tierra un administrador político general.

A pesar de estos y otros muchos males, yo opino como un amigo mío, ilustre literato y Diputado nuevo, que no há mucho me escribía:—la política no está ni más ni menos corrompida que lo demás.

Tal creo. Gracias á Dios, como decía el otro, todo está corrompido.

Únicamente el torero va tirando. Y por consiguiente, aún hay patria.



Ahora noto que también me he cansado de hablar de política ó lo que sea.

Otro día hablaremos de... música, de ortopedia, de cualquier cosa.

¡Oh! ¡quién fuera Fernández Bremón, á quien es lícito dilucidar los negocios de la Sublime Puerta y lamentar todas las defunciones notables de reíno!

Pero el Bremón nace.

Clarín.

PALIQUE

CUENTO FUTURO

1

La Humanidad de la tierra se había cansado de dar vueltas mil y mil veces alrededor de las mismas ideas, de las mismas costumbres, de los mismos dolores y de los mismos placeres. Hasta se había cansado de dar vueltas alrededor del mismo sol. Este cansancio último lo había descubierto un poeta lírico del género de los desesperados que, no sabiendo ya que en inventar, inventó el *casancio del sol*. El tal poeta era francés, como no podía menos, y decía en el prólogo de su libro, titulado *Heliófolo*, «C'est bête de tourner toujours comme ça. A quel bon cette sottise éternelle». Lo soléi, ce bourgeois m'embête avec ses platitudes... etc., etc.

El traductor español de este libro decía: «*Es tonto esto de dar siempre vueltas así. ¿A qué buena esta tontería eterna?* El sol, ese burgués, me embiste con sus platitudes eternas. Él cree hacernos un gran favor quedándose ahí plantado, sirviendo de fogón en gran cocina económica que se llama el sistema planetario. Los planetas son los pucheros puestos a la lumbre; y el himno de los astrónomos que él dirige en la céntrica es el *himno chispiotero*».

«El caribón y el halibut del agua de la caldera... ¡Basta de ella! ¡podría! Apaguenlo el sol, ¡avienten las cenizas del hogar. El gran babilón de la luz meridiana ha inspirado este *pequeño libro*, ¡que es el más no! que el *es* es expresión, ¡el de un orgullo nolle que desprecia favores que no la soledad, halagos de los rayos luminícos que le parecen cadenas insostenibles».

«*El tendrá bello el sol* obstinándose en ser benéfico; al fin es un tirano; la emancipación de la humanidad no será completa hasta el día que desatemos este yugo y dejemos de ser satélites de ese reyezuelo miserable del día, vanidoso y fanfarrón, que después de todo no es más que un esclavo que sigue la carrera triunfal de un señor invisible».

El prólogo seguía diciendo disparates que no hay tiempo para copiar aquí, y el traductor seguía soltando galicismos. Ello fue que el libro *Así* *fueron*, cubrió todo en el África Central y en el Ecuador, donde todos aseguraban que el sol ya lo tenía frío.

Se vendieron ochocientos millones de ejemplares franceses y trescientos ejemplares de la traducción española: verdad es que estos no en la Península, sino en América, donde continuaban los libros haciendo su agosto sin necesidad de entenderse con la antiquísima metrópoli.

Después del poeta vinieron los filósofos y los políticos sosteniendo lo que ya se llamaba universalmente la *Heliófilos*.

La ciencia discutió en Academias, Congresos y seccióes *de variedades*, en los periódicos: 1.ª, si la vida sería posible apartando la tierra del sol y dejándola correr libre por el vacío hasta engancharse con otro sistema; 2.ª, si habría medio, dado lo mucho que las ciencias físicas habían adelantado, de romper el yugo de Pebo y dejarse caer en lo infinito.

Los sabios dijeron que sí y que no, y que qué sabían ellos respecto de ambas cuestiones.

Algunos especialistas prometieron romper la fuerza centrífuga como quien corta un pelo; pero pedían una subvención, y la mayor parte de los Gobiernos se aguiaron con el aguión al cuello y no estaban para subvencionar esta cosa. En España, donde también había Gobierno y especialistas, se redujo a prisión a varios arbitristas que ofrecieron romper toda relación solar en un dos por tres.

Las oposiciones, que eran tantas como cabezas de familia había en la nación, pusieron el grito en el cielo: dijeron los Perestizas y los Alveiristas y los Gopeñistas, etc., etc., que era preciso derribar aquel Gobierno opresor de la ciencia, etc.

Los Obispos, contra los cuales hasta la fecha no habían prevalecido las puertas del infierno, ensalzaban a todos los sabios e ignorantes que declaraban *Heliófolos*.

«Bueno estaba que se acabase el mundo, que poco: valía pero debía acabarse como en el texto sagrado se tenía dicho que había de acabar, y no por enfiemura, como sería seguro que concluiría en efecto nos alejamos del sol...»

Una revista científica y retrógrada que se llamaba *La Harmonía*, recordaba a los *heliófolos* una porción de textos bíblicos ensalzándolos, con el fin del mundo.

Decía el articulista: «¡Ah, miserables! Quería que la tierra se separase del sol. Luya del día, para convertirse en la *eternidad* eterna, a la cual reservada eternamente la oscuridad y las tinieblas, como dice San Judas Apóstol en su Epístola Universal, v. 13. Quería lo que ya está anunciado, quería la muerte; pero oída la palabra de verdad».

«Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos» (Apocalipsis c. 9, v. 6). «Porque vuestro tormento es como tormento de escorpión; vuestro mortal hastio, vuestro odio de la luz, vuestro afán de tinieblas, vuestro cansancio de pensar y sentir, es tormento de escorpión; y quería la muerte por huir de las *languetas de cola metálica* con agujas y con *cabello de mujer*, por huir de las huellas de Abaddon... En vano, en vano, buscad la muerte del mundo antes de que llegue su hora, y por otros caminos de los que están anunciados. Vendrá la muerte, sí, y bien pronto; se acabará el tiempo, se acabará vuestro; los cuatro ángeles vendrán en su día, para matar la tercera parte de los hombres. Pero no habéis de ser vuestros, mortales, quien del *agua* del mundo... ¡Ah, tenéis al sol! Si, tenéis que el *Al* *deciéndolo al sol*; *tenéis que el sol* *de la copa* de fuego que ha de derramar

Lo que causa hastio insostenible a la Humanidad, no es tanto que el sol esté plantado en medio del corte, haciéndolos dar vueltas a la pista con sus latidos de fuego, que una antigüedad remota lanzó las fechas de Apolo, como las vueltas mismas; esto, esto es lo tedioso; este volteo por lo infinito. Hubo un tiempo, los sabios pueden decirlo, feliz para el mundo: fué el tiempo en que se creyó en el progreso indefinido.

La ignorancia de tales épocas podía creer a los pensadores que iban adelante que podían notar en la vida humana, refiriéndose a los ciclos históricos a que su escasa ciencia les permitía remontarse, eran buena prueba de que el progreso era constante. Hoy nuestro conocimiento de la historia del planeta no nos consiente formarnos semejantes ilusiones; los cientos de siglos que antiguamente se atribuían a la vida humana como hipótesis atrevida, hoy son perfectamente conocidos, con todos los pormenores de su historia; hoy sabemos que el hombre vuelve siempre a las andadas, que nuestra decadencia está condenada a ser salvaje, y sus descendientes remotos a ser, como nosotros, hombres aburridos de puro civilizados. Este es el volteo insostenible, aquí está la broma pesada, lo que nos iguala al misero histrión del circo equestre... ¡Quiera... baila... lloramos. No se trata de una de tantas filosofías perennitas, *claridad* y cobardes, que han apesado al mundo. No se trata de una teoría, se trata de un hecho viril: del suicidio universal. La ciencia y las relaciones internacionales permiten hoy llevar a cabo tal intento. El que suscribe sabe como puede realizarse el suicidio de todos los habitantes del globo en un mismo segundo. ¿Lo acepta la humanidad?

Clarín.

(Se concluirá en el próximo Palique).

el ángel sobre la tierra: teméis quemaros con el calor, y morís blasfemando y sin arrepentimiento, como está anunciado. (Apocalipsis 18-9). En vano, en vano, queréis huir del sol, porque está escrito que esta miserable Babilonia será quemada con fuego. (Ibid. 18.-8.)

Los sabios y los filósofos nada digieran a la *Harmonía*, que no lesía su gloria. Los periódicos satíricos con caricaturas fueron los que se encargaron de contestar al periódico *heliófolo*, como le llamaron ellos, poniéndolo como roca de pasaca y en caricaturas de colores.

Un sabio muy acreditado que acababa de descubrir el *bacililo del hambre*, y libraba a la humanidad doliente con inyecciones de *caldo cordero*, había acudido por el mundo entero, y que ya tenía en todos los continentes más estatuas que de pelo en la cabeza, el Dr. Judas Adambá, natural de Monambique, empuerto de las ciencias a la sazón, Atenas moderna, Judas Adambá tomó cartas en el asunto, y escribió una *Epístola Universal*, cuya primera edición vendió por una porción de billones.

Un periódico popular de la época, conservador todavía, daba cuenta de la carta del doctor Adambá, copiando los párrafos siguientes:

«El periódico, que era español, decía: «Sentimos no poder publicar íntegra esta interesantísima epístola que está llamando la atención de todo el mundo civilizado, desde la Patagonia a la Mancha, y desde *helado hasta el ardiente polo*; pero no podemos concederle más espacio, porque hoy es día de toros y de lotería, y no hemos de prescindir ni de la lista *arande*, ni de la revista de la corrida, a cual no pasó e mud *ya*. (111) *¡¡¡¡¡* ¡¡¡. Dice así el Dr. Judas Adambá».

«...Yo creo que la humanidad de la tierra debe, en efecto, romper las cadenas que la sujetan y salirse del sistema planetario, miserable y muestro para los vuelos de la ambición del hombre. La solución que el poeta francés nos propone es magnífica, sublime... pero, no es más que poesía. Hablamos claro, señores. ¿Qué es lo que se desea? Romper un yugo oneroso, como dicen los políticos avanzados de la cáscara amarga. ¿Es que no puede llamarse la tierra libre e independiente, mientras viva sujeta a la cadena impalpable que la ata al sol y la tuta de vueltas alrededor del astro trágico, como el mono que, montado en un perro y con el collar al cuello, describe circunferencias alrededor de un dueño latransoso? ¡Ah, no, señores! No es esto. Aquí hay algo más que esto. No negaré yo que esta dependencia del sol nos humilla; sí, nuestro orgullo padece con semejante sujeción. Pero eso es lo de menos. Lo que quiere la humanidad es algo más: que librase del sol... es librarse de la vida».

188 La Opinión (Madrid), n. 96, 7 agosto, 1886.

PALQUE

CUENTO FUTURO

II

La idea de Judas Adamis era el secreto deseo de la mayor parte de los humanos. Tanto se había progresado en psicología, que no había un mal zapatero de viejo que no fuera un Schopenhauer perfeccionado. Ya todos los hombres, o casi todos, eran almas superiores aparte, *«el día del señor»* como ahora pueden decir. Ernesto Renán o Ernesto García Ladense. En siglos remotos algunos literatos parisenses habían convenido en que ellos, unos diez ó doce, eran los únicos que tenían dos dedos de frente; los únicos que sabían que la vida era una banalidad, un *«chéri»*, etc., etc. Pues bueno; en tiempos de Adamis, la inmensa mayoría de la humanidad estaba al cabo de la calle; casi todos estaban convencidos de eso, de que esto debía dar un estallido. Pero ¿cómo estallar! Ésta era la cuestión.

El Doctor Adamis, no sólo había encontrado la fórmula de la aspiración universal, sino que prometía facilitar el medio de poner en práctica su grandiosa idea. El suicidio individual no resolvía nada; los suicidios mendaces; pero los partos felices mucho más. Crecía la población que era un gueto, y por ahí no se iba a ninguna parte.

El suicidio en grandes masas se había enayamado varias veces, pero no bastaba. Además, las sociedades de suicidas ó *«comitantes de la muerte»*, que se habían creado en diferentes épocas, daban pésimos resultados; siempre sallamos con que los accionistas y los comanditarios de buena fe pagaban el pato, y los gestores sobrevivían y quedaban gastándose los fondos de la sociedad. El caso era encontrar un medio para realizar el suicidio universal.

Los Gobiernos de todos los países se entendieron con Judas Adamis, el cual dijo que lo primero que necesitaba, era un gran empréstito, y además, la seguridad de que todas las naciones aceptaban su proyecto, pues sin esto no revelaría su secreto ni comenzaría los trabajos preparatorios de tan gran empresa.

Aunque ya no había Inglaterra, hacía mucho tiempo, pues se había tragado el mar siglos atrás, no faltaban políticos anglosajones, y hubo quien sacó a relucir el *«habeas corpus»* como argumento en contra. Otros, no menos atrasados, hablaron de la *«representación de las minorías»*. Ello era que no todos, absolutamente todos los hombres aceptaban la muerte voluntaria.

El Papa, que vivía en Roma, ni más ni menos que San Pedro, dijo que ni él ni los Reyes podían estar conformes con el mal suicidio universal, que así no se podía cumplir las profecías. Un poeta muy leído por el bello sexo, aseguró que el mundo era excelente, y que por lo menos, mientras él, el poeta, viviere y cantare, el querer morir era prueba de muy mal gusto.

Truño, a pesar de estas protestas, y de las corrupeles de algunos políticos atrasados, la genuina interpretación de la *«oberanía nacional»*. Se puso a votación en todas las asambleas legislativas del mundo el suicidio universal, y en todas ellas fue aprobado por gran mayoría.

Pero ¿qué se hizo con las minorías? Un escritor de la época dijo que era imposible que el suicidio universal se realizase desde el momento que existía una minoría que se oponía a ello. «No será suicidio, será asesinato, por lo que toca a esa minoría».

—¡Sofisma! ¡Sofisma! ¡Metafísica! ¡Retórica! —gritaron las mayorías furiosas. —«Las minorías, advirtió el doctor Adamis en otro folleto, cuya propiedad vendió en cien millones de pesetas, las minorías no se suicidan, es verdad, pero las suicidaremos! Absurdo, se dirá.

No, no es absurdo. Las minorías no se suicidarán, en cuanto individuos, o *«per se»*; pero como de lo que se trata es del suicidio de la humanidad, que en cuanto colectividad es persona jurídica, y la persona jurídica ya desde el derecho romano, manifiesta su voluntad por la votación en mayoría absoluta, resulta que la minoría en cuanto parte de la humanidad, también se suicidará, *per accidens*.

Así se acordó. En una Asamblea universal, para elegir cuyos miembros hubo terribles disturbios, palcos, pedradas, tiros (de modo y manera que por poco se acabó la gente sin necesidad del suicidio); digo que en una Asamblea universal se votó definitivamente el fin del mundo, por lo que tocaba a los hombres, y se dieron plenos poderes al Dr. Adamis para que, corra y rajara a su antojo.

El empréstito se había cubierto una vez y cuartillo (menos que el de Panamá), porque la humanidad de entonces, como la de ahora, se prestaba a entusiasmarse, a suicidarse; se prestaba a todo menos a perder dinero.

Con auxilio de los Gobiernos pudo Adamis llevar a cabo su obra magna, que por medio de aplicaciones mecánicas de condiciones químicas hoy desconocidas puso a todos los hombres de la tierra en contacto con la muerte.

Se trataba de no sé qué diablo de fuerza recientemente descubierta que, mediante conductores de no se sabe ahora qué género, convertía el globo en una gran red que encerraba en sus mallas mortíferas a todos los hombres de la tierra. Había la seguridad de que ni uno sólo podría escaparse del estallido universal. Adamis recordó al público en otro folleto, al revelar su invención, que ya no estaba antiquísimo que se llamaba, no tal vez seguro si Renán ó Fustigueras, había solido con un poder que pusiera en manos de los sabios el destino de la humanidad, merced a una fuerza destructora descubierta por la ciencia. Aquel *«señor de Fustigueras»* iba a realizarse; él, Adamis, *«destino del exterminio»*.

gracias al gran plebiscito que le había hecho verdugo del mundo, tirano de la agonía, iba a destruir a todos los hombres, a hacerlos reventar en un solo segundo, sin más que colocar un dedo sobre un botón.

Sin hacer caso de los gritos y protestas de la minoría, se dispuso en todos los países civilizados, que eran todos los del mundo, cuanto era necesario para la última hora de la humanidad doliente. El ceremonial del tremendo trance contó muchas discusiones y disgustos, y por poco fracasó el gran proyecto por culpa de la etiqueta. ¡En qué traje, en qué postura, qué día y qué hora debía estallar la humanidad!

Se aprobó que el traje fuese el de etiqueta rigurosa, entre las clases altas, y en las demás el traje nacional. Se desechó una proposición de suicidarse en el traje de Adán, antes de las hojas de biguerra. El que esto propuso, se fundó en que la humanidad debía terminar como había empezado: pero como lo de Adán no era cosa segura, no se aprobó la idea. Además era indecorosa. En cuanto a la postura, cada cual podía adoptar la que creyese más digna y elegante. ¡Allá se fue! Se acordó, al principio de año, por aquello de año nuevo vida nueva, ¡hora! Las doce del día, para que el sol aborrecido presidiese, y pudiera dar testimonio de la suprema resolución de los humanos.

El Doctor Adamis pasó un atento B. L. M. a todos los habitantes del globo avisándoles la hora y demás circunstancias del lance. Decía así el documento:

«El Dr. Judas Adamis
B. L. M.

al Sr. D... y tiene el gusto de anunciarle que el día de año nuevo, a las doce de mañana, habrá una gran conmoción en la espina dorsal, seguida de un tremendo estallido en el cerebro. No se asuste el Sr. D..., porque la muerte será instantánea, y puede tener el consuelo de que no quedará nadie para contarle. Ese estallido

será el símbolo del supremo momento de la humanidad. Supongo tener hecha la digestión del almuerzo para esa hora.

El Dr. Judas Adamis aprovecha esta ocasión para ofrecer... etc., etc., etc.

Llegó el día de año nuevo, y a las once y media de la mañana el Dr. Judas, acompañado de su digna y bella esposa Evelina Apple, se presentó en el palacio en que residía la Comisión internacional organizadora del suicidio universal.

Vestía el doctor riguroso traje de luto, frac y corbata negra y gasa en el sombrero. Evelina Apple rubia alta, de anchas caderas y viviente arrogante, de negro también, escotada y con mangas cortas, daba al brazo a su digno esposo. La comisión en masa, de frac y corbata negra también, salió recibiendo al vestido de luto Apple, se presentó en el salón del *«Gran Aparato»*, sentáronse los esposos en un trono, en sendos sillones; al rededor los comisionados, y en silencio todos esperaron a que sonara las doce en un gran reló de cuco, colorado detrás del trono. Delante de este había una mesa pequeña, cuadrada, con tabla de marfil. En medio de ésta, un botón negro sencillísimo atrala las miradas de todos los presentes.

El reló era una primorosa obra de arte. Estaba fabricado con material de un esmalte petrificado que la ciencia actual permitía asegurar que era procedente del planeta Marte. No cabía duda; era el proyectil de un cañonazo que nos habían disparado desde allá, no se sabía si en són de guerra ó por ponerse al habla. De todos suertes, la tierra no había hecho caso, volado como estaba ya el suicidio de todos.

La hora llegó que fuera se aprovechó para hacer el reló en que había de sonar la hora suprema. El cuco era un esqueleto de este jarracón. El reló estuvo parado hasta las once. Entonces se le dio cuerda. No daba las medias horas ni los cuartos. De modo que sonaría por primera y última vez a las doce.

Judas miró a Evelina con aire de triunfo a las doce menos un minuto. Entre los comisionados ya había cinco ó seis muertos de miedo. Al comisionado español se le ocurrió que iba a perder la corrida del próximo domingo (los toros de invierno eran ya tan buenos como los de verano y viceversa) y se levantó diciendo... que él adoptaba el retiro y se retiraba. Adamis, sonriendo, le advirtió que era inútil, pues lo mismo estaría la catedral en la calle que en el puesto de honor. El español se sentó, dispuesto a morir como un valiente.

¡Pini! Con un estallido estridente se abrió la portezuela del reló y apareció el esqueleto del cuco.

—¡Cucú!, cucú!

Gritó hasta seis veces, con largos intervalos de silencio.

—¡Una! ¡dos!

Iba contando el doctor.

Evelina Apple fue la que miró entonces a su marido con gesto de angustia y lago desconfiada.

El doctor sonrió, y por debajo de la mesa que tenía delante se movió a la mujer la cabeza de su marido como a un clavo ardiendo.

—¡Cucú!... ¡Cucú!

—¡Tres!... ¡Cuatro!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Cinco! ¡seis!... Adamis puso el dedo índice de la mano derecha sobre el botón negro.

Los comisionados internacionales que aún vivían, cerraron los ojos por no ver lo que iba a pasar, y se dieron por muertos.

Sin embargo, el doctor no había oprimido el botón.

La yema del dedo, de color de pipa colada, permanecía sin temblar rozando ligeramente la superficie del botón frío de hierro.

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Siete! ¡ocho!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Nueve! ¡diez!

(Se concluirá definitivamente en el próximo número.)

Clarín

191 *La Opinión* (Madrid), n. 123, 3 septiembre, 1896.

PALIQUE

El acreditado Concejal Sr. Jiménez Delgado acaba de publicar un poema entre municipal y épico, y el ingenuo Jiménez no ha tenido la anabilidad de enmendarlo.

Y eso que yo hubiera hablado bien del poema por malo que sea, porque tiene un mérito indiscutible: la novedad del género, la originalidad.

Y la originalidad va siendo una cosa tan rara!

Ejemplo al canto:

El Sr. Alarcón, ilustre novelista, se ve en el caso de escribir algo para el abanico de la señora de otro novelista ilustre; y qué escribe Alarcón? Esto:

Quando miro estas versas
al tiempo de abanicarte,
piensas que la dicha es humo,
pues que la dicha es aire.

Preñado, sin conocerlo, el poema municipal, como el crítico del cuento prefirió el otro soneto. A lo menos el poema es una ocurrencia nueva, sea ó no feliz: pero la copia de Alarcón... podía ser de Pardo y Valle sin ningún inconveniente, y hasta de Calvo.

Lo único que tiene alguna novedad, es que de que el abanico recuerde el *Aviso*.

A no ser que Alarcón crea, como el difunto Selgas, que el humo es vapor... y si aun así.

Pero vuelto al poema municipal del Sr. Jiménez. Repito que no lo conozco, pero me lo figura. Estará dividido, como si lo viera, en tercios y distícos y subdividido en manzanas. Y los tercios serán metros cuadrados. Y lo que llaman los críticos curules el fondo del poema, serán las alcanarillas.

El único antecedente que recuerdo en este género de poetas es un verso de un traductor de Mueset, verso que dice:

Como en París hay tantos albañiles...

De todas maneras, el Sr. Jiménez Delgado es el demonio. Dios le conserve el buen humor.

Recordarán ustedes que este Concejal (que tratado es muy simpático), es también autor de ciertas frases fauconas acerca de lo que había que hacer y se dice.

Y decía él con mucha ingenuidad:

Veán ustedes; llevo años escribiendo versos y prosa, y apenas soy conocido; pero un día hago la frase de la barredura... y de un salto entro en el templo de la fama.

—Yo creo, y perdónese su modestia, que después de un poema como el Sr. Jiménez puede estar en su recudo una lira en forma de escoba, y esta leyenda: «Para un fregado y para un barrido».

El fregado es el poema, por supuesto.

El Sr. Jiménez Delgado, poeta por obediencia á la curia, es hombre expansivo, tolerante, modesto é incapaz de tomar a mal esta broma ligera.

En rigor, si yo digo todo eso que va por delante acerca de su poema, no es más que en venganza del desaire que me ha dado no enviáudome un ejemplar de ese parto municipal de su ingenuo.

Pero ya se ve que, en serio, me guardaría muy bien de decir nada del tal poema ni habiéndolo leído.

Yo no tengo la autoridad de Heine, que escribía lo siguiente: «El Sr. A... (aquí un nombre alfabético), escritor á quien nunca le he leído, debe de parecerme mucho á D'Arincourt, á quien no he leído tampoco». Se necesita ser tan gran humorista, como Heine, para poder escribir estas cosas con justicia.

El Sr. D. Juan Valera, que también es humorista de primera clase, puede mismo permitirse juicios parecidos. Nuestro ilustre diplomático está juzgando en una revista (la de España) el naturalismo de las novelas modernas, sin leer las novelas.

Esto podrá, á primera vista, parecer una parodia en acción, pero no hay tal. El Sr. Valera quiere hablar mal de la estética naturalista, que se le figura absurda, y dejar á un lado las novelas que, sin necesidad de leerlas, reputa excelentes. De esa manera somos corregidores en literatura. Valera y yo. Como él me condena que las novelas naturalistas (las buenas, por supuesto; las de los autores que valen de veras) son excelentes... yo me paso al idealismo ó á lo que quiera el ilustrado escritor.

Porque, si las novelas son buenas, si esto queda sentado, la estética que se demuestra que es absurda no es la estética con arreglo á la cual se hicieron esas novelas; y si esas novelas son naturalistas, la estética que Valera ataca no es la naturalista, ó sea la adecuada á esas novelas.

Sea como sea, yo me preparo á ch par me los dedos (esta frase tan castiza como poco limpia, debió de inventarla cuando se comía con las manos), tras los artículos de Valera, el cual siempre es amabilísimo, intencionado, fucando en ideas originales, defendiendo lo que defiende, hasta cuando sostiene que en este mundo se debe plagiar lo más que se puede, y eso que él no plagia á nadie.

El Sr. Valera les va á decir á los naturalistas capiboleros de poco calibre — me atrevo á advertirlos — muchas frescas que conviene que se digan. No siempre será justo, pero siempre será digno de atención.

Prepárennos todos á oír lecciones éticas.

Yo prometo á mis lectores estudiar con el detenimiento que merecerán, dején, los artículos del crítico sin rival, después que termine su publicación.

Supongo que mi buena amiga Emilia Pardo Bazán estará ya preparándose á replicar, pues con ocasión de una obra suya había Valera.

También ofendí examinar esta réplica. Esto del *naturalismo literario* es una *locura* de las más raras, ó sea cuando ha-

blan de ello los papasistas á quienes la indiferencia disfrazada de tolerancia ha otorgado el título de críticos ó de novelistas.

El mismo naturalismo, tratado por un Valera y una Pardo Bazán, es un tema oportuno, menos gastado de lo que parece, y lo que importa más, preñado de otros muchos muy interesantes.

Por cierto que en el primer artículo de Valera me encuentro con la palabra *playade*, tal en singular.

¿No qué quidamos? (Se puede usar *playade* en singular, ó hay que decir *playades* Las autoridades que yo he consultado, con las que mi imaginación de juicio estaba de acuerdo, sólo consentían el plural.

pero si Valera insiste en *playades*... francamente, pesa tanto su voto... que yo me pasará al singular, aunque se lo diga la Academia, siempre y cuando que Valera demuestre que tiene él razón.

Lo que no se puede decir es efemeride, sino efemerides en plural.

No es Valera quien dice efemeride, por su puesto; sino muchos periódicos, y de los más ilustrados por cierto.

Estas pequeñas cosas tienen más importancia, que el *juicio crítico* de un loro barto; que embata bien ó mal, no tiene él la culpa, porque no sabe lo que hace.

Pero los periodistas, si dicen saber qué palabras tienen singular, y cuáles no.

También hay un periódico, y por cierto muy leído y muy mercedor de su popularidad, que cuando habla de la Meca suele decir que está en África.

Yo lo ha dicho varias veces. Ese mismo periódico es muy aficionado á citar las conocidas redondillas de una famosa comedia que dicen al final:

Dejele en fia, por no ver
saber que tan gordo y lleno,
mucho á Dios llorar buco
hasta después de comer.

y el... periódico añade siempre: como dijo Rojas.

Tres ó cuatro veces ha colgado este milagro á Rojas.

Y vive Dios, que esas redondillas son de Tino de Moya, y como el... colega no citado no prueba lo contrario.

Estos disparates, así tan repetidos, parecen muy mal en una redacción donde hay plumas tan bien cortadas, como se decía en tiempo en que se usaban más las plumas de ave.

Y ya que hoy me ha dado por las primeras y segundas letras, tratemos otra cuestión de este género.

Vamos á ver, señores Académicos: la grandísima de ustedes opina, y en mi concepto opina bien, que el verbo *deber* sólo lleva la particula *e* cuando supone duda, ó mejor, falta de certeza, y *gr.:* *debes de ser ello*; esto es, no puedo afirmar que sean, pero hay motivos para pensar que no sean otros.

Más claro: si yo digo «Pedro *debe de* estar hablando», mi idea es que opino, pero no aseguro; que se ocupa en trabajar; y si hablo así: Pedro *debe* estar trabajando, afirmo el deber de que Pedro está de trabajar. En lo poco que yo sé de nuestros escritores antiguos, recuerdo que he encontrado el uso de este auxiliar *deber* en su sentido propio. Ejemplo: El Rico home de Alcalá comienza así:

...Qué molesta
y qué cansada muera!
—Siempre que le viene á ver
debe de subir por cuesta.

En el Quijote casi siempre está la particula *e* acompañando á *deber* cuando la necesita; á veces falta; pero nunca sobra, es decir, nunca se usa el *dato* de indebidamente; y esto parece indicar que la ausencia de la particula en los casos en que se nota, *debe* achacarse á los impresores que *deben* de ser poco escrupulosos en esta punto.

En los escritores de ahora, Académicos inclusive, hay una suarquia completa en tal materia; los poetas, sobre todo, no se pisan en barras. Meten él de sí lo que cesan para hacer bulto, y lo suprimen si les estorba; licencia que nos parece libertina, y escandalosa.

Esta cuestión, como todas las de gramática, se me antoja más importante que la de averiguar si todos los idealistas son bobos, y todos los naturalistas unos Lepes, ó viceversas.

Además, nuestros periodistas han ofrecido á los de Italia pagarles la visita, y no sobran estos ejercicios de gramática. Prepárennos á viajar por el extranjero aprendiendo... nuestra lengua por lo menos. Los Italianos son muy estudiosos, y sería fco que el día de mañana pudieran darnos una lección de castellano á orillas del Adriático, ó del Tirreno, ó del Tiber, ó del Arno... ó sin estar á orillas de nada.

Es claro que al aconsejar á los periodistas de esta manera, me refiero á los que ya saben escribir con regular gramática.

No á los periodistas que dicen *procurador, catredal y hatga*.

¿Que también los hay, oh Fabio!

Clarín

PAUQUE

MARIANO CAVIA

Si la enfermedad nerviosa que, según digieron los periódicos, puso en peligro la vida de Mariano Cavia, hubiese acabado con él, de seguro, en la prensa, con excepción acaso de *El Siglo Futuro* y de *La Unión*, hubiera conagrado sendos artículos a la memoria del valiente redactor de *El Liberal* y a la serie de ver lo mucho que el difunto valía y cuánto íbamos perdiendo. Cada biógrafo, ó mejor, necrólogo, si vale decirlo así, haría alarde de haber descubierto un talento recalcitrante en el fondo, y tendría al ingratísimo mundo por su indiferencia criminal, que dejaba al ingenio florido yacer oculto, hasta que lo gloriosísimo fuegos fatuos de la muerte. Y si no todos los biógrafos iban tan lejos en sus metáforas, me atrevo a asegurar que, al saltar uno, habían de alabarse cuántas escribirías de haber reparado una injusticia social con aquellas cortas líneas.

¿Quién sabe, algún actor de la comedia, de esos que están dispuestos a ser secretarios del *Don Juan* corda si a mano viene, y parte integrante de cualquier mesa simbólica, hubiese propuesto celebrarlo, si no en un ceterario, una velada literaria en honor del muerto. Y como la idea, aparte de la intención del comensal, que sería la de darle tono, era excelente, muy justa, tendíamos de velada literaria, y el retrato de Cavia, bien ó mal pintado, presidiría la fúctube cernimosa, bajo down y rodeado con una monedilla sin casco a guisa de coronación.

Pero no se ha muerto Cavia; la salud vulgar vuelve a apoderarse de su organismo, y con el oleaje de la vida vuelven también las olas de la diferencia. Un periodista que se resiste al mundo, que dentro de poco se entregará al trabajo, no es lo que necesita la pública curiosidad. Si quiere que se hable de él, que se muera y verá...

No, no verás; esto es lo triste. Los elogios que se consagran a los difuntos, desde consagrarse a los vivos por una razón sencilla: esos muertos no oyen, ni ven, ni entienden. Si los elogios son injustos, ni al vivo ni al muerto; pero si son merced, al vivo, niempres al vivo.

Yo, guiándome por este criterio, voy a decir de Mariano Cavia, redivivo, lo mismo que hubiera dicho *mutatis mutandis*, si la enfermedad no le hubiese arrebatado.

Si cuando los médicos le permitan leer periódicos, pasa la vista por este artículo, bágame cuenta que se trata de un difunto, que es él, el cual goza el privilegio de escuchar por las rendijas de la sepultura lo que murmuran los vivos.

O recuerdo mal ó lo conocí en la cervetería Suiza, sino fue en la Ecolesca; no sé cómo ni cuándo, a punto fijo, nos hicimos amigos, ni si me fué lo ful prestatado ó no. Yo llevaba escribiendo en los periódicos algunos años, él lo sabía y hasta recordaba de memoria algunas frases de mis artículos, y ¡pámenos V.V.! un soneto que en parte me había escrito. Por qué me halagaba bastante que Cavia concediese este honor a mis papeles? Por orgullo, ó no sé por qué, los elogios y la consideración de un cualquiera siempre me han sabido a miel; el *elogio*, sólo en *maza*, halaga la vanidad; un quidam que entra en la librería y compra un folio mío, es una parte integrante de ese público, por el cual lo hacemos todo ó casi todo; pero al que mismo sujeto me conoce, y me habla del libro y me lo celebra con razones de quidam, me deja frío. Sin cambio, la alabanza dirigida del prudente, del hombre de gusto, de crítico... ¡por qué negarlo! aaba a gloria. En rigor, para estos así trabaja lo más refinado, lo que uno quiere que sea exquisito.

Cuando Cavia comenzó a mostrar, con el cuidado y delicadeza con que tiene que hacer estas cosas un hombre digno y de buen trato, que sus humildes artículos merecían atención, ya había yo observado en aquel muchacho, pálido, de facciones correctas, delicadas y algo frías los rasgos característicos de la originalidad y el talento; ya hacía tiempo que en nuestras conversaciones, no sólo le oía, sino que le escuchaba, lo cual no es lo mismo; se oye a todos, pero se atiende a pocos.

Así fué, que sus insinuaciones de simpatía hacia mis pobres escritos, me supieron a miel desde el primer día...

Si hablo tanto de mí, es porque creo que en toda semblanza ó biografía, y en general, cuando un hombre ha de juzgar a otro por cualquier concepto, el explicar las relaciones que entre ambos hubo, si las hubo, sirve mucho para que el público, juez de todo, pueda pesár la justicia de lo que dice quien alaba ó censura.

¡Cuanto dieran los historiadores porque en las crónicas de los grandes de la tierra los autores comenzaran diciendo: este fué mi enemigo, ó éste le debo el pan que como...!

..

Mariano Cavia era de Aragón, había estudiado en Zaragoza, había estado fuera de España algún tiempo, y ahora escribía en *El Liberal*.

No sabía yo entonces de él más que esto.

De entonces acá, no ha hecho Cavia más que otro tanto; seguir siendo aragonés y escribiendo en *El Liberal*.

Por *El Liberal*, periódico de mucha circulación, no han pasado muchos redactores. A pesar de que, como es natural, las cosas de aquella Redacción son conocidas. Por lo visto, allí saben escoger, y después conservar. Cavia desde muy pronto comenzó a distinguirse entre los nuevos, y a tener todas las consideraciones que merecían los veteranos. Era lo que aquel periódico necesitaba; un periodista que tenía dentro un *liberal*, un *liberal* que quería por lo pronto ser periodista.

Tengo entendido que la sección de los sueltos políticos hace algunos años que es incumbencia de Cavia. En nuestra política, esta guerra de guerrilleros es la más interesante; ese tiroto diario de periódico a periódico, de partido a partido, es un elemento original de nuestra prensa.

Algunos censuran esta cetruberte, porque dicen que no lo usan los grandes periódicos extranjeros, y que á estos se le imita. La razón no es concluyente. Otros desprecian tal escaramuza, porque dan aspecto de provincialismo y hasta de carencia de la prensa de la Corte. No hay duda que los tales sueltos políticos tienen sus inconvenientes; que hay quien abuse de ellos; pero no se les puede negar el carácter de fruto espontáneo de nuestro temperamento, ni el verdadero resultado de nuestra vida política. Sea como quiera, hace mucho tiempo que estas gacetas de primera plana son las que dan y quitan fama a los periódicos (aunque es claro que en la tirada influyen otros elementos más todaví; por lo tanto las noticias); recuérdese si no los tiempos en que la *Miscelánea del Imparcial* era modelo del género, repertorio de chistes, almacén de sales y ocupación constante de la atención de los lectores y de decenas de redacciones.

El Liberal, al separarse de *El Imparcial*, emprendió una campaña de emulación; se trataba de conquistar la venta; para esto se necesitaban grandes esfuerzos de ingenio y habilidad, se hicieron: mas por fenómeno feliz, él uno ganó lo que merecía sin que el otro perdiera nada. El público, en vez de dejar á *El Imparcial* ó desdén á *El Liberal*... ¡leyó los dos periódicos.

Cavia, desde hace algunos años, es el encargado de mantener en el crédito de su periódico desde uno de los puestos más importantes: el de los sueltos. Digo mal, Cavia pelea en dos sitios á la vez: en la sección de sueltos políticos y en la de cuernos nacionales; él en campo abra el mundo entero. *Sobiquillo*, rival de *Antimatas*, como Francisco del maestro Lagartijo.

..

En rigor, el derecho de votar sólo se gana cuando se sabe lo que se quiere que sea la cosa pública; se debe, yendo se es político. El indiferente que vota yendo todo el año no vuelve a acordarse de la suerte de su país, abusa de un derecho... Bueno; pero todas estas puras idealidades no sirven aquí más que para separarnos de mi asunto. Cavia no medró, hasta ahora, en la prensa á pesar de haberse distinguido mucho hace ya años. No me dirá por eso, porque no es el periodista político, sino el periodista literato; es decir, iba á escribir en los papeles públicos porque tenía algo que expresar, porque encontraba en la pluma su vocación y en su cuerpo el conjunto de necesidades que tanto preocupan á los economistas y á los que no son ricos por su casa. Se podrá decir: ¿es que Cavia es republicano y co- rre, como han pensado los supe-...

Que Cavia es más literato que político, se conoce hasta en sus párrafos de política. ¡Vale! todos los días de política á mil cosas que muchos Diputados no entienden; hay en ellos, al lado de la malicia, del ingenio, cierta inocencia de la política ideal. A veces hacen muy dadas las frases amanzadas y de cajón de mastre de un jornalero de burdo periódico conservador ó mecatzo, que los epigramas filigranados de Cavia, en sus más honda de fete, es lucir el ingenio; no aborrece, ni tiene por qué, al enemigo; á lo sumo, le desprecia. En cambio el otro, el adonino, á fuerza de insignificancia, que para mayor ociosidad y más seguro incógnito no tiene acaudo de estilo que pudiera hacer traidón el difraz, ese, sin necesidad de gramática ni de retórica, sabe calumniar á tiempo, herir al caldo, adular al poderoso. ¡Adular! ¿Cuándo supo Cavia eso?

Ni alabar siquiera apenas. Buscará frase limpia, algo noble, fuera nueva, voz exacta, discreto elogio... ¡muerto perdido! El otro vapulea el diccionario de las alabanzas. *La Correspondencia*, ese mangio de los superlativos encorruados, que tiene consonantes para toda clase de vanidades, y de allí hace caer lluvia de palabras, gordas y acaud, apesadumbrado, y en su lenguaje lo que quiere, macaronismo, poderoso, como quiera, alaba y más alaba, *señor*... de que el paladar más delicado le sabe á cielo la tierra, aunque venga envuelto en la más indigesta prosa.

Si Cavia sigue así, gastando el ingenio en hacer la frías del día, y en aporrear esa novela de costumbres políticas que nadie le agradece, verá pasar sobre su cabeza generaciones de muchachos listos, deshabitados, conculaciones que girarán alrededor de un gran astero invisible, pero que ellos habrán; verá cómo suben docenas de jóvenes que suelen distinguirse por no saber escribir y por aparecer bien que saben hablar.

Pero no le pese. Sea á todo lo político que tiene obligación de ser un ciudadano, pero nada más; no suelte con carteras ni con actas de Diputados, y en cuanto bueneamente pueda, sin ser ingratito ni imprudente, emancípese del periodismo anónimo, sea el quien es, fríne lo que escriba, hable de política si quiere, a su modo, pero no principalmente, sino entre otras inculcas cosas, y conceda atención preferente á las letras, para las que yo creo que ha nacido.

..

Y si cuando esto haga sigue escribiendo en *El Liberal*, emplesé en aprovechar para la literatura verdadera la influencia que su popularidad tiene asegurada á ese periódico.

Si *El Imparcial* y *El Liberal* y *La Correspondencia* (¡párrafo somnoliento!) quisieran (como quieren otros periódicos, aunque pocos) trabajar por el buen gusto, por la justa fama, por la disciplina literaria, mucho podría adelantarse la cultura de este país, que va fagocitando hasta por la imaginación, ¡insultado que, dada su na-

turalidad, era la que más fácilmente podría mantener su decadencia.

Por ahora no pienso en nada de esto Mariano Cavia; culéese mucho, aborrezca la lectura; pero cuando sea más repuesto de los territorios que le han servido en su equilibrio, la salud reconquistada, vuelva al combate como yo le digo: diciendo siempre quién es el que escribe y en la de cuernos nacionales; él en campo abra el mundo entero. *Sobiquillo*, rival de *Antimatas*, como Francisco del maestro Lagartijo.

Clarín

193 La Opinión (Madrid), n. 136.
16 septiembre, 1886.

En la nueva generación que de pocos años acá bulle por los periódicos, hay muchos jóvenes listos, aplicados y modestos, cortantes; pero hay otros, y no son pocos, que no hay quien los aguante: son audaces, presumidos, irrespetuosos, afrancesadillos, habladores y huecos como ellos solos. Han oído que hay muchas reputaciones mal adquiridas en las letras, y sin más que esto, se ponen a despellear y á tratar tú por tú á los mejores literatos; como no tienen criterio y gusto suficiente para distinguir el oro del oropel, no reconocen el metal precioso en ninguna parte y traen del café un escocotismo y una *nonchalance*, como dicen ellos, que apestan. Algunos se meten á políticos ¡allá vayan ellos! y con gran desparpajo insultan, con frases á la *Rochefort*, al Rey ó á la Reina, y desprecian la religión y todo lo tradicional entre una cita de *vandeville* y un trocito de *cante*, ó si les da por ser hombres de orden y de gobierno, se hacen monárquicos y se ríen de la libertad y de la república, y del derecho y la democracia como de antigüallas despreciables, y citan autores nuevos que prohíben el ser liberal. Tocante á personas, desprecian á nuestros más exaltados demócratas diciendo de ellos que están *saramis* y *mandados retirar*.

Pero, on fin, esos son los políticos. Hoy por hoy, éstos no me importan. Hablemos de los literatos.

No escriben largo; nada de libros; dicen que no tienen tiempo para esto (ni tiempo ni editor). Son impresionistas; sorprenden la realidad en la calle y la copian en un dos por tres.

Lo que nunca sorprenden es el castellano.

¡Que manera de escribir! Esa realidad que copian, á lo menor, habla en español; pero ellos ¡Virgen Santísima!

También han oído que se debe despreciar la frase hecha, el giro manoseado, y se dan á inventar y á despreciar lo que ellos llaman *convenciones gramaticales*.

Por lo general escriben semblanzas, cuentos y fantasías. En las semblanzas caen siempre en el poco á que van á dar los que no saben escribirlos, la comparación odiosa.

No saben alabar á un hombre, sino insultando á los demás del oficio; originan en regla absoluta los actos de sus *héroes*, y por este camino acaban poniendo en ridículo al que quieren ensalzar. Pero su fuerte es el cuento.

¡Qué cuentos nos han contado estos muchachos de tres ó cuatro años á esta parte!

Algunos de esos señoritos, los más listos, traducen bonitamente, sin decirlo por supuesto, alguna coquilla de Coppé ó de Guit de Maupassant ó de cualquier otro francés, y ponen toda su originalidad en cambiar los nombres y lugares, diluir el efecto y estropear el lenguaje, que, sin llegar á ser español, deja de ser francés propiamente dicho.

Aquí, si no fuese por no avergonzarse, podría yo citar el nombre de uno de esos cuentistas, de los más fecundos, acompañado de los cuentos que ha *verido* al *vol-a-puk* sin decir este escrito no es mío.

Lo que si haré será advertirle, como se usa con los suscritores morosos, que si no deja ese vicio feo sacará su nombre y apellido á la *pública expectación*.

Otros, si; son originales, originalísimos. De cualquier cosa hacen un cuento..... Les gusta lo vulgar.

Su héroe ó heroína suele ser «un hombre ó una mujer como todos los demás».

Después resulta, sin querer el autor, que no hay nadie que sea así.

Entre estos escritorcillos, los más dignos de atención son los *estilistas*; los que *pintan* con la pluma. Los tales, no necesitan argumento, ni Dios que lo fundé. Nada, nada; color y más color.

Para ser tan *colorados*, lo primero que necesitan es romper con el Diccionario. Y con la gramática y con la lógica. Y rompen también. Rompen con todo.

No se salva más que alguna que otra *francesada*.

Los que citaba antes, los que tienen argumento, suelen empezar por el medio del cuento.

Le encuentran á esto mucha gracia.

Modelos del género: «*¡Pepe se decidió aquella noche.*»

Otro: «*¡Decididamente, la mañana no podía dormir.*»

Otro: «*¡Le estaban esperando, etc., etc., etc.*»

Los coloristas empiezan siempre describiendo el medio ambiente. Como dicen que el castellano está sin hacer, que no sirve para pintar, inventan verbos, adjetivos los sustantivos, traspasan el sentido moral de una palabra ó las cualidades de la materia... todo á la francesa, y como el diablo les da á entender.

Pero el palique se hace largo, el asunto es inagotable y tengo que hablar de otras cosas. Se continuará.

Ahora tengo que hablar de un cuento titulado «Identificación (¡qué raro! ¿eh?), que no es, por cierto, de ninguno de esos jóvenes audaces y coloristas de quienes acabo de decir pases, sino del conocido escritor público D. José Siles, al cual tanto se ha distinguido en los Lunes de *La Epoca*, que también tiene lunes. La identificación del Sr. Siles comienza así: «No transitaba nadie por la calle. Como vigilantes centinelas de las *casas dormidas* (1), los faroles del *gas* se alineaban levantando sus llamas oscilantes á la altura de las primeras ramas de los árboles. Ningún reloj público se oía allí. Tampoco se veía, *siguiera embuido* en el hueco de una puerta, la *nocturna persona del sereno*.» [Qué serenidad!

A mí ahora se me ocurre... un poema de comentarios y otro de dudas... pero los dejo inéditos. Y prosigo... Prosigo con la serenidad imperturbable de una persona nocturna.

«Pero la persistencia del silencio, la falta de *pase*, y esa singular trinidad de la atmósfera en horas próximas á la del alba, eran indicios de que en aquel momento estaba bajo el influjo soñoliento de la madrugada.»

Ni Dios (y VV. dispensen) averigua qué hora era. Era una hora soñolienta; pero cuál, no se sabe.

El parrillito peca por falta de *pase*; quiero decir que no puede pasar.

«La calle era ancha, de edificios modernos, surcada á lo largo por las férreas líneas del tranvía, entonces, por lo *solitarias*, *excepcionalmente* visibles en su extensión toda.»

Excepcionalmente mal.

«Los edificios, no obstante la escasa é *intermitente* claridad, mostraban sus *brillantes* (bastante brillantes, Sr. Siles) de barniz de un barrio nuevo. Con efecto (divino), una de las extremidades de la calle iba á perderse en el campo.»

Con efecto la consecuencia es preciosísima. Se conocía el *barniz de barrio nuevo*... en que la calle iba á perderse en el campo. *Nuevo el barniz*.

Según el Sr. Siles, todos los barrios nuevos van á perderse en el campo.

A las filas de faroles los llama el Sr. Siles «*el hormiguero de oro* que en dos ordenados cordones *atravesaba* la calle.»

Se necesita imaginación para comparar dos filas de faroles con un hormiguero; pero en fin, *pase*; lo que no puede pasar es que los faroles de una calle, que la *largo*, la *largo*, la *atraviesen*. El Sr. Siles, estoy seguro, no sabe lo que es *atravesar*.

«Cualquiera creyó que el hombre aquel era un mendigo con su zurrón al hombro llegando *vergonzosamente* á la corte desde un pueblo inmediato.»

¡Preciosísimo inmediato. Sr. Siles? Y además, ¿por qué se había de creer todo eso al ver á un hombre que venía con un aquito al hombro?

«En realidad su andadura era como de cuerpo cansado.»

«Una valla de madera cercaba el vacío.»

¡El vacío! De modo que si V. entra en lo maravilloso, yo le dejo á V....

(1) El que sube soy yo.

194 Madrid Cómico (Madrid), n. 188, 25 septiembre. 1886.

Por lo que se ve, el Sr. Siles es también un impresionista, pero no como los que antes describía yo á grandes rangos, sino mucho más digno de consideración y respeto. El Sr. Siles *trá lejos*, como dicen ellos. Es capaz de ir á perderse en el campo, gracias á su barniz de barrio nuevo. Quiero esto decir que con la *novedad* y las *brillantes* de un estilo, se llega á cualquier parte.

OLARIN.

PALIQUE

Un Sr. D. Juan Fernández, que no escribe mal, pero que debe de tener muy mal genio y ser en su casa un tirano con grandes berrinches, publica en *El Imparcial* un artículo rabian-do contra Miguel Escalada, que todos sabemos que es un escri-tor muy conocido y muy listo. D. Miguel sabe defenderse y aun atacar, y en esta ocasión, si lo juzga conveniente, responderá con los hitos que ya demostró diez veces. Pero como si sobre él va el chubasco, algo nos moja a los que más o menos hemos sacado a relucir las definiciones de la Academia, por lo que me toca, y además porque quiero y la calle es de todos, voy a echar también mi cuartito a espadas.

El Sr. Fernández quiere defender a la Academia de los cen-sores que en una u otra forma criticamos el *Diccionario de la docta Corporación*, y parece así como que se funda, para decla-rar la impertinencia de tales críticas, en el buen estado de nues-tras relaciones con la América española. La filosofía del señor Fernández viene a ser ésta: si quería que los americanos nos consideren y se arreglen con nosotros, no descreditamos a los académicos actuales que nos representan. Ante todo, Sr. Fernán-dez, muchos de los académicos actuales no tienen nada que ver, ó tienen muy poco, con la última edición del *Dicciona-rio*, y seguro estoy de que los dispartes que entresaca Escalada no son de Castelar, ni de Compositum, ni de Núñez de Arce, ni de M. Pelayo, etc., etc. Todos estamos en el secreto. Pero de

todas maneras, si el *Diccionario* tiene muchos dispartes, y si los tiene, más nos desacredita el solo que acompañado de co-mentarios, los cuales pueden probar a lo menos que hay en Es-paña quien sabe español mejor que los que no lo saben. Si los dispartes fueran pocos, anda con Dios, se podría hacer la vista gorda (y aun así convendría más no hacerla); pero son mu-chos, Sr. Fernández, son muchos. Dice el paladín de la Aca-de-mia que entre tantos cientos de miles de vocablos, algunos tie-nen que ir mal definidos. ¡Pero, señor! si son tantos los que van en el libro por cualquier parte el tomo así, y salta un gazapo. Problemas.

Catedrático.—Bien; justamente ese es mi oficio. Veamos lo que soy yo, según la Academia:

«Catedrático.—El que tiene cátedra para enseñar la facultad á que pertenece.» No es verdad; yo tengo una cátedra, pero no enseño la facultad á que pertenezco, porque pertenezco, v. gr., á la facultad de Derecho, y enseño exclusivamente una asignatura de esa facultad; por ejemplo, Derecho Romano. Un catedrático que enseñara la *facultad* á que perteneciera, reventaría de frío.

Y aproposito de Derecho Romano: el *Diccionario* habla de *novelas*, y se mete a decir que así se llama a «cualquiera de las leyes nuevas de los Emperadores que se añadieron y publi-caron después del *Código de Justiniano*». Todo eso está mal. Verá usted, Sr. Fernández: 1.º Justiniano publicó dos *Códigos*; hace falta decir, por tanto, que se refiere al llamado *Repetita practica*. 2.º Aun así, no habíamos adelantado nada, porque esas novelas no se añadieron al *Código*. 3.º Mucho antes de las no-velas de Justiniano, cuando no había casi de este Emperador, se publicaron muchas novelas de vario. antecesor de Justinia-no con el título de *Novella Constitutiones*. Querrá V. decirnos que los académicos no tienen obligación de saber estas menudencias; pues entonces, ¿para qué se meten en novelas de once varas? Además, el *Diccionario* no sabe que en Alemania hay leyes que se llaman novelas también. Y basta de novelas.

«Carbón de piedra.—Fósil, etc., etc., de color oscuro ó casi negro.» Negro, señor, negro; atávese V.: negro como un car-bón. ¿No es negro el carbón? ¿No hay carbón negro?

«Cana.—Más usado en plural.» ¿Por qué más usado en plu-ral? ¿Qué sabe la Academia? ¿Ha hecho la estadística de las ve-ces que se ha hablado de una cana sola y de varias? La primera cana, una cana al aire, arrícamase esta cana; se la llama que se empleen con tal frecuencia, que es inculcable el número de veces que se habrán usado. ¿Quién la mete á la Academia en tales matemáticas, ni qué falta hacen?

«Club.—Junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina.»

Eso quisiera Cánovas. El club será comunmente clandestino cuando no haya libertad para habérsela, ¿por qué? ¿O es que el *Diccionario* escrito por reaccionarios (y esta es la madre del cordero) sólo sirve para cuando manden los conservadores? Además, si se admite la palabra club, debe ser con su sentido propio, y los clubs no son exclusivamente políticos: ahí están el Velez-club, el Bilis-club y otros.

«Ciclón.—Huracán en el Océano Indico.»

Ya lo oyen los marineros de nuestras costas; cuando les ha-blen de ciclones, riñan y digan: ahí me las den todas. Para el *Diccionario* no hay más ciclones que los del Océano, y eso el *Indico*...

«Cienq.—Lodo blando que forma depósito en ríos, y sobre todo en lagunas.»

«Ese sobre todo vale un mundo. Y lo de no haber cieno más que en los ríos y en las lagunas, vale otro; otro mundo.»

«Levantar la casa.—Mudarse una persona con su familia de un lugar á otro, para residir en él.»

De modo, que el que no tenga familia, aunque tenga casa puesta, no puede levantar la casa. Y el que la levanta, como no sea para residir en otro lugar, como si no la levantara. Yo, por ejemplo, con familia y todo, en vista de que siendo catedrático tengo que enseñar una facultad, y esto es mucho para mí (*sobre todo*, como dice la Academia, en vista del poco sueldo que me dan), decido dejar el oficio y hacerme... cualquier cosa, cómico de la legua, sin residencia fija, v. gr.: Lo primero que se me ocurre es levantar la casa... pero no puedo, porque la Academia me obligaría ir á residir en otro lugar, y eso no me conviene. Claro que las más veces el que levanta la casa se muda y se va á vivir á otro lugar, es decir, no á otro lugar en el sentido de otro pueblo precisamente, como parece indicar la Academia al escribir para residir en él. Y *sobre todo*, el que levanta la casa puede no tener familia.

«Mientras en mi casa estoy, rey me soy.—Refrán que indica que quien está contento con su suerte, no solicita favores ajenos.» Los favores siempre son ajenos, según el *Diccionario*, pues es favor *ajeno*, *ajeno* que se concede á uno. Y yo no me ayudo ni me socorro á mí mismo.

2.º Ese refrán no quiere decir precisamente lo que la Aca-demia asegura que indica.

Y basta por hoy.

El Sr. Fernández insiste en que la campana es una copa boca abajo, y cita en su apoyo muchas autoridades extranjeras. Pues yo le citaré autores diversos que aseguran que «copa es una cam-paña boca arriba. Y todos se engañan; porque las campanas y las copas no dejan de ser lo que son, *esén*, boca arriba ó boca abajo. No parece sino que por decir lo dijo Lidre, ya... boca abajo todo el mundo.

De modo que una campana echada á vuelo, mientras ya boca abajo es campana, y cuando va boca arriba es una copa.

Panza arriba y panza abajo, los dispartes siempre son dis-partes, aunque se traduzcan de cuatro idiomas; la única ventaja que hay en *cas poliglotta* es la de

Y supuesto que dices boberi-te vendrán á entender cuatro nacio-

El Sr. Fernández defiende una mala causa, y si no escribe mal al defenderla, no es esto decir que la defiende bien. Des-preciar á Miguel Escalada por *desconocido* es una puerilidad; Escalada todos sabemos quién es; podrá estar un poco crudo á veces, pero peor sería que estuviese cocido; tal como es, tiene mucha gracia, razón casi siempre en lo que sostiene y muy bien ganada su reputación. *El Imparcial*, con su gran publicidad, da resonancia á los artículos de D. Miguel; pero interés, mérito y cierta autoridad, la tendrán de todas maneras.

Esto, que no podría decirlo Escalada al defenderse, lo digo yo con mucho gusto, y es el principal motivo por que escribo éste deshilvanado artículo. Y ahora, Sr. Fernández, voy á despedirme de V. con una frase que le va á hacer gracia:

¡Adios con la colorada!

(Frase que, según la Academia, se emplea para despedirse.)

CLARÍN.

PALIQUE

A medida que se acerca el aniversario de la muerte de D. Alfonso XII, nótese en la sociedad elegante cierto movimiento, que es para la vida de los salones lo que las flores de almendro para la llegada de la primavera.

Este parafuso no es mío, como comprenderá el discreto lector. Es de un revistero de salones.

[Estos *deidagistas*!]

Cánovas ha formado escuela, y mientras el Sr. Sbarbi se afana en vano por demostrarnos que no se puede decir en español puro «no vale gran cosa» y que si queremos ser patriotas hemos de quitar el *gran* y decir: «no vale cosa», digo que mientras el Sr. Sbarbi se afana en tales *cosas*, el Sr. Cánovas va criando imitadores de su peculiar manera de decir lo que piensa, de modo que el diablo lo lo entienda.

Me quedo sin saber, simpático revistero, qué es lo que pasa en los salones a medida que se acerca la primavera, digo, el aniversario de la muerte de D. Alfonso XII.

Verdad es que también ignoro lo que influyen las flores del almendro en la llegada de la primavera. Yo creía que en la llegada de la primavera influían causas astronómicas y no *almendrológicas*, pero todos los días se aprende algo.

Por ejemplo: si alguien asistió a la sesión en que Ruiz Gómez y Torneo leyeron sendos discursos, ese misero mortal, porque supongo que sería uno solo, habrá aprendido cuál es «la influencia de las costas y de las fronteras en la política y engrandecimiento de los Estados».

Estos sabios son así: no pueden menos de hablar siempre de la influencia, de esto en lo otro.

[Las costas... su influencia... una influencia con costas... una costa con influencias!... Todo eso suena a sabiduría del año cuarenta y tantos, según entonces podía entenderse las costas y las influencias un académico moral y político. No he leído el discurso de Ruiz, ni el de su compañero en costas (Dios me libre); pero apostaría algo a que sacaron a relucir aquello de *titus maris est quatenus iterum fluctus maximus excurrat*, y lo otro de que Grecia debió su prosperidad a lo accidentalmente de sus costas, etc., etc.]

Lo que sé de fijo, porque acabo de leerlo en un periódico, es que Ruiz Gómez, después de elogiar a Posada Herrera, pasó, sin más preámbulos, a decir que España linda por el Norte con el Océano, así como también por Occidente, mientras que al Sur y al Oriente tenemos el Mediterráneo. Verdad es; y en este punto, o mejor, en estos cuatro puntos, que son cardinales, no sé qué puede haberle angustiado el Conde de Toreno a su compadre. El Sr. Ruiz lamentó en el alma que no aprovechásemos esta excepcional posición geográfica en algo útil. Excepcional... excepcional... precisamente, no, señor académico moral y político. Lo excepcional es lo que se separa de una regla o ley, y no hay regla alguna que diga que los países no puedan tener al Norte y al Este un mar y otro al Sur... porque, v. gr., Francia está en el mismo caso, y además, y sobre todo, a tal materia no se puede aplicar ni reglas ni excepciones. Es como si yo dijera que... pero ahora se me ocurre que yo no he leído el discurso de Ruiz Gómez, y que tal vez este señor no dijo excepcional, sino cualquier otra cosa.

Pero de todas maneras, resulta que la Academia de Ciencias morales y políticas debe cerrarse, y cuanto antes mejor, si cuesta algún dinero.

Oigan VV. parte de la lista de sabios que estaban en la Academia el día que Ruiz Gómez y Torneo cambiaron sus impresiones acerca de las costas y de las fronteras: «Presidía el Marqués de Barzanallana (especialidad en medidas para áridos), y honraban la solemnidad con su presencia, o daban más solemnidad al acto (solemne de suyo), los siete u ocho si más sabios de Grecia siguientes: Duque de Tetuán, Conde de Casa Valencia, Visconde (esto va a menos) de Campo Grande (vuelvo a crecer). Debo advertir que este Campo, que parece que tanto terreno tiene, es como la quiscosa aquella que no cabe en un hórreo y cabe en un puño. Barzanallana (D. José). Este no es. Conde ni vice, pero escribe unos artículos de consumos que tienen que leer. Marqueses de la Vega de Armijo y de Molins —no sabía yo que Roca Togores era moral y político,—Conde de Torrealanz, Duque de Mandas, Concha Castañeda, Cos-Gayón y... (bomba final) Martínez Campos».

No dudo que todos esos Condes, Duques y Marqueses habrán estado de acuerdo y hecho señales de asentimiento cuando Ruiz aseguró, bajo su palabra, que España lindaba al Norte con el mar. Unicamente Alonso Martínez habrá puesto sus condiciones para aceptar semejante utopía; no porque a él le importe la rosa de los vientos, sino por mostrar tesón y probar que él es, ante todo un carácter.

[Oh, Martínez Campos! Paso porque el Sr. Sbarbi me prohiba decir gran cosa! a menos de desnaturalizarme, pero que no se me diga que es un galicismo llamar a Martínez Campos el gran Martínez.

Por lo demás, hay arcanos bien profundos en la naturaleza.

¿Por qué será galicismo *gran cosa*?

[Vaya V. a saber!]

Tampoco se puede decir, sin pecar de afrancesado:

«Sabes una cosa? Hay que decir. ¿Sabes qué te digo? Señor Sbarbi, sería una lástima que hombre tan discreto como usted parece, nos estuviera engañando. Hay que soñarse mucho para quitarle al idioma su propio territorio. Lea, lea el Sr. Sbarbi eso de «la influencia de las fronteras» de Ruiz y Vázquez de Queipo.

El Sr. Sbarbi dice que nuestra lengua es rica y que debe atenderse a conservar esta riqueza. Claro; pero no será más rica si a su poder decir «sabes qué te digo» y también *sabes una cosa...* como en efecto se dice? Oiga VV. Sr. Sbarbi: ¿se puede decir

Una cosa es la amistad
y el negocio es otra cosa?

Parece que no, porque V. prohíbe esto: «una cosa es decirlo y otra cosa es hacerlo»; que viene a ser lo mismo, por lo que se refiere al empleo de la palabra *cosa*.

Y sin embargo, Ayala lo dijo... y lo repetimos todos.

Estos señores puristas exagerados saben mucho de palabras viejas... pero no suelen saber derecho interaccional aplicado al lenguaje. Por eso a veces se extralimitan al limitar las fronteras del idioma.

He aquí un buen tema para Ruiz Gómez: o para Torneo cuando los hagan académicos de la Lengua: «Influencia del derecho de extradición en las rectificaciones de fronteras gramaticales».

También sostiene el Sr. Sbarbi que es español afrancesado esto: nada hay más común que el nombre de amigo; pero nada más raro que la *cosa*.

Claro; eso no puede decirse... pero también es verdad que nadie lo dice.

No confundamos, no confundamos.

El caso es que (y no lo cito es que, en esto tiene razón Sbarbi) hay que cerrar las academias de Ciencias, Morales y Políticas.

Por supuesto, y dejar dentro a esos Campos Grandes, Barzanallanas, Torneos y Martínez Campos, con todas sus influencias fronterizas e intercostales.

CLARÍN.

PALIQUE

Hagamos calendarios.
Año nuevo... vida vieja.

Aunque ni buen amigo Talero opina que estamos en un florecimiento científico y literario que no nos merecemos, porque varios hacendados arqueólogos y algunos ratoncillos eruditos nos propinan, á guisa de rapé, menudencias históricas en polvo, algo así como el *folks-lore* de siglos pasados, cómo quise decir colecciones de correspondencia de la Edad Media, yo creo, sin desmayar y sin perder la clase de doctor, que muchas veces no sirven para nada, que no estamos tan floridos ni florecidos como se supone, y que tenemos en esto de *libretos* unas pesimas costumbres secretas y públicas.

Espero, porque no me faltan razones para ello, que en 1887 se publiquen algunos libros buenos; pero tengo la seguridad de que se han de publicar muchísimos malos, de los cuales hablará la prensa más y mejor que de los otros.

En esto ha de parecerse el año 87 al 86 como un huevo á otro huevo. No en vano arraiga una costumbre.

Continuarán escribiendo: Juicios críticos, ó Libros nuevos, ó Impresiones de un lector, ó Bibliografías, las acreditadas iniciales A. B., y C. D., y X. Z., etc., etc., y los no menos corrientes y sabios seudónimos titulados *Uno que lee, Este, Aquél, Cualquiera, Yo, Ego, Fulano, Mengano, etc.*, etc. Otras veces no llevarán firma, ni aun de esa clase, los artículos ó sueltos críticos, lo cual da á entender que la dirección del periódico asume toda la responsabilidad de los hombres.

Se traducirán del francés muchos cuentos *sin conocerse*,
apesar de las traiciones del galicismo.

Se representarán dramas y comedias de autores noveles, que sobre pretender un empleo y pretender la gloria, se deciden por lo último, por ahora, y sin perjuicio. Los acreditados A. B., C. D. y X. Y., y los ilustres *Un espectador*, *Uno de tantos*, *El acomodador*, etc., etc., discutirán en los periódicos el mérito intrínseco y extrínseco de los dramas y comedias estronados, y dilucidarán, quén con grave estilo, quén mediante chanzonetas y retruancos ovíquicos y paronomasias, según el temperamento de cada cual; dilucidarán, digo, el asunto y pellagudo problema de si es verosímil ó no: que la dama sea sobrina de su tío el barba, y si aquel conflicto debió acabar como acabó ó no.

Con este motivo, y aun sin él, se hablará del naturalismo y de si se puede ó no llevar á las tablas, y se le dirá al autor novel, en suma, que lo que es tener genio él lo tiene, pero que el drama no *resulta* (y esta es la madre del cordero, el *resultado*), por culpa de Echegaray, que nos tiene emponzoñados á todos, y gracias que no envenene también las fuentes públicas, yéndose derecho al depósito del Lozoya á disolver allí romanticismo-prístico.

Como se levantan los cipreses sobre los hisopos, se levantará Cañete (¡Cañete, tienes nombre de interjección prohibida!), se levantará Cañete (*cypripedium*) sobre los críticos anónimos é iniciales (*viburnum*), resumiendo al debate y dando sentencia firme que cause estado y haga jurisprudencia, por aquello de *auctoritas rerum perpetuo similiter iudicaturum* (autoridad de las cosas juzgadas perpetuamente del mismo modo).

Señores lectores romanticistas, dispensen ustodes, pero á Cañete hay que hablarle on latín.

Como Cañete no tiene buena salud (y esto lo doloro de todo corazón), y como sobre cualquier cosa—si no la gusta que se diga sobre, como no lo gustaba á Baralt, que habiendo acabado por entregar el idioma español á los franceses—acaba de, ó simplemente de cualquier cosa, escribir columnas y columnas, resulta de todo esto (menos de los parentescos), que Cañete lleva la crítica de las comedias atrasada lo menos un siglo. Ahora ande él á vueltas con los sainetes estrenados hace muchos meses, y como habla de todo, y no deja pasar una rata ni un Pina sin su crítica correspondiente, dentro de poco el trabajo contemporáneo de D. Manuel se va á confundir con los *Orígenes del Teatro Español*, de Morán.

La sincera y escrupulosa atención de D. Manuel en todo bicho dramático hablan en favor de su buena fe, pero tiene sus inconvenientes.

¿Cuántas veces habrá tenido Cafete que hablar de Pina Domínguez? ¿Qué de horóscopos le habrá levantado! (causa de algunos chichones críticos.)

Advierto aquí, antes que Pina se me incomode, que á mí me gustan sus comedias, lo mismo las que son suyas que las que no lo son. Me hacen reír, y esto me basta. Ahora, hablar de ellas es otra cosa.

Volviendo á D. Manuel.

¡Cuántas veces habrá dicho: ¡el Sr. Pina se pierde! ¡El señor Pina se salva! ¡El Sr. Pina sigue ó no sigue la tradición gloriosa de... etc., etc...!

No desespero el ver a Cañete allá por Diciembre de 1887 (1) escribiendo: «El gracioso disparate cómico-lírico-protético, en un acto y en verso, estrenado en Diciembre del año próximo pasado, á sea de 1886, con motivo de celebrar con regios públicos la fiesta de la Natividad del Nuestro Señor, según costumbre añeja, y titulado (el disparate) *Sabaneas al ajo del arriero*, no dejó de estar inspirado en la más sana moral, eterna fuente de bellas perenne, y acusa en su autor un ingenio malante y taururo...» ¡¿Estima que el sabor eminentemente fisiológico, como ahora se dice, del rótulo ó título de la refociliada pieza traslucida á cocina naturalista, do cien leguas. A bien que no es extraño que la impresionable juventud se deje incurrir por el puerilísimo prestigio de las obras de D. José Echegaray y de Emilio Zola, que representan en España y en Francia, respectivamente, el mal gusto dominante y la hedionda escuela, que pretende, aunque en vano, acabar para siempre con los eternos principios de lo bueno, lo bello y lo verdadero. Volviendo ahora á los *Sabaneas al ajo*, etc., etc...»

Estas y otras muchas cosas espero ver en el año de 1887, pero ya indico más arriba que no me cogerán de susto.

Esta protección literaria podría ser mucho más larga, pero, no sé si por influencias del *hipnotismo a distancia*, so me figura vor á Suesio deteniéndome la pluma y diciéndome, como Dios al mar: ¡De ahí no pasarás!... No, no pasarás, por motivos que atañen al ajuste del Ahnanaque. Y, nada, *non plus ultra*, no paso.

Por lo demás, ya estaba en vena y dispuesto á profetizar males sin cuento, como una Casandra del sexo fuerte. Felices pascuas.

CLARIN.

PALIQUE

La Epoca es el diablo. Lo mismo describe una brillante misa de requiem, que un sarao, que una cena en casa de Cheste. De esto se trata ahora.

Mientras el Diccionario sigue con sus disparates y su prurito reaccionario, el Conde, alegre como unas castañuelas, convidó a cenar a los que llama *La Epoca* inmortales, sin letra bastardilla ni nada, como si lo fueran efectivamente y ya no hubiese que discutirlo siquiera.

Dice *La Epoca* que se juntaron los inmortales para «darse alegremente la despedida del año que concluye y la bienvenida por el que avanza».

Amiga *Epoca*, no se puede escribir peor. Se dan la despedida los académicos, es decir, acción recíproca... y el que se va es el año... no lo entiendo.

Y después se dan la bienvenida, como si los que vinieran fuesen ellos, y es el año... que viene... tampoco lo entiendo. Por lo demás, del año que viene no se puede decir que avanza. Vamos, que no se puede decir nada ó casi nada de lo que dice *La Epoca*. Lo demás, todo está bien.

Después llama noble prócer á Pezuela. ¡Prócer, prócer! ¿Pero V. cree que todavía hay próceres en 1886?

Y sigue *La Epoca* hablando mal: «Los concurrentes llevan los nombres más distinguidos que en los cuarenta últimos años han adquirido con sus obras el derecho á gozar el supremo honor de tan codiciado lauro.»

Entendámonos, si podemos: según V., los nombres son los que han adquirido con sus obras... ¿Las obras de los nombres? ¿Qué quiere decir eso? Lo mismo que lo otro del codiciado lauro. ¿Qué lauro es ese? Sigue *La Epoca*, imitando el canto II de la *Ilíada*:

«Molins, el ilustre autor de *Doña Marfa de Molina*... (Pero qué, ¿es Molins el autor de *La prudencia en la mujer*? ¡Yo que creía que era de Tirso!) Cánovas, el historiador insigne de la casa de Austria (y Cánovas reniega de esa historia, que dice que escribió siendo *estudiantil autor*); Tamayo, el poeta dramático de *La bola de nieve* (si no lo fuera también de *El drama nuevo*... lo que es por *La bola de nieve* no se hacía inmortal); F. Guerra, el comentarista y biógrafo de Quevedo (y algo más y mejor, señora *Epoca*); Alarcón, narrador florido de la guerra de África (perdone el Sr. Alarcón, porque *La Epoca* no sabe lo que se *florece*); Casa-Valencia, el atildado historiador de las instituciones británicas (que ahí se estaban sin historia, hasta que llegó Casa-Valencia con sus manos lavadas); Campoamor, el poeta de las *Doloras* (este no es ilustre, por lo visto); Núñez de Arce, el poeta de *Los gritos del combate* (tampoco es ilustre, ni atildado ni nada); Castelar, el tribuno elocuentísimo (milagro); Pidal, el orador fogoso y cristiano (¿cómo y cristiano? ¡Y los demás, no son cristianos?); Catalina (¡atención!), el editor diligente de las preciosas joyas de toda nuestra literatura. (Y entonces, éste, que no es más que editor diligente, conquistó también el codiciado lauro con sus obras? No, con las de los demás, por lo visto. ¡Oh, *Epoca*!

diligentísima y atildada); Riva Palacio, el orador mejicano que en España representa (atención otra vez) al Gobierno republicano del antiguo Imperio de los Moctezumas. ¡El Gobierno republicano de un Imperio! Pero *La Epoca* ¿qué come en casa de Cheste?

Por cierto que ese Sr. Riva Palacio, de la República de Méjico, no debe de estar muy satisfecho de lo que hace el Diccionario de la Academia con los Presidentes de las Repúblicas.

Busquen VV. en el Diccionario la palabra *Presidente*. Allí se dan varias acepciones del vocablo; pero la de Presidente como nombre del jefe de un Estado republicano, no parece. ¿Saben ustedes dónde está? En el Apéndice. La Academia es tan monárquica, que se había olvidado de que en el mundo había Repúblicas con Presidente. Alguno de los republicanos que entraron en la corporación hace poco debió de recordárselo, y allá va el Presidente de la República, como á regañadientes, casi casi en la fe de erratas.

Volvamos á la cena del prócer. Se excusaron de asistir varios académicos, entre ellos el cantor de Pto IX, que resulta ser Tejado; pero en cambio, estaba el egregio Marqués de Cerralbo, que yo no sé qué Doña Marfa de Molina habrá escrito para ser tan egregio. No faltó tampoco un nieto del Conde de Cheste entre los que ya dibujaban para el porvenir (habla *La Epoca*, es claro) esa tradición gloriosa de las letras, que no se acaba nunca, Javier Pezuela, á quien apenas apunta el bozo, y que ya muestra *resuelta inclinación*, así á la poesía como á la pintura. Lo de la pintura ya era de esperar, por aquello de que dibujaba para el porvenir; pero lo de la poesía, siendo cosa tan resuelta, crea V. que es de lamentar.

Parece ser que la cena fué cosa rica; pero bien la pagaron los convidados. El Conde de Cheste les *pronunció* un discurso. Y esto fué nada en comparación de lo que vino después.

Pero no, antes de eso volvamos al principio, siguiendo á *La Epoca*.

El Conde, el prócer, había hecho las invitaciones en una quintilla circular *redactada*—dice *La Epoca*—en los siguientes términos:

De Pascuas el día tercero
á las siete y media, invito...

Usted dispense que le interrumpa, Sr. Conde. Eso es plagio. Moratin lo dijo en *La derrota de los Pedantes*, en unos endecasílabos *redactados en los siguientes términos*:

El día diez y siete del corriente,
á eso de las nueve ó nueve y cuarto,
se reunieron en la sala todos
los señores que estaban convidados.

Pero sigo la broma, es decir, la guindilla:

De Pascua el día tercero
á las siete y media, invito
á todo buen compañero
á comer aquel cordero
por nuestro ritual prescrito.
(¡Con qué pulcritud y esmero
huyó de decir cabrito!)

Y ahora bien, la *Mota del rabo*, ó sea la *Mot de la fin*.

Pero dejó á *La Epoca* toda la responsabilidad de sus palabras:

«La despedida se hizo (qué castizo) regalando el anfitrión á cada uno de los asistentes un ejemplar de *Las* (¡ojo!) *de Las Luisiadas*, traducción del Sr. Conde.

Pues sepa *La Epoca* que eso no es verdad. Porque el poema de Camoens ni se llama *Lusiadas* ni *Las*; se llama en portugués *Os Lusíadas* y en español *Los Lusíadas*. ¡Se enteró usted, *Epoca*? *Los Lusíadas*, como quien dice, los descendientes ó los hijos de Luso (de Luso Lusitano y Lusindos). ¡Se enteró V.! Eso de *Las Lusíadas* debió V. de aprenderlo en una retórica escrita por un catedrático que dice así:

«*Las Lusíadas*, llamadas así porque están dedicadas al Rey Luis...»

Y ni están dedicadas al Rey Luis, ni se llaman así.

¡Oh, *Epoca* ingenua, desprevenida, atildada y rencorosa: cómo chocheas y qué poco sabes!

CLARIN.

Cuando se publique este artículo es posible, aunque no probable, que ya no se hable en Madrid de *La piedad de una Reina*; pero pero que ahora, el día en que escribo, los periódicos de la corte no hablan de otra cosa.

Y sea ó no fiambre, el asunto es de verdadero interés para las letras. Porque, aun dando al asín de alborotador y al de exhibirse, y al de hacer la oposición la parte que en lo sucedido le corresponda, todavía queda bastante para la buena fe, el espíritu de asociación, el sentimiento del derecho y el valor de la propia dignidad, y otras cosas respetables y que merecen estímulo.

Hace pocas semanas se votaba en París la previa censura teatral, y de cuantos escritores de nota hay en Francia, sólo uno, Emilio Zola, se levantó á protestar, publicando en *El Figaro* un artículo y elocuentísimo artículo contra el disparatado voto de una Asamblea republicana y democrática, que consagra la ley que ahoga el derecho antes de nacer.

Emilio Zola podría ofrecer un ejemplo de *civismo-literario*, digámoslo así, á los Alejandro Dumas, Sardou, Augier, etc., etc., que allí se encogen de hombros ante la censura, presentándose el consolador espectáculo de los poetas dramáticos españoles, quien desde Echegaray hasta Santero protestan una y otra vez contra el *previo* Duque de Frías y sus ukases preventivos. El Círculo Literario de la calle de Alcalá se ha portado como quien es, levantándose como un solo... círculo, sin distinción de ingenios, á defender el derecho de los poetas dramáticos.

Un drama no representado es, por lo que toca á su derecho, como un postumo, que antes de nacer ya se ve amparado por las leyes. Sólo que aquí sucede al revés; antes de nacer nuestro postumo, se ve maltratado en nombre de la ley. Ya decía el derecho de Roma, Sr. Duque de Frías, *infans conceptus pro nato habetur quoties de commodis ejus agitur*, lo cual traducido (por si V. E. ha descuidado las humanidades) quiere decir que el infante concebido; el postumo, vamos, el drama no representado, se le tiene por nacido cuando se trata de su provecho. El Sr. Duque lo entendió al revés, y tuvo por nacido el drama no representado, para los efectos de cometer con él un infanticidio, ó mejor, un aborto.

Otros dos latines hay, Sr. Duque, que perjudican á V.; dice el uno que de *interius non judicat ecclesia*, y un drama que todavía no se ha representado; debe ser para V. cosa interior. El otro latín, de derecho también, dice así: *cogitationis panem nemo patitur*, que nadie padece pena por el pensamiento, ó que el pensar no puede castigarse.

Los actos, Sr. Duque, no son tales mientras no consisten en una manifestación externa de la voluntad; los actos pueden ser en derecho lícitos ó ilícitos; pero todos son actos, todos necesitan ser manifestación externa de la voluntad. Los ilícitos pueden ser castigados; pero no hay acto ilícito si la voluntad de conculcar el derecho no se hace externa, no obra sobre el mundo exterior. Un drama, como obra representada, no como libro, no puede hacer daño mientras no se represente; no puede ser instrumento de un delito; es como una pistola descargada, con la cual no puede matarse á nadie... de un tiro. V., Sr. Gobernador, leyó el drama, es un suponer; pero el drama leído es un libro; denunciémoslo V., si se atreve, llévalo á los tribunales; con el drama-libro se puede hacer daño como con la pistola descargada, que puede servir para descabalar á cualquiera; pero así como al que descabalarase á un individuo con una pistola, usándole como garrote, no se le podía acusar de haber herido con arma de fuego, tampoco el drama que V. leyó es el drama disparado, es decir representado. Y ha dado V. el extraño espectáculo de dejar correr lo que ya podía ser objeto de pena, el libro (ó el manuscrito, que para el caso es igual) (1), y se ha ido derecho á lo que no existía siquiera, al drama representado.

Una de las medidas tomadas por los poetas dramáticos para significar su protesta fue... hacer lo mismo que había hecho el Gobernador, prohibir la representación de sus obras respectivas; pero con la diferencia de prohibir esa representación sólo por una noche.

Y con otra diferencia también; la de que los autores tenían derecho para disponer de lo suyo, y el Gobernador no lo tenía para disponer de lo ajeno.

Sin embargo, por un respecto no me pareció bien la determinación de los autores dramáticos; uno de los argumentos que se usó contra el Duque fue el muy atendible de la *disminución de riqueza* que tuviera que experimentar Zapata, el empresario, etc., etc. Pues también los autores de las comedias retiradas perdieron algo, por poco que fuera, con su raso de abnegación en pro del derecho ultrajado. Fue esto como oponerse á la prohibición del trabajo en días festivos... mediante una huelga.

Lo que debió hacer, en mi opinión, alguno de esos dramaturgos fue escribir de prisa y corriendo otro drama ó comedia, en que con leves variaciones se representase lo mismo que en la obra de mi querido Marcos Zapata. Se ensayaba la cosa en un periquete, no se le enviaba el libro al Gobernador, por supuesto, hasta la hora que señala la ley; se representaba *aquello*, no habría novedad (es claro, ¿qué había de haber? aunque fuera estúpido el público); seguía el orden público tranquilo y entregado á los *Katas*, y á ver por dónde salía el Duque.

El argumento podía ser, v. gr., éste: Lugar de la escena, la Palestina. Personajes: una madre; un hijo que tiene á su padre en el Cielo. El hijo se ve perseguido; un traidor le vende, y es condenado á muerte (no el traidor, el hijo) para que no pueda conquistar el reino que se proponía hacer suyo. El Gobernador suspende la representación porque no puede consentir que se saque á escena á las personas reales, aunque sea para alabarlas; él ha visto allí á una madre que tiene á su esposo en el Cielo, que ve perseguido á su hijo por motivo de un reino que es suyo y le disputan, una madre que, apesar de todo, perdona, y es consuelo de los pecadores arrepentidos... ¿pues qué más quiere el Gobernador? Él no puede consentir que se saque á la escena... etc., etc.

[Pero señor; por los clavos de Cristo; si se trata de la Pasión

(1) Es igual, porque el manuscrito pudo ser libro cuando le vió el Gobernador, y la argumentación no cambia por esto ni pierde fuerza.

y Muerte de Jesús! La madre reina es la Reina de los Cielos; su esposo, que está en el Cielo, es el Espíritu Santo; el padre del hijo, que también está en el Cielo, Dios Padre; el reino, el Reino de los Cielos; el traidor, Judas, y la piedad... la piedad de María Santísima...

Ahora, si el trop de cele de nuestros monárquicos se atrevía á ver en todo eso alusiones á las personas reales...

CLARÍN.

PALIQUE

Ya no me maravillo yo (porque estoy cansado de maravillarme y de coger al cielo con las manos) de lo mucho que se escribe en Madrid y de lo mucho que se publica; lo que me pasa y me deja boquiabierto, es que en la capital de España no haya sellos de franqueo. Y de que no los hay no me cabe la menor duda. Recibo todos los días tres ó cuatro tomos de prosa compacta, acompañados de sendas cartas que dicen, punto arriba ó abajo: Muy señor mío: por el correo de hoy remito á V. un volumen (ó dos, ó tres), en que he procurado reflejar, etc., etc... Bueno, adelante, no es esto lo que importa. Ninguna de estas cartas trae sello de Correos y Telégrafos (quince céntimos); todas ellas viajan de gorra y á costa del Estado, que en estos asuntos es lo mismo que decir á costa del contribuyente. No hay carta de librito más ó menos lograda, que no ostente en el sobre el sello del Congreso ó el de algún Ministerio.

Esto me hace creer que en Madrid se han acabado los sellos y que es necesario recurrir á los centros oficiales que gozan de tal franquicia para comunicar con las provincias sin gastar un perro.

En los pueblos más cerriles suele suceder eso de no haber sellos. En un lugar estuve yo donde el estancadero no vendía más que tabaco y papel de fumar. Cuando le hablaban de sellos se encogía de hombros y exclamaba: *¡Fantasía!* Como si no supiera yo que aquí nadie sabe describir. Y no vendía sellos.

En Madrid también hay muchos señores que no saben escribir, aunque ellos crean otra cosa por pura fantasía. Así,

v. gr.: un noticiero decía en un periódico hace días: «Don Fulano andó y desandó el camino tres veces». Este noticiero, que llegado al caso será muy capaz de decir *naduco*, como el del cuento, este noticiero no necesita para nada sellos de franqueo, porque decididamente no sabe escribir.

Pero no cabe negar que en Madrid no falta quien entienda de letra. Es, pues, un desorden imperdonable el no tener sellos á disposición del público. El cual, ya se ve, como se ha metido á novelista del género de los naturales, necesita escribir cartas recomendando la lectura de sus obras á los aficionados.

Afortunadamente, ó mejor dicho por fortuna, todos nuestros escritores, que ya son unos pocos de miles, son diputados, ó senadores, ó empleados en algún Ministerio. Esto explica por qué se escriben tantos libros con tanta prosa. ¿Qué ha de hacer un funcionario público en sus ratos de ocio, ó sea de oficina, sino escribir su novelita? No á todas horas se tiene delante de la mesa á un mismo ciudadano humilde, temeroso y muy comedido, pálido y descompuesto, que viene á pedir con lágrimas en los ojos que se despache un expediente si no se ofende á nadie con ello; no siempre puede el servidor del Estado mandar con cajas destempladas á un misero español que piense ¡jiloso! que porque paga la contribución ya tiene derecho á que le sirvan los empleados que cobran de lo que él paga. Hay ratos de hastío, de tedio mortal, en que no hay nada que hacer, como no sea trabajar (recurso de los desesperados); y en tal situación, ¿qué cosa mejor que escribir una novela moderna, que puede empezar en la calle de la Gorguera, y acabar á la vuelta de la esquina, pero después de 400 páginas de tinta antipática, sin que suceda en todo el libro nada de particular ni grave?

Ahora, hablando con formalidad: Yo no me opongo, porque sería inútil, á que la literatura vaya por esos derroteros de las novelas instantáneas, y á mucha honra; si está de Dios que nos hemos de volver todos tontos de capirote y realistas, sea; cuanto antes mejor.

Pero, señores, no estafemos al Estado. El que quiera recomendar sus libros por medio de *dimisorias breves ó encólicas*, que pague por lo menos tres perros chicos en encañecer las dotes de modestia que adornan su *humilde ensayo*.

Y ustedes, señores diputados; bueno que nos chupen la sangre, en forma de caramelo, á los contribuyentes; pero no protejan ustedes vicios ajenos.

Malo es eso de reglamentar la prostitución. Pero ¡proteger el realismo novelesco naciente! Señores diputados (No voy á pronunciar un discurso); sólo os diré una cosa (Espectación y expectoración): Si con el sello del Congreso que ostenta sobre roja pasta las armas de España, dais hoy franquicia á la tontería en prosa naturalista, mañana cien Suárez Bravos se levantarán á pedirnos otras cinco mil pesetas en nombre del idealismo mestizo. (*Sudrez bravos en las tribunas.*)

CLARÍN.

PALIQUE

Continúa el Sr. Cafete ejerciendo la censura dramática con el celo, inteligencia y lealtad con que siempre lo ha desempeñado, pero sin el haber que por clasificación le correspondería en

las clases pasivas de una república de las letras bien ordenada.

El buen señor está cansado, muy cansado, y ya ni encuentra la variedad necesaria de vocablos para alabar á todos los actores y á todos los autores en tonos distintos. Porque, Sr. Cafete, ó se es ó no se es académico, ó se tiene ó no se tiene estilío; eso de decir que los actores *rayan* á tal ó cual altura, como las aguas de una inundación, y decir siempre lo mismo, que *rayan*... eso pasa de la raya. «Calvo ha rayado en «El Príncipe D. Carlos» á mayor altura que cuantos le han precedido en el desempeño de ese difícil papel.» «Rafael Calvo ha tenido el buen gusto de regalar á sus favorecedores (así se anuncian las pastillas Geraudel).» «Antonio Vico ha dado también muestras de buen gusto...»

Pero señor don Manuel, el español que usted sabe, ¿qué diablos hace usted de él?

¿No hay en el Diccionario más palabras que rayar y dar pruebas de buen gusto? Y luego dice que Vico es tal vez el único de nuestros actores capaz de *representar como es debido* la patriótica figura del héroe de Tarifa. Y después sostiene que ninguno ha llegado adonde Rafael Calvo en el papel del primogénito de Guzmán, y ya se ve el sistema ó la sistema de bombos del señor Cafete; según el nadie ha llegado donde nadie. Hay que figurarse á los actores dando bríncos para coger el cielo con las manos y *rayar* á gran altura.

Y más adelante siguen excediéndose á sí mismos otra porción de actores, que por cierto ya no son Vicos ni Calvos, y también éstos dan á sus parciales el valor y la importancia que les convenga. «¡Pero vaya un modo ramplón de alabar! Un poco más de lirismo, D. Manuel; más fantasía, más calor, como diría uno de nuestros modernistas sin gramática ni falta.»

Para elogiar «El Haz de leña» el Sr. Cafete no encuentra cosa mejor que alabar la justicia con que trata á Felipe II Núñez de Arce, que no incurre en los disparates de Schiller en «D. Carlos.» Pero eso es lo de menos en un drama, Sr. Cafete; si «El Haz de leña» vale mucho, no es porque se le haga justicia al Rey; aun con todo lo que vale, no vale tanto como ese «D. Carlos» de Schiller, á pesar de la calumnia de que V. se escandaliza.

Después habla el crítico de la elevación é integridad que se dejan ver en el modo de concebir y ordenar la fabula... No nos entremetamos; en el modo de ordenar una fabula se pueden dejar ver muchas cosas: talento, habilidad, lógica, instinto dramático, etc., etc., ¡por integridad! ¿Qué tiene que ver la integridad con el modo de ordenar una comedia? ¡Aunque fuera la Trasatlántica...

Sr. Cafete; todo esto no tiene más remedio que la jubilación.

El Sr. Fernández Bremón no trata de libros en sus crónicas... á no ser, cuando le da la gana, hablando con él.

Se corre á la literatura cuando tiene que echar incienso á un amigo ó cuando quiere hacer alarde de su habilidad de diplomático de la mala intención.

Pero se puede tener mala intención y además escribir mal. Sin embargo, no es Bremón de los que más descuidan el lenguaje. Por lo común, no le falta gramática.

Habla Bremón de la primera lectura que dió Emilia Pardo Bazán en el Ateneo. Y se ve claramente que, con la finura del mundo, quiere molestar... á los admiradores de la ilustre dama.

Y él, Bremón, que se queda con la boca abierta ante los *Cuentos rápidos* (ni vistos ni oídos en efecto), de Fernánfor, su Píadas, dice que D.^a Emilia es una señora gallega, distinguida por su cuna y por su talento.

Y dice Bremón: «Autora de novelas (noticia fresca), y de estudios literarios más estimables aún, la Sra. Pardo de Bazán es una escritora (claro), de gran ilustración, memoria prodigiosa y conversación siempre erudita.» Se vela mala intención y la mala gramática. Si Emilia Pardo fuese de conversación *siempre* erudita, no habría dios (dios chico) que la aguantara; además, la erudición verdadera se hace mejor en los libros que en las conversaciones, y así sucede con la de esta señora. Por otra parte, no se sabe si Bremón querría decir que los *estudios literarios* son, en general, más estimables que las novelas, absurdo viejo ó virginidad absurda; ó si quiere dar á entender, y esto es lo probable, que los estudios literarios de esta señora son *más estimables* que sus novelas. Vamos, que á Bremón no le gustan las *estimables* novelas de esta dama.

Bremón tiene el cuidado de advertir que D.^a Emilia va á leer su trabajo en *tres distintas* sesiones. Sin duda; si son tres tienen que ser distintas.

Sigue:

«El sexo de la lectora (¡Dios mío, el sexo de la lectora! ¡apostaríamos que era el femenino!), la bondad de su estilo, su voz y su entonación produjeron muy buena impresión en aquel auditorio respetable...»

Así, arriba Calino. ¿Conque el sexo de la lectora produjo buena impresión? ¡De modo que contribuyó al buen éxito eso que la lectora resultase hembra! Por eso, tal vez, D.^a Emilia se presentaba serena. Si resulta, se diría, que siendo lectora la del sexo débil la impresión sería buena; ¡pues resultará! ¡Oh Sr. Bretón! y es usted el autor de aquellos graciosos y correctos *romances de ciego*, y de aquellas fabulillas en que yo y otros como yo salíamos en figura de insectos?

También dice Bremón, gratuitamente, que D.^a Emilia se encuentra más en su centro en el Ateneo que en su casa, y que las señoras extreman siempre sus afectos (vaya un aforismo, ¡conque todas las señoras extreman sus afectos! ¡pruébelo V. ¡Y por qué las señoras y no las mujeres en general!); y la consecuencia que asica Bremón es que D.^a Emilia extrema su pasión por la literatura. Sigue lo gratuito.

Tal vez todo lo anterior se explique por esto otro: «Hay que callarse en su presencia cuando recuerda textos, autores, ó noticias de libros raros y curiosos.»

Tal vez Bremón tuvo que callar en su presencia y quiso desquitarse después, diciendo esas cosas cuando ella no estaba delante.

CLARÍN.

201 Madrid Cómico (Madrid), n. 219, 30 abril, 1887.

Hace algún tiempo tuve el honor de advertirle al amigo (de sus amigos) *Fernanfior*, que se había equivocado en no recordar qué materia de gramática ó de retórica y poética; en fin, ¡ello era cosa de primera ó segunda enseñanza.

Y *Fernanfior*, con una humildad que no se usa mucho en estos tiempos, no sólo admitió la lección, sino que me dió un recibo de ella en los términos más comedidos que pueden usarse.

De gusto tratar con escritores así. Tanto, que agradecido á la cortesía de mi estimado colega, voy á permitirle hacerle notar otros descuidillos de redacción, seguro de que tampoco ahora se ha de incomodar. El no contesta yo con su buen carácter, ya me guardaría de irle con impertinencias. Porque sé que él no considera tales estas amistosas observaciones... me atrevo á dirigírselas.

Dice *Fernanfior* en una crónica: «No debe contarse entre los incrédulos las damas madrileñas. Falta una á: *las damas* quiso V. decir, ¿verdad?»

Y sigue: «Estas (las damas) han terminado ya de recogerse». Eso no es español; demasiado lo sabe *Fernanfior*. Ni es español ni puede ser errata. Terminar *da*, no se puede decir, á no ser que se quiera romper por todo. Y de fijo, no es este el propósito de *Fernanfior*.

Y sigue: «Unos y otros (tenorios y pollos fulminantes) vienen á sus enamoradas (¿qué es eso?) cruzar con los ojos bajos, los brazos cruzados (esto es un calvario); y entre los guantes el libro de oraciones... (vulgo devocionario.) Vamos á cuentas. *Fernanfior*, que es tan modesto y tan sincero, reconocerá sin dificultad que eso que dice, no puede ser. Al afirmar que las *enamoradas* llevan el libro entre los guantes, quiere decir que lo llevan entre las manos. ¿Quedamos en esto? Creo que sí; se refiere, sin duda, á los guantes de que van calzadas las manos. Pues entonces, ¿cómo pueden llevar el libro entre los guantes, entre las manos, y al mismo tiempo llevar los brazos cruzados? Póngase *Fernanfior* los guantes, si no los tiene puestos; cruce los brazos; y ahora pruebe á coger un libro entre las manos ó los guantes. Imposible.

Sigue: «Entre los guantes el libro de oraciones, piensan que han sido olvidados para siempre; y median entrepocos suicidios. Por fortuna, las doncellas... doncellas... ¿Qué son doncellas respectivas? ¿Las doncellas respectivas á quién, ó á qué, ó de qué, ó de quién? Hay doncellas de labor, doncellas en cabellos, pero la doncella respectiva no la conozco. Suponiendo lo mejor, esas doncellas eran de los tenorios y pollos. ¡Aburdo immoral!

Y sigue: «Palabras tan consoladoras son recompensadas siempre desde cinco pesetas á cinco duros».

Tampoco esto es castellano. *Fernanfior* quiso decir algo que no dijo. Estoy seguro de que en volviendo á leer la frase, él mismo nota que está mal.

Y nada más por hoy. Ya que es tan modesto, que llega al punto de agradecer las lecciones de Gramática; yo, que agradezco la modestia y la humildad sobre todas las cosas, me ofrezco con mucho gusto á hacerle notar sus errores de pluma siempre que caiga en mis manos algún escrito suyo. Sé que si ha pasado un año sin que repitiera esto que le ofrezco obra de caridad; ha sido porque en tanto tiempo no he vuelto á ver letra suya. Hoy por casualidad he topado con el artículo culillo de *Fernanfior*, lo he mirado por alto, y así, al volverlo, me he permitido cazar esos funares graciosos, como dice Bremón.

Otro día serán más.

Pero de todos modos, no hay de qué dárslas, y oro molido que fuere.

Y mandar.

Porque, lo que dice D. Pedro I en el Zapatero y el Rey, segunda parte:

Que no has de aventajarme á generoso

Posdata.—Escrito lo anterior, y cuando ya iba á firmar, leo en el prólogo que V. ha escrito para un libro de Enrique Sepúlveda, algo que pueda explicar los *señalitos* que dejó señalados y otros en que V. puede haber incurrido. Es el caso, que según *Fernanfior* ahora hay en España una nueva escuela de literatos jóvenes, valientes (diablo de chicos), que están haciendo una revolución en el lenguaje, poniéndolo en estado de servir, como si dijéramos, para un tregado y para un barrido; y los tales muchachos para conseguir su propósito de hacer el castellano pintoresco, nervioso, ligero, conciso, etc., etc., proceden de mil cosas, y según el prologuista, hasta de la Gramática...

¿Quiere V. también ser joven y hacer revoluciones de esas, y para conseguirlo prescindir también de la Gramática? En tal caso, dispensa V., y como si no hubiéramos dicho nada. ¿Conque abajo la Gramática? Pues, ¡abajo! ¡Y abajo los consumos! ¡Y viva la Popal...! Somos el demonio, hombre.

Vea V. lo que son las cosas: en Inglaterra y en Francia hay gente muy lista que ya no sabe lo que ha de inventar para crear escuelas literarias originales; con decirles y gustos inauditos. En Londres prosperan los enemigos del cant, los estatísticos, de los cuales hace una pintura satírica muy graciosa y profunda el insigne autor de *Miss Brown*; prosperan los Baconianos, partidarios de la idea extravagante de que no hubo más Shakespeare que el Canciller Bacon; prosperan los idolátras de Shelley, etc., etc. En Francia tenemos decadentistas; simbolistas, etc., etc., y todos esos señores que tanto discurren no han dado con la novedad más original y exótica... la de escribir sin Gramática; que es como patinar sin patines ó tocar el piano sin piano (y no digo el violón sin violón, porque esto sí se puede).

¡Qué courrencia! escribir despreciando la Gramática, y esto por vía de innovación y refinamiento...

Repito que son VV. el diablo.

No y que la escuela cunde.

Ahí está Bremón, tan formal, tan alegórico, tan reaccionario, tan preocupado con los negocios de la Puerta y con las salidas y entradas de los Obispos; ahí está Bremón, el más ilustre de nuestros Fernández, metido también en *antiquarismos* y escribiendo en un artículo titulado «Bemgongia», prácticas la palabra *pretenciosa*, que é él podrá parecerle española, pero que no lo es, ni puede serlo. Lo que no saben los *antiquaristas* es que ya tienen jefe hace mucho tiempo, y hasta su *señal* correspondiente.

Sí, señores; Luna, seas.

CLARÍN.

Como días pasados he hecho un descubrimiento y de él estoy orgulloso, no quiero perder la pista y, con permiso de VV., le siga los pasos a la flamante escuela literaria de los antigramaticistas, o excéntricos gramaticales, o como VV. quieran llamarla.

Ya he dicho que, hasta ahora, el jefe parece ser *Fernanflor*.

En este momento recuerdo que no es eso precisamente lo que dejé escrito en artículo anterior; pero en fin, no importa: retiro lo que haya dicho, que no sé a punto fijo lo que fué, y repito que el jefe de los reformadores parece ser *Fernanflor*.

Otros creerán que puede disputarle el mando Bremón, pero no hay tal, porque este ilustre Fernández, si bien alguna vez se desvía de la gramática corriente, no lo hace a menudo ni de buena gana.

Quien podría proclamarse el Ruiz Zorrilla de la escuela por lo de jefe y por lo de emigrado, es el Sr. D. Ernesto García Ladevèse (La de-ve-se, no La-de-vase, que eso ya sería otra cosa y... puente de plata).

Se ha hablado mucho del pan negro de la emigración y no se ha dicho nada de la literatura negra de la emigración.

Entendámonos, llamo yo aquí literatos emigrados a los corresponsales españoles que algunos periódicos madrileños tienen en París. ¡Qué cosas dicen esos expatriados! Uno viene a enterarnos de quién es Alfonso Daudet y nos manda esperar un poquito para darle tiempo a decirnos quién son Guncourt, Zola, Bourget y otros desconocidos que, según él, no merecen un artículo entero como el autor de Saffo.

¡Señor, no tanto tonol! Ya se sabe que aquí estamos en las Batuecas, pero algo se lee; y además, no olviden los corresponsales que a ellos puede sucederles lo que al Sha de Persia, que cuando sale con destino al extranjero lleva entre las suelas de los zapatos (según dicen) tierra de su país. Puede que el corresponsal lleve siempre entre suela y calcetín algunos terrones de las Batuecas, que es como llevar la ceniza en la frente, sólo que es todo lo contrario.

Otro corresponsal nos predice, como la Carmenta de Renan, cual va a ser el lenguaje universal dentro de poco; pero no anuncia que será el latín, ni siquiera el volapuck; no, dice que va a ser el francés.

Como en VV. consistiera, puede.

Y si no ahí está el Sr. Ladevèse, que es de quien yo quería hablar, el cual casa los galicismos con una fresca pasmosa y los luce como artículo de París para darnos envidia a los rezagados de la moda.

La palabra absurda por lo internacional de que más abusa es *banalidad*. ¡Por San Ernesto, santo serio, según la etimología teutona de su nombre, o si no por los clavos de Cristo, cosa muy seria también: Sr. Ladevèse, ¿por qué dice V. *banalidad*? Lo que V. quiere decir es vulgaridad, está claro; pues dígalos V., por Dios. Vulgaridad, vulgaridad; repare V. que suena perfectamente.

Pero si V. es hombre de tesón en estas materias, transija por lo menos... y no escriba banalidad con b. En castellano, ¿de dónde puede venir esa b? De ninguna parte. Escriba V. vanalidad, y siempre será un adofesio, pero los incautos podrán creer que viene de vano, vanidad, y vamos viviendo.

Volviendo al país, diré a VV. que he vuelto a ver letra de

Fernanflor. Cosa rica. Comienza el artículo que he leído de esta guisa (o desaguado):

«Has de saber que para setiembre de 1888, si antes no vienes, tendrás ocasión de venir a esta corte.» Reparen VV. en la filosofía del inciso, que dice: *si antes no vienes*. Es decir, que si la prima con quien habla Fernanflor viene a la corte en 1887, ya no tendrá ocasión de venir en 1888. ¿Y si se ha vuelto a marchar, amigo?

Y sigue, y esto es gordo y muy de la escuela:

«En una Exposición madrileña las mujeres de Madrid es lo más interesante.» Sujeto, mujeres, verbo *es*, concordancia fuertista. Y no cabe que sea errata. Después dice que las provincianas tienen atractivos más estrepitosos. ¿Qué quiere decir estrepitosos, Sr. Fernanflor? ¿Como no sean mujeres de artillería?

Más adelante escribe que la mujer es «fábrica de amor.» ¡Qué dirán los idealistas y los timoratos!

Luego habla de los que no son madrileños y de «sus patrias respectivas.» Esto es, que cada cual tiene, por lo menos, dos patrias... respectivamente, eso sí, y para poner las cosas en claro.

Asegura más abajo que los actores beneficiados reciben «objetos y artículos.» Por donde se ve que los artículos no son objetos. ¡Pero, señor, si por ser... hasta son objetos los artículos... sin gramática!

«Otros regalan porque no se diga que deja de regalar siendo autor.»

Otros regalan, plural, en concordancia con deja y autor, singular. Esto sí que es ser provinciano (vizeafno).

«La sociedad aristocrática y financiera.»

Todas las sociedades en donde hay hacienda son *financieros*, como V. dice con un galicismo tan innecesario como corriente. Quiere decir *Fernanflor* la sociedad de los banqueros.

Pero una cosa es la banca y otra *les finances*. Pregúntelo usted a cualquiera... que lo sepa.

Tampoco sabe *Fernanflor* lo que significa suplir. Porque dice que el actor que no conoce los personajes y las pasiones que debe interpretar «tiene que suplir con su reflexión, etc. el *desconocimiento* de los personajes y las pasiones.» Lo que tendrá que suplir será el conocimiento que le falta, no el desconocimiento que le sobra.

Se suple lo que no hay, no lo que hay. Hasta el Diccionario de la Academia sabe eso, pues dice: «Suplir: cumplir o integrar lo que falta en una cosa.» Y no insisto, porque sería ofender la discreción de *Fernanflor* y de sus admiradores.

Y basta por hoy. Queda demostrado que la escuela de los excéntricos gramaticales sigue su camino.

Fernanflor se disculpa de sus galicismos y barbarismos diciendo que escribe muy de prisa.

Esa no es razón suficiente. Por mucho que V. corra, más corre la gramática, que ahí se está desde antes que V. naciera; y si V. se la mete en la cabeza, la puede llevar consigo aunque viaje en globo.

Y en último caso, queda el recurso de no precipitarse.

Porque, como *Fernanflor* dice, hablando de Zorrilla y de Valero: «¿Qué diablos, es tan seguro que habéis de obtener la inmortalidad que no debéis precipitaros!»

CLARÍN.

PALIQUE

Habrán ustedes observado que la última moda *dernier cri*, como dicen en París ahora, y dirá dentro de algunas semanas *La Epoca*, es meterse cada cual donde no le llaman y en lo que no entiende. Así el tono del *Faubourg*, en París, consiste en disfrazarse la aristocracia y salir á las tablas Condesas y Duquesas, Príncipes y Barones á representar comedias y cantas óperas como Dios les da á entender. Se habla mucho de *Mme. Madame* de Guerne, Condesa, que á pesar de ser de sangre azul, sangre Orleans, canta que se las pela, y podría ser una Malibrán, en opinión del mismísimo Gounod. Lo más raro no es que esta señora tenga tales aptitudes para el teatro y para el canto, sino que se haya averiguado que descende del famoso Gengis-Kan. Mucho descender es eso. Yo he visto en Sandoval, el historiador de Carlos V, la lista de los antepasados del Emperador que, pasando por Felipe, Maximiliano, etc. etc, llegaba á Noé, y según remontándose sobre el incidente del diluvio hasta el padre Adán en persona.

Es de temer que lo de Gengis-Kan sea también una exageración genealógica, pero de todos modos, parece que lo cierto es que esa señora Guerne canta muy bien, y Gounod le ha ofrecido escribir una ópera si ella quiere hacerse cantarina de profesión. Bueno; pero por una *Mme. Guerne*, ¿cuántas damas de la aristocracia habrá que declamen y canten *poor qué* nuestras tipes de zarzuela, que son lo último en materia de comparaciones odiosas? Si á la aristocracia rica le da por hacerse alabar sus comedias caseras, ya veo yo que nuestros críticos de teatro nos van á volver locos elogiando las comedias de salón.

Y es más: puede llegar el caso de que Cánovas, por probar de todo, y por hombrarse con Vico y acercarse á una chica guapa que le haya dado calabazas, se dedique al canto fino y á poner en escena el *Pastor Fido*, con música de Chueca, ó el *Aminta*, convertido en zarzuela por Cañete, el autor de *Beltrán* y la *Pompadour*.

Y es cosa de figurarse ya á *La Epoca*, diciendo: «En el lindísimo teatro *pour rire* que la Duquesa del Vericuetto ha erigido en su hotel de la Castellana, el Sr. Cánovas ha representado la graciosa pantomima titulada *Dafnis y Cloe*, reservándose, como era natural, el papel de varón; ya todos los periódicos principales del extranjero se hacen lenguas del arte que desplegó el que es, sin duda alguna, nuestro primer hombre de Estado, al traducir en hechos las dulces zozobras del incauto adolescente rústico que se ve iniciado en los encantos del amor plástico y propiamente escultórico. Sabido es de todos los que en Europa entienden algo de estética, la predilección con que el Sr. Cánovas ama la escultura (¡oh arte feliz!) sobre todas sus hermanas; pues bien, el Sr. Cánovas parecía un Adonis de una corrección y gracia adorables al representar los momentos más críticos y trascendentales de la interesante fábula en que nuestros lectores saben que consiste la pastoril invención del inmortal *Longus* (*Longus* diría *La Epoca*)...»

Por ahora D. Antonio no se ha atrevido á pisar las tablas; pero la aristocracia española, madrileña, diré mejor, se apresura á copiar, con la espontaneidad que la caracteriza, el nuevo capricho del Faubourg parisien, y ahí tienen VV. á los descendientes de nuestros primeros reconquistadores, interpretando juguetes cómicos de mi buen amigo Blasco, y gr. No es esto lo peor (más diré, esto ni siquiera es malo, por lo menos á mí no me importa), lo peor es que escritores de alguna importancia que se atreven á juzgar á Echegaray, y á Dios que baje, y á tratar de tú al *Syrism Corda* si es dramaturgo, consagran artículos enteros á las comedias caseras, siquiera sean de la señora Duquesa de la Torre.

Así como á un historiador de las gestas y faetonas de la aristocracia le parecería indigna tarea la de estudiar seriamente las falsas genealogías de los personajes de pura invención de un drama romántico, por ejemplo; á un crítico de teatros verdaderos debe parecerle cosa baladí la crítica de las habilidades escénicas de la aristocracia.

Pero no sabe uno lo que es peor. Porque si *no* nos gusta ver al simpático revistero y notable crítico Fernández Flórez metido en esas pequeñeces de salón, menos nos gusta verle escribiendo de pintura con el castellano del tenor siguiente:

«Este cuadro podría pasarse de figuras.»

¿Qué quiere decir en el español de nuestros mayores, ni aun en el nuestro, con ser tan malo, eso de que un cuadro *podría pasarse de figuras*?

En francés ya sé lo que eso significa, pero en español no; para manifestar que tal cuadro no necesitaba figuras, que podría pasar sin ellas, no se dice que «podría pasarse de figuras.»

Cuando se escribe así se entiende uno con los compatriotas por medio de intérprete. De otro modo se hace imposible el comercio de las ideas que tantos bienes ha producido y sigue produciendo á la humanidad parlante.

Lector pío, ¿á que te habrías figurado que te iba á hablar hoy del discurso de Cánovas en la Academia de Bellas Artes?

¡Ah goloso!

No; esa miel hiblea, como diría Jove y Hevia, para otro día.

¡Pero lo que figura ese figurón de Cánovas!

¡No podría *pasarse de tantas* figuras, como el cuadro de marra?

Ya no le falta más que hacerse pegar en una colección de sellos.

CLARÍN.

204 Madrid Cómico (Madrid), n. 228, 2 julio, 1887.

No sé si sabrán VV. que ha fracasado, ó va á fracasar, el proyecto de información agraria. Es más; ni siquiera sé si ustedes sabían de ese proyecto.

Pues sí; lo había, y era malito.

Yo desde que lo ví aparecer en forma de Comisión (que es

como se crían aquí todas las cosas), me dije: este proyecto no es viable.

No lo es, porque se ha nombrado una Comisión, y no están en ella, ni como vocales, ni como suplentes suspositores siguientes, los Sres. D. Modesto Pando y González y D. Jesús Fernández y Valle, (digo, no, al revés; al revés tampoco; en fin, como sea).

Pero todavía concibo, con un gran esfuerzo de imaginación, que se haga algún esfuerzo colectivo sin la poderosa iniciativa de esos dos caballeros particulares y generales.

Más diré; acaso llegue á ser un hecho el centenario del famoso Mártir de Santa Cruz, sin necesidad de que lo prohiba, ó prohíba D. Modesto Pando... Ya á propósito de este centenario; un amigo mío, que anda á casa de hechos sociológicos para escribir un Manual del perfecto político positivista, me decía días atrás:

— ¡Estoy en camino de encontrar una luz histórica!

A saber: en España, por su apego á la religión de nuestros mayores y á la antigua nobleza, no se celebran más centenarios que los de los Marqueses de Santa Cruz; hace meses, el de Navia Osorio, Marqués de Santa Cruz de Mercedado; ahora el de Bazán, Marqués de Santa Cruz.

Así se escribe la sociología.

Pero vengamos á Cánovas, que era donde yo quería venir, á quien se van al fin y al cabo todas las cosas.

Como los ríos en vólez corrida

se llevan á la mar....

Y digo; que de lo que no cabía prescindir era de la presencia de nuestro ilustre Presidente (yo le llamo así porque, más ó menos, á todos nos preside en alguna parte).

¿A quién se le ocurre emprender una información, sea por mar ó por tierra, estando Cánovas fuera?

Además, ¿están VV. seguros de que la cosecha se pierda? Iría á perderse, no lo niego; pero eso sería antes, cuando Cánovas no había sacado, á novenas un par de libros como dos chaparrones, capaces de hacer volver capuchinos de bronce si fuera necesario.

Uno de esos libros, ya se sabe, son sus posesías, cuya publicación, al decir de un redactor de cierto vetusto periódico conservador, va á retrasar en unos cuantos años la vuelta de su partido al poder.

Pero de las posesías de Cánovas ya no hay que hablar.

El otro libro se titula *Artes y letras*, y juro á VV. que es cosa buena. No ocurrirá á los habituales lectores del *Madrid Cómico* (ni siquiera á los que no tengan la buena costumbre de leerlo), no ocurrirá á nadie que de este libro *Artes y letras* pienso yo sacar el mayor jugo que pueda para mi segunda parte del estudio que titulo *Cánovas y su tiempo*, y tengo en publicación. Pero sin *desflorear*, como Cánovas diría, el asunto, y quedándome en el *propósito*, que diría Cánovas también, voy á decir algo de lo portada y de las primeras páginas:

«*Leo: 'Artes y letras', por D. A. Cánovas del Castillo.*» (A primera vista parece que Cánovas es el inventor de las letras y de las Artes). No está inventar; pero ya verán ustedes lo que es: Director de la Real Academia de la Historia; Individuo de número de la Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y de la de Bellas Artes de San Fernando; hasta aquí se le consideraba como primo del reino; ahora pasamos al extranjero; Socio de la Academia Real de Ciencias, Letras y Artes de Bélgica, en la clase de letras (miren ustedes dónde fué á dar el buen señor con sus buenos *letrados*), y de la de Ciencias de Lisboa (no le faltaba más que ser portugués d'aquende á allende os mares, como el Raposo de *A Reliquia*, última novela de Eça de Queiroz); individuo en la clase de *preminentes* de la Real Academia sevillana de Buenas Letras. (Aquí ha vuelto al seno de la patria Cánovas, pero en clase de preminente; como quien dice, que no cabe por la puerta de las *Buenas de Sevilla*). Correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras en Barcelona (aquí ya *hoy* don Antonio en categoría y Académico honorario de la de Derecho de la misma ciudad, bah, bah; eso lo es cualquiera). Socio honorario de varias Sociedades Económicas de Amigos del País, etc., etc.).

Como VV. ven; esto acabó en punta.

El primer trabajo, como él los llama, de los que contiene el volumen, se titula: «*De las circunstancias que han de concurrir en los asuntos que tratan las Bellas Artes, dadas sus distintas y peculiares condiciones.*»

Este es el discurso leído en la Academia de San Fernando, discurso que fué el pismo de todos los seños emporos, según *La Esfera*, antes de que el corco pudiera llevarlo á las honteras.

Bueno; pues en ese título, rótulo ó lo que sea, que recuerda la *Lenta pero continua decadencia* de Jove y Heriva, por lo lar-

go, hay más disparates que palabras. En este discurso, que podría llamarse el de las *circunstancias*, Cánovas no habla de las circunstancias, sino de las *propiedades* de los asuntos; las circunstancias son otra cosa; aun admitiendo en la palabra toda la extensión de significado que le da el uso vulgar, y sin pretensiones de científico, no cabe admitir que puedan llamarse *circunstancias* de un objeto sus propiedades esenciales. «... en los asuntos que tratan las Bellas Artes, dadas sus distintas y peculiares condiciones.» Una antilogía en el título de un discurso, es imperdonable.

«De quién son las condiciones, de los asuntos ó de las Artes?» ¿Y cómo pueden ser las condiciones peculiares y distintas? ¿O sobra el peculiar, después de decir distintas, ó hay que entender que el adjetivo peculiar se refiere á la colectividad; peculiares de todas estas condiciones, ó peculiares de las Artes (según la que sea) en oposición á otros asuntos, á otra historia; pero en este caso hay antinomia entre distintas y peculiares. De todos modos, un lío, por no escribir bien... Por último; en las Artes, los asuntos pueden ser los mismos, las mismas veces; lo distinto, es el modo de tratar los asuntos, y lo diferente el objeto, que es lo que quiere decir Cánovas donde dice asunto. Pero decir asunto por objeto, es una falta de propiedad.

Y empieza. Señores: no traigo aquí otro título que el de aficionado á las Bellas Artes (modestia tan falsa como inoportuna, porque hace suponer que los Académicos eligen á meros aficionados, lo cual sería absurdo), y bien podéis recelar que ni éste me sirva siquiera, por el largo plazo (esto no es un plazo, señores) transcurrido entre el día de hoy y el de mi elección. (Qué afán de decirlo todo al revés; el plazo, como usted le llama, transcurrió entre el día de la elección y el de hoy, porque el tiempo, señor mío, va hacia adelante, no como usted, que cada día da un pasito atrás y cada vez es más reaccionario y escribe peor.) Y ahora fíjense VV. en la consecuencia que saca Cánovas; recelarán que ya no tiene ningún título por el largo plazo transcurrido... ¡No se entienda! Y digo: ¿que á los que las profesan, conciosos les sobran para patentizar sus merecimientos...? ¿A los que profesan qué?

«Las elecciones? No, las Artes... que quedan cinco renglones más arriba. Después, para probar la consecuencia que sacó más arriba, dice que el aficionado, para demostrar que lo es, necesita acudir corriendo á tomar posesión del sillón académico si se lo ofrecen. Eso será... el aficionado... á ser Académico; no el aficionado á las Artes, que bien puede mandar á paseo todas las Academias del mundo. Pero, es claro, la afición de Cánovas ya se sabe cual es.

Sigue como siempre trabajando en la obra mayor de dejar á la posteridad su autobiografía, y dice que fué á Roma con un cargo diplomático y allí se convirtió poco á poco en un pensionado más.

¡Cánovas!—dijo VV.—¿También eso? ¿También cabrá Cánovas del presupuesto, en cuanto escultor y pintor? No, no señores; es que, como siempre, ha hablado mal. «Lo cual quiere decir que pasó más días recorriendo Museos, etc., etc.» Pero hombre, eso lo hacen muchos, y no por eso se llaman pensionados. ¿O no concite Cánovas tanta afición al arte... sin una pensioncilla?

Después dice Cánovas que el elasicismo echa en él «*inextinguibles raíces*...» y eso es otra... impropiedad. Porque inextinguible viene de extirpar, y extirpar de ex y estirpe, y estirpe (*stirps*) no es «la raíz y el tronco de un linaje», como dice el Diccionario, sino que la estirpe sale de la raíz, y por consiguiente, las raíces son lo único á lo que no puede aplicarse este de inextinguible. ¡El día de errar!

Y basta por hoy. Conste que no he pasado de la página 5. Este Cánovas es un abismo de solecismos y barbarismos. ¿A qué llamará él *haber castellano*?

Yo confieso que no puedo tragar sus literaturas.

Muchos amigos sinceros me dicen que estoy apasionado en contra; que alulto los defectos del monstruo. ¿Que abultó? No parece sino que estos bultos y chichones se los levanto yo al arte de bien decir.

Un ilustrado Académico, ilustre do verdad, me escribía hace pocas semanas habiéndome (en retirada) por D. Antonio, y me decía, palabra arriba á abajo:

«Pues mire V. Cánovas ha escrito un artículo muy importante acerca de la batalla de Rocroy.

Si escribirle; le crece capaz, no sólo de describir una batalla, sino hasta de perderla. ¡Cualquier cosa menos dar pie con Lola, en materia de corrección y propiedad!

Todo lo cual no quita que yo insistiera en asegurar que la información agraria fracasó ó fracasará, por no haberle guardado á él, que tiene las llaves de todo.

CLAREN.

PALIQUE

MONÓLOGO EN FORMA DE DIÁLOGO (AUNQUE PARECE MENTIRA)

—¿.....?

¡Qué más quisieran ellos!

—Ni aun así. *In illo tempore*, acaso. Por divertirme. Pero ya voy siendo viejo para esas bromas.

—¿.....?

—Y qué me importa a mí que no sepan sintaxis?

—¿.....?

—Sí, podría probárselo; pero, ¡vaya un triunfo!

—¿.....?

—Ya ve V.; hay que respetarse algo más.

—¿.....?

—Aquellos tenían ingenio y alguna fama.

—Sí, puede que sea ese. Hace bien; el pobre ¡ha llevado cada *désaire*!

—¿.....?

—Sí, también ese debe de ser.

—¿.....?

—Y ese también.

—¿.....?

—Ese no dará la cara, pero es probable que los inspire (vulgo, pague).

—¿.....?

—Ya lo creo; ¡pelagattsimos!



En *El Liberal* del lunes he visto un artículo tomado del libro que con el título de «Retratos al carbón» va a publicar Tomás Tuero.

Tomás Tuero es, como Cavia, un literato que está haciendo de político.

El tipo, frecuente en otros países más adelantados en tiquismiquis intelectuales, es interesante, y confieso que muy de mi gusto.

Un mero político (nótese que no digo político-mero), no puede ejercer de literato sin *hacer* música, de camino; es decir, sin tocar el violón. Pero un literato sí puede, y yo opino que debe meterse de vez en cuando en política, y más si no se sale de la jurisdicción literaria. La política (ello mismo lo dice, sobre poco más o menos) es cosa de todos, ó de muchos, en fin, cosa del pueblo, de la ciudad rigurosamente, pedanteando ó Alonso Martinizando; y la literatura propiamente dicha es cosa de pocos; de muchos menos que piensan los mequetrefes ultramarinos y del reino.

Tomás Tuero hace de D. Venancio González, el auténtico, una pastoral, un idilio, una serranilla; de Cánovas, un Abraham con todo aquello de: *dinumera stellas si potes; progenies tua erit aqua*. Cuenta las estrellas si puedes; igual será tu descendencia.

Con tanta imaginación no se puede gobernar, ya lo sé. Pero Tuero no gobierna, ni reina siquiera.

Gobernar no es fantasear, corriente; gobernar es... eso; transigir y cobrar.

Lo que hace Tuero es estudiar á los políticos monárquicos desde un punto de vista que á ellos tiene que parecerles nuevo: el desinterés absoluto del arte. De fijo no sospechan Martínez Campos ni Sagasta que ellos no son para este escritor más que tópicos de retórica.

—¡Yo un tópico! —exclamará Martínez Campos. —¡Eso es llamar callo á las instituciones.

En los artículos de Tuero hay en el fondo el carácter de todo artista verdadero, para el cual no hay asunto que sea por sí aborrecible.

Lo que á él le importa es la firma, los primores de la invención y del estilo.

El público imparcial compra el libro por su belleza literaria.

Los *viciojos* de la política lo comprarán... por la mala intención que suponen en el que escribe.

¿Qué mucho que esto suceda en política, si pasa también en literatura?

¡Cuántos buscan en la crítica la mala intención que solo tiene el que la busca! Si algo me molestan los rencores de ciertos infelices, la buscal obras ha habido que decir pestes, es porque suponen que se les quiere mal. A ellos ¿por qué? Ni eso.

CLARÍN

PALIQUE

Amigo Sinesio: Perdóneme V. y suplique a los suscriptores de MADRID CÓMICO que me perdonen también, si vuelvo a hablar de mi humilde persona; pero no hay más remedio, porque la multitud de escritores con y sin ortografía que se han dedicado esta temporada a decir pestes de mí, aumenta de día en día, y por lo visto, no quieren quedar sin contestación. A pesar de sus ataques furibundos, yo no diría palabra, si entre la muchedumbre de maldicientes no se empeñaran en figurar apreciables personas que se dan por aludidas en mis paliques, cuando en realidad yo no me acuerdo ni del santo de su nombre.

Después de todo, y antes también, el asunto es cómico, y a falta de mejor materia, puede tratarse desde las columnas de este simpático semanario.

Nunca yo me hubiera quejado de los anónimos, amistosos avisos y recortes de periódicos pegados con obleas (que repito que me dan asco), llegados a mi poder por conducto del correo. ¡Ahora, Sinesio, llueven periódicos hasta con caricaturas, revistas y anónimos!



207 Madrid Cómic (Madrid). n. 245, 29 octubre, 1887.

Un señor Piñango, escritor valenciano, supone que he escrito uno de mis paliques anteriores para molestarle a él, y en la *Revista del Turia*, publicación quincenal, que debiera mejorar de papel, me pone como un trapo, siempre en la hipótesis de que yo sabía que había Piñangos en el mundo, y de que tenía la mala intención de cortarle la carrera. Señor Piñango, yo no sabía que usted existía hasta que tuvo a bien insultarme, o poco menos, (creo que me insulta usted del todo.) Ahora bien, en vista de que se había equivocado dándose por aludido, ¿quiere usted volverse atrás? Retirar todo eso de que «yo tengo una soberbia como un castillo, y le desdeno a usted, etc., etc.» Si así lo hiciera Dios os lo premie, y si no os lo demande.



Y V., Sr. D. M. R. (Mariano Rentoy a lo que creo), ¿por qué vuelve a las andadas en los *Pepifles* de la *Monarquía* y habla también de mi soberbia y se da por aludido en el monólogo dialogado que publiqué hace días en MADRID CÓMICO? ¿No le había yo escrito a V. una carta bastante fina en que le reconocía la categoría de persona decente a quien, cuando critica, ni se desprecia ni se contesta? Después de decirle eso, ¿cómo había de llamarle pelagatos? Los artículos de V., si he de decirle la verdad, no hieren el amor propio siquiera; mucho llamarle a uno injusto, y preocupado, y apasionado y cosas así; pero todo esto, que cree V. que me mortifica, lo acompaña con elogios excesivos, con ciertas concesiones tan halagüeñas ¡ay! que no me las hago yo a mí mismo.

Aunque procuro no ser soberbio (porque huyo de los pecados capitales a fuer de buen cristiano), sé que soy tan vanidoso como cualquiera; pero así y todo, no me tengo en tan alto predicamento como V. me tiene. Y siendo así, ¿había de llamarle a usted pelagatos? De V. sí que estoy casi seguro que ha de retirar el sueldo de la soberbia, etc., etc.

Tanto el Sr. Piñango, como el Sr. Rentoy, comprenderán que me importa no tener enemigos por equivocación; bastan los que tiene uno por culpa del pícaro oficio y de la flaqueza humana. Y nótese que digo bastan, pero no sobran.

Porque no sobran, en efecto.



Juraré que cierto señoritaco, muy amigo de figurar y de ver su nombre en periódicos de alguna circulación, estará leyendo este palique con la esperanza de que hable de él aunque sea para ponerle en caricatura. ¡Qué! Usted, hijo, es muy antipático, tiene demasiada mala fe, y merece el tormento de que no se le nombre. Y aunque, como dijo Iriarte:

en otra fábula aquí

tengo de hacer su retrato,

ha de ser sin darle el gusto de decir: pues se llama... Fulano. No señor; hablaré de los malos ratos que usted me hizo pasar buscando mi amistad, de los deseos que tuve que darle, de los libros que me ha enviado por conducto de amigos, libros de finas dedicatorias acompañados. ¿Pero decir que es usted? Ni soñarlo. ¡Eso es, para que rabie! Y lo que es escribir, otros escriben peor que usted. ¡Pero es usted tan antipático y tan farol! Y además, aquello de imitar a su modo mis pobres articulejos, no se lo perdonaré nunca. —¿Seré yo como este desfachadito varón?—me decía.—No, eso no se perdona.



Para terminar: por todo paso, señores enemigos míos, menos por los recortes al papel pegados con obleas (algunos han llegado, ¡oh, ignominia! al papel pegado con pan!) Si ustedes siguen con ese sistema, me rindo; ¡armisticio! ¡armisticio! De qué se trata ¿de una cumplida venganza? ¿de una revancha como diría Ladevese el de las banalidades? Pues bien; yo prometo escribir un drama ó una comedia y mandársela a mi amigo Vico para que la represente. Sus, y a ella ¡a silbarla! yo ofrezco no faltar al lugar del sacrificio.



Entre los ataques que se me dirigen hay algunos que tienen gracia.

Un señor C. me llama gallego.

Y otro crítico asegura que me llamo García.

De modo que ya sabe usted, amigo Sinesio, quien soy yo! García el gallego, ó el gallego García.

No haga usted caso. Yo soy, como dice Ortega Munilla el buen

CLARÍN.



PALIQUE

Amigo Sinesio: Una errata de MADRID CÓMICO: ¡no obliga a volver sobre lo dicho en mi último artículo. El Sr. D. Mariano Rente—que por lo visto ahora resulta que no lo hay,—sequeja por conducto del Sr. Lorenzo Coria, desde *El Noticiero*, de que yo le he llamado Rente en vez de Rente. No he sido yo, señor Rente; han sido los cajistas. Yo no me puedo quejar de las erratas, por motivos que pertenecen a la vida privada. El Sr. Mellado se lamentaba un día de que los cajistas de *El Imparcial* se le habían sublevado por mi culpa.

Más de una vez, al corregir las pruebas de mis libros, me he encontrado con escollos como estos al margen: «¡Mal hay te parat! ¡Vaya una letra que usa V., compadres mejor le fuera aprender a escribir que meterse a criticar! ¡Escribir de ese modo es robarle el sudor de su frente al pobre trabajador de la imprenta! etc., etc.» Se queja el Sr. Rente porque me hacen llamar Rente, y no se me queja Dios a quien me hicieron llamar Díaz en cierta ocasión. En un artículo que pienso escribir, no sé cuando, titulado «Las letras contemporáneas», he de probar, por medio de fac-símiles que sólo hay dos lites. Los que escriban peor que yo: Pérez Galdós y Sánchez Pérez.

Por lo demás, debiera V. hacerme más favor, señor... no sé quién. ¿Que gracia tendría echarle a V. a perder el apellido?

Y ahora resulta que casi—casi, no se llama V. de ninguna manera.

Pero llamémoslo h, y dígame por su vida si ha visto hombre más amable que yo. Y van con esta tres contestaciones. Se empuja V. en encontrarme vicios que no tengo, y que no hay posibilidad de que se salga con la suya. Insisto en que no tengo soberbia, a lo menos que yo sepa. También insisto en que no merezco las alabanzas, y en que no me molestan las censuras. Pero no confunda V. las cosas: no es porque yo le niegue a V. intención, travesura y cuanto quiera; es porque los defectos que V. me atribuye, no rezan con la vanidad del literato unos, y otros, estoy seguro de que no tenerlos. Creo que V., entre otros, ha dicho que yo alabo a los que son Ministros, ó lo han sido; ó lo pueden ser. Aparte de que Ministros llegarán a serlo todos los españoles, y si no V. lo verá, yo hasta ahora no llevo hecho gran negocio con mis alabanzas de Ministros. Por alabar a Tóteno he perdido cincuenta puestos en el escalafón, por donde cobro dos mil reales menos de los que debería cobrar a estas horas; de mis *elogios* a Cánovas, Pidal, Balaguer, Villaverde, Martínez Campos, Casa-Valencia, Ruiz Gómez, etc., etc., están llenos los periódicos de Madrid y de provincias. ¡Oiga V. una lista de los Ministros a quienes yo he alabado de verdad! Castelar, Núñez de Arce... ¡y se acabó la lista! Castelar es mi jefe en política, y sobre todo... es Castelar. Y por deberle yo una amistad superior a mis merecimientos, y porque no digan, he dejado de elogiar muchos libros suyos, ¿qué digo? casi todos sus libros. *El Journal des Débats*, que no tiene sus columnas para perder el tiempo y el lugar, llenaba el otro día una plana con la crítica de las *Mujeres celosas*, de D. Emilio; y yo, misero *Clarín*, no les he dicho a las tales *Mujeres* por dónde se habían podido. Y sepa V., Sr. Rente, que los señores anónimos, ó llamados h, no están de decirme que elogio a Castelar porque es quien es... En cuanto a Núñez de

Arce, ni es probable que vuelva a ser Ministro, porque no quiere, ni me parece un elogio demasiado bizantino el que se consagre al poeta de los *Gritos del combate*.

Pero señores, ¿qué más? Ha habido quien me ha censurado porque aplaudía a los escritores buenos que no necesitan de mis aplausos, y persigo a los malos... ¡Me parece! Que pregunten al Angel de la Trompeta lo que piensan hacer ellos en el Valle de Josafat el día del Juicio. Lo mismo... ¡Y a los malos, pena eterna porque no los guardaron.» Lo dice el P. Astete.

Ya escampa.

Ahora también *El Correo* (a quien debo muchas atenciones), sale con que alabo a los amigos aunque valgan poco, y censuro a grandes notabilidades.

Esto lo dice el Sr. D. Andrés Miralles en un artículo que nunca agradeceré bastante.

En *tesis general* tiene razón el Sr. Miralles: ni a mí ni a nadie se puede pedir justicia seca, como él dice. De otro modo, que yo, como cada hijo de vecino, me equivoco en mis juicios y cedo al apasionamiento a veces. Sea en general lo concedo.

Pero el Sr. Miralles cita un ejemplo que es el que me obliga a contestarle y a protestar. Si no fuera por ese ejemplo, yo me callaría y dedicaría al crítico de *El Correo* todo un poema de *gratitud*, pues no otra cosa merece su artículo, hiperbólico a mi favor.

Pero el ejemplo no puede pasar.

Dice el Sr. Miralles que «en diversas ocasiones he presentado como novelista de tomo y lomo, a cierto escritor asturiano, muy mediocre, cuyo nombre callo por no incurrir en el feo vicio de señalar.»

Pues bien señalado está; no por lo de mediocre, que por eso nadie le conociera, sino porque el único novelista asturiano de quien yo he hablado bien, el único novelista asturiano que hoy existe, mejor dicho, es Armando Palacio Valdés. Porque de don Cefirino Suárez Bravo no hay que hablar; ese no es novelista, ni en senti, y sobre todo, yo sólo he dicho de él pocas. De novelista asturiano hoy, es decir Armando Palacio; como decir novelista gallego, es decir Emilia Pardo, y novelista montañés, es decir Pereda. El Sr. Miralles, hombre de buena fe, me concederá que la alusión es transparentísima y equivale al nombre propio. Pues bueno; es absurdo lo que dice el Sr. Miralles. Palacio es mi amigo mío, sí; yo mismo lo he dicho al hablar de él. Y que le ha valido esta amistad? Que yo, por *egoísmo*, le haya alabado menos que merece casi siempre. En cambio los reparos que he puesto a sus escritos han servido para que alguien dijera: «¡Y esto, señores! lo escribe un amigo suyo!» Valiente negocio ha hecho Armando Palacio con mis críticas... Por fortuna para nada necesita de mí, pues sus méritos son a estas horas reconocidos en todo el mundo literario. Y a la prueba he remitido.

Vaya una medianía que saco yo a flote. Sr. Miralles! La segunda novela que escribió Armando Palacio está traducida al ruso y publicada en Rusia, traducida al inglés y publicada en los Estados Unidos. *El Idioma de un enfermo* se va a publicar en francés, y Lugol acaba de traducir en francés también la última novela de Palacio. De este novelista han hablado la mayor parte de las revistas más acreditadas del extranjero hace ocho días. La *Nueva Antología*, de Roma, la revista más acreditada de Italia, citaba a Palacio entre los mejores novelistas españoles contemporáneos. *Le Correspondant*, *La Revue bleue* y *La Nouvelle Revue*, de Francia, han consagrado sendos artículos encomiásticos a nuestro escritor asturiano; Alberto Saviane habla mucho de él en sus libros de literatura española; en la América latina se leen con afán todas sus obras; en los Estados Unidos, una gran revista, de más de ciento cincuenta mil suscriptores, pone por las nubes al autor de *José*, entre nosotros, Emilia Pardo, Valera y otros críticos buenos, le colocan entre los principales... y das más de todo esto, y mucho más que omito, resulta que el misero *Clarín* alaba a Palacio por pasión, ciego por la amistad. Cuando lo único que yo he hecho es dejarle a la altura en que le ha puesto la justa fama.

Sr. Miralles, venga otra injusticia mía, porque esa no nos sirve. El crítico de *El Correo* habla de notabilidades a quienes yo no reconozco todo su valor. Pero no cita ninguna. ¡Listísimo!

Repito que reconozco en *tesis general* lo que el benévolo crítico dice de mí, que soy pecador como cualquiera.

Pero me reservo el derecho de analizar mis injusticias una por una cuando se me citen *nominatim*, ó con alusiones tan difanas como la de misarras.

Para concluir por hoy: el Sr. Lorenzo Coria dice que hay quien insiste en asegurar que yo copié de *Pat-bouille*, novela de Zola, párrafos de un cuento mío publicado en *Soles de Clarín*.

Pues valiente embustero será el que tal asegure. *Pat-bouille* se publicó en 1882, y *Soles de Clarín* en 1881.

De modo que aún es más imposible que yo copiara a Zola que el haberme copiado Zola a mí.

¿O cree ese señor que Zola me manda a mí sus libros antes de escribirlos para que yo los vaya copiando?

CLARÍN.

PALIQUE

A mi buen amigo y compañero el distinguido crítico de teatros D. Pedro Bofill no le dejaron, días atrás, *manifestar su desagrado*, por medio de gestos significativos, en uno de los teatros por horas—que á veces parecen siglos—de la Villa y Corte. Ello hace ya mucho que fué, pero no importa; el caso conserva toda su transcendencia porque es un signo de los tiempos y de los acomodadores.

Un acomodador, que por lo visto es de la opinión de algunos ilustres poetas, según los cuales la crítica no sirve para nada, se acercó al Sr. Bofill, y con buenos ó malos modos, pero en fin, modos de acomodador, le dijo que no le acomodaba que el crítico incomodase al autor y á la empresa con un *juicio crítico* representado.

Esta conducta, llamémosla así, del acomodador incomodado, no sólo fué apadrinada por la policía, como si dijéramos por el Poder ejecutivo, si que también, como dice un hablita muy hablador, por la prensa de cierto matiz literario (matiz de color de rosa). Dijo esa prensa optimista, amiga de toda empresa asegurada, que el acomodador había obrado como un sabio y que el periodista no debió *manifestar su desagrado*, pues los que tienen por suyos los periódicos donde pueden despacharse á su gusto y *decidir* de los éxitos buenos ó malos de las comedias, en el teatro deben permanecer impasibles.

Vea el Sr. Bofill lo que tiene el hacerse de miel, como él se ha hecho tantas veces; que se lo comen los acomodadores y la policía y la prensa benévola.

¿Cree mi amigo D. Pedro que los acomodadores no leen? Para mí el tal sujeto sabía de memoria su Bofill, como diría Ladeveze, y acostumbrado á verle *se pamer* delante de cualquier producto de un genio hispano, se decía: «¡Tatet! ¡El Sr. Bofill se permite discrepancias? ¡Se atreve á encontrar mal! un par de las musas madrileñas? ¡Esto no se puede tolerar! Si á Bofill no le gustan ya los estrenos, ¿á quién le van á gustar?»

Sí, amigo Bofill; V. era el único crítico de los de mi tiempo, de los no anónimos, de los que tentan su historia, que seguta enterando al público provinciano y al extranjero de lo que sucedía en los teatros de la Corte de España; y V. era también el último voto de consideración que seguta votando que sé; que bien; que eso iba perfectamente. Si V. se tuercen, si V. empieza á protestar contra las comedias que se inventan ahora, ¿dónde vamos á parar?

Para nuestros acomodadores y nuestros críticos noticieros que les ayudan en sus tareas y acompañan en su celo por los intereses de las empresas teatrales, no existe el derecho de silbar. Esos señores no han leído, por lo visto, la muy erudita disertación leída hace pocas semanas ante el Instituto de Francia en pleno por un académico distinguido: demostraba el tal que los silbidos en el teatro eran de todos los siglos y de casi todos los países.

Hay algunas excepciones, sin embargo. En Persia, por ejemplo, no se silba, amigo Bofill. Así es que, si V. quiere, podemos llamar á esos críticos amigos de Platón, pero más amigos de las empresas, y enenigos de la silba, *los Persas*.

Ah, D. Pedro, los tiempos son difíciles; si V. persiste en ser descontentadizo, haga lo que yo: retírese á la vida privada, en cuanto *crítico de teatros*; ó, más trágicamente, haga lo que el Teatro Español: véngase V. abajo.

La ruina del Teatro Español ha servido á muchos para lucir la erudición de Fernández de los Ríos y el arte descriptivo de Zabaleta; pero de todos modos, es evidente que el teatro se cayó... cargado de razón para caerse.

De aquellos polvos vienen estos lodos, ó al revés, mejor.

No en balde han pasado por allí tantas generaciones de rípios. Aquellos dramas de Retes, de Herranz, de Cabestany, de Sánchez de Castro, de Catalina, no podían ser inocentes; yo bien lo decía. Cada *decima calderoniana* de aquel Sánchez de Castro, ese inventor de los visigodos en verso, producía una grieta. Pero el que más daño hizo fué Catalina, ese Catilina del arte dramático, con su Masaniello, aquel que tenía un hijo gemelo, gemelo suyo, vamos, de su misma edad. Recuerdo que en ese drama se presentaba, después de muchos tiros y muchos disparates, un

fraile que gritaba: ¡Qué va á estallar la mina!—[Eso no, la mina no!—exclamó el público como un solo Bofill, la noche del estreno. Gracias á esta energía popular, no estalló nada más que la silba; pero la mina estaba hecha, sí, el Teatro Español viene gimiendo desde entonces... y por eso ahora se derrumba como las torres que fueron desprecio al aire.

El teatro que empezó con obras inventadas, acaba en pleito sumarsísimo, por un *interdicto de obra vieja*.

Según tengo entendido, el Sr. Novo y Colson, que también puso en él las manos, ó los rípios, ó lo que fuere, quiere hacer con el teatro de nuestros mayores lo que Augusto con Roma. He leído el proyecto del Sr. Novo, que quiere poner como nuevo el teatro, empresa que no es nueva en él, y opino que el Ayuntamiento de Madrid no debe dejarse arrebatar por la exaltada fantasía del poeta. Aunque la respetabilidad del Sr. Novo es cosa por mí de antiguo reconocida, según consta por escrito, todavía es hoy mayor á mis ojos, porque comprendo que tiene muchísimo dinero. Por lo visto, su *Archimillonario*, era en parte un autobiografía, por lo que se refiere á los cuartos. Dios se los conserve. Yo podré apreciar lo que quiera de las dotes artísticas del Sr. Novo (como también consta por escrito); pero con sinceridad y seriedad declaro, que le juzgo exento de todo merquino interés al formular sus proposiciones gigantescas. Creo muy en el carácter del autor de *La nana del caballo* (si no me equivoco), y de *Baibao*, todo lo grandioso, todo lo... no sé cómo decirlo; en fin, eso de ofrecer mucho dinero y derribar muchas casas, y hacer una porción de Babilonias en la plaza de Topete, si es que se llama así. (Véase el *Fernández de los Ríos*, como lo han visto los *coros* que han cantado *A las ruinas del Teatro Español*).

Pero por más generosas que sean, que sí lo son, las proposiciones del autor del *Archimillonario*, se me antoja que no se deben aceptar.

Porque... qué sé yo, pero se me figura que la restauración del teatro no debe venir de manos de Novo y Colson, ni de manos del Sr. Laserna.

Este Sr. Laserna creo que también es autor dramático; pero no de mi tiempo; á éste ya no le alcancé yo, ó mejor dicho, no me alcancó él á mí. Ni me alcanzará probablemente, porque en tratándose de estos autores nuevos, esperanza de nuestra escena, no los alcanza un galgo.

CLARÍN.

PALIQUE

(BROMA DE CARNAVAL RETRASADA POR LAS NIEVES)

Amigo Taboada: V. que es gallego, aunque malo, quiero decir, poco gallego, comprenderá bien á uno que es casi del todo asturiano. Magüer (t) hemos sido Ministros casi siempre (no us-

(1) Véase el Marqués de Molins, ese encasero de Beana, con muchos peles.

ted ni yo precisamente, pero otros paisanos) ni asturianos ni gallegos somos considerados como se debe. Se nos tiene por la última y la penúltima palabra del Credo, respectivamente. De mí puedo decirle, que en cuanto asturiano, he estado sin correo unos veinte días. ¿Qué civilización es esta? Basta con que á los de los Estados Unidos les dé la gana de anunciar ciclones, para que yo me quede sin cartas y sin periódicos cerca de un mes? ¡Que había mucha nieve! ¡Pues derretirla, freirla! ¿Qué es yo? pero en fin, *hacer administración*. Ahora dicen que para aliviar nuestros males, la Princesa de Asturias nos va á regalar 5.000 pesetas. Bien venidas sean si no vienen solas; pero de todos modos yo insisto en que *se haga menos política y más administración*. Me dirá V. que he aprendido en viernes esto de *hacer administración*, pues tanto lo repito. No señor, no es eso; es que como ahora vienen todos los correos juntos, acabo de echarme al cuerpo quince *Días*, quince simpáticos *Días*, y estoy de administración que ardo; y para mí no hay más artículo que la opinión *irresistible cuando se pronuncia*. Y á eso se tira, á que se pronuncie; por lo menos á eso tiran mis amigos y afeos los zarzillistas. Porque sepa V. que también he recibido el manifiesto de Ruiz Zorrilla, y aunque primero me cortaría la mano derecha, un dedo por lo menos, que escribir palabra mala contra ningún jefe republicano, aunque no sea el mío, y menos contra Ruiz Zorrilla á quien estoy agradecido; otra cosa es decir pestes de ese Ladevese que tiene la culpa de todos los galicismos que pueda cometer el partido republicano progresista. Un *disparatado* muy gachó él, que hay en el manifiesto último del ilustre emigrado (el último que yo recibí quiero decir) debe de ser de la responsabilidad exclusiva de Ladevese, completamente entregado á la gramática negra de la emigración.

Y porque vea V. y vea el mundo entero si soy imparcial, voy á reconocer que mi amigo político y particular y general Morayta, mi superior jerárquico también, aunque es escritor correcto y sabio catódrico, ha dejado correr un galicismo en su última carta *pro Masonibus*. Allí hay dos *ast bien* que son el *aussi bien* francés, ó mucho me engaño.

Digo todo esto para dar ejemplo de no confundir la historia con la política. Yo, que soy un soldado fiel de D. Emilio, por lo mismo que le respeto mucho, no quisiera imitarle en sus giros, modismos y maneras sintácticas. Creo que al jefe, por ser quien es, y por cuanto su lenguaje se parece tanto á las antiguas formas sintéticas de las lenguas sabias, se le puede consentir, y hasta tomarlo como gracia, la frecuente omisión de artículos indefinidos: pero *de Castelar abajo, ninguno* (ó labrador más honrado) debe permitirse esas *latinismos*, ó *laticinios*, que dijo el otro. Y esta es la primera amonestación. Yo soy admirador de Castelar, no ya de Castelar político, sino de Castelar literato; pero no me comprometo á serlo de todos los históricos posibilistas; no soy el crítico del partido.

A esto dirá V., Sr. Taboada, que me acuerde de que estoy hablando con V., que ni se come los artículos indefinidos ni es castelariano (y en esto último hace V. mal, porque todos debíamos serlo, y ya veía V. cómo se arreglaba todo, ó casi todo). Bueno, pues vuelvo á dirigirme á V., y digo: también ha llegado á mis manos el primer tomo de una Galería de *Celebridades contemporáneas*. ¡A que no sabe V. quién es la primera celebridad! ¡Rando y Valle! ¡Cal Ni Balaguer. No, señor, es D. Francisco Silvela, hombre de talento, sin duda, orador

..... en mi opinión divi-
si encubriera más lo ha (bii).

Nada tengo que decir, en rigor, contra D. Francisco Silvela ni contra Sor María de Agreda (aunque solo sea por no hablar más de ella). Si diré que el biógrafo se hace lenguas, y hace bien, en efecto, ha ganado la patria con el celo, inteligencia y lealtad de esa estirpe. Pero esto es desde el punto de vista de los ingresos. Ahora falta oír al biógrafo que estudia á los Silvelas, considerados en el presupuesto de gastos.

¡Adios! Me llaman para asistir á la *muerie civil* (quiero decir sin Sacramentos), de un señor que acaba de caer redondo con las ansias de la agonía á consecuencia de un hartazgo de *Épocas* atrasadas. Se ha leído en pocas horas ¡dies y siete artículos! de fondo, todos medrados, comedidos y plomo puro. ¡Infelici! ¡da lástima ver! Está cárdeno ó *Cárdenas*. Aprieta los puños, se muere la lengua, cierra los ojos y entre roncós gemidos pronuncia difícilmente palabras inconexas... refractario... Fabié... en el interin... altos respetos... prócer... Cánovas... gallina... gordo... caldo... conveniencia... instituciones... inculcane... oriundo... ¡El dios de los Escobares le socia en su senol

Si del contexto de esta carta ve V. que estoy loco, no me lo diga, porque demasiada aprensión tengo yo; pero en último resultado no se olvide V. de echar la culpa á esta administración... ¿Cómo la llamaré yo?... á esta administración... bizantina, que no adopta el sistema preventivo para evitar las grandes ne-

vadas. Espalar cuando ya no se puede ¡vaya una gracia! El caso era espalar antes de que cayera la nieve. ¿Cómo? que se yo... tal vez... haciendo menos política bizantina. ¡Lo ve V.? ¡loco, loco! Tal me han puesto tantos periódicos y revistas recibidos de sopetón, que le confundo á V. con lo de Río Tinto, al *Pau* con la Archiduquesa, que Dios guarde, y que es abuela de las instituciones; á Mora con un autógrafo de Balaguer que acabo de ver en un libro, y á Moret con el número extraordinario del *Madrid Cómico* [¿buda indigestaque molis!]

Vaya, lo dejo. Pero antes un encargo: mándeme V. en cuanto la pisan la segunda *celebridad contemporánea*. Yo supongo quién será: el chico de D. Venancio, Alfonso González.

Que es el mejor sastre de la calle de los Silvelas. Otro encargo: procure V. que se haga toda la administración posible.

CLARÍN.

Amigo Taboada: perdón V. la *sierra*, como diría Ernesto García Ladevesse, pero no es por mortificarle que yo le vuelva a escribir (como diría Ladevesse también y han dicho algunos académicos); quiero decir, por si V. no entiende ese castellano de la Mancha (canal), quiero decir que no le vuelvo a escribir por mortificarle, sino porque... *sie fata voluerit*, según diría de fijo Jove y Hevia, si volviera a recibir otra *lenta pero continua media luna*. Lo que quisieron los *fata*, fué que coincidiéramos usted y yo en una amarga queja que nos sale del fondo de las almas respectivas. (Del fondo de las almas respectivas; bonito endecasílabo para un imitador de Campoamor, de esos que me llaman á mi *eminente* en papel y con sello del Congreso, y después, porque los pongo en versos menores á la pública vergüenza, me tiran desde la sombra la *flecha del Parto*, como dice un médico comadrón de aquí).

Como leo todos los artículos de V., me encontré días atrás con una elegía en prosa, muy puesta en derecho, en la cual se lamenta porque nadie le regala nada.

Pues bien; yo estaba preparando, en los *subterráneos del alma*, de que habló el filósofo, un artículo, elegíaco también, para llorar la misma desgracia. Con esto de ser uno íntegro, en el buen sentido de la palabra, no hay quien le regale á uno por *donación inter vivos* ó *mortis causa*, no ya una escribanía de plata, ni siquiera una *campanilla natural* de la tal escribanía. Y usted lo mismo que yo; ¿verdad? llevamos quince años de escritores públicos y notorios, aunque nos esté mal el decirlo, y todo hemos tenido que comprárnoslo. Miento; yo el reloj no lo he comprado; pero gracias á eso, no lo tengo. En vez de reloj, tengo una *teoría suelavaria*, que pienso exponer en algún escrito, mediante la cual creo demostrar que eso de llevar hora en el bolsillo es muy cursi, prueba de atraso en las costumbres. No quiero dislumbrar á V. con la copia de argumentos en que apoyo mi tesis. Sólo apuntaré deprisa y corriendo algo de lo mucho que he meditado sobre el asunto. No sé por qué se ha de llevar en el bolsillo reloj, cronómetro, y no se ha de llevar barómetro, termómetro, anemómetro y un *metro natural*, ó cualquier medida para áridos, etc., etc.

No llevamos la medida del calor ó del frío, que hace, ni la del tiempo... que va á hacer (ó no); no llevamos barómetro con ó sin fluctuaciones, como quisiera Ferreras, y hemos de llevar la medida del tiempo que corre, y aun esto sólo con el efímero límite del día de hoy; antes se comprendería que llevásemos ó trajésemos en el bolsillo un almanaque, por supuesto sin sonetos de Cavestany, ese genio retirado. ¡Medir la hora que pasal ¡Para qué? El tiempo por sí no es nada, no hace nada; se lo acaba de demostrar Valera á un su corresponsal de América que ha descubierto el espiritismo continuo, ó la dirección de la Metafísica, ó la cuadratura de Toreno, ó una cosa así. Además, el reloj de bolsillo sólo se comprende en una sociedad protectora de *ratas*. Además, nos vuelve á los tiempos de asombro ingenuo tan insignificante prodigio mecánico: nuestros abuelos llevaban ó traían dos relojes; nuestros padres uno; el progreso está indicado; nosotros no debemos traer ninguno. Además, en cierto traje no se permite reloj, á lo menos ostensible, con cadena; en otros se permite unos días sí y otros no. Además, la civilización debe suministrarnos muchos relojes *objetivos*, ó sea de pared (como diría un filósofo que yo conozco), que en todas partes nos evitase la necesidad del reloj subjetivo, ó sea de bolsillo. En suma, un reloj no sirve más que para empujarlo.

A lo menos á este uso destinaba el suyo, de metal de duro falso, un mi amigo, poeta eminente, que en las casas de préstamos era conocido, más que por su poesía robusta y vavnil, por su cazuela cronométrica. Llegaba el autor de muchos dramas aplaudidos al mostrador de uno de esos establecimientos, y sin decir palabra, ni en prosa ni en verso, sacaba el reloj, lo entregaba, recibía cuatro duros y hasta la vista. Aquel reloj no valía cuatro duros, es claro; pero era un signo fiduciario, era un símbolo del crédito de mi poeta, era un *cheque* de Melpómene y Talía.

Pero... ¿dónde estoy? (volviendo en mt.) ¡Ah! sí, en lo poco ó nada que le regalan á uno. Bueno; pues ahí lo dejaremos para otro día, para el domingo que viene. Ya que no dejaremos regalos, no demos puntada sin hilo. Con lo escrito queda ganado el jornal, y no quiero regalarle á Sinesio una cuartilla que vale un duro. Las cuartillas son plata. Conste, amigo Taboada, que es-

toy en el uso de la palabra, y además, que tengo mis proyectos. Después de quejarme otro poco, le hablaré de ellos. Aún cabe en lo posible que nos regalen algo á V. y á mí. Ya verá V. cómo... *Suyo* (vaya un regalo dirá V.).—CLARÍN.

Amigo Taboada: En mi *Palique* anterior quedábamos, como se puede quedar en un folleto, en que iba a revelarle a V. un secreto. Allá va. Yo no necesito retirarme a pensarlo como el Sr. Noherlesoom.

De sopetón lo va V. a comprender todo: se trata de una de esas grandes revelaciones que después de publicadas asombran tanto por su sencillez como por su trascendencia. Ello era que usted y yo nos quedábamos de que en nuestras casas respectivas había pocos cachivaches procedentes de regalo, y yo, después de varios arranques líricos y una digresión que algún gaceterillo llamaría humorística, acerca de los relojes de bolsillo, le prometí a V. enseñarle el modo seguro ó casi seguro de hacernos con algo, en fin, de tener nuestros *bibelos* correspondientes. Mi descubrimiento es una cosa así como el huevo de Colón ó el *orfe-linato* de Ladevesse. En cuanto se lo diga, se dará V. una palmada en la frente, diciendo:

—¡Tatel si es V. clásico, ó—¡Cielos! si V. es romántico!—ó—¡...! si es V. lópezvagabundo. (Y aquí suplico al señor López Bago que me perdone esta broma, pues no soy de los que le quieren mal, y en sus naturalismos deploro las endiabladuras exageraciones... románticas; pero veo entre muchas, muchas cosas detestables, algo bueno, y sobre todo, un poco de arranque, de imaginación, de fuerza propia, de buen instinto: en suma, que así y todo—y ojalá V. se corrija,—me gusta usted más ahora que cuando escribía odas a D. Alfonso XII).

Le dejaba a V., amigo Taboada, con la mano en la frente, dándose una palmada al saber mi descubrimiento, el cual... pero todo se andará. Antes de hablar, déjeme V. lamentarme otro poco, y con algún fundamento, de que nadie nos regale nada.

A V. le tiene el pueblo, el pueblo del 2 de Mayo y del 19 de Septiembre (día del santo de Quesada), le tiene por uno de nuestros mejores escritores de costumbres, no por lo acostumbrado que está V. a escribir, que apuesto a que, como yo, escribo ya durmiendo, sino porque es V. uno de los que mejor pintan... vamos, el *modo de ser* (como dicen algunos críticos filósofos cuando quieren explicarse con claridad, precisión y colorido), el *modo de ser* de nuestras clases populares y pupileras; para muchos es V. de lo más festivo que hay, tanto como Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión; pues a pesar de tanta admiración, toda merecida, no hay quien le mande a usted a casa ó a la redacción un cabrito pascual, ó una edición del Dante sin Chistes que le ladren.

Seguro estoy de que el Sr. Aramburo, el óptico, le aprecia a usted más que a muchos cómicos a quien han llenado la casa de barómetros y termómetros y... semáforos, si a mano viene. De fijo le debe a V. mejores ratos que a tal ó cual parte de por medio... *polarinada* después, gracias a la escasez de actores buenos; y sin embargo, jamás se le habrá ocurrido decirle a V.:—Hombre, Taboada, llevese V. eso (señalando a un telescopio, ó a un microscopio, ó al cajón del dinero); me ha hecho muchísima gracia su artículo de hoy, y por eso... *¡Ustedlo V.*, y oro molido si quiere. Y ¡Dios mío, a quién regalan termómetros! A un cómico de esa clase, de los malos, le recataron los médicos baños calientes, no sé por qué, tal vez para acabar con él primero; tiene el cómico en casa un termómetro, ganado en un beneficio; le tenía sobre una consola, esperando que alguno le dijera para qué servía aquello; llegó el médico para preparar el baño, vió el termómetro, le cogió, le metió en el agua, le sacó, le miró y dijo:—Ea, ya puede V. meterse en la tina. —Se zambulló el otro, y al sentir el calorillo, gritó entre sudores:—¡Gracias, Dios mío! Ya sé para qué sirven los termómetros! ¡Vaya si sirven! ¡Lo que adelanta la ciencia! Pero ¿quién había de pensar que sin más que meter allí una cosa tan pequeña tan poco tiempo... se calentaba el agua?—A otro, de resultados de regalarle unos anteojos de marino, le dió por la astronomía, y estaba empeñado en descubrir

un astro... ó por lo menos, decía él, un *acrolito*, aunque fuera del tamaño de un grano de mostaza.

Sí; el Sr. Aramburo y los demás ópticos del reino deben tener cuenta con lo que regalan y a quién lo regalan; los instrumentos científicos... el diablo los carga; y con ese reparto de barómetros y la gracia en que han dado nuestros mejores revisteros de semana de confundir la astronomía con la meteorología, y llamar astrónomos a los que hablaron de las nubes de antaño ó de las nubes del siglo futuro, se va a armar aquí un zipizape de ciencia en forma de comunicados y de granizo, que no va a haber cosecha posible.

En cuanto a mí, aunque no reúno los méritos que V., ni con mucho, también me han dicho algunos, de palabra ó por escrito, que estaban conformes con lo que yo había escrito *contra* Fulano ó Mengano, y hasta me han dado... la enhorabuena. Tengo en mi casa cartas, y las puedo presentar, en que éste ó el otro señor me dice al terminar, que le cuente en el número de mis admiradores. Bueno, por contado; pero sabe V. lo que me mandan? Libros. ¡Va ve V.! Peor que si me mandaran termómetros. Es claro que entre esos libros hay algunos que yo pongo sobre mi cabeza, por hacer algo cervantesco, pero los más... no sé donde ponerlos.—Véndalos V., dirá V. en el colmo de su cinismo literario de escéptico de arte y letras.—¡Venderlos! eso se dice pronto. ¿Quién los compra? Además, sería una desvergüenza; demostraría yo no estar a la altura de mi *sacerdotio*. Pero sobre todo, ¿quién los compra? ¿Eh? A que no me contesta usted. ¿Quién los compra?

Y no hay más regalos. Se irá uno a la tumba con la conciencia limpia, eso sí, pero sin regalos, sin dejar a sus hijos licoreras ni barros cocidos, ni jarrones del Japón, de acá ó de allá, sin jaulas ni palillos de dientes. ¿Qué quedará de nosotros? Quedará una ligera noticia de algún diccionario biográfico catalán, de esos que empiezan por Aarón y acaban por Zuinglio (un judío y un hereje), y duran de V., *vr. gr.*, que debía de ser gallego, no por nada, sino porque se iba todas las tardes a la Virgen del Puerto, a gritar: ¡Huxa, viva Piloña! Y en cuanto a mí, me confundirán con un periódico de Sevilla que se llamaba *El Tío Clarín*, y era tan poco serio como yo.

En fin, resignación. Renunciemos a que los críticos del porvenir juzguen nuestras obras y nuestros méritos diciendo: de la popularidad de estos escritores responde la almoneda que sus herederos hicieron de los regalos que los donaron en su larga carrera artística. El Sr. Taboada deja un vacío que nadie llenará, y alhas por valor de muchos miles de pesetas, y el Sr. Clarín deja muchas simpatías y cinco mantelerías de damasco, dos candelabros de plata y unos pendientes de perlas, etc., etc.

Resignémonos los dos a esto, y V. además resignese a no conocer mi secreto hasta la semana que viene, cuando acaso Noherlesoom nos haya dicho algo del suyo.

CLARÍN.

tener
netros
ros de
llamar
de las
iencia
: cose.

ni con
scrito,
a Fu-
Tengo
el otro
de mis
ue me
nóme-
pongo
is... no
de su
al eso
lesver-
o. Pero
sta us-

ncien-
xeras
llá, sin
Queda-
lán, de
udio y
no por
Puerto,
sfundi-
Clarín,

porve-
la po-
s here-
arrera
y alha-
in deja
ndela-

no co-
so No-

PALIQUE

Amigo Taboada: Así como para otros el bello ideal es un *más allá*, ó un empleo en Ultramar, que es más alto todavía, ó un *algo desconocido*, ó un *no saben qué*, para mí el bello ideal es una escribanía de plata. Con una escribanía de plata, y con que mis artículos salieran sólo *crónicas*, sería yo feliz. Dirá V. que las escribanías de plata no están de moda. ¡Ay, amigo mío, y cuán iluso es V.!

La plata siempre está de moda, hasta cuando se quiere acclimatar los duros falsos. La plata y el oro son de las pocas cosas cuyo recuerdo pasará á la posteridad, y durará... *¡mientras se hable el idioma de Cervantes!* y aun después. Y yo lo recuerdo, porque los muebles preciosos van desapareciendo, y con tanto fumar pacíficamente en el poder tirios y troyanos, va escondiéndose el dinero de uno en otro tumbó, y de uno en otro tumbó, como si lo pasasen por criba ó por cedazo. Vuelvo á mi escribanía de plata. Aparte de su valor intrínseco inapreciable en pecetas, tiene para mí el inestimable de representar la tal escribanía de plata la clase simpática y pudiente de las personas acomodadas que no necesitan escribir. Usted que es observador, habrá notado que con las escribanías de plata generalmente no se escribe. Estas escribanías vienen á ser respecto de los tinteros, lo que los presidentes honorarios respecto de las mesas. Sí; una escribanía de plata es casi siempre un tintero honorario. En la mesa donde donde preside el alcalde de mi pueblo hay un monumento de plata labrada cuyo nombre es escribanía; pero jamás la tinta impide que manchado aquellos limpios espejos del palacio metal. Lo único que se utiliza de tal fábrica argentina es la campanilla, cuando se rompe el esquileo concejal. En casa de tal magnate, tan buen cosechero como poco hombre de *clerucha*, vulgo literato, he visto en un magnífico y severo despacho multitud de escopetas, pistolas, torrones, perros de pasta, ídolos japoneses de porcelana, y en medio de otros mil cachivaches, una escribanía de plata; virgen de todo contacto de pluma. El médico infante, el hacique acreditado, el americano colador, el académico del real Consejo de la lengua, suelen tener escribanías de plata; procedentes de regalo, escribanías que las tienen allí como el libro de la librería de Narbonne, pero que no se usan, que son como las ventanas y puertas no fructificables de los teatros. Y eso es lo que yo envidio, Taboada, el no uso de las tales escribanías. Y V. también lo envidiará. (Concibe V. mayor gloria que ganarse el almuerzo y la comida sin el empleo de tinta y demás gastos de manchar cuartillas) El Marqués de Fidal, por ejemplo, debe de tener su escribanía de plata, ni más ni menos que el doctor Camión; pues el Marqués es muy dueño de no saber poner los puntos sobre las íes, ni las íes debajo de los puntos; vamos, de no saber escribir, lo que se llama escribir; y su escribanía estará allí tan limpia y resplandeciente, sin que el deje por eso de ser académico, ni de tener en rindón cubierto, y probablemente un estómago sano como un reloj, y unos nervios pacíficos y obedientes como los ramalillos de un tiro de diligencias. ¡Lgs. nervios! El médico me dice: «¡Cúsdese V.!

¡Hígienel! ¡Poco trabajol!»... Que me den una escribanía de plata con todo lo que significa, y respondo de toda la *palisus* y de toda la *palisus* (ó fusa, como diría yo), que luego dentro del cuerpo. «¿Cómo concilian con el mundo y sus pompas y vanidades, con el orden establecido, con los intereses creados, y en fin, con todo lo respetable, amagado y bien comido, esos despachos severamente amueblados de los señorones y ricachos que, haciendo en realidad una vida *pre-ratificada*, una vida *ante-epigénica*, son, no obstante, *príncipes ilustrados*, protectores de las letras y de los animales letrados, y tienen, entre muchos objetos artísticos, de un arte *severo*, do rólule generalmente, una luciente escribanía de plata, que preside como un sol quieto y frío el culto silencioso de aquel santuario misterioso del no pensar en nada y digerir en paz. En los tales despachos, que admiro y envidio, suele haber de todo lo que hace falta para escribir con comodidad; cuanto la industria moderna ha descubierto para facilitar la tarea que Semíramis llevaba á cabo tajando montes, como si fueran plumas, y escribiendo en los tojos con el hierro: cuanto hoy se ha inventado para hacer amable el papel, la pluma, el muelle apoyo en que se escribe, la luz artificial que nos alumbró, el suave calor que acaricia los pies mientras bullen los sesos, el silencio suave y como *almatillado* que nos rodea, gracias á tapidos y *apatos* tapices, todo ello que hoy en aquel *mauso calligráfico*... todo menos las gallinas, menos el arte que se debe por estas regiones á los fenicios, según muchos; todo menos el arte de escribir, don precioso. En algún caso, el arte calligráfico de un epigrama, hace que en tal despacho, tan provisto de todo lo necesario para los trabajos gráficos... no falte más que tinta.

¡Tener un magnífico despacho, y no tener qué escribir! ¡Miser todavía, para más seguridad, no saber escribir! (Verdad que yo es malo mi bello ideal) Pues bien, ya que no puedo conseguirlo, quisiera tener por lo menos lo que es para mí su símbolo. La escribanía de plata. ¿Cómo! Aquí del secreto... que vuelvo á dejar para otro día, por aquello de «Nunca regales al editor un duren.»

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE

Amigo Taboada: Ahora caigo en la cuenta de que ya va siendo hora de que le compingüe a V. el secreto que le había anunciado y que hace lo menos dos meses le prometí revelar.

Quería que mis declaraciones fueran *certiduras*, como llama cierto académico a las cosas que suceden en un mismo día, coetáneas de las revelaciones del famoso Noheritecom, de quien parece ser que ya nadie se acuerda, ni acaso el mismo. Pero ya que el astrónomo, según le llamaban los periodistas, se calla, hablemos nosotros.

Mi secreto se refería, como acaso recuerde V., a la necesidad (nueva ortografía académica) que tenemos V. y yo de hacernos con una porción de enseres que son indispensables en una casa y en el adorno del cuerpo humano. Nadie nos regala nada; nosotros, *motu proprio*, no tenemos el dinero suficiente ni para comprar una almena que podamos decir que es nuestra; estamos tan desprovistos de propiedad mueble e inmueble como el don Rodrigo del romance; y como no hemos de hacernos cómicos ni mendigar regalos, porque somos más orgullosos que el otro don Rodrigo cuando fué a la horca, es indispensable recurrir a mi secreto. El cual es tan sencillo como le había dicho a V. Consiste en que, por lo pronto nos presentemos con nuestros correspondientes lemas y pliegos cerrados al certamen incurrente de la *Sociedad Colombina Onubense*. Como puede suceder que a primera vista no sepa V. dónde está eso, le diré sin ambages ni rodeos que es en Huelva, la patria de los humos. La lid científico-literaria se da de verificar el 2 de Agosto próximo. Hagamos nuestro Agosto el día 2, metiéndonos como Pedro por su casa por el certamen adelantado, solicitando premios en verso y en prosa y en cuanto Dios crío. (Qué le parece a V.) Yo en mi vida he mandado nada a singunos juegos florales ni cosa parecida; pero nadie puede decir de estas quitillas no, beberé bebamos pues. Aquí de Agnipe, Castilla, Hipocrene, etc., etc. Si V. me pregunta: pero ¿nos admitirán en el certamen? respondo que sí, fundándolo en el artículo 1.º del programa, que dice: 2.º Podrán tomar parte en el certamen cuantas personas lo deseen. V. y yo lo deseamos y somos personas, a pesar de que en tiempo de Cánovas no siempre se nos trató como tales; luego podemos presentarnos en la tela.

La Sociedad da premios y además *comende accipit* a las obras que com-

sidera dignas. V. y yo no queremos *accipit*, de modo que eso de la dignidad no va con nuestras obras. Pediremos una aclaración para que se nos diga si las obras mediante las cuales yo aspira a un premio sin que *accipit* han de estar exentas de toda dignidad.

Y ahora vamos a la sustancia. Primer tema: «Una oda a la Unión Ibero-Americana.» Ya lo oye V. Comió quien dice, una oda a la Unión de Pando y Valle con Ipandro Acaico, obispo ultramarino, o con cualquiera de los Calcaños. Esta oda la hará yo, si V. no lo toma a mal. No lo digo porque me sienta con facultades superiores a las que V. pueda tener para el verso heroico y para toda clase de sacrificio; no, no es eso; lo creo a V. tan heroico o más que yo si se le apura; pero es el caso que yo no tengo floreros en la consola de la sala, y aquí, en provincias, ya sabe V. lo que le desprecian a uno cuando le encuentran sin los floreros en su sitio; pues bien, doña Isabel II, ya sabe V. quién es, la Reina abuela, ofrece *dos artísticos jarrones de bronce* a la mejor oda a eso, a la Unión Ibero-Americana. Yo no sé cómo entiendo la lustrre protectora de mi amigo Grilo la Unión Ibero-Americana, si entiendo como yo que se trata de Calcaño y Pando y Valle mera o simplemente, o si cree que esa unión deba ser de España, Portugal, Méjico, el Brasil, Colombia, La Plata, etc., etc., y unido no solo para hacer quitillas, y darse bombo mutuo por el cable trasatlántico, sino para fines políticos, científicos, artísticos, etc., etc. Pero, en fin, yo procuraré acertar y quedarme con los jarrones, que me hacen tanta falta como ya le tengo dicho.

El segundo premio es de la Reina Regente. No dice el programa en qué consistirá el premio, pero debe de ser cosa buena. Para V., ese para V. Como no sé lo que la Regente piensa dar, ignoro si me conviene. En cuanto al tema es cosa de coser y cantar. Escuche: «Estudio etnográfico de América hasta la época de su descubrimiento por Colón.» Ya vé V. si es fácil el asunto y si estará bien pagado, con el *objeto artístico* que le darán probablemente, el sudor que V. derrame metiéndose a averiguar qué tales fueron los inequitos de América desde el principio del mundo hasta fines del siglo XV después de Cristo. Si V. quiere hacérme caso, diga en su memoria (llámela V. así para dar más visos de verdad a lo que asegure, como si V. se acordara de haberlo visto todo), diga en su memoria y jure y perjure como Sancho cuando afirmaba lo de las siete caballitas, que en América, por esta santiguada, antes de llegar Colón, todos eran gallegos, o por lo menos rayanos, y si no oriundos de gallegos que habían ido a la siega a lo que cayese. Y si quiere la Reina, o quien haga sus veces, que se le citen autoridades, cite V. este trozo portugués de un eminente crítico y antropólogo y sociólogo y qué sé yo qué más, que honra de veras a nuestros queridos vecinos: «A Hespanha dos nossos dias e o resto de um continente terciario que, ligado á Africa per Gibraltar... É extendendose para Noroeste, em territorios depois submersos, ia tal vez chegar á América.» Esto que el ilustrado Oliveira Martins dice en son de hipotesis, délo V. por seguro, jurando por esas cruces; y añada que por la Atlántida adelante se fueron los gallegos, que son los que ocupan el Noroeste de España, hasta *chegar á América*, esa América que años adelante habrán de echar a perder los Calcaños, así como los Linares Rivas, que temoran hacia Oriente, corrompieron la meseta central de Castilla la Nueva, el partido reformista, y por último, el conservador. Si V. se cree más en carácter escribiendo este estudio etnográfico en gallego, dilegallo V., pues aunque el gallego pide que todo sea castellano, como han de tener que levantar el brazo para otras cosas que parecen castellano y no lo sean, lo levantarían para el gallego de V.; y si no apele V. *para ante la Academia*, y recordando de quién procede el premio y la jurisprudencia establecida, ganará V. el pleito.

El tercer tema es del Duque de Montpensier y consiste en un alfiler de corbata de brillantes con turquesas. En cuanto al premio consiste en un precioso guardián de la Rábida... Observar V. que he trocado los frenos a los guardianes. El premio no es el guardián, es el alfiler *precioso* y todo, y lo de menos es el alfiler, lo principal es la *corbata de brillantes*. Pero yo, por si acaso resulta que en vez de brillantes hay aquí una anfibia y que la corbata no es de brillantes tal, le cedo a V. también este premio, para conseguir el cual hay que hacer un *Juicio crítico* (mal sea para V. si el juicio no es crítico) sobre la intervención que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo el guardián de la Rábida, conocido por Fray Juan Pérez de Marchena. Aquí mi erudición, amigo Taboada, poco o nada puede servirle a V., pues en punto a guardianes soy escéptico, y de Marchena y esa intervención sólo sé lo que dicen los libros y además que yo no uso alfiler de corbata.

El cuarto tema se paga con un reloj de sobremesa. Este para mí. El lema que pienso poner en el sobre diré así: (De qué es y cuánto vale ese reloj).

El premio quinto para V. Lo da el Ayuntamiento de Huelva, pero tampoco dice qué va a dar. Será probablemente otro *objeto artístico*. No me

fio. Para V. El tema consiste en un proyecto para el cuarto centenario de Colón. Por Dios, en el proyecto que V. escribe, meta este artículo:

Artículo 1.º La comisión promete, bajo su palabra de honor, que no serán secretarios de nada Fernández y González y Pando y Valle.

CLARIN

PALIQUE

Mi buena amiga D.^a Emilia Pardo Bazán es, además de una escritora ilustre, una mujer de muy buen sentido, y no tomaré a mal que yo trate

de ella y sus cosas desde un periódico que a sí mismo se llama cómico. MADRID CÓMICO es uno de los semanarios más populares de España; burla burlando *la hecho spinola*, la opinión muy seria de tomar á risa todo lo que es digno de ella, y no me negaré D.^a Emilia que sea alta y respetable en esta tribuna que me encaramo, como puede serlo esa gran sámana sembrada de opio que se llama *La Época*, en la cual solía colaborar mi distinguido compañero.

Estoy seguro de que en el fondo de su alma D.^a Emilia se ríe de los muchos desaires que le han dado dos testas coronadas ó poco menos; en fin, la reina que lo es *ad mundum hunc qui propter autem se defendere nequit*, y el rey *in partibus infidelium*, que llama á Dios y á Nocedal de tí. Porque desaires los ha habido. Pide D.^a Emilia una audiencia á la madre de Alfonso XIII, y se le hace saber á la ilustre escritora, honra de la España contemporánea, que... tiene que esperar sentada, que hay para rato con lo de la audiencia; en fin, se le manda hacer antela en la calle, como quien dice. No por miedo al fiscal (tanto temor que también abrigo en el fondo de mi alma), sino por pura cortesía y porque para mí viudas y bufarones son cosa santa, aunque sean reyes, declaro que no atribuyo á la misma D.^a Cristina en persona el desaire que se ha dado á D.^a Emilia; pero al cabo en nombre de la reina se le ha dado. Culpo á los palaciegos. Nocedal D.^a Emilia ver á la reina cuanto antes para pedir su indulto. ¡Si, eh! Pues que espere. Ahora supongamos que la audiencia la solicita Cánovas. (¿Quién vería á los palaciegos, si la había pedido á las cuatro, otorgándola á las tres y media, sirviendo el reloj por para adulación? Pero hombre, me diría mil conservadores y cerca de cien liberales á quien se puede meter el dedo en la boca impunemente. «¡Cánovas... es Cánovas! Ya lo oye usted, D.^a Emilia, Cánovas es Cánovas... y V. es V. Así está el mundo político. ¿Quién le manda á V. meterse en él? Pero pongamos que no es Cánovas, sino Silvela el de la audiencia. (La pide á las cuatro? Pues á las cuatro y cinco ya está en la *real presencia*, como dice *La Correspondencia*... y el consoante. ¡Quémos bien! No es Silvela, es Pidal. Pues á las cuatro y diez se le recibe. No es Pidal, es decir, sí es Pidal, pero es Pidal el hermano, el que no vale, el Marqués, el colaborador de *Taine*, pues es este Pidal tan insignificante... se le recibe antes de las cuatro y media. A Cos-Gayón á las cinco; á Llanos Rivas á las seis; á Ríos y Taulat á las siete, y á Cañellas antes de que anochezca. Y á la Sra. Pardo Bazán... *ad Asentada granis*. (¿Hay ó no desaire? Pero quién es V., señora mi Ud. es, como dice muy bien D. Carlos, una literata, una *mura literata*, todo lo ilustre que se quiere, pero literata nada más.

Vamos al segundo desaire. Al de D. Carlos. Este no es viado, ni bufarón, ni tiene fúas que le ladren. Aquí que no pito. En uno de los mejores capítulos de su obra *Alfarrero*, habla D.^a Emilia de D. Carlos postindulgo y casi casi *voluntariamente*, á fuerza de ver en él lo que no hay; y el muy... D. Carlos responde á todo esto llamando á la Pardo Bazán *liberal*, que en el caló carlista es como decir perro judío. Y gracias que no dijo *liberal*.

Verdad es que si D.^a Emilia, en vez de ser persona muy seria, fuese un Haine ó un Figaro, podría creerse que lo que dice de la persona de don Carlos es *finísima ironía*. Oigan VV. un poco. «Pronuncia bien el castellano, pero disuelve las *erres*, según por naturaleza ó vicio contraído acostumbraban hoy bastantes personajes de la aristocracia...» De esto á llamarle tistemeno de comedia á lo Vital Aza, no hay un paso. «Habla poco, y cuando lo hace, con frase escogida.» Vamon, que se le ocurren pocas cosas, y que se escucha. «Reflexiona antes de contestar á las preguntas.» Bonito modo de decir que tarda en enterarse. Y ahora viene lo más gracioso. «No le he oído emplear ninguna de esas locuciones de origen flamenco, hoy admitidas en la conversación de la gente más selecta.» Está es el colmo... del derecho divino. D. Carlos no es flamenco, no *se habla nada*, ni habla del *bater* ni *se queda* con nadie, ni sabe lo que es *sielidra*... y... otras cosas que tampoco yo sé, y eso que no pretendo ninguna corona. ¡No habla flamenco! Qué gran rey... para reformar el teatro español. «Tampoco le he visto reírse á carcajadas.» Eso se explica; Darwin lo explica perfectamente. D. Carlos es una persona «irresistiblemente inclinada á tomar en serio las cosas de la vida.» Para algunos, esto, unido á lo anterior, equivaldría á llamarle tonto. «Aquella majestad varonil de los miembros y del rostro trasciende al espíritu.» Pero empieza por los miembros. «Cuerpo y cabeza están *pidiendo* á voces el arco, el caballo, la diadema, el manto de púrpura.» El, tan callado generalmente, cuando se trata de pedir golterías, habla... hasta por los codos, según se deduce del contexto.

Esas frases, y otras muchas que no copio, podrían hacernos caer en la tentación de pensar que D.^a Emilia se burla muy por lo fino de la majestad *memburada* de D. Carlos, del cual viene á decir, pero sin proponérselo ella, que es un *modelo* de reyes... un *modelo*, es decir, como el famoso personaje de Fortunata y Jacinta, que después de meterse en *quistiones* políticas, acabó por seguir su verdadera vocación, la de *modelo* para los pin-

tores. Así, D. Carlos, según lo retrata la ilustre gallega, es un hermoso modelo para reyes de cuadros históricos, y haría un Sisicando precioso á quien no le faltaría más que hablar. Bien; pero aunque todo esto se puede pensar con motivo de lo que la Sra. Pardo Bazán dice de D. Carlos, no quiere decirse en ello que la intención de esa distinguidísima dama sea burlarse del que tuvo mucho tiempo, y no sé si tiene todavía, por su rey y Señor.

De todas maneras, D. Carlos de fijo no vió en lo dicho por su *adulada* ironía de ningún género. Pues á pesar de esto ya han visto VV. con qué desden atude en su carta á Ramón Nocedal, á la que él llama la *insignificancia política* de esa escritora *liberal*. Así sop todos.

Doña Emilia, modesta de verdad, acaso no haya tomado á demer ni lo de la audiencia de Madrid ni la salida de D. Carlos... pero los que la tenemos á ella por princesa, ó sea *capitana general* (teoría Martines Campos) de las letras españolas, pues en panto á mujeres no hay, ni ha habido en el siglo quien la pusiera el pie delante; los que amamos en ella el arte y sus fuertes uniones; los fueros del *eterno femenino*, y de la eterna corteza que debe acompañarle, hemos visto desaires y mayúsculas en el proceder de los palaciegos madrileños y en la epistola del Pretendiente.

Lo cual no quita que en vez de indignarnos nos riamos porque... no saben lo que se dicen. Y D.^a Emilia, si ve lo mismo que yo veo, se reirá también.

Pero estas bromas no son para repetidas. Ella es impresionable, un rey ayer pálido y hoy moreno, y nunca rey de veras, le parece interesante, máxime si tiene un palacio con venturina en el comedor y con un gabinete de ídolos indios; unir la España nueva y la vieja, se le figura empresa bella y grande... y... y se acerca demasiado al rey simbólico... y ya ve lo que recibe. D. Carlos, por lo menos, la ha dejado una señal, que no es precisamente una flor de lis.

CLARIN.

PALIQUE



El año pasado discutían los señores encargados de embalsamar el cadáver del Ateneo (sección de literatura), si estaba ó no llamada á desaparecer la forma poética.

A juzgar por lo que están dando de sí las letras españolas, está llamada á desaparecer, y á escape, la forma poética y la prosaica, y no van á quedar ni los rabos.

Va desapareciendo todo.

No se publica un buen libro por un ojo de la cara. Lean ustedes la sección bibliográfica de los periódicos; esa sección que los más acreditados diarios, ilustraciones y revistas relegan á un rincón, entre los anuncios baratos, dedicándoles la letra más pequeña y horrosa. Allí, cerca de una nodriza para casa de los padres, y no lejos de lo que llamaba cierto traductor *hotel guarnecido*, y tabique en medio de una señora que admito en casa á un caballero solo, encontrarán el anuncio del *Perfecto Jurado*, y una juiciosa antología de disposiciones legislativas relativas á tal ó cual rama del derecho administrativo, muchos de esos libros que publica el primer Lastres que se presente; y con esto, y traducciones de novelas francesas, que parecen *verdades* al castellano por el redactor español de los anuncios del *Bon Marché* ó de *Saint-Joseph*, se cierra el ciclo—como dicen algunos oradores—de nuestra literatura de estos días. Y en vano llegó con sus ánforas Octubre, como dijo el poeta; ni con ánforas ni sin ellas, ni aunque lloviera capuchinos de bronce, hay un libro, propiamente literario, para un remedio.

Para esto de las letras seguimos en el solatío de verano.

Y no es esto lo peor, sino que nadie se queja, nadie parece notar siquiera que aquí no se publica nada; que, por las señas, se han acabado los escritores.

Pero nos quedan los Gamazos líricos, aplicados á la agricultura; como si dijéramos, la segadora parlamentaria, movida por el vapor de la vanidad económica política y por la fuerza adquirida de cien caballos de lugares comunes.

No hay más literatura que los discursos de Gamazo y «El muerto resucitado...»

Escrito lo anterior, leo que el pueblo zaragozano, metido á crítico, lo ha dado al Sr. Cánovas una «silba de varia lección,» como diría el clásico; él, por ejemplo.

Esta es la crítica del *folk-lore*.

Dicen que tres mil espectadores silbaron á Cánovas.

Y esto en Zaragoza.

«Fuego de Dios! Qué sería... si Cánovas llega á meterse en Huesca!... En Huesca, lá de la Campana!»

«Pero al fin todos son aragoneses.»

La imparcialidad obliga á declarar que no todos los zaragozanos estuvieron conformes con la silba; el Sr. Cánovas ha hecho escuela, y al día siguiente de la manifestación varios poetas de la comarca protestaron en la siguiente forma poética (que, por lo visto, no está tan llamada á desaparecer):

RONDALLA Los hijos de Zaragoza
sin distinción de partido,
protestan de ciertos actos
que todos hemos sentido.

Rondalla que demuestra quién ha venido á pagar los vidrios rotos en casa del Sr. Castellano: «La ex gata ciencia.»

Esa rondalla, que todos hemos sentido, no es tan espontánea poesía popular como nos querrá hacer creer *La Epoca*; esa rondalla (el estilo revela al autor) es cosa de Cos Gayón, que así las gastaba cuando estuvo á punto de arruinar á los mismos labradores castellanos que ahora está salvando en una tabla Gamazo. De todas suertes, sea erudita ó popular la copla, dese con ella por desagraviado el partido conservador y no nos maree más, y aténgase á lo que el mismo Cánovas dijo, con el corazón en la mano: «Silbas como la de anoche, deben olvidarse cuanto antes.» Sí, peor es moncellas.

Sin embargo, me temo que Pidal y otros fervorosos devotos de D. Antonio, imiten la conducta de cierto conservador de mi pueblo que ayer me debía indignado:

—Pero, hombre de Dios, ¿usted cree en los ajitos de Zaragoza? No hubo tales ajitos. Todo se abulta. Unas cuantas pedradas y nada más... Y... dígame todo; la Pilarica... la misma Pilarica... empuñóse en tener la madura podrida. Pregúntese usted al cardenal Benavides.

Después de la rondalla que todos hemos sentido, sin distinción de partido; y de los discursos de pan llevar de Gamazo, yo no veo más literatura, por mucho que miro, que la *Revista* de teatros del Sr. Caffete, muy ocupado con el análisis de la luz eléctrica y el *Mercedero de la Pepa*; mercedero en el cual, según Caffete, no se atiende al desarrollo de una idea fundamental. El mismo Caffete viene á reconocer que á los mercederos no se va á eso, sino más bien á merendar.

Leyendo estas críticas de D. Mannel, la única idea fundamental que se me ocurre á mi desarrollar, es ésta: ¿Por qué no había de haber jubileaciones para críticos? Yo creo que ya era hora de que la gente quedase satisfecha del celo y lealtad con que el señor Caffete ha desempeñado sus funciones de juez de guardia con servicio nocturno.

CLAMIN

El Curioso Parlante

DIRECTOR,
A. SÁNCHEZ PÉREZ.

ADMINISTRACIÓN,
E. GUTIÉRREZ Y C.ª



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Dos escritores barbianes
Que para llamarse feos
Hacen que el público pague
A peseta sus folletos.

PALIQUE

Saben VV., porque se lo ha contado el interesado principalmente, o mejor, el principalmente interesado, qué es Luis Taboada, regocijo de las Musas, como le llamaba Mollas si no dignara tratarle, le han dejado escante.

Bien empleado le está; es decir, bien despedido.

¿Quién le manda tener tanto ingenio?

En los Gobiernos absolutos, lo dice Stendhal, el *esprit* (esa quisquosa que los serenos y graves españoles no hemos podido traducir siquiera), en los Gobiernos absolutos—ya he dicho que lo dice Stendhal—el *esprit* no sirve más que de estorbo y es un principio de insubordinación. Los señores absolutos no quieren ni entusiasmo ni ingenio, y esto, que era verdad en la corte del Príncipe de Parma Ernesto IV (Ernesto, de *Ernst*, *ario* en alemán), también es verdad en la corte de Alfonso XIII. Es claro que la culpa no la tiene el Rey, (ángel de Dios! (este vocativo no es denunciable, porque lo digo de todo corazón: ¡ángel de Dios! como quien dice: ¡inocente! y si el fiscal piensa que lo digo con ironía, juro por estas cruces que no hay tal ironía, y que así como el fiscal no es a todas horas fiscal, los que vivimos de ser clásticos no lo somos siempre, y nos gusta destenar a veces y ser estancos (véase *El vecino de enfrente*). Y esto me recuerda una anécdota que he de contar, aunque sea entre paréntesis y no venga del todo al caso. Un amigo mío, que es ahora furibundo zorrillista y escribe hermosísimos artículos, se dejaba pagar café y copa todos los días por un su protegido que se daba aire de protector; pero una tarde, estando yo presente y cuando el otro iba a pagar, según costumbre, mi amigo se puso furioso, ardiendo en dignidad, y gritó trágicamente:—¡Caballero! Hoy pago yo. ¿Qué se ha creído V.? Quiero emanciparme, quiero demostrar que esto no es una servidumbre, un odioso privilegio; reclamo mi derecho a la dignidad, mi derecho de pagar todo esto, y no consentiré que V. me ofenda pretendiendo otra cosa. ¡Pago yo!—Y luego, tras una pausa, añadió moviendo la voz y saciando el ligote:—Desde mañana en adelante, no digo que no siga pagando V.—Pues sí, señor fiscal: hoy no quiero ser clástico: si mañana vuelvo a verlo, ya me guardaré yo de referirme a S. M.) Y cerrando el paréntesis, añado que la culpa no la tiene el Rey, ni la Reina siquiera.

Con estos sistemas constitucionales se necesita ser un poco político de zarzuela para tener ojizta a los de Palacio. Si hubiese manera respetuosa de decir que en el sistema monárquico constitucional las instituciones ni pinchan ni cortan, yo me atrevería a decirlo. Pero no por esto deja de haber absolutismo en el sistema constitucional. El absolutismo de hecho es el que más duele, y éste le hay siempre que una voluntad arbitraria comete injusticias, cuya víctima no tiene a quién apelar para deshacer el daño.

Si un alcalde, o un agente de orden público, o un Villaverde me hace una atrocidad, por ejemplo, me pega un palo, no hay quien le vaya a la mano, y me puede pegar otro palo sin miedo al castigo: ¡qué más absolutismo para mí! Cuando Cánovas manda hay absolutismo de hecho, a partir del Presidente del Consejo de Ministros. Ahora, que manda Sagasta, también hay absolutismo... a domicilio; hay tantos señores absolutos como caciques, Ministros, Diputados mal humorados, Directores, Jefes de

negociado, oficiales, porteros. Tiene uno un negocio, y en cuanto se encuentra con algún funcionario a quien no le da la gana (como dicen ellos) de despachárelo, se ha encontrado con el absolutismo, o sea la borma de su zapato. Hay absolutismo allí donde la arbitrariedad de alguien sustituye al derecho. Ahora, la diferencia está en que las leyes son liberales... pero no se aplican.

Pues por eso, porque aquí, como en Tarquía, quien manda manda, el amigo Taboada se queda sin destino, porque el ingenio es cosa mal vista allí donde se fragan el rayo y las cecanías.

Hay que hacer economías, se dijeron; pues ¿qué economías? Al ingenio, la cosa es clara. ¿Qué? ¿han de parecer los chistes de Taboada a uno de esos *clásicos* funcionarios (qué a veces por no ser *clásicos* funcionarios que nunca han dicho nada de particular, ni piensan decirlo, y que cuando dan los buenos días le preguntan a uno: «¿Me ha comprendido V.» ó cualquier otra muletilla? Escribir y hablar como Taboada, es desentorarse en esta sociedad de tentos y habicinas bien colocados, que no admite más gracias que las de Añadaluza y las de la última zarzuela flamenca que haya tenido buen éxito. ¿Cuántos enemigos tendría el cronista del Madrid Cósmico por todos esos negociados de Gobernación!

Todos esos *burgueses* que Taboada pinta con tanto donaire y tal exactitud, en millares de ejemplos, sí, las ingenias (sin ingenio) mejor que el gracioso escotor y tienen el riñón cubierto, y algunos de ellos trepan, trepan, y se encaraman en destinos mucho mejor pagados y más seguros que el de Taboada, y todo ello sin decir en su vida un chiste, sin fallar.

Muchas veces habrá puesto D. Luis en carniceros, sin pensarlo, a sus jefes inmediatos y mediatos; y ahora las paga todas justas. ¡Luis sobre en la oficial El de las chuchufetas, el del ingenio. En el negociado: no hace falta más talento que el de aquel chico que es de Jaén y siempre está hablando de dar la lata, y lojitará diciendo hasta que el *faltante* le suministre otra gracia nueva.

Ea más si sabieris, estos señores serios y abobados de la oficina de la alta administración coinciden con las tendencias modernas de ciertos filósofos *antirracionalistas*, que prefieren al trabajo de la lógica, la razón la obra hereditaria del instinto, la fuerza inconsciente, como, yérgase, Spencer y Leida y el ilustre Wundt. Esos famosos ingleses y alemanes han descubierto que el ingenio, la sutileza intelectual, es cosa frágil: Es preferible dejar bien a la herencia, al instinto... y al dinero. Si un hombre rico ó de influencia vale más que un hombre ingenioso, por aquello que ya decía la Celestina romana de que nos habla Ovidio, *Dipsas*:

Qui dabit, ille tibi sit major Homero.

Crede mihi, res est ingeniosa dare.

Lo cual, traducido para uso de los Jefes de negociado y demás gente ordinaria, significa, sobre poco más ó menos: «Que sea para tí más poeta que Homero el que te dé algo; porque, créeme a mí, el dar es cosa de ingenio.»

¿Quién lo duda? ¿De dónde ha salido el ingenio de Cánovas, sino de lo mucho que ha tenido ocasión de dar?

Desengáñese el amigo Luis, la fuerza está con ellos, con los ambiciosos, á fuer de tentos y poco fantásticos; con los que no tienen ideas más que de medrar, los astutos, los avarientos, los *serios*, los de espíritu estrecho, los hormiguitas, que son hoy los héroes ante quienes los ingeniosos tienen que doblar la cabeza. Queda el triste recurso de reírse de ellos, como Taboada hace; pero ¡su angustiosa realidad se impone y hace comprender al Tesorer de Shakespeare, en *Trillo y Creada*, al pobre bufón griego, que molido á palos por el bruto de Ayax, exclama: «Shall the elephant Ayax carry it thus? He beats me and I rail at him. O worthy satisfaction! Would it were otherwise: that I could beat him, whilst he railed at me!»

Lo cual, traducido libremente para uso de los Directores generales, viene á significar: «Conque este elefante de Ayax ha de quedar encima! El me pega y yo me burlo de él. Engiérase á Dios que fuese al revés: que yo le pegara á él y él se burlara de mí.»

Taboada, en el momento de recibir la cesantía, habrá pensado tal vez algo por el estilo; lo que, sabe reírse de los políticos que le dejan escante, hubiera preferido en tal momento dejar el cesante á esos... Ayax parlamentarios, y que ellos escribieran artículos satíricos contra él.

Pero, en fin, ya vendrá, no vendrá, la hora de todos; ó la fortuna cese, y Taboada estará *fuera de juego*; y al que *debe* salir coló á rabo la saldrá, y Cánovas volverá á ser maestro de escuela, siempre y cuando que aprenda gramática.

Sofremos, que es la moda entre *malgracistas*.

CLARÍN

PALIQUE

Si yo tuviera pesetas como tengo tesón, emigraba, y no como el respetable *emigrado de París*, Sr. Ruiz Zorrilla, por si manda Juan ó manda Pedro, sino como un gallego cualquiera que se va á destripar terrones á las orillas del Plata, porque aquí le falta el pan de cada día.

¿A mí no me falta el pan del cuerpo, en buen hora lo diga, pero sí el pan espiritual; á mí y á cualquiera, señores. Esta atmósfera literaria ya no es atmósfera ni nada. Aquella gran marca de necesidad por escrito, que se había alocado tantas veces, ya ha subido á las nubes; y las y más olas de estupidez de primera y segunda enseñanza, y hasta de enseñanza superior, ruedan sobre nosotros á muchos nudos de altura.

Pero dejando el tono lírico, me voy á los hechos, á la experiencia, como aconseja, lleno de razón, el ilustrado guímico Sr. Carracedo, también gallego. (Este también puede referirse al gallego que emigra, algunos renglones más arriba..... ó al Sr. Becerra, que es el gallego de más actualidad que conozco.)

«El Sr. Conde de Xiquena tiene en proyecto una Dirección de *Artes y Letras*.» *Artes y Letras*..... eso me suena..... ¡Ah, sí! Es el nombre de la biblioteca de los Cortezos, en Barcelona. Bueno nombre para biblioteca, malo para Dirección. ¿Qué letras son esas que van á dirigir desde el Ministerio de Fomento? ¿A qué llaman letras esos señores empleados que discurren estas cosas? ¿Son las letras..... literarias? Pues..... esas son cosa de arte, lo mismo que la pintura y la música, y además, esas letras..... no se dejan dirigir. Es horroroso, pensándolo bien, que estos señores políticos pretendan encasillar las letras, propiamente tales, en sus tableros administrativos. Tal vez en la idea de esos caballeros, que siguen inventando ruedas del Estado que cuestan dinero, no entre el meterse con la literatura de erud; pero entonces, ¿para qué hablar de letras si no se trata de letras? ¿O es que se entiende por letras la enseñanza oficial, verbigracia? ¡Pero eso..... no se llama así!

De todos modos, se aspira á que la tal Dirección «se organice como un Ministerio y al cabo llegue á serlo.....»

Eso es, y se hará Ministro de las *Letras* al político más flojillo, al menos acreditado, al neófito, siguiendo el graciosísimo criterio de que para las cosas que suceden más allá de la razón y para las que importan á la prosperidad y progreso públicos cualquiera sirve; no hace falta experiencia.

A Ministerio nuevo, Ministro principiante.

Así como así, las letras..... son cosa de *juego*, como dice Cánovas, con una intención muy filosófica..... y muy mal traducida.

Pero, mejor pensado..... sí, señores, más vale que se establezca esa Dirección. Sí, sí; que nos dirijan: á ver si esto llega á tener pies y cabeza. A mí me traen loco las críticas con eso de los estrenos. No sé cuándo debo unir mi aplauso al de la crítica y cuándo no. *Ultimamente* (¡ay, ojalá!) se estrenó un drama del Sr. Dicenta, y crítico hubo, de los que no firman, que vió que el drama no era bueno porque unas veces encontraba en él demasiada *acritud* y otras veces demasiada *tibieza*. ¡Reñón! (me dije yo, que uso esta interjección por casa y cuando no me oyen los niños). ¿Cómo quiere el Sr. Dicenta que le salgan bien los dramas, si unas veces es *agrio*..... y otras..... *tibio*? Ó como si le dijéramos al que nos prepara el baño:—¡No le eches vinagre al agua, ya sabes que no me gusta caliente!—Estos críticos anónimos de ahora, son así, no sólo confunden los sentidos, sino que le hundan á uno en un mar de confusiones tibias unas veces y otras veces *agrias*.

Volviendo por un momento á la Dirección de Artes y Letras, copio:

«El Sr. Conde de Xiquena, no obstante la creación de la Dirección mencionada, economizará en su departamento 6.000 pesetas.»

Ya me explico el por qué.

Porque los empleados de esa Dirección, en vez de cobrar..... pagarán una *prima*.

Sea como sea, el Sr. Cañete puede ir poniéndose contento, porque en cuanto eso empiece á funcionar, ya no se le seguirá arruinando el teatro español, ni Echegaray seguirá dando mal ejemplo á los chicos poetas; y si el Sr. Luceño se empeña en no proponerse ningún fin al escribir sainetes, ya le arreglarán las cuentas en la Dirección.

Si la tal existiera en el día, habría á estas horas un expediente, más ó menos ultimado, en que se decidiría lo que á mí me tiene lleno de dudas hace una porción de semanas, á saber, si el drama del Sr. Cano, titulado *Gloria*, es simbólico ó no. Los anónimos dicen que sí, que es simbólico como un cuervo; y Cañete, que sabe más que ellos (confesien los anónimos que sabe más Cañete), dice que no, que no hay tal simbolismo; es más, que ni siquiera es alegórico. ¡Ni alegórico! ¡Pues estamos buenos! De manera que ni siquiera es lo que el Sr. Gamazo, que es una alegoría parlamentaria de la *Ceres proteccionista*, buena para un reloj de sobremesa.

¿De qué género es *Gloria*, según Cañete? Bien claro lo dice él y dos ó tres veces: del género..... *atractivo*. Es decir, que se le han descubierto las mismas propiedades que á la torre *Eiffel*, que resulta un gran imán..... que descompone relojes. *Gloria* descompone la máquina cerebral de los críticos de campanario.

No hubiera sido mal crítico, si no hubiera tirado hacia el teatro, el autor de cierta comedia ó zarzuela que representa ahora en Madrid, zarzuela (creo que es zarzuela) en que se lamenta no sé qué alegoría (esta, segura) de lo mal hablado que es ahora el idioma de Cervantes, y dice que esta pérdida se debe á la introducción de los *modismos*.

El poeta debe de llamar *modismos* á la entrada de Comelerón en la Academia, á los dramas de Cavestany y á la manera de conjugar los verbos irregulares que tiene cierto novelista muy conocido, que escribe *andarrun* por *anduvieron*.

En fin, para que no se diga que trato á los autores noveles con demasiada *acritud*, voy á terminar este palique con la mayor *tibieza* posible:

Aviso á cierta *Revista* muy conocida, que me cita como ejemplo de críticos *desaforados*..... que mejor le fuera pagarme lo que me debe. Y ésta es la primera amonestación.

CLARÍN.

COLABORACIÓN

PALIQUE

Aquí debo yo escribir el segundo artículo de mi *debajo* (ad los llaman a los certámenes) acerca de la conveniencia de que se firme en los periódicos; pero deo esa materia para otro día; pero, como diría cualquiera diputado de esos que hablan en manjares de *camas*, *estd esto que arde*; y refiriéndome lo primero que tengo que decir a los motivos de moralidad que piden la firma del escritor, podrían darse por aludidos algunos periodistas que, sin firmar por supuesto, se dedican ahora a insultar de *firmar* a tal o cual personaje.

No siendo mi propósito, por esta vez, aludir a bicho vivo, deo mis observaciones para cuando no estén tan recientes los tristes ejemplos de procedencia andaluza que he visto en estas últimas días.

Sólo diré por hoy que algunos de esos andaluces libelistas tienen disciplina en su valdrid; creen que su estilo dico hára claramente quién son ellos. Claro, el estilo es el hombre, y hasta el pobre diablo; pero lo malo está en que hay muchos pobres diablos que tienen el mismo estilo que creen que es estilo de malde.

No debo, pues, hablar hoy de la firma del periodista... ¿De qué hablaré, entonces? Lo más natural parece hablar... de D. Pedro el Cruel.

A lo menos D. Antonio Cánovas, *Mecenas comolensuero*, diga lo que quiera *La Epoca* (yo estoy mejor enterado); D. Antonio comen... la restauración del Ateneo y la una, propia fuesen de las libelos, por D. Pedro I de Castilla o *El zapatero y el rey*, como pudo comensar la por el puñal del godo a *La tienda del rey don Sancho*.

No Antonio hizo lo que los cómicos aficionados no se disponen de mujeres, y en vez de recurrir al robo de las Solinas (1), se contentan con reproducir comedias de *hombres solos*. En esto aprro se reentra al citado *Puñal del godo*, a *La batalla de Clavijo* (no menos interesante que la de Nájera), a *La tienda del rey don Sancho*,... o al último acto de *El zapatero y el rey*, segunda parte. A esto recurrir Cánovas. Habló de los tres últimos años del D. Pedro de autor... y exultó como había sido lo de las puñaladas de Montiel. En lo que estuvo admirable de *edad y colorido* fue en la descripción de la batalla de Nájera. La comoda como si la hubiera perdido. También comoda muy bien D. Antonio la batalla de Poltara... en fin, es una especialidad en batallas... pletadas, ni más ni menos que los grandes panoramas de que tanto se abusa en las ferias y exposiciones.

Y todavía hay españoles, y los habrá por mucho tiempo, que un comprenden por qué se rio uno a mandibula batiente viendo a un Cánovas inaugurar en el Ateneo *conferencias históricas* con la descripción de la batalla de Nájera... y de la terrible noche de Montiel.

Lo más gracioso es que todavía hay andalices (el lo son) que dicen muy serios que el señor Cánovas es de buena tinta, y lo sabe el soldo, gracias a unas papeles que tiene en casa, como se casaron las flechas los espa-

(1) O lo que reentra el autor de *El drama nuevo* a inventar estrofas en tiempo de Shakespeare.

Bóles y los extranjeros de la Intervención allá por el siglo xiv, y cómo vinieron a las manos D. Pedro y D. Enrique; y quien se dio a quién la zancuñita, como si se tratara de Mar- tos y Canalejas: esas conferencias, Sr. Cánovas, son divanas gigantescas para los ba- dauda, que es como llaman en Francia a los conservadores de buena le.

La historia a lo *Men Rodríguez de Sanabria*, de *Paradise*, de *Quixote*, se había enterado con el ilustr. D. Juan, y Cánovas la resucita. ¿Qué diría por ahí fuera si se enteran de estas cosas!

219 La Justicia (Madrid), n. 382, 21 enero, 1899

Peroséa como sea, ello es que Cánovas, como dice muy bien *La Epoca*, se propo- nían el expandir y la animación del Ateneo, y lo mismo lo entrar allí, que empezar aque- llo a florecer.

Por lo pronto tenemos eso: la *Noche terrible de Montiel*, con todos sus pelos y sollores; pero como los florecimientos nunca vienen so- los, a los pocos días sacaron en el Ateneo los siguientes cantares del Sr. Correa, a quien, valga la verdad, ya no creía yo capaz de re- volver en cuanto literato. Pensábamos naci- que el político había acabado con el poeta, empresa fácil; pero no, señor; ahí le tenemos no menos revuelto que la batalla de Nájera, cantando ante un público numeroso y escogi- do, por el tenor siguiente:

*Florecer, por tu querer
estoy sin poder estar, (1)
pues al me atrevo a dormir,
al me atrevo a despertar.*

Aquí la paradoja, embrollada con la mala sintaxis, produce una encataclura confusión llena de colorido, como la batalla de Nájera del otro.

Peró el cantar que había más en favor del re- nacimiento del Ateneo, es este, también origi- nal del citado jefe superior de la administración:

*Que tu digas si he sufrido
la cubierta de mi almohada,
pues no es cubierta de plumas,
sino cubierta de lágrimas.*

Unverné el digno director de no sé qué ramo, que aquí el bonito contraste de las lágrimas y las plumas se ocha a parir por culpa de la cubierta. En efecto, la cubierta de las almoha- das nunca es de plumas; las plumas están des- to; de modo que la cubierta de la almohada de U., será, después de haber U. sufrido todo eso que dice, de lágrimas; pero antes no era de plumas, no puede ser.

Cuando se camina a la restauración del Ate- neo por esta clase de gaya claceta, una tiene de particular que el Sr. Ducacal y el Sr. Ro- mero Robledo quieren desahogar un poco al parlamentarismo con ese estilo familiar (de la milia pobre, pero honrada) que los caracteriza. Al Sr. Ducacal, por principante, todos se le achacan cosas pero jugó con el vocablo y ha- bió del *avío* y de la *Gran Via*, cometiendo una figura que no recuerdo ahora cómo se llama en griego, que es como hay que llamar a las figuras.

En cambio, a Romero Robledo nadie le ad- vierte nada, y eso que poco le falta para decir, como diría *La Epoca*:

—¡Amélese S. S.!

Por lo demás, lo del estilo familiar va pla- cando en historia. Con esto de que ya no se hacen versos, y con esto otro de que pasó de moda el estilo satírico y hasta el *medio* de Dor- do, ya cualquiera es orator y escritor, porque ¡quién no se siente con fuerzas, aunque sea del Hospicio, para hablar familiarmente!

Los españoles todos nos volvemos extremos; o hablamos como el Politeo de Góngora, y usamos las protopopeyas de Quixote, o des- cendemos al *emalita* sea mi suerte, que se lo atribuyó a Ducacal.

Peró dejando el Congreso y volviendo al fo- recimiento del Ateneo, me haré cargo de que mi amigo y compañero el ilustrado quínico se- ñor Carracido declaró en la sesión un litera- ra que el arte mejor es el simbólico.

La gusto, en esta época de rebajamiento de caracteres y de apostasías, encontrarse con un hombre consecuente, que dice hoy lo mismo que ayer y que antayer, etc., etc.

Hace muchos años, cuando el ilustr. ca- drático de Farmacia y yo éramos pollos totaría, ya el Sr. Carracido opinaba lo mismo que ahora: que el arte mejor es el simbólico, y por las mis- mas razones que ahora aduce, porque es más ú- til como los principios de la ciencia, etc., etc. De modo que siendo el arte mejor el simbólico, como la gloria del Sr. Cano nos resulte sim- bólica (y este es el punto señalado para la vota- tendencia que *gloria* es cosa superior... ¡dios lo quiera!

En el Sr. Correa lo que tiene no saber químic y haber estallado por el sistema aud- guo y no por el de los hechos, y anda más que los hechos; que se pone a escribir canares... y como no son simbólicos, ¡claro! le salen los ti- ros por la culata y las plumas por la cubierta.

Y esto de los hechos, y nada más que los hechos, me recuerda otra vez lo de que en Ba- paña uno se vuelve extremos. Carracido no quiere más que hechos, y á lo sumo, para pa- sar el rato, símbolos; y lampamora- re hechos, admitiendo, a lo más, el *hecho de Sagunto*, y eso porque no digan.

En materia de hechos, uno morrocotudo es la elección del Sr. Comelarán en la Aca- demia.

También está... espiñalado portense al fi- recimiento literario que estamos debiendo esta temporada al Sr. Cánovas.

La actividad de la Academia cometa a la señora doña Emilia Pardo Bazán, que me es- criba nada poco: «Cánovas es incapaz de en- viar a nadie.»

Incapaz, bueno; pero de enviar, ¿a cual- quiera!

En cuanto al Sr. Comelarán, buen chasco sé va a llevar si cree que va a ser el *último* de los académicos.

Donde está Mariano Catalina, amarillo como el Casio de Shakespeare, nadie es el último más que él.

Catalina haciendo académicos (porque los hace), es como Sísifo; en vano quiere llegar a la altura empujando pedruzcos; siempre queda el debajo del giratorio, rodando hacia el abismo de su insignificancia, o Alicia.

Todavía es Catalina menos... que el mar- qués de Pidal, del cual no se acordaba nadie est- día cuando se publicaban listas de académicos electos.

En el colmo de la popularidad. Pues bien; todavía después de ese colmo, está Catalina.

Sólo es igual á Cánovas, por lo que toca a los libelos.

Recordando una frase de mi ilustr. jefe ex- pósito, el Sr. Castelar, diré:

Cánovas y Catalina son los hermanos Si- mones de la silba.

Y ahora me voy por el foro cantando ha- lo... ¡Cómese es aquello, Sr. Correal...

La cubierta de mi almohada...
pues no es cubierta de plumas
(muy lejos)
sino cubierta de lágrimas...

CLARIN.

COLABORACIÓN

SOBRE MOTIVOS DE UNA ERRATA (I)

(Pallique)

Ante todo, publíquese este artículo cuanto antes se pueda, si se me quiere hacer un favor... que pido en justicia.

En el caso que los cajistas de la... JUSTICIA me han hecho llamar al Sr. Castelar en mi último *Pallique*: emi ilustre jefe expolítico, y yo había escrito emi ilustre jefe en política, por no decir jefe político, nombre que recuerda a los gobernadores inferiores (y no superiores como el Sr. Nido) de hace algunas lustros.

Aunque llamar a Castelar *expolítico* no tiene sentido común, sin embargo, conviene rectificar pronto, por si algún malicioso me quiere tomar por uno de esos caballeretes que, con motivo de abandonar la política de su jefe, dicen de camino alguna tontería.

Yo soy castelarino y muy castelarino, y pienso seguir siéndolo si Dios nos da vida y salud al Sr. Castelar y a mí. Colaboro en LA JUSTICIA solamente como literato, aunque lo digan, y esto lo saben el ilustre patriótico que me han invitado a esta tarea, y el Sr. Castelar, con cuyo explícito asentimiento, por mi solicitud, conté desde el primer día; y lo saben, por fin, los ilustrados y dignísimos redactores de ese periódico. Pero no están en el mismo caso ni el corrector de pruebas ni los cajistas. Por eso tiene disculpa que estos señores me hayan hecho llamar *expolítico* a mi ilustre jefe en política.

Y para que este *pallique* no me importe a mí sólo, tomaré pie de su asunto para hacer algunas... *consideraciones generales*... v. gr., sobre la influencia de la mala letra en el destino

(I) A ruego de nuestros cajistas, debemos hacer una aclaración: que a pesar de las quejas de Olario, no es posible responder de que este artículo no llave alguna errata, porque el original es indecifrable.

de los escritores. No hace mucho publicó mi amigo y compañero Cavia un gracioso y curioso artículo acerca de esta materia, y... no quiero repetirle; pero diré, con la mayor originalidad que cabe, y sin pretensiones de hacer una autobiografía, que mi letra es como la filosofía de Hegel, según la conocida anécdota de Heine. Cuenta éste que el gran filósofo, al morir, decía: «sólo un hombre me ha entendido. (Pausa). Y ese, acaso tampoco.» Aquel hombre era el mismo Hegel. Pues mi letra es una cosa así, una especie de taquigrafía que sólo entiendo yo... cuando acabo de escribir, y que a las pocas horas ya no entiende nadie.

220 LA Justicia (Madrid), n. 390, 29 enero, 1889.



220 Miniatura de la página

Sin embargo, entre los escritores contemporáneos (y esto no es decir que yo lo sea) hay dos que tienen peor letra que yo: Pérez Galdós y Sánchez Pérez. Tal vez por eso la Academia prefirió a Commelerán... que debe de tener una hermosa y castiza bastardilla.

Muchos son los males que de este defecto de pluma le pueden venir al más pintado. A mí, por ejemplo, se me hizo llamar al Sr. Díaz el Sr. Díaz; con lo que en algún tiempo habría motivo para ir a la Inquisición. Los que tenemos mala letra somos objeto predilecto de los odios reconcentrados de los cajistas, que pierden dinero por culpa nuestra. Cuando yo colaboraba en *El Imparcial* (hace muchos años) me dijo Mellado un día que había tenido en la imprenta una especie de motín por causa mía. Al margen de las pruebas me ha insultado alguna vez un cajista anónimo. «Usted que se la echas de crítico, mejor aprenda a mejorar la letra», decía un anónimo de la imprenta. A lo que yo contesté humildemente: «Perdona, hermano, los malos ratos que le cuesta. Es sin querer; y esto ya no tiene remedio.»

Un día, leyendo los *síntomas* de la criminalidad en no sé qué escrito italiano. Ví que los grandes asesinos hacían las tés y las dás como yo. Pero me tranquilicé después, viendo que la letra de todo un Campomanor se parece a la de Possanante. Y además reflexioné esto: tal vez me parezco a esos criminales, no en la mala sangre... sino en haber hecho pocos platos en un día. Y por otro lado: como que las ciencias *psiquiátricas* y *teratológicas* se equivocan en esto, como en otras muchas cosas.

En cambio de estos y otros disgustos, con su mala letra el escritor público adquiere la virtud de la resignación.

A mí me han echado en cara muchas veces, como falta de gramática, erratas inverosímiles que no tenían disculpa.

Porque esta es otra. Hay cajistas creadores, que tienen una iniciativa atroz.

Los hay que hasta tienen un sistema filosófico cerrado a toda influencia exterior. En vano se quiere luchar con ellos. Usted escribe lo que quiere, pero ellos le corrigen con arreglo a su sistema ideológico.

A los kranistas les costó Dios y ayuda acilimar la palabra prejuicio, que ya usa el mismo Menéndez Pelayo. El prejuicio se convertía en perjuicio.

Pero el fuerte de los cajistas es la ortografía ortodoxa; casi todos creen en la Academia, probablemente porque se lo mandan. La armonía del padre Mir, es decir, la armonía con h, se va extendiendo gracias a los de las imprentas. A veces en un artículo en que se burla de los usos ortográficos de la calle de Commelerán, le ponen los cajistas la misma ortografía que se censura. Sin embargo, también tienen su fantasía, y así, es muy común la tendencia a dar interés al escepticismo, poniéndole una x en vez de la primera ese. Lo mismo suele sucederle a la espontaneidad. Otros van más allá, y hasta sacian sus rencores políticos alterando el original levemente, pero de modo que resulte con sentido opuesto.

Antes de estallar la revolución, un cajista de Oviedo hablaba en profecía, diciendo al ex-reina doña Isabel II: «La revolución estalló, pero el cajista aquel fué a la cárcel.»

Para concluir, conste que los escritos en que yo aparezca separándome de Castelar, no valen.

Al cajista que pueda parecerle raro que escribiendo yo en LA JUSTICIA sea castelarino, le advertiré: primero, que una cosa es la política y otra las letras, y además, que a Dios gracias, se puede ser buen republicano de Castelar, y hasta tener en el bucho materia suficiente para hacer todo un libro de argumentos en favor de esta tesis: que la República, la *segunda República*, debe ser como dice Castelar y con él a la cabeza; y, sin embargo, admirar, respetar y hasta querer a los republicanos que no son castelari os.

Y concluiré diciéndole al cajista que al poder yo decir esto, siquiera una vez, desde LA JUSTICIA, honro a este periódico, a quien lo inspira... v. a los tiempos y partidos en que esto es posible. ¡Se podría hablar tanto de ello!

CLARÍN

No ha sido mala temporada ésta para las letras.

El acontecimiento épico más notable ha sido, ya se sabe, la elección de Comeller; pero esto huele á próbata de confesso. No así *La Puchera*, de D. José María Pereda, libro, en mi opinión, diverso, por lo mismo que no encubre lo humano. Repato faustos y otros sucesos: el parto del puchero académico y la publicación del libro de Pereda; porque con *La Puchera* gana honra la novela española, y con lo de Comeller la pierde la Academia de los congrejos retráidos; y todo es ganar.

Es claro que yo pienso escribir largo y tendido con motivo del último libro del ilustre montañés, y me he de hacerlo donde tenga más espacio, pero eso no quita que desde luego me entusiasme con el *Berrugo*, el *Foer*, *Quilino*, el *Labrador* y demás *hijos* de esta maravillosa creación artística, que nos habla de lo que tan poco abunda: de inventiva fuerte, original; de una vocación y maestría evidentes, serias, dignas de pasar, de verdad, á una posteridad remota, por sus frutos rigurosos. Da gusto decirlo con la conciencia del todo tranquila, sin miramientos, reservas mentales y leídas de circunstancias, hijas de lo que llamo el estojismo la equidad; da gusto decirlo á boca llena: Pereda es un gran artista.

Bueno; pero ¿quién ha hablado por ahí de *La Puchera*? Casi nadie. Tres artículos ó cuatro de anónimos, ó equivalentes de anónimos; ninguna firma acreditada en la plaza que apoyase el crédito del libro. ¿Que no necesita *La Puchera* artículos de crítica? ¿Por qué? Cuanto más vale un libro, más necesita comentarios. Si la crítica fuese, como se le figura muchos, cosa de curiales, una sentencia firme que no hay días chico que la mueva, á no ser Pidal, el protomáster de Villavieja, *La Puchera* no necesitaría artículos: pero la crítica sirve para formar la auténtica propia de la vida de toda obra artística; el poeta no quiere sólo saber que sus obras se venden, busca algo más: una satisfacción espiritual, que es como alimento para las vigilia futuras; busca lo que encuentra en otros países, con el arte, la atención del público, la referencia de los literatos. Pero si en los periódicos políticos, que á pesar de llamarse literarios, y serlo para lo que les conviene, tan descaudada tienen la literatura, no he encontrado *La Puchera* la acogida que merece... podremos ir á buscar el remedio en las *Revistas*, que dedican especial atención á lo que llaman ellas la cultura patria.

¡Ay, Dios! Esto de las *Revistas* es un cantar que merece glosa, y larga, y clara y dura.

Por lo pronto, hay algunas que no pagan los artículos que le piden á uno y que publican, como ya tengo dicho y pienso repetir hasta la saciedad... ó hasta que me pague, que será otro modo de saciarme también.

¡A un amigo mío, gran estilista, pero que no siempre ha tenido casa propia, le preguntaba la patrona en un día de *sturm*, que diría Goethe:

—Pero, vamos á ver, ¿por qué no me paga usted los meses que me debe?

—Señora, respondió el estilista, porque no quiero servir de escabel á nadie!

Yo también me voy sospechando que la *Revista* á quien aludo, y aludiré, no quiere servirme de escabel á mí, y me hace la guerra que puede, para que yo no me dre, echándome las piedras los críticos amastados de la casa... y además, eso, absteniéndose de pagarme.

Breve es el plazo que le doy: si para cuando publico mi próximo folleto literario, que será pronto, no se me han satisfecho las 75 pesetas—quince miserables duros—en que *costó* el artículo, en la cubierta de dicho folleto aparecerá el nombre de dicha *Revista* y el del señor dibujado á Cortes que me pidió el artículo y me dije que se me pagaría.

Es necesario, señores jornaleros de la pluma, que vayáis *haciendo* costumbres literario-económicas. Lo que hacen los liberos con los correspondientes distraídos, por qué no hacen de hacerlo nosotros? Yo empiezo ahora, y ¡teno seguir, siempre que haya caso, aunque se trate del libro de la casa. En este punto tengo la epidemia muy delicada: no me importan tres cominos las chiforias ni los cantos de los Aramises, Cartoques, Juanes Ranas y otros Silencios; pero háganse estos pagantes editores, páganme artículos y no me los paguen, y vean lo que es bueno.

Y no me diga alguno de esos que no pueden ver que se haga pregunta en el Congreso, ni se pronuncien bridón, ni se pierda el tiempo aun, que el asunto que ahora trato no le importa al público y que le obligo á perder el tiempo al lector, etc. Pienso dándole de que para perder el tiempo debe de estar quien me está leyendo á mí ahora, opino que la cuestión de pagarme á uno (y á otro, porque éste es el cuento) lo que le

deben, es la cuestión de más interés general que se puede ofrecer á la consideración y al sueño de la sección más sedada del Ateneo nuevo.

¡Pagad! ¡Dónde habrá interés más general! como no sea el de no pagar, que también se va extendiendo mucho.

Perd, en fin, todavía podría perdonarme á la *Revista* los artículos que no paga (esto no es decir que yo perdona el insulto que me libel bable en hipótesis) si á lo menos, cuando se trata de juzgar libros de *La Puchera*, echase el resto y encargase la depuración á un mero de veras. Pejo no, señor... En fin, tente, plama. De esto ya habléis otro día es otra parte.

También debe de andarse con cuidado en lo de buscar críticos para los libros que van saliendo la nueva Revista titulada *La España Moderna*. Tengo el honor de contarme en el número de sus colaboradores, pero esto no quita ni que dé la enhorabuena al editor y director por sus buenos ánimos y óptimo propósito, ni que los dirija alguna advertencia amarillana que amplíe en otro periódico. (Porque ¡ay! yo, como otros varios, soy bahúño de la literatura menuda y silendo á más parrejanos sirviendo *pelique* á domicilio, de redacción y edición, de pueblo es pueblo.) El primer número de la Revista del Sr. Lázaro me ha parecido bien en general, y no dudo que eclipsará esta publicación á la *Revista de España* y al *Ateneo*, que ahora emplea el ojo casi exclusivo auspicio de esos conservadores, que cuando no son mimbros, se entrecien en ser hombres de genio y de vasta ilustración. Con un *Ateneo* dirigido por el Sr. Chichón, de protuberante memoria, y que copia todas las bobadas de las secciones, no se va á ninguna parte. *La España Moderna*, que según mis noticias tiene por consejero á tan ilustre publicista como Emilia Pardo Bazán, podrá llenar un verdadero vacío si cumple, entre otras, las siguientes condiciones: 1.º Pagar bien y á toca teja, y realizar su promesa de rechazar la colaboración gratuita. 2.º No tomar el gusto de la información indigesta, amontonada, irracional, manifiesta, sorda y muda y ciega, por la fiebre de la erudición bien digerida, vidente, sistemática, fecunda y sugestiva. 3.º No confundir las categorías impuestas por la política con las categorías implícitas de la ciencia y del ingenio. 4.º Procurar dar amabilidad constante á la colección. 5.º Exigir que sea escritor todo el que colabore. 6.º Reconocer que en España para una Revista general lo primero, más exquisito y digno de cuidado es la literatura... Y continúe el 6.º justamente peca *La España Moderna*, permitiendo que sección tan importante como la de la crítica de las obras literarias recientes caiga en manos de cualquiera, verbigracia, del Sr. Torromé, que si en el hábitat consistido, hubiese puesto en ridiculo á mi buen amigo el joven y muy elocuente escritor Salvador Rueda.

[Mucho cuidado, Sr. Lázaro! Mucho cuidado, D.ª Emilia! Por ahí se va á abrir las puertas á los Aramises, Cartoques, Juanes Ranas, Carreras y otra gente sucia.

En cambio, me parece de perlas ver á tan empinados é inteligentes jóvenes como el Sr. Allamán arañando, en modesto examen-tesoro, libros de la índole del titulado *Sociología*, debido al ilustrado profesor Sr. Salas. De todas suertes, y como no hemos de reñir por Cánovas más ó menos doy la enhorabuena al empresario de *La España Moderna*.

Último consejo; debiera suprimirse el grabado de la portada. Aquella alegoría con tan pocas narices no conduce á nada práctico.

Y, sobre todo, pagar bien y con formalidad. Esa es la faja.

Por último, y ya que he andado metiéndome donde no me llaman:

El Sr. Peña y Gofí, á quien no tengo el gusto de conocer, pero á quien considero como amigo, por ser compañero de MADRID CÓMICO, preguntó el otro día qué le instrumentaba un écuva consecuencia: que había escrito el maestro Bretón, pues si el Sr. Peña y Gofí quiere, yo se lo instrumentaré; quiero decir que ese, *cuya* está perfectamente empleado (lo que no está bien es un *tal* que hay antes). Si el Sr. Peña y Gofí quiere apostar algo, me tiene á su disposición: si la *cuya* está bien, él me regalará un buen diccionario de biografía y toponimia de la música, de los muchos que debe de tener; y si el *cuya* de Bretón está mal, ya le regalaré al Sr. Peña y Gofí... un *objeto de arte*. ¡Jueces!... Comellerán, Villaverde y No herlesoom... ó quien él quiera. La gramática sola, por ejemplo.

Dispénsenme el Sr. Peña esta broma: ha sido una ligera obcecación suple el crítico el *cuya* de Bretón, y el error, disculpable, tiene impunidad por tratarse de escritor tan discreto y de un lapsus en que caen todos los días notables oradores y académicos.

CLARÍN.

HUMORÍSTICA de "Madrid Cómico,"



22



H. Martínez



José López Silva



Clarín



Juan Pérez Quiroga



Ed. Prestilla



J. Spanton Piller

Pocas cosas, tal vez ninguna, podían habérsele ocurrido al Liceo Artístico y Literario de Granada tan oportunas y dignas de alabanza como la coronación de Zorrilla.

Creo que todos los que tenemos por oficio—pícaro oficio—el muy arraigado de ir convirtiendo un hilo intermitente y tortuoso de tinta en pesetas ó perros chicos, según los posibles de cada cual (estilo *gongorino*, de los *gongorinos* nuevos, que además de serlo no saben gramática); digo que todos los que somos, como si dijéramos, los *apoyadores* de la tinta fina de escribir, que llevamos de casa en casa y metemos por debajo de las puertas las partes de nuestro ingenio, estamos (y ya pareció el verbo de la oración principal) en la obligación de propagar un día y otro, en cuantos papeles sean de nuestra incumbencia, la buena noticia y el buen propósito de la coronación pública, solemne, nacional de D. José Zorrilla, el Pepe más glorioso que conocemos.

Hace bastantes años tuvo el honor el que suscribo de proponer al Ilustrado público algo de lo que se va á hacer ahora: llamábalo, aunque es claro que el nombre era broma, un *centenario* en vida; y el ilustre poeta, que es modesto do verdad—*méme trop*—tuvo la bondad de escribirme una cariflosa carta en que rechazaba la idea, fundándose en sus *pocos merecimientos* y además... en el miedo á la acumulación de muchos espátulos.

Tijábase en la observación sociológica, llamémola así, muy puesta en su punto, de que cuando se reunen muchísimos ciudadanos para celebrar algún acontecimiento de interés general, ora religioso, ora político, ora económico, ora artístico, suelen quedarse sin reloj algunos de ellos, y hasta no suelen faltar pu saladas repartidas entre el concurso. Estos temores de Zorrilla, en general dignos de ser tenidos en cuenta, no deben preocuparnos ahora, pues es de suponer que los *ratas* se abstengan, siquiera sea por patriotismo, de asistir á las fiestas de Granada.

No espero yo otro tanto de los poetas, que, aunque se dicen amantes de las letras patrias, son unos egoístas, y ya estarán á estas horas afeitando la lira, ó sea navaja barbera.

O mucho me engaño, ó la literatura, como se llama aquí á cualquier cosa, va á contribuir, en cuanto de ella depende, á echar á perder esta magnífica fiesta nacional.

Zorrilla, Granada, la Alhambra, son cosas muy poéticas; pero por lo mismo muy serias y muy dignas de respeto.

Hace falta mucha formalidad y no dejar meter baza á cualquiera. Si todo el mundo se va á meter á hablar de la cuesta de los Goméles ó Goméres, y de la Torre Bermeja, y del Generalife, y del Albaicín, y del Zacatín, no se va á poder parar en Granada.

Effíense ustedes en que la Alhambra está muy delicada. La

arquitectura árabe es lo que tiene; es fina de nervios, no recia de músculos, y entre la intemperie y los rípios la lamen, la lamen, y dan en tierra con ella en seguida, *non vi sed scopi cadendo*. La Alhambra tiene sobre sí muchas generaciones de quintillas malas, casi tantas como la luna, que así está de pálida y anémica, y con la mayor facilidad se desmorona á poco que me la apostrofen y *prosopopeyen* los vates que se han de hacer ahora los andaluces.

En España abunda lo que yo llamaría el jándalo de las letras. Así como hay el jándalo de la pintura, que es el que se cree un Murillo y un representante genuino de la escuela andaluza con todo su valor, vida, etc., en cuanto pinta un cielo de paño azul para la tropa y una mala mujer tocando la guitarra. El jándalo de las letras es ése, el de la cuesta de los Goméles ó Goméres, y el Zacatín y el Albaicín, y hasta del paseo de la Bomba, si es *modernista*. Fuego en ellos y no dejarlos entrar en Granada en todo lo que falta de año, para seguridad de los forasteros inofensivos! Hay que advertir que Zorrilla, que es un gran poeta, el poeta *oriental* por excelencia entre los hombres de Europa, según prueba *La Nueva Astalogia*, de Roma hablando de él en su último número, Zorrilla el oriental es cosa perdida en materia de carácter y entereza para rechazar á los imperituros. Es un gran monumento árabe, una gran mezquita que se deja invadir por todos los mochueros y vencejlos públicos del mundo. Es probable que cuando el admirador desinteresado se acerque al gran monumento, salgan de sus cornisas, *alicatados* y demás relieves y agujeros de hacer mezquitas, catedrales y rípios, más pajarracos que salieron de la cueva de Montesinos cuando la visitó D. Quijote.

No hace muchos días decía el insigne poeta en un alejandrino:

Ferrari, Núñez de Arcé, Shaw, Campoamor, Velarde.

Aparte de la culpa que les cabe á Núñez de Arcé y á Campoamor en esta horrorosa confusión, por haber ellos incurrido en otras por el estilo, por ello se ve claramente que si nos fiamos de la bondad de Zorrilla no nos vamos á librar de Goméles, Albaicines y Zacatinés.

Todo español, en cuanto tenga un poco de recio, ó lo sepa fugir, se va á creer llamado á cantar en el mismísimo mirador de Lindaraja.

Afortunadamente, mi amigo el Sr. Sellés, gobernador de Granada, sabe el trabajo que cuesta hacer versos buenos, y se valdrá de su autoridad poniendo en vigor la ley famosa de 21 de Abril, ó la tan conocida de Platón respecto de los poetas. De otra parte, nos exponemos á oír hasta el *suspiro del moro...* de Forreras.

CLABIN.

222 Los Madriles (Madrid), n. 22, 2 marzo, 1889.



222 Miniatura de la página.

SR. D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Mi querido compañero: ¡Dónde tendría yo la cabeza cuando, fándome de la pícara memoria, dije que usted había escrito «cuya consecuencia» en vez de decir que había escrito «cuyo antecedente»! No, y lo que es peor, se percibió el antecedente y la consecuencia por lo mismo que son contrarios. Pero usted, que es listo y va, á viene, de buena fe, reconoce que para el caso del *cuyo* era lo mismo uno que otro. Eso no quita que ya sea un aturdimiento en ocasiones; lo soy; recibí la lección y calló.

Y vamos á nuestra discusión.

El parrafillo es éste: «Quizá peca de desigual esta sifonía, pero llega á veces á tal grandezza, cuyo antecedente sólo puede hallarse en Beethoven.» Usted dice que el *cuyo* está mal, y yo digo (y juro y perjuro) que no. Lo que hay que cambiar es el *tal*, que no puede usarse ahí por causa del *cuyo*.

Prueba al canto: yo, quitando el *tal* y poniendo otra palabra, otra sola, dejo eso bien, significando lo mismo; usted, dejando el *tal*, no puede sustituir el *cuyo* por otra palabra sola. Pruebe usted.—Yo digo: «...pero llega á veces á una grandezza, cuyo antecedente sólo puede hallarse, etc.» Y usted tiene que decir, por lo menos, «á tal grandezza que su antecedente sólo puede hallarse, etc.» Y en rigor, no sólo suple una sola palabra, muy propia, con dos, sino que cambia la idea algo, pues en la variante de usted, el valor ponderativo, como usted dice, del *tal* tiene que apoyarse en la comparación de la grandezza de Beethoven, y en mi variante, más conforme con la idea del autor, lo de Beethoven es una salvedad que se hace en justicia para no se crea que se *pueda* la grandezza de que se trata como superior á la grandezza de lo que se reputa tan grande, por lo menos.

El *cuyo antecedente* no tiene pero, no, señor; no hay manera mejor ni más breve de decir lo que se quiere decir, que culpa tiene el *cuyo* de que lo quieran juntar con lo que no puede él juntarse!

No crea usted, Sr. Peña y Goñi, que es perder el tiempo hablar de estas cosas.

(Conoce usted que se pueda entender de música sin saber lo que son escalas, tonos, compases, fusas, semicorcheas, hemoles y demás?)

Yo tenía un amigo que por ir de balde al teatro, se metió á crítico de zarzuelas, y todo se volvía hablar en los periódicos de la voz blanca de la Feliana y de la voz oscura de la Perengana, y resultó que en materia de pentagramas á él le estorbaba lo negro. ¡Desprecia las semicorcheas!

La literatura tiene también sus habas contadas. Decir «hajo la base», como dicen algunos académicos, y decir «pretencioso», como dicen otros, y los de antes, y decir «deber por debe» y viceversa, son disparates que no pueden pasar y de que es bueno murmurar para que se vayan corrigiendo.

El deber por deber de, de algún tiempo á esta parte ya se va desechando por algunos escritores, gracias á lo que se ha predicado acerca del caso en estos últimos años. Verdad es que á lo mejor los cajistas le corrigen á uno la plana.

La cuestión del *cuyo* es de las más importantes en esta materia, por ser uno de los vicios más arraigados al emplear este pronombre en vez de *el cual*, *el que*, etc.

Parecía que usted quería corregir el «cuyo antecedente» por creer mal empleado el relativo *cuyo* ahí; y como está perfectamente, por eso yo.....

La gramática de la Academia revienta con la razón cuando dice en la página 219 (edición de 1880): «El pronombre *cuyo* hace relación á personas ó cosas ya nombradas ó que se nombra inmediatamente; siempre indica posesión ó pertenencia; no es, en último resultado, sino el penitativo latino *cuius*, y no castellano equivalente á *de quien ó del cual*, etc.» Y también dice bien la gramática oficial cuando escribe (pág. 283) que es craso desatino decir: le regaló un aderezo, cuyo aderezo era de brillantes; y que en cambio está bien así:

Esclavo soy; pero cuyo eso no lo diré yo, pues cuyo soy me mandó no dijese que era suyo.

(Lo cual, por cierto, recuerda el principio de la canción de Fortunio en *El Candelero*, de Musset.)

«Soy esclavo, pero no diré de quién, porque la persona de quien lo soy me lo ha prohibido.» La verdad, eso significa la coplita; y en nuestro ejemplo el *cuyo antecedente* significa el antecedente de la grandezza de la sifonía, etc.: «Eso es *cuyo caso*» que oímos y leemos tantas veces, casi siempre son disparates. ¡Ah! Y por supuesto, también los usan los académicos.

Si usted no se ha convencido, Sr. Peña y Goñi, con lo dicho, consulte usted con personas más peritas que yo.

Por último: no es razón para que esté mal el *cuyo* y no el *tal*, puesto que son incompatibles; el que el *tal* vaya primero. Ese *cuyo*, para decir lo mismo que se dice exactamente, es «mejorable», y sólo puede sustituirse por un «antecedente de la cual...» que tampoco es compatible con el *tal* de antes; que necesita un *que*, y con ese que no se puede decir lo que se quiso decir. En cambio el *tal* puede sustituirse por *una*, y todo queda como estaba. Luego sobre el *tal*. Para dar á la frase el valor ponderativo de que usted habla, había que decir cosa del todo diferente, después de la palabra grandezza.

Perdone usted, amigo Peña y Goñi, pero ya comprenderá que me importa demostrar que no hablé á humo de pajas.

Lo del *Diccionario de la música* no queda decir nada contra la erudición de usted. Pocas cosas conozco más curias que el abominar de los diccionarios técnicos, enciclopédicos, etc. Son uno de los adelantos más notables de la vida literaria moderna, de los más útiles... y hemos de renegar de ellos. Lo absurdo es darse tono con tradición tomada de un diccionario; pero eso es abyecto también darse tono con lo aprendido en tres ó cuatro tratados especiales... ó elementales. En punto á erudición, todo lo que no sea trabajo de primera mano es hoy ya, gracias al progreso, igualmente fíctil, secundario y de un *merito* que no debe envenenar á nadie.

Conste, pues, que cuando yo aludía á ese diccionario de la música hablaba con el corazón, porque efectivamente desearía tener uno bueno.

No necesito que usted me diga quién es usted. Ya lo sé yo, y le advierto que nadie me ha hablado mal de Peña y Goñi y que... pero estas cosas sí que no le importan al público. Lo del *cuyo* sí, ¡siempre! Y el público, y usted y yo y todos baremos bien en no decir nunca pretencioso, ni desapercibido por inadvertido lo en lo de *extraño* hay, tal vez, sus más y sus menos (1). Sin contar con que el «me extraño» de que usted habla no es reflexivo, como usted dice. Para ser reflexivo, diría «me extraño», y eso nadie lo usa.

El hablar como manda la gramática no cuesta trabajo. El trabajo está á veces en vencer si la gramática verdadera manda uno ó otro. De todas maneras, usted hace bien en tomar en serio estas cuestiones (otra palabra de las que no quieren admitir algunos, en este sentido, y que yo *estoy* admirada, porque no es un disparate, sino un barbarismo que sólo necesita tiempo y parentesis con el castellano para hacerse bueno).

Gracias por sus ofrecimientos, recibalos análogos y cuente con la simpatía de su afectísimo compañero,

CLARÍN.

PALIQUE

No tengas ustedes miedo.... no les voy á hablar del *rey*, ni siquiera del famoso *reyes ó reyes*.

Hasta la gramática empalaga.

Solo diré que agradezco (y erro que Pen a y Gosi también agradecerá) á mis queridos amigos Sánchez Pérez y *Fray Candil* los sendos artículos que en *El Liberal* y en *Los Madrids*, respectivamente, han dedicado á esclarecer el asunto.

Y ya que hablo de Sánchez Pérez y *Fray Candil*, voy á darles unos *honros*, sendos también (porque *hoy estoy* muy clásico), con motivo de sus últimos libros.... también respectivos, por supuesto. (Estilo de *comunicado en que el autor, que puede ser chocolatero, tiene miedo á que los literatos le cojan en delito de la bibliografía*.)



Sánchez Pérez es el autor del segundo tomo de la Biblioteca titulada: *Celebridades españolas contemporáneas*, y su estudio breve pero sustancioso de D. Ramón Campoamor, sin pretensiones de poner ninguna pica en territorio lejano, es de muy agradable lectura, revela gran discreción de el autor, verdadera imparcialidad, y contiene además algunas noticias biográficas nuevas y muy interesantes. Yo no sabía, y eso que he tenido el honor de hablar con D. Ramón muchas veces de esas intimas, que había estado á punto de ser *jorista* el autor del *Drama Universal*.

(Qué confesor se ha perdido las damas aficionadas á la caruística: psicología del tribunal de la penitencia)

Volviendo á Sánchez Pérez, diré que yo no puedo alabarle mucho, porque.... porque *¡se pasa la vida alabándose á mí*. Por huir de las sospechas de la malicia, nunca he escrito palabra de lo mucho que me agradaban las obras de varios géneros que el antiguo redactor de *Gil Blas* iba sometiendo al juicio público. (Hoy escribo yo como uno de esos que *diseminan* y gozan de pingüe sueldo.)

Pero si no puedo decir lo que me parece bien de Sánchez Pérez, sí puedo decir lo que me parece mal.

Me parece mal que nos ponga tan por las nubes á mí y á otros muchos que no lo merecemos ni con cien leguas. Así resulta que, dado un *diapasón normal*, parece que elogia poco cuando se trata de un Campoamor. Y todo depende de las pícaras comparaciones.... Porque aunque, en rigor, ahora no dice menos de lo que debe, como otras veces había dicho más de lo que debía.... por eso.



Fray Candil, más joven, mucho más joven que Sánchez Pérez, menos conocedor del mundo y de cómo las guardan los que se ven poco alabados por la critica, no suele audarse con paños calientes; no, no peca de benévolo.... generalmente. Pero da la pícaro casualidad de que para este misero mortal que suscribe, *Fray Candil* ha sido también un Sánchez Pérez. Suele él decir que no se casa con nadie, pero de un servidor de ustedes ha hecho apologías que estaban muy lejos de ser justas.

De modo que tampoco hay manera de alabarle á *Fray Candil* sus versos titulados, en general, *Fidres*. Lo que puedo asegurar, porque es un hecho, es que el librito ha llamado la atención; que la prensa dé todas clases lo elogia, sin perjuicio de ponerle algunos reparos.

Yo ya le he dicho al autor que le creo más poeta que muchos de esos que andan por ahí con uniforme de *fornalán*; lo cual no es alentarle para que continúe con sus calen'oras. Si quiere seguir publicando versos, allá él; en verso y en prosa, yo le tengo por escritor ilustrado, discretísimo, franco, noble, sincero, y sus poesías, cortas ó largas, me servirán para ver su espíritu, lo mismo que me sirven sus artículos de correcta prosa. Es claro que en prosa y en verso le encuentro defectos también, y en verso más. Yo (también esto se lo he dicho al autor) le hubiera puesto otro título á la colección; hubiera prescindido del prólogo y.... hubiera redactado el tomo á la mitad de lo que es en el día.

También le he advertido que no me gusta el género.

Y sobre todo, no me gusta que se inventen *mitos*.... que no se pueden medir.

«De la brisa de mi patria los rumores
cuantas veces el recuerdo saturado» (1).

(Qué es eso? (Versos de doce sílabas)

De doce sílabas, pero versos no.

Una cosa es el verso de doce sílabas, y otra cosa el endecasílabo.... con una sílaba de más. Y así son esos. V si no, suprimase el *mi* del primero y el *el* del segundo y se vari:

«De la brisa de patria los rumores
cuantas veces recuerdo saturado.»

y resultan dos endecasílabos hechos y derechos.

Otroí, le he dicho á *Fray Candil* que no me agrada que se abuse de los endecasílabos y eptasílabos asonantados. Pero éstos pueden ser caprichos míos. En fin, diré, porque es verdad, que algunas (s) de estas febriles son verdaderamente poéticas. Pero esto no quita que yo termine desentolando á *Fray Candil* lo que para mí deseo: salud y pesetas.

CLARÍN.

Ya van tres ó cuatro veces que leo en los periódicos de Madrid insinuaciones contra los que llaman «semanarios festivos», y aun personas serias y bien intencionadas entienden que en un *semanario festivo* y en artículos como estos paliques y otros así, no se puede hacer más que diabluras; podrá uno ser, en su calidad de *festivo*, más ó menos *regocijado* (clasicismo Meneses), pero no se puede seguir burla burlando y sin citas al margen «la luminosa estela del ideal» en pos de lo bello, lo bueno y lo verdadero de Mr. Cousin.

Los semanarios festivos, señores míos, tienen sus faltas, no son perfectos como Nuestro Padre que está en los cielos; pero no por eso están llamados á desaparecer, ni dejan de tener su importancia, cuando son como deben, para la difusión de la cultura.

Hasta se ha dicho (y no lo ha dicho un lerdo, sino un joven que escribe con vigor, originalidad y mucha independencia, y con ciertas tendencias cosmopolíticas que en parte son muy oportunas; un joven, en suma, que vale, aunque muchas de sus opiniones me parezcan extraviadas), se ha dicho que en otros países no se conocía esta clase de publicaciones. No es verdad. En cada nación tienen su carácter; en España, después del exceso de los periódicos *satírico-políticos* con caricaturas, vino esta otra forma del «*semanario festivo*», más literaria, menos bullanguera, que atiende más á las costumbres que á la vida política; pero haber, hay en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Alemania, etc., publicaciones análogas. Las francesas, por ejemplo, suelen distinguirse por lo desvergonzadas, las alemanas por el casero de la impresión y de los dibujos y... la gracia *rosa* y bonachona del tudesco vulgar.

A lo que se debe tender no es á suprimir los semanarios populares, sino á cultivar sus buenas cualidades y corregir sus defectos.

Hablemos de los unos y de los otros.

Ventaja de estos periódicos, cuando han adquirido gran circulación, como le sucede al MADRID CÓMICO, es, por lo pronto, que pagan relativamente bien los artículos. En los periódicos serios y en las revistas soporíferas que por acá se usaban hasta ahora, los artículos literarios se pagaban y pagan generalmente poco, aunque se trate de diarios de mucha circulación (de las revistas ninguna circula mucho).

La condición bella y simpática... de pagar relativamente bien tiene mucha más importancia de lo que puede figurarse el profano. En estos tiempos en que los Condes de Lemus matan novillos y los Veraguas son toros, y á una reina que acaba de llegar de Austria se le hace contemplar la muerte de veinticuatro *bichos* en las veinticuatro primeras horas de su estancia en Madrid; en estos tiempos en que Mecenas protege al *carnicero delittante*, las letras necesitan ser muy *económicas*, si quieren tener la necesaria dignidad é independencia; es indispensable ganarse los garbanzos suficientes para poder desafiar las iras oficiales y *gaceticas* de Cánovas, con el *civismo* que doña Emilia Pardo Bazán supone que yo me atribuyo al atacar literariamente á don Antonio.

Además, entre nuestros literatos hay muchos más hombres de ingenio y de gracia que de estudio serio, profundo, constante y de reflexión original, independiente; es más, aun en la pura literatura llamada por algunos todavía amena, son mucho más *aménos* los escritores *festivos* (muchos de ellos) que los otros. Compárese á los periodistas serios de España con sus similares de Francia ó de Inglaterra, y aun de Italia, y se verá que no suelen los nuestros rivalizar con aquéllos en instrucción, pensamiento propio y fuerza dialéctica y de estilo; en cambio, en los dominios del chiste, la observación satírica y la expresión cómica, nuestros *suellistas* y *cronistas*, nuestros *gaceticeros* y *articulistas* de costumbres y poetas jocosos valea tanto como puedan valer sus congéneres de fuera; y sobre todo, tienen originalidad, y aparte de contadas excepciones, nada deben ni á los franceses ni á nadie, sino que espontáneamente discurren, improvisan y escriben con gracia puramente española y puramente contemporánea. Se ha alabado á Sainte Beuve porque sabía buscar el talento y la belleza en los rincones más modestos de la *petite-prose*, y es justa la alabanza, porque el crítico que quiera ser justo, además de no ser tonto, no debe seguir al vulgo en eso de pagarse de apariencias, y debe buscar el ingenio donde quiera que pueda haberlo, sin necesidad de recomendaciones y *bombos* previos, y sin atender á las condiciones del lugar en que el ingenio haya tenido que albergarse. Por eso puede ver el que quiera atender á estas cosas, que tenemos unos cuantos escritores *ligeros*, como los llaman, en oposición á otros muchos *pesados* que son, á pesar de lo mucho y de prisa que escriben, verdaderos artistas, auto-

res cómicos de verdad. Y esto se observa en la prensa diaria, en los *semanarios festivos* y en el teatro, para el cual, entre muchos necios, imitadores y rapsodas, trabajan algunos verdaderos escritores cómicos, que sin pretensiones de entusiasmarlos nos divierten á veces y á lo mejor pintan cuadros de costumbres dignos de la escena española.... Sin insistir en este particular, que bien lo merece, saco la consecuencia que importa á mi asunto: que, en general, la prensa *ligera* está mejor escrita en España que la *pesada*, que tienen más de literatos verdaderos los periodistas *festivos* que los otros, y que significan mucho más estos nombres, por ejemplo: Taboada, E. Palacio, Matos, Sinesio Delgado, Fray Candil, Zúñiga, Silva, etc., etc., ó estos otros: Ramos Carrión, Aza, Burgos, Vega, y algunos más, que los Fernández, Pérez, Sánchez y Bermúdez de la prensa política seria, de los que nadie sabe hasta que se mueren y dejan viuda é hijos. Claro es que en la prensa satírica y cómica suelen meter la patita muchos majaderos, pero estos en todas partes hacen de las suyas; mas lo general es que los que no tienen ni asomos de escritores prefieren ser muy serios y escribir *fondos* y salvar á la sociedad, ó por lo menos derribar al ministerio y medrar en su día. Muchos de los diputados que dicen *haiga* y son tantos (unos que lo dicen y otros que lo piensan) han sido escritores serios en Madrid ó en su pueblo. Sobre que la seriedad es como la frase de Mr. Jourdain: se es serio sin saberlo.

Escritor serio era Jove y Hevia, el de la *lenta pero continua*, etc. Escritor serio el del *volvamos en st*.

Esto no quiere decir que no haya semanarios y autores *festivos* que dan ganas de llorar... pero de ellos y de otros *extremos* hablaré otro día, continuando mi defensa del periodismo *regocijado*... bien entendido.

CIARÍN.

Dichamos externo die (como dicen que dijo Fr. Luis de León)..... que seguiríamos hablando de los méritos y defectos de los semanarios festivos; pues bien, *sagastinarémos*; quiero decir que tengo que aplazar este asunto, como si fuera reforma liberal, para hablar de cosas que no pueden esperar semanas y semanas.

Muchas hace que tengo propósito de hablar a los lectores de MADRID CÓMICO, aficionados de *tuyo* a la buena literatura, de los últimos libros que me parecen recomendables.

Se escribe tanto, sobre todo por ahí fuera, y se puede leer tan poco, que el cuidado de la selección en literatura se va haciendo importantísimo, y verdadera obra de arte, de cuyos resultados depende la higiene de la inteligencia y del gusto.

Entre los libros extranjeros de esta última temporada me han llamado la atención los *Pastels* de P. Bourget, diez retratos de mujeres, entre las cuales hay una andaluza, «La señorita Rosario», y *Le Disciple* del mismo autor, novela que está publicando la Revista de Madame Adam y que ha de ser la obra más notable de este fin de curso literario. Pero del *Disciple*, fábula filosófica-judicial, que no tiene ninguno de los defectos en que suelen incurrir los autores de filosofías llevadas al arte, ni tampoco inconveniente alguno de los comunes a las novelas, á la Gaborieau, hablaremos tal vez otro día.

Los *Pastels* son tratados, por modo artístico, de psicología femenina y el amor es lo principal en tales estudios, *la dominante*. El amor y la mujer son los asuntos más traídos y llamados en la literatura..... y pocas veces se vea, sin embargo, en ella, verdaderas mujeres y verdadero amor; la mayor parte de las comedias, novelas y poemas no nos hablan del amor directamente, es decir, no nos lo recuerdan de veras, no lo evocan, *no levantan* el polvito sutilísimo de su aroma al suspirar las flores de la retórica y la poética. En *Pastels*, como quien pisa violetas, Bourget llena la atmósfera de emanaciones delicadas de esos *parfums-ricordes* que son tan sugestivos aun para el más empedernido positivista literario, que no los creen ni en los versos, ni en las mujeres, ni en cosa alguna que no se pueda llevar a la *Exposición*.

Para hacer que el amor sea en un libro algo más que un *tópico* ó un *deus ex-machina*, se necesita primero entender de amores, *haberlos sentido*..... y además ser un artista. Ambas cualidades se juntan en P. Bourget..... y en otro novelista español, joven como el francés, que nos ha dado pocas semanas hace un libro que huele también a esa eterna primavera de la vida.

Hablo de la última novela de Armando Palacio, de la cual he de escribir largo y tendido (así como de *La Puchera*, de Pereda, y de *Insolación*, de la Sra. Pardo Bazán) en mi próximo folleto literario.

La Hermana San Sulpicio es, en mi opinión humilde, la mejor novela de su autor, á pesar de tenerlas éste tales que le han dado fama dentro y fuera de España, hasta el punto de ser su nombre popular en América; á lo menos entre los aficionados á las letras españolas..... y á las inglesas, mediante sendas traducciones de uno y otro libro de Palacio.

En *La Hermana San Sulpicio* hay, á mi ver, algo de la maestría que consiste en dar con la transparente expresión de un gran sentimiento, sea rodeándola de circunstancias extraordinarias por razón de la intensidad, de la *complejidad* ó de lo excepcional del modo del efecto, ó sea valiéndose de formas comunes y dejando al misterio de la gracia artística la eficacia de la impresión producida.

El argumento de *La Hermana San Sulpicio* está hecho con estos elementos: Sevilla, el sol, el amor. El *héroe*, Sanjurjo, un poecilla, se va, tras el amor vestido de monja, á Sevilla. No hay más; pero esto es mucho cuando se es artista de veras y se sabe observar lo que *pasa por uno* y lo que debe de pasar por los demás, y lo que parece que pasa por el cielo y por la tierra. ¡El amor, el sol, Sevilla! ¡Grandes lugares comunes que han hecho decir grandes bobadas á muchos, pero que hacen decir muy hermosa poesía á los pocos que son dignos de veras de pintar tan bellas grandezas! En fin, ya habíamos. Aquí me concreto ahora á dejar consignada mi opinión, á dar mi enhorabuena á Armando Palacio y á aconsejar á ustedes que no se olviden de leer (sinónimo de comprar, en *bu-nas letras*) el último libro del autor de *Maximina*.

La casa editorial de los Sucesores de Râmatre, de Barcelona, ha inaugurado una lujosa biblioteca de novelas españolas contemporáneas con una obra digna, por el nombre del autor y por el esmero y belleza de las condiciones materiales del libro, del nobilísimo y oportuno propósito de los editores.

Insolación, de la ilustre por tantos conceptos D.^a Emilia Pardo Bazán, es libro que merece ser notado y puesto entre los pocos á que una crítica sería en el fondo, de veras imparcial, y enemiga de ganar amigos fácilmente con benevolencias perniciosas, debe atender, para juzgar con detenimiento. No es esto decir que *Insolación* es excelente novela, antes opino que es la menos digna de encomio de cuantas ha escrito D.^a Emilia, aun con-

tando con *La Tribuna* y *El cirno de Vilamorta*; pero como el talento siempre es talento, y vale más Homero romcando que el bobo de Coria ojo avizor, á pesar de todos los reparos que pienso poner á esta *boutade* pseudo erótica de la ilustre dama gallega, declaro que debe leerse, y que se lee de pocos tirones, y aun de uno solo, y que en general agrada allí lo dulce del canto más que la novedad del intento, al revés de lo que le pasó al trace *Orfeo* en el infierno.

No es para mí D.^a Emilia uno de los escritores más profundos, ni de más corazón, ni más sinceros de España; ni tampoco de los artistas de más inventiva, fecundidad y gracia, pero sí de los más valientes, instruidos, discretos, elegantes en el decir y *modernos* en el pensar..... en algunas cosas.

Insolación, como hijo de tal padre (y madre), no es libro que pase cual uno de tantos. Es, á manera de vástago de sangre azul, menos gracioso que otros hermanos suyos, pero que como todos lleva en la fisonomía el sello de la raza.

Es más, creo que á muchos ha de parecerles mejor que á mí, y que aquellas aventuras de la romería de San Isidro, etc., etc., han de tener admiradores de muy buena fe. Mas no es por eso por lo que recomiendo también la lectura de esta novela, sino por lo ya dicho.

En cuanto á la casa editorial, no dudo que será recompensados sus sacrificios (así se llama el dinero que vá á manos ajenas), porque el público se apresurará en agotar las ediciones de un libro que tiene inusitada hermosura tipográfica, finísimos grabados y otras excelencias de este orden, amén de una fábula agradable y picante, que será salsa que gusten con todo deleite los aficionados á las letras.

Nada tiene de lo que ver con la amistad fraterna, y hasta filípica, y hasta herrina, que yo me reservo para administrársela á mi buena amiga D.^a Emilia en..... el *loco citato*, como dicen los eruditos en las notas.

Etoy dispuesto á hacer en adelante (después de todo, lo mismo que hasta la presente) justicia seca, escrupulosa, y para que me entiendan hasta los necios casi, pondré los puntos sobre las *ies*, en vez de valerme de pretericiones, eufemismos y otros recursos de los que me he valido muchas veces para dar á entender que ciertas cosas buenas no eran óptimas.

Y dispensen ustedes esté palique tan serioso y otros que puedan llover por el estilo.

CLARÍN.

226 Madrid Cómico (Madrid) n. 325, 11 mayo, 1899.

COLABORACION

PALIQUE POLÍTICO

Y cacafónico.

Pero, no importa; peor suena Gallana, que tiene nombre de mujer.

Querido Director: Opino que debemos aplazar nuestras *antifonas* acerca del personalismo y el castellarismo, porque la materia es muy extensa, exige mucho tiempo y cuidado, y ni usted ni yo tenemos vagar, como diría Jove y Hevia si le hiciesen académico, para tratar con el detenimiento debido las difíciles y complicadas cuestiones que informan, como ya empieza a decir Martínez Campos, el asunto que traíamos entre manos.

Además, en último resultado, lo que Ud. y yo nos proponíamos era algo referente a la futura felicidad de España, y para cuando llegue el tiempo de mandar nosotros, ya no que harán ni los rabos. No tendremos a quien hacer feliz.

Déjeme Ud., por consiguiente, hablar de lo que mejor me parezca. Por ejemplo:

De Gamazo.

¡Gamazo! ¡Cuánto me ha hecho soñar este hombre, mejor dicho, este nombre!

Porque Gamazo es ante todo un nombre. Gamazo, D. Damián.

Hé o he ahí todo un poema de seriedad, y de intereses creados, y de derecho positivo, y de cereales.

Yo, que no soy de los españoles que tienen menos fantasía, no puedo ver detrás de estas sílabas Ga-ma-zo más que un gabán claro y largo, un sombrero de alas anchas, y dentro del todo, como diría Ladevese, una gran hormiga, ó á lo sumo la balanza de comercio.

A veces también he querido representarme á D. Damián... ó D. Román, como sea, en figura de Ceres, ó aunque fuera de Proserpina ó de la mismísima Demetera; pero jamás he conseguido mi intento, como tampoco he podido nunca entregarme á la idolatría rural de Alonso Martínez, figurándomelo como dios Término, en forma de guardacantón.

De todas suertes, y pese á mi fantasía, Gamazo, D. Germán (eso es, D. Germán), es un hombre importante, importantísimo.

¿Por qué? ¡Vaya Ud. á saber!

Sin embargo; algo se puede conjeturar sobre el caso.

Yo creo, como los simbolistas franceses, en la fuerza plasmante de las letras. Las vocales tienen su color, es verdad. En Ga-ma-zo... todo habla de castaño oscuro; quiero decir, del político serio, de ríñón cubierto, que después de haber cultivado el más ardiente de los proteccionismos, con aplicación al *zollverein*, llamémoslo así, de sus intereses particulares, lo aplica con no menos entusiasmo á los intereses de Castilla la Vieja.

Gamazo, que hoy nos está librando del hambre canina, gracias á los esfuerzos para que se suba el pan, no sería el hombrazo que es... si en vez de llamarse así, Gamazo... se llamase, por ejemplo... Gamuza.

Así como de cierto personaje político decía Zapata que cortándole las barbas se le cortaban los vuelos, yo creo—y esta idea es fruto de largas meditaciones—que convertida en la segunda a de Gamazo, y en la o, nuestro gran castellano parlamentario queda reducido á la condición de diputado preopinante, como los llama Cánovas cuando quiere despreciarlos.

En vez de decir: «El Sr. Gamazo se separa del gobierno, y arrastra consigo una fracción de veinte diputados», dijera así: «El Sr. Gamuza se separa del gobierno, y arrastra etc.» y resultaría la noticia inverosímil, absurda.

No, Gamazo no tendría la importancia que todos le damos, muchos de nosotros sin saber por qué, si fuese Gamuza.

No se concibe a un pobre Gamuza, sin más méritos que el haber venido de Valladolid, levantando tanto polvo de harina.

Pero Gamazo ya es harina de otro costal.

Todos nos le figuramos, sin necesidad de prueba, como una gran capacidad... para áridos.

Hasta un amigo mío, poeta él, que ha estado mucho tiempo creyendo que *aranceles* y *cerreales* eran sinónimos, reconoce que Gamazo, no sólo ha ganado un dineral con la abogacía, sino que tiene muchos quintales métricos de tara, digo, de talento.

En la hipótesis, tal vez ofensiva, de que el Sr. Gamazo leyera estos renglones, tan poco serios, y que acusan en mí un carácter tan incapaz de llegar á ministro, el señor de Gamazo pensaría: «¿Qué le habré hecho yo á éste? Nada, D. Germán; ni siquiera me ha hecho usted subsecretario. Es que soy yo así. Y no crea usted que soy yo solo. Ya somos muchos los que somos así».

Y si Dios no lo remedia, va á llegar día en que valga más ser Gamuza que Gamazo.

Eso no quita que yo autorice á Gamazo para tenerme en tan poco, y aun menos, como bien le parezca.

Quiero suponer que en una reunión cualquiera, en un baile, en un té de las cinco, nos presentan mutuamente al Sr. Gamazo y á mí.

¿Cómo me miraría el Sr. Gamazo, si me miraba? ¿Cómo me *tosaría* con la mirada según diría cierto traductor. ¿Cuánto cobra éste? preguntaría después á cualquiera.—Y al saber que lo que es de sueldo, en cuanto humilde profesor, no tengo más que catorce mil reales, se diría: ¿Cómo está la sociedad! Y un hombre que cobra eso se atreve á venirme con *humorismos*.

Pero, y yo, ¿qué pensaría de Gamazo? ¿Me creería también superior á él? Valga la verdad; sí. (Perdone la modestia). Diga lo que quiera mi querida amiga doña Emilia Pardo Bazán, que admira á Cánovas, no trocaría yo mis humildes cuartillas por los alegatos de Gamazo...

«Trocará mi fortuna!» como dijo Garcilaso. (Garcilaso dijo ventura; pero entre Gamazos...)

Y después de todo, ¿qué sé yo de Gamazo para juzgarle tan de ligero?

Casi nada... Que hace muchos años que oigo hablar de él; que dicen que ha ganado varios notorios, no submarinos, sino *sub judices*, como si fuéramos bárbaramente, que quiere que se suba el trigo; no por nada, sino por fastidiar á Sagasta, que está muy metido en harina.

Todo esto confieso que es poco saber para escribir la semblanza de un político serio y disidente y harinero.

Pero tengo un dato que es, ya lo he dicho, toda una revelación; el nombre: Gamazo.

Gamazo, tienes nombre de *augmentativo*.—¿Qué *carrera* no ha de hacer el que es un gamo... elevado al cubo!

Ca tra...

CLARÍN.

Cosas de América.

No porque el Sr. Pando y Valle y otros así se hayan propuesto unir, mediante un cable de comisiones de su seno, a la América llamada latina con la Península Ibérica, sino porque la cosa lo merece y lleva traza de ser seria, debemos todos atender a los síntomas de amistad y simpatía que se notan en las Américas que hablan español para con la patria de Becerra. En la literatura es donde tales síntomas se acentúan más, y hasta del Perú y de Chile, con quien no ha mucho estábamos en guerra, vienen periódicos, libros y cartas que demuestran que allí hay quien procura llamar la atención de los indígenas hacia las letras de España.

En justa correspondencia, debemos por acá, aún los menos aficionados a ligas agrarias y urbanas, a comisiones y congresos, mesas, memorias de secretario, etc., etc., debemos, digo, hablar algo de vez en cuando de lo que allende los mares ocurre en punto a papeles impresos.

Don Juan Valera, uno de los españoles que mejor saben, *et pour cause*, en qué consiste la civilización, emplea gran parte de su tiempo en alimentar y propagar estas relaciones literarias intercontinentales, y no sólo sostiene correspondencia con multitud de literatos de América, sino que escribe artículos y más artículos dando a conocer al público español gran parte de la producción intelectual de una y otra república, antiguas colonias nuevas.

De muchos de esos trabajos, publicados en *El Imparcial*, ha hecho una colección que, con el título de *Cartas Americanas* acaba de publicar en un volumen pequeño, muy elegante.

Ya tengo dicho muchas veces que Valera es el diablo.

Efectivamente es el demonio. Hombre más listo que el no lo hay en España, ni aun contando con Campoamor cuando se hace el tonto; y sin embargo, por el gusto de molestar, o de *amolar*, como diría *La Época*, que tanto se lee en el extranjero, por el gusto de molestar, Valera muchas veces se finge loco, como Hamlet, y sale diciendo que Narciso Campillo es un poeta, como un jilguero, y Velarde tan ruinseñor como un Petrarca. Y es que Valera es de estos críticos modernos, aunque no de los que lo confiesan, que opinan en punto a crítica que de gustos no hay nada escrito, aunque haya gustos que merecen palcos; y así como el citado Hamlet se burlaba de sus cortesanos haciéndolos declarar que en las nubes veían la forma que a él se le antojaba que vieran, así Valera se ríe para sus adentros del cándido lector que, creyéndose bajo su palabra, va reconociendo notabilidades artísticas en este ó en el otro autor ramplón ó poeta chirlé.

Aunque yo no sea partidario en absoluto de la crítica científica, en el sentido que ahora se le da, sí creo que hay ciertas leyes de la psicología del juicio estético y del gusto que no pueden ser desobedecidas, y por ellas se puede demostrar que hay contradicción, y tras ella un engaño, entre comprender y sentir lo que Valera es capaz de sentir y comprender, y poner en los cuernos de la luna a ciertos escritores. Hay puntos en que, por rigurosa deducción cuasi-científica, Valera no puede engañarse ni engañarnos.

Por mi parte, le advierto que es inútil que repita un día y otro que le gustan Campillo, Velarde y Navarrete (novelista) no lo creo.

Pues bien, estas diabluras del ingenio de Valera abundan en sus *Cartas Americanas*, que sin este grave inconveniente no tendrían pero.

A D. Juan, en la América que él no quiere llamar latina, y hace bien, todas las eminencias se le antojan Chimborazos.

Si hubiera allí tantos poetas de primera clase como D. Juan pretende admitir, no habría siglo de oro español, ni alemán, ni francés, ni inglés, ni latino, ni griego que se comparase al siglo XIX en la América castellana.

Pero no hay tales cameros, quiero decir, tales Chimborazos.

En el *Parnaso colombiano*, por ejemplo, encuentra D. Juan maravillas, y aunque es indudable que no faltan allí cosas buenas, como, v. gr., la introducción del libro, estudio discretísimo de un crítico muy prudente, ilustrado y sincero, también hay mucho mediano y muchísimo malo y no poco absurdo.

Si la unión con América ha de consistir, como suele consistir la amistad entre literatos, en el pacto tácito de estar alabándose mutuamente los de acá y los de allá, yo denuncio el tratado. Bastante tenemos con los bequerianos, y campoamorinos y *no hazdardirnos* de la tierra, de la madre patria, sin que tengamos que reconocer derechos de nación más favorecida a las bobadas que se le ocurren a cualquier sinsonte *bajo el sol de los trópicos*, como decía Pérez Escribá, ó bajo el sol del Ecuador.

Antes que eso, cualquier cosa, hasta que no se haya descubierto el Nuevo Mundo.

Porque hay que fijarse en esto: la idea de Colón al descubrir tierra—y o al menos así lo he leído en una porción de odas—no sólo fué encontrar un paso para las Indias, etc., y doblar el imperio de la gloria de Isabel y Fernando, etc., sino propagar en nuevos territorios la fe de Cristo. Pero si él, persona formal, hubiera sabido que lo que iba a doblarse y centuplicarse era la poesía bequeriana, campoamorina, etc., y que en vez de un solo Velarde y un Grilo, y un Ferrari y un Cabestany, íbamos a tener Velardes en Méjico, Velardes en La Plata, Velardes en Venezuela y Calcaños en todas las Pampas y en todos los Andes..... ¡preludió se hubiera dicho Colón, ahí queda eso; yo no descubro nada.—Y a ver si descubría Campillo, D. Narciso, el Nuevo Mundo.

Por eso le digo a D. Juan, es claro que con el mayor respeto, que hace mal en dar alas a esos condores de por allá, porque las vulgaridades alisonantes que á ellos se les ocurren tentamos nosotros quien nos las dijera, sin necesidad de que nadie se molestara en ir á descubrirlos á ellos, lo cual siempre es ocasión de gastos y disgustos.

Por lo demás, es claro que me alegro de que Colón haya tenido aquel arranque y de que la amistad entre españoles y americanos prospere. Pero ¿no podía prosperar en prosa?

Volviendo a las *Cartas Americanas* de Valera, juro que fuera de estas *apreciaciones personales*, como llamá Cánovas á todo lo que va contra él, el libro es hijo digno de tal padre, y burla burlesca encierra mucha y buena doctrina y deleita por la gracia de la forma.

Hace dos ó tres días que ha llegado á mis manos un libro chileno en dos tomos, que se titula *Estudios sobre España*, notas y proyecto para un libro por Jorge Huneceus Gana (Santiago, 1889).

Desde luego se ve que el autor es modesto, pues no se atreve á llamar *un* libro todavía..... á lo que forma *dos* libros en rigor. De todas suertes, el Sr. Huneceus merece nuestro agradecimiento, porque es un entusiasta de España y de todo lo que aquí sucede. Y en cinco ó seis años se ha dado un atracón de literatura española que habrá puesto en peligro su vida seguramente. Debe de ser muy joven, á juzgar por sus entusiasmos y muchas de sus opiniones respecto á nuestros *grandes hombres*. Da quince y raya á Valera en lo de alabar á la gente; pero en Chile parece que hace falta que nos demos un poco de tono, porque, por lo visto, allí la opinión más admitida hasta hace poco era que en España no había más que papanatas.

Sí, los hay, señores chilenos, como también los habrá por ahí, aunque no fueran más que los papanatas hereditarios; pero también tenemos personas instruidas, como Gamazo, v. gr., y otros que tienen ardiente fantasía como sus condores de ustedes.

Nunca conviene exagerar.

En cuanto al Sr. Huneceus, que ve á España renacer por momentos, Dios se lo pague y nos lo haga bueno; pero créame á mí, que no renacemos tanto como parece. Figúrese que todavía hay por aquí quien anda echando de menos á Recaredo, y después se va al Ministerio de la Gobernación á pedir que no haya en Asturias un empleado que se pueda decir que no es suyo.

Con estos Pídalos no hay Dios que renazca.

CLARÍN.

229 Madrid Cómico (Madrid), n. 328, 1 junio, 1889



ASTURIANOS ILUSTRES LEOPOLDO ALAS (CLARIN)



Luchando con valiente
Contra los malos poetas
Alcanzo gran nombradía,
Pero muy pocas pesetas

La fama en compensacion
Cifró con rica aureola
Al único campeon
De la crítica española.

Lit. L. Prato. Descargaño 14 y Sandoval. 2.

COLABORACION

PAQUETE JURÍDICO-GRAMÁTICAL

No soy yo lo que se llama un aficionado a leer sentencias de los tribunales, porque todavía ando tras de eso que se llama *former edito*, y no me parece el de nuestros magistrados el más a propósito para llegar a una lejana posteridad por el valor de la expresión literaria.

Pero soy español, y nada de lo que se refiere al crimen de la calle de Fuencarral a *me ahenum puto*; quiero decir, que padezco, como todos mis compatriotas, la obsesión de la calle de Fuencarral, de esta calle que ya sería céntrica si la Higuera, nada más que por esta calle, se alía domo a la tan reputada y por diasta Sr. Cánovas.

Yo no soy inescusado, a lo menos a sabiendas, y en eso de la Varela salio no salio, no entro ni salgo; por más que si se trata de una novela me parecería inverosímil que el autor se disculpase demostrando que no salio; lo que digo es que no tengo obligación de crear que la justicia, o como se diga, de la cosa juzgada consiste en que se respete el modo de poner la pluma de los dignos magistrados de tal ó cual sala de lo criminal.

He leído, he leído la sentencia *recado* en el proceso fasciculado, y todavía no estoy habiendo de cómo entiendo la construcción gramatical y sus prerrogativas el dignísimo ponente que ha redactado ese documento, en el cual resultan y se consideran tantas cosas, sin que resulte ni una sola vez la gramática tratada con la debida consideración.

Tienen los magistrados, que cobran mucho más que los maestros de escuela y los catedráticos de retórica, obligación de saber escribir en español. Según el impugnor, esto hasta cierto punto. Camposar, un un reciente artículo, no admite las exageraciones de la gramática, es decir, bueno que se escriba con un poco de Gramática, (pero no tanta).

Yo, volviendo la tortilla, diré al ponente de autos: bueno que se escriba sin gramática, pero no con tan poca.

«Tal vez los magistrados piensen así: «Nosotros, a juzgar por los estudios que se nos exigen para poder llegar a vestir la toga, tenemos obligación de saber castellano, porque no se puede ser magistrado sin ser bachiller, y no se puede ser bachiller sin cursar retórica y gra-

de todo lo dicho, a lo menos de parte de ello, se deduce que los magistrados están en el deber de escribir como Dios manda, y los diputados y senadores, no. «Quod Pidallo placuit legibus nobis vigorem».

Y ahora vamos a la sentencia.

Ante todo tengo que rectificar.

He dicho antes que la había leído.

Pues bien; no he hablado con exactitud; no he leído toda la sentencia; más diré: no he leído casi nada. Pero en lo poco que he leído he encontrado un demonio de decadentismo retórico y sintáctico que no lleva, al siglo, a la perdición; iba a decir al palo, por la influencia del medio ambiente.

Habla el ponente, por ejemplo, de las soluciones de continuidad del cadáver.

«Habráse visto gongorino! Tal vez sea esta una frase no inventada por el redactor de esta sentencia; que a expresión no me gustan, pero algunas no tienen acostumbrados el hábito retencional forense y el médico pedantesco-judicial; pero lo cierto es que dado que eso de soluciones de continuidad es una manera ridícula, cural, de decir, de una pedantería escolástica medio anal (otro término bonito), se le agrega lo de cadáver resulta ultra-otmo, ó mejor, tragó otmo. Un cadáver con soluciones de continuidad, parece un cadáver desenterrado; que tiene aquí una pluma y otra en Flandes. Pero no, señor, el ponente llama soluciones de continuidad a las puñaladas.

Lo que no tiene solución de continuidad es el estilo del ponente. Comienza un período, y como va, como viene, allí meta todo lo que resulte en el mundo desde la creación acá, hilvanándolo todo con sencillas conjunciones copulativas, como si fuera cosa y cantar, y el lector, metido en esta madeja de incisos accesorios, sin saber por dónde anda la ciencia criminal, se hace un lío y ya no sabe cuánto más a quito, ni si el perro envenenó a Higuera, ni si Higuera envenenó a Higuera Astray. Llega un comentario en que se cree que la muerte de doña Luciana y su cadáver *horroscamente carbonizado* y los restos del vestido que la cubría, como también las ropas y el fuego propagado a la puerta del gabinete no suponen un daño mayor que treinta pesetas.

«Otro. Resultando probado que, extinguido el incendio y reconocidas las demás habitaciones de dicho cuarto, se halló en la cocina coqueada así mismo (así mismo) por qué así mismo) en el suelo, sin movimiento y *vestida únicamente con la camisa y un delantal* (ó sobre el delantal ó sobre la camisa, para que fuera únicamente; y lo que es para estar vestida, lo que llama vestida la honestidad, hacía falta más ropa) y a su lado el perro de raza, a Higuera, Bilaguer...» Pero tanta prisa había de hablar del perro, que antes de parecer el nombre de la que estaba tendida así mismo, nos meten el can en escena! ¡Qué idea tiene el ponente de la construcción gramatical!

caí... «la cual (Higuera)... expresó que no había participado del asesinato... ¡Qué quiere decir eso!

No sea idealista el ponente y no haga hablar a las pobres chicas que tienen que servir como hablan las heroínas de las novelas que le premia la Academia a *Ortido* el Romo. No creo, salvo venia, que Higuera haya *expresado* eso: yo no participé del asesinato. Así había un ponente que a los destrozados que hace una navaja en la piel los llama soluciones de continuidad del cadáver; pero una Higuera no habla así.

Además, ¡qué quería decir! Que ella no se había quemado. Pues eso ya se vea. ¡Que a ella no le habían hecho soluciones de continuidad! Pues eso se vea también. ¡Quería decir que ella no había tenido parte en el delito de asesinato ni en el incendio! Pues eso lo hubiera dicho con más corrección Higuera, como lo dijo después, aunque después se desdijo.

«Obtemperando. Resultando que la representación popular entó en las suyas, sin que en el escrito figure D. Manuel Martínez Aguilar, que además de los delitos calificados... etcétera».

Estimo en las suyas. ¿Así, qué effort! En sus abstracciones, que así el sustantivo femenino más próximo? No. ¡En sus conclusiones! Eso será. Pero sea el dignísimo ponente (que yo no sé quién es) que no hay gramática que autorice a nadie, ni siquiera a un magistrado, para referir *en suyas* a unas conclusiones que están veinte renglones más arriba y en otro párrafo.

Pero basta. Toda la sentencia (ahora ya la he leído... casi toda) está así. Y supongo que esta vez se habrá esmerado el redactor considerando que ese documento le iba a leer media España (¡jálá pudiera!) y que se las había con periodistas que saben dónde se aplica la sintaxis... a veces.

Pues bien; yo que respeto la justicia abundantemente llamada histórica; yo que respeto a todo el mundo, protesto contra esta manera de escribir, y me parece muy mal que oficialmente se toman a broma los fueros del lenguaje y se precinda de ellos. Por defectos de formas se echan abajo los procesos. ¡No es defecto de forma el escribir de modo que no se entienda lo que se quiere decir!

Si esto sigue así, ¡no podrá llegar día en que le den a uno garrote por una ambigüedad! Bastantes equivocaciones, debidas a cosas muy diferentes de la gramática, por lo menos de esta gramática de que hablo, tenemos que lamentar, sin que haya que añadir las originadas por la ignorancia del régimen y la construcción. Dando ahora lo digo: al algún día se me condena a mí al palo por *foliario* ó por *anticonviciaria*, y en la sentencia se aglomeran los incisos inconexos, y se cometen cien y cien soleismos... me negaré rotundamente a *subir las gradas del patíbulo*.

Señores, no de la Sala, sino del mundo entero, ya que ustedes se creen con derecho para matar a una persona, en nombre de otras muchas personas que han *convenido* en tener ese derecho, respóndase esa *convención*; pero respóndase también la *convención gramatical*.

Considerando que ésta tiene la ventaja de estar fundada en la lógica.

Que es lo que olvida Camposar cuando se irrita contra los *superficiosos* de la gramática.

Y en fin, en cuanto a la *sentencia* de mi pleito, ya veremos si el Tribunal Supremo escribe mejor o no caso las soluciones de continuidad del inferior.

CLARÍN.

matios; pero, por otro lado, *resultando* que muchas de nuestras leyes modernas y modernísimas también están llenas de faltas de ortografía y sintaxis y hasta ortografía, dígalo si no el Código mercantil, el penal, y ambas leyes de Boletín, al no contar con el Código civil; y considerando que el buen magistrado debe amoldarse a la ley, y no solo a su letra sino a su espíritu, y al espíritu y la letra de la ley consisten en no pararse en escrúpulos de gramática, fallamos que debemos escribir y escribimos tan mal como realmente lo hacemos.

Pero estos dignos magistrados de mi hipótesis olvidan una cosa: olvidan que ellos tienen obligación de ser bachilleres y hasta licenciados, y los legisladores no necesitan tales requisitos. Nuestros legisladores, que son los diputados y los senadores, no olvidan esto, es decir, Villaverde, Jove y Berria, mi querido amigo Burrell, etc., etc., etc., no necesitan saber gramática, no tienen obligación de ser bachilleres, así como no. Los hay, ya lo sé, que son hasta poetas, como el citado Jove, que ha escrito y representado una porción de caracteres; pero, en fin, no tienen obligación, lo que se llama obligación, de entender de letra.

Es más; los legisladores, si se les apura, hasta hacen ellos la gramática, y día vendrá, si se aprueba el estatuto universal, y ésta llega a ser como Cánovas se le figura, en que se dé una ley que diga:

«En vista de que la mayor y más sana parte de los españoles, y especialmente de los diputados, no dicen, haya, sino balga, prohibimos que en adelante balga quien no diga balga, y cales el que oiga».

Los legisladores podrían suprimir la Academia de la Lengua, podrían mandar que no se le pague un sueldo, que era otro modo de suprimirla, y teniendo esta autoridad sobre ella, es claro que la tienen sobre el Diccionario y la gramática, que ya se sabe que están a la disposición de los sabios de la calle de Valverde, así tan célebre como la de Fuencarral.

PALIQUE

El señor ministro de Fomento ha publicado un decreto que algunos juzgan inocente y a mí me parece muy puesto en su lugar, oportuno y de probable eficacia, para evitar, en lo que se pueda, el abuso de las recomendaciones en materia de oposiciones y de exámenes.

Donde digo abuso he debido decir uso, que aquí es sinónimo de abuso, pues toda recomendación en materia de justicia es abusiva; porque no se debe usar de semejante procedimiento, que es siempre una coacción moral.... inhumana.

Señores, aquí se habla mucho de los perdidos que estamos; de si la justicia *Alfórica* es así o es andando, de si Rojo Arias, de si Galiana, de si Vida, de si la mayoría, de si Meritos.... Pues bien, todo es cuestión de exámenes y de oposiciones.

¿Crean ustedes que si al ponente que redactó con tan mala sintaxis la sentencia de la Higinia y demás, se le hubiera examinado de gramática a su tiempo como era debido, tendríamos esos treinta resultandos que parecen una ración de ríñones saltados?

Si a Silvela, el mismísimo don Silvela que presidió el jurado de bromas de la Academia de Jurisprudencia, se le hubiera examinado, como Dios manda, en su día, hubiera cometido tantas faltas en su calidad de presidente, equivocándose en el orden de las declaraciones, etc., etc?

Ahí tienen ustedes á Romar Robledo: si cuando este señor era todavía el pollo de Antequera, se le hubiese sometido á un examen de cualquier cosa medianamente riguroso, ¿sería hoy cabeza de ratón, ni habría sido árbitro de todas las urnas electorales de España?

La política y los exámenes! ¡A cuántas consideraciones y lamentaciones y trenos y salmos y sapos y calabazas se presta el asunto de la política en su relación con los exámenes!

Yo ya sé que el sistema constitucional y parlamentario consiste en una multitud de fingimientos, *convenciones*, y dicho sea con el respeto debido, comidias; pero ¡no tanto *representar*, caballeros! Para ser legisladores, como lo son mis amigos los señores Burell, Comenge, Herrero, y otra porción de señores, lo menos que se debe exigir á las personas es que sepan lo que son leyes, y cómo se hacen, cuándo se hacen bien, y para qué sirven, etc., etc. Mis amigos los legisladores Herrero, Comenge, Burell, si saben todo eso que digo, ¡dado sea Dios! pero ¡cuántos otros Licurgos y Minos y Zeleucos del Senado y del Congreso habrá que, si por su gusto fuera, firmarían con una cruz, para no meterse en las complicaciones caligráficas de su nombre y apellido, que á lo mejor tienen una H que ellos no saben hacia dónde cae!

Da gusto oír á Cánovas reirse del sufragio universal, y llenar de ironías de todas las clases á los pobres diablitos que no tienen la instrucción suficiente para pagar cinco duros de contribución directa.

Pues si no votaran aquí más personas que las que saben de veras lo que es derecho y lo que es política y lo que es sufragio, y lo que es soberanía, ¿tendría voto Romero, tendría voto Jove y Hevia, tendría voto Martínez Campos?

A ver, que se examinen, sin recomendaciones, todos esos señores; que se examinen, sacando de un bomo tres bolas, las que la suerte quiera, y á ver si aprueban una sola asignatura.

¡Es mucha ficción esta de que hagan las leyes los que ni siquiera saben que las han hecho!

Y esos conservadores se ríen del jurado porque el vulgo que constituye este tribunal popular no sabe leyes; y se ríen del sufragio universal porque la multitud que vota no sabe leyes.... ¡Pues, señor, no es mucho más escandaloso y ridículo que no las sepan.... los que las hacen?

¡A quién le importa más saber cómo se fabrica un sombrero, al que se le ha de poner ó al que lo ha de fabricar? ¡Crean ustedes que esto va á estar siempre así, que los pueblos no han de caer en la cuenta de que la broma se va haciendo pesada!

Pues bien, para evitar mayores males, lo mejor sería, por ahora, y sin perjuicio de reformas más radicales que nos lleven al *naturalismo* ó al *verismo* en política, lo mejor sería someter á los padres y tíos de la patria á un modesto examen de derecho y de otras materias afines. ¡Y ya verían ustedes qué de calabazas!

Pero es claro que habría que aplicar estrictamente el decreto del Conde de Xiquena.

Mas ya que esta saludable medida no se adopte, bueno será que en los diputaditos, senadores, magistrados, abogados, ministros y directores generales del porvenir se ejerza la influencia necesaria mediante el rigorismo salvador, que el ministro pido, en oposiciones y en exámenes.

Llévense hoy de calabazas á los que mañana se han de arrojar sobre la política, á los holgazanes y papanatas que no sirven para otra cosa han de querer encargarse de la tutela del país, y algo se habrá adelantado; constará que no son, porque no han podido llegar á serlo, ni abogados, ni médicos, ni ingenieros, ni nada que exija estudio y capacidad intelectual; constará que no habiendo servido para aprender las leyes, se han metido á inventarlas, que era lo que le parecía más fácil al doctor Faustino de Valera.

Pero ya que tan bien ha empezado el ministro de Fomento, ¿no podría extender un poco más la influencia de su decreto? ¿No podría prohibir también las recomendaciones.... literarias?

¿No iban ustedes á crear una dirección, con sueldo y todo, de Arte y Letras? Pues el director de eso, metiéndose en la renta del Excusado, como tantos otros directores se meten, podría prohibir que los críticos benevolos admitiesen cartas de recomendación y diesen bombos á los amigos. ¡Quién vería á Cánovas en la cárcel si en esta materia hubiera rigor y su poquito de sanción penal!

¡A cuánta gente de mal vivir plumiforme, como si dijéramos, habría recomendado Cánovas para que los llamasen eminentes y hasta curulescantes! Y sobre todo, ¡cuántas veces se habrá recomendado á sí mismo en cuanto genio visto ordeñar, y como gran estadista para casa de los padres! En resumen: yo me comprometo á salvar el país, haciendo inclusive, si se me da examen de las materias que comprende el *trivium* y el *cuadrivio* á muchos de nuestros *hombres eminentes* con Blaguer á los pies, y si me es lícito *suspender*.... de empleo y sueldo, sobre todo de sueldo, á los que no sepan el *quis del qui*.

Venga, venga una revisión de las hojas de estudios de nuestros literatos de salón y de nuestros políticos de anteaño; sujeteles á una reválida, y se habrá adelantado no poco en la regeneración de esta desventurada España, etc., etc., etc.

Con eso y un poco de guardia civil bien entendida, todavía podríamos volver á ser el pueblo de Recuerdo y hasta el de Chindavinto y demás reyes gozos y en verso de Sánchez de Castro.

Concluyo felicitando al ministro de Fomento y haciéndole notar de cuán buen efecto sería que, lo mismo que él, sus compañeros de Gabinete y sus subordinados respectivos, los directores generales, jefes de negociado, etc., se abstuvieran de recomen-

dar á los estudiantes holgazanes y memos, á los opositores intriganes, y á las maestras incompletas y sentimentales.

Porque, si recomendaciones, ¿para qué decretos?
Y viceversa.

CLARÍN.

COLABORACION

PALIQUE

La elección de Galdós al triunfo de la gacetrilla.

Si, aunque parezca mentira, no hace mucho tiempo empleaban este argumento algunos ilustres próceres, como se llaman ellos, para rechazar la candidatura de Pérez Galdós a la Academia: «No queremos, decían, un candidato impuesto por los gacetrilleros.» Para esos señores es gacetrilla todo lo que no es pelantería, aparato, almidón y bujarías de elucencia y literatura oficial; quieren que el arte sea un cuartel de inválidos de la política, y creen que Ateneos, Academias y fama literaria se levantan con cinco o 30.000 reales que cobrará hasta el mismo Cos-Gayón, para consueño de ministros que van de vacío, con el alquilar derecho.

Se admitió que en el refrendamiento de las convenciones sociales se llegue hasta suponer que Villaverde es un sabio moral y político; pero si la opinión, que es tan incapaz de ficciones, va poco a poco labrando una estatua a un hombre que nada debe a la Gacetrilla, ni a ninguna de sus ramificaciones literarias, se protesta contra esa estatua, contra ese hombre y contra esa opinión, y se grita: ¡no admitimos que se nos imponga la gacetrilla!

Y todo ello tendría disculpa, y hasta su aspecto bueno, si los que obran con esta desdén, como que olímpico de la cille de Toledo, fueran autores ascéticos de ese culto de la aristocracia del gusto y del talento, que tiene a la puerta de su templo grabado el famoso *Odi profanum vulgus*; pero ¡ah!, desde luego se ve que se trata de notabilidades que deben su crédito a la vulgaridad, más chavacana; a ese remembre de sabiduría que entre la incultura, servil y necesitada de amparo oficial adquiere a tan poca costa todo aquel que se propone ser admirado por su talento o por su erudición o cosa análoga, y manda un poco.

¿Dónde habrá cosa más vulgar, más del pueblo, que la fama de grande hombre que disfruta, entre algunos disgustos, Cánovas del Castillo?

Bien se puede decir que la nominación del monarca es una superchería nacional; y bien lo prueba el homenaje de respeto y adhesión que a tal superchería rinden todos los que escriben desde ciertas alturas. Conde son pocos los que se atreven a contradecir las opiniones del vulgo. Es más: hay hasta quien se da tono habiando bien de Cánovas, sin creer lo que dice, para que se entienda que el que escribe es uno de esos empujados sujetos que no pueden contradecir una preocupación general sin exponerse a caer de muy alto.

Vulgaridad, y vulgaridad y media es cada todo lo que forma el crédito de Academias, Ateneos y demás Sociedades de fabricar eminencias intelectuales, y no hay mayor vulgaridad ni cosa más de gacetrilla que ciertos lugares comunes invariables que nos imponen, y, gr., una admiración sin límites, al examen, tributado a todas las cometas de Tamayo, y al Tío por ciento, de Ayala, y la oratoria de Cánovas, y a otras muchas cosas que ya va alendo hora que se discutan sin miedo. (Y lo que es las comedias de Tamayo, pronto se han de examinar después para ver de separar el

oro de ley que allí abunda del precioso metal de velones, que no talita.)

¶ Pero, en fin, sea como sea, Cánovas y demás magafias de las letras han votado a Pérez Galdós, transigiendo con la gacetrilla; con el auxilio universal.

—¡El sufragio universal! Si aquí se hicieran escaramuzas por elección de dignidad, ¡qué escarmiento el que se haría en quien osa suponer, por malicia, el sufragio universal, que un mazo de monedas tiene menos motivos para saber cuál es el bien de la patria, que C. Galdós, Jova y Iluvia, el marqués de Fidal, Mariano Catalina!

Si lo que con esta elección se ha querido lograr es que nos olvidemos de los *Ranajanas* que ha escrito Commellerán, ¡hámanse a engaño Cánovas y compañía y recójan sus votos.

El escándalo de Commellerán, siendo el mismo, no ha perdido nada de su fuerza; porque el votar a Galdós ahora no deshace el desmor de antes, casi casi lo agrava; y por eso con Galdós y la Gacetrilla, la elección de Commellerán era escandalosa. Conste.

Además, Galdós ha admitido eso de ser conculper al fin de Catalina y Fidal, por compromiso, por no hacerse rogar, para que no se había más del asunto y lo dejan escribir en paz... no el discurso de recepción, sino novelas.

Diga lo que quiera mi amigo doña Emilia Parro Barón, somos ya muchos los que consideramos como un honor que no honra absolutamente nada el ser académico.

Ki que haya muchos hombres de gran talento en las Academias, sólo prueba que una cosa es el talento y otra cosa el carácter.

Yo me atrevería a encontrar en la juventud que vale, en España, muchos que jurarían no ser académicos en su vida.

Yo no valgo; pero como esto no es óbice para poder ser académico, desde ahora me comprometo a no ser de la Academia, de esa Academia con Catalina dentro.

¶ Ya lo sabe mi amigo bondadoso el Sr. Valera, y también por qué se lo digo.

¶ Hay que tomar esto con alguna formalidad, aunque se hable de ello en broma.

¶ Prometámonos muchos sufrir cuanto podamos para que la Academia se suprima.

¶ Lo mejor es empujar por donde se pueda. Es un trato viejo.

¶ Nunca he aconsejado a Galdós que se negara a entrar en la academia.

¶ Voy a explicar por qué.

A. Il. Benito no le da un adarme de importancia el ser lo que llaman; pero conviene para el buen gusto y la educación literaria del pueblo español que aumente las obras que pueda el número de lectores para las obras del arte bueno, digno, serio, propio del tiempo. Aunque la fama de Galdós ya es machilón, todavía consiguen las preocupaciones tradicionales y la propaganda negativa de envidiosos y ridículos sectarios y pesantes y merville, que algunos se abstengan de leer a Galdós o lo lean poco y mal, precipitados. Si en Galdós académico, parece que no, pero esta clase de lectores o de no lectores que así se dejan indoligir, dejarán de serle hostiles, entrará con Galdós la revolución literaria en muchos puntos donde ahora no penetra, y... en suma, tendremos uno más dentro de la fortaleza enemiga.

¶ Y así hasta que se nos rinda la fortaleza y podamos arrasarla y sembrar de sal el terreno que ocupó tanto tiempo.

¶ No hay contradicción entre esto y lo que digo más arriba.

Galdós no es de los que atacan directamente por la crítica y otros medios de inmediata eficacia la literatura oficial, pesada y superficial; por eso él y los que sean como él están bien que sean de la Academia.

El inconveniente que pueda haber por razón del prestigio que le dan con su nombre no es grande, porque todos estamos en el secreto, y sabemos que los Castelar, los Galdós, los Campoamor, etc., etc., no van a la Academia más que a odiarla; cuantos más hombres así haya allí dentro, menos condón habrá aquello. Los que conviene que estén fuera y siempre fuera son los que por condiciones de su carácter, de su posición, de la clave de literatura que cultivan, etc., etc., pueden y deben emplearse directa y activamente en combatir las rancias nociedades que sirven para que Cheste, v. gr., pueda pasar todavía por literato serio y proselitista a tanta gente formal.

Entre los de dentro y los de fuera acabaremos con eso. ¡Qué duda cabe!

¶ Los que apadrinaron esta vez la candidatura de Galdós fueron Cánovas, Tamayo y Cheste. Tres que no le votaron la otra vez. Según dicen, hubo todavía tres reincidentes, tres bolas negras. ¿De quién serían esas bolas negras?

Según se posibilita en materia de Academias, esas bolas eran de Cheste, Tamayo y Cánovas; de los padrinos.

CLIRIN.

Utelélos, los madrileños, como le tienen tan cerca, no le pueden admirar lo bastante; pero nosotros, los que vivimos en provincias, como decía el otro, le vemos en toda su horrible grandeza (ya sé que lo de horrible sólo después «hasquid») pero aquí no veía bien, porque nosotros nunca habíamos visto de cerca, en buena hora si digas, ni siquiera de maestro de escuela) y como le vemos tan grande, le admiramos todo lo que hace al caso.

Cánovas, pues es claro, que de él se trata, porque ¡qué! sólo él ha sido tan grande desgracia de haber sido maestro de escuela! Cánovas, no sólo es el inventor de la batalla de Rocor y el único reconocidamente de la restauración, sino que ahora se ha metido en las telegrafías entradas de la tierra y allí es donde hay que verle bracer. Sepan cuántos la presente leyeren y escudatieren que don Antonio, «vamos más poeta que Barrante», el de los *Días sin sol*, más filósofo que Fábí, y más africana que un gallo marroceo, se dijo: ya sé cómo hay aquí un sol que me eclipsa, el Sr. Vilanova, el héroe de los gulleros primordiales, como diría el citado Barrante, el sabio telero, el alfilerero proadmitido, el comisionado anteparlado... pues bien; voy a demostrar también a ese Fábí subido de las hecatombes prehistóricas o protohistóricas, como nuestro Petró que está en los cielos.

La protohistoria parece ser lo que era antes la prehistoria, pero perfeccionado el modelo y deféndolo, al no peor, bastante mal todavía.

Y Cánovas, a quien le gustan las ciencias nuevasitas, sin estranar... por Romero Robledo, se dijo: «no de la protohistoria sino del sistema bien. A ver, que me traigan unos cuantos morrillos de los más viejos, y algunos libritos y revistas de los más recientes; quiero aprovecharme de la dilatación protohistórica para dejar bien a Vilanova».

Y lo dejó a su imagen y semejanza.

Ya tenemos a Cánovas protocronista de los sucesos protohistóricos, tan protoridículamente, a pesar de lo cual él se quedará tan prototraso.

Pero ¿ese señor no sabe *utrum gentium sumus*?

Ya me parecía a mí un poco ridículo que el P. Celerino se pusiera a hablar de tamañas antigüedades, que sólo pueden tratar pocos, prototomos especialistas de los prudentes, sin hacerseos reír; con que... ¡qué se dirá ahora que el digno jefe de Villavieja y Pidal se mete en esas horas!

Don Antonio no se fía en que él sería un excelente enciclopédico más por los tiempos ociosos; pero los de acá no ya lo encontraron un poquito deficiente. Y no se diga ahora que ya no quedan más megaterios que él y otros pocos de su partido.

A él, desgraciadamente, no hay que acarle de su batalla de Lúrida, ó sea de Rocor; la protohistoria le viene ancha.

Mocho más útil que hacer competencia ó concurrir, como querían los efelotes baratos que se diga, al Sr. Vilanova, sería... inventar un chocolate mejor que el de los Padres Benedictinos.

Los cañales trallos le dan a Cánovas una lección que él no quiere recoger. ¡Qué dirá él a saber que tan espléndida orden! Pues los Benedictinos, convevidos de que ahora parados no mueva molinos, se dejan de sabidurías viejas y se ponen a fabricar un chocolate que, como ellos dicen en latín, es cosa de chaparse los dedos.

La ciencia de Cánovas—hecha siempre excopeción de la batalla de Rocor—habiera aplicado en adelante a refinar algún artículo manuscrito.

Y podría llegar a ser el *protomáster* de la industria de los quesos, ya bastante adelantada por Jerónimo Faturot.

El que tampoco se da por vencido es el famoso Vicente Barrantes, chico lino... en su época, porque es algo viejo también, casi casi *protomachaco*.

En una revista por míll conceptos Alguna de los que se ha encogido nuestro D. Vicente de lo que él llama la «Escuela Hispano ultramarina», y el muy académico empieza con un párrafo que, al amo de esa Revista quiere cumplir como deba, le valdrá al buen Barrantes una resaca linao ultramarina.

Dice así D. Vicente Barrantes: «Faltaría... a su título y a su misión al no fuese constante y primordial atención... Váyase notando que este valderista no sabe lo que sig-

nifica primordial, según aplica el adverbio—en un aspecto del movimiento universal del mundo malotero, que más que a ninguna otra nación el Europa atañe a la nuestra y la lotería».

Aquí un descanso, Sr. Barrantes. Si el movimiento es universal y a lo que hay que atender es a un aspecto de su movimiento, el asunto de nuestra atención tiene que ser el universo, lo que es llama el universo, no el aspecto que usted quiere, pero movimiento... universal.

Pues no, señor D. Vicente llama aspecto del movimiento universal... a otra cosa que no es universal, ni mucho menos.

«Nos referimos a ese conjunto de hechos políticos, sociales, religiosos y literarios que nos dan llamarse ya hoy la «civilización ultramarina».

«Por descanso. 1.º (primer disparate). La civilización ultramarina no es un aspecto del movimiento universal; no hay algo en el movimiento universal que sea su aspecto ultramarino. 2.º (siempre disparate). La civilización ultramarina no *da* a nuestra nación. 3.º El Sr. Barrantes quiere hablar de la civilización americana; pero eso no, se dice así, porque Ultramar... no es sólo América para nosotros. Eso es el inconveniente de no llamar las cosas por su nombre; es las poner malas y no las elevar bien. América, América no es Ultramar.

Da vergüenza, lo digo sin ningún género de humorismo, que sean académicos y por serio los consideren en algo muchas gentes, hombres que escriben como Barrantes, que escriben esto:

«La civilización ultramarina, hechos que se vienen desarrollando a nuestros ojos con un vertiginoso rapidez, que más parece algo que se hallan próximas a su cumplimiento las antiguas profecías que ponen en América el lugar de reposo y quizá el Dios término de la civilización».

Sólo uno loco ó un académico escribe eso. Barrantes, que al dice término le llama Dios término, cree que el tal Dios se llamaba término, porque era el acabarse de algo, el apagarse y ámbago; no sabe que término significaba límite en el espacio, llado, y no la conclusión ó el perfeccionamiento de algo.

No hay por qué hablar de lo cursado de todo el período, y de lo bobalero de cada concepto y de que ya no escribe así nada ni se ser algún memorialista que lunde un periódico en cualquier rincón de España.

Más Barrantes (pero á saltos y dejando muchas cosas buenas): «Hasta las leyes naturales que rigen nuestra existencia y estado físico (juz no es cosa de la existencia por lo visto) parece indicar con sus trastornos tan frecuentes como inconcebibles».

«Pero qué, señor académico. Ud. ha visto trastornadas las leyes naturales... ¡ya fatán á mendur! Pues yo no había notado eso. En cuanto á inconcebibles, ya lo creo, y sobre todo inexplicable; ¡qué! se va á explicar esa frecuencia con que se trastornan las leyes naturales! Pero, entendámonos; á qué llama Barrantes leyes naturales, si que mandan los conservadores! No, ó mucho me equivoco, ó ando... ¡la los terremotos! Pero los terremotos ni son inconcebibles ni ponen trastornos en las leyes de la naturaleza, que paramos en que el típico trastornado es U.º

«Con sus evoluciones lógicas (esto no lo entiendo, ni como particular, ni como repablico evolucionista), y con sus bruscos deviamientos de todas las líneas trazadas por la ciencia».

¡Oh, candor académico! ¡Si entró Barrantes en la autoridad que supone que las leyes naturales se desvan de las líneas trazadas por la ciencia! Y no ve que mal podrá ser ciencia la que trac esas líneas de que se desvía la naturaleza.

Y miren ustedes qué necesidad había de decir tantos desatinos ontológicos para hablar de los libros que se publican ahora en América!

«...Mira el viejo mundo se acerca á una crisis apocalíptica que rudiera ser la del anciano padre próximo á legar su casa, su nombre, y su fortuna, á los hijos vigorosos que ha engendrado...»

¡Pero el dejar un padre á sus hijos sus bienes no se llama legación... y mucho menos crisis apocalíptica.

Después llama al Nuevo Mundo... No... Pero ¡qué más va usted á ver un asadísimo que, por no saber escribir, no nos da comprender su pensamiento, ni remotamente.

El vapor que después constantemente a nuestras naciones en beneficio de las de América y Asia (esto no vale nada, no quiere decir sino que los emigrantes se van en vapor) de la par («ata par ya vale algo») que establece entre los productos de una y otra rotuladísima competencia, que está siendo gran parte en los apuros financieros de los Estados y de los individuos».

Prescindiendo de los galicismos, vamos al sentido de la frase: los productos de una y otra; ¡qué! es una y cuáles es otra! ¡América y Asia! eso es lo que U.º acaba de decir. No, de Dios no. No se sabe entre quién es la competencia; con la mejor le del mundo, no se puede adquirir el pensamiento de Barrantes. ¡Quién completó No se sabe: lo que se sabe es que no puede ser de la competencia de quien así escribe, el llenar, fijar y dar esplendor al idioma.

¡Si así escriben los Barrantes, qué harán los Comemaleros!

Probablemente escribirán algo mejor.

Todo el artículo de D. Vicente así es. Hay frases en que el anejo de la oración deja de ser lo mejor, y aparece otro que parece que lo va á ser en adelante, y tampoco.

Yo no sé si Barrantes está bueno ó está malo. Lo que sé, y juro, que escribe en prosa como Chelva en verso. Es decir, que no escribe en español. Y sin embargo, son.

Acadamos ambos.

Como decía con mucha seriedad el otro día en el Congreso el Sr. López Mora: *defenda el Carthago. Defenda el Academia*.

...

Otra cosa: Que la conviertan en protocadencia... sin sueldo.

CLARIN.

PALIQUE

CARTELÓN DE DESAFÍO

Soneto.

Aunque, por ser quien eres, considero
que el que mancha una espada en sangre tuya,
más que lava el honor, pone una puya,
por causas de que sabe el mundo entero;
aunque nunca te armaron caballero,
no seré yo Quijote que rehuya
el medir, si te atreves, con la suya
tu espada de madera de tintero.

Mas, como á tí te encuentro un poco huido,
y en el arte del Tato yo estoy flojo,
armas de fuego en el combate pido,
para ver si en la suerte á que me arrojo,
el plomo, sabiamente dirigido,
porque no (i) escribas más, te deja cojo.

Una carta, en serio, á Manuel del Palacio.

Muy señor mío y examigo: No sé por culpa de quién (yo creo seriamente, con toda sinceridad, que por culpa de los rípios de

(i) Ahí tiene al Sr. Ezbrí otra gineína adusiva.

234 Madrid Cómico (Madrid), n. 342, 7 septiembre, 1889.

usted), una polémica que pudo ser literaria, ha dejado de serlo, por completo, desde que han mediado en ella ciertas palabras. Ni mi decoro, ni lo que debo al del prójimo, me permiten seguir por este camino.

Debe haber aquí.... división de plaza. Ventíense los agravios personales, que nada importan al público, con el sigilo y en la forma que leyes por todo caballero respetadas imponen; no se disuelva en retórica lo que la misma ley positiva no consiente que sea del dominio público. Yo estoy decidido á no escribir más insultos, á no aprovechar las armas que mi humilde, pobre, pero acosado ingenio, pueda y quiera prestarme para injuriar, no sólo á quien me hiera, sino á lo que puede ser puro como la luz del sol, y á quien desde luego es inocente, pese á una solidaridad superior á las voluntades. Si usted quiere que continúe el tiroteo exclusivamente literario, sin daño de la honra de nadie, enhorabuena: yo contestaré, ó no, á sus *peladillas* (como usted las llama) según el humor y los quehaceres. A lo que no volveré es á los agravios á que yo veo que usted me ha arrastrado.

No niego que se pueda lucir un escritor trabajando en la filigrana de las injurias y de las alegorías calumniosas; mas esto, si alguna vez lo hago, no quiero que sea para demostrar así que no soy cobarde; que sé velar por mi honor; ni tampoco para irritar al contrario que puede mostrarse rehacio en lo que no sea guerra de tinta. Podré alguna vez *ensayar*me en la poesía de la *injuria alegórica*, pero será por vía de juego, sin aludir á nadie, y sin estampar nombres de personas reales, quiero decir, que realmente existen. Dicho esto que debo á mi conciencia y al derecho ajeno, concluyo suplicándole que tenga por recibida ésta y que, á saber yo la dirección con que actualmente se le escribe, no hubiera ido á su poder por conducto de un periódico.—Si usted contesta (á mi nombre, en Oviedo, por el correo, de usted para mí), habré logrado la división de plaza que desco. Si usted calla ó sigue ventilando el aspecto personal de la cuestión en sonetos injuriosos..... haré de usted el mismo caso que hago de tantos poetas chirles que me insultan porque no les llamo genios.

LEOPOLDO ALAS.

Carta, en serio también, á mi amigo Sinesio Delgado.

Mi querido amigo: Ha hecho usted muy bien en publicar los sonetos de M. del Palacio contra *Clarín*; así verá todo el mundo que aquí hay imparcialidad; y aunque usted ha dicho alguna vez que lo que no consentía en MADRID CÓMICO era ataques á los de casa (y por de casa me tengo), es preferible para nosotros contribuir á la publicidad de lo que nos hiera, á entrar en esa liga del silencio para el enemigo, que vale tanto en las polémicas como en los combates negar terreno al adversario.

Lo que no debe usted consentir ni á Palacio, ni á mí, ni á nadie, es prolongar una serie de agravios en discusión ó disputa literaria; y para evitar, en lo que de mí depende, que usted se vea en el caso de advertirnos lo que sería de justicia, he escrito la carta anterior, que espero llegue á manos del poeta de los sonetos, á quien se la hubiera enviado directamente, á saber dónde para ó dónde anda.

Suyo, siempre amigo,

CLARÍN.

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.ª izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZÁLEZ

AÑO II
20 de Julio de 1889.
NÚMERO 42.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Uno de los privilegiados que tiene Clarín es el de armar ruido.

Y es comprende.

Haciéndolo así cumple su misión y justifica el ruido.

Un Clarín que no suena, ¿para qué demonios serviría?

Y como Alas quiere servir, y efectivamente sirve, mueta.

Lo doloroso es que casi siempre lo hace de un modo desagradable.

Desagradable, entendiéndose bien, para los oídos de aquellos a quienes favorece con sus sonidos.

(La verdad es que suelo dar unos sonidos muy ruidosos).

Falseto que él publica, cantando al canto.

Únos le llaman eminente crítico.

Otros...

No quiero decir lo que le llaman otros.

Ya lo sabe él.

Lo indudable es que su personalidad artística tiene méritos sobrados para figurar en nuestra galería de caricaturas, y por eso figura.

Donato.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Six meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 12 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



Imprenta Ruiz y Valverde, S.

Ilustración n. 6 Los Madriles, 20 julio, 1889.

Comienzo acusando recticho de su amable réplica al señor Ebbri, al cual suplico se aliva salvar las erratas de mi segundo artículo que se *delitaron*, como se dice, porque las pruebas por mí corregidas no llegaron a su destino oportunamente.

Con hombres como el Sr. Ebbri da gusto discutir; y si no fuera porque entre los dos ya yo hay materia suficiente para una polémica, seguiría yo argumentando sólo por el placer de luchar con tan bien educado adversario, que, conforme a las buenas reglas del arte, declara todos los botanacos recibidos, y aun los dudosos.

Retiro lo de pedante y dómino, etc., etc., y me alegro de que no sea colaborador de *La Patria*, donde creo que manda, ó poco menos, aquel Fando y Valle de los pecados del mundo entero, especialmente de los de D. Porfirio Díaz y demás presidentes de Repúblicas americanas.

Ese Fando me quiere á mí muy mal, y creo yo que había sido por indicación suya el atacarme al Sr. Ebbri desde *La Patria*. Tanto mejor, puesto que no he habido tal cosa. Ya sabe el Sr. Ebbri dónde tiene un amigo.

El Sr. D. Carlos Peñafranca, que, si no recuerdo mal, es poeta, acaba de publicar en *La Ilustración Española y Americana*, digna de mejores colaboradores, un artículo neológico con motivo de la muerte del Sr. D. Francisco Rodríguez Zapata, catedrático de Retórica y Poesía en el Insti-

tuto de Sevilla. El Sr. Zapata era, por lo visto, un gran poeta sin ser el Marcos que todos conocemos. El Sr. Peñafranca no va clla en afirmar que era el catedrático de Retórica de Sevilla uno de las principales figuras literarias de la España contemporánea. Si sería; ¡¡¡estima no haberlo sabido antes, para haberle tributado en vida todos los elogios que merecerá de seguro, al en electo es uno de los mejores escritores contemporáneos! Y cómo el Sr. Valera, que lo sabe todo, y hace poetas á millares con un pan y dos pecca, no me ha hablado nunca de los méritos poéticos del Sr. Rodríguez Zapata, poeta, á lo que parece, de un gran soneto á Dios, dado á conocer (no Dios, el soneto) por el Sr. Sánchez Moguel, y otro soneto á Aris Montano, y una poesía al *Edén*, y una oda á la *Fortísima Concepción*? El Sr. Valera, que pur descubrir hasta ha descubierto otro Zorrilla, poeta, del cual quiero hacer, por incorporación con M. del Palacio, un poeta entero, ¿cómo no nos había dicho nada del poeta sevillano, catedrático de Retórica?

Está de Dios que los catedráticos de Retórica sean grandísimos poetas; porque así está D. Narciso Campillo, que es profesor en un Instituto también, de eso mismo, de Retórica, que no deja de ser un Homero como una Catedral; vamos, cosa tan admirable como el inspirado Torralillas, el de los *Trozos*. Campillo es el de los *Destrozos*. Volviendo al Sr. Peñafranca, al cual nunca debí haber dejado, á ser yo amigo del orden y de la armonía, diré que, en sus andanzas las cualidades que adornaban al difunto, dice:



«Era Zapata ante (¿ante? ¡quérrá decir antes?) ante y sobre todos (¡ah! no; quería decir ante todo, y no lo dijo, porque creyó que bastaba con decir *todos*). Así escriben entre poetas de la escuela sevillana, con los cuales no hay Dios ni sevillanos que se entiendan cuando se ponen á cultivar la forma, sin necesidad de gramática; ante y sobre todos las demás cualidades, un poeta de grandes alientos y de exquisita forma (¿de qué forma era?), al no el último, sin disputa el más genuino representante de la tradicional escuela sevillana; sus versos inspiradísimos, correctos y reposados (¿versos reposados?, *siempre* personales y sin confusión posible con otros). Sr. Peñafranca, ¡siento decirle, pero sea gerundio, ni es de la escuela sevillana, ni de la escuela de párvulos siquiera. Y en cuanto á que los versos reposados eran *personales*, ¡necesaré que se me jure para creerlo. En cambio creo á pies juntillo que no se confundirán con otros; digo, con los de Virgilio. Y sigue el Sr. Peñafranca diciendo que los versos de Zapata recordan á menudo la perfección *increminal* de los de D. Juan Nicasio Gallago (perfección *increminal* ¿qué manera de entender los adjetivos?), la *autenticidad* de estilo de Rencoso y la idealidad y pureza de los versos de Lista. ¿Aunque llenos de añas graves y por lo común religiosas, hay en ellos mucha luz, mucha claridad (¿y á qué viene ese *quién?*) mucho color y mucha exuberancia (¿de qué?); la exuberancia, el color, la claridad y la luz del cielo y de la naturaleza de Andalucía. ¡Por vida de la Giraldá! Vamos á cuentas. ¿Qué es la *naturalidad* de Andalucía, si en ella no entra también lo que usted llama *señal*? Si usted opone naturalidad á cielo, en sentido de ser la naturaleza la tierra, mal hecho. Pero, aun así, ¿qué querrá decir que el cielo de Andalucía es *exuberante*, y que la tierra, ó naturaleza, es *distinta*? ¿Es usted todo lo poeta sevillano que quiere, y ame la forma cuanto guste; pero siquiera *amela* usted en castellano.

Y hasta. Como comprenderá cualquiera que no sea un mar-molino, nada de lo dicho va contra el Sr. Rodríguez Zapata, cuya memoria respeto, como es natural, y cuyas glorias seté el primero en pregonar el día que las conoceré: ni nada va tampoco contra la escuela sevillana *per se*, sino *per accidens*, llamados accidentales á Campillo, Fábila, Correa y otros genizacos que, al parecer, fueron discípulos del Sr. Zapata. El cual también fué maestro de Ayala y de Becquer, y váyase lo uno por lo otro.

El Sr. Ferrati, que como poeta será bueno, ó malo, ó mediano, porque no es de los que se revuelven alirados contra los que no gustan de sus versos, ha publicado un artículo de crítica demostrando, á poco menos, que ya no hay crítica, ó que pronto va á dejar de haberla, á favor del último *sigurra* de la moda literaria francesa. El Sr. Ferrati, que según barriato ha leído el libro de Paul Bourget, *Estudios y retratos* (*Retratos y notas de estética*), ó al no, sólo hablar de él, anuncia muy satisfecho á los poetas gallegos y de toda España que, según las últimas noticias, pronto van á estar libres de crítica, porque así lo quieren E. Caro y Barbery d'Aureville, y el mismo Paul Bourget.

No se alegre tanto el Sr. Ferrati, porque lo que hace la crítica según el mismo P. Bourget en ese mismo artículo á que Ferrati alude, no es morir, sino transformarse.

Si la crítica se transforma. Pero una cosa es la crítica y otra la casa de gazapos. Para ésta no ha llegado el tiempo de la veda. Hay que entender las cosas. La crítica se transforma; la libertad del arte es grande; pero alegrarse por eso los poetas que tienen los versos llenos de errores, fuesen como si los malfecheros, oyendo hablar de libertades políticas, se pusieran á bailar de gozo creyendo que iba á suprimirse la Guardia civil. No es eso; Becquer lo ha dicho:

Mientras haya esto y lo otro...
habrá poeta.

Pues yo le digo al Sr. Ferrati:

Mientras haya poeta...
habrá Guardia civil.

Eso es, mientras haya poetas como usted (y usted es de los menos malos) habrá crítica correccional.

Eso de la transformación de la crítica se refiere á los grandes escritores, y es cosa muy larga de contar. En otros países, rara vez se le buscan los adioses gramaticales y retóricos á un poeta. Pero es que por esas tierras no pasan por poetas los que no lo son, y aquí pasa por Homero el que se sueña en ello. Si yo viviera en Francia, v. gr., también me dedicaría á la crítica transformada (y sin aquí lo hago cuando replico rondo); pero en España lo común es tener que advertirle al más platado: «Señor Poeta, ó amigo Dante, mire usted que no se dice *haga*, y ¿quién dice *haga* dice el omage y otras porverías.

Vea el Sr. Ferrati, por ejemplo, al Sr. Peñafranca, poeta de suyo, que no se echaba un responso á un amigo sin incurrir en una serie de lamentables equivocaciones.

¡Ay, Sr. Ferrati! Ustedes los poetas de por acá son ustedes el demonio. Hay algunos (no es usted de éstos) que van estando peor escritos que las planas de anuncios.

Véase, si no, lo que dice D. Antonio Zoraya, en el mismo número de *La Ilustración* en que el Sr. Peñafranca publica su neología:

VI

Ninguna en él se iguala,
Porque en él sin rival en estrofas
Junto al cordero de la doncella hebra
La bellosa de la perla de Magda.

¿Échelo usted guindas á la tarasca Suprima, suprima usted la crítica que censura, y á ver cómo averigua ese poeta que hoy no se puede decir *bellosa*, queriendo decir *belleza* ó *hermosura*; que ese cordero en él no es castellano; que el cordero de la doncella hebra es un ripio judio descomunal, y lo de sin rival otro ripio y un contrahecho. Y todo esto en cuatro versos que el autor llama *estilismo*.

No, señor Ferrati; no conviene que se acabe la crítica que corrige el vocablo. Si los dejamos á ustedes y á los diputados, en pocos años ya nadie se entiende en la patria de Cervantes, Mélo, Moncada y demás.

Que no desaparezcan los poetas, digámoslo así.
Pero la polilla tampoco.

¡Usted conociera á los de la *secretal*!

CLARIN.

Hun crítico que, para sacudirse las moscas literarias, no encontraba mejor manera que reírse de los poetas y de más palmípedos, le decía uno de éstos, quejándose:

—Tu crítica es satírica... y, por consiguiente, no me enseña nada.

A lo que contestó el otro:

—Pero, infeliz, ¿no te he llamado ganso? Aprende eso... y conocerás todas las cosas.

Se ha publicado un libro que se titula *Literatas españolas del siglo XIX*. Según ese libro, resulta que ha habido aquí, en lo que va de siglo, sus 400 literatas.

Tal vez sea eso verdad... con una pequeña reforma; poniendo los ceros al otro lado del 4.

Y ¡lo que son las cosas! a pesar de tanta literata, falta una poetisa: Cánovas. Al cual, en cuanto poeta, le parieron hija.

Por lo demás, eso de las 400 literatas del siglo XIX tiene el mismo corte legendario ó leyendario que el tributo de las cien doncellas y lo otro de las once mil vírgenes.

Yo, hoy por hoy, no veo esas once mil literatas entre nosotros; no veo más que á su Santa Úrsula.

Que es doña Emilia Pardo Bazán.

De cuyo último libro, *Morriña*, ya ha hablado en esto mismo periódico mi querido amigo Sánchez Pérez. Por eso no digo yo mi opinión acerca de tal novela, porque baza mayor... y porque quien da primero, da dos veces.

En otra parte, y aun en varias, pienso echar mi cuarto á espaldas, por ejemplo, en *Madrid Cómico*.

Lo que sí aseguro aquí, y en cualquier parte, es que, á mi juicio, *Morriña* vale más que *Insolación*; Rogelio Pardifias, el galleguito madrileño, vale más, mucho más, que el andaluz soso, bobalicón y conchabista de zarzuela flamenca silbada, de que fué á enamorarse en la romería do San Isidro aquella doña Francisca de Asís, que, por lo poco poética, á su vez, no parecía sino una doña Francisca de Asís. Pacheco, directora de no sé qué clase de Contabilidad ó cosa así.

También ha publicado mi querida amiga doña Emilia un artículo titulado *Los Desiertos de la República Argentina*. Capaz es de haberse dado una vuelta por allá, y estar ya de retorno para ir á contárselo á *El Imparcial*. Por supuesto que doña Emilia también ha publicado ya su correspondiente libro de la Exposición, que será, de fijo, de lo mejor que en España se escriba al caso. Porque esta Pardo Bazán es una enciclopedia... de viaje. Debe de llevar una imprenta consigo en el ferrocarril.

Ahora me explico yo lo de las 400 literatas del siglo XIX. Todas esas 300, ó la mayor parte de ellas, son espejismos de la mismísima y única doña Emilia, que escribe como ciento y después se multiplica; porque no se está quieta jamás.

Para concluir, una consulta: eso de *Efeméride*, lo dice *El Liberal* para hacer rabiar á los académicos? Pues buen chasco se lleva, porque puede que muchos de ellos también lo digan.

CLARÍN.



PALIQUE



A ha publicado Cánovas otro prólogo.

El buen señor tiene una vocación de pórtico que no hay quien le destruya. Quiere hacer la competencia á la entrada del Infierno (*porta inferi*) diciendo:

Per me al va tra...
Per me al va tra...

Hay que repetir aquello de «No se pese sin hablar al portero».

Y, como los porteros, los editores van á tener que decir á cada libro que publiquen: «Hay entre usted y yo, hay prólogo canovístico».

Preocúpase de confesarlo, Cánovas decías. Ya no es tan laberíntico como era; Estrada, el pequetócrático, fué más consecuente con sus lucubraciones.

A Cánovas hasta se le entiende á veces.

No siempre: por ejemplo, al comenzar este nuevo prólogo, prólogo nada menos que de la nueva edición de *Peppia Jiménez* dice D. Antonio: «El autor de este libro suspendió un viaje, por lo común rapidísimo...»

(¿Quién entiende ese por lo común rapidísimo? Lo común será no entenderlo.)

Cánovas está cansado de que se le diga que habla de literatura contemporánea sin leer las novelas que se publican y hasta los libros de crítica que hace al caso. Y este verano ha cogido y se ha puesto el cuerpo como un tambor á fuerza de leer cosas de Zola, Goncourt, Daudet, etc., etc.

Y ahora que le entren merces. Lo que él decía (antes de estar enterado): «Todo eso es una indecencia.» Hasta ha leído lo que podríamos llamar *Chestión ex papitante*, de doña Emilia Pardo Bazán; y más es: ha leído las novelas de esta linde de fama.

¿Qué Cánovas está? (Qué humilde, qué sencillo.)

Veán ustedes: se ha leído *El camé de Vilamorta* como un cualquiera. Y tanto es así, que en un luminoso paralelo entre la Pardo y Zola, no vacila D. Antonio en decir que los dos tienen talento, pero que doña Emilia aventaja á D. Emilio en el buen gusto, que el otro no tiene. De modo que para Cánovas, ó yo no entiendo de canovística, vale más la autora de *Morriña* que el autor de *Germinal*.

Sea todo por Dios; pero lo que no está bien es creer que basta un verano para estudiar todo lo que D. Antonio no sabía—ni sabe—de literatura contemporánea. Mendémez Pelayo le da un varapalo soberano al jesuita Yungmann por ponerse á escribir una estética en sus ociosos veranillos de triale calzado (en jesuita Yungmann). Pues si se atreviera D. Marcelino, mejor corrido de baquetas podía proponerle á su jefe D. Antonio, que con gran descaro declara que se ha hecho un sabio en materia de resillimos y materialismos, entre vaso y vaso de agua caliente en no sé qué *Termas regaladas*.

A D. Antonio le pasa con la literatura lo que á Sagasta, ó á él mismo, con la música que oyen en el Real. Entrar tarde (y salen temprano) en un palco de ministros; miran á las bellezuelas de los contertulios, hablan de política, se fijan en la tiple si es guapa, oyen distraídos algunas notas, y echan á correr en seguida para seguir haciendo la felicidad del país. De esa manera no se puede ser un Sando, ni un Hanielck. Es muy probable que Sagasta no sepa todavía el argumento de *La Favorita*. Pues así entra y sale Cánovas en la literatura. Cree que se enteró de algo, y no hay tal cosa. Primero nos vino con la novedad de que el quid del arte estaba en el fuego; y, por supuesto, sin entender siquiera la teoría de Spencer ni la de Schiller. Ahora se presenta con una porción de papillinas, con las cuales á mí me viene Dios á ver, porque tengo asento para muchas coartillas, que es, como si dijéramos, para ganar unas cuantas puestas. Donde no haya gasepacho, ¿qué comerán? Donde no haya Cánovas, ¿de quien se reirán?

Porque es muy de reír la manía del amigo de Ciberbulles que se empeña en que le tomemos por literato, como si todos fuésemos Fidales y Villaverdes que han sido ministros por oro.

Hay clases, D. Antonio, hay clases: ¿Usted piensa que los hijos de este fin de siglo nos chupamos el dedo? ¿Usted cree que tomamos por ciencia ni experiencia esas sabidurías que á usted le salen como si fueran granos al llegar el otoño, y con él la apertura de Atenas y demás chibigotas que usted preside? Esas erudiciones de morondanga se dejan para los jovencitos que *aporturizan* y viven una temporada de la ilusión de creer que han engastado al mundo entero con las notas de sus memorias, y aquello de Vid... ubi supra, conf... y las citas en inglés: *Tha... off...* y las citas en alemán: *Der... das... thum... chaff...*. Pero usted, D. Antonio, ya es viejo para esos desahogos de la vanidad inofensiva, ¿a qué vienen tales fingimientos? ¿Que usted no es un sabio de verdad? ¿Y qué? En cambio ha sido usted mucho tiempo ministro, y se ha hecho rico. ¿Que es usted un hombre vulgar,



un burgués académico? ¿Y qué? Puede que fuera vulgar también el mismo Octavio, y Lérido lo era de hijo, y Sagasta hace alarde de serio. Sagasta, que no sabe más cosas que los que se oían de cuando en cuando en el Congreso, hace mucho mejor papel que usted en literatura. Dice Sagasta, por ejemplo: «¡Ah, señores diputados! esto me recuerda lo que dijo el poeta (que así le dicen, no me sabe quién soy):

Las torres que desprecio al aire fueran...

Y está bien; á gusto oírle; porque en seguida se va alonde hace filiz y consigne que no le llamen á usted para formar Ministerio. Un día Zello (don Pérez), cuando ora amigo todavía de D. Práxedes, le habló así:

—Oye, Mateo; muchas veces he oído citar lo de las torres que desprecio al aire fueran... y nunca sigues. ¿Es que no sabes lo demás, ó que no hace al caso?

—Es que no hace al caso que yo sepa lo demás.

Fíjese el Sr. Cánovas en la frase de Sagasta; imito su ejemplo, y llegará á tener en literatura la única opinión que le conviene. Y convénzase de que todos esos idealismos y realismos estéticos son para él *inter alios acta*.

Pero, y D. Juan Valera, ¿cómo tiene esas bromas? ¿Cómo consiente que una elegante edición de sus novelas continúe con



un prólogo de Cánovas, que, como se ha visto, comienza á un vez con un viaje por lo común rapidísimo, y sigue con mil bobadas, por lo común graciosísimas?

Supongo que esa edición de las famosas novelas, ya clásicas, de Valera, no será la edición *neq variatur*.

Porque hay que variar el prólogo.

A la posteridad no se la pueden presentar ciertas cosas.

Por supuesto que Cánovas mira á Valera por encima del hombro, y viene á llamarle autor de segundo orden, porque... «Como la novela no tiene mucha importancia...»

(Claro! Donde está la lírica del señor don Juan Elías ó Luisa (¿qué habrá sido de ellas?), callea el Quijote.)

Lo peor no es nada de eso. Lo peor es que al final D. Antonio advierte que se ha cansado de escribir prólogos (no alegrarse), y que en adelante va á trabajar por cuenta propia y á escribir libros.

¡Basta Dios! ¡Y yo que me quejaba!

¡Más prólogos, por piedad!, más prólogos!

Bien decía Belial, el diablo aquel de Milton:

Inter these than worse...

ó, para que lo entienda Cánovas, «el mal al menos.»

CLARIN.

PALEIQUE

Bien saben Dios y D. Ramón de Campoamor si yo quiero y admiro al autor del *Drama Universal*.

Aparte de sus méritos, que nadie pone en duda, en cuanto poeta lírico, tiene otros muchos que todos le reconocemos. Por lo que a mí toca, ya tengo dicho varias veces que D. Juan Valera y Campoamor me parecen los dos hombres más listos de España. Son de los pocos literatos de por acá que saben hablar de las grandes cosas de teja arriba como hablan otros escritores de fuera. Le tengo también a D. Ramón por un prosista excelente, gracioso hasta en sus incorrecciones (que fuera mejor, sin embargo, que no existieran); pero hay algo que no me gusta en D. Ramón: la *paradoja burguesa*.

Me explicaré. Muchas veces en sus escritos, casi siempre en su conversación, Campoamor hace ingeniosísimos ejercicios de

dislocación dialéctica... para sostener vulgaridades. Le gusta seguir el camino trillado... sólo que con la cabeza entre las piernas o andando con las manos, y los pies al alto.

Es un Barbey d'Aureville al servicio de Mr. Prudhomme.

A la paradoja no hay derecho a leerla la cartilla de la lógica, cuando el que tal intenta se expone a destruir un pensamiento nuevo, una observación feliz; pero cuando la paradoja tiene dentro de sí lo que una avelana vana, lo que es peor, una idea vulgar, una preocupación de la muchedumbre, se le debe oponer la ley del gilgimmo y todos los lógicos lógicos que vengan al caso.

Don Ramón Campoamor no tiene derecho a hacerse el tonto, y por su propio buen nombre se lo debemos advertir los amigos.

Hace pocos días publicaba *La Ilustración Española* el retrato del simpático y muy discreto director de *El Español*, señor D. Enrique Hernández, y le semblaba correspondiente aparecer firmada nada menos que por Campoamor. Tamaño honor lo merece el celebre periodista, y honra también al poeta la obra de justicia y de modestia que realiza con su trabajo.

Pero no se trata de esto.

Es el caso que con motivo de alabar las «misceláneas» del señor Hernández... Campoamor se pone a defender a Cánovas del Castillo, poeta y polígrafo, y de camino a insultarnos, ó poco menos, a los que escribimos pestes de la sabiduría y de los versos de D. Antonio.

Y allá van las *paradojas burguesas*, ó sea las vulgaridades en forma paradójica.

Dice D. Ramón: «La bondad siempre es más justa que la justicia.» Vulgaridad insignie en forma paradójica; esa es la falsa teoría antiquísima de la equidad, que hoy cualquier estudiante de segundo año de derecho destruye fácilmente haciendo ver que la llamada equidad no es más que una forma de la justicia, corrigiendo, no la justicia misma, lo cual sería absurdo, sino la definición de la ley humana que sería injusta aplicada en tal ó cual caso, y se rectifica por la forma de la justicia que se llama equitativa.

Nuestros mejores literatos suelen tener en censurable olvido el estudio del derecho; hoy es Campoamor, que no sabe que su paradoja es un error jurídico del tiempo de los Romanos; ayer era D. Emilia Pardo Bazán, que a una sesión del Senado la llamaba senado-consulta.

Y sigue Campoamor:

«Y digo todo esto porque la crítica satírico-política me es insostenible por lo que tiene de faccioso.» Según lo cual, Campoamor ha de tener por insostenibles la Sátira Menipea, y las coplas de Mingo Revulgo, y los artículos de Larra, y los folletos de F. Luis Courier, y la Comedia de Aristófanes, y los Diálogos de Luciano... y las sátiras de Nevo y... medio mundo literario. Además, la sátira política puede no tener nada de faccioso, y además, no siempre lo que es faccioso es insostenible.

Y sigue Campoamor:

«Pongamos un ejemplo. No pasa día sin que se vea en algunos periódicos literarios ó políticos alguna alusión más ó menos injusta contra el Sr. Cánovas del Castillo. Grandes hombres contemporáneos han recopilado sus trabajos poéticos, entre ellos los señores Valdegamas, Pacheco, Balmes y Ríos Rosas, y jamás se le ha ocurrido a nadie cometer la irreverencia de satirizar las inspiraciones (escriba así Campoamor) de hombres que no han tenido la poesía por ocupación preferente de su vida. Lo más gracioso de esto es que, según Campoamor, se comete una irreverencia si se satirizan los versos de quien no es poeta de oficio. Cuando justamente los versos que suelen merecer más la sátira son los de quien se mete en la renta del Excusado y se las echa de poeta por pasar el rato, aunque Dios no le llame por ese camino. Venga acá, D. Ramón, y así, a la pala la llana, póngase a pensar conmigo. ¿No le parece ahora absurdo que para criticar unos versos tengamos que esperar a saber de buena tinta que el autor ha consagrado toda su existencia a las musas? No recuerda Campoamor algunos versos del *Misántropo* de Molière que pudieran servirle de famosa contestación? Mire que está defendiendo la causa de Orontes, que está siendo casi casi un Filiuto, y que a sus patrocinados, a los que escriben versos malos, sin ser poetas, se les puede decir:

.....qu'un froid écrit assomme,
qu'il ne faut que ce faille à décrier un homme;
et qu'il en d'autre part cent belles qualités,
on regarde les gens par leur méchants côtés.....
y lo otro de
quel besoin si pressant avez vous de rimer?
.....
et n'allez point quitter, de quoi que l'on vous somme,
le nom que, dans la cour, vous avez d'honnête homme.....
No, D. Ramón, no puede haber irreverencia jamás en críticas

los versos malos, aunque no sean de poetas matriculados. Por lo demás, dice usted que jamás se satirizaron los versos de Valdegamas, Balmes, etc., etc., y eso no es exacto; yo recuerdo haber leído burlas contra los versos de Balmes, y contra los de Ríos Rosas, y contra los del primer Marqués de Pidal... y yo me he leído en letra de molde las inspiraciones de Navarro Rodrgo y de Campo Grande y otra porción de poetas de lance y políticos.

Y sigue Campoamor... y sigue: ¿quién lo dijera olvidando por un momento la gramática (justo castigo a su atrevimiento al defender las literaturas de Cánovas).

«Pero si Sr. Cánovas del Castillo, que como escritor en verso, deja a los poetas insignes, y a una distancia inmensa, y quedándose lejos de frento (ya, y de calle) todos los problemas filosóficos, políticos y sociales de su tiempo (D. Ramón, ¡por Dios! si *hambúesno* no tiene el derecho de llegar a la gloria), no pasa día sin que algún obscuro descazador, de esos que componen los cuerpos francos de la crítica, no escriba contra él, alguna (vease la gramática): Pero al Sr. Cánovas... etc., no escriba contra él. ¿Qué sintaxis es esa? No ve Campoamor que con esa construcción llega colgado al Sr. Cánovas? alguna de esas mordacidades que recordan los gorgozos de alquería (parece que los gorgozos de alquería recuerdan las mordacidades...)»

Ve el Sr. Campoamor adónde conduce el camino literario. La infamia del gorgoz de infamia ha cogido a D. Ramón, y este modo de prosistas olvida, por defender lo absurdo, la construcción castellana, y cae de cabeza en anfibologías y sostiene tesis disparatadas.

Es necesario que tanto Campoamor como Valera tomen por otro camino. Sea benevolencia *coram populo* y sea crítica histórica más severa no tienen gracia, porque causan graves daños a la literatura española.

No songo pocos ni nos mordemos la lengua los que estamos dispuestos a protestar constantemente. Por lo que a mí toca, les aseguro a D. Juan y a D. Ramón que me tendrán enfrente siempre que de esas perniciosas bondades se trate. Y no hay elogios ni homajes que valgan. No les negaré que me saben a gloria las alabanzas inmerecidas que debo a uno y otro. Tampoco ocultaré que cada vez les encuentro menos juro; pero, de todas maneras, yo no me vengo por un plato de lentejas ni por cien arpañas de incienso. Por consiguiente, en este punto de la benevolencia, injusta, guerra a muerte. Y en lo demás... oro molido.

Porque... han de saber ustedes que ahora se descuelga Valera diciendo que *Morriña* es una cosa excelente, ¡un primor!... Que el asunto no vale dos cuartos, que los personales no importan tres pitos... pero que ¡ah! ¡la forma, la manera de contar aquellas nimiedades!...

No haga usted caso, D. Emilia! ¡Por Dios, no haga usted caso Créame usted a mí, que soy mucho más sincero, que tanto estas cosas más en serio, aunque no lo parezca y me equivoque al decirlo. *Morriña* vale poco, muy poco. Y vale poco... porque le salió a usted mal, porque no estaba el horno para pasteles cuando usted la escribió. Es insignificante, no vuelva usted a pensar en ella.

Por supuesto que también Valera suelta su *aferrismo*... falso con motivo de *Morriña*. Aferrismo que puede hacer pendón al de Campoamor respecto a la irreverencia.

Según Valera, cuando se habla de una *novela*, no se debe hablar de las demás que hay en el mundo. ¿No es así? ¿No se debe escribir un estudio completo de sus obras?

Vaya esto también al capítulo de las *irreverencias*. ¡Por los clavos de Cristo, D. Juan! D. Ramón, por los cielos clavos! Insignes humoristas... un poco más de formalidad interna.

Sea cada cual lo chusco que pueda, pero... *magis amica veritas*:

CLARIN.



Revista Cómica

ULTRAMAR Y EXTRANJERO, año, 28 pts. Número atrasado, 25 cént.
 MADRID Y PROVINCIAS: trimestre, 2'50 pts.; semestre 4'50; año, 8.
 Administración: calle de Sagasta, núm. 8, ent. centro dha.

GALERÍA CÓMICA



LIBRERÍA, PASAD. DE VALDECHULA, 2.

LEOPOLDO ALAS—Clarín.

PALIQUE

En un artículo de un sabio león que Julio César tenía *fas nopolitica*.
(Hombre! En todo caso, sería Napoleón quien tendría *fas cívica*.
Aunque no sea más que por ridícula antigüedad.

Hablando de lo que sienten o no sienten los republicanos con motivo de la degradación que sigue, o estuvo a punto de seguir, a una respetable señora, dice el Sr. Pidal en *La Unión Católica*.
«Yo las almas republicanas... se ha operado una transformación por la cual el hombre deja de ser hombre, para convertirse en bestia feroz y sanguinaria...»

Bueno; para trasladar a los cinco señores consejeros que el Sr. Pidal usa en el Ayuntamiento de Oricón, y que no quieren asistir a las rogativas por la salud del Rey... porque están mal con el alcalde.
Por supuesto que esos señores no son sanguinarios. Ni ferozes.

Nada.—Ya sé que MADRID Cómico no es político. Pero esto no es político. Son habas contadas.

Por varios periódicos de provincias que suelen dar noticias de este género, he sabido que hemos entrado en el año 1890.
Que es, como diría Brechtón, *el último día que le queda... al siglo XIX.*

Verdad es que Brechtón entraría la *avanzada* y seguiría comparando al tiempo con la lotería, etc., etc. Yo, a pesar de *factos y marinadas*, para hablar la lengua de Cervantes, me limitaré a decir que si en este último día no nos cas el gordo, ó la gorda, tendremos que jugar en la próxima *extracción al siglo de Noé*. Y entonces es seguro que nos cas la lotería.

El genio es una enfermedad! ó lo que no es lo mismo, (para producir arte es necesario, ó por lo menos conveniente, estar algo enfermo).
Esta cuestión, llamada *a aparecer* en algunas secciones del Ateneo y á sugerir muchas teorías á varios asidos colaboradores de la *bodega académica*, la trata con riqueza de datos mi amigo la Sra. Pardo Bazán en su libro reciente *Al pie* (ó los pies debía decir, porque tiene cuatro) *de la torre Eiffel*.

Discutiendo con Goncourt (ya pareció Goncourt) la autora del *Viaje de novias*, oyó á su amigo sostener *la extraña teoría* de que una persona robusta no es capaz de sentir la calentura de la inspiración, y que para crear algo artístico es necesario sentirse bastante enfermo. Á lo cual contestó fácilmente D.^a Emilia; *se le irá más lejos, se puso á sí misma por ejemplo de lo contrario de lo que el otro (Edmundo) sostenía*. Mi salud, vino á decir la dama, es excelente... luego... La consecuencia no pudo sacarla con todo rigor lógico D.^a Emilia, porque la otra premisa, es decir, la mayor (por lo menos la más gorda), era muy peliaguda. Una de dos, ó la Sra. Pardo renunciaba á demostrar, dejando mal pinto el pabellón nacional y el pabellón higiénico, que se podía estar inspirado y ser artista y gozar de buena salud, ó tenía que confesar, hecha ya la apología de un buen esmoque, que ella también era *plater*, también producía arte y tenía calentura de inspiración. Eso era muy fuerte para su modestia, y lo dulce que se atrevió á decir fué que ella en su tierra, aunque le estuviera mal el decirlo, tenía fama de sorprender los detalles microscópicos y las iritaciones imperceptibles de las cosas. Como se ve, la Sra. Pardo sacrificó la lógica á la modestia.

Goncourt pudo haber contestado:
—Pero, señora, una cosa es entender de distonías y manejar la *q-ñima* de el espectro... y otra cosa lo que yo digo... la inspiración... el arte...

Pero Goncourt, que estaba en su casa y sabe lo que son señoras, se contentó con «anacar las cejas y mover la cabeza, como diciendo: *Muyré tout*».

C'est comme ça, diré yo, hablando el mismo idioma que las cejas y la cabeza de Goncourt.

Por lo demás, ó por casi todo lo demás, el libro de D.^a Emilia Pardo Bazán, en mi opinión, divi á encubrirse más lo bume.

Hay pocos españoles, en cierto respecto ninguno, que sepan tanto parlo como esta famosa políglota de los recursos de la lengua castellana para hacerle decir cosa que nunca ha dicho.

Por lo mismo que escribe tan bien, y que toda obra suya tiene tanta resonancia, debía fijarse un poco más en la exactitud de sus afirmaciones. Sin salir de este capítulo de Goncourt (por donde ha abierto otra el libro), me encuentro con noticias y calificativos que no se pueden admitir. «En Francia, dice, puede notarse que si la popularidad de Goncourt es inferior á la de Daudet y Zola, se influye en mayor sobre los refinados, los pensadores y los artistas.» Aunque por la forma de esta cláusula puede deducirse si lo que dice es que Goncourt influye más sobre los refinados, los pensadores y los artistas que sobre los demás, ó que influye más que Zola y Daudet sobre los refinados, etc., esto último es lo que hay que entender por lo que después viene. Y entonces hay que protestar. La afirmación es, por lo menos, gratuita. De hijo para Talon, para Fouillé, para Guyon (que no sea deforme), para cuantos pensadores franceses atienden ó atienden al arte literario, Zola, para bien ó para mal, tenía ó tiene más importancia que Goncourt, ó tanto por lo menos. Además, no hay para qué meter en este punto á los *refinados* con los pensadores. «El gongorismo ó *delirios*» (y de Goncourt, sigue D.^a Emilia diciendo, poco á propósito para ser entendido por las muchedumbres, cosa que *fanciar* á los enamorados de la forma. Pero los pensadores están enamorados de eso! (Son los pensadores franceses de hoy decadentistas y simbolistas, como usted á entender).

Yo lo que D.^a Emilia, al tratar de tales asuntos, procuraría tener presente, no á los lectores ignorantes que no distinguen gongorismos de delirios, sino á las personas que algo han leído y no se crían tan con tan poca exactitud.

Primeramente, lo de Goncourt no es gongorismo ni sus tradiciones la palabra y la cosa; menos es delirios (que no es lo mismo, si con cien leguas, que gongorismo). (No sabe D.^a Emilia cómo y por qué surgió en París ese apodo de los *Delirios*) Pues si lo sabe, sabrá que es absurdo llamar delirios á Goncourt. «Flaubert, Baudelaire, Barbey d'Aurevilly, y Goncourt son los maestros que hoy tienen fantasmas y ante los cuales vive toda la literatura que los extraños profetas que arden en el altar de los ídolos y los Budas estrafalarios de Oriente.»

Señora, mire usted que escribe para occidentales y que por acá estamos todos! Lo mismo que cita esos cuatro nombres, puede citar otra docena, y tampoco habría exactitud, porque si se refiere á toda la literatura moderna, vaya usted á encontrar sus ídolos y Budas estrafalarios, y si alude á las flamantes corrientes artísticas de París, lo mismo pudo decir

Stendhal, Balzac, Wagner, Verleise, Villiers de l'Eple, Adam, Mallarmé... sabe Dios.

En fin, D.^a Emilia, que escribe usted demasiado de prisa, como lo prueba aquel gasapo incompañable de colocar á Malno de Biran entre los autores de las «audaces especulaciones novelescas».

Escribe usted de prisa y lee de prisa también. «Ayer, en un momento de vagar, leí la última novela de Bogen.» Claro, como quien lee el menú de la comida. Leyó usted *La Discreta* de esa manera... y así salió ello. Ya ve D.^a Emilia que yo le digo mi opinión con toda franqueza. Así creo pagar mejor los innumerables elogios con que me tiene confundido.

D.^a Emilia Pardo Bazán dijo en una ocasión que *Fray Canón* era el *Clarín* de América. Eso es demasiado, señora. Porque, el bión se mira, vale tanto como decir que yo... vengo á ver el *Fray Canón* de Europa.

Pues bien, á pesar de estos *bombas*, que por lo hiperbólicos perjudican... pienso decir en adelante, y va para largo, si Dios nos da vida y salud, todo lo que opino de D.^a Emilia, sin ocultar las censuras que me merecen del caso.

Otro día volveremos á subir á la Torre.
Donde digo la torre, digo la torre, no digo la para.

Un periodista ha oído en círculos autorizados que se iba á formar un gabinete de altura.

Muy bien hecho, porque solamente en alta mar es donde se pescan los peces gordos. Salvo error.

Á propósito. Se trata de que se entiendan «los economistas.»
(Los economistas! Qué son los economistas!)
El Sr. Gamazo uno.
Gamazo un... economista!
Vamon, si, economista... *salvame*.
O yo he perdido la noción de la trucha.

CLARÍN.

239 Madrid Cómico (Madrid), n. 361, 18 enero, 1890

El Papa, que es un buen periodista en latín, ha publicado un folleto de esos que hemos convenido en llamar Enciclicas—Literas Encyclicas.

Pero como ahora me hago cargo de que en esto de religiones positivas hila muy delgado el Tribunal Supremo, máxime si se trata de la religión de nuestros mayores, y considerando que esos señores del Supremo Tribunal, aunque varones rectos, no entienden de tiquis ni quis humorísticos, y á lo mejor ven mala intención donde no la hay, fallo que debo dar y doy explicaciones. Mi ánimo no es molestar al Papa ni siquiera como pendolista, y eso que, dicho sea con el respeto debido, y por lo que toca á lo humano, el latín que usa, aunque en general correcto, para ser artificial bastante pasable, adolece de cuando en cuando de amaneramiento pseudo-clásico, y se ve en él lo que en los versos latinos de los dómines, pedazos enteros de frases de Cicerón, Horacio, etc., etc., mal digeridos. Y francamente, como quiera que, más ó menos, el Pontífice Máximo de Roma habla en nombre del Espíritu Santo, no me parece bien ver á la Tercera Persona de la Santísima Trinidad imitando los giros de paganos tan corrientes como Horacio y el mismo Cicerón. A pesar de todo, yo no iré tan lejos como aquel cardenal Hambo que no quería leer á San Pablo porque se lo daban en mal latín. El Papa es simpático, relativamente liberal y ha leído, ha leído, Pero á lo que íbamos, íbamos á Alonso Martínez.

El cual, en cuanto supo que ya no formaba ministerio, se fué á casa de su medio homónimo Martínez Campos, digno de llamarse Alonso Campos ó Martínez Martínez.

El general lefa, lefa; muy lejos el pensamiento de las pequeñeces y ministerios de este mundo. Alonso (les quitaremos el Martínez á los dos, por abreviar y por evitar las redundancias), Alonso iba triste, muy triste, con un Kempis entre ceja y ceja. Buscaba un seno amigo donde gustar el alivio de los grandes consuelos espirituales. ¿Dónde encontrar la paz del alma mejor que al lado de Campos, ese Cincinnati sin cartera..... y sin tierra de pan llevar?

Campos miró á Alonso por encima de las gafas. Le oyó suspirar y suspiró. *Le había comprendido todo. Cosa rara en él.*

Alonso encojió los hombros y después miró al cielo que no le oyó cuando quiso juntar el Osa de López Domínguez con el *Pelón*, que dijo el otro, de Carola y C.^a

Campos exclamó:

—¡Mataíotes mataíotón cal panta mataíotiel!

—¿Cómo dice usted?—preguntó Alonso, que en materia de lenguas muertas sólo conoce la *cigarata*.

—Quiero decir, D. Manuel, que *vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

—¡Ah! Si á eso vengo. Aunque usted me preste algún libro, psalmita, ó ascético, ó místico, que me haga despreciar las pompas y vanidades del mundanal ruido.....

—Si quiere usted, puedo darle los comentarios deliquescentes que estoy escribiendo al *Adolfo* de Benjamin Constant.

—¿Es eso que tenía usted entre manos?

—¡Ah! No. Esto es la Enciclica *Sapientia christiana*. La estoy traduciendo. (Quiere usted ayudarme?) Esto le hará olvidar el descalabro padecido, y acaso encuentre usted la triaca moral que necesita.

—Leamos, leamos, á ver si Su Santidad dice algo de la dífida crisis y del gran antropoleo, por no decir mico, de que he sido víctima.

—Puede, sí, señor. Aquí está; al primer tapón..... *revocari precepta*, que le revocaron á usted los poderes, que le dejaron á usted compuesto y sin novia..... *eligas vilam*, es decir, ¡ay, qué vida!... la que usted llevó días atrás con tanto ir y venir, morro, á los moros, esto es, de la Ceca á la Meca; *penitus conformari*, ¡ve usted! Conforrase con la penita. *Facta quidem non modice ut ad se hominibus*. Que los homines, suple ministerio, do se hacen con los medallanos. Vamos, que no debe haber ministerios intermedios.

Corporis..... progressu, sino del cuerpo de un progresista, de Sagasta. *Deum spectare*, que de Dios le venga á usted el remedio. *Animi bona*, aquí le llaman á usted santo varón, buen hombre; *aut fastidio carminum*, que se fastidie usted. ¡Hombre! Ahora le das á usted un consejo: *in omnibus rebus partibus*, que se vaya usted á la res-pública en ómnibus. ¡Siga usted, siga usted leyendo.

—Esto no lo entiende bien.....

—A ver, á ver. Pues está bien claro: *quibus ingenti..... bene merendi dedit*. Que por su ingenio (el de Sagasta) se llevó buena merienda..... y el cua-quibus. Sigamos. *Hic locus*, ¡ah! está usted loco, á *Thoma Aquinate*, que tome quina, ó más libremente, á *mal gar* llamar tabaco.....

—Basta, basta, ¡hombre! Acetino de Estado Mayor. Dios le pague á usted el consuelo que me ha dado. Comprendo lo que debo hacer. (El claustró, el claustró! Sólo en el seno de la religión podré cicatrizar la herida.....)

Y se despidió. Campos recomendó á Alonso, desde la escalera a, la lectura de Marco Aurelio y el Taote-King de Lao-tzeu, sin olvidar á Boecio, á quien llamó Beocio.

Y Alonso se prepara á olvidar el mundo cantando *La Favorita*..... y se le oye, desde lejos..... *¡qué esplendor novello!..... ecco ti vengo.....* y por fin..... *spiro gratia* (la Presidencia del Consejo), *brillasti.....* *ma ti perdi*.....

CLARIN.

PALIQUE

Un señorito
llamado Orera,
tan crítico
como cualquiera,
de mi maturo...
yo no sé qué
(Pues si lo leo
ni lo leeré.)

Como soy siempre
caritativo,
ya que lo busca,
le doy recibo:
Consta que Orera
ya está en el mundo
y que es un crítico
muy bueno.

No haga caso el Sr. Orera de los versos, digámonlos así, que así quedan. Si le leo tal, porque yo ando a casa de críticos nuevos, que nos están haciendo mucha falta, y en cuanto *apunta* un muchacho que *despuata* no le pierdo de vista. El Sr. Orera parece sacero, seriamente ocupado en estudiar y ganoso de comprender. Pero debió de ser muy joven todavía; se le conoce en la inocencia del estilo, en el candor de la imitación (en la cual le acompañan, no menos candorosos, otros que se jactan de muy cortados y hasta *imitan* citas, aforismos, genialidades, desdén, desórdenes de la forma, etc., etc.) y en el aspejo poco reflexivo a determinadas doctrinas, admitidas porque sí.

Créame a mí que soy más viejo: no busque la notoriedad como la han buscado Bonafoux, Cortón, Juan Roca y otros, que después de andar por tantos senderos no la han podido encontrar.

El Sr. Orera pretende saber ya lo que es y lo que debe ser la crítica. [La crítica] la crítica... Deje usted, señor, que no faltará quien sepa lo que es. Usted estudie, estudie, escriba poco y críe malicia.

Para esto último, si le conviene, ejercitese diciendo perrerías de *Clarín*... [Duro en él]

Pero que se conozca que no es reclamo, sino que es la indignación misma que le *hace hacer versos*, o prose.

De todas maneras, a pesar de sus inocencias y retóricas de colegial desenvuelto—ó Pepa la Frescachona,—el Sr. Orera no es antipático y puede llegar a ser algo.

Y nada, nada, ¡doro en *Clarín*!

Después de todo, más vale llamar la atención pinchando que adalando.

D. Andrés Miravalles, hablando de un folleto mío, en *El Correo*, me dedica elogios que estoy muy lejos de merecer, etc., etc. Muchas gracias, etc., etc.

Ahora, que está de buenas el Sr. Miravalles:

¡Cree que teafa él razón cuando auguras que yo no entendía de modas, al calzar a un personaje, a quien quería aparecer vestido a la última, con botas de punta cuadrada! Pues no, señor, el atrevido era él. Yo había tomado las puestas cuadradas de la última revista de modas del *Figaro*.

Vean los críticos cómo, si muchas veces no se les costaba, no es por falta de argumentos.

Sino por terro.

También dice el Sr. Miravalles que me declaro partidario del Rata 1.º y del 2.º y del 3.º y de *Los Valientes* y de *El Señor Gobernador*.

Así es la verdad. Y no es porque no crea que entre el Sr. D. Cándido Martínez el Sr. Ilanico Asejo, el Sr. Herranz y otros Torromés van a restaurar el teatro español y ponerlo como nuevo. Si creo tal, y hasta lo pruebo, ó creo probarlo, en un artículo que he mandado a otro periódico, con abundancia de datos, ó digase ripios, de alguno de esos autores.

Pero, a pesar de que restauren y tres más, yo, para mi regocijo y satisfacción interior, prefiero las comedias sin pretensiones, pero llenas de chistes y gracia, de experiencia y *perfilado* de observación exacta y *ingenua*, de Ramos Carrión y algunos otros; como, por ejemplo, Vital Aza, que en lo de no tener pretensiones es el primero, y si de algo abusa no es de la paciencia del público, sino más bien de los chistes de *palabras*, de los retrócanos y otras cosas por el estilo, que sólo dañan por lo mucho que abundan. No digo nada de Ricardo de la Vega, el cual, burla burlando, ha hecho, entre muchos graciosísimos *arabescos* cómicos, algunas comedias de costumbres populares de grande originalidad y de color vivísimo y fresco. También me gustan mucho, es claro, algunos sainetes de Burgos y de Sánchez Pastor, y más delecta Miguel Echegaray cuando no abusa de los ripios, ni hace víctimas de su *lirismo* humanístico a los pobres personajes. Y no cito otros nombres, por que faltan, algo porque no consintiendo-me la memoria acordarme de todos, más vale dejar a muchos en el tintero, para que se vea qué no es ésta una de esas enumeraciones de mala intención, en que se habla de *casi todos* para molestar a los omitidos.

Si me acuerdo ahora de Sinesio es porque pienso que el pbroceto tiene que corregir las pruebas de este artículo, y porque al lado del elogio que le *tributo* por algunos de sus *espavos* cómicos, le pongo el *para* del desaliento en que me parece que ha caído, en cuanto a sainetero, desaliento que no se explica, pues teniendo *su facilidad* (la verdadera, la difícil) para hablar en verso, y viendo con tanta fuerza y originalidad como él se el aspecto cómico de la vida, no hay razón para no instituir, empujándose en más árdua labor. El mayor defecto de Sinesio Delgado es que... por una caridad mal entendida, le *corta a uno*, al corregir las pruebas, los palitos críticos que van a dar a espaldas de amigos. No digo que incurra en ese pecado de omisión ó menendo. Pero incurra. Y está muy mal hecho. Porque esos palos suaves, blandos, son una especie de *massage* que recomienda la higiene psíquica, como si dijéramos.

Por ejemplo, el otro día decía yo que las imitaciones de... Bueno, calla; por ser *ver* sancionó el tjeatrazo de Sinesio, por aquello de que la ley no tiene efecto retroactivo cuando se trata de mortificar al prójimo. Y vuelvo al teatro. Por supuesto, al teatro *por horas*, no al teatro *por siglos*, donde se expone uno a ver a un moro dando final, ó lo que es peor, una porción de caracteres sostenidos hasta el final, que no hay días que los agante.

Porque, señores... ¡mucho cuidado con las recaldas!

Con motivo de la *Verja* que tanto tiempo ha tenido *cerrada* el señor Blanco Avejo (escritor simpático, de temperamento de artista, noble y desapasionado, todo lo cual no quita que ripla como cada hijo de vecino), digo que con motivo de esa *Verja*, han hablado algunos graciellos, muy metidos en *harla* estética, de si convenía ó no restaurar el romanticismo.

No, por Dios no! No por el romanticismo, que Dios bendiga, sino por los disparates que habían de llamar romanticismo.

En estos asuntos de literatura española yo soy partidario de la teoría de Vico, no el cósmico, sino el otro (el otro *Mercier*, como dice Cásanova), Vico el de la *Scienza nuova*. Sí, creo en los cielos, en la vuelta de los Hebranes, Retes, Castro, Díaz, Lara y otros aparecidos.

Nada, nada; venga de ahí flamenco en pequeñas dosis, de tarde en tarde y servido nada más por los maestros; costumbres populares, *interiores* burgueses de Ramos, Vital, etc., etc.; mucho *reminiscent* para los inbéciles intrusos, para los autores que van a estresar, como quien acude con un vale a la tienda asílo; y así, esperando que Dios mejore las horas, vamos viviendo, aunque sea con algo de vilipendio, no mucho.

(Como se pondría Bremón conmigo, si nos traíamos y yo le dijera que valea más, por ejemplo, *Los buenos del Manzanera* que *Hija y madre* ó *No hay mal que por bien no venga*, de Tamayo y Baus)

¿De dónde ha podido tomar Ricardo de la Vega sus sainetes populares?

De lo que ha visto y de su ingenio.

¿De dónde ha podido tomar Tamayo su *No hay mal que por bien no venga*?

Por lo menos, de sus preocupaciones.

Por último, para lo flamenco, para el sainete y la comedia ligera de costumbres tenemos actrices y actores.

Para lo otro (q. d. p. d.) no les tenemos.

Verdad es que todo puede arreglarse.

Bueno; pero en *la historia* que no me restauren el romanticismo.

¡Ah! ni el realismo.

Cepos quedos, y *venga de ahí*. Pero sí faltan. Ni sobran.

CLARÍN.

PALIQUE

UN POEMA DE ANSORENA Y UNA CARTA DE CAMPOAMOR

I

D. Luis de Ansorena es uno de los jóvenes (supongo que será joven) más dignos de que la crítica atienda a sus obras, entre los muchos que se dedican a demostrar que la forma poética no está llamada a desaparecer.

Nuestros padres, mejor dicho, los padres de esos jóvenes (porque yo ya voy a ser como *flor* de esta generación *poética*), vamos, los que hacían versos en tiempo de M. del Palacio, Rivera, Blasco, etc., etc., eran políticos y satíricos principalmente; hoy los escritores noveles que llenan de poemas las *ilustraciones* y los *eternos*... *chicos* dejan a Sigasta gobernar en paz, y se encaran con las costumbres, ó refieren, con la gracia que pueden, aventuras domésticas, que no por hamiles dejan siempre de ser líricas.

Algunos de estos poetas se suben á la parrá y pican en elegíacos y hasta *antónas* odas más ó menos disimuladas bajo el bareiz de familiaridad prosaica que está ahora de moda entre los que no tienen inspiración, ó la han perdido; más es, los hay que están desesperados, por más que lo ocultan; pero bien se conoce en la amargura de sus versos asonantados y en aquel desalito de los rípios que tanto recuerda la negligencia con que César llevaba la toga, abandonada á sus pliegues. El escribir estas notas de arte mayor en los periódicos festivos y con monos, podrá ser en parte debido al humorismo reconocido que los domina, pero en algo depende también del natural desce de publicidad... y letras de fácil cobro. Porque... entre los muchos desengañados que llevan los poetas contemporáneos, tales como la pérdida del ideal, la incertidumbre del más allá, etc., etc., se cuenta también la profunda y triste convicción de que los tomites de versos ya no se venden; y en esta situación, qué hacer? Recurrir á los semanarios alegres y con caricaturas, que tienen lectores y, más ó menos, dan algunos poetas de honorarios pósticos; tanto que, arrebatado pidiéndolo con arrebatado pídico, bien se cobrarán diez y seis reales por ocho docenas de endecasílabos.

Es claro que con esta mezcla de géneros hay periódico festivo que hace llorar á las piedras; pero entre tantas cosas malas, y por todos conceptos lamentables, como se ven por esos papeles ilustrados, el buen observador nota de cuando en cuando chispazos de ingenio que llaman la atención; se fija el que observa en la firma, la recuerda, y si otra vez la encuentra al pie de otros versos que tienen algo recomendable, ya siempre se detendrá á leer lo que produzca aquel escritor que se distingue de la turba multa, y á ver si progresa, si adquiere *vicios*, etc., etc.

D. Luis de Ansorena es para mí, como indicaba, uno de los jóvenes que

merecen que se les siga la pista. He leído muchos de sus versos, he pensado en ellos una y otra vez... y voy á exponer leal y francamente el resultado de mis meditaciones, ahora que este simpático escritor acaba de publicar uno de esos endiabladitos poemas imitados de los de Campoamor; me refiero á *El buen Jeromo*.

El Sr. Ansorena, me consta, no es de los que se incomodan porque no le gusten á uno las cosas que á ellos se les ocurren (los hay que hasta *desafían* por un quítame allá esos rípios), y así podrá, sin empacho, decirle lo malo que pienso de sus empuetadas imitaciones, como le he dicho lo bueno que pienso de su aptitud para la poesía.

El poema *El buen Jeromo* comienza con una carta del que tiene la culpa de que el Sr. Ansorena esté echando á perder sus buenas disposiciones. El Sr. Campoamor, á quien yo tanto quiero y admiro, tiene en cuanto á literato una falta de sinceridad, que también tiene el Sr. Valera; en éste no sé cómo explicarle; en Campoamor, en parte, se explica por su condición de asturiano; que nació cerca de Galicia. Es esta cualidad, que digo una especie de *humorismo del carácter*, que en otros asturianos y gallegos sirve para medrar y á veces, echar zancadillas á los que van delante, y que en un artista como Campoamor no para de *dilatantismo* psicológico, y sólo se aplica á lucir el ingenio mediante una especie de *doblez* inocentista á nivel infantil en el sentido *artístico*.

Por esta condición de su espíritu, el Sr. Campoamor se finge muchas veces inferior á sí mismo, y es capaz de pasarse dos meses en el campo hablando de poesía con cuatro señoritos aficionados á las musas de papel, tan vacías de ideas como de ensueños poéticos. Por este humorismo del carácter también, Campoamor asima á muchos jóvenes, más ó menos discretos, á escribir verso-prosa y á manejar las conjunciones y adverbios y *modismos líricos* que él emplea naturalmente, empeñado en convertirlos en poesía. Si Campoamor tuviera esa sinceridad que le falta, en vez de escribir cartas como la que voy á comentar más adelante, diría á sus imitadores: «Amiguillo, lo que en mí es manera, más ó menos tolerable, en ustedes es amaramiento enfermizo; esos giros míos, esos *pués*... y gerundio al canto, esos y como *etc.* etc., etc., ustedes los repiten por plasticidad morbosa de la imaginación; como un calenturiento repite la manera del poeta que ha leído mucho tiempo. Todo eso no vale nada, así no hay forma posible...»

Pero D. Ramón, en vez de esto, ó algo por el estilo, dice, y, gr., lo siguiente:

«Mi querido Ansorena: He leído su poema, y aunque me parece que el plan del asunto no es del todo congruente con el objeto que se propone probar, y es que el que es bueno puede llegar en sus acciones á lo sublime (y el Sr. Ansorena se propone probar ese... objeto), la composición tiene las condiciones que se necesitan para que sea un verdadero pequeño poema, que son: *drama*, naturalidad y fin moral.»

Copiado lo anterior, tengo que decir, aunque lo siento, que Campoamor, al escribir así, olvida (como suele olvidarlo D.^a Emilia Pardo Bazán) que entre los que leen sus escritos hay personas instruidas que saben pensar por cuenta propia. Y estas personas tienen que sonreír al ver al maestro escribir, primeramente, con tanto descuido, y escribir *espigas* tan pasmosas como la de «probar que el que es bueno puede llegar á lo sublime.» Y estas personas, que no se chupan el dedo, no pueden menos de extrañar esas recetas de droguero inventor de específicos, recetas que amén del ridículo de serlo, tienen el de filtrar á los elementos de la nomenclatura química... literaria. ¿Ha inventado el Sr. Campoamor el pequeño poema? ¿Se atreverá él á probar que es otra cosa que el poema pequeño? (No le basta con la broma del género de la *dolera*, que por poco vuelve locos al Sr. Rayón y al Sr. Laverdel)

(No hemos de ser nunca formales!) ¿Le parece chica ambición crear géneros poéticos, y dos nada menos, y no géneros *sustantivos* por razón de la forma, sino por razón del fondo? (No comprende el Sr. Campoamor que una estética tan poco seria no puede pasar por eso de que él invente los géneros que le *da la gana*, y después diga que las *condiciones* de uno de ellos son: el *drama* (¿cómo el drama ha de ser condición de un poema lírico?), la naturalidad (que no puede ser *condición* de un género, sino calidad del autor con relación á cualquier él que se escriba en cualquier clase de obra) y el fin moral (que, dado que se admite en el arte, tampoco puede ser privativo de tales ó tales géneros ni reservarse á las condiciones técnicas, como nunca habrá un género que se distinga, y, gr., por ser pesimista, ó por ser optimista, ímpio ó mítico, etc.)...»

(V no comprende el lector que hay tela cortada para muchas cuartillas, y que debo dejar esto para otro día)...»

CLARÍN.

PALIQUE

RIMAS (Ó RIÑONES SALTEADOS).—Imitación,
hasta cierto punto, y por una sola vez, de
mi querido amigo Eduardo de Palacio.

EN EL ALBUM DE BOSCH

CON MOTIVO DE HABERSE PENSADO EN EL
PARA HACERLE MINISTRO
CUANDO POR POCO SE HACE LA CONCILIACIÓN

¡Bosch ministro de Fomento!
¡Bosch Fusteguerras ministro!
Pero, ¡si ese hombre no sabe
ni fomentarse á sí mismo!

Se estrena en el Ateneo
diciendo *curulerías*...
Se burla de su oratoria
el malogrado Rovilla...
¡Y querían darle treinta
mil reales de cesantía!

Hablaba del rosicler,
hablaba del *ideal*...
Era un Moret en pequeño,
si un Moret puede menguar.

¡Y ahora, de repente,
subo cual la espuma, y aspira á ser tanto
como Villaverde!

¡Llamarse Bosch es ya malo!
¡Pero además Fusteguerras!
¡Y además ser romorista!...
¡Y llevarse una cartora!

Para llegar á ministro
que dirija la *Energanza*.
convienén tener probado
que no se ha *aprendido* nada.

¿Por qué el señor Cavestany
no pone en prosa sus versos,
y los recita en las Cortes,
y lo hacen ministro luego?

Si esto es el *Sistema*,
¡Mal rayo lo parta, con todas sus trampas
y todas sus tretas!

¡No puedo olvidarlo!
Soñaré con ello.
Bosch será ministro,
mientras yo... ni asciendo.

Y á pesar de todo,
bien saben los cielos
que yo valgo... nada.
¡Pero él vale menos!

Recuerdo que oía
cuando hablaba tanto,
así, como á almizelé del que falsifican
y dan tan barato.

Todos se burlaban
de aquel orador.
—¡Qué cursi, qué cursi!
¡Y lo que medró!

La Sociedad Económica...
después las ciencias morales...
¡Parece nada todo eso,
y vale treinta mil reales!
¡Anuales!

¿Le tengo yo envidia
al bueno de Bosch?..
Se la tengo al sueldo,
pero al hombre no.
Esto no es envidia.
¡Es indignación!

¡Claro! Nos dicen los libros:
«Desprecia á los *burgueses*;
la farsa parlamentaria
es de medianos *caletres*.»
Después los *medianos* suben,
y habrá que llamarlos *jefes*.

¡A ver! ¿Quién se sublevo, amigos míos?
Vosotros, literatos,
¡Los que sabéis que Bosch y Fusteguerras
es nada entre dos platos!
¡A votar! ¡A votar! Que siga España
con ó sin Monarquía.
Pero, ¡fuera los Bosch!—Esto va siendo
cuestión de ortografía!

CLARÍN.

PALIQUE

UN POEMA DE ANSORENA Y UNA CARTA DE CAMPOAMOR

II.

Y sigue Campoamor diciéndo en la carta que sirve de prólogo al poema del Sr. Ansoarena: «No diga usted á nadie que yo le animo en su carrera y que le aseguro un brillante porvenir, pues, aunque no comprendo la razón, basta que alguno escriba de acuerdo con mis principios literarios para que muchos críticos le quiebran condenar al suplicio de la crucifixión moral del silencio y del olvido. Así, pues, guardando el secreto de nuestras relaciones artísticas, siga usted por ese camino, y pronto nos hará olvidar á muchos de los escritores viejos, en lo cual tendrá una satisfacción su amigo y compañero—Campoamor.»

Y no dice más la carta. Pero dice bastante. Vamos por partes. Vuelvan ustedes á leer lo copiado, fíjense bien y vean cómo, según tengo dicho mil veces, Campoamor escribe—como habla,—muchas veces, para que no le hagan caso. (El *humorismo del cardeter*, el humorismo en acción.)

Deseguro el Sr. Ansoarena no publicó esa carta sin permiso de D. Ramón; y en una carta que es para que el público se entere, D. Ramón le dice á su correspondal que no diga á nadie que él le anima, y que guarde el secreto. Todo, humorismo puro. Pero este humorismo representado tiene sus inconvenientes, como toda incoherencia que se lleva al terreno de la lógica y al de la acción.

Mas supongamos por un momento que el Sr. Ansoarena fué indiscreto y publicó lo que el Sr. Campoamor quería tener oculto.... Estamos lo mismo de todas suertes. Porque ¿cómo ha de guardarle Ansoarena al maestro el secreto de sus relaciones artísticas? Sus relaciones artísticas consisten precisamente en escribir el discípulo de acuerdo con los principios literarios del maestro, y esto tiene que conocerse, ó no hay tal acuerdo. De modo que si se guarda el secreto no hay relaciones artísticas, y si hay relaciones artísticas no hay secreto. No hay humorismo que valga contra la lógica.

¿Es qué pueden consistir las relaciones artísticas entre un maestro y un discípulo sino en lo que tenga el uno del otro en sus obras? ¿Ni á qué sirven relaciones artísticas se refiere Campoamor sino á las que consisten en seguir Ansoarena, al escribir sus obras, los principios literarios del mismo Campoamor? Y siendo así, como es evidente, ¿de qué modo se ha de com-

poner el discípulo para imitar ó seguir al maestro y guardar el secreto de estas relaciones?

No cabe duda que cuando D. Ramón escribe estas contradicciones, escribe para que no le hagan caso. Después viene aquello de «pronto nos hará olvidar á muchos de los escritores viejos, en lo cual tendrá una satisfacción su amigo, etc.»

Aquí hay una ambigüedad de las palabras, de las que no cabe dejar al buen juicio del lector. No se sabe si Campoamor va á ser de los que olviden á los escritores viejos, ó de los escritores viejos que van á ser olvidados; el sentido gramatical parece inclinarse á la primera interpretación, pero entonces aparece Campoamor desahogado olvidado á los poetas de su tiempo.... y esto no es justo. Lo probable es que D. Ramón habla de sí mismo como poeta viejo....

Pero aquí volvemos á lo de la sinceridad.

¿Desea Campoamor efectivamente que se le olvide? ¿Desea que eclipse su nombre el Sr. Ansoarena y cree va á eclipsarlo? ¿Qué ha de desealr? ¿Qué ha de querer? Pero entonces, ¿para qué lo dice? Si la sinceridad es siempre necesaria, mucho más lo es en carta que un tan gran maestro escribe á un poeta joven, formal, simpático, noble, que no merece que le engañen y que se le escriban epístolas que parecen versos de abanico, circulares para damas importantes.

Este Campoamor es el mismo que hace poco, dirigiéndose al que suscribe, decía que poco le importaba por sí propio que se reanegase de los poetas, pues él, como todos sabíamos, era principianísimo agricultor.

Esa salida estaba muy en su lugar, era evidentemente humorística y tenía mucha gracia. Pero en la carta de antes no hay nada de eso. Ahora que lleva de contradicciones, desaliñada y con antifrasis evidentes, parece escrita para que se tome en serio algo de ella; esto por lo menos: que le pone de un *humorismo* de todos los diables á D. Ramón ver que la crítica no hace caso de los epigramas de su escuela.

Pues bien, Sr. Campoamor, ¿cómo se le ha de decir? Usted no tiene discípulos. Los que le imitan no son poetas. El Sr. Ansoarena, que muestra felices disposiciones, se está echando á perder desde luego.... ¡justamente por eso, por imitarle!

Para un poeta verdadero y joven no pueden ser moldes á propósito los que usted le impone con su poética tan chistosa como llena de caprichos. —La ambición digna de un verdadero hijo de las Musas no puede contentarse con imitar la forma sabia, de estudiada sencillez, de amanerada vulgaridad en algunos giros y en ciertos tópicos de la construcción, que tanto se repiten que en usted mismo llegan á fatigar; ni meaos puede contentarse con el personaje alegórico, frío, semi-metafísico que usted inventa para darle al calor que no es más que un reflejo del *himno* campoamorino, incompunicable. Para ver lo que es un imitador de Campoamor no hay más que tomar, por ejemplo, al mejor de todos sus imitadores, á saber, al mismo Campoamor cuando no está inspirado y no cuenta más que con el *savoir faire* y el molde. Entonces tenemos al autor de muchas de las *humoradas* (otras hay muy buenas), de algunas, pocas, de las dolosas más recientes (hay una detestable) y de grandes partes de algunos de los más nuevos pequeños poemas.

Con motivo de estas obras, muchos envidiosos han hablado de decadencia. Absurdo. Campoamor no decae. Su invierno es florido. Yo espero que Dios nos le guarde, como á Víctor Hugo, hasta pasar de los ochenta, y siempre produciendo. Pero si no decae, no cabe duda que el sopor le invade más veces. Al fin invierno. Y él, siempre dócil, para complacer á los amigos, suelta hojas de papel á todos los vientos. Las *humoradas* son las que más le perjudican. Han llegado á ser una especie de *diablos* poéticos. Tienen jugo sacarina, sin duda, pero ¡mezclada con tantas cosas! Y además, se llevan á deshora y por mal camino el mollico del autor!

Pues ahora bien, los imitadores de Campoamor, los de estos días, los que también se han dado á escribir *humoradas*, ya sueltas, ya incorporándolas, en estilo sentencioso, á sus poemas, estos infelices.... vienen á ser unos *diablos*.... sin azúcar.

Y sin perjuicio de escribir pronto, en otra parte más á propósito, mucho y muy pensado acerca de las últimas obras de Campoamor y su deseo de tener escuela, dejo por hoy al isigne y siempre admirado y queridísimo maestro, y me dirijo al Sr. Ansoarena. El cual, y ésta será la última flor que le eche, es digno de tomar por otro camino y no escribir como lo que vamos á ver otro día.

CLARÍN.

PALIQUE

UN POEMA DE ANSORENA Y UNA CARTA DE CAMPOAMOR

III

El buen Jeremo comienza así:

Canto primero.

I

*Como ira Filomena una morena
en cuyos ojos la pasión ardía;
los mozos de la aldea en que vivía
alababan á coto á Filomena.*

II

Es decir, que el primer capítulo ó *módulo romano* no contiene más que eso. Cree el autor que ha dicho algo de provecho! Hasta ahora no tenemos más que el nombre y el color de un personaje; sabemos que Filomena era una morena. Todo lo demás es zupio y con su sustancia. El *como ira* es un resabio campoamorista que el Sr. Ansoarena, acostumbrado á la mulitilla, repite ya sin conocerlo y sin ver que, como es y como era, etc., obliga siempre á expresar un efecto y una causa; y, aparte de que las más veces el rasgo descriptivo ó efectivo poético más pierdo que gana con ese rodeo de expresarlo por el modo indirecto de la casualidad más ó menos probable, aparte de eso, el poeta imitador (como el maestro á veces) se olvida aquí, y se olvida con frecuencia, de justificar *cómo* meditante una exacta relación de fundamento. Lo mismo Campoamor que sus imitadores, éstos más á menudo usan el tal *como* sin pensar en lo que comprende, cual si fuese una de esas partículas explotivas que no modifican el sentido, v. g., el *puer* de los aragoneses, el *gar* de los griegos, etc.

En el presente caso los mozos de la aldea en que vivía (obra muerta del verso es lo subrayado) alaban á coto á Filomena, porque ardía la pa-

sión en sus ojos. El lector comprende que la alababan, por lo menos, por tener los ojos bonitos; porque la pasión puede arder en los ojos feos de una fea, y hasta en el ojo de una tuerca, como ardía en el del Cíclope que ofrecía á Galatea leche fresca y la sombra de su caverna. Pero peor que esta incongruencia entre el antecedente y la consecuencia es la similitud del trozo. Bueno; pues esto no lo hubiera hecho el Sr. Ansoarena á no ser la picaresca imitación. Campoamor suele empezar *por el medio*, con un rasgo que le basta para fijar un carácter en lo general; pero esto, que unas veces le sale bien y muchas mal á Campoamor, siempre le sale mal á los que imitan la *brisa* por ser la belleza del rasgo. Etc... como hacer relámpagos con cerillas.

II

*Une aquella muchacha á un rostro bello
al no sé qué de la mujer nerviosa,
y no le falta nunca en el cabello,
ya un clavel, ya una dalia, ya una rosa.*

Primero: es forma poco poética lo de *unir á* un rostro bello una *no sé qué*, y el no sé qué es también de imitación, y malo *por* se casi siempre en el mismo original. Pocas veces se puede emplear en descripción era frase de difinición, *el no sé qué*, y aquí viene por los pelos, porque no hay tal no sé qué de la mujer nerviosa. Hay mil maneras de mujer nerviosa que no tienen nada de semejantes. La vaguedad, que llueve sobre mojado, empieza ya á molestar y escamar al lector, al cual nótese el postal se le aburre mucho más fácilmente que se le divierte. ¿Y qué diremos del salto de *enunca* le falta en el cabello? ¿Qué congruencia hay entre eso y el resto de la descripción? ¿Qué asociación de ideas ó de imagen ó de color ó de nota nos trae á ese rasgo parcial, arbitrario de la flor en el cabello? Para mayor vaguedad, es decir, debilidad artística, avouancia de expresión, la flor es, *ya una clavel, ya una dalia, ya una rosa*; tres flores de cera que no tienen relación alguna tampoco, que no significan nada respecto de los gustos ó del carácter ó del temperamento de Filomena, por causa de la misma disyuntiva. Total, todo inútil, arbitrario; todo ripio.

Siempre hay una sonrisa
en sus labios ardientes á incantes,
y jamás sale, ni aun para ir á misa,
sin contemplarse en el espejo antes.

Nunca, siempre, jamás, estos adverbios absolutos, en vez de dar fuerza, quitan verosimilitud y gracia y vida al carácter; se convierte en un muni-qual de expresión. El autor, como tantos otros principiantes, la fuerza que su conciencia la dice y no encuentra en la calidad de la invención, quiere suplirla con la cantidad, y de aquí esos *siempre* y *jamás*. Pero el efecto es contrario. Traen tales adverbios consigo la falsedad y la monotonalidad. Filomena empieza desde luego á convertirse en una señorita..., de escaparate de peluquería. No quiero insistir en censurar la incongruencia de la descripción: lo de mirarse siempre en el espejo, aun para ir á misa (qué tiene que ver con la sonrisa que tiene estereotipada en los labios).

Demasiado sabe el Sr. Ansoarena, pues á Dios gracias entiende de estas cosas, que esto no es crítica menuda, sino crítica técnica, tal como el mismo poeta debe aplicarla á sus propias obras antes de darlas al público.

En cuanto á que no hay en nada de lo dicho ni en lo que seguirá institución burlesca, no necesito afirmarlo, pues bien se va viendo. *Non erat hic locus*,

*pues pensando del modo
que piensa la mujer, ha comprendido
que un cuerpo bien vestido
es la palanca que lo mueve todo.
En cuanto á lo moral, casi es perfecta,
pues con el mal su condición no optaba,
y los sueños que tiene
se van hacia la gloria en línea recta.
Aun instintivamente
al pájaro, al arlusto y á la fuente....*

Así se ve de todo lo que abunda en la botica de la imitación campoamorista: dos *pues* que son otras tantas mulitillas *cliticas* ya de la *poesía propia*, avouancias próximas, adverbios en mente haciendo de rimas (perfectamente viene detrás), y una pseudo-observación *sociológica* de carácter general y falsa por vaga y poco significativa. Lo de *anar* al pájaro y á la fuente por instinto es cosa muy ordinaria, y el *arlusto* tiene todas las trazas de estar ahí como padiera estar el árbol si tuviera otra sílaba.

Se estremece escuchando la conseja
que cuenta, y cuenta mal, alguna vieja.

¿Por qué cuenta mal la vieja? ¿A qué viene eso? ¿Qué quita ni pone el que cuenta mal?

Comete deliciosos descuerios:

el lector, que ya estaba dispuesto á ver algo *personal* en Filomena, sigue en ayunas.... ¿Descuerios? Eso no es decir nada.

y siente un hondo espanto
cuando mira, al pasar, el camosanto....
porque sueña á la noche con los libertos.

Y con esto termina el capítulo segundo, que no deja tan á oscuras como el primero. Y la descripción ya se acaba, porque en seguida empieza la historia de Filomena desde niña, como si ya la conociéramos.

Otro día continuará este examen, pero más de prisa, á saltos, porque si no, se eternizan estos artículos.

Vaya el Sr. Ansoarena fijándose, Compare la impresión que le causan ahora sus propios versos, los copiados, con la que le habrán producido al escribirlos, víctima del *espejismo* imitativo, que hace ver intención, gracia, carácter, donde no hay más que giros prosaicos y moldes de un procedimiento.... cuyo secreto guarda el maestro, aunque él diga otra cosa.

CLARÍN.

PALIQUE (1)

El mismo sabio que el otro día aseguraba que Juli César tenía far na poleónica, ahora se atreve a sostener que cuando un loco no ha adquirido por herencia su locura es «porque es el primero de la serie».

No se quejaría Kant del *apriorismo* de este sabio.

Fijémosle bien: cuando un loco no ha tenido es su familia otros locos... es el primer loco de su familia.

Perfectamente. Es como si dijéramos: a Pedro I se le llamó primero porque antes que él ningún rey de su mismo reino se llamó Pedro. Y todavía se puede añadir: por eso se le llamó primero. Y así se puede estar

(1) Otro día concluirá y terminará el examen de *El buen Jerónima*, del Sr. Ansoema.

dicando verdades muchísimo tiempo, todo el que se quiera. Por ejemplo: cuando se va al monte y no se mata ningún ganso en toda la mañana, y después, de tarde, se mata uno, se puede afirmar que éste es el primer ganso que se ha cazado en todo el día.

No, lo que es la ciencia, progresar, progresar; sólo que va despacio. Y se quiere dar paso que no sea en firme.

Si lo que el sabio ha querido decir es que si antes no hubo locos en aquella familia, en cuanto haya uno tiene que haber varios (una serie)... entonces ya no es tan seguro lo que afirma, porque puede suceder que aquel loco primero... sea el último; como que puede ser *fiat familia*.

De modo que nuestro sabio no puede dar por cierto que habrá serie, que habrá más locos. Pero lo que sí puede jurar es... que aquél es el primero. Toda vez que hemos supuesto que antes que él no había habido ninguno.

Otra cosa se deduce del descubrimiento de nuestro sabio: Que una cosa es haber leído algo de filología y otra cosa... saber escribir.

Nada más fácil que averiguar lo que tenemos todos en el cerebro. Algo más difícil es tener en el cerebro algo de lo que tienen los hombres de provecho.

246 Madrid Cómico (Madrid), n. 367, 1 marzo, 1890.

De Guatemala se vienen quejando porque un académico de la Española les escribe la noticia sorprendente que José Mariano de Barra era un plagiario; uno plagiario del olvidadísimo Mr. Jouy, á sea el *ermitaño de la chaule de Andía*. En mi opinión, el verdadero plagiario aquí es ese académico... que plagia á otro académico; porque esa misma historia ha venido á decirla, sobre poco más ó menos, el Sr. Cánovas, con motivo de alabar á su tío D. Serafín y ponerle por encima de Figaro.

También puede suceder otra cosa: que el académico confunda á Larra con su hijo D. Luis.

El cual tal vez haya plagiado, aunque yo no puedo asegurarlo. Y es más: me inclino á creer que Larra el malo más bien fustilará que otra cosa, porque esto es más práctico tratándose de Finis nationis.

Lo que siempre resultará es que estos académicos se van á América á insultar á los vivos y á los muertos.

Cañete, que en su vida ha dicho palabra de mí, del lado acá de los mares, no sé si porque habrá visto mis caricaturas ahora le parecerá digno de que él se ocupe en mí ó conmigo (como dicen ahora los getulíes de provincia, que ya saben que no se dice *ocuparse* de, sino en ciertas situaciones); digo que Cañete, que en la Metrópoli no sabe que existe, en América, en esa América latina donde todavía se vende el *Diccionario de la Valverde*, me pone como un redillo de fregar.

Y no es Cañete sólo el que va á desahogar tan lejos. Lo que no saben estos censuradores ultramarinos es... que yo no creo en América.

América es un pretexto para mandar capitanes generales y otros *pin-gles* dignatarios.

Pero no la hay.

Yo lo siento por el duque de Veragua, pero no la hay.

Ahora, si con motivo de ser el Sr. Colón ministro de Fomento, quiere inventarla, ya es otra cosa.

Pero si se inventa, que sea con una condición.

Que los señores editores americanos que le pidan á uno artículos y otras gollerías... manden el dinero adelantado.

Ver y creer. Entonces y sólo entonces habrá América.

Pero en fin, suponiendo que hubiera América:

Por lo visto, los españoles que escriben para esa tierra creen que: «Verdad del lado de acá, error del lado de allá del Atlántico.» (V. Pascal-Becerra.)

Lo digo, porque no sólo los académicos se atreven á ser murmuradores y decir uno por otro en sus correspondencias pasadas por agua; la misma D.^a Emilia Pardo Bazán, mi ilustre amiga, declara en su reciente libro (excelente por mil conceptos), titulado *Por Francia por Alemania*, que ella es *misogalla* en esa obra, no porque le saiga del corazón el *misogallismo*, sino porque... como escribe principalmente para América, le parece oportuno, á fin de apretar los lazos del espolismo intercontinental, *misogallar* un poco.

Para las gentes de escasa cultura debo advertir que eso de *misogalla* es la terminación femenina del adjetivo *misogallo*. Bueno; y qué *misogallo* no tiene nada que ver con la mita del gallo, y que tampoco quiere decir *medio gallo*. Vamos á explicarlo como había que explicarle á Saatcho lo de la *grama* y lo de la *tica*, que era lo que no entendía él. Aquí la *tica* no es el *mis*, pues miro es aquí como en *misantropía*, que viene del griego *misantropía*, *odium hominum*, odio de los hombres... Eso de *mis* no es para llamar al gato, como se ve, sino para expresar odio; pero no apresurarse, no se crea que, así como á Eurípides se le llamó enemigo de las mujeres, D.^a Emilia quiere que se la llame *la que odia á los gallos*; no es eso, tened, no es eso. Aquí nos canta otro gallo. ¡Hay que ser eruditos, amigos, hay que ser eruditos! Estos *gallos* de que se trata son aquellos á quien aludían, según Suetonio, los Romero Robledo del tiempo de Nerón, que andaban escribiendo por las paredes cuando se sublevó Vindex: «A fuerza de cantar, Nerón ha despertado á los gallos.» Estos gallos eran los gallos, los franceses.

No pido perdón á nadie, porque en esta materia de etimologías hay que darlas pesadas ó no darlas.

Tenemos que el *misogallismo* de D.^a Emilia quiere decir «odio á los franceses».

Y la ilustre escritora declara que pinta las cosas de Francia con colores negros... cuando escribe para América, pero que ella siente otra cosa.

Sí, sí. Ya sospechaba yo que la misga hablista no siempre escribe con toda sinceridad.

Pues mire usted: opino que lo mejor es decir lo que se piensa... á los Romanos, á los de Efeso... y á las cinco partes del mundo.

CLARÍN.

PALIQUE

El Sr. Calvo y Muñoz, digno diputado á Cortes, se propone conseguir, que á las Islas Filipinas se les conceda el derecho de elegir tres diputados.

Nada más presto en razón.

Puesto que ya hay cigarros y puntos filipinos, también debe haber diputados.

Pero, ya que está en vena de reformas y mejoras y reconocimiento de derechos el Sr. Calvo y Muñoz, ¿no podría, en otro ratito de inspiración, hacer los imposibles para que á mí me paguen los quince duros que se me deben por un artículo que él, el Sr. Calvo y Muñoz, me pidió para la *Revista de España*?

No sé quién me debe esos apreciables 300 reales; pero el Sr. Calvo sí debe de saberlo, y Dios sabe bien que si Filipinas tiene derecho á esos tres diputados, yo tengo derecho á tres billetes de cinco duros como tres reales. ¡Cree el Sr. Calvo y Muñoz que yo, simple gacetero, soy tan despreciable que no merezco el que se me pague?

Que el Sr. Calvo no haya contestado siquiera á las cartas en que yo le pedía mi dinero, no tiene nada de particular. (Tendrá tanto que reformar el Sr. Calvo.—Pero yo podría pasar, en último apuro, sin carta de ese digno diputado: lo que me llega al alma es el desdén de mi deudor, que si siquiera sé quién es. El Sr. Calvo de fijo le conoce; preguntéle si no me paga por aquello que decía un amigo mío á la patrona, «porque no quiere servir de escabel á nadie,» ó si es que «no está mi deuda, es decir, la saya, mi crédito, á la altura de su desprecio,» ó si apela á lo de «no injuria (ó cobra) quien quiere, sino quien puede.»

Si los quince duros fueran quince injurias yo les perdonaría. Pero Dios no manda perdonar los artículos. Téngame presente el Sr. Calvo y Muñoz: y en cuanto á los diputados del Archipiélago..... por mí que entren. Y que hablen en tagalo. Siempre hablarán mejor que el Marqués de Pidal.

¿Qué diría el general Cassola si leyera lo que va por delante?

«Qué prociadad!—exclamaría volviéndose al Sr. Romero Robledo.—¡Hablar de una deuda de quince duros, y sin conocer al deudor, en un periódico literario! Si, señores: el general Cassola, que estaba reformando el ejército, ahora ha cogido y va á reformar todo lo demás, y con todo lo demás la literatura, que según él está hecha una lástima entre nosotros. Para ponerlo todo como nuevo ciente con Romero Robledo y con un periódico que se titula *La Reforma*, cuyo número-prospecto tengo á la vista.

La Reforma es, según malas lenguas que no suelen mentir, de Cassola y Romero. Estos señores, en el número-prospecto de su periódico ya dejan el mundo arreglado, á lo menos cortado para arreglarlo, y ahora ya todo va á ser coser y cantar.

Dejo yo á un lado la manera que tiene Cassola de componer la política

mediante la Cámara única y varios zurriagazos á los hombres más eminentes de la política española, y paso á su programa de reformas literarias.

Ante todo diré (no, antes voy á decir otra cosa, que el número-prospecto de *La Reforma* es muy cursi y está muy mal escrito, como, v. gr., cuando llama á Salmerón *aspirachín*), diré que estaba haciendo mucha falta que el general Cassola, acompañado de Romero, metiera mano en esto de las letras. Háganos escala cerrada y dulce y que cada uno ascienda cuando le toque, y sonsoniche. Nada de cuerpos privilegiados: ¡abajo los ingenieros por lo que puedan parecerse á los ingenieros, fuera los artistas por lo que tienen de *arri-leros*! ¡Viva la literatura de cuchara y venga de allí!

En fin, déjémosle hablar á él (ó á su secretario, si es que le escribe las cosas un secretario, como el Sr. D'Ayot, que está, á su vez, reformando el teatro).

«Verdad axiomática es ya (Cassola, ó su secretario, cree por lo visto que los axiomas se hacen: ese ya lo indica. Tal vez crea que axiomático es sinónimo de gastado, vulgar, etc.) la de que la prensa, entre los puntos de su importantísima misión, tiene el de ser órgano de cultura general; siendo por lo tanto uno de sus elementales deberes el poner á todos sus lectores, incluso los de las clases más humildes, al corriente del movimiento científico, artístico y literario de la época.» Por lo menos así, mediante los periódicos, se pone al corriente de la ciencia y del arte el Sr. Romero, que en cuanto lector es de los más incluidos en eso de la humildad de clase.

«Todo ello, sin dogmatismos pedantes (eso, eso, y sin gramática) y sacando las ciencias, las artes y la literatura (¡de los cuarteles!) de la cátedra y de los museos, para llevarlos en forma amena y *ínter* á los hogares todos, educando así el gusto de la generación contemporánea.»

¡Pues miren ustedes que no será poca fortuna si, además de echarle la zancadilla á Sagasta y cortarle la carrera á Castelar, que es lo que se propone, consigue *La Reforma*, de soslayo (que es como mira Cassola, después de calarse el chapeo) educarnos el gusto y poner al último albañil y al último reformista al corriente de toda la ciencia y de todo el arte, sin dogmatismos pedantes!

Después dicen Romero y el general que la prensa española no practica esto, sino que se consagra á ensalzar á las nulidades y á dar carta de naturaleza como *aforismos* ó *prosentimientos* (¡Diviso! ¡diviso! ¿De quién será esto, de Romero, de Cassola ó del secretario?) á todos los lugares comunes que forjan la mediana adocenada y la prociadad extravagante, bajo las respetuosas máscaras del saber y del ingenio.»

Toda esa podredumbre, esos *aforismos* ó *prosentimientos*, esa prociadad, va á corregirla, pero con hechos, no con palabras, *La Reforma*; en la sección correspondiente; y allí se verá adonde llegan Cassola y Romero en eso de consagrar á la literatura, á las ciencias y á las artes; tanto españolas como de todo el universo! ¡Redios!

¡Por lo visto, Cassola tiene correspondientes en el planeta Marte y en la constelación Hércules!

[Todo el universo! ¡Tendré que leer la última hora del *Correo de la isla Melal*!

[Y pensar que si hubiera previa censura gramatical no se publicaría ni el primer número de *La Reforma*!

¡Cuánto más vale que no la haya, para que podamos enterarnos de cómo son los rípios en Sirio, y de qué se entiende en Aldeborán por *aforismos* ó *prosentimientos*!

Por último:

«¿Quién es Romero Robledo?

«¿Quién es el señor Cassola?

«Por qué no les muerde el dedo

la infantería española?

CIARIN.



PALIQUE

SIEMPRE ha habido tontos entre nosotros y siempre los habrá, como dijeron, respecto de los pobres, Jesucristo y Alonso Martínez; pero los tontos de ahora casi todos saben de letra, y por eso hay tantos periódicos llenos de versos cursis. Además, así como *La Correspondencia* y otros diarios del orden de los serios viven principalmente de halagar la vanidad de todo el mundo, y de ir poniendo en combinación para algún minis-

terio, en calidad de candidatos, á todos y cada uno de sus suscritores, del mismo modo los periódicos festivos cultivan las relaciones poéticas que tienen, y allí van exponiendo donde van compradores. Cada envilejo publicado asegura la venta, por lo menos, de un veinticinco. Todos hemos de vivir.

Sobre que en esta tierra clásica de la bidalgua y de los toros, los más escudados varones paran en escritores de fantasía tardó tomparón. Ahí está, por ejemplo—ejemplo bien reciente—mi ilustre compañero, y no lo digo porque él sea gallego, sino por su oficio, mi ilustre compañero el Sr. R. Carracedo, lumbrera de la ciencia española, catedrático de Farmacia, que si no es bollerío viene así como á engendrarlos, el cual Sr. Carracedo, después de discutir con fray Zeferino acerca de las primeras capas que usó la Tierra

en la época glacial, y después de examinar en un artículo, muy hermoso y muy interesante por cierto, la laringe del zanca husante llorado Gayarre, ahora se nos presenta... con una redoma encantada, como si dijéramos, con una novela! Verdad es que es novela de facultad mayor, porque se titula *La muceta roja*.

Supongo que la novela será buena, no porque yo tenga datos para juzgar, sino porque cuando el Sr. Carracedo, después de decir en un discurso de apertura que lo que sobran en España son retóricos, literatos, y lo que faltan sabios de laboratorio, instrumentos, retortas... y pan pintado, pero científico; cuando después de todo eso, él, que es químico, sale con una novela más, aquí donde sobran tantas, lo habrá pensado mucho, y estará seguro de haber hecho cosa de sustancia. Así lo espero.

Pero no fthamos á eso, sino á la necesidad de echar la casa por la ventana poética, en vista de que la cosa ya no tiene remedio, y de que Pateta, que lo que es llevar nos lleva, quiera llevarnos en toda clase de metros.

Esta indulgencia planaria no quita que la mayor parte de las inspiraciones que se dan á luz sean cosa muy aburrida.

Por eso da gusto poder alguna vez, de tarde en tarde, decirle á uno de esos señores que mandan libros de versos, algo como lo que yo le digo al Sr. López Silva ahora; y es como sigue:

Si, señor; he leído su libro titulado *Migajas*, y que lleva un prólogo discreto y gracioso de Sinesio Delgado.

De esas *Migajas* lo que más me gusta es la facilidad y sencillez del verso, la verdad y carácter significativo de la observación y de los rasgos escogidos, cuando se trata de escenas populares.

Lo que hace Ricardo Vega, casi siempre con mucha gracia y naturalidad, en el teatro, lo consigue usted en muchos de los diálogos de su libro.

Esto no es levantarle á usted de cascos, como se dice; no es llamarle vate insignie ni compararle con lord Byron. No es más que asegurarle que su libro, á pesar de su monotonía, del prosaico lenguaje de muchas composiciones, y de otros defectos que es hoy muy difícil evitar á los que escriben versos en España, me ha gustado en general; es simpático, y revela en usted muchas cualidades recomendables. Ahora, Sr. López Silva, que puede usted echarse á perder, ¡ya lo creo!—¡Hay tantos pelisros!—Pero, en fin, bueno es no empezar mal. Métese usted en harina.

CLARÍN.



ACTUALIDADES

Teatro Real de Madrid.



TERENA ANGEL

EN LA ÓPERA "DOÑA JUANA LA LOCA."

PALIQUE

Cuando este artículo se publique ya habrán ustedes olvidado á Jove y Havia; pero es que son ustedes los madrileños muy frívolos y quieren todos los días impresiones nuevas y genios nuevos en el Ateneo y en el Español. ¡Ya se ve! En ese torbellino de las pasiones, en esa Babilonia cuasi manchega, donde se atan los poetas líricos y dramáticos con lónganizas, necesitan ustedes devorar no sé cuántos cientos de carneros diarios y dos ó tres famas políticas, científicas ó literarias. Viven ustedes muy de prisa. Pero nosotros los provincianos somos algo más reposados; no vivimos en ninguna vorágine y somos capaces de acordarnos del barón de Campo Grande por espacio de una semana entera.

¡Pobre barón!

Víctima triste de la suerte impía,
de pérfidos consejos vil esclavo,
apura la ponzoña de tu crimen (ó discrepancia)
y ven después á mis amantes brazos,

como viene á decir *La Epoca*, para consolarle, y tomando ese trozo poético de *La tienda del Rey Don Sancho*, drama para hombres solos.

Aunque ustedes lo hayan olvidado ya, á mí me parece oportuno recordar su biografía, que es como sigue:

Nació Jove no sé si en Pravia ó en Piloña; pero, en fin, él es gallego, según la geografía de los juguetes cómicos, y nació ya con la cruz de Confucio ó cosa así, y un sombrero de copa alta blanco y un poco ladeado sobre la ceja izquierda.

Amó mucho (y por eso Cánovas debía perdonarle) y en su valle natal, como decía *La Correspondencia* hablando de un poeta, cultivó el trato de las musas desde edad temprana, y siempre con el sombrero blanco de copa alta sobre la ceja.

Una vez en la capital de su provincia, sus facultades poéticas se desarrollaron de modo fenomenal, y hasta el punto de que las charadas representadas con argumento morisco-romántico que inventaba él, eran las más acreditadas en las tertulias ovetenses del período ecoceno.

Desde entonces comienzan las rencillas y rivalidades entre Jove y Cánovas, que por aquel entonces empezaba á cantar á Elisa y hacía charadas también, como aquella que tanto le acreditó de hombre de Estado:

Con la *prima* y *segunda*
de mi *tercera*
te doy el *todo*.

Cánovas y Jove se encontraron en la corte, y allí ó ahí se acentuaron los rencores, creció la emulación; los dos eran poetas, los dos hacían charadas, los dos amaban..... ¡no cabían juntos en el mundo!

Cánovas medró más; como Nerón á Lucano, envidiaba á Jove hasta el apellido y no paró hasta perderle.

Y le sumió airado en Etna cavernoso con motivo de las Audiencias de lo criminal.

Yo opino que Cánovas no estuvo bastante enérgico.

Los periódicos aseguran que estuvo *brillantísimo, docentísimo* cuando con fuerza del brazo poderoso sepultó á Encelado arrogante; basta *El Liberal* (que sigue llamando *efemeride* á las efemerides) alaba la galanura de frase con que Cánovas echó á Jove del partido; pero yo creo que fué mucho más enérgico Napoleón el Grande cuando manifestó á Volney su desagrado porque su ilustre amigo le dijo que Francia quería la vuelta de los Borbones.

Napoleón castigó la *discrepancia* del atrevido senador levantando una piedra y dándole un *talo* con la *prima* y *segunda* de mi *tercera* en la mismísima boca del estómago. El otro estuvo, según cuenta Taine, ocho ó diez días enfermo en casa de un amigo.

Así es como se mantiene la disciplina en los partidos y se fundan imperios. Cánovas se contenta con fulminar excomuniones *brillantísimas*, como las encíclicas de León XIII. ¡Retóricas!

Y Jove ¡qué hace! Se va á Granada, á dar el suspiro del moro, por boca de gallego convencional.

Fin bien poético por cierto. Abandona la política, víctima del ideal de las Audiencias de perro chico, y se va á la hermosa ciudad que el Genil baña y el Darro con sus aguas fertiliza.

•••

Y ya que hemos hablado de Jove, hablemos de su hijo.

De *Hércules*.

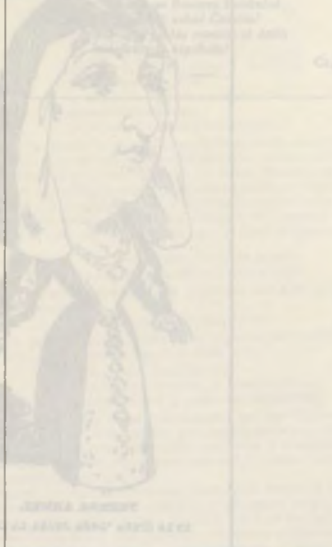
Así se llama una novela que me envían, sin duda para que la lea.

Bueno, vamos allá; empieza así: «El crepúsculo vespertino, tendiendo sus oscuras sombras por la capital, fué la campana de aviso.....»

En efecto, un crepúsculo convertido en campana, es un aviso para incendios.

Y digo, plagiando «La vida de Bohemia»: ¿No oye usted que tocan, señor novelista!..... Sí, sí, ¡es á fuego! ¡á fuego! ¡Corramos! Ante todo salvemos a humanidad.

CLARÍN.



PALIQUE

Se ha publicado el primer número de *La Reforma* (no diré que lo he hecho propaganda), de cuyo prospecto tuve hace algunos días el honor de hablar á ustedes.

La Reforma viene con grandes pujos de novedad, y por eso llamo la atención. En literatura, que es lo que aquí importa, sigue en sus trece de reformarlo todo ó poco ha de poder; y comienza por donde debe, por su casa, corrigiendo unos vocablos sobre los que tuve el gusto de llamarse la atención en otra palique. Así, así en *La Reforma*, me dice la letra bastardiña, «vaya á reconocer que no se puede confundir el subterfugio con la tierra ni decir pedante por pedante. Lo que ya se está bien es aceptar las lecciones y darle palmateos al maestro. Si reconoce sus errores, ¿por qué me llama *La Reforma* sabihondo? (Oh, y si sé, sé, sé, me llaman sabihondo! Pero me llama sabihondo, así, ¡sin b...! en el hueso. Sin duda creyó que sabihondo estaba en el caso de aquel famoso *Oreón* que se escribió sin b. Yo espero que *La Reforma* sabihondo *La Reforma*, sugiendo con su espíritu de reformarlo todo, reformará ya ortografía».

¡Ah! y la sintaxis también. Pues, aunque yo no he leído todo el número 1.º de *La Reforma* y no sé los gasepos que puede haber por aquellos cotes de tinta; mirando las advertencias del principio me encuentro con estos «Anuncios que aquellas personas que sufran un ataque de algún padecimiento público, ó no lo hagan justicia, los tribunales ordinarios, se dirijan á esta redacción en queja para hacerla pública».

Lo primero que está mal es el sufijo, y si no preguntado *La Reforma* á quien lo entienda; pero mucho peor está el no le concertando con personas; y aunque supongamos que se quiso decir *lo y lo*, todavía está muy mal porque... «las personas que... no les hagan justicia los tribunales» no es castellano; no se construye así en nuestro idioma; á no ser que lo reformemos. Y además, «anunciamos... que se dirija» no tiene sentido.

Para reformar la literatura y venir á reemplazar á Balar y á Revilla que es por lo que se propone *La Reforma*, en vista de que, según ella, Valera no hace más que divagar (y los demás que los parte un rayo), para ese viaje, digo, se necesitan alforjas llenas de gramática y otras cosillas.

Pero dejando esto, ¿crece de buena fe *La Reforma* que la literatura se reforma y que la crítica se endereza porque un periódico escrito no se sabe por quién, y con el principal propósito de hablar mal de Sagasta, prometa ser imparcial y tratar de todo cuanto se publique en el *Universal* (¿Cree que la crítica sería verdadera, se puede anunciar así, como se anuncia que se pedirá economía en la marina, y como se proyecta que se estudiará el Quinquenio de Fomento y la renovación de los tratados y los semáforos? ¡Quiénes son ustedes! ¡Qué música tracen ustedes! Sepamos, ¿o es que anónimos tenemos! Mucho más que todos esos programas de imparcialidad, de seriedad, y de dictámenes críticos fundados en derecho, valdría una firma que valiera dos cuartos en la plaza. Y venga un nombre (después de una viñeta, por supuesto) y balarémoslo».

Como empresa que se anuncia al público y se recomienda, *La Reforma* debería dejarse de todos esos lugares comunes de justicia de Enero, y ofrecer que tendrá encargada de la sección literaria á alguna persona competente, don Fulano, á quien pagará á toca teja y no de modo, merquino. Eso era lo mejor que podía decir, si lo había de hacer, en pro de las letras.

Y lo único que hace es saltar ya lo mismo que promete. Falta porque malista á la literatura en su principalísima gramática; falta porque no es justa, no es imparcial, cuando dice, porque le han escocido los alfilerazos, que no escribiendo ya Revilla ni Balar, ya no hay aquí crítica «que merezca tal nombre. Si hay crítica, Sr. Casola; aparte de que la crítica satírica también lo es, y para espanto de necios es la mejor, otras críticas no satíricas, y algunas de éstas, en lugar oportuno, en libros y revistas tratan de las obras y de las personalidades literarias serias con toda formalidad y con el detenimiento debido. Si algo lee el encargado de esta sección literaria de *La Reforma*, convenciendo debe estar de lo que digo».

Pero ¡claro!... á la primera prueba cayó en la trampa. Se lo dice esto no es castellano y echa á rodar la imparcialidad y grita como tantos otros: ¡Abajo la sátira! ¡Abajo los pedantes! ¡Abajo la demeritista!

Todavía es tiempo de enmendarse. Un poco de buena fe, otro poco de modestia, y acaso acaso *La Reforma* pueda influir un poquito, muy poco, pero algo, en el mejoramiento de la raza castellana. Y crea que sólo con esto habrá cumplido su misión en la tierra, ó sea el Universo, como quiera el Sr. Casola que se diga.

••

D. Santiago Estrada es un escritor de Buenos Aires, que ha venido á España á publicar siete tomos de literatura. Me he explicado mal; no quería decir que ha venido á eso solo, sino que, viniendo á lo que viniere, ello es que en el establecimiento tipográfico de los Señores de Ramírez (Heinrich), de Barcelona, acaba de imprimir este Sr. Estrada una larguísima edición de sus obras, supongo que completas. Son siete tomos abultados, en octavo mayor, me parece, en fin, como las novelas de D.ª Emilia, que tanto le gustan á Valera y á mí tan poco. De estos siete tomos, todos de mucha lectura, unos se titulan *Misceláneas*, otros *Trájes* y otro *Biografías* y otro *Discursos*. Es mucho lo que ha escrito el Sr. Estrada. En cuanto á la ocurrencia de venir á publicar todo esto á España, no hay más que decir sino que Dios se lo pague.

Todo lo que tienda á estrechar los lazos de América y nuestra patria, si se precinde para ello de Pando y Valle, merece mis plácemes, etc., etc. En fin, me remito al Sr. Valera, que sabe decir estas cosas bien, y sin parecerse á los reclamos de Caliste, Barrantes y otros académicos.

En el primer tomo de *Misceláneas*, es el ejemplar que el Sr. Estrada me regala y yo le agradezco, viene pegada una carta suya en que, á vuelta de elogios tan metafísicos como inmerecidos, el modestísimo y simpático es-

critor bonastemse (que es lo que así se dice, aunque escena bastante mal) supone que yo no hablaré de sus obras al público.

Pues mal supuesto, señor mío. No hay más que hojear sus libros de usted para comprender que se trata de un literato correcto, ilustrado, de un polígrafo, ó por lo menos de un *muchígrafo*, que ama de veras el arte, la actividad intelectual toda, y que emplea los bienes de que le dotó la fortuna en beneficio de la cultura universal.

Si, señor, que hablé de usted y de sus libros. Pero, no es patallada de pizarra; ni se leen siete tomos en quince y tan sencillos en cuatro días. Hablaré probablemente en mi próxima charla, en *La España Moderna*, y, gr. donde todos los meses puede venir *La Reforma* tan serio como no colchón. Verdad es que allí *discurriré* de esa seriedad, no me permito hablar de *Reforma* y cosas así, como de que no lo escribe ningún Aristóteles. *Finis el caso*: ¿quién se puede agotarse tanto?

CLARÍN.

PALIQUE

El Sr. Bosch y Fusteguera en sus ratos de ocio es un sabio, y con este motivo ha entrado un día de estos en la Academia de ciencias exactas, físicas y naturales, que así la llaman.

El Sr. Bosch es uno de estos sabios naturalistas españoles que principalmente se dedican a otra cosa.

Si el Sr. Carracido acabó por hacer novelas, el Sr. Bosch empezó por hacerse hombre, lo cual en cierto modo también corresponde a las ciencias naturales.

Se hizo no sólo *homo sapiens*, sino hombre político capaz de ser ministro a poco que le den la mano.

El Sr. Carracido me hará el favor de no creer que mi intención es compararle con el Sr. Bosch. ¡Dios me libre!

El Sr. Bosch leyó un discurso que «verré», según el cronista de *El Liberal*, sobre «Las aplicaciones de las matemáticas a las ciencias morales y políticas».

El mérito principal que el cronista, á quien sigo á ciegas, le encuentra al discurso de Bosch consiste en que no cayó «en el defecto harto generalizado de hacerlo depender todo de una ciencia parcial y representativa de conocimientos.» Mucho sentiría que el cronista científico, físico y natural, pero poco exacto, de *El Liberal* resultase amigo mío, como suele suceder en casos tales; pero sea como sea, he de decirle que no hay Dios que entienda lo que ha querido decir. Conozco muchos defectos en que ha caído y sigue cayendo la humanidad, pero no sé qué defecto es ese de hacerlo depender todo de una ciencia parcial y representativa de conocimientos. ¿Qué quiere usted decir, que lo que aquí sobra son retóricas y metafísicas? ¿Que faltan industriales y sobran doctores? (No es eso! Pues ¿qué es? ¿Qué es una ciencia representativa de conocimientos? Y mejor todavía: ¿Qué es una ciencia que no represente conocimientos?)

(Si será este redactor el que llama efeméride á las efemérides y coloca la Meca en África y atribuye á Rojas el *Don Gil de las calzas verdes*?)

Volviendo al Sr. Bosch, digo que el tema de su discurso le sienta como anillo al dedo; porque él, ingeniero, no sé si industrial ó de minas ó si de las dos cosas, es «una aplicación (y buena) de las matemáticas á la ciencia y al arte de la política.»

Es, sin duda, hombre que ha echado sus cuentas en política y se ha aplicado, como una lapa, á Romero Robledo, que es lo más moral y político que se puede decir ni pensar.

El Sr. Bosch, con motivo de su recepción, habló de la mayor parte de las cosas de este mundo, que es lo que suelen hacer nuestros sabios *exactos* en casos tales, porque eso, por lo mismo que es mucho, no compromete á nada.

Habló de la aplicación de las matemáticas á la economía, á la sociología, á la Hacienda, á la estadística, al seguro y al sufragio universal. No hubiera hecho más un sacamuelas matemático ó un comisionista del *Príncipe* ó de la Equitativa.

La aplicación de las matemáticas al sufragio debe de habérsela enseñado su jefe Romero, que en este punto sabe tanto como el mismísimo Salvador y convierte dos *pesos* en dos mil electores, si bien es punto á penas necesita cuatro mil para cada pez.

También habló, con gran novedad, el Sr. Bosch del cociente electoral. Ya se sabe de dónde salen esos *cocidos*, del puchero electoral de Romero Robledo.

Con todas esas matemáticas, y algo también de gramática, aplicadas al sufragio electoral fué como el Sr. Bosch se las compuso para salir serador en nombre de las Sociedades económicas de amigos del país, que es como ser senador *in partibus infidelium*.

Según Bosch, «las matemáticas están pasando por una verdadera crisis.» (Si aludirá á Sagasta, que también es una aplicación de las matemáticas á la política! (Si la crisis matemática consistirá en que le van á decir los reformistas á D. Práxedes.... cuántas son cinco? (O en que Romero le busca tres pies al gato y tiene cuatro?)

Por último: el Sr. Bosch no podía olvidar, pese á todas estas *exactitudes*, que él al fin ¡qué diablo! nació poeta, orador de *La Moda Elegante*, y concluyó diciendo: «El amor que siento hacia las ciencias y la simpatía que tributa mi espíritu (¿qué creerá Bosch que es simpatía, que la *tributaria*?) á los que como vosotros las cultiváis (ó cultivan) hacen que sea para mí esta Real Academia cual lámpara en el santuario, cual faro en la tempestad.» (*Ruidosos y extraordinarios aplausos*.)

(Ah, cursilón! ¡Ah, incoherente! Ya sabía yo que había de apearse usted por ahí. Lo de siempre.... Muchas matemáticas, mucho alambique, muchas retortas, mucha *exactitud*.... y después retórica disparatada entre dos platos.

Apliquemos nosotros las matemáticas á las figuras de Bosch. Según él: La lámpara : al santuario :: el faro : á la tempestad.

Es decir, que la relación que efectivamente hay entre una lámpara y un faro, la hay entre un santuario.... y una tempestad.

(Ay! señor mío, una cosa es ser ingeniero y otra tener ingenio. Una cosa es repetir lo que se lee y otra cosa hacer que tenga sentido lo que se inventa.

El Sr. Echegaray contestó al Sr. Bosch.

Mal hecho. Hay cosas que no tienen contestación. Para contestar á Bosch otro como él, otro reformista *exacto*.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE

En *El País*, periódico de Ahuachapán, República del Salvador, en la América Central, leo que un Sr. D. Francisco Gavidia ha publicado un artículo contra Clarín en *El Repertorio* (may periódico mío). El Sr. D. Francisco Gavidia me creará bajo mi palabra si yo le aseguro que no sé quién es. Según el mismo *País* (cuya defensa de este su seguro servidor le agradezco en el alma), el Sr. Gavidia es un afamado poeta y literato notable centro-americano. A mí más bien me parece un poco *excentrico* por eso de ir á meterse conmigo que estoy tan lejos y tan inocente, hasta ahora, de que habla Gavidia en el mundo, si quiera fuese en el otro.

El que yo no conozca al Sr. Gavidia no quiere decir nada contra el mérito *político* de ese caballero, porque no me precio de conocer á todos los poetas insignes de América; como tampoco sé cómo se llaman una porción de autores célebres contemporáneos que me consta que hay en China. A veces, por aparentar, me aprendo de memoria media docena de nombres chinos de otros tantos novelistas, dramaturgos, etc., y cuando pocos días después voy á darme tono delante de alguien citando á mis chinos, con

todos sus pelos y señales, ¡adiós! me trabuco, me enredo en aquel demonio de lengua monosilábica, y todo lo que digo suena á patillos.

Y á propósito de patillos: ¿a bomo me suena á mí no poco de lo que dicen de esas docenas de poetas insignes americanos los críticos y *viejantes* literarios que por acá nos quieren venir con América por medio de un cable de sipsos de agende y allende el Atlántico. Esto no lo digo por el Sr. Gavidia, que bien puede ser insigne de verdad, sino por otros, á los cuales he tenido el disgusto de leer, después de oritos alabar sin tans.

¡Y qué resultó! Que para esos Velardes y Grillos no necesitábamos alforjas.

El Sr. Gavidia, aunque yo no le conozco á él, parece que me conoce á mí; al menos así lo dice *El País*: «El Sr. Gavidia no ha juzgado bien al hombre á quien dice conocer lo bastante.»

¡Que me conoce lo bastante!

Gavidia, Gavidia,.... no caigo.

(Será Valdivia! ¡Estará usted equivocado y será usted Valdivia!)

¡Ahi! Si; de Valdivia me acuerdo; buen muchacho,.... algo *incoherente*....

Pero no: si dice Gavidia. Gavidia,....v....dila.

El artículo de este señor poeta que me conoce lo bastante ha llamado la atención de D. Rubén Darío (tampoco conozco á D. Zebulón, digo á D. Rubén), que reproduce el escrito de Gavidia en otro periódico que se titula *El Diario*; y D. Rubén afirma que el trabajo es *soberbio* y lo recomienda á toda la prensa americana. Pero dejémoslos de cuentas.

(De qué se queja el Sr. Gavidia! ¡Qué tripa se le ha roto! ¡Qué le he hecho yo á él!)

Según el Sr. Gavidia, yo he criticado las *Cartas Americanas* de Valera. Según lo que llame usted criticar. Ya me guardaré yo de medirme con mi querido amigo y maestro D. Juan; yo nunca critico á Valera. Pongo á veces algunos reparos, con humildad de discípulo, á las afirmaciones del ilustre humorista, y ya sé yo que eso no le molesta á D. Juan, porque lo que yo digo siempre de él es que peca de benévolo con los autores medianos; y esto lo sabe él mejor que yo; sólo que dice, como la señora aquella del salinete que dejaba un pabuelo olvidado encima de la mesa: «¡Es á propósito, caballero!»

(¿Quién le mete al Sr. Valdivia, que está tan lejos, en estas cosas nuestras? ¡Vamos nosotros á la América Central á ver si él disputa ó no con D. Siméon, digo, con D. Rubén!)

Lo que irrita al Sr. Gavidia es que, por lo visto, él piensa que yo trato con desdén y menosprecio á los escritores americanos.

Repito lo de los chinos. Yo respeto todas las literaturas. Pero las divido en dos clases: las que conozco, mal ó bien, y las que no conozco. De algunos escritores americanos voy sabiendo ya lo bastante para ponerles en los cuernos de la luna, v. gr., de Miguel Casó; de otros sé bastante ya también para afirmar que son unos chapuceros, como los muchos que tenemos por acá. Por ejemplo, el Sr. Calcaño. Pero de la mayor parte de los escritores de América yo no sé más que por lo que dicen otros,.... y no me fio, y me abstengo de votar.

¡Me niega el Sr. Gavidia el derecho de no entusiasmarme como testigo de referencia! Lo que yo puedo decir de muchos escritores americanos es lo que digo del mismo Sr. Gavidia; que hay quien los llama afamados, pero no puedo asegurar que sean dignos de fama.

Tampoco me puedo negar el derecho, porque esto es además no hecho, de ser gato escaldado; ni su accesorio, porque el que quiere lo principal quiere lo accesorio, de buir del agua fría.

Si de alguien me haría yo de buen grado en tan delicados asuntos de gusto sería del Sr. Valera, que sé que lo tiene excelente,.... pero como estoy en el secreto de su benevolencia (secreto que le honra sobremanera), del Sr. Valera es de quien menos me fio.

No hay desdén, no hay menosprecio, ni nada de eso que sería absurdo, locuro. No hay más que ignorancia que se conoce y sabe callar. Mientras no conozca mejor la literatura americana, calló. Yo no llamo yo conocer una literatura leer unos cuantos libros que habían bien de ella. De lo poco que he visto, unas cosas me han gustado y he podido confirmar la opinión de quien me las había puesto por las nubes; otras cosas, muchas, entre ellas las que corresponden á ciertos *unizarios* que no me lo parecen, no me han parecido buenas. Pero esto no es de hablar. Es aplicar á América el mismo, el mismísimo criterio que aplico á España, donde también hay muchos escritores famosos que no me gustan. Y yo no desdén á España.

El Sr. Gavidia, según dicen, encuentra el desdén y la malicia en ciertas palabras mías que subraya, v. gr., la *América llamada latina*. ¡Y eso qué! Váyale usted con el cuento al Sr. Valera, que es el que me sugirió eso de la *llamada*. El se explicará mejor.

No, Sr. Gavidia, no hay desdén; no hay más que franqueza y buena voluntad. Se les trata á ustedes como á *vecinos más favorecidos* y nada más. Por lo mismo que yo voy con toda buena fe á esta bendita fraternidad literaria de América y España, quiero que la confianza sea verdadera, el trato íntimo y no diplomático, y que no se me pidan para los de allí adulaciones y benevolencia mal entendidas que niego á los de acá.

Una cosa es la unión cuasi-patriótica de los pueblos y otra los suenos literarios.

Por mucho que yo quiera á América, ¡la querré más que á España!

Pues oiga usted:

Hay dos pundonorosos militares españoles, uno de tierra, el Sr. Cano, otro marino, el Sr. Novo, que son literatos y hacen comedias que á mí no me gustan. Pues bien, en caso de guerra con el extranjero, yo iría gustoso, como simple soldado, detrás de cualquiera de ellos, muy contento, muy disciplinado, simbolizando en sus insignias, las que llevan en esa manga derecha, que corresponde á la mano que escribo esas comedias que tan mal me parecen, todo el amor y todo el honor de mi patria.

Seamos, Sr. Gavidia, un pueblo solo en dos continentes. Pero concédame la *extradición* de los rípios, cobijelos una ú otra bandera.

CLARÍN.

PALIQUE

Aunque me esté mal el decirlo, he recibido una *Trilogía*, ó para mayor exactitud, la primera parte de una trilogía, que supongo, rectamente pensando, que tendrá otras dos partes, no siendo ya tan probable el que yo las lea.

La trilogía se titula «Alfa y omega.» ó, según la ortografía del autor, alfa y omega, ó, según diría M. del Palacio, «el alfa y el omega.»

Esta primera parte fué leída en el Ateneo de Madrid—que ya está acostumbrado á tales bromas—el 15 de Diciembre de 1889. A lo menos así lo reza la cubierta.

La primera parte se titula *El canal interoceánico*, oda dedicada al genio del ingeniero Mr. Ferdinand de Lesseps, y esta oda dedicada á Mr. Ferdinand (traducción libre: Fernando) dice el autor que «comprende el génesis de nuestro globo, según la ciencia, y los principales triunfos de la humanidad, según la historia.» No puede comprender más, como ustedes ven; pero lo que no comprendo yo es cómo hay hombres que escriban estas cosas y Ateneos que se las dejen leer.

No, y el Sr. Gutiérrez de Alva es hombre que cumple lo que promete, y paso tras paso sigue la historia de la creación á partir del anteproyecto del Cosmos; canta canta:

Desde el principio el Universo entero

en la mente creadora ya existía.

Si, señor, eso en hebreo se dice así, salvo error:

Brechil barach Elahim el aramayes wath sheres, etc., etc. Y después viene lo del *fero marca*.

¿Quién no sabe cómo empezó esto de la creación?

Al principio no había cosa con cosa; *el gran todo*, que en resumidas cuentas venía á ser *la gran nada*, porque, por lo revelado y patas arriba, un poema del Sr. Velarde; hasta que á Dios, Elahim según algunos, ó á los dioses, según otros, se le ocurrió ó se le ocurrió poner un poco de orden en las primeras materias, como diría Cor-Cayón, Esterados.

El Sr. Gutiérrez de Alva sigue su oda cantando todas las vanitas que dió la Tierra alrededor de su eje desde que

Se lanzó por el éter *insondable*

(Bueno estaría que el éter se pudiera medir con una sonda)

describiendo su elipse interminable.

Bueno, pues ahora empieza á enfriarse la Tierra.... digo, no, primero es

Masa de fuego líquido. primero

de una atmósfera inmensa circundada....

Después

Girando sin cesar sobre sí misma

(Dale, bolal)

con una rapidez *vertiginosa*.

(Figúrese usted si daría *virágine*, pero ¿a quién?)

por millares de siglos

el calor lentamente fué perdiendo.

Ahora, ahora es cuando propiamente empieza á enfriarse.

Bien, pues dejemos que la cosa se enfríe hasta que haya que chuparse

los dedos, y vamos á mi argumento:

Si estas *odas* se leen en el Ateneo de Madrid, ¡qué dejan ustedes para

las casas de orates!

Y otra cosa digo: esta oda cosmográfica y geológica ¿no le recuerda nada al Sr. Palau? Debe recordarle su oda á la *Geología*. Vea cómo lo malo se pega, y escamoteo en cabeza ajena. Tal vez leyendo al Sr. Gutiérrez de Alva reconocerá los defectos del género mejor que leyéndose á sí propio.

Continúo leyendo, y de época geológica en época zoológica, á poco de aparecer los mastodontes y demás animalitos, ya en la página 11

Boabdil, último resto

del poder musulmán, ya aniquilado

rinde á Isabel su cetro y su corona

y la Alhambra abandona.

De modo que ya estamos en el terreno de acarreos.

Y aquí tengo yo que rendir, no el cetro y la corona, sino mi orgullo, y confesar que me había equivocado antes y desdecirme.

No es cierto, como dice *La Correspondencia*, que este folleto de que trato sólo contenga la primera parte de la trilogía. Al llegar á la página 17 me encuentro con la segunda parte, que es una, ó mejor, otra oda; se titula:

EL HOMBRE

y «comprende el camino adelantado por la humanidad y el que le falta recorrer para merecer el nombre de imagen de Dios sobre la tierra.» Si, señor, mucho camino hay que andar todavía para que no se diga que el Ateneo está dejado de la mano de Dios, oyendo tales lecturas. Y de lo que tiene que recorrer el Sr. Gutiérrez de Alva, no ya para semejarse á Dios, sino para ser un poeta como Dios manda, no dijo nada.

Y empieza

Entre los seres que con sabia mano
para ostentar su inmenso poderío
esparció la divina Providencia....

.....
unos *descuellan* por su forma ruda,
(De éstos es Decerla *Speluncas*)
otros por su belleza ó movimiento,
(Moret sacario)

otros porque un poder continuo y lento
su esencia cambia y sus contornos muda.

(Martos, Romero y otros heléchos *gigantes*...)

Pero vamos á cuentas, el Sr. Gutiérrez de Alva se vuelve al caos; ó yo me equivoco, ó noto aquí desorden y confusión. Va habíamos dejado en la oda anterior á Boabdil fuera de Granada.... y me parece que por *aquel entonces* ya estaba creado el hombre; á cuya aparición vuelve el poeta en la página 18.

Más déjome de objeciones y paso á *La Luna*, ó sea á la tercera parte de la trilogía, que así se titula.

Esta oda á la Luna (¡ni le duela!) «comprende el término natural de nuestro planeta, según las leyes físicas, y el problema insoluble de la eternidad de la conciencia humana.»

¡Pues, hombre, si el problema es *insoluble*, no diga usted que lo comprende!

En esta oda, entre muchas otras lindísimas, el autor le dice á la Luna que, aunque está ahora muerta, renacerá. Si, ya lo creo. Mientras haya *cantios* habrá Luna.

Y termina así la oda:

Mas si después de tantos sinsabores

la conciencia del hombre aniquilada

entre las fuerzas ciegas se confunde

cual luz que en el espacio se difunde,

que es como ir á perderse entre la nada....

¡no merece la pena

de seguir arrastrando esta cadena!

¡Ah! ¡Pero usted arrastra una cadena!

Haberlo dicho.

Indudablemente tiene razón el autor al hablar tanto en el curso de su

oda

de la sabia y activa Providencia.

¡Si, la hay!

CLARÍN.

253 Madrid Cómico (Madrid), n. 375, 26 abril. 1890.

PALIQUE

Muchos años hacía que no leía yo *La Época*. No por nada, sino porque, como no es cosa de suscribirse, y *La Época* lo que es por la calle no se vende, no me queda más recurso que ir á leerla al Casino. Y, amigo, en el Casino de mi pueblo hay un D. Diego de noche, y otro D. Diego de día que alternan en la vaga y amena lectura de la famosa Quintañón conservadora, y el uno doce horas y el otro las otras doce del día secuestran el sagrado papel, que van delotroando entre hostezo y hostezo. Son dos viejos llamados *d'acaparcer*: no se sabe si de sendas apoplejías ó de sendos artículos de fondo. Pero es seguro que morirán de brucas sobre *La Época*, esa amética.

Bien; pero hoy, por gran casualidad, encuentro *La Época* del Casino de casa y vuelvo á ella como quien visita unas vecinas en que tiene enterrados mil recuerdos.

¡Oh inefable prestigio de las perspectivas del ayer! Hasta los disparates, siendo antiguos, recordando lo pasado, tienen su melancólica poesía, su *sensicht*, una *saudade*....

Leo los *Ecos madrileños* y.... por allí anda el espíritu de *Armado*. Se fué él, pero su sombra queda, como dijo la poetisa. Quedan la sombra y los barbarismos y solecismos.

El Armado de ahora se llama M., como cualquier calcetín, almohada ó saco de noche.

Y escribe: "Fantasía primaveral, — Símbolos y flores. —

"No obstante el tiempo, las flores vienen á saludarnos en profusión maravillosa,," ¡Cuánta poesía, *no obstante el tiempo!*

Sigue: ".....desde la camelia, que tiene aspecto de gran señora, hasta el lirio silvestre, qué escala de matices y de aromas!,"

El aroma de la camelia debe de estar en la acalorada fantasía del revisero.... Hasta la Academia sabe que la camelia es inodora.

".....las rosas.... formando las admirables colecciones de sus infinitas variedades (todo poesía; esto es pintar, esto describir; se está oliendo las admirables colecciones), los *muguet* (éstos son afrancesados).... los claveles, en fin, las flores predilectas de las damas ilustres que inmortalizaron la memoria del siglo aquel de la suprema galantería, cuyos pétalos...., ¡Radió! y usted dispense, los pétalos ¿de quién? ¿de la galantería? ¿del siglo? ó, lo que sería más escandaloso, ¿de las damas?... "tan suaves y tersos á veces como sonrosada mejilla de niño y otras como la espalda finísima de una mujer hermosa...., Ó fea, señor; ¿usted cree que las mujeres feas no pueden tener la espalda finísima.... como la mejilla de un niño.... y viceversa? Pero ¿qué flores son éasas que unas veces parecen espaldas por lo suaves y otras mejillas de niño?

"El nardo, cuyo aroma es cálido (galicismo disfrazado), simboliza á la perfección las siestas,,"

¡Poder de la imaginación!

Después el poeta M. habla de las *bravconadas* de D. Juan y del murmullo que forman los billetes de Banco al rozarse unos con otros. Gracias á estos murmullos distinguirá el Sr. M. los billetes falsos por el sonido. Ventaja de la poesía aplicada á la economía.

Y á renglón seguido de estos escarceos poéticos, continúa el inspirado M.: "Como los trabajos de la Compañía para la producción y suministro de la luz eléctrica, de la que es gerente el Sr. Pastor y Landeró....,"

¡Basta, basta! ¡Qué desencaño!

Después de tanto nardo, de tanto símbolo.... ¡el suministro, el gerente, Landeró!.... ¡La prosa vil!

¡Y éste es el pasto espiritual cotidiano de esas damas de nuestra aristocracia que mi amigo Luis Alfonso se complace en idealizar!

Pero se me dirá: ¿qué importa que un señor M. escriba tan mal y no sepa que *bravconada* no es castellano ni Don Juan Tenorio un bravucón?

Vaya si importa. En los países verdaderamente cultos (y no ciero) los revisteros de salones saben su poquito del idioma nacional y no son tan extremadamente cursis. Poco importaría que M. escribiera mal si no escribiera en *La Época*, que se precia de representar en el extranjero la flor y nata de la sociedad española. Y aquí dejo *La Época*, porque D. Diego de noche me la pide con mucha necesidad.

¡Infeliz! ¡Está echando á perder el gusto!

CRANIN.

PALIQUE

Cierta parte de la prensa ya empieza a introducir confusiones en el sumario popular del acreditado crimen de la calle de la Justa.

Leo en un periódico que la mesa en que se colocó el cadáver para hacerlo la autopsia era "una mesa un poco vertical".

No lo crea el señor juez especial encargado de la causa; esas son habladurías. Si los periodistas que se usan en algunos periódicos serios supieran tanto como los albañiles, sabrían que lo vertical es lo perpendicular al horizonte, es la dirección de la plomada. Y aparte de que en eso de la vertical no caben más que Sagasta ó Cánovas, es decir, no caben términos medios, y una cosa es vertical, ó no lo es, pero no puede ser un poco vertical.

(1) Véase el número anterior del Madrid Cómico.

cal; aparte de eso, un cadáver colocado sobre una mesa vertical... lo primero que haría sería caerse de la mesa.

No se olvide que, como se lo ha demostrado á la Academia, también la gramática tiene su acción popular.

Por si se quiere saber en qué papel le he leído lo de la mesa un poco vertical, diré que es uno que, según él, circula más que todos.

Mientras estos periódicos que circulan tanto escogen redactores que no saben redactar, como si se tratara de acabar con la aristocracia de la sintaxis y hasta de la etimología; mientras estos periódicos insisten en publicar secciones que se titulan *Esfermide*, así, en singular, otros papeles más modestos buscan, con afán digno de aplauso, verdaderos escritores que llenen sus columnas de prosa sustanciosa y bien hilvanada.

La *Justicia*, por ejemplo, que no se precia de circular más que una peseta falsa, usa á diario redactores que firman, porque pueden, y se llaman nada menos González Serrano, tal vez nuestro mejor filósofo, el mejor entre los jóvenes sin duda; Alfredo Calderón, estilista y satírico de primera fuerza; y ahora, como miel sobre hojuelas, Eladio Lezama, que es de quien quiero hoy decir cuatro palabras, al saludarle y congratularme de su vuelta á la prensa madrileña, de la que tantos años vivió ausente, y donde tanta falta ha estado haciendo.

Pero antes insisto en dar la enhorabuena á La *Justicia* por tener tales escritores de verdad en su redacción política... y por la buena costumbre de firmar los artículos. Si firmaran el día la mesa un poco vertical y el que llama *esfermide* á las *esfermides*, y el que pone la Meca en Africa y el que confunde á Roma con Tívoli, etc., etc., no estarían ciertos colegas tan mal escritos como suelen, porque redactor que firmase tales garzapos tendría que ser despedido, y no pasarían por hombres de pluma en riesgo los que debieran llevarlas pegadas al cuerpo por la punta.

Eladio Lezama es un periodista de raza, un verdadero literato que de vez en cuando deja de escribir para utilizar con más provecho económico talentos y aptitudes de otro género; pero que, después de los años mil, vuelve al arte (pues arte es para hombres como él la prensa diaria) porque la vocación reclama sus fueros. Es decir, Lezama es todo lo contrario de tantos y tantos señores que se creen escritores, hasta poetas, y escriben poemas, dramas, crítica... y acaban por ser abogados del Estado ó direcciones generales, según caen las pesas, si no acaban pasando con una rica herencia, que cree tener en casa un genio y tiene un sablista sancionado a perpetuidad por el Consejo de Trento.

Lezama, antiguo redactor del famoso *Universal* y de otros periódicos notables de aquella época, deja las tareas literarias para desempeñar altos cargos, como, verbi gratia, el gobierno de Málaga; y mientras muchos, en viéndose gobernadores, ya no saben más oficio que ése y el de casantes, nuestro hombre, al dejar los puestos eminentes de la Administración á que le lloraron sus méritos, vuelve á trabajar como un negro en la prensa, y hasta cree que no se rebaja por ser compañero de Tibbada, Sierra y Clarín en *El Solfco* (alma mater, ó *pater*), dirigido por Sánchez Pérez.

Allí le conocí, allí simpatizamos en cuanto nos vimos, allí aprendí de su conversación animada, pintoresca, graciosa, instructiva, muchas picardías de nuestros literatos y políticos; y no pocos de aquellos paliques de la redacción de *El Solfco* me sirvieron más adelante para huir prudentemente del agua fría, como si fuera gato escaldado. Después de esto seguí una campaña periodística en el periódico satírico de Sánchez Pérez, en *La Unión*, *El Mundo Moderno*, etc., Lezama fué á una provincia á ponerse al frente, si no recuerdo mal, de una importante publicación, y más adelante dejó la prensa otra vez para trabajar en las oficinas de una institución económica, pero no con sueldo del Estado. Ahora veo que el discretísimo periodista y consecuente republicano vuelve á la lucha y se pone al frente de la redacción en periódico tan importante como *La Justicia*, y con el mayor entusiasmo y cariñoso saludo al antiguo compañero, que tantas dosis de sal y de buen sentido traerá á las discusiones de esta plaza pública en que se nos paga, aunque poco, para divertirse á la gente con nuestras disputas.

Lezama es admirador de Balart. Y por asociación de ideas, vengo á dar al ilustre maestro que después de tantos años de silencio parece que se restituye á las letras. ¡Dios lo quiera!

Balart, probado por el dolor, *resucita* poeta (¡ poeta creyente, pero creyente racional, con imaginación y corazón); y los versos que nos da de cuando en cuando suelen aventajar, por la corrección gramatical y retórica, por la naturalidad y sinceridad, por la intención y el sentimiento, á las poesías que nos propinan otros que están matriculados en el Parnaso contra viento y marea.

Pero no sólo escribe buenos versos Federico Balart; recordando antiguas campañas para él gloriosas, vuelve á mover su pluma de crítico y comienza aplicando su atención al actual certamen pictórico de que están disfrutando los madrileños.

(1) Balart *facto* era el nombre de un artículo que no se publicó *El Globo* porque se lo perdieron en Cáracas, en *Ca. Cerezo*, es decir, en Maná y Complicia.

Yo; sin ánimo de ofender á nadie, me atrevo á recomendar los artículos de Balart acerca de la Exposición á los aficionados que, después de ver tantos cuadros malos, se creen obligados á leer tantas críticas pésimas. Lean á Balart y pasarán un buen rato y leerán á un crítico de pintura verdadero.

La mayor parte de nuestros críticos de arte, de pintura especialmente, olvidan que para tal profesión se necesitan dos condiciones: saber escribir y conocer las artes particulares. Para la crítica pictórica, propiamente dicha, se necesita ser un escritor, comprender la estética... y casi casi saber pintar.

¡Bienaventurados los que, *magie*, nos llamen críticos los amigos, jamás hemos dicho á un pintor por ahí te pudras ó que se enfada mal el verde, ni nos motimos nunca en si amarillo se si amarillo no!

Y bien sabe Dios que podíamos copiar y citar y disgregar como cualquiera! ¿Quién no sabe lo que son *carne*... y que la carne es lo más difícil... y lo más caro, gracias á los tableros?

CLARÍN.

PALIQUE

SOBRE MOTIVOS DE LOS RÍPIOS ACADÉMICOS. DE VALBUENA

Están de pésame estos días los que no quieren que la crítica sea analítica, como dicen ellos, sino *sinética*, en el sentido de

que pase por todo y las trague como puños, que es el significado que dan a lo *sinético*. Venancio González (Antonio de Valbuena en *El Siglo*.... *Futura*.... *pretérito*) acaba de publicar sus *Ripios académicos*, más desatados que el D. Fernando de este modo, y de fijo a estas horas ya andan algunos *maleducados* intrigando para que destierran al crítico *analítico*, ó para que no le publiquen artículos en los periódicos, ó para que no le den cátedra, aunque la merezca, cuando haga oposición.

Porque ellos son así: muy estrididos, muy almidonados, muy planechados (nótese que no digo muy lavados), muy displicentes, parece que no sospecharán siquiera que existan las *críticas analíticas*; y en cuanto pueden, ponen pies en pared (no digo cátedras, como lo diría Venancio en mi caso) para conseguir que se nos persiga, se nos olvide, se nos desprecie y se nos acorquino. En cuanto huelen que se les prepara una que sea sonada, que algún periódico de circulación va a publicar algo contra ellos, beben los vientos y van de la ceca a la meca procurando detener el palo. Venancio González puede contar multitud de ejemplos de estas habilidades académicas: el de Comellerón, hecho académico por su defensa del Diccionario, nada parecida a las de Zaragoza, es de los más elocuentes. Yo mismo, aunque indigno, puedo referir sucesos análogos que me atañen, y allá va alguno por vía de dirección. El Sr. Tamayo es uno de los académicos más respetables, más dignos de serlo.... si no lo fueran otras indignas, autor de dramas y comedias excelentes, nunca ni he milla pluma le ofendió, y si le puse peca, porque los tiene, siempre fué dejando a salvo sus grandes méritos. Pues este señor, sabiendo en cierta ocasión que en la imprenta de *El Globo* había, ya compuestos, ciertos artículos míos acerca de los defectos en que abunda el Diccionario de la Academia, artículos en que yo discutía con aquel Quintillón que resultó ser Comellerón, fué y anduvo de acá para allá, valiéndose de su amistad con el mismísimo Castelar, invocando el compañerismo, para impedir que *El Globo* publicase mis ocurrencias. Castelar no sabe que yo sé esto, y ahora le doy las gracias por su conducta, que consistió en no acceder a las súplicas del Sr. Tamayo y abstenerse de aconsejar a *El Globo* que no insertase mis artículos. Que, en efecto, se publicaron. Cualquiera supone que el Sr. Tamayo, al dar tales pasos, sabía de mi existencia, sabía que andaba por el mundo un tal Clarín; pues no señor, no sabía palabra. Poco después, a un escritor americano se le ocurrió enviarme un ejemplar de cierto libro suyo, y me lo envió por conducto de la Academia. Aquí de los apuros del secretario, Sr. Tamayo. ¿Quién era yo? ¿Dónde encontrárnoslo? Pasó tiempo y pasó tiempo, y por fin el Sr. Tamayo tuvo la feliz idea de dar conmigo en la *Guía de forasteros*. Y, en efecto, muy atentamente, me remitió el volumen en tal forma que no me dejase lugar a dudar de que sólo por la *Guía de forasteros* sabía de mí. Estas puerilidades tal vez no pintan a un hombre, pero pintan a un académico.

Se funda *La España Moderna*, se sabe por ahí que yo entro en su redacción.... y un personaje de los *misos campingorotados* influye cuanto puede para que no se publiquen mis artículos en *La España Moderna*.

Si á mí, que no valgo nada, se me ataca con esta clase de armas, ¿qué será con los que valen, con los que dan golpes de muerte?

La imparcialidad me obliga á decir que ese personaje empingorotado no debo de ser Cánovas. Porque tengo motivos para creer que tanto á Venancio González como á Clarín los recomendó D. Antonio como colaboradores útiles, sin perjuicio de tenerlos á la por unos asacandiles. Estimando, prenda. Por lo demás, tan amigos como siempre. Pero al fin, es de agradecer que Cánovas sepa que existe uno, y en vez de procurar que se nos eche de los periódicos, nos recomiende. *Suum cuique*. Esto de *suum cuique* es latín, Sr. Cánovas, y no quiero decir "en los años de alguna festividad," como usted podría creer, sino á cada uno lo suyo.

Y vuelvo, aunque tarde y con daño, á los *Ripios académicos*. Pero como ya no cabe en este artículo todo lo que de ellos quería decir, dejaré para otro día lo mucho bueno que encuentro en ese libro, y echaré hoy por delante lo poco que tengo que censurar.

Ya que Valbuena ha sabido distinguir de académicos y académicos, y no ha sido su propósito hablar de todos los que escriben versos, opino que, así como prescindiendo de Zorrilla, de Campoamor, de Tejado, de M. del Palacio, de Alarcón, debió haber dejado en paz á Núñez de Arce, á Echegaray, á Valera y á Menéndez Pelayo.

Si se trataba de respetar el gran ingenio, la fama, consignada con justicia, á pasar de los desafíos que en sus obras pudieran encontrarse, bien hecho estuvo el no profanar el nombre de Zorrilla, cuyos versos son ya como un tesoro nacional, un monumento de la riqueza espiritual de la patria; bien hecho también abstenerse de buscarle defectos á Campoamor; pero entonces, ¿por qué no respetar á Núñez de Arce? ¿Por qué no respetar á Echegaray, que ni siquiera tiene pretensiones de poeta lírico? ¿Por qué no respetar á Valera y Menéndez y Pelayo, glorias españolas, amparo de las buenas letras contemporáneas, que ni siquiera se llaman poetas? Ciertamente que en Campoamor hay menos ripios que en Núñez de Arce, hay muchas más ideas, pero también hay ripios, y sobre todo, hay multitud de versos flojos, cacofonías y cien clases más de desafíos. Entre Campoamor y Núñez de Arce, yo estoy por Campoamor: es claro. Vale en mi opinión mucho más, en lo que más importa, el mucho más

hombre, tiene muchas más cosas en la cabeza. Pero Núñez de Arce también vale mucho, y su fama es ya de gloria, y si á respeto vamos, lo merece como cualquiera. Zorrilla, el *enragado* Zorrilla; á quien yo venero, es acaso el español que ha hablado mejor en verso.... pero no ofrece mala cosecha de ripios y de otros defectos retóricos, gramaticales, lógicos, etc. ¿Y M. del Palacio? Es un medio poeta muy apreciable, pero sus versos pueden llamarse *ripios saltados*, por aquello de ser *riñones* no más y otro no.

También tengo que reñir con Venancio González por su crítica de los poemas de Menéndez y Pelayo.

Prescindiendo ya de que debía respetarle, dado su triterio de respetar á los buenos, á los ilustres de verná; una vez mudito en barto, bueno que secase á relucir algunos descuidillos, errata-deas, etc., etc.; pero ¿charlo en cara que sea su verso pagonel? ¿Quejarse de que en la poesía se le vea la ambiduría? ¿Llegar á fingir que V. González no sabe quién son las hijas de Mamotín.... En fin, se acaba el papel y está ya largo; Continuaremos riñendo otro día, y después ya tendré derecho para aplaudir á mis anchas. Porque también Valbuena vale más de lo que parece á muchos, y si Menéndez y Pelayo es muchísimo más que un *memorán* y todas esas vulgaridades que digá á señán dicho, el autor de los *Ripios* es mucho más que un gramático y un retórico escrupuloso y comino, esclavo de la letra.

Créame D. Venancio: á los que tenemos á pocos estáis cosas de la literatura que tanto despreciais. Daban, el continuador del Quijote, digo de Casola, nos da mucha pena ver entre los pocos escritores buenos que tenemos repulgas y malas voluntades y ataques injustos. No, no debía un Valbuena tratar mal á un Menéndez y Pelayo! Más digno del agüa autor de los *Ripios* sería comprender del todo al ilustre historiador de las *Ideas celtílicas de España*.... Y hasta otro día.

CLARÍN.

PALIQUE

SOBRE MOTIVOS DE LOS RÍPIOS ACADÉMICOS, DE VALBUENA

(Conclusión.... que se continuará.)

Ante todo debo decir que cuando hablaba yo en el primer artículo del ilustre poeta dramático Sr. Tamayo no sabía que este señor estaba enfermo de algún cuidado, según, después de publicado el artículo, supe por conducto de la Agencia Fabra. Es claro que de haber tenido noticia de tal enfermedad no hubiera dicho nada que, mucho ó poco, pudiera mortificar al paciente, por cuya salud quedo rogando á Dios muy de veras.

Y vuelvo á mi querido amigo Venancio González al cual ya consideración á lo mucho que me ha divertido su libro, apenas tengo valor para seguir censurándole aquello poco que no es de mi agrado en los *Ripios Académicos*.

Quedábamnos en la injusticia con que trataba á Menéndez y Pelayo. Bueno, ó medianio que decidido á no respetarle como respecta á otros, á no *consentirle* (*l'acquiescer*), como tradujo un crítico, tomara en cuenta estos ó los otros defectillos de los grandes, tales ó cuales duras de verso, asonancias, etc., pero *¡poco!* debió un Valbuena, amante de los clásicos, ochar en cara á Marcelino su poesía erudita, que un poeta, ó lo que sea, que conoce á Grecia y la conoce bien, no de oídas, sino por estudio directo de su genio, deje en los propios versos reflejos de los esplendores clásicos, helénicos, no mereca castigos, ni censuras, ni excomuniones. Podrá ser ó no ser poeta Menéndez y Pelayo, pero de fijo no deja de serlo porque en sus versos hay una mitología y alusiones que no puedan entender los *romancistas*, como diría Cánovas. No necesita Venancio González que se lo recuerde que poetas de los mejores del siglo están llenos de *saladuras* de ese género, y que algunos de ellos en este saber clásico tienen sus títulos mejores de gloria. Goethe, Byron y Victor Hugo mismo, populares, universales, comprendidos, más ó menos, por el mundo entero, están llenos de erudición que necesitaría notas y larguísima comentarios para que el vulgo pudiera atar cabos y entenderse del todo. Hay quien, como el inglés Keats; enterrado en Roma, se hizo célebre por unas pocas poesías de reminiscencias helénicas. Y dejando á los muertos, los Carducci, los Rapisardi, los D'Annunzio, los Leconte de Lisle, y toda la falanga de poetas modernistas de Francia y de Inglaterra, son *salados*, son *clásicos*, y su poesía erudita no se llena sólo con recuerdos latinos y griegos, sino que busca asno en la India, en Persia, en las tradiciones bárbaras, etc., etc.... Pero ¿á quien se lo cuento yo todo es o?

Como yo no adulo á nadie, y las buenas ausencias que sé que le debo á V. González y sus elogios tan públicos como inmerecidos no quiero dóbárselos á costa de la imparcialidad, diré que me llega á parecer hasta apasionado y un poco discreto que osotumbra al censurar á Marcelino por su oda á la muerte de Cabanyes, que en general puede tener por buena y en algunos pasajes por muy poética. Porque pasión es, sin duda, y no la opus-tumbada discreción de Valbuena, criticar á M. Pelayo porque cita una sentencia de Menandro que dice: el amado por los dioses muere joven (*en ou thei, thianon, apolunskoi neoi*). Con esto, dice Valbuena, demuestra Marcelino sus ridículas aficiones paganas. ¡Por Dios, don Venancio! No diría más el famoso Ganme. Según V. González, M. y Pelayo debía haber preferido, para decir lo mismo, un texto cristiano, un versículo del libro de la Sabiduría que dice: *"Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus aut ne fictio deciperet animam illius"*. Ni el libro de la Sabiduría, literatura y científicamente hablando, es un libro cristiano, ni en ese versículo está mejor expresada la idea de Menandro, sino ampliada, *desleída* y hasta algo debilitada por el *aut*; es más, en rigor no se trata del mismo pensamiento; el autor *oriental* (no cristiano), concretando y explicando el mal ó los males que esperaban al que ha sido arrebatado, dice más que la dulce, misteriosa y muy poética frase de Menandro.

De todas suertes, no es justo censurar á un poeta porque escoga citas en los clásicos griegos y no en la Biblia.

Tampoco estoy conforme con que á Valera se le diga que es un prosista pasaderillo. Valera es un prosista excelente y escribe mucho mejor que D.^a Emilia Pardo Bazán y que Tejado; y tan bien en su género, como Pereda en el suyo. (Y no nombro al otro escritor que Valbuena cita en estas comparaciones porque sería ponerle en ridículo compararlo con Valera.) También la justicia me obliga á decir que algunos de los defectos que Valbuena señala en los versos de D. Juan están bien señalados, pero más diré, que la sutileza crítica, la delincuencia del gusto que Valbuena son admirables, las demuestra mejor que otras veces cuando se empeña en encontrarles ripios y otras debilidades en los buenos escritores.

Do cuanto dice de Echegaray en general también puedo decirlo. Echegaray es un gran ingenio; sus defectos no son pocos, pero todos ó casi todos le serán perdonados porque nos ha hecho sufrir mucho, pues no sólo hay sentimiento en la *picardía* trágica, sino de otras muchas clases, todas *críticas*. Lo que no niego es que en los dramas en verso de D. José, especialmente en los de esta última época (los que más ha ensalzado la gaceta imbecil), hay muchísimos ripios y otros defectos de rötica y algunos de gramática, pero también hay mucha poesía y

había más antes, cuando Echegaray no escribía los versos castigándolos á gusto de Cañete y compañía.

Por último, Núñez de Arce (que parece que no se ha inserte en algún calle), aunque se pierda por los epítetos, se salva por muchas cualidades que hacen de él, sin duda, el mejor arquitecto de nuestra moderna poesía. Sobre todo, no hay *andamiaje* como los suyos. Los versos de Camposamor, más robustos por dentro, parecen más flojos, más fofos.... porque no lloran coras. Núñez de Arce es entre nuestros poetas (fuera, es claro, de Zorrilla) el que tiene mejor oído. Y el oído, tratándose de poesía, es algo. Como lo demuestra el mismo Valbuena, que debe mucho, como crítico, á su delicadísimo gusto rítmico. Pero es verdad también que, así como á Camposamor se le podrían encontrar muchos dualismos poéticos, á Núñez de Arce, en su *Marinía* singularmente, se le puede denunciar mucho contrabando de adjetivos inútiles, impropios, etc., etc., y otras *frustraciónes* no pocas.

Y he concluido el capítulo de cargos. Todo lo demás del libro de Valbuena me parece excelente, muy oportuno, de una valentía y franqueza dignas de enmienda.

Y si, por culpa de mi poco arte, para hablar de lo que no me agrada he gastado dos artículos, no será mucho para alabar lo bueno emplear otro palique; aunque me voy en la vergüenza de hacer en vez de un túnel no dos, como el otro (*El... duguy*, según dicen), sino tres.

Los dos primeros me los hubiera ahorrado si nosotros fuéramos como los académicos, que en tratándose de amigos no saben escribir más que alabanzas.

Pero en algo hemos de diferenciarlos de la gente ordinaria.

Hasta el tercer cañonazo.

CLARIN.

PALIQUE

DOBLE MOTIVO DE LOS RÍPIOS ACADÉMICOS DE VALBUENA

(Conclusión verídica)

Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable atacar con el vicio y con la razón con que Valbuena ataca á los entrometidos, dueños y soplores de la literatura. Primero hizo pedazos, redujo á polvo mejor dicho, la reputación usurpada de unos cuantos caballeros que por haber nacido en *dorada cuna* ó en cuna sobredorada querían que se les tenga por otros tantos cines de Mantua ó de Valcuse; y ahora tritura los falsos blasones de varios sujetos que, por haber sido bastante influyentes para sentarse en la Academia, quiron que se les perdonen sus rípios.... porque han intrigado mucho.

La empresa que V. González lleva á feliz remate en unos y otros *Rípios* necesitaba mucho más que la buena intención. Sin cualidades excepcionales de carácter, de inteligencia, de actividad, de buen gusto, no se consigue lo que el popular escritor sufrió ha conseguido. Los caen saben, por lo que respecta al carácter, si se necesita tesón, voluntad de hierro, abnegación y verdadera modestia para ir contra la corriente de la vulgaridad, de la opinión hecch, del estabuldu oficial, de las vanidades oncopetadas. La mayor parte de los escritores, por avisados que sean, hacen que pase de ellos esto caliz, y buscan cien pretextos para deslugar-se de la obligación de conciencia que consiste en defender el arte, los fueros del sentido común literario y del buen gusto contra la invasión de los necios, pedantes, etc. Hacer del propio cuerpo dique contra las olas de la necedad es empresa superior á las fuerzas morales de la mayor parte de los hombres listos. Es muy cómodo hacérselo el hombre desengañado y de graves ocupaciones que no tiene tiempo ni humor para llamar *gato al gato* y que se contenta con burlarse en secreto de los mismos á quien aplaude en público y llama compañeros. Más difícil es soportar los perjuicios, graves á veces, de ponerse mal con los señores influyentes de la aristocracia, de la política y de otras grandezas mundanas, á cambio de llamar tonto á quien lo es y señalar los despropósitos del que se mete á conservar el idioma y á sacarlo lustro sin saber gramática ni tener sentido común.

Si Valbuena, con lo que sabe, y las ideas religiosas y filosóficas que profesa, y lo que vale como ingenio, hubiera querido medrar y ser académico, y canovista influyente en la prensa, on las sacristías y on los palacios episcopales, etc., etc., ¿quién duda que el mismo Alejandro Pidal hubiera tenido que dejarle las viejas heatas de la aristocracia y ontro los mismos obispos y aun on presencia de Cánovas? Figurémonos que V. González, en vez de escribir primero años y años en *El Siglo Futuro* saladísimas gacetas anónimas, y después en *El Imparcial*, *El Progreso*, etc., etc., con sendos artículos, artículos de ruda oposición al Diccionario, á la Academia, á los aristócratas y políticos pseudoliteratos, hubiera empezado por no ocultar jamás su nombre y apellido y los hubiera puesto al pie de eruditas disertaciones no exentas de pedantería y al pie de panegíricos de Cánovas, de las *Instituciones vigentes*, políticas y literarias, etc., etc.... no cabe duda que con todo eso á estas horas le llamarían sabio y llevarían on palmas los mismos que hoy fingen despreciarlo y tenerlo por un pobre gacettillero desechado y de escasa comida. Albuena, pues, ante todo, á Valbuena por su carácter, por su valor ó independencia.

Pero no basta eso; otro hay que también se atreva á desafiarse las iras académicas y á contradecir el veredicto de la vulgaridad.... pero nadie los oye porque no tienen talento para poner de relieve, á la vista del menos lino, el lado fino del onemigo, y porque, sobre todo, no tienen el arte de escribir con gracia, fuerza y sencillez, cualidades indispensables para conseguir los buenos resultados que consigue el autor de los *Rípios*.

Hay además otra facultad que poseen muy pocos y que es indispensable para esta clase de crítica: hay hombres de indudable talento y que no tienen, sin embargo, esa especie de *aura nerviosa* de la piel del gusto, si cupiera hablar así, que hace á los delicados notar asperezas y sentir crispaturas indefinibles que

para los más no existen hasta que se les hace fijar la atención en sus causas. Una larga experiencia me ha hecho ver on este punto que el buen gusto exquisito en materia de lógica, gramática y surtismo era tanfimo y onvulso de él personas de gran talento, de gran porpiación on otros asuntos.

Valbuena es de los que sienten esas asperezas, de los que no toleran esos contactos antipáticos, y por eso hay sinceridad y razón on las *menudencias* de su crítica, que algunos toman por ensalamiento y sugestiones de la pasión.

Así, verbigracia, lo sono, lo insignificante, lo sofo lo toleran muchos llamados críticos que no von más delitos que los de *comidos*. Casteo, verbigracia, que no deja de tener, después de todo, su parte seria y digna de respeto como crítico, no vo lo tento, lo anodino, y con la mayor buena fe alaba comedias insul-sal, y copia entusiasmado versos vulgares, insustanciales, que á él le parecen excelentes porque se parecen á los *Trozos de Terradillos* en la forma descriptiva, narrativa, etc., etc.

Venancio González es un lino para lo deslavezado, inútil, sono, anodino, y lo descubro debajo de las apariencias fastuosas que suelen deslumbrar á otros.

Por eso, muchas de las censuras de los *Rípios* académicos que parecen injustas á los que juzgan de ligero, no lo son en realidad....

Si yo fuera á decir todo lo que se me ocurre con motivo de elogiar la crítica *satírica* y *análisis* de Valbuena, escribiría un libro entero. Tal vez en ningún país como on España (y en la América española) se necesita on tanta necesidad quien haga lo que V. González, porque en nuestra poesía moderna—llamando aquí poesía indistintamente á los versos de todas clases—las faltas de lógica, el olvido del orden de la naturaleza, el desprecio de las leyes retóricas, gramaticales y rítmicas lleva á una verdadera anarquía á multitud de escritores, entre los que hay algunos medianos y hasta buenos.

Por lo cual, ni ésta será la última vez que Valbuena aplique oportunamente sus disciplinas á la carne flaca, ni éste el último artículo que yo dedique á alabar sus *Rípios*, por lo cual puedo, sin gran desforo para mi arte de crítico, concluir estos artículos.... sin concluirlos en realidad, dejando lo mucho que queda en el tintero para las ocasiones futuras, que no tardarán en presentarse....

No terminaré sin decir que hasta de D. Pedro Madrazo ha encontrado rípios Venancio. El Sr. Madrazo es una persona muy bien *guiso* de todo el mundo, *posee* conocimientos envidiables.... pero sus versos, en efecto, son pésimos; y yo, á decir la verdad, me alegro de que se haya demostrado que es muy mal poeta un señor que on cierto discurso de la Academia nos vino diciendo que Quevedo escribía mal, era *decadente*, etc., etc., etc.

Era natural que Valbuena viniese á vengar á Quevedo.

CLARK.

PALIQUE

Casi casi hay que pedir permiso, en estos tiempos de Hueveros Robledos, para hablar de literatura. Estoy a punto de convencernos de que somos unos cursis los que todavía pensamos en tales miserias, y de que el espíritu de la época pide alimentos más fuertes, más mates y caracoles, como si dijéramos. En un país en que figura como ministro probable de Fomento Fabi, ¿oh Fabi! ¿cómo quieres que los periodistas hablen de los escritores propiamente dichos?

Pero, esa cura d'no, el caso es que Menéndez y Pelayo ha comenzado a publicar en la *Biblioteca clásica una Antología de poetas líricos castellanos* desde la formación del idioma hasta nuestros días.

Siendo Menéndez y Pelayo el encargado de ordenar y escoger las obras que han de componer esa colección, tenemos en el gusto

(v) No se publicó sin composición oportunamente por haber llegado tarde a nuestros muros. — (N. de la D.)

259 Madrid Cómico (Madrid), n. 385, 5 julio, 1890.

y el talento del ilustre crítico le sanción más segura para leer sin miedo de malgastar el tiempo los tomos de esta *Antología*.

En esa clase de libros, que obedecen a una feliz idea, el resultado suele ser muy diferente de lo que la sustancia de tal empresa origina; y así hay *Digestos* poéticos que no se pueden decir; como, v. gr., algunas recientes colecciones americanas en que al lado de poesías excelentes hay vulgaridades sin cuento; ejemplo de esto el ya famoso *Parnaso colombiano* y la más reciente compilación titulada *Poesías hispano-americanas*, que está publicando la casa editorial de J. J. Pérez, de Bogotá, y que sin haber pasado todavía de México, después de haber comenzado por las poesías religiosas de verdad de una sencilla e inspirada cristiana de otros días, ha llegado al extremo de insertar unas vulgarísimas octavas reales de una D.^a Laureana Wright de Kleinhaus, que escribe peor que cualquier poeta de Cádiz ó de Málaga.

El primer tomo (único publicado hasta ahora) de la *Antología* ordenada por Menéndez y Pelayo empieza por un anónimo del siglo XIII, descubierto por el ilustre hispanófilo Morel Fatio y publicado por el mismo en La Románica, y llega hasta Juan de Mena, comprendiendo ejemplos selectos de las obras de Berceo, el Arcipreste de Hita, Alfonso oncenio, Imperial, Villaseñor, Alvaro de Luna, etc., etc.

Sirve de introducción á este volumen un estudio de 86 páginas, en que el muy docto profesor de la Central enseña deleitando verdaderamente, y nos deja columbrar lo que sería la historia de la literatura española si andáramos de tiempo atrás en manos de muchos Menéndez y Pelayos. Por desgracia, los hombres de ingenio han solido ser entre nosotros poca aficionados á trabajar de firme, y todavía hoy los muchachos más despiertos aborrecen la erudición por lo que tiene de trabajo, de ajección, como desechan la moral vulgar por lo que tiene de abstinencia y continencia. En cambio los eruditos, los de *pasaderas de hierro*, suelen ser aquí, salvando pocas excepciones, nombres sin imaginación, no muy perspicaces, y de todo esto resulta que... todavía no hay un buen estudio del *Quijote*, y que la historia de la literatura patria es, hoy por hoy, materia árida, pudiendo ser el campo más ameno. Un Taine que nos estudiara, ¡qué cosas descubriría y haría ver!

Y eso que á Taine, al estudiar á los ingleses, le faltó mucho para ser completo. Taine, por ejemplo, no sería jamás capaz de comprender del todo á nuestros místicos. Y nuestros místicos estudiados *humanamente*, por el alma religiosa... libro, debiéramos ser sublimes: por ejemplo, ¡por un *Renan*... castellano!

En fin, sueños; impropios, por cierto, del MADRID CÓMICO.

Dofa Emilia Pardo Bazán acaba de publicar la primera parte de una novela titulada *Una cristiana*.

En rigor no es más que el primer tomo de una novela, y hasta que se publique el segundo, si es que no tiene más, estamos á media miel y nada se debe decir del libro como composición. Sin embargo, desde luego se puede adelantar la idea de que se trata de algo más importante, de más intensidad estética que *Morriña* y que *Involución*. La obra, no contando los primeros capítulos, que son de lo peor que ha hecho D.^a Emilia, promete (y empieza á cumplir lo prometido) un asunto más simpático, más interesante, de más vuelos que las novelas inmediatamente anteriores. Hasta se ve una idea en el fondo de toda aquella amena literatura, novedad digna de elogio... pero, en fin, no cabe soltar prenda por lo que se refiere al conjunto del libro, á su resultado total. En lo parcial, en lo que cabe juzgar sin miedo á que nos desmienta lo que falta, se ve de todo, bueno y malo. Lo primero bueno es la carta de la madre do Salustio, carta de gran novedad, muy realista en el sentido genuinamente literario de la palabra, graciosísima, significativa, modelo de observación y de imitación... y tierra á su modo. Pinta ella sola á la buena mujer que vemos luego en brazos de su hijo. Aquella señora activa, nerviosa... toda para su negocio, y al mismo tiempo simpática, interesante, es un tipo tomado á la verdad, pero tomado con arte. Tal vez no sea tan real, por lo menos *históricamente*, el buen franciscano-moro; mas al está idealizado, lo está dentro de justos límites y es, hasta ahora, un estudio de mano maestra, pues no es culpa suya si la autora, por la poca al que Dios le ha dado para las narraciones que tengan algo de cómicas, se ha estado pesada y desde luego insulsa en la aventura del dante del fraile. Cuando el buen padre muestra mejor su carácter como, equilibrado, feliz en sus límites, es después de la boda de su hijo, frente á frente del idealismo alcohólico de Salustio. Allí hay mucha miga.

Todo lo demás, por lo que toca á méritos, no es digno por ahora de mención especial.

En el capítulo de cargos hay que decir ante todo que la *autobiografía* es inútil y hasta enojosa, en libros escritos de esa manera: llega á ser completamente inverosímil, absurdo, que todo aquello lo haya conservado en la memoria el estudioso de Camuzot. No es sola D.^a Emilia en este defecto, pero ella ha ido más allá que otros contemporáneos y españoles que han escrito autobiografías que no lo eran más que en la forma gramatical de la narración. En toda autobiografía, aun admitiendo el convencionalismo de los diálogos exactos, de la adivinación de ajenas intenciones, etc., etc., ha de predominar el subjetivismo (en el sentido exacto, que tan pocas veces se emplea, de la palabra). Estúdiense nuestra novela picaresca, y se verá que allí la na-

rración es elemento del carácter del biografiado, y que allí los extraños son examinados desde fuera. Galdós, en su *sinigo Mauro*, siguió mejor este buen precepto que en otros libros de igual forma.

CLARÍN.

PALIQUE

Íbamos ayer (cuando todavía no habían entrado los conservadores) que la última novela de D.^a Emilia Pardo Bazán valía más, por ahora, que las dos anteriores, á saber, *Instalación* y *Morriña*.

Todo se puede echar á perder todavía, pues, en rigor, apenas conocemos más que la exposición y un poco de lo que llaman el nudo los gaceteros aristotélicos. También *Morriña* empieza bien y acaba como Dios quiere. Pero como el buen tiempo hay que meterlo en casa, aprovecho la publicación de la primera parte de *Una cristiana* para decir que, en general, me gusta, y me gustaría más... si no empezara por el principio. Un principio que lo mismo podía estar en el nudo, ó en ninguna parte, que sería lo mejor.

Después de las nimiedades soas y soporíferas de *Instalación* y de *Morriña*, la lectura de los primeros capítulos de *Una cristiana* desanima al más valiente. Por fortuna, más adelante se anima algo aquello y hasta llega á interesar de veras, porque la narra-

ción corre sencilla y sencilla, sin incidentes de pseudorealismo ñoños y del todo superfluos.

Comienza la autobiografía del estudiante de Caminos, Puertos y Canales con unas descripciones *naturalistas* de chinchos y ropa sucia que dan muchísimo asco. Habla D.^a Emilia de un género de porquerías á que jamás Zola aludió siquiera, porque el género *Jesucristo* se puede calificar de *noé*, comparado con las repugnancias que provoca el demerio del estudiante de Caminos. ¿A qué vienen todos aquellos capítulos resabidos, pedrestres, insulsos, de la vida de las casas de huéspedes baratas? Para lo único que podían servir era para hacernos ver, por una dolorosa experiencia, que el joven Salustio era uno de esos muchachos que se han metido á novelistas de costumbres, que es una costumbre digna de los castigos de la Pentápolis. Las casas de huéspedes no se han de tocar si no hay algo nuevo y bueno que decir; si la propia observación no nos ha hecho ver algún aspecto cómico—ó trágico—de interés, de mucho color, etc., etc. Casas de huéspedes hay en las novelas de Galdós, y en el *Pedro Sánchez*, de Pereda; pero hay allí gracia, vida, verdad, fuerza....

D.^a Emilia nunca ha vivido con estudiantes, habla de oídas.... y cuenta esas cosas en estilo de narrador soño y desgarrado. No era la Sra. Pardo que si Dios le ha negado el don de lo cómico lo va á compensar ella con acumular atrevimientos de un género que jamás podrá ser literario. Es una falta de gusto, de delicadeza artística, el pintar y contar lo que pinta y cuenta esta señora de las ciudades chinchos y ropas sucias y otras cosas ígneas todavía! En fin, yo en este punto no admito bromas, ¡puf! porque no quiero perder el estómago. Por supuesto que todas estas suciedades é *insulsos* están absolutamente de sobra; todo lo del cambio de posesas es por completo ajeno á la narración principal, nada dice del carácter del protagonista. En fin, olvidémoslo. Sólo indicaré que cualquiera diría que al empezar á escribir esta novela D.^a Emilia no tenía idea del asunto y dejaba correr la pluma, que después encontró el verdadero filón.... y ya no quiso borrar lo escrito, que nada tenía que ver con su materia. Allí ella; pero la composición de un libro no es cosa baladí, y estos caprichos lo sientan muy mal.

Por lo común, este libro está escrito sin pretensiones de aturdir al lector con primores de estilo y riqueza de diccionario, pero sucede, como otras veces, que los pocos *utilitarismos* que de que prescinde con dificultad una mujer que sabe algo de griego, contrastan con los desaliños y frases bajas que asean algunos pasajes.

* Bueno es escribir en estilo familiar y sin abusar de los esdrújulos, pero no hay que descender á la *lata* y otras palabras viles y sucias, ni mucho menos hay para qué construir viciosamente, á sabiendas, las cláusulas.

Dice D.^a Emilia, v. gr.: «...para lo cual necesito reforzar varios antecedentes, que algunos tienen sus visos de secreto de familia.» ¿Le parece correcto ese que algunos, ahí, de esa manera? En la página 48 dice Salustio á su tío: «El dinero que en mi carrera está usted gastando, lo reembolsaré, ó poco he de vivir.» El verbo *reembolsar* no creo que pueda usarse en tal acepción. Cuando uno debe algo á otro y se lo paga, el que reembolso es el acreedor, no el deudor.

D.^a Emilia no sabe, ó ha olvidado, lo que significa á *beneficio* de inventario. Dos ó tres veces usa la frase en un sentido que resulta absurdo. Tómese el trabajo de repasar su novela y se convencerá. El *beneficio* de inventario es, como sabe cualquiera, un verdadero *beneficio*, es decir, una clase de derecho privilegiado, pero no privilegio en el sentido estricto, que es otra cosa, sino como lo es la restitución *in integrum*, es el beneficio de no aceptar la herencia sino después de haber hecho el inventario, y sin obligarse á pagar deudas superiores al haber que del inventario resulta.

La frase *tomar á beneficio de inventario*, por mucho que se extienda su significado traslaticio, no puede nunca ser equivalente de *tocar á braga*; á como cosa de poco más ó menos. Y así la emplea D.^a Emilia, sin embargo. Menos mal si usara la frase en el sentido que lo dan muchos, según el cual, el beneficio de inventario se confunde con el beneficio de liberación.

Un escritor realista no debe olvidar estas menudencias. Ya otra vez se la sorprendió en flagrante ignorancia de la ley hipotecaria y del senado consulto. Siempre hay dificultades para ignorar este linaje de cosas.... menos cuando se habla de ellas.

En esta misma *Cristiana*, para hacer gobernador á un político que ha sido diputado provincial muchas veces, cree D.^a Emilia que necesita hacerle además diputado á Cortes una vez.

¿Y con qué malicia señala la treta de que su D. Felipe se vale para poder ser gobernador?

Todas estas cosas muy poco significarían en el *Rafael* de Larra; pero cuando se es realista como D.^a Emilia y como el castellano que armó caballero á D. Quijote.... no hay más remedio que saber zuzir las camisas que los caballeros andantes deben llevar en las alforjas.

Y hasta de poros. La novela promete; hay hasta una tesis, como las tesis pueden entrar en el arte sin estorbar. Para un libre-pensador, pero avisado, de veras independiente, de pensamiento original y noble, ¿cuál es la mujer más á propósito? La buena cristiana.... que si fuera hombre la tendríamos por un *neocatólico* más? Esto pregunta D.^a Emilia. Hay tela cortada, tela artística de verdad. Veremos cómo la corta.

En esta primera parte son muy de alabar la madre de Salus-

tio (y el facsimile de su correspondencia muy especialmente), el fraile franciscano—menos cuando se hacen pesados contando sus aventuras—y sobre todo el diálogo de este buen padre con el protagonista después de la boda de tifi. También está hablando, si los monos hablan, el curita fanático. Por último, es digna de elogio la frase pura, clara, armoniosa, sobriamente pintoresca que predomina en la novela. Ojalá sea la segunda parte digno runto de la obra.

Y sin chinchos.

CLARIN.

PALIQUE

A los que dicen que la poesía está llamada a desaparecer, como si fuera caja del Estado, les recomiendo que consulten las estadísticas literarias del pasado año económico, y verán lo que es bueno.

Con permiso de ustedes vamos a pasar revista rapidísima a la producción poética de Europa desde Julio de 1888 a Julio de

1890. Y vamos a pasar esa revista con ayuda de vecino. El vecino será esta vez *The Athenaeum*, que en su número de 5 de Julio publica, según costumbre, una revista de la literatura de toda Europa, del continente (1), se entiende, empezando por Bélgica, y acabando por España. Estas reseñas están recomendadas a sendos corresponsales literarios de las respectivas naciones, y entre ellos hay nombres tan respetables como el del famoso crítico italiano Bonghi.

Es claro que en esta enumeración sólo se trata de obras notables por un concepto ó por otro, porque si se fuera a contar todo lo que se escribe en un año en verso, Dios me ampare!

En Bélgica, tal vez á imitación de la antigua "Joven Alemania," existe ahora una escuela literaria titulada "La Joven Bélgica," en el año indicado ha producido esta escuela, ó lo que sea, entre muchos otros libros de poesías, los siguientes: *El arte en el destierro*, por Jorge Rodenbach; *La Princesa Maline*, imitación de Shakespeare, por Mauricio Maeterling; *La poesía flamenca* (de verdad, de allá, nos ofrece *Rouso-Violet* (lamento de las violetas, como si dijéramos), por una poetisa muy joven, Elena Swarth, y *Gedichten* (poesías), por Hilda Ram. En la poesía dramática se cita *De dood van Karel de Grote* (la muerte del Conde Carlos el Bueno), por Julio Planchquet.

En Bohemia la cosecha poética parece que ha sido buena este año. Allí hay dos tendencias: la nacional y la romántica, la que frisa en el pesimismo. La escuela patriótica ha producido *Cantos del campo y sonetos bohemios*, por José Sladek, y con el nombre, que no se puede leer por acá, de *Zpovírkonosi* (propongo que se llamo así á Martínez Campos), ha dado á luz Grina Geissel una gran colección de cantos patrióticos. Ruzena Jesenska ha publicado *Sonatas*, en que hay patriotismo, ternura y profundo pensamiento. El jefe del grupo pesimista, que se llama, como quien no dice nada, Jaroslav Urchlický, publicó este año *Días y noches* y *Almendras amargas*. Un señor Nachar dió á luz *Sin nombre*, que no debe de ser imitación de Velilla. Y en seguida vienen una porción de poetas nuevos, v. gr., Klase (Poemas), Manuel reg. z Cenkovs (De mí álbum), Simón (Poemas), Klastersky (A muerte y á vida), Eliška Krasnohorská (Sátiras), Francisco Chalupa (Cantos heroicos), y con variedad de obras poéticas de uno y otro género, hay que añadir los nombres de Jakubek, Svetopluk, Cech, Julio Zeger, etc. etc. En la poesía dramática se debe señalar: *Un general sin ejército*, por Bozdoch, *Los hermanos*, por Urchlický's (esto es chirriquisia, por lo visto, es un estuche), *El testamento*, por Stolba, y, por último, varias producciones escénicas de los apreciables señores Svoboda, Stronpeznický's y demás gaturales.

En Dinamarca.... No, quédonse ustedes. Que no se marche nadie. Basta de broma. No les abrumo más con esta erudición *schakanaschoisizka* y *scheknonnueiana*, que es la cosa más fea del mundo, y, sin embargo, ha hecho á Fabiá ministro, aunque malo. Lo que sí jura que no he quitado ni puesto una sola k y que todo lo he traducido, como lo he leído.

261 Madrid Cómico (Madrid), n. 387, 19 julio, 1890.

Fuera, jaquecas y hablando con formalidad, repito que resulta que cada vez se desarrolla más la poesía en todas partes. En Dinamarca, según un señor Viggo Petersen, crítico de malas pulgas, se han escrito muchos dramones medianiegos, pero las poesías sueltas han sido muchísimas y buenas. De Francia no necesitamos nosotros que nos hable un caballero Reinach, también de muy mal genio, y sabemos que, sin contar los versos postumos de Víctor Hugo, que se siguen publicando, los cien poemas modernos y modernísimos, *fin de siècle*, decadentes, místicos, etc., etc., nos dan cada semana diez ó doce volúmenes distintos de mucho buen gusto entre muchas extravagancias.

En Alemania se han fundado, á imitación del *Teatro d'opéra* de Mr. Antoine, de París, una institución, privada hasta ahora, que se titula lo mismo, y en la que se representan obras dramáticas naturalistas á más no poder. Hoyse acaba de traducir magistralmente en verso los principales poemas italianos, y singularmente su versión de Leopardi ha merecido grandes elogios de la prensa italiana (véanse, por ejemplo, los de Chiarini, en la Nueva Antología). El correspondiente del *Athenaeum* observa que la poesía lírica alemana actual debe su actividad principalmente á las hijueras. No podemos decir, nosotros, lo mismo en España, donde actualmente no tenemos más "ola" mejor poeta. Son también dignos de mención los poemas narrativos de Julio Wolff, Bernhardi, el anciano Frankl, Jordan-Grosch y otros. Yo no copio ó traduzco nada de lo referente á la poesía dramática durante el pasado año por no acumular nombres. Baste citar los de Voss, Sudemann, Hauptmann y Kirchbach. Tocante á líricos griegos basta citar, por lo que toca al año próximo pasado, *Palabras del corazón*, por Constantino Manos, y en punto á poesía dramática, *The Tempest*, de Koronilas. De Holanda no diré más sino que son notables los poemas del católico Schaeppman y los versos de Schimnel.

De Italia.... de Italia, como de Francia y de Inglaterra, podría yo hablar por mí propia cuenta, mas prefiero seguir al ilustré Bonghi, que nos cita ante todo el *Isotto* y *La quimera*, de Gabriel d'Annunzio (el cual tiene, esto lo digo yo, en publicación unas *Elegías romanas*, de las que conozco algunas admirables). Bonghi dice de d'Annunzio que no realiza tanto como había prometido, y que tiene mucho calor, y poco pensamiento. Yo opino que cuando el calor sugiere ideas es también un modo de

(1) De Inglaterra se cita ahora aquí: pero Inglaterra es el país de los versos por excelencia, como dice bien Matthew Arnold. "Los franceses en prosa, nosotros en verso."

pensar. Carducci ha publicado *Teseo odi barbare* durante el año pasado. Bonghi anuncia la obra poética tan esperada de la poetisa Vivanti, á cuyo libro Carducci ha puesto un prólogo. Yo he leído el prólogo, pero no los versos, que no sé si están ya publicados. Supongo que sí, pues he visto el anuncio. Bonghi cita varias traducciones notables, pero no se acuerda de la hecha por Rapiard de algunas obras de Horacio.

De Noruega nos habla un Jøger que no sé si es el célebre escritor de ese apellido. De los jóvenes que cultivan la poesía dramática dice que son inferiores á los novelistas nuevos, y habla de imitaciones del famoso Ibsen. (Este Ibsen, el Echegaray del Norte, aunque por otro estilo, ha sido traducido en parte al francés, y sería agradable ver representados por una Sra ó por una Duse su *Casa de muñecas* ó su *Aparecidos*, obras raras que ponen el alma inquieta y hacen pensar cosas nuevas. *Los Aparecidos* tiene un final que inspira.... ataques de nervios.) En la poesía lírica cita á Jonas Lie y Kierulff.

De Polonia buenas noticias: mucha poesía, tanto lírica como dramática, esta última notable. Pero los nombres son imposibles. El que menos se llama Kuczyński.

Y por último, llegamos á Rusia. Allí, después de tantas luchas de escuela, de tanto calor por los partidos, ahora predomina el individualismo; cada cual es su propia escuela (y á mí me es ya parece mal; creo que sólo por ahí se va legítimamente á la verdadera armonía). El libro que más llamó la atención esta temporada fué *La sonata de Kreutzer*, de Tsiaski; pero eso no es poesía.... en verso. A otra cosa. El poeta Minski ha expuesto sus ideas, acerca de la inmortalidad que pide la conciencia y que niega la razón, en la obra *La luz de la conciencia*. En la poesía dramática predomina el adulterio, pero allí no dan de puñaladas, ni matan á tiros, ni llevan á la cárcel á las adúlteras. No; á juzgar por las obras de Boborinski, Shnajinski y otros, el marido ó la mujer engañados se encargan de restablecer las buenas relaciones entre los adúlteros, si por acaso se turban. De poesía lírica nada nos dice el Sr. Milyourkov, que más ha de ser hombre de ciencia y filosofía que otra cosa; pero á mí me consta, por otros conductos, que las revistas vienen siempre llenas de versos, generalmente patrióticos.

Y en cuanto á España.... En España, según el Sr. D. J. F. Rinafo, que es nuestro cronista para el *Athenaeum*, no se ha publicado nada nuevo digno de mención, en poesía lírica, mas que.... las poesías del Sr. Duque de Rivas.... Así se escriben los *Athenaeum*! (Sabe Dios cuántos disparates y mentiras no habrán hecho traducir esos señores corresponsales de los kkk y los schunnzzzz....)

CLARIN.

PALIQUE ⁽¹⁾

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (imitación del MADRID CÓMICO;

Sr. D. S.l.v.d.r R.d. (M.d.r.d.).—Soy tan hacendoso que pierdo las cartas; las pierdo en seguida de tan bien guardadas, y al *montón anónimo* vaya usted á buscarlas! Perdida la suya, perdidas las señas; por eso le escribo con letras de imprenta, por el *MADRID CómicO*, para que se sepa, y aunque otros se enteren, por si usted se enterá. ¿Que si escribo el prólogo? Sí, señor, lo escribo, porque algunos versos me gustan muchísimo; otros son medianos y los hay malos. El conjunto puede, corrigiendo el libro, ser cosa de gusto, discreto, bonito, y honraré mi nombre con el frontispicio. Como usted no pide que le llame Homero, sino que le diga todo lo que pienso: lo amargo, lo dulce, lo blando, lo recio, lo fuerte, lo flojo, lo malo, lo bueno, lo que está de sobra, lo que es un defecto; como con el prólogo no me comprometo á darle el diploma de poeta egregio, porque, al fin y al cabo, no soy guarda-sellos, ni aun el *Villaverde mayor* de estos reinos, ni quito poetas ni pongo copleros; por estas razones y otras que reservo, le haré á usted un prefacio en corto y cañido, sin pinchar en hueso, si puedo impedirlo, saliendo por donde sale Lagartijo, incólume, intacto..... y sin compromiso. Para pormenores que no son del caso, vuelva usted á escribirme, poniendo *debajo* la calle y el número de casa y de cuarto. ¡Ah! *La Mariposa* es digna de un clásico.

Sr. D. S.n.s. . D.lg.d. (.d.m.).—El tiempo que tenía dedicado á escribir un palique, leyendo tu sainete lo he gastado ¡oh, S.n.s. . D.lg.d.! y ya no necesitas que te explique por qué el *Palique* de hoy va tan mermado. Me gusta la *Baraja* y el grajejo con que *dirá* Mesejo los chistes que en su boca tu *juguetona* *musa* (¡olé!) coloca..... Pero no digo más, y digo poco, por si acaso en mi juicio me equivoco; esperemos el juicio de Cañete, que es justo se respete, aun teniendo á Cañete por un loco.

Sra. D.^a C. R. R. de E. V. de A. D. (.... Mártir.).—Me manda D. Antonio que le diga que no vuelva á ponerle en tal aprieto; que él sólo sabe ahorcar con gran respeto, y más que la piedad la fama obliga. Si ahora subió al poder por una intriga, mucho debe á la fama de hombre neto, que cien vidas..... ajenas á un *conceto* sacrifica, sin dársele una higa. Siempre cruel por la razón de Estado, quien verdugo empezó verdugo acabe, del tímido burgués siendo alahado por su *valor civil* y flemá grave. Y, en fin, compadece al desgraciado: no puede perdonar..... porque no sabe.—El Ch.l.

CLARÍN.

262 Madrid CómicO (Madrid) n. 588, 26 julio, 1890.

PALIQUE

El Simbolismo lo invade todo, no sólo el arte y la religión, sino también la política.

Díganlo, ó *heréndito*, ó lo que sea, las cabras gaditanas que se comieron unas cuantas hojas de las listas de electores de su distrito.

¿Quién duda que esas cabras son conservadoras disfrazadas casi casi con piel de oveja, encargados, con ese traje de cabritos, de representar la farsa (ó comedia) dispuesta por Silvela, ese gran autor de autos sacramentales?

Esas cabras, al comerse las hojas, se las comieron porque creían que *estaban verdes*; y, en efecto, el sufragio universal para los conservadores es cosa *prenatura*, y las hojas en que consten los votos del pueblo que no es rico por su casa, toman á los ojos de los cabritos simbólicos el color de la esperanza y de los pastos.

Por otra parte, y siempre dentro del símbolo, las cabras conservadoras, acostumbradas á subirse á la parra, dónde mejor habían de hincar el diente que en las hojas de la viña del señor.... Silvela? El cual, con ayuda de Cánovas y demás, va á tapar las vergüenzas anticonstitucionales de la última crisis con la hoja de parra del voto libre en el garrote libre.

Una cabra era, según los mejores informes, la acreditada niña Egeria que inspiraba su política á Numa Pompilio, y si no recuerdo mal, una cabra fué también la musa de Sertorio; aunque, á decir verdad, no estoy muy seguro de nada de esto, y puedo que en mis datos y ejemplos históricos vea yo más cuernecillos de los que hay, porque como dice D.^a Emilia Pardo Bazán, escribo en una fonda, sin libros á la vista, y por más que he consultado en el balneario con varias personas, nadie me ha aclarado el punto, y no sé de fijo si la cabra era de Sertorio ó de Numa ó de los dos; pero, en fin, dejando esto para cuando yo tenga libros á la vista, lo cierto es que no han de ser solas esas cabras de Cádiz y que irán apareciendo otras, pues no en vano se dijo que las cabras, ó elecciones de Romero, todas van por un sendero, y quien dice Romero dice ahora Silvela; y primero pasará una cabra y se comerá unos pocos electores, y después pasará otra y se comerá otros pocos electores, y así, como en el cuento de Sancho Panza, hasta que pasen todas las cabras, ó sean todos los gobernadores y demás encargados de hacer sinceridad electoral.

Y si me dicen que esto no tiene que ver con la *misión* del Manirio Cóxico ni con mis aficiones literarias, respondo que á mi asunto voy; porque en Madrid no ha faltado cabrito, de los que hacen á pluma y á pelo, que se comiera á varios electores de oficio literatos, como, verbigracia, Ortega Munilla, Cavia, Troyano, Urrechea....

Ese señor cabrito habrá oído que los poetas habían sido siempre malos gobernantes, y se dedicó á quitarles el voto á todos los hombres de imaginación que halló por delante.

Así como algunos pendolistas políticos opinan que no deben

votar más que los que saben escribir, el cabrito del censo *madur*, leño piensa todo lo contrario, que justamente los que saben es; cribir son los que no deben votar.

Y bien mirado, no tiene nada de particular que los encargados de apuntarnos á todos los hombres libres y responsables no se acuerden de que existen los literatos, porque así están los porridicos, que, por regla general, tampoco se acuerdan.

Esto de que por el verano no debe uno calentarse la cabeza artificialmente por medio de la lectura y de que no debe haber producción literaria, ó si la hay no se ha de hacer caso de ella, es una exageración.

En ninguna época del año conviene que la vida intelectual quede entregada á las bibliotecas de las estaciones de ferrocarriles y á los cantantes de zarzuelas al aire libre.

Los españoles, que difícilmente leemos de corrido, estamos expuestos, con estas interrupciones de instrucción y vaga y amena literatura, á que se nos olvide el arte, y allá por el otoño nos estorbe lo negro y tengamos que entender los papeles como un delegado republicano de Gijón, que entendía los artículos políticos de la prensa de su partido.... por el tacto y oliéndolos.

En fin, Dios dirá. Si *está escrito* que no se lee nada por el verano, nos conformaremos. Después de todo, peor sería que ni se leyese.... ni se pagase.

Yo, para no molestar más á ustedes, me vuelvo á mi balneario, donde por no haber *letras*, ni siquiera hay una persona á quien le.... fastidie el Dante; ni quien sepa nada de la cabra consejera era cosa de Sertorio ó de Numa.

¡Ah! Y á propósito de cabras: esas que se comen los votos hay que meterlas en el corral al Sr. Silvela.

Y si no quiere que vuelvan á cometer atropellos, que las guarde. ¿Cómo?

Velando.... por los intereses de la justicia.... filosófica. Hay que matar el sueño, como dijo el poeta.

CLARÍN.

PALIQUE

Decía yo días atrás que estaba como muerta la literatura; pues no era verdad. El Sr. D. Lorenzo Mampiel d'Ayot vela por nosotros. Este señor, de varias Academias extranjeras, es el famoso inventor de aquel concurso dramático del que resultó que el mejor poeta de tablas que teníamos era un promotor fiscal ó abogado fiscal, ó cosa así, de la Audiencia de lo criminal de no sé dónde. Pero bueno, este Sr. D'Ayot no sólo protege á los poetas, sino que también es pintor, y en lo que lleva de vida ha escrito, yo sé, cinco obras dramáticas; y literarias, como él dice, veintidiecito; y después seis científicas, y en materia de diversiones nos da la lista de diez y ocho que tiene publicados.

Si todo ese inanejo de pluma se hubiera podido utilizar, ver-

bigracia, en el empeño de mover un molino; ¡figúrense ustedes qué desarrollo industrial!

En la lista de las obras literarias del Sr. D'Ayot me encuentro con gran sorpresa con una titulada *Oslo y Dendémona*, y en seguida con *Fabio y Virginia*, "novelita", de modo que el Sr. D'Ayot, que es, no sólo original, sino originalísimo, en cuanto á títulos no se para en barras y los toma de donde puede. Todos habíamos creído que *Fabio y Virginia* era del autor de *La Armonía*; pues no señor, no es de D. Bernardino, es de D. Lorenzo.

El último libro del Sr. D'Ayot que he recibido se titula *Thallor* y es un poema; pero no está llamado á desaparecer; porque está en prosa. El diablo del poema está dedicado "á Barcelona, á sus autoridades, sus literatos, sus poetas, sus artistas... y sus habitantes". De modo que para D. Lorenzo las autoridades, los poetas y demás gente ordinaria no *habitan*. Sea como quiera, el poema comienza así:

264 Madrid Cómico (Madrid), n. 393, 30 agosto, 1890

I

Volvio Thallor.

Siguen cuatro renglones y

Volvio Thallor

otra vez; otros ocho renglones y vuelve á volver Thallor. Entre otras cosas este señorito tiene las siguientes:

"No habia tenido más voluntad que la suya."
En lo cual no se parecía á Cánovas, que *tiene* además... la de Martínez Campos.

Pero se parecía en otra cosa: en que tenía "el estrabismo del dolor en las pupilas."

"Había perdido una cosa."

"El alma."

"Llevaba un peso menos."

"El corazón."

Thallor mata de una puñalada á un anacoreta porque no quiere darle la absolución y "vagó mucho tiempo sin rumbo fijo, hasta que por fin se detuvo mirando á la luna, que parecía un inmenso panderero rojo."

"A veces, dice el Sr. D'Ayot, tiene el alma resurrecciones de recuerdos que son no más que *fate* del sarcasmo," y añade:

"¿Por qué no hay sepulcros para sentimientos y por qué no hay sentimientos para sepulcros?"—Porque aquí no hay vergüenza ni nada, Sr. D'Ayot.

Otro pensamiento: "Con los espíritus marchitos sucede lo que con los limones exprimidos, siempre tienen una gota agradable." Justo, la gota serena.

Más:

"La conjunción de lo grosero engendra lo superior á lo infinito... filósofos! boca abajo todos porque sois unos necios de solemne solemnidad!"

Xa lo oye Fabio.

"Kamilla era ligera, breve, de caballos blancos, negros..."

"Thallor no era ni un hombre ni un espíritu, era algo inmensamente enigmático que superaba á la creación..." Como el dique de Tetuan.

Bueno, pues de este poema han dicho varios periódicos que era cosa excelente, y los mismos que no se digan anunciar siquiera una novela de Armando Palacio, por ejemplo, dan cuenta de la publicación de *Thallor*.

Pero ¿qué se ha de esperar de unos periódicos que el otro día hablaban de las *blesuras* de un obrero *blestrado* por la explotación de una mina?

Imitemos á D. Lorenzo d'Ayot.

¿Por qué no habrá periodistas para los periódicos y periódicos para los periodistas?

✱

Ha muerto Rodríguez Rubi, y como si cantara.

Apenas se ha hablado de él; y hasta los mismos *vestos dispersos* de su generación, que tanto le alabó y aplaudió algún día, le dejan desaparecer como si se tratase de un Barzanallana menos.

¿No lo han notado ustedes? Se han hecho necrologías de Rubi en que lo de menos era el poeta; lo más importante que se le encontraba era el haber sido ministro de Ultramar. Y es que hoy los chicos listos tiran á eso, á Becerras y Fabiás.

En otro país, á estas horas los periódicos populares, las revistas, etc., habrían consagrado artículos y más artículos serios; propiamente literarios, á estudiar el carácter del teatro de Rubi.

Aquí no entendemos de eso; ó noticias desdeñosas, ó bombos absurdos, oficiales y de pura apariencia.

Rubi valía mucho menos que creyeron muchos gacetilleros de antaño; convenido. Da risa leer, verbigiracin, los elogios que le tributan algunos extranjeros, inspirados probablemente por algún amigo de Rubi; pero al fin y al cabo escribió entre muchas malas, algunas comedias entretenidas, de relativa importancia, algo intencionadas; fué asiduo en el trabajo, y en suma, un literato.

Y ahora se habla de él como se podría hablar del fallecimiento del barón de Covadonga, senador por la Universidad de Oviedo y que escribía tubo con b (*tubo*, pretérito de tener), ó de la prematura muerte de Fabio, eso alquimista.

El cual, porque conoce las hierbas diu éticas, catárticas, narcóticas y eméticas, ya se cree con aptitud para ser académico y ocupar la vacante de Rodríguez Rubi.

Mal hace, por otra de más, Fabián Fabián aspirar á tanto honor.

Pero peor hace, por carta de mones, D.^a Emilia Pardo Bazán en pretender la misma honra disparatada.

¿Para qué quiere D.^a Emilia ser académica?

¿Quiere que la llamen la *Lakina*? Pues se lo llamarán sin que no meta entre tantos hombres.

¿Cómo quiere que sus verdaderos amigos lo alabemos esa manía? Más vale que fume.

¿Ser académica! ¿Para qué? Es como si se empufara en ser guardia civil, ó de la policía secreta.

CLARIN.

Por no hablar todos, ó casi todos, los días de D.^a Emilia Pardo Bazán, dejó para más adelante el examen de su última novela, titulada *La Piedad*, digna de atención por lo malo y por lo bueno, por lo bueno sobre todo; y, sin más preámbulos, paso á decir que he recibido un ejemplar del precioso álbum publicado por escritores y artistas de Santander con el nombre *De Cantabria*.

El regionalismo, que *per se* es una cosa natural y excelente, siempre es peligroso en España, porque suele significar el *salto atrás* de la civilización y de la nacionalidad. Pero entre todos los regionalismos, el menos peligroso es el literario, y entre todos los regionalismos literarios, uno de los más inofensivos es el de la Montaña. Se trata de la Montaña... de Castilla, del riñón del Reino, como quien dice. Cuando el regionalismo es literario y habla en castellano, y en tan buen castellano como el de Pereda y el de algunos de sus paisanos escritores, se puede decir que todo queda en casa. Temo yo los provincialismos de Valladolid

Palencia, etc., etc., en materia de harinas, pero ya son asuntos de vocablos; serían también de temer los montañismos si perdieran protección para... sus amas de cría, pongo por ejemplo, pero no mientras su patriotismo chiquito se reduce á alabarse, como es de justicia, los unos á los otros. En general bien lo merecen.

Publicaciones como *De Cantabria* no hacen mal á nadie; y en cambio hacen bien á las letras, á las artes auxiliares del libro, y á todos los buenos santanderinos, que pueden ver en un solo volumen, de unas 800 páginas á dos columnas, una rica muestra del ingenio y la inspiración de su país.

Pero... vamos despacio.

Yo no me comprometo á que me gusten todos los versos y todas las prosas, ni siquiera todos los dibujos del álbum *De Cantabria*; alabo la idea y el propósito del libro en general, y alabo en particular los artículos de Pereda y Menéndez Pelayo y algunos otros, pero no pongo la cabeza á cortar por las excelencias literarias de todos y cada uno de aquellos trabajos.

La composición en general merece elogios, pues han sabido sus directores dar relieve á las cosas y personas notables de su país. Lo que predomina es la sombanza rápida, la fotografía instantánea pudiera decirse, de los personajes más ó menos famosos de la tierra, y la descripción de las *terras regladas* que abundan por cierto en la provincia. Todos los santanderinos ilustres y todas las aguas minerales, fuentes de salud, figuran dignamente en el elegante volumen; pero he de advertir, con la franqueza que yo quisiera que me caracterizase, que, así como todos los baños no son Ontaneda y Besnayas, no todos los literatos, pintores, obispos, etc., etc., naturales de Cantabria son Peredas y Menéndez Pelayos, etc. No, y yo creo que la justicia y hasta la estética exigen que las figuras de primera importancia ocupen lugar de honor, y en fin, que se considere más la diferencia que va de unos á otros. El genio, dice Víctor Hugo, como todos sabemos, es la región de los iguales; pero no así el arte montañés. Esta igualdad ante la provincia es uno de los inconvenientes del regionalismo; por donde pasan los grandes quieren pasar los chicos, y eso no puede ser. El ser de Santander, ó de Oviedo, ó de Barcelona, ó de Sevilla no es una gracia; y el que es un hombre vulgar ó una adocenada medianía considerado como europeo, ó más concretamente, como español, no se convierte en un estuche porque se le mire desde la torre de su pueblo y en relación con el amor que tiene al país que *le dió nacer*.

Una de las cosas que más me irritan en esta materia de fama y méritos es la pretensión de muchos provincianos célebres que, con el pretexto de poner en las nubes á su tierra, embarcan de todo y se colocan modestamente en la categoría de sus paisanos ilustres de veras y conocidos por el mundo adelante. "No ha de ser la capital la que dé la gloria; no ha de vivir por fuerza en Madrid el ingenio", se dice. ¡No, señores! Pero... ni no es así! Pereda, Emilia Pardo, la Arrenal, Oller y otros no viven en Madrid ni en Madrid se ha hecho exclusivamente su crédito; y sin embargo, su fama, en mayor ó menor grado, es general, no tiene nada que ver con los esfuerzos provincianos en pro de la gloria de sus contreráneos. Los que no somos de tal ó cual provincia que por igual alaba á sus hijos ilustres de verdad que á sus notabilidades de campanario, conocemos perfectamente dónde empieza y dónde acaba el artificio. Por lo común á los hombres verdaderamente notables el *hombro* de sus paisanos más les perjudica que otra cosa; ellos se ganan su gloria á pulso. Pereda y Menéndez Pelayo, de fama universal, no les deben ni un átomo de ella á sus amigos de Santander. Y perdonenme éstos, entre los cuales hay muchos muy simpáticos y discretos, este desahogo incidental, que no va con ellos directamente.

Esto del regionalismo y del provecho que sacan de él las medias del pueblo, se presta á muchas consideraciones que yo pienso exponer en otra ocasión.

Ahora dejo el tema para felicitar especialmente á los señores Menéndez Pelayo (D. Enrique) y Pedro Sánchez (D. José Quintanilla), jóvenes de porvenir, poeta elegante y prosista conciso el primero, inteligencia clarísima y pluma correcta el segundo, ambos principales mantenedores de estas justas literarias en pro de los grandes méritos del ingenio cantábrico.

Lo mejor del libro de que se trata, en lo que á las semblanzas se refiere, es la de Pereda, escrita por Enrique Menéndez con energía prestoza, originales rasgos y ciertos ribetes de afectación que en un joven tienen su gracia particular, siendo como son, por lo que prometen para más adelante.

Catres, el artículo de Pereda, es una obra maestra de observación y relieve en pocas páginas; Menéndez Pelayo (Marcelino) nos da, con la gracia de quien hace jugando grandes cosas, un hermoso alarde de su erudición siempre discreta, recogida, intencionada; y con esto, y con añadir que hay en el libro artículos históricos interesantes y algunas poesías fáciles y correctas de Sierra, Enrique Menéndez y otros, concluyo y firmo.

CLARIN.

PALIQUE

Tal vez recordarán ustedes que hace dos ó tres semanas decía yo no sé qué perrerías de la empecatada inspiración poética del Sr. D. Manuel Lorenzo d'Ayot.

Pues ahora aprendan lo que es modestia, ó resignación, ó filosofía, ó lo que sea, los Sres. M. del Palacio, Cano, Vélarde, Ferrari, Grilo, Novo, Juan Rana, Bonafoux, Cartón y demás escritores de quien yo he tenido que hablar mal, muy á pesar mío.

Hé aquí la tarjeta que acabo de recibir en compañía de dos obras dramáticas que me regala el Sr. D. Lorenzo:

"Sr. D.... Distinguido señor: He leído su artículo del MADRID Cómico y he pasado un rato delicioso. En cambio de él le envío dos de mis libros (la venganza es un placer de los dioses, señor D'Ayot). Con tal motivo tengo la satisfacción de ofrecerme seguro servidor, Q. B. S. M., Manuel Lorenzo d'Ayot, caballero de varias órdenes extranjeras (como Jove y Hevia), director de *La Reforma Literaria*."

Allá va mi contestación:

"Sr. D. M. L. D'Ayot: Es usted de oro, y si lo que usted se ha propuesto es hacerse inmortal, cuente usted con que yo arrimaré el hombro para ayudarle en su noble propósito todo lo que pueda. Es más, si usted me apura, soy capaz de colaborar en esa revista que usted anuncia y que se llama *La Reforma Literaria*. Pero, Sr. D'Ayot, si usted es efectivamente tan rico como dicen, y quiere gastar alegremente su dinero protegiendo las letras, debe usted dedicarse á dormir sobre sus laureles y dejarnos á unos cuantos admiradores de usted la tarea de reformar la literatura esa, siempre á nombre de usted.... y con el dinero de usted. Déjenos usted á Sinesio, á Taboada y á mí, por ejemplo, unos cuantos millonces por sucesión *inter vivos*, ó *mortis causa*, eso como usted guste, y verá cómo á la vuelta de pocas semanas no se nos conoce de relucientes y limpios y fijos, con lo cual se habrá reformado la literatura lo suficiente para ir tirando. Soy de usted con la mayor consideración y también muerto de risa, seguro servidor Q. B. S. M. y su *Reforma Literaria*,—Clarín."

En cuanto á las nuevas obras que el Sr. D'Ayot me envía, basta decir que una se titula *La Condesa Leonor*, de la que le dice el autor al "Sr. D. Público.... tiende tu mano á la *Condesa Leonor*, desdichada hija mía, que viene sacudiéndose el polvo...."

Lo que parece ser es que al Sr. D'Ayot, que era riquísimo, le han explotado y le han limado algunos parásitos, merced á unos cuantos cartuchos de perdigones.... literarios; y él, que habla de sus salones *desvalijados*, debiera quejarse á la autoridad y dar más señas, prescindiendo del estilo romántico.

No se fie el Sr. D. Lorenzo de los artistas; los hay que sienten mucho, pero roban candeleros de plata sin que se sienta.

¡Ah!.... ¡Y que no se meta usted á político, sobre todo, nada de reformismo!

Deje usted que el mundo se reforme solo. Y usted no haga más que una cosa: echar la llave.

Usted que es literato, ¿ha leído el *Timón de Atenas*, de Shakespeare? Pues mírese en ese espejo.

El jefe de vigilancia encargado de procurar, que en la estación no se silbara á Cánovas se llamaba Pita....

Pues, si el abad juega á los naipes....

El P. Mortara se desmayó, y por poco se muere del susto, porque le picó una avispa cuando estaba celebrando el santo sacrificio de la misa.

La verdad es que comparada con la del *Mártir de Gólgota*, deja bastante que desear la presencia de ánimo del P. Mortara.

¡Fuego de Dios! ¿qué sería si leyera á Necedal!

¡Por una avispa ponerse á morir! ¡Ni que fuera el gusano recordador de la duda ó del análisis! ¡Que le echen avispas al Sr. D'Ayot!

La revista titulada *Les malinées espagnoles* anuncia la próxima publicación de una serie de retratos de hombres políticos nuevos, y entre ellos cita á Cánovas.

Cánovas no es nuevo, lo que hay es que le han puesto como nuevo, y por eso el barón Stock se cree tan flamante.

¿Qué le habrá hecho el queso de Burgos al Sr. Cánovas? Ello fue que en Vitoria le negó, lo que no sé puede negar á ningún queso bien nacido, que tuviera bastante leche.

Pero es fama que el queso de Burgos, al saber de tales censuras, que no están á la altura de su desprecio, se puso á mirar á Cánovas, se encogió de hombros, y exclamó:

—¡Ta day, probeza!

Ayuntamiento de Madrid

CLARÍN

La Prueba es el título de la última novela de la Sra. Pardo Bazán, y esta *Prueba* es la prueba de lo que tantas veces he tenido el honor de decir respecto de las cualidades artísticas de tan ilustre señora. El asunto, el propósito del autor pedían una de esas novelas de alma á alma que tanto escasean en nuestra literatura, mientras abundan en la inglesa y en la francesa, y aun en la rusa; pero el temperamento de D.^a Emilia pudo más que su buen deseo, y lo que había de ser espíritu se convirtió en materia, y las tribulaciones del alma, las lacerias de la conciencia tomaron carne y se pudrieron y fueron lepra al natural. Si; todo es forma y materia en el libro de que hablo. ¿Había que hablar de una cristiana? Pues la autora, en vez de entrar en lo que debo ser siempre lo más importante de un cristiano, su corazón, no

nos dejó ver más que el cuerpo de su heroína, y ésa por una combinación de espejos no muy claros. Parece que de propósito se puso obstáculos artificiales D.^a Emilia para no poder llegar al fondo de su asunto. Acaso hubo en esto justa desconfianza de las propias fuerzas, pero de fijo influyó también la preocupación estética del exteriorismo sistemático de nuestra autora, preocupación que se origina de antiguas lecturas demasiado asimiladas y creídas sin reflexión suficiente, y además, de la complacencia especial que nace de encontrar reglas artísticas que vienen como á sancionar nuestros defectos y á convertir en ventajas nuestras deficiencias.

En general, los autores españoles, con excepción de los antiguos místicos (jamás bastante alabados y estudiados) y del sublime Corvantes (tan poco estudiado), son medianos psicólogos en la novela, y los novelistas modernos de por acá, si se meten en teorías para explicar sus procedimientos, suelen buscar razones para defender sus pobreza de medios psicológicos, en la debilidad del arte nacional. Doña Emilia, influida por esta tentación de hallarse con las propias limitaciones del ingenio, que se achacan á sobriedad y prudencia y sentido práctico, y por la lectura *trop chérie* de los Goncourt, tal vez de los Parnassianos, etc., no ocultó su antipatía contra el renacimiento de la novela de introspección; y no hace mucho, en un libro que dedicaba á Francia, al hablar de *Le Disciple*, estudio admirable, como tal, de Paul Bourget, alababa con cierta ironía desdeñosa la autileza del análisis del ilustre crítico francés. Es más, se diría que doña Emilia le tiene odio al alma: en efecto, en esta misma novela, en la descripción graciosa y cómica, pero de dudoso gusto, y no sé si exacta, de una familia inglesa protestante-avencada en Madrid, la autora de *La Prueba* se burla, no sé si discretamente, de los cánticos espirituales del buen pastor y su prole, cánticos en que "andaban como por su casa las *souls*", (las almas); ¿y qué, señora? Usted que va á París todos los años sabe mejor que yo que eso de hablar del alma mucho no es una costumbre anticuada ni tan pastor protestante como usted indica; un crítico inglés escribiría no hace ocho días esto: "Francis está en la actualidad muy preocupado con una reacción idealista: *nothing is more real to him than the soul*". Nada más fin de siglo que el alma, *soul*.

Por lo visto, D.^a Emilia profiere plantarle en la moda de los Goncourt y de los Gautier. Está en su derecho; pero entonces, ¿para qué escribe *Cristianas* y *Pruebas* de cristianas?—Yo lo confieso ingenuamente; aunque la última obra (*Una Cristiana*—*La Prueba*) de D.^a Emilia me parece de mérito, por razones que ya he expuesto en parte hace tiempo y por otras que expendré, esperaba cosa muy distinta bajo el título *angelical* que había escogido la autora de *San Francisco de Asís*; creía que iba á ver, si no una sincera, patética, natural confidencia de la misma dama, cristiana también, que escribía, por lo menos algo que en reflejo me hablase de una vez, la primera, de las cosas hondas é importantes de que jamás ha hablado D.^a Emilia; á pesar de su catolicismo y su naturalismo. Puede un autor católico ser naturalista, sí, pero ha de vérselo lo católico lo mismo que lo naturalista. Á D.^a Emilia se le ve lo naturalista, pero no se le ve lo católico. Á Zola se le ve lo naturalista, y lo racionalista,.... y lo pesimista; lo mismo á Flaubert. Á pesar de su famoso *impersonalismo* (que como ha dicho bien Bourget, no es más que aparente, formal); á D.^a Emilia se le ven muchas cosas, pero no se le ve la cristiana que dice que tiene dentro. Porque ya comprenderá ella que tratándose de un artista no bastan manifestos, como puede darlos Pidal, ni apologías de la fe. No es eso lo que se busca. Es.... la *soul* cristiana. Y no parece. Aquí quería yo verla, en la *Cristiana* y en su martirio (*La Prueba*). Tampoco está. D.^a Emilia dirá que sí. Vamos á ver cómo no.

El argumento de *La Prueba* se parece un poco en la fábula y en el asunto moral á una novela escrita en inglés poco hace por Andrés Rafailovich con el título de *Un desierto voluntario* (*A Wilting exile*). Advertió á los que andan á caña de plagios que la novela inglesa es probablemente, no puedo asegurarlo, posterior á la española.

Daisy, la protagonista, se deja casar; porque conviene por motivos extraños al amor, con Brome, á quien no puede querer, incapaz de comprender á Daisy, porque ella es un alma pura, noble, sencilla, y él un fatuo, un *suro*, Clarence, un hombre digno de Daisy, alma (*soul*) hermosa de la *arte*; se presenta más tarde, cuando ya no puede unirlos un lazo legítimo.... sino previo el divorcio.

Daisy va á abandonar á Brome por buscar el amor, pero el marido enferma, necesita de los cuidados de su mujer, y ella se sacrifica, se queda al lado del marido, renunciando al amor, á la felicidad, obediente sólo á la voz del deber, en aquella *soledad* de que habla la *Imitación*, en que nos quedamos sin mí, sin *vos* y sin Dios, como dice Lope, en la aridez del espíritu, del alma abandonada que nos pinta Lirio, sin otro amparo que la conciencia del deber. El argumento ético de *La Cristiana* y *La Prueba* es en el fondo el mismo. Titi se casa con el judío de su tipo sin amor, por motivos extraños al corazón; su primo Salustio—aun que aúda—no llega á hacerla sentir, ó tal nos dice él por lo menos, y cuando acaso ella iba á sucumbir, cuando había cometido ya algunos pecadillos preliminares; la enfermedad de su esposo, la lepra, la sujeta al lecho del paciente, y como aquella santa, cuyo nombre no recuerdo, en la podredumbre del cuerpo encuentra la Titi la fortaleza, la salvación de su alma.

Pero es el caso que, según nos pinta á su cristiana D.^a Emilia, por lo poco que de ella podemos ver, más que su espíritu, del que sabemos por referencias, nos admira la resistencia de su *estómago*. "Dejadme de tiqui-miqui psicológicos y místicos, viene á decir D.^a Emilia; el verdadero cristiano se prueba cuando las llagas á un leproso...". Ciertamente, pero eso, que tiene mucho mérito hecho, es muy fácil para dicho. El héroe á curar llagas bien; pero el poeta á pintarnos el alma, del valiente, no á consignar el dato que podría servir de testimonio en un juicio contradictorio. El mérito del artista no aumenta por la magnitud de las hazañas que relata, y la Pardo Bazán, excusándose de estudiar y pintar á su cristiana por dentro y de hacernos ver el conflicto espiritual, no deja de huir las dificultades de su asunto, por muy á la vivo que nos describe las lacerias bíblicas del leproso y la fuerza de estruendo de su legítima esposa. Si eso valiera, el libro más artístico sería *El Martirio*. El ilustre Dupaulou, en un prólogo ó cosa así á la vida de Santa Juana Francisca, abomina de las historias de santos escritas con arte, poéticamente; pero es porque el prelado persigue otros fines de los que se propone el novelista. Este no puede consentir en ser poeta que se adora por el santo.

En fin, otro día continuaremos murmurando del libro de doña Emilia, para pasar en seguida, con mucho gusto, á elogiar lo mucho bueno que *La Prueba* contiene, entre lepra y todo.

Por hoy.... me lavo las manos.

CLARIN.

Quedábamos en que *La Prucha* de D.^a Emilia Pardo Bazán no era la novela que yo había soñado. Ya que en *La Cristiana* Carmen Aldao no es más que una cantidad negativa; por lo que respecta al fondo, una resistencia, y por lo que respecta a la forma, una imagen *virtual*, ¿por qué al llegar á la segunda parte, que en rigor no es más que un *segundo* tomo, no cambió de procedimiento la autora y dejó la inoportuna forma autobiográfica, para hacernos entrar directamente en el corazón de la Titi? En vez de esto se entretiene en seguir las divagaciones del estudiante de ingenieros, que aunque más instruido en letras y filosofías, ó pseudo filosofías, de lo que yo soy, no sabe más de caminos ó de montes, al fin es un muchacho de mediano ingenio, poca formalidad y superficial como el solo. Adicionadilla á escribir á lo realista, vuelve á tomarla con las casas de huéspedes y multitud de incidentes anodinos, esporíferos, impertinentes y deslavazados; de modo que cuando parecía que la verdadera novela iba á presentarse, estando esperando otra vez, preparando todavía el escenario donde ya debíamos estar esperando la catástrofe ó lo que fuera.

Francamente, D.^a Emilia, tan discreta y al parecer seriamente amiga del arte, no tiene perdón por esta clase de descuidos en la composición; parece que escribe por broma, que no medita los asuntos, ni las proporciones de su obra, y que es, como todos esos pobres adoncidos de naturalistas que, á pretexto de que en realidad nada *empieza ni acaba*, escriben libros sin pies ni cabeza. ¿Cree D.^a Emilia que eso de dar libros y libros sin composición crítica, á salga lo que saliere y cuando saliere, es actuar de realista ó seguir contra las tendencias del espíritu de raza, el bello desorden germánico? No tiene nada que ver ni con uno ni con otro. En talentos como el de la Pardo Bazán, nada poéticos, menos soñadores, ordenados, discretos, *recordados*, la vaguedad y la indecisión estilística tienen que ser falsedades, y en obras de la índole de estas novelas de costumbres *reales* y de observación, nada líricas, nada humorísticas, la didáctica de la composición sabia y armónica es indispensable.

Por lo que toca á la realidad, que no está *compuesta*, se ha de ver que la realidad no es cosa artificial; pero desde el momento en que se imita la realidad para ser contemplada, hay que tener en cuenta que se transforma en espectáculo, y entonces aparece la *perspectiva* (la composición en el arte), la cual en la realidad, como tal, no existe, pues no se presenta sino con el espectador. Yo no diré que en una novela debe existir aquella rigurosa dependencia de cada parte desde el principio, á un efecto final, que pide el autor de *Los poemas en prosa* para las *novelas* á lo Poe; pero es indudable que, aun dando en los grandes cuadros de literatura épica á la digresión lo que es suyo, la idea de unidad y la de armonía deben estar presentes siempre y revelar en el carácter *orgánico*, si vale hablar así de estas cosas, de cuanto en tales obras se escriba. Esto no es cambiar la realidad, convertirla en arte, como tampoco el método y el sistema á que forzosamente ha de atenerse el científico niegan la independencia del mundo respecto de tales andamios, pues es claro que aunque la naturaleza sea un *cosmos*, un orden, no es en sí un orden dialéctico; lo es, reflejada en la conciencia del sabio. Igual en el arte. El mundo no tiene composición, pero visto por el artista se convierte en una *experimentación*, necesariamente *compuesta*.

Bueno, pues todo este es música para D.^a Emilia, que acá nos manda novelitas sin *componer*, como se le mete el dedo en la boca á un tonto,.... que no muera.

Acabo de hablar de experimentación, que diga lo que quiera D. Juan Valera, y digan lo que quieran el malogrado Guy de Maupassant y otros críticos, existe en la esfera moral y en el arte también, á su modo; pues bien, la experimentación artística es, en conjunto y en cierto respecto, la misma composición: la observación se convierte en experiencia cuando está preparada para un propósito adecuado al medio artístico. Pues esto también es música para D.^a Emilia; ella huye de la experiencia siempre del mismo modo: separándose de las dificultades, renunciando á los más eficaces efectos, abriendo todo lo contrario de lo que hace un Shakespeare, por ejemplo, que en cuatro rasgos, los característicos, los necesarios, los de *efecto*, nos pinta un alma ó una acción; por el contrario, la Pardo Bazán pinta todo lo que hay que pintar,.... menos los cuatro rasgos necesarios. Aquí se trataba de conocer de cerca á una joven que se sacrificia por un ideal de conducta más ó menos hábil, más ó menos racional, pero en fin, puro, noble; y para lograr el intento la novelista nos cuenta todas las impertinencias que le ocurren y se le ocu-

ren á un sobrino de esa Antígona de la lepra, de esa heroína que de buena gana conoceríamos.

Doña Emilia no deja de escribir más que las *scenes à faire*, como diría Sardou. Y lo más gracioso no es esto, sino que el *scédro* que describe, los preliminares en que se debilita,.... no son en rigor medio ni preliminares de su protagonista ni de su asunto.

Un ejemplo de esta constante preterición, ó mejor, *dépense del argumento*, lo tenemos en el momento culminante de la novela: Carmela está á punto de encauzar, el sobrino va á vencer, al fraile disputa la presa, promete que el triunfo será suyo, de la virtud, y en efecto, á los pocos días Salustio halla á su tia cambiada, allí no hay ya lucha, la gracia ha intervenido y con gracia se consuma el sacrificio. ¿Quién ha hecho el milagro? Entre la lepra y el fraile. De la lepra se habla, pero del fraile no; es decir, se habla del instrumento material, de la ocasión, pero no del elemento *psíquico*, de la lucha moral, de la victoria de la virtud artística; se nos oculta el momento de la resolución del conflicto, que sería lo más hermoso, lo más sugestivo y también significativo; y en cambio, se insiste en la pintura de lo asqueroso material, unas veces llegando á producir náuseas, otras haciéndonos olvidar, valga la verdad, nuestra repugnancia por la fuerza patética del cuadro, como sucede en la bellísima página en que Carmen sella con sus labios los de su esposo moribundo.

Concluiré otro día.

CLARIN.

(1) - Una carta que he notado rectificar, en el *palique* del número anterior me hicieron decir: «Su primo Salustio—entonces audaz—en llega á haberlo sentir». Y yo había escrito: «Su primo Salustio—cuando indigno—llega á hacerle oír».

PALIQUE

El tema presente de la *impresionable* opinión pública española es Portugal. Los mismos que hace pocos días andarían por plazas y cafés contando chascarrillos relativos á la hinchazón de frase y á la arrogancia cómica de los portugueses..... de almanaque, hoy se acuerdan del común origen de españoles y lusitanos, maldicen de Felipe II, y aun de Alfonso VI y hasta de Roberto el Piadoso, y piden á grito pelado que el *canapé* europeo del rey Juan VI vuelva á unirse políticamente á lo demás de España.

En buena hora. Mi opinión particular es que Portugal, España..... y la América española y portuguesa deben formar, antes ó después, una sola nación intercontinental. Todo eso está muy en su punto; lo digo de todo corazón, sin ningún género de ironía. Pero, en el ínterin, como dice *La Época*, mientras no nos unimos, procuremos ser lo menos ridículos posible.

A los españoles que claman por la unión ibérica..... vista ordenar, como si dijéramos, para mañana por la mañana, se les debe advertir que para pedir cosa tan justa y natural no hay que precipitarse, ni para que llamar *pérfida* á la *nebulosa* Albión, ni para que insultar en masa á todos los ingleses. A los portugueses que temen que cada *castellano* (casteão en el portugués de los chascarrillos) se convierta en un Maquiavolo y en una araña que se va á dedicar á cazar moscas lusitanas, se les debe hacer notar que los españoles, en general, no saben ni lo que es diplomacia; ni tienen planes de conquista ni de usurpación; ya se contentarían con que se rebajase la contribución un poco.

Antes que nos unamos decididamente portugueses y españoles, conviene ir formando costumbres de mutuo respeto y consideración; es necesario que los dos acá prescindan de los cuentos en que los de allá figuran siempre *reventando de forra* y perdonando la vida al mundo entero; es necesario que los de allá prescindan del estilo melodramático al tratar de nosotros, y que no nos coman tan crudos como solían.

Aunque es verdad que los partidos conservadores respectivos han hecho un poco, desde que tienen miedo al *Iberismo* en cuanto

arma revolucionaria, por mantener y acrecentar las preocupaciones de odio, miedo y desprecio que iban y venían como corrientes de antipatía de plebe á plebe en uno y otro país, también es cierto que es anterior, con siglos, al sistema constitucional el despego que hoy se quiere vencer en veinticuatro horas. En los primeros tiempos de Portugal aparece ya esa arrogancia, ese *mondragonismo* de que siempre hemos sido víctimas los españoles. Véase, por ejemplo, el siguiente epitafio que toma Loiseau de la *Orthographia da lingua portugueza* y que se remonta á la lejána época indicada por la forma del texto:

"Hic yacet Antonius Perez
Vasalus domini Regis
Contra castellanos misos:
Occidit omnes que quise.
Quantos vivos rapuit
Omnes exbarigavit,
Per estas ladeyras
Tulit tres bándeyras;
Et febre corruptus
Hic yacet sepultus:
Faciant castelani festa
Quia mortua est sua peste.."

Es claro, los españoles, que son poco sufridos, ante tantas y tantas generaciones de baladronadas, y después de verse tan *exbarigados* de palabra por los *Antonius Perez* de muchos siglos, discurren vengarse inventando patrañas, ridículos imposibles en que el carácter portugués se convierte en una caricatura de la hinchazón misma. No; ni es tan fácil *desbarigar* castellanos, ni los portugueses son tan *finchados* como nuestro folklore cómico los pinta. Lo que somos portugueses y *casteãos*..... gente pobre, y no hay que olvidar esto en las futuras combinaciones de unión ibérica. Un amigo mío tiene un principio económico que tal vez es el único bueno para el caso; cuando le convidan á comer en casa de pocas vituallas, suele exclamar: "Bien, iré; donde no comen tres no comen cuatro..", Vengan en buen hora los portugueses, y donde no comemos nosotros, tampoco comerán ellos.

Por lo demás, eso de los chascarrillos no debe molestarlos. Más cuchufletas dicen los andaluces de los gallegos. Y esto no impide que gallegos y andaluces caigan en el campo de batalla en el mismo montón, mezclando su sangre.

No sé si habrá *hecho una frase*. Lo sentiría.

CRARIN.

El ilustre literato D. Federico Balart que, en buen hora, vuelve al activo servicio de la crítica, influido por sus nuevas tendencias cuasi-místicas que tan bien parecen en sus hermosísimos versos, y acaso no le sean tan útiles en sus trabajos críticos, digo que el simpático y noble escritor *ha descubierto un poeta nuevo*, el Sr. D. Ricardo Gil, autor del libro titulado *De los quince á los treinta*.

El Sr. Balart asegura que nadie ha hablado al público de este poeta hasta ahora. Si lo que quiere decir es que ningún crítico de importancia ha escrito nada de las poesías del Sr. Gil, tiene razón el eximio crítico; pero si valiera, que no vale, contarme á mí por alguien, entonces habría que reconocer que no era tan absoluto el silencio á que el Sr. Balart se refiere. Hace un lustro lo menos tuve el honor de recibir el tomo de poesías titulado *De los quince á los treinta*, me interesé desde luego la introducción, lei varias de aquellas poesías, y me apresuré á escribir al autor, no recuerdo si contestando á una carta suya ó á la dedicatoria del libro; y aunque es claro que no tengo presente el texto de mi felicitación al Sr. Gil, sí recuerdo que le animaba á seguir trabajando, con cierta entusiasmo, aunque no tanto como al que muestra el Sr. Balart. Ignoro si el Sr. Gil recibió mi carta; estoy seguro de haberla escrito. Y también sé que en más de una ocasión en mis artículos aludí al poeta nuevo en son de elogio, aunque sólo señalando en él una esperanza y, algo superior, desde luego, á lo que se me quería hacer tragar como excelente. ¿En dónde dije yo todo eso? ¿Sabe Dios! Escribo en docenas de periódicos, no conservo casi ningún artículo, y me es imposible señalar el lugar en que existe lo que digo. Pero estoy seguro de que el Sr. Balart me creará bajo mi palabra. También me creará si añado que su artículo acerca del Sr. Gil ha venido á sorprenderme en un estudio acerca de la lírica contemporánea, en que al hablar un poco, muy poco, de la juventud española en este respecto, cité al Sr. Gil entre los que ciertamente hacen pensar en la posibilidad de que el Parnaso español se restaure.

Nada de esto le digo para llamar la atención y darme tono y aires de precursor, sino en beneficio del Sr. Gil, por si un átomo, á lo menos, pudiera pesar mi opinión favorable. Es verdad, y lo confieso ingenuamente, que si no pequé de omisión, sí pequé de olvido, de pereza, por no insistir en recordar la buena impresión que me había causado *De los quince á los treinta*. Si Armando Palacio, una de las pocas personas con quien verbalmente pude tratar de estos asuntos, tuviera una memoria que le falta por completo para lo que no le importa muchísimo, podría servirme de testigo; pues puedo jurar que no hace mucho tiempo, al quejarseme él de la carencia absoluta de poetas jóvenes en la España del día, yo le contestaba:

—Pues, mira; Rueda, sobre todo á juzgar por el libro inédito á que debo poner un prólogo, vale algo, ó mejor podría valerlo; y hace tiempo recibí yo unos versos de un tal Gil en los que había gran sinceridad, que es cosa muy nueva aquí, algo de idea, y á veces forma adecuada, aunque no original ni reveladora de la revolución rítmica que tanto necesitamos.

También al Sr. Vidart, uno de los hombres discretos é instruidos que toman con más seriedad los asuntos literarios, le yó

con gusto, y se fijó singularmente en ellos, los versos del señor Gil. Pero Vidart confiesa que calló.... por modestia.

De modo que.... ya somos tres.

Pero... por lo que toca al más insignificante de los votos, al mío, declaro que lo formulo particular. El Sr. Balart toma estas cosas un poco *grosso modo*, y lo que es muy bueno para sacar de la oscuridad un nombre que merece más luz que tantos otros untados con un fósforo que ellos no sudan; lo que es muy á propósito para dar fama bien merecida al Sr. Gil.... no sirve en rigurosa crítica para fundar un juicio exacto. Claro está que, desde el momento en que se considera poetas buenos á Velarde, Grilo, Ferrari, etc., etc., y así parece que piensa el Sr. Balart, es de absoluta justicia reconocer las dotes del Sr. Gil que, en mi opinión, vale más que todos esos señores juntos.

Pero.... la poesía, ¡oh, la poesía!... ¡Está tan alta, tan alta!... En fin, ya se hablará largo y tendido del Sr. Gil, que bien lo merece, aunque no se le tenga por un genio.

Y para que el Sr. Balart no diga que le escatimo los poetas.... voy á presentarle yo otro nuevo, al cual él, más injusto que todos, á pesar de conocerle y comprenderle, jamás ha dedicado ni una palabra de alabanza. Es un poeta á quien tengo en estudio hace tiempo, que entre otras cosas muy buenas ha escrito un *soneto* digno del Dante y de los mejores poetas *trecentistas*.... de ahora. ¿Que cómo se llama?

Pues se llama.... D. Federico Balart.

CLARÍN.

(1) En el próximo número se terminará el examen de la última novela de D.ª Emilia Pardo Bazán.

Por culpa del Sr. Barrantes (ó Des-Barrantes), tampoco hoy puedo terminar mi examen de *Le Pucha*.
Perdone su autor. Vamos á Barrantes.

Este señor es uno de los académicos de escalera abajo que tiene Cánovas para que le *barran* (1) y le copillen lo que las mande. Es, además, una especialidad en esa literatura de guayaba que nos quieren hacer tragar muchos con el pretexto de fraternizar con América.

El Sr. Barrantes es tonto. Eso ante todo.
El Sr. Barrantes es un ignorante. Esto después.
El Sr. Barrantes es un adulador. Esto siempre.
El Sr. Barrantes no sabe escribir con gramática.
Y es un poetastra detestable.

Al Sr. Lázaro se le ocurrió, á pesar de todo eso, encargarse al Sr. Barrantes la sección ultramarina de su *España Moderna*, y al primer tapón, supras.

El primer artículo de Barrantes comenzaba con un destiño á que seguía inmediatamente otro mayor; todo eso volvía faltas de analogía, sintaxis, lógica, retórica, etc. Yo—creo que en MADRID CÓMICO—llamé la atención del director de la nueva revista sobre los diálatos de D. Vicente para conseguir que, por bien de España y América, lo echaran de allí. Ese hombre, veía yo á decir, es capaz de no escribir ante los mismísimos patagones. El Sr. Barrantes no se creyó entonces á contestarme (además, lo que yo decía no tenía contestación; el mismo Barrantes tenía que comprenderlo: lo mucho que había disparado).

Pero es el caso que entonces era yo también redactor de *La España Moderna*, y el Sr. Barrantes no me iba decirme las pueras que tenía en el bulto. Llamé al día de separarme yo de *La España Moderna*, y se dice el Sr. Barrantes: Aquí, que no peca! Ahora puedo desahogarme á mi gusto, y llamar criticastro y Aristarot, con ironía, á este señorito que hace mucho puto en solfa (porque ésta es otra) mis poesías tituladas "Días sin sol," y que hace poco se burlaba de mi sintaxis y de mi *sinderesis*. ¿Creyó el Sr. Barrantes halagar á alguien á quien le conviene tener contento ó contenta á su mujer?

Como cada cual vive de lo que puede, no me quejaría de la conducta del antipático cochuelista si no hubiera hecho más que buscárselas á su manera.

Ese hombre que llama *días sin sol* á los días sin nómina, y que escribe á su mujer segundillas capaces de desacreditar al ejército de Jerges, tiene derecho á no tener paladar en materia de delicadesas, y hace bien en atacar cuando le conviene.

Pero otra cosa que tome por pretexto para su venganza lo que yo he dicho en MADRID CÓMICO del escritor argentino don Santiago Estrada, suponiendo que yo me he burlado de las obras de este señor, las cuales sale él, Barrantes, á defender armado de punta en blanco.

De las obras del Sr. Estrada yo no dije sino que las había recibido y que le agradecía el regalo; pero no me metí á juzgarlas, porque se trataba de siete abultadísimos tomos que yo no había leído entonces.... ni ahora todavía. Pienso leerlos, tiempo hay, pero en su día.

El Sr. Estrada, lejos de ver censuras ni leerlas en lo poco que yo dije de sus libros, me dió las gracias por telegrama, añadiendo que pronto tendría el gusto (el gusto sería mío) de dármeles de palabra.

Pues si al Sr. Estrada le pareció tan bien lo que yo decía de él, que hasta se proponía venir á verme para darme las gracias, ¿quién le manda á Barrantes meter cizaña y decir que yo quería burlarme del escritor bonaerense? ¿Quién le mete á defender lo que nadie ha criticado?

Que el Sr. Estrada es un escritor excelente. Si, será. Pero porque lo sea, ¿hay motivo para insultarme á mí, que nada he dicho en contrario?

¿A quién defiende Barrantes, al Sr. Estrada ó al autor de los *Días sin sol*?

Lo que le quemó á Barrantes (además de lo dicho) fué que, por lo visto, yo anuncié que él estaba llamado á dar grandísimo bombo al Sr. Estrada. Y como, en efecto, tenía que cumplirse la profecía, al llegar el momento el infeliz tascó el freno, y le llevan los demonios porque su obligación no le consiente dejarme por falso profeta. —"Sí, señor, sí, grita Barrantes echando espuma por la boca, voy á poner en los cuernos de la luna al señor Estrada, como ese criticastro había pronosticado, pero.... *homni solit qui mal y pene*, como dicen los sombreros.

El caso es que Barrantes cumple á la fuerza mi profecía y se desborda en ditiambos para alabar las obras del simpático focar argentino.

¡La Plata!... ¡Un millonario!

¿Qué había de hacer Barrantes? Él ama todo, como el poeta, pero el esplendor de las grandezas platónicas y cromatísticas le seduce mayormente.

Pero sigue escribiendo sin gramática. Ni aun para cantar el gran día que cantaba Meñistóteles encuentra D. Vicente la sintaxis necesaria.

Más aún, aquella indignación que el otro le daba versos hechos, no le sirve á Barrantes ni para hablar con propiedad y corrección.

Ejemplo: "Necesitaré yo reahazar la acusación de benévolo en demasía con los literatos americanos, cuando la *degracia*, que por tal la estimo, no me ha presentado todavía ocasión de elogiar

desempeñadamente ninguno de sus obras modernas que en las manos me han caído? Tres disparates cuento aquí, señor académico. Primeramente la pregunta de sus obras modernas, que en las manos me han caído, no es castellano. Conviértalo usted en el *cóndase* próximo, y verá lo que le dicen. Después, *es decir*, antes asegura usted que la *degracia* no le ha presentado ocasión de elogiar, y no es esto lo que quiso decir, sino que no es le ha presentado esa ocasión, lo cual juzga usted que es *degracia*. De modo que, académico y todo, dice usted lo contrario de lo que se propone, por culpa de la pizca letra, del empuetado arte de comunicarse con nuestros semejantes por medio de la palabra. Y vos usted, cualquier chocolatero publica un comunicado alabando su chocolate.... y lo alaba, y no se confunde ni dice que le echa polvos de imprenta ni suelas de zapato molidas.

Tercer disparate: usted asegura que siento no haber tenido ocasión de alabar á los argentinos desahogándose, pero usted lo que significa es *adverbo*? Pues si lo sabe, ¿vaya un crítico que quiere ocasiones para perder la medida y alabar con *cresco*, *descomodamente*!

Hable Barrantes de los prólogos de los libros publicados por el Sr. Estrada, y dice "el del Sr. Fabra (el prólogo, se entiende) no es prólogo, es un apéndice...." Pues entonces, ¿por qué escribió usted el del Sr. Labra suplenido *prólogo*?

Barrantes afirma poco después que él y Cañete saben "enseñar los dientes á quienes les busca las pantorrillas...." Pues si ustedes enseñan los dientes son perros...., y si son perros no tienen pantorrillas. ¿Vaya si tendrá usted ahora pantorrillas! Si fuera allí, durante los días sin sol!

Más Barrantes desbarbando: "Si por mi parte más disposiciones muestro al elogio que á la censura, como los libros ultramarinos (ese con es una construcción viciosa; y lo juro), tal proceder se inspira en un principio de estética circunstancial. La *estética circunstancial* es una invención digna de Estrada, no el de autos, el del *Pielito*...." Y en qué consiste la estética circunstancial? Oigamos: "...consiste en colocarme en un punto de vista relativo (lo mismo hacía D. Hermógenes para alabar los disparates de D. Eleuterio, que le daba de comer) que tome en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo, amén de otras muchas, acaso más trascendentes aun, que los críticos al uso no respetan.... Para mayor explicación de lo relativo, circunstancial, etc., el Sr. Barrantes enjareta un período en que se pierde el hilo, desaparece la oración principal, hay cinco ó seis sujetos, no se sabe quién rige á quién y.... en fin, léanle ustedes. (*España Moderna*, tomo XXII, páginas 187 y 188).

En otro párrafo Barrantes dice que habla bien de Estrada porque ha venido "á rendirnos el tributo de su amor...." Esa plural se refiere á Barrantes y á Cañete. ¿Pérdesele el Sr. Estrada, porque no sabe lo que se dice!

Y añade Barrantes que el Sr. Estrada no ha venido con jactancia, sino "con la natural satisfacción que el hijo emancipado lleva su *capos* y su *familia* á la casa paterna para honrar las canas del autor de sus días y hacerle exclamar como al poeta:

"El Señor en mis hijos me bendice".

El hombre que escribe así está loco, y sobre todo no tiene nociones de la lengua castellana, y si es académico, deben expulsarle de la Academia.

Hablando de la unidad de los siete tomos de Estrada, dice que éste no ha querido dársele, no ha tenido tales pretensiones, y añade: "Pero ésta (la unidad) surge natural, espontánea, *essi completa y originalísima*...."

¿Qué quiere decir unidad originalísima? Y sobre todo, ¿cómo ha de ser la unidad *essi completa*? O es completa del todo, ó ya no es unidad. Barrantes tampoco sabe lo que es unidad.

No sabe absolutamente nada. En cada cláusula de su artículo se pueden cazar diez garapos. Déjesele en poder de su *afasia* de académico incurable.

El Sr. Lázaro sabe que á pesar de todo se le estima y se estima su revista. ¿Por qué no tiene una coronazona y echa de sí al Sr. Barrantes? Pretexto, cualquier indirecto. Por ejemplo: Muy señor mío: habiéndome hecho notar varios suscriptores que usted no sabe español ni por asomos, he resuelto privarme en adelante de su preciosa colaboración chilopica. Los americanos *están en cubión* como usted dice, y no entienden el castellano si no se les habla en español.

Y cuando el Sr. Barrantes quiera otra, que vuelva por allá.

CLAREN.

(1) Barrantes viene de barrer y de desbarrar, porque lo mismo sirve para un fregado que para un barrido.

FALIQUE

Hace un mes próximamente, hablaba yo aquí de *La Prueba*, última novela de la Sra. Pardo Bazán. Dando entonces... no ha llovido, pero pudo haber llovido mucho. En otro país, en uno de esos en que se publican cada mes doce novelas dignas de alguna atención, *La Prueba* ya sería a estas horas una novedad muy vieja; pero aquí, donde apenas se da a luz nada original ni mediano, el libro último de D.^a Emilia es todavía de actualidad.

A pesar de los defectos que dejó apuntados, y de otros varios que he puesto en olvido, *La Prueba* llega a interesar, y allí, hacia el final, hay algo de ese patético que tan poco acostumbrados nos tiene D.^a Emilia. Esto se dice pronto, pero es una alabanza que pesa más, con sus pocas palabras, que muchos párrafos de censuras disueltas en tintura de eufemismos. Sí, hace sentir, hacia lo último, *La Prueba*; y aunque de lejos—por culpa del pícaro ingenierito que cuenta la historia—, aunque de lejos se nota el perfume de la virtud, ese olor de santidad, que han oído hasta los fisiólogos menos místicos. Repito que es lástima que la autora no nos haga asistir al cómo fue de la victoria del fraile

y de la gracia en el espíritu de Carmen Aldao; pero, de todas maneras, al verla triunfante, aguardida, en amorosa, según el alma cristiana, de su repugnante esposo; viniendo con facilidad, con la sultura que es el secreto estático de la gracia, las asechanzas del pecado, sentimos la impresión dulce que causa el arte edificante, cuando es verdadero arte, no intempestiva predicación sin belleza.

También merecen elogio algunas notas cómicas que salpican, de tarde en tarde, la novela. Por lo común, la Sra. Pardo Bazán no suele ser afortunada en este género de atractivos, y antes bien suelen malograrse en su pluma cosa y poco flexible los cuentos que acaso tienen obispo en sí mismos; pero ahora alguna vez la observación minuciosa y comienza de la ilustre dama llega a tener el interés de lo cómico; y así sucede en algunos de los rasgos con que pinta aquella familia curial de las tres hermanitas *unus é indivisibiles*, como la República francesa; y así sucede también en mucho de lo que se refiere a los ingleses protestantes y propagandistas; aunque en esta parte hay el contrapeso de cierto mal gusto, de cierta falta de delicadeza, que no es nueva en D.^a Emilia. En *La Tribuna*, si no recuerdo mal, hay otro olvido por el estilo de *patriotismo religioso* no menos... repugnante, digamos la palabra. Renan ha dicho bien: cuando la religión se hace nacional empieza a corromperse; si, es menos religión, se hacen más sólidas, acaso como institución temporal, pero no las alas. De esto habla, aunque en otra relación, la última poesía de Leconte de Lisle, titulada *Las razones del Papa*. Inocencio III reduce al silencio a *Jesús*, que se le aparece, *demonstrándole* que ya que El no admitió el ofrecimiento del demonio, que le daba la tierra, ellos, los Papas, la Iglesia, lo pensaron mejor y aseguraron el triunfo de la fe conquistando el reino temporal. A esta tendencia de materializar la fe, para asegurarla, obedece la idea de declarar el *poder temporal* necesario, y a esa tendencia obedece también el *nacionalismo* religioso, que D.^a Emilia entiende acaso mejor que la religión misma; como también entienden mejor el culto que el espíritu cristiano... Da pena ver a una mujer como la Pardo Bazán adulando al fanatismo indígena con burlescos de cierto género.

Y ahora poco espacio me queda para hablar del estilo y del lenguaje del libro. En general, en este respecto mejora cada día D.^a Emilia. La riqueza de su vocabulario (muy superior a la de sus giros) va siendo cada vez menos artificiosa, va pareciéndose menos a un escaparate de exposición. Apartada por completo de la antigua preocupación de inventar eclecticismos de lenguaje, entre arcaicos y caprichosamente originales, ahora suele pecar por el lado contrario, cuando confunde la llaneza del estilo con una indulgencia necia para los idiotismos de la moda callejera. Sobre todo, al copiar la conversación del vulgo, admite palabras, modismos y frases hechas, incompatibles por completo con el buen gusto. Del lenguaje vulgar debe copiarse lo característico, aunque sea fuerte, pero no lo tonto, lo estúpido. No es en este libro, sin embargo, donde más peca nuestra autora por este concepto.

Lo peor aquí es el *tecnicismo*, que aunque no abunda, daña, por venir en pésimas ocasiones. A veces, donde debía haber frases de pasión, de naturalidad, sinceridad y fuerza plástica... nos encontramos con palabrotas de botica. D.^a Emilia lo atribuye a la palabra *dicción* una virtud plasmática que no tiene. En cierta página hay una *química* digna de D. Hormigones; valga la verdad, D.^a Emilia debiera comprender que ese tecnicismo de primer año de medicina es el mismo con que se dan tónicos malos revisteros de traumatología, que describen las heridas de los diestros y de los caballos con el estilo de los médicos y hasta de los veterinarios.

Cierto es que hay en otros países. En Francia, por ejemplo, autores y hasta pudiera decirse escuelas que cultivan el *tecnicismo* intencionadamente, como una gracia... pero esos son otros López; Rosny, y gr., el autor de la extraña novela *Le Fermier*, describe con la fraseología de un sabio... y sin embargo, el conjunto resulta, a su modo, bello; porque no se usan las palabras técnicas en sustitución de otras corrientes y vulgares, que significan lo mismo y sean expresivas, sino que se usan palabras técnicas que no tienen adecuado equivalente, porque en rigor, aquí lo *tecnicismo* más es el objeto descrito que el lenguaje que no puede ser otro. Y así y todo, el mayor defecto de Rosny es ese *gongorismo político*.

En cambio, haría bien D.^a Emilia en ser menos técnica en la forma y algo más en el fondo. A la lista de sus descuidillos en ciencias históricas y jurídicas hay que añadir ahora otros varios, por ejemplo, éste: «El loco no posee derechos sociales y civiles...» (Cómo, señora! El loco tiene derechos sociales y civiles, como usted dice); lo que hay es que la ley atiende a ellos con particular interés, prestándoles garantías que no ofrece a los de otras personas. Ya se sabe que D.^a Emilia quiso decir otra cosa, pero a una escritora de su categoría bien se le puede exigir que hable con más exactitud de estos asuntos.

Otros pormenores. ¿Por qué llama *Hamlet* a Hamlet? ¿Por qué habla de la *inacción física* de Hamlet? Ni es exacta la expresión, ni lo que quiere dar a entender es una interpretación fiel del carácter de Hamlet. En eso de la *inacción física* de Hamlet hay algo parecido a la *capital* del Inferno del Dante. Eu Hamlet hay, como observa con razón un crítico moderno, indecisión, pero no inacción, y esa indecisión es para un solo asunto; en lo demás Hamlet es rápido para obrar, como lo prueba su viaje a Inglaterra.

Otra cosa. En la página 15 leo: «La veo que saluda a un señor... y al saludarlo se azara bastante...»

Ese azara, ¿es de D.^a Emilia ó del cajista? Los jugadores de billar, que además no saben gramática, suelen decir *azararse* no sólo cuando se trata de *azarar*, sino de *tur-laciones*, v. gr.: «Se azara si pierde...» Pero yo no creo que don Emilia opine que el verbo *azararse* pueda ser usado en vez de *azarar*.

Todas estas menudencias, y otras que omito en obsequio a la brevedad, importan poco; pero importan menos si no fueran acompañadas de tanto griego destrozado por el tecnicismo de farmacia y de cirugía.

CLARÍN.

272 Madrid Cómico (Madrid), n. 401, 25 octubre, 1890.

PALIQUE

Los boticarios ¿pueden ser filósofos? Indudablemente. Lo era Mr. Homais, el famoso farmacéutico de *Monsieur Bovary*, lo es, a su manera, el doctor Garrido y lo es Fabié, ese hegeliano de la extrema derecha de Martínez Campos.

Pero ¿conviene hacer de un Mr. Homais, ó de un doctor Garrido, ó de un Fabié, un académico?

Conviene para que la trampa se lleve la Academia cuanto antes.

La Academia ya no sirve ni para hacernos reír.

Su descredito es tal que ya no se scandalizan á nadie las escandalosas elecciones que estamos viendo cada vez que aparece un inmortal. Las injusticias académicas van ya á los fueros del buen gusto y de la literatura nacional lo que es á la honestidad la última cópula de la *scortum* callejera. ¿Qué importa una liviandad más después de tantas liviandades?

Donde están Catalina, Barrantes, Commellarán y el marqués de Fidal y otros por el estilo, ¿quién estará de más?

No cabía menos y todavía no cabe.

No cometeré, pues, la injusticia de decir que Fabié no es digno de entrar en la compañía de *solocimos* seños de la calle de Valverné. Lo es. No será el último, ni el peor.

¿Que qué ha escrito Fabié? Ha escrito de su puño y letra la traducción de la traducción de Vera de la *Lógica* de Hegel.

Fabié viene á ser á Hegel lo que Alejandro Pidal á Santo Tomás: sin más diferencia que ser Pidal muy listo y Fabié muy arrimado á Martínez Campos.

El secreto de Pidal es que... él no ha leído á Santo Tomás; pero lo ha leído Fr. Zeferino, á quien, por la gracia, se le ha hecho cardenal (y bien hecho está).

Pues bien, como Fabié no tenía más Fr. Zeferino que Martínez Campos para que le leyera á Hegel... ha tenido que leerlo él mismo, aunque traducido por Vera.

Pero es el caso que Pidal, sin leerlo, entendió á Santo Tomás dígase sus *medicinos* y sus consejos á los ferrocarriles y al Sr. Balter, sacados todos de la *Summa* á pulso, y el Sr. Fabié, leyéndolo, no entendió á Hegel.

Y eso que Martínez Campos, cuando le contaron la anécdota que recuerda Heine relativa á las últimas palabras de Hegel, exclamó:

—Pues si ese señor plegal dijo al morir eso, que sólo le había comprendido un hombre, y ése mal, lo dijo por Fabié.

Porque Martínez admira á Fabié desde que éste le dijo en cierta ocasión:

—Mi general, si los periodistas le censuran á usted porque discurre con alguna dificultad y no muy á derechas, no le pese á usted. No hay cosa más nociva que la reflexión unilateral y meramente discursiva.

Y para convencerle le leyó toda la *Introducción* que el mismísimo Fabié, que es el diablo, le puso á la traducción de la traducción de la *Lógica*.

Es claro que Martínez Campos se quedó dormido mientras Fabié disparataba; pero después que despertó es fama que dijo:

—¿Qué hombre... qué sabio... tan... tan unilateral y tal! A este hombre le hago yo ministro.

Y no sólo le hizo ministro, sino académico.

Porque ésta es otra corazonada.

Cánovas *mote proprio* no hace académico á Fabié.

Fabié, que no sabe alemán, tampoco sabe español, de modo que es un apóstol del hegelianismo que está muy lejos de tener el don de lenguas.

La *Introducción* que Fabié osó poner delante de la *Introducción* de Hegel es la pieza filosófica más disparatada y divertida que se ha visto. Empieza con unos períodos que no tienen fin, ni pies ni cabeza; pierde el hilo de la oración, y cuando cree estar hablando de unos *problemas* resulta que habla de unos *cañones*; dice, entre otros disparates, que la existencia es el *restigio de la actividad*; y como niño con zapatos nuevos, con su indignación de Hegel traducido, se crea superior á todos los pensadores del mundo y habla una y otra vez con un desprecio sublimemente cómico del *pensamiento unilateral*, que á él debe figurarsele así como una *hemisferia*. En la dichosa *Introducción* emprende cinco ó seis veces la historia de la filosofía, y no hace más que decir las vulgaridades de los manuales y *pidierse sui place*. Lo indescriptible, lo que hay que ver, es el tecnicismo del idealismo hegeliano convertido en castellano por Fabié. Parece la filosofía en poder de un jeto de negociado, que tiene que *dictaminar*, como dicen ellos, acerca de lo absoluto y de la idea en sí....

En fin, no hay cosa más ridícula en el mundo que el hegelianismo de Fabié, sobre todo desde el punto de vista de la gramática castellana.

Los que enseñan filosofía en las aulas habrán notado los gravísimos disparates que dicen los estudiantes desaplicados y atrevidos que se meten á contestar *a ratione*, como dicen ellos, atropellando las reglas de la lógica y aplicando las voces técnicas á tonos y á locas; pues así escribe Fabié de filosofía ideolista.

«La India es el momento inmediato del espíritu; Grecia es la reflexión eterna...» Y él se queda tan fresco diciendo: Estos que creáis disparates no lo son más que para vuestras moleras unilaterales.

¡Feliz! No comprende que se puede estar de vuelta de todo el convencionalismo hegeliano y, sin embargo, ni aun para aplicarlo, emplear de buenas á primeras esas frases absurdas del momento inmediato, la reflexión eterna, etc., etc. Lo que hay es que Fabié no sabe expresar en español lo que no ha entendido en francés ó en italiano y fué pensado en alemán.

Y á un hombre así, que ni siquiera puede ser buen católico, ¿quiere ser hegeliano, me lo hace Cánovas académico!

No, no puede ser. Esta vez no ha sido Cánovas el culpable.

Ha sido Martínez Campos, que también se prepara á entrar en la Academia y para hacer méritos está escribiendo una *Phenomenologia del espíritu*... de cuerpo del arma de caballería....

¿Fabié en la Academia por filósofo?

Y todavía hablarán de los *manes* de Vives y Lullio y Foxo Morcillo y doctor Oliva....

La filosofía en España consiste en llegar á ministro, ya sea calumniando á Hegel ó parodiando á Santo Tomás.

Para concluir:

Más quisicosas del académico electo y farmacéutico:

«La seguridad admirable con que Hegel... es tanto más admirable...» — ¡Admirable!

«Se crea la Prusia...» — *Emanuel Kant*....

«El derecho justiniano, (por justiniano)...»

«Los vestigios más remotos y antiguos...» — Así, y mucho peor, escribe el nuevo candil de la Academia. Yo no tendría inconveniente en explicar un curso de disparates filosóficos y gramaticales sacados de la *Introducción* de Fabié.

Que me lo paguen y lo doy.

CLARIN.

PALIQUE

A la Srta. Guerrero, primera dama del Teatro Español: He leído en muchos periódicos de la corte que está usted haciendo prodigios en esa escena en que brillaron, no hace mucho, Matilde Díez y Elisa Boldún. Aunque—sin ánimo de ofender a nadie—los provincianos que hemos sido antes cocineros que frailes, sólo admitimos a beneficio de inventario los elogios que la prensa madrileña suele prodigar a los cómicos; esta vez, por lo que a mí toca, me inclino a creer que es verdad tanta halloza, y que esa unanimidad del entusiasmo periodístico responde a un bien efectivo, que viene a confirmar muchas esperanzas y a satisfacer legítimos deseos. Sí, me da el corazón que en usted se ha revelado una actriz verdadera. Si se me pregunta por qué no voy a verla, contesto que por miedo a las virtudes, principalmente; y además por respeto a la obligación de la *residencia*, que tan olvidada suelen tener algunos obispos, a quien también albaniza.

Pero aunque yo, por ahora, no puedo ver a usted en *El vergonzoso en palacio* ni en *Don Juan Tenorio*, me figuro la Magdalena y la Inés que usted hace, y doy por bueno cuanto en su favor se ha escrito. ¿No tendrá usted defectos? Para acercarme más a la realidad, me figuro también que sí. ¿Qué clase de defectos serán los suyos? También tengo que conjeturarlos e imaginarlos, porque la prensa nada ha dicho de ellos. Los críticos y gacetilleros creen hacer un favor a los artistas prescindiendo de sus tachas, negándolas u olvidándolas, y en realidad les hacen un flaco servicio; porque, así como no se concibe verdadera pintura sin sombras y penumbras, no hay crítica real ni claudicante sin gradaciones y matices, sin algo gris por lo menos. Sólo podría ser del un cuadro todo luz... aquel que representara la gloria, donde todos los cuerpos tienen resplandores, según dicen los peritos; sólo sería exacta y real la crítica de elogio absoluto cuando se tratara de alguna obra de la Divinidad; y esa obra no había de ser el mundo terrestre, pues el mismo Dios, descontento del borrador antediluviano, le pasó por encima las aguas del diluvio. Cuando la crítica divina al artista atribuyéndole la perfección, lo convierte de hombre en fantasma; y, dislocando la frase célebre de Pascal, podemos decir que en tales casos, haciendo del artista un ángel, el crítico hace de bestia.

Por estas y otras metafísicas, vengo en dar por hecho que usted, señorita, tiene defectos. Pues, el que mejor la quiere, en cuanto actriz, lo que debe hacer es ayudarla en la labor de progreso que consiste en ir procurando que cada día lo defectuoso disminuya en usted. Y para conseguir esto, lo mejor, sin duda, y, por de pronto, lo absolutamente necesario, es conocer los defectos mismos. Y tenemos con esto avoriguado, como lógica consecuencia, que esa persona que la alaba a usted en absoluto, sin indicar tachas, ni es quien mejor la quiere, ni quien puede ayudarla en el provechoso trabajo de su adelanto artístico.

Pero en esto de defectos hay que contar con la budespada; hay que contar no sólo con los que se tienen actualmente, sino con los que se puede adquirir. Los dividiremos, por tanto, en vicios presentes y futuros. Los últimos son los más peligrosos, porque éstos suelen ser los que conducen a la corrupción artística, y les síntomas de la decadencia; los primeros acusan generalmente los límites actuales del desarrollo; vienen a ser formas negativas del crecimiento; hay mucha diferencia entre la estatura de un anciano caduco y apergaminado y la de un niño que mide igual estatura; el niño puede decir: somos iguales, pero yo voy para arriba.

A los defectos que yo barrunto que usted tiene los atribuyo poca gravedad, y mucha a los que usted puede adquirir.

De los presentes quiero hablar poco, por varias razones; primeramente, porque mis cálculos en esta materia pueden ser de una inexactitud que salte a la vista de todos los que tienen el gusto de verla y oírle a usted en *El Español*. Las conjeturas proféticas deben hacerse para tiempo lejano, para que no se puedan desmentir por los que oyen la profecía. Si me equivoco al señalar los defectos en que usted puede incurrir dentro de algu-

nos años, poco importa para mi crédito de augur, pues para entonces ni yo mismo me acordaré de lo que dije; mientras que si le atribuyo ahora tachas que no tiene, cualquiera puede notar que me engaño y reírse de mis inducciones y deducciones.

Además, a usted no le molestará tanto, si algo le molesta, que se le hable de faltas en que puede incurrir con el tiempo, como puede disgustarle que se insista en examinar los lunares de ahora. Afádsese todavía que de los vicios de declamación que usted pueda tener en este momento la culpa principal la tendrán el medio y las enseñanzas pasadas, y como usted se ha dedicado a nuevo género y ha cambiado de teatro, no es de esperar que las malas influencias antiguas persistan en su acción deletérea.

Lo más probable es que en adelante los defectos nazcan de la influencia en usted de las nuevas regiones del arte escénico en que usted ha penetrado con la buena muerte de que todos hablan.

También es cierto que muchas de las causas que pueden haber contribuido a los defectos de ahora son, por desgracia, de carácter general y constante en nuestro teatro y seguirán influyendo para producir los defectos futuros.

Y dejando ya próambulos, diré de manos a boca que una de estas causas generales y permanentes va indicada en el siguiente consejo:

¡Es necesario huir de las malas compañías!

Cómo y por qué lo veremos otro día. En tanto, B. S. P.

CLARÍN.

PALIQUE

A la Srta. Guerrero (primera dama del Teatro Español):

Decíamos hace ocho días que era necesario huir de las malas compañías, y a esto podría contestarme (usted que tanto valdría condenarla al extrañamiento. La verdad es que de las malas compañías es tal vez imposible huir en España. No las hay buenas. No; no las hay. Pero ya que no queda buscar la salvación en la fuga, se le puede aconsejar a usted mucha higiene para evitar, si es posible, el contagio de tantos y tantos vicios como afean el arte mercedado y enlentecido de la escena española de nuestros días. Se comprende que el Sr. Calvo, que tiene obligación de hablar de cuantos teatros hay en Madrid, haya echado ese mal humor que

(*) El que yo conocí era zapatero; pero el oficio al arte hacen al jefe.

le caracteriza. Los cómicos, generalmente, hoy por hoy, no pueden darle al crítico más que disgustos. Todos los años algunos revisieres, que a lo mejor tienen una comedia en primera instancia, hablan de la resurrección de nuestra escena gracias a los esfuerzos del empresario N. ó de la compañía X., y no hay Lázaro que valga. No hay quien levante ese muerto. El público bosteza y no cree ni en el genio de los trasnochados poetas que escriben todavía dramas de fambre romántico, ni en la inspiración de los cómicos que representan esas imitaciones insípidas. Si; el público bosteza..... desde casa. Su ausencia es su fallo. Es inútil que al reclamo invente recursos y cuente con el silencio de la benevolencia y de la cortésia. El público sabe lo que le espera y se abstiene.....

Había dos actores, nada más que dos: Vico y Calvo. Murió Calvo y quedó Vico. Se dejó que Vico se marchara y no quedó nadie. Esta es la verdad lisa y llana. Empresarios, público, autores, que no teniendo más que un buen cómico le dejan marcharse, no quieren de veras tener teatro. Estas ausencias no se suplen improvisando notabilidades en el papel. Como actrices no había ninguna buena desde que se murieron las antiguas y se retiró la Hóldis; se llamaba buena a la Marín, a la Mendoza (que algo bueno tuvo), a la Contreras (que empezó muy bien..... y ahí se quedó), a otras medianías..... y por fin a la Sra. Cirera, que era tan mala cómica como puede serlo cualquiera. Y en cuanto a hombres..... se le dio el ascenso inmediato al simpático Ricardo Calvo; y con una ternura muy mal entendida, se le aplicó una especie de ley pálica para que sucediera a su hermano Rafael. Vano empeño. Ricardo Calvo, que, en efecto, adelantó muchísimo, no adelantó bastante para llenar el vacío que dejó el otro. Ricardo Calvo, Srta. Guerrero, es un ejemplo vivo de los terribles contagios de la escena. Y además la gaceta proclama a Jiménez, a D. Donato Jiménez, actor insignie, ¡Parece mentira! Donato Jiménez nunca se ha hecho aplaudir con justicia más que en el papel de D. Lucas en la comedia de figurón *Entre bobos anda el juego*. Allí, por coincidencia chistosa, sientan bien aquel vozarrón, aquel quijotismo de teatro, aquella solemnidad cómica..... Y no quiero hablar de los Calvos menores, ni de la Calderón, la Abril y otras eminencias que se nos quiso hacer admitir.....

275 Madrid Cómico (Madrid), n. 404, 15 noviembre, 1890

Pues bien: en compañías así tiene usted que andar, y lealmente le confieso que únicamente si tiene verdadero genio, que lo ignoro, podrá librarse, a la larga, de la pernicioso influencia de ese medio escénico. El ambiente de la escena es deletéreo y mata; el de la sala, glacial y ayuda a morir. No crea usted, señorita, en la persistencia de estos entusiasmos, que ahora estará usted asediado muy legítimamente, con perfecto derecho a la ilusión. Eso pasa pronto, sobre todo en épocas como ésta, en que el gusto se separa más y más cada día del teatro. Un escritor francés acaba de publicar un libro, que titula *El fin de un arte*, y ese arte es el teatro. Puede equivocarse ese autor, probablemente se equivoca..... porque exagera; el teatro no muere, languidece; pero esto es peor; se pone seguramente ahora los artistas de la escena (autores y actores), que merecen tan excelso nombre. Lo más triste no es que haya personas de criterio que opinen que el teatro muere; lo más triste es lo que algunos críticos escriben para contradecir esa opinión: dicen los más optimistas que el teatro quedará ahí para siempre, porque al fin es espectáculo, y como tal ni siquiera puede decirse que cae; lo que puede eclipsarse, añaden estos defensores, es el teatro literario, pero éste en rigor pocas veces florece, pocas veces coinciden en las tablas el espectáculo y la literatura.....

Es verdad. Y ahora añado yo por mi cuenta que el teatro no deja de ser literario sólo cuando se materializa, cuando se convierte en puro recreo de los sentidos, pero también cuando insiste en ser literario sin poder serlo, enroscado a los autores no poetas, no artistas. Estos autores no artistas aponen en la escena en que el teatro *esperdúla* el mucho dinero y provoca una gran concurrencia, los hábiles médicos del oficio, de los cuales puede ofrecerse como dechado a Sardou en sus obras aparatosas de estos últimos años (1). En los países como el nuestro, en que el teatro propiamente serio da poco dinero y no despierta tanta concurrencia, los que invaden las tablas no son los grandes negociantes del *savoir faire*, sino los pocos muchachos tan colocados, cuacrachas del romanticismo entrado, que producen dramas soporíferos y tontos no menos literarios que las tramoyas de los otros.

El teatro en general no muere, pero un teatro, el de tal parte, sobre todo, el de tal época, puede morir definitivamente. Y es una desgracia, pero una desgracia simpática, y que puede ser gloriosa, ser artista de corazón, de facultades, verídica, en estos tiempos de lenta agonía. Pero qué hacer? Resignarse y trabajar con *le grand mène*. Es el destino común de los artistas de todas clases en los días de decadencia. Los grandes movimientos sociales son más fuertes que los individuos aislados, son una corriente; y así como los defectos de los individuos en la época de desarrollo, de progreso, son poco perjudiciales para el perfeccionamiento general, y hasta se les suele encontrar cierta gracia, las perfecciones, las excelencias de los artistas de una decadencia, aunque conserven individualmente y desde un punto de vista puramente estético todo su valor, son inútiles esfuerzos para contener la caída. La crítica, hasta hoy predominante, no

(1) Sardou es el poeta francés que recrea menos entusiasmos, aunque sólo sea por lo que dice él con gran desenfado del *Hamlet* de Shakespeare y de la poeasía laureante.

ha sabido tener en cuenta estas diferencias y ha juzgado *grossa modo* y con injusticia a los grandes hombres de las decadencias. Los méritos de algunos escritores latinos del Imperio, los de un Góngora y los de muchos poetas y novelistas de ahora, han sido y son mal apreciados por esta confusión del esfuerzo personal y de la corrupción inevitable.

Cuando el enfermo toca la muerte y cierto alivio momentáneo engaña a los que le quieren y da descanso al que espira, el médico desprecia tales apariencias. Y con todo, son cantidades positivas que sólo puede apreciar en su calidad de esperanzas el que ha de llorar al muerto y en su calidad de tregua al dolor el que padece. Así, el artista de una decadencia, sin pretender dominarla, puede aplicarse a su obra con *entusiasmo personal*, con la esperanza de que alguien sabrá apreciar el valor *instantáneo*, individual de su esfuerzo; y en todo caso, si no cabe tal esperanza, con la seguridad de satisfacer los anhelos de la propia conciencia.

Por todo lo cual, Srta. Guerrero, no es desanimarle a usted, a lo menos en lo absoluto, el pintarle con tan negros colores el estado de nuestra escena patria.

Y antes de continuar, advierto que el usar yo de este lenguaje y el referirme a ciertas filosofías, es indicio de que supongo en usted conocimientos y hábitos de reflexión que en usted han de existir, si en efecto es una *actriz distinguida*.

CLARIN.

PALIQUE

Dispénsame la Srta. Guernero, con quien estaba hablando, aunque ignoro si ella me oía, si tengo que interrumpir mis discursos, más o menos soportíferos, acerca del teatro, para hablar de cosas de comedor y cocina.

Quiero tomar nota de algunos libros recibidos; y no quiero que sean demasiado fámbrás mis apuntes sobre el particular.

Aquí veo, señores, un retrato, más o menos parecido, de Mariano Cavin que se está lavando las manos, no sé si porque sale de la cocina, se va al baño ó al Real con su trac y corbata blanca, y no quiere llevar pringue en los dedos, ó si será porque hace lo que Filatos y no responde de la oportunidad de publicar coleccionados sus artículos, colección de que hace responsable á su editor (nuestro editor mío).

No hay modestia que valga: entre andar buscando los artículos de Cavin en periódicos atrasados, que tiznan los dedos, en caracteres borrosos que apenas se pueden leer, y encontrar esos artículos, escogidos por el autor, y publicados en elegantísimo tomo con letra clara y bella, en papel satinado, bajo artística cubierta y con dibujos de Pons intercalados en el texto, no cabe duda que lo último es preferible. Aunque no hubiera otros motivos para dar la bienvenida al libro titulado *Azotes y galeras*, bastaría el indicado para declarar al editor benemérito de las letras.

Parece ser que *Azotes y galeras* es el primer tomo de una biblioteca que el mismo editor se propone publicar con ayuda.....

de su dinero, ante todo, y de varios escritores de los llamados festivos, ó sea de los de días de fiesta, de los mejoricitos, que, ilustrados con más ó menos corrección y gracia por nuestros más distinguidos dibujantes, nos irán propinando buenas dosis de sal y pimienta en conserva. A Cavia seguirá probablemente Taboada con *Madrid en breves*, que leerá que leer.

Para tapar la boca á los maliciosos me apresuro á decir que en la biblioteca que anuncio no hay ni habrá ningún libro mío.

* * *

Cavia titula su colección *Azotes y galeras* porque, según nos explica, esto equivale, en opinión de Pelliecer, á la frase "hacer penitencia", y en opinión de la Academia, se aplica al dicho á la comida ordinaria que nunca se varía, como si dijéramos "Cáncoras y Sagasta," que son los azotes y galeras del presupuesto.

Como se ve, Cavia sigue aquí mostrándose modesto y sigue con el estilo alegórico de sus *Platos del día*, que tanto crédito le han dado en Madrid y provincias.

Yo no he de elogiar por mi cuenta y riesgo á mi estimado compañero, porque le debo muchas alusiones que fueron otros tantas nubes de incienso, y no quiero que se diga que éstos son panes prestados. El es más joven, tiene menos enemigos, si tiene alguno, y por consiguiente, ya que los dos no está bien que nos alabemos, que me siga alabando él á mí, si le parece, y yo alabaré á otros. Más necesario yo defensores que él.

Lo que sí puedo decir, porque esto es cuestión de historia y hasta de estadística, es que la fama de Cavia entre los habituales lectores de los periódicos populares ha crecido mucho en estos cuatro ó cinco años últimos. Yo, que vivo en provincias, puedo dar fe de que los artículos de *Sobaquillo* y los *Platos del día* tienen aficionados en todos los rincones de España, incluso aquel desde el cual D. Pelayo nos hizo volver de nuestro desmayo..... menos á Fabié, que parece que sigue pasmado y medio aturdo.

Cavia, este también es histórico, tiene variada cultura, imaginación despierta, el don de asociar las ideas, y de aquí nace la amenidad de sus escritos, á que sirve de lastro un buen sentido aleccionado por cierta malicia.

Pero la índole del talento de Cavia y su preparación literaria exigen de él que se atreva con empresas, no diré más eficaces, sino de superior empeño. Separándose cada vez más de la política (no de un aspecto de símbolo de coexistencias, ideas, caracteres, etc.) y sobre todo de la mera crítica momentánea, debe insistir en ser más literato, más crítico, pues tiene condiciones para llenar un hueco de los muchos que en este respecto se encuentran en nuestra república.

De otro modo, que sin abandonar la prensa diaria (no hay para qué), sin desquidar el aspecto cronológico del oficio, debe Cavia preferir á esos guisados de cada día, en que entra de todo y en que se trabaja para el vulgo más vulgo, el cultivo de las letras, dejando la cocina para los cocineros.

El Sr. D. Angel Muro cultiva el género culinario, pero sin metaforas; y he tenido el gusto de recibir (y agradecerle) varios folletos que llevan el título general de "Conferencias culinarias", y que me envía el citado Sr. Muro como prueba de consideración. Mucho le estimó esa prueba, que por lo menos sirve para abrir las ganas de comer..... Miento; á mí, tal vez porque tengo el estómago echado á perder con la malas lecturas, la literatura culinaria me huele á aceite frito, me empacha y me hace lamentar la pícara necesidad de tomar cosas calientes y no poder vivir del aire. Un secretario que fué de Lamartine hablaba hace poco de la manera *espiritual* de comer que tenía el poeta..... Comprendo al poeta. En cambio no comprendo bien á Guyau cuando nos habla de la *estética* inicial que puede haber en el gusto. Y menos mal cuando se trata más de oler que de saborear cosas frescas, livianas, que estallan en la boca y saben á vapores perfumados..... pero ¡guisotes! ¡palas! ¡pringuel!.....

En fin, transijo con el comer porque no hay más remedio: transijo, ya que se come, con la conveniencia de hacerlo lo mejor que se pueda..... (pero que no me hablen á mí de eso! Que me pongan una buena mesa, lo admito..... Pero que no me sirvan las manos negras de los palacios encantados; que todo aquello surja, porque sí; que yo me llegue á figurar que las aves nacen trufadas..... Quiero el misterio en la cocina: casi casi la cocina de derecho divino. ¡Me comprende el Sr. Muro! Digo todo esto, no para imponer mis aprensiones, ni *subjetivismo* á los demás, sino para inhibirme legítimamente de analizar (ó batiir) sus tortillas, purés de cebollas (¡dios mío, cebolla!) y otros decadentismos. No hay en esto desaire; no hay más que antipatía fisiológica. Yo..... no puedo oler donde guisan.

Por lo demás, otros sabrán comprender al Sr. Muro; y como dice el P. Astete, doctores tiene la santa madre Iglesia que le sabrán responder.

Es oído decir á personas muy inteligentes que los guisados del Sr. Muro están hablando, es decir..... que sí, que son como él los pinta; que una vez adquiridos los ingredientes necesarios (y no es chico pleito), no hay más que seguir á ciegas al señor Muro..... y se chupa uno los dedos de gusto. Sí chupará. Y yo le doy la enhorabuena.

Ahora sí, no abuse el Sr. Muro de sus dotes de escritor correcto y ameno, en el arte de la cocina. Después de comer ni un

sobrescrito leer. En materia de guisos, obras son amores y no buenas razones. "Muchos platos y pocos folletos," ésta debo ser su divisa.

Sería una triste desproporción que contráramos en nuestra literatura contemporánea con una abundante biblioteca culinaria..... no escribiéndose ni un solo libro bueno de religión, de poesía mística, de ideales grandezas.....

Vengan recetas en buen hora..... pero lo más concisas que se pueda. Oveja que bala bocado pierde. De la mano á la boca se pierde la sopa.

Escribiendo demasiado el Sr. Muro se expone á..... á amanecerse. Y un cocinero amanecido es una gran calamidad del estómago.

* * *

En resumen: á Cavia: más literatura y menos cocina.
A Muro: más cocina y menos literatura.

* * *

Último plato de hoy: lengua.

Acabo de recibir un libro publicado en Nueva York con este título: "The Cortina Method to learn spanish in twenty lessons."

Por lo que he visto se trata de un excelente método para aprender español en pocas lecciones. El Sr. E. D. de la Cortina parece un excelente profesor; posee el idioma inglés y el castellano, y su obra debe recomendarse á todos los ingleses que quieran aprender de veras la lengua de Cervantes, que es la misma de Fabié, aunque parezca mentira.

También aconsejo á muchos académicos de la Española que aprendan inglés cuanto antes..... para estudiar en veinte lecciones, por el método Cortina, la gramática castellana.

CLARÍN.

El Sr. Cánovas ni se dobla ni se rompe; ni se rinde ni se arripiante. Está empeñado en ser un *curul moral y político*, y lo consigue. Todos los años por este tiempo les su discursito en el

Ateneo y allá va una ciencia más al diablo; todo lo toca, todo lo mancha, y como dijo un autor, el Sr. Cánovas hace de todo saber de *clerecia*, con toda *rana* de la ciencia humana.... lo que los perros con las esquinas.

El año pasado nos dió Cánovas un trabajito muy recortado y muy vulgar, digno de un mediano estudiante que les su tesis ante el tribunal del doctorado. Se trataba entonces de materia meramente política, casi se reducía el trabajo de Cánovas a extractar un libro nuevo, que todos los aficionados a estas materias habían leído, y anda con Dios el discurso podía pasar.... al archivo de las cosas insignificantes. Lo que distinguía al opúsculo de D. Antonio era.... lo único que da unidad a todos sus escritos, el estilo perro y el régimen endiablado.

Este año la obra de D. Antonio ni siquiera es digna de un estudiante mediano. Hoy, cualquier joven que escribiera el discurso del doctorado tratando la llamada *cuestión social*, ó siquiera, y más correctamente, la *cuestión obrera*, pondría mayor diligencia en procurarse fuentes nuevas ó interesantes, que el Sr. Cánovas ha dejado en perfecto olvido. Tratar en el año de 1890 la cuestión obrera con citas de autores franceses exclusivamente, refiriéndose a los alemanes por tabla, ó sea por el manoseadísimo Cosumano y.... por el Sr. Escartín, francamente, es demostrar demasiada pobreza de estudios preparatorios. Y estas citas de Blanqui, de Baudrillard, de Mauricio Blak y otros así son del presidente del Consejo de Ministros, de D. Antonio Cánovas del Castillo, que se hace llamar sabio en la *Deutsche Rundschau* y en la *Revue des Deux Mondes*, etc., etc!

El Sr. Cánovas, que llama *escritores económicos* a los que tratan de economía (más valiera llamarlos *económos*, como un riachuelo de mi pueblo), nos recomienda, como si fuéramos chicos de la escuela, las obras de Cosumano y de Escartín para que nos enteremos y seamos sabios como dioses, ó por lo menos como Cánovas. Tantas gracias, D. Antonio, tantas gracias, pero tomemos que se nos indigeste tanta sabiduría. ¡Cosumano, Escartín, ahí es nada! No, no probáremos la fruta del árbol del bien y del mal. Pero, recomendación por recomendación, ¿por qué no se da una vueltita a D. Antonio por la gramática y por la retórica? ¡Hay cada manual, como el del económico Cosumano, que se lee en un periquete!

Es claro que yo no voy a tratar aquí de la cuestión obrera con motivo del discurso de D. Antonio. Claro no hablará jamás de ciencias morales y políticas, y en punto a las relaciones del trabajo y el capital me limito a creer que son pura conversación esas comisiones para resolver la *cuestión social*, con unas veces presidente Moret y otras veces presidente Cánovas.

Después de todo, el discurso de D. Antonio no tiene sintaxis, acaba por no decir nada; y si algo dice, es que los obreros deben andarse con ojo, porque si se exaltan y no se contentan con ser obreros para casa de los conservadores, morigerados, dignos de que los cante D.^a María Sinués de Marco ó D. Teodoro Guerrero; si se atreven a pedir gollerías.... le huela a Cánovas que va a haber palcos. Esa es la síntesis. Nada entre dos soleismos.

Lo que a mí me importa en el discurso de Cánovas no es el fondo, ó el bajo fondo, como diría un traductor, sino la forma.

El discurso comienza así: "Va a hacer estos días veinte años (un día de estos, quiso decir, hará veinte años; pero le pareció el giro demasiado familiar y prefirió reemplazarlo por un disparate; porque el vigésimo aniversario de la fecha que usted conmemora es un día determinado, no estos días) que tomé aquí asiento por vez primera (señalando, supongo yo, al sillón presidencial, porque si no puede entenderse el *aquí* por el Ateneo ó su cátedra; decir *aquí* para indicar el lugar en que descansan las posaderas, que diría Sancho, ni es muy propio ni muy decente) y con el propio fin de iniciar vuestras tareas anuales (vuestras habrían sido más propias, porque nadie inicia las tareas de los hombres). Ocupado con tanto más desembarazo que hoy.... Vamos despacio: ocupábase ¡el qué! el sustantivo masculino más cercano es el propio fin. ¿Ocupaba el fin? No; el asiento. Cánovas no sabe que hay antítesis *aquí* (en el asiento), porque ni el asiento es lo inmediato ni el sujeto de la oración anterior. Pero qué sabe él de estas cosas!

"Ocupábase (el asiento) con más desembarazo que hoy.... Observe el Sr. Cánovas lo poco poético y aun lo poco elevado del tropo que emplea. Es claro que el asiento *aquí* representa otra cosa, es un signo en vez de la cosa significada; pero ¿no pudo escoger cosa mejor que el desembarazo ó embarraso con que se asienta? ¿No ve que los maliciosos podían llegar hasta creer que *hacía veinte años estos días* no tenía usted almorrana y ahora sí? Ello va a ser que ahora está usted menos cómodo porque es presidente del Consejo de Ministros...." Pero qué tiene que ver el asiento con eso? Los trozos sirven para llevar la imaginación de lo abstracto a lo gráfico, ó lo plástico.... ¿Quiere el Sr. Cánovas que nos representemos las espaldas del poder colocadas sobre el asiento y debajo del Sr. Cánovas?"

"Sin que de mi doctrina esperase ó temiese nada apilaciones prácticas...."

Sobra la disyuntiva ó, porque no es incompatible esperar y temer; el que temo un palo también lo espera.

Más que reproducible aún, sería innecesario (quiere decir de ningún) que detemase hoy esta cátedra, son figuras personales de ningún género.... Cánovas no sabe lo que significa *detentar*; es un

término *foras*, según el Diccionario, que sólo significa retener lo que no nos pertenece, y hablar en una cátedra de lo que no es en ella oportuno será profanarla, mancharla, lo que Cánovas quiera, menos detentarla.

En un párrafo muy largo empieza D. Antonio todos los colones, y son muchos, con esta frasecita del mejor gusto: "porque esto de que.... porque esto de que...." y en su totalidad esto.... Así, así, venga poesía. ¡Y a esto lo llaman gran orador!

"Los hombres de ahora cumplirán, en toda su extensión, con el respectivo deber.... que venga Dios y vea si esto no significa que los hombres van a cumplir su deber.... de los pies a la cabeza: en toda su extensión."

Habla D. Antonio de obligaciones que corresponden a la teología, a la filosofía espiritualista y a la ciencia del Estado. Primeramente, las ciencias no tienen obligaciones, ni siquiera de esas obligaciones éticas de que usted habla más adelante (como si todas las obligaciones no fueran éticas además de lo que puedan ser por razón de su materia). Después no hay ninguna ciencia que se llame filosofía.... espiritualista. Y por último, la *teología* no es lo que usted quería decir ahí; la *teología* es un modo especial de *teología* ó *teodica*, que es lo que usted quiso decir. Y si no, consulte el Diccionario de usteades, que sólo admite *teosofía* por *teología* como arcaísmo. "La caridad cristiana y su remedio el altruismo.... El altruismo no es remedio de nada; es el nombre especial que Comte dió a la característica moral opuesta al egoísmo. De la filantropía (puesta en ridículo en el siglo pasado por el *Filantropinum* de Basadov y otros) se dijo eso de ser remedio de la caridad; pero el altruismo ¿qué tiene que ver?

¿Qué pedante y qué ignorante, todo junto, es D. Antonio! Una y otra vez, al hablar del dominio según la tradición del dominiano romano, el de los quiritos, lo llama *la propiedad justiniana* (justiniana, que diría Barrante). Ese epíteto le parecerá a él muy de sabio, le llenará la boca.... pero es impropio, pues ese carácter de absoluta que tiene la propiedad romana, no le viene de Justiniano, sino del tiempo del derecho estricto; cuanto más atrás vaya, más quiritaria encontrará la propiedad, hasta llegar a la exclusiva propiedad civil de las cosas *manipulares*.... ¡Un pedante hace ciento! De qué cosas le obliga a uno a hablar D. Antonio por su afán de meterse en ángulos y arquivarlas!

Y hasta.... Cualquier persona de mediana cultura llega a sentir hasta náuseas ante el tristísimo espectáculo que dan tantos majaderos españoles empeñándose en que veamos un sabio de hoy en el hombre que ha demostrado en todos y cada uno de sus discursos que su sabiduría se reduce a la vana "ciencia eterna, (non multum, sed multa) que tantos estragos causa entre los bachilleres; en el hombre que no abre la boca sin que diga un destino, y que si habla en latín, dice cuatro desatinos en cada palabra.

CLARIN.

PALIQUE

A la Srta. Guerrero, primera dama del Teatro Español: Cuando yo me preparaba a continuar esta media correspondencia a que estoy con usted (sin aspirar a completarla), llegó a mi noticia que habían estrenado ustedes un drama titulado *Los irresponsables*, en el cual la mayor parte de los críticos, ó por lo menos de los gacetilleros, habían encontrado

dulce el borde, amargo el fondo, como dice la *dolora* de Campoamor; y supe también, no sé si con pena ó con placer, que usted no había gustado á los señores en esta obra tanto como en *Don Juan Tenorio* y *El vergonzoso en Palacio*. No puede ser llegar siempre á la misma altura, y aun que yo no puedo hablar más que de oídas, se me antoja que, caso de ser imperfecta en algo, más vale que usted lo haya sido en el papel de esa irresponsable que en el de Magdalena ó en el de Doña Inés del alma mía.

Recordará usted, si lee estas cartas, que no necesita devolvérme, aunque acabemos por reír, que no lo espero, recordará usted que le señalaba yo días atrás como un peligro las malas compañías; pues en seguida me tocaba indicarle otro peligro mayor todavía: las malas comedias. Y quien dice comedias dice dramas, por supuesto.

Y en eso estamos.

A usted le han hecho representar el papel de una señorita que

se deja seducir por un hombre casado, pero sin saber de esto impedimento dirimente; y los periódicos han achacado la frialdad con que usted interpretó en personaje á la repugnancia moral de figurar una joven impúdica que, después de tener abiertos los ojos y saber que la han engañado, insiste en querer á su novio.

A mí me parece que no han dado en el quid esos psicólogos de las revistas. Como señorita, yo creo que hará usted perfectamente en no enamorarse jamás de un hombre casado.... que no sea su marido; pero en cuanto actriz, no creo que haya inconveniente en que ame usted á quien le mandan; siempre que se lo manden con buenos modales, quiero decir, sin ríspol, ni vulgaridades, ni insultos. Bueno fuera que las ómicas hicieran la competencia á los *censores* de Roma, ó por lo menos á la previa censura eclesiástica, restaurada por el Congreso católico de Zaragoza! Por ese camino podríamos llegar al extremo de que una Fedra (del Corazón de Jesús como particular) no quisiera enamorarse de su hijastro Hipólito sino á condición de pedir á Roma una dispensa ó una bula de singularis natura. Yo estoy casi seguro de que usted sería capaz de representar con todo el calor natural que pudiera la madrastra del *Catalá sin vergüenza* y la *Francesca*, de Silvio Pellico, sin remordimiento de conciencia. ¿Por qué había de repugnarle el papel de una joven seducida, engañada y que sigue enamorada aun después de descubrierto el engaño, y no le había de repugnar el de una monja que va á profesar y se deja seducir por un libertino? ¿Es tampoco un modelo de recato aquella D.ª Magdalena que seduce á un escribiente, á un secretario ó maestro, ó como le queramos llamar, se le queja de que siempre se la da con pelo (la pluma) y le dice, para que se anime:

mirad que al que es cortesano
le dan al darle la mano
para muchas cosas ¿?

Lo que yo me inclino á creer es que usted no quiso, ó no pudo, esmerarse en *Los irresponsables* porque no vio allí carácter, ni poesía, ni nada.

¡Ojalá hubiera sido por eso! Entonces si que mis esperanzas de que usted sea una verdadera artista, de méolito, de gusto, irían viento en popa.

Porque jóniere usted que le diga la verdad?

De todos los que han hablado de *Los irresponsables*, el que me parece que ha dado en el olavo es un señor que firma "El Indolente", en *El Globo*, y que ha dicho que el drama eso no era malo por la tesis ni por la antítesis, sino por la síntesis; vamos, que era malo de pies á cabeza, por las bobadas que decía, por las vulgaridades que enjaretaba, por la mala prona de los empaquetados versos y demás. Así debe de ser, y aunque yo no puedo jurarlo, apuesto doble contra sencillo á que el drama es tan malo como dice ese señor Indolente, que es hombre de gusto y sin pelos en la lengua. Repito que no le conozco; y más diré, que no en todo y por todo me es simpático; verbigracia: no me lo es porque es un estilista de los que se escuchan. Pero esta vez tiene una razón como un templo. Yo he leído muchos versos; escenas casi enteras de *Los irresponsables* en los periódicos que han escogido lo que más les ha gustado.

Y todo aquello era una serie de bobadas; de ripios de palabra, pensamiento y obra; todo anodino, manoseado, manido, intolérable.

Ese sistema descriptivo y narrativo de los imitadores sólo puede agradar á gente desprovista de sentido estético y de experiencia de arte.

La receta es fácil: para la aparente concisión de tales cuadros en redondillas, basta con la elipsis más ó menos violenta del verbo; y después sustantivos emparejados, antitesias y vamos andando; verbigracia:

Allí arriba todo luz,
aquí abajo todo negro,
junto al lecho un natú
y en el ataud mi suegro.

Estas quisicosas me recuerdan las parodias que improvisaba un compañero mío para burlarse de los poetas de álbum y periódicos de modas:

Yo soy el ábrego, tú el cedrillo;
tú eres la rosca, yo el panecillo....
el ave tú....

Hace usted perfectamente, señorita, en no querer molestarse sobre motivos de flambres cursis, de poesía falsa, de imitación de tercer grado. Y otro día continuaré. Quedamos por hoy en que una joven, aunque no debe hacerlo, puede enamorarse de un hombre casado y no soltarle ni á tres tirones; pero si á esa joven la lleva á las tablas un señorito que no es poeta dramático, la niña desgraciada no será poética, aunque queramos admitir que no es responsable. Los responsables de todo esto son *Chate* y los suyos. Por cultivar en sus calcos críticos el baculum de la *lontera* literaria.

CLARKIN.

Ya, ya sé que Madrid Cómico no es un periódico político, pero esto no me impide a mí declarar que no sé cómo hay en el mundo quien sea monárquico de buena fe, á no ser los monarcas y sus presuntos herederos.

Digo esto, no para convertir á nadie á la república, sino porque acaba de dejarme pasmado un extracto que *viengo de leer* (como diría Cánovas traduciendo á Bismarck del francés) del discurso que el emperador de Alemania, el Sr. D. Guillermo II, ha tenido á bien dirigir á los consejeros de instrucción pública de su país.

Así como Cánovas imita á Bismarck, podría decirse, si no resultara inverosímil, que Guillermo II imita á Cánovas.

¡Demonio de muchacho! En todo se mete, de todo entiende: él es artillero (como Cánovas), sociólogo (como Cánovas), y el mejor día resulta cantando *Lieders* á cualquier Elisa de por allá. El argumento que el Emperador II emplea para persuadirnos de que es un monstruo de omni-ciencia es el mismo que usa Cánovas con idénticos fines: *quis nominor Leo*.

Pocos espectáculos más repugnantes, más verdaderamente escandalosos pueden darse que el que acaba de ofrecernos Guillermo II hablando en los términos en que lo ha hecho á un respetable cuerpo técnico en que había sabios verdaderos, hombres encanecidos en el estudio, pedagogos insignes, prudentes y concienzudos investigadores de los difícilísimos problemas concernientes á la educación y la enseñanza. Si es sublime Jesús en la leyenda cristiana hablando con los doctores de la sinagoga, es ridículo, y sobre todo, lo dicho, escandaloso, un húsar con corona que sin guiarse por más ciencia que sus aprensiones, los recuerdos de sus aburrimientos de estudiante, quiere vengarse ahora, que es el amo, de los diagnósticos que recibió cuando era discípulo. Porque ésta es la síntesis del discurso del emperador.

279 Madrid Cómico (Madrid), n. 408, 15 diciembre, 1890

dor. Hé aquí un extracto del extracto á que me refiero (y consta que en sustancia es fiel expresión del pensamiento del *Keiser* lo que sigue):

Señores: Ustedes son unos sabios, aquí está mi amigo Fulano que es una eminencia, pero que me ha hecho pasar muy malos tragos cuando yo estudiaba latín y griego y toda esa monserga. Ahora soy el emperador, el padre común, y estoy dispuesto á librar á mis súbditos del tormento de esos gimnasios (institutos de segunda enseñanza (*á peu près*), en que se les hace trabajar tanto, estudiar de veras los clásicos, saber de veras las lenguas sabias. Ea, eso se acabó, porque yo lo mando. Yo soy de caballería y no quiero latín. Señores, *yo necesito soldados* (las palabras subrayadas vienen á ser textuales) *y de los gimnasios me salen los muchachos inútiles para el servicio; el sésenta por ciento necesitan antes que ver: ¿qué ejército de misos dió jamás la victoria á un pueblo? El mundo no debe verse á través de unas gafas, sino en los propios ojos. Estoy decidido á que esto concluya, y concluirá. Tanto sabiduría de segunda enseñanza sólo sirve para llenar de hanbrientos los periódicos, para cultivar el proletariado de la prensa.*

Así, mi más ni menos, corta este Alejandro, sin conculatás, el nudo gordiano de la enseñanza secundaria. Rómpanse los cascos los Frary, los Gegerin discutiendo la *cuestión del latín*, el problema de la *bifurcación*, mediten los filósofos y los pedagogos sobre las consecuencias de ir matando en las nuevas generaciones el recuerdo y la tradición de la civilización clásica; repugnen más ó menos inutilizar en parte los resultados del Renacimiento... Guillermo II, joven militar de veintinueve ó treinta años, que confiesa lo mucho que se aburre estudiando en el gimnasio, corta por lo sano, resuelve tan complicados asuntos, difícilísimos y delicados problemas, de un amable.

Aun aquello que hay de racional en el fondo del discurso, lo que puede referirse á lo que llaman los franceses el *surmenage*, resulta antipático y da ganas de contradecirlo por la forma que se emplea; porque el emperador impone su opinión, no la discute. Bien decía el P. Jacinto que hay dos Alemanias. No, no es la misma esta Alemania que acata á ese joven iconoclasta, á ese Odoño de caballería y sin leyenda, que la que levantó un trono de gloria á aquel *Goethe* que fué á Italia y trajo del país de Mifón la flor exquisita del espíritu clásico.

•••

Pero, en fin, señor emperador, podríamos arreglarnos. ¿No dice vuestra majestad que necesita hombres sin gafas, gente á quien le estorbe lo negro? Pues ¡vive Dios! que nosotros, los españoles, podemos ofrecerle lo que necesita, *manadas de literatos* que no usan anteojos, ni siquiera libros, que hablan del *alfa* y el *omega*, que en punto á filología son el colmo del heroísmo, pues hasta conjugan mal los verbos irregulares de la lengua patria. ¿Los quiere usted más agnerridos? ¡Cabe mayor ignorancia? Si usted cree que para formar ejércitos invencibles se hay cosa mejor que no saber el *quis vel qui*, aquí le podemos regalar escritorios, y hasta cánones, que no saben lo que significa *ortmus*.

España algún día fué ilustre por sus tercios, pero después decayó; y cátese usted que ahora podemos volver á nuestras hazañas bélicas, sin más que aprovechar el contingente de nuestros *gimnasios* y *círculos literarios*, donde los pocos cortos de vista que haya lo serán de nacimiento, no por culpa del trívio y el cuadrivio.

¿No hablaban ustedes de la nación armada? Pues héla ahí. Sus, á conquistar el mundo! Candillo ya le tenemos. Cánovas, ese Nebrija.

CLARIN.

En los últimos *Chápanos* de Manuel del Palacio, académico de este, he visto que el distinguido y popular poeta, hablando de una cosa ó persona del género femenino, la llama *vez*. No es errata, porque el consonante pide *ez*; sin falta. Aprende el académico alceste, antes de entrar en la casa de *hacer gramática*, que *vez*, y como sustantivo, es cuando de dos *vezes* para masculino y para femenino. Y como adjetivo, es anticuado, según la Academia... y tampoco tiene terminación femenina. Como que viene de *vez*, ¿y?

Y á otra cosa.
Preparádomos estaba para continuar mis cartas á la señorita Querrol, cuando llega á mis manos un certificado que contiene un ejemplar de *Los Irresponsables*, drama del Sr. Dicenta, el cual me lo regala y dedica. Y, ante de esto, recibí por el mismo correo una carta sin, respetosa, franca y digna del citado autor, que ni sé de los que se enfurcen porque se les censure, ni de los que se humillan y arrastran (que también los hay) para que se les ayude.

Volviendo, pues, á interrumpir mi media correspondencia con la distinguida señorita, decidí contestar al Sr. Dicenta con toda la extensión que merece por su noble proceder, y como á él se lo anuncio, le contesto en MADRID CORCO, para cumplir á la vez con el corteo correspondiente y con la gloria periodística.

Al fin todo va á ser hablar del teatro y sus canchales.

SR. D. JOAQUÍN DICENTA.

Muy apreciable señor mío: Con mucho gusto aprovecho la ocasión de contestar á su atenta del día del mar corriente, para decir unas cuantas cosas á toda esa multitud de autores nuevos que en crítico, que como que se llamaba París ó London, bautizó con el colectivo pintoresco de *Los genios nuevos*.

Pero antes de referirme á esta materia de carácter general, voy á concretarme á las quejas que con buenos modos usted me dirige al anunciarme el envío de sus *Irresponsables*, que he recibido en su oficio, y la agradezco.

La *tesis* de su carta, pues también tiene *tesis*, es que yo he censurado su drama sin conocimiento de causa y que le he pagado un pedimento de ofidas.

Nego suppositum.

Ni yo le he dado al drama un palo, ni de lo que de él he censurado categoricamente lo he censurado de ofidas. El argumento, la tesis y otras cosas de fondo las he conocido por los periódicos, algunos muy inclinados á favor de usted y tales en la narración; los versos á que me he referido, y que cuando luego califico de malos, también los he en los periódicos.

Respecto al conjunto de la obra yo no suelta doctrina; á riesgo y ventura me lancé á creer: lo que el corasmo me decía; á crear los indicios que tuve por más dignos de crédito, y bajo mi responsabilidad me dije la cabeza: ó no sé qué otra cosa más, al pro de la hipótesis de que en su drama de usted era malo á mi entender. Por poco que usted sepa de *uaticas* y de distinguo, habrá de comprender que yo no es lo mismo tener fe que tener ciencia; yo no sé si lo que me conocía de su drama era malo, pero creía que sí, que era muy poca cosa, por lo menos.

¿Que por qué lo creí? Eso es cuenta más, señor. Vea usted: algo ahora creyendo lo mismo, y todavía no ha leído el drama. Si me equivoco, al mal me equivoqué; no pasa el drama. Siguiendo cualquier cosa de mi propiedad, fíjese usted, á que no me gusta después que lo lea. Esto no es decir que yo asegure que no es bueno, sino que no me ha de gustar á mí, y por consiguiente, que he de decir que no es degradable. A mí juro, sí; es claro: esto siempre se aplica. ¿Quién va á tener pretensiones de infalibilidad?

En esta carta lo explicaré á usted por qué, efectivamente, no me gustó (porque, estar viéndolo, no me va á gustar); en esta sólo me resta indicarle algunos de los motivos de mis barruntos.

Ante todo, yo conozco otras cosas de usted, versos, prosa, y se me figura saber los puntos que calza en poesía y en arte literario en general. Pero de esto se ha de hablar cuando, dejando la cuestión concreta de su drama, tratemos de la *gente nueva* en general, y de las pretensiones de ustedes y de lo que efectivamente vale (siempre á mi juicio).

Además, por lo que dicen los críticos que me merecen más crédito, entre los que hablaban de su obra, también me guíe en parte por mis vaticinios. Tanto Bueno, por ejemplo, que se apartaría a usted bien, por su audacia (¡) á lo mazon, y lo yodía; y se ponía á divagar por gusto, hemorricamente, por no verse obligado á hablarle á usted de los versos empicados de su drama. El *Indisimul*, que es hombre de instrucción y de gusto, aunque no el único á decir las cosas claras, como á él se inclina á pensar, el *Indolente* decía cosas del drama. Otros, como *Correio*, le defendían de manera que más hablaban de la bondad de ellos que de las excelencias de su obra de usted.

Y por último y principalmente, ya conociendo el argumento.

(B) Sea la novela que, como a continuación de estas cartas, más brillantemente *Los Corcoranos* de *Palique*, según de la *Madre* en el arte, dando lugar a una novela y otros...

los recursos métricos, los caracteres en sus rasgos generales y buena parte de los *parámetros* más interesantes, los críticos sin duda... puede jugar hasta cierto punto y sin llegar al extremo de la lógica, como se cuenta que llegó Echevarry en una ocasión análoga.

(No sabe usted la historia ó cuento? Pues es así: Dican que Echevarry cierto día fué consultado por el autor de un tratado de matemáticas acerca del mérito de la obra que le presentaba. Echevarry, á la vista del matemático, pasó los ojos por las páginas del libro, se fijó en un pasaje, lo leyó, y oyendo el tomo, dijo:

—Basta. Ya sé lo que es esto. Una barbaridad. Qué mérito todo el libro? ¿Por una página?

—Oiga—replicó el matemático—Si ya usted por el campo y entre los trigües va acorramos unas cuantas de año, ¿no se aventurará después a decir usted es lo que anda por las mieses?

—Sí, señor; diré que es un borriquito...
Pues salve revueta, nobleza, lo mismo se puede jugar de muchas cosas.

Quilómetros á la parábola todo lo que fuera de mal gusto decirlo, y vendremos. Sr. Dicenta, que por algo apuntes en la cabeza en contra de la hermosea que se atribuye ciertos dramas sin necesidad de conocerlos de arriba abajo.

Ya le he dicho que he leído *Los Irresponsables* todaví. Bueno; pero sin misterios por hoy en bondades, abramos el libro por cualquier parte. ¿A que hay muchos defectos de forma, de sea fe? Ya es tanto lo que he alabado algunos, los cuales, como dice bien el *Indisimul*, no entiendo de estas cosas?

Aquí está. Página 32. Buena ocasión: los personajes van á sentarse á la mesa.

—Recor entre dos mi soperá en la mano. (En las manos, sería más negro).

Rec. La soperá.
P. And. Nombre bendito.
Rec. Abre. Ahí se oye el hervor.
P. And. ¿Tiene el bazo un olor que despierta el apetito?

¿Cree el Sr. Dicenta que un modernista está autorizado para llamar *Amor* á eso?

Entiendo los amigos del Sr. Dicenta que los versos de éste son primorosos, y no caben primeros dadas ya descuidos como el siguiente, que prueba la preceptística con que se escribe. En la página siguiente, la 33, leo:

Carlos. Carval... Ahora recuerdo
tanta la dicha de hablarlo
en Madrid y presentarme
mis respetos.

Elige. No recuerdo.

Es decir, recuerdo sirviéndome de consonante á sí mismo, y en la misma elección, primera persona singular del presente de indicativo de recordar. Si el Sr. Dicenta tiene tanto empeño, como dice, en *hacer á estrellar*, ¿por qué no empieza por leer sus propios versos, y corregir las puestas y evitar estos absurdos rítmicos? ¿Qué ha de ser oírlo del lenguaje y de la rima el *artículo* que deja pasar estas gazañas? Es que escribe de prisa y corriendo.

Tales descuidos prueban mucho. Prueban que no se respeta bastante el arte, que no tiene empeño en considerar oficio adecuado á las propias facultades. Es mucho más fácil tener arranques de voluntad y decirme *que yo he de ser poeta famoso*, ó rompo la cabeza contra una esquina, que cultivar serie y conscientemente la técnica literaria.

Abro al azar otra vez por el principio del acto tercero, y dice:

José. En menos de dos minutos
recor el camino que me lleva
de nuestra casa á la casa
de don Asensio; llegué á casa...

Carlos. Si usted cruzó ese camino
no pudo llegar más tarde,
porque el *cuarto* una cosa
no le andando por ella,
y un camino que se crea
no se sigue, que se deja.

¿No tengo razón, Sr. Dicenta?
Incorreciones de otro género. Página 72; me creará usted esto de que abra por donde quiera; lo juro!

...la suerte que de improviso
sabrán su amor en mi pecho
ladrando mi desventura
y forjando su agonía,

pasa la desventura *ladrando*, pero la forja de agonías no puede pasar.

Página 21:

Felipe. Verdad que tengo ganas
por vivir celoso, alido
y del mundo retirado
(esto es un *tonelotopio*;
pero esta conducta más
causa es de fuerza mayor,
porque, tras mucho pensar,

he venido á averiguar (1)
que estar solo es lo mejor.

Es "canas de fuerza mayor", no se sabe cómo ha de entenderse, ni puede decir nada racional.

Y por hoy no presigo al *secretario* de adofesio. Hay más días que longanías, y ha de haber más gazañas que días.

¿No quería usted, Sr. Dicenta, que leyese su drama? Pues lo leí y lo juzgaré; y á usted, en cuanto lianto, también le juzgaré.

Por de pronto le anticipo esto: que "sí" sigue usted su camino hasta que logre su propósito ó se rompa la crisis... no conseguirá ni por sí ni por otro. Si está por la verdadera, jamás (yo se lo juro), ni se romperá la crisis, porque no hay para qué ni por qué; ni, en rigor, contra qué. Dentro de diez años si se acuerda usted del teatro ni el teatro de usted. ¿A que no? ¿Tengo una experiencia en estos asuntos? He visto tantos como usted cuando en *hacer* ó romper algo? Y ahora ¿qué son? Gobernadores, diputados, médicos de partido, etc. etc. Tal vez felices. Usted, señor mío, ha sido campanilla de todos oratorios, de todos juveniles, etc. etc. He tomado la pose del reformista de la nueva generación. Y todo eso sin ingenio ¿qué más? Nada.

Pero en fin, siempre es de agradecer que usted, *por su opinión* no mejos, como diría cualquiera de ustedes, haya preferido escribir. Porque ¿qué usted lo que pudo hacer? (Procedamos)

Eso parece ser el modernismo en las relaciones de la crítica y los dramaturgos.

Ya sabrá usted que Mr. Beque, el notable autor de *La Perisienne* y *Los Corleones*, va á llevar á jolito de comedia, á cosa así, á Sarcay, el crítico, porque habló mal de sus comedias.

Si dan los autores españoles en imitar al *poeta* moderno francés, yo recuerdo al *ministerio* *agradado* y yo decido la posta.

Pero, si llegaron ustedes á tales extremos, no olviden que en derecho (y aun en arte) *afrentados*, *no agasni*, *incumbit* *prohibit*.

El día... replicas *valen*. Si ya usted por el campo y entre los trigües va acorramos unas cuantas de año, ¿no se aventurará después a decir usted es lo que anda por las mieses?

—Sí, señor; diré que es un borriquito...
Pues salve revueta, nobleza, lo mismo se puede jugar de muchas cosas.

CLAMIN.

PALIQUE

La Justicia solo a la defensa de mi humilde personalidad contra los supuestos ataques de un periódico que dice el estimado colega llamarse *La Libertad*.

Yo agradezco infinito a *La Justicia* su acto y los elogios inmerecidos de que lo acompaña. Lo único que hay de malo en todo esto es que *La Justicia* parte de un supuesto erróneo: que existe el periódico *La Libertad*.

Y no hay tal cosa.

¿Quién lo ha visto?

No creará la Agencia Fabra que yo estoy subvencionado por la Agencia Mencheta—que también escribe muy mal,—si lo digo que ella, la Agencia Fabra, está estropeando el idioma patrio y el criterio político y administrativo, digámoslo así, de innumerables mártires y lectores de provincias.

Los madrileños no saben lo que es estar todas las mañanas esperando con ansiedad los últimos telegramas de Fabra, y encontrarse con una porción de soleadismos, barbarismos, muy pocas e insignificantes noticias y un criterio cerrado que la Agencia nos impone, como si el aplaudir a los conservadores fuese un hecho consumado. No, no confunda la Agencia el hecho con el derecho, como dicen los leguleyos. A ella le toca ser predominantemente histórica, pero de ningún modo filosófica.

Y, antes de continuar, advierto que no es mi propósito perjudicar a la Agencia en cuanto a industria, sino en cuanto literaria y pensadora. No vaya a hacer el diablo que nos vengan con quejas judiciales, por daños y perjuicios al crédito de una empresa. No, no es eso.

Yo no niego el celo y actividad de la A. Fabra; niego la inteligencia; y la bondad del estilo, de la escuela filosófica y del gusto estético.

Y prosigo.

La Agencia Fabra siempre viene desdendiendo y maltratando a los liberales, y nos da como noticias, como hechas la buena opinión que a ella, a la Agencia, le merecen los actos de Cánovas y los suyos. A veces recibimos telegramas parecidos a éste: "Ha hecho perfectamente el Sr. Cánovas en desairar a la Junta del conso;" ó como este otro: "El Sr. Sagasta insiste en precipitarse en un abismo sin fondo, en un callejón sin salida;" ó como este otro: "El Sr. Martos y el Sr. Sardaña son los que en el seno de la Junta mantienen la única democracia seria y gubernamental," etc., etc.

Los de Fabra podrán decirme que no han comunicado ellos telegramas que dijieran nada de eso al pie de la letra, pero yo puedo presentarles alguno en que se dice algo semejante, en que no hay más noticias que meros apoteogmas reaccionarios de la Agencia Fabra.

Otras veces—pero en eso no está sola la Agencia Fabra, pues lo mismo hace la Mencheta—se nos habla de los entierros de personajes políticos, y se nos dice que estuvieron muy animados porque en ellos conferenciaron algunos de nuestros prohombres. Y a los entierros no se va a eso. Se va a enterrar a los muertos y rezarles por el alma, para que Dios les dé la gloria, si corresponde.

No hace mucho, uno de tales telegramas decía: "En el entierro de D. Fulano conferenció el Sr. Gamazo en tono jocoso con el Sr. Romero."

¿Les parece a ustedes? Un hombre tan serio como el ilustre *Cerces de Campos* ¿no se acuerda de tener jocosidades más que una vez, y esa... en un entierro? Pues a los pocos días llega otro telegrama que dice: "En el entierro de su amigo D. Fulano el Sr. Sagasta, que tanto se afectó con esta desgracia, porque para él D. Fulano era como uno de la familia, conferenció con varios personajes públicos é hizo algunas declaraciones; pero á juzgar por la hilaridad que la palabra del Sr. Sagasta produjera en el concurso, se puede presumir que el jefe de los liberales no quiso salir del tono festivo que le caracteriza en sus conversaciones particulares."

Si hay algo de verdad en el fondo de estas y otras noticias semejantes que he leído en los telegramas de esta temporada, es necesario que nuestros hombres políticos aprendan que en los entierros gozan los graciosos, que allí se va a cantar el *Benedictus* y el *Miserere mei*, y que las cuchufletas y el estilo festivo se dejan para otra parte, para el Congreso, por ejemplo.

Y si es de ese que ha de ser en un entierro donde nuestros hombres serios digan cosas de broma y de pura algarazas, que las reserven, por lo menos, para el entierro de la sardina.

Volviendo a las Agencias Fabra y Mencheta, tengo que decir que también se meten á críticas de teatro, y á estilistas á lo modernista flamenco. Una de ellas, creo que la Mencheta, asegura por conducto del alambre eléctrico que no recuerdo qué cosa "había sido un infundio".

Por esa canino se llega, y muy pronto, á decir por telégrafo: "El Sr. Cánovas les ha dado una lata á las Instituciones haciendo el resumen de la política europea de la última quincena." Y cabe también que Mencheta nos sorprenda en ayunas, con un parto que diga: "Villaverde plancha tribunales."

Ero lo peor de todo es la crítica telegráfica.

Cuando se estruó *Los irresponsables*, del Sr. Dicenta, una de esas Agencias decía, cometiéndolo por cierto una errata graciosa: "Las oposiciones discuten estruó *Irresponsables*, pero todos están conformes en que la forma es admirable y coloca al autor á una altura envidiable entre nuestros primeros poetas dramáticos."

Así es que aquí en mi pueblo hay muchos á quien no se puede convencer de que la forma de ese drama no es cosa rica.

—Pero, hombre, le responden á uno; ¿querrá usted saber más que Mencheta, que es tan diligente corresponsal, y tiene unos reporteros, ó *repositores*, ó como se diga, que están en todo y arden en un candil?

Es necesario que los autores de dramas estronados vigilen á las Agencias para evitar que, en su celo por tener al público de provincias al cabo de todo, se extraliminen y creen una atmósfera cargada de electricidad, pero de falsa fama, y á la larga perjudicial para los mismos autores. Porque, fíjense: si su destino es uno al de las Agencias, el día que ellas se desacrediten, se desacreditan ellos también.

Y además, cabe pensar que así como, según suponen los maliciosos, un *Campo tirando v. gr.*, se acerca á la Agencia, para decir: "Anuncie usted que está al caer eso de la Tabacalera," cabe pensar, digo, que otros mal pensados digan: "Pues otro tanto hacen los poetas."

No, no por Dios, Fabra, Mencheta. Basta con los críticos que además de serlo pegan fajas de periódico, y son repartidores, y hasta barren la redacción, si á mano viene.

No compliquemos la situación con críticos del sistema Morse ó otro más nuevo. La electricidad está llamada á progresar mucho, pero no así el talento crítico de los agentes de noticias. Admito, en el porvenir, un crítico mecánico de mucha *chispa*, todo él eléctrico, con grandes acumuladores de erudición y hasta con...



—¿Qué va usted a hacer?
—Pues... ya me la ferveja la salud porqueramente...
—Y seguramente...
—Seguramente... ya «sacamos» lo que le «blanco» de dentro.

281 (Sigue de la página anterior)

chumascera, si se quiere. Pero no puedo suponer que llegue a ser un sacerdote de la crítica ningún Mencheta del más apartado siglo futuro.

Como este artículo es para el número almanaque, terminará diciendo algo que tenga... *color local*... temporal. Por de pronto, que podamos dar por terminado el año noventa de este siglo que llaman positivo, ya lo saben ustedes.

Para las demás filosofías concernientes a la brevedad de la vida, que es un soplo, y como el heno a la mañana verde, etc., etc., les remito a las citadas Agencias Fabra y Mencheta, que no dejarán la noche de San Silvestre de enviar a provincias un telegrama por el estilo: "Ha fallecido el año. Despierte el alma adormida de nuestros constantes favorecedores contemplando cómo se pasa la vida."

Yo lo que puedo decir por mi parte es que la literatura patria *dounera* de oui el año que viene algo más que dramas y comedias "excelentes en la forma," y "cuajadas de pensamientos y chistes," respectivamente.

Galdós no dará de un día a otro el primer tomo de una novela que se titula... aquí pongan los cajistas dos palabras inteligibles, que así es como escribe Galdós el nombre de un novela. En fin, ya sabremos todos cómo se llama. Yo lo que puedo anticipar a mis constantes favorecedores es que en el segundo tomo la acción pasa en Toledo. ¡Galdós y Toledo! Algo bueno será!

Pereda ha entregado a la casa Eirich de Barcelona una novela, y además tiene en el telar otra. Péro ésta... la teje y la desteje aguardando al Ulises de la perfección, como diría un modernista; uno de esos que en un año nos dan doce novelitas y se quedan cortos. Pero estos nuestros son tan escrupulosos!

Armando Palacio está muy incomodado, y con razón, con el dibujante que no acaba de ilustrarle "La espuma," (la espuma de la sociedad), novela en dos tomos que va a editar la citada casa Eirich.

Y D.^a Emilia Pardo Bazán... se prepara a publicar una revista literaria que, según leo en la de Madame Ratazzi, estará escrita exclusivamente por la Pardo Bazán, administrada por ídem, y no sé si impresa, repartida, etc., etc., por ídem.

En fin, que esta genial señora, para la cual debiera inventarse la palabra *calaballera*, se dispone a ser una... Juana Palomo de su revista.

Espero, sin embargo, que en eso exclusivismo *positivo*, como tal vez diría ella (que dice *cidianistas*), nos dejará a los demás, por lo menos, el oficio de lectores. La revista se titulará, creo, *Nuevo Teatro Crítico*. Supongo que habrá escrito a su amigo Feijó la Sra. Pardo pidiéndole permiso para tomarle el título de la revista.

La cual Dios haga prospere tanto como su autora, repartidora, administradora, etc., etc., merece.

Y por último, en materia de crítica tenemos que mi simpático amigo el Sr. Comenge, gobernador que debió ser de varias provincias y diputado a Cortes disueltas, declara solemnemente que si el público piensa que es mala una comedia que a él, a Comenge, le parece buena... lo siente por el público. Hombres así, verdaderos caracteres, es lo que necesita nuestra política y nuestra administración.

Si al Sr. Martos tuviera esa energía, otra hubiera sido la suerte de su partido.

CLARÍN.

Apéndice al palique del día.

Escrito todo lo anterior, que no es poco, recibo un ejemplar de *El Rempuen*, y leo en él un artículo en que D. Angel Muro me llama de tú. Aunque el artículo está lleno de faltas de sintaxis (como le probaré si se empeña), todas son menos graves que esa de tutearme. La regla en que me fundo para asegurar que eso es una falta, no la encontrará en la gramática el señor Muro.

No ha comprendido mi idea al decirle "más cocina y menos literatura." No quería molestarle.

Ya que tan mal interpreta mis consejos, no le haré la caridad de decirle que sigue un camino de perdición basado en polémicas con quien es claro que no he de admitirlas con él. Sea usted alguien y hablaremos. Usted mismo declara que no es literato y que es cocinero. ¿Cree usted que voy a discutir yo con cocineros?

Quítese usted allá, que me tiza.

Si usted se empeña en ser un *tópico* más de mis paliques, podrá conseguirlo. Todo menos polémica.

Tenga usted, si quiere, el mal gusto de convertirse en *Príncipe del Congo*, pero yo no estoy dispuesto a servirle de cuarta plana de *La Correspondencia*.

Ya han pasado los tiempos en que discutía con cualquiera. Me voy sintiendo viejo y eso ya no me divierte. Vale.—CLARÍN.

Manuel del Palacio, el mismo que hace días nos hablaba de una *vez* en unos versos que él llama *chistes*, ha escrito un soneto para ocupar el centro de un medallón sobre la puerta de la sala de recepciones en el Círculo de Bellas Artes. Por sí es tiempo de evitar un verdadero atentado artístico, llamo la atención de los señores socios acorrea de un ripio del primer cuarteto, que convierte en verdadera *vez* a la masa de Palacio. Dice así el cuarteto:

Vate sublime al que ninguno aleansa
con mano audaz y con tristeza impla (!!)
grabó á la puerta del infierno un día:
— ¡Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza.

Prescindiendo de que Dante dijo eso sin el triqui-traque del que *yo*, lo quisiera verdaderamente impla, y un crimen de lesa poesía y de lesa historia, es llamar impla la tristeza del poeta católico por ex-*celencia*. El Sr. Palacio, que es tío por cristiano, ¿cómo juzga impiedad el dogma de las penas eternas del infierno? Bueno que se escriban esos ripios y disparates en un albanico ó un álbum; pero en un medallón del Círculo de Bellas Artes!

¿Quiere D. Manuel que se rían de él varias generaciones? Mire usted que el bronco queda.

Doña Emilia Pardo Basán, que á veces tiene conatos de emular á Pereda, nos describe el traje de un montañés gallego con estas señas: "semejante á la vestimenta de los bretones y vendecanos....". Permítame usted, señora, pero esa manera de pintar me parece poco nacional y de poco color local.

Eso estaría bien para dicho en una nota de una traducción francesa de su cuenta de usted. Y lo más gracioso es que después D.^a Emilia sigue señalando las diferencias del traje gallego y el traje breton.

Fues dispárense otra vez, eso es como si un novelista ruso hablando de una braka nos dijese: "este vehiculo es parecido á las calasas que se usaban en España, sólo que tiene las ruedas así ó así....".

Estas nimiedades supondrían muy poco en un *escribidor* cualquiera; pero como D.^a Emilia ya es modelo, y con justicia, de la forma clásica del estilo, conviene señalar en ella el menor descuido. No, no se puede pintar así, por pluma española que para españoles ante todo escribe; puede reclamarse contra tales procedimientos por ley de *extralición literaria*.

Otra cosa. En el mismo cuento en que he leído lo de gallegos y bretones, veo que D.^a Emilia usa como corriente el adjetivo *piriforme*.

En el Diccionario de esa Academia que tanto respeta la señora Pardo Basán, y de la cual quiero ser miembro (ó *mienbra*, que diría M. del Palacio, el de la *vez*), en ese Diccionario no hay *piriforme* que valga.

Yo no censuro, consulto, ¿Cree D.^a Emilia que está bien empleada la palabra? que deba usarse? Ella, D.^a Emilia, es muy aficionada á los neologismos de su invento, contra la idea de Víctor Hugo que decía que eran indicio de impotencia. Pero en buen hora; invento palabras D.^a Emilia ó admita inventos de otros.

Piriforme, ¿qué quiere decir?

Por el contexto se aca que significa "en forma de pera...". Está bien. De *pirum*, pera. Está bien.

Pero, si no fuera por el contexto, podría creerse que quería decir "en forma de fuego...". Así podría decirse: *Iehová* se presentó en la zarza á Moisés en visión *piriforme*. (En griego hay *pirimorfos*: *forman ignis habent*, que tiene forma de fuego.)

Y según la Academia, este neologismo sería más conforme con la índole del idioma, porque de *pirum*, pera, la Academia no admite ningún compuesto ni derivados, y en cambio de *pur* (*pir*), fuego, admite muchos: *v. g.* *Pira*, *pirexis*, *pirico*, *pirita*, *piróforo*, *piropo* (gramete), *piromante*, *pirota*, *piróscopo*, etc., etc. Y en cierto modo, se explica que tallo lo que sea *pir* se aplique á fuego, y no se admita que haya esta forma para las cosas que tengan relación con la pera.

Pera y *pirum* se parecen mucho, *pir* y fuego no; los compuestos de *pera* que se quisieran inventar y los derivados (*peral*, *perada*, *peraleida*, *peralejo*, etc.) no necesitan ir á una lengua sabia para formarse, y el *pir* se deja para el fuego en los vocablos sabios, generalmente técnicos.

Y perdono la Srta. Pardo este palique *plumbiforme*.

Mi tesis es que para hacer neologismos hay que tener... muchas cosas en cuenta.

Y vuelvo, para terminar, á Manuel del Palacio. Perdóneme su señoría, pero la culpa la tiene él. No hay en mí aún de cazar en el coto redondo del popular poeta; es natural que yendo yo á los verjelos de su poesía á buscar flores, pero con la escopeta al hombro, cuando pasan gaxapos... desapare. El instinto.

Y además, como dicen por ahí y hasta lo han dicho en Italia,

que Palacio no tiene idea, pero es un modelo en la forma (aquí todos son modelos en la forma y la sintaxis no parece)... por eso yo....

Copio una *chispa* entera que dice:

En una antigua ciudad
que no llegó á nuestra edad
ni aun el nombre que tenía,
proclamaron cierto día
la bajeza por deidad.

Para adorarla mejor
templo hicieron en su honor,
modelo de arquitectura,
tan ancho como el mayor,
pero con tres pies de altura.
Muchos con ruda franqueza (1)
criticaron la bajeza (2) -
de bóvedas y pilastras (?),
mas vieron que entrando arrastras (¡ah!)
aún sobra la cabeza.

Fues amigo, ó exámito, si entrando arrastras y todo aún sobra la cabeza para entrar, tenían razón los que criticaban con ruda franqueza; la entrada era baja, hasta para los arrastras; ó reptiformes, que acaso diría D.^a Emilia.

¿No se fija usted? Usted quiso decir que el templo era sobrado alto para los que entraban arrastras; los *sobrada* entrada. Pero lo dijo al revés, ¿y adónde moraleja! El templo *resulta* chico aun para los sobajados símbolos del cuento. Y por eso éste, el cuento, *resulta* más gracioso que usted podía figurarse.

¿No está usted convencido de que ha dicho lo contrario de lo que se proponía decir? Pues haga usted esta prueba: en vez de "mas vieron que entrando arrastras, ponga: "pues vieron que entrando arrastras", y la lógica reaparece; tomemos que se había hecho un templo muy bajo, aun para los que entraban arrastrando; ¿quién sobra la cabeza todavía: la *moral* desaparece; no queda más que un suceso: que los adoradores de la bajeza le hicieran un templo donde no se podía entrar ni arrastras. Esto no tiene chiste, no tiene doctrina, no es *docente*.... mas al fin no es un contrasentido.

¡Pero, señor, lo que yo digo! Ustedes los poetas que escriben en métricas y en bronce, que aspiran á la inmortalidad, ¿por qué no se fijan un poco más en lo que dicen?

CLARÍN.

282 Madrid Cómico (Madrid), n. 412, 10 enero, 1891.

(1) En mi carta al Sr. Vicente se me hace decir *dentro de la* donde yo escribí *dentro de la*; conve.

PALIQUE

Lean ustedes: anuncios.

Este palique, en efecto, se reducirá a una serie de noticias biográficas con poquísimos comentarios.

La causa de esto consiste en que yo creía que esta semana no había Madrid Cómico, y estoy improvisando este artículo a las doce y media y a trece.

Dispensa, Sinesio, que no lo sabía.

Ya sé cómo se llama la nueva novela de Pérez Galdós: se llama *Angel Guerra*.

Todavía no he leído el libro; pero por lo visto este Angel Guerra es un zorrillista que no puede ver la evolución.

Pero de los que se batan.

Mozo simpático.

Digno de figurar en la galería de retratos de las *Cartas zorrillistas*.

Esperaré a la publicación del segundo tomo para ver si llega, como espero, el día del triunfo. Del triunfo literario de Angel Guerra.

El otro no dependo de las letras de molde.

Se ha publicado por fin *La espuma*, novela en dos tomos, de Armando Palacio. El libro se ha echado a la calle con los trapos de cristianar, con unas tapas dignas de un misal y otra porción de circunstancias agravantes de lujo material y de buen gusto. *La espuma* se habrá publicado el mismo día que en España en Nueva York, en inglés, y los periódicos de Londres anuncian otra traducción inglesa, titulada: *Froth*.

Pero todo es inútil; a un señor que firma sus artículos como si fueran sábanas o pañuelos y después va y los publica en *La Epoca*, no le ha gustado *La espuma*, de modo que.... trabajo perdido.

Cuando Armando Palacio vuelva a describir otro Club de los salvajes consulte a los sistemáticos aristocráticos uno por uno, para ver si se encuentran parecidos a los tipos de la novela. De otro modo se le va a sublevar todo el abecedario en figura de críticos transeúntes de *La Epoca*.

No porque sea de la casa Luis Taboada estoy obligado a callarme respecto del mérito de su libro, no ha mucho publicado. *Madrid en broma* parece una continuación, con estilo diferente, de aquellas obras en que nuestros buenos escritores de costumbres retrataron, con cierta refracción satírica, los costumbres de varias décadas del siglo.

El ingenio de Taboada recuerda el milagro de los panes y de los peces.

En efecto, con dos patronas y tres cursis da de comer a tres mil imprentas.

Don José Cañaveral ha publicado un tomo de poesías con un prólogo del cardenal Fr. Zeferino González. El prólogo es una hermosa página de modestia y buen sentido y una brillante obra de caridad. En cuanto a las poesías del Sr. Cañaveral, tienen por principal objeto llamar la atención de la ex-emperatriz Eugenia hacia ciertas instancias que el autor le ha presentado y a que ella no se digna nunca contestar.

No tengo noticia de que la viuda de Napoleón III lea Madrid Cómico, pero por si acaso.... que corra. El Sr. Cañaveral parece ser de familia ilustre y hallarse en mal estado de fortuna. El lo dice en variedad de metros y por eso yo lo apunto.

En cuanto a sus versos me parecen correctos, en general, fluidos a veces, y elegantes, aunque algo prosaicos en muchos pasajes. En una epístola que dirige al cardenal González dice unas cosas el Sr. Cañaveral capaces de volver locos al cardenal y al pié lector.

Juzguen ustedes y sabrán del Sr. Cañaveral más de lo que yo buenamente puedo decirles:

¿Quién es el yo y el no yo?

exclamo con vehemencia

al verme desposeído

de autonomía perfecta.

Y en caso que el yo sea dable,

¿quién es persona primera?

¿Quién tiene aquí tratamiento?

¿Quién es el tío berengena?

Y me latían las sienes,

y estiraba las piernas,

y sacudía los brazos,

y retorcia la cabeza;

me miraba en el espejo

y hacía docientos muecas

en busca del dualismo

que a mi mente se ofreciera:

mas eran vanos esfuerzos,

no parecía mi colega.

Pero entonces se me ocurre

una magnífica treta.

Saco un cigarro, lo enciendo

sin pedirme la candela

y grito desaforado:

¿quién me despunta esta breva?

¿Eh, qué tal? Pues con todas sus muecas yo prefiero al simpático Sr. Cañaveral a muchos de esos postillas serios en la apariencia, pero que, en resumidas cuentas, tampoco saben quién es el yo y el no yo.

No diré que el Sr. Cañaveral llegue de la inmortalidad al alto asiento, pero sí morece que la ex-emperatriz de los franceses le atiende en sus pretensiones, para que logre una vejez más tranquila que hasta ahora el que en su juventud mostró regular aptitud para la rima.

No sé si el Sr. Cañaveral será sertido, pero creo que mi intención es óptima.

En cuanto al Sr. Cavestany, que, según dicen, nada en la abundancia, ¿por qué insiste en nadar también en los ríos? Su última poesía es una serie de disparates líricos indignos de un hombre que tiene el riñón cubierto.

¿Le debe algo la emperatriz? ¿Pues entonces!...

CLARIN.

He recibido un periodiquito en que se me pinta en forma de gallo que huye y canta la gallina. Se trata, según explicaciones que vienen después, de mi polémica con el Sr. Balart.

Ese papellín ignora, por lo visto, las estratagemas que emplean algunos gallos de carrera.

De río que el Sr. Balart no opina lo mismo que *El Polichinela* (lo cual no es extraño) y que está seguro de que yo podré dejarle sin cualquier cosa menos sin contestación.

En efecto, ya está en la imprenta un folleto que se llama "Una polémica", y cuando se publique podrá enterarse *El Polichinela* de lo que hay. Digo, enterarse..... puede que no entienda una palabra.

Eso suponiendo que *El Polichinela* dure tanto.

Mi amigo Sánchez Pérez no está conforme con que a mí no me gusten *Los Irresponsables*, del Sr. Dicenta. Esto me recuerda que he prometido a este señor leer su comedia y decirle mi opinión.

¡Si el Sr. Dicenta apartara de mí este cáñiz!

Por no leer la comedia y por complacer a Sánchez Pérez, casi estoy de cedido a cantar la palinodia..... En fin, veremos.

Por lo demás, eso de exigirle a uno que lea de cabo a rabo los libros para juzgarlos, y esto siempre, sin excepción, acusa poca flexibilidad de espíritu y poquísima *corra crítica*.

Qué dirían estos señores que quieren que *se lea todo*, de Enrique Heine, que escribía lo siguiente: "Mr. D'Arincourt, ¿quién no he leído, debe parecerse mucho a Mr. (aquí un alemán), ¿quién no he leído tampoco?".

Sobre esto de no haber leído hay cuentos y aun historias que tienen gracia.

Todos recordarían la anécdota del autor que presentó un drama a un empresario, el cual se entusiasmó con el acto primero, no tanto con el segundo, y encontró el tercero tan deficiente que le obligó a rechazar la obra..... que consistía en varios cuadermos cuyas hojas estaban en blanco.

Así debían escribir muchos novelistas, dramaturgos y poetas líricos que le mandan a uno sus productos con la pretensión de que se trague todo aquello.....

¡Hay tantas cosas buenas que leer, y la vida es tan corta y está tan llena de ocupaciones y disgustos! Cuando recibo una de esas novelas (la plaga predominante) consistentes en dos ó tres tomos de observación, de naturaleza vista ordeñar, no puedo me-

nos de acordarme de las muchas obras maestras antiguas y modernas, nacionales y extranjeras, que todavía no he leído, ó he leído mal, ó ya tengo olvidadas.

Si yo tuviera ese tiempo que me piden para sus *naturalismos*, lo emplearía en el *Mahabharata* que no he acabado de leer!

A un amigo mío, muy notable escritor, pero que todavía lee menos que yo los *idealismos* y *naturalismos* de por acá, le detuve una vez en la calle al pesadísimo autor de una *novela corta* para preguntarle:

—¿Fulano, ¿ha leído usted el librito que le envié hace un año?

Mi amigo, colorado como un pimiento, contestó:

—Sí, señor..... algo. He leído..... la mitad.

La novelita apenas tenía mitad, era una tontería en miniatura. A este mismo amigo otro autor, pongamos que fué otro, le pregunté qué juicio había formado de cierto cuento que le había dado á leer.

El otro, mi amigo, no había leído la obrilla, es claro. Sin embargo, dijo bastante sereno:

—¿Y usted: todo me pareció do perlas..... menos el final..... ¡Aquí el final! Qué quiere usted, no me pasa de aquí.

—¿De modo que usted opina que debo cambiarlo?

—Indudablemente. Un final..... menos..... violento, y aquello es una joya.

Y á los pocos meses el buen novelista publicaba nueva edición del cuento, haciendo notar que al final lo había variado cediendo á los sanos consejos de un reputado crítico.

Hartman tiene una teoría, pesimista como todas las tuyas, para demostrar los pocos lectores, lo que se llama lectores de verdad, que tienen los libros. Casi resulta que nadie lee á conciencia un libro..... mas que su autor.

Si leer es entender, y entender reflexivamente y recordar, ¿cómo se acerca la realidad á la paradoja de Hartman?

Pero sucede en la literatura actual lo que pasa en una asamblea en que se alborota: todos saben que hablando todos á un tiempo á nadie se le oye..... y sin embargo, todos quieren seguir gritando.

Nada de esto quiere decir que no lea *Los Irresponsables*. Los leeré, sí.

Aunque no sea más que por ganar la *apuesta*.

A propósito.

Sánchez Pérez cree poder afirmar que dentro de diez años yo no diré del Sr. Dicenta lo que hoy le pronostico.

Bueno; pues, mi querido D. Antonio, vaya doble contra sentido.

Si al Sr. Dicenta, dentro de diez años, me parece á mí un buen escritor, yo le regalo á Sánchez Pérez dos mil pesetas. Y si no hay tal, me entrega mil pesetas Sánchez Pérez á mí.

Castigo (ó multa) digno á su benevolencia *corrasion*.

CLARIN.

PALIQUE

Aoaba de publicarse una novela del insigne escritor montañés Pereda, y yo no veo que los papeles hablen de ella, aunque no sea más que para anunciarla. Ya se ve, Pereda es provinciano, vive muy lejos de la corte y sus reclamos; no sabe *faire l'article*, ni siquiera de ese modo disimulado que emplean algunos escritores que se las dan de muy superiores á los halagos del bombo, y subrepticamente, y negándolo si á mano viene, solicitan los favores de los periodistas nacionales y extranjeros....

Pero en fin, ello es que *se ha puesto á la venta* Nueves de es-
tío al mismo tiempo que muchos votos, que se han despachado tan deprisa como se despachará el libro de Pereda.

Porque, si, señor, no falta quien venda el voto, aunque no son los obreros precisamente, como quería Cánovas. Sea de esto lo que quiera, algo perjudica, por el momento, á la novela de don José la efervescencia, digámoslo así, del pucherero electoral.

La prensa no puede hablar de libros buenos estos días, porque necesita llenar sus columnas con los nombres de esos Fernández, López y González destinados á formar el futuro y próximo montón anónimo.

Y el decir que hasta tiros hay, y cuchilladas, y orejas cortadas, por el afán de ir á Madrid, á dejarse llamar *rural*, y montón, é inclusero, etc., etc.!

¡Pobres López, Fernández, González, etc., etc.! Les queda un dínaral y algunos chichones pescar el acta, y ya sabéis á lo que vienen..... á callar como muertos y pasarse horas y horas todos los días oyendo hablar á Moret, á Canalejas, á Labra..... en fin, á los que hablan porque no lo pueden remediar..... "Y esto es el sistema parlamentario", dirán para sus gabanes sin picos Fernández, González y López.

Y así de ellos si osan pedir la palabra y decir cuatro (como decía Nieto) con el acento de la tierra! Si les vendrá encima la tribuna de periodistas, y habrá tempestad de sisos, toses y risas.....

En un momento se hace un López de esos una reputación de

Carulla, de Doctor Garrido, etc., etc., ó de Fabiá. Con preguntar tres ó cuatro veces por una carretera le basta para que se rían de él los gacettilleros y le saquen á bailar en todos los artículos satíricos de una temporada.

Y, á pesar de todo, cada vez vienen más Fernández y Rodríguez á las Cortes.

Y quien dice Fernández y Rodríguez dice, por supuesto, el marqués de Tal y el barón de Cual, que intelectualmente son los mismos López.

Va á llegar día en que, si se pone á votación, resulte que se dice *haiga*.

De mi tierra van algunos, bastantes, diputados que ni siquiera se atreverán á decir *esta acta es mía* cuando esté abierto el establecimiento.

Se necesita mucha fantasía para figurarse al marquésito de Tal y al barón de Cual y á Juan Pérez y Pérez como genuinos legisladores..... El refrán dice "el que hace la ley hace la trampa." Pero el sistema lo ha vuelto del revés, y ahora es el que hace la trampa es el que después hace la ley.

Hay mucho que hablar sobre esto del sistema parlamentario en España.

Buena es la democracia, buena; pero..... ¡si esto no es democracia! ¡Si esto es una especie de *búlar romano* de esos que la guardia civil tiene que prohibir en las ferias!.....

¿Que me representa á mí el marquésito de Tal, ó el barón de Cual ó Juan Fernández? ¿Qué han de representar! ¡Vive Dios que no hay tal cosa!.....

¿Cuatrocientos diputados!

¿Por qué ha de haber cuatrocientos diputados?

Yo creo que sobran los cerros.

Si; con cuatro padres de la patria habría bastante.

Lo que es por mí me contentaba con el Sr. Labra, para que estuviese hablando solo toda la legislatura.

Y los demás á trabajar.

Y cito á ese señor, porque *ello mismo lo dice*: el sistema parlamentario es *pa..... Labra*.

Martos, Moret, por ejemplo.

¿Qué bien habla Martos!—dice el mundo entero.

¡Última que no tenga nada de particular que decir.

¡Valiente *Biblia* la que se compusiera con la colección de los discursos de Martos!

A ver, ¿quién me enseña una idea, una sola, de Martos?

Pero dejémos á D. Cristino, que tanto tiene con su derrota de Valencia, donde *salió*..... por la luna.

Camposamor ha dicho:

"Tengo el honor de despreciar la gloria.... Y yo digo: tengo el honor de no creer en el sufragio universal traducido al castellano por académicos como Cánovas, Silvela y Fidal.

¿Quiéren ustedes la *síntesis* de los barbarismos y solecismos é idiotismos del sufragio traducido por Cánovas? Pues oigan.

Salmerón no será diputado probablemente.

En cambio tiene asegurado el triunfo por Chulvi el señor Chelva.

Digo no, al revés; por Chelva el Sr. Chulvi.

¡Oh política! ¡oh España!

Y todavía hay quien pregunta *qué nos quiere decir Marte* con las señas que parece que nos hace.

Pues está bien claro, las muecas del planeta vecino quieren decir..... que Marte se está burlando de nosotros.

**

No faltará quien diga: Pero este *Clarín* ¿no es *evolucionista* en política?

Si, señores; pero quiero una evolución como la locomotora del paloto: que lleve los caballos dentro.

Porque si no, órámo mi ilustre amigo y jefe el Sr. Castellar: sólo pueden pensar que *cato se mueren*..... los que estén mareados.

CLARÍN.

PALIQUE

A
LA PARIETARIA A
ó
LA PARIETARIA B

EPIGRAMA

(COMÚN DE DOS)

Por los nobles rompes lanzas
porque te rozas con ellos
y niegas sus extravíos
y disimulas sus yerros;
y eso es oficio y cursi
y casi celestínico
no siendo Medinaceli
ni mucho medinaceno.

(Advierto á los censores que la alteración de la « en el anterior epigrama es intencional, para imitar, en lo posible, el alibido de la saeta envenenada y metafórica, en que ha de consistir el epigrama, según las más acreditadas retóricas y poéticas.)

Se ha publicado el segundo número del *Nuevo Teatro Crítico*, que redacta D.^a Emilia Pardo Bazán. Al primer número se lo han puesto bastantes reparos y no faltarán para este nuevo. La Pardo Bazán se cura en salud diciendo que no le importa que le salgan doce Mañiteros como le salió uno á Feijóo. Lo malo sería, D.^a Emilia, que ahora pasaran las cosas al revés, y que los del *Antitítulo* fueran los Feijóos y los del *Teatro* los Mañiteros. (Entre paréntesis: lo de renovar el título que dió Feijóo á sus famosos opúsculos no crea D.^a Emilia que es tan nuevo. A este cura se lo ocurrió hace años, y lo hizo, en algunos artículos de *La Justicia*.)

Como yo no tengo tamañas pretensiones, ni vocación de benedictino, protesto contra toda suposición maliciosa de que sea mi propósito emendar la plana á nuestra ilustre academia de intención.

Mi única idea es hacer notar que D.^a Emilia escribe á veces demasiado de prisa, y deja pasar algún gasepo, permítase el bicho, que ella misma será la primera, ó por lo menos la segunda, á conjeturar que lo es.

Los desordenos de esta señora resaltan más por lo redicha que es, valga la verdad, y la afición que muestra á emplear palabras nuevas, ó por lo menos de poco uso, y á veces pedantescas, y en algunos casos inútiles, y hasta notoriamente incorrectas. (*Piriforme, cidecanista, hiponofética*, etc., etc.) Ya tan allá en esta afición que hasta emplea neologismos que no puede saber exactamente lo que significan, porque sus inventores no los han explicado todavía. Y va de ejemplo. En su último número habla el *Teatro* de D.^a Emilia de *acutismo*. ¿Qué es eso, señora? Sea ingenio y decláre que tal palabra no la ha visto usted empleada por nadie más que por este su humilde servidor y Clarín. El Diccionario no la tiene; en los clásicos no está; no está más que en algunos artículos míos donde la empleo *intrinsicamente* y anunciando que explicaré lo que con ella quiero decir, en un trabajo que pienso dedicar al Sr. Campaamor. Ni yo mismo tengo pretensiones de que se adimite el vocablo; sólo le quiero para que me sirva de título al artículo ó folleto en que he de explicar ciertas quimeras de psicología, y particularmente de psicología literaria. La materia es un poco intrínseca, y como yo, que soy el que ha de trabajarla, no me he explicado todavía, me atrevo á asegurar que D.^a Emilia no sabe, hoy por hoy, lo que se ha querido decir con eso del *acutismo*.

Escribe la Sra. Pardo Bazán: «Aparte del ideismo y del acutismo, hay muchos caminos para salvarse; no interceptemos ninguno...» En lo del ideismo alude probablemente al de Campaamor; en lo del acutismo, ¿á qué ó á quién alude? ¿Quién ha hablado aquí de acutismo? Sólo yo, que no lo he explicado todavía. Resulta que D.^a Emilia usa palabras muy justo significando no puede comprender. O que plagia neologismos invocando términos... que han inventado otros primero.

En suma, y de más á D.^a Emilia á que explique lo que es el acutismo, y se verá que no es lo que había querido callar por ahora el primero que usó la palabra.

De mucho más uso es el verbo inhibir que también emplea D.^a Emilia sin saber lo que significa; y lo que es más la misma Clarín, creyendo que significa todo lo contrario de lo que quisieron los hados y hasta el Diccionario y la ley de Enjuiciamiento civil que significara.

Siempre se clava D.^a Emilia, en los términos jurídicos. Ayer la hipoteca, anteayer el senado consulto, esta mañana el usufructo... ahora la inhibición.

Verán ustedes que la cosa tiene gracia. Valera y Campaamor han mantenido una polémica famosa, y queda por ellos nombrado juez del litigio Menéndez y Pelayo, así lo reconoce D.^a Emilia; pero juzgando, y juzgando bien, que el asunto importa á todos, echó un cuarto á espaldas con perfecto derecho y publicó su sentencia. Está bien. Pero ha aquí cómo lo dice: «Nadie me ha nombrado juez del litigio y los autores confieren este cargo á Menéndez y Pelayo; no obstante, dado que la cuestión importa, si no á toda la humanidad, cuando menos á mucha de la que piensa, me inhibo por ahora, y si no acierto peor para mí.»

De modo que se ve que D.^a Emilia cree que *inhibirse* es juzgar un pleito sin contar con la voluntad de las partes. No sabe la ilustre habibira que *inhibirse* es precisamente lo contrario de un litigio por reconocer la falta de competencia. Que no sepa la señora Pardo Bazán los tiquis miquis de inhibitorias y declinatorias, bien; pero sí lo que es *inhibir* ó *inhibirse* le sabe el Diccionario y hasta el boticario de Cebre ó de Vilamorta, que gastan zapapillas bordadas de oro! A propósito de Cebre, Vilamorta y Marinada, D.^a Emilia es muy aficionada á coadyuvar á la inmortalidad de los hijos de su fantasía; siempre nos está hablando de los pueblos fantásticos de *su novela particular*. Malo es ya repetir esas cosas en las novelas mismas, pretendiendo emular á Balzac, Zola, etc., etc., pero en escritos extraños á las novelas propias es una ridícula pretensión y verdadera prueba de vanidad exorbitante. ¿Cree D.^a Emilia de buena fe que todo el mundo recuerda á Marinada? ¿Cree siquiera que ella ha pintado una *Marinada* de verdad, entre los vivos?

El buen gusto y una modestia elemental aconsejan dejar á los demás *carta de naturaleza* en la fantasía popular á las cosas y personas que inventa el propio ingenio. Ayudar con una activa propaganda á tales aclimataciones es como votarse á sí mismo, ó plantarse sobre un pedestal, para convertirse en la propia estatua, aun á condición de ir tomando naturalezas berroqueñas.

D.^a Emilia, otro sí, debiera pensar al escribir, no en los ignorantes á quien se puede decir cualquier cosa, sino en los ignorantes á quien se puede decir cualquier cosa, sino en los ignorantes medio de las personas instruidas. Numerosa los doce (ni más ni menos) grandes poetas que produjo la primera mitad de nuestro siglo; para España cita á Espronceda, Zorrilla y el duque de Rivas; para Francia á Lamartine, Hugo y Musset; y para que le salga la cuenta, dando á Manzoni y Leopardi á Italia, y á Puchkina y Lermontoff á Rusia, le deja á Inglaterra... Byron y Keats. ¿Es esa formalidad? Claro que Keats, que murió muy joven y dejó obras clásicas, aunque muy pocas, hoy es más alabado y leído que lo fué tiempos atrás, y su muerte le hace muy simpático; pero no hay en Inglaterra, en la primera mitad del siglo, otros poetas tan grandes como Keats, y más? Shelley, Percy Bysshe Shelley no vale tanto, mejor dicho, no vale más, no significa más que Keats? ¿Quién contribuyó á la fama del autor

de *Endymion* más que el mismo Shelley, que fué enterrado junto á él en el cementerio protestante de Roma y que le había immortalizado en la famosa elegía *Adonais*?

Basta leer *los poetas modernos ingleses*, de Sarrazin, como lo leyó Núñez de Arce á su debido tiempo, para saber todo esto; y en rigor basta leer el consabido diccionario ó Vocabulario. Bueno que D.^a Emilia quiera recurrir á fuentes tan vulgares, bájase á beber en manantiales que están al alcance de la plebe; pero ya que beba en ánforas aristocráticas, que beba la verdad por lo menos. ¿Ea que Shelley no está de moda? Al contrario. Hasta los gatos saben que su fama casi eclipsa la de lord Byron; antecede, por qué prebido D.^a Emilia á Keats? Por acá. Porque *no está tan visto*. ¡Al fin mujer! Ella quiere exhibir (ó *inhibir*) poetas nuevos, como otras quieren lucir modelos de capotas.

Y para que vea mi imparcialidad D.^a Emilia, le diré que estoy conforme con ella en que la granadina (que no es á punto fijo cómo es) no parece bien en invierno. Armando Palacio comió en este punto un *lapso* que no le perdonarán ni la historia ni los horteros; pero mire usted qué llamar á una sesión del Senado romano senado consulto... tiene granadinas! Lo de la granadina es error *inofensivo* como dice D.^a Emilia—á fuerza de ser de bulto; pero lo del senado consulto, aunque abunda también, no es *inofensivo*, porque demuestra que quien llama senado consulto á eso... no puede saber la historia de Roma, es absolutamente imposible. Yo os ofende.

Y hasta otra.

Pero antes de concluir, D.^a Emilia, que corrige mucho y muy bien las pruebas, ha dejado pasar un *negativo* por un *negativo* (página 42, última línea). ¿Es errata? ¿O es que cree que se dice «podemos discutirlos...» pero negarlos?—Pero... si esta señora no contesta nunca. Se hace la sorda como aquel señor de Candás (de mi tierra), personaje de *Morriña*, al cual no oye lo que no le conviene.

Otra cosa todavía. Á la última carta de Valera, nada más que por ser la última, le llama D.^a Emilia un *ultimatum*. Casi más valía que la llamara el *último* atón, como dijo el otro dicho.

Por último, ó por *últimatum*, ¿por qué llama la Sra. Pardo á la fuerza dinamismo? Dinamismo será palabra legítima, aunque no la admite la Academia, pero no puede emplearse por fuerza, vigor, energía. ¿Ay, D.^a Emilia! ¿Por qué no vuelve usted á leer la comedia *Librate del agua mansa*... y aquella de Molière en que figuran las distinguidas hija y sobrina de Gorgibus?

CLARÍN.

PALIQUE

Los conservadores han perpetrado otra *commencement*, sólo que á cancheros tapados, ó casi tapados, porque en vez de escoger para teatro de sus hazañas la calle de Valverde de Madrid, se han ido á hacer sus cosas feas á un rincón de España, á la Universidad de Oviedo. Como dijo el otro—y salva sea la parte—

“las bellaquerías
detrás de la puerta.....”

Campoamor, invitado y hasta rogado por varios catedráticos de dicha escuela, ninguno de ellos conservador ni reformista, republicanos muchos, había aceptado en principio la hora de

que le anunciaban como candidato á la representación de la Universidad de Oviedo en el Senado. El Sr. Cánovas, consultado al efecto, había aprobado la idea, pareciéndole, como era natural, de puras el senador.

Y en eso estábamos cuando.... *ques ego*, quiero decir cuando se presenta el Neptuno en *habe*, el Júpiter Tonante (Tonante, señores cajistas, cuidado) de Pravia y de Filoña, el gran *agador* de todas las fiestas de la libertad asturiana, el Barba Azul de montera picona, el hijo de Felipe José Pidal, ó sea Alejandro Mínimo, Alejandro el *Barbudo*, Perico el Ermitaño, iniciador de la cruzada contra los Torenistas, en fin, el discípulo de Aristóteles cardenalino, el hermano del segundo y adocenado marqués de Pidal.

Ya se sabe que Cánovas tiene dada en fendo la *Suiza española* á Pidal *junior* (y *senior*), y amigo, entre su propio candidato, Campoamor, y el candidato de Pidal..... es claro, D. Antonio tuvo que decidirse por Commelerán II.

Si, señores; Campoamor, por no irritar las iras de Alejandrillo, fué retirado por Cánovas para dejar el puesto á.... el barón de Covadonga (!), una excelente persona que escribe *tuve con* ó, es decir, que no escribe *tuve* sino *tube*, y que no es bachiller, ni gana.

Campoamor es asturiano. Campoamor es académico (compañero de Pidal y de Cánovas). Campoamor es literato insigne (digo yo), es filósofo; bueno, pues como si cantara. Campoamor no era el candidato de Pidal, y el serlo de la mayor parte del profesorado de la Universidad que había de elegirle, en vez de favorecerle, le perjudicaba; porque Pidal á lo que tira siempre es á molestar, á humillar á los profesores de la Universidad de la patria de su padre.

Campoamor, conservador, era acogido con entusiasmo por profesores liberales, republicanos, y Covadonga, *tezuánita*, ayer sagastino, era rechazado por el *claustra* de profesores de Oviedo. Y naturalmente, Campoamor tuvo que retirarse porque Pidal se llama *la*.

287 Madrid Cómico (Madrid), n. 418, 21 febrero, 1891.

Y allá va un poco de estadísticas y otro poco de historia, todo ello sin ánimo de molestar al bueno del barón de Covadonga, al cual nada le falta para ser una bellísima persona más que perder esa manía de representar á los doctores de Oviedo. En la Universidad que *representa* al barón no hay más facultad que la de derecho. Pues bien, há aquí la lista de profesores que ahora no quisieron votar al de Covadonga y la de los que le votaron.

Félix Aramburu. Rector. Catedrático por oposición. Autor de obras alabadas por la prensa y el profesorado en Italia, Francia, Portugal, América, etc., etc. (Votó en blanco).—Adolfo Baylla. Decano. Catedrático por oposición. Autor de obras alabadas ídem ídem ídem. (No votó).—Guillermo Estrada. Orador insigne de las Constituyentes del 69. Autor de obras. Jefe del partido carlista en Asturias. Catedrático por oposición. (No votó).—Matías Barrio y Mier. Orador y secretario de las Constituyentes. Jefe del partido carlista en la región castellana. Diputado electo. Catedrático por oposición dos veces. (No votó).—Vitor Ordóñez. Autor de obras alabadas por la prensa, etc., etc. Catedrático por oposición. (No votó).—Fermín Canella. Autor de obras alabadas, etc., etc. Catedrático por oposición. (No votó).—Faustino Vallina. Autor de obras, etc., etc. Catedrático por oposición dos veces. (No votó).—Leopoldo Alas (*Clarín*). Catedrático por oposición. (No votó).—Adolfo Posada. Autor de obras alabadas y traducidas en italiano, etc., etc. Catedrático por oposición. (No votó).—Rogelio Jore. Autor de obras, etc. Catedrático por concurso, pero con varias oposiciones. (No votó).—Gerardo Berjano. Catedrático por concurso, pero con varias oposiciones al profesorado y á otras carreras. (No votó).—José Gilen. Autor de obras, etc. Catedrático por oposición. (No votó).—La mayor parte de estos señores hubieran votado á Campoamor.

Votaron al barón de Covadonga: Juan Rodríguez Arengo. Catedrático sin oposición. Justo Amandi. Catedrático sin oposición. Eduardo Serrano. Catedrático por oposición. Ahora el que tenga ojos que vea. Si el señor barón cree oportuno añadir á su acta de senador por la Universidad de Oviedo la estadística anterior, hágalo. ¿Quiénes dieron sus votos al barón? A más de los tres catedráticos citados y dos auxiliares, 19 doctores, que, dicho sea sin ofenderlos, para nada se acuerdan de la Universidad hasta que truena.... el barón de Covadonga, es decir, hasta que reciben la correspondiente circular..... “por esa Universidad que *tube* la honra de representar.....”

Teneiros, pues, que contra viento y marea, Pidal ha postergado en Asturias al gran poeta asturiano, en la Universidad al insigne académico, compañero suyo, ilustre literato y filósofo. Y le ha postergado para dar el triunfo á un señor que no tiene título alguno académico, ni sabe ortografía, ni ha recibido siquiera contestación á sus oficiosos ofrecimientos al claustro universitario.

Á Cánovas hay que hacerle la justicia de que defendió *algo* la candidatura de Campoamor. Pero hay que hacerle también la justicia de que debió defenderla más y no supeditarla á los derechos feudales de Pidal en Asturias.

Y perdonen ustedes este palique cuasi-serio. En rigor es más cómico que ninguno.

Si Taboada lo cogiera por su cuenta..... pero no; le suplico que no lo haga. El barón de Covadonga, en el fondo, es inocente; es inocente sin ortografía. El se habrá dicho: en el tomar no hay engaño. El culpable es Pidal. Y después de todo, tampoco. Por-

que si á él le regalán una provincia, ¿qué ha de hacer sino meterse en el bolsillo?

Quien yo quisiera que tomara acta de este articulejo es la prensa seria del todo. No se fijen en que es MADRID Cómico quien habla, sino en lo que habla.

Cánovas y Pidal, académicos, no han querido que fuera senador por la Universidad de Oviedo el poeta y académico y asturiano Campoamor. Y han preferido á un barón que cuando *tubo* la honra la tuvo con él, como la baronía.

Y pensar que todo eso puede ser envidia de poetastros averiados!

Si; también Pidal debe de haber escrito versos. Que le regitren y se le encontrarán entre las actas electorales..... en blanco, (en verso blanco) que le mandan sus agentes y caciques, los que le han hecho grande hombre y *zancajaron* infalible.

CLANIN.

PALIQUE

Mi querido Sinesio: No se ha interceptado la línea, no; la semana pasada no hubo palique porque... me intercepté yo moralmente. Llegó la hora, cogí la pluma de hacer pesetas, como un penolista de billetes de Hanco de *iniciativa individual*, la pluma de falsificar 50 pesetas de literatura *jocosa*, de esa que no lo gusta ahora a D.^a Emilia Pardo, porque sopla de vendaval... rasqué el ingenio... y nada.

A la otra puerta.
Me fui al Casino, cogí *La Epoca*, que es mi musa en casos tales... y nada. Dos ó tres quincenas del revistero de salones que no oran materia imponible.

Estaba avergonzado de mí propio. Temblaba como *literato* y como padre de familia. ¡Dios mío! pensaba, ¿qué es esto? ¿Es impotencia?... Era la primera vez en mi vida que tan radicalmente se me negaba el diablillo de las bromas sin picardía ó dictarme cuatro chuchufetas.

Mi desairada situación me parecía semejante á la de aquel robusto amador, que nos describe Balzac en sus *Cuentos droláticos*, el cual amador ama once veces, si no recuerdo mal, cumplidamente, y á la dozava ama en vano.

Fues tan viejo no soy, me decía, para tales lances... Y pasó la hora del correo, y no pudo ir el artículo.
Después, cuando ya era tarde, me acordé de lo que me había sucedido la noche anterior, que me hacía comprender todo, y que era materia suficiente para el palique perdido.

Dormía yo, como dormimos nosotros los justos, cuando, de repente, sentí un sacudimiento, desperté y oí una voz (por éstas que son cruces), una voz que me sonaba en el cerebro y me decía: No engendres el dolor.

Si este fuera mentira no tendría gracia; pero es absolutamente cierto. Si en la antigüedad los que soñaban cosas tenían que ir á los sabios á que les interpretasen el sueño, ahora han cambiado los tiempos; ello fué que mi conciencia desvelada, alerta, no vaciló un momento en penetrar el consejo ó mandato de la voz nerviosa, de la voz de ese otro yo que llevamos todos, ó los histéricos por lo menos, con nosotros mismos, según demuestran los sabios que cita Binet en su reciente artículo sobre las perturbaciones de la personalidad, y según ya hace muchos años pudo comprender por dolorosa experiencia. La conciencia desvelada me dijo, pero ésta sin voz, que aquella frase, porque era una frase, aludía á los recientes arañazos crítico-satíricos, á los artículos de esta temporada en que había yo hecho daño á una y otra persona.

Después que me levanté perdí el sentido íntimo de la frase, su alcance, su valor de imperativo aunque no categórico; y hasta llegué á olvidar el incidente nocturno; porque ni soy supersticioso ni me hacen gracia estas vocécitas que no prueban nada sobrenatural, pero sí que no está uno completamente bueno.

Tengo yo un amigo, erudito y filósofo, el autor de *Los nombres de los dioses*, obra traducida al alemán y elogiada por Max Müller, y de *La filosofía de lo maravilloso positivo*, libro alabado por Juan Valera, un amigo que se llama Sánchez Calvo, el cual les saca mucha miga á estas onomatopéyicas, á estos despliegues de personalidad, etc., etc., y si lee mi palique, puede que se praeocupen con lo que le pasó á este su admirador, que tiene el honor de no creer en lo maravilloso-positivo.

Sea como sea, ahora recuerdo (tal vez porque es otra vez de noche, corcos del amanecer) que las palabras que oí al despertar, no engendres el dolor, tuvieron para mí un profundo espudor ideal, me dijeron cosas que mi pluma no podría expresar aproximadamente.

Era algo así, pero con mucho más sentido, con más verdad inmediata de conciencia: "Tú, hombre, no eres capaz de crear la dicha, de llevar las contingencias de la realidad por el camino de una felicidad segura para tus semejantes; el bien seguro no se sabe de dónde viene; pero el mal, sí, puedes crearlo; no todo el mal, es claro, pero cierto mal. El dolor nace de muchas fuentes, pero una de ellas es la voluntad; el bien que tú quieras hacer puede convertirse, al salir al mundo exterior, en daño, en mal; ser perecedero, deleznable; todo por contingencias indefinidas; pero el mal puede salir de ti infalible; te basta con querer hacer mal para que ya lo haya; y no hay contingencias que puedan trocar tu mal querer en bien; mortal. Está seguro de esto, puedes hacer daño; hay, entre tantos dolores, algún dolor que sale originalmente de ti. Por eso... no engendres el dolor. El mal que causa las pluma, el daño que produce tu censura agria y fría en el amor propio ajeno, es cosa tuya por completo; eres creador de algo en el mundo moral; de ese daño, de ese dolor. No engendres el dolor... y por ahí adelante.

Ya he dicho que durante el día siguiente olvidé todos estos tíquismiquis; pero ellos por dentro, en al yo dereferoso, seguían trabajando, sin duda; y por eso yo (ó él) no estaba para bromas, ni se me ocurría ninguna malicia, ni aun leyendo *La Epoca*. Me sentía más lírico que epigramático. Hubiese preferido que se ganase el sueldo del Madrid Cómico recitando *La noche serena* de Fray Luis, ó dando llimas, ó perdonando á Velarde, porque no sabe lo que se versalía.

Estos estados de ánimo pre-palícos son muy bonitos, pero de escaso provecho cronológico. Como no es cosa de que yo ahora con un tomo de *Odas* (y aunque saliera no me valdría dinero), quiero, necesito *raciocinar*, como dice (y base) Cánovas, contra tal excitación que no conduce á nada práctico.

Recuerdo que en un estado semejante escribí un artículo titulado *Balart, poeta*,... y á poco (verdad es que sin conocer el artículo), el Sr. Balart me salió con un escobazo y diciéndome que ya me guardaría yo muy bien de tal y de cual.

¡Ay! Sinesio, créame usted, no se puede ser romántico, ni nervioso, ni sensible.

Hay que ser naturalista, como D.^a Emilia Pardo, y tener una salud de roble, como dicha señora, salud que se haga hasta anticipada de puro sana; y hay que tomar con mucho calor las quincenas de la vecindad literaria; por ejemplo, empeñarse en que le hagan á uno monja en clausura, ó académico, ó por lo menos que se lo hagan á la Sra. Arenal, que es lo que ahora pide doña Emilia, por aquello de que... pobre que pide por Dios, pide por Dios.

La sensiblería no lleva á ninguna parte; por lo menos no lleva á escribir paliques. Por lo cual, en el próximo demostraré á la voz de maras que tengo derecho, y en cierto modo deber, de engendrar el dolor, dentro de ciertos límites, porque... ahora que es de noche y va á amanecer no se me ocurren argumentos.

Pero cuando sea pleno día, y yo no me tenga miedo á mí mismo, ¡oh, entonces! ya me vendrán á la pluma razones de peso; como aquella de:

...ceas haines vigoureuxes
que doit donner le vie aux âmes vertueuses....

CLARIN.

PALIQUE

En mi artículo anterior decía que iba hoy á demostrar que á veces hay derecho y hasta obligación de engendrar el dolor.

Pues bien, dejando para otra ocasión mis filosofías, hoy me limito á probar mi tesis con un ejemplo.

El Sr. Cavestany no presenta en la corte con su acta de diputado, que no sé si está limpia ó sucia, y además con una composición de una cosa así como seguidillas que están sucias positivamente.

Si para Cavestany es un dolor que yo le diga y le demuestre que escribe que es un dolor, ¿no tengo yo obligación de causarle esta amargura?

Claro que sí.

Vamos allá: "En el álbum de Isabel Sánchez y Hoces, . . .
Hasta ahora no hay ripios. Metamos la hoz más adelante. "La primera página," Sea.

Aquí donde en enjambre
mil trovadores
á cantar tus hechizos
ven drán mañana.

En enjambre no irán, señor; ¿como han de ir así, en montón, á escribir en el álbum?

Mas ¿qué podrá decirte
mi lengua dura...

¿Tiene usted la lengua dura? ¿Comete usted algún tropo al decir eso? ¿Toma usted el todo por la parte, ó la parte por el todo? ¿O el rábano por las hojas?

que á tu santa inocencia
no cause agravios?

Pero, hombre, ¿tan mal hablado es usted que no sabe hablar con una inocente sin abrirle los ojos?... Por eso dirá usted lo de la lengua dura. Lo que tiene usted, por lo visto, es una guindilla por lengua.

.....
Para que ante tus pasos,

(¡Bonito verso!)
niña querida,
vierta dichas el mundo,
bienes el cielo,

(Total, dichas.)
flores la primavera....

Para eso no se necesitan recomendaciones celestiales; para que vierta flores la primavera, basta con dejarla llegar en paz, y sin seguidillas.

¡Ay! las rosas no mueren
por la mañana,

¿Está usted seguro? Algunas morirán.
ni el día es nunca triste
cuando alboras.

Me parece que usted ha visto alboras pocas veces....

Vive en esa ignorancia
mientras te dura.

¿Pues claro! ¿Qué ha de hacer? Mientras le dura vida y dulzura. No debía permitirse que un señor diputado, aunque sea de la mayoría, escriba impunemente esas tonterías: "Vive en la ignorancia mientras te dura la ignorancia."

.....
los desoñados
que acechan en la sombra
nunca contentos.

¿Cómo habían de estar contentos.... ni descontentos los desoñados? Ese ripio es plaza montada.

Después, en un mar de confusiones y de seguidillas bobas le dice el poeta clecto á la niña que procure que no pasen días por ella, y por último, queriendo cometer una hipérbole al vate parlamentario, termina diciendo:

donde arde el sol de fuego
de Andalucía.

En eso de ser de fuego el sol de Andalucía es como el de todas partes, Sr. Cavestany. ¿Si creará Cavestany que el sol de Noruega es de sorbete de fresa?

Pero vamos á lo más grave.

Esto no puede pasar. Dice el autor de *El esclavo de su culpa*:
"Plegues las alas."

Un autor dramático, un diputado ministerial á quien han llamado poeta Zorrilla, Campoamor, etc., etc., no debe decir esas cosas tan feas.

¡Plegues! De eso á *haiga* no hay más que un paso. También D.^a Emilia Pardo dijo *desandí* varias veces; pero eso era una equivocación. Esto es otra cosa; que Cavestany cree que plegar

es regular. Pues sepa usted que, según la gramática de Cánovas y otros señores á quien usted respetará, plegar pertenece á la primera clase de irregulares; y así como se dice aciertes, se dice plegues, y esto lo ve usted confirmado en la página 99 de dicha gramática (edición de 1880) y otra vez en la 168.

Ahora que venga el Sr. Valera pidiéndome que meta en la lista de poetas enteros á poetas así, que han tenido tiempo para hacerse ricos y diputados, y no lo han tenido para aprender los verbos irregulares, ni siquiera los de la primera clase.

CLARÍN.

El ingenioso Ramón Correa, que ya viene siendo gracioso lo menos desde el bienio, y que unas veces es eso, gracioso, y otras consejero de Estado o director de lo que caiga, lo cual tampoco deja de tener gracia, digo que el Sr. Correa, que escribe hoy lo mismo que cuando se trajo el agua del Loxoya, pregunta, muy picado por la curiosidad, qué quiere decir lo de "al buen tun tun", porque él no se lo explica, ni comprende por qué el *tun tun* ha de ser siempre bueno y nunca malo, etc., etc.

«¿De dónde viene "al buen tun tun"? Dices lo sabe, en concepto de Correa.

Tambien Valodia, otro alto empleado que fué muy gracioso y después lo dejó, para hacerse sabio y persona pudiente, preguntaba, con no menos gracia: «Pero ¿qué diablos significa eso de cantar la palinodia? ¿Qué era palinodia? Dices lo sabía también. A Valodia, ni el odio ni el palin le decían nada, ni los tratadistas de ciencias antigüedades tampoco.

«¿Qué es eso de "al buen tun tun"?»

Lo que sé es que hay quien usa otra frase que suena de modo semejante: «*Ad cultum tuum*...»

«¿No lo ha leído nunca el Sr. Correa?

Sus yo sí.

Ahora, si lo del *buen tun tun* viene del *ad cultum tuum*, preguntando Correa a quien sepa más que yo.

Y más que él, por supuesto.

El Sr. D. Luis Alfonso puede que lo sepa, ó por lo menos sabrá cómo dice eso la aristocracia, «Cuidado que se están poniendo cargantes D. Luis y D.^a Emilia! Sobre todo D. Luis, que no tiene tanto talento como su compadre en *high life*.

«¿Qué tono se dan con sus relaciones encapotadas! Lo que es Alfonso ya tiene la *marque* de los cocheros de casa grande, a quien el cuello de suela (es de suela?), la altura, ó altessa, como dice M. del Palacio, de su posición, y la vanidad de tratar con nobles, dan un terrible aspecto olímpico de escalera abajo. No quiero con esto comparar al Sr. Alfonso con un cochero; nada de eso; por más que los cocheros, sobre todo llamándolos automotones, pueden ser tan dignos como cualquiera; al fin le suena mal siempre a un señorito que le comparen con un cochero. Descarto, pues, de la semejanza todo lo cochero, porque Alfonso es persona muy fina, y hasta de muy nobles sentimientos; y si como escritor se senta como una calabaza, en cuanto perfecto caballero no tiene quien le ponga el pie delante. Me complazco en reconocerlo así y declararlo. Ya van dos ó tres veces que trueno con él; y volvemos a ser amigos por el atractivo de que exalantes prendas morales. Vivo luchando entre la idea de engañarle y decirle que es hasta buen escritor, y la de romper por todo y acabar de una vez para siempre unas relaciones literarias que no puedan conducir á nada útil. Es muy bueno, sí; pero es demasiado... inocente, demasiado... *higible*, demasiado Luis Alfonso (Luis Alfonso es ya mi todo un género).

«Para qué más hipocresías? Yo, Sr. Alfonso, no he leído nunca ninguna novela de nated entera, ni corta ni larga; no he hecho otra cosa con ellas más que la experiencia de Echegaray, «la de los tricos y las orejas».

«¿Sabe usted lo que me parecen sus libros de imaginación (!) de usted? Pues los catálogos del *Printemps* y del *Saint-Joseph*, con muestras de telas y todo. El mejor día, en un libro de Alfonso viene atada, como se pueda, una mesilla de noche Pompadour ó Ramses II. ¿Qué ancho se pone el ilustrado conecedor de las costumbres aristocráticas cuando nos pinta un gabán de color de manteca!

El Sr. Alfonso escribe como aquellas damas andalúses que se burlaban de Bourget porque atribuía un corsé de seda negro á una aristócrata de París. ¡E *pur si muove*! se decía Bourget.

Alfonso debiera recordar, cuando niega á ciertos escritores que hayan visto intimidades de ciertas *clases sociales*, lo que contestaba Flaubert á un crítico, Mr. Freener, que le acusaba de no conocer la Capadocia: «*Mais je la connais, monsieur, je m'y suis promené!*»

Otra el Sr. Alfonso que hay muchos que callan y se han pasado sobre cosas que él cree conocer casi solo... y por las que no se ha pasado nunca, por una especie de respeto excesivo, que me vuelve á mí similitud del cochero.

Decía que el Sr. Alfonso no tiene con el cochero de casa grande de ningún parecido que sea ofensivo para Luis Alfonso; la semejanza se reduce á la parte plástica de la *marque* material del uno y á la *marque* literaria del otro.

El Sr. Alfonso podía aspirar á la paz del alma, que es la mayor riqueza, según Camposamor, contentándose con ser un periodista de los que pasan sin llamar la atención por este valle de lágrimas y de escritores adocenados; pero el excelente amigo de sus amigos tiene un tic, el tic de la aristocracia, como fuente de inspiración literaria, y esto le pierde. Sin esa manía, no escribiría

novelas ni le pondría á uno (y á otro) en el compromiso de decirle que las ha leído sin haber podido leerlas.

El Sr. Alfonso es el escritor que cambió el final de una novellita (á la manera que hay quien limpia los guantes, como si los anzates fueran para eso) por consejo de otro escritor... que no había leído la tal novellita.

Yo recuerdo que en cierta ocasión me proponía el Sr. Alfonso que nos juntáramos varios novelistas (!) para imponernos á los editores, para no dejarnos explotar, etc., etc.

Pues bien, de todo esto tiene la culpa esa erudición del gran mundo que Alfonso posee y quiere utilizar á toda costa en obras de arte.

Es como si un librero, aprovechando la ocasión de tener un buen surtido de tapas para misales, se pusiera á reformar el rito romano inventando un misal nuevo.

Pero ¡el el abad juega á los naipes!...

«¿Si la discretísima D.^a Emilia da el ejemplo?

«Pues no decía esta erudita y muy lista y muy fría, y nada eterno-femenina señora que *todavía* no se había atrevido ella á tocar en el género de novela que se llama de salón?

«Ahí es nada ¡la novela de salón!

«Así, como quien dice, el *whis* y el *tunmim* de Israel!

Se ha atrevido con el amor, con la religión, con la naturaleza, pero *el salón!* ¡Guarda, Pablo!

«Hay que ver á D.^a Emilia en uno de sus ensayos de novela de... gabinete burlándose de una butaca burguesa ó de un entradón que no está en su sitio! ¡Pobres muebles cursos! D.^a Emilia es la Gomercia del Rastro.

Pero ¿esta señora no se fijará en que ella misma es una honrada burguesa, una dama provinciana á quien ha deslumbrado cierto trato somero con algunas aristócratas?

De Luis Alfonso no quiero decir nada á este propósito. No es una dama de provincia. Es un revistero de salones *declat*, por que no escribe revistas de salones.

Escribe salones, es decir, crítica de pintura... ¡Tapa, tapa!

«¿Por qué no publica Valera uno de esos preciosos artículos en que tan bien hace ver lo ridículo de ciertas manías, un artículo acerca de estos inteligentes en gran mundo que nos han salido ahora?

El, que sabe de esas interioridades algo más que D.^a Emilia y que D. Luis, porque ha entrado donde la Sra. Pardo Basán no podía entrar, ni por su sexo ni por su honor, y donde Alfonso no habrá entrado... porque no se le llama á un D. Luis Alfonso para ciertas cosas; él, Valera, el autor de aquella hermosa definición de los cours, ¡con qué elocuencia clásica podía demostrar que es indiscreción y *curvetas* é ignorancia de las leyes de la composición artística, y de la psicología del ingenio creador, esa vulgar y superficial afirmación, desmentida por la historia, de que puede hablarse del gran mundo (como si en efecto fuera, á esa sazón) un taller de oficina, ó cosa por el estilo!

Si Tolstoi pintó admirablemente sus Rostov, sus Karenina, su Pedro, su Andrés, su Stiva, su Dolgohov, etc., etc., no lo debió principalmente á su condición de aristócrata (y eso que el artista-aristócrata tiene la ventaja de que no se deja deslumbrar como el parente no artista), lo debió á su genio; y si es verdad que, de no haber conocido tan familiarmente la vida de la nobleza rusa, no hubiera podido copiar ciertos pormenores, de todos modos, siendo Tolstoi quien es, un gran novelista, nos hubiera dado los mismos tipos y caracteres que nos da, en lo esencial, en lo que los hace artísticos, Balzac pintó marqueses y duquesas admirables, aunque idealmente, antes de tratarse. Media hora de observación del talento verdadero vale más que cien años de vegetar á la cursi como una planta de estufa en los salones aristocráticos. La vida común, *mesclada*, hoy tan general, sobre todo en España, da ocasión al ingenio agudo, observador é intuitivo para hacer estudios de una aproximada exactitud, suficiente en arte, que su prudencia sabrá concretar á lo debido. ¿Sabe Luis Alfonso lo que es *trigonometría* y para qué sirve en la práctica? Pues en el arte de observación hay también su trigonometría. ¿Sabe Luis Alfonso lo que es la *paralaje*... del sol, y gr.? Pues en arte también hay paralajes y sirven para lo mismo que las de la cosmografía.

Por supuesto, todo esto sin los recursos experimentales de los que se han pasado por Capadocia.

Y concluyo, aunque no renuncio á volver sobre la cuestión, porque no he acabado con el Sr. Alfonso. Pondré como aneto sobre el tapete, cuando desde otro punto de vista, hablo del distinguido periodista en mi colección de *Vivos y muertos* (por supuesto al hablar de los vivos), pondré, digo, como nuevo este mismo asunto, hoy apenas desfilado.

Pero al fin, poco importa que Alfonso hable y piense como le parezca; más triste es que D.^a Emilia ande en tan malos pasos que influyen de modo decisivo en sus novelas de ahora; y, lo que es más grave, en su crítica literaria.

CLARIN.

PALIQUE

He recibido un libro cuya primera página, manuscrita, dice así:

CANTABLE

MI querido Clarín:
De PITON A PITON (esto impreso)
tiene fallas sin fin
pero buena intención.
Mas si en él no halla usted
ni pimienta ni sal,
me hace usted la merced
de mandarlo al corral!

SOUAQUILLO.

A lo cual contesto yo en prosa (porque se me ha olvidado una

(1) no.

octavilla que había discurredo, y nunca segundas octavillas fueron buenas) que *De Piton a Piton* me parece un libro muy agudamente escrito, y que prueba que su autor ha visto muchos toros y muchos cabestros en este mundo. Sin embargo, estoy dispuesto a rectificar mi juicio si D.^a Emilia Pardo, ó en su defecto Luis Alfonso, me demuestran, que bien pueden, que yo siempre he visto los toros desde la barrera, ó mejor, desde el tendido, y que no tengo sangre torera.

Amigo Souaquillo, ahora hay que tentarse la ropa antes de criticar; y así Dios le libre á usted de hablar de la aristocracia sin previamente no se ha hecho usted marqués ó conde, siquiera sea postumo. No se puede usted figurar el desprecio con que le dicen á unos críticos aporrajados: ¡ta day, probaz! Dofa Emilia ve un mérito singularísimo en haber vivido (ó por lo menos haberle creído á ella que se ha vivido) entre las laldas de las duquesas y condesitas más desvergonzadas; y supeditándolo todo al honor de comer con el *duque* y al placer de llamar Isabel á la de Mazacán (aunque la de Mazacán conteste: *Doña Ramona*), se vuelve loca ante los primeros aristócratas que el Pardo Coloma ha puesto en su *Corra Alborno*, y dice que desde esta Corra "Mal año para Balzac, ya ve usted si tengo razón para afirmar que D.^a Emilia se vuelve loca. Lo malo es que ciertas cosas no se pueden decir con claridad. En fin, lo diré como pueda. A D.^a Emilia le ha pasado esta vez como crítica lo que en *Insolación* como autora. La entusiasma Currita... y cree que es *artísticamente*... y no hay tal cosa. Que hay aquí alguna aberración, alguna obsesión, no cabe dudarlo.

Balzar y D.^a Emilia son dos personas de muchísimo talento, de buen gusto, podrán estar muy separadas en doctrinas estéticas; pero ¿cómo habían de juzgar de modo tan radicalmente opuesto un mismo personaje de una novela, si no hubiera objeción por alguna parte? Balzar dice, ó viene á decir ¡joj! (1), que en *Peycheques* no hay caracteres, y que la misma Currita, que es el mejor, no puede compararse... con alguno, v. gr., de *Morrija*. De *Morrija*, ¿lo oye D.^a Emilia? De modo que, juntando la opinión de D.^a Emilia y la de Balzar, resulta que, juntando la opinión de D.^a Emilia y la de Balzar de mal año. Este absurdo nos prueba que ó D.^a Emilia ó Balzar no saben lo que se dicen al juzgar á Curra.

X, en este punto, voto... por que Balzar siga tan de buen año como hasta la presente.

Éjase usted, amigo Cavia, en este D.^a Emilia dice que Currita es una perdida; y el autor es lo contrario, y la llama cien veces lo que es, uno... *fornice*, como diría D.^a Emilia, y no dice al Diccionario. Para ser exacto, D.^a Emilia llama *fornice* á las casas de prostitución, pero esto hay que sacarlo del contexto, porque como *fornice* no es palabra castellana, yo estoy también autorizado, por Suetonio nada menos, á llamar *fornices* á las personas prostitutas. Y otro, usted por ejemplo, puede entender las *romanas fornices* de la Pardo por arcos *trifurcados*, según Cicerón, ó por el anecdotico de Segovia y otros así, según Plinio. Vea D.^a Emilia el inconveniente de escribir el castellano en latín; que se pueden ver arcos de triunfo donde usted ha querido poner *manecías*. Pero, en fin, acoquedo ó ramera, Curra Alborno es una mala mujer. Pues bien, D.^a Emilia escribe lo siguiente: «Currita (es) la mujer más mujer acaso de la moderna novela hispana.»

De modo que, si la lógica es lógica, lo más esencial en la mujer, lo más *femenino* es... su *abundancia* (porque fuerza también significa *bóveda*).—«Currita, añade D.^a Emilia, aunque perdida, es siempre una gran señora.» Éjase usted, señora, ¡jijee usted! Según eso, el concepto de lo *grande* en el *señorio* se reduce á elementos formales, exteriores, y aún más, de apariencia; porque Curra adulta, Curra sin sentido moral ni aun estético para comprender que las dos prostitutas que van á la protesta de las mantillas y las poetisas no son *otras dos más*, como ella dice, sino una vergüenza. Curra arroba usted una carta al ministro, Curra mintiendo, escribiendo anónimos, amenazando á su marido y poniéndole el *capichón* del fotógrafo; Curra engañando á la reina y Curra haciendo mil felonías, en el sexto y fuera del sexto... ó deja de ser una gran señora, ó nos da prueba de que es una persona miserable, y hasta poco decente, el *gran señorío*. El Padre Coloma lo entiende mejor, y no se hace ilusiones respecto de lo que es la grandísima pécara. «¡Qué admirables perniciencias, qué divinas gatañadas! exclama, en éxtasis ante Curra Alborno, D.^a Emilia. Si; qué gatañada tan divina la de abandonar á sus hijos en la *Nursery* (muy bien pintada; de modo que recuerde escenas análogas de *Ann Karenine*); hasta las gatas verdaderas son más *humanas* que esa divinidad de gata que á la Pardo le enamora. Pero, en fin, la Sra. Pardo Bazán se contenta con que Curra haga todas esas cosas malas con distinción natural.

Mire usted, señora, que se lo digo yo; en la novela la pierde á usted la naturalidad mal entendida; en la crítica la está perdiendo á usted la *distinción*. Es claro que el P. Coloma no tiene nada que ver con estas cosas. Puede ser su Curra bellísima figura artísticamente (no digo aquí que lo sea ni que no lo sea), y sin embargo, dejar de ser *gran señora*; y aun me parece á mí que, en opinión del Padre, su propósito no ha sido pintar una mujer pécara, prostituida, encenagada, haciéndola graciosa, conservándole *grandes instintos* seculares, trabajando á la *Feuillet*. Más largo creo yo que ve el P. Coloma.

(1). Rate ¡joj! me refiero á que el Sr. Balzar quiere que se cite en *integrum*.

Al cual, si por casualidad leyera esto, debo advertirle que yo no antepongo opinión alguna, favorable ó desfavorable, respecto de su *Peycheques*. Para decir lo que me parece esta obra, que desde luego cabe sostener que no es vulgar, aguardo á que haya pasado el *tole tole* que hoy sirve de comidilla á la gente. Si *Pequeñeces* vale efectivamente algo, si es obra de arte, dentro de algunas semanas ya no hablarán de ella los que van en pos de las novedades ohillones, pero seguirá ocupando la atención de los verdaderos amantes de las letras. Y entonces será mejor ocasión para tratar de *Peycheques*.

Eoy sólo quiero decirle cuatro cositas á D.^a Emilia. O con más verdad, se las he dicho sin querer. Porque lo que realmente quería yo era hablar del último libro de Cavia.

Sólo que si inhibirme por mi falta de competencia (pero inhibirme de verdad, no como D.^a Emilia, que llama *inhibir* al *exhibir*), me salió al paso la maldita digresión que *informa* (como dicen en el Congreso) este palique.

Por fortuna tengo bastante confianza con Mariano Cavia para estar seguro de que no tomo á desaire que deje para otra ocasión su libro; el cual no juzgaré (por lo dicho), pero que alabaré y parafrasearé—aunque sea palabra fea—á mi gusto. No en *MARINÓ Cómico*, acaso.

Y eso que lo principal ya está dicho; á saber, que *De pitón a pitón* es un libro primoroso, en su género, agudamente escrito, como apuntaba yo antes con seguridad, y ahora con torera. Da otro modo, y según consta en la mal llamada octavilla, que se me había olvidado (y que no es octavilla):

Como yo soy Clarín,

De pitón a pitón

tiene chistes sin fin

y taurina intención.

En la dehesa boyal

de tu capri aragones,

¡yo se cría una res

que yo mande al corral!

Y adios, Mariano amigo. No hay bajo la *fornix* (bóveda celeste, según Emilio) quien te desee más *fórnices* (arcos de triunfo) que yo, y plegue al cielo que entres con una espesa bajo las *fórnices* del templo, para huir de la tentación de las *fórnices* públicas, ó sea casas de lenocinio, como dicen los gascones de mi pueblo.

Y ya que hablamos de escribir español en otras lenguas, nate (porque ahora recuerdo que no nos tuteamos), que manda tanto en *El Liberal*, podría hacermos un favor? (Aparte de aquel de que digan *Efemérides* y no *Efeméridas*.) Mi amigo Pompeyo Gener, que es todo un sabio, y hombre de mucho talento, tiene la manía de corromper nuestro idioma á sabiendas. En un artículo de *El Liberal*, hablando de Richepin, decía (tener días atrás: la *platitude* naturalista).

Y estas son otras fórnices. Una *platitude* es una *fornicidad* á su manera.

Señoras y señores: miren ustedes que por algo se dejó sin concluir la torre de Babel!

Me han dicho que D. Luis Alfonso me había escrito una carta por conducto de *La Época*. ¡Mal buzón! No veo *La Época* más que de sigilo en sigilo. Si el Sr. Alfonso tiene interés en que sepa yo lo que ha querido decirme, envíeme su prosa directamente.

(Hasta los gatos quieren zapatos!)

El oportuno Ramón Correa (oportuno el año 66; cuando se trajo el agua del Lozoya, como tengo dicho) tiene la pretensión, que expone entre emblemas y alegorías, de que yo le envidio.

¡Tu quoque!

Envidiar á Ramón Correa!

Pero, bien pensado, sí. Se le puede envidiar... desde el punto de vista de las bienaventuranzas.

Nota bene.—En la crítica de *Peycheques* escribe esto D.^a Emilia Pardo:

«No es Currita sola quien ha salido respirando y sangrando en la novela.»

¿Sangrando?

CLARÍN.

PALIQUE

Hace muchos años, comencé yo a hablar mal de los versos del Sr. D. José Velarde, imitador desdichado del Sr. Núñez de Arce. Siempre que me encontraba D. Gaspar por aquella época, me echaba un sermón para convertirme al telardismo, y me decía, sobre poco más o menos:

—¡Oh, amigo Clarín, es usted injusto con ese poeta! Velarde vale, vale mucho; promete muchísimo. Deje usted que pase tiempo y usted mismo me dará la razón, etc., etc., etc.

Pues ya pasaron años, D. Gaspar (cuántos años y cuán fogaces, ¿éstimo?), y yo, espero que la separaré a él del Sr. Velarde acabe de cumplir lo que según Núñez de Arce promete... y nada. Ahora sale el ex-joven imitador con una descripción tan desahogada como todas las suyas, vulgar, caustica, inútil, pedestre y llena de falsos testimonios contra la gramática y la naturaleza.

La cosa se llama *Una feria andaluza*. Lo de andaluza es completamente gratuito... pero no obligatorio. El Sr. Velarde es de esos poetas *descriptivos* que por parecen en los consonantes no tienen tiempo para imaginar el cuadro que quieren pintar. *Corriente rota* no le salen más que rípios y cosas patas arriba, como ya tengo dicho en multitud de ocasiones.

Empieza así:

«Cómo pintar la gracia, la alegría,
la hermosura, el bullicio de la feria
de aquel bello lugar de Andalucía?

La gracia, Sr. Velarde, es una de las especies de la hermosura, y el bello lugar es un tipo de principiante.

Todo es ventura allí, gloria y encanto.

¿Por qué ha de ser todo ventura, y menos encanto, y muchísimo menos gloria, todo lo que hay en una feria? Por lo menos, habrá gangas y cacas, y eso no es gloria.

en lujo convertida la miseria.

Esto no se entiende ni puede significar nada racional. Se ha dicho mil veces que el pobre era rico y el rico pobre, pero no es lo mismo esto que decir que la miseria se convierte en lujo en la feria. Eso es hablar por hablar.

en placer el dolor, en risa el llanto.

Digo lo mismo, y autos.

Alborota la infancia enloquecida,

(Con obstrucciones así no se pinta, se divaga.)

la vejez achacosa

enciéndese en el fuego de la vida.

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Con qué motivo?

Ahora el Sr. Velarde pierde el hilo del discurso, como suele sucederle siempre que se mete en estrofas, ó lo que sean, de once versos.

La arrebatada juventud hermosa

(Qué epítetos! Están hablando.)

va vertiendo a raudales el tesoro

del ardiente placer en que rebusa;

llevando en el semblante por divisa

del pueblo entero el discordante coro,

la dulce contracción de la sonrisa,

y no oyéndose (aquí lo pierde) en torno más clamores

que los gritos del habla enamorada,

de la alegre canción, del chiste alado

y de la abierta y loca carcajada.

Dígame el Sr. Núñez de Arce si el que publica con su firma todos estos destinos no parece que está loco, y si ha cumplido lo que prometía, según D. Gaspar.

Analícemos, con permiso de Camposamor. Aquí hay una juventud, hermosa, por cierto, y arrebatada, que lleva una divisa en el semblante, aproximadamente como los toros; y esta divisa es, una de dos: ó el coro discordante del pueblo entero, y esto sería mucho llevar en el semblante, ó la dulce contracción de la sonrisa; pues bueno, esta juventud que va vertiendo raudales, va también llevando esa divisa, y no oyéndose en torno más clamores, etc., etc. Tiene este sentido? ¿Qué relación hay entre lo que va haciendo la juventud y el gerundio *oyéndose* para juntarlo con esa copulativa de la que resulta que la juventud *no* oyéndose más clamores?

«Es esto español ni habla cristiana, D. Gaspar?

Pero dejemos esto. Dice que no se oyeron más clamores que los gritos del habla enamorada; habla no significa exactamente lo que el Sr. Velarde quiere decir ahí; y además el ruido del habla enamorada no es un clamor; ni más ni menos que los gritos, los chistes, que no sé por qué han de ser alados. Y también protesta contra la carcajada abierta, porque no hay tropo que autorice a tomar la boca por la carcajada, y viceversa. Otro sí, el Sr. Velarde dice que no oyen más clamores que los de los chistes, el habla y la carcajada, y eso no puede ser verdad, porque en una feria se oyen también muchos otros ruidos, como v. gr.: rebuznos, si hay ganado garañón, como dice el Sr. Velarde más abajo, contradiciéndose y desperdiciando de camino:

Allí el inquieto garañón se agita
y á sus prendas amadas

(Algunas burras de leche probablemente)
con extérrimos cánticos excita.

Ya ve el Sr. Velarde cómo se contradice, y cómo se oían más clamores que los de maras; esto sin contar con los que hay antes y después: el balido del cordero, la música de las guitarras, las matracas y los tamboriles de los chiquillos, etc., etc. ¿Por qué se desmiente a renglón seguido el Sr. Velarde? Porque no hay tal feria; porque él no está figurándose lo que pinta, sino pensando en los rípios que le cuestan muchísimos sudores. Cualquier testigo de vista vale más que un poeta así. Lo pregunta D. Gaspar a cualquier feriero: ¿Qué ruidos y sonidos había en la feria? Y el otro va y se los dice todos. Pero el poeta difícil no; primero le dice que no se oían más clamores que las carcajadas, el habla, los chistes y la canción; y después resulta que había también guitarras, rebuznos y matracas. Vaya usted mucho con Dios. ¿Y de un hombre así asegura el Sr. Núñez de Arce que promete? Ni jura ni promete: al revés del Sr. Marengo, que ahora promete y antes juró.

Pero volvamos al garañón que vaga errante. El Sr. Velarde al rebuzno lo llama *cántico extérrimo*. El espíritu de cuerpo puede protestar en toda la clase militar; porque Estentor (yo Extentor) era un guerrero griego que asistió al sitio de Troya, y si levantara la cabeza no le gustaría que comparasen las grandes voces que él daba con los rebuznos de los garañones. Además, Extentor no cantaba, gritaba; y sobre todo, los rebuznos no pueden ser considerados como cánticos, pese á todos los malos ejemplos de los poetas con ó sin estipulación.

Sigamos:

plántase el terco mulo que contesta
con zaidas cacas ó bocado avieso...

¿No lo decía yo? Cacas, bocados, como usted dice, ¡y aseguraba el poeta que todo era gloria! ¿Yaya una gloria que consiste en cacas!

Biandiendo la garrocha
contra la manna res, su ciencia y brío
el vaqueril condecora derrocha.

No tengo el gusto de conocer al condecora vaqueril; pero si por acaso se trata de un vaquero, niego, y formulo también protesta, que sea ciencia el tratar con animales. Vaqueril, además, según el Sr. Núñez de Arce y compañeros académicos, no es castellano.

Al son de la guitarra y las cantores
tratan el ganadero y el mercante
en el pueblo de vinos y licores.

¿Al son de los cantores? Si fuera de los cantares; pero ¿de los cantores?

Y tan agrio el contrato se celebra.

¿Qué quiere decir que un contrato se celebra tan agrio? Agrio no es ni puede ser adverbio.

Y hasta, aunque todavía teníamos para rato. No quiero hablar de la pita hostil, de las ariscas selvas convertidas en verjeles, ni del enano gentil, ni del cielo sin segundo, ni de los fulgores que fertilizan lo infecundo, cosa imposible una para los fulgores. Déjelo todo y escuche cuanto antes de tantos poetas descriptivos, que parecen ciegos y sordos de nacimiento, y que cuando llevan veinte y más años de prometer, salen con que no saben gramática y llaman á Estentor garañón y á los garañones tenores ó barítonos.

Y á pesar de esto y de tantas otras minas de absurdos como tengo denunciadas, Núñez de Arce insistirá en que Velarde promete, y Valera le pondrá en la lista de sus veinte poetas y plico, y Zorrilla y Camposamor le encajarrán en un endecasilabo ó en un alexandrino, mezclándole con Epronceda, Bécquer, etc., etc.

Y á mí se me llamará cominerio y rebucador de minucias y analítico y hasta envidioso y bilioso y gallego.

»»

A propósito de gallegos y de versos malos. El diputado por Ribadeo, D. Juan Menéndez Fidal, es también poeta y ha escrito un volumen de versos que se llama *Alá-ald*.

¿Y qué les parece á ustedes que ha hecho con ellos? Pues ponerlos bajo el amparo de la diputación provincial de Oviedo para que vaya á casa de Navamorcuende una comisión de un año (del seno de la diputación) y compre docientos cincuenta ejemplares del *Alá-ald*, á dos pesetas cada uno, lo cual es como pedirle dos mil reales á la excelentísima corporación con los extérrimos cánticos de *Alá-ald*.

Este diputado mestizo y pariente de Alejandro de Capadocia (como llaman á Fidal en Asturias, por lo del castrador de cerdos, abuelo de los Fidales), este poeta ultramontano y sentimental no es mejor poeta que Velarde, pero entiende mejor el fin de siglo conservador, y dejándose de ideales muertos, se va derecho, con una instancia inspirada en los mejores modelos, á las corporaciones que reparten trigo y donde tiene mayoría el Pantorrilles del Noroeste.

Y así demuestra el diputado por Ribadeo que él promete mucho más que el Sr. Velarde.

Como que Velarde se morirá describiendo mal gallineros y puestas de sol, y Menéndez Fidal llegará adonde lleguen los faldores del frac de su primo el Capadocense.

CLARÍN.

Sr. D. C. José de Arpe, en la redacción de *El Resumen*.

Muy señor mío: He recibido su muy atenta y respetuosa carta del 4 de este mes y me apresuro a contestarle que dice usted muy bien, ó por lo menos piensa muy bien, cuando dice que "puede ser posible que yo no lea *El Resumen*.". En efecto, vive Dios que pudo ser. No sólo pudo ser posible, que era poco poder ser, sino que en realidad no lo es. *El Resumen*. Sé que es un periódico bien escrito, de mucha circulación; pero es uno de tantos papeles buenos y que circulan mucho, y que yo no leo.

No sabía una palabra, señor de Arpe, de eso que usted me dice de "la polémica provocada en contra mía (de usted) por el director de *Madrid Cómico*.". Es más, nunca le conocí a Delgado ese fiaco; ¿Conque polemista? ¿Habrá picado? Y ¿cómo empezó eso, vamos á ver? Enueparia si, verdad? llamándole á usted cualquier cosa fea, ó echándole en cara que no sabía gramática ó geografía ó las cuatro reglas? ¿Fue así? ¿O acaso fué usted el que empezó... por no saber gramática ó geografía ó las cuatro reglas?

De todas suertes, polillos á la mar. Eso no ha sido nada. En los recortes de periódico que usted me envía, pegados unos á otros, quiero suponer que con oblietas (porque hay Aristarcos por esos mundos que me dan pilas y después me los mandan pegados con pan maseado, que es una porquería), veo que yo también he incurrido en la censura de usted, á pesar de que me tiene por "crítico eminente, á quien respeta usted y admira...". Dios se lo pague. Pero, vamos á ver, señor de Arpe. Si tan emi-

(1) Vengo tomado del original.

nente soy, ¿por qué supone usted que yo puedo crear que los rumores tienen oídos? Donde yo dije "se oían", usted opina que debí decir "se oía.". Pues habrá sido una errata, señor. Un crítico eminente y admirable no confundirá el singular con el plural. Será errata. ¿No le parece á usted? Debió usted suponerlo así ó quitarme la eminencia. Esto por lo que á usted toca.

Por lo que me toca á mí, declaro que no hay tal errata y le juro por mi eminencia que en esta ocasión el que se equivocó es usted y no yo; y más vale así, como usted comprenderá; y hasta es más natural.

Yo escribí esto "o.", se oían más clamores... Y usted dice: "Se oía" quiso decir, porque los clamores no tienen oído... No, señor Arpe; no hace falta que los clamores tengan oído para que se pueda decir "se oían clamores...". Tendría usted razón si el se oían sólo pudiera usarse para la forma activa reflexiva, pero el se oían es ahí forma pasiva y no reflexiva; se oían es lo mismo que eran oídos.

Puede haber dicho se oía si hubiera querido emplear la forma impersonal activa, pero no era mi propósito, sino usar de esa forma pasiva que el que analiza mal puede confundir con el verbo impersonal ó con el reflexivo. Si, señor Arpe, créame usted á mí; eso de "se oían clamores", es una oración segunda de pasiva, como aquella otra de "se desea la felicidad", que pone por ejemplo la gramática de la Academia en su página 248 al tratar de esta clase de oraciones, legítimas absolutamente. Se firmaron las paces, dice la Academia, y no se firmó las paces, ¿por qué? Porque las paces fueron firmadas, no porque se firmaron ellas, á las mismas. Se oían clamores, no porque ellos se oyeran á sí mismos, sino porque los clamores eran oídos. ¿Está usted conforme? Supongo que sí.

Lo demás de los recortes no va conmigo; pero ya que usted me respeta y admira y me llama eminente, me creo autorizado para darle algún consejo y una lección, ésta en colaboración con la gramática. Primero la lección.

Sostiene usted que se puede decir "marcharse á por eso...". No, señor. ¡En la vida! Aunque lo diga Villamediana y aunque lo diga Villabuena no se puede admitir ese á por. Esto no es cuestión de autores. El por no necesita el á, éste no puede tener en tal caso un valor expletivo que el uso no admite. La gramática no autoriza ese abuso. Dice así la Academia: "A por, aunque tan repetido por el vulgo, es solecismo" (pág. 235).

También insiste usted en que puede escribirse "que impasible esperáramos", que impasible esperaríamos, y tamaña concordancia vizcaína considera usted una figura... ¿Será la triste figura! No, señor; no hay tal figura que consista en concordar un verbo en plural con un sujeto en singular. Usted no quiso decir figura, sino licencia. Pues tampoco hay licencia para tales concordancias. ¿Sabe usted cómo la habría? Si usted, el impasible, fuera un ser colectivo. ¿Es usted un rebaño, verbigraña? No, señor; pues no puede decir impasible esperaríamos. Es más, si siquiera creo que había usted en nombre de toda la redacción.

Quiere usted autorizarse para tales libertinajes sintácticos con el ejemplo de Zorrilla, que dijo:

"Vosotros á quien mató..."

¿Pero, criatura, si está perfectamente dicho! No porque quien sea singular y vosotros plural, sino porque quien es invariable, y sirve para singular y plural, aunque también se usa, y con más frecuencia de algún tiempo acá, el plural quienes. La Academia, en su gramática, dice (pág. 58): "También es muy usado quien cuando se refiere á un antecedente plural, v. gr.: "Los siete sabios á quien tanto venera Grecia...". "Los primeros con quien topamos eran los gimnosofistas...". (Saavedra. República literaria).

Si usted quiere ser purista, señor Arpe, no debe decir: "Se extraña usted de que... etc., etc.", sino extraña usted. El extrañarse en ese sentido es el s' c'lonner francés, como apunta Baralt, con razón.

En los dos recortes que usted me manda con su carta, respetuosa y atenta hay muchas incorrecciones á más de las señaladas, señor Arpe; pero no tengo interés en examinarlas aquí, ni tiempo para ello.

Y ahora va el consejo.

No busque usted notoriedad por tan mal camino. No lo digo por lo de corregirme á mí el vocable. No, señor; corrija usted aunque sea al verbo... pero corrija usted bien.

Clarín escribe cinco ó seis artículos por semana, tiene muy mala letra, no puede corregir pruebas... ¡Y usted, queriendo demostrar que Clarín no es infalible... no le encuentra más que en lapsus que no lo es, un se oían que está perfectamente dicho! Y de camino dice usted "á por... y lo otro de "impasible esperaríamos...". Y lo defende usted, ¡oh reincidente! ¿Le pagan á usted por escribir? Entonces no digo nada. Pero si no le pagan... merece que le peguen.

Por último, señor Arpe, ni yo soy eminente, ni usted sabe lo que se pesca... ¡Admirador... admirador!... Pero usted cree que yo quiero tener admiradores que no saben gramática? ¡Me ha tomado usted por una D.ª Emilia Pardo, á quien se están comiendo las moscas de la pronsa?

Ahora, como particular, le agradezco á usted sus palabras atentas y respetuosas y á lo mismo me obligo; quiero decir que yo también le admiro á usted y le beso la mano.

CLARÍN.

Vital Aza, no por ser colaborador de MARRIN Cómico deja de tener talento; y no es cosa de callarlo por una modestia colectiva mal entendida. Acaba de publicar el popularísimo poeta cómico muchos de sus versos en un volumen titulado *Todo en broma*, y aprovecho la ocasión para decir algo de Vital... y de otros.

El ingenio español, como nuestro idioma también, en pocos géneros se luce tan de veras y se muestra tan castizo como en el alegre, en el cómico y en el satírico; pero el vulgo español da mucha más importancia a lo serio sólo por serio. Cuantos hemos comenzado la carrera literaria consintiendo que se nos tomara por autores festivos, estamos expuestos a que toda nuestra vida se nos considere como gente de poco más o menos, aunque más o menos divertida. Si a mí, por ejemplo, me quisieran hacer académico, habría muchas personas formales que gritarían: ¡qué escándalo! ¿a ese de los paliques le hacen académico! Y en cambio, meten en la de la Lengua a Fábí, que es un marmolillo be-

geliano, á mano derecha, y los españoles ceñudos y morigerados no tienen nada que decir. Y es muy posible que yo sepa más de letras que Fábí, y puede que hasta de filosofía me atreviera a disputar con él.

Vital Aza gana mucho dinero con sus comedias y zarzuelas, hace reír á media España en invierno y á la otra media en verano, es concienzudo y muy estimado en todas partes... Corriente, pero que le comparen con Ferrarí ó con Velarde, y verán ustedes cuántos *críticos* salen diciendo: Hombre, no! eso es otra cosa. Ferrarí, Velarde son poetas... serios... *endecasílabos*, como si dijéramos.

No me cansaré de repetirlos: nuestra generación, y por lo que hasta ahora voy, la que nos sigue, no tiene en España poetas de alto vuelo; y los que pretenden serlo, valen mucho menos, pero mucho menos, que los que, como Vital Aza, Sinisio Delgado, Zúñiga, Bustillo, Silva, Eduardo Pascual... y otros, por ejemplo, algunos de los salados saineteros con sumámostro Vega á la cabeza, cultivan el trato de la media cómica, sin pretensiones, pero, correctamente y con propiedad. Sinisio, y yo es porque a él, delante, tiene mejor oído que esos vates de descripción en ristre que, en materia de endecasílabos no entienden de más rítmica que imitar la elegante parsimonia de Núñez de Arce. Los romances de Bustillo, las escenas de *chulos* de Silva, las extravagantes combinaciones de palabras y de asuntos de Zúñiga, la naturalidad y alegría fresca de Vital se parecen más á ciertas cualidades más lógicas de nuestros antiguos poetas, los defensores del glorioso octosílabo, que á los sucesores de Boscan, también insignes, pueden parecerse los discípulos serios de Núñez de Arce, de Campoamor, etc., etc.

En nuestros poetas alegres hay sencillez, instinto de nuestra lengua poética, verdad, observación á veces, casi siempre agudeza. En los Velardes, Grillos, Cavestany, Ferrarí, etc., etc., no hay nada que recuerde la música del antiguo endecasílabo castellano, ni menos la gallardía y el color de la hermosa locución poética; que, sin haber sido nunca tan especial y separada, de la prosa como en Italia y en Inglaterra; por ejemplo, tenía, sin embargo, un tono más alto, más noble, y sobre todo, vivía más de la elipsis, del tropo, de la construcción figurada que el estilo prosaico y que la poesía nuestra, de estos días.

Al que entienda un poco, de veras, de estas cosas, tiene que parecerle una lástima lo que hacen de la forma poética los vates de mi generación que se tienen por serios y concienzudos. Todo ello sin contar con que á lo mejor no saben gramática. Porque es lo que yo digo: leo y leo versos de Aza, de Sinisio, de Vega, etc., etc., y nada; todo es español, á veces demasiado prosaico, pero español, y todo lo que dicen está en su sitio; y si pintan la naturaleza, pinto el caso, la pinto con mayor ó menor energía, con brillo y corrección mayor ó menor, pero no patas arriba y haciendo con ella un terremoto.

Peró llega un Volarde á pintar una feria... y nos sale con aquel del *garafón errante* que entonces endechas... y ahora llega el Sr. Ferrarí, el simpático Sr. Ferrarí, ilustradísimo funcionario de una carrera literaria, hombre de oído y de gusto... y nos *pinta* una granja que no puedo llamar modelo porque no lo es. El Sr. Ferrarí ha leído hace pocos días en el *Atonce* lo que sigue:

Se alza en la orilla del camino, al coto de otra heredad, y entre viñedo y soto una rústica granja en un ribazo, con sus cuádras, graneros y corrales y algunas tierras de labor, que, eriales cubren de cizaña y de lampazo.

Aquí está el terremoto. Una granja que se alza con tierras de labor, es víctima de una sacudida subterránea. Si no, no se explica el alzamiento de las tierras de labor. Además, ¿qué había de ser la granja sino rústica? Decir granja rústica es como decir ciudad urbana; en cambio, si las tierras eran de labor, ¿cómo eran oriales? Y si eran eriales, ¿por qué llamarles tierras de labor? Tierra de labor lo es la que se siembra, y erial la tierra que no se cultiva. Y la cizaña no suele crecer en los oriales, sino entre el trigo y la cebada, según los naturalistas de la Academia. El Sr. Ferrarí sigue describiendo la granja rústica y abandonada, de una manera muy original: por eliminación, pudiéramos decir: va contando todo lo que no hay en la granja; de modo que, siendo infinito el número de las cosas que están en el universo y no están en el *castro del erial*, en la granja rústica; resulta que, si el Sr. Ferrarí termina, es por misericordia de Dios. Porque figúrense ustedes á un poeta descriptivo describiendo lo que no se ve en tal parte. ¡Eso no tiene fin!

No canta el gallo

(¡Ya pareció el gallo! No podía menos. Poeta descriptivo, ¿cómo sin quinquiriqui, no puede ser.)

No canta el gallo en su interior, erguido sobre las bardas del corral

(Podría discutirse si las bardas del corral están en el interior, pero pase.)

ni el ruido

ladra el mastín en vigilante acecho,

ni la campana del fogón humea,

ni la noria

(Esta noria podemos regalársela al poeta-garañón que nos describe Velarde: una noria natural otorgada en público certamen) chirriando forcejea

(¿Forcejea la noria? Vamos, sí; un tropo; la noria por el año.)

ni la noria chirriando forcejea para regar el almorrón deshecho.

No sé lo que es almorrón, ni el diccionario de la Academia lo sabe tampoco; pero, por mí, aunque sean almorr...anas. Dejemos esto. No era mi ánimo estudiar la granja rústica del Sr. Ferrarí, sólo por vía de ejemplo y de digresión entré en ella; pero me apremio á salir porque amenaza ruina, y además en su desnuda tabla el yero finge la mate lividez del bueco que tras la llaga, descaernado, agoma...

¡Válgame el Santo Job, cuánta laceria! Y decía yo almorr...nas. Peor, mucho peor, ¡pasa! ¡pasa, tapa...!

Ma vuelvo, me vuelvo al *Todo en broma* de Vital Aza.

Porque las seriedades de estos vates descriptivos son broma también... pero demasiado pesada.

CLARÍN.

PALIQUE

Continúa D.^a Emilia Pardo Bazán discutiendo con Dios padre, ó por lo menos con frailes descalzos que se presentan; y ahora le dice á Fray Conrado Muñoz que no quiere hablar de cierto asunto porque *está algo saturada*.

No vayan á creer los principiantes, esos que leen á los críticos para *aprender siempre*, como ellos dicen, no vayan á creer que se puede decir *buenamente algo saturado*, porque ó se está ó no se está saturado, y en esto no puede haber algo ni aun algo. Y si á estar saturados vamos, D.^a Emilia, mire usted que los demás... ¡saturados y aun hartos!

Pero yo soy justo, mucho más justo que la Pardo, cuya justicia en vez de espada gasta unas pinzas de dar pellizcos; y declaro que, si bien se me ha caído el alma á los pies al ver á esta señora inclinarse del lado del vulgo en reciente ocasión, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que si bien lamento que á ella la deslumbraran los mismos diamantes falsos que á la turba mucha deslumbran, reconozco que es, al fin y al cabo, una literata de verdad; no una artista, pero sí una literata. Comparémosla, por ejemplo, con D.^a Patrocinio de Biedma; y se convierte D.^a Emilia en un Himalaya con faldas (como es natural).

Doña Patrocinio es una de esas escritoras que yo, sin poder remediarlo, confundo con los figurines de los periódicos de modas. A más de una señorita cursí he visto meter las tijeras por un arriague sentimental de la Sra. Biedma, en vez de concretarse á recortar el patrón de un bordado de zapatillas al realce, y perdóneme D.^a Emilia, intransigente en esto de zapatillas y bordados, si me equivoco).

Esta D.^a Patrocinio escribía pocos días hace una carta muy respetuosa al Sr. Núñez de Arce, pidiéndole por los clavos de Cristo que sacase nuestras lotras de su actual postración. No quiere D.^a Patro novelas naturalistas, quiere arte idealista, quiere, en fin, una porción de cosas muy recomendables... y se le ocurre que esta restauración literaria puede facilitársela don Gaspar... como presidente de la *Sociedad de Escritores y Artistas*.

Que tome la cosa con empeño la *Sociedad de Escritores y Artistas*, y es un hecho la salvación del ideal en el arte, y viceversa.

Permítame la Sra. Biedma que yo también ayude á salvar las letras con mi cachibuto de proyecto.

A la *Sociedad de Escritores* puede agregarse el Sr. D'Ayot, espléndido poeta é inspirado protector de los artistas, el cual publica una revista titulada *La Reforma Literaria*. Que se entiendan la *Sociedad de Escritores*, esa *Patia sentimental*, compañía de bailes cooperativos, y el Sr. D'Ayot, autor del concurso mona-

truo para proteger á los dramaturgos postergados, y volvemos á tener un siglo de oro.

Porque es lo que D.^a Patrocinio dice: ¿No es la *Société des gens de lettres* quien dirige la literatura francesa por los derrotados que bien le parecen? ¡Quién lo duda! Pues hagamos aquí lo mismo.

A ello, á ello. Y lo primero que se ha de hacer es nombrar secretarios á... ya se sabe, D. Modesto Fernández y González y D. Jesús Pardo y Vallo.

También D.^a Patrocinio Biedma puede hacer algo en pro de las letras.

Romper la péfola y consagrarse á la *raprodia* ó zurcido de calzoncillos y demás ropa blanca.

Recibo el siguiente anónimo, que copio sin asumir la responsabilidad:

Emilia Pardo Bazán
tiene la obsesión-Goncourt
y la manía-faubourg
(traducido) San Germán.

CLARÍN.

No está mal eso de abrir grandes informaciones en los periódicos de mucha circulación, para que la opinión pública pueda tener en cuenta al parecer de las personas de cierta autoridad acerca de las cuestiones de interés general; pero es claro que esto, como todo, aunque en sí sea bueno, resulta malo si no se hace bien. Estos días se habla mucho de los exámenes y se ha consultado el juicio que merecen estas pruebas de sabiduría más ó menos deleznable á personas tan respetables y dignas de ser oídas como Salmerón y Menéndez Pelayo. Perfectamente. Pero yo no me parece tan oportuno tomar por oráculos á los malos estudiantes. El estudiante holgazán es el hombre más inclinado á dejarse influir por sus pasiones.

No debe juzgarse á ningún catedrático, ni siquiera al Sr. Salvá, por lo que digan de él los alumnos á quien deja suspensos.

Los exámenes, ¿son buenos, ó malos? Probablemente malos. Pero mientras los haya se debe evitar que sean peores.

Si se tiende á la supresión de este medio de demostrar la suficiencia de los estudios no ha de ser, como piensan algunos estudiantes y muchos padres de familia, para quitarles un peso de encima, para evitarles la molestia de que los chicos hagan ver delante de gente que, en efecto, no saben una palabra.

Los exámenes son malos por su elemento aleatorio, porque materializan la ciencia, porque se toman como fin por los más, y sólo son medio... y son malos por otra porción de razones. Pero si estos defectos los tienen *per se*, peores son los que tienen *per accidens*.

Hay catedráticos, y no pocos por desgracia, que miran su carácter de jueces de tribunal de exámenes como una especie de regalía. Piensan que la ley les da el voto para sacar de él todo el provecho posible; para ganar amigos y perseguir enemigos, pagar favores pretéritos, presentes ó futuros y saborear venganzas.

Es una verdadera vergüenza. Si yo fuera catedrático no me tendaría por compañero de los que aprovechan los exámenes para pagar favores, preparar otros y crearse una fama de benévolo á costa de la justicia.

En esto de los exámenes enseñan la oreja muchos hipócritas que se hacen pasar por hombres rectos, de intachable moralidad, ocultando sus picardías, sus injusticias y venalidad en otros órdenes de la vida, y dejando aquí al descubierto su mal fondo, su conciencia débil, corrompida, porque como á esto no lo dan importancia no se les ocurre *tapar las indecencias con la cola* cuando se trata, v. gr., de aprobar á un estudiante porque está recomendado y suspender á otro porque no lo está ó porque se le tiene ojeriza.

No es un verdadero delito que un juez de exámenes apruebe á un alumno á quien no conoce en cuanto discípulo, y que no contesta una palabra en el acto de la prueba? Pues este delito se repite con escandalosa frecuencia y sin que los más lo consideren siquiera como cosa reprehensible.

En un tribunal de exámenes, de una Universidad de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho un catedrático tuvo que calificar á un alumno aristócrata, de enseñanza libre, y que no dijo este ni moste en su ejercicio. Y el catedrático, muy serio, con una franqueza que no hubiera empleado al cometer otra clase de delito, dijo á sus compañeros, uno de los cuales era su jefe, superior jerárquico:—Yo á éste tengo que aprobarle.

No es esto un delito? No debió el jefe que tal día comenzas alfi mismo un expediente? No es cohecho ó algo que necesita un nombre, pero que viene á ser lo mismo, lo que tales palabras suponen?...

Por eso digo que más prisa que acabar con los exámenes corre acabar con los exámenes malos, de corrupción semejante. Suprimáanse los exámenes después que se haya formado expediente á los prevaricadores; para que el día que las garantías que el Estado tenga que pedir al profesorado, fándose más que ahora de su rectitud y buen juicio, no tenga que pedírselas más que á personas decentes; porque yo digo y afirmo que los que aprovechan para sus negocios, para hacer atmósfera, para servir á los amigos el voto en el examen no son personas decentes. Y sé de un profesor que esto que yo digo aquí, en un palique, va á decirlo en Octubre, en el discurso de apertura de una Universidad, tal vez en estilo más académico, pero no con menos claridad y energía.

Y ya dejó el asunto, por no ser de mi competencia.

Los señores obispos sanadores, que por cierto con eso de salvar la patria bajo la dirección de Martínez Campos no pueden cumplir con el deber de su cargo que se llama *residencia*, estos señores obispos, digo, se han empeñado en que no se pueda trabajar los domingos.

Con el mismo derecho podrán los zapateros exigir que no se pueda trabajar los lunes.

Y con igual derecho podrán los supersticiosos reclamar contra el trabajo de los martes.

Y los judíos, que tanto abundan, contra el de los sábados.

Y así sucesivamente. Hasta que no se pueda trabajar ningún día. Que es á lo que se tira.

Eso, eso, venga de ahí. Que no se trabaje, que no haya rigor en los exámenes, ni exámenes siquiera, ni cosa que lo valga. Sin todo eso se puede ser el Padre Cámara y llegar á obispo.

Para negar sepultura á un trabajador como el catedrático Arén, ¿se necesita trabajar en todo el año ni examinarse?

Fidal y toros. Esto es la España moderna... y restaurada.

CLARIN.

PALIQUE

Amigo Corzuelo: Ya, ya había leído yo lo que dice de mí el inspirado reformista literario D. Lorenzo d'Ayot. Es un ingrato. He contribuido en la medida de mis fuerzas a hacerle inmortal, y él me corresponde con una especie de prostración que ni las de Billa!

El Sr. D'Ayot quiere, sobre poco más ó menos como D.^a Patrocinio, que patrocinemos la idea de salvar el arte por medios coercitivos, á viva fuerza; y así como á la Sra. de Biedma se le ocurre encargar á la Sociedad de escritores y artistas la fumigación de la novela nacional, D. Lorenzo quiere restaurar el teatro por medio de un Jurado. (Que supongo no será Jurado de la Parra, porque ese es lirico.)

Eso es; lo que no salva un Jurado no lo salva nada; y si hemos de tener Calderones y Schillers ha de ser así, nombrando una comisión de nuestro seno que se constituya en Jurado. Todo está en que se empeñe la opinión, irresistible cuando se pronuncia, como dice el programa del ilustrado colega *El Día*.

Pero aquí entra lo bueno. El Sr. D'Ayot quiere que forme parte de ese Jurado *teatral* un artículo... que no sea Cañete ni Clarín. En lo de que no sea Cañete estoy absolutamente conforme. Pero en lo de ser ó no ser *Clarín*, distingo. Sr. D'Ayot, los miembros de ese Jurado ¿van á cobrar dietas? ¿Van á tener pingües sueldos como los que cobra Pidal en los Consejos de ferozcariles?

En tal caso defenderé mi derecho á ser tan jurado como el primero, y demostraré que soy un gerifalte en eso de jurar y cuanto haga falta para cobrar los emolumentos que por clasificación me correspondan.

Ahora, si el cargo de jurado no es cargo, que es cargo, si es gratuito, desde luego declaro que hablo como un libro el señor D'Ayot, y que yo no he venido á este mundo para ser del Jurado ese. Es muy otra mi misión. Pero de todas suertes, amigo Corzuelo, no sé por qué me tiene ojeriza D. Lorenzo. Le debía muchos ratos de honesto solaz, y se los he pagado hasta aquí dándole publicidad á sus locubraciones.

Es necesario que no se acabe la raza de los Estradas pistonados, y el Sr. D'Ayot es un sucedáneo del inventor del pentacostico muy digno de estímulo y consideración.

Muchos Fabiés y muchos D'Ayotes es lo que necesita España para no morir de tedio con tanta niña martirizada y tanto Pepe el Huevero y tanto... tente, lengua.

Ladra la piedra la gota, no por la fuerza, sino cayendo muchas veces; y nada y yo y otros debemos proponernos labrarle una reputación al gracioso reformador original (como que su dinero le cuesta) y en prosa, D. Lorenzo d'Ayot, melusino él. De vez en cuando removamos sus cenizas, como quien dice.

Entre los versos descriptivos de Velarde y las reformas románticas y disparatadas de D. Lorenzo, prefiero las reformas, que son mucho más divertidas.

Ya ve usted, Corzuelo, si sé perdonar.

Perdone al Sr. D'Ayot.

Pero me temo que Dios no haga lo mismo.

Ni Dios, ni Cañete.

Valbueña ha publicado sus *Ripios vulgares* y Eduardo Palacio sus *Cuadros visos*.

A uno y á otro les agradezco el regalo de los sendos ejemplares, como decimos los clásicos, que me envían.

Encontrarse con un escritor que no tenga pelo de tanto no es para todos los días, y hoy me encuentro con dos nada menos.

Palacio es superior á sus artículos, con mucho; no porque éstos no tengan mérito, sino porque están escritos á vueltas pluma, tres ó cuatro á la vez estaba por decir, y el autor mismo los tiene en poco. Y Eduardo Palacio es capaz de cosa mucho más sólida, pues su ingenio es vivísimo, sus *ocurrencias* originales y obisposas, su observación aguda y exacta. Es un satírico y un escritor de *costumbres* que no se ha echado á perder por echarse á ganar, pero que ganaría mucho no ganando tanto. Esto no es decirle que disminuya los productos para mejorarlos. Mientras tenga tantas *salidas*, ¿quién tiene valor para decirle que sea menos fecundo... y que prescinda del almuerzo ó de la cena?

Un escritor en España, para cubrir gastos, necesita ser un Lope, aunque sea en prosa, por lo que toca á la abundancia. Palacio nos declara que habrá escrito ya al pie de catorce mil artículos.

En cada artículo de *Sentimientos* hay, por lo menos, un chiste, una idea, una originalidad graciosa... Un hombre que, por lo menos, ha escrito catorce mil chistes, vale por catorce mil Cat-Gayones, y veintiocho mil Fabiés, y cincuenta y seis mil Catalinas.

De los *Ripios vulgares* hablaré otro día.

CLARÍN.

PALIQUE

¿Cómo no he de estar conforme con el saladísimo autor de *Ripios vulgares*, y cómo no he de alabar su libro, si en éste veo la justicia que mandan hacer en los versos de muchos caballeros que están empollados en pasar por poetas, y que lo único que hacen es no saber gramática ó lógica ó dónde tienen la diestra mano?

Para mí son personas simpáticas D. Leopoldo Cano y D. Antonio Grilo, y tengo el honor de tratarlos, porque no son de esos vates del *genio irritable*, como traducía el otro, que en cuanto se les dice que versifican mal lo declaran á uno en estado de sitio. El Sr. Cano, autor de dramas muy aplaudidos y bien pagados, sabe que yo no entiendo de sus obras; y con todo, no me ha insultado nunca ni me ha negado el saludo, y hasta hemos ido juntos algunas veces al Español á aplaudir á Echegaray. El Sr. Grilo solía tomar café conmigo en la Cervetería Inglesa, después de haber dicho yo perrerías de sus versos. ¿Y qué? Que las diga él de mis prosas. El único poeta simpático que ha desafiado con motivo de mis censuras ó mejor, de elogios míos que creyó insuficientes, ha sido D. Manuel del Palacio. Pero D. Antonio Grilo y D. Leopoldo Cano siempre tan finos y corteses. Pues bueno, nada de eso quita que sus poesías me parezcan por lo general poco ó nada hermosas. Grilo tiene oído, pero á sus poesías les sobra la letra; no debían tener más que la música. Cano á veces tiene intención, pero ahí se queda. Sus versos son los de un *refractario*... que no es poeta.

Pues lo mismo que yo opina, en cuanto á lo malos que son los versos de estos autores, Antonio Valbuena.

El joven, ó exjoven poeta Sr. Fernández Shaw era, en opinión de muchos, una maravilla en ciernes, y yo siempre dije que era un muchacho, eso antes, que tenía facilidad para escribir versos vulgares y muchas veces disparatados. Pues Valbuena dedica varios artículos á demostrar que el Sr. Shaw disparata como cualquier Carrulla.

En fin, que en un *escrutinio por lista* de poetas contemporáneos, Venancio González y Clarín coincidirían en la mayor parte de los nombres á *inscribir*, como dicen algunos clásicos nuevos.

Siento que en el tomo de que trato Valbuena no tenga nada que decir de los ripios y demás adefesios de Valverde, Ferrari y otros famosos poetas descriptivos.

Tal vez hubiera sido más oportuno examinar versos de esos señores y dejar su paz á otros, como Carlos Enriquez, cuyas poesías gallegas demuestran, en opinión de los inteligentes, verdadero talento y dotes de poeta lírico.

No es posible que en todo estén conformes dos hombres de tan diferentes ideas y de tan diferente educación literaria como Valbuena y un servidor, pero sí al apreciar á tal ó cual escritor nos separamos (yo suelo ser más benévolo, como se dice, quiero decir, alabo á muchos que él no cree buenos), usamos de acuerdo en lo principal; y su crítica al menudito me pareció muy oportuna en esta ignorante patria, donde son tan pocas las personas que tienen oído, gusto, y discurren por cuenta propia y saben gramática.

Valbuena tiene defectos; es apasionado á veces; las formas de su franqueza no siempre son agradables; pero tiene talento, es sincero, sabe reflexionar, y su tarea es de indudable utilidad, principalmente por el estado lamentable de la instrucción pública en España, que exige esta clase de censura en que las disciplinas del trivial y el cuatrivio tienen que salir á plaza á cada paso.

Sólo una insigne mala fe puede sostener que Valbuena no sabe más que desmenuzar versos.

Lo que no diré yo es que libros como *Ripios vulgares* se hayan escrito para leerlos de un tirón.

Pero no porque su asunto no se preste á una lectura no interrumpida deja de ser esta colección de artículos amena, chispeante, y un saludable ejercicio su estudio para cuantos suelen prescindir de analizar las obras de arte, con gran perjuicio del buen gusto y de los progresos de nuestra literatura.

¡Gracias á Dios que estoy conforme en algo con el Sr. Caffetel! Este señor alaba con cariño y entusiasmo, en una de sus últimas revistas dramáticas, al galán joven de la compañía de

Vico, el Sr. Perrín, que tantos aplausos mereció del público madrileño en el drama de Echegaray *Manantial que no se agota*.

Yo he tenido el gusto de ver en ese papel al Sr. Perrín, en el teatro de mi pueblo, y en efecto, creo que es este simpático y fogoso galán joven una esperanza legítima de nuestra decada escénica.

Pero ya hablaré de esto con más espacio otro día, cuando hable de lo bien que mis paisanos los ovacionados han sabido recibir y honrar al ilustre actor, al *creador* del Lorenzo de *O locura ó cantidad* y del Fernando de *Consuelo*.

Sólo adelantaré á los muchos amigos que Vico tiene en Madrid y en toda España que al ilustre actor está muy satisfecho de su campaña en el Teatro-Circo de Oviedo.

Hoy me siento con muy buen humor y voy á dar un consejo á un muchacho que anda diciendo ligereras por los periódicos. No tiene la culpa él, sino *El Resumen* que le publica esas cosas, y nada menos que en el lugar de preferencia.

El Sr. Arpe, que de eso hablo, ha creído que iba á hacer un fortunón disutiéndome conmigo; que yo le iba á hacer el artículo, y sigue sosteniendo absurdos, pienso que á propósito, para que le conteste... No gana usted nada con tales polémicas, caballero, créame usted á mí. No se le saca á ustedes de la nada por reñir con ustedes. Si está usted oscuro á quien no lo merezca, ya me guardaría yo de hablar de usted y otros como usted.

¿Qué ha sido de Bonafoux, Juan Rana, Cortón, Siles y otros cien sabios que también discutieron conmigo? Por ahí no se va á ninguna parte.

Insistía días atrás el Sr. Arpe en que no se puede usar el *si* con verbo en plural, desconociendo una legítima forma de la voz pasiva usada por todos cuantos hablan y escriben en castellano desde que hay castellano. ¿A qué viene negar lo evidente?

Según el Sr. Arpe, está mal dicho, v. gr., esto: «A brachas ejulas no se cogen truchas.» Hay que decir: «no se coge truchas.» Ahora es otra. Ahora, saliendo á la defensa de Manuel del Palacio, dice Arpe que está bien dicho *rea*.

Claro, y testiga. Y *débas*, como llama un concejal de mi pueblo á los dedos gordos de los pies.

Si usted es un anarquista gramatical y se declara en huelga no digo nada.

No recuerdo más autoridad para lo de *rea* que una cosa que cantan en *Campanone* y que acaba así:

...de su conducta *rea*!

Reo, sustantivo, no tiene forma femenina posible; y adjetivado la palabra *reo*, es como convertir en adjetivo las narices.

En fin, joven Arpe, en cuanto escritor, váyase usted á paseo, ó *pasea*.

Insisto en que no me admire usted hasta que aprenda gramática. ¡Pero ese *Resumen*!

CLARÍN.

PALIQUE

En el número de 30 de Junio último publica *La Ilustración Española y Americana* una poesía de D. Federico Balart, titulada: "Lamentación".

¡Redida, y qué versosa!

Compañeros ustedes con los lampazos y las granjas rásticas y los garabones del gai saber, de Ferrari, Velarde y C.¹

¡Es lo que yo digo! Pero qué poca gente, qué poca, entiendo aquí, de veras, de poesía lírica!

¿Qué es Velarde para el público? Un poeta.

¿Qué es Balart para el público? Un crítico.

¡Absurdo! ¿Qué es, en realidad Velarde? Un empleado, ó un cesante, no sé. ¿Qué es Ferrari? Un simpático ó ilustrado miembro del cuerpo de archiveros, según tengo entendido. ¿Qué es Balart? Un discretísimo y muy erudito periodista, á quien Apolo, de un flechazo en mitad del corazón, hizo poeta.

El Sr. Balart, en cuanto crítico, no tiene el alma tan grande como yo pensaba, ni mucho menos. Hasta su manera de entender la estética y otras disciplinas—y en general la ciencia—tiene cierto aire que hace pensar en un discreto catedrático de instituto. Yo he leído, y tengo, porque está el rabo por desollar, una especie de discusión con el Sr. Balart; y, francamente... se me ha caído el alma á los pies al ver que ni siquiera ha comprendido lo que le he dicho, ni mucho menos lo que siento ante sus poesías. Hasta es posible que si lee este palique crea el señor Balart que escribo con las de Cain, y que le alabo en cuanto poeta para que él mismo se eclipse á sí mismo en cuanto crítico. Algo así se dijo cuando aseguré que Revilla, como crítico ape-

nas lo era, y como orador era admirable. ¡Crítico, crítico! En rigor, no lo es Balart ni lo fué Revilla (es claro que no necesitan decir que tampoco lo soy yo) ni lo son otros muchos, algunos de los cuales son grandes literatos, como, v. gr., Valera (1). Aguarda la cuenta, en España no tenemos más que un crítico hecho y derecho, formal, y sabio del todo: Menéndez y Pelayo.

Pero Balart ¡es tan postal! ¡tan de veras poeta! El mismo me parece que no comprende todo lo que vale en este concepto.

En sus poesías apenas hay más que un tema, el amor y el dolor convertidos en religión por el recuerdo de una muerta. Y sin embargo, nada de amaneramiento. Lejos está la inspiración de Balart de recorrer toda la lira, y á pesar de esto, ¡qué variedad de matices en su eterna elegía! La *Lamentación* es un poema de artística composición. ¡Con qué suprema habilidad eleva su dolor de esposo triste y solitario á la grandeza de los dolores santos; cómo sabe mostrar que la Iglesia, que significa el matrimonio, dignifica la pena de la viudez! ¡Y qué hermosa armonía entre su sentimiento de amor maduro, sereno, reposado é intenso y aquel estilo de poesía noble, mesurado, sincero, sencillo, natural y austero!

En Balart hay dos hombres: el poeta que no se aprecia á sí propio en todo lo que vale; y un *señorín* (como dice un ilustre literato amigo mío) que tiene mucho talento, escribe á lo castellano viejo y ha leído su Hegel (mejor dicho, el de Bernard, que no es Hegel precisamente).

Sea lo que quiera de Balart crítico, lean ustedes su *Lamentación*.

En eso de la Academia y la mujer creo que Bremón habla como un libro.

En cuanto á la señora de Arenal...

Doña Concepción Arenal es una gloria de España. Merece, en justicia, entrar donde quiera. Pero merece en justicia entrar en la Academia? No, señor. ¿Por qué? Pues por aquello de:

—Niño, ¿Dios está en todas partes?

—Sí, señor.

—Luego estará en el patio de tu casa.

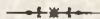
—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque mi casa no tiene patio.

La justicia... no tiene academias.

CLAHIN.



(1) Valera, que no es como Balart en esto de no querer entender la buena intención, estoy seguro de que está de acuerdo conmigo. El es un habito, él es un artista, hasta un poeta, pero un gran humorista es un crítico, es la rigurosa serpiente á que me refiero.

PALIQUE

Hace días, con motivo de unir mi voto al del Sr. Cañete en favor de las esperanzas que nos ofrece el simpático y joven actor Sr. Perrie, prometía yo hablar más detenidamente de Vico y sus campañas teatrales.

Durante medio mes he tenido el gusto de ver al compañero y amigo de Calvo representando su conocido repertorio, y he podido comparar al Vico de hoy con el de mis recuerdos. Se puede asegurar, sin adularle, que es de los pocos actores españoles á quien la provincia no ha hecho inclinarse al amaneramiento y á la exageración. Tampoco le ha perjudicado, hasta ahora, el mal ejemplo, el contagio, ni la falta de emulación y de ambiente artístico. Es claro que á los cincuenta años Vico no puede ser el vigoroso y flexible galán que conocimos cuando Echegaray comenzó á escribir dramas; pero el día que él quiere, Vico vale tanto como en sus años de mayores triunfos, si el papel es adecuado, aproximadamente á lo menos, á su edad; y hasta creo haber notado que hoy recita con más naturalidad y sencillez que nunca, y que en ciertos gestos y actitudes en que el actor *colabora* con el autor para determinar el carácter ha progresado, revelando hoy más profundo estudio de las pasiones, de los temperamentos.

Pero si todo ello es así, casi es un milagro que sea. La vida nómade, convertida en ordinaria, á la larga tiene que perjudicar al insigne cómico; y debe procurarse por su bien, por el de su arte, y hasta por el decoro de la cultura nacional, que el único actor de primer orden que nos queda ocupe desde el próximo año el puesto que le corresponde en el primer teatro dramático de la capital de España. No es mi propósito que Madrid monopolice el arte. Que el teatro de España vaya de pueblo en pueblo, ennobreciendo, en tiempo oportuno, para que á todos los extremos de España llegue la ocasión de admirar la poesía más gloriosa de la patria, la dramática, dignamente interpretada; pero que esto sea de tarde en tarde, en ciertas excursiones breves, quedando siempre, como cuarteles de invierno, para los primeros cómicos los primeros teatros de la corte.

Pocas capitales de provincia habrá más cultas, como se dice, que Oviedo, donde Vico acaba de recoger muchos laureles y algunas puestas ganadas con noble y asiduo trabajo: satisfecho ha salido de esta ciudad el actor ilustre y que tantos aplausos ha oído en su larga carrera; pues, con todo, yo insisto en desear que no sea lo ordinario para Vico este modo de luchar por la existencia y por el arte. Perjudica mucho al teatro español esta especie de *canonilismo* ambulante de los primeros actores. Vico tiene á su lado artistas tan distinguidos como el citado Perrie, que en un buen cuadro de compañía y frente al público más escogido podrá progresar no sé yo cuánto: Vico tiene á su lado á la Srta. Cobeña, discreta, simpática, hermosa, sentimental, pero que no es todavía una primera actriz, ni tiene tales pretensiones; y con éstos y algunos otros apreciables compañeros no le basta para interpretar fielmente las joyas de nuestra escena.

A las demás compañías que andan de pueblo en pueblo con un actor ó actriz distinguidos á la cabeza les pasa lo mismo, están condenadas á igual deficiencia, y además tienen otra: la de no llevar consigo á ningún Vico.

Rodando por las provincias los buenos cómicos, no se pueden estrenar las pocas obras dignas de ser bien representadas que se escriben. Las medianías que quedan en Madrid haciendo primeros papeles, tienen que hacer también á veces el entremés, ó sea poner en escena las bobadas que se les ocurren á los estudiantes gallegos, ó andaluces, que traen las alforjas llenas de comedias. En tanto Vico ó quien nos tiene que andar representando *La muerte civil*, ó el *Guerná* del Sr. Gil y Zárate, aquel de aquello:

«Españoles no sois? Pues sois valientes!
y á fuer de... etc.

ó el *Otelo* de Rates (que debiera dar motivo para una reclamación diplomática de los ingleses). Hay, sí, hay que *contrahacer* un poco el teatro, en invierno á lo menos. Y que dispensen la *región* y el *municipio*.

Comprendo que las Cortes, tal como se van poniendo, trabajen en Algeciras, ó en Gibraltar, ó en Ceuta si á mano viene; pero Vico no, Vico debe *finar* en Madrid.

«Cómo se consigue esto?»
Por de pronto, sin nombrar ninguna comisión de nuestro seno y sin discutir la *esfera propia del Estado* y la *esfera propia del individuo*.

Nada de ciencias morales y políticas. Esto del arte dramático es cosa seria y aquí no tienen voz ni voto Romero Robledo, ni Campo Grande, ni Bosch.

Si me apuran, niego el *individuo* y niego la *esfera* y niego el *Estado*. Lo que hace falta es dinero, sea *sustantivo* ó *adjetivo*; como el Sr. Lastres, que es un *jurisconsulto adjetivo*. En el tomar no hay engaño. Y si el rey, ó Roque, quieren proteger el teatro, que le protejan. Pero, por si no quieren, discúrramos lo que se debe hacer.

Meditemos.

CLARÍN.

Acaba de publicarse un folleto que se titula «Las mujeres y las Academias, cuestión social inocente.» y su autor, á quien agradezco el regalo de su opusculo, se llama Eleuterio Filogino, nombre y apellido que suenan á símbolo filológico de cien lenguas; pues es claro que lo de Filogino quiere decir amante de las mujeres, con lo cual pide el escritor que no se le tome, á pesar de la tesis que va á defender, por un nuevo Enrípides, famoso por su odio al sexo débil, y verdadero misógino, sino más bien por lo contrario; y para corroborar esto dice llamarse Eleuterio, que, apurando un poco la letra, puede convertirse en el griego *deuterio* de *deutera*, que significa (digámoslo en latín) *secus astu calidus*, lo cual no dice mal con el amor á lo femenino. Si esta etimología de Eleuterio parece violenta, escójase esta otra para aplicarla al caso. Por un lado tenemos el artículo español *e*, y después *eueros* ó *eutheros*, que significa *acstate* *amoenus*, lo cual también puede tener sus relaciones con la afición á las damas. Por último, si nos abstenemos de toda violencia lingüística y le dejamos á Eleuterio su directa y admitida etimología, tenemos que Eleuterio Filogino significa lo mismo que el nombre de una famosa novela ejemplar, ó sea *El amante liberal*, pues el que ama á la mujer es amante por antonomasia, y Eleuterio liberal significa.

Otros, menos eruditos, no se andan por las ramas, y traducen libremente Eleuterio Filogino por Juan Valera, y puede que acierten basta por lo etimológico.

Sea como quiera, yo opino que el amigo Eleuterio tiene razón para decir que las señoras no deben ser académicas.

Ya se sabe que mi opinión es más radical, y que en esto de no entrar en las Academias oficiales, predico la igualdad de sexos; es decir, que no debe haber académicos masculinos ni femeninos, pudiendo tolerarse, á lo sumo, los *ambigüos* ó *dudosos*.

Porrito de ser académico sólo puede tenerlo un *marica*, uno de esos hombres que se visten con los paramentos, bordaduras y cimbras de las *estipidas* recompensas oficiales, como las damas con sus joyas y perendengues y los salvajes con plumas, cuantos de cristal, etc. En rigor, la *academia* viene á ser el *tatuaje* del literato poco civilizado. Si, es un modo de pintarse ó de *pintarla* como otro cualquiera.

Pero dejando la cuestión por lo que toca al sexo fuerte, es claro que si de una señora hacéis una académica es casi imposible que no resulte una D.^a Hermógenes. ¡La literatura en segunda potencia! ¡Horror!

En España siempre hacemos los cosas al revés, las pocas veces que las hacemos. Tenemos que educar á la mujer, que está muy atrasada entre nosotros (por no ser menos que el macho), y lo primero que se nos ocurre es nombrar académicas á unas cuantas *caballeras*.

Está por averiguar cómo debe ser la instrucción de la mujer para que sepa todo lo que debe saber, sin perjuicio de todo lo que debe ser para amar y hacerse amable; el problema es complicadísimo; el bello ideal no es la doctora yankee ni cosa por el estilo, ni la justintriz angulosa que con tanta gracia aborrecía

Balsas, ni la *has bleu* de los salones. La mujer instruída hace falta, pero no se sabe cómo va á ser. Lo que sí se sabe, que es indispensable que la ciencia no le robe ni una sola línea de la gracia corporal ó moral. Unos ojos míopes cargados de lectura nocturna y de malicia de letrado son en la mujer aborrecibles. No se sabe cómo hacer para que la hembra humana sepa humanidades sin dejar de ser femenina.

Lo que sí se sabe, que en su educación é instrucción debe huirse de toda la *obra muerta* científica y literaria que el hombre sabio ha heredado de su antropoide el *podante*. La *academia*, la *licenciatura*, el *bachillerato*, el *examen*, etc., etc., la *medalla*, la *toga*, el *discurso solemne*, la *ciencia hermética*, etc., etc., todo eso es lo que sobra y perjudica al mismísimo hombre para ser sabio; y si hacía á las señoras académicas, comenzaréis por educarlas retrocediendo al *mester de clerco*. ¡Qué más querrán la mayor parte de las damas que vestir el *uniforme* de la sabiduría! Un perillito más.

Hacer á las mujeres académicas es *igualarlas* al hombre, poniéndoles pantalones hasta los pies y levita. La mujer no debe desear esta clase de igualdad uniforme con el hombre, que no sería más que una superlatión sexual. Tanto derecho tendría el hombre para pedir el derecho de que se le declarasen las señoras, y los demás de la *galantería* tributados sólo al sexo débil.

La igualdad, á partir de condiciones naturales diferentes, no puede consistir en la repetición, no puede ser justicia conmutativa á secas. (Sentiría que alguna de esas señoras que quieren ser académicas no me entendiera del todo.)

Si hoy hacemos académicas á tres que valen, mañana pedirán plaza las muchas que creen merecerla y tienen amigos. Se hablaba de tres damas... pues ya ha salido alguien pidiendo una *vacante* para Carolina Coronado... y no pararemos hasta D.^a Patrocinio de Biedma.

La psicología y la fisiología no han resuelto favorablemente todavía, ni mucho menos, el pleito de la igualdad de facultades intelectuales de los sexos.

Aquí tengo un fisiólogo filósofo eminente, Pablo Mantegazza, que, á pesar de gustar mucho de las mujeres, como Eleuterio y como yo y como casi todos, menos Caffeta y otros pocos, dice en su reciente libro de *estética* titulado *Epicuro*, traducido ya en inglés y en alemán:

«Non se ne offendano le signore, ma io credo fermamente che la sensibilitá estetica é maggiore in noi; perché gli elementi intellectuali, che lo compianano, sono nell' uomo assai più numerosi e potenti che nella donna. Basterebbe a persuadercene il confronto la proporzione grandissima fra gli artisti dei due sessi; o per l'arte l'educazione più pochissimo, tutto può la natura.»

No tiene vuelta de hoja.

El que haya descubierto una *Danta*, que levante el dedo.

En cambio, ¡hay cada *Beatrice*!

Dios las bendiga.

CLARIN.

PALIQUE

Publica *El Heraldo de Madrid* un artículo de mi distinguido amigo el docto y muy discreto crítico D. Luis Vidart, en que se supone que yo soy partidario de que se creen academias compuestas de mujeres exclusivamente.

Me apresuro a declarar que la interpretación que da á ciertas palabras mías el Sr. Vidart no está conforme con la auténtica, que es como sigue:

Dijo yo que el Sr. Bremón hablaba como un libro al referirme á su opinión contraria al ingreso de las damas en las academias oficiales; pero sólo esto aplaudía en el artículo del distinguido cronista. De lo demás que decía este señor ni me acordaba siquiera al unir mi voto al suyo en la cuestión tan discutida de las mujeres académicas.

Si el Sr. Vidart ha leído mi *palique*: de hace ocho días, habrá comprendido que no cabe atribuirme la empetada idea de que haya academias para señoras como los reservados de los trenes. Ya he dicho que la mujer académica sería el cuadro de la pedertería.

Lo digo con toda formalidad, aunque lo diga en MADRID CÓMICO (y háganse ustedes cuenta que lo digo en una bula): así como es una tontería figurarse que todo lo que figura en el programa de un partido progresista significa un progreso (cuando bien puede ser un disparate), así es absurdo entender que el progreso en la vida civilizada de la mujer consiste en ir pareciéndose al hombre.

Vivimos en tiempos de un intelectuallismo exagerado; desconocemos la dignidad y grandeza de otros modos de comunión de lo que llamamos el alma con el mundo exterior, y no es extraño que al querer elevar (con noble aspiración) el destino de la mujer, la arrastremos á esa esfera de actividad en que el mismo varón se desenvuelve con evidente exceso y desequilibrio.

La irreligión de muchos, el escepticismo maníaco de no pocos se origina de este grave error de filosofía y de conducta, á que tanto contribuye el predominio del pensamiento francés, y según el cual queremos arrancar á la relación de conocimiento al secreto de la realidad todo, entero, con menosprecio y menoscabo de otras facultades reveladoras de lo intelectualmente incommunicable. Bien sé que el Sr. Vidart me entiende.

San Pablo, que tanto partido sacó de las primeras vendas cristianas para la propaganda del cristianismo, no dejaba, sin embargo, á la mujer oficios canónicos de ningún género. La Iglesia, que adora á María, no admite papisas.

Hay santas, no hay *episcopas*.

Todas las mujeres del mundo que hayan influido algo en la sociedad deben recordar la modestia de aquellas santísimas mujeres que enterraron á Jesús, dieron testimonio de su resurrección (fundamento del cristianismo *histórico*)... y después se fueron á morir oscuras en Galilea. Recuérdese que la modestia tiene en la mujer una forma graciosa y sagrada. El recato.

Incompatible con las academias.

CLARÍN.

¡Pobre Jovellanos! Desgraciado él, desgraciada su estatua. No diré yo que a D. Gaspar le hubiera encendido su madre, en calidad de torera (1); lo cual significa, en el lenguaje poético de Jove Tabacalero, que no diré yo que D. Gaspar haya sido un genio, lo que se llama genio; pero sí un hombre eminente, de los más útiles a su patria, de los más nobles y simpáticos, de los más inteligentes y activos: un verdadero precursor y un diligente iniciador.

Pocos hombres de la edad contemporánea habrá a quien deba tanto una nación como a Jovellanos su patria. Pues bien, a un hombre así, no le levanta una estatua España hasta ochenta años después de dejarle morirse poco menos que olvidado. Y esa estatua no se debe a una gran iniciativa, sino a la iniciativa más pequeña que cabe; a la de un Sr. Vallín y Bustillo, autor de una aritmética para niños y de una porción de cosas en la calle del Arsenal; una de las primeras hormigas de nuestra segunda enseñanza; el inventor de unas *hojas de estudio* que sirven para volver locos a los catedráticos mientras examinan; y habían servido a algún impresor para hacer unos cuartos.

Si esto de que Jovellanos no tenga una estatua hasta que se le ocurra a Vallín y Bustillo es una gran trizeza.

¿Y de quién es la estatua? Sin duda de algún artista respetable. Pero ¿es una obra maestra? De ningún modo. ¿Debió serlo? No cabe duda. ¿Y cuál es el medio de alcanzar mayores probabilidades de que una estatua de *encargo* resulte una obra maestra? Encargarla a un maestro, a un gran escultor. ¿No había bastante dinero? Pues debía haberlo.

¿Y qué debió hacer el Gobierno para dar la solemnidad debida al acto de descubrir la estatua de Jovellanos?

Una de dos: ó encomendar la presidencia de la solemnidad a las verdaderas grandezas nacionales, no de oficio, por ejemplo, a un Castelar (un grande hombre a quien España jamás ha consagrado todavía un gran honor, reservándose sin duda para el día del entierro), al asturiano más ilustre entre los vivos, Camponator (y perdónese Jove)... ó conservar para la representación directa del Estado el honor insigne y pedir a la reina que per-

(1) El genio, según Jove y Hevia, es un furo que entenebrece una madre.

sonalmente acudiera a la augusta ceremonia. ¿Para qué sirve el poder moderador si no sirve para estas cosas?

Si; de guardar para sí el Estado la presidencia del acto, debió presidir la reina, sin delegación de ningún género.

Carnot, el rey de Italia y otros jefes de Estado se pasan la vida de la cosa a la mesa inaugurando cosas; la reina Cristina ha echado al agua barcos; y no es menos Jovellanos que uno de esos *terrores de los mares* que en cuanto se mojan no pueden con el reuma.

Pero suponiendo que la reina, por razones que no me explico, no pudiera presidir, llegado el caso triste de la desairada delegación... ¡por lo menos no ir a delegar en un tartamudo, que además dice *Paguis y caguega!* Si; señores; el delegado de la reina es un señor conde de Revillagigedo, que entre él y un canchale que tiene no son capaces de pronunciar una erre doble.

¿Y a un hombre así me lo delegan!

A mí el conde es no me ha hecho nada bueno ni malo: pero él mismo confesará que es muy poco hombre para presidir solemnidad tan grande.

¿Quién tuvo la culpa? Pidal. El que tiene la culpa de todo lo malo que pasa en Asturias.

De delegar, ¡por qué no delegó la reina en Pidal mismo? Al fin, Alejandro es guapo, viste bien, habla con elocuencia, es un personaje, hijo de una eminencia asturiana... y disfruta, aunque sin merecerla, la más alta magistratura popular.

Pero Pidal es de los que se van al grano; ya no le seducen las pompas y vanidades y prefirió hacer comisario regio a su compinche Revillagigedo, para tenerle contento con un poco de oreo y sin malgastar ni un estanguillo. Y a Jovellanos que lo paría un rayo.

Para quitar más solemnidad al acto se convino en dar un *desaire* a los diputados y senadores de la provincia. Claro, tratándose de un Jovellanos, que ante todo fué un patriótico, un hombre de Estado, ¿qué pito tocaban los representantes políticos del pueblo? Y, en efecto, se les dijo que para ellos no había puesto oficial en la ceremonia... y es claro, ellos no fueron, porque no sabían ni dónde ponerse.

Y, por último, para que la cosa fuera lo más cursi posible, se metió en el programa de festejos unos *juegos florales* con jarrones y todo, y con señoritas reinas temporeras del cotarro.

Y... después de lo último se encargó un himno en *locoer* de Jovellanos al más empedacado convecuallista del reino, a Filadelfo Jove, uno de los varietales menos líricos y más sinucos de la creación. Y claro, ese Jove empieza llamando *avero* a D. Gaspar; y gracias que no le llamó Severino para hacer *copla* con Jovino.

Honor al severo...

Pero ¿quién no ha leído y saboreado el himno del estanco, debido a los callos y ojos de gallo del acreditado pedicuro Jove y Hevia, de la vuelta de abajo?

Muchos poetas malos hay en la Península, pero ir a dar a Jove, esa torre de Pisa, de un solo piso, es gana de mortificar a Jovellanos. Es de advertir que Jove pertenece a la familia, según me dicen, de uno de los mayores enemigos de D. Gaspar... ¡Y claro, continúa la ofensa y la persecución! Los pecados y los himnos de los padres pasan a los hijos hasta la quinta generación ó degeneración...

Honor al sombrero,
bombín entrecano,
que gasta en verano
Júpiter astur.
Y viva la gracia
y viva el salero
del tabacalero
que es gallo... y albur.

En fin, para hablar del himno de Jove llevo tarde. Me limito a unir mi voz al grito general de indignación pidiendo la cabeza del autor.

Es claro que no todo estuvo mal en las fiestas dedicadas a Jovellanos. Pero por culpa del gobierno y sus satélites no quedó.

Hubo en una de las funciones accesorias un magistral discurso de Félix Aramburu, que entusiasmo de veras al concurso. Pero esto no se debe a los organizadores de la fiesta, sino a la Providencia que hizo gran orador al rector de la Universidad de Oviedo.

También habló con elocuencia, en otra función... Alejandro Pidal. Pero vaya una gracia. El caso era que hubiese estado elocuenteísimo el comisario regio, el representante del poder, ó de la *potencia moderadora*.

Pero ¿cómo había de hablar Revillagigedo? Antes hablaba la estatua.

Además, ¿qué había de decirle el conde a la estatua que ella no supiera?

¡Pobre Jovellanos! ¡Siempre perseguido por la reacción!

CLARÍN.

PALIQUE

El Sr. Santos Marías (que tiene nombre de estación) les cobará en cara á los zorillistas que no hacen la revolución, que él no hace tampoco, pero lo que es por el Sr. D. Ernesto García Ladevesse no queda. Este conocido galiparista, una especie de torre de Babel semoviente, no deja día sin sublevación gramatical, y últimamente ha llevado la revolución... de palabra al extremo de cambiar la fórmula que suele emplearse para despedirse de un amigo en una carta. En efecto, en la que dirigía pocos días ha al Sr. Girard le decía: «Sabe usted que es siempre su inolvidable y buen amigo, —Ernesto García Ladevesse.»

Eso de llamarse á sí mismo amigo inolvidable no puede ser más radical. Pero, como siempre hay quien saca las cosas de quicio, no faltará un Santos Marías ó un Nakens que llegue á decir: se despide de usted su respetable y simpático amigo, —Fulano. O esto otro: Mi estimado servidor y admirador que me besa la mano, etc., etc.; y al final: soy de usted su ilustrado amigo y dueño, —Zutano.

No crea el Sr. Ladevesse que le tengo mala voluntad por ser yo un oconocista y él un hijo de la revolución; no es por eso. Es porque escribe con grandísimas pretensiones, con un estilo sacado de mil diablos, y tratando á los españoles, cuando les cuenta cosas de París, como si fueran todos batuecos y como si el castellano de nuestros mayores no fuera una lengua respetable. El Sr. Ladevesse da demasiada importancia á su misión en la tierra y á las operetas francesas y á los artículos del fundador del *Fornaco*.

Por lo demás, á mí no me importa que él se tenga por inolvidable y aunque sea imperocedero.

Lo que se puede asegurar es que mientras haya Ladevesse habrá galicismos.

Los galicismos, que parecen mal en las correspondencias de París, están como en su casa y hasta dan carácter al estilo... en los folletines. Folletín sin galicismos no tiene gracia.

Por eso doy la enhorabuena á un periódico que ha llegado á la perfección en el galicismo folletinesco. ¿Dónde dirán ustedes que empieza el francés de su folletín? ¿En el título de la novela? ¡No! ¿En el anuncio del folletín? Véase la clase:

«*Nuestro folletín.*»

Pues es claro. Así se habla. Esa es franqueza. ¿No ha de estar en francés chapurrado la traducción española? Pues es francés chapurrado el nombre folletín. Así se deben llamar en adelante esas cosas. Y el mismo Sr. Ladevesse, qué ha escrito en todas sus correspondencias más que eso, *folletines*?

Yo le propongo que, sin más miramientos ni antiguallas, comience así, por ejemplo, su próximo *apelo* á las armas:

«El se an a ido el bello tiempo en que quelcos pocos blague-ros y restaban á demandar la luna y hacer el botamp y la lluvia, manteniendo ello sanfalta de proceros á la abra...» Así hablaban los albañiles y canteros de la mencionada torre de Babel antes de empezar la confusión.

Ya que hablo de políglotas, recordaré que Balaguer ha escrito diez atrás una trilogía en catalán. Y se la han puesto en música. Viene á ser, en su género trológico y trigonométrico, otro

himno de Jove y Hevia, sin más diferencia que la que va de un exministro á un exsubsecretario. Es la misma prosa en verso con diferentes collares. *La matcirra*, como dice Balaguer docientas veces. Habla el exministro académico de los sentimientos del corazón, y yo

aunque entiendo poco griego, en mis greguescas he hallado,

como dijo el clásico, que en catalán y en todos los idiomas, ó el corazón no tiene sentimientos, ó no hay sentimientos que los ayoen.

En fin, esa trilogía bastaría para quitarle á Balaguer los derechos pasivos si hubiera justicia en el mundo.

De quien no se habla esta temporada es de Carulla. Pero yo creo que está escribiendo un poema en alemanes titulado *La Creación*. Y es más, según mis noticias, el poema, que tiene por objeto, como el último libro del P. Zeferino, conciliar la ciencia con la Biblia, comienza así:

Sin andarse en armonías,
Dios hizo el mundo en seis días.

Y lo hizo con su palabra,
como lo hubiera hecho Labra.

El modo de construir
lo consultó al padre Mir.

Quien dice, sin que se empache,
que lo haga todo con hache.

Encarga á Cánovas luego
De los canales de riego.

Y tal regó en la jornada,
que ahora ya no riega nada.

De la tierra echó los peces...
pero éstos vuelven á veces.

El último de los yones (1)
hizo el hombre y los melones.

Por tal motivo, en el *yon*,
entre hombre y hombre... melón.

El sábado por la tarde
descansó... é hizo á Velarde.

Quien, con instintos perversos,
deshizo el mundo en seis versos.

Y por ahí adelante.

¿Que si se debe retirar Lagartijo?
Pero ¿por qué? ¿Por el manifiesto de Santos Marías?
Bueno, y si se retira, ¿qué? ¿Quién va á matar? ¿Nakens?

CLARÍN.

¿Pertenceré yo á la reserva? Por más que me palpo, no encuentro en mí nada de ejército permanente; no, no creo ser miembro integrante de la paz armada, ni siquiera en situación

de reemplazo. Ni soy reservado, ni *reservista*. Parodiando á Terencio, diré que

Patianus sum et nihil militaris á me proprium puto.

Tomo estas precauciones porque le tengo muchísimo miedo al Código militar (el diablo los caga, los Códigos militares), y ya saben ustedes que á un periodista de la Corona le descubrieron ese infundio, que era de la reserva, nada menos que de la segunda reserva, y por muy callado y reservado que se lo tenía, le llevaron preso, como á Segura, por habérsele andado con cuchifletas en los papeles públicos.

Eso de pertenecer á la escala de reserva *gratis et amore* tiene poca gracia; porque con la falta de sueldo y de uso de uniforme, no tiene nada de particular que á uno se le olvide que es hombre de armas tomar y que tiene pendiente sobre sí la disciplina militar, ó sea la espada de Demóstenes, como creo que dice Sánchez Bregua.

A lo menos un general de la escala de reserva, ó lo que viene á ser lo mismo, un general en conserva, goza de muchas prerrogativas y vive de eso, es decir, cobra por estar preparado para salvar la patria y el orden en cuanto se acaban los Aquiles en activo. Nada más cómodo que ser tropa de refresco y vivir en el interin, como dice *La Epoca*, entregado á las delicias de Capua, que para todo eso da el sueldo de uno de estos *sobrealimentados de espada*, como sin irreverencia podemos llamar á los generales que tenemos reservados, para el caso de que el duque de Tetuán quiera descomponer el equilibrio europeo, por una de esas veleidades que le caracterizan y le han hecho hombre.

Repito que un general de la reserva no tiene perdón de Dios si no se acuerda de que es un héroe y de que vive sujeto á la disciplina militar, y no debe andarse redactando gacetillas de letreás. Sin contar con que los generales, aunque sean los de tanta, si cabe hablar así, no suelen ser muy aficionados á emborronar papel, y les alabo el gusto.

Pero otra cosa es un pobre joven que viste de paisano y que jamás ha tenido las prerrogativas eróticas de un mal subteniente. (Digo malo en la suposición, compatible con el Código militar, de que en el ejército iría también el silencio de las *probabilidades* (1) y haya subtenientes malos y buenos, como en el mundo de las tasafarías se dan vizeas y contravizeas.) Decía que un pobre joven que no sospecha que está *siendo al rey*, como dice el vulgo, ó que está *sirviendo á Martínez Campos*, como debiera decirse, no tiene obligación (civil, á lo menos) de acordarse de que todavía no está libre de quintas, del todo, y de que todavía mandan en él Dios, las moscas y el capitán general.

Ese periodista de la Coruña, que no gozaba de ninguna clase de fuero; á quien de fijo las criadas de servir no se disputaban, ni le trataban á cuerpo de rey, como tratan y se disputan al menos gallardo de los reclutas en activo, no podía sospechar que él, sin derecho á probar del plato del día que Sánchez Bregua prepara en los cuarteles, tal vez con recetas y literaturas de Ángel Muro; que él, sin derecho á que le den alojamiento de gorra y por amor á la patria; que él, en fin, que no gozaba del fuero ni del huevo, estaba obligado á sujetar los ramos de su pifolia al paso militar y á las lucubraciones del malhumorado legislador guerrero, que siempre suele ser un Licurgo con achaques hepáticos. ¡Y que ahí es nada, un *Código militar*! Antes eran las *ordenanzas*, y hasta por los chascarrillos de los almanaque sabía uno á qué atenerse de su modo de matar pulgas y soldados. Pero ahora es otra cosa con aspecto más *modernista*, con pretensiones de legislación *fin de siècle*, y resulta que viene á ser así como la pólvora sin humo, poco ruido y muchas nueces. Un estrago á la chita callando. Porque ¿quién lo duda? el Código militar ha estallado en la Coruña como un petardo. La mayor parte de los vecinos honrados ignoraba que había eso y que á lo mejor podía partirles por el medio.

Porque, eso sí, nosotros no estaremos seguros de tener un ejército que en el día de un conflicto internacional nos saque de un apuro; nosotros no tendremos fusiles de los mejores, y estaremos esperando la última moda, como el loco del cuento; pero en cambio tenemos un Código militar que ¡mil bombas! en cuanto aprieta un poco el calor se le va la espolota, estalla y rompe cristales y derechos individuales que es un gusto. Merced á ese Código, y á un buen artillero jurídico-militar, que nunca falta, de una *explosión* de disciplina nos plantamos en la Edad Media.

Se conbice que los alemanes aguanten un poco los saludables rigores de la disciplina y hasta que aguanten á su superador, porque al fin le han sacado jugo á la guerra; pero nosotros que, hoy por hoy, somos eminentemente agrícolas y monárquicos, como decía un gobernador militar de León, nosotros podíamos ir tirando con cuatro soldados y un cabo, y en cambio disfrutar de la preciosa libertad de darles gusto á los pulmones sin permiso de Sánchez Bregua.

Yo confieso que hace muchos años que me siento humillado. Sí, señores, desde que Martínez Campos es una especie de dictador... que no sabe escribir, como el general chileno de Ramos Carrión.

Para terminar: me alegraría mucho de no estar perteneciendo á ninguna reserva. Porque á lo mejor le pasa á uno, si es de tropa, más ó menos latente, lo que á un pobre oficial que en cierta ocasión, en el casino de Santolía, en el gabinete de lectura

(me pareció que le estoy viendo), sostenía que Zorrilla había escrito *El puntal del godo* en dos horas.

—¿Cómo en dos horas?—gritó un comandante.—En treinta y cinco minutos!

Y el otro se achicó, ¡claro, que había de hacer! y tuvo que decir á regañadientes:

—Bueno, en media hora. Es *material*.

Aquel teniente no se había sublevado nunca. El comandante sí; por eso era comandante y tenía razón, en nombre de la disciplina.

CLAREN.

(1) Como puede que diga Sánchez Bregua y es casi seguro que dice Martínez Campos.

Discuten algunos colegas muy seriamente si Lazartigó debe retirarse o no del *estadio* de los cursos, del *ágora* nacional; de otro modo, si debe *transcurrir la travesía de sus caballos*. Si hubiera toros, es decir, *toros públicos*, en Inglaterra, como hay otras barbaridades, y si Lazartigó fuera mister Lazartigó, es posible que se considerara como un ataque al *self-government* estas disposiciones de los periodistas acerca de lo que debe hacer Rafael con el pelo de la uca.

Algo de *habebat corpus* hay en el consejo de los que piden a Lagartijo que se retire. Para guardar el cuerpo y conservar la vida, el consejo es el más recomendable: el de abandonar la plaza, pero en rigor y pensando bien, fuera del ruedo el maestro correía no menos riesgo y con menos gloria. Al fin en el redondo está al quite y salva la vida de los pobres picadores, a quienes ditas atraz aconsejaba mi amigo Sapóveda que fueran imprudentes. Si se retira a Lagartijo así, marchándose en su caballo, él se agnara viviente a Lagartijo como todos los pañoles que nunca han tomado nada, si siquiera la alternativa.

Pero suponíamos que de milagro libra Lagartijo de las garras del caciquismo. Bueno; pues una de dos: ó será revolucionario á una fecha, ó no será revolucionario ni á una fecha ni á la vista, ni á nada.

próxima temporada los autores nuevos
en el **Asfalto**.

Así como Ruiz Zorrilla estaba a años y Lagartijo a otros, no falta quien proteste contra el monopolio de Echebarría y quiere borrar de nuestra memoria su nombre, como borra la ola que se escribe en la arena, llenando tres actos de ripios que se encargarán de interpretar las faringes respectivas de Donato Jiménez y demás González y Fernández de carácter del teatro Español.

Rafael Calvo era un actor muy notable, pero este merito no es una accion que se pueda heredar como un crédito cualquiera. No basta un apellido que evoque recuerdos gloriosos, para llenar la escena que doblara ser la primera de España.

Es mucho más discutible si el Estado puede o no fijar una *tasa* a las horas de trabajo, que esta otra cuestión de si el Estado puede y debe proteger el arte nacional. El Estado que tiene academias de bellas artes universitarias, con motivo de las famosas exposiciones estatales, tiene un oficial. Pero, entiéndase, que *temer* aquí significa pagar. Es claro que no pido yo que se representen las comedias que quiere Isaías. El gobierno está ahí para dar los cuartos. ¿Qué teatros? ¡A todos! No, a uno solo. ¡En dónde! En Madrid... Aplicada a ciertos casos, la descentralización es una tontería mientras no produzca

— ¿Por qué? ¿Venció a la música?

— De hecho, sí. Pero el problema no es el inconveniente de la centralización intelectual, que es, repito, indispensable en el grado de civilización actual. Llegará un día en que la música sea tan libre y tan que toda la nación sea un centro ideal de sí misma; pero esto es un camino ideal de cumplimiento; pero nos lejanos. Hoy, por hoy, todo lo que se contribuye a decirnos es que el teatro es un arte como la pintura, como la escultura, como la novela, como la música, y otras así, es antipatriótico. Pues bien, aplicando todo lo dicho a mi asunto, el teatro, que es un arte, es antipatriótico. El español se refiere inmediatamente al teatro nacional cuya esencia está en Madrid. Debo ser uno solo; pero debe ser una buena, sería, grande, digna de la justa apreciación que se merece al lado de otros clásicos dramáticos.

Y el gobierno que paga, en parte, una compañía de ópera italiana, no tiene cuatro cuartos para impedir que el teatro español esté en manos de unos apreciables caballeros, llenos de buena intención, uno de ellos distinguido *galán segundo*, otro *barba*... sin peinar, y los demás respetables descendidos!

Esto no puede ser. Un plan completo de reforma teatral es cosa muy complicada. No ha nacido el Lassaing español que pudiera arreglar esto. Pero ahora no se trata de grandes planes ni de filosofías.

Se trata de impedir que el Teatro Español continúe como en estos últimos años.

**¡Cómalo
con pesetas.**

Solo el dinero puede resistir a la corrosiva acción del mal gusto. Solo el dinero puede conseguir que Calderón, Lope de Tirso, etc., etc., tengan las *estatuas vivas* que merecen, como las tienen en Inglaterra Shakespeare y en Francia Racine y Molière. *Esas estatuas vivas* son los actores buenos representando, como quien asiste a coro en una catedral, representando las obras clásicas de los poetas clásicos.

SI á las generaciones nuevas que no han visto bien representadas nuestras buenas comedias, se les asegura un rincón sagrado donde el hogar del buen gusto jamás se apague, á la larga, esas generaciones nuevas emendarán sus errores estéticos en gran parte y acudirán á rendir homenaje al arte verdadero.

Para conseguir esto hay que hacer muchas cosas, pero todas ellas con pesetas. El dinero por delante, y no faltará si se gastarlo con orden y provecho en bien de la escena española.

PLATE 10. *Phrynosoma macleayi*

Hay ciertas menudencias de la vida literaria de las que conviene hablar de tarde en tarde, no por lo que en sí valgan, sino porque sirven de datos significativos para revelarnos lo que importa conocer y que por otro camino sería difícil descubrir.

Y va de ejemplo. Dña Emilia Pardo Bazán se ha dedicado desde hace algunos meses a la crítica militante, periodística, de actualidades; y, como es mujer de gran talento, de cierta habilidad y escritora de mucha fama, es claro que su juicio literario tiene influencia poderosa en la opinión.

Por eso, cuando D.^a Emilia dice o hace algún disparate matutino, es una obra de caridad social, como ella diría, hacer notar al público los lapsos, sea de lengua o de lo que sea. Dña Emilia publica una revista crítica mensual que es, hoy por hoy, de lo más importante que tenemos en el género. Sería ridículo, además de injusto, mirar con desdén al *Nuevo Teatro Crítico*, ó *Ángel* así desdén si no se sentía. Yo reconozco graves defectos en la revista de la Pardo Bazán; de ellos he hablado; pero los todos los números, porque lo creo hasta obligatorio para los de mi oficio. Hemos recibido D.^a Emilia y yo, he despedido en un carácter cosas que no me gustan, noto en ella cierta decadenia, determinada por una hipertrofia de la vanidad, que parece un achaque senil y no puede serlo todavía; veo con disgusto, por ejemplo, que en el último número del *Teatro* todas las notas literarias del mes se reducen á comentar ó rectificar noticias referentes á la importantísima personalidad de D.^a Emilia misma: pero nada de esto impide que me crea obligado á leer, repito, esos folletos (prescindiendo nada más de los cuentos, que son una debilidad disculpable). Qué tiene que ver mi relación personal, lo que yo estimé ó dije de estimar á D.^a Emilia, en cuanto mujer con el mérito de sus escritos, con el valor de su opinión en nuestra república literaria?

Por lo mismo que doy valor á lo que lo tiene, y porque no soy autor que pide artículos para sus libros, pero sí autor que tiene gusto en conocer lo que de sus libros opinan las personas de criterio ilustrado, de competencia reconocida, esperaba, y no me parecía mucho esperar, que D.^a Emilia dijese dos palabras (sólo dos palabras) de mi última novela titulada *Su único hijo*, de que han hablado todos los periódicos de circulación. No esperaba yo lo que mi libro no merecía: un detenido estudio, páginas y más páginas; pero una ligera nota, cuatro palabras, digo, dos palabras, sólo dos palabras: Aunque no fuera más que para decir, por ejemplo: «Este *Clarín* quiere la ley del embudo; se asusta de la porografía de mi *Insolación*, y él nos da el espectáculo de varios escándalos caseros. Su último libro es caso de las manos. Desde que rió conmigo, desde que le puse unos cuantos reparos á una novela mía, *Clarín* no da pie con bola.» Con esto, ó cosa por el estilo, me hubiera dado por satisfecho. Nada, ni una palabra. ¡Ni siquiera en la modesta sección de libros recibidos del *Nuevo Teatro* figura mi desgraciada obra! ¿Creerán ustedes que no se la regalé á D.^a Emilia? ¡Vaya si se la regalé! ¡No faltaba más! Ella, desde que la encuentro manchada, como al sol, me ha retirado el saludo, no deja que me envíen sus libros. Pero yo soy de otra manera. Así está mi desdoro que no me dejará morir. Cuento publicarlo, y siga publicando, lo tiene y tendrá D.^a Emilia, aunque no me haga caso; y lo tendrá con la consabida dedicación: «Por enorgullo especial del autor.» ¿Quiere ver en esto D.^a Emilia una broma, alarde de magnanimidad burlesca y retazona? Lo que yo puedo decir es que procedo en justicia, citándome á las leyes del trato literario, que no por dejar de entenderlas muchos, y no tener sanción exterior ni estar escritas en parte alguna, dejan de obligar á las almas rectas.

Si D.^a Emilia recibe mis libros, recibí mi novela, y sin embargo, en la lista de libros recibidos en Agosto (cuando se la enviaron) hay otras novelas, pero no la mía. Por anunciar, hasta anuncio entre los libros recibidos sus propias novelas traducidas en inglés. ¿Tan urgente le pareció darse tono haciendo saber al mundo que la librería de Cassel y C.^a traducía sus obras? No *Clarín*, usted más pruebas de altruismo diciendo que había recibido mi obra, que anunciando que había recibido las suyas propias? Esto último era ocioso. ¿Verá usted, si no, decirlo todo. Porque eso que usted ha hecho es casi como faltar á la verdad. *Libros recibidos* dice..., recibí usted el mío... y no lo confiesa. ¿O es que mi libro es tan malo que no llega siquiera á la categoría de recibido..., aunque se recibiera?

Nadie diría que soy yo aquel mismo *Clarín* á quien usted empezó á escribir sin que nadie se lo mandase; y con coronitas de marquesa en el sobre, por si cañaba. ¿Qué se hizo del querido amigo á las primeras de cambio, y del hermano mayor (y no en edad, por cierto), y de las citas para Madrid, que yo no pude llevar á cabo ni había, para qué, y qué se hizo de aquel volverlo á un loco para que le buscara á usted editor que se encargara de la cuestión palpitante? ¿Y dónde está aquel autor de la *Regenta*, que según usted *empezaba por donde acababan otras*, y á quien usted un día y otro día, haciéndose pesada, animaba á escribir más novelas? ¿Lo le decía: señora, me temo que no sirvo. Y usted: ¿Qué está usted diciendo, criatura? Vaya si sirvo. Adelante. Venga la segunda novela. Y allá va la segunda novela... y como si cantara. Ni siquiera dice usted que la ha recibido, como ten-

dria que declarar si se la hubiesen mandado certificada. ¿Es que es muy mala mi segunda intención, y debo dejar el oficio? Pues declármelo, como yo se lo he dicho á usted con rodeos y con distinguo. Acuérdese usted, señora, acuérdese usted. Mientras usted me adulaba, ésta es la palabra, me adulaba, y sin sentirlo probablemente, me repetía cien veces que yo era novelista, yo le decía á usted que me tenía mucho no serio (y aun lo temo); y por medio de entendismos le daba á entender... que usted no lo era tampoco. En aquellos tiempos usted no escribía de libros de actualidad sino de tarde en tarde, y hablando sólo de los maestros. Yo no tenía nada que esperar de usted. Mi elogio de sus obras eran sinceros, aunque las censuras fuesen atenuadas. Usted á mí me adulaba... porque yo escribía de todo lo actual y tenía fama de severo. Ésta es la palabra, me adulaba, y ahora, porque cuando le vi desamparado fuera de camino le advertí el peligro, y con buenos modos señalé errores de sus nuevos libros, usted (entre otros alfilerazos graciosos, como el ponerme delante de las narices á varios apreciables sujetos de quien usted piensa peor que yo) reduce mi novela segunda, que esperaba con tanto afán, á la categoría de paquete extraviado en correos.

¿Qué se propone usted, señora? ¿Matarme con su silencio? ¿Derivar en la oscuridad? Pues así como la modestia real me obliga á decir que me temo no ser novelista (aunque también á mí me quiere traducir las novelas *la casa Cassel y C.^a* y no gracias á usted, ni mucho menos, y usted me entiende) (1), no hay modestia que me obligue á callar que para sumirme en los abismos de lo desconocido es un poco tarde, tal vez por mi desgracia; y, francamente, señora, aunque usted insistiera en preterir mi humilde nombre sistemáticamente... aquí y en América, ya sabrán que existo y que soy muy capaz de seguir hablando de usted bien ó mal, según lo pida la justicia, aunque usted se empeñe en suprimirme como aquellos *mal llamados años*. ¡Ha visto usted un dibujo titulado *La sombra*? Dos niños de la aldea al borde de un camino se detienen asustados: la curiosidad, la admiración se mezcla en la expresión de su gesto al temor de lo extraordinario. Aquella actitud soy es la *sombra* del caballero que pasa. Pues bien, en lo que usted dice y no dice, veo en qué está usted pensando. *Que es otra cosa*. Como si los desdenes de Agosto no fueran suficientes, llega Septiembre, y dice usted:

«En esta época del año (el verano) no se publican libros... Y más adelante:

Entre los libros de fin de temporada que merecen citarse, sólo recuerdo (entendido, señora, entendido) el de Antonio Valbuena, *Capítulos de moral*, etc., etc.

¿Y yo soy nadie? Habiendo dicho lo que usted en letras de molde tantas veces dijo de mí, un libro mío muy malo era cosa que debía llamarle la atención y que merecía que se dijese: «El que está coñado á perder es *Clarín*. ¡Pobre chico! Acaba de publicar una novela que es una lata, (usted dice lata y otras gracias así), etc., etc. Si la obra le parece á usted insignificante, también había que decirlo, para desengañar á los que antes la hubieran creído bajo su palabra cuando me alababa. Y había que escribir: «Se acuerdan ustedes del chico de las de *Clarín*, que dije yo que valía tanto y cuánto? Pues cero. Ni fu ni fa. En adelante ya no hablaré de él, porque no merece dos renglones.»

Y si mi novela le parecía á usted mediana, si tenía algo que significara una idea, un poco de arte y muchos algo que fueran otros tantos peros, lo que correspondía era decirlo.

Vamos, señora, con franqueza, ¿no estoy hablando como un libro? ¿No es justa mi modesta pretensión?

¿Qué ha sido ese silencio *estudioso*? ¿Una venganza? Pues si usted ha tomado á ofensa lo de *Insolación* y lo de *inhibir* y lo de la edad de usted y lo de *acanedo conculco*, etc., etc., me parece que lo que usted hace conmigo... como desquite, es poco. Como injusticia y parcialidad, mucho.

Nuestras armas para combatir en lid soltera no pueden ser ya las que usted usa. Ese silencio ni pincha ni corta. Como dice usted bien, cada uno es cada uno. O, ¿es que tiene usted miedo?

Yo seguiré diciendo de usted todo lo bueno y todo lo malo que merezca.

Si un día sale á relucir el *San Francisco de Asís... comparado*, no lo tome usted á despecto, sino á justicia.

Y si llegara á publicarse una novela titulada *El Fardo y el Batán*, no se dé por aludida, porque no va con usted nada.

Y en todo caso, usted con callar ¿eh? ha cumplido.

Perque ¿quién lee los periódicos donde yo escribo?

Monólogo verosímil de la Sra. Pardo Bazán: «Este *Clarín*, aunque se pique porque yo no le cito ni hablo de sus libros, no ha de quedarse, por razón, por darse tono, por hacer creer que me desprecia y no se fija en estas menudencias... Monólogo verosímil de *Clarín*: «Mi orgullo, ó lo que sea, va más lejos... Y ahora ¿quién me negará que esto es un artículo de costumbres?»

CLARÍN.

Ya lo oyen ustedes: la Academia Española, en un arranque de idealidad contemplativa, ha determinado desprenderse de mil pesetas para entregárselas al poeta místico de más agallas, el que cante mejor que todos sus ámulos del concurso (ó pujas á la llana) al serafico San Juan de la Cruz en el tercer centenario de su muerte, acaecida en Diciembre de 1891.

Ya lo oyen nuestros vates *fin de siècle*, nuestros simbolistas, decadentistas, instrumentistas, místicos, etc., etc. Salgan al campo del honor pectico nuestros Verlaine, nuestros Peladan, nuestros Melarmé, nuestros Villiers de l'Isle-Adam. Si allá por Francia es moda entre la juventud literaria, y la que no es juventud, saciar á relucir la vida y milagros de santos ilustres, y un escritor-artista nos habla de San Francisco de Asís, otro de San Ignacio de Loyola, etc., etc., del propio modo nuestros ilustradísimos y profundos y muy sentimentales poetas jóvenes subrán cantar al sublime carmelita, al gran amigo de Teresa de Jesús, al reformador Juan de Yepes. Salgan, salgan de las oficinas nuestras poetas modernísimos, y emprendan la *subida del monte Carmelo*, y pinten nos la *noche oscura del alma*, y declárennos el sentido del *cántico espiritual*, y procuren abracarnos en la *llama de amor vivo*.

Aun suponiendo que nada tengan que decir del venerable San Juan, á quien puede que Velarde confunda con San Juan degollado, de todas suertes, anímonse; que cuatro mil reales no son para dejarlos en el arroyo.

¡Bueno sería que la sed mística que so lo ha despertado á la Academia quedase sin saciar, por no haber un valiente que se atreva con el género que hoy maneja cualquier *boncardier*!

¡A ver, ese Gillo, el de las *Ermitas de Osidós*! atrévase usted con San Juan, que por allí cerca anduvo haciendo penitencia. Pero ¡nada de seguidillas disimuladas, de esas que escriben ustedes de esta manera:

En el alto del puerto canta Marica:
cada quisque se rasca donde le pica!

Y usted, señor Shavy, ¿no se anima? ¿No ha cantado usted al Himalaya? Pues San Juan de la Cruz era mucho más bajo.

¡Y el Sr. Ferrari? Este casi tiene la cosa hecha. Con leves variantes, puede servirle para la subasta académica el pliego de condiciones titulado *Abelardo*. El que describe unos hábitos, describe ciento. Aquellos famosos Alpes del Sr. Ferrari pueden convertirse en Sierra Morana...

Pero, no; el llamado á desaparecer, digo, á dar en el clavo, es

el Sr. Velarde, que ya tiene un poema titulado *Fray Juan*. Deja usted el Juan, cambia el Fray por San, y mil pesetas seguras. ¿Que en ese poema no se hablaba del ilustre místico español? ¿Y qué? Tampoco se hablaba de Fray Juan. ¿Qué es lo que decía allí el Sr. Velarde? Pues, si no me es infiel la memoria, cosas por este estilo:

Del huerto sobre las bardas
el gallo ya cacareas;
nube hasta las arbes pardas
humo de una chimenea:
garafones con albardas,
naturales de la aldea,
rebuznan, y en las bufardas
el gato en mayar se empila.

Pues todo esto se puede decir del tiempo de San Juan de la Cruz, sin que se pierda el sabor local ni el de época. Amanecer y anoecer es cosa de todos los siglos; de modo que el Sr. Velarde, con decir cómo salió el sol y cómo se puso el día en que el santo entregó el alma á Dios, ha cumplido.

Yo me chupo ya los dedos de gusto figurándome el poema descriptivo del Sr. Velarde dedicado á la muerte del santo. Primero de todo la década de vecindad, ó por lo menos las señas personales:

Entre mediano y pequeño
aquel siervo del Señor
fue triguero de color,
y aunque asceta no cencello.
De nariz era aguilucho
y tan sencello en su trato
que, huyendo todo hosto,
en sus muchas excusiones
nunca montó garafones,
por motivos de recato.

Después vendrá el viaje del niño Juan con su desgraciada madre, D.^a Catalina Alvarez, á Medina del Campo, ¡y aquí te quiero, descripción! El Sr. Velarde aprovechará, como si lo vieras, el viaje de la viuda de Yepes para pintarnos las famosas ferias de Medina; y comenzará así:

El emporio castellano
ofrece mil baratijas:
palmas de cuerno, sortijas,
paducos para la mano;
y en concurso soberano
que pama la fantasía,
algalla, aljofar, la fría
hoja que afila Albacete,
muchos versos de Castile
y una que otra chirimía.

En fin, si el Sr. Velarde no se gana esas pesetas académicas será porque no quiere. Mas por si se decide á conquistar el laureo y los cuartos, le daré un consejo: que cuando le paguen su misticismo en verso, si se le pagan en billetes, mire bien que no sean como Catalina y Comellerán en cuanto literatos.

Falsa.

CLARÍN.

308 Madrid Cómico (Madrid), n. 451. 10 octubre, 1891.

Manuel del Palacio sigue echando chispas, y una de las últimas que ha echado tiene por objeto la cremación del cadáver del general Boulanger, que en paz descanse.

Con un valor que no todos tendrían, Palacio le dice al general que fué un desertor de la batalla, y que por ende faltó a su deber y mereció castigo.

La batalla, ya lo saben ustedes, es la de la vida, y merced á esta scorrida metáfora resulta que los verdaderos valientes, los héroes son los que se agarran á la existencia y antes de desertar consienten en toda clase de sacrificios.

Tomando la metáfora por donde quema, no negaré yo que M. del Palacio haya dado muchas veces más pruebas de valor que el general Boulanger.

Pero en fin, D. Manuel, ¡qué demonio! seamos generosos y perdonemos á los cobardes que por cuestión de faldas desprecian la vida.

¡Matarse por una mujer! ¿Habrás visto pusilanimidad semejante? ¡Por una mujer y hasta de una mujer se puede vivir, pero morir! *Ta day*, prueba.

No es Manuel del Palacio el único que con tan plausible motivo, comparándose con Boulanger, se considera hombre superior de verdad, por el mero hecho de vivir sin ánimo de suicidarse aunque se acaben todas las hembras del mundo.

Pero lo que yo oro opinión exclusiva del poeta chispero es lo que dice después. Según él, quien lleva en el cinto espada no puede amar á más mujeres que á su madre y á la patria.

Aviso á los mozos de la segunda reserva que tengan novia y no sepan que están pecando gravemente.

Por algo á los poetas se les llama *manes vates*, porque son inventores y profetas. Palacio ha creado eso: el celibato militar.

Ya lo sabe la clase de tropa: su principal obligación es guardar estrictamente el voto de castidad.

Es muy probable que nuestros primeros cadetes y tenientes en estado de merecer se sublevarán contra la nueva disciplina que el rhorra saca ese Sánchez Bregua del Parnaso.

Y se sublevarán, no por el huevo, sino por el fuero, como se dice vulgarmente.

No sé, ni sospecho, quién es un señor Zeda que escribe de teatros en *La Época*. Pero quien quiera que sea, tiene razón en pedir que el gobierno subvencione un teatro español en que se junten todos los actores buenos y regulares que tenemos.

En lo que yo no estoy conforme con esa especie de omega del abecedario, es en el modo que tiene de decir las cosas, que pugna con todas mis creencias y con las venerandas tradiciones lingüísticas que estoy acostumbrado á respetar.

Dice él: «El primero de aquellos (teatros) que se nos viene á la pluma es el de la Comedia.» Bueno, pasemos por alto tamaña venida, y vamos á lo que importa. «Situado en el paraje más céntrico de Madrid, favorecido así (¿cómo?) por la parte distinguida del público...» Admitiendo que así signifique por esto, por esta razón, no sé por qué ha de ser el público *distinguido* el que prefiera el paraje más céntrico. Me parece eso una *excentricidad*. «En la escena de la Comedia han aparecido los dos primeros actores de la época: Mario y Vico.» ¡Hombre, la época, la época... Mario... la época... no me suena eso. ¿Habrá usted querido decir temporada... ó *sertercio*, como Blasco?

Opina Z que Vico y Mario «tienen que luchar con un enemigo formidable: el público.»

Dé modo que si el público les tira patatas y butacas, no hay comedia posible. Pero ¿por qué el público ha de ser enemigo de esos dos ilustres cómicos? «Ambos notables, pero *ambos* distintos.» ¡Magnífico, señor Zeda! ¿Ha encontrado usted algo? ¡Un disparate nuevo! *Ambos* distintos. ¡Genial! De modo que no siendo iguales Vico y Mario, no sólo se distingue Mario de Vico, sino que ¡oh maravilla! también Vico se distingue de Mario.

Créame el señor Z: cuando dos actores se empeñan en ser ambos distintos, no hay teatro posible.

Excuso decir á ustedes que Zeda es un crítico, ó se dispone á serlo por lo menos.

CLARÍN.



Agradezco a *El Liberal* y a *La Justicia* lo que han dicho, contestando a un ataque... de bilis de *La Epoca*, del cual fui víctima. Yo, que no leo el periódico de Escobar, no porque lo desprecie, pues no desprecio nada en este mundo, ni *La Epoca*, sino porque tenemos aquí (1) un señor que no deja ese papel de la mano, y hay que aguardar á que el asma le pueste en cama para saber lo que opina Bofill del último estreno; yo... que soy el mismo de más arriba, aunque ya un poco más viejo, porque he pasado un rato, no sabía que el *diario* de Luis Alfonso y del Sr. Zeda (que no es tanto) la había emprendido con mi humilde personalidad, como pudiera hacerlo D. Lorenzo d'Ayot (ese ingrato) ó cualquier otro reformista literario. Leyendo *El Liberal* y *La Justicia* me he enterado de la acometida, y aunque nada tengo que añadir á lo que han contestado los colegas republicanos, pues basta y sobra, voy á decir algo á *La Epoca*, pero sin referirme ya á las majaderías que se le han ocurrido sobre el ensayo poco ó mucho. Si yo consiguiera demostrar á España entera esta gran verdad: que el Sr. Pidal no es más que un *Puntorriilles* escolástico, y que tiene entregada la provincia que vivió nacer á su padre (y no lo vivió nacer á él, pero le ve venir) á cuatro gatos—como decía yo muy bien en el *meeting* de autos,—ó sea á una *oligarquía de cucurbitáceas*, como diría un orador de por acá; si yo consiguiera demostrar todo esto, no necesitaba más para merecer el sueldo que por lo visto quiere *La Epoca* que me quiten.

Pero, pensándolo mejor, nada de esto necesita demostración, porque es un axioma.

Acordárete debiera, Sr. Escobar el *zagal*, de aquel tiempo en que el futuro Marqués de Valdeiglesias, ó de Casa la Iglesia, ó lo que sea, hacía que Bremón me le presentara inopinadamente en el *foyer* del Español, para que no le *pasase más pajas*, como ellos decían. Escobar en aquel tiempo escribía pequeños poemas como un condensador; y yo, como es natural, le había llamado ya tonto dos ó tres veces con tan plausible motivo. Pues nada, el chico de las de Escobar (*¿estaban?*) venía á que le dispensara y á decir que no lo volvería á hacer. Y hablaba así:

—¿Sabe usted? Tuvo la culpa Campoamor, que me aconsejó que le imitase; es muy amigo de casa, me conoce desde que era yo chiquitín... y por eso...

Todo esto es verdad, aunque parezca mentira. Y también es verdad que, cuando yo me conté en el Ateneo, Luis Alfonso, que es una excelente persona, quiso hablar bien de mi discurso des-

(1) Hay un membrete que dice: «Casino de Oviedo». —N. de la II.

de las columnas de *La Epoca*, pero Escobar no le dejó, y ahí está Alfonso, que fué quien me lo dijo, y no creo que me deje mentir. Escobar, que no me había oído, se atenía á lo que había dicho Bremón, que no me había oído tampoco.

En fin, miserias.

¿Conque quiere *La Epoca* que yo enseñe más y perore menos? Pues vaya aprendiendo *La Epoca*. Dice en su número del 28 de Octubre del presente año el papel de Escobarito que en los cuantos del P. Coloma hay «profundidad de pensamiento, en cuanto al fondo». ¡Claro! Si la profundidad no estuviera en el fondo, ¿dónde iba á estar?

Dice *La Epoca* del mismo día, en su artículo de fondo (profundo): «Esto piden las provincias de Almería y Aragón.» Y está mal así; porque parece que Almería es un reino ó región con varias provincias, ó que Aragón es una provincia.

Y sigue *La Epoca* (en el mismo artículo): «Y aunque no nos gusta jurar un verbo magistral, cuando la autoridad invocada es de aquellas que el mundo acata, nos gusta traerla á partido.»

En todo eso hay una porción de disparates en variedad de idiomas. Y uno, enterarse (1).

Pero peor y más ridículo y absurdo es todo esto, del mismo artículo también: «...hoy los representantes en Cortes de la provincia de Huesca reclaman la restauración arbórea (2) de aquella desolada sierra de Alcubierre, espina dorsal, digámoslo así, de la árida estepa de los Muegros, desierto páramo (digalo usted así también) donde toda miseria y despoblación tienen su asiento.»

Como la cabeza de Escobar, donde toda falta de muebles tiene su asiento.

Y dice más *La Epoca*: «La opinión está ya formada desde largo tiempo; de que resulta que si el daño no se corrige es porque no se hace todo lo que se puede.» ¡Vaya un resultado y vaya un *de que!*

De que resulta, digo yo, que el redactor de este artículo es arbóreo, como la restauración de la espina dorsal de marra.

¿Quiere *La Epoca* más lecciones?

Con gusto se las daría si no fuera porque ya es tarde para que ella aprenda á escribir.

Créame Escobarito que hay tiempo para todo: para enseñar al que no sabe, corregir al que yerra y llamar al gato gato y á quien él supone un *frígon*.

Por último, por la presente perdono á Escobar sus venganzas manidas, que sería absurdo que me causaran la menor desazón. ¿Quién es Escobar? Un mentis dado por la naturaleza á la teoría de los átomos.

Brindo esta frase á Perico Bofill, digno de mejor periódico.

Lo que no perdono á *La Epoca* es que por culpa suya no tenga ya tiempo para hablar de *La vida chusca* y de *Salpicón*.

Será otro día. Así como así, cómo hablan de estar juntos Teboda y Cavia... y *La Epoca* en un costal?

Me purificaré... y después de ocho días de fumigación, hablo menos.

CLARÍN.

Aquí debía hablar á ustedes, ante todo, de *La vida cursi* del compañero Taboada; pero, así como hay espíritu... de cuerpo, y honor de clase, y aire de familia, hay... *pudor* de periódico; y á mí me da vergüenza ponerme á elogiar en el MADRID CÓMICO á ese

...ruiseñor que está
dos ramas más adelante,

quiero decir, al vecino del principal (como le llamo en otro periódico, donde más latamente se contiene).

Perdone Taboada lo del *ruiseñor*, que no es cosa mía, sino de la cita.

En fin, ello es que *estando él delante* no me atrevo á decir de D. Luis lo mucho bueno que merece.

Tampoco puedo alabar al editor de *La vida cursi*, que ha publicado el libro con un lujo digno de la obra; no puedo alabarle... por razones de pública honestidad, como diría Silvela.

No puedo elogiar más que al dibujante que ilustró, como se dice, el tomo. Angel Pons tiene mucha gracia, penetra bien la idea del escritor, y se toma el trabajo, que otros suelen olvidar en su caso, de enterarse del argumento, del texto.

Mi imparcialidad en este elogio salta á la vista, pues si fuéramos á ajustar cuentas y buscar represalias, podría yo recordar que á Pons le debo un retrato en que estoy muchísimo más feo que *nature*, como dicen los clásicos... franceses. Tal vez Pons me habrá visto á través de su temperamento, y tendrá un temperamento pesimista en punto á defectos físicos; pero de todas suertes, yo protesto contra los agravios de su lápiz. Soy feo, convencido, ¡pero no tanto! Si yo fuera como Pons me pinta, ya había

311 Madrid Cómica (Madrid), n. 455, 7 noviembre, 1891.

parecido el antropoide, ó como se llama, que no encuentran los transformistas. Aunque en punto á ilusiones yo ya no tengo una almena que pueda decir que es mía, no quiero que se vaya creando una leyenda de mi fealdad y que se me llegue á tomar por un Moyano... poco consecuente en política.

Volviendo á Taboada, que tampoco es un Adonis, ni un Venus de Milo, que yo sepa, le diré en confianza que su libro me ha hecho lanzar carcajadas, que no sé si serán homéricas, pero que constituyen, como diría Linares Rivas, su paisaje, un verdadero placer.

Taboada es de los pocos escritores que todavía nos hacen gozar la alegría de la *risa artística*. Para concluir: el colmo de lo *cursi* es no comprender lo mucho que vale el autor de *La vida cursi*.

Lo que comía D. Quijote las más noches ha servido á Mariano Cavia para dar título á una nueva colección de artículos publicados en elegante volumen por el mismo editor de Taboada. Recordaré Cavia en el prólogo de *Sulpicio* que yo le he dicho hace tiempo «Menos cocina y más literatura», y quiere hacermos ver que esta obra que ahora da á luz ni es de cocina ni es de literatura. Para modestia. Literatura es, y nada vulgar, á pesar de las apariencias. No diré yo, como el fraile Blanco García, que Cavia sea un Voltaire español; es claro que *le bilan* de Cavia no es equivalente al que estudió Brunetiere en la obra del autor de *Cándido*, y que Morley no podría con motivo del disortísimo redactor de *El Liberal* escribir lo que ha escrito acerca de la influencia del famoso Arcout, pesadilla de clérigos tranchechados; pero sí lo llorar á estas comparaciones odiosas, ni para bien ni para mal, bien se puede reconocer que en el asunto que los *Platos del día* hay facilidad, abundancia, intención, chiste, no pocas veces, y que sus artículos más ligeros indican en él mucha lectura, facultad de asimilación, y grau perspicacia sobre todo.

No extrañe Cavia que, en vista de todo eso, yo insistiera en desear que, sin dejar de ser quien es, ni siquiera sin dejar de ser *S-baquillo*, consagre parte de su actividad á la literatura de otro género, aprovechando en trabajos de crítica, por ejemplo, su buen gusto, su conocimiento, su juicio recto, su independencia de carácter; ¡Hacen tanta falta escritores con estas cualidades!

Revista de poetas.

Lo último que se sabe de Grilo es que ha escrito un soneto á una niña suplicándole que se parezca á su abuelo y á su abuela. El abuelo en cuestión es Sartorius, el conde de San Luis, á quien Grilo llama coloso ó gigante ó cosa por el estilo.

Vamos, más grande que su país, como dice Campoamor hablando de Cánovas.

¡Estos poetas son lo más ponderativos!

Manuel del Palacio continúa hecho un pedernal; errija la yezca de sus rípios á la *dura madre*, como si dijéramos, y ¡sueño! ¡allá van chispas! Una de las últimas nos presenta un homero que quiere caminar por la *divina vía*, como dijo el Cheste italiano, á saber, Dante, y para conseguir su objeto no se apoya en nadie, porque el que se apoya se inclina.

Pero D. Manuel, ¡usted confunde la vertical con la horizontal! Primeramente, el que se apoya no necesita inclinarse; pero, aunque se incline, ¿no puede seguir la línea recta? ¡Vaya unas moralejas geométricas que confunden las perpendiculares!

¡Por Dios, Sr. Palacio! No sólo de pan vive el hombre, corrientes; pero ¿no se puede vivir sólo del archivo?

Ferrari ha leído un cuento muy largo, muy descriptivo, muy serio y muy inverosímil. Va diciendo todo lo que hace en el circo un payaso, como podría decirlo un *programa de la función*, y acaba por un chiste lúgubre de esos que hacen llorar á las piedras.

William Grim (¿por qué William?) es un clown melancólico, un Werther... de Dicenta, uno de esos titiriteros no comprendidos del romanticismo de cuarta clase, ó de perrera, del año 80. Va á consultar con un médico su enfermedad, y éste, después de proponer varias recetas que ya ha ensayado el payaso, le dice, muy serio, que vaya á ver trabajar á... William Grim. Y entonces va Grim ¿y qué hace? Pues nada, le dice al médico: William Grim soy yo. ¿Eh? ¿qué tal? ¿Cuánta gracia y cuánta filosofía y cuánta naturalidad? ¡Pobre Sr. Ferrari, cuán engañado vive! ¡Si me creyera á mí!... Pero prefiero creer á los que se valen de él como de carne de crítico. Y además le despelléjan en cuanto él da la vuelta.

D. José Velarde, haciendo justicia á su musa, ha escrito una epístola con *pies forzados*, es decir, con grilletas en los pies... de los versos. Así y todo, ésta es la mejor composición que conozco del Sr. Velarde. Toda se vuelve rípios, incongruencias y disparates... pero es á propósito; el Sr. Velarde dice todas aquellas vaciedades por gusto, por broma, sabiendo que las dice. Y además reniega de su talento, y se llama, en competencia con los principes del Congo, una porción de cosas feas acabadas en ongo, y en ango, y en ambo, y en umbo... En fin, dice que él es un *zangnango* ó cosa así... No recuerdo cómo titula el Sr. Velarde esta poesía, pero yo creo que debiera llamarla *El camino de Damasco*.

CLARÍN.

Me disgusta ver la insistencia con que D.^a Emilia Pardo Bazán (que no es la protagonista de mi próxima novela *El fardo y el batán*) se empeña en *pretorismo* ó en *inhibirismo*, como diría ella, condenándome á una especie de muerte civil literaria. Eso no vale; como tampoco vale aconsejar á las casas editoriales extranjeras, de modo más ó menos directo, que no traduzcan mis novelas y traduzcan las de *plante, lengua*; como no vale influir para que los *historiadores* nacionales y extranjeros *no lo citen á uno* en sus reseñas literarias... Eso es una picardía; y si no tuviera *una* relaciones por otro lado, se había divertido *uno*. Y quien dice *uno*, dice *dos* y hasta *tres*.

Porque igual procedimiento aplica D.^a Emilia á Pereda y á Armando Palacio.

A un corresponsal extranjero de una casa editorial americana que pedía á D.^a Emilia noticia de los novelistas españoles actuales dignos de ser traducidos, la Sra. Pardo Bazán le citaba varios autores, y llegaba hasta la *bacteria novelesca*... pero ¡qué memoria la suya! no se acordaba de que Pereda estaba en el mundo.

Si se ha de entrar en la Academia, hay que dejar estos pellizcos y repelones femeniles, señora.

Envío yo al *Nuevo Teatro Crítico*, con sobre certificado, el *Discurso* que acabo de publicar; le envío á la calle Ancha de San Bernardo, número 87, *casa propiedad* de D.^a Emilia... y nada, como si cantara. En el número 11 del *Nuevo Teatro Crítico*, entre los libros recibidos encuentro *dos* discursos inaugurales de otras tantas universidades españolas, y el mío, que es de osos, se queda en el tintero. ¿Querrá demostrarme D.^a Emilia que no hay tal discurso mío? ¿Por qué no lo anuncia, puesto que lo ha recibido? ¿Porque yo he censurado cosas suyas? Pues eso no tiene nada que ver. En mis *folletos literarios* anuncio yo á veces libros que se escriben contra mí, porque me los envían y que, sólo por esto, tienen derecho al anuncio. Hay más leyes que las escritas y las que tienen sanción oficial. Eso que usted hace no es crítica. Las rencoillas de usted no le dan derecho para *falsificar* así la verdad. Usted puede ponerme como un trape, si lo creo justo; pero negar que recibo mis libros no puede, moralmente. ¿Es que en España no hay más escritores que los que á usted le entran por el ojo derecho, según se dice generalmente? ¿Para qué hace usted esto? ¿Para hacerme callar á mí? Pues no lo conseguirá. Yo seguiré diciendo de usted lo muchísimo bueno que merece, y también lo que no sea tan bueno.

Así, diré, por ejemplo, que el estudio que está publicando D.^a Emilia acerca de Alarcón es, en general, excelente y muy oportuno, y una obra de justicia. Diré también que el artículo que la Pardo dedica á Luis Taboada es discretísimo, penetra en el fondo del mérito de nuestro querido compañero, y demuestra que D.^a Emilia sabe prescindir de eufemiosas apariencias... á veces. Añadiré, además, que estoy conforme con la opinión de la ilustre escritora acerca de las llamadas *Memorias de Goyarre*, que no son de Goyarre efectivamente. Mi admiración, mi *epistolista* admiración por Goyarre es acaso mayor que la de D.^a Emilia; yo creo que le echo *más de menos* que ella; pero concedo que un *gran tenor* no es un *gran artista* en el sentido riguroso de la palabra. Y digo también que el autor de las *Memorias* ha hecho una buena obra, pero ha escrito una obra mala; no por nada, sino porque está mal escrita, muy mal escrita; y Goyarre merecía que su amigo hubiera encargado la *reducción* de ese libro á una escritora artista. En lo que no estoy de acuerdo con la escritora insigne es en que se diga «*facultades intelectuales y psíquicas*», como ella dice en el num. 11 de su *Teatro*. Porque si lo intelectual no es psíquico también, ¿qué es?

Tampoco apruebo que el verbo *explotar* se emplee en castellano en el sentido de estallar. Hay *explosión*, pero no *explotar*. La Academia en este punto me parece más castiza que doña Emilia.

Yo creo, señora, que la crítica es ésta: hacer lo que yo hago con usted; obligarle á estar á las dulces y á las agrias, á las verdes y á las maduras. Lo demás es *compañazo* por un lado, y venganza por otro.

CLARIN.

PALIQUE

Tengo yo un amigo (porque a cualquier cosa llamamos amigo) que cuando está en las murmuraciones Gayarre no habla más que de él: el médico que lo asista vive en el piso segundo de mi casa. Por lo visto, para este amigo mío lo más importante que habría en el trance terrible de morir es el gran temor era la circunstancia de ser veaño suyo, de mi amigo, el médico que asista a Gayarre. Yo me reía de tal sujeto, y ahora caigo en que yo también tengo una debilidad asnal, pues cada vez que Luis Taboada hace algo bueno, que es muy a menudo, digo a quien me quiera oír: Pasa ese as vecino mío; vive en el principal de mi casa, esto es, de Madrid Comico. Y me doy tono, y me explico la vanidad del amigo de marra.

Los elogios que se tributan a Taboada no me agera qué, en algo, me tocan a mí, porque soy vecino suyo; y a tal punto llega la flusida, que las veces que me he acordado a echarlo a un propio, siento cierta vergüenza como si me estuviera alabando a mí mismo, según hacen algunos poetas.

Perdone, pues, mi vecino la cordialidad de mis elogios, por el motivo indicado, y permítame que insista, más que en alabar, en darle consejos de esos que no se piden... al se toman.

La vida cursi, ya lo saben ustedes, es un nuevo libro de mi querido compatriota, ilustrado con primor (el libro, no Taboada, que también es ilustrado, pero sin fotografías de Lopera) por Ángel Posa con la gracia de cosas que dirigen al simpático dibujante humorista.

Esta nueva obra tiene la ventaja de ofrecer mayores tendencias a la seriedad de asunto que alguna anteriormente publicada por el famoso articulista.

La cursi, tal como se muestra en la clase media, que es la que principalmente padecen esta plaga social, de más perniciosos efectos que se cree, es la idea que enlaza todos estos estudios de costumbres, que no por estar escritos sin pretensiones y en forma de caricatura casi siempre, dejan de ser verdaderos estudios.

Taboada es todo un observador artista, tiene mucha imaginación, aunque no sea muy poética. cierto sentido de la palabra, y posee un buen arte de análisis y exaltación, con poca palabras y mucha fuerza plástica. Es, además, de los que tienen la inspiración de su propio idioma; sabe su lengua, más que por estudios proliferos, por instinto gramatical. Es de los que, a su modo, hacen castellan, pues este no consiste sólo en emplear palabras nuevas con autoridad, sino en desear las viejas, sino en crear giros, d'après de imágenes, de varios otros elementos que constituyen, no menos que el vocabulario, el positivo lenguaje de un pueblo en un momento determinado.

Taboada es muy original y muy apasionado en su modo de ver y juzgar el mundo. No debe nada, absolutamente nada, a la *Mama francesa*, ni al *esprit parisien*, ni al *fleur-de-l'anglais*; al tiempo es pariente a Figaro, ni al Solitario, ni a Mercader Romanos, ni a Fontana, ni a alma violenta. Es él y nada más que él. En su opinión, lo mismo que resultó escritor festivo, pudo haber resultado prebitero; pudo, pero siempre hubiera sido un clérigo del género de Juan Ruiz, de Swift o Tiro, de Rabelais; siempre hubiera sido satírico, verdadero humorista a la española, con espíritu burlón, no escéptico. Las excentricidades e incoherencias intencionadas que tan a menudo se ven en sus obras, no son un amasamiento, ni un recurso de la pobreza de inventiva, sino el sello de la índole de su temperamento literario. Y no sólo literario; Taboada, como *orador* es al mismo que vemos todas las semanas en *Madrid Comico*. Más diré: vale en el mundo más el Taboada *oral* que el escrito: porque hablando, la queda la mímica, que es en el expresivo, y además su ingenio se agita y mejora con la contradicción.—Como diestros dibujantes dejan a veces maravillas del lápiz sobre la mesa de un café, tomando al vuelo apuntes del natural, Taboada hace a diario, en el café también, junto a una mesa, retratos y caricaturas tomadas de la observación inmediata, y validades de la palabra y de los gritos como instrumentos *gráficos*. Tal vez esta misma facilidad ha contribuido a la preocupación de excesiva modestia que obliga a Taboada a desentender su propio mérito. Tan poco trabajo le cuesta producir, y producir siempre con gracia, soltura y sencillez, que el mismo llega a creer que aquello vale poco, y que acaso

Esta equivocación del escritor festivo respecto de su propio talento y arte, en parte lo favorece y en parte lo perjudica. Lo favorece en cuanto le hace simpático por su modestia, por su falta de pretensiones de trascendencia y de ostentación; porque la aparta de la vanidad que engendra el amasamiento y la rebuza de novedades poco espontáneas; pero lo perjudica, porque no le deja animarse a él mismo a comprender cosas de más empuje, para las que le sobran alientos. Así se le ve como burlarse de sus propios caprichos y en virtud de ello dar un asno extravagante e incongruente al discurso, y con más frecuencia que esto exagerar los rasgos de la caricatura con la intención manifiesta de no dejar ver en su trabajo la pretensión de reflejar fielmente la vida real, como pudiera hacer, gracias a sus facultades de observador perspicaz y reduzivo.

Taboada sale al paso a los que le dicen que debiera escribir sin salir de su estilo festivo con más seriedad en el asunto, respetando más sus propias composiciones; y les dice en el prólogo (análogo a *La vida cursi*, que para dar más fondo a sus artículos, sólo le ocurre... meterse en una tinaja).

Hace bien en obedecer ante todo a su instinto, a su espontaneidad; pero, sin salir del camino que le señalan genios tan seguros, podría tomarse a sí mismo más en serio. atender con más ahínco a su vocación y escribir... por ejemplo, d'novelas, d' cuadros de costumbres más amplios, con propósito más contenido... y también debería escribir para el teatro.

Para la escena, dirá él, ya he escrito y no he conseguido tan buen éxito como en el periódico. Es verdad; pero yo creo que debería insistir.

En las pocas comedias de Taboada que he visto, sobra lo que pudiera llamarse *lirismo burlero*; los chistes hiperbólicos, las inconsecuencias subjetivas para unos pocos, para los capos de Alambicar lo ridículo, desearían a la masa del público. Sección con los malditos de Taboada, lo que, en otra esfera, con los dramas de Campanar. Pero estas inconveniencias son, más bien que defectos, excoomas. El autor de *La vida cursi*, trabajando con fe, con asiduidad, podría vencer estas dificultades y aprovechar sus muchas aptitudes para la comedia. Basta leer artículos como *Los empleados*, *Lecciones de amor* y otros medallones, para comprender que su autor haría hablar en las tablas a sus personajes ridículos con gran naturalidad y poderosa vía cómica. Pero como en este empeño, pues siempre hay algo de importante en señalar a un escritor de larga historia lo que debe emprender de nuevo.

Sea como quiera, Taboada, que no es de los que pretenden, sin razón, *pasarse a mayores*, merece elogios de la crítica por su colección de cuadros de costumbres *La vida cursi*. Es probable que siga escribiendo como hasta aquí, artículos cortos y nada más que eso; pero es seguro que aunque le llamen genio, al seguir pensando que sería mucho mejor que le pagasen muy bien por no escribir, que cobrar poco por escribir demasiado.

CLARIN.

313 La Correspondencia de España (Suplemento Semanal de Literatura, Ciencias y Bellas Artes) (Madrid), n. 49, 15 noviembre, 1891.

harto más valioso hubiera sido estudiar los rasgos formales.

ayuntamiento de Madrid

Esto va con el Papa. Llamo la atención de S. S. acerca de las tonterías que se permiten algunos Padres, creo que calzados, los cuales en sus ratos de ocio que deben de ser muchos, se dedican a la amena literatura.

Verdad es que el mismísimo León XIII, cuando en vez del Espíritu Santo tenía por inspirador al hijo de Latona, escribía versos en latín, lo cual ya es una debilidad, versos según Bourget *documentos trabajados*, y que, en definitiva, eran medianos; pero estas antiguas expansiones espirituales del prolado de P. tan respetable orden en una especie de academia literaria cursi é inocentes. ¡Ahí es nada los hijos, como si dijéramos, de San Agustín, del último clásico, como pudiera llamarse, del inmortal poeta de las *Confesiones*! Si no se les va a la mano, acabarán por escribir *bequerianitas* y por imitar a Nicas de Arco. Con eso de haber caído tan en gracia la novela del P. Coloma, por ser de un jesuita, ahora todos los gatos quieren zapatos. Los que estimamos en lo que valen las antiguas instituciones religiosas, no podemos menos de ver con escándalo y, sobre todo, con gran repugnancia que se les permita a los frailes, por vía de entretenimiento,

metarse a críticos, poetas, etc., etc., desacreditando las gloriosas tradiciones de los respectivos institutos y ofendiendo gravemente al buen orden social, que así como no quiere que los clérigos sean mujeriegos, borrachos ni jugadores, exige que se abstengan de futilidades cursis propias de muchachos que atraviesan la vida del pue.

No va nada de esto con el P. Blanco García, que está publicando una historia de la literatura española... contemporánea, en que se llega a hablar de todos los gacetilleros del día que hoy tienen vara alta en los periódicos más populares. La tal historia merece artículo aparte, porque demuestra cómo pueden penetrar en el apartado retiro de sus celdas las manos respetables vanidades literarias, las más pueriles patenecillas y las vulgaresidades del mal gusto más callejero y rampón. Ruborizámonos al leer las citas de libros que el P. Blanco García nos ofrece. ¡Y un agustino las esas cosas! Un agustino pierde el tiempo en repasar tamañas nimiedades! ¡A un fraile le permiten hacerse eco de rumores de literatos y literatas despatchados! ¡Fíjense ustedes en el juego: el fraile mete en su historia a todo bicho viviente, para que le den bombo y le hagan el artículo los periodistas que, poco acostumbrados a ver su nombre en libros serios, ya se creen personajes dignos de pasar a la posteridad; y agradecidos a tanto honor, ¡se clar! se convierten en trompetas de la fama para pregonar los méritos del P. Blanco García. Este señor no ha publicado más que un tomo de facilísima y vulgar erudición, sin aceros de gusto, originalidad, estilo ni profundidad de juicio, y ya le están improvisando un renombre de crítico insignia. ¿Por qué? Por eso. Porque habla en *La literatura contemporánea* (y por un agustino!) del primer gacetillero que se le presenta. Yo creo que el prior, abad, ó lo que sea, está en el caso de decirle a ese frailecillo: «Hermano, déjemonos de vanidades propias de las gentes desocupadas; déjese vuestra merced de llamar *prosa ligera* los *Recuerdos de Italia*, de Castelar; déjese de rodearse de un falso aparato de erudición enfascándose en la lectura de esas obrillas pasajeras que hacen las delicias de los bachilleros en artes con institutos de críticos; déjese de comentar vulgarmente libros que andan en manos de todos y sobre los que nada nuevo ni bueno tiene vuestra merced que decir, y conségrense a tareas más sustanciosas y en rigor más modestas, y que no sea ocasionada a despertar en su espíritu anhelos de vanagloria.»

Pues es claro. ¡Bueno fuera que, después de tanto poetaastro y crítico huero como tenemos, del género de los legos, nos vinieran ahora los escritorzuelos adocenados de las Ordenes a imponer su mal gusto, sus inocencias y la insulsa de la medianía regular!

Como hay tontos para todo, ya ha habido quien, con motivo de estos frailecos, recordara los nombres sagrados de Juan Ruiz, de Tirso, de Calderón, de Fray Luis, etc., etc. ¡Habríase visto sacrilegio! Venga un fraile que tenga genio, y ya le pondremos en las púas. Pero ¿cómo de pasar porque el *hábido* haga al poeta, ó al crítico, ó al novelista? ¡Repáre, repáre la Iglesia en esta nueva forma de tentación que se le entra por las puertas de los más apartados retiros! El siglo seduce al claustro en la forma más ridícula que el diablo podía escoger, en la forma de vanidad de literatura de bajo vuelo!

En fin, ya hablaré más, y mucho más, del P. Blanco García, aquí y en otras partes, en muchas partes; porque si no se oímos pronto al remedio, ésta va a ser otra como la de *Penicilia*, y sin la excusa del talento positivo que, al fin, tiene el P. Coloma.

A mi amigo Cavia, distraído sin duda, ya le ha sorprendido el fraile del Eucorial. Pero en tiempo lo aviso.

Y allá va otro agustino, éste poeta.

Há aquí cómo empieza una *poesía* suya titulada *Ya llega el tren*, y que a *La Epoca* le parece hermosa:

¡Ya llega el tren... cercano ya a tus muros

Reanúen su silbido:

Van a colmarse los ardientes votos

Del olvidado pueblo amanuense.

¿Cómo no he de alegrarme, patria mía,

Al ver tu regocijo,

Yo, que me tengo por el más amante,

Aunque el *incens* ilustre de tus hijos?

Bien, pater, bien. El menos ilustre, ¿eh? pero al fin... ilustre. ¡Viva la modestia!

La patria del P. Muñitos (que así se llama este paisano de la manteguilla) es Soría. De modo que, según el agustino éste, todos los de Soría son ilustres, y él como cada hijo de vecino.

Pero, ¿decir verdad, si yo me alegro

Tu anhelo al ver cumplido,

Es como, al ver alegres a sus madres,

Se alegran, porque sí, los buenos hijos.

¿Cómo porque sí? A decir verdad, como dice vuestra merced poéticamente, los buenos hijos no se alegran porque sí, sino porque ven a sus madres alegres.

Lo de tenerse por ilustre no crean ustedes que lo dice Muñitos a humo de paja, sino por el humo que le han metido en la cabeza los que alaban a los frailes en cuanto publican revistas, y novelas y versitos. El P. Muñitos se tiene por persona importante. Lo dice él:

Veris, noble ciudad, lo que a mí solas;

Como hombre y como niño,
(no lo mencio)

Lo que como filósofo y poeta

Ignoro si he pensado ó si he sentido.

Ignoro lo que vuestra merced quiere decir, pero entiendo que se tiene por poeta y por filósofo. Por sí no nos hacemos cargo, el P. Muñitos repite más adelante que es filósofo y poeta:

Por eso yo, que llevo cual poeta

Los idilios perdidos,

Quando vuelvo a pensar como filósofo,

Aplando ese progreso y le bendigo.

¿No hablaba yo antes de frailes *bequerianos*? Muñitos lo es. Oigánte ustedes:

No muere, no, la hermosa poesía;

Si hoy empaña su brillo,

No suprime el vapor los corazones,

Y, habiendo corazones, habrá idilios.

Lo que hay es, pater, que así como existen *obispos de levita*, también hay *Cavestans* con hábitos.

Lo que hace falta es que Valbuena escriba unos *Rijinos* regulares.

-CLARIN.

314 Madrid Cómico (Madrid), 11. 457, 21 noviembre, 1891.

PALIQUE

Otra vez me han dejado á Bosch sin cartera.
Y él va y ¿qué hace? Pues coge y *echa* un discurso en el Circulo reformista diciendo que en adelante se llamará *conjuncionista*. Yo creo que Bosch, considerando lo que le sucede, más está para interjecciones que para conjunciones. Aunque no niego que en lo que le han hecho hay también un poquito de conjunción copulativa.

¡Cuánto más falta es M. del Palacio, que no aspira á ser ministro, sino inmortal, mediante la fragua de su ingenio!

A fuer de imparcial declaro que las *chispas* de la penúltima hornada tenían verdaderos méritos. Pero las de la última parecen cosa de un loco ó de uno que se hace el talento. Parece que quieren decir algo... y por último no lo dicen.

Oigan ustedes:

Visible alguna vez, *latente* muchas,
en todo ser humano hay una bestia;
cuando esconde las garras
desoculta las orejas.

Pues si cuando no enseña la oreja, ó las orejas, como usted dice, enseña las garras... siempre está visible la tal bestia, y no muchas veces *latente*.

Presunción sin hermosura,
arrogancia sin denuedo,
avaricia sin riqueza
y vanidad sin talento,
son entornados balcones
á que se asoma el desprecio.

Aparento se había de ver D. Manuel para explicar por qué son *entornados* esos balcones, y por qué son balcones, y de quién es el desprecio que se asoma, y qué quiere decir todo eso.

¡Lo bello y lo deforme! Tales eran
los símbolos del arte en algún tiempo.
Hoy hemos inventado lo bonito,
pídicula parodia de lo bello!

Verá usted, D. Manuel, cuantísimo disparate. Lo bello nunca fué símbolo del arte, sino su objeto. Lo *deforme*, no se diga; ni objeto ni símbolo. Y lo bello y lo deforme son hoy lo mismo que fueron siempre. Jove y Havia hubieran sido... mal formado aunque hubiera nacido en tiempos de los Anfitriones; ni más ni menos que hoy. En cuanto á lo bonito, ni lo hemos inventado hoy, ni es parodia de lo bello, sino uno de sus modos de menos categoría.

Lo ridículo no es lo bonito, sino el tener un nombre literario, bien ganado, y echarlo á perder escribiendo cosas que, valga la verdad, no tienen ni sentido común.

El P. Muñico, de quien hablé á ustedes en el último palique, resulta que es de oro. Toda una mina. No sé qué desconpado me envía una porción de *cachos* de la *Ciudad de Dios* (profanación de San Agustín en forma de revista), y entre esas pedrazas de literatura de claustro *paterno* veo quinientas cosas peregrinas firmadas por el Muñico. Ya hablaremos de él. Por hoy sólo diré que á mí me llama «racionalista furioso». Y también habla de la *escuela capitanada* por Clarín. Yo no estoy furioso, aunque hoy bien debiera, ni capitaneo nada, señor fraile. También dice Muñico que Zola le pagó una bofetada á la Sra. Pardo Bazán. «Un tremendo golpe en la mejilla». Estas sí que son metáforas de Padre y muy señor mío.

En cuanto al P. Blanco García, de quien se me olvidó decir el otro día que tanto no era, pueden ustedes ver el *gusto* que *gasta* (véase Boñil) en la página 307 del primer tomo de su *Historia de la literatura española*. Se trata de las obras dramáticas de Ariza, y entre todo su contenido el crítico *escoge*, para recomendarnos su lectura, exclusivamente un cortísimo fragmento que empieza así:

Duerme en sueño inocente, hielda más,
sin que tu frente empalle densa nube,
ni las brillantes perlas de tus ojos
por las mejillas de clavel circulen.

¡Valiente historiador y valiente crítico que hace volver á la circulación lágrimas que circulan por las mejillas, y nos recomienda que nos entoremos!

Y después:

¡Qué hermosa está! Tu rostro de azucena
médulas por *dequitar* venas azules,
y en un mismo latido, en uno solo,
nuestros dos corazones se confunden.

Ya ve el P. Blanco lo que tienen que ver las venas azules con el latido mermo y solo.

El crítico que *hace* *suyos*, recomendándolos, esos versos, está juzgado. No así Ariza, que escribió cosas mucho mejores, aun en sus dramas. ¡Ay Sr. Blanco! Es mucho más fácil decir *quasi-cosas* acerca de lo Sublime y del *filósofo* de Königsberg que ver *disparates hirios* donde efectivamente los hay. Ya verá, ya verá el P. Blanco, aquí y en otras partes, cómo no basta *juntar muchos libros* para ser crítico, ni ser agustino y publicar desde la *celda* bombos *adelantados* á todos los cronistas de los periódicos populares para crearse una verdadera reputación literaria.

A pesar de lo dicho, y de lo que venga, con muchas de las apreciaciones críticas del P. Blanco García estoy conforme. Fero ¡veya una gracia! Como que mucho antes que él escribiera ya había yo publicado juicios que coinciden con los del Padre. Esto no es decir que él haya leído mis libros. ¡Qué había de leer! Si los hubiera leído lo diría. Porque no había de ir doña Emilia Pardo á pedirle que no lo dijese.

El único mérito que atribuyo al presente palique consiste en haberlo escrito padeciendo un mediano dolor de muelas. Consuélese Tabuada, que otros también sufran resignados, si no una entero-colitis... una parte-colitis por lo menos.

CLARÍN.



315 Madrid Cómico (Madrid), n. 458, 28 noviembre, 1891.

PALIQUE

Uno de los pocos libros que merecen citarse, entre los publicados esta temporada, es el que se titula *Últimos escritos*, refiriéndose á los de D. Pedro A. de Alarcón.

No es que tal obra revele algún nuevo mérito de su autor insigne; pero basta que sea libro póstumo de tan notable publicista y que contenga sus *últimos escritos* (?) para que se respete y tome en cuenta.

Aunque el libro no lleva prólogo, advertencia preliminar, epílogo ni cosa parecida en que se cuente la historia de su publicación, tengo entendido (seguro estoy de haberlo leído en los periódicos) que han dirigido la edición muy cercanos parientes del ilustre novelista. No sé si han tenido que ceñirse á órdenes del difunto ó si pudieron escoger según su juicio, ó si han publicado todo lo que encontraron á mano... Ello es que hay gran desigualdad entre unas y otras materias, y que si ha habido libertad para elegir, no han debido sacarse á luz ciertos documentos de carácter puramente familiar, que nada interesante enseñan respecto de la historia é ideas del autor, y son, por el descuido de la forma, la fatuidad del asunto, indignos del Alarcón que el público conoce, del único Alarcón que se quisiera dar á conocer. Nada tiene de particular que un buen escritor al dirigirse privadamente á varios amigos improvisase quintillas volgarísimas, incorrectas, sin idea ni gracia; puede esto hacerse hasta por gusto, por descausar... pero no debe formar semejante escrito parte de la colección de obras póstumas de quien puede llegar á ser legítimamente un autor clásico. No va esta censura contra los hijos y demás parientes muy cercanos del insigne escritor, los cuales, enamorados natural y noblemente de todas las memorias de ser tan querido, no están ahora para distinguir entre lo literario y lo no literario; pero la familia de Alarcón tiene

amigos, muchos de ellos escritores de fama, y éstos eran los obligados á separar lo digno de publicidad, y dejar para el afeto puramente familiar esos otros documentos, que en cuanto recuerdos son tan sagrados como todos, pero, como obra literaria... no lo son siquiera, ni muestran pretensiones de serlo.

Por ahora el mal no es grave; reciente la desgracia que afigió á nuestras letras al desaparecer el autor de *El sombrero de tres picos*, todos venimos en el libro titulado *Últimos escritos* una reliquia más que otra cosa; todos podemos y debemos disminuir defectos, olvidarlos, y pensar sólo en que tenemos delante páginas del querido poeta, sí, poeta, que ya no escribirá otras. Mas pasará el tiempo, Alarcón será juzgado con la fría justicia con que la posteridad siempre juzga, y por culpa de tales documentos esta obra póstuma desmerecerá en el conjunto de las de Alarcón.

En España en general no se da á la gloria literaria todo el valor que tiene; y por otra parte, no se respeta al público todo lo que se le debe respetar, no se le atribuye el juicio y el gusto que se le debe suponer.

Por esto sin duda nadie se ha creído, por amor de Alarcón, en el deber de impedir que una de las últimas páginas que nos quedan del escritor de *La Alpujarra* esté llena con quintillas como éstas:

Mi muy queridos Velarde,
Campo, Herranz, Fajado y Grilo:
que el cielo benigno os guarde
y que estrenéis cada tarde
un traje entero de hilo.

Que llegada otra estación
gastéis cada levitación
que le diga á Dios de tñ
y debajo del *surtout*
muy alegre el corazón.

Que así os sorprenda la muerte,
pues que os preciso morir;
pero que muráis de suerte
que entre vivir y morir
el mundo á escoger no acierte.

Esto último no se entiende siquiera. Me parece imposible que Alarcón escribiese tales cosas para que se publicaran.

Por haber descuidados en esta edición, hasta hay impropiedad en el título. *Últimos escritos* de un autor quiere decir los últimos que escribió, y efectivamente lo dice: pues bien, en este tomo se publican varios documentos anteriores á algunos de los libros que el mismo Alarcón dió á la estampa. Sirva de ejemplo el artículo titulado «Acta de la junta celebrada anoche en la redacción de *El Beldu*.—En Madrid á las nueve de la noche del 24 de Diciembre de 1857...»

No se crea que es sólo la poesía familiar que he citado por ejemplo lo único indigno de figurar ante el público en calidad de obra póstuma de Alarcón; á decir verdad, la mayor parte de los papeles aprovechados son inferiores con mucho al gran crédito que Alarcón había llegado á conseguir.

Tal vez afean, moralmente, el libro varios arranques de despecho contra el *naturalismo*, varias frases demasiado fuertes; pero hay la ventaja de que los aludidos por el Sr. Alarcón perdona todo eso y mucho más, si hace falta, al que ha sabido ser, en medio de todas sus aprensiones de artista, uno de los más espontáneos y robustos ingenios de su generación en esta tierra.

Y dispensen los lectores de MADRID CÓMICO el tono completamente serio de este palique, tono impuesto necesariamente por la calidad del asunto.

CLARIN.

PAIQUÉ

Es posible que el Sr. Velarde crea que yo le quiero mal y hasta que le tengo envidia, aunque esto último me parece demasiado fuerte, aun para creído por el Sr. Velarde, que las traga tan gordas, que se cree a sí propio poeta.

Pues no, señor vate descriptivo; no sólo no le quiero mal, sino que hasta le quiero bien. Y prueba de ello es que me paso la vida aconsejándole que no escriba sin inspiración... lo cual equivale a aconsejarle que no escriba nunca.

Cada poema de este señor, sea cualquiera el asunto, no es más que un caso de la lucha por el consonante. Los versos de Velarde se parecen vagamente a las angustias de una digestión difícil. En cuanto a originalidad... Dios le dé. Cuando estuvieron en moda las descripciones a lo Núñez de Arce, Velarde se pasaba la vida poniendo el catastro en décimas; ahora tocan a otra cosa, y allá va Velarde con sus rípicos a cantar por todo lo músico.

Oyó este señor alabar los versos religiosos de un Verlain, de un Balart; oyó que echábamos de menos un poeta que se inspirara en nuestro gran misticismo, que pudiese hablar dignamente de San Juan de la Cruz... y ahí se le presenta él con unas décimas de esas que mataron que le vapulen al señor un jarrón la infanta Isabel ó D. Acisclo Fernández Vallín, el de las matemáticas convertidas en casas de la calle del Arenal.

En el género religioso, la falta de sinceridad, de idea y sentimiento es más insupportable que en otro cualquiera. Cuando Velarde se limitaba a pintarnos un gallo, no importaba que no se conociese si era el de Morón, ó el de la Farión, ó el de la Sorian...; mientras se textó de suyas garraños, anda con Dios. Pero cuando a cantar a San Juan de la Cruz con la exclusiva, profanación de que las décimas resultan décimas efectivamente, aunque sean disparatadas, es una verdadera profanación, condenada por varios concilios de una manera indirecta.

Lo peor de las décimas de Velarde no está en tal ó cual diletante particular que yo pueda copiar aquí; está en el conjunto, frío, desconocido, premioso, incongruente. Velarde cree que ser místico ó la moderna es volver a los tópicos patrióticos mediante las manoseadas enumeraciones de las glorias patrias. En general siempre pasa lo mismo; lo peor de los versos de Velarde, y de otros como él, no está en los pormenores disparatados, sino en si se qué de mal gusto, de frialdad, sequedad, inutilidad, que

el vulgo no puede considerar tan fácilmente como estos desatinos *convencidos* que se copian y se comentan. Por eso se recurre a copiarlos. Y va de ejemplo. Comienza así Velarde:

Si pudiera el alma mía,
Ya que no en tu santidad,
Bañarse en la claridad
De tu celeste poesía.

No se dice poesía celeste, sino celestial, y eso de bañarse en la santidad de otro, como no sea el baño de María, no sé lo que es.

Por la altura dejaría
La tenebrosa morada
En que vive aprisionada,
Tan veloz como del suelo
Se lanza la alondra al cielo
Al despuntar la alborada.

Ya pareciera calandria! Eso de la alondra que se lanza al cielo (si fuera al bajar menos mal, pero al subir volando no es propio ese lance) es una trivialidad, un rípic, y viene ahí tan a cuento como si usted dijera:

Al salir el sol
Canta la perdiz.

Gloria del cielo español
El espíritu fecundado
De Santa Teresa el mundo
Ilumina como el sol.

Y alma que dé en el orísol.

(O el perol, cualquier cosa en sí demol. ¿Y qué es eso de...? Y alma que dé... ¿Dónde está el artículo de alma, que no se puede omitir en esta ocasión?)

Y alma que dé en el orísol
De sus obras, encendido,
(¿Qué es lo que arde ahí?)
Dejando el mundo en olvido
Tiende las alas al cielo
Con el mismo dulce anheló
Que la paloma a su nido.

¡Otro pajarito! Pero vean ustedes qué comparaciones tan adecuadas: Santa Teresa tiende el vuelo al cielo sin más anhelo que el de una paloma que busca su nido.

Pues en seguida viene San Juan, y ¿quién dirán ustedes que se parece? Pues a otra palomita también.

Tu cántico celestial,
Espejo de tu conciencia,
Tiene la luz, transparencia
Y tersura del cristal.

¿Pero tiene luz el cristal?

En tu labio angelical
la áspara lengua se doma
(La lengua se doma... en el labio)
y el acento humano toma
la unión, blandura y reposo
del arrullo melodioso
de la rústica paloma.

¡Ahí está la paloma otra vez. El Sr. Velarde no sabe, por lo visto, que es hasta sacrilegio decir que hay unión... en el arrullo de una paloma rústica. ¿Sabe lo que es unión? Después dice que en la boca del santo se convierte el hecho en alegoría ó en símbolo celestial.

¿Qué habrá querido decir aquí Velarde? ¿Que el hecho se convierte en alegoría en la boca de San Juan? ¿Pero qué hecho?

Más adelante le pide al santo
Hoy, Juan, que *dada* al error
la humanidad se extravía
que le dé

A sus dudas certidumbre.

Pero eso no puede hacerlo el santo ni con un milagro. ¿Cómo ha de dar a las dudas certidumbre? Una duda con certidumbre es la certidumbre de que se debe dudar.

Lo que yo dudo es que haya país, a no ser España, en que pasen por poetas hombres como el Sr. Velarde, que no mueva la pluma que no diga un adofecio.

¡Y todavía hay quien me llama apasionado y poco benévolo... porque no dejo pasar este matute!

Por supuesto que todo lo que Velarde dice de San Juan de la Cruz podría decirlo de San Pedro Regalado ó de San Juan Ante portam latinam... y casi casi de San Juan... de Luz.

Quitáseles a las décimas el título y póngase *Al pajarito de Lisboa* ó *El globo cautivo*, y no estará del todo mal. A cualquier cosa con tendencia a subir, como la alondra, podría aplicarse esta poesía.

Y vamos con otro.

Al malacomeado presbítero P. Muñiz, de la orden de San Agustín, le ha sabido á cuerno quemado lo que le tendió el honor de decir de sus pompas y vanidades pseudoliterarias, y mediante unas cuantas impertinencias, mezcladas con metafísica estética de la barata, se ha hecho acreedor á que yo le consagre una paliza (metafísica) ordenada y orgánica, aunque él no sepa lo que es orgánico en no siendo de Moctez.

Como estos diablitos de frívolos agustinos amenazan convertirse en una plaga de Fray Gerundio de Campazas á la mo-

derna, hay que irles á la mano, y al efecto; y por lo que á mí toca, estoy preparando un folleto literario que se titulará: «De su celda», en que examino en forma entre histórica y novelesca las interioridades de esas literaturas cursas de convento degenerado. Pero antes, y en atención al P. Muñiz, comencaré á publicar en el próximo número de MADRID Cómico un poema crítico, en prosa, denominado «La Muñizera». Yo no paro hasta que le quiten al P. Muñiz las licencias de *crerar*, como decía un preboste de mi pueblo. O poco le de poder, ó el superior de la orden ha de tomar cartas en el asunto, y ha de convencerse de que esas literaturas ponen á un fraile tan en ridículo como al ser mozo ó jugador ó cualquier otra cosa. Está muy necesitado el mundo de religión verdadera para que pueda tolerarse la existencia de estos *Fray Cándides* de verdad.

Profesero, aunque también me parecen muy mal, á esos otros frailes modernos que fabrican chocolate en latín, y aun á los que producen el legítimo *benedictino*. No es ésa la religión que Cristo gozó; para sí á los mercaderes los arrojó del templo á latigazos, ¡qué hubiera hecho con los Bonafoux selesiásticos!

En fin, ya lo saben ustedes, en el número próximo... la Muñizera.

CLARIN.

317 Madrid Cómico (Madrid), n. 460, 12 diciembre, 1891.

Mi buen amigo y distinguido compañero el director de «Los lunes» de *El Imparcial* (no le llamo ni siquiera *ilustre*, porque podría parecer juego de palabras) me hace el honor de aludirme al dar noticia y clara noticia del singular y poderoso ingenio de haberse hecho célebre en Suecia y Noruega y a poco en Alemania, ahora llama la atención en Italia, su segunda patria, y sobre todo en París, gracias, esto último, a la propaganda y a las traducciones de Mr. Prozor.

Me invita indirectamente el Sr. Ortega Monilla, así como también a nuestro común maestro el Sr. Balart, a que trate en *El Imparcial*, si lo creo oportuno, del singular y poderoso ingenio noruego. No olvidaré la indicación, pero debo advertir a mi querido amigo que, sin perjuicio de volver a estudiar este asunto, más probablemente si Echegaray traduce o arregla *Los aparecidos*, como se dice, ya he tenido ocasión de decir algo del

insigne dramaturgo del Norte al examinar y traducir fragmentos de algunas de sus dramas: Así consta en el «Apéndice literario» de *La Correspondencia de España*, donde recogí haber extractado el final de *Los aparecidos*, drama a que Ortega Monilla se refiere... y que Vico haría maravillosamente si Echegaray se lo tradujera... y hubiese entre nuestras actrices una madre de Owaldo digna de interpretar a Ibsen.

De todas suertes, eso es el buen camino. Que la crítica literaria y la crítica nos hablen de todo lo bueno que fuera se produzca, y que los ingenios poderosos con que, por ventura, contamos procuren asimilarlo a la literatura patria... haciéndolo español de veras.

Sección de filología: *Diccionario y gramática de autoridades*. Ya se sabe que D.^a Emilia Pardo Bazán es una autoridad.

Pero no hay que darse, porque también las autoridades filológicas tienen sus *alcaldadas*.

He aquí algunas de D.^a Emilia... *alcaldesa* que se va pelinando demasiado

pelo arriba, pelo arriba,

lo mismo que el fuera una duquesa.

Dice la *Ilustre gallega*, en la página 81 de su *Nuevo Teatro Crítico*, núm. 13: «Esta (una escapatoria) ocurre precisamente cuando el sacerdote está fluctuando en el mar de la duda, cuando anda sumido en un piélago de confusiones.

«En qué quedamos, señora, *fluctúa* o está sumido? El que *fluctúa* vacila sobre las aguas, según la Academia, y el que está sumido está, bajo tierra, *bajo* el agua, según la Academia también. De modo, señora, que o pone usted a flote a ese P. Gil o lo sume en los profundos.

[Esto último quisiera D.^a Emilia, *además*, lo que está sumido no anda, generalmente...]

«Suele decirse: dame tres razones de *modo* de hombre y le haré *aborar*».

Se dirá, señora... pero tanto como *modo*. Yo no lo he dicho nunca.

«Si la tal persona es vulgar, *pretenciosa*».

«Pretenciosa? Eso no es castellano, ni puede serlo.

Pretencioso nunca será español por esa e intercalable en castellano, es tal adjetivo.

«Un vice-estremo de *Don Alvaro*».

[Vice-estremo]

«¿por qué no *vica* almirante?

«Esto me recuerda el discurso de un *alcañete* que hablando de Bocquer, Campoamor y Nêñez de Arce, *ella* llamaba *ilustre* *trilogía*.

Y exclamaba el Sr. Campillo:

«[Trilogía? ¿por qué no *trilogio*, a *trébades*? Verdad es que D.^a Emilia llama Hamlet a Hamlet, que es como ponerlo en música.

«En literatura también ha de haber *crédito* (si, señora, en esto conformes), como en comercio, y la firma de Echegaray es justo que se cotee, muy alta, respondiendo lo hecho por lo *haccedero*».

Doña Emilia no sabe lo que es *haccedero*; la traducción en *ero* lo toma por significativa de futuro, y creyó que *haccedero* es lo que se ha de hacer.

Yo no hay tal, es lo que se puede hacer, lo que es fácil de hacer; y no es eso lo que ella quería decir.

«Don José Echegaray posee una singularísima complexión literaria, y *cosa* *menos* *sabida*, un talento muy flexible, dotado de verdaderas aptitudes.»

Esto no es cosa de gramática, pero viene gracia. Doña Emilia ha descubierto que Echegaray tiene flexible el talento y aptitudes variables. ¡Oh *Livingstone*!

Pero seamos justos. Si el último número del *Teatro Crítico* abunda en diálogos, barbarismos y *solismos* (no tanto como los primeros capítulos de *La piedra angular*, que es una canchale de faltas gramaticales), hay algo en el tal folleto en que D.^a Emilia tiene razón.

La Sra. Pardo Bazán sostiene que cabe amistad entre varón y hembra sin que haya asomos ni temores de que se convierta en inclinación sexual, o como quiera decirse. Es una canchale de faltas gramaticales, hay algo en el tal folleto en que D.^a Emilia tiene razón. Bío le más leiga. D.^a Emilia y yo hemos sido amigos y buenos amigos, años y más años, y aunque jamás he tenido el gusto de verla, la conocía por varios retratos. Pues justo que jamás se me ocurrió sonjar la menor inclinación sexual. Antes al contrario, acabamos tirándonos los tratos a la cabeza, como comprenderá el que leyere.

Y sexo no falta.

También era yo amigo de D. Emilio Bobadilla, joven procedente de Cuba, el *Clarín* de América, como decía la Sra. Pardo Bazán. No diré que eye le plantó, yo vi crecer sus hojas: porque ni le crecieron las hojas, por desgracia, ni echó raíces en la literatura, ni era cosa de plantarlo... pero, en fin, se hizo por él lo que se pudo. Me le recomendaron desde la Habana, me envió el libro con la firma del mundo (la historia da siempre), y yo le presenté a los lectores de *Los lunes*. Como Covarrubias, le recordará. El chico prometía algo, y aunque tenía el pícaro

defecto de parecerse a mí (al menos de parecer que se parecía) en muchos de sus mayores extrallos, al fin algo bueno había hecho allí en Cuba cazando suscos con liga. Lo ancha brian al chico los elegios, acaso impudicos, pero se vino a España, dejando su patria y a su madre, para hacerse célebre en la Península. ¡Mallo, mallo!—me dije, ya con cierto recordamiento. Llegó el muchacho, me pidió un prólogo para un libro... ¡había que hacer algo! escribí el prólogo... El recordamiento era más agudo cada vez. En tal prólogo hablaba yo de cien cosas: de escritores americanos notables, a quienes Bobadilla no conocía, y allí, a lo último ¡qué diantre! le daba un poco de lustre al rapaz. ¡Mal hecho, muy mal hecho! ¡Cien veces lo he dicho!

No hay bondad que valga. La bondad consiste en decir la verdad siempre, lo que se siente, nada más que eso. Jamás he tenido que arrepentirme de un *palo* y ya varias veces me lo arrepentí de un *hombro*. Por eso voy recogiendo velas. El hombre progresa. Yo me depuro en cuanto *claro* é lo que sea. Me voy acudiendo las moscas. El pecado de alabar a Bobadilla más de lo que merecía (porque inepto no lo era, ni lo es) lo pago ahora: ¡oh, muy agradecido, mucho, me echa en cara el prólogo que me pidió! Yo me pregunta muy amestazado: «¿En qué quedamos? ¿Cuándo tenía usted razón antes o ahora?—Ahora, hombre, ahora; ¡la tengo ahora! Después vinieron las *Calenturas* del señor Bobadilla: unas fiebres pútridas que acabaron de desengañarme. *Latet simonitis* (o *simon*, como sea) en americano. Quitándole al Sr. Labra, que no es absolutamente nada poeta, si gana, no he conocido a ningún literato de los que nos vienen de Ultramar que no tenga su *Coloquio* en su armario. Bobadilla era un sinicista más; complicado, eso sí; con muy mal oído, como está bien que sea un joven sin creencias, polivista, lector de Lombroso (después que me vió a mí citarlo) y que habla de la psicología como si fuera una picaresca.

Las calenturas de Bobadilla eran malignas, sí, y así vino a derretirse al público y al paciente con los rodeos y *solismos* con que se dan estas noticias a los amigos. El doctor la pildora por el sistema de la *galvanoplastia comparativa*; lo dije que pasaban allí por postas chicos que escribían en verso por que él. Y era la verdad. Esto lo repito. Bobadilla, cuando no era un *Rolla* a lo *viejante*, solía sentir lo que decía. Los versos en que se despedía de su madre (a cuyo lado debía volver, si la señora madre viva) eran *ilicoricos*, nobles. ¿Creerá Bobadilla que, por mucho que nos enfadamos, le voy a decir que es menos poeta que Cavestany? Eso nunca: hay cierto nivel del cual es claro que yo supongo que jamás baja ningún escritor ó *escritorela* de quien dije algo bueno. Se puede ser escarizoruelo y valer más que Voltaire y que D.^a Patrocinio de Biedma. Más que eso vale usted todavía, Sr. Bobadilla.

El americano no había hecho nunca más que tributarle incienso: pocas personas me han adulado tanto como él. Si, adulado; porque a mí la modestia me obliga (y el *nosce te ipsum* también) a tomar por adulaciones ciertos parlamentos con *l'aino*, Quevedo, Figero, etc., etc. La primera vez que Bobadilla me encorrió de frente fue en el primer libro que publiqué después del *palo diminuido* de las *Fiebras*.

Pero se volvió atrás, y acabó por decirme que yo había vendido en todos los terranos (se trata de una *poémica* (?) con M. del Palacio). Pasó tiempo. Bobadilla publicó otro libro. Me lo envió, hubo crítica, etc., etc... Ya me iba yo cargando. Bobadilla me *adulaba*; estaba, además, un poco *despañado*, como dicen. Ladeóse. Otro sí, quería tener casa. ¡Había mal de Zorrita! Esto me hizo tan mal efecto como ver a D.^a Emilia Pardo Bazán escribir... Pero criatura, ¡qué quiere usted, que Cánovas le envíe a Galdós? Eso es como si usted dijera que enviaba a la *Necada*.

No había del nuevo libro de Bobadilla.

El chico iba criando veneno.

Latet Bonofux in Bobadilla.

Publieb Fray Candil un folleto contra Pequeñeces.

Me recomendó el libro al editor.

No había del folleto. No le ía siquiera.

Tuve serias ocupaciones. No veía ya artículos de Bobadilla... Me olvidé del muchacho.

Quedaba como una reminiscencia la de *Fray Candil*; pero (esto no lo va a creer Bobadilla, que es poco modesto) ya no se juntaban en mi espíritu la idea de Bobadilla y la de *Fray Candil*.

Oí decir que *Fray Candil* se había dejado de libros y se dedicaba a la abogacía.

Vino la cuestión de los frailes, y sin darme, cometiendo notoria *chifladura*, tomé al *Fray Candil*, el pseudónimo, como cosa *derelicta*, abandonada, y lo apliqué al obispo de Alejandrópolis, que existo, que es fraile, cuyo apellido acaba en *il*, y que me debe favores, que me paga azuzando contra mi la prensa de su partido y a un *procer polistino*, como diría un clásico. Yo, al hablar de mi *Fray Candil*, que escribe también (novelas, entre otras cosas) no soñaba con Bobadilla.

Y de este *quid pro quo* resulta job, Providencial que Bobadilla enseña la oreja, salo disparado; y que se confirma cierta *escom* que yo tenía, y hasta los rumores que habían llegado a mí de que Bobadilla preparaba un folleto contra *Clarín*.

Bobadilla habla, además, de una carta, que no he leído. Contendría palabrotas, y yo rasgo, sin enterarme, los papeles

CANDILEJAS

I

Estoy haciendo *borado* de muchos malos amigos; ahora doy a Zai!... Candil (!) por menos de un perro chico.

II

Ya que hablas de la *psicosis* y que sabes medicina, ¿qué qué enfermedad te mueres, tú que te mueres de envidia?

III

Pensé criar otra cosa, y estuve criando un cuervo; me quise sacar los ojos, grazna porque no lo dejó.

IV

¿Cómo quieres que te alabe con el chasco que me diste? Tú fuiste de los que empiezan... pero empiezan y no siguen.

V

Me alabaste, y no lo sientes, yo te alabé, y hoy lo siento; más consecuencia eres tú: ¿dónde habré cambiado yo menos?

VI

Tú me escribiste una carta, pero yo no la leí; puedes ahorrarte los sellos para cartearnos así.

VII

Te hablo por la vez postrera; no más contigo disputo; desde hoy entras en el coro. ¡Adiós, Bonafux segundo!

VIII

No quiero caricaturas mías tan cerca de mí. En Madrid Cómicó sobran ó Bobadilla ó *Clarín*.

IX

Si entendiera los dibujos, aquí pintaba dos perros: uno chico y otro grande... pero no simbolicemos.

Mi querido P. Muñiz: Ha llegado a mi noticia que algunos *fratillos* del convento de vuestra merced leen a hurtadillas el Madrid Cómicó, y celebran con gran fruición las here-

(1) Esto es un poco fuerte, pero así es el diapasón de *Taruffa y de man-lira*, palabra de *Fray Candil*, el que no es obispo.

lencias de insultos que recibo: a diario, sean impresos ó manuscritos. Ahora acabo de rasgar un periódico en que se ha refugiado *Fray Mortaro*, a quien, por lo visto, han desahuciado en *La Unión Católica*. Hay quien me escribe con acompañamiento de dibujos pornográficos, con imitaciones *sádicas*, inadmisibles. No creo que Bobadilla haya llegado a ese extremo; pero si su carta contenía palabras gordas, con letras grandes (a lo *matilde plumífero*), habrá rasgado la epístola sin ver más, tomándola por uno de tantos anónimos. O no la habrá recibido. O no la habrá escrito.

Síntesis (como dicen los que no saben lo que es síntesis): Una *chifladura* mía, que confieso (como *Fernanfior* confesaba en una ocasión haber supuesto que las liebres volaban... cuando podía asegurar, ya más sereno, que no había tal cosa), ha buido para que Bobadilla se colocara respecto de mí en una situación que prefiero por lo franca, desembarazada y compatible con mis escrúpulos críticos.

Supongo que en adelante, y rotas las hostilidades (mis fuegos se apagan con la presente), Bobadilla me dejará en paz por lo que toca a imitaciones; ya no me copiará giros, *salidas*, antiptosis, citas (en cuanto yo hablaba de un libro... ya se sabía, iba *Fray Candil*, y lo citaba) y demás. No hay cosa que me maree tanto como verme reproducido en los espejos de la *Rigolade*.

¡Qué triste espectáculo, ver mis propios defectos *objetivados* en una imagen contrachecha!

Y ahora, como me he propuesto que este palique no tenga fin, voy a acabar con Bobadilla dedicándole unos *trocos nuevos*, que he discursado expreso; ó de ex-profeso, como dice Silvea el que no es acorado, para que *Fray Candil* me llamo mal poeta por algo. Vienen a ser repeticiones de todo lo dicho, pero con las inexactitudes y exageraciones que son propias de la poesía lírica... mala. Dicen así:

318 (Sigue de la página anterior).

¡as que digo de vuestra paternidad. Como no me gusta dar aliento a la envidia (hasta usted tiene envidiosos), en adelante le dejaré en paz. Por mí ya puede descarrilar siempre que quiera, en competencia con las más acreditadas compañías *fúnero-carrieras*.

Me limito a aconsejarle que cuando beba cerveza, digo, cuando escriba *odas*, las ponga freno automático, como está mandado por el ministro del ramo.

Por último: Imp. de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa...

Porque ya no hay sitio para otra cosa.

CLARÍN.

PALIQUE

(COLABORACIÓN INÉDITA)

Acabo de comprar la reciente novela de D.^a Emilia Pardo Bazán. Esta señora ya no me regala sus libros: desde que le empezado a decirle que sus novelas no eran todas admirables me ha retirado el correo: no sujeta el agua y el fuego, y sale ganando las postas que me cuestan sus obras.

Empezó a leer *La piedra angular*. D.^a Emilia es una escritora caudalosa que quisiera ser académica... Eso no obstante, en la página 9.^a y el libro empieza por la 5.^a me encuentro con unas *riendadas* *moñetas* que no voy muy servanitas que digamos. Hay algo peor que los palicados, los disparates. ¿Qué puede querer decir *riendadas* *moñetas*? Nada. Lo mutuo supuso según el diccionario, reciprocidad, para que una acción adquiera mutualidad, para que la expresión sea de los llamados transitivos. Le pego a Juan y Juan puede pegarme a mí, podemos pegarnos mutuamente; pero reírse es intransitivo, el que se ríe, como que estornuda, no estornuda al río o a nadie. Las *riendadas* no pueden ser mutuas, en fin.

En la página 10 leo: *hongo bisuto*. Este bisuto está saliculado, y con razón; y además es podantoso y *ambilicadísimo*. Bisuto, etimológicamente significaría *moñeta* *de* *moña*. Como el Sr. Bosch y Ponsigueras, que se había estado dos veces para ser ministro, y las dos veces le dijeron: no te untes. Pero *gambas* por eso a llamar bisuto a Bosch? Ni por asomo.

En la página 11 un cliente dice al médico que él no trabaja, que vive sin obligaciones. Y en la página 12 a esta le llama la autora *aristocrática* *apocáptica*. Como si no hubiera más vago que los aristocráticos, y sea suponiendo que solo esos hubieran, como si se pudiese hablar de *apocápticas* *aristocráticas*.

En la misma página: «Su vestir era el vestir *edóclito* y *finestre* de la mesocracia más modesta *condemna* *fuerte* en el pueblo propiamente dicho».

Pero ¿se figura D.^a Emilia que eso es literatura? Por eso *condemna* se va a la *Campana de Hércules*. ¿Por qué se le da llamar *finestre* al modo de vestir de la clase media que ya toca en lo popular? Pues por lo de *edóclito*, aunque es injusta la generalización, pero lo de *finestre* no puede pasar si hemos de hablar *condemnas*.

En la página 15: *el silueta* (la del hombre del hongo *hinnimo*) *tanta* algo de *fuerte*. «Una silueta *fuerte* *Pasmosa* por la silueta; pero *fuerte* *Señora*, ¿qué es con que las palabras significan lo que a usted se le antoja? Usted ha oído campanas: ha sido hablar de escritores originarios, nerviosos, que encontraron metidos huevos en las palabras; pero ena no hacen lo que usted: pensaron en el alma del verbo y le hacen expresar algo tal vez desconocido *hinnimo* *condemna*, pero no contra sus propias *condemnas*.

Una *silueta fuerte* es un desatino digno de las *propinas* *condemnas*, o de la señora aquella *Libreta del apocáptico*, ya del *condemna* *hinnimo*.

«... que *inaparcia* indefinible *alejamiento*.» Confieso Sr. Pardo que, no quisiera decir indefinible: *indefinible* es el *alejamiento* eso era como todo: un *impugnación* que consistía en apartarse... del hombre *finestre*, pero no se sabía por qué se apartaba uno de él; era inexplicable, no indefinible.

«... la *obscura* *remotescencia* que *notaba* en su memoria *del* un latido agudo, y casi se *condensó*.» ¿Qué quiere decir *condensarse*, *cañal* y por qué hecos de llamar *condensación* a eso?

Doña Emilia queriendo ser graciosa, familiar, emplea frases que son de una actualidad tan... vulgar, tan *pasmosa*, que harán ininteligibles sus obras dentro de pocos años.

«*Sacó* *don* *eritos* *brillantes*, del nuevo cuño del *ases*.» Esto le entendemos ahora, porque acaban de darse a luz esos *diritos* del *ases*, de decir de D. Alfonso XIII, pero ¿quién va a entender eso más adelante, si qué gracia hay en hablar así? En un artículo de vida *afuera* puede tolerarse tal *inactualidad*, pero no en una novela... ¿Es ese el realismo-espiritualista de doña Emilia?

Se me olvidó decir que algunas páginas más atrás (aun no pasamos de la 18) habla de lo *psicofico*, demostrando que no sabe lo que es. Pero de

cato no se puede tratar en un *artificialillo* como el presente.

Advierta que el doctor Moragas, con quien habla el hombre *finestre* ofreció a éste un cigarro que estaba en una puerca de *caña*, y el hombre *finestre* puso los dos dedos sobre un canicero de bronce. Así, que no se olvide nunca decir de qué madera, metal etc. etc., son los *cachivache*. Este es el realismo al alcance de todas las fortunas.

A unas palabras del médico dichas con alguna amabilidad, las llama doña Emilia *lealmente* *condemnas* y si la *aparcia*, ella que dice *taclar* con repetición enfadosa, escribe *lealmente* *condemnas*.

En fin, que ya escribe nuestra literatura como una *Modena*, como una *Cibola*. Doña Emilia no quiere decir las cosas como las digo cualquiera, y de modo que se entiendan pronto, porque «*La belle chose que se movió si d'abord byras* *apocáptica* *Modena*, *et* *que* *Arenas* *de* *plata-plata* *fut* *maré* a *Cliteto*». Si doña Emilia sigue por el camino de la *mesocracia* *finestre*, las *apocápticas* *aristocráticas*, y los *Amigos* *hinnimo*, pronto llegará a los *veridos* que *podosa* *indigencia* *de* *condemnas*.

«Y emprendió de nuevo cortar las hojas de la *Beraca*» ¿le parece eso buen capatón a la autora? Y no lo digo por lo de la *Beraca*, que es un capricho; lo digo por *emprendió* *cortar*.

«*Coirentadas* las manos en la operación mecánica (claro) de rasgar la *doles* del papel...» ¿Qué *doles*, y qué modo de exponerlos?

«*Sintió* Moragas el *bienestar* que causa el *cese* de la *obsesión* (predios que *cesen*) pero spona *disipada* la rápida *impreidón*, casi *física* (casi *física*? ¿o *física* *ca* *no*: si es *física* lo es: en esto no hay *caña*) de *libertad* y *soiego*, el médico notó un *extremecimiento* profundo.»

«Con ese instinto de los escritores que se hacen cargo de las *situaciones* *psíquicas*.»

¡Vamos, ya oigo! Doña Emilia ha leído que ahora la moda está en la novela *psicológica*, y se ha dicho: «*Si*, eh? Pues yo voy a escribir novelas *psicofísicas*. Y por eso, aquello de lo *cañ-físico*... Por último (porque se ha acabado el primer capítulo) el hombre del hongo *bisuto* *haben* *ustoda* *quién* *era*? ¡El *verdugui*!

Tan malo es todo esto que me temo que ese *verdugo* sea... el *Verdugo* y *sepulturero*, drama de don *Zeferino* *Suñer* *Bravo*.

CLANIN.

(Prohibida la reproducción)

PALIQUE

Afortunadamente yo estoy seguro de que soy sincero y absolutamente imparcial en esto que se ha dado en llamar mi crítica. ¿Quién me ha ofendido a mí más que Manuel del Palacio? Nadie... ó pocos.

Pues bien, yo insisto en que M. del Palacio es medio poeta, lo cual á él le sienta á poco y á mí ja tanto!

Yo he censurado sus *chispas* una y otra vez. ¿Debo alabarlas cuando me gustan?

Creo que sí.

Hace cuatro ó cinco semanas me agradaron algunas de estas salidas poéticas del famoso *0,50*, y no sé cómo (¿el diablo del P. Moñitos?) se me olvidó decirlo. Hace una ó dos semanas me parecieron muy malas otras *chispas*... y ahora lo olvido también. Váyase lo uno por lo otro.

Pero en el último *lunes* de *El Imparcial* veo, entre algunas que no me gustan, las *chispas* siguientes, que copio porque me parecen bien:

«En boca de discreto
hasta la ofensa es digna de respeto,
mientras del pocio en labios
—las mismas alabanzas son agravios.»

Perfectamente; bien dicho y bien pensado. Es claro que lo de la ofensa no ha de tomarse al pie de la letra, porque el discreto lo primero que hace es... no ofender.

Lo que ofende no es discreto.
Lo que hay es que los necios suelen tomar por ofensa lo que no lo es.

«Cazador que á caza vas
de mujer ó de león,
¡ay de ti si no le das
—seguridad del corazón!»

Esto es hermoso; de feliz expresión; conciso, enérgico, verdadero, gracioso. Son cuatro versos... como nunca los harán Velázquez, Ferrer, Caballero... etc., etc.

«Un sésito que acariar,
una botella que abrir,
un fago que desflorar
—y en el trance de morir
una mano que estrechar...
ni más se debe pedir,
ni más se puede esperar.»

Francisquismo de la botella, hagamos algo más que desflorar el libro, sintamos todo lo que significa la mano que se estrecha al morir, y tendremos un poema verdadero en siete versos.

Vamos á ver, ¿por qué cree Palacio que hoy le alabo sus *chispas*?

—Toma, diré él, porque le gustan á usted.

Justamente. Pero ¿por qué cree que le he censurado otras veces?

—Porque es usted un envidioso, un poetaastro, un... Y eso que tanto no lo es usted. A lo menos hoy... ve usted claro.

He recibido el prospecto de una obra que se titula *Historias de la corte celestial*, por un sacristán jubilado.

Se me figura á mí que este sacristán no ha de ser yan; pero... el asunto de su libro es delicadillo.

Historias de la corte celestial...

Ahora entremos por qué dimitió San Pedro.

«En la *torre* que piensa publicar el sacristán *pió* la de
«El santo Sebastián Aparicio, gallego, torero, carretero, cazador
y virgeño.»

Y la de «Santa Catalina de Cortana, exvirgen.»

Y la de «San Alejo, cornudo y conforme.»

Y la de «San Juan de Dios, buhonero.»

Está bien (es decir, está mal), pero luego el autor se quejará
«Le llevas á la cárcel.»

¡O!á, los librepensadores de perro chicio!

La cometa á ese sacristán que San Alejo fué una mala persona; *¡Muy lo dudo!*

«Burlas de los santos!»

«Haciendo tantos pilles!»

Apelos Mestres es un poeta con el lápiz (ó lo que sea). Su nuevo libro titulado *Más cuentos vivos* es una verdadera obra de arte. Muchas veces en la caricatura se quiere exaltar la leyenda al dibujo, y aun en las caricaturas mismas, suele valer más que la expresión gráfica la idea que se quiere expresar. En *Más cuentos vivos* sucede lo contrario: mucho más que las leyendas, no muy graciosas, y más, casi siempre, que la historia, vale lo que pudiera llamarse la música del lápiz. Si, Apelos Mestres es un dibujante lírico, y además corrector y maestro en ciertas habilidades de expresivas, como lo prueba el cuento de la *vega*.

¿Qué gusto, verse ilustrado por Apelos Mestres, si él quiere hacerlo con amor?

«Su caricatura de la corte celestial me ha hecho acordarme de un libro de *letrados* (aquí no hay la palabra exacta porque no hay la cosa) que yo tengo en proyecto y que se llama *Papá Dios*».

La sinceridad con que alabo el lápiz, ó lo que sea, de Apelos Mestres me prueba con decir:

«Quisiera ver mi *Papá Dios* con dibujos de Apelos Mestres!

¿Y... quién sabe?

«No se podría introducir la buena costumbre de regalar libros, á los niños particularmente, allá por Navidad?

Un modo eficaz de preparar esta costumbre sería, por ejemplo, el acuerdo tomado por cierto número de autores para comprometerse á publicar en Diciembre del presente año sendos libros de Nochebuena, ó de Año nuevo ó como se quisiera llamar. Yo creo que no faltarían editores que se encargasen de dar condiciones materiales de vida á la idea.

La cual entrego á los chicos de la prensa para que la acojan si la creen aceptable.

Un redactor de *El Heraldo de Madrid* (periódico á quien debo infinitas atenciones) ha tenido una conversación con D. José Echegaray para preguntarle si será cierto, como decía Clarín, que el ilustre poeta iba á darnos la traducción de *Los Recenantes* (Los aparecidos), de Ibsen.

Y Echegaray contestó:—Cosas de mi buen amigo Clarín. No hay tales cameros...

¿De dónde sacó Clarín, entonces, esa noticia?

Pues diré lo que el protagonista de *Hija única*:

«Eso lo he leído yo en los *lunes* de *El Imparcial*».

En efecto, en un artículo del Sr. Ortega Munilla leí á ofensas campanas.

Algo hay; el Sr. Echegaray ha leído el drama de Ibsen; le ha hecho efecto... y por sugerencia ha escrito otro drama que sólo tiene de *Los aparecidos* la idea general y algunos pensamientos relacionados con ella, capitales en el desenvolvimiento del asunto.

Por lo visto, á eso se refería Ortega Munilla.

Bueno; pues de todas maneras me alegro. Venga *El hijo de D. Juan*... y Dios haga que sea como el galgo, es decir, de otro modo, que merezca honra por parecerse á los suyos. Por ambas líneas. Esto es, por la de D. Juan... y por la de D. José.

Acabo de recibir un libro que se titula *Cartilla Huasteca*, con su gramática, diccionario y varias reglas para aprender su idioma, y lo publica en México el autor, D. Marcelo Alejandró.

La amable persona que me envía el libro me pide que le juzgue...

¿Que juzgue yo un diccionario y una gramática del idioma huasteco...?

¡Pero, señor, si yo lo único que sé de esas Américas de verdad lo he aprendido en el *Océ Muerto*!

Yo sólo sé que por allá álgunhaco así, se le llaman aplana-calles.

Pero, en fin, mientras D.^a Emilia Paydo se prepara en un pe-

riquetá para hablar del libro, voy yo á darme una *tintura* de *astrolabio*, es decir, de huasteco, y... vuelvo en seguida.

Pues, señor, el huasteco, *aná* no sé si se puede *capal* con *teñedor*, y aunque, *icoccal* y corriendo, acabo de *ajial* algunas páginas de la *Cartilla*, temo *excopich* la oreja y hacérselos el *caldo tuz* á los *cochelines* agustinos, y no quiero que se *teñichelen* de mí. Pero, en fin, la ocasión la *plintan píntal in oc*, y *sin huatal* *huacata* entre dos platos, diré que el *en* del señor Alejandró es muy *alahu*, bonito y *paal* (á mí me ha salido por una friolera). Y muchas *tenaminita* por el regalo.

Ahí tienen ustedes lo que es erudición á la moderna. En cinco minutos he aprendido yo á hablar en huasteco de modo que me entiendan los que no lo saben.

Así saben las lenguas clásicas y las lenguas vivas difíciles muchos que de ello hacen alarde... y después leen el griego, el chino y hasta el inglés en francés de lo más barato.

¿Que por qué no he hablado de la *Piedra Angular*, de la señora Paydo Bazán?

Porque todos los días gazapo, amarga la cocina.

Todo se andará.

CLARÍN.

PALIQUE

El pobre *Fray Cándid* (como él piensa que lo llaman en todas partes), invocando la bondad del Director de Madrid Cómico, ha vuelto a molestar a ustedes para hablarles de mil cosas que no les importan, y copiando párrafos de cartas mías, que por lo visto guarda como oro en paño. Yo no puedo tomar el desquite, porque no conservo las cartas de *Fray Cándid*. El pobrecillo niega lo de la imitación (que es lo que más me molesta...), y la prueba andante, es decir, vuelve a imitarme, sin saberlo, en el mismo artículo en que niega que me imite. ¿Había yo dicho que la señora Perdo Ranzó me tenía frito a cartas? Pues va *Fray Cándid* y dice que yo le he escrito a él todo un epistolario. ¿Copiaba yo a veces (aunque jamás con la indicación de *Fray Cándid*) ideas de las cartas de D.ª Emilia? Pues va *Fray Cándid* y copia párrafos de las mías. ¡Imitar! ¿Querían ustedes creer que en cuanto oía *Fray Cándid* que una revista extranjera hablaba de mis obras de él y le mandaba sus libritos? ¡Ha llegado a citar autores con las erratas que había en las citas mías que copiaba. Pero, en fin, lo principal es que ya no tendrán ustedes que lamentar más candidaturas en Madrid Cómico. No se trata de una exigencia inadmisible. Yo he dicho, en uso de mi derecho, que a *Clarín* es *Fray Cándid*, y si este palique se publica, es señal de que la elección está hecha. Le queda a Bobadilla el derecho que le concede la ley.

¿Que por qué vuelvo a hablar de Bobadilla habiendo asegurado que no se disputaba más con él? Esto ya no es disputar; esto es despreciarlo como se merece, y no dejarle con el gusto de decir que la última palabra. Por ahí fuera puede escribir lo que quiera. Puede confabularse con D.ª Patrocinio de Bichas ó con un anónimo que, según cuentan, publica un periódico contra *Clarín*. (Que gloria, *Fray Cándid* entrar en el coro de los que me aborrecen y me persiguen... en letras de molde! ¡Vaya una pléyade!)

¡Pobre Bobadilla! Qué luego ha recorrido todas las etapas por donde han ido todos los que han acabado por entrar en el corol (frío) experiencia! Terribles vivisecciones! ¡Cuánta locería hay que contemplar para obtener el temido resultado de un experi-

mento que nos responde como no querriamos! ¡Y hay quien dice que en el mundo moral no cabe la experimentación! *Fray Cándid*, con el ácido del desengaño... se precipita en el orgullo y la ingratitud más lastimosas! Ahora da a entender que me debanada, que yo no le hice favor alguno... Bueno, hombre, bueno. Por mí está usted libre de la deuda. Pero ya verá usted cómo en adelante, si insiste en ser hombre público, no le quita ya nadie el ramblento de ingrato. ¡Mientras me adlaban en periódicos, libros y cartas, preparaba en la sombra folletos en que estudiaba con paciencia mala intención las cacofonías de mis escritos más efímeros! ¿Que no es ser dichoso, sino rodilla? Así opina la Academia; pero ¿a mí qué? De cambio, tampoco debía decirle Bobadilla, sino boñilo ó simplemente bobo.

Como tantos otros colocados por mí en su esfera, Bobadilla recurre al insulto y a la amenaza para contestar a censuras fuertes, pero que ni eran insultos ni para nada recordaban la vía ejecutiva.

Es claro; yo a Bobadilla le saca de sus cañillas (apunto esa cacofonía, de que tiene él la culpa); él a mí no me saca porque no puede, porque tengo correa y ciertos posibles que a él le faltan... y qué sucede? Lo de siempre: que habla de bucar ventajas en otro terreno y habla de palizas y otros expedientes no menos delicados é ingeniosos.

¡Vaya un escritor que, agotados los recursos de la pluma, hace alarde del palo!... Pero no; seamos exactos. Lo que dice Bobadilla es que siente no tener dinero para poder suministrarme una paliza. ¡Bah! Por muy pocas pesetas hay quien se enorgulle de eso. Yo no le puedo ofrecer esas cartas, pues el mismo Cristo no llegó a tanto, no pagó para que le pagasen; pero lo que sí puedo hacer, y hago con muy buena voluntad, es ofrecer al señor Bobadilla lo necesario para el viaje á esta y para pagarle la fonda... El, en cambio, no tiene más que hacer que declarar ante dos amigos míos el texto de la carta que asegura haberme escrito. Si en esa carta había los insultos que sospecho, y si tiene el valor de sostenerlos, ahí estarán... la madre del cordero; yo me reservo los derechos que me asisten, y... nada le importa al público todo lo demás.

A otra cosa. Asegura *Fray Cándid* que yo confieso que los insultos que le dirigí iban enderezados al obispo de Oviedo. Mentira, como él dice: ni yo confesé que fueran insultos, ni me acordé para nada del obispo de Oviedo, y esta acusación calumniosa podría costarle cara al Sr. Bobadilla, si yo no tuviera en cuenta que se trata de un jovenzuelo irritado por vanidades de literato de afición.

Que pregunto indignado a D.ª Emilia con qué derecho reproduce un prólogo mío en la cuarta edición de la *Cuestión palpitante*. Mentira, como dice *Fray Cándid*. Ni lo pregunto indignado, ni lo pregunto siquiera. Que doy un artículo a Salmerón... Mentira; ¿dónde, cuándo? Para Salmerón sólo tengo admiración, cariño y respeto.

¡Bobadilla habla mal ahora del prólogo que me pidió y que me agradeció tanto! Yo será mal benefactor (como dice él, los obispos imita a la Sr. Perdo y se hace arcaico); pero al Sr. Bobadilla es pésimo benefactor.

Todos los enemigos curial y folicularios de *Clarín* recurren a echarme en cara el lugar de mi nacimiento.

Uno de ellos descubrió que yo era gallego, y me ponía de vuelta y media con tan plausible motivo. Bobadilla ha averiguado que nací en Zamora, y ¡aquí te quiero, escopete! Por esta inconsecuencia mía de ser zamorano en vez de ser ovetense, maneja *Fray Cándid* la sátira con la más fina ironía. Después, clavándome el puñal hasta tocarme el corazón, dice que friso con los cincuenta. ¡Ni friso ni cornial! Pero, en fin, si usted se empeña, aunque no he llegado a los cuarenta, a Dios gracias, me conformo con lo de frisar con el medio algar, si usted recaba algún conformidad de D.ª Emilia, que tiene más tiempo que yo.

¿Ven ustedes de qué cosas le hacen hablar a uno estos autores nuevos? ¿Que profecto de Zamora... que friso con los cincuenta... y que quizá tuviera *Cándid* dinero para que me dieran una paliza!... Eso es aticismo. En Cuba hay de todo. Pero cuando un cubano sale así, literato de peles, es de lo que no hay... en otra parte.

Figurémonos, por un momento, que *Fray Cándid* no me mata, ni prueba que no le es desagradado, ni demuestra que no me preparaba una partida serrana, porque yo no quería (es, que no quería) hablar al público de sus papuchicos impresos... ¡Bueno queda *Fray Cándid*!

Observe la diferencia: yo no le he amenazado, porque, efectivamente, no pienso tocar en él. Yo no he llevado la cuestión a un terreno en que para nada hace falta el palique. De esas cosas se debe hablar cuando no hay provocación en tal sentido por la parte contraria. Yo no había dicho de *Fray Cándid* (túese quien fuese) sino que era ingrato y que era escritorruco y me adúlaba, porque me ponía en los cuernos de la luna mientras esperaba de mí elogios, y me atacaba cuando se iba convenciendo de que no le lo elogiaba. Esto no es insultar; esto no es usar palabras gordas ni amenazas. Todo esto es decir la verdad amarga. ¿Por qué se da por insultado Bobadilla? Porque ve reflejada en mis palabras la fealdad de su conducta.

Allá va esto para la concepción de D. Emilia Bobadilla: ¡Eso no verdad que porque yo no hablé de sus últimos libros se venga enviando a América, a periódicos que sólo por milagro prodios yo conocer, censuras despectivas de mis escritos?

Insisto en todo esto, valga la verdad, porque si como escribi-

do no tiene Bobadilla para mí más importancia ni más categoría que tantos otros como he dejado entregados a sus berrinches, en cuanto a amigo es el mayor ingrato que hasta ahora me ha dado un desengaño; lo que echo de menos es lo poco de corazón que puede haber puesto en una amistad así perdida; lo que me disgusta en todo esto es la parte que no tiene nada de literaria. ¡Qué vergüenza ver que Bobadilla, imitándose malamente, indolente como él solo, se da a relucir frases de mis cartas, escritas con intenciones y en ocasión que no puede adivinar al lector del periódico! ¡Y yo quería traer al buen camino a un muchacho que se proclama enemigo de toda idealidad religiosa... para poder dar rienda suelta al inferno de sus envidias, vanidades y fantasías de autoritaría pseudo-filosófica! ¡Y él se da a relucir aquellas intimidades para desfigurar su sentido y zaherirlo! Esto sí me duele, y no me avergüenza de decirlo; porque si Bobadilla en cuanto literato no es nada, en cuanto prójimo es tanto como cualquiera. *Requiescat in pace*.

CLARÍN.

El joven y ya padre agustino D. Francisco Blaño y García, ha visto el leido *La casa de fieras* Sanbongo que sí, porque es hombre que, en color de erudición barata, ha engullido todos los papeles impresos en España en este siglo, menos unos cuantos que tienen más importancia que muchos de los que él ha devorado con el entusiasmo de un *chico* del folletín de *La Correspondencia*.

El valiente que ha leído a todo Peirólo, novelista de Levante, debe de conocer *La casa de fieras*, como en un acto y en prosa, con mucha más gracia que *Las ruinas de mi convento*, que tienen encantado al P. Blanco.

Pues bien, en *La casa de fieras*, al protagonista, que tiene muy

mal genio y lo disimula, le dicen sus parientes y criados: «¡Ay, que se ha enfadado! que se ha enfadado!».

Pues eso le digo yo al reverendo: ¿que se ha enfadado! ¿Vaya un monje que no tiene correa! ¿Con qué se mortifica, con qué se azota el P. Blanco? ¿O es que le han puesto por penitencia leerse todos los *novelas*, *medievales*, y medietontos de nuestro desventurado romanticismo burgués?

Ya saben ustedes aquello de *laico*, que al escribir la historia de los últimos días de Augusto y la de Tiberio y sus sucesores, prometa tratar de unos y otros *entre tanto* el *diu quorom* causas pueni habeo.

Pues el P. Muñíos, digo Blanco (tanto monta), no menos historiador que *laico*, aunque algo menos famoso, escribe sin ocultar la ira y sin ocultar la afición: divide a los autores en moros y cristianos; a los unos los arroja a los profundos porque no los guardaron, y a los otros los da gloria eterna, aunque se llamen Peirólo o en D. Nicolás Tabada y Fernández... No mintamos. En D. Nicolás Tabada y Fernández no lo alaba más, que por la *factura* de los versos; pero le consagra un parágrafo y da sesos particulares de él, diciendo que le premiarán una oda en doce certámenes *spañ* garvones que tendrá el hombre! Además, en el índice de la historia, entre los poetas líricos, nombra a ese Tabada; lo cual que yo, al pronto, creí que era el *subterfugio*, que también fue lírico y bastante *erótico* en tiempos mejores.

¿Pero qué les parece a ustedes de un historiador de la literatura española que tiene tiempo y papel para hablar de un poeta a quien él mismo llama «un D. Nicolás», como si lo citara y enlustrara por medio de ediotos en la *Gaceta*?

(Y este mismo historiador no tiene para Castelar, a no ser cuando le considera desdeñosamente como novelista, más que un rincón de una nota en la que dice que *Los recuerdos de Italia* pueden clasificarse entre la *prosa ligera*. Vamos, *rapa vieja*, como quien dice, *Los recuerdos de Italia* entre el Padre Cobos, Liliere, Mas y Pratz...

Recordaríais ustedes que yo había dicho en el MADRID CÓMICO, no hace muchas semanas, que el P. Blanco había echado por delante para prepararse con buen éxito, y como *sable de ensayo*, que trujo el otro, un capítulo de su libro en que *habla de la casualidad* que alababa a todos los que escriben *crónicas actualmente* en los periódicos de más circulación.

Esto le llegó al alma al P. Blanco (el cual comprendió que mi advertencia había de producir su efecto, como se ha verificado gracias a Dios y al buen juicio de los escritores para quien era el cebo). También le llegó al alma que yo le demostrara su mal gusto, copiando versos malos que él citaba como buenos. Y lo llegó a las entrañas que yo le dijera que eso de hacer el *Menéndez y Pelayo* romancista no tenía sentido, y que una cosa es la erudición y otra cosa meterse en un gabinete de lectura con abonos a domicilio, y llevarse para casa todo el papel viejo del puesto y juzgarlo como un juez municipal... prevaricador y pidiendo.

Por eso, pues, el P. Blanco, al corregir las pruebas de su obra, a mediados de cuatruelas a los capítulos, modificó el plan primero, escribió no pequeña parte de su libro, como podría Bonafoux o Fray Cándido, ó los dos juntos, publicar un folleto de un periódico contra mí... y mis afeos.

Véase la clase: en la página 105 discute muy seriamente conmigo, sin insultarme, analizando mis opiniones acerca de Campomór, como se hace con un crítico cuyas ideas se cree que importan algo. Se le escapó inadvertidamente al corregir las pruebas había ocasión de insultarme, ó estaría ya tirado el pliego correspondiente y no habría modo de llamarme nada feo, a no ser de su puño y letra.

En la página 150, hablando de Menéndez y Pelayo como poeta, dice el P. Blanco: «Contra los que nigan en redondo su personalidad política le han defendido briosamente, no ya sus amigos en ideas políticas y religiosas, sino hombres que tanto de ellos se apartan y tanto nombre *gazan* en los partidos liberales, como Valera y Leopoldo Alas. El que escribió esto, y lo *habla*, pasar sin quitarlo ni cambiarlo (aunque él también está obligado a pasar, no parece el mismo que en el *último pliego* del libro dice que soy un baratero de puñal envenenado, que escribo en periódicos de bajo vuelo, que mis campañas no son de crítica, sino de calificación calumniosa. (Aunque el diablo al P. Blanco que él *Os digo*... pero que yo se lo perdono, aunque aliento que un historiador de la literatura religiosa, además, de motivo para que le lleven al *basquillo* por un literaturo).

Para mí, según el P. Blanco, no existen *mis reglas de arte, moralidad y decoro social*, que los caprichos de mi temperamento. Pero es injuria también... oficialmente, pero en rigor no lo es, porque los caprichos míos coinciden con los mandatos de la moral, la educación y el buen gusto, que me exigen perdonar al P. Blanco, tratar en broma a sus extravíos y no devolverle, en injurias. Le supongo educación, moralidad y algunas letras; su pecado consiste en haberse dejado adular, en creerse un Menéndez

dez Pelayo romancista... y en dejarse convertir en testafu: ó de muchas envidias y de muchos rencores embotillados hace muchos años por los literatos de cierta ralea.

«¿Que atrocidades diría (yo) contra Carvantes y Calderón si hubieran escrito en nuestro tiempo al Quijote y *La vida es sueño*! «Sin duda se han reanunciado en *Clarín* habituales dolencias

hepáticas (dolencias habituales), ó bien comienza a ser víctima de un lamentable reblandecimiento cerebral. (De eso a pedir a Dios que me parta un rayo, no hay más que un paso.)

«Ni me reblandezco, ni me duele el hígado, ni es de cristianos el meterle ahora en aprensión. Más peligro debe de correr la salud del P. Blanco que está en edad peligrosa, en anciano más peligroso todavía y entragado (esos superiores *deben* que sirven), entregado a lecturas sugestivas como demencia, y no hay más que verle contar (como un muchacho que lee a *burdillas* en el colegio) los *argumentos* de las novelas románticas, no hay más que verle analizar el carácter de las heroínas de Peirólo, Fernández Páxos, Cánovas, Luque, Vicetto, Balaguer, González del Valle, etcétera, etc., para deducir si el tal carácter está bien ó mal sostenido; no hay más que verle engolfado en toda esta labor de imaginación pasiva, para temer por su *propia* salud y ambas afectos, ó sea en lo físico, como dice D. Emilia, que cree que lo patológico es medio físico y medio psicológico.

Y si alguna digna usted: el autor que así me insulta, que en tan poca me tiene, que cree que yo juzgaría malos al Quijote y *La vida es sueño*, si me dejase a un solo; que asegura que sólo he influido en los literatos incipientes, parece al mismo que me citaba en la página 150—tanto pliego atrás—al lado de Valera, con tantísimo de valia en favor de M. y Pelayo, y en cuanto hombre de mucho nombre en los partidos liberales?

«En que el P. Blanco piensa que en los partidos liberales gozan de reputación los calumniadores, los barateros, los que tienen la médula hecha papilla, los que riegan de Cereales, los tontos y los malvados, os sumo! Como si se estuviera confesando, dígame el P. Blanco: ¿no es verdad que hay contradicción entre la página 150 y el *último pliego*? No es verdad que esto, y otras cosas que se omiten, y que andan cerca del final también, ó en notas que me suelo escribir en las pruebas: no es verdad que todo eso lo escribió el reverendo hace muy poco, después de mis amargas verdades del MADRID CÓMICO?

Además, ¿lo que habrá apretado el P. Muñíos? ¿Quién sabe si hasta Pidal, que las gasta más gordas, más: gracias y más...

El P. Muñíos! Nombre alegre, especie de *chico* de Todi, a quien llamaba Italia «¡ojalá de Dios!» Si, pero se al P. Muñíos viene a ser un clown religioso, as por motivos muy diferentes de los que hubo para calificar como va dicho al autor de los *Laudes*, el supuesto creador del *Stabat Mater*.

También el P. Muñíos, que no había de ser más que «un *do* Nicolás Tabada», figura entre los líricos del P. Blanco. No faltaba más! Compárense de monasterio, ¿no le habréis suadido?

El P. Blanco confiesa que Muñíos tiene «elementales caldas». «Descarriallientos querria usted decir». Pero de todas maneras, el agustino (y no agustiniario, como ellos dicen), el agustino prometa se extasia ante las siguientes lucubraciones del agustino poeta:

«Dícese a tener el corazón herido
Si es el amor divino quien le hiero
Que es el *atmósfera* del alma
Con él vive feliz y sin él muere...

«Mediano *que* tenemos, P. Blanquillo! El P. Muñíos no debe de haber escrito eso verso atmosférico. ¡Ah! la culpa debe de estar en el P. Blanco... ¿Que me hablé a mí—porque a mí va la flecha—de lo que es saber ó no saber en qué consiste la poesía castellana!

Valiente historiador de literaturas, que entre los miles de versos que habrá escrito su amigo y compañero, va a escoger por modelo esos tan malos, y además *les rompe una pata*, porque eso no se puede llamar *pie*, ni aun añadiendo *cojo*.

Por eso (por hoy ó lo menos), no contento con insultarme a mí, la toma el Padre con el MADRID CÓMICO en masa; y bajo el epígrafe *Los poetas del MADRID CÓMICO*, después de una dedada de miel, con muy poca miel, añade: «Pueden clasificarse en ningún género poético las chucandas de Sinesio Delgado, el *sonfiso*, del gremio, de Pérez Zúñiga, López Silva (los que yo he echado *nombrados* en otra ocasión), y cien más...».

Digan las personas serias si parece bien que un religioso de la orden de San Agustín dé semejante espectáculo.

Se pone a escribir nada menos que una *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, y cayendo incautamente en una red por mí tendida (lo confieso), para *probarle* (y no será *último*!)... acaba su gran monumento multitratando al MADRID CÓMICO y agrandando de que *Clarín* no pueda contar en adelante con la métrica, que *se le está derrochando*.

Para que vea el P. Blanco que apesar de todo no le quiero mal, voy a darle algunas buenas consejos:

No debe escribir nunca *desdiciendo*, porque es cosa fea. La Academia le manda decir, y hace bien, *desdiciendo*, ó *calaxa*.

No debe decir que un libro de Vital Anza es *rotuln*; le habrán rotulado, le habrá rotulado Vital, que es muy alto, y puede poner rótulos hasta en un tercer piso; pero en castellano *rotularse* no existe, y también esto le enseña la Academia.

Otro día, si tengo humor, lo daré muchos más consejos de esta clase, que bien los necesita.

Por hoy añado este sólo: Diga yo de usted lo que diga, lo mejor que usted puede hacer en adelante, créame a mí, es... *rotular*.

PALIQUE

El Sr. D. Enrique Gómez Carrillo ha tenido la bondad de enviarnos un elegante folleto que acaba de publicar, y que titula *Esquises*.

Menciono eso y un *abracadabrante*, que viene después, todo el libro está en español, aunque no juraré que sin galicismos.

Lo de *Esquises* no me gusta, porque no faltará crítico castizo que traduzca: «Es queso», ó con más derecho diga: «¿Qué es eso?» *Esquises* se puede decir en español de varias maneras; de modo que no hay disculpa para dar al libro ya desde la portada un carácter de afectación que desdora de alguna parte del contenido, sincera, diáspora, noblemente pasada; Es un opúsculo de un género que no se suele ver en Madrid.

Se trata de un joven que, por lo visto, ha vivido en París, ha frecuentado los cafés de los literatos nuevos, y acaso tomó *l'absinthe* en el mismísimo Francisco I, especie de jernalén, ó mejor, de gruta de Balda del simbolismo. El Sr. Gómez Carrillo, que debe de ser muy joven, hace lo que muchos de su generación y de su tendencia; tratar con poquísimo respeto, sin ninguno, á los *prec. vatores*.

Estos redonteros modernos, ó muchos de ellos, en cuanto San Juan los bautiza, le cogen por las piernas y lo zambullen en el Jordán de cabeza, á ver si se ahoga. El Sr. Gómez no hace más que seguir la moda; en rigor un desprecio á todo lo anterior inmediato en él parece desinterés de: es traducción; un eco de las grandes orgullas de algunos de sus amigos de París. Uno de estos simbolistas, muy elocuente á ilustrado, por cierto, el ya famoso Carlos Morice, decía de sí mismo no ha mucho, que *aseo entre todos él era el único elegido*; se lo decía su propia musa.

¡Et peut-être de tous est-il le seul!... La vanidad, al fin, es cosa de todas las escuelas; no por las escuelas, sino por los que las siguen.

Personalmente, el Sr. Gómez no es arrogante, ni desdeshoso, ni muestra orgullo.

Su libro es curioso, aun para quien tenga costumbre de seguir paso á paso el movimiento literario francés: está ahí, algunos pasajes escrito con elocuencia, y se recomiendan particularmente las páginas dedicadas á describir al célebre Paul Verlaine en su vida de hospital, donde le tiene más su miseria que

sus enfermedades. Aunque no sea un Shakespeare, como quiere el Sr. Gómez, Verlaine vale mucho en efecto, y las exageraciones de entusiasmo español se disculpan por la profunda seducción que hay en el misticismo realmente sentido del desgraciado poeta y en otros rasgos bien diferentes de su espíritu y de su ingenio.

Sin embargo, en su país como el nuestro, la propaganda de opúsculos como el del Sr. Gómez Carrillo es peligrosa, sobre todo en manos de jóvenes más fogosos que prudentes y aleccionados por la experiencia.

Si nuestros poetillas *descriptivos* y *becquerianos* se hacen simbolistas, místicos, etc., no hay quien pare aquí, hablando con respeto.

Mientras G. Carrillo y Estanislao Guaita, oriundo de Epaña, nos representan en el simbolismo francés, aquí tenemos otra escuela de *decadentes* que escriben *tercianias* y *caartanas*, y dicen que le van á pagar á uno una paliza en subjuntivo, y no se la pagan. *Fray Candil*, en efecto, empeñado en representar el *Frangipero de Zolobras y plumas*, á la invitación de venir á mi pueblo contesta que, *¡jejos de eso*, piensa irse á Italia. Si iré. Y yo, lo sé, hacía lo que la *salvia* de Iriarte, no paraba basta el Imperio chino. Y eso que, créame á mí, para él el cambiar de postura sólo será cambiar de dolor, como dijo otro americano más listo que *Fray Candil*. *Fray Candil* es un *refractorio*, un *desolado*, un *valle* como el queira, y ni en China le apreciarán como á la *salvia*. Eso ya no tiene remedio. Pudo hacer una hombrada y no la hizo. Pudo venir, coger una vara de... *acuchibá* (?), darme á mí otra (supongo que me daría otra), sacar punta á la suya, y... pero ¡quít! Venía, como dicen los *fuanceros*. Cuando se vaya él en otra? *Bastire con Clarín...* (con *acuchibá*, señor fiscal) un *mero Fray Candil* poco vale Clarín, pero todo es relativo. Para *Fray Candil* me sobran más de mil. La modestia tiene sus límites. Puen nada, el chito de las de Candil desperdició la ocasión y se contentó con buscar chistes... Y encontró uno, eso sí: «¿Clarín le ha dado ya á conocer en América?» ¡Graciasísimos! En América tiene Clarín, gracias á Dios, muchísimos lectores que no saben con qué se come *Fray Candil* (se come con trinchante).

En letras de molde no se puede hablar de duelo; ni quebrantos; pero se puede hablar de... asaltos.

Yo, parodiando la última novela de Feuillet, le propongo á *Fray Candil* un asalto de Florete. Y el que lleve el primer botanazo, ó varías, se compromete á hacer lo que el otro le mande.

Yo le mandaría á *Fray Candil* no volver á escribir en cinco años á la redonda. Una especie de destierro... de la república de las letras.

¿Acepta *Fray Candil*? Con toda formalidad, ¿acepta? Si insiste en que él no quiere venir á mi pueblo, no hay nada perdido. Yo iré á Madrid. No voy por él (no faltaba ya...), ¡pero así como así, tengo que ir á asuntos del servicio. ¿Acepta *Fray Candil*? Para contestar á esto, nada más á esto, tiene permiso sin recurrir á la ley...

Porque ása es otra. *Fray Candil* se empeñó en ser *colaborador*, y se pasó con la suya. Yo le presenté en la casa, y ahora se nos cuela él, *velis nolis*, por mandato del señor juez.

Pasa modestamente á la categoría de *comunicado*; viene á ser una especie de *Atestido del Nervio*. Esta es la primera tempestad. A la segunda la verán ustedes en la cuarta plana, en un grabadito, con esta leyenda:

Como tengo la intención de ver á Clarín y... ¡zas! voy á comprar un bastón de los mejores de Gras.

Ó con esta otra:

Para afirmarme á vencer á Clarín, que no me asusta... el cognac que me gusta, cognac fino de Moynier.

Dice *Fray Bobadilla* que quiero llevarlo á los tribunales. No hay tal cosa. Yo he hablado de dos amigos, no de dos *tes*.

Peró... me ha dado una idea. Pues ¡mire usted! no está mal pensado. Según y conforme.

Dice *Fray Candil* que el obispo de Oviedo se llama Ciríaco Vigil.

No hay tal cosa.

D. D. Ciríaco Vigil es un eminente arqueólogo, archivero de la Diputación, de barba corrida.

Ni por casualidad dice *Fray Candil* nada que salga cierto.

Dice *Fray Candil* que arañá á Salmerón en la página 101 de mi folleto «Un discurso».

Falso.

Y sapa *Fray Candil* que es cosa fea meter cizafia entre amigos y meteros donde nadie lo llama á uno. Decía yo en esa página: «Un hombre profesor y filósofo español, dignísimo profesor mío, en un discurso célebre que oíais entonces, creía ser muy imparcial diciendo que como él en con-

ciencia no sabía si en el mundo de lo trascendente existía un principio...» etc., etc., y por ahí adelante: nada de arañazo, sino decir: «Pero yo, señores, con el grandísimo respeto que me merece la persona á quien aludo, digo que...» y aquí mi opinión, que difería de la del profesor Ilustre, pero nada más. ¿Desde cuándo es arañar á Salmerón no estar conforme con sus respetables opiniones?

Dice *Fray Candil*: «De *Doña Berta* sólo se han vendido dos ejemplares. Uno lo he comprado yo, y aún no lo he pagado, ni pienso.»

Pues entonces no se han vendido dos ejemplares. No se ha vendido más que uno. Porque el que compra una cosa sin que el otro la cobre es como el que encuentra una capa antes de perderla el amo. No sé qué género de humorismo será ese que consiste en hacer alarde de comprar y no pagar. Con ese humorismo se puede ir muy lejos. Le puede salir á usted el viaje á Italia por un tríofero.

Peró, además (y sin contar con que también es feo eso de andar husmeando si los libros ajenos venden mucho ó poco), falta matar á la verdad por lo que toca á *Doña Berta*. De Montevideo recibí ahora mismo una carta que dice así: «Muy señor muestre: Habiendo leído en el último número de *Madrid Cómico* el artículo á Clarín, que publica su enemigo D. Emilio Bobadilla, y recogiendo la impropia alusión á la venta de *Doña Berta*, nos apresuramos á manifestar que tan sólo en un rincón del Mediodía, que está, como diría la *Doña Berta*, allá en el *finibastore*, se han vendido hasta la fecha diez ejemplares, de los cuales poseemos dos, los bastantes para demostrar la falsedad del aserto del señor Bobadilla... Sin otro particular se ofrecen de usted... etc., etc., Joaquín Amo.—J. Martínez Ros.

Lo cual contesta yo: Mi gracia, señores. Y otra vez no hagan caso de Bobadilla; el pobre está, que habla solo. Y es capaz de publicarlo á ustedes un comunicado en la espalda. ¿Estos *decadentistas*...

Su afectísimo,

CLARÍN.

323 Madrid Cómico (Madrid), n. 470, 20 febrero, 1892.

PALIQUE

Acabo de recibir un librito que se titula *A San Juan de la Cruz*, poesía de D.^a Carolina Valencia, premiada en público certamen por la Real Academia Española, y publicada a sus expensas.

Se dice: a mis expensas y a las de ustedes, porque aunque ni ustedes ni yo somos académicos para cobrar, lo que es para pagar como si lo fuéramos: en cuanto pagane, todo contribuyente es académico.

La Real Academia paga con nuestro dinero, y, por consiguiente, el verdadero tribunal, el de alçada, somos nosotros. Yo, por lo que me contribución toca, protesto contra el gusto de la Academia. No, no creo que se deba gastar el dinero del Estado en proteger debilidades poéticas de señoritas más o menos inspiradas, pero cuya misión en esta tierra es *quedárbolas* en muy otra que escribir odas cursis, nihilistas, tautológicas, inocentonas, anodinas é incorrectas. La señorita Valencia, créame a mí, es un huifón sin más ventaja que la del sexo, que siempre es preferible siendo él bello. No haga caso la señorita Valencia al insidioso padre Blanco García, que la llama «Zorrilla femenina».

no, con dudosa oportunidad onomástica. Según el padre Blanco, la señorita Valencia es una dulce y simpática poetisa, que desde el retiro de su hogar (*porque ni siquiera reside en la corte...*) Divino, pater, divino! De modo que, según usted, el que reside en un hogar no reside en la corte; en la corte no hay hogares? Y el ni siquiera tiene también mucha gracia; ¿qué querrá decir eso ni siquiera? Tuvo el orgullo de lanzar al público un libro de poesías. Ni que fueran ladrillos, padre crítico. Vaya un modo de señalar.

«Hojas verdes y lozanas del árbol de un corazón sano...» ¿Qué románticos son estos agustinos contenidos y condensados! Los que estiman mortal toda culpa contra el *Decálogo de la moda*. ¿Qué decálogo es éste?

«¿Cuáles son sus diez mandamientos? Porque si no son diez no es decálogo, agustinitillo. «No perdonarán a Carolina Valencia sus aficiones a mirar hacia atrás...» ¿Que mire, señor, que mire. ¿Cree usted que todos somos como Jehová, que no consentía esas miradas? Pero sigamos al padre Blanquillo, el cual dice que al que quiera evolver a sentir las impresiones que haya experimentado con la lectura de los *Cantos del trovador* y el poema *Granada*, sin la molestia de la repetición, que lea a D.^a Carolina. Sublime. Aquí se revela al crítico *frutano* de cuerpo entero. En molestia de la repetición de la lectura tratándose de lo mejor del mejor poeta castellano actual, según el mismo padre Blanco, es un rasgo que equivale a toda una confesión. En vez de repetir (y molestarse) la lectura de Zorrilla... el padre Blanco lee a la señorita Valencia. ¡Y a un crítico así iban a tomarle en serio Valera, Balart, etc., etc.! Sigue el padre compenetrado a la señorita Valencia con muchas cosas incongruentes é incoherentes, y dice que su alma es un arpa edifica (edifica había de ser), de las que nacen las rimas como agua de manantial copioso. Metáforas montadas en metáforas. «Sólo, sí, debe la autora ponerse en guardia...» ¿Pues no le manda ahora *ponerse en guardia* después de llamarla arpa y Zorrilla femenina?

Si a poner en guardia vamos, yo aconsejaría a la señorita Valencia que se fiera más de los caprichos *eniles* de Zorrilla (el masculino), contra los cuales la previene el padre Blanco, que de las *dulcedumbres* críticas de un monje reconcentrado y lector de novelas de Peirólin. ¡Ponerse en guardia! ¡Mire usted que mandar a una señorita ponerse en guardia!

Yo no diría palabra de los versos de la señorita Valencia, si no se los premiatra la Academia. De modo que en rigor todo esto va contra la coterona de la calle de Valverde, no contra la poetisa, que no es ni mejor ni peor que tantas otras que son muy malas, como es natural, y hasta conveniente. Una medianía literaria del sexo femenino hace más estragos que el ejército de Jerges. Más vale que las literatas sean malas del todo.

La oda a San Juan de la señorita Valencia se reduce, como todas las de su clase, a hincar un perro con lirismo vacío, es decir, falso, a cantar diciéndole a la musa: *canta esto y canta lo otro*; y vuelta con que va a cantar por aquí y va a cantar por allá, y por fin no sale de esta canción. Como se trata de un santo místico, abundan las florecillas simbólicas; y el ganado lanar y los desmayos trascendentales, todo ello sin calor ni sinceridad; filo, amañado, retórico; se ve que la señorita Valencia está pensando en el conde de Chaste y en el Sr. Tamayo, secretario perpetuo de la Academia, y no en el amor de Dios, que no es cosa para traída y llevada en *públicas certámenes*.

Sin mala intención, por culpa de la mala retórica, trata la poetisa al santo con escasos miramientos.

Le llama *serafín ardiente*, por ejemplo, que tiene tanto sentido como si le llamara... cámara ardiente, v. gr. En cuanto a la Academia, ya que se paga de formas, debió mirarse antes de premiar cosas como estas.

De aquella lira en el Edén hay fragua y que las liras se hacen como los picos y los hazados.

Su ardiente fe se aviva y se agiganta. Demasiado sabe la Academia que el verbo agigantarse, agigantar, no lo considera ella castellano. Pero la poetisa no hace caso, porque insiste.

Cuanto más se amenguó más se agiganta. ¿Cómo premia la Academia vaguedades sin sentido y de expresión tan desdichada como estas?

¿Quién es capaz de celebrar la gloria de que se innunda el alma con ese singular abatimiento en que se cibe victoriosa palma?

Suponiendo que la palma se cibe, ¿qué quiere decir todo eso? Ese singular abatimiento, ¿qué tiene que ver con las palmas?

Serafín abrasado del Carmelo.

(¿Ya se tostó!)

Tú a quien la primordial sabiduría hizo participar de su omnisciencia.

Mucho lo dudo: ni San Juan de la Cruz, ni el mismo San Juan Ante-portam-latnam creo yo que hayan llegado a participar de la sabiduría infinita de Dios. En fin, si la señorita Valencia ó Chaste y Catalina tienen otras noticias, no discuto.

¡Así andamos!

En estas *muñiciras* ha venido a parar la poesía religiosa castellana!

Yo quisiera que la señorita Valencia no leyera este *Palique*;

Yo quisiera que la señorita Valencia no leyera este *Palique*;

sentiría mucho mortificar su amor propio. Pero... ¡si la quiero yo mejor que los padres descalsos que la adulan!

Esa facilidad que tiene para hacer versos que así, de repante, suenan bien, no es don poético, es cierta blandura nerviosa que nos consiente repetir ciertos ritmos después de habitar a ellos el oído.

Cuando yo, allá en mi adolescencia, me daba grandes atracones de alejandrinos de Víctor Hugo, me pasaba las noches, a poco difícil que fuera la digestión de la cena, haciendo de Víctor Hugo en la cama, con antitesis y todo. Después de leer mucho a Quintana, por ejemplo, no puede uno menos de empezar cualquier conversación diciendo:

Dadme que...

ó bien

¿Cuándo será que...

Todo es fiat, y con los años y los desencantos se quita. No a todos; hay quien muere con el sononeta... Pero la señorita Valencia, que es buena cristiana por lo que veo, desistirá de manejar el plectro.

Además, ella sabrá mejor que yo que en poesía hay que limar mucho; y quien dice limar dice cortar. Las tijeras son instrumento de todo buen poeta académico.

Ya supongo a la señorita Valencia con las tijeras en la mano.

Y las tijeras, por natural asociación de ideas... la llevarán hasta la aguja. Por ahí empezaron los *rasposos* de la Iliada.

Y después, ya todo es cuestión de... coser y cantar. Pero cantar de versos, no *liricamente*.

GLANIK.

PALIQUE

De la casa de la Puerta del Sol que hace esquina á la calle del Carmen se desprendió días pasados un trozo lírico que formaba parte integrante de una cornisa.

El cascote ó estrofa rompió la cabeza á una desgraciada joven que á estas horas habrá fallecido.

En un balcón de la casa homicida se lee un letrero dorado que dice: *Seguros sobre la vida.*

¡Eivoncial que diría Daudot, y atáso mi ilustre amigo el señor Carvajal.

¡Seguros sobre... la vida!

Pero á la víctima infeliz la cogió debajo.

Nuestros albañiles debieran trabajar con más esmero.

Más qué mucho que estos homides menestrales hagan cornisas que se caen á pedazos, si en las artes liberales les dan «jemplio los poetas más atencibles», viniéndose abajo en forma de ladrillos de esta mayor!

Alrededor de la casa del siniestro ha colocado la justicia preventiva... á posteriori un cordón sanitario de sogas de esparto.

Pido un preservativo análogo para la casa número... ∞ de la calle del Prado.

O por lo menos, que en el frontispicio se vea una cuerda vertical, con una teja atada al extremo.

Que es un modo masónico de decir:

Per me si va tra la perdutta gente...

**

Acabo de nombrar á mi ilustre amigo y algo correligionario el Sr. Carvajal.

A este señor le han armado bronca, como dicen ellos, algunos diputados de la mayoría.

El Sr. Carvajal se defendió como un solo hombre.

Les dijo muy buenas cosas á los señores diputados. Yo, en su lugar, hubiera exclamado:

— ¡Callen los quodlibetos!

Que sería un modo medioeval de decirles:

— ¡Sois unos cuanyquicosos!

También parece un quodlibeto, por lo medioeval, el fogoso orador ultramontano D. Ramón Nocedal.

¡Qué cosas dice, en este último décimo de siglo!

La sopa boba, De manos muertas, Juan de Juanes, Los Luises, Los Austrias...

Lleve toda esa música al Real D. Ramón, y ya tenemos creada la ópera nacional.

Si él no se siente poeta, que le pida el libreto al respetable señor Capdepón, que, según tengo entendido, está traduciendo *El Trovador...* al castellano;

Que es un modo lírico de llevar hierro á Bilbao.

El mejor día rescata Dante para verter al italiano la *Divina Comedia* de Ceste.

De todas suertes, lo que está haciendo Nocedal en el Congreso no es serio, á no ser que se decida á tener por completo el valor de sus declamaciones... presentándose en los escanios con un traje de épocas, v. gr.: como un personaje de *Jugar con fuego*.

Lo que le pasa á Nocedal, en opinión de *La Época*, es que, como acontece con lo que se ve de lejos, el elocuente integrista no ve más que las cumbres. De modo que todo lo que se ve de lejos, según *La Época*, tiene cumbres.

De modo que, decía un poeta dramático que no quiere á Galdós en el teatro, para *La Época* todos los meridos vistos de lejos parecen Orozcos.

**

Porque sepan ustedes que en vano Orozco es una figura sublime, un santo moderno. La crítica de guardarrropía de cafés y saloncillos ha decretado que todo marido ultrajado debe matar. Y no se les diga que el precepto es poco cristiano. Porque ellos replican: «el marido ultrajado que no se venga es un infame.» Esto no lo dice el Evangelio, pero lo dice Tamayo en el *Drama nuevo*.

Y es verdad. Es decir, es verdad que eso le dice Tamayo en el *Drama nuevo*.

Lo que ya no es cierto es que Tamayo y Evangelio sean sinónimos.

**

Un periódico, á quien yo debo muy buenas palabras, que tratándose de periódicos vienen á ser buenas obras, opina que se me ha escapado un grzapo al emplear la palabra actualidad en un sentido que no es el estrecho y vulgar que circunscribe el significado, de modo que no cabe decir, v. gr.: «En aquella actualidad, Cervantes no pudo encontrar quien le comprendiera por completo.»

La actualidad es idea de relación entre términos que tienen de común homogeneidad de tiempo. Es absurdo pensar que sólo ahora hay actualidad y que no la ha habido antes ni la habrá después.

Ya sabrá á qué derecho romano se llama el derecho romano actual.

Al de Justiniano! Y ya salieron del entierro.

No extraño el error del colega, porque es muy común y porque la mala explicación que da el Diccionario de la Academia á la palabra induce á equivocaciones.

Pero esta influencia puede contrarrestarse con la lectura de muchos autores, particularmente de historia, que usan, como yo, la palabra actualidad en su amplio y principal sentido.

Y empleo este tono porque se trata de quien suele tratarme bien.

**

En casa de la señora Baschental, difunta, hay almoneda.

Y en los *Ecos madrileños* de *La Época* se dice que «solamente rodeábala entonces un grupo de amigos que la habían conocido hermosa y joven, inteligente y discreta, y que toleraban con gusto las rarezas que su carácter adquiría con la edad...»

Todo es almoneda.

**

De Blasco: «Juana Granier reaparece también después de cuatro años de reposo, y 1-s butacas se venden en este momento á 150 francos. Mañana ó pasado guillotinarán á Anstany.»

¡Hombre, por caridad, si no por gramática, ponga usted punto y aparte. Porque si no, parece que las butacas se venden á 150 francos para ver guillotinar á Anstany en el teatro!

CLARIN.

PALIQUE

POZUELO....

Á la hora en que escribo estas cortas líneas—metido en un tren que parece que tiene el baile de San Vito—estarán leyendo en el Ateneo una memoria titulada así: *Naturaleza de las obras artísticas*. Así, las cosas claras, concretas y sin vaguedades.

Yo no lo entiendo, ni me importa, puesto que me voy de Madrid, como dejó dicho; pero ya verán ustedes cómo eso de la naturaleza para en que las obras artísticas están llamadas á desaparecer.

Sea como quiera, tengo entendido que ha pedido la palabra para consumir un turno Donato Jiménez, ó sea Don Juan, el padre del *Hijo de Don Juan*, de Echegaray. Los que hayan visto el drama recordarán que Donato lee en el segundo acto un pedacito de estética de Kant, y con aquello de la *finalidad sin fin*, se va ahora á discutir si las obras artísticas tienen ó no su naturaleza en su armario. Otros consumidores de turnos irán al palenque menos preparados que el apreciable *barba... cana* del teatro Español.

OLMEDILLA (?) tres minutos.

Según *La Correspondencia*, parece ser que quien tiene la culpa de todas nuestras desgracias, llamémoslas así, en las Carolinas orientales son los misioneros metodistas.

Pues hombre, buen remedio: que manden á esas islas ó á otras que están más allá de las islas Filipinas al Padre Blanco y al Padre Muñoz, que son los frailes menos metodistas, ó séase más desordenados del mundo. Desordenados literariamente, entiéndase. No digo desordenados en comer y beber y arder.

327 Madrid Cómico (Madrid), n. 476, 2 abril, 1892.

PALIQUE

No podía menos. D.^a Emilia Pardo Bazán *necesitaba* tener su opinión particular en eso del descubrimiento de América. Al efecto, vestida de raso blanco, lo dicen los periódicos, y ceñida la rubia cabellera por cinta de oro sembrada, ó como se diga, de diamantes, se presentó en la cátedra del Ateneo, desde la cual demostró que el Nuevo Mundo lo habían descubierto, ó poco menos, los frailes franciscanos.

Menos mal que no fué el P. Muñoz.

Que lo hubiera descubierto en verso.

Bueno, pues para que se sepa la verdad, tampoco fueron esos frailes descubridores, ó mal calzados, los descubridores de América.

Yo sé quién fué.

Tengo mi candidato.

Y pienso publicar un folleto en que se lea lo siguiente:

—Niño, quién descubrió la América?

—Pando y Valle.

—¿Por qué?

—Para darse tono; y ser una vez más secretario.

328 Madrid Cómico (Madrid), n. 477, 9 abril, 1892.

Según un periódico, al ganado español le han puesto dificultades para su entrada en el Reino Unido.

¿Y qué ha dicho el ganado?

Eso de esperar que se haya mostrado digno del nombre que lleva, y que se haya conducido con energía, alta la frente, ó gacha, según el caso. ¡Dios mío! ¿Qué nos queda si también se pises el honor de nuestras ganaderías?

Si eso se complica, el duque de Tetuán debe enviar al Reino Unido una comisión de Veraguas con plenos poderes, ó sea el cuerno libre.

Un joven *blondo, frele y pálido*, como decía un traductor que á traducir así lo llamaba *inspirarse* en un autor francés; digo que un joven de las apuntadas circunstancias, y vestido de negro, penetra en mi coche. (Eso decir, el coche es de la Compañía del Norte, y ya se conoce, porque los caloríferos son dos témpanos de hojalata.) No hablamos. Pasa media hora. El joven suspira. Soy novelista experimental, aunque indigno, áhuelo saber qué le pasa al joven *blondo y frele*. Median *explicaciones*.—¿Se lo ha muerto á usted algún pariente? me atrevo á preguntar.—No, señor; pero le vueste esta corta de mi padre.—Me da la carta. Dice así: «Querido hijo Per. Soy viejo, tengo achaques, la muerte no puede tardar. Ya sabes que me gustan las economías. Aunque hoy por hoy me siento bien, no importa. Van á despedirse de tu padre antes que el precio de los billetes aumente en un doce por ciento. De todas suertes, la vida es un soplo, y eso se ahorra. Tu padre, Per.—¿Su padre de usted se llama Pepe? dijo yo.—Sí, señor, y yo también: él usa una sílaba y yo la otra...»

SEGOVIA....

Medianche... ¿En qué habrán quedado en el Ateneo? ¿Tendrán ó no tendrán naturaleza las obras artísticas?... (Mo duermo.) (Picos nevados. Decoración *lucen*.)

CLARIN.

No ocultaré que otros opinan que los descubridores fueron los reformistas, para dar pretexto al ministerio de Ultramarinos sus nóminas y vanidades.

Y por último, otra opinión muy autorizada atribuye la *guarición del Nuevo Mundo* al Sr. Marqués de Comillas, que tenía el propósito de crear la Transatlántica, y por eso...

Lo que parece demostrado es que Cristóbal Colón, el mal *made* genovés, no tuvo arte ni parte en el tal descubrimiento, y que, lejos de descubrir eso, fué hombre que le tenía mucho miedo al agua, y no sólo no atravesó el Océano, sino que está probado que no se lavaba siquiera. Toda la leyenda *colombina* nace de que hubo quien dice que le vió dar unas vueltas en un bote por el estanque del Retiro. Y no era él, era uno que se le parecía mucho.

En resumidas cuentas, á Colón no le queda más gloria que la del buero.

Y aún ése no fué pasado por agua.

Fué un buero crudo, único, quodlibético, como el diáfragma. Y apropiado de quodlibético, palabreja que D.^a Emilia quiere poner en moda, aprovechando los Quodlibetas de Carvajal; admitimos lo quodlibético... pero con una condición... la de respetar lo *medieval*.

El que va á ponerse en ridículo es Castelar, que va á publicar en inglés y en español un libro en que se entusiasma con el mérito del pobre Cristóbal... Pólvora en salvas. *Las memorias* de Colón, sus visiones, sus poéticos anhelos... música, música. *Como telar cantando* el alma del gran aventurero... *prosa ligera*!

Cristóbal Colón, Castelar... ¡comparen ustedes eso con cualquiera de las secciones del Ateneo ó con los pellos rabiosos y erudición franciscana y quodlibética de D.^a Emilia!

En fin, quedemos en algo: en que Colón no fué más que un genovés en grande, el fundador de los Veraguas, toros de muchas libras... bueno. Pero, en tal caso, que pase de él y de nosotros el cáliz de las odas y demás documentos *jarronables*, quiero decir, dignos de ser premiados con jarrones en los incruentos certámenes poéticos.

Ya que el Ateneo le ha puesto la prosa á Colón y la ha llamado á desaparecer, húndase también con él la forma poética, no menos llamada.

Más diré yo, con tal de que no repitan más el *Pivenejo* al Moncayo el nombre de Pando y Valle, consiento que se hunda el Nuevo Continente en las procelosas olas...

Con él se hundirá la lira de Calisto, y así irán ganando *la literatura Española y Americana* y la vieja Europa.

CLARIN.

D. Juan Valera ha escrito un artículo muy elocuente—es natural—en la revista opositora al centenario del descubrimiento de América. El insigne literato, que gusto da decir *insigne*, de verdad se queda por delante de lo mal que nos va a salir la fiesta de la indiferencia con que en general miran los españoles el solemne acontecimiento que se prepara.

En efecto, todo lo que va a hacer España por el Centenario va a ser... una plancha, donde se pueda grabar la memoria de nuestra vergüenza, un tan interesante momento histórico.

Pero el Sr. Valera no inclina a echarle la culpa a los *compañitos*, a los que están hartos de oír hablar de Otumba, y del sol aquel irracional que nunca se acostaba, y de San Quintín y Juan de Juanes, y el Escorial y Zurbarán, y... pero ¡redolés! ¡a la culpa la tienen Fidal y Necedal y los quintanólogos...! No ve usted a Necedal en el Congreso? Estamos con el agua al cuello, se trata de reorganizar el ejército para que cueste menos, y D. Ramón nos viene con los tercios de Eladón y la Santa Hermandad, y nos propone la organización mística de la Guardia civil y la restauración de Felipe II y del palacio que había junto al prado de San Fernán, con otra porción de cosas dignas de inspirar a Barbieri, no en un discurso, sino en una zarzuela.

Pues ¿y Fidal? Fidal ha hecho aborrecible la casa de Austria, y a los dos Luises; a lo menos Silvea se contentó con explotar a la venerable madre de Agreda; pero D. Alejandro se ha hecho rico y personaje cantando... en el Congreso a Pelayo, y a seis ó siete Alfonsos, y a Melchor Cano, al citado Juan de Juanes, y al monasterio de las Huelgas y la Novísima Recopilación... Y ahora añada usted, D. Juan, que ni Fidal ni Necedal saben historia, lo que se llama saberla; entre otras razones, porque la verdadera historia de España todavía no está escrita. como el Sr. Valera sea mejor que yo. Diré, por respeto al Sr. Valera, que está continuada (pues el la continúa), pero todavía no está empezada, ni meditada, ni nada de eso.

Esa ignorancia general, é inevitable por ahora, respecto de lo que ocurrió efectivamente en esos siglos pasados, también contribuye a enfriar a la gente, y más cuando algunos críticos do historia *pragmática* aprovechaban la ocasión del Centenario para regatearle gloria a Cristóbal Colón y dárle en paños menores.

El patriotismo arqueológico exige, para no ser una *frivolidad*, una abstracción, ó mucha te candorosa, ó mucha ciencia positiva. ¡La historia! ¡Bah! La historia... por de pronto no es la misma que los libros de historia, que es lo único que tenemos a la vista. Se lo decía Fausto a Wagner, como recordará el Sr. Valera:

*Mein Freund, die Zeiten der Vergangenheit
Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln...* etc.

Lo cual, para que lo entienda Fidal, quiere decir:

«Amigo mío, los tiempos pasados son para nosotros un libro cerrado con siete sellos... Lo que llamáis el espíritu de los tiempos no es más, en el fondo, que el espíritu de esos caballeros (los historiadores)», según en é: se reflejan los siglos.»

Y esos caballeros todavía no se han puesto de acuerdo respecto del *objeto* del entusiasmo que se nos pide en esta ocasión.

Además, la historia de España, además de no estar clara, va ligada casi siempre a la hipérbole, a la *rodomontade*, a la oda hinchada.

Tantas veces hemos parado al sol para que nos vieran combatir, tantas veces hemos hecho de la Providencia una vulgarísima máquina de poema épico imitado; de esa manera nos hemos acostumbrado a ver en las glorias patrias un motivo para amor-

dazar las ideas nuevas y darse tono unos cuantos, que casi éramos llegados a creer algunos que *nuestras mayores* no fueron mayores más que de Fidal y otros pocos que viven y medran de eso, de alabar esas grandezas, que repito que no han estudiado como se debe.

De otro modo, que la historia de España, ó la que haga sus veces, la han *acaparado* los mestizos y los pastas de cortejo en estultorio; y en cuanto uno se atreviera a dar un poco de hombre a nuestras antiguas instituciones ó al arte español de otros siglos, los maliciosos se pondrían a pensar:—«Fete quiere un destino en la Tabacalera, ó un distrito en Asturias... ó un jarrón de la Infanta Isabel.—Entusiasmaré con el siglo de oro ha llegado a ser indicio de *pidalismo*».

A los dos, todo el mundo la cosa por otro lado, a unos cuantos españoles nos ha entrado el prurito de no querer ser como Sívico, ni como Lucano, declamadores, hinchados, *resonantes*. Aquí todo poeta patriota en un *Doroteo*; cosa fea. La crítica, la poesía, la historia, la política, *patrióticas, castizas*; han sido en España un perpetuo *boulangerismo*. Hasta para ensalzar las grandezas maulcheras nos subimos a la parra nacional y sacamos el pseudón de las Navas.

Pero, en fin, lo peor todavía no es nada de eso.

Si el centenario del descubrimiento de América no se celebra en España como se debe, es por culpa de... los señores de la comisión.

Los señores de la comisión son ahora y siempre los entrometidos, las tarascas de toda función, las cílicas ó religiosas. Son personas que no quieren brillar con sus propias, la piden prestada a todos los universales dignos de recordación. Son predominantemente *objetivos*, y agregan su nombre a cualquier cosa que sea sonada. Si son poetas, lo son de circunstancias; si son hombres de acción, se agarran a un centenario ardiendo para salir de la oscuridad é inmortalizarse. Ante la invasión de estos parásitos de la fama, las personas ricas por su casa, do ingenio, de méritos, se retraen.

Si el Sr. Valera es una excepción gloriosa esta vez, y valiendo lo que vale, y por pura abnegación y patriotismo *verdadero* se ve metido en la que se ve, no por ello deja de ser *verdadero* que, en general, ahora como siempre, los que manejan el cotarro, los que hacen y acontecen son los conabidos señores de la comisión.

Primero los del *baldaque*, los de oficio, los hombres oficialmente activos é inteligentes y competentes con nómina. Después los eternos *dictaminis* de la notoriedad por table, de la fama en cabeza ajena.

Ejemplos flustres hay en la historia.

Por mucho tiempo estubo siendo *imortal* el Sr. D. Modesto Fernández y González, que ahora se ha retirado a la vida privada.

También el Sr. Lasgares figuró mucho *llorando* (y trayendo, es decir, trayendo y llevando) la representación de España en una porción de conferencias internacionales.

He olvidado el nombre de un señor que a fuerza de llamar al vino en griego se hizo una fama de *visitero cosmopolita*, y se bebió todo el Jerez y todo el Valdepeñas que llevamos a no recuerdo qué exposición universal.

Reciente está el ejemplo de lo sucedido con el pobre Jovellanos.

Nadie más simpático que D. Gaspar.

Pues bien, en fin, Fidal y Jove y Hevia le hicieron casi aborrecible a todo entusiasmo *buen nacido*.

Jove y Hevia!

Es decir, *mauc, thecal, phares!*

Jove y Hevia! ¡Ultima ratio *centenariorum*!

Jovellanos fué patriota, sabio, algo poeta, pedagogo, estadista, escritor en prosa de los mejores... mil cosas más.

Pues como *Maucata...* Se le erige una estatua, se le va a bautizar un homenaje, etc., y luego Jove y Hevia con el *equívoco* de copa alta, blanco y ladeado... y ¡adíos Jovellanos!... *Nada más* tal. Si...

No hay duda—se agrió la fiesta,

como dicen en *Los mosqueteros grises*.

Porque... quiere saber el Sr. Valera en qué acabará esta *centenarior*. En lo mismo que el otro. En un himno de Jove y Hevia. Que es como sigue, ó por lo menos así empieza:

AL HIMNO

PRE TABACALERISTA CRISTÓBAL COLÓN,
PRECURSOR DE LA LENTA PERO CONTINUA APARICIÓN
DE LOS GENIOS ESTANCADOS

Himno

Vitor, vitor, repiten los ecos
del cérculo Oceano y demás;
de los Andes los cóncavos huecos...
¡Carrascles, carrascles, carrascles!

De Colón, en Píscenza nacido
(aunque en Génova el vulgo creyó),
de ese furor en España ensoñado
a nosotros la fama llegó.
Y aunque digan Vidae y otros miles
(como Duro y la Pardo Bazán)
que se debe a los frailes sutiles
los laureles que aún verdes están,
rechacemos calumnias tan riles...
¡Rataplan, rataplan, rataplan!

Mientras haya Jove y Hevia... habrá poesía, pero no hay centenarios posibles; créame, D. Juan Valera.

Todo ello sin contar con que tampoco hay dinero.

CLARIN.

Sé, y no pienso olvidarlo, que tengo comenzada una serie de artículos con el título de *Un libro inglés* en esta revista ilustrada, y sé también que hace mucho tiempo interrumpí la publicación, aquí también, de las memorias de Narciso Arroyo, mi amigo. Pues descuiden Vds., que todo se andará, como dijo el otro, y terminaré la novela psicológica (como espero que me la han de llamar) que *serotula* (estilo P. Blanco) *Cuesta abajo*, y terminaré, antes esto, el estudio del libro de Lubbock, cuya segunda parte, por cierto, acaba de ser traducida al francés. Por cierto que a los pocos días de empezar yo a hablar aquí de *The pleasures of life*, publicó D.^a Emilia Pardo Bazán un artículo en la *España Moderna* acerca del mismo libro... llamándolo también, como el traductor de la Biblioteca económica filosófica, *La dicha de vivir*, frase francesa *La joie de vivre*, que no corresponde ni con mucho exactamente al título inglés. También asegura D.^a Emilia que de esta obra se han publicado en Inglaterra nada más que veintidós ediciones, y tampoco es verdad esto, porque este libro (la primera parte) se va publicando por millares, y yo tengo a la vista un ejemplar de la edición 66 (Sixty-six thousand). No sé si D.^a Emilia sigue, como en estos, en otros errores... a la traducción española... que, según todas las señas, está hecha sobre la traducción francesa. Sería un capricho inexplicable en persona que, como la Sra. Pardo ha tenido ya el cuidado de advertirnos, lee el inglés con la misma facilidad que el francés y el castellano... Y dejo esto.

Quedamos en que cumpliré mis promesas, sin perjuicio de alternar mis *Lecturas y Cuesta abajo* con paliques y otros excesos de *vaga y anana* literatura.



Cuando se publiquen estas cortas líneas ya hará días que habrá resucitado el Señor: así, pues, nada tengo que decir, si he de ser oportuno, de la Semana Santa; pero una cosa es la *Pasión* de Cristo y otra la *pasión* de la prensa periódica, que padece bajo el poder de periodistas impresionables y repentistas.

Así como el *Globo* se consagra en los días de *recogimiento* a recoger disparates desparamados desde el púlpito sobre "el común de los fieles," no estará de más recoger también, en prueba de imparcialidad, disparates de los periódicos desparamados a los cuatro vientos con ocasión de conmemorar "el drama del Calvario."

Por de pronto, casi todos nuestros cronistas de la *Pasión* insisten en figurarse el Gólgota como una montaña, y hablan de la *cumbre* como si la hubiesen parido. No saben que, a todo conceder, el lugar en que Cristo sufrió muerte y pasión (y lugar le llaman los evangelistas, pero no monte) era un pequeñísimo altozano, menos que una *loma*, y según investigadores modernos, lo probable es que Jesús haya sido crucificado en terreno llano, donde se asegura no había ningún género de monte ni cosa por el estilo.

El Sr. Zeda, crítico de la *Epoca*, y creo que también de la *España Moderna*, es de los que se suben al monte Calvario... Pero, en fin, esto es *petaca minuta*, como diría un ministro. Lo grave es que el Sr. Zeda, en un artículo de fondo de la *Epoca*, consagrado a cantarnos la *Pasión* en estilo *fin de siècle*, asegura que Lázaro "hizo saltar vivo la piedra que cubría su sepulcro."

¿Dónde ha leído semejante cosa el Sr. Zeda? Habrá sido donde leyó aquello del "*varus nans per gurgite vasto*."

No: habrá sido en Larmig, el poeta, que también se empeña, en un soneto, en decir que Lázaro hizo saltar la losa del sepulcro ó la rompió, ó cosa así.

Pues, Sr. Zeda, no hubo tal cosa. A lo menos en el cuarto Evangelio, que es donde se habla de la resurrección de Lázaro (y no en alguno de los sinópticos, como dice otro periodista), en el Evangelio llamado de San Juan, Lázaro no hace que salte la piedra de su sepulcro. Oiga el Sr. Zeda cómo pasaron las cosas, en opinión del cuarto evangelista, único que habla de esto. "(v. 39, c. xi.) Dice Jesús: Quitad la piedra..." "(v. 41.) Entonces quitaron la piedra de donde el muerto había sido puesto." ¿Lo quiere más claro el Sr. Zeda? Pues eso es castellano de Cipriano de Valera; y si Zeda le hace ascos, por jugarle hereje, tomemos el mismo texto del latín de la Vulgata. "(Cap. xi. v. 39.) Ait Jesus: Tollite lapidem..." "(v. 41.) Tulerunt ergo lapidem..." — Ya ve el Sr. Zeda como en español y latín tenemos lo mismo: que no tuvo Lázaro que molestarse en romper ni hacer saltar la losa de su sepulcro. — Bueno que el Sr. Zeda sea infiel al citar frases de la Eneida, que al fin es obra de un pagano. Pero siendo él, Zeda, buen católico, como es, debiera ser algo más escrupuloso al atreverse a cantarnos la vida y milagros de Cristo. ¿No ve que es ridículo contarles esas cosas a los lectores que, como fieles cristianos, las saben mejor que él?

Pues anda, qué otro periodista las emprende

con las siete palabras, y nos dice que el Señor exclamó: — ¡Tengo sed! — (*¡Sitim habeo!*) Así, ¡*Sitim habeo!* Y, claro, se nubló el firmamento y tembló la tierra. Con un latín así ¿qué había de suceder? El periodista cree, por de pronto, que el Señor hablaba en latín, ó, mejor, no cree tal cosa, porque eso no es latín. Jesús dijo: — ¡Tengo sed! — en el idioma ó dialecto de su tierra, y el traductor de la versión latina del Evangelio lo dice eso... en latín, como es natural. Y, por consiguiente, no dice *sitim habeo*, sino *sitio*, que es como en latín se dice *tengo sed*.

Lo que hay es que estos periodistas son dignos de ser *sayones* como aquellos que el *Eloi*, Eloi, de Jesús lo traducían diciendo: "Este llama a Eilas." Yo comprendo que haya periodistas que no sepan latín; más todavía, que no hayan leído los Evangelios; pero lo que no comprendo es que cuando un periodista disfruta de esa graciosa ignorancia se meta a fraile y nos predique sermones de *Pasión*.

¿Cómo ha de saber el Sr. Zeda lo que sucedió en Betania hace diez y nueve siglos, si no sabe lo que pasa en España en el día de la fecha? Y Zeda, en efecto, les dice a sus lectores de Vigo que *Clarín* va a dedicarse a aprender esgrima; y no sabe Zeda que *Clarín* lleva muchos años de aprender esgrima con lección diaria.

Otra cosa no sabe Zeda, que no es costumbre que un periodista hable en sus crónicas de los lances de honor, realizados entre compañeros, en tono de broma y procurando poner en ridículo un acto que él no ha presenciado ni le importa.

Y si el Zeda de Vigo no es el mismo de la *Epoca*, dispense este último, que esto no irá con él en tal caso.

Aunque me temo mucho que el que le hizo a Lázaro levantar la piedra de su sepultura sea capaz de levantar... a pulso los toros de Guisando, en materia de inexactitudes.



Un predicador de mi pueblo nos decía días atrás: "En fin, hermanos, absteneos de pecar, de leer periódicos liberales, aunque no sea más que por unas cuantas horas, mientras el Señor está crucificado; sólo por unas cuantas horas, hermanos míos..."

Este quería una especie de 1.º de Mayo... para que lo aprovecharan los periódicos neos, por lo visto.

CLARÍN

PALIQUE

El Sr. Zeda es un redactor de *La Epoca* que coincide, como decía el otro, según me han asegurado, con el Sr. Villegas, el crítico de *La España Moderna*, el que nadaba per gurgite vasto. Esto es: Z=Villegas.

(*) Aquélvete llaras de puntos, y me quedo corto.

331 Madrid Cómico (Madrid), n. 480, 30 abril, 1892.

No deja el Sr. Zeda de ser pensador á su modo; lástima que se contradiga en sus lucubraciones y... más lástima todavía que no sepa latín, ni castellano, ni Historia Sagrada, en fin, casi nada de lo que sabe un pipilote del instituto.

Vamos primero á la contradicción: el Sr. Z. sostiene en su último artículo de *La España Moderna* que el arte moderno en todas partes y en todos los géneros se ha convertido en arte docente; que todo drama y toda novela tienen tesis, y que ha pasado á la historia la fórmula aquella del arte por el arte. El Sr. Villegas dice esto con fruición, deduciéndose necesariamente del contexto que no le parece mal esta tendencia, contra la cual no dice nada; por el contrario, elogia varias obras que, según él, son de tesis, docentes, etc., etc.

Bueno, pues el Sr. Zeda, en un artículo de *La Epoca*, censurando *Las vengadoras* de Bellé, dice que el corregir el vicio y sostener tesis morales debe dejarse para la ciencia, para los moralistas, etc., etc., y que el arte debe contentarse con la belleza y renunciar á las aspiraciones docentes.

El Sr. Zeda es como aquellos Carneades y Arcesilao que, se dice, hacían alarde de defender con igual elocuencia el pro y el contra de una cuestión cualquiera. Sólo que el Sr. Zeda es sofista... sin saberlo. Todo lo hace sin querer.

Lo más gracioso es que lo mismo disparata cuando sostiene el pro que cuando sostiene el contra.

Sostenga lo que sostenga, la zorra. Y es porque lleva á César.

El Sr. Zeda habla una y otra vez de la esfinge, y debo advertirle que nor ahí no se va á la Academia. Esfinge para los de la calle de Valverde es masculino.

Á los que pretenden inventar cosas que... ya están inventadas les dice el Sr. Zeda «que no han descubierto Mediterráneos.»

¡Pues si justamente los que descubren Mediterráneos son los que creen descubrir lo ya descubierto!

El Sr. Zeda dice en otro artículo de *La Epoca* que Lázaro hizo saltar la losa de su sepulcro. Eso será según el evangelio de Casa La Iglesia; pero San Juan, que es el que cuenta el milagro, dice claramente que Jesús mandó levantar la losa del sepulcro, y que la levantaron... y después salió de él Lázaro, sin romper cinchas ni piedras ni nada.

No le faltaba á Zeda más que ser un hereje.

De modo que Zeda no sabe latín, ni español, ni Historia Sagrada.

No sabe más que crítica, y eso es poco.

Tampoco sabe su mundo (como diría un traductor, de esos que se inspiran en los franceses y los fusilan de paso), tampoco sabe su mundo el Zeda (sea el de *La Epoca* ó sea otro López) que escribe desde Madrid á no recuerdo qué periódico de Vigo y habla en tono de broma de asuntos particulares ventilados entre periodistas en la forma de costumbre. Por un lado, el citar nombres propios y descifrar las fórmulas que los noticieros emplean en tales casos es denunciar delitos que tienen en el Código penal su castigo correspondiente. Por otro lado, es exponerse á no poder probar la denuncia. Y por otro, y éste es el más importante, no es absolutamente nada delicado permitirle cuchufletas con motivo de un lance determinado y refiriéndose á personas que se nombran y que se han portado como caballeros.

Esto sin contar con que el Sr. Zeda se pone á hablar de lo que no sabe, atribuyendo la resolución de empezar á aprender esgrima á quien hace años que está imposibilitado para tomar tal resolución.

Y no añadido más, porque gato escaldado huyo del agua fría, y do los *Hectorres* sin estocada, por decirlo de un modo pudoroso.

Dice un crítico teatral, de los que firman como los calzoncillos, con iniciales:

«Otro de los defectos es la inocencia del asunto: los amores de un hermano con su hermana, ¿quién es qué? ¿los amores? por supuesto, no saben que son hermanos.»

Hermano, vaya un modo de entender la sintaxis. Pero fuera parte de eso, como dicen los clásicos baratos, tiene gracia lamentarse de que dos hermanos que tienen amores no sepan quié son hermanos, y asegurar que es un defecto la inocencia en que, en efecto, viven. Por ese modo de escribir se deduce que el defecto desaparecería si no hubiera inocencia. El Sr. Zeda no quiere que el arte moralice; pero esta otra inicial va más lejos: quiere que el arte desmoralice. ¡Que ha de querer! Lo que querría, saber decir lo que piensa. Pero amigo, estos modernos impresionistas son así; se impresionan tanto, que en el acto solemnemente á escribir lo que les parece... dicen otra cosa. Cuestión de estilo.

Leo: «La nota saliente del día fué ayer la reunión de la subcomisión de presupuestos encargada del de Hacienda.»

Se me hace cuesta arriba creer que la nota saliente de un día, por nefasto que sea, consista en que se reúna una subcomisión. Y a las mismas comisiones andan muy de capa caída, conque ¡digo! qué será una sub-comisión. Es como si llamáramos interesante á un sub-Pando y Valle.

CLARIN.

PALIQUE

Me alegro mucho de que el *Zeta* de *La Época* no sea el *Zeta* que escribo en un periódico de Vigo. Pero yo nada tengo que rectificar, pues no he firmado que fuera el mismo.

Quedamos en que *Zeta*, el de *La Época*, el que escribo crítica teatral y otras literarias, es el Sr. Villegas.

Bueno. Pues ahora, ¿quién es un *Zeta* que escribo en la misma *Epoca* epistolario *laurinus* ó de *laurinagua*?

¿Es el de Vigo? ¿En *Zeta* el ordinario?

¿O es de otro albedorio?

Señores, la uarean ustedes á uno con ese capricho de firmar tan misteriosamente. El Sr. *Zeta*, el primitivo, como si dijéramos, debiera escoger un pseudónimo más expresivo y completo. Por ejemplo: *Per gurgite*. Todos comprenderíamos sin más de quién se trataba.

•••

Pedro Dofill, mi querido amigo, escribo también en *La Época*, y no lo de vergüenza, y hace bien porque no hay por qué, y firma con todas sus letras y escribo sus artículos con todas sus letras también, que no son pocos. Tiene el valor de su nombre y de sus críticas.

Pero esto no quita que yo no esté conforme en todo con su filosofía estética, con su dramaturgia, llamémosla así, aunque no sea la de Lessing.

«Federico Urrecha, dice Dofill, nos da como base de su comedia el postulado de que el seductor de la inocencia de Isabel robó el su hijo cuando apenas tenía un año.»

Y más adelante escribe:

«Todo esto pasó antes que empecio la comedia, y es un axioma en materias teatrales el que al autor no se le deben regatear ni discutir los hechos ocurridos antes de empezar la acción de la obra.»

No estoy conforme con el axioma ni con el postulado. Fijese mi discretísimo amigo en que eso que él llama *postulado*... no lo

so. Usted se refiere á un robo, á un secuestro, y eso... no puede ser un postulado. Un postulado es, según el mismo Diccionario de la Academia sabe, principio que se tiene por evidente y no necesita demostración; y si no es esto exactamente, aunque la Academia lo asegure, lo que es evidente es que un robo, un hecho, algo histórico, no puede ser un postulado. Además, los postulados, más bien que se dan, se piden. Como que postulado de ahí viene, de *postular*, de *petir*. En geometría, añade la Academia, el postulado es un supuesto en que se funda alguna demostración; pero siempre será un supuesto de algo no histórico, no de un hecho. No todo lo que se da por supuesto es postulado; no lo es el supuesto que consiste en un hecho.

Y vamos al axioma. ¿Cómo ha de ser un axioma el que al autor no se le discutan, como Bofill dice, los hechos ocurridos antes de comenzar la acción de la obra? O esos hechos tienen relación con esa acción, ó no la tienen; si no la tienen, no hay para qué los traigan á colación ni el autor ni el que le juzga; si tienen relación, es necesario, como *antecedentes* de la acción que ha de ser, que tengan todos los caracteres de verosimilitud, homogeneidad, etc., etc., que á la acción se le piden, puesto que en rigor son como parte de la acción misma. Con la teoría de Dofill podría suceder lo siguiente: un autor nos presenta un personaje que hace maravillas que no caben en las facultades humanas. Eso es inverosímil, le dicen; y él replica: señores, fíjense ustedes en el postulado que precede á la acción; este personaje nació de los amores de un dios con una mujer, ó es el mismo un dios, si ustedes me permiten... Y entonces, si el asunto es mitológico, lo mismo habrá que conceder al autor lo maravilloso de la acción que lo maravilloso de sus antecedentes; y si no se trata de esto, sino de una fábula que el poeta pretende que sea de la vida ordinaria humana, tan disparatado ó inadmisible será lo que pasó antes de la acción, es decir, el nacimiento de un hijo de un dios y una mujer, como los acontecimientos inverosímiles que venimos en la escena.

Al autor no se le pide que sean naturales sólo los hechos que nos presenta, sino todos aquellos á que puede referirse, con que puede relacionarse la acción.

Creo que si necesita un poco mi amigo Bofill acabará por convencerse de lo que digo. No acciento aditirir que nada de esto tiene nada que ver con la comedia de mi amigo Urrecha. ¿Cómo he de juzgarla si yo la conozco ni por el forro?

Lo que si he leído, y con gusto, es un libro *Cuentos del rince*, que me parece que es una de sus obras mejor sentidas, más expresivas, más sustanciosas... pero tente, pluma... Puede haber por ahí un malicioso de esos que se dedican á averiguar vidas ajenas, al cual se le ocurra decir:

—¡Claro! Esto habla á Urrecha porque Urrecha es el que, por caridad, le corrigió las pruebas en *Los Lunas del Imparcial*, trabajo inapreciable que supone mucha lealtad, cuando se hace de buena fe, y verdadera abnegación.

Cierto es que entre Urrecha y el que suscribo hay lízua cuya importancia sólo puede comprender el que conoce mi letra y cómo las gastan los cajistas; pero el agradecimiento no me ha de cegar hasta el punto de fingir en los *Cuentos del rince* cualidades que allí no existan. Puede Urrecha ser un sublime altruista como corrector de pruebas ajenas, y un *probo* artista como autor de obras... propias.

•••

Luis París, que no se muere la lengua, y á veces hace bien, ha oído decir que la actual compañía del Español pretende quedarse con el arriado de este *reteto coliseo* en la próxima temporada; y Luis París protesta indignado, de camino que dice horrores de la compañía.

Acompaño al redactor de *El Resumen* en la protesta, aunque no en el estilo.

Ricardo Calvo es una especie de *protestante* del arte, de los que quieren que la fe lo salve sin las obras.

Pero, amigo, yo le digo el santo (cuando no recuerda uno qué santo es, se dice así, el santo, por antonomasia. Creo que fue San Pablo, pero no lo juraría): *fides sine operibus*... nula est (ó cosa por el estilo).

La fe de Calvo, sin el modo de representarse de su hermano Isael, no basta. Pero es indudable que la fe y el celo con que don Ricardo trabaja merecen que se le distinga de la turba multa de los cómicos malos; es más, el Sr. Calvo, *rotiendo á su vez* *propia*, á sus *papeles naturales*, sería otro con, *ser* *virtu* *nipo* al arte nacional, y nos haría ver que, en efecto, ha adelantado mucho, como dicen sus amigos.

Si Calvo quiere *salvarse y salvarnos*... juntase á Vico y admita las proposiciones que Vico lo ha hecho (no consta) para trabajar con él en el Español en la próxima campaña teatral.

Se también de buena tinta que Calvo se ha negado á esta unión con Vico, así como Donato Jiménez, el cual puede pasar en calidad de tortas á falta de pan, siempre y cuando que se decida á mudar la voz ó á declamar con sordina.

Si mis leales y desinteresados consejos pudieran algo en el ánimo del Sr. Calvo y del Sr. Jiménez, les aconsejaría y aún aplaudiría para que cedieran á la proposición honrosa de Vico.

Si sucede, como no es de esperar, que el año que viene (el año teatral) Vico no trabaja en el Español, y Calvo y Jiménez el, la responsabilidad, que no cae sólo ante Apolo y Talía, será de los Sres. Calvo y Jiménez.

Yo confío en el sincero amor de D. Ricardo al arte, amor que le honra.

Y no insisto... aquí, porque desde otro periódico, también de los que son sonados, voy á tratar muy pronto de tan importante cuestión.

CLARÍN.

PALIQUE

Había un escanteo vitalicio que cuando se le gastaba el pelo de la ropa le daba vuelta al paño, y lecia el revés, y cuando se gastaba por esto todo también... se ponía la ropa de canto.

Pues algo parecido están haciendo con Cristóbal Colón y América en el Ateneo y en las revistas más o menos colombianas y ondulantes.

Aquel Cervantes cocinero y después filósofo, poeta, filósofo, carpintero, etc., etc., se queda tamalito comparado con los múltiples aspectos bajo los cuales están considerando a la virgen América y a Colón, no tan virgen, los muchos sabios que en el mundo han sido... del Ateneo y periodistas innatos.

Se la trató del Nuevo Mundo en todas sus relaciones, así efectivas como posibles.

Un amigo de la notoriedad gratuita y obligatoria, que piensa que por pagar dos duros mensuales en la calle del Prado ya tiene algo de inmortal, y se cree poco menos que Moisés, prepara una conferencia acerca de *las Hazañas de Mio Cid en la Florida*... si hubiera Dios prolongado sus días hasta la fecha del descubrimiento.

De lo que no se sabe es de ningún vista deadunna, de esos que vienen con el riñón cubierto, que está dispuesto a dar una luminosa lección con este título:

«De cómo y de qué manera me hice yo de oro en la Habana, en calidad de *riñón... gorda*».

•••

Pero no sólo en el Ateneo se dan... y se toman (que es lo más raro) conferencias.

En su *antibulacimento* tan serio como debe de ser el *Centro del ejército y de la armada* han permitido Dios y la Junta directiva que se leyese ó recitase un poema en prosa original del nunca bastante bien ponderado D. Lorenzo d'Ayot, autor de varias obras y de la reforma literaria.

Este poema-conferencia se titula: *Su alteza la zarabara*. Acabo de recibirlo y por eso hablo de él.

Y leo:

«Adiós que Cicerón en Roma, hubo en Grecia dos oradores tan grandes como él: San Pablo y Tirteo».

¡San Pablo antes que Cicerón! Pero, señor d'Ayot, eso ya no es reformar la obra de Apolo, dios de la poesía, sino la obra de Kronos, dios del tiempo.

No me negará D. Lorenzo, por muy revolucionario que sea, que San Pablo predicó en Grecia el cristianismo, después de venir Cristo al mundo. Prescindir antes era difícil. Porque ni habría entonces San Pablo, ni habría Cristo.

Y siendo esto así, ¿cómo predicó San Pablo antes que Cicerón,

si Cicerón murió noventa y tres años antes de la venida de Jesucristo al mundo?

Lo raro y lo muy lamentable no es que el Sr. D'Ayot diga estas cosas, ni lo otro de que «Moisés dijo un *Orienté empírico*» lo raro y lo muy lamentable es que tales bromas se permitan en un centro del *Ejército y de la armada*... de España!

Si esas cosas tan... *escrituras* se permiten en el centro, ¿qué sucederá en la periferia?

Mi querido amigo Sánchez Pérez me honra citándome en un artículo de *Los lunes del Imparcial*, y copiando un parrafillo de otro artículo publicado por este pagador en el mismo periódico.

Tan fiel es el copista, mi querido amigo, que hasta copia una errata. Yo no he escrito que los *chacos* d'palos hacen de la severidad virtud... sino que no tiene sentido lo que yo he escrito, y leyeron malos *salistas*, se *necesidad* y no *se creían*.

Es todo lo que tengo que decir a Sánchez Pérez, con el cual yo no disiento nunca, por cariño y respeto; ni siquiera ahora que se pone, y parece, que no, de parte de los *críticos* de S.º que con tanta gracia diluyó Colla en una caricatura de Manolo Compadre.

¡Ay, amigo D. Antonio! Entre Echegaray y los críticos de cierta crítica menuda, creamos unido a mí, he que escoger a Echegaray. Sánchez Pérez es muy bueno; pero hay ciertos modos de ser bueno que en ocasiones resultan manejados por malo, no moralmente, no en la intención, pero sí en los efectos. La crítica tiene sus espinas, y hay que dejarla, pero dejarla de *veras*, ó clara cuando así conviene para mayor gloria del arte.

En la forma no hace falta tomar estas cosas con mucha seriedad.

Pero en el fondo, con toda la seriedad del alma!

¿Que en un día, de una pluma, se pueden perder veinte amigos? Que no pierdan.

Además, no sé cómo es, pero ello sucede: al cabo, la justicia da ciento por uno. Lo que sobra son amigos... escritores.

•••

Ultimamente. Ya me iba yo a la cama, cuando se me ocurre leer *El Imparcial* y veo que en él publican los Sres. D. Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez una carta en que se me aluda y nombra con gran cortesía y debida consideración. A tanto honor respondiendo con la mayor finura del mundo que, por lo que a mí toca, no dejan de ser satisfactorias las declaraciones y promesas de los distinguidos actores del Español; se comprometen a trabajar con Vico... si no le da garantía formal de que se les pagará su sueldo. Nunca entré en mis cálculos que Calvo y Jiménez contribuyeran a salvar la escena con un hincapié semejante al de los sitiados de Calahorra. No es a fuerza de pasar hambre escénica como yo quiero que se salve el arte. Seguro estoy de que Vico, al proponer a Calvo y a Jiménez que trabajaran en su compañía; no era con el ánimo de condenarlos a representar día y noche el papel de Ugelino.

Por lo demás, en esas cuestiones de contaduría yo ni entro ni salgo, y no diciendo a Vico en cuento amigo, que lo es, sino en cuanto *primer actor*. En fin, en el mismo *Imparcial* ó en *La Correspondencia* podrá ver los Sres. Jiménez y Calvo lo que tengo que decir acerca de la cuestión del *Teatro Español* aun después de su carta, que es constantemente *acordada quid*. Aquí sólo anticiparé (no dinero) sino... la idea de que mi proyecto es que el sueldo de los actores esté asegurado... por el Gobierno. Ya he escrito varios artículos en este sentido. Mi idea no es nueva, ni es complicada ni requiero gran ingenio: se trata sencillamente de lo que ya pedía Bretón en una epístola hace cosa de cincuenta años; de que no protejamos tanto la música extranjera y de que protejamos el arte nacional, nuestro teatro, cuya tradición es una gloria muy grande.

El Sr. Calvo y el Sr. Jiménez pueden estar seguros de que, cualquiera que sea mi opinión respecto de sus facultades artísticas, veo en ellos verdaderos amantes de la escena patria, dispuestos a sacrificar muchas cosas. Y pero no el necesario sustento, en lo cual obran muy cuerdatamente.

— * —

CLARÍN.

Pero, señores literatos, los verdaderos, ¿quién publica un libro, por amor de Dios?

Ni poetas ni poetisas dicen palabra.

Así es que hacen bien los editores en dedicarse a traducir. En lo que no hacen bien es en traducir mal.

Porque, un poco mal podía pasar, pero ¡tan mal!

Nuestros literatos, los verdaderos, ya que no escriben libros, ¿por qué nos los traducen? El dinero que se da a los que actualmente vienen del francés cuanto se les pone por delante, ¿por qué no lo ganan esos literatos, que harlo lo necesitan, por regla general?

Si fueran artistas de la palabra los que tradujeran a los artistas extranjeros, la influencia de éstos en el gusto y en la cultura de España sería mayor. No pasarían inadvertidas traducciones tan importantes como la de los *Récuerdos de la infancia y de la juventud*, de Renan, que es un libro cuya lectura, bien meditada, podría

causar una honda revolución en el pensamiento de muchos españoles.

Nuestros autores viejos parecen al perro del hortelano: ni nos dan suficiente pasto espiritual, ni ven con gusto que nos venga de fuera, a lo menos no quieren contribuir a que venga.

Mayor pecado es el de los jóvenes, que debieron trabajar con entusiasmo en la asimilación de las ideas y de las obras artísticas extranjeras.

Hasta en Francia, el país que menos caso suele hacer de las letras de otras naciones, hay ahora una juventud que hace alarde, dentro de ciertos límites prudentes, de un cosmopolitismo literario que ha de traer nueva savia al espíritu francés.

En Alemania, Pablo Lindau, por ejemplo, debe lo mejor de su mucha fama a la tarea de aclimatar el teatro de Augier, Dumas, etc.

Entre nosotros... todavía se habla de la famosa traducción de *I promessi sposi* como de un caso raro.

Dña Emilia Pardo ha traducido pocoña *Los Hermanos Zemgueno*, de Edmundo Goncourt, y nadie le ha dado las gracias siquiera.

Son contadísimas las traducciones que aquí se deben a escritores extranjeros.

Pero ¡qué mucho que nuestros literatos desdeñen el arte de traducir, si hasta desdeñan el de producir obras originales?

Es claro; han observado que éste sigue siendo el país de *Don Tomás* (ó el camino de la gloria), de Larra. Escribe cada cual su oda a la continencia ó su *Drama Nuevo* y se echa a dormir. Tamayo callos hace más de veinte años, y su fama y el respeto a su ingenio aumentan. Esos gacetiños que se atreven con Echegaray no osan ponerle peros al Sr. Tamayo... ¿Por qué? Porque no escriben. Sus obras están como acorazadas contra la crítica por la pátina del tiempo y del silencio...

Pero a lo que íbamos.

A falta de literatos que traduzcan, traducen los que no son literatos.

Y así anda ello.

La España Moderna, la revista más notable que tenemos, ó por lo menos los españoles que saben escribir no escriben, ó porque ella no puede pagarlos bien, ó por lo que sea, va dejando poco a poco de ser revista de literatura española y convirtiéndose en una especie de *magazine* traducido.

Muchos la censuran por esto; dicen que tal espectáculo es humillante para las letras patrias; pero ¿qué ha de hacer el editor?

Yo no me atrevo a censurarle porque traduzca mucho.

Por lo que si lo censuro es porque... dejen que la traduzcan tan mal.

Muchas obras interesantes, aunque algunas demasiado famosas, ha dado a luz *La España Moderna*; pero las hay que están por venirlos a las novelas de los folletines.

Y ya que a nuestras letras no se les deje otra cosa, ¡respeten los fueros del castellano para cuando nuestros escritores se dignen volver a emplearlo.

Hace poco nos dió *La España Moderna* las Memorias de Wagner, un libro muy interesante y a su modo instructivo... que no se podía leer por culpa del traductor.

En el último número de dicha revista hay un artículo de Zola titulado «Una gran figura literaria», y que es un estudio muy hermoso y leal del insigne Sainte-Beuve.

Pero ¡qué versión!

Leo al azar:

«El sentimiento de Sainte-Beuve sutilmente exprimido» (expresado quisio decir).

El traductor no perdona ni un solo yo, ni un solo él, ni un solo nosotros de los que ve en el original, y parece aquello obra de un *rijante* que recomienda sus géneros.

«...No sin hacer a cada paso uso retrocedos a través del pasado. Nada mejor que este proceder señalará la gran ventaja del punto de mira... etc., etc.»

«Ya el ora de complejidad galante.»

«Ella ama a diversos (pluieurs).»

«Este es un placer que conocen muy bien los *femineos* (f.).»

«Esto es una *buenahonbría* voluptuosa que *define* un temperamento.»

Pero ahora viene lo mejor.

«En casa de cada hombre el hecho sólo tendría el valor de un documento aislado.»

Es claro, el traductor leyó *chez* y se fué al diccionario y vió en casa de, y ¡zas! allí va «En casa de cada hombre...»

«Racino no hubiera pasado de *Baracine*.» Yo tampoco paso de Berenice, que debo de ser Berenice. Creo que basta y sobra con lo copiado para que en casa de cada cual se produzca la convicción de que no es vergonzoso para nuestras letras que se traduzca mucho, sino que en la revista de más crédito de España se traduzca así.

Con ese castellano y el crítico del *per gurgite*, ¿adónde va a parar el editor de *La España Moderna*?

Mi amigo el Sr. D. Emilio Prieto me envía un ejemplar de un libro titulado *Madroñópolis*, y quiere que hable de él aunque sea pegándole.

Bueno, pues reciba usted una paliza de su afectísimo amigo y seguro servidor...

Esto es broma.

La verdad es que el Sr. Prieto declara que su obra no tiene pretensiones de ser literaria, y así como de *internis non iudicat Ecclesia*, así yo me inhibo, porque jamás he juzgado libros no literarios.

Según he leído en una crónica de Bremón, la obra de Prieto es de *clase* y alógrica, y en ella se censura a la mayor parte de los jefes de los partidos, los republicanos inclusive.

Si es así, ya veo que no se trata de literatura, y ¡qué ha de decir yo al Sr. Prieto?

Que siento que no opino como yo acerca de la respetabilidad de ciertos señores.

No sé si el Sr. Prieto sabe que yo soy partidario de que Castelar sea el presidente de la república... cuando la haya, y de que no la haya hasta que pueda haberla, y de que los monárquicos no sean fueros por ley de naturaleza... ¡Bala, bala! Casi no temo que yo debo de ser un *madroñopolita*, aunque humilde. ¡Ay, amigo señor Prieto! ¡Han pasado tantos años desde aquellos tiempos en que usted era *Clarinete* y yo *Clarín*, en *El Solfeo*!

¡A mí no me han salido canas, pero me han salido unas ideas!... Hace falta tanta formalidad y tanta política nueva, no revolucionaria, nueva!... De todas suertes, saludo con cariño a un político que cree en algo.

CLARÍN.

PALIQUE

La muerte de D. Manuel Silvela ha causado varios rascos de esos *de fáciles de llenar*, no por nada, sino por *l'embarras du choir*, por las intrigas y rivalidades que surgirán para reemplazar al difunto en la Academia Española, en el Senado, en el Ecuador, que

335 Madrid Cómico (Madrid), n. 485, 4 junio, 1892.

creo que sí, y en los demás puestos que sin duda ocuparía el mayor de los Silvelas.

Yo me he propuesto no decir jamás palabra mala de los escritos que mueren, muy al revés de lo que hacen otros, verbi gracia, D.^a Emilia Pardo Bazán,

que sabe quitar la piel, si lo encuentra muerto, á un can, y cuando vivo, huye de él.

Y lo digo por Velarde y Canale, sin ir más lejos. Los cuales se habrán muerto queriéndome á mí bastante mal y á D.^a Emilia muy bien... y después ¡ya han visto ustedes que response les cantó!

D. Manuel Silvela era listo, y en tiempos en que Selgas pasó por un filósofo de estilo cortado, no es extraño que Velasquez fuera tenido también por una lumbrera joco-seria.

En fin, miserias del año sesenta y tantos, de la época en que, como tengo dicho varias veces, por poco se vuelven tontos todos los españoles. A Dios gracias, algunas docenas se libraron de la peste.

De todos modos, Velasquez, repito, tenía ingenio, cierta gracia en la pluma, era hombre culto, según dicen los que le trataron, amable, cortés...

Dios le haya acogido en su seno.

Pero no se trata de eso.

Se trata de declarar que el difunto no es responsable, ni en poco ni en mucho, de las atrocidades apologéticas que los periodistas, más ó menos bachilleres, hayan podido decir con ocasión del entierro del atildado académico, como le llama un revisitor fúnebre.

¡Atildado! Fijense ustedes bien en la palabra; repítansela en voz alta varias veces, y acabarán por pensar que llamarlo á uno atildado, así, á secas, y como si fuera una gracia, es ponerle en ridículo. Porque ¿quién es el hombre que se contenta con haber venido á este mundo para ser atildado?

No sé si D. Julio Nombela (también eminente allá por el año sesenta y tantos, el *siglo* de Salvador López Guisado, como si dijéramos), no sé si D. Julio será hombre con ó sin tildes; pero si sé que es bastante mal intencionado en sus literaturas y correspondencias y que pone la pluma que es un dolor.

Véase la clase:

«D. Manuel Silvela y el duque de Fernán Núñez figuraban en el reducido número de esas individualidades á quienes todo el mundo quiere, cuyas alegrías y pesares interesan aun á los que no los tratan, y á los que se desea todo género de venturas.»

Usted, Sr. D. Julio, hable por sí, y no ponga á los demás en un compromiso. Yo quiero á todas las individualidades del mundo, y si esas individualidades son prójimos, más todavía; yo deseo todo género de venturas á cuantos seres son capaces de ventura, á usted mismo, Sr. Nombela, si es capaz de gozar con algo un hombre que escribe tan mal; y no le quiero á usted por lo individual, sino porque todos somos hermanos, aunque parezca mentira. En cuanto á interesarme por las alegrías de Silvela y Fernán Núñez, así, de un modo particular... francamente, no. Y si ya usted á contar, la inmensa mayoría de los humanos estará en mi caso.

«Con el primero desaparece el último (¡oh! representante ¡ah!, vamos, era un *juego* de palabras) de aquellos hombres de Estado á lo Chateaubriand; á lo Talleyrand (!), á lo Metternich (!!), de profunda ciencia, de claro talento, de ingenio chispeante, de *basta* (así dice) erudición, de *amenísimo* trato y de una corrección (!) y elegancia superiores.»

Como usted ha dicho «b. Manuel Silvela y el duque de Fernán Núñez», resulta que el *primero* es Silvela, ¿Tan Metternich era Silvela, hombre?—Que no, que so ha equivocado usted, y el *primero* es el último, esto es, el duque de Fernán Núñez; luego, pues entonces, ¿tan Chateaubriand era el duque?—Y ni el duque ni Silvela se parecen mucho, que yo sepa, á Talleyrand.

¿Que eran de corrección superior? Serán. A punto fijo yo no sé lo que usted quiere decir con lo de corrección. Lo de la elegancia sí lo entiendo. ¿Lo costa á Nombela la elegancia de Silvela y la elegancia de Chateaubriand? Y además, ¿es serio recordar á los hombres de Estado por elegantes? ¿Qué deja usted para los pisaverdes?

Siempre hablando Nombela de Silvela, y dice que... «los nobles sentimientos que latían en su corazón y se manifestaban en sus actos aculaban por inspirar una verdadera adoración...»

¡Pero, hombre, eso ya es fetichismo!

Digamos con el poeta, sobre poco más ó menos:

¡Dios mío, qué mal acompañados
se quedan los muertos!

Pues este D. Julio Nombela que escribe así, y peor si le apuran, ha sido en las olimpiadas de D. Salvador López Guisado un *gran humorista y novelista y ensayista*.

¡La Epoca le daba cada bombol!

Y no se quedaba corto el mismo Nombela al elogiar á sus colegas... Recuerdo unos *retratos á la pluma* que publicó en *La Epoca*, de los cuales resultaba que eran unos genios muchos caballeros que hoy á duras penas serán jefes de negociando incógnitos...

¡Qué tiempos aquellos del año sesenta y tantos!

¡Y cómo se les van pareciendo éstos del noventa y pico!

Yo, lo que López Guisado, probaba otra vez á ser notabilísimo...

Aunque fuera tiñéndole el pelo al humorismo.

CLARIN.

PALIQUE

(COLABORACIÓN ENÉDITA)

Tarde, pero sin daño, he recibido el tomo de poesías titulado «Cantos», cuyo autor el distinguido poeta argentino D. Calixto Oyuela, me lo envía desde Buenos Aires, con fecha de septiembre de 1891.—Un año casi ha tardado en llegar á mi poder y bien merece esta circunstancia que se añada un *estilo* más, dedicado á la *velocidad del rayo* con que al progreso nos ha favorecido en este siglo de la electricidad aplicada al servicio de correos españoles. Porque no dudo que el retraso ha sido cosa de los de acá; pues sin duda opinan nuestros más perspicuos empleados en correos (tal vez consueguidores de turnos en el Ateneo) que la poesía *está llamada á desaparecer*, en las oficinas de comunicaciones.

Como quiera que sea, el Sr. Oyuela, sin parecerme tan gran poeta como el Sr. Valera le pinta, creo que es un hombre de buen oído, verificador hábil y artista de oración y de originales y no vulgaridades.

Lo que más me gusta en el aultado volumen «Cantos», es lo traducido de Leopardi, no solo por ser de Leopardi, sino porque está generalmente muy bien puesto en castellano. El Sr. Oyuela al elogiar estas traducciones, levanta al Sr. Oyuela á los cuernos de la luna, pero bien lo merezca. Lo que no hará yo será seguir al ilustre crítico en sus comparaciones. Según Valera las poesías del poeta de Recanati traducidas en español por el Sr. D. José Alcalá Galiano, cedan en mérito á las de Oyuela. No diré yo tanto, aunque alabo la imparcialidad con que el Sr. Valera falla el pleito en contra de un querido parientesuyo. En este país de las *ternas inventadas*, donde los terceros lugares á poco deudos que sean de la nodriza de un elector influente, entran en el templo de la gloria y en un escabelón académico, merece alanzas esta ausencia de *nepotismo* de que hace noble alarde el insignie autor de *Pepe Gintés*.

Voliendo á los Cantos, añadiré que hubiera preferido ver en ellos menos *romances heróicos* y menos versos blancos. Más me disgusta todavía el abuso de los epítetos que, valga la verdad, y dicho sea con el respeto más grande, suelen hacer el oficio de embutido por nobles y alisonantes que sean. El epíteto que pinta, ó el epíteto que canta son elemento esencial de la poesía, pero el epíteto que hinchia, el epíteto-viento, ó el epíteto-paja, pelote, etc. etc., es un defecto... que abunda no solo en los Cantos del Sr. Oyuela, sino en los mismos grandes poetas españoles modernos á quien ostensiblemente sigue á imitar el escritor americano.

El Sr. Oyuela debe de haber leído mucho á nuestros poetas del siglo XVI y del XVII, y ha hecho muy bien y Dios se lo ha pagado dando á muchos versos del poeta argentino algo de la fluidez, elegancia y riqueza armónica de la expresión poética antigua; pero además el Sr. Oyuela debe de admirar mucho á Quintana y su manera de decir y á otros vates españoles que siguen el estilo de Quintana. Y esto no lo paga Dios. *Intelligenti pauca*. Quintana es un gran poeta... de los que á mí no me parecen muy grandes.

Era sin duda un gran retórico, en el más noble sentido de la palabra; un pensador y un patriota; un orador... en verso de mucha elocuencia; un estilista castizo... muchas buenas cosas más. Pero su poesía, en general, es de la que Carlyle opina que no debe cantarse, ó por lo menos de la que no hay para qué se cante.—Ni Carlyle al decir esto tuvo la pretensión de que todos extendieran su idea hasta el fondo, ni yo al repetirlo me prometo mayor propaganda. Hablo así por impulso irresistible de sinceridad.

Donde menos disculpo al Sr. Oyuela su prurito quintanesco, es en las poesías que se consagran á la naturaleza; la hinchazón, el *desorden pidárico* (7), los saludos líricos y demás recursos de la oda de guardarropa, pueden tolerarse cuando se trata, y, gr. de cantar... al que llevó la vacueta á las Américas; ó cuando hay que mostrar *júbilo* y *contento* porque llega un rey ó un diputado ó el *primer tren* al lugar de residencia del poeta; entouces se sufre aquello de...

«Ois! Vago rumor puebla el espacio...»

y lo otro de

«Dejadme que cante...»

y lo de

«Oh, tú, que...»

como ya no notaba. Háme, pero lo que no se puede tolerar es que para *describir ó cantar* ó lo que sea, una cosa tan importante como el Niágara, que es una belleza seria, real, se diga así, como dice Oyuela:

«Salve, estupendo Niágara! Hijo errante de las comarcas argentinas, donde, émulo tuyo, se abalanza el Guaira, llevo á tí y en su nombre te saludo y mi suprema admiración te rindo.»

Ya está mal eso de saludar á un río, y mucho peor está lo de traerle una visita de parte de otro río. Está uno figurándose una tarjeta del Guaira que dice:

«B. L. M. al Niágara su colega y afectísimo S. S. El Guaira, río Argentino, y tiene el honor de recomendarle al Sr. D Calixto Oyuela.»

No pretendo yo, Dios me libre, burlarme del señor Oyuela, ni aún como poeta, pues en él hay muchas cualidades de artista; pero sí me burlo y me río de ese sistema pseudo-poético y pseudo-clásico de tratar á las maravillas de la naturaleza como si fueran personajes de muchas campanillas y amigos de reverencias y etiquetas.

No soy enemigo en absoluto, es claro, de la *prosopopeya*, más para que ésta no se convierta en... *prosopopeya*, según el sentido familiar de la palabra, es necesario que se emplee con mucha prudencia y oportunidad, teniendo en cuenta que hoy ya no creemos comunmente, en mitologías físicas, en encarnaciones naturales de los principios cosmogónicos. El gran sentimiento de la naturaleza, según los modernos, según los Chanteaubrian y los Humboldt, por ejemplo, necesita en la poesía formas de más profunda y más sincera expresión que las personificaciones y otras frialdades, como diría Quintiliano.

Todo esto lo sabe mejor que yo el Sr. Oyuela...

pero lo olvida al imitar sin querer á ciertos poetas, más dignos de respeto que de imitación.

CLARÍN.

2 junio 1892.

(Prohibida la reproducción.)

336 El Liberal (Alicante), n. 1.867, 7 junio, 1892.

PALIQUE

Nuestro Teatro Crítico.—Año II.—Núm. 18.

Resumen: Nominativo.—Ego.

Genitivo.—Mei.

Dativo.—Mihí.

Acusativo.—Me.

Vocativo.—(Caroco, pero ya lo inventará D.^a Emilia)

Ablativo.—Me.

[No le parece á la Sra. Pardo Bazán que no se debe contri-
buir á sabiendas á torcer y menos á empoqueñecer el sentido de
las palabras?

Ella, que es tan bien hablada, ¿por qué sigue al vulgo en eso de
llamar éxito al bueno exclusivamente? ¡No cree que se puede de-
cir que un drama tuvo *mal éxito* lo mismo que se puede decir que
lo tuvo bueno?

Pues siendo así, ¿por qué dice en el número 18 de su *Teatro*

(i) Dióptanes V. E. si no se escribe así su apellido; pero, amigo, es tan difícilísimo...

Crítico (p. 87) que el drama de Sellés tuvo *éxito completo*? Tener
éxito completo es salir completamente, y nada más, y el *Garbano*
negro, por ejemplo, también tuvo un éxito *completo*; un éxito
completamente malo.

Si D.^a Emilia habla así, ¿cómo van á hablar los ratas del im-
presionismo?

En otro número de su *Teatro* decía D.^a Emilia, así en tono, que
se había descubierto que *El alcalde de Zalamea* no era de Calderón,
sino de Lope.

Tanto valor doy á las palabras de la D.^a Emilia, que, a pe-
sar de saber yo lo que habla en el asunto, para mayor seguridad
consulté con persona peritísima y... claro, lo que yo decía lo que
sabíamos todos sin que D.^a Emilia lo descubriera y lo dijera de
modo tan crudo y en rigor inexacto y muy alarmante. *El alcalde*
de Zalamea, el gran alcalde, que todos conocemos y admiramos,
es... de Calderón. Lo que hay... es lo que sabemos *cuando* lo
Lope también tiene su *alcalde de Zalamea*, que según Menéndez
y Pelayo, *que le ha leído*, no llega ni con cien leguas al mérito de la
joya calderoniana, aunque es obra recomendable, y en la que ya
aparecen bien dibujadas las principales figuras. De modo que...
penas hay diferencia entre la realidad y la afirmación quasi es-
camileña de D.^a Emilia.

La cual ahora le anda con los huesos á Quevedo; con intención
de examinar un libro publicado hace seis años, por un francés de
Tolosa.

D.^a Emilia es muy aficionada á la erudición barba, de hazar, y
de vez en cuando echa su cuarto á capadas en peligrosas mate-
rias históricas.

Dígame si no en última conferencia acerca de los franciscanos,
en la cual, según los papeles, hubo sapos y culabras...

En cuanto á su *San Francisco de Asís*... y lo dice algún día
también.

¡Y pensar que en poco tiempo que la Sra. Pardo Bazán escri-
biera nada menos que la *Historia de la literatura española*! Afor-
tunadamente no falló quien lo advertiera en tiempo y con circun-
stancias que no debia meterlo en camisa de once varas...

A Quevedo lo trata con excesiva confianza, casi con desdén, y
hasta con cierta cojería que muestra esta señora (tan discreta
como cosa, en cuanto artista) contra todo lo que sea chiste, sátira
aguda y salada. De buena á primera vista al gran D.^a Fran-
cisco idealidad, cuñehos, *primeras materias* poéticas, en suma.

Es decir, es va D.^a Emilia al extremo opuesto de la falta de
que Florentino Sanz nos ofrece en su *Quevedo romántico, hunc-
riata*... en pista, absurdo.

A primera vista, el *Quevedo* *veridadero* no se parece al de don
Emilia... pero mirando bien, y sabiendo leer entre líneas, y ver-
rir los productos del ingenio moduro á las raíces que en el cora-
zón y en la mente juveniles deliraron de tener aquellos grandezas...
se penetra en el alma del gran satírico y se ve que valió, aun
como *idealista* y *soñador*, más de lo que la Pardo piensa... y más
que esos bohemios á quien ella le concede más *lirismo* y facilidad soñá-
dora.

Por último: ven en el núm. 18 del *Teatro Crítico* una afirmación
que me parece una gran herejía moral: según D.^a Emilia, el es-
critor está *menos obligado* á la abnegación, á la caridad, que otras
personas. D.^a Emilia cree que la caridad puede ser objeto de una
profesión especial, y que las personas que tienen por oficio la
caridad están más obligadas que nosotros, los demás, á ser cari-
tativos.

¡Qué serie de errores y de horrores morales y jurídicos!

Si estuvieramos en aquellos tiempos en que D.^a Emilia y yo
nos cartábamos, ¡qué de cosas le diría por tanñas atrocidades
éticas!

¡Tapa, tapa!

CLARÍN.

EL ÚLTIMO PALIQUE

Amigo Sinesio: Al separarme de la redacción de MADRID CÓ-
MICO, creo conveniente para mí, y aun para usted, declarar que no
es por vicio ni por fornicio, como dijo el otro; esto es, que no obe-
dece mi separación á malos tratos ni incompatibilidad de caracte-
res, ni á que yo no esté conforme con la *marcha política* del perió-
dico, etc., etc., etc.

Lo que hay es que parece que no, pero estos articulillos ligeros
me cuestan más trabajo que los *pesados*, y... denuncio el tratado.
Usted, aunque bien quisiera, dico que no puede tratarme como
nación más favorecida; de otro modo, que no puedo subirme el
suelo en la medida que yo pido. Y rompemos nuestras relacio-
nes... económicas, en espera del Revertor que venga á reanudar las
negociaciones. *Motus vivendi* no cabe; de modo que... hasta el *tra-
tado definitivo*... ó hasta el valle de Josafat, donde todos tendre-
mos el haber que por clasificación nos corresponda. Como una
cosa es la amistad y el negocio es otra cosa, es claro que seguimos
tan amigos como siempre. Si los lectores de MADRID CÓMICO vuel-
ven á verme por aquí, pueden decir para su colete: «A éste lo
pagan más que antes.» No hay más filosofía que ésta en el asunto.
¡Ojalá todos los asuntos que no tienen más que esa filosofía se
trataran con la misma claridad!

Siempre ayo,

CLARÍN.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE

Si la literatura tuviera facetas (los tiene) sería sencillo agardar, más era la ocasión de romper unos cuantos con motivo del Centenario de Colón.

Todo lo habían profeso... no faltaban más que las letras y... se abrió el Congreso literario.

Y lo primero que hizo así... nombrar presidente honorario a D. Antonio Cánovas del Castillo.

Qué dirán los extrajeros... que no sean a su vez Cánovas ultramarinos.

A cualquieres es la ocurrencia que no materias literarias los que deben tener los literatos. Pues no, señor. Una gran desdicha de honor! Para el que manda, para el jefe del Gobierno. Esto se concebía al el concurso literario estuviera hecho para la Gaceta y los Boletines oficiales... (No hubiera sido más natural adjudicar la presidencia de honor a un hombre de las letras, a un gran hombre erista de la palabra).

No estaban ahí, por ejemplo, Zorrilla y Castelar? Y como si fuera poco un presidente honorario, allí van otros dieciséis.

Ahora, dirá el lector, ahora vendrá la lista de los escritores emblemas... ¡Pa! Les demás presidentes honorarios se llaman así: Sáenz Peña, Ballata, Mont, Caro, Rodríguez, Reina Barrón, Leiva, Díaz, Lacasa, Ricober, Morales, Ezeta, Ibarra, Herrera y duque de Vergara.

Ellos serán grandes poetas, grandes novelistas, grandes historiadores... pero yo no conozco más que a D. Miguel Antonio Caro, literato eminente de Colombia, y al duque de Vergara, eminente niño de los parientes de Colón, pero nada Cervantes.

A esta señora, se me dirá, se los ha nombrado presidentes honorarios porque son presidentes de las repúblicas hispano-americanas... con excepción del duque, a quien se habiendo podido honrar antes, porque todo lo precedía Colón, se le quiere contentar ahora metiéndolo a literato.

Pero contesto yo. En ese caso, ¿qué pito toca ahí Cánovas? ¿La cabeza de tanto jefe de Estado? ¿Es que se cree el tanto como el Sr. Ezeta, poder moderador de toda una república? Si se trata de poner honorariamente a la cabeza del Congreso a los jefes de los Estados, haber empezado por Alfonso XIII y por la Reina Cristián, que serán probablemente tan literatos como el Sr. Mont o el Sr. Rodríguez, y no han escrito, no tienen sobre su conciencia ninguna *Responsa de Huesos*.

Pero, además, ¿no es lo que de meter en Congreso literario a los jefes de los Estados. Perdicame un acto de adulación y de utilitarismo mal comprendido. Se dirá que como se quiere dar eficacia al resultado del Congreso, principalmente por la que toca a las relaciones de propie-

dad literaria, por eso... Pues replico, que los jefes de los Estados pueden darse por ofendidos, porque se deja entrever que se les creará más favorables a los propósitos del Congreso con ese dedado de mal. ¿Qué persona sería, qué hombre de Estado se ha de mover a procurar el bien de su país y de los países amigos por el alejante de que le hagan literato honorario? No basta con que lo que se pide sea útil, convenientemente, justo?

Y sobre todo, ¿qué pito toca ahí Cánovas? ¿La jefe de Estado? No. ¿Es literato? Si... Pero más le valiera no serlo... Lo mismo podía ir a Madrid, Sevilla, o también a escribir, y tampoco se poder moderador.

Ahora va la mesa efectiva. Presidentes: D. Gaspar Núñez de Arce. No tengo nada que decir. Es decir, si tango, que más le valiera a D. Gaspar dejar solos a los ge-

nerales y capitanes del Congreso y dedicarse a las *terceras propias de su sexo*, quiero decir, a escribir versos. Segundo, Obispo de Salamanca. ¡Protesto! Es un hablador mitrado, el autor de las *Hermonías* con b. llanas de disparates, plagios y pretensiones. ¡Fuera así! Eso no es literato. Es un apócal como pudiera serlo el Sr. Palos, presbitero, si le hicieran obispo. Escriba el señor Palos una armonía, no ya con b, sino con jota, y mirará así: «*Jermónas de la ciencia y los 5.000 duros de sueldo.*» ¡Fuera Mir! A Mir no le queremos. Tenemos Moisés, tenemos Bala y Fará, tenemos, sobre todo, Zefelinos González, gloria real, cada uno a su modo, del aplacado español. Mir, no. Mir es un Bosch tonterado, un hombre vulgar que ha modrado por serio. ¡Fuera! ¡No más Fables! Más presidentes: tercero, cuarto, etc., etc.: Almi-

DON JUAN Y DOÑA NÉS



1.—No se me ocurre un requiebro distinguido, una frase...



2.—¿Bendiga Dios esa cara de cielo, de sol, de...

LA CARICATURA

7

3.—¿Hablabas usted conmigo?
—No; hablaba solo!

rante Chacón; pero señor, cuando parecen los hombres de letras? ¡General Serbelli!—Antiguamente los Aquiles y Hectores hacían poesía épica, pero no la escribían;

ahora los Aquiles y Hectores son poetas de la escuela de reserva. Quinto Presidente: D. Vicente Riva Palacio, ministro de Méjico. Lo que es de este no se puede decir

que no escriba. ¡Redidá así escriba! También en general... Como que es el tan conocido general Riva Palacio; uno de los hombres más activos que han nacido de madre. Además le protege el pabellón mejicano. Siguen los demás ministros americanos hasta llegar a D. Miguel Colmeiro, rector de la Universidad de Madrid, y catadrático de ciencias naturales.

Entre el ministro de Santo Domingo, la isla de donde traje dos loros una señora, y el ministro del Perú, encuentro a un D. José Febresaray, que se cae de bueno y se deja traer y llevar. Y siguen los ministros alternando con Carvajal, Fabiá y Becerra.

Después vienen los secretarios del Congreso que son... naturalmente, los secretarios de las lagacologías... y al Sr. Cuencas, delegado de... ¡la capitán general de Burgos!

Pero, señores; esto no es un Congreso literario; ¡es un consejo de guerra! ¡Y querían que yo fuese al Congreso representando no sé qué!

¡Cá! ¡Para que me fusilen!

Clarín.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE

Acabo de leer varias revistas críticas-catalógicas, como si dijéramos en pedante, de los cuadros que puede ver el que quiera, y tenga ojos, en la exposición de pinturas que se ha inaugurado sin más que una inauguración-pistama.

Observo, con gran satisfacción, que la nota que más abunda en las calificaciones, es al pie de los cuadros respectivos poseen estos jorjados francos é espontáneos, así estos discretos.

Como los cuadros no cabe que sean discretos, es indudable que se trata de los mueros. Y como han usado cuadros, sin pretensiones, es al, pero enados, la mayor parte de los españoles en disposición, resulta que hay en estos cuadros de iberos y cultiberos discretos, lo cual nadie hubiera sospechado al ver lo que está pasando con el centenario y sus congresos y vanidades.

Parece que nos hemos vuelto locos ó tantos todos los españoles sin distinción de mueros; y sin embargo, no hay tal, porque á lo menos tenemos esos pintores discretos, que quedarán para semilla, concurriendo el buen sentido proverbial de la raza.

Lo que hay que hacer ahora es obligar á los pintores con discreción y equidad á cerrar la tienda de Teiianos, á dejar el arte por el arte y por lo que se sigue, tratándoles con un saludable (también hay cuadros saludables) con un saludable despectismo, ni más ni menos que si fueran librepensadores de congreso chico. Y después de quitarles los trastos de pintar con arte y discreción, los convertimos en macas, y al seno de la comisión con todos ellos: es decir, los encargamos de todos los congresos del centenario, desde el espiritista hasta el más pintado.

Porque no sobrarán en ninguna asamblea de esas los discretos caballeros, que han llenado de rojo y gris tantas varas de tela, ó de género, como decía un indiano.

Aquí andamos. La discreción se refugia en el ardo de Apelles y de la señorita una tal (galicismo) *(bodegon, discreto)*.—Y en cambio, en vista ó en oidas, de ciertos discursos intransigentes, violentos ó meramente disparatados, va haber que decirlos á varios obispos de Mechoana y á varios catadráticos in partibus Pidioti, que son jugones (tecnicismo cursilopictórico) y savos, pero que empastan ó empastelan mal, y abusan de las manchas y del impresionismo, y que se pasan de prafacitistas, tanto que casi parecen vanguardios y contemporáneos de aquellos reyes que acababan los ojos, y aun las entrañas á los parientes y se quedaban tan itreos y tan arrianos, ó lo que fueran.

Confieso con dolor, que en general, el espectáculo de los Congresos me parece deplorable; y creo que, casi casi hubiera sido preferible obsequiar á los extranjeros con muchas corridas de toros, donde á lo menos habría diestros de veras, que no se contentarían con ser discretos.

Los congresos que no responden á grandes necesidades científicas, económicas, etc., son otras tantas sugerencias para la semicloria de tantos y tantos desgraciados y desgraciadas, que tienen el murrito de los grandiosos ideales y de la exhibición egoísta.—No quiero citar nombres propios, Dios me libre, pero desde el que pasa en esta barca, puedo decir, desde el Congreso de Peridols y demás gente de clerencia, hasta el pedagógico, todos han servido para exaltar fanatismos y vanidades. (Y esto no es negarles otros aspectos de indudable utilidad).

He ahí, por ejemplo, á algún periódico muy sensato, prudente y benévolo creerse en la necesidad de calificar á una señorita (á una señorita!) de... un tantico pedante. ¡Pobre criatura! ¿Qué abnegación la ayra, qué golpes tan aspero! Si que sería pedante; pero, ¿qué culpa tendría el que se dedica a una vida de inocencia, ingenia, candores, sensiblería, servicia, histórica; habría crecido entre mimos y lisonjas, en un medio pedagógico (!) en que predominaría la idea de la igualdad de los sexos para todos los trabajos intelectuales, se creería sabio... y sería á pesar de esto dulce, buena, pura... y bueno que llamara pedante a los otros de molde! ¿Por qué? Por culpa de un congreso. Sin el congreso esa señorita hubiera llegado en la santa oscuridad á los días de los desengaños, en que generalmente la mujer española, la mujer cristiana, se convierte en una martir del deber, de honor, sacrificada sin esperanza de recompensa en la tierra, sin que nadie para míritos en el gran sacrificio y en el gran mérito de haber sido educada por el mundo y las preocupaciones para ignorante, para fanática, para coqueta, para mueble de placer y de lujo, y para esclavizada, por fuerza interior, herencia, ó misteriosa influencia tal vez divina, á convertirse en alma sublime que salva un hogar, que guía otros espíritus por la senda oscura de la idealidad, que resiste tentaciones, que renuncia á la hermosura y á su reino; que, educada en el materialismo de la aclaración de la forma, se ve en el espejo arrugada, sin expresión de las sublimidades que lleva dentro, y tiene que improvisarse un espiritualismo consolador, una teoría platónica de abnegación, de virtud secreta... y todo esto con el gusto intelectual de folletines absurdos y deficientes devocionarios.

¡Oh! Al llegar á esta ocasión ya sería esa señorita á quien hubo que llamar pedante, cuán poco significaban todas sus noticias de oratoria de Centenario comparadas con el mérito de su humilde virtud, de su misión de mujer española, cristiana, no redimida por el bacillera-to, pero sí por Cristo.

Que la mujer debe instruirse es indudable.

Pero instruírsele como al hombre, solo se le ocurre á quien vive sumido en el pedantismo mediocre y medio bárbaro, que tiene brutales soluciones para todos los problemas del cielo y todos los de la tierra. ¡Y por el cual padecemos estos Congresos espiritistas, libre pensadores y periolotescos!

Es muy fácil no austarise porque haya en una nación veinte, cien, mil señoritas bacilleras y doctoras. Hasta ahí puede tener gracia, y sobre todo pimienta.

Pero dígrese que, como sería natural y justo, todas las mujeres, con posibles, quisieran ser médicas, abogadas, perio-

distas, ingenieras, catadráticas, etc., etc... como quisieran todos los hombres.

—¡Oh! ¡cómo se echaría de menos entonces una carrera que debía seguir la mujer!

La carrera de mujer como eran casi todas, antes de haber tantas carreras para las mujeres.

Ha dicho Rana que es muy fácil ser discreto mientras la mayoría de los hombres sigue siendo creyentes.

Pero los digo á esos señores, que van á los congresos á aconsejarse á las señoras que se doctoren: ¡Oh! ¡qué fácil es balancear una vanidad femenina, teniendo en casa una madre, una hermana, una hija, una hermana cha padra (y bien cha padra, como mueble de gremio honrado), cha padra á la antigua!

Que en la educación de la mujer hay que hacer mucho, es claro.

Pero ninguna educación puede empeñar por obstruir la naturaleza del ser á quien se pretende mejorar educándole.

La educación hombruna de la mujer, que se nos ofrece hoy por hoy (sin más que ciertas variantes formales), no es una solución del gravísimo problema que nuestras generaciones, tan poco adelantadas aún en psicología, sociología y... metafísica (!), deben contentarse con dejar bien planteados.

Y a se yo que á la señora Pardo Bazán le es muy fácil, y hasta muy agradable escribir una Memoria aconsejando á todas las damas que sean tan listas y tan instruidas como ella; pero la cuestión que tan sin temor del misterio y de Dios dan por resuelta ciertos pedagogos filastro-pinecos es mucho más difícil, más honda y más del porvenir que ellos pueden figurarse.

También es muy hacendoso llamar trivial, superficial, anticuado, *misero*, á quien se opone á la emancipación intelectual (!) de la mujer, y sobre todo si lo hace como yo, burla burlando, en un palique.

Pero, hoy por hoy, y mientras no se ofrezca idea más elástica, más ática que el ejemplo, nada estudiado, de ciertas costumbres *yankers*, casi así prefiero á lo que pueda decir la Pardo Bazán en su Memoria, lo que decía Moliere en sus *Femmes savantes*; aquella comedia que escribió para perseguir á las amigas preciosas, las cuales, temiendo al Fideleul, por huir de la sátira que había herido á las cultistas literatas, se habían refugiado en la sociedad de la filosofía y de las ciencias. Y decía Moliere:

El les femmes-docteurs ne sont point de ma gent,
Je con-viens qu'elles font un des charmes de l'art;
Mais je ne les tiens point la passion chaquante
De se rendre avant que d'être savante;
Et j'aime que meurent, aux questions qu'on fait,
Elle sache ignorer les choses qu'elle sait.
De son étude enfin je veux qu'elle se cache,
Et qu'elle ait de savoir sans vouloir qu'on le sache.
Sans élever les auteurs, sans dire des grands mots,
Et cloquer de l'égypte à ses voisins profets.

Como se ve, Moliere prefere ya á la bacillera la mujer... discreta... como los pintores malos y muchos de nuestra Exposición.

CLARIN.

LOS AÑOS



ni va un soneto
del hombre que
so me incomo-
daba porque yo
decía de él que
no era más que
medio poeta.

«Yo los miré llegar con alegría
cuando niño y feliz me contemplaba,
y en los bigotes y en el fraso soñaba
que eran chaqueta y boso todavía.»

Primo: no se sabe si llegaron los años
con alegría ó si los miró con alegría.
Segundo, parece que los bigotes eran cha-
queta y el fraso boso; y aun suponiendo el
buen orden que no hay, tendríamos un
frase... que era chaqueta todavía. De modo
que le salieron después los faldones.

«El bien con sus encantos me atraía,
la fortuna mis ojos deslumbraba
y en el fuego que oculto germinaba
mariposa de amor me consumía.»

Un poeta entero no habla de los en-
cantos y de la atracción del bien, así tan ta-
bstracto, porque el bien, por decirle de ma-
nifesto, no dice nada... poético, que habla
de la imaginación. ¡Los encantos del bien!
Eso lo dice un Fábri, no un poeta.

Pero después resulta que el poeta no
sabe lo que es bien, porque dice:

«Del bien probé las dichas y los daños,

LA CARICATURA

No puede ser. Usted dispense, pero no
puede ser. El bien no tiene daños: ó no
hay daños ó no hay bien. Este llama bien á
otra cosa, al placer, por ejemplo... en fin,
allí usted; pero no es verdad que haya
probado usted ni nadie los daños del bien.
«y hoy de la edad, sufriendo los rigores,
sufro cómo se pierden con los años
cabellos, esperanzas y aereos ares.»

¿Y de perder acreedores se queja usted?
Además, con los años no se pierden los
acreedores si no se les paga. ¿Como usted
no aluda á la pre-cripción? ¡Bueno! ¡Bueno!
¡Qué poeta! que hay que no. mueras abo-
gado para que les salve los disparates!
¿Quién ha de creer en la sinceridad de
esta poesía, si dice el vato que es un rigor
de los años el quedarse sin ingleses? Cien-
rín, en su tratado *De senectute*, enumera
muchas ventajas de la vejez, pero no topó
con esa de que se le olvidan á uno los
acreedores como los dientes y el pelo.

La *Epoca*, no queriendo ser menos que
los periódicos populares que han publica-
do extraordinarios de lujo, nos regala un
suplemento de puerilidades y simplicidades,
dedicando por lo visto á los niños tontos
de nacimiento.

Deja á los niños que vayan á La *Epoca*.
La parte poética se la encarga al ex-
celente C. F. Meliaw, el cual dice muy sigiloso:

«Pero yo que voy contando
por heridas las jornadas.»

¡Pobres niños, debe usted de estar escribi-
llano! ¿Pero por qué no avisa á la policía?
También su corregidorario de usted
Castellán cuenta las jornadas... por sillitas.

La *Epoca*, en este suplemento Infan II, se
burla varias veces de Joaquinito Rodajas.
Pero La *Epoca*, ¿no sabe quién era Joa-
quinito Rodajas?

Lo que dirá ella: «Joaquinito muerto
gran lauzada.» ¿O será el despocho de la
caída?

Y dice además La *Epoca*:

«Niños, cuando yo era como vosotros,
no había quien pudiera aguantarme.»

Pues crea que por ella no pasan años.

Dice La *Correspondencia Militar* que el
Presupuesto de la paz es una tentación del
Sr. Castelar.

Y este modo de calificar le parece muy
gracioso á un colega.

Efectivamente; Castelar pasa por tonto
aquí y en todo el mundo.

Pero á tantos gráficos le ganan otros.
Millares y millares.

La señora Pablo Bazán, la *Inestable*
Emilia, como la llama D. José Zorrilla en
su última poesía de *El Libertador*, nos pone
las penas á cuento á los liberos, y le dice
á Sagasta que no le basta ser llano y

amable, porque con eso no se gobierna, y
que lo que necesita y no tiene es talento
de economista, estadista, etc., etc.
¿Qué le habrá hecho Sagasta á la in-
estable señora? ¿El la tendrá enfadada por
no haberla *escuchado*?
Comprenda la ilustre abogada de la
emancipación *emancipada* de la mujer, que
el encallado no es propio de quien aspi-
ra á toda Independencia.
Y además ¡para lo que tardaría ella en
salirse de sus casillas!

El tan asendereado P. Blanco García
ha vuelto á sacar los pies del plato ó de
la celda, y los ha dejado escribir una por-
ción de vulgaridades acerca del tema del
arte y la ciencia. Y, en efecto, el ilustre
crítico que no sabe conjugar; lo primero
que dice en esta su segunda salida es
que... la arena es frágil. Parece mentira
que no sepa el solitario del Bazar lo que
es la arena. Frágil puede ser un monje
que los dempuados novelas de Peirelón;
pero la arena no tiene molinos para ser
frágil. Frágil es lo quebradizo, lo que

fácilmente se rompe en pedruzcos, como el
vidrio, el barro, dice la Academia. Pues
arena... es insolvente en punto á quiebras.
Además crea el P. Blanco que, sobre
arena no se pueden edificar cimientos de
dos. También está equivocado. ¿Hay arena
que no se hunda? ¿Hay arena que no se
hunda? ¿Hay arena que no se hunda?

Y aquel P. Curros, ó Cubos, ó M...
guels, ó como fuere, al que escribía
á los trenes sacudidos de Sorin, ¿cómo
está? ¿Ha cerrado ya? ¿Se lo acenó
la pluma?

¿O cree que nos hemos olvidado de él?
¡Qué hombre! ¡Nos vendría tan
bien un epopeya suya para distraernos y
ver los sueltos filantrópicos de los
que los guioneros que nos suspenden
lamental!

¡Yo le premio al agustino que me
objeto de arte, por ejemplo, la *Legión*
Inglés... de Fábri, si me escribe una
gracia, pero la de ser *amido*, á la
deparación del Ayuntamiento de P...
Miro que si no le encargo á Fábri, le
caizado hasta el pescuero.



CALINO ÍNTIMO

«Postdata.—Ten cuidado antes de abrir la carta y fíjate el sobre está intacto, por
que pudieran haber robado el billete.»

LOS HOMBRES DEL DIA

NUESTROS CRÍTICOS, POR CILLA



ANTONIO DE VALBUENA.



LUIS VIDART.



ANTONIO PESA Y GOSI.



FEDERICO BALART.



LEOPOLDO ALAS (*Clarín*).



EDUARDO BUSTILLO.



MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.



PEDRO BOSFILL.

HACEN bien los periódicos populares honrando la memoria del gran poeta español con el homenaje más digno de su gloria, á saber: el tributo de alabanzas que le rinden sus contemporáneos más ilustres y compañeros en el arte que le inmortaliza.

Las palabras de Castelar, á la cabeza de un número de *El Imparcial*, son pocas, pero elocuentísimas; dignas del sublime poeta y del sublime orador, los dos patrio-

tas artistas por excelencia. Zorrilla y Castelar resumen la historia poética de la segunda mitad del siglo XIX, son nuestra anopeya española viva. Si, viva, porque, como dice Castelar, el tránsito de un genio cual Zorrilla, supone inmediata resurrección, como la que se celebra en Pascua á las pocas horas de llorar la iglesia la muerte del Salvador.

Estos muertos, ya inmortales en vida, pesan inmediatamente sobre las constelaciones

como la cabellera de Berenice; y, por si no pasaran, ahí está doña Emilia Pardo Bazán que se toma el cuidado de decir que Zorrilla no es el sol, sino una de tantas y tantas estrellas. Bien, señora; *sed, non erat hic locus!* Todos sabemos que una persona tan culta como usted, sabe de muchos más poetas que el poeta español que acaba de morir; pero esta es ocasión de olvidar á los demás y hablar de éste.

Yo voy á solemnizar á mi manera la

risteza nacional que lamentamos todos, y voy á solemnizarla un poco á lo pagano: con un sacrificio; sí, sacrificando en el altar de la verdad ciertos miramientos.

Doña Emilia Pardo tiene la pésima costumbre de hablar mal de los muertos, ya sea francamente, ya con rodeos. Cuando murió Cañete, la señora Pardo le maltrató con desdenes y eufemismos crueles. Ahora muere Zorrilla, y en dos partes le da lanzadas que no verán los míopes.

Verdad es que Zorrilla acababa de decir, en la última poesía que publicó, «la inevitable Emilia», y es claro que lo que Zorrilla haya dicho en sus últimos versos que dará. Sí, cuando ya nadie en el mundo se acuerde de *La Tribuna*, ni de Marinada y quien la inventó, ni mucho menos de los sistemáticos asalariados con lisonjas que la Pardo tiene á su devoción para alabar en los periódicos, todavía se preguntarán las gentes quién sería aquella Emilia inevitable de quien hablaba el poeta. Y se pensará que muy inevitable debía de ser cuando un hombre tan bueno, tan suave, tan enemigo de rencillas literarias la calificaba así, y *nominativa* en una revista en que de todos hablaba bien menos de ella y de Cánovas...

A propósito y antes que se me olvide. Cánovas también se venga de Zorrilla; Cánovas que se mete en todo, que escribe pensamientos en la punta de una aguja, no ha dicho nada ahora ni ha presidido nada para honrar á Zorrilla. ¡Oh, corezones magnánimos! Rivalidades del oficio.

Volvamos á doña Emilia: ésta se ha vengado del epíteto de marras, primo en el teatro crítico aconsejando á un poeta que no imite á los románticos del tiempo de Espronceda, porque todo aquello está

mandado recoger. Según doña Emilia, *El capitán Montoya* y *Margarita la Tornera*, son leyendas demodées. Así dice.

Pero la gran venganza la reserba doña Emilia Pardo para el artículo necrológico que *El Imparcial*, inocente, le encargó el día que quiso solemnizar la memoria de Zorrilla. Aquí te quiero escopeta, ó ruca, se dijo la ilustre gallega, y mientras los demás literatos ponían al poeta por las nubes, ella le ponía en ridículo, y en vez de lamentar su muerte, lamentaba que no se hubiera muerto hace una porción de años.

He visto pocas cosas más repugnantes y más odiosas que el artículo de doña Emilia á que me refiero.

Empieza por hablar mas de sí misma que de Zorrilla; sigue maltratando á Ducacal, también difunto; acusa de ingrato á Zorrilla indirectamente, pues lo primero que dice de él es que ella le agasajó en su casa de la Coruña, le cubrió el camino de flores... y aquí se sople para el contraste lo de «la inevitable Emilia».

Después, fingiendo lástima, nos describe á Zorrilla contratado con exclusividad para recitar versos, como si fuera un fenómeno de feria.

Y, por último, dice que más valiera que se hubiera muerto mucho antes para no verse obligado á vivir tantos años de su vejez, «arrastrando la pluma y las alas».

Rato es sencillamente un insulto.

Y un insulto á un muerto; y á un muerto ilustre, gloria de España.

¿Arrastró la pluma Zorrilla? Que lo pruebe la señora Pardo. Ciertamente en las poesías de estos últimos tiempos Zorrilla, por querer seguir corrientes extrínsecas á su

genio y estilo, á veces incurría en defectos algo semejantes á los de Víctor Hugo en su última época, y además eran algunos versos suyos de este tiempo prosaicos; pero ¿ese eso arrastrar la pluma? Además, entre esa prosa brillaba á lo mejor y á menudo la más delicada y sincera poesía, aleccionada por una larga y evangélica experiencia de la vida. En la misma composición en que llama á doña Emilia inevitable (é inevitable se queda para siempre) hay entre mucha hojarasca prosaica rasgos hermosos, y al final un arranque lírico digno del mayor poeta.

¿Arrastrar las alas! ¿Por qué? ¿Dónde? Y aunque todo eso fuera verdad, que no lo es, ¿eres la señora Pardo que era esta ocasión de decirlo?

Venganza femenil.

¿Pues si doña Emilia hubiera oído al monstruo!

Lo menos le llamaba poetaastro.

Lo que es si piensa emplear iguales represalias en toda ocasión, vaya preparando las necrologías de Valera, Menéndez y Pelayo y Castelar (por si les sobrevive), y vuelva á decir, de ellos lo que me decía á mí en cartas que conservo (y bien serán unas ochenta)..., porque, créame, que lo merecen ni más ni menos que Zorrilla.

El que más y el que menos la tiene por inevitable; no, y además lo dice.

El que más y el que menos la compara con la Nevada, es el único gran escritor á quien no he oído hablar muy mal de la señora Pardo.

Que de tan pardo va pasando á castaño oscuro.

Las cosas claras.

Clarín.

Hay quien dice que nosotros los castellarinos no tenemos independencia de ningún género y que no hacemos más que repetir las palabras de nuestro jefe.

No es verdad. Y el Sr. Pulido, candidato á la diputación por Murcia, acaba de demostrarlo en un manifiesto á los murcianos.

A ver si hay quien diga que el párrafo siguiente está tomado de Castelar:

«Se llevan mis ojos, dice el Sr. Pulido, el deleite de un cielo puro y hermoso y los panoramas de orientales vegas; y se llevan mis oídos la dulce voz de vuestras mujeres, bellas entre las más hermosas de España, cuyo timbre argentino y suave ceseo parecen encesar las melodías de la lira griega y de la dulzaina morisca que aquí resonaron algún día.»

Ni esas vegas orientales, ni esa España con ceseo y con timbre de plata son cosas impuestas por el Sr. Castelar al Sr. Pulido; y yo, castellarino de los más ortodoxos, y por consiguiente de los más republicanos, declaro que no me hago solidario del deleite de un cielo puro que se llevó el Sr. Pulido de Murcia. Más diré, soy muy parti-

dario de la evolución, y opino que con el Sr. Pi no se puede ir á ninguna parte, mientras se empeñe en que tarde ó temprano pactemos; pero otra cosa es que yo, enemigo de los actos de fuerza, apruebe la conducta del Sr. Pulido, que va á por votos y se lleva panoramas de vegas orientales. Pero soy democrata de toda la vida, ó de casi toda; las vegas no son orientales sino *secundum quid*; por que tal vegu hay que con respecto á un sitio es oriental, y con respecto á otro es occidental.

Yo estoy seguro de que el Sr. Castelar no pretende imponernos á sus partidarios el dogma, inventado por el Sr. Pulido, de que España tiene un timbre argentino y no ceseo que parece una lira morisca y una dulzaina griega, ó viceversa.

No, *in dubio libertas*, dijo el santo y dirá Castelar.

El Sr. Castelar no pretenderá imponernos la retórica del Sr. Pulido. Nadie más amigo que yo del presupuesto de la paz... pero sin dulzainas.

Y que no se me ponga en el disparadero.

Porque ya cuando todos éramos republicanos sueltos y empujados á formarnos núcleos yo contestaba á los que me preguntaban adónde me iba:

—¿Adónde? ¿Adónde no vaya el Sr. Labra!

Porque opino que con un hombre que dice tantas veces *si que también* no hay partido posible, y ya lo verán los centralistas, que no han de poder hacer vida de los vicios de dicción ó de palabras del Sr. Labra.

El Sr. Pulido es, como autor de manifiestos, todo lo Labra que puede ser un posibilista; pero con la circunstancia agravante de que en un partido que tiene por jefe al primer orador de España parecen muy mal los escritores que no saben escribir.

Los republicanos coligados, hasta cierto punto, creyeron oportuno dar un manifiesto y se le encargaron al Sr. Labra... y claro, al primer tapón unos cuantos solecismos.

Pues bien, yo quiero evitar que mi partido pueda dar el día de mañana semejante espectáculo.

Porque figurémosnos que queremos hablar al país, y por un olvido ó distracción de Castelar, se le encarga la redacción de nuestra soflama al Sr. Pulido...

[Yo desde ahora anuncio que no firmo lo del ceseo de España, y me guardaré bien de verter la última gota de mi sangre, ni aun la primera, en defensa de la atrevida hipótesis de que el timbre argentino de alma ucellosa parezca á la lira griega que habrá resonado, ó no habrá resonado, en Murcia.]

Antes me haré ultramontano que reconocer las vegas orientales. Todo esto lo quita que el Sr. Pulido y yo podamos pensar lo mismo, sobre poco más ó menos, en materia política, aunque no juraría que las razones filosóficas que á él le llevaron al castellarismo coinciden con las mías; pero de lo que estoy seguro es de que en el lenguaje oral y en el escrito el Sr. Pulido y yo disintimos, estamos separados por un abismo que no se salva ni con un puente como el que él quería hacerles á los de Murcia.

Tal vez algún día yo me presente á los comicios ó á los gobernadores para que me hagan diputado; y acaso, echando la casa por la ventana, publique un manifiesto.

Sólo un programa gubernamental, pediré orden y economías, pero la dulzaina morisca disfrazada de ceseo que yo me lleve en los oídos, que me la claven en la frente.

Yo creo que aquí el gobierno más oportuno es la república; la república que cuente con las clases conservadoras, que haga un concordato barato y pague á los curas con buena fe y poco dinero; creo que esa república debe tener por presidente á Castelar, que es la primera figura de la democracia española... pero al mismo tiempo creo incompatible la felicidad de la patria con los manifiestos de Pulidos y Labras.

[Oh, si Labra y Pulido quisieran hacer un partidito para ellos dos... y algunos otros que ya irán saliendo...]

[Qué manifiesto tan cuko les podría escribir Canalejas!]

Ese Pardo y Valle en grande.

[Grande en chico.]—Como procurará demostrar en un trabajo titulado: *Las terceras oposiciones de Canalejas*.

CLARÍN.

En un artículo de Madrid Cómico firmado por *Clarín* leo que no recuerdo quién se *á por* no sé qué; y como conozco las creencias gramaticales del articulista, me atrevo á declarar en su nombre que eso es *á por* no es cosa suya. Hay senadores y hasta académicos y cómicos ilustres que dicen *ir á por*; pero á pesar de tales autoridades, está mal dicho.

Un crítico que lo es porque otro ha tenido ocupaciones urgentes pero que piensa dejar el sagrado ministerio en cuanto el otro vuelva, declara bajo su interina responsabilidad que el Sr. Ballesteros se ha equivocado al usar *tuyo* y *meo* en calidad de consonantes.

Que tuyo y suyo sean consonantes no puede creerlo ni Carrulla, en concepto de *Pipi*, que así firma el crítico.

Si *Pipi* es el mozo del *Café*, como parece dar á entender el nombre, puede consultar con D. Eleuterio Crispín de Andorra y con don Hermógenes ó con el Sr. Moguel, y todos y cada uno de ellos le dirán que tuyo y suyo son tan consonantes como los que más; que no se puede ser más *consonantes* en este mundo...

¿Qué dice *Pipi*?... ¡Ah! sí; con gotas.

Pues anda, que un poeta, discreto y ocurrente por lo demás, se presenta y dice *aper omnia res*. Ya que se habla en latín, que sea como Dios manda. *Omnia* es adjetivo de terminación neutra y res es femenino...

Conque, entre críticos y poetas... la torre de Babel.

No falta quien tome en serio esta peliaguda materia de la buena gramática. Por ejemplo, un señor *Laguardía*: que en el *País* prueba que varios académicos faltan á las reglas de la Academia y cometen graves galicismos.

Pero el Sr. *Laguardía* me permitirá que le dé un consejo... no crea que son galicismos todos los que lo parecen, y mucho menos todos los que al bueno de Baralt se lo parecían. Baralt en esta materia no sólo era caprichoso, terco y exclusivista, sino que á menudo pecaba de ignorante. Por ejemplo: dice que *viabile* es galicismo, y no acierta con la verdadera etimología de la palabra, que es *vitalis habita*, hábil para la vida.—Verdad es que el diccionario de la Academia también la yerba y dice que la palabra viene del francés y así de *viz*, vida.

Muchas, pero muchas docenas de disparates: por el estilo se pueden señalar en Baralt, que daba palo de ciego y se equivocaba con mucha frecuencia. El Sr. *Laguardía*, siguiendo ese criterio estrecho, según el cual es galicismo todo lo que, aunque venga del latín, origen común, fué ó es usado por los franceses en alguna acepción traslativa que no emplearon nuestros antiguos escritores y empleamos nosotros, se mete en un callejón sin salida, en el que ya indicaba Horacio que había un peligro para la riqueza de las lenguas, y del cual nos aparta el ilustre *Lovisa* con muy buenas razones.

Y ¿por qué les manda el Sr. *Laguardía* á los académicos que no digan afrontar en la acepción de arrostrar? El diccionario los autoriza para emplear esa acepción, y hace perfectamente.

Hay que saber distinguir. *Preferencioso* nunca podrá ser castellano por motivos de fonética natural; *acnsar* en el sentido de *revelar*, *manifestar* (y algo más), no hay inconveniente en que lo sea, porque la palabra no es francesa, sino española, de origen puro latino, y la modificación metafórica que experimenta en tal acepción no signifi-

ficando lo mismo podemos *permitirnosla* (otro galicismo *falso*) los españoles que los franceses.

Y el diccionario de la Academia autoriza este uso figurado de verbo *acnsar*. Y hace bien.

En esto de la legitimidad de los vocablos, por razón de la casta, no hay que apretar á ciegas las clavijas.

Y menos clavijas como Baralt, que están mandadas recoger. En materia de idiomas y sus relaciones internacionales no puede haber tratados definitivos.

Lo racional es siempre un *modus vivendi*.

Y ya que hoy hablamos de *pequeñeces* gramaticales: Para esto de los traductores no hay Pirineos.

Nos quejamos de los truchinanes españoles... Pues un traductor francés que está *vertiendo* «Pequeñeces» en el *Journal des Débats*, dice que *bese los manos* es una fórmula de cortesía.

En todas partes cuecen habas.

CLARÍN.

PALIQUE

La suscripción para el monumento do Zorrilla adelante, aunque no tanto como debiera, y los periódicos nos dan cuenta de las juntas y de los trabajos organizados en varias provincias para tan patriótico fin, que Menéndez y Pelayo, en la hermosa circular (pocas circulares suelen haber hermosas) de la junta central, califica nada menos que de *propósito casi religioso*. En efecto, honrar la memoria de hombre como Zorrilla es servir los intereses de la más

pura y noble idealidad en aquella esfera tan alta que bien puede llamarse religiosa.

No entiendo así las cosas al parecer, la inevitable Emilia, la cual (la Srta. Pardo Basa) propone, según me ha dicho, que en vez de un monumento singularmente consagrado al autor del *Tenorio*, se eriga uno dedicado al romanticismo.

La idea es peregrina, además de ser diabólica, por lo malintencionada.

Dofia Emilia, para vengarse del epíteto que Zorrilla le *consagró* á ella en su última poesía (la *inevitable* Emilia), epíteto que es todo un monumento al naturalismo *mejor* de la lúctra palana de Mari-Hernández, no se contenta con decir que D. José anastró en sus últimos años las alas y la inspiración, sino que ahora quiere quitársela su monumento para convertirlo en cosa general, en que Zorrilla venga á ser uno de tantos.

Magnífica es, en verdad,
la idea del panteón...

¡Un monumento al romanticismo! Algo así como un *cuadro vivo*... algo que muerto, de piedra. Dígalo de una vez y declare D.^a Emilia lo que lo ella quiere, sea una fuente monumental en que Espronceda, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Zorrilla, y puede que Larrañaga y D. Heriberto García de Quevedo, estén echando agua por la boca en calidad de tritones. Una fuente de vecindad donde las marionetas resultan, de camino que van á coger agua, aprendan lo que fué la escuela romántica española.

Se necesita ser el Dante ó un *biógrafo* D.^a Emilia Pardo para figurarse monumentos como ése, donde en piedra ó en bronce estuviera representado todo el romanticismo español.

El romanticismo no es nadie, D.^a Emilia: es una palabra, un nombre vago, un término técnico, para entendernos; y los monumentos se levantan á las personas, á los *héroas* y á las grandes ideas humanitarias que han sido fecundas positivamente en la vida, meditando... héroas también.

El romanticismo no merece monumentos, y si los mereciera habría que levantar otro al clasicismo, y al orientalismo, y al gongorismo, y al petrarquismo, y al realismo, porque cada cual tirara hacia sus aficiones.

¡Un monumento al romanticismo! ¿Quiere D.^a Emilia ver, por ejemplo, á Quintana *ahorajado* á los pies de Espronceda, y á Herivellos entregando las llaves de la política al duque de Riquelme?

D.^a Emilia no da puntadas sin hilo; y perdóneme lo heterogéneo del símil, como lo demuestra en afán de meter á otras señoras en la Academia para entrar ella después. («Yo entro ahora en la casa de Rhago por la puerta de la elocuencia, después que otros sabios la han abierto, como un hilo entra en una perla que ha perforado el diamanfe,» se diría D.^a Emilia, comulgando del Rhago Varza de Esquivada.)

Fues bien, como no da puntadas sin hilo, ahora, fingiendo cosa para fuera, pero en rigor barriendo para dentro, habrá pensado: «Si hoy se erige un monumento al romanticismo español, mañana podrán erigir otro al naturalismo, y no me faltará á mí un rincón en alguna *teoría* de algún bajo relieve.» Y ya se veía D.^a Emilia en una nieceta, del brazo, por ejemplo, del marqués de Figueroa ó de cualquier otro naturalista de esos que lo van dejando.

Yo no sé si la posteridad levantará algún día un monolito á la Srta. Pardo y sus congeneres, ó tal vez á ella sola; un monolito en cuya base se lee: «A la inevitable, la patria reconocida;» y debajo podrá haber, y habrá de seguro, una estatua de España *respirando con libertad*, y con un letrero en la boca que diga: «¡Al fin!» No sé si este monumento se erigirá ó no; de lo que respondo es de que me parece ridículo andar haciendo Babilonias, que casetas en mineral, para conmemorar el romanticismo, dejando aparecer en asomón anónimo á nuestros grandes poetas, mezclados con los mediocres y los malos probablemente.

Es más en un monumento al romanticismo tendría derecho á figurar hasta Fernández Bremón, que en un drama que representaba la Civil en la Alhambra decía no sé qué de la luna de los enamorados, en fin, cosa tierna.

Hasta Fabíe tendría sus pretensiones para que le trasladasen al mar en un *may* de Indes, etc., etc.

Fabíe! En muy fácil volver de la gaza de su sombrero: pero es hombre romántico y soñador y *uadiago* y hasta *medieval* como él solo, particularmente cuando no es ministro.

El otro día publicaba un periódico los gustos y predilecciones de Fabíe, y allí se veía un alma enamorada del ideal, sin perjuicio de cobrar el haber que por clasificación lo correspondía.

¿Que qué color prefiere Fabíe? El azul. ¿Qué flor? La rosa. ¿Qué quiere que le den á comer y beber? Jamón y no recuerdo si amontillado respectivamente. ¿Qué es lo que más odia? El delito. En fin, todo azul, menos el jamón.

Si, desengañase D.^a Emilia: un hombre así estaba llamado á figurar, como hacante á lo menos, en una esquina del monumento romántico.

¿Y qué diremos de Cánovas?

No diremos nada, porque este señor, según va envejeciendo de veras, se me figura que se va haciendo más formal; y sobre todo, su último acto *académico* me ha gustado mucho, al es verdad, como dicen, que, entre Fella y Gollina, y Echegaray, votó por Echegaray.

Lo mismo hizo Tanayao.

Y Castelar.

Y eso que D.^a Emilia, con una intención análoga á la mostrada en lo del monumento romántico, había declarado que *La Dolores*

era una de las mejores obras del teatro español moderno. No, y lo que es como á la Pardo le probaran que con esto hacía de hablar á los literatos de verdad, á los artistas legítimos, proponería que se erigiera á la *Dolores* una fuente de vecindad. En la cual podría aparecer la figura de la aragonesa con las manos en la cabeza y un cántaro roto á sus pies, y con esta leyenda: «Una *chiquita* á quien siempre se le rompe el cintaro.» Porque, en efecto, la *Acroína* que tanto le gusta á la Pardo peca primero con Gaspar, y después de jurarle odio eterno, se presta á pecar otra vez, y sólo porque le avisan de la repugnante trama del novio se vuelve atrás... para enamorarse de repente de un seminarista, con quien no peca porque no hay tiempo hábil.

Nada de esto quiere decir que en *La Dolores* no haya algo bueno; lo hay, aunque poco. Si en los dos primeros actos parece, como ya he dicho en otra parte, que aquello va á ser *Los valientes sin chistes*, en el tercer acto, desde que Lázaro pinta en pasión y su dicha hasta el final, hay belleza indudable. ¡Pero uno de los mejores dramas! Por Dios, señoras, ese modo de alabar es una manera de tener envidia... á los que pueden inspirarla.

Sí, inspirarla; porque á veces la envidia es una inspiración; discurre con el diablo.

Dígalo el monumento al romanticismo.

CLARIN.

345 Madrid Cómico (Madrid), n. 531, 22 abril, 1893

PALIQUE

Enchamamos el día a académicos.

Pero ante todo conate que no tienen derecho a hablar mal de la Academia y a mirarla con desdén los que por debajo de cuerda procuran congraciarse y convertirse en inmortales subrepticamente. El caso es demostrar con hechos, como Pi y Margall, por ejemplo, en España, y Daudet en Francia, que el ser académico no sirve para nada ni significa nada.

El vicio capital de la Academia es en literatura el mismo que, en cierto modo, tenía la religión romana: el culto de la Roma pagana era una dependencia del Estado, una rueda más de aquella gran administración. «Todo el derecho de que usamos, decía un antiguo texto romano, consiste en las cosas sagradas, en los sacerdotes y en los magistrados (*in sacra, in sacerdotibus, in magistratibus consistit*)». La Academia es la literatura a los órdenes del Estado, o mejor del Gobierno: consiste en las letras supeditadas a la política. Allí los primeros son los políticos, sean o no literatos; y los literatos verdaderos entran gracias a influencias políticas. Esto no se suele confesar, pero todos lo sabemos.

Ahora ha leído en discurso de recepción Silvela.

El tema es el mal gusto en el siglo XVII. (Ahí me las den todas, habrá dicho Cánovas.)

Nadie, dice un periódico, puso reparos a la elección de Silvela. Es claro. Después de Catalina y otros Balagueres, hemos perdido el gusto en materia de académicos. Para el público ya todos los candidatos son *catecismos* y cada cual se enoja de hombres y exclama con el estudiante: «Por mí, que entran».

Silvela podía entrar aunque sólo fuera en calidad de mozo listo.

Además, es segundo personaje de un gran partido y primero de una gran disidencia; es uno de los oradores parlamentarios que mejor hablan y hablan con más sustancia, y ya se sabe que si la Academia siempre fue política, lo es mucho más desde que la política es parlamentaria. Silvela, además, publicó en su juventud, el no recuerdo mal, las obras postumas de su sector padre, el ilustre amigo de Moratin, y en tal publicación se mostró muy discreto. Silvela además publicó un famoso libro de historia con pretexto de dar notoriedad a las cartas de una insignie española. Este libro, sin embargo, más podría ser un título para entrar en la Academia de la Historia... Pero en fin, estando las cosas como están, ¿quién va a escatimar méritos a Silvela para ser, tanto como... Conmulerán?

Con motivo de la recepción salió a relucir... el acero damasquino, y la hoja toledana, y el filo empuñonado. En fin, ¡insultamos, por lo visto, en que Silvela es, como orador, el *chavre* de la elocuencia. Va a hacer falta descubrir un *Pastore* para las estocadas de D. Paco.

¿Qué clase de microbios tendrá Silvela en la punta de la lengua?

Por muy peligrosos que sean, no lo serán tanto como los microbios de la incorrección e impropiedad de que están atacados la mayor parte de los señores académicos.

La Academia publica diccionarios y gramáticas y los académicos demuestran, en pública y solemne sesión, que no conocen ni el diccionario ni la gramática de la Academia.

En la misma solemnidad con que se celebró la entrada de Silvela en la inmortabilidad a beneficio de inventario se dijo solemnemente que había «tropos de dicción y de sentencia».

Quien tal dijo creyó que se podía usar tropo por figura, lo cual sería un tropo, si no fuera un absurdo en esta ocasión. La figura es el género, el tropo una clase de una especie de figura... en que no pueden entrar las figuras de sentencia. Esto lo saben los chicos del instituto y aun los de la escuela, y lo sabe D. Hermógenes el de Moratin y D. Hermógenes el de la Central, y hasta lo sabe Palos de Moguel, es decir, Sánchez Moguel en el siglo, pero Palos de Moguel en el centenario.

Todas los tropos son de dicción, ó mejor, de palabra; no hay tropos de sentencia ni los puede haber. No se puede decir *tropos de dicción por figuras de dicción*, según la Academia, porque ésta reserva el nombre de *figuras de dicción* para las que *figuran* en la gramática. Los tropos son una clase de *figuras* retóricas, una clase opuesta a las figuras de pensamiento. Estas últimas se dividen en lógicas, *patéticas* y de adorno ó *cosméticas*, que podemos llamarlas puestas a ello. Las lógicas ó de prueba son, entre otras muchas, la distribución, la enumeración, el *strosismo* ó *sintrismo* (que viene a ser lo mismo), la *anacólosis*, ítem: *paradiástole*, *paralipsis*, *epitrope*, *prolepsis*, *epanorosis*, etc., etc., con otras muchas más *vulgares*.

¿No hay ningún podante en la Academia para decirles todo esto a los que hablan de «tropos de dicción y de sentencia»? Pues sí, ya voy, que si íremos, porque las bromas ó pesadas ó no dadas, si vamos a las figuras *patéticas*, tampoco encontramos tropos de ninguna casta, porque no son tropos ninguna de estas figuras: *epítome*, *apóstrofe*, *protopopeya*, *apología*, *protopografía*, *exopolis*, *hipótesis*, *antíclima*, *litote*, con otras menos enrevesadas... Donde entran los tropos es en las figuras de palabra (no las figuras de dicción, que según la Academia son gramaticales), y entran como una clase de esta especie: 1.ª clase, tropos; 2.ª clase, figuras de construcción (gramaticales, pero sintácticas), y 3.ª... figuras de dicción propiamente dichas, que son, peso a la Academia, entre otras muchas, los *metaplasmos*, a quien ella reserva el nombre de figuras de dicción, equivocándose. En cuanto a los tropos son, según la Academia, tres: *metáfora*, *metonimia* y *sinécdoque*; según otros, cuatro: los dichos y la *catacreción*, y según los más, también la *metalepsis*, *alegoría* y la *antonomasia*, que según un estudiante es el tropo que consiste en llamar *Antón* a *Tomás* (*antonomasia*).

De modo que resulta, después de toda esta cacharrería de arqueología retórica, que ni la Academia en general ni los académicos en particular saben lo que es figura de dicción, ni lo que es tropo, ni lo que es arquetipo.

Eso no quita que en cuanto abra la boca cualquiera que puede votarle a uno para algo bueno, la crítica (!) diga que «en lo que sea del fondo, del pensamiento, tocante a la forma no hay que hablar, porque nada más *castro*, más *castigado*, más *correcto*... etc., etc.»

Hasta del P. Mir se ha dicho estos días que era el escritor *castizo* por antonomasia (por Antón y Tomás), y se ha dicho con motivo de su *Historia de la Pasión de Jesús*, que es, en efecto, historia de la pasión del Verbo... castellano.

Y si no, véase la clase: «Levantado en los aires y asido y enclavado en la cruz está Jesús».

¿Asido en la cruz? ¿Qué es *asir*, P. Mir? Ahí tiene usted la pasión del Verbo divino y la pasión del verbo *asir* en una pieza. «Para satisfacer por los pecados de los hombres la Justicia de Dios exigía, etc.», etc. Ese *satisfacer* se queda sin complemento, y además no se sabe quién es el sujeto.

Después dice el P. Mir que «habían ido a celebrar la pasqua judica de todas partes del globo». Esto no es una herejía gramatical, sino geográfica y anacrónica.

«Ráfagas de aire abrasado circulan por los desolados campos.»

¿Circulan por? ¿Querría decir *circulaban*, *rodeaban*?

Circul se rodear, lo dice el diccionario del P. Mir y compañeros *mártires*: *circul*, *rodear*, *carcar*. *Circul* por es un absurdo, y unas *ráfagas* que *circulan* por los campos no pueden ser otras que las del viento huracanado de las *circunstancias* de que hablaba Cánovas en sus buenos tiempos.

«Quien no perdona a viendo a Jesús pedir al Padre perdón por sus enemigos».

Perdón para, señor, para. *Pedir* perdón por es pedir perdón en vez de otro ó por tal ó cual cosa.

Yo pido perdón por mi enemigo quiere decir que le pido yo en vez de pedirlo él; yo pido perdón por mi gramática quiere decir que pido perdón por el delito de escribir mal. Pero lo que quisio decir el P. Mir es perdón para los enemigos.

De modo que el P. Mir ni sabe lo que es pedir perdón, ni lo que es *asir*, ni lo que ha *circul*.

Lo cual demuestra, para los críticos zangolotinos, que es el más castizo de nuestros habilitas.

Lo que tiene el P. Mir es una imaginación loca, pues una y otra vez insiste en asegurar que el día de la muerte de Jesús hizo en Jerusalén primero un calor bochornoso y después de expirar el Justo un frío insoportable. ¿De dónde saca eso el P. Mir?

Ni los *sinécdoques* ni San Juan dicen palabra del calor ni del frío de aquel día.

Si no saca esas noticias climatológicas ó meteorológicas ó lo que sean ni de San Lucas, ni de San Marcos, ni de San Mateo, ni de San Juan, ni siquiera del documento que acaba de describir y que algunos llaman ya el *Evangelio de San Pedro*, ¿de dónde las sacó el P. Mir?

De su calenturiento cerebro.

En fin, pidámosle el sentido común perdón por el P. Mir, por el cual *cirquey* ráfagas de disparates que le sen en la cruz de los desastros.

Y hasta otra *pasión*, en que puede ser que le cante otro gallo. ¡Ahí ya saben ustedes que el P. Mir también es académico. Es natural.

CHARIN.

Los periódicos populares pueden hacer mucho bien, pero también pueden hacer mucho mal. Se comprende que el favor del público les importe mucho, pero no hay que pensar tan mal del pueblo que se crea que sólo mantendrá en su favor a los papeles que halaguen su mal gusto y su curiosidad lasciva y grosera.

Ya es lo que se dice:

«Con el público hay que hacer la que el célebre sastre recomendaba para obligar a las mujeres a seguirnos, a saber, ir delante de ellas; hay que ir delante del público para que nos siga; hay que adular sus debilidades y halagárselas, al no abandonarlo a más plácido. Si nos empeñáramos en convertirnos en pedagogos del vulgo, dándole el alimento espiritual que le conviene, pero que no solicita ni le agrada, sólo conseguiríamos perder la parroquia; nosotros nos quedaríamos sin lectores, sin dinero, y el público se volvería a leer a *Figaro* y a las copias de los clásicos.»

No hay que ceder; mejor es recordar la fábula de *Enriette* el público, si no da grano, como grano; pero hay que saber dárselo. No quiero yo que los diarios noticieros se conviertan en *«Repúblicas de Platón...»* de la mañana a la noche.

El bello ideal no es aquel periódico preñado kraísta que divide las secciones de sus correspondencias y noticias llamándolo a todo *Vida... Vida intelectual, Vida económica, Vida alavérica* (la lotería), *Vida conforme* (los toros), etc., etc. Ya sé yo que hay periodistas tan de profundidad y tan donados psicológicos, que se duermen en la suerte de ponerle varas al gobierno... pero todos los extremos son viciosos.

Con un poco de tacto, sin dejar de aplaudir las acciones populares, se puede ir corrigiendo lo malo y dando al bueno en forma agradable, y aumentando poco a poco la dosis. En Francia, en Inglaterra, en Italia misma (no se diga en Alemania), los periódicos callejeros, los más populares, los dedicados al público más vulgar, no dejan de ser literarios y de dar gran importancia a los intereses del arte, de la ciencia, de la cultura, y en esos papeles se publican los trabajos más notables del ingenio humano.

En España, más que en ninguna parte, pues aquí los más de los que saben leer no leen sino periódicos, importa aducir al pueblo a las buenas letras, a lo noble, serio, elevado, espiritual. La prensa de gran circulación podría hacer mucho en esto sencillo... y hay temporadas en que olvida esta obligación y se deja arrastrar por las tentaciones del lucro inmoderado y a poca costa.

Ahora, por ejemplo, han tomado en los periódicos alarmantes proporciones las causas célebres y los folletines a la antigua, total, causas célebres. Crímenes por aquí y por allá. Puntualas, escabrosas, misterios angustiantes y ciencia policia por todo: panto espiritual. Si como tan amigos de vigilar, como dicen algunos criminalistas, vamos a acabar todos en presidio.

Copio de un periódico popular:

«La escritora hace tres días para que me trajera. A mí niña, así como al pobre inocente a quien han asfijinado con ella...»

«¿El hijo que estaba en el pozo? ¿No conocía, pues? Quiénes son sus padres?»

«No he visto nunca más que a un marido: El juez de Instrucción Juvenil.»

«Necesito saber el paradero de D. M. N.»

«¿Dónde dirán ustedes que es ese trazo de literatura? ¡Claro! Bien claro está: es ese crimen nuevo que llaman 'los periódicos El niño del pozo'».

Puede no, señores; es de un folletín titulado *Mano de hierro*.

De modo que hay pozo con uño en el entreseño y en el príncipal, en el folletín y más arriba.

Los tales folletines suelen llenar la cuarta parte de los periódicos más leídos, y esto es mucho panto criminal para el improporcionable pueblo español.

Además, para recomendar el género no vacían los papeles públicos en alabar las novelas más disparatadas, y por eso como que procuran un resucitamiento de la más desgraciada literatura.

Se han empeñado los periódicos que creían mucho en redoblar el gusto que hacen admitir *Los tres mosqueteros*, y no falta quien pretende que se había equivocado la crítica al encontrar poco literarias obras como *El Conde de Montecristo*, *El Judío errante*, *Las memorias del diablo*, etc., etc.

Se más: se nos propone, con dudosa buena fe, que abramos la boca ante las ocurrencias de Fernández y González en *Men Roberto de Sanabria* y *El cocinero de Su Majestad*. Medio panto más, y casen con la cuenta de que no eran tan cursas las modistillas que devoraban *El corazón en la mano*, de Pérez Escrich.

La verdad es que la mayor parte de los periodistas me hace años, por seguir la moda, eran realistas y se refan demasiado de los disparatados nuevos de Fernández y González. Escrich, Turró, etc., etc., se buñaban por rutina; otra les quedaba... y ésa es la que sacan ahora a relucir.

Qué mucho si hasta hay personas formales, formalmente instruidas, que echan de menos «la antigua novela de aventuras», de historia inventada por escritores que no habían leído historia!

Yo no sé cómo pueden gustar a hombres de alguna cultura y sano juicio invenciones incongruentes, fábulas disparatadas, sin gramática, sin estilo, sin lógica, sin idealidad, sin verosimilitud, sin poesía, sin caracteres, sin onestidad moral, sin nada bueno en suma.

Una cosa es que los escritores malos hayan abusado «de la novela realista y de la idealista, y otra cosa es que se quiera «sustituir lo que no es ni fué nunca literatura verdadera».

No podía menos: la crítica tenía que venir a parar en esto, en corrección de faltas de ortografía. Es éste un decadentismo como otro cualquiera. En mi tiempo corregíamos a los autores faltas de entrelí, ahora ha habido que llegar a la ortografía y aun a la ortología, pues ahora famoso conozco yo que dice *sincero* y muchos cómicos que dicen telegrama por telégrama y lo encuentran más fin de gramática.

Sánchez Pérez, el bondadoso crítico, ha tenido que advertir días pasados a no recuerdo qué prosista que no se escribe exuberante, sino exuberante, y otro censor también muy comedido hace notar al autor de un libro científico que los bienes no se llaman *vienes*, ni hay *admisora* ni *cabellé*.

Si continuamos por este camino, que si continuáramos, va a llegar día en que la crítica tenga que administrarse a domicilio en figura de maestro de primeras letras para *llevar la mano* de los escritores públicos a fin de que no tuerzan la letra ni los renglones. Y a los poetas líricos, que suelen ser los más fogosos, habrá que atar los dedos con baldaque.

Y menos mal mientras no haya que acudir a los pedicuros.

Lo peor es que los mismos críticos necesitan de vez en cuando sus zapatos.

Y no lo digo por Sánchez Pérez, sino por el otro a quien he aludido.

Este señor advierte a un poeta que

asaltando su frente enardecido

es un galicismo, porque en vez de su debió decir *la*.

Así es, según el evangelio de Baralt; pero galicismos así que me los claves a mí en la frente: peor es decir: *pretencioso*, como decía poco ha un académico en solemne sesión, sin que le corrigiera el vocablo el crítico que cree en Baralt y su Corán de galicismos.

Y peor que todo ello es lo que dice el mismo crítico en el artículo de que trato:

«Hoy, lo mismo que en el tiempo en que fueron escritos los cuadros pintados por el autor, tienen la misma oportunidad que entonces.»

Eso no es galicismo, porque no hay *gato* que diga que hoy, lo mismo que en el tiempo en que fueron escritos, tienen la misma oportunidad que entonces.

Tampoco un francés diría esto:

«Entre los artículos de costumbres, los de Flores pueden figurar entre los de Mesonero Romanos y Frontaura, único autor que sigue la buena tradición...»

Aparte de ese *entre*, es de notar que, según el crítico escribe, Mesonero Romanos se llama Frontaura, sin duda por su apellido materno, y hoy vive y escribe y es el único, etc., etc.

También está mal lo siguiente, señor crítico:

«Todo está está descrito con rasgos tan verdaderos, que el tiempo no ha podido borrar...»

(Borrari Faltu un pronombre, borrario ó borrarios, señor.

Ya ve el crítico de «su frente» y que sabe cómo se escribe *atmósfera*, que no basta con leer a Baralt y no escribir *abultar* con d.

No sólo de purismo de diccionario y de epítomes de ortografía vive el hombre y menos el Aristarco.

En última hora este crítico mismo escribe una cosa que él llama «Impresiones literarias», revista de letras dedicada a un libro titulado *La crisis de la agricultura*.

Pero el eso no es literario. Sin embargo, ¡ahí lo duele! Cultive usted eso... los campos; insista usted en examinar *litubraciones* acerca de los abonos... y *déjele al amor sus glorias ciertas*.

CLARÍN.

348 Madrid Cómico (Madrid), n.º 980, 24 junio, 1893.

Malas son las «causas célebres», los «crímenes de la calle de tal...» que si hay que escoger, antes eso que los folletines célebres. Antes Savachó que Ortega y Friás.

CLARÍN.

PALIQUE

Para alusiones.

Mi antiguo y querido amigo y director don Antonio Sánchez Pérez, uno de los más lecionados, discretos, instruidos y bondadosos escritores entre los pocos que honran hoy el periodismo español, me hace cada pocos días el favor de aludirme en sus artículos de *Madrid Clínica*, *El Imparcial*, *La Ilustración Española y Americana*, *LA ILUSTRACIÓN IBERICA*, etcétera, etc., y ya picara en descortesía no acusar recibo, siquiera una vez, de tales alusiones.

Tengo alguna disculpa para hacerme el sueco las más veces, y es que, si no me nombra el Sr. Sánchez Pérez, hasta puede parecer inmodestia darme por aludido, pues las perifrasis de que se vale para indicar mi humilde persona van envueltas en tan hiperbólicos elogios, que ni mi propia vanidad se reconoce en ellos, y llega el caso de que diga: «¡Soy yo Sosia!», — como el de Plauto.

Pero en otras ocasiones no hay escape, porque sin nombrarme y sin dejar á un lado los elogios, que podrían hacerme creer que no se habla conmigo, me estrecha en la alusión hasta persuadirme de que de mí se trata, porque copia renglones y más renglones de escritos míos.

Así sucede en un reciente artículo de *La Ilustración Española y Americana*, donde al principio creía yo que estaba refiriéndose Sánchez Pérez á un escritor notable de veras, con cuyas ideas mi amigo no estaba conforme y yo sí... cuando, de pronto, llego á leer entre comillas pasajes enteros de artículos cuya paternidad tengo que atribuirme.

No discuto con Sánchez Pérez con mucho gusto, lo confieso: primero, porque siempre me molesta no pensar como las personas á quien estimo y cuyo talento aprecio en mucho; segundo, porque Sánchez Pérez es mucho más afuente que yo en la alabanza, ve el mérito de los demás con ojos de caridad, que parecen cristales de aumento; y en la comparación de nuestras palabras corteses, de nuestros mutuos elogios, yo saldría perdiendo y podría pasar por menos amable, por menos admirador de los méritos del amigo, cuando la verdad es que, en el fondo, aunque lo exprese con menos calor y con menos frecuencia, yo tengo en tanto á Sánchez Pérez como él puede tenerme á mí, y aun me quedo corto.

Dejando esto, voy á lo de los *moldes*.

Sánchez Pérez, como mi compañero de *Los Lunes del Imparcial*, el Sr. Urrecha, no quiere que se rompan.

Y yo, que en mi vida he roto un plato... dramático, opino que sí, que se debe romper por todo... lo que haga falta.

Creo en la reforma *evolutiva* del teatro, no por nada, sino porque la historia me demuestra que esa transformación *lenta, pero continua*, ha existido siempre; verbigracia: el teatro que Lope heredó de los iniciadores de nuestra escena, y que dejó mejorado un tercio y quinto... y mucho más, no es el mismo que él legó á sus ilustres continuadores, ni el de éstos igual al suyo, ni mucho menos el del gran *reformista* Moratin, respecto del cual supone ya un cambio importante Bretón, que es cosa tan diferente de nuestros pocos buenos románticos; como la tragedia de Corneille es cosa no poco distante de la tragedia de Racine, de la que ya en tantos casos se separa la de Voltaire.

Como el Goetz de Berlichingen *rompe moldes* en el teatro alemán, y los rompen los Piccolomini de Schiller.

¡Si siempre se ha visto lo mismo!

Cree Sánchez Pérez que acaso en el fondo estamos conformes.

No, señor: no estamos. Porque á mí no me basta con que se reconozca que en las *artes*

auxiliares y en ciertos elementos formales del teatro hay cambio y progreso. También lo hay en estas cosas, pero además existe en lo esencial, en el objeto dramático. No sólo se va ensanchando el teatro materialmente, sino que su asunto aumenta en extensión y en intensidad. Racine, verbigracia, representa un progreso en la intensidad psicológica; Ibsen aspira hoy á representar un progreso en la intensidad sociológica, como Dumas, hijo, lo representó algún día. Zola, sin conseguirlo personalmente, lucha ó luchó por un progreso en la exten-

sión plástica, representativa, y en la intensidad fisiológica.

No es cuestión de que sea mayor el escenario, mayores y mejores las compañías y la tatro. Eso además, pero sobre todo lo otro. Hay ciertas leyes del *género*, se dice, que no se pueden traspasar sin menoscabo de la su tantidad del mismo: el teatro deja de ser teatro desde que se desconoce lo que pide esencialmente su forma artística. Ciertamente sí: hay leyes del *género* que no cabe desnaturalizar; pero ¿no podrá suceder que se tome por leyes genéricas, *essentialia*, que diría un romanista, las que son transitorias, de épocas determinadas, más ó menos largas, *naturalia*, pero de ningún modo consustanciales al teatro? Puede suceder y sucede. La rutina, la prosa, el *misoneísmo*, cien preocupaciones, contribuyen á que la mayor parte del público, críticos inclusive, consideren como elementos que no pueden reemplazarse, en el teatro, maneras seculares del arte, que, en efecto, códigos y legisladores empíricos de las letras han proclamado como leyes absolutas, necesarias. Sucede en esto como en tantas y tantas instituciones jurídicas, verbigracia, en que se ha querido ver un pretendido, inalterable derecho natural, cuando eran, por ejemplo, puro derecho romano, muy *natural*, sin duda... en su tiempo.

Tenemos, además, que la mayor parte de

las gentes confunden el *género* dramático con el teatro y no son la misma cosa. Cabe *drama*, sin duda alguna, sin condiciones teatrales. Para este drama serán mucho más amplios los cánones relativos á la *perspectiva* artística. Pero aun en el teatro se puede ensanchar no poco lo presente, y, sin tocar á las condiciones ineludibles que trae consigo la *representación* escénica, se puede hacer que ésta sea de muy diferente modo de como ha venido siendo. Pero es claro que se dificulta la aceptación, por parte del público, de tales innovaciones si se halaga su pereza, sus prejuicios; y si en cuanto se distrae, se cansa, por fatiga de pensamiento, por falta de intensidad en el sentir ó en el atender, se le dice que tiene razón, que hace bien en aburrirse, que al teatro no se va á *resolver problemas*, ni á ver casos teratológicos, etc., etc.

No cabe duda que mientras el público *grande*, la masa, no varíe, no mejore como espectador, los *moldes rotos* serán para él otros tantos quebraderos de cabeza, y los reformistas pueden resignarse á no gustar á los señores.

Pero justamente es la crítica la que debe ayudar á quitarle al público su falsa idea y sus pretensiones de *soberanía estética*, enseñándole que debe saber más, atender más, sentir más, penetrar más, pues es evidente que en muchas situaciones teatrales en que el vulgo se aburre no falta quien ve primores y goza, y medita y aprende.

CLARÍN

PALIQUE

¿Es ridícula, es inmoral la fiesta que llaman todos, sin saber los más á punto fijo lo que dicen, la *Kermesse*?

Hay gente castiza que empieza por protestar contra el nombre.

"*Kermesse* no es castellano". Ciertamente; pero esto no es un obstáculo para que se procure buscar dinero para los pobres por todos los medios lícitos, que son muchos, tratándose de los pobres, en efecto.

Aunque parezca mentira, no falta quien mire con malos ojos, ó, por lo menos, con indiferencia, la *Kermesse*, sólo porque no es fiesta nacional, como los toros. Verbigracia: —Prefiero la *sopa boba* de los conventos, —dice un castizo retrógrado.

—¡Eso no! —grita un progresista patriota. —Estoy por las corridas de beneficencia.

Yo, ecléctico en este punto, como los Mendicantes que recogían toda clase de limosnas, por humildes que fuesen, estoy por la *sopa boba*, por la *Kermesse* y por las corridas de beneficencia, ya que ha de haber corridas.

"En el tomar no hay engaño", se ha dicho. Y yo digo: "En el dar no hay engaño."

Hay algo peor que dar limosna de mala manera, y es el dar en no dar nada, que dijo el otro.

Reconozco, es claro, que en la caridad, como en todo, debe haber orden; pero prefiero la caridad desordenada á el egoísmo sistemático.

Generalmente, suelen llevar mejor sus cuentas los que guardan que los que reparten.

Cuando leo en D.^a Concepción Arenal las persuasivas páginas de elocuencia invencibles en que nos hace ver que la limosna sembrada al azar es hasta perjudicial muchas veces... callo, me doy por convencido; y en cuanto un pobre me pide, si dudo de la realidad de su miseria, le doy limosna. Porque: *in dubiis... charitas*.

No está el mundo para andar escogiendo mucho las formas de la caridad. Demasiada etiqueta y demasiadas teorías morales, sociológicas, pedagógicas, económicas, etc., etc., enfrian el ánimo de dar al prójimo lo que no nos sobraría á nosotros.

Por un lado tenemos multitud de doctrinas científicas, muy esparcidas, que contribuyen no poco á restringir la acción caritativa: todas las que niegan el cielo, la sanción providencial, la hermandad humana bajo la amorosa ley del Padre Celestial, es claro que sirven para cegar un conducto de limosnas, de amor al pobre, que era de los más fecundos en buenas obras. Si añadís ahora razones de ética, de economía, de estética y de pedagogía para que el *burgués* apriete los cordones de la bolsa en muchas ocasiones, quien sale perdiendo

es el pobre, que pierde todas esas rentas.

Por eso, porque el fondo de la caridad consiste en que se procure que el socorro llegue en efecto al necesitado, deben las almas piadosas facilitar al miserable los medios de vivir que le ofrecen la caridad... y lo que parece caridad y no lo es, pero *da*.

Declaro que me molesta ver la guerra que hacen algunos timoratos mal aconsejados á los socorros que de modo profano, por el camino de las diversiones públicas y otros análogos, se procuran á las clases menesterosas.

Es evidente que sería mucho mejor que la caridad verdadera fuese siempre quien guiara estas liberalidades; que para matar el hambre del hambriento nadie se valiera de carambolas de vanidad, voluptuosidad, etc., etc.; pero sin perjuicio de trabajar para que aumente la limosna de la caridad verdadera, debe acogerse, como *sucedáneo*, el donativo que realmente va á dar al pobre, venga de donde venga.

Las mil pesetas que da un sietemesino en las *ferias de la caridad* (para él, de la vanidad) por lucirse ante la marquesa del Coscorrón, es claro que no representan cuatro mil reales de abnegación, de amor al prójimo, sino á lo sumo de amor á la marquesa, y ése malo; pero si la de Coscorrón rechazase las mil pesetas del sietemesino, sin eso se quedaban los pobres; y las mil pesetas irían á manos de una mala mujer ó servirían para una apuesta en el hipódromo ó en el juego de pelota ó en el casino.

No cabe duda que el donativo que provoca un pecado, que sin tal ocasión no se cometería, debe reputarse malo, no debe procurarse; pero el donativo que sirve de objeto de una acción poco ó nada meritosa, que de todas suertes había de realizarse, con ó sin el donativo, debe utilizarse. Y siempre habrá, á más del bien *efectivo* del socorro, algo de caridad, no por parte del que da, en tales condiciones, sino de parte del que procura la ocasión de que se dé.

Así, ese dinero que las damas aristocráticas de Madrid han arrancado á los ricos desocupados y llenos de necesidades ficticias, falsas, es riqueza separada del vicio, del vil empleo, para conducirla á manos de los necesitados de veras.

El conjunto podrá no ser una obra de caridad, pero es un bien positivo.

Además, esta clase de fiestas llamadas de caridad tienen un fondo moral indiscutible, y de carácter muy oportuno en nuestro tiempo.

Significan un homenaje que, si no el corazón, la cabeza de los ricos rinde á su deber de amparar la pobreza.

Es un reconocimiento tácito, pero en acción, de la justicia con que se pide á los privilegiados de la fortuna que se acuerden de los que no comen bastante.

No se da la razón al socialismo, que acaso, en general, no la tiene, sino á otra cosa que no tiene nombre, pero está en el aire, se respira, como el oxígeno, que ya era necesario mucho antes de que le pusieran nombre.

No, no es inmoral ni siquiera ridícula la *Kermesse*.

Lo ridículo suele ser lo que dicen los revis-teros de salones con motivo de la *Kermesse*.

Pero ¿dónde irán los revis-teros de salones que no... *epicenen*?

CLARÍN

PALIQUE

Al volver, después de algunos años, a colaborar en *El Globo*, o, por invitación muy honrosa para mí, de su actual empresa, comienzo, como es natural, saludando a los lectores de tan querido periódico, y anunciándoles que soy el mismo de siempre, y que no opino que la crítica vaya a desaparecer, ni siquiera a transformarse en un nuevo género lírico, muy a propósito para que el crítico cante sus primeros amores y de camino se ejercite en el arte de *ganar amigos* espasmo cuando despertemos, ó sea para cuando necesite que le despatchen su expediente en algún negociado lleno de asuntos dramáticos y novelescos.

He de tener sesenta años (Dices lo quieras) y he de seguir pensando que en materia de crítica hay que estar a las agrias como a las maduras, y que no hay formalidad en el escritor que se dedica a jugar obras literarias y todo lo que encuentra de perla. Sobre que esta benevolencia no cuesta dinero, tiene el atractivo de satisfacer tendencias naturales de simpatía y similitud que existen el fondo de todo corazón no demasiado pervertido por la lectura de muchas impresas.

Pero amigo, el deber consiste en decir la verdad, es a saber, en declarar dogmas, sino en decir la verdad de lo que se piensa. Yo no pretendo decir la verdad de lo que la cosa es en sí, pero sí la verdad de lo que la cosa es en mí, ó sea lo que a mí me parece de la cosa. En es la cosa.

Por eso, en mucho gusto, comienzo por recomendar a usted la *satisfacción* dedicada a Asturias por D. Federico Balart (otro colaborador antiguo, mucho más antiguo que yo, de *El Globo*), escrita en verso muy musical, pintoresca, animada, graciosa, pa-

tética, sincera, sin necesidad de imitar a los decadentes, delirantes, instrumentistas y demás gollerías de París.

Y *acto continuo* de tener esta satisfacción, me veo en la dolorosa necesidad de deplorar que el simpático y entusiasta poeta Salvador Rueda (otro colaborador de *El Globo*) ande en tan malas compañías, como lo son, sin duda, ciertos escritores americanos, que, á vueltas de cien invitaciones de modas francesas no son más que los antiguos *rimadores* disfrazados de *sonetistas* ó *simbolistas* ó *spasmas* ó el diablo y su madre.

En muchas partes he leído elogios rimbombantes dedicados por Rueda á un D. Ruben Dario, poeta americano, capaz el solo de corromper al ejército de Jerjes, en materia literaria, se entiende.

Yo no quiero disputar ni con Dario ni con nadie, y menos con poetas americanos que toman las cosas con mucho calor; no quiero disputar por causa de las letras, que á mí me sirven para cosa bien diferente. Pero rechazo mi derecho de decir, sin ánimo de ofender á nadie, que esas quincecosas que á Rueda y á otros les parecen lindas artísticas, novedades y gracias poéticas, en D. Ruben, no son más que amaneramientos que muchas veces degeneran en notorios disparates, prueba evidente de la falta más absoluta de verdadero talento original y de gusto estético.

El Sr. Dario pertenece á ciertas playadas de escritores nuevos americanos que imitan á los *modernistas* de París, del modo más servil, desmañado y... valga la verdad, cómico que cabe imaginar.

Ruya Rueda de todos esos señores, en cuanto literatos, como de la peste. No les proteja ni se deje amparar por ellos.

¡Recibe Rueda *La Pluma*, de San Salvador? ¡La vieta cosa, más preciosamente ridícula, literariamente hablando!

Para *La Pluma* es origen de esos reformistas jóvenes, y siempre por ser imitación formal de un periódico de París, *La Pluma*, que con figura material perniciosa, aunque más elegante, se dedica á defender novedades estéticas de muchachos franceses, muy listos y hasta inspirados algunos de ellos.

En esta *Pluma* de San Salvador suele colaborar Ruben Dario, el que como *poético* á los libros; y como redactor del tal periódico se presenta un D. Arturo A. Ambrogio que escribe de esta manera:

«Para un album: Aquí está un libro, bella princesa. Aquí está... (Bueno hombre, bueno!)... ¡Que queréis! Versos... prosa... Bien. No tengo versos, pero tengo flores. Y di, ¿no es verso una flor? (Chico, lo que *se* quiere, como tú dices: bien.) Las violetas son rimas

que alguien, quizá un siflo enamorado (puede) esculpa en las claras noches de luna. (¡Hombr... esculpa... esculpa... y en las noches... uo, no debe ser eso; pero en fin: bien.)

«No es madrigal el lirio? (Será.) No es oda el clavel y romance el tulipán? (Y viceversa: bien. Pero en el *lirio* entendido que el tulipán será romance... en los países que tengan esa clase de rima; porque en Francia, en Inglaterra, verbigracia, los tulipanes no pueden ser asonantes.) ¡Oh! la gardenia es lied. Está hecha de nieve. (Ay amigo! eso no es razón; porque admitiendo que esté hecha de nieve la gardenia, el lied (que en castellano no es nada) no está hecho de nieve; yo conozco *lied*, de Goethe, por ejemplo, que más bien está hecho de fuego.)

«Prosa no tengo. (De modo, que si así tiene usted ni versos ni prosa, no tiene usted más que buenos deseos.) Pero en el bosquejo hay pájaros y el trino es prosa... (Lo que usted quiera.) Hay en la florista surra y en el cielo nubes. (Y son prosa, por lo visto.)

«Soy pobre. No puedo enviarte, por manos de bellos pájaros, vajillas de oro cincelado. Tengo en cambio carito. (Poco es eso.) Violetas de plata. (Eso es ya algo.) En mi pecho florece la eterna amistad, el cariño dulce, ¡bien! (Qué bien? ¡Requetebien!) ¡Quieras que corte esas flores y las ponga entre estas páginas! Y firma, tan sereno: Arturo A. Ambrogio.

Pero dirá Rueda: ¿y qué culpa tiene Ruben Dario de todo eso?

De eso no; pero de lo que viene detrás, que lo firma él, sí.

Y dice D. Ruben: *Stella* (Elegía) «Frente al balcón vestido de rosa blanca por donde en el Paraíso asomara, tu faz de *generoso* y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de la virtud, ¡oh mi ángel consolador, oh mi esposa!... Por supuesto, que ese ángel del balcón del Paraíso es una imitación de otro ángel así del extático inglés Rossetti; pero lo peor no es eso, sino ese *ser* la *maravilla de la virtud*, inciso absurdo en la forma en que está expresado.

Y sigue Ruben:

«Kilas son, cándido coro de ideales cesánides, que quisos consuelen y enjagan la frente al lírico Prometeo amarrado á la montaña Yank, cuyo cuerpo señalado sobre el busto d' Palas (bien! como diría el Sr. Ambrogio) tortura el corazón: ¡oh desdichado apuñalado del (redida! que verbi: apuñalar; pero, en fin, para un cuerpo yank no está mal) con la monótona palabra de la des-apuñanza.

Así escribe el Sr. Dario *apuñalando* el idioma que el Sr. Rueda quiere librar de manos del «*enderasibilista*».

Y sigue D. Ruben:

«¡Ay! para mí, en medio de los martirios de la vida, me refresco y aliviana con el olor de tus alas - Me refresco y aliviana... tú ¡por mí! ¿Qué lengua es esa?

¡Ay amigo Rueda, huya usted de esas malas compañías, de *decadentes* americanos, tan perezoza, lacia y desmañados como aquellos chilenos de ejército que llamo «*Carrión* nos pinta en los *Salvajes del Capitán Grant*!

Por fortuna, en América hay escritores buenos que sabrán huir de estos señores, los amaneramientos de imitación en caricatura.

El Sr. Dario, un caren de imaginación; pero un mal dirigido purrito de originalidad y novedad... relativa, lo llevó al más absur-

do culteranismo de imitación servil y transnochada.

Si esos jóvenes que, con la mejor intención creo, escriben *La Pluma* de San Salvador y otras cosas por el estilo, vieran en Europa de estas *las antiguas* novedades y pseudo-originalidades que pretenden propagar en su hermosa tierra; ¡qué desencanto experimentarían!

Salvador Rueda, muy leído y admirado por allá, debe trabajar con ahínco por matar tan mala planta.

En vez de alabar sin medida á ese Ruben Dario, del cual no copio otros párrafos selectos... porque se me ha extraviado el artículo en que constan. Pero eran cosa rica.

CLARIN

351 El Globo (Madrid), n. 6.620, 26 diciembre, 1893.

Camamento de Madrid

PALIQUE

Fuera injusticia que los que solemos quejarnos de las miserias y tristezas de nuestra vida nacional en sus manifestaciones morales, dejáramos pasar la ocasión de tomar en cuenta los sucesos prósperos y aun los indicios de restauración y mejoría.

Cuando hace pocas semanas todos se volvían oraciones y reconocimientos, catástrofes, plagas y casualidades, tristezas mal añas, juicios precipitados y afán de asepsias fuerzas, parecía que el orden intelectual, la pacífica literatura sobre todo, nada importaban al público, y que para España eran llegados aquellos tiempos que Max Nordau calificaba en su reciente libro *Degeneración*, en los cuales las letras han de ser despreciadas por cosa enfermiza, atávica e inútil.

Hoy las cosas han cambiado, y abundan los síntomas en que podemos ver, a poco que ayude la esperanza, futura reacción favorable al arte que, algunos años después de la revolución, prosperó aquí un poco, floreció más al principio de la restauración, y en tiempo de la regencia se fué como atargando y consumiéndose.

Para medir estos vaivenes y esta vez de la fortuna literaria no hay que atender sólo a las obras que se producen, si no al estado del ánimo público con relación a ellas. Y para ver aproximadamente cuál es tal estado, nos baidemos, la librería y la prensa periódica. La librería va mal, es cierto: sigue mal, se quejan los editores, se quejan los libreros y se quejan algunos autores; pero está mal no es de España sólo; ni siquiera es un mal tan grande como parece, ni por todos los conceptos por que lo parece.

Al mismo tiempo, casi el mismo día, se hacían eco no ha muchos de esta pesada venta de libros: en Francia un colaborador de la popular *Revue Bleue*, y en España la ilustrada propietaria y directora del *Nuevo Teatro Crítico*: sus quejas venían a ser las mismas, sus datos semejantes, y las observaciones de algún consuelo que a mí se ocurrieron, leyendo a uno u otro publicista, muy parecidas. «Hay que desengañarse, decía el francés, aquí la novela ya no se vende... como no sea de uno de los cinco autores predilectos; para ganar con un tomo más diez de mil francos, hay que ser Zola, Daudet o algún de los otros tres que ustedes quieran, según sus aficiones.»

Y digo yo ¿tan gran desgracia es esta? ¿No bastan cinco novelistas buenos para un sólo país en un limitado período? Pensemos que en el mundo cada cual tiene muchos más co-

No nos convirtamos sin querer en *adulator*es *terrores* *ici*, que esto suele ser malo, no por alabar lo que pasó, que es muy respetable, sino porque conduce al *enimism*, a la *desperación* y a la *inercia*. Si hoy se venden en España más periódicos que sus auras, no se sigue la consecuencia de que antes se vendían más libros; no, no es así, probablemente. No supongamos un antiguo público ilustrado que de repantán se enoja, como la señora Pardo, en leer libros de imaginación, pero al fin libro, y a contrarío de los horrores del *trato por continuo* catóico de Melilla y a las incertidumbres de las sentencias que amanzan a los más tenebrosos criminales. No es verosímil que un público de libros se pase en masa al periódico callejero. Más natural parece otra cosa, que el público español empiece ahora a leer de veras, es decir, que empiece ahora a leer, *modo público*, y en vez de comenzar por *Pepita Simón*, y *Silvestre*, como debiera, empiece por los papeles de actualidades políticas y de todos géneros que le ofrecen a *perra cética* por las calles.

Lo deplorable es que la prensa no aproveche esta buena disposición popular para ir encaminando el gusto y el juicio de las masas, cazando el alimento espiritual que puede convenirles. Si en vez de *dirigir* al público, la prensa popular se deja llevar por los

instintos oscuros, vagos, propensos a la perversión, de la muchedumbre indocta, poco o nada se adelantará como la popularidad de la lectura.

Por eso yo estoy siempre, aunque me haga pesado, predicando la necesidad de dar a la prensa diaria y semanal condiciones de ciencia y prudencia, de equidad y seriedad pedagógica, de sentido artístico, etc., etc.

Y por eso ahora que veo cierto saludable movimiento en este sentido, me alegro y hablo de los buenos síntomas a que me refiero al principio.

Hay de todo. El pretexto de llamar al público con títulos de *amusees* y escritos en letras grandes y colocados de modo extravagante, como caricaturas y retratos *aspicias* a del transeúnte más Fulano de Tal que pasa por delante; con descripciones interminables de catástrofes, crímenes, etc., etc., todo eso es malo. Como es retentísimo llenar las planas de la prensa con folletines muy mal redactados y con originales de disparatísimas novelitas.

Tampoco me parece buen síntoma que la prensa graciosas, cómica y satírica, haciendo del extremo de la caricatura *siempre política*, y a más veces demasiado impudica, se aproxime al insulto, caiga en lo anodino, se haga cosa, circunstancial, publique *sensu bonu* *terati*, paises de abanico, versos de *La Moda Elegante*, artículos fambres y ocurrencias en prosa y verso del *Fulano de Tal* de mañana.

Pero en cambio, tenemos los buenos síntomas en otras cosas. Toda la prensa que quiere hacerse valer, en noble emulación, que su dinero le cuesta, va comprendiendo que la política, el arte de hacer la oposición y otros recursos semejantes ya no bastan, y procuran ganar público con suplementos literarios, cuentos, crónicas de arte, crítica, etc., etc., y ofreciendo a los lectores la colaboración asidua (y pagada; único modo de que era inútil) de las más acreditadas firmas de cada género.

Esto es el cambio: por ahí se va al libro, y no digo se *evolve*, por lo antes explicado.

Y ahora un poco de historia; hechos, hechos.

El Imparcial ha emancipado la hoja literaria, que ha puesto casi aparte en el lujoso palacio de colorines que se llaman *losa* de *El Imparcial*, dirigidos siempre por Ortega Munilla. Este número literario y artístico, publica tiradas de 100.000 ejemplares. Y allí no hay crímenes; hay artículos de Balart, cuentos de doña Emilia, versos de Camprodon y Palacio, gracias satíricas de Taboada, crónicas del director, de Urrechea, etcétera, etc. Camino del libro.

El Liberal, sin dejar sus *Planes del día*, *Crónicas momentáneas* y los *Cuentos propios* y *ajenos*, anuncia una original innovación, un *Placer del pueblo*, que ha inaugurado Castelar, y que en efecto puede ser muy oportuno y de gran eficacia en la educación de las masas, que yo lo he visto, leen muy atentos los periódicos; y—nótese la importancia de esto—no leen periódicos rojos, socialistas, eté-
 (Continúa en la página 332)

pero no socialista, de este fenómeno sociológico! El obrero español lee *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Correspondencia*, *El Globo*, etcétera, etc., y los lee atentos, acaso esperando algo más, algo más suyo, pero con la inteligencia de ellos pensando enseguida.

Plutarco populares vienen bien, y no sobran otras cosas por el estilo: Religión (no fanatismo), moral, economía no visionaria..., y mucho más todavía.

El Globo, siguiendo la tendencia de que hablaba, ha introducido en sus columnas las mejoras que ustedes saben.

La Justicia ha seguido análoga conducta. *El Día* publica hermosos suplementos de tarde en tarde.

El Herald se camara—y gusta—en dar cuenta exacta de todo movimiento intelectual.

Madrid Cómico se transforma y *acortales*.

La España Moderna, que pagaba exagerado tributo a lo extranjero (perdiendo no poco en los cambios), ahora se hace española por completo, llama a su seno a todo un Sebastián Pelayo para la crónica ordinaria de la literatura... y crea a su lado una revista internacional para reñer (mal o bien) las letras de otros países.

Estos, y otros casos que no cito, por abreviar, y por no tenerlos todos presentes, prueban que no hacían yo mal en ver favorables síntomas.

Cierto es que en medio de todo esto, hay una nota triste: el *Nuevo Teatro Crítico* desaparece. Era una publicación *mi gremio*, cuyo marío singular yo he reconocido mil veces, aun al dirigirla censuras no siempre blandas. Pero si termina la revista, no se rompe la pluma cívica a que debía sus renglones. Esa pluma continúa colaborando en revistas, ilustraciones y diarios.

«Lo que muere, no muere y se transforma.»

Y ahora, algo más y mejor que síntomas: El teatro nos da *La de San Quintán*.
 T un editor Dolores.
 Ahí es nada.

¡Qué bueno se va a poner Sánchez Pérez, un verdadero amante de las letras, defendiendo un simpática tesis de la *decadencia* del teatro!

¡Y los que decían que la poesía *estaba llamada a desaparecer*!

En pocos días, la lírica (*la vieja lírica*) ha dado de sí todo esto:

Una fiesta nacional en honor de un gran lírico.

Preparativos de otra fiesta en honor de otro gran lírico. (La cual acaso debiera aplazarse... para prepararla bien).

Y por último, otro gran lírico publica *Dolores*, un libro que si lo pudieran entender en castellano franceses, italianos, ingleses, alemanes y rusos, no lo envidiarían.

Francamente, todo lo dicho no es tan poco. Verdad es, en cuanto a *La de San Quintán*, que a mi amigo Doffin no le ha gustado mucho la comedia... pero ¿quién sabe más ven mil ojos que dos y acaso tengan razón contra Doffin la mayoría, que ha aclamado a Galdós, como ustedes saben.

Y ahora, para concluir: a los que me vean las cosas de este color de rosa, é instigan en amilanarse p lo que nos pasó, é no nos pasó en el Riff, les aconsejo que hagan lo que yo, que tomen en ayunas todos los días medio vaso de agua con zumo de limón. Les probado: Limpia, fija y da esplendor... al bigado.

CLARIN

352 El Globo (Madrid), n. 6.666, 10 febrero, 1894.

Publicado también en *Las Novedades* (Nueva York), n. 626, 8 marzo, 1894.

mas que hacer que leer novelas, y que aun en esta ocupación ofrecen natural y formidable y útil competencia a los contemporáneos los grandes novelistas de todos los tiempos; y, si ha florido, y ha florido novelas, desde los novelistas geográficos de Grecia *si se me permite*, a la fecha. Además, al toque no está en leer mucho, si no en leer bien lo bueno. Pues la señora Pardo Bazza también nos dice que hay que desengañarse, que aquí están los libros de literatura buena, sin más excepción que la de una media docena de autores, que aun podrán afanarse de vender bastante... He aquí las palabras textuales a que aludo (Claro está que para ciertos autores, tal vez para media docena, no es aún mal negocio publicar libros). Pues tratándose de España, la patria del genio recalcador de contribuciones, de Zorrilla pensionado, no es tan poco, por ahora, que haya quien vaya pudiendo vivir de lo que escribe.

Por otra parte, la prensa periódica, según reconoce la misma escritora a quien he citado, va aumentando mucho *Las revistas*, el mercado del periódico popular se ha extendido de manera prodigiosa entre nosotros; cuando hubieran soñado los antiguos papeles públicos jóva leídos, con las tiradas de cien mil ejemplares que hoy son el pan de cada día para ciertos diarios de gran crédito?

PALIQUE

En Budapest se ha publicado un elegante álbum que la redacción del periódico *Magyar Szó* dedica a la literatura y arte de España. Es un compendio de literatura española contemporánea, y debemos agradecer a *Los Magyars* de los cuales aquí sólo saben los más por la zarzuela del *Legado del conde*, debemos agradecerles esta prueba de atención y simpatía, que no tiene por esos mundos de Dios muchos antecedentes.

Debemos agradecerles, pero no se lo agradezco; la prensa que habla de tantas cosas inútiles y de no pocas necias, apenas ha dicho palabra de este libro lujoso e interesante, que en tierra tan lejana se ha consagrado a mostrar literatos y a mostrar pintores.

En una revista literaria de *El Imparcial* anunció yo la próxima aparición del álbum húngaro; pero, después de publicado el libro, sólo vi u o dos noticias de dos ó tres renglones en la sección de libros recibidos, ó entre el furrujo de los sucesos del día, en uno ó dos periódicos. Bato, como se ve, es muy poco; y semejante desdén y olvido quitará la gana a cualquiera de volver a hablar de nuestras cosas.

Se podrá decir: pero si no entendemos la lengua en que está escrito el álbum, ¿cómo vamos a hablar de él? ¿Cómo vamos a juzgarlo?

A eso contesto que en la prensa española debiera haber quien entendiese el húngaro ó magiar, como en Hungría hay quien entienda y traduce el español. Pero además, algo se puede decir del álbum del *Magyar Szó*, mas sin citar der malabro de la difícil lengua del grupo *Fisno-nyor* en que está escrito. Yo, por ejemplo, no sé traducir el idioma de Arpe, ni siquiera tal como le hablaron Eotvos y Petöfi, pero tengo ojos para ver, y sin más que mirar el álbum ya puedo dar no pocas noticias; y hasta emitir un juicio respecto de la elección de autores y criterio del que dirige la colección.

El álbum, publicado en Budapest, está, año en febrero, en de unas doscientas páginas, en cuatro mayor, a dos columnas; en su elegante portada se ve el retrato de Alfonso XIII... en un sello de correos, en una esquina; en otra el de Castelar, y en el medio el de Echegaray con Nuñez de Arce, A. Polido y otro por encima, y Campaamor, M. del Palacio y Valera por debajo. El primer artículo es del libro húngaro Emilio Szalai, y es, por lo visto, una reseña del estado actual de nuestra literatura y de nuestra pintura y escultura; allí ondea la sombra de A. Varez, Villegas, Viesiegra, Pradilla, Moreno Carbonero, etc., etc., y en cuanto a los escritores... veo una verdadera enalade. Sucede aquí lo que suele pasar en los más de los trabajos de los extranjeros relativos a nuestra literatura actual. Hay ciertos caballeros y ciertas damas que son unas hormiguitas en esto de dar

cuenta de sí a los escritores que por esos mundos hablan de cosas españolas.

El Sr. Gil y Zorita, por ejemplo, allí en tiempos de antaño, debió estar muy bien relacionado en el extranjero, porque se le ve figurar, no sé al porque era director de Instrucción pública, entre los dos ó tres poetas dramáticos de primer orden.

No quiero ser malicioso, no quiero suponer quién pudo suministrarle al Sr. Szalai la noticia de que, así como hubo un género ó teatro *Calderonal Moratinos*, ahora lo hay *Torromé y Echegaray* ó *Echegaray y Torromé*, antes y al lado de Echegaray y como paralelo de Calderón y Moratin, es todo un timo de información internacional, que yo no atribuyo al señor Torromé en persona, sino a algún amigo demasiado oficioso. Más adelante leo Tamayo. Ayala, *Torromé, Dicenta*. Luego, Alarcón. Valera. Palacio Valdés, Juan Pereda (será D. José, supongo), y el último Pérez Galdos (este *szalai* es un sofío, pues la lengua magiar les tiene para expresar los verbos gramaticales), y después veo Emilia Pardo Bazán, otra persona, Octavio Picón y Joaquín Dicenta.

El Sr. Torromé y el Sr. Dicenta son como la romana del diablo, y por lo visto ganan mucho traducidos a la lengua de Telcki y de Horváth.

En medio del artículo de que trato, aparece el retrato de D. Eduardo López Bago, del cual habla el crítico mucho más que de todos nuestros noveistas y poetas juntos, y acaba diciendo, *por lo visto*, que está López Bago ahora en *Buenos Aires*.

Después vienen los poetas, que son Nuñez de Arce, Campaamor, Balaguer, Selgas, Sallust, Sepúlveda y duque de Rivas. También sospecho de los amigos de Sepúlveda y del duque de Rivas.

Luego, vienen Blasco, Constantino Gil y Esperanza Gallego, que no sé quién es.

Como se ve, al Sr. Szalai le han engañado, pero él no tiene la culpa.

En nuestras relaciones literarias internacionales hay sus *trabados* y sus intrigas diplomáticas; los más venideros y los mejor relacionados por ahí fuera, son los que saben gustarlo, y no lo digo por los señores antes citados, a quienes creo víctimas de la amistad exclusiva.

Conozco yo alguna persona que tiene montado un servicio de *bombo* internacional, que ni la red diplomática universal de los jesuitas.

No hay que hacerse ilusiones; la literatura española no llama de veras la atención por esos mundos; el que quiera saber algo de por acá, estudie a los antiguos, que valían más y tenían más carácter nacional, que es lo que los extranjeros buscan.

Hoy por hoy, y por regla general, los que hablan de nosotros son *aficionados* que, sean gente de gusto ó no, aprovechan la rara condición de saber castellano para decir por ahí fuera que existimos; y estos tales, naturalmente, se muestran más inclinados a admirar y alabar a los que con ellos se manifiestan solícitos y hasta pesados, que a otros que, por carácter y por sus muchas ocupaciones, no pueden consagrar a este trabajo de *empalladora artificial de crédito europeo-americano*.

D. José Pereda, que es uno de los dos ó tres grandes *reparadores* en prensa que tenemos, siempre figura en esas noticias extranjeras d tras de quien vale mucho menos que él. ¿Por qué? Porque Pereda apenas sabe que existen esas extranjeras bien intencionadas, que saben español y escriben de nuestras letras.

De todas suertes, y a pesar de estas enormes confusiones y mezclas averigues del álbum húngaro, sé le deben dar las gracias al Sr. Szalai, y yo se las doy, por la parte que me toca, aunque ignoro, lo mismo en *magiar* que en español, qué pito toco yo junto al señor Dicenta.

Por supuesto, que todo lo dicho en son de censura, no es por que yo esté agraviado.

Al contrario; el Sr. Szalai me ha distinguido mucho más que yo merezco, propinpiándole a los *Magyars* dos retratos míos y un cuento que en español se llama *Adivas; Corderas*, y en la lengua de Mauricio Jókai se titula *Leten Vied, Riska*.

Además, muchos de los grabados, particularmente los retratos del álbum, están tomados de la edición de mis *salos de Clara*, ilustrada por Pons. Y, por último, en una nota leo: *Leopoldo Alas y áncico allatt irja Kritikai czikkels, lo cual no sé si es un palo ó un bombo, aunque bien sé que dice que también mojo algo en la crítica.*

Ahora, lo malo sería que también López Bago *álaco allatt irja czikkels*.

Y ahora, lector: *jiten szalai*, que debe significar *¡adivias!*

Y volvamos a la madre patria, donde todos nos conocemos.

CLARIN.

PALIQUE

El mal éxito de la última obra dramática de Galdós, titulada *Los Condenados*, ha puesto una vez más de relieve el deplorable estado de nuestro periodismo literario, particularmente con relación a la crítica de la escena (1). Tenemos críticos, tenemos periodistas que son verdaderos literatos, y, sin embargo, rarísima vez se ve su firma autorizando una crítica teatral. Esta clase de censura se ha entregado, por lo común, al *reporterismo*, que lo mismo describe una inundación ó un terremoto ó el crimen de la calle del Tal, que juzga a Ibsen, á Echegaray y á Galdós. Tengo la convicción de que los empresarios y directores de los periódicos que tales profanaciones consienten están al cabo de la calle respecto de los conocimientos de sus colaboradores encargados de los estrenos, y nadie mejor que ellos sabe que los *reporters* que emplean en la crítica teatral valen bastante menos que Lessing; pero estos empresarios y directores, allá en su *fuero interno*, se dirán lo que el Cherebini de Miguel Echegaray en *El día de la Africana*: «¡Non lo pagol! Y así es, en efecto, y aquí está la madre del cordero. Estos críticos son gratuitos, como el tenor baturro, ya por ser *parientes* ó por estar enamorados de la tipie; ¡éase la gloria, ó, mejor, vanagloria! y los otros, los que saben y tienen gusto y talento, no quieren escribir de balde ó por cuatro cuartos.

En España, el periodismo literario no puede ser una carrera, porque los sueldos son mezquinos y muchas veces ilusorios. Y los periódicos no pueden pagar más porque la venta y la suscripción no les permiten el lujo de tener en la redacción verdaderos escritores que quieran cobrar como es debido. Faltan lectores y sobran periódicos.

Aquí se aplica á la vida intelectual exclusivamente el cultivo extensivo y se olvida por completo el intensivo: tenemos diez universalidades, y ninguna buena; tenemos miles de periódicos, y ninguno organizado como su misión civilizadora exige.

Si los periódicos de mucha circulación, aquellos que el público ha favorecido en la selección, de misteriosas causas, que decide de su prosperidad ó ruina, aprovechasen su buena fortuna en regularizar la prensa como debe ser, no como el vulgo está acostumbrado que sea, ese mismo favoritismo, en parte inexplicable, del público, podría servir para matar lo que debe morir y quedarnos con muchos menos papeles, pero mucho más útiles.

En otras partes, críticos de gran fama, verdaderos sabios algunos, cultivan el folletín

(1) No claro que hay excepciones. Por ejemplo: Zeda, de la *Espece*, en esta ocasión.

teatral años y años, toda la vida, con honra y provecho. En España se va dejando esa tarea á los principiantes y, lo que es peor, á los que, jóvenes ó viejos, no sirven para el caso, y ejercen la crítica en calidad de meritorios, en interinidad perpetua, sin talento, sin gusto, sin ideas propias ni adquiridas en la lectura, sin verdadera experiencia estética.

Ahora, para decir que *Los Condenados* no ha gustado al público que los vió estrenar, algunos críticos de esos se han lanzado sobre la fama de Galdós alirados, como codiciosos de aprovechar la ocasión para devorar una presa. Se ha tratado por algunos al autor de *Realidad* poco menos cruelmente que al *Chato* del famoso proceso del Escorial.

Los mismos papeles, tal vez, que cuando el triunfo de *La de San Quintín* daban á Galdós el título de doctor en dramaturgia, ahora le advierten que ya le tenían dicho que no prosperaría jamás como autor dramático. Otros, creyendo poner una pica en Flandes, en calidad de justicieros, dedican dos compasivos renglones al estreno, perdonándole la paliza al autor, para no aumentarle su infortunio, sin perjuicio de dedicar una columna á charradas y saltos de caballo, y otra columna á la bicicleta y cinco ó seis al torero.

Triunfe ó no triunfe, un drama de escritor como Galdós, si no se ha vuelto imbécil de repente, ha de tener la sustancia necesaria para merecer análisis, explicación del éxito. Es absurdo considerar como un *succeso* de periódico alirados, indigno de ocupar cuatro renglones, el trabajo de meses y meses de un escritor insignie, sólo porque á unas cuantas decenas de personas que estaban la noche de tal fecha en tal teatro no les gustó la comedia. En todos los países cultos, la crítica discute días y días el mérito y los defectos de obras que el público ha condenado; sin contar con las sentencias que después *casa* el público mismo.

Añádase á todas estas listimas, que, por las señas que dan de *Los Condenados* algunos de esos *reporters*, es imposible enterarse de lo que es aquello.

Es evidente que no se han enterado siquiera de la idea del autor. Tal como ellos explican la cosa, es un tejido de excentricidades, de incoherencias (que también las *incoherencias* se pueden tejer... *moralmente*), parece obra de un loco seso... y Galdós, ¡vive Dios!, no es un loco, sino una de las cabezas más firmes de España. Nada digo del mérito de su último drama; será malo, no lo niego; pero de seguro que tiene más miga, más fuerza, más intención de lo que se desprende de esas explicaciones absurdas.

La falta de ideas propias en la crítica *instantánea* y de noticiero, la servil obediencia á fórmulas estéticas admitidas de modo inconsciente, con esa pasividad que en religión, en ciencia y en arte muestran siempre el espíritu vulgar y la ignorancia, se notan en la monótona igualdad, casi identidad, de todas esas gaceticillas críticas. No sólo ahora en *Los Condenados*, sino en estrenos anteriores, de éste y de otros años, he observado que la *cuenta* que dan esos críticos parece una circular, sin más diferencias que las faltas de gramática ó de lógica, pues en esto cada cual tiene su *estilo*.

Si los adeseos varían. Un crítico dice, por ejemplo, que cierta obra tuvo un *éxito condicional*. Quiere decir que gustó en parte, que hubiera gustado más, á no ser por ciertos defectos; pero eso no es gustar condicionalmente. El crítico no sabe lo que significa condición. La condición, en derecho, de donde se toma el sentido traslativo en casos como éste, es acontecimiento futuro é incierto, del cual depende el perfeccionamiento de un acto jurídico. Un drama, que ya está hecho y representado, gusta ó no gusta, gusta con reservas, en parte sí y en parte no; pero no puede depender el gusto ó no de una condición, pues el drama ya no da más de sí, es aquello que se ha visto. Ésto es de sentido común. Luego no se puede decir que *María Rosa* gustó condicionalmente.

Pues anda, que otro crítico, hablando de *Los Condenados*, que tiene tres actos, trata del primero antes y después de "los dos actos finales."

De modo, que cuando tenemos tres cosas, una es la primera y las otras dos las últimas, las finales.

Este censor *bifurcado*, después de disparar así, y de otras maneras, se burla de Galdós, y de Ibsen y de...

En fin, que esto está perdido.

Pero, afortunadamente, todo lo van á arreglar entre Canga Argüelles, Bosch y el padre Cámara (un Bosch mitrado) estableciendo en los institutos la enseñanza religiosa voluntaria. Es decir, el *Estado entiende* (¡qué ha de entender!) que los ortodoxos necesitan saber lo que han de creer, lo que han de orar, lo que han de obrar y lo que han de recibir.

Y á los demás que los panta un rayo.

¡Ay! ¡Todo está en armonía!

A pedagogos como Bosch y como Cámara corresponden críticos de *éxitos condicionales* y que le van dos actos *finales* á un drama que tiene tres.

CLARÍN

Palique.

Permitámonos ustedes rejuvenescerme.
¡Ay, al Edo de los paliques rejuvenece.
¿Se acuerdan ustedes?

En *ella* siempre los paliques de Madrid Cómico solían encontrar tal cual lector propicio entre los muchos de este periódico.

Pero mi médico, mis amigos y los que me quieren mal, como dice Moratin, me aconsejaron que abandonara el género. El mismo Sinesio declaró que prefería mis *cuentos*, que no daban ocasión (¡guárdate algún crítico *palidísimo*) a diálogos y directos.

Y abandoné el palique; ó mejor acaso, me dejé él a mí, como poco antes me había abandonado la juventud.

Pero bien sabe Dios que no quisiera *acartonarme*, literariamente.
Nota en mi síntomas alarmantes. Me voy tomando demasiado en serio, que es como le echando panza moralmente.

Malo, malo.

Si algo por este camino, soy capaz de acabar por querer ser de la Academia, y hasta llegaré a escribir algo sobre las raíces y raíces del idioma patrio, como el señor conde de la Viñaza, peritísimo en *lexigrafía*, como dice la *Gaceta* con una gramática pesada.

Esto de hacerse uno demasiado formal no es más que una manera de envejecer.

Volveré, pues, de cuando en cuando á las andadas.

Pero no tema Sinesio: no temen mi médico, mis amigos y los que me quieren... bien. Huiré de las cuestiones personales. En caso de urgente necesidad, recurriré al símbolo onomástico, y para hablar de Felano y Menicano tomaré á Labroyère los nombres sonoros de *Los Caracteres*.

Además, procuraré darme tono y no admitiré discusión con cualquier *asombrado* de esos que me mandan un periódico en que me insultan, y por el no lo noto señalan con lápiz rojo el insulto. No disputaré con estos señores, aunque buenas ganas se me pasen.

Y á propósito, es decir, no á propósito de insultos, sino de lápiz rojo y de mi modo antiguo de matar pulgas: permítame *El Eco de Gaudin*, apreciable colega de... Gaudin (taló misun lo dice), permítame que le advierta que si bien agradezco los propósitos que se procura describir mi humilde personalidad literaria, no estoy conforme con él, con *El Eco*, cuando dice de mí: *«Este idiosincrasia por cercear, con la cortante luz de un sangriento ástira, los naciéntes arbustos literarios que, bien tratados y amablemente dirijidos (respeto la ortografía de El Eco), pudieran llegar á ser bellas y frondosas enojinas, subleva la conciencia de todo el que ama lo que nace, y siente, por lo tanto, la dulce pasión por la aurora»*.

(1) Del libro *Cosquillas*, que se pone á la venta al martes próximo.

Pues, hijo, apenas hace tiempo que yo no cerceo arbustos; y si usted responde de que los arbustos ésta pueden llegar á ser enojinas, por mí que no los poden. Por muy apasionado de la aurora y del boj que usted sea, reconozco que hace siglos que yo no me opongo á los disparates de los autores *embrujados*, como usted dice, ni á los de otros que son bastante muchuchos. Inconvenientes son los alcornoques que han crecido por ahí desde que yo no me mezo con nadie. (Ni más ni menos que cuando me metía.) De modo que eso de pintarme á mí chorreado bien y vinagre es una injusticia... en cuanto al cuando, como dicen los juristas.

En este particular, á mi conducta presente me atengo. No quiero lios por defender los fueros del arte, lios en que á lo mejor resulta usted empujotado con uno que le llama, con desprecio, *místico*, porque cuando va usted á Madrid para la prueba, lo cual prueba que es usted víctima de la neurosis; porque él, que ha leído á Nordan, ni cree en el *pro-idealismo* ni paga á la patrona.

De modo que ya puede Sinesio publicar estos *paliques* — que alternarán con los *cuentos* — sin inconveniente; porque yo le prometo que no le suscitaré líos y directos con ningún arbusto, como *oleaster*, como dice Raimundo Miguel.

Y obras son amores y no buenas razones.

Figurémonos que uno... uno... me tira á mí chinitas, ó se me agura que me las tira. Pues en vez de contestarle como se merece, voy y ¡qué hago? Me doy tono; le miro de alto á bajo, y suponiendo que no se atreva sólo conmigo, sino con otros que valen mucho más que yo, y que él, cojo la lira y canto:

A UNO

(QUE ME PARECE QUE ME ESTÁ ECHANDO INDIRECTAS)

¡Con qué arrogancia tu pluma
á los más altos se atreve!
— Yo vi jugar dinerales
de palabra, á un insolvente.

Acaso te sale un chiste
entre dos mil *devergüenzas*;
para que prenda una chispa
gastas demasiada yesca.

Para batirme contigo
me llevas mucha ventaja,
porque ofreces menos blanco
que la punta de una espada.

Como eres tan poca cosa,
tus lanzadas no me pinchan.
La hormiga tiene veneno,
y ¿quién no traga una hormiga?

Como no tienes tejido,
aun así hecho un nono te tejas.
Que te tiran á la calle
¡y qué, si el viento te lleva!

Y por ahí adelante. De modo que no tengan ustedes cuidado. Nadie me saca de la alegoría y del símbolo, que está de moda. Y como también está de moda la caridad, advierto á algunos señores que, si quieren dejarme en paz, todavía están á tiempo. Tanto más deben agradecer este caso, cuanto que, no habiendo de rebajarse el que suscribe (¡ah, qué tal rebajarse!) á disonir con ellos, pudiera suceder que en algún *caso choretto* supledramos (¡mos, fíjense ustedes, como los obispos!) un arma coercitiva de otro género. Aprovechando, v. gr., nuestra influencia para que echaran del periódico en que escribe al preopinante. Esto es poco literario, pero en ocasiones muy oportuno.

Sin alegoría de ningún género, porque no se trata de nada malo, me atrevo á decir á mi querido amigo *Kasabá*, á quien debo tantos elogios inmerecidos, que siento que él, tan discreto, tan serio, no sea imparcial, opine como Bremón y otros respecto del estado actual de la literatura en la prensa. Yo creo que debiera volverse á lo que antes se hacía aquí, y en todos los países cultos se ha hecho siempre, respecto de la crítica dramática. Una cosa es el *museo teatral*, cuya descripción corresponde al noticiero, ó mejor, al cronista, y otra cosa la crítica literaria, que examina el *drama* como un libro, pero siempre teniendo en cuenta que es cosa representable (liciendo para representarlo se hizo). *Kasabá* dice que para esta crítica está la *revista*, que el periódico tiene el tiempo tasado y necesita ser más breve y atenerse al *círculo*, al espectáculo. Esta es la idea de *Kasabá*. Pues bien, todas esas críticas que él cita (entre las que por excesiva amabilidad me cuenta) han escrito sus artículos de teatros... en periódicos diarios. ¡Bastará crítico de teatros... en periódico, no en revista; Revilla lo mismo, Cadete lo mismo, Larra lo mismo, Pídon lo mismo, G. Cadena lo mismo, Sánchez Pérez lo mismo, y, ya que fuera de razón me cita, yo lo mismo. Y en el extranjero sucede otro tanto. No hay para qué recordar muchos nombres. En el día, no escriben críticas de teatros en periódicos Sarcey, Lemaitre, Fouquier, etc., etc.?

Lo que hay es que en Francia, Italia, Alemania, etc., además las revistas tratan con extensión del mismo asunto. Pero aquí, ¿dónde están las revistas? Sólo una conozco de alguna circulación y vida relativamente púdica, *La España Moderna*. Pues ahora, ni ésa publica revistas de teatros.

En cuanto á lo que Bremón dice de que hoy disputan la atención del periodista muchos asuntos para que pueda consagrar á las letras tanto estudio y espacio como se le pide, advertiré que hay *prensa y prensa* y que si cierta parte de ella puede y debe dedicarse á las letras no más atención que á la Boira ó á los toros, la gran prensa, la que guía, debe hacerlo que en Francia, Inglaterra, etc., etc., donde, además de las *publicaciones especiales*, cuenta la literatura con todo el espacio que necesita en los grandes periódicos. Muchos de sus más célebres artículos los han publicado en periódicos diarios muchísimos ilustres literatos extranjeros. Véase ejemplo bien reciente de lo que se hace fuera: ¡No hay en París más cosas de que hablar que en Madrid? Pues en los mismos días que yo había *Presidente* nuevo y muy grave crisis ministerial, los principales periódicos franceses consagraban columnas y columnas al gran triunfo de Coppée en el teatro del Odeón. Y no en un número solo, sino en varios.

Señores, que no se diga; que á lo menos no parda de gente de letras esta terrible frialdad prosaica que quiere alejar á la prensa, y al público por consiguiente, de la vida intelectual artística, comparando el interés de las letras con el de los toros, la lotería, los crímenes y la bicicleta.

Y usas.

Ya ve Sinesio que nadie puede venir á pedirnos una satisfacción.

Que para nosotros quisiéramos.

Por último:

Matusalén el cronista,
¡por qué diablos no se ha muerto?
Lo que ahora escribe es ya *pótemo*,
aunque él no quiera creerlo.

Clarín.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

398

PALIQUE

A no llamarse a Brucelas
la muerte de mi madrestra,
me caso con ese cuervo
de la calle de las Velas.

Así desta Eusebio Blasas, cuando para él aún habla Pirineos, en una comedia que le estréñe Mario, y Mario, por cierto, era el que pronunciaba esas disparates, siempre deslizo de su deber.

Bueno; pues, a no llamarse a Brucelas... quiero decir, que no a haberme pedido con tanta prisa este palique mi amigo Urrech, hubiera empezado hoy la anunciada serie de artículos acerca del «Teatro de en-ayor».

Utro día será.

Ahora a lo que estamos.

Necesito presentarles a ustedes.

¿Que quien soy yo?

Para su tranquilidad, básteles saber que no soy Arimón.

Y además... vengo sin Teresa.

Y sin Arimón.

Pero eso no quita que de Teresa haya hecho una segunda tirada.

Y que de Arimón piense hacer varias ediciones.

Por el estilo cierto y otros alintados, habrán ustedes notado que vengo en calidad de humorista, como decimos los ingleses.

Pero me se trata de ese humorismo que en vez de ser inglés los tiene.

Hay algunos jóvenes, casi todos materialistas a la penúltima moda, que cultivan un humor en que no habían caído ni Böhmer, ni Tschak, ni Schlegel; porque estos, si tomaban a beneficio de inventario la seriedad de la vida, y tenían en poco todo lo contingente y relativo, al fin pagaban la posada y la onesta del sastra, fuera ó no de la calle de las Velas; pero, amigo, ahora hay humoristas de por acá que, con la más ornul de las ironías, son en deber cuarenta mensualidades a una patrona sin principio, y todo se lo cargan a la cuenta a Heine, a Novalis, ó el mismísimo Schelling en su segunda manera.

Yo no soy humorista de esos; y ya verán ustedes como voy ajustando mis cuentas con quien corresponde.

Tampoco soy humorista, según arte, es decir, según los polemistas del Ateneo, que lo mismo hablan del buen humor que de la influencia del roce de las sandalias de las legiones romanas en el basalto de los límites de la Via Apia.

No, no me fio del humor de ese Ateneo, especie de pórtico, en el cual, según cierto amigo mío muy exagerado, ahora no se ha comido que boear el violín a tocar el violón.

Eso no es cierto. En el Ateneo, aunque algo decididamente ando, trabajan sabios y otros que a eso tiran, y el presidente, Sr. Moret, se desvive por animar aquello.

Pero mientras no se anime, repito que no me fio del humor ateneístico.

Más gracia me hace un crítico que le ha salido a la señora Pardo Basán, un crítico que conoce las hierbas diviniticas,

como decía Iriarte, y que debe de ser más hábil en la botánica que en el modo de llamar ciertas cosas del trivial y el cuadrivario.

Ese crítico, que firma con medio seudónimo, pues se llama Roger de Flor y falta de Naranja a de Azahar, es crítico se cree en el caso de escribir un artículo protestando de la audacia de doña Emilia, que supone que en la mansión de los dioses, en El Olimpo, había naranjas. No admite eso, Roger; porque en tiempos de Cristo el naranja todavía no florecía en nuestros climas. Pero, ¿es mucho inventar suponer que Zeus, caprichoso de suya, quisiera tener en sus jardines alimpiques árboles frutales de las más renombradas regiones? Cuando fueron los dioses a celebrar las bodas de Thetis si no recuerdo mal, ¿no pudo Mercurio correr hasta la China, a donde fuera, y traer

naranjitas en el delantal,

como dice el cantar?

Mis fío al llamar Hespérides a las Hespérides, como hace Roger.

Hespérides no puede ser más que adjetivo de *hespéride*, es. Pero el jardín de las Hespérides es un dilato; hay que decir Hespérides, porque así se llamaban las hijas de Hesperos, las que fabricaron un sepulcro a Phœton ó Eæton, cuando Zeus le arrojó a la orilla del mar, hiriéndolo con su rayo, del que abusaba Júpiter como el Sr. Roger de la botánica histórica.

Eso de que se dice Hespérides, lo sabe hasta la Academia; como se dice Pierides y Ployades... en fin, que se dice así; y Roger, que había en griego, no necesita que le explique por qué las Hespérides está mal dicho.

No admite tampoco que las manzanas de oro del jardín de las Hespérides fuesen naranjas, y recuerda la expedición que da Mar Müller de las tales manzanas.

En efecto, una ciencia comparada de la mitología, que empieza a tener críticos temibles, procura reducir las más de las fabulas, que son raíz de muchos mitos, a fenómenos naturales; sobre todo astronómicos y meteorológicos. En el celebre W. Cox, comentado por Mailard, se ve explicado eso de las manzanas de oro, que *Heracles* (Hércules, según inexactamente se dice, confundiendo a esos personajes distintos) iba cogiendo, y que eran las nubes doradas del mar, en occidente. Pero las nubes, ¿eran comparadas a manzanas amarillas ó a naranjas? Eso es la cuestión. Sobre lo que no cabe cuestión es sobre si se puede llamar *Hespérides* a los Helenos. El Sr. de Flor, *Helénico* les llama; pero está mal hecho. Eso también lo sabe la Academia. Si usted llama *Helénico* a los griegos, llame usted *Elénico* a la indígena esposa de *Masaleo*. El *helénico*, se-

gún la Academia, es muy otra cosa; es una planta de raíz aromática y medicinal.

En cambio, vea usted lo que son las cosas; no sé por qué Roger de Flor le ha de corregir el vocablo a doña Emilia, porque ésta, al hablar de los dioses del Olimpo, añade paganos.

Los dioses grecorromanos son los dioses paganos por excelencia (siempre según la Academia), y si, por extensión, se llama así a todo dios que no sea el Dios uno, declaro que no habría propiedad en llamar paganos a dioses y onlos y adoradores de muy remotas edades y de pueblos que ninguna relación pudieron tener con la civilización en que el gentilismo de los *pagos* fué cediendo a la influencia cristiana. — Si; los dioses que se adoraban en los *pagos* son los dioses paganos por excelencia, y no es redundancia llamarlos así.

Por último, se río Roger de Flor de doña Emilia, porque ésta supone que se podía beber un licor por una *crátera*. Primero Roger dijo que la *crátera* era una *calderón* de cincuenta litros; después, al rectificar, quitó litros; admitió *cráteras* más pequeñas; pero no hay dios... pagano que le haga levantar la *crátera* del s él, sin sacarla de su papel de depósito, de *calderón*.

Poca, amigo Roger de Flor, estas son otras naranjas. Porque aunque usted asegure que por la *crátera* no se podía beber, como si fuera una copa (aparte de que hay quien bebe en botijo y por botella), lo histórico es otra cosa.

Aquí le hacía a usted falta un distinguido.

Pero por no saber distinguir, como pide el personaje aquel de Ricardo Vega, se equivocó usted al dar una lección a la señora Pardo.

El término general de *crátera* (*kráter*, *krêter*, de *kennanai*) se aplica a todos los utensilios para mezclas usados en las comidas y en las libaciones. La *crátera* estaba destinada a guardar grandes cantidades de agua y de vino, a no ser que la mezcla se efectuase en los recipientes destinados a beber en ella. Había *cráteras* lebianas, argólicas, corintias y laconias. Una *clausa* de *crátera* era el *psukter* (según Pollux también dios) de dimensiones variables; y se veía en ciertos casos a los bebedores beber por las *psukteris*, relativamente pequeñas.

Ya lo ve Roger: la señora Pardo está en su derecho suponiendo que la *crátera* de la Magdalena era así como un jarro, *krázer*, *psukter* ó *diros*, de los pequeños.

Para hacer objeciones... es necesario haber leído, por lo menos, a Gahl y Koner, que es a quien yo fusilo en la ocasión presente.

Y no se me enfade Roger, ó si se enfada, que lo haga con su nombre de pila y apellido. Ya ve, a ningún español le debe ofender que se diga a la defonsa de una señora, cuando varios señores le atacan por un solo cuento que juzgan malo; cuando tantas ocasiones tuvieron de alabarla, y no lo hicieron, por muchos buenos.

Y pelillos a la mar, Sr. Roger, y vamos a cohar una *crátera*, si usted quiere, a la salud de las Hespérides.

Que allí nos esperen muchos años.

CLARIN

PALIQUE

En el Ateneo van á leer un trabajo que se publica, como diría, al P. Blanco (¿qué se hace al buen agustiniano?). «El hombre en acción bajo su triple aspecto: vital, económico y liberal».

Pues, señor, no conozco más hombre en acción, á quien convengan esas señas, que el celeberrimo autor de *La robotica*. Fijense ustedes: Vital (Ázra) económico (el trimestre) y liberal (pródigo... de chistes).

¡Triple aspecto; vital, económico y liberal! ¿Y se acabaron los aspectos? ¿Y por fuerza han de ser liberales todos los hombres en acción? ¿Y los carlistas de armas tomar?

En fin, quien manda, manda. La sabiduría de Dios, y á veces la del Ateneo, es inexcusable, como las urnas de muchos colegios electorales.

El Sr. Balsa de la Vega, que nos anuncia que en el próximo número de *La Pecera* (una revista ilustrada muy elegante) nos va á explicar á todos en qué consistían las *cráteres*, ¿no podría explicarnos también eso del triple aspecto vital, económico y liberal?

A propósito del Sr. Balsa.

Por lo que yo más siento las agarradas cuasi-literarias de estos días, es porque al Sr. Balsa no le hemos enseñado nada nuevo, según él declara en *La Pecera*.

¡Pero qué afán de saber tienen algunos hombres!

¿Ni siquiera Arimón? ¿No le enseñó á usted nada Arimón? ¿Ni un mal cartilago? ¿De veras no ha aprendido nada leyendo al buen Ayax-Telemon, digo Arimón, el otro, al furioso, el hijo adoptivo de Priamo-Bremón? ¿No ha aprendido siquiera el Sr. Balsa á mirarse en aquel espejo?

En fin, todavía estamos á tiempo.

¿Quiere aprender algo el Sr. Balsa? Pues oiga.

En su *Crónica de La Pecera*, dice el señor Balsa que el luto por el *Reina Regente* y el luto de Semana Santa coincidieron «por casual providencial».

Y eso es un disparate y hasta una heresia.

Porque el *caso* y la *Providencia* son incompatibles. Una providencia que se valiera de la casualidad... sería una Providencia que tocaría la Santa... Y si no que se lo explique á usted Canga Argüelles; ese Torquemada Sombra.

Conque ya ha aprendido usted algo.

¿Quiere usted saber más? Bueno.

Pues también es un adfesoio esto que dice el Sr. Balsa, hablando de las señoras que van á los toros: *meridionales mujeres... en sueltas del torso airoso y la diminuta cabeza (microcefalas)...* entre los remolinos de partículas de impalpable luz que flota en la atmósfera.

¿Todavía cree el Sr. Balsa en la teoría de los remolinos? Y aunque crea; esos son otros remolinos; pero ¡las partículas de luz que flotan!... Partículas de luz! ¡Es usted incapaz... de partículas!

Y sigue Balsa, que por lo visto tiene mucho que aprender: «cuando, una á una, pronuncia palabras de esperanza...» Pero, ¿había de pronunciar las palabras de dos en dos? Ni Frégoli. «Llamando al alma y al sentimiento». Pero el sentimiento, ¿no es alma? Alma de... *cráteres*... será la que no tenga sentimiento. «La garganta de Uetam y de la Tetrazzini; Bien claro está; de Uetam y de la Tetrazzini; una garganta para dos, *pro indiviso*.

Ya vé el Sr. Balsa cómo en todas partes se puede aprender algo.

Hasta en los artículos *fusilados del francés*.

Porque aunque uno los haya leído ya, los vuelve á leer, y se aprenden mejor.

¿Quiere saber más el Sr. Balsa? ¿Quiere saber cómo conocí yo á Arimón?

Pues oiga.

Fué en un estreno, hace muchos años.

¡Aquel es! me dijeron.

Empalidoci, como escriben los olímpicos.

¡Era él! Sí, no podía menos. Iba á levantarse el telón. Todos los espectadores estaban ya sentados... ¡Pero él no! ¡Mil veces no! Su mirada de águila se pasaba por la sala con esa frialdad analítica de los grandes revisores. No necesitó más.

Al día siguiente se leía en *El Liberal*:

«Noche solomna. El público de los estrenos. Ni una sola localidad vacía. No había donde co'o'ar un alfiler...»

¡Ea mucho alfiler! Digo, ¡es mucho crítico! Así es la crítica moderna: subjetiva.

Porque ¿qué es un crítico? «Un lleno visto á través de un temperamento.»

Como hubiera dicho Zola, de haber conocido á Arimón.

El cual Arimón, convertido en *foie-gras*, pensó que el Heraldo había pedido mis paliques para que yo me pasara la vida haciendo *arimónadas*; y fue él, ¿y qué hizo? Pues publicar *Mis paliques*. Y gracias que no solicitó que la *Corona* los anunciase el día anterior con letras gordas.

Y en el paroxismo de la gracia satírica, me llama *currinche*, que yo no sé lo que significa.

Porque es vocable que no le admite el Diccionario, ni la gente fina con quien yo me trato.

Y me amenaza con los viajes á Oviedo. Y dice que tiene billete de ida y vuelta.

Pero ya verán ustedes como sólo aprovecha uno de los dos.

El de la vuelta probablemente.

Y habita no se qué de una cátedra.

Vamos, ni los más desvergonzados enemigos, hablaron á Clarín de su cátedra.

Porque no hay ningún catedrático en el escalafón que se llame Clarín. Para saber esto, basta un poco de... *buen gusto*.

No, señor Arimón. Estos paliques no van á la salud de usted.

A usted se le sacará á relucir, aquí y en veinte periódicos más, de tarde en tarde; ahora y dentro de un año, y de dos... si usted insiste en ser crítico de cámara. Se le agujerará á usted,

non vi, sed sepe cadendo.

Es decir, que hablaré de usted, no á diario, sino... de *sextercio* en *sextercio*, como decía su colaborador de usted, Eusebio Blasoo.

Que también exclamaba:

Voraz incendio el monasterio *asola*.

Vea usted ¡Blasoo! Hablar de eso, da gusto.

A lo menos tiene historia. *Hoja de solerías* como la suya, no la hay.

Pero á usted, Arimón, no hay por donde oogerle.

«Desdibujado... las tres aristocracias... caracteres... sostenidos (¡jamás hemoles!)... en el desenlace que se precipita... la hilaridad mantenida constantemente...»

¡Y quo le entren moscas!

CLARÍN

359 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1.637, 3 mayo, 1895.

PALIQUE

En estos tiempos de análisis, de ese análisis que tanto preocupaba hace unos quince años al Sr. Núñez de Arce, quien después de pasar por las *esferas del poder* (estilo... de eso) se ha hecho muy sintético; digo, que en estos tiempos no sólo no se puede ser autor dramático, por mucho el *frío escultórico* de la crítica mal alimentada, sino que ni siquiera se puede ser cuerpo simple.

¿Qué no pondrá en duda el hombre de estas generaciones desorientadas, en que cada pensador y hasta cada bachiller parece un empujador en consumo, armado del correspondiente pincho para que no pase una rata sin pagar derechos de aduana crítica?

¿Dónde se ha visto cosa más sencilla que el oxígeno? Pues ya hay quien duda de su sencillez y quien sospecha que no es tan simple como parece.

El mejor día viene un Fr. Ramsey, ó no lord Rayleigh, y nos descomponen al mismísimo Eusebio Blasco y le encuentra complicaciones de argón.

Ya saben ustedes que el argón es ese cuerpo nuevo que se ha encontrado en el aire, y al cual se le ha puesto ese mote de argón por ciertas cualidades suyas, que no le recomiendan.

¡Sabe Blasco lo que significa argón en griego? Pues averigüelo. El argón es un fluido eminentemente español. Eso, aquí está... en la atmósfera.

Ahora, decía, se quieren meter con el oxígeno.

M. E. C. Baly se pregunta qué significan los dos espectros del oxígeno. ¿Se deban á dos gases que se muestran en la disolución de la substancia actualmente llamada oxígeno?

Vaya usted á saber. Ni yo, ni acaso Palique, hemos de averiguarlo.

Pero sentiría que el oxígeno resultase ahora una especie de bromón.

Porque eso sería contrario á la química de mis mayores, como diría de Gaspar, que dice

abrazado en la *fe de sus mayores*...

Da toda suerte, por mucho que adelante la química, y aunque en España se admita por unanimidad la nueva nomenclatura, que es ya cosa corriente en todos los pueblos cultos, menos aquí, siempre habrá entre nosotros pocas incapaces de descomposición, como el átomo.

No, no haya miedo que á D. Lorenzo D'Ayot le encuentren dos espectros; el autor de la *Reforma literaria* es de una pieza, no cabe descomponerle.

Parce me temiera que no haya comprendido la sencillísima naturaleza de este metaloide literario un hombre tan avisado como el ilustre escritor Hermano Bahr, el jefe, ó poco menos, del modernísimo movimiento estético de la juventud artística de Viena, el director del *Zeit*, el autor del libro, ya célebre, *Studien zur Kritik der modernen*.

El Sr. Bahr, el émulo del famoso Loris y de Saar, en el mencionado libro, en que habla muy detenidamente de Valera y de Alarcón, y cita á menudo á Emilia Pardo y á este humilde paliquero, consagra al señor D'Ayot muchísimos renglones al tratar, en capítulo aparte, de los *tres jóvenes españoles*.

¿Quién ha engañado á Sr. Bahr? Por muy bien que entienda nuestra lengua, es imposible que haya podido leer al Sr. D'Ayot en el original, es decir, con un español, y tratar con la formalidad con que trata de sus reformas literarias.

Sólo traducción puede parecer D. Lorenzo digno de mención.

Siempre lo mismo.

Ayer era el húngaro Szalai quien tomaba muy en serio las novelas naturalistas de López Bago; ahora el austriaco Bahr quien estudia á Lorenzo D'Ayot al tratar del modernísimo movimiento literario español.

No sucedían estas cosas cuando era empleo muy lucrativo en París la enseñanza del español, ni cuando Carlos V rezaba en castellano.

Hoy á un novelista español le traducen «Juan Tenorio» así Juan el Tenor. Y tiene que dar gracias.

Avisos útiles:

Es inútil que mis enemigos se diviertan enviándome anónimos y recortes de periódicos bajo sobres sin sellos. Devuelvo toda la correspondencia que viene de esta manera.

¡Ahí también es inútil que se me envíen números repetidos del *No sé qué antillano* y de otros papeluchos por el estilo. Los rango, sin pasar la vista por sus columnas.

En esto de contestar yo á los Arimones, son muchos los llamados y pocos los asociados.

Cierto que suelo disculpar, por acto de humildad, con los insignificantes. Pero no con todos.

Los asocio yo, no ellos.

Un señor don... N. N. me censura, con muchísimo respeto, porque yo he dicho que está mal escrito «al alma y al sentimiento». Y demuestra, y no le cuesta trabajo, que el sentimiento no es toda el alma. Claro que no es toda el alma; pero como es algo del alma, está mal dicho «al alma y al sentimiento». ¿No se entera el colaborador de *La Justicia*?

¿Si habrá sido él quien escribió aquello de «viajar por Europa y el Piamonte»?

Yo será todo lo respetable que el señor N. N. quiera.

Pero no basta respetarme á mí; antes que yo está la lógica, que es mucho más respetable.

Fíjese el Sr. N. N. Decir al *alma y al sentimiento* es como decir á los *cuadrúpeos* y á los *gatos*; á los *españoles* y á los *madrilones*. Pregúntesele á Condillac, su amigo, y no le dirá otra cosa.—¿Qué le habrá hecho yo á cierta parte de la juventud dorada del centralismo? Un día es no Sr. Maldonado que me llama superficial; otro don *Qualquiera* que no me entiende, y otro don N. N. que no me entiende tampoco.

¡Vaya, vaya! orden, niños, ó se lo digo á don Nicolás...

Verdad es que ese Sr. Maldonado trató á N. N. del Río mucho peor que á mí todavía...

A Sáenz del Río, el maestro de Salmorón...

Pero no lo volveré á hacer.

Supongo.

Algunos jóvenes que dirigen sus pasos al templo de Minerva, encuentran el camino difícil y largo, y quieren echar por la trocha metiéndose conmigo, porque ya saben que yo soy de los que dicen «dejad á los desconocidos que vengan á mí».

Pero es para darles los azotes correspondientes.

De modo que buscan la notoriedad por el peor camino.

Porque, como los azotes no se dan en el rostro, sino... *todo lo contrario*, como dijo no sé quién, los azotados no se hacen conocer del público, que no los distingue á unos de otros.

Porque el polo antártico lo tienen todos lo mismo.

Y ya que, á mi pesar, hablo de estos pasos bajos, voy á denunciar, aunque no soy *padre de familia* de los matrimonialados en el ejército de la salvación moral, algunos chistes de Eusebio Blasco, que queriendo llenar vacíos con su cunto de las Danaides, pretende sustituir los *Platos de la Cavia* con sus... *don Pedros de noche*.

Blasco se entrega á la escandalología, y habla de la capital de ciertas posesiones ultramarinas en su relación á la adolescencia, y piñta á Silvela sacando... la *florantina* y exigiendo á Canovas cosas feas... En fin, que quiere el inventor de los sexteros que le tomemos por un *Bello chiquito*.

Mira como subo, subo... de redactor del *Figaro*... á la danza del viento.

• Oi no ai sol. •

Es decir:

• Oi no ai Arimón. •

CLARIN

360 Heraldo de Madrid (Madrid).

n. 1.645, 11 mayo, 1895.

401



361 Miniatura de la página.

PALIQUE

Hace ocho días preguntaba yo aquí por al famoso P. Blanco García.

Pues... presenta.

Ahí le tienen ustedes escribiendo en *La Ciudad de Dios* (profanación inaudita!) artículos de erudición de cuarta mano acerca de la *Literatura hispano-americana*.

Porque eso sí; él es un Menéndez y Palayo, sí no de *primo cartelito*, de *prima... tataro*, á lo que sea.

¿Escribir Menéndez acerca de la *Literatura hispano-americana*? Pues el P. Blanco, que no ha de ser menos...

El se erce eso, un *Marcelino* de El Escorial, para uso de agustinianos, y de niños que todavía no han llegado á la *pubertad* hermosa,

como dice Núñez de Arce.

El P. Blanco G. no es un erudito, pero es una hominigua para su Monasterio. No da puntada, ni bomo, sin hilo.

Cuando escribió su celeberrima *Historia de la literatura española en el siglo XIX* (de que ya nadie se acuerda), tuvo buen cuidado de inventar *hasta géneros* para poder elogiar á los periodistas y críticos con casa abierta, es decir, que tenían periódico propio donde poder pagarle el bomo.

Después se dedicó á la *literatura regional* para tener gente agradecida entre los literatos de partido judicial (porque es claro que los verdaderos escritores de las provincias no agradecen al Paderne que los descubre, como acaba de descubrir á la *virgen América*.)

Y ahora... pasa el Atlántico el buen monje, y empieza... á darle al parcho en loor de imitadores de Quintana, de poetas de quien él mismo tiene que decir que hacen versos malos, pero que son muy sinceros.

Sincerote!—Como si Caralla y Arimón no tomaran en serio, respectivamente, sus *aleluyas* y sus *caracteres desdibujados*!

Por supuesto, el P. Blanco sigue escribiendo mal.

Para decir que media mucho espacio entre la ortodoxia de un poeta y la incredulidad de otro, dice que ese espacio es *inconmensurable*.

Lo cual está mal dicho, aunque la Academia autoriza en cierto modo el disparate, y estampando serios absurdos metafísicos al hablar de la inmensidad. (Solo Dios es inmenso, dice la ex-Vaterland.)

Haciendo alarde de su oído... de merender y de su po. o oportuna admiración, el Padre Blanco nos propone como excelentes y dignos de memoria los siguientes versos americanos:

«Se alzarón de él, de gloria radiosa, con pasmo universal de todo el mundo».

El primer verso es de los que copia *Sinclair Delgado* en la *Correspondencia* particular de *Madrid Cómico* para castigo de poetas *correspondientes*; y el segundo es muy *único* también, con su pasmo de todo el mundo y... además universal.

Siempre ha hecho lo mismo el P. Blanco. Siempre le dió el saipe por ahí. Copia lo peorito de cada poeta, para recomendarlo. Para enorgullirse un *Florilegio*... de desatinos, ni pintado.

En las páginas 11 y 12 del número de 5 de Marzo de este año (1), el P. Blanco empieza un período... que no termina; es decir, se le va al santo al cielo, y las oraciones incidentales ocultan la principal, que se malogra. ¡Y estos son críticos, y hasta *historiadores*!

¿Así que el P. Blanco no pueda coger los hábitos, irse á la corte, y estar haciendo de Arimón una temporada.

El estilo es el mismo; y los lugares comunes también parecen que se los prestan mutuamente.

Para censurar á un poeta por prosaico, el P. Blanco se explica así: «...sistema preconcebido (claro; siendo sistema... preconcebido había de ser) que consiste en dar á las

(1) *La Ciudad de Dios*.

severas leyes de la razón más parte de la que le corresponde en las obras artísticas...»

¡Alto al carro! ¿Cree el padre calizado que á las obras artísticas no les conviene estar tan cargadas de razón como... yo, v. gr., cuando digo que él no sabe lo que se critica?

¿Qué idea del arte tiene el prebitero de autos, que se lo figura como menos necesitado de razón que lo que no es arte?

¡Qué diría el autor del *Bravo*!

(Este Bravo, amigo Blanco y Arimón, no era el que daba ciento por uno, sino un personaje de cierto diálogo filosófico de Schelling).

«...dejando que el tumulto de las ideas campeo en la poesía con igual libertad que en la prosa.»

Ahora me explico yo por qué Blanco alaba los versos del P. Muñoz. Porque allí no había ideas... como en la prosa. Este crítico piensa que en verso debe escribirse con menos ideas que de ordinario.

¡Pero qué cosas enseñan en El Escorial! También dice el P. Blanco, que Arbolada «flageló con las cuerdas de su lira» á no importa quién.

¡Bonita imagen! Un poeta pegando latigazos con las cuerdas de la lira... ¿No ve el agustiniano que para que eso sea posible tienen que estar las cuerdas rotas, inservibles para tocar? Ahí la alegoría destruye la idea que quiere representar.

Hablando del poema de Gutiérrez y González *Al maíz*, no sabiendo ya qué alabar, el P. Blanco dice: «el cultivo de aquel *precioso cereal*».

¿Quién le había decir al maíz que le había de llamar *precioso* no crítico tan entendido... en granos!

Al hablar de los *Ensayos* de Calcedo, el P. Blanco censura su benevolencia... pero no se acuerda de decir que no están escritos en castellano, sino en un francés que á veces tira á español, pero no llega á serlo.

El P. Blanco no quiere disgustar á nadie... á no ser á los que ya sabe él que le tenemos por un... cualquier cosa, en literatura, alaba ó no alaba.

Al tratar del ilustre M. A. Caro, dice el P. Blanco: «Si se considera en sí misma la personalidad del autor bogotano...»

Pues, hombre, ¿cómo ha de considerar usted esa personalidad... no siendo en sí misma?

Si usted la considera en otra cosa... ¿cómo consideración de esa personalidad!

Y basta de P. Blanco; no porque él no siga diciendo adeseos, sino porque... basta. Aprenda, aprenda á escribir primero; y después... ya serán más tolerables sus indigestiones de lecturas desordenadas y de pretensiones pedantescas.

Pero la Orden esa ¿no tiene un jefe, un general, ó prior, ó como se llame?

Que haya Arimones y Pepinitas seculares, puede pasar.

¡Pero regularles!—No es regular!

...*

¡Arimón de la fin!

No crea Roger de Flor que le he tomado por Arimón.

¡No!

Al Sr. Arimón le conozco por el estilo.

Cuando él escribe, exclamo:

«¡Siento pasco! ¡Es él!»

CLARIN

361 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1.652, 18 mayo, 1895.

PALIQUE

«Primavera; tú eres una carta que yo la escribo».

Así decía un célebre personaje de *Los Miserables*, lleno de ese panteísmo naturalista que inspira el amor á los veinte años.

Aunque ya no tengamos á quien escribir y estemos con el amor á media corte; y aunque, según ya tengo dicho, al llegar á mi edad, la primavera, se parece al otoño, á un manera, con todo, todavía la vuelta de Proserpina —Parvosa en griego— y en Bepor de Egipto —en Madrid este año ha sido la vuelta de Cibeles— nos hace más ó menos poetas á todos, allá por dentro.

Y como decía Pangloss, la primavera viene con una gran oportunidad; se presenta siempre, por *accus providentialis*, frías de un crítico de artes, cuando se abren, las exposiciones de pintura, vulgo francés, salones.

Si; fíjense ustedes; la primavera no sólo es una carta que Mario escribía á su novia, sino que además es una función de desagravio que Pan consagra á Demetera, injustamente ofendida por las injurias y calumnias del paisaje y al panteísmo de la inmensa y deplorable mayoría de los pintamontos expósitos.

Nada de esto va, á lo menos de modo directo, con la exposición de 1895, que no ha venido, sino con las que solía ver allá por los años 1830... y pico.

Recordó que un día, después de recorrer salas y salas, mareado y con tortícolis... salió á respirar al campo; y cuando los alrededores de Madrid no son los céjigs de Torquemada..., ante la tía naturalista (porque la madre la tengo yo más al Norte), me sentí enterecido. Cada árbol me parecía un antiguo amigo cuya fisonomía ya había olvidado; ¡ay, sí; aquellos eran árboles! Esa á las hileras las encontré ciertos días de inteligencia... Allí dentro, en las salas, quedaba el ripio pintado... ¡Si el pío espectador quisiera fijarse en ese pío que la mayor parte de los cuadros equivalen á unas goliardías de la *Moda Elegante*, de esas que nadie lee y van mezcladas con dibujos para cocheros!

Así como no tenemos los cuarenta ó cincuenta poetas que admite la crítica benévola y mal pagada, tampoco tenemos los setecientos pintores que admite el Gobierno malévolo y mal pagador.

Yo no sé cuántos pintores de veras tenemos, porque no entiendo de eso; pero, además de saber que no tenemos ningún Velázquez, sé que los pintores de primera suelen retirarse y dejar las exposiciones para los que no han adquirido tanta fama, y principalmente para los que no han de merecer la vutua.

De modo que, fuera de media docena de nombres ya ilustres, otra media de esperanzas y unas dos docenas de medianías laboriosas y que masejan al pincel *discretemente*, *accusadem idólicis*, lo demás queda á la disposición de los Apolos, que son á la pintura lo que son á la poesía los vates con quienes tiene una agrada todos los sábados Sinesio Delgado en nuestro querido *Madrid Cómic*.

Si, óntanto ustedes, indios y *burgueses* que compran liebres y indios (*óntre* y nombre, estilo para el comercio); la casi totalidad de esos pintores de naturaleza viva, muerta y agonizante... son como el hijo de la estanguera de *La Robótica*.

Todos pintores en *Óntre* sus manos.

El *snobismo* de última fila, de perovál, en nada se manifiesta como en los cuadros que suelen adornar los salones, gabinetes, comedores, etc. de nuestros ricos. A mí, semejantes *colgaduras* me hacen el efecto que me harían los poemas de nuestros primeros imitadores pegados á la pared con obles.

¡Cuánto cielo azul, que todos vemos!

¡Qué bien sienta este Zalamero el firmamento del prócer, al Ponar, admirando aquel cocho de *strósfiera*—No hay como este cocho en *estrella* para sentir el colorido.

¡Y al no siendo los miles de poetas que le han costado aquellos solares en venta de la *bóveda celeste*!

Y debajo del azul, ¿qué? Pues una tapiz, unos tientos, y á veces un tesoro ó cualquier *snobismo*.

Todo español.

¡Cuánto más inocentes son las pequeños poemas de Escobar, el marqués de No recuerdo que Iglesias! ¡A qué nadie tiene esos pequeños poemas colgados en el teatro de uno que no recuerda!

¡Qué persona se atrevería á poner sobre su cabeza, en el despacho al Abelardo, de Ferrer, por ejemplo?

¡Y por cuadros que son á *Los borrachos* de Velázquez lo que esos poemas de Escobar á la Biblia, se paga mil duros, y no se deja que en siglos se los coma la polilla!

Pictóricos atque poetas, yo reclamo la libertad del oliente ratón. No hay razón para que los roedores, que los cosechen los frutos de la inspiración á Escobar é al poeta de *La Robótica*, no puedan cosechar las telas profundas de nuestros infinitos embarrados en el álco; que no serán decodentistas, ni simbolistas, ni místicos, pero son unos papanatas clásicos y con todo el colorido que se quiera.

Pero hay algo peor que la brocha gorda del *populo-Tiempo*.

La pluma del *populo-Aristarco*.

Si Pope decía, con razón, que cada poeta malo hace diez críticos inaguantables, también podría asegurar que esos setecientos pintores matriculados hacen siete mil Ruskins endemoniados.

Se acuerdan ustedes de los críticos de teatros sin sueldo ócnico?

Pues poetas son los que se echan sobre las tablas de este otro arte noble.

Son poetas... hasta cuando son los mismos.

Porque así, muchas veces son los mismos; se quitan las levitas de los estrenos, y se ponen la blusa ó el mandil del taller de emborronar disparates *crítico-pictóricos*.

¡Y cómo varían el tecnicismo. En el teatro todo se volvía *metos*, *metos finitas*, *desdibujados*, *brillantes*, *figuras*, *anatomía de caracteres*... pues ahora, en pintura, todo se vuelve *pensamiento*, *escenas*, *ritmo*, *gana*, *patosismo*, *elocuencia*, *epitáfico*, y otras mil palabritas con que se significa algo moral, literario, musical... todo lo que se quiera menos plástico, pictórico.

Hablan de un drama como de un cuadro, y hablan de un cuadro como de un drama.

Verdad es que, consecuentes con la conciencia y con su sistema, también son críticos de músicos... y á la música le aplican el tecnicismo de la pintura, de la poesía y hasta de la arquitectura. Sobre todo lo de arquitectura.

No se fíjan en que personas que respaldan más cada esfera del arte, se abstienen de censurar, como al faltar del crítico, las obras de un arte, cuya técnica ignora ó no dominan bastante. Se puede hablar de músicos sin saber música; pero no se puede ser crítico musical, de veras, sin saber lo que saben los músicos, aunque no se toque nada.

Sin ser pintor se puede ser crítico de pintura; pero no sin conocer por dentro el arte del color y del dibujo; no sin haber vivido la vida práctica de los talleres; no sin tener el gusto de lo plástico. Las críticas morales, literarias, que vienen de los libros y de la *estética* en general, no tienen la competencia necesaria. Este elemento técnico es necesario para la crítica; pero no basta. Y con razón se irritan los pintores cuando se ven juzgados por el *modo* del álgebra y de la *geometría* *estéticas*, puramente filosóficas y literarias.

Como el verdadero amante de las letras, reniega de esos críticos de literatura que hablan en nombre de las *ciencias morales* y políticas, y desprecian la *forma*, y atienden á la *intención* moral, etc., etc.

Flaubert, que con tanto vigor pedía para el literato crítico literato, supo resistir á la tentación de convertirse en crítico de pintura, rechazando el lucrativo empleo de censor del salón, que le ofreció uno de los periódicos más ricos de París. Flaubert no *nada* en la abundancia... pero supo renunciar á unos cuantos miles de francos antes que meterse á dictar sentencias en un arte cuya técnica no dominaba. Y eso que de las *escuelas*, y de la *estética* de la pintura, y de la historia del arte, etc., etc., hubiera podido escribir volúmenes. Pero eso es otra cosa.

Ahora díganme ustedes lo que podrémos.

esperar de estos críticos *pictóricos* da... primavera.

que en invierno son parangón y en verano quitalo, que hacen á drama y á palo, á música y á novela, á pintura... y guerra (ejemplo: los críticos de duros periódicos militares)... y que no sólo no saben del arte de pintar palabra, sino que tampoco saben *estética*, *filosofía* de las *escuelas*, etc., etc.

Y por fin, reconociendo una alusión de mi querido compañero Mariano de Oyarzá, diré que yo en mis días, ni en los de Arimón, no seré crítico de pintura, porque sé demasiado poco dibujo; y en puesto á colorear lo dividido en venenosos y no venenosos, *abrigados* sobre el particular multitud de supersticiones legendarias. Como algo se ha leído, es claro que yo podría, como el más *pinto*, hablar de la filosofía de la composición y de las relaciones del claro-oscuro con el panteísmo... pero nunca olvidaré al mismísimo Ruskin, con ser el gran crítico especialista que trajo las gallinas del puerilismo, le echaron en cara que en su primera escritos era un crítico de pintura demasiado literario, que él más de lo oportuno á Aristóteles, á Locke y á teología. ¡Y era Ruskin!

Conque, díjelo, qué diremos del Sr. Balsa de la Vega, que no es Ruskin, ni Ruskin, y se contenta con reírse de París, la capital de Francia, y burlarse de los que aun le llaman cerebro de Europa.

Puede ser que el Sr. Balsa haya copiado este desdén de lo que dice un crítico norteamericano, Carisioz, al cual, protestando contra el prurito de sus compatriotas de ir á estudiar pintura en París, se funda, para aconsejarles que vayan á Roma, en unas palabras de nuestro gran Pradilla.

El cual le dijo á Carisioz que «el último Salón encarnaba la *debaco* del arte francés». Quiera Dios que la Exposición de Madrid de 1895 no sea la *Ajibarrotta* de algo.

CLARIN

362 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1658.

24 mayo, 1895

Palique.

He recibido un folleto escrito, según tengo entendido, por un atún. No he leído más que la dedicatoria. Va dirigida a D. Lorenzo d'Ayot.

Supongo que será una broma, y no del Sr. Ayot. No puedo enviarle al respetable reformador de la literatura el opusculo... porque lo he rasgado sin ver más que lo dicho... y ya está en el cesto de los papeles inútiles con las demás escorias de la impotencia hospiciaria y despechada.

Me salen a mí unos críticos atrocies.

Ahora está empeñado en que se le saque a bailar un señor que se apellida L'Iniers.

Eso ya es un galicismo. Porque en español Liniars se dice: y así se llama el Sr. Iserr (digo, no; siempre los confundido) el Sr. Liplars, académico, creo, y *floradísimo*.

Pero L'Iniers debe de ser extranjero, porque no domina el

idioma de *mis mayores*, como dice el primer amor del Sr. Núñez de Arce.

Escribe L'Iniers:

«...me va usted a *conocer* que el sentimiento...»

Conocer que no es castellano, señor *l'iterato*.

Y dice L'Iniers:

«Eso de viajar por Europa y el Plamonte» bien sabe Clarín que yo no puedo decir *esas cosas*...»

Esta oración no tiene pies ni cabeza. Empezar usted: «Eso de viajar...» y después está *sufijo* de la oración se queda... sin oración. ¿Que sencillito hubiera sido escribir: «Eso de viajar, etc., bien sabe Clarín que yo no puedo decirlos». Lo, pero no *esas cosas*.

Y cómo quieren críticos así que se les anime! Serán gente nueva, pero es gente inútil.

Y no me venga el Sr. L'Iniers con lo del respeto.

Si él me respeta no se me materia a censurarle porque yo digo que está mal dicho «el alma y el sentimiento». Si, como usted reconoce, el sentimiento es algo del alma, la copulativa y es absurda ahí; pues lo que es parte de un todo no necesita

que lo unan al todo por medio de conjunción. Y el que defiende *del alma y el sentimiento* defiende *Europa y el Plamonte*. Después habla el Sr. L'Iniers del precepto XXX de la Epístola de Horacio.

¡Ay, ay, ay! ¡A que este joven *sobredorado* (el dorado era errata) del centralismo resulta estudiante de Retórica y de *Historiografía*!

¡Creo usted, *generoso puer*, que la Epístola de Horacio está dividida en *preceptos* y que eso que usted cita escribiendo *pacato por pacato* es precisamente el XXXI. Eso lo dirá algún librito de elaso; pero a los ojos de quien escribe en *papel* de crítico, esto es, no pautado, los versos de Horacio

Ut praeo, ad merces turbam qui cogit emendas,

Assentatores jubet ad lucrum ire poetas.

Dices agris, dices possitis in fenore nummis no son un *precepto*, porque nada preceptúan; y por tanto, no pueden ser el precepto XXX.

De modo que si la crítica sigue por este camino, y los periódicos serios siguen acogiendo sus *planas* de primera, dentro de poco nos veremos criticados en esta forma: *Clarín no sabe lo que se a-ri-mo-ni za*.

Para que lo puedan leer los contemporáneos de los críticos nuevos.

«Conque el precepto XXX de la Epístola?»

Tiene gracia.

Tengo entendido que el Sr. Salmerón inspira *La Justicia*. Búsquese L'Iniers al Sr. Salmerón un *precepto*, que Horacio le prestará, para que el Sr. Salmerón se lo enseñe a los *sobredorados* impúdicos del partido...

Tu nil tantu dices facere Minerva:

Scriptoris, in Melit descendat iudicis aures

Et «patris» et nostras, nonnumquam prematur in auno.

(Sobre todo eso, consultar la crítica con *papá*.)

Y por acabar con el Sr. L'Iniers, le diré que prefiero a los que me tutean, sin el respeto que él aparenta; pues esta hipocresía no le hace nada simpático.

Los muchachos que *han de valer* no empezaban por ahí. Empezaban hablando de sus *cosas*, sin acordarse de que hay *Clarín* en el mundo.

¿Qué vocación literaria quiere L'Iniers que yo adivine en quien se pone a ladrar a la luna a la hora escogida por otros infinitos gozquejos! Ese instinto de la multitud, el hacer lo que otros... es un *instinctum* deplorable.

Es usted *ulgo escolar*, a pesar del apóstrofe, que es lo único original en usted, Sr. L'Iniers.

Y ya que éste empieza siendo palique de primeras letras, sigamos con la pedagogía.

¡Oh jóvenes (ó viejos) incautos que imitáis a los maestros a troche y moche sin ver que podéis igualarlos en sus defectos, pero no en sus perfecciones! tened cuidado con los *sonetos* que acaba de publicar el Sr. Núñez de Arce, porque allí, junto a bellezas que no se pagan, hay descuidos que pueden ser para vosotros un sarampión y una escalafina.

Por ejemplo:

El sol al trasponer la última cumbre
su disco agranda y *en momentos crece...*

y está tan encendido que parece

el rojizo horizonte un mar de lumbre.

Aquí hay los siguientes *peligros* para los principiantes:

1.ª La *última* cumbre; parece indicar que el sol ha ido trasponiendo otras cumbres, pues ahora traspone la última. Y no es eso. Porque el sol no va por tierra, sino por el cielo, y *adla traspone* la última cumbre, la que le falta al Sr. *Ultima* aquí se refiere a la más lejana, a la que está en el horizonte. Pero no se dice así. No hay propiedad en el adjetivo.

2.ª *Su disco agranda y en momentos crece* es decir lo mismo de dos maneras; claro que si se agranda el disco... crece.

3.ª El sol no está más encendido al ponerse que cuando brilla en mitad del cielo. Es claro que se trata de apariencias, pues el sol siempre está igual; pero, en la apariencia, el sol está menos encendido al ponerse que en el cenit, v. gr. Prueba de ello que cuando se pone no destembla; se le puede mirar, y en mitad de su carrera no.

4.ª No hay congruencia entre el verso

y está tan encendido que parece

el rojizo horizonte un mar de lumbre, porque el sol no es el horizonte, y si parece el horizonte un mar de lumbre no será porque está encendido el sol, sino porque estará encendido el horizonte, que parece un mar de lumbre.

¡Oh Dios!

(Riplo sagrado.)

¡Oh Dios! Bajo su enorme pesadumbre se precipita el sol!

¿Cómo es eso? ¡Bajo la pesadumbre de quién? ¡Del horizonte! No puede ser. ¡Del sol! Eso parece decir el poeta. Pero ¿cómo una cosa se ha de precipitar *bajo* su propia pesadumbre?

Bajo el peso de una cosa se cae o precipita *otra* que esté debajo; pero ésta misma no. Yo, aunque me vuelva loco, no puedo estar *debajo* de mí mismo.

—¡Es el incendio, es el incendio!—*gime desesperado* Adán.

Decir ¡es el incendio! no es gemir, es expresar un juicio, no la *pena del corazón*, como dice el Diccionario académico. Además, según Núñez de Arce, ha nacido el mismo día de autos y no ha visto nada que se parezca a un incendio. ¡Cómo toma la puesta del sol por un *incendio*... que él no sabe lo que es!

En otros poemas hemos visto la angustia del primer hombre al ponerse el sol, creyendo que no volvería a salir; pero el miedito del incendio es inverosímil en el Adán del *primer día*.

Rendidos por la angustia y el espanto, caen en *linda* congoja y, mientras dura su *languida* *sopor*...

Creo que no puede decirse que la congoja es *sopor*, como ahí se da a entender; pues se dice que caen en congoja, y se da por hecho que dura el *sopor*, que se confunde con la congoja.

¡Ay! al volver de su estupor...

¡Qué estupor! ¡La congoja! ¡El *sopor*! No se imite esta confusión de estados fisiológicos y anímicos.

Su *mirada* tanaz, que ciega el llanto.

Una *mirada* no puede cegarla nada... mientras sea quien es, una mirada. Ciegan los ojos... pero entonces, previamente, dejan de tener *miradas*.

Por último, tampoco aconsejo a los imitadores que llamen al *incendio*... *¡Ay*, como D. Gaspar, ni al *mar*... *¡sumerso*.

Estos y otros ligeros *sopores* del correctísimo poeta debe señalarlos la pedagogía retórica para escarmiento de vates inexpertos. Dejando siempre en su lugar, por supuesto, el alto valer del insigne presidente del Consejo de Instrucción pública.

Clarín.

363 Madrid Cómico (Madrid), n. 640, 25 mayo, 1895.

PALIQUE

Para que vea Arimón que no lo tengo una mala voluntad sistemática, hoy no puedo decir palabra (1) de él... sino de su *alter-ego* el Sr. Balsa de la Vega.

B. R. A. T.

B es A P como A es T. Balsa es A los pintores, como Arimón es al teatro.

Escriben lo mismo, sienten lo mismo, y me hace tanta gracia uno como otro. Pero los teatros en que Arimón brasa están ahora cerrados; en cambio está abierta la Exposición de pinturas... y es Balsa el crítico de tanta. ¡Becansea Arimón sobre su... tripode (y le hago favor) y vamos a Balsa, que, puesta la casaca del crítico sacerdote de artes plásticas, es persona en el Hipódromo, es decir, en el Palacio del Hipódromo, son palabras tuyas, para jugar todos los cuadros que se le presenten. Oigámosle: *Conversaciones artísticas*.

No quiere decir eso. Ni quiere decir conversación, porque no hay tal conversación, ni mucho menos *artística*; ¡Valiente arte el de Balsa, que no sabe escribir una primera de activa sin equivocarse!

¿Quiere decir que va a tratar de asuntos de arte, y lo dice así, como puede el poeta.

Bueno; él no sabrá escribir, ¿y qué? pero sabe pintar. O por lo menos, *pintarla*.

No anuncia, para empezar, su propósito «de no pasar por alto la más insignificante de las pinturas y esculturas admitidas al concurso que se está celebrando».

Eso, eso; ¡viva la democracia! Y al lector que Dios le dé paciencia o la parda un rayo. Y gracias que no nos suministra el retrato de cada expositor. Al fin, no vale menos un pintor de puertas y ventanas que un concejal en estado de comento o candidato... y ya los conocemos a todos con sus pelos y señales, gracias a la iconoteca del reismo.

¿O ante en estos certámenes se exhiba significa un esfuerzo intelectual inmenso?

¿Usted que sabe? ¿No es posible que haya quien pinte con facilidad y sin esforzarse tan... inmensamente?

Además, el esfuerzo en materia de arte no sirve. La cuestión es el resultado. Vaya un motivo para hablar de todo osado, bueno o malo, ¡los sud-res que osentel!

El Sr. Balsa quiere ganar amigos por el pronto, ¡y además sentar jurisprudencia para cuando toquen a juzgar crítica de artes de los que más sudan.

¡Significa un momento de entusiasmo mental!

una esperanza,
horas de fiebre
días de lucas...

Todo eso viene bien para una sargueta cursi... pero es música.

En fin, Balsa empieza cumpliendo con el deber de la crítica, que «es señalar en primer término lo más acabado y perfecto».

Ese es... no modo de señalar. Pero hay otros. Como usted diga de Benlliure lo que merece, de fijo la importará a él poco que empiece usted por donde quiera. Por aquello que contaba Sancho a los duques. Lo del malgajazana.

Y empieza Balsa: «Fue Trueta el poeta amado de sus paisanos, cantor de la dulce y de la par vigorosa y abrupta Naturaleza del país vasco».

Vamos, vamos despacio, señor crítico de artes, que es usted un *pendolista* que suda mucho, pero tiene muy mal tajada la pé-sola.

¿Usted sabe lo que es abrupta? ¿Oree usted que es lo mismo que vigorosa? No, una cosa es vigorosa y otra abrupta: luego ya son dos cosas; y entonces si usted dice dulos (una), y a la par vigorosa (dos), y abrupta (tres), tenemos un par... da noones, es decir, son dos noones, que hacen un par, si no un par... no par, impar; y repite usted aquello del poeta:

¡Dan las tres a la par...

¿Y por qué a la naturalidad vasca le pone usted esa N mayúscula? ¿Es por lo de los fueros? Además, ¿puede la Naturaleza vasca ser abrupta? ¿abrupto es lo escarpado; y qué es lo escarpado? pues lo que consiste en al-

(1) No exageremos. Poco, pero algo, al dirá.

turas que si tienen subida ni bajada (habla la Academia, yo no) practicables, ó las tienen muy agrias y peligrosas.

Y digamos ustedes, ¿todo el país vasco es agrio? Y si lo fuese, ¿cómo habla de ser a la par agrio y dulce?

De modo que lo llamaremos al *agrio* dulos para vasco...

Para hablar a Trueta dice que jamás pasaron por su mente «las nubes tempestuosas que traen consigo la duda, el conocimiento de los pavoresos y... distintos (muy bien, bonita gradación, pavoresos... y ¡oh pincel!) distintos problemas que agitan la sociedad moderna». De modo que Trueta ¿no tenía conocimiento de lo que pasaba en el mundo? ¿No leía periódicos siquiera? ¡Si Benlliure le hubiese tratado como usted le trata con el *cortafío* de la crítica de arte!

«No amenguaron sus orfines».

¡Carifio! ¡Mi niño, carifio!

No tanto. Digo que basta orifio, en singular.

«Las costumbres de su pequeña patria».

La pequeña patria! Muy bonito y muy franco.

«Pensando en todo esto (pero más correctamente) pudo Benlliure modelar aquella cabeza... ¿de poeta que ama? No. ¿No ama? adora (¡ah! el que adora no ama)? El espectáculo que ante sus ojos desarrolla una Naturaleza...».

Mire usted; en vez de darle tantas vueltas a esa Naturaleza que desarrolla repitiendo, como si fuera papel pintado para habitaciones, debiera dedicarse a hablar algo de la estética, como estético, demostrando que sabe usted algo de escultura, que es lo que necesita demostrar. Porque eso otro, que usted sabe hacer de Arimón de bellas artes hilvanando lugares comunes onras y sabidosis confundiendo el cielo con la tierra, eso ya lo sabíamos todos.

Pero ¿quid? Nada de arte; el crítico sigue probando que no sabe escribir, y maneja de esta suerte el *cortafío* de la crítica:

«... y vereis cómo del poeta se refleja en la faz (hiperbatón y todol) la íntima satisfacción que siente (ah, rampón!) embebecido en el espectáculo (¡ni Cristo pasó de la Cruz!) de una tarde serena en las montañas ó de una escena campesina.» (Que también podía ser en las montañas y en tarde serena.)

Y ahora viene lo más divertido:

«Allí está, anclado en un banco rústico, fija la vista en un punto inconcreto del espacio, en un paisaje acaso...».

Juro a Dios que en mi vida he leído arimónada mayor.

¡Pero qué arte tienen estos críticos de artes para acumular muchos dislates en pocos renglones!

Esto es el *laconismo* del disparate.

Vorá usted, señor Balsa.

En el espacio no hay puntos inconcretos: todos los puntos del espacio son concretos. Además, la vista no puede mirar puntos inconcretos; desde que mira algo, este algo tiene que ser concreto. Y la vista fija... figúrese usted si no concreta lo que mira.

Y por último... «en un paisaje acaso». Fue: un paisaje no es un punto del espacio; y si miraba un paisaje, todo un paisaje, algo concreto miraba; y si le iba mirando punto por punto, no podía tener la vista fija...

Vamos, el infinito de abstracción y contradicciones.

Es usted inmenso, señor Balsa, como el mar del Sr. Núñez de Arce.

«Apoya el brazo izquierdo, en cuya mano, *obervanamente* modelada, se ven unas cuartillas, en el respaldo del banco, y ha dejado caer el brazo derecho (para parecerse al *manco* de Lepanto), y apoya la mano, que sostiene un lápiz, sobre el muslo.»

A ver si averiguamos dónde tiene la mano derecha. La izquierda sostiene unas cuartillas... pero como ha dejado caer un brazo... ¿oon qué cosa sostiene el lápiz? ¿Y qué muslo es ese? Ya...

Si pongo yo que en la escultura cada cosa estará en su sitio; pero, francamente, le estatua descrita por Balsa parece la del famoso auello bíblico, después de venir todo a tierra.

¿Por qué no hará Balsa con el cortafío de la crítica lo mismo que Trueta con el brazo derecho?

Abreviemos.

Después no habla del «dendibujo».

¡Dendibujo! ¿Qué es eso? Eso es plagio de Arimón, pero no es castellano.

¡Dendibujo! ¿Es como si usted dijera las *desmaricadas*!

Sas usted franco, y cuando quiera plagiar plagie bien y diga «caracteres dendibujados». Esa es la frase... hay quien la mueva.

Balsa escribe así de artes en el mismo periódico en que Arimón escribe cosas de teatros.

Y el periódico es uno de los pocos ricos y de más circulación de España.

Y su director persona de mucho gusto y talento y amor a la letra y al arte.

Y sin embargo el periódico publica críticas de Arimón y de Balsa, y dá bombos a D. Lorenzo d'Ayot, reformador de la literatura.

¡Misterios crematísticos!

CLARIN.

364 Heraldo de Madrid (Madrid). n. 1.664, 30 mayo, 1895

PALIQUE

Si que yo sea Póstrumo precisamente, puedo decirle a mi compañero Mariano Cavia que, por lo que respecta al malogrado Sánchez Calvo, a cuya memoria consagraba el chispeante escritor un elocuente elogio fúnebre días pasados, en efecto se piensa en publicar trabajos de consideración que el pensador y crudito asturiano ha dejado inéditos.

El autor de *Lo maravilloso positivo* tenía ya preparado para la estampa un libro, con una dedicatoria me honraba por cierto; pero las investigaciones y pensamientos postcríticos le obligaron a cambiar de plan, aprovechando aquellos materiales en otra forma. Persona perita está ocupado en estudiar los trabajos del original filósofo, y ya se verá de qué manera convendrá dar a luz esos trabajos póstumos.

También tenía muy adelantada Sánchez Calvo una historia de Jesús, originalísima por sus puntos de vista y la clase de documentos recogidos. También se procurará utilizar de estos estudios lo que esté en disposición de ver la luz pública.

Y aprovecho la ocasión para dar a Cavia las gracias por sus frases bien sentidas, en nombre de la colonia literaria de Asturias, que veía en Sánchez Calvo un talento de primer orden y un corazón muy por encima de lo ordinario.

Del modesto y sabio autor de *Los nombres de los dioses* también pienso yo escribir, y mucho, pues fuimos íntimos amigos y me preció de haberle conocido como pocos. Pero me alegro de que otros se hayan adelantado, para que lo dicho por ellos me ahorre preliminares ante el público, distrayendo para cierta clase de méritos.

De Izart, otro espíritu noble, modesto, profundo, habla también Cavia, y había habido antes Urrechua, y he de hablar yo a mi vez en muchas partes, pues fué muy amigo mío y me unían con el lazo de la vida intelectual íntima, de los que no se rompen nunca. Poco tiempo hace, cuando nos dió el primer tomo de sus estudios acerca de *Arte escultórico*, en *El Imparcial* publiqué larguísimo elogio del malogrado crítico catalán, de quien, a pesar de su mérito y su fama, muchos literales madrileños poco o nada sabían.

Eso no quita que los mismos que entonces empezaron a enterarse, ahora hayan inventado un género singular de honrar fúnebres por elogiar al crítico difunto, género que consiste en tirarme chintras a mí, en vez de pensar piadosamente en el muerto.

Los ínfelices no saben que era tan estrecha mi amistad literaria con Izart, que tantas pruebas tengo de su cariño, de su respeto y de algo más, que sería yo un ingrato sino diera por bien venidas esas indirectas inocentes, con tal de que las acompañe el mercedito concorde de los méritos eminentes del escritor insigne, perdido cuando tanta falta nos hacía, a mí, particularmente, por motivos que ahora callo.

Y ahora vamos a la breca del día, el palique, mi único género de crítica, según los que, para juzgarme, toman el partido de no leer ni mis libros ni mis revistas literarias.

Estábamos... en el *Hipódromo*.
A propósito:

Aeterno... macho.

Del eterno femenino
ya hablaron otros autores;
yo hablo del eterno... macho,
un crítico en vacaciones.

Eres igual que una esquina:
el que discute contigo,
si da fuerte, se suicida.

Carreos de razón; mas, de tal suerte,
que hay que ser un Balaín para entenderle.

¿Siguen pagándote el sueldo
por insultar a Clarín?
¿O también escribes fajas
y traduces tolinas?

Para ejercer su crítica arbitraria,
sólo se inspira en Plauto, en la *Asinuria*.

¿Por qué me cargarás tanto?
me preguntaste una vez.
"Pues porque eres bestia de eso
te tuve que responder."

¿Conque a cencerros tapalos
trabajas contra mi crédito?
Pues entonces no te muevas
ó se descubre el secreto.

VII

Se que sales de aventuras
en cuanto Dios amanece...
¡Máquinas de Abril y Mayo
y de las burras de leche!

VIII

Navega en un mar de tinta,
sin vela, de cara al viento,
trinidad que evita el naufragio
gracias a los cuatro remos.

¿ustedes dispensen; pero... "culpa mía no
fue, fue su destino..." Yo nunca le hubiera
llevado a ese terreno... pero él tomó la iniciativa.

Con que decíamos que estábamos en el *Hipódromo*.

En las regiones en que no comparte el poder
con Júpiter Arimón, sino Balsa de la Vega.

El cual sigue lento pero metódicamente juzgando
con mucha seriedad, con cara de Minos
de pocos amigos.

Pero anda, anda, que le ha salido a Balsa un
competidor: M. del Palacio, que también en-
tiende de eso.

Y escribe en prosa, de pintura y escultura.
Y dice: "El arte no puede *perder* del todo."

¿Vaya un consorcio de triqui?
Con que *perdere*... aunque no sea del todo, ya
seremos bastante.

Perseguido que dice el Diccionario, ¡qué es
perseguido? "Acabar, fovear ó dejar de ser."

Repáre el extinto bibliotecario ó archivero,
que eso de *perder* del todo nos autoriza para
decir: Falso se ha muerto... pero nada más
que un poco.

El que no *perrece* es Balsa: no pasa arte plás-
tico por él.

El otro día la emprendió con Trueba, el de
miradas incógnitas; ahora... con Anacreonte.
"Que dirán ustedes que es el viejo de Tros?"
Pues... el poeta más bucólico de la Grecia pa-
gana.

¿Qué es eso de más bucólico? Que es ó no bu-
cólico; pero en siendo, no hay más ni menos.
Cárcelito no es más bucólico, ni menos que
Virgilio, ni éste más ni menos bucólico que Teo-
crito...

Anterente al que es menos bucólico... por-
que no... es... bucólico, alias, autor de poesía
pastoral.

¿Dónde están las *bucolías* de Anacreonte?
O cree Balsa que en habiendo vino y moje-
res... y *inerga* ya tenemos bucólica.

No, crítico plático, no: Anacreonte no era
absolutamente nada bucólico.

"Y sigue Balsa hablando de Jonia... Ana-
creonte... y dice que pasan junto al poeta (Ana-
creonte) las adoradoras de Baco seguidas por
"satíros y faunos".

¿Faunos en la presencia de Anacreonte? Jo-
nia, Anacreonte... ¡fauna! Imposible.

Mirelo bien Balsa.
Satíros, sí; pero faunos... no.

Faunos es de la mitología romana no asimila-
da a lo griego. Consúltelo, consúltelo.

Faunos y Fauna eran las deidades rurales
de los antiguos latinos.

Palabra de honor. ¿Faunos en Grecia? Roger
de Flor, ¿*Armonem tenentis*?

Para alabar la escultura de Sosillo, habla
de las carnes de las figuras y dice: "Parecen de
carne, de carne blanda, palpante."

"Carne blanda" ¡Vaya un regalo!
Pero el Sr. Balsa, ya que no se sepa escultura,
por qué no ha de saber lo que son buenas car-
nes?

Al fin Balsa suelta *prenda* crítica y dice:
"Drama, trisdenas, angustia, no tienen re-
presentación verdadera en la escultura."

Pobre Niobe... Pobre Laocönte... ¡Pobre
Balsa!

Otro crítico, este es de letras, habla de las
enfermedades que un hijo hereda de su padre
y exclama:

"Se trata, pues, de un caso de *atavismo*..."
¿Qué dirían nuestros abuelos si levantaran la
cabeza y vieran la crítica entregada a estos
bucólicos a estos faunos... y a estos nietos!

CLARIN.

Palique.

Uno de esos *críticos nuevos*, que debían escribir con los dedos atados a la pluma con balduque, para que no tuviera uno que escribiera sintaxis a cada triquitraque, se encara conmigo y exclama: «Conste que todavía estoy pensando de qué es más tor Clarín».

Pues, para usted y otros como usted, de primeras letras. Estamos en unos tiempos tan miserables, que a unos escritores hay que ponerles la gramática delante y a otros la retórica, o la psicología elemental.

En fin, que con estos Aristarcos no se puede pasar del trivio y el cuadrivio.

Andan por esos papeles dos autores, nada menos, empeñados en que, según los últimos adelantos, está bien dicho «al alma y al sentimiento», y como si éstos fueran pocos, ahora se presenta M. del Palacio diciendo en un álbum (que por lo visto todavía les hay):

«Estas hojas que hoy miras
inmaculadas,
tesoros de recuerdos
serán mañana;
que unos a tu memoria
y otros a tu alma...
llamarán con ternezas
ó con plegarias...»

No dé mal ejemplo el ilustré 0,50.

Los recuerdos todos, sin excepción, tienen que llamar, como usted dice, a la memoria. Recuerdo que no vanga a la memoria... no es recuerdo. De modo que quedamos en eso: en que no

llamarán unos a la memoria y otros... a otra cosa. Pero ¡ay! ¿qué hay? Que también está mal eso de unos a la memoria y otros al alma, por otra causa: porque se da a entender que la memoria no es del alma. La memoria, como el sentimiento (señor Balsa de la Vega), es cosa del alma, aunque condicionada por el cuerpo. Y esto para todos los que crean en el alma, sea ésta lo que sea. Según la *psicología* del padre Astete, ya se sabe que la memoria es una *potencia* del alma; pero la *última* psicología, la que acaba de salir del borno (Sr. Balsa), tampoco dice otra cosa.

Así, por ejemplo, el célebre psicólogo, profesor de la Universidad de Harvard, William James, uno de los representantes más ilustres de la moderna ciencia psicológica, según recientes declaraciones de otros sabios, Guillermo James, digo, consagra el capítulo XVI de sus famosos *Principles of psychology* (último del primer tomo) a la memoria (*memory*).

De modo que no cabe duda, Sres. Balsa y Palacio: la memoria es cosa del alma, según la doctrina cristiana, y según los psicólogos del último figurín... y según todo el mundo. Así, pues, conste que decir: «unos a la memoria y otros al alma», está muy mal, por las dos razones que quedan explicadas con el correspondiente *machaqueo* ó *machaquería*, según la Academia, que no admite el machaquo.

366 Madrid Cómico (Madrid), n. 642, 8 junio, 1895.

Nada más fítil que señalar los ligeros defectos en que pueden incurrir los *modelos*, para evitar que los discípulos imiten los lunares creyéndolos gracias recomendables. Si cuando duerme Homero los poetas menores se echaban a roncar, ¡pálidos poetas!

Así es que, quitándose el sombrero, ó destosándose, como dicen los puristas rancios, me permitirá advertir que no puedo de ninguna manera estar conforme con el contenido de estos dos versos que el Sr. Núñez de Arce dedica a María del Palacio: «Soy la voz del crepúsculo que pasa; tú eres la aurora del nacimiento día».

Aquí se deja ver que, para el poeta académico, la aurora no es crepúsculo, y que el crepúsculo no puede ser aurora. El señor Núñez de Arce alude, sin duda, al crepúsculo respetivo; pero no basta la intención.

Crepúsculo que *pasa* es el de la mañana lo mismo que el de la tarde; y la aurora pertenece al crepúsculo de la mañana, según confiesa el mismo Diccionario de la Academia; de modo que tan crepuscular es la señoría del Palacio, con ser la aurora, como D. Gaspar, con ser la voz del crepúsculo... que también pedíamos crear que era el de la mañana, a no supiéramos todos que el insigne poeta hace muchos años que alumbraba como sol refulgente desde las alturas del Parnaso; y que me entren Arimones.

Con quien no tengo motivos para guardar ningún género de particular consideración es con D. Juan Menéndez Pidal, poeta por el distrito de Ribadeo cuando mandan los conservadores.

Así es que, sin destosarme ni nada, le digo de buenas a primeras que su poesía *Jerusalén* es un tejido de disparates.

Este Menéndez Pidal es un vate mestizo que escribió, hace años, un librito de versos titulado: ¡*Juquí* ó Huy! huy! huy!, en fin, un grito salvático por el estilo; y en vez de consultar con la crítica, como hacen otros principiantes, *si había nacido para poeta*, se fué derecho a la diputación provincial de su país natal, y le pidió, por la gracia, un puñado de pesetas, que creó que se le otorgaron por mayoría, pero se pagaron por unanimidad, pues las pagó toda la provincia.

Y reclamo desde aquí la parte de los céntimos que me corresponden como segundo ó tercer contribuyente. No paso por que me hagan premiar los *jujús* de M. Pidal. Además, que ya en otra ocasión le di su merecido, que no ora queda unida; si bien, pensándolo mejor, retiré lo que le había dicho, antes que viese ante un juez municipal ventilando asuntos *mas* propios de un torero.

Elto es que M. Pidal ahora nos viene con éstas: Jerusalén!

(Este Jerusalén con *m*, contra lo que manda la Academia, que convierte la *men* hebrea en *ene*, es... París. ¡Pobro París! Balsa de la Vega y M. Pidal le insultan y escarnecen. ¡Por qué no se bunde la *aurora Babilonia*?)

«Arresta a un pueblo imbecil el bastío
con el rumor de pereoso río,
del ancho *bonlevard* por la carretera,
y en sus márgenes crece
la *selva* de palacios que *florace*
en fecunda y *parenne* primavera...»

Dejando aparte lo de llamar pueblo imbecil al parisense, tenemos los siguientes desatinos: 1.º No se sabe de quién son *sus* márgenes; por la construcción, pueden ser del boulevard ó del pueblo imbecil; pero sin duda son del río, pase a la sin taxis. 2.º Los palacios no crecen, aunque formen *selva*; aumentan, pero no crecen; cuando se hace un palacio nuevo, los demás no se hacen mayores, no crecen; aumenta el número de palacios. 3.º Muchos palacios juntos no se parecen a una *selva*; es ésa una comparación desgraciada. 4.º Las selvas de palacios no florecen, por lo mismo que no crecen. Y sígne Pidalillo:

«En el páramo *estéril*, negra y rota
aiza la torre el templo solitario;
se crispan sus raíces en el uello...»

¡Por San Orispín, que no se crispan tall! ¿Cómo se han de *origenar* en el suelo las raíces de una torre, si las torres no tienen raíces? ¡Alude usted a los cimientos! ¡Pero, hombre, unos cimientos *crispados*! Más Pidalillo:

«En la extensa calzada el sol poniente
arroja el *foco* de su luz potente.»

¡Que el sol arroja el foco de su luz! ¡Pero M. Pidal sabe lo que es *foco*! El foco tiene que estar donde le ponen las leyes físicas; y ni el sol ni nadie es capaz de *arrojar el foco* de su luz. En ninguno de los sentidos, propios ó traslaticios, en que se puede tomar la palabra *foco*, cabe decir que el foco de la luz del sol está en una calzada... terrestre, y menos que el sol lo arroja, como si fuera una zapafilla con mucho uso.

¡Que el Sr. Pidal que escribió versos contra *Jerusalén* es como salir diputado por Ribadeo!

«La *fosfórica* luz de los cristales.»

Alude a la luz de los faroles, ó de lámparas eléctricas ó de las vidrieras que reflejan la luz del sol... pero de todas maneras... esa luz no es *fosfórica*.

¡Ay, amigo! el ser poeta cuesta trabajo. Más trabajo que ir al *Español* con una *mesnada* de meizitos a silbar *a priori* las comedias de un enemigo... en vez de volver la cara para que nos de otra lección de retórica y poética, como manda el Evangelio.

Clarín.

Palique.

Una prueba de que en este país no se da á las letras la importancia que tienen nos la presenta un periódico de mucha circulación, que mantiene entre sus redactores á personas que demuestran, cada día que escriben, la más absoluta ignorancia, y sin embargo escriben de crítica literaria y de artes.

Para prescindir de un colaborador (no es motivo suficiente la evidencia de que no ha leído nada, de que no sabe nada, de que no conoce siquiera los rudimentos de la gramática).

El Sr. Arimón, por ejemplo, permanece en su puesto porque le protegen los que pagan su periódico; pero el director (no tiene autoridad para deshacerse de un redactor que pone en ridículo á toda la casa cada vez que coge la pluma).

«A un disparate tenemos que lementar otro disparate», dice Arimón, y sigue cobrando (supongo yo).

Se mete á domine, y me corrige á mí, porque uso el pretérito indefinido cuando se trata de una acción que subsiste, es decir, cuando lo pide la gramática.

Y me corrige porque digo que: «se supone que por aquellos

días se está metiendo la yerba», y piensa que ésta es oración de verbo reflexivo, y se ríe porque la yerba no se puede meter á sí misma. Es decir, que no sabe cuáles son las formas del verbo pasivo. Y la mete él.

De doce ó trece *gaspapos* que pretende cazar en un artículo mío el uno sólo es *gaspapo*, como he demostrado en otra parte, y tiene que cogerse á una á que debía ser yo, y no lo es por culpa de los cajistas.

Y el tal Arimón, en cuanto se sale de las casillas de los lugares comunes, de las frases hechas, no da pie con bola; y llama pirrafas á las cláusulas, y habla del *curso* de la oración, cuando se trata de varias oraciones; y encuentra anfibologías donde se observa exactamente la ley gramatical que sirve para evitar ese defecto.

Pero ¿qué importa la ignorancia, la mala fe, mientras hay la confianza de la corona!

Ya hemos llegado al caso que suponía el marqués de Riscal cuando critica las fórmulas periodísticas de nuestro querido amigo, «nuestro apreciable compañero», etc., etc., y decía:

—Vamos á ver, si llega de Valencia un primo de un redactor, ¿van ustedes á decir en el periódico: «De Valencia ha llegado nuestro querido primo D. Fulano de Tal».

Pues Arimón es crítico de un periódico importante por eso, porque es primo, digámoslo así, del doctor Pulido ó de Bremón.

Y á propósito de Bremón.

Este señor, que, por supuesto, comparado con Arimón es un águila caudal, tiene teorías peregrinas en materia de crítica literaria.

Hace tiempo nos decía que él opinaba que se debía juzgar á los escritores después de muertos si había, que decir algo malo de ellos, porque así se les aborrecía el disgusto de enterrarse. Claro, y el que murmura del difunto se aborrece varios disgustos, que puede darle el vivo, y el muerto no.

Si Arimón hubiese observado respecto de mí la conducta que Bremón recomienda, sería hoy menos conocido, pero viviría más tranquilamente. Como se ve, la teoría de Bremón no es nueva; es, en prosa, la que en verso expresaba la lechuza de Iriarte:

«Lámpara, ¡con qué deleite
te chapura yo el acelle,
si tu luz no me ofendiera!»

Ahora Bremón ha descubierto otra cosa: que el público es el único crítico, el que juzga las obras literarias; y que los escritores dedicados á la crítica deben limitarse á dar cuenta de la aparición de los libros.

«¿Qué daña para los catálogos de las casas editoriales?

¿De modo que un crítico sería perfecto si saliera por ahí con un cartel de anuncios en un estandarte?

Y podría haber críticos *iluminados* para anunciar obras nuevas por la noche.

«¿Qué anarquía de ideas es ésta?

«¿Cómo una persona formal, escritor público hace cuarenta ó cincuenta años, se atreve á descolgarse á estas alturas con semejante teoría de la crítica?

Crítico, el público; los críticos cumplen con anunciar las obras.

Si Bremón está cansado de dar bombos á los libros recomendados y de olvidar ó saber á los escritores que tiene por enemigos, dígalos con franqueza; inhíbese en buen hora; pero sin dejar ese rastro de teorías absurdas.

Si todos los críticos fueran como Arimón, estaría bien la teoría de Bremón, su protector y ninfa Egeria.

Lo del crítico anuncio sería verdad entonces, porque también lo sería esto:

«Un crítico es una esquiva.»

He recibido una carta, suscrita por varios artesanos, que firman con toda su firma, y además nombran el oficio de cada cual. Escriben con gran modestia y sencillez, y como creo que se trata de cosa auténtica, y se me nombra *abogado* de una causa, me parece que debo contestar á esos señores.

Es el caso que esos honrados industriales se quejan de que López Silva escriba sus famosos diálogos populares en la forma en que los escribe. Mis corresponsales creen ver en las bromas poéticas del festivo escritor ofensas para toda una clase social. Y dicen eso, que me nombran á mí abogado en este asunto.

Aunque agradezco infinito á los simpáticos compañeros que me escriben (yo también soy obrero, y á mucha honra) la confianza que en mí ponen, la nobleza me obliga á renunciar al cargo... por la sencilla razón de que soy abogado de la parte contraria.

Desde mucho antes de hacerse célebres los diálogos cómicos de López Silva, me había yo fijado en ellos y se los elogiaba á Sinesio Delgado, que no me dejará mentir (se suplica una nota de la Dirección) (1). Pocos entusiastas como yo tendré el ingenio de López Silva.

Más, á pesar de esto, si yo creyese que el propósito de este escritor era burlarse de toda una clase social, ó que pretendía pintar la *realidad general* en el pueblo, cuando pinta hombres sin vergüenza y mujeres perdidas, desde luego me pondría de parte de mis corresponsales, que son dos estuquistas, un tapicero, un albañil, un relojero y un cerrajero.

Cuanto más viejo me hago, más amigo soy del pueblo, no por sacar partido de ello en política ni en literatura, sino porque así me *sale de adentro*; y si López Silva tuviera las intenciones que se le atribuyen, sería para mí un monstruo de crueldad, y sus sarcasmos crímenes; siempre sería un hombre ingenioso, pero criminal en tal caso.

Afortunadamente, no hay tal cosa, mis dignos corresponsales; y así como no hay que pensar que Cervantes se quiso burlar de las grandes cosas ideales que D. Quijote defendía, tampoco se debe creer que López Silva se burla del pueblo al darnos en sus cuadros el gracioso bosquejo de cierto aspecto cómico de la vida social en una clase determinada y según ésta es en un pueblo, el madrileño.

Resumen: yo sería abogado de la causa que se me fia si

(1) Efectivamente así es, y tengo las pruebas. —S. D.

López Silva fuera el rey que se me quiere hacer ver; pero como López Silva es inocente, y saladísimo poeta cómico y satírico, no admito el encargo; y aplico con toda sinceridad á mis apreciables corresponsales que se reconcilien con quien, muy honradamente, ha ganado fama bien merecida.

Clarín.

PALIQUE

No hay que confundir los Bremones con los Arimones. Mi exámo Bremon es un sabio, comparado con *mi exámo* (como dijo el otro) Arimón. Donde Arimón pone la pluma, no vuelve a nacer nada; tal es su estilo. Bremon escribe con regular corrección; y si es muy frío y muy soso y nada sincero, eso viene del temperamento y del carácter.

Lo que tiene Bremon, que sostiene ciertas teorías literarias cuya propaganda sería funestísima.

Ya he aludido muchas veces a una doctrina tuya, según la cual, para hablar mal de los escritores, debemos esperar a que se mueran, porque así les ahorramos un disgusto. Es la misma idea que haría desmenuzarse, para censurarla, en dos fábulas cuya moraleja es la misma. Aquella de

Cobardes son y traidores ciertos críticos que esperan para impugnar a los que mueran los infelices autores porque vivos responderían, etc., etc.

Es una.

Y la otra:

Aunque reniegues de mí los críticos de que trato, en otra fábula aquí tengo de hacer su retrato, etc., etc.

Es claro que Bremon no patrocina su teoría ni por cobardía ni por traición (bueno es él, sino por pura caridad cristiana. Lo que quiere es ahorrar penas a los vivos... y a más morio muerto gran lanzada).

Además, su doctrina tiene otra ventaja de que él no se acuerda: el que critica a los muertos y a los vivos no, también se ahorra no pocos sinsabores. A la larga, después de los años mil, su crítica puede parecer imparcial y serena; y por de pronto, ó a la corta, vamos viéndolo.

Si yo, en tiempo oportuno, hubiera utilizado estas ideas, otro gallo me cantaría.

Pero estoy contento con el que me cantía.

Más peregrina es todavía la última teoría crítica de Bremon. Hace unas semanas la expuso en pocas palabras; y como se le saliera al paso, oponiendo objeciones, ahora vuelve a la carga, provisto de nuevos argumentos.

Según el *inventario* revisitorio... ¡real, no debe haber crítica. El crítico debe concretarse a dar cuenta de la aparición de los libros y... *ai posleri fardada sentença*.

Con el *frío* pretexto de que no somos infalibles, ni podemos leer todo lo que se publica, Bremon opina que no se debe juzgar nada ni a nadie, dejando para las kalendas griegas y a generaciones futuras, remotas, el cuidado de dictar un fallo justo. Además, el público es el que tiene obligación de juzgar por sus impresiones, aunque sea inducto, sin dejarse sugerir opiniones por los inteligentes del ramo.

De otro modo, una especie de anarquía crítica.

El Arimón libre en el Carulla libre, ó al revés, mejor dicho: "El Carulla libre, en el Arimón libre".

Por el criterio de Bremon podrían sostenerse otras muchas doctrinas análogas y de absurdos resultados.

Como es seguro que nuestras leyes no son perfectas, ni muchos menos, que son deficientes é insuficientes, y han de ir modificándose constantemente, progresando unas veces, las más, y emporcandando otras, lo mejor será abstenerse de toda vida legal, y que nadie promulgue códigos, ni nadie los aplique a los casos particulares.

Como en el mundo hay muchos méritos desconocidos, y que no obtendrán premio, por su obscuridad, no debe premiarse la virtud demostrada y conocida, para evitar la *irritante* injusticia de esta desigualdad en el galardón.

Como quedan sin castigo las más de las acciones dignas de vituperio, debemos abstenernos de castigar a los delincuentes que *son habidos*.

No echéis a presidio a ningún *vata*, pensando en los muchos que se le escapan a la policía.

Además, mientras la ciencia no diga la última palabra respecto a la legítima forma de la vida familiar, de la herencia, del dominio de las cosas inmuebles, de la propiedad de los instrumentos todos del trabajo, etc., etc., absténeos de imponer al pueblo leyes civiles y de decir lo que es tuyo y lo que es mío; sin contar con que la imposibilidad de justificar todos los títulos con que se reclaman todos los derechos. Debe obligarnos a no reconocer como bueno ó como malo título alguno.

En suma, señor Bremon: la teoría de usted, que es tan cuerdo, es la misma del loco ilustre

que andaba desnudo esperando la última moda para hacerse un traje.

Opina Bremon que se necesita el concurso de muchos peritos y especialistas para juzgar del mérito ó de los defectos de un libro.

Vamos, que quiere que... *se mande una comisión del seno...* de la humanidad presente y futura para juzgar, v. gr., *La canción de las escobillas*, del Sr. Reina.

Cuando a un juez se le pide una sentencia, nadie pretende que sea infalible.

Lo mismo pasa en estas cosas.

El crítico literario no es infalible ni... *infalible*; no puede leerlo todo, yase sabe, y á nadie se le ocurre pensar que cuando alguien habla de este ó el otro libro juzga, indistintamente, todos los demás de que se habla. El que calla, no dice nada. Del libro que no conozco y de que no hablo, nada bueno ni malo afirmo.

Aquí no hay conflicto.

Cuando se trata de abundancia de obras que pueden ser todas, ó muchas, de mérito, la crítica, que se reduce á los *que pueden juzgar*, no es injusta. Otros, colocados en otras circunstancias, juzgarán, porque lo conocerán, lo que uno desconoce y no juzga.

Cuando se trata de obras que no pueden abundar, obras poéticas de gran mérito, verbigracia, á lo menos en tiempo limitado, entonces sí debe el crítico *conocerlo todo*, y lo *conoce*, y... si no canta algo tiene en la garganta.

Por ejemplo, en España, actualmente es muy fácil juzgar las *obras maestras* del teatro, de la novela, de la lírica, de la historia y gráfica, sin pecar por omisión, si nos referimos á las que van apareciendo en nuestros días.

También debiera hacerle fuerza al Sr. Bremon, para desistirse de su teoría nihilista, el argumento histórico de la innegable existencia de la crítica literaria en todos los países cultos del mundo, en todas las épocas de cierto grado de civilización.

Hace más de un mes que el Sr. Bremon condenó á muerte á la crítica, y ésta sigue adelantando en Europa y América, y hasta en Asia, África y Oceanía.

En Manila hay unos críticos atroces.

Otro argumento que debe llegarle al alma al Sr. Bremon, es éste.

Que los autores, en general, sobre todo cuando ven que han hecho algo bueno, desean que haya crítica, un oficio liberal encargado de *juzgar* particularmente las obras literarias, sin perjuicio de que el público a su vez juzgue á todos, á jueces y reos, como pasa en los demás géneros de litigios.

El público dá la fama, es claro, y el dinero; compra y paga, propaga el crédito... pero no da su opinión en forma ordenada y fundada y gráfica. De modo que si para el autor el público es lo principal (y no siempre), también importa mucho la crítica *competente*; primero, porque formula juicios autorizados y gráficos, que son como *escrituras públicas de fe* (fidelidad de cierta clase de derechos, derechos á la fama literaria. Segundo, porque el juicio de los competentes ayuda, sin desdoro, al juicio y á la impresión del vulgo, que no tiene por qué avergonzarse de dejarse influir por quien sabe y tiene buen gusto.

¿Negará Bremon que en música, en pintura, etc., etc., no ve lo mismo el vulgo que el inteligente y que las lecciones de estos, con modelos á la vista, pueden influir para que los profanos *gusten* y comprendan mejor la obra de arte?

¿Por qué no es lo mismo un público de patanes en un Museo que un público de personas ilustradas por el trato de los artistas y las lecturas especiales? Por el influjo sano de esa *sugestión* de que Bremon reniega.

Pues lo que sucede en pintura y música sucede en literatura, á pesar de que ciertas apariencias de *facilidad* dan al material literario aspecto de cosa más corriente y al alcance de todos.

Se podía estar cinco años exponiendo razones, todas de gran fuerza, para que la teoría anarquista de Bremon es absurda.

Ahora, si lo que él quiere es una disculpa para abstenerse de decir sinceramente su opinión acerca de libros que no le gustan, pero cuyo autor no se ha muerto todavía, y el que no quiera dar un disgusto (por aquello de *do mi des*), eso es otra cosa; pero díjalo con franqueza. Y entonces, en vez de proponerle convencerle de lo que él sabe mejor que nosotros... le recomendarémos algunas pláticas reconstituyentes para fortalecer la voluntad y la resolución de cumplir con la justicia.

Pildoras de esas necesitan también otros señoritos, muy largos, que se dedican á adular á los chicos de la prensa, y os aseguro que estamos en el mejor de los Arimones posibles.

Pero eso es harina de otro costal, y por hoy se acabó la carga.

CLARIN.

PALIQUE MODAS

Yo creo firmemente, ó, si no con tanta firmeza, al fin creo, que llegará un tiempo en que la vida humana será bastante racional y civilizada para prestar con la atención que merecen los intereses de la belleza. Entonces no se podrá escribir, á lo menos con justicia, libros como el de cierto ingenioso francés, gran partidario del egoísmo, entendido de cierta manera, libros en que se llamen *barbaros* á casi todos los hombres porque no entiendan de delicadas artes, y particularmente de estéticas. La verdad es que hoy en algún sentido se puede decir que estamos á la *vida de los Barbaros*, bajo su inspección suspicaz y profana á los misterios de la más sublime hermosura. Hemos progresado, indudablemente; pero todavía, por el lado *estético*, nos parecemos demasiado á nuestros abuelos del *Septentrión* y demás procedencias oscuras y nada clásicas. ¡Oh! están demasiado cerca los tiempos en que era un refinamiento ridículo comer con tenedor, y en que las damas de la corte más excelsa lucían sus galas con la poltancia cursi de las señoras improvisadas, mostrándose unas á otras sombreros, galones y plumas con aire de triunfo, para provocar la envidia. Están muy cerca todavía los tiempos de que Taine pudo decir que se vivía entonces sobre un estercolero. Dos reyes, como el de Inglaterra, y otro no menos ilustre que Enrique VIII recibía de huéspedes, se disputaban con los dos gaseñes la victoria en un pugilato cuerpo á cuerpo, abrazados, por el gusto de ver quién caía encima... ¡Y todo esto tan cerca, tan cerca!

Huir de esta *barbaria*, para los que creen que fué Grecia una *excepción estética* en la historia de la humanidad, es acercarse á ese modelo que en lo pasado la erudición nos ofrece; para otros que miran con cierto escepticismo las decantadas perfecciones *clásicas, helénicas*, el ideal está en lo futuro, en el desconocido, en el dictado de la razón aleccionada por la experiencia. Yo me inclino á cierto eclecticismo que participa de ambas tendencias. Creo en Grecia... pero no como perfecto modelo que á nosotros pueda servirnos. Grecia fué *estética*... en pequeño. Fué como una *miniatura* histórica, de la cual se puede sacar mucha enseñanza tomándola como ejemplo... pero recordando que es *miniatura*. Nuestra vida es mucho más compleja y refinada en algunos respectos, más amplia; y no basta para llegar á la vida *estética* que nos conviene, imitar á Grecia, aunque siempre habrá que estudiarla. Un amigo mío, uno de los escritores jóvenes españoles más estudiosos y de más penetrante ingenio, el profesor Sr. Unamuno, me escribía há poco: «Debe procurarse asimilar lo helénico, y en *haciéndolo nuestro* ya podremos prescindir de Grecia; en tanto, conviene que haya ideas que sepan griegas. Análoga idea sostiene el gran filósofo juristaconsulto Jhering, con referencia á esta muy diferente, el *Derecho romano: A través del Derecho romano, pero más allá del Derecho romano*, es su fórmula; cuando hayamos incorporado á nuestra ciencia y á nuestro arte jurídicos todo lo que Roma puede enseñarnos, podremos ya prescindir de ellas. Yo, con perdón de estas dos autoridades, creo que, en efecto, no debemos ser *idólatras* del *Derecho romano* ni de la *vida estética* de Grecia; que debemos al asimilarlas la *griga-estética* y lo romano-jurídico (como lo helénico-religioso), y suavizar mucho más nuestro horizonte... pero sin prescindir jamás de los modelos históricos, sin olvidar su *virtut* tal como fué, conservando el estudio arqueológico de esos grandes *dehados... grandes...* en pequeño.

Por lo demás, es claro que si los clásicos (los griegos) no fueron *barbaros* (los romanos si lo fueron, en el sentido que toma aquí la palabra), fueron demasiado *estéticos, griegos*, para que su vida pueda servirnos de modelo, entendiendo que éste se ha de copiar servilmente.

Hay cosas en Grecia que debemos repetir, porque son *anti-barbaras*, porque los *barbaros* no pudieron entenderlas y sentir las, y son dignas de un pueblo civilizado; por ejemplo: este afán serio, constante por *sign estético*.

En nuestro tiempo es sólo una *aristocracia artística* la que da el valor que tiene á esta *ciencia* de la *estética*; y aun con expresiones nada *éticas*, con *signos* y extravagancias *barbaras*, á pesar de cierto aparente y superficial refinamiento (v. gr. *exclusivas romanticas*—malentendidas—*desdentadas*, misticismos falsos, realismo adulterado, espíritu de secta, crítica apasionada y exclusiva, etc.) Para la mayor parte de las gentes, aun las que en muchos respectos son de las más ilustradas, no es un orden de los capiteles de la vida el *estético*; y así se vo á gobiernos, legisladores, *macrolites*, etc., etcétera, cuando recomiendan ó protegen el cultivo de la belleza, hacerlo en nombre de *intereses* que juzgan más altos y por la belleza ayudados, v. gr. el culto religioso, la moral, el progreso de las costumbres, de la industria, etc., etc.

Qué más; hasta cuando se defiende el fin propio, *sustantivo* del arte bello, se suele proclamar su carácter de *desinteresado*, diciendo que es una *finalidad sin fin*, como Kant; porque no se llega á ver el verdadero *interés* que tenemos en ese *desinterés* de lo *estético*; es decir, porque no se ve cuán seria, y por sí misma *interesante*, es esa parte *desinteresada* de nuestra existencia...

¿Que á dónde voy á parar con tanta metafísica?

A los sombreros de las señoras. Basta ver un sombrero de esos que parecen un pensil semoviente, para poder asegurar que los pueblos en que eso se tolera, y acaso agrada, todavía no han salido de la *barbarie estética*.

No seamos *hipercritas*. La cuestión de in-

damentaria en las mujeres es una de las que más nos importan, por muchos respectos.

Por los trajes de las señoras se dan batallas parlamentarias, se hacen enanchemos, se contratan ferrocarriles y servicios públicos, y se enterran ó resucitan expedientes, y se abren ó no se abren intentos. Hace muchos siglos que hemos convenido, en verso y en prosa, en que el amor era de lo más importante que nos ofrece la pícarra existencia; la mujer le interesa más al hombre. Pues el amor sueña con la mujer... y la ropa que la cubre (es lo general, y honesto). El traje es algo de la mujer; así contar con los fetichistas del amor, tan bien pintados por un psicólogo-fisiólogo francés, que se imaginaba de una botina, de un corset, de una mediana, etc., todos juntos, en nuestra adoración á la hembra humana, el adorno que la cubre. Además, la mujer es la parte más hermosa de la *escultura de Dios*; y es *escultura*, como la antigua, con colores; es *escultura* con *paños* reales, y es una de las más graves y trascendentes cuestiones de *estética* real, natural, la que se refiere á la belleza del traje femenino. Una radical reforma del traje de la mujer podría volvernos á los tiempos propicios á la *escultura*; una reforma artística, sabia, del traje de la mujer podría servir á la civilización de la fatal y general tendencia á la *confusión civil* de los sexos, á la hembra *conceal* y diputado.

Si, por la manera de vestir que consentimos á nuestras hembras demostramos lo que decia al principio, que son pocos los que toman del todo en serio los asuntos de la belleza en nuestra civilización tan llena de resabios de barbarie.

Yo mismo necesito tratar esta materia en un palacio y con una seriedad puramente fingida, cómica.

Y sin embargo; la mujer misma (prescindiendo de los extravíos de *mal gusto* en que cae por culpa nuestra, porque no la educamos para la belleza), la mujer misma, nos da ejemplo de instintos *estéticos*, de sabermos *el bien parecer* por el *bien parecer*. Muchas veces atribuímos á coquetería, en decir á plan interesado, impuro, el deseo de ser hermosas; pero no hay tal. Antes de ser coqueta la mujer es *artista*, y su *material* es su persona; es decir: la mujer es *artista*, resumiendo en sí misma la *escultura*, la *música*, la *pintura*; la *poesía*, todo el arte. No necesita de público para gustar de ser hermosa y procurarlo. Ya lo decía un gran sabio en estos asuntos, el poeta de los *Helénicos*:

*Para laudat, finguntque comas, tress arduas illas
Celi Athos, cultus illas habebat Athos.*

«Mujeros hay que, ocultas en el campo, sin embargo cuidan de su peinado; aunque las esconden las alturas escarpadas del Athos, vídalas el Athos adornadas.»

¿Qué gran cosa que con tan buenas tendencias naturales, la mujer se oído de sus instintos de *artista*, y eniga, por la exageración y la extravagancia, en la *barbarie* del traje, la más peligrosa de las *plásticas*, la más contumaz, la que primero asoma en los pueblos decadentes.

«La moda! Esa deidad que no tuvo nombre siquiera en la Grecia de los buenos tiempos, hace esclavos á los artistas curpis y de ocaso vuelo, lo mismo que á las mujeres que se creen más *excepcionales* y de espontáneo arranque en la seducción.

Hablémosle (otro día) de la moda con la extensión que el asunto merece; hablemos de cómo se visten nuestras mujeres y cómo debieron vestir.

Pero no citaré *modistas*, ni revisores de salones, todo ello... *perdud*.

Mis citas serán nada pura... serán *clásicas*.

«Materia *halali*... por causa de la cual andan los hombres á puñaladas... y á irregularidades»

CLARIN.

369 Heraldo de Madrid (Madrid).
n. 1.708, 13 julio, 1895

411

PALIQUE

Los "amateurs".

No digo los aficionados, porque esta palabra no traduce exactamente la frase que ya todos cumplimos en un sentido especial, que la española no tiene.

Acercas de lo que son, lo que valen, lo que e-torban los *amateurs*, se discute mucho en la prensa de París: de algunos meses acá, parece ser que empezaron a tratar del asunto los escritores que firman *Pierre y Jean* en *L'Echo*, de París (por esta vez, que muchas otras, antes, se ha hablado de este así, y *Erto* *Bouvard* y *Peruchet*, de Flaubert, no es más que una sátira contra cierta clase ridícula de aficionados); de pues tercio en la polémica desde *Le Figaro*, Arsenio Alexandre, y, tras haber intervenido en defensa de los *amateurs* los Sres. M. Iteguieu y Castellane, se presenta en la *Revue* *B* que Fernand Vanderm con pocas palabras y algunos argumentos, y muchas pretensiones, si no a resumir, acaso a procurar, pero en limitando al partido que considera a los *amateurs* como una plaga.

Si la cuestión en Francia tiene interés particular, porque las letras allí son ya una verdadera función social, casi podría decirse, una carrera, con límites y atravesamientos, en lo que cabe en España puede encontrarse al asunto tal vez importancia mayor desde un punto de vista casi opuesto: por lo mismo que tan difícil es separar aquí el oficio de las letras de la mera afición, por lo mismo que el atraso general tiende a estimar en poco la especialidad artística y a dejar que se confunda con ella todo lo que se quiere confundir.

En España, por desgracia, los literatos verdaderos tienen que formar el *cuadro* si quieren defender la bandera del arte contra los ataques de encuentros numerosos; hay que luchar uno contra veinte.

Es interminable la lista de las clases de *amateurs* que acosan a la literatura en nuestra tierra. Y no citaré más que algunos: el amateur aristocrático, el político, el militar, el clérigo, el técnico, el periodista, el lector, la literata, el ratón de biblioteca... y tutti quanti.

Largo capítulo se podría escribir acerca de cada una de estas clases, y resultaría un libro de respetable volumen.

Los *amateurs* más perniciosos, por su mayor influencia, son los políticos y los periodistas. Es claro que llamo aquí amateur periodista al que no es verdaderamente literato, pero lo pretende; quedan fuera del anatema otras dos clases de periodistas: los literatos que escriben ordinariamente en periódicos, y los políticos, noticiosos, técnicos, etc., etc., que escriben en la prensa lo mejor que pueden, pero sin pretensiones de que su trabajo se tome por literatura propiamente dicha.

En la clase de señoras es claro que también hay que distinguir; así (lo me iré, casi siempre, es poner ejemplos) doña Emilia Pardo Bazán no es una literata, en el sentido de no pisar de afición; es todo un literato, un escritor de veras. Doña Patrocinio de Biedma es una literata, es un *amateur*.

Tampoco es amateur el político que habla y escribe porque se lo pide la política. Así, v. gr., Salmerón, es un político sin pretensiones de literato. Romero Robledo tan poco las tiene. Y como ellos otros muchos, a Dios gracias.

Son políticos con pretensiones de literatos, amateurs del peor género, no por falta de talento, sino por sobreabundancia extraliteraria, v. gr. Cínovas (hey, más formal que antaño, algo retratado de las letras). Pidal (sin grandes pretensiones literarias, y literato con su útil, para que sus gentiles le admiran por todo; y así, no atreviéndose él a escribir versos ha nombrado poeta a un parlante lejano, el director de *La Unión* y *Cultural*), es amateur Silveira (que podría ser literato de verdad, si llevase otra vida).

En general, es amateur todo político que se hace académico de la Lengua, sin títulos literarios verdaderos, ó que se le juegan flores, ó hace unos versitos de circunstancias, ó es ríde uno endiabladas *alemurias* con pretensiones de *teuer estli*.

El general Riva Palacio es un amateur doble; como político ó diplomático, y como general. Creo que si persona agradabilísima, amante de las letras, tiene además el carácter sagrado de su embajada, y así, la simpatía, el agradecimiento, el respeto, obligan a considerar sus cuentos, y demás lucubraciones de estilo, como dignos de silencio, por lo menos, por parte de la crítica. Otro sí, es americano, y casi todos los americanos que vienen por acá, y hasta de pluma, son amateurs.

El amateur más respetable de todos es el lector, el verdadero aficionado, el que protege las letras, no a lo *dec* *avis*, sino comprando el libro, el periódico, estimando al escritor verdadero en lo que vale, siguiendo con interés y espíritu de justicia todas las vicisitudes del movimiento literario. Cuando el lector se hace autor, es víctima de un envanecimiento, de un orgullo; hay que tenerle lástima y tratarle con cierta asiduidad.

El menos simpático, acaso, es el amateur periodista; pero es, en el político, de los más favoritos por su influencia, el que más importa estudiar y contener, el que puede causar mayores estragos.

El amateur aristocrático ni pincha ni corta, entre nosotros; en parte, por la poca importancia que damos ahora aquí a la aristocracia, y en parte, porque nuestros aristócratas no suelen tener aficiones literarias ni creen ganar nada con que se les tenga por escritores.

Pero es el caso que mucha gente se rebela contra esta diferenciación: no admiten que haya manera de separar al escritor verdadero del *amateur*. Por de pronto, la dificultad de señalar el límite divisorio no es argumento serio contra la distinción; es evidente la variedad de colores en el arco iris, y no es fácil señalar el punto en que empieza un color y acaba otro.

Pero es que hay quien ni se da cuenta ni se da cuenta de la distinción, fúel ó difícil. Todos aquellos que, según, hablando de otra cosa, vemos un otro palique, que niegan la utilidad objetiva, y quieren la aniquilar en el criterio artístico; y todos aquellos que carecen de sensibilidad bien educada para dar al arte todo su valor, forman las huestes de ese ejército formidable: ejército que, con gran lógica, así como desmiente el canon real de lo bello niega la aptitud especial y de un escritor en todo el que escribe. Cada día va creciendo más la idea de que la prosa debe escribirse como la hablaba Mr. Jourdain en el *Molière*, sin darse cuenta de ello.

Nada más que porque los antiguos retóricos abusaban de la clasificación de las figuras, se ha gritado abajo la retórica! Y ya no se cree en la regla, y lo que es peor, ni en la vocación.

Todos podemos escribir. Y no falta quien lo tome por la democracia y decreta la desamortización de la literatura: ya es literato, no todo el que puede, sino todo el que quiere. Y no faltan *appelés* políticos que hacen de las columnas *bienes nacionales* que a vil precio ocupan todos los desprocurados de la religión del arte. Hay director de periódico que piensa que toda persona de viso es un gran escritor, y le dan firma; y, abriendo el tal de los literatos de fama, que *siempre son los mismos*, encarga los artículos de *sensación* a ilustrés chocolateeros, ó a un marqués famoso en el tiro de pistola, ó a un fabricante, gran proteccionista, ó a un millonario que dice *haiga y este*, pero que puede llevar el pánico a la Bolsa.

Hasta entre ciertas personas algo más leídas que ese director y esos chocolateeros no falta quien juzga mezquina vanidad de los escritores la pretensión de separarse de los nuevos amateurs; y la filosofía que suele invocarse en la famosa evolución (vaya en la *evolución*, ¡cuán-

tas majaderías aprendida en este siglo!) según lo cual, y porque lo dijo Hegel (contradiéndose en otros pasajes, como yo me atrevería a probar), el arte llegará a ver terminada su misión y se convertirá en ciencia; de modo que los tiempos van indicando la necesidad de reconocer un escritor en todo el que dice algo de verdad reflexiva, digalo como lo diga; porque es ya cosa anticuada eso de exigir, como nosotros tenemos verdaderos literatos, que lo diga además con arte.

También ha favorecido no poco esta invasión de los hábitos anti-artísticos, la munda fisiológica de cierta pseudo-crítica de médicos sin clientes, *amateurs* desechados, profesores *urais*, *rués*, *decadés*, y otras miserias del hampa intelectual. El mismo dato que en el Derecho penal están haciendo los Lombrosos y Ferris, etc., etc., lo hacen en el arte el mismo Lombroso y el tristemente célebre Max Nordau, y sus imitadores (v. gr., nuestro famoso y simpático D. Pompeyo Gener), con sus neurosis y locuras, en que se mide por un rascero al grafomano y al escritor que no tiene el temperamento de pasta dura. Si el maníaco de pluma es de la misma casta que el escritor, el amateur, que puede no llegar a maníaco, será el escritor perfecto.

Contra tantas preocupaciones enemigas, y otras aún más espesas, tiene que luchar el que quiera demostrar la innegable distinción del literato y el aficionado que *practica*.

¿Hay sedas para distinguir bien las especies? Sí. Vanderm indica una, más puesta en razón, pero que no es única. La *justicia*.

Ya la estudiaremos. Pero hay otras: por ejemplo, la *constancia*.

Quédese para otro palique hablar de esto y algo más que falta.

CLARIN.

PALIQUE

GIJÓN, AGOSTO

Ustedes me dispensarían si este palique no es la continuación ofrecida del anterior; pero es el caso que me estoy dando buenos de placer, y no hay placer posible cuando hay que escribir con cierta formalidad y habiendo mal de algún escritor público. El médico me ha recetado baños con no sé que hierbas *narcóticas* y *herpéticas*; pero ¡nada de sulfuro de Arimón!

Los lectores del *Heraldo* ya sabrán que Gijón es puerto de mar; pero no está de más el advertirlo, porque yo he conocido un literato que había traducido un *Diccionario de Teología*, y era de la *de Artistas y Escritores... para la Habana*, y sostenía una noche, en la mesa redonda de un hotel, que el puerto de mar era... Pajares; que Gijón era *puerto seco* desde que había cruzado á sus pechos al vizconde de Campogrande, Jove y Hevia en el claustro.

Ello será como se quiera; pero yo no he visto gente más amable que esta de Gijón, que se desvive por dar gusto á los forasteros. Particularmente la comisión de festejos. Verán ustedes lo que ha hecho en obsequio de los banistas, sietemesinos inclusive. Se había susurrado que este año venga menos gente que otros, y no faltaba quien dijese que aún los más aficionados á estas playas se retrataran por el temor de encontrarse con el vizconde; no por él (persona dignísima), sino por sus himnos.

Pues bueno, una comisión del Ayuntamiento (es claro que no respondo de la noticia), dicen que se dirigió al de Campogrande suplicándole que se sacrificara por el país que los vió nacer á él y á Canga Argüelles; que es fama que Jove, poniendo la mano sobre la conciencia (debajo del sombrero gris, y con cierta inclinación sobre la cefalópica), ofreció imitar á no sabe el que legislador griego que se privó de la dulce presencia de la patria por un plazo de diez años.

La comisión, enterada, dicen, entendámonos, dicen, que aseguró al ilustre príncipe y poeta de la Arrendataria (*V. La Rebolita*), que no haría falta que exagerase tanto el sacrificio; que bastaba conque anduviese por ahí de inquisitor. Y dicho y hecho; el vizconde anda por ahí en proceso, y disfrutando con el traje del trópez en el *Resador de perlas*; de modo que nadie le conoce, y los viajeros de siempre van llegando con la mayor tranquilidad al seno de las casas de huéspedes.

También debe de estar en el ostracismo, disfrazado de pescador de ostras, el conde de Canga Argüelles, ese inquisidor con los hornillos apagados; porque aquí no se le huele por ninguna parte, y yo he visto dos ó tres suscritores del *Motín*, que no llevaban nada cortido ni oían á cirujos quemada.

La verdad es que el ilustre *Censor*, más ó menos Catón, no hace falta aquí para nada, porque en Gijón abundan las diversiones públicas, pero todas son honestas, y muchas bastante higiénicas. Todos parecemos *padres de fa-*

milta juramentados, á jugar por la moderación de nuestros recreos habituales; y sino, van ustedes á ver.

Nada de bellas-chiquitas, aunque sí muchas niñas muy bellas; pero, amigo, esas están conquistadas (dentro de lo lícito) por media docena de elegantes de tierra adentro, y no hay competencia posible con esos capitos de apasara, y esos talles de azucena con vistas de batista, ceñidos por sendas fajas de raso. Con esas cinturas de avispa, y esos calcetines con lunares, como las poesías que le gustan á Bremon, están preciosos estos pocos sietemesinos, algo trasnochados, pero siempre arrebatadores, que se refugian en las costas del Norte, como restos de una especie próxima á desaparecer y que ya en pocas partes encontramos medio ambiente propio para las expansiones de su corazón cursi y de su cazadora de lana dulcísima, blanca como la gaviota sin mezclilla.

Entre gaviotas y sietemesinos (*para avis ya*) andamos por la playa los curiosos mortales que ni tenemos caída de ojos ni los pantalones doblados por abajo.

Desde la playa oímos la música, que toca, sobre un tablado, la *banda de cañotes de Segovia* (así creo que se llama). Pero además de oír música nos mojamos un poco los pies, como Galatea cuando á veces no podía; y de camino se nos hace la boca agua viendo á los pollos de Valladolid, Palencia y demás, pescar corazonces con el *triel* de su clausura natural ó adquirida (véase otra vez *La Rebolita*). De modo, que agua en los pies, agua en la boca... sistema Kneip, completo. Por eso decía que nuestras diversiones solían ser higiénicas.

Sin embargo, un chusco, algo pornográfico, gritaba ayer, mientras contemplaba el *angelito* (por *mujerie*) y le cogía una ola:—Señores, de aquí se saca lo que el negro del sermón! ¡Si llega á estar por allí, pescando, Canga, el perfecto casado!

Como es natural, no nos estamos todo el día junto á las olas, porque pareceríamos *masaricos* y otras aves frías.

Por la noche vamos al teatro, y tenemos donde escoger. En el *Cómico*, que llamábamos otros años *Lara*, porque allí trabajaron dos temporadas Rosario Pino (¿á quien yo desearé ver con María Guerrero?), y por María no queda, como sabemos los tres), la Valverde, Rosell, R. Arana, Larra, Santiago, etc., etc.; digo que en el *Cómico* tenemos ahora una excelente compañía de ese mismo género, dirigida por el inteligente y muy simpático contertulio Com y mandada en jefe por R. Arana, que en algunas obras basta él solo para hacer una representación primorosa. Al principio, el público, que tiene poco dinero (y esa es la madre del *agnus Dei*, y por eso ciertas monedas antiguas presentan la imagen de un caribio) al principio se retrata (el público... ¡si ustedes vieran cómo le ponen á uno, los baños, el régimen y la construcción!) pero ya acuden con avidez (y pesetas) á aplaudir *La Rebolita*, el *Sereno*, *Los asistentes*, y qué se yo cuantas cosas más, todas de risa, y muy amenas y sin chistes canga-argüellizables, por lo general.

En otro coliseo, como si diéramos, llamado el *Edén*, hay una buena compañía de zarzuela y algunas pulgas. La *schorita* Placer, muy guapa y tiplé, canta muy bien; otra *schorita* que no sé cómo se llama, pero que también es una delicia, canta también admirablemente, y ni el empresario ni las pulgas tendrán queja del público, que anda casi á puñadas por entrar en el Edén, y deja allí la sangre y los perros chicos.

A perro flaco todo son pulgas.

Lo que no hay aquí son políticos, ó si los hay, andan disfrazados, como dicen de Jove. Y como no hay políticos, no hay *chicos* que vengan á *inter-molestarlos*.

De modo que en Gijón no sabemos que va á ser de nosotros. Pero aquí ya pasamos porque se pague á Mera, y aun lo preferimos á que nos manden personajes sibillíticos, de esos que callan todo el año en las Cortes y después hablan en la playa cuando están con el agua al cuello... y claro, todo lo que dicen es agua de cerajas, por aquello de que un cuerpo sumergido pierde desu peso una cantidad igual, etcétera, etc.

Afortunadamente, al personaje que se deja sonucar en el baño, le pasa lo que al sietemesino: va desapareciendo. Hoy el *pollo* práctico viste como cualquiera que viste bien, y nada más. Y las mata callando.

Y el *pollo* práctico *viste* como... ¡Pidal, que por no *exhibirse*... parece que ni siquiera está en Asturias.

Cuando la verdad es que en Asturias *no está* nadie más que él.

Y gracias que nos deja bañarnos; con ó sin caligüeta.

CLARIN.

372 *Heraldo de Madrid* (Madrid), n. 1.737, 11 agosto, 1895.

Otra reconquista.

Después que se acabe la guerra, reñen-
do nosotros, como es natural, debemos con-
sagrarnos con gran entusiasmo a...

LA RECONQUISTA DE CUBA

¿Cómo? ¿Después de vencer... reconquis-
tar?

Justamente.

Porque después de aniquilados los insur-
rectos, seguirán habiendo moros en la costa.

La insurrección es el enemigo pasajero; un fenómeno reflejo de una enfermedad crónica; es el efecto del gorgojo en la planta, no es el gorgojo. Los insurrectos son las chispas, que se lleva el aire, del incendio que consume la isla: lo que arde está dentro; las chispas asustan, alertan, pero no son el pe-
ligro mayor; con no dejar que propaguen el fuego, hasta, en aislamientos, se extinguen fácilmente... Para las chispas, basta el aire; para el fuego que no se ve desde fuera, el agua.

La guerra de Cuba es todavía más intere-
sante de lo que parece: es una *solitaria*. Es una guerra civil... peninsular. Es una gan-
grena que va de aquí con sueldo y muchas veces muchas puercas.

Su ánimo de ofender a nadie, se puede
reconocer que solemos manitar allá (hay mi-
serias excepciones) lo peor de cada casa. ¿Y hay
cada casa en la Metrópoli?

El general Azcoárraga y los que le ayu-
dan se portan muy bien; el país envía con
gran diligencia tropas, dinero, lo que hace
falta.

Pero lo malo es la *pestitia* del sobrecargo,
ó sea la clásica *inmoralidad administrativa*.

¿La inmoralidad administrativa? ¡Vaya
un nombre! El parlamentarismo nos ha
acostumbrado a abusar de la litote. La li-
tote, señores críticos al uso, es la atenua-
ción. Decimos inmoralidad administrativa,
como si la inmoralidad pudiera administrar.
Si reconocemos que administramos inmo-
ralmente, reconocemos que... no adminis-
tramos. Si a nuestros políticos de tanta se-
ñal dice que Cuba es nuestra, pero que no
la administramos, se escandalizarán. Y si
les decimos que la administramos... inmo-
ralmente, estarán conformes.

La dichosa litote.

Cuando se mezcla a Cuba con adminis-
trador que va con la *segunda* de robar, ó de
dejar que otros roben; ó que por inepto,
aunque lleve mejor intención, no puede im-
pedir que otros a la sombra (y á veces al
sol) de su ignorancia se pongan las botas y
el mundo por montera, á nadie se le ocurre
que con ésto se les mande refuerzos á los
insurrectos; sino á los de la intención de
hoy, á los de la intención próxima futura.

Figurémonos que un presidente del Con-
sejo manda á Cuba un pariente de manga
cucha, ó que un ministro cualquiera envía
un hijo ó un sobrino que nunca las vió más
gordas, y sin embargo va de *esta*... y no ve
dos contrabandistas sobre un fardo; quién
toma á esos secretarios de S. M. por filibus-
teros? Nadie. ¿Quién los toma por lo que
son, por *petateos*, que en vez de agua echan
petateos al incendio de aquella guerra ci-
vil?

Por eso dirá que habrá moros en la costa,
aunque se domine la insurrección, que es
claro que se dominará; porque somos como
Aníbal, según su lugarteniente; sabemos
vencer, pero no sacar partido de la victo-
ria.

Los moros son peninsulares; al fin, por al-
go se ha demostrado que somos bereberes.

Mientras vayan empleados de ésto que
se *suena* media isla, según la frase hecha que
sirve para el caso, no podemos decir que
Cuba es nuestra. Claro. Ello mismo lo dice;
es de esos señores que se la comen.

No, no hablamos de la integridad de la pa-
trina, aunque sólo sea por rubor, mientras
no sean más *integros* los patriotas que se sa-
crifican por el país y van con un sueldo mez-
quillo á desahilar el vómito y á la que salte.

Cabe *esta* pérdida mientras la adminis-
tración perdidos. Ello mismo lo dice también.

Cada empleado que va a cubrir el ri-
fido lleva consigo un Guadalete. Y el Pelayo
que ampuce la restauración de la moralidad
á administrativa todavía no ha parecido.

Yo supongo que el Sr. Castellano no ten-
drá la pretensión de ser nuestro duque de
Cantabria.

No basta la honradez. Hay que ir á Cuba,
hay que tener mucho carácter, gran presti-
gio, mucha abnegación... y mucha ciencia.

Porque (así es) otra. La ignorancia gene-
ral respecto de lo que es Cuba, de su natu-
raleza, de su vida social, de sus condiciones
económicas, etc., etc., ayuda no menos a
eso que el excesivo afán de lucro al desbar-
ajuste que lamentamos.

Los más de los que van allá ven todavía
aquellas tesoros de Ofir con que soñaba Co-
lón. Ya abren nuestros vistas y demás buro-
cracias poro arrensivos (hablo de los preva-
ricadores, es claro), que no van á encontrar
el corral patatas. Pero si crean encontrarlo...
cerrando los ojos.

Y... ¿ya se ve? Si cerrando los ojos, si ha-
ciendo la vista gorda es como se gana en
poco tiempo una fortuna, para qué quise-
mos la luz de la ciencia esos administradores-
topos?

La ignorancia relativa á Cuba y demás
posiciones ultramarinas la fomenta hasta la
costumbre de nuestra política, que hace mi-
nistros de Ultramar á los primerizos.

Ejemplo: el Sr. Castellano. Otros ejem-
plos: Núñez de Arce, Abarzuza. ¿Qué hizo
Núñez de Arce? *La visión de fray Martín*.
El filio... ¡Oh! pues está *indicadísimo* para
administrar las colonias. ¿Qué no sabrá él de
la vida económica y política, y de la fauna

y de la flora de aquel país, haciendo esas
estrofas esculturales que hace!

Pues y el Sr. Abarzuza, un hombre que
supo *comprimirse* lo bastante para prescin-
dir de sus ideales, y dejar el partido que le
vía nacer, como dijo el otro, ¿no está auto-
rizado, por sólo eso hecho, para gobernar
en Ultramar sin saber de América sino por
la balanza famosa de Ramos Carri?

Si, también tenemos que prepararnos á la
reconquista de Cuba por medio del estudio,
delicándonos de veras á *conocer* aquel país.

Somos modestos y por prepararnos... como
los franceses se preparan en Madagascar:
estudiando el país que se trata de conquis-
tar ó de re-conquistar.

No es esto *temperar* á los malgaches con
los cubanos, ni siquiera á los insurrectos
con los bovas, ni á Máximo Gómez con la
reina Ranavaloa; pero lo cierto es que
mientras las soldades franceses, á partir de
Majunga, remontando el Itotoboka, se ha-
cen fuertes en Salserville y se preparan
á subir hasta la capital de los bovas, Tananarive,
Francia entera procura enterarse
de lo que es el país que quiere para sí; y
sabios especialistas dan conferencias re-
ferentes á la geografía, geología, economía,
fauna, flora, etc., etc., de Madagascar; y el
público en masa puede adquirir conoci-
miento directo, con lecciones de *aspeto*,
como dicen ahora los pedagogos, de los pro-
ductos naturales y de la industria de la tierra
lejana que quiere la República poseer y
aprovechar.

Toda una nación responde con interés á
la iniciativa que en tan útil enseñanza to-
man hombres como Grandidier, los directo-
res de la Exposición del Jardín de Plantas,
y Mrs. Caustier, Milne-Edwards, Faymo-
reau, Suberbie, Foucar, Olivier, etc. etc.

Se me dirá: pero es que Cuba la *conocen*
muy bien los españoles... En el sentido lí-
tico de la palabra, acaso. Pero, habrá quien
se atreva á negar que no convendría que
hombres competentes dieran á España lec-
ciones, lo más prácticas que fuese posible, de
lo que es Cuba por sus condiciones natu-
rales, de lo que allí ha hecho el hombre por
aprovechar los productos del país, y de lo
que puede y debe hacer todavía; y de lo
que es la vida social, particularmente la in-
dustrial, la política y la administrativa en
aquella tierra?

¿No nos convendría conocer bien la fauna
de Cuba, no sólo *indigna* sino de inmigra-
ción? Así como en el Jardín de Plantas de
París hay exposición de esos animales que
nos describe Milne-Edwards, y los franceses
que van á Madagascar pueden ir *familia-
ritas* con los indios y babakutes, propite-
cos, varis y makis, ¿no convendría que
nosotros conociésemos á fondo esos propite-
cos, y varis y makis que van á Cuba con
sueldo y en calidad de *cuasirranos* puer-
cas?

No olvidemos que el peor enemigo es ese:
el *vacuo* administrativo. No hay que temer
el *Ataki* de manos blancas sino el *Leann* inge-
rrius.

Si, hay que emprender la reconquista de
Cuba. Y no es cuestión de guerra, sino más
bien de caza.

CLARIN.

PALIQUE

Cuando este artículo se publique, ya será para los impresionistas del patriotismo cosa vieja la catástrofe del crucero *Barceloneta*; pero cuando yo escribo estos renglones acabo de recibir la primera noticia de la desgracia tremenda, y, francamente, no puedo pensar en otra cosa.

No faltarán sectarios y celotas exagerados que echen la culpa del terrible choque al señor Cánovas del Castillo en persona, y otros, más sistemáticos y amigos de abstracciones, verán en el régimen monárquico constitucional la causa de esta y otras muchas y demasiado frecuentes averías nacionales por el estilo.

Yo creo que ni el Rey niño, ni la Reina, ni la carta magna de Juan sin tierra, ni siquiera el Sr. Beránger, tienen la culpa de que ese crucero se haya perdido, así como otros muchos barcos de nuestra Marina de guerra se perdieron y perderán.

Ya los poetas de la antigüedad nos avisaban de los peligros a que la ambición y la avaricia se arrojan, arrojándose a las olas; que las ondas son péridas lo ha dicho el mayor poeta de la nación que tiene mejor marina en el mundo, y otro poeta, ese nuestro, escribió:

La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte.

Nosotros, que perdimos la *Invencible* por culpa de los clementes, según Felipe II, y por culpa de impericia, según Hume y según otro escritor inglés que días atrás publicó un libro sobre esta cuestión (de más actualidad que parece), ya sabemos cómo las gasta el Océano.

Pero no hay que exagerar tampoco en este sentido mitológico y echar toda la culpa a los *Hados*. Yo no digo que no conviniera recluir el colegio de los *augures* para conocer por señales del *fal* y el *nefas* qué barco iba a hacer a *na*, y a cuál se le iba a estropear la máquina y cual otro, al dar vuelta en redondo, iba a tropezar con cualquier cosa. Pero, en tanto que se llega, por la saludable reacción que el Sr. Bosch fomenta en Institutos y Universidades a ese envidiable estado de superstición, bueno sería averiguar si, a lo menos en parte mínima, tienen algo que ver en tan repetidos contratiempos marítimos el descuido, la ignorancia, la flojedad de la disciplina, la inexperience, y, en general, los vicios tradicionales de la educación nacional que, a lo menos por tierra, nos hacen dar tantos batacazos.

Porque es mucho cuento la frecuencia con que nuestras más acreditadas flotas, como diría Balaguer ganándose un premio en unos juegos florales, experimentan naufragios, choques, descomposturas y miles de averías. Sale un barco *oficial* del puerto, gallardo, alegre, como la corbeta de Camprodón en *El Relámpago*, y a las pocas millas se le calienta algo, ó se le enfía no sé que, y no puede andar como no sea a remolque. Todos recordamos el famoso *Destructor*, que vino a ser un verdadero *cautivismo* en lo de destruirse a sí mismo, exclusivamente. Y otra porción de *Argos* de cabotaje de la marina de guerra, célebres por haber llevado a su bordo a este Príncipe, a la otra Infanta, sin más gloria que esta, viéronse, a poco, tristes, abandonados en la orilla, como la nave de un famoso y clásico soneto.

Esto de andar mal nosotros de barcos, no es cosa completamente nueva, y si los tradicionalistas quieren imitar en todo y por todo a nuestros abuelos, cuantos más barcos se pierdan ó inutilicen, más nos acercaremos al estado de nuestra Armada en los gloriosos tiempos en que empezó a disponer de nosotros la dinastía que vino de Francia.

A principios del siglo pasado teníamos mucho menor marina de guerra que á principios del siglo XV, antes de descubrir á América. En 1694, cuando vino el almirante Russell para auxiliar á los españoles, nuestra Armada constaba... (lo dejaré en inglés, por pudor retroactivo), *of ten ships only*. De estos diez barcos, cuatro eran de línea, *the rest of small force*. El Rey Felipe pasó á Italia en 1701 en un navío de su nombre, pero de la escuadra francesa del conde de Estrees, y la Reina María Luisa de Saboya tuvo que venir en las galeras del asistente del genovés duque de Tursis. Y como si esto fuese poco, al año siguiente, el almirante Rook quemó en Vigo los pocos galiones que servían para las flotas.

En cuanto á la Administración, no se cuidaba mucho de remediar esta inopia, pues D. Francisco de Varas, primer intendente de Marina en Cádiz, al visitar en 1715 las inmediaciones de esta ciudad, para establecer en ella arsenales, halló el único carenero del puente de Zuzo sembrado de hortaliza.

Calabazas tampoco faltan ahora, por mar y por tierra; pero en fin, no estamos tan á la cuarta pregunta como cuando Alberoni empezó á poner remedio en tal pobreza; y ahora, á lo menos, nos sobran barcos y capitanes para mandarles á registrar barcos sospechosos, y después castigar á quien intenta el registro.

Y tampoco hay que apurarse, si es que hemos de amar la tradición, porque después de grandes esfuerzos del contribuyente tengamos barcos medianos y se nos echen á perder en seguida; porque también en 1718 habíamos conseguido reponer un tantico nuestra Marina, y vino lo de Castañeta, que nos estalló en la boca, pues los ingleses destruyeron nuestra escuadra navío á navío en el mar de Sicilia sobre Cabo Pajaro.

Y no se crea que salimos tan mal de aquel lance por falta de valor en la tropa ni porque escaseara la sangre fría y la buena voluntad en los que mandaban los barcos; el jefe era buen constructor y piloto; pero lo que se echaba de menos en todos era ciencia naval, disciplina en las evoluciones y táctica de escuadras.

No vayan á creer los maliciosos que saco todos estos datos de alguna revista extranjera, v. gr. de la *Revista de Revistas*, de Londres, la cual, por cierto, en su último número amenaza á todas las potencias que se atrevieran á habérselas con Inglaterra en estas ó parecidas palabras: Cualquiera nación que sostuviese la guerra con nosotros, no podría, á los pocos días de declararla, ostentar en alta mar su bandera en ningún barco de los suyos... La amenaza, como se ve, es terrible; pero, por lo que toca á España, descuide el fanfarrón, que, por las trazas, nosotros nos bastamos y nos sobramos para irnos á pique.

Los tristes datos de nuestras inveteradas desdichas marítimas, nos saca de una fuente castiza y nada sospechosa, de *Los varones ilustres de la Marina española*, por el capitán de fragata D. Josef de Vargas y Ponce (Madrid. En la imprenta real. Año de 1893.)

Si queremos algún consuelo para nuestros desastres de ahora, no debemos olvidarnos de D. Juan de Austria ni de Lepanto; acordémonos de Mesina en 1676; acordémonos de 1718... A lo menos, ahora, si nuestros oídos se pierden, se inutilizan y se van á pique, no es por valentía de ningún formidable enemigo, sino por nuestra pícara suerte; llamando suerte á muchas cosas.

CLARIN.

374 Herado de Madrid (Madrid), n. 1.782. 25 septiembre, 1895

PALIQUE

¿Se puede?

Creo que sí.

Por lo menos esta vez hay la seguridad de que los señores obispos no recurrirán a las *manas infectas*.

Porque hay que dar á cada uno lo suyo. La Iglesia, por la ley de caridad que la obliga, no puede ensangrentarse, ni se la ensangrentado jamás. El valiente artículo que *El Liberal* dedica hoy (es decir, ayer 8) a la libertad de la cátedra y del pensamiento, contiene un leve error relativo á este punto: crees el articulista que en tiempos de la Inquisición, ésta, sin necesidad de pedir ayuda al poder civil, hubiera castigado por sí misma al delincuente de herejía ó lo que fuere. No hay tal cosa. La Inquisición juzgaba por sí; en el procedimiento se atenía á la dureza de los tiempos, era verdad, y solía apretar un poco la mano, y aun el pie, al llegar el período de prueba... pero castigar no castigaba, con penas sangrientas á lo menos; entregaba el reo al poder secular. Ahora se ha hecho lo mismo. Los obispos entregarán al Sr. Buen al Sr. secular.

Lo malo será que el brazo secular no sepa dónde tiene la mano derecha, en materia de Derecho.

Por Derecho moderno se sabe que contra la Constitución no hay leyes especiales, ni orgánicas de ningún género, que prevalezcan. Y mucho menos pueden prevalecer leyes particulares anteriores á la Constitución misma, y hechas en armonía con otra ley fundamental, que señalaba al principio de que se trata diferente destino. Es un sofisma pobre y baldío invocar la ley de Instrucción Pública, hecha hace cuarenta años y publicada bajo una Constitución que no reconocía, como la de 1876 que rige, la libertad de pensamiento y la libertad religiosa. Porque si respecto de los cultos no tenemos libertad completa, en la relación meramente individual y de conciencia, sí.

Nadie puede ser molestado por sus ideas y creencias... esto es lo constitucional.

Para que sea legal lo que se pretende habría que modificar el texto, añadiendo: "á no ser los catedráticos".

Para ser catedrático se exige buena conducta moral; pero no ser católico.

Se ha de sobreentender que la ley quiere que el que no lo sea lo finja?

(Bastaría con no atacar á la religión católica).

No; quien no está conmigo está contra mí. En un libro de texto de la cátedra de Religión, creaba ahora, acabo de leer, como epígrafe general, á guisa de lema, un latín muy respetable, en que se tiene por enemigo de la Iglesia á todo el que no la defiende.

Luego, según la doctrina que quiere prevalecer entre unos pocos estudiantes descontentos, ó dos ó tres padres de familia, que temen sendos suspensores para sus hijos, pueden echar de su cátedra al profesor más inofensivo.

Bastará con que le vayan al obispo con el soplo de que el catedrático de Historia, v. gr., cuenta las cosas imparcialmente, y no se pone del lado de la Iglesia.

Parece un ejemplo extremado, y no lo es. Alas estremado está, y todavía lógico, el ejemplo de un profesor de *química inorgánica* que no defendía á la Iglesia.

Como ni el obispo, ni el vicario siquiera, han de ir á todas las cátedras, ó se establece un cuerpo de espías sospechosos y aborrecibles, ó se deja la reputación y la propiedad del profesor á merced de un mal querer, de un soplo de un mal intencionado ó de un fanático.

Y v. de historia. Hace muchos años, á poco de publicar yo mi novela *La Religión*, un estudiante, á quien su padre sorprendió leyendo-la, aseguró que yo se la había regalado en cátedra. El obispo (eminente prelado, humilde y sabio, hoy buen amigo mío), supo esta invención, llevóla por cosa cierta (tan digno de crédito era el padre embustero), y en una *pastoral* condenó el supuesto regalo de novelas en cátedra. Trucos los discípulos, y chuse ellos el autor del *venicello*, firmaron una protesta desahuciendo la calumnia. El prelado, humilde de verdad, rectificó públicamente.

Está bien. Pero supongamos que entonces hubieran copiado los vientos reaccionarios que ahora soplan... pues el obispo se hubiese dejado de pastorear, prefiriendo dar parte, desde luego, al ministro. Y ahí tienen ustedes al profesor á merced de los estudiantes. La *Universidad* que pueda subsistir con este modo de entender las cosas, que me la claven en la frente.

¿Y el Concordato?

En el Concordato entran dos partes: la Iglesia y el Estado; y es desconocer los rudimentos del Derecho público y las reglas capitales jurídicas, de que ya el Derecho Romano ofrece acabada síntesis en el último libro del *Digesto*, insistir en pensar que el Concordato puede ofrecer verdadero conflicto jurídico en nada que se refiera á sus contradicciones con el Derecho fundamental del Estado, con el constitucional.

El Estado que pacta—transige—con la Iglesia, no tendría personalidad jurídica para ello si no fuera porque la ley constitucional le reconoce las condiciones, por ella señaladas, de representante legítimo de la nación.

La Iglesia sabe que si la personalidad del Estado es siempre la misma, continua, en condición de que se tenga, en cada momento distinto de la vida nacional, por listado legítimo el que lo es en nombre y bajo la ley constitucional actual. La Iglesia (inmutable en cierto sentido) no puede exigir que las condiciones constitucionales del Estado no varíen, sin que por eso la legítima representación de la nación deje de permanecer. Por lo cual, la Iglesia, después de la Revolución, por ejemplo, no se fué á buscar el Estado que habla de cumplirse el Concordato en la corte y Gobierno de D. Carlos, v. gr., sino en el *Fuero Real* en el de los Gobiernos de la Revolución y la Restauración.

Si la Iglesia hubiera exigido al Estado que se despojava de las condiciones constitucionales que en su título para continuar siendo la persona con quien la Iglesia había pactado, ya sabía la Iglesia que *ipsa facto* negaba ella misma la personalidad de la otra parte.

Ahora bien (y ustedes dispensen): en el Concordato, el Estado transfiere á la Iglesia, por razones históricas, ciertos derechos que necesitan estar concedidos, declarados (a cambio de otras concesiones de la Iglesia), para que se pueda entender que no son ya del Estado, sino de la Iglesia.

Pero... como, *nemo plus juris ad alium transfere potest quam ipse habet*, como nadie puede transmitir á otra más derecho que el que tiene él mismo. ¿Como el Estado, pese al Concordato, ha de transmitir á la Iglesia el derecho, que no tiene el Estado mismo, de atender á los derechos individuales reconocidos por la Constitución?

Eraníen esa doctrina los Papinianos conservadores que la hayan entendido; no la desdenen por vicia en un humilde palique, y decláren si hay conflictos posibles con el Concordato, en estas materias constitucionales... á no ser que haya mucho miedo.

Para garantía de las conciencias que no quieren que en las cátedras se ataque á la Religión católica, hay algo más eficaz que Bosch, el

obispo de Barcelona, la ley de 1857 y el Concordato.

La conciencia de los profesores, que como educadores, pedagogos, saben que la cátedra no es para defender ni atacar creencias, escuelas, partidos; que no es para abusar de la sujeción, tan fácil sobre la *cera virgen* que se pone en manos del profesor. Enseñar no es propagar; la cátedra es para que el discípulo aprenda á pensar por sí mismo. El catedrático que quiera hacer en clase liberales ó ultramontanos, idealistas ó sensualistas, falta, de todos modos, á su deber.

El catedrático debe limitarse á hacer... estudiantes (es el sentido inglés y alemán), hombres de estudio, es decir, amantes de la verdad bajo la ley de pura moralidad que, para buscar la verdad con fruto, se exige. Si los lesluats, por ejemplo, creen legítima pedagogía la que convierte á los educandos en soldados... de esto ó de lo otro, yo respeto ese sistema; pero me permitiré creer que sacan el estudianté, el joven lozano y feliz de hoy, al apóstol de mañana, es contrario á la ley fundamental de la enseñanza educadora.

Jamás, á mi ver, el profesor en su cátedra debe combatir contra creencia alguna.

Pero sí debe combatir contra intervenciones ilegales, anticonstitucionales, con toda clase de armas.

CLARIN.

375 Itirado de Madrid (Madrid), n. 1.799, 12 octubre, 1895

PALIQUE

Si yo fuera Bosch...

Ante todo, lo sentiría.

Pero, en fin: si no hubiera remedio...

¡Ah! entonces habría una hombrada, y me declararían protector del teatro español, en nombre del Estado.

Y aquí de los críticos individualistas para gritar *¡cáde retro!* ¡Fuera el socialismo artístico!

El Estado es la institución para el derecho, el Estado no debe ser comerciante, no debe ser empresario, no debe meterse en negocios de once varas, no debe proteger nada ni a nadie... ¿Que se arruina el teatro nacional? Pues que se arruine; el Estado no puede remediarle, el Estado no puede ser cómico, el Estado no puede ser caballo blanco...

Los más de estos críticos individualistas no saben de estas cosas, de lo que puede y no puede hacer el Estado, más de de oídas, y declaran que hablan *a ratióne*, según su leal saber y entender; otros, más eruditos, se remontan hasta buscar la autoridad de la escuela económica clásica, de los manchesterianos, y aplican las ideas de Cobden acerca de los granos, a las comedias.

¡Nada de proteccionismo!—Los hay que se fundan en la filosofía de la exclusión... y citan al individualismo de Spencer; algunos más profundos todavía, llegan hasta Fichte... y en el *interim*, como decía La Epoca, cuando su director actual escribía pequeñas poemas, en el *interim*, cada cómo tira por su lado, y se declara en cantón, y excomulga a los demás; y de este modo se hace imposible formar una compañía mediana; y los autores tienen que escribir *fulanerías*, es decir, dramas ó comedias que le vengan bien a tal actriz ó a tal actor; monólogos coreados y a la medida.

Por supuesto que, aparte de lo que aprieta la necesidad de poner orden en este desbarajuste, necesidad superior a todas las pseudo-filosofías políticas, tampoco me parece que *científicamente* y en... *pura teoría* tengan razón esos individualistas más ó menos trasnochados. Tratar de este asunto con el espacio que merece, no es propio de un *Palique*; pero hay ciertas razones vulgares que no necesitan grandes propedéuticas para ser comprendidas.

Por de pronto, hay que advertir que esta cuestión de si debe ó no haber un teatro nacional, por lo que mira a las funciones del Estado, no es de la competencia de los críticos... *por ahora* que suelen abordar este asunto todos los años por este tiempo. Es una cuestión de derecho; y no porque se refiera al teatro de la ciudad ajena a la incumbencia de los revisores que no sean además juriconsultos. Pero es muy gracioso lo que pasa en este punto. ¡Teatro digístelo! Pues todo *crítico* se cree competente para hablar, como tal *crítico dramático*, de cuanto al teatro se refiera. ¿Está ó no ruinoso un teatro, el edificio? Pues el crítico da su informe, como un arquitecto. ¡Hay plote entre un actor y el empresario por causa del contrato de locación conducción que existe entre ellos! Pues el crítico de comedias allá va a sentenciar, ó, por lo menos, a defenderánaditas partes, dispuesto a *scribir*, responder, censurar, *agere* como el más pintado Papiniano. Ejemplo: a una tiple se le antoja no cantar al servicio de tal empresa, y se la quiere obligar en virtud de un *¡aherido posesorio*!

El absurdo de los absurdos: absurdo que supone la ignorancia de la elemental distinción de los *jura in re* y de los *jura ad rem* (verdad es que en esto no veían muy claro ni los mismos autores del Código de Napoleón, según Savigny). Pues los críticos, metiéndose a Ulpiano, pero no a *Modestinos*, terciaban en el asunto y creen de buena fe que es, por lo mejor, materia opinable. Pocas veces se dio prueba más general ignorancia.

Pero lo peor no es desconocer los elementos del derecho civil, sino desconocer el terreno que se pisa: no ver que si se trata de arquitectura, si se trata de higiene, si se trata de derecho privado ó público, los críticos de *teatros*, como tales, nada tienen que ver en el asunto. Si se trata de un presupuesto de servidumbre en una guerra, por ejemplo, será competente un arboricultor, v. gr.? Pues es lo mismo. El que no haya estudiado en serio la ciencia del Estado por qué se mete a hablar de si entra ó no en sus funciones el proteger el teatro nacional?

Si el Estado es la institución para el derecho; pero el derecho es muchísimo más que esa fórmula negativa de la limitación de la libertad de cada cual por la de los otros. El derecho, aunque siempre *formal*, y por lo mismo, se extiende a todo, es *positivo*... Pero donde diablos iba yo a parar...

Cambios de estilo y de método. Vamos a ver: el Estado no proteje la enseñanza? Se dice: es *interinamente*; es que ejerce sobre ella una especie de tutela, porque la sociedad no ha adelantado todavía bastante para cuidar por iniciativa individual y con el afán necesario de estos intereses morales, y principalmente futuros, en que consiste la educación nacional.

Está bien: demos por bueno que así sea. Pues el teatro, ¿no está aquí en la misma situación, por lo que se ve? Hablo del teatro nacional. ¿No lo abandona la iniciativa individual a la anarquía, a las pasiones de los cómicos? "Es que una cosa es la enseñanza y otra cosa el arte..."

Prescindiendo de que son ambos intereses sociales fines racionales de la vida, y no hay fazon para la diferencia, ¿no vemos que el Estado, sin que nadie se queje, también ampara al arte? ¿No tiene museos de pintura, academias de artes, exposiciones de artes, conservatorios de música... y *declamación*?

Todos han elogiado a Castelar, por ejemplo, por lo mucho que hizo en favor del arte español creando en Roma una Academia. Nadie censura que haya una enseñanza de declamación.

¿Pues por qué el Estado se ha de cuidar de preparar cómicos y después ha de abandonar el teatro? Pero... además: ¿Y el teatro Real? El argumento está muy sabido, pero es de oro y se glosa poco. Lo que hace el Estado con el Real, y más, ¿por qué no ha de hacerlo con el teatro Español?

Nosotros hemos imitado a los franceses en su Academia de la Lengua, en el centralismo de Estado, a estilo napoleónico, en multitud de instituciones relativas al fomento de la cultura; ¿para qué no le imitamos en teatro, como hoy imitamos *francés*, en ciertomodocional, *teatro español* con protección oficial directa?

Y conste que los dos pueblos modernos que tienen un teatro propio original, del todo espontáneo, nacional verdaderamente, son el inglés y el español. Para nosotros, el arte de teatro no es como un género cualquiera de arte; es, con la pintura, *pero mucho más que la pintura*, nuestro arte nacional por excelencia. Le debemos, por su tradición gloriosa, lo que a ningún otro género artístico.

Y la cosa se le lleva la trampa, si una mano fuerte y una inteligencia poderosa, de parte de la ley manda, no pone en ello remedio.

Vase, por vía de ejemplo, lo que se prepara, según mis noticias, para la temporada próxima:

Antonio Vico, *nuestro mejor artista* en la escena... no trabajará en Madrid. Y más vale acaso, si había de hacerlo en las condiciones que le preparaban: con mala compañía y en *Verde*.

Según el mismo (lo dice en carta que conservo), María Guerrero le ha propuesto llevarle a España. Pero no han podido entenderse.

No importa el por qué, ni el tanto de culpa. Es que no se han entendido, que no se han juntado. Y el teatro Español se podrá hacer

papeles de *primera dama* (y aún no sé a estas horas si María Guerrero está decidida a *cambiar de edad*; si hace falta, a representar papeles en que ella no sea la graciosa joven que todos conocemos). Se harán papeles de primera dama, pero no habrá un *gran primer actor*, como es necesario. Nadie como yosimpatiza con las serias cualidades que dan positivo mérito a actores como Thuillier y Mendoza; son muy legítimas esperanzas, y con ciertos papeles muy florcientes *realidades*... pero sin Vico no hay el *primer gran actor* de las grandes inspiraciones que salvan, que entusiasman.

María Guerrero, con el heroísmo que todos alabamos, proseguirá en su campaña meritosa... pero la compañía será la misma del año pasado, con más, Donato Jundez, actor de conciencia, que hace mal en desoir los consejos de quien le pide que procure humanizar más la voz; porque el trueno es atributo de Jove, el que sepultó a Encelado en Etna cavernosa.

Pues un ministro de arraque, aun a riesgo de disgustar a Sánchez Pérez, arregrarla todo esto. Y con unos miles de pesetas, bien gastadas, y unas cuantas personas de cierto fuste al lado, aunque no fuera de acuerdo con Blustchli ni con Santa María de Paredes, nos formaría en un periquete una buena compañía en el Teatro Nacional, sin perjudicar en nada a María Guerrero, dejándola en el primer puesto (del sexo débil) que la corresponde... y ahorrándole disgustos y excesivo trabajo, y acaso la pérdida de la salud, y dejándola más tiempo para el estudio y la reflexión, más calma y serenidad; de todo lo cual necesita en sus progresos quien es artista de vera, como lo es sin duda la mujer que de tal modo representa la adltera de intención del *Castigo sin venganza*, y la niña mística de *La loca de la casa*.

Y por último, por hoy, y sin perjuicio de banalidades: si se me dice que con eso de la guerra de Cuba no estamos para pensar en teatros, recordaré en qué circunstancias se hallaba César cuando escribía sobre asuntos gramaticales, y cuándo y dónde trazó Napoleón el reglamento para la Comedia francesa.

CLARIN.

Palique.

Con esto de la guerra y el rosario de la Aurora y la libertad del obispo de Barcelona y las teorías del Sr. Boudouerca de la hegemonía cerebral (á lo menos en el ramo de marina), estamos todos que no sabemos dónde tenemos la cabeza; y así, se escriben cosas como las que van ustedes á ver.

Una de las plumas mejor cortadas (metáfora del tiempo de Iturzaeta) con que se honra la literatura española escribía pocos días hace en un periódico de los más notables:

«El casino de San Sebastián no sólo es uno de los mejores de España, sino también uno de los mejores de Francia...»

No puede ser. Es así que el casino de San Sebastián no es de Francia... luego no puede ser uno de los mejores casinos franceses.

¡Lógico! ¡Lógico! ¡No nos aturdamos! Las circunstancias son difíciles... pero no perdamos la sangre fría ni el sentido común.

La Epoca, cuyo patriotismo, alarmado con eso de las bellas rancias, la tiene en un estado constante de excitación, ha perdido por completo la brújula, ó por lo menos el calendario.

Hablando de un naufragio el día dos de Octubre, decía que se debía la desgracia á ciertas nieblas que eran «suceso de la proximidad del equinoccio».

De modo que para *La Epoca* el equinoccio, que es cosa del 22 de Septiembre, todavía estaba mandando sucesos de su proximidad, en forma de nieblas, el día 2 de Octubre.

Con ese sistema de cómputo se explica que el obispo de Barcelona se crea en los tiempos de Gregorio VII.

Si *La Epoca* sigue viviendo hacia atrás, pronto llegará al día en que aplaudió la revolución de Septiembre, ¡Y qué dirá Cánovas!

Y sigue *La Epoca*: «Afortunadamente no hubo pérdida de vidas, excepto las de dos marineros».

Si la muerte de una persona es una excepción de la vida de otras, resulta que desde Adam acá todavía no se ha muerto nadie... excepto los difuntos.

Y concluye *La Epoca* afirmando que el naufragio, debido á un cileón, no es accidente ni caso fortuito.

Yamos, será una jugarreta de la Providencia.

Si no es caso fortuito un naufragio debido á una tempestad, hay que procesar al que tiene la caja de los truenos.

¡Ay de Neptuno si á Beránger se le pone entre caja y caja!

También *El Liberal* está que no sabe lo que se dice con esto de las calamidades públicas.

Con motivo de pintarnos cómo viven los pobres, se mete el colega en una locomotora y nos describe la máquina... nerviosa, inquieta, cruzando puentes (descarilamiento seguro; tren que en vez de pasar por el puente lo cruza... se va al río; ¡naturalmente! Fíjese *El Liberal*: el puente cruza el río, y el tren, por el puente, cruza el río también; pero el tren no cruza el puente).

«Y es todopoderosa, y lo consigue todo.» ¡Claro, si es todopoderosa!

Y sigue *El Liberal*: «Cuando queráis unir en una comprensión total de todo...»

¡Total de todo! Muy bien. ¡Y después dirá Cánovas que no nos hace falta un gobierno nacional! Cuando los periódicos de mayor circulación de España circulan con esos tonos de todo, el país no está bueno, indudablemente.

Y no crean ustedes que estas cosas son de Arimón. No: Arimón ahora viaja con iniciales, y ¡no hace más que oraciones primeras de activa. Todavía no ha empezado su campaña de otoño y de invierno. Sin duda espera á que llegue el equinoccio de *La Epoca*, ó á que pase la estación de las lluvias de Martínez Campos.

Y á propósito del ilustre caudillo. Deben haberle oído mal los que ponen en su boca palabras que le hacen disculpar así: «Como el enemigo no se presenta en grandes masas y se esconde si vamos muchos juntos contra él, no habría manera de verle, si el ejército le ofreciera batalla con número considerable de tropas. De modo que, para ver á los insurrectos, hay que dividir nuestra fuerza en pequeños grupos, etc., etc.»

Lo malo, mi general, es que el espectáculo nos sale un poco caro; y que para verlo en esas condiciones, más vale no ver al enemigo.

Porque, si para que se decidan á pelear los contrarios hay que enviarles mil soldados que tengan que batirse contra tres mil, el sistema no nos tiene cuenta. Afortunadamente, hasta ahora, nuestros soldados siempre han sido héroes y han sabido salir victoriosos luchando uno contra cuatro, v. gr. Pero el heroísmo hace lo que la paciencia, se acaba. De modo que más seguro será no empeñarnos en pelear siempre en proporción

desventajosa tocante al número. Yo no niego el genio militar de Martínez Campos; pero algo me escama eso de que su táctica consista en hacer precisamente todo lo contrario de lo que hacía Napoleón.

Reconozco que el género de guerra solapada y subrepticia de los insurrectos tiene graves inconvenientes para las tropas regulares de la Metrópoli; pero de algo así ya se quejaban los romances en tiempo de Abtemio y de Roldano, cuando los bárbaros hacían al Imperio una guerra por el estilo. Sílono Apolinar nos dios por boca de Roma: «Vueños (los bárbaros) de evitar el combate, lo hacen eterno; y, fugitivos, parece que persiguen á su vencedores».

Lo mismo pasa en Cuba. Pero á Roldano, y eso que también era bárbaro, no se le ocurría mandar ochocientos contra cuatro mil. Sería demasiado cato. Sobre todo, si no caía el pes.

Por lo demás, yo estoy conforme con los que dicen que Martínez Campos es irremplazable.

Lo cual en forma familiar puede expresarse diciendo que otro Martínez Campos está por ver, ó de otro modo: «los nados no han visto otro Martínez Campos».

Siempre le he tenido por un general muy singular.

Clarín.

PALIQUE

Unas palabras de Bentham.

Ya sé que el famoso filósofo del utilitarismo á todo trance no representa la última moda precisamente en materias jurídicas, y en particular políticas; pero me concederán los ilustres gaceteros que, sistemáticamente, no leen nada, por no caer en el amaneramiento de la erudición, que repasar las obras de los pensadores célebres, aunque sean antiguos, no es perder en absoluto el tiempo.

Pues, bien; repasando el tratado de los *Principios de Legislación*, me encontré con ciertas palabras que me hicieron pensar: aquí está mi palique de hoy; porque podían aplicarse muy bien al asunto que me había propuesto examinar con esta fecha.

Confieso que desde que supe que el general Martínez Campos deseaba la paz, una paz, es claro, digna de España, honrosa, compatible con el incólume derecho de la patria y de la autoridad, me pasé al general de las coronadas sin armas ni bagajes, pero con toda mi alma.

Muchos españoles, con la mayor buena fe, deseando el bien de la patria, miran de arriba abajo á los insurrectos, sin ningún género de distinción, sin separar á los que pueden ser cuerpos extraños que luchando por la independencia de Cuba pretenden sencillamente robarnos un pedazo del territorio, de los que son *tan españoles como nosotros*, aunque extrañados por la locura del separatismo que en todo cubano honrado es una forma de la auto-suicida. Y sin embargo, la cosa es bien clara: los *no españoles* que se metan en nuestra lucha actual son sencillamente ladrones, quieren robarnos una parte de España, pero los *españoles* que quieren separarse, si pecan gravemente, no pecan de otro modo que pecaba Cataluña cuando, siglos atrás, quería también hacerse independiente. Jamás se le ocurrió á nadie en Castilla que los catalanes fueran menos españoles que los demás, á pesar de pretender lo que pretendían. La guerra de Cataluña era una guerra civil, aunque era separatista. La guerra de Cui es una guerra civil. Esto, que parece un *truismo* á verdad de Pero Grullo, lo olvidan cuantos piden llevarlo todo á sangre y fuego, cuantos predicán el exterminio del enemigo y quieren que se le coloque poco menos que fuera del derecho de gentes.

Y, pese á tales furores, siempre que se trate de guerras civiles, la transacción que deja á salvo la soberanía y todo derecho legítimamente defendido por el Estado, es honrosa, es prudente, es noble, es *graciosa*, es paternal, es propia del más fuerte, del Estado. ¿Quién se quejará, fuera de los pormenores censurables, de que las guerras carlistas se hayan acabado con transacciones, sobre la base de recordar que los vencidos eran tan españoles como nosotros y la patria tan suya como nuestra? Por lo mismo que Cuba es nuestra, tan mía como de cualquier cubano, y si me voy á vivir á Cuba tengo á debo tener todos los derechos de vecindad y demás locales y territoriales que tengan los cubanos, por lo mismo debo ver en cualquier cubano, *insurrecto ó no*, un español como yo, ni más ni menos.

¿Qué se diría si en Galicia ó en Cataluña estallase una insurrección separatista, y el Estado quisiera tratar á gallegos ó catalanes como á criminales invasores del país? Pues el caso es el mismo; y para que lleguemos á una paz posible, honrosa, fructífera, que ahorre tanta sangre, tanto dinero y tanta fiebre, es necesario que los españoles de acá y de allá prescindan de la preocupación *colonial*, de la vanidad *metropolitana*...

Y ahora es cuando vienen bien las palabras de Bentham.

Examina éste, en el cap. XIII de sus *Principios*, varios ejemplares de *modos falsos de razonar en materia de legislación*, y llega al quinto ejemplo, diciendo: la metáfora no es razón; y hace ver algunos errores jurídicos fundados en metáfora, v. gr., el de entender de un modo abusivo la inviolabilidad del domicilio, porque *la casa de un inglés es un castillo*; el de albergar á los delincuentes (y retardar la acción de la justicia) en los templos, que son *la casa de Dios*; el de la *balanza de comercio*, origen de tantos absurdos económicos; y después de todo esto, entra Bentham en nuestro caso, y dice:

«La palabra de *madre-patria* ha creado muchas preocupaciones y muchos falsos razonamientos en todas las cuestiones sobre las colonias y las metrópolis. Se imponían deberes á las colonias y se las imponían delitos, todos igualmente fundados en la metáfora de su dependencia filial.»

Si, ese es el error; los cubanos no son nuestros hijos, son nuestros hermanos; somos nosotros mismos, son—*somos*—los Pérez, Fernández, González castizos que fueron—fuimos—á Cuba hace cuarenta, cien, doscientos, trescientos años.

Entre los insurrectos hay el influjo de cierta preocupación romántica (en que no tiene poca culpa la mala literatura) que los hace buscar abolengos indígenas, sentimentalismos étnicos autóctonos, prehistoria política indiana; y con esta superstición funesta viene á coincidir la de aquellos *peninsulares* que se creen *otra cosa*, algo más castizo, más del tronco nacional que los cubanos.

El orgullo (y los abusos) que estas falsas ideas engendrán, ahondan los abismos del racor y de la sangre.

Que el soldado, mientras pelea, vea en el enemigo un *perro*, un *maldado*, cualquiera cosa, se explica y en ocasiones conviene. Pero los *hombres de Estado* (que no pelean) no pueden ver las cosas así. ¿A quién se le ocurriría, á no ser á un fanático, negar el valor de los carlistas, su condición de guerreros españoles? ¿Por qué en la guerra de Cuba, personas que no luchan, que no sienten ni piensan bajo la acción de las pasiones necesarias tal vez para el combate, se complacen en deshonrar, en despreciar al enemigo sin distinción de *cubanos* extraviados y de razas extrañas y aventureros intrusos?

Por lo mismo que ellos, los insurrectos *cubanos*, cometen un crimen de lesa patriotismo no queriendo ser españoles, por lo mismo, por idénticas razones, cometen una imprudencia, por lo menos, los que se empeñan en ver en *todo insurrecto un enemigo eterno*, un invasor, un usurpador, un *ladrón de territorio patrio*. Con los ladrones, con los infames, con los cobardes de necesidad, no se transige nunca, no se celebran paces; jamás. Con los hijos de España extraviados, locos, suicidas, sí, siempre.

No se trata aquí de la forma político-administrativa más justa, más conveniente para el momento que siga á la terminación de la guerra; es claro que España conceda en lo político y administrativo lo que conceda, necesitará garantías militares por lo pronto; pero sin llegar á estos pormenores, si se puede decir que haya ó no autonomía, ó mejor, *autarquía*, para Cuba, lo que el progreso exige en el porvenir, á la larga ó á la corta, es que los lazos entre España-Península y España-Cuba se aprieten y hagan constantes bajo ley de igualdad perfecta, de fraternidad solidaria, no con la preocupación *metropolitana y colonial*, que tanto favorece los instintos de tiranía, de explotación y los abusos seculares. Y si este criterio mata algunos *intereses creados*... que los mate! Antes murieron los *intereses creados* de la esclavitud.

CLARIN.

PALIQUE

Para alusiones.

Aunque los periódicos no se publican, ni menos se venden, con el fin de que sirvan de exhibición a los asuntos de los particulares, siquiera éstos sean colaboradores, no se puede prohibir, racionalmente, en absoluto, que el articulista que, con motivo de lo que escribe en esos periódicos, tiene algo que contestar, rectificar, agradecer, censurar, aprobar, etc., etc., se decida, de higos á brevas, á tomar la palabra... para alusiones.

Nada tiene que ver esto con la antigua polémica periodística, cultivada todavía en algunos rincones del reino; la cual, efectivamente, como quieren sus enemigos, solía acabar en improperios, jactancias y palos; á veces; hay se llega á los palos, jactancias é improperios de buenas á primeras; pero siempre se ahorra algo: la poética.

Conste que yo no quiero discutir; si le cojo algún gazapo, v. gr., á cualquier estimado colega, no es con el propósito de que me conteste, ni menos con el de replicarle; yo creo, naturalmente, que el gazapo está legitimamente cazado, y el silencio de la parte contraria es lo que más puede halagarle.

Si v. gr., le digo a... un conocido crítico de la mañana que el escribir que una comedia se aplaudió sin condiciones está mal, porque los aplausos en los espectáculos públicos no son nunca *condicionales*, con esta observación no quiero suscitar una polémica; ni la admitiré, porque estoy absolutamente seguro de tener razón.

Si otro periodista, éste vespertino, dice que Flaubert le contestó á un crítico que le negaba la existencia de Capadocia, "monseigneur, je me suis promené" yo, sin ánimo de armar bronca ni la más leve disputa, me presento y digo: No hay tal cosa; esa cita que, por cierto, he tenido yo el honor de hacer años atrás, aparece ahí con notoria inexactitud. Por de pronto, Flaubert no escribió: *je me suis promené*, sino *je m'y suis promené*, que no es lo mismo; y—esto es lo gordo—¿qué crítico había de negarle la existencia de Capadocia? Mr. Frœner, que es el crítico de que se trata, no era ningún *Cualquiera* para negar la existencia de Capadocia; lo que Frœner hace es subrayar una conjunción copulativa de Flaubert para hacerle notar, que según éste resultaba que Capadocia no es de Asia. Y por eso el novelista dice que se ha paseado por Capadocia. (V. Flaubert. Obras completas, edición *de varieté*, tomo II, p. 445). Y sobre esto no hay discusión tampoco; no es posible que el periodista de que se trata no demuestre que no se equivocó al achacarle á un crítico el absurdo de negar la existencia de Capadocia.

No, yo no quiero discusiones con nadie, á lo menos desde sitios como este, que son para otra cosa.

Por eso perdí el tiempo un Sr. Concas que desde Madrid, y creo que también desde Cádiz, anduvo buscándome las coquillas para que discutieramos acerca de si los barcos se perdían bien ó mal.

No discuto, porque no; eso ante todo; y además, porque no quiero que lleguemos á parecernos á unos eruditísimos ingenieros que, como mi pueblo, están disputando acerca de la *trai-da de aguas*, yo no sé cuántos siglos hace. Cuando ellos empezaron á discutir cómo se había de traer el agua, era la época prehistórica de los grandes deshielos; y es claro, había mucha agua en que escoger; pero amigo, como todo se agota en este mundo... con el tiempo... y con el calor de la discusión... se agotó el agua que, cada cual su manera, querían traerlos esos beneméritos individuos de sendos cuerpos facultativos.

Pues, Sr. Concas, siento decirle; pero me temo que si usted y yo volviésemos sobre el asunto de las *pérdidas marítimas* (que á estas horas ya es cuestión tan vieja como el viaje de los Argonautas, ó por lo menos como los presidios de la bruja Rustana para perder á los héroes marinos españoles) (1), me temo, digo, que cuando concluyamos ya no haya barcos que perder... ni mares en que perderlos.

Sin embargo, y sin que esto sea discutir, voy á recoger una observación con que el Sr. Concas parece que quiere taparme la boca. Habla ese señor de *pérdidas buenas* y malas. Eso debe de ser un modo de decir técnico. Las *pérdidas buenas*, para los profanos, se llaman ganancias.

Crédame á mí; desde el punto de vista de la caridad y del presupuesto, todas las *pérdidas* sup *malus*.

Va se yo que hay pérdidas que, lejos de desacreditar, honran; y hasta las hay muy gloriosas.

Lo mismo por mar que por tierra, los españoles estamos llenos de *pérdidas buenas*, y así echamos el pelo que echamos. Pueblo más glorioso que el nuestro no lo hay en Europa; lástima que apenas tengamos que comer.

En la historia gloriosísima de nuestra vida militar marítima, al lado de grandes triunfos, de gloria y de provecho, hay célebres catástrofes, no menos gloriosas algunas. La fama de mi paisano Pedro Navarro no la eclipsa la inmensa desgracia de la *Inevitable*, pérdida buena, ópima, que no nos dejó levantar cabeza en mucho tiempo.

Trafalgar es nuestra mayor gloria, aunque muy cara.

Y qué más? Tal vez en la historia humana será el rango épico más hermoso el de Hernán

(1) Lope de Vega.—El nuevo Palique.

Cortés, que... ¡quemó las naves! (¡Siempre el heroísmo girando sobre el Teorol)

Lo que es también indudable, á mi ver, es que, si seguimos por este camino de las *pérdidas buenas*, inmejorables, llegaremos á una situación en que el marino que quiera adquirir inmarcescibles laureles... tendrá que ganárselos á nado.

✱
Mi querido compañero Cavia, y mi no menos apreciable colega Bustillo, crítico de teatros en *La Ilustración Española y Americana*, me han honrado sobre manera fijándose en un palique mío del *Heraldo*, en que pido al señor Bosch una *hombreda* en favor del teatro nacional. Lo mismo Cavia que Bustillo han tenido la bondad de decir que encontraban alguna sustancia en mi artículo; y cada cual á su modo, han apoyado mi idea. Muchas gracias; pero para otra vez cuenten ustedes con *La Época*. Este sendo colega, tratando de la misma cuestión, atribuye á Cavia la iniciativa y hasta lo de la *hombreda*, y á mí mi siquiera se digna nombrarme.

Y después querrá la familia que no medro y saque los pies del plato y dé que decir!

Pero si *La Época* me condena á eterna preferición, ¿de qué sirve que yo alborote? Pero no es lo peor esto de la oscuridad en que el periodista de *La Época* y de la Capadocia me deja; lo peor es que como, digalo ó no *La Época*, yo fui quien sacó á relucir la cuestión, sobre mi vienen á recaer ciertas maldades que veo en el artículo del sendo periódico de los fieles conservadores.

No se trata de favorecer exclusivamente á determinada compañía, ni menos de excluir á eminentes actores, como mi queridísima amiga María Tubau, y á directores y actores como el Sr. Mario, el Bayardo de la escena, el empresario y director que hace una Orden de caballería de lo que algunos hacen la casa de Tocame Roque.

No era mi idea, ni la de nadie, entender que el teatro español le representaba exclusivamente María Guerrero con su compañía.

Dentro y fuera de Madrid hay otros artistas que tendrían que ser llamados para colaborar en el gran trabajo de sostener la escena española, con sus tradiciones y con sus necesarios progresos, á la altura de su dignidad, de su historia, sin miedo á los vaivenes del gesto toronado, y sin buscar la vida económica en el halago constante de caprichos nada estéticos.

Cefirino Palencia y su mujer, Mario y sus compañeros, como Thuillier y Vallés, saben que Clarín los quiere muy bien, con amistad firmísima; que soy admirador leal, sino ciego, de sus méritos; y que jamás pudo ocurrírseme mortificarlos con intencionadas *pretericiones*... como *La Época* quiere mortificarme á mí. Si, quiere; pero no lo consigue, porque con omitir mi nombre no me reduce á la nada. Una vez creado, como lo he sido, ya no hay remedio, sino aguantarme.

A mí me pasa lo que á Capadocia: ningún crítico me ha negado la existencia.

CLARÍN.

379 *Heraldo de Madrid* (Madrid), n. 1829, 11 noviembre, 1895.

Palique.

Valientes son como ellos solos esos beneméritos escritores que todavía se atreven á publicar libros, en vez de andar cantando letanías por la calle, que es el último adelanto en materia de cultura pública.

Pero, en fin, cuando los *dan á luz* (los libros) será porque no falte quien los compre.

Esto me inclino á creer tratándose, v. gr., de Luis Taboada, que acaba de poner á la venta, pero no en casa de Navamorcuede, sino de San Martín, un tomo que se titula *Cursilones* y lleva dibujos de Pons, el intencionado caricaturista que siempre me pinta á mí tan feo. (No soy tan feo, ni tan *corrosto* como se complace en decir no sé quién á los extranjeros que escriben diccionarios biográficos y cosas por el estilo.)

Cursilones es una prueba más de que el ingenio de nuestro Luis (y no de León, sino de Vigo) es inagotable, variadísimo, aunque á una observación superficial no se lo parezca. El ingenio de Taboada hace con los asuntos lo que ciertos acróbatas con un alambre, un aro, etc., etc.: caen siempre en el mismo sitio, y ahí está la gracia; pero ¡con qué variedad de posturas, piruetas, contorsiones y demás habilidades! Además, Taboada es un Blondin del buen sentido; camina entre abismos de absurdos, incoherencias, caprichos, arabescos de lógica... ¡y

en redacción colocando género con el mismo aire con que podrían recoger colillas.

Otros empresarios que se arrojan á publicar semanarios con figurines y otras gracias le piden á uno «su *valtosa colaboración*; ya se sabe, escrito, como va á estar, el *Panorama cómico* por los más *distinguidos literatos*, la firma de usted no podía faltar, etc., etc.» Y después, cuando usted les pasa la cuenta, arruina usted á la empresa, y para cobrar una letra hay Dios y ayuda. Y á veces (á mí esto me ha pasado) el *semanarito*, que algue publicándose, aunque con vilipendio, se declara enemigo del escritor *distinguido* y jamás le perdona la broma de haber cobrado como se debe.

Nada, nada, fuera chanzas, amigo Taboada.

Dígame la verdad: en España el escritor cobra poco todavía, pero no tan poco; y si hay *rajes* que dan una oda por dos pesetas y críticos que juzgan al Dante por cien reales y... (se continuará), los que á fuerza de constancia y con el favor del público han logrado cierta *parroquia* y tienen cierto *tesón* ya pueden ganar con la pluma tanto como un gobernador ó un magistrado y algo más á veces. Poco es; pero no es eso de fregar pisos que usted daba á entender.

Y además, ¡quién duda que lo mismo á usted que á mí, que rido Taboada, á lo mejor, uno de esos *admiradores* que mandan libros y piden un *juicio crítico* y aviso por telégrafo del día en que el *juicio* se publica, y un número del periódico, nos escribirá diciéndonos: me muero, soy millonario y he resuelto acordarme de usted, en mi testamento, por valor de cien mil duros!

Clarín.

PALIQUE

Teoría y práctica forenses.

(COMEDIA JUDICIAL)

CUADRO PRIMERO

Escena única. El teatro representa un aula universitaria en día de exámenes. Tres profesores, con toga y birrete, sentados detrás de una mesa. Delante, un examinando, en una silla de paja.

PROFESOR DE LA DERECHA

Vamos a ver, señor examinando, fíjese usted bien.

Según la ley tiene obligación el procesado de nombrar abogado que le defienda.

EXAMINANDO

Sí, señor.

PROFESOR

Fíjese usted bien... Digo obligación; no digo derecho.

EXAMINANDO

Sí, señor; obligación.

PROFESOR

Hijo; siento decirselo a usted; pero no sabe la ley de enjuiciamiento criminal. Según éste, en su art. 118, único que trata esta cuestión concreta, «si el procesado no hubiese designado defensor, se le requerirá para que lo verifique, *dé se le nombrará de oficio, si requerido no lo nombra»*. Esto dice la ley, y no dice más, de esto. De modo que *puede no designar defensor*, y entonces se le nombra de oficio. Esto es lo legal y lo racional; la defensa es para provecho del procesado, si él renuncia a ella, la ley todavía le ampara nombrándole abogado, pero de ningún modo podía obligarle a él a nombrarlo. No sería racional. ¿Se ha convencido usted?

EXAMINANDO

No, señor.

EL PROFESOR. (Vamos a ver.)

¡Pues es usted terco! Amosado a ver. Figúrense que es usted el Tribunal. Un procesado tiene un defensor que presencia: en el juicio oral la prueba; pero el juicio se suspende por causa legítima; el abogado tiene que ausentarse también con justo motivo; pero, en su ausencia, se continúa el juicio; el Tribunal requiere al procesado para que nombre otro abogado; así lo hace; mas el nuevo defensor renuncia a la defensa, fundándose en que no ha presenciado el juicio oral, en la parte del mismo que podía ilustrarle; en que no ha asistido a la prueba. El procesado busca otro defensor, y... pasa lo mismo; y busca otro... y lo mismo; ¿qué hace usted, Tribunal?

EL EXAMINANDO

Multar al procesado en 30 pesetas y amenazarle con un proceso por desobediencia, si al siguiente día no se presenta con nuevo abogado.

EL PROFESOR. (Furioso.)

¡Oiga usted, caballero! ¿Se propone usted burlarse del Tribunal?

EXAMINANDO

No, señor.

PROFESOR.

¿Qué culpa tiene el procesado si el nuevo defensor se niega a intervenir en un juicio que no conoce, y si esto le pasa con todos los abogados del Colegio? ¿En qué ley puede fundarse esa multa y en qué esa amenaza de procesamiento? ¿Dónde está la desobediencia? ¿No dió por buena el tribunal la excusa del nuevo abogado? ¿No está obligado a dar por buenas todas las que, fundadas en igual razón, se le presenten? ¿Es desobediencia abstenerse de realizar un imposible? ¿Pueden los tribunales ordenar lo que nada tiene que ver con sus atribuciones? ¿Pueden, mucho menos, ordenar lo que está fuera del poder del procesado? ¿Tiene éste la voluntad y la conciencia de los abogados metida en el bolsillo? Si ellos no quieren defenderle en tales circunstancias, ¿qué culpa tiene él? ¿Sobre todo, el artículo 118 de la ley de Enjuiciamiento, no le faculta para abstenerse de designar defensor?—¿Qué contesta usted?

EXAMINANDO

Que lo más que, yo Tribunal, puedo hacer en beneficio del procesado es llevarle la multa y la amenaza de procesamiento por desobediencia, si se presenta al día siguiente con abogado. Pero si no se presenta con él le proceso.

PROFESOR

(Dando una puñada sobre la mesa.)

¡Absurdo sobre absurdo! ¿Quién le ha enseñado a usted esas cosas? ¿Qué ley autoriza esos procesamientos condicionales? Un proceso, yes un contrato entre el Tribunal y el procesado. Cuando haya, a juicio del Tribunal, motivo le-

gal para el proceso, procese; en tanto, absténgase de amenazar en el supuesto de que se cometerá delito. (Qué Tribunal-Noherissom es ese! Nada tiene que ver con un aprehimiento, pues en la conducta anterior de los procesados, sancionada por la Sala al admitir la excusa del segundo defensor, no hay motivo para pronosticar ó barruntar la desobediencia. La Sala ya da por efectivo el delito si el procesado se presenta sin defensor, y un hecho, sin más, no constituye nunca delito; si falta la intención criminal, no hay delito. ¿Puede la Sala asegurar que si el procesado se presenta solo será por su culpa, y no, v. gr., por fuerza mayor? ¿Cómo advina la Sala que al día siguiente no podrá haber más causas para que tal hecho no se realice que la intención de desobediencia del procesado? El Tribunal amenaza con procesar, no si se realiza un delito (y para este caso el anuncio sobra), sino si *deja de realizarse un hecho*.—¿Dónde ha estudiado usted derecho?

EXAMINANDO

En dos partes. La teoría en cátedra. La práctica en los Tribunales, enterándome de lo que pasa en la administración de justicia. Según la teoría, aprendida en clase, tiene V. S. razón en todo lo que ha dicho; según la práctica, la tengo yo.

PROFESOR

¿Y cómo prueba usted eso?

EXAMINANDO

De esta manera (saca de un bolsillo un peritico y lee): "En la Audiencia de Oviedo, en el juicio oral a que asisten como procesados varios concejales del Ayuntamiento de Villaviciosa, hubo de suspenderse el juicio por ausencia del abogado defensor Sr. Barjano. La Sala requirió a los defendidos por dicho señor para que nombrasen quien le sustituyera. Designado el Sr. Pedregal, éste presentó excusa, *que fué admitida por la Sala*, fundándose en su desconocimiento del negocio, por no haber presenciado lo hasta allí actuado en el juicio oral suspendido. Conminados con multa y apercibimientos los procesados, presentan escrito de súplica fundados en:

1.º En que la excusa del Sr. Pedregal, legítima según la Sala, sirva para cualquier otro abogado que la presente, y los procesados no pueden ser tenidos por desobedientes si, como temen, así sucede.

2.º En el art. 118 de la ley de Enjuiciamiento criminal (véase lo arriba dicho por el profesor).

3.º En que los procesados consultaron con los más de los abogados del Colegio, y todos se negaron a defenderlos, fundándose en análogas razones a las del Sr. Pedregal, reputadas buenas por la Sala.

Y 4.º En que no hay en la ley disposición alguna que autorice a imponer multas por cau-

sas como ésta, ni a considerar desobediencia la conducta de los procesados.

Después de dos horas la Sala acuerda lo siguiente: que no ha lugar a ninguna de las pretensiones de los Sres. Valdez y Fernández, y que si (i) estos procesados en el día de mañana no se presentan con abogado que les defienda voluntariamente sin provocar nuevo incidente, serán procesados por desobediencia y quedará subsistente la multa impuesta en el acuerdo tomado en la sesión anterior. (Deja de leer el examinando, y dice:) Esto pasa en Oviedo; de modo que el señor catedrático tiene razón en teoría, pero yo la tengo en práctica... forense.

EL PROFESOR

Está bien. Basta. Puede usted retirarse.

CUADRO SEGUNDO

El examinando, leyendo sus notas fuera del aula, D. Fulano de Tal: En teoría de los procedimientos, *suspense*, Práctica forense: *caso bresaliente*.

Telón-velldmpago.

EPILOGO

EL AUTOR

Señores magistrados: no creo que me silben ustedes este juguete. Mi ánimo no es molestar, en lo más mínimo, en su buen nombre, a la magistratura: no se trata más que de un ensayo realista. En Oviedo ha pasado todo eso, que copio, abreviando, de la prensa ovetense. Lo demás ha pasado y pasa... en la Ley de Enjuiciamiento criminal. Yo supongo en todos buena fe. Si, en la contradicción, evidente, alguien se equivoca, será por error invencible.

En todo caso, tengo la esperanza de que el espíritu de este cuerpo no me pedirá reparación por las armas.

La justicia no hace colmos.

Examinando de Madrid. CLARIN.

PALIQUE

En Pamplona, no se oír que firma Corneta ó Trompeta, se ha entrecienido en escribir un folleto contra mí, ocurrencia poco original, porque ya van escritos, que yo sepa, con ese mismo asunto más de dos docenas de folletos. Trompeta, que debe de ser un *misoneista* terrible, ha tomado muy á mal que yo defienda la libertad de la cátedra; y parece ser que allá, por las entrañas de su opúsculo, manigua la tiranía en que yo no he penetrado, demuestra, ó poco menos, que con arreglo á la ley los obispos pueden juzgar lo que pasa en las cátedras universitarias. Bueno; pues yo *desafío* al obispo (ó al del territorio en que *radica* él), como dijo un alcalde, á que juzgue lo que yo digo ó no digo en la cátedra de mi propiedad. Lo que hay es, Sr. Trompeta, que ustedes los reaccionarios andan buscándole cinco ples al gato. Pero en fin, basta de eso, porque no se trata de tomar en serio al *Corneta de Pamplona* (buen título para una zarzuela con música de Bretón). Yo de su folleto no he leído más que el principio, el alfa y la omega, *ó el omega, como decía un celebre poeta*.

Mi obispo, que es un sabio, sabe que esto del *desafío* es un modo de decir y que sólo se trata de hacer constar mi independencia de profesor, que nada tiene que ver con el obispo.

Dice Trompeta que si quiero averiguar quien es, no tengo más que dar estos y los otros pasos.

Hombre, no; basta la palabra. ¿No declara usted mismo que es usted Trompeta? Pues con eso tengo lo necesario.

Al final del folleto me advierte piadosamente que debo prepararme para la vejez, que puede ser dura y llena de necesidades, porque, por lo visto, van á quitarme la cátedra. ¿Que Trompeta que sólo de cátedras vive el hombre?

Por último, Trompeta, generoso, declara que puedo casarme, si lo tengo á bien, la molestia de contestar á su folleto.

Ea; pues ya que usted me lo consiente, renuncio á la defensa, aunque me multe en cincuenta pesetas la Sala de lo criminal de la Audiencia ovetense.

Y vamos á otros *misoneistas*.

A las sesiones del Consejo Universitario de Barcelona.

Y ahora podrán ver los marinos cómo se puede vivir sin tener un excesivo amor al espíritu de cuerpo.

Barcelona es para mí como una patria intelectual, soy un entusiasta de aquella tierra, con la cual me sucede lo que al tel, viniendo del Imperio chino

que se encontró con la sálvia en el camino y le dijo que se venía á Europa porque sabía que aquí lo compraban á mayor precio. A mí en Barcelona (hay excepciones) me estiman más que en mi tierra, que es la de Gil Blas; aunque también en mi tierra me aprecian mucho, más de lo que merezco; pero, en fin, en Barcelona están mis mayores simpatías, y admiro aquel pueblo, y lo quiero, y... Pero, francamente, la Universidad, así, en masa, y aparte de muchas excepciones, algunas gloriosas... no me lleva.

Creo, con toda franqueza, que en la cuestión del señor de Buen ha habido poco compañerismo y ningún cariño á la independencia de la propia razón. Dos veces se ha dirigido á mi humilde persona la Universidad del noble Principado catalán, en sendas circulares... y las dos veces era... para pedir más sueldo ó cosa por el estilo; ello era cuestión de ochavos. ¡Ah! y las dos veces estaba muy mal escrita la circular. Puedo demostrarlo si se me eavian otros ejemplares de ella.

No; tal como está hoy la Universidad española (particularmente en las facultades en que predominan las ciencias *morales y políticas*) no se puede tener mucho espíritu de cuerpo, porque hay muchos catedráticos que lo son como pedían ser jefes de negociado si hubieran tenido recomendaciones para ello. Yo declaro que no me tengo por compañero de catedráticos que explotan libros de texto carísimos y malísimos, propios ó ajenos; ni de catedráticos que deben la cátedra á intri... políticas, cortesanas, etc.; ni de catedráticos que por hipocresía y servilismo se hacen esclavos de la reacción más ridícula y vergonzosa; ni de catedráticos que miran con desdén y hasta ponen en ridículo al afán de otros por el progreso pedagógico y científico; ni de catedráticos que se pasan la vida buscando categorías, ascensos, comisiones, cruces, plazas de consejero, en perpetua intriga. Todos esos no son verdaderos hijos de la Universidad, y yo reniego de ellos.

Yo amo la Institución Universidad; estimo, venero á los muchos profesores que por uno ú otro concepto son honra del alma *mater*... pero no quiero ninguna clase de solidaridad con catedráticos que lo son por y para adular á este ó al otro personaje reaccionario, ó que reniegan de la dignidad profesional que les reconocen la ley y las costumbres, y se compa-

ran con reclusos, y no extrañarán que un rector les mandase á una procesión á sostener con el hombro el peso de un santo.

Yo no tengo nada que ver con los autores de libros absurdos, vergüenza de España, como pienso hacer notar escribiendo mucho de *libros de texto*, aquí, en *El Imparcial*, en cien partes.

Yo creo que el espíritu de cuerpo debe entenderse así, y no echando capicós á quien no los merece.

Pero eso sí: cuando llega la ocasión de elegir á un compañero... *¡d gusto!*

Y por ahí va á terminar hoy mi palique. Nada tienen que ver las personalidades *individuales* de los hijos preclaros de la ciencia con estas censuras que atrás quedan.

¿Cómo han de darse por aludidos, sr. g., en Barcelona, ilustres profesores que son pozos de ciencia, que escriben divinamente, que no piensan en el vil interés, que saben de su derecho y la independencia? Lo que pasa es que en ciertos actos colectivos, el hombre de estudio suele mostrarse pasivo, y el correveidile, el danzante, el que odia los libros, tiene energía y tiempo para llevar la representación

de lo que no merece representar, y mete á los demás en lo que no debiera merecerlos.

Vamos á ver: se figuran ustedes fácilmente al Sr. Ramón y Cajal ó á Mendel y alayo husmeando lo que hace en cátedra un compañero, y gastando las horas del día en idas y venidas, y cartas al ministro, al obispo, etc., etc.

[Ramón y Cajal] ¡Está seguro el obispo correspondiente de que los descubrimientos histológicos de este sabio, honra de España, no son contrarios á nada de lo que el Sr. Casañ no quiere que niegue el Sr. Buen! Podrá asegurar que la transformación de la histología del sistema nervioso, debida en parte principalísima al ilustre profesor español, no podrá influir á la larga en las teorías psicológicas, favoreciendo las claramente heterodoxas?

Y estaría bueno que Ramón y Cajal, que es admirado por toda Europa científica, tuviera que someter sus estudios, como si fueran matutinos, al *sinchro* teológico de un prelado?

Por crisis más importantes han pasado recientemente las nuevas teorías histológicas del español insignie; y es un placer para mí anunciar en un periódico de mucha circulación que el pabelón de la patria en esta batalla científica ha quedado, al parecer, lleno de gloria, como estába.

Tenemos á... ¡Halla atacando con vigor á España. Pero Alemania, por lo visto, ayuda á España y la adjudica la victoria.

Sin figuras: el celebre sabio de Pavía, Golgi, ilustre histólogo que había precedido á Ramón y Cajal, como este mismo me lo dicho, en el descubrimiento de ciertos medios para el estudio en que el español se hizo notar, medios que nuestro compatriota perfeccionó, gracias á lo cual pudo llegar á sus importantísimas afirmaciones; Golgi, digo, combayó ahora las glorias de Cajal, y fundándose en sus observaciones recientes, sostiene que estas echan por tierra la doctrina de la conductibilidad nerviosa culpeta de las famosas prolongaciones protoplásmicas (base del descubrimiento de Cajal).

Necesito, dice Golgi, hacer constar que las células nerviosas especiales de que hablo, y cuya principal característica consiste en la *ausencia de las prolongaciones protoplásmicas* (base del descubrimiento de Cajal), representan con relación á la teoría de la polarización dinámica un verdadero *interrogante*.

El gran crédito de Camilo Golgi, dice Sourc, imponía á sus adversarios un examen profundo de los hechos en que se fundaba.

Pues bien, este examen le ha hecho un sabio alemán, Gehuchten, el cual ha encontrado en el nervio patético y otros á que Golgi se refería las *prolongaciones protoplásmicas* de autos.

Y concluye Gehuchten diciendo que estas observaciones nuevas *quitan todo valor á la objeción formulada por Golgi contra la teoría de la polarización dinámica de los elementos nerviosos*. Y por otra parte, añade, la existencia, en el sistema nervioso, de células únicamente provistas de la prolongación de *cilindro-eje* (*cylindraxile*) en la Academia no nos ha dicho todavía como debemos traducir esta palabra) no disminuye en nada el valor de la doctrina que apoyamos unidos á Ramón y Cajal.

Dispénsame el doctor Gehuchten, pero por estas tierras, pese á su buen servicio, no podemos darle la razón... hasta que tengamos *licencia del ordinario*. Porque... ¡si después resulta que la polarización dinámica nerviosa... se le pone entre ceja y ceja al obispo de Barcelona?

CLARIN.

PALIQUE

Arvando.

Empezaba á correr el año 469; se acercaba la catástrofe del Imperio de Occidente. Roma agonizaba bajo el poder de Antonino, protegido por su yerno y enemigo solapado el bárbaro Ricimero-Sidonio Apolinar, el poeta que había cantado en solemne fiesta la feliz reconciliación de Oriente y Occidente, dejaba su prefectura, pero no abandonaba á Roma. Iban á ocupar su atención en la capital del Imperio cuidados ajenos que él apadrinaba, con más jactancia que prudencia.

Hacia alarde Sidonio de ser muy amigo de sus amigos, y sobre todo de los que eran sus compatriotas; y en este caso estaba Arvando, prefecto de las Galias, por segunda vez, gracias á la protección de Ricimero, que creía ver en el gallo presuntuoso un hombre popular en su tierra. Arvando se creía indispensable; hombre con quien el poder tenía que contar. Era, según nos le pinta Amadeo Thierry (que es á quien *fusilo* en la presente ocasión), hombre ligero, muy asquible, confanzado, jovial, sin dejar de ser altanero para despreciar los consejos y á quien se los daba; prometta fácilmente, mucho y á todos, y después se libraba de sus compromisos olvidándolos. Era algo semejante, creo yo, á su paisano Numa Roumetan, que pintó D'...

Acribillado de deudas, porque gastaba como un Nabab, ya durante su primera prefectura, en la segunda se metió hasta los codos en la trampa; y para salir de apuros recurrió á los arbitrios más ilegales. Irritáronse contra él las provincias, cogiéronle además en tratos con los visigodos, hubo indiscreciones de un secretario, y en resumidas cuentas, Arvando tuvo que comparecer Roma ante sus jueces naturales, acosado por sus enemigos, que eran sus gobernados. Los acusadores disponían de multitud de pruebas documentadas de una evidencia irrecusable. Arvando ignoraba que, no solo se le acusaba de concusionario, sino de un delito de lesa majestad.

Durante su viaje, afectó alegría, excelente humor; tomaba por asunto de sus bromas la acusación de que era objeto, y quería hacer ver al mundo entero que no temía á sus enemigos, que estaba seguro de vencerlos.

No sabía el infeliz que estaba armada con queso, como se dice vulgarmente.

Sidonio, al saber el lance, decía, en latín y todo: "*Amicus homini fui... Sed quod in amicitia steti, mihi debui.*" Arvando es mi amigo, yo no abandono á mis amigos perseguidos. Auxanio, abogado de Arvando y Sidonio, procuraron convencer al arrogante prevaricador de que debía defenderse. Pero él mostraba la evidencia provocativa de sus versos, sin saber recurrir á las mañas de éste para librarse de una sentencia funesta ó conseguir aplazarla. Corría á su perdición sin saberlo, contento con su papel, haciendo frases, atrayendo la atención, procurando deslumbrar con su serena actitud, con su confianza absoluta. Vestido de blanco, muy perfumado, acudía á todos los sitios públicos, al foro, donde estaban las tiendas de lujo y también el salón de conferencias de entonces; hablaba con todos, á gritos, de su negocio; echaba pestes contra las leyes, contra el tiempo en que vivía; se quejaba de que el mismo Príncipe no le amparase y defendiese contra los denunciantes, aun sin oírlos.

Llega el día de la vista. Arvando comparece altanero, muy acicalado, *brabucón*..., toma asiento en lugar de honor que le corresponde por su categoría. En cambio sus acusadores, Ferreol á la cabeza, aunque senadores también, se muestran molestos, tímidos, y ocupan los puestos más humildes.

Comienza la acusación, se leen los documentos de prueba; Arvando desprecia aquellas pequeñeces relativas á sus actos de magisterio prevaricador, ¿qué importan los cohechos, las *manos pueras*? El está por encima de esas menudencias... Pero llega lo más peliagudo; la lectura de la carta en que Arvando, sin sospecharlo, por ignorante, se hace reo del delito de lesa majestad.—*Arvandus necdum interrogatus se dictasse proclamari*, nos dice Sidonio, aun no interrogado, Arvando declara haber dictado él aquellas palabras.

—¡Ya lo oís— exclama Ferreol,— ya lo oís jueces! Arvando se reconoce autor de esa carta, se declara culpable del crimen de lesa majestad.

Arvando, encanecido en la administración pública, ignoraba hasta ese punto las leyes de su país—dice Thierry,—no sabía que aquello era delito de lesa majestad.

Y entonces empieza el mostrarse flaco, débil hembra; el suplicar clemencia, el arrastrarse, como queriendo recoger el perdón en el polvo, el llorar... ¡repugnantes miserias!

Sidonio Apolinar, previendo la catástrofe, no había asistido al juicio. Salió de Roma. Pero, de lejos, interpuso su influencia y consiguió disminuir el castigo, que se redujo á extrañamiento perpetuo.

Arvando no se murió de vergüenza "tuvo el valor de vivir..." y se fué á su destierro á esperar con calma que se derrumbara el Imperio; que otra vez el río revuelto le permitiera entregarse á la ganancia de que viven esta clase de pescadores.

En vano habló el Eclesiástico; en vano habló Cicerón; en vano habló Montaigne. La historia se repite y nadie la aprende. Las malas pasiones no leen historia. Por eso la historia se repite.

CLARIN.

383 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1857, 9 diciembre, 1895.

PALIQUE⁽¹⁾

Zorrilla y Moral.

¿Le conocen ustedes?

¿No saben quién es el Sr. Zorrilla y Moral?

Pues, es un señor que, según el *Diccionario universal de contemporáneos*, de Vapereau, *est exercé non sans succès, dans la comédie*.

¿Todavía no caen ustedes? Pues no puedo estar más claro: un Zorrilla y Moral que ha escrito *no sin buen éxito* comedias... vamos, así, comedias regulares... ¿quién ha de ser? Pues es el mismo que publicó un *Poema religioso y composiciones varias*, imitando a Lamartine a Victor Hugo; además se esforzó por encontrar su forma de poeta romántico y cristiano, y dió algunas conferencias en el Ateneo, y usó la epopeya en su poema nacional... ¿No cierran ustedes? ¿No saben quién es este señor que escribe cosas que *no sisten mal non sans succès*, para el teatro, y que se esfuerza y ensaya, imita y da conferencias? Quién este raté disimulado? Pues...

¡Es ni más ni menos que nuestro poeta español, el poeta del siglo XIX, D. José Zorrilla! Difícilillo era conocerlo con esas señas, lo confieso; pero figurémosle ustedes vestido por sus enemigos, y entonces se explicará que ese Zorrilla y Moral sea nuestro Zorrilla.

—Pero, no sea usted malicioso. ¿Por qué G. Vapereau, ó quien haga sus veces, ha de tener tanta voluntad á Zorrilla?

—Vapereau no, santo Dios; pero ¡si Vapereau declara que para las literaturas extranjeras se ha valido de noticias que le han dado escritores de las naciones respectivas!

No cabe duda que por cuenta propia Vapereau no habia de decir todos esos disparates ofensivos, ni habia de meterse en la desdichada reducción de saber y decir que Zorrilla se apellida también Moral. *Latet inimicus* en esa biografía *pour rive*. Y el enemigo es español literato. Y para mayor desdén, y por disimulo, afecta creer que *El zapatero y el Rey* está escrito en el *antiguo estilo castellano*, si como también *A buen juez mejor testigo*, que coloca entre las obras dramáticas. ¿Qué literato español hay que reúna las siguientes señas?

1.º Enemigo declarado de Zorrilla, en estos últimos años, desde poco antes de su muerte, por haber tratado Zorrilla á ese literato le mala manera en alguna de sus últimas poesías.

2.º Enemigo que aquí en España haya escrito también, muerto Zorrilla, en tono desdeñoso y con injusticia, pérdidas alabanzas tibias, del poeta.

3.º Literato aficionado á irles á los extranjeros con cuentos, á hacer propaganda de los propios méritos en las revistas extranjeras y á imitar en las reseñas literarias de España, que le encargan, á los escritores que son sus enemigos, aunque confiese, en secreto, que les encuentran méritos sobrados para hablar de ellos.

4.º Literato que por sus viajes, tertulias, función á visitas, cartas y recomendaciones, y por su carácter intrigante sea á propósito para esta clase de encargos y muy indiscreto para que se le busque ó se le encuentre, cuando se trata de comunicar noticias de este género.

5.º Literato que salga favorecido en ese *Diccionario de Vapereau* y en él tenga la satisfacción de ver omitido á un gran escritor español contemporáneo... enemigo también del tal literato.

Si ustedes atan todos estos cabos, es muy probable que tengan, por lo menos, una prueba de indicios.

Yo no ato cabos. Pero me lavo las manos que no sobra, después de tratar tales asuntos), y prosigo.

De todos modos, sea quien sea el culpable, es una vergüenza que, cuando tanto nos quejamos de lo poco y mal que nos conocen por ahí fuera, haya quien ayude á tal desconocimiento facilitando noticias tan absurdas acerca de nuestro primer poeta castellano del siglo XIX. Si hay algo español en las letras de Castilla contemporáneas, es Zorrilla y su obra, y de nada ni de nadie importa tanto decir la verdad y todo el valor á los extranjeros, como del insigne poeta vallisoletano y sus versos.

Éase en Vapereau (Sexta edición, 1893. La última hasta ahora. Después salió un suplemento—1895—de que hablaré más adelante) todo el artículo *Zorrilla y Moral* y se verá claro el propósito de rebajar y adulterar el mérito y la representación del gran poeta.

Y eso está muy mal hecho.

Hágalo quien lo haga.

Para que no vayan las sospechas del lector por donde no deben, voy á descartar á varias personas que, por su motivo cada cual, tienen relaciones frecuentes, en una forma ó otra, con literatos extranjeros; é están en situación de ser preferentemente consultados; y que sin embargo están libres, á mi ver, de todo pecado en este punto.

El P. Coloma, aunque apenas es, ni quiere ser, literato de oficio, es muy conocido fuera de España, y se habla mucho de él cuando de cosas nuestras se trata. Esto no se debe ni á la superioridad de su mérito, ni á sus intrigas, pues él no hace el artículo de su fama y de sus libros, sino á la *Compañía* que, A. M. D. G., procura mucho crédito para todo lo suyo. Pero ni los jesuitas ni el P. Coloma tenían por qué querer mal á Zorrilla.

Castelar... ¿quién nominar Castelar, también tiene muchas relaciones extranjeras en las letras... pero Castelar, incapaz de tales actos, adora á Zorrilla.

Además, en Vapereau la biografía de don Emilio tampoco es de amigo. Empieza bien... y acaba diciendo que *Castelar ya ha perdido algo de su influencia en España*.

Echegaray, Galdós, M. y Pelayo, Valera, Campoamor, Núñez de Arce y otros grandes autores, tienen muchos amigos y correspondientes por esos mundos; pero ninguno de todos éstos, las sospechas serían crímenes y disparates.

Y ya que hablo del *Diccionario universal de contemporáneos*, de Vapereau, diré á ustedes que acaba de publicarse un *Suplemento*, en que yo creí reparadas, por lo que toca á nuestras letras, omisiones de mucho bulto, como v. g., la de *Pereda*, el primer escritor español en algún respecto, el cual en la edición de 1893 no aparece. Busco en el *Suplemento* de 1895, con ansiedad, en la letra P., y Pereda no parece. En la letra P. no hay más literato español (*Pedrell* es literato en otro sentido, es un gran erudito de música) no hay más literato español que... doña Emilia Pardo Bazán... Eso sí, es la primera de la letra P.

Y como ni en el *Diccionario* ni el *suplemento* figuran escritores como Menéndez y Pelayo, Alarcón, Palacio Valdés (tan conocido fuera de España), Selgas, etc., etc., á lo menos podemos encontrar cierta recompensa en la morosa delectación con que Vapereau, que no parece sino que tuvo algunas palabras con Pereda y con Zorrilla, nos habla de nuestro ilustre compatriota.

Y para terminar, por hoy, y sin perjuicio de banderillar, si hay quien me hurga, que siempre es peor, voy á decir en resumen, y con mucho gusto y cierta satisfacción patriótica, los grandes méritos que Vapereau reconoce en la

(1) En mi Palique anterior, donde yo decía *Varias* así como *varias*. Récusez donc à ustedes si aquello quedaba inteligible.

señora Pardo Bazán; reconocimiento muy de agradecer en quien no suele mostrar gran calor en el elogio de escritores españoles, como le pasa á ese Vapereau dichoso.

Según Vapereau (*Suplemento*. Primer artículo de la P. pág. 81), la señora Pardo, después de recibir una educación á instrucción poco comunes, aprendió latín, cultivó la poesía, que le hizo conseguir triunfos académicos, se ocupó en la filosofía y la literatura alemanas, y además de estudiar las letras francesas, italianas é inglesas, profundizó la historia de las de España. Era amiga de Victor Hugo. Trajo á España el naturalismo. Vulgarizó á Darwin, etc., etc. Pudo ser marquesa, y no quiso.

Todo eso está bien. Lástima que Vapereau no sospeche siquiera que Pereda escribió *Soltana*; y que Menéndez y Pelayo... que diablos, también sabe latín.

CLARIN.

PALIQUE

Justicia.

El que habla mal de los vicios y defectos de su tiempo y de su tierra, y cuando hay que alabar algo, se calla, contrariando por aquel bien que llega como a contradecirle, ese podrá ser misántropo, pesimista, cualquier cosa menos imparcial censor de lo que le rodea. No quiera Dios que, a sabiendas, incurra yo en omisiones de tan mala índole.

He sostenido la tesis de que la crítica de teatros anda muy mal entre nosotros; y he presentado hechos y unos hechos que demuestran mi opinión no pesimista, pero sí poco lisonjera para los chicos de la prensa, aun en artículos recientes, que acabo de escribir (y que probablemente se publicarán después que éste), presento pruebas de la mala sintaxis y de las malas intenciones de varios revisores, uno de ellos justamente elogiado en este Palique.

Pero no sería yo buena persona si, por no dar mi brazo a torcer, y por salir con mi sistema, me convirtiera en sordo voluntario, cuando suenan voces que anuncian buenos propósitos, indudable mejoramiento en la conducta de la prensa, con relación a la crítica de la escena.

Aunque eso que suena, y suena bien, sirviera para demostrar que yo me había equivocado de medio a medio, mi obligación sería no bacerme el sordo. No creo que estemos en este caso; todavía hay mucho que andar para que mis quejas no tengan ya razón de ser; pero el primer paso en el buen camino debo tenerlo en cuenta, apuntarlo y recibirlo con alegría. Y así lo hago.

Si alguien, por malicia, quiere pensar que es que me rindo, que capitulo, que blasquedo, a los artículos a los que aludía antes me remití, yo me remito, sobre todo, a mi conducta, casi temeraria, en circunstancias en que la *culoglogía*, tan usada por muchos, me aconsejaba dejar en paz a los chicos de la crítica de teatros.

Y basta de preámbulos, y vamos al caso.

Con ansiedad, declaro, esperaba yo desde mi pueblo las primeras noticias, que son las telegráficas, acerca del éxito de *Voluntad*, de Galdós. Por los telegramas de las Agencias supe que había habido *contraste*, corrientes opuestas, y que *Voluntad* había triunfado, no sin oposición considerable.

—Ahora veremos lo que dicen los chicos... Es decir... ¡los chicos! No hay que generalizar demasiado.

Afortunadamente, en algunos de los periódicos de más circulación escriben ahora de teatros literatos hechos y derechos; y como no he de citar al crítico de esta casa (aunque sí declaro que sería yo un insensato si a la derecha lo metiera en el momento), puedo citar a Cavia, que, loado sea Dios, Gasset y Ortega Munilla hablan ahora de asuntos de la escena en *El Imparcial*. Y otros hay que no son chicos, sino literatos verdaderos, *vr. gr.*, Bustillo, G. Vaguer, etc., etc. Pero bastan los nombrados para muestra.

Pues bien; y como iba diciendo, los chicos y los que no lo son, pese a ciertos rencorillos, cuya memoria quisiera renovar uno de los colaboradores míos de *La Justicia*. (*La Justicia* tiene de todo); se portaron esta vez con Pérez Galdós como personas muy serias y de mucha conciencia.

En vez de seguir la corriente de la parte fría y de la parte apasionada contra el autor, del público del estreno, los críticos y revisores, casi con unanimidad, se pusieron del lado de Galdós, y se esforzaron, algunos con elocuencia, por hacer resaltar méritos de *Voluntad* que no habían apreciado muchos espectadores.

Esto consuela. Este es el buen camino. La crítica es para eso; no para decir lo que le pareció al público, porque para ese viaje no se necesitan críticos; la crítica no es para imitar a ciertos periódicos de pueblo que, cuando no tienen qué decir, hablan del tiempo que hizo el día anterior, como si sus favorecedores vivieran bajo tierra o sobre las nubes.

La crítica adelando todos los convencionales gustados, todas las preocupaciones y ligerezas y distracciones y caprichos de un público heterogéneo y en su mayoría poco culto, no es más que un miserable palaciego. Eso de llamar S. M. a las varias decenas de personas que aplauden o silban en los estrenos, y no admitir apelación ni ante otras decenas de personas, ni ante las razones, ni ante el buen gusto, es muy cómodo, muy fácil, pero no es digno.

La crítica de teatros y la que hace sus veces, en esta ocasión ha seguido otro criterio. Casi todos, unos mejor y otros peor, han venido a decir lo mismo: que en *Voluntad* hay mucha más belleza de la que quiso ver la parte del público que sólo atendía a lo secundario y protestaba contra lo que se oponía a ciertas rutinas.

Se es reconocido que también hay teatro del alma, de la vida interior; que la fiel imitación de las circunstancias externas es a veces necesaria; que hay que atender más en una obra de valor estético serio que en un sainete escrito para hacer cosquillas al respetable público... Y se ha proclamado mucha doctrina más, muy buena, muy oportuna, muy necesaria. Enhorabuena para todos.

Esto anima.

Lo duro de animaba completamente.

Si esta racha continúa, persevera, ya podrán los autores de tentativas arriesgadas insistir... y si hay descalabro quejarse de todo menos de la crítica.

Yo mismo no renuncio, en absoluto, a sacar, aún, por el siglo que viene, otro jergón a la escena.

*

Y como soy, en estos asuntos, aficionado a las personalidades (pues de personalidades viven las letras, y ay de ellas si no), así como cuando censuro a los críticos cito nombres propios, así por lo menos iniciales o pseudónimos, voy a hacer ahora lo mismo, ahora que se trata de repartir alabanzas.

De Cavia... no hay para qué hablar. ¿Qué tiene él que ver con la mala vida pasada?

Cavia siempre fue galdosiano, y todavía recuerdo la noche del estreno de *Realidad*, noche de entusiasmo para Cavia y para mí. Aquella noche... por culpa de Cavia me acosté yo... a las cuatro... de la mañana, es decir, aquella noche... me acosté yo... al día siguiente.

Urrechua... yo no puedo alabar su hermoso, su generoso, su noble artículo acerca de *Voluntad*. Pero, pueda o no alabarlos, ese artículo es una buena obra moral y una buena pieza de crítica.

Seguro estoy de que Galdós supe apreciar ese acto en todo lo que vale.

J. A., del *Liberal* (no sé si será indiscreto suponiendo que se trata del Sr. Arimón), no sólo no descompuso el cuadro, sino que rayó a gran altura, y mostró acaso más imparcialidad que nadie, más dominio de sí mismo que cualquiera.

El artículo de J. A. es una ejecutoria de sentimientos nobles y un resumen de excelente doctrina. Así se cumple con lo que se debe a los autores, a los lectores y al público del teatro. Retébién.

F. Shaw, en *La Época*, está elocuente, simpático a fuerza de sinceridad, nobleza, lealtad a la propia conciencia. Aprovecho la ocasión para decirle que algunos versos de *Voluntad* gustan, y que su estudio de Coppée revela amor a la poesía y buenas lecturas.

Enrique Sepúlveda, en *El Día*, defiende las mismas ideas llenas de lógica, valentía, gracia y con energético estilo. Muy bien.

Y (por qué incógnita!) en *La Correspondencia* demuestra, primero... que es muy largo, que es listo que ha leído... y que no se atreve

a oponerse a ciertas preocupaciones. Pero en el fondo bien, en general.

F. Pittin, del *Tiempo*... descompone el cuadro de manera lamentable.

Y a la hora de entrar en máquina (en el ferrocarril) este Palique, no he visto más críticos de *Voluntad* que los señalados.

Y termino.

Mi objeto era demostrar... que yo también soy cumplido.

Y que cuando pasan rábanos los compro.

Y repito (porque me importa): a los maliciosos que vean en todo esto preparativos para nuevas aventuras teatrales, les suplico que lean ciertos artículos escritos antes que este, eso sí; pero que se publicarán más tarde.

Por mor de Galdós empecé yo a indisponerme con muchos revisores de teatros. ¡No es justo que les diga algo agradable si Galdós mismo ofrece ocasión para ello!

Además, no parece sino que sostengo yo que ninguno de ellos volverá a decir *haiga* en su vida...

CLARIN.

Palique.

Esse incógnito escritor
distraxido de *Panazaque*,
por qué no tiene el valor
de llamarse Badulaque!

Y además, hace mal en imitar á Luis Taboada, porque para tener ingenio no basta con manifestar mala voluntad á Becerra.

Si ha querido que le creyeran un Taboada conservador para casa de *La Época*, no ha debido llamarme á mí *Ocurrió en* de Oviedo, porque en la escuela de Taboada burlarse de mí es pura heterodoxia. Y si no, que lo diga el maestro.

♦♦

El crítico *Zeda* ha vuelto á *La Época*. En *El Imparcial*, en su lugar, apareció *Ítala*, que se parecía á Taboada mucho más que Panzaque. *Ítala* escribía con m a gracia y mucha más modestia que suelen emplear los chibcos que están haciendo d- *Sarceyes* en cierta parte de la prensa. Y además, *Ítala* escribía con esa corrección que Dios le dió, que le distingue á cien leguas de nuestros Aristarcos desordenados en materia de sintaxis. Uno de estos, el día que se vió en la triste necesidad de juzgar la comedia *Felay* sumido en el dolor de que no fuéramos Galdós ni yo responsables de aquel fracaso, se vistió, en señal de luto, de rigoroso solocismo (traje que ya tiene raído) y des-

pués de advertir que no citaba el nombre del autor, porque el público no lo había pedido (y lo pidió otras veces que usted lo sacó, sin embargo, á relucir, porque era de enemigo), después de dar esta prueba de justicia... para los amigos, pasaba á decir, entre muchos otros, los siguientes disparates:

«De tal manera ha progresado el teatro (¡caramba! ¡desde cuándo acá!) que ya no satisface á la generalidad de las gentes, ni el *mero deiarrollo* (!) de una fábula más ó menos interesante, ni la *belleza escultórica* (!) de la versificación, ni el *solo* vigor de las situaciones, ni todo el edificio escénico no descansa sobre la base de la verdad, y no es reflejo fiel de cuanto *suele* acontecer en la realidad de la vida.»

¡Fíjese usted, señor crítico: según usted, no basta, por ejemplo, la *belleza exclusiva* de la versificación, *si no* descansa sobre eso que usted dice. Luego, *si* descansa sobre la base de la verdad, etc., basta para satisfacer al público la *belleza exclusiva* de la versificación; ¿basta la fábula interesante, etc., etc.

Vea usted lo que tiene el no saber escribir; usted no ha querido decir eso, y lo dice. ¡Cabe ser menos escritor! Hasta aquel industrial que escribía «¡tómala, tómala!» se hacía entender mejor que usted, que es un crítico teatral y el de mayor circulación de España, según usted.

Además, usted exige que la comedia sea reflejo fiel de *cuanto suele acontecer en la realidad* de la vida. Y eso es imposible; porque *cuanto suele acontecer* es mucho, muchísimo, y no cabe en una comedia, ni en mil. Tampoco ha querido usted decir eso, pero lo dice.

Y además, con eso de lo que *suele acontecer* excluye usted todo el teatro que no *refleja* cosas ordinarias, de las que no se salen de lo que *suele acontecer*. ¡Y adios, Sófoles, Esquilo, Eurípides, Corneille, Racine, Shakespeare, etc., etc.!

Hablando de los aplausos de amigos indiscretos, dice el crítico:

«Hay que censurar tan intempestivas demostraciones que, por desdicha (!), no se vieron confirmadas luego en el resto de la representación.»

De modo que usted considera una desdicha que no se confirmen demostraciones intempestivas! Usted quiso decir otra cosa, ya lo sé. Pero dijo eso.

¡Qué desdichado!

Desdichado, esto es, el crítico que dice lo contrario de lo que quiere decir.

La obra fué cayendo en lamentable descaño (claro, si caía... era descendiendo; pero no caía en el descaño.)

«Los verdaderos amigos del autor, entre cuyo número nos contamos...» *Ese cuyo no es reflejo fiel de la realidad...* de la sintaxis.

«Mario, único actor que podía moverse anoche con holgura...»

¡Hijo, también está usted enterado de buenas interioridades! ¿Pues qué les pasaba á los otros? ¿Las costuras les hacían llagas como á usted la gramática?

Y basta de este crítico, que firma J. A.

Si, ¡ja, ja, ja! Está en carácter.

Y vamos á otro.

♦♦

Este no quiere que se diga que Dumas ha muerto sin heredero, y según él habla, pone en duda que haya muerto abintestado.

De modo que para este *Flygar* el que muere *abintestado* muere sin heredero.

Oree que para decir que no hay quien tenga derecho á recoger una herencia se ha inventado lo de herencias *abintestato*.

No sabe el infeliz siquiera que morir *abintestado* es morir sin testamento, de modo que la herencia pasa á mano de los legítimos herederos señalados por la ley.

Y eso es lo que le pasa al hombre cábice que se muere, pero sin que falte quien pueda llenar sus veces; *abintestado*, sin

que él designe él sucesor, pasa su herencia á quien debe pasar.

Esto lo sabe el cabrero de la montaña más remota... Todos, menos un crítico de muchas pretensiones.

♦♦

Afortunadamente, *abintestado*, ahora es Mariano Cavia quien escribe las crónicas teatrales de *El Imparcial*. Que sea enhorabuena.

Esto se lo digo al público y á *El Imparcial*.

♦♦

Otro crítico, pocos días antes de representarse *Voluntad*, de Pérez Galdós, les recordaba á los *compañeros* los antiguos rencores de los *chibcos* contra el *célebre* novelista; y para echar más leña al fuego les advertía que en *Elalma*, Galdós ponía en ridículo á ciertos periodistas (imaginarlos, por supuesto).

¡El demonio del sacerdocio!

Con esa serenidad de juicio é imparcialidad de ánimo, ¡cuálquiera les mete á ustedes una comedia entre los dientes!

♦♦

¡Pues no decía otro crítico de esos, á principios de temporada, que el mejor drama de todo el año *iba á ser* el de un amigo suyo, y que se alegraba!

♦♦

Pero, en fin, por todo se puede pasar mejor que por aquello de J. A., que exige que una obra teatral sea reflejo fiel de *cuanto suele suceder* en la realidad.

Eso es abrumador.

Clasín.

PALIQUE

Dice *La Epoca*, hablando del matrimonio de la señora Guerrero con el Sr. Mendoza: "el sacramento que van a contraer."

¡Vaya unos verbos oportunos que usa *La Epoca*!

Contraer un sacramento, por de pronto, es una herejía, según la Iglesia... y según la Academia Española. Según la Iglesia, porque, aún suponiendo que el verbo *contraer* signifiquiera algo así como lo que quiere significar *La Epoca*, adquirir un compromiso, una obligación, obligarse, contratar, los sacramentos no sirven para eso, no son contratos; podrá haber contrato matrimonial, pero el *sacramento* del matrimonio no es contrato, no se contrata, no se contrae.

Pero además... contraer no significa nada de eso, según la Academia, que de fijo respeta *La Epoca*. (La Academia en la voz *contrayente* se contradice, pues habla del que contrae matrimonio, acepción que aquí falta.)

"Contraer: (del latín *cum*, con y *trahere*, traer) a. estrechar, juntar una cosa con otra."

Ya ve *La Epoca* que no ha estado oportuna.

¡Cómo me silbará a mí Escobar si un personaje de una comedia mía dijese que iba a estrechar, a juntar una cosa con otra, tratándose del sacramento del matrimonio!

Los que se casan *in facie Ecclesiae*, claro es que algo estrechan, algo juntan: las manos. Pero no juntan, no estrechan ellos el sacramento; es el sacramento el que los junta a ellos.

Otra acepción tiene el verbo contraer: "Aplicar a un caso particular máximas generales".

Pero en el sacramento del matrimonio no se trata de eso. Porque, suponiendo que se tratara de una máxima (y no se trata, claro), no se trata de su aplicación a un caso ó proposición particular. Ni Dios lo consienta.

Otra acepción hay (habla la Academia) del verbo contraer: "tratándose de vicios, resabios, costumbres, *adquirir*."

Excusado es decir que ese sacramento no es vicio, ni resabio, ni costumbre.

También hay contraer ó contraerse, significando reducir el discurso a un solo punto. Tampoco el sacramento es eso.

Y por último, contraer es: "encogerse un nervio, un músculo ó otra cosa."

Y tampoco es para eso el sacramento del matrimonio.

Y no hay más *contraer*.

Por que enseguida viene "Contraescarpa."

"Declive de la parte de muralla que está dentro del foso..." y ¡qué tiene eso que ver con el sacramento?

De modo que *La Epoca* confesará que el sacramento no se contrae y que el del matrimonio es en esto como todos los demás. A lo sumo, se contrae matrimonio, pero no se contrae el sacramento.

Más respeto, más respeto a las leyes divinas y humanas.

Y a los difuntos.

Porque *La Epoca* dice que "el poeta Verlaine ha muerto, como era de esperar, en la cama de un hospital."

Y Verlaine murió en un cuarto muy decente, donde ahora vivía, en la calle de Descartes, en el barrio latino.

El error de *La Epoca* hubiera sido disculpable sin eso: "como era de esperar".

Quiera Dios que el que escribió eso no muera en un hospital, como puede suceder, aunque no sea de esperar.

La Epoca no es poetisa, porque los pequeños poemas de Escobar, ¡qué diablos!, ya le han sido perdonados; pero *precista* y todo, puede morir en un hospital.

¡Ojalá no muera ni en el hospital... ni en la calle de Descartes.

Que en Madrid no la hay.

Ni siquiera es la calle de Sevilla.

Leo: "El cura de San Cucufate, en Asturias, ha entregado en la delegación de Hacienda once pesetas que con tal objeto le dió un penitente, bajo secreto de confesión."

¡Qué secreto! la cruz laureada, sin juicio contradictorio, le daba yo á ese penitente... y además, le hacía *Reverter* Mayor del Reino.

¡Dios mío! ¡Devolver once pesetas... al Estado!

¡Como si no fuera ya bastante virtud haberse contentado con defraudarle en tan poco!

Bien hacía el Sr. Bosch, cuando era ministro, en proteger particularmente la religión de sus mayores.

Y bien hicieron, los PP. no sé qué del Sacromonte (ó Montesacro) de Granada encargando, agradecidos, un retrato, al óleo, del señor Bosch, para colgarlo no sé dónde.

Y á propósito:

¡Por qué no se mete fraile el Sr. Cabriñana y se va al Sacromonte á confesar penitentes gritando:

—¡A ver! los de... los *consumos*, vengan acá todos...

¡Quién sabe si se recogería algo de matute y acaso algunos solares?

CLARIN

PALIQUE

El doctor Angélico y los doctores de todos los diablos.

Como si dijéramos... Santo Tomás fin de siglo. Sí, señores. Aunque no lo crean ni el señor Palou, activísimo catedrático y presbítero de resistencia, ni Nakens o quien haga sucesos en *El Molin*, existe en la actualidad una considerable restauración del escolasticismo, principalmente según la pura doctrina tomista. Es claro que este renacimiento, dentro de la enseñanza católica, no es cosa reciente, y hasta han desaparecido ya algunos de sus más ilustres representantes, como el jesuita Cornoldi, científico y filósofo; el célebre Liberatori (tan fusilado en España), también jesuita, y el cardenal Zigliara.

Pero si entre ortodoxos el neo-escolasticismo no es cosa nueva, por lo menos novísima, y todos saben cuánto debe en su progreso al entusiasmo con que lo procura León XIII, cosa más reciente es y menos proclamada, la que se refiere a las relaciones del *tomismo* restaurado con la ciencia laica, con la filosofía secular. Mientras por esos pulpitos andan no pocos frailes y capellanes sueltos vociferando los peligros, las traiciones de la filosofía, León XIII la declara no *ancilla* (sierva, criada) de la teología, como quiso la Edad Media, sino *adjutrix*, auxiliar, como si dijéramos.

Y es claro, la filosofía independiente, correspondiendo a estas buenas disposiciones, empieza a prestar atención a lo que ha dicho Santo Tomás (que por cierto habló largo y tendido, y eso que le llamaron *el buey mudo*). Valga la verdad, para muchos sabios y filósofos modernos la escolástica era cosa poco, casi nula, conocida. La filosofía de la Edad Media se desdibujaba, en montón, por aquello de que era una *hijuela* de la teología. La *Summa* del Doctor Angélico muy pocos librepensadores la leían. Sin embargo, hay que recordar las excepciones, tanto por lo que toca a Santo Tomás, particularmente, cuanto por lo que se refiere al escolasticismo y a la filosofía de la Edad Media en general. F. Picavet recuerda los trabajos de Cousin acerca de Abelardo, los de Remusat sobre Abelardo y San Anselmo, la *Filosofía de Santo Tomás*, de Jourdain, y otro estudio de Mr. Hauréau.

Yo, por mi parte, recuerdo... la campaña de M. y Pelayo en pro de los antiguos filósofos españoles; y recuerdo también que, cuando nadie, entre los pensadores independientes, hablaba todavía de leer a Santo Tomás, y todo me lo echaban allá a la edad teológica de Comte, como si fuera a un pozo, el Sr. D. Francisco Giner en su cátedra hacía el panegírico del *Hegel de la Edad Media* y colocaba al autor de la *Summa* en la altísima esfera de los grandes iniciadores como Aristóteles, Kant, Hegel, región no de los *iguales*, pero sí donde no entran medianías.

Hace pocos años, con gran sorpresa de muchos, un profesor notable anunciaba un curso para explicar en la Sorbona el *tomismo* a los profanos, a los no teólogos.

A poco antes de morir el ilustre Jhering, el célebre filósofo-jurista, el nuevo Savigny, más filósofo y más artista, declaraba que de haber leído con la atención que merece la *Summa Theologica*, antes de publicar su obra capital filosófico-jurídica *Der Zweck der Recht* (el fin en el derecho), este libro hubiera cambiado no poco; y, sobre todo, hubiérase en él reconocido antecedentes de la doctrina sustentada, que existían en Santo Tomás.

★
Pues bien; este movimiento de simpática atención, por parte de la filosofía libre, a la enseñanza de Santo Tomás, continúa; y las revistas más amigas de las modernas ideas, como v. gr., la de Mr. Rivet (*La Revista Filosófica de París*), dedican largos artículos a examinar los trabajos que producen el neotomismo, y en general las escuelas católicas, en multitud de libros y revistas hechos a la moderna, con ciencia nueva y (a veces) paciencia por tolerar las ideas contrarias, y siempre conciencia recta, sincera, noble y leal a lo que se entiende ser la verdad.

★
El citado Mr. Picavet, en un largo artículo, ocasión y, en parte, fuente de este palique, examina toda esta exuberante vida de restauración tomista y en general escolástica, noble guerra ideal con nuevas armas, a la luz de nuevas enseñanzas.

Examina, primero, el *tomismo en acción* en los Estados Unidos; y nos habla del gran Freeland, a quien amamos todos, aunque cardenal, y cita su libro (que a mí también me entusiasma) acerca de la *Iglesia y el Siglo*; y nos habla también Picavet del ilustre y valentísimo prelado Gibbons y de monseñor Kean, del cual son estas palabras, que yo recomiendo al obispo de Barcelona y al señor rector de aquella Universidad: (*"Habla un pastor católico."*) Solamente por una comparación pacífica y *ternal* de las convicciones, *podrá un hombre razonable aceptar* las importantes verdades que son base de la Religión."

Después Mr. Picavet pinta la triunfal carrera del tomismo en Bélgica, donde tanto le agrada al Papa, por medio de instrumento de valer tan subido como el ilustre monseñor Mercier...

Y de Bélgica, de Holanda, de Alemania, de Italia, de Francia, de todas partes, cita el articulista (particular y muy minuciosamente informado) multitud de anuarios, revistas, folletos, libros, conferencias, congresos, etc., en que se demuestra la gran animación del movimiento intelectual de la novísima ciencia tomista, restaurada.

Y llega a España y dice...

CAPITULO IX

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo viscaíno y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte de esta historia al valeroso *elemento reaccionario* de nuestra Universidad española y de nuestra ilustre clerecía con la espada de Pedro levantada en alto contra el libre-pensamiento, no sé si manchego, del Sr. Baen; dejamos así mismo las cátedras de *Filosofía*, de *Derecho*, de *Metafísica*, etc., etc., llenas de *pidalinos*, tomistas de to-

mo y lomo, que, además, son Juan Palomopues ellos se guisan y ellos se comen los tribunales de oposiciones, las cátedras, las plazas de consejeros, etc., etc., y con toda esta riqueza pecuaria (borregos de Cristo) bien se podía esperar, y yo no esperaba (porque sé con qué *bueyes mudos* aro, que al llegar el muy bien informado Sr. Picavet, al neo-escolasticismo español tuviera mucho que contar y que alabar... Pues ¡ay! no señor. El Sr. Picavet, que tanto y tanto sabe del *tomismo* del antiguo y del nuevo continente, al llegar a España dice... dice...

★
"Lo digo, Sr. Pidal!"

Pues dice; dice él:

"L'Espagne et le Portugal ne s'occupent guère plus de thomisme que de philosophie."

Y no dice más.

★
Lo que es no entenderlo.
El Sr. Picavet ese no sabe que aquí se toma el *tomismo* en sentido etimológico.

★
¿De dónde viene *tomismo*? De *tomar*. Es claro, de *tomar*; no de escribir *tomos*. Y nuestros *tomistas* no son conocidos en el extranjero, pero lo que es en su casa, ¡se toman cada tomo! Cuenten ustedes: *Tomismo* de ministerios, presidencias, distritos, cacicatos, diócesis, capelos, consejos de ferrocarriles, contratas, cátedras, categorías, tribunales...

En fin; que en España todo está *tomado* por los *tomistas*.

Solo que no pronuncian.

Porque tienen la boca llena.

CLARIN

PALIQUE

Recibo muy á menudo versos muy malos, de vates desconocidos, no todos académicos, y suele acompañar á los versos, una recomendación del mal intencionado que me los envía, para que *les de un palo*.

Y yo no hago caso; es claro. No hablo de versos malos sino son de poetas que tienen fama de buenos entre las personas de mal gusto.

Pero "hay situaciones en la vida de los pueblos" y... en fin ello es que, ó al respetable marqués de Cerralbo le han querido dar una broma pesada, ó el señor marqués en un momento de abandono... Vaya, digámoslo de una vez, porque ello ha de saberse, por un conducto ó por otro. ¡Ah! pero yo espero que el marqués resulte inocente, como el Sr. Bosch, del delito literario que se le atribuye:—No, no me cabe en la cabeza que la cabeza visible de un partido tan serio y tan digno de consideración como el carlista, le diga á la Purísima Concepción, nada menos, lo siguiente, que es el principio de las *quintillas* de que se acusa al marqués.

Cuando el viento helado mueve
y el sol tras las nubes marcha
y el día llueve que llueve
como la noche entre nieve
y la mañana entre escarcha;

Esperen ustedes. Digo: que si el jefe de un partido se decidiera á bombardear el cielo de esa manera, comenzaría por decirnos qué es lo que mueve el viento y se abstendría de hacer públicos los ininteligibles dislates que siguen, pues ya se sabe que un hombre de Estado, aunque sea *in partibus*, está en el deber de ser reservado, hasta en materia de adivinaciones. Ya lo dijo la Sabiduría: el desatino menos malo es el que está por decir.

Cuando la naturaleza
de su encanto se despoja
y no hay flor que alze cabeza,
ni en el soto la maleza
ni sobre el árbol la hoja.

389 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1.909, 30 enero, 1896

¡Qué ha de ser esto del delegado de D. Carlos! El que prueba demasiado no prueba nada. El bromista, autor de esas *quintillas*, haciéndolas tan malas, hace imposible que nadie les atribuya á un jefe de partido. El pseudo-Cánovas cantor de Elisa fué más cauto; fingió una poesía de una inferioridad verosímil y consiguió que todos llegáramos á creer que Cánovas, en efecto, había cantado á Elisa.

Cuando es una niebla el cielo
y una sombra el horizonte,
un charquinal todo el suelo,
un yermo el valle y el monte
y el lago un circo de hielo.

Un nombre que conoce á fondo la ley *Sállica*, no escribe estos circos.

Y sin poder trabajar,
el hombre se ha de encerrar
del pobre hogar en lo interno.
¡Oh, que es triste ver llegar
el fantasma del invierno!

Lo que es triste, que haya quien suponga que hemos de creer que Cerralbo opine que en invierno el hombre no trabaja y se mete en el horno ó en la hornilla de la chimenea, que es lo *interno* del hogar.

Que Dios, de su protección
y prueba de amor eterno
da al hombre en esta ocasión;
si apaga el sol en invierno
lo enciende en la Concepción.

¿Cómo ha de creer Cerralbo que Dios apaga el sol en invierno y que lo enciende en la Concepción, que es el 8 de Diciembre, muchos días antes de que el invierno empiece?

La Concepción, bienandanza
que es el rocío del cielo,
y que es volcán de este suelo
del que brotan la esperanza,
la paz, el bien y el consuelo.

Bueno; pues insisto en que ese volcán y ese socio son apócrifos.

El poeta, supone al marqués hablando con Alicante, y le hace decir:

Alicante, esa ciudad
que es una perla de Oriente,
toda luz, gloria y bondad,
cada moza una beidad
y cada hombre un valiente.

¡Basta! ¿Creer ustedes que aunque al marqués se le ocurriera escribir eso de la moza, habría de consentirlo Barrio y Mier?

Por último:

Ya su misma devoción
admitame esta oración
con lo que reze y que cante
mi amor á la Concepción
y mi recuerdo á Alicante.
(No se acuerda del turrón.)

Si en el momento de abandono de que antes hablaba, el marqués de Cerralbo hubiera escrito todo eso, á estas horas ya habría sido reemplazado en la jefatura por mi amigo Barrio y Mier, hombre de letras, pero no de *quintillas*.

¡Bueno es el partido carlista para consentir ipios!

¿Por qué excomulgó á Necedal y á Ceferino uárez Bravo si no por malos poetas, por la *armañola* y *Verdugo y sepulturero*?

CLARIN

PALIQUE

Ha muerto, como ustedes saben, y algunos biógrafos ya habrán olvidado, el Sr. Castro y Serrano, académico de la lengua, literato correcto, de buen estilo, no escasa cultura, fuerte imaginación y enjundia de ideas muy españolas.

De esta desgracia de nuestras letras han hablado los periódicos en los términos y las veces de ordenanza. Hay tal conformidad y tan frío mecanicismo en esta manera que tenemos de despedir a nuestros buenos escritores, a los españoles ilustres de veras, pero solo por el arte, que no parece sino que está encargada la *Funeraria* de este servicio en los periódicos. Quedan salvadas las excepciones... como es también de ordenanza.

Pero, por lo general, ya se sabe: muere nuestro hombre, y a las pocas horas... necrología impresionista, por el crítico de los estrenos muchas veces... ¡Puentes de conocimiento, como decían los cristianos, para la necrología improvisada! Si el difunto era de cierta importancia; ó si, aun sin ella, figuraba en algún diccionario biográfico... el diccionario. Ingredientes originales del articulista: varios lugares comunes, exageraciones, pesimismo respecto de todos los que quedan vivos y seguirán escribiendo, elogios del género y manera del difunto por el sistema de eliminación, es decir, hablando mal de todo lo que sea escribir como él no escribía.

Muchos hacen esto con mala intención: no por servir al muerto, sino por molestar a los vivos; pero otros se entregan a este sistema de comparaciones y exclusivismo porque no se les ocurre otra cosa.

"Don Fulano no era de esos que... etc." "No era como otros que... etc." Y allá van intranquilos, hiel y vinagre, para los que trabajan como pueden y, con la mayor inocencia del mundo, han tenido el gusto de sobrevivir al compañero, muchas veces, malogrado.

Segunda parte del servicio fúnebre: descripción del entierro (también por el crítico de teatros a veces). No se dice que hubo *lleno* en el cementerio, ni en la iglesia, ni que las calles de Tal y Cual estaban de concurrencia hasta los *topes*; pero sí se dice que allí estaba todo el Madrid... de los entierros. Desde Castelar a Pulido va toda la lista. Y aquí paz y después gloria. Los de la parroquia de síjo se acuerdan a los dos ó tres días de ir a cobrar la cuenta de los responsos (cuyos derechos de propiedad, por cierto, debieran ser para David, Salomón ó quien correspondiera); pero los periódicos, que nada tienen que cobrar, ya no vuelven a acordarse en todo el año del ilustre finado.

A no ser que alguno de los Bossuet de gaceta haya estado tan gracioso que merezca la pena recordar lo que ha dicho.

Que es nuestro caso. El Masillón de *La Época*, para elogiar a Castro y Serrano, dice que aquí hay literatos que escriben dramas, novelas, cuentos, etc., etcétera, y sabios que escriben libros de ciencia; pero no hay literatos que enseñen, que instruyan deleitando. Esto, en general, es verdad; y yo mismo lo decía hace poco en *La Ilustración Española y Americana*. Pero lo que no es verdad, que como ejemplo de literatura científica ó de ciencia en forma artística, realmente literaria, se pueda poner las *Novelas de Julio Verne*. ¿Quién será ese señor que todavía estudia física, historia natural, geografía, etc., etcétera, en las novelas de Julio Verne? Probablemente algún admirador de la *profundidad filosófica* de Selgas.

Es claro; después de encontrar en *Cinco semanas en globo* la ciencia moderna, nada de particular tiene que el escritor de *La Época* crea de buena fe que las *Cartas trascendentales* es libro a la par literario y científico.

No es trabajar por la fama póstuma de Castro y Serrano; empujarse en presentarle como sabio, como filósofo. Ni él se propuso tal cosa, ni sus obras se ven desde el punto de vista que les conviene mirándolas como tratados de filosofía más ó menos disimulada.

Diga usted que aquí ya nadie se va atreviendo a firmar lo que escribe (hasta al simpático Arimón le van quitando ese valor, que antes tenía con el mayor heroísmo); pero si cada cual respondiera, desde luego, con su nombre, de sus ocurrencias, ese señor de *La Época* que tal lico tiene de la ciencia y de Julio Verne, tendría a estas horas el merecido castigo en el *mero hecho* de que le conociéramos, por haberse metido a tratar en periódico de tal importancia asunto tan grave, sin disponer de espíritu más cultivado y distinguido del que se necesita para ver literatura científica en las novelas del popular Julio Verne.

Si el literato es académico, también suele hablarse algo más de su fallecimiento... por causa de la vacante.

Esta vez, sea por lo de Cuba, sea porque no da nádie importancia (aparentemente) a estas cosas, ello es que no se habla todavía de candidatos, ni de los periódicos, ni de los padres graves de la Academia.

Pero ya puede ir preparándose Pi y Margall... a que se habla de él... y no se le caja.

Y Pereda a oír que es lástima que no pueda pasar de *correspondiente* porque no reside en Madrid (como si residieran en Madrid todos los académicos, hasta los canónigos de Sevilla).

Me refiero, en el paréntesis, al distinguido autor de las *Fabulas ascéticas*; que era (no sé si ha muerto) canónigo en Sevilla y académico de número.

Acaso suene también el nombre de Bardon, que sabe mucho griego... por lo cual, sin duda, me lo han jubilado. Pero qué falta hace el griego, ni nada, para decir que *latón* viene de *latá*, como dice la Academia? Y para no saber lo que es *cobre*, confundiendo el género con la especie, y para decir que bronce viene del persa *burmish*.

Sin necesidad de Fitas, ni de Bardonés, puede ver que todos esos son disparates cualquiera que, por casualidad, haya leído, v. gr., los estudios de Borthelot acerca de la historia de la química. Pero la Academia no tiene tiempo para leer más que a los poetas chilenos y de Guatemala, y algunos versos místicos de la señorita Valencia, y tal ó cual novela carlista de Ceferino Suárez Bravo, ex-Ovidio.

Según cuentan, en caso de las elecciones hay *tirurnas*; veremos si ahora le toca a un neo ó a un liberal. Los liberales solemos pagarias caras. Por un académico *sin alagado* que me timos allí (Benot), tuvimos que purgar yo sé con cuantos Comemleranes, Mires, Pidales *amés*, Iserra ó Liniers (que siempre los confundo).

Lo que no quiere Cánovas es que le imponga candidatos la gaceta.

Bueno; pues yo voy a indicar uno... que debe recomendar Elduayen, si sabe su oficio de ministro de... *Relaciones extrangeras*.

Hablo de Armando Palacio Valdés. Este no lo impone la gaceta, porque hace años que los periódicos no le nombran, en parte por culpa del excesivo *puritanismo* artístico de Palacio, en parte por miserias de otros.

En cambio, Elduayen, si lee cosas de por ahí fuera, podrá decirle a Cánovas, que no sabe inglés ni alemán (y el del *Cronicon* se lo traduce mal) podrá decirle que Armando Palacio es uno de los novelistas españoles más conocidos y apreciados y traducidos en los *Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Francia* y hasta en *Noruega*, como lo demuestra, respecto de este último país, un trabajo de autor noruego, que publica la *Revista crítica* de Altamira.

Armando Palacio sería el candidato... de las literaturas extranjeras, de los diplomáticos, pudiera decirse.

Además, algo se parece a Castro y Serrano en el amor a la sencillez, la suavidad de estilo, la intención, la amabilidad.

Y hoy por hoy, no se mete con nadie; ni siquiera con la Academia.

Armando Palacio, que vale mucho más de lo que sabe cierto vulgo pseudo-literario, sería, estoy seguro, candidato protegido por Castelar, y creo que muy bien venido para Campoamor, Balart, Valera, Galdós, Selás, M. y Pelayo, y acaso el mismo Cánovas y también Pidal el verdadero... y otros.

Pero hombre, dirán algunos, ¿cómo te atreves a indicar un candidato... tan amigo tuyo?

Por lo mismo que sé que a Armando Palacio no le importa gran cosa ser ó no ser académico.

Si se tratara de cosa de gloria ó de provecho para Palacio... ya me guardaría de presentar al público esta candidatura.

No que para Cánovas será la quinta esencia de la gaceta!

Sólo al tocarle yo se marchitará...

Por esta mala sombra mía no me atrevo a proponer a Burell.

CLARÍN.

Palique.

El Correo Español, periódico carlista escrito por la antigüedad clásica Eneas, Tulio y otros garbanzos, opina que para conseguir la armonía y la paz en los asuntos de Cuba, debemos propinar a la isla la verdadera autonomía, ó sea un... virrey.

Eso es; un virrey... con música de Chapí.

¿No hay en la redacción de *El Correo* algún Pánfilo... Narváez en buen uso?

Si le hay, lo mandaremos embarcado en alguna carabela...

Sólo que *El Correo* era más reaccionario que todo eso; y por lo que volviera a encargarse la suprema dirección de Ultramar... á los Jerónimos.

¡Un virrey! Eso huele á Oudrid ó Gaztambide.

Hoy un virrey tendría que ser, por lo menos... un mediano barítono.

Además, le parece á *El Correo* que son poco virreyes... los reyes constitucionales?

No es posible, no, grita un periódico guerrero, que Martínez Campos quiera la autonomía; porque eso es lo que pide Maceo...

¿Qué poco griego saben algunos estratagos... in partibus?

Ese periódico bállico es el mismo que opina que merece cuatro tiros el que pienes y diga que debe darse á Cuba la paz, aunque sea mediante la autonomía.

No cuatro tiros, pero sí cuatrú... *faltas de aprovechamiento* merecen los niños que sin saber la lección se meten en autonomía de once varas.

Estos papeles, con pretensiones de *Martes*, que no saben que la autonomía no es lo que quiere Maceo, que la autonomía no es contraria á la integridad de la patria, me hacen el mismo efecto que los tricornos, de papel también, de los niños que juegan á los soldados.

Y es que un periódico, dóblese como se doble, no puede ser un guerrero... ni una guerrera...

En letras de molde todos somos paisanos; unos más leídos que otros.

Paisano es, pero poco leído, cierto famoso crítico de... todo, que, con motivo del *Noche de la Irena*, nos dice que ya va siendo hora de que nos dejemos de *altruismos* extranjeros, y atendamos á lo nacional.

Para este señor ser *altruista* es tomarle algo á otro. Todo lo contrario de la verdad.

El *altruismo* es lo opuesto al *egoísmo*, es el olvido de nosotros mismos por amor de los... otros.

Es decir, que *La Época*, una vez más (y van doscientas mil), con la finura y gravedad que la caracteriza... no sabe lo que dice.

No es *La Época*, sino otro periódico quien nos advierte que el célebre novelista Turguenef acaba de publicar una obra muy bonita.

No vale levantar muertos.

Hay ahora un estilista, de esos que son capaces de meter un chiste frustrado en medio renglón, que se llama, según él, San Rafael.

¡Arcángel!

¿Con todas sus consecuencias?

No me gustan las literatas.

Angel Pulido ha inventado un impermeable contra los chubascos críticos.

Escribe con la siphaxia que se le alcanza, que es poca, y después firma: Un soldado de Cuba... y por la copia: Angel Pulido.

Y ahora métase usted con un héroe y con un estilista de la clase de tropa.

Si se generaliza el sistema nos perderán el idioma los mismos que nos salvarán á Cuba.

El crítico don *Cualquiera* decía una cosa graciosa al juzgar el drama de Sellés *La mujer de Lot*... Pero... es el caso que he perdido el ejemplar de esa crítica, que había llegado á mis manos.

¡Tendrá don *Cualquiera* el valor... crítico de enviarme otro ejemplar, ó de repetir lo que dijo!

Lo primero es más cómodo para todos.

No crea don *Cualquiera* que esto es una estratagema para hacerle tropezar dos veces. Es que, en efecto, se me ha perdido la *Justicia*... como á él, cuando censuró lo que no conocía.

Charin.

PALIQUE

Acabo de recibir *Pachín Gaudín, de Pereda*. Dios se lo pague. No necesito decir al querido maestro que, en cuanto lo devore (1), hablaré del libro en mi revista de *El Imparcial* y en otras muchas partes. Porque hay que multiplicarse. Mientras una mala comedia se comenta por todos los periódicos, bien ó mal, las novelas, aunque sean de bombros como Pereda y Valera, no llaman la atención de la crítica militante. No hay periódico que no tenga su crítico de teatros; son muy pocos los que lo tienen para la literatura... leída.

Leer, ¡ahí es nada!

No lee casi nadie. Lo que pasaba con aquellos mil duros que eran los únicos que había en Madrid, según el chusco, sólo que circulaban mucho, pasa con las pocas ideas en circulación. Son menos de las que parecen; pero unos se las arrebatán á otros y así van corriendo en continuo ir y venir.

El que se toma el trabajo de pensar, por sí, algo, ó de estudiar á conciencia la idea de algún autor, encuentra un pensamiento, después de los años mil, sobado, gastado, sucio, lleno de cardenillo, miserable moneda borrosa de cuya buena ley duda el mismo que la lanzó al mercado de las ideas.

No hay que buscarle más filosofía, en España, á esta diferencia entre la crítica de teatros y la de libros. El teatro es *espectáculo*; el crítico no necesita más que ser *aficionado*... á divertirse; y leer... es trabajar.

Juanita la larga vale más, me permito creerlo, que la obra dramática de mas ruido de la temporada. Pues de *Juanita la larga*, perla literaria que se leerá ¡ya lo creo! cuando ya nadie se acuerde ni de las subes ni de las comedias de hoganá (título de los de última moda), no ha obtenido en los periódicos sino muy pocas alabanzas, y no ha movido la voluntad ni la pluma de casi ningún crítico.

En otros países, el que tiene á su cargo, con aprobación del público, la tarea de juzgar libros, no la deja caprichosamente y con injusto olvido de obras dignas de ser examinadas.

En España, donde hay algunos excelentes críticos de libros, ni uno sólo ha tenido la abnegación, ó lo que sea, de escribir con asiduidad años y años de todas las obras notables de puro arte literario que fueron publicadas.

Los mejores se cansan; lo dejan por estos ó los otros motivos.

Recordemos algunos de los vivos. Valera, que, cuando quiso, juzgó obras de actualidad con una competencia y un arte que en Europa no tendrán arriba de doce literatos, Valera siempre nos ha dejado en este punto á menos de media miel.

Balart, de quien se puede decir algo semejante en punto á mérito, tiene por musa la pereza la mayor parte de los... siglos.

Balart debió haber dotado á nuestro último tercio de siglo de una riqueza de documentos críticos de valor inapreciable para los historiadores literarios del porvenir. Debíó, pudo... pero no quiso.

Emilia Pardo Bazán, que tiene ciertas dotes muy serias de crítico, que escribe bien, en general, y es activa, estudiosa... acabó por echarse con la carga, después de un trabajo febril, tal vez excesivo.

A. Palacios, Picón, Cavia, tampoco quieren juzgar libros con labor constante. Y así de otros.

Somos los humildes, los jornaleros del periodismo literario los que, haciendo de críticos, venimos á suplir, de mala manera, tales deficiencias. Lo digo, no sin cierta satisfacción: desde el año de 1875 hasta la fecha, vengo escribiendo, como puedo, de crítica literaria de actualidad, sin haber dejado sin exámen, en veinte años, una sola obra, de puro arte, notable, de autor nacional.

Pero el caso no es que hagamos esto yo y otros como yo. Debieron hacerlo los maestros y los mejores discípulos.

A propósito de Pereda.

Se da por seguro, que traslada su vecindad á Madrid. Y puede ser académico. Luego, debe serlo... luego, cuanto antes.

Supongo que por *unanimidad nacional* para él será la vacante de Castro y Serrano. Le votarán los académicos con papeletas, ó como sea, y los demás españoles con aplausos.

Nombres muy dignos del honor habían sonado para sustituir á Castro y Serrano; á mi ver, todos los candidatos se retirarán gustosos ante la candidatura de Pereda.

Ya se morirán más académicos y podrán ir entrando esos dignísimos literatos.

Por supuesto, que si se me quisiera hacer caso y se llevara á cabo lo que tantas veces tengo propuesto, no haría falta que se muriese nadie para que hubiera vacantes...

Bastaba con una *revisión académica*; y con despedir á los tres ó cuatro candidatos á la puerta que he designado varias veces... habíamos concluido.

Pero en este país no hay energía para nada.

Por último, se me ocurre pensar, y decir, que los vecinos... literatos de Madrid debieran celebrar la llegada del nuevo vecino madrileño, y su entrada en la Academia, con una que fuese sonada.

Sería una fiesta á que podríamos concurrir todos, liberales y reaccionarios.

Esta clase de fiestas en honor de hombres ilustres sólo pueden celebrarse en España, por *unanimidad*, cuando se trata, como ahora, de celebridades verdaderas... y tradicionalistas.

Porque los liberales tenemos por glorias nuestras las *lumbres del oscurantismo*. (Como diría algún progresista). Pero los tradicionalistas, particularmente los carlistas, tienen á pecado celebrar glorias liberales.

Pereda es un gran escritor para todos.

Galdós no lo es para los reaccionarios.

Pero no hay que quejarse.

Por algo nosotros somos liberales.

En fin, ¡Viva Pereda!... y viva con su pepita. La pepita son sus correligionarios.

CLARIN.

(1) ¿A Pereda?—preguntaría aquí Arimón en sus *buenos tiempos*.

PALIQUE

Burell, el muy conocido periodista, dice que *haban* en la Academia... seis periodistas.

No será ninguno de ellos uno que el otro día *hablaba* en *La Epoca* de la "sindéresis intelectual".

Porque ese debe de estar reñido con la Academia, la cual opina que *sindéresis* viene de *sintéresis*, verbo griego que significa observar, examinar; y que, por tanto, *sindéresis* es: dirección, capacidad para juzgar rectamente.

Y claro; siendo así, la *sindéresis*, ¿qué ha de ser sino intelectual?

Tampoco debe de ser uno de los seis periodistas que faltan en la Academia el que firma *San Rafael*.

Lo digo porque este arcangelito de la prensa escribe así: "Y el sacerdote, usando las palabras sacramentales, le dijo: *Pulvis eris (!) et in pulvis (!) reverteris.*"

¿De qué sacramento serán esas palabras sacramentales? Por lo visto del sacramento de la ceniza. Vamos a traducir, señor arcángel, y verá usted que desatino ha atribuido a ese señor sacerdote: "Polvo *serás* (*eris*) y al (*in pulvis*) no se puede traducir porque no significa nada) volverás."

De modo que *San Rafael* debe acudir al sacramento de la confirmación para que le cambien el nombre, porque parece muy mal un personaje tan importante de la corte celestial, que se codea con tronos y dominaciones, y no sabe lo que son palabras sacramentales, y dice *pulvis eris*, por *es*, y después *in pulvis* por *in pulverem*... que es hacer *polvo* al latín.

¡Ay, sí! de aquellos *pulvis* (los críticos impresionistas y analfabetos) vienen estos lodos y sapos y culebras gramaticales.

Uno: *sindéresis* intelectual; otro: *in pulvis*...

¡Y quieren entrar en la Academia! ¿Querrán ser los *puntilleros de la lengua*!

Y ese mismo *San Rafael* de los *pulvis* es el que dice que Castelar no tiene nada en la cabeza, y que Cavia le hace dormir.

En cambio será un admirador de aquel *Zeda* (figla inolvidable) que decía: *per gurgile vasto*, y que llama a Justiniano autor (!) del *Di-gesto*.

Claro, serán condiscípulos. Habrán estudiado juntos el trivio y el cuadrivio. Y esos lazos que se aprietan en las aulas no se rompen hasta que *pulvis eris et in pulvis*... etc.

¡Cuánta brosa literaria y... que pocos *Bro-emses*!

El Sr. Sánchez Pérez, decano de los optimistas, no aprueba la idea emitida por mi ilustrado compañero Federico Urrecha acerca del público de los estrenos. Urrecha cree que el público no es infalible; que de sus sentencias cabe la apelación en ambos efectos, y Sánchez Pérez defiende a los dioses de Arimón, como Cánovas, panza arriba, podía defender la monarquía consustancial, hipostática y hasta inconsutil.

Hay que confesar que la defensa de Sánchez Pérez es más desinteresada que la de Cánovas, que casi siempre está en el poder, gracias a la monarquía.

¡Ser sinalagmático, como lo es Sánchez Pérez, para esto, para creer que la marquesa de Forlimpa, y la duquesa del Rábano Yodado, y el banquero Cupones, y el bolsista Altibaja y el académico Aldabas, cuando están reunidos, no pueden engañarse ni engañarnos!

¡Y estoy seguro de que si le preguntan a Sánchez Pérez si el Espíritu Santo habrá inspirado en persona el símbolo de Nicea, dirá que no, y sonreirá como un Voltaire de color de rosas!

Para Sánchez Pérez, el Espíritu Santo *no baja* a los concilios; pero *baja* a los estrenos.

Viene a ser el Arimón de la Santísima Trinidad.

Enrique Sepúlveda, simpático revistero y crítico de muy buen color y salud envidiable, opina que Pereda y Fernánflor merecen, con mérito igual, entrar en la Academia.

Pero, como no en vano se es humorista, Sepúlveda añade que antes debe entrar Fernánflor. Para opinar así tiene el autor de las *Cartas abiertas* motivos subjetivos, *lricos*, que pasa a exponer en abundantes períodos, que yo no he podido leer de cabo a rabo, porque cuando los estaba leyendo empezaron a tocar a luego (fenómeno que se repite siempre, en casos tales, desde los tiempos de Murger).

En mi opinión humilde, el crítico se equivoca.

Pereda es un literato mucho más importante que Fernánflor. Lo cual no quita que Fernánflor merezca—y le sobren más de cien—entrar en la Academia, siempre que no haya algún Pereda por delante.

Pero como yo no soy el público de los estrenos, y el Espíritu Santo no me visita, puedo estar en un error: y a demostrarlo sería bien que dedicase el Sr. Sepúlveda el primer artículo que escriba en las *Decenas*... diarias de *El Liberal*; pues creo firmemente que, sino en la Academia, por ahora, Sepúlveda merece entrar en las *Decenas*, con el mismo derecho que que Pulido merece salir.

Un periodista de mi pueblo, que tampoco es de los seis a que alude Burell, afirma que los rayos catódicos (los rayos X, que no son catódicos) ya los había descubierto Moisés.

Claro; y los llevaba en la frente. ¡Oh periodistas *ultra-violetas*!

CLARIN.

PALIQUE

Cartas ordinarias... extraordinarias.

O se toman las cosas en serio, ó no. Si creemos de verdad, que es posible, y para muchos probable, un conflicto real, vulgo guerra, con los Estados Unidos, hay que reconocer que estamos en una situación en que jamás se vió España: amenazada de tener que luchar con un enemigo más fuerte, de más peso y de más bulto que cuantos tuvo que combatir hasta lo presente.—No hay que hacerse ilusiones, que ni siquiera son signo de valentía; pues contra el prurito de rebajar la importancia, los recursos y hasta el tamaño de nuestro adversario, protesta el sentido común, protesta la estadística, y hasta el parnaso español, en el que se encontrarán muchos versos en que se advierte que honrar al contrario y reconocerle fuerza y valor es honrarse á sí propio; y más si se vence; pues cuanto más valga el vencido será el mérito del vencedor más grande. Pero no necesitan los Estados Unidos de nuestra poesía, para ser quien son y poder lo que pueden. Quiero suponer por un momento (sólo por un momento, porque Dios me libre de pagar insultos contra insultos) que los Estados Unidos son (no lo son) eso que representan ciertas caricaturas;... vamos, una... nación... de muchas libras de tocino... Bueno, pues, aun así, serían un enemigo muy considerable, por el tamaño, por el peso, por la mucha grasa; y no hay que olvidar que Don Quijote tuvo uno de sus mayores contratiempos el día de la *aventura cerdosa*.

Sin imágenes, que ofenden ante todo á que las emplea, los Estados Unidos son uno de los pueblos más poderosos de la tierra, y en la proporción cuantitativa (fuerza, á la larga), España nunca luchó en más difíciles condiciones.

Pues, en estas circunstancias, que son gravísimas, aun suponiendo lo mejor, que al final nos espere la victoria... Cánovas convoca unas Cortes ordinarias, como manda la ley, por los procedimientos ordinarios, como manda la trampa; es decir, el pucherazo, la destitución de Ayuntamientos, la influencia moral, el encasillado, etc., etc.

Dado el papel de nuestras asambleas legislativas en los conflictos que han llegado á vías de hecho, si la guerra estuviera comenzada, ó resuelta, no importaría tanto, aunque siempre importaría mucho que las nuevas Cortes valieran más ó menos. El poder ejecutivo sería lo principal. No estamos en aquella Roma del Senado, el mayor general del mundo; y nuestras democracias modernas son como la república romana... cuando agonizaba su libertad; á Roma, César le imponía su poder arbitrario, y lo llamamos así: era señor sin que lo dijera la ley. Nuestras Constituciones hacen un César de papel, lo sacan de donde no lo hay; el César está en la ley (el *gran poder* ejecutivo), aunque no lo dé de sí la historia; tenemos César sin la disculpa de César: la gloria, el triunfo; un César X: el ministro ó los ministros que, por casualidad, lo sean á la hora del conflicto. Verdad es que si nuestro César suele hacerlo mal... nuestro *Senatus* lo haría mucho peor probablemente. No tenemos César, ni Senado romano. Por esto no está tan mal eso de que, en habiendo jarama de veras, no influye mucho el *género deliberativo*.

Pero no es ese nuestro caso. El momento no es aún de guerra: es... de *consejo de guerra*. Se trata de *deliberar* cómo saldremos con bien del trance; como, con el dato necesario y capital del honor español sin mancilla, se pueden conciliar los datos que suministren la prudencia, la justicia, el arte de la diplomacia, la buena política, la tolerancia, y, en su caso, el arte de preparar la guerra, de procurar buenas posiciones, de guardar bien las espaldas. Para todo eso, si importa mucho la labor de unas Cortes; porque, aun suponiendo en el poder ejecutivo lo principal, unas Cortes pueden entorpecer ó facilitar, alentar ó corregir la acción del Gobierno, y pueden hasta derribarlo. De las Cortes próximas puede depender la suerte de España en los momentos que acaso lleguen á ser los más apurados *materalmente* del siglo. Como todo se relaciona, de la conducta política y legislativa de las Cortes respecto de Cuba pueden depender la duración y la intensidad y el carácter, en adelante, de la insurrección malista; y según la insurrección tome uno ú otro carácter, según se extinga, crezca, se haga formidable, el conflicto con los Estados Unidos puede agravarse, estallar en lucha terrible, ó desvanecerse y constituirse en situación mejor y más prudente y tranquila

que la anterior á la insurrección presente.

Como se ve, las próximas Cortes ordinarias... son extraordinarias por las circunstancias.

En el *papel* las Cortes son extraordinarias cuando las ficciones constitucionales lo dicen en la *realidad* son extraordinarias cuando la *historia* quiere.

Lo que pueden tener que discutir y resolver las Cortes próximas puede importarnos en la *práctica* más que lo que tenían que discutir aquellas Cortes de que entro los rezos de un secretario y que *quedó aprobado* distraído de Posada Herrera, se hizo casi toda la Constitución de 1876; (yo lo vi desde la tribuna de periódistas).

Todo esto es tan claro, que no hay para qué insistir en ello. El Gobierno, por torpe que sea, tiene que verlo como todos.

Y, cómo se prepara el Gobierno á consultar al país, á pedirle su consejo y su voto por conducto de los más idóneos y de mayor confianza y de más historia con garantías?

Burlándose, como siempre del sufragio universal; preparando, para su comodidad, una mayoría que va á parecer reclutada en el tiro de picbón, á juzgar por el encasillado de ciertas provincias.

Va á haber mucha gente nueva... tan nueva que la mayor parte de los nuevos diputados serán de esos que encuentran pesado y de mal tono hablar de política. Mucha sangre nueva y azul (ó azulada con barniz), mucho pollo rico, bien vestido, sportman, simpático, de buen trato... pero que es bastante modesto para no querer hablar de lo que no entiende, y, por consiguiente, de política.

Estos son los Jovellanos, los Argüelles, los Inganjos, los Canga Argüelles, los Torrenos que nos prepara Pidal, v. gr., en Asturias, para éstas Cortes que, sin ser las de Cádiz, pueden llegar á importarnos, en cierto sentido, tanto como aquellas.

Pidal, que en un reciente discurso declara que le parece absurdo el sufragio universal, se dispone á escarnecerlo en la práctica una vez más, con un encasillado feudal excelente para un cotillón ó una *poule*. (Hay excepciones).

Y lo que hace Pidal en Asturias lo harán Cánovas, Romero, Cos, etc., etc., por todas esas provincias.

Es decir, que las futuras Cortes van á *decretar la victoria* en votación nominal, si Cánovas lo manda. Pero, de camino, pueden ponernos á parir, usando un verbo que no recomiendo á ningún orador patriota, pero que puede pintar bien la situación dentro de algunos meses, si Dios no lo remedia.

Mientras algunos yankees, muchos ó pocos, nos niegan la integridad de la soberanía territorial, por primera vez, el Gobierno nos escamotea la integridad de la soberanía en su función capital, el sufragio, por la ve centésima.

Siempre nos quedará el consuelo, si de la ineptitud de las Cortes futuras nos vienen grandes males, de decir que nos los han causado nuestros representantes verdaderos, los que debieran serlo.

Los cuáles estarán ¿dónde? Sabe Dios: unos luchando en Cuba, otros trabajando en el taller, en el foro, en la cátedra, en la iglesia, en el campo; donde quiera menos en las camarillas de los caciques, en las tertulias de los sapos, en las *celdas infamantes* de la canarría oficial que se llama *encasillado*, sin que en

tal palabra el país vea un insulto á su derecho; un insulto no menor, ni menos funesto acaso, que el que nos pueda lanzar, con más ó menos conciencia, un lejano, pasajero enemigo.

¡Ay! si; porque, por mucho daño que nos pueda hacer la enfermedad aguda de una guerra con un país fuerte, más daño produce la tisis del encasillado, la tuberculosis miserable de los microbios de las mayorías fabricadas.

El sí ó el no de un diputado ó senador yankee puede hacernos sangrar por una herida superficial, con sangre que se restaña.

El sí ó el no de un diputado ó senador español que vota lo que manda un ministro á quien debe su cargo, ese voto es un espanto de sangre... de los pulmones de España.—Y ustedes dispensen; porque estos artículos serios y patrióticos tienden á la metáfora.

Después de todo, no me pesa de llamar microbios y tisis galopante, á ciertos candidatos nuevos que conozco, que no saben más que *chupar el puño del bastón*; y eso, por ahora, y en expectativa de mejor destino.

CLARIN.

Desde lejos.

Cuando este *Palique* se publique habrá terminado la temporada teatral de las principales compañías en Madrid. Es la hora más a propósito para un balance, siquiera sea en resumen. Claro está que al hablar de esto no usuro atribuciones de nadie, puesto una cosa es la crítica de teatros según sólo puede ejercerla el testigo de vista, y otra el juicio general que, valiéndose de distintas fuentes, puede formar cualquiera que se interese por la vida literaria del país, vida en la que es uno de los principales elementos el arte de las tablas.

Yo, aunque indigno, soy crítico, y si al no soy, hace muchos años que me lo llaman, y a ratos yo mismo creo que puedo tener algo de eso, aunque sea poco; pues bien, en calidad de tal, me creo con derecho a dar mi opinión sobre la *dolencia del comercio dramático*, midiendo y pensando las importaciones y exportaciones en nuestros cambios con el Parnaso, que, como ustedes saben, está en país extranjero.

Quiero decir, que tengo derecho a examinar lo que hemos perdido y hemos ganado este año en nuestras relaciones con Talía. Qué nos ha traído y qué nos ha llevo.

Pero, vayamos por delante algunas advertencias: ante todo, me olvidaré de algunas cosas, no por mala intención, sino por mala memoria. Además, como no he visto estrenar en Madrid ninguna de las obras de que voy a decir algo, no se tenga lo que diga por opinión definitiva, sino por *intuito*; sin contar con que hoy no quiero insistir principalmente en lo que yo juzgo, sino en el efecto de las comedias en el público. Reservaré mis opiniones, naturalmente, respecto de las que haya leído, pero no visto. Y de lo ni visto ni leído hablaré por conjeturas.

La temporada, en general, dicen que no ha sido buena desde el punto de vista económico. Esto le importa indirectamente al arte bastante. La única ventaja que podría haber en que los trimestres fueran siempre va farsa, es que en que tal vez así se alegraran a los actores de la escena ciertos autores ineptos que sólo van en busca de parabanos, y añadan al público, a los actores y a los críticos, para estar bien con todos, menos con Talía.

Por los demás respectos, el mal resultado económico es una designación. Sin embargo, no significa, en absoluto, alejamiento, frialdad del público. Puede ser crisis crematística pasajera, y puede ser influencia de graves circunstancias sociales o políticas. Ejemplo, la cuestión de Cuba y sus incidentes internacionales.

Gran éxito de laquella, sólo creo que ha habido uno: el de *Juan José*, de Dicenta, que también fue el mejor éxito en Madrid y en provincias en punto de aplausos para el autor. También han gustado mucho en todas partes *Dona Perfecta* y *María del Carmen*.

Dona Perfecta no la he visto ni la he leído, pero tanto esta obra en la imprenta que ha caído al *gran público* y a la mayor parte de la crítica, como *Voluntad* (que he leído y he visto), en el juicio que mereció a muchos escritores, demuestra que los que pedían la jubilación de Galdós, en cuanto dramaturgo, tendrán que esperar mucho tiempo la vacante.

Pérez Galdós acaba de pasarse en triunfo por *León*, en viaje que recuerda aquellos gloriosos de Juan Pablo por Alemania. A *Dona Perfecta*, principalmente, debe la ocasión de este merecido premio. No se lo voy a amigo de *Voluntad*, pero sí de la apatía dramática de su autor, en la cual creí desde el primer día, desde *Realidad*, un mejor drama hasta ahora, si no le aventaja *Dona Perfecta*, que no conozco. Los triunfos innegables, plácidos de Galdós, por su teatro, me llenan de alegría, porque veo en ellos vencedoras más ideas y más tendencias.

Sin embargo, aparte el buen éxito de *Dona Perfecta*, en esta temporada no han sido los que yo tengo por autores de más enjundia ar-

tística, de más pensamiento y fuerza, los que han triunfado. Echegaray, el primero de todos, ganó aplausos con *El Botarate* (del que no sé nada), pero la crítica discutió mucho el drama, y el público no lo saboreó como otros del poeta favorito. Yo, es claro que ignoro el público y crítica, como tantas veces, no han sido justos con Echegaray. Sea como quiera, por este lado no hay miedo: la gloria enseguida el teatro de Echegaray ya es un tesoro de nuestro Parnaso. No creo que este autor decaiga, ni se llame ni amanece; si cree que por motivos pasajeros busca piedad de pie forzado y electos seguros. Y, si mi ver, más valía luchar, y para muchos sucumbir, como en *Mar sin orillas*. La última noche (del epílogo) que ven en esta la tinea, como en *Mancha que limpia*.

Echegaray, algo retraído de la novedad reciente, por el injustísimo mal éxito de *Hijo de Don Juan*, parece ahora así como algo desorientado, en punto a propósito talísmo. Pero aún tiene mucha avia la gloriosa rala del genio para mandarla a las puntas de las ramas a producir hojas, flores y frutos.

Si algo decaían que los caudillos ciertos no fueran esta vez los más aclamados vencedores, debe agradecerse, en cambio, a dios Apolo que hayan sucumbido, desde luego, en la lid, los representantes de artífices antiquitales, unos con mérito personal, pero pésima

tendencia, otros sin mérito, ni más que loca fortuna, que ya volvió la rueda.

Han vencido, principalmente, los *numeros* y en cierto sentido los modestos. No hablo de modestia personal, íntima, sino mostrada en el intento; y eso que, respecto de Feliú y Gollina, a quien conozco mejor que a otros, casi me atrevería a decir que la modestia le llega al alma.

Al decir que son nuevos los respectivos autores de *Juan José* y *María del Carmen*, no quiero significar que ellos representen un nuevo tipo que yo creo mejor para el cambio oportuno de algunos elementos del teatro; pero aun en tal sentido, en las condiciones externas a lo menos, hay algo que aprovechar, principalmente en la tendencia plástica y descriptiva del regionalismo teatral de Feliú (aunque, como dice bien el Sr. Baeza), el artículo de *El Liberal* sobre este asunto vale mucho menos que *María del Carmen*.

En *Juan José* es de apreciar, por lo que respecta a la buena tendencia, la verdad de la observación de ciertos pormenores psicológicos, filológicos, de costumbres y de pintura de interiores. Pero en esta obra la causa del gran entusiasmo como que en todas partes fue recibida no hay que buscarla en nada que tocara nada que ver con lo que yo considero inmediatamente el desideratum del cambio escénico. El triunfo de *Juan José* es *verus jux* como dicen los franceses, lo cual no quiere decir que sea, en todo y por todo, *juego prohibido*. Yo no puedo aquí extenderme, ni es mi objeto ese, acerca del mérito intrínseco de tal drama, habría mucho que hablar para no ser intus con el autor ni con el arte. Solo diré, en resumen que *Juan José* es a mi ver superior, con mucho, a todo el trabajo anterior de Dicenta; que yo no lo creo drama de tesis ni cosa por el estilo, porque en tal sentido sería absurdo; que tiene algunos méritos positivos, y no de los más soborados generalmente; que, a pesar de todo, por ahí no se va a ninguna parte en que no hayamos estado muchas veces, que el éxito de *Juan José* es algo semejante al que obtuvo la *Presonaria* de Cano, pero será más duradero por los elementos de naturalidad y pasión verdaderos. Pasará tiempo, y cuando ya el público se haya olvidado de que le han llegado a aburrir con tanto muchacho de temperamento impulsivo, fiero y fiero y sanguinario por estos y otros primidos, volverá a ver con gusto *Juan José*, aunque ya lo verá sin entusiasmo.

Y *María del Carmen* es, para mí, la mejor obra de Feliú y Colling, que desde *La Dolores* viene progresando. Con una salvedad: el final de *María del Carmen* es el mejor de Feliú. En lo más ya la superaba *Miel de la Alcarria*, hermosa y poética invención... y funesto caudal en su salida. De la forma no hay que hablar; quiero decir la del lenguaje. Los versos de *La Dolores* son malos casi siempre, falsos, rápidos, premiosos, excepción hecha del final, en que lió bien todo. La prosa de *Miel de la Alcarria* y de *María del Carmen* es natural, poética, sencilla, aunque no sea siempre lo que yo deseo para el teatro del porvenir.

Mou verre 'n'est pas grand, mais je bois dans dillo Alfredo Muxet de sus poetas: esto puede decir Feliú de *María del Carmen*; no se descubre desde ella nada... más que una bella perspectiva dramática, poética, sentimental del modo más legítimo. Y estos algo. Y es suyo. Adelante.

La crítica impresionista algo se ha enmendado este año. Se ha disparado menos que en temporadas anteriores. Ha habido actos de imparcialidad y justicia. En el personal ha habido cambios provechosos. Ha vez de *Seda*, que *jugaba* con la melancolía de un Minot, el alegre, elegante escritor Cavia, más leído y más sesudo (repito con licencia del ordinario) que muchos Sarcey de carrera lata de los de paraca. A última hora, en vez de Arimón un... que me parece muy listo. En vez de Pirracas, un X que no es igual a cero, por el contrario. Y en *La Justicia* una vacante por indolencia de Don Cualquiera. ¡Ah! y en *La Epoca* Shaw, muy sincero y leal a la justicia, y tomando en serio la gramática y el arte. Y aquí úbrech, valiente, como siempre, del a sus opiniones, sin insultar a Plato anticu.

El que salió peor librado fue Ibsen. Pero como es posible que no tenga la culpa él, aunque yo no puedo afirmar, no desepere de que el público español llegase a entender mejor al poeta del Norte.

Pero aunque no se logre esto, no se crea que deben desanimarse los *reformistas*; basta puede ofrecer inconvenientes en España, no *por unipso*, sino por *sipentialismo*, y por sus ideas particulares.

En la temporada próxima acaso veamos algo de alemanes modernos, v. gr.: *La Magist*, en español verdadero, y no en francés que la mayor parte del público no entiendo.

Ramos Carriá, en el *Bigote rubio*, nos ha dado la última novedad de lo discreto, alegre, natural y elegante. Vital Aza en *La Traición* (que sólo he leído; no la he visto montada), como antes en *Zoragotea* y *La Rebelión*, tiene, con buen acuerdo, a la gracia descriptiva, platorasca, que acerca la comedia festiva al idilio, como lo entendían los maestros griegos, ilareadas y el autor inmortal de *Los Siracusanos*...

Élcetra, etc., etc.

CLARIN.

PALIQUE

La Época anunciaba... ya hace tiempo, por cierto que *me chocó* la publicación de un folleto muy interesante, y que había de hacer mucho ruido, en el cual folleto se ponía como hoja de peregril—peregril místico, pero peregril—á los P.P. de la Compañía de Jesús.

¡Sí; eh? Pues eso ya sé yo en qué para. En que le quiten otra vez la cátedra á don Odón de Buen.

Pero *La Época*, ¿cómo anuncia esas cosas? ¡A su edad, hecha una *Voltairita*! ¡Un libro contra los jesuitas! ¡Jesús!... Por lo menos: ¡Jesu...ital!

Pero no es eso lo peor. Sino lo que sigue. Añadía *La Época* que, si bien el folleto saldría anónimo, los amantes de la literatura adivinarían de hijo, por el lenguaje, al autor, que era el P. Mir.

Pero qué, ¿tan mal escrito está el folleto? ¡Porque no nos ha dejado *La Época* adivinarlo!

Sin embargo. Podíamos equivocarnos. ¡Hay tantos Zedas!

En cuanto á lo que tiene de reclamo el *notición* de *La Época*, no deja, por la forma, de ofrecer cierta novedad... tratándose de literatura.

Las pastillas del doctor Ayer, y cierto género de lencería, ya se han anunciado así.

El mejor día nos anuncia *La Época* la publicación de un poema de Escobar ó de una *Campana* de Cánovas, por medio de un acertijo, jeroglífico, fuga de concejales ó salto del caballo.

Mas... *entrando en el fondo de la cuestión, hubinam gentium sumus?* El mundo se desquicia. ¡Un folleto, ó *panfleto*, que diría Blasco, ó *quodlibeto*, que diría Carvajal, escrito contra los jesuitas... por un sacerdote católico!

¿Es que quiere el P. Mir eclipsar las *Provinciales* de Pascal?

¿O es sencillamente que él, que tanto sabe de imitar á los capellanes extranjeros, quiere imitar á los frailes más ó menos capuchinos que ahora andan tirándose los bonetes y los silogismos á la cabeza por esas revistas católicas de Francia?

Esto debe de ser.

Un dominico les dice á los jesuitas en una revista francesa (*La revue thomiste*): "Mis Reverendos Hermanos en Dios y mis Padres en Sátira, dejadme recordaros que la paz ha sido turbada por vosotros hace años ya, en vuestros libros y revistas, particularmente en los *Estudios religiosos* que habeis comenzado para atacar á la orden de Santo Domingo..."

Por lo visto, más que de un odio inveterado del P. Mir á la Compañía de Jesús... se trata de una mala voluntad traducida.

Más vale así. Porque yo no creo que Dios castigue la ira *vertida* del francés.

Lo consultaré con el P. Mir de mi pueblo.

Pero tiéntese la ropa, el balandrán, el P. Mir... ¡mire á lo que se expone metiéndose con los jesuitas...

No; ya sé yo que no se expone á que le quiten los garbanzos. A eso se exponería D. Odón de Buen, si él fuese el autor del folleto.

A lo que se expone el P. Mir es á que el Padre Coloma escriba otras *Pequeñeces* con *clave* y todo, en que el P. Mir salga disfrazado de *Currito Albornos*.

¡Ah! Dejemos á estos *clérigos picados* que se entregan á las disputas de los presbíteros con motivo de la prueba de Dios, de San Anselmo, ó de unas medias annatas, y contemplemos la descarriada vida... de doña Emilia Pardo Bazán, que huyendo del mundanal ruido y las polémicas literarias, se dedica á la *novela* larga y tendida y escribe...

Adán y Eva.

(ciclo)

¡Ciclo! Está muy bien; *kuklos* en griego. Muy bien. Pero doña Emilia debía seguir dándole á Grecia lo que es de Grecia y á Dios lo que es de Dios.

Digo esto, porque, entrando en el *ciclo*, leo que, según doña Emilia "Los *romanos*, para hacer aborrecible la embriaguez á los jóvenes, emborrachaban á un *ilota*... & &.

Ilota... *romanos*... el borracho modelo...

No me suena.

O mucho ha adelantado la crítica histórica desde que yo iba al Instituto, ó eso del borracho *ilota* debía decirselo doña Emilia á los griegos. Era uso de los lacedemonios.

Pero en fin si lo de *ilota* de los *romanos* está mal, lo de *ciclo* está bien. Ciclo, de *o kuklos*. ¡Muy bien!

CLARIN.

396 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1.978, 9 abril, 1896.

PALIQUE

Fe de erratas.

En mi último Palique me hacen escribir *ubiam* con b.

Hes verdad que *hes* hablando del Padre Mir, que con sus *harmonias* hace de la h una *hepimidia*.

También, donde yo dije *descasada*, leo *descarriada*; y como hablo de la vida de una ilustre dama, me apresuro á rectificar. No cree que ninguna persona decente haya dejado de salvar por su cuenta la errata.

Lo de la h de *ubiam* es una espina que me ha clavado un cajista, tal vez sin intención. Yo tengo mala letra; pero qué letra nia puede parecer una h y una u! Yo ruego al lector que en adelante, y hasta prueba en contrario, me suponga, en español y en latín, la ortografía de la culpa *levisima*, esto es, la de un ditiñentísimo padre de familia.

Procopio.

(Enoncha, Procopio).

La milo de Aniceta.

Zeda, aquel Zeda que *decla per gurgile vasio*, escribe en *La Epoca* que "el séptimo sacramento hace ahora *estragos* en el teatro."

¡Un sacramento haciendo estragos... y en el teatro!

Pero *La Epoca*, ¿ha dejado la religión de sus mayores? ¡Y Casa-la Iglesia!

Un *sacramento*... haciendo *estragos*...

¿No tiene censor eclesiástico *La Epoca*?

Y el Sr. Zeda, ¿no tiene diccionario?

Y en el mismo artículo en que eso dice, asegura Zeda también que Justiniano es el autor del *Digesto*.

En el *Digesto* de que es autor Justiniano debió de haber estudiado Zeda aquello de *abii-testato* como sinónimo de sin heredero.

397 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1987, 18 abril, 1896.

Venga usted, acá, señor Zeda; venga usted acá y entérese. Autor de un libro es el que lo escribe, el que lo hace; me parece. Pues Justiniano ni una sola palabra escribió en el *Digesto*. El *Digesto* es copia, no extracto, de multitud de libros de Derecho, de los que se tomaba lo que creía oportuno la comisión (sin Pando y Valle) encargada de este trabajo; comisión que presidía Triboniano. Los pocos textos (ahora se ha descubierto que son muy pocos) que están algo cambiados, por nueva redacción, se llaman *Emblematas Tribonianas*. Pero Justiniano... ni olerlo. — A nadie se le ocurre decir, para hablar de Napoleón: "El autor del Código Napoleónico." Y, á lo menos, Napoleón se mezclaba en las discusiones de la comisión; y ésta trabajaba de nuevo, por cuenta propia.

Esta lección podía dársele á Zeda un estudiante de primer año de Leyes.

Y yo no se la daría, si él no quisiera medrar en la crítica, precisamente por sabio. Porque en rigor, ¿qué hay de Arimón á Zeda? *L'espace d'un...* Procopio.

Vamos á Procopio. Asegura Zeda que Procopio nos dice esto y lo otro. Vamos, que parece que lo ha leído. Y en seguida, dice que Justiniano (que era el autor del *Digesto*) *deba de ser un señor muy serio*.

Claro; como escribía *Digestos*... era un Cortina ó un Alonso Martínez, bizantino.

Pero ¿no dice Zeda que leyó á Procopio?

Pues si leyó á Procopio ¿no leyó lo que éste dice de las bromas y extravagancias de Justiniano?

Justiniano era un *disidente*, un carácter complejo, como ahora declamos; lleno de contradicciones, suspicaz, supersticioso... alegre y triste, según el humor; uno de esos que llama locos Max Nordau, sin encomendarse á Dios ni al diablo.

¿Tiene gracia hablar de la lectura de Procopio y decir en seguida que Justiniano *deba de ser un señor muy serio*!

¿Que ha leído de Procopio Zeda? ¿*Las historias*? Pues allí no se dicen de Teodora esas cosas que Zeda nos asegura que leyó en Procopio. En el tratado de los *Edictos* tampoco se cuentan las aventuras de Teodora. Sin duda Zeda se refiere al libro *Anecdota*... Pero en esta obra, escrita para desahogar con la sátira y la murmuración escandalosa la ira contenida del cortesano, que cree mal pagadas sus adulaciones, Procopio maltrata á Justiniano más que á Teodora; le pinta hipócrita, extravagante, y hasta le confunde con el diablo que ocupa á veces el trono en vez del Emperador; y, mientras los palaciegos creen ver á Justiniano, los anacoretas ven al demonio.

¿Solo me molesta el pensar, dice Procopio, que en la vida de Justiniano y de Teodora tengo que referir cosas que la posteridad admitirá difícilmente, y se creerá que son fábulas...

¡Y guiándose por la lectura de Procopio en las *Anecdotas*, dice Zeda que Justiniano *debió de ser un señor muy serio*!

¿A que no leyó Zeda á Procopio?

Pero sí, á lo menos, hubiera leído á Thierry, en éste hubiera podido ver una hermosísima *semblanza* del... autor del *Digesto*, como Zeda dice; *semblanza* en la cual Thierry, que leyó á Procopio, y á otros muchos, sin creer al secretario de Belisario al pie de la letra, recompone el carácter de Justiniano; y resulta que no era un señor *muy serio*, autor de Colecciones legislativas de 50 libros; sino un bizantino de muchas conchas, complicadísimo, digno de una novela histórica de Rosny, y no menos *cómico* que la señora doña Teodora.

Y ahí tiene Zeda otra lección que no se le hubiera dado si él no se metiera en Procopios de once varas.

De Procopio déjele usted hablar ó cantar á Rosell en *La salsa de Aniceta*.

Escucha, Procopio, etc., etc.

Créame Zeda: hay críticos eruditos que hacen *más estragos en el teatro* que el séptimo sacramento.

CLARIN.

PALIQUE

Para alusiones.

Mi querido Cavia: ya sabe usted por qué no he recogido antes sus benevolencias alusiones; he pasado el período electoral padeciendo bajo el poder del *trancaso*, como si yo fuese un elector de los que creen en la evolución. No; yo opino que se acabó la evolución y se acabó la paciencia. Pero mi *trancaso* no fue cosa del Gobierno, sino de la naturaleza, de la madre naturaleza. El gobernador y sus delegados no han necesitado pegarme a mí ni pegar a ningún elector soberano de oposición, porque aquí hemos fabricado catorce (creo que catorce) diputados como catorce libras de chocolate. Ha sido una elección como la pólvora sin humo, porque ni siquiera ha habido que quemar las papeletas después del escrutinio. No hubo papeletas. No hubo más que banquetes para los interventores ministeriales, que antes de medio día ya andaban por las calles preguntando dónde se guisaba. Se dice que con las candidaturas se repartía el *menú del gaudium*.

Estas elecciones *phantasmagóricas*, como todas de Camacho, tienen la ventaja de que, si no son reflejo de la voluntad nacional, por lo menos no exigen derramamiento de sangre, a no ser de animales, destinados de todas suertes al sacrificio. Y, además, bueno es que haya quien coma. Aquí ya no se dan *pucheros*; se dan *principios* y *desiertos* variados, como traducía un interventor. Yo no sé si D. Emilio Castelar seguirá creyendo que hemos traído a las leyes el sufragio universal; lo que hemos traído ha sido la cocina económica. Un hombre un voto, no; un hombre un plato.

En fin, yo no comí, ni voté; pero tampoco me pegaron un tiro, ni me llevaron preso por empeñarme en que yo era yo y no el píllo que madrugó más y votó por mí. Aquí nadie vota ni por sí ni por otros. Los diputados salen de la urna como Minerva de la cabeza de Júpiter, aunque sea muy mala comparación.

Y vamos a lo nuestro. Gracias por todo. Pero no es este *locus* para hablar de las inmerecidas alabanzas que le debo, etc., etc. Trataré sólo de las elecciones de carácter público. Quiere usted que vaya a ver a Novelli, y me incita para que vaya a tributar a Pereda el homenaje de admiración que tanto merece. Con mil amores. Respecto de lo último no necesito decirle si para mí será gran pena estar ausente cuando se celebre una fiesta que fui el primero en solicitar. Pero parece que está de Dios que yo no haya de entrar nunca en la tierra prometida (aunque sea mala comparación, como la de Minerva y los diputados). Recuerde usted que cuando la gran fiesta en honor de Galdós, yo, que tuve también el placer de iniciar la idea y ofrecerla a ustedes... tuve que contentarme con recibir noticias desde Zaragoza, cuando se realizó tan hermosa manifestación pública.

El ver a Novelli sería para mí una verdadera delicia; admiro al gran actor desde la primera vez que vino a Madrid, sin fama universal todavía, trabajando casi exclusivamente en papeles cómicos, generalmente de viejo (y era tan joven!).—Este hombre—pensé ya entonces, y dije y escribí—es el mejor cómico, el de más *arte* que he visto. Y, en efecto, después resultó que era... Novelli, el Novelli de ahora.

Con que ya ve usted con qué gusto iría a aplaudirle

Pero, ¿y la *residencia*? En esto, mi cargo es como el del obispo: exige *residencia*. Ya sé yo que hay profesores—y también prelados—que andan de la ceca a la meca; pero, hijo, es que hay bulas para difuntos, y los difuntos tienen que ser de los que votan por el Gobierno.

Si yo saliera del *casco de la población*, es probable que me volvieran al lugar de mi destino de justicia en justicia.

Sin embargo, no pierdo en absoluto la esperanza de ver a Novelli; pero ha de ser a condición de que él alargue la temporada así... como unos veinte años. Si para 1916 Novelli está en la Comedia todavía, tengo una probabilidad... de lo por 100, de poder verle y verle sin faltar a la ley. Verá usted. Yo estaba nombrado juez de unas oposiciones a una cátedra de la Universidad de Santiago desde el año de 1896. Parecía natural que después de diez años de pensarlo el Gobierno, las oposiciones se verificasen al fin. Pues al fin... lo que se hizo fue completar el tribunal y volver a convocar a los opositores. ¡Jueces y opositores habían muerto; no todos, pero algunos.

Otros habíamos pasado, en la segunda convocatoria, de la edad de las ilusiones; no creíamos ya en la realidad de la oposición. Opositor había que ya era catedrático de otra cosa a obispo. A otros la convocatoria les había parecido, desde la tumba fría, la trompeta del Juicio Final. Bueno, pues... ahora resulta que no hay nada de lo dicho. El tribunal se ha vuelto a completar, después de *descompletarlo*, y a mí me han dado uera, sin duda por indigotado, ó por liberal a lo menos. No me quejo. *Fiat jus...* y rueda la bola.

Mas como Dios aprieta, pero no ahoga, ahora resulta, según he leído en los papeles, que me han nombrado *suplente* de otro tribunal para una cátedra de Derecho natural de no sé dónde.

Por de pronto fíjese usted en esta carrera loca: primero juez efectivo, *vocal...* ahora *suplente...* *consonante*. De modo que si antes gustamos de ir a casa para acabar por descomponer un tribunal, bien puedo suponer que, si tengo suerte, y por coiripa, sobrevivo a los vocales a quienes puedo sustituir, a alguno de ellos por lo menos, acaso, acaso allá dentro de veinte años tendré ocasión de ir a aplaudir a Novelli y de canino celebrar la nueva vecindad de Pereda. No, y las oposiciones serán largas, durarán muchos días, porque probablemente se presentarán muchos opositores (aun suponiendo) muertos de puro viejos (el 50 por 100). Ya sabe usted, que según los romanos, *derecho natural* es *"quod natura omnia animalia docuit"*, el que la naturaleza enseñó a todos los animales.

De modo que, entre lo que les enseñó la naturaleza, y la *eremática* parda que sabe todo metiza, y un poco de influencia con Pidal y de más reaccionarios influyentes, fíjese usted si habré docenas de doctores en ambos idiomas que aspirarán a ser Hugo Grocios con 3.500 pesetas al año.

Ya lo sabe usted; dígame a Novelli que espere veinte años; que, si hay a quien supir, voy. Y acaso vaya antes si todos nos convencemos de que la evolución ya no tiene cuerda. Soy admirador y amigo,

CLARIN.

398 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 1.991, 22 abril, 1896

Palique.

La prensa sería y la prensa *humorística* han comentado poco el milagro frustrado de la aparición de la Virgen en la región de las tejas.

Y es que la prensa sería, ó está vendida á los billetes de banco de la reacción (porque oro, ni la reacción lo tiene), ó está muy ocupada en conseguir que Maceo no pase la trocha, á fuerza de cable (i) (gamas) ó sea cosas escritas con un cable, que eso significa la absurda palabreja) y á fuerza de artículos de fondo, insosdables.

En cuanto á la prensa festiva, se ha dedicado á la fotografía instantánea, y no hace más que sacar vistas de obispos, Cristos, ingenios destruidos, toreros derrotados y cómicos sin contrata.

La sátira en nuestro tiempo y en nuestro país se funda en aquello de que «no es posible inventar nada peor que los hechos» y no hace más que *sorprender la realidad*, por medio de máquinas instantáneas, y darnos en toda su desnudez, horrible ó de buen ver, la *vera effigies* de un atraco, una procesión, un discurso *visto pronunciar*, un descarrilamiento ó una velada literaria.

Pero si aquí se reflexionara un poco, se hubiera comentado mucho más el milagro, que por poco *resulta* la otra noche en medio de Madrid.

Si en vez de aparecerse la Virgen en un tejado, lugar que para los sindicatos místico-económicos ofrece grandes dificultades, porque exige grandes gastos en una empresa de vía funicular, se hubiera aparecido *en el filo de una flecha*, aunque fuera de vecindad, puede que el milagro hubiese prosperado, y con él algunas *hormigas* *que dan ova*, de las que más piadosamente saben barrer *para dentro*.

El gobernador Lambu en Santo Tomas, apóstol, se puso á *mantenbrar en lo insaciable, á paspar el misterio*... y claro, ante tanta prosa (que bastan con borlas) no cuajó en la realidad el místico anhelo del *populacho* torero y pio; y lo que debía ser nimbo *casteja*, resultó *chimensa*.

Y lo que diría la autoridad eclesiástica: *non oportet*, tener un nuevo venero de portentos con tantas escuelas por medio. Además, *demás arriba*, ya todo es teología.

Pero si no hubo milagro, hubo una cosa muy natural: que

399 Madrid Cómico (Madrid), n. 690, 9 mayo, 1896.

el árbol dió el fruto propio de su especie. Se quiere que el pueblo español vuelva á la Edad Media, y vuelve. Entre todos los reaccionarios de la patria, y son muchos, están haciendo una *opera nacional* con trajes del siglo XIII, y el pueblo soberano se va naturalmente á los coros.

Claustros, más ó menos plenos, que se quieren comer crudo á un profesor porque dice lo que todos los naturalistas dicen en Europa, y porque cree que el mundo tiene más años de los que le echa el P. Petavio; obispos que, llenos de patriotismo, *medieval* también, se meten como el célebre prelado de las *Naves* con el estandarte y la cruz por la morisma adelante, aquí maniguis; gobiernos que porque no llueve... porque no puede llover hasta que haya qui, opinan que sacado á relucir los restos de San Ildro Labrador, se cambiarán las leyes meteorológicas y la rosa de los vientos, son las partes principales de esta ópera de espectáculo, nacional y reaccionaria como ella sola, en que la plebe se pone á ver visiones á su manera. Tanto motivo hay para creer que lo que al gobernador le parecía *chimensa* era María Santísima, como para esperar que Eolo sopla de determinada manera y lleve ó traiga vientos y chubascos á gusto de un ministerio pseudo-beato.

¿Qué tiene de particular que la plebe vea imágenes celestiales en las regiones de Zapasquila y Marramaquili, cuando la *sancta Epoca* escribe lo siguiente?

«Es espectáculo magnífico ver á la Iglesia *capitanando* (!) los valerosos elementos de que la patria puede disponer para la defensa del territorio.»

¡La Iglesia capitana... general!

De modo que La *Epoca* piensa que los obispos deben ir mandando los batallones de voluntarios.

¿Como cuántos versículos del Evangelio cree La *Epoca* que prohíben á la Iglesia *capitanar* batallones?

(No sabe La *Epoca* de ninguno)

Según La *Epoca*, el ejército español no debe dividirse en cuerpos de ejército, sino en arzobispados. Don Quijote no sabía qué hacer, si ser emperador ó arzobispo andante. Temía Sancho que se hiciera arzobispo; pero, según La *Epoca*, no debía temer, porque, con mitra y todo, podría ganar el Manchego insignes imperios é insulas, á punta de lanza.

Lo que hace falta es que Weyler se vuelva y que vaya en su lugar el arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá, Sr. Cos, mi amigo, que ya conoce aquello, porque fué arzobispo de Santiago de Cuba.

Como buen católico, Cos será enemigo de las reformas, cosa de luteranos. Y la *leñidad* de que tanto hablan los cánones, que la parta un rayo.

Oiga La *Epoca*: la Iglesia prohíbe á los sacerdotes cazar, por que no se machen con sangre ni aun de animales.

¡No cree que con más razón prohibirá á los sacerdotes *capitanar* batallones, que hasta será católico en muchos casos?

Sepa distinguir La *Rosca* y poner la pluma; porque un gerundio mal puesto (*capitanando*) equivale á veces á tirar de la manta... y hacer al público fijarse en lo que no quería ver.

Y si no... que diga el Papa si Cristo vino al mundo para que los sucesores de los apóstoles hicieran por la integridad de España lo que muy honradamente pueden hacer otros, que no tienen tan estrecho compromiso de no dar al prójimo contra una esquina.

¡Oh! si los clérigos pudieran ser soldados, no ya capitanes, qué batallones de seminaristas y capellanes sueltos y rollizos se debían mandar á Cuba!

Y ahora verán ustedes á La *Epoca*, arrepentida, tal vez, de ver á la Iglesia en *sangre lila*, decir, en el mismo número del *capitanando*, lo siguiente:

«El *Río de Rosas*, é sea el Santo Rosario, por una asociada al Rosario purpúreo. La autora es un alma piadosa, llena de unción y amor divino. Cuantas personas guardan en su corazón el tesoro de la fe católica deben leer el *Río de Rosas*.»

¡Pues apenas *bien venta La Epoca*! ¡Quiere que lean el río ese todos los católicos, que pesan do docientos millones!

Si logra La *Epoca* su intento, ese río sí que será el de *mayor circulación*.

Conque ya lo ven ustedes: *río de rosas* (rosario, ¡bonito juego de palabras!) para los católicos... y para la Iglesia... un río de sangre.

Y fíjense ustedes en la tranquilidad con que da el *hombo La Epoca*: «llena de unción y amor divino». Abies nada, Santidad pura. Y La *Epoca* lo dice como pudiera decir: la *distinguida* Santa Teresa...

Primero se coge á un hipócrita que á un cojo. Y al mismo tiempo que á un embustero.

Clarín.

PALIQUE

Mentre los graves males que trae consigo la sequía se puede contar, aunque no sea de los más funestos, la serie de adelantos que se le ocurren a *La Epoca*, en colaboración con Z. y con Cánovas, para lamentar el hecho positivo de que no llueve. Por cierto que después de decir eso, que no llueve, *La Epoca* añade que hay que acudir a poner remedio á mal tan grave. Eso es como decirle al país y al Gobierno: "Vayan ustedes á mandar llover."

Cometiendo un barbarismo, se puede decir que Cánovas, que es el que hace aquí la lluvia y el buen tiempo, es el único que podrá poner ese remedio que *La Epoca* solicita. A no ser que crea el colega que el imprimir muchos disparates, así como quien cumple un voto, equivale á unas rogativas.

El Sr. Zeda, con motivo de la falta de agua, se encara con los poemas del siglo XIII y los llama bárbaros, así en montón. ¡Pobre Dante, que escribió en el siglo XIII los siete primeros cantos de su *Commedia*! La cual, por su espíritu, por su contenido, por el objeto que la inspira y la época de que es la epopeya, es en rigor el gran poema del siglo XIII, aunque se haya dado al público ya entrado el siglo XIV.

La Italia mística y política del siglo XIII es la Italia del Dante, y por eso los historiadores, v. gr. Gebhart, estudian á Dante al estudiar las grandes figuras del siglo de San Francisco. —Pero al Sr. Zeda le gusta ser original; y por eso sin duda nos decía que la pasión y muerte de Cristo no son asunto dramático. Y eso que todos hablamos del *Drama del Calvario* y tanto han escrito para la escena sobre este asunto muchos poetas. Pero dejemos á Zeda, y vamos á la época seca y anónima.

Unas á otras no se dan punto de reposo las malas nuevas. Una mala nueva reposando, es una imagen demasiado atrevida. Y en cuanto de unas á otras me hace tanta gracia como aquel "del Toboso le hacía á D. Quijote."

La sequía esterilizandolas rudas faenas agrícolas. No hay que calumniar á nadie; ni á la sequía. Las faenas no pueden ser esterilizadas; y la sequía no esteriliza. El campo que no produce porque no llueve, no por eso es estéril. A Dios gracias. Mire *La Epoca* como escribe, y no asuste á la gente.

Ahora habla Cánovas, á quien copia *La Epoca* como á una Casandra... "labor de mulas indispensable por la distancia enorme de los pueblos á las lúncas, recorriendo, para ir y venir vastas llanuras sin agua." Triste es eso; y triste es que un académico no sepa guardar los gerundios para mejor ocasión.

Pero... dirá algún lector de *La Epoca*, que además lea el *Heraldo* para enterarse mejor, ¡qué frívolo es este Clarín! ¡pues no se mete á corregirle la sintaxis á Cánovas cuando tanta falta hace el esfuerzo de todos... para combatir la sequía!

Si por decir yo que Cánovas sabe donde tiene los gerundios y la mano derecha (que es Romero), lloviese medio cuartillo de agua, diría que D. Antonio era un Brocense ó un Nebrija. Pero si de todas suertes no ha de llover hasta que Dios quiera, ¡qué mal hay en que yo distraiga mis penas con estas cuchufletas!

Después habla Cánovas, según *La Epoca*, de "la intrínseca escasez de capitales consagrados á la agricultura... Con que esa escasez es... intrínseca. ¡Malol! ¡Malol! Ya lo sabes, lector; cuando te fulte una peseta, si es de un modo intrínseco, date por perdido.

Y vuelve *La Epoca* á desbaratar por cuenta propia: "... el quebranto de la agricultura producirá no pocos quebrantos en las demás clases sociales."

Pero la agricultura, ¿es una clase social? "Quizá el mayor quebranto" sea la propagación de las ideas disolventes."

Pero las ideas disolventes serán un... duelo, no serán un quebranto.

De modo que *La Epoca* pide "agua, Dios, y venga Mayo", para que no levanten cabeza los socialistas.

¡Bonita teoría sociológico-naturalista! "El individualismo es de regalo y el socialismo de secano."

Y sigue *La Epoca*: "A medida que se va debilitando la creencia en una vida superior..."

Pero, ¡qué es eso? ¡Porque no llueve, ya no cree usted en el cielo!

Después dice *La Epoca* que el espíritu antirreligioso y de protesta brota de la cabeza de los más grandes pensadores de Europa.

¡Qué atrocidad!

¡Cree *La Epoca* que los anarquistas ateos y revolucionarios cuentan con los más grandes pensadores de Europa? ¡Y esto lo escribe el periódico de Valdeiglesias en el artículo de fondo!

Después, volviendo al seno de la naturaleza, habla el articulista de la *atmósfera crepuscular*. ¡Cree ese Carlos Marx canovista que al llegar el crepúsculo cambiamos de atmósfera?

Cráame *La Epoca*; no traduzca á Ibsen, porque todo se pega menos la hermosura.

Mete en la redacción chicos ibsenianos y le resulta eso; que cobran como canovistas, pero escriben como revolucionarios; particularmente como anarquistas de la lógica y de la gramática.

CLARÍN.

PALIQUE

He observado que en la decadencia de los periódicos hay etapas, grados ó como ustedes quieran decirlo. Se empieza por olvidar la diálecica, se pasa á menoscabar la analogía y la sintaxis, y por fin se llega á la anarquía ortográfica. En papeles de mi pueblo he notado esta fatal caída en el abismo: un día se prescinde de la lógica, á poco se escribe aquello de *se precisa* hacer tal cosa, después se llega al exhuberante y exhorbitante, con h en el hueco.

La Epoca ya ha llegado en su caída al *circulo infernal* de la ortografía arbitraria.

En el artículo de fondo del número 16.496, tres ó más veces habla del excepticismo del HERALDO y de *El Imparcial*, y habla también de la expectación general.

Por lo visto cree *La Epoca* que escéptico viene de excepto ó de excepción.

Aunque también puede suceder que el excepticismo de que habla *La Epoca* sea diferente del que todos conocemos, porque varias veces lo nace sinónimo de pesimismo. Y son cosas muy distintas.

Lo que resulta de todo esto, es que los conservadores, que tanto dinero, suyo y del Estado derrochan en tantas cosas, no tienen ahorros suficientes que dedicar á sus *órganos* á fin de que los escriban personas que, por lo menos, dejen las X para sazón oportuna. Fíjense son para *La Epoca* las últimas letras del alfabeto: X y Z.

En cambio, en lo que parece un águila es en el inventar cosas halagüeñas para el Júpiter del partido.

Se le ocurre, y verán ustedes con qué fin, hacer una Estadística de los diputados y de las veces que han sido padres de la patria. Y empieza: *diputados que lo son por primera vez* (por cierto que ninguno de ellos figura en las *Vidas de Plutarco*); y sigue así, hasta llegar á *los diputados que lo son por décima sexta vez*. Y debajo escribe: *Ninguno*.

Pero, hombre; ya que haga usted á *Ninguno* diputado, y nada menos que por décima sexta vez, hágale usted un diputado solo, no diputados.

Pero yo creo que esta concordancia vizcaína de *La Epoca* es simbólica. En efecto, *Ninguno*, ó lo que es lo mismo, cero, nadie, está haciendo diputado hace muchísimas legislaturas; y no es sólo un cero, son muchos, muchísimos. ¿Cuántos *ningunos* habrá entre esos señores desconocidos que *lo son por primera vez*?

Mas la intención de *La Epoca* no para aquí.

Y ahora entra el arte del escritor, que no ha querido limar ó romper las esperanzas cortesanías.

Castelar es diputado por décima cuarta vez. Romero Robledo por décima quinta vez... Pero falta Júpiter y ese... hay que colocarle aparte, separado por la *nada* de los mortales; y por eso viene lo de *diputados que lo son* (que no lo son, que no lo es debía decir) *por décimasexta vez*; Ninguno; para que, solo, en el trono del Empíreo, brille Cánovas.

Diputados que lo son por décima séptima vez: D. Antonio Cánovas.

Es decir, entre Cánovas y los demás, el vacío, el espacio desierto: *Ninguno*.

Adviertan ustedes que Cánovas también es *diputados que lo son*.

Claro; como que para *La Epoca* será una especie de Trinidad el Sr. Cánovas.

Con sus cinco ó seis ó siete *naciones*, como dicen los teólogos.

No cabe más refinamiento en el arte á que Rioja, ó Caro, ó quien fuese, aconsejaba á Fabio que renunciase.

Los grandes y merecidos honores consagrados á Zorrilla con motivo de la traslación de sus restos á Valladolid, han despertado una *noble emulación* en una activísima personalidad literaria, poco amiga del difunto. Y esta ilustre persona tiene el proyecto de darse por muerta, para que la *exhumen* también y le levanten un mausoleo en su pueblo.

Solo que esta ilustre persona, más previsora que Zorrilla, pide que ese mausoleo sea para ella sola y no para más *hijos ilustres del país*.

Zorrilla, como está muerto, no puede tomar esas precauciones.

Pero la policía urbana de Valladolid debe cuidar de que, andando el tiempo, no se metan por las rendijas del sarcófago algunas ratas sabias en forma de *ripios ilustres del país*.

¿No lo decía yo? "Precisa ó se precisa" por hace falta, es menester, etc., es dislate gramatical que anuncia ó acompaña la decadencia literaria que llega á la ortografía absurda.

Pues *La Epoca*, en el artículo á que antes me refería, dice al final, hablando *contra* el HERALDO: "Para formular preguntas de esa especie, *precisa* desconocer lo que es la guerra."

¡Pero si el verbo *precisar* no tiene esa acepción más que en los comunicados de los chocolateos!

Precisa que *La Epoca* aprenda el trivio y el cuadrivio, y después hablaremos de la guerra y de la paz.

CLARIN.

401 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.012, 12 mayo, 1896

PALIQUE

Varios corresponsales desconocidos me atisgan y vibran el tiempo, empujados en que me escandalice porque, en un artículo reciente, publicado en *Blanco y Negro*, según creo, doña Emilia Pardo Bazán habla del vuelo de la garduña. Y a todos se les ocurre lo mismo, que ya tiene compañía la *gacela* de Balaguer.

Este incidente me recuerda otro semejante producido por otra afirmación, también atrevida, de la señora Pardo, según la cual las mariposas eran coleópteros o cosa así, en fin, algo que no son, y además tenían élitros.

Entonces, como ahora, la señora Pardo se equivocó, si miramos las cosas desde su punto de vista vulgar.

Pero yo llamo la atención de los que entonces y ahora me dieron cuenta de lo que la ilustre naturalista (en ambos efectos, literario y científico) afirmaba.

En un célebre y popular diccionario de notabilidades contemporáneas, el de Bouillet (última edición), se asegura, como ya tengo copiado en este mismo periódico, que doña Emilia Pardo vulgarizó en España el darwinismo.

Pues bien: si para un Agesiz o para un Quatrefages sería absurdo imaginar que las mariposas tenían élitros y que las garduñas volaban, para una transformista, algo exagerada, para una darwinista... meridional... la cosa no se hace tan cuesta arriba.

Todos sabemos algo de gracias a la señora Pardo, por supuesto) de la selección natural, de la ley de herencia, de la adaptación al medio, de la lunción sugiriendo el órgano etc., etcétera, y... en buen darwinismo... meridional... ¡no podrá suceder que una garduña, tirándola muchas veces al alto, se adapte al medio... y acabe por criar alas! Yo recuerdo ahora, que una vez Fernánfor mató una liebre al vuelo... pero al día siguiente rectificó con mucha gracia. Pero es que Fernánfor cree en la variedad de las especies, y por eso le cortó las alas a la liebre.

Todo es uno y lo mismo; y eso de que la garduña vuele ó no, es cuestión de perspectiva... y de tiempo.

Den una garduña a Sagasta; dénele además el poder y dénele el compromiso de plantear una reforma que no le guste; pues yo respondo de que, para cuando la reforma se lleve a la práctica, la garduña de Sagasta ya vuele.

Sin embargo, y por pura cuestión de oportunismo político y administrativo:

Yo suplico a la señora Pardo que retire su afirmación; relativa al vuelo de ese antipático cuadrúpedo.

Porque después de lo que hemos oído aquí del matute, de los concejales prevaricadores y de tantas y tantas irregularidades, á mi ver, no conviene que todavía se les den alas a las garduñas.

De otra señora son las palabras que van a parecerme mal en lo que resta de palique.

Es decir, según la ficción constitucional y parlamentaria, son de otra señora; pero según la realidad que todos conocemos, no son de esa dama, sino de Cánovas ó de Morlesín ó de cualquier redactor, alto empleado, de *La Epoca*.

Por cierto que, en mi sentir, ya va siendo hora de prescindir de estas ficciones que á na-

die engañan, que no sirven para nada, y que no tienen la disculpa arqueológica de otras ficciones jurídicas, *formas residuales* de antiguo simbolismo, necesario como han demostrado estudios recientes.

Comprendo las acciones *útiles ficticias* del pretor romano, porque servían para algo, para mucho; pero no comprendo por qué se ha de obligar á un monarca á leer, como de su cohecho, un discurso que *legalmente* le dan hecho, según saben todos los súbditos.

La ficción es más inadmisibles por lo inverosímil, cuando, como esta vez, las primeras palabras del texto dan á entender que S. M. está improvisando lo que dice. ¿No es absurdo creer que se vea que cosa tan grave como es el contenido de un discurso que *legalmente* le dan hecho, según saben todos los súbditos. A lo que pueda ocurrírsele improvisando?—Además, también es inverosímil suponer que una señora, de indudable cultura y discreción, escribiera—ó habla, improvisando—tan mal y tan á lo covachuelista, procedente de malos periódicos, como habría que creer si se le atribuyera lo que ha leído ante las Cortes doña María Cristina.

Porque es seguro que esa prosa no es de la Reina, me atrevo yo á censurar el discurso; es materia de responsabilidad ministerial y masculina. Si así no fuera, daría yo pruebas de mal gusto censurando el lenguaje de una dama que no tiene pretensiones de estilo (y estos son otros élitros), y que además no aprendió á hablar en castellano. Evitemos la antiblogía; quiero decir que aprendió el español muchos años después de hablar otra lengua.

Hagan ustedes reina á doña Emilia Pardo Bazán (ya que estuviera no lo querrá ser, porque según ella no hay más que *estudiar* para las hembras); háganla reina y, si la ley no me lo prohíbe, ya verán ustedes si yo critico sus discursos de la Corona (que escribiría ella misma, por supuesto, pese á todo lo parlamentario).

Ahora leo:

“Señores senadores y diputados:

Graves preocupaciones embargan mi ánimo al dirigiros mi voz en este día, con motivo de la apertura de las Cortes. Todos compartís esas preocupaciones, como de seguro las comparte la nación.”

Todo está mal en este día; el estilo es ramplón, las palabras inexactas.

Por de pronto, aquí se ve que el lector habla como orador que improvisa, que se refiere á los fenómenos de conciencia que actualmente va notando en sí propio. La ficción es absurda... y antiparlamentaria; porque todos sabemos, y la ley lo consueñaría (sólo interrumpida por la coilección de Fernando VII) así lo establece, que el discurso de la Corona lo trae el Rey de casa, hecho ya, escrito...

¡Claro, como que lo lee! ¿No es ridículo un discurso leído en que se habla como si se improvisa? Vital Aza acaba de leer una graciosa improvisación de este género, sátira, sin querer, del discurso de la Corona.

Auelante.

Algo más que graves preocupaciones embargan el ánimo de la Reina y de cualquiera en este día. Graves preocupaciones pueden ser cosas placenteras, siendo de asunto importante. Podrá llamarse, por lo incierto del fin, grave preocupación el desconocimiento de la guerra; pero la sangre derramada, la riqueza perdida, bien merece temore que se parezca más al dolor que el de preocupación grave.

“No habréis olvidado aquellos días, en esperanzas tan ricas de Febrero y Marzo...”

Por culpa del hiperbato cursi y de la mala puntuación aquellos días (que no son *en este día*) resultan ricos de Febrero y Marzo...

Ahora un salto.

“Poco tardaron tampoco (!) en hacer público los caudillos...”

Ese tampoco juraría que es de *La Epoca*.

Sólo ella es capaz de decir *tampoco* donde quiera decir también.

V ella fué la que dijo, para decir que una cosa la sorprenda: “No deja de dejar de sorprendernos.” Sin ver que lo que no se deja de dejar... sigue dejando... Ese *tampoco* es de la casa...

Sigue el discurso: “La conducta correcta y amistosa de los Gobiernos.” *Correcto* en castellano no significa eso. Ese *correcto* es inglés puro. Que lo diga la Academia... de la Corona.

“A pesar de los esfuerzos que la opinión consiguió hacer...”

Eso cualquiera lo consigue; el caso es conseguir el objeto para que son esos esfuerzos.

Conseguir hacer esfuerzos es como conseguir desear saber escribir bien y escribir mal. “La constancia y el valor del ejército en Cuba están escribiendo una de las más brillantes páginas...”

Bueno es que se diga que son el valor y la constancia del ejército (¿en qué?), los que están escribiendo esa página.

Porque sino era *La Epoca* capaz de atribuir el escrito eso al P. Mir.

“La Marina, que ha dado cuatro de sus batallones al Ejército, rivaliza con él siempre que sus servicios se reclaman. En el entretanto ocupase mi Gobierno...”

Es decir, que mientras la Marina (que no es del Ejército) da (lo que es de la Nación, de la Marina) cuatro batallones, el Gobierno se ocupa, etc., etc.

¿A qué viene eso “en el entretanto,?”

Pero peor es un “en el interin, que viene antes. ¡En el interin! Basta; la marca de fábrica de *La Epoca*. En el interin, ¿eh? Ya no me cabe duda. El Galdós que escribió este discurso de la Corona fué Alfredo Escobar.

CLARIN.

PALIQUE

Adelantamos que es un gusto.

Si resucitase Pelletan aquí en España, no diría aquello de que el mundo marcha, ¡qué ha de marchar! El mundo... en mi tierra no hace más que patinar sobre la plaza (pietiner sur place), como habrá dicho algún traductor.

Hoy, por ejemplo, discutimos las mismas cosas que en tiempo de Pascal: si los jesuitas están o no dejados de la mano de Dios.

De la de Dios, puede; pero no así de la del Papa.

El P. Mir podrá pensar que tiene razón aquí personaje de la Roma de Zola que cree que el genio de la Compañía dirige subrepticamente la política del Vaticano.

El genio, no sé; pero lo que es el mal genio de la Compañía ha podido bastante para nacer que se exigiera al autor del célebre *Barrido*, colección de escobazos a los jesuitas, que retirase la escoba. Es decir, que el P. Mir ha temido que dejar la basura otra vez donde estaba.

Pero que le quiten lo bailado.

Así como nadie puede quitarle el ser sacerdote, por aquello de la ceremonia que *impone carácter*, nadie le podrá quitar los 5.000 ejemplares vendidos a duro. Esto también es una impresión bastante buena.

Habla usted mal del prójimo, cobra cinco mil duros, o poco menos, porque hay que deducir los gastos; después dice usted: *nada de lo dicho*... y queda bien con la Iglesia y bien con su bolsillo.

No hay nada como una religión toda amor.



El que estoy seguro que no se retracta de lo dicho es el incógnito autor de otro libro publicado por La España Editorial, libro en que se le anda con la gramática y otras disciplinas al P. Mir, no sin acierto y aun con gracia en ciertas ocasiones.

El desconocido crítico declara que su intención no es defender a los jesuitas, sino *impugnar* la sintaxis relapsa del autor del *barrido*.

Efectivamente, la escoba, ya retirada, del P. Mir, era muy incorrecta, no en el sentido en que usa la palabra el *Discurso de la Corona*, sino en el sentido propio y técnico.

Pero, claro, como el *buen decir* no tiene papá infalible (ni mamá, pese a la Academia), el P. Mir, que se arrepiente de sus apreciaciones, que acaso sean buenas, no se arrepiente de sus solecismos, que de hijo son detestables.

Por eso conviene que haya quien se cuido de ponerlos en el *Índice* de la buena literatura, como hace el autor del libro dedicado al padre Mir y los jesuitas.



Otra discusión, propia no ya del siglo XVII, sino del siglo XIII, es la de si fué San Isidro o fué Noherlesoom quien *llovió*.

La poesía lírica, por conducto del *Liberal*, se ha puesto de parte de Noherlesoom, y hasta Felipe Pérez le llama astrónomo.

Habría menos impropiedad diciendo *astrólogo*, porque la meteorología es cosa muy distinta de la astronomía, y la ciencia de Noherlesoom tiene mucho que ver con aquello del *dellirio* de Don Pedro en *El sapatero y el Rey* (segunda parte):

“Veamos este oráculo espantoso;

quiero apurarlo, y de la edad futura

embriagarme (¿) en el néctar delicioso

ó el cáliz agotar de su amargura...

Por su oculto poder arderá sola

esta lámpara, dice; harto lo temo;

llena está de mi sangre hasta la gola...”

Ustedes dispensen, cito de memoria y no sé si va alguna inexactitud. Bueno, pues este Noherlesoom a quien consultaba Don Pedro en el siglo XIV se parece más a León Hermoso que éste a Humfrý Davi, pongo por meteorólogo.

Como no sea por la *conjunción* de estos ó los otros planetas, no sé por dónde puede saber Noherlesoom que va a llover el último día del mes por la tarde.

Cultive, cultive el astrólogo palentino la quimancia y la piromancia y la *saragosaquimancia*, y ganará un dineral y no poca honra de la que reparten los que ponen en ridículo a un hombre tan digno de consideración como Peral, convirtiendo una empresa racional en una maravilla absurda.

Los que hoy alaban al *astrólogo* de Palencia son de la misma cepa de los que decían que íbamos a andar á gatus por las profundidades del Océano y que el descubrimiento de Peral tenía más importancia que el descubrimiento del Nuevo Mundo (histórico).

Pero le digo una cosa á Noherlesoom: esa *aura popular* le va á durar poco. El *Liberal* lo utilizará una temporada, hasta que el pueblo se haya comido el trigo que se recogerá gracias al astrólogo (ó al Santo). Se olvidará la gente de Noherlesoom, como se olvida de todos los *apóstoles*, y acierte ó no (como sucedía antes, que acertaba... á veces), bajará el oficio.

Más cuenta le tiene echar las cartas. Es una superstición esa muy arraigada en muchas damas, que le pagarán bien. Las nubes importan poco al público, porque enseguida son las de antaño; la suerte de cada cual les importa más á los supersticiosos. Déjese de adivinar chaparrones y adivine el porvenir de las personas.

“que le costará lo mismo”.

Se continuará... ¡porque esto es un escándalo!

CLARIN

PALIQUE

Prometía en mi último *Palique* hablar de Noherlesoom. Y hablaré; pero otro día, porque no es este señor para examinado tan a menudo. Además, prefiero esperar a ver si llueve el último día del mes por la tarde. Por supuesto, aunque llueva no creeré en Noherlesoom, como no creo que el que acierta muchas cartas cuenta con un *amarre*. (Hablo de esto de las cartas como de meteorología, de oídas, por supuesto.)

No crean ustedes que me estoy preparando. Antes bien, es Noherlesoom el que debe prepararse.

D. Abdón de Paz, que todavía vive, pero no en paz y gracia de Dios, como ustedes van a ver, me envía un libro titulado *"Mar de batalla"*. (Viven ustedes), y me dice de su puño y letra: "Recuerdo de Abdón de Paz."
¿Pero todavía se acuerda usted de Clarín?
¡Rencoroso!

Del libro diré que no entiendo eso de "mar de batalla". Sé de la mar de fondo, de la mar y los siete ríos y la mar de mares; pero el mar de batalla no lo conozco. Además, diré lo que Sancho Panza: las batallas que D. Abdón gana — por mar ó por tierra... literaria — que me las claven en la frente.

También es cosa de batalla un libro de D. Centa.

Y después resulta una colección de cuentos ó cosa así, que están muy en el orden.

Claro, desde que los obispos andan armados al hombro reclutando ovejas bravas para la guerra, todos estamos muy batallones.

Yo prefiero la dulce serenidad del filósofo que, como D. José de Cárdenas, escribe con toda calma, y sin *mar de batalla*, *Sencillos aforismos*.

¡Adiós, Hipócrates!
Véase el estilo *hipocárdico* de Cárdenas: "El mayor atún humano rara vez centuplica la ganancia."

Es verdad; pero más vale así, porque si no hubiera dinero más que al ciento por uno, ¡dónde íbamos a parar!

Y el Sr. Cárdenas dice eso con cierta melancolía, como quien exclama: ¡Ay, la felicidad no es de este mundo!

Es verdad; no se centuplica la ganancia sino de tarde en tarde, tomando terrenos de solares en momentos solemnes y metiendo mucho, muchísimo matute. Pero de todas maneras, *pulsis eris*, como decía el arcángel "San Rafael".

El Sr. Cárdenas vuelve los ojos al cielo y exclama:

"El más pequeño acto de caridad obtiene siempre beneficio imponderable."

Cárdenas cree que imponderable es algo así como mucho más del ciento por uno.

"Nada más barato que el ejercicio de la caridad."

¡Ya lo creo! Es un negocio. Da usted un céntimo, y en el cielo le hacen á usted millonario.

Por si acaso, el Sr. Cárdenas quiere ser caritativo... por poco dinero.

No menos sereno (serenidad se necesita) el Sr. Abarzuza, con letras muy grandes, que me parecen á las de Castelar, menos una *p* minúscula con que escribe Palma (de Mallorca), digo que el Sr. Abarzuza con la serenidad del mundo, afirma lo siguiente:

"En las alegrías de las familias y de los pueblos todos los hijos participan."

(Yo hubiera escrito *de*; participan *de*).

Además, los padres y las madres también gozan algo con las alegrías de familia.

"Pero las grandes desgracias hieren en el corazón principalmente á los hijos predilectos."

No es verdad eso; es un *aforismo sencillo*, á lo Cárdenas, *sensiblemente* falso.

El hijo predilecto es el hijo preferido, el más mimado, digámoslo así; y no siempre son los favoritos de los padres, y de los pueblos, los que sienten más las desgracias esas.

Pero supongamos que sí, que los hijos predilectos son los más sensibles á las desgracias.

¡Pues vaya una consecuencia que saca Abarzuza!

"Por eso palma (sic) (es un autógrafo), entrecida, busca en usted consuelos, y los encuentra."

¡Ay que lógico!

Si el más herido por esa desgracia es el hijo predilecto, con quien habla Abarzuza, *por eso* más estará para recibir consuelos que para darlos.

¡Verdad, Sr. Castelar, y hasta Sr. Celleruelo, que tengo razón?

En cuanto al director de la Academia Española (el que *man la más* en la gramática), escribe (otro autógrafo), *espone* por *expone*. Y ande el movimiento.

En otro autógrafo me dice á mí otro académico, que escribió exhuberancia con *h* porque *tenía prisa*.

Esto creo que ya lo he contado. Bueno, pues lo repito.

Pero dejemos la prosa vil, y remontémonos á las regiones de la poesía.

¿Por qué?
pregunta el Sr. Ferrari. (Eso es, ¿por qué no se retiró usted de las asperezas que son camino del Parnaso?)

Y en tres *décimas consecutivas* nos hace ver el poeta que está bien que la muerte mate á los viejos, á los gladiadores y á la virtud oprimida; pero que eso de que mate á los felices, jóvenes, esperanzados, talentados, etcétera, etc., es una pérdida asechanza y una horrible ironía.

No estoy conforme, y prefiero aquello del poeta griego.

"Los que los dioses aman, viven poco."

Pero no es á eso á lo que voy, sino á la cosmografía. Dice la última décima:

"Sin medir valle y pradera
(Esa pradera, ¿por qué no ha de estar en el valle?)

no da en el mar la corriente,
(Lo que es *sin medir*, si da).

ni baja el astro á Occidente

(Prepárese ustedes),

sin trazar su *órbita* (¡) entera."

¿Qué le parece al astrónomo Noherlesoom de este cosmógrafo? Ferrari cree que la órbita de un astro es el movimiento aparente de ese astro con relación á la tierra. Y cree que cuando el astro se pone *trazó la órbita entera*, que acaba allí y empieza en *Oriente*, cuando sale. Porque sino, si no cree eso, también al salir trazó el astro su órbita entera; y en cualquier punto del espacio, en volviendo á él otra vez, trazó la órbita entera. Y sobre todo, que órbita no es eso, ni aun respecto de la luna, que gira alrededor de la tierra. No se pueden decir más absurdos en tan pocas palabras.

Para Ferrari el sol tiene una órbita señalada por la parte del cielo que *recorre* (al parecer) desde que sale hasta que se pone.

Aquí de Josué para detener el sol en su *órbita*, *ta...* y pararle al poeta los pies.

De modo que ya tenemos dos *astrónomos*: Noherlesoom uno, y Ferrari otro.

CLARÍN.

404 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.038, 29 mayo, 1896

amiento de Madrid

PALIQUE

Me dicen algunos: pero ¿por qué los paliques de ahora tienen casi siempre por asunto señalar y censurar adelfos, gazapos de *proceres ilustres*, insignes académicos, literatos *estímulo*, políticos eminentes, periódicos sesudos como es *sesuda La Epoca*, no como es *sesudo* Carle, damas *carantinas*, críticos esclarecidos, y *chicos* acreditados y con *fiador*! Comprendemos que la sátira sea el género que más se cultive en los paliques; comprendemos que es sana labor atacar a los necios que quieren pasar por sabios, porque disponen de influencia y compran la adulación; nos explicamos que, como triaca de esa prensa festiva anodina que hoy prepondera, y que no critica nada, que todo lo retrata, regularmente a lápiz ó con *insanablemente*, mal con la pluma, se extreme la campaña de la policía literaria, y en cierto modo moral; la sátira documentada, no personal por molestar al *pecador*, sino para demostrar la realidad del mal, para que se huya de los malos ejemplos.

Pero si todo eso se comprende y explica, ¿por qué detenerse uno y otro día en los disparates al pormenor?

Interrumpo el supuesto preopinante, como hacen cuando quieren los presidentes de sesiones, para decir lo que sigue:

El palique de gazapos prueba más para muchos que la crítica de ideas generales, á las que pocos llegan, con ser generales; los hechos, los *petits faits* de *Taine*, hablan á la razón de todos.

Que Pidal, digan lo que quieran los *chicos* de la prensa, á quienes él adula, *el pour cause*, no es un sabio, ni medio; ni sabe escribir veinte renglones sin disparatar (privilegio que, por el afán de distinguirse, tienen él y Cánovas... y otros *proceres*, que Pidal cuando muchacho no empezó mal, pero después lejo los libros para sacarle jugo á lo poco que le *restaba* en la cabeza de la *Suma*, esto es verdad y puede probarse, en mucho papel, á los que son, y son pocos, capaces de leer cosas largas, de seguir raciocinios complejos y de aracar citas y meditar doctrinas. Pero dice usted: Pidal, en un discurso reciente, llama tres y más veces Compte (discurso sin erratas, en general) á Comte; y sin embargo, le juzga, le analiza; le maltrata, le calumnia y quiere dar á entender que le es familiar su lectura. ¡Verdad que el que escribe Comte es que no está familiarizado con el autor ni con las obras que de él tratan. Y todos responden: claro.

También podía llegarse al mismo resultado examinando á Comte y lo que Pidal dice del filósofo; pero esto lo leerían pocos, lo entenderían menos... y no lo publicarían los periódicos (que, si las cosas *siguen así*, pronto se negarán á publicar, breve ni largo, nada contra Pidal).

Este ejemplo, que escojo entre millares, encierra en pocas palabras toda la filosofía de los paliques de gazapos.

Abi tienen ustedes á Noherlesoom, Palencia, 6, *et desu*, y ahora *Liberál*, 13 (año); pues, si para las personas de mediana cultura sus pretensiones de arstúpica (bien sabe él lo que *se ve* y adonde va) son evidentemente una comedia, no así por el vulgo, que ni lee ni entendería los argumentos técnicos, largos, complicados. En cambio, si algún curioso, en tiempo, se hubiera tomado el trabajo de apuntar los *gazapos* del señor Hermoso, las veces que se equivocó, ¡qué jarro de agua para los que le admiran sólo porque creen en el hecho—que se les *sugestiona*—de que casi siempre ó siempre acierta!

Mostrar nuestra decadencia, la farsa general, la ignorancia de los que usurpan reputación literaria ó científica, la falta de instrucción de la *chiquillería* que adula á los *grandes*... que tienen algo que repartir, y les llama escritores insignes cuando están diciendo insignes desatinos; demostrar todo esto con ejemplos breves, con hechos innegables, no es perder el tiempo, es aplicar, por el palique del gazapo, la triaca más eficaz contra el veneno que ha invadido las entrañas de este pobre país, que tanto ha malgastado los años del

siglo XIX, y que al llegar al XX debía decir: 1800... para procurar después la enmienda, y no engañar al mundo con una fecha.

Y ahora, y sin perjuicio, es claro, de tratar en los futuros paliques asuntos generales, muchas veces, cosas muy diferentes de los gazapos, insistir en el tema. Conque, manos á la obra: Se entusiasma *La Epoca* con un discurso de Sánchez Moguel acerca de Herculano, y nos aconseja admirar la elocuencia y precisión de un pasaje en que dice el *cafédrático de literatura*: «cantar al par de la religión, la libertad y la patria».

«Tres cosas al par?»

Digo que *nones*.

«¡Iban los tres á la par!»

dijo un zarzuelero bace años, y se hizo célebre.

Moguel no puede hacerse célebre, porque ya lo es.

A pares tiene él los pares, que le resultan *nones*.

Pero él ni tiene par, porque otro Moguel está por nacer.

Porque lo de *Zeda* no es más que un par...ecido.

También dice Moguel de Herculano (¿Qué diría Herculano de Moguel?) que era implacable con los poderosos.

¡Hombre, para saber si los malos poderosos! Ser implacable con el poderoso que cumple con su deber no tiene chiiste.

Y no creo que Herculano hiciera eso.

Aunque *enancar* no le conocí.

Ni Moguel tampoco.

Y dice D.ª Emilia, hablando de Novelli:

Daba á la naturaleza una cara *blanda*...

¡Pues vaya un regalo!

Lo que hay que tener en este mundo es Mogueles y desen-
gaños, es cara dura.

Además, una cara *blanda*, como las manos de los barberos, debe de dar ascen. Sin contar con que doña Emilia no se la tocó, para saber si la cara de Novelli es *blanda*. Para ser flexibles no músculos, no necesitan estar blandos.

«Blanda, dúctil.»

¿Cómo dúctil? Dúctil es lo que se deja reducir á hilos más ó menos delgados.

Pero, señora, ¡siempre hemos de andar tropezando con los términos técnicos y trocándolos de mala manera!

Una cara dúctil sería buena para uno que tuviera que llevar muchos bufones. Acabaría por no tener duda recibirlos.

«Dúctil, movable.» ¡Cara movable! Claro. ¡Pues bueno esta-
ría Novelli si no pudiera mover la cara! ¡O crea esa ilustre dama que los cómicos que no llegan á Novelli padecen torti-
colle ó parálisis, etc., etc.!

«C n el modo de agarrar el asa de una taza de te, Novelli sabe decir infinidad de cosas.»

¡Pero relativas al te todas, supongo!

Más dice Cánovas con el modo de agarrar la sartén por el mango. Pero desafío yo á Novelli á que diga con los dedos los disparates que se le ocurren á Pidal en sus célebres discursos de inauguración del curso en la Academia de Jurisprudencia (donde insulta á Comte con p, así: Compte, Compté, varias ve-
ces), y en el no menos célebre de la Asociación de la Prensa, donde compara á los héroes de Cuba... con los toros.

Ni de cocina sabe ya D.ª Emilia. ¡Pues no dice que un gran cocinero da á todos los manjares el mismo sabor!

¡Vaya una gracia!

Si es esa la moda culinaria que acaba de traducir la Pardo del ruso, pasado por Francia, reñego de esa salsa á la de *Ve-
gá*, y despedido al gran cocinero igualitario.

Siempre se dijo, señora, que en la variedad está el gusto.

Ya vuelve el de *per gurgite vasto* á hablar en latín.

Y al primer tapón, zurrapas.

Toma «reprobat» por pretérito. Y es futuro.

Aforismo sencillito (como diría Cárdenas) del mismo Nebrija de *La Epoca*:

«El agua, una vez derramada, no se puede recoger.»

Hombre, según donde caiga, y según los adelantos de la in-
dustria de recoger agua.

Todo se recoge.

Clarín

Con permiso de *El Liberal*, después de decirle que yo estoy conforme con su idea de que aquí se han perdido las nociones del derecho en las relaciones públicas, añadiré que, en mi humilde opinión, no de Papiniano ciertamente, sino del último de los *Modestinos*, aunque el Código militar nada hable del duelo, la autoridad jerárquica de la jurisdicción correspondiente puede pedir á las Cámaras que se deje libre la acción á la justicia, para procesar á representantes en Cortes que han sido sorprendidos *in fraganti* en el delito nombrado. *El Liberal* lo niega que estando el duelo castigado por el Código penal, común á todos, los militares pueden cometer delitos comunes, aun como militares. Claro, todos aquellos que estando penados por la ley, pero no por el Código militar, los militares realizan sin perder el carácter de tales. Por de pronto, la jurisdicción competente, y aquí entra la duda de *El Liberal*, es la militar que sorprendió el delito, porque ella sólo estaba, en circunstancias de sorprenderlo.

En muchas ocasiones la justicia común podrá entender directamente, en otras no, y sería absurdo suponer que la autoridad mi-

litar tuviera que dar por no visto delito común que en su presencia se realiza por militares. Así, en infinitud de casos sería imposible sorprender *in fraganti* á los delinquentes militares autores de delitos que lo son en todos, aunque el Código militar no los señale.

Sea lo que quiera del curso del proceso, de la jurisdicción propia ulterior, el buen orden social, y la disciplina, exigen que la primera acción sea de la autoridad especial, siempre que se trate de casos en que ella es la primera, por motivos legítimos, que interviene en pro del orden.

Cualquier doctrina opuesta á lo dicho traería gran confusión, entorpecimiento en la acción pública de previsión jurídica y en la artística preparación de un procedimiento bien basado.

Ejemplo: el caso presente: el que pueda la jurisdicción militar dar el primer paso de hacer constar que no hay inmunidad que valga, porque los delinquentes han sido cogidos *in fraganti*.

De no seguirse este criterio, á más de infinitos males irremediables, vendría la necesidad de escribir un Código militar no es-

pecial, sino general; no militar, sino para los militares, para todas sus relaciones jurídicas: un Código de casta, un fuero *especial*, no un fuero *especial técnico*, que es cosa muy diferente.

Creo que *El Liberal*, si me ha entendido, y medita, estará conforme conmigo.

No es extraño que se discuta el asunto, pues estas cuestiones, de la *misma real esencia* jurídica, de relación de la ley á su aplicación por las jurisdicciones oportunas, son el núcleo del derecho *positivo*, efectivamente visto, y son por necesidad sutiles y complejas.

Y ahora me pongo á pensar en el ministro de Marina que no necesita de sutilezas semejantes para tener su opinión sobre el particular. Según él, ó á lo menos según su conducta en tales casos, no hay tal delito: los militares, en ocasiones, no sólo pueden, sino que tienen la obligación *oficial* de provocar á duelo á cualquier ciudadano.

De uno sé yo, *probo* funcionario del Estado—por oposición,—que cuando estaba más atareado cumpliendo su deber público, oficial, de examinar estudiantes, se vió una y otra vez interrumpido en su trabajo *obligatorio*, por varios oficiales que, dejando en Madrid su destino, es decir, las ocupaciones que les estaban encomendadas, fueron, caminando muchos kilómetros, á desafiar al funcionario civil; y según de público se dijo, aquellos oficiales, como constaba donde era del caso, venían *para asuntos del servicio*. Y venían con permiso, y hasta mandato del ministro.

De modo, que uno de los servicios de la marina de guerra, según eso, consiste en provocar á duelo al prójimo, en faltar al Código penal, que tiene eso por delito.

Pero acaso se dirá Beránger.

—¡Bah, qué tiene que ver! Entonces se trataba de un pobre *patrono* y ahora se trata de un capitán general y de un teniente general.

Porque para Beránger debe de haber castas.

No; y pensándolo bien, yo también creo que las hay.

Yo no creo ser de la casta de Beránger.

Pues anda que á dos soldados que se han batido con todos los requiebros que exige el honor, parece ser que les están formando sumaria.

Tampoco á esos les vendrá de casta el poder batirse en nombre del honor militar.

¿Dónde empieza el honor? ¿En qué grado?

Don Quijote tenía esto bien definido, á lo menos respecto de los escuderos de los caballeros andantes; pero el Código militar y Beránger no dicen nada del caso.

Mientras se resuelven estas dudas, se asegura que varios *subalternos* (subalternos, es decir, *pobres diablos*) de la policía han sido castigados por no haber sabido mostrar más diligencia, cuando se sorprendió *in fraganti*, á dos generales quebrantando el Código penal.

Y es lo que yo digo: eso del socialismo lo reducen los *probes* á la cuestión económica y sus afines, que son muy peliagudas, que no pueden resolverse en justicia en un dos por tres; y en cambio, muchas cuestiones de clase en que hay razas todavía, y que dan constantemente ocasión á miles de injusticias irritantes, y que se podrían corregir si el pueblo quisiera de veras en poco tiempo; tales cuestiones los *probes*, los *subalternos* las olvidan, y se dejan atropellar á diario en la vida civil, mientras piden á gritos la *luna económica*, ó por lo menos el *alumbrado público* de un porvenir tal vez no próximo.

Fero cedan las armas á la toga.

Concluyamos con un poco de literatura.

Dice el Sr. Núñez de Arce:

EL CRUCIFIXO DE MI HOGAR

Con religioso amor guardo por tallar
Que representa á Cristo cuando, *inerte*
Y ya sin fuerzas, en la Cruz batalla
Con las fieras congigas de la muerte.

Yo, después de decir *inerte*, no hubiera añadido y ya sin fuerzas.

Sin forma escultural, toscos, mal hecho...

Tosco, mal hecho, lo que usted quiera; pero ¿sin forma escultural? ¿Pues no ha dicho el poeta que el Cristo era una *talla*... es decir, obra de escultura? ¿Cómo puede no ser escultural la escultura?

Es como si dijéramos que un caserón no era obra arquitectónica, ó que un cuadro malo no era pintura... ¡Si hasta hay que llamar *vernos* á cada cosa!

No crea el Sr. Núñez de Arce (me han dicho que lo sospecha) que yo tengo contra él queja personal de ningún género. Pero ¡buena estaría la crítica, si hasta que un poeta nos hiciera una *judiada*, no pudiéramos distinguir las cosas buenas de ese poeta de las malas! No ejercito más que una acción pública, ilustre vata.

Clasín.

PALIQUE

Piérdome el cuerpo electoral si me atrevió a hablar mal de él en su ausencia; pero lo cierto es que yo no me explico por qué el sufragio universal se ha de enanorar de determinados candidatos que tienen la reputación en tela de juicio. Aunque España sea un paísido enloquecido, que no lo es, el más pesimista no negará que se pueden encontrar más de mil y más de dos mil españoles de intachable buena conducta, sin expediente ni Xiquenas ó Romanones que le ladren. ¿Por qué no se hace padres internos de la patria á

esos españoles por los cuales cualquiera puede poner la mano en el fuego?

Claro está que yo no niego que el Sr. Núñez sea un armijo en materia de honra, ni me resisto á ver un copo de nieve inmaculada en la conducta pública y privada del Sr. Gálvez Holguín.

Pero ello es que en el Congreso han estado días y días discutiendo sobre la dignidad de esos caballeros, averiguando si se obraría con conciencia dejándolos comer el asador, se decir, entrar en funciones de padres conscriptos, después de la mala—ó buena—vida pasada. Tanto se discutió, que aquello parecía lo de la *teotoca* y *cristotoca* de los antiguos teólogos orientales; y seguro estoy de que el Sr. Núñez de Arce, que tanto padece con la duda, como tiene demostrado en hermosos versos, ha pasado las de Cain dudando si Holguín es como lo pinta Romero ó como lo retrata—al carbón—Romanones.

Y como el Sr. Núñez de Arce, todo el país, aunque en prosa.

Ven el cuerpo electoral si tengo razón para quejarme; habiendo tantas personas que no han tenido ni ocasión de prevalecer, ni cometer cohecho ni nada por el estilo, ¿á qué viene elegir á los que tienen la honradez de manera que no se la ven todos á primera vista y como cosa evidente?

Y si el cuerpo electoral me contesta que él no es cuerpo, sino un espíritu puro, menos, *fatus vocis*, replico que llamo yo cuerpo electoral al Sr. Cánovas. ¡Vaya un hombre de Estado, que deja que la cosa pública llegue á tal situación, que enfrente de una guerra como la de Cuba, y unos (mil) conflictos como los de los Estados Unidos, haya que estar discutiendo, no la salvación de la patria, sino la salvación de un procesado y la de un señor que fué víctima, ó no sé qué, de un expediente por cosas de aduanas... y en Cuba!

La prognosis más elemental de la ciencia política, señor don Hermógenes de la Huerta, debiera enseñarle á usted á evitar, en tiempo, incidentes tan feos. contratiempos que corrompen la pureza misma. Claro es que ahora hay que defender á esos caballeros; ¡pero si Cánovas, en su día, no hubiera permitido encasillarlos!

De todas suertes, hubiera tenido nnas Cortes de chicos del parlamento, ignorantes y *sportsmen*, de sangre caliente, que defendiesen de lo que es legítima, pero se pegan de bofetadas con cualquiera y se baten por un quítame allá esos votos... Todos los días hay cachetes, desafíos, padrinos; y gracias que Pidal, Nestor precos, á veces arregla las cosas pacíficamente.

Pero las barbas de Alejandro, aunque respetables, no bastan las más veces; se le suben á ellas; y lo que hace falta es una trocha

para que los espadachines y bravos no puedan pasarla y comerse mutuamente los ligados.

¿Por qué no se sientran abrojos en el hemicycle? ¿Por qué no se abren poras de lobo entre escaso y escaso? Solo de esta manera se podría contener los excesos de la modernísima oratoria parlamentaria; que generalmente es de cerezo, y con estoque.

Claro, véyanse usted á estos Ayax y á estos Hectores con presupuestos. Eso allá el Gobierno, allá el Reverter. ¿Cómo han de ponerse á echar cuentas mientras están echando espuma por la boca... ó preparando un acta para que no llegue la sangre al salón de conferencias?

Los presupuestos no se discutirán: cada ministro gastará lo que quiera, el déficit aumentará y... acaso se pierda Cuba, pero el Sr. Gálvez Holguín saldrá de estas ordalías alta la frente y cogido de la mano de D. Antonio... y riqui, riquitrini.

Ya lo vo el Sr. Pidal; en vano el Supremo Ilncedor se molestó en ordenar la nada, como Pidal dice; aquí la estamos desordenando otra vez; porque esto no es la nada entre dos plátos, que es la nada con orden, sino la nada... y llueven bofetones. Feliz él, Pidal, que al abrigo de sus teorías tomistas está blindado contra los desafíos, porque él no admite el duelo en virtud de una q. de un capítulo de la Suma Teológica; y además por lo mucho que aprendió en las lecciones orales de la famosa celda de Fray Zeferino, lecciones que tanto explotó el Sr. Pidal en toda clase de terrenos, hasta en el carbonífero. Feliz Pidal, no por eso sólo, sino porque su alta filosofía le permite estar por encima de las disputas de los Holguines.

Veán ustedes como se *jupiteriza* Pidal para mirar por encima del hombro las tempestades humanas.

Habla él:
«Cuando miro las armonías de la naturaleza perturbadas por las

DE LA BORNADA NUEVA



—Si me vierais así los electores, con botellus y flor en la solapa, podrían apreciar lo bien que han hecho depositando en mí su confianza.

violencias de una catástrofe...

¡Vaya una ocasión para mirar las armonías; cuando no se pueden ver! Porque armonía perturbada... ya no es armonía. Además, las catástrofes no perturban las armonías de la naturaleza... Lo que hay es que el Sr. Pidal llama armonía á que no haya una que sea sonada. ¿A la perfección relativa del ser perfectible concurre, como elemento negativo, la nada ordenada por el ser perfectísimo...?

¡Teologas! La nada ordenada por Dios (á pesar de la *minúscula*, Pidal alude á su Padre Celestial) se la echa Pidal á los profanos, á los que no estudiaron en la celda, como una paradoja mística, para que admiren lo que él sabe.

Pidal cree, por lo visto, que lo ortodoxo es pensar que Dios hizo el mundo de la nada (el *ton quahou* del Génesis) tomando la nada como primera materia. El lo dice: ordenar la nada.

Eso es más beguino que católico.

Pues yo he leído otra cosa. Que lo ortodoxo es entender, no que Dios hizo el mundo de la nada en el sentido de aprovechar la nada (ordenarla) sino que Dios hizo el mundo por su propio poder, no ordenando la nada; se dice que lo hizo de la nada, no atribuyendo á ésta una realidad capaz de orden, sino para expresar en forma gráfica, exotérica, la espontaneidad divina en el acto de la creación.

En fin, consúltelo Pidal con Gálvez Holguín...

Después habla de los castigos de Dios y habla de atenuarlos con nuestra caridad. Hombre, eso es enmendarlo la plana á Dios. Si usted cree que es lícito atenuar las penas que Dios impone, es que cree usted *excentra* esas penas. —Vaya, vaya, Sr. Pidal, déjese usted de teologías y de ordenar la nada, y á ver si pono usted un poco de orden en esos casos de Holguines de su mando.

Clarín

PALIQUE

«Han conferenciado el señor ministro de Hacienda y el señor Pidal.»

«Ambos guardan absoluto secreto sobre el objeto de su conferencia.»

«¿Qué se habrán dicho?»

De fijo que no fué lo que el pino del Norte le decía á la palmera del Mediodía.

Pero es seguro que en la conferencia se trató de la felicidad del país.

Y por eso Pidal y Reverter guardan el secreto; no quieren que el país se enteró de la felicidad que le preparan... para que no le mate la felicidad.

Parce mentira que un hombre como Pidal, que según él mismo asegura, vive preocupado con la metafísica, y sigue de cerca el gran movimiento escolástico, tenga tiempo y humor para ir á hablarle de... *ístmos* al ministro de Hacienda.

Pero Alejandro es así. Se da mano para todo, para los *ístmos* (escolasticismo, totemismo, etc., etc.) y para los *ístmos*.

Y me figuro yo á Pidal en su *celda* (como Becquer y otro poeta alemán) rascándose la cabeza y preguntándose, como un Hamlet de prima tonura:

«Lúbel ipso en el primer momento de su creación, ó vivió en estado de gracia, natural de su sustancia angelica, durante más ó menos tiempo...»

Y en esto: ¡tin, tin, tin, tiii... Que le llaman al teléfono.

Pidal.—¿Con quién?

Una voz.—Reverter.

P.—¿Qué hay?

R.—¿Sindicato... ferrocarriles... consejo... Francia... Mieres... Langreo... Dividendo...

Pidal (solo).—No se puede ser Santo Tomás y andar á la procesión.

Cablegrama (¡qué barbaridad!).—D. José Chocano.—Lima.—Sí, señor; recibí la colección de su revista literaria *La Nebliña*. ¿Qué me parece? Muy mal. Rematadamente mal. ¿Cómo ha de parecerme bien que muchachos de ilustración notable, listos, fuera de su manía, con instintos de habilitas fáciles y correctos (fuera de esos amigos de usted que dicen á cada paso: «es por esto que»), se empeñen en parecer tontos, y tontos *rellejos* imitando las bobadas más insulsas de la juventud parisienca literaria en parte más ignorante, cosa y presuntuosa? *La Nebliña* (vaya un mote) promete neutralidad, buir de escuelas, etc., etc., y á las primeras de cambio ya empieza á verter todo... mal.

¿Pero todavía estamos ahí? ¿Bajo el poder de los *bokazulicones*?

Además, tanto programa, y tanto hablar de lo que se opina, y de lo que se toma y de lo que se deja, y después no publicar cosa de sustancia con un átomo de originalidad, es cosa que no puede hacerse gracia, y se parece mucho á lo que vienen *practicando* hace años esos *reformistas* franceses, lampiños ó no, que por lo único que se distinguen es por la falta de respeto á la gloria mejor ganada y á la autoridad más racionalmente adquirida.

Respecto de esto de guardar miramientos á las *viejas escuelas*, como ustedes dicen, veo un artículo en el *decálogo* que publica *La Nebliña*, que merece comentarios.

Art. 4.º Honrar las viejas escuelas, so pena de hacer el papel de Cam burlándose ante su padre ebrio.

Gracias, Jafet; pero las viejas escuelas resultan ahí calificadas de borrachas.

¡Oh, quién diera á los *ceules* de este y de ese continentes coger las *chispas* de Cervantes, de Goethe, de Byron, de Leopardi! Así tendríamos nuevos Quijotes, Faustos, Child Harold, Kábdos de la Aldea... y menos neblinas azules y crítica de crítica de crítica que ya revienta.

Por lo demás, Sr. Chocano, yo, antes de ver este malhadado periódico de usted, que es uno de tantos focos de servil imitación francesa (Francia de última clase, porque la hay superior) que están infestando esas hermosas repúblicas hispano-americanas, había leído algo de un libro de versos de usted titulado *En la aldea*, y entre mil distinguos, y con pinzas, había sacado en limpio que tiene usted muy varias cualidades de buen verificador castellano, y aun algo de verdadero poeta.

Pero todo ello muy estropeado por una dirección detestable, por *vulgaridades doctrinales* y de *taller* del cursi modernismo importado en desdichada pacotilla.

En fin, usted eche la cuenta: yo recibí, sin exagerar, por término medio, cuatro ó cinco libros de versos americanos... (casi todos *azules*) por semana, y otras tantas revistas... *Íllas*. Y, generalmente no digo palabras de tales envoltorios.

Conque... algo tendrá usted cuando le sacudo sobre las *azuleñas* el hisopo crítico.

El célebre Max Nordau (el *grande hombre* de los *mobes* literarios más inocentes) ha hablado de literatura española con un literato hispano-americano. De mí se ha dignado decir que... tengo talento. Vaya esto por delante para que no se crea que habla en mí el despecho. También habló del talento de Pereda, Galdós... y del muchísimo talento de la Pardo (¡mujer más *internacional* parece un cuadro de banderitas de matriculas de mar); y dijo Max Nordau que también tenía mucho talento literario Eusebio Blasco.

Por lo que á nos toca, declaro: 1.º Que no me da frión ni calor la opinión de Max Nordau á quien considero en filo-*ofia* y letras un *advenedizo* sin pizca de delicadeza y gusto. 2.º Que no creo que conozca la literatura española hasta el punto de haber llegado al *pormenor* de fijarse en mí y leer mis libros. 3.º Que de todas maneras importa un pito lo que diga Max Nordau.

Que, como decir, dice pestes de España.

Es verdad que estamos muy mal; pero ¿qué sabe él? Además, no es por lo que él dice.

Max Nordau es un literato falco que tiene su sistema Kneipp, que ve *decadentismo* por todas partes, y que desahucia á todos los que no se someten á sus curas... de falta de delicadeza é intensidad de vida espiritual. Max Nordau quiere que el artista sea como él, un burgués de lo más chatacano... ¡Y qué filósofo! ¡Qué escepticismo social el suyo! Que invención la de las mentiras convencionales... Un Schopenhauer en papel de estraza que resulta optimista á fuerza de Butard y Peuchet.

Ese es Max Nordau, amigo G. Carrillo.

¿Para qué consultan ustedes á eso?

¡Ahí Max Nordau se sonrió cuando le hablaron de su imitador... ó coincisor Pompeyo Gener, el de las «Literaturas malsanas».

Vaya, menos mal, Max Nordau es discreto cuando sonríe.

Clarín.

PALIQUE

(Un romance hecho á la antigua
—al menos; muy anticuada—
para contestar á un crítico
que ahora vuelve á la jarama,
que él comenzó in illo tempore,
sobre cuestión de grandica).

¡Si viera usted que humildeco
salgo, señor, de la cama,
tras de verme en calzas prietas
por un *trancaso*... de Fragal
Miro las letras de molde
como una invención extraña;

Se han de escribir las palabras,
por sonarme tan á hueco
me causa jaqueca y náuseas.

Lo que probarme pretende
es que en saber me aventaja
—lo sé, porque en otros días
á la recíproca estaba.—

¡Ah, señor de sus pecados!
toda la ciencia le valga;
la de Salomón, la suya,
y hasta la que á mí me falta,
pero que puede servirle
si de apariencias se trata.

Usted se lo sabe todo
y yo nunca supe nada;
que la sapiencia le sirva
para salvación del alma,
y para salud del cuerpo,
que tanto vale, y me falta

No se... por ignorante,
dejé que el mal me postrara;
y no levanto cabeza,
ni para cosas livianas
que son las que más engrietas
porque el humo nos ensalza,
como el papel que se ahueca
y sube al aire en la plaza,
á impulsos de lo más vano
que puede darle la paja.

¿... me á la convalecencia
que es el purgatorio en casa;
cucharadas de salud
en polvillos de esperanza.
Aun estoy bastante malo
para ver, cual si *prápara*,
que soy un poco de tierra
bastante mal amasada.

¡Ay, sí, señor; somos barro!...
pero distingo de castas,
—no vaya usted á enfadarse—
que en todo hay clases variadas;
yo soy de Alcorcón apenas,
usted es de porcelana;
á usted le hicieron después
de que Palissy triunfara;
yo vengo de una almoneda
de las primitivas razas;
mi figura, por lo toseca,
está designada: *terciaria*.
¡Dios le bendiga, por *Sevres*!
Dios me confunda, por masa
buena para algún tabique,
por lo informe y ordinaria.—
¡Si viera usted que humildeco
me levanto de la cama!

Valer más ó valer menos,
eso no vale de nada;
la salud es lo que importa...
salud para gozarla.

Las comparaciones son
cosa que no nutre y daña.
La madre naturaleza
vive, pero no compar...—

Repárese usted aquel toro...
no; toro, no; aquella vaca
sentada en esa pradera
á orilla del agua mansa.—

Medio dormida, entre juncos,
se va deslizándose el agua
que antes de dejar el río
y ser de la mar salada,
se despide de la tierra
siguiendo más lenta marcha,
y la vega reflejando
en los remansos de plata
que pintan dulces paisajes
entre marcos de espadañas.

¡Silencio de la marisma
triste, oscura, solitaria,
teñida del verde intenso
de las praderas mojadas;
¡cual tu callado crepúsculo
de tristeza y esperanza;
de vida, en calma de muerte;
de dicha á fuerza de calma,
es símbolo de la idea
y la sensación... *sensata*
que hoy me produce este mundo,
cuando salgo de la cama
humildeco y anhelante
de la salud que ya tarda;
sabiendo que todo es polvo,
sabiendo que todo es nada,
pero ansiando para el cuerpo
todo el vigor que le falta
para volver á ser barro
que digiere, duerme y anda,
y, en fin, vive; como aquella,
que ya olvidábamos, vaca,
que sin compararse á nadie
y sin saber de gramática,
goza tranquila en la vega
de existencia no explicada;
y ora dormita, ora busca
otra sombra, nuevas matas;
ya se mueve, ya se sienta,
cuando rumia, cuando pasta,
sin tener envidia á Europa
ni á otras reses de gran fama...

Y basta ya, señor mío;
que el sonsonete me cansa,
y después sueño en romance
y la digestión se para...

Tiene usted razón en todo;
sí, señor; se dice *haga*.
Lo dicen muchos millones
de españoles, gente sana,
que madruga, que hace esfuerzos,
tiene sangre en abundancia
y la vierte generosa,
á raudales, por la patria.

Dios me conserve mil años;
y, si en eso está la mácula,
yo olvidaré la retórica,
yo olvidaré la gramática;
y diré *consola, estógamo*
y *catredal*; que, á Dios gracias,
ún... odré ser académico
con tan licenciosa plática.
¡Y llegaré á ser un Cheste,
que, con noventa *invernadas*,
aún me aventaja en estómago
y cena fuerte por Pascual

CLARIN.

Los que no estamos, como Burell y otros dos ó tres ex-demagogos, en los secretos de la política *desentendida* de actualidad, no sabemos de todo este bullicio bilico-ferro-parlamentario-virio-político-estratégico-administrativo más que los pies *Pies* (plural de Pi) y la cabeza Linares Rivas (véase la leyenda).

Yo de mí, y de varios amigos, sé decir que no entiendo nada ni á nadie; y que no entiendo, etc. Verdad es que yo nunca he sido ni siquiera diputado provincial, porque el Presidente del Congreso se ha propuesto cortarme la carrera; y aunque somos paisanos, ó por eso, no me deja medrar. Fui concejal una vez, y no de los más conspicuos, aunque nada Holguín, pero no lo volveré á ser; de modo que puedo dar por concluida mi *gestión* político-administrativa. ¿Qué más? Hasta entre mis correligionarios los republicanos no estoy todo lo bien quieto, ó como se diga, que debiera, porque algo opino que no han hecho la revolución todavía.

Sin duda ésta notoria ineptitud mía para hombre público es lo que me impide comprender lo que pasa aquí.

Dehido sin duda á la neurostenia que padezco, yo veo la cosa pública en España de manera que ni es pública, ni es cosa; no es pública, porque es de Cánovas, Castellano, Morlecin, Lema, Pidal y otros dos ó tres ó cuatro consejeros *ferro-viarios*; y no es cosa, porque aquí no hay cosa cen cosa.—En cuanto á nuestros hombres de Estado, lo que veo es que aquí no ha quedado títere con cabeza; pero siguen funcionando los íteres; como las lombri-cas de tierra, que las corta usted por la mitad y siguen moviéndose los dos cachos.

Porque es lo que sucede: eres usted que ha *decapitado* á un Holguín, moralmente, y resultan dos, uno concejal y otro diputado.

¿Qué cosa más reducida á la nada que Boech, después de aquella *manifestaciona* que le derribó del ministerio? Pues ahí le tienen ustedes dando la cola y *maniobrando en lo insubordable*... del So-nado, y haciendo méritos para entrar en otra combinación ministerial.

Al ver á tanto chisgarabís (y manos puercas) manejando nuestros millones (y no es les registra, como á los cigarreras), nuestro crédito, el porvenir de nuestra riqueza, nuestra *seguridad personal* como nación, nuestros soldados, nuestra industria, nuestra enseñanza nacional, todo, en fin, lo que nos importa, temblo por el país, por mi familia, por mi modesta personalidad de subdito algo intruídulo que se ve gobernar tan *sin ton ni son*.

Se me llega á figurar que se han ido muriendo todas las personas

formales, de juicio, y que los negocios públicos han caído en manos de chiquillos mal educados y poco aprensivos.

Y ahora, concretemos.

Primero vamos á la guerra...

¡Qué hemos de ir!

Pues ahí está la cuestión. *Las clases directoras no vamos á la guerra*; los que tenemos carteras, direcciones, patria *potestad* nacional, más ó menos vitalicias; los que *guisan* la opinión desde la prensa, desde la tribuna, desde el café, desde el teatro, desde... la cama, no vamos á la guerra. Decretamos la victoria desde casa, y muchos, sin saber hacia dónde cae Cuba, y desorientados por lo que ven una tropa van á América por la estación del Mediodía y otras por la del Norte. No vamos, no, como diría Castelar, si dijera algo, á la guerra, los sabios, los políticos, los que *hacemos opinión*... Van una infinidad de rapaces, gallegos, andaluces, aragoneses, etc. etc., que estaban trabajando en el campo ó en el taller (los más, en el campo), sin saber cosa mayor de lo muy á pechos que tomábamos estas cosas de la integridad las clases directoras; y van callados, resignados, sin enterarse de lo que á ellos más que á nadie importa; y van, y enferman, padecen, mueren, y ni siquiera les es lícito salir de vez en cuando á echar un parrafido en el Senado sobre lo bien ó lo mal que lo está haciendo Weyler.

Los que van y vienen son los generales. Y yo no lo entiendo. Como está uno acostumbrado á leer la historia de Roma, y á Quinto Cencio, y la vida de Napoleón, y otras cosas así, no se explica estas campañas parlamentarias de nuestros caudillos, que van á la guerra, no venen, y se vuelven tan frescos á discutir en el seno de la *representación morlesina* si lo han hecho bien ó mal, y si otros lo están haciendo mejor ó peor.

Si Alejandro Magno, aunque sea mala comparación, á la primer escaramuza en Alesia se hubieran vuelto á dar explicaciones en el Ágora, ante los Bureles de Atenas, de su *gestión* ¡qué había de llegar á la India en tan poco tiempo ni qué había de fundar todas aquellas *Alfonso* por el mundo adelante!

Cierto es que Cayo Marco volvió á Roma y tuvo sus agarradas civiles con la plebe, pero fué después de merced que se le llamase Coriolano, por sus hazañas y victorias sobre los Volscos y por la toma de la plaza enemiga, á quien debió el glorioso *cognomen*.

Yo no digo que todos nuestros senadores con entorchados deban ser Coriolanos; pero vamos, no sé qué me parece esto de ver á tanto Escipión, más ó menos Africano, discentiendo como unos Rodríguez San Pedro días y días, *kilómetros y kilómetros*, el cómo debe vencerse al enemigo, después de no haberle vencido. ¡Y qué merca de aptitudes, destinos y ocupaciones! Un periodista con treinta duros al mes habla, á tanto la milla de artículo de fondo, de los planes estratégicos y tácticos, y discurre como un Jenofonte de reemplazo acerca de la retirada de los diez mil ó de la ida de los sesenta mil. En cambio, un general en jefe se pasa los días sin oír un tiro y haciendo elecciones, diputados y senadores de mentirijillas, y tomando, entre otras cosas que tomará, como café, chocolate, etc. etc.; tomando medidas... diplomáticas, comerciales, políticas; inventando derecho penal, leyes económicas, y, en fin, hecho un bazar de administración pública, en que hay de todo menos acciones de guerra.

Señores, no exagerar: cierto es que Napoleón se metía un poco en todos los ramos de la gobernación del Estado, pero además hizo algo en Jena, Austerlitz, etc., etc.

Y al á lo menos el ministro de Ultramar fuera una eminencia, un especialista; pero ¡quid! Es un señor de Zaragoza, amigo de Cánovas, á quien trató como huésped, á cuerpo de rey. Y claro, un hombre que tan ricamente trata á los que hospeda ¡qué otra vocación puede tener que la de arreglar lo de Cuba?

Hace poco más de un año el Sr. Castellano se paseaba por Torre-ro, allá en los alrededores de Zaragoza, sin acordarse de que el nuevo continente tuviese contenido.

¿Qué sabría de Cuba Castellano hace poco más de un año? «Que aquello estaba perdido.» «Que á Cuba iba lo peor de cada casa» y otros tópicos así, que sabemos todos.

Pues ahora ahí le tienen ustedes con una vocación ultramarina atroz, lleno de América hasta el punto de que le robosa la idoneidad colonial y tiene para repartir entre los de su familia; de modo que varios de sus *deudos* están en Ultramar haciendo administración y caldo, para salvar las colonias, sin perjuicio de los principios.

¿Por qué D. Antonio le encontró á su huésped de Zaragoza esta gracia especial para gobernar lo ultramarino? Pues por nada, por seguir la rutina. Porque su amigo era ministro primero y es castre que los ministros se estropeen con Ultramar, es decir, se los echa, para que la estropeen en sus primeros ensayos, en la cuestión más polleuda de nuestros asuntos públicos...

En fin, hay para volverse loco, considerando la infinidad de necesidades, contrasentidos, torpezas, absurdos que constituyen, hoy por hoy, lo que hemos dado en llamar la cosa pública.

La cosa pública, que es una can de orates en que todos los pensionistas tienen aneldo y de los morrocotudos. A España le cuesta un sentido el personal y otro sentido el material. Y el personal no le sirve más que para estropearlo el material...

De modo que hacen bien los que, en vez de pensar en estas cosas, se dedican á mandar la solución de las charadas al *Heraldo* No hay más refugio que el arte por el arte.

Clarín.

PALIQUE

Dice Manuel del Palacio, de la Academia Española:

hablaron de palos;
girán a por ellos?

(Ir a por!) Eso ya no lo dicen ni las pobres chicas, las que tienen que servir.

(Un académico diciendo ir a por!)
Y no es errata, porque la preposición *a* ocupa su *slaba* indispensable para el verso.

Y todavía dice Palacio que habla en *estilo de taberna griega*, porque me escandalizo ante *ese* *ir a por*.

Todo les parece pedante a estos poetas populares, espontáneos y sin cultivo, monas halas, *el omega, catredad* y *el ir a por*.

Tampoco mi buen amigo Becerro de Bengoa está por lo clásico... Después de describirnos la muy envidiable alianza intelectual realizada entre escoceses y franceses, es decir, entre los representantes más legítimos de la ciencia, las letras y el ingenio de ambos países, declara al Sr. Becerro que aquellos hombres ilustres, llenos de experiencia de lo que es la vida, la educación intelectual propia de nuestro tiempo, han reconocido y recomendado por unanimidad la necesidad de conservar el serio cultivo de los estudios clásicos, el conocimiento y el gusto de la antigüedad griega y latina.

Y esto es lo que le parece mal al Sr. Becerro, que exclama: «Bien va el mundo al fin de nuestro siglo: las mujeres de la Gran Bretaña empujando al remo y al timón y desahogando las tormentas, y los hombres tendiendo a quedarse en casa y a recordar, sentados en un rincón, lo que hicieron los dioses, los héroes y las ninfas en los alrededores de Troya».

Por de pronto, las ninfas no hicieron gran cosa, que yo sepa, en los alrededores de Troya; después, no veo inconveniente en que las mujeres sepan manejar una nave; hasta la del Estado se les quiere entregar, y el esto puede ser peligroso, las naves sin maldoras sin peligro alguno pueden confíarselas. Eso no quiere decir que la gran marina inglesa vaya a reducir en adelante su personal entre amazonas de agua salada. Y por lo que toca a los hombres, para estudiar a Homero, ¿qué falta hace meterse en un rincón, es decir, abandonar los negocios públicos ni los intereses particulares? No cita el mismo Sr. Becerro al ilustre Gladstone, profundo y entusiástico belenista? Y no se dirá que Gladstone, que sabe acaso la *Ilíada* de memoria, se pasó su vida en un rincón, en un rincón y sin hacer más que pensar en las ninfas de los alrededores de Troya.

El *Imparcial*, conservando su buena tradición de atender con cuidado y constancia (y dinero) a la literatura, ha dado a sus lectores un gran número de los *lunes* que viene a ser, por menos de cinco céntimos, en rigor de balde, por *aditadura* al número ordinario, toda una revista literaria, popular, amena, como debiera haber varias (no muchas, algunas buenas), en vez de esas ilustraciones de perro chico soñas, de texto anodino, entregadas a la actualidad más baladí y a las plumas de pacotilla.

¡Ojalá El *Imparcial*, aun con sacrificios que el público acabará por recompensar, perseverare en ese camino. Lo he dicho mil veces: España todavía no puede infundir en la cultura elemental de su pueblo menor culto por el libro, ni aun por la gran revista; pero en cambio se ha extendido de manera sorprendente, y acaso providencial, la lectura del periódico, y la del periódico neutral, independiente sobre todo. Debe aprovecharse este fenómeno feliz para propagar todo lo que se pueda los principios de una cultura popular digna del mundo moderno; la ciencia en forma clara y pequeñas dosis, la literatura sin aparato pedante, sin andamios de erudición fatigosos, deben ser llevadas con afán (no sin prudencia y medida) a la prensa popular diaria o semanal, como lo es.

De vez en cuando los periódicos de gran circulación, ó por amor al pueblo, ó por su interés, ó por las dos cosas, que son compatibles, tienen rachas literarias... pero suelen ser pasajeras. Es necesario que sean constantes. Es necesario que, dando a los toros y loterías, crímenes y parlamentos, lo que es del César, se le dé al espíritu todo el espacio (y jornal) que necesita. ¡Que no se oiga siempre el angustioso *¡Viva la ultra!* escriba usted un cuento muy corto, una crítica instantánea!

El *Liberal* ha tenido muy buenas rachas literarias. Pero con dos defectos: el dejarlas pasar pronto, abandonando sus empresas demasiado anunciadas, y el imponer nombres de sección, asuntos, tendencias, etc., etc., a los escritores. Los *Cuentos propios* llegaron a causar por el título genérico; por cada cuentista verdadero escribía una docena de chicolateros aficionados... y todos eran *Cuentos propios*.

La *Correspondencia*... ha tenido de todo. Mellado, que es muy listo, y es literato de gusto... es un poco escéptico en materia de preferencias populares. Olvida la fábula de Iriarte en que se dice aquello de que el público si cuando le dan paja come paja, también el le dan grano come grano. Los *Suplementos ilustrados*, dirigidos hoy con inteligencia por Moles son un suceso digno de lo serio... se parecen, por el relativo descenso del texto (advertiré que yo tengo artículo en cada número; no vaya a creer la malicia...), a

esas Ilustraciones que hoy privan y hay que combatir porque por ahí se va al limbo. Además, Mellado admite artículos de fondo de unos señores Sandovales que... francamente, no merecen aliar con los redactores y colaboradores ordinarios del popular periódico de Santa Ana. De todas suertes, *La Correspondencia* ha hecho, en ocasiones, no poco por la propaganda literaria, y con director tan inteligente y propietarios tan bien intencionados, y que por herencia sagrada se deben a la cultura del país, podrá hacer mucho más, inclinándose con preferencia clara a las letras de los verdaderos literatos.

El *Heraldo*... el joven *Heraldo*... me tiene a mí entre sus pocos colaboradores meramente literarios. ¿Cómo lo de aliarlo? Pero puedo animarle a emprender cosas más grandes en favor de la literatura. Sin dejar su carácter predominante de órgano de la opinión en la vida política general y de diario populatario de información de todos géneros, puede aprovechar su excelente, acostumbrada para llevar a todas partes, al interior, a la aldea, donde yo le veo todas las tardes entrar como un amigo, la influencia civilizadora, a la larga, como ninguna de las buenas letras. Todo el dinero que en esto gaste el *Heraldo* será reproducible, y lo que más importa, empleado en nobilísimo propósito... Se dice que el Sr. Canalejas tiene gran influencia, de varias clases, en el periódico de que hablo. Pues el Sr. Canalejas, *per se*, y sobre todo por el apellido que lleva (porque D. Francisco Canalejas, cuanto más lo recuerdo más creo que fué uno de los escritores que más hicieron por introducir en España la moderna cultura) el Sr. Canalejas está obligado a procurar que el *Heraldo* sea muy literario, todo lo que se pueda.

En general, es necesario combatir la *bobería ilustrada* que sirve hoy de pasto semanal a muchos espíritus dignos de una sustancioso y sólido alimento.

En otro tiempo, cada semanario nuevo era una imitación más de *Madrid Cómico*, todos eran el *Tal Cómico*. Ahora los nús, enviando la suerte de *Blanco y Negro* siguen sus huellas. *¡Sursum corda!*... y *¡Sursum intellectus!*

Da vergüenza ver a cientos de estudiantes de facultad mirando grabaditos anodinos y leyendo simplones estereotipados por la estulticia gramfona. ¡Abajo los escritores de dos pesetas artículo! ¡Abajo la literatura de relleno, de pretexto para los monos de actualidad y otras vulgaridades!

Debe haber prensa festiva, satírica, intencionada; *Gedeón*, con sus defectos y exageraciones (por ejemplo, yo creo que exagera al burlarse de mi *Teresa*), merece bien de los letras, porque suele tener migas, así, francesas... Da palo de ciego, a veces, pero allí hay mellea, invención, gracia...

Madrid Cómico... también tiene defectos que procura ir corrigiendo. Creo que en broma, en broma se puede hablar de cosas serias, importantes, y de ellas trató, más cada día, sin dejar el cultivo de las antiguas acciones de muchos de sus lectores constantes. Creo también que en tono festivo se puede ser entusiasta, que lo cómico, lo satírico no obligan a un escépticoismo de café que hasta llega a ser aburrido por lo monótono. (Ese escépticoismo pedante, superficial es la sílaba de muchos ingenios castellanos.) Se anuncia, cosa importante, la publicación, allá para el otoño, de varias revistas literarias populares, baratas, no de cien páginas, no de erudición indigesta, no de artículos kilométricos. Saldrán sin monos, sin charadas y cosas así, pero serán populares. ¡Bien venidos sean, si vienen solos, es decir, si no son muchas y se matan por la concurrencia!

Y ahora, volviendo al *Imparcial*, punto de partida de estas digresiones, repito que ojalá insistiera en darnos *lunes* como el que ahora me arriba en el cual (prescindiendo de uno) hay firmas excelentes y para todos los gustos. Es de elogiar, sobre todo, la nueva sección inaugurada «La tribuna literaria», paleacea neutral, libre, para todas las opiniones dignas de atención, en materia estética.

El primer asunto tratado es el *teatro libre*. La cuestión no puede ser más oportuna, más interesante. El *Imparcial* ha recogido, hasta ahora, la opinión de Echegaray, Pereda, Blasco... y Clarín.

Echegaray vota por el *teatro libre*... porque le gusta toda libertad. Pero tiene que no se realice. Esa es otra cuestión. Lo primero es saber si convendría que se realizase.

Pereda, en cuatro palabras, de oro, como euya, aboga por el *teatro libre*, al que exige decencia y dignidad, la dignidad de no adular el mal gusto del público, sino guiarlo.

Blasco, que suelo decir tantas cosas... raras, está en esta ocasión acordadísimo.

Y el humilde Clarín se entusiasma con la idea del teatro que él llama de ensayo.

Adelante con la idea; por de pronto adelante con la discusión. ¡Y viva la literatura!

Porque por el camino antiliterario que algunos políticos prefiere para la prensa, sólo se va a dejar que los monos sabios digan a burladillas, con un discurso de Pidal (*que no es literato*) es una maravilla... siendo un coto redondo de garapos.

Lo propongo a *Gedeón*

este sencillito problema:

¿A quién, siguiendo en en tema, debe llamar *Sarpédón*?

Clarín.

PALIQUE

Es muy posible que si, por casualidad, leyera el ministro de Hacienda este palique, sonriera con lástima y dijese: — *Tu day, probasat*, si á tanto llegaba su erudición.

¿Qué sabrá este Clarín de Hacienda, se diría el ministro, y en efecto, no sé gran cosa, porque si bien es verdad que en pública oposición obtuve el primer lugar para una cátedra de Economía política de la Universidad de Salamanca, no es menos cierto que la cátedra se la dieron á un pariente del ama seca de no sé qué vastago real, y á mí, por entonces, me dejaron *in albis*... por culpa de mis ideas religiosas, que por supuesto, yo tengo por tan puras como pueden ser las del más pintado pariente de ama seca nacida. De modo que aun creyendo que la *Economía política* es una ciencia, parte de la *Economía*, que abarca la de la *Hacienda pública*, ¡qué ciencia rentística será la mía, que cobro, por culpa de mi religión (y me llaman menos los de la *Justicia*), cobro mil pesetas menos al año que el señor que se llevó la cátedra de marras?

Por otra parte, si se compara el *gato* que á estas horas debe tener el ministro de Hacienda, con el *gato* que yo no tengo, á pesar de mi buen desdén, resulta que soy un hacendista destestable; y me, comparado con el ministro. Porque yo creo, sin ofenderle, que así como una cosa era clericalismo, allí en Roma, otra cosa el fisco, y en una el Emperador tenía mucha mano y en otra no, según la ley, así el ministro tendrá, bien separado del tesoro público, el modesto peculio cuasi castrense que él haya podido procurarse honradamente y sin daño de tercero, que se sepa. Y yo... pobre de mí, lo comido por lo servido.

Pero en fin, por muy poco que tenga de Necer, y aunque el ministro sea un Turgot, creo tener algún fundamento para admirarme del grandísimo desparpajo con que el Sr. Reverter administra nuestros millones por el mismo sistema que Sancho Panza pensaba justificar en el condado que Don Quijote le tema de muchos días atrás prometido.

Mucho se me parece Reverter á Sancho, en cuanto hombre de arbitrios; porque recuerdo que Sancho decía: "... Yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin cuidarse de otra cosa; y así haré yo, y *no repararé en tanto más cuanto*, sino que luego me desistire de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan."

Digame el Sr. Reverter si estas palabras de Sancho no le vienen á él como anillo al dedo, y si no haría Sancho tan buen ministro de Hacienda como yo, y si el sistema es el mismo, y el caudero lo descubrió antes. — Lapsus veces más, otras veces menos, el Banco de España, que *no es el Estado*, que no es señor del *Condado*, corre con los principales negocios de nuestro Tesoro, de nuestro crédito, de nuestros compromisos económicos públicos, de nuestra recaudación de contribuciones, etcétera, etc.; si el Banco va mal, el Estado es quien pierde... es decir, que para muchas cosas de las que llegan al alma (y el alma de una nación está en muchas partes, pero muy principalmente en el bolsillo), el Estado es el Bicho.

Después tenemos la Tabacalera, las compañías que arriendan los Consumos ó los rentas industriales de la nación; tenemos los sindicatos, ó lo que sean, que se arreglan (y caiga el que caiga y muera el pez chico) con el Gobierno...; y tenemos *operaciones* de una y otra clase para ir tirando, siempre en poder de usureros, de *contingencias de opus del error*, que se lo dan al ministro todo hecho á cambio de mucho dinero, mucho más del que una buena administración gastaría en conseguir iguales resultados con más justicia, con más autoridad, sin enajenar lo que no puede, en buena derecho, la obligación intransmisible que tiene el ciudadano de asistir á las necesidades del Estado, en relación política de cierta subordinación respetuosa, que á una compañía, á un sindicato, á un *empresario* particular, no le debe ni puede deberle. No cabe enajenar parte del ejercicio delegado de la soberanía, dejando á Juan Fernández misión tan delicada como la de emplear la autoridad, y en su caso la fuerza, que son propias del Estado, en cobrar lo que el súbdito debe al pueblo, en limitar el libre comercio con privilegios de estanco, y emplear esa actividad y esa fuerza muchos días, casi siempre, de modo brutal, con fines sórdidos, para sacar el jugo al *comercio* y para aumentar la ganancia del interés privado *la tutela*, que no figura en ningún presupuesto fijo, claro, conocido, sino que, indiferente al

bien público, eleva sus pretensiones hasta donde puede, estirando la cuerda todo lo que ella resista.

¿Pero qué le importan todos estos tiquismiquis y escrúpulos jurídicos al ministro? Lo que él quiere es librarse de quebraderos de cabeza; asegurar, sin trabajo, sin constante esfuerzo y vigilancia, un resultado, inferior, pero conocido... y de camino *ganar amigos*, que no siempre son desagradecidos, y hasta suelen tener que *no serlo*, á priori. Y trampa adelante, y lo de Sancho: *no repararé en tanto más cuanto*... Y quien oiga, paga.

Y si un canónigo de Toledo le sale al paso al ministro advirtiéndole que esas cosas de la Hacienda tocan, por el lado que he dicho, á la Justicia, y le habla así: "Al administrar justicia, ha de entender el señor del Estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, el ministro podrá replicar lo que Sancho, 'No sé esas filosofías; más sólo sé que tan pronto tuviese yo el Estado, sabría regirle (y así hizo el ministro, que en cuanto lo fué ya se encontró hecho un sabio; y así hacen los demás, como el Sr. Castellano, que parece que nació arreglando lo de Cuba, según el desparpajo con que improvisa ciencia colonial); y tan rayosa yo de mi Estado (Ministerio), como cada uno del suyo, y siéndolo, haría lo que quisiese (y eso hace Reverter: "el ministro no transigiré en lo de la Tabacalera—¡claro!—ni en lo de Almadén), y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto, y haciendo mi gusto estaría contento, y en estando un contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabóse, y el Estado venga, y adios, y véanlos, como dijo un ciego á otro..."

Por estas palabras se ve que el ministro, no sólo sigue á Sancho en su sistema de gobernar, sino en las filosofías en que lo apoya.

Porque, me atrevería á jurar que, en el fondo, á lo que tira S. E. es á estar contento, y en estando contento y no teniendo más que desear, acabóse. (Pues no creo yo eso que dicen de que sea insaciable.)

Verdad es que no sólo este ministro es un Sancho; pues no parece sino que el escudero insigne, en aquella pradera en que descansó Don Quijote y se tomó un refrigerio, predicó un *sermón de la llanura*, no de la montaña, al cual estuvieron atentos todos ó casi todos nuestros gobernantes, ó que después leyeron y estudiaron.

El sistema de arrendar el *Condado* es viejo, aunque nunca llegase á tales extremos de desahogo como ahora. Además, lo que hace la Hacienda lo hacen otros... y, gr., la Marina.

Pagamos un Potosí á fin de que haya material y personal que nos sirvan para hacer barcos... y después, como ricachones improvisados, nos vamos por esos mundos á comprar *ropa hecha*, ó poner casa (armada) á gusto... del tapicero ó sin reparar en gastos.

La Marina y sus barcos deberían ser un alma y un cuerpo; en los países en que estas cosas andan bien, así es; y si hay una tradición técnica de navegar, de funcionar militarmente, en los barcos, arsenales, etc., hay otra técnica tradición de construir, ó de inspeccionar, dirigir, etc., etc., las construcciones. Pero aquí... entregamos *máquinas* desconocidas á los ilustres marinos, que en teoría las conocen todas, pero que en la práctica *nunca las han visto más gordas*, pues sabido es que los barcos de antes no eran tan grandes como esos que compramos ahora.

Ellos expuestos á perderse ó á manobrar mal en nuestro poder, podrán estarlo; pero lo que es pagar, los pagaremos con rumbo, y véyase lo uno por lo otro. Pues, como dijo el Berángier del puerto... Laplace, "no repararé en tanto más cuanto..."

CLARIN

412 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.081, 21 julio, 1896

PALIQUE

Si nos creyes
que le vala dir
qui s'ose almer,
je ne saurais
pour un emple
vous la nommer.

Así canta un muchacho tímido y enamorado en *El Candelero*, de Maset; y yo también diré a ustedes que sé quién es alguno de los autores del libro titulado *Cuentos y chascarrillos andaluces*, pero que no lo nombraré ni por un imperio, porque la palabra es palabra y he prometido guardar el secreto.

Témo, sin embargo, que sea el secreto a voces; porque al gran ingenio, cuando visita de incógnito, le suele pasar lo que a los reyes en el mismo caso: todo el mundo está en el secreto.

No se necesita ser muy lúce, ni muy sabor en materia de estilos, gustos y tendencias de nuestros escritores notables, para adivinar quién es el autor insigné que ha de tener una gran parte, si no el todo, en la gloria de haber publicado ese tomito alegre, es

decir, oportuno; porque el buen humor castizo es la cosa más oportuna en nuestros días, en nuestra patria, para sacarnos de esta soledad triste, infecunda, sosa, en que se nos apoca, entumece y encanilla el ánimo.

Se trata de un libro que, técnicamente, pertenece al famoso *folklore*, pero hay *fataga* y *fataga*, como diría Moliere. El *folklore* de los pedantes, de los eruditos de feria, de los sabios de tienda del alre, es insostenible, una *chifladura*, inutilidad enojosa, y *encombrant*, como dicen los franceses. El *folklore* de los ilustres, de los gramscianos, de los que no sabiendo decir nada por su cuenta ni alcanzar á la erudición propiamente literaria, se dedican á recoger escorias, estéril filológico, nonadas populares, me recuerda lo que dice el gracioso en el sainete *Las gracias de Gedeón*. ¿Para qué sacudir el polvo á los muebles, si el polvo que se levanta de una silla va á caer sobre otra?

Buena el entrometido indiscreto y atropellado sabiduría popular, sin distinguir, haciendo pacotilla de todo; lo colecciona, lo publica entre comentarios indigestos; pero ¿qué cristiano lo ha de leer? ¿Qué consigue? Que aquello antes esparcido, olvidado por menudito, insignificante y domado, ahora, amontonado, estorbe más, moleste más; por la abundancia, que hace tan aparente el verlo junto, sofoca y se causa de mayor monotonía.

Resultado, que el polvo pasó de una parte á otra, que las barreras mudaron de sitio, pero no de condición ni de mérito. Coma

bien diferente es el trabajo del *folklore* cuando cae en manos del inteligente, del sabio y hombre de gusto. El juego de los *petits faits* se avalora; las chispas del ingenio andaluz se aprovechan, en foco que encuentra el talento, para producir verdades lúas y lúmbres.

No aturde lo demasiado, no desanima lo inconexo, y de la muchedumbre sale un sentido, una lección. Todo esto se nota en el libro *Cuentos y chascarrillos andaluces*. En nada, se parece á esas colecciones que la avaricia de un editor pide á un hambriento para que junte, sin ton ni son, joyas del ingenio desconocido con diálatas, chocarrerías y aun indecencias del vulgo; aquí, sin asomar ni un momento la pedantería, y sí la más sólida y reposada y asaja erudición, burla burlando, con la elegancia se hermana el serio propósito didáctico, y cumple así que el lector se baste, si en principal de reducir á muy agradable escritura literaria, lo que en forma toca anda de lengua en lengua, siempre expuesto á la adulación y al olvido.

El mayor mérito está en el primerose, ameno, pintoresco, sobrio, natural y sencillito estilo y en el lenguaje puro, noble y castizo con que vienen aderezados los cuentos y chascarrillos, particularmente aquellos que, por más largos, dejan lugar á la descripción gráficas y de justos colores, donde la abundancia del léxico hace ver sus ventajas. Entre los chistes y gracajos de tradicional origen, hay no pocos, sin querer el autor acaso, del *redactor*, modesto, pero agudo y malicioso, aunque él no se dé cuenta de ello.

Andaluz, dicen los mal escondidos señores que coleccionaron estos cuentos, que son de origen todas sus historietas y salidas; pero no hacen hincapié en esto y sólo aseguran que ellos en Andalucía las oyeron y con cloro saboreo andaluz las encontraron adobadas. Ellos hacen en no defender á capa y espada la procedencia de todas y cada una de las ingeniosidades que coleccionan; y tal vez el haberlas ellos oído en Andalucía consista en que ellos sean los andaluces y no los cuentos; que no lo son todos quiero decir, pues de muchos sabía yo, y por la forma en que los conocía y el origen del conocimiento lo mismo, ó mejor, pudiera creer que eran del Norte. Acaso algunos, á pesar de su humor y su prosa llana, son no menos peras ó indios que los que todos sabemos que vienen de tan lejos. El hombre antiguo es seguro que fué muy desgraciado, ó por lo menos, en las grandes dificultades de aquella vida tuvo motivos para serlo; pero hay razón para conjeturar que el recurso de aliviar los males con buen humor, malicias y licencias del lenguaje es cosa tan vieja acaso como el vicio del juego, que según Ihering es, entre los descendientes de los Arios, antiquísimo.

No son para doncellas ni para niños estos cuentos y chascarrillos; adviértase la introducción; y buen sabido, para que no se le llegue á manos en que no estaría bien, ni de motivo á que se escandalicen fuera de razón los *padres de familia*, que tienen sucursal en la crítica.

A los que oteantan (los chascarrillos y cuentos) *olor escatológico* yo no les veo la disculpa que los indulgentes é incógnitos coleccionadores apuntan. No basta que Homero consintiera—sin duda cuando estaba dormido—tales perfumes á sus dioses (que comían ambrosía); también entonces se lavaban los pies fuera de tiempo y muy en público. ¿Qué había de ser la antigüedad en este punto, si hasta la Edad Media, como dice Taine, vivió sobre un esterco? La verdadera limpieza es cosa muy moderna, y por algo la palabra pulcritud, que en rigor quiere significar hermosura, la vamos reduciendo al concepto de aseó. Tal vez yo, por razón de temperamento, soy un poco exagerado en tal asunto, y mi intranquilidad respecto de esa clase de licencias y gracias (¡) tiene bastante de subjetivismo filológico, al cabe decirlo así. Confieso que Rabalera me molesta cuando es tan sucio; que el dios Crepitus de Flaubert en *La tentación de San Antonio* me repugna; que las demasías de cierto género del *Cristo de La Tierce*, de Zola, me molestan, y que hasta he leído con asco la apología del estéril humano (no sé si hay irreverencia en hablar así) que estampe el simpático Olívar en su *Manual de Agricultura*. Dejemos esto, y cuantos antes. Pero, se me olvidaba: no sé por qué, sólo la aventura de los batanes, á pesar de no oler á ámbur, me produce regocijo, sin asco, entre todo lo que pertenece al género pátido de los *Perfumes de Barcelona*.

Para concluir: yo aconsejo á los lectores de MADRID Cómico que compren los *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Es libro amensísimo, variado, ligero, en el buen sentido de la palabra, propio de la estación (*calvo rerum sustantia*); clásico, porque lo es la tradición del ingenio de que probablemente en gran parte procede (pues madre común del ingenio castizo culto y del popular es la *sal de la tierra*) y clásico por alguno de los *presuntos redactores*; el cual, aun vivo, ya merece figurar al lado de Quevedos y Quintanas, Lope de Vega, Moratín y Gállego.

Y á propósito, si por causa de algo de lo arriba dicho, lo menos hinchero, hay quien malicie que yo ayudo en lo del incógnito conocido al Sr. D. Narciso Campillo, andaluz, profesor de retórica, autor de cuentos y conocidísimo hombre de pluma, declaro que no hay tal alusión, aunque la haga verosímil, entre otras cosas, el ser el Sr. Campillo asiduo tertuliano en casa del ilustre varón (que en griego no tiene olfato) á quien ayudo en efecto, pero sólo por virtudes que fijan, limpian y dan esplendor.

Clann.

PALIQUE

El ex-amigo Bremón tiene la mala costumbre de no dar la cara, venir de soslayo y hacerlo todo como quien no quiere la cosa. A mí me tiene montado en las narices: le he tenido que dar no pocas disgustos, y eso no lo perdona él... que no perdona nada. Siempre que puede me alude, si hay ocasión de que sea para mal; hasta cuando la razón le pide que me defienda me alude; no me nombra, pero combate mis ideas, mis afirmaciones, mis proyectos. Pero á buena parte viene. Yo soy todo franqueza, claridad y... nombres propios. ¿Qué más? Bremón escribe de crítica literaria... y sostiene

ne que no hay tal cosa. En sus crónicas, ofiebles como el opio, empieza hablando de la Sublime Puerta, y poco á poco se va acercando al libro de un amigo, y le da un bombo, que era lo que se proponía demostrar. O le pega un palo... con funda al libro de un enemigo, como quien no hace nada. Por supuesto, siempre van por delante, ó detrás, fórmulas de protesta: él, Bremón, no es crítico, Dices le libre, ni aquella sección en que de Carlos le deja sejar (hacerse viejo) puede dedicarse al examen de obras literarias... pero en fin, por una vez... por excepción... y así, cada pocos días.

Todo por tabla, todo con disimulo, soapadamente, con pasos de gato (véanse los ojos de Bremón). Es un felino correcto y vulgar; así puede definirse al gran amigo de Fernánfor.

..

Pero vamos á lo de ahora.

Como ustedes saben, yo he defendido en *El Imparcial* la creación del teatro libre. Bremón echa su cuarto á espadas, con perfecto derecho, en el asunto; pero en vez de decir lisa y llanamente su opinión, en vez de ilustrarnos con sus luses, ya para disuadirnos del proyecto, ya para ensañarnos como debe realizarse... la toma con mis particulares aporoscaciones; y sin declarar la verdad, que una cosa es la creación del teatro libre, en general, y otra el modo particular como yo lo veo y explico, desde luego empieza á combatir mis opiniones, como si en ellas estuviera contenida la idea esencial del teatro que se quiere inaugurar. Si fuera franco, Bremón hubiera dicho: «El teatro libre puede entenderse de varias maneras; Folano y Mengano lo han aprobado ó desaprobado, entendiéndolo de este ó del otro modo; y Clarín lo llama teatro de ensayo, de invitación, porque quiere que tenga carácter de institución privada, para quitarle al autor la preocupación de un público tirano, señor de vidas y haciendas (pues la vida es la gloria y la hacienda el trimestre) y dejar de trabajar con mera intención artística y no con la mira interesada y antilestética de halagar el gusto del vulgo, sea el que fuere. Pues bien, yo, Bremón, no estoy conforme con esa especie de probador; el autor dramático, como el torero, sólo se conoce en la plaza; y no ante un embolado, sino ante rases de punta». Así, sobre poco más ó menos, debió haber hablado al cronista *inverdad*, para ser claro, franco, valiente. Pero no señor; consuma excruciantemente lo que he dicho ya solo, y se declara en contra del teatro libre, por no confiar que quien le da cien patadas en la boca del estómago (como se dice vulgarmente) es Clarín, y que lo que él no acepta es la opinión de Clarín.

Pues á la preterición, yo, seguro de haberlo sido, me doy por aludido; y contesto; en pocas palabras; eso sí; porque ni Bremón ni sus argumentos merecen otra cosa.

Todo lo que Bremón dice contra el teatro de ensayo, particular, es una petición de principio. El, Bremón, es un espectador del antiguo régimen, vulgar revulgo (aunque no tan claro y valiente como Mingo, el de las coplas). Quiere que todo sea viejo y achacoso como él; que el teatro siga pareciéndose al de los tiempos en que *Ignatius* pasaba por buen poeta dramático, y se llamaba dramas históricos á los de Hurtado y Retas y Echegaray; y Rodríguez Rubí era considerado psicólogo y sociólogo de bastidores.

Se le está explicando á Bremón, en párrafos y párrafos, que lo que se quiere es ensayar el arte independiente de toda preocupación interesada (dinero, aplausos, etc.), y solo por peteneras objetando que en el teatro que se intenta va á faltar... lo que se busca que falte. Claro que faltará; como al que se se afelta le faltan barbas. «Eso será un teatro erudito», dice Bremón. Erudito, no, señor; artístico, sí. Escogido, clásico, eso. Pero erudito ¿qué tiene que ver? Además, ¿cómo habría de ser erudito un teatro? Eso queda para las personas, y pocas. No tema usted, no; no será erudito. «El público tiene derecho á juzgar...» Claro; á juzgar lo público. Pero ¿quién le dice á Bremón que se trate de corral el otro teatro, el principal? Y claro es también que en el teatro público será donde legítimamente se gana la celebridad, la fama de autor dramático. Como en las batallas, no en los simulacros, es donde los generales se acreditan de valientes. Pero el talento militar, en cierto senti-

do, se puede demostrar en un simulacro. El inventor de un cañón puede triunfar en el probador; el artillero sólo triunfa en la guerra.

Todo eso se le decía ya á Bremón en el artículo de que, sin confesarlo, pretende hacerse cargo... sin hacerse cargo. Se le decía que el que quisiera la celebridad del autor dramático la fuera á buscar donde se gana: en el teatro público, ordinario, el principal. ¿Que el Sr. Bremón se á nadie se le ha ocurrido que el teatro libre venga á reemplazar al otro?

Si yo convidó á comer á mucha gente para que sepan lo que es algún modo particular de cocina que he inventado, ¿me entenderá por eso que pretendo suprimir las fondas, ni la cocina francesa, española, etc., etc. El teatro libre es *no taller*. ¿Lo entiende así bien Bremón?

El y otros muchos se han figurado que es una especie de exposición de los que no ven admitidos sus cuadros en la exposición oficial. No es eso. No es un teatro para los desechados, para los *genios desconocidos que están cansados de luchar con...* la amabilidad exquisita de *Mario ó de María*.

De esos *genios desconocidos*, que se quejan de Mario, como yo algunos... que empiezan por reformar la ortografía escribiendo *Orestes con h*.

No es el teatro libre para aprendices... *de literato*, sino más bien para literatos maestros, que, como Virgilio, sin despreciar los caminos trillados, pero buenos, firmes, seguros, se dicen sin embargo:

... *Tentanda via est, qua me quoque possim
Tullore humo, victorque virum colitare per ora.*

y antes de pretender esa fama, ensayan, entre artistas, aficionados, gente culta y de gusto escogido, de edificación y educación estética, esas mismas novedades, antes de ofrecerlas, cuando el público está preparado, por su iniciación individual en el teatro libre, para esas novedades.

Teatro semi-casero llama Bremón al teatro libre (según Clarín) y lo dice en un caso de desprecio.

Semi-casero fué la ópera, antes de poder ser popular; *semi-casero* fué la tragedia de Cornelle y de Racine, y la comedia de Molière.

La obra muerta del teatro de Lope (que no es poca) y del de Shakespeare no hubiera existido en aquellas obras que ellos hubieran escrito sin poner en el vulgo acio, y para un teatro *semi-casero*, de gente escogida.

Si con lo de *semi-casero* se refiere Bremón al carácter *privado* del teatro libre, ya tiene ahí la respuesta.

Si quiere indicar que se trata de malos cómicos ó malos escritores, no se ha enterado de los artículos que combate, pues allí se pide que sean los cómicos mejores los del teatro libre; y artistas verdaderos, de conciencia, capaces de oponerse á la corriente del mal gusto, los autores.

Y basta. Y sobre.

Bremón no merece ni la mitad.

Pues á su ingenio... que consiste en ser un eufemismo... con espigas.

Bremón tiene el privilegio milagroso de dar la mano con guante... y con uñas. Por eso caza con guantes.

Clarín.

Valora y el teatro libre.

Non aliam ob culpam Babelis perire cunctis aris.
Cecidit et tota res, insunt proscenia Iudi.

PALIQUE

Al ministro de Hacienda se lo lleva la trampa. *Sicet vita, finita ita.*

Siendo hoy la cuestión más grave, de todas las de público interés, la cuestión de Hacienda, tenemos al frente del ramo un ministro... que no sabe echar cuentas.

Gamazo le demostró que había sumado y restado mal. Y el ministro contestó que esos eran pormenores...

Ahora, á un señor que llama pormenores á estas cosas, métele usted en asuntos de crédito y de dinero contante y sonante, y al por mayor, con inocentes como Rothschild, que entienda de pormenores hasta no perdonar ni un céntimo á ningún majadero sintético y á grandes rayos.—Que era como quería tratar de los presupuestos el señor ministro. Censuraba al Sr. Gamazo porque no había tratado la cuestión en general, á cierta altura. Lo que le sobra á Gamazo, Sr. Reverter, es poder tratar de Hacienda á vista de pájaro... pero si en esta ocasión se hubiera elevado al quinto cielo, para cantar como la alondra de Romeo y Julieta la llegada de la anhora, de rosados dedos, ó la vuelta de Bañer, ese Mercurio del Júpiter-Almadén de la gran banca-sinagoga de París; si Gamazo, digo, se hubiera subido á las nubes, como hubiera podido ajustarle á usted las cuentas y leer las cifras equivocadas de las sumas y restas del ministro?

Después Reverter echó la culpa á los empleados encargados de la contabilidad, como si dijéramos. ¿Y por qué tiene usted funcionarios encargados de echar cuentas, que no saben contar?

Y resulta de esas lamentables equivocaciones, y de otras, que en vez de no tener déficit lo tendremos de más de sesenta millones...

Que por lo visto son para el ministro una cantidad despreciable, infinitesimal...

(Demonio con las ficciones de S. E.)

Pero ¿qué importa todo eso si Reverter ha demostrado que cuanto más se derroche mejor, porque eso es señal de progreso?

«Los pueblos ricos son los que pagan más contribución.» Así decía, aunque pareciera mentira; sin duda para que escarmentase esta consecuencia, que si todos entregamos al recaudador de contribuciones la camisa, España, para el próximo trimestre, nadará en la abundancia. Nadará, pero no guardará la ropa.

Y un hombre que dice esas cosas y echa esas cuentas, es el encargado de hacer un cuarto de un ochavo, única manera de salvar la Hacienda española!

¡El milagro de los panes y de los peces que haga Reverter que me lo claven en la frente!

Es difícil librarse de la preocupación económica, á poco carísimo que se tenga á la madre patria. Molesta el ver tanta ignorancia, tanta ineptitud al frente de nuestros negocios más complicados y graves; pero ¿cómo no pensar en que el país se ahoga?

Yo evitido la serenidad de cierto periodista, encargado de explicar á los lectores lo que se dice en el Congreso, el cual chico parlamentario cuando llegaba el Sr. Gamazo á entrar en barina, es decir, á tratar lo más importante de las cuestiones de Hacienda... declaraba que él no lo había entendido, porque no era *especialista*; y pasaba por alto lo principal, para decir después con mucha exactitud cómo y cuándo se había levantado la sesión.

Con periodistas así y ministros como Reverter, que para tratar del debe y haber necesita un globo, para remontarse, está como quiere la citada madre patria.

Pero no cabe duda que es más descansado olvidar las penas y embrollar las cuentas y no seguir á Gamazo en los pormenores prosaicos del tanto más cuanto.

¡Imitemos á esos felices mortales... y recurramos al opio de la poesía, por ejemplo.

..

Más á tiempo no podían llegar á mis manos estos versos de Bremón, que, interrumpiendo su prosa fría y correcta de jefe de negociado, instruido, se desborda y canta... las nubes de *añejo*, los agujeros de otros días mejores (pero lluviosos también).

«El lector nos dispensará, dice Bremón, si rompemos á hacer versos á

LA LLUVIA

Por mí, rompa usted por donde quiera.

¿Llueve en Madrid? Caen gotas

(Verso de los que Sinesio copia en la sección de cojitrancos de la O. P.)

que los cristales enturbian,
y silenciosas las aguas
bajo la tierra circulan.»

Ni van las aguas tan silenciosas como cree Bremón, ni se puede decir que circulan las aguas que se traga la tierra. O sabemos lo que es círculo.

«¡Oh, cuando yo era muchacho,
aquéllas sí que eran lluvias!»

Pues ya ha llovido después, Sr. Bremón, y mucho; porque usted es casi casi *principio de siglo* (y así escribí). Pero la verdad es que en tiempo de Bremón debía de llover más que ahora; y un poco antes, en tiempo de Asmodeo, llovía mucho más. Tanto, que entonces fué lo del diluvio. Está averiguado: el agua llovía está en razón inversa del aumento de la contribución. Reverter ha demostrado que cuanto más avanza el progreso, con el tiempo, más aumenta la contribución, y Bremón prueba que ahora llueve menos que antes... y peor. Verdad es que ahora llueve sobre mojado.

«En cada calle un arroyo
que he aumentado en furia

(Estos poetas ven un Niágara en un vaso de agua.)

buscaba en los sumideros
la libertad ó la tumba.»

No entiendo lo de la libertad, ni creo en la *pas de los sepulcros*... de los arroyos.

A pesar del tono aparentemente festivo de la poesía que tengo el honor de examinar, en el fondo (no del sumidero) hay un pozo negro, como si dijéramos, de amargura y de melancolía. De un modo muy romántico, siquiera sea humorístico, Bremón echa de menos la edad de oro en que no había alcantarillas, ni siquiera tan malas como ahora. El canto de Bremón es una especie de *Lamentaciones del Dr. Kneipp*, que quiere que nos metamos en todo, hasta en los charcos. Bremón dice:

«Entesismado el enjambre
de la cavalla (!) menuda,

—Al agua, al agua, gritábamos...»

Eso de llamarse cavalla menuda á sí propio sea pura modestia, y tal vez poca propiedad en la palabra. Pero de todas maneras, él echa de menos el agua turbia y las inundaciones, y el arroyo revuelto. Pero aún le queda á Bremón una esperanza: que le entiendan en un cementerio tan descuidadamente construido, que haya en él filtraciones... (Esta palabra ¡ay! me recuerda la cuestión de la Hacienda, que procuro olvidar empapándome ó encharcándome de ó en poesía.) Tales filtraciones que...

«¡Oh lluvias! la última prueba
de afecto será la tuya
cuando homedeczas mis huesos
dentro de la sepultura.»

Si no hay esas filtraciones de que hablaba, se expone Bremón á que no se realice el romántico deseo *póstumo* de que la lluvia le cale los huesos en la sepultura; porque el progreso hace ya tumbas impermeables.

Pero, en fin, se proveerá; y no faltará quien se encargue de regar los restos mortales del Sr. Bremón, que estarán muy secos; porque escribir más de *secano* tal vez no exista.

Y puede que sobre la tumba del *incedido* cronista nazcan, en vez de inútiles flores... espárragos, á arroz... y gallo muerto... Pero ¿y si no se muere nunca Bremón? ¿Si es un segundo Asmodeo?

Clavín.

★

416 Madrid Cómico (Madrid), n. 703, 8 agosto, 1896

PALIQUE

Se va a celebrar el centenario de la patata. Ya lo oye el Sr. Sánchez Moguel.

Debe adelantarse al Sr. Pando y Valle y publicar una Memoria (que es más fácil que una inteligencia), en que se llegue a las raíces de la cuestión; la cual, si es posible, se ha de relacionar con los obsequios de que el Sr. Moguel fué objeto por parte de los portugueses. Acaso, además de la patata en Portugal, pueda examinar Moguel la cuestión de si Parménides se inspiró o no en el *Fausto*, y comparar las joyas que Metastasio saca de los profundos para seducir a Marguerita, con el modo de sacarse las patatas del seno de la madre tierra. En fin, el caso es que se le dé un premio a Moguel con motivo del centenario de cualquier planta, sea esquiladora o reparadora. Porque, así como el usurero vive del *tanto por ciento*, Moguel, avaro de gloria, vive del *tanto por centenario*.

Por eso yo, en cuanto lei lo de la patata, me acordé del ilustre profesor de literatura, y escribí este aviso útil.

✱

En cuanto a que la patata tenga centenario que sea sonado, no debe extrañarlo nadie. El mundo marcha, y hemos de ver el centenario de la calabaza.

Estatuas ya se levantan a muchos que no valen una patata.

Oradores parlamentarios hay, y de mucha fama, que hablan ocho días seguidos, cuyos discursos ya nos contentaríamos con que tuvieran, por vía de sustancia, aunque no fueran más que un poco de fécula.

✱

Ay en todo caso, á falta de centenarios buenos son certámenes.

Este verano, como están nuestros políticos tan ocupados en no entenderse, no pueden salir de Madrid, y por eso no andan presidiendo juegos florales por esas provincias de sus respectivos caciques.

Porque no sé si ustedes se habrán fijado en que nuestros políticos son siempre los llamados a presidir esos incruentados sacrificios de las musas. Y con tan *plausible motivo* suelen pronunciar sendos discursos, todos cortados por el patrón que Flaubert nos dejó en el famoso capítulo del concurso agrícola en *Madame Bovary*.

«España es eminentemente monárquica y agrícola», decía un gobernador militar de León, hace muchos años, y en esta frase puede compendiarse lo que nuestros políticos sueñan decir en esas *gayas* solemnidades.

A no ser cuando el político es un republicano, v. gr., el Sr. Labra, que también ha presidido justas poéticas.

✱

Los certámenes son inocentes; pero no les vendría mal una contribución progresiva; es decir, que los jurados tuvieran que pagar una buena cuota y el presidente una dineral. La reina de la fiesta no se libraría de *pechar*; y en cuanto al autor de la oda con libertad de asunto y libertad de metro, premiado con flor natural ¡oh! lo que es a ese yo le arruinaría el nombre del Fisco; que algo le habían de costar tantas libertades y la nata y flor.

Claro que todos los políticos, por proteccionistas que sean, presiden bien los juegos; pero como D. Víctor Balaguer no hay otro para esas cosas. Es el hombre más... *aracate* que he conocido. Siempre me lo figuro con una corona de mirto ó el laurel alrededor de las plateadas sienes. Pero ha nacido tarde; debió vivir en tiempos en que se llamaban los poetas *dulces*, unos á otros, y con suaves y sonoros apodos. No importa que la garduña y la Fado haya eclipsado á la gacela de Balaguer; él siempre se parecerá á Ausias March, y casi casi á un retrato malo del Petrarca: ó de Camúens, de espaldas.

Yo envidio á Balaguer que todavía hace versos libres y los trae en boca de Aníbal, ó Coriolano ó de Brunequilda; ó de quien se tercié. Esas cosas que eran mi encanto á los trece años, todavía las *leva á cabo* el Sr. Balaguer, á los setenta!

✱

No es tan poético, pero sí bastante, sin perjuicio de ser útil, el doctor Thebussem, ó como se escriba; discretísimo señor andaluz, creco, que pasa la vida muy entretenido haciendo y escribiendo, y sobre todo coleccionando cosas raras con no poco recreo y no escasas enschunas de muchos alicionados á las menudencias curiosas.

No, no servirá el doctor Thebussem para contestar á los discursos de Reverter, que quiere que se le estudie sintéticamente y desde alturas vertiginosas; y no con pormenores como los de Gamazo, que le demostró que el ministro no sabía la tabla de Pitágoras (la cual, según otro ministro, es una de las *Doce tablas*).

Decía que el doctor Thebussem es amigo de minucias, y está en su derecho; sobre todo, si es rico, según creo, y no tiene otra cosa que hacer.

Ahora se le ha ocurrido gastarse unas seiscientas y pico de pesetas en celebrar un... certamen. La *flor natural* consiste en un billete de dos mil reales que se adjudicará al mejor postor de unas cuantas décimas (más á 11), es decir, que no sean menos de 5 ni más de 10. — Por lo visto, son, esos, números climatéricos: v Dios sabe las razones cabalísticas que el doctor pueda tener para fijar tales números, ni menos de 5, ni más de 10! El asunto de la composición no es libre; y de esto me alegro, porque, en tales materias, bastante se ha abusado de la libertad. Hay que *cantar al cartero*, recordando, de paso, los mejores servicios del ramo en la Europa culta.

Mucha ciencia se pide para tan poco dinero y para tan pocas décimas. No creo que ni Campanor, ni Núñez de Arce, que, sin duda alguna, ya estarán templando la lira para disputarse el premio, estén muy enterados de cómo llegan á su destino las cartas en los países más adelantados de Europa.

Yo creo que esto es pan comido, y que el galardón de los dos mil reales será para el marqués de Lema, director general de Comunicaciones, distinguido tecnista y que estará al tanto de cómo se reparte la correspondencia en Alemania, Suiza, Italia, etc., etc., y parte de España.

De todas maneras, ya ven ustedes cómo la poesía no está llamada á desaparecer; lo que hace es transformarse, hacerse útil, práctica. Bremón cantaba hace días el alcantarillado; Mr. Thebussem pide unas décimas para el servicio de Correos. Así se regenera un país. Vengan, vengan certámenes con pujas á la lana; y si les parece á ustedes, la *flor natural* que sea la flor de la patata, ese último don de Demetera, cuyo centenario (el de la patata) van á celebrar Moguel, Pando Valle, Lasres y otros señores de la mesa y de la comisión.

CLARIN

417 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2102, 11 agosto, 1896.

PALIQUE

Malo es que el pueblo emplee á *sacarle cantares* á lo de Cuba. El otro día, en una taberna, con honores de café, cantaba, al son de la guitarra, un Piton de patillas y sombrero de círculo máximo:

Vi marchar cien coroneles
y volver cien generales;
todos vienen con la faja
y con la victoria nadie.

Á pesar de la notoria injusticia del cantar, pues el Borénger de plaza no se saba en que esa faja que han ganado algunos co-

roneles débíanla á batallas por ellos gloriosas, aunque no de éxito por provecho para el fin que perseguimos (y échale un galgo); digo que, á pesar de la injusticia, hay en esa queja popular algo legítimo. No es de buen efecto que estén desembarcando todos los días generales que dejan *aquello* por *esto* ó por lo otro pero que lo dejan antes de concluir, mucho antes. Además, el periódico oficial correspondiente viene todos los días lleno de recompensas para los oficiales que con verdadero heroísmo pelean en Cuba y vierten su sangre con abundancia que se presta á comentarios tan honorables para ellos como alarmantes por otros conceptos. Imposible imaginar cosa más justa que esas recompensas; pero tal vez sería de mejor efecto que, asegurados tales premios para tranquilidad de los que los ganan, y asegurados aunque hubiera que acumular varios en una sola persona, la publicidad de tanta y tanta medida de ca-

ácter personal y remuneratorio se dilatasen, por lo general, no siempre, hasta que pudiera responder, no sólo al mérito individual, sino, con más transcendental armonía, á los satisfactorios resultados de una campaña definitiva.

Tal como se hacen las cosas, parece, y no es, pero sí parece, que se cumple en cada caso una especie de contrato particular en que el oficial pone el heroísmo, sus heridas, su valentía, y el Gobierno le tiene que pagar inmediatamente con cosa que valga dinero las más veces, y otras con honores. La historia del mundo es ya muy larga; el que más y el que menos ha leído muchas crónicas de muchas guerras antiguas y modernas, y en las campañas duraderas (como eran muchas veces las antiguas, no las modernas), mientras el resultado que importaba tanto á la patria no se veía, escaseaban mucho más las licencias temporales de los caudillos, y no abundaban tanto los decretos de recompensas que no seaban olvidadas y que á su tiempo venían. A veces, por circunstancias especiales, hasta perturbaba el buen orden, y daba á la eficacia del esfuerzo, el cambio de empleo de este ó el otro jefe que, si por su nueva graduación tiene que pasar á funciones diferentes acaso, nos hace perder una singular aptitud y el caudal de una rica experiencia que se aprovechaban mientras era, v. gr., coronel, pero que ya no podríamos utilizar en el general que tiene otras ocupaciones, que tal vez no domine tan cumplidamente.

Cuando hay un propósito común, superior como lo hay en la guerra, las consideraciones personales, por legítimas que sean, en su orden, tienen que posponerse á la conveniencia principal, común, impersonal.

Es desconocer el patriotismo de nuestra oficialidad, verdaderamente excepcional. *salud y gloria nuestra*, pensar, como parece que piensa el Gobierno, que tiene que ir siempre la toga tras el soldado, el grado ó la cruz pensionada, á los pocos días de la batalla; y esto, en una guerra como la de Cuba, que recuerda las antiguas luchas épicas, el constante *corpo á corpo*; de esfuerzo individual; en la que abundan las lides singulares y los actos distinguidos, singulares también.

Otra consideración aconseja cierta parsimonia; y es la de que con la tropa, no menos heroica, ni de otra manera, no cabe un sistema de recompensas, ó por lo menos no lo hay, positivamente análogo.

Nada de esto se arregla con decir, v. gr. que si vuelven muchos generales y no vuelven soldados es porque aquellos son más viejos, más sujetos á los peligros de la enfermedad, etc., etc. En cambio, se puede contestar, la vida del soldado está más expuesta á los contagios, á los males que vienen de por alimentación, servicio más expuesto á los accidentes meteorológicos, de más fatiga, etc., etc. En fin, es probable que la mayor parte de los soldados quisieran trocar su destino y la exposición en que están por el destino y los riesgos de los generales.

Además, no se olvide que los jefes y oficiales, en la guerra, están siguiendo una carrera, y el soldado no, fuera de esas excepciones raras de los que llevan la faja en la mochila. Son muy pocas.

En fin, yo creo que debe evitarse en lo posible ciertas cosas, de las que no se puede hablar con más claridad, porque lo principal es que todos nuestros bravos defensores, jefes, oficiales y soldados, vean detrás de sí una España que les admira, les agradece su esfuerzo, y sabrá mostrarse menos olvidadiza que otras veces. Respecto de la tropa, principalmente.

Á quien se debía mandar á Cuba, en calidad de voluntarios á regadientes, es á los arbitristas que en cafés, clubs y congresos, casas de baños y senados, plazas de toros y ministerios, tienen en cada dedo un plan para *arreglar aquello*; y que no lo arreglan, ni van siquiera á ver cómo está la cosa.

Cuando el majo de autos cantaba la copia de que va hecho mérito, otro patriota, éste político principalmente, le interrumpió cantando esto otro:

España vence á cualquiera
cuando se la deja sola...
Españoles á las armas;
cortecanos á Bayona.

Y entonces un torero, el arbitrista de la reunión, gritó: —Esas son pampalinas; ni solos ni acompañados, ni sin rey ni sin Roque podemos hacer lo imposible. La solución es esta: se les dice á los *insurrectos*, bien claro, para que lo entiendan: —Si en el término de treinta días no habéis depuesto las armas, vendemos la isla á los yankees y dejamos pueblitos, trochis, fuertes, etc., etc. en poder de fuerzas norteamericanas para que sepais lo que es bueno.

—Y si no hacen caso? preguntó el de la copia primera, comiéndose con los ojos al arbitrista. El cual, por prudencia, se calló la respuesta; sin duda porque el *auditorio no estaba preparado para oír ciertas cosas*.

Si, no hay que ocultarlo. Ahora no es como cuando los moros. Ahora hay arbitristas así, del género *positivista*, dicen ellos; arbitristas utilitarios; que no hablan más que de lo que perdimos en papel ó en oro. Patriotismo sigue habiendo muchos, como siempre; pero antes no había más que patrioteros, entre las calamidades públicas de esta clase; ahora hay el vulgo desencantado, que declara que no cree en idealismos y se alegra de que no parezcan voluntarios, porque así le dan la razón á él. Averiguar si es muy crecido el número de estos *cosmopolitas* que no ven en todo más que entreses y que no creen en *idealismos* mandados recoger, es un dato

estadístico que podría convenirles mucho al Gobierno, y al país, para saber con qué fuerzas puede contar.

Oigase, para ir recogiendo documentos, no á los oradores públicos, sino á los privados: v. gr. á los padres de la patria, no en el salón de sesiones, sino en el de conferencias.

Porque no basta repetir: España es hoy la de siempre.

Eso hay que verlo.

Hay que ver si tantos toros, tanto *apori* inditil, tanta superficialidad y esccepticismo de café y taberna, tanta indiferencia para el bien público, tanta colaboración en irregularidades administrativas, han viticiado ó no un poco la sangre de esta raza de héroes, mártires... y no poca gente perdida.

Clarín.

418 Madrid Cómico (Madrid). n. 704, 15 agosto 1896

Estos higienistas piden á veces la luna, aunque todo por nuestro bien.

A uno de esos sabios se le ocurre escribir, en un periódico popular, que ahora en verano, para evitar los excesivos calores, se deben colocar las viviendas donde haga fresco.

Colocándolas, así dice.

Pero ¿cómo vamos á andar con la casa encanada?

Eso debe llamarse higienista... para los caracoles.

•••

En el Senado se discutió el presupuesto de Fomento de prisa y corriendo, por fórmula, y nadie se fijó en tal cosa. El Sr. Sánchez Román pidió, con mucha justicia, que se dedicase á los gastos de Instrucción pública cantidad algo más respetable que la muy exigua y mezquina que hoy se le reparte.

Pero... como al cantara el Sr. Sánchez Román.

No se le hizo caso.

Un país así es una cosa, absolutamente, de broma.

Todos sabemos que la enseñanza oficial está perdida; que se inutiliza; desdoro de España ante la Europa de veras culta.

Pero, por lo mismo que todos estamos convencidos de ello, no se hace nada por remediar esta vergüenza.

Nos parece una vulgaridad ya anticuada procurar que mejore la enseñanza.

El ministerio de Fomento no sirve más que para que hagan el caldo gordo los grandes contratistas y los reaccionarios. Entre caciques negociantes y mestros se reparten las obras públicas y el pan espiritual... unido con manteca, de la ciencia oficial.

Tenemos un Consejo de Instrucción pública copado por una partida carlista; ni más ni menos que podía estarlo, durante la guerra civil, una compañía de cazadores.

Hay carlistas que, hasta donde pueden, hacen lo que el Verbo; porque, así como éste, sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre, según el misterio de la Encarnación, esos carlistas, sin dejar de ser ojaleseros, quedan hechos hombres á fuerza de transigir entre basitadores con las impurezas de la realidad liberal conservadora.

Esos carlistas procuran volver á la enseñanza á los tiempos de Maricanistas. Crean las cátedras de religión, que tal como son no pasan de ser un alarde de jesuitismo triunfante; vuelven á señalar un número de fiestas determinado para que se pierda curso, desatando la ineficacia y la discreción de los profesores y convirtiendo la disciplina interior de las clases en un mecanismo oficioso. Según esa disposición, un profesor con docientos ó trescientos alumnos tendrá que gastar todo el tiempo de su conferencia en *pasar lista*. Después, entra el expediente de las excusas legítimas para la falta de asistencia; los certificados, verdaderos ó falsos, de los médicos, etc., etc. Todo esto es así porque esos *mangoneadores* del Consejo son, no sabios, sino estudiantajos encanecidos en la rutina, *memoriones* inconscientes, hombres de un solo libro... y eso malo: profesores que tienen más de covechuellistas que de catodistóicos.

Después viene lo de la provisión de cátedras. La mayor parte se las llevan, por concurso, auxiliares que jamás han tenido valor, ni conocimientos suficientes, para presentarse en unas oposiciones. Hombres que llegan á los treinta y á los cuarenta años sin más méritos ni servicios ni títulos que haber entrado, para matar el hambre, por la puerta del favor, en el profesorado supernumerario, con sueldo mezquino y con la obligación de servir para un fregado lo mismo que para un barrido. Un día explican derecho mercantil y al siguiente derecho canónico, y á veces tres ramas del derecho á un tiempo; no saben nada de nada, no hacen más que estudiar al día una lección de cualquier cosa por un librito de texto. Y con esta ciencia precaria... el Estado les encomienda en propiedad una cátedra. ¡Y además leccióncita estudiada por el librito de texto! En adelante, como la cátedra en propiedad *ya no pueden quitársela*, el auxiliar á la violeta ya no estudia absolutamente nada; y allá los chicos, que aprendan de memoria un texto de algún amigo del profesor, que, como una cosa es la amabilidad y el negocio otra, suele cobrar una prima por haber señalado aquel autor y no otro.

Esto, que parece mentira y es tan repugnante, es lo corriente. Pero hay excepciones... v. gr., las de los profesores que señalan por libro de texto... un *código*; el código civil, el mercantil, el penal, etc., y hacen á los chicos repetir de memoria los artículos... y se acabó la enseñanza. ¿No se podía aborrecer al Estado al sueldo de profesores que *explican* de esta manera? Los estudiantes, para aprender de memoria el articulado de un código, necesitan las *sforjas* del catedrático?

En cuanto, á las pocas cátedras que *salen* á oposición... no salen. O hacen que salen y se quedan en casa. Hace diez años que estoy yo nombrado para el tribunal de unas oposiciones; se han muerto jueces, opositores... y la cátedra no sale. ¿Por qué? O porque á algún auxiliar infuyente le conviene que no salga, ó porque algún cediólogo, á fuerza de freno, consigue que no dé un paso el expediente. No le conviene que el tribunal se constituya, porque todavía no ha intrigado bastante para conseguir que todos los jueces le prometan votarle incondicionalmente.

Otras cátedras salen en seguida. Y en esas todas va como una seda. Los que están en interioridades, allá por las oficinas del Consejo y del negociado respectivo, saben que la cátedra está dada *a priori*. Pero en las oposiciones no se conoce á quién; y los infelices comparas involuntarios de esta farra hacen los ejercicios, se licen si es caso, y se quedan con un palmo de narices. Ejemplos recientes hay bien escandalosos. Y los carlistas de marras anduvieron en el ajo.

Por supuesto, en tales oposiciones, jueces y opositores *agradados* siempre son reaccionarios, procedentes de amparo carlista.

•••

¿Que cómo consiguen esos caballeros tanta influencia... y manos pueras?

Fues es muy sencillo.

Convirtiéndose en... caracoles.

Siguiendo el consejo del higienista de quien hablabamos al principio.

No para bair del calor, sino al contrario, para aritmarse al sol que más calienta, trasladan la vivienda de sus oposiciones, el edificio de sus convicciones, con clientes y todo, colocándola donde lleguen los rayos vivificadores del presupuesto y el *mangoneo*... y ¡oh paradoja! después de encontrar el sol que más calienta... ellos se quedan tan frescos.

Clarín.

419 Madrid Cómico (Madrid), n. 705, 22 agosto, 1896.

PALIQUE

Señores: antes de empezar nuestra conferencia de hoy, permítame frasar una cuestión previa: la cuestión de las erratas.

Víctima de ellas, no propiciatoria, pero sí *incedera*, como dijo el otro, cúmplame *protestar muy alto* para reñazar la responsabilidad de ciertos solacismos de que soy en absoluto incapaz por temperamento, educación y firmeza de convicciones.

No me tengo por nna Academia, aunque me tengo en más que á muchos académicos; pero, en fin, *paseo mi epítome*, como diría Plinio ó Ludevese; y como no peca de inmodesto reclamando el derecho de que se me suponga, á falta de prueba en contrario, la gramática de la culpa leve ó sea la de un diligente padre de familia.

No me importa dejar á salvo mi honor filológico, por los imbéciles que me echan en cara palabras latinas que yo escribo bien y las cajistas mal (y me las echan en cara después de advertir yo que el cajista se las equivoca). Á los majaderos despectivos capaces de estas malicias, yo no hago más que despreciarlos; y les advierto que es inútil que me envíen los periódicos en que ordinariamente me insultan, porque no leo esos papeles, y por milagro, de bigos á brevas, me entero de una teoría de ciento que dicen.

Por quien me importa sacudirme la responsabilidad de las erratas es por el público pío (no por el alarín, compuesto de los imbeciles antes aludidos).

Hay errores de caja que además pueden llamarse de *cajón*, de eso, porque, escriba como escriba el tutor, siempre se repiten.

Rubo tiempo en que ora inútil hablar de prejuicios, porque siempre resultaban perjuicios. La teología se la corrigen á usted y queda siempre en teología.

Y habrá cajista que, al corregir, se diga:

—Este señor es tartamudo para escribir... te... le... o... lo... Le quitaremos lo tartajoso, por caridad.

Hay muchos escritores (académicos entre ellos) que no saben todavía cuándo se dice *deber de* y cuándo *sobra de*. Y, sin duda, no quieren aprenderlo, pensando en que es inútil; hasta que lo aprendan también los cajistas.

Yo juro que lo escribo siempre bien. Pues... como si no. Unas veces, me hacen decir *debe de* cuando *de* sobra; y otras veces me lo aprueban, cuando hace falta.

Los clásicos, en general, se conoce que empleaban bien el *deber de* (y en el lenguaje del pueblo se nota lo mismo); pues en las clásicas impresos se encuentran ya la confusión de que me quejo.

Cervantes, es seguro que estaba al cabo de la *valla* en esta curación; pues en el *Quijote* algunas veces, no muchas, falta el *de* cuando se necesita.

A Pereda *debe de* pasarle lo mismo que á Cervantes, de quien es desconocido por *línea de clásico*; pues en *Peleas arriba* (el precioso libro) se trocean los frenos en el uso de esos verbos y partículas, á cada paso.

Todos los periódicos deberían (sin *de*) publicar la regla, que es bien clara, y que los cajistas no deben (con *de*) haber estudiado. Ellos, los cajistas, que tanto cuida lo tienen de hacerle á uno (y á otro) emplear, *recte* *notia*, muchas veces, la ortografía de la Academia, con su *septiembre* rejuvenecido y su *harmonía* y su *acento* sobre el *en* final, ¿por qué no aprenden el buen uso del *deber de* que la Academia explica perfectamente?

Por supuesto que *establezco una excepción* en favor (ó en justicia, mejor dicho) de los que componen Madrid Cómico; en el cual, en buen hora lo diga, á pesar de mi mala letra, casi nunca me veo con erratas, gracias á Sinesio y á los buenos cajistas... no diré que gasta, porque no los gusta. De sobra saben esos señores cuando se dice *deber de* y cuando no. De modo que, si aquí le acuerdo la regla, no es por ellos, sino por propagar entre los del gremio la buena doctrina.

Se escriba siempre el verbo *deber* sin necesidad del *de*, sea lo estorba, menos cuando se indica duda, cuando se inclina el ánimo á afirmar, pero no afirmar.

Si yo digo: «Bosch *debe de* ser inocente» no hablo de la obligación que tiene Bosch, como todos, de no cometer irregularidades; eso se dice así: Bosch *debe ser* inocente. Cuando digo: Bosch *debe de ser* inocente, doy á entender que en mi opinión es probable que lo sea; pero no lo afirmo. (Dígasme libre)

Me parece que la cosa no puede estar más clara. Ya saben todos los cajistas del mundo y todos los académicos del Cánovas que Bosch es inocente; digo no, que *debe serlo*; digo tampoco, que *debe de serlo*.

Entre otras cosas que *deberá de*.

Sin contar con los que *debe sin de*.

Á los prestatistas siempre se les *debe sin de*, pero casi siempre con prenda ó hipoteca.

Otro error de caja y de cajón suele ser el uso del *les* por *los*. ¡Y cuidado que es cosa fina! En todas las imprentas (menos en ésta y otras pocas) es inútil que usted escriba: «El acusativo de plural *los* sin confundirlo jamás con *les*, que es relativo. Como es singular, según la idea dominante, la regla varía, para lo personal, los cajistas creen que es lo mismo en plural, y *les* y *los* les parecen equivalentes. Así, y, gr., lo mismo que ponen *darles una comida*, que está bien, nos hacen decir: «Tengo cinco duros, pero no quiero darlos», que está mal. No es que está mal el no dar los cinco duros (casi siempre está bien), sino el usar en ese caso (acusativo) *les* por *los*. Aunque se trate de personas.

Vaya, vaya, dirá Sinesio; parece esto una escuela de párvulos... ¿Y la conferencia que usted anunciaba en estilo de Atenas en decadencia?

Permítame Sinesio que le diga que en España, si fuéramos modestos, deberíamos contentarnos, por ahora, con hacer licenciados de primeras letras. Veinte veces he hablado ya del ilustre académico que escribía *exuberante*, así, con h, porque *tenía* *prisa*.

Vulgarizar en a b c de toda disciplina es en España el oportunismo más sabio en materia de educación nacional.

Si á Oberto le hubieran atado los dedos con baldaque cuando traido á Dante, no deberíamos á Italia la indemnización literaria que le debemos.

Y permítame Sinesio otra cosa.

Permítame suspender la anunciada conferencia.

Iba á hablar, sin permiso del Sr. Retana, de lo de Filipinas.

Y como no sé á estas horas si á Morayta le han *reducido á prisión* ó le andan buscando, prefiero dejar mis incursiones coloniales... y del reino para cuando sepa á punto fijo (ó punto filipino) á estos señores.

Porque, á mi ver, Morayta *debe de ser* tan culpable como yo.

Y si á él le prenden, ¿por qué no nos han de detener á mí... ó al obispo-arzobispo de Madrid-Alcalá?

Yo, de detener á alguien, opino que *debe ser* (no hay miedo, no; aquí no se equivocan) al Sr. Retana, que es un especialista filipino que ha tomado demasiada carrera.

Si, que detengan á Retana. Y que nos dé una conferencia filipina.

Y ahora yo la mía.

Yo, en sustancia, iba á decir esto: que no debemos mandar al archiepiscopo tanto archipi...llo

Clarín.

PALIQUE

Ante la estatua de Elduayen, ó sea *Elducano*, que es como el ilustre gallego se llama en buen español, se han hecho varias frases, y no pocos filósofos han entrado en cierto orden de consideraciones. Cavia, si no ha agotado la materia, porque esta materia no se cuenta por gotas, ha dicho mucho y bueno, y todo sin cercenar, ni encasquetar siquiera la gloria que al eminente cacique desciende de cien suevos, puede caberle y corresponderle por clasificación.

Yo, á pesar de mis aficiones de iconoclasta, no voy á chocar con la estatua, porque saldría ya perdiendo.

Pero lo que digo es que ese mármol en quien don José (Elduayen),

en cuerpo situó una estatua... (escrito lo anterior, se me dice que la estatua no es de mármol, ni bronce, ni acero. Estos iconos que erigen ó levantan los pueblos, ó más bien los Ayuntamientos, para este accion de los próceres que les sirven á ellos de alabes; estos ídolos predominantemente *burocráticos*, no debieran ser de granito, ni de jaspe, ni de oro, ni de plata, ni de cosa duradera y resistente, sino de algo más desechable, ó que se pudiera destruir, por á caso las generaciones venideras no tenían tanto que alabar y que agradecer en aquel fetiche municipal.

Por ejemplo, las estatuas de los ministros y caciques, que reparten empleos, contratan ventajosas, comisionan lucrativas, etc., etc., deberían estar fabricadas de turron. De turron duro de Alicante ó de aveñana, si se quiere, pero en fin, con miel y azúcar para que se los comieran las moscas en unos cuantos lustros, y así pudieran las generaciones sucesivas encontrar desocupado el sitio, y colocar en él la imagen de otro ministro ó de otro cacique que les hubiese prestado otros servicios análogos.

Porque hay que fijarse en ello: tantas estatuas de *doses miniorum gentium*, van á acabar por estoriar el libre tránsito de calles, plazas y plazuelas. Cada generación, y cada partido, y aun cada pandilla, tienen derecho á agradecer los favores á quien su los haga, y por consiguiente, á levantar estatuas á quien les recomende, libra de quitas, etc., etc., contratas, *encasilla*, etc., etc., y á fin de que haya sitio para todas las eminencias berroqueñas, es necesario que las estatuas sean de quita y pon; y hoy por ti, mañana por mí, hoy por Elduayen, mañana por Montero Ríos.

Pero, en fin, si el turron parece material demasiado efímero y delicaescente, que se hagan las estatuas de nuestros gobernantes y mandones de cemento, que imita la piedra bastante bien. Si el cemento es piedra artificial, también suele ser artificial el mérito relativo. Además, yo veo hasta algo simbólico en que las estatuas de ingenieros como Sagasta y Elduayen sean de cal hidráulica.

Y así, secundum quid.

A D. Pio Gállo, inarragado sin bragas y sin llagas, gloria, si quiera sea efímera, de Astorga, ¿no le estaría que ni pintada una estatua de la pasta de las riquísimas mantecadas de su pueblo, sobre un pedestal del no menos acreditado chocolate, á brazo, que fabrican en la noble ciudad que le vio nacer?

Gilo y Ferrari y demás poetas de su tenor, ¿no estarían habiendo en sendas estatuas de escayola?

Y otros poetas que no saben encontrar consonantes más que poniendo mote á todos los sustantivos, ¿no se podrían mirar como en un espejo en estatuas de ripio y cascote?

El único poeta á quien le corresponde una estatua fabricada con el mismo material con que se fabrica un cañón, es el Sr. Campillo. Dios y *Gravón* sabe por qué.

¿Y el corcho? ¿No se podría aprovechar el muchísimo corcho que producen algunas comarcas españolas, en estatuas de personajes celebres?—Esos políticos que viven con la revolución y con la restauración, y vivirán con el moro Muza, y que para flotar siempre no necesitan tener lastre de ningún género en la cabeza, ¿no estarían perfectamente representados en el corcho que flota siempre y sirve para sostener los aparatos de pesca?

En cuanto al capítulo difícil de la indumentaria, yo no soy partidario de que á la estatua del santón se le coloque un abrigo colgado del brazo, como cree que han hecho con la *tera effigies* de Elduayen; ese abrigo colgado del brazo puede parecer la servilista de un mozo de café, ó una toalla, á la que una toalla que puede hacerlos pensar en las manos sucias y la necesidad de lavarlas?

El ministro, el cacique, el hombre de arraigo ó influencia, cuya estatua erige la humanidad empleada y agradecida, debe aparecer sirviendo en la escultura vestido de levita de mucho vuelo. Para que se vean bien los faldores que es de donde se han agarrado, en su

da, los que hoy contribuyen con su óbolo á *immortalizar*, por una temporada, el magnate de autos.

Por lo que yo no paso es por cierta manera de hacer eterna, por unos años, la memoria de nuestras conspicuas nulidades y mediocridades; manera que consiste en quitarles el nombre tradicional y significativo á las calles, plazuelas y callejuelas, para colgarles el nombre y apellido de una notabilidad temporal.

Sucede, por ejemplo, que está un escribano años y años cartas y más cartas á una novia, ó á un deudor, que vive, sencillamente, en la calle de la Sartén, y si á mano viene hay que dirigir al vecino ó vecina de esa calle un telegrama; pues lo mismo en la carta que en el parte telefónico basta poner Sartén, *tantos* (el número de la casa).

Precioso y barato liconismo, muy de apreciar en los telegramas. Además, por algo, por algún motivo histórico, se llama esa calle la calle de la Sartén; ó alguno la tuvo allí por el mango, ó algo le dijo al cazo la sartén en tal sitio. En fin, consúltese la historia.

Pues, de repente, ya no hay tal sartén, sino calle del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Fernández y Fernández, caballero gran cruz de Carlos III.

Diga usted eso en un telegrama, y se aturuna cualquiera.

Los Ayuntamientos que tienen ese modo lapidario de mostrarse agradecidos olvidan que los Juan Fernández son de todos los siglos y de todos los años, y que si damos en la flor de bautizar las calles con nombres, apellidos y títulos de personajes de aluvión y de acarreo, dentro de poco no habrá calles, ni un mal callejo sin salida, para las eminencias de nuevo cuño.

Así como no tenemos derecho á cargar á las generaciones futuras con empréstitos descomulgados que las aturruen antes de nacer, tampoco es justo abreviarlas con estatua tocadas de gloria al por mayor repartida entre todos los pequeños grandes hombres de nuestro tiempo.

Yo no le niego al Sr. Elduayen sus méritos y servicios, pero ¿quéutos Pepes como él habrá habido en Galicia? ¡Y los que habrá en adelante!

Generalmente, á esos señores se les levanta una estatua porque han intrigado para que el Estado construya un muelle, un palacio, un parador ó una carretera.

Pero á todo hay quien gane.

Ahora me encuentro con que el marqués de Zaira ha ofrecido al Sr. Cánovas todo un monumento de metal en que el jefe del Gobierno aparece de medio cuerpo arriba, todo de bronce, lentes inclusive.

Y, ¿saben ustedes por qué el marqués de Zaira ha hecho *esculpir* eso?

Pues oigan: En conmemoración del derribo del parador de San José (Madrid), comenzado (supongo que el derribo) el 21 de Agosto de 1893.

Si por derribar un parador le erigen bronces á Cánovas, ¿de qué le harán estatuas si llega á *construir* un Escorial ó una catedral de Burgos?

El pobre Erótrato consiguió apenas pasar á la posteridad queriendo el famoso templo; y Cánovas pasará en efígie de bronce por derribar ó mandando derribar un parador.

Eso derribará Cánovas, paradores.

Aunque dirán los perjudicados: Arrieros somos, y en el camino, etc., etc.

Pero ya que está D. Antonio con la piqueta demoleadora en la mano, ¿qué no se atreve con los jesuitas?

CLARIN

Nada más digno de elogio que la empresa que *El Liberal* está realizando con su nueva sección titulada «Nuestras crónicas». Perdónese una vez más la debilidad de poner mote a la sección y pasarla por el registro de propiedad («nuestras crónicas»).

Por supuesto que muchos, los más, de los artículos de la sección no son crónicas, ni Moya que lo fundó; pero hay allí firmas, como las de Echegaray, Valera y otras, muy acreditadas. Hasta Fernán-For echó su cuarto a espadas, y en buen hora, pues este señor tiene dotes de revistero realmente literario; no es uno de esos noticieros disfrazados de escritores que ahora se usan, sino un hombre de ingenio y de estilo, que sabe sazonar con gracia de pensamiento y de forma los sucesos que narra y las descripciones de lo que ve y observa.

Pero, amigo, ¿lo mejor se presenta Blasco llamándose paletos, ocurrentistas, españoles y todo en el francés que él usa para andar por el *Figaro*?

Las últimas atrocidades transpirenáticas que se le ocurren llevan por título «De cosas nuevas» y son un verdadero escándalo.

No sé cómo el Sr. Moya publica semejante serie de absurdos. La tolerancia y la libertad del escritor no disculpan ese latitudinarismo. Si Blasco le envía un artículo notográfico, o filibustero o lleno de sacrilegios y blasfemias, de hijo *El Liberal* no lo publica. Pues ¿por qué publica esa serie de crímenes de leza civilización, esos sacrilegios científicos?

Blasco se propone, nada menos, demostrarlos que en España somos unos papanatas que, por culpa del arcángel San Gabriel y de la religión de nuestros mayores, no creemos en los adelantos científicos, como v. g. la adivinación del porvenir por medio de las rayas de la mano.

Para Blasco, tan científicos son las rayas de la quiromancia como los rayos Roentgen. Pero, vamos por partes; que los disparates de Blasco son de varios géneros.

Y dice: «Hay en la nación (la española) un millón de personas inestridas e ilustradas; los demás viven, como nuestros bisabuelos, esa vida infantil casi patriarcal (de modo que de infante se pasa a patriarca) que consiste en no conocer más río que el de su patria, como decía Trueba».

No fue Trueba, infantil y patriarcal Blascuelo, quien dijo que era dichoso aquel

...que no ha visto
más río que el de su patria
y duerme acañado a la sombra
del pequesuelo jugaba.

Fué D. Alberto Lista, y la idea no es suya, sino de remotísima antigüedad.

Por lo que toca a los bisabuelos infantiles nuestros, se llaman Balboa, Cortés, Pizarro, Cervantes, Vives, Cienfuegos, Lope, Acosta, Felipe II, etc., etc., y todos esos casi patriarcas conocen algo más que el río de su patria. Unos por viajeros, otros por sabios, y muchos por las dos cosas, estaban en hidrografía mucho más adelantados que Blasco se figura.

Después de insultar a nuestros abuelos y tenerlos por unos patates, Blasco pasa a despreciar a los que no creen en la frenología. El infeliz confunde lastimosamente la ciencia de las protuberancias, de los bultos como él los llama, con los estudios modernos de psico-fisiología cerebral; cree que es tan serio *scarrir* a uno el hocico, palpándole el cráneo, como tratar, con tiento y prudencia, de la localización cerebral de algunas facultades mentales en su relación puramente fisiológica.

El infeliz sabio de Mondragón piensa que está a la última

moda admitiendo todo lo que dicen los Seidólogos sensualistas de la vida espiritual, del derecho penal, etc., etc. [Pobre Blascuelo metido en estas cosas]

Da gloria verle reconocer a la quiromancia la misma categoría científica que a los últimos adelantos de la física, más demostrados y trascendentes.

Y se río del infeliz español que no crea que examinando las rayas de la mano se puede predecir la duración de la vida.

No sabe Blasco que hoy la quiromancia tiene las mismas pretensiones de adivinación extra-científica que tuvo siempre, y que el que echó hoy la buena ventura lo hace con el mismo alcance de profecía con que hablaban las brujas a Macbeth:

—All hail, Macbeth! hail to thee,thane of Cawdori!

—All hail, Macbeth! that shalt be king hereafter.

La duración de la vida no puede estar determinada por datos actuales fisiológicos, pues depende de elementos interiores y exteriores extraños a la actualidad orgánica. Esto puede que no lo entienda Blasco; si lo entendiera puede que comprendiera de paso el gran disparate que nos manda creer, para no ser casi patriarcales. Cuando Boulanger estaba en candelero, el *Figaro* le estudió las rayas de la mano, con fingida seriedad muy graciosa; pero el pobre Blasco, como un *badaud*, tomó la cosa por donde quemaba y siguió creyendo en la infalible quiromancia.

Y ahora viene lo mejor.

Un caballero le dice a *L'Eclair*, y Blasco lo cree como si lo viera, que ha conseguido fotografiar el sueño. Si, ¿eh? Pues eso es más que guardar en un frasco el ruido de la sierra de San José.

O Blasco traduce mal, ó ese señor es un gran bromista.

El sueño, en sí, es un estado del que duerme, una idea abstracta compuesta de multitud de relaciones de las facultades, de los órganos, etc. ¿Cómo va usted a retratar eso? Es como si dijéramos que se podía retratar la mala voluntad que le tendrán los accionistas de los ferrocarriles al Sr. Montero Ríos.

Fotografiar el sueño es, sencillamente, no saber lo que es el sueño. En como si, por medio de los rayos X, quisiéramos retratar en un bolsillo de Blasco los cinco duros que no le quiso prestar un amigo.

¿Cabe cosa más ridícula que un español que vive en París, y escribe en un periódico popular de España insultando a nuestros antepasados y a todos los españoles que no crean que se puede fotografiar el sueño... ni el dolor de muelas? El verdadero paleta, el ignorante, le *badaud* es el que, mezclando los progresos más respetables y positivos de la ciencia con las hipótesis paritistas de aventureros generalizadores, y con la farsa de los charlatanes y visionarios, embarca de todo, las traga como rudas de molino y se juzga persona ilustrada a la última moda.

Aprenda Blasco que los estados de conciencia no se podrán fotografiar nunca: aprenda Blasco que la quiromancia aspira a la adivinación, contando con la presencia de vicisitudes infinitas y heterogéneas, y que los adelantos fisiológicos y fisiológicos en que pudiera fundarse el estudio de las rayas de la mano, nunca podrán llegar a predecir, como hace la quiromancia, la duración de la vida.

Y aprenda Blasco a saber lo que dijo Trueba y lo que no dijo; y a respetar a esos pobres bisabuelos nuestros que vieron el Mississippi y las Amazonas, y el Plata, y muchos ríos que no ha visto Blasco, que tendría más amor a su patria si se acordara más del Ebro.

Si las cuestiones de moralidad y buen gusto en materias intelectuales y de cultura se estimasen en España en todo lo que importan, no hubiera publicado *El Liberal* artículo tan escandaloso (en tal sentido) como el que llama Blasco «De cosas nuevas».

Clarin.

PALIQUE

Ha dicho Cánovas, según dicen, que estamos en situación parecida a la de la guerra de la Independencia. Solo que al revés. Entonces luchábamos por ser independientes y ahora luchamos por que no lo sean ni cubanos ni filipinos. Nosotros, entonces, teníamos derecho a la independencia, y los filipinos y los cubanos no lo tienen.

Entonces Murat era enemigo, y ahora es amigo.

O lo parece.

Y entonces había un Fernando el Desdado a la otra parte de los Pirineos.

Y ahora, en Francia, sólo tenemos... a Rothschild.

Y el Pepe Botella de ahora no es tuerto (ni el otro), es bisco.

No, no nos parecemos a los tiempos de la guerra de la Independencia. Más bien nos damos un aire (colado) a los tiempos en que

estábamos rondando,
perdimos a Portugal,

como dijo Sorra.

El Sr. Cánovas, historiador de la decadencia de la monarquía española, debe recordar al *Cid* y a la *Perdiz* y a Valenzuela; aquellos personajes que parecen resucitados en los Bosch, Romero, etc., etc., salvo el sexo de la *Perdiz*.

Lo único que tenemos de la guerra de la Independencia es... el general *No importa*. Pero ya no es general: es soldado raso, carne de cañón y de ferrocarriles.

Y lo malo es que... es demasiado *No importa*. Porque, santo y bueno que diga «No importa» al peligro, enfrente del enemigo.

Pero enfrente del Gobierno debiera llamarse *Importa mucho*.

Y pedidle cuentas del dinero, del crédito, de las rentas, de la sangre del pueblo, que se vierte, como decía el Sr. Gamazo, sin que los que van a morir sepan cómo ni por qué se dejan matar.

(El general *No importa*)

No hay sangre como la suya.

Pero es demasiado poco nervioso.

Y además hay que distinguirla.

No son los españoles, así, en general, los que son tan valientes, y tan buenos patriotas; los que van a morir por España.

Son algunos españoles.

Precisamente los que no tienen tiempo para darse bombos colectivos en los periódicos.

Los que escriben en los periódicos y en folletos, días y días, que somos leones, que no degeneramos, que *venimos* esto y lo otro, no viertan más que tinta; ni son tan fieros como se pintan.

El papel de capitán Araña podrá ser útil, podrá ser honrado en ocasiones... pero lo que es glorioso no puede serlo nunca.

De modo que los que se están dando tono porque embarcan gente, deben ser más modestos... y sentir los remordimientos que otros sentimos, en silencio (por lo común), porque nos quedamos por acá.

Yo ya sé que por la ley, por la edad, por varias otras circunstancias, puedo, legítimamente, quedarme en la Península... pero la verdad, si fuera un héroe... no me quedaría.

Y lo que digo de mí lo digo de millones de ciudadanos que están en el mismo caso.

En todo hay grados. Yo me veo en una inmensa inferioridad respecto del buen patriota que, a los cuarenta años, deja, sin obligación y sin esperanza de ganar fajas ni galones ni cruces, familia, comodidades, tierra querida, clima benigno, etc., etc., para ir a pelear y a morir de horrible enfermedad acaso.

Pero me creo un poco más allá, por el pudor patriótico, que el vecinglerio méteme en todo, corrévelle que perora en Congresos, se bate en los periódicos, organiza fiestas, batallones de voluntarios, despedidas *entusiastas* y reparte media docena de puros entre los reclusos ó regala a un voluntario un traje de rayadillo con el mismo aire sublime con que Gurmán el Bueno arrojó la daga, ó lo que fuese, desde los muros de Tarifa.

Ya sé, ya sé que alguien ha de hacer ciertas cosas; dicho hecho que el capitán Araña podía ser útil... pero los que hacen todo eso... y se quedan tan satisfechos y tan por acá no debieran alborotar tanto ni consentir que la prensa cacarease sus hazañas y su nombre. Yo, equivocando casi la presencia de los bravos y abnegados hijos de España que *van*, para evitar comparaciones que no me dejan muy airoso, tal vez con un poco de secreta envidia, como la que también inspiran los santos mártires, podré no ser muy simpático, y de fijo no tango, por tal concepto, nada de Davis. Pero el que, sin aprensión siquiera; sano, fuerte, acompaña a los que *van*... hasta el vapor... y da la vuelta con cierto aire de Empeinado, y se va al periódico a contar lo que hizo y lo que *embarcó*... ése me parece que tiene más dura que yo la epidermis del patriotismo.

No, no se diga que estamos como el año 8 y el año 12. Hay diferencia.

No siendo los militares de carrera, que van porque lo quiere la suerte, y los soldados que van porque lo manda la ley, y los voluntarios (que lo mismo están entre los que van espontáneamente nada más y entre los que van por obligación, pero además de buen grado); no siendo esos *nobles* de la patria y de la sangre ¿qué tan grande aquí de *verdad* Nadie. Es claro que no se cuenta a los que su-

fren por incidencia: padres, esposas, hijos, etc., etc. Esos puede decirse que *van* también, porque les llevan las entrañas. Pero ¿quién no tiene allá hijo, padre, marido, hermano que padece por España? Es claro que las consecuencias de la guerra nos cogerán a todos... a la larga; pero como no coge, por la solidaridad económica, el daño de una mala cosecha, de las huelgas, de las crisis monetarias; etc., etc. Mas dígame: ¿quién ha dejado de tratarse con todo el regalo que puede, como hasta aquí? Todos esos *armadores* de patriotismo ¿han sentido en el estómago ni en el bolsillo los males de la patria?

Un gran sacrificio general de *ceras*, que coja a todos, y seríamente, no se ha pedido siquiera. La torpeza de legisladores de abstracciones hace en *rigorosa ley* que los graves momentos actuales no exijan de las fuerzas del país lo que en *justicia* se debe a España ahora, si en efecto estamos con el agua al cuello.

Seamos francos. ¿Damos a la pérdida de las últimas colonias que nos quedan la importancia que daríamos a la invasión de la Península? ¿Si ó no? Si se lo damos, como dicen todas las retóricas que hoy se estilan, lo que *hacemos* es todavía muy poco (porque son pocas las que *fieren* que hacer). Si perder a Cuba es menos grave que perder una provincia de acá, entonces acaso baste lo que estamos (están algunos) haciendo; pero, en tal caso, que no se nos compare con los que defendieron a Oádiz y a Zaragoza. Yo creo que ninguna nación defendería con tanto esfuerzo y sacrificio esas colonias.

Pero nosotros ¿no hemos convenido en que Cuba es como un pedazo de la Península que tenemos aliende el Atlántico?

Y si estuvieran los *extranjeros* tomando a Sevilla ó a Barcelona, ¿nos estaríamos la inmensa mayoría de los *patriotas* con esta calma, veranando, del *rey abajo* todos, y tan metidos en nuestros negocios y nuestras diversiones, y sin más sacrificio que leer las noticias de la guerra y decir que aquello está muy malo y que *al Estado* le va a costar un *sentido* este *esfuerzo nacional*? (Cada cual ya verá la manera de pagar la menor cantidad de contribución posible.)

Si estuvieran los bárbaros a las puertas de Roma, ¿tendrían *cajasa* los de no sé qué pueblo para presenciar una corrida de velocitistas toros?

¿O será que somos, como decía en noticiero popular hace días, hijos *esporios* de España, así *esporios*, con í, para mayor *irrit*

Clarín.

423 Madrid Cómico (Madrid), n. 708, 12 septiembre, 1896

PALIQUE

Yo pensaba que el hombre que peor escribía en el mundo era D. José García Sanz, comisario de Montes y autor de la *Gula de labradores*, el *Manual de Agricultura* y otros tratados; pero, no señor: el hombre que peor escribe en el mundo es el conde de Coello, que unas veces imita a Castelar y otras al Almanaque Gotha. Ahora le toca al almanaque, y el conde se mete a casamentero de príncipes, reinas y reinas infantiles, como él dice.

Pero, señor conde, se puede ser un registro civil y estar mejor escrito. ¿Cree usted que por codearse, a lo menos en la imaginación, con tanto *véstase regio*, ya se puede hacer mangas y capirotes del castellano? Recuerde, ya que para usted sólo hay en el mundo trozos y dominaciones, que el Emperador Carlos V respetaba tanto nuestra lengua, que, según dicen, reservaba el idioma de su madre para rezar, para hablar con Dios.

En fin, vamos por partes ó sea por bodas, si guendo al *uniprincipiano* conde de Coello, en español Conejo, según malas lenguas.

Empezar el conde alabando al Príncipe de Dinamarca, porque no quiso casarse con una reina infantil.

Si reina infantil quiere decir, no reina que no es más que infante, sino reina que es todavía imputer, alabo el gusto y la moralidad del príncipe ese; aunque no creo yo que haga falta ser príncipe para renunciar a las imposibilidades.

Pero, anda morena, que el Príncipe de Sajonia Weimar va a casarse con una Guillermina de los Países Bajos que es otra reina infantil, según expresión del de Coello ó Lapin.

Sin embargo, no tiemblen ustedes por la moralidad y los placeres domésticos del de Sajonia Weimar; tiemblan más bien por los conocimientos fisiológicos y jurídicos del conde de Coello, que no sabe lo que es infancia.

Infans viene, señor príncipe, de *in y fari*, y es infante el que todavía no habla; cierto que, por extensión, la infancia se entiende que llega hasta los siete años, civilmente, y que en el lenguaje vulgar llamamos aún infantes a los próximos en la infancia y a los próximos a la pubertad, pero usted, señor conde, llama infantil a una joven de diez y seis años! Infantil, ¿eh? Si, si, métele usted el dedo en la boca.

Hombre, es claro que comparada con Asmodeo ó con Bremón, la Reina Guillermina está en mantillas, como si dijéramos; pero, si no comparáramos con lo prehistórico, el que tiene diez y seis años no es ya infantil.

Mientras (en el *interin* estaría mejor, y sería más ministerial) la Soberana de Holanda cumplirá (*mientras cumplirá* no es castellano, como tampoco coello es castellano; pero coello es portugués y *mientras cumplirá* mata a francés) cumplirá en este otoño diez y seis años (gracias que no dijo que cumplirá en otoño diez y seis abries), su prometido no tiene más de diez y nueve.

Pues hijo, con ese modo de escribir, parece que diez y nueve son menos que diez y seis. Y todo por culpa del *mientras* y el *no tiene más*.

Fíjese usted. Digo yo: *mientras* yo tengo cinco duros usted *no tiene más* de treinta. Parece que treinta son menos que cinco.

La reina Guillermina, que es ya hoy una *bella joven*, rubia, ¿eh? ¿qué quedamos? ¿es infantil ó es una bella joven ya hoy rubia? Esto, a pesar de lo rubio, ya hoy pasa de castaño oscuro.

«Rubia, sonrosada y de grandes ojos azules, en *extremo simpática cuando viste su traje flamenco*... ¡Ole va! De manera que en cuanto deje el traje de flamenco, jados simpáticos de la hoy ya rubia, bella, joven, infantil y sonrosada!

«De no menor trascendencia política será, si se realiza, el matrimonio del también *joven* rey Alejandro de Serbia, con una princesa de Montenegro, *enlazándose* estos anuncios.

No contento con casar príncipes, el conde ya enlaza anuncios, no sé si rubios ó morenos.

Se habla del calace del príncipe de Nápoles con la princesa de la Montaña Negra, y esto *ha dado lugar a noticias de un despocho del apuesto soberano de Serbia*. Si el despocho no es más que uno, puede pasar; si bien el haberlo sentido un soberano *apuesto* tiene cierta gravedad. No sé qué dirá de esto el *equilibrio europeo*.

«Después de tantas princesas designadas para ser su esposa (¿una sola, entre todas?) Víctor Manuel se había prestado de la hermosura de esta hija de la Montaña Negra, que responde a la fama de la princesa griega cuyo nombre lleva, durante las fantásticas fiestas de Moscú.»

Vamos despacio. Tomando al conde por donde quemó, ó sea al pie de la letra, resulta: que Víctor Manuel se enamoró de una hija de una montaña negra, después de haberse enamorado de esa misma señorita varias princesas; y resulta además que la hija de la montaña lleva durante las fiestas fantásticas de Moscú el nombre de una princesa griega, a cuya fama responde la citada hija.

En fin, que no sabemos quién se casa allí. Verdad es que tampoco nos importa.

De todas suertes, si Víctor Manuel se va a la montaña, negra y todo, por mí, que entre, como dijo el otro.

Ahora un colmo. Todo de Coello, por supuesto: «Las dos bellas y aun infantiles infantus...»

¿Cabe más? ¿No decía yo bien al decir que Coello escribe peor que el autor de la *Gula de Labradores* y del *Manual de Agricultura* dedicado al hijo del cultivador?

«Las infantiles infantus» ¿Cuánto hubiera dado Gido por decir eso en unas seguidillas regias!

«Las dos bellas infantiles infantus ofrecían el obstáculo (naturalmente) que para una nación católica presenta (ahí) el sensible divorcio entre el Vaticano y el Quirinal.»

Dispénsame el conde; pero las infantus infantiles ofrecerían otros obstáculos, más no ese del divorcio del Vaticano y el Quirinal. ¿Qué culpa tienen las infantus infantiles, que están divorciados esos dos masculinos, el Quirinal y el Vaticano? Además, esa clase de divorcios yo me la explico. Otra cosa sería si el Quirinal fuese Quirinala ó Vaticana el Vaticano.

Después de hablar de otros diez ó doce matrimonios, dice Coello: «Volviendo a nuestra Montaña Negra.»

¡Pero qué afición le ha cogido a la montaña, negra y todo! Y la llama *nuestra*. Pues se va a celar del conde el Príncipe heredatario (como el conde escribe) de Italia.

Nosotros, dando una prueba de buen gusto,

no volveremos a la Montaña Negra, porque todo cansa.

«Sólo apuntaré, de paso, que no es Elena, sino Xenia quien se casa (pues haberlo dicho), y que esta Xenia es de una belleza igual a la de todas las hijas del Príncipe Nicolás.» Pues viva la igualdad.

Además, Xenia es de una edad *adaptadísima* a la de su novio.

Puede el conde comprender que en esta clase de uniones, es a otras adaptaciones a lo que debe atender.

Y basta de registro civil. Porque a Bremón le dejaremos para otro día.

Bremón es menos *epitalámico* y *fanerógamo* que el conde.

Le da por lo fúnebre, y lleva el registro de las defunciones de primera clase.

Escribe al caso elogiado de ocho ó diez calabos.

El duelo se despiden en los chascarrillos de la crónica.

Y si no lleva *manga* a los entierros es porque el pobre no la tiene.

CIARIN

PALIQUE

Seguramente, á estas horas ya habrán ustedes olvidado el manifiesto de los diputados carlistas, papel mojado desde el primer día, y del que no queda más que el tono que se seguía dando los valientes guerrilleros que tuvieron la temeridad de retirarse á sus respectivos hogares ó tiendas, como otros tantos hijos de Pelelo.

Canta, diosa, como diría Homero, la cólera de Mella y de Cerni-bo, cólera funesta á las musas, porque ella engendró el documento más rampón y vulgar que salió de medio retrógrado.

Estos reaccionarios españoles tienen mucha gracia; se han pasado media vida burlándose de la estética progresista, y ahora salen ellos por el registro del bilingüe de Riego, *trasportado*. El manifiesto parece un artículo de *La Iberia*, de los felices tiempos del *volcamos* en sí.

No, aquellas incorrecciones y vulgaridades de relumbrón no deben de ser cosa de Barrio y Mier, mi antiguo compañero, el cual podrá no ser tan florido como Abril, pero es vallesoleto, en cuanto estudiante, y sabe gramática. Si el manifiesto estuviera en quintillas sería, indudablemente, de Cerni-bo, que es el Tirteo parlamentario de don Carlos; pero como está en prosa coleriforme, yo me inclino á creer que el responsable de la redacción es el señor Mella.

Este señor Mella es el tipo más perfecto del carca injerto en progresista. ¿Qué harullo mete, y qué vulgarismo es! Parece él solo un perdido callejero de gran tirada. En cuanto *vaga por la atmósfera* alguna bobada patriótica, de esas que se llaman la *opinión*, ya está Mella tomándola por donde quema y arrojándola á la sardina de nuestros mayores, al trono y al altar.

Si Mella, en vez de ser diputado en tiempos democráticos y parlamentarios, hubiera sido *procurador* en los días gloriosos, que los carlistas echan de menos, del emperador Carlos V, ¡quién le hubiera visto llevar deasozones y desalres, corriendo la posta tras el monarca, de Valladolid á Santiago! ¿A que no le echaba á Carlos V los discursos que nos enoja á nosotros?

¿Cree Mella que, si vienen los suyos y hay Cortes para asuntos de hacienda y otros semejantes nada más, van á dejarle *colocar* toda esa pacotilla retórica que siempre trae embotellada?

Una de las pocas cosas buenas del antiguo régimen consiste precisamente en que entonces no había Mellas posibles.

Claro que, como siempre, medraban al amparo de la política hombres vulgares, arbitristas sin mérito, pero era desconocido el género de la calamidad-ador. El chico que sin más que la deplorable facilidad de palabra que le permite decir en una hora tantas vulgaridades instantáneas como otro diría en un día, medra en el Parlamento y recibe la alternativa de hombre de Estado, no era personaje de la monarquía tradicional.

Eso de que sean trescientos necios é ignorantes los que deciden de la suerte del país y dan leyes y fiscalizan la acción gubernamental y sostienen ó derriban gobiernos es cosa nueva. Antes el

daño venía de otra parte; no era menor, pero era otro: no había Mellas posibles.

¿Y qué nos ofrecen los carlistas para evitar escándalos ferroviarios y de mercancías en lo porvenir? Pues... la unidad católica. Claro; como Rothschild es judío, con la unidad católica perdería todos sus derechos (?) á lo de Almadén.

Los carlistas devolverían al clero los bienes mostrencos... y puede que las vías férreas entrasen en la devolución. En cada estación un convento, y el obispo-arzobispo de Madrid-Alcalá jefe del movimiento.

En fin, yo paso por todo, por la des-desamortización, por el catolicismo carlisto y obligatorio... pero sin Mella.

Eso de ver la coraza junto al morrión me apasta.

Espero que el D. Carlos llega á triunfar le dará al parlamentarismo y *asumido* Mella lo que Segismundo al traidor que le pedía recompensa, la torre.

Es decir, prisión correccional en el Congreso, que para entonces será un establecimiento, como decía el otro, pero penitenciario.

Yo no creo que los carlistas de armas tomar sean tan badaleques que vayan á echarse al campo movidos por la alucenencia de un Camilo Desmoulins de sacristía parlamentaria.

¿Qué ironías las de la historia, los tiempos de ruda existencial política, tristes, pero serios, dignos en su rigidez fanática, representados por los Romero Robledo y Boech de boina, por lo más fútil, adocenado y molesto de la política constitucional, de las formas parlamentarias!...

¡Cuánto mejor sería que callasen los Mellas y que el eligio relativo, y puramente arqueológico, del pasado, se dejara á los eruditos y á los artistas! La España tradicional, según Menéndez y Pelayo, se muestra respetable abuela.

Según Mella, una vieja chocha y ridícula.

¡Que hable la historia y que calle Mella!

Clarín.



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Clarín.)



— En perpetua batalla,
en serio á veces y las más en broma,
soy el coco, el terror de la moralla,
porque cargo la pluma con metrala
defendiendo el buen gusto y el idioma.

PALIQUE

Firmada por Sinforiano Pífelro, recibo una carta en que se me insulta, desprecia y aniquila porque donde yo escribí, ó quisiera escribir, es puro dice espurio, y donde yo escribí a dico i.

Si, Sr. Pífelro, irritadísimo Pífelro, se dice espurio y por eso yo me reía de quien decía espurio. Pero usted, que no debe de llamarse Pífelro y debe de ser grandísimo enemigo mío, prefere anotar que yo no sé lo que sabe el mundo entero, y que me pongo a conar sin estar seguro de la razón con que lo hago. No, Pífelro fingido. Yo escribo siempre con una autoridad de consulta a la mano; y hasta el Diccionario de la Academia me sirve a veces, por aquello de que es autoridad cuando tiene razón.

A mí no se me cogen guardas ni Senado-consultos, porque no olvido las debidas precauciones. En cambio erratas... a granel. Estoy lejos de las imprentas en que se componen mis artículos y no puedo corregir las erratas.

Además, a veces las erratas son del original, no de la imprenta, pero son erratas. V. gr. en la carta de usted, Sr. Pífelro, leo se

escribe. ¿Qué verbo es escribir? No hay tal verbo; os que usted con la emoción de tanta alegría—¡un gazo de Clarín!—se quedó tartamudo... por escrito.

Si, señor; se dice espurio ¡no faltaba más!; pero usted ¿cómo se dice? ¿Cómo se llama? ¿Quién es usted? Vamos, Pífelro, la verdad... ¡Valer!... Dígame usted en puridad, si no quiere que el público se entere.

Porque ahí si usted fuera un Pífelro auténtico... ¡pues apenas había estado yo perdiendo el tiempo!

Todos sabemos que el Sr. D. Enrique Sepúlveda ha vuelto a la casa paterna de su tía la prensa. Es un sobrino prodigo que no ha tardado en estar de vuelta.

Se conoce que lo ha perdido el tiempo, como yo contestando a Pífelro; porque en estos meses, ó días nada más, de descanso, ha leído sus clásicos (estilo Blasco-Ibañeta). ¡Ah! es nada! Ha leído a Anacreonte en latín. ¡Vaya una rareza! De no leer las anacreonticas en griego, más le valía leer la traducción española, libre y elegante, del clásico poeta castellano. Por cierto que el pobre Anacreonte no le ha gustado a Sepúlveda. Por supuesto que, según las citas de Sepúlveda, lo que él ha leído son las anacreonticas... que no son de Anacreonte.

Pero en fin, no le gusta aquello.

¿Por qué? ¿Porque Sepúlveda ha leído a cierto crítico, según el cual las anacreonticas no son más que poesías de imitación, de inspiración mediana? Puede.

Pero la razón que da Sepúlveda es otra: que no le gusta que se cante al vino.

¡Pobre Horacio, pobre Virgilio, pobre Villon, pobre Baudelaire! ¡Pobres... poetas sin cuento que han escrito maravillas alabando los buenos tragos!

Pero ya que no le gustan las anacreonticas ni el buen vino, algo le gustará a Sepúlveda.

Le gusta la parrá. La parrá por la parrá. Lo mismo hace el macho de cabrito, según Virgilio. Pero el fundador de la tragedia, como quien dice, ama la parrá... porque se come las hojas, y Sepúlveda ni por eso ni por las uvas, sino por esto:

«Es para mí espectáculo gratuito la contemplación de esos inmensos «toldos» formados por hojas de parrá. Fíjese el enemigo de las anacreonticas: dice que es espectáculo gratuito la contemplación de los toldos, y lo que quiere decir es que el espectáculo lo gozaba es el de los toldos, no el de la contemplación. Será errata. No sé cómo puede ser, pero será errata.

Habla de la vendimia y dice que el sol ha derramado sus dones sobre los vides silvestres. Será errata. Demasiado sabe Sepúlveda que no son silvestres las vides que se encierran, convertidas en vino, en «las botas francesas». ¡Si no le gustará el vino a Sepúlveda porque lo beberá de vides silvestres!

«Desde los tiempos de Noé, el otoño—ya muy próximo—viene rodeado de los prestigios que le da la vendimia.»

¿De veras cree Sepúlveda que la industria del vino es ramonta a los tiempos de Noé? En tiempo de Noé no había... ni otoño.

No señor; no sabían distinguir de relaciones como ahora, con tanta precisión. Algunos pueblos conocían dos. Hasta en eso se fué progresando. Lea el Sr. Sepúlveda, para más pormenores, a Ihering en *Los arcos antes de la historia*. Y además, lea la historia del vino. Y la Biblia. Y verá que en tiempo de Noé todavía no tenía el otoño prestigios gracias a la vendimia.

«Tampoco sabe distinguir de colores, a mi ver, el Sr. Sepúlveda. Dice que ahora el color verde de las hojas empieza a tomar el triste rojo casi dorado, de la muerte.»

No estamos conformes en nada. El color verde no toma el rojo, porque entonces ya no es verde. Serán las hojas las que toman ese otro color, pero el color verde de las hojas, no. Jamás, jamás, jamás. Además el color rojo no es triste. Además, las hojas, por lo común, no se ponen rojas, sino amarillentas, y el color rojo casi dorado es absurdo, porque el oro no es rojo, es amarillo; y si las hojas secas parecen doradas es porque están amarillentas, no rojas.

«Nuestros campos se asemejan hoy a los de Mantua y Atenas que fueron cantados por los ciegos de la mitología pagana.»

Me parece, dicho sea con la consideración debida a un compañero que vuelve al noble ejercicio de las letras, que Sepúlveda se hace un lío; y ni los campos de Atenas, en que predominaba el olivo, ni los de Mantua son los que más se parecen a la buena tierra de vides ricas a que aludo el autor. ¿Y qué ciegos son esos? ¿En Virgilio uno? Parece que sí (el *cine de Mantua*). Pero Virgilio es un ciego mitológico; ¡si así le conocía Bremón y Amodeo lo tutaba. Y el de Atenas ¿quién es? ¡Supongo que no será Homero ni Anacreonte! Y en todo caso ¿qué tienen que ver los campos con los peñas? Virgilio cantó el vino, sí. Pero no cantó las vides de Mantua, sino otras, v. gr.: las rélicas, las de Falerio, Tmolio, Feneo, Rodia, Bumasto. Y cantó a Mantua, pero no por el vino.

«Será errata; pero Sepúlveda supone que si pudiera subir el vino bueno al Olimpo griego (claro; el Olimpo, griego tiene que ser, como el Moncayo es aragonés) habrían de solazarse los dioses de la centuria de Virgilio. ¡Redida con los dioses!

¿Qué tiene que ver el Olimpo... griego, con Virgilio y su centuria? ¿Y qué dioses son los de la centuria de Virgilio? ¡Como no sean Augusto y familia!

¿A mí que se me figura que el Sr. Sepúlveda ha leído con alguna precipitación sus clásicos?

Nos pregunta Sepúlveda lo siguiente: «¿Habéis gozado de esos crepúsculos otoñales llenos de luz y de emociones, que hacen soñar en la vida y en el amor?»

Pregunta por preguntas: «Ha leído en algún clásico español el Sr. Sepúlveda eso de soñar»; y ha visto jamás crepúsculos llenos de emociones, ni siquiera llenos de luz? ¡Si precisamente con el crepúsculo viene el anochecer! ¿A qué hora atardece, Sr. Sepúlveda? Pregúntesele a Náyef de Arce.

De todas suertes, bien venido sea el sobrino prodigo de las letras... el viene solo.

Clarín.

PALIQUE

El *reporterismo* no sólo no tiene entrañas, sino que tampoco tiene sínderesis, tal vez por falta de masa encefálica. Por esto se explica que periódicos que se llaman liberales, y algunos hasta republicanos, elogien sin medida, por vía de noticia, discursos académicos reaccionarios hasta el blanco, escolásticos *ultra-violetas*. Santo y bueno que a lasen al paraismo Sr. Vadillo, el era amigo, ¿por ser subsecretario, que creo que es; pero no había para qué extender las alabanzas a sus teorías mesito-tomistas y a su modo de prescindir de todo el trabajo filosófico modernísimo, y hasta de la manera actual de estudiar los problemas éticos, psicológicos y sociológicos. El discurso del señor paraismo de 1896 en la apertura de la Universidad Central, hasta *é* más, que en eso no quiero entrar ahora, podía muy bien ser el discurso de 1794; y el me apuran el de 1896 y 1897 y 1898 y 1899, sin parar hasta el siglo XIII.

Y por cierto que no tiene buena mano el Sr. Vadillo para escoger textos en sus autores predilectos, ep sus maestros indelictibles. ¿Será malicia? No lo creo. El paraismo puede proponerse misteriosos á Santo Tomás y fray Ceferino González durmiendo la lesta. Lo que hay, que estos partidarios del autos *é*ta (avroç *é*ta) pitagórico, convertido después en el *magister dixit*, acostumbrados á una eterna apología de sus tiranos del pensamiento, pierden todo criterio respecto de ellos y de lo que han dicho ó escrito, y no son capaces de distinguir lo bueno de lo malo. Tal vez niegan en redondo que pueda haber *é* nada *é* malo. A través se ha conseguido que algunos tomistas confiesen que en lo puramente científico, en el sentido hoy predominante de la palabra, Santo Tomás la yerra á cada paso; lo que es natural, y nada dice contra su mérito. El Sr. Vadillo ni siquiera en este terreno precinde de los textos tomistas; y, para defender con insignes logares comunes las naturales tendencias sociales del hombre, copia esto (Opusc. De regim. Princ. Cap. 1): «Respecto de la demás animales vemos que la naturaleza misma proveyó suficientes á *é* a nutrición y vestido... pueden servirse ya de dientes, ya de astas, cuando menos de habilidad y astucia para huir. El hombre, por el contrario, nace sin ninguno de estos medios preparados por la naturaleza».

Verdad es que el hombre nace sin astas, y sin sin dientes, pero tampoco son temibles las cornadas de un novillo de pocas días ni los mordiscos de un perro recién nacido. El hombre llega á tener dientes y uñas, y sabe huir y no deja de tener habilidad y astucia. Además, muchos animales también viven asociados en mayor ó menor grado, y la sociedad humana no se formó como suplemento de recursos individuales naturales, sino que fué el medio necesario para el progreso de las razas.

En fin, de estas cosas hoy ya no se puede hablar como hablaba Santo Tomás. Los antiguos son muy respetables, y en ciertos casos, sirven al adelanto metódico experimental de los estudios naturales, velen todavía tanto como cualquiera; pero sus grandísimos errores, referentes á la interpretación de las causas y fines de la naturaleza, deben ocultarse con un velo de respeto y no sacralos á luz como eternos oráculos. Esto sólo puede hacerlo el fanatismo. Fenelon, v. gr., era un gran espíritu, para mí hasta un gran pensador; pero no hay que hacerle caso cuando dice que la tierra no está más dura porque si lo estuviera no podríamos andar sobre ella.

Y ahora copia Vadillo á Fray Ceferino: «No se puede concebir la existencia de una colección de hombres...» ¿Colección de hombres? Una sociedad humana, no es una colección de hombres; una familia, una tribu, un pueblo no son una colección. ¿Por qué copia Vadillo al ilustre arzobispo diácono, precisamente cuando el arzobispo emplea la palabra *colección* en sentido impropio?

Como ya he dicho al principio que no quiero aquí examinar el discurso del Sr. Vadillo es bueno ó malo, por no faltar á lo prometido, no entro á examinar el fondo de la doctrina; pero sí me permito lamentar que hombres de indubitable discreción y de veras ilustrados, como es este distinguido profesor y subsecretario, crean que se puede replicar y andar á la procesión. Estos señores políticos de tanta no tienen tiempo para nada y menos para dedicarlo á Palas Atenas. Sea en buen hora. Pero, entonces ¿para qué se meten en discursos de once varas invita *Afinerac*?

El Sr. Vadillo ha debido de escribir un discurso de paraismo en situación análoga á la que Fidal nos describe cuando confiesa cómo hizo él un prólogo para las poesías del poeta asturiano Teodoro Cuesta. Fidal escribía con el tricrismo puesto, oyendo los cañonazos que se olemnizaban la apertura de las Cortes, que él iba á preelir.

El Sr. Vadillo ha oído también cañonazos, pero todos escolásticos. Prescinde demasiado el simpático profesor de lo mucho que hoy se discute y escribe acerca de los puntos que trata en su discurso. Hasta tomistas se puede ser un poco más á la moderna y dando señales de erudición de cosas recientes.

Con la terminología arcaica de que usa el Sr. Vadillo, se viene á dar por equivalentes estos adjetivos: abstracto, cognóito á hipotético. Esto, sin más explicaciones, parece absurdo á cualquiera. En el sentido corriente de las palabras, lo cognóito no puede ser abstracto, ni lo hipotético cognóito.

El discurso tiene por asunto la *autoridad*, y lo primero que está muy mal es la definición de autoridad. Dice Vadillo que es *«eficacia ó poder de obligar»*.

Según eso, un contrato es una autoridad. Obliga todo lo que puede justamente reclamar de un ser libre el cumplimiento de algo; pero eso no es la autoridad; la autoridad será la que tenga facultad de exigir, aun por medios coactivos, el cumplimiento de las obligaciones.

La autoridad no es para la obligación, sino para conseguir su cumplimiento. Precisamente cuando la autoridad interviene efectivamente, la obligación concreta de que se trate cesa, pues queda cumplida.

¿A que confiesa el Sr. Vadillo que empleó el verbo *obligar*, de rigoroso significado técnico jurídico, de modo impropio? Dijo *obligar* en el sentido de *hacer cumplir*, lo cual podrá ser muy corriente en la incorrección vulgar, pero no es nada técnico.

Y por no seguir faltando á lo prometido, como decía un Cicerón de calleja: *ponco puntum*.

Clarin.

PALIQUE

A un... desgraciado. —Firma usted *Sinforiano Piñero* y confíase que no se llama así. Es decir, que sus cartas tienen el valor moral del anónimo. Aprovecha usted la ocasión de mis tribulaciones para insultarme y burlarse de mis penas. Nadie creería que pudieran llegar a tanto los furores literarios.

Yo no puedo solemnizar mis desgracias con el lujo de la holganza. Prefiero solemnizarlas de otra manera: perdonando la mayor injuria. Queda usted perdonado.

*

Al hijo de Federico Urrecha: su señor padre le aconseja que escriba libros de texto para hacerse rico, y que se haga previamente catedrático.

Eso es una petición de principio. Para ser catedrático hay que ser primero estudiante. Y para ser estudiante hay que ser millonario. El trívio y el cuadrivio, uno con otro, le saldrán a usted por el dinero suficiente para comprar un acta en blanco de diputado a Cortes. Hay

catedrático que por copiar las declinaciones latinas lo mismo que el mundo entero, arruina a toda una familia... para que le luzca el pelo a otra; eso sí.

Hay autor de *geografías* que no parece sino que ha sacado él este pícaro mundo de la nada, o de otros libros de geografía, por lo menos.

Geómetras conozco que cobran las propiedades del triángulo como si las hubieran impuesto ellos al entendimiento humano. Que todos los radios de un círculo son iguales, ya lo sabemos; pero ¿vale eso veintitricio pesetas?

Conozco una gramática francesa, de texto, que dedica cerca de veinte páginas a la fe de erratas. De modo, que el alumno que prescinde de la fe, cree hablar en francés, y ¡además!

Hay una obra de Derecho Canónico que cuesta diez duros. No los reúnan entre todos los obispos de Nicea.

Por dejar el Código civil tan sin pies ni cabeza como lo hicieron nuestros Solones y Zaleucos de la comisión, hay quien exige más dinero que ganó Valera con *Pepita Jiménez*, que no está sacada del siglo napoleónico ni le debe nada a Alonso Martínez.

Y a lo mejor, uno de esos libros de texto dice lo que decía el de cierto catedrático de Valencia, muy metódico él:

Para mayor comodidad del arte dividire el tratado en una parte.

Mas desordenado, y menos atento a las comodidades técnicas, cierto tratadista de literatura (*siempre* de texto) divide su obra en cuatro ó cinco partes, á varios duros cada una. Este divide el arte y divide á los padres de familia. La primera parte trata de la estética en general, porque hay que empezar por el principio y empezar á cobrar desde luego. El señor Ferrari opina que ya no hay dogmas estéticos, y que por consiguiente la crítica se fastidió, y él puede hacer de sus décimas un sayo; pero si el Sr. Ferrari tiene hijos y les hace estudiar literatura con quien sabe por autor de texto á *nuestro hombre*, ya aprenderá que todavía hay leyes para la belleza, y que no son gratuitas, aunque son obligatorias.

Después de la parte general, y previo el pago de las pesetas correspondientes, llega la primera parte particular. Y después la segunda. Y *casi corriendo* hasta que se acaban todas las partes del mundo y todos los ahorros del paciente. Y todavía falta la literatura española por desollar. Y, en efecto, el autor *desolla*, como tal vez diga Blasco, que dice *asola*, al ilustre y difunto Amador de los Ríos y á otros que ya habían fusilado antes al maestro. Y por esta cacería, también se cobra el oro y el moro.

Yo no pido el presidio para estos activísimos autores de *texto*, porque alguna industria en grande ha de haber en España: y por ahora hay esa. Pero también les digo una cosa: que tengan cuidado de que no se enteren Rothschild ni las Compañías *ferro-y-carbonarias*. Porque si se enteran, es seguro que pedirán al Gobierno la exclusividad en la fabricación de libros para la enseñanza. Y nos exponemos á ver un texto de *Religión católica* fabricado por un judío. Mejor dicho, por otro judío.

De todas suertes, si las cosas siguen como hasta ahora, aquí no va á poder estudiar nadie más que los hijos del Sr. Conillas; y eso, después de haber salvado éste señor á España por la vía húmeda, esto es, con los trasportes... no náuticos, sino marítimos.

En cuanto á usted, hijo del Sr. Urrecha, como su señor padre no tiene un vapor que pueda decir que es *sayo*, ni siquiera una *almirante*, porque así lo del *Conde* no es de Canovas, lo mejor que puede hacer es meterse á reporter de los que no estudian nada, ni gana, y dicen, si á mano viene, lo que decía ayer uno de ellos: "Fulano de tal es de poca estatura, no muy grueso, de porte elegante y bastante alto".

Como los libros de texto á que aludíamos, que son bastante altos... de precio, y de mérito... enanos.

CLARIN

428 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2 168, 16 octubre, 1896.

PALIQUE

—El manifiesto de los carlistas...

—Pero, hombre! ¿Quién se acuerda ya de eso?

—Dispensen ustedes; pero, gracias á los subordinados del marqués de Lema, yo acabo de recibir ese documento. Todo es según el color del cristal por que se mira, y según la prisa que se dan en Correos por llevar los periódicos á su destino. Y gracias, cuando los llevan. No es mi ánimo ofender al ilustrado director de Comunicaciones (á quien he pedido hace poco un favor, que todavía no me ha hecho); pero, la verdad, yo todos los años recibía en la aldea mi correspondencia sin novedad. Y este verano, bajo el mando del simpático marqués (que aún no me ha hecho el favor que le he pedido), me he quedado sin cartas, sin revistas extranjeras, sin *Harold*, sin *Imparcial*, sin *Madrid Cómico*, sin *Gaceta* á cada piriquete. Noto que el ladrón de Correos que se queda con lo mío prefiere la prensa satírica; pues *Madrid Cómico* falta casi siempre y *Gaceta* (que no sé quién me envía) viene un jueves sí y dos no.

El sélo á mí me pasan estas cosas, esta queja en público pararía de lírica; pero, como sé que en todas partes cuecen habas, hago públicos mis enojos, y suplico al de Lema que, si no puede hacerme el otro favor, me baje el de poner remedio á tamaño desastre.

..

Y volviendo, aunque tarde y con daño, al manifiesto de los diputados carlistas, diré que no sé cómo se han atrevido á publicarlo antes de que lo admitiera la comisión nombrada por el Ayuntamiento de Madrid para aprobar, ó desaprobar, la lista de la compañía.

No me negarán que les falta un primer galán del género serio; y que si bien Barrio y Mier tiene categoría suficiente y carácter para ser actor de ídem, no es lo que se llama un barba, porque no la gusta, á lo menos tan *lucida* como hace el caso; y además, no bebe más que agua; y un buen barba debe beber bala rasa, para tener la voz de trueno que suelen tener los barbas, aunque sea de mal agüero para las compañías.

Cerralbo es más poeta que cómico; sin embargo, creo que viste bien (¡así versificara!) y que para los papeles de Írac serviría; pero ya estamos cansados de galanes que saben ponerse el Írac, y no saben quitárselo.

Catalina, que en paz descanse, corrompió el gusto literario de toda una generación con sus levitas, cortadas conforme al modelo de París, pero no por el corte de la dramaturgia de Hamburgo de *Leening*.

Yo no digo que los cómicos y cómicas no se sienten la ropa antes de meterse en empresas de cinco varas; y es claro que, si no tienen ropa, antes de tentársela tienen que hacérsela. Pero hay quien exagera. Emprenderlo concierne yo, que pienso que por llevar á la primera dama á París á que le tomen la medida de veinte trajes, diez de Dumas, cinco de Sardou y otros cinco de Sara Bernhardt *ad libitum*, ya tiene la vida ganada. Y después si le siliaban la compañía, ó no le llenan la taquilla de pesetas, que todo es silbar, coge el cielo con las manos, y maldice de este pueblo insulso, incapaz de comprender á Ibsen y á Bjornson (aquí hay varias joías que yo suprimo) y á los modistos franceses de última moda.

Pero hay que notar que, porque una señora salga á las tablas con unas mangas que le lleguen al suelo, no podemos decir que se ha salvado el teatro español. Pensar que el quid del arte dramático está en la ropa, es poner el arte como un trapo.

Por todo lo cual, aunque Cerralbo vista bien, no está á la altura de su misión ni de Fesaplata, y no se eleva ningún codo sobre los cerros de Ubeda.

En cuanto á Mella, es un tenor cómico bastante aceptable para cualquier compañía de zarzuela. Pero el carlismo no es una zarzuela. Es una ópera: *I Lombardi á la terza crociata*.

..

Cuando los carlistas quieran hacer otro manifiesto, con permiso del Ayuntamiento, por supuesto, deben encargarlo á cierto periodista que viaja por Venecia y que es muy entendido en materia de dramas y óperas. Como vamos á ver.

Ese periodista nos dice que un gondolero que le llevaba en su góndola por el gran canal adelante, señalando á cierto palacio, le dijo:

—Ahí mató Otelo á Desdémona.

El periodista lo puso en duda; no por nada, sino porque es muy largo y sabe que lo de Otelo es fábula; cosa de Shakespeare. Pero el gondolero añadió:

—¿No ha leído usted el drama de *Otelo*?

—No, señor—dijo yo al gondolero;—esta señor periodista no ha leído el *Otelo*; ni usted tampoco. Porque Otelo no mata á Desdémona en Venecia, sino en la isla de Chipre.

Una de dos: cuando se viaja, ó se viaja como una maleta, sin acordarse de que hay Otelos en el mundo, ó se viaja con la maleta provista de literatura suficiente. Por lo menos una muda, para no exponerse á enseñar las vergüenzas eruditas á cualquier gondolero de punto.

Clarin.

472

PALIQUE

Un filibustero literario.

Carlyle opinaba que Inglaterra debía estar más unida por la patria de Shakespeare como por las Indias.

Por el rescate de Cervantes, si ahora pudieran caer cautivos, yo no sé que gran pedazo de tierra podríamos dar nosotros.

Nuestra literatura clásica es una de nuestras glorias imperecederas; pedazos de terreno compartido en diversas latitudes, se ganan y se pierden, los da y los quita la fortuna; y el mérito estético nacional no mengua por eso.

La patria moral, el alma de España, ganó para siempre su grandeza. Nuestro teatro del siglo XVIII, nuestros místicos, nuestros grandes humanistas de la novela, la novela y la historia, nuestros líricos, nuestros teólogos, nuestros pintores, nadie puede quitárnoslos; estas riquezas no son efímeras.

Pero como es materia de delitos, para juzgar al delincuente a la intención hay que atender; aunque sea morder en una línea de acero morder en nuestra gloria literaria, debe tenerse en cuenta el propósito de quien pretende, aquí se trata en vano, hacer con nuestro tesoro de arte nacional lo que hacen intentan con nuestro territorio de ultramar, ganado por ilustres varones, los filibusteros de la marina.

Si, hay filibusteros literarios, y bueno es denunciarlos, no para que se les pague materialmente, sino para que su delito moral tenga el castigo moral; también, de la desaprobación de todos los buenos españoles... y de todos los hombres de buen gusto.

La preta, sin fijarse en lo que hacía, tal vez sin enterarse del contenido de la obra que alababa, ha elogiado estos días un libro en que hay hermosos grabados y un excelente prólogo del P. Pulgar y respetado crítico Pío Baroja que le «el funeral acompañamiento de unas cuantas» teatrales en que se lee lo siguiente:

«No hay nada tan monótono ni tan poco teatral como el teatro clásico español, ingeniosísimo (¿) en la trama, concupiscento en la forma, retorcido a la manera escolástica en pasiones y sentimientos. Una viciosa gramática, una débil enredadora, una mala redanda, un galán inverosímil (?) y un criado parronietico; eso es todo nuestro teatro clásico.»

Aparte el *Q. de*, algunas novelas picarescas, y algo de Quevedo, no hay quien soporte la lectura de más de dos páginas de cualquiera de aquellos grandes maestros (habla de los clásicos españoles.)

«El genio español ha estado siempre retido con la antinaturalidad.»

¿Cómo se castigan estos delitos de lesa literatura, este filibusterismo literario?

Aquí, abriendo el libro donde tales cosas se dicen, por cualquier página, y copiado los destintos en que el autor demuestra su ignorancia.

En *Madrid Cómico*, con más espacio que aquí, sacó a la vergüenza multitud de disparates de este enemigo de las letras españolas, que creo es americano.

No he de repetirme aquí. Hay adhesivos para cien artículos.

Abra al azar *El Año Teatral* y lea:

Página 53. «Por desarrollarse en Aragón, la más castiza de las regiones españolas, el *Q. de* es Aragón más castizo que Castilla. V. gr. (¿) que se consta al crítico (¿) que la casta española vivió en Aragón»

«Y por descansar sobre la jota, la más típica de nuestro espíritu.»

Méate usted que descansan sobre la jota, que es un baile, tiene sus dificultades; y decir que la jota es lo más típico del espíritu... Si fuera de las piernas!

En la misma página: «Oración formidable, formidable es la que cambia miedo. ¿Quién teme miedo a las oraciones?»

Página 169. «Su padre era cajero de una sociedad financiera.»

«De una sociedad denominada Financiera, no admitiendo que no sea barbarismo, como lo admiten economistas españoles, v. gr., Pierdoménico de la Ilustración pública. Una sociedad particular de negocios económicos no es financiera.»

«Se aborta» (no recuerdo la página). *Abortar*, activo, es antecedido. *Abortarse* no es español.

Página 188. Dice que no quiere ser *irrespetuoso* (¿) todavía lo dice peor, habla de *irrespetuosidad* y a renglón seguido escribe:

«Este ha desastroso de Echegaray era seguro.»

Los problemas del Sr. Echegaray son «insignificantes, desatinos.»

¡Ej! no será usted modelo de *irrespetuosidad*, pero muy respetuoso tampoco lo es usted.

Página 192. «El melodrama es la intervención de algo sobrenatural que castiga el vicio y premia la virtud.» V. gr., el juicio final.

En la misma página: «En Juan José todo se produce por recursos naturales, a flor de tierra.»

«Este hombre no cree en la naturalidad de los subterráneos!»

Página 170. «En este sentido creo que *Gismunda* es un gran drama. El excelente Federico Urrecha (excelente *Q. de* exdiente... Federico) no ve más que un momento feliz en la obra; yo veo un *Q. de* a *Q. de*... us-

ted), un gran cuadro de inspiración soberana, en cada acto. Teatro falso, arte vano, oropel engañoso, todo lo que me quiera, pero... ¡Pero, hombre, si es falso, engañoso, vano y oropel!

«Ahora comprendo porque no le gustan a usted los clásicos españoles! Porque no son de oropel, ni vanos, ni falsos...»

Página 138. «Son tres ilustres almas muertas, tres ilustres almas muertas sobre dolor.» Mal psicólogo y mal albañil. Ni la inmortalidad necesita cementos, ni las almas muertas son inmortales.

«Su fecundidad puede emparejarse con la de López de Vega.» (Página 136 también.)

Mejor sería compararse. Sería más vulgar, pero no sería un desatino.

Página 131. Dice que Sellés es un gran sugetivo. Así se habla de los específicos. Lo mismo pudo usar llamarle digestivo. Sellés es sugetivo, se puede decir, pero es un sugetivo, no. Averigüe usted por qué.

(La misma página): «Para la erudición exquisita de la forma...» «Como una forma ha de ser erudita! Donde ha sido usted: Pulgar tiene un estilo muy erudito.»

(La misma página): Para los defectos de la prensa tiene Sellés la disculpa honrada.

Tampoco pueden ser honradas las disculpas.

Página 133. «La luminosa cúpula... Todo lo contrario de los velos de Ilonero. Con que hay cúpulas que echan chispas!»

«Desarrollemos el simi: pongamos a cada uno de los factores.»

«Los factores... de un simi Problema.»

«Peridicos sin simiente, hijos malditos de Onam.»

Pues a Onam no le faltaba simiente. Verdad es que no tuvo hijos periódicos.

Página 189. «Aquella paradoja de los escolásticos: el que prueba mucho no prueba nada.»

«Ni paradoja ni es así: el que prueba demasiado es el que no prueba nada.»

Página 3. «No es menosprecio... para los deberes d nuestra ascendencia.»

«Eso no es castellano. Bien se conoce que no lee usted clásicos monótonos.»

Página 231. «El histerismo tradicionalista.»

También lo habrá, supongo, centralista y librecambista y progresista.

Página 255. «La actriz que ayer muriera en Valencia.»

Por desgracia la señorita Contreras, de quien se trata, no muriera, sino que murió.

Página 257. «Nuestras conveniencias escénicas.»

Ladevese puro.

Página 112: «Lucas apocalípticamente huminus.»

«Eso no es el apocalipsis, sino el acaboselipsis de los desatinos.»

Página 113: «Raza persecutora.» «Anda, persecutora! Claro; como no lee los clásicos, tiene el que inventar palabritas.»

Página 87: «desdibujadas.»

Tampoco eso lo sabían los clásicos. ¡Idem! las luminarias del pentágono.

Como si dijéramos: los candelabros del trapalupo.

En la página 65 se llama al *Gran galeote* y a *Locura ó santidad* la primitiva manera de Echegaray, y en la página 185 se alaban por comparación obras anteriores a esas, que se consideran de las malas. De modo que lo primitivo es posterior a otras cosas.

Página 26: «De todo renuncia, de honores, de gloria...»

Los clásicos, que no se pueden leer, dirían renunciar a, no de.

Y basta por hoy. En *Madrid Cómico* podrán ustedes ver cómo, según nuestro filibustero literario, en el año 1894 se tomó muy en serio lo del teatro español; pero más en serio se tomó todavía en 1895 y después todavía más en serio en 1894. Y verá a Martos y a Olózaga entrar en la Academia entre los muertos. Y una clase de comedias tomadas por cómicos; y llamar a Fregoli comedia.

Con otras cosas muy divertidas y mucho más ajenas que los clásicos españoles que no se pueden leer.

De Quevedo se puede leer algo, según nuestro joven *Q. de*; pero del autor del *Año teatral* se puede leer todo, si se quieren ver disparates infinitos. No tiene desperdicio. En otros muchos periódicos pienso copiar más distates, todos nuevos. Y él, ¿cómo se llama? ¿Que importa?

Es un insurrecto... del arte.

CLARIN

431 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.178, 26 octubre. 1896.

PALIQUE

Para alusiones, amigo Gedeón.

Dice usted: «Aunque luego salga Clarín tachando a Gedeón de injusto, es lo cierto que casi todos los catedráticos de la Universidad de Oviedo escriben muy mal.»

Pero, hombre, ¿por qué he de tacharle yo a usted de injusto, porque casi todos los catedráticos de la Universidad de Oviedo escriban muy mal?

¿Qué culpa puede tener Gedeón de esa desgracia universitaria? Y tampoco entiendo por qué he de tacharle luego, que ahí quiere decir después. ¿Después de qué? ¿Después de escribir muy mal esos señores? Pues, como es de suponer que seguirán escribiendo, á pesar de las censuras de Gedeón, que tal vez no lea; y como yo he de tacharle de injusto luego, después... no sé cuándo llegará el día en que le tache por que escriben mal los catedráticos de Oviedo.

Tampoco es cierto que casi todos los catedráticos de la Universidad de Oviedo escriban muy mal.

Casi todos los catedráticos esos se abstenen de escribir. Porque es claro que Gedeón hablará de escritores públicos. Pues, en este sentido, de las dos docenas de catedráticos de la Universidad de Oviedo (contando supernumerarios y profesores de Ciencias) no escriben, ni bien ni mal, unos diez y ocho.

Yo no le niego que haya algún catedrático de Oviedo que escriba mal. Habrá.

Pero, hasta ahora, Gedeón no ha demostrado su inoportuna y sospechosa censura. Digo sospechosa, porque me temo que Gedeón esté inspirado por alguien que tiene envidia á ciertos catedráticos de Oviedo. Dígame Gedeón cómo se llama, de veras, el que escribe contra mis compañeros, y saldremos de dudas.

Hace días Gedeón censuraba un galicismo del Sr. Builla, que no era galicismo.

Y ahora declara mal escritor al Sr. Posada, uno de los pocos profesores españoles leídos y estudiados por los sabios franceses, ingleses, alemanes é italianos; y le echa á rodar todo el crédito que tiene, porque el Sr. Posada habla de una afición «relativamente constante».

Sostiene Gedeón, en absoluto, que no se puede decir *relativamente constante*.

Voy á demostrarle que sí. Como es listo y parece instruido, creo que le convenceré. Y como le supongo sincero, creo que confesará que está convencido.

Y dice Gedeón: «Ninguna cosa puede ser relativamente constante. O consta ó no consta».

Pero ¿qué tiene que ver ahí el verbo constar?

¿No tiene Gedeón diccionario?

Constante es participio activo del verbo constar. Esa es la primera acepción, según el diccionario de la Academia. Pero tiene otra. Constante es adjetivo y significa que tiene constancia. Y constancia es «perseverancia y firmeza del ánimo en las resoluciones y propósitos».

El Sr. Posada habló de una afición provocada por no sé qué, y relativamente constante. ¿Cree Gedeón que ahí constante significa que consta, ó que tiene constancia? Diga la verdad. ¿Verdad que tiene que ser lo último? Porque, si no, el Sr. Posada quiso decir esto: «una afición que es manifiesta, que es cierta, que se sabe que la hay... relativamente». Y eso es un disparate; claro. Pero lo que dice Posada es esto: afición relativamente constante; ó sea, de firmeza, de perseverancia relativa.

Y ¿negará Gedeón que se puede ser más ó menos firme en los propósitos, perseverar más ó menos? No lo negará. ¿Pero perseveró en su propósito, mientras tuvo esperanzas de triunfar?

Pedro fué constante en todas sus relaciones hasta la muerte. ¿No está bien todo eso? Pues bueno: Juan fué *relativamente constante*; Pedro, constante en absoluto.

¿Qué le parece á Gedeón de un crítico que censura una palabra que tiene dos acepciones tomándola en el sentido que claramente se ve que no tiene, y correspondiéndole el otro perfectamente?

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que á renglón seguido toma la palabra constante como adjetivo, en el sentido de lo que tiene constancia y creyéndola todavía perteneciente al verbo constar. «O consta ó no consta. ¿Le gustará á Posada que su novia le fuera relativamente constante?»

De modo que, según Gedeón, el Sr. Posada le podría preguntar á su novia (antes de haberse casado):—¿Eres constante en vez de—¿Eres constante?

Demasiado comprenderá Gedeón, en cuanto lea esto, que se ha trabucado. ¿A que lo confiesa?

Tiene bastante talento para hacerlo.

Y si á la confesión acompañase una firmica auténtica, miel sobre hojuelas.

Tampoco debe Gedeón negar la posibilidad de las erratas ajenas, porque todos estamos sujetos á esa calamidad.

No admite Gedeón que un ofrezca por ofrezcan, de Bustillo, esa errata. Y no puede ser otra cosa. Porque ni Bustillo ni nadie dice: «Juan y Pedro ofrezca dineros».

En el mismo número de Gedeón en que se ataca á Bustillo por una errata, leo esto:

«El páiselo de la Consulta antes del matrimonio»

Más inclinado estaba antes de la Extremaunción.»

Y también se entiende que aquí hay errata. Porque si no, no se entiende.

Debe de ser: «más indicado estaba: antes de la Extremaunción».

En el mismo sueldo en que Gedeón censura á Posada, hay otro: «No se le puede llamar». Y ese le concierne con cosa. Y como esa le es ahí acusativo, no dativo, tratándose de cosa, femenino, tiene que ser la. Y la habrá escrito Gedeón. Pero hay errata.

Si, Gedeón: *fuit justitia et ruat... vanitatem*.

Y lo otro; lo de la firma.

Porque á Gedeón, que es listo, ¿qué trabajo le cuesta un conocimiento?

Clarín.

¿Se acuerdan ustedes de aquel joven andas que decía, en un libro titulado *El año teatral*, que de los clásicos españoles no se podía leer arriba de dos páginas por clásico? Pues ese joven se ha incomodado mucho, porque le saqué á relucir sus insauditas irreverencias literarias (ó irreverencias como él dice), y porque he copiado varios pasajes de *El año teatral* aquí, en *Madrid Cómico*, 29 en el *Heraldo* y 31 en *La Publicidad*, de Barcelona.

[Pues, hijo, si estamos empezando]

Dos artículos lleva escritos defendiendo su *gestión crítica y gramatical*; y el Diógenes demostraba el movimiento andando, nuestro hombre demuestra que no sabe escribir... escribiendo más veces.

En un artículo de *El Nacional*, para defenderse, dice que él mismo confeccionó un libro. Y no quiere decir eso. Porque confecciona un libro el que materialmente trabaja en él, no quien lo escribe. No sabe que en español sólo se confeccionan cosas materiales; el autor de un libro no lo confecciona, á no ser que además lo imprima, encuaderna, etc., etc.

En ese mismo artículo dice:

«Mimo (Repito la definición de la Academia) y hace que firme esto Plinio. De modo que Plinio, que había muerto muchísimo años antes de haber Academia, repito lo que dice la Academia».

En ese mismo artículo sostiene que los galanes del teatro clásico español son invertebrados. Y no quiere decir eso. Quiere decir tonto. Porque el que no tiene columna vertebral... es tonto.

Ya, al ver ciertas cosas que usted escribía, me decía yo: «esto está pensado... con una columna». Y como en sus galanes han puesto muchas veces, nuestros célebres poetas, lo mejor de su talento... resulta que nuestros poetas célebres, v. gr., Calderón, Lope, Tirso, no tenían una vértebra para un remedio. Y como cualquier amo tiene vértebras, resulta que el primer pollino que pase es mejor pensador que Calderón y Lope. Las consecuencias ó se sacan ó no se sacan.

Invocando títulos de antigua amistad, el señor de las vértebras consiguió que el *Heraldo* le publicase un comunicado en que, de los 29 pasajes que en aquel periódico yo le había señalado, se atrevía á rescatar uno solo! ¡Y vaya un rescate!

El señor del Año había hablado de una sociedad de negocios privados llamándola *financiera*.

Yo le dije que las cosas *financieras*, aun admitiendo que la palabra no fuese barbarismo, tenían que referirse á la Hacienda pública.

Pues no señor; dice él. *Financiero* significa «gros negociants»...

¡Pero, joven! Un negociante, gordo ó flaco, no es un adjetivo, es un sustantivo. Debí usted buscar en el Diccionario francés el adjetivo financiero, que era de lo que se trataba.

Y diga lo que diga el Diccionario, los traductores de *finances*, en Francia, de *finanze*, en Italia, y de la ciencia *financiera* en Alemania (*Finanzwissenschaft*), entienden, por unanimidad, que las *finanzas* esas son las rentas públicas, los bienes del Estado; nada de la economía privada, particular. En este sentido Wagner emplea un gran tratado de Hacienda, empleando 188 páginas en explicar lo que es el Estado y sus relaciones económicas; ese tratado es el de Rau, muy ampliado. Rau y Stein hacen algo semejante. Y Leroy Beaulieu en Francia, y Comas en Italia, nos dan definiciones que dicen terminantemente que siempre que se habla de *finanzas*, *ganasas*, se trata del patrimonio público.

De modo que va despatchado el joven andas, que de 29 pasajes sólo defiende uno... y de esa manera.

En el comunicado al *Heraldo*, por querer rescatar ese *financiero*, que bien cuando está, suelta otra tira plega muy graciosa:

«Debo contestar algo de lo que *Clarín* dice». Pues contestar algo de lo que *Clarín* dice... es decir lo mismo que *Clarín*; es estar conforme con lo que dice *Clarín*.

Para decir lo que usted quería, habría que explicarse así: «Contestar algo de lo que *Clarín* dice». «Contestar algo de lo que dice *Clarín*» es, ó repetir lo que dice *Clarín*, ó conformarse con lo que dice. ¿Quiere usted la prueba? Llame usted á *Fernán*, ese Virgilio de usted. Que tenga el Diccionario de la Academia.

«Contestar.—Responder á lo que se pregunta, se habla ó se escribe.—Declarar uno lo mismo que otros han dicho.—Comprobar ó confirmar.»

¿Lo ve usted? O dice *contestar* ó, ó repite lo que yo he dicho, ó lo confirma.

¿No sabe usted gramática, señor? En: contestar algo de lo que dice *Clarín*, algo de lo que dice, es acutivo y no necesita el á, porque no se de persona; y se puede volver por pasiva. En lo que usted quiere decir: «lo que dice» no cabe esa vuelta porque se trata de un dativo que pide el á. Contestar, en el sentido de responder, pide á; sin ella, es confirmarse, confirmar.

Pero, claro; usted despreciará la gramática (la de la Academia, página 376, dice: *Contestar* á la pregunta con el declarante).

Como desprecia usted la retórica, diciendo que es una antiquísima ridiculez que tiene la culpa de que sea malo el primer acto de cierta comedia.

Pero ¡para qué quiere gramática ni retórica un hombre que inventa palabras como *persecutoria*, *pasional*, etc., etc., y le dice á la literatura clásica española: ¡St, chufia, chufia!...

Por habernos omitido en mi artículo la palabra *coso*, el tal crítico se fué á las agencias telegráficas á hacerles llamar la atención en provincias acerca de un artículo que publicaba *El Nacional* contra *Clarín*.

¡Y gracias que el infeliz no advirtió que donde debía decir *ador* se decía «dictador»! No extrañaba que Julio César fuera autor de comedias.

¿Lo de los mimos ya he contestado en el *Heraldo* y en *El Nacional*.

Los mimitos le van saliendo al muchacho por una friolera.

Por último: quiere que yo diga cómo se llama él. Le aconsejo que no dé publicidad á su nombre.

¡Si es por caridad!

Créame usted á mí; más le vale que su nombre de usted no aparezca en estos artículos que corren mucha tierra, y después se coleccionan en libros... á que no faltan lectores.

El año teatral, pese á los reclamos de Bremón que le está haciendo á usted el artículo por odio á *Clarín*, puede que se olvide antes que los libros de *Clarín*. Yo soy modesto... pero no tanto que vaya á crearme menos duradero que *El año teatral*. Y eso que no aspiro «á una inmortalidad cimentada sobre el dolor», como usted dice hablando de «tres almas muertas... inmortales».

Adiós, América nostálgica, lego nostálgico, financiero, joven pasional.

¡Ah! el próximo ojeo, en la *América nostálgica*, si es la Montálgica la del Norte.

En Nueva-York nos veremos.

Pero, sin salir del viejo continente, ¿quiere usted que le diga lo que es usted?

Pues ¡oh joven americano!... un *siniente* del reportero.

¿Y qué es Bremón? Un vertebrado que sabe más gramática que usted; parda y no parda.

Pero Bremón ahí queda. Al fin, bueno ó malo, tiene un nombre. Y á usted hay que cogerlo cuando pasa. Porque usted, como tantos otros de su género bullanguero... es una efímera. *Seco á la tarde*.

Clarín.

PALIQUE

Pues, señor, a un literato aplicado y erudito se le ocurre con-
gar muchas vigillas, mucho estudio y no poco talento, a escribir
la historia del célebre *Adelantado* de la Florida Menéndez de
Avilés, gloria de España.

Muere el laborioso y benemérito literato, y los periódicos, por
su amabilidad, anuncian la desgracia diciendo: que ha muerto el
conocido escritor que firmaba con el pseudónimo de *Pedro Menén-
dez de Avilés*.

Ya ven ustedes lo que se *adelanta* con ser *Adelantado*, ganar la
Florida y hacer multitud de hazas; que pase el tiempo, llegue
la época nefanda del reportarismo... y al héroe más héroe le to-
men por un pseudónimo, como *Fray Libertó* o *Fray Camiló*
Zeda.

Y no digo nada del pobre escritor que se quema las cejas para
popularizar las gestas de un varón ilustre, y después recibe, como
premio de sus afanes, una equivocación de ese calibre.

No hubiera escrito Homero la *Iliada* (de todas maneras, no la
escribió) si hubiera podido temer que la posteridad dijese: el poeta
que firma con el pseudónimo de *Aquiles*...

•••
Pero ¿qué ha de suceder, si tenemos todas estas cosas de la en-
señanza pública tan abandonadas, tan perdidas?

¿Qué culpa tiene el Sr. Sepúlveda de escribir este latín *domna
cic*, que parece *cicla* o cualquier cosa así, que uno no sabe; qué
culpa tiene *Zeda* de *en pergar gite casto*, ni el otro del gracioso
pulvis *eris* en *in pulvis* (!), si los chicos salen bachilleros sin saber
declinar o por lo menos sin saber traducir el *Agnus Dei*?

¡Es que los profesores de latín son ineptos! ¡Ni por pienso!
Es que el método rutinario es absurdo; es que el tiempo dedicado
al latín es irrisorio por lo escaso. Se hace a los estudiantes aprender
de memoria gramáticas muy sabias, muy llenas de excepciones,
de listas de verbos, etc., etc., y no se les enseña a traducir
oraciones de *sum, es, esse, fui*. Se les enseña una lengua... pre-
sindiendo del medio necesario para entender lo que en esa lengua se
dice.

Siempre andamos por los extremos. Antigüamente, a un niño
que entraba en la clase de letras por primera vez se le ponía en
las manos un *Nebrija*... en latín. Y que entendiera el podía.

Ahora, después de dos años de reglas y excepciones, aprendizajes
de memoria, el chico más sobresaliente... no sabe pedir pan en la
lengua de Cicerón.

Pues va usted a las lenguas vivas... y dos cuartos de lo mismo...
Y aquí todavía es más grave el abandono de la parte práctica.
Empezamos porque enseñan francés, en muchas partes, ilustrados
profesores que pronuncian el idioma de Racine con acento andal-
cés, con sabor a mulletera o con dejos de la jota.

A los alumnos se les exige saber de memoria lo que dice la gra-
mática, no pronunciar ni traducir francés regularmente.

Y salen nuestros bachilleros del Instituto sin saber lo que sabe
cualquier comisionista que fud dos o tres veces a Bayona.

Poco hace, hubo unas oposiciones a lengua alemana. Se presen-
taron dos alemanes... y la cátedra será para un español, que sabrá
mucho gramática, pero que, probablemente, no sabrá tan bien el
alemán... como los alemanes.

•••
Otra cosa:

Un año y otro año, con una condescendencia perniciosas, se
otorga la gracia (¡vaya una gracia!) de que los estudiantes de Dere-
cho, a quienes faltan una o dos asignaturas, pueden examinarse
de ellas... sin estudiarlas.

Digo sin estudiarlas, porque acaban de probar las demás asig-
naturas en Septiembre... y en Octubre se examinan de esas otras,
gracias... sin haberlas cursado en ninguna parte.

Y ¿saben ustedes qué asignatura suele ser una de las probadas
de ese modo? Pues nada menos que la *Práctica* del procedimiento.

Es decir, la más útil, si se estudia bien, y aquella que, por su ca-
rácter experimental, menos consiente que se prescinda de ella.

Y así estamos en todo.

Como esos ejemplos podrían ponerse quinientos.

¿Por qué no se cortan éstos abusos? ¿Por qué no se reforma este

sistema (?) vicio?

¿Porque no hay dinero? ¿Porque lo de Cuba...

(Pero al eso no cuesta dinero)

¡Si es cuestión de buena voluntad y un poco de carácter!...

•••
Este modo de entender la Instrucción pública engendra la ig-
norancia.

Y como no hay nada más atrevido que la ignorancia...

¡Pobre D. Pedro Menéndez de Avilés... y pobre D. Pedro...
Calderón de la Barca!

•••
Sí, pobre Calderón.

Arimón, como *Aquiles*, está retirado, en su tienda, lejos de la
refriega crítica. Se ostenta *Un peccador* y *La Interio*, y Arimón
nada; no saca la espada de cortar carreras literarias.

«*Aquila non capit muscas*, D. Eleuterio.»

Pero se presenta el pobre Calderón con *Semiramis*, y ¡aquí te
quiere, carabina de Ambrosio!

Arimón se aparta de sus naves y se lanza sobre el Héctor de *La
vida es sueño*.

¡Pobre Calderón!

Del primer... ¡disparate, Arimón llama a Semiramis la reina de
Siria.

Porque estas aguilas de la crítica de las doce y media y sereno
no distinguen de Sirias y Castañas.

Asiria ó Siria ¿qué importa?

Arimón no sabrá geografía ni historia, pero sabe decir que en
tal cosa el talento de Fulano no ha reconocido *Justicia*.

Arimón, si no sabe que Semiramis, según la historia más ó me-
nos legendaria, fué reina de Asiria y de Babilonia, sabe que Mc-
néndez y Pelayo dijo esto y lo otro de la *Semiramis* de Calderón.

Y no es Arimón solo; otros se han atrevido con Calderón enva-
lentados con el escaso entusiasmo que Menéndez y Pelayo ma-
nifiesta respecto de ciertas cosas de Calderón, cuando le compara
con Lope ó con Shakespeare.

Pero los *menos sabios* han oído campanas y no saben dónde.

Menéndez y Pelayo coincide con una nueva corriente, nueva
para el público *grande*, que en Alemania y otros pueblos que es-
tudian nuestro gran teatro se manifiesta, levantando más a Lope, y
según algunos a Tirso, á costa del último de los grandes drama-
turgos nuestros del siglo XVII. El romanticismo alemán, idealista,
había puesto a Calderón sobre todos, y nuestros críticos, y tras
ellos el público, habían seguido esta opinión, este gusto. Grill-
przer, poeta dramático alemán, magistralmente estudiado por
Arturo Farinelli, ya comenzó á defender la supremacía de Lope, á
quien él imitó; y hoy es cosa muy común en hispanófilos ingleses
y alemanes *develar* al *Fénix*, al *Monstruo*, el Principado que tuvo
en vida. Menéndez y Pelayo no hace más que seguir esta corrien-
te; pero no por sugestión, sino porque su estudio de Lope, á quien
conoce como nadie acá, le lleva á ese resultado.

Pero todo esto ¿qué tiene que ver con que uno cuantos maque-
trefes literarios se atrevan con la gloria de D. Pedro, si con que
Arimón, que no es un mequetrefe, ni de Siria, le coja gasapos al
poeta del *Mágico prodigioso*?

Los verdaderos críticos, como Menéndez, Farinelli, etc., etc.,
pueden opinar que Calderón vale menos que Lope, y aun que Tir-
so, según otros, v. gr. Valera; pero siempre dejarán al autor de
La devoción de la cruz en un altar, y con un culto que no consen-
ta las irreverencias que hemos leído estos días, con verdadero es-
cándalo.

•••
Pero, en fin, lo dicho. De todo tiene la culpa Linares Rivas,
que, por pensar en la caída de ojos, no piensa en la decadencia de
la Instrucción pública.

Clarín.

Muy bien hace la prensa popular y de gran circulación procurando mantener el espíritu público en el estado de entusiasmo patriótico que hoy es indispensable para conseguir, en pro de la causa nacional, los muchos sacrificios que se necesitan.

La empresa acometida por *El Imparcial* es de las más simpáticas que recuerdo. España, acudiendo á su voz, le ha premiado la fe que el periódico de D. Eduardo Gasset demostró tener en la insuperable caridad del pueblo.

Después de tantas y tantas suscripciones... ¡una más! Sí, una más; ¡por qué no! No hay cosa más rica que el bolsillo de los pobres... que llenan grande el corazón.

Mi Asturias querida me sirva de ejemplo. Malas cosechas; lluvias á gusto de... nadie; negocios paralizadores, América sin mandar cuartos; contribuciones, empréstito, desembolsos para el batallón de voluntarios... y todavía nos quedan algunas monedas para los héroes de *El Imparcial*. ¿De dónde salen? Parecen mentira, pero salen... de las entrañas. Porque en otra parte ya no las hay.

Aunque de menos importancia, es claro, no deja de tener su mérito el noble propósito que persigue *El Liberal* publicando de ardo en tarde números extraordinarios que consagra á nuestro ejército y á nuestra marina. El público premia también este esfuerzo apresurándose á comprar el periódico; que, como es claro que no ha de emplear el plus de la ganancia de esos días en pagarles á tanto la línea á Cárnovas, Ascarinaga, Sagasta, Weyler y otros colaboradores por el estilo, es casi seguro que invertirá en beneficio de la causa santa lo que corresponde.

Por el aspecto literario del negocio, algunos inconvenientes se pueden señalar, v. gr.: el obligar á hacer estilo á varios ilustres repúblicos y caudillos insignes que no tienen costumbre de ordenar cláusulas y se enredan, de modo poco airoso, en la urdimbre de la construcción gramatical. No he sabado nunca que á personas ilustres por cualquier concepto no literario se les obligara á emular las glorias de los grafomanos, convirtiéndolos en chicos de la prensa, temporeros.

¿Qué falta hace saber que, quien puede salvar al país en un momento crítico, no les pone la preposición que requieren á los nombres propios en acusativo?

Además, algunos escritores de oficio, particularmente los poetas, interinos ó no, convierten, en sus copias, al soldado español en un *Miles gloriosus* de Plauto ó en el Mondragón del *Gt. Eneas*. ¡Y después hablan de los portugueses! Todos son bravatas más ó menos conceptuosas, esas gertrudis alabanzas del propio valor, son la mayor estulticia; pues el soldado español, por lo general, es sufrido, modesto; no se engríe con sus hazañas.

El efecto es, pues, contraproducente.

Entre los poetas que exageran esa nota falsa más, figura Manuel del Palacio, que olvida siempre en sus versos de patriotismo los muchos textos clásicos que nos aconsejan reconocer el mérito del enemigo, y ser con él todo lo misericordioso que se pueda. Palacio siempre aniquila al contrario... con la boca, después de suponer que por oponerse á la causa española ya es un cobarde, un malvado, etc. etc. ¡Cuán lejos está de aquella hermosa serenidad del personaje clásico que decía

La victoria el matador
abrevia; y el que ha sabido
perdonar, le hace mayor;
que mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor!

Pero hay que reconocer, después de estas censuras, que en general, los miles de cántaros de nuestros vates han sido bastante aceptables. Algunos muy sentidos y oportunos, v. g., los de Ramos Carrón.

435 Madrid Cómico (Madrid), n. 718, 21 noviembre, 1896.

Con eso y con que al publicarse estas líneas el círculo de Weyler ha prohibido efectos parecidos á los del círculo de fuego de Sedán...

Como Aristóteles, la señora Pardo Basán ha escrito su capítulo de los sombreros.

Y con ese motivo pido que las señoras puedan ir solas al teatro, á las butacas, como van á otras partes.

No hay inconveniente, cuando esas damas sean feas ó viejas.

Pero una joven guapa, que saliera de un teatro á la medianoche, sola, pronto estaría mal acompañada.

Y muy expuesta á coger una *Involución*... de luna.

¡Demonio! Pues ¡no hay un periódico en Pontevedra que diga que ha sido maestro de *Clarín*, y pretenda darme lecciones de gramática latina! ¡Y no me se da tono el apócrifo maestro!

Con feja unos, bajo sobre otros, he recibido docenas de ejemplares del tal papelucho...

Y no hay escoba que baste...

A ver el alcance ésta:

Este maestro ferruco quiere hacernos tragar que ha sido profesor de latín, en Pontevedra, de este cura.

No le crean aquellos simpáticos gallegos de las orillas del Lerez. *Clarín* vivió en Pontevedra tres meses, y fué á un colegio de primera enseñanza, en compañía de don José Riestra, que es un personaje de la ciudad de la Peregrina.

Latín lo estudió en Oviedo, señor ferruco, con el Dr. Cuesta, ya difunto, que me dió siempre sobresaliente.

Falta, pues, á la verdad ese maestrillo harto de grios; y no por error, sino porque quiere.

¡Falta, pues, á la verdad ese maestrillo harto de grios; y no por error, sino porque quiere.

Falta, pues, á la verdad ese maestrillo harto de grios; y no por error, sino porque quiere.

Empecemos por el castellano.

Habla de mi condición ramorano-astórica. ¿Qué quiere decir astórica? ¿Asturiana ó de Astorga? Astórica no es español, maestro Ciruela.

¿Acosca de un no sé qué fruslerías.

¿Qué quiere decir un no sé qué fruslerías? Y ahora vamos al latín.

Leo el maestro de cordel: «*rusti vanitatem*» y dice que *rusti* ahí es intransitivo.

¿Cómo ha de ser intransitivo con el término de la acción á la vista, *vanitatem*, en el acusativo correspondiente?

Yo digo lo que *quiero decir* en latín y en castellano; no lo que le vendría bien á cualquier enemigo cobarde y encubierto, para que resultase que *Clarín* les ponía á los intransitivos acusativos imposibles.

Yo no he querido decir hágase la justicia y húndate la vanidad, sino hágase la justicia y derribe, eche por tierra la vanidad. La vanidad sola, por sí misma, no se hunde, no se destruye, hay que derribarla, y ¿quién mejor que la justicia?

Eso quería decir y eso dije; y ¿cómo se dice eso en latín? ¿Se dice escribiendo *vanitas* ó escribiendo *vanitatem*? ¿Cómo digo Terencio derribar á uno en tierra? ¿*Evere aliquem*, ó *ruere aliquem*?

¿Cómo dijo Virgilio arrancar las yerbas? *Evere herbas*; en acusativo, claro. *Evere antenas* dijo Plauto; ¿no es *antenas* acusativo?

De modo que, siendo *rusti* transitivo é intransitivo, y usándolo yo como transitivo, con sentido claro y perfecto, con su acusativo correspondiente, el maestro harto de grios saca la consecuencia de que el acusativo está mal porque yo quisiera decir *se hunda*, intransitivo. ¿Cabe mayor injusticia y cegueda de enemigo cobarde y escondido?

Traduzca usted con buena fe y traduciéndole hágase la justicia y derribe ó arruine ó eche por tierra la vanidad. Después dígame usted que he desfigurado demasiado la frase de la situación.

Y yo diré que así me convenía para decir lo que quería decir.

Conque, señor ferruco, el gazapo será cazado otro día: hoy no se fía aquí, mañana tampoco.

Y ¿quién es usted, pobre... ¿está? ¿A que no lo dice? ¿A que no se atreve?

¿Será al Sr. M...? pobre diablo gallego de muchas pretensiones regionales, celebridad consorte? ¿Será usted B... otro regionalista que es la adición gallega de Pando y Valle? ¿Será un poeta de muñecas en ristre que me tiene loco á carías y á libros?

De todas maneras, sea usted quien sea, está probado que afirma lo que no es verdad, que se esconde para herir... y que no sabe ni latín ni castellano.

¿Alcanzó la escoba?

¿A que no saben ustedes de dónde me vienen la mayor parte de estas enemidades anónimas y de emboscada?

¿De *pálos*, como ellos dicen, que yo les haya dado? ¡No!

De la revista literaria de *El Imparcial*. Son ya legión los enemigos de *Clarín* que no le perdonan que no haya hablado de ellos y sus ocurrencias en *Los Lunes de El Imparcial*.

Inde ira.

Clarín.

PALIQUE

Aunque los cursos de Estudios Superiores se han inaugurado en el Ateneo hace ya algunas semanas, en toda la ocasión de hablar de lo útil y oportuna institución ahora, que recibía, y agradezco, un folleto que contiene el discurso de apertura del Sr. Moret y la Memoria del secretario Sr. de la Cuesta.

Confieso ingenuamente que no me había parado a reflexionar lo suficiente acerca del alcance de la nueva enseñanza. Callaba; pero en mis adentros creía que se trataba de uno de tantos puntos como se han echado al decadeniente centro, gloria alguna día de la elocuencia española, más que de otra cosa.

No hay que hacerme caso si digo, que si lo digo, que el Sr. Moret Ateneo cita el otro, el viejo, el de la calle de la Montera, el de mi juventud, el de las reyertas filosóficas de Moret y Nieto y Revilla.

Por creerlo yo así no me entusiasman los tales estudios superiores... en el Ateneo.

Pero después de leer el discurso del Sr. Moret y los programas de algunos de los cursos anunciados, declaro que la cosa puede ser seria, eficaz, de verdadera importancia. También puede echarse a perder, pero esto no quitará que sea de alabar la bondad y la novedad del intento.

Como demuestra Moret con persuasiva elocuencia, las precauciones tomadas para procurar que la nueva institución dé fruto, deben inclinarnos a la esperanza.

Criterio liberal, de tolerancia, expansivo; nada de privilegios, ni de regiones, ni de clases, ni de escuelas. Por la nueva catedral del Ateneo podrá pasar todo lo que en España puede ser una enseñanza seria, así venga de provincias como de la capital, de blancos ó de negros.

La enseñanza, aunque con carácter de meras conferencias, tendrá alumnos constantes, matriculados, medida que en la reforma de la enseñanza de las Universidades de París ha dado excelentes resultados.

Aconsejo al lector que lea el discurso de Moret con atención, y se convencerá de que, según el plan de los iniciadores, puede salir algo bueno para la instrucción general del país de esos estudios superiores, que hoy cambian en el Ateneo y mañana pueden extenderse a la Universidad, en Madrid y en provincias.

Dado el actual grado de cultura de nuestro país, sólo una cosa mejor que lo hecho se podía hacer; pero lo que no se hace sería algo más caro; por lo tanto, a falta de lo mejor, debemos contentarnos con lo bueno.

Lo mejor sería no invitar a la juventud estudiosa a que perfeccione sus conocimientos oyendo la ciencia modernísima europea según la han estudiado los pocos hombres sabios que en España atienden a lo que se trabaja fuera; eso es bueno, pero lo mejor sería facultar a la juventud escogida, de vocación probada, los medios de ir a estudiar, después de saber lo que hay en casa, lo que dice y hace la ciencia extranjera... en el extranjero.

Hace mucho tiempo tuve el gusto de exponer en *El Globo* todo un plan relativo al caso, y tuve el disgusto de predicar en desierto.

Según mi plan, estas colonias científicas no costaban mucho, pero si bastante, más que los cursos de que hoy se trata. Contentémonos, por ahora, con lo que se nos ofrece.

Entre las muchas cosas que dice el Sr. Moret, merece llamar la atención lo relativo a las *Escuelas especiales* para periodistas. Insiste el iniciador de los Estudios superiores en las ventajas que para la mejora de la cultura nacional, mediante el periodismo, puede tener la nueva constitución de vulgarización científica.

En efecto, los sabios no suelen, ni siempre pueden ni saben, hablar directamente con el pueblo; el periódico *hilo conductor* en tantas cosas (por qué no había de serlo en ésta, de que tan necesitada está España).

El Sr. Moret deprecia a los que dirigen las grandes empresas periodísticas, para que procuren levantar más y más el nivel de la capacidad técnica del periodista.

Con cierta vanidad puedo recordar que hace hace años que vengo predicando lo mismo, aunque a veces en forma menos suave que la del Sr. Moret. Este no llama *mona sabio* a nadie, pero en cambio tampoco tendrá tantos celos como gratiámonos como yo.

Si, lo dice Moret, y yo lo he dicho mil veces.

En España, donde para los más no hay lectura más larga, profunda y doctrinal que la del periódico, importa muy particularmente que se lleve a la prensa a toda la ciencia que se pueda llevar, precedentemente, con habil medida; toda la buena literatura que se pueda conseguir; toda la predicación moral, en forma amena, de que seamos capaces.

Para eso, hace falta que el periodista, que no es el noticiero, reúna ciertas condiciones de cultura intelectual, moral y estética que no se improvisan. Para lograr este fin hacen falta *escuelas* de periodistas, periodistas con estudios académicos. Y, hace años ya, yo citaba ejemplos de otros países en que el periodismo era una carrera, una salida para los productos del joven *intelecto*, como puede ser la abogacía, la medicina, etc., etc. El Sr. Moret, coincidiendo en esto también conmigo, cita ejemplos, como el de la Escuela superior para periodistas, de América, un curso del doctor Koch, de Heidelberg, etc., etc.

Si las grandes empresas de periódicos nos hicieran caso a Moret y a mí, no habría *Semiramis reinas de Siria*, ni críticos de teatro: que tacharan de monótono el teatro español.

A juzgar por algunos nombres del profesorado de esos estudios superiores, la nueva empresa científica empieza con muy buenos auspicios.

Menéndez Pelayo y Valera hablando de letras; Echegaray y Saavedra, de matemáticas; Pedrell, de historia de la música; Azcárate, de sociología; Costa, de Derecho consuetudinario; Montero Ríos, de los Papas; Goyco, de geología; Piernas, de economía; Ramón y Cajal para gloria española, del sistema nervioso, son, por no citar más que algunos ejemplos, segura garantía de la seriedad del intento.

Es de desear que para este curso aparezcan reforzados los cursos de filosofía. Hoy existe en Europa un verdadero renacimiento filosófico del que apenas llegan ecos a nuestra patria, y es triste ver, en tales momentos, que sólo habrá en el Ateneo dos cursos de filosofía: uno de agua pasada, muy respetable, pero pasada; la filosofía tomista explicada por el ilustre Ortí y Lara; y otro... que no es de filosofía, como reconocerá el mismo profesor que la explicará. Me refiero a la *psicología fisiológica* del Sr. Simarro.

Ante todo, me doy la enhorabuena, y se la doy al país, porque este ingenuísimo polista del Ateneo viejo, y sabio fisiólogo escapistista, vuelve a trabajar para el público; a quien tenía abandonado, por servir, muy bien, eso sí, a los particulares. Pero aunque Simarro sea un portento, que si lo es, la psicología fisiológica no es filosofía. Y en rigor, según muchos, ni siquiera es psicología, lo que se llama psicología. Véase acerca de esto los libros recientes del ya célebre filósofo *Spir* y véase al ilustre Remke. Que no es filosofía la psicología-fisiológica lo declarará el mismo Simarro, que es de la escuela de los que emprenden estos estudios con carácter exclusivamente científico (acepción predominante), es decir, de conocimiento analítico, mediató, exterior, metódico y relativo.

Es lo más probable que Simarro, al comenzar su curso, haga protestas análogas a las de otros, y gr... W. James, el autor de célebre *Principios de psicología*, y Beaunis y Binet, autores del *"Año psicológico"* (1894-1895); protestas encaminadas a mostrar que en estos estudios de observación, de especialistas, de laboratorio, no se defienden ni combaten doctrinas metafísicas; no se resuelven problemas que exceden de la experiencia sensible;... no se hace filosofía, en suiza.

De modo que, según esto, la filosofía en los Estudios superiores del Ateneo, queda reducida a un curso; y ese... de *tomismo*, no a la moderna, ciertamente, sino a lo Ortí y Lara. ¿Cómo ha de ser? ¡Paciencia!

Otro año será otra cosa.

¿Dónde están Giner, González Serrano, Salmerón?

¿Se acabó aquí la filosofía no tomista?

Para que haya de todo, habrá un curso de un Sr. Menéndez Pidal acerca de los orígenes de la lengua castellana.

Yo de orígenes nada sé, pero sé que en este fin de siglo es Sr. Menéndez Pidal le cobró a la Diputación provincial de Oviedo un dineral por varios ejemplares de un libro de versos que se titulaba *¡Guan! ¡Guan!* ó una cosa así. Conque, ojo, Sr. Moret.

En cuanto a la señora Pardo Bazán, hablara de la literatura contemporánea en *Ruinas*. Es mucha señora Pardo Bazán. Sabe unas cosas, que no las sabe nadie.

Tal vez, ni ella.

CLARÍN

A D. Carlos de Borbón le aflige una desgracia de familia, y su dolor es muy digno de respeto, como todos los dolores.

Pero lo malo es que el mismo D. Carlos mezcla estos asuntos particulares con la política; y, desde este punto de vista, queda sujeto él, no su desgracia que sigue siendo respetable, al furor de la crítica y aun á los acerbos dardos de la sátira, como diría el padre Blanco García, que por cierto no sé por dónde anda.

D. Carlos, como cualquier ayuntamiento cural, declara hijos adoptivos... á todos los carlistas. Si tuviera que mantenerlos puede que se mirase un poco antes de abrir su seno de esa manera á la lactancia universal, pero puntual.

A D. Carlos se le ha escapado de casa una hija, acompañada, dicen, de algunos miles de pesetas, en italiano, y de un pintor que, al parecer, no es libre. Y para consolarle, D. Carlos se declara papá en *partibus* de Mella y de Cerralbo. No sé qué consuelo puede haber en hacerse la ilusión de haber engendrado ese producto químico, tan antipático, que se llama orador carlista, mezcla de inquilino y de Romero Robledo, Mella en fin. ¿Así se consuela D. Carlos de quedarse sin una hija?

Por cierto que dice esa Borbón que se escapó tantas veces y de tantas maneras: «Para nosotros ha muerto esa hija».

Es decir, que D. Carlos á las ovejas descarriadas las da por muertas. Si el Divino Pastor hubiera hecho lo mismo, ¡pobres de nosotros los pecadores, D. Carlos incluível!

Por lo visto, ese rey ojaletero, que cree representar á Felipe II y demás monarcas archicatólicos, no sabe ni siquiera el catecismo.

En los dramas románticos de mala ley los padres á quien se les escapa una hija con un hombre casado, dicen eso: «Para mí ha muerto Fulana».

Pero un buen cristiano (y buen padre) no puede decir eso. Viva la gallina, y viva con su pupila.

Cabe el arrepentimiento, cabe la enmienda, y la hija perdida puede volver al redil; vendrá manchada, según al mundo, pero puede volver convertida en una santa.

Si, señor don Carlos, según el mundo, esa hija no puede traer á su casa ya más que deshonra; pero según la doctrina cristiana no puede traer, el se arrepiente, y emprende con buen resultado el camino de perfección, la gloria de la santidad. El mundo no olvida, Dios perdona.

Hasta en *La Favorita* lo dicen:

[Idio perdonal]

canta Fernando, á quien quiso hacer un fisco servicio uno de los milloresores de V. M.

Pero don Carlos se guía por la ley del mundo, no por la de Cristo; y para ascendir el peso de la deshonra mundana, que puede perjudicarle en su ascensión al trono, dice: ¡ahí queda eso! y da por muerta á la infeliz Elvira, que será una joven apasionada, impulsiva, tal vez candorosa, no perversita probablemente. Pero el padre le dice: ¡Por ahí te pudras! Has hecho bajar algunos enteros los valores del carlismo en la bolsa pública, luego

Maledetta tu sei; sí, maledetta!...

Parece que está uno oyéndole exclamar:

«Yo tenía una hija, me la rapiste il ciel... es decir, il ciel no, el pintor X; bueno, pues cántala difunta. ¡No, yo no tengo más hijas que Mella, incapaz de escaparse con ningún hombre casado, y Cerralbo, que no pasa de las fugas... poéticas!»

En cuanto á mi amigo Barrio y Mier, yo creo que su carácter serio y sus muchos servicios á la enseñanza le eximen de esa gabel de ridiculo ultra-violeta de ser hijo morganático de D. Carlos. Porque, como estos hijos no los hubo en su legítima esposa primera, ni en la segunda... hay que atribuirlos á un trapicheo. Y es absurdo figurarse á Barrio naciendo entre bastidores, v. gr., del dafado y punible ayuntamiento de D. Carlos con una bailarina, por ejemplo.

Y además, ¿de qué se queja don Carlos? ¿No hizo él vida alegre por esos mundos de Dios?

Bien se conoce que no leyó el drama de Cano *Los laureles de un poeta*. Allí, á un autor de dramas realistas se le escapa una hija, que aprendió estas mafias en los dramas de su papá.

Y D. Carlos no ha escrito dramas así... pero los ha representado, según pública voz y fama.

A propósito de teatros. Merece incondicional elogio lo que en favor de los *heridos* que socorre *El Imparcial* hacen los autores dramáticos por iniciativa generosa del Sr. Dienta.

Algunos autores, con gran modestia, han declarado, como el señor Echegaray, que no sabiendo cuándo se representará una obra suya, emplean por entregar una cantidad, sin perjuicio de contribuir con derechos de autor, si la ocasión llega.

El Sr. Novo y Colón, siempre entusiasta cuando se trata de los grandes intereses nacionales, también ha acudido con su título de autor dramático y con una idea original: que en trances tales nunca le falten á este carácter generosamente impulsivo.

El Sr. Novo, de cuyas comedias yo podré pensar todo lo malo que quiera, pero de cuya condición de *altruista* no cabe dudar, propone que vuelva á representarse en la *Comedia* su drama *La bofetada*, cuyos derechos él regala, desde luego, á los heridos de la guerra.

Yo no dudo que los abonados de la *Comedia* se apresurarán á solicitar que se cumpla el deseo del Sr. Novo, porque, cuando se trata de la patria, ningún buen español repara en sacrificios.

Á Bremón le parece que es un chiste hablar de un profesor de filología que está muy ocupado con el estudio comparativo de dos lenguas, ninguna de las cuales entiende.

¿Qué entiende por entender lenguas Bremón? ¿Traducir de corrido; hablar esas lenguas? Por lo menos, será entender á los que las habían ó escriben.

Pues bueno; si los filólogos tuvieran que entender todas las lenguas de América, Asia, África, Oceanía y Europa, que tienen que comparar... ¡ni el Espíritu Santo daba abasto!

Bremón siempre hace generoso alarde de no saber lo que es ciencia, ni cómo se estudia. Una cosa es estudiar lenguas para hablarlas y poder traducir todo lo que se presente, y otra cosa es estudiar lenguas antiquísimas, ó actuales, pero de pueblos salvajes, v. gr., sin la pretensión de dominarlas, mas sí con la de poder conocer su estructura, sus accidentes léxicos, sintácticos, etc., y su historia fonética comparada.

De lo cual resulta que Bremón, queriendo clavar el venenoso aguijón... plinchó con la patita.

Y la dejó metida.

Clarín.

PALIQUE

Cuando se publique este artículo tal vez se haya descubierto ya otro tribunal de exámenes que

el comercio afectando,
entró vendiendo por salir... ganando,

como dijo, *à peu près*, el P. Isla, del cartaginés.

Y si no se ha descubierto, esto no prueba que no lo haya. Y ésa es la madre del cordero.

¿Tan aislado estará en nuestra sociedad ese tribunal de Telégrafos que *plancha* examinando (*trazo técnico*), que no se lo pueda considerar como estaban de una cadena... de presidio? (Aludido á los que ó al que resulte culpable.)

Cuando un naturalista encuentra un bicho nuevo le da importancia, no por su individualidad, sino porque deado luego supone que como aquél habrá otros.

Si el desgraciado personaje á quien se le ocurrió cobrar quinientas pesetas á cada aspirante que quisiera examinarse como hombre prevenido, que vino por dos, hubiera descubierto la trampa, de que hizo un lucro, sin antecedentes, sin un medio adecuado para esta adaptación, casi hubiera sido un genio, porque la invención, de ser puramente nueva, sin parecido, era de innegable originalidad in-geniosa.

Yo creo que no. Creo que así como entre la gente de los escalos, stracos, timos, etc., etc., hay sus escuelas, su tecnicismo, y hasta su léxico, algo de eso debe de haber también en esta clase de picardía pedagógica.

Para mí, si se buscara bien, se encontrarían ramificaciones. Y no me refiero al ramo de Telégrafos, sino al ramo... de exámenes.

¿Qué? ¿Tan seguros estamos de que ningún catedrático admitió jamás puros regalos por estudiantes?

Y ¿es cosa evidente que no hay profesores que reciban regalos de sus alumnos?

(Oh, si algunos cerdos pudieran hablar, ó por lo menos gruñir, después de repartidos en magras con tomate, qué de cosas sabrían de muchas digestiones que debieron (no debieron de), debieron: turbarse, y acaso no se turbaron, por los retortijos de una conciencia manchada con la simonía de la ciencia!)

Yo sé de un estudiante libre que iba de su pueblo á la capital de la provincia á examinarse. A su lado iba un compañero con el mismo objeto.

Viajaban en un coche destaralado, mal cubierto con tablas que dejaban pasar la luz, el agua... y la grasa de un salmón que venía mel empacquetado allí arriba. Nuestro estudiante iba á examinarse con los trapos de cristianar, y la grasa del salmón le manchó aquel traje nuevoito. Además, salió suspenso. El compañero salió so-

breante. El salmón que manchó al suspenso lo llevaba el sobre-saliente para regalárselo al juez más competente del tribunal.

Yo sé de algún profesor que, sólo por lástima, dejó de quejarse de algún compañero que, por distracción, dejaba á los examinandos la *bola libre* en el examen *libre*.

Yo sé de visitas de profesores á establecimientos... de bebidas y enefianza particular, los cuales profesores convertían en bodas de Camacho los exámenes de aquella... *fonda*; y con la alegría todo les parecía después *solable* y *sobresolable*.

Y yo sé que el me nombrarán á mí inspector, pero inspector de verdad, sin más sueldo que el que tengo y los viajes pagados, antes de pocos meses habría sacado á la vergüenza muchos trapos del mismo color del que se descubrió gracias á la habilidad y energía del marqués de Lema.

Sé de maestros, sé de catedráticos que no juegan trigo limpio; y como yo entiendo el espíritu de cuerpo como algunos que no quieren que se los toque al cuerpo á que pertenezcan, les diré: *viví*, si mo placer en que, por acto mío, se descubriera quiénes son los miembros indignos del, para mí, sagrado ministerio de la enefianza pública.

He leído, no sé si es verdad, que el Sr. Morlesín es inspector de Instrucción pública.

Si es cierto, le propongo un trato: que cambien de oficio por una temporada; que él se venga á explicar Derecho natural y yo vaya á inspeccionar exámenes, distraído de lo que haga falta, de examinando, de carta de recomendación ó aunque sea de ración de jamón en dulces.

A ver, Sr. Linares Rivas, haga usted director de Instrucción pública al marqués de Lema, y con éste yo me entenderé. ¿A que entro los dos descubrimos sapos y culebras? (Si en estas cosas no hay como querari)

Se me dirá que no es lo mismo aprobar estudiantes por amistad, gratitud, influencias políticas, jamones, cajas de cigarros, etc., etc., que por quinientas pesetas en billetes.

Ciertamente, son cosas distintas, porque lo son el numerario... y los géneros ultramarinos y del reino.

Pero, tratase de cosas fungibles ó no fungibles, ¿el que da notas por una ganancia, no por justicia, no previará?

Pero ¿qué han de hacer ciertos profesores sino examinar y juzgar inclinándose en favor del generoso (que hasta puede ser vino), si algunos de ellos deben su cátedra á procedimientos análogos?

Jueces de tribunales á cátedras ha habido que iban allí, á las oposiciones, á votar á Follano. Y en el seno de la confianza lo de cian.

Si un santón político, v. gr., muy condescendiente é y muy purita no, me escribe á mí recomendándome un estudiante para que yo lo recomiende á otros profesores, y ese santón tiene interés por el estudiante, porque éste es hijo de un miembro de otro tribunal de otra clase, ante el cual el santón tiene á menudo que pedir justicia, ó lo que caliga, ¿qué duda cabe que si yo lo hago caso será porque alimento la esperanza de que ese santón me proteja cuando vengan los suyos?

¿No se ha hablado nunca de aprobaciones que constan en actas de exámenes en que hay firmas de profesores falsificadas? ¿Es cosa inaudita que un estudiante saiga suspenso, y al tercero día, ó antes, resulte en la lista como aprobado?

Nada, nada. Si, por republicanote, le parezco yo sospechoso al Gobierno, que nombren inspector al policía que descubrió lo de Telégrafos, y dónesele atribuciones, mimbres y tiempo... y verán ustedes cómo hace otro ciento de cientos como el de marras.

¡Quinientas pesetas! Cuando un ministro, cuando un gran cael-que, cuando un arzobispo, cuando una dama de gran influencia firman una recomendación *caliente* para que se pregunte á un examinando lo que sepa, ó para que se dé por cierto que lo sabe aunque él no lo prueba, ¿no entienden la dama, el prelado, el caelque, el ministro que la promesa explícita de agradecimiento que va en su carta vale más de dos mil reales?

Pues entonces... pues entonces... que abran más, mucho más, el *Abanico*.

Clarín.

PALIQUE

Melquiades Alvarez:

El HERALDO es un periódico que sabe distinguir, según el constante deseo del tabernero de *La verbena de la Palma*; y como sabe distinguir, me permito, de seguro, que yo alabe aquí, después de presentarlo a los que no le conocen, a un orador republicano que es un verdadero artista de la palabra hablada. Porque el HERALDO dirá: no tengo para qué hacer propaganda de discursos republicanos; pero si entra en mis planes prestar mi publicidad al mérito de un orador notable.

Nadie me acusará a mí de regionalista; más de una notabilidad de campanario me aborrece, porque jamás he querido hablar de sus triunfos de treinta leguas en redondo, en los periódicos de gran circulación madrileños, allí donde se oye todo lo que se dice, como en cierta escena del *Drama Universal*.

En esto de la gloria suele haber también sus Cicerones regionales, como he conocido al Castelar de Z. al Castelar de V. Y sé que atenerme. Se parecen a Castelar como las flores de trébol a las flores de Valencia.

Melquiades Alvarez no es el Castelar de Asturias; es, ó mejor, será, como dice el *Vergil*, como en *Palacio*, el Melquiades Alvarez de toda España.

No se parece á nadie, más que á sí mismo... y un poco, en la voz, á Rafael Calvo. No por que sea un orador teatral. Un célebre cómico francés, oyendo y viendo á Bossuet en el púlpito, decía: "Éso es acción, eso es voz." Melquiades, como le llama toda Asturias, tiene de Calvo, el inolvidable, algo del timbre, y un poco, lo oportuno, de aquella música que la canonización que tanta fuerza daba en labios del actor malogrado á los versos divinos de nuestros grandes clásicos. Como al verdadero poeta lírico se le conoce por la *estrofa*, al verdadero orador, en mi sentir, en nuestras lenguas neo-latinas, á lo menos, se le conoce por el período armónico, estrofa en prosa, en que la dialéctica parece que se confunde con la *lógica* musical.

Sabido es que Cicerón poseía la más refinada coquetería artística en satisfacer las exigencias del oído, y se cita su famoso *citadum* como especie de ríplio que sirve de prueba.

Pero Cicerón nos ha confesado que estas ventajas rítmicas le costaban estudio minucioso de preparación. Melquiades Alvarez, que se distingue ante todo por la voz bien timbrada, la pronunciación melodiosa y clarísima y el período numeroso, armónicamente distribuido, tiene esta última ventaja, también por don de la Naturaleza, no por estudio. Otros buenos oradores conocen que conservar el arte de *redondear* el período, mientras no improvisan, apasionados, vencidos por su propia elocuencia; Alvarez, á quien pocos días hace oí hablar como podría un místico, un *inspirado*, ni en los momentos en que se abandona al entusiasmo, olvidado de las riendas de oro con que rige la marcha majestuosa de la frase, ni cuando pillado y temeroso parece uno de aquellos poseídos de la *glosolalia* evangélica que Reman nos describe, deja de producir cláusulas de correctísima construcción, siempre eufónicas, musicales.

Sin más cualidades que las señaladas, y una figura de encárga varonil, simpática, noblemente plebea, si cabe la paradoja, ha venido encantando al pueblo asturiano en sus discursos de Gijón y de Oviedo, desde que el apasionado democrata tuvo apenas diez y siete años. Muchas veces ha tenido que pronunciar arengas tribunicias llenas de lugares comunes revolucionarios; el fondo de tales discursos era el que suele ser en tales casos, pero *is deus* *todo de una manera* que el público se entusiasma; siempre, sin darse después cuenta clara del motivo. Peligroso había en este predominio de las cualidades formales. El estudio, la reflexión y las enseñanzas de la vida, podían conducir al orador á su verdadero destino, á merecer el aplauso de todos, doctos e indoctos, y no solo por los méritos que debía á la Naturaleza, sino por los que él mismo fuera adquiriendo, méritos de fondo, revelación de una personalidad, de una razón y de un corazon, no de mero instinto, sino sellados por la reflexión propia...

Hoy, Melquiades Alvarez es uno de los abogados de más pleitos de Oviedo, presidente de un comité republicano, catedrático supernumerario de Derecho Romano, y en concepto de muchos el que *deba ser* catedrático de Derecho Romano en propiedad, de la Universidad de Madrid. Las oposiciones en que por unanimidad obtuvo el primer puesto y varios votos para la vacante, fueron presenciadados por la juventud madrileña universitaria y ella podrá decir si es cierto que el público admiró los conocimientos y la correcta, noble, elegante y fácil palabra del opositor republicano. Pero no hablemos más de aquellas oposiciones; esas son cuentas que se ajustarán más adelante, y con sorpresa de alguien.

En otra ocasión, los madrileños pudieron apreciar el mérito del orador asturiano. En cierta asamblea republicana, Alvarez discutió enérgico y respetuoso, con el gran orador centralista, el ilustre Salmerón.

Más, hasta ahora, no ha podido ser apreciada en todo lo que vale la elocuencia de este artista de la palabra.

No es orador de *salón*, aunque su palabra y gesto son elegantes; no es orador de *Cortés ordinarias*, de montón anónimo. Quisiera yo que Castelar le oyese, Castelar, á quien Alvarez, á pesar del radicalismo, admira y estudia con entusiasmo; quisiera yo que el gran tribuna oyese á éste su discípulo, no imitador, en una asamblea, realmente soberana, en que de nuevo se pusieran á discusión los grandes problemas sociales y políticos de los momentos actuales.

Mientras llega ese día, ó por si no llega, Sr. Pidal, que, en definitiva, es quien hace los diputados asturianos, debiera tolerar que los republicanos votasen, siquiera una vez, de todas veras, y llevasen á las Cortes á Melquiades Alvarez.

No lo haga Pidal por la República, hágalo por la gloria de Asturias.

*

Que por qué escojo esta ocasión para hablar de Melquiades Alvarez?—Porque en un *meeting* de Oviedo, de escasa resonancia en España, aunque muy notable, habló, hace una semana, Melquiades, como pueden, á mi ver, hablar pocos españoles; y por esos mundos nada le lo sabe... porque fue en *una provincia*. Además, una prensa opaca, *nada* cuando se trata de repercutir ciertos triunfos, hizo poco, muy poco por dar al enviable éxito del orador toda la publicidad que merecía.

Discurso de orador digno de ser ya hombre de Estado, de orador prudente, profundo en la idea, no avaro de experiencia, sincero, entusiasta, inspirado como un Savonarola, al hablar de los grandes ideales de la patria, la democracia, la moralidad y el derecho; discurso de un futuro, ilustre *diputado constituyente*, acaso, fué el último de Melquiades Alvarez merecedor de que sepa toda España que tiene este artista de la tribuna.

Y por eso... este palique.

CLARIN

439 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.019, 6 diciembre, 1896.

Se quejan varios distinguidos periodistas de que no han podido averiguar si *El señor feudal*, de Dícenla, es cosa buena, mala ó mediana; y no lo han podido averiguar porque, en vez de ir á verlo, se han contentado con leer lo que dicen los críticos del drama.

¡Ay, amigo! Tampoco yo sé si *El señor feudal* es bueno, malo ó mediano, ni espero saberlo hasta que lo vea. Porque sé hace mucho tiempo con qué críticos aro, y sé que el crítico, según se usa hoy, no nace, ni se hace, sino que lo hacen. Lo hacen las circunstancias, el hambre á veces, y el director de un periódico. Conozco yo periódico bastante leído que tiene tres ó cuatro críticos de teatro, y ninguno de ellos sabe gramática. Y todos critican como unos garífalos. Tal ciudadana se acometa corredor de número ó surripito, y anuncia *Castela*.

La crítica es como la pulmonía: no sabe uno dónde la coge. Yo, sin ir más lejos, vivía en paz, inocente, dedicado al amor platónico y á la facultad de Filosofía y Letras, cuando se me ocurrió ganar unos cuantos duros al mes por medio del género intermedio, llamado satírico. En el fondo del alma me sentía, más que otra cosa, poeta reconcentrado; pero los poemas trascendentales tenía que publicarlos en las revistas serias que no pagaban el género épico ni el lírico; y las sátiras, vulgo *palizas*, valían unas cuantas pesetas en la prensa festiva y *malante*. Yo, con la sed del oro, ó por lo menos de la plata, seguí llamando animal, con alguna retrética, á este y al otro vate; y de resultas, á los pocos meses me pusieron mote: era crítico. Yo no tengo la culpa.

Así como hay multitud de abogados que se contentarían con una plaza de escribiente, docenas de genios malogrados olvidan el ideal y transigen con la impura realidad por el módico estipendio de quince ó veinte duros al mes; y en vez de ser Dantes son Aritarcos; porque la crítica se paga, aunque con vilipendio, y las divinas comedias no.

Y mucho debe de haber cundido esta idea de que los jueces literarios, á tanto la línea, ganamos algo, porque yo acabo de recibir una carta (*histórico*) en que, después de llamarme crítico distinguidoísimo, dice el correspondal y el suplico que me socorra con alguna ropa, si tiene, para ponerme decente.

En otros tiempos á nadie se le hubiera ocurrido suponer, ni por un momento, que un crítico pudiera tener más ropa que la puesta, y ropa decente por añadidura.

De modo que algo se progresa. No cabe duda, hoy el crítico ya puede abonarse, por 12,50 pesetas al mes, á un turno diario de cueldo, principio con carne, vino y café en la cocina económica de mi pueblo, en la cual, según leo, se le tratará con la debida consideración. Es decir, que no le pagarán á uno después de alimentarlo.

Pero al desde el punto de vista económico la crítica ha mejorado, ni sucede lo mismo en cuanto al aspecto literario de la cuestión; porque, ya lo ven ustedes, han hablado muchos y muy asusados, y algo pagados, críticos de *El señor feudal*, y no sabemos si el drama es bueno, malo ó mediano.

Yo haré lo que será; pero no me atrevo á decirlo por ahora, así como tampoco me atrevo á hablar de Cuba y de Filipinas por miedo al Sr. Reparas y al Sr. Retana respectivamente.

Parece que no, y estamos bajo el dominio de un *Terror*; no es el rojo, ni el blanco, es el gris, ó sea de color de panza de burro... gris.

Mel año ahora para el que no piense en letras, política y religión, como los adocenados, los indoctos, superficiales, irreflexivos y apasionados tribunos de la plaza.

Cada tonto mide hoy su talento por el número de tontos que le escuchan.

En materia de teatro, nuestro *fin de siglo* es como el fin del siglo pasado, por lo que toca á España.

Hace quince años yo hablaba mal de los dramas de Hurtado, Retea, Cavestany, Cano, Blanco, etc., etc., seguro de que, á pesar de los aplausos que esos dramas recibían, no faltaba quien me diera á mí la razón. Ahora, si quiere uno decir lo que opina de los sucesores de esos Cano, Cavestany, etc., etc., se expone á que se entable la acción popular contra el osado que no sigue á los carneros de Panurgo. Carneros que suelen disfrazarse de lobos críticos... pero que son humildísimos contribuyentes de vellón.

En estas ocasiones es cuando descubren la lana. Como hoy, más ó menos, todos han leído algo y saben del humorismo inglés y de las salidas de Helne y de Juan Pablo, y de la crítica *personal* de Lemaitre, etc., etc., todos se les echan de originales, subjetivos,

intrincados y difíciles de contentar; pero, á lo mejor, llega el pastor, que es *Mingo Xevulgo*, y ladra pruritos de personalidad original y complicada! Todos venotroz, los que *vellera fortis*, os valis tras el congreso y demostráis la humilde condición de grey lanar, aplaudiendo las mismas vulgaridades, entusiasmándoos con los mismos abalorios y cuentas de cristal que os venden por joyas del arte más puro.

Tengo gracia, v. gr., ver cómo algunos advierten á Dícenla que se exponga á seguir las huellas de J. Ohnet... ¡Pues si de eso se trata! ¡De un *pendant* español de eso!

Pero, claro; como á ustedes les han dicho que el *francés* no gustaba á la gente fina, de gustos literarios propiamente tales, reniegan del novelista y dramaturgo popularísimo, pero no verdaderos artistas... pero no saben traducirlo, y cuando se encuentran con él en castellano, no le reconocen.

Créame á mí el Sr. Dícenla: si quiere ganar dinero y aplausos, más que nada, no le repugne ser el Ohnet español (es claro que no se trata aquí de imitaciones ni plagios; nada de eso), escriba por el arte que inventaron los que el vulgo aplausa mercederos; y no haga caso de los que le hablen de Elmore, Ibsen, Hauptmann, etc., etc. ¡Qué tiene usted que ver con estos señores!

Si *El señor feudal* no gustó tanto como Juan José, fué porque ahora no le tocó á usted un pleno; ni más ni menos. Otra vez será. No se dan rachas; se darán alternativas.

Pues vengan, y á cobrar, y á triunfar. ¡Ohnet! ¿Y qué? A mucha honra.

Y ahora que pasan rábanos, comprálos.

Pobre Sr. Dícenla si hubiera escrito dramas de rompe y rasga allá por los años en que Eguíluz triunfaba con *Los soldados de plomo*, *Verdades amargas* y cosas así! Entonces D. Luis Mariano de Larra (que ha estado enfermo y que ha recobrado la salud, de lo cual me alegro en el alma, y por eso hablo) parecía un genio á los que admiraban *La oración de la tarde*, en que sale el Evangelio á relucir, en vez de salir la *faca*; pero sale con el mismo propósito que ahora se persigue con las *puñaladas fin de acto*.

Ha oído hablar el Sr. Dícenla de una comedia titulada *Dulces cadenas*? Puede que no. Pues *Dulces cadenas* hace treinta años pareció una maravilla á los monos sabios de entonces. Y ¡qué había de ser una maravilla!

De modo, que hay que aprovechar el tiempo.

Algunos ámulos de usted lo han perdido, y ahora quieren recobrarlo con una inspiración flambea. Y en la lotería teatral presentan números premiados...

Premiados, sí. Pero en otro sorteo.

Clarín.

PALIQUE

No hay como tener energía y dar palo de ciego.

El Gobierno se dijo:—No, pues lo que es esta vez no sa burlan de mí los estudiantes.

¿Que los de Madrid, adelantándose a los acontecimientos, se toman el punto quince días antes de lo regular? Pues allá va un decreto para que aprendan *todos los estudiantes de España* quién es *Calles*, digo no, Conde y Linque, porque ahora no es Calleja el director.

De todas maneras el decreto es un *callejón* sin salida.

Porque, pongo por Universidad, la de Oviedo vivía en paz; los estudiantes asistían a las clases sin acordarse todavía de que había vacaciones en el mundo. Su propósito era seguir asistiendo hasta el 15 o el 16, según costumbre.

Pero así viene el decreto; y por que los estudiantes de Madrid hacen novillos, los de Oviedo, que no son aficionados a toros, pagan los vidrios rotos y tienen que asistir a clase hasta el día veinte (que es domingo), bajo pena de perder el curso si no asisten, ó de *quedar* para Septiembre; en fin, algo fuerte.

Y ¿qué hacen los estudiantes de Oviedo? Pues tomar el punto el día 12; cuatro ó cinco días antes que otros años.

Los estudiantes de Oviedo han hecho mal; ya se sabe; pero ya tendrán su castigo, no pudiendo examinarse en Junio.

Pero, y al Gobierno que ha tenido la culpa de esto, que ha provocado este acto de indisciplina, ¿quién le deja para Septiembre?

Lo mismo que en Oviedo supongo que pasará en otros centros universitarios.

Lo menos que podía hacer el director, que creo que es catedrático de Derecho, era acordarse del *sumu cuique*.

El estudiante que asiste a clase hasta una fecha que siempre ha sido tolerada como la de principio de vacaciones, si no legalmente, por inveterada costumbre, que yo no aplaudo, pero que existe, ¿por qué ha de sufrir la especie de pena que supone el rigor de ese decreto, que ha tenido su causa en abusos escolares de que no es él culpable?

Viniera en buen hora esa medida de carácter general, para reducir el tiempo de las vacaciones; pero no en ocasión en que es claramente medida represiva, castigo, defensa de la disciplina, y alcanza a quien se ha atendido a la disciplina, y nada tiene por qué ser castigado ni *reprimido*.

¿Qué va a hacer ahora el Gobierno? Dejar, en efecto, para Septiembre a los estudiantes de las Universidades que no han merecido, por actos anteriores al decreto, la medida rigurosa?

Pues el Gobierno faltará a la equidad. ¿Va a hacerse de miel, como suele? ¿Va a haber bulas para difuntos, ó entemos influyentes? ¿Va a haber perdón general, alias agua de serrasía?

Pues ¡qué disciplina y seriedad gubernamental! El año que viene, los alumnos de toda España tomarán el punto en cuanto asome *Don Juan Tenorio* por los teatros.

Por eso decía que éste era un callejón sin salida.

Ahora, lo menos malo es salvar la disciplina, á costa de... lo que sea.

No censuro que se quiera cortar abusos de que es culpable el cuerpo escolar y de que es culpable el Gobierno, que viene tolerándolos. Santo y bueno que se obligue á observar lo que manda la ley, que se castigue á quien anticipe las vacaciones.

Pero una medida de ese carácter no se toma, cuando ha de tener algo de pena, de represión de actos determinados, con un alcance de generalidad que hiere á los inocentes.

La reforma justa, la extirpación del abuso, que ha de ser de carácter general, ha de aguardar ocasión en que nadie pueda tomarla por castigo no merecido.

Porque, no cabe duda: dirán los estudiantes de las Universidades en que no se ha hecho nada que mereciera particular y nuevo rigor disciplinario; ¿por qué este año se nos trata peor que otros años y se nos amenaza con severos castigos, si nos vamos á casa por los mismos días que solíamos? Porque en otras Universidades han extremado el abuso y se han hecho culpables por esto.

Luego pagan justos por pecadores.

No tiene vuelta de hoja.

Es evidente que en España hay demasiados días de sueto. Pero tiene la culpa la ley que hace días de fiesta ridículamente convencionales, por motivos que nada tienen que ver con la vida universitaria.

Pero aun aquellos que, con la mejor buena fe, quieren reducir las vacaciones, y obligar por medios coercitivos á los estudiantes á asistir á clase (con faltas de asistencia y cosas así) se equivocan, á mi ver; pues nada se conseguirá serio y eficaz con estos recursos materiales.

Mientras el estudiante vea que tanto puede aprender en su casa, leyendo un libro, como oyendo al profesor, tenderá á los novillos, así, ac sea buen estudiante.

¿Qué dice el profesor cuando algo que no puede sustituir el libro de texto, el buen estudiante irá á cátedra todos los días en que haya lección que no se pueda aprender en otra parte.

Pero, ¡vaya la verdad! Como no sea para molestarlos, para que se quiera que asistan los estudiantes á cátedras en que los profesores *tomar* la lección, por un libro, al pie de la letra, y nada dicen que el libro no diga?

¿Qué falta hace oír, v. gr., al profesor que *explica* derecho civil siguiendo servilmente el Código civil, y nada más que el Código?

¿Qué falta hacen las alforjas académicas para ese viaje?

A profesores *memoriones* y que creen que es enseñar clar estudiantes *memoriones*, corresponden estudiantes de novillos y jarana.

Rutina contra rutina.

CLARIN

PALIQUE

Esto ya no es España.

Es un Portugal... de almanaque.

No hay reporter que no sea *salvador da humanidade*; cualquier ciudadano que compra tres periódicos al día para enterarse de lo que pasa, y más frecuentemente de lo que no pasa, en Cuba y en Filipinas, ya se tiene por un patriota y un héroe, y le dice a la tierra que no tiemble.

Las garas del león de España, que creíamos recogidas, han vuelto a salir, en multitud de discursos y artículos, más añiladas que nunca.

Por mi tierra andan unos frailes, no sé si descalzos ó con las botas puestas, que nos tienen locos con los sermones patrióticos que predicán por todas partes. El león de éstos también tiene garas, y melenas y muy mal genio; pero es muy ortodoxo; lo cual no quita que se trague, para almorzar, cinco Maceos, y para cenar ocheata... Estados Unidos.

A propósito de los curas levantiscos y patrioterios. Si yo fuera Papa, menuda encíclica, ó lo que correspondiera, les habría echado ya encima á estos obispos y presbíteros que, sin prescindir de su

carácter sacerdotal y en el ejercicio de sus funciones, que ahí está lo malo, predicán el exterminio del prójimo y se alegran de las matanzas. Un clérigo puede ser patriota como cada cual, pero en funciones de su sacerdocio ó de su imperio y jurisdicción, si los tiene, no debe olvidar jamás que es representante de Cristo, aunque le esté mal el decirlo, y que Cristo en este punto habló bien claro: todos hermanos; para Dios el samaritano es lo mismo que otro cualquiera. Y el andar predizando la carnicería y alegrándose, en cuanto obispos, de que toquen á deguello no es cristianismo... ni Cristo que lo fundó.

No olvide la clerecía que tiene obligación de ser mansa, humilde; de aborrecer el derramamiento de sangre, de seguir al Maestro, cuyo reino no es de este mundo, ni del otro, es decir, ni de América.

Para eso cobran.

O que sean los obispos católicos más católicos y más obispos... ó que nos devuelvan el dinero.

Pues ¡ah! ha habido cura que ha atribuido la muerte de Maceo (q. e. p. d.) á las influencias de la Purísima Concepción ¡Ave María Purísima!

442 Madrid Cómico (Madrid), n. 722, 19 diciembre, 1896.

Eso es pagamiento puro. Los sacerdotes que tales cosas dicen ¡han leído la *liturgia* Pues allí hay dioses que suben al Olimpo y le piden á Júpiter que extermine á los Troyanos, ó á los Aqueos, según las aficiones. Pero ¡les parece bien á los curas figurarse á la Virgen empleada en oficios semejantes á los de Tetis ó Venus?

A las potencias divinas hay que superarnos neutrales. Si creemos que Dios es parcial y es ante todo español estamos perdidos; y tiene Cristo que bajar otra vez al mundo para hacer ver lo que los Judíos no quisieron ver, que el Padre celestial lo es de todos los hombres, de los gentiles lo mismo que de los Israelitas. No olviden los católicos que por eso se llaman católicos, porque venció San Pablo á los que querían el cristianismo nacional, judaico; y la Iglesia llevó á ser universal, católica.

No seamos Judíos.

Por ese camino, como el Gobierno cree que la patria está representada por él, habrá que declarar al Padre Eterno canovista.

Y es más: como á lo mejor pueden ir mal dados, si creemos que la Providencia y la Corte celestial están de nuestra parte y tienen que ayudarnos, no faltarán chicos de la prensa que quieran hacer con S. D. M. lo que se hizo con Blanco. Y como Dios es infinitamente misericordioso, está expuesto á que Cánovas, por no desairar á la opinión, lo destituya, porque lo que hace falta son *temperamentos de energía*, y no paños calientes.

Por blandos, por enemigos de fusillar á troche mcr'e, cayeron Martínez Campos y Blanco. Conque digo yo, ¡qué! sucederá al Cordero Pascual, si se encarga de acabar con las guerras dichosas! No; no mezclemos en este asunto á una religión que se asusta al ver sangre, y cree profanas sus Iglesias si la sangre se vierte en ellas. Qué se puede esperar, para combatir á los Insurrectos, de una Iglesia que ni curar deja á los curules!

En fin, el Cristianismo es incapaz de matar una mosca.

De modo que si los obispos están empeñados en no llevar la capa al coro, y si el pendón á la frontera, que sienten plaza; dejen el hálculo por el fusil, y depongan la mitra... y el suelto. Particularmente el suelto. Porque nosotros les pagamos, y de firme, para que sean perfectos como nuestro Padre que está en los cielos; no para que saquen la garra del león, etc., etc. Les pagamos para que si les dan una bofetada se dejen pegar otra. No para que digan como cierto Prelado en *El Liberal* lo el odio no debe ir más allá de la tumba. Ni hasta la tumba, señor obispo. Á lo menos Cristo así lo entendía.

Pero claro; ¿qué han de hacer los mitradores, si Bremón les alaba por sus ínstintos bellicosos y de armas tomar? Dios Bremón que en otro país sería extraño que los ministros del Señor prescindieran de su carácter, de su doctrina para predicar la guerra; pero que en España eso es tradicional. Y recuerda al prelado ó perlado D. Rodrigo el de las Navas.

Ya lo había yo recordado antes que usted, amigo Bremón; pero lo que en la Edad Media tiene explicación, no disculpa, no puede darse por bueno para imitado ahora. Y además, tratándose de religión católica, que es la misma en todas partes, lo que estaría mal en un obispo americano mal está en un obispo español.

Lo que hay es que muchos no tienen una vocación, sino que representan un papel, y á veces se olvidan de él.

Un alma pura, verdaderamente evangélica, sin dejar de amar la patria temporal, y dar al César lo que es del César, huiría, por instinto, de los apasionamientos sanguinarios, de las crueldades de la venganza, y no confundiría jamás el patriotismo que puede tener un cristiano con el egoísta instinto de colectividad, de rebato, que puede tener un salvaje.

Y todavía hay algo peor que la crueldad, la ferocidad y la injusticia pseudo-patrióticas.

Peor es el fingimiento. Muchos de esos arranques patrioterios son falsos.

En que ciertas clases ven que el descrédito les mata, y quieren recobrar el favor del pueblo halagando sus pasiones.

Si, pueblo, quieren cultivar lo que en ti queda todavía de *Edad Media*... para que vuelvas á ella del todo... Y entonces son ellos los amos.

Es decir, quieren los frailes que todo el monte sea orégano... ó Filipinas.

Clarín.

PALIQUE

El Sr. Núñez de Arce, insigne poeta, escribe en prosa, para *La Revista de Buenos Aires*, cartas literarias, y de una de éstas que copia *La Epoca*, quiero decir algo, para contribuir, en lo poco que pueda, a que el efecto de las *inmunitades de los*... Núñez de Arce no sea tan grande como hace temer la mucha autoridad de semejante firma.

Si las empresas teatrales tocan al pie de la letra los vaticinios de este *Grato del cambaleo*, ¡adiós estrenos! La temporada! Se cerrará el *Español*, se cerrará la *Comedia*, y sólo quedarán abiertos los teatros en que, según don Gaspar, se representan obras ligeras, inverosímiles y a veces absurdas, y a los cuales en que se lucen las *formas plásticas* de las actrices, como dice también D. Gaspar, que, por lo visto, llama así a las pañuelillas.

Creo, en resumen, Núñez de Arce, que el teatro está perdido; y lo atribuye, principalmente... a la facilidad de las comunicaciones.

Los hechos no se discuten ni se prueban, dice D. Gaspar, para sacar en consecuencia que hemos cambiado de cien años a esta parte. Lo del cambio es indudable, pero no porque los hechos no se prueben. Si los hechos no se prueban... no se creería en ellos ni habría durado, ni en los pleitos y causas habría... prueba. Lo que es verdad es que los hechos no se deben discutir... después de probados.

A fines del siglo pasado, todavía, los pueblos rivales en forma bastante unidos de otros. Las dificultades de las comunicaciones, el riesgo de los viajes, los odios engrandados por las continuas guerras y otras causas que el poeta enumera, levantaban, dice, barreras casi infranqueables entre todos los países, haciendo, así no imposibles por lo menos muy trabajosos, el tránsito de las gentes, el cambio de productos, etc., etc.

Tristes tiempos aquellos, Sr. Núñez de Arce, en que era, por lo menos muy trabajoso el tránsito de las gentes, ó sea, según la Academia, la acción de pasar de un punto a otro. Lo que extraño yo es cómo esas gentes que apenas podían viajar, tenían humor para reírse en el teatro, de humor que a los modernos, según D. Gaspar, nos va faltando.

¿Y por qué el teatro no nos divierte? Pues porque ya no estamos, como hará cien años, "en un estado de estúpida ignorancia, ó más bien de inocencia infantil." Vea usted: y después hablarán de los incrédulos del siglo diez y ocho; y el mismo D. Gaspar maldijo a Voltaire por descreído... y ahora resulta que hará cien años se vivía en inocencia infantil, y transitando a fuerza de defuerzas. Siempre se está rectificando la historia.

Ahora, ¡adiós inocencia! Todo es diferente, "las linceas fúrcas cruzan la tierra del Septentrión al Sur y de Oriente al Occidente", y los vapores han reemplazado "el recio velamen de las frágiles naves antiguas". Ya se ve, nave *fragil* con velamen *recio*, naufragio seguro.

Además una voz muda—permítaseme la antitesia, dice D. Gaspar,—que no entra por los oídos, sino por los ojos... Permittame D. Gaspar, no es una antitesia ya lo que hay que permitirle, sino una dictadura gramatical, porque una voz que entra por los ojos no puede llamarse voz, ó no ser que le permitamos al poeta hacer de su diccionario un sayo.

Esa voz muda, en fin, es la cruzada, que también contribuye mucho a este progreso que tiene sus ventajas y sus inconvenientes, por que, como dice el poeta, "¡dónde encontrar ya la serenidad de ánimo y el reposo de la conciencia que disfrutaban nuestros abuelos?" Permittame D. Gaspar que le diga que yo, pese al ferrocarril y al cable telegráfico, y a la prensa, tengo el ánimo tan sereno y la conciencia tan tranquila como mi abuelo, y hasta como mi tatarabuelo.

Cada cual que habla por sí. Por último, que después de tanto adelanto, tanta prensa y tantas comunicaciones, hemos llegado al *odium vite*, al hastio, y lo que es peor, vamos *cabalgando* en el torbellino y nos consume una fiebre abrasadora.

Yo le juro a D. Gaspar que no tengo fiebre, ni cabalgo en el torbellino, pero, vamos, será una excepción entre mis contemporáneos. Y Sagasta otra.

Pero ello es que "dentro de estas condiciones sociales, ¡qué interés pueden tener para el género humano las fúbulas del arte teatral con sus combinaciones ya agotadas y sus efectos envejecidos!"

Ni admito que los elementos del arte teatral se puedan llamar combinaciones, ni que estén agotados los medios de interesar, del teatro.

Si por que tenemos fiebre—y repito que yo no la tengo—y telegrafo y ferrocarril, no hemos de poder gozar con el teatro, porque nuestra existencia llena de pasiones no nos consiente interesarnos por lo ficticio, lo que se acaba, D. Gaspar, no es sólo el teatro, sino todo el arte representativo de vida social. Lo mismo que usted dice de la "dramática se podría decir de la novela, de la poesía lírica, de toda literatura; por aquello que dice todo el que se ve en un caso apurado y le quieren distraer con fingimientos. ¡No me venga usted con eso!"

Ante todo, señor poeta, la mayor parte de los hombres viven menos inquietos que usted los pintas. El progreso, en la vida real, más fiebre y mortal inquietud produce tranquilidad de ánimo y ganas de divertirse. Se le podría probar al Sr. Núñez de Arce que este siglo *trástoramentado* es el que más ha ido al teatro, y no sólo a ver *formas plásticas*, sino comedias buenas.

Si Valera, antiguo amigo de D. Gaspar, fuera franco y quisiera hablar, creo que opinaría de muy diferente manera que su ilustre colega.

El teatro no es género impropio ya de nuestro estado de alma; por sí, sigue siendo género que place a los más elevados espíritus; lo que hace falta es que el teatro se adapte a la nueva vida, la siga, sea como ella, *intensa* compicio, y atraiga por todos los medios que puedan facilitarla las bellas artes.

Lo que dijo Lamennais en su tratado de *Lo Bello* respecto de la armónica reunión de todas las artes en el templo, debe procurarse que se pueda decir del teatro, en que, como quería Wagner, y quiere Valera, deben congregarse todos los medios humanos de producir belleza, sin rechazar las *formas plásticas* de nado. —Lo que ya no nos sirve, señor poeta, es un teatro que nos venga estrecho; pero el género que tiene de malo para nosotros! Si la humanidad puede gozar todavía una inspiración lírica y con la pintura viva del mundo exterior, ¡por qué no ha de poder gozar con lo dramático, composición de lo épico y de lo lírico!

Por lo que toca, particularmente, al teatro español en las presentes circunstancias, el señor Núñez de Arce opina, primero, que estará desanimado, porque está la patria afligida. Pero después añade que acaso se equivoque y los teatros están muy concurridos, a pesar de tanto duelo.

Se funda el Sr. Núñez de Arce para creer posible la animación de los espectáculos, a pesar de las desgracias nacionales, en que, según él, "el dolor no es sentimiento colectivo."

Es claro, el dolor no puede ser colectivo; a nadie le duelen las muecas en colectividad. Pero lo mismo le sucede al placer. El placer y el dolor son necesariamente individuales. "El dolor no es un sentimiento colectivo," dice don Gaspar, ningún sentimiento es colectivo, señor. No se puede sentir en colectividad. Y no hay más sentimientos que los que causan dolor y los que causan dolor. Cuando se habla de sentimientos colectivos, es en el sentido de que los individuos de la colectividad sienten lo mismo, pero cada cual por cuenta propia, naturalmente! Pero en tal sentido también es colectivo el dolor.

"La multitud no llora; nadie la ha visto llorar," Perdone D. Gaspar; yo la he visto: en el templo, en el teatro, en los actos de catástrofe patriótica, patético, etc., etc. La historia está llena de ejemplos de *dolor colectivo*; es decir, de terrores, desgracias, enternecimientos en la aflicción, de grandes masas humanas.

El mismo D. Gaspar cita como ejemplos de sentimientos colectivos "el terror, la ira". Pues en la ira, y en el terror más, hay su parte de dolor. Una multitud aterrada, ¿no padece?

Pero aparte de todo eso. El argumento de D. Gaspar, para defender la probabilidad de que la gente vaya al teatro a pesar de que todos tenemos dolores, es: llorar por causa de la guerra, es éste; que la multitud no siente el dolor, y que la multitud irá al teatro, pese a las desgracia que llora cada cual.

¡Mal año para las empresas teatrales con ese argumento!

A ver el dinero que entra en aquella si va al teatro la *multitud*; pero se quedan en casa los *individuos* que, según el poeta de clara, no están para fiestas.

CLARIN

PALIQUE

Nosotros también tenemos nuestros Cullom; y no lo digo por quien *Gedón* querrá suponer; lo digo por los que hablan de cosas de mal aspecto ó de mal olor con motivo de tenerse las fiesas á los Estados Unidos.

Si oyen los norteamericanos fines y de estómago delicado que alguien por acá escribió en un periódico que se haría buen negocio fabricando escapideras que tuvieran el retrato de mister Cullom en el fondo, créanme que yo no he sido quien ha dicho eso. Ha sido Fernández Bremón.

El cual también asegura que pruebas *documentales* atestiguan la muerte de Maceo.

Cualquier insurrecto, que sepa gramática, puede demostrarle á Bremón que eso no es verdad.

Porque sólo atestiguan los testigos. Y los documentos no son testigos.

También hay manigues para el diccionario.

¿Qué le va á quedar á Bremón si pierde la propiedad del lenguaje, que solía ser una de sus pocas gracias?

Mucho peores que Bremón son ciertos periodistas de cuchara que se figuran que están ensalando las glorias de las tropas que se batan, sólo porque se atreven á injuriar á otros escritores que no piensan como esos cucharas en materia de política colonial.

¡Váyanse ustedes á la trocha, si es que todavía sirve para algo, y desde allí jueguen á los periodistas!

Sólo entonces se les perdonará que escriban con los pies, si saben con las manos emplear bien las armas.

Volviendo á Bremón, diré que dice que los españoles llevamos once siglos de guerra.

De modo que Viriato y los héroes de Numancia y de Sagunto, etc., etc., no eran españoles.

Mientras los insurrectos nos quieren mermar el resultado de nuestras glorias militares, el territorio, Bremón nos quita las glorias mismas.

¿No había España antes de la reconquista? Entonces ¿de qué fué la reconquista... de España?

Un periódico de armas tomar llama á Maceo segundo jefe de la insurrección. Para no lastimar á un *primer jefe* con la gloria de otro que no es siquiera *segundo* cabo.

Ese y otros papeles aprovechan también los *casus belli* para venderse de dentures de ciertos escritores.

Todo por la patria.

¿Quién va á creer en el patriotismo de esos salvadores del país que mientras se fingen poseídos por el entusiasmo bélico, y hablan de matar á medio mundo, se contentan con dar pellizcos á los que no han cometido más pecado que burlarse de la prosa y de los versos de esos Ercillas sin *Araucana* y sin *Arauco*?

Tal militar conozco yo que me envió un poema muy malo, y porque dije peses de aquellas épicas majaderías, nos persegue, á mí y á toda mi familia, no sé hasta qué generación, con ataques en que van mezclados el honor de nuestra bandera, la fiera española, etc., etc.

Y no me apuren, que saldrán á relucir más trapos de rojo y *guaila*... con todos los pelos y señales propios del caso.

Volviendo á Bremón, diré que este señor se queja de lo que están diciendo y haciendo los Estados Unidos contra nosotros; y á lo último, para abrir el pecho á la esperanza, nos dice que no desconfiemos, que acaso se cumplan las palabras de Cánovas que dicen que todo continuará como hasta aquí.

De modo que no hay que quitar las espaldas.

Porque debemos confiar en que continuarán los azotes.

Antes de concluir este palique quiero felicitar á los que como Valera, Cavia, Festenrath, Z. de *La Época*, etc., etc., se han acordado del centenario de Bretón de los Herreros.

Bretón es una de las más sólidas glorias literarias de España en el siglo XIX. Su teatro es un espejo de límpida poesía en que se reflejan las costumbres de la época con serena fidelidad; como puede consentirlo la suave sátira de Bretón, más parecida á la horaciiana que á la del alirado Juvenal.

Bretón dijo en verso correcto, elegante, fácil y gracioso, todo lo que quiso, no lo que pudo, como les sucede á algunos poetas esculturales de ahora.

Después de Zorrilla, en este punto de la facilidad de la forma poética, no hay otro contemporáneo como el autor, de veras inmortal, de *Marcelá*.

Clarín.

PALIQUE

Habuerat quendam procuratorem qui frequenter iterat per Assisim salutandam in fuisse modum: pax et bonum. Qui post adventum ipsius non comparuit. (Tres soc. p. 35.)

Antes de comenzar San Francisco su predicción de paz en Asís, tuvo un precursor que iba por todas partes diciendo: "¡la paz y el bien!" Este precursor desapareció cuando se presentó el Cristo de la Edad Media.

¡Pax et bonum! Este grito, tan necesario en Italia á principios del siglo XIII, es no menos oportuno entre nosotros á fines del siglo XIX.

¿Y quién debe ir gritando eso por todas partes? A mí ver, todos; pero principalmente la Iglesia.

No quiero yo discutir ahora si hacen bien ó mal los clérigos predicando la guerra, embarcando tropa para las batallas; pero lo que desde luego aseguro es que el sacerdocio siempre parecerá bien buscando la paz.

No hace falta decir que la paz de que se trata no es la humillación, la indignidad, la cobardía. La primera paz ha de ser la del alma; y no hay paz en la conciencia cuando se gime bajo el peso de injusticia debida á la propia flojedad; al cobarde abandono del derecho. Mientras hay quien ofende y quien padece la ofensa, no hay paz, porque, por lo menos, de intención hay guerra; y la paz verdadera ha de existir de voluntad á voluntad.

Se sobrentiende, pues, que de lo que se trata no es de pedir que á costa de la honra de nadie, la paz se mantenga. Cada cristiano, como individuo, debe estar con paciencia las injusticias, en cuanto no haya un mal mayor causado por ese sufrimiento; pero si esta caridad de abnegación es de lo que se debe á Dios, la defensa, en justos límites, de la patria, es de lo que se debe al César; es decir, á la sociedad en cuyo seno temporales vivimos.

Yo opino que aún mejor que alentar el espíritu belicoso del pueblo, sería para el clero predicar la paz digna, la paz justa, dentro y fuera; á los judíos y á los gentiles.

Lo que voy á fantasear, no á pedir ni proponer, ya sé que va tan fuera del camino trillado, que sólo como capricho de periodista, sin mejor asunto, podrá pasar sin extrañeza, y así escudado de la piadosa rutina. Lo que yo desearía es tan opuesto á las costumbres sedentarias de nuestro clero, que casi voy sintiendo atreverme á decirlo.

Y para que se vea que no persigo *ningún fin práctico*, que no me propongo molestar á nadie, ni sacar de sus casillas ni de su diócesis á ningún respetable obispo, voy á suponer un *cambio radical* de personas. En vez de ser un cardinal octogenario, dignísimo y santo, el Primado de las Españas... esa... el mismísimo San Pablo.

San Pablo, diré para los muchos católicos españoles que no le conocen bien, es una ardilla, no tiene parada; no puede tener quietos ni los pies ni las manos; siempre está de viaje, y siempre trabajando. O trabaja en sus tapices, industria de que vive, porque no quiere ser gravoso á las iglesias que funda, ó trabaja en la villa del Señor, escribiendo epístolas para edificar á los fieles ó corregirlos y amonestarlos.

Es un divino cascarrabias, de un genio vivo adorable... é insoporable á veces. Alma impulsiva en la santidad, tiene *salidas*... que van á dar á la gloria.

El convirtió á los gentiles; es á los apóstoles que se quedaron en Jerusalén, lo que el vapor y la electricidad al nado de andadera.

Pues bien, este San Pablo, suponemos, es hoy arzobispo de Toledo, y va y qué hace! Lo primero escribirá una *epístola ad... Conillas*: Amigo Conillas: Como la nave en que me embarqué en Palestina para conquistar la tierra no me serviría hoy para la travesía del Océano, pon á mi disposición, y por lo que sea, uno de tus trasatlánticos, que me voy á América con un cargamento de presbíteros, diáconos y subdiáconos. Tuyo, San Pablo.

Y después, segunda epístola "A los presbíteros y seminaristas".

Hermanos: Vosotros que estáis libres de ulnas, no lo estáis de servir en el ejército de Cristo. He aquí llegado el tiempo de la leva espiritual. Aquellos de vosotros que ocupáis cargos de verdadera necesidad en parroquias, santuarios, etc., etc., y los que os distin-

guís en las aulas más por el estudio y la inteligencia que por el vigor y la buena salud, quedados donde estáis ahora; pero vengan conmigo los mozos como castillos que, por huir del arado, del taller ó lo que luera, se acogieron al seminario; vengan también los infinitos capellanes *fúidos* que no suelen tener *cosa* más grave en que ocuparse que tomar el sol que más caliente, y, entre todos, formaremos el ejército de la paz y la caridad que irá á América á predicar la concordia en la manigua, y á las iglesias hermanas de los Estados Unidos, que sé yo que nos acogerán con fraternal afecto. Es probable que los negros nos reciban á tiros; pero no recibien con fusiles, confites á otros hermanos nuestros los salvajes á quien pretende la Iglesia convertir. Si perseveramos; si mostramos en actos y palabras el espíritu evangélico, socorriendo á los heridos de todas partes, empujándonos en que anuestra voz llegue á los oídos de los que dirigen la injusta resistencia, mucho lograremos, lo que entiendo.

Y como es mayor todavía el dabo que amenaza en la América del Norte, á los Estados Unidos mismos, donde habrá acaso resistencia moral para nuestra doctrina, pero no ofensas materiales para nosotros. Allí contaremos con la seguridad con el auxilio de las muy fervientes masas cristianas de las Iglesias católicas, que crecen como yo vi un día crecer las del viejo mundo al comenzar la vida del cristianismo. Cien años hace *eran* los católicos de los Estados Unidos pocos más de setenta mil, y ahora pasan de once millones. A ellos nos dirigiremos primero, y es seguro que en nuestra empresa de paz y concordia nos han de dar eficaz ayuda aquellos apóstoles evangélicos que llaman el cardenal Grelaud, el prelado Gibbons y otros hijos predilectos de la Iglesia que en la América del Norte propagan la doctrina de Jesús con toda pureza, sin resabios de Edad Media, sin finj mientos y distingos de los tiempos de corrupción eclesiástica. Por mediación de estos católicos norteamericanos podremos también tratar con espíritu de caridad, con las sectas disidentes, porque allí no se persiguen unas á otras las diferentes confesiones religiosas, sino que, en mutua tolerancia civil, luchan con noble emulación, sabiendo que serán los mejores los que más se parezcan á Cristo. Para hombres serios, sinceros, el llamarse cristiano, será una vana palabrita.

Si les hablamos al alma á todos, haremos ver á los verdaderos cristianos de América que no es lícito provocar una guerra, que sería de exterminio, negando el derecho de España á la soberanía de sus dominios, consagrada por la historia. La guerra es horrible; la guerra es la bestia de los atcos, porque es contraria á la fuerza la balanza que debe estar en manos del Espíritu Santo; y la guerra no la hace el que denegada la causa de Dios, la justicia, no para triunfar por las armas, sino para que las armas no venganz á la razón; la guerra la hace el que ataca al inocente; como no violenta la caridad de una puerta la llave del duelo que la abre todos los días, pero sí la ganza del lazo que la desceiraja.

No dudéis hermanos míos, que esta doctrina predicada en los pueblos de América por vosotros, legiones de la Fe, sugeriría el animo de la paz en la mayoría de aquellos ciudadanos libres. Que donde las ceremonias vanas de la política y la diplomacia impiden, por falso^s puntos de honra, entenderse, á los hombre^s razonables, todavía puede el Evangelio sembrar la simiente de la verdad y la concordia.

Vayamos, pues; la nave nos espera en el puerto; no siempre sean batallones que llevan la defensa en los fusiles, los que embarquen para América; sea esta vez el *batallón sagrado* que lleva por armas la cruz y la palabra de fuego del Evangelio del Señor. — *Tened el yelmo de salud y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.* (Ad Efesios 6-17). — Gracia sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo en sinceridad, Amén. (Vid. 24). — San Pablo.

Y como el santo apóstol no se duerme en las pajas, seguro es que, después de estas epístolas, pondrá por obra su pensamiento y tendremos en América un ejército de obispos, presbíteros, diáconos, subdiáconos y jóvenes seminaristas, robustos y valientes, peleando por la causa de España, que es la de la justicia, con las armas que la Iglesia pone en sus manos... y que pagamos los contribuyentes.

PALIQUE

Horizontes.

Como raras Campoamor, el poeta asturiano, ha hecho su nido veraniego en Levante, en la playa de Balart; y Balart, el poeta levantino, para los veranos de su glorioso invierno en Asturias.

Asturias tiene un gran poeta, Campoamor; pero Campoamor no canta a su tierra, no la visita siquiera. El poeta de las *Dolores*, el idealista por excelencia, que a los hechos los llama Becos de las ideas y está a marar con Aristóteles, vive, en cuanto artista (no en cuanto agricultor, como él se llama), en pura vida de conciencia, y para él es el mundo exterior una idea fija, que desde que Kant demostró que el tiempo y el espacio eran cosa nuestra, ha dejado de ser una alucinación para ser un ensueño del que sabemos que está dentro del espectador.

No siendo el mundo más que eso, en rigor todo lo es el alma, y Campoamor es poeta de las almas. Como en esos cuadros místicos en que la tierra no es más que un casquete de esfera en que un bienaventurado apenas apoya el pie para elevarse al cielo, en la poesía de Campoamor, en general, la naturaleza no tiene más importancia que las artes decorativas en el teatro de Shakespeare; es un punto de apoyo necesario, pero de muy secundario interés.

Por eso, no por particular desdén, Campoamor ha dejado de cantar las bellezas naturales de su país, hermosas, podían.

Y Asturias, como por una compensación que se le debía, ha cambiado de poeta... y tiene a Balart, que desde hace seis o siete años vive, como golondrina segura, a hacer su nido de verano en nuestras playas.

Una, de cuyo nombre no quiero acordarme.

A la vera, vera de la mar salada,

encontró el poeta *serondo*, el crítico insigne, el artista de alma y de estudio, la salud del cuerpo y la del espíritu; y agradecido a este mar, a este cielo, a estos valles, a estas montañas, las dedica frutos delicados de su musa.

Bien se puede decir que la mayor parte de estos *Horizontes* de Balart son horizontes asturianos. Aquí ha escrito muchas de las poesías de esta colección de que hablo, y a esta tierra consagra la mayor parte de sus versos más recientes.

Como no es aquí, sino en mi revista literaria de *El Imparcial*, según costumbre, donde pienso hablar largo y tendido de las nuevas poesías del querido poeta, permítame el lector que sea yo también algo *irrico* en este *Palique*, es decir, que trate de *Horizontes* desde un punto de vista subjetivo, como se dice malamente.

He tenido el placer y el honor de acompañar por esto país en que no nací yo, pero en que nacieron todos los seres que más amo, a muchos hombres de superior espíritu, de los que saben ver y sentir y juzgar con propio criterio, con original impulso del espíritu. Con Núñez de Arce, con Galdós, con Giner de los Ríos, con Perroux, he contemplado esta tierra, y he observado la impresión que he hacía.

Cuando vino Núñez de Arce era yo muy joven. Hablamos poco de arte y naturaleza; veíamos rodeado de políticos. Venía con D. Pío Gudiño. Pero Núñez de Arce, en otras ocasiones, me habló de sus preferencias en tal materia: siempre mejor la llanura que la montaña; en el poeta de su tierra y de su *Idilio* está en su derecho; yo, algo apóstata, aunque nací en la llanura, y en ella pasé parte de la infancia, veo en tierra de Campaña la mar... sin agua.

El hueco del mar.

Me gusta Castilla para pensar en la otra vida. La tierra allí no es más que una extensión montañosa que deja ver todo el cielo. Tierra de místicos. De místicos dualistas, por supuesto. En tierras así, el alma tiende a pensar que Dios está en los cielos. La tierra es un... de-vierro. Nuestra música habla de los *desesperados*... en la tierra (contradicción etimológica). En Asturias... apenas hay más místicos que Alejandro Pidal. Si los hubiera serían los dualistas, sino *panteístas*, como Krúse, o como Nicolás de Cusa, para el cual "Dios es el máximo absoluto en que todo el ser se complica, y el universo es el máximo concreto que constituye explícitamente lo que en Dios es compendadamente".

Galdós y Giner son, en materia de paisajes, ilustrados eclécticos. Los dos admiran las bellezas asturianas... y las de la Moncloa.

Dios es perenne, queridísimos maestros, tan ajenos como penales.

Yo opino que, en este punto, no se puede servir a los dioses.

Pereda, más prácticamente entendido en estas cosas, es también exclusivista como yo. En cierta ocasión nos vimos en la llanura de Castilla juntos, y él, señalando a las montañas de Santander, decía: ¡Qué ganas tengo de verme allí, y yo, apuntando a Pajares, exclamaba: ¡V allí, yo!

Pereda *siente* lo que vale mi país... porque viene a ser como el suyo. Noté que prefería los tonos del verde menos brillantes. Le gusta de Asturias lo que más se parece a Santander. Si digo que Asturias y Santander vienen a ser iguales... es por carlino y respecto al autor de *En las arbores*. Y, sin embargo, sin que él lo sepa, diré que la Providencia, que nos ha regalado un Pereda, ha hecho este país un poco... poco... más hermoso que el suyo. Pero el suyo parece el mejor cuando lo pinta él.

También tuve el honor de hablar en Asturias con D. Nicolás Salmerón... pero éste veía a Dios donde yo no debía haber el partido republicano único...

Castellón... no ha querido hasta ahora conocer la tierra de Pelayo. Uno de mis ensueños, de mis *desesperados* es un discurso de Castellón en Covadonga. ¿Sentirá D. Emilio bien la hermosura de esta tierra de poco sol y muchas nubes? Lo que creo es que sus *estrofas* de orador, acompañadas por el ruido de la cascata de la *Cueva*, serían de un efecto sublime; ¡gratíuau lo que en Asturias le dicen a Balart!

Selvas, mares, fuentes, aves, flores, auroras
Dicen a mi oído:
"¡Patria, patria, patria!"

¿Creen ustedes que es broma? Pienso desde Covadonga en la gloriosa reconquista, en la lucha de siglos que nos costó *hacer a España*, no es lo mismo que acordarse de eso en cualquier parte. Allí el espectáculo de la naturaleza unido al recuerdo patriótico hacen *hablar las piedras*, como las cosas que tenía el Cid. Balart ha sentido esta singular armonía como nadie, y en su poesía *Salutación*, oda admirable, la expresa de modo perfecto.

Balart es el alma de poeta que, a mi ver, mejor ha interpretado la dulce poesía de estas comarcas.

Sincero, como en él lo es todo, su afecto a Asturias, lo prueba volviendo uno y otro año a pasar tres meses en la amable compañía de estas olas, estos prados, estos bosques.

No, no es Balart de esos turistas que recorren el país como las vistas de un panorama, memorando el camino de intersecciones de admiración... y después se van y no vuelven. ¿Por qué no vuelven? Porque la fonda es cara, lo el pan parece blanco y cosas así.

Balart vendrá, y vendrá con la musa. Aquí la inspiración le visita a menudo, y en sus versos de Asturias, Dios y el dolor resignado, las *dominantes* de su poesía, le dicen cosas nuevas sugeridas por las influencias naturales que le rodean...

Para el resto va hablandome más despacio.

Para concluir, le diré que le agradezco mucho la hermosa poesía "Confidencia", que me dedica.

Recompensa a mi leal amistad, que del todo me quita el amargor de insultos é impropios que sobre mí arrojan los poetas adocenados de quien, a mi pesar, tengo que decir pesetas.

Muchas veces oigo y leo: ¡Clarín tiene muchos enemigos!

Es verdad. Pero, en las letras, tengo amigos que se llaman Castelar, Campoamor, Balart, Valera, Galdós, Pereda, Menéndez y Pelayo, Echegaray... y con amistades así, se puede ir tirando.

Aunque le quieran a uno mal Carulla, Arimón, Bremón, Fray Canali, San Rafael, El Rana, y los ochocientos anónimos que me vuelven loco.

¡Ah! se me olvidaba. Después de concluir: Don Federico: su *Despedida* al Pajares me ha hecho llorar.

¡Y cuidado si a mí me cuesta eso trabajar! De parte del Pajares, le digo a usted, y lo sabemos de buena tinta, que si, que volverá usted a Asturias otro verano, y otro, y otro y muchos. ¡No faltaba más!

Usted y Valera, y Castelar, y Campoamor y otros ilustres artistas de *alguna* edad, tienen que vivir mucho todavía. ¡Hemos de quedarnos con los *genios* vivientes... que los *hombres* no particular!

CLARIN.

446 Heraldo de Madrid (Madrid). n. 2.248, 4 enero, 1897.

Palique

En su sección titulada «Ojeo», ó sea caza de gazapos, Gedeón me caza á mí éste: «Que opino que todos los hombres somos hermanos... Maceo, inclusive.» Pues, hijo; ese gazapo no es mío. Es de Nuestro Señor Jesucristo. A no ser que Gedeón haya descubierto el verdadero Evangelio, en que se diga: «Todos somos hermanos... menos Maceo.» Sea como fuere, resulta que Gedeón salió de caza... y trae colgado del cinto nada menos que al *Agnus Dei*... Buena figurilla para la G. de Gedeón.

También dice el gracioso semanario que creía que yo sólo tenía un hermano, don Genaro Alas.

Pues no, señor; según la carne, tengo otros dos, además. Y según el Evangelio, tengo una infinidad de ellos: Gedeón, Piave, Calínez, Maceo, Carulla... ¡qué sé yo!

Yo no tengo la culpa. Son cosas de Su Divina Majestad.

Bremón sigue á matar con los sabios.

Hace tiempo que trae entre ceja y ceja á los filólogos que no aprenden lenguas asiáticas y de Oceanía para pedir de almorzar en tales idiomas, sino para penetrar las leyes del lenguaje humano.

Y como el arma de Bremón es el cachorrillo, digo, el chascarrillo, les descerraja éste á los lingüistas:

—«Usted, que entiende tanto de idiomas, ¿me podría servir de intérprete?

—Todos aglutinadas sur mai caput. Mi not hablando nesuno: moa not ricorda cual estuviéndose il mio natural.»

Lo más gracioso en estos disparates, es que Bremón quiere figurarse á un hombre que sabe muchas lenguas, y las confunde.

Y lo que prueba es que los esfuerzos filológicos de Bremón no pueden pasar del español y del inglés y el italiano... de sainete.

Pero, además, debiera darle vergüenza publicar esas cosas en un periódico tan digno de mayor formalidad y cultura.

No sé quien es un señor Martínez Ruiz que escribe artículos de costumbres en *El País*; pero quien quiera que sea, tengo el gusto de decirle que, en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado «Mi crítico», acabará por merecer que se vea en él una de las pocas esperanzas de nuestra literatura satírica. El final de su semblanza es un rasgo de verdadero ingenio; y lo que se lee entre líneas en todo el artículo demuestra que Martínez Ruiz tiene más enjundia literaria que muchos *afamados* escritores festivos que hacen alarde de no tener pizca de substancia.

Habrá quien diga:—¡Hombre, no hay críticos tan ridículos como ese!...

¡Pues no ha de haber!

Por supuesto, que se trata de críticos de teatros.

De otra cosa, apenas los hay, entre la clase de *monos sabios*. Los periódicos, con pocas excepciones, no dedican á la sección bibliográfica ningún *chico*, porque los sueltos de ese género vienen hechos de casa del editor. Muchas veces se reconoce en el estilo del bombo, el estilo del libro. Alguna vez, por complacer á un amigo, ó por *pegar un palo* á un enemigo, el *chico* de la prensa escribe un artículo bibliográfico. Pero esto es de Pascua á Ramos. Lo que les gusta es ser críticos de teatros, con *bulaca abierta*. Los hay que toman muy en serio el sacerdocio, y, para ayudar el natural ingenio, leen dos ó tres retóricas y unas cuantas comedias francesas, y á veces ¡habrá sabios! hasta los prólogos del teatro de Dumas, hijo.

Acaba de aparecer uno de la clase, graciosísimo. A éste le da por lo clásico. Firma Gil Blas de Santillana, y dice á veces «¡Valame Dios!» y ya con esto se cree más castizo que los Argensolas.

Tiene una especialidad. La de empezar por el principio; esto es, por el despacho de billetes. Cree que la jurisdicción de la crítica alcanza á la reventa y á la contaduría. Les arma camorra á los revendedores y á las empresas, porque suben los precios los días que

repican gordo; y con el mal humor de esta disputa del *pórtico*, entra en la sala de butacas... y ¡zas! descarga el primer palo sobre el infeliz Galdós, v. gr., como si se tratara del célebre *Pájaro* ó cualquier otro revendedor ilustre.

Mucho, mucho se incomoda porque no le gusta al buen Gil Blas de Santillana... *soi disant*, la *Fiera*. ¡Esto es un abuso! viene á decir. ¿Por qué se ponen en escena obras tan malas de hombres como Galdós y Feliu y Codina, y no se lee siquiera la de los chicos que empiezan?

¿Qué, ahí le duele? ¿Es Gil Blas algún estudiante gallego de los que traen las alforjas cargadas de comedias?

Sea ó no, que esto no nos importa, lo que él dice es que el autor de *Doña Perfecta* no tiene derecho á escribir cosas menos perfectas.

Pero ¿de veras cree Gil Blas... *Furioso* que es una obligación del que rara vez le ha dado gusto á él escribiendo, escribir siempre de modo que le agrade?

¿Hay el derecho de exigir á los autores que acierten siempre?

¡No, infeliz! Ni una vez siquiera. Aciertan si pueden. Pero ¡qué han de tener esa obligación!

Usted sí que tenía obligación, ya que se las echa de crítico, de saber que es un desatino hablar de un *hombre sancionado* por la fama, y de autores *sancionados* por el público.

Cualquier revendedor puede decirle á usted, aprenda usted lo que es sancionar, y después hablaremos del precio de las butacas.

* * *

Y no es Gil Blas sólo quien se queja de que Mario y la Guerrero no leen siquiera las comedias de los principiantes.

¡Injusticia! gritan muchos; y atribuyen á eso el que falte savia nueva en el teatro.

Ea; pues hagamos un trato.

Las comedias que no tienen tiempo á leer la Guerrero, Mendoza y Mario, envíenmela á mí los principiantes que se quejan. Yo las leeré (¡cuántas he leído, manuscritas y *todo!*), y las que me parezcan dignas de ser representadas, les prometo á los señores poetas que serán leídas y estudiadas por Mario ó la Guerrero y su digno esposo.

Es promesa formal.

Ahora, que es muy posible que yo hile más delgado todavía que Mario y Mendoza y la Guerrero.

* * *

Ya lo sabe el airado Gil Blas de Santillana; si tiene algún *Cerco de Viena* entre pecho y espalda, que venga á mí ese cáliz; y como no haya allí ningún personaje *sancionado*, y la cosa sea buena, le ofrezco que le aplaudiremos en la *Comedia* ó en el *Español*... al precio del despacho.

CLARÍN.



TRIADÓ.—Noche de luna

El libro de la temporada es *Horizontes*, la nueva colección de poesías del ilustre autor de *Dolores*.

En muchos periódicos pienso hablar con la atención que el asunto merece de esta nueva prueba del talento artístico de Baralt; porque lo menos que se puede hacer, en estos tiempos de prosa, es que lo son hasta los versos, en favor de la poca poesía verdadera que aparece de tarde en tarde, es anunciar por todas partes su presencia.

En Madrid cómico no suelo dedicar muchos renglones al juicio de libros, y por eso no he de entrar en el examen de *Horizontes*.

Para los que piensan que aún *añaden nuevos laureles* á los ya adquiridos, los poemas, cuando su nueva obra es mejor que las anteriores, *Horizontes* no añaden nuevos laureles, etc. Pero ese criterio es absurdo. Nuevos laureles se añaden mientras se siguen haciendo cosas buenas, sean ó no mejores que otras ya hechas.

La carrera del poeta no necesita ser de constante progreso para ser gloriosa.

Horizontes no es superior á *Dolores*, ni, en cierto sentido, tiene su importancia. *Dolores* era obra de rigurosa selección; *Horizontes* no; pero en cambio ofrece mayor variedad y deja ver el alma del autor desde puntos de vista nuevos.

Baralt nos hace ver una vez más, hasta en aquellas composiciones de menor empeño y asunto menos alto, que no faltan en este libro, en gran habilidad de verificador castellano y el dominio magistral de la lengua.

Gedón, con más malicia que razón, quiere ver en cierta poesía de Baralt el pecado de batología, que no existe cuando la repetición de vocablos es intencionada y produce un efecto artístico, que se buscaba, como sucede en el caso de que se trata. Según el criterio de *Gedón*, cierta clase de forma del superlativo en hebreo sería batología, pues consiste en la repetición de la misma palabra. *Gedón* apunta bien, pero no siempre sabe escoger buenos casaderos.

Notará *Gedón* que aun en los casos en que me veo en la necesidad de oponerme á lo que él dice, le trato con amabilidad y gran comedimiento.

Esa que, fuera de cierto empeño suyo de morder en llamas de acero, su labor literaria me agrada (la política, no; es muy patriótica *Gedón*), y me complace en ver que coincidimos en ciertos juicios y opiniones.

Compaginar es el único, dice *Gedón*. Y yo digo el único, no; pero el primero, sin duda.

Gedón da gran importancia á la corrección, propiedad y demás condiciones necesarias del buen lenguaje, y yo también.

Aunque le veo por mal camino cuando se deja guiar por Baralt y otros como él en cuestión (como *Gedón* escribiría) de galicismos.

No son galicismos muchos modos de decir que Baralt censura, aunque los emplean los franceses con el mismo derecho que los españoles.

Sobre esto hay mucho que hablar, y puede que *Clarín* algún día (cuando el público esté para fijarse en tales cosas) escriba largo y tendido acerca de ese purismo reaccionario y de aislamiento, que siempre supone la ignorancia de muchas cosas internacionales que debe conocer el buen filólogo.

Vital Aza, burla burlando, critica muy lindamente la manía de Baralt y otros así, en su poesía titulada «Galicismos». Allí se ve que son para el purista exagerado, violentos, por bárbaros, locuciones que emplea *todo el mundo*. Los que siguen á Baralt al pie de la letra, son más papistas que el Papa. Á mal criterio obedeció el que, después de tachar la palabra *prehistórico*, que, en efecto, no puede ser española, como lo está diciendo la *de cio*, tacha también el verbo *batiarse*, que admite el diccionario de la Academia.

Est modus in rebus.

¿Qué dónde he leído yo esa poesía «Galicismos» de Vital Aza? En *Bagatelas*, no como elegantísimo de la ya acreditada *Colección Elzevir ilustrada*, de Juan Gilí, en Barcelona. Por cierto que yo no hubiera dicho colección *elzevir*, sino *elzeviriana*; y si era castizo el poner el nombre en vez del oportuno adjetivo, hubiera dicho *elzevirio*, que es como se dice en castellano.

Pero Vital Aza nada tiene que ver con eso, y esa de *Elzevir* lo que sea, el volumen es de los más hermosamente impresos.

En *Bagatelas* hay esa facilidad, á veces difícil, que siempre distingue al Sr. Vital (á mi también me llaman, algunos, Sr. *Clarín*) y esa falta completa de pretensiones que es un encanto.

Claro es que *Bagatelas* no se parece á la *Crítica de la Batán pura* de Kant, pero tiene algo de la crítica de la razón práctica, porque allí el buen sentido parece una musa.

Hay muchos que no envidian á Vital Aza, porque creen que ellos también escribirían así, si quisieran.

Los que lo envidian son los que ya han querido... y no han podido.

Por asociación de ideas, recuerdo ahora que nada he dicho de *Los Madriles*, de López Silva.

Nunca es tarde el *bombo* es bueno.

Bombo... es decir, bombo... en el buen sentido de la palabra,

merece el inimitable autor de tantos graciosos *diálogos*, que recitados por Ruiz de Arana le hacen á uno olvidar qué hay Retana en el mundo.

Clarín.

La Epoca se ha metido á humorista, y escribe sueltos picarescos que pueden compararse á los célebres *xente* de Goethe y Schiller.

La diferencia está en que Schiller y Goethe sabían alemán, y *La Epoca*, ¡ay! no sabe castellano.

Empieza su *humorismo* llamando al *Imparcial* y al *Heraldo* «aracidos de Madrid»; que es como si dijera, «lacedemonios de Jetafe». Los *Aracidos* son de Arcadia.

Y sigue *La Epoca*: «...aquel récime de Quedo: Para que vayan *tras ti* (?) todas las mujeres, ve tú delante de ellas. No; Quedo no dijo eso así, ni uso es un récipe.

¿No sabe lo que significa récipe *La Epoca*? *Más Epoca*: cada día que *trascurre* acelera aquel momento.»

Los días que *trascurren* aproximan el momento, pero ni lo aceleran. Acelerar es hacer que un movimiento que ya existe sea más rápido.

¿Cómo los días que *trascurren* van á acelerar un momento que no ha llegado todavía?

Más Epoca:

«... y la algarada de los periódicos denunciados no ofrecía más que vanidades.»

Y tanto sabe *La Epoca* lo que es algarada, como lo que es récipe y arcade.

Verdaderas algaradas son las incursiones de barbarismos y solecismos de *La Epoca* por la gramática adelante.

Después, en un cuento ameno, *La Epoca* dice que el cielo *marca* con un *tímbr* á los niños cuando los lanza hacia la tierra.

De modo que los niños vienen señalados, como el ganado, y el cielo los lanza *hacia*, es decir, en dirección de la tierra... y si llegan á su destino, ó si no llegan... allá ellos.

En vista de que el español es lengua que se le rebela, lo que debe hacer *La Epoca* es ensayarse en el sanscrito; para lo cual puede tomar lecciones del señor conde de Otavilla, que, según la *Gaceta* (2 de Noviembre de 1895), es publicista *sanscritánico*.

Pero ¿de veras escribe en sanscrito el conde de Otavilla? (O en sanscrito, estrújolo, según la Academia.)

Pues, entonces, ya sé yo quien es el verdadero autor del *Ramayana*, atribuido á Valmiki.

El conde de Otavilla publicista *sanscritánico*.

Y como yo no sé lo que quiere decir *sanscritánico*, y en el Consejo de Instrucción pública mandan ahora los neos, me inclino á creer que, si se ha nombrado juez del tribunal de sanscrito al Sr. Otavilla por sus méritos *sanscritánicos*, donde dice *sanscritánico* debe leerse *sacristanésco*.

Enrique Sepúlveda sigue tan profundo como siempre. Y en un cuento de Reyes escribe:

«Aunque de noche, era temprano todavía.»

Temprano ¿para qué?

«En invierno oscurece muy pronto». Eso sí que es verdad; pero la observación no es nueva.

Sin embargo, hay cierta melancolía de calendario en esa frase: «en invierno oscurece muy pronto».

El poeta siempre es poeta.

Con todo, preliero á Camprón cuando dice:

De día, no; mas de noche

¡está la quinta tan lejos!

Amigo Gedón: Ahí van esos gazapos, por si te sirven, para tu próximo *Ojo*.

«Disfruta de vistas á un patio».

Y el que *disfruta* es... un calabozol

«En este patio hay otros siete calabozos.»

Imposible: ó calabozos ó patio.

El patio es espacio descubierto, y el calabozol... ¡figúrese usted!

«Estamos en la alta capital de un país culto.»

«Moran de asiento.» (Claro, como que moran es residir de asiento).

¿Qué dónde he caza-lo todo eso?

En el número 61 de *Gedón*.

Son conejos caseros.

CLARÍN.

Amigo R.: Dice usted que *Gedón* busca polémica con el fin de que se hable de él y aumentar la venta.

Aunque así fuera, por mí que no queda. Más vale que los estudiantes y demás lectores ordinarios de semanarios festivos lean periódicos satíricos, como *Gedón*, que no que se armonicen contemplando los monjes de revellitas curules y adonadas, de texto serio, vulgarismo, insignificante.

Gedón merece vivir; y por eso yo procuro, en la medida de mis fuerzas, darle buenos consejos, que él aprovecha unas veces, y otras no.

Cuando le dije que se podía ser relativamente constante, y que este adjetivo no tenía nada que ver con el verbo constar, *Gedón* admitió como buena la advertencia, pues no replicó palabra.

Pero no hace bien en tachar otra vez de mal escritor al Sr. Pardo sin citar de éste como alguna mal escrita, y habiendo recordado implícitamente que el único defecto que a Pardo atribuí... no era tal defecto.

Ahora me caza a mí este lapso; *Clarín* cree que todos somos hermanos, incluso inclusive.

Y ya le contesto en otra parte (en *La Seda*, de Barcelona, donde, desde ahora en adelante, le ofrezco un palique semanal, para lo que guste mandar), que si el considerar como hermanos a todos los hombres es disparate... ese gasepo es de Nuestro Señor Jesucristo.

También me censura *Gedón* porque en una misma cláusula y con algunas palabras por medio, uso las voces mejillas y rodillas.

Pronto vamos a ver que estos son escrúpulos del Padre Gargajo. Si yo corrigiera las pruebas de mis artículos, tal vez me hubiera detenido a rectificar esa pequesísima imperfección, para evitar la cacofonía; é tal vez no, prefiriendo conservar, sin retoques, la frase, con toda su naturalidad. Tuve que hablar de rodillas y de mejillas, y todo lo que no fuera llamar las cosas por su nombre era un rodeo. Los griegos encontraban una gracia eufónica en estas consonancias, que hubieran sido difíciles de evitar en aquella lengua; y si nosotros sentimos otra madre, no es exagerando hasta el punto que *Gedón* quiere.

Ahora acaban de matar al cabecilla Calzadilla. ¿Cómo se las arregla *Gedón* para dar la noticia sin ese tormento de oídos de que se queja cuando *Clarín* habla de rodillas y mejillas?

Pero dice más *Gedón*: «¿Cómo podrá un niño meterse a su padre entre las rodillas?»

Por de pronto escriba usted bien. Eso se dice así: «metérselo entre las rodillas». Falta un le.

Si yo digo se lo metió en casa Juan a Pedro, ya se entiende, y está correctamente dicho, que es Juan quien se metió en casa de Pedro. Si quisiera decir que Juan metió a Pedro en casa, en la de Juan, diría le metió en casa, suprimiendo el se, innecesario; y el quería conservar el se, diría se lo, lo acusativo, en vez de lo, anfibológico, pues puede ser dativo o acusativo. Usando él se y le, que el sentido dice claramente que es dativo, sólo se puede entender que el niño se metió entre las rodillas de su padre.

Eso, aparte de que los padres también se pueden meter entre las rodillas de los hijos, aunque no sea lo corriente, ni lo que yo he querido decir, ni dicho.

Y ahora, y antes de llegar a lo que hace el Padre Gargajo, el de los escrúpulos... defendamos a D.^a Emilia Pardo Bazán, a quien *Gedón* ataca injustamente, por ésta vez.

Quiere *Gedón* que D.^a Emilia rectifique la especie vertida por ella de que Manila está en Oceanía.

Las islas Filipinas, según *Gedón*, pertenecen a Oceanía en las geografías que se escriben para los niños, pero pertenecen a Asia en las geografías que deben leer las personas mayores.

(Famosa distinción)

Ahora me explico yo que *Gedón* esté a matar con nuestros más ilustres pedagogos.

¿Qué ha de hacer un maestro... que cree que la verdad para los niños es una, y para las personas mayores otra?

De veras cree que en los libros para niños Filipinas pertenecen a Oceanía, y en los libros para adultos pertenecen a Asia?

Pues yo le voy a probar que no hay tal cosa.

Los ilustres geógrafos Vidal de la Blache y Camena d'Almeida, tienen un libro, para la segunda enseñanza (para niños), que se titula *Asia, Oceanía, África*, y en ese libro para niños las islas Filipinas son de Asia, no de Oceanía. Y en cambio, el Diccionario de la Academia, que está escrito para adultos, sin duda, opina que «Malasia ó Malaisia es la *Oceanía Occidental*».

Y esta Malasia ó Malaisia, según la Academia, y Malaisia, según otros, comprende las *Islas Filipinas*; y esto no lo niega nadie; ni *Gedón*, tampoco.

El mismo geógrafo para niños, Sr. Paludé, que atribuye a Oceanía las *Islas Filipinas*, declara que forman parte del *Archipiélago asiático*.

De modo, señor *Gedón*, que no es asunto de niños y adultos, sino diferencia de clasificaciones geográficas.

Madagascar pertenece a África, sin duda alguna, y, sin embargo, los más recientes estudios de geólogos, geógrafos y naturalistas, no hacen ver que por la fauna, la flora y otros muchos aspectos, Madagascar se parece mucho más a la India que a África.

Mas no por esto no dirá que Madagascar es de Asia para los sabios y de África para los ignorantes.

Así, pues, D.^a Emilia diciendo lo que dice el Diccionario y geografías muy seriedad, no ha cometido un lapso. Aunque la tendencia hoy sea a rectificar la clasificación que ella sigue.

Creame *Gedón*, hasta en el ojo hay que comprimir... y que distinguir.

Yo, por ejemplo, no creo que *Gedón* sea un mazo de chispa para los niños y un pedantismo para las personas mayores.

Creo que *Gedón* consta de varias personas y un solo periódico verdadero. Una de esas personas, V. gr., tiene gr. y la otra no tiene más que e. Es decir, que en *Gedón* hay algún mazo listo, sin pretensiones, y algún rulo a quien no le han indagado algunas lecturas desordenadas y sin la masticación suficiente.

Y el *Gedón* que llamándose el amigo *Clarín*, que es como decimos «cientos» el buen Aguilera, me voy a enlazar, y a decir lo que es de Asia y lo que es de Oceanía en *Gedón*, a llamar a Pulano Pulano y a Mangano Mangano. Y como dirá *Clarín*, en manos de cuatro ó cinco paliques convierto en un *Rana ó San Rafael* más al pedante que está echando a perder a *Gedón*.

Y saco trapos a relucir. Y cito cartas de recomendación que tengo en mi poder firmadas por algún ilustre amigo mío... y de *Gedón*.

En fin, cosas quedos, ó ya veremos quién sale perdiendo.

Lo que yo no quiero es que paguen listos por pecadores.

A tiempo se lo digo a quien busca el ruido, para darse a conocer.

Al que vale algo, y se puede valer algo sin siendo pedante, esta clase de notoriedad que resulta de los dimes y diretes no debe satisfacerle.

Recordemos la filosofía del soneto famoso

y en cuatro lenguas no nos digas co-

que supuestamente digas bobas;

te vendrán a entender cuatro nacio-

Más vale tardar en ser conocido, que ser conocido pronto... y de mala manera.

Y ahora vamos a lo que *Gedón* hace en calidad de P. Gargajo.

En un adorno él, en el mismo en que nos coge tan garrañosos lapsos a D.^a Emilia y a mí (sin contar con otros que no le coge al Sr. Cosío), *Gedón* comete los delitos gramaticales siguientes, entre otros:

Entresaca algunas cláusulas mías y las llama «parafios». ¿No sabe *Gedón* lo que es párrafo?

Con miedo pueril y cunni, de maestro incompleto, *Gedón*, para que no le cojan sus anfibología, que no existe, escribe: «... la siguiente carta, que entrega a la publicidad como recibida por mano pública, y que a la letra (la carta, no la mano) dice así.

Tiene gracia esa eia carta, no la mano. ¡Si la mano, alma de Dios, no podía ser! ¿No ve usted que la copulativa y basta y sobra para que se vea que es la carta?

Más le valía *Gedón* dar explicaciones cuando dice «de nombre ó de finis», en vez de decir «de de finis». Porque resulta que definir parece sinnónimo de nombrar.

«Calabozo es el mío en que... habrán... desfallecido sus ajotados cuerpos los golfos».

¿Que los golfos desfallecen... sus cuerpos? Imposible. Aun usando el verbo desfallear como activo, ahí no cabe esa asepsión. Desfallico el cuerpo (no los cuerpos, tampoco) de los golfos; pero no los desfallico los golfos. Como cuando a mí me duelen las nuca no me las duelo yo. Aunque puedo decirme que me duelen.

¿Entendido? Afortunadamente *Gedón* es listo, y lo cala todo.

Adelante.

Habla *Gedón* de un calabozo que «disfruta de vistas a un patio». Que es como si yo hablase de un peral que goza de excelentes peras.

Que hay quien emplea esa misma expresión en ese sentido, ya lo sé. Pero es que hablan mal los que tal hacen.

«En este patio hay otros siete calabozos».

No puede ser; el patio es lugar descubierta, y los calabozos no; aunque supongamos dentro del recinto del patio construcciones para calabozos... los calabozos no están en el patio, porque patio solamente lo sería la parte que queda descubierta.

«Estamos en la alta capital de un país culto».

No me las tiren tan altas.

«Ratas colosales».

No puede ser: las ratas grandes son tan naturales como las pequeñas; y es colosal lo que excede del tamaño que por naturales pueden alcanzar las cosas.

«Alcanzar de asiento».

Claro. Como que morar, por definición, es eso: habitar ó residir de asiento.

Y hasta por hoy.

Vuelva *Gedón* por rodillas y mejillas.

Y asíndse trasquilado.

Por último: afirma *Gedón* que él es amigo de la verdad. No es cierto.

Dice usted que yo soy el único paladín de cierta obra mía, que han defendido en folletos y en multitud de periódicos, críticos de Cataluña, Andalucía, Valencia, Asturias, León, Vizcaya, Madrid etcétera, etc.

Lo que le pesa al que escribe esas cosas es que todavía está pasando cierto narsimphismo de suficiencia, que suele ser muy peligroso. Y créame a mí... a tiempo.

Clarín.

Palique

Me parece á mí que lo menos que se le puede pedir á un académico de la Historia y de la Lengua, es que sepa historia y que sepa escribir en castellano, ó por lo menos, *en académico*.

Pues no, señor; ahí está don Víctor Balaguer (entre otros), que nos trae de *Granada* estos *Recuerdos* y el modo de poner la pluma que van ustedes á ver.

Y dice Balaguer: «Por los amores de una dama se perdió España y por los de otra se cobró».

Sección de Gramática. — Balaguer no quiere decir se perdió España, sino *á* España; pero no sabe.

Sección de Historia. — Que por la *Cava* se haya perdido á España, es una leyenda muy bonita, que hoy no admiten los historiadores algo escrupulosos.

Pero Balaguer cree que de las leyendas se originan las historias... Sí, las falsas. Sí las leyendas no son verdaderas.

Y dice Balaguer: «Doña Isabel de Solís, al tornarse mora».

¡Qué absurdo! Es como si yo dijera: «Don Víctor al tornarse gallego».

Se llama por extensión, moro, al *natural* de ciertas regiones donde se sigue la secta de Mahoma; pero nunca es moro el que no habiendo nacido tal, se hace mahometano. No soy yo quien lo dice, lo dice la Academia á que pertenece Balaguer.

«Trabajar *á* la pérdida de Granada» está mal, señor Balaguer. En francés podría pasar. ¡Vaya un modo de limpiar y fijar el idioma que tiene este académico!

* *

«Qué hermosa que debió de ser Granada en tiempos de sus amores con el árabe».

¡Qué hermosa con sus purísimas auras!...

Pero, qué, también ha perdido las auras Granada, desde que tronó con el árabe?

«Con aquella sierra vecina arrebozada en su alquicel de nieves...»

¡Pero, hombre, si Sierra Nevada todavía está allí!

«Era Granada, entonces, metrópoli de ciudades marítimas.» Es decir, la *ciudad* principal entre las marítimas... ¿De modo que entonces llegaba el mar á Granada?

¡Ay! ahora no. El mar, por lo visto, se retiró con el árabe.

* *

«Madre benigna de huéspedes y marinos».

¿Cómo había de ser madre de los huéspedes, es decir, de los forasteros? ¡A no ser que el Ayuntamiento les declarase hijos adoptivos!

* *

Otras cosas que era Granada: «huerto de frutos, vergel de flores, delicia de los hombres, edén de las mujeres (ó viceversa), erario público.»

¡Adiós poética! De modo, que si era erario público Granada, era cosa de la tesorería.

«Mansión de palacios».

¿Es decir, que los palacios *habitaban*... en vez de ser habitados?

«... la Amada veía transcurrir sus siestas».

De manera que la Amada dormía la siesta... ¡y lo estaba viendo!

«No se sabía en las fuentes de el Alhambra si quien corría era el agua ó era el mármol». El agua, don Víctor, el agua; no le quepa á usted duda.

«En ninguna parte vi tal aplegamiento».

Yo tampoco vi tal *aplegamiento* en ninguna parte. Como que aplegamiento no significa nada en castellano; ni siquiera en el de la Academia.

«Se reunen y atumultizan».

¡Atumultizan! Pero, don Víctor, ¿usted cree que por ser académico puede ir inventando español á su arbitrio?

Opina Balaguer que las golondrinas á veces turban la luz del sol.

¡Ponderativo!

Y que «van y vienen, vuelven y *revuelven*».

Y «acuchillan el aire».

Pues Balaguer es á la lengua lo que las golondrinas al aire.

La acuchilla.

Afortunadamente, ni una golondrina hace verano, ni un Balaguer *hace idioma*.

Lo malo es que en la Academia hay muchos Balaguers, capaces de *turbar la luz*... que les encomendó Felipe V.

¡Y pensar que por el voto de un hombre que escribe como Balaguer, se puede decidir que una palabra sea ó no española... de *real orden*!

CLARÍN.

PALIQUE

Dice Gedeón:—"Desde ahora desafío á Clarín á que me cace un solo gazapo."

¡Ahí va uno!

Gedeón ofrece escribir en adelante con propiedad; y lo que quiere decir es que no habrá en lo que escriba, en adelante, gazapos; y lo que dice es que desde ahora desafía á que le cace gazapos. De modo que no se refiere sólo á cuanto escriba desde ahora, sino á lo que na escrito ya.

Pero supongamos que dice Gedeón lo que quiere decir... y no sabe. Supongamos que se refiere á los gazapos del *werden*, ó del *zu-kunft*, como dirían los alemanícos á quien Gedeón tanto aborrece.

La apuesta está en pie.—añade Gedeón.—Aceptada.

En el mismo artículo en que Gedeón asegura que no le cazaré más gazapos, hay este otro:

"En tu carta le llamabas alta."

Tiene que ser la.

¿Que es errata?

¡Seal!

Pues otro gazapo del mismo artículo:

"Una opinión banal."

Banal no es español ni puede serlo. Es un abjetivo francés que nosotros traducimos por vulgar, común, no exactamente. En español no hay banal.

Gedeón se pasa la vida cazando galicismos... ¡y escribe banal, que es uno de los galicismos más *ladrésicos* que se conocen!

Gedeón, en el mismo número (el 63) en que promete que no le cogeré más gazapos, dice, y en verso por cierto, de cuartillas llenas.

Que suena peor que lo de *millas* y *rodillas*, que Gedeón me censuraba á mí.

"Inviolable él, tú encarcelado."

Esto es un endecasílabo del Gedeón (número 63). Para que ese verso no *ande cojo*, hay que ponerle un aparato ortopédico, de esta manera: inviolable.

¡Hola, hola! ¡*iolable*!

Más Gedeón (núm. 63).

"Los forma, los vuelve á formar."

No puede ser. Si los forma, y los deja formados, ¿cómo los vuelve á formar?

Casi casi hablaba mejor un amigo mío, azotacalles de oficio, que decía:

—Almuerzo; salgo; vuelvo á comer; vuelvo á salir; vuelvo á cenar... y vuelvo á *volver* á salir...

Más Gedeón (núm. 63) y del mismo artículo en que Gedeón asegura que no le cojeré más gazapos.

Cometió Gedeón un lapsus: yo se lo corrijo, y á esto que yo hago llama Gedeón "replicar".

No, hombre, no. Quien replica es Gedeón en el núm. 63.

Había dicho Gedeón "moraban de asiento". Yo le *repliqué* (como él diría) que siempre se mora de asiento, pues *morar*, por definición es habitar, residir de asiento.

Y ahora Gedeón quiere disculparse con Cervantes, que dijo *morar de por vida*.

Que está muy bien dicho. En eso no hay redundancia. De *por vida* añade algo á la idea de *morar*, residir de asiento... toda la vida. Y como añade algo á la idea de *asiento*, hay que decirlo.

El caso de Gedeón y el de Cervantes serían iguales si *de asiento* significara de por vida.

¡Pero, como no!

Insiste Gedeón en que hay ratas colosales. Y se ríe de mí, porque digo que las ratas son cosas.

Y lo son. Son cosas semovientes. Y, en otra acepción más lata, son cosas... todas las cosas. Personas inclusive. Pero las ratas son cosas, aun en la acepción restringida del derecho.

Pero no son colosales.

Una rata grande es tan *natural* como una pequeña.

No lo sería si *natural* fuera sinónimo, como quiere Gedeón, de común. Pero no lo es. No solamente lo extraordinario; lo monstruoso es tan *natural* como lo ordinario.

Coloso viene del griego, *statua ingens*. Es colosal, en arte, la imagen que representa su objeto en tamaño superior al *natural*. Pero el retrato de un gigante no es colosal, si no excede del tamaño del gigante. Porque los gigantes también son naturales.

Un *lo* de Gedeón, que se contradice lastimosamente:

Según él, lo que excede de lo común no es *natural*.

Según Clarín si es *natura*'.

Dice Gedeón: "Para Clarín la persona que por sus cualidades sobresalga muchísimo no es *natural*."

Donde dice Clarín debe leerse Gedeón. Si para Clarín las ratas grandes son naturales... también serán naturales los grandes hombres.

Lo que no son, colosales.

Porque ni son estatuas ingentes, ni dejan de ser naturales por ser grandes.

De todo lo cual resulta que Gedeón caza con una escopeta que se dispara por la *culata*...

Y después habla de Campillo.

CLARIN.

Palique

El señor Moret es un estuche; sirve para todo. Ahora resulta, según Bremón, el *inve-*
rado Bremón, que el Ateneo de Madrid celebró el centenario de Bretón de los Herreros,
«con una de esas improvisaciones brillantes de don Segismundo Moret, que siempre se
aplauden, y con una lectura de sus poesías».

Y yo no sabía que Moret era poeta.

Y puede ser que no lo sea, y que todo ello se reduzca á que Moret no sabe escribir en
verso... ni Bremón en prosa.

* *

Bremón, filósofo: ¿por qué no reconocer que puede haber en los fenómenos naturales
reminiscencias y recuerdos de lo pasado?

Pero, hijo, si eso lo *reconoce* cualquiera, v. gr. el que *reconoce*. Los fenómenos de la
memoria son naturales; y son eso, recuerdos de lo pasado.

Lo que no se puede reconocer, es el recuerdo de lo que no ha pasado.

Sin embargo, no hay que abusar de nada; ni de los fenómenos naturales del recuerdo.
Y obligarnos á recordar cuando nacieron Asmodeo y Bremón, es exigir demasiado de la
pre-historia.

* *

Bremón, fino y pulido: Habla de un libro titulado *La Cria del Cerdo*, y dice que va á
recomendarlo en Nueva York á las nodrizas.

Comprendida la gracia, pero, ¿por qué reduce Bremón á Nueva York sus insultos pa-
trióticos?

Que llame cerdos á todos los norteamericanos. El peligro es el mismo.

Cero.

* *

Oiga Bremón lo que le puede enseñar á él, escritor español, una nodriza norteameri-
cana que cria un niño español en Nueva-York:

«No se puede decir, como Bremón dice: «*esos niños los tengo miedo*. Hay que decir
les. Los es acusativo, y ahí hace falta el dativo *les*. En singular, *le* sirve para dativo y acu-
sativo, tratándose de persona, y *lo* para acusativo solo. En plural, *les* es dativo nada más.»
Pero esto se estudia en la Gramática castellana, no en *La Cria del Cerdo*.

* *

Mas, dejemos á este prosista adocenado, y vamos á un poeta; poeta en prosa, pero
poeta.

Enrique Sepúlveda.

Que empiece así un artículo:

«Enero es para nosotros el invierno».

Y para cualquiera, no crea que eso es una expresión. Enero es... parte del invierno en
muchas leguas á la redonda.

* *

«Enero es una veleidad del Zodíaco».

Pero, ¿crea Sepúlveda que tiene culpa el Zodíaco de que haga frío?

«...llenas las calles de lodo y de nieblas densas en servicio activo, (!) que *barriñan* de
escarcha los bigotes de los hombres y dan jaqueca humoral á las mujeres»...

¡Basta, basta, niebla en servicio activo; que me siento mujer y me da la jaqueca hu-
moral!

* *

El obispo de Salamanca, el P. Cámara, que se hizo eminente predicando en cursi, y
que se distingue por perseguir á los moros muertos con grandes lanzadas, es uno de los
escritores peores de la Península, y uno de los apóstoles que menos tienen que ver con el
Evangelio.

Opina que los soldados deben hoy (ahora que hay allí tiritos) vencer en Cuba, y que
los misioneros deben ir mañana, es decir, en acabándose la guerra, cuando ya no haya
tiritos.

Claro, el P. Cámara no teme que lo manden allá, como soldado; y estará dispuesto á
ir de misionero... v. g. al arzobispado de Santiago, cuando aquello sea una balsa de aceite.

Y añade que después que venzan los soldados á los insurrectos, debemos llevar á los
vencidos el Credo y el Decálogo.

¿Para qué? El Credo... ya lo tienen en la boca. Y el Decálogo dice aquello de *no ma-
tarás*.

Debemos llevarles eso... muy pocas más leyes, derivadas de nuestra antigua legislación
indiana. De donde resulta que el Credo y el Decálogo son leyes derivadas de nuestra legis-
lación indiana.

¡Vaya un modo de poner la pluma que tiene el P. Cámara!

«Esto es divino», dice.

Sí; divinamente cómica.

CLARÍN.

PALIQUE

Yo no sé si, mientras haya aquellas cosas que decía Becquer, habrá poesía; lo que sé es que mientras haya prensa que pague poco o nada habrá chicos de la crítica voluntaria y disponible que juzguen á troche moche con la frescura del mundo. Desaparecen unos y vienen otros y siempre parecen los mismos. Sin embargo, va sacando cierta variedad, la de los pedantismos imbricados, que, valga la verdad, hace años no existía.

Hablaremos de estos fanerógamos largo y tendido y con documentos, como exige el buen arte realista.

Por hoy, olvidándome de unos y otros, voy á escribir este palique en colaboración con un erudito escritor español, residente en Berlín, el cual (el escritor, no Berlín, diría uno de sus maestros incompletos que ahora son monjes sabios) no por haber leído mucho á los clásicos se cree un genio ni trata de tú por tú á las personas á quien alguna vez reconoció superioridad jerárquica en las letras. Qui potest expere copia.

El Sr. D. Pedro de Mugica, que es de quien hablo, autor de muchos excelentes artículos de filología española, que publican las más acreditadas revistas alemanas, me envía un breve, pero sustancioso, artículo, sobre motivos del tomo de *Fe de erratas* que acaba de publicar Valbuena; y me ha parecido que en vez de andar solicitando albergue para ese trabajo en esta ó la otra revista, de esas que leen tan pocos cristianos, podía *unirlo á los autos* y publicarlo con este palique sin formar pieza separada.

Aunque yo no suscribo todo lo que dice Mugica (lo suscribe él) y no me muero en los pormenores que examina, sí me alegro de contribuir á la propaganda de la sana crítica del léxico oficial.

Valbuena, que no me ha enviado el tomo de que se trata, sabe lo que por acá se lo aprecia, y no sabe que, particularmente, le defiendo de censuras que le dirigen hombres eminentes, á quien ha maltratado.

Le defiendo; pero reconozco que la forma de Valbuena es á veces algo fuerte, y que no ha debido ensañarse con ciertos escritores de verna ilustre.

Pero, dicho esto, también añado que, sea la que se quiera la asperidad de estilo que en Valbuena se trate al poner *notas* á los académicos, cuando tiene razón, que es muy á menudo, la tiene

para el mundo entero. Y la Academia, cuando haga el nuevo diccionario, tiene obligación de atender á las rectificaciones de Valbuena que éste demuestre que son justas. El académico no está obligado á dar por bueno que se le llame... académia, pongo por bestia de carga, pero está obligado á aprovechar las lecciones buenas del que le llama académia.

La Academia se ha comprometido á atender á todas las advertencias fundadas, razonables; y tiene que hacerlo sin distinguir entre lo que se la enseña entre piropos y lo que se la enseña entre bromas, á veces algo pesadas.

Ahora tiene la palabra el Sr. Mugica:

Fe de erratas

I

Un alcalde muy ladino dijo á Blas, el tabernero: «Se queja el legar dentro de que vendes caro el vino; peor y barato opino que sería preferible.» Y Blas contestó apacible: «Yo su voluntad acato; lo vendré más barato, pero peor, imposible.»

Sí, señor crítico. Peor diccionario que el de la Academia, es imposible, ni hecho de encargo, y eso que cuesta cerca de siete duros. Veremos si el próximo es más barato y... más malo.

Yo también deseo echar mi perro chico á espaldas, con motivo de la publicación del tomo cuarto de esa crítica tremenda de Valbuena, y me permito unas cuantas observaciones respecto al texto académico, y á veces refiriéndome á la *Fe de erratas*.

Por primera, faltan en el diccionario: *echa, edad del pavo, editar, elonismo, efecismo, egriano, eslera, esleatro, egrote, eguado, egualdad, jégmi, y ejemploridad*.

En cambio, trae *égira y ágira; como arpa y harpa*.

Eleco emplea así Quevedo en *El Caballo de Nápoles*: «Si no entra el electo del pueblo, se hacen pedacos». Es un adjetivo sustantivado parecido á *fel*.

Elafanta es como *cierro*, hembra del ciervo: *sobetora*, la mujer del sobetero; *cuervo*, especie de cuervo, *delina*, la mujer del deltin, *giganta*, y *figra*, la hembra del tigre. La Academia debió de leer los versos 181 del Poema de Alejandro.

Elafantasia pronuncia la Academia, contra la opinión de los médicos que la asientan.

Faltan además: *Eliminara, elmo, embasar, embajido, embión, embosado, embravar, empaliscar, empacramiento, empacronar, empacurar, empelido, empendolar, emperter, emperio, enagado enamaris-caras, enanar, y enacantar*.

Embaiziento está sin nota de anticuado. *Embalumar* es como *amies por amies, baluma por balumba, cama por cama, también por también*.

Embarazador es hasta indecente, y está demás, como *excomulgador y descomulgador, ezeador, charador, expugnador, fabricador, durador, desador, forzador, frecuentador, descorchador* (el que descorcha).

En *embarazo* faltan *apuro y perplejidad*. Se dice *desembarco*, pero en cambio *embarque* por *embarco*. No trae la Academia *embebecido*, pero sí *embebecidamente*. *Embeber* dice la Academia que es encojar, meter una cosa dentro de otras. v. gr. un cigarro en la petaca, eso sin contar la interpretación maliciosa á que se presta esa manera de expresarse.

Faltan en *embetulado* las acepciones de envenenado y rabioso, y en *embuchado* la aplicada á botas ó pellejos. Valbuena tiene razón en lo que dice sobre *emborrullar*; pero es de tener en cuenta que en la comedia *Eufemia*, de Lope de Rueda, se lee *emburullar*.

P. DE MUGICA.

Por lo mío y por la copia de lo demás,

Clarín.

Cuando este artículo se publique, suponiendo que la saca del correo en que por suerte le toque atravesar por Pajares ó por Reinoso no quede sepultada, ó por lo menos hecha una lástima entre la nieve, ya será fiambre el documento con que el señor Puga, Fiscal del Supremo, quiso asombrar al mundo y lo pasmó en efecto.

Para las ocasiones son los hombres, aunque sean fiscales gallegos; y el señor Puga, á quien el Gobierno ofreció una ocasión de perlas para mostrar heroísmo jurídico y poder exclamar legítimamente: *fiat jus et ruat cælum*, cambió la frase y dijo: hágase lo que quiere Cánovas, y húndase el derecho.

A estas horas, la decisión del Tribunal Supremo, atribuyendo á la jurisdicción ordinaria lo que el Gobierno y el fiscal señor Puga querían que cayese bajo el poder militar, ha quitado importancia de actualidad á esta cuestión, á los ojos de todos aquellos, y son muchos, que solo atienden á los fenómenos de la vida social desde el punto de vista de la noticia fresca y del interés del momento; pero al que procure fijarse un poco más le seguirá pareciendo grave lo que el Gobierno pidió al Fiscal, según dicen, y lo que el Fiscal hizo, pidiérselo á no el Gobierno.

Mucho vale, bueno es, que el Tribunal Supremo haya enmendado la plana á Cánovas y á Puga en esta cuestión concreta; pero la pelota sigue en el tejado, y quien da un dictamen dará ciento si lo manda Cánovas á tiempo.

Que de los delitos de imprenta no entenderá el Tribunal militar en casos como el del señor Reparaz. Corriente.

Algo es algo.

Pero ni Cánovas ni Puga, han desaparecido de la escena; y á la primera ocasión Cánovas volverá á pensar que el Ministerio público lo representa á él, y debe informar como al Gobierno le parezca; y el señor Puga volverá á creer que los contribuyentes le pagamos el sueldo para que busque sofismas, y bien cursis por cierto, para que haga como que tiene razón el Gobierno.

Y esto es lo malo, lo rematadamente malo, y lo que queda sin enmienda.

Si la gente se fijara, cuanto fuera conveniente, en la necesidad de que la justicia se tome en serio y sepamos todos lo que es ley y lo que es jurisprudencia, lo que es obra del legislador y lo que es obra del juez, la escandalosa, arbitraria, disolvente doctrina sentada por Puga en párrafos ridículos, sin gramática, cursis y disparatados, estaría hoy siendo piedra de escándalo en toda España, y no se conformaría la opinión alarmada con menos que la cesantía de ese Puga y la caída del Gobierno que le ha puesto en el trance de escribir lo que ha escrito.

A cualquiera se le ocurre que en la ley, y nada más que en la ley, debe estar señalado el límite propio de cada jurisdicción. El señor Puga no lo entiende así y opina que si no hay guerra en Cuba, santo y bueno que se entiendan las cosas como siempre, y los artículos de la ley se interpreten en el sentido claro y terminante que tienen. Pero si hay guerra en Cuba, los magistrados, sin que haya cambiado la ley, deben no entenderla de otra manera, que eso no puede ser, sino suponer que quiere decir ahora lo que no ha querido decir nunca, y extender la jurisdicción militar á lo que jamás la ha extendido.

¿Qué les parece á ustedes? ¡Si es listo el señor Puga!

Como el derecho no es una abstracción, sino que es para la vida, forma de la misma, es claro que según varían las circunstancias varían las leyes. Pero ¿quién puede variarlas, quién puede reformarlas? El legislador, no el tribunal que sentencia en los casos concretos de aplicación; la ley es para cambiar la regla jurídica, pero la jurisprudencia de los Tribunales, no; éstos se limitan á interpretar y fijar la regla de interpretación; no pueden, donde todo esto obra, suplir al legislador y reformar la ley. Y esto es lo que pedía el señor Puga.

Allá en tiempo de los Romanos hubo una autoridad mixta: la del magistrado, la del pretor principalmente, en que en cierto modo el juez iba reformando la ley; pero era mediante rodeos, ficciones, sin la pretensión de suplantar la acción legislativa de otro origen. Y de todas maneras, ahora los señores del Supremo Tribunal no son pretores; sus sentencias no son *jus honorarium*, sino mera jurisprudencia que es muy otra cosa.

El señor Puga no se habrá hecho cargo de todo esto? Yo creo que sí; pero no ha tenido valor para hacer objeciones al Gobierno.

Tal vez, como Procopio, el secretario, como si dijéramos, el Morlesín de Belisario, que tuvo que escribir mucho adulando á Justiniano y á Teodora, y después se vengo escribiendo las *Anécdotas* en que saca á relucir los trapos sucios de los emperadores, el señor Puga esperará vengarse de la humillación á que le obligó el Gobierno, escribiendo más adelante la historia de esta imposición escandalosa.

Pero la verdad es que la mejor ocasión para mostrar energía y tesón la ha dejado escapar el señor Puga.

«Que menos podemos hacer, dice él, en honor de los que por nosotros están siendo héroes, que... entregar á un periodista á la jurisdicción de guerra?»

Y digo yo ¿qué menos hubiera podido hacer el señor Puga, que tampoco se está batiendo en Cuba, que imitar un poco la bizarría de nuestros soldados, y ser en este trance, sino un héroe, por lo menos algo más valiente?

Mientras otros derraman su sangre... él debió verter... el tintero y con él la breva de la Fiscalía.

Pero prefirió mojarla en la tinta china de Cánovas, y escribir... aunque la pluma tuviera pelos.

Pero no, no los tenía. La frescura con que el señor Puga defiende absurdos, sabiendo que lo son, prueba que el señor Puga no tiene pelos... en la Fiscalía del Supremo.

CLARÍN.



PALIQUE

—Oye, Gedeón, ¿por qué te empeñas en que yo sea Calínez y tú Gedeón, si es al revés, y quien es Gedeón soy yo, y Calínez eres tú?

—Entonces, ¿por qué me llamas Gedeón?

—Porque ya estoy hecho un lio, y no sé quién soy yo, ó quién es yo, mejor dicho, y vengo á ser un nuevo Sócrates del *Anfitrión* de Plauto...

—Permíteme, Gedeón, que te diga que faltas á lo pactado: hemos convenido en que el erudito de la casa soy yo; déjate de Plautos y atente á Marlesin, y al fíato de Campillo, y al chiste de repetir todos los días que eres diputado por Madrid.

—Los chistes son como la gota.

—¿La serena?

—No; la que *cavat lapidem non vi, sed aspe cadendo*.

—¡Dale con la erudición! Así me comprometes á mí, que sé mi gramática, como dirías tú ó Ladewese, y á lo mejor tengo que responder de tus soleadmos y barbarismos, por habernos obligado *tu istidum* á ser graciosos y correctos.

—¿En qué te he ofendido, Calínez?

—¡Ahí es nada! Le cojo yo un gazapo, por los pelos del bigote, al cargante de *Clarín*, y tú le das á él ocasión para que llene de conejos de nuestro patio, con calabozos, el morral.

—¡Morral!

—¿Qué? ¿Me insultas?

—No, hombre, no; cometo el defecto de batología que nosotros le censuramos á Federico Balart, de quien tú te burlas en *Gedeón*, donde no firmas, y de quien no te atreves á burlarte en un artículo que le dedicas y que firmas.

—No divagues. *Clarín* te cogió muchos adeseos del núm. 61, y me echó á mí la culpa de ellos; y para mayor *inri*, á ti te llamó gracioso y á mí pedante. Esto clama al cielo.

—Chico, qué quieres, ¡la solidaridad! Pero oye, oye; algunos disparates eran tuyos...

—Pero ya ves que he replicado (y tú no sabes quién replica á quién) que mis defectos ó otros parecidos los había también en Fr. Luis de León, Mariann, etc., etc.

—Pero no lo probaste.

—Porque tú eres ante todo diputado por Madrid.

—Ya ves como á ti te sirven más chistes cuando se ve apurada tu erudición. Además, yo también demostré que lo de morar *de por v.* asiento no estaba mal, porque Cervantes decía *morar de por v.*

—Que es otra cosa, como te probó *Clarín* en el *Heraldo*. ¡No te hables de eso! No me hables de lo que tú replicaste á *Clarín* en tus *Jueves*. ¡Oh, más te hubiera valido que fuese llegada la semana que no tiene jueves!

—Pues, chico, á mí me consta que á *Clarín* le hizo gracia el desparpajo con que me sacudí las moscas, y que me alabó, porque ni vanidad ni veneno se podía ver en mi rectificación. Y á ti no te contestó siquiera.

—Por miedo.

—Ó por desdén. Sé que le eres muy antipático, y que te llama Menéndez Pelayo *pour rire*, y que to va á sacar en algún cuento ó novela que publicará un periódico en que tú también escribes. En fin, que te cayó que hacer con *Clarín*. Y eso que *illa tempore* le copias ideas y gestos, que tú explicabas en estilo sendo clásico; y el pobre Pérez Galdós, que es un gran artista, pero que no repara

en ciertas menudencias, te recomendaba á *Clarín* porque pensabas á gusto de ellos; y yo reparaba Galdós que no eras más que un eco... en papel pautado. Por lo cual *Clarín* se olvidó de ti; y tú... empujaste á morderle... Eso no me lo niegues, porque aquí mismo...

—Bueno, bueno; esas son cuentas mías. Yo podré tener mal carácter y carcer de chispa, pero soy instruido, como Menéndez Fidal... y, sin firmar, me burlo de todo un *Clarin*, que es uno de los pocos malos que tenemos, y tomo á risa *los estudios superiores* que explican hombres como Menéndez y Pelayo, Simarro, el Inalga Cajal, á quien Europa admira... Conque ya ves si valgo. Y, además, le he dado un bombo al rey Alfonso XII y otro á Don Alfonso XIII, que es como girar una letra contra el porvenir. Y la cobraré; ya lo creo. Hablo mal de Cánovas y de los carlistas, pero soy reaccionario... y medraré. *Clarín*; insultando á los pensadores independientes y llamándolos alemaniscos en cuanto rabeen de las primeras de achica, que yo cultivo, exclusivamente, para no cometer anfibologías... En fin, tú déjame á mí.

Lo que me irrita es que defensas á *Clarín*, porque te tiene por gracioso, simpático y hombre sin hiel. Y en cambio olvidas que te cogió lo de *banal*, que es terrible.

—En cambio no replicó, ó como se diga, á lo del patio en que hay calabozos.

—Porque no quise. La plaza que tú sacaste á ídem (chiste geodécnico) no tiene nada que ver. La plaza, en cuanto *ligar ancho y espacios*, tampoco tiene casas, y la plaza en cuyo concepto entran también las casas en una especie de calle, y en la idea de calle entra por definición la de casas, y por extensión otras cosas, como árboles. En la idea de patio no cabe la de calabozo.

—Bueno; pero yo por algún lado había de salir... del calabozo. Y me consta que *Clarín* no da importancia á estas pequeñeces, y las recordó sólo por tus famosas rodillas y mejillas...

—Pues yo te digo que ni *Clarín* ni San *Clarín* me quitan á mí la conciencia de que sé, de que valgo, de que no soy un chico adocenado.

—Si *Clarín* tampoco pienas eso! Valos algo; pero eres antipático, sinuoso, que es todo lo contrario de *Silverio*. Has leído á Baralt, pero no tienes para alta en la crítica. Además, dice *Clarín* en *La Sarta* que por qué te tienen por gente nueva, siendo gente... *añadita*.

Clarín.

PALIOUE

Dispénsame mi distinguido colega el señor Saint-Aubin si no he podido contestar antes á la consulta con que se ha dignado honrarme.

Me parece muy oportuno el asunto de que se trata; y da la casualidad de que hace poco tiempo, cuando leí que *La real mosá*, del muy simpático Fellu, tenía un primer acto excelente, pensé yo algo muy parecido á lo que Saint-Aubin escribe. Como lo había pensado el año anterior, cuando vi representarse *Miel de la alcarria*, cuyos dos primeros actos, y aun parte del tercero, tienen mucho de lo que yo estimo buen teatro: realidad y sentimiento, *dichtung und wahrheit*, poesía y verdad, según la fórmula de Goethe. También, y aún con más fuerza, despertó en mí ideas de ese género la representación de *María Rosa*, que es, en mi opinión, de lo más natural y fuerte de nuestra escena contemporánea.

Si, la revisión de la literatura dramática destinada al teatro es un recurso de alzada indispensable, si se quiere que el gusto del público mejore, progreses, rectifique sus extravíos.

No es posible encauzar la corriente de la espontaneidad estética del pueblo con esas teorías bárbaras, de pura ignorancia del arte, que proclaman los que dicen que el público de un estreno es supremo juez. Un revisor escribía hace pocos días que el fallo de la sala en el estreno tiene la *santidad de la cosa juzgada*. Bonita comparación para demostrar, de una vez, que no se sabe derecho ni se sabe estética. La discutible *santidad de la cosa juzgada* es una ficción jurídica con la que no se quiere decir que toda sentencia es justa. Necesidades del orden práctico pueden aconsejar esa ficción; pero en estética, donde no se trata de un orden coactivo que ha de tener un punto de apoyo de fuerza indiscutible, es absurdo suponer infalibilidad donde se sabe que no la hay. La conveniencia de que los títulos de derecho de cada cual sean seguros y no estén sujetos á inabarcable controversia, puede aconsejar, siempre con restricciones, la tesis de las sentencias creando *título jurídico*, aunque tal vez se podría demostrar que esto, más una regla de derecho natural, es un residuo legal de la eficacia particular que en el primitivo procedimiento romano tenía la *litis contestatio*.

Pero las relaciones entre el público y el artista ¿qué tienen que ver con eso? ¿Qué daño, qué falta de seguridad en cosa alguna puede originarse de la *revisión* de las obras dramáticas?

Lo que hay es que ahora ejercen la crítica muchos que no han estudiado con seriedad la ciencia estética; y hablan del público á tonas y á locas, creyendo que esto no tiene que ver con la teoría del arte. No saben que toda buena estética considera en la obra artística tres términos: el artista, la obra... y el público. De estos tres elementos, dos son racionales, capaces de lección, de progreso por obra reflexiva. La obra nada puede aprender; es como es. Pero el artista y el público son hombres, pueden tener defectos y corregirlos; hay mutua dependencia entre las cualidades de uno y otro; el autor puede malarse, en parte, por culpa del público, y el público por culpa de los autores. Por lo cual importa mucho á la tarea crítica atender, no sólo á dar consejo al artista para que produzca bien, sino asimismo al público para que vea bien. La estética moderna, v. gr., en Henríquez, el malogrado crítico científico, ha estudiado muy detenidamente estas relaciones entre el público y el artista, y hoy menos que nunca se puede considerar como elemento invariable, fatal, irracional el del espíritu del espectador. Los que hablan del público como *jueces inapelable*, con el cual no se discute, son aduladores ó ignorantes, ó todo junto.

Si del público no hubiera más que decir sino que hay que tomarlo como es, el arte exquisito no podría manifestarse más que en esas *torres de marfil* en que se encierran algunos artistas cuyo pesimismo les hace ver al público como incapaz de apreciar la belleza.

A un público á quien no se le enseña nada, con quien no se discute, con cuyos defectos y limitaciones no luchan el crítico al juzgar y el artista al reformar, al renovar en la misma obra; á un público á quien se le trata como á un fetiche de madera, como á despoja irracional, pronto se le deja entregado á la literatura no-artística, al teatro de puro recreo sensual, á la novela de folletín absurdo y á las copias de ciego.

Si sólo fuera teatro legítimo el que pasajeramente impone el gusto actual del público, que accidentalmente presencia la primera representación de un drama, quedarían excluidas del teatro la inmensa mayoría de las obras dramáticas de la literatura universal y casi todas las obras maestras.

Es casi seguro que el público á quien entusiasman *Juan José* y *La Pasiónaria* no podría soportar hoy la representación de la mayor parte del teatro de Shakespeare; casi nada del teatro griego, latino, indio, chino, japonés, persa, etc. etc.; poco de Racine, Corneille y Molière; tal vez nada de Goethe; no mucho de Schiller, y menos del teatro moderno alemán. Aún podría citarse mucho más teatro bueno que nuestro público de los estrenos no toleraría. Es evidente que en este pleito, entre el teatro universal y el público escogido de Madrid, tiene razón el teatro universal. Y como la montaña, la estética, la ley de buen gusto, no ha de ir al público, hay que llevar al público á la montaña. La buena crítica tiene principal misión en este empeño; pero también la *revisión* de las obras que por cualquier concepto tienen defensa, puede servir mucho para corregir las deficiencias de los espectadores *determinados* de tal ó cual noche.

Sin duda, el tema propuesto por Saint-Aubin es de la mayor importancia.

Otro día, porque hoy ya no tengo espacio, continuaré diciendo mi opinión acerca de tan interesante materia.

CLARIN.

Palique

En vista de que las cosas de su propio hogar no tienen arreglo, don Carlos ha decidido arreglar la cosa pública... que tampoco puede arreglarse.

Para salvar a España, nada más á propósito que llamar á Cerralbo y á Mella y encargárgales un programa de gobierno por el figurín de los tiempos en que apareció en España por primera vez la peste bubónica.

Y en efecto: Cerralbo y Mella, poeta el uno, orador el otro, nos leyeron la cartilla política, cartilla que firmaría Alfonso XI, si estuviera un poco mejor escrita... y si Alfonso XI viviera, por supuesto.

¡Ah, señor Cerralbo! con programas así, puede hacerse libretos para óperas como *La Favorita* ó *Hernani*; pero no se gobierna á un pueblo que ya ha tenido gremios, fueros, unidad católica y todos esos flambres paleolíticos que ustedes nos ofrecen en nombre del *Pastelero de Venecia*.

Porque también es pastel, aunque *medieval*, el que don Carlos nos ofrece.

Quiere dar un aire de reacción á la última moda á su política *siglo catorce*, y nos dicta una constitución con trusas y sombrero de copa alta.

Desengáñese don Carlos: lo más para que sirve su programa, es para escribir con ese argumento un *cuento de dos siglos ha*. por el modelo de los del simpático Chaves.

..

«Mal año para el teatro», escribía yo á principios de temporada, no en sentido de imprecación, ni en el de profecía, y los sucesos (es decir, la falta de *sucesos*, en el sentido clásico... y de *galicismo*, de la palabra), me vienen dando la razón y me hacen buen augur, sin pretenderlo.

Año malo para el teatro está siendo, en efecto, el de 1896-97. No gustaron obras que se anunciaban como esperanzas de las respectivas empresas; fracasaron comedias y dramas de autores tan acostumbrados á vencer como Feliu, Gaspar, y otros que no recuerdo; Dicenta, que no debía al público más que plácemes y simpatía, no logró triunfar con el *Señor Feudal*; aunque aplaudida, no produjo gran entusiasmo *La Fiera*, de Pérez Galdós; y ahora, el *maestro*, Echegaray, asiste, sino al naufragio, á la *varada* de su último drama, *La calumnia por castigo*.

Yo, que no he presenciado los estrenos de esas obras, no puedo decir si el público ha tenido razón ó no al rechazarlas. Lo que niego es que se pueda asegurar, en tesis general, lo que afirma un crítico madrileño, según el cual, el fallo de los espectadores del estreno, tiene la *sanidad de la cosa juzgada*.

No, señor. Ni la historia, ni la filosofía estética, autorizan semejante aserto. Por muy conocidos, por vulgares, no hace falta citar siquiera los muchos casos en que obras teatrales, rechazadas en el estreno, fueron después aplaudidas ó en el mismo ó en otros teatros. En países (Italia y Alemania, por ejemplo), en que ninguna población, aunque sea la capital, pretende la hegemonía artística, se da con frecuencia el caso de que se estrene en diferentes pueblos á un tiempo, un mismo drama, y en uno sea aplaudido y en otros rechazado. En España va siendo también esto lo ordinario, y así conviene. Barcelona ha casado muchas sentencias de Madrid.

..

Pero hay varios... *pipiolos* de la crítica (llamémosla así), cortesana, que á falta de méritos personales, quieren sacar partido de la ventajilla de tener residencia en el centro oficial de la nación española, y hablan con desdén de los que escribimos en *provincias*, como ellos dicen.

Gedeón, v. gr., á quien está echando á perder un Calínez del cuerpo de Archiveros, ó

cosa así, se da tono porque *mora de asiento*, como él dice, en la Corte; y se ríe de la idea de que se pueda creer que él tiene envidia á los *catedráticos de provincia*.

El pobre archivero festivo, maestro de escuela... *incompleta*, no sabe hasta qué punto está hoy descentralizada la buena enseñanza superior, y también la secundaria, no sólo en Alemania, Italia ó Inglaterra, donde siempre lo estubo, sino en la misma Francia, donde antes París quería serlo todo, y en esta pobre España, donde lo poco bueno que hay está, á Dios gracias, muy repartido.

También habla ese ratón de *puesto de libros* del apostolado en que creen todavía algunos críticos de las afueras, como él llama á los de *provincias*.

Por de pronto, llamar á las *provincias* las afueras, es una majadería; y si la impropiedad de la expresión es voluntaria y quiere ser un chiste, además de ser disparate, es un fracaso.

En el apostolado de la crítica (la que no se cree infalible, ni celebra de pontifical), cree hoy, como ayer, y como siempre, toda persona culta y reflexiva... y hasta creen los jovenzuelos y los *ratés* que se dedican á zaherir á los críticos que no se entusiasman con las maravillas que está escribiendo esta temporada la *gente nueva*.

Por creer en la crítica, y por la ira que les causa no merecer sus aplausos, la aborrecen muchos rapaces desfachatados, que, por cierto, cayendo en gran ridículo, se dan por aludidos cuando se habla de la *gente nueva*. ¡Qué tiene que ver Calínez, el archivero de *Gedeón*, con la gente nueva!

Una cosa es la gente nueva... y otra cosa la gente... *inédita*.

CLARÍN.

PALIQUE

No está mal, eso de dar reformas a Cuba, aunque, á mi juicio, está rematadamente mal que sea Cánovas quien se la dé, y no la nación española solemnemente convocada en Cortes especiales y legalmente elegidas por medio de verdadero sufragio.

Lo que está muy feo es que Cánovas nos venga con reformas, y él no reforme el estilo, y siga escribiendo tan rematadamente mal como siempre.

Se le ha dicho que eso de «en el entretanto» es ridículo, y, cuando no puede venir á cuento, absurdo; pues él orgulloso y terco, emplea otra vez un párrafo con un «En el entretanto» que es un contrasentido. Habla de lo envalentonados que estaban los insurrectos, y el párrafo inmediato supleza «En el entretanto, es sabido». Pero ¿qué es eso de ser sabido en el entretanto?

Entre tanto tanto como abunda en el partido conservador podrá eso pasar, pero es sabido que no pasa en buena lógica.

Dice Cánovas que los cubanos dándoselos de nuestra entereza, y

que esto consta; y añade que «no debieron de haber dudado», lo cual, en español, es decir que usted no cree que dudiesen. Lo contrario de lo que acaba de asegurar. Cánovas, que mangonea tanto en la Academia, no sabe que la gramática de la misma no le permite decir allí *debieron de*, sino *debieron*, sin *de*.

El preámbulo, de que voy hablando, empieza así: «Señora: Desde que V. M. se dignó depositar su confianza en el actual ministerio, ha sido la guerra de Cuba objeto de sus constantes preocupaciones, todavía agravadas después con las rebeliones del Archipiélago filipino».

Y digo yo: Señor: la reina no depositó en ustedes su confianza, porque si la hubiera depositado... se habría quedado sin ella y no se podría decir ya que la reina tiene confianza en el gabinete.

Además, señor, esas «sus preocupaciones» no se sabe si son de la reina ó del ministerio.

Item, señor, en Filipinas no hay rebeliones, hay rebelión, y basta y sobra.

Otroisí, lo de Filipinas no agrava las preocupaciones que inspira lo de Cuba, sino que son preocupaciones por lo de Filipinas.

Preocupará más lo de Cuba, por causa de Filipinas, pero las preocupaciones que inspira Cuba las inspira Cuba, por grandes que sean, y no Filipinas.

«Hoy el fin de éstas (las rebeliones de Filipinas) parece cercano; y aunque no cabe fijar preciso término á la insurrección cubana, su notorio decaimiento basta para solicitar medidas previasoras y adecuadas al curso probable de los sucesos.»

¡Bonita política! De modo que basta que una insurrección entra en notorio decaimiento, el gobierno no debe pensar en medidas previasoras. Eso dice Cánovas. No; y eso es lo que ha hecho.

«La ley de 1856 precipitó la sublevación, para impedir que ni poco ni mucho sus beneficios influyesen en el sostén de la paz.»

Cómo ven ustedes, Cánovas, atribuye á la ley el fin de no servir al sostén de la paz.

No quiere decir eso, claro; pero lo dice. Según Cánovas, hubo que dejar á las armas que indicasen cuándo era llegada la hora de que se empleasen «los resortes de la razón y del derecho». Alude á las reformas; de modo que mientras se contestó á la insurrección con la guerra nada más, no se empleó, según Cánovas, la razón y el derecho. Ergo, estábamos peleando sin razón y sin derecho... ¡No diría más un filibustero!

Cánovas no quiere decir eso; pero lo dice: si ahora viene la hora de emplear la razón y el derecho, señal de que hasta ahora no se han empleado.

De manera que la mala gramática obliga á Cánovas á hablar como un Cullon cualquiera.

Después habla Cánovas del *final término*; como si con ser término no lo le bastase para ser final... y dice «por tanto plazo adormecidos», y no quiere decir que es por muchos plazos, sino que usa *plazo* por tiempo, lo cual es un adiestro.

«Nos estaba en grado no corto perjudicando.»

Los grados no se miden por la longitud, D. Antonio. Si hay grados cortos, los habrá largos; y ¿qué es un grado largo?

«En ningún tiempo, á decir verdad (claro, hombre, hay que decir la verdad; eso no hace falta advertirlo), ha sido útil para nación alguna el separarse en sus procedimientos políticos de la corriente general de los demás.»

Pues, á decir verdad, eso no es verdad. Roma se separó de esa corriente, y por eso prosperó; Carlo Magno también, y medró; Inglaterra, en el siglo XVI, se separó de esa corriente, y lo fué bien; Francia se separó de la corriente general en 1789, y logró que después la corriente general se fuese tras ella. Y si no fuera así, no habría quien vacase á la civilización de los períodos de estrazo y decadencia.» ¡Valiente filósofo de la historia está el Sr. Cánovas, á decir verdad en el entretanto!

«La aplicación material y práctica de las reformas.»

La única aplicación, señor, porque si no fuera práctica, ¿qué había de ser aplicación?

Después viene otro en el entretanto; y con él un lío de competencia constitucional.

Primero dice Cánovas que las reformas irán á las Cortes para obtener la legitimidad que les falte.

De modo, que Cánovas propone á la reina una cosa que no es todavía legítima.

Después dice que si es legítimo lo que hace, porque en caso de guerra extranjera pueda hacerse lo que ahora se hace. Verdad es, añade el ministro, que esta no es guerra extranjera... ¡Pues entonces! Pero... tiene mucha importancia porque nos cuesta mucho dinero y mucha sangre. Pero eso ¿la hace extranjera? No. La explicación valdría si la ley dijese: en caso de guerra extranjera... ó de guerra civil muy cam. ¡Pero como no lo dice!

Zapirón-Cánovas, por escrúpulos, recurre al Consejo de Estado. ¿Por qué? Porque la ley orgánica de éste pide que se le consulten «las leyes de Ultramar». Pues mal pedido, porque las leyes que las Cortes dan á Ultramar no necesitan ni pueden ser consultadas con el Consejo de Estado. Y en cuanto al Gobierno... no puede dar leyes.

¡Ah! tienen ustedes al gran estadista metido en un berengenal de derecho público positivo que en un examen... acabaría en un suspenso!

¿Y esa es la única cabeza del partido conservador? Que no es más que un cien pías.

Elain.



Palique

— El P. Cámara, el famoso prelado de Salamanca que llegó a obispo por orador cursi y bien relacionado, no quiere paz con los cubanos más que a tiros, como ya recordarán los lectores de LA SAETA; pero todavía persigue con más encarnizamiento que a los cubanos... a los catedráticos liberales.

Hace años, se opuso tenazmente a que se enterrara en paz y en gracia de Dios, el cadáver de un ilustre profesor de filosofía que no tenía más pecado que el no opinar como los escolásticos macarrónicos. Ahora, el P. Cámara *decreta* (los apóstoles no decretaban), que no es lícito asistir a la cátedra del Sr. Dorado, profesor de Derecho, porque las doctrinas de este señor son contrarias a las de la Iglesia.

Si aquí hubiera gobierno, y no cobardes aduladores de todas las preocupaciones tradicionales que manejan dinero e influencias, a estas horas el P. Cámara ya habría tenido el correctivo correspondiente por meterse donde no le llaman y relajar la disciplina académica.

¡Está bueno eso de que los obispos aconsejen a los estudiantes que hagan novillos! Porque, es claro que si les dice que no es lícito asistir a la clase del Sr. Dorado, les viene a decir que no deben asistir; predica la indisciplina, la vagancia. ¡Qué más querrán los estudiantes holgazanes que faltar a cátedra... por orden del obispo! Y claro, las *mamas* se darán por satisfechas con la disculpa.

Pero el gobierno debiera tomar cartas en el asunto.

..

Y ¿quién le ha dicho al P. Cámara que en la cátedra de Dorado se explican doctrinas contrarias a la de la Iglesia?

El no las ha oído, porque supongo que no habrá ido de oyente a la clase de Dorado.

De que en los libros de ese profesor haya doctrinas heterodoxas, no puede inducir el obispo que en cátedra ataque el dogma; pues puede Dorado, como publicista, exponer todo su pensamiento, y como pedagogo, abstenerse de decir cosas que pueden ser ó no oportunas; y sobre todo se abstendrá, de fijo, de hacer propaganda de sectario en la cátedra, lo cual está prohibido, no por leyes ni obispos, sino por la naturaleza misma de la buena enseñanza, que es para otra cosa.

De modo que el obispo tiene que fiarse de lo que le digan los estudiantes, fundados en sus apuntes. ¡Buenos apuntes!

O por malicia, ó por error y torpeza, ó por todo junto, la interpretación que de las ideas de Dorado den los alumnos capaces de ir con esos cuentos al obispo, será equivocada, inexacta, indigna de que en ella se funde toda una protesta episcopal.

El P. Cámara procede de ligero, además de quebrantar la disciplina académica.

Es un hombre antipático, *antievangelico*, que quiere hacer méritos en la carrera, ya que no con virtudes cristianas, que no tiene, con alardes de celo fanático. Por supuesto que no es fanático el P. Cámara; ¿qué ha de ser! Es un cursi que medró en Madrid explotando la imbecilidad de la *crème* hipócrita con flores oratorias de trapo.

A mí no me ha hecho nada; no le conozco personalmente; pero le vengo estudiando hace tiempo, le sigo los pasos y las bobadas escritas, y por lo mismo que amo la religión y respeto al buen sacerdote de Cristo, aunque con absoluta independencia, siento invencible repugnancia ante *celotas* y *saduceos* de este género.

¡Pobre Iglesia española! Mientras en el mundo entero el sacerdocio ilustrado del Catolicismo vive ya en paz la vida de tolerancia civil (no dogmática, que no cabe), y se abs-

tiene de entorpecer la marcha de la ciencia independiente por medios coercitivos, prefiriendo combatir con la ciencia misma, con el estudio, con la convicción, en España todavía tenemos un P. Cámara (¡y ciento!) que echan los perros del fanatismo ignorante y salvaje contra un profesor, por el pecado de ser, en derecho y filosofía, uno de tantos partidarios de ciertas teorías modernas.

Y cuente que yo no pienso como el Sr. Dorado. Creo que sus tendencias positivistas son erróneas, en gran parte.

No defiendo su doctrina; defiendo el derecho de la doctrina a la luz, que es para todos.

Yo también combatí el positivismo, pero no lo tengo por ilícito.

La idea no puede ser ilícita. Sólo son ilícitas las acciones. Se piensa lo que se puede, se hace lo que se quiere. Un ciego no ve; pero no es criminal por eso.

CLARÍN.

PALIQUE

No crea Calínez, ó sea el Sr. N., que le tengo olvidado (ya ve Gedeón, el verdadero tío Javier, que á él le dejo en paz, porque nada tiene que ver con este Arimón del cuerpo de archiveros á quien ahora se persigue); no, no le tengo olvidado; pero, amigo, Cánovas y yo estuvimos estos días muy atareados con las reformas y luego tarde, aunque no sin daño, á decirle cuatro frescas al malintencionado satírico oso, fúnebre y sin firma.

Está muy mal eso de firmar largo y tendido para alabar á Galdós y á Menéndez y Pelayo en forma repugnante por lo felicitista, por lo servil y rasura, y dejar sin firma burlas y hasta insultos dirigidos á hombres como Castelar, Salmerón, Giner, Balart y otros.

También es ridícula pretensión querer entender de todo. Ahora resulta N. especialista en *Tiépola*; habla de este artista como si lo hubiera parido. ¡Y qué de obras de arte jurga N. sin haberlas tenido delante de sí en la vida! Esta crítica artística copiada es de lo más cursi y ridículo que se conoce.

Das pruebas de incurable adocenamiento acaba de dar el tal

461 Madrid Cómico (Madrid), n. 731, 20 febrero, 1897.

Calínez. Primera: humillarse, ó con falta de sinceridad, que es lo peor, ó con clara conciencia de una pequeña microscópica. ¿No es sincero? Mala persona. ¿Es tan pequeño como asegura? Poca persona.

Segunda prueba de adocenamiento: hablar de *Tiépola*; meterse á crítico de artes, á historiador compendioso, á estratego, como él dice (ni en griego ni en castellano). Crítico estuche, crítico de ciento en boca.

Además N. es un chismoso y es rencoroso.

Es chismoso porque dice que *Clarín* está en *El Imparcial* prendido con alfileres.

¿Quién le ha dicho eso, y qué tiene eso que ver con la crítica?

Clarín está en *El Imparcial*, es decir, es su colaborador literario, hace ya cerca de veinte años. Solicitado ha sido para esta honrosa colaboración, que nunca pidió como jamás pidió ninguna, y como de *El Imparcial* solo recibe muestras de afecto y consideración, en *El Imparcial* seguirá, pese á N. y á los amigos que puedan haberle dado esa noticia de los alfileres.

En cambio, N. no pegó en *El Imparcial* ni con cola. Un tiempo hubo en que Calínez enviaba artículos al Sr. Urrecha para que los publicara en *Las lunas de El Imparcial*. Pero los artículos eran pesados y osos y no podían publicarse. Por eso Calínez maltrata, sin ton ni son, al Sr. Urrecha. Y es rencoroso.

Calínez quiere echársela de gracioso en el *Ojo* y halagar á los reaccionarios hablando mal de los pensadores independientes; se viste de payaso, se embadurna la cara, y está al redondel á hacer las muecas desagradadas del clown improvisado y sin vocación de gracioso. Pero de repente le tiran desde las galerías un patatazo. Alaban su torpeza, y el clown se pone serio y empieza á gritar que no quiere polémica y á repetir los chistes del payaso que tiene al lado. ¡Y á fuerza de ridículo y grotesco consigue hacer reír por la primera vez!

Y decía Gedeón: ¡A que no me coge *Clarín* otro gazapo?

Y dice Calínez: *Clarín* se dedica á la fácil tarea de cogerle gazapos á Gedeón.

De donde se deduce esta definición para el diccionario que está publicando el festivo colega:

Fácil: Una cosa que no se puede hacer.

Calínez tiene esta gracia.

Comete él un galicismo; se lo señala yo; confiesa él su delito, pero añade... *¡basta!* también lo dice... un pariente de *Clarín*.

Es esa una crítica demasiado patriarcal.

Amigo Calínez, en esto de gramática me atengo á lo de mis parientes mis dientes. O mejor, mi lengua.

¡Pues cómo me pondrá Calínez de mal hablado, si averigua que tengo un niño chiquitín que dice *cabo* por *quepo*, y *cuala* y *enquívocame*!

Calínez, como es tan retrógrado, aplica á la gramática el criterio de responsabilidad familiar y de raza que los antiguos y los bárbaros aplicaban al derecho penal.

Calínez saca no sé de dónde fragmentos de frases que atribuye á *Clarín*, y en las cuales dice que hay defectos, pero sin precisar en qué consisten.

Yo desfilé á Calínez á que nombre la clase de faltas gramaticales ó retóricas que ve en las palabras que copia y me atribuye. Pero que no se aproveche de las erratas, como *deberes* por *dolores*. En todo y por todo está siguiendo el camino de Arimón.

Ya lo sospechaba yo; es de la raza, aunque disfrazado de clown y de archivero... y *Tiépola*.

Es un erudito que huele á violeta... dislipada.

He recibido el folleto que contiene los discursos leídos por Galdós y Menéndez y Pelayo en la Academia.

Galdós no ha querido meterse á sabio interno y ha preferido ser lo que siempre fué: observador reflexivo y escritor sincero. Menéndez y Pelayo da una prueba más de imparcialidad, tolerancia y gran capacidad crítica.

Para mí es motivo de orgullo ver que el juicio y gusto de Menéndez respecto de Galdós coinciden con mis juicios y mis gustos, según constan en libros.

De *Fortunata y Jacinta* dice Menéndez y Pelayo lo mismo que yo tengo escrito en un libro titulado *Maxilia*, *creo*.

De la falta de lirismo de Galdós habla Menéndez, y de eso tengo yo hablado mucho. Y como sería absurdo suponer que Menéndez ha tenido tiempo de leerme á mí, resulta que coincidimos, que es lo que me halaga.

Un señor que tiene la audacia de firmar *Gil Blas de Santillana*, en *El Día* (quién lo había de decir), se da por aludido en un palique mío del *Heraldo*. No había tal alusión, caballero.

Donde yo le puse á usted las peras á cuarto fué en *La Seta*. Allí le censuraba á usted... á carcajadas, porque usted había tratado de mala manera á Galdós diciéndole que tenía la obligación de escribir obras más perfectas.

Además, demostraba que es usted un crítico de taquilla.

Pero en el *Heraldo* no aludía al tal Santillana.

Pero ya que lo quiere se le anunciara, que buena falta le hace. Un anuncio de esos, aunque sea en caricatura, los da á la vida á estos del montón anónimo.

Clarín.



Palique

Gedeón, dice un día: «¿A qué no vuelve Clarín a cogerme ningún gazapo?»
Y en el número siguiente, dice Gedeón: «Clarín continúa dedicado a la fácil tarea de cogerle gazapos a Gedeón».

Contradicción se llama esta figura.

Por supuesto que el que se contradice, y se pone serio y tristón (con la tristeza ridícula del pavo que llora *debajo* de los polvos de arroz y el colorette), no es Gedeón, ó sea el señor R., sino Calinez, ó sea el señor N.; un muchacho muy delante y de carácter avi-nagrado.

¡Para qué se mete a gracioso el pobre N., si le falta correa y mundo; y, en cuanto le dan una leccióncita, se aturde y ya no da pie con bola y escribe, dejando las máscaras alegres, en estilo de comunicado ramplón?

Y dice N. que no quiere polémica con Clarín.

Que es como si un muchacho que vuelve de la escuela con las posaderas como toma-tes, dijera que no quería más polémicas con el maestro.

Usted, señor N., hará lo que el loro del portugués: ir á donde le lleven.

No es usted quien ha de avisar cuando ha juzgado el feo vicio de meterse con los mayores en edad, dignidad y gobierno.

Es muy fácil eso de reírse de hombres como Salmerón, Giner, Balart, para caer en gracia á los reaccionarios, y censurar á los preclaros varones citados, sin más que gratuitas afirmaciones, sin pruebas que justifiquen las censuras. Lo difícil es no encontrarse con la horma del zapato metiéndose en tales malandanzas.

También es fácil empeñarse en ridiculizar al señor Urrecha, sin por qué ni para qué. á no ser por una ruin venganza de antiguos desaires. El señor Urrecha tuvo que echar al cesto de los papeles inútiles, muchos artículos que el señor N. quería que le publicase el señor Urrecha en *Los Lunes del Imparcial*. *Inde ira*. Lo que es difícil, que estos trapitos no salgan á relucir tarde ó temprano.

✱

Para que vean ustedes la buena fe del tal pseudo-Gedeón:

Dice Gedeón: *palal*. Y digo yo: eso es un galicismo. Y replica Gedeón: es verdad, pero también emplea esa palabra don Fulano de Tal.

Y ese don Fulano... es un pariente de Clarín.

De modo que Gedeón, no pudiendo encontrar (porque busca mal), defectos de lenguaje en Clarín... se los busca... en la línea colateral.

Y el mejor día me echa en cara que tengo una criada que dice *haiga*.

La lógica de Gedeón, en este caso, censurándose á mí por galicismos... de mis parientes, es como la del lobo en la fábula de Fedro:

Puter hercule tuus, inquit, maledixit mihi.

La diferencia está en que yo no soy cordero ni N. es lobo.

¡Qué lobo!... Es... lo dicho: una colección de gazapos.

✱

En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que invitan á los *deca-dentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura.

Pero hay una, que no es decadentista, titulada *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta,

seria, original é ilustrada. Trabaja en ella un señor don José Enrique Rodó, que es un crítico de cuerpo entero, que no está vinculado con ninguna de esas pestes pegajosas que tantos y tantos escritores jóvenes americanos llevan de París á su tierra.

El señor Rodó reconoce que el *jugo* de las letras hispano-americanas debe tomarse de la tradición española.

Perfectamente.

¿Cómo no he de estar conforme con esa idea, si la vengo predicando hace años en todas partes, principalmente en *El Imparcial* y en *Las Novedades* de Nueva York?

Críticos como el señor Rodó, pueden hacer mucho en América, por la sincera unión moral é intelectual de España y las repúblicas hispano-americanas; unión que podría pre-parar lazos políticos y económicos futuros, de la que, á mi ver, ya tiene sentadas las pre-misas la historia, y que serán la consecuencia que saque el porvenir.

CLARÍN.

PALIQUE

¡Pobre Grecia! Vese amenazada por Alemania... y el Sr. Ferrari, poeta de Valladolid, no la amenaza, sino que le da, sin tiento, *palo de Homero*, es decir, palo de ciego.

PASADO

dice el Sr. Ferrari; pero ¡qué! no podemos pasar por ese pasado. Puede que al Sr. Burell que, según un corresponsal de París, es crítico de ideas y sentimientos, le parezca bien el *Pasado* del Sr. Ferrari; pero yo, que no paso de crítico de menudencias de las del trivio y del cuadrivio, de ninguna manera puedo dar el *pase* a lo siguiente, que pasa de la raya:

¡O Grecia, musa eterna, Sibila de la Historia,
cuyos cabellos cuerdos de nuestras liras son!

¡O Sr. Ferrari, *Sibilo* de Valladolid! ¿qué tiene que ver el primer verso con el segundo? Además, es cosa fea imaginar una Gre-

cia con cabellos, y hablar de pelos a las primeras de cambio. Y ¿qué significa Sibila de la Historia? También la *Sibila*, in otra, la verdadera, es de la historia. ¿Y por qué ha de ser Grecia... sibila? ¡Y vaya una imagen poética esa de las liras con cuerdas de pelo, como los cuerdos de las peluquerías de aldeas! No serán liras, serán bigorímetros.

Ya se le conoce al Sr. Ferrari que tiene pelos... en la lira.

Tus golfos se recortan en *freccas* enanadas,
enlázase en tus montes la oliva al abedul...

Las *ensenadas*, *freccas* ó sin refrecar, no son cosa que caracterice á Grecia; y en cuanto á los montes con olivas enlazadas al abedul, protesto contra ellos, en nombre de la buena disciplina forestal.

¿Cómo han de estar los olivos ó olivas enlazadas á los abedules? Además, ¿son poblados de olivos esos Ferrari que están los montes de Grecia, así, en general? Lo que se puede decir del Ática, por ejemplo, no se puede decir de toda Grecia. Y si Minerva, ó mejor, Palas Atena, hubiera visto que las olivas áticas estaban enlazadas á los abedules, no se hubiera dejado hacer patrona de aquella tierra. ¡Váyale usted á la diosa de la sabiduría con abedules!

463 Madrid Cómico (Madrid), n. 732, 27 febrero, 1897.

Ahora, si el *abedul* le hacía falta al poeta para extraerle, no el *aceto* que se emplea en la piel de Rusia, sino el cononcante que otros generosamente al *azul* que viene después, eso es otra cosa. Pero no había falta enlazar abedules y olivas, que no osan bien por la diferencia ordinaria del tamaño.

las islas te circundan cual perlas degranadas
de un collar, ó císmes en el romano azul.

¡Vaya un *romance* que formará el Mediterráneo que rodea á Grecia!

Tú diste á todo un alma. Por ti en imperio ejeren
la fiera de los bosques y el águila veloz.

No paso por nada de eso. Ni todo tiene un alma (por ejemplo, el abedul no la tiene), ni á quien la tiene se la ha dado Grecia. Ni el águila veloz, ni la *fiera de los bosques* ejeren en imperio gracias á Grecia.

Y si el Sr. Ferrari quiere decir que Grecia imaginó que tenían alma todas las cosas, é hizo hablar á los animales, eso lo han hecho otros países más caracterizados en tal sentido; v. gr., la India. Compare el poeta el Ramayana con la *Ilíada*, y verá que las prosopeyas panteísticas de Oriente dejan muy atrás á la mitología antropomórfica de Homero y Hesíodo.

En ti las espesuras, detrás de cada fronda
descubren un silvano dormido en el marjal.

¿Qué son silvanos, Sr. Ferrari? El diccionario no lo sabe. El de la Academia se entiende. Pero yo paso por los silvanos, pese á la Academia y á Chateaubriand.

Y el *marjal* es algo, pero no es palabra nada helénica; ni es cosa segura que en las espesuras de los bosques griegos abunde la *barilla*, que es planta propia de las orillas del mar y de terrenos pantanosos. Pero el *marjal* es al *crystal* lo que *abedul* era al *azul* de marra.

Tu suelo fué tallado como un imenso plinto.

Un plinto es un *cuadrado* sobre que asienta la base de la columna, según la Academia; y la figura de Grecia se parece á cualquier cosa menos á un *cuadrado*.

Tus tiempos ignoraron el mal y la tristeza.

Con esas *señas*, cualquiera reconoce á Grecia: un país de *marjales* y abedules y en que no había tristeza ni mal. Eso es Jauja, pero Grecia no.

Dice Ferrari también que para los griegos era

la muerte un dulce sueño por término á un festín.

Amigo Ferrari, eso prueba muy poca lectura de autores griegos. Sin leer más que el canto XI de la *Odisea* y el *Fedon* de Platón podrá usted comprender que los griegos no veían en la muerte un dulce sueño, sino algo bastante menos agradable. Dígalos Feleo.

Por último:

En cada huella tuya trazada sobre el barro
el molde de una Venua dejabas al pasar.

Aquí hay que figurarse una Grecia que camina sobre barro y cuyos pies tienen la forma de una Venua. No cabe diátesis mayor. Una *huella* que deja un molde de forma humana, de estatua, es el *silencio* ó *intundido* mayor que se ha visto dentro y fuera de los marjales.

Clasim.

Palique

Créame *Gedeón*: debe darle la licencia absoluta á ese maestro *incompleto* que le escribe el *Ojeo* y que pasa por ojo el sentido común, todas las semanas.

Ese demontre de seminarista no sabe leer más que por las *Platiquillas de Aurelio*; es un Menéndez y Pelayo de primeras letras, y parece muy mal en un periódico alegre, intencionado, de mundo.

Ahora el tal Calínez se mete con González Serrano (siempre le molestan los pensadores liberales), y le critica porque dice *opulenta en mitos*. ¿Por qué no ha de poder emplearse el adjetivo opulento en sentido metafórico?

* *

«Porque en amor, como dicen los Goncourt de la literatura, no se conoce, etc.»

Así dice González Serrano, y pregunta Calínez: ¿Quiénes son los Goncourt de la literatura?

¿Pero cree Calínez que Serrano escribe para majaderos?

«Dicen los Goncourt de la literatura», es lo mismo que «los Goncourt dicen de la literatura», con un hipérbaton fácil, sencillo, lícito indudablemente.

¿Ha estudiado gramática Calínez con algunas monjas francesas de esas del Santo Angel?

Aunque nuestras lenguas modernas son analíticas, en ellas, y muy particularmente en castellano, es lícito el hipérbaton cuando no hace obscura la frase. En francés, por culpa de los pedagogos de los últimos siglos, tan justamente censurados en este punto por Taine y Lavisse, hay menos libertad para esta transposición natural y clásica de las palabras; pero nosotros no escribimos en francés.

Calínez cree que Serrano quiso decir: «En amor, como en literatura, según los Goncourt».

Pues no hay tal cosa; porque eso significaría que los Goncourt comparan el amor y la literatura, y no es así.

Lo que quiso decir, lo dijo González Serrano; y en todo caso, si el hipérbaton empleado

no fuera lícito y hubiera ahí verdadera anfibología, que no la hay, se escribiría así: «Como los Goncourt dicen de la literatura».

De modo que Calínez tacha lo que está bien y además la yerra al corregir la plana.

* *

Pero nada de esto es lo más grave; lo más grave es que ese señor N. L. (según mis noticias), que escribe el *Ojeo de Gedeón*, se ha dedicado á maltratar, con burlas y desprecio, á los más ilustres representantes de la poca cultura que tenemos; y se ensaña con los liberales, con los enemigos del *Katipunan* reaccionario y frailuno.

Si ese N. L. estuviera pagado por los obscurantistas, como lo están otros, para difamar á los amigos del progreso, no trabajaría con más ahínco en su obra, que no es de destrucción por lo escaso de sus fuerzas, no por falta de intención dañina.

Para N. L., que se postra como un *fetichista* ante algunos que le han puesto buena cara, son seres ridículos y escritores chirles, y pensadores hueros, hombres como Castelar, Salmerón, Giner, González Serrano, y sólo merecen risa y desdén profesores tan dignos de alabanza por sus esfuerzos, su aplicación y su talento, como Cossío, Buylla, Posada, Unamuno, etc., etc.

La mayor parte de estos señores no tienen por profesión la literatura; se dedican á las ciencias, y escriben, porque es un modo de entenderse. ¿A qué viene, entonces, andar á caza de nimiedades en el lenguaje y estilo de estos profesores, y dejar en paz á tanto poeta, novelista, crítico, etc., que escriben mucho peor?

No estará pagado por los frailes, N. L., pero, por lo menos, está muy pagado de sí mismo. *Liquidaremos.*

CLARÍN.

PALIQUE

Según afirman varios cronistas, la señora Pardo Bazán ha dicho en sus *estudios superiores* del Ateneo, que Víctor Hugo, más que gran poeta, era poeta *amplio*.

Será como la ciencia de doña Emilia, que me parece más *amplia*... que grande... y *aprovechada*.

También dicen que Castelar, oyendo esto de la amplitud de Víctor Hugo, exclamó: «¡Injusta! Muy injusta!»

No, D. Emilio. Cada cual habla de la forja como la va en ella; el Víctor Hugo que doña Emilia puede comprender, no es el mismo Víctor Hugo que puede comprender Castelar.

La señora Pardo, que es una *Petra in cunctis*, embarca de todo, y habrá leído las poesías de Víctor Hugo deprisa y corriendo. Además, tiene el espíritu cerrado á las más altas sugerencias artísticas; llega donde puede, y la luz que ya no puede resistir la niega. La señora Pardo vive en perpetuo *petacismo*, esclava, particularmente, del que impone la moda, y ya se sabe que es moda desconocer el mérito de Víctor Hugo.

Añádase á esto que doña Emilia no perdona á los poetas, grandes ó *amplios*, que *le tomen el cabello*; y así como á Zorrilla no le perdonó lo de la *inevitable Emilia*, á Víctor Hugo no le perdona cierta desdenosa acogida, que la misma Pardo nos describe. Figúrense ustedes que, siendo una muchacha, visitó la Pardo á Víctor Hugo y se atrevió á discutir con él.

¡Qué cara pondría el patriarca de la lírica francesa!

Pues eso es lo que no le perdona la Emilia la cara que Víctor Hugo había puesto.

Poco importa que la Pardo no le reconozca á Víctor Hugo más que una dimensión; lo grave es que, por una tolerancia mal entendida, se mezclan con los *estudios superiores*, que realmente lo son, como v. g., los de Cajal, M. y Pelayo, Simarro, etc., etc., esas superficiales rapsodias de asuntos manoseados á que se entregan la Pardo y un don no sé cuantos M. Pidal, que está explicando nada menos que los *orígenes* de la lengua castellana.

¡Qué diría uno de esos sabios extranjeros que nos honran estudiando profundamente las letras españolas, si viniera á Madrid, y, en el Ateneo, nada menos, y en clase de *Estudios superiores*, oyera las vulgaridades de ese muchacho que es un político pidalino, que en los ratos de ocio se dedica á Menéndez y Pelayo... *instantáneo!*

El Sr. Moret sabe, si lee el HERALDO, que yo le he celebrado por su iniciativa en esto de los *Estudios superiores*; pero no hay que llamar así lecciones que correrán parejas, á lo sumo, con las ordinarias de multitud de cátedras de literatura española, sin pretensiones de superioridad.

Para hacer algo bueno en empresas como la acometida por Moret, no hay más remedio que saber *ganar enemigos*. Enemigos tienen que ser, en España, de quien pretenda ayudarle en su progreso, todos los que salen perdiendo con que no sean río revuelto ni le enseñanza ni la crítica.

Otros presentan con orgullo el pecho lleno de cruces; yo tengo en vez de cruces multitud de enemigos que me he ganado negándome á reconocer mérito donde no lo hay.

El Sr. Moret podía aumentar su gloria de iniciador de esa institución tan digna de alabanza, hilando más delgado, y no consintiendo que expliquen *superiormente* varios *infimos* reclutas de las ciencias y de las letras.

Esto de reclutas infimos lo digo por Menéndez Pidal, no por la Sra. Pardo, que es persona de mucha lectura y de merecida fama. Pero sus *causeuses*... leídas, acerca de la literatura moderna, así, en peso, toda la literatura moderna, tendrán que resentirse del indispensable carácter de segunda ó tercera mano y de la superficialidad que se advierte v. gr., en su obra acerca de *San Francisco* (que pienso examinar muy pronto), y en sus poco originales estudios de literatura rusa. Para una *dama española* es ya milagroso lo que hace doña Emilia. Pero esos *estudios* no son *superiores*... más que á los de M. Pidal acerca de los orígenes de nuestra lengua.

En fin, que la idea del Sr. Moret es excelente, pero los que la consideramos beneficiosos, debemos, no elogiarla sin reservas, sino procurar su mejora, señalando los inconvenientes con que tropieza... en la *ejecución práctica*, como dice el Sr. Navarro Ledesma, un M. Pidal fúnebre y que sabe mucho de gastas y gualdrapas.

Y voy á acabar con un chascarrillo, al estilo de Fernández Bremón.

—¿Qué le parece á usted, condesa, de ese muchacho que siempre nos está hablando de los Niebelungen y del *Mio Cid*?...

—Creo que es un crítico muy erudito y que domina todo lo medioeval...

—Eso me ha parecido á mí; *medioeval y medio-tonto*.

CLARIN.

465 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.308, 5 marzo, 1897.

★ PALIQUE

Para nadie es ya un misterio que el señorito que escribe en *Gedón* el *Ojo* con pedantería insuperable, sin pizca de respeto para los más ilustres escritores, y sin... firma, es un tal Navarro Ledesma. Que lo niegue, si se atreve, con su firma al pie de la negativa... y, por su honor, asegurando decir y haber dicho verdad. Y después, si tal hace, yo le probaré, comparando textos, que él mismo ha demostrado que es el Sr. Navarro Ledesma el que escribe el *Ojo* (1).

Bueno, pues este Navarro, que insiste en llamar mal escritor a una persona de quien sólo cita una frase mal escrita... que se le demostró que no está mal escrita; este Navarro que se burla de Belart porque, de propósito, repite una palabra, este Navarro escribe como van ustedes a ver (*Apuntes*, núm. 50, 27 de Febrero 1897):

«*Comentarios*.—Muy abundantes y sabrosos serían los de esta semana, si en el corto espacio disponible para ello pudieran tratarse todos los asuntos que ocupan la atención general.»

Así escribe cualquier fel de fechos. Y eso es el Sr. Navarro: un fel de fechos... y *gestas*, como dirían él o el inventor de los *Infantes de Lara*, ó sea el Sr. M. Fidal, que se pasa la vida cobrándole *gestas*, en prosa ó en verso, á la Diputación provincial de Oviedo.

No hay chicos más indigestos que estos de *gestas* y *gestos*.

Quedamos en que los comentarios serían abundantes si cupieran en un corto espacio. No, hombre, no. Justamente todo lo contrario: si cupieran en corto espacio... no serían abundantes. Y tampoco serían sabrosos por haber ó no haber; serían sabrosos porque es usted de lo más salado que se conoce en materia de archiveros y bibliotecarios. Es usted el Torreleja de los *Incunables*. No hay más que ver ese estilo que está chorreando gracia...

«Todos ellos son de grandísimo interés, de indiscutible importancia, y merecen ser estudiados con la extensión debida en forma grave y profunda.» ¿Eh? ¿Qué les parece á ustedes de la forma profunda? Esa forma profunda debe de ser la cuarta dimensión de que hablan los modernos geométricos.

Segue diciendo el fel de fechos incunables que «las grandes potencias se encuentran en situación semejante á la del vizcaino y don Quijotes. Y añade: «Esa semejanza refiérese exclusivamente á la situación de las potencias».

¡Pero, hombrín, si ya lo ha dicho usted! La situación de las potencias en la semejanza; y luego, «la semejanza se refiere á las potencias». ¡Claro, hombre! Con ese modo de escribir todo espacio es corto para los cronistas de plomo ó di-plómáticos.

«La terrible lucha del hombre con las necesidades que crecen.»

¡Valiente economista! El hombre no lucha con las necesidades, si no por las necesidades.

(1) Este artículo llegó á Madrid el miércoles. El número de nuestro colega *Osadón*, que apareció el mismo día, publica un artículo dirigido á *Clarín* y firmado por el Sr. Navarro Ledesma. Reelga, pues, este primer párrafo, que no suprimimos por la relación que tiene con el siguiente. —N. de la R.

Si yo necesito un panecillo y lucho por conseguirlo, no lucho con el panecillo.

Esto ya era así en tiempo de los Infantes de Lara y de los Niños de Ecija.

Lucha con las necesidades el asota, por ejemplo, que procura vencer la naturaleza y no satisfacer sus deseos. Pero en la lucha de pobres y ricos los pobres no luchan con las necesidades, sino por las necesidades, para satisfacerlas; no para aniquilarlas, que no es posible, por eso... porque son necesidades.

«Si tales propósitos existieran, pronto veríanse anulados.»

No se dice así veríanse, sino se verían. Ya sé que Mencheta, para ahorraz perros grandes, escribe así los telegramas, y Burell también pone el me y el te y el se, á todo punto, para darse tono de escritor más emocional que gramatical; pero el Sr. Navarro debe de saber que, si en tiempos remotos se escribió así, y hoy también puede hacerse, es cuando el verbo ocupa otro lugar en la cláusula. Y el que quiera saber más que vaya á Salamanca; pero ojo con el F. Cámara.

«Si no por su importancia teatral; merece que de él se hable en primer término, por lo delinado y selecto de su composición el lucidismo y selecto (his) entremés.»

¡Selectísimo! Ya está usted lucidísimo, entremés, selecto... y fresco...

Y este hombre se ríe de Castelar porque habla de gualdrapas que no son de tela. O de paño, oh entremés incunable y lucidísimo... y encarnizado, como usted dice (atropellando á *Miguel Ángel*) de cierta quilecosa que no puede ser encarnizada.

Créame el simpático propietario de *Apuntes*; ahora, con motivo de las reformas importantes que va á introducir en su periódico, ya popular, debo limpiar la redacción de críticos *medievales*. Que se vayan con las *gestas* á otra parte, y que aparezca la *Revista moderna*, moderna de veras: y no con esas ráfagas de sablucos anticuados y retrógrados que creen imitar á Marcelino Menéndez y Pelayo parodiando su poco piadosa crítica de los cronistas españoles.

Clarín.

★

PALIQUE

Dos estuches.

La embajada española del Vaticano, ó cerca del Vaticano, ha ofrecido al Papa un precioso estuche que contiene cinco mil pesetas en oro. Envía á Su Santidad este don el señor marqués de Pidal, que cumple así con una disposición testamentaria del ilustre cardenal y filósofo Fr. Zeferino González, quien quiso dejar un recuerdo, con este legado, al Sumo Pontífice.

El estuche que encierra las cinco mil pesetas en oro es una verdadera obra de arte.

San Francisco de Asís, amante de toda pobreza, quería que aborreciésemos las ricas preseas («*Exquisitos pannos horrere jubet*», dice su historiador Celano), pero, sobre todo, aborrecía el dinero, como si tuvieran las monedas dentro de sí al demonio («*Super omnia execrabitur pecuniam... tanquam ipsum diabolum innuit fugiendam.*»)

La regla de San Francisco era que el dinero no había de tocarse siquiera, ni era lícito poseerlo por mano ajena; había que pisotearlo, como el polvo.

En cierta ocasión, un devoto, después de orar en la Portiúncula, dejó, al retirarse, cierta cantidad de dinero á los pies de un crucifijo.

Un hermano lo vió, lo recogió y lo puso sobre una ventana.

San Francisco se mostró muy afligido, porque su compañero había faltado á la regla tocando las monedas.

Le reprendió delante de los demás *menores*, y para dar solemne ejemplo, le impuso la penitencia de coger el dinero con la boca, salir del monasterio y dejar el metal diabólico sobre el primer montón de estiércol de asno que encontrase. (*Hacc ab ipso erat solertia data suis ut sterqus et pecuniam uno amoris pretio panderarent.*)

Como se ve, el marqués de Pidal y San Francisco no están de acuerdo en la calidad de los estuches que deben guardar el oro.

Para el marqués no son de igual mérito el *stercus* y la *pecunia*.

Pero, en tales casos, ya se sabe que son los santos los que exageran; porque si fuera verdad lo que San Francisco pensaba... el *dinero de San Pedro*... tendría los demonios en el cuerpo.

Y el marqués de Pidal le habría mandado al Papa un estuche como el que Mefistófeles saca del infierno para Margarita. Un precioso estuche... con el diablo dentro, entre raso y terciopelo.

Y para el diablo, mejor es el *stercus* en que dejaba el oro San Francisco.

No, sublime, fundador.
El diablo no está en el oro.
Pero lo maneja.

Y como lo recoge entre el estiércol de asno

en que tú lo dejaste... el diablo del oro tiene las manos pueras.

Pero todo lo lupa un buen estuche.

*

Y estoy casi seguro de que, si San Francisco resucitara, nada tendría que decir de Fray Zeferino, que dejó al Papa dinero, porque sabía que el Papa lo emplea en obras de caridad y en servicio de la fe.

Con quien San Francisco estaría menos amable sería con el marqués de Pidal, que inventó lo del diablo del estuche.

Hay ciertos *taques* de buen gusto, señor marqués, en que estaría un santo lleno de miseria, de la Edad Media, y no está un aristócrata de la cristiandad *plutocrática* de nuestros días.

No, no se le ocurriría á un verdadero discípulo de Jesús, el *ebsonita*, guardar un puñado de oro... como quien guarda una reliquia.

CLARIN.

Palique

Bremón no cree en la buena fe de los Estados Unidos.

Bueno, bueno; hable usted, y después que nos venga por su culpa un conflicto internacional.

¿No le basta á usted ser un *conflicto* nacional?

* *

Y dice Bremón: «en el siglo xvi la farmacia española y sus profesores estuvieron al frente de todas las naciones».

¡Demonio! ¡Y la historia universal que no sabía una palabra! ¿Conque en el siglo diez y seis los boticarios hispanos dieron un golpe de Estado y se pusieron *al frente de todas las naciones*, es decir, impusieron el Cesarismo hispano-farmacéutico?

No llegó á tanto el doctor Garrido en el siglo xix.

Y sigue Bremón:

«...y singularmente y en corporación Barcelona y Zaragoza.»

¿Conque singularmente... y en corporación? ¿Y cómo puede ser eso? Porque yo no se que pueda uno singularizarse... en corporación. Y además, si fueron Zaragoza y Barcelona, que son dos, tampoco fué singularmente sino *pluralmente*.

* *

El ilustre droguero literario, sigue diciendo: «...inserta en su *Tratado de peste* varios perfumes»...

Comprendo que se perfume un tratado de peste... pero ¿cómo se insertan los perfumes?

* *

«El señor Olmedilla ha publicado y nos obsequia con un ejemplar de su *Estudio* etc.»

Resulta que Olmedilla ha *publicado con* y ha publicado un ejemplar.

Corta me parece la edición.

Y sigue Bremón, más boticario cada vez:

«Poniendo hojas calientes sobre el dolor...»

Dificillito me parece eso. ¿Cómo se han de poner hojas, ni siquiera paños... calientes... sobre un dolor? Se podrán poner sobre el miembro que duele, pero sobre el dolor... no hay manera.

«Tomando el humo por la boca hace echar las materias del pecho á los asmáticos.»

De modo que el médico toma el humo y los enfermos echan las *materias del pecho*? El médico fuma y los enfermos escupen.

¡Qué Bremón éste, qué cosas descubre cuando se mete en farmacopeas de *cuatro siglos* ha!

* *

¿Se acuerdan ustedes de aquel Calínez que se empeñaba en ser tres graciosos distintos y un solo *Gedeón* verdadero? Pues ya ha enseñado la hilaza. El pobrecito, inexperto, no comprendió que lo que yo me había propuesto, y así lo dije á varios amigos, era quitarle la gana de decir chistes fúnebres y el traje de clown, y hacerle salir al medio de la pista... despistado y en mangas de camisa, pálido, sin colorete ya, diciendo cosazas de *comunicado*, como cualquier concejal en entredicho.

¿A qué declara que es Fulano de Tal, un solo cursi verdadero, y no tres graciosos, como ahora dice?

Y en efecto; *por fin* se descuelga firmando una porción de mentiras, como él dice con trase digna de... *la plaza de la verdura*.

Y ¡qué desengaño para los que creían que el autor del *Ojeo* era alguien!

¡Quíá!

Se llama F. Navarro Ledesma.

¿Ven ustedes? Nada.

Hay que llamarse algo que suene.

Para atreverse con Castelar, Balart, Giner, Salmerón, Emilia Pardo Bazán, González Serrano, Unamuno, etc., etc., hay que ser algo más que un *mero* F. Navarro Ledesma, que no es más que una variante de Juan Fernández.

Este Ledesma, este buen Navarro, este *inaudito* F., se las echa de amigo de Galdós.

Verán ustedes qué amigos tiene... don Benito.

Don Benito enseñó á Ledesma, *illo tempore*, una carta mía. Y, por lo visto, Ledesma se quedó con ella ó se la aprendió de memoria.

Y ahora Navarro se burla de lo que yo decía *privadamente*, no á él, sino á Galdós, en aquella carta, y amenaza con comentar públicamente su contenido.

¿Cree el buen Navarro que la moral y la educación son compatibles con semejante abuso de confianza?

Cartas que yo escribo, *en el seno* de la intimidad, á Galdós, de mí para él, ¿puede publicarlas ni comentarlas en un periódico un extraño, un Ledesma?

¿Qué idea tiene del... *savoir vivre*, ese Ledesma?

¿Con qué cara se presentará ahora á Galdós?

Oiga usted, caballero, le diré el maestro; ¿con qué derecho quiere usted sacar partido para la defensa de su vanidad, de las cartas que me escribe á mí Clarín y que usted ha visto por excesiva bondad mía?

* *

También se *agarra* á Menéndez y Pelayo el Ledesmita, que *se las echa de erudito*... limpiándole las bótas con la lengua á su *ilustre* amigo.

Y quiere enemistarle conmigo diciendo que yo he llamado plagiarlo á Menéndez y Pelayo.

No sabe Ledesma que la amistad de estos dos condiscípulos, Menéndez y Clarín, está fundada en base muy sólida, como hace poco me recordaba Menéndez en carta carísima, que no enseñaré á Navarro. ¡Dios me libre! ¡quién le enseña *documentos privados* á este erudito con ganzúal!

* *

Yo no he llamado plagiarlo al insigne y querido Marcelino. He dicho, y es verdad, que en varios juicios acerca de Galdós y sus obras habíamos coincidido, de lo que yo me alegraba. Empezaba por decir que no creía que Menéndez me hubiese leído á mí. Y si no me leyó, ¿cómo me había de plagiar?

Quién plagia es Ledesma, que copia esa calumnia de otra idéntica de un *Gil Blas de Santil'ana*, crítico (!) en *El Día*.

¡Pobre Ledesma! ¡Plagiarlo de un *mono sabio*... mucho menos sabio que él, sin duda alguna!

* *

Dice Bremón que no tienen buena fe los Estados Unidos.

Peor la tiene Ledesma, que se pasa la vida queriendo meter cizaña.

Mucha envidia tiene á todos los que escriben en *Los Lunes de El Imparcial*, donde á él no le quisieron *varios* artículos.

Primero dijo, chismoso como siempre, que Clarín estaba en *El Imparcial* prendido con alfileres. Y ahora dice que para que me publique *El Imparcial* las *Revistas literarias*, tengo que partirlas en dos. ¡Malicioso! ¡Qué más quisiera usted que le partiera *El Imparcial* los artículos... y se los pagara á treinta duros!

Quién los divide soy yo, infeliz, cuando me salen muy largos. Y en la *Administración* me pagan trescientas pesetas por una parte y trescientas por la otra. Al lector no le importan estas menudencias; pero al reo, al pobre Ledesma, sí, porque se morirá de envidia. Que rabie.

¿Qué casta de pájaro literario será este Navarro que le hace á uno hablar de estas cosas? No es un literato, es una comadre. Una *triste comadreja*.

Es un Tersites sin ingenio.

CLARÍN.

PALIQUE

Los carlistas nos perdonan la vida, pero no es más que por una temporada. Ahora nos dejan escapar, porque temen que no estamos todavía bastante débiles y podamos enseñarles los dientes, y hasta morder. Así como el perro de Samaniego (no de Rosas) le pedía al lobo que le dejase marchar libre y le ofrecía volver muy lúcido y gordo, para ser mejor becado, del propio modo... sólo que al revés, el lobo del Masetrago (no siempre ha de ser tigre) nos deja marchar sanos y salvos por ahora, porque todavía no estamos bastante flojos. Por boca de mi antiguo compañero el Sr. Barrio y Mier, a quien siento ver en tan malos pasos, declaran los siervos del siervo de las suripatas que por ahora no se moverán—no se cuentan los simulacros y demás ejercicios preparatorios—los carlistas; por lo menos, los senatos y de risón cubierto y con intereses creados a la sombra del árbol, no de Guernica, sino del presupuesto. Sería innegato, sería antipatriótico levantarse en armas ahora... que todavía hay algunos cuartos, un poco de crédito y no poco ejército en la Península; tropas frescas que nos batirían el codo con mucho gusto, ganando gloria y grados (los oficiales) en el clima nasal, sin exponerse a los peligros de Cuba y de Filipinas. No tema el Gobierno, no tema el país; los que ahora levantan patillas son filibusteros o carlistas sin sueldo, retiro ni cosa que digier.

Cuando Mella piensa convertirse en un Tirteo de verso blanco, y Cernilbo en un Ercilla de la retaguardia; cuando las masas, poco anodinos, cuyo molde es la boina, se lanzarán definitivamente a la pelea, será... cuando el país no pueda con su alma, cuando se somben la guerra de Cuba y la guerra de Filipinas.

469 Madrid Cómico (Madrid), n. 735, 20 marzo, 1897.

¡Oh generosidad patriótica no emulada jamás por Régulos y Cinacinos, Guzmanes y Velardos (por no decir Dadores)!

Soldados que os batís por España, por todos, por blancos y negros, allí en la marisque y en Filipinas, dad las gracias a estos ca balleros que os ofrecen, para cuando volváis de tan lejanas regiones, molidos, despaados, enfermos, anhelantes de paz, amor y reposo, cargados de laureles... y sin zapatos ni camias, bantos de gloria y ayunos de descanso, seguridad, salud y pesetas, os ofrecen, digo, recibiros a tiro limpio y brindando a cada héroe con la sima de Igzuquia.

No comprende el Sr. Barrio que es un sarcasmo más terrible que los de Aquiles sobre el cadáver de Héctor, este de ofrecernos paz hasta que no tengamos guerra.

Cómo quedará España, después de vencer en Cuba y en Filipinas, un suponiendo lo mejor, que eso acaba en bien, y no nos cuesta mucha más sangre y mucho más dinero que hasta ahora?

Quedará abatlidísima; sin un cuarto, con necesidad de dar garantías al crédito a fuerza de trabajo, posible sólo en la paz y bajo el seguro de que esa sea ésta duradera.

Y si los carlistas nos atacan en cuanto concluyan tagalos y mamblises, ¿de dónde vamos a sacar el dinero y los hombres, si para entonces ya se habrán gastado las pocas fuerzas que nos quedan?

¿Quién sea ya a batir con los carlistas? Hasta las piedras! al qui hubiera verdaderos patriotismo, algo más que meramente territorial.

Pero ya verían ustedes cómo las piedras no se batían y tenían que plear los pobres soldados que volvían de Cuba y de Asia más muertos que vivos.

¿Qué bormosura, qué espafiolismo tan clásico y medieval! Porque España en de todas, hasta de los carlistas (aunque no la merecen); se puede decir que el ejército liberal había estado defon diéndoles a los facciosos su propiedad, su honra; y los carlistas, a la vuelta, les preparaban a los valientes vencedores, por arcos de triunfo, trincheras, guerrillas, tirotes, bayonetas, cañonazos y hasta acaso bombas, como los anarquistas, porque todo es estratagema y táctica!

¿Y no les da vergüenza a los *prohombres* del carlismo prometer nos un porvenir semejante?

Pero como ablandar a esos fanáticos (hormiguitas *quand même*) es imposible, a quien hay que convencer es al Gobierno.

¿Para cuándo son los rayos gubernamentales?

El carlismo *senale* (y con *nómina*) amenaza con una rebelión a plazo; no es una rebelión condicional, sino *a término*, que es cierto en cuanto al sí, aunque incierto en cuanto al *cuándo* (*certus an, incertus quando*). Me entiendo Barrio y Mier, que es romanesco. No se sabe cuándo acabarán las guerras carlistas, pero es seguro que acabarán... ¡Pues entonces, cuando acaben *sus* y a ellos, que están canesados! El plazo, pues, existe; se induce a la rebelión, señalando el día. ¿No hay aquí una porción de cosas que, si se tratara de libe rales, el Gobierno encontraría relacionadas con varios artículos del Código penal? ¿Cuándo se induce a la rebelión, antes o después de verificada? Antes, es claro. Pues ahora es *ante*.

Confiesan los carlistas que están propandao, que sólo esperan, los que esperan, la voz que señale el momento... y las autoridades del partido, los favoritos de D. Carlos dan esa voz, señalan el momento: en *acabándose las guerras*... luego no falta nada para que podamos acordarnos del artículo 244 que habla de los que *hubieren promovido o asistieren* la rebelión. Como la rebelión no estalló todavía, no puedo *sostenerse*, pero promoverse sí.

Ya la están *promoviendo* los que dan la voz de mando diciendo: en *acabándose las guerras*.

Se dirá: pero si que exista la rebelión no puede haber delito que consista en promoverla... el delito de los promovedores nace del hecho de la rebelión.

Pero puede haber tentativa...

Pero, se responderá, la tentativa no puede calificarse de tal mientras el hecho de la rebelión no se pueda dar por fracasado. La tentativa, según el Código, no existe mientras no se pueda saber que los promovedores de la rebelión no han conseguido su objeto.

Lo que hay, según el Código, es un lito, por culpa de lo mal escritas que están nuestras leyes; pero con un buen Puga a mano, se le puede sacar punta al Código, para que en él se claven los carlistas.

Y si queremos llevar las cosas de frente y con franqueza, en *yes Puga*, empleemos una buena policía que no resulte el sistema preventivo, desde el punto de vista del derecho penal, pero sí la evasión política, de seguridad pública, que es la higiene del gobierno de los pueblos.

Si se tratara de tagalos o mamblises, nadie se escandalizaría porque el Gobierno tomase sus medidas (y las de otros) para impedir que se pudiera impunemente amenazar con una rebelión a plazo cierto en cuanto al sí y de fechas mortales en cuanto al *cuándo*.

También por los articullillos de las amenazas podría escarsele punta al Código... Pero, quí.

Ahora los carlistas parlamentarios sólo saben que si hay un artículo 502 que castiga al que *ceptare empleos de los rebeldes*, hay muchos artículos de la *Constitución interna* de Cánovas que *habilitan* a los *rebeldes* para aceptar empleos del Gobierno.

Es el artículo 262... al revés. Y resulta otro artículo... 262 también.

Clas.

* PALIQUE

Don Juan Valera acaba de publicar un elegante volumen que se llama *Genio y figura*... Es una novela que se parece mucho á una historia y tiene ese interés picante de la crónica... casi escandalosa, que jamás alcanzan las narraciones que sabemos que son pura fábula.

Pero, no hay que equivocarse; no se debe esto á la realidad de los hechos narrados, sino al arte del maestro que sabe fingir primorosamente que cuenta la verdad.

Genio y figura nos da, en pocas páginas, mucha doctrina... de *mundología*, ejemplo constante de buen estilo, de correcto lenguaje y otra porción de cosas buenas que, juntas, no cuestan más que tres pesetas.

Pero, á pesar de ser cosa tan buena, tan bonita y tan barata, la prensa apenas ha hablado de este libro. Yo no he visto más que unos párrafos que le dedica Cavia, que siempre se fija en lo bueno, y un artículo en *La Correspondencia*. (Y ahora leo otro, en el *Boletín*, del muy gracioso y fácil escritor C. L. de Cuenca.)

¡Claro! Valera no puede, ni quiere, ir de redacción en redacción pidiendo sueltos, bombos y reclamos á los chicos. Y ahora no se habla largo y tendido más que de los libros de la gente que no hace sombra y que tiene á los *mones sabios* por personas.

Otros *críticos* (!) hay que no hablan de *Genio y figura* porque... ya han agotado todas las municiones llamando *insigne* á huastres, *genios* á una porción de pelagatos grafomanos, pero amigos.

Y si á Juan Fernández se le llama eminente novelista, ¿qué se le va á llamar á Juan Valera.

Los autores de talento verdadero llegan tarde ante la crítica. (!) benevolencia: cuando ya al bombo... se le ha roto el parche.

[Y pensar que, pase á tanta benevolencia, éstos beatos angelícos tienen que contentarse con dos pesetas, ó poco más, por cada artículo]



470 Madrid Cómico (Madrid). n. 736, 27 marzo. 1897

Dios castiga á los cuacos de la crítica, á los que sólo quieren *ganar amigos* y medrar á fuerza de elogios universales.

El médico los desprecia; la necesidad los llama de tó... y después mueren en el hospital.

Y por simoniacos del arte, lo merecen.



Ya empiezan á darsus frutos los *estudios superiores*... de párvulos.

D. Manuel Espejo Martínez, de Málaga, aficionado al estudio de la literatura española, lee en un periódico madrileño que el señor Menéndez Pidal, que explica por *todo lo alto* en el Ateneo los orígenes de la lengua castellana, ha hecho un gran descubrimiento: ha podido precisar la fecha y sitio en que se compuso el *Poema del Cid*.

El Sr. Espejo, entusiasmado con la noticia, escribe al Sr. M. Pidal preguntándole qué hay de cierto en el tal descubrimiento; y el Sr. M. Pidal contesta con mediana gramática (la carta la publica un periódico de Málaga): «eso de la fecha por que usted me pregunta, comprenderé que no es fácil determinarla». Pero, dice después el Sr. M. Pidal, es indudable que fué á fines de la segunda mitad del siglo XII.

Por de pronto, fíjense ustedes en la manera de señalar: á fines de la segunda mitad del siglo XII.

Un sabio, que no fuera superior, diría á fines del siglo XII... y sería lo mismo. Porque el final de la segunda mitad... es también el final del todo... á no ser que los siglos, después de la segunda mitad, tengan una tercera mitad.

El Sr. Espejo, con las noticias superiores del Sr. M. Pidal, se quedó frío.

Oigámosle: «Todo lo que el Sr. Menéndez dice en su epístola lo sabía yo del año pasado, cuando estudivi la Literatura del Sr. Mudarra en la Universidad de Granada.»

En el tomo II de su obra escribe Mudarra: «Nos limitamos á decir con Ticknor que debió ser (de ser, Sr. Mudarra) á fines del siglo XII».

De modo que Ticknor y Mudarra, autores *reconditos*, ya habían descubierto el mismo Mediterráneo que M. Pidal. La diferencia está en que el sabio americano y el tratadista, no superior, espagnol llaman *fin* del siglo XII á lo que para M. Pidal es fin de la segunda mitad del siglo XII.

Por eso Calines, para pasar alegre á lo menos la primera mitad de su vida, no se morirá hasta el final de la segunda mitad de su preciosa existencia.

También le dica M. Pidal al Sr. Espejo que el manuscrito que hoy conservamos es de principios del siglo XIV.

¡Pero eso también lo había leído Espejo en Gayangos!



Y ya que hablo de este Sr. M. Pidal, debo declarar que no es el diputadito pidalino que yo creía, sino un hermano suyo, y joven estudioso según creo, del cual nada malo tengo que decir; porque no es cosa mala aconsejarle que se deje de estudios superiores hasta que la sabiduría se le madure un poco más.

Y perdone.



A Calines (á Navarro Ledesma): ¡Hatera! ¡Españolita!... (Véase *Genio y figura*...)

Clarín.

El nuevo Presidente de la República de los Estados Unidos, tuvo á bien manifestar á un periodista español, su buen deseo de conservar amistosas relaciones con nuestro país, valiéndose de una frase que debe ser sagrada para todo buen católico, pues no es ni más ni menos que la *anti-estrofa* del *Gloria* que cantan en la misa... cuando la misa es cantada, por supuesto.

Pero, amigo, ni rezado ni cantado admiten el *Gloria* nuestros buenos patriotas; si bien ellos lo ponen en solfa, y también en caricatura, riéndose á mandíbula batiente de Mac-Kinley y de su frase bíblica: *paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*.

Como la autoridad eclesiástica suele tener á los fieles tan apartados de la lectura directa de la *Biblia* (no por precepto, sino á consecuencia del sentido general de nuestra enseñanza religiosa), no faltará patriota, muy cristiano, que crea que esa frase del Presidente *yankee* es un *infundio* discurrido por Shermann ú otro así.

En un país en que hay obispos que aconsejan mantener á toda una raza en una especie de servidumbre moral, en una manera idolátrica de ser cristianos y españoles fieles; y obispos y arzobispos que piden tropas y mandan tropas para cazar hijos de Dios y hermanos en Cristo; en un país semejante, es natural que el pueblo *católico por excelencia*, se ría y se burle de un *protestante* que nos promete paz diciendo... lo que dicen en la misa.

Somos cristianos viejos... pero con mucha sangre torera.

Esta es la tierra de María Santísima, pero principalmente de Lagartijo.

Nuestro alto clero, en general, entiende la religión y sus relaciones con la política, como los sacerdotes de las óperas que suelen (véase la *Africana*) saltar al tenor, que es extranjero, en medio de un bosque, y rodearle gritando, entre el estrépito de trompas y clarines... *Lo stranierol la mortel* y cosas así.

Si: *Aida*, la *Africana*, *Norma* y otras óperas serias son el modelo de nuestros *coros de obispos*. Dicho sea con el respeto debido.

En un país así no se puede ser *Vasco*.

Hay que ser *vasco...ngado*. Y con boína.

*
*
*

Pero qué ha de suceder en una nación que consiente en gemir años y años bajo el poder del autor frustrado de *Tirso de Molina*!

Qué ¿no lo sabían ustedes? *La Correspondencia* lo cuenta. Cánovas tiene un crimen anterior á *La Campana de Huesca*. Antes de esa, ya quiso dar otra campanada. Pero Mesonero Romanos le quitó el badajo á D. Antonio.

Entendámonos: *Tirso de Molina* era un drama que Cánovas se traía de Málaga, no se sabe si en unas alforjas, como el estudiante gallego de *El Café*; y su tío, el de Cánovas... y de su tiempo, el célebre D. Serafin, que fué quien le enseñó á escribir y mirar torcido, recomendó el drama y á su autor al ilustre *Curioso parlante*. Pero el drama, naturalmente, era un disparate. Tirso, siguiendo una leyenda vulgar y sin fundamento, aparecía en su juventud entregado á la vida de tronera, hecho un D. Juan Tenorio...

¡Y qué de ripios diría el futuro fraile de la Merced! Claro, á Mesonero le pareció un escándalo un Tirso de Molina que tan excelentes versos escribió, hablando en verso canovístico, que ya sabemos todos ¡ay! *Elisa*, como es. D. Ramón (y no D. Manuel, como llama el narrador de todo esto á Mesonero, después de llamarle D. Ramón), echó tierra al drama... y hasta ahora.

¡Pobre *Campana de Huesca* que no tuvo *Curioso Parlante* que la inhumase oportunamente!

Si á D. Antonio le hubiera salido al paso un Mesonero Romanos para cada fechoría literaria... quizá no hubiera llegado á Ministro... pero tampoco dejaría á la posteridad la fama de *Tropmann* literario que deja. Morirá dejando la buena memoria de un Salaverría ó de un Barzanallana, ó cualquiera de esos próceres de quien sólo saben muchas cosas los poquisimos Pirallas que estudian con pelos y señales la historia de nuestras *revuehas políticas* y de nuestros *revueltos (ríos) administrativos*.

CLARIN.

Yo, naturalmente, no leo *El Correo Español*, que es como creo que se llama la *Gaceta*... en partibus de los carlistas. Pero, amigos míos que lean ese papel, me dicen que estos días atrás ha hablado más de una vez de mí humilde persona. Y me dicen que no me insultaba.

Menos mal, y tantas gracias.

Se conoce que no pertenece a la gente nueva. La gente nueva siempre insulta.

El autor de uno de los artículos en que se me ataca me dicen que es el señor penitenciario de la santa iglesia primada de Toledo. Un señor que acaba de descubrir a Nínive y a Babilonia.

No sé lo que dice de mí ese señor canónigo. No debe de ser cosa mala, porque no hace mucho recibí un libro suyo titulado *La herejía liberal* con esta dedicatoria: *Al ilustre crítico Clarín en testimonio de consideración.*—El autor.

Verdad es que yo no he dicho palabra de ese libro; pero no creo que por eso me destituya ahora el señor penitenciario de Toledo, que no va a igualarse con esos Calínez, Candiles, Ranas, etc., etc., que después de llamarme *querido maestro* se me tiran a las pantorrillas.

De todas suertes, yo, suponiendo que el penitenciario no me insulta, voy a decir algo, poco, de su libro *La herejía liberal* en testimonio de consideración y agradecimiento.

•••

La herejía liberal es una herejía ultramontana y una herejía gramatical, lógica, etc., etc., etc.

Pero el señor penitenciario de Toledo es franco, y suele en sus libros empezar a decir adeseos desde la portada, para que nadie se llame a engaño.

Tiene una obra que se titula: *Examen crítico de los errores penitenciales a la historia de España*.

No puede ser, señor arcipreste, digo penitenciario.

La historia, lo que se llama la historia de España. no puede tener errores.

Cuantos errores haya referentes a la historia de España, son errores... pero no pertenecen a la Historia, por eso mismo; pertenecen a la fábula, si usted quiere.

En la *herejía liberal* habla el ilustre sochantre, digo peniten-

ciario, de los arrianos que eran bastante explícitos, dice él, en la negación de la consubstancialidad del Verbo y el Padre, *cáliz* trinchera que fué necesario tomarlos a viva fuerza y como si dijéramos con una carga a la bayoneta.

Esas trincheras hipostáticas, señor arcadiario, no me parecen muy ortodoxas; y estoy seguro de que a los arrianos no se les tomó nada a la bayoneta, porque en su tiempo no había bayonetas.

Eso de defender los dogmas a bayonetazos y tratar a la Santísima Trinidad como si fuese una casamata ó un reducto, vino después; vino con la invención de la pólvora católica primadica-paradica para uso de carlistas y demás ultramontanos ordinarios.

Y no me diga usted que empleo la palabra ultramontano impropiamente, porque yo me refiero a *Monte*... Jura y otros así. Y como los carlistas *pasaron* el monte... son ultra...montanos.

Y síguele el *insigne* doctoral: «Si se niega a Dios el derecho de imponer su voluntad santísima...»

Lo malo es que los curas suelen llamar voluntad santísima de Dios a la *santísima* voluntad del clero.

«Por donde quiera que miremos al liberalismo nos presenta la cara de la herejía.»

[No sea usted *escatológico*, señor penitenciario!]

Por lo visto, para usted todo es cara. Pues es muy peligroso, en buena moral, confundir así las fachadas. Y dígame la Biblia.

«Diríase que el liberalismo es un criminal... ó también que es una mala mujer.»

Dale. ¡Ahora confunde los sexos! Malo, malo. ¡Está usted desorientado, señor canónigo!

Hablando de Dios, dice el meritísimo magistral, que la Unidad del Ser Supremo es incomprendible.

De modo que usted, *à ratione*, y si le dejaran, ¿sería politeísta?

¿Que no se comprende la Unidad de Dios?

Lo que yo no comprendo es que no sea uno. Yo he leído en muchos filósofos herejes (pero sin cara por detrás), v. g., en Foulle, en su *Crítica de los sistemas de moral contemporáneos*, eso mismo que dice el canónigo de Toledo; que no hay más razón para concebir un Dios que para concebir varios.

Pero Foulle, que dice eso, no cobra del presupuesto de culto y clero como el canónigo de Toledo. Si Dios no fuera uno, ¿qué utilidad que el Arzobispo metropolitano había de ganar los miles que gana?

•••

Y ahora, dos palabritas en serio, ó cuasi en serio, señor penitenciario, para que usted mismo se coja los dedos con esa *libertad* que tanto enreda.

Dice usted, y dice usted bien, que para que una definición sea buena es necesario que comprenda *todo* lo definido y *solo* eso; es verdad.

Y dice usted que está mal definida la libertad cuando se dice que consiste en poder elegir entre el bien y el mal, pues en Dios hay libertad y Dios no puede elegir el mal.

Quedamos en eso; en que no hay más que *bien* y *mal* (¿sabe de algún tercer término el canónigo?) y que Dios no puede elegir el mal. Y en que Dios es libre. De manera que la definición de libertad no puede ser tal que no comprenda la de Dios, que no consiste en elegir entre el bien y el mal, pues Dios solo puede querer el bien.

Y el penitenciario, después de decir todo eso, que está perfectamente, define la libertad en general, la que abarca toda especie de libertad, y asegura que en la libertad el sujeto *queda siempre con plena facultad de hacer lo opuesto* de lo que hace. Luego Dios tiene plena facultad de hacer lo opuesto del bien, que es el mal. Luego el canónigo se contradice. ¡Ay, señor canónigo, lo que hay es que la libertad de elección no es la verdadera libertad, sino un límite de la libertad! *Elige*, el ser imperfecto; el perfecto, *Dios*, no *elige*. Y sin embargo es libre. Porque la característica de la libertad, en general, no está en la elección, sino en la espontaneidad de la voluntad, en ser el propio sujeto, sin extraña—no *conscia*—acción, el que se determina a obrar.

El que obra por sí mismo, por su propio impulso, es libre, aunque por en perfección, no pueda elegir por *saber* cuál es el bien y por *querer* el bien, todo de modo *moralmente* necesario.

¿Me entiende el penitenciario? Así se salva la contradicción. Como usted se explica, imposible.

Santo Tomás tiene más mira de la que ven algunos tomistas. Santo Tomás, en muchos casos, vió más y mejor que muchos filósofos modernos.

Pero una cosa es Santo Tomás... y otra *El Correo Español* y sus colaboradores, con él sin prebenda.

Clarín.

PALIQUE

Leo:

«No es cierto que haya habido rozamientos de ninguna clase entre el Sr. Pidal y el Provincial de una Orden religiosa.»

Ni estaría en el orden religioso, ni en el moral, que otra cosa fuera.

En tiempos de Recaredo, y aun en los de Aparisi y Guijarro, esta clase de noticias no hacía falta darlas siquiera, porque se supo-
nían.

Doña Aniceta tiene muchísimo miedo á
atracos.

Hace pocos días, rodeada de sus contertulios, oía leer la expedición de Nansen al polo Norte; y al llegar el lector al interesante pa-
saje en que el famoso noruego, después de renunciar á seguir adelante con los trineos y con su compañero, todavía avanza un poco más, solo, absolutamente solo, hacia el Polo que tan cerca tiene, pero que no verá, cuantos oían la sublime narración exclamaron:

—¡Admirable! ¡admirable!

Y doña Aniceta añadió:

—¡Qué valor de hombre! Estar tan lejos de la policía, y tan solo... y ¡no tener miedo á los ladrones!

—¡Qué creo usted, don Emeterio, que habrá en el mismísimo polo matemático?

—Pues... unas cuantas prominencias...

—¿Por qué?

—Es muy sencillo. Se trata de las *extremi-
dades* de la tierra... *extremidades* heladas...
pues lo natural es que el mundo en los polos...
tenga sabañones.

Y dijo don Serapio:

—Pues en broma, en broma, ha acertado usted.—Verán ustedes lo que pasó. Yo lo sé de buena tinta, mejor que la de los periódicos. Lo sé por un suceso muy amigo de Nansen. Cuando éste, dejando sus trineos, su tienda y al amigo Jhanssen, siguió adelante, para acercarse un poco más al polo *descado*, iba pensando:—¡Soy el primero, el único que ha llegado á esta región!... Nada que hable del hombre veo en torno de mí...—Pero, de pronto, distinguió entre la nieve un papel que el viento movía. Se acercó, lo cogió y... ¡oh sorpresa!, se encontró con un artículo de periódico. Se titulaba «Los sabañones en el Polo Norte. Profilaxis». El artículo empezaba así: «Nosotros, los experiodistas, los que tenemos la misión...» y acababa con una firma:

Dr. Angel Pulido.

—Y vamos á ver, D. Autónomo, si á usted le fuera dado llegar al mismísimo polo, y allí encontrar un *sabañón*... pondría usted?

—Pues como el polo es el cacúmen de la esfera ó esferoide terrestre, y como para mí lo principal es... la sabiduría, llamaría al polo Norte... *Salomón*.

—Pues si usted descubre el polo Sur, ya sé cómo tendrá que llamarlo.

—¿Cómo?

—*Calínez*, ó sea Navarro Ledesma.

CLARIN.

¡Silencio!

Felices los que oyen en Cuba y en Cavite el estampido del cañón, que defienden el honor de España, y no oyen la gárrula gritería de ciertas ranas del charco de tinta, que critican, desmenuzan, asesoran, vaticinan y despedazan fama, honor, pericia, gloria de guerreros que acometen, vencen, callan, triunfan, mueren...

¿Cuánto han hablado los periodistas! Y los soldados no dicen nada... Y éstos lo son todo y los otros... ¿qué son, cuando no son lo que deben?

¡Oh! si España tuviera un órgano, publicaría un número extraordinario, una hoja en blanco con esta palabra en medio, en letras muy grandes:

¡Silencio!

Para más claridad, lo diré en griego:

Zerisét d'eti monos ametroepés ecoló, etc. (Iliada, II, 212, etc.)

«Tersites solo proseguía en sus clamores. Abundaba en palabras insolentes y en ultrajes, y hablaba sin medida, aun contra los jefes, á fin de excitar la atención y la risa de los suscriptores, digo, de los Argivos...

»Aborrecía, sobre todo, á Aquiles y á Ulises, y los ultrajaba; y lanzaba gritos injuriosos contra el divino Agamemnon...

»Y el divino Ulises, parándose delante de él, le miró con ojos sombríos y le dijo con rudeza: «Tersites, infatigable mono sabio (en griego *agoreiós*), ¡silencio!... Que no sea yo el padre de Telemaco (traducción libre, ahora), si, como prosigas arengando de tal suerte, no te cojo y te quito los pantalones y te pongo... como un tomate, y te mando desde la plaza, á sea desde la *circulaci6n*, á las naves, ó *galeras*, moliéndote á palos.»

»Y dicho... y hecho, le descargó el cetro sobre las costillas.»

Y después que habló Ulises, dijo Nestor:

«Ciertamente, que esto parece la calle de Toledo, y esta gente, chicos de la prensa, ajenos á las fatigas de la guerra...»

Todo eso, y más, dice Homero *al auto*, de lo mucho que se alborota en la prensa acerca de cómo se ha de hacer y quién ha de hacer la guerra.

Por supuesto que Homero no alude á los periodistas peritos de veras en el arte de la

guerra y de la política, que conocen por estudios teóricos y prácticos el asunto, y son prudentes en sus juicios.

Los Tersites, á quien Ulises da de palos, son esos críticos por horas que, como si se tratase de *estrenos*, hablan de las batallas y de las peripecias de la guerra.

Son los Aristarcos tan conocidos, que en sus ratos de ocio se dedican á Maquiavelos y dominan el arte de la guerra y de la política.

Esto de que el *pueblo*, la gente profana, dirija guerras, á miles de leguas de los campos de batalla, siempre fué de pésimas consecuencias; ya lo fué en Roma, y lo fué en las primeras guerras de la Revolución francesa, cuando los *tácticos* de la tribuna hacían y deshacían generales y planes de campaña, y no dejaban que se llevase á cabo ningún oportuno designio de los jefes militares que dirigían la defensa de la libertad y de la patria.

Hablen, en buen hora, los que, por estas ó las otras circunstancias, pueden decir algo de provecho; pero los demás, los que juzgan con la pasión, con el interés de partido, por despecho, por venganza, por envidia, por aturdimiento, por necesidad...

¡Silencio!

Nosotros, zapateros, á nuestros zapatos.

Si yo tuviera un plan para vencer en Cuba y en Filipinas... no pensaría en otra cosa. Pero como no lo tengo, me contento con llamar benditos y alabados á los pobres guerreros que nos están defendiendo la integridad del territorio... y continúo en el ejercicio de las artes de la paz, á que me consagro.

Y en el uso de ese ejercicio, leo *Genio y figura*... la preciosa novela de Valera, que ha tenido la honra de ser maltratada por la crítica carlista.

Verdad es que la joya literaria de que hablo es algo verde... ¡Naturalmente, como que es una esmeralda!

La lección moral de *Genio y figura*, porque tiene moraleja, es austera, casi mística.

Pero los sacristanes pseudo-reprimidos, en cuanto oyen hablar de la carne, se alborotan, y ven pornografía por todas partes. Sin acordarse de que el espectáculo está *dentro* del espectador.

Otro libro que debe leerse, aunque tampoco le gustará á Mella, es *Nonadas*, colección de artículos de Alfredo Calderón. Calderón es filósofo, es moralista... y es escritor. Entre nosotros hay algunos notables pensadores... que escriben medianamente. Se empeñan en que nuestra lengua sirva para que cada cual improvise castellano... y eso no puede ser. Ciertamente que Horacio comparó el lenguaje con un bosque, y que dijo que unas hojas, palabras, cren del árbol marchitas, y otras nacen y brillan frescas; pero así como no se puede traer la primavera antes de tiempo, ni hacer brotar las hojas cuando se quiere, así no se puede violentar la *madurez* del neologismo.

Además, hay hojas y hojas, y no sirven las del peral para el manzano. No se hacen palabras nuevas en un idioma sin contar con la índole propia de su carácter, de su genio. Y lo que se dice de las palabras, se dice de los modismos, giros, etc., etc.

Calderón, digo, escribe con naturalidad, sin violencia, y cuando tiene que decir cosas hondas, no manoseadas, intrincadas, que es no pocas veces, busca con la natural fatiga de todo artista, fatiga que no se ve en la obra, la mejor manera de expresar, como si fuera fácil, lo que en rigor es difícil.

En esto se distingue el verdadero literato del que no lo es, aunque sea un *filósofo* y lo que se quiera.

PALIQUE

Benditos sean el filósofo griego y su *justo medio*, doctrina mucho más profunda y fecunda de lo que piensan hasta no pocos de sus partidarios. Para la gente ligera el *justo medio* es cosa de los conservadores en política, de los académicos en literatura, de los ecléticos en filosofía y de los pasteleros en la ciencia del mundo.

La *gente nueva*, como se llama á sí misma, dando con esto á entender: quitata tú para ponerme yo, piensa que si no se va á los extremos no se va á ninguna parte.

Crean encontrar novedad en la *oposición*; y les vendría bien leer lo que poco hace ha escrito el sociólogo Tarde, acerca de la infinidad de adocenados modernos, que crean sor originales, lanzándose á la negación de lo que encuentran hecho, sin ver que no por eso dejan de ser meros imitadores, carneros de Panurgo... que llevan sobre la lana el signo *me-nos* (—).

Ya lo decía Fichte, mucho antes que Tarde: —A supone A; es verdad, no hay menos A sin A; y el que no hace más que extremar, ser *radical*, irse al polo, sea éste ó el otro (el *hecho* ó el *ardiente*, como dicen que dijo Rubi) no inventa nada, sigue la rutina, siquiera la siga al revés.

En nuestros días los infinitos *snobs* del arte, de las letras, de la filosofía, de la política, etc., etc., se distinguen por la falta de respeto, por el instinto iconoclasta, por el afán de ser revolucionarios, de no querer ser *avey*... ¡y hasta tenemos ya el *snob* que escribe libros contra el *snobismo*!

Bouvard y Pecuchet, los célebres *snobs* de Flaubert, después de muerto el padre que los ideó, han leído el libro que lleva su nombre, el de ellos, como diría aquí Valera, y se han dicho: —¿Qué haremos? ¿Qué seremos ahora? Vamos á ser... Flaubert.

Sí, hoy Pecuchet y Bouvard, se creen Flaubert.

Pero, á todo hay quien gane, y el *badaud*, el necio, ha discurrido otra novedad... hacer alarde de ser majadero: «*Soy filistin, soy borques, soy snob*... pues bien ¡a mucha honra!

Fueron materialistas, entendiendo así el positivismo, y en arte se creyeron apóstoles del naturalismo; después renegaron de todo eso, insultaron á los maestros de tales tendencias, y se lanzaron á la *decadencia* unos, otros al *miticismo* (profanación como ellas); pero como averiguaron que la humanidad va y viene de la idealidad al sensualismo, de la fe á la negación, previendo que después de este idealismo nuevo había de venir una reacción sensualista ó escéptica otra vez... quisieron adelantarse á los acontecimientos, y ahí tienen ustedes á muchos *snobs* de filosofía... y letras, burlándose ya, como de cosa *manipulada recoger*, de la renaciente metafísica... que entre las personas formales, y que de veras entienden de estas cosas, es todavía poco más que un germen. El *snob*, naturalmente, va mucho más de prisa que el sabio, y cuando este cumpleza á andar, él ya está de vuelta.

Entre nosotros ha habido jóvenes, *gente nueva*, tan listos, que no admitieron el neo-idealismo ni un solo día, y desde luego se declararon partidarios del sucesor... que no ha venido todavía.

Este afán de andar en cueros por esperar la última moda se nota principalmente entre nosotros. Como todos esos necios lo que quieren no es abrigarse, sino *ir á la moda*, andan con la ropa debajo del brazo, desnudos de toda idea; pero á lo menos, dicen ellos, no llevamos traje anticuado.

En América, en la *nuestra*, la juventud literaria se ha lanzado á imitar á los *decadentes*, *delicuescentes*, etc., etc., de París... Aquel... ni eso. Esperan la moda del siglo que viene.

Poro, entre tanto, como hay que decir algo,

á falta de criterio propio se tiene el ajeno, solo que con el signo menos. Para disimular la copia se pasan á la oposición, al *extremo contrario*.

En letras tenemos los pseudo castizos, los que empiezan á profanar la patriótica labor de Menéndez y Pelayo, y ya se creen monstros de erudición... nacional por despreciar lo extranjero, particularmente lo *alemánico*, sin haberlo catado, por supuesto.

El pseudo-castizo, además, es muy cuco; para encumbrarse cuenta con la *tara* de la tradición española. Cree que todo lo que pesa el genio español, á quien el mosquito *erudito* se le pone sobre las narices, lo pesa él, el mosquito.

En el otro extremo tenemos á los más alborotadores entre la *gente nueva*, á los que no quieren más que anarquía... ¡y venga de ahí mucho jai ja, mucho placer, mucho libertinaje y mucho escándalo; ¡Abajo la sintaxis, abajo la prosodia y abajo la ortografía! Es necesario que á veces domine el absurdo, como decían poco há con *Gil Blas de Santillana*, que de hijo nunca pasó por Podalíor...

En política... extremos. O extremos y pasteles.

CLARIN.

475 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2346, 12 abril. 1897.

Palique

Con motivo del famoso regionalismo se están diciendo muchas divinas tonterías. Lo mismo en pro que en contra.

Yo respeto el regionalismo serio que tiene una significación clara, concreta. Es el único verdaderamente peligroso en la vida política, pero es el más lógico, el único que tiene substancia. Podrá ser una equivocación; yo creo que lo es, por culpa de las exageraciones y de los *arroganques*, que, a lo romántico y a lo *romantismo*, quiere despertar; pero en fin, es formal, consecuente, sólido, sabe lo que pide y por que lo pide. Yo lo combatiría en los cómicos, si hubiera cómicos, y lo combatí en la prensa, pero reconociéndole la merecida beligerancia.

Este regionalismo, con sus defectos y buenas cualidades, que también las tiene, sólo existe en Cataluña de una manera eficaz y ostensible a lo menos.

El regionalismo vascongado es harina de otro costal. También es concreto, sólido, preciso, eficaz en la parte más nociva, en la parte que tiene la pretensión reaccionaria y de privilegio. — El catalanismo, en general, es progresista; los que mejor lo defienden son *modernos* en idea y procedimientos; no invocan pergaminos, como títulos y ejecutorias, sino teorías posteriores a la Revolución y al general recuerdo tradicional de pretérita independencia. El regionalista de los *fueros* está principalmente representado por el espíritu reaccionario, que mira estas cuestiones de derecho político como pleitos familiares, como derecho feudal, como podría mirar una cuestión de censos ó de foros. Por ese regionalismo se va al *carlismo*, principalmente.

Pero malo como es, es serio; sin embargo, no es riguroso regionalismo, sino irrisoria pretensión de privilegio.

Y los demás regionalismos son conversación.

O verdades de Pero Grullo, que nadie niega, ó no ser algún *chico de la prensa madrileña* que habla con desdén de las *provincias*, ó pretextos para que se luztan varias cabezas de ratón arqueológico, poético, *numismático*, etc., etc.

Me explicaré.

Si regionalismo quiere decir que cada cual es de su tierra; y que cada pedazo de España que tenga vida propia, especial, característica (no artificial, sino natural, histórica), debe incitarla, *vivirla*, no con espíritu de *uniónismo*, arqueológico y reaccionario, sino conservando lo local y tradicional que es compatible con el progreso; si regionalismo es eso, hablar de su defensa es una ociosidad; porque, en tal concepto, ninguna persona de sentido común lo ataca.

Pero si regionalismo ha de ser pasarse la vida tocando la gaita, si es uno gallego ó asturiano, ó cantando la jota si es aragonés, y por ahí adelante; si regionalismo ha de ser formar sociedades de bombos mutuos entre las celebridades de campanario, y ponerse en lo más alto de Covadonga, sobre el casco de Pelavo, para que le vean a uno desde

Castilla... entonces el regionalismo es *matayates matayotón... vanitas vanitatum*, y todo vanidad.

El regionalismo artificial, es una zarzuela de espectáculo, para que se luzcan los *literatos de la legua*. Para que puedan llamarse eminentes unos á otros varios señores que nadie conoce más allá de los límites del respectivo obispado, pongo por ejemplo.

Como ese regionalismo, que no es pretexto político, pretensión positiva de cambio de forma social en las relaciones interiores del Estado, no es nada entre dos platos; algunos que lo defienden, porque les conviene, pero que al mismo tiempo quieren guardar la ropa... *nacional*, son muy unitarios, llegan á convertirlo, á fuerza de hacerlo *inofensivo*, en puro *Rato, Rato* *veci*.

Si somos regionalistas todos los que hemos nacido en alguna parte, el regionalismo viene á confundirse con la partida de bautismo.

..

El señor Becerro de Bengica, en un artículo en que quiere armonizarlo todo, defiende el regionalismo *literario*, de conversación, inocente, y pasa revista á los regionalistas de *nuestros días*... y me mete á mí en la cuenta. Y por eso hablo, y á esto vienen todas las anteriores filosofías.

El Sr. Becerro me pone, allá hacia el medio de una lista arbitraria, incompleta y anacrónica de regionalistas asturianos de *nuestros días*.

Yo no quiero escudriñar la intención con que mi ex amigo y ex compañero Becerro me mete en un montón, debajo ó detrás de varios *escritores* regionalistas unos, otros no, algunos de los cuales alcanzaron fama merecida, eso sí, pero *provincial*, puramente provincial. Armando de Palacio, allí va, á lo último, detrás de señores desconocidos más allá de Pajares; y Campoamor y Vital Aza, por ejemplo, no están en la lista.

Por lo que á mí toca, protesto; yo escribo desde Madrid, desde Barcelona, desde Nueva York, etc., etc.; soy cosmopolita en cuanto á humilde escritor; no quiero el *pour cause* nada del regionalismo y del provincialismo que el señor Becerro me atribuye, tal vez con las de Cain.

Otro regionalista asturiano de *nuestros días* cita el señor Becerro, que podría quejarse más que yo... si pudiera quejarse.

Y se quejaría por eso mismo, porque no puede quejarse; porque se ha muerto hace dos ó tres siglos.

En cambio, el Sr. Becerro no cita multitud de beneméritos escritores provinciales, de asuntos *asturianos* y de fama *asturiana*, que ocuparían con mejores títulos que otros (v. gr. Sánchez Calvo, Posada, Armando Palacio y yo), un lugar en la lista.

Conque ya lo sabe el señor Becerro. Si es que no tiene particular interés en molestarme, no me vuelva á tomar por *regionalista*.

Asturiano, si (aunque no de nacimiento), enamorado de esta naturaleza si... pero en punto á letras, cosmopolita.

Ya sé que el regionalismo es un pedestal, y acaso una escalera, para que la *gente chicha* explote la *potra chicha*; y sé que el *regionalismo* nacional (literario, religioso, científico), etc., es un pedestal mucho más alto, que ayuda no poco á algunos á ser gigantes...

Pero yo prefiero, con mi crédito de hombre chiquitín, pasarme libre... *al nivel del mar*. Pero del mar libre, del mar cosmopolita. Esto en religión, en filosofía, en artes...

Porque en caso de invasión extranjera, yo también sabría ir en *fonsado*.

La integridad de la patria ¡bien!

Pero eso de que *elo mejor del mundo*, España, lo mejor de España, mi región, y así continuando hasta llegar á lo *lo el mejor* *salve de esta calle*... ¡quién! La verdad, la conciencia, antes que... el *regionalismo*; que, en buena filosofía, en psicología profunda... se ve que va á parar al egoísmo.

En substancia, si alguna tienen, esos *regionalismos* de la gaita, la jota, la barretina, el bolero, etc., etc., se reducen á aquello de:

— Donde no coman gazpacho ¿qué comerán?

Seamos *catalanes*, en el más alto y noble sentido de la palabra, sino el más exacto. Y ser *catalán*... es todo lo contrario de ser *regionalista*.

El judaísmo crucificado á Rosas... por regionalismo judaico.

Hasta algunos apóstoles comprometieron al principio el porvenir del cristianismo... por causa del regionalismo cristiano.

Gracias que llegó á tiempo San Pablo... que llamó á todos los hombres; con prepucio ó sin prepucio; con barretina ó sin barretina.

Ayuntamiento de Madrid

La Saeta (Barcelona), n. 334, 15 abril, 1897.

PAUQUE

Agradecemos al Sr. Pareira, de *El País*, la espontánea defensa con que me favorece, y tanto el gusto de decirle que ana bien intencionadas advertencias coinciden con los consejos que amigos míos, ilustres en las letras, me dan muchas veces, invitándome a hacer caso omiso, el menor caso que se puede hacer, de todos esos... folletarios, como diría Cheste, que calumniando a Clarín creen poner una pica en Flandes, y sentar plaza de *gente conocida* (pues *gente nueva*, ya se lo llaman ellos).

Sería orgulloso y antipático alarde, por mi parte, el negar á ustedes razón, en absoluto; es posible que yo pegue de inocente poniéndome á juzgar á un cualquiera... es probable que á veces tome con calor asuntos que no lo merecen, y que descienda á hablar de escritores demasiado ruines que solo son acreedores al más absoluto silencio, á perpetuo olvido.

Si más y el menos, la falta de tacto que yo pueda tener en esto, no lo discuto. No quiero defender mi conducta como Impecable; no me defiendo á mí, defiendo el criterio general de mi procedimiento.

Soy demócrata, en literatura también, en el buen sentido de la palabra, y por eso se me ve en las calles y callejones de la crítica, como dice Echegaray en el prólogo de un libro mío.

Soy... de la orden de los *Ménores*. Un franciscano del arte, ya que, por culpa de mis pecados, no tengo bastante virtud para ser *menor* en cosas de caridad, que son las que más importan.

Voy á explicarme.

Es falsa democracia en literatura el prurito de atacar á los que valen; de gozar buscando defectos á los verdaderos y probados artistas, á los productores de bellas cosas; y defender á los malos, á los adonados, á los de ciento en boca, á los que no pueden pasar de ochavo. Desde el punto de vista de la producción, el arte es una aristocracia.

Pero queda el público. Y al público se refiere mi democracia artística.

Los que se encierran en la *torre de marfil*; los que desfilan á la multitud, en un teatro público (no á la multitud que escribe, que esa merece guerra); los que oprimen que los malos escritores no causen daño... son los aristócratas del arte con relación al espectador, los malos aristócratas.

La buena democracia en literatura consiste en querer mejorar el gusto del público *grande*; en no olvidar que hay muchos *pobres* de gusto y discernimiento, que están muy expuestos á tomar lo mediano y lo malo por bueno. El crítico *demócrata* no puede ser como el crítico aristócrata, campana de catedral, que solo se toca *alguna solemne día*; el aristócrata vive prescindiendo de los malos escritores, aunque estén pasando por buenos, y sin acordarse de los medianos, aunque el vulgo los proclame excelentes. «La posteridad no sabrá de esa gente; ¡para qué fastigarla! Dejados en paz, que harto castigo tienen en el olvido de su falsa gloria».

El demócrata no piensa así. Porque mira por el interés del público actual, que se deja conculgar con ruedas de molino. El público de la posteridad nada tiene que temer del mal gusto de los autores malos de ahora, porque la fama que tienen luego muere; no es el vulgo engañado quien hace las reputaciones que quedan. Pero el público de hoy sí puede recibir muy mal ejemplo con los defectos ahora esplendidos.

Y el crítico demócrata atiende á esto, á quitar crédito á quien no lo merece, á defender el buen gusto por amor al público actual, á quien pervierten los malos autores.

Y como en el día, en España particularmente, casi toda la literatura que llega al público *grande* está ó en el teatro ó en los periódicos, hay que atacar á los malos autores de la escena y de la prensa periódica.

«Que no hacen daño? Sí, mucho. No á los aristócratas del talento, ni al pueblo del porvenir, pero sí al pueblo de ahora».

No es que se discuta con ellos. Es que se les ataca, que se les critica. Ellos, naturalmente, se defienden, se vengán, injurian, tratan de quitar autoridad á quien los maltrata.

No hay que quejarse de esto.

Se los deja luchar, y se sigue vapuleándolos, si la oportunidad no pasa; ó se habla ya de otros.

Se lee de ellos, no las contestaciones, no los ataques, sino lo que era necesario corregir, castigar.

A veces sucede que, al querer ellos atacar á quien les prueba en ignorancia, demuestran más ignorancia todavía, ó mala fe, ó todo junto; y entonces puede ser oportuno señalar estos nuevos defectos; no por defendernos, sino por corregir otros.

Verdad, Sr. Pareira, que en ocasiones, cuando esos malos escritores pretenden descubrir *gasapos* de Clarín, yo replico para probar que no hay tales *gasapos*.

Pero no es que me crea infalible.

Ya sé que en mis escritos hay errores, descuidos. Lo sé *á priori*, sin necesidad de ir á buscarlos. Pero es el caso que los *gasapos* que encuentran este enemigo apasionado, las más veces no lo son; y puede demostrármelos.

Muchas veces con erratas evidentes; otras, legítimas maneras de decir que no están al alcance de esos pobres diablos.

En algunos casos se trata de insignie ligereza ó clara mala fe de esos Zoilitos.

Y entonces, pero de cien veces una, se defiende uno, si lo cree oportuno. Mas ¡cuántas veces la defensa es facilísima y se precipita de ella; porque no tome alre de polémica lo que no es más que serie de acotes, y por no cansar al lector con la repetición de un tema!

Ejemplo de esto lo tenemos en la actualidad.

Noté yo en *Gedeón* un elemento *espurio*, el cuerpo extraño de un pedantulo aseo y *gafin*, como declinó en Asturias, que se quería hacer pasar por pedazo de sal. Este pedantulo, este don *Nómiasio*, como llamémosle al tal Navarro Ledesma los que hayan leído la *Doña Perfecta* de Galdós, demostraba ser muy mal intencionado y muy inoportunamente.

Sin justicia, fingiendo defectos en los demás, censuraba con desfachates irritante á los hombres más ilustres; y siempre ensañaba la punta de la sotana del jesuita. Siempre tiraba á desacreditar á los liberales que se van al bulto de la reacción, á las *ideas*, no á las realidades políticas.

«Me propuse hacer *saltar* al público antipático y nocivo; lo conseguí. Firmé en *Gedeón* un artículo amasotado, huero, todo hiel

y calamita... y no volví á leer más el *Gedeón* hasta que cesó el jesuitilla de soltar babe».

«En esto discutir con ellos».

Ni siquiera vi el tal Navarro atribuya á mi cuento *Adiós, cordera* palabras que no hay en él, suponiendo *gasapos* que no existían.

Vi un artículo del *Noroeste*, de Gijón, en que se le demostraba la falsedad de su crítica al *Celinas* infeliz, y por el *Noroeste* me enteré de aquellas calumnias literarias, que yo no había deshecho porque no las conocía.

«En esto discutir con ellos».

Navarro decía que en mi cuento hablaba yo de *kilos de leche*. «Mentiras, le dice el *Noroeste*. Y en efecto, no es verdad».

Como no es verdad que yo diga *por ellos*, sino *para ellos*; ni *habla* por las ruidas, sino *señala*, etc., etc.

Todo lo cual puede verse en mi libro *El Sector*, y lo demás, son *cuentos*, que se donde está el texto *auténtico* de *Adiós, cordera*, otras pruebas fueron corregidas por el autor... hace unos dos ó tres años.

Y de nada de esto había hablado yo; porque no había leído los falsos testimonios de ese Ledesmita; porque no quería cansar al público con un mismo tema seguído; porque no era polémica aquello, sino acotes que yo daba, no cuando el acotado quería, sino cuando quería yo.

«Obe mayor: déndos que leer á esa gente unas veces y á otras

no! Los leo, no cuando me ataca á mí, sino cuando conviene denunciar sus diatribas para que no perjudiquen al público».

Es claro que para proceder así, se necesita cierto carácter... y estar acostumbrado á oír como quien oye llover á esos designiados.

Yo tengo amigos que en las letras significan infinitamente más que yo, los cuales se sienten muy molestados cuando un chico de la prensa (de los malos) les dice una desvergüenza, censura sus obras.

Y yo, que valgo infinitamente menos que esos amigos, me río de tales desvergüenzas y censuras cuando yo soy el blanco.

No hago, pues, alarde de abnegación; no me presento como un mártir. Me dedico, á veces, á ese tiroteo mezquino, porque los disparos de esa gentilella no me llegan á la piel izquierda. Si yo tuviera *resaca* puede que huyera también de la plebe esa.

Dicenlo á algunos que hasta adulan á los *monjes adobos* (y maltratan á la pizca *sociedad*, que no es *gentilella*), y los disculpo pensando que tal vez padecerían horriblemente si los papeleros, en vez de llamarlos *grandes*, insignias, *esculturales*, etc., etc., los llamasen *inditos*... como á mí.

Los ataques de la chumza literaria ni me molestan ni espero que me perjudiquen en la opinión de los discretos.

Por eso no hay mérito ni peligro en lo que hago. Pero me lo pide la conciencia.

Clarín.

477 Madrid Cómico (Madrid), n. 739, 17 abril, 1897.

PALIQUE

Ni quito ni pongo, poeta; pero... no ayudo al Sr. Núñez de Arce á descubrir poetas *inesperados* en el círculo de sus amigos, ni en el círculo... *artístico y literario*, ni en la *Asociación de la prensa*. Yo no digo que el autor de *Fiel* no sea poeta, ni que lo sea; lo que digo es que los versos de ese señor, que publica *El Liberal* como trozos escogidos, son malos.

FIEL

«Yo acato la grandeza de tu pasión triunfante que tiene en su firmeza la *insólita* riqueza perenne del diamante, pues es como él, preciosa, como él *perseverante* y pura como él...»

Todo eso es un tejido de incongruencias; verbos, epítetos, sustantivos, y hasta la conjunción *pues*, están empleados con notoria impropiedad.

La pasión triunfante que por su galán siente una dama, el poeta puede admirarla, alabarla, etc., etc., pero *acatarla* no.

Yo acato la ley, el poder, y cosas por el estilo; pero no *acato* el amor que Dios tiene al hombre, v. gr.

Ni se *acata* la pasión de otro por otro, ni la *grandeza* de esa pasión. *Acatar* es otra cosa.

La riqueza del diamante no es *insólita*, y en la *firmeza* de la pasión no se ve la *riqueza* del diamante, sino su dureza, si se quiere que valga la metáfora.

«Pues es como él preciosa» es una incongruencia, porque la *firmeza* no es como el diamante por ser *preciosa*. El diamante no es *perseverante*, ni puede serlo.

«Y admito y *agusto* tu corazón gigante que como el oro es *rico*, y es *dúctil* como el oro.»

Primero la pasión es *rica* como el diamante, ahora el corazón *rico* como el oro... Aquí todo es *rico* menos el estilo del poeta, que con tanta riqueza resulta muy pobre.

Además un corazón dúctil... no es ya como el diamante; y como la pasión de *Fiel* supongo yo que estaría en el corazón... resulta que el poeta se contradice.

y fuiste de tu dueño
la consecuente *esposa*,
la *sierva* que en su sucho...

Tautología se llama todo eso.

la *hetaira* que *halagúna*
placer le procuraba.
la *esposa* que á su cuello... etc.
la amante...

¿Hetaira y esposa? Hetaira, ó hetera, es meretriz, también concubina, amante... pero no esposa. O era esposa ó era concubina.

Una de dos: ó *El Liberal*, por amolar, como dijo *La Epoca*, al poeta, ha copiado lo peor, ó en el poeta nuevo no es oro, ni diamante, todo lo que reluce.

Ojalá *resulte* que todo lo demás del libro de que se trata es excelente. Yo, al ver que es así, lo diré con mucho gusto; porque en este país, en que tenemos tantos héroes, como ustedes sabrán por los periódicos, lo que necesitamos, ya no es un Aquiles, sino un Homero.

El Liberal, en su deseo de propagar la buena literatura, se ha propuesto rescatar la novela sentimental y por entregas de Pérez Encrich; y, en grandes cartelas, anuncia, por toda España, que va á publicar en el folletín *jesa*, si señor! ¡por qué no? nada menos que los *Angel*.

les de la tierra del ilustre autor de *El corazón en la mano*.

Y lo hace como lo dice.

¡Bien hecho!

Basta de fingimientos.

Que se nos deje de literaturas y esté, tica.

El público que aplaude ciertas cosas modernas en los teatros, y gusta de Ohnet disfrazado, tiene que gozar también con Pérez Encrich.

Si, señor. *Gente nueva* hay que si le presenta usted *La oración de la tarde* diciéndole que es de Masterlink ó de Biorson lo cree, y la toma por neo idealismo ó cosa así.

Daba palabra yo de hacerle escribir un artículo *emocional y pasional* á Burell en elogio de *El Mártir del Gólgota*, si fuera posible hacerle olvidar quién es el autor.

«Después de todo, diría Burell, lo principal es el corazón, la pasión; y aquí hay pasión. ¡Claro! la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.»

El Mártir del Gólgota es un pedazo de vida arrancado á la realidad... etc., etc.»

Asmodeo y Bremón deben de sentirse rejuvenecidos con esta restauración de las letras de sus buenos tiempos.

¿Qué les parece á ustedes de celebrar el centenario... anticipado de Eguíluz?

¡Aquellos *Soldados de plomo*!

Pues y ¡la filosofía de Selgas! ¡Aquellos filósofos de estilo cortado!

Lo malo es que no tenemos á Narváez ni á Sor Patrocinio para completar la ilusión del *salto atrás*.

Pero en fin, de Narváez hará... cualquier héroe reaccionario, y de Sor Patrocinio el P. Cámara.

Clarín.

478 Madrid Cómico (Madrid), n. 740, 24 abril, 1897.

El señor Núñez de Arce es un poeta muy notable que tiene la debilidad de proteger, por pura bondad, á cuantos poetas, ó mejor, candidatos de poeta, le apuran un poco presentándosele todos los días con aquello de

— ¡ Señor, yo soy Cadavieco !

Este Cadavieco era un pretendiente asturiano que acosaba á un célebre Ministro, paisano suyo, pidiéndole un empleo. Se le presentaba en todas partes, casi en la sopa; y el Ministro tuvo que rendirse y colocar á Cadavieco.

Núñez de Arce también procura colocar, no con nómina, á todos los poetas que le cadaviequigan noche y día.

Recuerdo que cuando yo vivía en Madrid y me era tan crítico, por lo menos, como ahora, Núñez de Arce me procuraba demostrar, donde quiera que me encontraba, con elocuentes discursos, que su protegido era tan poeta como él.

Lo que gastó de persuasión, el ilustre autor del *Idilio*, para procurar hacerme firmar que Velarde y Ferrari eran notables poetas!

Sigue el señor Núñez de Arce con *bondoso sorriso*, como dijo Cheste, otro poeta, recomendando poetas nuevos; y ahora, supongo que aconsejado, mal aconsejado, emplea otro procedimiento.

Un libro de versos más en las librerías no llama la atención de nadie. Hay que convertir el libro en espectáculo; y se da una lectura pública de aquellas que ya Plinio quería aclimatar en Roma.

La «Asociación de la prensa» (c. p. b.), es también *bondosa*, y presta sus salmos lo mismo para hacer poeta célebre en un día á un joven que empieza, que para que se luzca Pini. Es decir, Pini no se lució en esos salmos, pero sí en una fiesta dada por la «Asociación».

Pues bueno; allá va el señor Núñez de Arce con su nuevo protegido, pensando sólo en el bien; no en la verdad ni en la belleza.

Otros poetas, más ó menos Cadaviecos, ayudan al ilustré vate; son especialistas en el canto llano de la lectura de versos en público.

Y al día siguiente, los chicos abren las columnas, como dijo el otro, de los periódicos de mayor circulación, á las impresiones,—nada más que impresiones ¿eh? porque ellos no pretenden ser críticos ¡pobrecitos! —que recogieron en la *inolvidable velada*... y cádate á Periquito hecho fraile.

El *Liberal*, pongo por ejemplo, en un artículo muy largo, asegura que el ilustre X., leyó *maestramente* tal-poesía, que nos ofrece un poeta de cuerpo entero.

Y resulta que en esa poesía, leída *maestramente* (lo mismo pudo decir *discipulamente*), hay entre otros gazapitos, el de decir una señorita que ella es la hetaira (no hetera, como escribe Valera, hetaira) de un Fulano, y á renglón seguido añadir que es su esposa. ¿Cómo ha de ser la hetaira ó hetera y la esposa? Hetaira es meretriz, y también concubina... ¿Cómo la esposa ha de ser concubina ó ha de tenerse por meretriz?

Yo, con esto, no quiero prejuzgar el mérito del joven de quien se trata. Venga

E. KLIMSEB



Los prometidos

su libro de versos, y hablaremos, aunque sólo sea por el bombo previo que se le ha dado. Lo que digo, desde luego, que la poesía *Fiel*, tan alabada y *maestramente* leída, es vulgar, incorrecta.

Y lo que principalmente quiero hacer constar, es que el nuevo procedimiento, para llamar la atención en favor de un poeta novel, mientras tantos otros, sin *aldabas*, necesitan hacerse oír á fuerza de mérito, es un procedimiento injusto y contraproducente.

Allá, en los tiempos en que Bremón era joven, había mucho de eso de crear notabilidades literarias en tertulias de amigos; pero esto ya no pasa; á lo menos, sin protesta.

A propósito de Bremón.

Ahora nos dice que la carraca es un instrumento musical.

Bremón no sabe que el sonido no es lo mismo que el ruido, ni que la carraca produce ruido pero no sonidos, que son los elementos necesarios para que haga música.

Después dice que el ayuno es un manantial de ganancias para los que venden pescado.

Según eso, los maestros de escuela, que tanto ayunan, estarán á punto de agotar la pesca de todo el Océano.

¡Vea usted! Llevar unos setenta años de escritor público y ortodoxo y confundir todavía el ayuno con la comida de vigilia!

CLARIN.

Sr. D. Silverio de la Torre.

Muy estimado señor mío: Perdóneme el, por ahorrar tiempo y trabajo, le escribo á usted por conducto de MANRIN Cómico. Nada tengo que decirle que no pueda leer el público; y, de este modo, cumplo con usted y con mi obligación de redactor, á un tiempo.

No crea usted que, porque tarde, renuncio á cumplir lo ofrecido. Le enviaré todo lo convenido, si, como creo, usted continúa siendo propietario de la *Revista Moderna*.

Pero, francamente, sería para mí un placer que cuando volviera á colaborar en un revista, ya no estuviese encargado de la crónica semanal ese Sr. Navarro Ledesma, que le está echando á perder el periódico con sus pedanterías, como ya estropeó el *Gedón* con una campaña de jesuita lego.

Al lector de revistas como la de usted le gusta que el cronista de la semana sea moso listo, gracioso, y que en vez de darse tono con palabres rebuscadas y con filosofías cursis, hable de los asuntos que en efecto han llamado la atención y son interesantes.

Pero el muchacho que usted tiene encargado de enseñar el *retablo* es como el de masese Pedro, y se mete en dibujos, por lo cual hay que decirle: «Niño, niño, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales...»

Y lo peor es que el tal Calines cuando más emplingorotado se cree en las cumbres de la sabiduría, suele equivocarse de medio á medio.

Es como, machacón, pedante y un solemne ignorante, como

va usted á ver por algunos ejemplos, que tomo de las dos últimas crónicas que ha publicado en la *Revista Moderna*.

Hablan otros de caminos *trillados*, pero esto le parece muy *trillado* á N. Ledesma (o J. H.) y él dice: Caminos *trajinados*. Trajinar es acarrear ó llevar géneros de un lugar á otro; ó andar y tornar de un sitio á otro con cualquier diligencia; de modo que lo *trajinado* es lo *tráfico* y *llevado*, no el camino por donde se lleva. Una mercancía que ha ido y venido mucho, v. gr., estará muy *trajinada*, pero el camino no está nada *tráfico* ni *llevado*!

«Ni la contemplación extática es propia de estos tiempos *dinámicos*».

Así dice Calines, queriendo jugar con el vocablo, y opone los tiempos *dinámicos* á la *estática*. Pero es que olvida que una cosa es *estática*, y otra *estático*. Lo *estático* es lo contrario de *estático*, gramaticalmente, pues la partícula *es*, como dice bien la *Academia*, es *abí* privativa.

El bueno de Ledesma necesita repetir los temas de sus *comentarios*, porque no se le ocurre nada nuevo. Hace pocos días defendía la belleza de las corridas de toros, y ahora vuelve á lo mismo, creyéndose muy original, y muy castizo y hasta filosoficamente flamenco. Y se hace un lío y dice una porción de desatinos, y se contradice, como vamos á ver.

Empieza diciendo que los toros son una diversión *aléntica*, lo cual es una atrocidad que no necesita comentarios. Recomienda los toros porque demuestran el vigor de la raza, porque facilitan la acción, y nos sacan del *afeminamiento del espíritu*, etc., etc. es decir, procura hacernos ver que los toros son convenientes, como útil para el pueblo español... y después, muy fresco, añade «que no hay cosa más *útil*, más *productiva* que las corridas de toros». Y acaba de decir que á ellas van muchos á buscar el pan. De modo que no sabe lo que se dice.

Pero ahora va el pedante... Ignorantón á meter una extremidad abdominal!

«En el arte del torero es donde se advierte la verdadera *finalidad* sin fin de que hablaba Hegel.»

No era Hegel, seor pedante, era Kant. Fué Kant quien muchos años antes de que se publicara la *Estética* de Hegel, habló en su *Crítica del juicio* de lo bello que es, según él, «la forma de la finalidad sin la idea de un fin.»

Esto puede leerlo Navarro hasta en la misma *Estética* de Hegel (traducción francesa de Renard). Pero bien se ve que ni ha leído á Hegel ni á Kant.

El que no sabe cosa tan corriente, que Kant es el que habló primero de la *finalidad sin fin* de lo bello, teoría que sirve de base á la del *fuego artístico*, desenvuelta con tanta elocuencia por Schiller; el que no sabe cosa tan... *trajinada*, cómo se mete á crítico de artes y habla de *Típolos* y *Murilos*?

Que un cronista, un revisitor de *semanas* no sepa de estas cosas, puede pasar. Pero que un pedante, para hablar de la *primera de abono*, se meta en *finalidades* de once varas y atribuya á Hegel teorías estéticas de Kant... eso sí que es *intrajinable*.

Usted, Sr. La Torre, que es hombre de buen juicio, no deduce de todo esto que es ridículo mantener un revisitor que se las echa de filósofo hablando de toros, y demuestra grandísima ignorancia; y que confunde la *estática* con la *estática*, y habla de la «inconciencia de los artistas del torero».

¿Habrá cosa menos *torera* que un D. Hermógenes, que no sabe griego, vestido con toga... y enseñando la coleta?

Después de la *suerte* de Hegel y Kant ya no tiene gracia pararse á recordar que Calines dice que las flores brotan «á beneficio» del sol, cuando quiere decir *por beneficio*; y no hay para qué detenerse á considerar las apretadas *macollas* del trigo, ni la *haca* *funebria* del invierno. Tú sí que eres *funebre*, Calines; un payaso *funebre*, *macabro*, como diría quien yo me sé.

No hay para qué seguir citando diálatas. Lo peor es la pedantería sona, la *funebria* *haca* de ese melocotón invernal, que usted, Sr. La Torre, tiene encargado de la crónica semanal.

Prescinda usted de sus *flacos* servicios, y déjelo; como le irán dejando en todas partes, basta que tenga que refugiarse en Deusto ó en Loyola, en calidad de hermano cocinero ó encargado del *planchado* de albas y roquetes.

En León, en San Marcos, cuando estaban allí los jesuitas, conocí yo un *hermano* que planchaba la ropa blanca de los *Padres* divinamente.

Y le llamaban *La Monja*.

Pues en eso parará Calines. En ser la *Monja* en alguna casa de la Orden. A. M. D. G.

Clarín.

PALIQUE

Una cosa es el arte, y otra cosa... el recuerdo de las emociones de la infancia.

Pérez Escribich... Pérez Escribich fué mi hombre durante dos ó tres años; allá... hace mucho tiempo... cuando yo empezaba á leer.

Aprendí á deletrear en un libro que hablaba de no sé qué *Ordenanzas de Teruel*... y á leer de *corrido* aprendí en *El cura de aldea*, novela.

El interés que la historia del pobre Roque despertó en mi alma de niño, me hizo sentir que hacía falta leer de prisa, juntar pronto las sílabas, para enterarse de lo que había más adelante.

Si algún día caigo en la tentación de escribir algo así como *Recuerdos ó Memorias* (confesiones, jamás), Pérez Escribich ocupará un largo capítulo de mi *pato* infantil.

A muchos de esas que andan ahora alabando las obras de Pérez Escribich, sin haberlas leído acaso, podré yo darles lecciones de *Escribichismo*, relatando argumentos de novelas de este señor; situaciones y nombres propios del *Cura de aldea*, *La caridad cristiana*, *El corazón en la mano*.

Rafael, el protagonista de *El corazón en la mano*, fué mi primer héroe de levita. ¡*Los pies fríos!* Lo que yo sentí leyendo el capítulo en que Rafael carga con su amada, para pasar un arroyo, y se detiene en mitad de la corriente...

Vamos á ver, señores *laudatores temporis acti*, que quieren ustedes resucitar la novela por entregas, ¿en qué calle muere el pobre Roque, el de *El cura de aldea* y de *La caridad cristiana*?

En la calle del Barquillo.

¿Qué dice en *El cura de aldea* (comedia) la dama joven á su novio, que es un calavera?

«Aunque dicen que eres malo, confío en Dios, y te quiero...»

Y podría estar un mes con citas así; y todas de recuerdos de... hace más de treinta años.

A Rafael, á Roque, los eclipsó en mi espíritu un rey que decía muy eltivo á una porción de gente humillada:

«Que mientras pueda mi ley sonar por ambas Castillas, la han de escuchar de rodillas desde el Zapatero al Rey.»

481 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2366, 3 mayo, 1897.

Esto matará aquella.

Zorrilla, mi Zorrilla de la infancia, mató en mi cerebro á Pérez Escribich.

Después, en la *edad del pavo*, á Zorrilla le eclipsaron otros... pero Zorrilla volvió á ser uno de mis hombres. Hoy ya no hay miedo de que nadie eclipsé en mi espíritu el autor del *Tenorio*.

Brillarán muchos á su lado; algunos, pocos, más que él; pero jamás quedarán deslumbrados.

Escribich... no volvió, como escritor, á ser por mí admirado; pero esto no quita que yo le siga consagrandolo, así, como un culto de *petateo*, *de simiente*, por lo mucho que le daba la *oé-tica* de mi infancia.

Por eso no quiero que, á su muerte, falte en el coro de bendiciones, la mía.

Por una casualidad deplorable, pocos días antes de morir Pérez Escribich, se publicó un artículo mío en que censuraba que se quisiera re-ncitar el género de novela por él cultivado.

No necesitaré decir á las personas honradas que yo no sabía siquiera que Pérez Escribich estaba enfermo.

Si lo hubiera sabido hubiera callado.

Como dejó de hablar del Sr. Jove y Havia el día que supe que tenía grandes padecimientos.

Yo no entiendo la literatura como ciertos bravos que atacan á los muertos y á los moribundos, y que envían anónimos injuriosos cuando saben que aflije al enemigo injuriado terrible desgracia.

Jamás escribiré lo que no pienso; jamás entenderé que puede ser obra de misericordia la mentira.

Pero sé callar.

Y sé estimar, fuera de la literatura, muchas cosas.

Sí, Pérez Escribich *algo tenía* cuando pudo gustar á tanta gente durante muchos años.

Pero ese *algo* no era cosa que pueda recomendar la crítica literaria, porque es un *algo* cuyo mérito no es de la jurisdicción del arte.

Yo haría traición á mi conciencia si dijese que hoy me parecía Pérez Escribich un gran autor.

Pero también haría traición á mis queridos recuerdos de la edad más *sagrada*... si no declarase que debí, de niño, emociones muy fuertes, muy puras, muy hondas al *Cura de aldea*, á *La caridad cristiana*, al *Corazón en la mano*... Nunca leí *La mujer adúltera*.

Y ahora la *mota* de la fin, que dijo el fotro.

No tiene nada que ver con Pérez Escribich, sino con un señor catedrático, de cuyo nombre no quiero acordarme.

El cual, en un epígrafe del primer artículo de cierta revista, de cuyo nombre tampoco quiero acordarme, hablando de «*La cuestión de Cyta*», traduce un pasaje de la *Circular de la Universidad de Atenas*, escrita en francés, y donde la circular decía: «*Esta unión de la cruz y de la media luna*», el catedrático dice: «*Esta unión de la cruz y del acorazado*».

Porque creyó que *croissant*, la media luna, significaba acorazado.

A lo menos, Ladevese hubiera traducido el *creciente*. Pero *acorazado*... es demasiada *plancha* para un catedrático.

CLARIN.

PALIQUE

«De Martínez Ruiz habría mucho que hablar, y hablaré en otra ocasión. Por hoy vaya esto, en resumen:

Martínez Ruiz es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles; pero él es un mazo listo, listo de veras. Entre las pocas cosas que respeta está el castellano: escribe con corrección y facilidad, y eso de *Charivari* es un capricho que no ciega al lector que anuncia una colección de galicismos. Lo que siento en el alma es que, siendo Martínez Ruiz amante del idioma y de los clásicos, como él ha declarado, diga los horrores que dice de Pereda y de Balart. Niega que yo admire sinceramente a Balart. Pues está usted muy equivocado; le admiro de todo corazón, y más cada vez, y lo juro.

También está mal este joven despierto y muy ilustrado, con la familia, según es, v con el cristianismo, etc., etc.

Pero no me saúten estas ideas. He visto el retrato de Martínez Ruiz; es casi un niño. Además, él mismo confiesa que padece de los nervios... Pasa el sermón, que acaso es salud, y quedará un escritor original, independiente, y mucho más avisado que esos *Nominantes* que andan por ahí parodiando a Menéndez y Pelayo.

Sic embargo, yo no me he atrevido a escribir un prólogo para su libro *Pasión*, próximo a publicarse. González Serrano lo va a escribir. Veremos cómo sale mi querido maestro del compromiso de presentar al público a un hombre que estampa las enormidades morales, sociológicas, religiosas, etc., que se le ocurren a Martínez Ruiz.

Hoy por hoy, este *refractario* es un autor vitando, dicho sea con toda formalidad.

¶ Pero se ve tan claramente que es un corazón de oro y una inteligencia clara, noble!

La falta el equilibrio... y huir de las malas compañías. ¡Eso es bohemios recalcitrados son *manebundus* críame usted, simpático joven. No se junte usted con la *gente nueva*; busque, busque a la *novísima*.»

Todo eso que va entre comillas (y perdón el marqués pladoso tan irreverente pacotilla) lo he copiado de alguna parte. Pero no es plagio... porque es mío. Era el final de cierto artículo que salió, sin ese final, en otra parte. No era oportuno publicar eso, donde iba a publicarme, el día mismo en que la autoridad, según leí en *Urrecha*, recogía *Charivari*; y cuando, por causa de las atrocidades que el autor se atreve a estampar, se suscitaban disgustos de carácter privado.

No podía publicarse lo entremecido... sin añadir algo, y como no era tiempo de añadir nada, mejor fue recoger velas interina mente, y dar a los ahora todo lo dicho... añadiendo ésto que falta:

Soy el primero en censurar todo eso que en el libro de Martínez Ruiz ha sido objeto de universal escándalo. Aparte de ciertas inauditas, que he leído con espanto, pero que no me han llegado al corazón, porque se trata de personas a quien no trato, hay en *Charivari* errores y apreciaciones injuriosas referentes a hombres para mí sagrados, porque son algo más que maestros, como *padres espirituales* de los más hondos sentimientos artísticos de mi alma. ¡Ojalá ellos no opan de tan desventurados pasajes; pero no menor que su indignación sería, si de ellos supiesen, fué la mía al leer tales absurdos.

¶ Mas yo invoco la caridad *real*, de que sé a ciencia cierta, de los ofendidos, y me atrevo a preguntarles:

¿Se puede, en todo caso, gritar *hombre al agua*? Cuando uno muere en un barco... al agua. Pero, ¿y si él muerto... no está muerto?

Suponiendo lo peor, que lo *hecho* por Martínez Ruiz sea un crimen... literario, por lo menos ¿se le ha de tratar como a un perro, hemos de *lincharlo*? ¿No se le ha de conceder lo que se concede a los procesados por delitos comunes, siquiera?

Es muy fácil gritar: un naufrago; hombre al agua; está perdido. No; Martínez Ruiz no está perdido, porque su libro mismo revela, *quad méme*, un hombre de talento, y todos los escritos del, para mí, extraviado escritor, hablan, aun entre impledades y absurdos sociológicos, de un corazón sano en el fondo.

Es un caso de patología... literaria. Se le ha sorprendido con una bomba cargada de tinta explosiva... pero no es un malvado.

Es un escritor de talento y un hombre honrado... que no sabe el mal que ha hecho.

Le ha defendido, entre necesarias explicaciones, Urrecha, y ha hecho bien.

Le ha defendido, entre censuras indispensables, un discreto colaborador de *La Voz Cristiana*, y ha hecho bien.

Le defiendo yo, en el sentido que se va viendo... y cumplo con lo que me manda la conciencia.

Extraviado sí; *desahuciado* no.

Andan por ahí *bienas correctas* y *manufacturas*, ortodoxas y de guante blanco, que causan mucho más daño y que son enfermos de malleola, incurables.

Martínez Ruiz ha cometido la locura (otro más orgulloso en el fondo, no me perdonaría esta palabra; él, que estoy seguro que pene trá mi buena intención, espero que sí), la locura de poner en letras de molde el virus miserable que otros muy prudentes, van llenando de corrillo en corrillo, de café en café.

Lo que no puede imprimirse, piensan muchos que es lo que ha impreso Martínez Ruiz; sin reparar que es, además, lo que no debe de irse ni *imprimirse*.

Ha sido un *enfant terrible*. Si reincidiera, quién se atrevería ya a defenderle?

Pero si no reincide, como tiene talento y en la parte del alma *no literaria, salud espiritual*, según creo, se puede esperar que sus trabajos futuros, sin ningún escándalo, sin horrores religiosos y morales, contengan el cumplimiento de lo que hasta hoy ha prometido, el *anarquista* casi infantil, en pinto a buenas cualidades.

Trabajos enteros hay de Martínez Ruiz en que nada de tal impiedad y demás horrores se advierte.

Por eso yo alabé en *La voz*, de Barcelona, un artículo en que M. Ruiz pintaba de mano maestra al chico de la prensa, crítico de teatros.

No podía yo sospechar que quien escribía aquello (lo primero suyo que yo leía) iba después a blasfemar y a... ¡demonio de muchacho!

Resumen: si a condenar fuéramos, por lo vitando de todas esas cosas de *Charivari*, yo sería el burgués más indignado, el inquisidor más *famigerro*.

Pero no quemamos el libro, aunque lo merezca; porque dentro hay una honra literaria que no merece el fuego; y que tal vez un día, si hoy se le hace justicia verdadera, esto es, caritativa, nos dé un escritor talentado, templado, noble, que será el primero a condenar estas... atrocidades de ahora. Si la crítica estuviera en estado de sitio, no escapaba Martínez Ruiz sin los cuatro tirillos.

Pero, como no lo está, no hay para qué ser *sumaristas*.

Ya sé yo que este criterio mío dignificará a muchos cristianos, que imitan al *Divino Pastor* en lo de ir con el cayado tras la oveja descarriada. Sólo que el *Pastor* divino volvía con la oveja entre los brazos, y estos *rabadanes* le tiran el cayado a la cabeza, é por lo menos la dejan perniquebrada.

Clarin.

482 Madrid Cómico (Madrid), n. 742. 8 mayo. 1897.

Académicos en cuadrilla es título un volumen pequeño y elegante que acaba de publicar, en la librería de F. Fe, *El Bachiller Francisco de Estepa*. Es obra bien escrita, en general; que demuestra variados conocimientos, en el arte; y poca por la pequeña del asunto, pues se trata de decir, en resumen, que cierto libro de cuentos andaluces, publicado pronto hará un año, no siempre tiene gracia, pocas veces sabe á Andalucía y casi siempre huele mal.

No haría yo aquí crítica de crítica, si no fuera que el autor me alude varias veces y con palabras muy comedidas. Extraña que *Clarín* haya alabado ese libro que él censura; pero bien se conoce que habla por referencia y no ha leído lo que en *El Imparcial* he escrito al caso. Como el *Bachiller*, dije que los cuentos serían andaluces, pero yo los había oído, muchos de ellos, en otras partes; como el *Bachiller* protestó contra lo *escatológico* que en efecto abunda en la colección de que hablamos, y como el *Bachiller*, no encontré suficiente la disciplina del ejemplo homérico.

Lo que hice yo, y el de *Estepa* no hace, fué distinguir de cuentos y cuentos, de estilo y estilo. Cuatro colaboradores anónimos trabajaron en la colección, y bien se ve que uno de ellos está á cien codos sobre los otros. De los tres que se quedan tan abajo, haga el *Bachiller* mangas y capulotes, que á mí no me importa; pero del que por excelente se distingue, no cabe hacerse sino lenguas, si es de ser justo. Ciertos siervos lícitos de oportuna erudición no hay para qué censurarlos. De la suya nos da no pocas pruebas el *Bachiller*, y como lo hace á tiempo y en forma graciosa, no se le toma á mal, tampoco, que sepa cosas que no sabrán todos los lectores.

En incorrecciones y otros defectos abundan los cuentos de los tres colaboradores de menor cuantía; yo he visto muchas más de las que el *Bachiller* apunta. En cuanto á las señaladas en lo escrito.

483 Madrid Cómico (Madrid), n. 743, 15 mayo, 1897.

to por el mejor, me parece que se quebra á veces de sutil la crítica del *Bachiller*.

El mismo, que escribe en buen castellano, sin duda, deja escapar un *pretencioso* que no es, al puede ser, castellano; le quita á Cuba una preposición á, cuando la necesita, y comete otros pecadillos, que he olvidado ya, pero que volvería á señalar fácilmente.

En resumen, es lástima que pluma tan hábil no se emplee en combatir cosas peores y que no respete famas literarias firmes como el diamante.

Calínez, el jeunista, escribe «de todos modos» subrayándolo, como para dar á entender que no es castellano limpio; y después de este escarapelo de *monja*, echa esto sobre el altar... del patrio idioma:

«En estropeos de jóvenes
se desconfía.»

Y se desconfía en no es castellano, y es natural que no lo sea. Se desconfía de, pero no en, como enseña perfectamente la Academia.

El mismo *Calínez* dice, con la firma autorizada de Navarro Ledesma, que el ingenio de Galdós está en la plenitud de su desarrollo.

Y desarrollo es, según la Academia, acción y efecto de desarrollar ó desarrollarse. Y desarrollar es descorrer lo que está arrollado, deshacer un rollo, explicar una teoría; y en la acepción que puede aplicarse, sólo que mal, en nuestro caso, desarrollarse es adquirir gradualmente incremento y vigor los animales y vegetales.

De modo que *Calínez*, sin querer, llama á Galdós animal... por lo menso.

Afortunadamente, enseñarle gramática y otras coquillas á *Calínez* no es predicar en desierto, porque sabe tragarse las lecciones.

Trago, v. gr., lo de *constante*, lo de *banal*, etc., etc., y ahora se traga lo de Hegel por Kant, lo de extática por estética, y los caminos trajados. Lo que no traga es la maseca del trigo. Y crea que *Clarín* niega que el trigo pueda amacollarse. No, infeliz; lo que digo es que el ver un *símulo* de la primavera en que el trigo se amacolla, es tener un alma tan poética... como un alma... cón de barinas.

Calínez invoca la autoridad filológica de los gansones. Lo comprendo.

Un papellito que tuvo gracia, pero que ya no la tiene, según confiesa todo el mundo; porque se le ha agotado el repertorio de chismes verdes y *escatológicos* y ha dejado meter la pata á un consumidor de moscas; un papellito que, por agradecimiento, debiera abstenerse de saber á cualquiera de mi familia, dice que *Clarín* es síndico y clasificador de gallinas y ex-gallos.

Respectivamente; lo que vengo haciendo con *Calínez* lo demuestra. ¿Le quieren ustedes más clasificado?

Pero ¿cómo consiente *Calínez* que en su mismo periódico le suelten esas pullas?

Ha muerto Feltz y Codina.

A Navarro y *Calínez* le cabe la satisfacción de no haber dedicado al mérito del malogrado dramaturgo más que unas cien cucufetas de mal gusto relativas á las buenas carnes del difunto.

Así entiende *Calínez* y Ledesma la crítica. Se alaba nada más á quien nos protege; se juzga á los autores... al peso; y, como si en este ó el otro periódico no pudieran escribir ingeniosos buenos lo mismo que los malos, se condena en absoluto *La España Moderna*, *La Ilustración Española*, v. gr., nada más por el delito de no haber llamado al hermano *Calínez* para que hubiese en dichas publicaciones de las grandes hezallas que ha de realizar Alfonso XIII y de la *finalidad sin fin* de Hegel en sus relaciones con *Bombita*.

Mi querido Galdós: no lo escribo á usted porque sospecho que Navarro Ledesma le visita. Y puede ver la carta y hablar de ella en los periódicos. ¿Que como ha de hacer eso sin permiso de usted? Pues como ya lo hizo antes con otra.

Por último: dice *Calínez* que la empresa de un teatro iba tendido un hallazgo.

¿Y cómo se tiene eso?

No se tienen los hallazgos. Se tienen... otras cosas, por ejemplo, las ocurrencias.

Así, yo puedo decir:

«Galdós ha tenido una ocurrencia. Dedicarse á la equitación. En adelante ya no escribirá *Calínez*, porque Galdós respeta la división del trabajo.»

Clarín.

—Oye, Calines... Se me ocurre una cosa...
—¿Has tenido un baltazo, Gedeón?
—Verás. Voy a proclamarte dictador.
—¡Dictador yo!... ¡sin saber leer ni escribir!
—Pues por eso... Basta con que sepas dictar.

•••

—Pero... ¿de veras no sé yo escribir?
—No, hijo. No sabes. Cada artículo tuyo contiene mil dislates; y además, como eres tan campanudo... suenas más. Todos tus desastinos son rimbombantes y esquilpedales.
¡Pobre de ti si Clarín lee tus últimos comentarios de la Revista Moderna! Parece que los has hecho adrede para que te cacen cosas.

—¿Qué madriguera en tan pocos párrafos!
—Pues me parece que estoy bastante metafísico hablando de los *isidros*...

—Pues... por eso... pues... por eso. ¡Oye, oye!
Empieza hablando de unos reducidos «los más inexpugnables» que toman los *isidros*; de modo que ya no son inexpugnables; y estos reducidos son los *domicillos* de los madrileños. Claro, como son muchos madrileños, muchos *domicillos*. También «estas capas de decir que los *isidros* acaban con las *pacencias* de los madrileños».

—No, porque cada madrileño no tiene más que una *pacencia*.
—Eso; y veinte *domicillos*. Los madrileños, en en mayor parte, se ven obligados a abandonar el propio lecho. Fíjate, el propio, no el ajeno. Los enfermos serán los que no abandonen el lecho.
«Incursiones, dice, en la cocina a despenas», y hasta Muro sale que una cosa es la despena y otra la cocina; y dicho así: «cocina ó despenas», parecen sinónimos.

«Previamente provistos de abundantes bastimentos en previsión (previa) del sangriento choque.» Por supuesto, que el choque con la cocina no es sangriento.

«Es un fenómeno inelectable.»
¿Y qué es inelectable, Calines?

—Según el diccionario, nada absolutamente.

—¿Quisiste decir ineludible?

—Sí, pero... de un modo... *trajinado*.

—Sí, como aquel que pedía un beugo al ajo del arriero, y decía:—Quiero un *decúlo* a la blasfemia del *trajinante*; porque el arriero es *trajinante*, el ajo es blasfemia y beugo tiene algo de *bezo*.

Después, hecho un *selócrata*, sostienes la teoría de que los trabajadores del campo son los que producen, exclusivamente, «mientras nosotros, obreros de la ciudad y burgueses, apenas si acertamos a mal transformar lo producido.»

—¿Y no es eso verdad?

—Calines, tú estás en tiempos de Quenay. ¿No has oído nada de la escuela industrial? ¿No sabes que hace más de un siglo que es cosa corriente que se producción económica toda transformación útil de la naturaleza, mediante el trabajo? ¿Es que tu *jeuliamo* te autoriza para ser economista del tiempo de los *selócratas*?

«Con la dignidad de un ciudadano romano envolviéndose en su *pretexia*».

¡Protesta! No hay pretexto para esas *pretexias*. Debiste decir toga, pero te pareció muy vulgar... y metiste un tentáculo. La *pretexia* no era de uso general, estaba reservada para los magistrados y para los mayores de edad, que no pasaban de la *puerti*, como dice la Academia.

«Clives, non, *isidrus* sum».

¿Qué latín es ese? *Clives sum* significaría: soy ciudadano. Tú quisiste decir ciudadano, en singular, y eso es: *civis*.
Mal estás en latín, Calines, pero, ¿por estás en inglés.

—¿Por qué, Gedeón?

—Porque dices que: *Help your self* significa: Esperanza en tí mis

mo. Y *help* no significa esperanza, sino ayuda; lo que significa esperanza es *hope*; y además, *help*, ahí, es verbo, con sujeto expreso: *you're*, que no significa tú precisamente.

De modo que lo que tú traduces por «esperanza en tí mismo» es: *ayúdese usted á sí mismo*, literalmente; y aunque pasemos por lo del tú, por la esperanza no podemos pasar, *civis Calines isidrorum-que digno*.

Al montón de miembros humanos del Bazar de la Caridad lo llamas montón de *órganos* que vuelven á ser masa amorfa. Un montón de *órganos*, no es masa amorfa. Y la masa *aconaciante* no puede pasar, porque *inconaciante* es castellano y sirve para decir lo que tú quieres, y *aconaciante* suena mal y no es español.

Pero tú, con tal de distinguirla, siempre andas buscándola cinco ples al gato, ó sea la *finalidad sin fin de Begas*.

«Ha recurdecido los pesimismo latentes.»

El pesimismo, si es pesimismo, no puede recurrdecarse.

Por último, propones, Calines, que al ejército indígena de Filipinas se le lleve á pelear... en Cuba.

Ya ves como eres más dictador de lo que tú creías.

El ejército filipino es bueno por indígena, dices tú; y pensando como un solo Navarro algues discutiendo: pues si por *indígena* es bueno en Asia... tan *indígena* será en América como en su tierra, ¡y á Cuba con él! ¡Ah, indígena!

Y adios, Calines; *help your self*, y no te fies del J. H. S. Vale, *civis*.

NAVARRO LEDESMA

Él es un gran ignorante,
y su prosa *kilométrica*.
¡Que tenga tantas palabras
teniendo tan pocas letras!

Clarín.

PALIQUE

Feliú y Codina.

«El resultado de la vida es la construcción de un esqueleto más ó menos duradero.»

Así termina un trabajo reciente, titulado *Por qué envejecemos*, el ilustra autor de una *Nueva teoría sobre la vida*. Le Dantec.

No se trata de un artículo de mera *literatura* pesimista, sino de un concienzudo estudio fisiológico. La vejez es fatal, la muerte es fatal; porque el crecimiento exige la formación de esa parte de nuestro cuerpo que vamos arrendando á la muerte desde que llegamos á la madurez. Todo esto lo explica Le Dantec por una cosa que llama *R*. Parece ser que nos pasa á nosotros lo que á las calderas, que cuando se las utiliza van criando un... *no requerido*, el cual llega á hacerlas inservibles. En las calderas y en los hombres, esto no tiene remedio. Hay árboles que no mueren; al reproducirse... por esquejo, siguen siendo los mismos y no pierden la juventud.

En efecto, andan por ahí abedules literarios que no mueren nunca, ó á lo menos, siempre parecen los mismos: los *Don Hernigens* y *Noninartits* de hoy parecen los mismos de *El café* y de *Doña Perfecta*.

Y es que se reproducen por esquejo.

En cambio, el talento mueren

«cuando mejor va pensando.»

Feliú y Codina tenía tal apariencia de salud, que hasta se la envidiaban los que además le envidiaban sus triunfos. Miserables Tersites había, payasos sin conciencia, que no pudiendo censurar en Feliú otra cosa, le tachaban... de tener demasiadas carnes.

No, nadie diría que la vida de Feliú trabajaba en la construcción de un esqueleto... Y sin embargo, en un momento, la muerte abrevió la tarea de la *R* que *R* del ilustre Le Dantec; y ya los miserables Tersites no podrán criticar en la obra literaria de Feliú el exceso de carnes del notable escritor.

¡Ah! Si no fuéramos otra cosa que esas *erres* que Le Dantec puede estudiar en nosotros comparándonos con ollas y conejos, amebas y helechos, dentro de muy poco, de Feliú no quedaría más que el *esqueleto más ó menos duradero* y que ya no envidiarían esos vampiros de la crítica de circo ecuestre.

Pero, así como la flor olorosa fué algo más que el triste despojo que vuelve á la tierra, porque fué el perfume que halagó el sentido; y la sensación despertó la idea y la idea no vuelve al polvo; así, de Feliú quedará el perfume de noble poesía que nos ofrece su teatro.

Creo firmemente que *Maria del Carmen*, donde quiera y cuando quiera que se represente, agradará á todo hombre de buen gusto. Y acuso resalte más su mérito cuando, olvidados otros dramas que se le parecen en ciertas condiciones que son del agrado del público actual, *Maria del Carmen* quede sola como ejemplo de cierto modo de arte.

Feliú no sólo sabía escribir, sino que sabía leer.

Pocos son los artistas que saben entender lo que la crítica les quiere decir.

Los más ceyen con el *amor propio*, que sólo tiene oídos para las alabanzas ó para las censuras, no para las advertencias y los consejos.

Feliú supo que su *Dolores*, el drama más popular entre los suyos, tenía á mi juicio tales y cuales defectos, que no es del caso recordar ahora. Supo que la versificación de su aplaudido drama me parecía incorrecta y poco fácil.

Y no me consultó, ni me quiso mal por eso; ni siquiera me atacó por *debajo de cuerda*.

En cambio, la primera vez que escribí elogios de una obra suya, se apresuró á dirigirme una carta muy cariñosa en que expresaba la satisfacción que le producían mis sinceras alabanzas. Desde entonces fuimos amigos y continué siempre en el mismo tono una correspondencia, que me honra muchísimo.

Feliú progresaba. Mientras otros, de talento indudable, andan desorientados, ó decaen, él mejoraba, *subía*. Lo que dice Bremón en el último número de *La Ilustración Española y Americana* acerca del drama regional-nacional de Feliú, me parece muy justo y muy bien dicho.

Si, Feliú *ensanchaba la escena* (no digamos que *rompía moldes*) y además la llenaba de luz y de colores. Generalmente, el teatro en que se nos quiere encerrar, es de *dibujo*; el de Feliú aspiraba al *colorido*.

Había renunciado el verso, y la prosa de su *Miel de la Alcarria* y de *Maria del Carmen* era noble, natural, apusnada si convenía.

En Feliú había acaso un sistema, pero no un amaneramiento.

Gozó en vida de una gloria adecuada á su mérito.

No pudo, en general, quejarse del público; pero tampoco le debe aplausos adelantados; porque si en alguna ocasión se le elogió por lo que no merecía tanto entusiasmo, rasgos de delicadeza, figuras de poética idealidad hay en alguno de sus dramas que no fueron bien comprendidos. Y váyase lo uno por lo otro.

Ha muerto un hombre bueno; ha muerto un autor bueno.

Es, pues, la de Feliú una pérdida que vale por dos. Y, bien mirado, por doscientas.

CLARIN.

PALIQUE

Mortuus inclusus.

ELLA.—Vaya; ahora que estamos solos, hasta sin Morleín... dime la verdad... ¿Es político ó no es político?

EL.—¿El qué?

ELLA.—El bofetón.

EL.—¿Pues no te da ser? Es todo un golpe de Estado, como supongo que ya habrán dicho los gaceterillos.

ELLA.—Pues entonces... ¿por qué insistir? ¿por tesón?

EL.—No; ni por tesón, ni por *teísón*, en francés; es decir, ni por *tedaridos* como lo sería el *teísón... de oro*, en vida.

ELLA.—Hombre, no lo entiendo; pareces un *Gedón*. Sin retruécanos, explícamelo.

EL.—Verás. Yo insistí en que el duque debe quedarse, porque no es cosa de echarlo. No es orgullo mio, es sordura de Tetuán.

ELLA.—Pues... ¿no te ha ofrecido él la dimisión?

EL.—Sí, pero con la boca chiquita. Decirme que está á mi disposición la cartera para facilitar un arreglo, es como decirme: yo no creo que la delicadeza y la justicia exijan que me vaya; por mí, y si no hubiera conflicto, me quedaría; pero si usted necesita sacrificarme á la minoría, es buen hora...

ELLA.—Vamos, cree que el echarlo sería una hecatombe...

EL.—No, porque el duque no es buey, ni mucho menos cien bueyes; y hecatombe, etimológicamente, es sacrificio de cien bueyes; y por extensión, de muchas cosas, aunque no sean bueyes, aunque sean ministros.

ELLA.—Hombre, no seas un P. Mir... Quedamos en que el duque...

486 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.392, 29 mayo, 1897.

PALIQUE

Con ocasión de las últimas elecciones municipales se ha demostrado una vez más el buen humor nacional; y hemos derrochado orientes de ingenio satírico. Hasta en los más recónditos rincones de la Península, si contaban con un periodiquito, se ha lucido la vena humorística, á costa de la sinceridad electoral y de la sanidad del voto libre del pueblo soberano.

¿Hemos probado los españoles la más absoluta acatolepsia en materia de filosofía política; hemos dejado tamañitos á todos los esquistos de Grecia y del Renacimiento; y lo que es engañar, no se nos engaña.

Edremos ser un pueblo esclavo con apariencias de libre; pero, á lo menos, estamos al cabo de la calle.

Van votados con qué unanimidad nos reímos de las elecciones, y cuánto pachorra, siempre satírica, dejamos que vote el Gobierno por nosotros.

El gobierno, que también es listo, al fin español, sabe que no nos engaña, sabe que sabemos que se burla de nosotros; y también él muy gracioso intentando en burlarse, á pesar de que sabe que no nos mamamos el dedo.

Esta es la ventaja de que todos seamos tan listos: que nadie engaña á nadie.

No faltará quien piense que sería menos malo para nuestra dignidad que la causa de nuestra apatía ante la eterna farsa electoral fuese la ignorancia, el estado de inocencia; porque así, podría creerse que, si no nos levantáramos contra el incalificable despojo perpetuo de nuestro derecho de sufragio, era porque no sabíamos de tal despojo...

¡Zas!

..

—¿Qué es eso?

—Nada, que el telégrafo, es decir, Mencheta, con su terrible gramática eléctrica, digo, lacónica, acaba de anunciarnos á los provincianos que el insigne civilista Sr. Comas acaba de recibir del Gobierno...

—¿¿¿Una odecoración?

—No, una bafetada...

—Babi ¡babi! ¡babi!—dirán ustedes los madrileños. ¿Quién se acuerda ya de eso...

EL.—En el mero hecho...

ELLA.—¿En el mero hecho ó en el anterior?

EL.—En el mero. En el mero hecho de no decirme: señor presidente, yo me voy á mi casa, por encima de la cara de Castellano; y no le den ustedes vueltas; porque marcharme es mi deber, y sobre mi deber no hay nada; digo que en el interin, que diga, en el mero hecho de no hablarme así, demuestran Tetuán que tiene la cara dura, como la mano, y que no quiere dejar la cartera. Prescindir de él es obandonarle, y es darle una lección de delicadeza; es hacer por él, lo que no puede hacer sino él mismo. De otro modo, que el conflicto que nació por mano del duque, sigue en manos del duque; y si yo lo resuelvo por mi mano... borro una bofetada con otra bofetada; porque sólo dándole un bofetón, moral, á Tetuán, es quite la mancha de la mora con otra verde. No debió ofrecernos la cartera; debió no volver á tocarla... con aquellas manos.

ELLA.—De manera que eso de que el duque es irremplazable, de que tiene los hilos...

EL.—¿Qué hilos ni qué tinglado? El bato y el ovillo lo tengo yo. Aquí nadie maneja los palstroques más que yo; todo eso de dejar que parezcan ministros Tetuán, Valdésara, Cos, Castellano, es pura comedia. ¡No me conoces!

ELLA.—Otra cosa, y si esto no se arroja, ¿dejará el poder á otro de tu partido ó á mí?

EL.—¿A fin de qué? El que más, no pasa de medianía... medianía...

ELLA.—¿Para quién será el poder, entonces?

EL.—Para Sagasta...

ELLA.—Que es una medianía también.

EL.—Sí, pero es el genio de las medianías; como Romero es el genio de las nulidades... y Silvela la nulidad del mal genio.

ELLA.—Si te oyeran...

EL.—Si me oyeran... no me oirán, porque no lo diría delante. Delante de ellos no hago más que pensarlos. Pero aquí, ahora, á solas contigo, hablo claro, porque en estos momentos no estamos en la *Huerta*;—esto ahora es *hortus inclusus*, como diría Ruskin, que en paz descanse.

ELLA.—¿Quién era Ruskin?

EL.—El Balsa de la Vega de la Gran Bretaña.

CLARIN.

Hijos, en provincias empieza ahora á repercutir el beso dado en Cantón, que dijo Campañor, ó sea la bofetada... impulsiva del duque de Tetuán (de Tetuán había de ser).

Á la hora en que esto se publique ya sé yo que si Gobierno de S. M. habrá pegado por ahí otra porción de morradas que habrán eclipsado el *ex ab, busto* del ministerio de Negocios Extranjeros y Cachetes Nacionales, y que nadie hablará ya de si debe ó no debe dimiñir el duque, que debía, esto de fijo, usar freno automático como las locomotoras. Pero sea de última moda ó no el modo de acabar con las beligerancias que tiene el duque de... *Puñocastro* (his), la verdad es que el asunto es grave; como también lo era lo de la dictadura de Polavieja, Bonlangier *malgré lui* (por no traducir á *palajo*); y lo era aunque la resonancia del bofetón de marras haya apagado los últimos ecos del entusiasmo domístico-caesarista.

Porque reparan ustedes que el día antes de la bofetada parecía que el Océano había sido el Rubicón de Polavieja (chico en grande); y el día siguiente del cachete Polavieja era tan César como Bonlangier cuatro años después de enterrado.

Lo que hay es que aquí, el que más y el que menos, si no es duque, de Tetuán sí es; todos somos impresionables, impulsivos...

Y eso que el duque no parecía latino, según Cánovas.

Parecerá barbero. Casi todos los españoles parecen barberos; y no lo digo por mal, á lo menos por mal exclusivamente.

Todo esto es... sangre tórrida.

No nos explicamos á un Cavour, á un conde de Beust, v. gr., inflándole un carrillo de un metido á Savigny, v. gr., á Filangieri. El mismo don Alfonso el Sabio,

emperador de Alemania que fue,

daba mejor trato á los *hombres de clerica* que le hacían *Las Partidas*. Pero bajo Alfonso XIII el Gobierno paternal de Cánovas premia á nuestros notables juriconsulantes, que lloran el derecho civil nacional, poniéndoles la cara como un tomate por conducto del ministerio de Estado.

Ya sé, ya sé que la cuestión personal se arregló, y me alegro. Pero ¿dejará de ser esto la casa de Tócame Roque? También se habrá arreglado á estas horas la cuestión política. Todo, todo se arreglará, porque Comas es civilista; pero ¿á que no se arregla si hubiera sido un generalote? Que le pegue Tetuán á un obispo...

¡María Santísima!...

Clarín.

PALIQUE

La muerte del Sr. Ayuso, académico de la Lengua, ha producido una vacante de *inmortalidad de entrada*.

Ya se sabe; para que aparezca un nuevo *inmortal*, tiene que *morirse* un *inmortal* de número: el gobierno viviente que se llama la Academia, no dispone más que de un número fijo de *inmortalidades*, o sea que unas 36.

La *inmortalidad* del distinguido profesor de lenguas, parece que se la disputan varios candidatos, entre ellos el Sr. Fernández Flórez y el Sr. Ferrari.

Si yo fuera académico, votaría por Fernanflor... si no fuese por que, en conciencia, tendría que votar por otro: por Armando Palacio Valdés.

Una cosa es que Armando Palacio no envíe ejemplares de sus novelas á los chicos de la prensa, y otra cosa que Palacio sea, hace muchos años, uno de nuestros mejores novelistas, como acaba de decir el imparcial y muy sesudo crítico de *La España Moderna*, señor Baquero. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Noruega, en Francia, en Suiza, Holanda, Italia, etc. etc., Palacio es admirado, estudiado y traducido; y en este punto solo rivaliza con el Pérez Galdós.

Las cosas claras.

El que apueste algo de provecho, que se presente y yo le probaré que estas son habas contadas; no juicio de amigo.

Entre la juventud literaria estudiosa, sería, que lee lo bueno y desprecia la critiquilla callejera, Armando Palacio tiene muchos admiradores, hoy lo mismo que ayer, aunque los periódicos apenas lo citan de tarde en tarde.

Si las excelencias no tienen algún filólogo notable en coiserva para que sustituya al difunto Ayuso, y si han de elegir á un literato *ameno*, Armando Palacio es el que, en justicia, debe *por fin* ser elegido, sin que esto sea negar méritos de otros.

Que se pregunte á Castelar (¿por qué no aplicar la *interviú* en estas cosas?), á Camposamor, á Valera, á Galdós, á Pereda, á Balar, á Menéndez y Pelayo, á Sellés y otros de los buenos. ¿A que reconocen el gran mérito de Palacio?

Pero como lo más probable es que nadie me haga caso, porque estas cosas tiene que moverlas el principal interesado, y Armando Palacio no las ha de mover, vuelvo á los candidatos viables, y digo que entre Ferrari y Fernanflor, *yo voto* por Fernanflor.

Es mucho más ser un gran poeta lírico que un periodista y cuentista discretísimo, de ingenio y de elegante pluma.

Pero es mucho más ser un periodista de primera que un poeta de la clase de cuartos

del negociado de *Esculturales* con impropiedades é incorrecciones á porrillo.

Y este es el caso.

El Sr. Ferrari es una persona dignísima, literato serio, incapaz de ruinas intrigas y venganzas miserables; es discreto... en prosa, instruido, ¡qué sé yo! pero sus poemas tienen lo malo de Núñez de Arce, sin nada de lo bueno, y además mucho malo del Sr. Ferrari solo.

Por *fatal ley del destino*, en cuanto el señor Ferrari empieza á narrar ó describir en verso *escultural*, empiezan las incongruencias, los fulsos testimonios á la naturaleza, el *nihilismo* descriptivo y otra porción de cosas lamentables.

Y esto también puede probarse. Yo lo tengo probado mil veces.

Otra apuesta. Apuesto algo bueno también á que leyendo mi crítica del *Abelardo* á un jurado de literatos imparciales, de gusto y lo tras, extranjeros hispanófilos si puede ser, dan por justas mis censuras del tal poema, en un noventa por ciento

✱

A pesar de lo dicho, el Sr. Ferrari meraca ser académico, porque dentro está ya el *académico*, y aun el *plus ultra* de lo malo. Ferrari vale más mucho más que no pocos académicos en ejercicio.

Pero Fernanflor vale más que él.

Y eso que Fernanflor se reía, en cierta ocasión, del griego; y en la Academia hacen falta personas que no se rían del griego ni del latín... ni del castellano.

✱

También deben de reírse del griego los académicos que dicen que debe escribirse *éptágono* y que debe escribirse *heptasilabo*.

Escribe la Academia *épta-gono* «porque viene del griego *épta*, siete; y *heptasilabo*, porque viene del griego *épta*, siete. Primero, *épta* (espíritu suave) y después *hepta* (espíritu áspero). ¿En qué quedamos?

En griego siempre fué *hepta* y no *épta*, es decir, *hepta* con espíritu áspero.

Pero la Academia toma á risa estas cosas, y se contradice y se queda tan fresca, con su *éptágono* y su *heptasilabo*.

✱

Y le tiene ojeriza á todo lo que venga de siete.

Verán ustedes.

¿Qué es octingentésimo?

La Academia lo dice de modo que no da ocasión á equivocarse: «Que algue inmediatamente á lo ó al septingentésimo nonagésimo nono.»

¡Muy bien! Ni Euclides.

Pero ¿qué es septingentésimo?

Según la Academia nada absolutamente. La Academia no admite septingentésimo. Busquen ustedes la palabra en el Diccionario y no la encontrarán.

De modo que en la Academia podrán hacer falta Fernanflor y Ferrari... pero un pasante de aritmética y otro de primer año de griego, no estorbarían.

CLARIN.

PALIQUE

Luís Taboada es un... gente nueva que llegará... que llegará á cansarse de escribir artículos sin que el público se cansa de leerlos, pero que no llegará á ministro, porque ni es hombre de puños, ni es de los que entienden ellos, señores diputados, vamos, que no es orador ameliado, ni tiene caída de ojos suficiente para enamorar á la de Albornoz, Carrita, ni á la duquesa del Charco ni demás heroínas del P. Coloma, que son las que cortan el bacalao político. Ni como modernista siquiera prosperará este joven inédito que tengo el gusto de presentar á ustedes; porque ni es socialista tabernario, ni tiene querida notoria ni se emborracha ni es sadomasoquísticamente escéptico y sardónico, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Lo que ha hecho Taboada es un libro que se titula *Tipos cómicos* que no se vende como pan bendito, porque como dice bien Valbuena, el pan bendito no se vende, pero que se vende como muchos próceres á precios módicos.

Tipos cómicos no es un pedazo de vida arrancado á la realidad; está sin arrancar, pero está perfectamente; y tiene mucho más naturalismo que muchas novelas naturalistas que, naturalmente, le hacen á uno dormir con la mayor naturalidad.

Taboada, que no es una cebolla, como tantos humoristas que yo conozco, no se repite, pero me repetiría yo si se tratase de estudiar ahora la indole, digámoslo así, de su talento, de su estilo, etc., etc.

En fin, es chico listo, *magister* que nuevo é inédito. Ya le irán ustedes conociendo, y pienso recomendarlo á Sinesio para que le deje publicar alguna cosilla en MADRID CÓMICO. Nada de artículos, por supuesto, porque para eso no hay sitio.

Y ahora me voy yo por el foro, parodiando á mi apadrinado, que alguna vez ha dicho eso en situaciones análogas.

Menos gente nueva es D.^a Emilia Pardo Bazán, y su última novela, *El tesoro de Gastón*, es cuento de viejes.

D.^a Emilia escribió, *hilo tempore*, novelas realistas, muy aceptables algunas, después cuantos entre los que hay algunos excelentes, pero ahora está dejada de la mano de Dios; y queriendo seguir la moda hace unos mamarrachos que tienen que parecerse á ella misma.

Tanta filosofía estética, señora, viene á parar en que escribe usted folletines disimulados, y en que descubre usted ollas repletas de dinero como un Galdós de menor cuneta.

También en *Miscordial*, la preciosa novela que Galdós acaba de publicar, se habla de tesoros escondidos... pero esos tesoros no

parecen; en cambio parece el novelista de siempre, tan realista como hace veinte años, en lo que debe ser realista, y tan idealista como siempre en lo que es oportuno.

¡Ay D.^a Emilia de sus pecados de usted! El toque no está en encontrar tesoros... ni en resucitar figurinas, sino en que Dios nos haya hecho ricos de ingenio á su tiempo debido.

Y cómo escribe ahora estas novelas de folletón, como dice *El Liberal*, la Sr.^a D.^a Emilia!

¡Parece mentira que sea de la autora de *Un viaje de novias* la prosa de *El tesoro de Gastón*!

Señálame usted mi línea de conducta — le dice Gastón á su novia.

La configuración de una mural... Imbuido por la ilusión, etc., etc., etc.

Y lo peor no es eso; lo peor es lo cural, lo radicalmente cural del estilo. ¡Qué frases hechas de las que á Flaubert le hacían morir de risa, de las que Galdós con tanta gracia ridiculiza en *Miscordial*!

El Sr. Benavente, á quien no tengo el gusto de conocer, me es simpático, en cuanto escritor, aunque conozco pocas cosas suyas. Pero así como Heine se atrevía á jugar á D'Artagnan sin haberle leído, yo me atrevo á escribir la biografía de Benavente, sin datos casi, y á profetizar que se casará con una dama hermo-sísima, que se la fama bien ganada, ni antes no le engaña una queridanga, llena de posticos, pintada de modernismo, alforrada con humo de carbón decadentista y otras sociedades de droguería pseudo estéticas.

No escriba el Sr. Benavente prólogos como el de *Mujeres*, y créame á mí, que le quiero bien, casi casi sin saber por qué.

Señárese de ciertos señores que son artículos de París avariados.

Benavente ha leído, tiene cierta manera original de ver el arte; pero por docilidad se deja influir por las malas compañías, y juzga, ó cree juzgar, por patrón, con mal gusto ajeno.

Con unas cuantas conferencias que yo tuviera con el Sr. Benavente me parece que podría discurrir de mantener doctrinas estéticas y juicios personales que voy en su prólogo.

Todo eso es fiato vulgar, Sr. Benavente.

El Sr. Vasmonde es uno de tantos muchachos que escriben vulgaridades frías, sin sentir nada; sintiendo, á lo sumo, el *epiteto*, que suele ser impropio.

Dice usted que parece en ocasiones poeta dramático, más que lírico, porque sabe salir de sí propio, contemplarse á distancia con serena imparcialidad.

Eso no es parecer dramático; sería, de ser algo, parecer épico. Y en efecto, esa revista de mujeres, colección de tópicos, de versos de colegio, de temas de cátedra de retórica, más tiene de fría composición didáctica que de poesía verdadera.

Si yo le escribiera un prólogo al Sr. Vasmonde puede que no le dijera más que esto:

Infinito no es consonante de prosopito, como usted pretende en la página 49 de *Mujeres*. No veo el modernismo ni la gracia de meter en una composición en silva, de endecasílabos y heptasílabos, un solo verso de dos sílabas:

[para]

como pudo decir: ¡arra!
El fulgor del sol nascente no es más casto que otro fulgor: enal-quiera. En español no se dice *Tibullus* ni *Calus* *Valerius Catullus*. En parece latín... y puede que sea francés.

Por supuesto que de *Mujeres* pienso hablar más detenidamente en otras partes, y, gr. en *El Imparcial*; porque aunque el libro es uno de tantos como pasan y deben pasar al olvido, necesita particular consideración, por lo mismo que lo han recomendado poetas como Nâfies de Arce y hasta asociaciones en masa.

No es justo que por detrás del arte se hagan reputaciones.

El autor de *Mujeres* me ha enviado su libro, y me ha escrito una carta que le honra, porque demuestra que no busca elogios, sino la verdad. Yo procuraré servirle diciendo, no la verdad del mérito de su libro, que esa no depende de mí pobre juicio, sino la verdad de lo que yo opino acerca de *Mujeres*.

El hombre que fuera de sazón se tributó á ese libro debió de haber disgustado al autor, si un carácter es como parece indicar la carta que me ha escrito.

Clasien.

Con eso de las bofetadas parlamentarias y lo de:

si Sagasta le dijo á la Reina...

é si no le dijo, no se habla nada de literatura. El diablo de la política á todos nos arrastra. A mí me costó un duro el que Cánovas siga mereciendo la confianza de la corona, porque he perdido cinco pesetas que había apostado por Sagasta.

Con estas cosas, casi nadie se acuerda de que el Sr. Ayuso, pasando á mejor vida, dejó un allón vacante en la Academia.

Se ha dicho que la plaza era solicitada por Fernanfior y por Ferrari, entre otros.

En el *Heraldo* he dicho ya que, entre Ferrari y Fernanfior, yo prefiero á Fernanfior. También he dicho que, en justicia, el nuevo académico debiera ser Armando Palacio.

El aprovechado jesuita Ialco Navarro Ledesma (a) *Cálmes* propone la candidatura de Mariano de Cavia.

Es claro que *Cálmes* con esto no hace más que disparar el segundo cañonazo para que Cavia lo olga y lo agradezca y recomiende á Navarro Ledesma en *El Imparcial*, porque el chico revienta si no le dejan meter baza en los *Lunes*.

Pero aunque esta ocurrencia de *Cálmes* sea acto de pura adulación, no cabe duda que Cavia vale muchísimo más que muchos académicos y que muchos de los candidatos. Cavia ha hecho por el buen sentido y el buen gusto mucho más que ciertos eruditos intensivos que saben muchas cosas que no le importan á nadie, pero no saben escribir cuatro renglones sin equivocarse; como Baquero, el crítico de la *España Moderna*, demostró á uno de esos señores, hace poco.

Muchos literatos hay que pueden aspirar con legítimos títulos á la vacante de Ayuso.

Yo extrínjo que ni ahora ni otras veces, en otras ocasiones como ésta, se hable ni baya hablado de cierta clase de candidatos, que son de los más indicados.

Me refiero á los buenos autores cómicos. Si en la Academia no hubiera más que filólogos, consumados gramáticos que dominasen la lengua patria y sus afeos, no habría para qué acordarse de los poetas cómicos; pero como allí debe entrar de todo, como la vida real, actual de la lengua no la representan los que saben diseccionarla, sino principalmente los que la hablan con autoridad al público desde el libro, desde el periódico, desde la tribuna, desde la escena, etc., etc., es claro que los autores cómicos deben tener voz y voto en el *establecimiento*, como dijo el otro, de la calle de... no sé cuántos (porque no sé las señas del domicilio actual de los *inmortales*).

Ramón Carlión, Ricardo de la Vega, por ejemplo, tienen méritos sobrados para ser académicos. Vale más *Los Baños del Manzanares* que todo lo que han escrito Castallina, Barrantes, Rivas, Balaguer, etc., etc., junto en un montón.

Yo he reparado que nuestros poetas cómicos son, en general, más correctos y fáciles que muchos literatos de pretensiones *trágicas, líricas y épicas*.

El verdadero español de hoy se encuentra en las comedias de Ramon, Vega, Burgo, Asa, Echegaray, etc., mucho mejor que en ciertos discursos académicos y en no pocos libros de grandes pretensiones.

Y otra cosa.

La Academia, si quiere ganar legítimamente las dietas... que come, debe prescindir de las pasioncillas de los *de número* y elegir á los que han demostrado competencia en el conocimiento del idioma, aunque esos tales hayan atacado á los académicos.

El Estado le pide á la Academia, no que sea un juego de comedias el idioma, sino que se busque las mayores garantías de acierto para la misión delicada de declarar cuál es el español oficial.

Así, á nadie debe asustar que se proponga para académico al mismísimo Valbuena. ¿Que ha maltratado á muchos de la *casa*? ¿Y qué? En cambio no ha maltratado la lengua, como no pocos señores de número.

Lleva Valbuena escritos una porción de volúmenes corrigiendo errores del *Diccionario oficial*. Quiero suponer que, de cinco veces, cuatro Valbuena se equivocan; pero la quinta parte de las correcciones suyas al *Diccionario* todavía son muchas correcciones, y aceptadas y aprovechadas por la Academia (como en justicia deben serlo) constituyen un eminente servicio al léxico oficial, servicio muy superior á los muy flojos que le hacen los muchos académicos que escriben con olvido de las más elementales reglas de la gramática... de la *casa*.

Si hubiera imparcialidad, si se atendiera no á la vanidad de los académicos, sino al interés de la lengua y á la misión propia del instituto, Valbuena sería académico, y pronto.

Y ahora vamos al feminismo.

No hay razón para que una mujer pueda encargarse de la venta del papel sellado y no pueda encargarse de la literatura *sellada*. No hay razón para que una mujer pueda resolver las crisis políticas más importantes para el país, y no pueda resolver si se ha de escribir exhuberancia (como cierto ilustre poeta) ó exuberancia.

Si, las mujeres deben entrar en la Academia.

Y también debe darse, de vez en cuando, un puesto á la aristocracia, á la nobleza, como hacen en París. La Academia es un *gacilismo*, una imitación del francés; pues tengamos nuestros académicos de la aristocracia como en Francia los hay.

Y combinando lo de la alta nobleza académica con lo del feminismo académico, yo propongo para la vacante del Sr. Ayuso...

A la Marquesa de la Laguna.

Y póngase la de Pardo Bazán, que no es más que pontificin.

Clarín.

PALIQUE

Prayecto.

Durante el verano actual (y tan actual, digo lo que quiera el calendario) dedicaré algunos paliques, alternando con los asuntos que pueda ofrecer la ocasión oportuna, á continuar la colección, como tal, inédita, de semblanzas breves, que tituló *Vivos y muertos*, de que ya he publicado algo en *Madrid Cómico* y otros periódicos.

Muchas veces no se tratará más que de fragmentos de escritos que saldrán completos en el libro que ha de contener todos estos artículos de críticas biográficas.

Soy partidario de la crítica en todos sus géneros legítimos, no soy de los que dan la exclusiva á uno de ellos, por lo común al que está de moda, y tienen por agotados todos los demás; por esto, en *Vivos y muertos* predomina la manera de crítica que he censurado en otros... porque la han proclamado exclusiva y como perfeccionamiento de las otras; me refiero á la crítica *subjetiva*, á la que, de propósito, ve las cosas del color del cristal de nuestro estado de alma como se dijo hace pocos años (el estado de alma ya no *viene*).

Hablaré de *muertos* á quien yo haya conocido, y empleando una perspectiva *personal*, es decir, la más real de todas, en cuanto *perspectiva*.

«Mientras yo relato el cuento de cómo vos conocí...»

dice Cervantes en *El loco de la guardilla*, cuando se prepara á narrar cómo conoció á Lope de Vega. Pues algo así haré yo; no estudios biográficos completos, sino apuntes que tendrán constante relación á mis impresiones respecto del personaje, ó lo que sea, de que se trata.

También hablaré de *muertos* á quien sólo haya conocido por sus obras, y diré, no lo que ellos hayan sido, de seguro, sino lo que á mí se me figura que fueron.

Esta clase de biografía y de crítica es clara, que no basta; pero ayuda á conocer, y en ciertos aspectos, es lo que hace ver mejor.

Entre los *vivos* preferiré, por lo común, para los fragmentos que he de publicar en el *HERALDO*, á los *hombres nuevos*, y procuraré decir de ellos la verdad, agradable, ó desagradable, ó entreverada.

No me gusta juzgar en montón, por etiquetas, por uniformes, por apodos de escuela, cenáculo, etc. He sentido que, por culpa del *modernismo*, la *gente nueva* y otros nombres por el estilo, se daban por aludidos y despreciados escritores muy dignos de aprecio. Hay que distinguir. Tal vez no falta quien por haber consentido que se le alistara en esta ó el otro grupo, pague por pecados colectivos en que él individualmente no ha incurrido. Bueno que la Guardia civil dé cargas á bulto cuando hay motín, sin distinguir entre culpables é inocentes, castigando el delito de *estar allí*; pero la crítica no debe hacer eso.

No ha mucho, escribía yo algo quejándome, en general, de lo poco que prometía la juventud literaria, y no tardé en darme por aludido un escritor *nuevo* que es una de las pocas excepciones en la común pobreza de ingenio.

Otros hay que tienen mucho malo y algo bueno, y hay que distinguir también esto, haciendo más justicia que cuando, al contradecir descabelladas teorías, perniciosos programas y malos ejemplos, como ciertos éxitos escandalosos, se aplican las disciplinas por procedimiento sumarisimo y con cierto rigor que conviene emplear con las masas insurrectas, pero no con los individuos cuando de juzgarles uno á uno se trata.

Con tal criterio, hablaré de la *gente nueva*, y aun de la que he llamado en *El Imparcial* *novísima*, excitando sin querer la bilis de algunos *nuevos* de los que, no por irreverentes y pedantes, han de conseguir buen renombre, aunque ellos así lo esperen.

Es claro que, de camino, iremos combatiendo malas doctrinas y recordando las buenas. Se verá, v. gr., que ese purrito de los *audaces adocenados* de estar siempre inaugurando una época ó anunciando *auroras redentoras*, es alarde cursi y falso.

Generalmente, esos *revolucionarios* que tanto desprecian todo lo que pasó, no son más que grandísimos ignorantes, que no admiran porque no conocen.

«Ya no hay retóricas», «ya no hay crítica», «ya no hay leyes éticas»; esas y frases por el estilo, son marcas de fábrica de la vulgaridad.

Las medianías tienden al uniforme. Pero téngase en cuenta que ahora para ciertos *modernistas* el uniforme es andar en cueros.

Y uniforme es, aunque barato.

El escritor de veras artista, original, andará bien vestido, según las reglas, pero á su manera.

Y basta de preámbulo

Entre los *muertos* de que hablaré más pronto cuento á D. Lázaro Haródn, Revillo, Moja, Tuero, Sánchez Calvo, Canalejas (D. F.)

Y los *vivos* de que hablaré este verano serán, entre muchos más, Jacinto Benavente, Morera y Galicia, Dicenta y varios escritores americanos.

CLARIN.

491 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2411, 17 junio, 1897.

PALIQUE

Cuán bienaventurado
aquel puede llamarse...

que no necesita leer el discurso del Sr. Silvela...

¡Oh, sí! ¡Qué placer el mío al ver aquellas columnas de prosa cerrada sobre sí misma, aquel coto redondo de prosa parlamentaria y constitucional, y poder exclamar con legítimo orgullo: ¡Soy libre, independiente en mi *aurora medicritas* (dura, no; pero en fin, *medicritas* en calderilla) puedo prescindir de leer este fárrago de *jurisprudencia librega*; y, naturalmente, prescindo con una voluptuosidad olímpica!

¡Cánovas, el gran torco, tiene que leer el discurso de cabo á rabo, para saber con qué bueyes ara, si son ó no traseras las *florentinas* puñaladas del enemigo!

Sí; de síjo, Cánovas leerá el discurso.

No es él bastante genio... para mandarle á Morlesin leerlo para él, prohibiéndole hablar de semejante cosa.

Un verdadero dictador, un grande hombre verdadero, tendría ese rasgo: no leer á Silvela.

Y si España fuese un pueblo viril, no lo leería nadie.

Aquí del general no importó.

En resumen: ¿qué quiere Silvela? Suceder á Cánovas, ¡y le escribe su proyecto de testamento ológrafo!

Pero el otro no será tan bobo que lo firme.

Si cuando Jesús dijo á los que querían matar á pedradas á la mujer adúltera

—El que está sin culpa que arroje la primera piedra, Silvela hubiera estado presente, ¡menuda pedrada del Sr. Silvela se hubiera llevado la mujer adúltera! No porque Silvela estuviera sin culpa, sino porque este señor con estas pedradas mata dos adúlteras de una vez; acaba con un rival y se da tono de inocente.

Esa es toda la política de Silvela: tirar pedradas á la mujer adúltera, y... promiscuar como cualquier hijo de vecino.

¿No sabe Silvela el cuento de Fleury?

—Voy á casarme—decía uno.

—¿Es guapa la futura?

—No.

—¿Rica?

—Tampoco. Es muy moral.

—Fue, hombre, para eso, compra un Fleury y... cástate con él. El país, antes que con Silvela se casará con el Fleury, cuya moral es más clásica y más segura.

Silvela, diga él lo que quiera, es un Romero Robledo... sin humo.

Romero nos sirve la injusticia en decretos; Silvela en píldoras. Créame el despejado D. Francisco: nos ofende creyéndose tan fontos.

¿Cree él que creemos nosotros que él cree en las *sagradas formas*... constitucionales, y en el respeto místico que se debe á la iniciativa regia y demás tiques miquel del *sport* anglo-parlamentario?

¿Qué tiene que ver el bien del país con todas esas triquiñuelas? Es lástima que Silvela no lea este artículo, por publicarlo MARIANO GÓMEZ y firmarlo *Clarín*; pero si lo leyese puede que se desengañara de que nos está engañando, al considerar lo que sigue.

Toda la comedia política de este político es inútil hace muchos años.

Desde que todo el mundo sabe lo que los conservadores empezaron por decir en secreto:

Que Silvela nunca será el jefe, porque es muy antipático, muy egoísta.

No le dé vueltas; nunca podrá hacer un gran partido.

Nació segundón y segundón muere.

Romero tiene sombra; Pidal tiene clero, sombra también; Silvela no tiene ni la sombra del pino.

¿Cómo quiere Silvela aparentar *unción* patriótica, si la *unción* es con aceite y Silvela es un puro vinagre?

En fin... que tengo mil argumentos para no leer el discurso de Silvela. Volupté! que diría Ladevese.

Clarín.

492 Madrid Cómico (Madrid), n. 748, 19 junio, 1897

PALIQUE

Peña y Dorado.

No crean ustedes que es un señor sólo ¡no!

Son dos, ¿y qué diferentes!

Vidas paralelas son la de Dorado y la de Peña; por mucho que se prolonguen jamás se encontrarán...

A no ser que intervenga el P. Cámara, obispo de Salamanca y autor de obras.

En ese caso, Peña, para el cual primero es vivir (el filósofo lo deja para el obispo), usando ó abusando de sus atribuciones de decano de Derecho, suspenderá á Dorado, profesor de la misma facultad.

Ya sabrán ustedes la historia.

Dorado, profesor, por oposición, de Derecho Penal en la Universidad de Salamanca, exponía las doctrinas de la llamada escuela antropológica italiana, derivación del positivismo determinista; es decir, Dorado hacía lo que hacen docenas y docenas de criminalistas en docenas y docenas de Universidades del mundo entero.

En todas las poblaciones donde hay Universidad, tiene jurisdicción algún obispo católico; pues bueno, sólo al obispo de Salamanca se le ocurrió protestar y perturbar la enseñanza de uno de los cien y pico de profesores que siguen las doctrinas de la tan vulgarizada escuela antropológica. Ningún obispo aprueba, es claro, las ideas de esa escuela; mas no por esto se meten á sembrar cizaña en las aulas y á procurar la indisciplina académica.

Por iniciativa ajena, sin duda, algunos mal aconsejados estudiantes de Salamanca, consultaron con el obispo si eran contrarias al dogma las teorías de Dorado. Empieza á verse la comedia. La consulta era odiosa; cualquier estudiante, que no sea un melón con patas de cangrejo, puede ver, sin consultar con nadie, que la negación de la libertad es contraria al dogma católico, y que el determinismo universal, que suponen las teorías de que se trata, tiene que condenarlo la Iglesia.

Luego la consulta era, no para saber lo que cualquiera sabe sin preguntárselo al P. Cámara, sino para dar ocasión á que éste hablase, y condenase á Dorado y aconsejara que no asistiesen á su cátedra los católicos.

Como si un católico perdiera nada por oír en una cátedra lo que de todos modos aprende por fuera, si quiere conocer la marcha de la ciencia; á saber: que hay una escuela antropológica determinista, etc., etcétera. ¡Le aconsejará el P. Cámara á un criminalista católico que se abstenga de enterarse de lo que dicen Lombroso, Ferri, Garofalo,

etcétera, etc.? De fijo, no. Él mismo, para comparar con este motivo, ¿no ha leído libros de esos señores? Pues Dorado es un texto más. Un texto vivo, sí; pero un hombre honrado, que sabe que sus deberes pedagógicos no consisten en escandalizar, ni sonsacar, ni seducir á sus discípulos, sino en exponer leal, imparcialmente las propias doctrinas y las extrañas, sin imponer ninguna, sin encontrar mérito en quien le crea, y sí en quien más sepa, créale ó no.

Es una ridícula invención, que no deben creer los padres de los estudiantes, esa de los reaccionarios que quieren *acaparar* las cátedras, y que consiste en decir que los profesores independientes predicaban contra el eclesiasticismo y buscaban prosélitos. Podrá haber un profesor indigno que, olvidando su oficio y atento á fanatismos de sectario, de librepensador de brocha gorda, lleve á la cátedra miras bastardas de ese género; mas el profesor digno, al que Dorado pertenece, no seduce, no ataca, no hace propaganda; enseña, muestra, educa; y al mismo tiempo, respeta.

Recuerdo que yo, cuando asistía á las lecciones de mi querido maestro, algo como padre espiritual, D. Francisco Giner, era ortodoxo, muy seriamente católico, de los que practican. ¡Qué delicia para mí ver cómo el muy *religioso* filósofo cuidaba de no herir las creencias que llenaban mi corazón entonces! Después, en mi cátedra, he procurado y procuro siempre seguir aquel ejemplo; y, si lo he conseguido, díganlo mis discípulos, aun los más católicos. Lo mismo hacen todos los profesores que, aun partiendo del libre examen, como base esencial de educación científica, saben distinguir entre la cátedra que enseña á pensar y la propaganda, legítima fuera de allí, que procura persuadir.

El profesor que comete el delito que á los liberales achacan los retrógrados, antes que á ese dogma que ellos defienden, dañaría al dogma pedagógico.

Que Dorado sabe cumplir con su deber, lo demuestran los hechos. Al único alumno (habla el *Adelantado*, de Salamanca), que asistió á su cátedra, á pesar del obispo, lo dejó suspenso, porque no sabía; y dió muy buenas notas á varios de los *protestantes*, que dejaron de asistir, pero que demostraron haber estudiado.

El profesor digno, serio, como Dorado, no pide que los alumnos piensen como él. ¿Para qué? Estas sugerencias no son verdadero pensamiento. Lo que quiere es que el alumno se entere, entienda, juzgue, se acostumbre á pensar por sí mismo.

¡Qué saben de esta buena fe; de este respeto á la sagrada conciencia, esos turiferarios del poder y de la rutina, que son católicos porque el Estado protege á la Iglesia; que enseñan por un libro de texto *dogmático*, impuesto, y que suelen tomar las cátedras por asalto!

Dorado, decía, aprobó con buenas notas á los estudiantes buenos que habían protestado contra la ensañanza, pero que demostraron en el examen saber derecho penal.

Mas ¡ay! quedaba el rabo por desollar. Quedaban los holgazanes, y para que puedan pasar éstos, no por holgazanes, sino por cordeles fieles, se acudió á Caolano con un *Peña* en la mano, para que se suspendiera á Dorado, y éste no examinara á los que tienen asco á la asignatura... porque tiene cara de heroje.

¿Y quién es Peña?

¡Ah! Peña es el hijo político de la Mantecón.

¿Y quién es la Mantecón? El ama seca de un hijo de cien... reyes.

¡Peña, el gran Peña!... Artículo aparte merece.

CLARIN.

493 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.416, 22 junio, 1897.



493 Miniatura de la página.

PALIQUE

Leo en los periódicos que el claustro de la Universidad de Salamanca ha declarado que no había lugar a la suspensión del catedrático Sr. Dorado, decretada por el decano de Derecho, Sr. Peña.

De modo que el inmerecido castigo queda sin efecto, y el Sr. Dorado examinará a sus alumnos, como ordena la ley. Más vale así. Pero la intención estaba vista.

Otra vez ha sido derrotada la reacción en los asuntos universitarios; pero ya verán ustedes como no escarmienta; y, por eso, no estamos en el caso de decir: a enemigo que huye, puente de plata.

Esta enemigo no huye. Son falsos mutis. *Hace como que se va, y vuelve.*

Cuando la protesta estudiantil de los discípulos de Dorado, el obispo hizo en Madrid lo que pudo para que el profesor liberal fuese molestado por el ministro. Pero éste, y el señor Cánovas, hicieron entender, muy cortésmente, al prelado, que el Gobierno tenía por peligrosos y anticuados estos conflictos con la enseñanza universitaria, que era libre, según la ley de España y según la costumbre de todo el mundo civilizado.

En efecto, decía bien la prensa imparcial que consideraba fuera de juego estas cuestiones de la libertad de la cátedra. Lo están; pero es porque ya en ningún país civilizado se le ocurre a nadie contener a la fuerza la propaganda de las ideas, y menos la enseñanza independiente.

Si aquí, de vez en cuando, hay que tratar de este asunto *demodé*, es por culpa de los que quieren volvernos al tiempo de Mari Castaño, no por culpa del profesorado liberal, que no se meta con nadie.

Ya verán ustedes como á pesar de tantas lecciones, el enemigo vuelve á la carga cuando menos se piensa.

Por eso es bueno que cada vez que dé batalla, vaya castigado.

Conviene, pues, que se sepa quién es Peña. Quién es Dorado lo sabe todo el mundo. Dorado, entusiasta de la ciencia jurídica, estudió en España y en Italia, llegó á dominar el alemán, ganó en brillantes oposiciones una cátedra, y publicando libros originales, y traduciendo y comentando otros alemanes, franceses é italianos, adquirió gran fama, y es uno de los pocos profesores jóvenes que en el extranjero honran el nombre de la ciencia española.

Peña, D. Teodoro Peña, debo la cátedra que tiene al favor, como voy á demostrar inmediatamente.

Peña fué segundo lugar en unas oposiciones de Economía. En aquel tiempo el ministro podía quitarle la cátedra al primer lugar y dársela al segundo ó al tercero. Era legal, pero era arbitrario. ¿Qué sabía el ministro de la competencia de los opositores? ¿No había nombrado á un tribunal para que los oyera y juzgara? ¿Por qué no se atenía al fallo del tribunal? ¿Por qué dejó la puerta libre al favor.

¿Por qué el ministro dió la cátedra á Peña, segundo lugar, y no se la dió al primero?

Por favorecer á Peña, que era hijo político de un amo de cría del roy.

Queda demostrado que Peña debe su cátedra al favor.

Como todos los segundos y terceros lugares que tengan cátedra.

¿Sería algún pijo el primer lugar postergado?

¿Qué había de ser... si era yo, Clarín en persona! ¿Tengo yo peste?

En punto á moralidad, el mismo Silvela reconocería la mía como irreprochable.

El Sr. Peña se llevó mi cátedra. Y yo entré en el escalafón cincuenta puestos más abajo que Peña. Es decir, que él cobra más que yo. El lugar de Peña en el escalafón debiera ser mío, como no se pruebe que soy mala persona, y que el ministro hizo bien en no fiarse de mí.

Tal vez el ministro era perfecto, y previó el actual conflicto, y se dijo: hay que hacer catedrático á Peña, para que, andando el tiempo, suspenda á Dorado. Para estas complacencias no hay como los segundos y terceros lugares, que pagan favores con favores.

Y todavía me acuerdo de las cosas que Peña dijo en las oposiciones.

Le tocó una pregunta que decía: «El impuesto progresivo según los *kateder* socialistas.» Y él leyó (lo afirmo bajo palabra de honor) *katestais* socialistas.

No sabía lo que eran *kateder*-socialistas, y los llamaba *katestais*.

Después, otra pregunta hablaba de la propiedad, económicamente considerada.

¡Y Peña se puso á recitar una lección de derecho romano acerca de los modos de *adquirir* la propiedad según el derecho justinianeo!

Y para coronar la fiesta, dijo que los Estados Unidos debían su prosperidad *já la libertad de comercio!*

Todo esto es histórico. Lo recuerdo yo, aunque Peña lo haya olvidado. Y juro que todo es verdad.

Ese es el Peña que quiso suspender á Dorado, honra de la Universidad española.

Si, en su día, Peña no hubiera quitado la cátedra á Clarín, hoy Peña no podría atropellar el derecho de Dorado.

De aquellos *pelotes* vienen estos *lotes*.

Por eso, para que no haya *lotes* nuevos mañana, conviene *acudir* el *pelto* ahora.

CLARÍN.

PALIQUE

Bremón es un Boasuet á su manera. Es no especialista en oraciones fúnebres. No habla mal de nadie... hasta que lo ve en el hoyo.

El no hace caso de Iriarte, y espera á que las lámparas estén apagadas para chuparles el aceite.

Y tiene su teoría, que repito de vez en cuando, para explicar por qué habla mal de los muertos y no se atreve con los vivos.

Á los vivos, viene á decir, se les da un disgusto censurándolos; y á los muertos no se les molesta tirándoles chinillas.

Ahora la víctima de Bremón es el pobre D. Lázaro Bardón, el sabio helenista.

Y vean ustedes cómo procede Bremón con él:

A ese señor, dice, no se le reconoció, mientras vivió, todo su mérito; no se le hizo académico, aunque lo merecía; pues, ahora que se ha muerto, ya es tarde para desagraciarle; lo que necesita son misas y oraciones, no alabanzas. Y en efecto, va Bremón, y le suelta un rosario de desprecios y malas palabras.

¿Habrás visto?

A cualquier persona de buenos sentimientos se le ocurriría que alabar al que muere sin haber obtenido en vida el aprecio merecido, es un acto justo y piadoso. Pues no lo entiende así Bremón. Alabanzas al vivo; pero al le faltaron en tiempo, que se fastidie; y ahora, al muerto, misas... y palos.

Bremón, que no sabe en qué consistía el mérito de D. Lázaro, se entretiene en recordar cierta alocución de este señor, de los tiempos lejanos en que fué rector de la Central.

Bremón cree que aquello fué una caída y que Bardón no volvió desde entonces á levantar cabeza.

Aquello le cortó la carrera, según Bremón.

Así escriben la historia estos cronistas, que no se enteran de nada.

Los estudiantes se rieron de la sofisma del rector... por un texto, que se hizo entonces célebre.

¿Sabe Bremón de dónde era aquel texto?

Del Evangelio.

Bardón dejó el rectorado, como otros cien lo dejan; pero ni perdió crédito, ni su carrera tenía que ver con semejantes pompas y

vanidades. Siguió siendo lo que siempre había sido: un notable profesor de griego.

Pero Bremón insiste en pensar, y decir, que Bardón no será conocido «por su grandítica griega», sino por aquellos jaleos estudiantiles.

Pero ¿cómo ha de ser conocido por su grandítica griega Bardón, si no publicó ninguna gramática griega?

Así conoce Bremón á sus víctimas.

¡Mire usted que ponerse á murmurar de un muerto, y no saber siquiera lo que escribió y lo que no escribió!

Y dice Bremón que él no quiere ser crítico, porque no hay tiempo para leer tanto como se publica.

Así es que no ha tenido tiempo para leer la gramática griega de Bardón... que no está escrita.

* *

Lo brindo á Gedeón este soneto que he cazado en una ilustración digna de mejores poetas:

LA TARASCA

Imagen fiera del que todo atasca.

Todo lo atasca, se dice, señor. Y ése es el diablo; y la tarasca no es el diablo, ni su imagen.

Regocijo de gente villanesca.

Gente villanesca, no; gente villana. Lo villanesco es lo correspondiente á los villanos, pero la gente villanesca está mal, porque se trata de los villanos mismos.

Con cuerpo horrible y con testuz grotesca.

¿Testuz grotesca? ¡Pero si testuz es masculino! ¿Así estamos?

¿Conque testuz femenino, y criticamos á Balart y á Castelar?

La ven los chicos con terror y basca.

Basca, se dice, en plural. Y además es mentira que la tarasca les dé gana de vomitar á los chicos. ¿Cuándo ha visto eso el poeta?

Sigue al monstruo la turba rufanesca.

¿Una turba de alcabuetes ó de gente sin honor ni vergüenza?

¿Con qué derecho insulta así el autor á la multitud que va detrás de los gigantes y de la tarasca? ¡Rufanes! El rufán será él... dirán los pobres aldeanos.

Gente que el día finará en la tasca.

¡Buen castellano! Primero, la Academia no sabe lo que es tasca. Segundo, la gente no puede finir el día, porque cada cual fina por sí y bastante hace.

Finar es verbo neutro, no puede pasar la acción del sujeto á otro objeto. Finar es fallar, morir, ó consumirse por una cosa; siempre neutro. De modo que finir el día, tomando el día por término de la acción, es como decir: Juan murió ó estornudó á Pedro. ¿Lo entiende el de la testuz grotesca?

Y al verla el pueblo, de placer se arrasca.

¿Se arrasca? Arriscarse es arrisgarse. ¿Se arrasca de placer el pueblo? Arriscarse es también despojarle las reses. Pero el pueblo ni se ruda, ni se gando.

¿No habrá querido decir el poeta sed placere... isca? Pero el pueblo no es Campillo, tampoco.

¿Quiere saber Gedeón de quién son todos esos disparates? Pues de su querido amigo y compañero Colínez, del Sr. Navarro y Ledesma que acaba de improvisar ese soneto en el último número de la Revista Moderna.

¿Se habrá vuelto loco ese muchacho?

Mejor dicho, ¿le habremos vuelto loco?

Clavén.

PALIQUE

Bardón.

En España, en la de nuestros días, es cosa muy fácil criar fama de sabio, y muy difícil ser sabio sin dar en alguna extravagancia.

Los dos males, que lo son, se explican por la misma causa: la falta de ambiente para la ciencia.

Aquí á los sabios se les trata como á caballos regalados, no se les mira el diente. ¿Quiere usted pasar por sabio?—le á entender impetivamente la opinión—¡raya una rareza! Buen provecho. Pero, en fin, en buen hora. Insista usted en llamárselo ó hacer que se lo llamen y por sabio lo tendremos. Y ahí se pudra usted. Lo que poco vale poco cuesta.

Será usted sabio porque á nadie molesta; porque nadie hará competencia á pretensión que no da provecho ni gloria de la que hace brillar. La fama de sabio en esta tierra, entendiéndolo bien el candidato, no trae consigo la admiración del público, honores ni riquezas, ni siquiera respeto. Será usted sabio, y así se lo reconocemos dos ó tres veces, y en particular á la hora del entierro; pero, por lo demás, toda la vida será usted un coro á la izquierda; le despreciarán políticos y banqueros, literatos superficiales y de relumbrón, generales y obispos de intriga. Al sabio aquí no se le envidia ante todo, porque la sabiduría no es moneda que corra, y además porque el vulgo se representa al sabio como un hombre tenaz en el estudio; que se ha aprendido, á fuerza de leer, muchas cosas, las más inútiles, que cualquiera hubiese podido conocer, si no hubiese necesitado el tiempo para divertirse ó ganar dinero. Lo más que concede la multitud al sabio, es una privilegiada memoria.

Si yo tuviera esa memoria, también sería un Séneca.

Nadie cuenta con el sabio para los cosas serias, útiles de la vida, ni tampoco para lo que puede hacerla amena. Por eso se le aísla, se le olvida, y... se le jubila, á poco que se descuide.

Teniendo tan pocos atractivos la sabiduría, la opinión otorga el título correspondiente casi de balde. Á Cánovas, á Castelar se les disputa hasta el fin su reputación de hombres de Estado; todavía hay quien niega á Galdós el título de gran novelista, á Salmerón méritos políticos, á Campanar la categoría de gran poeta lírico, á Echegaray la de gran dramaturgo... pero el vulgo, que acerca de todo eso disputa, dice sin que le conste, pero como si lo viera, que Salmerón es un filósofo, un sabio; Menéndez y Pelayo otro sabio (pero poeta no, dice el vulgo); y á Bardón se le consideró como *chiflado*... pero ¡jubiló todo lo que él quisiera.

¿Qué sabía Bardón? Principalmente griego. Y cómo se puede averiguar, si un hombre, efectivamente, sabe mucho griego? Sabiendo griego también. Pero como no se sabe, Bardón pudo ser sabio, y lo ha sido, á lo que creo; pero pudo también parecer sabio á la casi totalidad de los españoles, que yo sepan griego. Van incluidos algunos que dicen que lo saben.

¿Por qué Bardón fué más conocido que otros profesores de filología, también sabios probablemente?

Porque Bardón era además un sacerdote con barba corrida.

Poco ha murió el Sr. Ayuso que, según él mismo había dicho en un folleto que publicó días antes de fallecer, era especialista en lengua sanatoria. Yo no sé si Ayuso entendería el Ramayana como Bardón la *Iliada*, pero es posible que sí.

Sin embargo, Ayuso, aunque académico, no tenía celebridad verdadera.

La diferencia entre la fama de Bardón y la de Ayuso, ¿consistía en el superior mérito probable del helenista? No. Pero Bardón tuvo cosas y Ayuso no.

Tal vez Bardón valía mucho más que Ayuso; pero el vulgo no hubiera distinguido, á no ser por las rarezas del profesor de griego, y por los actos de su efímera vida pública. Bardón fué, como todos saben, rector de la Central en tiempos revolucionarios; y su notoriedad nació el día en que publicó cierto bando famoso, aloución académica de que se rieron estudiantes y periodistas, principalmente á causa de su texto evangélico, que tomaron los más por una ocurrencia del célebre cura protagonista.

Para los más, de entonces acá, Bardón no volvió á hacer cosa digna de mención. Todavía en su última crónica dice Bremón que D. Lázaro será siempre más conocido por aquella proclama que por su «Gramática griega».

Y en efecto, Bardón no ha escrito ninguna gramática griega.

Así tratamos aquí á los sabios. Llegue nuestro decédn á atribuirles libros que no han escrito.

Excusado es decir que Bremón no ha leído la Gramática griega que Bardón no escribió ni quiso escribir en su vida.

El ministro de Fomento, que tampoco leyó esa Gramática, ni acaso otras de más fácil lectura, hizo con Bardón algo más que suponerle autor de obras no escritas.

Le supuso hard de enseñar, y le jubiló *intra muros* ó *intra muros*; es decir, que Bardón se jubiló á regañadientes.

En cuanto á la Academia Española, jamás quiso utilizar los conocimientos positivos del helenista leonés.

No falta quien diga que la culpa la tuvo Bardón mismo, por su carácter refractario.

Yo no niego las refracciones de D. Lázaro, que era, en efecto, un poco caparrosa. Pero también lo era, y más, el P. Zelerino, y fué académico.

¿Que Bardón no quería andar visitando á los inmortales, para pedirles el voto?

¿A que tampoco Fr. Zelerino tomó un simón por horas para ir de casa de Catalina á casa de Barrantes, de allí á casa de Balaguer, etcétera, etcétera?

¿Tendría que ver Bardón quitándole notas al marqués de Pidal ó al marqués de la Viñaza?

Lo que hay es que Fray Zelerino no gustaba barba corrida. No basta ser cristiano; hay que afeitarse.

En resúmenes centenas Bardón no debió nada al mundo pícaro, que le reconoció muy fácilmente, como suele, la nota de sabio, después, por supuesto, de reconocerla la de extravagante.

Y hubo esta facilidad, por lo dicho al principio, porque la gente hace con la sabiduría lo que Martos hacía con la aristocracia haitiana. Si el sabio, nada más que por serlo, cobra, ya le disputarían el crédito, los que andan tras de las cruces pensionadas.

Pero ¡qué trabajo cuesta decir que sabe mucho griego un hombre, si después sólo hemos de acordarnos de él para no hacerla académica, para reírnos de sus citas evangélicas y de sus barbas... y para jubilarlo *velis nolis*!

Decía, al comenzar, que también es muy fácil que en España el sabio tienda á la extravagancia.

Y es por la falta de ambiente propio también.

Pensar en la soledad es pensar á medias, se ha dicho. Al sabio, aquí, le salen púas, muchas cosas. Un especialista entomológico tiene algo de monstruoso. Se le mira como cosa rara (en la acepción vulgar de la palabra) y acaba por serlo.

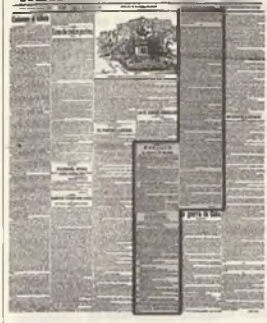
Bardón que, probablemente, sabía mucho griego, lo sabía... de una manera *extravagante*.

Para ver esto, y otras cosas... entremos en cátedra.

Pero otro día. Hoy no hay clases.

CLARIN.

496 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.422, 28 junio, 1897



497 Miniatura de la página.

PALIQUE

La cátedra de Bardón.

Hace frío. Entramos en un aula pequeña, de bancos en anfiteatro. Es la cátedra en que Camús enseña a amar los clásicos, y Bardón a traducirlos. Hay unos treinta alumnos.

Naturalmente, al entrar nos descubrimos. —Póngase usted el sombrero!—grita una voz aspera.

Es la de un señor, con la *chistera*, de moda un poco atrasada, metida hasta las cejas. No ocupa el sillón del profesor. Está en pie, junto al encerado, con la cabeza ladeada. Lo malo, que empuja el yeso, señala a unos versos que está improvisando, por lo visto, aquel señor, cuya inspiración hemos interrumpido.

—Digo que se cubra usted!

—No, señor; gracias. De ninguna manera...

—Que se cubra usted, hombre! No me va usted a mí! ¿No ve usted a sus compañeros? ¡O quiere usted obligarme a mí a descubrirme! Aquí, cuando hace frío, nos ponemos el sombrero...

El recién llegado se cubre, y piensa: «Esta debe de ser costumbre de los humanistas. El otro día, en cátedra de Camús, aquí mismo, estábamos cubiertos también.»

Pero el ático profesor de literatura griega y latina, nos pregunta en forma de lo más fina clase. Nos dice: «Señora, recordemos lo que dijo Quvedo en una de aquellas tertulias matutinas del Buen Retiro:

En estas mañanas frías,
los amigos verdaderos,
ni se dan los buenos días,
ni se quitan los sombreros.»

Bardón, que él era el de las coplas del encerado, continuó escribiendo:

Peri, para, die rigen...

Se trataba del régimen de las proposiciones griegas, que el ilustre leónés explicaba en cuatro ó cinco cuartetas. Y no se olvidaba nunca. Si hubiera sabido estas coplas el encargado de las etimologías del Diccionario Académico, se hubiera aborrido los grandísimos disparates que he tenido el gusto de señalar en un largo trabajo que publicó *El Globo*, gracias a Castelar, y pese a las intrigas de Tanayva.

A propósito de la Academia, Bardón, valga la verdad, la despreciaba de modo olímpico. Cuando nos enseñaba una de aquellas etimologías, no siempre fantásticas, que él atribuía a las palabras, solía añadir:

¡Y ojo! No vayan ustedes a decirle esto al director de la Academia. Si quiere aprenderlo, que venga aquí...

—Hay aquí algún abogado?

—Servidor de usted—dijo el que esto escribía.

—¿Qué es alevosía?

—Alevosía, según el Código, es...

—¡Patatá! Y salta Bardón al encerado y escribe: *Ad levem armaturam gerentem*

Dañar, herir al que lleve leve, ligera armadura; al infanzón; eso es alevosía...

—¿Qué es amo?

—Amo es el señor, el dueño... el...

—¡Patatá! Amo es el que alimenta, el que da de comer; por eso es *ama* la nodriza.

—¿Qué es asesino?

—Según la Academia, el que mata con premeditación y alevosía; viene del árabe, de una voz que significa *el que bebe*.

—No le parece a usted que todo eso es una barbaridad?

—Sí, señor; sobre todo eso del *que bebe*.

—Claro; el que bebe será bebedor, y si bebe mucho, borracho; pero asesino es el que mata con instrumento que tiene *asa*, mango; vamos, con arria blanca. El que dispara un tiro ó mata á pedradas etimológicamente no asesina.

De esta y otras etimologías de Bardón, como la de *cepédes* (ligas), que él explicaba por lo buélico, yo no recuerdo; pero sí diré que sus censuras del diccionario oficial solían ser muy acertadas.

✱

Bardón no tenía más misterio en su enseñanza del griego que el de aplicar el método práctico que tienen demasiado olvidado en los Institutos. «*El griego en ochenta días*» hubiera podido decir Bardón, si hubiera sido uno de esos charlatanes que anuncian el don de lenguas á domicilio. No pretendía Bardón hacer un helenista en tres meses, ni en dos cursos; pero al hacer que los estudiantes empezaran á trabajar por sí mismos, en el griego, y á tomarle gusto, á las pocas semanas de cátedra.

No seguía el camino absurdo que yo noto en muchas cátedras de latin, cuyos profesores, sin embargo, son excelentes gramáticos, en las cuales se enseña á los pobres muchachos la historia, más ó menos *real*, del idioma, sus *anomalías*, como las llaman algunos; y otra porción de cosas, buenas para el sabio filólogo, y en cambio no se les enseña á traducir ni las fábulas de Fedro.

Con Bardón, se empezaba á traducir pronto, y se explicaba lo principal de las partes de la oración declinables, deteniéndose en el verbo y explicándolo por un análisis más útil que original (aunque él creía otra cosa), y acaso más *didáctico* que *histórico*.

Por cierto, que según un ilustre filólogo francés, acaso análogo procedimientos de los gramáticos indios inducen á Popp y su escuela en errores que fueron de gran trascendencia para la ciencia de la lingüística comparada.

Exagerando sin duda, y acaso influido por un poco de amor propio, Bardón no podía ver que se le hablase de gramáticos, por buenos y modernos que fuesen. Recuerdo que un día un alumno le preguntó, fuera de clase, si podría continuar sus estudios tomando por guía al famoso profesor de Hanover *Kuehner*.

—¿Qué *Kuehner* ni qué *cuernos*—gritó Bardón sin dar más explicaciones.

Sin embargo, el que conserve los apuntes de la cátedra del helenista leónés, compárese, v. gr., con el extracto de *Kuehner* hecho por Theil, y verá que la poca coincidencia de lo que fuese, las originalidades de la enseñanza de Bardón no iban muy distantes de la manera de exposición del célebre alemán, por Bürrnout tan recomendado.

A pesar de esto, si se puede decir que el griego de Bardón era *extravagante*, dando á la palabra el sentido que tiene en las colecciones de fuentes canónicas, por ejemplo.

Si, la ciencia de Bardón era... como una isla.

Nada tenía que ver, ni quería, con las corrientes generales de la modernísima filología que tanto adelantó, y sigue adelantando, de medio siglo á esta parte.

Tal vez Bardón se libró de ciertas teorías engañosas iniciadas por Bopp y seguidas por los Curtius, Schleicher, etc, etc, gracias á su empirismo y á su sistema de *incomunicación*.

Con todo, sus famosas *Estirpes* (el nombre es lo original), dan á entender que Bardón creía también en esos elementos primarios de las palabras, como *especies* diferentes, separadas, fijas, en que hoy ya no creen algunos ilustres filólogos, que llevan la idea evolutiva (*aquei* muy digna de atención) á la vida del lenguaje. Para más pormenores, véase la notable obra de Reynaud, profesor de ensorrito en Lyon, acerca de la filología comparada del griego y el latín.

✱

Bardón, como otros muchos sabios españoles, hizo mucho para merecer fama popular; pero trabajó aisladamente, con sobrado desprecio de la tarea colectiva, *solidaria* de la filología europea contemporánea. Por eso, ni deja escuela, ni teorías fecundas, ni su nombre va unido al de los modernos grandes helenistas.

Cosas como estas son las que hacen que cuando se habla de si hay ciencia española tengan razón los que dicen que sí... y los que dicen que no.

En general, se puede decir, que de mucho tiempo á esta parte no hay ciencia española, como labor colectiva, de frutos provechosos y de eficacia progresiva; pero hay sabios *esparcidos*, uno aquí, otro allí... olvidados casi todos.

CLARIN.

PALIQUE

¿Quién decía que se había muerto Arimón? ¿Qué ha de morir! Todavía tiene que ver en este mundo muchos teatros llenos de *cheta los topes*.

Abi está, ahí está, haciéndole la competencia a Navarro Calines, el de la *teutis grecoica*.

Verdad es que Arimón se había retirado a su tienda, como el hijo de Pelayo. Pero, así como la muerte de Patroclus hizo que el ilustre vástago de Tetis volviese a pelear con los Troyanos, el retratado y casi casi arinconado y un tanto embohecado Arimón ríase de nuevo el artefacto de escribir, probando una vez más que no es cojo.

Y escribe con *oturno*, porque la *omisión* es *solemne*. Hay que *ascer* todas las frases hechas de los días de cristianar.

Se trata de *Agua, azucarillos y aguardiente*, y Arimón se cree en el caso de analizar con el *escalpo* de la *más concienzuda* crítica el *aguardiente*, los *azucarillos* y el *agua*. Y al el *escalpo* no es lo

más apropiado para esta clase de análisis, la culpa no es de Arimón. La crítica usa *escalpo*, y *adefante*.

Y empieza Arimón:

«Como lo que en *primer término* interesa al lector cuando se trata de producciones teatrales que, cual la estrepada noche con el título que *encabeza estas líneas* (¡qué bien!), han tenido el privilegio de despertar en grado *superlativo* (admirable) la curiosidad general es saber, ante todo (eso, ante todo ó en *primer término*, como ya había usted dicho), si la obra tuvo ó no *buen éxito*, *dinamo desde luego* (ya podía haberlo dicho hace una hora)...

Permítame Arimón: después de *ese desde luego*, yo creo que vendría muy bien lo de: «y sin ambages ni rodeos... Otro día será.

...desde luego que el *pasillo versalego* *Agua, azucarillos y aguardiente* fué acogido con gran entusiasmo y aplaudido con *verdadero frenesí*.» (¡Frenesí eso es Arimón puro.)

El *pasillo* copiado demuestra hasta la saciedad que Arimón conserva puro el estilo de sus mayores.

Según Arimón, *Agua, azucarillos*, etc., ofrece dos cuadros *gráficos* copiados *fotográficamente* de la realidad.

Ramón Carrión fué llamado al presencio «en medio de una *tempestad de aplausos*. (Bendito *escalpo*!) El *pasillo* está *cunjado de cheta*

tes que hicieron *desternillar de risa*... En fin, la crítica clásica. «Pero donde el entusiasmo del auditorio no reconoció límites...»

Reconozco a mi Arimón en esos límites no reconocidos por el entusiasmo.

«Como dirán ustedes que dice Arimón que *Agua*, etc., se representan muchas veces» Durante la larga serie de representaciones de que ha de ser objeto.

¡O hay estilo, ó no lo hay!

«Estilo Mesejo se mostró como un actor consumado al encarnar con gracia infinita en la personalidad de un torero de invierno de la clase de *maletas*.»

¡Maletas, hombre, maletas! La palabra no es digna de que la emplee el *oturno* de Arimón. Pero dejemos eso. Mesejo, que por lo visto era hasta ahora espíritu puro, tomó carne por fin, se *encarnó*... en la personalidad de un *maleta*.

¡Y *El Liberal* no se pone *encarnado* con un crítico así!



498 Madrid Cómico (Madrid), n. 750, 3 julio, 1897.

Repáre *El Liberal* que en adelante va a tener en casa y al frente del establecimiento (*Agua, agua de cerrajas*... democráticas, y *sin aguardiente*) a todo un académico de la lengua.

«Es compatible Arimón con la limpieza, la *flexa* y el esplendor del idioma»

No lo sé.

Pero el que necesita pulir el estilo es Pulido, si ha de continuar codeándose con Fernandor.

El buen Pulido, no sabiendo por dónde echar, ahora se dedica a *apoptol* de la veterinaria.

Y había en *El Liberal*, que es casi *imortal*, de «desafíos docentes y profesionales» y de «pantanos de negociaciones».

A los empleados que cumplen mal los llama Pulido empleados *faciles*.

Claro; él oyó llamarse mujeres *faciles* a las *frágiles*, y creyó que lo mismo se podía decir de los empleados.

De modo que Bosch era un *ministra* *fácil*.

Puede.

A una disposición digna de alabanza la llama Pulido *laudatorio*. Que es lo mismo que si a un enfermo a quien se le ponen *catéteres* lo llamásemos *refigatorio*.

Digale Fernandor a Pulido que *laudatorio* es lo que contiene alabanzas, no lo que la merece. La disposición es *laudable* y el artículo de Pulido *laudatorio*... y malo.

«Explosión de *elocuencia gratuita*» dice Pulido también.

Y «*plazo de tiempo*».

¿De qué han de ser los *plazos* sino de tiempo, señor veterinario *dilatante*?

«Pare bien de la veterinaria, como *cuadra* a la *seriedad*...»

Por supuesto que Pulido, para decir que *se debe* hacer esto y lo otro, dice veinte veces: «Deben de, deben de...». Es decir, usa el *deber* de veinte veces cuando sobre el *de* precisamente.

Pulido pide, por último, una «*clara y ruidosa violación*».

Hombre, no. Ya que no seas casto, sé casto, suela decir un cura *amigo* mío.

Pulido no se cauto; y desde el *peridito* de *unayor circulación* viola a destajo la gramática de la manera más ruidosa.

Crédame Fernandor; puede hacer un gran servicio al idioma limpiando un poco de barbarismos y soleismos *El Liberal*.

Porque la *caridad* bien entendida...

Nada de Pulidos. Arimón sí; á ese dejarle porque *divierte*; y si él no queda, para decir que *no habla en el teatro* ni un *alfiler* ¿quién lo va a decir?



No es en *El Liberal* sino en *La Correspondencia* donde un señor D. Fernando Segundo (no es el Católico ni el Santo) ha descubierto dos cosas: que Bardón sabía *sanscrito* y que él, D. Fernando, no sabe castellano.

Pretensores de escribir á lo rancio, si tiene el D. Fernando *bis*, y hasta nos dicen que es *Catódrico* de Historia crítica de España. Pues aplíquese la crítica á sí propio y verá que es *más fácil* decir, con notoria ligereza, que Bardón no tomó nunca en serio á los *translaíses*, que *perjurar* cuatro *renglones* con *mediana sintaxis*.

Quiere imitar á los clásicos el Sr. Beleva, ó sea D. Fernando II, pero á lo mejor se le olvida al hilo el *diccionario* y *simpleza* y *acaba* las oraciones, y hace unas *concordancias* vizcainas que *pasman*.

¡Vaya un *Bosquet* que le salió al pobre D. Lázaro!

Para escribir la *apología* de Bardón no se le ocurre á D. Fernando cosa mejor que *darse tono* y decir que él sabe *griego* y muchas cosas más, y que D. Lázaro, que siempre *procedía* *de* injusticia, le *nombró* *sustituto* suyo, y que él, D. Fernando, es *teólogo* y *profesor* en Granada. ¡Buen provecho, hombre, buen provecho!

Pero á ver qué quieren decir estas *cosicosas*:

«No tuve el consuelo de verle con vida. Supe ya su muerte.» Ya que usted sabe *griego*, *tradúzca* eso, porque no se entiende.

«Tal como era *hlo* todo él siempre á todas partes: *placiera* ó no *placiera*.»

Y usted, D. Fernando, cuando va á alguna parte (si es que usted va á alguna parte) *deja* en casa las *narices*, por ejemplo, ó va *usted* *toda* *usted* *siempre*.

«El verbo, la *sintaxis* y las *estípes* no habrá quien se lo haya *oido* explicar...»

En *concordancia* no la aprendió usted con Bardón, *compadre*. Ni ésta: «*Quisó lo hlo más *sacnadró* nuestra *desavemencia* y *oposición*».*

«Con aquel su humor y aquella su manera de *hacer* las cosas, iban ya *meases* que *lo tenía* *hecho* (¿el qué?) y no me había dicho *placiera*.»

De modo que el humor y la manera de hacer las cosas de Bardón consistían en tenerlo *hecho* desde *alguna meases* antes. ¿De modo que Bardón hacía las cosas *meases* antes de *hacerlas*?

«Tree *compañeros* *determinamos* *asistir* al *entierro*.»

«No señor, cuatro. «*Vicacillas*, *Justa*, *Garljo* y yo.»

Son *uieides* cuatro, porque usted es uno, por poco que *sea*. Será usted un... cualquier cosa; pero es uno.

«*Casi* á la *sombra* de los *árboles*.»

«Y así ó *sombra*, D. Fernando.

«Por aquella época *acertó* á *morirse* D. Juan Gelbert.»

¡Habráse visto! *Acertó* á *morirse*...
Pues *mútrase* usted, *grandísimo* *resacnario*, á ver si *uierza* alguna vez.

Clavins.

PALIQUE

Ya saben ustedes que el decano de la Facultad de Derecho, en Salamanca, D. Teodoro Peña, hijo político de la Mantecón, ama de cría de Alfonso XII, tuvo á bien suspender al catedrático Sr. Dorado, para librar á los estudiantes ortodoxos de la peste de las doctrinas deterministas, que Dorado enseñaba.

Pero lo que no sabrán ustedes probablemente es que los estudiantes que se quejaban del Sr. Dorado no estudiaban las doctrinas que les parecían heterodoxas.

El obispo, el Padre Cámara, orador cural, y cortesano lleno de canas pese á su edad, como ya estaba previsto en la *Epístola moral*; el Padre Cámara, que es una especie de Retana con mitra, se creyó en el caso de aconsejar á los estudiantes de Derecho penal de Salamanca que no asistiesen á cátedra de Derecho, porque allí les enseñaban tales y cuales cosas, que eran las que denunciaban los estudiantes, que tenían gana de huelgas.

Y lo gracioso es que los *apuntes denunciados*... eran de tres ó cuatro años antes; no correspondían á las explicaciones actuales de Derecho, ni á su asunto.

Es decir, que obispo y estudiantes temían el contacto de explicaciones... de tres cursos atrás.

Que es como si yo tuviera miedo ahora al cólera de 1866 ó á la peste de Otranto.

No es Dorado de esos rutinarios que explican *toda la asignatura* con una ciencia dividida en papeletas como los ochavos de azafrán; Dorado, como todo el profesorado universitario europeo digno de tal nombre, escoge cada año materia especial dentro del campo vastísimo de la ciencia que profesa; y lo que ahora escandalizaba á los estudiantes no era lo que á ellos se les explicaba, sino lo expli- cado hace algunos años.

De modo que el escándalo era fingido.

¿Qué había en el fondo de todo esto?

Pues nada: que en la Universidad de Salamanca algunos profesores se habían cansado de que Salamanca prestase lo que no da naturalmente.

Como ganado trashumante, conducidos por la *mesta* científica de Denoto, van multitud de estudiantes desde el famoso colegio jesuítico á Salamanca, todos los años, en busca de aprobados que en otras universidades, por lo visto, no esperan conseguir.

Dicho sea sin ofensa de nadie, Salamanca, es decir, su Universidad, tan insignificante en la historia, se había hecho notar, estos últi-

timos años, por la facilidad con que aprobaba á los estudiantes desaplicados que no podían aprobar en otras partes, ó no lo intentaban siquiera.

Yo sé de algunos profesores, de otras universidades, que se negaron una y otra vez á dejar que pasasen, sin saber palabras, hijos y recomendados de personajes; pero vieron con dolor que los tales acudían á Salamanca y de allí volvían con la aprobación que ellos les negaban.

Los jesuitas de Denoto, protegidos por este espíritu de lenidad mal entendida, y acaso más por el espíritu reaccionario de cierta parte del claustró de Salamanca, á esta Universidad acudían con sus productos *químico pedagógicos*.

¡Y amigos! ahora cogen el cielo con las manos, al ver que las cosas se vuelven lansas, los aprobados suspensos.

Parece que, por fortuna, en Salamanca empiezan á soplar nuevos vientos. Indicio de ello se ve en el acuerdo que anuló la suspensión de Dorado; y sobre todo, en el hecho de haber salido últimamente con las manos en la cabeza muchos estudiantes de Denoto.

Inde ira.

¿Cómo! ¿Hay profesores en Salamanca que dan suspenso á los estudiantes de los jesuitas?

¡Anatema!

¡Tráidori!, como dice el coro de sacerdotes en *Aida*.

Los jesuitas no pueden ver que en este movimiento de reacción que ellos dirigen y aprovechan se presente ninguna dificultad. Querrían que todo fuera favor y fanatismo.

Están acostumbrados á que, como sucede en algún instituto provincial, haya profesores que apartan á sus discípulos sobra- lientes de la idea de solicitar el premio... para dejarlo en poder de algún discípulo de los jesuitas.

Están acostumbrados á recoger cosechas de docenas y docenas de sobresalientes debidas á la adulación, al miedo, á las recomendaciones... y a la *vuelta de abajo* muchas veces.

Si; hay institutos en que esto sucede.

Y como en la Universidad de Salamanca se han cansado, por lo visto, de levantar el brazo ó hincar la rodilla...

Son ellos, los PP., los que cogen el cielo con las manos.

Y el rayo de las excomuniones.

Pero ¡amigos! se les ha mojado la pólvora.

Se acbaron las estopas, como dijo el del cuento.

Clarín.

PALIQUE

No me gusta discutir con los especialistas, pero el doctor Alber to Díaz de la Quintana escribe unas cosas que harían hablar á las piedras, cuanto más á mí que cobro por decir algo.

El doctor Díaz es, por lo visto, un higienista, y sostiene que no se debe pasar el verano fuera de Madrid. Es señal, según él, de neurosténia.

De modo que este pobre jornalero á quien estoy viendo trabajar en mi huerta, en esta tierra de Carreño, en Asturias; donde escribo, es una víctima de los nervios... porque no pasa el verano en la corte.

El Sr. Quintana se queja de los que se quejan del frío en Enero y del calor en Julio, y buscan un poco de fresco en verano y un poco de abrigo cuando nieva.

Convengo con el Sr. Díaz en que á veces conviene andar, pero ¿creo él que fuera de Madrid no se anda?

Pero, sobre todo, los que vivimos en el Norte ¿debemos irnos á Madrid en verano? Que se explique eso.

Elegante, dice Díaz, es poseer dos ridos, uno fresco para el verano, y otro cálido para el invierno.

Señor higienista, usted se contradice. Y al conviene tener en casa habitaciones de verano y de invierno, y si eso es elegante, ¿por qué ha de ser cursi y malano tener dos casas, una en un país bueno para invierno y otra en un país bueno para verano?

«Los gallegos se pasan el verano en las Castillas», dice Quintana. Hombre, no lo creo. Es decir, los segadores, sí... pero esos no lo hacen por cambiar de clima, sino por necesidad, por ganar la vida. ¿O cree Díaz que los gallegos van á segar á Castilla y á la Mancha por seguir la corriente del verano, por neurosténia?

Otra cosa que no entiendo, Sr. Quintana: «No diré que Madrid es sano, pero sí que lo es mucho más que cualquier otro punto.»

Si no es sano Madrid ¿cómo es más sano que otros puntos? Y si Madrid, que no es sano, es más sano que cualquier otro punto, es decir, que todos los puntos, resulta que en el universo mundo no hay ningún punto sano. Pues setamos divertidos.

Pero como la cabeza del Sr. Díaz es también un punto del universo, resulta que tampoco es punto sano la cabeza de este humilde higienista.

Y esto me tranquiliza un poco.

Y me decide á no aconsejar á este pobre jornalero que está sufriendo (sin vivir en Madrid) mientras remueve la tierra, que se vaya á pasar á la corte el mes de Agosto, por lo menos.

«En los puertos se donde hay más enfermedades; las pestes más terribles vienen con los barcos.»

Bueno, hombre, bueno; suprimáremos la marina mercante y la de guerra. Berángier va á resultar un gran higienista.

¿Pero de veras cree Quintana que la gente se va á veranear á los puertos que reciben barcos de Oriente?

«¿Que todo esto es música? Bueno, pero que ustedes se diviertan (gracias); yo me quedo en Madrid y conmisgo muchas personas de gusto y de experiencia.»

Eso es otra cosa; que muchas personas de gusto se queden con el Sr. Díaz, lo creo. Mas para eso, no hace falta quedarse en Madrid.

Sin embargo, si el Sr. Díaz me demuestra que es cursi no estar en Madrid por el verano, cambio de veindad y á Madrid me voy; y mato dos pájaros de un tiro: dejo de ser cursi y me pongo en situación legal para poder ser académico.

Una pregunta, Sr. Díaz Quintana. ¿Está usted seguro de ser usted mismo? A mí se me figura que es usted el doctor, eso sí, pero Pulido.

A ver, haga usted examen de conciencia: ¿Siente usted un invencible amor por la veterinaria? Pues entonces, Pulido seguro.

¡Ay, amigo Gedeón!
De la gracia que tuviste,
te queda la presunción
de tener lo que perdiste.

Gedeón me llama Clarín de caballería.

Como Gedeón, representado por Navarro Calzón, me tiene montado en las narices, no hace falta decir quién es la caballería de Clarín.

¿De dónde sacaría los chistes Gedeón, si se llegase á averiguar que el tubo digestivo de Campillo era un callejón sin salida?

El Liberal publica una especie de cuento propio, en que un joven muy poético contempla, en una noche de luna, un paisaje, desde un balcón, é ventana, que esto no lo recuerdo. Ahá, á lo lejos, se ve una carretera y una vía férrea, que crusa la carretera, supongo que en un paso de nivel.

No olvidemos que es de noche. Por el fondo de la carretera el joven soñador ve venir una hermosa joven, y distingue que tiene los ojos verdes.

No se dirá que El Liberal no tiene colaboradores líricos. De noche, y á tanta distancia, ver que los ojos son verdes... es mucho ver.

De repente, llega el tren y ooga y aplasta á la niña de los ojos verdes.

Á la mañana siguiente... despierta el soñador y le dicen que el tren no atropelló á ninguna joven ebelta, sino á un carretero y un carro con dos mulas.

—¡Imbecil! exclama el autor.

No es para tanto.

Pero, indudablemente, tomar por una niña ebelta y de ojos verdes un carro con carretero y un par de mulas, es ver visiones.

Poéticas por lo que toca á la niña, pero no por lo que atañe al trajinante.

Á todo eso lo llama el autor Idealismo.

Seamos naturalistas. Y sobre todo, que Dios nos conserve la vista.

••

Recibo de Lima un libro de versos titulado *Hojaraca. Abono vegetal*, diría mejor.

El autor, D. Baldomero García Sagast, n. me, es hombre capaz de confundir también las virgenes de ojos verdes con los carromatos, y además habla de los bules resurgidos de su umida. Pero lo más gracioso de su libro es lo que copio en el siguiente facsimile, é cosa así. Es decir, que la cosa está en el libro en esta forma:

ANHELOS DE MI LIBRO

Cual arrancas los arcanos de los reinos del bacilo infuible que en los cuerpos de los hombres se minero, á que arranque mis entrañas tu navaja con el filo, yo deseo que á mí venga sabio crítico severo y que apliques con el lente tu mirada indagadora, ya en sangrientas real-octavas, ya en endechas, ya en tercetos, ya en silvas que arrancaras de mi monte soñador; ya en cuartetas, ya en quintillas, ya en los dulcitos sonetos; y señales con tu ciencia las bellezas y defectos que el encuentro mil defectos y tan sólo una belleza, no haría mella los mandobles de los pobres intelectos en el yelmo que resguarda de mí mesa la cabeza.

Ya sé qué yelmo es eso. El de Mambrino. Por si es bacia y no yelmo... queda usted afaitado.

Clarín.

PALIQUE

Anto todo: yo no había escrito, en mi palique anterior, inde-
fra, sino ira. Conste, señores sacristanes, por el caso.

Y ahora vamos con una especie de Patrocinio de Biedma que ha
aparecido en Orihuela. Pero dejemos que hable un periódico de la
localidad:

«Los pecados de los padres los pagan los hijos es el título de un
nuevo drama en tres actos y en verso, original de nuestra simpá-
tica paisana Dolores Mortalé, esposa del conocido industrial de
zapatería (y vulgar zapatero, eh?) y macero del Ayuntamiento José
Inquerido, entendido (?) por Pepesi, cuyo drama (¿el de Pepesi?
No), etc., etc.»

Lo deseo a la señora de Pepesi que llegue a ser en el teatro tan
inevitable como D.ª Emilia ha llegado a ser en una porción de
géneros y estilos.

Si Los pecados de la Mortalé llegan a pecados mortales, como
otros que han obtenido grandes triunfos en la escena, haremos
académica a la señora del macero de Orihuela, y ya no será la
Mortalé, sino la Inmortalé.

Y acaso escriba una tragedia titulada Los pecados del Gobierno los
pagan los contribuyentes.

En el reparto, ó merienda de negros, deben figurar el empré-
stito de la abnegación... con aduanas, y el de Filipinas con sacrificio
y media tostada.

Porque yo no niego que los que ahora se suscriben á esos em-
préstitos sean muy patriotas, y casi unos mártires, algo adina-
rados; pero cuando llegue el día, porque todo llega, de pagar las ga-
nancias que esos empréstitos producen (y por eso se cubren) á los
que hoy tienen la abnegación de suscribirlos ¿de dónde saldrán las
mises de los intereses?

Del montón anónimo de los contribuyentes vulgares.
Porque de la riqueza oculta de los grandes terratenientes anda-
lucos, v. gr., no va á salir.

501 Madrid Cómico (Madrid), n. 753, 24 julio, 1897.

Si á la señora de Pepesi le parece poco argumento eso para una
tragedia, puede convertirlo en comedia, porque también lo es.

Para concluir: la señora del zapatero de Orihuela ¿plena rom-
per moldes... ó respetar las hormas ordinarias?

Un corresponsal de San Sebastián atribuye á Castelar estas pala-
bras: «En las ciudades millares de almas viven matándose las
unas á las otras.»

Ha oído mal el corresponsal, de fijo. Yo conozco á Castelar y sé
que cree en la inmortalidad de las almas. Y por eso no puedo ha-
ber dicho que en las ciudades las almas matan á las almas.

Lo que sí creo, porque lo lleo, es que el corresponsal habló de
«la interrogante que parece dibujada en el rostro de todos los es-
pañoles.»

¿Una interrogante? Yo más bien veo una admiración. Pero de ser
interrogante sería un, no sería una. Porque el interrogante es pun-
to, no es punto.

El duque de Rivas es académico de la lengua y publica no-
velas.

Y hace á un enfermo despertar diciendo:

—¿Adónde estoy?

Que un enfermo diga adónde estoy, puede perdonarse; pero que
un académico hable tan mal... no tiene nada de extraordinario.

Además, el enfermo, Jorge, bien caro paga el solecismo; porque
un señorillo, Clara, para divertirse, había hecho transportar á la
estancia de su primo (el enfermo) el pequeño plano vertical en que
estudiala, y en el cual, con gran primor y sentimiento, le tocaba
plemas de los maestro más en boga...

—¡Toma, por morral!

Este ilustre académico y duque llama riesgo al peligro en que
están los navegantes de un barco que se está llenando de agua.

Y dice que se hizo el silencio.

Y esas cosas que hacen en la Academia?

No tendrá el duque alguna prima Clara que, para castigo de la
mala gramática le meta un plano en la alcoba, la del duque, quan-
do está enfermo, y le toque plemas de los maestros.

El duque de Rivas no sólo es gramático; también es teólogo; y
para defender la infalibilidad del Papa tiene este argumento, que
atribuye á un clérigo ilustrado:

«La infalibilidad, bien mirado, á todas las magistraturas que en
último término deciden sobre cualquier negocio, se les reconoce
implícitamente.»

¡Qué! Á nadie se le ocurre que es infalible el Consejo de Esta-
do, ni el Tribunal Supremo, ni el Rey, ni las Cortes.

Lo que hay es que en cada orden alguna ha de ser la autoridad
suprema. No se reconoce apelación, pero no es porque se suponga
infalibilidad.

¡Vaya un filósofo que nos salió el duque!

Nada, nada que le toquen las plemas de los maestros.

Debo advertir que el duque, académico de la Española, hace
que los personajes de su novela, que es contemporánea, se hablen
de vos.

—«Padre, lo tomáis de un modo...»

—Terrible cuadro me presentáis...

En fin, que parece el folletín de El Liberal.

Para esos Lodereses no necesitábamos alforjas académicas...

¡Las plemas, las plemas!

Clarín.

PALIQUE

Se disuelven los partidos y se disuelven las compañías de cómicos.

Ya no hay colas de león (de cabezas, no se matan, ya se quedan más que cabezas de ratón).

Silvela forma un tercer partido... en discordia, porque quiere ser amo. Quiero ser el número uno. Todos nos vamos haciendo, como el filósofo neo platónico, adoradores del *Uno*, por razones análogas a las que con tanta gracia pinta Valera en *Asclepigenia*.

Moret habló en Zaragoza; Vega de Armijo va a hablar en Viana del Bollo ó por allí cerca; Montero les dirá algo a sus gallegos también; Gamazo también hablará en Burgos; y todos estos sermones, después del de Sagasta, quieren decir que por todas esas partes puede romper la saga del partido liberal.

Nocedal nos ofrece la salvación del alma a fuerza de palos y Guardia civil, ni más ni menos que D. Carlos; pero separado de su Señor.

Pí y Margall no está con sus federales; Castelar no está con sus posibilistas; Salmerón ya no tiene partido, y los zorillistas revolucionarios son fieles a Zorrilla... que en paz descansan.

Nadie quiere jefe, nadie quiere disciplina, y en la comedia política sucede lo mismo que en las compañías del teatro.

Sólo hay una compañía algo disciplinada, con director indiscutible: la que cobra la subvención oficial, el teatro español... de Cánovas.

En el teatro propiamente dicho habría también orden, dirección fija, disciplina, si hubiera un arte dramático nacional protegido de veras por la Nación, no por el Ayuntamiento de Madrid. Si hubiera *Teatro Español* como hay teatro francés, no se iría la Tubau por un lado, Thuillier por otro, Mario por otro, Ortega por otro, la Guerrero por otro, Vico por otro, Capello por otro, *et sic de coeteris*.

Pero aquí lo protejemos todo, hasta la industria artificial y que sólo sirve para hacernos comprar caro; y cuando se trata del arte que más gloria le dió a España, nos acordamos del individualismo y de que la misión del Estado es dejar hacer, dejar pasar y no ayudar a nadie.

En fin, esto ya no tiene arreglo; todo es decadencia, atomismo; todo se disuelve. Puede que tengan la culpa los rayos X, cuyos efectos de *disección* acaban de estudiar ilustres sabios, como nos hace ver el doctor Guillaume.

Si; esto es una merienda de negros, que ha degenerado en sobremesa, como diría Emilia Pardo Bazán.

¿Que lo diría?

¿Que lo dice!

*
«A los postres de una comida de aldeas, de los que se prolongan y degeneran en sobremesas interminables...» (*Liberal* núm. 6498).

En Galicia suceden cosas muy raras; las comidas se prolongan, es decir, después de pasar el tiempo que deben durar... se hace que todavía duren. Pero al prolongarse ¡ay, amigo! degeneran, y ¿en qué? En sobremesa.

Yo creo que la sobremesa no es comida prolongada, ni una degeneración de la comida.

También creo que una comida de muchos platos es larga, pero no prolongada, pues no dura más de lo que debe. Y que mientras se sigue comiendo no se está de sobremesa, ni al dejar de comer y seguir charlando se experimenta degeneración. Y además, a los postres no se está de sobremesa, pues los postres son parte de la comida.

¿No parece sino que doña Emilia nunca comió a manteles!

El cuento de donde saco esto, se llama *Las cerezas...* y allí van enganchadas unas en otras, como suelen.

«...al servirle un frutero de cristal.»

¿Se puso perdido el cura? ¡Claro! Osería que tenía que comerse el frutero

«...negreando, de tan maduras, las últimas cerezas.»

Cerezas, que no son negras, sino coloradas, y negrean...

Tampoco yo las quiero y comprendo que al cura se le cubrieran de amarillez las siempre coloradas mejillas.

«...la larga calle de castaños que rodea como un cinturón de sueltos cabos flotantes el soto.»

¿Como han de parecer un cinturón unos cabos sueltos? ¿Y en qué imaginación cabe que los castaños parezcan cabos sueltos flotantes?

Esos cabos no tienen atadero.

«Tienen las condiciones y también las virtudes...»

¿Pero si las virtudes también son condiciones...?

Es lo que tienen estas pícaras cerezas.

Tira usted de una... y sale una docena.

4
Bremón se entusiasma con las novelas del duque de Rivas, y le anima para que publique otras.

Si, sí, métele usted esas cosas por la cabeza. Más le valía a Bremón decirle a su amigo Fernanflor «buenos ojos tienes», con motivo de haberle hecho inmortal los del gremio.

Ni una palabra ha dicho de esto Bremón, que habla de todo. Habrá callado por modestia.

Porque, como son una y corno... Bremón la una. Y Fernanflor tiene un uñero.

A lo menos, Fernanflor es un académico que no llama *salvavida* al salvavida, como el duque de Rivas que escribe *salvavida* varias veces.

Pero Bremón lo dice *salvavida* al duque, por que es de la misma escuela.

Bremón habló de la *Gramática griega* de Bardón, libro que no existe.

Y el duque de Rivas hace que un personaje se corrompa leyendo un libro de Darwin... que Darwin no escribió nunca.

El *origen del hombre*, se titula el libro, según el duque.

Y el duque maltrata a Darwin con motivo de ese libro... que no existe.

Lo cual prueba que el duque habla de oídas.

Porque si no, sabría el título exacto de las obras de Darwin. En una algo hay de *origen*, y en otra hay algo del *hombre*, pero no es exacto el título... del duque.

También Bremón habla de oídas del griego de Bardón.

Dios los cría (a Bremón y al duque), pero la Academia no los junta.

Bremón se dirá ¿por qué es brigadier mi amigo Telégón y yo no?

A Castor y a Polux los llevaron juntos al cielo. Pero a Bremón no le llevaron con Fernanflor a ser constelación de la lengua.

A ver, que le eche el duque de Rivas un *salvavida*, como dice el duque.

CLARIN.

PALIQUE

Correspondencia... particular.—Sres. D. S. y D. J. A. Q.—Recibido el *Ojito derecho*. Me ha entrado por el título. Muchas gracias. Lo de insagotable es verdad, pero lo de ingenuo ¡ay! no. Ingenuo hay que serlo por causa de la familia. Y hay que colocar el género lo mejor que se pueda... pero sin correrlo. Para tener *Muñito* como el de ustedes hace falta ser sociologista de un periódico de gran circulación. El entremés tiene gracia y no tiene pretensiones. Prefiero el *Ojito derecho* con burro que no habla, á ciertos dramas con tesis... que rebuznan. ¡Lo que siento es no haber visto á Romea de Saradi! No tengo el gusto de conocer á ustedes, pero á juzgar por este botón, me parece que sirven para el género, que es muy difícil, muy español y muy agradable. No los cuento entre la gente *novísima* para que no los insulte á ustedes alguno de la gente nueva y para que no los llame ancianos *Gedón*. El cual, confundiéndolos las personas, ha creído que yo llamaba jóvenes á ciertos viejos. Y eran otros López. Dios los haga á ustedes tan feos como á la suegra, á la mujer y á la hermana del vendedor de su *Ojito derecho*.

Málaga.—Un lector.—Quiere usted que conteste á su consulta en MADRID Cómico. Sea. Puede usted apostar la cabeza á que se dice la *omega* y no el *omega*. *Omega* es la última letra del alfabeto, y así como á nadie le ocurre decir un *beto*, un *pi*, ni *yota*, nadie dirá un *omega*. Se dice el alfa, por evitar la cacofonía, como se dice el alme; pero alme es femenino y alfa también. La cosa no admite duda; no es discutible. Si algún escritor de mellana ilustración ha escrito el *omega*, crea usted que habrá sido por equivocación. *Omega* quiere decir o grande (largo); ¿dirá usted el o grande?—¿Se dice el omicrón ó la omicrón (ó breve, pequeña)? [Pues entonces]

Correspondencia... de España.—Ya sabe *La Correspondencia* cuánto se la aprecia. Me unen con ese periódico vínculos muy estrechos. Yo mismo he sido colaborador suyo años y años. Por todo esto no puedo elogiar lo mucho que en *La Correspondencia* me parece bien... pero puedo hacerle notar lo que me parece mal, porque en esto no verá pasión nadie, y *La Correspondencia* puede ver el deseo de verla libre de defectos.

La parte física, enferma, del robusto colega... es la sección de higiene. Casi puede decirse que tiene malo el negocio de la salud.

Padece del mismo achaque de que debería quejarse *El Liberal*. *El Liberal* tiene un Palido, higienista, capaz de infectar el ejército de Jerjes. La *Correspondencia* tiene un par de higienistas que serán muy sabios, pero ¡dicen las cosas de un modo!

¿Se acuerdan ustedes del Sr. Días que la semana pasada nos decía que en verano había que estar en Madrid? Pues ese mismo señor, higienista como él solo... y como otro señor que escribe también acerca de los baños en *La Correspondencia* ahora la toma con el agua del Lozoya.

Por de pronto, sepan ustedes que el agua se divide en agua doméstica y agua municipal.

Tengo yo un jarritero que á las fresas muy cultivadas las llama *fresas políticas*. Química política se puede llamar la del Sr. Días.

¿Quieren ustedes convertir el agua municipal en doméstica?

¡Habrá que empalmonarla, dirán ustedes.

No señor. Hay que hervirla, aerarla y filtrarla.

Si á su tiempo debido se hubiera hecho eso con algunos personajes municipales, otro gallo nos cantara. En vez de encasuarlos, que es agua... municipal de cerajas, se los debió haber hervido y aerado. Filtrarlos no, porque para *filtraciones*, ellos.

Pero Días es demasiado sistemático; porque después habla de una «bujía filtradora, hervidora y aeradora».

¿Hervir una bujía?

«Pretender que el agua de Lozoya sepa siempre bien, que sea buena, es un contrasentido».

«Un contrasentido? ¿Por qué? Es que *Lozoya* significa en medicina *agua mala*».

«Es agua para las necesidades de la urbe, no del habitante».

Pero ¡y qué es urbe? Español no es; latín tampoco, porque en latín es *urbs*.

Por último, el doctor se queja de que el agua de Lozoya huele á humedad.

Eso consiste en que está mezclada con agua.

Si fuera toda tierra, sería verdadera agua de sequo que es como quiere el agua la novísima higiene.

¡Agua húmeda! Eso es un abuso.

Así como el Sr. Días nos aconsejaba no ir á baños, el otro doctor higienista que no puedo decir cómo se llama, porque se me ha extraviado el artículo de este señor nos prescribió la hidroterapia, pero sometiéndonos á las tablas de la ley, á un decálogo... con dos artículos adicionales. Doce reglas, ni una más ni una menos, hay que observar para bañarse, el no quiere uno que el agua se le vuelva veneno.

Lo malo es que este higienista manda á las personas robustas al Norte (como D. Carlos) y á las débiles y delicadas al Mediterráneo.

Y como yo no me tengo por un roble, tendré que hacer la malea... y desde las orillas del Cantábrico, trasladarme á una ciudad de Levante, donde me expongo á una insolación de juegos florales, de esos que presiden los políticos de campañillas.

Bueno, haremos lo que manda la ciencia.

Pero la ciencia ¿por qué no hace lo que manda la gramática? El higienista de los 12 mandamientos ocultos dos veces *asacas*, así, en plural. Un adverbio en plural y concertando con sustantivo (beneficios) es un adelanto de la higiene, sin duda.

Asas (palabra poética) es adverbio, señor higienista; y decir *asacas* es como decir *muyes* (le muy).

Lo cual es muy ó *asas* meisan lo mismo junto al Mediterráneo que junto al Cantábrico.

Otra cosa dice nuestro higienista.

Que «ahora todo el mundo sale de Madrid para buscar alivio á los rigores del estío silente el mar».

Y llama *allende* á la orilla del agua.

Porque *allende* á los bañistas, que no pasan el charco para bañarse.

De modo que mi amigo Mellado podría decirles á estos higienistas que se le han metido en el periódico:

—Son ustedes *asacas* malos gramáticos y hay que mandarlos *allende* las Islas Filipinas.

Enrique Sepúlveda... ¡Ahí esa no es higienista. Es observador y colorista.

Ve luces de sebo «compuestas de pábilo».

Y dice que la luz que alumbra á los pobres marineros en sus semi-chozas es verde. Y que es luz sin luz.

Pero este Sepúlveda ¿no había montado una industria?

Y aquí necesitamos *más industriales* y *menos doctores*.

A D. Pío Gallón, el inventor del Vapor... y su siglo, le han hecho *hablar en Grau*.

Y el que ha oído la palabra *pla* y la ha hecho conocer á las gentes se llama Moisés.

De modo que D. Pío resulta un Jehová de Astorga.

Clasín.



504 Minutadura de la página.

PALIQUE

Un señor, D. Arturo Reyes, le pregunta á Dios, en un soneto que publica *Germinak*, una porción de cosas, unas relativas á Dios, y otras interesantes para el Sr. Reyes.

¿Tu omnipotente poder, de dónde emana?
¿Quién tu esencia sacó de lo increado?

así empieza el soneto en que parece que se le pide á Dios la cédula de vecindad; y acaba de esta manera:

¿Por qué alfombras de abrojos mi camino,
y me haces inferior á mi destino,
y me haces sucumbir y me condenas?

Contestación de Dios al Sr. Reyes:

Muy señor mío: No le escribo á usted en verso, porque aquí la forma poética ya ha desaparecido. Los ángeles cantan en prosa, como quiere Zola. De su soneto de usted se colige que usted no cree en mi existencia. Ni yo me doy tono haciendo creer otra cosa. ¿Cuántas veces lo he de decir? Si usted hubiera leído á Flaubert, sabría que yo tengo hecha solemne declaración referente al caso. Cuenta Flaubert que un pescador de caña, ateo como usted, sacó del río una piedra en que había una inscripción: que decía así:—*No existo.*—Firmado. —Dios. De modo que hace muchos años que he dicho, para que se enteren todos los blasfemos del mundo, que soy tan ateo como el primero. De usted afectísimo s. s.,—Dios.

✱

Efectivamente, el Dios con quien el señor Reyes se encara, no existe. Un Dios que emanara de algo; un Dios cuya esencia se sacara de lo increado; y un Dios que se entretuviera en alfombrar de abrojos (vaya una alfombra), el camino del Sr. Reyes, no puede existir, ni falta que hace.

¿Cómo ha de existir un Dios que hace á un hombre inferior á su destino? Si ese Dios existiera sería quien hubiera señalado el destino del Sr. Reyes, determinado por las leyes de su naturaleza, y el Sr. Reyes no podría ser inferior á su naturaleza, por obra de Dios. Ahora, si el Sr. Reyes admite la libertad, él mismo es quien pudo hacerse inferior al destino que Dios le había señalado descontando la influencia de la libertad del Sr. Reyes.

El Dios que el Sr. Reyes se está figurando al atreverse á preguntarle tales impertinencias, no es Dios; es un ídolo muy viejo. Si el Sr. Reyes tuviera presente la idea y el sentimiento de lo divino... no le preguntaría á Dios nada.

Dios no firma en las piedras de los ríos.
Los dioses con hipoteca son falsos.

CLARIN.

PALIQUE

Don Leonardo.

—¿Ustedes no conocen a mí Don Leonardo?... Naturalmente... ¿quiere decir, si tiene nada de particular que usted se le conoza. Como que ustedes no son de Palomares, ni habrán estado nunca allí.

—Palomares es un pueblo de pescos; y Don Leonardo un pescador de *admiración*. de ahora en adelante, se pondrá a pescar en la sociedad y el primer resultado de su pescadío. Porque, en cuanto pescan los, lo que le pasa, y con lo visto, *¡Viva de sus ahorros!*... ¿O es por qué pasa Don Leonardo? ¿O es por qué pasa?

—¿Por qué dedica usted tantas horas a la pesca, Don Leonardo?

—No se entienda usted ni ver el gesto de bostezo y así en despectivo con que se contesta el ilustre pescador de esta. Es un gesto involuntario el deslizo no así más que en la muestra, el despectivo y apremiante, no inferior, gorila, colorado, pero es altera y envidia, así el quincera si a besar la herba; eso hablo involuntario, de notoria importancia, no es el hábito del hábito de que los hombres. Don Leonardo me desprecia a las demás educadas del tejido social, porque así en el momento es más que una célula, aunque ilustrada. Eso de las células es cosa suya, por supuesto.

—No crea usted, amigo mío y dueño, que poco por mero libro. Poesía y medita. Pienso, pienso soy, dijo Castelar, pues de mí se puede decir: *poco, pero pienso*. Así como el Estagirita filosofaba pescando, lo que pescaba, yo, pescador de *admiración*, me arrojo al mar de las ideas, a las profundidades arenas de la conciencia, al anzuelo de la dialéctica con el cebo de la lógica, almidón está reducida a un mundo mudo, al mundo al agua del proceso. Confitería esta obra anécdotas provista de habilidad y hasta repugnancia carnaria, para ver de granjearse algunas *¡viveiros y aromáticas!* y uno que otro *¡mundo, mundo!*, quiero decir *¡pescado!*.

(No extrañen ustedes que D. Leonardo algo dilectosísimo al así todo; no me he acordado de advertir ante que mi amigo se así; no me tenían ustedes, que él me lo me los seguirá dando no más de su persona.)

—Este, señor mío y dueño, esbozo subreptivamente, pues tenía es la conciencia que me mezo, que varias veces la he hecho y confidante de mis íntimas penaciones y sobre los de los más característicos rasgos de lo que pienso. Llevar mi biografía, usted sabe que no puedo por necesidad, ni me lo mezo, ni aligera por una avaricia disminuida de ciertos afectos, sino, después de estar en el trabajo cotidiano, me presento todo el día a usted, en el santo ocharo al prójimo, por vía de recurso se viene a la orilla del mar a esbozar los intereses del capital de la paciencia al generoso Océano. ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo yo? ¿Qué me propongo yo? Usted lo sabe.

Soy socio capitalista de la fábrica de salazón y especulaciones de Salcedo y Compañía; yo tengo el honor de ser la Compañía. En la fábrica yo no entro ni salgo, quiero decir que no me pongo; Salcedo corre o no; yo pago lo que me toca, y cubro pingué ganancias que el negocio produce. ¿Que de dónde proviene mi capital? Usted lo sabe. Yo lo sé; oculto: oculto de casa grande, yéndome; puedo decir que he sido jefe de Estado; si admitiera esta proporción; oculto del primer magistrado de la nación es a los demás ocultos, lo que jefe del Estado es a los demás ocultos o simples ciudadanos. En fin, he visto mucho, he oído mucho, he oído mucho. Nunca he estado en mis manos la salud del pueblo, pero sí la de los pastores que me el *¡salud!* público, el *¡sereno peces!*. Gracias a mis salidas, tal vez se suavizaron asperezas políticas y se concertaron planes y se unieron fuerzas para una obra común. En fin, cullo.

—Pero, yo quisiera.

—Pues bien... permítame... como decía, cuando la cita este sería cualquier cosa por así ya trabajar juntos con las manos y unidos con la cabeza; dirigiendo desde luego la honra las campañas co-educadas de la más ennoblecida coeducación, en aquel, cuando comencé a tener mucho tiempo libre de mis obligaciones de alición principal, a mi pasión eterna, al afán de leer y leer, que comencé delotroando los peñales de periódicos que calan en mis manos en los varios capiteles de infinidad de ideas para que los papeles servían en mi taller ilustre, llamémoslo así. Y así no me el feroz se general rusa que tuvo en jarrón a Niplovia, no hein apenas más que leer novelas durante la campaña, y dejaba a la Providencia que a perder las batallas, yo dejaba a otros y pucheros a panchos y demás subalternos bajo la dirección del Destino, anudé en grillo, y idea, idea, sin tragar, con febre de instrucción. Pasaron años; encontré un gato bien repetido, dejó el honor-me manifiesto y me vine a Palomares, mi pueblo, donde ahora los muchachos, pero me llo muchísimo; más; y ahora y gané bastante gracias a las conserjas *¡delicatas!*, llamémoslas así.

—Y vamos a ver, señor de... ¿su apellido de usted, don Leonardo?

—Lupercio... es decir, mi apellido... es Iglesia, pero yo, por razones que me reserva, llamo que me llaman Leonardo Lupercio. Soy uno de los Argonautas... al revés.

—Y usted, señor Lupercio, ¿qué plaza hace de tanta meditación y lectura?

—Nada. Soy como el harpa de Beeter *¡civdad!* en un rincón.

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—Y vamos a ver, señor de... ¿su apellido de usted, don Leonardo?

—Lupercio... es decir, mi apellido... es Iglesia, pero yo, por razones que me reserva, llamo que me llaman Leonardo Lupercio. Soy uno de los Argonautas... al revés.

—Y usted, señor Lupercio, ¿qué plaza hace de tanta meditación y lectura?

—Nada. Soy como el harpa de Beeter *¡civdad!* en un rincón.

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—¿Alí de moda que...

—Pues mira usted. La rutina lo domina todo; cualquier innovación parece extravagancia. Por ejemplo. Ahora por el verano ualea, los de la prensa, heben los vienes tras una conversación o cualquier personal posición. La *¡intervención!* varietal que a los hombres públicos es una manía. Los tenemos todo el año en Madrid; sabemos por los periódicos que inspiran, por el Salón de Conferencias, por la Cámara, de mil maneras, lo que esos caballeros dicen y piensan... y lo que hacen no, y que no hacen nada.

Y sin embargo, es cuanto a personal de esos cambia de residencia, como al mil de otro la fuerza a convertir en oratorio de Delfo, y un usted a significarlo la pista. *¡haz la fuerza!* descubriendo lo que todos sabemos de sobre que ha de decir.

Lo que el pueblo necesita saber no es la opinión de los que siempre están en el alfiler, ocupando alguna tribuna, ni es la opinión de los desconocidos de la gran masa, de los que están en la oscuridad del fondo, donde el seño cubren, por lo mismo que para muchos, se prescriba siempre. Quien a nosotros, señores periodistas, ¡a mí, al cura de la parroquia, a Juan Fernández, ¿quién iba a saber lo que pienso el pueblo? Pues prestatémoslo.

El pueblo no oírlo, el pueblo no pensar, el pueblo no tiene tribuna. Pues la *¡intervención!* será la que se le pida, no a Cáceres, a quien todos los señores de la muerda, sino a mí, que quiero dar a saber a todos soy franco, y sé lo que pasa en la cocina... ¡y poco y mucho!

Es que pierdan los desconocidos, eso es lo que importa al país. Ahora para ser claro... tomar por eso mismo sería a la extravagancia.

—Ahora no. Probámonos al usted querido, Don Leonardo.

—Estoy a su disposición, mi señor y dueño.

—Usted me irá a opinión propia respecto de los problemas actuales, y, que la cuestión de Cuba... el gobierno que hoy nos conviene.

—Sí, señor. Sobre todo eso y mucho más tengo no poco que decir; ¿quiere usted que esbozemos una *¡resaca!*?

—Con mi acuerdo.

—Pues, vamos a ver, ¿para qué periódico?

—Para el llamado no. Manifiesto.

Don Leonardo saca el anzuelo del agua, sin pex y sin escama. Deja la caña sobre el suelo en que está sentado... y altera y mira a la vez. El anzuelo se le cae de la mano. Pero el Heraldo no debe enojarse; está no indolente, repite. Ya me D. Leonardo está muy impresionado por la amplitud de la elusión.

—Continúe el Heraldo. Así no me dejarán decir.

—Sí, señor. Si espero que sí. Yo ve usted; yo soy republicano, y el Heraldo no, y allí caerá.

—Sí, pero *¡Manifiesto!*... *¡chisnografía!*...

—No importa. A mí le uspa que lo dejen decir en mi *palique* lo que usted quiera, que no se crea ninguna importancia, ni cosa innatural.

—No señor, no soy prerrogativo al contrario. Pero tengo para Cuba una a la opinión, que no es la del Heraldo. A mí me el Heraldo es manifiesto, y yo repulción-repicio.

—Repulción-repicio, ¿quién? ¿Y qué es eso?

—Cosa usted que no es una tontería. Lo que fuer a más.

—Pues mira usted, así me atrevo a *¡ereser!* que el Heraldo lo espiro a usted, en mi *palique*, por supuesto, exponer su sistema, el repulción-repicio, y todo lo demás.

—Ea el *palique*, vamos. En entendido. Te mandé a buscar. Me importa. Oramos el público, y aunque sea con ocupamiento de cascabelos. Pregunte usted.

—No, hoy ya no tiro día. Ahora mando esta primera entrevista al periódico. Si va la pública, entienda que se por que no quiero saber las opiniones de don Leonardo Lupercio a mi *palique* sale a luz, lo tomaremos por canal telefónico de que aceptará los que algan, y on que usted tendrá la palabra.

—Como usted quiera. Si el Heraldo acepta, habléndole a la quinta de los tres meses al no, se le seguirá contando todo a la muchedumbre de las alas. Tumor a quíva habra, vale mucho; pero importa más tener al *¡que decir!* ¿Qué es lo que... don Don Gullón, por ejemplo, las pensadas más cosas que yo?

CLARIN.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE

Si creerán ustedes que porque no se habla más que de la guerra y del agua del Lozoya, el ministro de Fomento se duerme en las pajas, y no piensa en el *trato pero continuo* progreso de las ciencias y las artes.

Pues sí piense. Dígalo si no el último decreto, que bien puede decirlo, pues tiene por asunto la enseñanza de las lenguas vivas.

Ni viva ni muerta, los chicos no aprenden lengua de ningún género en el Instituto. No aprenden castellano porque se supone que en la escuela lo han entendido bien. Creo que la asignatura de latín también abarca la lengua española en nuestros programas oficiales; pero ello es que en ninguna parte se enseña, en tales cátedras, el castellano... ni el latín tampoco, por supuesto.

Los profesores suelen ser muy sabios, pero el tiempo insuficiente, el método nada práctico... en fin, ello es que nuestros bachilleros no saben palabra de latín... ni de castellano.

Ah, ¡pero francés! Lo que es francés... Francés, tampoco lo saben. Al menos, el que los enseñan en los Institutos no les sirve ni para poder traducir libros didácticos, que suelen ser tan fáciles.

Pero ¿quién tiene la culpa de esto? ¡El extranjero! ¡Guerra al extranjero! Hasta ahora podían ser catadráticos de francés los franceses, de inglés los ingleses, de alemán los alemanes.

¡Perniciosa corrupción! ¿Cómo se quiere que los chicos aprendan francés pudiendo ser profesor oficial... un francés?

Afortunadamente, ya vuelve á haber Pirineos.

En adelante, según un artículo del decreto á que aludo, sólo podrán ser catadráticos de lenguas vivas los españoles.

Lo que no dice el decreto es que los españoles tendrán en adelante obligación de hablar francés tan bien como los franceses, inglés como los ingleses y alemán como los alemanes.

El proteccionismo aplicado en la enseñanza de las lenguas extranjeras es el colmo de la *patriotería*.

En cualquier país, cuando se quiere mejorar un servicio público, se atiende á las condiciones del servicio mismo, á la utilidad de aquellos para quien es. Aquí no; aquí se atiende á la comodidad del personal que ha de prestar el servicio. ¿A qué hora deben estar las oficinas abiertas para el público? ¿A las horas que convengan al público? No. Á las que convengan á los empleados. ¿Cuántos generales debe tener un ejército? ¿Los que necesito? No. Los que hagan falta para tener contentos á los militares.

¿Quién debo enseñar las lenguas extranjeras, que no se enseñan con mera teoría, sino sabiendo escribirlas y hablarlas bien, con correcta y natural pronunciación? ¿Debe enseñarlas quien las sabe mejor? Parece que sí. ¿Y quién las sabrá mejor, el natural del país en que se hablan ó el español que las estudia como puede? El natural del país en que se hablan.

Pero, ¡ay!, amigo, que si el francés hace competencia al español para enseñar francés, y el alemán para enseñar alemán, el español lucha en condiciones desventajosas, y, según el criterio oficial, lo que importa no es que el servicio sea bueno, que los estudiantes estudien lenguas con quien mejor las sabe; lo que importa es que los patriotas que se dedican á enseñar francés, inglés y alemán, tengan garantías, protección, una especie de *arancel* que los favorezca.

¡Vaya una gracia que un alemán sepa mejor el alemán, lengua difícilísima, pero no para él, que un español, que tiene que estudiarle el pobrecito poco á poco.

El inglés ya se sabe que no lo pronuncian bien más que los ingleses, y no todos. ¿Cómo quieren ustedes exigir á un gallego que pronuncie, como puede hacerlo un Gladstone, el idioma de Byron?

Para evitar el bochorno de que los extranjeros vengan demostrando su aptitud superior para enseñar la lengua que hablan, lo mejor es cerrarles la puerta.

Y desde el momento en que el profesorado español (¡Viva... pañal), muy español, de francés, inglés y alemán, tenga segura la integridad de la patria y de las cátedras, como quien dice, vorán ustedes como todos los estudiantes salen hablando francés, alemán é inglés como unos apóstoles inspirados.

En otros países no lo entienden así. Hasta los japoneses acaban de pedirnos un español para enseñar castellano en el Japón; ilustres españoles, como el célebre Canus, fueron invitados para explicar castellano y letras españolas en la Universidad de París; en Inglaterra pasa lo mismo.

Pero nosotros somos más puristas.

—Figúrese usted que se lo deja enseñar francés á un francés, decía Gedeón, pues nos exponemos á que los discípulos aprendan á hablar y escribir la lengua de Fonolón... con una infinitud de galicismos.—El francés con galicismos, eso es lo que hay que evitar.—Lo patriótico es pronunciar inglés con marcado acento andaluz.

CLARIN.

PALIQUE

Y sigue la *Correspondencia particular*.

Un curioso.—Madrid.—¿Conque ve usted contradicción entre las opiniones de MANRIQ Cómico respecto de la cuestión de Cuba y las ideas que yo le expusí en varios periódicos que usted cita? ¡Mire usted qué casualidad! Lo mismo me pasa a mí. Yo también veo esa contradicción. Pero ¿quién nos dice que se contradicen Manríq Cómico? No ¡guírese usted que nos contradigo yo! (No! Yo no soy Manríq Cómico; Manríq Cómico, para los efectos de que se trata es el *ame*, el director-proprietario, qui ya sabe usted quién es. Esas ideas que contradicen las mías ¡a! habrá usted visto en la sección de *Chismes y cuentos*, no las habrá usted visto en los *Paliques*. ¿Qué le voy a hacer yo, si el amo de la casa, que en tantas cosas es do mi opinión, no le va en *ésta* de muy buen grado haría, si pudiera, que Sinesio fuera de los míos en *éstos* asuntos cotidianos; pero no lo es, y fuera ridícula pretensión empujarse un convertirlo. El chico ya sabe pensar por cuenta propia, y bastante hace con dejarme a mí, bajo mi responsabilidad y con mi firma, decir mi leal parecer, diferente del suyo. En MANRIQ Cómico no somos uniforme; la unidad y armonía del periódico, que existe no se funden en la semejanza o igualdad de criterio respecto de Cúten. Como tampoco deje de ser Manríq Cómico quien es, uno é indivisible, porque yo sea republicano y Tíoboda y Sinesio, v. gr., sean... lo que les parezca, que no sé lo que es, en este punto.

Aquí todos estamos conformes en la cuestión *Chiste*, en la cuestión *Carilla*, v. gr., pero en la de Cuba ¿por qué? ¿Creo usted que vamos a formar ministerio?

Lo que sí alabo en los *Chismes y cuentos* referentes a la cuestión de la guerra colonial, es el buen sentido, la franqueza, la lógica que en ellos siempre hay.

Pero es claro que yo me atengo a mi propio criterio; y si no lo defiendo en este periódico es porque no me parece el lugar más á propósito.

¿Creo usted que callo por miedo de que escandalicen a los patriotas mis radicalismos en esta materia? Va usted á ver que no. En este periódico, donde sé que gozo de plena libertad y que no tiene cura de alma... política, puedo una vez, y más si quiero, decir todo mi pensamiento sobre el particular.

Es claro que ya procuraré yo no ser pesado, machacón ni importuno.

Verdad es que en otros periódicos de que también soy colaborador y que defienden lo de la guerra con la guerra y lo de Cuba para España, no trato de este asunto. Pero es que soy colaborador literario más íntimo, y allí toman á pecho estas cuestiones políticas; y no han de pulcritud, y pagar, artículos contrarios á las opiniones de la dirección, de la empresa ó de quien se trate. Pero en otros papeles digo lo que me place.

Y lo que me parece, en resumidas cuentas, esto:

La guerra de Cuba es una guerra civil.

Guerra de españoles contra españoles. Como los carlistas. Como las antiguas de Cataluña. Todos somos unos, todos españoles: los insurrectos también.

Como me decía á mí una vez el señor obispo de mi pueblo: un masón (no lo desee por mí, que no soy masón, ni nadie me propone nunca serlo), un masón puede ser católico. Será mal católico; pero lo será. Pasa así como la Iglesia tiene procedimientos diferentes (es natural) para el católico malo y para el no católico, así la patria debe considerar al mal español como español siempre, no como extranjero.

Con este criterio viene abajo el sistema del terror, lo de la guerra con la guerra exclusivamente.

Además, no será deshonroso para España el que en las vicisitudes de la lucha los insurrectos, *españoles*, demuestren valor, constancia.

¿Tienen sangre española? Sí. Pasa el acto de sublevarse no es una sangría. La sangre no se pierde por hacerse ingrato. Los malos hijos son hijos.

Yo he leído cien veces que sería deshonroso para el ejército de Cuba que la guerra se acabara por convenios y sin ningún hecho brillante, grande, que demostrara deberse la victoria, la paz, á nuestras armas. El mismo Cánovas dijo algo de esto alguna vez.

Yo creo que el ejército ya ha ganado gloria sin más que lo he hecho; en esa pasividad que muchas veces es lo único que aquel ejército puede ofrecer en servicio de España, hay muchos dolores, mucho valor, mucha virtud. Además, siempre que se puede, hay actividad muy eficaz, también. El género de la guerra aquella, y las relaciones de la insurrección con gran parte del pueblo cubano, no constituyen grandes batallas, brillantes y de resultado decisivo.

Y por último, la sangre española, aun la *insurrecta*, debe economizarse cuanto se pueda; y no es caritativo ni patriótico procurar, á costa de la vida del conculadano, aumentar los laureles del ejército, que los tiene ya en abundancia.

Cuba es España; esto es más correcto que: Cuba es de España, si el de ha de significar dominio de España, diferente de Cuba, sobre Cuba. Asturias es de España, porque es parte de España, pero no porque sea dominio de las demás provincias.

El partido constitucional, diga lo que quiera, entiende que Cuba es un dominio español, que es de los españoles, de acá, y para los españoles, de acá.

Para muchos, la integridad de la patria consiste en que, en Cuba, no pierdan su predominio los ritmos constitucionales.

Para muchos, si es nos diese una Cuba española, pero de la cual no se saca la Península provecho, *intería*, no merecería Cuba que luchásemos por conservarla.

Se ha hecho de la integridad un artículo de comercio.

Cuba será española, aunque en adelante no sequen de allí jugo los peninsulares; Cuba será española, aunque tengamos que pagar nosotros los vicios rotos (esto sería funesto, injusto, irritante... pero es ajeno á la idea del españolismo cubano); Cuba será española, aunque se le deje la autonomía y, lo que le importe más, la autarquía más completa. (Los constitucionales ya tasegan, porque á la fuerza aborrecen, con la autonomía, pero se preparan á impedir la autarquía.)

No sólo Cuba y Puerto Rico son en América España; son España todas las repúblicas que se fueron separando de nosotros. Una nueva generación, ilustrada, entusiástica, vuelve los ojos á España en la América española; y lo que rechazan es lo que nos queda de reaccionario, de stálico. Á una España de progreso, realmente moderna, la nueva América se juntaría con placer en noble y leal confederación.

El día de esa gran confederación hispano americana, Cuba podría ser una de tantas porciones de la tierra española ultramarina unida por solemnemente pacto á sus hermanas y á la Península.

Hasta así podía ser Cuba España.

Pero hay quien piensa que Cuba se pierde... como se pierde la carne del puchero con estos calores: Desde el momento en que no se puede comer, ni sirve para hacer caldo... gordo.

Clarin.

PALIQUE

Silvela, el del gal saber, ha presido unos juegos florales, en Valencia, como un Balaguer que vaga errante. Fué á Valencia con ocasión de las fiestas que allí se celebran, para soltarles á los hijos del Cid, como dijo un político, que cree que el Cid nació en Valencia, ó por lo menos procedió allí, para soltarles un discurso, que era como soltarles un toro, corrido ya en otras plazas. Nuestros buboneros políticos se ven ya en la triste necesidad de andar de feria

508 Madrid Cómico (Madrid), n. 756, 14 agosto, 1897.



508 Miniatura de la página.

en feria, recitando bobalicones y enseñándoles el mundo-nuevo á son de destemplado Tiempo, vulgo organillo. Silvela va de feria en feria con su programa de moral pública, como pudiera ir con un billar romano, de esas que tiene que prohibir la autoridad, porque en ellas la bola siempre cae del lado de Sagasta, es decir, del lado que le conviene al dueño del artefacto.

Silvela quiere hacer cómplices de su *tercer mitorachado*, ó tercer partido, al mundo entero; no le basta con anunciar que ha entrado en las filas de sus buesates el conocido novelista don (aquí el nombre del más perfecto desconocido); ahora quiere meter en el ajo al pobre Arcelús March y á la Virgen Santísima.

[No lo han leído ustedes? En cuanto Silvela llegó á Valencia, sin quitarse el polvo del camino, se fué á parir (jora pro nobis!), al templo en que se venera la imagen de la virgen de la Misericordia, ó de los Desamparados, ó no sé qué otra piedad y elegiaca advocación.

¡Escribise visto Tartufol!

[Qué cosas suceden en este mundo!

¿Quién le había de decir á la madre de Jesús de Nazareth que había de llegar tiempo en que el dolor que ella sintió por la muerte de su Hijo, había de servir para que se pusiera moños místicos un lagarto político, que cree que la religión es una fuerza social, y la aprovecha como un salto de agua!

Silvela, como si fuera el obispo, ó una persona real, va al templo en cuanto se apes del tren; y hace que lo digan los papeles. ¿A qué fué al templo Silvela? A pedir inspiración para su discurso no sería, porque se lo sabe de memoria.

Y lo peor es que lo sabemos todos.

¿Qué inspiración hace falta para habiarnos de Omba con esa fantasma de tendero de ultramarinos que Dios le dió, y llamar liquidación á lo que Jove y Hevia llamaría lento pero continuo desprendimiento del más rico florón de la Corona?

Todos los preceptos de moralidad que Silvela predica se encierran en dos:

En quitarse á Cánovas la sartén.

Y en coger él la sartén por el mango.

Para escribirlos de monstro en ciegos Silvela amenaza con escribir la *Historia de España durante el dominio de la casa de Borbón*.

Y nos hace saber, como si fuéramos chicos de la escuela, que ya tiene reunidos muchos datos.

Claro; corriendo de pueblo en pueblo en busca de *memorias*, volando, cual nica mariposa, de juegos florales en juegos florales, echando penoratas en villas y aldeas, leyendo *El Tiempo* y perdiéndolo de cien maneras, es como se reúnen datos para escribir la historia de España.

¶ Al llegar aquí, leo en un periódico que un italiano ha matado á Cánovas.

Excuso decir que lamento el suceso.

Porque es un crimen.

Porque es la muerte de un hermano; porque Cánovas era nuestro hermano, según la buena religión.

Y porque será la muerte de otro hermano: el asesino de Cánovas.

También Silvela, que era de quien hablábamos, debe lamentar la muerte de Cánovas.

¶ Ahora verá lo que son las matemáticas políticas.

Cánovas era el primer conservador; Silvela el segundo. Desapareciendo el primero parecía natural que pasara á ser primero el segundo.

Pues no señor: la muerte del primero hace que el segundo pase á la categoría de último.

Porque los conservadores considerarán que cualquiera puede ser jefe antes que Silvela.

Por eso es el último.

Y aconsejo á Silvela, aunque algún remordimiento sienta ahora del mal que quiso hacer á su jefe...

Que no rece por Cánovas.

Porque en el cielo conocen á Silvela, y creerían que podía que Cánovas se condenase.

Estos hombres que empezaron siempre con segundas intenciones no pasan de segundones jamás, ni ven cumplida su intención primera.

Que es ser los primeros.

Cuando Silvela escriba esa *Historia de España en tiempo de los Borbones*, acuérdese de decir que no fué él, florentino, quien mató á Cánovas, sino un uapolitano.

El no le mató; no hizo más que darle por muerto.

¶ Parece ser que los anarquistas, según avisan de Londres, también amenazan á Tejada Valdosa.

Supongo que á eso lo matarán con un barreno.

¶ Se disolvió el partido conservador?

Mucho me temo que sea un cáncer.

Clasín.

PALIQUE

Don Leonardo.

II

Cuando presentó al Sr. Don Leonardo Luperón el número del *HERALDO* en que se publicó el *Palique* donde aparece mi primera conversación con el filósofo excelentísimo, el consuetudinario pensador de Palomares inclinó lentamente la cabeza, como saludando, de lejos, á la dirección del periódico, que le consentía publicar de modo tan ostensible sus lucubraciones.

—No esperaba yo—dijo—esta condescendencia, y me alegraré de que no les pesa. Bien se nos alcanza que, como la mayor parte de las gentes juzgan por la forma, y para cal todos el hábito hace el monje, los más, diga yo lo que diga, no lo darán importancia, pero no ser artículo de fondo, sino la cuestión de broma y jarran que usted tiene á su cargo. Pero, en fin, viva la gallina, y viva con su pedita.

Y calló Don Leonardo, como esperando á que yo le preguntase lo que quisiera.

—¡Infinámos quedado, señor Luperón, en que usted hablará de...—

—El gran diablo ha muerto—, le dice Miguel con misterio á Guillermo Meister. Todo varía. Ha muerto Merlín, el Merlín de los conservadores. Tras cambie.

—De modo que usted cree que Cánovas era uno de esos héroes, de que habla Carlyle, de los que conducen á la humanidad...

—¡Quite usted allá!—Y Don Leonardo extendió una mano, como para cortar el paso á mi idea.

No se trata aquí de lo que yo creo, sino de lo que crea la gente. El hombre de Estado, sea teórico, cual yo, ó práctico, necesita saber respetar la realidad exterior, tomarla en serio, como ya decía ese Carlyle que Vd. citó á deshora. No hay que idealizar el mundo que nos rodea. Que peso lo que pesa. El que quisiera juzgar de la impotencia de la muerte de Cánovas, por lo que Cánovas en efecto hizo, por lo que Cánovas valía á los ojos del observador de criterio propio, y condesciendo, no vulgar y adocenado; no podría ser exacto en su apreciación; porque olvidaría que se trata de una fuerza de opinión, de la influencia de un *predicador* en la voluntad de una multitud y en sus actos; y en este caso, lo principal no es averiguar lo que Cánovas era *per se* y *en sí*, sino lo que pareció; lo que Cánovas era en el espíritu de los que obraban influidos por él. El historiador, el psicólogo, el crítico, podrán dejar la figura de Cánovas reducida á su real tamaño; pero la política actual solo se conocerá pensando en el Cánovas de la *sugestión* vulgar. Desde este punto de vista, la falta de Cánovas me parece muy importante. Por eso, al hablar de lo que usted quería que hablase yo, hay que tener en cuenta el crimen de Santa Agueda.

—Hablemos, pues, de la muerte de Cánovas. ¿Qué es lo que más le ha impresionado á usted, después de cometido el delito, en cuanto se refirió á este suceso?

—Las palabras de la viuda de Cánovas, al salir de la *Escuela* el cadáver.

—¿Las del perdón del asesino?

—Las del perdón. Yo soy cristiano. Fíjese usted en que digo que lo soy, no que me lo llamo. Lo soy, sin llamarme á veces; cuando por esa palabra se entiende algo que yo no soy. A un cristiano tiene que impresionarle más que todo lo que revela, en cualquier momento crítico de la vida, un sentimiento de piedad. Hasta que la viuda perdonó al asesino, todo había sucedido como entre paganos.

—Y después?

—Después todo volvió á suceder como entre paganos.

—Ya ve usted; la viuda podía perdonar, pero el Estado...

—No, si ya lo sé. Ya sé que hasta ahora el progreso religioso no ha pasado de la esfera individual. Hay almas cristianas; pocas. Todavía no ha habido un grupo social cristiano. Eso es muy difícil... Muy del porvenir... Allá... para muy lejos... (Don Leonardo se queda pensativo y triste. Larga pausa.)

—El anarquismo de esclera abajo, brutal, me tiene por todo alimento de ideas unas tantas *motrices* bárbaras de *construcción*, resurrección social por el fuego, la sangre, el exterminio; ese anarquismo ano hace víctimas á los inocentes de algunas *frases hechas* del nihilismo; ese anarquismo oral como rotatorio y terrible como vándalo, necesita ser reprimido, es claro. (Otra pausa.)

—No se puede exigir á nuestros hombres *públicos* que se atrevan á cambiar de *problema*; el pueblo no se lo consentiría... No

lo habrá quien se atreva á ensayar la piedad con los despiadados. ¿Mistán? Hay que matarlos. Ellos hacen lo mismo: se presentan como hombres del porvenir, y obran como los demás; sentencian y matan. Es un círculo vicioso. Sólo el progreso moral podrá romperlo. ¿Quien empezará por tener piedad? ¿Ellos ó nosotros? Nosotros no nos atrevemos á ensayar.

—Parece absurdo...

—Es verdad. Sin embargo, me lo parece á usted que Cristo ensayaría? Sí; Cristo perdonaría. Es seguro. Y *La Imitación de Cristo* es un libro devoto que la religión recomendaba. Pero todos tendrían por loco al que metiera el dedo en la *Construcción* y en el *Código penal*... ¿Bastaría? ¿Qué sucedería si se perdonara? ¿Qué se acabarían por hacer los anarquistas, si la sociedad, á quien calumnian, les dijera: --¡Vosotros matais, nosotros no!

—Acabarían... con nosotros.

—No puede usted asegurarlo. El mundo nunca ha ensayado la piedad.

—Ya ve usted; Jesús la ensayó... y lo crucificaron.

—No fueron los anarquistas. Aquellos eran burgueses. Los fariseos y saduceos invocaban la ley.

—¿Qué le parece usted que los cristianos eran anarquistas?

—¡Ah, no! Los cristianos se han muerto, como algunos anarquistas; pero no sabían matar. Todos estos redentores que matan, son falsos. Sus triunfos tienen que ser efímeros. El cristiano es el vencedor definitivo. La última victoria es del que tiene razón, pero no se defiende. (Otra pausa.)

(Algo exhaltado.) Comprendo que los que no tienen fe se agarren al *Estado pagano* y maten por aquello de *salus populi*; pero los que tienen fe debieran preferir dejar á Dios el gobierno del mundo. A ver: lo que pasaba cumpliendo fielmente la doctrina evangélica. No defendiéndose, perdonando siempre, sea acuchillado el mundo, ó se acuchillaran los malos. ¿Dejarían Dios por eso una sociedad que devolviera bien por mal, según el divino consejo?

No hay escape. O perdonar... ó no pagar al otro.

—Me parece usted un utopista.

—¿Sabe usted lo que significa *utópico*? El Calvario me parece un *utópico*, un lugar, bastante difícil, pero vivo. El utópico, lo absurdo, lo necio, lo rompedor, es hablar de la solución de una *humanidad* fullera haciendo volar en cachos á la presente; lo utópico es anular alivianamente, y tener de mirar la abnegación al fin al fin y la virtud; lo utópico es intentar á mejorar el mundo, sin procurar antes la mejora interior, sin reformar a nosotros mismos. Ningún santo encuentra el mundo mal y necesidad de reforma, hasta después de curar los propios pecados, y asegurarse de la virtud que le inculca. Los que reforman el mundo por recetas, por *sociologías*, sin unión, sin piedad, sin humildad, sin santidad... son charlatanes.

¡Pobres masas modernas, condenadas á dolerse sugestionar por apóstoles sin aureola, por apóstoles que no han probado el pan del amor en la Santa Cena!

—Oiga usted, Don Leonardo, ¿por qué ha renunciado usted á su apellido *Iglesia*?

—Por vanidad. Porque es el apellido de los hospicianos, en mi provincia. Yo volveré á recoger mi apellido, cuando no solo perdona las viudas; cuando perdona también los pueblos. En rigor, todavía no hay *iglesia*.

CLARIN,

509 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.475, 20 agosto, 1897

PALIQUE

Estos conservadores tienen el don de la prosa.

No es que sean buenos prosistas, sino que todo se les convierte en pedestre y vulgarísima prosa.

La muerte de Cánovas tenía, en sí, cierta grandesa, y entre Romero Robledo y Puga se la han ido quitando, en cuanto de ellos podía depender.

Lo que está haciendo Romero para convertir la herencia de Cánovas en una cuestión como la de los mercados, ó los consumos, ó Boech ó las zonas, no hace falta recordarlo. Quiere que si fin remuevan el asunto, á gritos, las *cigarreras* romeristas.

Pero no se trata aquí de eso. Se trata de Puga, el famoso fantabulo jurídico, que no ha mucho hacía alarde de burlarse del derecho, en nombre de la ley... de las circunstancias.

Puga, el perillito y gárgalo gallego, ha soltado otra circular... *acuda*, como todas las suyas.

El fiscal del Supremo escribe supremamente mal, eso ya se sabe;

empieza un párrafo y no le sabe concluir; dice que se dirige á sus autoridades «para expresar la suprema necesidad de que hay que utilizar todos los recursos que la ley, etc., etc.»

Y lo que Puga quiere decir no es eso, ya se ve; pero eso dice,

Y lo de menos es lo mal que escrib, y las cosas cursis y ridículas que se le ocurren.

Lo grave es que manda á los fiscales que vigilen la prensa, para formar causa en cuanto adviertan que «directa ó veladamente se hace la apología del anarquismo, ó sus adeptos ó de sus atentados.»

Por de pronto, el Sr. Puga debió distinguir de anarquismo y anarquismo, para evitar que sus subordinados se equivoquen. Hay un anarquismo perfectamente legal, inocente, hasta bonachón, cuyos partidarios, en revistas y libros, en España y en todas partes, predicán sin que nadie les vaya á la mano. Los anarquistas teóricos, que opinan que el hombre es naturalmente bueno y que solo por culpa de la coacción del Estado se hace malo, sostienen que debe dejarse á la virtud el imperio y que sobran gobiernos y medios coercitivos si la sociedad ó se rige por su propia naturaleza, no coartada.

Se atreviera Puga á pretender por anarquista, v. gr., á Tolstói,

que predica, y reteniendo sacarlo del Evangelio, el principio de la *no violencia*, porque quiere que los buenos lleguen á predominar sin valerse nunca de la fuerza que emplean los malos?

Esta clase de anarquismo, inofensivo como el soló, ¿qué tiene que ver con la dinamita, los asesinatos, etc., etc? Pero es anarquismo; el verdadero.

«Es ó no lícito, señor fiscal, profesar y predicar la idea de que el hombre no necesita gobierno? Es lícito. Luego debió distinguir la circular.

¿Y qué me dicen ustedes de la frasecita medio francesa *hacer la apología*? ¿Qué tecnicismo es ese, para un fiscal del Supremo?

¿Cree el Sr. Puga que escribir circular desde el Supremo es como *hacer fondos* para *La Alhambra*, *Elvira*, de Montefiore, ó para *El Adalid* *reintegrado*, de Valdeorras?

Habe Dios lo que puede entender por *hacer la apología* cualquier frasecita por esos pueblos de... (¡ay! en pas decanase. Ya no son suyos).

«Directa ó veladamente.»

¿Cuándo será uno seguro de no estar haciendo una apología, con velo, del anarquismo?

El encargo del fiscal se parece al que le dan á un demente en *Cuerdos y locos*, de Campoamor. Le confían la custodia de un oficial detenido, con el encargo de que no le *deje moverse del sitio*. El loco, sabido en mano, amenaza al oficial con degollarle, porque falta á lo mandado.

—Pero, si no me muevo!—grita el oficial asustado.

—¡Se mueve usted un *si* es no es!

contesta el loco, echando fuego por los ojos y blandiendo el sable.

Un *si* es no es, en el calambre de un fiscal caliente de cascos, puede ser cualquier cosa. «Directa... ó veladamente.» ¡Un *si* es no es de apología!...

«Ni al anarquismo, ni á sus adeptos.» Es decir, que si á un adepto del anarquismo le *hacen*, no una apología, sino una atrocidad, v. gr., le dan tormento... ¿no es puede defender al anarquista? ¡No! Porque acaso, acaso, veladamente se está haciendo su apología.

¿Quién es más valiente, un fiscal que al amparo de la fuerza del Estado hace juegos malabares con las leyes, ó un anarquista que se coloca en situación en que sabe que de fijo pierde la vida? El fiscal. Porque decir otra cosa sería hacer la apología, con condas, de los anarquistas.

De modo, que apenas me atrevo á decir que... no hay mal que por bien no venga; y que del mal el menor.

La muerte de Cánovas (q. e. p. d.) fue un mal para él, para su familia, para su partido, acaso para la dinastía, y un acaso lamentable y digo de compasión para todos. Pero... no de la muerte de ese señor, sino de las consecuencias de esa muerte, pueden venir bienes para España: v. gr., la destrucción del partido conservador, la victoria del progreso sobre la reacción, el desportar de las energías liberales del país, etc., etc.

Pero todo esto, aunque sea verdad, no puede decirse. Porque Puga, ó cualquier Puga de por ahí, pueden entender que eso es defender, con velo, la anarquía.

El matador de Cánovas ha dicho que los anarquistas de armas tomar se han convencido de que no debe emplearse la dinamita, porque ésta mata justos por pecadores. Y él ha empleado medios en que no hubo exposición más que para la víctima señalada. Por este procedimiento, el criminal tiene más seguridad de herir á quien quiere; pero es á costa de mayor peligro para sí, y con la ventaja de que no hay peligro para *terceros* (ó terceros, porque suelen ser cientos y miles).

Claro está que es horroroso que haya fanáticos que se *crijan* en jueces y en verdugos, y ejecuten sentencias absurdas, matando *sin competencia* (poniendo que haya quien mate con derecho), sin pruebas, sacrificando al inocente, muchas veces, sólo porque el fanatismo lo cree culpable.

La sociedad necesita defenderse contra *esos* aficionados de verdugo, contra *esos* dilettantes de la pena de muerte.

¡Pero...! no es preferible que maten á la persona designada, sin exposición de los demás, y que renuncien al medio bárbaro de la destrucción por grandes masas, y á bulto?

Porque sí.

Desde este punto de vista, el asesino de Cánovas ha hecho algo muy malo, sin duda, pero menos malo que lo que hicieron los que mataron tantas personas inocentes en el *Líco*, en la calle de Cambios Nuevos, etc., etc.

Yo he visto mucho la muerte de Cánovas, y ya lo he dicho muchas veces, y lo diré siempre que sea oportuno; pero declaro que hubiera sufrido más que el bárbaro asesino hubiera soltado una bomba en el comedor de Santa Arzúda, y hubiera causado la muerte de docenas y docenas de basistas, menos ilustres, sin duda, que D. Antonio, pero tan inocentes como él, por lo menos.

Bueno; pues está... no se puede sostener, el Puga no quiere; porque puede entenderse que se defender veladamente la conducta del infortunado fanático que mató á Cánovas.

Claro que será una atrocidad entenderlo así; ¿pero no hay frases atroces?

¡El mismo Puga no es bastante atroz?

Sean ustedes francos, señores reaccionarios.

Lo que ustedes quieren es que en los funerales de Cánovas, como en los de los pueblos antiguos, y algunos modernos, haya... sacrificios. Quieren ustedes que el difunto le acompañen en el viaje, ya que no la vida, algunos esclavos.

¿Y quién mejor, para seguir al muerto á la región de las sombras, que los pobres periodistas, parias eternos del partido conservador?

Y ese es el encargo que Puga da á los fiscales, que le maten á dignos unos cuantos periodistas, para hacer con ellos una buena hoguera en los funerales solemnes del jefe de la tribu conservadora.

Clarín.

PALIQUE

¿Se pagarán las entrevistas á tanto la línea?
¿Si serán una forma del reclamo y no lo habremos conocido?
Hasta á D. Alberto Bosch le han ido á preguntar lo que opinaba de las circunstancias actuales de la política española.
¿Y qué dijo Bosch?...
¡Ahí Dijo:
«El partido conservador, como toda persona jurídica...»
De modo que Bosch cree que un partido político es una persona jurídica. Lo cual prueba que ese ex ministro de Fomento, abogado, según creo, doctor con una porción de borlas, ingeniero, etc... no sabe lo que es persona jurídica.
¿Se atrevería Bosch á presentar una demanda en nombre del partido conservador?
¡La ignorancia de cuántas cosas supone ese gazapo de llamar persona jurídica á un bando político!
¿Y del que tanto ignora hacemos aquí un ministro, un personaje!
¡Pobre España!

A quien hay que ver es al pobre Calínez Ledesma haciéndole competencia al obispo de Sión en eso de echar memoriales póstumos á Cánovas, para que les dé la mano, aun después de muerto. El obispo de Sión quiere la mitra de Madrid; el jesuita de chaqueta Calínez se contentará con una sacristía.

El pobre Calínez, el de la *testus grotesca*, quiere que le den algo caliente, y aprovechando la ocasión de que ahora no se habla mal de Cánovas, porque sería feo... se pone á retratarlo... en caricatura, creyendo halagar así á los varietes y amigos del difunto.

Los más indiscretos panegiristas de Cánovas han tenido estos días la suficiente discreción para pasar como sobre brasa por encima de los méritos literarios del famoso ministro.

Pero Ledesma, con un valor grotesco, que hasta parece mala intención, se atreve á decirnos que Cánovas fué ante todo literato, poeta, y que si no fué gran pintor fué porque no quiso. Dice que su fama de hombre político pasará, y quedará su fama de escritor.

No diría otra cosa Angiolillo para disparar el cuarto tiro á su víctima.

Si no fuera que las circunstancias de Calínez no dejan dudar de la sinceridad del hombro, cualquiera creería que se estaba burlando.

Según Calínez, Cánovas mostró ser un poeta «de los grandes, de los altos, de los que resisten á todas las comparaciones», (v. gr. con Homero) en estos versos:

¿Del monte siempre á la llanura abierta
ó del llano á la cumbre iré cruzando
tras de la luz del horizonte yerta?

Es natural que al de la *testus grotesca* le parezca pasmosa la luz del horizonte yerta; y la llanura abierta...

¡Pobre Navarro Calínez! Tonto y loco en una pieza.

Y por supuesto, todo el artículo de Navarro Calínez tiene por objeto indirecto (el directo y principal es adular... y lo que se sabe) mortificar á Clarín sin nombrarle, por supuesto, porque el señor y dueño que le paga, si es quien yo creo, no le consentiría atacarme claramente.

Y, por supuesto, este Calínez que, con su firma, sácula así á Cánovas, se burlaba de él, sin firmar, todos los días, en el *Gaceta*.

Porque hay críticos satíricos así; que creen que el anónimo se hizo para maltratar á los que valen, aunque se crea en su mérito; para decir lo que no se siente.

Cuando Calínez maltrataba á Cánovas lo hacía por adular al público.

Ahora, con su firma, pone por las nubes lo que ayer despreciaba, por halagar á los herederos de Cánovas.

Como yo fui para él el ilustre autor de la *Regenta*... hasta que le llamé majadero.

Y ahora soy un criticastro. Hasta otra, mal bicho.

Clarín.

El D. Leonardo en el meeting republicano de Alión.

—El hermoso triunfo de Melquíades Alvaréz. ¡Qué orgullo, eh! Es una oja de músico que tiene dentro un corazón todo amor y cerebro todo luz; *así rotan corazón y cerebro... y suenan así*. Que la República cuente con hombres como Azcárate, es cosa buena pero no es cosa nueva. Lo que más anima a que entre los jóvenes, que en general, la verdad, no llegan a la juventud republicana de la generación anterior, haya algunos como ese, como Melquíades: un poeta de la palabra.

Con todo; bueno es tener siempre en cuenta lo que dijo el clásico: *Latifundia Italia perdidit*.

CLARIN.

PALIQUE

Un señor X escribe en *La Publicidad*, de Barcelona, muy interesantes y discretos artículos acerca de la *Educación oficial en España*. En el artículo VI de la serie habla de las oposiciones á cátedras, y al examinar la multitud de intrigas, ruines intereses, injusticias y demás locerías que se ponen en juego para hacer que triunfe el que menos lo merece, muchas veces, se acuerda de ciertas elecciones pontificias en que, por lo que toca á lo humano, hay también marejadas de poca piedad pasiones; y exclama: «¿Pero qué diablos dejan al Espíritu Santo?»

Los jueces de oposiciones á cátedras, en los días que alcanzan, no suelen dejarle gran cosa. A lo más le dejan el primer lugar... de los que no llevan cátedra.

Pero, á lo que iba.

Es el caso, que el señor X nos cuenta la historia de un joven que, mientras no hizo más que ser muy estudioso, modesto, fiel á sus ideas, ajeno á las intrigas, sólo consiguió desaires en las oposiciones; y cuando echó escrúpulos á un lado, y se metió en política, y sirvió á los poderosos... se llevó una de las principales cátedras de la Universidad Central, y fué consejero de Instrucción pública, etc., etc.

Se me figura conocer á ese joven, por las señas. Le he visto retratado, con todos los arreos de la facultad, con cara de hombre satisfecho.

Lo que no cuenta X es la historia de otro joven que, habiendo pasado por el mismo calvario que el *suyo*, tuvo el valor de insistir en no deber el favor á la política lo que merecía por su talento, por su elocuencia, por sus estudios. Y este joven *mío*, célebre ya en España por su talento, por su palabra asombrosa, y que según pública opinión, *ganó* en buena lid una de las principales cátedras de la Central... se quedó sin ella por la ocurrencia que tuvo el *joven de X* de dejarse de escrúpulos, y arrimarse á los mandones de la política.

Ahora, si en el mundo no hubiera esa pequeñez que se llama moralidad, yo debería aconsejarle á *mi joven* que hiciera lo que el *joven de X*, que se arrimara al sol que más calienta, al Sr. Pidal, por ejemplo, gran protector del talento... flexible; y ya le darían, y pronto, una buena cátedra á *mi joven*.

Y el que viniera detrás, que arreará.

Si el Sr. X se atreve á decir cómo se llama el *joven suyo*, no tendré yo inconveniente en decir cómo se llama el *mío*.

Y lo demás que sea oportuno.

Quando había ternas se *trabajaba* algo menos en los tribunales, porque á quien convenía *trabajar* era al ministro. La terna era íntima, un contrasentido; la propuesta unipersonal parecía un remedio justo... Pero quien hizo la ley hizo la trampa. Ahora lo que se procura es que no entren en los tribunales jueces que no sean *gratos* al opositor influyente. Ya no es el segundo, ó el tercero, quien tiene que vencer el primer lugar; es un opositor cualquiera quien entra ya en la lucha con la credencial en el bolsi!!!

Es glorió que hay excapezones, que hay cátedras que se dan al mérito. Pero á lo que se tira es á lo otro.

¿Y quiénes suelen ser los excluidos? Los liberales. Varios carlistas y muchos mestizos y algunos demócratas de pega manejan el cotarro, y los tribunales salen como ellos quieren; y cuando ciertas trabas legales obligan á nombrar jueces de la *cáscara amarra*... las cá-

tedras no acaban de salir á oposición. Yo de mí sé decir que fui nombrado juez de un tribunal... y pasaron doce años, y *por fin* salió la cátedra á oposición cuando se había muerto el primer presidente (¡claro! de viejo) y varios opositores.

¿Y de mí quién se acordó? Nadie. Se reformó el tribunal y á mí me dejaron fuera, sin decirme ni por cortesía. Sin pensar que, como hombre de conciencia, yo había estado aquellos largos años preparándome para ser menos indigno juez en un tribunal científico.

Pues nadie me dijo: Salomón, no te pudras.

Ahora tengo el honor de ser así como *sobresaliente* de juez de otro tribunal... Y ya hace un año ó dos... y nada; no llegan las oposiciones.

Y yo me voy haciendo viejo...

De modo que cuando en los tribunales hay gente que no gusta, entre el anuncio de la oposición y la oposición media tiempo suficiente... para que Rodríguez San Pedro pronuncie dos ó tres discursos. Y pase la hipérbole.

Y á propósito de discursos. Cuando el *tribuno* Labra pronunciaba hace días un discurso... se hundió debajo de él la tribuna. Viceversas de la vida, que hacen dudar de las causas telenológicas (no teológicas, teleológicas).

Habla Labra, que habla sin *Lastres*, es decir, sin plomo, y se hunde la tribuna.

Y en cambio habla San Pedro en el Congreso, y no se hundan los escaños, ni las esferas, ni nada. ¿Cómo se explica esto?

Sólo pensando que la oratoria de San Pedro es tan pesada, que pesa más que la tierra, de modo que no es la tierra quien atrae al Sr. San Pedro, sino San Pedro quien atrae á la tierra.

De todas maneras, aunque en el presente caso la tribuna que se hundió no estuvo oportuna, en general, para castigar el parlamentarismo, sería de agradecer que las tribunas siguiesen tomando iniciativas de ese género.

Y para descargo de mi conciencia, voy á concluir diciendo que, si puse á San Pedro como ejemplo de orador *latitudinario*... fué por la fama que tiene de hablar por toneladas; pero yo... no le he oído nunca.

¿A quién he oído yo?

¡Como dicen en el Congreso!

—¡Ah, señores, está en la conciencia de todos!

A media noche: Una voz. — Clarín, ¿duermes?

Clarín.—No, Casio, estoy despierto.

La voz.—¿Estás contento de ti mismo?

Clarín.—No, Casio. Cuando te digan que Clarín es franco... no lo creas. No me ayudan á serio...

CLARÍN.

513 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.497, 11 septiembre, 1897.

También publicado en *La Publicidad* (Barcelona), n. 545, 14 septiembre, 1897.

PAQUÍE

Con toda la seriedad que el asunto requiere, los periódicos más formales han hablado estos días de las reformas que se introducen en aquella parte de nuestra legislación relativa á los cuernos. No se trata de las leyes referentes al adulterio, sino del nuevo reglamento para las corridas de toros.

Por lo visto, Silveira se propone moralizar también la tauromaquia, y algún Dracón ó severo Licurgo del partido se ha encargado

de procurar la regeneración de este pobre país, empezando por corregir las corruptelas del arte nacional.

Un saludable rigorismo será en adelante la norma para todos los toreros de la lidia.

No se dirá que la tauromaquia está tocada de anarquismo; no. Cualquiera diría que ha habido una transacción entre las dos ramas herbóneas, y que á D. Carlos se le deja el mero y mixto imperio de todas las plazas de toros del reino, para que en ellas ensaye el absolutismo que tanto gusto dió al público en los siglos pasados.

Lo que noto es que todo el rigor del nuevo reglamento se para los pobres toreros, y que á los toros no se les exigen garantías de ninguna clase.

Tal vez es porque D. Carlos simpatiza con esas nobles fieras, que no son amigos del progreso, como lo demostró un día de estos cierto toro que se escapó de la dehesa, y con el valor de un Rígulo ó de un Escudela... arremetió contra un tren, ni más ni menos que D. Carlos arremete contra el liberalismo. El toro, después de la embestida, se quedó como el partido conservador, sin cabeza. El tren se le hizo polvo. D. Carlos no corre ese peligro al arremeter contra el progreso; no hay miedo de que se quede sin cabeza; á lo sumo, se quedará sin Cerralbo.

De todas maneras, en el nuevo reglamento de las corridas podían aprender nuestros políticos.

No se permiten más que dos *enterradores*, para acompañar al espada. Figúrense ustedes los *enterradores* que le han salido á Ascárraga.

En la cuestión de las guerras coloniales el Gobierno ha roto ya tres ó cuatro *espadas*, dando siempre en buco, y ni los goliethes de Weyler dan resultado. El toro se echa, pero el espada también. Si se le aplicara al Gobierno el nuevo reglamento, en vez de enviarle avisos por los alguaciles (Marifares Campos, Sagasta, Silveira, etc.), se le comunicaría con toques de clarín.

Pero ¡ya escampal el tose fuerte Clarín, á quien se le llama al orden es á él.

A los banderilleros no se les permite más de dos salidas en falso. Hagan ustedes la cuenta de las veces que ha salido en falso Weyler para pacificar las provincias pacificadas... en *leña*, pero *continúa* rebelde.

También debiera aplicarse el reglamento de la plaza á las sesiones parlamentarias. Á los quince minutos, toque de clarín y multa, para advertir al orador que debe rematar la suerte cuanto antes.

Lo que sucederá, con esto de seguir la relajación en todas las leyes menos en la de toros, será que tendremos un renacimiento tauromáquico y una terrible decadencia y el mayor desorden en todo lo demás.

De la antigua fórmula «Pan y toros» nos quedaremos con la mitad: «Toros».

¡Vivan los toros... con honra!

¡Sélvense las corridas y parezcan las colonias!

Aunque sea mala comparación, tampoco vendría mal que las compañías de cómicos tuvieran su reglamentito draconiano. Y así como por la ley marcial se suelen prohibir los grupos, ahora se prohibiría *andar solo* á todo cómico de regulares facultades.

Se les obligaría á *agruparse* á los pocos y malaventurados actores

buenos con que no contamos.

Se dice que hay oposición por parte de éstos y los otros...

Mejor; que se organicen en la oposición, como no quieren hacer

los conservadores.

Nuestros antepasados de ambas cosas son así; ó no quieren tanto que

se casen... ó se tiran á degüello. ¡Y el justo medio!

Repáren ustedes que la base de las principales compañías que se

forman ahora suele ser un honrada familia, que echa por delante

sus intereses familiares y á ellos sacrifica el arte, ni hace falta.

—Pero usted, X... ¿por qué no se junta con A, B, C, D?

—Porque... tengo tantos bocas que no me basta un apellido; necesito

añadir la parte del león... y la del empresario. Necesito cobrar...

como el ciprés entre los higueras.

—Y, usted Z, ¿por qué no prescinde?...

—¿Todo por mi padre?... Ya ve usted, les el autor de más días:

—Sí, pero espanta á los autores de noche.

—Y usted, N?

—Yo... yo voy á romper moldes...

—Sí; pero con actores que nunca han roto un plato.

—¡Oh! tengo á M.

—Ya lo veo. Pero no basta...

—A mí me basta.

—A usted sí... porque es usted monógamo. Pero al público, que, para no serlo, no se casa con nadie...

El santo vínculo del matrimonio, por palabra de presente, nos privó primero de Elías Beldún, después de Elías Mendoza... Voto, siempre que se le había de contratar, diano que contar con la alimentación de tres ó cuatro niñas secas...

Con cómicos y cómicas así, está asegurada la raza; pero el teatro español se muere.

Muchos hijos legítimos, y pocos triunfos ídem.

Da gana de gritar, como en *El día de la Africana*:

—¡Coro de vestales!

Si no fuera un sacrilegio, era cosa de reclutar las compañías entre las y las vírgenes del Señor.

El foto de cantidad, tomado en serio, hasta que una sola taquílla sirviese para muchos cómicos.

Ahora cada taquílla... para cada patriarca.

«Más cómicos y menos *drámanes*».

Clarín.

PALIQUE

El Emperador Guillermo... el Emperador Guillermo es el Soberano de una nación amiga; y ahí están sangrando varias leyes que le sientan las costuras á quien ose decir algo gordo á esta clase de pájaros ídem (gordos).

Bueno; pero no por eso deja de ser verdad que Guillermo, en una carga de caballería, así como la de Trivito, sólo que *por gusto*, vamos, en broma, derrotó al general Kaessler, tomando al asalto sus posiciones.

«Ea, un simulacro! dirán algunos.

Buen simulacro te dé Dios, responderá un coronel que de resultados de la carga quedó mortalmente enfermo (las cargas, pesadas ó no dadas). Y no dirán lo mismo que el coronel varios soldados que resultaron muertos, por eso, porque están muertos.

No es por meterme con nadie, ni siquiera con Puga; pero yo oree que si en el momento de aspirar esos soldados se les hubiera preguntado si les parecía conveniente una ley especial contra los anarquistas que matan, hubieran dicho que sí. Y acaso hubieran añadido:

—Y otra contra los simulacros... que matan también.

*

No murieron esos soldados por obra del fuego, como se acabó el mundo, sino por obra del agua, como casi se acabó el mundo la otra vez. Los mató el mal tiempo. Por lo visto el Emperador ensayaba la guerra de Cuba en tiempo de lluvias.

Guillermo puede decir, imitando á Felipe II: yo los mandé á luchar contra Kaessler, no contra los elementos.

De todos modos, morir en un simulacro, es como si le patañan á uno un drama en un ensayo general. Y aún debe ser algo peor.

Ahora, no negaré que los simulacros con bajas verdaderas, son de un realismo admirable. El defecto que los simulacros solían tener era que los militares podían probar en ellos pericia, resistencia para la fatiga, mil cosas técnicas... todo menos el valor. Y ahora, si los simulacros dan en ser así, *con muchas bajas*, el valor quedará demostrado también... á lo menos por parte de las víctimas.

515 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.502, 16 septiembre, 1897. También publicado en El Diluvio (Barcelona), 3 octubre, 1897.

Déjese usted de ironías, me dirá algún técnico; á nada viene ese sentimentalismo. No es cosa nueva que en las operaciones de ese género haya desgracias. El simulacro es el experimento de la ciencia y del arte de la guerra; necesita llegar al límite posible de la realidad guerrera, y muchos de los riesgos y de las incomodidades de las batallas deben existir en los simulacros. También las ciencias fisiológicas tienen laboratorios, anfiteatros...

—Sí; pero las *almas viles* en que se opera son conejos, ranas ó perros; y si son cuerpos humanos son de difuntos; ó son las operaciones para curar al paciente, por su bien.

Técnicamente, yo no niego que cuanto más se parezcan á una guerra verdadera unas operaciones más enseñanza produzcan; pero á mi ver, el derecho del hombre tiene exigencias superiores á la tecnología, que hacen que sea un tristísimo espectáculo ese de que mueran muchos soldados *de veras*, el *vencer*, en broma, un emperador á un general de su nación misma.

No se trata aquí de responsabilidad personal de este ó del otro (aunque también puede haberla, pero por causas de que no hablamos nosotros); se trata de un defecto social, colectivo, que consiste en sacrificar intereses morales superiores, á preocupaciones de importancia secundaria, haciéndoles favor.

En fin, al que no *sienta* que no *deben morir soldados por causa de los simulacros...* le falta, á mi juicio, cierta delicadeza moral, que andando el tiempo ha de ser corriente; como lo es ya el sentir horror ante los crímenes de los anarquistas.

*

Para un cristiano, particularmente, que no debe querer que haya muertos... ni en las guerras, ¡qué serán los muertos de los simulacros!

Y por si á alguien se le ocurre decir que el Cristianismo no toca pito aquí, le recordaré lo que Haackel recordaba en su reciente folleto *El monismo*, «*profesión de fe de un naturalista*», á saber: que el canciller alemán (la persona de confianza de Guillermo), ha dicho al principio de este año á la Cámara de diputados de Prusia: «O una concepción cristiana del mundo, ó una concepción atea».

Y al que tal *dino á os atas, á cristiano*. Vei es cristiano es *hombre de Cristo*, como dice el P. Astete.

Y un hombre de Cristo no puede menos de reprobar que haya hombres que mueran en la broma de aprender á matarse en serio.

*

Y si no se trata de cristianos, sino de *germanos* que todavía creen en Odino, paganos, ¿con qué cara se presentarán al dios héroe esos pobres soldados?

¿Qué dirá Odino de los que le mandan víctimas verdaderas de batallas de montirigillas?

*

Y todavía hay algo que cuesta más caro que los *simulacros de guerra*.

Los simulacros de paz.—Guerra pacífica: paz armada. Y todo mata.

CLARIN.

PALIQUE

El general Pando, que, por supuesto, no es D. Jesús Pando y Valle, que es un particular, aunque muy generalizado; el general, ha declarado lo siguiente: «No han sido, no son, no serán mis labios militares los que viertan los conceptos estampados en las letras de molde de los diarios *El Ejército Español* y *El Imperial*».

Vamos á ver, vamos á ver: que eso me huele á anfibología; muy solemne, eso sí, pero anfibología; y la cosa es muy grave.

¿Qué ha querido decir el general Pando, que no ha dicho lo que le atribuyen, porque sus labios militares, los únicos que tiene, no puedan decir esas cosas? O ha querido decir que eso no lo ha dicho con los labios militares, sino con otros? Suponiendo que el Sr. Pando tuviera más de dos labios, cuatro por ejemplo, no sería el primer ser humano con esa cualidad. Mas extraño yo cómo unos labios pueden ser militares. Porque si hay labios militares, también hay pelos militares, y narices y orejas militares. Y si dice el general que habla en sentido figurado, yo le recordaré que también hay figuras tristes, como la del Caballero de la triste figura.

Además, V. E. debió advertir que los labios, aun los bellosos, no pueden vestir conceptos, y que los conceptos no se estampan en las letras de molde, porque en las letras no se estampa nada; son las letras las que se estampan en el papel d lo que sea.

Ya sé yo que para ser un héroe y vencer á los insurrectos no se necesita entender mucho de letra; por eso, cuando el Sr. Pando está peleando en Cuba no será yo quien le corrija los vocablos; pero ahora que se dedica á hacer gemir las prensas, no con los labios militares, sino con cartas y confidencias, estimo que el general está de lleno dentro de la jurisdicción de la crítica literaria.

Sin embargo, no aconsejo al general que se dedique al noble

arte de aprender á escribir ó hablar como Dios manda, porque, después de la circular del Ministro de la Guerra, de poca utilidad le había de ser el meterse en el cuerpo al mismísimo Píncelero.

En efecto, en virtud de los artículos 300 núm. 3.º (en señalando las leyes los Justificantes de armas tomar) y 320 núm. 4.º, en relación con el 316 núm. 1.º del Código de Justicia militar, ni el general Pando, ni el *Sursum Corda*, como sea de caballería ó de infantería, pueden tener, á por lo menos emitir opiniones sobre actos del Gobierno.

Y en esta España al que no le dejan hablar mal del Gobierno ¿para qué le sirve la retórica?

De modo que en labios militares no entran moscas.

Compadezca á nuestro bravo ejército, que expone su generosa sangre por la patria, y no puede discutir de qué barro está hecho Tejada Valdesosa.

Yo, francamente, no sabía siquiera que había un *Código de Justicia militar*.

Porque pensaba yo: como justicia militar no la hay, mal ha de haber un código de eso.

Crea, tan palcano soy, que había un *Código militar de Justicia*, lo cual es muy otra cosa. Soy sistemático; y así como niego los labios militares, las narices militares, los embalsos militares y las fiebres militares, niego la justicia militar.

También creo que la circular demuestra que en el Ministerio de la Guerra hacen poco caso de la jurisdicción gramatical de la Academia Española, aunque está dirigida por un capitán general. La circular habla de *intervención*, y según la Academia ningún español, ni un militar, está obligado á saber lo que es eso.

Dirá el ministro que nadie puede alegar la ignorancia de las leyes. Pero ¿y la ignorancia de los barbarismos? ¿Para qué han de cobrar dietas los académicos, si el Gobierno mismo desprecia la legislación gramatical académica?

Y no crea el Sr. Pando que estas cuestiones de palabras no tienen importancia. Sí la tienen; y el mismo va á demostrarlo.

Dice el Sr. Pando (no sé si con labios militares) que la guerra de Cuba no es *especial*, y le digo para deducir que no hay que emplear procedimientos especiales. Y á poco, habla de la necesidad de combatir en Cuba de cierta manera por *la índole* de aquella guerra.

¡Ve usted! Por culpa de las palabras, viene usted á contradecirse. El general Pando viene á reconocer que la guerra de Cuba tiene un modo de ser que no es como el de todas, es decir, que no se queda en lo *genérico* de la guerra, tiene su *índole*, que pide procedimientos determinados también... luego la guerra de Cuba es *especial*. Especial, Sr. Pando, que no es lo mismo que *singular*, que es la acepción que da usted á *especial*; y está mal hecho. No se ha dicho que la guerra de Cuba fuera como ninguna otra; no se ha negado que haya otras como ella, ni que además tenga lo *genérico* de todas las guerras; pero el mismo Pando le supone una *índole*, palabra menos exacta, pero que viene á expresar la misma idea de especial; y es de sentido común. No hace falta haber sido teniente general en la Isla de Cuba, y haber vuelto, para saber que la guerra de Cuba se parecerá más, v. gr., á la de nuestros guerrilleros, á la *vendecina* y otras así, que á la batalla de Farnahia ó á la de Waterloo.

Ya ve el Sr. Pando que no le niego yo en perla militar, su viaje de ida y vuelta á Cuba; lo que digo es que no sabe lo que significa especial. Por supuesto que hay algo que molesta en esto de corregirle el vocablo á nuestros valientes soldados (y generales), que han defendido la bandera española en América. Por eso, entre otras razones, desearía yo que no hubiese tantas idas y venidas. Porque vamos á ver: supongámonos un general que no está en Cuba hasta que la guerra se acaba y puede volver victorioso. Mientras está por allá, no escribe en los periódicos de por acá, porque tiene más que hacer, y no puede hablar de *labios militares* ni de conceptos estampados en letras. Y cuando vuelve cargado de laureles, ¿quién se atreve á corregirle aunque diga catredal y sincero, difidencia y halgo?

Clarín.

* PALIQUE

Vuelvo de la aldea y sobre el cartapacio proaisico de mi mesa de trabajo veo un libro chiquitín y bien impreso que se titula *Epitalamio*. Alzo los ojos y leo en el almanaque americano colgado en la pared, bajo el retrato de Víctor Hugo: «28 de Junio».

Ea decir, el 28 de Junio estaba yo preparando para decir de *Epitalamio* algo. Y como aquel día salí de veraneo (contra los consejos del famoso médico de *La Correspondencia*, que opina que no se puede veranear higiénicamente más que en Talavera), hasta hoy no he vuelto a ver el librito del Sr. Valle Inclán; que así se llama el autor.

¿Quién es Valle Inclán? Un modernista, gente nueva, un afrancesado franco y valiente, que no se esconde para hablar de los flancos de Venus.

Según mis noticias, Valle Inclán, aunque nuevo, es listo y ha leído. Me lo ha dicho persona de tanta autoridad y tan malas pulgas críticas como el autor de *Maximina* y *La Fe*, Armando Palacio.

En este mismo *Epitalamio*, que es inmoral, si los libros pueden ser inmóviles; que desmoraliza... al que desmoralice, porque a mí, francamente, no me ha inspirado ganas de hacer el cadete; en este mismo librito, que el Sr. Valle Inclán por mi consejo no hubiera escrito, es ve que el autor tiene imaginación, es capaz de llegar a tener estilo, no es un cualquiera, en fin, y merece que se le diga, que, hoy por hoy... está dejado de la mano de Dios.

517 Madrid Cómico (Madrid), n. 762, 25 septiembre, 1897.

Todo eso que él cree originalidad y valer es modernismo puro, imitación de afectaciones, artículo de París... de venta en las ferias de Toro ó de Bloseco.

¡Dios mío, quién convencerá a estos muchachos que hablar del boulevard, desde Madrid, y hablar casi en francés, y escribir y pensar y sentir (ó hacer que se siente) como los chicos de París... del año 86... no es la última moda, ni cosa formal ni digna de verdaderos artistas!

* *

Por donde quiera que se abre el *Epitalamio*... hay algo en cueros vivos y una contorsión gramatical ó retrórica. «Amaba con el culto olímpico de las diosas desnudas.»

Ni se ama con el culto. ni las diosas tributan culto, sino que lo reciben, ni hay diosas desnudas... así, por antonomasia; porque claro que, á ratos, todo dios y todo filósofo, como diría F. y González, está desnudo.

Augusta, la desnudísima y sin vergüenza Augusta, le pone á su espaso unos cuernos... olímpicos.

Y su amante la llama madona.

También un Sr. Sawa* comparaba el otro día en *El Liberal* no sé qué porquerías con el culto de la Virgen.

Yo no diré que los debían llevar á ustedes presos, por decir esas cosas, pero sí que, por lo menos, merecen ustedes que los anden buscando.

«Alma extraña, que si rezase buscaría á Cristo en el Olimpo y á Júpiter en el Cielo.»

Esas son sencillamente... locuras, incongruencias, Sr. Valle Inclán.

Llamar *salmos* á una colección de versos sucos es de mal gusto, y no es valentía ahora que no tuestan por eso.

Si el Sr. Valle Inclán hubiera publicado todas esas blasfemias y esos sacrilegios en tiempo de Felipe II... seguiría dando pruebas de mal gusto, pero hubiera sido un valiente.

En fin, el librito, al fuego... pero el autor... á estudiar más todavía y á olvidar también muchas lecturas malas.

¿Le gusta al Sr. Valle Inclán ser carnero de Panurgo?

Pues escribiendo cosas como *Epitalamio* se es vellocino, toisén de la manera más ridícula que cabe en vega y amena literatura.

Y el Valle Inclán no me cree ahora... al tiempo.

En general, el libro no está escrito en lengua libre, de esa que suelen emplear los anarquistas de la gramática; pero no faltan palabras que no pueden ser españolas. ¿Qué significa «dorevillesca»? ¿Es vocablo derivado de la mitad de un apellido francés? Pero ¡quién admite eso!

* *

En cuanto al cinismo repugnante que es el fondo de *Epitalamio*, no crea el autor que ha encontrado ningún estercolero nuevo. Coja los folletines (ó *folietones*) críticos de París de hace unos diez años... Allí verá paltas muy bien dadas de Lemaitre y otros á comedias y novelas de falso naturalismo (entonces era naturalismo lo que ahora es *pendético, olímpico*) que se basaban en transacciones asquerosas semejantes á la de la madona (¡qué horror!) del príncipe Attilio...

En ese Attilio hay todo un símbolo del disparatado sistema literario que sigue Valle Inclán. En español no hay pronunciación especial para dos tes seguidas, y nada se escribe con dos tes. ¿A qué viene escribir lo que en castellano se puede decir, y se dice bien, con ortografía bárbara? Pero esto importaría poco, si no fuera lo que significa. El autor falta á muchas cosas respetables, por un vicio literario. En parte... que no es más que una traducción de cosas atrevidas.

A Valle Inclán se le ha venido á la boca el mal sabor de una orgía... de algún literato cínico de París, de hace unos dos lustros.

* *

¿Se puede ser listo escribiendo libros así? ¡Sí! Un gasmofio como Navarro Ledesma no tiene enmienda; un muchacho extraviado, pero franco, decididamente, de fantasía, como Valle Inclán, puede arre-pentirse. Y trabajar en la verdadera vida.

Clarín.

PALIQUE

Hay en Américas, en Santiago de Chile, un señor que con la mayor buena fe se propone convertir al mundo á fuerza de folletos.

Yo recibo uno de esos libritos cada poco tiempo, y así ésta es la primera vez que hablo al público del Sr. D. Juan Enrique Lagarrigue, que éste es el nombre del apóstol chileno, no es porque hasta ahora no me haya fijado en su incesante y activa propaganda.

El Sr. Lagarrigue es un positivista de los que han tomado en serio la religión y el pontificado de Augusto Comte, y escribe cartas á diestro y siniestro queriendo persuadir á todos de la necesidad de entrar en la Iglesia positivista cuyo San Pedro fué el jefe de la escuela. Sabido es que muchos discípulos de Comte, para disculpar al maestro que acabó por fundar una religión y decla-

rarse algo así como papa de la misma, dijeron que el ilustre pensador se había vuelto loco. Yo no sé lo que habrá de esto, pero sí sé que el Sr. Lagarrigue acabará por volvernos locos á los que leemos sus folletos y no acabamos de convencernos.

En otra ocasión, el positivista chileno se dirigió á D. Juan Valera, que le contestó con la gracia y la fuerza del mundo.

Ahora Lagarrigue la emprende nada menos con Tolstoi, que no necesita que nadie le ponga con religiones, porque él tiene la suya, aunque no se ha proclamado ni papa ni pope (clérigo ruso).

El librito de que se trata ahora dice en la portada: *Religion de l'humanité—Ordre et progres—Vivre pour autrui—Vivre au grand jour.*

El programa se parece un poco al del Día. Y después (todo en francés) leo: Carta á M. León Tolstoi—Año CIX de la gran crisis.

Ya saben ustedes que los positivistas que practican tienen su calendario especial, como lo tuvo la revolución francesa, y sus fiestas, y sus santos, que son los grandes hombres.

518 Madrid Cómica (Madrid), n. 765, 2 octubre, 1897.

Aunque los positivistas más importantes no siguieron al maestro en estas aventuras de religión, con jerarquía y disciplina copada, dice un crítico; de la Iglesia romana, Augusto Comte tomó muy en serio su invención peregrina y su tiara filosófica. El papa del positivismo era para él una persona real y efectiva, como que era él mismo; no así el dios del positivismo, al que llamó el *Gran Ser*. Según Comte, este *Gran Ser* no existía, lo que se llama existir, pero era un ideal edificante que debíamos considerar como existente. Algo parecido dijo después Vacherot, que acaba de morir muy viejo; para éste, lo existente no era perfecto, y lo perfecto no existía; Dios era perfecto, pero no podía existir. Si el loco aquel que se creía la Santísima Trinidad hubiera opinado como Vacherot y Comte, no hubiera dicho que gastaba muchos zapatos porque *eran tres á romper*. Los dioses perfectos, ideales... que no existen no deben de romper zapatos. Más bien son rompe-cabezas.

Augusto Comte había llegado, pese al rigor árido de su sistema, á cierto sentimentalismo, tal vez inducido por su amor platónico á la célebre Clotilde de Vaux, que le correspondía... *sub specie eternitatis*. Ello fué que cuando Comte murió hubo una seria disputa entre su mujer, que quería enterrarlo según la Iglesia católica, y los discípulos prácticos, como Lagarrigue, que querían llevarse el muerto para enterrarlo á su manera.

Por Europa, el positivismo religioso no tomó gran incremento. En América, en la del Norte, no faltó quien procurase mantener la secta. No hace muchos años, el fisco pretendió, en los Estados Unidos, cobrar contribución por el local que ocupaba cierta sociedad positivista; pero los filósofos se negaron á pagar un céntimo, fundándose en que allí los institutos religiosos no pagan, y el positivismo es una religión.

Si en Papaya hubiera leyes así, y á los cultos no oficiales en vez de taparles las puertas se les perdonara la contribución... no habría sociedad de balle ni círculo conservador que no se declarase Iglesia.

Pero volvamos al Sr. Lagarrigue, de quien confieso que me había olvidado.

Este señor parece modesto; se contenta con ser propagandista de ideas viejas, sobadas, olvidadas; y sin embargo, puede que le sepa mal lo que le tengo que decir.

El Sr. Lagarrigue no es filósofo; no es más que un *snob* de la filosofía, víctima de la sugestión... y acaso del alelamiento intelectual.

Hablando de los jóvenes maestros de la novísima filosofía francesa, dice un crítico que no se leen unos á otros, porque cada cual cree que los demás están equivocados.

El Sr. Lagarrigue no se tiene por maestro... pero se me figura que sólo dice misa por su misa.

A mí ver, no estudia con atención é imparcialidad lo mucho que hoy se escribe de filosofía: en sus folletos el positivismo no lucha contra las teorías críticas, serias y profundas, que hace tanto tiempo vienen atacando por su base el positivismo.

Todo lo que Lagarrigue dice parece cosa de un positivista de *escuela abajo*, de un aficionado de hace veinticinco años... que sólo leyera á Comte. El positivismo de Lagarrigue es como el de Rubinet y Lafitte, del cual ha dicho Lionel Dandrieux es un positivismo católico, *ne varietur*, que vale tanto como muertos.

Este mismo Dandrieux ha escrito que, por la invención del «Gran Ser» ó «Gran Fetiche», Comte condeja á muchos de sus discípulos al estado de feticheistas.

¿No teme el Sr. Lagarrigue ser uno de éstos?

El Sr. Lagarrigue hace alarde de creer en la necesidad moral del altruismo.

Pues yo le propongo que deje á otros más originales, más espontáneos pensadores tratar de Dios y del Universo. Sería esta una inhibición completamente *altruista*.

Una filosofía que pide, como la de Lagarrigue, que haya un papa laico en París... debe ser *altruista*, esto es, dejar el puesto á otra filosofía algo más seria.

Clarín.

PALIQUE

Luis Vidart.

Era uno de los vivos de quien yo pensaba hablar pronto en mi colección de semblanzas que titulé, como ya dejo dicho, «*Vivos y muertos*». Tuve esta idea al empezar el verano... y al empezar el otoño hablo de Vidart... muerto. «*Habla, y mi mujer murió por la tarde*», dice la Biblia.

No soy de los que piensan (y algún filósofo importante de hoy se inclina a creerlo) que hay almas que sobreviven al cuerpo y almas que con él mueren.

Creo en la igualdad; en este punto. A mi ver, para el alma no puede haber muerte, si bien la vida del alma después de la muerte debe de parecerse muy poco a lo que el pensamiento vulgar entiende por vida.

Mas, pose á la igualdad que supongo, la imaginación y el corazón me hacen fantasear y sentir de modo muy diferente la despedida de los hombres que han vivido según la materia, pensando poco ó mal en Dios, y la ausencia de las almas de veras religiosas.

Si, parece que se mueren más los que vivían entregados exclusiva ó casi exclusivamente á los intereses de este mundo en su mero valor temporal, relativo. Y parece que están menos lejos los que vivieron espiritualmente, los que pensaban en la otra vida con piedad.

Vidart era de éstos. Acaso algunos no lo sepan, ni si querrá lo hayan sospechado leyendo sus escritos ó oyendo sus discursos. No importa, Vidart vivió preocupado con lo que algunos llaman problema religioso. Bien se puede afirmar que gran parte de sus pensamientos fueron para la oración, si, como se ha dicho, el anhelo de la piedad es ya el principio de la plegaria.

Buscar á Dios es empezar á encontrarlo, vino á Jesús Pascual, y Vidart buscó á Dios con ansia; y aún más seguro que de haberlo encontrado estaba de que sin Él no merecía la vida el trabajo de sufrirla. El que menos cree en ti, Señor, escribió Renan, desea que existas entonces veces al día.

Vidart me decía á menudo, resumiendo largas discusiones filosóficas: «Son necesarios Dios y la inmortalidad.»

Otros habrán sido más tiempo y con lazos más fuertes amigos de Vidart; pero la amistad que conmigo tuvo fué de un carácter íntimo, no por razón de intereses temporales, sino con continuidad ideal, en nobles confidencias sinceras relativas á las cosas altas. Congenitivamente; liberales los dos, de pensar independiente, siempre fuimos religiosos, de un modo algo clásico; y por eso él, en mis humildes ensayos de arte espiritual, leía estas líneas mejor que muchos. «Es usted mucho mejor artista que crítico», me decía siempre; y yo, que empiezo á ser más agricultor que otra cosa, siguiendo la carrera de Campoamor, me sonreía y agradecía el juicio de Vidart, leyendo en él esto: «en sus cuentos y novelillas pone usted á veces algo de la vida moral según yo también la siento.»

✱

519 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2519, 3 octubre, 1897.

No se me ofenda sospechando que mire á Vidart desde este punto de vista por sorprender al lector con la novedad del intento. Es la pura verdad que el muy simpático escritor, sin ser teólogo de oficio, sin haber escrito obras especiales de materia religiosa, era de los que ven el capital interés de la vida en nuestra relación con el misterio divino.

Mas hay que notar dos cosas: que, para los que la entienden como Vidart, la religión no es un negociado particular, de modo que mientras somos religiosos no hacemos otra cosa y mientras hacemos otra cosa no somos religiosos. Un clérigo que se baste por la patria, mientras hace esto no es religioso; después va á decir misa, y entonces sí. La religiosidad de Vidart no era de ésta.

Para él todo era teología de tejas arriba... y de tejas abajo... y á todas horas. Su vocación, sus estudios, las circunstancias, le llamaron á ser militar, orador, político (breve tiempo), erudito, historiador de filosofía y de armas y política, crítico literario, etc., etc.; pero todo esto lo fué religiosamente, con una conciencia pura, con sinceridad absoluta, con entusiasmo que engendra el espíritu de armonía que sólo en la piedad se boba.

La otra cosa que había que notar es ésta: que Vidart vivió en tiempos de lucha de ideas; fué de los que hicieron la revolución moral de España; y aquí toda religiosidad que no fuera la oficial, la exterior, del Estado, tenía que aparecer con el signo menos á los ojos de la preocupación tradicional.

Vidart en el libro, en la revista, en el Ateneo, defendiendo escuelas filosóficas que se profesaba, pero que comprendía y veía camufladas en nombre de la fe; defendiendo la libertad de conciencia contra el fanatismo, era religioso... y tenía que parecer todo lo contrario á los que, sin saberlo acaso, entienden por religión más el *fas* de la antigua Roma, que lo que Laetancio quería: el lazo que une con Dios al hombre.

✱

Apenas vereis escrito de Vidart que no sea una defensa de una causa que cree justa y ve atacada. Defendió el ingenio artístico de la milicia española, contra los que no querían ver en los Ercillas y Garcilaso más que raras excepciones; defendió á los españoles que intervinieron en la conquista de América contra exageraciones que querían conservar la gloria de Colón á costa de celebridades no tan ilustres; defendió á los krausistas, sin serlo, contra calumnias de los reaccionarios; y siempre, en fin, se le vió haciendo bien, de camino que escribía.

Muchos, aunque no le recuerden, le deberán el favor de esta justicia... ¿Que es hoy la justicia favor bien raro!

Yo se lo debo, y se lo pago. Cuando muchos, para probar la ligereza de mi juicio, creían ver contradicción entre mi antigua defensa de los escritores naturalistas y mis *ideales* (¿) de ahora, Vidart recordó á los imperiales que Clarín había defendido la novela naturalista como un *oportunisto*, como un modo del arte que tenía derecho á la luz y que aparecía en el tiempo conveniente.

En todos los momentos críticos para mí, en la vida privada y en la que llamaremos pública, del periodismo y del libro y de la cátedra, el consejo, el consuelo, el parabién, ó lo que correspondiera de Vidart, vinieron de los primeros y en buen hora.

Y, sin embargo, yo que he hablado bien de tantos escritores (poco á mi fama de maldiciente) pocos elogios he dedicado á las obras de Vidart.

Era, como Píoñ, por ejemplo, de los pocos que no reparan en eso; de los que no dan para que se les dé, sino que, á título gratuito, por bondad, porque no saben sentir envidia ni egoísmo, dejan que de la abundancia del corazón hable la lengua.

✱

Vidart, oficialmente, no medró tanto como merecía.

Pero él tomó la vida en serio, trabajó *pro domo Dei*, y si aquí fué un poco artillero, en la vida espiritual habrá pasado al *Estado Mayor*, de seguro.

CLARÍN.

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE

SR. D. N. DEL VALLE INCLAN

Estimado señor y compañero: Mucho me alegro de que usted haya entendido mi *palique* de *Madrid Cómic* y no lo haya tomado por donde parece que quema.

A los majaderos y a los *esprítus falsos*, como diría Paulhan, se les conoce pronto, sean misonieistas ó modernistas. El que tiene algo bueno dentro, como creo que lo tiene usted, lo deja ver á través de cualquier uniforme.

Cuantos han dicho que soy enemigo de la *gente nueva*, así como buena, ó mienten ó se engañan. Yo también he sido *nuevo*, y he tenido pruritos que he dejado después.

Lo que hago, es combatir la *pose*, la servil imitación, el descaño y la falta de respeto. — Unos, *salían*, porque sólo atienden al amor propio, ó son malos ó tontos; otros, *distinquen*, y hacen justicia á mi intención. Usted ha sido de estos. Dios se lo pague.

Si; servirá usted para la *viña*. Consejo para ello: el de Horacio *versale mane*. — Muy sobado... como están sobadas las sacras imágenes que besan generaciones y generaciones.

Yo no sé como hay *artistas* que desdeñan las verdades que tenemos encerradas en vetustosa reliquias. El error-Matulasen... á la hoguera; pero la verdad-abuela es tan venerable!

Cuando uno ha visto á su madre llegar á anciana, ha soñado muchas veces con el absurdo... de que no muriese; de que siguiera envejeciendo siempre... y viviendo. — *Las madres*, de Goethe, cumplen esto ensueño. Envejecen, á veces parece que chochean... y viven.

En el arte, como en la vida ordinaria, en punto á moral, no hay más que dos *novedades* posibles: ó ser moral ó no serlo.

Hay que ser moral (por moralidad). *Hortus inclusus*.

Pero ahí, ahondar.

El más atrevido pensamiento que tolero, no por exacto, sino por inocente, es el del joven escritor francés Pujol (*Idealismo integral*) que pone lo bello sobre lo moral.

Pero es que lo bello es moral también, según su concepto.

En cierto sentido, en la *gloria* soñada, ya todo es estética.

Si; lo primero que se ve de Dios es la *hermosura*.

Por lo hermosa no está hecha de *decadentismos* y desvergüenzas.

*

Otra cosa.

He visto que algunos de la *gente nueva* quieren despertar interés en favor de sus *literaturas* con la llamada cuestión social, es decir, la del pan de los pobres.

Huya usted de tales profanaciones.

Las cosas santas deben tratarse santamente.

Y el pan del pobre es pan bendito.

¡El pan! el símbolo de la cuestión social; ¡el pan! el símbolo, y para el creyente el misterio, de la *Cena*!

No me gusta el nombre *socialismo*, no es exacto ni expresivo. Un joven tratadista, Andler, acaba de probar que el socialismo es el individualismo absoluto.

No; no es eso. *Socialista*, no; *ebionita*, *pobrista*, si no fuera absurdo el vocablo; *ebionita*, violentando un poco el significado antiguo.

¿Me pregunta usted si soy ebionita?

¿Todavía no; más adelante, si llego á ser más bueno.

El socialismo obrero me rechazaría, por *burgués*.

Yo me abstengo, por impuro. — Francisca de Asís llegó á ebionita; pero antes, besó la lepra.

Y la *gente nueva* (algunos) quiere divinizar otros besos.

Es muy fácil seguir á Marx, á Lassalle, á Rodbertus, porque esos van sin cruz.

La literatura de esas escuelas nuevas, diabólicas, egoistas, hedonistas, místicas, con el misticismo que supo tomar y separar del puro, del real, Santa Teresa; tal literatura, ó es un capricho ó viene de una filosofía empirica, hedonista, en nombre de la cual se pide, como hacen algunos italianos lógicos, que se abandone á los niños enclenques y á los ancianos inútiles.

Dar lecciones de ebionismo; ejercer el apostolado ebionista desde papeles que deifican el adulterio, que rodean de aureolas á las meretrices... es como ofrecer á un mendigo honrado, mejor, á una hambrienta, casta un pedazo de pan, á condición de que venga á recogerlo sobre la mesa de una orgía.

No enseñar al pobre más que á sublevarse y á ser orapuloso, es tomarlo por una fiera lasciva.

Y no es el pobre, sino el *decadente*... traído, el verdadero pitico: de obsceno.

Sayo,

CLARIN

¡Anda, anda! Bueno me ponen varios apreciables colegas de Cuba, porque no me gusta el exterminio de los insurrectos.

Me llaman filibustero.

Bueno, pues ya estamos los filibusteros en el poder.

¿A ustedes les molesta que se les diga que muchos *incondicionales* entienden por integridad de la patria las ventajillas que sacan los *indianos* de que se considere a Cuba como país conquistado?

Pues, hijos, es la verdad. Queremos a Cuba española, pero no para uso particular de unos cuantos españoles; de esa multitud de zafios, patanes, sin más Dios que el dinero, que creían que España estaba obligada a desangrarse para asegurarse a ellos la pacífica posesión de la isla.

No, señor. Cuba será para los cubanos, sin dejar de ser española, como Galicia es para los gallegos y Cataluña para los catalanes.

Se acabó eso de querer seguir sacándole jugo a la isla, porque es colonia.

A Cuba podrá irse a hacer fortuna, como se va a cualquier parte. Pero se acabó la puerta.

No mandará en Cuba un militarote que muchas veces es un animal, dicho sea sin ánimo de ofender a nadie.

* *

¿Conque soy filibustero porque quiero que en la guerra de Cuba se tenga en cuenta que no somos salvajes, aunque lo sean algunos insurrectos?

Pues entonces también es filibustero la *última* persona que, según *El Imparcial*, le ha dado un puntapié *moral* (hija) a los conservadores porque, aunque ella se lo pedía, no acababan de impedir ciertas atrocidades de que habla todo el mundo, y que eran ó son el pan nuestro de cada día allá por Cuba.

De muy alto viene ahora la idea de que somos *españoles todos*, que es lo que yo he dicho desde el primer día.

Es una necesidad lo que me *ofeta* (me *ofeté*, yo la *ofeté*, véase López Silva) un periódico cubano, diciendo que el hijo que no quiere reconocer la autoridad paterna, deja de ser hijo.

No es verdad. Los lazos naturales no se rompen cuando se quiere. El amor del padre no depende de que el hijo sea malo ó bueno. El que una persona deje de cumplir con lo que debe no autoriza a las demás para obrar lo mismo, ni aun respecto de esa persona, sino en los casos determinados de obligación pactada con esa condición de reciprocidad.

Repito que es darles la razón a los insurrectos el sostener que no son españoles. Ellos ser, son cubanos: pues si no son españoles... Cuba no es España.

Dice otro periódico que quieren desnaturalizarse. No es verdad. ¿Quieren dejar de ser cubanos? No. ¿Cuba no es de España, parte de España? Sí. Luego no quieren dejar de ser lo que son: españoles. El error de ellos está en creer que Cuba no es España ó no debe serlo. Nuestra *tesis*, la de los leales, consiste justamente en hacerles ver que mientras quieran ser cubanos quieren ser españoles, porque Cuba es España.

Luego si los declaramos *extranjeros*, *hostes*, les damos la razón. Y en fin, señores guanajos, ahora está el criterio liberal en el poder.

Vendrá la paz, Cuba será española... y autónoma.

No se acabó más que la *breve incondicional*.

* *

¿Y Puga? Supongo que á estas horas ya no será tan *supremo* como hace un mes. Que habrá presentado la dimisión de fiscal magno. No sólo porque han subido los liberales y él no es liberal, ¡qué ha de ser liberal! sino porque según las noticias de *El Imparcial*... la circular famosa es incompatible con el criterio que *última* persona ha señalado en la cuestión del anarquismo.

En efecto, otra de las causas que hubo para dar á los conservadores el consabido puntapié *moral*... y *político*, fué lo que se hacía con los anarquistas... que no oran anarquistas. Es más, según esa *última* persona, el que se trate del anarquismo no es razón para que se prescinda de toda ley, de toda caridad.

Y según Puga, pensar así, es *indirectamente*... *hacer la apología*...

Pero á bien que á estas horas, supongo yo, no habrá ya Puga.

Puga con fulminante.

Porque á Puga quitarle la fiscalía es quitarle el pistón.

Y en vez de fiscal supremo viene á ser la suprema carabina de Ambrosio.

PALIQUE

—¿Qué está usted leyendo, D. Leonardo?
—Un artículo atrasado de *El Imparcial*.
—¡Hombre! Vaya un capricho.
—Es que hay artículos que ya son fiambre antes de escribirlos, y otros que conservan el calor muchos días.
—¿De qué se trata?
—De las revelaciones de cierto personaje, muy allegado á las alturas moderadoras, como si dijéramos, respecto de las causas *puntapietristas* de la última crisis. Pies blancos no ofenden. Pero yo no sé como Puga, el fiscal supremo y dimisionario—supongo yo—no ha denunciado ya esos divinos pies que, con la primera y segunda de mi tercera le dieron el todo al sucesor del autor de esta charada.

—Está usted metafísico.
—Si Puga no ha dimitido, y puede que no, porque será de los que no dimiten *frente al enemigo* (el sucesor de la breva), debe denunciar á quien se ha interesado por los que padecen persecución de la justicia por causa de las leyes sobre el anarquismo.

Derribar un Ministerio porque no se trata bien á los que el poder tenía abandonados de todo amparo legal, porque estaban complicados en sospechas de anarquismo, es algo más que hacer la apología indirecta de un anarquista.

—¿Y qué opina usted, dejando á Puga que dimita ó que haga directamente su propia apología, como es moda de los generales, y acaso de los fiscales, en campaña; que opina usted de esta intervención... armada, no del rayo, sino de otra cosa, y que se inspira en los sentimientos de justicia y de caridad, tan desacreditados en el *gingoismo* de algunos compatriotas?

—Ahora de lo alto no viene el rayo, viene la escoba. El barrido que acabó con el fregado, me parece muy bien desde el punto de vista principal, el del derecho, propiamente dicho. A los que se pagan de tiquis miquis constitucionales *vieux jeu* debe parecerles poco conforme con el *Santa María y Paredes* esa iniciativa, que estaban á punto de tomar las piedras (por aquello de *Casas tenedes el Cid*) (1) y que tomó... el *mejor alcalde*; pero á mí me parece de porlas que las justas quejas del mundo civilizado lleguen al estado español por conducto de tanta eficacia y á quien no cabe acusar de complicación con las ideas disolventes. Yo no conozco á esa persona á quien toleraría el mismísimo Garolá del Castañar; pero sea capaz ó no de llegar espontáneamente á tan nobles decisiones, merece aplauso. Aunque haya sido eso de la opinión de Europa, su iniciativa tiene mérito, y lo que importa más, ha tenido eficacia.

—¿Y no le da á usted un poco de pena esa de que, sea como sea, venga de quien no tiene sangre española, aunque española sea ya algo de su sangre, esa nota de caridad, de justicia, que era sentimentalismo secundario para muchos patriotas que han olvidado el catolicismo y sólo recuerdan la *marcha de Cádiz*—(patriotas de zarzuela... y de tragedia también); esa nota del *concierto europeo* que todo el mundo oía menos el Gobierno patidifuso-misionario?

—Aquí, sin ser injusto y grosero, no se puede decir aquello de «hágase el milagro...», pero la idea es esa.

—¿Y no tiene usted nada que decir de la otra causa de *actualidad* que tuvo la caída del Gobierno?

—Pues no he de tener! Diré que, si se atre vieran, los incondicionales... pretósitos de Cuba y de la Península, llamarían *filibusteras*... á las alturas, como nos lo llaman á usted y á mí.

—En efecto, por lo que á mí toca, varios periódicos cubanos han despotricado de lo lindo, porque no mandé ni una mala caja de cerillas para pacificar la isla; y en vez de la toa de la discordia, envié voces de fraternidad, de arreglo; que no ha de consistir en comerse unos á otros hasta los rabos.

—Pues ya ve usted que en nuestra primera conferencia del HERALDO yo también hablaba de perdón, de lenidad; que es claro que si creíamos justos para los anarquistas, tan justos los he de creer para con los cubanos que transijan con la soberanía de España, no con el egoísmo *sin condiciones*. Y también á mí me tienen por soñador y por filibustero. Y sin embargo, mi pensamiento coincide con el que atribuye al *mejor alcalde... en funciones*, el personaje misterioso del *Imparcial*.

—A propósito. ¿Usted cree en el personaje... ó será un... *Kocambolc*?

—Si nos quita usted, á mí la fe, y á varios héroes de ida y vuelta la pluma, ¿qué nos queda?

CLARIN.

(1) Esto Cid no es Woyler; no hay similitud.

Si l
Apolo
que, t
teatra
Por
gone
Ver
Acs
pañis
cuant
(ahi
plaza
fiola)
reper
Pand
—]
Es e
repre
cha
seda.
trium
vicio
al pt
es si
dos
lo, o
medi
tolóq
sobre
obje
pito
da. i
na a
nues
hac
Sin

Y, á j
to y d
dujo
tes tr
jadm
teleg

¡Y
No
Pe
la ca
ma.
mues
rente
en l
lebre
argui
via e
ción
ser C

Pe
tras
Banc
Si
junt
San
más

Si lo que Mariano Cavia se proponía al publicar su revista de *Apolo en Apolo* era que el lector creyese, hasta el final del artículo, que, en efecto, Sinesio Delgado había conseguido un gran triunfo teatral, vive Dios que pudo ser.

Porque aquí está un lector, ego, que se tragó todos los perdigones.

Verán ustedes, amigos Cavia y Sinesio, cómo fué.

Acababa de comer (frase *altruista*), tomaba café cargado, en compañía de estos queridos seres por causa de los cuales soy yo, en cuanto literato, el esquilón de Iriarte, y no la solemne campana (¡ahí si fuera la campana, escribiría ahora una solicitud pidiendo la plaza que dejó el de la Huesca (campana) en la Academia Española); tomaba café, digo, y leía *El Imparcial*. ¡Magnífico! grito de repente. ¡Excelente ideal!—¿Qué es ello? me preguntan.—¿Carta de Pando, latigrama de Weyler?

—No, no. Es un soberbio desquite.—Será quite.—No, desquite. Es el caso que, como ya sabéis, Sinesio representó, vamos, hizo representar en *Apolo* *La zarzuela nueva*, que venció, pero con mucha el primer día, no después, que significó venciendo como una seda. Pero, en fin, ello es que para hombres como Sinesio aquel triunfo no era triunfo. La obra tenía por objeto, creo, censurar los vicios de nuestro teatro chico, vicios que se deben en gran parte al público, el gran vicioso; pues á la larga su majestad el vulgo es siempre el principal causante de los *Cercos de Viena*. Los estudiantes protestaron; no querían la medicina. Y ahora en *Apolo en Apolo*, otra zarzuela de Sinesio, se les da en grandes dosis... la enfermedad; y la tragan. *Apolo en Apolo* es una graciosa farsa mitológico-satírica que ha producido grandísimo entusiasmo, gracias sobre todo á que abundan en ella las especias fuertes que eran objeto de las censuras de *La zarzuela nueva*. ¡Ideas magníficas!, repito. En rigor esto es la segunda parte de la obra poco aplaudida. Sinesio da la misma lección en otra forma, poniendo en escena al público mismo, sin hacerle salir á las tablas. En el *Drama nuevo*, el autor también mete en la obra al público, pero no le hace hablar. Aquí sí; el público habla, aplaude, se entusiasma. Sin querer, los *morenos* han vuelto á representar *La zarzuela nueva*.

Y, á juzgar por lo poco que Mariano Cavia nos dice del argumento y de las decoraciones, aquello debe de ser una *feria*, como trajo un chico de la prensa. ¡Qué pintoresca animación, que chistes tan oportunos, qué graciosas alusiones!... Pero dejadme, dejadme. Quiero terminar la lectura del artículo, para escribir un telegrama felicitando á Sinesio...

* *

¡Y todo era una broma de Cavia!

No había *Apolo en Apolo*.

Pero debe haberlo. Sinesio tiene razón—si no es broma también la carta de Sinesio—(1). *Apolo en Apolo* es una ocurrencia felicísima. No importa que en el antiguo género bufo hayan salido ya cosas y cosas. Esto es otra cosa, de otra manera; el fin es diferente y los recursos cómicos otros. Yo estoy viendo todo el dibujo en los puntos que Cavia ha ido señalando. Así como un poeta célebre produjo toda una larga composición literaria sin más que el argumento que le hizo adivinar un cuadro; sobre el artículo de Cavia se puede bordar una zarzuela de espectáculo, de mucha intención y de buen éxito casi seguro. Los autores, naturalmente, deben ser Cavia y Sinesio. A ello.

* *

Pero este Cavia es el diablo. Un día quema el Museo de Pinturas, otro *estrena* á un amigo, etc., etc. Ya puede agradecerle el Banco que no le dé por escribir billetes de mil pesetas.

Si hubiera sido Cavia un verdadero patriota, hubiera estado junto al general Weyler pacificando provincias desde el Cabo de San Antonio hasta la trocha de... La pacificación no hubiera sido más verdadera, pero lo hubiera parecido.

Clarín.

Ayuntamiento de Madrid. Madrid Cómico (Madrid), n. 765, 16 octubre, 1897.

PALIQUE

Liberal, que, por lo visto, no tiene inglés, se entretiene en inventarlo.

Y nos habla del «eminente profesor inglés Max Müller».

«O, hijo, Max Müller es alemán. Es profesor en Inglaterra hace muchos años; pero él, señor, es alemán».

Un inglés menso.

Bremón ya está cansado de que entren tantos prospectos seguidos en la Academia, y para la vacante de Cánovas propone a Ferrari, poeta.

Claro, ¿un poeta, otro mayor.

Para merecer que sus literaturas le hagan académicos, como a Cánovas le hicieron las suyas, le falta a Ferrari un pormenor...

Elegir á presidente del Consejo de ministros.

Eso no quita que yo diga la del otro: «Por mí, que entre».

Y lo mismo dice el país, que, viendo los académicos que ve, ya mide á todos los candidatos por un mismo... catecúmeno.

Bremón dice, lleno de altruismo de la lengua, que él jamás será académico.

¿Por qué no? Bremón escribe mucho mejor que la mitad de los inmortales.

Además, nadie puede decir «en este Diccionario no me jojaré».

¿Académico? Lo ha de ser el redactor de *El País* (edición socialista) que habla del obrero irredento y escribe «ausente de malicia».

Y, claro, el Diccionario llegará á decir: «Irredento. Del italiano. «No rodimido» y «ausente». Que correó ó está libre de una cosa».

Como el redactor es, irredento de su pristina ignorancia y ausente de gramática.

El País citado (y no á juicio), que ya no es *El País* en que yo colaboré, y por eso hablo, *El País*... Juan José, como si dijéramos, nos va enumerando las cosas á que tienen derecho los desheredados, y entre ellas está «el mar que surcan».

Pero ¿la verna el socialismo-decadentista va á repartir el mar? Pues los desheredados marítimos somos todos, porque el mar es una de las cosas que están fuera del comercio y fuera del patrimonio, como dice el romano.

¿Se refiere á la peseta *El País*?

Pues si aquí lo malo que tenemos es que se deja pesear á todo el mundo!

Sólo que hay algunos que no saben... á lo menos en aguas tranquilas.

En todo caso, á lo que habrá derecho será... al río revuelto.

De todas maneras, si *El País* sigue en esa teoría de repartir entre los pobres el reino de Anfitrónico... se va á marear, y puede que cambie la peseta socialista-hedonista.

Yo creo más seguro el otro socialismo, el de tierra firme. Por lo menos, ha echado más raíces.

El mismo *País*, que parece otro, se burla del bimbo de Riego y de los derechos individuales.

No dirá que eso estaba implícito en el programa de Zorrilla.

También habla *El País* varias veces «de los que sufren y de los que padecen».

No hay que aumentar desgracias; sobran las que hay. Los que padecen y los que sufren son los mismos y el mal uno solo. No porque sufrir y padecer sea lo mismo, sino porque el que sufre padece.

También proclama *El País* al derecho al placer.

Si, hombre, sí; y el derecho al Viva la Pega. Y á unas cañitas.

A pesar de todo, no cabe negar que los socialistas del «venga de ahí», son mozos despiertos...

Despiertos á las horas en que dormimos los burgueses... y los demás socialistas.

Acaso algunos obreros se levanten cuando los *Acadonistas* nuevos todavía andan por la calle.

Y acaso algún obrero se diga al verlos: —Ahí van los correligionarios... trasnochados.

Si, trasnochados, amigos míos.

Eso es lo peor. El socialismo de que hace alarde el nuevo *País* se funda en el servilismo más declarado; obedece á las clásicas tendencias del marxismo, que se apoyaba en lo que se ha llamado la *Historia materialista*.

Si el Sr. Diezcan quiere discutir acerca de esto, me tiene á su disposición. Si quiere que sea en la prensa, en la prensa. Si quiere que sea en conferencias públicas, bueno.

Creo de todo corazón que ese socialismo procedente de grupitos literarios, materialista, hedonista, que reniega de la caridad y habla de justicia, como si la justicia pudiera llegar á la eficiencia que se busca sin la caridad, que es el alma del derecho; ese socialismo que prohíbe al pobre ser santo es una funesta invención (no española, ¿Dios gracias; lo nuestro es un *arreglo*) que puede perjudicar, si se toma en serio, á muchas cosas grandes: la libertad, el ideal republicano y la justa reivindicación de derechos del pobre.

Si el egoísmo de las clases ricas ha hecho de los pobres los desheredados de los bienes

materiales, otra herencia mejor pretenden quitárselos que les predican, como medios de reivindicación, el egoísmo, la *lucha por la existencia* (tal vez sin haber leído las palabras de Darwin que borran en esa *metáfora* el aspecto repugnante). El que dice al pobre: desdeña la virtud, desdeña la fe, desdeña el ideal; sé bruto, sé fiera, sé estómago (la *palabra* de Marx); el que quita al pobre el derecho de la abnegación, de la humildad; de la profunda filosofía, de la poética piedad, si quiera sea del ensueño noble del espíritu; el que le mutila el alma de tal suerte, realiza un despojo mucho más grave que el de todos los egoísmos materiales que hasta ahora se juntaron en la tierra para arrastrar el miserable al pan de la boca... pero no al corazón del pecho.

CLARIN.

524 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.540, 24 octubre, 1897.

Casi
terior,
El est
conoc
tiene
oboci
cualq
Ous
acaso
estreñ
¿Co
yo cor
Yo,
A v
rídic
«Cl
hay C
Y d
Si
seno,
feo á
bre y
dole
de vi
reacci
larga,
que li
por l
¿qué
amig
dirigi
Sof
Qu
sas d
alid,
religi
he de
y á p
ginar
me h
en ur
que l
Na
podic
ia de
tal ve
Y
es cla
ma d
diner
erran
Pe
El
carre
pallq
¿No
con su
de mí
filosof
obliga
la ras
¡Y l
Eaci
¡Qui

PALIQUE

Casi me alegro de no haber enviado *palique* para el número anterior, porque el lugar que mi artículo hubiera ocupado fué para *El estreno*, de D. Luis González Gil, á quien no tengo el gusto de conocer, pero que me parece que sirve para el oficio. *El estreno* tiene gracia, intención y originalidad. Mi *palique*... sólo por ser el ochocientos mil no sé cuántos, tenía mucho adelantado para ser cualquier cosa.

Cuando el Sr. González Gil lleve veinticinco años de palique acaso no discorra cosas tan ingeniosas como su sátira-cuento *El estreno*.

¿Como cuántos garbanzos habremos comprado entre Taboada y yo con nuestros artículos de *pan llevar*?

Yo, por mi parte, confieso que estoy cansado de ser *maleante*.

A veces, me entran tentaciones de mandar telegramas á mis periódicos diciendo:

«*Clarín* ha muerto. Se ha pegado un tiro en el seudónimo. Ya no hay *Clarín*».

Y dedicarme exclusivamente á la filosofía. Con firma entera.

Si desde el primer día, desde que Sánchez Pérez me llamó á su seno, como si dijéramos,—calle de Fomento—y fundamos *El Solfeo á raíz*... de la Restauración, yo hubiera firmado con mi nombre y apellido; y en vez de andarme con chirligotas y corrigiéndole el vocablo á Sancho, me hubiera ido derecho á los molinos de viento, y me hubiera hecho algo muy español, por ejemplo, reaccionario y patriótico; si desde entonces hubiera gastado levita larga, y hubiera convenido con algunos republicanos de *ahora* en que la forma de gobierno es accidental; y me hubiera dejado llevar por Martos, que bien quisio, á los accidentes de la monarquía, ¿quién sabe si á estas horas sería yo director de algo, como varios amigos míos de entonces que creyeron en la accidentalidad y ahora dirigen cuanto se les pone por delante?

Sofemos, alma, sofemos.

Quiero suponer que todo el tiempo que he gastado en leer cosas de esas que pasan por el espíritu moderno, de los Pirineos allá, lo he invertido en inflar algún asunto muy nacional, entre religioso y político, v. gr., y que en los momentos de descanso me he dedicado á quitarle motas á Cánovas, á bailar el agua á Pidal y á pedirle á Tamayo otro *Drama nuevo*. Pues no es mucho imaginar que por todos estos azares *castizos* y por la levita larga, se me hubiera declarado mozo de provecho y se me hubiera metido en una Academia. Ninguna más á propósito para mi levita larga que la de ciencias morales y políticas.

Nada digo de alguna duquesa vieja y santurrona que hubiera podido haberse enamorado de mi ortodoxia y de mi credencial de la de ciencias morales y políticas. ¡Oh, con duquesas, hubiese llegado tal vez á ministro!

Y nada de paliques. ¡Qué felicidad! Ganar mucho dinero (porque es claro que yo no me hubiera dormido en las pajas, pues el dogma de la *accidentalidad* es el principio de la riqueza), ganar mucho dinero y no debérselo á una pluma que es una especie de judío errante, que jamás puede detenerse.

Pero no sofemos más, alma, no sofemos.

El porvenir... es el palique. Los chicos crecen. Hay que darles carrera. Las carreras son caras—y malas.—Y todo ha de salir del palique y sus similares.

¿No habrá por ahí un millonario *mi admirador* (aunque venga con *novela* al canto) que me diga: «Le regalo á usted una porción de miles de duros, para que usted pueda descansar y dedicarse á la filosofía, olvidado de los paliques. No le impongo á usted más obligación que la de escribir, antes de cinco años, una *Crítica de la razón pura* que eclipse la de Kant?»

¡Y la escribo! Vaya si la escribo; con eclipse y todo.

Escribo *La crítica de la razón purísima*.

¡Cualquier cosa, antes que el palique número 999.999!

Clarín.

525 Madrid Cómico (Madrid), n. 767, 30 octubre, 1897.

PALIQUE

Ante todo, debo declarar que yo no hablaban de un socialismo *servicista*, sino *sensu*-
lista.

Y añadiré que dije «al miserable», y no «el miserable»; «el corazón», y no «al corazón»; tendencias *caducas*, y no *clásicas*, del marxismo.

La fe... de erratas lo salve.

Ma volveré á mi *palique* anterior, en que hablaban del *socialismo* de *El País*.

Y yo que vuelvo á tocar este asunto, ahí van algunas advertencias.

No se si *El País* se ha hecho cargo ó no de mis observaciones. De todas maneras, conste que mi propósito no es mortificar á las personas, y menos á los que no conozco, caso en que están positi todos los redactores de *El País*. Lo que yo ataco es la clase de propaganda que la nueva redacción del colega anuncia. Cuanto mayor sea la importancia esos literatos de *El País* más peligrosa me parece su empresa. Y he de combatirla muchas veces, diciendo muchas cosas crudas—no ofensivas—que creo necesario que se digan.

Creo de muy mal efecto para la causa de los pobres, que se ponga á su servicio la literatura cursi y poco aprensiva en materia de moral... casera ó burguesa, si quiere *El País* llamarla así.

Me parece absurdo despreciar los derechos del hombre, los derechos que proclamó la Revolución, y despreciarlos en nombre de la causa del pueblo. Me parece absurdo declamar, exagerar y parodiar el socialismo á lo Eugenio Sué, con motivo de defender al proletariado.

Otro sí. La bandera del socialismo que quiere la República, como medio, podrá ser muy bien venida... si la trae quien deba. No si la trae quien reniega de la libertad, de la fraternidad y de la democracia.

Verdad es que allá, hacia el año ochenta y tantos, algunos *literatos* franceses hablaron de la *bancarrota* del liberalismo, pero ni eso está ya de moda ni lo pueden decir más que los reaccionarios.

Es una profanación de la causa del obrero suponer que sólo bajo la ley del egoísmo *prosaico* se puede trabajar con eficacia por el pan del pobre.

Todas estas cuestiones son muy serias para que se puedan mezclar con tiquis miquis de vanidad literaria, con personalidades enfadadas.

Creo en la noble intención de la mayor parte de los *socialistas* del *placer* y el *egoísmo*, por eso supongo que creeran en la rectitud de mi intención al combatirlos. No se trata, aunque he de insistir mucho en censurarlos, de una *sierra* como la de Arimón ó la de Ledesma.

Sé distinguir.

Ignoro si al publicarse esto, *El País* me habrá dicho algo que merezca palabras más fuertes. Nunca es tarde.

Y por hoy, nada más. Pero otro día, sí.

Recibo un libro de Quito que me envía el Sr. D. Miguel Aristizábal, editor de la obra...

Muchas gracias.

Se titula el libro *Joya literaria... Inéditos y artículos escogidos* de Juan Montalvo.

Se ve, pues, que no es joya, sino joyas... si lo son.

Juan Montalvo, que en paz descansen, es el ídolo de muchos hijos del Ecuador, y de otros muchos lectores que no son de la tierra.

Yo lo tengo por escritor notable, bastante original, y á veces raro; afectado casi siempre, correcto por lo general, incorrecto de cuando en cuando, de variada lectura, pero no especialista en cosa alguna.

En esta *joya* literaria, lo principal es una paliza postuma, de Montalvo, á D. Aureliano Guerra y Orbe, también difunto.

Montalvo le coge no pocos gazapos al académico español, algunos de bulto. No hablemos de ellos.

Dedicaré lo poco que falta de este *Palique* á defender á don Aureliano de injustas censuras que le dirige Montalvo.

Sabrán ustedes que Montalvo tiene fama de ser uno de los americanos que mejor escribieron en español. Y mereca esa fama. Pero, ya lo he dicho muchas veces, los más sabios gramáticos americanos *estudian* nuestra lengua como extranjeros; saben, á lo mejor, como lo dijo todo Lope, ó Cervantes... y no saben cómo *decimos* nosotros, los *españoles* de ahora, los *amos* de la lengua, tal ó cual cosa.

D. Aureliano escribe: Los dios, al volver de las italianas regiones, encuentran etc. etc... *este* llora, etc., etc., *aquel* etc., etc.

Y dice Montalvo: no debió decir *aquel*, sino *ese* «el correspondiente gramatical de éste no es *aquel* sino *ese*».

Este, *ese* y *aquel*, son, los tres, *correspondientes*, y en el caso de Guerra se escribe *aquel*, y no *ese*. Y no hay español que no lo jure.

Escribe D. Aureliano: «El señor X, que era... tal cosa».

Y dice Montalvo: Está mal que; hay que decir *quien*.

Y no hay español que no jure que se puede decir *que*, como D. Aureliano escribe.

Esto me recuerda á un señor L. Barra, del Uruguay, creo; sabio de veras que escribo: recién llevar, recién hacer.

Y porque yo le advertí que recién sólo admitía después un participio pasivo: recién nacido, recién cogido, v. gr., cómo se rieron de mí varios periódicos americanos!

Medite sobre estos hechos la juventud literaria americana. El verdadero español es el de España... y, *del todo*, no se puede aprender en libros.

Si se pudiera, escribirían mejor que españoles y americanos, en español, ciertos hispanófilos alemanes ó ingleses.

CLARIN.

PALIQUE

Me dicen que *El Socialista*, de Madrid, creo, me propone que discutamos el asunto de que yo quería hablar con el Sr. Dicenta. No he leído *El Socialista*; pero me apresuro á contestarle, guiándome por estas noticias, que tengo por exactas.

Mi propósito al discutir con Dicenta acerca del *materialismo histórico* que contiene la doctrina de Marx, no queda realizado discutiendo con *El Socialista*. Si sólo atendiera á esto, podría desde luego declinar la honra que el colega me ofrece. Pero es el caso que, por otros motivos de muy diferente orden, es casi, casi un ideal para mí departir, con espíritu fraternal, sin ánimo de lucha ni purito vanidoso ó pedantesco, con los obreros socialistas, ó quien su voz lleve.

Hablando se entiende la gente. Mi experiencia de la cátedra me dice que llega á un punto la discusión de ideas, en el cual sólo puede hacerse fecunda en diálogo ordenado, por explicaciones orales, reflexionando en *sociedad* de modo sincero y con atención seria.

Creo que hace mucho tiempo deberían existir asambleas mixtas de obreros socialistas ó sus representantes, y de cuantos, previo estudio adecuado, tuvieran algo que decirles, por vía de reparo, crítica, ilustración, ó con ánimo persuasivo, para atraerlos, verbigracia, al aspecto moral y religioso de la cuestión social, ó al punto de vista de práctica inmediata, con relación, verbigracia, á la forma de gobierno, á la intervención activa en la *serie* *dad del sufragio* (¡si todos los obreros de España juntos quisieran que las elecciones fueran *verdad* lo serían!), á la influencia de las clases pobres en la vida municipal y provincial, en las leyes civiles y penales, en la industria, en el arte, en la instrucción pública, etcétera, etc.

Ellos solos, sin ayuda de nadie, pero con aplauso de casi todos, los socialistas recientemente han tratado de la cuestión práctica, social, no económica, del servicio universal obligatorio. Pues en las asambleas de que hablo se les podría inducir á mejorar las condiciones de las clases pobres y procurar su progreso (por ende, su mayor fuerza) por multitud de *reivindicaciones* populares, como esa de *todos solidados*, que no son inmediatamente asuntos de *capital y trabajo*; pero que son desde luego de gran interés para el pueblo, á quien faltan muchas cosas, á quo tiene derecho, además del pan. Mi tesis, relativa á tal asunto, es: que los pobres, la clase desamparada (valga la *verdad*), pueden alcanzar sin mengua del individualismo, y sin pedirles en nombre de la coacción económica, muchas mejoras importantísimas. Y si yo llegara á conversar con los obreros en una de esas conferencias públicas, trataría, con mucho gusto, de demostrar que la base filosófica del marxismo se opone á esta *desintegración* de los fines de la clase obrera, porque unos marxistas directa, otros indirectamente, todos atribuyen al fin económico un carácter primordial, que hace creer al *catoloxo* de esa escuela que es ilusoria toda revolución que no tenga por primer móvil el de lo económico, que da forma y carácter á todos los demás fines.

No sólo acepto, en principio, la amistosa conferencia con los socialistas, sino que deseo que con ellos hablen en reuniones públicas hombres de todos los partidos, y aun sin partido, como, verbigracia, Salmerón, Azcárate, Giner (¡si les hablara Giner!), González Serrano, y tantos y tantos otros, todos infinitamente más aptos que yo para el empeño.

¿Por qué no inician algo en ese sentido los socialistas? Ellos, enemigos de la rutina, ¿por qué siguen la del apartamiento, la del soliloquio eterno del sectario?

En las pocas reuniones de socialistas que yo presencié, nada había que pudiera animar á proponerles discusión fraternal. Allí, sin distinguir de clases y personas, nos llamaban á todos burgueses, y á todos se nos condenaba en montón, por el procedimiento de las primitivas venganzas colectivas.

Si hoy, gracias al progreso de la forma, hay garantías de que se podrá hablar delante de los socialistas sin que se incomoden cuando oigan algo que no coincida con sus opiniones ó con sus deseos; si se puede esperar que sean tolerantes y que crean en la sinceridad y en el desinterés de los demás hombres honrados, como nosotros creemos en la sinceridad y desinterés de los socialistas; si tales condiciones de discusión existen, no seré yo de los últimos que acepten lo que *El Socialista*, honrándome sobremanera, me propone.

Queda, pues, aceptada en principio la invitación, y si por el momento diferido el día de la polémica oral (solo oral), no aplazada ésta definitivamente. Acaso cuando al finalizar las conferencias más á que *El Socialista* alude, hable de «la religión y la causa de los pobres», haya motivo para lo que el estimado colega quiere, y yo, en ciertas condiciones, vivamente deseo.

Y á *El País*... puente de plata.

CLARIN.

PALIQUE

Blasco... un libro de Blasco: *Corazonadas*. A Clarín, su viejo amigo, Eusebio Blasco.

Viejo... bueno; ¿pero amigo? ¿Somos amigos, Blasco? Un día salí yo a defenderme de ataques que creí injurios, y Blasco quiso agradecer a Segismundo, alabándolo que quisiera tirarme a mí por el balcón. Yo no sé si al caí al mar o no; pero sé que pocos días antes, hablando en la Cervecería Inglesa, Blasco me daba la razón a mí contra Segismundo... que también había querido tirarle a él por el balcón.

¿Está eso bien hecho, Blasco? ¿Hacen eso los amigos? Debe carías me ha escrito Blasco de entonces acá, y yo no he contestado a ninguna por eso... porque hay que aclarar si es o no es mi amigo.

Es posible que Blasco se haya olvidado de la mala acción que le debo; pero en él no tiene mérito el olvido. Lo tendré en mí, la víctima.

Y yo no olvido. Perdono, eso sí; pero no olvido. A pesar de todo esto, el al escribir una y otra vez Eusebio Blasco: amigo Clarín, sentía lo que decía; si se creía de veras mi amigo... lo es. A su conciencia lo dejo. Condicionadamente, venga esa mano.

Ya que estamos de buenas, voy a decirle a Blasco una cosa que nunca he dicho a nadie.

Yo he sido, de muchocho, gran admirador suyo. Escribí él en *Gil Blas* y yo adoraba de lejos a *Gil Blas*. Doce años contaba yo cuando *Gil Blas* publicó espontáneamente, porque le gustaron, unos versos míos... ¡qué alegrón aquel!

Un día, soñando, soñando, se me ocurrió que yo llegaba a ser, después de estudiar mucho, redactor de *Gil Blas*, y que alternaba con Blasco, y que nos hacíamos amigos ¡qué gloria, qué triunfo! Pasó el tiempo, y las impurezas de la realidad y de los rípicos quisieron que en el camino de la vida me encontrara con la *Rosa amarilla* antes que con Blasco.

Cuando Blasco se me presentó en la Comedia... ya había dicho yo muchas perrerías de sus obras dramáticas.

No importó. Fuiamos amigos. Pero ¡ay! Blasco no tenía ya aureola para mí. A fuerza de ejercicios él mismo había oscurecido el glorioso nitido.

Blasco ha pecado mucho. En muchos sentidos. Pero es de los que pueden ser perdonados. Casi siempre es superficial, muchas veces incorrecto, pocas sincero, eso y anodino a ratos... pero ha tenido gracia en bastantes ocasiones. Ha hecho reír muy de veras a mucha gente. Y muchos escritores festivos del día no han conseguido jamás otro tanto. Los chistes de Blasco han sido muchas veces relativos, de circunstancias... pero ha tenido chistes. Y eso es algo. Bien mirado, en los tiempos que corremos, es bastante.

Y ha trabajado mucho... Veintiocho libros, cincuenta y siete comedias... «de cinco a seis mil artículos». ¡Matar así! Algunas de las comedias y zarzuelas bufas de Blasco, de las antiguas, me hicieron mucha gracia, *illo tempore*. Me gustaban si se estreñaban ahora! Puedo que mucho menos. Pero, en resúmenes cuentas, Blasco ¡qué alegría! ¿Qué duda cabe!

Ahora tiende al sentimentalismo, que le sienta mal. Habla con sencillez simpática cuando habla de sus propios males, de su cansancio, de sus pocos cuartos, de lo que cuestan los hijos, etc. etc. Y hasta cuando era conservador era algo liberal (liberal conservador).

Es patriótico a veces, y a veces parece el tipo aquel de Figaro que todo lo español tenía por malo.

Ha ofendido mucho a Corvantes, pero mucho más a Bosquet.

¡Pero ha luchado tanto! ¡Hace tantos años que siembra garbanos con la pluma! Cuando habla en el café de las ventajitas que nos llevan los franceses en costumbres literarias, da gusto oírle. Es hasta un buen observador.

No, no es un cualquiera. Y aunque lo sea... a mí me cae en gracia. No le defiendo objetiva sino subjetivamente, hablando a lo pedante y mal.

Y de *Corazonadas* ¡qué! Que, por lo menos, no son corazonadas... del hígado. Ni una plancha de rísones. Algo tendrán, acaso, de corazonadas... del estómago. Y a mucha honra.

Clarín.

PALIQUE

Yo no sé si será porque soy un humilde provinciano, pero a mí no me gusta que se eille en los teatros.

Evitemos anfibiologías. No niego el derecho del público a rechazar las comedias que no le gustan, aunque sea en la forma, menos delicada que la tradicional, de la silba. Lo que deseo es que no eillen los actores (siquiera sea haciéndose justicia, muchas veces) como quien hace una gracia. —Pues sí señor, eillen. He visto en un teatro, muy simpático, por lo demás, una zarzuelita en que hay un coro de silbidos.

¡Señores, que hay aforros delante! Bueno que despreciosos al verso, aunque sea de Calderón o de Quevedo; que exijamos que el arte no le den cantado y no rezado, ¡corrientes! ¡Viva la zarzuela! Pero, si ahora vamos a sustituir la música por el silbido, ¿dónde iremos a parar?

Me explico que se rechace el teatro de ideas; pero entre las ideas y los silbidos ¿no habrá un término medio?

Pero no en todas partes eillen. En muchos teatros cantan que se las pelan. ¡Cuánta música nacional, magister que a veces ratonera. ¡El chulo, la chula, los chulos! ¡El ratu, la rata, los ratas! ¡El golfo, la golla, los golfos! Aquí un temor de muchas esperanzas le da coque en la barriga una señorita; allí una saladísima actriz se rasca la panza dando entender no sé qué falta de asco...

Y en tanto, oponemos el veto al *Castigo sin venganza* porque allí hay un adulterio trágico y no cómico. Si fuera cómico; si se tomara a broma, se toleraría, como se toleran cosas semejantes en el mundo.

También nos repugna y aburre bastante *La centa*, que viene a romper moldes, con una riqueza de diccionario que nos ofende

a nosotros, que lo más importante lo decimos por medio del tacto. ¡Pobre y mal aconsejado, Quevedo! si no tienes el don; si no te apodas el *mecanismo de la escena*, ¿quién lo mete a estrenar? ¡¿aprendiste nada con el ejemplo de Molière, que estuvo también y no le eillaron por consideración a la embajada francesa?

A Calderón sí le desprecia, pero éste ya está hecho a las armas. Ya sabe lo que son morenos de corbata blanca.

Señorframle, que por cierto tiene en María Guerrero hermostriz expresión artística, recita en vano versos sublimes de D. Pedro de D. José... Se la oye como quien oye llover, y si llueve no se la oye.

¡No hay en Madrid algunos centenares de personas de buen gusto, entre vecinos y forasteros, que quieren oír tan castizo y elegante castellano en boca de tan primorosa actriz! Los académicos de la lengua, por lo menos, deberían tener obligación de ir a oír al teatro Español.

Mucho mejor que decir misa por tan antiguos difuntos como nuestros ilustres clásicos, sería que la Academia fuera a presentarnos las representaciones del teatro de Lope, Calderón y Tirso. Pero ¡ay! estos sabios son así. Les gusta una comedia antigua, comedia de los ratones, arrugada, cubierta de polvo, y que sólo pueden leer mediante reactivos y con fotografías auxiliares... cuando esa comedia se representa en escena digna de ella, por artistas verdaderos... ¡bahi la desdella; porque lo clásico sin polvo es una vulgaridad.

Si Semirámis fuera un palimpsesto, ¡significó! Pero siendo María Guerrero, ¡no merece que Catalina la vea!

Clarín.

529 Madrid Cómico (Madrid), n. 769, 15 noviembre, 1897.

Yo no
ier la lu
de los r
dando a
no de se
Ridm
No se
da; ni se
madre d
tencia n
bico se
No se
llegu a
cierto ac
del Dico
to... alg
queda e
nos que
sicos; m
que en
pareció
en el su
tural; y
vosi... I
ban la y
naba el
cho pro
¡Al v
natio bi
de podo
Si no
que se d
redenci
Self (c
andabar
ble. Aqu
butones
intelect
siempre,
es. No
hermos
Calderó
Mal a
Ello fo
audi, co
cena cu
—(Re
en el oj
veración
quién e
—(Vi
na de n
Y en
el tipo
Y lle,
Ciego
aquello
dijeron
Y gra
como d
se resu
Desp
destru
res, y
chando
No ci
con su
Pero
Y so

530 Mad

528 Madrid Cómico (Madrid), n. 768, 6 noviembre, 1897.

Yo no sé si la revolución está al caer; no sé si el general Weyler la lleva entre ceja y ceja; pero sí, por este lado las esperanzas de los revolucionarios fallaron, opino que esta liebre puede saltar donde menos se piensa, diabo sea sin anfibólogo, ó sea en un estreno de zarzuela de aparato, con trajes ricos y chistes pobres.

Rímonos yo de chorizos y polacos; verdes y azules. No se dice en esos estrenos sobre la luz eléctrica es increada; ni al la Virgen María es madre de Cristo ó madre de Dios; la madre del cordero no está en eso, sino en una emulación ó competencia más ó menos noble entre empresas que se disputan el público en la terrible lucha por la tapizilla.

No se puede ser masa neutra en uno de esos estrenos. Anoche llegué yo á sentir verdadero pánico en el momento más sosegado—que cierto académico llamaría álgido—de una zarzuela sacada, en parte, del Diccionario geográfico de Madrid. Llegaba la acción al momento... álgido—por dar gusto al académico—del patriotismo que se queda en casa, cuando las necesidades de la trama exigieron que nos quedáramos ó obscuras, ó á buenas noches como dicen los clásicos; sea por el efecto de la obscuridad, ó por efecto de lo malo que es aquello, ó en ambas efectos, ello fué, que en las tinieblas paró que el teatro se venía abajo. ¡Qué patadas, qué bastonazos, y en el suelo, por supuesto, qué gritos, qué protestas!... y como natural y tal vez retribuida reacción,iqué de palmadas, qué de bromas... ¡Bravos lo eran todos, tirios y troyanos; pues todos se jugaban la vida en el empeño, á juzgar por las señas. Sonaba y resonaba el teatro como un tren en un túnel ¡qué mucho más y mucho peor...! ¡Qué ocasión para cambiar de instituciones!

¡Al volver á brillar las lámparas eléctricas un partido revolucionario bien organizado debiera haber tenido hecha la transformación de poderes!

Si no hay un caudillo capaz de aprovechar estas fuerzas cívicas que se desmenuen en una de esas batallas teatrales, ya no hay redención posible para este pueblo do heroísmo por horas.

Salí de aquel teatro, donde Enterpe y Talía, Polimnia y Olio andaban á la greña, y me fui á lugar que me pareció más apacible. Aquí no había alabarderos ni reventadores jurados; palcos y butacas y pasillos los llenaban las tres aristocracias—tal vez la intelectual—no de Arimón. Un rumor, ni tenue ni discreto, vivo, alegre, volaba por la sala; y en el escenario decían versos preciosos. No era aquello zarzuela, pero como al cantaban, porque las hermosas y los hermosos hablaban de sus cosas sin hacer caso de Calderón de la Barca, que era el preopinante.

Mal año para Calderón, porque ya le han maltratado dos veces. Ello fué que el delicioso auditorio, que será *tercio*, puro no es *audi*, como diría Sancho, quiso enterarse de las intrigas de la escena cuando ya era tarde.

—¡Eso es un lío!—gritaba indignado un político de los de flor en el ojal, que habría estado preparando el distrito en amable conversación con un prócer, y ahora no se explicaba quién amaba á quién en el escenario y casi confundida al galán con la dama.

—¡Vaya una tontería!—exclamaba una elegantísima joven, digna de mejor estética subjetiva...

Y en tanto, María Guerrero hacía prodigios de arte, ayudada por el tipo real, fresco, gracioso, que Calderón había inventado.

Y llegó el final... No quedamos á oscuras, pero más valiera. Ciegos y sordos debimos haber quedado antes de ver y oír aquello.

—¡Fuego de Dios en el querer bien!
—¡Amén, amén, amén!

dijeron en el escenario.

Y gran parte del público repitió: ¡Amén, amén, amén!

Y el alto Olimpo con espanto truenó,

como dijo otro gran poeta, á quien *tomáramos* el pelo también á resaca, y nos leyera versos en buena sociedad.

Después de *cócora* á Calderón, no faltaba más que darle un *eseño* á Cervantes... y se le dió. Se representaba «Los habladores», y los del Amén, amén, amén, se levantaron, y se fueron diciendo ¡qué lata!

No cabe duda que nuestra *alta sociedad* protege el teatro clásico con su dinero, y le honra con su presencia.

Pero grita: ¡Crucifícate, crucifícate!

Y se va á ver á Barrabás á la zarzuela por horas.

Clarin.

Más hombres, no; más dinero, sí.
Habla de Cuba.

Es probable que la guerra siga, á pesar de la autonomía, porque la autonomía no convence á todos, aunque convence á muchos. Lo que hace falta es tener allí un ejército *positivo* con medios *positivos* de guerra. Si los insurrectos irreductibles ven que España no se pasa la vida haciendo el último *esfuerzo*, con heroísmos de agonizante, sino que se decide á pelear poco á poco *todo el tiempo* que sea necesario, esos señores echarán sus cuentas y acaso se aburrirán y dejarán libre el campo.

Los soldados que *quedan* (!) son bastantes para vencer, y cada día valen más. Cada uno valdrá por dos dentro de poco si se mejoran con dinero y honradez las condiciones de alimentación, indumentaria, habitación, higiene, etc. Más valdrán 50.000 así que 100.000 de la otra manera.

Para esto hace falta enviar dinero, mucho más dinero. Una leva de millones. Que vayan.

¿Quién los ha de enviar? Los que los tienen. No se trata de que España entera pague. ¿Quién da la sangre? El qué la tiene, el pueblo.

Que dé el dinero el que lo tenga.

Nada de empréstitos, ni de tributos indirectos, ni de esos otros que por el diablo de la ley de difusión van á dar donde menos se piensa. Nada de tributos de esos que apuntan al rico y matan al pobre.

Impuesto directo, no proporcional, sino progresivo limitado sobre utilidades. Eso es lo que hace falta.

Los millones de los que los tienen, esos son los recintos que deben ir ahora de España á Cuba. Y nada de nueva deuda.

Los pobres han visto morir á sus hijos por defender á España. Nada más justo que ahora viertan la sangre amarilla los que la tienen.

Un hijo vale mucho más de seis mil reales.

Pongamos que de resultados de esa contribución, un *espartano* se quede sin caballo, un *focaz* sin coche.

■ Un hijo vale más que un alasn y que un vehículo.

Los pobres que han perdido su sangre en Cuba, por España, tienen perfecto derecho á que el sacrificio no haya sido inútil. Cuba vale hoy mucho más que hace tres años; se ha enriquecido, para nosotros, con toda esa sangre y todos esos huesos y todos esos dolores que no han podido salir en los periódicos.

Ahora es que Cuba no debe perderse.

Soldados todavía hay bastantes; pero—lo dice quien los sabe—hace falta mucho dinero. Mandarlo. No del Tesoro, que no lo tiene; no de los *judíos rojo y guada*, que cuentan caros; dinero de los ricos, en impuesto progresivo, limitado, para no llegar al extremo de que v. gr., Comillas se quedara sin una lancha que pudiera decir que es suya.

Hasta ahora ha habido una desigualdad tremenda. Para unos la guerra ha sido luto de esos que ya ennegrecen la vida para siempre; para otros, para muchos... una renta aneada; y para los más... un folletín, un crimen célebre.

Es necesario que todos sintamos en la carne la guerra, y entonces podremos hablar.

Los que comen *sota*, caballo y rey, debemos quedarnos, por amor á España, sin rey, v. gr. O sin caballo. O sin *sota*.

Y los que *obeten* en el *bacarrá* de la fortuna... que paguen los ochos y nuevas dobles.

En fin, que pague algo todo el *patro*... rojo y guada.

Clarin.

531 Madrid Cómico (Madrid), n. 774, 18 diciembre, 1897.

PALIQUE

El desprecio de la vida... ajena.

Yo no voy a hablar del Jurado,

Bueno, malo ó mediano, el Jurado es ley, y ley democrática; y ahora que sopla la reacción, mucho más de lo que parece, sería poco político, en lugar como este, donde no habén largas disquisiciones, empezar con distinguos.

Sobre todo, mi asunto, hoy, no es el Jurado. Es el espíritu popular que aplaudió la abolición de un hombre que mató á otro de modo violento, y en las condiciones que todos sabemos.

El espíritu que inspiró á los que aplaudieron ese veredicto es algo muy nacional, por desgracia. Es el del desprecio de la vida... ajena, que está muy arraigado en gran parte de nuestro pueblo.

Ya sé que hay no pocos españoles que saben también despreciar la vida propia.

Pero no son tantos como los otros, y no se trata ahora de ellos.

Hay mucha diferencia entre decir:—Mátale, y decir:—Mátame.

La sangre estuvo muy acreditada en tiempos de gran atraso en la medicina.—En la ciencia... popular (folkiera roja... y gualda), se sigue en España recotando, con aplauso general, como recetaba el Dr. Sangredo.—Algo de esta facilidad para exponer la sangre de los demás ciudadanos en servicio de la patria, nos viene de Roma. Pero también nos viene mucho de África.

La más profunda razón de pedagogía popular en defensa de las corridas de toros, está en este criterio del desdén de la vida ajena, en provecho de los supervivientes.

En los toros, la inmensa mayoría de la sangre torera está en lugar seguro. Mueren muy pocos aficionados en la plaza. Por eso dura tanto la sangre torera en el público. En los toros, ¿qué duda caberá, se aprende á tener el valor de ver en peligro de muerte al prójimo, con la mayor sangre fría. Á ser valientes en la plaza, no aprenden más que los toreros.

Pero el espectador que se acostumbra al peligro, á la sangre, y ve que por juego, por arte se busca ese peligro, se provocan esas desgracias, cuando en la calle encuentra un charco de sangre, un hombre asesinado, ve allí accidente mucho más familiar para él que el de un robo considerable, una deshonra, etcétera, etc.

Llega la ocasión de una guerra y enseñada nos acostumbramos á que se mueran los soldados. Se llora más á un solo hombre que muere por accidente en que hay algo de impresión gubernamental, ó de culpa de otra nación, que á miles de soldados que también mueren por errores ajenos, pero muy complejos y difíciles de determinar.

¡Cuánto se habla y se escribe acerca del valor, del sacrificio, del honor patrio, en cada conflicto de guerra! Hágase la estadística de esos discursos y sacritos, y se verá que en parte mínima se deben tales luobraciones á los que, en efecto, exponen la vida.

Toda la España que se queda, se convierte en revistera, en *El Tío Jindama* ó *El Enano* de la gupopeya nacional.

En tiempos, los Torquemadas, los Felipe II y otros grandes despreciadores de la vida ajena, fundaban esta valentía *altruista* (nueva acepción del vocablo positivista) en teologías complicadas, que tenían algo de cristianas y mucho más de filosofía jónica, por la importancia que se daba á las combinaciones químicas en la depuración de las almas. ¡Quién sabe si Torquemada pensaba que la hoguera destruíra los microbios del infierno!

Pero hoy, se le pide al toro que oja al torero, nada más que para aleccionar á éste en el arte de no tener instinto de conservación. Nada de teologías; todo tauromaquia y sociología derivada de ella.

El general Weyler es un insigne modelo, con multitud de admiradores, de este aspecto de la vida nacional. Es claro que como buen militar, habrá expuesto la vida propia siempre que haya hecho falta; pero esto que contará de seguro en su hoja de servicios, brillante, según tengo entendido, no le ha hecho tan popular como su política de salvar los intereses generales á sangre y fuego, sacrificando á los particulares sin más medida que el logro del fin propuesto.

Las circunstancias históricas pueden llegar á hacer que el sistema abstracto de sacrificar uno á uno á los particulares, sean los que fueren, por el bien de todos, conduzca al extremo de que no quede vivo quien pueda sacar provecho del sacrificio de los demás... á no ser el ejecutor del último sacrificio.

Un pueblo á quien entusiasma este criterio, es lógico que no vea el problema del ser ó no ser como lo veía Hamlet.

Se piensa poco en lo que les pasa á los que se mueren. ¡Es de tan poco esparcimiento la muerte ajena! Ver morir... es vivir.

Un acreedor, en circunstancias que hacen simpática su causa, mata al deudor. Y se le absuelve.

Robar, estafar, engañar, deshonrar, eso es lo feo, lo imperdonable. Pero matar... en un momento de arrebato, ¿qué vale eso? Matar, ¡bah!

¿Qué hacen en los mejores dramas, viejos y nuevos, Vico y sus compañeros?
¿Qué hacía el Cid?

CLARIN.

Palique..

MORTIS CAUSA

«Me marcho yo, pero mi sombra
quedará»]

Como dijo una poetisa.

Yo, que no soy ni sombra de lo
que fui, me voy con la música á
la misma parte; y si queda mi
sombra, van ustedes jugando.

El MADRID CÓMICO ha muerto...

¡Viva MADRID CÓMICO!

Cambiamos de empresa y de
época.

Como el dijéramos, entramos en un nuevo Marqués de Val-
deiglesias.

Pero no hablemos de lo por venir; hablemos de lo pasado.

Lo pasado es Sinesio. No porque Sinesio se pase más que de lis-
to, y aun así no se pasa, sino que da en el quid, meta que dicen
otros. Sinesio es el cansante, el causa habiente, palabras feas, que
quieren expresar lo que los romanos llamaban el *auctor*. Sinesio es
el *auctor*, no ya, esto es, no sólo de la vacante de Cadete, y otras
piezas resplandecientes de su armadura de poeta dramático, sino
el *auctor* de esta sucesión, el autor de la vacante de Sinesio.

Ha habido lo que se llama en términos exactos de derecho ena-
jenación, pues el MADRID CÓMICO pasa de Sinesio (y sin ser un cá-
llez) á nueva empresa, y pasa *inter vivos* y á título particular. Ena-
jenación.

La redacción, *más ó menos* íntegra (pero nada carlista) para tam-
bién á la nueva empresa. Pero no es que nos vendamos el vil me-
tal; es que en adelante ya no será Sinesio quien nos nutra á sus
pechos, Sinesio, ese editor de Amaltes.

¡Las letras que me habrá pagado Sinesio en estos últimos veinte
años!

Nunca le podré olvidar.

Ved lo que el mundo decía, viendo pasar el último número de
MADRID CÓMICO, de la era delgada:

Un clérigo: Masones... pero no viés calumniadores.

Un doctor: Ligeros... pero aborrecían el ríspio.

Un colega con monos: ¡Uno menos!

Oro no menos ilustrado: ¡Pero deja semillas!

Fabíe: Mueren... por pensar unilateralmente. Casi todo muere.
Pero en el universo la cantidad de fuerza es siempre la misma. La
conservación de la energía es la ley del mundo físico y farmacéu-
tico. Que falto yo... Vendrá Carulla. Falto Dante... y vino Chete.
Faltó Cánovas y sobrevivio Cortázar, que representa á Pitágoras en
la Academia. Faltará Castelar y quedará D.^a Emilia Pardo, ora-
dora en folio prolongado.

Adiós, Sinesio, hasta la vista, puesto que creo que serás colabo-
rador de tu sucesor inmediato. Escribirás en tu ex propia tinta.

Adiós, Taboada... hasta la edad de oro, que ojalá lo sea la que
va á comenzar para nuestro querido MADRID CÓMICO.

¡Ah, Luis! ¡Cuántas como estas, ten pués!... Solo tú me llevas
ventaja en la lenta pero continua labor de inflar este perro viejo,
para el que nunca hubo Puga, Puga (tus, tus, en celta).

Dicen, Taboada, algunos enemigos tuyos y míos que tú y yo es-
tamos gastados:

Yo creo que todavía tenemos algunos céntimos.

A tí te piden que seas más variado, y á mí que sea menos per-
sonal.

Obedezcamos. Ataquemos instituciones, no Arimones ni pa-
tronas.

Adiós, otra vez, Sinesio.

No nos debemos nada.

En pagándome este palique... *in extremis*.

Ayuntamiento de Madrid

Clarín.



534 Miniatura de la página.

PALIQUE

"El Abuelo."

Aquí se llama la última novela publicada por Galdós.

No se ha hablado de ella, hasta ahora, tanto como merece.

Es un libro importante, sin duda, y muy a propósito para que la crítica sincera, franca y leal, muestre las cualidades á que corresponden tales adjetivos.

No es esta Palique ocasión oportuna para que yo diga al autor del *Abuelo* todo lo que su libro nos hace pensar y sentir; pero, sin perjuicio de tratar en otra parte con mayor detenimiento del asunto, quiero hoy, á vuelo de pluma, y como quien contesta, v. gr., á una carta del orden y sin propósito de abarcar todos los puntos principales, exponer algunas observaciones.

El *Abuelo* no es, á mi ver, uno de los mejores libros de Galdós; pero la concepción general de la obra y el desarrollo de la misma al final, son de lo más grande que el autor de *Gloria* ha logrado en su vida de artista.

Ante todo, hay que desahogar el efecto que pueda haber producido cierta noticia de la crónica literaria. Se dijo que Galdós había pensado reducir á la escena nuestra *El Rey Lear*, de Shakespeare; que después había pensado que mejor era inventar un drama con asunto semejante, pero trayéndolo á la época moderna; y que, por último, escribió el *Abuelo*, novela en jornadas, dialogada y dividida en escenas también.

Algo queda en el libro de que trato de la idea capital del *Rey Lear*, pero más es de importancia formal que esencial, porque el pensamiento dominante en la novela, el que le da la profunda intención, el valor moral, es de Galdós, completamente extraño á la trágica concepción shakespeariana.

Cuando se estudie con detenimiento *El Abuelo*, se deberá compararse al *Rey Lear* con examen escrupuloso, porque importa el mérito de la obra moderna, y además estos estudios comparativos suelen ofrecer curiosidad y enseñanzas.

Ahora, sólo ligeras indicaciones. El *Rey Lear* y *Albrít* (el *Abuelo*) son dos ancianos agotados, enfermos, pese á ciertos restos de anticua energía. Si aquella cabaza no es la considerara un poco dócil desde la primera escena, el poco juicio, la extravagancia de *Lear* no se explicarían racionalmente, y la sublime fábula que sigue poco por lo doloroso de la base. Tal vez, en el elemento legendario en que bebó Shakespeare no hay que connessar con honduras psicológicas la conducta pueril del rey que tan sin sentido divide su imperio y su cariño entre sus hijas; pero en Shakespeare hay que leer más entre líneas. En efecto, bien se ve su hastío moral, su desdén para la vida activa, puramente mundana; y en medio de la profundidad y agudeza de su pensamiento, desequilibrado de la influencia y mal concertadas influencias sentimentales. Si; la primera desgracia de *Lear*, no es la ingratitude de sus hijas, sino la triste docencia de su espíritu; la puerta de su locura es su arbitrariedad en la abdicación y todo lo que sigue.

El *Lear* de Albrít persigue propósito monótono disparatado: nobre, cado de su grandeza, se agarra su espíritu á lo que de la nobleza y la redada no se va con los bienes materiales; su exaltación del sentimiento del honor, á la caballerosa, está justificada. Albrít nunca llega á caer en las tinieblas de la locura de la novela que es *Lear*. Pero también, desde el primer momento, se ve allí postulación y la exageración con que concierda todos sus deseos, el pobre viejo tan necesitado de otras cosas, á la dicha ideal de saber cuál de sus nietos es la legítima, no tendría justificación completa si no viéramos en tal afán, parálisis morbosa, algo de la monomanía.

Si; lo mismo que en el *Rey Lear*, estamos aquí muchas veces en el umbral de la casa de orates.

La cuestión capital del *Abuelo* también la hay, en cierto sentido, en el *Rey Lear*, es aquella acción superpuesta (para con actualia, de muy filosóficos contrarios) de Galdós y sus hijos, uno malvado, bastardo, otro legítimo, bueno, pero que al padre mucho tiempo le parecen al revés de lo que son en efecto.

Y, en el *Abuelo* también hay, en acción epilódica, pero de gran efecto de composición, la principal idea del *Rey Lear*, la ingratitude de las hijas; sólo que las de D. Pío, á mi ver, todas son malas... y ninguna es suya.

En no pocos parmenores de la situación social de *Lear* y de Albrít hay paralelismo; sobre todo, en el lugar de la cecenia; en lo que tiene de más sugestivo, es ve que, sin pretender contarlo, Galdós se inspiró en el cuento de maestros, y por cierto muy felizmente.

Y dicho esto, se puede ya aplaudir al novelista por la absoluta, hermosa originalidad del *Abuelo* en todo lo demás de la fábula.

¿En todo? No. Si lógicamente Galdós puede defender su obra entera contra toda tija amiga, de conclusión y armónicas propiaciones, en el terreno estético, como diría Sca, el olvido de oda es aquí evidente, como en muchos otros libros del autor.

Siempre sobre lo inútil, lo puramente pasadico, insignificante; hasta está el rey de carácter, el punto de exacta observación que honrarían á la novela de menos valor, pero que nada añaden á la probada gloria de Galdós, en este respecto, y en cambio estroban á lo principal, enfadan al lector y reducen el supremo efecto artístico. Pero, cuando todo eso se hace intolerable, es cuando llega ya la acción á la seriedad trágica que despierta interés tan grande, todavía se ven muchas similitudes, como algunas descripciones exouadas y diálogos como algunos que á última hora hablan el alemán, la cosa, Senón y toda aquella gentileza. Galdós, con el *Abuelo*, se origina una estatura; pero no crea que tiene derecho á ponerla al brase á al mirarlo un poco de algnida, pues en la realidad muchos duermen hoy de su manera.

CLARIN.

PALIQUE

"El Abuelo."

(Conclusión)

Lo que se explica que sea afán constante del pobre León de Albrít, enfermo y de cabeza débil á fuerza de años y dolores, no pienso yo que haya sido el tema, la tesis, ó como quiera decirse, de Galdós. Su propósito, á mi ver, ha sido puramente artístico; pinta la gran preocupación del conde, por pintarle á él; no porque Galdós crea poder demostrar, ni lo pretenda, que los hijos de la sangre azul conservan sólo ventajas formales, y que de la mezcla de esa sangre con la plebeya resulta nuevo vigor, nacen cualidades morales superiores. ¡Hay tanto que hablar!...—mejor dicho; hablar bastante se habla—¡hay tanto que estudiar y meditar antes de atreverse á hacer terminantes afirmaciones en estos puntos ocultos de biología fisiológica, que diría Haeckel sobre todo, ¡es tan compleja, y aun misteriosa, la materia, cuando se complica, como aquí, con propiedades de las llamadas espirituales, de pura moralidad!

Ya en el moro hábito, no hay para que hablar de herencia; ¡que decir de toda la conducta moral dependiente de tantas cosas que no nacen ni del temperamento, ni de la raza, ni del medio, ni del linaje, etc., etc.! Ya ha pasado la investigación moderna, *positiva*, no necesariamente *positivista*, aquel aramplón de determinismo absoluto, eterna petición de principio en todas estas cosas. Hasta la sátira fina de los filósofos científicos más astutas y concienzudas, se encarga de echar jarros de agua sobre el entusiasmo de ciertos sábios de segundo orden, que predicaban el Corán del mecnismo universal con una fe contagiosa, llena de peligros.

No, Galdós, hombre de estudio, y, sobre todo, de gran instinto, no quiere convertir sus novelas en *laboratoria* de estas fatalidades fisiológicas tan discutibles. Va por otro camino. Bien es ver que la nota más íntima, por decirlo así, de su creación poética, es el contraste entre el amor que la vida, la *historia*, la naturaleza imponen al conde, mandándole amar á Kelly, bastarda, y preferirla á Nelly, legítima; pero fría, desahogada, egoísta.

Se ha censurado la duda que por tanto tiempo atormenta á Albrít, diciendo que desde el principio debió haber comprendido que la hija del matrimonio ora la primera, la de la luna de miel.

No negaré yo que hubiera convenido que, cuando se habla de los amores de la adúltera con el pintor, ciertos detalles, muy fáciles de inventar con la mayor verosimilitud, hubiesen hecho más necesaria la duda del abuelo; pero en rigor, tales pormenores pueden suponerse, al verla dudar y ver, que no es un necio.

Además, lo de la luna de miel dice poco. En la vida real hay casos que lo prueban. En el arte tenemos, v. gr., la *Jacinta*, novela, y después drama, del ilustre Capuana, autor italiano de mucho renombre.

Como en el *Rey Lear*, dije, hay al lado de la acción principal del *Abuelo* otra que, lejos de oscurecerla, le da luz y relieve. Lo que es *Gloster* á *Lear*, es Don Pío al Conde. Las escenas de estos dos desgraciados, en el erial, sobre el cantil, cerca del abismo, de noche, durante la tormenta, son de lo mejor del libro. Y si frases y arranques de pasión tienden el Conde de real grandezza, no se queda atrás Don Pío en sus lamentaciones de cordero humorístico.

Este hombre, que ha nacido para amar, y no ha encontrado en su camino más que malas mujeres; por esposa una hermosa (1) lasciva y por hijas Euménides coléricas, me recuerda al padre Glatigny, el malogrado poeta francés, cuando nos dice con tierna sinceridad:

J'ai mérité l'amour des femmes les plus viles,
De celles qu'on ne peut nommer qu'en fermant les yeux,
Je métais sous leurs pieds, ainsi qu'un chien docile,
Mais fier, non craignant, et tout ouïr mon cœur,
Mais elles, repoussant mon amour infidèle,
Pouvaient en me jetant un long rire moqueur.
.....
Je leur parlais ainsi qu'à la vierge attendue,
Je leur disais des mots doux et même les baises.

Lo mismo que este Glatigny, haría D. Pío el maestro; y si no lamentaba su suerte en un ballas *prolas de oro*, á mayor sublimidad se eleva cuando, al final de *El Abuelo*, Albrít le pregunta: Si lo dan á escoger entre el amor y el honor, ¿qué harás? y él contesta:

(Don Pío, sollozando):

Escojo el amor... el amor mío, porque el ajeno lo desconozco. Nadie me la quiere!.

Lo juro por la laguna Estigia.

¡Bienaventurado Pío, que tan anhelo se besa, sin dejar el tono alegre; bienaventurado tú, porque eres de la raza de los que nadie les ha querido. Así se llaman los preilectos de Dios.

¡Ha hecho bien ó mal D. Benito en escoger la forma intermedia que ha escogido para su *Abuelo*? Lo que yo creo es que el género, como tal, no tiene defensa; puede pasar, como excepción, cuando éste resulta feliz, como, en parte, en el caso presente. A mi vez esa forma no es mitad novelesca y mitad dramática; es puramente dramática, pero de manera que hace irrepresentable la obra, tal como es. *El Abuelo* podrá hacerse representable, pero no lo es ahora; y no por dificultades análogas á las que puede ofrecer *La Celestina*, sino porque el autor ha llevado á las acaloraciones, al elemento que no se representa, una porción de cosas importantes relativas al carácter, antecedentes y vicisitudes de los personajes, que tendrían que ir al diálogo si *El Abuelo* fuera á la escena.

No hay que citar, v. gr., el ejemplo del *Fausto*; el *Fausto* es un poema en forma dramática, no una novela en jornadas.

Otra cosa. Las descripciones importantes, *sujestivas*, los rasgos de carácter y trozos de narración que Galdós acumula, como notas sin reducir á estilo, no son más, peso á todas las teorías del escepticismo retórico, que algo, muy semejante á los *proyectos* de obras artísticas que han dejado muchos maestros en forma análoga. Ejemplo pueden verse en las Obras completas de Flaubert y en otros muchos.

Teóricamente, y en general, no creo que pueda sostenerse que la forma del *Abuelo* es un género permanente, legítimo, sustantivo. Podrá disculparse á veces. No debe imitarse. — Verdad es que Galdós se habrá encontrado con que su punto, su heroína, se prestaban, sobre todo el principio y el final, á la plasticidad dramática pura, mientras el desenvolvimiento del interés psicológico capital exigía algo más amplio que las tablas. De aquí tal vez la mezcla. La dificultad existía; pero hombre como Galdós no debió resolverla con un expediente, sino con una obra maestra, por la forma. Y bien lo merecía el *Abuelo*, que se el alma, á ratos encarnada, de una gran belleza.

CLARIN.

(1) Arpie, según la Academia.

535 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.605, 28 diciembre. 1897.

PALIQUE

Los catecúmenos, ¿pueden entrar en la Iglesia?

Los que no somos políticos matriculados, con casa abierta, ¿podemos hablar de los negocios públicos?

A primera vista parece que sí; pero al ver la suficiencia y el aire de dogmatismo con que los políticos jurados resuelven los problemas nacionales, internacionales, y casi casi interplanetarios, se asusta uno y considera que le falta esa seguridad, ese aplomo, esa cara... dura que tienen los Romero, los Weyler, y hasta los Retanas y Mellas.

¿Con qué resolución hablaba el Currito Albornoz de Antequera de la necesidad de deshacer todo lo hecho en Cuba, y volver al terror del valerianato! Y Weyler, ¿qué fácil vela eso de declarar la guerra a los Estados Unidos porque lo dijeron a él no sé que cosas que no le gustan; y con qué modestia y convicción apostólica se ofrecía a servirnos de caudillo en esta empresa romántica de dar asunto para una nueva «*Venganza catalana*», conquistando a Nueva York, a Washington y cuanto se pusiera por delante!

Compare usted a estos hombres de acción, capaces de hacer la primera atrocidad que la pasión les aconseje, y que se reservan el derecho de pensar en lo que han hecho, allá, en unas *Memorias*, en la vejez inútil; compárelos usted con un pobre diablo como yo, que no me atrevo a poner por obra cosa alguna, de cuya consecuencia no esté previa y sólidamente convencido.

Ellos son los ministros, los hombres de Estado; nosotros... los don Hermógenes, opositores a cátedras.

Digo todo esto, porque he leído que hay que mandar más refuerzos a Cuba.

Y se me ocurren con tal motivo algunas ideas, que expondría sin empacho, si fuere por lo menos un Morlesin, ó aquel señor no se cuantos que ingresó en el partido de Silveira en calidad de novelista de los que sorprenden la realidad.

Pero siendo uno nada ¿cómo atreverme a expresar mi proyecto?

Lo haré; pero sin esperanza de ser oído, seguro de que no se ha de hacer lo que yo querría...

Háganse ustedes cuenta, al final, de que no he dicho nada.

537 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2618, 10 enero, 1898.

*

Hacen falta refuerzos en Cuba. Se comprende. Las cosas, unas veces se empujaban y otras no; pero se gastan siempre.

Había tales fuerzas, se han ido gastando y se necesitan refuerzos. Es natural.

Pero ¿qué son refuerzos? Hombres, dinero... Cómo ha de ser el dinero, ya se sabe: redondo, que ruede. Pero ¿y los hombres? ¿Hace falta que sean más españoles peninsulares de los más pobres, de los que no tienen ni cuartos para redimirse ni padrinos que los amparen? ¿Está demostrado que solo esa clase de hombres son los que sirven para ir a luchar en la manigua?

Acaso no.

¿Qué haría un pueblo rico, v. gr. como los Estados Unidos y la Gran Bretaña, si tuviera, muy lejos de sus hogares, una guerra colonial, larga, pesada, difícil de concluir con batallas? ¿Ir mandando a esa colonia lo mejor de su juventud pobre, a la fuerza, dejando a los ricos librarse por treinta dineros? No. Gastaría treinta mil y más dineros en pagar soldados; y como el dinero lo puede dar el que lo tiene, resultaría que los ricos contribuirían de veras a la guerra, no con cuatro cuartos, sino con muchos millones.

Pues eso hay que hacer aquí. Mandar refuerzos ¿ya lo creo! Pero esta vez que los paguen los ricos.

El dinero que haga falta, no para buscar hombres, sino para lo que ahora se pide, que lo pague la nación, en la forma ordinaria de distribuir las cargas.

Pero esos nuevos soldados, que también tienen que ir, *hacerlos de oro*, que bien se puede. Y ese oro que lo pague, no todo el país, si no el rico, en carga *progresiva*, el país que no ha vertido su sangre en Cuba, ni renunciado un día al puchero.

Yo, lo confieso, no he padecido nada del estómago, hasta ahora, por la cuestión de Cuba. Señores, los que no hemos perdido sangre, perdamos carnes, en bien de la patria. ¿Que tengo un sueldo como seis? Pues que me lo rebajen a cuatro. ¿Que voy a coger el cielo con las manos? Que lo coja. Figúrense una invasión extranjera. Y, ea, que somos el pueblo de David y de Velázquez, que dijo el otro, y no queremos perder la independencia, y eso que no la tenemos, y que lo diga Pidal, v. gr.; pues a luchar por la patria y a comer ratones.

De esto ya se ha visto, aunque hace tiempo. Pues para gastar el dinero necesario a fin de hacer *soldados de oro* para América, no se necesita llegar al extremo de que el primer menú de una comida oficial, v. gr., sea todo de sabandijas.

No necesita Comillas comerse los codos para pagar los muchos cuartos que en mí impuesto progresivo le tocaría pagar, en efecto.

A pie si se quedaría mucha ganta de coche; pero ¿y la gente de carro que se ha quedado sin hijos?

En pocas palabras: yo creo que se debe enviar refuerzos a Cuba hasta perder los calzones, los que los tenemos.

Pero no hay que empezar por las tiras de pellejo de los que no tienen calzones.

Ahora, si ya no queremos ser *David* ni *Velázquez*, si preferimos hacer con la estatua de Ruiz lo que hizo cierto *sportman*...

Vendamos la isla a Pí y Margall, que puede que se quede con ella para hacer una federal sin disidentes.

Y todo se queda en casa.

*

Ya sé que nada de esto es práctico. Práctico el Sr. Silveira que ora un partido en Badajoz... y lo lleva a misa.

A misa, para que se la *ayude* Pidal, monaguillo mayor de estos reinos.—¿En qué pararán estas misas?

Ya lo dirán los romeristas cuando toquen a *comenar*.

CLARIN.

Ya lo han visto Vds.—Madrid Cómico cambia, pero no da el cambalazo; no hace más que buscar sangre nueva, pero no para criar mala sangre y tener envidia á los que han ganado justa fama en las letras y zaherirlos nada más que por lucir el obispo y halagar á los impotentes. No queremos reconquistar popularidad por ese camino; y la gente novísima que nos ayuda no pertenece á esa demagogia literaria que ve en todo novato un genio probable, y en todo gran nombre una decadencia deseable.

El Sr. Silvela confía en su partido porque cree que la juventud está con él. Nosotros creemos que la juventud de *pesquis* está con Madrid Cómico. Nos halaga la idea de que no haya entre nosotros ningún silvellista de esos que lleva á misa de tropa en Badajoz el Sr. Silvela. Si; el futuro jefe llevó á misa á su partido. Lo cual es lo mismo que llamarles reclutas.

Aquí profesamos el culto libre en el clero libre; cada cual tiene los dioses que quiere; pero no admitimos al iconoclasta de oficio; derribar altares por derribar, no.

Ya el *Caballero del verde* *gabán* sabía, y lo hubiera dicho si se lo hubiesen preguntado, que la sátira legítima, la que merece ser tenida por género literario, es compatible con la pasión noble, pero no con la injusticia. No se tenga por satíricos, sino por malicidentes, los que procuran que esté en ridículo el mérito y niegan ese mérito, á pretexto de hacer caricatura. Ni la caricatura debe calumniar. En Madrid Cómico ni en caricatura se verá la injusticia, la falsedad que perjudica al verdadero mérito. Si en un detalle gráfico puede deslizar al dibujante algo que la malicia puede interpretar á su modo, será involuntaria falta, no sistemático propósito. Eso se queda para los que á toda costa quieren fama de arroyo y de cafetucho ahumado, lectores abundantes entre la chusma de los grafomanas

y de los imbéciles que lo mismo en los toros, que en la política, que en las letras, andan siempre en busca de *hule*.

No necesita Madrid Cómico pecar de bonachón, soso y anodino para librarse siempre, como espera, de la difamación, de la envidia demagógica de los literatos sin crédito; puede tener astucia, malicia, sal y vinagre respetando siempre el mérito real, porque harto paño le ofrecerán la necedad, la manía de los sendos artistas, la fama falsa creada por los tontos á unos cuantos curules y vanidosos, y, en fin, las mil calamidades que asedian al espíritu nacional, queriendo chuparle la sustancia.

La tarea de defender lo que vale de los ataques de la envidia impotente, y la de echar por tierra los ídolos de barro que la necedad encumbra, merecen hoy más aplausos que nunca, porque se va necesitando buen gusto firme, espontáneo y á prueba de modas y teorías; experiencia larga y no poca lectura; reflexión honda y otras muchas cosas, para poder discernir y distinguir el oro del oropel.

Así como en pintura, v. gr., cierto progreso de la técnica más exterior y material hace que pasen ante el vulgo, como verdaderos artistas, muchos *artesanos* del color y del dibujo, en letras el progreso, la extensión, la vulgarización de ciertos conocimientos críticos, la facilidad de conocer superficialmente varias literaturas modernas, y otras circunstancias análogas, hacen que puedan privar medianías y discretas nulidades. En general, no hay que esperar nada bueno de esos pájaros que vienen en bandadas, y con el lema de una novedad en el pico; y menos se les puede oír si defienden sus quisquiosas con argumentos parecidos á los de los políticos y de los que quieren arreglar las cuestiones escolares.

Todo muchacho que se estime y quiera conquistar

en letras un nombre propio, debe empezar por hacer algo suyo, por llegar al palenque de las disputas doctrinales con el título de una obra buena. Quejarse de que no hay sitio, de que no hay atención, de que las leyes no protegen al mérito, etc., cuando se es un hospiciario, es empezar á demostrar una vocación de subalterno de la administración, que nunca se ha visto que fuera el modo de revelarse el genio...

A pesar de que no faltan signos por donde puedan ser conocidos los intrusos, los profanos (hay muchas más señales de las indicadas), al neófito, al inexperto no es difícil hacerle tragar carne por pescado.

Por eso la sátira bien intencionada, con trastienda de moralidad, justicia y buena estética, puede hacer mucho bien sin dejar un sólo día de tonor presa entre

las garras, y sin hacer presa jamás en la inocencia ni en la gloria.

El águila no caza moscas, pero tampoco águilas.

En el infierno del Dante, *sin querer* se agrupan ciertas clases de condenados, llevados por la fuerza de la *buffera infernal*. Los impotentes, los envidiosos, los que, por instinto, no ven en el gran talento un aliado sino uno del otro bando, se arremolinan también, y sin querer forman grupo, bandería, aunque no siempre sea bajo una enseña clara; aunque sea en oscuridades de catacumbas; en la lobreguez de una triste utopía de esos que no sueñan con *ciudades del sol*, sino de la noche sin astros.

Eh? qué tal?—Ifo dicho!

CLARÍN.

PALIQUE

No hace muchas semanas, visitaba yo á don Juan Valera en su despacho elegante, cómodo, de lujo severo... La verdad es que no puedo dar muchos pormenores, porque estaba aquello muy oscuro—iba á anochecer—y además yo, aunque *naturalista* en mis modades—y aun ahora, si llega el caso—no me fijó mucho en los muebles, y juzgo por la impresión general, cuando entro en casa ajena. Sin contar con que D. Juan llamó toda mi atención desde el primer momento, y de la estancia en que me recibía, solo, por observación scolayada, saqué imágenes borrosas. Ello es que allí había gusto, calor del que habla también á la vista, por las garantías que ofrecen piales, paños, muebles que interceptan aires indiscretos; había blanduras para el tacto... y para los ojos también; y había otra porción de cosas buenas que yo ví mal... ó que no ví; porque, por ejemplo, habría libros de fijo, y yo no los recuerdo.

Y ahora se me ocurre pensar... que acaso aquello no era el despacho... En fin, no importa; D. Juan era de fijo aquel; sí, el mismo de siempre. Algo más triste que años atrás; poco envejecido, de semblante sano... pero con la vista enferma. Para un *gran lector* como Valera, esta enfermedad es un suplicio. Él, que sabe la mayor parte de las lenguas vivas en que se escriben cosas dignas de leerse, ahora no puede aprovechar esta inmensa ventaja.

A pesar de eso, por la conversación se nota enseguida que sigue pareciéndose—y otros muchos grandes hombres del Renacimiento tienen rasgos suyos—al célebre Aretino, por la infinidad de noticias de *buen gusto*, de *buen tono* y sabidas con *ingenio* que nuestro sabio aristócrata acumula en su cerebro. Pero es un Aretino del siglo XIX, casi casi del XI; lo cual es de más mérito y de dificultad más grande.

Esto no quita que un *modernista* americano, un señor O'Reyles que escribe desde Cabaña Reyless-Moribredes, que no sé dónde es, le diga á D. Juan Valera en el último *Domingo de El Liberal*, que si él, O'Reyles, y don Juan no se entienden, es porque D. Juan pertenece á otra edad, y medio siglo les separa.

—Es decir, que el Sr. O'Reyles debe escribir así las fechas: Cabaña O'Reyles-Moribredes—1948.—Porque si no, si Reyless asegura que vivo en 1893, supone que Valera vive en 1848; y esta es una suposición tan absurda como irreverente y ridícula.

Antes de continuar, he de decir la opinión que yo tengo del Sr. Reyless, porque esto me aborran muchas metafísicas. El Sr. Reyless me parece uno de tantos grafómanos como infestan la hermosa tierra americana. Es uno de tantos *artículos de Poyis* falsificados en Ultramar. Siempre he creído que esta cruda manera de tratar á los *inútiles* de las letras, que Heine empleó tan dignamente, es la mayor justicia. Además, es *profamilia* que un Reyless me insulte, como éste hará conmigo en cuanto se entere de lo que lo digo, á que nos trata con aparente respeto y nos diga que vive 61 cincuenta años más adelantado; porque sus pocas letras no le permiten comparar lo francés moderno, que conoce, como pueden conocer los *suebs*, con otra porción de literaturas que no conoce de ninguna manera.

El Sr. Valera tiene la culpa de encontrarse á lo mejor con estas discusiones.

Lo que se hace cuando se reciben «Académicas» es... lo que yo he hecho.

Porque también á mí el Sr. Reyless me ha enviado sus *Académicas* (bien sabe Dios que no estoy seguro de que se llamen así)—y... no las he leído.—«Injusticia! Arbitrariedad!; Cómo se juzga sin leer!... etc. etc.—Múscul!—Lo de siempre. ¡Si se juzga todo. Porque se lee... y no se lee. Se lee con un ojo. Se empieza á leer... y después se lee á saltos... y... la lectura no es completa, y el juicio sí.—El señor Reyless, puedo jurarlo, sin haber leído sus cosas de cabo á rabo; es uno de tantos escritores adocenados que son á las letras por simonías lo que las señoritas de pueblo cursan á las modas de que se enteran por los figurines de sus revistas.

En fin, oí al Sr. Reyless, y ni habló de sus libros ni pensé más en él.

El Sr. Valera, que tiene títulos para saber mucho menos que yo á los Reyless de este mundo, se da por enterado de que existen y discute con ellos. Tiene esa humildad, y ellos se la toman al pie de la letra.

¡Oh, Sr. Reyless! Eso de que usted la lleva cincuenta años de delantera al autor de *Don Quijote y figura*, hace pensar en aquellas maliciosas frases que al rey de Francia puse en boca del padre de Bertram en la comedia de Shakespeare (*Alas well that ends well*):

...Let me not live, quoth he
After my flame looks out, to be the snuff
Of younger spirits, whose apprehensive senses
All bid new things disdain; whose judgments are
Merely flatters of their garments; whose consciences
Expire before their fashions.

¡Que la lámpara del Sr. Valera tenga aviento para mucho tiempo; y que sea él quien se ria de los jóvenes aprensivos que desdaban todo lo que no es nuevo; que tienen en arte un criterio bueno para un sastre, y que persiguen el ideal de mañana como quien corre con la corbata de *principio de siglo*!

CLAREN.

539 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.639, 21 enero, 1898

PALIQUE

La señora Pardo Bazán ha escrito un artículo negando, en resumidas cuentas, la existencia de los gazapos. *Lexicologicamente* no hay gazapos, porque la Academia habla en su diccionario de muchas clases de gazapos, y el literario no lo nombra.

La Academia no tiene gazapo.

Luego no los hay....

¡Hay tantas cosas que no tiene la Academia!

Antiguamente la Academia no tenía, según Domínguez, una cosa que tiene la *bas bleu* más vulgar, sin ser académica.

No se consuele, pues, doña Emilia. Existen los gazapos, los de ella inclusive, diga lo que quiera el diccionario.

¿No dice la Academia que el gazapo es conejo nuevo? Pues ahí tiene usted el gazapo literario. Todo el monte es gazapos; verá doña Emilia:

Doña Emilia Pardo escribe un estudio de Eduardo Rod, y dice:

«Los sentidos, las imágenes son cosas que desconoce.»

Eduardo Rod no conoce los sentidos!

Ni siquiera el sentido común!

Pues mire usted; si lee algo de usted, que lo dudo, ¿a que la huele enseguida?

Ahí tiene usted un gazapo, un conejo nuevo. Quiso usted decir otra cosa, y dijo que Rod no conocía los sentidos.

..

Este es conejo viejo, pero gazapo también.

Dice Manuel del Palacio hablando de un bronce en que está él eternizado:

«Cuando la edad oscreoma
la fecha allí esculpida
y rastros no se encuentran
de nombre y de nación,
¿quién sabe si de Roma
la spondrán traída
jargándose trasunto
de Esquines o Catón?

Como se ve, Palacio cree que Esquines era romano. No, hombre, no; ¡griegol ¡griegol!

Y D. Manuel es de la Academia Española. Y si se examinara de segundo año del Instituto tendría que salir suspenso.

¿Qué importa que el diccionario de Palacio no tenga

gazapos si los tiene él tan gordos? Un académico que cree que el rival de Demóstenes era romano ¿no es un gazapo viviente?

..

Hay conejos nuevos.... hasta de mar. Oiga usted:

El Mundo Naval Ilustrado es un periódico que se publica con mucho lujo y menos gramática.

Escribe un señor Concas: «Aunque la empresa no es de construcción, sin embargo, la importancia de los talleres le permite afrontar construcciones de alguna entidad.»

Ni construir cosas es afrontarlas, ni entidad es lo que Concas se figura. Decir que un barco de bastantes toneladas es de *alguna entidad*, es hablar como un Mr. Jourdain de navío.

Y sigue Concas: «El dique de la Habana... ha tenido una avería.... sin que por ello haya sufrido ni sufra nada dicho dique.»

Sufrir no; claro; porque los diques no sufren. Pero si los diques sufrieran ¿cómo no habían de sufrir teniendo averías? (Por supuesto, todo está suponiendo que *sufrir* significara lo que Concas da a entender.)

Y sigue Concas: «Parte de la атака al Ministro....» — ¡La атака! — Será un término técnico. — Respetémosle. Conejo técnico de agua.

..

Y basta por hoy de gazapos. Pero ya ve la señora Pardo como en el mundo hay más cosas de las que ve la Academia, que tiene los ojos llenos de vigas.

..

Para la vacante que dejó el Sr. Cánovas en la Academia de Bellas Artes, se nombra... ¡naturalmente! a un exministro de Hacienda, al Sr. Amós Salvador.

Más lógico será que cuando vaque la cartera de Hacienda se la den a un Sorolla ó a un Pradilla. Porque la Hacienda española... ¡como no la pinten...! Pero este Amós Salvador resulta un Leonardo de Vinci.

También le han hecho presidente del Circolo de Bellas Artes.

Está visto: es un político que sabe pintarla.

CLARIN

El español es muy valiente ¡brrrr! Pero hay una clase de valor que el español, por lo común, no tiene: el valor de no ser ministerial si le dan un destino, y el de ser ministerial si no se lo dan. La política constitucional tiene ya, por su necesario artefacto, mucho de comedia; pero entre nosotros el convencionalismo teatral de la política sube de punto por esta farsa sistemática del ministerialismo absoluto y de la oposición absoluta. Los amigos del gobierno (los que gozan del presupuesto por gracia ministerial) no creen defender bien la causa que los alimenta, si no sostienen el absurdo de que todo lo que los ministros hacen está bien hecho; de que nunca se equivocan; y los de la oposición (los que no cobran) se creen traidores a su partido si no juraran que todo, absolutamente todo lo que hace el gobierno, está mal hecho.

Para el que procura ser justo, y unas veces está con la oposición y otras con el gobierno, hay una palabra infamante: Pastelero!

Por este criterio, que es pura pasión, se explica que hoy en España anden confundidos, en las graves cuestiones coloniales, demócratas y reaccionarios, que se juntan para sostener teorías y personalidades que todo liberal debe rechazar con energía.

¡Sagasta!... ¿Quién no sabe quien es Sagasta? Pero no hace falta tener a Sagasta por un Catón ni por un Whashington, para reconocer que su política, aunque se la hayan impuesto las circunstancias, es, en la cuestión de Cuba la que pedía el criterio democrático y la que han hecho lógica y necesaria la voluntad bien manifiesta del país que no quería hacer más esfuerzos en grande y la voluntad bien manifiesta del poder moderador que al escoger el gobierno liberal y al desechar el conservador ya sabía que escogía la autonomía de Cuba, la política de conciliación prudencia, y tolerancia.

Por esto, si Romero Robledo fuera capaz de pensar con seriedad, vería que a quien hace la oposición combatiendo la autonomía y la política expansiva en Cuba, es al mismo trono, a quien tanto dice que respeta; pues el trono fué quien prefirió libremente la política bien claramente definida por Moret en Zaragoza. Fué la reina quien, en última instancia, decidió que era oportuna la política liberal para Cuba. ¿A qué, pues, le vá Romero al trono con quejas de lo que el trono ha hecho, pues sin la elección de la reina Sagasta y su política no imperarían? ¿Es que quiere Romero suponer la ficción de que la reina llamó a los liberales por su cara bonita, sin

saber lo que iban a hacer; y que después los liberales hicieron lo que a la reina misma podía parecerle mal? No, no cabe tal supuesto. Se llamó a los liberales por lo que representaban, por su programa, no por favoritismo ni intrigas de camarilla.

Entonces ¿para qué le vá Romero al trono con embajadas, censurando por *tabla* las libres acciones del trono mismo?

Pero, en fin, aunque no sea lógico, Romero sigue siendo reaccionario *consecuente*, oponiéndose a las libertades coloniales. Pero y los demócratas, los republicanos que censuran al gobierno por la autonomía. ¿qué son?

¡Que vino tarde!—Tarde han venido en la historia todas las reivindicaciones de la justicia. ¿No vino tarde la abolición de la esclavitud que vino diez y nueve siglos después de Cristo?

El que la autonomía haya venido tarde, servirá para lamentar que no haya venido antes, pero no para lamentar que haya venido.

Lo que hay es... que falta el valor a los ministeriales en la oposición.

Para el republicano, el gobierno tiene que ser nulo *per se*, porque es monárquico; con eso basta para combatirlo. Pero es absurdo tenerlo por nulo aún en aquello en que hace lo que los republicanos harían.

Es evidente que el verdadero patriotismo y el verdadero liberalismo, tienen que ser *ahora* ministeriales en la cuestión de Cuba. Los liberales trajeron la solución que pedía el país, la plantearon con lógica innegable, y ahora *hasta* los resultados van haciendo ver que hemos ganado en el camino de la pacificación con la política de los liberales. Y no es *liberal*, ni democrático defender a Romero, ni que rer convertir en César a Weyler, que no es más que otro Romero... que ni siquiera enseña los dientes.

Lo que están haciendo Weyler y Romero, es, sencillamente, ridículo. ¿Cuál será su situación si, como es acaso probable, la paz viene antes de poco?

¡Que ningún demócrata, que ningún republicano quiera ver en Weyler un salvador, un redentor!

Al gobierno hágasele la guerra por el pecado original; pero no por la autonomía de Cuba.

Tengamos el valor de ser ministeriales *tempore* ros... y sin sueldo.

Después de todo, la política de Moret no es de Moret. Es la de los *quintos* que no querían ir a Cuba: es la de las *madres* que no quieren que vayan.

CLARIN

Abajo los judíos

¡Oh gritos anacronísticos! ¡Y en Francia se grita así, y gritan así los estudiantes! Da tristeza. El progreso exige fe: ¿a veces parece que es un sueño, pero hay que seguir creyendo en él. ¿Qué habrán hecho los Beni-Israel á los estudiantes franceses?

¡El antisemitismo! ¿Qué es eso? Una pedantería positivista convertida en crueldad sangrienta de la plebe. Anti-semitismo.

Quitemos el anti y el ismo: *semita*... *de Sem*. ¿Y quién es Sem? Un inocente. El hijo mayor de Noé. Hay que ramostarse al capítulo X del Génesis para encontrar el origen de estas cosas. ¿Habrá algo más ridículo?

Mientras la verdadera ciencia etnológica se vuelve tarumba por averiguar de dónde venimos, ¿si no venimos, es decir, si procedemos de fuera de Europa, ¿no hay tal cosa, la pedantería, superficial y llena de suficiencia, llega, en forma de rencor necio, á la muchodumbre, y le hace creer al pie de la letra que nosotros procedemos de Jafet, y que por ley de raza, por determinismo filogenético, debemos estar muy mal con los descendientes de Sem, por lo menos con algunos de ellos... ¿Cuánta locura!

Los pueblos antiguos creyeron en la responsabilidad colectiva; la personalidad real, la del individuo, fué desconocida, despreciada, y las cualidades morales no se apreciaban por sí, sino por el origen étnico... El cristianismo, la buena filosofía deshicieron otras supersticiones; pero la ciencia *sei disant* vuelve á proclamar este fatalismo colectivo, esta moralidad de rebohar; juntanse reaccionarios y deterministas para propugnar tales doctrinas, y un Gumplowicz, *vr. gr.*, funda toda una sociología en la ley de razas, y un Brunetiere cree encontrar en estas teorías puramente mecánicas, materialistas, pruebas fundamentales, científicas de la culpa hereditaria, de la responsabilidad por tribus.—Zola mismo, que con tanta nobleza ahora lanza rayos de atencencia contra esas preocupaciones que niegan la libertad, la independencia del espíritu, ¡no profesa doctrinas que lógicamente llevan á ese determinismo histórico, que hace necesidad natural de esos antagonismos de pueblos y de estirpes?

¿Qué les han hecho los judíos á los franceses? ¿Cuál es el pecado de los judíos? Yo no lo sé. Acaso el capitalismo... agudo. Tal vez el burgués *jafético* se queje del burgués *semita* por lo mismo, porque el obrero sin apoyo étnico se queje de toda raza de burgueses... porque come demasiado; porque en el reparto de los bienes de este mundo se queda con una porción excesiva. Dice el burgués al socialista: son leyes naturales las que hacen que el dinero avergüenza á mí; que el trabajo tenga que contentarse con lo estrictamente necesario. Y el judío puede decirle al burgués: no semita: son leyes naturales, aptitudes de raza, las que hacen que yo sea ímán del oro, y me vaya convirtiendo en acreedor universal.

Repito que estoy poco enterado del porqué de tantas quejas; pero me parece que, en remediando cuentas, el pecado de los judíos es, se le ha dado demasiado rica. No es que yo no haya leído tremendas denuncias de los antisemitas; pero se les va á creer bajo su palabra? ¿Qué no decían en la Roma pagana de los crimenes de los cristianos primitivos? ¿No podría suceder que todavía! ayudase á llamar el odio al judío la preocupación religiosa? Si, la reacción, acaso, combate todavía á los hebreos por *deicidas*.

¡Han leído ustedes libros y artículos de ese energúmeno literario que llaman Drumond ó cosa así? ¿Qué párrula crueldad! Un Nerón plebeyo. ¡Y con qué entusiasmo le recomiendan los reaccionarios! ¿Qué bien escribe!—dicen.—Y es un grafomano al servicio de un fanatismo.

No se me diga que porque no estoy en el secreto de las maldades judías abundo de esa persecución colectiva. Ni aunque se me demostrara que mil judíos tramaban nuestra ruina, no admitiría el grito de: «Abajo los judíos!» Porque pensaría en los judíos que pueden ser inocentes.

Gumplowicz opina que son varios los orígenes de la humanidad; no cree en la unidad de la especie, y declara que las razas de diferentes origen son heterogéneas, que no pueden darse ni tolerarse, que luchan y lucharán unas con otras.

Con estas opiniones se puede gritar ¡abajo los judíos! ó ¡abajo los chinos!

Pero, creyendo que la humanidad no es manada ni pira; que sea el que sea el origen de la especie, hoy el hombre vive como ser de conciencia que se gobierna por razón y moral; creyendo esto, ¿qué significa perseguir, en concepto de moral, por condiciones fisiológicas, filogenéticas, á los hombres de una alguna?

Por lo que se quejen los liberales, los demócratas, los humanitarios que creen compatibles tales tendencias, *espirituales per se*, con doctrinas de absoluto determinismo (múnista, como las teorías antropológicas (?) de ciertos célebres penalistas italianos. (Lombroso, sin embargo, tiene doctrinas particulares, respecto de la raza, que no favorecen la preocupación antisemita.)

¿Caso que parece extraño y no lo es! Los reaccionarios, que se precian de espiritualistas, persiguen á una raza por motivos de fatalismo, pero apoyándose, sin saberlo ó sabiéndolo, en doctrinas que derivan lógicamente del materialismo, del determinismo mecánico, negociación de toda libertad, de toda contingencia espiritual.

¡Y en cuántas otras cosas se dan la mano positivistas y reaccionarios! Por ejemplo, en negar la capacidad de la razón humana para encontrar solución á los capitales problemas metafísicos.

Y ¿quién no ha visto á los *nees* perdonar á Taine muchas cosas, porque su positivismo le llevó á estudiar la revolución con un criterio que la deprime?

Consultad á nuestros *eclesiásticos* españoles de ahora: proclaman á un Taine; no perdonan á un Krause.

Para nuestros profesores reaccionarios de Derecho, la filosofía jurídica de Krause es nefanda y ridícula, la peor de todas.

Pero esto es en España. En Italia un pensador católico, encargado por León XIII de estudiar la filosofía jurídica moderna, el simpático Petronio, llama á Krause el *gran maestro*, y atribuye á un libro suyo el mérito de oponer saludable doctrina de reacción espiritual.

lista al determinismo triunfante en la actual filosofía del derecho, de Alemania...

«¿Qué lejos estamos de los judíos... del antisemitismo!...» ¡Oh! Los reaccionarios positivistas hacen *científicas y religiosas* las persecuciones de razas. Con doctrinas como las de Krause, alabado por el profesor amigo del Papa, es imposible, sin cometer un monstruosismo absurdo, colonizar esos anacrónicos odios, esas acusaciones irracionales á una nacionalidad entera.

¡Pobres países los que pasan de las manos de reaccionarios pseudo-religiosos y positivistas en el fondo, á las manos de librepensadores que se llaman liberales y profesan doctrinas filosóficas incompatibles con la libertad y buenas para los reaccionarios!

CLARIN.

DIOS SE RIE...

«Dios se ríe», decía el Sr. Pidal al brindar en el banquete del Retiro.

«Dios se ríe»—decía—de los planes de los hombres.

Siempre he creído yo que, á pesar de las lecciones de Fray Zeferino, Pidal confundía á Dios con Júpiter. Júpiter sí se ríe. Sus carcajadas son clásicas.

Pero Dios es otra cosa. Pidal, diciendo que Dios se ríe, me recuerda á Mefistófeles cuando, al bajar del cielo, á donde Dios le había llamado, exclama:—«Este Dios es un buen señor con quien me place conversar de vez en cuando».

Para que el diablo, Mefistófeles ó Pidal, no me cojan la mentira, citaré con más exactitud las palabras diabólicas:

Don mit so mit'ich ich den Allen gern
Und bins nich, mit ihm zu brechen.
Es ist gar hübsch von ihm grossen Herrn.
So menschlich mit dem Teufel zu sprechen.

Y Mefistófeles nos plantea al Señor más simpático que lo supone la frase de Pidal, porque el diablo agradece á Dios que se digna hablar tan humanamente con el demonio.

Que Dios agrada al diablo, bueno, pase. Pero que Dios se ría del hombre!

Con esa frase que parece inocente, Pidal revela el fondo de su religiosidad: puro paganismo; no en la intención, pero sí en los efectos.

Un Dios que crea al hombre como mejor le parece, y después se ríe de él por tanto, porque no es tan listo como el mismo Dios, francamente, Sr. Pidal, es un dios insensato. Tal dios no existe; por eso se puede decir de él que, de ser, sería un majadero.

Si ese dios existiese—habría que anularlo—se debe sostener, volviendo del revés la frase de Voltaire.

¿Qué diría Pidal de un poeta que creara un personaje imbécil, y después se riera de su obra?

Que era el poeta más necio que su personaje.

Ya Hegel decía que las obras del arte bello son más bellas que las de la naturaleza, y cuando se le objetaba que eso era asegurar que el hombre producía mayor belleza que Dios, Hegel respondía triunfante: Como el hombre es obra de Dios, todas las bellezas que el hombre produzca de Dios serán obra.

Se ríe Dios de la rana, porque canta mal; de la tortuga, porque anda poco, ni del cerdo, por su poca limpieza? Pues ¿por qué había de reservar su risa para emplearla en el hombre, que es el rey de la Creación, según el antropocentrismo que profesa de hijo el señor Pidal?

Estudie el Sr. Pidal en la psicología, y particularmente en la estética, lo que es la risa, cuáles son sus causas, y verá que es blasfemia decir que Dios se ríe.

Es tradición piadosa pensar y decir que «Jesús no se rió en su vida».

Y Jesús, para el Sr. Pidal, es el Hijo de Dios.

Y es de creer que el Hijo saliese al Padre; y que el no reír sea de familia.

Pero lo que hay es que si Dios creó al hombre «á su imagen y semejanza», el hombre también suele figurarse á Dios á imagen y semejanza suya.

Pidal se figura á Dios, por lo visto, como el Supremo Cacique de los cielos y tierra: un Pidal en grande. Y como Pidal se ríe de sus asturianos (sus criaturas), piensa que Dios se ríe de todos nosotros.

No; Dios no se ríe. Pero los arúspices sí. Cicerón, en funciones del *fas sagrado*, se reía de las fórmulas del rito con que, por el bien parecer, cumplía.

Pidal y Silvela se ríen de sus pobres conservadores y del país entero, de los ríos políticos con que tienen que cumplir... y Pidal creyó que eran divinas sus propias carcajadas.

Tengo á Pidal por hombre sobrio. (Un amante de Baco no tendría tiempo para apadrinar tantas injusticias y actos de crueldad despótica como Pidal apadrina en Asturias). Pero se me figura que el día del banquete comió poco y bebió más de lo pertinente, y... de la abundancia del corazón, habló la lengua.

«Dios se ríe del hombre». En esa frase está toda la mitología y toda la política de Pidal.

«Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos»—dijo Jesús.

Es decir, imitad á Dios. Pero si Dios se ríe del hombre, ¿qué menos puede hacer Pidal, por imitarlo, que reírse de los liberales asturianos que creen que cuando sube al poder Sagasta se les quita Pidal de encima?

Pidal, listo, ha sacrificado un poco de realidad á su poderío futuro. Pidal ha servido á la dinastía haciendo que la disolución del partido conservador no fuera consiguiente, y para ello ha tenido que poner delante de sí á Silvela. Sin duda pensó Pidal que Sagasta es hombre que hace más daño cuando está detrás que cuando está delante. Pudo decirse Cánovas. Ahora, pensará Pidal, si alguien puede herir por la espalda, no es él. Y así ganó Pidal en la seguridad de su persona, y ganó méritos para con la dinastía, y consagración del otro partido dinástico, el de Sagasta.

Y toda esta fuerza la quiere Pidal para seguir *picando sidra* en Asturias; que sidra es la sangre de los liberales asturianos que consientan que así los maltrate Pidal con sus *pies de apóstol*.

De catorce diputados que *van á votar* Asturias, diez serán hijos, primos, cuñados ó familiares de Pidal, y los otros, liberales como el león enunorado, sin dientes y sin garras.

Véase, pues, si «Pidal se ríe de las combinaciones de los liberales».

Dios se ríe. Dice él.—«Supongamos que él... En ese caso, Sr. Pidal, al *freir* será el rey. Porque, no dude Pidal que, si no se arropen, si no cambia su concepto de Dios, y su conducta política en Asturias, en el otro mundo á él lo frien. ¡Vaya si lo frien!»

CLAREN.

PALIQUE

La mayor parte de los críticos de teatros de Madrid, alabaron al Sr. Sellés por su *Cleopatra*.

Hubo algunos que, sin plica de respeto, maltrataron á Sellés y aseguraron que éste había interpretado mal á Shakespeare.

Cualquiera diría que esos críticos habían leído á Shakespeare, habían leído *Antony and Cleopatra*.

Bueno; pues ahora van ustedes á juzgar de la seriedad de cierta crítica: uno de esos Zollos dice que Cleopatra sedujo á Marco Antonio, como había seducido á otros, como hubiera seducido á Augusto, *si éste la hubiera visto*. No recuerdo exactamente la palabra, pero esa es la idea: supone que Augusto y Cleopatra no se vieron, no se hablaron.

Y esto prueba que el Zollo se enteró de *Antony and Cleopatra*. ... por la Cleopatra de Sellés, donde, en efecto, por consejo de algunos amigos, se suprimió el personaje de Augusto. En la *Cleopatra* Augusto y Cleopatra no se hablaron pero... ¡en *Antony and Cleopatra* sí véase la clase, en inglés y todo para que el Zollo se enteró:

ENTER CÆSAR (Octavio Augusto) Gillies, etc.

AUGUSTO (Cæsar)— Which is the Queen Of Egypt?

DOLABELLA— Tis the emperor madam AUGUSTO (Cæsar) Cleopatre kneels)

Arise—

You shall not kneel—

I pray you, rise; rise Egypt.

CLEOPATRA— Sir, the gods

Will have it thus; my master and my lord I must obey.

Y por ahí adelante, Cleopatra y Octavio siguen hablando durante otros 72 versos.

¿Cómo dice el crítico que Octavio y Cleopatra no se hablaron?

Resulta que la verdad es que el Zollo se enteró de la tragedia de Shakespeare.... por Sellés; y como éste suprime la entrevista de Octavio y Cleopatra.... el Zollo lo atribuye á industria del Octavio, que para no dejarse seducir no quiso ver á la reina africana. Si hubiera leído, ya que no á Shakespeare, un manual de historia romana, hubiera sabido lo que necesitaba, leyendo, v. gr., en *Le Bas* (p. 457, traducción española): «Poco tiempo después llega Octavio. Cleopatra tenía entonces treinta y nueve años, pero todavía era hermosa. Procuró seducirle, si bien fueron inútiles sus tentativas.»

Otro crítico. — Le digo yo al Sr. Canals que no puede decirse en buen castellano «se precisa» por *es menester*, *es necesario*, *es preciso*.

El Sr. Canals se traga la lección, y hace bien. Pero quiere darme otra á mí y asegura que en esta frase: «les echa la culpa á usted, á la Guerrero y á Vico», sobra el *les*.

Yo le apuesto mil pesetas al Sr. Canals á que el *les* no sobra.

Ya sé que el Sr. Gimeno Agius intriga para que ose *les*, sobre, pero la gramática del Sr. Agius es *constituyente* (si llega á mandar) pero no *constituida*. Hoy por hoy, en español, se dice: «Juan les echa la culpa á ustedes», mejor que «echa la culpa á ustedes».

Corrajirme ese *les* que uso como todo español que escribe en español, porque al Sr. Gimeno Agius se le ocurrió decir *hace cuatro ó cinco días*, en *El Tiempo*, que ese *les* debía suprimirse, es como

si el Sr. Canals me dijera que no se escribe *huevo*, sino *uebo*, que es como lo quieren los reformistas de la ortografía.

Supongamos que eso *les* no fuera más que expletivo; pues como expletivo lo usáramos. ¿Sabe Canals (ahora; sin ir á enterarse) lo que es expletivo?

¡Vaya! ¡vaya! con los críticos. ¡Unos leen á Gimeno Agius, y otros no leen á Shakespeare, ni la historia de Roma.... ni miran las láminas de los libros!

¿Quién no conoce la *Historia de Roma*, de Bertolini, traducida por López Guisarro y publicada con excelentes láminas por el Progreso editorial? Es libro de eso que suele haber en las redacciones de los periódicos. ¿Por qué el crítico en cuestión ya que no quisiera leer la obra, pues es larga, no miró los santos, como dicen los niños?

En la página 296 del tomo segundo hubiera visto una lámina con esta leyenda:

«Octavio y Cleopatra»

y se hubiera dicho: Tete. ¡Pues no es verdad que Octavio no haya hablado con Cleopatra, librándose así de sus seducciones!

Queriendo cojer viva á Cleopatra, dice Bertolini, Octavio le renovó sus promesas de Samos, y consiguió que saliese de la torre y volviese al palacio. Cuando fué á verla, la halló rodeada de los recuerdos de Cæsar.... esperaba, sin duda, commoverle con tales recuerdos y desarmarle con la fascinación de su palabra y de su belleza, todavía notable, á pesar de sus cuarenta años»

Para concluir y volviendo á Canals. Se queja este señor de que no quiero discutir con él.

Efectivamente, discutir no quiero; pero quiero *esto otro*.

Que no es discutir.

«Azotar y dar en el.... todo es uno.»

Pero dar en el.... y discutir son cosas muy diferentes.

Por supuesto hablo de azotes literarios.

Suum cuique.

El Sr. Canals peca de lijero (á mi ver); por ejemplo, cuando dice que nuestras marañas y duquesas desdennan la literatura contemporánea española, y *acaso hacen bien*.

Pero no peca de ignorante (en grado superlativo, á lo menos, como otros críticos, v. gr., el Zollo de antes); ni peca de tonto, en ningún grado, ni de descortes mucho menos.

Si; cortés lo es siempre; por eso, tratándose de él, lo de los azotes merece una explicación: son azotes metafóricos, de retróica.

Si no quiero discutir con él no es porque tema encontrarme con insultos y desafueros. No; es un caballero, lo que otros no.

No discuto porque.... me lo tienen prohibido

«Mi médico, mis amigos y los que me quieren.... bien.»

Dicen que hay que darselo un poco de tono. Yo creo que no; pero ¡lo dicen tantos!

Y añaden que si sigo disputando con cualquiera nunca llegaré á académico.... Y eso es horrible. ¡Nunca! es decir, después que Ayot!

CLARÍN

Zola... Uno de los hombres que han hecho más impresión en mi vida. No siento haber ido viviendo la vida original del espíritu con algún gran entusiasmo de éstos por un héroe, como Carlyle diría. De niño, y va de cuento, uno de mis primeros héroes fué... Pongo Pilato. No sé por qué; pero fué héroe de terror, un ídolo de la religión del miedo. Para mí, Pilato estaba emparedado, y al pasar junto a un muro espeso temblaba, figurándome allí. De noche, me resistía a rezar el Credo, porque en él se nombra al Ormlid dé mi infancia. Después mis héroes fueron Zorilla y Don Pedro el Cruel, mezclados; es decir, mi héroe era Don Pedro, pero pintado por Zorilla. Sabía, y sé, de memoria, la segunda parte de *El zapatero y el Rey*, y gran porción de la primera. Después... ¡cuántos héroes, cuántos maestros, invisibles para mí, admirados con entusiasmo... Chateaubriand, Léopoldi, Victor Hugo, Alejandro Humboldt, Quinet, Musset, y tantos otros! Y más adelante Campomaro, Giner, Castelar, Menéndez Pelayo, Moreno Nieto... y Renan, Carlyle, Goethe... y después Homero, Cervantes, Platón, Kant... y... ahora ninguno y muchos de los citados y otros que omito; pero ya no tengo héroes especiales; más que un templo de culto exclusivo, un panteón, mi espíritu. Zola, que fué uno de esos héroes, sigue siendo por mí admirado, querido, leído, meditado. Pero mi culto es crítico, cual todos los que ahora tributo. Me he convencido de que juzgar no es incompatible con amar y admirar. Dios, el primer Héroe, es el más amado... y el más juzgado. Se le adora y siempre se le está discutiendo la fé de vida.

Empecé a leer a Zola por *L'Aesommoir*. Estaba yo convaleciente de larga y peligrosa enfermedad. Estaba muy nervioso y tenía la imaginación muy viva y el discurso muy excitado, y en lo posible en mí, aguzado. *L'Aesommoir* fué para mí una revelación de arte nuevo. Después leí las novelas de Zola anteriores a la que empecé a darle la gran fama. Son muchas de ellas, de las más artísticas, de las más naturales. Así como Wagner no dió la teoría de su drama musical hasta después de escribir Lohengrin, y sin embargo en Lohengrin está lo esencial de su sistema... sin el sistema; así, en cierto sentido, las novelas de Zola anteriores a su celebridad y a sus libros de *retórica naturalista*, de crítica estética, representan lo mejor del sistema naturalista, sin el sistema y sin excesos y exclusivismos.

Confieso que las novelas últimas de Zola me gustan... mucho todavía, pero menos que las de su primera y segunda época. Ni *Lourdes*, ni *Roma*, ni el *Doctor Pascal*, nos dan todo el Zola que conocíamos.

Le ha ido conquistando el espíritu de escuela, el de secta. Se le ha subido la teoría al arte y esto no conviene. Además, el positivismo le ha hecho gran daño a Zola como a tantos otros. (A Renan, por ejemplo; y entre nosotros a Salmerón, y un poco a González Berrano.)

Zola, en estos últimos años, ha querido vivir demasiado lejos de la torre de marfil; en la plaza, la vida del agora, entre las disputas de los hombres. Ha querido ser académico, por dar una batalla; ha dirigido, y no sé si aún preside, una sociedad de literatos y artistas... y ahora se vé llevado de Herodes a Pilatos y sujeto a un proceso, como suele acontecer a los hombres de ideal, de vida interior, cuando se meten en los negocios de los hombres prácticos, que viven del alma afuera, siempre a la puerta de la calle de la conciencia.

No compadezcamos a Zola por esto, por esta última aventura que, en resumidas cuentas, le honra. Puede estar equivocado, puede engañarse, ó pueden engañarle, pero, en su hipótesis, en la convicción profunda de que Dreyfus es inocente, Zola obra como un santo.

Alguien ha tenido la idea de que la juventud española felicite a Zola por su intervención generosa en el asunto Dreyfus.

Yo no dudo que para el simpático autor de *Yo acuso*, sería una gran satisfacción que la juventud española le enviase un mensaje de calurosa amistad, de adhesión y hasta de cariño. En los grandes momentos de crisis, no se contenta uno con menos que con cariño.

La manifestación debiera hacerse. Allí los jóvenes. En mi tiempo, yo hubiera sido de los primeros. Ahora, tengo que contentarme con dar algunos consejos en los cuales, no faltará quien note la frialdad y no el buen propósito.

Mis consejos, en resumen, son estos.

No se haga esa gran manifestación, si no se tiene la seguridad de que, en efecto, ha de ser grande.

Sería de muy mal ver que sólo se presentara una débil minoría. Las minorías, en estos casos, pese al orgullo, siempre son algo débiles.

Sería de un efecto pésimo que hubiera una contra-manifestación.

¿Quién se había de atrever?—¡Bah!... los reaccionarios. Los que, no sé, por qué, llama Gedeón, Don Matías.

Lo que están haciendo ciertos estudiantes en España, en Francia y otros países, no ayuda a tener por inverosímil, y aun probable, una contra-manifestación reaccionaria.

Otro consejo. Habría que huir de intrasigencias y credos políticos, sociales ó literarios.

Una proclama anarquista, socialista, revolucionaria, positivista, anti-clerical ó cosa así, alejaría a muchos. Yo sé de quien se encargaría de buen grado de redactar el mensaje ó lo que fuera, y no podría hacerlo sin alguna blasfemia, sin irreverencia, sin desplantes modernistas y otros excesos.

Otro consejo. El principal y el último. Habría de ponerse bien en claro que no se prejuzgaba la cuestión que divide a los franceses. No se trataba de un voto á favor de Dreyfus, ni de dar por ciertas las acusaciones de carácter general que Zola dirige contra todo el Estado mayor francés (la parte débil de su filípica, algo imprudente en ese punto, no consultada, creo, con juicio consulto experto.)

El objeto de la juventud española no podía ser erigirse en juez de tan difícil litigio, dando sentencia que podría herir legítimos sentimientos nacionales; lo que se querría tendría que ser esto: tributar á Zola homenaje de afecto y admiración por su noble actitud; noble, *definitivamente*, resulte lo que resulte; pues es claro que él obra de buena fé, convencido, y con abnegación.

Si parte de la juventud francesa se escarnece, la juventud de otro pueblo hermano, te aclama, te sigue, te admira. Esto creo yo que sería en sustancia lo que los jóvenes españoles querrían decir á Zola.

A ello, pues, si hay medios.

Pero, por si acaso, ojo con el personal si se manda una comisión.

No vaya á resultar que no quede en Medán una vidriera sana.

CLARÍN

PALIQUE

Yo no he visto Madame Sans-Gêne.

Lo digo *avec gens*.

Pero no me cuesta trabajo figurarme que ha sido un triunfo para mi buena amiga María Tubau y para mi querido cofrade—en letras, en general—Cesáreo Palencia, traductor y empresario.

En cuanto al triunfo de Sardou, ya es tarde para hablar de él, porque se remonta al día en que la futura esposa los derechos de autor por la traducción.

Si algo me faltara para poder figurarme lo que *fué eso*, no tengo más que leer á un crítico que dice que el prólogo es de hermosos precios.

Pues cuando un drama tiene un prólogo preciso... ¡precioso! Es preciso (no «se precisa», que no es castellano), es preciso que la obra sea excelente. Yo había oído hablar de armas de precisión; pero de prólogos así, no. Corresponderá éste al nuevo método de clasificar los prólogos.

—Método ha dicho usted?

—Sí, ya sé que está mal dicho; pero lo he aprendido en el crítico de autos.

El cual, á la clasificación de las obras dramáticas en que hay una clase de ellas que se titula melodrama, se atreve á llamarla «antiguo método».

—Pero hijo, qué tiene que ver el método (de *metas* y *adas*, por el camino) con una división de un género? ¿Cree el crítico que clasificación y método son lo mismo?

Cualquiera D. Hermógenes, opositor á cátedra, le puede enseñar á mi crítico que el método no tiene nada que ver con lo que él se figura.

Ahí tiene el crítico de los prólogos precisos lo que tiene el meteco á Aristarco sin haber estudiado... con método.

—¿Les parece á ustedes, señores modernistas baratos, que va siendo hora de dejar en paz al simpático D'Annunzio?

Es demasiado *modernista* este snobismo traducido del último correo de París.

Nadie me tachará de preocupado en materia de cosmopolitismo literario. He escrito mucho en mi vida contra la patriotía literaria, y demostrado tengo que soy de los que, en punto á belleza, hacen poco caso de las fronteras. Pero todos los extremos son viciosos.

Hablemos cuanto queramos de autores extranjeros; venga la moda de intelectes, franceses, italianos, suecos, noruegos, rusos, austriacos, suizos, belgas, armenios y japoneses; pero tráigamlos espontáneamente, cuando á nosotros se nos ocurra, cuando alguien de por acá tope con esos escritores armenios, belgas, etc., etc.

Pero es una servidumbre moral ridícula esperar á que un escritor sea el *lion*, el hombre del día en París, para ponerlos á admirarlo con ese exclusivismo injusto de la *actualidad* romana.

Nadie con más calor que yo alabo los positivos méritos de Gabriel D'Annunzio; cuando nadie se acordaba de él, ni en Francia ni en España, yo escribí aludiendo á ciertos versos suyos, excelentes, que eran discretísima imitación de las «Elegías romanas», de Goethe; y hasta me permití *imitar* á mi vez la forma rítmica que empleaba el poeta italiano, sin más pretensiones que las de dar á conocer aquella originalidad agradable.

Pocos días hace leía yo, con verdadero escándalo, en uno de esos criticastros que quieren estar siempre de vuelta cuando los demás vamos, que D'Annunzio no era más que un Bourget estropeado; lo cual supone desconocer lo mejor de D'Annunzio, que nada se parece al muy estimable trabajo de Bourget. También leí, con pena, en otra parte, que «La ciudad muerta» (la *villa muerta*, tradujo un crítico), por acá nos parecía una sandez, á juzgar por el argumento. ¡No, por Dios!—Yo lo conozco la *Ciudad muerta*, pero, á juzgar por el argumento y por lo que del drama dice el crítico tan avisado como Lemaitre, no me parece esa obra una sandez (ni cómo había de serlo), sino poema poco teatral, y que, si no se engaña Lemaitre, tiene rasgos de poesía á veces sublimes.

D'Annunzio vale, y vale mucho. Pero... que le canten los ciegos de París; por ahora, y sin perjuicio.

Pocas horas hace, se me presentaba un joven redactor de una «*Revista popular*», excelente semanario que en Oviado publican varios estudiantes de los que no rompan crímenes, pero rompan lanza por la libertad, el gusto y el progreso, y rompan platos de *antiguo molde* político, literario ó social.

Pues ese redactor de la «*Revista popular*» me pedía algún libro de D'Annunzio, para traducir algo de este señor, ya que tanto se hablaba de él ahora...

—Pues por lo mismo que tanto se habla de esa, deben ustedes hablar de otros. Vaya usted por casa y le daré algún libro de otro autor italiano contemporáneo de los varios que merecen, no menos que Annunzio, ser conocidos del público cosmopolita.

Circunstancia en ningún modo censurable, ha hecho que D'Annunzio llame la atención en París, exclusivamente, con olvido de los demás escritores actuales de Italia. Pero lo que se expone en París, sería en otra nación, que ni es Francia ni es Italia, un plagio de injusticia.

Yo les daré á ustedes, por ejemplo, *Fedde*, de Fogazzaro, el delicadísimo Fogazzaro; ó cualquier obra más reciente de ese escritor simpático, sugestivo, sincero. O les daré versos del insigne Rapisardi, ó de Neera, ó de cualquier otro de los más modernos; ó una novela de Verga, ó de Caccioppa, ó algo de Capuana; ó de Matilde Serao, la Pardo Bazán italiana, y casi *ocorriendo* como dicen ellos.

Escogerá usted lo que prefiera... pero déjese de Gabriel D'Annunzio, por ahora, por lo mismo que la *actualidad* de las instantáneas ha hecho de él (sin culpa del artista), de él, que es un poeta verdadero, lo más opuesto á la poesía: una *serie*, una *sierra*, traducción libre y baja: lata...

CLARIN.

PALIQUE

No extrañen los lectores del *HERALDO* que les hable muchas veces de don Juan Valera, porque son méritos de este señor lo que á ello me obligan. Valera es de los pocos literatos de primera fila que se dignan conversar á menudo con el público grande de los periódicos diarios, en esta España donde casi nadie lee más que esta clase de papeles.

Castelar y Echegaray también merecen alabanzas en igual sentido; pero nadie como Valera representa hoy esta asiduidad, tan necesaria aquí, del hombre de letras verdadero en el trabajo de la enseñanza popular mediante artículos de vulgarización en que, con pretexto de asuntos de crítica, se dan lecciones de buen sentido, de cultura general, y en fin, de lo que en rigor podemos todavía llamar *humanidades*.

No es un diario, pero sí popularísima *Ilustración* semanal (la *Española* y *Americana*) quien ahora presta positivo servicio á las letras, solicitando y consiguiendo que Valera se digne venir á alternar con tanto pipiolo crítico en la tarea de escribir revistas de teatros: ¿Cuántos que valen mucho menos que Valera, en resumidas cuentas, se crearían degradados si bajasen de su *torre de marfil* de eruditos en conserva para hablar de dramas estrenados ahora, y hasta de comedias de las llamadas *del género chico*!

Cuando pasan ribanos hay que comprarlos. Yo, que he tenido tantas veces que hablar mal de la crítica de teatros, según es ahora entre nosotros, me he apresurado á notar, y anunciar, ciertos síntomas de mejoría que he creído observar de poco acá, particularmente con ocasión del estreno de *Cleopatra*. A este progreso, que tanto puede influir en el público, en los autores y en los cómicos, para bien, ¿cuánto no contribuirá la colaboración de escritores como Valera? Dios le pague el favor que nos hace, y que mucho dura.

★

En otros países, mucho más adelantados que el nuestro, escriben de teatros y de literatura de actualidad, en general, críticos eminentes, que son también eruditos, artistas, pensadores, y algunos de ellos académicos. Aquí, los más, en cuanto tienen algo que perder, se convierten en la campana de Iriarte, que *sólo se tocaba algún solemne día*. Tienen miedo á gastarse.

Imitan á don Tomás, el célebre tipo que nos pintó Figaro en su *Camino de la iglesia*.

Escriben su oda á la *Continencia...* y á casa que llueve. Y si puede ser á casa... pagada por el Estado, mejor.

En Francia, por ejemplo, académicos como Bourget y Lemaitre, escriben de actualidades literarias, y lo mismo hacen Olerbuliez, de Vogüé, Brunetiere y otros muchos, todos académicos también. Aquí, nuestros inmortales prefieren parecerse al crítico francés de quien cuentan un chascarrillo: que no se enteraba de las obras publicadas en su tiempo, porque todavía, en sus estudios, no había llegado á la Era Cristiana.

No falta quien no crea digna de su péñola literaria que no esté cubierta de polvo, y llega la ilusión en algunos hasta el punto de encontrar mérito estético en cualquier vulgaridad literaria de siglos pasados, sólo por que para leer el manuscrito en que la tal vulgaridad constaba, hubo que agotar el ingenio de los mejores paleógrafos.

Sucédeles á estos señores algo semejante á lo que pasa con los *sabos* de la arqueología artística, los cuales, ante una pared ó un pedrusco que tiene el valor relativo de ser revelador monumental de alguna importante noticia histórica, se paran pasmados y diciendo: «¡Anque los profanos no lo crean, esta es una cosa de mucho mérito, de recóndita hermosura!» Creen que es bello lo que sólo es útil.

Pero dejemos á estos partidarios «del arte por el polvo,» y volvamos á Valera.

De tres obras nuevas, de tres estrenos en nuestros teatros, ha hablado ya el insignie don Juan á los lectores de *La Ilustración*, á saber: de la *Cleopatra*, de Selles, de *La corte de Napoleón*, y de *La duda*, de Echegaray. Son los respectivos artículos otras tantas lecciones de buen gusto, de buen sentido, de escogida cultura, de fino estilo, de noble probidad literaria. Parece como que se descansan, en serena paz del alma, leyendo aquella aristocrática prosa, que no deja de ser llana por ser exquisita. Hay en estos trabajos de Valera aquel mérito, cada vez más apreciable, que «críticos ingleses del día tan en cuenta tienen y que llaman *sanity*. Esta *sanity* de Valera y y sus obras no es como la que busca el determinismo nada delicado ni profundo del vulgarismo Max Nordau; es el género muy distinto; más segura, más justa y la más eficaz para preservarse de las manías de esa literatura nerviosa sin gracia, que hoy manejan del

modo más rudo muchos jóvenes audaces de corazón de ciano, como dijo el otro.

Dejando aparte lo que escribié Valera de *Cleopatra* y de *Madame Sans Gêne*, que, como hecer notar que en la crítica de *La Duda*, sin disimular los reparos, las comedias censuras, deja á salvo, y por cima de toda discusión, el grandísimo ingenio, actual, no pretérito, de Echegaray, cuya gloria es ya proclamada, honrando á España, en todos los países de mayor cultura; ¿con qué sinceridad, con qué nobleza, con qué elocuente sencillez, declara todo esto el autor de *Pepita Jiménez*? Y los que, como yo, nada valemos, á no ser por un poco de amor verdadero á lo bello, á lo grande, ¿con qué emoción, bien puedo decir que de ternura, contemplamos este hermoso ejemplo del gran ingenio elogiando al gran ingenio, sin dejos de envidia, con el interés del que sabe que el hacer justicia al mérito de los grandes artistas es cultivar el propio jardín! Si, mientras Valera da á Echegaray lo que es suyo, de modo indirecto afirma el propio derecho á que se le trate á él de la misma manera.

También tiene Valera palabras de grandísima alabanza para María Guerrero, que, en opinión suya, progresa mucho en el arte difícil á que una verdadera vocación la ha llamado. Yo también oí, y pláceme ver confirmado mi juicio por autoridad tan competente, que la señora Guerrero adelanta mucho, contra lo que era de temer por varias circunstancias que omito.

Valera, además de ser artista y erudito de muchísimo gusto y ciencia, es hombre de mundo, que ha vivido años y años en las principales capitales, y ha conocido y apreciado el mérito de muchas grandes actrices; de modo que puede aquilatar y comparar cualidades del género de las que alaba en la Guerrero, mejor que ciertos pobres diablitos metidos á críticos, sin saber ni haber visto nada, que, no sé por qué, aborrecen á la inspirada actriz del Español, y tratan de molestarla con paralelos que, en efecto, son para tontos.

CLARIN.

547 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.663, 21 febrero, 1898

PALIQUE

Con la mayor buena fé, me pongo á leer un cuento, de la Sra. Pardo Bazán, titulado «Barbaastro».

Emplea así: «Aquella» discreta viuda que acotumbaba referirnos cada jueves una historietita de elección conyugal masculina...

No comprendo. Lo de elección conyugal, puede pasar, pródalas ciertas explicaciones; pero elección masculina ¿qué quiere decir? ¿Quien elige ahí, el macho ó la hembra? ¿Es que elige el varón, y por eso es la elección masculina, por el que elige? ¿ó es que se elige á un varón, y elige, por consiguiente: una mujer? Por otra parte; parece que se puede elegir, para lo conyugal, entre lo masculino y lo femenino. ¡Vado retró!

Y en los paseos que dábamos por las inmediaciones, sucedió una tarde nos detuvimos... Detengámonos. En los paseos que ustedes daban se detuvieron una tarde. No puede ser. Refiriéndose á los paseos, en general, no puede usted decir que en ellos una tarde... En uno de los paseos dobló usted decir.

«Cuyo denso arbolado rebasaba de las tapias y desafiaba las nubes.»

Señora ¿cómo quiere usted que la hagan académica, si desprecia así el diccionario de la casa?

Rebasar, según la ex-Valverde, es «pasar navegando más allá de un buque, cabo ó otro punto.»

Y nada más. Luego, académicamente, los árboles no pueden rebasar de las tapias.

Pero supongamos que también se puede rebasar por tierra, y sin permiso de la Marina ni de Cheste; de todas suertes, nunca sería el verbo rebasar el más propio para decir que los árboles eran más altos que las tapias; lo cual, por cierto, no tiene nada de particular. Lo que es extraordinario es que el arbolado desafiase las nubes.

Señora, no lo oreo. Ni en la ex-virgen América, ni en el lejano Oriente, hay árboles así, y mucho menos en Galicia donde jamás se han visto esos bravucos forestales.

«Se despararraban en fino rocío, resplandeciendo á los postreros rayos del sol.»

Niego también ese rocío vespertino. El rocío es... el rocío; y si el agua siempre que se presenta en gotas menudas la llamásemos, sin más, rocío, estábamos perdidos. Verdad es que el diccionario llama

también rocío á las gotas monudas que despararramos artísticamente... pero eso no son más que artificios de la poética duca Quintañón que prestó de el inventor del Danto.

«Gentiles estatuas blanqueaban allí entro las frondas, y el palacio ergula su escalinata...»

Una escalinata erguida es como el río de pies de Fernández y González.

Erguir es poner derecha una cosa, levantarla. Se comprende lo de la torre erguida, y otras cosas así, ¡pero una escalinata! Por una escalinata que se bierge... no hay quien suba. «Los sustintos estan. ques.» Legalmente se puede llamar á un «tanque sustinto» pero... nadie llama así á los estanques.

«Con esa cortesía algo almidonada de los que han residido en América largo tiempo.»

Yo creo que por aquí se generaliza demasiado el almidón americano.

¿Cómo es que un señor tan correcto, tan británico, se ha casado con esa torota?

Llamar británico á un español que ha residido largo tiempo en América, por lo correcto, por lo almidonado... no me parece conforme con el derecho político internacional.

De esa manera, señora, las palabras, por capricho del escritor, pueden significar cualquier cosa.

¡Y lo de torota! Pudo llamarla torote... ó vaca brava, ¡pero toros hembras no los hay!

..

Pero en fin, dejémoslo de crítica... analítica, como llaman á esto los éurais, y digámos de una vez en qué consiste el cuento de doña Emilia.

Un indiano vuelve rico á su tierra; quiere que una posesión que tiene sea de forma oval, pero como la propietaria de cierto prado, que se mete por el huevo, impide que se realice este ensueño, el indiano, para que pueda tener la quinta la forma oval se casa con la aldeana, feísima, tosca, borracha, torota, propietaria del prado.

Un cuento así no debiera llamarse... Barbaastro... —Robiandocimiento.

..

No mucho más verosímil que el cuento de doña Emilia es el furor bélico que les ha entrado á mu-

chos españoles. Si Barbaastro se casa con un diablo, se condena á un infierno doméstico, por el capricho de que la vija de su quinta pueda tener la forma de un huevo, estos patriotas hablan de arruinar á España, de dejarlos bombardear... porque el honor nacional algo siendo tal y como lo tenemos establecido en las zarzuelas del género serio.

Por leer mal y sin provecho, sin poder digerirla, la historia de la antigua Grecia, muchos griegos modernos llevarán á su patria á un mal paso. La historia de España, escrita, como lo está, en portugués, puede producir males semejantes. Ni las Termópilas son siempre Termópilas, ni en Covadonga está ya Pelayo, sino un abad que no llevará el pendón á la frontera.

Nada más fácil que armar la de San Quintín, por un quitame allá ese plenipotenciario; pero no se sabe ahora quien podría hacer un Escorial para celebrar la victoria.

No hagamos política internacional de comedias, que es muy peligrosa. En un drama, cualquier motivo es bueno para que se aigan murmullos y los comparsas anden á ciztazaros.

Pero en el terreno... y en el mar, la guerra cuesta cara. Bombardear, cuesta un sentido, y un bombardeo, otro.

Cada cañonazo arruina á una familia, y si es de los gordos, á un pueblo. Y no me refiero al pueblo donde sea la bala, sino al pueblo de donde sale.

Todos esos cañones grandes se disparan por la culata, por lo mucho que cuestan sus disparos. Para reducir á cenizas á Nueva York, ¡oh! españoles, necesitabais haber sudado mucho oro, trabajando todo un siglo. De aquella falta de sudores viene esta falta de pólvora.

CLARIN

549 Nad



El Sr. Jimeno Agius, que, por de pronto, parece un estorpedo (pronuncien ustedes con fuerza *Agius!*!) y verá que dan ganas de decir: *¡dominus tecum!*! digo, que el Sr. Agius, que lo primero que debe hacer es *¡traducirse!* porque está en latín macarrónico, y debe llamarse Agio y no Agius (van tres... ¡ya me consiégel!), el Sr. Agius, estorpedo otra vez..., se ha metido en camisa de once varas.

Es el Sr. Agius uno de esos biólogos de perro ciego, que tiene tendencia muy señalada á la gramática gramatical... de primeras letras, por supuesto.

Pertenece al tremendo partido anarquista de la ortografía *mocosono, as, are*, de la ortografía del *como suena* (y para unos suena de un modo y para otros de otro, y *celay* porque no sirve esa ortografía). Como las turbas gritaban en París: ¡abajo los judíos! gritan Agius y los suyos: ¡abajo la y griega, usada como vocal!

Estos descamisados de la ortografía, suelen ser, sin embargo, muy instruiditos, y el Sr. Agius es también de los que demuestran haber leído mucho. Vaya por delante esta flor, que es de justicia, á cambio del pirope, de poca gracia, con que Agius me obsequia por mis *Cuentos morales*. Por casualidad, topo ahora mismo con ese pirope, que consta en un artículo de periódico que, recortado, el señor Agius me envió entre las hojas de un libro regalado — y agradecido — hace meses. El libro del Sr. Agius se titula *Naderías. Colección de artículos sobre asuntos gramaticales*. Por esas ggg pueden ustedes juzgar del contenido revolucionario de la *colección*.

No tiene absolutamente ninguna novedad esto de escribir á por o, q por e, i por y, etc., etc. Esta manía del radicalismo abstracto, de reforma ortográfica, está ya juzgada y condenada hace mucho tiempo por la verdadera filología. Pertenece los *fontículos* al género de los arbitristas del volapuck y otras locuciones por el estilo; son los que resuelven la cuadratura del círculo en gramática, y su ciencia corre parejas con la del espiritismo, que menea las metras.

¡Ab, Sr. Agius! la gramática no es un panderito; no puede tocarla cada cual como quiera, y hay que tratar el idioma como el derecho; y así como hoy ya nadie duda que las leyes no pueden darse por mera abstracción didáctica, sin tener en cuenta las condiciones históricas del país para que son — y en tal sentido Savigny triunfó definitivamente de Thibaut; — del propio modo se sabe que la lengua no se

reforma por la aparente lógica *geométrica*, por puro intelectualismo subjetivo. Si el habla sirviera sólo para expresar *pensamiento*, algo más podría valer la influencia exclusivamente lógica, pero el habla tiene elementos de vida natural, física, y hay que contar con ellos; y el habla es imperfecta manifestación del alma entera, de toda la conciencia, y por tanto de la voluntad y del sentimiento, lo mismo que de la inteligencia; abarcando así la división tripartita, vulgar hoy día, y ya descubierta por Sulzer, Mendelsón y Teteus (la división escolástica era bipartita: *facultas cognoscendi et facultas appetendi*).

Las reformas ortográficas no pueden ser revolucionarias, porque la biología lingüística se opone á ello. Ciertos, que tampoco se debe procurar reacciones que nos vuelvan á la ortografía compilada (y confusa) de otros tiempos, y en este punto tiene el Sr. Agius razón contra la Academia, á mi ver. Pero todos los extremos son viciosos. Bien está que se procure conservar en la forma gráfica del idioma, todo lo que ella puede revelar de su historia; pero no por medio de artificios pedantescos, de ukases arcaicos de una autoridad tan legitimamente puesta en tela de juicio. No hay para qué, escribir *obscuro*, ni *Septiembre*, ni *sucriptor*, pues decimos escrito y no escrito y siete y no siete. Está bien. Pero esa ortografía sin; que hace de la c con sonido fuerte k ó q y convierte el castellano en una cosa que parece dialecto alemán ó sueco, á primera vista, en vez de una *economía intelectual*, es intolerable mortificación para los que entienden de estas cosas, que son los que saben ortografía y con ella escriben. En la ortografía técnica exagerada las palabras *queman sus pergaminos*, pudiera decirse, y disculpan, para los no especialistas, el estudio etimológico, tan necesario para el uso propio y correcto de los vocablos. Otro sí, la escritura se hace dudosa para los que tienen ciertos modos de pronunciación defectuosos, que son pueblos enteros, y aún regiones enteras, verbi gratia, ya, yo, yí, etc., por líe, lie, etc., y viceversa, á por e y viceversa.

Esta última observación me lleva como por la mano al artículo que el Sr. Agius me envía entre las hojas de sus *Naderías*. Quisiera el Sr. Agius que cuando se usa la *á* española una palabra extranjera se escriba como se pronuncia en español. Pero, ¿y si en español se pronuncia mal, ó no hay modo de pronunciarla? Muchas letras inglesas, en algunas de sus formas fonéticas, no hay modo de representarlas en español de modo aproximado siquiera. Lo mismo

passa v. gr. con la *sch* alemana y otras de otros idiomas. Por eso las gramáticas advierten, que deben oírse tales letras al profesor, que sólo pueden aprenderse de viva voz. La *u* francesa, v. gr. cómo la va á escribir Agius en español? ¿Será *i*? Pues no es *i*. ¿Será *u*? Pues no es *u*. Y así, de tantas otras letras mucho más difíciles á representar por sonidos castellanos.

Y no digamos nada de las vocales compuestas en dicción, que en español no tienen equivalente. ¿Cómo escribirá Agius, á la española, la *ö* de Göthe ó de Röder? En inglés, hay discusión aún entre ingleses, respecto del modo de pronunciar muchas palabras. ¿Cómo dará Agius el equivalente español? El mismo se condena diciendo que no se debe escribir *sheksparian* sino *shekspariana* ó *shekspiriana*... ¡Holá! Por la duda de la pronunciación necesita dos modos de escribir la palabra; pues atégase á la ortografía inglesa y en la escritura no habrá engaño ni duda. Verdad es que escribimos *volteriano*, pero este es ya un adjetivo español como otro cualquiera en que se expone cierta cualidad que no se refiere directamente á Voltaire. Pero nadie escribe Volter. Mientras se emplea un nombre propio extranjero ó un adjetivo derivado de él y á él referente, debe conservarse la ortografía del nombre según es en su país; cuando se trata de palabra española que pueda tener origen en su nombre extraño, pero ya sirve para calificar cosas diferentes, puede y debe emplearse la ortografía española. De otro modo, nos exponemos á que, tratándose de nombres cuya ortografía propia difiera mucho del modo de escribirlos según la pronunciación española, ni siquiera entienda el lector de quién ó de qué se trata. Nos debe escribir *restoran*, *buleoar*, ni *buduar*, mientras esas palabras sigan siendo francesas y no españolas; y se puede escribir *esplin* y *detalle*, porque ya esos vocablos pasan por españoles.

La cosa está bien clara, Sr. Agius. No está tan claro el por qué el Sr. Jimeno y Agius se mete en la camisa de once varas á que me referí al principio; y hay que dilucidar este punto. Pero será otro día, porque este *palique* ya es muy largo y muy serio, por culpa del *hombre de la i latina*, (Magio de Silvá, y tantos otros *ilustres abuelos*).

CLARÍN

PALIQUE

«Si no puedes ser santo, sé Quijote.»

Quijote, para el vulgo de las almas groseras, envidiadas por el egoísmo, es algo ridículo; pero Quijote para Heine es tipo ideal que le hace soñar y le enternece, y para Tolstói, Quijote es Quijano el Buena, el que muere cuerdo y vivió loco, pero noble, poéticamente loco; quizá la mayor ventura. Entregar el alma á Dios con todo el sentido, y pasar entre los hombres soñando, creyéndolos dignos de dar por ellos la existencia. ¿Qué mejor? Leona, pero ¿qué mejor? El pobre Amiel, ya muy cerca de la muerte, desahogado del trato humano, pero no de la caridad, decía: la humanidad no es amable, pero hay que amarla *quand même*.

Zola, en las primeras páginas de su *París* —que acaba de publicarse— nos habla de la *debacle* de la inútil, de la irrisoria caridad.

Pedro Froment, el sacerdote que perdió la fe y la esperanza, se agarró á la caridad como último consuelo... Y la caridad se desvaneció también... se hace inútil, irrisoria... ridícula... ¡No! Yo no creo que en este instante Zola, condenado á prisión por defender la que él cree la inocencia, lo cual puede ser un error, pero no un delito; no creo que Zola reniegue de la caridad, de la abnegación, al ver al pueblo del eterno *tote*, *tote* gritar contra él, como siempre gritó contra los redentores. La caridad no consiste en el éxito. No hay *debacle* posible para el amor, como la hay para la guerra. Sólo el egoísmo puede ser derrotado. Cuando en la más patética —en el fondo— de las aventuras, D. Quijote es arrojado y pisoteado por una plaza de cerdos, el caballero inmortal no está en ridículo, ni su causa humillada. Los cerdos le pisan, le atropellan; los leones le respetan.

Zola se arrojó acaso en su aventura de los leones y se encontró con la pira. Insultado de plebe insensata, un año de prisión... Nada de eso es obra de la garra, sino de la perna.

En el camino del perfeccionamiento moral el quijotismo, bien sentido y comprendido, es un paso para la vida beata.

La santidad piadosa que «la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.» Es matemática, que suele aplicarse en un sentido irónico y *caso llega de angustias* *foras*, *análogo*, así, en el recto sentido, la ley de la caridad de verdadera eficacia.

Tolstói, á quien acabo de citar, lo vió ya hace mucho tiempo. Su príncipe Pedro de *La guerra y la paz* llega á comprender que si con hacerse filántropo, médico y cosas así, consigue realizar el bien ajeno que anhela, llega á ver que para que su acción en el mundo pueda ser eficaz de veras, necesita empujar por la reforma, no de la sociedad, si no de sí mismo.

El santo de Asia, entre otros como él, ya lo había visto hace muchos siglos. El suyo necesitaba reforma, y él se lanzó á ella; pero comenzando por reformarse á sí propio. No se lanzó á predicar la abnegación sublime hasta que se vió capaz de la mayor abnegación.

El día que, contra las repugnancias poderosas de la carne delicada de *artista*, que ora la suya, se atrevió á besar al leproso en la llaga que antes ni ver podía, aquel día San Francisco se empezó á creer digno de pedir á los demás que tomaran su cruz.

Así proceden los santos; la eficacia de lo que ellos reforman es la mayor, la más duradera.

Los Quijotes se lanzan á enderezar entuertos con el espíritu propio menos educado, menos seguro, menos sano. La eficacia de sus empresas no suele ser grande. Pero su ejemplo vale, edifica.

En estos tiempos en que la mayor parte de las almas no serviles han perdido una fe sin saber conquistar otra, el aprendizaje de la perfección es más esbuzco que nunca. Por eso, tantos nobles seres se arrojan á la reforma del mundo con escasas fortalezas de alma, sin el firme y ordenado ideal de toda una teoría, lógica, positiva metafísica religiosa, que es necesaria para hazas tales.

No podemos esperar á ser nosotros buenos para perseguir el mal que hacen otros.

Zola es un alma atormentada, de educación filosófica y moral caosa en proporción de la grandeza de su ingenio y de su instinto caritativo. Lecturas y ejemplos le han apartado de la religiosidad directa, *construtiva*; y la tiene sin saberlo, en forma que para Dios será una equivalencia, pero á él le sirve mucho más que le servirá la piedad *abida*, directa, con *nombre propio*.

Las doctrinas que Zola profesa son filosóficas. Niegan la libertad. «El hombre no hace lo que quiere, sino lo que puede.» Creyendo esto, indignarse contra los malvados, es contradictorio.

No importa. Estos positivistas nobles que ven en el hombre un *gusano cil*, un *compuesto inestable*, según la conocida frase de Taine, y sin embargo aman al prójimo, no son lógicos, pero son piadosos y simpáticos.

Son los hijos ciegos de Dios. Acaso sus predilectos.

Zola en *París* pide la salud de un niño enfermo á la gran Fuera que acaso rige al mundo. Estas mayúsculas de los nombres abstractos no son una forma de la legítima mitología de que el hombre, ser que piensa pintando, se vale siempre!

Piadoso fué Sócrates, y sacrificó un gallo á Esculapio.

Pedro Froment, pidiendo la salud de un niño á la Fuerza, también es piadoso.

Ojalá, si Zola llega á estar en la prisión, se acuerde que en el mundo hay una filosofía, que en Francia, en su querida Francia, tiene hoy grandes, ilustres representantes, y quiere leerla y meditar sus lecciones.

Uno de esos filósofos franceses que no si-guen, como Zola, ni á Claudio Bernard, ni á Berthelot, ni á Taine; Mr. Boutroux, pensador, *delista*, autor de libros tan *esenciales* como

La contingencia de las leyes de la naturaleza, traductor impenitente de Zeller, Boutroux, digo, escribió una carta elocuente contra los que persiguen á Zola al grito de: ¡Viva el ejércu-to!

Pues si á ese Boutroux consultara el autor de *Louder* y de *París* acerca de los libros que debe leer en la prisión, acaso saliera de ella viendo más clara, más lógicamente explicada, la causa que á él le impulsa á sacrificarse por la verdad y la inocencia.

Admirador de Zola desde hace muchos años, y convencido de que las doctrinas sensualistas y agnósticas en que se inspira sólo pueden ofrecer confusión, contradicciones y tormento á un alma como la suya, cómo no he de desear que un rayo de luz del moderno espiritualismo penetre en aquel corazón noble!

Zola, creyendo, no sería más noble de lo que hoy es sacrificando su tranquilidad por lo que cree la inocencia; pero sería más feliz.

Y bien merece serlo.

CLARIN

550 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2.673, 6 marzo, 1898

PALIQUE

Con muchísimo respeto voy á dirigir un ruego á mi antiguo condiscípulo el Sr. Santa María de Parades, director general de Instrucción Pública.

Que haga todo lo posible *cerca* de su jefe, el ministro de Fomento, para que el programa de la nueva institución de cursos superiores del Ateneo pueda cumplirse en todas sus partes.

En el libro impreso y publicado por el Ateneo para anunciar los cursos y programas del presente año, figuran varias cátedras de distinguidos profesores de provincia que en esta segunda parte del curso habían de explicar en el Ateneo; como en la primera parte explicó el Sr. Rivera, de Zaragoza, con gran lucimiento, y D. Leopoldo Alas, de Oviedo, sin lucimiento... y sin terminar sus conferencias. El Sr. Rivera fué á Madrid con licencia, no para asuntos propios, creo, sino en comisión de servicio, ó como se diga; es decir, sin dejar de percibir su sueldo de catedrático, como es natural. El otro profesor no necesitó esa licencia, porque estaba en Madrid con otra comisión oficial: la de juez de oposiciones.

Pero hoy parece que se presentan mayores dificultades para que los profesores de provincia que tienen curso anunciado en el Ateneo, v. gr. los Sres. Buylla y Posada, de Oviedo, vayan á la corte.

Piden la necesaria licencia, de la misma calidad de la que disfrutó el Sr. Rivera... Y no se les concede.

Es claro que no es por espíritu de desigualdad, de injusticia. Median nuevas circunstancias, en cierto sentido muy dignas de aplauso. Parece ser que el señor ministro, dispuesto siempre á cortar abusos con toda energía, se encontró con que había profesores que, á pretexto de comisiones injustificadas ó ilusiones, pasaban tantamente el tiempo lejos de su cátedra y cobrando á tocs teja.

Según mis noticias, esos catedráticos eran, los más, sino todos, conservadores. El ministro hizo justicia de Enero... y se negó en absoluto á conceder esta clase de licencias en comisión. Muy bien hecho, como medida general. Pero el derecho particular, como lo llamaban los romanos, siempre es compatible con el común.

La excepción no es corruptela ni negación de la regla jurídica. Los romanos, maestros en esto, admitían el derecho excepcional, pero declarándolo híbrido, en el sentido de que no podía procrearse, es decir, engendrar jurisprudencia para casos análogos. El derecho excepcional no se convierte en regla, sino que necesita particular reconocimiento cada vez que se presenta la ocasión de aplicarlo la justicia que ya Aristóteles llamaba *oquitativa* (en la *Moral*, á *Nicomaco*, si no me equivoco).

El caso de los profesores de provincias que, invitados por el Sr. Moret, debían explicar ahora en el Ateneo, es, á mi ver, legítima ocasión de derecho excepcional. Quiero decir que el ministro de Fomento, sin mostrar debilidad, sin transacciones que desacreditan la autoridad, puede y debe, esto opino, por justicia equitativa, consentir que esos señores vayan á Madrid, en las condiciones en que fueron otros, á explicar los cursos anunciados.

El fundamento está al alcance de cualquiera. Los cursos superiores son en cierto modo oficiales; el Gobierno paga las dietas de los profesores, y al Gobierno acudió el Ateneo para fundar institución tan bien acogida. Es como un ensayo de lo que se hace en países más adelantados, v. gr., en el *College de Francia*, de París.

Y es claro que sería extraño, poco lógico, que un profesor invitado oficialmente á ir desde una provincia á la capital á dar un curso... no pudiera ir por falta de licencia. Porque dársela para asuntos de interés propio, y sin sueldo, no sería ni justo ni congruente. Las dietas que el Gobierno le va á dar no son por *asuntos propios* del profesor, sino por un servicio oficial. Luego á eso, á un servicio oficial, va el profesor á Madrid. Luego ir debe con sueldo.

Se dirá, ¿y las dietas? Y se replica, ¿y el viaje? El profesor paga por su cuenta el viaje, la estancia en Madrid, y si ha de estar allí sin sueldo, resulta que tiene que cubrir gastos con diez duros que le dan cada día de conferencia. De modo que no lo puede convenir el trato. Porque viene á resultar (aun suponiendo que las dietas pudiesen suplir el sueldo y los gastos de viaje y estancia en Madrid) que los madrileños cobran por explicar *superiormente* y los provincianos no. Y además, queda siempre el argumento de justicia de que no deben ser de peor condición los profesores que van á explicar ahora, procedentes de provincias, que los que explicaron antes de Enero, y de igual procedencia... Debe tratarse de igual modo.

Yo creo que en cuanto el señor ministro se fije en todo esto, concederá las licencias en la forma justa que se piden.

Y lo menos que puede hacer mi antiguo condiscípulo el Sr. Santa María, si esto *Palique* llega á su noticia, es trasladar al ministro las justas y respetuosas observaciones que anteceden.

✱

Pero en el *interin*, como decía *La Epoca* en vida de Cánovas, por halagarle, en el *interin*... ni los Sres. Buylla y Posada podrán ir á explicar su curso correspondiente... ni yo podré ir á terminar el mío, como sería mi deseo.

Ah, y tampoco podremos, Sres. D. Pablo Iglesias y D. Antonio Quejido, ir á Madrid á cumplir nuestra promesa de conversar en público con los socialistas, los Sres. Buylla, Melquiades Alvarez y el que suscribe.

Porque lo que es como diputados tampoco iremos.

No estamos encasillados.

CLARIN

Otra vez el Sr. Agius. Dispénsen Vds., pero no hay más remedio. Lo prometido es deuda.

Ante todo, me permito rectificar varias erratas de mi palique anterior. Por si acaso.

Dice: que tiene; léase: que tienen. Dice: de poca gracia; léase: de pura gracia. Dice: didáctica; léase: dialéctica. Dice: Thibeaut; léase: Thibaut. Dice: Mendelsson; léase: Mendelsshon. Dice: tónica; léase: fonética. Dice: quisiera; léase: quiere. Dice: diotongo; léase: diptongo. Dice: pueda... en su; léase: puede... en un. Dice: al representar; léase: de representar. Dice: Magio de Silvá; Léase: Plagio de Salvá. Y no hay más, que yo recuerde.

Por meterse el Sr. Agius donde no le llamaba nadie, escribo, á su salud, este palique.

Un señor Canals había escrito «se precisa hacer, etc.», y yo le corregí el *se precisa*, que, en efecto, no es castellano. Había yo escrito «les echa la culpa á Vico y á la Guerrero», y el Sr. Canals me corrigió á mí, diciendo que sobraba el *les*; á lo que yo repliqué que no sobraba tal.

Pues bueno; el Sr. Agius sale á la defensa de Canals, y ¡de qué manera! Van Vds. á ver.

Yo había escrito que en español, hoy por hoy, *se puede decir* les echa la culpa á ustedes, *mejor que echa la culpa á ustedes*. ¿Qué quiere decir aquí *mejor*? Que también se puede decir *echa la culpa á ustedes*. De modo que sobre la erudición (edición Rivadeneyra) con que me abruma el Sr. Agius, citando ejemplos de autores *primitivos*, en que se prescinde del *les*. Si yo hubiera dicho que no se podía usar esa frase sin el *les*, todas esas citas vendrían á cuento; pero ¡cómo no, morena! No es gramática *constituyente*, Sr. Agius, el dejar el *les*, pero sí es gramática *constituyente* la pretensión de Vd., de que debe dejarse. El mismo Agius reconoce que los autores cuya autoridad invoca unas veces usan el *les* y otras no (y si no *les*, otro pronombre, equivalente para el caso que discutimos). Lo *constituido* es que *se puede emplear* (no que *se tenga* que emplear). ¿Me negará el Sr. Agius que hoy se usa más veces la frase «les echa á ustedes la culpa» que la de «echa á ustedes la culpa»? Pues lo mejor es hablar como todos, cuando hablan bien, como en este caso.

Por todo lo dicho, pierdo su fuerza el argumento Aquiles de Agius, que consiste en citar ejemplos tomados de un libro mío, en que no se usan el *le* ó el *les*. ¿Es que los *Cuentos morales*, pregunta Agius, no están en español? Es, digo yo, que he sostenido alguna vez, que no se pudiera prescindir del pronombre. A mí se me corrige por hablar como es lícito, y yo defendiendo este modo mío de hablar; y esto no significa que yo niegue otros modos lícitos también.

Pero, amigo Agius, vamos á hilar más delgado. En las frases que Vd. cita, de mi libro, y en otras de *La Celestina* está mejor, por uso natural y corriente, prescindir del *les*. ¿O es que cree Agius que no ha de mediar para nada la oportunidad, el buen gusto, el giro natural, en estas cosas?

«No debo á nadie, á nadie» escribía yo. Y está bien. Y no estaría mejor, sería otra cosa: «No le debo nada á nadie». Habrá casos, según lo que se quiera dar á entender, en que sea mejor decir así eso; y otras veces será mejor decirlo como yo lo dije. ¿Qué culpa tengo yo de que el Sr. Agius, absolutamente nulo artista del lenguaje, pioapiedrero de la gramática elemental, no entienda de matices? Recuerde lo que le decía en mi anterior palique. El Sr. Agius es un gramático de primeras letras.

Otra cosa. ¿Cree ese señor que se puede hoy hablar, en todo y por todo, como hablan en *La Celestina*? Algunas de las frases que él cita, hoy no se usan en igual forma. «Querías... dejar á mí triste por alegrar á él». Pues no, señor mío, hoy no se dice así, nadie lo dice así; *dejar á mí triste* es hoy *dejarle á mí triste*, *alegrar á él*, *alegrarle á él*. ¿Se atreve el Sr. Agius á sostener que hoy *se puede decir alegrar á él*? No, no lo dice nadie. Luego la proposición de Agius de que *se oueloa á decir* es gramática *constituyente*. Como sería política *constituyente* volver á regirnos en derecho público por la partida segunda del Rey Sabio. ¿Si D. Carlos viene con su absolutismo, el derecho (!) que nos dé no será *constituyente*... aunque esté tomado de... *La Celestina*? — En esta lee el Sr. Agius: «Si á ti place». Pues tampoco eso es hoy castellano. Es modo arcaico de decir. Lo diremos cuando mande Mella en la gramática, ayudado por Agius, síndico de la Academia ¿No está claro como el agua que es *constituyente* una gramática arcaica?

Y dice Agius: «... Como á ello no se me oblique ó *precise* (que en castellano es lo mismo, aunque otra cosa diga Clarín).

Clarín no ha dicho nada en contrario (pero lo va á decir ahora), y se ha limitado á sostener que *se precisa*, y aún *precisa*, sin *se*, no es español si se usan por «es necesario, es menester, es preciso». — Me he explicado mal. *Se precisa*, no es castellano nunca, no hay tal verbo. Y esto es lo que yo censuré, Sr. Agius. ¿Se atreve Agius á defender el verbo *precisarse*, que es lo que yo critiqué? Pues entonces ¿para qué se mete en camisa de once varas? *Precisar*, si es castellano, pero no en vez de «ser necesario, ser menester, ser preciso». *Precisa*, usado como impersonal, no es castellano. De modo que el señor Agius, sale por peteneras al defender al Sr. Canals.

Es menester que vayas, está bien. «Precisa que vayas», está mal. «Juan precisó á Pedro á romper el sobre». Está bien. Pero ¿qué tiene que ver eso? Ahí precisar, no está como reflexivo, ni como impersonal; ni en vez de ser menester, ser preciso. Luego el Sr. Agius, se puso... fuera del tiesto.

«Como á ello no se me precise», está bien. Pero ahí precisa, no significa ser menester, necesario, preciso, si no... eso, precisar. Obligar, tampoco, aunque el diccionario académico así lo entiende. Por supuesto, que esta cuestión, nada tiene que ver con mi pleito, pues yo no había hablado de obligar; pero ya que Agius trae esto á colación, hablemos de ello.

La obligación y la necesidad, no son lo mismo. La obligación, supone libertad, y la necesidad la niega. (Entendiendo por libertad, como se suele, la de libre albedrío.) Está obligado el que tiene libertad, para hacer por sí; se *se precisa*, el que no puede menos de hacer. «El padre cogió al niño la mano, y le hizo escribir», se dice. Diciendo y le obligó á escribir, no se emplea bien el verbo; á no ser si se entiende en un sentido, que sólo conserva en la acepción material de origen etimológico. En sentido jurídico, el propio de la obligación, (y moral por supuesto), que es como el verbo obligar, principalmente se emplea, nada tienen que ver obligar y precisar. Obliga un deber, precisa la fuerza, la necesidad. *Es preciso* (no *precisar*, ni *precisarse*) es lo mismo que *es necesario*. *Es obligatorio*, es cosa muy distinta. Otra cosa es, que, en sentido traslativo, llamemos á la obligación necesidad moral. Pero sin libertad, no hay obligación. Y hasta de metafísica gramatical, y sobra; porque repito, que no se trataba de obligar y precisar, si no de *se precisa y precisa*, por ser menester, ser preciso.

Si el Sr. Agius no es de capirote, y es sincero, tendrá que confesar... lo del tiesto. *Se precisa*, como diría Canals.

¡Y qué triunfante se presenta Agius, fundando su afán de suprimir los medios expletivos que dan

fuerza y flexibilidad á la lengua, nada menos que el testimonio de la Academia, en su gramática. Dice que él aboga por la observancia de lo que ordena la Academia, y se atiene á lo que ésta escribe acerca del pleonismo.

Yo también me atengo. Si sobra el *les* de marra con mayor motivo sobra en *yo lo sé por mis propios ojos*, lo de *mis propios ojos*. Bastaba lo de *yo lo sé* Y sin embargo la Academia reconoce que aunque este pleonismo viene á decir dos veces lo mismo, *se añaden aquellas palabras para dar más nervio y eficacia á la expresión*. Subir arriba, bajar á bajo, pleonismos son, y la Academia los admite, porque el uso aprueba y aun, á veces reclama este género de pleonismos. ¿Lo ve el Sr. Agius? La Academia está conmigo. (Pág. 272.) (Edición de 1880.)

Por último; el Sr. Agius cree que no debe emplearse el lenguaje *figurado* sino á más no poder. Es como si dijéramos que no se debe comer trufas sino á falta de pan seco. ¡El lenguaje *figurado*! ¿Y cuál es el otro lenguaje? Será el *desfigurado*... Sí, y tan *desfigurado*. Sepa el Sr. Agius que el lenguaje *natural* es el *figurado*, el que en efecto se emplea, el que responde á la conciencia total, el que expresa nuestra idea, nuestra voluntad, nuestros afectos, nuestras sensaciones, la pasión, el temperamento, etcétera, etc. Ese es el único lenguaje *real*. El otro, el abstracto, el aparentemente lógico es... para los maestros de escuela. Apuesto á que el Sr. Agius todavía llama *licencias* á las maneras *figuradas*... y espontáneas, naturales de decir.

También los clásicos *ordenan* el latín y convierten la *natural* manera sintética del hiperbatón de las lenguas muertas clásicas en un *falso* orden lógico ó analítico.

El Sr. Agius será de los que *ordenan* á Cicerón y á Virgilio.

Lo dicho: Maestro de escuela... incompleta.

CLARÍN.



No creo que nadie cuando así me ven con esta figura y esta distinción, piense, que ha dos meses, vine de mi aldea que está á media legua de Villamelón.

PALIQUE

Para las agencias telegráficas y para los instantáneos de la prensa, Zola ha dejado de ser una *actualidad*; pero no así para los que distinguen entre la multitud de los hechos que se acumulan para formar, como arenas, las dunas del olvido, los que merecen atención, porque son significativos. Y tampoco olvidaría tan pronto a Zola los que saben dolerse del mal ajeno; pues justamente—es decir, injustamente,—ahora es cuando Cristo empieza a padecer.

Para los que saben sentir y para los que saben pensar, escribo estos paliques en que insisto en acordarme de Zola.

Después del *crucifical*, *crucifical*, viene, necesariamente, lo que llamaba el del *cuarto de la cruz*. Si ya tenemos la inscripción sarcástica: J. N. R. J. Gerardo Aza, hermano de Vidal, me envía desde París, a título de triste curiosidad, un documento que allí ha circulado mucho. Es la escuela de defunción de Zola con su cruz a la cabeza y la orla de luto. Y bajo la cruz, una porción de infamia, de insultos y ofensas en que el miserable escritor anónimo se burla de Zola condenado, y le tacha de pornógrafo con frases indecorosas.

Esto último me recuerda a cierto popular novelista español, que tenía una boca como una guindilla, el cual se quejaba del naturalismo de Zola en el Ateneo, en los pasillos, y esmaltaba sus censuras con las frases más tabernarias y con blasfemias atroces. Defendía los fueros del pudor invocando los símbolos más pudorosos; rompía lanzas por la moral sobre el cuerpo de Cristo.

✱

En España, donde los jóvenes no acaban de hacer la proyectada manifestación en favor de Zola, no falta quien le haya puesto también una *puja*, estilo Longinos.

El Sr. Bremón es el aludido. Antes de ser Zola condenado, Bremón ya le tiró algunas chinillas; y ahora que Zola ya está condenado ¡oh! lo que es ahora... Bremón le trata como si fuera la mujer adúltera; a pedrada limpia.

No admiro a Bremón, pero me lo explico. No es de su valor cívico de lo que hace aquí alarde, sino de su lógica, de la firmeza de sus convicciones.

Bremón profesa la teoría, que ya expuso varias veces con delectación morosa, de que la mejor ocasión para maltratar a los autores, es la de su muerte; la de los autores. Porque entonces, dice, ya no se les da un disgusto.

Bremón, por lo visto, da por muerto a Zola (como los de la escuela de defunción) y le da la gran lanzada.

Bremón será cualquier cosa menos inconsecuente. Y nótese que las lanzadas de Bremón son puro dilettantismo. Porque Zola, naturalmente, no se entera.

Zola, en París, nos pinta la *parte mala* de la prensa moderna es aquella escandalosa y reaccionaria *Voix du peuple*, que se alimenta del aire de la columna, creando todas las mañanas un Pancha-tantré, unas *Mit* y unas *noches* de horrores, crímenes y vergüenzas.

Hay quien crea por esos mundos (a España no ha llegado en todo su horror el *Febre*) que entre los caracteres del periodista moderno debe estar la infidelidad entre la verdad y la mentira... «Columnia, que algún lector queda», parece ser la consigna.

Ya en tiempos en que Mupassant escribía *Bel-Ami*, esta gangrena periodística empezaba a hacer estragos. El que haya leído los cuadros en que el malogrado novelista nos pinta aquella redacción de periódico parisienno, hará poco caso de los *conflicto* que ora todos los días cierta parte de la prensa neoyorkina.

Con qué franqueza inventan por allí decisiones gubernamentales, declaraciones de ministros, conferencias ilusorias con altos personajes!

Ahora le ha tocado la vez al Papa. Ni el Vaticano de Cristo se libra de la entrevista... *an-cris*.

Si, apócrifa puede decirse; porque falsificar la palabra es como falsificar la letra, como robar la firma.

A un corresponsal del *New York Herald* le dijo Rampolla, de parte del Papa... ¡mentira, todo mentira!

Si, mentira... pero muy inodernista. Periodismo fin-de... vergüenza.

✱

Pocos días ha, en *El País* (bien lo sepa), un señor Las Heras escribía que el señor Martínez Ruiz, redactor de *El Progreso*, había pedido un duro prestado, y le había dado un artículo, sin firma, en que se hablaba... ¡ay mal de Clarín, mi amigo de Martínez Ruiz! ¿Cómo hace usted esto?—preguntó Las Heras a Martínez Ruiz.—Y éste de contestar como diría Ladewezé,—¿Qué quiero usted?—yo se usa mucho en París. Con mi firma se habla bien de Clarín, mi amigo, y si firma puedo escribir maltratándole.

Ricardo Martínez Ruiz... ¡Pícaro...! sino fuera el Monseñor Rampolla (¡pícaro monseñor!) de esta entrevista imaginaria.

El Sr. Las Heras no conoce siquiera a Martínez Ruiz. No es verdad lo del duro, ni lo del artículo, ni nada de lo dicho.

¿Que cómo lo sé yo? Verán ustedes.

El Sr. Las Heras decía en su artículo de *El País* que tenía a disposición de Clarín las *cuartillas* de Martínez Ruiz.

Clarín comisionó al distinguido literato señor Gómez Carrillo (modernista también, pero de otra manera) para que recogiese las cuartillas que Las Heras quería entregar.

Y el Sr. Gómez Carrillo escribe a Clarín y le autoriza para decirle en público, que el señor Las Heras le ha declarado que no hay tal artículo, ni por consiguiente tales cuartillas, que Martínez Ruiz no le habló nunca, que todo ha sido pura invención de la fecunda fantasía del Sr. Las Heras.

No crea el Sr. Las Heras que le racrimina. Ni soy su juez, ni su confesor. Tal vez todo eso es un simbolismo literario nuevo.

Tal vez todo un sistema filosófico.

En un filósofo muy formal, muy ilustrado, ya días pasados que la verdad es para creación de la inteligencia, infinita por voluntad; que es verdad lo que cada cual quiere que lo sea.

Ya muchos siglos antes de que Cristo muriese por la verdad, decía Protágoras: *antrópou mentras panón*, el hombre es la medida de todo; para cada cual es verdad lo que él cree.

El Sr. Las Heras será de la secta. Opinara que verdad y no verdad son indiferentes.

Pero le ruego que para otra vez... avise

CLARÍN

Y ahora le lanzaré a la nada del olvido por los siglos de los siglos.

gracia que estabas.

—¿Y eso? ¿No te dio gusto, como se dice. Pero además, *has* la gramática de la Academia, nos asegura que la proposición por,rige todos los adverbios de tiempo, menos ya,y todos los de modo, menos así,y ésta es una expresión, como expresión adverbial (p. 232).

—¡Pero no me gusta! ¡Me da asco!

—¿Por qué? ¿Cabe un modo en el tiempo o sea de regir por...? No po. No es este acómular des proposiciones indebidamente, pues el de, en de pronto, ya forma parte de la expresión adverbial, aunque no se haya incorporado *a pronto*, como en *déjalo*. Por lo pronto, déjalo.

—Y vuelve a lo de las matices. El carácter de veras, artista, Sr. Aguir, no dirá por el pronto, cuando quiera decir lo que yo le decía a usted. Como tampoco dirá sentimentalmente por sensibilidad, como Aguir me está diciendo.

—¿Y si yo digo: "Soy un buen sentido, sensibilidad"; no ¿qué ha de ser sensibilidad galicismo? Si los franceses crearon la palabra antes que nosotros, no es motivo eos para que nosotros, centando con elementos muy castillos, sensible y la terminación ri, dejemos de usarlo naturalmente. Hay muchos fallos, réplicas de suseraciones.

Pero, volviendo a *por de pronto*; aunque consideremos el *de* como preposición separada de *pronto*, la Academia declara en la pág. 234 de su gramática, que *por* es de las preposiciones que pueden ir con otras, y dice: *por así, por bajo, por na. ¿Lo quiero más claro Agius?*

Se refiere a Agnès a otras ocasiones en que me invitó a discutir con él. ¡Pero como yo no me enteré! ¿A Vd. se le figura que yo puedo perder el tiempo en leerlo? Vd. Esto de ahora es una broma pasajera, un despidiérnase de minutos, por el cual bastante me remuere la conciencia. Es un vicio que tengo, esta debilidad do pararme a veces A dispartir con Agnès por el esello; como tengo el síco del ajedrez. Pero yo sé que está mal hecho. Si Agnès leyó lo que tengo dicho respecto de los *fornicatos*, recordará que he negado siempre toda beligerancia. Do ves en cuando, cuso palios y a casa. Pero esa filología de escuela abito, no merece discusión.

Ni una palabra replica Agius á mis argumentos fundados en la incertidumbre y en los defectos de pronunciación. Pero dejó esto de la ortografía fonética, que es causa ya sentenciada desolivamente.

Agius dice que no sé declinar y que no sé conjugar. Eso tampoco se le va á creer nadie. Y menos si se enteran de que Agius confunde cuestiones de de-

(1) Como Agri: tiene la mala costumbre de no salvar las erratas de mis artículos, tendré que en mi palique señalar a los Mendocinos, por Mendocinos; a nado, por nada; orochi, por orochi; prenia, por prenia; chidias, por chidias, etc., etc.

En escritos de persona que dió su opinión sobre el particular, cuando se vea un *lo* que contradice su opinión debe creerse que la *a* no es suya, sino de la imprenta. Lo mismo dió respecto de la ortografía contradictoria que Agüis encuentra en mis libros. ¡Claro! Yo escribo oculto y los callistas, á veces, ponen oscuro. Ya me ha sucedido verme escribir *armonía con a*, en un artículo en que yo me barbas de ese aspricho de resultar la *h* de armonía. ¿Cree Agüis que yo soy un *incompleto* ó un corrector de pruebas?

Pero, además, suponiendo que yo emplease el *la* por *le*, ¿por qué supongo Agües que sólo que se trata de un dativo y lo llamo *tal*? ¿No podría suceder que yo creyese que era acusativo? Pudo mi supuesto error estar en el régimen, mal entendido por mí, y no en la declinación, que es cosa más llana. Si en un escrito de un estudiante de latín ve Agües un *dominus*

Pongo por testigos a todos los buenos españoles de que se puede decir: ¡Si lo tocabas, y si le tocas, y si lo tocaras. ¡Acércid a la Virgen que si sanaba sus madre..., etc. ¿Está uso mal? Yo le apuesto mil duros a Águs! a que la Academia en pleno declara que está bien lo que él me corrige. Vea, si quiere, lo que dice la gramática oficial en las páginas 253, 255.

Resumen: el Sr. Agius, ¿se hace el tonto?
¿O es su desgracia mayor?
Adiós, incompleto, *fontico*. Hasta el valle de
Josafat.

Ayuntamiento de Madrid. CLARIN.

554 Madrid Cómico
(Madrid), n. 787, 19 marzo, 1898

PALIQUE

No me atrevo á decir que creo que no va á haber guerra; porque tengo tan mala mano para profeta, que basta que yo opine que no la habrá, para que la haya. Soy un optimista atroz en punto á desgracias; no hay enfermo querido á quien yo oca grave, y ellos se mueren y se mueren...

Lo racional sería que no hubiese guerra; pero, ¿quién se fia de lo racional? También sería racional que se aclarase de una vez eso de Montjuich, y no se solara. Y sería también racional que Cascajares y demás pastores lamentasen, como lamentan otras cosas, que no se averiguara pronto si en país tan cristiano como el nuestro se habían cometido crueldades y horrores como los denunciados por los que afirman que á los presuntos anarquistas se les dió tormento. Sería racional, pero no real.

Hecel decía que lo real es racional, pero estaba equivocado; y aún que lo diga el teatro libre de D'Ayot, que ya es un hecho. Por cierto que he leído que mi buen amigo el notable actor Enrique Sánchez de León sería director del teatro que sacó D'Ayot de su imponderable cabeza.

Si es broma, puede pasar; no, y aunque sea broma no puede pasar.

¿Está dispuesto Sánchez de León á representar los 80 dramas libres del Sr. D'Ayot? No lo creeré. ¿Sabe Sánchez de León cómo las gasta D'Ayot? ¿Sabe que es un reformista terrible, un genio de la destrucción literaria, y lo que es más horroroso, de la consiguiente reconstrucción?

No; no teque Sánchez de León el teatro en libertad. Dinamita para.

Si quiere representar una cosa muy graciosa, y libre de todo freno gramatical y dialéctico, represente, por vía de monólogo, el último parto literario del famoso Dr. Pulido, el cual escribe acerca de la higiene de la inteligencia, con notorio desinterés.

Se trata de un comentario muy malo de un libro excelente. Lo es en efecto, y aun excelentísimo el «Ensayo de una higiene de la inteligencia» que acaba de publicar el Dr. Matisca.

Este reñor ha hecho un libro muy ameno, y muy útil para los que tenemos que sacar los garbanos del estómago, para volver á meterlos. Quiero decir, para los que leyendo leyendo y escribiendo sin fin, á costa del estómago, que se pierde, ganamos los garbanos que después el estómago se niega á digerir.

Comprendo un organista escandaloso; pero un organista ¿por qué?

«Es una tentativa en algunos puntos ilusa.»

Eso sí que es escandaloso; ¡tentativas ilusas!

¡Qué tiempos, qué costumbres!

«Sin duda que la modificación de los estados del ánimo, y los analépticos reparadores es una cándida ilusión...»

¿Qué es eso de *es una?* son tres, por lo menos: la modificación, una, y los analépticos dos, por lo menos; luego, dos y una tres.

Por último:

gerir. El Sr. Matisca domina el asunto, y no sólo demuestra erudición grande y bien asimilada en cuanto fisiólogo, sino en cuanto literato y filósofo. El Sr. Matisca escribe bien, sin pretensiones, es siempre claro y ameno; convence y encanta. En fin, yo hablaré más, en otra parte, de su importante libro.

¡Eso no es mió! gritará Pulido.

Ya lo creo que no. Para sí lo quisiera.

Y ahora vamos á Pulido, que diserta como Bartolo, el médico á palos.

Y empieza Bartolo: (El Liberal. Núm. 6.740.)

«Causa verdadero asombro fijar la atención en lo que han prosperado, desde hace muy pocos lustros, los estudios acerca de la higiene.»

Fije Pulido la atención, y verá que no ha dicho lo que quería. Lo que quería decir era que causaban asombro los progresos de la higiene. Y lo que dico es que causa asombro fijar la atención.

«Prevenir, no curar», he aquí el grito extortíose que se escuchó...

Eso de *no curar*, ya lo han hecho los médicos (de todos los siglos, sin dar gritos extortíoseos.

«...se han de registrar con el conocimiento de los misteriosos fenómenos y de las complicadas y complejas (dos albardas) causas de la vida, las múltiples influencias en que estriba la enfermedad, y constituto el *quid inatum* de la existencia y de la muerte.»

Bartolo puro. Eso no se entiende; pero si no entendiera, querría decir, que la existencia influye en la muerte y la muerte en la existencia.

«...lo que hay de más castífico, de más impenetrable y encierra las más confusas y desconocidas funciones, con todo de ser siempre lo más perseguido, lo más trabajado y lo más excelso de la sabiduría, es á saber, la inteligencia humana.»

¿Qué ha de ser á saber! ¿Cómo ha de ser la inteligencia lo más excelso y lo más perseguido y lo más castífico, y lo más confuso de la sabiduría? La inteligencia no es de la sabiduría. Al revés, la sabiduría es de la inteligencia.

¿Y qué me dicen Vds. de esas funciones confusas de la inteligencia?

El confuso es Vd., doctor. ¿Cree Vd. que las funciones naturales son confusas, porque Vd. no las comprenda?

«Aunque para muchos adolezca de escandalosamente organista.»

«...esta falta de coagulación en la lengua le causan ciertos humores que nosotros llamamos humores, acres, prodivos, espontáneos y corrompentes.»

¡Eso no es mió! gritará Pulido.

Ya lo creo que no. Para sí lo quisiera.

Como que es de Moratin.

De modo que con escritores como Pulido, podrá no haber guerra, pero tampoco hay paz.

A lo menos para la caótica inteligencia.

CLARÍN.

PALIQUE

Un crítico español censura á Zola, porque tal personaje de *París*, no es precisamente Mr. Tal ó Mme. Cual.

Y decide el crítico, que eso es feo; no es arte. De modo, que la novela debe ser libelo ó no debe ser.

Va á llegar día en que la crítica modernísima, que pido *actos*, no mera y fomenil literatura, exija que el autor asesine, efectivamente, á todas las malas personas á quienes aluda en su novela.

Con este ideal ya empieza á cumplir *La Revista de revistas*, inglesa; la cual, separándose del crítico español, en el socialista Mege de *París*, no ve rasgos de Jaurés y de Guesde, sino á Guesde sólo en persona.

Y menos mal que de Mege, no dice Zola nada injurioso.

Pero *La Revista de revistas*, inglesa, también ha descubierto el original do *Si'iana*.

Y en efecto, publica su retrato.

Y como Zola... se lo llama á Silvana (catin)... resulta que *La Revista*, se lo llama á la actriz cuya fotografía nos enseña.

La crítica de principio de siglo, va á estar en manos del cuerpo fiscal... y de la polloía secreta.

¿No podría la *Revista de revistas* mandarme á mí un retrato de un señor *Incógnitus*, que le pone un prólogo á cierto libro de versos, reciente, titulado «*Lonananzas*»? Así podríamos por acá saber á quién no habría que enargar prólogos, ni epílogos, creo yo.

Empieza *Incógnitus*... «las nostalgias consoladoras». Lo mismo pudo decir... las *neuralgias consoladoras*...

Incógnitus ve la gente salir de misa y se enternece. Y se va á su casa y... «entré en mi despacho, cerré la puerta, miré por los cristales la multitud gozosa...»

Muy romántico, pero cierra la puerta. ¡Ah, burgués!

«Amor, sí. Porque en los días penosos, amor levanta.»

No son esos días del amor los más penosos.

Otros tiene peores.

«Aman porque viven, y viven... por eso... porque aman.»

Yo creo que uno ú otro... ó nada, pero las dos cosas no puede ser.

La verdad es que se vive... porque otros han amado, en días penosos.

A propósito, y perdón *Incógnitus* si lo interrumpo. Recibo una... poesía, como si dijéramos, tan verde como patriótica.

La primer... estrofa la pongo, parte de ella, en rima de consonantes, porque aunque yo no la entiendo, debe de ser una heroica atrocidad.

CANTARES-ESFEROIDES
(PRO PATRIA)

El caballo de Santiago,
on dos depósitos grandes,
le.e.o.ue.a.á.e.e.c.
e.u.o.o.o.á los yankees.

—Qué fué primero?

La gallina ó el buevo?

—Pregunta peregrinal

¡Para el yankee primero la gallina!

«Si estalló de dentro á fuera,
si estalló de fuera á dentro!»
Lo quo va á estallar ahora
les va á entrar hasta los buevos.

COLÓN.

Perdóneme el ilustre almirante, pero no puedo hacerlo solidario ni del espíritu, ni de la letra mucho menos.

«Con toda la pujanza de mis sinceridades... continúa diciendo *Incógnitus*.

Prefiero la pujanza y la sinceridad, en singular, de Colón. La sinceridad no hace falta tenerla en plural, como otras cosas que sabe Colón.

En cuanto al poeta con quien *Incógnitus* contrae parentesco espiritual, mediante el prólogo; en cuanto al poeta...

Je ne saurais
pour un empire
vous le nommer.

Merece consideraciones por la modestia que muestra desde los primeros renglones.

Yo soy aquel (*Incógnitus*, no)

que un día
cruzó los mares
gimiendo bajo el peso
de los dolores,
colmado su amargura
con mis cantares.

Quien canta, su mal espanta; y este señor confiesa que sus cantares tienen tan mala sombra, que con ellos colma la amargura de sus dolores.

Es el colmo.

Y dice el desgraciado...
era la noche
de aquella tarde...

¡Infeliz! Hasta la noche se le echa encima antes que á los demás. Para él la tarde tiene noche. Que es como si Camposamor tuviera Carulla. A propósito:

LAS TRAGEDIAS D'AYOT

¡D'Ayot es largo,
la vida es breve!
Conque, hazte el cargo:
nadie lo bebe.

No quisiera ser Bremón
por todo el oro del mundo,
á no estar éste compuesto
de ciegos y sordo mudos.

UN REPENTISTA

Don Nuño empezó un poema;
Lo eterno lo fué á llamar...
y cuando lo concluyó...
ya no era de actualidad.

CLARÍN

PALIQUE

Hace tiempo escribí yo en *El Imparcial* un artículo titulado *Gente noisima*, y entre los escritores jóvenes que elogiaba en él, estaba Juan Ochoa. No faltó quien se riera de mi gente noisima; ni quien, tomando á Ochoa por otro, creyese que se trataba de un brigadier retirado lleno de achaques...

Ochoa, que es joven, muy joven, acaba de publicar, en la muy acreditada biblioteca de Gill, de Barcelona, una novela corta titulada *Un alma de Dios*. La novela se distingue ante todo por el arte de proporción y equilibrio, por la naturalidad y sencillez; y esto que se lo he dicho yo al autor el primer día que le vi después de leer su libro, viene á ser confirmado por autoridad infinitamente superior á la mía.

Lean ustedes:

Santander 2 de Abril 98.

Sr. D. LEOPOLDO ALAS.

Mi querido amigo y compañero: su carta del 29 me cogió casi con la pluma en la mano para cumplir el encargo que Vd. me hacía al pie de la inmediata dedicatoria puesta por el Sr. Ochoa en el ejemplar que tuvo la bondad de regalarme de su novela *Un alma de Dios*. Vaya, pues, ante todo, lo que pensaba decir á este propósito.

Más gusta el libro de punta á cabo, así como sueña, porque está escrito con talento, con gracia y con arte. Es más difícil de lo que parece tomar la dosis justa de cada ingrediente que entra en el amasijo de una obra literaria; y esta dificultad aparece venida sin esfuerzo en *Un alma de Dios*, resultando así un cuadro compuesto con rara discreción y delicadamente entonado; méritos que no abundan en las obras por el estilo. Creo por esta brillante muestra que el Sr. Ochoa, con algunos otros, muy contados, de quienes tengo noticias por sus obras, puede ir muy lejos, como ahora se dice, por el camino que ha emprendido, si no se deja llevar de malas compañías ni de tentaciones del demonio. Tal es mi parecer, mundo y lirondo, dejándome de escarpelos, finuras y microscopios, que rara vez son de justicia y nunca de necesidad en el examen de las obras de arte; y, en consecuencia con él, envío al Sr. Ochoa, por conducto de Vd., un cordialísimo aplauso por su novela y un millón de gracias por su regalo... Siempre de Vd... y amigo devotísimo,

J. M. DE PEREDA.

Ya lo han visto Vds.; á Pereda, el maestro de maestros, le gusta la novela de Ochoa, todo eso que acaban de leer.

Ahora, cuando yo elogie *Un alma de Dios*, no diga la malicia que es por salir con la mía, y por acreditarme de buen citador.—Confirmar la opinión de no Pereda nunca será una temeridad crítica.

Tomás Carretero, también noisimo, y listo como un rayo... aunque no pronuncia (es un hombre por escrito; no es oral) ha dicho aquí, espontáneamente, su opinión acerca de *Un alma de Dios*, coincidiendo con Pereda.

La prensa catalana, donde Ochoa no tiene amigos ni conocidos, también alaba el libro.

Y Gedeón, que suele pegar palo de ciego, reconoce el mérito de la novela de mi querido compañero.

Y otros críticos, si son justos, irán diciendo algo por el estilo.

Yo sólo digo esto á Ochoa, para concluir: mi en-

horabuena por la enorabuena del Pereda único.

Algo de historia se titula un poema que recibí procedente de Sevilla.

No es obra de uno de esos periodistas en cuarto prolongado que, con motivo de la guerra de Cuba, nos suelen contar la historia de América, y después dicen muy frescos que en América no hay historiadores. ¡Claro, los fusilan ustedes!

Algo de historia es cosa original y en verso de doña María del Buen Suceso Pedrero. Lo doña Pedrero está bien, pero en vez de Buen Suceso debió decir: María del Mal Éxito, ó del mal parto, como si dijéramos.

Después de las hazañas de Alarico celebrábase concilios en Toledo y aparece tan grande aquí Eurico antes de convertirse Recaredo.

Tenemos al monarca Amalarico y digno de mención á Teodoro y á Egica, y á Witiza y á Rodrigo, y callo á los demás, porque no sigo.

Si sigue Vd.; y llega hasta Narváez

«Acaso fué intranquila la Regencia, pues le acometen mil conspiraciones; el ilustre caudillo con su ausencia calma algún tanto las excitaciones.

Hombre de acción el duque de Valencia sofoca y vence las perturbaciones; de indoles diversas y tendencias por siempre han de surgir inconveniencias...

¡Saludo á Elio y Caliope, en una pieza!

¡Así se escribe la Historia!

Ya lo ve Carulla; á todo hay quien gane.

Ya lo ve D'Ayot; á un reformista otro mayor.

Bien dice doña María del Buen Suceso:

¡Todo medido está; cuán diferente; y cómo progresamos con los años!

Si, señor, sí. Y además se le quitan á uno años de encima leyendo versos así.

Más feminismo:

Una demagoga, escribiendo contra el Sr. Sanz Escartin, dice que ya sabe que es una temeridad ponerse en frente de un miembro de la Academia de Ciencias morales, pero que ella se pone.

¡Claro, como son morales! Pero ¡si fueran exactas!

El clero catedral ya ha empezado á pedirle á Dios, en canto llano, que haga á los yankees todo el daño que pueda.

Se dice que el Sr. Cos ha recibido un *celigrama* concebido en estos términos: «Respecto á la mayoría de los yankees, no hay inconveniente, porque son herejes; pero á los once millones de católicos que hay en los Estados Unidos ¿los escabecho también?»

El alto clero ¿ha leído las tragedias clásicas de los griegos? ¿No le parece que un sacerdote cristiano no debe parodiar á Esquilo ni á Sófocles? ¿Les parece bien á los obispos semejarse tanto á los grandes sacerdotes de Norma, Aida y la Africana?

Señores, ¿somos sucesores de los Apóstoles ó de los cantantes?

CLARÍN.

PALIQUE

Andan por ahí muchos que creen que en las relaciones con las Potencias europeas el Gobierno puede aplicar una política inspirada en la Marcha de Cádiz.

La política internacional no es zarzuela, es ópera seria; y las naciones extranjeras no pueden pasar por eso de que sólo unos cuantos españoles que alborotan mucho sepan lo que es el verdadero honor, y cuando un ejército queda y no queda deshonrado.

No estaría bien ahora insultar á Rusia, Inglaterra, Alemania, Italia, Austria y Francia, de una vez, suponiendo que ellas no entienden de puntillo de honra, ó que nos proponen cosas que ellos saben que son bochornosas.

Ya sé yo que no falta por acá quien se atreva con las seis Potencias, y con todas las demás *tinieblas* que se pongan por delante; pero el Gobierno es el menos llamado á representar el papel de Ca-tacismo.

No hay para qué liarse la manta á la cabeza, como quieren algunos que esperan salvar el país á fuerza de jota aragonesa.

Lo que sobran son llos, y la cabeza hay que tenerla muy despejada.

Da vergüenza oír á muchos, que han discurrido para la solución del problema antillano un golpe de efecto, un final de tercer acto. Dan por hecho que perdemos á Cuba, pero quieren salir de allí de una manera *airosa*, dejando aquello empapado en sangre española... Esta lecura sólo tienen derecho á decir la los que inmediatamente sienten plaza. Los que están seguros de quedarse por acá, y hablan de sacrificar en Cuba milos y miles de españoles, por salir *airosos*, sin esperanza de victoria, son insensatos ó miserables. Si llega el caso, es claro que habrá que luchar en Cuba contra el invasor; pero siempre pensando en la posible victoria, sin renunciar *jamás* á la soberanía, sin pensar *jamás* en un definitivo abandono. De esta manera, todos los sa-

crificios serán racionales; pero, sinó, serían crueles absurdos, cosas del Nerón anónimo é irresponsable que suele bullir entre la plebe. Ahora se habla mucho de la *gallardía* con que tenemos que portarnos. Eso es *gallardo*, eso no es *gallardo*, se dice; y los capitanes Arañas son capaces de sacrificar á toda la juventud española por un sí es no es más de *gallardía*.

De otro modo, que lo esencial es pintarla.

Parece que se trata de una riña de gallos.

¡Pobre país si cayera en manos de un gobierno que se dejara llevar por esa pseudo-opinión, que desprecia la sangre y la hacienda... ajenas, y quiere antes que el bien de la patria, satisfacer sus preocupaciones de falso honor, su romanticismo atávico que convierte en un torneo la vida normal de una nación!

Por fortuna, un gobierno de insensatos y crueles egoístas, no es posible; las personas de sentido recto que puedan llegar á regir el país, aunque fueran de las que ahora se quejan de la prudencia, al verse con la responsabilidad del gobierno, atenderían más al interés real del país y á su decoro verdadero, que á las vociferaciones de un vulgo ignorante; el cual, al pretender que exponíamos por un quitame allá esas pajas, los más caros intereses, sólo tiene por disculpa la escasa imaginación, que no le representa el horror de las desgracias que provoca con sus teatrales intransigencias.

¡Mucho ojo, pueblo inexperto! Mucha prosa de esa patriotería, con que hoy se pretende seducirte, es literatura averiada, procedente de *empeños* líricos, novelescos y dramáticos, fracasados *illo tempore*.

Hay quien hoy nos manda arrojarnos al abismo, para colocar una frase... de un drama que no le quisieron representar.

CLARÍN.

PALIQUE

Continúan algunos bravos compatriotas salvando la patria por el procedimiento, relativamente barato, de romper faroles, escudos americanos y otras cosillas más ó menos simbólicas; y de hacer que la policía y la guardia civil se vean en el triste caso de andar á sablazos con la multitud, precisamente ahora que todos somos unos.

A esos Cídes que no ven manera mejor de contribuir á defender el país que alborotar, provocar conflictos, obligarnos á dar satisfacciones al enemigo, que todavía no lo es oficialmente; á esos Bernabios del Carpio que ayudan al Gobierno separando su atención de lo que á todos importa, no les debiera aplicar, ya que se trata de un *delito nuevo*, como decía Cánovas, una pena nueva; que consistiera en embarcarlos cuanto antes para Cuba, y obligarlos á exponer la vida de veras y á romper algo de provecho, y no vidrios inocentes.

Y esta medida debería aplicarse con el mayor rigor, no á esa pobre muchedumbre, apenas responsable de lo que hace, suggestionada por algunos mentecatos, sino á periodistas de frase en ristre y á diputados grandilocuentes y de tiro rápido.

Quando esto se publique, ya se habrán abierto las Cortes. Quiera Dios que me equivoque, pero mucho me temo que no todos los padres putativos de la patria sepan ni quieran mantenerse en la circunspecta actitud que aconseja la prudencia y hasta el buen gusto. No es de esperar que Romero Robledo y otros escachadiblos parlamentarios se compriman; y han de llover imprudentes desahogos, jactancias antipáticas y otras cosas feas y perjudiciales para el propósito que hoy debo animar á todos los buenos españoles.

Yo, señores, tengo el honor de no creer en el patriotismo de los hombres políticos... y religiosos, poco morales, que hacen de la vida pública, ó de la Iglesia, ó de ambas cosas, una granjería descarada ó hipócrita. No creo que ni ciertos obispos de mitra ni otros obispos de levita, ni políticos aventureros, ni unos parlamentarios, piratas de la tribuna, busquen ante todo el bien de España. La situación para los tales, no es más que lo revuelto que está el río, y ya saben ellos que son pescadores.

El patriotismo es un legítimo sentimiento que en el orden moral ocupa un natural puesto gerárquico en armonía con los demás, supereditado á lo que debe estarlo, superior á lo que importa menos que él. Cuando no es así, es falso, superficial, absorbente; una forma del egoísmo ó un pretexto de la hipocresía. En la prensa estamos viendo hoy que el patriotismo de muchos ó es desproporcionado, arbitrario, inmoral, en suma, ó, lo que es más frecuente, huero, pura declamación, falso, ó interesado hipocresía.

Pues, repito que, en las Cortes, vamos á ver segunda edición de todo eso, pero de efectos peores. No es que el público haga más caso de discursos insustanciales que de artículos de pacotilla; es que

los artículos no tienen valor alguno oficial, mientras que lo que se dice en el Parlamento parece, aunque no sea, voz que más ó menos representa al país. Además, el Gobierno, que no necesita contestar á los Mondragones y Sangreos de los papeles, tiene que perder un tiempo precioso discutiendo con los diputados que van á aprovechar las circunstancias para *hacerla la cama* al ministerio, y con otros fines de igual categoría.

A los tales diputados también debiera embarcarlos para Cuba; á ver si disparaban discursos contra los barcos yankees, y los echaban á pique á fuerza de solecismos sin humo.

Y á ser posible debiera procurarse por todos los medios echar mano á D. Carlos, y llevarlo, de simple recluta, á salvar su España, su patrimonio, en el Terror ó el Furor, en fin, donde hubiera una mija de peligro verdadero.

Porque ya habrán Vds. visto la carta de don Carlos á Mella. Por cierto que este Mella debe ser también de los embarcados, para servir de carne de cañón. Un clásico nos habla de ciertos hombres inútiles para el combate pero que quieren sin embargo acudir á él, para que, por lo menos, en su cuerpo se embuten las armas del enemigo. Pues por eso debe ir Mella á Cuba, para *mellar* las armas del enemigo. Y dejarnos á nosotros en paz. Porque hay algo peor que un Romero Robledo alfonsino (?) y es un Romero Robledo carlista. Que es lo que es Mella.

Pues, como decía, el amo de Mella, Chapa, lo dice, llamándole de tó, por supuesto, que su plan, el de Chapa, es éste: colocar los cañones carlistas detrás del ejército español y disparar por la retaguardia, para hacer que entre en fuego. Es decir, que D. Carlos, que por algo heredó el patriotismo de La Rápita, coloca entre dos fuegos á España y... ¡viva España!

Afortunadamente, D. Carlos tampoco tiene más cañón que la boca. El pobrecillo está mal de recursos. Anda por ahí haciendo vida de *esteta* y claro... gasta en las artes plásticas lo que le dan para restaurar la inquisición y la sopa boba.

Ya lo dice él: «no ofrezco nada á los que se vengán conmigo; á nadie ofrezco mi fortuna; el que me siga lo hará por la gloria». Voz del que clama en el desierto.

Pero ¡qué cursi! es D. Carlos para escribir! Escribe aproximadamente como uno de esos periodistas *nerviosos, pasionales*... y á veces borrachos, que quieren que á España se la lleve la trampa con *gaillardía*... y al son de la marcha de Cádiz.

Y se llama á sí propio D. Carlos «temerario, si se quiere». ¡Qué se ha de querer!

Si fuera Vd., ó si fueras tú, temerario, se hubiera conocido en la guerra civil.

¿D. Carlos temerario? ¡Cál! ¡Temerón!

CLARÍN



A muchos periodistas y políticos de café... y de salón de conferencias, hay que decirles lo que el marido de la señá Rita, en la *Verbena de la Paloma*, le dice a su mujer. Porque esos señores no saben distinguir, en materias de potencias, el palo de copas de la baraja del palo de la escoba.

Se quejan amargamente de la conducta de todas las grandes naciones respecto del conflicto hispanoamericano, y a todos los miden por un rasero, y creen que definitivamente nos tienen olvidados y que la pelota internacional no está en el tejado.

Leyendo con alguna reflexión y asiduidad las revistas de política internacional firmadas por nombrados de estudio, así de Inglaterra como de Francia, Alemania, etc., luego se adquiere, como impresión general, la de que la comenzada guerra entre España y los Estados Unidos es probablemente una introducción nada más de muy complicados conflictos, en que nosotros acaso llegaremos a representar un papel, si no secundario, por las nobles cualidades que todos nos reconocen, de menos importancia material que el de otros pueblos, que en la lucha actual de nuestros intereses no ven ya más que las barbas del vecino llenas de jabón.

El pueblo, por seguro instinto, sin estar muy enterado de pormenores diplomáticos, distingue perfectamente entre potencias y potencias, y en vez de insularlas a todas en montón habla con antipatía de los ingleses, y corre entusiasmado ante la embajada francesa; y de otras cien maneras manifiesta su adhesión, puede decirse su cariño, a la vecina república.

Si España fuera a estas horas, como debiera, a mi ver, una república gubernamental, de orden, reposo, de *ancha base*, nuestra unión con Francia sería probablemente más íntima. Verdad es, dicho sea por vía de paréntesis, que si fuera España república con un nombre-garantía a la cabeza, Castelar suponíamos, acaso nuestras cuestiones con los insurrectos, y aun con los yankees, hubieran tomado sesgo muy diferente.

Pero dejando esto, por ahora, y tomando las cosas como son, aun con monarquía, que hoy por hoy nos representa a todos, la más natural y próxima ayuda debemos esperarla de los franceses. Franceses é Ingleses, pese a la prudencia y a lo mucho que en todos puede el temor de perturbar la paz, están hoy mirándose de reojo y de hecho más próximos a una ruptura que lo pueden estar, por ahora, Francia y Alemania. Sin perjuicio de que sigan en pie los recelos que pueden existir entre la triple y la doble alianza, para las cuestiones que directa ó indirectamente se relacionan con *nuestro pleito*, no hay por qué considerar como opuestas a Rusia y a Francia, a las tres potencias que primero se juntaron; y es evidente que las pretensiones de los *Estados Unidos* pueden obligar a una acción común a todas esas naciones, sobre todo si Inglaterra sale del platonismo atábico de sus simpatías por los yankees.

Lejos, pues, de considerar a todas las potencias por igual indiferentes ante la situación de España, hay que ver en ellas gran diversidad de disposicio-

nes respecto de nosotros. Inglaterra está en contra, está con los yankees. No lo oculta. Ciertamente que periódicos ingleses muy autorizados declaran que no sueñan con alianzas para la lucha presente, porque tienen miras más altas, mejor dicho, más *interesadas*, y porque en esa alianza con Norte América, se encontrarían, dicen ellos, sin más amigos que los yankees y con toda Europa en contra. Pero también es verdad que entre políticos de talla, ingleses y americanos, entre publicistas sajones de la mayor autoridad, la alianza angloamericana se va tomando muy en serio. Henry Norman, escritor de política universal muy leído, dice lo siguiente en la última revista *The Globe and the island*: "Cuanto menos se hable de esa alianza, mejor. Que vendrá tarde ó temprano, no lo dudo, pero el llevarla a cabo no puede ser obra de la pura convicción y del buen deseo. Que hayan de continuar separadas, en relación de antagonismo, las dos ramas de la raza que habla inglés, no cabe pensarlo. Las palabras de Mr. Olney a los estudiantes de Harvard reflejan el ideal de los americanos más inteligentes y el eterno pensamiento de ingleses y escoceses."

¿Y qué fué lo que dijo Olney a los estudiantes? Entre otras cosas esto: "Inglaterra, nuestra más formidable rival, es nuestra natural amiga. Hay un patriotismo de raza como hay un patriotismo de región. (¡Si esto lo quisieran entender y sentir *nuestros* sudamericanos y los de Centro América y los de Méjico!) De la unión de ingleses y norteamericanos nacería la prosperidad de nuestra raza y la de todo el género humano..."

Y el *Post*, de Washington, dice que dos cosas podrían precipitar la alianza angloamericana: el propósito de los poderes europeos de aplastar a los Estados Unidos y el de arruinar la armada inglesa.

En cuanto a Norman, concluye casi con un desafío, porque acaba diciendo que cien millones de hombres que hablan inglés no se dejarán pisotear por los pueblos que hablen ruso, ó alemán, ó francés; y que si estos pueblos, olvidando sus rencores mutuos, se juntasen para arruinar a los ingleses, encontrarían juntos en los mares las estrellas americanas y el pabellón del Imperio británico.

A pesar de todos estos indicios, que parecen probar una general tendencia a la alianza anglo-americana, hechos recientes muy significativos, como las manifestaciones de adhesión popular a España de Londres y de Gibraltar, pueden tomarse como demostración de cierta dualidad de criterio en Inglaterra, respecto de este punto.

Y ni el gobierno ni el pueblo español deben echar en saco roto este singular contraste.

Por estos botones se puede ver que no hacía yo mal en decir que nuestro conflicto es acaso el principio, la primera escena del drama en que han de entrar otros muchos personajes, muy importantes por cierto.

Bueno será, pues, *ir distinguiendo* cuáles serán los probables amigos y quién el enemigo casi seguro.

CLARÍN.

PALIQUE

Bien claro con su voz me lo decía
la sinistra corneja, repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Recordo estos versos de Garcilaso, al leer las lamentaciones de muchos profetas *a posteriori* que nos han salido en la prensa, y sobre todo en las Cortes.

Diputados de rayadillo proponía un romerista que se llamase á los cubanos; pues á esos que tanto chillan y platense les puede llamarlos *sinistras cornejas*; porque si algo pueden adelantarse con sus aurios, es desanimar al pueblo, acobardar á los defensores de la patria, que tanto ánimo necesitan ahora más que nunca. Parece mentira que los que tanto apuro tenían por precipitarnos en la guerra, ahora se quejen tanto y los primeros, y no quieran más guerra, y se hagan materialistas, utilitarios. Querían representar el romántico Hernani (*ó El honor castellano*), pero, por lo visto, no querían más que una representación.

"Si la guerra es el abismo, decían, caigamos en el abismo, pero caigamos con *gallardía*. El desastre, la *débacle*, cosa es que tenemos *descontada*."

Y ahora, estos señores del *descuento* y de la *gallardía*, al verse cabeza abajo... quieren volverse atrás.

"Media enza en hombre apostó
á que en esta enza se salía,
mas cuando en el medio estaba,
tuvo miedo, y se volvió."

Por el abismo abajo vamos; volver arriba es imposible; ese milagro no cabe; lo que es posible, aunque difícil, es caer de pie.

"Hemos jugado poco á la lotería, y no hay manera de que nos devuelvan el dinero. No cabe más que esperar á ver si nos toca algo, aunque no sea el *gordo*."

Todos esos sacrificios á que España estaba dispuesta, ¿se reducían á lo que hemos perdido junto á Cavite?

Mucho, muchísimo, infinito valían las vidas de los héroes muertos en esa especie de pira levantada con madera de barcos por el sacerdote de la incuria nacional, en tremendo sacrificio ante el dios malo de la imprevisión y el dios bueno del pundonor militar. Como murieron heroicamente esos marinos, es claro que con ellos perdimos algunos cientos de nuestros mejores ciudadanos; porque, ¿dónde habrá ciudadanos mejores que los que mueren de esa manera? Por esta parte; la pérdida no se puede medir. Pero materialmente, que es lo que importa para la *conservación de la energía*, ¿qué perdimos? Unos cuantos barcos viejos, que sólo gastos podían ocasionarnos en adelante, ó algún disgusto como el que, en efecto, nos dieron. Por eso, vamos á ver:

¿Para qué sirven los barcos de guerra, sino para batirse? ¿Construiría nadie barcos con los cuales hubiera la seguridad de que nunca había de combatirlos? No. ¿Para qué podían servir esos barcos destruidos? O para gastar, ó para combatir. ¿Era de esperar que tuvieran que combatir con otros barcos viejos, de madera, anticuados como ellos? No. En ningún país que importe algo se llevan al combate ya barcos así. Luego en cualquier otra batalla en que pudieran encontrarse, tendrían que batirse en las condiciones

desventajosas en que lo hicieron. No hay escape; ó no habían de servirnos para nada, ó servirían para darnos un disgusto como el que ya nos dieron.

Y no se ha perdido—á la hora en que esto escribo—nada más que eso. Es bastante lo de los hombres muertos para que lo lamentemos; es poco todo ello para que *juguemos al Sedán*.

Si algunos políticos de mala ley creen llegado el 4 de Septiembre, hay que advertirles que tienen adelantado el calendario.

Todavía hay que exponerse á sufrir mucho más. Nunca he sido de los que querían poner toda la carne en el asador; nunca opiné que el honor nacional pudiera consistir en perder á España, exponer su vida de nación independiente por conservar las colonias; pero sí creo que la conservación de Cuba merece mucho más, pero mucho más de lo que hasta ahora hemos hecho.

Todavía no ha muerto un solo *señorito*. (No llamo *señoritos* á los bravos oficiales, que esos son muy *señoritos* míos, de mi mayor aprecio.)

Todavía no se ha quedado en calzoncillos ningún millonario. Lo que ha hecho el asturiano Argüelles por buenas, hay que hacer que otros lo ejecuten aunque sea á regañadientes.

Por Cuba no hay que *suicidarse*, ¡oh nación española!; pero por Cuba hay que mandar muchos más hombres á la guerra, si hace falta; y hay que mandar los ricos y pobres; y por Cuba hay que hacer contribuir, en impuesto *progresivo limitado*, á los que tienen dinero.

¡Oh, todavía está el rabo por desollar!
Ya sé que á los románticos de la guerra se les han acabado las municiones de la retórica... pero sin retórica, España tiene que seguir resistiendo.

Y llegar así á la hora de las transacciones honrosas con quien las merezca y nos dé garantías de justicia. Con modestia, con humildad cristiana, esa humildad que olvidan nuestros obispos todos los días, llegar al momento de ceder en lo que se pedia para conservar lo principal.

Si llegamos á tal punto después de habernos *sacrificado* todos de veras, no después de haber *sacrificado* á los ya difuntos tan sólo, el mundo entero, el que siente y reflexiona, nos tendrá en mucho, y no medirá nuestro honor por el número de barcos yankees echados á pique, ni por pulgadas de tierra que son nuestra *hacienda*, pero que no son el terruño de Zaragoza, de Covadonga, de Granada; terruño que parece carne de nuestra carne, hueso del gran esqueleto de España, que por emplear en la vida natural, económica y política sus *bienes*, bienes que no hay para que sean siempre *mostreros*, no se deshonra ni se mutila.

Hay cosas que tienen *valor de afección*, como dicen los jurisconsultos, y esas están *fuera del comercio*. Hay otras que valen lo que dan por ellas en el mundo.

Más claro: ¡No darían ustedes una de esas islas de Oceanía, que ni siquiera saben ustedes cómo se llaman, simplemente por el Peñón de Gibraltar?

Pues, si no de ese cambio, del que no se habla ahora, podrá llegar á tratarse de ganar garantías, seguridad, el placer de que no se lleve nada el enemigo, merced á otras combinaciones; en las cuales, lo que yo más temo no es el *deshonor*, que no lo habría, sino la poca habilidad de nuestros Gullones.

CLARÍN.



El bloqueo de Cuba es más aparente que real; pero el bloqueo de las letras, de las *vagas* y *amenas* letras, es más real que aparente.

Los periódicos que pagan y que circulan no tienen sitio para la literatura. El literato no escribe; el literato no cobra. Los toreros, sí; esos continúan matando, sin perjuicio de banderillear; pero es que los toros son artículos de primera necesidad.

¡Los toros! ¿No podrían utilizarse en servicio de la guerra?

¡Cuánta fiera y cuánto valor se desperdicia en la plaza!

¡No habría manera de embarcar todos esos Miras, Veraguis, etc., etc., y soltarlos en los muelles de las ciudades norteamericanas? O si no, llevarlos a Cuba para *echárselos* a los yankees cuando desembarquen de veras, si llegan a desembarcar, que acaso no desembarquen.

Perros, y elefantes, y carros de buyes y otros elementos de guerra por el estilo, nos muestra la historia, usados en la antigüedad.

Y lo que es a los yankees, según se están portando, ha llegado la hora de echarles los perros.

Banderillas de fuego ya les han puesto algunas en Cuba y Puerto Rico; pero ni por esas; no hay quien los saque de la querencia de los barcos.

Tal vez acabemos por tener que sacar los cabestros, ó sean las *potencias*, aunque sea mala comparación, para que se los lleven en paz y en gracia de Dios.

Y el Guerra, y Minto, y Mazzantini y demás, ¿no podrían hacer algo en servicio de las armas españolas?

“¿Quiere V. que lidien a los señores de la cerda?”, dirá algún patriota de esos que ni siquiera consienten en elevar al enemigo a la categoría de jabalí.

No, yo no creo que los yankees sean cerdos; toros, algunos lo serán. En fin, por probar nada se perdía; y, en definitiva, mi opinión es esa, que mandemos a los toros y a los toreros a las Antillas y a Filipinas. Y

más allá de las islas Filipinas,

podríamos enviar a D'Ayot, Carulla, Catalina, Barrantes, armados en rípido y *protégidos* por la Academia. Y si el enemigo nos los cogía, ¿qué? Tendría que soltarlos. Porque, ¿quién declara a Carulla ni a Barrantes *buena presa*? Además, con eso de que-

darnos sin corridas de toros, dábamos gusto a Romero Robledo, que no quiere la competencia de la plaza y el *hemiciclo*.

Romero no quiere más funciones patrióticas que las que él da en el Congreso, hablando del arquitrabe de guerra y marina.

¡Si los yankees, para dejarnos en paz, se contentaran con que les mandásemos a Romero Robledo en cueros, untado de miel, para que lo pusieran al sol!

También quiere Romero que se les, ó se nos devuelva el dinero a los subscriptores de donativos para la guerra. Según él, se debe devolver el dinero porque se ha indisputado el patriotismo, protagonista de la función.

Claro está que lo que Romero Robledo propone es un desatino; pero la verdad es que la gran suscripción nacional está rivalizando en lo lenta con la desaparición de la media luna de Jove y Hevia.

Pero no toda la culpa es de la avaricia.

Mucho se retrasan, no “*por no saber regalar*”, como dijo el otro, sino porque dudan que su dinero, en definitiva, llegue a servir para la defensa de la patria.

Sea como quiera, lo que hace falta es meter mano al dinero de los ricos; hay que freír a contribuciones a los que se han hecho de oro en Cuba, a los que aquí nos ocupan mucha gente y mucho dinero para guardarles la propiedad. Impuesto sobre los indios; confiscación de bienes de los que ocultan propiedad, v. gr., la mucha territorial que se oculta en muchas provincias, en que abundan los *latifundios*... y los *infundios*. Otrosí, impuesto especial y fuerte sobre los títulos de marqués, conde, duque, etc. El marqués que hoy no está en la *Marca*... que pague el lujo de ser marqués a bragas enjutas. El conde que no es *comes*, que no acompaña en la guerra a ningún rey, porque ni *rex* ni *comes* van a la guerra..., que pague el ocio exento de peligros. El duque que no es *dux*, que a nadie conduce a la batalla, que pague la paz en que se queda.

Además, vendría bien y sería de justicia una contribución sobre los discursos inútiles de las Cortes. A todos esos que llenan el *Diario de Sesiones* explicándonos que no se debió perder la batalla de Lérida... hay que cobrarles las lucubraciones estratégicas a tanto la línea.

No ha de ser el literato el único que pague... no cobrando.

CLARIN.

PALIQUE

Los Temístocles de café cada vez creen menos en su descrédito y poca autoridad; porque consideran que los Xenofontes y Milcíades oficiales y que cobran por ser Alejandro, ó poco menos, no les llevan gran ventaja en las artes y ciencias complicadas de romper el alma al prójimo.

Yo no creo en los arbiltristes de casino, naturalmente; pero la verdad es que ya se van confundiendo un poco los salvadores de la patria, los Radamés de todos géneros.

En general, es claro, el hombre discreto, buen patriota, y que vive lejos de las esferas en que pueden penetrarse los secretos de Estado, tiene poco que decir y mucho que sentir, en circunstancias como las presentes. Saber lo que piensa la Sublime Puerta, como decía Tomás Thero, se queda para los necios y para la audaz ignorancia. Una observación atenta y de mucho tiempo, me ha hecho aprender esto: en el teatro, en el café, en el casino, en la plaza, en el paseo, los más discretos, los que saben algo de algo, los que aman de veras á su país y á toda la humanidad, los que están preocupados, con tristeza y sin miedo, con los acentos de la guerra, hacen pocos comentarios, leen las noticias de más substancia, callan, esperan, y se libran bien de tener una solución en cada dedo para los conflictos actuales. ¡Cuán otros cuando se trata de los asuntos que concierne, para los que tienen datos y preparación suficiente!

En cambio, la chusma intelectual y de gárrula patriotería ó de estúpido antipatriótico pesimismo, ¡qué de augurios, qué de sentencias, qué de censuras y planes de campaña arroja á los cuatro vientos! Si se tratase de negocios, de su egoísmo, cada cual se guardaría bien de juzgar tan de ligero, de adoptar soluciones extremas, ridículas, irreparables, sin motivo racional, sin antecedentes, sin base para tamañas determinaciones.

Todo esto es verdad: pero... entre tantas cosas como el vulgo de cafés y tertulias dice, ¿no habrá nada que pueda dar en el clavo?

Por fuerza que sí; porque en poco tiempo, en esos sitios, se ofrecen todas las soluciones posibles, y alguna será la buena.

¿Cuál? Vaya V. á averiguar.

Oigamos:

—Cámara debe salir de Cádiz inmediatamente con la escuadra de reserva, *llejarse* á Manila, sorprender á los yankees y vengar lo de Cavite.

—¿Y después?

—Después, con el prestigio del triunfo... de... y con el carbón necesario, debe...

—¿Dar la vuelta?

—Sí, la vuelta al mundo, dirigiéndose á Cuba por Oriente, siempre el Este, dar la vuelta á la Patagónica...

—¡No meta V. la pata...gonia!

Lo que debe hacer Cámara es... lo que le mande el ministro; y el ministro debe mandarle que lleve la escuadra de reserva... con la *mayor reserva* posible (es decir, con muchos barcos y mucho secreto) á las aguas de Cuba directamente para ayudar á Cervera, para ayudar á Blanco y á Macías, para ayudar á la defensa de nuestras Antillas, que es la madre del cordero. Si en Cuba no nos vencen, lo de Filipinas no ofrece cuidado. Además, lo de Filipinas es cuestión, no de unos cuantos barcos más ó menos, sino de fidelidad de millones de indígenas; si los naturales del país son fieles á España, me río yo de los ataques de los yankees; si el país se decide por ellos, no hay escuadra de reserva que valga.

—Y además, que Rusia, Alemania y el Japón no consentirán que se queden con Filipinas ni americanos ni ingleses...

—Por eso digo yo que lo que necesitamos es la acción de las potencias, el *lo* internacional.

—Sí, pero Francia no podrá aliarse con una monarquía contra una república... Por eso debemos traer primero la república.

—¡No! porque Austria quiere la dinastía, que es pariente suya, o como si dijéramos...

—Pues lo mejor es juntarse con Rusia...

—Con Japón...

—O con China...

—Pa China, España: todos nos engañan.

—¿Y qué hay de la protesta por haber izado los barcos yankees la bandera española, que es lo mismo que falsificar una firma?

—Pues hay, que el senador y catedrático Conde y Luque dice que la cosa es legal...

—Pero es una indecencia.

—Sí, una indecencia legal.

—Pero, oye tío, ¿pueden ser indecentes?

—Así parece. Ahí tienes la ley del embudo, por ejemplo.

No todos los españoles se dedican á salvar al país en sus largos ratos de ocio.

Hay quien continúa trabajando.

Y tiene el valor cívico de publicar un libro en las actuales circunstancias... v. gr., D. Rafael Altamira, crítico notable, historiador muy erudito y docto catedrático. Este señor nos ofrece, en su nueva obra titulada *De historia y de arte*, muchísima enseñanza y no escaso entretenimiento, estudiando con rara competencia, en los archivos, bibliotecas y museos de España, el problema de la dictadura tutelar en la historia, la cuestión de Cuba y los Estados Unidos en 1850, los visajes de norteamericanos á España, la psicología de la juventud en la novela y otros muchos asuntos de interés indudable.

También es un valiente el discretísimo y muy simpático Ramos Carrión, que nos da *Colorín colorao*, colección de cuentos en elegante volumen y con hermosos grabados.

Ramos Carrión es siempre correcto, siempre sustancioso, siempre intencionado, prudente, gracioso y original.

No tiene más que un defecto.

Que hace mucho tiempo que no manda original á MADRID CÓMICO.

CLARÍN.

CONSEJO, por Bonini.



En verdad que estás muy mona y que adquirirías fama en Nueva York si persona, aliándose de una zona.

PALIQUE

Irueste, Capdepón, Roca, Martínez... Así osan llamarse los próceres que en nuestro Parlamento han hecho de Anitos y Melitos respecto de Castelar, hace pocos días.

Unos son condes, otros duques, otros Ministros, otros Campos con tres entorchados; pero ninguno es ningún arco de iglesia, ni dará mucho que hacer a los futuros Plutarcos.

Hé aquí como puedo yo escribir la biografía de cada uno de esos caballeros, sin más datos que los que tengo en este instante, y después de haber recurrido en vano a los más acreditados diccionarios biográficos. Verdad es que todavía no se le ha ocurrido a nadie publicar en español un diccionario como el de *Contemporáneos* de Vapereau (última edición) donde, por cada personaje verdadero, hay cien diputados franceses del montón anónimo. Hasta que a un Vapereau español se le ocurra algo por el estilo, tengo que contentarme con lo que sé, y es como sigue:

Irueste. Creo que esconde. ¿Cómo se llama? No lo sé. He oído decir que es hijo del marqués de Villamejor ó Villamayor ó cosa así. No sé tampoco quién es el papá. Hasta que se le ocurra decir algunas cuñaditas contra Castelar, no sabía yo de la existencia de Iru...ese ó esto. Desde luego, se ve en él un humorista orní. Propuso, en broma supongo, que se le diera a don Emilio una pensión vitalicia, para que no se viera en la necesidad de ganarse la vida escribiendo artículos, que, según Iru...ese, son malos como ellos solos. Efectivamente, en una república bien organizada, un Castelar, al final de su gloriosa carrera, sería alimentado en el Pritaneo. Y por sí el Iru...este ó el otro, no saben con que se comía el Pritaneo, los diré que era el Pritaneo *locus Athenis* (locus, señor M. Campos no significa loco, sino lugar; *locus Athenis ubi... ubi bene de republica meriti publicis debebantur sumptibus*, lugar de Atenas, señor Capdepón, donde eran sustentados, á costa del Estado, los beneméritos de la república. Pero como que aquí no hay Pritaneo, nuestros beneméritos de los partidos *medios* lo que suelen hacer es sacar la tripa de mal afío... para todos los años de su vida y la de su descendencia, hasta la cuarta generación, mientras sus ministros ó cosa que lo valga. Y, claro, estas hormigas parlamentarias, de los partidos *medios* (es decir, de los que buscan *medios* de subsistencia en el poder, *medios* que mucho duren) no necesitan escribir artículos para sustento de su vejez. Da gusto ver á estos aristócratas, bien comidos, ricos por su casa, riéndose de Castelar porque no supo hacer provisiones, *allá para el invierno*, mientras dispuso, como Jefe del Estado, del Erario público.

De todas maneras, suponiendo lo mejor, que Irueste, renunciando á la gloria de benemérito, pidió en serio que se le diera una pensión á Castelar, todavía queda lo otro, lo de querer que se gaste dinero en conseguir que Castelar no escriba. De cierto personaje revolucionario Sieyes (señor Capdepón) se dijo que su silencio era una calamidad pública. Irueste oprimió lo contrario del silencio de Castelar. Yo no doy un perro chico porque Irueste calle ó hable. No tengo más que decir de este señor mío.

De Capdepón solo sé que es ministro... no no sabe porqué. Del duque de la Roca solo sé... que no sé nada.

Y de Martínez Campos solo sé... que no sabe nada.

Como tampoco sé cómo se llama la revista peccaminosa donde Castelar publicó el torpedó que coló á plique á varios monárquicos auxiliares cargados de carbón, á por lo menos de humo. Unos dicen que la *Petite* otros que la *Nonvelle*. En esta última, que es de Mme. Ratuzzi escribo en efecto Castelar crónicas políticas internacionales.

Este detalle importa poco, pero prueba que alguien se equivoca y habla del artículo sin haberlo leído en el original... si es que Castelar lo escribió en francés.

Aunque parece escrito en plata castellana. Y con los cambios á la par de la república francesa.

Todo es alegría, hoy por hoy, en lo referente á la guerra y en lo tocante á las letras.

Cervera, Ordóñez y demás defensores de Santiago... y cierra al canal, ganan laureles de Belona, y Galdós con Zumalacarreñi, gana laureles de Apolo. Zumalacarreñi es una hermosa obra de serena imparcialidad. Dudo yo que ningún carlista fuera bastante filósofo para entusiasmarse con un héroe liberal, como Galdós, liberal, se entusiasma con Zumalacarreñi, héroe carlista.

El primer episodio de esta tercera serie no es al principio tan interesante como los más célebres de las otras dos partes; pero cuando se le va viendo bien el alma á Fago, y cuando se acerca el fin triste, pero profundamente bello y religioso, del general carlista, el libro toma grandes vuelos, y se ve que hay mucho que leer entre líneas.

Aquel *acordá* espiritual de Fago, el cura guerrero y filósofo, y Zumalacarreñi, el caudillo noble, modesto, cristiano, terrible y leal, es do una finísima poesía que saborean con recogimiento deleitoso... los que son capaces de ello.

Pero en fin, lo que pienso del nuevo libro de Galdós podrán ustedes verlo en *El Imparcial*, donde más amplamente me extenderé, *Deo volente*.

Aunque sea consonante, diré que Benavente el delcindo y sutil escritor me envía su nuevo libro *Figulinas* del que ya conocía yo algunos capítulos que me parecieron cosa rica. Y creo que lo sean también los demás. Ya veremos.

El Liberal es, hace años mi enemigo.

Pero defiende á Castelar muy discretamente, como *El País*, amigo, *El Progreso*, amigo y *El Nacional* enemigo; y como para mí Castelar es lo primero... ¡choque *El Liberal* y choquen los demás... aunque alguno, hablando mal, diga que esto es chocante.

«O D. Carlos ó D. Emilio», se oye hace tiempo anunciar por todas partes.

Ahí tienen ustedes una diayuntiva... con una sola salida posible.

«D. Emilio ó D. Carlos» Y como D. Carlos no puede ser...

CLARÍN



Han puesto á precio la cabeza de Aguilaldo.....
¡Malo! Señal de que la tiene.

Con enemigos así, estamos en una situación desventajosa. Nosotros no tenemos ni plés ni cabeza. O si tenemos cabeza, la tenemos *tiada* en una *manta* nacional; y una cabeza así ni oye ni ve ni entiende.

Y si hay cabeza aquí, cabeza despejada; á ver, que se diga quién es. ¿Es Sagasta? Sagasta es un pobre enfermo que no deja el poder por miedo de que se lo tirón á la cabeza (que no hay) sus inmediatos hom-
bres. Sagasta es un político de secano, no tiene nada de Tomistocles y el mar le marca casi tanto como á cierto célebre ministro de Marina.

¿Es cabeza Auñón? No diré yo que sea una mala cabeza; pero es una cabeza *nueva*; es un ministro que promete. ¿No pedía Bineu un hombre nuevo? Ahí lo tiene. Confesemos la mayor parte de los españoles, los que no somos especialistas en notabilidades político-marítimas inéditas, que hace dos meses no sabíamos quién era Auñón.

No basta tener un hombre nuevo. Es menester que además... sea mucho hombre. En fin, sin ofender al simpático Auñón, ni cortarlo ni errera, se puede decir que hoy por hoy no es Neptuno.

Ni Correa un Júpiter. Ni lo pretende. Correa tampoco es cabeza, ó si lo es, hay otra, pues él mismo ha declarado que no manda en el ministro de Marina; y la cabeza de que se trata ha de mandar en todo; ha de ser una cabeza que esté... á la cabeza.

Será Romero Girón, la cabeza?

No; eso es ministro por una de esas que llaman los juristas *gracias al sacar*.

¿Será la cabeza el duque de Estado? No; ese tiene plés... puesto que gasta botinas, pero no es la cabeza visible del casero, como dicen en la *Revoltosa*.

No hay cabeza.

Las flecciones y noclos convencionalismos del parlamentarismo nos tienen en esta situación graciosa: Castelar, Salmerón, Azéarate y demás republicanos y políticos militantes, y hombres poco políticos pero de seso, estudio, consejo, experiencia, cerebro, fama, probada moralidad son energías completamente inutilizadas para el servicio de la patria en estos momentos de espera. Lo mismo se puede decir de los pocos carlistas que valen y sueñan, si es que alguno sueña bien; tampoco influyen los conservadores y los ministeriales que no están de turno, valgan lo que valgan; y, lo que importa sobre todo, para nada vale lo que de ciencia y energía y celo pudieran facilitar al

país filósofos, sabios, industriales, escritores etc., etc., que tienen justo renombre, que han demostrado talento, voluntad y hombría de bien. Y en cambio, reservándonos todo esto para mejor ocasión, como el vino del otro, ponemos en los puestos de empleo y de peligro á *gente nueva*: Auñón, Almodovar, etc., etc., es decir, ó mediantes probadas ó ilustres esperanzas de sus amigos que muy bien pudieran salir fallidas.

Todo esto se explica por el *sistema*; pero sin la sanción del sentido común.

No; no tenemos cabeza. De modo que, si Aguilaldo la tiene, están los tagalos mejor que nosotros.

..

Otro que tiene cabeza también es mi amigo querido el director de *El Progreso*. Le han puesto el empucción... luego tiene cabeza.

Y lo han tomado las famosas medidas *antropométricas*, molestia que deben los presos á la semi-civilización cursi de nuestro mones de imitación. Porque eso sí, tendremos los edificios llenos de absurdos góticos, pero las reformitas cogidas de la *escuela antropométrica* italiana no faltarán; y á un rey católico lo harán sancionar y promulgar leyes que ó suponen la fé más ciega en el materialismo, ó son absurdas. Pero de lo que esto por hoy, y vuelvo á las medidas que le habrán tomado al director de *El Progreso*.

¿Eh? y que tal señores antropólogos de la Cárcel Modelo, que tal está de anchuras el cráneo de ese *fulculario* ¿Es dolicocefalo ó braquicefalo? ¿Es *criminal nato*? Yo creo que sí, porque cuando no está preso le andan ustedes buscando. Y, ¿cuál es el delito de ese demagogo? Por de pronto el haber nacido... El haber nacido entre ustedes, en este país de gente que pisa la mar, pero no se aventura. El sabe nadar y *excar* el pecho al agua. Nada, pero no guarda la ropa; claro, como dicen las verdades desnudas.... ¡á la cárcel!

Según lo leído, pero no debe de ser verdad, mi amigo está preso, no por recientes delictos y desafueros, sino por cosas de *dos siglos ha*;... por no sé que dímes y díretes de cuando Martínez Campos volvió de Cuba. Francamente, eso es un modo de buscar el consonante, por... que el del otro.

Está visto que aquí para poder hablar claro, hay que ser obliquo.

Claro, hablan en nombre del Espíritu Santo.

Y váyanse V. á pónersel el capuchón ni á tomarles medidas.

CLARÍN

PALIQUE

Mientras unos, para sacarnos del atolladero, buscan al *hombre nuevo*, otros quieren que nos salve Polavieja; y como *Polis* significa *Ciudad*, puede decirse que los tales recurren á la *ciudad antigua*. En efecto, y en pocas palabras, se puede decir que son los reaccionarios los que ponen su esperanza en el vencedor de... Yo no recuerdo ahora el nombre de ninguna de las batallas ganadas por el general Polavieja; pero, en fin, esta falta mía de memoria, no quita nada á la gloria positiva del invicto caudillo; pongan ustedes aquí, pues, el nombre de la batalla más célebre entre las ganadas por el ilustre amigo de las órdenes religiosas.

Tampoco falta quien quiere que Cesar sea en esta ocasión el general Woyler.

Todo es *boulinguismo*; cierto nada. Pasma la facilidad con que nuestro pueblo, ó por lo menos nuestros periodistas, descubren Césares y Napoleones sin necesidad de guerras de las Gallas ni de campañas de Egipto, ni cosa que la valga.

Yo no sé como dicen que estamos huérfanos de grandes hombres que nos dirijan. Grandes hombres tenemos, que no nos dirigen es verdad; pero es por culpa nuestra: porque somos incapaces de dirección: por ellos no queda.

Y en todo caso, todas nuestras desgracias pronto tendrán remedio, gracias al fausto suceso realizado en la capilla de Palacio. Aludo á la confirmación del rey.

Como ahora hay muchos jóvenes muy tradicionalistas, muy pidalinos, que no saben la doctrina, les diré que la confirmación es un sacramento. Se confirma al que ya ha recibido el bautismo, para corroborar la fe. No es porque con esto suceda como con las cosas puramente temporales v. g. la vacuna, cuya eficacia se pierde, dicen, con el tiempo; el bautismo no se pierde nunca; así, los invictos españoles, aunque bajo la égida, ó estandarte, ó pendón, ó lo que se quiera, de los Borbones, perdidos, después de otras muchas cosas, en 1801 la Lituania; en 1810 toda la Argentina, Venezuela, Nueva Granada, y Méjico; en 1818 á Chile; en 1821 La Florida y en 1824 el Perú, y más adelante lo que nos quedaba de Santo Domingo: á pesar de estos descalabros, si bien en ellos nos rompieron el bautismo, bautismo tenemos; solo, pero lo tenemos. Y buena prueba es que no hay pueblo más católico que el español; ni más católico ni más trona-

do. Los españoles, sin perder el bautismo, nos confirmamos todos los días, somos los de siempre, tan fervorosos hijos de la Iglesia y tan echados pa lante. Ah! y tan toreros.

Una vez confirmado el rey, todo será coser y cantar.

Ya lo decía el obispo de Sión, desde la sopera: ¡que júbilo, que alegría, que regocijo, que sueldo, que sinónimos!

Casi al mismo tiempo que se confirmaba al rey, se disolvían las Cortes: es decir, las bautizaba Sagasta echándoles un jarro de agua.

Y no sé por qué el Sr. Salmeron se incomodó tanto. ¿Para qué quiero que esté abierto un Congreso que no hace mas que interrumpir? Que el Sr. Salmeron tenía muchas cosas que decir al país, ya lo sé; pero no se oían, porque los reventadores parlamentarios estaban en mayoría. Hablaba el señor Salmeron... y *pum, pum, pum...* los ministeriales de tiro rápido á bombardearle el discurso á bastonazos y hasta con los pies... Y como los taquígrafos no copian lo que no oyen... y aunque lo copien el *Diario de las Sesiones*, nadie lo lee... El sistema parlamentario, en estas condiciones, es tan inútil como una campana sin badajo.

Por otra parte, si el Congreso había de servir para que Romero Robledo desenvolvese sus planes de guerra, mas vale que las Cortes se cierren, y Romero vaya á Santiago de Cuba á dirigir aquello, si llega á tiempo.

A propósito; mucho se han incomodado nuestros Maquinelos porque los soldados de la armada desembarcaron y fueron á batirse por tierra...

«Los marinos para el mar y los...»

Si, señor; en eso estamos. Pero... *questa è una compagnia d'opera barata...*

España, la del Cid, tiene poco dinero y necesita hacer como las compañías de poco personal. A un mismo adalid tienen que tocarle varios papeles. Por eso los marinos se batien en tierra: y por eso los obispos disparan bombas desde el púlpito, y Romero dirige las operaciones desde la Carrera de San Jerónimo.

No puede España permitirse el lujo de que sus hijos sean especialistas. No todos podemos consagrarnos á una sola cosa, como el obispo de Sión.

Que siempre está á la que salta.

CLARIN.

PALIQUE

Al dinero acuñado le han suspendido las garantías constitucionales. Van ustedes á ver:

«En la estación del ferrocarril de Algeciras se presentó el inspector de Aduanas, acompañado de fuerza armada, y atropellando al jefe y empleados de la estación se apoderó de dos cajas que contenían 1750 duros en plata.»

Y se llevó los mil setecientos duros. ¡Ah! y además «trató con dureza y formas violentas á los consignatarios.»

Hizo bien; porque si no llega á mostrar energía y malos modos le hubieran vuelto á dejar sin la plata que había hecho suya por el sistema yankee, ó sea del más fuerte.

¿Creon ustedes que esa manera de quitar el dinero es un despojo?

¡Ca! Es «una interpretación.»

«Una interpretación del decreto sobre la exportación de la plata.»

Como el despojo de colonias y provincias españolas que intentan los yankees es una interpretación del principio de Monroe: «América para los americanos.» Que Mac-Kinley y los suyos amplían así: «América para los americanos... del Norte. Nota: Filipinas pertenece á América.»

Pues eso dirán los de la Aduana: ¿Quién acuña el dinero? El gobierno; pues el dinero es para el gobierno.

Este procedimiento sumárisimo de recaudar, cumple con el ideal de las contribuciones, que es la sencillez económica. Nada de impuestos indirectos, ni de administración complicada. Cuatro soldados y un cabo... y á cobrar.

Estando como estamos en estado de guerra, viviendo de la misericordia de los jueces militares, que no nos fusilan á todos porque no quieren, ¿no es natural que con el dinero no haya mayores consideraciones? Si ni libertad de conciencia y todos los demás derechos que me reconocieron en el famoso *J'ai Aiaí* parisienne, ó mejor de Versailles, en 1789, están ahora sometidos al buen juicio de un capitán de artillería, por ejemplo, ¿porqué los duros, que son vil metal, han de gozar mejor fuero?

Y si he de decir la verdad, y fuera ironías, eso modo de coger, en nombre del gobierno, el dinero de los particulares, si no se puede defender *per se*, cabe defenderlo *per accidens*. Para cobrar á los ricos, que está visto que no quieren soltar la moneda, el dinero, el mucho dinero que se necesita para continuar la guerra, no hay que andarse con sistemas rentísticos. Callen los Wagner y los Leroy Reaullen y venga la ley de reemplazos.

Me explicaré.

¿Qué se hace con el pobre recluta que se escapa el servicio ó no se presenta? Se le declara prófugo. Pues declaremos prófugos los millones de los que los

tienen, y que á estas horas debieran estar empleados en sostener la guerra.

Señores: yo no soy el hombre nuevo que busca Blasco. Mas bien voy siendo algo viejo; pero por lo mismo, para mí no hay tus tus. Dejémoslos de apodos, de llamar *socialista* á este y *comunista* al otro. Yo no sé lo que soy; lo que digo que yo gobierno diría á los españoles:

—Sí, señor; vamos á continuar la guerra. No se hará la paz, si los yankees no la ofrecen en condiciones muy honrosas. Mientras tanto, estaremos en guerra. suceda lo que quiera. Podrá suceder que haya días en que no disparemos porque no tengamos pólvora; pero seguiremos en guerra. No renunciemos á Filipinas, ni á nada; por todo lo que es nuestro volveremos en cuanto podamos. *Res ubique sit suo domino clamet*. Si por falta de recursos tenemos que atender exclusivamente á salvar una cosa, no es que renunciemos á las demás. En Cuba, en tierra, es difícil que los yankees nos puedan meter el diente. Podremos llegar, aun yendo mal dadas, á hacer con los yankees, lo que los insurrectos hicieron con nosotros. En pocos meses se les podría hacer ver con evidencia á los enemigos que la guerra de Cuba es *inacabable*.

Adquirida esa convicción, pensarían lo que debían hacer. Pedirían indemnización. Pero la paz, podría dárseles, con garantías sobre territorio *no cubano*, ó tierra de la que *sobre* (sic) en Filipinas. Pero nada de Cuba. Así se diría con barniz de dignidad el modo de acabar la guerra los yankees. No hay que figurarse que ellos han de querer la paz *nunca* si no han de hacer mas que salir perdiendo todo lo bailado.

Pero es el caso que, para este plan, para este propósito firme, el más *factible*, de defender *sobre todo* á Cuba por tierra, hace falta mucho dinero, y pueden llegar á hacer falta más hombres. Filémonos en que para combatir al enemigo checo *gastamos* doscientos mil hombres. Y unos pocos miles *nuevos* para combatir al enemigo grande. Este sacrificio, este esfuerzo *lógico*, natural, necesario, está sin hacer.

Es indispensable, vayan á la guerra á Cuba, muchos más españoles, cuando la prudencia, y el arte de la guerra los pidan. Y es claro que han de ir obreros, curas, señoritos, *los días*. Pero lo que corre más prisa es el dinero. Y aquí de mí jefe de aduanas de Algeciras con sus cuatro soldados y un cabo.

Hay que pedir al que tenga pesetas la mayor parte de esas posetas, la *inmensa mayoría* de esas pesetas; todas las cuales juntas, no valen la sangre de un Cadarso. ¿Que no las dan? ¡Pesetas prófugas!

La guardia civil á cogerlas.

Dicen algunos *técnicos*, de los más fríos, y hasta partidarios de la paz, que con muchos recursos se puede hacer indefinida la defensa de Cuba.

¡Pues entonces !...

CLARIN.

PALIQUE

Bienaventurado Arimón, ¿a quien todavía le queda humor para ser crítico, y decir que tal cómico trabajó «de un modo perfecto, y por consiguiente irreprochable.»

—¡Claro, hombre! ¿No ha de ser irreprochable lo perfecto? Máxime en este país, en que también hay que tener por irreprochable lo que está muy lejos de la perfección si no se quiere pasar por mal patriota.

Hace usted, ó manda que lo hagan una caña de pescar, ponga por caso, y la caña le cuesta á usted un capital.

—¡Pero, hombre, le dice usted al fabricante: no valen todas las truchas del río lo que esa caña me cuesta!

—¡Ay, amigo; es que por dentro es de oro!

—¿Por dentro? Vamos á ver...

—¡No! Los profanos no pueden mirar por dentro... Pero es de oro...

Y lleno de fe en el oro y... el moro, se va usted á pescar, deseando que las truchas sean, lo menos, de plata, para que haya cierta compensación.

Llega una trucha... ¡pica... y nada.

Nada y se lleva la carmaza, el anzuelo y la caña.

Como se ve, la caña de pescar no era perfecta...

Pero ¡nada de reproche! No ha llegado la hora. Llegará hasta que nos juzgen á todos en el valle de Josefot.

Luego la caña era irreprochable... Y no servía para pescar.

Otra cosa.

Se mete usted en un tren, por obligación ó porque es usted empleado del servicio ó porque le manda el cacique de la provincia, v. gr. ó el gobierno, ó en fin, cualquier poder supremo.

Echa á andar el tren... y ¡zas! choque á la vuelta, ó descarrilamiento, ó puente hundido, etc. etc. Los viajeros, que suponemos todos en las condiciones de usted, no rabian, ni chillan, ni patean... porque han pasado á mejor vida, en la cual no hacen falta piernas ni brazos, por lo visto. Llego yo, amigo de usted y de las demás víctimas, y grito, me quejo, busco responsabilidades...

—¡Silencio, temerario! cantan los obispos del condeito del ferrocarril; es decir, los conserjeros; que sólo le dan á la Compañía este consejo:

—Tú páganos bien y haz lo que quieras, que aquí estamos nosotros...

—¡Silencio, temerario! y todavía te atreves á hablar de error, es, descuidos, chancullos, delitos, en presencia de estos cadáveres! ¿No ves este ser mutilado, que fué en vida revisor de billetes? ¡y te atreves á insultarle, cuando ha muerto en su puesto, cumpliendo con su deber!

—¡Pero, señores, si por eso chilló! si es un suscriptor de Manzan Cómico!... ¡Pobro revisor! ya lo veo; íntimo amigo mío. Murió en su puesto, que era en el tren, en el peligro; pero ¿á que no murió el jefe de estación, ni el jefe del movimiento... que no se mueven de su casa? Murió el revisor, murieron otros empleados que no tienen culpa de nada... que son las primeras víctimas de los delitos, descuidos, chancullos y errores de otros... ¿Qué tienen que ver, aunque todos sean de la Compañía, unos con otros?

¿Por qué se agravia á los muertos pidiendo cuentas á los vivos que los llevaron á la ruina? Todos tenían el mismo espíritu de cuerpo, si; pero cuerpo cada cual tenía el suyo, y los de los responsables quedaron en casa buenos, gracias; y los de estos... ya ven ustedes... como un discurso de los que se usan, sin pies ni cabeza.

Y que diremos de todos estos otros viajeros, estos pobres quintos que iban en el tren, quieras que no quieras? También van á incomodarse ellos porque hablen mal de la Compañía y del Gobierno!...

Basta de símbolos. Y en pasando estos días tristesimos (porque han de pasar ¡Dios lo querrá! y cuando volvamos á respirar, después de la terrible operación, si nos la hacen, que si la harán, queramos ó no; cuando, aunque sin colonias algunas viviendo, porque no solo de colonias vive el hombre, por más que muchos indios y filipinos creen otra cosa; entonces... habrá que buscar á los culpables de esto, y de lo otro y lo de más allá. Y si por ejemplo hay alguna institución, cuerpo, organismo ó como quieran Vds. llamarlo, que sea muy importante para el país como el nuestro, que es una península, y que además de ser importante necesita grandes reformas desde la raíz, tanto de la preparación de su personal como en la administración de su material... manos á la obra sin miedo, sin tapujos, y sin creer que por cortar y rajar ofendemos á esa constitución, ni á sus antiguos hombres ilustres ni á los que hoy viven, pero no tienen culpa de nada. Hay que procurar que el espíritu de cuerpo no convierta en encubridores á muchas personas respetabilísimas, pero que han pensado más en el compañerismo que en el derecho político bien entendido.

Ya habrán comprendido mis lectores que cuando yo escribí el *Palique* del número anterior no sabía palabra del desastre de la escuadra. Claro que tal catástrofe puede hacer variar la conducta que deba seguirse.

Si es verdad que sin los barcos perdidos en Santiago no es posible llevar en adelante á Cuba ni hombres, ni víveres, ni balas, ni pólvora; si es verdad que cuatro cruceros eran la última carta de España... entonces ¿á qué hablar de la defensa indefensa de Cuba? Pero antes y después de la pérdida terrible y que hace temblar de ira, mi criterio era y es esto: ni el heroísmo español, de que tanto se habla, existe; si está España dispuesta á ser la del 2 de Mayo... y muchos más días de aquel y otros años; si España toma lo de Cuba tan en serio como lo de Madrid, Cádiz, Gerona, Zaragoza, etc., etc... entonces... la paz pedida por España con pérdida de todo lo disputado... y más; esa paz todavía está muy lejos, los recursos heroicos de España no están agotados, ni con mucho.

—Pero si no hay tal heroísmo, bastante generalizado, á lo menos; si no hay más heroísmo que el de tropas siempre hambrientas y siempre en minoría; si las *unbes nacionales* no dan mas jugo heróico que el que se ve... entonces venga, venga la paz, y haganla los que sepan echar cuentas y sean buenos chaleses de la diplomacia. Y no nos emillemos porque el heroísmo esta vez nos haya salido un poquito desigual. Los pueblos más heróicos no lo son á todas horas, como si eso fuera papel de comedia. Los griegos, tan heróicos con los Xerjes y Artajerjes, no lo fueron tanto

568 Madrid Cómico (Madrid), n. 804, 16 julio, 1898

con los Romanos. Y contentémonos con lo que haya. Deceña un gobernador militar de León que España era un pueblo eminentemente monárquico y agrícola.

Dejo yo lo de monárquico, que para nada sirve. Pero bueno, seamos todo lo agrícolas que podamos. ¿No podemos conquistar el mundo, ni mucho menos? Pues vamos á conquistar á Castilla... Andalucía... Guerra de la reconquista... agrícola ó industrial. Ahora no echaremos á los moros, echaremos á los holgazanes, á los vagos, á los rutinarios, á los que ocultan riqueza, territorio... todo es guerra.

Lo de Ballón era mejor, más épico... pero no es para todos los días. Hay que esperar que las cosechas extraordinarias no se repitan tan á menudo. Hace poco tiempo de todo aquello, para que tan pronto vuelva.

(Trafalgar! Si fué ayer como quien dice! ¿Como habia de estar otra vez ahí?

No señalela al heroísmo el curso de un planeta... la órbita es la de un cometa; viene, huye y después, tarda, tarda...

¡A la siembra, á la siembra!]

Ayuntamiento de Madrid

CLARIN.

PALIQUE

Al señor de la Vega, D. Enrique
dedico este *Palique*,
porque se me figura
que es nieto del insigno D. Ventura,
y, más ó menos cardo
hijo de D. Ricardo;
y con ese papá y ese abuelo,
es tan grande el aprecio en quo lo tengo,
que entre cien que me escriben le distingo
y contesto á su carta del domingo.
Y dice D. Enrique de la Vega
en la carta que hoy martes á mí llega:

*«Respetuosamente
saludo á nuestro crítico eminente.»*

—Nieto de D. Ventura,
bájeme usted enseguida de esa altura;
pues tengo poco ingenio y menos ciencia
para tal prominencia.—

*«Ante todo, perdón pues le dirijo
una epístola en verso, y no le trato.*

*Me atrevo por ser hijo
de un amigo de usted y literato.»*

Puede usted escribirme y no ser breve:

Á Clarín y cualquiera se le atreve.

¡Si hasta hay cada caribe

que me escribe, *suscribe y circunscribe!*

Y sin ser literatos ni purientes

de personas decentes,

corresponsales tengo por docenas

que me dan unas *latalas* más que buenas:

«Ya tengo veintinueve años nada menos

y en opinión de propios y de ajenos

¡por qué no aproveché lo de los años

para decir no ajenos, sino extraños?

Si un genio no será, ni será un hombre

que llegará á alcanzar justo renombre,

porque tengo una musa que me sopla

sin dejarme un segundo

¡y no hablo más que en verso á todo el mundo,

¡cada laminito mío es una copla!

Esa facilidad, amigo mío,

—si funesta ó feliz, no sé en conciencia,

es en usted herencia

como en su señor padre y señor tío.

Pero sigo adelante,

evitando do paso el asonante:

Y quisiera que usted me protegiera

por un medio sencillo y económico:

dejándome escribir lo que quisiera

(siempre que fuera bueno) en Martín Cómico.

Por lo que toca á mí, lo encuentro llano,

y si es usted siempre ameno;

y pondré el visto bueno,

además de lo bueno, á lo mediano.

¡Porque ¡ay! en nuestros días,

no se puede pasar sin medianías!

Mas le tengo que hacer una advertencia,

y es que soy director, pero *in absentia*;

de otro modo, que en esta dirección

lo que es el obispado de Sión;

y como estoy tan lejos de la Corto

dejo que raje y corte

el redactor en jefe, que actualmente

es mi amigo Jacinto Benavente:

erudito, cortés, sincero y franco,

hombre de mucho gusto; y yo me alegro

porque con asesor tan competente

cuanido él diga que blanco, diré blanco

y cuando diga negro, diré negro.

«Fíjese en lo que pido que es bien módico;

yo pretendo escribir en su periódico,

sin que usted por mis versos satisfaga

sueldo, retribución, haber ó paga.

¿Quiere usted ser gratuito?

Pues me alegro infinito.

¡Oh! si fuera tan fina

nuestra ilustre Marina, ó Sub-Marina!

Acabo de leer en un periódico

—esto si que no es *módico*—

que el despacho de cierto comandante

—ni siquiera almirante—

de una de las incólumes goletas,

—de esas que por hora se están quietas—

le cuesta á la nación quince mil duros...

y son muchas pesetas,

dados nuestros apuros.

¿Conque usted va á escribir siempre de valde?

¡y con el padre alcalde!...

es decir, con un nombre conocido,

es usted un crucero... protegido;

pues hijo no le arriendo la ganancia;

yo agradezco el regalo,

mas para usted será malo, muy malo

el no darse importancia.

¿Quiere usted trabajar, sudar el quilo

y todo grátis y poniendo el hilo?

Pues no hará usted carrera

aquí donde cualquiera

dirige del Estado, aunque no sabe,

la consabida nave

y si destroza en el peñón la quilla

¡el se salva con buena pacotilla!...

¿Cómo le mirarán de arriba abajo

los muchos que se fueran sin trabajo!

¿Y qué va usted á escribir, amigo mío,

si todo lo tenemos en suspenso,

incluso el albedrío,

y no dejan pasar más que el incienso?

¿Cómo de darle gusto hallará traza

al fiscal de la plaza?

¡Mire que se desconfía

si escribo sin saber el santo y seña!...

Mírese en este espejo:

iba á decir horrores... y lo dejo.

CLARÍN.

PALIQUE

¿Quién es el autor del artículo que publicó días pasados el *Heraldo*, con el título de *La guerra y la Marina*? Quien quiera que sea, viva Dios que puso al dedo en la llaga, y por mí, que quiten á Aulón y le hagan á él ministro de Marina. A él ó á mí.

A cualquiera menos á uno de esos que tienen tan desarrollado el espíritu de cuerpo... mal entendido.

Eso de que los buenos, los *incorruptos*, como diría el zapatero de *El santo de la Isidra*, se hagan solidarios de las piraterías ó maleficias de los malos, no se puede tolerar.

El verdadero amor al cuerpo en que se sirve consiste en purgarle de todo elemento nocivo.

Yo, pongo por caso, soy estadístico y amo la Universidad; pero, por lo mismo, vería el cielo abierto si mi ilustre amigo particular el Sr. Gamaza me diera una comisión para asustarse! sin diestros ni oídos, para formar los muchos expedientes que yo creo que se debían formar, vamos para perseguir los abusos, deficiencias, disparejas, y pierdidas que abundan, por desgracia, en la enseñanza pública.

Enfuego, prueba, el Sr. Gamaza, y antes de un mes ya tienes tela en que cortar; y empiezas por ser profeta en mi patria; si señor, en mi tierra, la que más amo; y por esto mismo, empezaré á descubrir aspás y coquebras en lo que tengo cerca.

Y por esto no me creas ni mi ciudadano ni mal hijo de la madre Universidad, digámelo así.

✱

Un marino ilustre de verdad, de los que murieron gloriosamente en Santiago, como él había anunciado antes de salir de España (no anunció al sitio, pero al que se quedaría por él); una de las más simpáticas figuras, entre las muchas muy simpáticas, de nuestra marina de guerra, me decía en cierta ocasión para mí de relativa solemnidad:—Ay, amigo *Clarín*, pues si usted supiera las cosas que yo sé; si usted hubiera escrito lo que yo podría escribir!—Esto, es claro, me lo decía en el seno de la confianza; pero á mi juicio debió haberlo dicho con la mayor publicidad, sin que nadie pudiera tacharle ni de indiscreto ni de entender mal el espíritu de cuerpo.

No se refería el dignísimo oficial á nada que pudiera ofender á sus queridos compañeros; ni siquiera—en lo que á mí me interesa.

á lo menos—se refería á delitos, á intencionales actos punibles, como robos, defalcas, despilfarros creativos para el que los hacía; no hablaba de nada de esto, sino de organización defectuosa, de vicios procedimentales, de grandes errores, de descuidos que venían de arriba y causaban desastrosos efectos abajo.

Estas censuras del ilustre mártir alguien debe tenerlas escritas, y acaso se podría demostrar con papeles que no hablo por hablar.

Como éste, ¿cuántos habrán habido? ¿Cuántos habrán ido á morir (hayán muerto ó no) seguros del infalible sacrificio? ¿Y qué miserable esflama es ese de un sentimentalismo irracional, en virtud del que se nos quiere imponer el silencio, respecto de esos fatales deficiencias, en nombre de las víctimas de esas deficiencias desastrosas?

Callaron ellos, que aceto murieran por callar, y hemos de callar nosotros?

Ellos fueron mártires; pero ha llegado la hora de los confesores.

Si, al, bien dice el autor del artículo que alabé al principio. Hay que hablar de eso.

En general, nuestros marinos, excelentes sujetos, valientes, pundonorosos, inteligentes, aplicados etc. etc.

Pero al diablo está en Cantillán.

Y no se trata de un puro acto de legítima vindicta pública.

Es que España ha de seguir siendo nación que necesita Marina. Para las colonias que la queden y para las muchas costas de la Península.

Por algo pago yo tres días de sueldo al mes para la reorganización de la Marina.

Si, aunque, con buen acuerdo, en adelante nos dediquemos á industriales y labores más que á *Cádiz*; aunque el porvenir de España no esté en América (ni en África tampoco, si Dios quiere), sino en la voluntad y en el meollo de los españoles, lo que es fuerza de mar y tierra hemos de seguir necesiándolas mientras el mundo no sea positivamente cristiano.

No vamos á quedarnos con el *Pelayo* y el *Carlos V* en espantosa soledad marítima. Hay que procurar, poco á poco, restaurar la escuadra, como se ha hecho tantas veces.

Pero... ¿vamos á volver á las anidadas?

¿No habrá que reformar radicalmente muchos cosas?

¿O vamos á volver á los mismos perros con los mismos collares... por respeto á la memoria de los muridos por esos perros?

Para que el país con *carifia*, con entusiasmo, se dedique á la restauración de la Marina del Estado (no de los marinos), es indispensable que el cuerpo dignísimo de la Armada entienda el espíritu del cuerpo de un modo que no suponga un imperio en un imperio.

El Estado romano, sabio y perspicaz, miró siempre con prevención los *colegios*, es decir, las instituciones colectivas particulares con fin especial dentro de la ciudad, pero sin ser la ciudad; pues bien, si la Marina es empresa en considerarse como *colegio*, en tal sentido, y no como lo que es, una dependencia oficial, un resorte de administración pública, el Estado tendrá que mirarla, á la romana, con malos ojos.

Los muertos en Cádiz y en Santiago han sacrificado lo principal: la vida.

Que los vivos sacrifiquen inveteradas preocupaciones... y un poquito de vanidad.

CLARÍN.

570 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 2 821, 1 agosto. 1898.



570 Miniatura de la página.

PALIQUE

Hay asuntos que, comparados con la tremenda cuestión de la guerra, pierden la importancia que tendrían si viviéramos en santa paz, y (caviéramos humor para dedicarnos a las labores propias de nuestro sexo.

Y hay otros asuntos, que aunque tuviéramos cerrada a cal y canto aquella puerta del templo de Juno, que sólo estuvo, en Roma, cerrada en tiempo de Numa, de los cónsules Atilio y Manlio y del emperador Augusto, no tendrían importancia alguna, porque son tan insignificantes en días de paz como en días de guerra.

A esta clase de asuntos, que nunca valen dos cominos, nos invita la previa censura, y a tratar de cosas siempre insignificantes dedico este *Palique*.

La primer cosa que no vale un poquito que tengo, que decir, es que en el número anterior, empuñé la lira, como acaso ustedes hayan notado; y aunque yo no me afané y me desvalí como Cervantes, por parecer que tengo de poeta la gracia que no quiero darme el título; por lo menos, me tengo por un perito agrimenor regular, y medianero oropedeista; y en fin, que inspiración no la tengo, ni Ferrarí tampoco, pero sé de qué plé no cojean las musas. Es decir, que juro por Apolo, no haber escrito en mi vida un verso cojítranco; y en el *Palique* de autos todos mis endecasilabos y opasillabos daban la talla. Pero vinieron los callistas con la rebaja y me dejaron una porción de versos hechos unos Tirfates, por lo cojos. Con poner *usted* donde debía decir *usted y* viceversa, se añadió aquello en una ocasión; y con eso, y añadir una y donde no había falta, y cambiar en *de talde* lo que era *de baldé*, me convirtieron en un D'Ayot y un Agius en una plesia, haciéndome revolucionario del metro y de la ortografía.

Conste, pues, que no soy un Emproneida, ni Ferrarí tampoco, pero que mis versos no son *Andones*, tal como sale de mi pluma.

✱

¿Ven ustedes lo insignificante que es todo lo dicho? Pues tampoco tiene mayor importancia la cuestión personal relativa a la sustitución de Tamayo en la Academia.

La Academia debía suprimirse á sí misma en el próximo dieciséis, por considerarse cosa arcaica. Pero á ciertos mozaívates que han querido hacer

méritos por la inmortalidad en papel sellado, diciéndolo que era útil combatir á la Academia... esta Quintana es una caraca de madre que se iría á plique al primer cañonazo de un filólogo, acorazado de buena erudición moderna.

Nadie hace caso de la Academia, para nada; ni los mismos académicos que tienen mérito por sí propios. Además, han elegido académicos á ciertas nulidades que hacen buenos á todos los literatos chirles que en adelante puedan entrar. Cuando se pregunta ahora: el candidato Palaco—cuálquier poetastró é poridista cursi—¿merece entrar en la Academia?

Hay que responder que sí; porque, por poco que valga, no valdrá menos que muchos que ya están dentro.

Para que pueda haber *cuestión* hay que hablar de méritos comparados; v. gr. Ferrarí ¿merece entrar en la Academia? Claro que sí; mucho mejor que Barrientes, Catalina, Cortazar y otra porción de vates huecos ó de eruditos de carrera aborrida que ya son *inmortales... de por vida*.

Pero Ferrarí ¿merece entrar en la Academia si la cosa fuese un premio al mérito grande? ¡No! ¿entonces no? ¿En calidad de qué entra Ferrarí, si entra? De poeta... Pues no es poeta. Ni más ni menos poeta. Si los pagaran bien, que no los pagan, yo (y usted) haría ó haríamos poemas como los de Ferrarí, no más inspirados, pero sí los disparates que Ferrarí siembra en sus dedicadas poesías. Yo lo tengo demostrado hasta la saciedad; siguiendo el texto y haciéndolo ver y palpar los destintos. Deasíto á cualquier á que pruebe que no son evidentes los adelantos que yo le he señalado pródigamente v. gr. en el *Pedro Abelardo* de Ferrarí.

Un desgraciado ha dicho que Ferrarí es digno de entrar en la Academia por ser de Valladolid. Eso es otra cosa. Si por ser de la tierra en que *usted* que se habla el castellano *«más puro»* (¿) ya no merezca ser académico, puedo meterme en la Academia á los Torres de Guando y los garbanos de Puentecano.

Pero como poeta, Ferrarí no merece nada bueno (supongamos que el ser académico es algo bueno) porque no hay tal poeta.

Y si vamos á comparaciones, y seguimos con la hipótesis de que el ser compañero del marqués de Pidal es cosa rica, mucho más que Ferrarí valen muchos escritores, romancillados en Madrid, de algunos de los cuales no se habla siquiera para el sillón vacante.

De Armando Palacio no quiero decir nada, porque ya está dicho todo hace mucho tiempo. Además está tan alejado de estas pequeñeces, que se lo ve encima casi, sacando su nombre á relucir con ocaltón y mejante.

Ni quiero tampoco hablar de escritores de varias géneros y de mucha más estatura que Ferrarí, como el decano Sánchez Pérez, el Ilustradísimo y serio Plácido y otros muchos. Voy á fijarme en una clase de literatos de quien nadie se acuerda en casos tales, y que merecerían ser académicos, aunque la cosa fuera digna de escritores notables tan solo.

Me refiero á los poetas cómicos.

En Francia, donde la Academia supone algo más serio que aquí (no mucho) son académicos los autores de comedias ligeras, pero graciosas; y lo son por derecho propio, sin que nadie los crea indignos de tal recompensa.

Escribir zarzuelas y comedias de estubo, de popular gracia, interesantes, de naturalidad artística y buena para el escenario, es mérito más superior que el que suponen los versos tiernos, *escusculares* y *ya me lo llevo*. Yo, que según acabo de decir, me cometo, al mo los pagan, á escribir poemas como los de Ferrarí (y sin disparates), estoy seguro de mi absoluta incapacidad para dar al teatro una comedia chistosa ó una zarzuela como esas tan populares y tan caprichosas que hoy hacen nuestras delicias.

¿Qué valía un Ferrarí, comparado por ejemplo, con un Ramos Carrido, con un Ricardo de la Vega?

Mucho antes que los Ferrarí, los líricos de clase en boca, que nunca han dicho nada de particular, si inventado una *fábula* original, artística, están hombres como los citados y otros, entre los que recuerdo ahora á Burgos, Aza, Miguel Echegaray, v. gr.

Y noten ustedes una cosa: estos autores cómicos, tan españoles, aunque no tengan pretensiones de hebraístas, tienen el gran instinto de la lengua patria; y muchos de ellos, son en el lenguaje y en el estilo corrientes, castizos sin afectación, y sencillos y naturales.

Sirva de ejemplo el citado Ramos Carrido, que si cuando calza el zapato más pibeyo deja de escribir en muy buen castellano.

Ni los autores *rápido* de ciertos famosos *dramas en tres actos y en verso*; ni los líricos de poema pequeño, en ristre, lamentables imitadores del Compositor de Nôñez de Arco ó de los extranjeros á la moda, representan nada sólido y de enjundia literaria; si sirven para descaizar á los que con tanta originalidad y gracia cultivan la genuina musa cómica española.

Si la Academia fuera en efecto lo que pretende ser, respecto del idioma, habría que pedir en serio que en la Academia entrasen cosa fresca del género cómico popular, que ahora parece que desdientan los literatos.

Diga usted que en la Academia hay *internos* *diestas* y no hay *plingies trimestres*.

Y ni el ser académico ni el escribir en verso, son ser poeta de veras, merecen que uno se moleste en buscar padrinos ó consonantes; pagándose versos y dietas lo mal que se pagan.

CLARIN.

PALIQUE

«Tú á reír, y yo á escribir;
y, pues me vas á encerrar,
yo te prohibo de reír,
que he cesado de reír,
aunque me sientas llorar.»

Estas palabras del Cervantes poco real, pero simpático, de Sarrí, podemos repetir las, y acaso debamos, en tantos en España vivimos, con mayor ó menor vilipendio, del cultivo honesto del género festivo.

Mientras España pasa las de Calas... y ahora por las... *caudinas* (no he de mentar la horca en casa del ahorcado), parece que, ya que no se suspenden las corridas de toros, debieran suspenderse, por lo menos, las cuchufletas literarias. Necesidades apremiantes se oponen á ello; y así como á nadie se le ocurre que la elegía nacional debe cantarse, ó llorarse, dejando sin comer á los cómicos, á los toreros y demás ciudadanos que viven de los regocijos públicos, tampoco hay motivo para exigir que, v. gr., Taboada, Cavi, Eduardo Palacio, etc., etc., trasciendan de los garbajos jocosos con que alientan á los suyos.

Pero sería un maldecir el que creyera que el escritor festivo no siente las desdichas de la patria porque no alude á ellas en sus escritos ó no las lamenta á lo Jeremías. Taboada está en Espinha, es verdad, y hasta se baña; pero no en agua de rosas; y de hijo, en familia, y, sobre todo, para sus adentros, dice pastas de todos nosotros; y esto no porque él sea maldiciente, sino porque ahora resulta que de los desastres públicos... y notorios tenemos la culpa todos, absolutamente todos los españoles... y algunos beduinos; y por eso Taboada dirá pastas de todos. Pero á él no le pagan en *Madrid Cómica*, en *El Imparcial*, etcétera, etc., por echárselas de *Ídolo*, ni de *Cassandra*; otros corren con la sección de indignación patriótica; y Taboada, si quiere cobrar, tiene que seguir siendo gracioso y bromista, y observador asrdúico y caótico. Por eso, aunque le lleve patata con las cosas que han sucedido, y aunque se inclina á pensar que esta no es la patria de Bernardo del Carpio, sino del *otro*, y particularmente la de San Bernardino; no habla de estas cosas, sino de los portugueses finchados; que los hay, aunque muchos menos de los que quiere la leyenda.



Por cierto que algún portugués, no de Espinha, si no de Lisboa, ha pensado que no era esta mala ocasión para calentarse al fuego de la casa del vecino, que arde por los cuatro costados.

También nosotros, si fuéramos yanquis, podríamos pensar en buscar ciertas composiciones á costa del vecino.

Por lo menos á un bañista de aquí (*Salinas sur-mer, aux Asturies d'Oviedo*) se le ha ocurrido que si él gastara botines, es decir, si fuera el cosechero de Estido, publicaría (después de consultarlo con Weyler, que le mandaría á paseo) el siguiente *memorandum*: «A las Impotencias.»

Resultando que en el novísimo derecho internacional, la última palabra, del último alim, es aplicar el *uti possidetis* á los ladrones de robo manifiesto, y convertir la fuerza en derecho y dejar que el pez grande se coma al chico, sin eso en lazo de los demás pececillos.

Resultando que los yanquis se han comido gran parte del territorio español porque sí, porque vive *Dios que pudo ser*, sin protesta de Europa.

Considerando que España es mucho más fuerte que Portugal y puede meren lársele.

Considerando que las demás naciones, según el derecho natural vigente, nada tendrían que objetar.

Fallamos que debemos conquistar y conquistamos el Imperio de Luso... por iluso y porque no creció más y porque necesitamos razón learna. Y no va más.

Supongo que los portugueses no se incomodarán por esta humorada del bañista inofensivo; y es claro que no los conquistara nos, ni ganas.

Buenos estamos para conquistados. Somos unos Tenorios del último acto, cuando

el capitán me mató
á la puerta de mi casa.

Pero la verdad es que ahora que nos han quitado tanta tierra ultramarina, debiéramos hacer la unión ibérica.

Por aquello de que «donde no comen dos, no comen tres.»

Juntaríamos el flato.

En fin, á los iberos nos queda un consuelo:

«Ciego, sea la tierra el centro de las almas!»



Y otro consuelo nos queda.

Que si la paz no sale á nuestro gusto, no es por falta de consulta. Sagasta ha encontrado un Delfos al revolver de cada esquín, y lo que es por *Pilonios* no queda.

Por cierto que un exministro muy mal hablado, decía furioso:

—Y á mí, ¿por qué no se me consulta?

¡Cree Sagasta que yo soy *inconsulti*!

¡Ah! No señor; para Sagasta sólo el país es como la tónica de Cristo.

CLARIN

PALIQUE

¿Por qué no habrá nacido uno tan valiente como Romero y Nocedal, que quieren la guerra *cuando más*, como diría Martínez Campos, que ahora habla en francés?

El autor de la Carmafola, Nocedal el chico, que heredó de su padre un terrible pasivo; tradicionalista sin la única cualidad buena que suele tener los carlistas: la lealtad a su amo, Nocedal el del agua pasada, que no mueve molino, quiere la guerra hasta vencer ó morir.

¿Morir quién? Todos los españoles? Vencer cómo? Aumentando la tiranía del *Siglo Futuro*?

Vean ustedes el plan cediado. Ante todo, caída del gobierno. No cabe duda que si cae Sagasta se van á pique una docena de acorazados yankees.

Nada de gobiernos de partido.

Nocedal no comprende que deté el momento en que hay varias opiniones, y una prevalece, el gobierno que le representa es gobierno de partido.

Si sube al poder alguien que quiera seguir la guerra, es un gobierno de partido, del partido de la guerra.

Después de esto, parece que Nocedal empezará á mandar víveres y cartuchos á Cuba, por el aire ó por donde pueda, pues no señor: el plan de campaña continua de esta manera, se levanta la suspensión de garantías...

No veo todavía el bombardeo de Nueva York.

¡Tom! Se les devuelven sus fueros á las provincias que los tenían: se protege el regionalismo...

¡Muy bien! Con eso y unos juegos florales en honor de las *patricias chicas*, se derrota á Miles, á Merritt, á Sampson, á Shafter y se conquista la Florida, por lo menos.

Nocedal quiere que España encienda la guerra universal, y por ello dice que tenemos medios en África.

No se dirá que no habla como buen cristiano ese pobre diablo que nunca tuvo más mérito que ser hijo de un vulgar apóstata del liberalismo. ¡Ay, del país en que los Nocedales tienen quien les haga caso y los oigan... mercede que le manden Romero y Nocedales!

Que cosa tan ridícula ha sido todo eso de las consultas! Que convencionalismo tan irracional é injusto el de llevar en secreto las negociaciones por la paz, ocultándolas al país lo que importa al país más que á nadie. La política es una comedia vieja, en que desde Aristóteles no se ha inventado cosa de provecho.

Los espíritus más independientes en arte, en ciencias, en filosofía, se dejan en política llevar por el taticismo más servil; siguen la ruti-

na, y toman por lecciones de sabia experiencia las más ridículas vejeces.

Sin protesta del liberalismo, se consiente que la diplomacia usurpe el puesto de la soberanía nacional en los momentos más críticos para esa misma soberanía. Ahora mismo estamos gritando todos porque nos quiten ó suspendan los derechos *individuales*, y nadie se indigna porque á la nación se le quiten sus atribuciones más sagradas de derecho natural.

Se exagera hasta lo absurdo en el sistema representativo la acción del representante, olvidando la superioridad permanente del representado. Hoy se reconoce que los gobiernos no tienen autoridad por sí, como dueños, como señores de sus tierras, sino como representantes de la nación; pero se deja á los gobiernos obrar ni más ni menos que cuando los reyes tenían los pueblos como en el patrimonio particular de su raza.

Es absurdo, viniendo á lo nuestro, que imponga-

LOS CABALLEROS



Así se arreglaban antes las cuestiones de celos

donos á todos tanto lo que se resuelve ó haya resuelto respecto de la paz, depende del tacto diplomático y hasta *literario* de un cuasi-desconocido, como el duque de Almodóvar, el que España salga del conflicto ó se hunda más y más en los horrores de la guerra sin esperanzas.

Entre unos pocos señores, en cuyo prestigio no crees nadie; que han medrado por suerte ó por talento de poltiguilla personal y de cábala de bandería, resuelven lo que tanto importa á España; y el jefe del gobierno cree que cumple consultando en secreto la opinión de los voceros gárrulos de unos cuantos grupos del falso y desprestigiado parlamento de las casillas ministeriales.

Lo más puro, lo más sabio, lo más prudente, lo más desinteresado de la nación, no cabe en esas consultas porque es también lo más modesto, lo menos vocinglorio, lo menos ambicioso, lo más apartado de las intrigas viles de la poltiguilla rastrera.

Sin contar con la España *verdadera* se aceptó la guerra y sin contar con España se solicitó la paz.

No se tengan por libros los pueblos que á lo sumo,

arrancan del poder algunas declaraciones de respeto al derecho individual. Esas libertades pueden bastarle como agrupación de hombres unidos por intereses, no por ideas de nacionalidad común. Un pueblo no puede decir que es libre sino cuando lo es en cuanto *pueblo* también.

Y no es libre el pueblo que no declara la guerra y hace la paz por sí mismo, haciendo que el representante no sea más que mero instrumento de la voluntad evidente del representado. No es liberal el que no se indigna al ver que la nación se tiene que comprometer á respaldar pactos perfeccionados, como tales, antes de que ella conozca su alcance.

Y puede que Romero Robledo, si leyera esto, se dijese: Pero este Clarín ¿qué sabe de estas cosas?

Infelice, este Clarín, si le examinara á Vd. de estas cosas, le dejaría suspenso.

CLARÍN.

PALIQUE

Ta se habrán VV. enterado de que unos p'ceños lo pulieron á la custodia de Elduayen grillos y cadenas y no se qué alegorías más, todas del peor gusto.

Excmo decí que, con tan lamentable motivo, es- tamos indignados todos los hombres distinguidos y de fidedigna cabierta del país.

Santo y bueno que se persiga á un Zola, que se atreva á defender á los que el otro inocentes; pero no puede tolerarse que la cavilida rula, quiera manchar con su baba asquerosa los mil cinco millones de reales, como solas, que el señor Elduayen dejó ni poderle, como el otro *Pardina sentenar*.

Afortunadamente, los millones no se echaban á perder por más que la cavilida indre, como dijo el poeta; y si los herederos del linaje y señores (mil millones de artillo) callegos quieren dejar íntegro el su hereditario, á la suscripción nacional para el fomen- to de la, con perdón sea dicho, marina (lagarito), ya creará como, peso á los detractores, no falta ni un millón á la lista.

¿Que como pudo hacer el Sr. Elduayen tantos mil- llones? Por lo pronto, no es verdad que los haya sa- cado de la nada, porque *ex nihilo nihil*. Sabido es que *nihil novum sub sole*; si así estarían los millones de Elduayen cuando él los hizo suyos; él no los sacó de su cabeza, ni de una costilla de Adán. No hizo más que conseguir, por medio de combinaciones il- cías, que la sociedad viniera á reconocer que esa porción de riqueza que existir ya existía, en una forma ó en otra, pertenecía en justo dominio al señor marqués del Paso de la Maraña.

Lo que hizo Elduayen fué no ser un Quilote, y huir siempre de romanticismos de mal entendido sentimentalismo; y tuvo y retuvo y guardó para la vejez. Así, nunca se lo vió gastar su dinero en em- presas locas para traer á su patria la libertad; ni en otras aporramientos útiles para el pueblo en general, pero en el fondo refectos, porque sirven á la larga, para someter la holgaría.

Lo que hizo Elduayen fué procurar el positivo ade- lante del país con su ejemplo, digno de ser imitado. Porque figúrense Vds. que todos los españoles hicie- ramos lo que hizo Elduayen; *gaure* en nuestro breve tránsito por la tierra doscientos cincuenta millones de pesetas; pues *ipso facto* España era feliz, y se ha- bieran resuelto todos los problemas y no necesitaría- mos colonias; ni marina, ni armas al hombre; per-

que con doscientos cincuenta millones de pesetas cada uno ¿quién nos tosa?

Si los demás no hemos hecho tanto dinero, la cul- pa no es de Elduayen. El fué como el heroico candi- llo que cura el primero por la brecha; si los demás no le siguen, no es en suya la culpa. Procurémosle imitar el buen éxito crematístico del linaje *causa habiente*, y salváremos este país de la ruina.

De su ruina que es luminante sino *scamos* dine- ro de donde no lo hay; porque es necesario, ante to- do, seguir pagando religiosamente... á los religiosos, primero: á todos esos canchinos que cantando al alto sus preciosas rogativas, han conseguido de la Providencia que ablandase á los yanquis hasta el

BAÑOS Á DOMICILIO, por Villar



Ducha doméstica y económica.

punto de que no se comerán el asador. También hay que pagar, con no menor religiosidad, á la multitud, á la gloriosa legión de generales, más ó menos reuer- rados, que son el más seguro baluarte de la integridad de la patria y que ¡tanto son!, se lanzaran á lo alto las respectivas nóminas podrían pelar á la em- bre con el mismísimo ejéctro de Xerxes. Tenemos generales para repartir entre los particulares y con- seguir que toquen á dos; y tanto se ha generalizado me de ser general, que no hay Potosí que baste para premiar los servicios que tantos generalistas pueden prestar al día en que la patria está en peli- gro de veras, y no como ahora, que todo fué un suato.

Y no hay que ser ingratos. ¿Qué menos que tres mil doros pueden cobrar al año tantos héroes como nos han llevado de gloria?

Ya no estamos en los tiempos en que un Xenófote, después de dirigir la retirada de los diez mil griegos, se encontraba sin un peseta, y si quería su mortaja de hambre tenía que entrar á saco en los bienes particularmente de un señorón del Asía Menor, á palo limpio.

Ahora para cada uno de nuestros Xenófotes ó

Jenofotes, más ó menos retirados, tenemos las de- licias de Dipan que sean las delicias de buen retiro.

¡Cuánto más trabaja un minero, ó un pescador de omagu, que uno de esos generales que descansan en la reserva de las fatigas que pudieran haber tenido si la patria hubiese llegado á estar en peligro ver- dadero! Y esto embargo, un general que no hace más que dormir sobre sus laureles, que son todavía los de Oumba, San Quilatin, Balido, etc. (porque esto de los laureles se disfruta *in solidum*) gana lo bastante para triplicar varias lanchas bonieras, de esas que gitan peyor víctimas de la guerra, lo que haya á la vista yaseque que recoja á los naufragos.

Pero bien está que esto sea así, y el orden de la

república (la república de Alonso Martínez) no con- sienta otra cosa.

Verán ustedes que gusto dá, después de la guerra que hemos corrido, ver una de esas paradas en que se lucen los penachos de los cascos invictos de nues- tros generales de acero. ¿No recuerdan ustedes en qué gracioso valen muero la blanda brisa las blan- cas elmoras, que podrían ser como la del rey Enri- que de Francia, en caso de servir de guía para el ca- mino de la victoria?

Pero en salvando el efecto estético, el golpe de vista, tenemos lo principal.

Porque ¡ay! este mundo es una ilusión; la realidad más real no es más que la *Maya* Indiana, el terrible *Mara*, ó sea el demonio bramático, dios de la muerte y de la seducción. Un iluso podrá preferir un puñado de valientes, mal comidos, que defiendan una Zara- goza; pero la estética, lo único positivo, por lo visto que vive de apariencia, la estética, prefiere el aire marcial de una revista militar en que el dulce Pa- venio meneas blandamente los penachos ó como se llamen de mil general's, gala y proa del presump- to de Guerra y Marina.

La guerra de los encajes; eso es el ideal.

CLARIN

PALIQUE

El Imparcial publica un artículo recomendando la necesidad de la presión social para salvar a España. La presión social según el colega la explica, consiste en la influencia moral, no correctiva, del concepto en que la opinión general tiene á las personas que manejan los intereses públicos. Es algo parecido á lo que ya llamaban los romanos *exstimatio*, que caía principalmente bajo la acción de la censura, y tenía sus grados, llegando, en su aspecto negativo, á la infamia que podía ser propiamente tal ó solo una *levis nota*.

En efecto, la estimación pública es un resorte moral cuya fuerza solo se llegará á conocer en todo lo que vale, cuando se llegue á reconocer que en el derecho la coacción no es elemento esencial, y que la buena política nunca se conseguirá por sistemas de resortes exteriores, sino encomendando lo principal al espíritu libre, á la pura intencionalidad no cohibida.

Por desgracia, no van por este lado las corrientes de la filosofía jurídica, ni entre nuestros políticos leguleyos, ni siquiera entre nuestros prohombres togados, que creen que la última palabra de la ciencia es el positivismo aplicado á las leyes.

Voy á poner un ejemplo. Silvela, el jefe de los conservadores, el futuro presidente del gobierno (si no hacemos á tiempo algo que están exigiendo las circunstancias críticas del país); Silvela, á pesar de su cáscara católica, es un redomado positivista en derecho público, y cree estar muy á la moda pensando así. Uno de los autores que Silvela más cita, como oráculo, en sus más pensados escritos, es Roberty, un filósofo ateo y materialista, de lo más radical que cabe. Para Roberty la moral es un estado imperfecto de la vida sociológica; cuando esta progresa lo bastante, la moral desaparecerá por inútil. Es decir, que los resortes retóricos, coactivos, *deterministas*, suponen para Roberty garantía más segura, estado superior de perfección

social, en comparación del bien debido á la intención libre de los individuos. Ya Renán decía que dentro de algunos miles de años los hombres habrán encontrado algo con que sustituir la virtud y el carbón, que se habrán acabado. Pero esto, en Renán, no era, en cuanto á la virtud, mas que un *boutade*, una *salida*; mientras en Roberty es todo un sistema el sustituir la libre intención con mecanísmos sociológicos.

Como Roberty opina Silvela, y como Silvela la mayor parte de nuestros políticos, y aun mucha parte de las masas que andan buscando panaceas, sistemas, resortes políticos y sociales de organización formal exterior, para salvar al pueblo; sin ver que la reforma tiene que empezar por las almas, una á una. Cristo fué el gran político, el *definitivo*, porque pensó ante todo en el hombre interior; porque emancipó al individuo de la pagana teoría de la ciudad como interés supremo: esclavitud á que iba Platón, y á que volvió Hegel y á que van hoy muchos filósofos de la sociología...

No espere *El Imparcial* que prospere esa *censura* moral de que habla, porque para hacer que la practiquen los buenos patriotas habría que convencerlos primero de su eficacia; y son pocos los que están dispuestos á creer que por ese camino, sin coacción material, sin medios de gobierno, se pueda arreglar el país mejor que con maquinarias legales coercitivas.

APUNTES MODERNISTAS. por Benito



La etiqueta.

575 Madrid Cómic (Madrid), n. 810, 27 agosto, 1898.
Publicado también en *La Publicidad* (Barcelona),
n. 7.145, 29 agosto

Además, si la presión moral ha de empezar á producir pronto y con eficacia saludables efectos, hay que predicar, desde ahora, con el ejemplo.

Habla *El Imparcial* de personajes á quien la opinión, justamente, aduce los males presentes de España; ¿por qué no hemos de empezar todos á decir de quien se trata?

Muchísimo se ha abominado de las personalidades, de las alusiones *nominatim*; á las que solemos llamar por su nombre, al que queremos censurar se nos ha dicho mil veces que éramos malévolos, crueles, ¡qué se yo!

Pues ahora verá *El Imparcial* que para su buen propósito de presión social es indispensable citar nombres propios.

¡A ello, valientes!

CLARÍN

PALIQUE

Sa. D. JULIÁN ROMERO:

Muy señor mío: simpático y discretísimo actor García Valero, hombre digno de crédito, además de excelente artista, me dijo, pocos días hace, en Gijón, que Vd. deseaba conocer mi humilde parecer acerca de *El señor Joaquín*.

Después de haber declarado al público en todas partes que *El señor Joaquín* le parecía cosa buena; y después de haber alabado esa zarzuela la mayor parte de los críticos que tratan de asuntos escénicos, bien podía Vd. considerarse del todo indiferente para su amor propio lo que Clara pudiera opinar de su obra de Vd.

Sin duda Vd. me atribuye un valor que no tengo; pero suponiendo que yo fuera lo que Vd. cree, no lo que soy efectivamente, demostrarla en Vd. mucha discreción y humildad al querer más pruebas del mérito de su obra que las que puede ofrecerle el buen éxito, ya logrado.

Ha querido Vd., por lo visto, que la crítica sancionara, si lo merece, al veredicto popular; y ha hecho Vd. bien; sólo se ha equivocado Vd. al elegir juez de derecho; pues yo no me considero más que simple jurado, y eso no como *capacidad*, sino en cuanto a base de familia.

De todas suertes, y sea yo lo que sea, Vd. ha querido saber lo que opino de su *Señor Joaquín*, y como Vd. pide franqueza y verdad, allá va mi parecer sin rodeos.

Por lo pronto, en zarzuela de Vd. debe ser juzgada no por la lectura ni por una representación deficiente, sino viéndola a los actores para quien ha sido escrita, á bien á otros de mérito análogo.

To no he visto en esas condiciones *El señor Joaquín*. Dos papeles estaban muy bien desempeñados, cuando yo vi la obra: el del protagonista (magistralmente representado por García Valero) y el de macho romántico, que hacía á las ímiles maravillas un joven cuyo nombre siento no recordar. Pero el papel del dependiente seductor y el de la esposa fiel habían caído en manos de apreciables artistas de segunda fila, y el de la hija engañada no había tenido mucha mejor suerte.

De esta manera, no es como se ha de ver *El señor Joaquín*, para formar juicio definitivo. Creo que el teatro la zarzuela mejor representada me ha de gustar mucho más.

Hacen muchos años que le tengo á Vd. por buen

actor cómico; al bien, como á la mayor parte de los que honran nuestra escena, le han sobrado á usted ocasiones de amanerarse y de abandonar, y le han faltado las de aprovechar los beneficios de una noble emulación. Menos tiempo hace que lo tengo también por hombre capaz de escribir con acierto para el teatro.

No creo que el señor Joaquín, el personaje, haya mejorado al pasar del *Padrino del Nene* á la zarzuela á que da el nombre.

Al ganar en importancia moral, ha perdido gracia.

No crea Vd., aunque se lo aianen, que ese canillo de sermón discreto, correcto y de párrafos amorosos, á lo *Tamayo*, es natural, ni digno de ser perpetuado en la escena. A muchos los parece eso el colmo del buen lenguaje, pero á mí no. Elija Vd. entre ambas opiniones.

Si es de alabar, relativamente, que en *El señor Joaquín* no haya chistes ni chistes verdes; no quiere esto decir que ese sea un mérito positivo y estético, sino negativo, extrínseco y circunstancial. No olga Vd. á las sirenas que le pidan más sensiblerías

NIÑERÍAS, por Xaudard



—¿Qué te pasa, hijo mío?
—¡Que mamá me ha reñido! Oye, ¿sabes ese genio cuando es muy contigo?

de zarzuela *díca* y para uso de las familias, como cierto jabón; por ahí se vuelve á Eguzías y otros horrores. Los que quieren ese cultivo atenuado de la moral cantada... que compren un *Fleury*.

Cultive Vd. la gracia, pues la tiene; pero huya de mezclar géneros que no admitan mezcla, de buen grado.

A pesar de lo dicho, en *El señor Joaquín* hay una escena de efecto patético real, hondo, sencillo y noble; aquella en que el honrado burgués siente con vehemencia la *fi* en la *cantidad* de sus esposas. Aquello es muy armonioso y está bien dicho; lo que se llama bien dicho.

El tipo del borriero sensible es más gracioso que nuevo, pero hace reír muy legítimamente.

La *niña*... es tanta á ratos, y su alegría es poco humana por eso, que es la de una irracional. Pero que mucho, si el mismo Shakespeare tiene personajes como el Cid de Cimbeline, majadero á ratos, lleno de contradicciones irreductibles y antinómicas.

Ahí tiene Vd. Sr. Romero, en resumen, lo que, íntegramente opino de su *Señor Joaquín*.

Podrá Vd. encontrar juicio más acertado; más sincero no lo hay. Suyo,

Clara.

Lo de todos los años... El Ayuntamiento... y la lista del Papeón.

Que no es la *lista grande*, porque no puede ser.

Maria Guerrero hace por el arte lo que pueda... pero no puede más. No es culpa suya que los actores españoles sean todo lo contrario de las *afectadas alicidas*.

Vico sólo.

La Tabua, sólo.

Thullier, sólo.

Capillo, sólo.

¿A quién va á contrariar María?

¡Como no contrate al Guerra!

En la lista de este año falta Joaquín, actor que en estos últimos tiempos ha aprendido mucho, y que, fuera del defecto de la voz cavernosa, es de los mejores que tenemos en su género.

Pero en cambio está Isidro, el gran Mario, que no estaba el año pasado.

Ojalá este nombre quisiera decir que en el *Espectro* nos iban á dar mucha *comedia urbana*, si ustedes quieren alta *comedia*.

Pero en fin, concedemos, por figura retráica, que la lista de la compañía de María sea esa.

Pero, ¿la lista de los abonados?

¡Son los que saltaron á Shakespeare y á Calderón, *bostaron* á Cervantes y á Quevedo y se rieron de Salas! ¡Ah! pues entonces *listas con listas* se curan *diria* otro clásico... de los que también albarán los defensores de la *lista ciud*.

Tengo que hacer una advertencia. Me preguntan algunos correspondientes si me parecen buenos todos los versos y todas las prosas *modernistas* que publica Madrid Cómico.

Ya he dicho que soy un director ausente. No es posible que yo los leo todos el original que se publica, ni que deje de publicarse todo lo que pueda no gustarme á mí. No respondo más que de lo que yo firmo.

Cuando vean Vds. coñitas afrancesadas *melancólicamente* verdes (verdi-negros, pues lo *malandónico* es negro), *desandados* alicidas, secciones extravagantes y otros artículos de París, háganme el favor de pensar que yo eso lo tolero, pero no lo apadrino.

Pero Madrid Cómico es como el sol, sale para todos. En el mismo criterio de tolerancia creo que se inspirará Benavente, que es liberal, pero no es cural.

CLARÍN

Servimos que Clara, á quien la empresa de este periódico encargó la dirección, separando grandes iniciativas y las proyectos de reformas que tenía nuestro director, no autorice la marcha de Madrid Cómico. A fin de evitarle la molestia de las cartas que de sus correspondientes recibe, desde el próximo número Clara deja la dirección del periódico para seguir, como de costumbre, de redactor, colaborando con sus Paliques.

PALIQUE

Ustedes andan buscando un hombre y no le encuentran.

Pues á la vista está.

No es un generá; al contrario, es muy particular.

No es un caudillo, no; *cedant arma togæ*; ceden las armas á la toga.

Es el juez de instrucción y de primera instancia de Villaviciosa de Asturias, ó mejor, de Villaviciosa de Pital, ó sea de Villareviciosa. Se llama Barinaga.

O sea un anagrama, casi, de Gavarny, el famoso caricaturista.

Y en efecto, Barinaga pone en caricatura la ley de Enjuiciamiento.

Y además, es lo contrario de un automóvil; porque es *automóvil*.

Si, señor, se ha declarado inmovible á sí mismo.

Es el *Peñón de Gibraltar* ó el *buey suelto bien se lame*, como dijo Figaro, creyendo decir una incongruencia.

Nuestro Barinaga es el Peñón por lo duro de cara y porque es una plaza fuerte y una pena inmovible. Y es el buey suelto y se lame como quiere, porque con él no hay rey ni R-que que pueda, y las leyes se abren á su paso como las paredes al paso del Comendador.

Por un quítame allá esas pajas, Barinaga hizo horrores con un periódico, destruyó una imprenta, tuvo presos á cuatro ó cinco individuos pifiosos y de resacas de todo esto, el Sr. Azcárate llama en el Congreso la atención del ministro de Gracia y Justicia; y si Azcárate puso verde al juez, el ministro le puso de oro y azul. Seguramente el ministro, era un escándalo lo que sucedía en Villaviciosa; aquel juez no podía continuar allí...

E par non si muove.

No hay quien las mueva, que estar no pueda con Barinaga á prueba.

El abito, y de veras integro, fiscal del Supremo (estos son otros Pugas), olió donde guisaban Barinaga, y olió también donde había un buen perro de presa para echárselo á Barinaga. Y comisionó especialmente al señor Sousa, abogado fiscal de la Audiencia de Oviedo, para que estudiase el caso de lo que pudieran llamar *temistofobia*, horror de los *temistes* ó leyes, ó bien *decaistofobia*, horror de lo justo, que se había presentado en Villareviciosa.

Este señor Sousa es de lo que no hay para entenderlas con Barinaga.

Sousa es el Marco Polo de la carrera judicial; ha sufrido más de veinte traslados en muy pocos años; de modo que conoce el mapamundi, porque ha dormido una noche en cada Juzgado, y á la mañana siguiente ha tenido que desalojar, por no saber dar gusto al cacique del pueblo.

Por cumplir su deber, ha tenido que correr las siete partidas del mundo. La justicia, en España, no debe representarse por una vara, sino por la maleta de Sousa.

Cuando veis á un magistrado con un baul cubierto de papeles de esos que sirven para facturar equipajes, podéis decir: ese es un magistrado integro.

Sousa, con beneplácito del ministro, y comisionado por el fiscal del Supremo, tiene en estudio á Barinaga...

Pero pese al ministro, al fiscal del Supremo y al Sr. Sousa, Barinaga sigue tan firme como el Pico de Teide, y entretiene sus oídos convirtiendo en un poema humorístico las leyes procesales.

Verán ustedes cómo.

Las víctimas de Barinaga salieron de la cárcel, porque aquello clamaba á Dios.

Pero Barinaga ahora los persigue de otra manera.

Le echó á un ciudadano pacífico una multa de 25 pesetas ó cosa así (poco más será); el ciudadano se apresura á declarar que quiere pagar, y paga, y deja el dinero donde debe dejárselo... pero ¡cál! el juez dice ¡venga en forma! y se tomará. Y aumenta la multa, por desobediencia, porque el multado quería pagar y el juez no estaba entonces de humor do

cohrar. Las 25 pesetas se convierten en 400 pesetas. ¿Por qué? Porque primero resultaba que el juez no quería cohrar y el otro se empeñaba en pagar, y esto se paga; y para hacer constar todo esto se practican varias diligencias, y el juez hace que estas diligencias se paguen también.

De modo que esto es como aquello de la razón de la sin razón que á mí... *razón se hace*. Se paga lo más porque se quiso pagar lo menos cuando el juez no quería cohrar lo menos, sino dar motivo para cohrar 1.º más; pero como lo más se quiera pagar 1.º más, y el juez no quiera cohrarlo ya, para cohrar más todavía, se paga mucho más por haber querido pagar lo más cuando no quería cohrarlo el juez. Y como todos estos tiquis miquis requieran nuevas diligencias, las diligencias se pagan también.

Todo esto parece mentira; pero es la pura verdad. Así son las bromas judiciales del autotamovible Barinaga.

Pero hay más. (Aquí todo se vuelve de masías.)

Barinaga sabe que uno de los perseguidos necesita baños de mar. Y espera. Nada de exigirle el pago de una multa mientras le tiene á mano. Llega el mes de Agosto... el de la multa sale de Villaviciosa, se va lejos, á la orilla del mar... ¡aquí te quiero exhortar! Barinaga, que pudo decir lo que se le ocurría á su víctima, cuando le tenía á la puerta de casa, agurda á que esté gozando de las delicias de la mar salada (no tan salada como el juez), para darle una ducha de exhortos.

Y el de la multa deja los baños, deja á su familia, vuelve á Villaviciosa, y ante el actuario deposita el dinero de la multa... ¿Qué! si no sirve. Ahora no vale; vuélvase usted al mar... y hablémosle. El multado se vuelve á los baños, después de dejar consignado el pago, y un poderado que vuelva á pagar, si luego falta... ¡Pamplinas! Barinaga... le vuelve á pescar con la caña de los exhortos... y vengán embargos in partibus infidelium...

¡Eh! ¿Qué tal? ¿No es esto convertir la ley de Enjuiciamiento en una *Gatonaguia*?

¿Cuántas horas debía durar, en su puesto, un juez que así trata á los ciudadanos?

No debiera durar ni una hora; pero dura siglos.

Dígame Barinaga.

Todo lo que precede es historia pura. Yo he visto los documentos.

Lo que no he visto todavía es la suspensión del juez.

El presidente de la Audiencia de Oviedo, persona de mi mayor respet, creo que sabe algo de estos humorismos del *Gavarny* (Barinaga) judicial.

¿No piensa hacer nada para corregir estos abusos?

¿Y el fiscal ad Barinagam, Sr. Sousa? ¿No hará nada?

—Y el dignísimo y enérgico fiscal del Supremo?

¿Y el ministro?

¿Y Cachau?

¿Habrá que recurrir á las dos tejas?

CLARÍN.

PALIQUE

Acabo de recibir un elegante volumen que se titula *A History of Spanish Literature* cuyo autor es el ilustro hispanófilo inglés James Fitzmaurice-Kelly. Pertenece el libro a la ya famosa colección de *historias cortas de las literaturas del mundo* que publica Edmundo Gosse. Para escribir un compendio de la historia literaria española nadie en Inglaterra con facultades superiores á las de Fitzmaurice-Kelly, que conoce, como erudito concienzudo y crítico de talento y gusto, nuestras gloriosas letras de antaño y nuestra literatura moderna. Debemos los españoles á tan ilustrado inglés muchos servicios literarios. El ha dirigido ediciones inglesas de antiguas traducciones de nuestros clásicos; y, pocos días hace que Valera dedicaba un jugoso artículo á la muy lujosa y pura edición española del Quijote que en Londres se está publicando bajo la dirección de Fitzmaurice-Kelly.

La historia—corta—de la literatura española que ahora nos da el crítico inglés, sabe á poco, pero toda ella es sustancia. Escribir un buen compendio es difícilísimo: hay que saber escoger, *distinguir* y sobre todo, hay que saber decir mucho en pocas palabras, como los laconismos. Es evidente que la historia literaria—y la pragmática, y todas—de España, está sin hacer. A una discretísima persona que se propusiera escribir toda una historia de la literatura española, le daría no hace muchos años Menéndez y Pelayo que la empresa era peligrosa; porque los datos de que podía disponer esa persona están llenos de errores, enajados de leyendas, de anacronismos sancionados por la erudición rutinaria; y como el ingenio del pretendido historiador era grande, su estilo ameno, su fama popular, era seguro que iban á leer muchos su obra y á propagarse así grandísimas equivocaciones.

No diré yo que Fitzmaurice-Kelly haya podido librarse de todos los errores que, con disimulo muchas veces, pasan por historia literaria, pero casi me atrevo á asegurar que su compendio ha de ser de los menos perjudicados por esa enfermedad de la ciencia histórica española; porque se trata de un erudito de los que saben ver por sí mismos y de un hombre discreto como pocos.

Más difícil aún que en la parte antigua, en que un extranjero ilustrado puede ser tan buen juez como nosotros, es librarse en las letras contemporáneas de las noticias capciosas que suelen llover por el mundo los *corredores* de la fama. Léanse, v. gr. compendios como el de Gubernatis, los de los Dictionarios literarios y otros así y se verá cuanto influyen en tales obrillas los entrometidos y buscones de nuestro Parnaso, que andan á caza de hispanófilos de *extrangis* para llenar la erudición moderna... de cartuchos de perdigones... de la fábrica que paga al corredor ó Trotacuentos literario.

En el libro de Fitzmaurice-Kelly se nota bien pronto que el autor habla por cuenta propia, de lo que conoce por haberlo leído y no por noticias de *chancillería*. Véase por ejemplo, lo que dice de Selgas, lo que dice del padre Coloma y su *trivial vogue*, lo que dice del padre García Blanco ó Blanco García, (1) y fíjese el lector en la multitud de *sabias omisiones* del sustancioso compendio. Todo ello prueba que el autor no comulga con ruedas de molino, que juzga

por sí propio, no por el veredicto vulgar ni por la sentencia académica.

Para que se vea que va á buscar el mérito donde lo hay, no donde hace ruido, diré que en la página 305 Fitzmaurice-Kelly, habla de Juan Ochoa, «el escritor de *Un alma de Dios*, que era há poco una esperanza y ha crecido rápidamente en reputación y en merecimientos». ¿Qué autor más modesto que el *novísimo* Ochoa? Pues el crítico inglés ha sabido dar con él. Y ¡cosa rara! el crítico inglés coincide con Galdós, Pereda y Menéndez y Pelayo que han dicho, sin ponerse de acuerdo previamente, que Ochoa *ya cumplía* lo que se puede esperar de todo un novelista.

He citado este ejemplo porque me parece muy expresivo.

No diré yo que el trabajo de Fitzmaurice-Kelly sea completo, ni aún en su género, pues faltan muchas clases de obras literarias en su rápido estudio. Así se explica que en él estén omitidos, v. gr. nombres como el de Castelar y los de nuestros buenos autores cómicos. Esta omisión no es defecto de crítica, no supone que Fitzmaurice-Kelly no ha sabido apreciar bien á esos y otros artistas literarios; es defecto en el plan del libro, que debió abarcar géneros que no abarca.

Y concluyo, aunque muchas cosas se me ocurren todavía en alabanza del libro de que trato; pero he de callarlas, porque temo que pueda influir en mi opinión, tan favorable, la concordancia de juicios; y tomo más que la maldicia pudiera ver, en mis elogios, repugnantes servicios mutuos.

CLARÍN



La víctima diaria. (Do Lu Esquivella.)

(1) Digo que la Historia de la Literatura española en el siglo XIX carece de crítica por completo y está manchada por violentos prejuicios personales expresados con intemperancia.

PALIQUE

De la *Historia Natural* que publicará en el siglo CL el sabio hotentote Juan Fernández (como *nuestro porvenir está en África*—por parecerse al país—para el siglo CL ya habíamos llevado nuestras colonias africanas hasta el Cabo de Buena Esperanza):

«Cosa rara; el primer nombre civilizado, como se llamaban aquellos buenos salvajes, que hizo algo eficaz para salir del estado horrible en que vivía la pretendida cristiandad (?), fué un tirano, uno de aquellos *amos de pueblos*, cuya realidad han negado, durante siglos, los críticos miopes que quieren juzgar por la moral de los siglos verdades a nada cristianas la moral de aquellos tiempos tristes, en que nuestros humildes antepasados—pues lo son, pese á nuestro orgullo—luchaban todavía con la animalidad brutal, de que se creían libres.

Si; hubo *amos de pueblos*, aunque les pareciera mentira á los que creen que el hombre apareció en la tierra en las condiciones de moral y piedad racional en que hoy existe. Dividíanse en el siglo XIX, en que se realizó el hecho á que me refiero, dividíanse los pueblos en naciones, merced á ciertas preocupaciones instintivas apoyadas por falsas teorías pseudo-científicas y aun por otras que se tenían por religiosas (nada ha cambiado tanto como la idea y el sentimiento de la religiosidad). Y estas naciones creían en una cosa que llamaban la soberanía, que ahora sería inútil querer explicar al vulgo de los lectores, porque no serían capaces de comprender tan extraña idea. Ello es que las naciones, que se creían libres, independientes, ignoraban que al pretender la supremacía por la fuerza de las armas, no hacían más que imitar á los antiguos reyes, dueños de sus respectivos pueblos, que habían creado los ejércitos permanentes para defender su *propiedad*, el territorio, como los guarda-bosques pueden defender su parque.

Al morir el siglo XIX todavía quedaban algunos poderosos reyes que, sin disimulos, administraban la política como si los pueblos fueran *sierras propias*; y, contra lo que podía esperarse, en vez de ser una de las naciones que se creían emancipadas la que tomara la iniciativa para dar golpe mortal á la guerra, fué un rey de esos, el Zar de Rusia, quien propuso á los demás *gabinetes*, como ellos decían, el desarme proporcional, para aproximarse al Anfictionado universal, que fué una de las formas en que empezó á esbozarse el estado internacional; aquél Estado que duró tantos siglos, que hoy nos parece una ridícula invención, artificiosa, innecesaria y que á nuestros antepasados—pues lo son, repito—les habría parecido una utopía, un ensueño paradisíaco, bueno para el cielo, irrealizable en la tierra.

Los más expertos *especialistas* de la famosa diplomacia, los periodistas más sesudos, acogieron con escéptica sonrisa los propósitos del Zar, como se habían estado riendo años y años de las *Ligas para la paz*, y como se habían reído de las ilusiones del maestro Kant, un filósofo de gran talento, para lo que aquellos siglos de tinieblas podían dar de sí. Un filósofo era entonces un hombre que se dedicaba *especialmente* á discurrir con precauciones racionales; es decir, era lo que hoy es todo el mundo; pero entonces parecía á los más una extravagancia no dejarse guiar en la acción por la rutina, el patetismo (como dijo Leibnitz, otro filósofo), la pasión, el instinto, la terquedad, la manía. La idea del Zar, después de muchos desaires, contratiempos y eclipses, acabó por triunfar; porque obedecía á una tendencia que estaba en la atmósfera. ¡Y ya era tiempo! porque iban corridos diez y nueve siglos después de la aparición de Cristo, del Cristo histórico; que, efectivamente, vino al mundo en aquellos tiempos, y vivió en una humanidad que hoy los preocupan no quieren reconocer como elemento de nuestro árbol genealógico.

El argumento principal de los que niegan la realidad histórica de un *ser individual* que haya predicado lo que es hoy fe de todos, la moral cristiana, se funda en que consta en la historia auténtica que Cristo no vivió en los siglos verdaderamente *cristianos* (del cincuenta al sesenta hasta el nuestro), y que es inverosímil que habiendo venido al mundo hace ciento cincuenta siglos hubiesen pasado diez y nueve y veinte y más sin que hubiesen desaparecido las radicales negaciones del cristianismo; la muerte voluntaria, por propio ó ajeno querer; la guerra; la desigualdad intencional de condiciones económicas y jurídicas; el ateísmo; la soberbia senlo-científica y la ceguera moral y estética respecto de la delicia y hermosura del espíritu caritativo. Y á pesar de todas estas dificultades, la ciencia histórica demuestra hoy que, en efecto, Cristo vivió veinte siglos antes de haberse dado el primer paso para acabar con la guerra, la gran característica del período de salvajes no en la *historia natural* del hombre.»

CLARÍN.

PALIQUE

Según los inteligentes, parece que ahora vá de veras lo de nuestra regeneración. Hasta Mella y Barrio y Mier creen en *La Regeneración...* que era el órgano de los carlistas *illo tempore*.

El primer paso de la regeneración, *siempre* (galicismo) según los inteligentes, es el manifiesto de Polavieja. Y es un paso de gigante. Porque es muy largo.

No digo yo que sea largo Polavieja; eso me lo parece. El largo es el manifiesto. Tan largo, que yo no lo he leído; porque tengo mis pobres; tengo mis lectores. Diputado habrá que no haya leído los *Comentarios* de César y crea, en conciencia, que debe leer á Polavieja de cabo... á general.

Como no he leído el manifiesto, manifiesto que carece de autoridad para decir que es malo. Y además, como por malo que sea, no faltarán otros manifiestos que lo hagan bueno, por bueno lo doy... y archívese.

Una de las cosas en que vá á consistir nuestra regeneración, con ó sin Polavieja, vá á ser la franqueza con que en adelante pensamos acusarnos unos á otros. Dios, y los sordos nos oigan.

Parece mentira, pero la salvación de la patria puede consistir, en parte, en decir muchas desvergüenzas á los que las merecen, que son muchos.

El conde de las Almenas, uno de los restos del *Castillo* de Cánovas, rompió el fuego y arrojó bombas incendiarias desde el Senado.

Y, cosa rara, el Sr. Conde habló perfectamente. Los periódicos no se han fijado en el aspecto artístico del discurso y las rectificaciones del conde. ¡Qué concisión, qué precisión, qué sustancioso laconismo! Cada vez que decía que no le *daba* la gana retirar nada de lo dicho, y que él diría lo que tuviera por conveniente y como le *daba la gana*, el conde estaba elocuentísimo sin ningún género de broma.

Si todos habláramos como el conde — suponiendo que nos dejaran — puede que antes de un año... el presupuesto de guerra y marina estuviera como una zeda... de la barata.

Como se ha dicho que «hay que desposarse con la verdad y divorciarse de la mentira» el Sr. Gamazo ha creído que, en suma, lo que se pedía era que *todos hablemos en castellano* (ya que en plata no puede ser, por las circunstancias del país).

Pero Gamazo se encontró con una dificultad para eso de hablar en castellano:

Que no lo sabíamos.

En efecto: ¿cómo se quiera que sean francos, que hablen en castellano, los diputados y periodistas que dicen que vá á *explotar* la indignación pública, y

que creen que hablan con gran elegancia y muy á lo castizo, cuando dicen v. gr.... Los disgustos que origináronse...?

¡Ah, señores diputados; ah señores periodistas! En español se explota una mina, se explota un negocio; pero lo que es capaz de explosión no explota, por eso. ¡Ah señores diputados; ah señores periodistas! los pronombres no pueden posponerse, unidos al verbo, así, á tontas y á locas. Ustedes leyeron aquello de

pidolo,
dámelo, hébelo,
págolo y ponme contento

y creen que se pueden posponer los pronombres, y particularmente el *se*, arbitrariamente, cuando á uno se le ocurra. Y no hay tal cosa. Se puede decir: *Negóse á estudiar*. Pero no, todo el tiempo que negose á estudiar.

No hasta ser romántico recalentado, ni simbolista, ni decadente, ni siquiera *últimista*, para poder construir la frase como á uno le do la gana.

El conde de las Almonas, ese sí, dirá lo que le *da la gana*. Pero lo dice perfectamente; y, sin saberlo, *domina* el castellano.

Para que en adelante puedan dominarlo todos, el Sr. Gamazo se propone que los bachilleres no puedan serlo sin estudiar dos años de lengua castellana. Perfectamente. Otras muchas cosas buenas tienen las reformas de Gamazo, y de ellas hablaré mucho en otras partes; pero aquí, por venir á cuento alabo eso de que no se puede ser bachiller sin estudiar dos cursos de castellano.

Muy bien: ya que seamos hachilleres, seámoslo correctamente y con propiedad.

Y yo, en el caso de los que tienen periódico propio, pondría por condición á los periodistas de mi mando decir sus hachillerías con testimonio de haber probado los discursos *trigueros*, es decir, del habla candelal de Castilla.

Y no volvería á explotar nadie.

Ni á la Olimpia del folletín la llamarían Olimpo.

Porque á mí me gusta que hasta Rocambole, ó como se llame, hable como *Mío Cid*, aunque se porte de otra manera.

Tanto me preocupa, señores, esto del bien hablar, que uno de los motivos que tengo para no desear que mala bomba me parta, es el temor de que diga Mencheta:

(Martín cachos bomba explotó...)

Yo no exploto ni la bomba, ni el hombro.

CLARÍN

PALIQUE

«De mi honor sólo disponen Dios y el rey.»
Esto dicen que dijo el Sr. Primo de Rivera en la última sesión del Senado.

Sin duda oyeron mal los periodistas.

El respetable general no querrá ser más clásico que los poetas de nuestro glorioso teatro del siglo XVII.

La frase atribuida al general sería digna de *Los lunes del Español*... si no fuera tan exagerada.

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios...

dijo el clásico; y, como se vé, no ponía á disposición del rey el honor.

Tal vez el general recordó aquello de *Del rey abajo ninguno*, y creyó que el rey podía disponer de todo. Pero no es esa la idea de García del Castañar. García no entregó su honor al rey, sino que, si le ultrajan el honor, toma venganza, ó mejor, hace justicia contra cualquiera... menos contra el rey. Esto es otra cosa. Esto es declarar al rey inviolable, y esto lo hace todavía la Constitución, en prosa vil; pero poner el honor á disposición del rey, ni la Constitución, ni García, ni creo que el mismo general Primo de Rivera, si lo piensa bien.

A propósito de citas clásicas:

En el último palique salieron un poco desfigurados unos versos muy conocidos que yo recordaba: los de la famosa descripción de la taberna. El pio y muy alto lector habrá comprendido que, por poco que yo sepa, sahré como son, en efecto, los versos que adulteraron en las cajas.

Pido indulgencia por las erratas de mis paliques, de las que tengo la culpa yo; no por mi ruda Minería, pero sí por mi letra, que es casi tan mala como la de Sánchez Pérez y la de Pérez Galdós.

Si Galdós, Sánchez Pérez y yo hubiéramos recibido una educación clásica, tendríamos una hermosa letra... redonda (supongo).

No tengo inconveniente en que se me obligue á volver á la escuela, á reformar la letra. ¡Ay! ¡y el espíritu! No tengo inconveniente en que me quiten lo bailado, que fué bien poco. Volveré con mucho gusto al papel pautado, no por el general Chinchilla, sino por el maestro; pero ¡que me vuelvan mis ilusiones de niño! Porque, si he de escribir palotes otra vez, con toda la mala sangre que le oía á uno la experiencia de la pícarra vida, volverán mis letras á ser torcidas y temblonas, y seguiré rasgando el del-

gado papel, como Tarfe, ó quien fuera, que no me acuerdo ahora.

Y á propósito de letras, si no primeras, segundas. No todos los periódicos han encontrado buenas las reformas de Gamazo.

La *Correspondencia* las alaba, en conjunto; El *Imparcial* lo mismo; en un artículo, por cierto, muy bien pensado y bien escrito.

El *Heraldo* vota en contra, más que por lo que reforma Gamazo, por lo lento que se queda en el reformar.

El *Liberal*, con quien, peso á nuestras disidencias por mor de Arimon, suelo yo estar conforme en materias políticas y administrativas, se muestra injusto, con exajerado desden, al criticar el plan de Gamazo. Toma la cosa al detalle y encuentra algunas contradicciones entre el preámbulo y el articulado. Pero, si en eso acierta, no así cuando censura, v. gr., que haya tres años de Latín y uno de Historia de España.

Note El *Liberal* lo siguiente: que *Historia de España* se estudia también en la *Historia* llamada *universal*, y con especial encargo de la ley do que conste en todo lo que á España particularmente importa. Además, algo de Historia de España se estudia en la escuela, y en muchos de los estudios superiores vuelve el alumno á encontrarse, en una ó de otra forma, con la Historia de España.

Además la historia sencilla y no crítica que se puede y debe enseñar en el instituto no es cosa difícil de aprender; no es instrumento difícil de dominar, para otros estudios, como lo es el latín. El latín es la disciplina generalmente escogida para que los bachilleres, que deben *saber algo de muchas cosas* sepan *mucho de algo*, y sino mucho, lo bastante para estar ya acostumbrados á saber como se consigue dominar una especialidad. Un insigne pedagogo ruso, ya difunto, demostró este papel *pedagógico* del latín, de modo admirable. La experiencia ha demostrado que para ese papel que las *humanidades*, y el latín particularmente, desempeñan en la segunda enseñanza, no sirven los sucedáneos que se han propuesto: ni la geografía (defendida por Frory) ni las matemáticas, ni las ciencias naturales.

Yo no diré que las reformas de Gamazo (que esperan complemento en otras relativas á *Facultad*) sean un desideratum; pero sí que, dado el carácter parcial que habían de tener, para que pudieran realizarse pronto, corrigen muchos defectos de los principales, de lo que podemos conocer mejor que otros, los que tenemos que entendérmolas con los bachilleres recién sacaditos del horno de las bachillerías.

Pedir la luna... es muy poético y muy... clásico. Pero encender una cerilla es mucho más útil, cuando está todo como boca de lobo... marino.

CLARIN.

PALIQUE

La *Enéida*, de Publio Virgilio Marón. Traducción en verso castellano por el ilmo. Sr. Doctor D. Luis Herrera y Robles, prebitero, individuo de la Real Academia Española, Catedrático de elocuencia de Literatura, etc., etc.

Muchos más títulos ofrece el Sr. Herrera, en garantía; pero yo los ignoro, porque no creo esencial para mí objeto el recordarlos todos. Uno hay que no lo de omitir, y es el de venir recomendado por D. Juan Valera, que ha escrito el prólogo para el libro del ilustrado Director del mismo Instituto, que también lo es el Sr. Herrera. No falta en la portada ninguno de los títulos que el traductor pide; pero en cambio le faltan a la *Enéida* la mitad de sus libros, pues el tomo no contiene más que seis; el primero traducido por el célebre Ventura de la Vega y los cinco siguientes por el distinguido juez de oposiciones á cátedras.

Antes de pasar adelante, yo aconsejaría al señor Herrera y á los muchos que como él son aficionados á manifestar los honores que deben al mundo, que siguiesen la costumbre de los ingleses, muy amigos también de mostrar títulos, pero usando para ello de conocidas abreviaturas.

De todas suertes, el Sr. Valera, cuya sinceridad en los elogios no puedo poner en duda, opina que la traducción del Sr. Herrera será, el día en que se acabe, la más á propósito que hasta hoy tenemos, para que, los que no saben latín, viámbren las bellas de la obra capital de Virgilio. El mayor servicio que yo podría hacerle al Sr. Herrera, y estoy gozoso de servirle, sería lo que queda realizado: dar á un público numeroso la noticia de que todo un Valera, perdido entre los poetas, tiene tan buena idea del conocimiento del discurso académico.

Aunque yo añadiré aquí, y no haré tal, que á mí no me gustan los versos libres del Sr. Herrera, el servicio quedaba hecho, sin mengua, porque mi opinión desautorizada no podría deslustrar el mucho brillo que á la fama del traductor añade el elogio del gran maestro. No por lo que al Sr. Herrera pueda importar, que sería nada, sino por la justicia, y en conciencia, y por mi propio interés, me apresuro á decir que, sin afección alguna, he encontrado también muy de mi gusto el excelente trabajo del traductor que continúa la empresa comenzada por el insigne Vega. En la sinceridad de este elogio creará el Sr. Herrera si sabe quien soy, y que suelo decir mi parecer sin rodeos; pues no es rodeo, v. gr., la candorosa nota humorística con que empiezo en este artículo aludiendo á una debilidad del simpático prebitero, la cual no me parece tan bien como una endecasilabos libres. Si no aprobase su traducción ó callaría ó diría que á mí julio no era bueno.

Me inclino á pensar que debe de haber real mérito en lo que ha hecho el Sr. Herrera, no sólo por la impresión que me producen sus versos, y por lo que mi juicio tiene que prestar al discurso de Valera; sino porque el resultado de agradarme lo ha conseguido el traductor contra viento y marea, como suele decirse.

Voy á explicar lo de la marea y lo del viento.

En general, pásame á mí lo que á Mosen Juan Boscá Almogaver, el cual, según cuenta su amigo Garcilaso, en carta escrita á la muy majestuosa señora doña Jerónima Paloba, solía aborrecer á los que

romanzan libros. Me parezco á Boscán en esto, por lo que se refiere á los libros de pura poesía, se entiende, llamando tales no sólo á los escritos en verso sino á los que, aún en prosa, son de tal estilo que pide el genio de la propia lengua. No aborrezco las traducciones porque me peso de que los ignorantes de un idioma lleguen á gozar las bellezas en ese idioma escritas, sino justamente porque creo que es muy difícil que haya modo de hacerlas gozar dignamente. El traductor poeta es tan difícil por lo menos, como el infiar persona, si se ha de traducir bien; pero así como «imposible traducir un perro, es cosa muy fácil infiar poesía por medio de una traducción. Poesía infamada suele parecer la de las traducciones, y los poetas buenos pasados á otra lengua por las manos peradoras que suelen atribverse á ello, parecen pájaros disecados por un aficionado. Como el traductor bien es tan difícil, no es de extrañar que hayan mostrado orgullo por sus traducciones hombres tan pagados de sí mismos como el vizconde de Chateaubriand y el supuesto marqués de Villena. Chateaubriand declara que está tan satisfecho de su traducción del *Paradiso perdido* como de cualquiera de sus mejores obras originales, y D. Enrique de Villena hace pomposo alarde de ser el primero que puso en castellano toda la *Enéida*; y tal vez, añade un crítico inglés, el primero que la pasó á otro idioma. Mejor que traducir sería remediar el daño de la confusión lamentable de la torre de Babel; pero como esto no puede ser, hay que resignarse con la necesidad de las traducciones, ó sea con ver las tapas por detrás, como diría Cervantes al hablar de estas cosas.

Y ya que se traducea del verso debe traducirse en verso? Secundum quid. Cuando se es Járguici, en verso se debe traducir el *Aminta*; cuando se es Hermosilla no se debe traducir á Homero, ó en todo caso, se le debe poner en prosa.

Hay quien traduzca para darse tono y quien traduzca para que el público se entere. En general, á esta me atengo, y prefiero haber leído el *Ramayana* en la prosa francesa de un modesto orientalista, á que me lo diera en verso un Ferrari ó un Quintana aunque fuese. El *Ramayana* en versos como la oda *Al mar* no me gustaría, por lo descaído.

Rara ocasión será la de que un gran poeta quiera traducir, y tenga tiempo para ello, á otro gran poeta de su misma índole. No suelen ser ni siquiera poetas los que traducen, y aún poetas buenos que han traducido, han preferido la prosa; v. gr. Leconte de Lisle, que tradujo á Homero y á los trágicos griegos, á Healeo y á los buélicos. Pero como es innegable que, mejores ó peores, hay traducciones en verso, algunas de verdaderos poetas, las más de meros versificadores; irremediable el hecho, conviene preguntar y qué clase de verso es preferible? Opina Valera que para los poemas épico, escritos en verso, el mejor metro que se puede emplear en la traducción española es el endecasilabo libre; el que ha escogido el Sr. Herrera.

Con esta opinión coincide la muy antigua de Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*, el cual hablando del verso suelto, dice:

Aplicarlos á heroicos argumentos
cual hacen al exámetro latino,
no á tiernos ni á floridos sentimientos.

Con el último verso no creo que esté conforme

Valera, ni yo lo estoy, pues *La elegía de las musas* es cosa de ternura, tristeza y llanto, está escrita en verso libre y es casi acaso el mejor modelo de tales endecasilabos. También Menéndez y Pelayo ha escrito muy buenos versos libres sobre asuntos elegíacos. Lo que dice Valera es que el verso blanco, por lo mismo que no tiene el atractivo de la rima, necesita de otras excelencias y de un particular esmero, lo cual también dejó notado Juan de la Cueva en el citado *Ejemplar poético*, cuando dice:

El verso suelto pide diligente
cuidado en el ornato y compostura
en que vicio ninguno se consiente;
Porque como la ley estrecha y dura
del consonante no le obliga ó fuerza
con ningún atamien to ni textura;

La elegancia y cultura en él es fuerza:

Siguiendo estos preceptos, el mismo Valera ha escrito muy buenos versos libres para darlos á conocer hermosos fragmentos de la literatura samerita.

Buenos versos blancos son los de Ventura de la Vega en el primer libro de esta traducción; y sin ningún género de broma, digo que la continuación del Sr. Herrera no hace papel desairado. Junto á lo que nos dejó el autor de *El hombre de mundo*, qué mejor atonía del trabajo que tiene mediado el distinguido literato amigo de Valera?

Pero dicho todo esto, tengo que añadir que, en general, á mí el verso libre... no me gusta. Yo no creo

que en la poesía moderna suceda como en la antigua, que sólo necesitaba la medida; nosotros necesitamos medida y rima. Por eso decía antes que me agrada la traducción de Herrera, contra viento.

Vamos ahora á la marea.

Para mí uso particular no sirven las traducciones en verso, sea libre ó esclavo.

Al conducto es así: Procuro no leer los poemas de una literatura hasta que pueda leerlos en el original. Y cuando se trata de los que corre mucha prisa leer, los leo en las traducciones que siguen muy de cerca al texto, lo cual sólo en prosa es posible.

Lo mismo digo de aquellos poetas que han escrito en lengua que yo no tengo esperanza de llegar á conocer.

Pero hay idiomas que conozco uno algo, no lo bastante para atreverse á traducir á sus poetas, sin ayuda del vecino. Con éstos, el mejor procedimiento me parece el siguiente: leer, confrontándolos, original y traducción exacta; después de la comprobación, se puede leer ya el original como si fuera de lengua familiar y... entonces es cuando se goza la hermosura del poema: hermosura que á la traducción no pasa íntegra.

En fin, soy casi un escéptico en traducciones libres en verso libre...

Ya tiene el Sr. Herrera explicado como tuvo que ser contra viento y marea el gustarme su traducción, un verso suelto, de la *Enéida*.

Ayuntamiento de Madrid

CLARIN.

PALIQUE

Me invita el propietario de Madrid Cómico á que dedique hoy mi artículo á lo que es asunto de todo el número; y lo hago con mil amores; porque estoy yo como el pez en el agua cuando se trata de tributar justicia á María Guerrero.

Muchos admiradores y amigos tiene la inspirada actriz; pero también abundan los que no la quieren bien, y, con franqueza ó con disfraz, procuran molestarla verbal ó por escrito, como dice el zapatero de *El santo de la Isidra*.

Suele ser la envidia quien dirige contra la simpática artista los más envenenados linos, y también la ayuda el despecto y el deseo de vengar desaires que la audacia suela hacer inevitables.

Hasta cuando se da en el quid de lo que, desde algún punto de vista, necesita enmienda, se yerra, tomando por blanco á quien no debe serlo. De algunos inconvenientes con que se puede tropezar en el trato con la empresa del Español, no son culpables ni María Guerrero ni su marido; y en cuanto á ciertas deficiencias de la compañía, fáciles de notar que de remediar, deben cargarse á la cuenta de nuestro separatismo escénico; pues sabido es que ahora en cuanto un actor depunta un poco se declara *biccafarrero* ó como se llame eso.

..

Mucho placer me causa que Madrid Cómico quiera honrar el generoso esfuerzo de la empresa del Español, que se atreve á presentar ante el público parisiense una muestra, necesariamente incompleta, de lo que es nuestro teatro.

Si yo fuese un erudito de veras, ó un erudito de segunda mano, aquí ofrecería á los señores de los noventa, ó datos viejos, referentes á las relaciones literarias de varios siglos entre Francia y España. Pero como no soy ni erudito de verdad, ni de mentira, nada nuevo, al caso, les digo, porque no lo sé, ni quiero robarles á recibir noticias, cuántas algunas recónditas para el vulgo, hasta ahora, pero robadas ya por los aficionados á la historia literaria. Ni la palabra de Rojas, el del *Viaje entretenido*, ni de Scarron, ni de lo que tomaron ó no tomaron de nuestro teatro Corneille, Molière, etc., etc.

Si recuerdo la noticia, bien conocida, de que en tiempos mejores había en París varios maestros de español famosos, y que ganaban mucho dinero enseñando nuestro idioma, es sólo para lamentar que hoy apenas haya una docena de hispanófilos, eruditos no muy populares, que puedan, en París, comprender bien á nuestros artistas que van á declamar en español en Francia.

Si, este va á ser el principal inconveniente: que el público no va á entender palabra. Cuando Sarah Bernhardt representó aquí, en el Real, en francés cerrado, hubo cierta frialdad en el público. Los críticos se daban de calabazadas para explicar el fenómeno. ¿Falta la culpa Sarah? ¿Valía menos de lo que no decía? No! Un día ingenua yeta, maestro en humorismo, daba la clave con una salida, que no era injusticia, porque era broma.

—¡Ja, ha! decía: esto no vale tanto; el arte ha de ser claro y á esta señora no se la entiende, porque habla en francés.

Cuando se estrenó *Fernanda* en español, traducida por Llena y por el malogrado é inolvidable Turo, éste notó que el público saboreaba por primera vez

muchos primores que en italiano, como había visto antes la obra, no había comprendido. Y decía Turo, en broma también:—Si lo sé, digo que es original; que es mía *Fernanda*.

Los franceses siempre se han distinguido por el escaso cultivo de las lenguas vivas extrañas. Hace pocos días hablaba yo con un distinguido literato de París, muy aficionado á España y conecedor de su literatura y lengua; y tratando justamente de la adaptación de nuestro teatro en París, me decía que ninguno de los críticos, notables de allá saben español. Sabo el lector que Sarcey inventó hace poco la diabluja para «hacer de rabiar» á Ibsen, Sudermann y demás gente del Norte ó del nordeste, de llevar al teatro de París las obras de nuestros grandes clásicos, Lope, Calderón, etc.,... traducidas en francés. Pues este Sarcey, que semeja extravagancia pretende, no sabe palabra de español. Lope en prosa francesa, ó aunque sea en verso, es sencillamente absurdo. Y lo mismo Tiro, Calderón, y demás. Ya sé yo que no faltarán *Indictees* de por allá dispuestos á traducir, v. gr.: «Hypogryphe violent, que as fait le maché de la vélocité avec le vent... etc. Pero al buen gusto protesta contra semejantes versiones.

No, lo menos peligroso, en representar nuestro teatro en español; y ya que se intenta la escabrosa aventura, lo mejor es que sea la actriz que representa hoy con más arte las obras de nuestros grandes poetas, la que se las dé á conocer á los parisienses. Tengo entendido que María y su digno esposo han gastado un Potosí para preparar la parte material de sus representaciones en Francia. Bien hecho; lo que no podrá entrar por la idea, mediante la palabra bien entendida, que entre por los ojos, y por la música—*vañete*—de la declamación.

¡Lástima que ya no tengamos un Rafael Calvo que acompañe á María! ¡Lástima también que, por motivos que no examoio ahora, Vice tampoco la acompañe! Fernando Mendoza, siempre barajo, dejárame el pabellón bien puesto.

Muchas escenas habrá que no entiendan los franceses; pero en otras la expresión y la acción de María y de su esposo se lo dirán casi todo.

Por ejemplo: en las escenas de amor prohibido de *El castigo sin venganza*, la pasión de los amantes la entenderán aún los que no comprendan aquellos versos divinos...

..

Si yo me atreviera á aconsejar á los críticos de por acá, les aconsejaría que en

ALLENS PERKINS



Calicatura por el actor A. Blasco.

esta ocasión olvidarán sus pastoncellas y fueran patriotas, defendiendo, si se hace necesario, á nuestra comisión artística que puede encontrarse en París con dificultades que la ofrezca el orgullo de algunos chevinistas del arte francés.

No se crea que es siempre oro todo lo que reluce en la buena acogida que los periódicos de París dicen que se les *clorja* á todas las notabilidades extranjeras. Suele ser, visto de cerca, frialdad lo que en la prensa se llama despecto calor. Testigos presenciales de lo que ocurrió á Gabriel de D'Annunzio con su famoso estreno en la capital francesa, me han asegurado que muchos velan allí con malos ojos la competencia de la importación. Hay proteccionistas literarios como los hay para el vino.

Estemos preparados para todo; y, es lo necesario, defendámonos á los nuestros, pues será en justicia.

María no lleva á París el teatro español para que allí nos digan si es bueno ó malo, y si ella lo representa bien ó mal.

¡Esa causa ya está vista y no admite revisión. Sabemos que el teatro nuestro que se va á representar en París es bueno, que nadie pueda gozar de su be-

lleza como nosotros, y que María Guerrero hoy, como Calvo y la Boldun ayer, es digno intérprete de tan gloriosa poesía.

Si á los franceses les gusta, mejor. Si no, peor... para ellos.

CLARIN.



583 Madrid Cómico (Madrid), n. 816, 8 octubre, 1898.

PALIQUE

En la Gaceta del 2 de Octubre del presente año (página 33 del tomo IV) se lee en la segunda columna:

«Sintetico en esta Facultad la falta de la Seriológica...»

La Seriológica! Un cajista de la Imprenta Nacional cabía de inventar una ciencia con una errata. Seriológica diría el original, pero es mucho más original la errata que descubre la Seriológica.

La Seriológica hace mucha más falta que la Sociología, sin la cual ha vivido el mundo mucho tiempo.

¿Qué es la sociología? No se sabe a punto fijo. Tal vez es el dígitos inexacta de la Historia, a lo menos tal como hasta ahora la han tratado los sociólogos.

La sociología, en cambio, es la ciencia de las ciencias; es la ciencia de hacer las cosas con formalidad. Si el corrector de pruebas de la Gaceta supiera se-

riología, no habría dejado que la confundieran con la sociología.

Si nuestros políticos hubieran sabido seriológica, a su tiempo les hubieran dicho a los que querían que *fudramos al abismo*, para que no desmereciéramos de Hernán, Ruy Blas y del romancero pseudo-primitivo.

— Señores, no hacerse ilusiones; los Estados Unidos no están bien estudiados por esos caricaturistas que se pasan el día pintando cardis; ni ellos son animales de bellota, ni nosotros tenemos municiones, ni buena puntería, ni Cortes buenas, ni buen servicio sanitario, ni buena administración militar, ni dinero, ni tanta ira patética, ni mucho menos, abnegación bastante. Vamos, de seguro, a una catástrofe.

Pero en vez de Seriológica hubo... la marcha de Cadiz; y pasó lo que pasó.

Si hubiera aquí Seriológica, no andaríamos buscando *Radameces* para que nos salvaran la patria como una romanza, diciéndoles a las Instituciones, al Estado y a la Iglesia:

Caleste Alda!...

Si hubiera Seriológica, no andaríamos inventando héroes todos los días, desde la *Gaceta*, para darnos el gusto de ofrecerles los Piraneses del presupuesto... en que ya no hay alojamiento para nadie.

No; no hay Seriológica; y hace mucha falta, no solo en la Facultad de Letras, si no en todas las facultades del alma; en el entendimiento, en la memoria y en la voluntad.

••

Ni los sabios, tienen seriológica.

Abro un libro de texto de un pobre hijo mío a quien empiezan ahora a inocularle la ciencia de bachiller; y leo:

«El objeto de la Geografía es el hombre.» Hombre... no! El objeto de la Geografía es la tierra. Si fuese el hombre no se llamaría Geografía, sino antropología, ó el Yd. quiere, antropografía. La Geografía astronómica no necesita acordarse del hombre; ni la geografía física, en sí mismo, tampoco. Si en alguna parte de la geografía se habla de la distribución, de las razas humanas, también se habla de la distribución, por el globo, de los animales, de las plantas; el hombre es una de tantas cosas de que habla la geografía, porque lo encuentra en la tierra. Y aunque atribuyamos al hombre toda la geografía política, queda mucha geografía que no se refiere directamente al hombre.

¿Van ustedes que cosas se les enseña a los chicos. También habla el autor de que trato, de la geografía astronómica provincial y municipal.

Y gracias que no divide la cosmografía por barrios y por manzanas.

Pues, anda; que un autor de «Retóricas» nos enseña que *Las Lusitanas* (!) se llaman así, porque están dedicadas al rey Luis.

Y ni están dedicadas al rey Luis, ni se llaman así; porque se llaman *Los Lusitanos*...

••

Afortunadamente, no solo se publican libros de texto.

El Sr. Aldaguer, el honemérito editor de «La España editorial» acaba de publicar una colección de trozos castellanos (140 trozos de 103 obras de 76 escritores) con el título *La Prosa Castellana*.

Bueno, muy bueno es que se procure popularizar el español castizo, ya que hay tantos focos de infección del barbarismo y del idiotismo.

«Pobre español, ni que los folletines, telegramas de las Agencias, crímenes impresionistas; y de noche se va a oír a los chulos de los teatros que sacrifican siempre a la propiedad del tipo la corrección de lenguaje! Si, es necesario que haya quien recuerde a la multitud que no se dica *haga*, ni explotar, por estallar, ni pasional, ni tantos otros disparates que, en broma ó en veras, va siendo el pan nuestro de cada día. En general, el Sr. Aldaguer ha escogido buenos autores y textos; pero... en los contemporáneos ha preferido algunos reaccionarios. De los hoy vivos no toma nada; pero entre los muertos pudo haber dado más espacio a los representantes de la vida moderna. De todas suertes, merece plácemes por su desinteresado esfuerzo.

••

Frustrerías anecdóticas titula el notable poeta de Sevilla, Rodríguez Marín (El Bachiller Francisco de Osuna) una colección de curiosos artículos en que también hay prosa galana y castiza, y mucha información como ahora se dice.

Bastaría «Un tangal» (vendedor fingido) para acreditar la gracia del autor y su dominio del folklore andaluz, si es que cosa andaluza se puede llamar con palabras tan feas. Es el asunto de «Un tangal» la venta de un burro, como lo es de «El ojo derecho» el [chistotismo] asineta de los hermanos Quintanero. Pero, hay tanta sal en Andalucía, para los verdaderos artistas de aquella tierra, que en nada coinciden el bachiller y los autores de «La buena sombra» y todos ellos hacen morir de risa.

••

También he recibido hace pocos días «*Fuella de la vida*» del famoso escritor catalán Santiago Rusiñol. Es un elegante volumen con dibujos modernistas de Román Pichot, que me gustan mucho; lo cual no deja de ser raro.

En cuanto al texto, también me parece exuberante; y encuentro en él la posada de impresión de *Oración*; pero, además, sustancia más concreta, mayor plasticidad y más humanismo (1.)

••

¡Y pensar que a los pobres estudiantes no les dejan los papás leer estos libros, y les hacen aprender de memoria que hay una geografía astronómica providencial!

CLAREN.

(1) En el próximo número, dará esta Redacción cuenta detallada del libro, publicará uno de sus bellos trabajos y varios de sus preciosos dibujos.

¡TENORIO! por Villar



¡Se sacó el mujerío!



Permítanme notados que me exponje, consideren-
do al nuevo triánfo de los hermanos Quintero, con
su *Vida íntima*.

Con rara unanimidad, los críticos de los periódicos
les dan la alternativa de autores dómicos de primera
línea; y aunque todos opinan que el segundo acto de
Vida íntima vale menos que el primero, nadie niega
que, en definitiva, se trata de una considerable vic-
toria.

Pocas satisfacciones tenemos en este mundo los
miseros críticos de literatura contemporánea, cuando
procuramos ser de veras imparciales y sinceros, cal-
ga el que calga, y aunque se fastidie el *amigo* Pla-
to. Generalmente, lo que sacamos en limpio son dis-
gustos, censuras, amarguras. Así se que debe per-
mitirnos la compensación de un inocente, acaso
pueril, alarde de vanidad, cuando vemos confirma-
dos por la opinión general nuestros juicios y vaticin-
ios, respecto de un autor *fallido*. A quien hemos te-
nido que apreciar sin antecedentes de autoridad crí-
tica, sin la patina de la fama consolidada.

«Dejéme sólo» dice el máster, que se quiere lu-
cir de versos, y el crítico de contemporáneos, eso ille-
no que decir muchas veces; y aunque no lo diga, sólo
se suele ver en frente de una obra y de un hombre do
quien saca dice Aristóteles en el capítulo de los som-
brosos, ni en ninguna otra parte. Los críticos *híde-
vicos*, cruditos, que juzgan ahora, en clase de poste-
ridad, a los autores *francos* que ya comen tierra
siempre pueden sustrarse, y so agurran, al juicio
tradicional: pocas veces suele mentir la fama cuando
se trata de co-lebridades que lo son hace siglos; y
casi siempre resulta que los que han pasado en todas
partes y en todo tiempo por buenos autores, lo son
efectivamente.

ARTE MODERNO, por Nonell.



En los jardines de Luxemburgo.

Pero ahí tiene Vd. a dos muchachos descono-
dos, que se presentan, como Sanchito al ama, con un
primer de pollinos, quiero decir con un *horrón* en
un acto y en prosa, y Vd., crítico de *contemporáneos*,
tiene que decir si los chicos prometen ó no prometen,
sin saber de ellos más que lo que hacen decir á unos
gilipollas que quieren vender y comprar un burro.

Vaya Vd. á consultar con Plotino ó con el Rocinante
si los autores del sainete valen ó no valen.
«Pues al pican!» dice yo desde el primer día,
dejándome llevar por el primer pensamiento que es
el mejor. Y en efecto, los Quinteros pican, y cada
día pican más alto, aunque los plique á otros. Me en-
traron por el ojo derecho los autores del *Idem* en el
momento, no por ser cara bonita, ni no porque el li-
genio que hace reír, con armas de buena ley, con
cuatro ó cinco escenas, de aparente frivolidad, pero
llenas de observación y de gracia, es cosa muy deli-
cada, y que no abunda, y que hay que guardar como
oro en paño.

No se me niegue que el *Oficio derecho*, aunque fué
aplaudido, llamó poco la atención; y no faltaría
quien me tuviese por extravagante al verme alabar
el *sainetillo* aquel, dejando como *dejo pasar*, haciendo
que no los ven, tantos dramas y comedias y novelas
y poemas de grandes pretensiones, y algunos muy
celebrados.

Pues hablé del sainete y de los autores, por eso;
porque vi desde el primer día en ellos una de las me-
jores caperanas de nuestro teatro cómico: realmente
cómico y popular, que es cosa muy importante, y
que nos lo olvidarián los de fiera, si lo pudieran
entender y *perder* de vista.

No sé cómo yo seguir los pasos de muchos au-
tores noveles, y he seguido los de los Quin-
teros y he hablado de «La Reina» y de «La
Buena sombra», con el elogio que merecen. Y
ahora el público y la crítica, convienen dar ya
á los Quinteros la importancia que tienen.

Y ya verán ustedes como hay Quinteros para
rástros, mientras el tiempo y la envidia toman
amarillentos ciertos olvidados laureles, gana-
dos por sorpresa y gracias al mal gusto. Qui
podrá copiar copiar.

Que digan Simón Delgado y López Silva si
no hablé yo, en cartas particulares, al primero,
de lo mucho que valía el segundo; y esto mu-
cho antes de que críticos y público se fijaran en
él y lo pusieran en el lugar eminente del pa-
sado... *felicio*, que por clasificación lo corres-
ponde.

Habrán algunos que todo esto se darne tono.
No; es hacermos justicia, que teme que otros no
me habrán de hacer, por lo insignificante del
sujeto.

Pues ¿y la Guerrero? Aquí ya no se trata de

mi sólo, sino de una *colectividad*, los que desde el
principio nos declararon sus partidarios y la defen-
dimos con calor en la prensa contra ataques de mu-
chos géneros.

Sea lo que quiera de ciertos *permanentes*, la noble
empresa de la inspirada y valiente, casi temeraria,
auter, merecida aplauso que le animara á seguir ce-
fendiendo lo mejor del teatro español. Muchos no lo
entendieron así, y todo se volvían escorpulos y eli-
nias. Hasta se le hizo guerra con las ordenanzas
municipales; y no sólo crítico que aplicó á la artista
insigne las mismas leyes que á Pepe el Huevo;
¿qué bromitas no se permitieron algunos que se creas
humoristas porque son *raíces de tiempo*, cuando
María se atrevió con Shakespeare, por ejemplo!

Pues ahora en París nos han dado la razón á no-
otros, á los que volamos en la Guerrero una estrella
de primera magnitud; lo mejorito de por acá. Y se
se diga que en París se otorga fácilmente el triánfo.
No se diga tampoco que la Guerrero pueda llamar
mayor esos triánfos en la prensa francesa, como doña
Elvira podía llamar mayor el blanco y el carmine;
no. Un crítico notable decía ayer en el artículo de es-
trada del *Figaro*, que María no había salido á en-
había querido poner previamente de su parte á la
prensa. A pesar de ello, la promesa, unánime, diole
á María y su noble empresa en beneficio de los cla-
sicos españoles. Ha sido un viaje un triánfo, un gran
triunfo para ella y para el arte español.

Es indudable: María opina que tenemos razón los
sierros de María, como se nos llamó, ni son grande,
aunque así excitado.

Woo que los más enconados críticos parisié-
nos, como ya dije hace días y han confirmado Ar-
ribalde, Bonafoux, etc., y los hechos, no saben jota
(jota menos que nada!) de español.

Pero sea desoído hay que perdonárselo, en gra-
cia del buen gusto y de la perspicacia que han de-
mostrado.

Así, por ejemplo, hay que suponer que sólo por
error pudo decir Bouquier en el *Figaro*, que Lope
y Calderón eran del siglo diez y ocho.

Tampoco nos detendremos á censurar á otro crí-
tico que afirma que el castellano es *voz y gutural*.

Yo no creo que haya lenguas raras, y si las hay, al
castellano no lo es, é lengua gutural no es aquella
que tiene muchas voces en que predominan los so-
nidos guturales. Pues en el Español tampoco hay
este defecto. ¡Así tendríamos hombres políticos bien
equilibrados como tenemos idiomas de bien equi-
bradas condiciones fonéticas!

Fero en fin, viva París, y viva la prensa de París
que sabe apreciar lo bueno y aprovechar las ocasio-
nes que le da la justicia, para lucir la galantería.

CLARÍN.

No todas las personas A quien los periódicos con-
sultan acerca de lo que nos espera, se conforman con
decir que hace falta cultivar la industria.

Eso será verdad, pero ¿es tan vulgar!

Sea Vd. esteta para eso, para decir que sobran
doctores y faltan industriales.

Por cierto que me hace mucha gracia el horror que
muestran muchos A las buenas letras, siempre que
los que no las cultivan hacen alguna barbaridad que
pagamos todos, letrados y analfabetos.

Se dice que lo que necesitamos no es tanto sabio,

tanto hombre teórico, tanto filósofo, tanto orador,
tanto literato...

¡Pero, señores, si la mayor parte de los españoles
dicen *haiga!*

Ahora, con motivo de la prisión del director del
Nacional, yo he leído en varios periódicos que no lo
habían cogido en *flagante delicto*: y otros colegas fra-
gante.

No; no nos quejamos de la instrucción *libresca*.

Si España se acaba será por el agua, por el fuego,
o por lo que se quiera pero no por culpa de los libros.

Fa verdad, aunque sea cosa muy vulgar, que ne-
cesitamos trabajar más con las manos, que necesi-
tamos industria, agricultura y comercio... pero no son
los sabios teóricos los que nos estorban. Porque no se
puede llamar teóricos A la multitud de bachilleres y
licenciados que aprueban Dios subo como y después
aspiran A comercio mejor presupuesto. Esos mas bien
son hombres prácticos, y más que de los libros so-
vlen de las tarjetas y de las cartas de recomen-
dación.

Como quiera que sea: un señor de los que, sin que
nadie se lo pregunte, dan su parecer en la prensa.
acaba de decirme que lo que corre prisa es ir A Ma-
rruecos. ¡Allí está el porvenir de España! grita ese
señor.

Y puede que tenga razón. Si continuamos con la
formalidad de que estamos haciendo generoso alarde,
y si por cuestiones de *tufueria* y de *estética*, echada
en mala parte, hacemos un lío de la política interior
para empezar el otro lío de la política exterior; si
todo ello lo complicamos con inoportunas cuestiones
de regionalismo, que ya tiene todos los caracteres de
la celampia; si de tal vezania damos continuadas
pruebas, el mundo nos declarará incapaces, y se
repartirán A España, no los separatistas, sino las po-
tencias; y entonces sorá cuando tendremos que irnos
A Marruecos los que no queramos sufrir el yugo de
Europa.

Que el Africa empieza en los Pirineos, lo siguen
creyendo por lo visto algunos franceses, que escri-
ben de nuestras cosas, como si fuéramos una tribu
de esos que se exhiben en los jardines zoológicos.
No sé quien, me envía un reciente número de «La
Presse» el famoso periódico de París fundado por
Emilio de Girardin.

Y en ese papel leo un artículo titulado «Opinio-

nes. Teatro español» y firmado por Francisco de
Croisset, que no sé quien es. Este caballero maltrata
A Zorrilla, A Echegaray, A Galdós: dice que entiende
muy bien el español, que lo domina, y escribe esto:

Es tanto lo que te quiero
que *té quiesca* montar
y con *sangra* de mis vonas
la vida *noterte* A dar.

Eso *hispanofilia* dice que Zorrilla es un Casimiro
Delovigno con 32 grados de fíebre; que Don Juan Te-
norio es un Polleuto puesto en escena por Perreult.
Do Echegaray afirma que es un Jorge Ohnet que se
ha vuelto histórico por una lectura *praeox* (?) de Vic-
tor Hugo, de Galdós dice que llevó al teatro el *tolu-
toismo* y que lo alibaron *Realidad*. ¿Quién dará es-
tas noticias A ese franqueto de las lecturas procecos?

Afirma que son dignos de envidia los espectadores
que no entienden palabra de español, si se trata de
oir nuestro teatro moderno. No hay un solo joven,
según Croisset, que sepa escribir comedias en Es-
paña.

Y la crítica? Preguntar.

«I y a Clarín...

Y no habla de mas crítico que Clarín. Y justamen-
te Clarín no es crítico de teatros hace muchos años;
y hay muchos que lo son.

De Clarín dice Croisset: «Figúrense un Francisco
Sarcey dotado del temperamento de un Octavio Mir-
beau.»

Muchas gracias, pero ni yo tengo nada de pareci-
do con Sarcey, ni con Mirbeau, ni es verdad lo de-
más que de mi humilde persona dice el crítico de
«La Presse».

Que me silbaban y hasta *hurlerent* (como él dice)
Tressa mis enemigos, si es verdad. Pero no lo es
esto: «Mals le suriendomain, dans *L'Imparcial*, Cla-
rin publicó un article resté célèbre, où il se bornait A
relever les fautes de syntaxe commises la veille par
ses detracteurs, ce qui mit tous les rieurs de son
coté.»

Ni mi artículo fué célebre, ni en él hablaba de las
faltas de sintaxis de nadie.

¡Pero que exactitud histórica se ha de esperar de
quien dice que silbaban in *Realidad* de Galdós!

Por supuesto, que este Croisset habla por boca de
ganso.

¿Quién será el ganso que dió A Croisset tales noti-
cias?

Debe de ser un ganso de *corral* madrileño.

CLARÍN

MARÍN



Siluetas nocturnas

Ayuntamiento de Madrid

PALIQUE

No puedo uno descuidar los negocios públicos, ni por muy pocos días. Deja usted de leer noticias, por causa de una fiebre más o menos maligna, y cuando, debilitado todavía, vuelve a deleznar á Mencheta... ya no conoce la geografía de España; ya hemos perdido otra gran parte del territorio. Seguimos siendo el pueblo soberano, eso sí, pero somos el *Juan sin Tierra* de los pueblos soberanos.

Y gracias á que el Gobierno pródigo y tutelar, imitando al prudente Ulises, para que no olgamos á las sirenas carlistas ni á las revolucionarias, nos ató codo con codo al mástil de la consabida nave del Estado; nos tapa los ojos y los oídos con coras vírgen y exclama, parodiando cierta frase conocida:

— ¡Felices los pueblos que no saben historia... ni geografía!

De no tener historia á no saberla, no va nada, por lo que toca á la tranquilidad de ánimo. Sagasta se ha propuesto que olgamos el camino que nos señaló el filósofo de la ataraxia; y si alguno de ustedes no sabe lo que es ataraxia, vaya á que se lo expliquen en la escuela de estudios superiores. En el diccionario no hay ataraxia; pero en cambio tienen ustedes atarantamiento, que viene á ser todo lo contrario; si es que atarantamiento es algo efectivamente, que lo dudo.

Yo creo que los autores del Diccionario no están muy fuertes en estudios superiores; porque también dicen que ataud es una caja de madera donde se mete el cadáver para llevarlo á enterrar.

De modo que si la caja es de hierro, oro, plata, como si no fuera nada; no es ataud; y aunque sea de madera, si después el cadáver se echa al mar, ó se quema... el ataud presenta la dimisión, y será cualquier cosa antes que ataud.

Conviene, conviene fijar bien el significado de las palabras, por evitar después disputas. Verdad es que también se disputó por fijar el significado... pero esto es inevitable, porque por algo Cristo dejó entregado el mundo á las disputas de los hombres.

En el Ateneo se discutí días atrás muy por largo, y no sin cierto calor, lo que debía entenderse por... esto, por Estudios superiores.

Hubo encontradas opiniones, y se vino á un acuerdo, declarando que eso de Estudios superiores... no se entendía bien.

En efecto, lo primero que ocurre preguntar es: superiores... ¿a qué? Todo es relativo, como dijo Herógenes I, que fué opositor á cátedras, pero no ora-

dor de Junta general, como lo hubiera sido de él, si hubiera alcanzado tiempos mejores.

Los estudios do Becerro de Bengoa, ¿son superiores á los do Mourelto?

Vaya usted á saber.

Acaso no cabe preguntar eso, por que se trata de cosas heterogéneas.

Lo que yo puedo decir es que siempre que he ido á un sabio indígena coger papel muy fino y trapo rento para pasar, como hacen las señoritas con los dibujos de la *Moda Elegante*, algún artículo ciego me he tenido para mí que el artículo pasado era superior al original, por que el papel en que se copia este quedaba efectivamente, encima.

LIQUIDACIÓN, por Miró.



— ¿Te ha costado mucho acabar con Julia?
— Una roquera... y dos mil pesetas.

Y hé ahí el por qué ciertos estudios son superiores aunque no lo parezcan.

También es cosa superior, aunque no coplada de ningún *Magazine* ni *Urbuch*, la discreción de hombre de Estado con que el Sr. Silvela ha hecho una frase á costa de la consistencia de la *Unidad nacional*. Ha dicho el Sr. Silvela que esa unidad había sido *hileanada* por los Reyes Católicos.

Vaya un modo de decirnos que hubo un roto para un descuido.

Ahora que asoman la cabeza *biscallarras*, separatistas catalanes y hasta gallegos, cree el Sr. Silvela, presunto heredero de Sagasta, que es oportuno tirarle chinitas á la obra de los Reyes Católicos. Si eso del hilevan significa que no están unidas nuestras diferentes regiones más que por un hilo, y de mala manera, tenemos defendido por el jefe de los conservadores el principal argumento de los regionalistas de la cáscara amarga. Por que la principal razón para no admitir ciertas separaciones es la historia, el hecho consumado: pero si ahora resulta que en cuatro siglos no se han podido soldar nuestras provincias, es señal de que no hay unión posible; que esta es ficticia, oficial, impuesta. Lo cual, á Dios gracias, no es verdad, pero que el Sr. Silvela y los Reyes

Católicos fué solo con hilevan, ni en los reinados anteriores dejó de hacerse algo y aun algo, por la fusión nacional indestructible.

Es cierto que en España siempre hubo elementos refractarios á la unión: pero precisamente entre ellos los que representan la parte violenta de nuestra historia; los que representan al salto atrás, la vuelta á tribu, los que nos hacen recordar nuestros antiguos *berberas*, como nota el malogrado Oliveira Marín con gran penetración.

Es muy peligroso manosear, como se está manoseando, el tema de la desmembración y la consiguiente intervención. En España hay que temer más la auto-sugestión. Gran parte de la abulia, ó falta de voluntad que hoy se advierte, se debe á que esta temporada se habla de nuestra *inseparabilidad*, de nuestra *apatía*, de nuestra *sagastía*, de *mozo* no en griego, sino en *riajano*.

Si ahora damos en la flor de aumentar las *seccías* separatistas, el mejor día nos encontraremos con una aduana en el límite de cada provincia.

Y si nos dejan divididos... ¡Ay de Patria de Pitoñal!

CLARIN.

Parece ser que alrededor del ministerio de Fomento se realizan actos reñidos con la decencia y la moral.

Más vale que sea fuera.

Pero en Fomento, no en el ministerio precisamente, sino en algún ramo comprendido en Fomento, y, en la instrucción pública, no falta quien entienda la clemencia de un modo que, á mucho me equivoco ó debe de parecerse, moralmente, es decir, inmoralmente, á los actos osos que se realizan alrededor del ministerio.

Aludo, por ejemplo, á los profesores que tienen la solitaria.

Que come tanto.

Y también puedo aludir, si quiero, á los que en vez de educar á los estudiantes les dan la satisfacción de aprobarlos, sin merecerlo.

Que es hacerles un flaco servicio.

A propósito de estudiantes.

Ya han pedido, los libros, exámenes por Enero.

Ustedes recordarán acaso que la última y acaso la penúltima vez que se les concedió esa gracia (¡vaya una gracia!), declaró el ministro que no se volvería á conceder tales exámenes.

Pero esa es... justicia de Enero.

Y de Enero á Enero... los estudiantes consiguen lo que quieren.

Aquí no hay disciplina más que para la tropa.

Ramón Blasco, fugado del penal de Zaragoza, no es pariente de D. Ramón Blasco Bonilla, según éste avisa por conducto de la prensa.

Ni tampoco es pariente de mis queridos amigos Eusebio y Ricardo Blasco, como advierte *La Correspondencia*.

Y yo, en nombre de Blasco de Garay, muy difunto, me atrevo á decir que el fugado no desciende del ilustre ingenio.

Ni creo que sea tampoco nada de Blasco Ibáñez.

Ni de un Sr. Blasco, inventor de un libro titulado *La jota aragonesa*.

Y, después de todo, puede que Ramón Blasco, el de la fuga, sea un bienaventurado perseguido por la justicia.

Plato del día:

«Ha llegado á Madrid D. Manuel Gulando.»

Los maestros de Escalona (Toledo), por el frívolo pretexto de que no les pagan, han cerrado las escuelas y buscan otro modo de vivir.

Si ese era uno.

¿Con que otro modo de vivir? En Fomento no lo encontrarán.

Acaso en los alrededores...

En Botanzas no son los maestros, sino los civiles los que han dejado el puesto... porque el Ayuntamiento no quiere pagarles el cuartel.

La Guardia civil debe comprender que ahora no hace falta.

LAS CRIADAS MODERNISTAS, por Mirá.



—Celestina, me has dicho que cuando se queda usted sola entra aquí un militar... No puedo consentirlo...

—¿Señorita?... Es municipal de á caballo...

Porque hay que dejar á los ladrones deliberar si les conviene entrar en uno de esos partidos que aspiran á salvarnos, en calidad de gente nueva.

Por más que han hecho los yankees, los barcos españoles vencidos en Santiago se fueron á pique. Sólo se dió á flote el personal.

El general Blanco telegrafía...

Ya lo sé; que le manden dinero.

El general Ríos dice...

Ya lo sé; que necesita recursos.

Cable... así lo mismo que cable.

Entelegma... radiograma.

Cada tiempo trae su poeta, cada crisis nacional su lirico.

Ahora, no cantan á la patria y sus apuros y sus glorias Fray Luis de León, Herrera, Quintana, Espronceda, Gallego...

Ahora canta Bremón y dice a la madre patria:

—Madre, despiértate!

Abre los ojos,

la luz enciende,

toma una chancía,

sacude fuerte...

¡la chancial!... Una chancía de la sacra matrona!...

¡Ah, Brimón-Brin!

La Ilustración Italiana, de Milán, publica el retrato de María Guerrero y un artículo lleno de justos y discretos elogios para nuestra insignie artista.

Loporello, que firma el artículo, demuestra que sabe lo que se dice, aunque llame Royas á Royas.

Otros le llaman Royas.

Angel Ganivet es un escritor, granadino creo, de mucho talento y de originalidad no rebucada ni... *estráfila*, como la de otros nuevos, muy llantos, muy crúdicos, pero que se me indigestan como la langosta, que también es cosa rica, pero se me indigesta.

Las *Cartas finlandesas*, que ahora publica Ganivet, le enseñan á uno una porción de cosas de que no sabía una palabra (yo, no Ganivet) y además entretienen á interesan muchísimo.

No es Ganivet de los modernos que quieren divertirse mirándose el ombligo ó publicando millares de ediciones de un programa *edético* que nunca se realiza.

Ganivet toma sustancia, mucha sustancia de la realidad, y después, sin afectación, le da forma muy suya, pero no catrágante ni pedante.

En fin, guapo chico, si no lo echan á perder los aduladores, que no lo espero.

Leo Rouanet publica, en París, *Drames religieux de Celeron* (*Les cheuz d'Absalon, La Vierge du Sagrado, La Pourgatoire de Saint Patrice*). Es una traducción que me parece concienzuda, con muchas notas y noticias.

Los extranjeros que, demostrando estudio detenido de nuestras letras, nos honran propagándolas por esos mundos, donde hoy saben tan pocos español, merecen nuestra gratitud más profunda... y no les echa que algunos ratones de biblioteca... agravados, sueltan á hombres tan discretos y beneméritos como el hispanófilo inglés Fritz Maurice Kelly.

Ho hablado de los coque de... los ratones.

La propiedad hubiera quedado mejor servida diciendo caballerías...

Del libro de Rouanet han tirado con detenimiento en una *Revista literaria* de *El Imparcial*.



¡Buena fuera que, ahora que nos hemos quedado sin Ultramar, empezaran a gobernarnos los ultramarinos!

Contra semejante tendencia trabaja, y Dios se lo pague, la asamblea de las Cámaras de Comercio, reunidas en Zaragoza; pues ha declarado esa respetable junta, que no quiere metarse en política, y le alabo el gusto.

Estaría de ver que nos saliera un Polavieja viajante, á que nos quisiera meter en la olla nacional un fabricante de sopas.

No es esto decir, es claro, que el comerciante, el Sr. Joaquín, no tenga derecho, en cuanto á ciudadanía, á votar, á ser concejal, diputado, ministro y lo que se ofrezca; pero en cuanto ciudadano, entendiéndose, no por privilegio de casta... de abacería.

¡Mal, muy mal hacían los antiguos despreciando la industria y el comercio; pero no hay que tirar tampoco á la creación de una oligarquía con tienda abierta.

Si predominase en las esferas del poder la clase mercantil, sucedería pronto con ello, lo que hoy pasa con los abogados y demás individuos de las artes liberales que todavía presiden el cotarro. Sucedería que no serían los que llevasen la voz cantante los partidarios de que la tienda de buen vino no necesita bandera, ni los que opinan que el buen paño en el arca se vende. Levantarían el gallo, naturalmente, los voelgereros, los que vociferan el género con anuncios rimbombantes y suelen falsificar hasta los garbanzos. Los mejores dentistas, esos serían los tribunos, los corifeos.

Nadie con mejor voluntad que yo reconoce, por que la historia nos lo enseña, que del comercio más humilde y de la más arrastrada industria, han salido hombres salientes en todos los ramos. Valgamos los ejemplos de Plauto, Epicteto y Sixto V; en otro artículo recuerdo yo que justamente desde los negocios mercantiles llegaron á la filosofía hombres, como Teles de Mileto, á la historia, hombres como Tucídides; y ahora recuerdo que los sucesores del gran Zenón, el jefe de la Stoa, los célebres Cicerone y Crisipo fueron, el primero, atleta, mozo de cuerda y gallego, vamos, agador, y el segundo corredor... de circo; el mismo Zenón, hijo de comerciante, empezó la vida del tráfico, y antes que un sistema filosófico, hizo sus pacotillas; no como algunos filósofos modernos que hacen sistemas... de pacotilla.

Si, no cabe duda; se puede ser banquero, industrial, tendero y llevar las riendas del Gobierno, por que la banca, el comercio, no degradan; ya lo comprendía aquel duque de Osuna, que creaba una casa de contratación y ponía á la puerta este letrero: «Glóría y C.^a»

Todo esto es verdad. Pero también es cierto, y los mismos comerciantes lo dicen, que... hay otros falsificadores.

No lo es un señor que escribió un folleto titulado: «Cánovas y las letras» y dice llamarse Manuel de Revilla.

No es falsificador, por que no puede apoducirle la intención de hacerse pasar por Manuel Revilla, el malogrado crítico y orador llustre.

Primero, la G. nos demostraría que se trata de un Revilla... con letra.

Y además, aun quitando la G., envía cual me repartía aquello del salnito.

—Revilla el bueno no puede ser.

—Pero como ha de ser Revilla, si Revilla ha muerto?

—Pues por eso digo que no puede ser.

No solo este Revilla no es el otro, sino que ni el otro parece remotamente.

G. Revilla pone á Cánovas en los cuernos de la luna, y de camino on ridículo; y es de alabar el desinterés con que lo hace, por que el difunto ya no puede pagarle las lisonjas, ni es de esperar que los paguen los conservadores, cuando manden, cargo de el presupuesto de clases pasivas.

¡Lástima que todo eso inclinaso no esté en castellano!

El Sr. G. Revilla habla como lo da la gana.

Dice, por ejemplo, que Clarín se dedica al ritmo que. Y *rebuzque*, en español, no significa nada; en latín sí. (v. gr. y por las cosas.)

También dice que escribió grajejadas.

Y grajejadas tampoco es castellano.

Lo único que importa, en cuanto á este tal Sr. G. Revilla, es averiguar lo que significa esa G.

¿Será Gómez?

¿Podremos, detrás de la cilipala, adivinar á Locos?

Mendizábal se estará vandiendo á estas horas con el pan bendito... que no se vende.

Yo he sido de los que no han tardado en recibir el libro, y ya tengo un ejemplar del millar segundo. Lo que algunos autores y editores suelen llamar segunda edición.

De Mendizábal he de hablar largo y tendido en otras partes, y aquí me contento con anunciar la novela.

Desde luego puedo decir que despierta vivo interés... y que acaba con un *picante* «se continuará...» aunque no lo diga.

Es como un folletín emocional (que dicen algunos); pero, naturalmente, tiene además otros méritos que no suelen tener los folletines.

Y para que vea el Sr. Gómez (?) Revilla que hasta con los amigos y maestros aulo el *rebuzque* de defectos insignificantes, añadid que, á mi ver, Galdós emplea una vez de modo impropio la palabra *abrogación* y otra vez el vocablo *contubernio*.

¡Bem, que loquizarlo, que usa muchas veces, será castellano cuando él lo dice, pero yo no lo recuerdo ni la Academia tampoco. Pero ni yo, ni me en la Academia, lo sabemos todo.

De lo que estoy seguro es de que el modo de pintar el amor repentino de Calpene cuando se le presenta Aura, es una de las páginas *pastorales* (que también dicen algunos) más hermosas, reales y poéticas de la moderna literatura.

Conque, bien cabe perdonar el loquizarlo, que puede que esté bien.

En el último número de la *Revista de Historia y Literatura*, que dirige mi amigo y compañero el

lustrer escritor Rafael Altamira, llena una cien páginas con un estudio titulado *Viajes por España y Portugal*, obra de pascosa, erudición debida al librepensado Arturo Farinelli.

Arturo Farinelli es, en cierto modo, un Mendizábal que tiene la literatura española en el estómago.

Una de las cosas que más me gustan en el trabajo de Farinelli es el desprecio con que habla de los libros de viajes de los que no son más que viajeros.

Yo también aborrezco esas impresiones de mala maleta escritas por un maleta del arte.

Por supuesto, alude á los libros de viajes de los que, sin ser sabios, artistas, escritores, filósofos á lo que correspondía, se meten on sabidurías, dibujos de estilo y de estética ó en hondas disquisiciones.

Otra cosa es el trabajo *realista*, sincero, modesto, útil de los pocos que saben prescindir de todas las tensiones compradas con el dinero y los sacos en viaje.

Por modesto, *real*, sincero, interesante por lausteria, se recomienda el *Viaje* de D. Laureano Barral, jefe de nuestro ejército, que nos habla de lo que vio en Egipto, Palestina, Constantinopla, Siria y Austria.

Esto no es un reclamo. El libro de Barral se vende.

El folleto *Cánovas*, de G. Revilla... supongo que tampoco.

CLARÍN.

PALIQUE

Ahora dicen otra vez los sabios acerca del lugar en que estaba el Paraíso terrenal. Ya no está de moda asegurar que el Paraíso caía hacia las llanuras de la meseta central de Asia.

Nada de Pamir.

Ahora se ha descubierto que el Paraíso estaba... donde el porvenir de España, en África. Solo falta que descubran también que estaba bajo el protectorado de los ingleses.

El difunto don Lázaro Berdon, se adelantó a los sabios, por que recuerdo yo que en cátedra nos aseguraba que el Paraíso había estado hacia la salida del Mar Rojo, en tierra que ahora ocupan las olas: pero, en fin, en África.

Pues, bueno; no es verdad nada de eso; el Paraíso no estaba en África, si no que está... en Zaragoza.

Y no es un jardín amenísimo, como dice el Fleury, sino un orador amenísimo.

Hace poco, nos aconsejaba el ilustre Ramón G. Cajal que *hiciéramos descubrimientos*, al que-riamos salvar a España.

Ahí tiene lo que hemos descubierto en Zaragoza: hemos descubierto al Paraíso... que resulta orador.

Aquí no se descubre más que oradores y chanchulleros.

Y esto, en España, es como llevar hierro a Bilbao.

Y no aludo a las armas: que los carlistas andan llevando y trayendo por los Pirineos, según dicen.

Volviendo al Paraíso, del que nunca debimos haber salido, diré que este orador, al parecer ilustre, comprenderá que yo nada malo tengo que decir de las cosas que le adornó la Madre Naturaleza, es muy dueño de hablar todo lo bien que sepa; pero también comprenderá que es muy doloroso que, esperando como esperaba tanta gente, maravillas de la asamblea de Zaragoza, se haya reducido todo a un parto como el de los montes. Eso es salir por los de Ubeda.

Los montes parieron un ratón, y las Cámaras de Comercio parieron un orador. Y como en España abundan los oradores más que los ratones, no debe extrañar Paraíso que nos llamemos a nosotros.

hubiera sido mucho más agradable que Paraíso hubiera resultado un buen... tenor, porque estos van ocasionando.

¡Ah! Entonces:

¡Oh Paraíso...

Aquí todo se exagera. Se exageró primero la importancia que iban a tener los acuerdos de la Asamblea de Zaragoza.

Después empezó parte del público a comprender

CRÍTICA, por Villar.



—Mira, mamá, qué curio son las de Perocillo (pues no las han puesto volantes a las cosas del año pasado).
—¿Ja, va, hija mía, yate decía yo que no podían ser ninguna

que los comerciantes también podían engañarse y engañar, y la prensa empezó a reflejar esta desconfianza, y se maltrató a la clase respetable de mercaderes, y hasta se recordó con pérdida intención la biografía de Mercurio, dios del gremio.

Primero, la asamblea de la cuenta corriente iba a hacer lo todo; después ya no iba a hacer nada.

Señor, póngamonos en el justo medio.

Oremos que no lo hará todo, pero que hará algo.

Y pidiérase a Dios que ese algo no sea precisamente lo que no debe hacer.

Lo que no debe hacer es amenazar con el cierre de tiendas, si no se hace lo que ella quiere.

Si damos todos en la flor de declararnos en huelga si no se nos deja dictar leyes generales del reino, no hay gobierno posible.

Repáren los comerciantes que hay una clase, la de los obreros, que tiene motivos para quejarse, mucho más graves que los de ellos; y si los brazos se declaran en huelga, todos ponemos el grito en el cielo.

No se permite a los obreros huelguistas infiltrar en sus compañeros para que les imiten; y la huelga con que dicen que amenazan las Cámaras sería una impostura, por espíritu de clase, para todos los comerciantes.

Y si hay guardia civil, debe haberla para todos. Pero, yo no creo que las cosas lleguen tan lejos.

El diablo no hace lo que las Cámaras mandan, las Cámaras... según abriendo las tiendas y no se convertirán en Cámaras... de sangre.

En la *Publicidad*, de Barcelona, he dicho ya, en un artículo más largo, lo bien que me parece que a Fernandito se le premien sus evidentes méritos y servicios literarios. En el *Imparcial*, en aquel *Lunes*, que él fundó, lo hubiera dicho también, si no se me hubieran adelantado los que debían y podían hacerlo. Yo debo mucho a los *Lunes del Imparcial*; y como los *Lunes* le deben el ser a Fernandito (*Un laudico*), resulta que yo le debo algo al simpático y discreto D. Isidoro. Hace tiempo que ya sabe él que se lo agradece.

Y es de advertir, que mis elogios, como los de Ortega Munilla, Cavia y otros pocos, son del todo desinteresados.

Por que no pueden obedecer a la esperanza de que nos sirvan para entrar de colaboradores literarios en *El Liberal*.

Un señor, de cuyo nombre creo que no debo acordarme, me pregunta, en muy atenta carta, si, aunque lo diga un académico, se ha de creer que el claturo de flores se puede llamar corona, y si cabe atribuir me aprendí por *ma enseñó* y debió de por debió.

No, discreto corresponsal; aunque lo dignen los inmortales, nada de eso es lícito.

Pero si puede suceder que tales lapsos se le ocasionen a quien, a pesar de ellos, sea escritor excelente y hombre de talento.

Lo impensable es cometer faltas de esa clase, y por *añadida* llamarlo Catalina.

Ayuntamiento de Madrid
CLARIN.

PALIQUE

Andan por ahí muchos avergonzados porque hemos aceptado el *pour boire* de los veinte milloneros que nos propinan los Estados Unidos, especie de *vergil* con que pretenden pagar la injuria que nos hacen.

Montero Ríos es hombre que sabe latín, y además, conoce sus filósofos, y ha leído aquello del autor de «*Leviathan*»: *Homo homini lupus*, el hombre lobo para el hombre.

Y como ha visto al americano aplicar la máxima, y portarse como un lobo, se ha dicho:
—Del lobo... un pelo.

—Y ha aceptado los veinte millones.

Pero los ha aceptado *per accidens*.

Y parece ser que Sagasta dijo por telégrafo á París algo como esto:

—Advierta usted á esos señores, que o sea limosna nos indigna, y que protestamos; pero que digan si piensan pagar á noventa días vista si *gud*.

..

No, no busquemos caracteres enteros en nuestra política.

Para eso hay que recurrir á las Cámaras de Comercio, que con una energía, por la cual otros irían á la cárcel, han dicho á la Reina:

«Señora, no es la Nación la que está corrompida; al que no hay por donde cojerlo, es el Estado.»

Bien se conoce el que ha escrito eso no ha hecho estudios teóricos, sino *positivos y prácticos*, como piden las Cámaras que los hagamos todos en adelante. Si, se conoce que el pendollista eso, que probablemente tendrá una hermosa letra inglesa, estudió el Derecho Político con motivo de la Teneduría de Libros.

Porque si lo hubiera estudiado donde se estudian esas cosas, sabría que la reina es jefe de ese estado, de quien dicen tales perrillas al preocupante.

Además, tampoco es el Estado quien tiene la culpa de los males que sufrimos. El Estado no peca; el Estado no es Sagasta, ni Cánovas, ni Romero; el Estado es inocente como recién nacido.

Pero, por lo visto, en los estudios *positivos y prácticos* lo que se aprende, es que el Estado son los señores ministros y uno que otro gobernador, con más algún cacique.

¿Qué será eso de estudios positivos y prácticos? ó mejor, ¿qué estudios serán los que no sean positivos?

Voy sospechando que para muchos, entre ellos no pocos eruditos, que trabajan más con el plumero que con la pluma, y que emplean más las tijeras que el estilo (acepción material), estudios positivos y prácticos son los que se hacen más con los pipa que con la cabeza.

Anda (y corre y vuela) sabio por ahí, que debe su crédito á la diligencia, ni más ni menos que un agente de negocios.

Si fuéramos á estudiar á fondo los méritos y el talento de muchos que pasan por sabios, y lo son á su manera, se vería que *descompuesto* el tal Salomón, resultaban, como componentes, un comisionista y un archivero.

Pero no es á esta especialidad de estudios positivos y prácticos, es que, sin embargo, el sudor entra por mucho, á lo que ayudan los señores de las Cámaras. Aluden, y bien claro lo dicen después, á la confianza mercantil.

De manera que el lema de esta *Convención y C^a. Limited*, puede expresarse con la fórmula contraria á la de don Figaro. No *seis* mostrador, de la protagonista de aquella comedia de Larra. Y nuestros regeneradores al por mayor dicen:

«Todo mostrador».

De manera, que parece que estamos

COMENTARIO, por Pellicia.



«Con que echaron al pedernal la cena que no comprendo...» Estudió tan su carácter—hoj que corren los vientos!

otra vez en tiempos de los fenicios, y que los ilustres almaceneros quieren

el comercio afectando, entrar vendiendo, pero salir mandando, como dijo el P. Isla.

En un país así, ¿cómo ha de prosperar la poesía lírica, y cómo no han de estar llenos de gazapos *positivos y prácticos* las poesías del Sr. Ferrari?

Lo están.

Pero la Academia, que hasta la última edición del Diccionario, no tenía lo que ustedes saben y declaró Domínguez, la Academia, esta diva, no repara en gazapos y mete en casa los de Ferrari para que se creen con los de otros Homeros manuseados.

Por cierto que, según el diccionario académico, no hay sustantivo que exprese el hecho, ni la acción en abstracto, de cruzar razas, clases de plantas, animales, etc., etc.

Volviendo á Ferrari, diré que, con motivo de su elección, hay que respetar aquello de que todo es relativo. Comparado con algunos que ya son académicos, Ferrari merece serlo, como podía merecer una multa, si se castigara el flato poético.

Cotarelo, elagido también, merece, en otro sentido, más que Ferrari, ser académico. Cotarelo es un erudito de las letras, de buena fama

En otro país, más adelantado, y donde abundaran los eruditos, sabios de veras, y además artistas y pensadores, Cotarelo tendría que esperar algunos años más; aquí no hay competencia suficiente.

La invención, la poesía, valen más que la erudición lírica y llana; claro. Si Ferrari fuese poeta de verdad, es claro que valdría mucho más que Cotarelo. Pero como no, merece...

En cambio, si la poesía falsa vale menos que la erudición verdadera, vale más que la erudición falsa.

Y por eso Ferrari vale más que muchos académicos, que lo son por falsas erudiciones.

A lo menos, Ferrari escribe en *copia*, y su trabajo le cuesta; y á veces suena bien lo que dice; y, no fiándose mucho, puede pasar.

Algún defensor de la candidatura de Ferrari, ha creído que nos íbamos á quejar porque Ferrari había escrito poco.

¡Oratoria, que nos vamos á quejar!

Justamente esa es una circunstancia afortunada que, unida al carácter simpático del poeta, lo hace acreedor á toda clase de consideraciones.

En fin, la dol orot:

—Por mí, que entren.

CLARÍN.

PALIQUE

Sapongo que ustedes no creerán eso de que don Carlos ha tomado dinero de los Ingleses para encender otra vez la guerra civil.

Yo tampoco lo creo; pero si fuera gobierno, empezaría a considerar a los carlistas como beligerantes... después de vencidos.

Aquí no hay derechos individuales más que para respetar a los de esos señores que han jurado no reconocer tales derechos.

Estamos haciendo con los carlistas lo mismo que hicimos con los Estados Unidos. Les dejamos hacerse los tontos y se metieron en casa.

Un gobierno liberal de veras defendería la libertad respetando la de todos, menos la de esos que no quieren la libertad de nadie.

Pero reina tal confusión de ideas, que hay muchos que se llaman demócratas y que no son siquiera tan granizados como Rosita la pastelera.

Periodico democrático hay, que deja a un colabrador medieval (y medio tonto), echar de menos a Felipe II. Hay periodista que ha descubierto a Lafuente esta temporada y nos tiene locos poniendo picas en Flandes. Otros, nerviosos, amigos de novedades y de paligenias sobre todo, defienden al *solo atrás* por que les parece... *gallardo* y tal.

Estamos perdidos. Mientras no se haga callar a esa gente, no podrán hacer nada las personas formales.

De todas maneras, el sistema preventivo, tratándose de carlista de armas tomar (ó de tomar destinos para la familia, que también los hay) me parece un sistema tan bueno como el de Copérnico por lo menos.

Nadie con más calor que yo ha defendido la teoría de que los carlistas son españoles como los demás, y de que había que hacer lo que se pudiera por hacerles entrar en la ley común. Pero cuando se trata de los carlistas sin pretensiones de resurrección.

Por que miren ustedes que venirse ahora a convertir en pleito civil la herencia... de la soberanía.

Dijeran lo que quisieran los Borbones en 1789 y en 1798, y cambiara ó no casaca Fernando VII en punto a testamento, la soberanía de España nada tiene que ver con eso, y es lo mismo la cuestión de la legitimidad, en el fondo, que si yo reclamase por razón de una legítima, larga ó corta, el cuarto creyente de la luna, ó sea el *acorazado*, como tradujo un diputado, el Sr. España, si mal no recuerdo.

A propósito de pleitos. Cuando estas cortas líneas se publiquen, todavía no habrá perdido oportunidad la cuestión de *Curro Vargas* y el *Niño de la Bola*.

La cosa tiene importancia, por que sirve para llamar la atención acerca de un asunto muy desconocido.

Mal anda, en general, en estos años, el estudio del derecho; las fuerzas vivas intelectuales más poderosas, más originales y fecundas, no van hoy en Europa por ese camino. Pero dentro del derecho, una de las cosas que peor anda es esta rama, relativamente nueva, del derecho económico en relación a los productos intelectuales y la apropiación de su relación económica. No se estudia con orden sistemático y bajo principio fijo y profundo la cuestión, y allá van empirismos y tanteos, cuando la ocasión los reclama.

De aquí mil contradicciones, dudas, medidas arbitrarias, términos y cantidades señaladas *ad libitum*.

Por eso, cualquiera mete su cuarto a espadas en tales materias; y así, hemos leído estos días a muchos que se declaran legos en jurisprudencia, pero dan su fallo, porque se sienten literatos.

Y hacen falta el literato, périto, y el jurisconsulto técnico del derecho.

Sin conocer la zarzuela *Curro Vargas* no se puede juzgar en absoluto.

Las semejanzas de *Curro Vargas* y del *Niño de la Bola* pueden ser de tal clase que sea difícil señalar trabajo artístico de Alarcón positivamente utilizado. Y esto dificultaría la solución legal.

Pero también puede suceder que de modo claro se vea que el mérito que encontró el público en la zarzuela no sea debido en nada al trabajo artístico de Alarcón. Y entonces no hay reclamación legítima por parte de los herederos del novellista.

Y puede suceder que la zarzuela, sea tal como podría ser una obra dramática sacada con mayor ó menor libertad de la novela. Y en tal caso el derecho de los herederos es indudable.

Los que conozcan la zarzuela podrán decir en cual de estos tres casos estamos.

De todas maneras, es un ejemplar muy curioso y digno de atención, y que bien merecería que se estudiase en serio jurisconsultos verdaderos (hay pocos), que fueran también literatos verdaderos.

Un mero literato es un profano.

Un abogado que no sea un *estético*, que no sepa *estimar la vida* de una obra artística, es otro profano.

Para mí, y mientras no parezcan los peritos verdaderos, los mejores jueces los veo... en la conciencia de artistas y de caballeros de los Sres. Dicenta y Fano. Si ellos creen, en lo íntimo, que deben a Alarcón el *quid* del buen éxito, ellos reconocerán que, efectivamente, *les deben algo* a los herederos de Alarcón. Si no, no.

de *Filosofo*... Y un afamado librero de Madrid me escribió pidiéndome suscripciones y números para la venta de la tal revista. Y me decía que le estaban haciendo muchos pedidos.

Al final de mi artículo bien claro se veía que todo era una broma, que no había tal revista; total, buenos deseos... *desiderata*.

Pero, ya que hay quien pide suscripciones para una revista que no existe... ¡animarse, ricos editores! Más suscripciones habrá para una revista filosófica que, en efecto, *sea*.

¡O habrá menos!

Hace días publiqué en *El Imparcial* un artículo titulado *Desiderata*, en el que anunciaba una revista Ayuntamiento de Madrid CLARIN.

PALIQUE

Si el señor *Sosera* espera que «Clarín» le haga el artículo a su libejo ridículo... ya puede esperar *Sosera*.

No, infeliz. Ha venido usted tarde. No está la Magdalena para tafetanes. Son malos tiempos estos para esas menudencias. Don Quijote solía enmendarle el vocablo á Sancho, pero no era cuando ambos yacían por tierra con los huesos molidos á palos. Hoy en España todos estamos por el suelo, con los huesos quebrantados, pese á los curanderos que brotan por todas partes; y á nadie puede importarle que haya un majadero más que piensa y escribe desatinos. Aunque yo, con la mejor intención del mundo, amigo *Sosera*, intentara darle á usted á conocer, comentando sus ilustres bobadas, las necesidades adulteradas por la erudición, como dijo el otro, que se le han ocurrido á su lúgubre meollo de usted, no llamaríamos por eso la atención de nadie, y continuaría usted siendo un espectro anónimo.

Los «biquillos» en mi aldea, suelen divertirse vaciando una calabaza, imitando con ella una calavera y poniéndola una luz dentro, para asustar, si tanto pueden, allá de noche, á los aldeanos.

Usted ha querido asustarme á mí, y ha metido, dentro de la insignie calabaza de su cerebro, la lamparilla triste de sus averiadas lecturas manidas, para ver si yo le tomaba por una cosa del otro mundo.

No, señor; ni del otro mundo, ni del otro jueves. Es usted una calabaza cualquiera. ¿Cree usted que es el más tonto de los atrevidos que se meten á escribir sin respetar méritos ajenos, fama, autoridad, ni cosa alguna? ¡Ca! Es usted uno entre mil. Los hay más necios que usted todavía.

¿Cree usted que insultar á «Clarín» le va á servir para algo? Para nada. Eso es una vulgaridad de que han abusado cien y cien *golfos* literarios. Unos me ofenden por escrito, otros con partidas serranas, muy á lo hipócrita... Pero eso ¿qué le importa al público? A nadie. Ni á mí siquiera. ¿Sabe usted lo que yo contesto? Lo del policía de *La Revoltosa*.

—¡A mí Prim!

Le queda á usted un recurso ¡triste recurso! señor *Sosera*. Ir de puerta en puerta, por las redacciones, pidiendo de limosna un sueldo de reclamo. Anuncie usted que se trata de molestar á «Clarín», y en algunos periódicos le agradecerán la intención y le publicarán el sueldo. Es probado.

Pero no crea usted que el público se va á enterar por ese conducto de la existencia de usted y de su libro.

No, lo que es darse á conocer, no lo consigue usted. Conténtese usted con la mala intención y no busque una imposible eficacia para el veneno de su libejo baladí.

¡Qué importa! También hay odios platónicos.

El único medio de que usted pudiera pelear, sería que los tiempos fueran menos tristes.

Porque entonces no sería tan solemne frivolidad ponerse á cazar moscas.

A pescar truchas están algunos políticos dispuestos, pese á la tristeza de los tiempos, y aprovechando lo turbio que va el río.

Ahora quieren que los republicanos ayuden á los monárquicos; y los republicanos que pesquen serán truchas excelentes.

Fíjense en esto los políticos de buena fe, si alguno hay, que haya entrado en ese plan. Los republicanos que se prestaran más fácilmente á sacrificarse y á salvar el país serán... los falsos, los aventureros: los que quieren comer de la política.

Podrán ir disfrazados de ciudadanos *Nerones* ó de Catones austeros, pero serán unos *lipendís*, y la Monarquía no necesita alforjas para ese viaje.

La idea de que se están perdiendo muchas fuerzas sanas del espíritu por incompatibilidades formales, yo no puedo menos de considerarla buena, porque hace mucho tiempo que he procurado llamar la atención sobre ella. Si; muchos elementos de los mejores con que podría contar la política directiva, están incapacitados para prestar eficaz ayuda, por culpa de requisitos formales. Pero no es remedio para esto el exigir que abdiquen los que, justamente, se recomiendan por haber sabido resistir á la tentación de abdicar.

Por que los republicanos pudieran dignamente y con eficacia prestar sangre nueva y pura al Gobierno del país, tendrían que exigir condiciones que la Monarquía tradicional no puede concederles.

Es la historia de siempre. Sería el desengaño de siempre. Se le hace la corte al republicano para que la haga él á la Monarquía; antes de conseguir que el republicano se someta, su abdicación parece un gran triunfo, cosa de provecho... se somete... y ¡oh, desilusión! el exrepublicano no es más que uno de tantos monárquicos que quieren ser ministros.

Los republicanos podrían entrar en masa, no por deserciones *vergonzantes*, á servir al país en el Gobierno, sin exigir la República, pero sin renunciar á ella; no declarándose monárquicos, sino ayudando por de pronto á salvar á España y dejando después al país resolver el gran litigio de la forma de Gobierno.

Pero la grandeza de alma y la imaginación de nuestros políticos más generosos, de los que á lo menos ven la necesidad de atraer elementos puros, desinteresados, no llega á más que á pedir una sujeción incondicional. El republicano que fuera ministro ó sirviera de cualquier modo en la Administración reformada que se necesita, sería tenido por desleal si no se declaraba defensor jurado de la dinastía.

Y con eso criterio no se puede conseguir lo que se desea. Lo más que conseguirán así los monárquicos será limpiar los fondos á la nave republicana. Se llevarán los falsos republicanos.

Pero querer ganar para el Gobierno la pureza republicana... corrompiéndola, obligándola á negarse, es tan irracional como sería darle una droga amarga al que la necesitase... pero azucarada, para que la quisiera tragar.

CLARÍN.

Con mucho gusto vuelvo á escribir asiduamente en LA VIDA LITERARIA, primero porque es el sucesor de mi querido *Madrid Cómico*, y después porque aquí predomina el elemento joven; y yo, digan lo que quieran mis enemigos literarios, soy muy amigo de la juventud. Hasta en mi vida privada, si vale hablar de estas cosas, podría notar cualquiera que casi siempre ando con gente de menos años que yo. Mis íntimos antiguos, los de mis años, casi todos se han muerto, ó están lejos de mí; y en este pueblo en que vivo—supongo que en otros muchos lo mismo—las personas que frisan con... lo que voy á frisar yo luego, hablan de cosas muy poco divertidas, aunque muy útiles, á veces. Prefiero pues, la juventud. Pero es claro que la quiero bien educada.

El desparpajo y la desfachatez suelen tenerlos algunos escritorzueros noveles por sátira fina y escogido *humor*; y no se puede discutir con ellos sin el riesgo de un lance, que nunca es cosa divertida para los hombres serios y de buen corazón. Con estos mozalbetes deslenguados y procaces no quiero nada; cada día escivo más su trato, y pueden estar seguros de que mi silencio jamás interrumpido será toda mi contestación á sus alusiones, *humillaciones*, insinuaciones y demás artimañas.

También me repugnan los que quieren convertir en musa la lujuria, y se creen originales porque no son serviles; lo cual es suprema inocencia, pero nada es menos original que la poca vergüenza.

No digo nada de los que juntan las dos gracias y son indecorosos y desfachatados.

Todavía hay otra casta peor; la de los ladinos, maliciosos y llenos de envidia. Entre éstos los hay listos de veras; y más que con la pluma, suelen dañarnos con las partidas serranas.

Libre creo ver á LA VIDA LITERARIA de todas estas clases de pájaros, y vuelvo á su redacción con gran complacencia, como decía al principio.

**

Amo á la juventud; pero no la adulo.

Deben reconocer los jóvenes que, los que no lo somos ya, tenemos más motivos para juzgarlos á ellos que ellos á nosotros.

Nosotros hemos pasado por lo que son ellos y ellos no han pasado por lo que nosotros somos.

Nosotros hablamos de la juventud con experiencia de lo que es; como de nuestros remordimientos. Ellos hablan de la edad madura como de sus ilusiones. Ellos piensan que no serán como nosotros; nosotros sabemos que hemos sido como ellos.

Un pensador, que suelen leer mucho los jóvenes de ahora, el célebre y desgraciado Nietzsche, del que se habla demasiado, generalmente por referencias, les dice á los jóvenes, en el libro titulado *Más allá del bien y del mal*, cosas muy dignas de ser meditadas.

Nota que los jóvenes suelen ser excesivos lo mismo en su admiración y veneración que en su odio y desprecio.

Es verdad. Yo lo sé por experiencia. Muchos

escritores de la nueva generación que me honran, y me desfiguran, llamándose *maestro*, tienen de mí una idea disparatada por lo exageradamente favorable. Otros, en cambio, sin conocerme, sin haber leído lo menos malo de mis escritos, sin haber oído mis lecciones, me creen un gacetillero *valérico* que se pasa la vida pensando en la *grana* y en la *tica*.

Y por observación, sé que respecto de los demás señores, que escriben hace muchos años, tiene gran parte de la juventud ideas igualmente exageradas en pro ó en contra.

Añádase á esto que la pluma inexperta de la juventud—que suele tomar por dominio del estilo la facilidad instintiva con que dejamos triunfar al temperamento—tiende á la hipérbole en la expresión, y cree que es fuerza el recargar los colores y aumentar las proporciones. De lo cual resulta mayor exageración en la alabanza y en el vituperio.

Pero oigamos á Nietzsche: «A la veneración y al desprecio de la juventud les falta el arte del *matiz*... El espíritu de cólera, el espíritu de reverencia propio de la juventud, no descansa hasta falsear hombres y cosas; la juventud, por sí misma, tiene ya algo que engaña, que falsea...»

No lo duden los jóvenes; ese elemento *subjetivo* del ardor, del exceso, se deja atrás; y las cosas siguen siendo lo que son, ajenas á la savia juvenil.

Pero á la juventud sigue una época intermedia, que es justamente en la que están muchos de los que hoy escriben con nombre conocido; y en esa edad, nos dice el filósofo de *Zaratustra*, el alma, herida por mil desengaños, se vuelve recelosa contra sí misma, todavía ardiente y brava; se irrita, se desgarrá impaciente, y aborrece su ceguera, como si fuese voluntaria. Entonces se atormenta el entusiasmo con la duda, hasta la conciencia buena se toma por un peligro, y se declara uno enemigo de la juventud. Diez años más tarde se comprende que todo esto no era todavía más que... *juventud*.

**

Yo, que ya he pasado esos diez años, y voy preparándome para la tolerancia que tan bien parece en la vejez, que es mi porvenir, no tengo á estas fechas preocupación alguna contra la juventud. Pero veo sus ordinarios inconvenientes.

Sin embargo, hay que notar una cosa.

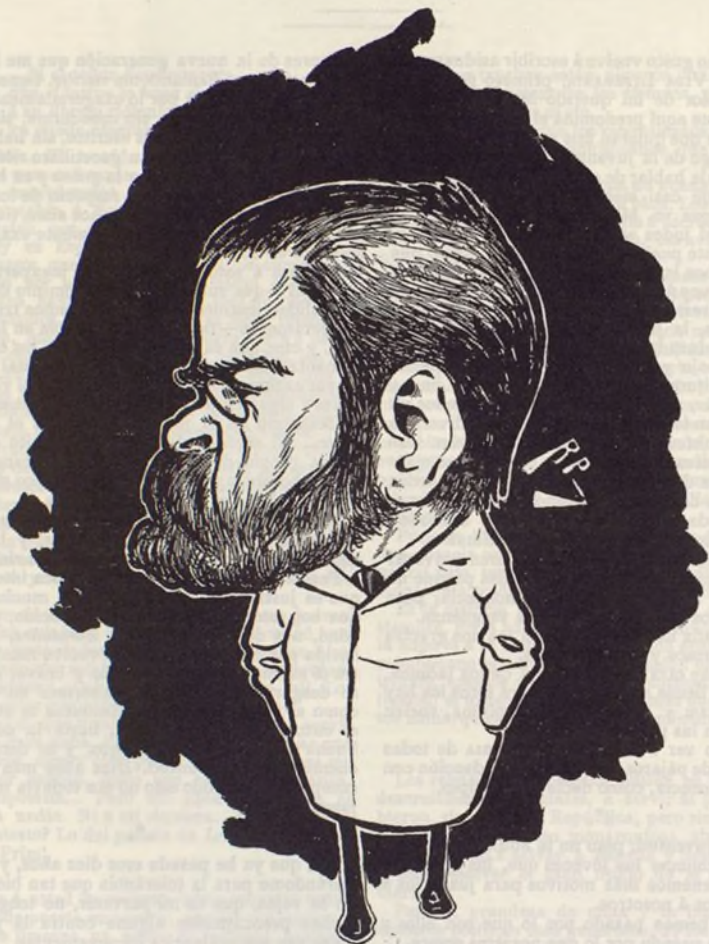
Que esos caracteres de exceso, absolutismo, expresión en juicio y expresión, prurito de doctrinas extremas, idolatrías injustificadas é irreverencias procaces, son defectos de los adocenados, de los débiles, del vulgo juvenil. En los pocos que tienen originalidad verdadera, fuerza, superioridad, esas notas generales se modifican hasta quedar eclipsadas por las personales, peculiares.

Por regla general, al que ha de valer de veras no se le clasifica por joven.

No se le clasifica.

.....

CLARIN



LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

—•— LIBROS RECIBIDOS —•—

J. Gili, el benemérito editor (como le llama Clarín), nos envía el último tomo de su interesante, culta y bien editada *Biblioteca Económica*. Constituyenlo una serie de artículos humorísticos del célebre escritor *Dr. Thebussem*, artísticamente ilustrados. De entre ellos, tomamos uno al azar que va, como muestra, en el presente número.

La noble empresa acometida por el Sr. Gili, es digna de todo galardón, y el público se lo demuestra agotando las ediciones apenas nacidas.

Unir la economía á los trabajos de nuestros primeros autores presentándolos con lujo, no es labor fácil, y el Sr. Gili, ha sabido triunfar con ella.

El inteligente economista y contable D. Enrique de La Torre, Director del *Anuario de Ferrocarriles*, ha puesto á la venta una reducción de su publicación anual, comprendida en un tomo de 200 páginas.

La obra, de gran utilidad práctica para cuantos se vean obligados á viajar con frecuencia, lo es mucho más en esta época de verano. Contiene multitud de advertencias, instrucciones, etc., para el viajero, y sobre todo, están expuestas las distintas materias con gran sencillez y claridad; condiciones de que carecen las *Gulas de Ferrocarriles*, sólo manejables para la gente práctica.

El libro del Sr. La Torre se agotará muy pronto.

PALIQUE

Julio, el campo... la siesta... la poesía...
Si, hecha siesta te dé Dios! «Duermes,
Bruto! No, Casio, estoy despierto».

Julio, pero sin César. Polveja se atra-
va a ser Camila, pero César no. Por no
tú, no tenemos ni diadema. Hasta el
dibujante frances aquí. Como el señor
Paraiso no resulte un grande hombre,
porque sea de cámara... de comercio, no
sé qué va a ser aquí el héroe.
Callad, armonía del corpúsculo (ves-
perino, por supuesto. Aquí el que madu-
ra pierde la opa; no la encuentra). Callad,
escuchando murmullos del *sobolito del vi-
llano* (v. Leopardi)... «Lira, déjame en paz,
venen una espada», que no sea la de *Pol-
veja* o *Polveja*; una espada que
corte en las gatas y no sea como la de
Bernardo Villaverde, que no pincha ni
corta... porque no le dejan sus compañeros
de merienda.

Habría que ser muy modernista, de esos
que no creen en Dios ni en la Patria, ni
en la madre que los parió, que de todo se-
rían diabólicamente, que se encierran
en su torre de marfil a ver pasar la vida,
a hacer de *übermensch* o superhombres, pa-
ra hablar hoy de poesía, estando ahí los
presupuestos, engrandeciendo.

Yo, con perlon sea dicho... jamás ha-
bría leído unos presupuestos en estos. Mas
estos de ahora... tampoco los he leído de
cabo a rabo (que está por desollar); pero
me he enterado de algo.

Por de pronto, me he convenido de
esta cosa. De una cosa que yo me temía.
A saber, que esto de escribir en los periód-
icos no tiene utilidad alguna. En efecto,
el ministro ha buscado utilidades hasta
debajo de tierra, pero no ha supuesto,
ni por un momento, que los colabora-
dores literarios de los periódicos pu-
diéramos ser *materialmente* imposibles. Yo que
pago contribución como pedagogo, como
propietario, aunque humilde, y como ca-
beza de familia, no lo pago en cuanto es-
criitor público. Y no es que me queje, no.
Sería injusta la notoria hacerme pagar un
tanto por elento por artículo que... a lo
mejor no escribo, porque no tengo humor,
o que a lo peor no sobro, porque no me los
pagan.

El ministro hace bien en considerar los
ingresos aleatorios de los colaboradores pe-
riodísticos como considera los céntimos en
los derechos de timbre, según generosa
declaración reciente, esto es, cosa despre-
ciable.

Si el ministro ha dicho que desprecia
no sé qué céntimos en el papel sellado.

Adán, hijo prodigo!
Mal ejemplo da el Gobierno a los alude-
mos. *Le petit continue que cantó Bas-
tilat*, despreciado!

En desprecio, de lo que puede ser base
del ahorro, es un desdén socialista; pues
ya se sabe que el socialismo, a lo menos
el más corriente, no vé el ahorro con buenos
ojos, porque detrás del ahorro está el
extrajeo, el capital.

La verdad es, que los presupuestos han
hecho *tablas* a las piedras (dígalo las
barricadas y el lapidario, como al fuera
adultero, gobernador de Zaragoza).

Lo que más ha irritado a los *morenos*
ha sido la ley del embudo. Se aprieta en
los ingresos y se afloja en los gastos... es
destru, que los gastos no se disminuyen;
al contrario, se aumentan.

No cabe duda, tiene razón el país. Hay
que castigar los gastos. A pan y agua.

Pero en los ingresos... hay que distin-
guir. Andan por ahí muchos señores pi-
diendo que no se les arruine... y entien-
den ellos por ruina el no ganar el setenta
por ciento con sus monopolios y otras re-
galias proteccionistas.

Estos días se han cerrado en todas par-
tes los comercios. El símbolo no es exacto.
Las puertas de las casas de los consumi-
dores eran las que debieron cerrarse; por-
que las incidencias de los impuestos, ó la
dijéramos ó como queramos llamarlo, nos
destru, que el último mono es el con-
sumidor.

En general, esos patriotas que ahora se
llovan la mano a la cocina, (vulgo co-
razón), en el fondo del alma parodian la
frase de Tullyrand, diciendo: «el que ven-
ga detrás, que vengá».

Y en todo caso, los que se quejan y los
que han de salir peor, sin quejarse, debie-
ran en tiempo oportuno, cuando se hizo
la Constitución, ponerse a cubierto.

Pocos días hace, un ministro, como se le
hablara de economías materialistas, pudo
responder triunfante que la Constitución
es opynia a semejante cosa.

El al pueblo solerán, en su día, se ha-
biera declarado incapaz de nuevos tribu-
tos, en vez de dejar ese cuidado a la natu-
raleza, otro Villaverde nos cantara.

Y sobre todo, consolidámonos; *sursum
corde*.

¿Que no tenemos dinero? ¿Y qué? Tene-
mos la energía de Silveira. El cual, cuando
su deber es cobrar unos cuartos, no vacila.

Silveira, tratándose de metafísicas y teo-
logías, llega hasta la abulia, como demos-
tró en la cuestión Morayra; pero cuando
se siente comisionado de apremios, ¡ah!,
entonces es un Víctor Hugo.

«En suivant mon devoir, je vais droit
à l'abime».

Además, el ministro, en el prólogo re-
presentado al comenzar la comedia del
presupuesto, nos dijo... algo que levanta el
corazón a la esperanza, algo muy seme-
jante a lo que Meñistóteles le dice al Em-
perador en la segunda parte del *Fausto*...
Pero vamos antes lo que precede al dis-
curso de Meñistóteles:

«El Emperador. (Mensaje).— Sed bien-
venidos; una estrella favorable os junta.
Los astros nos prometen salud y pesetas...
Pero, ¡ah! ¿cómo? ¿Por qué estos días
que debleran dedicarse al jaleo, como en
el ministerio de la Guerra, se han de con-
sagrar al Consejo y a las sesiones? En fin,
pues lo queráis, sea».

El *conseiller* (contestación al mensaje).—
La más alta virtud, como una aureola al
grado, rodea la frente del Emperador; él
solo ejerce la justicia... Poco, si miramos

hacia abajo, creemos padecer una penali-
dad. Lo ilegal reisa legalmente. Todo es
error. Eso roba un rebajo, aquí una mu-
jer, otro el edita, la cruz, los conculabros
del templo. Las quejas llegan al solio, y
en tanto se desborda creciendo en esta
oleada el torrente de las revueltas y del
motín... El que cuenta con cómplices se
glorja de su crimen... Se llama culpable al
inocente... Los golpes de Estado, en esta
atmósfera de perdición, no pueden evi-
tarse.

El jefe del ejército.—¿Qué tumulto en
estos días de desorden! Se mata, se muere,
todos sordos a la obediencia. El burgués
tras sus barricadas, el caballero en su rido
roquero, se conjuran contra nosotros y
guardan para sí sus fuerzas. El mercenario
pierde la paciencia y pide la ayuda.
Negar lo que piden todos es escarbar un
nido de víspas.

El tesoro.—¡Fíate de los cielos! Nos
faltan los subditos prometidos. Señor, en
tus Estados, ¡jam que manos ha caído la
propiedad! Hemos abandonado tantos de-
rechos y rentas, que ya no los tenemos
sobre nada! Con los periódicos no hay que
contar. Quellos y gibolinos se ocultan,
para reposar. ¿Quién quiere hoy ayudar
al vecino? Las minas de oro se han agota-
do, se araba la tierra, se economiza... y las
arcas vacías.

El mayordomo.—Av, a mí también me
alcansa el aburrimiento. Hasta ahora la cocina
no ha padecido. Cierros, lieros, pastos, pol-
los, conguas y rentas seguras, hasta aho-
ra entran bien. Pero ya falta el vino... El
judío es intratable. Invento antipocos que
nos comen. Se sirve a la mesa un pan
comido por adelantado.

El Emperador.—Y tú, bufón, ¿no co-
neces también alguna miseria?

Meñistóteles.—¡Yo! De ningún modo,
viendo la gloria que os rodea a ti y a los
tuyos. ¡Ninguno no falta algo en este mun-
do! A uno osto, a otro aquello; aquí falta
dinero. En verdad, no brota del suelo; pero
la abundancia lo saca de *profundidad*... Yo
contrastó lo que buscáis. (Más *teufel*). La
cosa es fácil. Pero lo fácil es difícil... Las
cosas duermen ahí abajo... hay que buscar-
las ote es todo el talento. En los días de
asiento se escondieron los tesoros; están
bajo tierra; el subterlo es del Emperador,
nyro es el botín...

El jefe del ejército.—El bufón no es tan
neolo; promete a cada cual lo que desea; el
soldado no pide más, y no le importa sa-
ber de donde viene lo que pide...

Meñistóteles.—Y si no me creéis a mí,
consultad al astrólogo... Ese lee en el cielo...
El astrólogo (Fidal).—El sol es de oro...
Sólo corcos de religión, según Ripalda... y
el oro y el moro. Cristianas y judías...

CLARIN.



Leo en un periódico que han obtenido premio los señores Tal y Tal, disertando acerca de *Los Estoicos*, *Virgilio*, «jardín de la belleza», etcétera, etc.

¡Gracias á Dios! ¡Oh, dejadme respirar!...

Me ahogaban tantos presupuestos, tantas Cámaras de comercio, tanta... *hidráulica*... tanto odio al ideal, á lo clásico, á lo teórico... en suma á las artes y ciencias liberales.

Infinidad de españoles, entre ellos *eximios* periodistas, están empeñados en que para *regenerarnos* necesitamos convertirnos todos en *viajantes*, mozos de cordel, avadores, capataces de minas, y demás oficios útiles.

Los hay que se proclaman fervientes católicos y se quejan de que el ministerio les amenace con demasiada religión (¡sic!). Y así como se dijo aquello de «menos doctores y más industriales» se dice ahora «más industriales y menos religión».

La verdad es que para falsificar la sopa de fideos y explotar el sudor del obrero y vender veneno por vino, la religión más estorba que otra cosa.

Me explicaría yo que se dijese «La religión que nos quiere dar Pidal es gato por liebre, fanatismo, atraso, curas á todo pasto; y eso no nos conviene».

Pero no, señores; los periódicos de orden (que son los mismos que en Semana Santa dicen todos los años: *el pueblo ha demostrado una vez más sus acendrados sentimientos católicos*) nada tienen que oponer al género de religión que Pidal nos quiere hacer tragar; de lo que se quejan es de que, buena y todo, es *demasiada religión* para un pueblo, católico sí, pero... *hidráulico*.

«¡Somos una nación de retóricos!... grita un periodista, que escribe *haiga*».

Un crítico de pintura, pocos días hace, ajustándole las cuentas á Velázquez, escribía: «Íbamos á por...»

¡A por!... ¡Ah... retórico! ¡Cuánto mejor estaba usted machacando suela, que metido en esos refinamientos gramaticales!

¡Que por qué se pierde España? Porque aquí todos somos unos Cicerones (que ni para *ciceroní* servimos; pues las cosas buenas de España nos las descubren los extranjeros ó Menéndez y Pelayo, digno de ser de fuera). Tartamudos conozco yo, que se quejan de no ser hombres prácticos y perderse por la buena labia.

¡Si no es la facundia quien nos mata, si son la ignorancia y la pereza!

Leo en un periódico de hoy, en el artículo... *sin fondo*. «No es esta ocasión de hablar bien...»

¡Por qué, cofrade? El hablar bien nunca sobra...

«...Sino de decir cosas útiles...»

Pues eso es hablar bien. El que habla... fuera del tiesto, no habla bien.

Esos jóvenes que obtienen premios por disertar acerca del estoicismo, de Virgilio (¡ah, retrógrados!) de la belleza, no son enemigos de la patria; probablemente serán mañana ornamento de ella; como lo son en Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania y otros países muy prácticos y muy fuertes, otros jóvenes que también disertan y en latín acerca de esos casos que no son de pan llevar ni caben en un muestrario.

¡Mucho ojo! Cuando oigáis predicar necias vulgaridades contra los estudios *liberales*, contra lo clásico, lo filosófico, lo literario, etc., etc., pedidle la cédula de vecindad al disertante. Si es un burgués con callos en las manos ó en la conciencia... *non razonar di lor*; pero si es un periodista... *escarbado*... y debajo del barniz utilitario, acaso encontraréis al antiguo *suspenso*.

Y en todo caso, el que no quiera ser orador, que haga lo que Polavieja: tener fiebre...

CLARIN



BUSCABA asiento para este artículo... y llega a mis manos el primer volumen de la «Biblioteca Mignón...». Y ya tengo asiento.

¡Qué pequeño parece! Un tomo muy chiquitito, corto, estrecho, delgado... muy elegante, de muy buen gusto, pero muy chiquitito. Y dentro ¿qué hay? Muy poco también. Trece poesías, cortas... Trece sonetos, que eso parece que es el arte en Murcia, suspiro—otra lágrima, ¡trece! que mecos.

—Y todo para. Pasa... y un poco de genio. ¡Genio! ¿Qué mecos que así? Sí; tal me parece. El genio del linio. El arte divino, reservado a tan pocos, da trasparecer el dolor real en poesía inspirada, breve, natural, sencilla; con la retórica eterna que ablanda los que saben demostrar la sencillez de la obra de una manera evidente. El sí me mira de aquel Horacio a quien muchos creen un pedáneo, pedagogo en verso; a quien llamaba tanto, ¿cómo así, hace poco, no recuerdo que ignorante muy modesto? (1)...

Bernardo Rodríguez merece plácemes por su biblioteca, y por haber tenido el acierto de inaugurarla con algunos Aires murcianos de Medina, escogidos con gran acierto entre los mejores.

Todo me gusta en la nueva biblioteca menos el título... que es un galicismo. Porque, aunque los Mignón, así, con mayúscula, no se trata de la Mignón de Goethe, la que cantaba:

«Kunst derden Last von der Citronen Milde»

de Kinde Lenz die Goldmorgen gille...

Dahin Dahin nache ich mit dir, ich mein geliebter nache!

Se trata del adjetivo francés *mignon*, lindo, cuca, bonito. Y más que el galicismo, sentiría que fuera todo un símbolo de la elección futura de obras...

El primer tomo *Los Aires murcianos* los tan españoles. Tan universal también, pero ¡tan español! Así es el arte mejor; del mundo entero... y además de su turno.

El segundo tomo, ya en prosa, no hay miedo que sea un *herbarium*. Se llama *Soled* y es una novela de Armando Palacio... que, con perdón de mi ilustrado y querido amigo el hispanólogo Maurice-Kelly, es de los autores más *parientes*, de alma, que tenemos.

¡Ojalá, para los tomos sucesivos, B. Rodríguez mantenga ese criterio tan español... y que lo de *Mignón* no sea anuncio de ciertos fallos como políptimos de gente boba, *swati* literario, que gracias a una actividad pamposa de... piebras, está en toda parte y siempre son impertinentes, entrometidos... y bobalicones.

Medina, el autor de los *Aires murcianos* es un joven muy moderno, muy sensible, muy *moderno*, que vive en Cartagena, creo, desempeñando varios destinos particulares poco lucrativos y muy producidos, que apenas le dan, todos juntos, el sueldo de un capitán. Además es muy poeta, pero ¿eso qué? Hoy ya no hay Mécenas para los poetas. En los países en que la vida intelectual es apreciada es lo que vale, los méritos del orden más sublime y menos *div* (en el sentido vulgar de la palabra)

pueden tener suficiente recompensa económica; y, en tal caso, es mejor dejar el pan al público—es decir, *dejarlo* no, pues se le paga con el arte—que deberlo a un príncipe, a un magnate. Pero hay otros países en que el pueblo soberano es un señor sin necesidades artísticas de clase espiritual; y el poeta, en tales acciones, se queda sin el Mécenas de estado y sin el público remunerador. Hoy Cervantes no tendría al conde de Lemus... porque este lo gustaría todo en becarradas...

Medina parece resignado con su mérito poético, que es grande a mi ver, no se cotice.

No necesito decir que a mí los sencillos versos de Medina me hacen mucho más efecto que las contusiones rítmicas de otros que no siento ni padecen... más que su vanidad, o un prorrito escotático; y escriben con *cinco*, como ellos dicen, lo ven todo azul. Entre estos seboricos los hay que han llegado a adquirir una rara habilidad que a mí... acaba por hacerse gracia. Consiste esa diablura en escribir de manera que sus poesías, originales sin duda, parecen traducciones de versos franceses, correctos gramaticalmente, pero con el sello del galicismo en el estilo.

Medina no pretende nada; no tiene escuela, no tiene vanidad... Casi no tiene más que dolor. Casi siempre habla de las penas que le vienen a los humildes de su propia polvora, por culpa del asco mundo, tan difíciles de determinar, que parece que caen de las nubes todas las desgracias, y que el culpable no es nadie, ó es el viejo *fatum*. No es la Medicina tendenciosa; no cultiva el arte por la sociología; no es poeta socialista, ni anarquista, ni... *devota*, como se llaman ahora algunos. Por lo mismo, causan más impresión los hechos, los documentos, las pruebas que en sus versos se acumulan a favor de la causa de los devalúdos.

No abusa del *hered* en lo sensible, como podría temer, porque no se entrega a sensiblerías cursas, ni a los lugares comunes del *poeta*. Su sensibilidad rica y variada, su herencia inspiración y su maestría en el estilo, le dan recursos suficientes para huir de la monotonía; y aunque, en resumen, sus versos son una elegía continuada, la gracia, la viveza, la intuición, la novedad de imágenes y la fuerza de la expresión, le procuran toda la amenidad necesaria, para que haya ese contraste de la pena.

Yo no digo que todas las composiciones de Medina sean de un mérito sobresaliente; pero sí que algunas de ellas pueden separarse como verdaderos modelos en su género. Muchos tomos *cuál* *Aires murcianos* castañan, es claro; pero, ¿de cuántas cosas excelentes se puede decir lo mismo? Jorge Manrique es inmortal por una sola elegía. Si Aguilera no hubiese escrito más que *El dolor de los dolores*, merecería, como ahora, no la fama que tiene, sino mucha mayor fama... lo mismo que ahora también la merecía.

La *Causa* de Medina es, a mi ver, una de las más *reales* poesías de la lírica española en el siglo XIX. También creo que no todos son capaces de apreciar el porqué.

Bien lo sentía y comprendía aquel pobre, querido y malogrado Juan Ochoa, poco amigo de versos... corrientes, y que me decía conmovido:

—Pero, diga usted ¿entoy yo alzado por la simpatía...? Pero acaso es de veras admirable...

—Admirable, tan admirable... aunque todavía no lo hayan dicho las Antologías.

Pobre Ochoa... El también, a pesar de su profunda, sentía la *causa*... del cuerpo y de la vida prosaica. ¿Quién no la siente un poco?...

Pero hay que seguir... no hay que echarse con la carga... ¡Qué diantre! Este mundo no parece muy divertido... Pero cuando se tomanos un falio punto de vista... Probablemente, como demuestra Leibnitz, con argumentos que yo nunca he visto vencidos, este mundo, tal como es, es el mejor de los posibles...

Pero no por eso debemos engañarnos, ó lo Pangloss; no, la gracia está en vivir sin protesta, a pesar de ver cara a cara, y como son, las tristezas de la vida. Por eso no es inmoral la poesía triste y sin *toni*, como la de Medina. Hace sentir, hace compadecer, hace meditar... y eso ya edifica. Por eso es también cosa excelente, moral, aquella *Causa* triste... del pobre viejo extranjero...

«¿Y aquel hombre extraño que este malhacia se arremanció».

Quien es capaz de inventar y expresar *La canción* trista es tan poeta como el primero, ó lo mismo en esa canción. Podrá ser olvidado Medina, pero siempre será una joya del arte y del sentimiento aquel viejecito que llegó de tierras lejanas y que

«Tú la herba blanca, los ojos azules y delos la voz, ¡oh ojo mudo y herido, que miras que das compasión»

«De todos el t'había ni una palabra siguió se entendió»

«Pues t'había mentado tu tierra y quereres e' allí no dejes»

«Pues t'había d'ijos y t'había de nietos y d'algo d'el cielo se llevare Dios»

«Y un suñero en pecho, en quejido ca nos que se gloria e fu amdo más el mí»

Y aquella canción

«es verdad que ninguno la entiende pero lloran todos»

Si, todos lloramos. Y es posible que a Medina tampoco le entendían todos, y es posible que no llegase a adquirir el renombre que merece; porque muchos juzgan por la cantidad, no tratándose de autores antiguos, pero no le importe eso a Medina. Le principal es merecer, no alcanzar.

Y ahora vamos a la prosa de la vida, para advertir que en mi último palique he visto algunas erratas, de que soy culpable por mi mala letra, pero no porque yo haya escrito lo que se me hace decir. Sólo quiero corregir una de esas erratas. Leo: *un raziador de lor*; y yo había escrito, como Dante: *Non ragioniam di lor*.

Ma guarda a *passa*: Por si acaso...

CLARIN

PALIQUE

CON permiso de no recuerdo qué genio flamante que asegura, bajo su palabra de honor, que nuestros autores viejos están dando las boqueadas, me he puesto á leer *Morsamor*, de Valera, y, ¡caramba!, me parece una maravilla. Será probablemente porque tampoco yo soy lo que no se llama; pero algunos llaman en español averiado, un *efebó*; será porque los de la generación de Valera y los de la mía, que viene un poco después, estamos ya todos chochos y mandados *retivar*, pero ello es que *Morsamor* me encanta.

No es más que un cuento, una obra de pura fantasía, de *vaga* y *amena* literatura, sin pretensiones metafísicas ni siquiera regeneradoras, y mucho menos *hidráulicas*; pero, así y todo, enseña más, y siempre deleitando, por supuesto, que la mayor parte de libros de texto, que sirven para hacer antipática la metafísica; y toda general filosofía, á nuestros pobres estudiantes.

«*Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna de Miguel de Zuheros y de Tiburcio de Simahonda.*» De esto se trata, según se lee en la portada; donde, por vía de epígrafe, veo también el principio de *Os Lusíadas* (*Las Luisiadas*, como dijo *La Época*, y como dice una *Retórica y Política*... de texto... y añade el *rébrito* que se llaman así «porque están dedicadas al rey Luis»):

Cesse tudo ó que á Musa antiga cante,
Que outro valor mais alto n'á levanta.

Esto lo dice D. Juan ahora en broma; es una *porta-posada* humorística y con *color local*, porque *Morsamor* tiene mucho que ver con la gente lusitana y el mundo de las conquistas.

Para remachar el clavo, D. Juan copia estas palabras de la famosa égloga IV (Polión), de Virgilio:

Alter erit tum Tiphys, et altera que vehat Argo
Delectos Heros;...

Otro Tifis habrá entonces, y otra *Argos* que conduzca á los héroes escogidos...

Pero aunque el Sr. Valera se burla de los hijos de su fantasía con estas comparaciones, no deja de ser *Morsamor* una joya de arte. Burla burlando, y sin pretensiones de novelista arqueológico, repinta con rico pincel y erudición pasmosa, de lo no improvisado, sino de la... *culotada* (valga la palabra) durante años y más años, multitud de escenas históricas, con habilidad pasmosa. Nada de esa pedantería que, por desgracia, asoma la oreja en obras, relativamente análogas, de los Flaubert, France, Duray, Gebhart, Ebers, Freitag, etc., etc. El fruto de la erudición cae maduro con sencillez y sutileza graciosísima en las páginas del libro para reírlo, y sin molestia jamás, del lector curioso, atento y no zote.

Y no digo más, porque en otros muchos periódicos pienso hablar detenidamente de *Morsamor*, pues lo merecen el libro y el autor.

¡Parece mentira que á la edad que tiene esté tan fresco de fantasía, voluntad y habilidad artística el Sr. D. Juan... Frescol

Dios nos lo conserve, porque me fio mucho más de él que de los *ácratas* sociales, políticos y literarios que nos van saliendo.

—¿Qué es eso de *ácrata*? ¿De dónde viene?

—Venir, viene de Grecia; pero, al ver que es *ácrata* Bobalicón, te aseguro que, venga de donde venga, á donde va á dar es á Babia.

Ácrata es el que no quiere que mande en él nadie más que Dios y las moscas. Y, como el *ácrata* en Dios no suele creer, resulta que sólo mandan en él las moscas.

Y es natural, porque el *ácrata* suele resultar... un mosquito.

El famoso Pompeyo Gener, ¿dónde anda ese? nos trajo hace años la manida novedad del *super-hombre*, sin haber él entendido, por supuesto, el pensamiento del príncipe filósofo que explicó... hasta cierto punto, la teoría de esa humanidad superior.

Pues ahora, otros Generes menos *lidos*, nos traen el *ácrata*, que es el anarquista... con las garas cortadas. O de otro modo, el anarquista... sin bombas, llamémoslas así.

El *ácrata*, como no suele atreverse con el gobierno (su mortal enemigo), porque... á Segura llevan preso, se mete... con la gramática, y suele ser partidario de la sintaxis libre en la ortografía libre.

Ácrata debe de ser, aunque él no lo sepa, el periodista que acaba de descubrir una vajilla de Napoleón compuesta, dice, de «platos, asientos, vasos, etcétera».

¿Una vajilla con *asientos*? ¿Si será que el traductor de la noticia tomó por *asientos* los platos y por platos las fuentes?

Así se escribe la historia... de Napoleón.

A propósito de *asientos* como platos; esto de los folletines en francés *nativo*, va á dar mucho que sentir. Los periódicos aseguran, en el tono de la confianza, que el folletín es indispensable, que sin el crimen y el barbarismo del piso bajo, los suscriptores no duermen en paz... y dejan el periódico.

¿De modo que la *masa* cree de veras al folletín? ¿Es pasto espiritual cotidiano el folletín?... Bueno; pues, el mejor día, resulta que tenemos que dispersarnos como los de Babel. Los españoles, que tantas cosas van perdiendo, van á perder el habla.

El folletín, tal como lo ponen nuestros traductores anónimos ó *no habidos*, es todo lo contrario del volapuk ó de esa otra lengua que están inventando ahora. El volapuk era para que lo entendieran todos, y el *folletín*... es para que no lo entienda nadie.

Si resucitara Richepin (que supongo que ha muerto) y se pusiera á estudiar español—y un poco de francés—y después quisiera leer uno de nuestros folletines... *suysos*... no entendería una palabra; no sabría que tenía entre las manos un hijo de su fantasía. Ni en francés ni en español podría enterarse de lo que era aquello.

Y ahora pregunto yo, al Sr. Villaverde, ¿No podría caer un impuesto sobre los lectores de folletines?

Podría llamarse, impuesto sobre las *inutilidades*.

CLARIN

PALIQUE

Tien hacen los periódicos populares en dedicar mucha atención y mucho espacio á la *Exposición regional* en Gijón, imitando a los pocos días.

Quisiera yo ser un poeta didáctico, ó un pensador hidráulico, por lo menos, para saber entremetidos, sin mengua del estilo, con toda aquella maquinaria. Por mi desgracia, soy doctor, aunque indiguo; pero no soy industrial: pertenecí a la clase que mi amigo Ochoa, que también pertenece á ella, quisiera borrar de la historia de España. Yo no podré exponer nunca nada hasta que haya Exposiciones de consumidores; quiero decir, Exposiciones á que cada cual lleve lo que consume, no lo que produce. Yo en mi vida he roto un plato; pero también soy incapaz de producir nada en cerámica (aunque, pensando bien, quién sabe si muchas veces, cuando creo que estoy haciendo un artículo, estaré fabricando un puchero).

Pero, en fin, conscientemente, jamás he transformado primeras materias en cosas que valiera dos cuartos. Soy un productor intelectual, de los que, por lo visto, no sirven.

Si me atreviera á describir las maravillas del trabajo que he visto en los *Campesinos* el otro día, cometería mil atrocidades técnicas... y me olvidaría de los famosos expositores, tan dignos de recordarse y alabanza como los que yo recomendaré.

Los que quisieran enterarse con orden y abundancia de datos de lo que contiene la Exposición gijonesa, consulten el libro que la describe y los artículos de periódicos que hablan de ella con extensión y competencia, y prescindan de mí.

Yo voy á hablar, desde luego, del *Horreo*, donde hay dos hermosísimas aldeanas que no están expuestas á nada, por supuesto, las cuales sirven al público una rica sidra espumosa con un cascato, que me río yo de Urcio... y de Urcio, si tuviera que probar su prudencia, arrojando aquella sidra servida de tal manera.

Horreo, en general, viene del latín, pero esta *Horreo* viene de la casa de los Pablos, famosos puericos ó ilustres pidiolinos, creo, pues, no quita lo espumoso á lo escueto; y si *horreo*, en general, también, significa granero, el *horreo asturiano* es «un edificio de madera (habla la Academia) de losa cuadrada sostenido en el aire por cuatro ó más columnas ó pilares llamados peggollos».

Electricamente, cuatro peggollos sostienen al *horreo*; ahora, si eso es estar sostenido en el aire, yo no lo discutiré en este momento. Aunque sí diré, que viendo las cosas así, se puede definir un porro diciéndolo que es un animal sostenido en el aire... por cuatro patas.

Sea como quiera, las chicas del *Horreo* son muy guapas; y tampoco es foe un galitero que toca allí sin cesar, con el encargo de dar *sonido local* á la cosa; y, de camino, recordarnos que no todas las cosas de este mundo son transitorias, pero, por lo menos, lo de la gaita ha tenido las proporciones de la eternidad, desde los primeros momentos.

También es riquísima la sidra de mis queridísimos amigos Belaunde y Muñoz, y también la sidra una preciosa niña en un kiosco elegantísimo, obra del arquitecto Sr. Bellido, que es todo un artista.

Pero, no burrechis, me dirá algún enemigo—poeta ó prosaico—, en esa Exposición no hay más que sidra?

Hay muchas más cosas, tan buenas, y mejores; pero sidra hay mucha también, pues dejó en el tintero (ó en la botella), la sidra de Borsleria, la de Olma, marcos ilustres, y otras muy acreditadas.

Llama la atención también un monumento de azúcar, de la fábrica de Voria. creo. Parece de granito... pero las mozas ya se han llamado á la parte.

Admirables son las instalaciones de las fábricas de Mieres, la Felguera, etc., etc., pero todo eso lo dejo yo para la gente seria, que debe tratar el asunto con detenimiento.—Por supuesto, seré soy yo también, pero no en estos peligros ni con ocasión de hablar de carbón y de la industria siderúrgica, capitales intereses de la civilización moderna, de los cuales no puedo decir una palabra.

Lo que puedo decir, aún sin entender, es que causa orgullo ser de esta tierra, donde tanto va adelantando el movimiento fabril. Asturias, como Castaña, como Bilbao, sigue muy de cerca el progreso industrial de países vecinos, y esta Exposición lo demuestra con la elocuencia de los hechos.

No creo yo que han de regenerar a los obreros industriales temporeros que pronuncian discursos para hablar mal de la oratoria. Podrán regenerar al país, en lo que á estos elementos se refiere, hombres como los que presentan la prueba de su trabajo en Gijón y los beneméritos iniciadores del gran certamen, que han trabajado con fe, entusiasmo y notable inteligencia, venciendo la apatía de muchos hasta conseguir un resultado digno de que todo patriota lo admire y alabe.

No recuerdo yo ahora los nombres de todos los señores de la Junta organizadora; pero en cien documentos constan; y bastará que cite al popular Marina, y al incomparable Belaunde, presidente, digno de una estatua... ó por lo menos de representar á su pueblo allí donde daba oídos los trabajadores de veras, antes de hacer leyes.

Aprendan de Belaunde y sus compañeros los señores que dan bocanadas y hablan flamenec. Belaunde y los suyos son hombres de *spor*, ricos, si quisieran, desocupados; pero prefieren trabajar, estimar la industria... y abstenerse de marmar.

rar de los intelectuales y de los oradores.

Nada de eso. A la oratoria recurrirán para la fiesta solemne con que se inaugurará la Exposición famosa. Hicieron que Aramburu (que compare con Melgarejo Alvarez etc., conculado de la elocuencia en América) improvisara (nada embetallado) una elocuentísima y patriótica arenga, toda coronación, que entusiasmo al público muy de veras.

La oratoria, como todo, es mala si se la aplica á lo que no la corresponde.

La oratoria, en cuanto máquina de embetallar... pésima. Pero cuando hay algo que decir al público, para decirlo como se debe... nadie como los oradores... de veras.

Si el rector de la Universidad de Oviedo le hubieran encargado, v. gr., en vez de improvisar un discurso, construir el puente admirablemente concebido por el ingeniero Inésalero Ribera... nos hubiéramos oído todos al agua; ó si le hubieran dicho: Sr. Aramburu, bendiga usted la Exposición, en vez del señor obispo, la Exposición se hubiera quedado sin tan piadoso requisito. Y es eso; que cada cosa en su tiempo... y el galitro del *Horreo* y otras cosas no menos latitudinarias... por toda la eternidad!

Nota. El Sr. Frida, corresponsal activo é inteligente del *HERALDO* en Gijón, lo sirve una información exactísima y discreta. Y no me escape la pasión al decirlo, pues no tengo el gusto de conocer al señor Frida.

En lo que no estuvo exacto—no hay regla sin excepción—fue al decir que Ramos Carrión, Vital Aza y Clarín formaban una Comisión que representaba la literatura.

¡No en mis días!

Ni hubo tal Comisión, ni hacía falta para nada, ni yo, que respeto todos los criterios, consiento que se desprecie el mío; que consista en no entrar jamás en el seno de ninguna Comisión. En este punto tengo una historia completamente ilonjora. Digo lo que decía en su discurso nuestro discretísimo y sabio obispo de Oviedo: «Yo aquí no soy vuestro prelado, sino un soldado de fila».

Eso; ni prelado, ni de la Comisión literaria.

CLARÍN.

599 Heraldo de Madrid (Madrid).
n. 3.185. 31 julio, 1899



LORENZANA y Mellado. El periodista de ayer y el periodista de hoy. Pero el de ayer parece de hoy también. No viéndolo, no se creería que, artículos de pura actualidad política publicados en 1863 y en 1864, se pudieran leer ahora con interés y agrado, sin encontrar en ellos anticuado nada, ni el estilo ni las ideas. Bien se puede decir, con exactitud en esta ocasión, aquello de se adelantó á su tiempo, al hablar de Lorenzana. Se adelantó, porque adivinó, en efecto, lo que había de suceder más adelante; los famosos artículos en que anuncia válidamente la revolución, parecen hoy escritos á *posteriori*; tanto es el rigor de verdad histórica que en ellos se advierte. Se adelantó á su tiempo Lorenzana, también, porque escribe como entonces no se sabía escribir, con un criterio y un género de erudición y de tendencias y gustos que parecen cosa de muchos años después.

La señora viuda de Lorenzana, la distinguida escritora doña Adela Antoine, vizcondesa de Barrantes, al publicar el libro *Lorenzana y su obra*, ha demostrado su acendrado amor al esposo perdido, y también la fe que tenía en el mérito del ilustre periodista. Sin esa fe, no se hubiera atrevido á aventurar la prueba de llamar la atención, después de tantos años, sobre escritos de circunstancias y de un interés transitorio, por lo que respecta al asunto, reuniéndolos en un volumen y dándolos á luz en días en que tan distraído y alejado de las buenas letras se suele mostrar el público. Pero su fe no engañó á la vizcondesa de Barrantes; hecha está la arriesgada prueba, y de ella sale victorioso el autor de *Misterios y Meditaciones*. Si; aquello es arte, puesto que no envejece; allí había, además del picante interés que sólo pudieron encontrar los que leyeron esos trabajos cuando eran de actualidad presente, el interés perenne que conserva toda composición genuinamente literaria.

¿Quién no conocía la fama de esos célebres artículos políticos de Lorenzana? Pero yo, francamente, temía, que hoy, leídos de nuevo, pecasen de inocentes, ó fuesen como hojas secas, que sólo valen por el recuerdo. No, valen por sí: para el que sepa leer entre líneas, para el que tenga gusto y ame la discreción, la fina y comedida sátira, la intención profunda, la transcendencia filosófica, la erudición escogida, el estilo correcto, natural y fácil, la elegante sencillez y cierta aristocrática malicia, la mayor parte de los trabajos de Lorenzana son delicado alimento del espíritu.

No hace mucho, me escribía uno de nuestros más insignes literatos, obligado por sus tareas á repasar la prosa de nuestros románticos del 36: «No

puede usted figurarse qué mal se escribía entonces por lo general: se me hacen inaguantables casi todos: Figaro es el que se lee con gusto, como si no fuera de aquel tiempo».

Aunque haya exageración en esto, es indudable que Figaro en ideas y en estilo nos parece mucho más cercano á nosotros que la mayor parte de los escritores de su tiempo.

Pues algo semejante sucede con relación á Lorenzana. Muchos de los que, cuando él, escribían, hoy nos parecen ó gárrulos ó ñoños, ó fútiles ó inocentes; Lorenzana parece que escribe ahora, y que ahora se distingue entre los mejores.

Tal vez algo contribuya á dar á muchos de sus artículos este interés de actualidad, que parece la nuestra, la extraña semejanza entre la situación política que él describe, y esta á que nos han traído pecados de atavismo; pero este aspecto de la materia me llevaría muy lejos, y prefiero dejarlo para otra parte.

Concluyo aconsejando á las personas de reflexión y de gusto, que lean la colección de artículos de D. Juan Lorenzana.

— —

Mellado publica un libro que titula *De Roma*. No son artículos de periodista, sino de *turista*, de erudito y de hombre de imaginación, los que nos ofrece reunidos.

Lorenzana fué ministro. Mellado todavía no. ¿Por qué? Por la misma *sinrazón* porque lo han sido muchos que no debieron serlo.

Tampoco Moreno Nieto fué ministro; ni lo fué Valera. Indudablemente, no están superpuestos el camino de la gloria y el camino del ministerio. La mayor parte de los ministros, si aspiran al Parnaso, tienen que sentarse sobre la capa... viendo como descansan en hermosa silla de mármol los que no han conseguido *abajo* ni una *poltrona*.

De Roma, es también un acto de valor; porque lo requiere la empresa de atreverse con un asunto que ha sido el predilecto de innúmeros escritores ilustres. Sin hablar de los que no suelen llegar al gran público, ¿quién, en cuanto se trata de *Roma arqueológica y poética*, no evoca nombres como estos: Goethe, Beile, Niehbur, Mommsen, Gregorovius, Taine, Castelar, Gebhart, Bourget, Pastor y tantos y tantos otros?

Gran mérito es, por consiguiente, el de D. Andrés Mellado, al encontrar todavía manera de ser original, *personal*, interesante, atreviéndose con tan formidable asunto.

Donde tenga más espacio, diré algo más de este libro tan digno de alabanza...

Y perdonen ustedes, si hoy no hemos hablado mal de nadie, otro día será. Hay más *neccios* y más días que longanizas.

CLARIN





El Congreso católico de Burgos no va á ser precisamente un concilio de Nicea, sino más bien un conciliábulo en que los intereses temporales no serán despreciados, ni muchísimo menos. Signo de los tiempos. El positivismo y cierta parte de la Iglesia docente se entienden mejor de lo que podría esperarse de la divinidad de sus doctrinas fundamentales. No sería yo el primero que advirtiera que Augusto Comte, en la parte que llaman subjetiva, de su sistema, imita, queriéndolo ó no, la organización y el espíritu autoritario de la Iglesia romana. Y ésta mira con peores ojos á los espiritistas liberales que á los sensualistas del positivismo que, como Taine, le prestan argumentos contra la Revolución y contra las aspiraciones metafísicas del racionalismo...

Pero recordemos lo que Maese Pedro le dice al chico que enseña el retablo, y no nos remontemos. Vamos al grano.

En efecto, de grano se va á tratar muy principalmente en el Congreso católico de Burgos.

Los periódicos lo repiten: el Padre Cámara, que es el que lo mangonea, se propone que el Congreso atienda muy principalmente á los intereses de la agricultura.

De modo que vamos á tener también catolicismo... hidráulico.

Mientras se trataba de andar á tiros, los obispos se armaron en corso, como si dijéramos, y formaron batallones de voluntarios;... ahora tocan á regenerarse y abrir caminos y canales

que crucen por doquier,

y ahí tienen ustedes al Padre Cámara bebiendo los vientos por los cereales y las leguminosas, y ofreciendo predicar, en un apostolado de pan llevar, por montes y valles la buena nueva... que consiste en combatir la matanza... de las aves insectívoras.

Un periódico, místico y agrícola, espera mucho de la iniciativa del Congreso católico en esto de impedir que se mate á los pájaros... que comen insectos.

Imitan estos congresistas la caridad de San Francisco, aman á las aves... pero á los insectos que los parta un rayo.

El Padre Cámara, por lo visto, viendo que el pastoreo místico no produce bastante, da un paso más en el progreso de la civilización y llega al período agrícola de la Iglesia.

No ha querido ser menos que Paraíso y que Costa, y quiere que el clero emule las glorias de las Cámaras de Comercio y de los productores á toda Costa. El Padre Cámara... se siente Cámara... agrícola. Quiere también, el Padre Cámara, pantanos místicos, y se ha convencido de que hay más alfalfa que la del Padre Claret, y que en materia de plantas forrajeras hay que transigir con la química moderna aplicada á la agricultura.

Por lo pronto, el Congreso católico, en su programa, ya ha trabajado lo que ha podido por la tribu de Levi. Piden esos benditos de Dios que no haya servicio obligatorio. por lo que toca á los po-

brecicos seminaristas. Piden, otro sí, que el clero esté exento de esos tributos ordinarios que le distraen de sus ocupaciones ultraterrenas. Vamos, que quieren mejorar la agricultura, para sacarle á la madre tierra los diezmos y primicias que se cobraban en los tiempos de verdadera fe.

Pero... ¿quién sabe si el carácter eminentemente agrícola que el Padre Cámara quiere dar al Congreso católico de Burgos, no obedece al afán de emular las glorias de la política hidráulica? Tal vez el Padre Cámara no aspire á formar un triunvirato regenerador con Paraíso y Costa. Acaso su política religiosa tiene fundamento mucho más serio y trascendental. ¿Quién me dice á mí que el Padre Cámara no lee libros nuevos?

Acaso conozca las teorías del famoso crítico positivista inglés Grant Allen, que en un libro reciente trata del *Origen de los dioses* y llega á estudiar detenidamente lo que él llama las *divinidades agrarias* (capítulos XIV XV). (El libro se titula *«Evolución de la idea de Dios»*).

Según Grant Allen, toda religión tiene su origen en el culto de los muertos. Todo dios fué primero un cadáver. La idea de sembrar el grano viene de la religión. ¿Cómo? Porque al salvaje sólo se le ocurre cavar la tierra... para enterrar á los muertos... La muerte crea la religión, la religión de la muerte crea la agricultura. Con los muertos se enterraban provisiones; entre ellas semillas, que fructificaban sobre las tumbas. El reverendo Alejandro Stewart notó en las regiones de los Highlanders que sobre los túmulos prehistóricos la vegetación era más copiosa, gracias á la costumbre conservada por las campesinas de verter un poco de leche todos los días sobre las sepulturas.

Según Grant Allen, en la parte de Siria que verdaderamente floreció el cristianismo estaba muy extendido este culto de los dioses de la vegetación. Y, en resumidas cuentas... para Grant Allen, Jesús es un dios de origen agrícola. Esta barbaridad la sostiene el erudito inglés con mucha agudeza y muchos documentos. También Robertson Smith y Fr. R. B. Jevons encuentran analogías entre el sacramento de la eucaristía, las cenas cristianas y el sacrificio cristiano y las ceremonias y creencias de esas religiones agrícolas.

Para Grant Allen, Cristo es el Dios del trigo y del vino. Y sin pararse en barras, se acoge á este texto de San Juan (XV-25): «Yo soy la verdadera viña y mi Padre el vendimiador. Yo soy la cepa, vosotros los sarmientos». Cita también pasajes de San Lucas y San Mateo en que se trata de viñas, y la frase «yo soy el pan de vida». También se apoya el crítico inglés en que, la más antigua descripción de Cristo que tenemos, es la de Juan Damasceno, que dice que se pide oro «del color del vino». Todos esos absurdos, y muchos más, sirven á este y otros sabios para agregar el cristianismo á la agricultura.

¿Quién sabe si el Padre Cámara será de la misma opinión?

¿Qué no? ¿Qué todo eso es bárbara herejía, y el Padre Cámara es muy ortodoxo? Sea.

Pero, de todas suertes, eso de aprovechar los Congresos católicos para aumentar las cosechas, no sirve para librarnos de confundir el culto de Jesús y de Adonis.

CLARIN

PALIQUE

Silvela es un político con vistas á muchas cosas, aunque no á tantas como su jefe y natural enemigo Cánovas. Silvela es algo historiador; es sociólogo, de la escuela de Roberly, que cree que la moral es una cosa íntima, y, por último, Silvela es literato.

Cuando tuvo que alindir á las tendencias separatistas de unos pocos catalanes, dijo, y nadie se fijó en ello, que ese movimiento era cosa de unos cuantos literatos despochados, que veían fallidas sus ilusiones. Con menos palabras y un solo galicismo pudo haber dicho que era cosa de *velés*.

¿Tendré algún fundamento la afirmación de Silvela?

Por lo menos, él oyó campanas...

Hay que distinguir para ser justos.

Nadie más que yo—de todo corazón lo digo—se indigna ante esas manifestaciones, pocas ó muchas, de los que quieren abandonar la patria,

pero sin los remordimientos de Radamés, y precisamente cuando la patria más amada debe ser: cuando es más degradada. No hay vilipendio bastante para el separatismo. En eso estamos.

Pero ¿es lícito decir de los separatistas cualquier cosa, por mala que sea, y aunque no sea verdad?

No, de ninguna modo. El hombre, ni en el mayor crimen, pierde jamás su derecho á que se le haga justicia.

Es cierto que en ciertos jóvenes, ilustrados de veras muchos de ellos, la *novela separatista* tiene cierto carácter *literario*. Lo que no es verdad es que todos ellos sean *velés* despochados, que se han llegado á agriar porque no consiguen la fama á que aspiran. Yo he leído muchos escritos de esos jóvenes, exagerados en su catalanismo, y aunque su doctrina me ha parecido loca, y muy vituperable su propósito, jamás se me ha ocurrido negarles á muchos de ellos talento y no vulgar cultura.

El afán de lo original, extremoso, no ordinario, es muy frecuente en la juventud intelectual, sobre todo en los que no llegan á un alto grado de mérito, y aun en los pocos de los que lo tienen sobresalientemente. Así como por acá tenemos *heraldos* y comedidos, y hasta quien dice que el Cristianismo es una tontería, en Cataluña una de las rarezas, de las originalidades que tenían que aparecer, era esa de negar la patria común. La exageración *literaria* natural del regionalismo recioso de Cataluña, era el separatismo.

Los literatos, en provincias, suelen quejarse del centralismo, como se quejan los que tienen pleitos, industria, intereses, en fin, que en última instancia en Madrid se resuelven. El afán de los literatos de provincia es que, no viviendo en Madrid, nadie les dé el *ser* debido.

Los escritores catalanes, que escriben en catalán, son los que más se quejan. Dicen, y el hecho es cierto, que fuera de Cataluña, en el resto de España, los poetas, novelistas, eruditos, etc., etc., que escriben en catalán apenas son conocidos; que la prensa madrileña rara vez habla de ellos; y la *literatura* es notoria, por lo que en catalán escriben hombres de grandísimo mérito, y la *literatura* catalana moderna es todo un brillante renacimiento. Yo mismo, que dobo á los catalanes más de lo que les podré pagar en mi vida; que en Barcelona tengo lazos literarios fraternales, he sido severamente reprendido por muy queridos amigos, á causa del olvido en catalán. Repito que el hecho, triste, lamentable, no se puede negar.

Y es que hoy en esto una... fatalidad, ó por lo menos un grave mal, hasta ahora sin remedio, que no es una culpa y lo parece.

El catalán, la lengua, aunque todo emplea *literariamente*, tiene la culpa; quiero decir, es la causa de esta separación intelectual, que sin duda existe.

Pero ¿cómo negarles á los catalanes su derecho á escribir en catalán y á sus literatos á producir en catalán?

Con el llanto, modesto y muy simpático, novelista Narciso Oller he departido yo, amablemente, acerca de esto.

—A mí no me conocen en Castilla—decía él.

—Es verdad; no saben todo lo que usted ve. Pero es que el *gran público* no entiende el catalán, y las traducciones... no son ya *usted mismo*. ¿Qué hacer? ¿Por qué no escribe usted en español?

—Porque ni quiero ni puedo. Escribiría usted en lengua que no fuese la de su cuna?

—¡Jamás! Eso no es escribir... *literariamente*.

—Fue aplágueme usted al cuento.

—Sin embargo, el español para usted no puede ser cosa extraña. Puede usted escribirme algo en español.

—Por complacerle, allá va. Pero una y no más...

Y Oller me envió *La nocena de ánimas*, cuento escrito por él, á petición mía, en catalán. Y estaba muy bien. Lo publicó *La España Moderna*.

Pero estaba mucho mejor un cuento escrito por Oller en catalán y traducido en español... por Ferrés! Era una maravilla.

Y no insistí. No hay derecho. Verdaderamente, Oller, Maragall y velato más, todos *lingües*, más ó menos, cómo han de renunciar al *verbo natural*?

En arte no se puede exigir eso. *Fatalidad*.

Pero... ¿quién hace á un pueblo entero entender una lengua extranjera?

Si es imposible que el artista catalán renuncie al catalán, también es imposible que el público castellano aprenda una lengua extranjera, y sea en esa lengua, y guste de su *literatura*.

Yo sé muy bien la manera de vencer esta dificultad.

Y, sin embargo, esta diferencia de idiomas separa más que una cordillera.

Es claro que ni Vendeguer, ni Oller, ni la mayor y mejor parte de los escritores en catalán dejan de sentirse íntimamente españoles, aunque lamenten, como es natural, que la mayor parte de sus compatriotas no puedan saborear sus obras; pero hay otros, no muchos, que responden al *deseño* con el *deseño*. Para los seres groseros que no van al patriotismo sino en los intereses materiales ó en las obcecaciones sangrientas de la lucha por la soberanía, será inútil hacer notar que estas diferencias espirituales que va creando la diversidad de lenguas tienen grandísima importancia como elemento disolvente.

Ayuntamiento de Madrid

Añádase á lo dicho que esos jóvenes que sienten desvío respecto á la *patria grande* suelen ser de los que buscan con afán las nuevas ideas, la estética contemporánea; y merced á un fácil comercio con el extranjero, particularmente con Francia, se van interesando más por lo de fuera, que se *parece* más á su estado de alma que al carácter español, según es en el vulgo de la gente de mediana cultura.

Los tópicos del españolismo vulgar les saben á *cocido*; los parecen algo inferior á lo que van y aprenden fuera de España. Francia, con lo que los su *herencia*, les parece como la *universidad* última; y como ahora hay teorías para todo, con un poco de cosmopolitismo, otro poco de federalismo (porque ¡ay! Sr. Pi y Margall, también el federalismo tiene su parte de culpa), mucho del pesimismo relativo á la raza española y otras cosas más extravagantes, se resalta hasta caer en esos extremos de separatismo, verdaderamente lamentables, y hasta bochornosos si toman la forma de anhelos anexionistas.

Queda aquí algo semejante á lo que nos han hecho notar muchos jóvenes literatos de América.

El despego con que allí miran á España se debe á que la ven representada por el espíritu estaido de reaccionario. Los americanos latinos estudian la vida espiritual en fuentes francesas, alemanas, inglesas, y la España de ayer, que se empeña en ser la España de siempre, les parece inferior, anticuada, antipática.

La gran tendencia misonista, tan poderosa todavía en nuestra tierra, tiene mucha parte de la culpa de esos conceptos separatistas, si nos referimos á los de los jóvenes literatos y artistas liberales. Fluyo de la España *vieja*.

Es claro que en Cataluña hay también otro separatismo, el reaccionario, clerical, medieval, que *La Publicidad* pintaba muy bien días pasados; pero este separatismo no quiere unir á los franceses republicanos; es el separatismo... en resumidas cuentas, carlista. Para mí, es el más antipático y el más peligroso; porque no extremará la doctrina, pliendo unión con Francia; pero querrá independencia para hacer una Cataluña... de estilo gótico.

El separatismo literario, que existe, aunque no sea numeroso el contingente de sus aliados, es una lamentable calamidad; pero yo no sé cómo puede remediarla. Algo contribuirá á su atenuación, por lo menos, una regeneración española en sentido liberal... casi *diré europeo*; pero precisamente este progreso del espíritu nacional es lo que yo veo más difícil. No llevo á opinar, como Le Bon, en su reciente *Psicología del Socialismo*, que las predicciones de los *intelectuales* influyan poco en los cambios de un pueblo, y que el espíritu general sigue, en definitiva, la influencia de las creencias tradicionales; pero, sin llegar á ese extremo, si opino que en España la resistencia al progreso real, profundo, no es de *forma* y de *gracia*, está muy arraigada, es de lo más nacional que, por desgracia, tenemos.

No: no veo la manera de matar las tendencias tristísimas de cierta parte inteligente de la juventud catalana.

Lo que sí veo claro es que las medidas coercitivas serán contraproducentes.

Y el injusto desprecio y los insultos, contraproducentes... y de mal gusto.

CLARIN.

602 Heraldo de Madrid (Madrid), n.º 3.196, 11 agosto 1900.

Publicado también en *La Publicidad* (Barcelona), n.º 125, ed. de noche, 13 de agosto.

PALIQUE

¡S. M. el Guerra!

El héroe nacional. El hombre que *no* necesitamos; pero el *hombre*. ¡No pedís un César? Ahí está. Viene, ve, vence... y cobra. Ayer en San Sebastián, hoy en Gijón, mañana en Bilbao. Como el *otro*, está en todas partes.

¿No queráis un *sable*? Ahí tenéis un *espada*. Las espadas de la inmensa mayoría de nuestros generales, digan lo que quieran las odas, nunca han estado en *sangre tintas*. Es lo más probable que la espada de Polavieja no haya pinchado nunca nada. La espada del Guerra se cubre de sangre hasta el puño todos los días.

El pueblo torero bien quisiera un Cid; pero como no encuentra *héroes* de verdad, en la política, en la guerra... proclama al Guerra su *hombre*, porque, en su género, es perfecto. Lo malo es el género.

El Guerra hace bien en recibir el homenaje, y las pesetas, de todo un pueblo que le admira. Si los toros no son una vergüenza nacional, el Guerra es una *gloria* de la patria... torera. Pero aunque los toros sean una vergüenza, el Guerra es un gran torero. Hace bien.

Ayer lo vi en el hermoso teatro de Dinurra, triunfante, en una platea, enfrente del escenario, entre elegantes mujeres, contemplado por un inmenso y escogido público. El barítono le alude en unas coplas; el concurso aplaude. Hoy, en la estación, en el andén, le despidan el duque de T, el marqués de R, el banquero H y varios diputados y senadores... y cien caballeros de lo más rico y distinguido.

¡Y esto en la tierra de Jovellanos, que, en definitiva, como ya dijo D. Gaspar, no es aficionada á los toros!

¡Qué sería en Sevilla!

Entre paréntesis.

603 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.209, 24 agosto, 1899.

Publicado también en La Publicidad (Barcelona), n. 1.250, 26 de agosto.

Entre paréntesis.

Hijos de Pelayo, creedlo; vosotros, como los hijos de Montero Ríos (donde digo Pelayo léase Pidal), no entendéis de toros... ni ganas. No tenéis el vicio de la *afición*, sino otro peor: la *afición* á tener el *vicio*.

Sois aficionados... *sin hilos*. El arte os visita muy de tarde en tarde y os entreteiene con monadas, que no son el vigor clásico, que sólo admiran los pueblos *inteligentes*. Sois los *snoobs* de la tauromaquia. Vuestra *afición* es... *libresca*, como se dice ahora; veis al año dos ó cuatro corridas y leéis trescientas revistas; sois *aficionados*... *rotativos*. Creéis conocer al Guerra, y conocéis al... *Barquero*...

Sois los *jándalos* de la tauromaquia.

En Oviedo había una plaza de madera. Y el día en que la derribaron se inauguró una hermosa escuela de sillería. ¡Magnífico! ¡Simbólico!

¡Sí; pero ahora... hay otra plaza tan simbólica y tan magnífica y tan de piedra como la escuela... cuyo maestro no sé si siempre estará pagado á toca teja.

Es eso; es que en media España no hay *afición* á los toros, pero hay *solidaridad* nacional. El catalán tiene barretina, boina el vasco, montera el gallego... y todos tienen sombrero cordobés. La unidad nacional que hilvanó Isabel la Católica... la cose el Guerra con su espada.

Ho leído, supongo que no será verdad, que el general Toral, quien, como ustedes saben, es inocente por sentencia firme, ha declarado que, después de algunos meses de descanso, piensa escribir y publicar mucho... y entrar en la política. No lo creo.

Pero, si eso hace Toral, y puedo que con buen éxito, ¿qué podría hacer el Guerra, que al fin no ha entregado ninguna *plaza*, sino que las salva todas?

Si el Guerra se siente un día Polavieja, y le encarga un manifiesto á D. Modesto, v. gr., ¡adiós Paraíso, adiós Costa, adiós López Domínguez! ¡No habrá Cámaras, ni pantanos, ni saltos de agua que valgan!

Yo que él, pedía el Poder en el primer brindis.

Hoy me siento Bremón, y acabo con un diálogo cogido al vuelo en la calle Corrida (de Gijón).

—Allá va Fulano; creo que le han hecho senador vitalicio.

—Me alegro. Así podrá acabar algún discurso. El del Congreso siempre lo dejaba incompleto... por la brevedad de las legislaturas.

—Sí; ahora, con la seguridad del cargo, podrá llegar al epílogo y á una vejez tranquila.

CLARIN.

PALIQUE

Cuando se publique este *Palique*, ya no será de actualidad la muerte de Mario.

No importa. Yo cumplo mi deber dando público testimonio de mi sentimiento por la ausencia de tan notable actor, tan cumplido caballero, tan excelente amigo.

Sé que, á estas horas, todo lo que tengo que decir en elogio del ilustre artista lo habrán dicho multitud de colegas, y mucho mejor que yo puedo decirlo.

Tampoco esto me detiene; no se trata de inventar frescas, de decir novedades bonitas; se trata de contribuir con un voto á la unanimidad de la opinión; de ser un testimonio más de la afirmación general, del testimonio que el público deposita, como supremo acto de justicia, sobre la tumba de un buen español que, en la esfera de su actividad, hizo cuanto pudo, y fué mucho, por honrar á su patria.

✱

Otros maestros de la escena, aunque no muchos, han superado á Mario en inspiración y vuelos; pero hay ciertas cualidades nobles del verdadero artista que Mario representa, por ser, no el único, pero sí el primero en ellas.

Todos repiten ahora, como se dijo muchas veces ya en vida de Mario, que éste se distinguía porque cultivaba su arte como una religión, y también por perfecto caballero.

Nadie quiere decir con esto, ni que los demás actores tomen el arte de la escena en broma ó como vil oficio, ni que dejen de ser casi todos muy honrados señores, de educación y trato excelentes.

Pero Mario es el actor *señor* por excelencia, y el actor *conciencista* por excelencia.

Ya hace mucho tiempo (y vaya una gracia) que ninguna persona decente tiene la preocupación de que un *cómico*, por serlo, es menos que un abogado, un alérgico, un militar, un poeta, un obrero, un comerciante.

No es ni más ni menos.

Hace mucho tiempo también que la mayor parte de los actores y actrices viven en la sociedad de modo tan... *correcto* (dígámoslo á la inglesa) como cualquiera, para quitar todo pretexto á las antiguas y anticuadas preocupaciones.

Pero... á todo hay quien gane. Hay quien hace una especie de *caballería*, no andante, sino artística, del esmero en el trato social, para que más y más se vaya acrisolando la buena fama de los hombres y mujeres de las tablas. Entre los jóvenes se puede citar á uno que, tanto amó la nobleza del arte escénico, que no creyó sufrir *capitis deminutio* (1) mínima, siquiera, al juntar con la aristocracia heredada esta otra estética, que por sus méritos adquiría. Fernando Mendoza y Emilio Mario son, entre los muchos actores que he conocido, los de más fino y escogido trato. Es claro que muchísimos otros se los acercan tanto, que para apreciar la diferencia hay que ser afilonado, no á distinguir de colores, sino de matices.

Para que esta parte del mérito de Mario sea apreciada en todo lo que vale... hay que ser un poco franco. He dicho que los más (casi todos) de los cómicos son hoy perfectos caballeros, muy finos, muy dailados en el trato social... Es verdad. *Casi* todos. Pero todos, no. Algunos, muy pocos, y no todos *partes de por medio*, son algo groseros, tal vez falsos, interesados de manera torpe y repulsiva.

(1) Mis energías de romanista me obligan á advertir que digo esto de la *capitis deminutio* en el sentido vulgar, que es falso. Por la *capitis deminutio* no había una pérdida necesariamente, sino un cambio, á veces mejorando.

Tal vez Mario sabía de esto, y con la *héroica* manera que tenía él de *ser señor* entre bestidores, querís *desaguiar* á la sociedad de la escasa educación de esas lamentables excepciones.

✱

Un modo de no ser perfecto caballero el actor, consiste en tener bajo concepto de su propio oficio. Si veís al artista de la escena afectar, ó sentir, el excopticismo de su arte, despreciar, en confianza, la vida... las tablas, la dignidad y seriedad de... las dramáticas, en sus intérpretes, por... menos, estáis enfrente de un cómico mal educado, aunque sea un *dandy* y alarde con marqués.

Algunos conozco que desprecian la gloria, el arte en sí, y desclaman que buscan el lucro, sólo el lucro, y creen, al representar comedias, engañar... á los moranos.

Mario, á fuer de caballero y á fuer de artista de alma, ponía en su arte toda su conciencia.

«Yo barro mi tienda», es una frase suya que le oí en mi casa, en Oviedo.

Quería decir que en su teatro él lo ponía todo, vanidad, interés, al mejor éxito artístico. ¡Había que representar un papel secundario para lograr un buen conjunto! Lo representaba.

Como diestro político, para conservar en sus compañías un cuadro armónico, contemporizaba, perdonaba flaquezas ajenas. No hablaba mal de los demás cómicos. Parece mentira; pero es la verdad.

Amaba la escena española, nuestra nacional comedia urbana sobre todo; pero sabía estudiar en el Extranjero, no para copiar servilmente. Era opinión suya, como de Vico (recuerdo haberles oído convenir en ello), que los franceses nos superaban en la comedia, no en el drama.

Otra cosa que sabía Mario, y no saben muchos actores, era reconocer méritos literarios que no fueran escénicos. Hay cómicos que, no tratándose de autores de éxito bueno en taquilla, no saben distinguir de personas. Mario distinguía perfectamente y procuraba enterarse de lo que eran letras, sin ser teatro ni crítica de estrenos.

Mario *creta* en Moratín, y hacía bien; *creta* en Bretón, y hacía bien.

Y Mario *creyó* en Pérez Galdós, cuando su mérito de dramaturgo era mero artículo de fe.

Mario estrenó *Realidad* con María Guerrero, haciendo él un papel corto... divinamente.

Y Mario... fué el ave fénix de los directores de escena.

Aquí las batallas teatrales se suelen perder en los ensayos.

Mario sabía ensayar. Sus escrípulos en este punto los creían algunos exagerados. Y ¡todavía eran pocos!

De Mario hubiera dicho Jorge Sand lo que dijo de Bocage: «Me habéis hecho eternecerme ante mi obra, y admirar lo que no me parecía mío, sino vuestro, como director de escena.»

¡Dirigir la escena! Lo que debía hacer el autor, para ser por completo autor y por completo responsable.

Como aquí no manda el patrón en los ensayos, menos mal cuando hay un Mario que dirija.

No conbello autor que estrene sin exigir antes... la dictadura...

En fin, ha muerto Mario. Otro Emilio irremplazable.

CLARIN.

PALIQUE

Rubén Darío, el poeta americanista, á quien no hay que presentar al público español porque todos le conocen, acaba de publicar en Madrid un folleto muy lindo y curioso, titulado *Castelar*. Es de lo mejor que he leído lo poco escrito hasta ahora acerca de ese gran tema, que nuestros literatos y filólogos escritores no aprovecharán.

Si siempre hubiera respetado su talento de estilista como ahora Rubén Darío, no habría que lamentar en sus imitaciones tantas bobadas azules y tantos barbarismos que pasan de castaño oscuro.

Pocos galicismos y no muchos neologismos sudceos y serquipedales hay en esta hermosa neología; y, en cambio, hay rigor, sinceridad que encanta, elocuencia real y muy española. En pocas palabras, notado esa extraña habilidad que tiene Rubén Darío para escribir prosa, que parece correctamente traducida del francés. Verdad es que vengo notando de algún tiempo acá un saludable cambio en el estilo de este escritor hispano-americano. Según se acerca á la madurez, va despojándose de falsas galas, de esos *diamantes americanos* que tanto le alaban los infinitos necios que lo admiran por rascos, lecnoblasta del idioma, y por la puñil vanidad de pretender dejarnos patidifusos á fuerza de sustantivar y adjetivos retumbantes (vuelo azul y radicalmente antipático al español); despreciar el léxico tradicional y dislocar la sintaxis.

Siempre he pensado que no era por limitación de inteligencia por lo que Darío despreciaba las más elementales reglas del buen decir, sino por influencias delocadoras del medio en que había crecido. Triunfos más fáciles que sólidos le pusieron al frente de un movimiento literario completamente ridículo; y su vanidad se erigió (tal vez sin darse él cuenta), y eso fué siempre lo peor, en el fondo, de esos extrínsecos intolerables. Más le molestaba al lector juicioso y de alguna experiencia en la estética del estilo la constante presencia de la infantil vanidad que revelaban aquellos retumbantes atrevimientos, que las mismas injurias infundidas á la gramática, á la sencillez, al orden y á la soberbia del lenguaje.

Pero cualquiera que hayan sido los pecados de Darío, jamás se lo habrá ocurrido á nadie que juzgase sin pasión tenerlo por un *decañente* adocenado. Su facultad, su imaginación brillante, sus dotes de colorista, reveladas en sus mismas extravagancias, siempre lo acompañarán. Por lo que á mí toca, jamás pensé de él: Es un necio incapaz de comprender y sentir, porque todas esas diabluras son inocentes ridículas. Siempre creí que Rubén Darío podía llegar á separarse de su séquito de majaderos y á decir algo con sustancia y con la originalidad verdadera, que sólo da la sinceridad del estilo, dentro del respeto natural de leyes estéticas ineludibles.

Pocos días hace, no sé quién, no sé si el mismo Rubén Darío, me envió varios números de *La Nación*, de Buenos Aires, en que se publicaban *Cartas de Echeagüe* del popular poeta, y en esas cartas, donde hay juicios muy animados y otros que no acepto, se notaba gran adelanto en la sana tendencia que vengo señalando. Todavía dico en esas cartas el autor *taquinar* y otras pocas lindas así; pero, en general, son el estilo y el lenguaje corrientes y naturales. Llegó un momento, cuando trata del porvenir de las relaciones comerciales de España en América, en que habla como todo el mundo... que habla bien, y entonces en facilidad, en abundancia, su fuerza plástica aparece sin enojosa coquetería de pésimo gusto.

En esta semblanza de Castelar todavía se acentúa más el feliz progreso que tanto placer tengo en señalar, y apenas pueden rechazarse más vocablos que ciertos *magazines* (que si fueran mogaoones serían anticonados, pero españoles, según la Academia) y unos pocos neologismos arbitrarios, de esos que reclaman vecindad, sin el tiempo necesario de residencia y otros esenciales requisitos.

Pero, dejando esto, todo es de alabar en el folleto. Si, eso es el Castelar verdadero; Rubén Darío lo ve de tamaño natural, y por eso lo ve tan grande.

Es gran patriotismo... *ibérico*, que debe abarcar á toda América *ibérica* y á toda la Península... *ibérica*, lo siento Darío, y con fuerza de artista y de buen español, y con sinceridad y nobleza que conmueven.

Y á fuer de artista y de español, que sin perjuicio de montar en automóvil, deja al Cid montar en Babieca, Rubén Darío canta la gloria tradicional, el genio de la rosa, en lo que tiene de puro, de racional eternamente. Con elocuencia, pero nunca, sin esos admirables *clericales* (que diría acaso él... *illo tempore*) que le han estropeado tantos versos, habla del gran tribuno español con palabras de oro y de fuego, y muestra siempre penetración, juicio claro y sereno. El Castelar que Rubén Darío ha sabido ver, es el verdadero.

En todas estas *cartas españolas* (pues *Castelar* es una de ellas) se ve una prueba de la *unidad espiritual* del españolismo aqueado y allende el Océano. Lo más simpático en ellas es la franqueza con que Darío juzga, censura, critica; habla de *nuestra* como si fuera suya, y desde aquí, sabiendo que su franqueza no pesa contra la ley de hospitalidad. Si; suyo es lo nuestro, y nuestro lo suyo.

Algún día escribí yo así, en periódicos americanos, de cosas de América; con toda franqueza, sin pensar que hablaba de extranjeros, y no faltó quien se enfadase por allá... pero tampoco faltó quien comprendiera el fondo de espíritu fraternal que animaba mi franqueza.

Yo no apruebo la poca *simpatía* que á Rubén Darío parece inspirarle Echeagüe, que es de lo mejorito que tenemos, ni tampoco estoy conforme con que cohe el desván, por críticas de malas palabras, á los *Clarines* y *Valbuenas*; pero el aplauso

do que diga sin ambages lo que siente y se atreve con nosotros, como si estuviéramos en su casa.

Y en su casa está: ese calor, ese cariño y hasta ese desparpajo con que juzga lo nuestro, hacen de él uno de nosotros y de los que más asentados tienen los defectos y los méritos de la raza.

Y perdónalo lo que, hace años, tuve que *taquinarle*, pues fué con buena intención. No creo que por ello tenga Darío ningún renor en el *magasin* de la billa.

CLARÍN.

605 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3 224, 8 septiembre, 1899.

PALIQUE

Los obispos y prelados,
cuide que metías paz
entre mí y el hijo mío,
como en su decreto yaz.
Ratos dejaron aquesto,
y medieron mal asaz,
non á excuso, mas á voces,
bien como el añafil faz.

Así se querellaba el rey D. Alfonso X, según consta en el *Libro de las cuarenta* (no asustarse) *cantos*, no naipes.

Con lo que se demuestra que los obispos y prelados que, como el Sr. Brañas, obispo *in partibus... batuecarum*, ahora en Burgos, sin respeto al Santo Cristo, hicieron lo que el añafil faz, y metieron mal asaz, y non á excuso, mas á voces, cumplieron, en rigor, con una tradición que data de lo más florido de la Edad Media.

En la Iglesia de mi aldea hay una inscripció que dice así:

«Por respeto al santo templo,
hablar poco y moderado»;

pero los congresistas de Burgos levantaron el gallo... de la *Pasión*, en medio de la artística y venerable Catedral, pensando sin duda que, así como Horacio concedía á los pintores y poetas la consabida libertad, á los sacristanes les es lícito, por derecho consuetudinario, tener con los santos extremada confianza.

Y como ellos eran *cuatro sacristanes...* y un cabo... (No cuento á los obispos y demás ordenados *in sacrie*.)

Cuento á los desordenados en el apetito de comer liberales y hablar como tribunos de mesa y olla.

Además, ¿no se trataba de un Congreso religioso? Pues por eso ponían el *grito en el cielo*.

Pero vamos ahora

«desde el helado hasta el ardiente polo.»

El polo helado es... *Polo* y Peirólón, que es el polo *ártico*, sin duda. (Véase la palabra *Arturo* en el diccionario de la Academia.)

Peirólón, es decir, porolón. Un perol de marca mayor. Y como perol es una *media esfera*, entre lo de Polo y perol tenemos que ese señor catedrático se puede definir así: «un hemisferio que sirve para cocer...» Viene á ser una olla podrida.

Además de olla es novelista. Un novelista que ha entusiasmado al famoso P. Blanco García, haciéndole soñar con muchas cosas que no hay en la celda. Peirólón es también sabio de segunda enseñanza, como era segundo aquel baile de máscaras que no había tenido primero.

Es Polo el Richepin de las beatas y de los PP. Blanco.

Y vamos ahora al polo *ardiente*.

Es el Sr. Brañas.

Brañas no es español. Apenas es más que gallego. Lo dice la Academia, que define así en singular á nuestro hombre, tan amigo de singularizarse.

«Braña.—Pasto de verano.» *Alfalfa espiritual*, como diría el sabio. «Por lo común está en la falda de algún montecillo...»

—Vamos, que tira al monte, en «donde hay agua y prado.—*Pr., ast. y gal.*» *Provincial, asturiano y gallego*.

Protesto; asturiano Brañas, no. Que los gallegos se las entiendan con él.

Brañas es también: «prado para pasto donde hay agua ó humedad, aun cuando no haya monte.»

Tal creo. Cuando á Brañas le hicieron catedrático y él hablaba tanto de Montoro Ríos, todavía no había monte; es decir, no era Brañas ultramontano.

Además, braña, en gallego, sólo en gallego, es: «broza que se hace en la braña».

De modo que debía decir el Diccionario: «Discurso de Brañas.—Véase broza.»

★

Brañas fué catedrático en Oviedo.

Explicaba la misma cátedra que ahora explico yo.

No quiero establecer un parabrañas entre mi humilde persona y el sochantre honorario de la catedral de Burgos.

No haré más que advertir á ustedes que se echa de ver cuán poco desarrollado tengo yo el espíritu de cuerpo.

Brañas pronunció aquí un discurso, que no nos pareció ultramontano; que tal vez era regalista, aunque una regaña, de ninguna manera. De lo que nos acordamos todos es de que era muy cursi.

Hacía citas en francés...—¡ese arcano de lengua!—y nos hacía recordar aquello del *Quijote*:

«Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en él toscano *piace* dice vueltas merced en el castellano *place*».

Pero no era Brañas principalmente poliglota.

Su vocación era otra. El regionalismo.

En cuanto se fué á Santiago, empezó á trabajar por la autonomía de la muheira. Quiso ser el Durán y Bas de Poniente. Se sintió nuevo.

Y metió en su libro toda la *braña gallega* que pudo.

Quería ser cabeza de ratón sinalagmático.

Todavía no aspiraba á cabeza visible y parlante de la Iglesia de levita.

¡Ahora!... ¡Oh... ahora! La región debe de venirle estrecha.

«El Papa... ó yo!» vino á decir en la Catedral de Burgos, extendiendo el brazo hacia el papa... moacas.

Y es fama que, después de hablar Brañas (siempre húmedo, según la Academia), el Santo Cristo de Burgos dejó caer un brazo... Y después el otro. Como en una leyenda asaz popular, pero mucho menos edificante.

CLARIN.

PALIQUE

Recibo un librito cuya dedicatoria dice así:

«A don (aquí mi nombre y apellido), su eterno enemigo José... (aquí el apellido de D. José).»

¡Mi eterno enemigo, Sr. D. José!

Si yo no sé quién es usted, hijo mío.

Como no sea usted el mundo, el demonio ó la carne, yo no lo tengo á usted por enemigo.

De la obra sólo diré que se titula *Neurosis*; y que Dios le la conserve.

*

Y le libre de amigos como el que le ha puesto el prólogo á la enfermedad de don José.

Se llama D. Eduardo (también tiene apellido), y empieza así á escribir el prólogo:

«Ser artista no consiste en atesorar un vasto almacén, atiborrado de nombres exóticos y de fechas y de perfiles alusivos á tiempos remotos.»

Claro, hombre: ¿cómo ha de consistir el ser artista en tener (no en atesorar) un almacén atiborrado de *perfiles alusivos* á tiempos ni remotos ni próximos?

Según D. Eduardo, tampoco consiste el ser artista «en ser un artista consumado, decidor de linderas.»

¡Alto ahí! En eso ya no estamos conformes. Si usted mismo llama artista al consumado decidor de linderas, ¿cómo no ha de ser artista? «No consiste el ser artista en ser un artista.» ¿No ve usted que se contradice? ¡O sea que el Sr. D. Eduardo no cree ni en el principio de contradicción? ¡Infeliz! ¡Acaso! La duda, la duda de Núñez de Arce, envenena á nuestra juventud. ¡Ah!

También opina el terrible escéptico que todas las escuelas musicales, pictóricas y literarias son desvarios efímeros...

Pero crea usted que las escuelas de primeras letras son recomendables.

Después habla el D. Eduardo del «monoclo quimerista del lacrimoso Lamartine y del romántico Hugo».

Monoclo, en castellano, no es nada. Si hemos de entender monoclo, adviértase que ni Lamartine ni Hugo eran ciegos, ni tuertos. Monoclo quiero decir de un solo ojo.

Pero el lo que quiere decir el escritor es que Lamartine y Hugo usaban esos chismes que gastan los que son, ó aparentan ser, miopes de un ojo solo... me opongo con todas mis fuerzas. No es verdad.

Ahora, si el monoclo es metafórico, es otra cosa; es otro disparate.

Porque entonces hay que entender que Lamartine y Hugo veían la realidad de modo limitado por su exclusivismo; en un solo aspecto... de donde se deduce que don Eduardo piensa que el que gasta monoclo ve una cosa y el que usa anteojos, con lentes lentes para cada ojo, ve... por un ojo una cosa y por el otro otra.

¡Habla también D. Eduardo «de la verdadera matriz ó tuétano psicológico».

Pero, hombre; el tuétano y la matriz no sólo no lo son mismo, sino que ni siquiera se parecen.

Cierre usted los ojos; figúrese un poco de tuétano. Ahora figúrese la matriz. No tienen nada que ver.

Y ahora vamos á ver el retrato del autor de *Neurosis*. «Retrato de convaleciente... ojos de calenturiento... (Vuelta al catre; si hay calentura, ese hombre no está todavía en franca convalecencia.) «Perfil maquiavélico.» Es decir, que el señor ese, de perfil, se parece á Maquiavelo. Bueno; eso no es de cuidado. «Nariz tajante.» ¡Eso sí! Se ha abusado tanto del *sabte*, que todos huímos de todo lo *tajante*, aunque sea en las narices.

«Una frente desembarazada (una frente que ha salido de su cuidado) que así el sordo tragin de un cerebro en tensión perrine, y que huye hacia atrás.»

¡Non fuyades, frente usada por el tragin sordo!... que no habrá quien no se compadezca de un hombre que tiene usada la frente, sea por lo que sea.

Yo de mí sé decir que, lejos de considerarme enemigo eterno del autor de *Neurosis*, á quien no conozco (y el cual tampoco debe de conocer *Las Neurosis*, de Rollinat), desde ahora le ofrezco lo poco que valgo, movido por la lástima y caridad que inspira un hombre calenturiento, convaleciente, tajante y asado... por do más pecado había.

Como si fuese poco eso, nuestro apadrinado «conserva ese ramalazo inborrable que pone Andalucía en el alma de sus artistas». Es decir, que la patria obisa le pega á ese hombre con un ramal, ó por lo menos lo señala el rostro con erisipela ó cosa así. Porque, ó mienten los inmortales, ó ramalazo es algo de eso.

El retrato de su amigo lo remata el prologuista diciendo que ha leído poco y que por eso es *esquisto*.

Y el autor de *Neurosis* se tiene por mi enemigo eterno...

¡No! D. Eduardo... el prologuista... ¡Ahí está el enemigo!

*

Hacía mucho tiempo que yo no escribía cosas así, *crítica de palabras*, como dicen los que no quieren que se les registre el contrabando.

No me pesa de esto desahogo. Esto rejuvenece.—¿Por qué me habrá dado por ahí?

Tal vez por sugestión del nuevo libro de Valbuena, que acabo de recibir. Se titula *Destrazas literarias*... y consiste también en *crítica de palabras*, de malas palabras.

No cabe duda que en el mundo hay mu-

cho más que hacer que censurar desatinos ó incorrecciones de lenguaje; pero en un país en que pasan por escritores notables muchos que no hacen más que disparatar y maltratar la sintaxis, la policía crítica de palabras y majadorías no sobra.

¿Qué dirían ustedes del que exclamase: Oí, el Gobierno de un país no consiste en llevar ciudadanos á la cárcel, sino en algo positivo, que haga prosperar la riqueza nacional, etc., etc.?

En un país en que haya muchos criminales, el cuidado de llevarlos á la cárcel es muy importante; sin que nadie pretenda que con eso baste para gobernar al país.

La crítica *menuda* de palabras y de conceptos, juicios y raciocinios desatinados, es necesaria donde la literatura se ve acometida por tales plagas. Y arroye insignie mala fe ó necesidad suprema el pensar que, necesariamente, quien ejorrita esa crítica no puede entender de otra más profunda, cuando haya caso. Y cuando el que critica palabras ha demostrado, hablando de autores importantes, que sabe analizar y juzgar ideas, la mala fe del que le acusa de superficial y cominero ya no tiene calificativo bastante duro.

Valbuena critica palabras, pero también sabe criticar ideas; prueba de ello que yo, que estoy de acuerdo con él casi siempre, cuando critica las malas palabras de autores chules, me separo de él, casi siempre también, cuando, en uso de su derecho, combate por sus creencias, que no son, en gran parte, las mías, y atasca ideales y reputaciones que yo pongo sobre mi cabeza.

Así, por ejemplo, yo no puedo estar conforme con lo que dice Valbuena de Balart en cuanto poeta. Mi entusiasmo por los versos de Balart constan en multitud de artículos.

También tengo en mucho el talento de cierta ilustre escritora, á quien Valbuena maltrata sin cesar.

¡Pero cómo no he de estar de acuerdo con él cuando afirma que esa señora hace mal en confundir la atmósfera con la temperatura!

CLARIN.

Palique.

Yo no sé si el Espíritu Santo habrá dicho que donde se junten cuatro harineros allí estará El. De los obispos, está averiguado que es así; de los harineros, no se puede averiguar; pero lo que yo afirmo es, que donde se junten cuatro industriales regeneradores, tengamos dráges mayores ó menores, ó sean lagos por completo, allí está el espigoso disfranado de proteccionista.

Los clérigos quieren: librería de la contribución, de las quintas, y cobrar diezmos y primicias; los comerciantes piden gollerías; los agricultores quieren roturárselo todo; militares y marinos piden el y el pardo del moro, y los harineros quieren hacer un pen como una hostia y que se admita harina de otro costal, aunque sea mejor y más barata.

¿Y el coque midor?
Ese no celebra concilios, y comulga con ruedas de molino ya episcopales, ya harineras.

Hay que fijarse ya con los pobres obreros, sean de la materia, sean del espíritu, no son los productores truca, para los efectos de pedir gollerías.

Dejemos al obrero intelectual. Fijémosnos sólo en el obrero propiamente obrero; él lo produce todo... pero no es el productor que tiene protección como comerciante, como agricultor ó como harinero.

El provecho de esas protecciones nunca es para él, sino para empresarios y capitalistas.

De modo que, en este sentido, al obrero no le queda más papel que el de consumidor.

Y contra el conspirar, si la corte ó la larga, todos los regeneradores y rabadores que se junten para hacer la ovella.

Si pudiera ser, que no puede ser, debiera haber una gran liga de consumidores para declararse en huelga y no consumir esos pécios protegidos ó sea más caros de lo que deben ser. Así como hay cosas de resistencia para ayudar á las huelgas ordinarias, debiera haber algo para poder prescindir, por ejemplo, de los harineros protegidos. Haciendo un sacrificio por algún tiempo, y entendiéndose, por algún tiempo también, con los productores no protegidos, para que á su vez se sacrificasen, podría lograrse suspender el consumo del producto artificialmente impuesto por el arancel y conseguir la ineficacia de la protección. Todo esto de aranceles, consumo y harina, me recuerda una oda, ó lo que sea, que escribí de leer y que me da la pertenencia de D. Antonio Zozaya.

D. Antonio Zozaya también era poeta ¡vaya!

Poeta regenerador, y por consiguiente metido en harina ó por lo menos hidralógico.

Hace una oda, como Parnio su discurso, para salvar el país de una vez.

La *mesa ciega*, su título la oda, como poeta titulaba la gallina ciega.

Y, en efecto, da po de ciegos á la sintaxis y á la lógica.

Empieza así el Sr. Zozaya, que cuando no era ciego, *suave poeta* (antes ciegos que tal vez) era editor, si no le confundo yo con otro.

Digo que empieza así:

Soy poeta. Lo sé...
¡La fe te salve!
(No hay que interrumpir).

Soy poeta. Lo sé: me lo ha contado un eco no escuchado...

¡Sobre que no puedes ser! Si el eco

¡Locura! Quitad mied allá; hombre. ¡Usted no está loco! ni lo está en su vida.

Que el hombre vuestra ciencia la maltrata

Maltrata de, no es castellano. Pero tampoco es una locura.

Sigamos adelante este calvario

¡Pero usted cree que el Calvario se lleva á costas! Se lleva ó no al Calvario, pero no se sigue con él adelante. Usted confunde la cruz con el Calvario.

Pero ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí.

Basta ya de Zozaya
que era todo un poeta ¡vaya, vaya!

no fue escuchado cómo sabe usted que el eco afirmó que era usted poeta! Además, dado que yo sé que el eco, aunque sea aquel tan fino que él le preguntaban cómo está usted! contestaba: bien, ¿y usted? se atreve á asegurar bajo su palabra de eco, que el Sr. Zozaya es poeta. Los ecos suelen ser mucho más francos. En un campo, muy cerca de mi pueblo, hay un eco singular; y como en cierta ocasión varias mozas del partido quisieran sonarse gritando todas ellas: ¡Fulan! ¡Mengual! al eco, representado por un chusco, contestó á lo lejos: ¡Silencio, prostitutas!

Hay ecos así. Pero esos aduladores, no los he conocido nunca.

Reid de mi locura:
sigue diciendo el Sr. Zozaya, que es muy tolerante.

Principio de temporada, por CILLA



—No te van este año por los teatros, Pepita.
—Es que no tengo quien me abose.
—Me lo aseguro.



—Si consigo que me estrenen este año mi drama eclectico, vuduvista, impresionista, tengo la seguridad de que produciré un alboroto.
—Ten la seguridad, un alboroto, pero otro.



Mucho hablar de motines, de economías, y de su vida de cosas sin importancia, y sin decir se pasan días y días, las modas que prepara París de Francia.



La última vez que estuve contratado, la tomé el público conmigo, y me tiraron patatas; yo me desfogué y rompí la suculenta. ¡Ay, qué mal hice! ¡Quéan pillara ahora aquella contratista!... y aquellas patatas.



Cada vez tenemos más importancia, y si no, ya te habrás dado cuenta. Píngulite, de lo que depende la salvación de la Patria. ¡De las economías de Guerra!



—¿No tienen abrigos?
—¡Ay! no, ni siquiera.
—¿Y qué vas á hacer ahora, cuando empiece el frío?
—Pues, coagularme, de seguro.

Pero, como á todo hay quien gane, abre un libro que me envíen de América, y leo:

—Cris que nos desancontremos...
Que en la que le pasa al Sr. Zozaya cuando se pone á salvar al país en verso, que se desancontre; vamos, que se pierda.

Y no desancontremos más el tiempo.

CILLA

Palique.

El Nacional, con una franca nobleza que le hace muy simpático, reniega de Weyler, que ha pasado el Rubicón-Abroñigal... para entrar en la Dirección de la Junta Consultiva de Guerra.

En poco tiempo, tenemos que lamentar dos tristes desencuentros... del vecino.

[Polviejía y Weyler]

Muchos velan en ellos dos hombres que podían ponerse a la cabeza...

y ahora se ve que sólo sirven para ponerse en los pies.

Porque son dos babuchas.

o o

Muchos pensaban que Weyler decía como el otro: «O César, o nada».

Y no dijo eso, sino este otro: «O César, o director de algo».

Pero todavía hay fanáticos que no se rinden a la evidencia.

Uno de estos balerianatos del día siguiente... de la Consultiva, exclamaba:

—¡Eso es una estratagema del general! ¡Esa Dirección es el castillo de Troya! Así entra en la plaza.

Acepta un destino modesto, para levantarse después con el santo y la limosna. (Será con el santo...)

Además, no por haber aceptado lo de la Junta Consultiva, deja de ser enemigo del Gobierno.

«Del enemigo el consejo».

¡Weyler será el cocodrilo de Silve!

«El general, además, está rico por su casa, no necesita...»

Cañiños que matan.

o o

No; desencañémonos. ¡Pobre España!

Nos hemos perdido sin dictador...

Así como así, apenas había a quien dictar; porque la inmensa mayoría de los españoles no saben escribir.

o o

Y no lo digo por D. Ramiro de Maeztu, que escribe con corrección y propiedad.

De lo que no sabe el Sr. Maeztu es de cuentas.

Porque dice: «Exceptuemos dos a tres nombres, por ejemplo: los de Valera, Dicenta, Galdós y Pereda...»

Que son cuatro. ¡Conque cuatro son ejemplo de dos a tres?

Ya ve usted que esto no es crítica de palabras; es de números.

Para molestarme, el Sr. Maeztu dice que escribo cosas dignas de Arniches.

¡Ya quisiera yo escribir con la sal y salero que hay en muchas obras teatrales de Arniches!

El Sr. Maeztu tiene por galfrin literaria a estos señores: Felipe Pérez, Lezama, Eduardo de Palacios, Arniches, Celso Lucio, Miguel Echegaray, Zúñiga, Aza, R. Camín, S. Delgado, Luceño, López Silva, Taboada, Shaw, Gil, E. Blasco, Sierra, Romea, Sellés.

Si esos son gollos, el Sr. Maeztu tiene que contentarse con ser una gota de agua.

A pesar de todo, Maeztu es bien intencionado. Cree de buena fe (la que él me niega a mí) que Madrid Cómico viene a estorbar la regeneración, porque se viene con chistes y chirrigotas.

Maeztu no entiende de bromas.

Es un espíritu eminentemente serio y no sé si agrícola.

Pero hínchese en la nariz que pertenece al neo-romanticismo hispano.

Hasta en el estilo es Maeztu muy Maeztu... oso.

Se me figura que es de esos que en vez de tararear, al ponerse los calcetines, v. gr., lo de Calatorao, tararean la marcha real.

Dice también Maeztu que yo no he querido ó no he sabido hacer lo que Ixart ó Gener. Ixart hacía cosas muy buenas

¡Pero hacer lo que Gener?

¡Dios me libre de ese hacer!

Gener, si había usted de don Pompoyo, es un tantillo adulterado por la lectura, como dijo el otro.

En lo que hace muy mal Maeztu es en dar por sentado que yo quiero mortificar a Benavente.

Benavente es, y ha sido y será para mí, uno de los escritores nuevos de más talento. Artista de verdad, de expresión felicísima, de

ilustración nada común, de ingenio muy original, le he considerado y le considero.

La malicia de Maeztu, sólo puede fundarse en haber oído campanas de la chismografía, y no saber dónde.

Dice Maeztu, que él no admira a Benavente. Pues yo sí.

¿Qué tiene Benavente que var con las majaderías decadentistas?

¡Quién líe a Benavente a Madrid Cómico rejuvenecido, sino yo?

Que lo digan directores y propietarios.

Lo último de Benavente que lei: «El criado de D. Juana», me pareció una invención delicada y muy original.

Lo que no ven yo claro, es por qué ha de parecerle Benavente, a Maeztu, un sepulturero sespirlano.

El Sr. Maeztu si que parece una misa de requiem.

¡Jesús que muchacho tan fúnebre!

Ea, ya me he puesto triste yo también.

Ya no tengo humor para escuchar las lamentaciones de Maeztu, que se queja porque yo no he hecho lo que Blumentritt en Filipinas y Groussac en América.

¡Groussac, Blumentritt! ¡Pero señor Dios! ¡Cómo habla yo de hacer lo que esos caballeros, si no sé quienes son, siquiera!...

CLARÍN

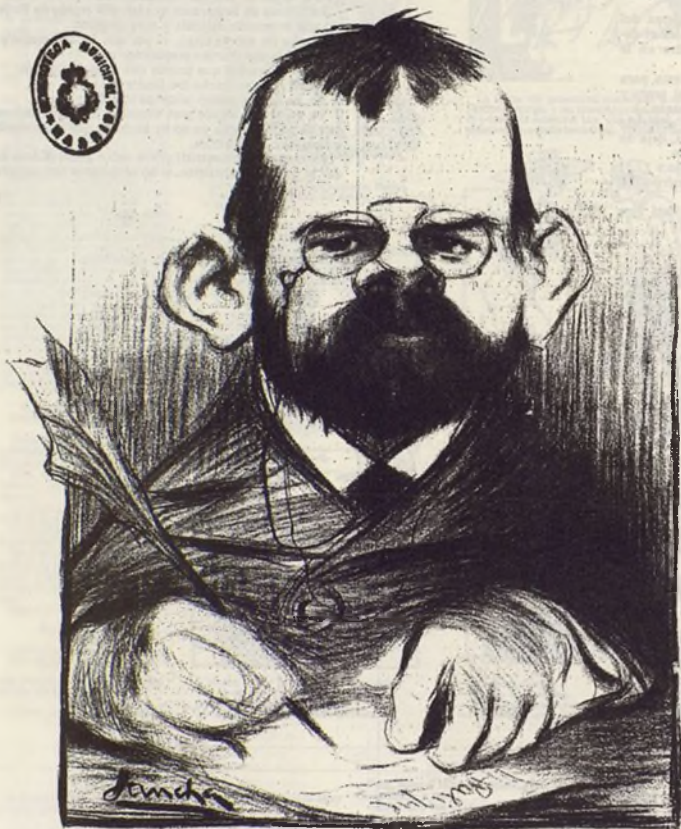
609 Madrid Cómico (Madrid), n. 3, 21 octubre, 1899.



adrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Leopoldo Alas «Clarín». Caricatura de SANCHEZ



Dios, equitativo y justo
cuando creó el Universo,
cuidóse poco del físico

de los hombres de talento. Señores, así se explica por qué *Clartu* es tan feo.

15 CÉNTIMOS

Palique.

Luis Taboada me ha herido en lo más hondo, con su amarga queja del abandono en que le dejamos sus compañeros de redacción, en poder del lápiz negro, no rojo, de ese fiscal de irregularidades físicas, que se llama Sancha.

No, Luis, no. Tus quejas no son justas, yo no te abandono; pero cuando Sancha te dió á luz, entre tanta sombra, yo no podía protestar, porque no estaba ahí; y ya sabes que los correos en España, son como las súplicas de Homero, cojos; y por eso mi Palique-protesta llega tarde.

Que lo diga mi familia. En cuanto en el seno del hogar, único que frecuento, pues ya sabes que no soy de ninguna comisión; digo que, en cuanto en el seno ése, abrimos Madrid Cómico y vimos tu *effigies* y no vera, yo exclamé indignado:

¡No, no es ese el Taboada histórico! Esa fealdad no es la suya; es legendaria ó leyendaria, como quiera donña Emilia.

Taboada, si tiene la nariz *retreussée*, pero no tanto. Yo conozco las *Masculines de Taboada*, como las del Cid, y sé que si tuviera ese físico, serían imposibles sus aventuras juveniles, en las que su audacia solía ser galdonada ora con una bofetada, ora con dos, pero todas de las que no ofenden, por ser de mano blanca. A pesar de estos incidentes, tímidos protestas del pudor que quiere ser vencido, Taboada triunfó más de una vez, y eso no se consigue, siendo como Sancha ha querido representar á Luis, que parece traducido por Cheste ó adaptado á la escena española por algún crítico incipiente.

o o

Et in Arcadiam ego, ó como dijo Schiller: *auch ich war in Arcadien geboren*; yo también nací en Arcadia; quiero decir, yo también he sido más de una vez víctima del lápiz calumniador. Quién sabe si ahora mismo, mientras escribo este Palique, me sacan á la pública expectación, como debiera decirte en castellano, pero no se dice, porque la Academia sólo admite expectación, y eso es otra cosa. Tal vez el mismo Sancha me pinta á estas horas unas orejas que no son las mías, unos pómulos hiperbólicos, y unas ventanas de nariz paradójicas.

Cilla, ese Cilla que hemos criado á nuestros pechos, y viceversa, siempre me ha tratado con ensañamiento.

¡Bajo qué día, le decía yo, hablando como Ladevese, *bajo qué día*, me ve usted, Zoilo de las facciones, que así me desfigura!

Ahora se lo confieso; ahora que ha pasado todo, con la caída de las ilusiones, y ya no le aborrezco; lo confieso que le tuve un odio africano durante mucho tiempo. En una ocasión, tomando café juntas, *deslit* en su taza unos polvos blancos... Era bicarbonato; pero yo creía que era arsénico...

No te apures, Luis, por cuestiones de belleza plástica.

¡Ciego, es la tierra el centro de las almas!

Además, los que somos seriamente monógamos, tenemos en nuestra fealdad un baluarte de nuestra castidad

virgineidad más santa
que la primera castidad del cielo,

como dice en *El Dracma Universal* Camposamor, otro monógamo.

Yo, que he pasado por varias vicisitudes, no ordinarias, en esta placida existencia, y hasta me vi á pique de tener un choque con la Marina de Guerra, jamás he tenido que dejar la capa á nadie, porque ni uso capa, ni he tenido ocasión de perdonarle la cabeza á ningún Putifar.

Dice Taboada que á él le llamaron simpático una vez. También á mí. Fué en el paraíso del Real. Ella debía de coser para fuera. No la volví á ver. Guapo no me lo ha llamado ninguna hija de Eva. Fuera de las justas nupcias, nada. El santo á que menos me parezco es á San Antonio.

Alguna vez, alguna víctima femenil del fiato vago y ameno de las letras, me dió á entender que ella no estimaba la hermesura exterior, sino la anterior, etc., etc. Pero ¡ay! estas que estiman esas interioridades, siempre son feas.

Si á la Magdalena se le perdonó, porque había amado mucho, á mí debe perdonarseme, porque no me han amado casi nada.

A pesar de eso, no se me ha agriado el carácter.

Yo, si no hubiera rípios en el mundo, sería casi feliz.

Pero los hay. Y lo peor es que á veces los escriben los amigos.

Grilo y yo tenemos pactada una *tragua* de días. Le había prometido no hablar de sus versos... Pero... ¡si no soy yo! ¡si son las piedras!

¡Tronchar la palma inmemorial
que era relicta en el *frontal*,
ser ruiseñor en Abril
y no volver á cantarse.

No sabe ni mal cantar Grilo. ¡Conque cantar é inmemorial son consonantes!

¡Catarata que al rodar
se queda de pronto quieta...!

Entonces, no es al rodar.

¡Eso eres tú, Rafael,
cortándote la coleta!

¡Hombre, que haya más formalidad!... Tronchar la palma, ser atleta y dejar el redondel... eso eres tú.

¿Qué manera de hablar es esa? Aunque también sea un ruiseñor en Abril, está obligado á tener más seso.

¡Por qué dar estos disgustos á los amigos, que tienen que cumplir con el sacerdocio!

Estos, estos rípios y estas incongruencias de las personas á quien se estima, son las verdaderas amarguras de la vida; y no los desdenes de las ingratas que sólo saben apreciar la hermosura plástica.

Los desvarios de los poetas, esos me disgustan; y no lo que puedan decir de mí mañana ó otro día donña Soledad Gustavo y donña Belén Párraga, ó Párraga, ó Bérrega ó como sea, si á lo mejor se me antoja escribir alguna cuebuleta con motivo del pensamiento libre de esas señoras; que todo pudiera suceder.

CLARÍN

PALIQUE

Se habla de suprimir Facultades. Mientras nos queden las de Fabié y las de Linares Rivas, cada cual según su género, habrá poesía; digo, ciencia; digo, ciencia y poesía, pues las facultades de Linares Rivas son poéticas; es decir, *orsadoras*.

Yo no soy partidario de que se supriman Universidades ni Facultades así, á tontas y á locas, y sin más criterio que el del cuarto y el octavo. Creo que en una reorganización total de la enseñanza superior, hecha con miras pedagógicas, no mezquinamente crematísticas, algo habría que suprimir... para crear mucho más. Pero esta es cuestión muy larga de exponer, y, con toda la seriedad propia del caso, yo la trato en otras partes, y no quiero repetirme, ni que ustedes me replanten. Lo que quiero decir aquí ahora es lo siguiente: Que si está de Pidal que se supriman Facultades, no debe dejarse sin cátedra á los profesores que desempeñan actualmente las de las Facultades suprimidas, sino á otros, que van ustedes á ver cuáles son. Es claro que para esta medida radical habría que dar una ley. Pues darla. Yo atiendo á la justicia y al buen servicio del Estado; no sigo á otros que juzgan primero los intereses creados, los derechos (?) adquiridos.

Si admitimos la teoría peligrosa, por su sentido transitorio, de que una cátedra es una propiedad como una finca, el profesor numerario podrá creer que, no siendo la Facultad en que él tiene su dominio la suprimida, el darle á él sin cátedra es un despojo.—Pues no señor; no debe considerarse así la relación entre las Facultades y el Profesorado. No debe quedar el Profesorado á quien la suerte favorezca, y salir aquél á quien le toque la china. Debe quedar el Profesorado más idóneo, el de más mérito. El que más convenga á la enseñanza que quede.

Pudiera suceder, con el otro criterio, el ramplón y egoísta, que resultaran excedentes sabios acreditados y con cátedra covachuelistas que no trabajan, que no saben, que no tienen vocación y toman la cátedra como una canongía.

Un Giner, un Menéndez y Pelayo, un Ramón y Cajal, un Azorá, por ejemplo, no habrían de quedar sin cátedra, suponiendo que pertenecieran á una de las Facultades suprimidas. Hay primero ese criterio, el de la superioridad evidente, probada de modo universalmente reconocido. Pero hay también otros criterios de probabilidad genérica, en que se busca no más la posible aproximación en el acierto. Por ejemplo: deben salir antes que los profesores que canaron su cátedra con un primer lugar, los que la lograron con un segundo ó tercer lugar. Y antes que los profesores por oposición, deben salir aquellos que lo son por concurso (es decir, que han llegado por concurso á numerarios), si su hoja de méritos y servicios no los hace dignos de ser de los escogidos, por razones de mérito singular indudable. Los catedráticos por concurso, que lo han llegado á ser á fuerza de paciencia, siendo auxiliares años y años, explicando doca asignaturas diferentes y sin atreverse á hacer oposición á ninguna, ó haciéndolas muy desgraciadas, no deben quedar, por azares geográficos; mientras salen los que desde luego vinieron en buena lid.

Lo mejor será, por supuesto, que no se toque á las Facultades, de la manera empírica que se anuncia; pero... por si acaso.

Lo mejor será, por supuesto, que no se toque á las Facultades, de la manera empírica que se anuncia; pero... por si acaso.

*

He notado que, para curarse en salud, algunos han querido hacer valer mérito de un género completamente ajeno, y mejor diré contrario, al interés puro de la enseñanza.

Claro; como se ve que se hace el asunto cuestión de pesetas, se sacan pesetas por argumento. Y se dice, por ejemplo: esta Facultad no se debe suprimir porque produce mucho. ¡Mucho qué! ¡Mucho sabio! No... ¡mucho dinero! Como si las Facultades fueran fábricas para extraer azúcar de remolacha!

¡Son las mejores Facultades aquellas á que acuden á examinarse los alumnos como moscas! ¡Es eso lo que se busca! ¡Que haya muchos doctores... ó licenciados! Supongo que no.

Podrá una Facultad tener pocos alumnos, no porque el país esté poco poblado, sino por la selección que se haga, porque se hile delgado. Y... ¡mil sobre hojuelas! con este salubre rigor se consigue que no haya más abogados y médicos de los que hacen falta, y que los que haya sean mejores.

Las Facultades en que no se busca populachería, levantando el brazo, sino que quieren ayudar á la reforma social, convirtiéndola en carreras de Derecho, Medicina, etc., en cosa seria, difícil, trabajan por el bien de los estudiantes... buenos y por el bien del Estado.

Los inútiles... á otra cosa, que para otra cosa quizá sean útiles. Así se harán abogados, por ejemplo, los dignos de serlo; no serán más que los necesarios; no tendrán la competencia de la intriga y el favor, sino la de la ciencia; su carrera, con esta escasez y selección, se hará de más valor. Es necesario que el Profesorado de Derecho se convenga de que es para él un orgullo el que todo el mundo considere que un artillero, v. gr., necesita mucha más ciencia, más serios estudios que un jurista.

Pero es natural que una Facultad que con este criterio que libre obre, en materia de exámenes y de enseñanza..., no pueda presentar gran número de inscripciones.

Los estudiantes malos emigran en masa; y así se ve esa nueva *Mesta* cruzar las llanuras castellanas en busca de fáciles títulos; los que es el único pasto espiritual á que aspiran los holgazanes.

Queréis menos abogados y más industriales? Pues conservad las facultades que os den pocos abogados, pero buenos.

Y guerra á los abogados de industria.

CLARIN.

PALIQUE

El Sr. Cepeda es un catedrático de la Universidad de Valencia, muy estudioso y muy escolástico. Está en su derecho. Sabe una porción de cosas que yo, catedrático de la misma asignatura que él, (Derecho natural) confieso no saber. Sabe, por ejemplo, que el hombre tiene irresistible tendencia al mal; yo no estoy seguro de ello, si bien reconozco que hay en el mundo muchas malas personas. También sabe el Sr. Cepeda por qué el hombre tiene esas malas inclinaciones: es por causa del pecado original. Yo no lo sé. Había oído algo de eso, pero no estaba seguro de ello. También sabe el Sr. Cepeda el fin que Dios se propuso al crear el mundo. Yo no estaba en esas intimidades de S. D. M.

Hace muchos años que discuro yo acerca del libre albedrío, y por más que medito y leo autores, todavía no puedo probar con evidencia lo que yo creo que es verdad; pues el Sr. Cepeda—feliz él—nos demuestra en un paquete que existe el libre albedrío. Y la inmortalidad del alma. Y prueba que todas ó casi todas las daban en la herradura Hobbes, Spinoza, Rousseau, Bentham, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Krause, Comte (ó Compté, como escribo Pidal) y, en fin, todo el mundo, menos Santo Tomás, Taparelli y otros pocos, casi todos gente de hábito, ó mestizos por lo menos.

Lo que no demuestra el Sr. Cepeda es que está bien dicho eso de *juicio crítico*. Porque digo yo, sin necesidad de la Summa: el el juicio no es crítico, ¿cómo ha de ser juicio?

En otra cosa no estoy conforme con la inmensa sabiduría del Sr. Cepeda: en que las cosas fungibles sean las que se consumen por el uso.

No creo que semejante afirmación sea de Derecho natural, ni mucho menos una verdad revelada. Más me inclino á creer que es una equivocación de los tratadistas ramplones de Derecho civil, de donde la toma el Sr. Cepeda, sin duda distraído. El manual más vulgar de Derecho romano, por ejemplo, le prueba al Sr. Cepeda que está equivocado, con otros muchos autores de nuestro glorioso suelo.

Coja, v. gr., el *Curso elemental de Derecho romano*, de Van Wittter, tan catedrático como el Sr. Cepeda, pues el éste lo es en Valencia el otro lo es en Gante, y lea en la página 123 del primer tomo que las cosas fungibles son *genera*, *quantitates* que *pondero*, *numero* vel *mensura constant*, es decir, aquellas cosas en que se considera el género; mientras que son *no fungibles—species*—aquellas en que se considera un individuo determinado. Esta división no está impuesta por la naturaleza del objeto, sino que depende de la voluntad de las partes.

La misma cosa puede ser fungible ó no fungible, según se estime. Las cosas que se consumen por el uso (*qua usu consumuntur*) son las que por su naturaleza se van gastando y llegan á desaparecer por el efecto del uso. No depende de las partes el que una hogaza sea cosa que se consume por el uso; pero sí depende de la voluntad el que los carneros de Panurgo ó de Santo Tomás sean cosas fungibles ó no fungibles. Es radical—dice Van Wittter—la diferencia entre ambas divisiones.

Pues si el Sr. Cepeda abre por las páginas 92, 93 y 94 el *Curso de Pandectas*, de Goudsmit (t. I), se encuentra con la mismísima doctrina; y en la página 94 dice el profesor de Leiden que «el ser generalmente las cosas que se consumen por el uso consideradas como fungibles, es lo que ha hecho en otro tiempo confundir ambas ideas».

Pues si el Sr. Cepeda consulta al popularísimo Mainx, profesor de Lieja, verá que en la página 448 del primer tomo de su *Curso de Derecho romano* dice textualmente lo que sigue: «No se debe confundir las cosas que se consumen por el uso con las cosas fungibles.»

Y todavía quedan muchas docenas de autores que dicen lo mismo. No es

ben eso que Cepeda ha escrito los que siguen viviendo en otro tiempo.

Ahora, si resulta que Santo Tomás (que no lo creo) opina que la cosa fungible es la que se consume por el uso... no ha dicho nada.

Autos est, et lo dijo, decía el pitagórico. Magister dixit, dicen todos los Cepedas de que Pidal ha llenado nuestras Universidades.

No, no está bien una enseñanza oficial en que los profesores saben los secretos designios de Dios, y por qué peca el hombre, y lo que sucedió á poco de creado el mundo... y no saben lo que son cosas fungibles.

CLARIN.

612 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3 264.

7 noviembre, 1899.

Palique.

Bien decía Núñez de Arce:

¡Si á veces imagino que envenena
la leche maternal!

Sabido es que el poeta se refería á la duda, al análisis... al pícaro ó á la pícara análisis. Porque tal es la condición de este ó esta análisis, que hasta se duda de su... sexo. El diccionario dice que es la análisis, y dice bien: y, sin embargo, la gente está por el masculino.

Pero... noto que me pierdo en un mar... analítico. Lo que yo quería decir es que hoy de todo se duda, todo se analiza, menos los géneros de ciertos comerciantes, que tienen el tío al calde y se burlan de los laboratorios municipales.

Todo se analiza... hasta ¡El Tenorio!
Y hay quien lo analiza muy mal.
Yo recuerdo que varias veces he visto á literatos... *libertaristas* teir-se de Zorrilla, porque dice:

Vosotros á quien maté

y lo otro de:

Mármol on quien doña Inés

todo lo cual está perfectamente, pese á los ignoras Zoilos de carrera abreviada.

Ahora el análisis de *Don Juan* va por otro lado.

Esta es la cuestión:

«El Tenorio ¿se come con cuchara ó con tenedor?»

Y, con este motivo, han metido la cucharada varios eruditos arqueólogos, ilustres lumbreras del Rastro de la Schiduria; y ha habido *manejadores* del tenedor y otros que lo han jugado anacronismo.

Lo que yo puedo decir, que la mayor parte de los Tenorios del día son unos *cucharas*. Hablo de los cómicos; no de los Tenorios de la vida real, que esos suelen ser *tenedores*, de libros; porque sabido es que hoy Mercurio lo es todo, Palas, Atenea y Eros. Hoy no hay más tribuna pública ni más *soyl* de doña Inés que el mostrador. El plectro es el metro.

Y el metro es el cetro. Agamemnon hoy no le daría á Tersites con el cetro en la cabeza, sino con la vara de medir.

No faltarán soñadoras poco ilustradas y señoritas no *ferministas*, es decir, incultas, pero sentimentales, que piensen con horror en un

Tenorio que pudiera tener las yemas de los dedos untadas de grasa... Y es que no saben que la humanidad empieza ahora á ser *personas decentes*, en el sentido *burgués* de la palabra.

Taine lo ha dicho: «La Edad media vivió sobre un estercolero...» En los vestidos de brocado de ilustres princesas del Renacimiento, se conserva hoy todavía el *sabo* que se dignaban sudar aquellas niñas que inspiraban á Rubens y al Arivito.

El siglo XIX no sólo es el siglo de las luces, sino el siglo del agua de la limpieza. Ahora todo se lava; casi; digo casi, porque todavía quedan las manos purcas.

Figúrense ustedes si serían los antiguos refractarios al agua, que hasta se declaró herejes, ó cosa así, á los *rebaptizantes*, á los que se bautizaban dos veces, como si dijéramos.

Pero cómase con cuchara ó con tenedor el Tenorio, lo que yo no puedo ver con buenos ojos es que los empresarios de un teatro canten dúos en forma de comunicado, para ponerse á discutir con la crítica de cartel.

Claro; como ahora los ultramarinos y géneros del reino son los que deciden cómo hemos de gobernar, y Fúcar es Turgot, el caballo blanco se declara Figaro.

Los empresarios de la Comedia han salido, dos para tres, como en desafío de ópera, á batirse, literariamente, con Laserna, de *El Imperial*, Zeda, de *La Epoca*, y R. Blasco de *La Correspondencia*, porque estas críticas han jugado como han tenido por conveniente, no la taquilla de la Comedia, sino el *juicio*, como diría algún crítico, de los actores de la Comedia.

Yo opino que mi amigo Thullier es un actor muy capaz de representar perfectamente — con tenedor ó con cuchara — siempre que quiera, el Tenorio. Pero también opino que esos señores empresarios, en esta ocasión, no han metido el tenedor... sino la patera.

Y eso que hay críticos que merecen que los coman, no ya empresarios, sino sapos y culebras. Y es claro que no lo digo por los que de los nombrados más arriba.

Hay uno que llama *traga* á la compañía de Lara.

Y otro que llama á Sarah la reina del gesto.

Y es que, para ciertos literatos, el idioma patrio ofrece las mismas dudas que el Tenorio.

No saben si se come con cuchara ó con tenedor.

CLARÍN

613 Madrid Cómico (Madrid), n. 6, 11 noviembre, 1899.

Palique.

Uno de esos pios lectores desocupados, á quienes envidio, la falta de ocupaciones, me escribe preguntándome quién es el Arivito, personaje del Renacimiento, á quien nombro en mi último palique de Madrid Cómico. Dice mi correspondiente que ha buscado en varios diccionarios biográficos y que no ha podido dar con el Arivito. ¿Es un pintor? ¿Es un poeta?

—No, señor; es una errata.

No hay tal Arivito; y es una lástima. El Arivito. ¡Pobrecito! si bien, debiera ser alguien, un gran artista...

¡Y no es más que un error de imprenta!

Todo es crear. El cajista, leyendo mal dos letras, crea un ser que en la imaginación de un lector empieza á *tanar carne*. Se le busca, tal vez se adivina su historia, su genio... ¡Y no lo hay! — No faltan filósofos que se figuren toda la realidad como producto de una gran errata del pensamiento; el mundo para ellos no es más que una falsa interpretación de la nada. Donde dice: ser, léase: nada.

El Arivito... ¡oh desconsolante es el Arivito; es decir, un gran poeta cualquiera. Un grande hombre, pero ¡tan conocido!

•••

Mi amigo Rueda (D. Salvador), es, á veces, de los que prefieren el Arivito al Ariosto.

Eso es; se busca lo que sería nuevo, original... si no fuera falso. Y se deja lo que no es nuevo... pero es bueno y verdadero.

Rueda sabe que le quiero, que le agradezco los elogios que cien mil veces me ha dedicado, aunque recanoso lo que tienen de hiperbólicos. También sabe que estimo en mucho sus positivas dotes de poeta. Muchas veces he alabado sus versos, aunque siempre con las oportunas salvedades; y todo esto me obliga á muchas cosas, pero no á ocultarle la verdad.

Con esos *poéticos*, *divinos*, *peristilos* y *perfiles* que escriben para los libros de los mejores poetas, les hacen á los tales más daño que provecho, y, de camino, sostienen un empirismo, puramente ocasional, de improvisada doctrina estética para fundar en tales teorías sus alabanzas á la manera del autor novel.

Ahora se trata de un joven llamado Martínez Sierra, que, según mis noticias, toma en serio el arte y reniega de extravagancias y excentricidades. Bueno; pero Rueda y otros alabándole por lo que debían corregirlo, le echan á perder.

El libro del Sr. Martínez Sierra se titula *Diálogos fantásticos*, y es una pura inaguantable prosopopeya desde el principio hasta el fin.

Escrito en prosa poética, de la que, con razón, cuando es así, reniega Núñez de Arce, no es, en conjunto, más que un cúmulo ledigato de símbolos fríos y vulgares. El mundo entero, el de la realidad y el fantástico, saca á relucir y echa un *perro* al Sr. Martínez Sierra; y si esto, como puede verse en cualquier tratado de Literatura, les ha salido un poquito desigual á hombres como Quintana, qué ha de ser en manos de un principiante que no tiene ni la ciencia, ni la experiencia, ni el pincel soberano del autor de *La Creación*?

Nada de esto es desanimar al Sr. Martínez Sierra, que aun en este mismo libro demuestra felices disposiciones de escritor. Todo lo que

digo va contra los que le animan á escribir una manera imposible. Tiene el autor, dice Rueda, dieciocho años. Pues no hay nada perdido. Tiene tiempo de sobra para cambiar de camino. No crea, que con esas vulgaridades vagas, y á veces ininteligibles, puede interesar á las personas capaces de filosofar de verdad, ni á las que buscan en las letras realidad correcta; la vida como es y cada cosa en su sitio.

Y en cuanto á Rueda, créame que sus improvisadas psicologías estéticas del prólogo (milagro que no es obra de cantería) son desoladoras, y más por decir ruinas, que tanto vale.

Todo eso de los autores *grises* y *perlines* de pura arbitrariedad fantástica, de la cual casi resulta que Valera tiene menos *genio* que el señor Martínez Sierra.

Más formalidad... y más sinceridad.

CLARÍN

614 Madrid Cómico (Madrid), n. 7, 18 noviembre, 1899.

Palique.

Pues, señor; aquí nadie quiere cumplir con su deber, y esto es un pecado.

— Pague usted al César lo que es del César...

— ¡No me da la gana!

Y el trimestre de la contribución se retira al monte Aventino. En Valladolid, si no miente un estudiante que firma, en *Vida nueva*, Clemente, ó cosa así, hay un catédrico que va borracho á cátedra y les dice á los chicos cosas verdes inspiradas por la lejería, madre de la melancolía,

como escribe Rubén Darío en un *atrio* nuevo, de que hablaré más adelante.

De modo que esto está perdido; y si seguimos así, nos van á reparar las naciones cultas, que es lo que dice todos los días un genio que escribe los fondos de un rotativo por muy pocas pesetas.

Hay que *hacer patria*, como también dice el genio barato; y yo voy á hacer patria, cumpliendo con mi obligación de ser eco imparcial, so de la opinión y de la prensa, que eso es cosa del vizconde, ó lo que sea, de los Asilios, sino eco imparcial de la crítica sensata y con cara abierta.

No hay amigo para amigo; las cañas se vuelven lanzas.

•••

En el último palique de MADRID CÓMICO me quejaba yo de un *poeta* de Rueda... Bueno, pues ahora recibo un libro nuevo que tiene... ¡tres atrios que es casi como tener las cuatro fachadas al Norte, ¡y uno de esos atrios es de Rueda!

El autor del libro es amigo mío, y por lo mismo le debo la verdad, y no sé si algún café. Es el Sr. Alcázar de Zafra, poeta correcto y de muy buen oído. El libro se titula *Trebol* y lleva ¡tres atrios!

Uno de Rubén Darío,
otro de Eusebio Blasco
y otro de Salvador Rueda.

Son muchos atrios para un *Trebol*, que no necesita ninguno.

Si el libro se llamara «El Alcázar» ó «La Catedral» se explicaría eso de los atrios, pero un *trebol* con tres atrios, uno para cada hoja, por lo visto, no lo entiendo.

Como tampoco entiendo el *atrio* de la *hoja de oro* debido á la mano de obra del muy acreditado cantero pentélico, el Sr. de Rubén Darío, mozo listo, ¡el los hay, y que escribe perfectamente cuando quiere.

En el verde laurel que decora la frente
que besaron los sueños y pulieron las horas.

No paso por eso. Las horas no pulen las frentes. Quedamos en que no.

Una hoja suscita como la luz naciente
en que entreabren sus ojos de fuego las auroras;

Y ahora viene lo que *suscita* la hoja.

O las solares pompas, ó los fastos de Oriente.

¡Qué son los *fastos* de Oriente? El Sr. Darío, tan ilustrado, sabe lo que era el *fas*, el derecho religioso de los Romanos, de donde viene eso de *fasto* y *nofasto*; y esto ¡qué tiene que ver en Oriente!

Procesas bizantinas, diademas de Teodoras.

Bastaba una Teodora, como también bastaba antes una aurora. Estos plurales amotinados vuelven locos á los niños modernistas, que imitándoselos á Darío ya se creen genios.

Hoja de oro rojo,

(Esto suena mal).

Hoja de oro rojo, mayor es tu odio,
para para tus colores imperiales avoca
con el triunfo de otoño y la sangre del día.

Confieso con rubor que no sé lo que es la sangre del día. Conozco el plato del día, sé lo que es orden del día, pero la sangre del día ¡qué es?

El marfil de los rostros, la brasa de las bocas
y la atumbral tristeza de las vírgenes locas
por la lejería, madre de la melancolía.

Bueno, y ahora, ¿qué? ¡No repara el Sr. Darío que no ha dicho nada! El poeta en la *hoja de oro* no *suscita* á este ó lo otro, sino esto y lo otro. La disyuntiva debió ser copulativa. Porque cuando se hacen varias cosas no se hacen á las unas y las otras, sino las unas y las otras. Esto es mucho más claro que la sangre del día.

Y ahora (no á ahora) vamos con el atrio de Rueda, porque el de Blasco no tiene nada de particular.

La bola de bierro.

A fuego y golpes forjase la espada;

(Ge y gol. ¡Eso oído!)

hecha al dolor se ensaña en la pelea.

Ni la espada está hecha al dolor, ni por estar hecha al dolor hay que ensañarse, ni el verbo ensañarse es el que corresponde á la idea que Rueda ha querido expresar.

Si decidida punta es una idea.

Punta decidida. ¡Pero cree Rueda que las palabras significan lo que uno quiere? No hay sentido tropológico que baste para hacer que la punta de una espada sea decidida.

Como rayo flamígero empuñada...

Será rayo flamígero, pero no por lo de empuñada. La empuñan por espada, no por rayo, y parecerá un rayo por otra cosa, no por que la empuñen.

En lances de pasión es amorosa.

Tampoco es verdad. La espada movida por la pasión no pincha con amor, porque pincha á quien estorba esa pasión.

amperando á su patria es fe y es ira,
defendiendo á su Dios es religiosidad.

Más fe será defendiendo á Dios que en el caso anterior, y no hace falta que sea ira para defender á la patria.

Antes rota que amandó la mentira:

¡Vaya con Fray Gerundio!

¡Pues es blandir la espada esplendorosa
blandir la cruz en donde Cristo expiró!

Yo si que me hago cruces leyendo estas cosas. ¡Al diablo se le ocurre blandir la cruz en que espira Cristol...

•••

Y se acabaron los atrios.

En el *Trebol* no entro.

Sólo diré que lo mismo que *Trebol* podría llamarse Trébedes ó Tripode ó Tricornio ó Trifaldis.

El Sr. Alcázar tiene bastante talento para poder lucirlo sin rebuicar extravagancias ni andarse con bizantinismos de cromó, ni pintarnos á Justiniano rasgando las Pandectas (que tienen cincuenta libros) á la salud de una buena moza.

En verdad os digo que no seas incoherentes ni incongruentes.

Fuera del buen sentido no hay salvación.

El genio es el cubo del buen sentido.

CLARÍN

PALIQUE

Zola y Galdós, estos dos herederos de Balzac, continúan imperturbables su obra colosal, sin pensar en modas literarias, sin temor de cansar al público, seguros de que no le cansan; pues el éxito de *librería*, como se dice entre los del oficio, es cada vez mejor para ambos.

En vano cierta crítica de muchas pretensiones y de no pocos prejuicios, y acaso no exenta de envidia, desdeña ó finge desdeñar á Zola. El público de este hombre extraordinario, que ya no es un público principalmente francés, sino un público universal, le sigue leyendo más cada día.

Zola es ya popular hasta en los países más refractarios á interesarse por cosas intelectuales, como, v. gr., España. Una prueba de esta popularidad es la forma incorrecta de pronunciar el nombre del ilustre novelista los más de los españoles; dicen Zola como suena en castellano, con *z* española, no francesa, y sin hacer la voz *g*orda. Igual honor han merecido entre nosotros Iugo y Dumas, que en España nadie llama como en francés se llaman. En las esquinas de las calles, en cualquier pueblo de España, se lee á estas horas *fecundidad*. Es el anuncio de la traducción de la última novela producida por el *fecundísimo* autor. Zola traducido debe de ser un reflejo palidísimo, y, sin embargo, todavía así tiene infinitos admiradores.

Y en tanto, allá en París, los académicos le desairan, periódicamente, tres ó cuatro veces cada lustro, negándole la entrada en la inmortalidad de oficio.

En cuanto á la crítica enemiga, ha discurrido algo peor que injuriarle, calumniarle y despreciarle, como solía hacer antes. Ahora suele prestarle una atención de soslayo; se le consagra un *sucesos d'estime*, se le elogia con una tibieza venenosa, que es la última invención del maquiavelismo crítico.

Pero cómo se retirará Zola de tales ardidés, repasando la lista de sus obras y leyendo el número de las ediciones vendidas.

Hace algunos años, á todos maravillaba el ver que *Nana* alcanzaba una venta de ochenta mil ejemplares. Entonces las primeras novelas, de la serie de veinte, de la serie titulada *Los Rougon-Macquart*, no pasaban de cinco ó seis mil ejemplares. Hoy, la novela de esta serie que menos se ha vendido, *En Escalenois Eugénie Rougon*, alcanza la cifra de treinta y tres mil ejemplares, y *La Fortuna de los Rougon*, la primera de la serie, llega á treinta y tres mil. Por cierto, y dicho sea de paso, que todas estas novelas, anteriores á *L'Assommoir*, no ceden, á mi ver, en mérito literario á muchas de las más modernas obras posteriores de Zola. Por ejemplo,

La Conquista de Plassans es un estudio de vida provinciana digno de Balzac, en sus momentos de mayor inspiración.

L'Assommoir, el libro con que empezó la verdadera gloria de Zola, acaso la mejor novela de cuantas ha escrito, llega hoy al millar 139. La famosa *Nana*, al 182; pero todavía no es este el libro de más ejemplares; *La Débâcle* nos da la cifra de ciento noventa y seis mil. Y en adelante, ya rara vez baja el número de ejemplares de los cien mil. *Lourdes* ofrece la cifra de 140.000; *Roma*, la de 100.000.

A un escritor que puede presentar tales números, poco pueden importarle los desdenes fingidos de una crítica... que rara vez pasa del primer millar, cuando se arriesga á reunir en un volumen sus sabias lucubraciones.

Galdós no lucha con una crítica enemiga.

Lucha con el vacío.

Después de aquellas desgraciadas escaramuzas de algunos párvulos de la Prensa contra las facultades dramáticas de D. Benito, nadie ha vuelto á atreverse con él. En cuanto novelista, nadie le discute. Pero se habla muy poco de sus nuevos libros. No por ser suyos, sino por ser libros. No es la poesía lírica, sino la crítica de libros, la que está aquí llamada á desaparecer. Poco á poco, en la Prensa, se va cercenando esta sección, que casi está ya entregada por completo al reporterismo, y aun al reclamo. Si siguen así las cosas, aquí se hará cada autor el *suelto* que más le agrade, y lo colocará en los periódicos amigos.

Como el público está enterado de estas cosas (y de otras muchas, y *caveant consules*), ya se va entendiendo con los autores directamente, sin el *corredor* crítico, y compra espontáneamente los libros que barrunta que han de agradarle.

Buen ejemplo de esto es lo que sucede con las novelas de Armando Palacio, de las que nada ó casi nada dicen los periódicos cuando aparecen, y, sin embargo, el público agota bien pronto las ediciones.

Galdós, seguro del público, y no despreciando, pero sí olvidando, á la crítica... no por nada, sino porque no la hay, en vez de dedicarse á darse bombos anónimos á sí propio, cual hacen muchos; en vez de ser crítico de sí mismo, ha preferido ser *caution-editor*; editor de sí propio. ¡La resuelta, para su uso particular, la cuestión del capital y el trabajo. Con gran perspicacia, ha suprimido la ventaja de la *plus-valta* que le llevaba antes un Sr. Cámara, o, como ustedes saben, tuvo pletito con Galdós porque el buen señor se creía con derecho á la mitad del cerebro del novelista.

Digno de alabanza y de imitación, para quien pueda, es el ejemplo que Galdós nos da, siendo muy artista en cuanto escritor, pero muy industrial en cuanto librero.

Y parece ser que le va perfectamente con su negocio.

La tercera serie de los *Episodios nacionales* no dejaba de ser salida peligrosa. ¡Si hay aquello de *non bis in idem*, qué será, no de la segunda, sino de la tercera vez!

Pero, en rigor, lo que hace Galdós no es lo mismo. Nadie como él sabe variar, huir de la *meurra*, del encasillado.

Además, en esta tercera serie ha sabido, sin abusar de su condición de artista, encontrar el interés de folletín que tanto seduce al gran público. Los episodios se *empalman*; el misterio y el conflicto se hacen más intensos, no se resuelven... y los tomos se venden mejor que *bienes nacionales*.

¡Casi de Molière compra las novelas sin esperar á que hable Boileau.

CLARIN.

616 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.303, 26 noviembre, 1899.

Pálique.

Parece ser que no resulta cierto lo de que un señor catedrático de Valladolid vaya borracho á la clase. Más vale así; y yo que en mi artículo anterior, había copiado tal noticia, aunque sin responder de ella, creo de mi deber hacerme eco, espontáneamente, de la rectificación.

No por eso deja de estar esto perdido, que era mi tesis; y al ver tanto egoísmo, tanta ignorancia, tanta miseria, le dan á uno ganas de encerrarse en el ostracismo, aunque sea dándole un disgusto á doña Soledad Gustavo.

¡Ay Soledad, Soledad! En vano predica usted, ó *predica*, como escribe un estimado colega asturiano; las clases *puidentes* estamos perdidas; y en vez de escribir artículos cursis y de un romanticismo demagógico del año 48, que es lo único que puede salvar al país, nos dedicamos á nuestras labores ordinarias y, como usted dice bien, digo, mal, nos encerramos en el ostracismo.

Porque, si, señores; la *libertaria* doña Soledad Gustavo dice eso, que muchos, en vez de trabajar por la revolución, por el bien de todos, etc., etc., se encierran en el ostracismo.

Por lo visto, cree esta señora, cuyos pies beso, previa información, que ostracismo viene de ostras; y como las ostras son de lo más cerrado...

Siguiendo el criterio de ciertos escritores á lo Pompeyo Gener que creen que se debe hablar, como á uno se le antoje, dando á las palabras el sentido que se quiere, podíamos admitir el ostracismo de la señora Gustavo, y decir, por ejemplo:

—El Sr. Fabié no ha querido dar su opinión acerca de las circunstancias críticas de la política. Ha declarado que sigue y seguirá encerrado en su ostracismo.

La verdad es que andan por ahí muchos literatos y literatas, con el ostracismo cerrado ó abierto, pero siempre con ostracismo.

o°o

En el español no *libertario*, señora doña Soledad, no podemos, por desgracia, dar á la palabra ostracismo ese valor derivado de ostra.

Ostracismo es el destierro; el destierro político de los atenienses, según la Academia; y viene de *ostrakis*, tejuelo en que se escribía el voto. Ya ve usted; el destierro; todo lo contrario de una encerrona.

Encerrarse en el ostracismo, es como poner puertas al campo.

La señora doña Teresa Mane, (¿Tece!, Fares?) que según

leo en *El mundo de los periódicos*, así se llama en el siglo Soledad Gustavo, no debe tomar á mal que yo me permita estas libertades en el comentario de los escritos, sin que por ello crea que se le reconoce una beligerancia imposible.

o°o

El feminismo es una cosa discutible. El *marinachismo* una cosa insufrible.

La señora Belén Tórrega ó Córrega ó Bórrega, ó como sea, no es de las que se encierran en su ostracismo; y anda por esas provincias de Dios y de Dato, maltratando al clero en general y burlándose de cuantos han tenido la idea de fundar una religión.

Doña Belén (que debiera desnaturalizar el nombre, para mayor emancipación religiosa), la emprende conmigo, según me dicen, que yo no lo he leído, en un papel titulado la *Conciencia al aire libre*, ó cosa así.

Antes de decirle cuatro frescas á la *apóstola*, he preguntado si era guapa ó fea.

Y me han dicho que era guapa.

Y yo, que en el juicio de Friné, hubiera votado con la mayoría, en vez de tratar á doña Belén como á un mono-sabio de la prensa, aguantando el chaparrón de sus improperios...

Y presento la otra mejilla.

o°o

Doña Belén, Aspasia de la legua, anda por los pueblos defendiendo la *libre pensamiento*; y hay más de un obispo que la tiene entre ceja y ceja, sin reparar que doña Belén hace mucho más daño al libro examen que á la Iglesia.

Los espectáculos que ofrece á las masas inocentonas, son de la categoría de los que presentaban á la *afición* las señoritas toreras.

Todo el atractivo de las vulgaridades irreligiosas que va predicando esa dama, consiste en que las predica una buena moza.

Si en vez de ser doña Belén fuera D. Belén, adiós apostolado.

Pero, de todas maneras; más vale ser una demagoga ambulante, pero guapa y fresca, que una literata discreta, con casa puesta, sedentaria, ...y fea como un coco.

o°o

Como acabo de echarle algunos piropos á doña Belén, y á doña Soledad no la he dicho «buenos ojos tienes», podría parecer esto falta de galantería por mi parte; ó se podría sospechar que doña Soledad no es ni siquiera agraciada.

No lo sé. No tengo noticia de las cualidades estéticas de la señora Mane, y por eso nada he dicho del físico de esta señora.

Pero si es guapa, yo no tengo inconveniente en que sea ostracismo lo que ella quiere.

Y á los intelectuales egoístas de mi conocimiento, les aconsejaré que no se encierran en su ostracismo.

¡La ostra abierta es el Estado libre!

CLARÍN

PALIQUE

El justo medio de Aristóteles es muy buena cosa para aconsejada; pero el llevarlo á la práctica no siempre es muy cómodo, á lo menos en países como España, donde todo se polariza. Vivimos siempre en el injusto extremo.

Hablo del medio justo, no del injusto; porque éste prospera aquí más que nada, particularmente en política. Casi siempre mandan los partidos medios.

Una de las causas á que atribuyo el haber yo medrado poco (no soy *ni siquiera* académico, como dijo el otro), tanto en honores y riquezas como en el concepto público, aparte de mis escasos méritos, es esta tendencia mía al justo medio, la cual se va acentuando con los años.

A estas horas, tengo en cuenta á los *liberarios* y *donatistas*, porque soy poco avanzado, porque no creo ni en el amor libre, ni en la *sintaxis* libre, ni en los *estados* libres... y sin libros, ni en las mujeres libres.

Y al mismo tiempo, me excomulgan los *chupos* y los *sacristanes* de levita, y escriben folletos y hojas sueltas algunos placidos varones, llamándose al camino de la conversión.

Mi amigo el Sr. D. Federico Urales, *libertario* (*¿Sabe leer? Sí. ¿Sabe escribir? No.*), ácrata, pero de buen corazón, y en resumidas cuentas, un bendito, se incomoda conmigo porque no creo, como él, que el cristianismo es una tontería.

Y por el otro lado, un Sr. Sánchez Torres, de Barcelona, muy listo, muy bien intencionado, muy sincero y muy... nervioso, publica cartas, bajo el símbolo del *Corazón de Jesús*, para convertirme y hacer de mí un santo, si á mano viene.

Creo que sería mucho más fácil entenderse con el Sr. Sánchez Torres que con los *liberarios*; si bien debo apresurarme á declarar que, por ahora, unos y otros me tratan con gran consideración y hasta el debido respeto.

Pues si bien el Sr. Urales me invita á discutir con él (el mismo honor debo á doña Soledad Gustavo), y á discutir *cualquier punto de la ciencia que yo explico*, veo en este generoso alarde, más que desprecio de mis conocimientos, cierta disculpable sobrestima de los méritos del joven ácrata.

Por si algún lector no sabe lo que significa *donatista* y cree que es lo mismo que estanquero (véase al *Vicario de enfrente*, de Eusebio Blasco), diré de paso que *donatista* es el que no quiere ni rey ni roque.

Hasta ahora ningún ácrata, de ningún sexo, me ha insultado; y mucho dure.

Ni siquiera la señora doña Soledad Gustavo, que, cual otros grandes heterodoxos, v. g., Lutero y Enrique VIII (grandes por su poder), escribe con vigor extraordinario, como cuando invita á comer yerba á mis queridos amigos el elocuente Melquíades Álvarez y Juan Llana, demócratas, republicanos de Oviedo, porque no quisieron acompañar á doña Belén en un mitin *librepensador* que celebró este verano en Asturias.

Los del otro bando no suelen ser tan mirados, tratándose de mí, como los ácratas.

En Cataluña, en Oviedo, en la Coruña, *stótera*, etc., hay papeles místicos que me insultan y calumnian casi todos los días; y un estudiante navarro me amenazó con venir á romperme la *crisma*, por el mal uso que hacía de la recibida en el bautismo y en la confirmación.

Pero en cambio recibo anónimos que suponen, en quien los escribe, tanto fanatismo como caridad.

Una larga temporada estuve recibiendo cada pocos días, cartas escritas en papel pautado, con letra de niña que sale de los *palotes*, y en ellas me pedían que me arrepintiera por Dios, porque podía morir de repente.

Gracias, gracias de todo corazón, simpáticas correspondencia... á medias. Dios la haga usted una santa, y la libre de ser un marimacho libertario.

En cierto colegio de monjas, una niña, hoy hermosa señorita, amiga mía, tenía el encargo de hacer *penitencia* para conseguir la conversión de *Clarín*; y la penitencia consistía en soportar una piedra pequeña entre pie y zapato. La niña anduvo coja una temporada; pero yo... estoy arrepentido.

Lo malo es que, como dijo Camposamor, todo se vuelve

Pesar, hacer penitencia, y luego vacila á pecar.

Entre el seminarista navarro, que quiere romperme el bautismo, y el Sr. Sánchez Torres y la niña que cojeaba por salvarme, hay una inmensa distancia, que es necesario tener en cuenta, amigo Urales. El cristianismo de años y de otros no es una tontería.

El del seminarista... es una brutalidad. Pero no es tontería. Ni es cristianismo, claro.

El cristianismo de Sánchez Torres y de las niñas que quieren convertirme, es por caridad; podrá haber en él candor, ilusión... pero no es una tontería.

*

Pero hay algo peor que todos estos extremos que me cogen en medio, y con buena ó mala intención, me toman por lo que no soy, por lo que ellos se figuran.

Peor, mucho peor que mi simpático Angelón, el cura listo y leído de *La Cruz de la Victoria*, periódico de Oviedo, es este señorito de gabán de pieles (baratas), que sube á la plataforma, es alienta detrás de la mesa del opositor (después de quitarse el gabán), y para ganar una cátedra haciendo al tribunal ultramontano, comienza á vomitar escolasticismo mandado, preñado con alfileres, y finge por la causa de la fe tradicional un entusiasmo de ochocientos mil reales con descuento.

Ese, ese es el peor de todos.

Latet angustia... en fide.

El estudiante navarro, brutal, carlista... nunca será ministro.

El místico alquilado del gabán de pieles, en cuanto sea catódrico, irá templando sus ideas, transigirá con lo presente... y acaso llegue á darnos una ley de Instrucción pública, dividida en dos grandes grupos: uno para el diablo y otro para San Miguel.

*

Esta es la situación del que sigue justo medio.

Su ley le obliga á no mostrarse extremado al juzgar á los extremos... y á simpatizar con ellos.

Y á ver el peor enemigo en los templados... en los tibios que le dan náuseas al Evangelio.

CLARÍN.

Palique.

Se ha publicado el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana*, más lujoso y elegante que nunca. Por lo que toca al primer tipográfico y á la limpieza y corrección de los grabados, hay que acordarse del *Figuro Ilustrado* para encontrar algo semejante, no superior.

En el texto—excluyéndome á mí y á otros pocos—figuran firmas de las más acreditadas... pero ¡qué tristeza da pensar en las que faltan, por culpa de la muerte ó de otras causas, si no tanto, muy lamentables! Colaboradores asiduos del *Almanaque* solían ser Castellar, Vidart, ¡Ya no existen! Campoamor, ¡ya no escribía! Y Valera... se siente cansado á veces; y eso que es un atleta de la pluma.—¿Y Núñez de Arce? ¡Cuánto tiempo hace que Núñez de Arce no da cuenta de sí! ¿Que le pasa? Manuel del Palacio no falta; pero esta vez escribe en prosa.

Nos queda Ferrarí que canta... á una campana, que no es precisamente la de Schiller.

Como un monstruo de bronce
sujeta entre pilares,
y descubriendo, *hinchada*
la oquedad de su vientre formidable,
en lo alto de la torre
que la sirva de cárcel
la colosal campana
cuelga del resistente maderamen.

Fido la palabra para rectificar.

¿Por qué ha de parecer un monstruo una campana?

Es monstruo lo que se separa de las formas y condiciones naturales en su género; una campana que es grande, pero es campana, no es un monstruo. En la industria humana no hay monstruos.

Tampoco admito que sea vientre de una campana lo que Ferrarí llama así; y mucho menos que una campana esté hinchada.

¿Y formidable? ¿Por qué ha de ser formidable la oquedad de la campana? Formidable es lo que da miedo. ¿Y á quién infunde miedo la concavidad de una campana?

La torre no sirve de cárcel á la campana. La campana está en la torre como el pez en el agua. ¡Dónde está la campana que más valiera! ¡Se imagina Ferrarí una campana en libertad! No hay tal cárcel.

«El resistente maderamen». Resistente es lo menos que puede ser el maderamen, palabra no muy práctica.

Tampoco hay campanas colosales... Por muy grande que sea una campana, no es colosal.

Porque *colossal* lo que representa un objeto en tamaño que excede al natural. ¿Cuál es el tamaño natural de las campanas?

Después resulta que la campana habla desde el cielo á los mortales.

Muy cerca tiene el cielo el Sr. Ferrarí: en una torre. Casi, casi se puede coger el cielo con las manos.

Y resulta que, al sonar la campana, caen ancianos y mujeres desmayados por las calles.

Y para evitar tanto estrepito, le hicieron á la campana una hendidura.

Y ahora viene el símbolo. Según Ferrarí,

Mirándola el curioso
viajero de una tarde,

¿Viajero de una tarde! No lo entiendo.

veía allí el emblema
de todos los destinos inmortales.

Porque, según el poeta, el alma del genio libre y grande tiene que vaciarse en la carne rota y destemplada, para que su voz no aione a los hombres.

No comprendo un alma rota, ni sé por qué había de aionar á los hombres la voz del genio sin hendidura.

Pero, en fin, Dios sobró todo.

Bremón publica en el Almanaque un cuento en que se trata de un señor que sabe mimular y que entiende á los gatos.

No digo que no, pero lo que siento, es que un escritor tan correcto como Bremón suelo serio, nos diga *me bufó*.

Bufar es verbo neutro; y decir *me bufó*, es como decir *me estornudó* ó *me nació*.

Que no vuelva á suceder.

Si los que sabían escribir escriben mal, ¡qué van á hacer los libertarios de la lengua!

El Sr. Casero, en el mismo Almanaque, insiste en cultivar el género López Silva.

Y no ve Casero, que sólo Silva es Silva, y que los que le imitan, van por Silva á la silba.

Á la silba obispa.

Se ha publicado el nuevo Diccionario de la Academia, que por cierto es la décima tercera edición.

Ahora todo es trece; el Rey, el Papa y el Diccionario.

En el prólogo de la edición anterior, la Academia faltaba varias veces á las reglas de su propia gramática; y ahora, para evitar habla-

—Pónmelo en cuenta, que me he dejado el dinero en el otre chaleco.
—(A otro perro con ese hueso). (Dibujo de Santana).

duras, ha prescindido del prólogo. Le basta con una breve advertencia, en que dá las gracias á dos caballeros particulares y declara que ha corregido algunas erratas rectificando definiciones y etimologías. Eso ya lo veremos.

Como ahora no hay más que género chico y Cámaras de comercio, y libertarios del idioma, la nueva edición del Diccionario no ha llamado la atención pública; pero bien lo merece.

Yo todavía no tengo el libro á mi disposición; pero pienso examinarlo, para ver si la Academia ha tenido en cuenta ó no las observaciones que se le han hecho con razón, aunque fuera la forma poco amable.

Sería bueno que, por ejemplo, la Academia no hubiera tenido en cuenta las rectificaciones de Valbuena (muchas de las cuales eran de evidente verdad, justísimas), sólo por ser de quien eran y por haber ido envueltas en palabras gordas.

Pero también tendría gracia que la Academia se hubiera aprovechado de las lecciones de D. Penancio González... después de haberle despreciado y maltratado, tantos académicos.

En fin, ello dirá.

El asunto se presta á varios paliques.

Los Hidaigós se titula el último libro de mi amigo el joven escritor Martínez Ruiz.

Es un estudio substancioso, de crítica muy documentada y de amorosas descripciones, lleno de ideas y de noticias... y de color.

Martínez Ruiz empezó por ser un *enfant terrible* y después se fué convirtiendo en un literato concienzudo y de los pocos que estudian de veras.

Otros ahorcan los libros y se meten á predicar *libertariamente*.

Martínez Ruiz, de veras, se fué del pulguito á la biblioteca. Dejémosle en paz. Que estudie, que estudie.

Respetemos el culto de esa especie de oración perpetua.

En España la vida del verdadero estudiante, es vida monástica, en la rigurosa acepción de la palabra...

Pero ¡qué ruido es ese!

Nada; los estudiantes de Barcelona que rompen cristales.

¿Por qué? ¿Quiéren algún concierto económico?

No; piden un separatismo.

Quiéren separarse de la cátedra hasta que pase la Epifanía. Después de Reyes volverán á la Universidad, para ir concertando otro motivo que les facilite y adelante las vacaciones del Carnaval.

Así se ganan la bolsa de doctor en España, muchos que después son legisladores y hombres de gobierno y dan cargas de caballería á los estudiantes.

¡Ayl sí! los que en España estudian de veras,

como Martínez Ruiz, son verdaderos *uonjas*.

Es decir, solitarios.

CLARÍN



En Formosa.—El más popular y más conocido de últimos años. (Dibujo de R. Delmont).

Palique.

De la candidatura de Ortega Munilla para la plaza vacante en la Academia, ¿qué he de decir yo, sino que me parece de perlas?

Lástima grande que el oficio de padre putativo del idioma haya venido tan á menos, que no pueda ser un envidiable galardón para los méritos de tan notable artista.

Porque esa es la hija. Ortega, si entra en la Academia, no entra por periodista principalmente, como se ha dicho estos días. Muy notable periodista es Ortega; mucho más de lo que saben algunos; por qué además de su trabajo ostensible, firmado, puede ofrecer como título de gloria la labor anónima, apenas agradecida, de sus afeanes, para llenar días y días, años y años, de original jugoso, interesante, las hojas del papel más leído de España.

Más á pesar de esto, Ortega es ante todo el autor de novelas que han sido y son populares, ricas de estilo, de observación, de sentimiento. Dígalo, por ejemplo, su último libro, *historia natural de un hogar en que entra la madrastra*, historia llena de verdad y de ternura, elegía de tristísima poesía, sentida en un gran corazón de artista.

Por cierto, y dicho sea de paso, y en honor de la modestia de Ortega, que cuando esa novela se publicó yo quise hablar de ella, con el elogio que merecía, en una de mis revistas literarias de *Los lunes del Imparcial*, y el director (Ortega) no insertó el artículo... porque sin duda creyó que su deber así se lo pedía. Error sin duda, pero que honra al escritor humilde que juzga alarde de vanidad lo que es tributo que le corresponde en justicia.

o o

Pero una cosa es que Ortega, como artista sobre todo, deba entrar en la Academia, y otra cosa es que á cada vacante los periodistas den en la flor (ó en la *Pernanflor*) de presentar un candidato de la clase, aprovechando las ventajas de la publicidad de que disponen.

Ahora, los que han propuesto á Ortega, por periodista, dicen que hay que hacer también inmortales á estos señores de la prensa, y ¡claro! cada cual cita á quien le parece. Hay quien habla de Mellado y de Figueroa. ¡Muy bien! Si, los dos son buenos y antiguos periodistas. Pero no son moco de pavo el otro Figueroa, Troyano, Abascal, Moya, Burell, Francos, Bremón, y qué se yo cuántos más, todos los cuales tienen mucho más mérito que no pocos académicos de muchas pretensiones.

Pero si metemos entre los 40 (como decía un revistero, cometiendo un galicismo numérico) á tanto periodista, se van á resentir los meritísimos candidatos de otras clases. Por ejemplo, los oradores. La oratoria también ha sido muchas veces título para la entrada en la Academia. Díganlo Martos, Moré, Ríos Rosas, etc., etc. Pues siendo así, ¿por qué no han de ser candidatos *apremiados*, para la Academia,

Salmerón, Gamazo, Maura, Pi, Canalejas, Labra, Azárate, y el mismísimo Romero Robledo?

¿Y los autores cómicos?

Es extraño lo que sucede respecto de esta clase de literatos, con relación á la Academia.

Nadie se queja de que nuestro teatro alegre, verdaderamente nacional, no tenga representantes entre los inmortales de oficio.

En Francia, son académicos famosos autores cómicos; porque se juzga, con razón, que este género, difícilísimo, es tan digno como cualquiera de las *verdes palmas*.

Y aquí, donde el público admira y paga más que ninguna otra cosa literaria, las *marcaras alegres*, á nadie se le ocurre que debieran ser académicos, antes ó después, hombres como Ramos Carrión, Ricardo de la Vega, Miguel Echegaray, Vital Aza, Burgos Blasco, etc., etc. ¿Por qué no? ¿Se trata de mérito artístico? Esos señores le tienen muy superior al de la mayor parte de los académicos citados. ¿Se trata de escribir correctamente?

Pues Ramos Carrión, v. gr., es mucho más correcto que el marqués ó conde de la Viñaza, que en su discurso de entrada en la Academia, cometía multitud de solecismos, que lo señaló con mucha gracia, el crítico de *La España Moderna*, Sr. Baquero.

No es Ferrarí de lo peor que hay en la Academia, ni mucho menos. Bueno, pues no publica versos Ferrarí en que no se ensueñen variedades de desatinos, como he tenido el disgusto de probar infinitas veces.

Hagan ustedes igual experimento en la prosa y en el verso de Az. Burgos, Vega y verán que no hay do qué.

El público es mucho más *Artileo*, á veces, que ciertos presuntuosos Zoilos, y ha comprendido que tiene más mérito escribir *Los baños de Manzanarez*, *Los volientes*, *Los Hugonotes*, *Zaragüeta*, que estudiar el desmoronamiento de la sátira en el siglo catorce, sin gracia, sin pensamiento original, y á fuerza de tragar polvo *medieval* en un archivo.

o o

Pero, si he de decir mi pensamiento más íntimo, respecto de la Academia, declaro que en mi sentir, allí debiera dejarse entrar á todos los que quisieran, con tal de pagar religiosamente una cuota, en vez de cobrar dietas.

Así como cuando hay oposiciones á cualquier cosa que paga el Estado, se pide, y se consigue, que se amplie el número de plazas, con que *todo Dios* pueda meter la cuobara en el presupuesto, así debiera aumentarse el número de sillones académicos, costeándolos, eso sí, los aspirantes á ellos.

Y ¡qué demonio! Como este mundo aquí se ha de quedar, la Academia debiera alternar sus *tenidas* gramaticales, con bailes y conciertos para las familias de los señores-socios; como hace ya la *Sociedad de Escritores y Artistas*, que ha comprendido perfectamente su misión sobre la tierra.

¡Y el Diccionario, que lo porta un... Yalbuena!

CLARÍN

PALIQUE

Dabo advertir á los *deratats* y libertarios, masculinos y femeninos, que, según me dicen, se han desatado contra mí estos días, que yo no leo sus réplicas, carteles de desafío científico ni demás locubraciones. No acaban de comprenderme. No hay términos hábiles para una discusión entre ellos y esta humilde cara. Ellos son víctimas del más ciego piteísmo; no han estudiado ordenadamente; repiten, como si se tratara de oráculos, las doctrinas de ciertos corifeos, que tampoco han estudiado á fondo la verdadera filosofía. Parten de un dogmatismo revolucionario fundado en un superficial sensualismo, que todavía tiene sus fuentes primeras en las escuelas del siglo pasado.

Sería sencillamente ridícula (y materialmente imposible) una polémica con estos apreciables señores y señoras. No se trata de eso.

Yo, en uso de mi perfecto derecho, estudio la vida intelectual contemporánea de mi pueblo, con el propósito crítico de contribuir en la corta medida de mis fuerzas al progreso moral de mi país; y para ello necesito alabar lo que juzgo bueno, y censurar, unas veces en serio, otras en forma satírica, ó como pinto, lo que juzgo pernicioso. Veo y lamento que, por la escasa cultura general de nuestras clases semi-educadas, predominan aquí las tendencias exageradas, las que entienden las cosas *grasso modo* y se van á los extremos; lo cual revela tal vez cualidades necesarias del temperamento, de la raza, etc.; pero de fijo revela también falta de reflexión, de análisis detenido y de conocimientos especiales. En la Universidad oficial, para pasar á la juventud que ha de constituir la clase directora, predomina, á fuerza de coacción y de *lurran*, el elemento escolástico, el ultramontanismo, torciendo la palabra en el sentido corriente, y en las predicciones populares predomina el anarquismo de escuela abajo, que tiene en España por apóstoles á los que yo llamo *capataces* de la ciencia, y á los que llamaré ahora, ya que eso de *capataces* les molesta, *curanderos* de la medicina sociológica.

Me he pasado la vida combatiendo á los *neos* de la ciencia, y pienso seguir haciéndolo; pero ahora llega la oportunidad también de llamar la atención del pueblo que asiste á reuniones de *librepensadores*, como ellos se apellidan, y los papeles *deratats*, para que ponga en tela de juicio, no la buena fe de la mayor parte de esos corifeos de pacotilla, sino la suficiencia de sus estudios y meditaciones.

He dicho, y repito, que más daño que la reacción hacen á la causa del progreso sus Frey Gerundios de Campaña, y más particularmente los Frey Gerundios que añaden lo contrapropósito de su propaganda notas de ridículo y de roquismata.

No por el gusto de molestar á bicho viviente, ni menos por el afán de que me den notoriedad diviniéndose discutir conmigo *Urtales* y *Bolones*, digo de vez en cuando algo contra esas medias lenguas del apostolado *deratata*: lo digo porque lo creo justo y oportuno, porque deseo para el pueblo alimento espiritual de más substancia y regeneración social, que esté basada en algo más sólido que en doctrinas que van á dar (sin que lo sepan los *capataces*), ó al sensualismo superficial del siglo XVIII, ó á un positivismo de médico empírico, que es todo el bagaje filosófico de muchos sabios (de verdad) á quienes toman por Sibilas los *capataces*, sin ver que hasta un Haeckel, un Bertholot, un Letourneau pueden ser excelentes especialistas científicos y filósofos muy medianos.

Si yo lo digo al Sr. Urtales, por ejemplo, que tal cosa le dijo Santo Tomás, se reirá de mí y del *Duce mudo de Sicilia*; y en cambio él pretende taparme la boca citando á Spencer (que no es *deratata*, como Urtales) y diciéndome que el ilustre don Il-riberito es más célebre que yo. Bastante más. Pero también Nuestro Señor Jesucristo es más célebre que Urtales y doña Soledad, y, sin embargo, ellos lo llaman tonto y plagiarlo.

(Piensen Urtales y la señora Mane (así se apellida doña Soledad) que al empezar el siglo XX se puede discutir en serio con quien crea en los plagios de Cristo (supongo que se referirán á la doctrina de Filillo) y á las pretendidas reminiscencias de la teorías indias? Hay opiniones que acusan extravío, y cabo discutir las; pero hay otras que no revelan más que absoluta ignorancia. Y yo no me propongo tampoco enseñar á los *deratats*, ni sería posible hacer cosa de provecho, en este sentido, en breves artículos de periódico. No me propongo más que denunciar los peligros y defectos de una propaganda superficial, *infocumentada*, y para esto, de tarde en tarde, leo algo de lo que escriben los *deratats*, para que me sirva de base en

mis censuras. Pero basta que ellos se dirijan á Clarín (con letras gordas, generalmente) para que yo nos les haga caso. ¿Por qué no discutir? — me preguntaba hace días doña Soledad. — Señora, por una porción de motivos que no podría usted comprender en su presente situación de ánimo y de inteligencia.

Es claro que, como yo, piensan multitud de escritores, y profesores, y hombres de estudio y de *prudentia* intelectual; y si no lo dicen con su firma es porque les molestarían las palabras gordas, y los desplantes y *lides solteras* con que los libertarios les obsequiarían (porque, como yo me temo, parece que ya han salido por ese registro, ni más ni menos que si fueran vulgares poetastros). Pero yo hablo porque no me importa un pito que digan de mí lo que quieran. Ni me importa, ni me entera.

Es muy cómodo hablar mal del Gobierno, y de los reaccionarios, y maltratar al clero, porque esto es de tono de *hombre del progreso*; pero como quiera que es evidente que los exagerados ó irreflexivos apóstoles de doctrinas extremas en sentido *avanzado*, causan el mayor daño á la causa de la libertad y de la cultura moderna, con éstos hay que atreverse también, porque son fanáticos como los otros, intranseguros, *impulsivos* peligrosos. Y no hay que hacer caso del *tal-tale* con que, naturalmente, tratan de defender sus posiciones.

CLARÍN.

621 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3326, 19 diciembre, 1899

Palique.

¿Teatro artístico! Perfectamente. Me parece muy bien que lo haya. Es, por lo visto, el teatro libre con otro *plato*, ni mejor ni peor. Se podrá decir que artísticos también lo son los demás teatros.—Sí; cuando lo son; pero también son libres y a veces hasta libérrimos. El nombre importa poco; el caso es saber de qué se trata. Teatro *privado* (que tampoco está bien), teatro *artístico* como se quiere. Que lo haya, aunque no lo bauticen.

Recordarán, los pocos que son aquí aficionados a recordar cosas, que *El Imparcial* abrió discusión, hace años, acerca del teatro libre, y allí metimos la cucharada varios ingenios de esa corte y de estas provincias. En aquella ocasión tuve yo el honor de decir, que estas cosas necesitan dinero, y abnegación por parte de muchas personas. El Sr. Benavente iniciador, creo, del Teatro artístico tiene, por lo pronto, el mérito grandísimo de empezar a probar el movimiento por el sistema de Diógenes, andando. Pero Benavente, que tiene en casa fábrica de comedias, no la tiene de moneda, no se lo permitirán. No puede pagar cómicos buenos y caros. Y trabajan aficionados en mezcla graciosa con actrices de oficio. Y por ahí, por el camino del actor-autor, se va a... Lope de Rueda, al carro de Tespis, a cualquiera parte menos al porvenir. Y hasta se puede ir al teatro casero. ¡Horror!

Yo bien sé que nuestros cómicos, y acaso también los extranjeros, tienen, a pesar de su gran arte, ciertos vicios de origen, teatrales (naturalmente), que perjudican un poco para el teatro sincero; acostumbrados al gran teatro, al teatro... teatral, consigo traen las condiciones de que justamente se quiera huir en el teatro... aparte.

Lotería, por CILLA



—Vamos, que ni un mal reintegro, para cenar mañana...

LA LIMOSNA; croquis del natural, por Roberto Delátang.



No hay que confundir.

Así como una cosa es la poesía crudita y otra la popular; pero no es poesía popular lo que no es poesía; así los cómicos teatrales, a propósito para el teatro de ensayo, libre, no son los buenos cómicos ordinarios, pero mucho menos los que ni siquiera son cómicos.

Con los aficionados no se puede suplir la falta de cómicos *ad hoc*. Como no se suple con aficionados la falta de cantantes especialistas del *magnum*.

Mientras no haya escuela de cómicos... libres (vamos al decir), es preferible buscar a los cómicos que lo son de veras. Pero hay que pagarlos... ó hay que convencerlos de que no deben cobrar. Todo ello es muy difícil. Lo último, más.

El teatro artístico tampoco debe entregarse a los aficionados... de autor. No vaya a creer D'Agot que le van a estrenar a él cosas.

Hay jovencitos que se figuran que en cuanto Thuillier, Mario (q. e. p. d.) ó Díaz de Mendoza ó C. Palencia les han perdido un manuscrito, ó no les han contestado a una carta, ya ellos son unos genios... libres. El teatro artístico no debe ser el teatro *asilo*.

No falta quien piense que en cuanto hace una cosa soslaíma, pero diligada, ya está en plena dramaturgia reformista y rompiendo moldes.

Hay que evitar las teorías trascendentales.

Por eso, y sin perjuicio de admitir las pocas novedades buenas que se ofrezcan, se debe atender a representar lo que, siendo obra del talento seguro, por tales ó cuales causas no suele representarse en los teatros que tienen que halagar al público vicioso.

El arte por la laguita no puede arriesgarse a ensayar obras que tienen idea, enjundia, pero que no están en el gusto, ó no pueden ser comprendidas, bien saboreadas por falta de cultura general, de hábitos de reflexión, etc.

Ejemplo: El teatro de Goethe. Goethe tiene en el dedo méfisque cien veces más talento que cincuenta *Sardous* puedan tener en la cabeza. Y sin embargo, hay que confesar, que Sardou tiene el famoso *din* (de que se burlaba

hace años Zola... que tampoco tiene el *don*) y Goethe no lo tiene. Nuestro público grande no sabría hoy gozar dignamente del teatro de Goethe. Y para una *ditte* ¡que regalo!

No porque Goethe, dramaturgo, no tenga defectos; si no porque, a pesar de ellos, las personas de gusto fino, reflexivas, gozarán con *Egmont*, *Clavijo*, *Ifigenia*, *Tasso* mas que con lo importa que obras modernas muy teatrales, muy *esclavistas*... y de poca miga.

Clavijo, *proto-romántico* drama, pudiera decirse, con su asunto español, la famosa aventura madrileña de Beaumarchais, interesaría mucho a un público escogido. Y a *Los lunas del Imparcial* los haría reír.

Egmont, daría sueño a la marquesa del Pantano y a la duquesa de Medinaboba; y Goethe trabajó en *Egmont*, años y años con exquisito esmero, poniendo en él lo mejor de su alma de artista.

¿Y el teatro *exótico* lejano?

¡Cuántos placeres delicados, picantes, nuevos, no podría causar, v. gr., aquella comedia japonesa, que es ni más ni menos, que la *Dama de las Camelias*... de Yedol Por supuesto, sin plagio de nadie; por pura casualidad.

En fin; que se pedirán intentar muchas cosas divertidas... si hubiera pesetas.

Por ahora, Dios lo dé salud a Benavente para continuar su meritoria tentativa, que ojalá se vea coronada por el mejor éxito.

Pero ojo con los aficionados de *ambos sexos*. Y el caso de D'Agot principalmente.

CLARIN

Lotería, por CILLA



—¡Nos ha tocado algo, Ramón!

—¡Ea lo creo, pero te empeñaste en jugar conmigo...

Palique.

Otra errata.

En el último Palique se me hacía decir que se reirían de Goethe
Las lunas de El Imparcial.

Y yo había escrito los *lunes del Español*.

El tan acreditado buen sentido de los lectores habrá corregido á su tiempo debido la errata.

Pero, por si acaso, la corrijo yo.

•••

No sé si ahora hay *lunas* en el Español.

En *El Imparcial* veo que no los hay.

Ya no va hablando nada.

En el Español trabaja una modesta compañía de *verses*, como se decía antes, dirigida por mi buen amigo el Sr. Bueno, artista de grandes entusiasmos, como dicen los modernistas, que 'todo lo dicen' en plural.

El Sr. Bueno sabe si yo le estimo y aprecio en lo que 'vales' el celo, inteligencia y lealtad con que defiende las buenas tradiciones... pero una cosa es que Bueno haga perfectamente comprado rábanos cuando pasan, y otra cosa es que Ayuntamiento, críticos, prensa y opinión vean con indiferencia lo que pasa en el teatro Español.

Un concejal hablaba el otro día de defender, en este asunto, los intereses del Municipio. Se refería á los cuartos.

No está mal eso, para un concejal.

623 Madrid Cómico (Madrid), n. 13, 30 diciembre, 1899

Pero la culpa de que anden en esto los prosaicos concejales, la tiene el público; la tiene el Gobierno, que consienten que institución nacional tan importante, tan gloriosa como el teatro Español esté en manos del Ayuntamiento de Madrid.

Ya que en materias académicas imitamos á Francia; y tenemos una Academia de la lengua, cortada por la que fundó el absolutismo francés, ¿por qué no tenemos un teatro español que sea como el teatro francés?

Se ha dicho mil veces que es un absurdo subvencionar oficialmente la ópera, que es, en definitiva, extranjera, y no cuidar del teatro nacional.

Yo veo que se debe atender á todo; pero antes al teatro nacional.

Pero ya verán ustedes como no se atiende.

Y cuando Parisio sea presidente del Gobierno, menos.

Váyales usted á los camareros con versitos.

¡Si precisamente hemos perdido á Cuba por culpa de Lopel!

Los hidalgos y los camareros, total *Euzcía*, creen que nos perdemos por idealistas, por exceso de vida espiritual.

¡Si hasta hay intelectuales que abominan de nuestra educación *ibérica*!

Pero esto se explica. Estos señores traducen, sin saberlo, sus artículos del francés; y como por ahí fuera los pedagogos se quejan, y con razón, del exceso de estudio teórico, de libro, y predicán la necesidad de buscar el equilibrio dando más á la actividad, á la energía práctica, *nuestros* traductores aplican el cuento á España; sin ver que aquí no sobre la *libresca*, sino que falta; no morimos de teoría, sino de práctica irreflexiva, de hacer las cosas sin pensarlas, como lo prueba la guerra con los Estados Unidos.

La política de mostrador y de casa de banca, de sindicatos y conciertos económicos nos lleva, no á la riqueza general, sino al negocio de unos pocos y al embrutecimiento de casi todos.

No es que hayamos aprendido á ser industriales, agrícolas, comerciantes; no es que empezamos á tener los vicios y defectos que suelen acompañar al excesivo cuidado de los intereses materiales.

De otro modo, tenemos los vicios y los defectos de los ricos... sin salir de pobres.

Es evidente el desprecio que inspira en general todo lo que significa espíritu, delicadeza del gusto, finura del ingenio.

Se ve morir la literatura con la mayor indiferencia.

Los periódicos se hacen *solos*. Entre las agencias telegráficas y las de anuncios y los interesados en los *reclamos*, despachan el número.

No hay más redacción.

No siendo el heroico Galdós, y otros pocos, muy pocos, nadie publica libros, más que los incautos primerizos, ó los que gastan su fortuna en vanidad impresa.

No hay crítica de libros, no hay crítica de teatros.

No hay nada de nada.

Y la gente tan fresca; sin ver en esto un síntoma de anemia cerebral.

•••

Pero, no hay que desanimarse, porque ahí están los *decaltes* y los *decadentes* traducidos que van á salvarnos de un día á otro.

A propósito de *decaltes*, debo decir, que yo no me burlo de los pobres obreros que estudian lo que pueden. Los *decaltes*, los *capataces*, los *cabecillas* presuntuosos á que yo me refero una y otra vez, son señoritos, ó trabajadores *honorarios*, vamos, holgazanes que se las echan de víctimas del capital.

Lo que yo censuro no es lo poco que el obrero de verdad puede aprender, robando horas al descanso. Lo que yo censuro es la propiamente interesada de esos *rufes* que, sin oficio ni beneficio, quieren adular á las clases obreras engañándolas con falsa ciencia, con lecturas superficiales, con espionamientos y mentiras. Esos *cabecillas* suelen ser estudiantes *suspensos*, gente fracasada de las carreras liberales, ó bien obreros que no quieren manejar los instrumentos de su oficio mecánico, y manejan la pluma ó susitan la sin hueso, llenos de vanidad, por cuatro paparruchas aprendidas en lecturas desordenadas y malasas.

Toda esta genticilla anda ahora furiosa contra mí. ¡Ya lo creo! No les gusta que se les advierta á los pobres obreros la casta de grajos que quieren ser sus maestros, sus apóstoles, sus guías.

Mi tesis es esta; que bastante desgracia tiene el pueblo con ser pobre en lo material, en tener mal vestido, mala cama, mala comida mala casa; y que debe procurarse que el pan del espíritu no se lo den esos pandereros que falsifican el *pez* y la harina.

¡Ah, señoras y señores *decaltes*! á mí no se me rinde con insultos que no lo. Seguiré diciendo de ustedes lo que me parezca.

Y los papeluchos que me envían, seguirán yendo á la chimenea sin que nadie los abra siquiera.

¡Ojalá por aquí no se va á la notoriedad.

Por aquí no se va á ninguna parte.

CLARÍN

Palique.

Yo no soy de los que creen que la belleza, y con ella el arte, son antes que todo, antes que la verdad, antes que la moral.

No solo son los *estetas* superficiales y ligeros, los *poseurs* de cenáculo y otros tipos así, los que profesan tal doctrina... También pensadores serios, sinceros, profundos, llegan a tal resultado, y basta citar, entre los más modernos, a Mr. Fuij, uno de los jóvenes franceses, entre literatos y filósofos, que más prometen. Mr. Fuij, por camino original, aunque con muchas reminiscencias de Novalis, llega a la supremacía de lo bello, no por desprecio ó menosprecio de la verdad y de la moral, sino por exaltación transcendental de la hermosura.

Yo no voy, decla, tan lejos; pero sí creo que uno de los signos de la verdadera civilización, consiste en el profundo respeto y el asiduo y esmerado cultivo de la belleza y del arte.

País en que se desdeña la producción artística, en que se la mira como cosa secundaria, es país atrasado ó acaso incapaz de verdadera cultura.

En España, pese á ciertas pretensiones idealistas, casi siempre y en casi todo, el fin estético ha sido relegado á segundo término. Basta leer las dedicatorias de nuestros buenos autores antiguos que encomendaban la protección de sus libros á la benevolencia de los magnates, para ver que los mismos artistas consideraban como secundaria la labor del literato.

Otra prueba, la tenemos en el prurito de muchos de recomendar las obras de arte por la utilidad moral ó pedagógica que pueden tener, creyendo que sólo así merecen atención de las personas serias.

También puede notarse, que en las épocas en que predomina la teoría del arte por el arte, la legítima, los que quieren pasar por espíritus delicados, de gusto, ocultan su íntimo pensamiento, contrario á tal teoría de *mada*; pero en cuanto las corrientes van por otro lado, y ya se puede ser *moderno* siendo utilitario, caen las caretas, y multitud de pretendidos artistas y críticos, se lanzan á la defensa de sus verdaderas aficiones, que son las artes esclavas de lo útil, la literatura para un fin moral, religioso, social, económico, lo que sea.

Hoy, esto es lo de *actualidad*, y por eso, dentro y fuera de España, vemos á tanta gente *sin sentido estético* escribiendo novelas, comedias, cuentos y crítica de letras y arte, juzgando con el criterio del utilitarismo la belleza; pidiendo á la poesía que sea *acción*, efecto moral, político, si quiere valer algo.

En España, ahora, el desdén del arte puro, como el de todo lo que huele á idealidad, se extrema, por el predominio del *sanchopancismo*, que se ha metido á regenerador; y damos pasos de gigante en el camino del prosaísmo, como puede observar todo espíritu que no sea excesivamente frívolo.

En infinitas cosas se nota este desprecio y olvido de lo estético, de lo bello por lo bello.

No puedo hablar aquí de todo, escogeré algo.

En los libros se nota... en que no se publican libros realmente literarios, apenas.

En los periódicos todo denuncia el menosprecio del arte y de sus intérpretes.

Al literato verdadero se le toma como un instrumento de reclamo, y mientras sirve se le utiliza, y cuando se cree ya asegurada la parroquia, gracias á la rutina, se manda al literato á paseo.

Hay dinero para satisfacer la pueril y hasta enfermiza curiosidad, adquiriendo con diligencia noticias y pormenores insignificantes y á veces escandalosos, y no hay un cuarto para pagar una colaboración decorosa que defienda, con crítica ilustrada, los fueros de lo bello. Ni el novelista, ni el dramaturgo, ni el poeta, ni el historiador, ni el filósofo, pueden esperar de la prensa el examen concienzudo, técnico, de porrito, de sus trabajos serios y profundos; porque las personas que pudieran encargarse de tal tarea no escriben... porque no hay que se lo mande. Y no se lo mandan... porque habría que pagar su trabajo; y esto es lo que se quiere evitar, precisamente. Escriben los *reporters* críticos, que lo mismo hablan de pelotaris que de poetas, y que dan *bonitos* á los amigos y *palos* á los enemigos, sin pizca de aprehensión ni de gramática.

o o

Otra de las formas en que se echa de ver el desprecio del arte es el artículo de encargo y de circunstancias.

No se les ocurre á los prosaicos editores y empresarios, que el verdadero artista sólo obedece á la propia inspiración; que cada literato verdadero, escribiendo lo que él quiera y como él quiera, lo hará mejor que sometiéndose á los lugares comunes, impuestos por persona ajena al arte.

Hay literatos verdaderos que por distracción, benevolencia, ó necesidad, se someten á esta esclavitud del artículo, y á veces la poética de encargo y de circunstancias, y escriben el *cuentecito* de Navidad, ó la broma de *Carriñal*, ó la elegía de *Semana Santa*, que por clasificación les corresponde.

Y así sale ello. Donde podía haber sinceridad, espontaneidad, algo original y vivo, hay por culpa del *clutch* y del encargo, obra premiosa, fría, amanerada, vulgar, inaturalmente!

El empresario *Mecenas*, coge un grupo de literatos y los presenta al respetable público, haciendo el paso en un número extraordinario, almanaque ó lo que sea; como en el circo se presenta la familia del representante, unos sobre otros, el *hiosco chino* ó cosa por el estilo.

Y gracias, cuando en la prensa hay espacio para la literatura, aunque sea vilipendiada.

¡Qué haya un gran crimen, una gran cogida, y á los literatos se les declara en huelga forzosa... hasta que el calendario anuncie la oportunidad de ilustrar algunas de las clemérides con los paros, con *forcepts*, del ingenio nacional...

o o

Hay *industriales* muy graciosos. Quieren hacerse ricos explotando el trabajo del *sudor*, como ciertos con géneros ingleses; y se portan con los escritores, como aquellos con los miserables á quien el hambre obliga á trabajar mucho y muy barato.

Piden un artículo, queriendo explotar la firma. Pagan lo que se les pide.

Pero el periódico no prospera, porque no es más que uno como hay ciento. Y el empresario quiere que usted baje el precio de su trabajo. Y usted se niega.

Pues en el mismo sitio en que el periódico aquél anunciaba con letras gordas que iba usted á honrarle con su colaboración... ahora le insultan y desprecian y publican artículos de sus enemigos de verdad, que le ponen verde...

Y así se respeta el arte en esta tierra de *hidráulicos*... en seco.

CLARÍN

Ante todo, bendito y alabado sea Dios — con permiso de doña Soledad Gustavo — porque se ha dignado permitir que recobrara su interesante salud Mariano de Cavia... y de *El Imparcial*.

Todos nos hemos alegrado mucho de que las Parcas, esas ácratas, no se hayan atrevido, por ahora, con el precioso hilo de la existencia del insigne humorista. Hasta un *libertario* de buen gusto — que también los hay — celebró en letras de molde el feliz suceso, fundándose en que Cavia es uno de los pocos ingenios que tenemos, y su salud importa á todos, yeso que Cavia no es progresivo.

Ya lo oye usted, amigo Mariano; no es usted progresivo, y usted se lo pierde.

Usted se tendrá por demócrata, por republicano; pero, hijo mío, si no es usted ateo y partidario del amor libre y del reparto de todas las cosas divisibles y aun de las indivisibles, no es usted progresivo. Bueno; pero lo importante es que usted recobre el vigor perdido, el apetito y todo el dinero que tenga por ahí prestado, si alguno tiene. Porque sin ser lo que se llama progresivo, se puede vivir, siquiera sea con vilipendio.

Yo me temo que tampoco soy progresivo, según me atacan y escarnecen los ácratas de ambos sexos; y aunque es posible que el ser amigo del progreso me haya costado más sacrificios que á tal ó cual ácrata *indiviso*, lo cierto es que estoy lleno de preocupaciones... *moral* y *políticas*, como las ciencias que cultivaba Fabié, que en paz descanse.

Por ejemplo, yo creo que todavía hay filósofos; pura preocupación; porque un ácrata con tienda abierta, el mismo señor que descubrió que el cristianismo era una tontería, ahora acaba de descubrir que era no hay filósofos, que hoy el filósofo es sociólogo.

De modo que todos estos señores que yo me paso la vida leyendo, estos Boutroux, Lachelier, Bergson, Dunan, Green, Durand de Gros, Remke, Spér, Rencouvrier, Paulhan, que tengo delante de los ojos y que creen que tratan de filosofía, sin decir palabra de sociología, no saben lo que se dicen, y son tontos, como Cristo, y no filósofos.

El Sr. Urales no sabe, *magister ácrata*, que en el mundo sigue habiendo ciencia del conocimiento, ciencia de las causas, ciencia de mil cosas que no son sociología y sí filosofía: ni sabe que la filosofía modernísima es muy original, muy profunda, está en un grado de florecimiento asombroso, á pesar de la *libertad* de ideas y la variedad de tendencias que en ella reinan.

El Sr. Urales no sabe que á los ojos de los filósofos verdaderos de hoy, antes de llegar á la sociología, con fundamento, hay que pasar por muchas filosofías de que no saben siquiera esos apóstoles anarquistas, *impulsivos*, que le vuelven la cabeza al Sr. Urales y se la imponen, por pura sugestión, como á un pobre seminarista se la impone el texto escolástico.

Si el Sr. Urales, después de haberme sobado bastante en este mundo, no hubiera salido por peteneras insultándome (lo cual no le impide seguir diciendo que soy *colaborador* de *Revista Blanca*, lo cual no es verdad); si el Sr. Urales, en vez de darse por ofendido por una broma ligera, me hubiera consultado particularmente, yo le hubiera indicado, con mucho gusto, lo que tenía que hacer para orientarse un poco mejor, llegar á lecturas de más enjundia y más sólidas, y dejarse, por ahora, de escribir, sin la debida preparación, de cosas tan complejas, delicadas y profundas, como las que traen y llevan á diario toda esa *apostelería* autoritaria y fanatizada por sociólogos (no filósofos) de segunda y tercera fila.

Crea el Sr. Urales que eso de *pasar al burgués* cada ocho días, siempre con la misma cantinela, á fuerza de negar respeto á todo lo que la humanidad ha creído y sentido siglos y siglos, ya no impresionará á nadie; ni sirve para ocultar la falta de estudios serios y ordenados. Como el Sr. Urales, como Soledad Gustavo, ni más ni menos, escriben por esos periódicos varios discípulos míos que han salido suspensos, por no ser capaces de enterarse de las ideas difíciles y complejas, y que, en cambio, están llenos de lecturas de esas que vuelven locos á muchos libertarios, anarquistas, ácratas ó lo que sean.

Fijese el Sr. Urales en una cosa. Las *luentes* en que él bebe yo las conozco también, son vulgarísimas. Esa filosofía — no sociología — de que yo le hablo, él la desconoce, hasta el punto de no saber que existe. Puedo yo juzgar mejor al Sr. Urales que él á mí. Yo sé de lo que él habla, él no sabe de lo que hablo yo.

Yo, que fui amigo del Sr. Urales, lo estimo, á pesar de todo, y quisiera sacarle de esas vulgaridades de radicalismos superficiales, resobados, y, en definitiva, cursis y de mal gusto. La que no tiene salvación es Soledad Gustavo; porque esa tiene moño... y á las mujeres, aunque sean libertarias, ¡en poniéndoselo en el moño una cosa!...

Ahora discute muy seria con unos señores que defienden la vuelta del mundo al salvajismo. La buena mujer no ve que todas sus teorías son pura *creencia histórica*, ni más ni menos que la de una besta cualquiera; y así como la besta cree en las muelas de Santa Polonia y en el agua de Lourdes, la señora Gustavo cree en sus indigestas lecturas, en la semi-sabiduría de los fanáticos que la han llevado á la doctrina del amor libre. La señora Gustavo viene á ser como un *ama de cura* de cualquier apóstol anarquista. Y así como jamás se me ha ocurrido *convertir* á una devota del Corazón de Jesús, tampoco creo posible arrancar á doña Soledad de su fanatismo *al revés*.

Pero el Sr. Urales, al fin, no es una flaca hembra... Puede saltarse, empezando por ser un poquito más modesto y reconociendo que hay clases...

CLARÍN

PALIQUE

Moreno mil plácemes (á dos reales cada pláceme) *El Liberal* por el concurso de cuentos que tiene abierto y por su generoso propósito de ofracer (y dar) quinientas pesetas al autor del cuento mejor, ó, por lo menos, que más les guste á tres señores académicos, que todavía no se sabe quién (ó quiénes; pero también se puede decir quién) han de ser.

Varios cologas han hablado de este certamen, alabándolo, como es natural; pues tal es hoy la relación de las letras de molde á las letras de cambio, que del lobo un pelo, y de los potentados de la tierra... cualquier cosa, aunque sean dos mil reales.

Pero algunos publicistas han coincidido en esta advertencia: que como la letra de los escritores que ya tienen historia es conocida, así de los Jurados, como de las Redacciones y de los cajistas, podía ser esto una sugestión favorable ó desfavorable al dar el fallo adjudicando el premio.

Con este motivo, mi discreto amigo... y director (en *Vida Nueva*), Dionisio Pérez, cita á varios literatos cuya letra supone familiar á los ojos del Jurado, y con razón; y es el caso, y lo que más me importa, que alude también á la letra -ininteligible de *Clarín*.

Y ahora es cuando pido yo la palabra para defender á un ausente.

A un ausente del certamen.

No defiendiendo yo mi letra (que Dios confunda, como la confunden los cajistas); ahí la dejo abandonada á las disputas de los hombres. Pero me importa hacer constar que *Clarín* no ha mandado, ni piensa mandar, cuento alguno al certamen de *El Liberal*; pero opino, sin que esto sea censurar la conducta diferente que puedan seguir mis compañeros, que el certamen de *El Liberal* debe dejarse á los jóvenes, á los que desean darse á conocer... y empezar á cobrar algo de substancia.

No estaría bien, á mi juicio, que resultase premiado un escritor que ya tiene hecho su crédito de tal, mayor ó menor, y que gana lo bastante para que esos dos mil reales supongan muy poco en su haber. Ya calculo yo que si el premio le cae á un escritor acomodado, él lo regalará á los pobres. Santo y bueno; *sed non erat hic locus*. Esas quinientas pesetas no están destinadas á un hospicio, sino á un escritor á quien le vengan de perlas. Y, sobre todo, lo principal es la parte moral de la cosa. ¿Qué significaría para la fama de un Echegaray, de un Armando Palacio, de una Emilia Pardo Bazán, de un Picón, verbi gratia, el premio de *El Liberal* de esta cosa. En cambio, para un literato novel sería una satisfacción muy grande.

No oro que se vaa inmodestia en lo dicho. Yo no me coloco al nivel de los cuentistas nombrados; pero tampoco pido presentarme como desconocido (pues bien ó para mal) ni puedo negar que mi pluma me produce, el poco, á juicio de mi avaricia más que de mi vanidad, lo bastante para no disputar quinientas pesetas á otros que no suelen ganar casi nada con sus escritas.

*

Y sin embargo, hace mucho tiempo que me halega la idea de presentarme en un concurso de novelas cortas y cuentos.

Y el demonio de la vanidad me ha llevado á imaginar la coquetoría siguiente: Quisiera yo que la Academia Española, que ha premiado varias veces comedias y poemas, y premio hace años una novela (muy mala) del difunto Zeferino Suárez Bravo, anunciase ahora un premio—aunque fuera poca cosa—para el autor de novelas cortas y cuentos que juzgase ella más digno de galardón tamaño.

No había de ser condición necesaria la de ser inéditos los cuentos; no. Cada cual podría presentar todos los que quisiera, aunque fuesen coleccionados en libros publicados ya de tiempo atrás.—Pues yo, seguro de la derrota, pero con cierto género de esperanza, lo que luego explicaré, me presentaría al certamen con la *visera levantada* y acompañado de mis libros de novelas cortas y cuentos titulados *Ripá, Doña Berta, El Señor* y los demás son cuentos, Cuentos morales y otras colecciones que voy á publicar ahora, con más otras varias docenas de cuentos que andan por ahí en revistas y diarios.

Es claro que el premio no sería para mí. Primero, por no merecerlo, y además, porque no habían de votarme los muchos académicos de quien he dicho perrerías. Pero ¿quién sabe—y esta es mi esperanza—si, por capricho, cariño ó qué sé yo qué, algún maestro de los que yo venero, magister académico, me votaría á mí? Y como esto se llegara á averiguar, ya tenía yo bastante premio. Que un Valera, ó un Balart, ó un Menéndez y Pelayo, ó un Pereda, ó un Galdós, etc., me dieran su voto y ¡qué más quería yo?

Es claro que, probablemente, esto no pasaría de una esperanza.

Pero, señor; y mientras ella durase, ¿quién me quitaba lo baillado?

¿De qué vivimos, cuando vivimos menos mal, más que de esperanzas?

No, no querría yo, en el caso del certamen que solicito, entregarme, como la Junta directiva de las Cámaras de Comercio (hoy Unión nacional, duplicado) á lo que llama ella, en español regenerado é hidráulico, la inesperechencia; que es lo mismo que llamar *insalchicha* á la falta de salchichas.

CLARÍN.

Palique.

La ópera española... es mucho cuento. Yo quisiera decir algo de la ópera española... sin molestar á nadie.

Pero... en esta extraña solidaridad de las cosas humanas, resulta, no sólo que repercute en Cádiz un beso dado en Cantón, sino que el hecho, inocente en sí, de no creer yo en la ópera española puede molestar á estos y los otros caballeros particulares.

El maestro Bretón, con quien yo he tenido *illic tempore* amable trato, yo interrumpido, pero sin que mediera nada desagradable entre dos, tiene en mí un sincero, aunque insignificante, admirador de muchas de sus invenciones musicales. No creo, sin embargo, que con todo su talento acabe por crear la ópera española.

También los profesores en el *divino arte* tenemos nuestro corazoncito y podemos tener nuestras razones de estética para opinar modestamente respecto de ciertos puntos de vista de la música; no de todos.

En música, como en pintura, se ha tomado modernamente por belleza muchas veces lo que es habilidad técnica, de que sólo pueden gozar los *geómetras* del pentágono ó los sabios de la perspectiva y del dibujo.

Además, el escribir música, siguiendo las reglas de una tendencia á escuela vencedora, se ha tomado á menudo por arte real. Seguir á Wagner, v. gr., se ha creído que era ser *algo* Wagner, y no hay tal cosa.

El día que se hable claro y con franqueza, se verá lo muy legítimamente que se *ha dormido* en muchos conciertos y teatros por parte de los que no iban á gozar del sonido artístico con los tentáculos de la sabiduría.

Muchas veces se toma la vaciedad por facultad estética.

leyendo con atención lo que dice Wagner de su propia música, de su ópera, y leyendo después lo que dicen de la misma ciertos críticos musicales de pacotilla, se ve que se ha tomado por *esencial* lo que es *accidente*. Estos elementos *accidentales*, (á que el mismo Wagner á veces dió en la *teoría* más importancia de la que tienen), son los que se prestan al *wagnerismo*... sin Wagner, á los imitadores sin genio, á la música de idea... sin ideas.

¡Oh, cándidos hombres de buen gusto, que muchas veces os habéis aburrido oyendo música de sabio arabesco incongruente, *casual*, *desarticulada*, tal vez llegue un día en que se demuestre que vosotros, y no los admiradores *quand même*, érais los que estabais en lo firme! El *esoterismo* musical sirve para ocultar muchas necesidades *exotéricas*...

•••

Volviendo al maestro Bretón, que nada tiene que ver con lo que inmediatamente antecede, le diré con el mayor respeto que he sabido con gran disgusto que él se empeña en escribir los folletos de sus propias óperas, y que los escribe muy malos; aunque en esto supongo que ya no pondrá empeño. Wagner también *se hacia* los libretos; pero aun suponiendo que esta doble labor fuera *esencial* en el *arte nuevo*, no por ello podría demostrar el Sr. Bretón que él sabía escribir dramas para la música; no sabiendo, efectivamente.

Además, el Sr. Bretón, olvidando el consejo wagneriano de ir á beber en las nieblas poéticas de la leyenda... se va derecho á D. Modesto Lafuente, y hasta es capaz de servirnos el mejor día, en corchetas y futas al *Picasso*. ¡Es que Bretón desprecia las letras! No lo creo.

¡Es que piensa, de buena fé, que sus libretos no son tan malos como son efectivamente?

Esto es más *humano* y más probable.

En la música del *ex porrenir*, la de ahora, es *esencial* que lo poético y lo musical se compenetren.

En el mismo Wagner, nota el espíritu imparcial que no es completa la armonía, por lo muy superior que es el músico al poeta.

El *Ocaso de los dioses* con aleyas de Carullas, no sería un *ocaso*, sino una noche de boca de lobo.

•••

Hablando de otra cosa; leo que al certamen de *El Liberal*, se han presentado cerca de 700 cuentos.

¡Contar es!

De esos cuentos hay que *descontar* los que serán vil fusillamiento de algún pobre extranjero.

También creo que muchas de esas narraciones serán obra del mismo ingenio, que querrá probar si muchos cañones alcanzan más que uno. Pero, de todas suertes, pasma la fecundidad de nuestro pueblo para inventar mentiras.

Si se tratase, no de cuantos, si no de verdades, sería difícil encontrar seiscientos autores que las dijeran.

•••

A propósito del certamen de *El Liberal*.

En otra parte he declarado que yo no me presento candidato á las pesetas de *El Liberal* y que vuelvo á decirlo, para que corra.

Acabo de ver que Eusebio Blasco hace igual declaración y se funda en el mismo motivo que yo. Opina también que este certamen debe dejarse para los *jóvenes*, que necesitan más que nosotros quinientas pesetas.

Yo he hablado de esto, porque alguien citó mi nombre entre los de los escritores conocidos, que acaso se presentarán al concurso.

No; no hay que contar conmigo para eso de los cuentos.

¡A cuántos los cuentos se les convertirán en cuentas... *ganas!* Pero... peor están en Bombay. Peor es el destino de Valera, Echegaray y Fernánflor, si *en efecto* se leen esos seiscientos y pico de manuscritos. ¡Sobrevivirán!

CLARÍN

Palique.

Pues, señores: ¡per honor! como cantan en los *Hugonotes*, y cantarán en otras muchas partes (estilo Sánchez Pérez), necesito volver á hacer una declaración de fe... de erratas. No quiero que nadie crea que yo creo que *imitarismos* es castellano. Y esto se me hacía decir en el palique anterior, donde yo había escrito *imitaciones*.

También se me hace tenerme por *profesor* en el divino arte; y yo que sólo sé tocar... las consecuencias de mi mala letra, no habla escrito *profesores*, sino *profinos*.

Tampoco escribí *wagnerico*, sino *wagneriano*. Y corríjo también un que, por un *ngul*, el cual yo deja sin sentido una frase.

En fin, paciencia. Toda la culpa la tengo yo por no tener educación.

Quiero decir, por tener mala letra; que según nos dice con mucha figura D. N. Estévez, á varios autores, es no tener educación.

Supongo que el Sr. Estévez más que insultarnos, se habrá propuesto hacer alarde generoso de humorismo.

Es el caso, que en el último libro de González Serrano (de la biblioteca Mignon), dedicado á perfilar varias semblanzas de literatos españoles, hay autógrafos de estos señores. Y el Sr. Estévez, criticando el libro, echa de ver que algunos de esos escritores tienen mala letra (entre ellos *Clarín*); y dice que eso es tener mala educación.

No niego el chiste, y repito que quiero suponer que el Sr. Estévez no trata de ofendernos.

Pero creo que el tener mala letra, más bien es una desgracia que mala crianza.

Y de mí, puedo decir, aunque sea demasiado buena comparación, que así como Cervantes no quedó manco en ninguna taberna, yo no eché á perder la letra por causa vergonzosa, sino escribiendo apuntes años y años en las aulas universitarias; siguiendo con la pluma la palabra rápida de profesores como Canalejas (D. Francisco), Castro (D. Fernando), Camús, Castelar, Bardón, Salmerón, Azcárate, Amador de los Ríos, Fernández y González, Valle, Giner, y otros muchos. Docenas y docenas de cuadernos llené con las explicaciones de esos y otros catedráticos, y por eso ahora mi letra parece taquigrafía.

Y después, para remachar el clavo, vime obligado, por la dura ley del garbanzo, que no entiendo de caligrafías, á escribir durante un *cuarto de siglo* (del 75 á la fecha) á escribir casi casi un artículo diario, y muchas veces ¡dos!

Eche la cuenta el Sr. Estévez de los artículos que habré escrito, y en ocasiones hay que despacharlos en media hora porque otros quehaceres lo exigen.

Conque ándese usted con perfiles.

Si, en la *lucha por la existencia* yo he perdido la letra.

Menos mal si no perdí el espíritu.

También escribí un artículo diario, y á veces ¡dos ó tres! el pobre Eduardo de Palacio, el queridísimo compañero que Dios acaba de llevarnos.

¡Ingenio! ¡Trabajo! Dos grandes palabras que pueden escribirse sobre el sepulcro de Eduardo.

Si. ¡Cuánto trabajó! ¡Cuánto ingenio tenía!

Inventar; eso es lo difícil. Eso es lo que no hacen multitud de autorcillos, nuevos y viejos, que se desviven por llamar la atención á fuerza de doctrinas raras, atrevidas, audaces. Desplantes, escándalo, insulto, contorsiones de estilo, falta de respeto á hombres y á ideas... todo, menos *invención*.

Eduardo de Palacio inventaba; inventaba *todos los días*. Sus incongruencias suponían más arte que muchas habilitadas composiciones de *autores serios* que quieren pasar por estilistas.

Los disparates voluntarios de Palacio, además de ser graciosísimos, inspirados, verdaderos *hallazgos*, suponían más cultura general que muchas disertaciones académicas de esas en que el *texto es para las notas*.

No era Palacio para leerle todos los días.

No hay periodista que resista esa prueba.

Pero él no podía escribir un día sí y otro no, porque... estropearía el estómago. Claro, porque tendría que comer un día sí y otro no.

Nosotros, los humildes *coches de punto* de la literatura, los del *al-guila derecha*, como dijo Ayala, tenemos que repetirlo, y no falta quien nos lo eche en cara.

Diremos como el calendario: Cada ocho días vuelve á ser lunes. ¡Qué monotonía!

Es usted colaborador de doce ó trece periódicos, ninguno de los cuales quiere filosofías, sino utilidad, y cosas claras de fácil digestión.

¡Repita usted doce veces la actualidad, friolera, superficial... sin repetirla!

o°o

Eduardo de Palacio ha muerto muy pobre, dicen.

Y deja familia.

Supongo que las sociedades de escritores, los grandes periódicos en que él trabajó tanto, ya estarán haciendo á estas horas algo eficaz para aliviar en lo posible las tristes consecuencias de esa pobreza, tan propia del ingenio en España.

Por mi parte, daré á los compañeros de oficio el ejemplo de contribuir con lo que corresponda, en proporción á la *friedad* de mi humilde bolsillo.

Y aunque sea haciendo un esfuerzo.

Muchas veces se pide para literatos... que no lo son más que á la hora de la muerte.

Ahora se trata de un *verdadero colega*, de un artista de veras...

o°o

Era un escritor... festivo. Todo risa. Y muere de repente, pobre, dejando la miseria á los pedzcos del corazón que le quedan en el mundo.

¡Pobre alegría, pobre risa del pobre!

¡Por algo fué *Sentimientos*!

CLARÍN



PALIQUE

Están de moda los certámenes literarios en los periódicos.

Nada malo se puede decir, en general, contra esta costumbre, que al fin es un modo de proteger las letras.

Vital Aza, Sinesio Delgado y Lucaño han premiado... en verso las dos *inocentadas* que mejores los parecieron, entre las miles de ellas presentadas a *Madrid Cómica*.

El autor de la *inocentada* que obtuvo el primer premio se llama Celestino Viehy, y el de la que llevó el segundo premio Florencio Ceruti.

Que conste. Y que corra.

Para su satisfacción y efectos consiguientes.

En el primer certamen de *El Liberal* ha obtenido el primer premio el Sr. Nogales, de Huelva, autor del cuento *Las tres cosas del tío Juan*.

El segundo premio fué para *La Chucha*, de doña Emilia Pardo Bazán.

Como no voy a descubrir yo ahora este Mediterráneo, es decir, á la señora Pardo Bazán, nada diré de su persona ni de su cuento. Si no el cuento, el acto de presentarlo al concurso podría titularse *Humorada*.

Hay quien dice que *La Chucha* no es de la señora Pardo, sino de Blasco Ibáñez. No lo sé. Lo mismo Blasco Ibáñez que la Pardo Bazán han escrito muchos cuentos muy hermosos, y de cualquiera de ellos puede ser *La Chucha*.

Ahora, á quien hace falta premiar es á Valera, Echegaray y Fernánfor, que se han leído en quince días, ó menos, sesientos sesenta y siete cuentos manuscritos; los han comparado, y, tras mucha deliberación, han discernido el premio (como dirá algún académico) con indudable acierto.

Es decir... del acierto no podemos juzgar, en absoluto, los que no hemos leído los otros 685 cuentos.

Que el cuento de Nogales es bueno, si se puede decir, sin conocer los demás. Pero que es el mejor de todos, sólo cabe decirlo en conjetura, considerando el buen gusto y el talento de los jueces.

Del talento y buen gusto del Jurado nadie duda. Los escépticos se fijan en la dificultad, esta vez venida, de leerse tantas hojas manuscritas de prosa, que no todo sería flores, en tan poco tiempo.

Pero, en fin, la hazaña está hecha.

No hay que extrañar que los mallofosos duden si los jueces habrán apurado el cáliz de la lectura hasta las heces.

En estas cosas la fe es la que salva.

Yo, que soy de los creyentes, por lo mucho que respeto y quiero á los señores del Jurado, recuerdo, sin embargo, con esta ocasión, un cuento... (no premiado) que es *reguroremente histórico*, y que no puedo expresar aquí con toda la fuerza de lenguaje... prohibido con que le ofrece la Historia.

Un amigo mío, juez municipal de Grado, solía venir á Oviado á negocios particulares, y á tirar de la oreja á Jorge. Una tarde estaba viéndolas venir, cuando se le presentó el juez suplente que había dejado en su pueblo, y con la mayor inoportunidad le preguntó á quién había de condenar en cierto juicio pendiente.

Mi amigo no recordaba ni el pleito ni á las partes.

—Oye—dijo uno de ellos—, ¿no es aquel vecino que hace poco perdió un ojo?..

—El mismo.

—Bueno... pues... *fastidia* al tuerto.

El verbo fué más enérgico; pero no puedo reproducirlo.

De todas maneras, sólo Dios puede ser, pues, perfecto, porque El sólo puede penetrar en todas las cosas y en todos los cuentos, y es el Único de quien se dijo: *omnia in numero, in mensura, in pondere disponisti*.

¿Y quién es Nogales?

Hay quien piensa que es un seudónimo de Joaquín Costa.

En efecto; el cuento premiado, no sólo es bueno por las condiciones estéticas, sino porque *entra de lleno* en el programa de la política *hidráulica*.

Creo, seriamente, que la *Unión Nacional* debe premiar también el *Tío Juan*, con el que deben contar en adelante Costa y Parafso, para hacer un *triumvirato* de pan llevar.

Fuera broma, en Nogales se vislumbra un escritor de buena cepa, ingenio fresco y original, buen estilo y temperamento equilibrado.

El Español publicó al día siguiente del triunfo un artículo de Nogales que confirmó esta idea: el simpático periodista andaluz no ha hecho sonar la flauta por casualidad.

Y más vale que sea *hidráulico* que do cadente.

OLARIN.

629 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3376, 7 febrero, 1900.



629 Miniatura de la página.

Palique.

Marquina es otro poeta nuevo, poeta de veras, y el libro *Odas*, que acaba de publicar, lo demuestra.

Le sucede lo contrario de lo que puede notarse en muchos que en España cultivan el verso por el verso. No tienen nada que decir, pero *eso* lo dicen bien, por lo que toca á la música de la rima. Marquina está lleno de ideas, de imágenes; es original, espontáneo, tiene mucho que decir, y lo dice bien, en cuanto al vigor y claridad de la expresión..., pero escribe casi siempre en verso libre, y más que estrófas hace períodos rotundos y valientes. Sus odas tienen tanto de discursos rítmicos, tal vez, como de odas. Se le puede definir diciendo que es todo lo contrario de Grilo.

No faltará quien hasta le niegue la condición de poeta por las facultades musicales (expresión de aproximada propiedad) que le faltan ó que brillan en él poco. Exageración ó injusticia.

Pero también habrá quien, decidido á elogiarlo todo, se acoja á la doctrina demagógica que desprecia la forma, que tiene por juego de chiquillos, ó arte de las edades primitivas, todo eso del ritmo y de la rima y demás requilotos de la reaccionaria Poesía.

Si, siempre hay críticos de esta clase; que para encontrarlo todo bien en su autor, improvisan teorías, para defender hasta los defectos. Las *Odas* de Marquina tendrán, y acaso hayan tenido ya, defensores de esta clase entre esos jóvenes que ahora invaden las letras en nombre de la sociología y desprecian el arte por el arte, y quieren acios y no retórica.

De este género de amigos, el discreto Sr. Marquina hará poco caso; como también de aquellos críticos, amigos de lo huerro y sonoro, que le desfilan porque no es escultural, v. gr., ó porque no suena tan bien como Ferrari y otros nihilistas así.

La crítica imparcial y serena, propiamente literaria, le dirá á Marquina que lo principal lo tiene: que sabe sentir y pensar y decir gráficamente su idea; y que si Dios hubiera querido concederle cualidades de forma de esas que se pegan al oído, hubiera sido miel sobre hojuelas.

No estoy yo conforme con todas las ideas de este poeta, aunque sí con muchas; pero el tratar esta cuestión, que exige muchos renglones, lo dejo para otro sitio; y, además, todo esto, que es asunto de opiniones, nada tiene que ver con el mérito literario.

Una advertencia, antes de concluir. No es verdad, como se ha pretendido, que sea siempre feo, que el pensamiento no scabe en un verso y llegue á montarse sobre el siguiente. Esto de los versos mantados tiene sus más y sus menos. En el verso libre, el saber hacerlo de cierta manera, ha producido á veces hasta gracia en la expresión... Pero... no se debe abusar de nada.

Ni siquiera del verso libre; ni del romance heroico (de éste, menos).



Ya es tarde para hablar aquí del certamen de cuentos de *El Liberal*.

En otra parte he dado mi opinión acerca del Sr. Nogales, primer premio, y de su cuento. El trabajo premiado es, sin duda, hermoso, original y oportuno; y el autor parece, por el cuento, y algo más suyo que he leído, escritor de buena cepa, hombre equilibrado y culto.

De fijo no le desvanecerá la plasticidad de su triunfo popular. Es natural que en Huelva se entusiasmen; y Nogales sabrá distinguir entre estas simpáticas expansiones y el triunfo sólido y duradero, que no se consigue tan fácilmente, y que de fijo él se habrá figurado de otra manera... y mucho más lejos.

La *Chucha*, el cuento que obtuvo el segundo premio, también tiene su mérito; pero, si en efecto, es la Sra. Pardo Bazán su autora, se puede decir que de la misma pluma han salido obras del mismo género mucho mejores.

La *Chucha* empieza muy bien, porque el asunto es delicado, muy bello y de patético interés. Los amores *idílicos*, de imaginación, entre reclusos y reclusas, despiertan emoción singular de mucho valor estético... Pero en *La Chucha* se abusa del bordin en lo sensible; y es lástima que al autor no se le haya ocurrido como conflicto cosa más nueva que hacernos recordar la *Marianela*, de Galdós, *El hombre que rie*, de Hugo, y otras cien cosas en que se sale por el mismo registro.

Así y todo, *La Chucha* no es una vulgaridad ni mucho menos.



Estos certámenes periodísticos no merecen sino alabanzas.

Pero, bueno fuera discurrir algo para quitar todo pretexto á la malicia, que se obtina en hacer cálculos para demostrar que, en las condiciones en que los Jurados tienen que encontrarse, es imposible matemáticamente que tengan tiempo y paciencia... para ser justos.

Hay quien piensa que el Jurado no lee todo lo que se presenta; sino que escoge, ó por suerte, ó por otro criterio, lo que ha de leer.

Vamos, que se *diesman* las obras, para juzgarlas.

Y esto me recuerda que un colega madrileño decía uno de estos días, que las tropas inglesas habían sido *diezmadasísimas!*

Sólo á un reporter *fin de siglo* se le ocurre buscarle un superlativo al número diez.

Ayuntamiento de Madrid

CLARÍN

PALIQUE

6

Pompeyano.
No porque vaya a hablar de Pompeya. Si no porque voy a hablar de Pompeyo. De Pompeyo el super-hombre; alias Gener.

No le bastaba ser super-hombre, y ahora se declara supernacional.
Como si se lo auto, se declarará... super-intendente.

Don Pompeyo no siempre *fué* tan super-jerístico.

Hace muchos años, era un estudiantón aplicado, de esos unilaterales, como diría el difunto Fábí (por supuesto, antes de ser difunto); estudiantón de esos que sólo saben leer por su mismo; sin flexibilidad en la inteligencia ni en el gusto; pero al fin, un trabajador sí, que todavía no se creía super-nada.

Escribir ya escribía entonces muy mal; en un castellano que era catalán echado a perder por los galicismos. En el lenguaje de Giner se hubiera podido decir más, muy a gusto del obispo de Barcelona, en Morgada.

Después Giner viajó como un cosmopolita de positivismo catalán, y se fué creciendo; hizo el milagro de olvidar el español que no había sabido nunca, y se declaró enemigo del idioma nacional, de la retórica y de la Gramática, y, particularmente, de Clarín.

Escribió artículos y libros *facilidos* de varios sociólogos, positivistas, de segunda orden, y llegó a ser un especialista en plagiar a Max Nordau, que no merece el honor del plagio.

Y por fin, Giner, hasta se abrevió con Nietzsche, que ya es harina de otro costal.

El pobre Zaratusstra parecía que ya adelantaba al apostólico oficioso de Giner, cuando en multitud de pasajes renegaba del proselitismo.

Nietzsche no quería discípulos, porque prefería los Generes.

La filosofía del desgraciado y genial alemán, sin ser un sistema original, y científico de filosofía, es algo muy respetable y nada vulgar, a pesar de ciertas exageraciones y deslantes; pero de todas maneras no es cosa a que pueda meterle el diente el espíritu adocenado de un viajante del intelectualismo burdo, como don Pompeyo Giner.

Efectivamente, la teoría del super-hombre, que podrá ser falsa, pero no es ridícula, la propagó en España Giner en forma de caricatura.

Y ahora sale con el complemento del supercosmopolitismo; con lo cual demuestra que no entendió nunca la idea del *super* de Zaratusstra, porque no sabe aplicarlo a nada colectivo.

Max, ahora que me acuerdo, lo primero que yo tengo que hacer es no tomar en serio las lucubraciones pompeyanas.

Si escritores más formales que él defendieran esa doctrina desfachata y loca del egoísmo intelectual, desligándose de todo deber y afecto de patriotismo, en nombre de una pretendida y presuntuosa superioridad, sería conveniente combatir tales aberraciones con toda seriedad.

Pero Giner no representa, aunque él lo diga, a esos mismos intelectuales catalanes, entre los que conozco yo a muchos jóvenes de real talento; y que, al son poco españoles (en lo que, de todas maneras, hacen mal) no es por motivos tan grotescos y de servil imitación como los que Giner aluce.

Fero... olgímole a él, a D. Pompeyo, que es lo que hay que oír.

«Por eso nos llamamos supernacionales, es decir, *inactuales* en el tiempo, y *extranacionales* en el espacio.»

«Supernacionales, es decir... *extranacionales*.»

No, hombre, no. *Super* no es lo mismo que *extra*.

Una cosa es *fuera* y otra *sobra*.
Y tampoco *supernacional*, es decir, *inactual*.

Inactual es... lo que no es de un tiempo determinado. Pero sentirse, así en absoluto, inactual... es el tiempo, es un disparate. Actualidad no es palabra que se aplique sólo al momento presente, en que se habla ó escribe. Es actual cualquier tiempo, pasado ó presente, con relación a los hechos que le corresponden.

Hablando de un suceso remoto pasado, puedo yo decir: «En la *actualidad* no había tal ó cual cosa.»

De modo que declararse, así, en absoluto, *inactuales*, es decir, declararse fuera del tiempo, en general, no fuera de esto ó del otro.

Además, el no adaptarse a lo común y corriente del tiempo en que *realmente* se vive, no es ser *inactual*; es ser *excepcional*, inepto para la vida preponderante; pero tan *actual* es la excepción *actual*, como lo que se conforma con la vida común.

Un ser que vive en un ambiente que no le es propio, podrá padecer en él, necesitar otra cosa; pero al ser producto natural del mismo, no es *inactual*. De hecho, no puede haber nunca nada *inactual*. Es una contradicción.

Y después de sentirse *extranacional* y *supernacional* y además *inactual*, añade Giner: «Nos sentimos arios.»

Yo también me siento ario, ¡can... ario! Digo, no. La verdad. Lo que hay es que creo que soy ario; pero sentir... no siento nada.

Ni Giner tampoco.

En eso del *sentirse ario* se ve la *inconsciente* falta de sinceridad del pobre lector irreflexivo de lecturas sin digestión. Del ario no nos queda más que unas cuantas hipótesis étnicas, filológicas y sociológicas, muchas de ellas muy discutidas (v. gr., la relativa al país primitivo de los arios, antes colocados en el Asia Central, en las vertientes del Paropamisio, como dice Valera, en la meseta de Panir... donde quiera, porque ahora hay cien teorías diferentes; y ahí quien hace ir a los arios de Europa al Asia.)

«Me siento ario» — dice Giner —; que se siente una porción de cosas... y no se siente en ridículo!

Que es la *Aja*.

Siempre parodiando a Nietzsche (como le parodió cuando Giner escribió «El caso Clarín, porque Nietzsche había escrito... El caso Wagner» don Pompeyo se declara aristócrata.

Fero, como le gusta *pasmar al burgués*, hasta en las palabras que escoge, dice: «como aristárquicos», que la suena más a nuevo que aristócrata.

El buen Pompeyo, muy amigo de alabarse, hasta cuando se equivoca en griego, se alaba así que se. Declararse *aristárquico*, no es declarararse partidario del *gobierno de los mejores*, aristócrata, sino declararse *óptimo imperante*.

Lea Giner el Diccionario de Leopold y se convencerá de que *aristárquico* significa *óptimo impero*, gobierno a maravilla. De modo que, sin querer, Giner se declara el *mejor gobierno*. Pero eso ya lo saben hacer también Silvela y Paraiso.

Y si no quiere que le tomemos lo de *aristárquico* por donde quiera, confórmenos Pompeyo con decir *aristócrata*, como los demás; y estudiando el Diccionario etimológico greco-latino de Alois Vanioek (Leipzig, 1877), se convencerá de que la raíz *arx* tiene vigor bastante para dar al *aristócrata* el mismo valor que a ese desdichado *aristárquico*.

Asegura Giner que los *supernacionales* (entre los cuales os cuenta) «leen cuanto hoy se produce en el mundo científica y artísticamente.»

¿Qué idea tendrá Giner de lo que hoy se produce, que cree posible que esos señores lo lean todo!

¿Qué poco es todo para Giner!

Siempre la modestia.

Antiguamente, había una cosa muy cristiana que se llamaba la humildad. Y no dejaron de tenerla por gran virtud muchos grandes hombres, cuya fórmula no era el presuntuoso *super*.

Sino esta: *Infrás*; debajo.

CLARÍN.

Palique.

Don Juan Valera, uno de los que quieren enterrar Pompeyo Gener y otros super-tontos, acaba de publicar primorosas ediciones de muy celebrados libros suyos. La biblioteca Mignon nos da *El pájaro verde*, deliciosa fantasía de esas que exigen mucha imaginación, estilo, buen gusto y erudición y gracia y salero. Nada, como quien dice. Pero todo eso debe ir al hoyo, por viejo, por *gastado*... y porque los super-majaderos no lo tienen, y no pueden tolerar que lo tengan otros.

En un tomo elegante, publica Fé la cuarta edición de *Défais y Cloe*, traducida directamente del griego por Valera, y acompañada de una hermosa y erudita, pero no pedantesca, introducción; y de notas que demuestran, una vez más, lo mucho que don Juan sabe.

Da gusto ver que todavía hay un escritor español que sabe griego. La cosa va siendo mucho más rara de lo que estaba bien que fuese, por decoro de las letras españolas.

En un país en que invaden la prensa más leída multitud de saltamontes literarios que toman por humorismo, y hasta genio, el no saber conjugar los verbos irregulares de su propio idioma, un literato que traduce libros griegos, sin ayuda de vecino... francés, es una inverosimilitud impertinente.

¡Saber griego! Vaya un modo irritante de ser reaccionario.

No hace mucho, me escribía Rubén Darío pidiéndome indulgencia para los decadentes franceses porque... ¿dónde lo menos saben griegos?

Eso efectivamente, es esa una circunstancia atenuante.

Es claro que no todos los jóvenes literatos franceses que se las echan de helenistas lo son; muchos sólo tienen de tales un ligero barniz. pero algunos sí saben de veras griego y latín.

Aquí... los *modernistas* no saben más que castellano de plazuela, de ese en que tiene que intervenir la policía.

Y, por cierto, que observo con gusto, y perdónese la digresión, que, en efecto, la policía empieza a interesarse en las cuestiones literarias, y persigue a los blasfemos *fin de siglo*. Perfectamente.

Yo he defendido varias veces al crítico policía; pero comprendo que todavía es mejor el policía crítico.

Sí, señor.

Los inocentes que, por amor al decoro del arte, solíamos andar en agarradas de plazuela y calleja con los perdidos e indocumentados de la baja literatura (metidos en la prensa más leída por culpa y debilidad de editores y directores); los que hasta teníamos, a veces, que andar a sablazos (sin punta) con semejante ralea, debemos abdicar, y entregar a todos esos caballeretes al brazo secular... de la policía.

Sí; llegan las letras, en ocasiones, a tal degradación, que el mejor Aristarco es la *benemérita*.

Al que hace alarde en papeles públicos de ser mujeriego, y algo peor, borracho, blasfemo... que lo lleven a la cárcel.

Para humoristas de ese jaez... el abanico.

Lo que no se permite a un pobre albañil envenenado por el aguardiente de algún miembro de la Cámara de Comercio, y salvador de la patria *paradisíaca*; a un pobre albañil, más borracho de hambre que de otra cosa, y que grita, incauto, en medio de la calle, no debe permitírsele a un *intelectual* que se planta en medio de un periódico, y en vez de dar las noticias que se le piden, empieza a denunciar delante de los lectores, que es para él un modo de ser lírico a lo Heine, y con la faja arrastrando se *tambalea*, como el Roque de *Af-rin-a*, y muestra, ya que no el ingenio que no tiene, una virilidad por la que nadie le pregunta.

Si en España hubiera hoy una disciplina consuetudinaria de estética, nunca hubieran llegado a escribir en papeles dignos y acreditados ciertos sujetos, cuya condición de cuervos no descubren los *amos* de esos papeles hasta que se encuentran sin ojos.

Da grima ver que jóvenes de talento, de estudio, morales, de buen gusto, de ingenio original, pero modestos y respetuosos, no puedan conseguir puestos que escalan ciertos majaderos que no tienen más mérito que una desfachatez que parece ingeniosa a los imbéciles, y una actividad de ardilla que marca. A los aventureros de tal estofón todo se les perdona... porque la han corrido mucho. Hasta los antecedentes penales... ó por lo menos *penables*...

Y ahora... échese usted un galgo a *Défais y Cloe*.

No importa, todavía hay tiempo para decir que la traducción de Valera es admirable. ¡Qué sencillez en la elegancia, qué gracia en el primor de la dicción selecta! Dicen algunos críticos, citados por Valera, que el autor de *Défais y Cloe* es afectado, poco sincero en la sencillez. Así será, pero en la traducción española nada de eso se conoce.

No se crea que *Défais y Cloe* es un libro para todo el mundo. No.

A pesar de la pulcritud con que Valera traduce, y a pesar de las pudorosas variantes de su versión, no pueden leer este libro las doncellas en cabellos. Ni, en rigor, las honradas y castas matronas.

Así es que, si es tiempo, yo aconsejo a doña Emilia Pardo Bazán y hasta a doña Soledad Gustavo, que no lean a *Défais y Cloe*, ni siquiera *arreglado* a la decencia moderna por D. Juan Valera.

Ayuntamiento de Madrid

CLAYTON

Palique.

Se van poniendo de tal manera las cosas en nuestro mundo literario (una mala melote), que hay que ir economizando, ó *aparrando*, como diría un *supernacional*... afrancesado, la fama de los escritores que algo valen.

Hace tiempo, yo censuraba á ciertas personas que, ahora, comparadas con las notabilidades que nos quieren encajar á golpes de bombo, resultan eminencias.

Además, no falta quien se aprovecha de los reparos que se pone á lo que escriben autores notables para apoyar exageradas y nada respetuosas censuras, en que se pretende aniquilar el crédito de esos autores.

Por esto, cada vez he de mirarme más, siempre que tenga que decir algo contra cualquier escritor de mérito; y he de decirlo con salvedades, distinguos y toda clase de atenuaciones, eufemismos y demás cumplidos; y sobre todo, en tales casos, prescindiré de toda intención satírica, de toda broma y de cuanto pueda mortificar al literato de quien hable.

Hoy se trata de doña Emilia Pardo Bazán, de la cual yo he dicho en este mundo mucho bueno y algo malo. Doña Emilia tiene defectos; yo he hablado de ellos mil veces (y de sus méritos diez mil); pero siempre se debió sobrentender que para mí, esa señora tiene positivo talento, cultura excepcional en mujer española, y que no hay que contarme entre los *liberarios* de pluma que quieren echarla por los suelos, como se dice vulgarmente, así como á otros escritores también notables, aunque tampoco perfectos.

Doña Emilia publica un cuento titulado «Justiciero», y yo voy á permitirme escandalizarme con la doctrina de ese cuento.

Partidario como soy del arte por el arte; del arte como pura forma, es claro, que á censurar el cuento por su doctrina, dejo aparte el valer artístico; por esta vez no se trata de crítica literaria.

La misma doña Emilia, entre muchos otros, ha dicho que lo inmoral no está sólo en el pornográfico; que hay muchos más mandamientos que el sexto. Es verdad. Por eso, encuentro inmoral el cuento. «Justiciero», aunque nada hay en él deshonesto, en el sentido en que se suele entender este epíteto.

Entendámonos. No es que yo crea que el cuento, en sí, puede ser

inmoral. Nadie ni nada puede ser inmoral más que las personas individuales. Tampoco creo que la autora lo haya escrito con mala intención, con propósito inmoral. Lo que hay es que, á mi ver, la teoría ética que el cuento supone es contraria á la moral; pero sin que esto demuestre malicia, sino error en quien inventó el cuento.

Y el caso es este.

Un hombre honrado, trabajador, fiel en sus tratos como el adlo, arriero de oficio, coloca un hijo suyo, de pocos años, en una casa de comercio. Una noche, el hijo se le presenta... «¡A qué vienes—dime el padre—! Tú has robado!» En efecto, el chico ha robado á su principal unos 190 duros.

«¿Quién va á fiarse en adelante del padre de un ladrón!»—exclama el arriero—el cual manda á su hijo que salga con él de casa; y de noche, en la soledad del campo, sin darle tiempo para nada, le dispara un tiro de revólver entre ceja y ceja. Y se para á observar que ya no rebule *aquella mala semilla*.

Así acaba el cuento.

¡Horror!

¡Un padre que mata á un hijo disparándole un tiro en la frente, porque el hijo, un muchacho, ha robado 190 duros!

Todo estaría bien, ó por lo menos mediano, si se pudiera decir que doña Emilia sólo se había propuesto pintar un tipo, un carácter, una aberración moral; describir un lance trágico, sin aprobar la conducta de tal padre; sin *tesis*, en fin.

Pero no hay tal cosa.

Doña Emilia prueba el crimen del arriero, que ella, por lo visto, no considera crimen.

El título del cuento lo dice: «Justiciero» ¿Justiciero? ¡Animal! Si, animal; menos que eso. ¿Es esa la justicia para la señora Pardo? No lo creo. No debe de haberse fijado en lo que ha hecho al titular «Justiciero» ese cuento.

Un padre, por lo pronto, no tiene derecho de vida y muerte sobre su hijo.

Un padre, que usurpa atribuciones que en un pueblo civilizado, moderno, son de la justicia social, no tiene derecho de castigar con la última pena un delito que la ley castiga con mucho menor rigor.

Lo que hace ese arriero es... sencillamente un asesino.

Y dejo aparte el olvido absoluto del sentimiento paternal.

¿Opina doña Emilia que el padre de familia tenga derecho á matar á sus hijos?

¿Opina que es justicia castigar un robo cometido por un adolescente y un robo de ciento noventa duros, con pena de muerte?

Si en la realidad se encontrara doña Emilia con un arriero que hubiera hecho lo que hace el de su cuento, ¿le llamaría Justiciero? No lo creo.

Si por tal le tenia, es claro que no consideraría delito el crimen por él cometido; y como, las leyes lo castigan, doña Emilia, en vez de denunciar al arriero asesino, encubriría su crimen...

¡A dónde puede llevarnos la literatura extraviada!

Es claro que no; es claro que doña Emilia no tendría por justiciero á un criminal semejante...

Todo ello no ha sido más que una *falsa imagen*, una falta de *naturalidad* literaria; se ha ido por el *efectismo* á la moral arbitraria, improvisada. Lo que en el papel le pareció á doña Emilia hermoso, justo, le parecería fiero, cruel, feo, en la vida...

Por donde venimos á parar, aunque yo casi me contradiga, en que el defecto del cuento probablemente más cas en la jurisdicción de las letras que en la de la moral y el derecho.

El arriero de la señora Pardo no es de carne y espíritu; es de cartón.

Y un arriero de cartón puede matar todos los hijos que quiera. Porque también serán scartónados.

CLARIN

PALIQUE

Novodvorov.

—¿Quién es Novodvorov?

Un personaje epiléptico de la célebre novela, que toda Europa está admirando, de Tolstói: *Resurrección*.

De libro de tal interés hay muchísimo que decir, y he de hablar yo mucho, en muchas partes.

Ahora, aquí, sólo se trata de este *revolucionario* que Nekhludov, el protagonista, se encuentra, al acompañar a la Maslova a Siberia, entre los deportados políticos.

¿Que por qué hablo de Novodvorov?

Porque en él encuentro un tipo simbólico de varios sujetos, *menos* eslavos, de quienes, por ahora á lo menos, no quiero decir nada *nominalista*.

La Bruyère, en sus *Caracteres*, inventa nombres muy sonoros para disfrazar con ellos á los personajes contemporáneos á quien alude.

Y yo, al ver que, por casualidad (ó por trizado ley psicológica), el revolucionario antipático de Tolstói se parece infinito á otros revolucionarios de por acá, unos más radicales que otros, quiero aprovecharme de Novodvorov para pintar á gente más próxima... sin nombrarla.

El pobre Federico Amiel, ya cerca del final de sus *Mémoires*, reconoce y siente la necesidad de amar á todos los hombres... pero se acuerda de algunos tan poco *amables*, que la sinceridad le obliga á añadir: «Amarlos á todos, sí; pero hay algunos á los cuales es preciso amar sin estimarlos.»

Tolstói expresa análoga idea muchas veces en obras anteriores, y ahora en *Resurrección*. Nekhludov, en quien hay que ver, para muchas cosas, al mismo Tolstói (como habría que haberle visto antes en el príncipe Pedro y en otros personajes), Nekhludov, después de su conversión á la caridad, á la abnegación, al sacrificio, se propone no mirar en los demás el mal, la inmoralidad; dejar todas las censuras para sus propios pecados, y, por amor, coger para los defectos ajenos. Pero... la sinceridad le obliga á reconocer que hay antipatías, repugnancias, invencibles. A los hombres repugnantes se los ama también... pero en abstracto, por amor de Dios; *cuánd mame*.

Nada más real, humano y natural que estas sinceras y simpáticas antipatías de Tolstói (Nekhludov). No son los pobres criminales, generalmente, los que se las inspiran; son gente legalmente intachable; los hipócritas de la vanidad, de la ambición, de la pedantería, de la frialdad dogmática, inflexible.

Nekhludov, que no conocía á los revolucionarios rusos de cerca, cuando se los encuentra camino de Siberia, se reconcilia con ellos, les perdona sus defectos, por los horrores de la autoridad despótica y cruel que los irrita y provoca. Además, si no hombres superiores por el talento, encuentra á menudo entre estos *intelectuales* activos tipos de virtud, mucha superioridad moral.

Pero... hay excepciones. Novodvorov es uno.

Es el sabio de paotilla, que deslumbra á los correccionarios ignorantes con sus ideas *simplicísimas*, absolutas. Como un seminarista fanático grita *¡Magister dixit!*, Novodvorov invoca, para imponer sus opiniones, la *ciencia positiva*.

¿Que no se le vaya á él con sentimentalismos!

«El hecho de que otros se hayan engañado, no prueba necesariamente que yo deba engañarme también. Además, no hay analogía entre las necedades de los ideólogos y los datos positivos de la ciencia económica...»

Así habla Novodvorov... (Por poco le llamo... Fernández, por ejemplo).

Y ahora, ooplemos á Tolstói casi siempre:

«A pesar de la consideración que inspiraba Novodvorov á sus compañeros, y á pesar de toda su ciencia y la muy favorable opinión que él tenía de sí mismo, Nekhludov le miraba precisamente como inferior al tipo medio revolucionario. Su inteligencia era superior á la de ese tipo; pero la vanidad y el egoísmo se la habían esterilizado.

»Toda su actividad revolucionaria se fundaba en la ambición, en el deseo de dominar y hacerse valer. Dotado de una aptitud extraordinaria para asimilarse y expresar claramente las ideas de otro, se había hecho admirar en el colegio, en la Universidad; pero cuando tuvo que cambiar de medio, para dominar de nuevo, en otra esfera, cambió de opiniones: de liberal progresista, se convirtió en ardiente revolucionario.»

«La ausencia completa en él de las cualidades morales y estéticas que producen la duda y la vacilación, le había servido

para conquistar pronto en el partido revolucionario el puesto de jefe, que ora su ambición suprema.

»Tomada una resolución, no vacilaba ya, no dudaba jamás. Estaba seguro de no engañarse...»

¡Magnífico! ¿Cuántos tipos así... y qué antipáticos! (Esto es mío.)

»Todo le parecía sencillo, claro, incontestable. Con su estrechez de mira, todas sus ideas eran *simples*, claras.»

—¿Si parece que está hablando!

—¿Quién?

—Fue... Fernández, nuestro estuche Fernández!

«Predicaba la necesidad de preparar por todos los medios posibles una revolución que le permitiera apoderarse del Poder y convocar una Asamblea Constituyente.»

«Ya había redactado el programa de reformas que él dictaría á la Asamblea, y estaba plenamente convencido de que este programa resolvería definitivamente todas las cuestiones...»

Esto es de Tolstói; no olean ustedes que es mío.

«Sus compañeros le temían; estimaban su arrojo y su decisión, pero no le querían bien. El no quería á nadie. Todo hombre de mérito lo parecía un rival, y robaba y negaba sus cualidades; quería para sí toda la atención pública.»

Lo que es el talento. Tolstói, si fuerza de genio observador... nos pinta un revolucionario ruso, en Siberia...

Y nosotros vemos en él un retrato de Fernández...

Y, aunque menos parecido, de Pérez, de Gómez, de González...

CLARIN.

Palique.

¿Han leído ustedes *Resurrección*, la última novela de Tolstói?

¡No!

Pues hay que leerla. Es el libro de la temporada. Tolstói, si fuera español y no ruso, ya estaría enterrado (en el papel) por uno de esos mamarrachos *liberarios de pluma* que todos los días *entierran sus muertos*, y que llaman muertos suyos a los más acreditados veteranos de nuestras letras.

Parece mentira, eso sí, que un anciano como Tolstói pueda conservar la imaginación tan fresca, tan viva.

En *Resurrección* todo es admirable: la idea profunda, la unción religiosa, la ardiente caridad, el relieve artístico, la invención ingeniosa, la observación sagaz, la sabia medida en los efectos patéticos, en la sátira delicada, en la reflexión doctrinal.

Libros así, además de ser el más intenso y noble recreo, para las almas bien educadas y de gustos delicados, enseñan más que muchos tratados de filosofía y de sociología.

No sé que haya, por ahora, traducción española de *Resurrección*. Supongo que Lázaro, ó cualquier otro editor de los activos y desinteresados, harán que esta novela corra en castellano, pues debe llegar á todos; y de hijo se venderá bien.

Si con nuestros anarquistas ordinarios se pudiera discutir, sería convido esta de hacerles compararse con ese Tolstói, que muchos de ellos cuentan entre los suyos.

Nadie como Tolstói sabe apreciar las virtudes y el talento de muchos de esos *intelectuales* que en su tierra padecen persecución por la justicia.

En *Resurrección*, siguiendo, de etapa en etapa, á los pobres deportados políticos que van á Siberia á purgar crímenes imaginarios. Tolstói examina la intimidad de la vida de aquella juventud obnegada, mostrándonos hombres y mujeres que fraternizan en la desgracia y en el entusiasmo; sinceros, puros, nobles, fieles á su ideal.

Pero también sabe pintar de mano maestra la vanidad presuntuosa de los que hablan con tono infalible en nombre de la *ciencia* y dogmatizan con ideas prestadas, admitidas sin estudio personal, dicto.

Y de esto es de lo que abunda aquí. Doña Gustavo Soledad, ó So-

ledad Gustavo, ó como sea, por ejemplo, es un modelo del libertario antipático, presumido, árido, que obedece á supersticiones de superficiales estudios y habla como si fuera una Biblia.

Si Tolstói leyera á la *señá Soledad*, la *devolvería* inmediatamente.

Bueno es él, que no aguanta siquiera á Sara Bernhardt.

En *Resurrección*, sin nombrar á la *reina del gesto*, se le dirige una alusión que no hará mucha gracia á la célebre actriz.

Hay que perdonar si ilustre anciano estas *salidas* de mal humor.

En el fondo... aun en estas humoradas tiene algo de razón.

Sara es... sublime, sí. Pero... su mundo es artificial; su concepto de la vida falso. Tolstói no puede transigir con ciertas afectaciones, ni con un esteticismo que deja á la moral un papel secundario.

Ciertos sujetos, que me querían anonadar á mí con citarme la *autoridad* de Lombroso, Ferri... y Compañía, pueden ver también con qué genial intuición penetra Tolstói en el fondo de la tal criminología positivista.

Superficial la llama.

Y no hay epíteto que mejor le cuadre.

Es muy posible que entre nosotros haya *sociólogos*, penalistas, filósofos que no se dignen siquiera leer *Resurrección*; porque hay mucha gente de esta que no ven la enseñanza de las cosas más que cuando la denuncian los rútiles didácticos.

Así como no saben aprender en la vida, no saben aprender en una novela; que cuando es buena, como esta, es como la vida: un espectáculo y una lección.

CLARÍN

Palique.

Lamenta la señora doña Soledad Gustavo que vaya a parar España el lo que paró Grecia. (Grecia *paró* ¿a qué paró en? Los libertarios increpan en la estatua?) Y *¿a qué paró* Grecia, ¿a qué paró? «A la castradura de todos.

No; ¡que no se lo hablo a doña Soledad de castrarlo todo! Tiene razón. Una vez castrado todo, ¿qué íbamos a hacer del amor libre, que es uno de los dogmas de doña Soledad?

Yo no quiero averiguar ahora si en Grecia quedó todo castrado; lo que sí digo es que, según doña Soledad, el que vive castrado, vive sin fuerza, amor ni voluntad.

Claro; y con villipendio.

De modo, que a ustedes los madrileños, que son los que están castrados, según doña Soledad (¡vaya un modo de señalar que tiene el regionalismo de doña Soledad!), a ustedes hay... que barrerlos.

Ni más ni menos: barrerlos.

Lo dice la *opistotoma*.

«La aristocracia (habla de Madrid) es el *del* de la mascarada; el pueblo el *pequeño* impenitente; los dos se completan. Barrer a ambos es la labor de los fuertes.»

Ya lo oyen ustedes. Doña Soledad los barre.

Pero no para dentro...

No lo merecen ustedes, por castrados.

¡Ta day, proleza!

636 Madrid Cómico (Madrid), n. 24, 17 marzo, 1900.

En cambio, el Sr. Paraiso y los suyos dicen en un manifiesto reciente que a España hay que partearla.

La frase no es muy fina; pero como la regeneración de ultramarinos es para hombres solos, hay que perdonar el crudo del estilo.

Si a España hay que partearla, es señal de que alguien la puso en estado interesante.

Un espádón, no pudo ser. (Espádón, doña Soledad, es el que no sirve ni para el amor libre ni para el oficial).

Luego no todo está tan castrado como opina, con un *gasimilano* aterrador, la señora Gustavo.

Las Cámaras de Comercio, con mejor olo que la escritora libertaria, han notado el embaraço de la madre Patria.

Y la *Unión* nacional, se declara *segu* fuma.

Que será el oficio de la madre de Sócrates.

De modo, que ya tenemos un Paraiso-Fenetrates.

—Mi madre Fenetrata, decía Sócrates, ayuda a parir a las mujeres; yo tengo el oficio de mi madre; ayudo a parir... ideas.

Ahora tenga la *Unión* nacional *limitada* cuidado de no convertirse en una Fenetrates... de ratones.

Pero, dejemos las impurezas de la realidad, y vamos con doña Emilia Pardo Bazán, que es una yestral comparada con la *Unión*, a las regiones de la poesía descriptiva, y, de camino, a Elche y Orihuela.

Ya he dicho días pasados, que siempre que tenga que censurar algo de algún autor ilustre de versas, como doña Emilia, lo haré con el mayor respeto y sin pizca de broma.

Todo lo que sigue va dicho con muchísimo respeto y sin chances impertinentes.

Y empieza doña Emilia: «¿De qué color era el tejido de mi imaginación cuando el tren me llevaba *hacia* Orihuela, donde me pesaba detenerme—ó mejor dicho—donde no tenía tiempo de detenerme algunas horas?»

Señora; yo no lo sé. Pero no me parece puñalada de picaro la necesidad de que la imaginación sea un tejido... ¿no ser cuando resulta un tejido de disparates; ni veo por qué ha de tener color: ni tampoco se me almona por qué está mejor dicho lo de no tener tiempo para detenerse que lo de no pensar detenerse.

Las dos cosas son compatibles. Si usted no tenía tiempo para detenerse, es natural que no pensara en tal cosa.

«Sonreía de aquella *doutade* ó *humorada*.»

Señora, *sonreír* de no es castellano. No de usted mal ejemplo. Si usted, que vale mucho, dice *sonreír* de; tomo doña Soledad, que no vale nada, no ha de *parar* al?

Verdad es que la Academia opina que sonreír es *reír* un poco. Pero no hay tal cosa; porque el que río un poco, *reí*; y sonreír es otra cosa... que no explica la Academia.

Por eso está bien *reírse* de y no *sonreír* de.—Y *sonríase* usted de cuentos.

«Bajo este celaje dramático y sombrío.»

No comprendo un celaje dramático... ¿no ser en las bambalinas del teatro.

Verdad es que, según Hamlet, en las nubes se ve lo que quieren los poderosos.

Dice doña Emilia que, según un inglés, en Orihuela se imaginaba situado «el *Paraiso perdido* de Milton. El *Paraiso perdido* de Milton es un poema, señor inglés; y lo que usted querría decir no es el *Paraiso perdido* sino el *Paraiso* propiamente tal.

Por cierto que doña Emilia, se figura el *Paraiso* a manera de *selva virgen* de *inextricables senderos*. ¡Vaya una virginidad la de una selva llena de senderos!

Además, ¿quién habría de hacer los senderos en el *Paraiso*? ¿Adán y Eva solos? No es de suponer.

Senderos, inextricables ó no, los tendrá el otro *Paraiso*, no el de Milton, el de Costa, Alba y Compañía, y puede que el tal *Paraiso*, acordándose de sus antiguos idealismos republicanos, que nunca le hicieron dictador, al verse ahora cerca del poder, por caminos—ó *cañales*—tan diferentes, exclame con el poeta:

Dichas que no merecí
en cambio de amor sincero
¡por tan obscuro sendero,
qué tristes llegas a mí!

.....

CLARA

Palique.

Ha llegado á mi noticia, por persona que me merece entero crédito, que el Sr. Durbán, autor del libro de versos titulado *Tardes grises*, piensa que á mí no me gustan sus poesías, porque nada he dicho de ellas.

No hay tal cosa.

Verá usted la historia.

Todos los días recibo varios libros, muchos de ellos de versos. No los leo todos, ¡imposible!, pero raro es el que no hejeo. Una priciés de veinticinco años le da á uno cierta aptitud para oler pronto lo feo, lo vulgar, lo mediocre, y para vislumbrar el talento. Aquello de las *orejas del asno*, el cuento atribuido á Echegaray, es criterio seguro. Debajo de las orejas del asno, que cruzan sobre el trigo, siempre está el asno correspondiente. Y al león se le conoce por la garra. El libro *Tardes grises* me llamó la atención por esto: porque uno de mis cuantos inéditos se titula *La tarde gris*.

Empecé á leer *Tardes grises*, y aquello me gustaba; no era vulgar; gustaba bien y decía algo; algo personal, sincero y poético. «Este libro he de leerlo», me dije. Y... (aquí mi falta, que confieso) lo dejé sobre la mesa, entre los otros ¡en el montón anónimo!

¡Cuántos enemigos debo á ese montón! Como capas geológicas, las capas de libros se van acumulando unas sobre otras... Libro que cae en el montón, libro relativamente perdido.

¡Cuántos autores que creen que los tengo mala voluntad, ó que los desdén, ignoran que lo único que hago es... perderlos!

Ya sé que esto es un defecto; sí, señor. Pero alguno he de tener. En cambio, soy un buen padre de familia, ciudadano probo, y hasta fui concejal integérrimo.

Conste, pues, que las *Tardes grises*, que han gustado por ahí, á mi también me supetaban á gustar. *Hasta...* que se se hicieron noche, como dijo Campradón en *El Relámpago*.

°°°

El Sr. F. Aquino Cabrera...

Antes de continuar, digresión.

¿Por qué algunos jóvenes, escritores, dan en la gracia de mostraron de su nombre sólo la letra inicial?

En los libros franceses se ve mucho de eso; pero no me gusta el galicismo.

Yo he estado mucho tiempo sin saber que Marquina se llamaba Eduardo.

Bueno; pues D. F. Aquino Cabrera ha publicado un libro de poesías titulado *Sensaciones*.

Y... ¡díte si que no se me pierdel

Me lo habían recomendado.

¡Malol

Los libros y los estudiantes recomendados son los más expuestos á la severidad; porque le entran á uno escrúpulos de conciencia...

Empecé á leer *Sensaciones*... por el prólogo de José Jesús... no y María, sino García.

Al principio creí que, aun sin póstico, García era un modernista más. «Milagro será, me dije, que aquí no me llamen á mí algo malo, ni me entiendan, que es la moda ahora.» Pero ¡cál ni García se acuerda de mí, ni es un decadente, sino un mozo listo, que escribe con soltura y gracia.

Y después entré por *Sensaciones* adelante y ¡amigo! me encontré de manos á boca con un poeta.

Sin nada pentélico, ni pasmos, ni líricos sin necesidad de teñir de azul, como una mala planchadora, los versos, el Sr. Aquino Cabrera nos hace sentir y gozar con la música de rimas muy armoniosas, de mucha expresión, precisas, endrágicas, sobrias.

Algunas incorrecciones se notan en los versos de Aquino, pero fáciles de enmendar.

Dos cosas—de poca monta—que no me gustan:

El abuso de los ritornellos.

Y eso de *dedicar* todas las poesías; y no á, como se dijo siempre, sino *para*, como dicen los estetas.

En otras partes he de hablar más detenidamente de *Sensaciones*; por ahora, concluyo haciendo notar lo bien que suenan los romances de Aquino; hay en ellos esa especie de *sub-rítmico* que aún no he visto explicado en ninguna poética, pero que es una realidad. En Góngora, por ejemplo, se nota esa como latente hermosura en casi todos los romances.

En nuestro teatro moderno suele faltar casi siempre.

°°°

Opina doña Emilia que no se debe escribir prólogos. ¿Que dónde lo dice! En un prólogo.

Para disculpar la contradicción tiene el buen gusto de no citar el manoseado

Videor meliora, probeque, deteriora sequor.

Lo que dice es que una mosca no hace veranos.

Yo siempre había oído *golondrina* y no mosca.

No niego que también se diga mosca; pero es más poético *golondrina*.

También dice doña Emilia, en el prólogo ese, que era Platón el que oía la música de las esferas celestes.

Siempre he creído que esa gracia era Pitágoras quien la tenía; el fijateo del nimen, de la armonía...

De lo que estoy seguro es de que no debe decirse *juicio crítico*, como dice doña Emilia en el prólogo citado.

Indudablemente, no se debe escribir prólogos... no escribiéndolos bien.

CLARÍN

Palique.

Yo no tengo la culpa si hay temporadas en que apenas se puede hablar mal de nadie.

Yo no soy un fiscal de esos que todo lo ven de color de presidio y creen que sólo cumplen con su *misión* descubriendo en todo el mundo el *atavismo* de que habla el fiscal de *Resurrección*, de Tolstoi.

Yo no soy fiscal; soy juez; de entrada, pero juez; y aunque sé que resulta uno muy soso cuando no *paga*, prefiero ser justo, aunque sin sal.

Para salados, los jueces que suele enviar Pidal á Asturias.

Habla uno, en Oviedo, que decía que él no juzgaba por el Código, sino por un *manual* que tenía en su casa.

Es decir, que así como ahora los estudiantes pueden escoger el texto, gracias á Pidal hijo, aquel juez escogía la ley que quería, gracias á Pidal padre.

Pero, dejemos estas tristezas, y hablemos de...

638 Madrid Cómico (Madrid), n. 26, 31 marzo, 1900

Alegrias.

Así se llama un libro de versos, sin pórtico ni marquesina, que acaba de publicar Carlos Luis de Cuenca.

El cual es un desagradecido. Porque el público le busca, le celebra las gracias, y él, hurao, escribe sólo muy de tarde en tarde versos llenos de chiste, ¡del santo chistiel, y en el interin, del difunto *Claivas*, no hace más que... enuestros grabados, quiero decir, los de *La Ilustración*.

Porque Carlos Luis de Cuenca, á quien yo quisiera ver otra vez en MADRID CÓMICO, es de los escritores festivos, y en *verso*, que más velen. Y no es poco decir; porque en ese ramo tenemos cosa superior, á Dios gracias; y todo español de versos.

Buen sentido, buen gusto, buen oído, buen estilo, buena intención y buena malicia; todo eso y más se ve en los versos siempre originales, graciosos, nuevos de Cuenca.

Lean ustedes, por ejemplo, *El Numen...* y á ver si no matan al primer modernista que vean por la calle.

Antonio de Valbuena, en el siglo; y en, con, por, sin, de y sobre la Academia Miguel Escalada; y para los poetas ripio-bubónicos Venancio González, no sólo es un buen crítico de *pormenores*, como dicen desdenosamente algunos tontos *al por mayor*, sino que es, además, un buen novelista, como lo demuestran sus *Novelas secretas*, *Capitulos de novela*, y ahora *Agua turbia*, que acaba de publicarse.

Yo prescindo de sus ideas, que no son, ni con mucho, las mías, es infinitas cosas; pero no puedo prescindir de su talento, que es notorio, aunque él sea carlista é lo que sea.

Aparte de otras condiciones muy recomendables, *Agua turbia*, como otros libros del mismo género, de Valbuena, tiene el mérito de estar escrito en verdadero castellano, correcto y sencillo. Y, créame el lector, la constante lectura de periódicos mal escritos y de libros no mucho más castizos, lectura á que todos nos vemos obligados, hace que sean triaca muy provechosa estas novelas de Valbuena, donde se nos sirve el castellano visto *ordenar*, como si dijéramos.

Ya no me parece á mí tan propio, correcto y castizo esto que leo sobre la cubierta de otro libro que acabo de recibir:

RECONSTITUCION

Y EUROPEIZACION

DE ESPAÑA

PROGRAMA PARA UN PARTIDO NACIONAL

Publicado

el «Directorio» de la

LIGA NACIONAL DE PRODUCTORES

No creo yo en estos reconstituyentes; y la emulsión Paraiso-Costa, la juzgo muy inferior á la de Scott.

España no necesita que la *europiceen*, (vaya unos terminachos) porque ya está *europizada*, y en todo caso, no se curan las heridas nacionales, que todavía echan sangre, con palabras sexquipedales, que no se pueden pronunciar.

Más modesto, sin pretender salvar al país en un periquete, ni ofrecer mil pesetas al que presente mejor sándalo para *europizar* y reconstituir á España, el conocido y muy ilustrado y un poco neo, publicista D. Damián Isern, nos ofrece un libro titulado: «*Del desastre nacional*», escrito á conciencia, con muchos datos y criterio bastante sereno é imparcial. El Sr. Isern persigue ideales muy diferentes de los míos, pero no por eso he de desconocer su simpática tendencia á la imparcialidad en la tolerancia y al estudio documentado y extenso, que no da por sabido y condenado cuanto se dice y escribe en el *señalado campo liberal*.

Este criterio de intransigencia que llega hasta á no querer enterarse directamente de lo que dicen los *relapsos*, es el común entre los reaccionarios españoles. Pero, por hoy, el Sr. Isern parece libre de tan feo pecado. De un pecado tan *Peiselon*.

El acontecimiento exterior de más importancia, estos días, es el estreno de *L'Aiglon*, que no hay más remedio que traducir por el *aguilucho*, si se quiere traducir bien. Todavía no conozco la obra y no puedo juzgarla.

Pero, si diré, que creo en el gran talento poético y dramático de Rostand; que quien escribió el *Cyrano*, (que hay que leer en francés, por supuesto), es capaz de merecer el gran entusiasmo conque, casi por unanimidad, ha sido acogido *L'Aiglon*.

Digo casi, porque á Faquet no le gusta.

La malicia ya empieza á calcular la parte que en el buen éxito habrá podido tener la patriotería francesa.

No hay que confundir, señores. No se lleve *L'Aiglon* al terreno del *drafisismo*. Derouledé, patriotero, es un poeta muy mediano; Rostand, muy poeta, puede haber escrito otro drama excelente *aunque* en él muchos versos hermosos puedan entusiasmar á los patriotas. Rostand no tiene la culpa de Derouledé, como Moisés no tiene la culpa de Carulla.

CLARÍN

PALIQUE

... 6 no días.

Hablando de Pitágoras, había escrito yo en un palique el *filósofo del número*, y los ejístas leyeron el *filósofo del número*. (Advierto que estos ejístas no eran del HERALDO), rieron Pitágoras, los leoteros, Clarín... y Samson... y los filísteos.

Y á propósito (?) de Samson. Vaya una pregunta para el *Averiguador* de *El Liberal*: sección muy útil y simpática, por cierto, y que yo leo con interés todos los días.

Perdone el colega la forma antirreglamentaria de preguntar; *haga suyo*, si quiere, lo que ahora digo, y contesto quien sepa.

¿Por qué hemos dado todos en la flor de escribir Samson, así, con n, y no con m, que es como está en hebreo?

¡Ay! Por desgracia, muchos lectores... no leen la Biblia, y habrá a pocas personas, muy religiosas, por lo demás, que se acordarán de Samson... por la ópera.

Y se dirán: Sí, *«Samson y Dalila»*. Así se escribe... A lo menos así lo he visto en... el cartel del *Real*... y hasta en la *partitura*.

Pase perdone el *Real*; pero Arias Montano, por ejemplo, que me parece de más autoridad en materias de *Escritura* que el cartel del *Real*, no dice Samson, porque no hay tal *ene* (*nun*), sino *eme* (*mem*). Verdad es que Arias Montano tampoco dice Samson, sino Simson; siguiendo el texto hebreo, en que se usa el signo de la *moción* ó vocal correspondiente, que parece ser *querec*, esto es, un *punto*, que se lee *í*, sea breve ó larga la sílaba. Si fuera a, se leería: *ó patay*, breve, ó *camets*, larga, con signos diferentes.

Para que el diablo no me coja la mentira, digo que cito... con muertos, eso sí; pero con libros que puede ver cualquiera.

«*Biblia hebraica eorumdem latina interpretatio Xantis Pagnini lucensis, BENEDICTE ABLE MONTANI HISPAL ei quorundam aliorum collato studio, etc. Aurelii Allobrogum Apud Petrum de La Riviere MDCCXCIX.*»

Sabido es que con esto de las vocales hebraicas (móviles) hay muchos líos y obscuridades, con todo aquello de los signos masoréticos, etc., etc.

(Acorda del particular, sin contar con los modernos, se puede leer con *gran provecho* lo que dice el gran Espinosa ó Spinoza, ó como se deba decir en español, en su célebre *Tratado teológico político*.)

Sabido es que al mismísimo Jehovah se le llama de varias maneras; por ejemplo: *Yahvé*, que es como lo llaman los más de los modernos... fuera de aquí. Nuestro García Blanco decía Yegua (pronunciando á la inglesa la *v* ó *u*, mejor, de la forma que se ha buscado como equivalente al sonido hebraico).

Los masoretas escribían el nombre de modo que se puede leer Jehovah. Jehovah nadie lo dijo hasta el siglo XVII. De modo que Cheste y Carulla, cuando eran niños, no decían Jehovah. Clemente de Alejandría dijo Ioná. Teodorato nos enseña que los Samaritanos pronunciaban Iabé. San Epifanio, tan respetable, lo mismo. San Jerónimo, de cuya competencia en estas cosas no cabe dudar como de la mía, decía Iabó...

Todo esto, y más que omito, y hago mal, pueden ustedes verlo en Renan. *Historia del Pueblo de Israel*, tomo I, capítulo 6.^o

El amigo Lutero, que, aunque protestante, era de los que venían pegando, como dicen los Zeilos y Aristarcos de ahora; Lutero, D. Martín, en su célebre traducción alemana de la Biblia, escribe también *Simson*. Por ejemplo: (Jucosa—Richter—16—1.) *Simson ging hin gen Gaza*. (Die Bibel, oder die ganze Heilige Schrift, etcétera... Nach der deutschen Uebersetzung. Dr. Martin Luthers.—New-York, 1872.)

No se puede decir que esto del Samson y del Simson sea piquillas entre católicos y no católicos, porque nuestro Cipriano de

Valera, que cifra á azufre, escribe, en su versión española, Samson; y Samson leo en la edición de la *Vulgata*, hecha en Venecia en la imprenta *Remondiniana* en MDCCCLVII, y publicada bajo la autoridad de Sixto V y Clemente VIII.

Dejemos, pues, lo de si debe ser *a* ó si debe ser *i*, y no pongamos los puntos sobre las *ies*, para ser conciliadores.

En lo que no cabe duda es en que estos nombres, todos, que son los que tengo al alcance de la mano, escriben Simson ó Simson, con *eme*, no con *ene*, y que si en las vocales cabe duda, en las consonantes no.

¿Por qué, pues, señor *Averiguador*, hemos dado en la gracia de escribir Samson, con *ene*?

Esto por lo que toca al ilustre y atlético magistrado.

¶ Pero ahora vamos con Dalila.

¿Por qué se le llama Dalila y no Dilla, y á todo tirar Delila?

En hebreo se escribe *Dilla*; es decir, la D no tiene vocal correspondiente, sino una cosa que se llama *schewa mobile*, y se escribe así (i), debajo de la letra.

Según García Blanco, á esta letra no acompaña vocal alguna; el *schewa mobile* no se pronuncia; no suena *a*, *e*, *i*, *o*, ni *u*. Según otros, los franceses principalmente, dice Blanco, el *schewa* (i) *mobile* suena como *e muda*. Por lo cual, según unos, de-

biera decirse Dilla, y según otros Delila; pero Dalila no.

Cipriano de Valera, en «La Santa Biblia», escribe siempre Delila; Arias Montano (obra citada), Delilah; Lutero, (obra citada), Delila. La *Vulgata*, en la edición citada, Dalila.

Y pregunto al *Averiguador*, no cómo se debe decir, pues es claro que se debía decir Dilla, ó á lo sumo Delila; pregunto ¿por qué se dice Dalila y no Delilah, ¿por qué prevaleció esta forma, que es viciosa?

Y si no me lo dice el *Averiguador*, me lo preguntaré á mi amiga la señorita Dahlander, á quien he visto hacer una Dalila muy guapa y muy dramática...

¶ Moraleja: que ahí tienen ustedes cómo se puede tener un barniz de erudición barata, sin poseer el inapreciable *Larousse*, y sin moverse del sillón desde que se escribe... y sin ir á la *Biblioteca*, que aquí, en Oviedo, se cierra á la una de la tarde, y se abre á las ocho de la mañana, no sé si para las burras de leche.

Porque, ni yo sé hebreo, lo que se llama saber, ni otros muchos que dicen que lo saben, tampoco; ni para casos tales se necesita más que tener una librería en que haya un poco de todo, como en botica.

Lo que hace falta, en estos trances, no es ser erudito de verdad, sino pesado...

¡Y me paroee!...

CLARIN.

Palique.

No se puede vivir en *provincias* y enterarse, de veras, de si las comedias que se estrenan en Madrid son buenas ó malas. Ahora, es decir hace días, estrenó el Sr. Benavente, cuyo talento siempre he tenido en mucho, una comedia titulada *La gata de Angora*, y personas muy formales dan del éxito tan diferente interpretación, que no sé á qué atenerme.

Mi querido amigo Ballesteros, crítico del *Heraldo*, expone con gran detenimiento la tesis, la antítesis y la síntesis de la *gata*, que, por lo visto es del sistema Bourget, una *gata* psicológica; da á entender, con los mejores modos, que el felino personaje se parece tal vez demasiado á la *madame* Moraines de la novela *Monsieur de Bourget*; y después se *extiende en consideraciones*, como el manifiesto de la Unión Nacional, aunque en estilo más llano y menos afectadillo, y sin atrevidas imágenes en papel sellado. Esto es porque Ballesteros escribe mejor que Paraiso, que ya empieza á ensayarse por la *Gaceta*, y claro, escribo mal, á propósito.

Sea lo que quiera, si la comedia de Benavente no valiese un pito, como otros Aristarcos con media firma, ó menos cómo habla de llenar el *Heraldo*, periódico que se ahoga en original, con columna y pito de letra muy menuda con la crítica de una mala *gata* irrerepresentable? ¡Aquí algo hay!

¡Será que la *gata* esa rompe moldes, así como otras rompen cachorros!

Ballesteros declara, eso-sí, que «el éxito no fué completo».

Bueno, señor. Nada hay perfecto en este mundo.

Pero pudo haber sido bueno, sin ser óptimo. «El primer acto fué extraordinariamente aplaudido; el drama, porque el autor sólo lo esboza, estorbó á la comedia en los actos restantes.»

¡Naturalmente! Si la comedia iba mezclada con un drama cómo había de tolerarlo nuestro público *latino*, tan amigo de que cada cosa vaya por separado y los dramas no sean comedias ni las comedias dramas?

Por eso tal vez, un crítico, muy *latino*, hasta en el exilio, que tiene algo del que predomina en la literatura lapidaria, asegura, valiéndose de frases consagradas por una veneranda tradición, que *La gata de Angora* ha de figurar muy poco tiempo en los carteles y que no hay para qué decir, siquiera, el nombre del autor.

¡Hombre, un poco fuerte está eso! ¡Ni el nombre del autor, aun sabiendo todos que es Benavente!

Yo creo, que, en tales casos, se debe dar el nombre siempre que además se pueda dar el *renombré*. Como ahora.

«Los tres últimos actos de la *gata* (vean ustedes que *desdén*; *gata*, sin más), no fueron bien acogidos por el público, y dieron al traste con la desdichada comedia.»

¡Al traste! ¡Desdichado!

Y decía Ballesteros que el éxito no había sido completo. Lo completo, según este otro señor, fué el naufragio.

«La acción se paraliza por completo...»

Yo no digo que no se paralice ¿eh? Pero hay algunos que llaman *paralizarse la acción* el hecho de que en escena se estén diciendo cosas que ellos no entienden.

«...y el interés decae de tal modo, que á nadie le llega á importar lo que están diciendo los actores.»

Usted dispense; al Sr. Ballesteros, que no es ningún saco, lo importó, pues pudo enterarse de todo el argumento, de los caracteres, de que había allí drama y comedia, y el que aquello se parecía á una novela ó dos de Paul Bourget.

Y me pregunto yo (con las manos en la cabeza).

—(Pero, señor! ¿Cómo es posible que con público escogido, *snari*, lleno también de psicólogos... fisiológicos, que lee á Bourget y á D'Annunzio y á Prevost—y á Feirólón; esto ahora, en cuarenta—no se distraiga siquiera oyendo escenas que parecen de Bourget? No es concebible que el modo de decir esas cosas Benavente no sea elegante, intencionado, ingenioso. Si no se tratara del autor del *Criado de D. Juan* sino del Directorio de la Unión Nacional, comprendo que aburriría la *gata* á lo Bourget, con psicología y todo.

Porque, en esta hipótesis, la *gata* hablaría como un par de notarios juntos, abusando de la (buena) *fe pública*.

o°

Y exclamaría, v. gr.:

«El gobierno ha prohibido la manifestación con que se iba á subrayar el Mensaje...»

Ese subrayar es de un decadentismo hidráulico evidente.

«Deploramos tal medida, aunque sin inquietarnos, y por lo mismo que no nos inquieta...»

Eso es; «la razón do la sin razón que á mi razón se hace...»

«Ella nos impide ponernos una última vez en contacto con el Poder...»

Cuando lo que se quiere es salvar á España de retóricas, no se dice por última vez, sino una última vez, que no es español, pero es *europeo*.

Después la Unión se *despide* del Señor, del Poder...

Pero ¿á que no se despide de... la señora?

«Desnaturalizarme es mi derecho» dice un personaje *En el seno de la muerte*, y eso dice Paraiso, pero... sin derecho. Diga usted que el gobierno no entiende el estilo enrevesado de la Unión; pero un fiscal avisado vería que con toda esa retórica arqueológica, los de Paraiso amenazan con... lo que amenazaba el Cid. Pero sin dejar la tierra. Y eso es lo que no puede ser: A lo menos, *ante notario*.

Después Paraiso y el coro, se encaran con las Cortes y las dicen que quieren tratarlas con el respeto debido.

Y, efectivamente, á renglón seguido, aseguran que las Cortes no son la representación legítima del país.

Pero, si eso creen ustedes, ¿por qué les piden á las Cortes nada, ni por qué les van con quejas?

Con el mayor respeto, vienen á decir que las Cortes les han dado... un *timo*: «Cartuchos de papel repletos de promesas.»

Vamos, perdígonos metafóricos.

Afirma Paraiso, que la Constitución está en el aire y no tiene substancia. Se quería colocarla sobre *la escuela, la despena y la justicia*. ¡Muy bien! La justicia después de la despena...

A pesar de esta despena, el manifiesto, más que cosa de ultramarinos prácticos y de escasa Minerva, parece parto laborioso y muy amanerado de un *intelectual*... que está fuera de su centro, y muy lejos de sus habituales tareas.

En el fondo de este papel, hay la amargura del retórico á quien no han querido leerle sus lucubraciones... y las repite por sí acaso.

Sí, aunque parezca una incongruencia, á mí ese manifiesto me recuerda cartas y artículos, en que algún poeta *indito*, se queja de que en el *Teatro Español* no le quieren representar un drama.

Porque hay quien sueña con una regeneración de España en tres actos y en prosa... *gaciable*, con la apoteosis del protagonista al final. ¡Y se creen prácticos! ¡Y temibles!

Y no ven que las revoluciones no se hacen en la *lenda*...

Sino en la *trastienda*.

CLARÍN

Palique.

Entre las muchas cosas con que se ha celebrado aquí la feliz venida á España de un barco de la Armada argentina, figuran las poesías escritas por los Sres. Icaza, Rubén Darío y M. del Palacio.

Icaza no es español... de acá, sino de allá. Rubén Darío lo mismo; pero en nuestras letras tienen ya carta de naturaleza, y por eso me atrevo á tratarlos con cierta confianza.

La poesía de Icaza se titula *Y le nace...* porque son esas las primeras palabras del primer verso (costumbre francesa... pero inofensiva). La poesía es correcta, clara, concisa... no tiene galicismos y... sin embargo, parece traducida del francés. Y no sólo por el metro y la rima—alejandrinos pareados—sino por *un sí qué...* muy largo de explicar.

La composición de Darío se titula *Cosas del Cid...* y es un cuento de... Barbey (uno de Carabanchel).

Cuenta Barbey en versos que valen bien su prosa,
Una batalla del Cid, para como una roña.

Ya lo ven-ustedes, alejandrinos pareados también, y alejandrinos que valen bien algunas poesías de Heredia, hasta de Leconte de Lisle... y casi casi de Hugo. Si, la poesía de Darío es hermosa, bella como Santiago.

641 Madrid Cómico (Madrid), n. 28, 14 abril, 1900

como dice él del Cid... pero... ¡si parece traducida de *La Leyenda de los siglos* ó de cualquier otra cosa buena... pero muy francesa!

Yo también he escrito, y publicado, versos que parecían franceses, alejandrinos pareados, con giros victor-buguescos... Se titulaban *La paternidad...* y me los elogió Revilla (entonces mi enemigo). ¡Pero... aquellos estaban, efectivamente, traducidos de *La Leyenda de los siglos*! Darío ya ha escrito así varias veces. No hay galicismos gramaticales, á no hay muchos, en lo que dice, pero... todo aquello parece francés. No se lo parecerá al secretario de la Unión Nacional, ni á Villaverde, pero sí á todo aficionado á la *poesía comparsada*, al que haya leído muchos poetas españoles y muchos poetas franceses.

Por Dios, Rubén Darío; usted que es tan listo; y tan elegante... á la española, cuando quiere; déjese de esos galicismos internos, que son los más peligrosos. ¡Para qué ese afán de ser extranjero! Cuando á usted se le ocurran diabluras retóricas, que no sean... de París, que sean... de Cantillana, donde ya sabe usted que también está el diablo.

Este afán de lo francés, nada más que porque los franceses nos llevan alguna ventajilla, se parece al purrito belánico que atormentaba á los jóvenes romanos y que ya Lucrecio censuraba en versos... que imito, por cierto, Molière en *El Misantrópico*:

Nigra meUroos est; immunda se fétida atemora;
Gassia Palladon; narroas et ligues Dorcas...
(*Id. R. N. IV*.)

En cuanto al soneto de Manuel del Palacio, es, á Dios gracias, completamente castellano, de fondo y forma; y le ha salido bastante bueno; sin rípios ni faltas de sintaxis.

El Sr. Becerro de Bengoa dedica al *Río de la Plata* un río de prosa en calderilla, y empieza así: «La presencia de los marineros en España ha despertado interés y simpatías, no sólo en las clases de nuestro Ejército y Armada, sino entre las productoras y mercantiles...»

(En todas las clases, señores! Puede que las clases... desocupadas hayan sido las que más disfrutaron del holgorio.)

Además, en buena economía, Sr. Becerro, ya sabe usted que el comercio produce. Y en mala economía... ¡produce mucho más!

Las Cámaras de Comercio, ¿no producen? ¡Aunque no fuera más que manifestación!

Dejando á Becerro sumido en un mar... de números, relativos á la ganadería argentina, hablemos de un folleto del Sr. Martínez Rücker, titulado *La herencia de Wagner*. Lleva un prólogo del eminente maestro Bretón; y esto no lo digo porque lo diga la cubierta del libro, que sí lo dice; sino porque, en efecto, Bretón es eminente, y vale mucho, no sólo como sabio é inspirado músico, sino por el buen juicio que demuestra en cosas de arte.

Lo mismo Bretón, que Rücker, defienden la *santa melodia*; y vive Dios que hacen bien.

Y combaten el *snobismo wagneriano* y también está muy bien hecho. Y declaran que les cargan los imitadores de Wagner; y á mí lo mismo.

Aunque Wagner es el genio que todos sabemos ó decimos saber, no hay que creer que es el acabóse. Porque *no se acabó*; no se sabe lo que puede venir ahora.

Sabe Dios lo que dará de sí la música del... superporvenir que está creando Pompeyo Gener, sobre motivos de *En segadores*.

Y además, hay que contar con lo que decía *La Unión Nacional*. Quién sabe si á París no le gustará que haga ruido nadie, más que él. Puede que la música sea incompatible con el nuevo *Informe sobre la ley agraria*, que están preparando los de *La Unión*, inspirados en Isabel la Católica, Turgot y el abate Kneipp (el *Bautista* de los hidráulicos). A los hidráulicos no les gusta más música, que aquella de que habla la Biblia:

el rumor de muchas aguas.

Paraiso, aparte, y volviendo al Sr. Rücker, que *canta claro*, diré que este señor *entiende* que mucha música nueva de por acá, no tiene pies ni cabeza, es de puro azar, inconexa...

¡Eso mismo pienso yo hace mucho tiempo, pero no me atrevía á decirlo, porque no pago contribución en calidad de crítico musical!

Lo que yo me decía, para mi coeto, era esto:

—Señor, yo no sé como se explica en términos técnicos este fastidio que me produce toda esta música incongruente, sin idea... como no sé cómo se llaman muchas cosas que suelen dolerme dentro del cuerpo.

¡Buena fuera (ya lo creo), que para sentirse uno malo, hubiera que esperar á saber cómo se llamaba aquello en griego!

A lo que si me atrevo, es á ponerle rótulo á esa música hospiciaria que tanto suelen aplaudir algunos.

Puede llamarse, genéricamente:

«Cuando pesan rábanos... copiarlos.»

CLARÍN

PALIQUE

Germinal.

Así se titula... sí, ya sé, una celebre novela de Zola... pero, además, una agrupación de jóvenes que acaba de publicar un libro con ese mismo nombre. Ya antes, hace meses, á años, no recuerdo, tuvieron un periódico que se llamaba también así. Perdí aquella revista, que esto era, revista, murió, y se puede ser renovada, á lo menos, con solidez. Eso no lo digo yo; lo dicen los jóvenes germinalistas ó germinalistas, mejor, que pueden decirlo, porque hablan de sí mismos y no están obligados á tenerse los miramientos que yo les debo y estoy dispuesto á guardarlos.

Siento, eso sí, que no se les haya ocurrido un nombre más original y más español.

Germinal, en castellano... la verdad, no significa nada. Nada más que el séptimo mes del calendario republicano de la Revolución francesa.

Ya se sabe el poco caso que hacemos ahora de la lengua madre, que no es la madre del corcho.

Los jóvenes de Germinal, con una modestia que les honra, dirigieron, hace tiempo, un cuestionario á varias personas. Yo también recibí el cuestionario, y si entonces no contesté, es claro que sería por estar nublado, ó muy ocupado, ó todo junto, que es lo más corriente en esta... *colina de lágrimas* en que vivo (porque yo no vivo en un valle, sino en una colina; pero llena de lágrimas también). De ningún modo puedo suponer en mí falta de consideración y simpatía al hecho lamentable de no haber contestado á los señores de Germinal.

Voy á ver si, en cierto modo, lavo mi culpa de entonces diciendo algo ahora del libro que acaban de publicar.

Por lo pronto, esos cuestionarios tienen un no sé qué de aquellos otros que dicen: ¿Qué olor le gusta á usted más? ¿Qué virtud prefiere usted? ¿Qué vino bebe usted? ¿Qué opinas usted de los thurates?

Germinal publica varias de las contestaciones que lo han dado algunos señores, todos muy discretos y de justa fama.

No estoy yo conforme, naturalmente, con todas las respuestas recibidas. Por ejemplo el doctor Escudé, persona muy ilustrada, les dice á los señores de Germinal que hay que echar abajo el sistema parlamentario y votar por el representativo. Eso; pero esas cosas no se las encargarán á los muchachos.

El Sr. Salas Antón «estima muerta toda tentativa que no perta de la región».

«En Cataluña será estéril toda iniciativa de una juventud nacional».

Observase que el Sr. Salas Antón viene á coincidir con don Soledad Gustavo, que declaraba incapaces de procrear á los madrillos; este señor va más lejos: crea estéril á la juventud nacional. No hay que exagerar. Yo creo que sin ser catalán se puede uno reproducir. Abraham, *pater archaimus*, fué padre de un gran pueblo... y no era de Cataluña.

Mi querido amigo Adolfo Posada aconseja á los jóvenes de Germinal que se manifiesten «sin aparato ni literaturas».

Me parece bien; pero temo que se les va á hacer un poco duro...

También les pide que trabajen por su propia regeneración, y la del prójimo, mediante sacrificios personales.

¡Ah! lo duelen!

El sacrificio es la piedra de toque de los apostolados.

Anda por ahí quien se cree un gran patriota porque se gana la vida blasfemando. ¡Cosa más fácil!

También me gusta mucho esto que les dice á los jóvenes el Sr. Dorado, ilustradísimo catedrático de Salamanca: «La regeneración ha de empezar por uno mismo».

Justamente; antes de arregar el mundo hay que hacerse digno de arregarlo. Y hay para rato.

Por eso yo me siento poco apóstol. Me estoy corrigiendo á mí mismo y... apenas adelanto nada. Y no soy de lo peor. Hace uno una vida cosfísima, para no tener vicios, para no cometer pecados, y ¡visto eso tan poco! La virtud está mucho más lejos. Y para mí, todos los reformistas que no son virtuosos son farasantes.

El Sr. Dorado, precisamente, tengo motivos para creer, porque lo he oído á muchos que le conocen, y, además, por ciertas indicaciones de un artículo suyo, que es un hombre virtuoso. Feliz él. Esos, esos son los que pueden meterse á redentores.

Pero, si he de decir la verdad, la contestación al cuestionario que más me gusta es la siguiente, de mi querido compañero de colaboración, el muy discreto, ilustrado y sincero socialista Sr. Morato.

«El cual... me cree posible ni necesario que la juventud afirmo su propio sentido».

Lo mismo me pasa á mí.

No tiene sentido (si no ser un sentido de franco fisiologismo sensualista, determinista) de tomar la edad como criterio para dividir los organismos sociales que *perseguen* fines racionales.

Cuando se habla de la *juventud Alemana*, la *juventud Italiana*, se habla de otra cosa, no de regeneraciones debidas á los muchachos exclusivamente.

Por lo mismo que creo en el valor que presta á las empresas sociales el elemento joven, no quiero que se les robe esa savia á las agrupaciones y partidos que luchan por alguna propósitos legítimos.

Figurémonos que Germinal logra su ideal de reunir en un partido, con el regimiento de autos y todo, á toda, absolutamente toda, la juventud republicana. ¿Qué queda para el partido republicano de las personas mayores? Quedan las ventajas de la madurez, de la ciencia y de la experiencia, etc., etc., sí; pero falta la fuerza juvenil. Un partido así, sin *ninguna* *juventud*, sería una monstruosidad.

«No reconozco Germinal que, sin embargo, á esos republicanos que ya no son jóvenes hay que utilizarlos; que su partido acaso sea más apto para lograr y conservar el Poder que el de la juventud exclusiva, organizada sin hombres de historia, maduros? Pues si es claro que el principal partido republicano, el más práctico, tendría que ir con el otro, el histórico, el probado, el de los hombres de cierta edad, cómo quitarles la juventud, indispensable para muchas cosas? En vez de un partido verdadero, tendríamos dos partidos mutilados, monstruosos».

Bien, bien dice Morato. La juventud que sea... lo que sea: republicana, socialista, monárquica, lo que sea, y que lo sea... como deban serlo los jóvenes; pero sin fundar en esta condición, además pasajera y relativa, organismos aparte.

Por ese camino *filológico* se llegaría á la división de partidos y organismos sociales por razón de los diferentes temperamentos, y unas veces mandarían los biliosos y otras los linfáticos...

Lo que me gusta en Germinal es lo que dice, por su cuenta, de la cuestión religio-

sa. Proclaman el respeto á las creencias en la forma liberal clásica, que es la *liberal*. Cumpliendo esta parte de su programa, deben los germinalistas aconsejar á muchos jóvenes y viejos que se las colmen de librepensadores que no hagan alarde de título de impiedad en tiempo y lugar que causan escándalo, en que causan horror á espíritus creyentes.

Es hasta de mal gusto aprovechar, por ejemplo, la Semana Santa para escribir contra Jesucristo, llamándole plagiarista y persona de escasa cultura. No á todos se hacen reír esos disparates. Á los almas verdaderamente caritativas les hace llorar.

La tolerancia práctica es una cosa delicada. Y no ha de estar sólo en la ley, si ha de ser cosa del Gobierno constitucionalmente.

«Que empleen los curas por ser benéficos, dedicados ante las creencias de sus», se dirá.

Pero ¿por qué han de empezar los curas? ¿Por qué no han de empezar los laicos?

La doctrina de Germinal, en este punto, es la buena. Pero hay que practicarla.

Para concluir. Al final del libro se examina hay un artículo titulado «Queda nueva», y en él se asegura que las vibraciones del sistema nervioso causan la vida.

«Hombre, no lo creo!»

Supongo que Germinal no hará *revisión* de Gabinete, ni siquiera de reglamento, eso de que el alma sea... vibración nerviosa.

Pero si lo hace, yo... que no puedo ser germinalista, porque ya no soy *juventud* tampoco lo será, aunque recobre, con Feuillet, la juventud.

¿Tan averiguado cree Germinal que eso de los nervios? Lea, por ejemplo, el reciente trabajo crítico de M. E. Fournier acerca de las teorías atómicas sobre el sistema nervioso, y á ver si se abre á los que el alma la constituyen vibraciones nerviosas...

No se sabe todavía si la corriente eléctrica va por red continua ó si va por pulsaciones de continuidad; vamos, si á veces es *telegrafía sin hilos*; no se sabe si es corriente eléctrica ó qué... y, sin embargo, el Sr. D. Gastón Milnehanoff y otros han visto el alma pasar por cosas muy raras...

De todas maneras, ¡quién fuera! aunque no fuera germinalista!

CLARE

642 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.448, 21 de Mayo

Pálique.

A veces, los hechos hacen frases.

Por ejemplo:

«En Sevilla hubo una colisión entre los nazarenos...»

Nadie menos llamado a romperse el bautismo á garrotazos que un nazareno; es decir, un fiel cristiano que por pura devoción,—y á veces un poco de vino menos puro,—se viste un sayo morado y carga con una cruz para imitar á Jesucristo, siquiera no sea con la perfección de un Kempis.

Y, sin embargo, en esta España, que los extranjeros de cierta clase—clase snob—quieren ver siempre en país de pandereta, estos nazarenos que se llean la manta, ó el manto, á la cabeza, en vez de cefirita con corona de espinas, representan algo muy tradicional, muy clásico; representan la religiosidad al alcance de todos los borrachos.

Porque esa es la cuestión. En cualquier parte, nazareno significa algo que tiene relación con el drama del Calvario; pero aquí puede también significar borracho público.

Y no se me diga que maltrato á los señores nazarenos de la colisión de Sevilla; lo menos malo que puede pensarse de ellos, viéndolos andar á morradas en vez de pensar en la muerte y pasión de Jesús, es que se les ha subido á la cabeza, no el misticismo, sino el mosicismo.

°°

A eso dirán ellos que también son nazarenos *La Epoca*, *El Siglo Futuro* y *El Correo Español*, y andaban, en Cuareisma, á capazos.

Bien, pero ¡no en una procesión!

Por cierto que en la polémica entre *La Epoca* y *El Siglo Futuro*, según lo veo explicado por el Sr. Castrovido, de *El Pueblo*, de Valencia, francamente, lleva la razón, á mi ver, *El Siglo Futuro*.

La Epoca sostiene, creo, que no se debe dar limosna por la calle, sino que debe darse todo lo que á tal fin se destine á los establecimientos benéficos bien organizados y con garantía.

El Siglo Futuro, menos al tanto, al parecer, del último figurín filantrópico, defiende la limosna clásica: «haz el bien y no mires á quién.» No es que defienda la protección de la vagancia, y es claro que reconoce que debe uno mirar, siempre que pueda, á quién da. Pero esto, que es tan racional que se cae de su peso, no supone el criterio sistemático, frío, pedantesco, abstracto, y tan sujeto á error, de abstenerse en absoluto de socorrer las necesidades que nos puedan salir al peso. Claro, lo otro es muy fácil. Es la caridad encasillada, que cierra los ojos á las innumerables contingencias de la desgracia, del dolor, de la miseria que nos ofrece la vida, sin que haya beneficencia que pueda preverla.

«En la duda, abstente», decía el filósofo, hablando de otra cosa.

Pues en esto, al revés: en la duda... no te abstengas, da limosna.

En la duda, absuelve, debe decir el Derecho penal. En la duda, socorre, debe decir la caridad.

Es claro que el progreso de la vida benéfica consiste en hacer que vayan disminuyendo las contingencias que nos obligan á la caridad... empírica, digámoslo así. Pero no es más que un sueño utópico el suponer cercano el día en que no haya más necesidades verdaderas, más lástimas que llorar que las previstas por la sabiduría administrativa.

°°

En Francia, se trata de hacer que pase una ley para no condenar el robo de lo absolutamente indispensable para conservar la vida, en caso de suprema necesidad.

Esta ley, que acaso indigne á los millonarios; á los que tienen su fortuna donde es intangible y su dinero, para casos inmediatos, bajo llaves y en cajas de hierro, (el *acorazado* que vence en todas las guerras modernas); sólo es algo peligroso para la pequeña industria, y la propiedad mínima que no tiene lo suficiente para una mala cerradura; por ejemplo, los panaderos, al parecer, serán los que más tendrán que padecer con esta ley.

Pues bueno, con la caridad que no dá limosna, que no tiene nada para imprevistos, que no cree en el hambre cuya historia no sabe, tendrán que ser mucho más frecuentes los casos, siempre lamentables, de que haya quien robe—á otro pobre casi siempre—el pedazo de pan necesario.

Pues, señor, si la misma ley reconoce que hay casos en que se puede tomar eso de lo ajeno, sin que lo consienta su dueño, ¿no debe la caridad reconocer que hay casos en que se deba dar, sin aviso de los sindicatos benéficos?

°°

Una vez, San Francisco, teniendo que volver á Italia, se encontró sin blanca para el pasaje, ¿y qué hizo? Pues metirse en el barco de *matute*. Ya aplicaba él, en el siglo XIII, la doctrina que por primera vez va á sancionar la ley, en la república Francesa.

Otra vez, viajando por Cataluña San Francisco con un compañero, vió que éste se le quedaba atrás y ¡qué era!, que le había echado el guante el guarda de unas viñas, porque le había sorprendido *apañando* algunos racimos.

No faltaría *economista* poderoso, tal vez ese de *La Epoca*, que compare á los pobres de Madrid con los perros de Constantinopla, que les diera á San Francisco y su compadre:

—Eso es, han dado ustedes todo lo que tenían á los pobres y ahora, por su falta de previsión, se ven obligados á viajar de gorra y á robar en cercando ajeno.

Y la verdad es que, con el criterio de *La Epoca*, yo no sé qué podría contestar San Francisco.

Se necesita ser ó muy *cristiano viejo*... ó muy *nuevo*, para comprender la sublimidad inefable de dos santos que dan al mundo el cuerpo, el alma, todo, por amor al prójimo... y roban unas pocas uvas para ir tirando.

Lo que es en la *Unión Nacional*, no creo que los admitieran.

—(¡Más antecedentes!)

CLARÍN

643 Madrid Cómico (Madrid), n. 29, 21 abril 1900.

Palique.

Don Fernando Araujo es catedrático de un Instituto, y además es aquel señor que escribió una gramática alemana tan mala como demostró un alemán, desde Valencia, según yo tuve el gusto de hacer notar en un artículo muy largo del *Heraldo*.

Este Sr. Araujo es de los que creen que el copiar lo que han escrito otros, es un género de literatura.

En *La Esbana Moderna*, publica una sección que es una verdadera lástima; y el director, el benemérito Lázaro, debiera fijarse en esto.

Muchas publicaciones extranjeras tienen también esa sección de *Revista de Revistas*; pero si no es más que extracto de lo que se lee, no se firma, como no se firma la lista de los espectáculos, ni la sección de anuncios. Y cuando se firma, es porque se escoge con cierto criterio y se juzga lo que se expone, y se muestra cierto arte al resumir el trabajo de los demás.

El Sr. Araujo copia como una maquinilla de las que para eso están hechas; y engulle de todo, y copia cualquier cosa, y lo deja á medio traducir.

Pero, á veces, también se le echa de lingüista: por ejemplo, cuando dice que *L'aglon* no debe traducirse por *El aguilucho*, sino por *El hijo del águila*.

¿Y por qué? Porque, según Araujo, en castellano, aguilucho tiene un sentido despectivo.

¿Quién se lo ha dicho á usted?

¿Porque acaba en *ucho*?

Entonces también serán despectivos cartucho, cucurucho, el anti-guio conducho, arrechucho, aguducho, etc., etc., etc.

El Diccionario de la Academia dice que el aguilucho es el pollo del águila, pero no añade que esto se diga en son de desprecio.

El aguducho, por ejemplo, en vez de ser algo despectivo con referencia al agua, es «la avenida violenta del agua», que no suele ser cosa despreciable.

Copie, copie el señor Araujo, ó Araucho, que sabía mucho, pero se lo comió *chucho*.

¡Vaya si copia! «Los maestros de hoy ó de mañana —como dice Ernesto Tisot en la *Revue des Revues...*— y sigue copiando como un bendito, pero dejando á Tisot entre dos rayitas, por si hay alguien que no se fije y crea que todo aquello lo dice Araucho».

Y tiene gracia eso de copiar en una *Revista de Revistas*, una y otra vez, casi siempre, de otra cosa que se llama *Revista de Revistas*. Es decir, que, por regla general, el Sr. Araucho no se toma el trabajo de andar recorriendo varias publicaciones, sino que se va derecho á una de las más conocidas, y allí toma lo que le dan ya *revisado* por otros.—Y escribe *Revistas de la Revista de Revistas*. El cubo de la revista.

¡Y qué bien escoge Araujo! «Los maestros de hoy ó de mañana, pueden clasificarse en tres clases». ¿Qué sabe usted cómo serán los de mañana? ¿Y por qué los de hoy, los de mañana y no los de ayer?

Deja Araucho á Tisot, después de agotarlo y la emprende con «Enrique Berenger, que dice en... *La Revue des Revues...*» ¡Por supuesto!

Hay que notar, que lo que copia una y otra vez, son estudios de literatos y de obras recientes, que el Sr. Araujo podía hacer por sí mismo. Eso no es una *Revista de Revistas*, si no una revista crítica de libros... con mano ajena.

Y el Sr. Araujo escribe así: «Sería posible, ¿sería yo un miserable! Como se ve, el Sr. Araucho trata los tiempos en español como si fueran alemanes, es decir, empleando unos por otros. Que es lo que hace cuando se *siente* tedesco».

«Sería el señor Araujo un traductor que no *merecería* escribir una sección literaria en una revista importante?»

¡Vaya si lo sería!

¡Lo fuera, sería y *fuera*!

Miles de españoles han leído á estas horas ya *Restrucción*, de Tolstoy y á tales alturas, el Sr. Araujo les da cuenta de esa novela, no porque la haya leído, sino traduciendo mal lo que de ella dijo hace más de un mes un literato extranjero!

¡Fíjese bien el Sr. Lázaro!

•••

Ahora habla de varios escritores franceses... pero... «dice Zadiq... en la *Revue bleue* (otro libro de los siete sellos).

Y Zadiq... dice una porción de tonterías, que al Sr. Araujo le parecen de perlas.

Dice Zadiq y traduce Araucho, que «eso de tener estilo, es cosa de las medianías».

Y añade: «Los escritores estilistas como Flaubert y Goncourt, han sido siempre de corta inteligencia». ¡Basta!

¡Si Flaubert cogiera por su cuenta á estos Zadiq-Araujo ó sus Bouver y Pecuchet!

CLARÍN

Pálique.

Pues, señor, estamos frescos. Por un lado obispos y *canonges* que cobran un dínal; nos cuesta la piedad del Estado muchísimo más que la Instrucción pública; además, si le dice usted á cualquier presbitero, con buenas alabas, que nunca llama á Dios bueno hasta después de comer, se expone usted á ir á la cárcel.

Y por otro lado, tiene usted á esa juventud literaria é impía que sólo cree en la paz de los sepulcros, ó á todo más en Kropotkine; y que turba nuestra conciencia y nos vuelve á sumir en la duda de que nos había sacado Núñez de Arce á duras penas.

Porque, si uno de esos chicos de quince á veinte nos vienen diciendo que no hay Dios, ni Cristo que lo fundó, cómo no ha de vacilar el alcazar de nuestras opiniones y creencias? ¿Quién mejor que un muchachuelo vanidoso y sin juicio, de poca aprensión y pocas letras, puede saber lo que es la *casa en sí* de Kant y lo *Indiscernible* de Spencer, y aquello que el positivista Littré creía vislumbrar en el horizonte lejano, inaccesible?

Aristóteles creía en Dios; si, pero Aristóteles *fui toda su vida* un pobre vejete, chocho, que no leyó nunca á Nietzsche, ni siquiera á Pompeyo Gener.—Aristóteles hablaba del primer motor inmóvil... como de una necesidad reaccional. Hoy, que tenemos los automóviles, la prueba de Aristóteles cae por tierra.

Hoy mismo he tenido yo motivo para perder la fe de repente. Es el caso, que un chico de Bilbao le escribe á un amigo, en un periódico de Madrid, dándole la noticia de que se ha quedado sin Dios, como pudo haberse quedado sin un cuarto.

Y no le pesa. ¡Qué le ha de pesar!

Antes, era fuerte y bueno. Pues ahora, «desde que no creo en Dios, soy más fuerte y más bueno».

Por lo pronto, se me figura que ese joven steo no da gran importancia á lo de ser bueno. Porque si se la diera, la modestia le impediría llamarse bueno á sí mismo. ¡A que no se atreve á decir (puede que se atreve) «cada día soy más listo y más sabio y más seductor»? Porque á esto le dará importancia.

Pero ser bueno ¡bah! ¡para lo que vale eso!

«Más bueno y más fuerte». Habla así, como de las duchas, del atletismo. Es un abate Kneipp... sin coronas, por supuesto; y en vez de la hidroterapia emplea la atototerapia.

Lo que no concibo es cómo ese joven no se muere de rabia al considerar que no hay Dios, y si sólo ciego le estamos pagando un dínal. ¡Para qué sirve el arzobispo de Toledo con todas sus cóngruas incongruentes, si no hay Dios!

Hasta mi compañero y amigo Vadillo debe renunciar la mitad del sueldo, como ministro de Gracia, si es cierto lo que asegura ese muchacho bilbaíno.

Como no haya Dios...
¡que no haya Cos!

••

¡Estos jóvenes audaces! El que no es impío es poeta, que es casi peor.

Un *señor colorista*, de esos que parecen una cantera... de Carrara, pero cantera, y corredores de joyas y diamantes... *simil*, un señor que firma como la *ciudad del Turia*, si la ciudad firmara, habla con las cigüeñas, y dice:

Vagos signos de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando el sol se despegaba
las lentas agonías de lo Blanco.

En este último verso debe de haber una errata.
Creo que el poeta quiso decir:

las lentas agonías del Sr. Blanco.

Así el verso es muy largo, pero la verdad por delante. O acaso pensó:

✓ las lentas agonías de un tal Blanco.

Que muy bien puede ser el general del mismo apellido.
También dice el poeta:

Quiero el soneto, cual león de Nubia,
de ancha cabeza y resonante cola.

Un soneto de cola, tiene que ser un soneto con estrambote. Y para que tenga la cabeza más ancha que los sonetos y los leones de poco más ó menos..., el soneto debe de tener en los primeros versos más sílabas de la cuenta.

A ver, á ver, amigos Rueda y Darío; á ver si ustedes escriben en adelante sonetos como el león de Nubia.

Como el oso nostálgico y ceñudo
entre la cárcel de redondas barras...

Pero, señor; las barras ¡por fuerza han de ser redondas!

... alimento mis sueños, como el oso.

Duerma usted, duerma usted, en paz, joven nostálgico.

••

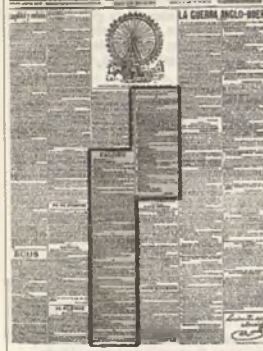
Pero, en fin; que los poetas digan cosas raras, no tiene nada de particular, porque el arrebato lírico consiste muchas veces en parecer medio loco, según dice Valera. Pero un periodista seado, que escribe con toda calma, no debía soltar paradojas como ésta que acabo de leer en un periódico:

«Me habló medio en francés, medio en español, medio (!) en... inglés.»
¡Hombre, no puede ser! ¡Las cosas no pueden tener tres mitades! Sin embargo; ¡ahora se discurre cada novedad! ¡No se ha inventado eso de la cuarta dimensión, y el espacio de once dimensiones?

Pues, acaso ese periodista pueda demostrar que las mitades de una, casi no son dos, sino tres.

Si lo hubiera descubierto Silvela, no se quedaba Sánchez Toca sin ministerio.

CLARÍN



646 Miniatura de la página.

PALIQUE

Categorías!
Del griego categoría.
 No teman ustedes. No voy a hablar en griego; ni siquiera de filosofía.
 No voy a hablar de las categorías de Aristóteles.

Ni de las categorías de Kant.
 Voy a hablar de las categorías... del *Escalafón general de los catedráticos de las Universidades del Reino*.

Ya saben ustedes que hay *jueces de entrada*, de *ascenso* y de *término*.

Pues lo mismo sucede con los catedráticos.

Antiguamente, estas categorías servían para algo.

Hoy para nada. La antigüedad es lo que se cuenta para ascender, para tener más sueldo. Y si están juntos en un tribunal, por ejemplo, un catedrático de entrada, antiguo, y uno de término, nuevo, el antiguo tiene el sitio de preferencia. Supongamos que están juntos el Sr. D. Máximo Fernández Robles, que ocupa el núm. 4 en el escalafón y es catedrático de *entrada*, y el Sr. Villafañe, que es de *término* y tiene el núm. 173... pues el profesor de *término* tiene que consentir que se coloque delante de él el catedrático de *entrada*.

La categoría de término sirve todavía para poder ser senador... si además se tiene mucha renta... y el favor ministerial. Total, nada.

Pero aunque no sirva para nada útil eso de las categorías, sirve para poner de relieve las injusticias que se cometen aquí hasta en las cosas de pura vanidad.

Profesores que, como el núm. 4 y el 10 del escalafón, por ejemplo, empezaron a hacer méritos en 1835 y 57, parecía que no debían estar *entrando* todavía, cuando el 173 ya está en el *término*.

Pero, se dirá: ¡se atiende al mérito!
 No siempre.

El año 1878 hubo oposiciones a la cátedra de Economía de la Universidad de Salamanca.

El primer lugar se lo dieron a este cura... laico. *Tuist alter...* la cátedra.

El primer lugar me lo dieron a mí; pero la cátedra se la dió el Sr. Toreno al señor Peña.

Porque yo era republicano.

Y Peña... no se llamaba *león*; pero su madre política era ama scca de las instituciones.

Y este Peña había hecho unas oposiciones del *bajo* siguiente:

Le preguntaron algo acerca de la propiedad, en Economía, por supuesto.

Y él contestó... enumerando los modos de adquirir el derecho de propiedad... según el Derecho romano.

Le tocó después hablar del libre cambio, y dijo que los Estados Unidos debían su prosperidad... ¡al libre cambio!

En otra pregunta se trataba del «impuesto progresivo, según los *Katader-socialistas*».

Y Peña leyó: *Catestatis-socialistas...* y, sin turbarse... empezó a hablar de los *jeatetatis-socialistas*!

Y Toreno le dió la cátedra.

Me lleva Peña 40 puestos en el escalafón; es decir, me lleva mil pesetas al año.

Después a Peña le hicieron, y es, decano de la Facultad de Derecho en Salamanca.

Y entonces... ya *decano*..., se dedicó a molestar al sabio catedrático Sr. Dorado, por sus ideas liberales.

Pues bueno, este Peña... ¡es catedrático de término!, con el número 133.

D. José Ramón de Luanco, rector de la Universidad de Barcelona, ilustre químico, gloria nacional, tiene el número 6 del escalafón... y es de *ascenso*!

¡Peña de término!

D. Francisco Giner de los Ríos, honra de la ciencia española, el primer filósofo español, el primer pedagogo, el jefe de una tendencia que ahora examina con gran admiración los tratadistas extranjeros (véase el último número de la *Revue Philosophique*, de Ribot, artículo de Ribot, en que se corrigen con las teorías pensadas de Giner las de Lombroso y Allmona); Giner, número 36 del escalafón, es catedrático de *ascenso*.

D. Francisco Godara, el gran arabista, y tan discreto y oportuno en cuanto escribe, profesor insignia, número 43 del escalafón, es de *ascenso*.

Y Peña, que no sabe más árabe que ese de *catestatis*...

¡Peña de término!

Salmerón, ex jefe del Estado, ilustre político, orador insignia, notable pensador, abogado eminente, honra de España, número 44 del escalafón... es de *ascenso*.

¡Peña de término!

Menéndez y Pelayo, el *monstruo* de la erudición española, es... de *ascenso*.

¡Peña de término!

Ramón y Cajal, uno de los primeros sabios de Europa, según reconocen unánimes la opinión, dentro y fuera de España, es de *ascenso*.

¡Peña de término!

¡Qué ha hecho, que ha escrito Peña?

Nada. A lo menos, nada que se sepa, que es peor.

¡Fobre país!

Esto ya no es *España*.

Es *Peña*... ¡de término!

CLARIN.

646 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.469, 12 marzo 1908

Palique.

No sé si por los *carros*, pero por Úbeda, sale un señor protestando contra el fallo del Jurado que en el incruento certamen de los Juegos florales de Sevilla adjudicó el premio de *Honor*, no á *Carlomagno*, sino á D. Miguel Gutiérrez, catedrático de retórica y poética del Instituto de Granada.

Opina mi corresponsal (tenga *esta* por suya) que los versos del Sr. Gutiérrez no merecían el premio, y... ¡vive Dios que *puede* ser!; y que conviene hacerlo notar, para procurar que no se desacrediten estas fiestas del *gay* (y á veces *guirrigay*) *snbr*.

Opino con el señor de Úbeda respecto de los versos premiados. Pero el crédito de los Juegos florales ya no me preocupa tanto; porque nunca fui partidario de semejantes arqueologías representadas.

Y, entre paréntesis.

¿Por qué los *juristas* siempre buscan presidentes, no entre los literatos puramente tales, sino donde se buscan los consejeros de empresas ferrocarrileras, esto es, entre los pájaros gordos de la política? Hasta el ilustre, pero prosaico Montero Ríos, creo que presidió ya *justas* poéticas. Pero en fin, ya que haya *rosas naturales* y *obitos de arte* y *reinos de la fiesta*... que sea con equidad.

El certamen de Sevilla tuvo excepcional importancia y llamó la atención, porque lo presidió Moret, porque la reina fué la ilustre Duquesa de Alba, que de tan buena manera protege y cultiva las letras; y aun por otras razones.

Por eso, es más de lamentar y de extrañar que obtuviera el primer premio una poesía (?) completamente cursi; de esas dedicadas á *mi siglo* y en que se canta el vapor, el telégrafo, el fonógrafo, el teléfono, el micrófono, el cinematógrafo, el cable submarino... en fin, poesía del sistema... Edison, con más ó menos *juicios* de inspiración.

Si yo tuviera el espíritu de cuerpo que tienen ciertos cuerpos armados, es claro que no diría palabra de los versos del Sr. Gutiérrez; pero no, señor.

Amicus Gutiérrez, sed magis amica veritas.

o°

En casa del herrero, cuchillo de palo.

El Sr. Gutiérrez es profesor de poética... y la primera estrofa de su poesía empieza así:

Resueno ya mi *cántico*
Al siglo en que he nacido:
Mi voz no es la del *pájaro*
Que oculto ve su nido...

Es decir, tenemos ya la asonancia de *cántico* y

pájaro, que de fijo no le perdonará, al catedrático de retórica de Granada... el catedrático de retórica... de Almería, por ejemplo.

Después, á los árboles de los bosques *iltricos* les llama *agrestes* y *sombrios*. ¡Cómo no han de ser *agrestes* y *sombrios* los árboles de un bosque!

Del Tajo en ágría *ciéspide* Y allá en la vega *escúchase*
Surge feudal castillo, No el blando caramillo...

Menudo caramillo le va á armar á usted el catedrático de poética de Jaén, con esa otra asonancia de *ciéspide* y *escúchase*. ¡Pero ese oído!

En el peñón del Cáucaso
No gime Prometeo...

Ni gimio nunca. Eso de que fuera el Cáucaso el lugar en que padeció Prometeo, es una hipótesis nada clásica y muy desacreditada.

Y del telar y el órgano
Se unen los ecos mil.

¡Cinco flores naturales le doy yo al Sr. Gutiérrez si, bajo palabra de caballero, me asegura que ha oído alguna vez en parte alguna los ecos mil, ni siquiera quinientos, ni uno solo, de un... telar!

Non omnis moriar, dijo Horacio; y el Sr. Gutiérrez dice lo mismo, pero no aludiendo á la fama que queda, sino... ¡al fonógrafo!

Pero ¡ahora viene lo gordol!

De la materia cósmica ¡Mostrando los orígenes
Degarra ya los velos, Del ser y del no ser!

¡Redidá! ¡Por lo menos, Reapolo! ¡Los orígenes del no ser! El no ser... no tiene orígenes; no tiene nada. Puede que el *ser* tampoco tenga origen, lo que se llama origen; pero, en fin, esto ya es más metafísico. Pero el *no ser*, ¿cómo ha de tener eso... ni nada? Y si no, á ver; díganos el Sr. Gutiérrez, ¿cómo, dónde y cuándo empezó el *no ser* y de dónde salió?

Rompe los hieroglíficos...

Vulgo, jeroglíficos.

Los patriarcas bíblicos
Retornan á sus tiendas...

Si, pero retornan cojos; porque á ese verso le falta una sílaba. Porque si usted lee: «*Los patriarcas bíblicos*», no vale. Y además, no está bien eso de partir por el medio á Abraham y á Isaac, y hacerles un arca en la barriga.

En fin, que la señora duquesa de Alba no ha de sentirse muy segura en el trono que debe al Sr. Gutiérrez.

El cual, dignísimo catedrático sin duda, si bien hace versos cursis y malos, no los cobra á muchas pesetas, como varios colegas suyos ciertos libros de texto en que también se descubren á cada paso *los orígenes del no ser*.

CLARÍN

Palique.

Lejos de la patria, cansado de la vida, enfermo por culpa del mucho trabajo intelectual el pobre *sfrancesado* decía:

Esta sonante lira y flautas de oro
y máscaras alegres que algún día
me dísteis, sacras musas, de mis manos
trémulas recibid; y el canto acabe,
que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad ligera,
apresurando á no volver las horas,
negó con ellas su vigor al nuncio...

Y concluía:

..... Preveñid en tanto
flébilis: tonos, enlazad coronas
de ciprés funeral, musas gélidas;
y, donde á las del mar sus aguas mezcla
al Garona opulento, en alilescio
bosque de laureos y menudas mirto
ocultad entre flores mis cenizas.

De las cenizas de Moratin cuidó, no la musa celeste, sino su buen amigo Silvela; y, ahora, mandando en España otro Silvela, descendiente de aquel, que es, vienen á Madrid los huesos de D. Leandro con una gran partida de ellos, todos *ilustres*, pero que, así, en montón, demeritocen.

Son las comparaciones siempre odiosas, dijo Espronceda; y si éste leyó en el Archivo de Simancas

que en el simul perdió siempre el marido,

Moratin, que nunca fué ni será popular, pierde comparado con Goya, que habló con el pincel á toda clase de gentes y naciones.

Moratin debió venir solo, sin competencia de hombres ilustres. Este desagravio póstumo de *postliminio* funerario, resulta casi una ironía, haciéndolo como se hizo. ¿Qué diría D. Leandro, quitilloso como buen literato, si pudiera ver que le sacan de entre flores y mirto de tierra extranjera para traerle á la suya en *postliminio* remoto de *hombres célebres* y cantar el responso de que Goya valía más que él, y de que él, según sus amigos, tenía un carácter que no se le podía aguantar? Para ese viaje, se diría, mejor me dejaban á orillas del Garona opulento.

En alguna parte he escrito yo que si el sol, por modestia, se empujara en salir de noche, les había un flaco servicio á las estrellas. Traer á Goya al mismo tiempo que á Moratin, es dar un desaire á Moratin.

Comella no lo hubiera discurrido de otro modo.

La gloria de Goya es de primera; Goya es indiscutible; es en la pintura mucho más que Moratin en las letras. Goya, se ha dicho, acaso con razón, después de Velázquez. Nadie diría Moratin después de Cervantes.

La hermosura de Goya la aprecian todos, está pintada, entra por los ojos. El mérito de Moratin lo pueden apreciar bien muy pocos.

Goya es de fama universal, porque no está en español, no hay que traducirle; le entienden hasta los chinos. A Moratin sólo lo puede *saborear* el que comprenda y sienta el buen castellano.

Pero D. Leandro merece algo más que venir *acompañando* los restos de Goya.

En la historia de la vida intelectual española el papel de Moratin es muy importante. Arrancar á la parte más culta de un pueblo, á la clase directora, de las garras del mal gusto, especie de barbarie, de las exageraciones estúpidas, es empresa grande y de muchísimo provecho. El buen sentido de Moratin, ya clasicismo, no tan *arido* como se dice, hasta su relativa frialdad, vinieron muy á tiempo; porque nada hay tan funesto en los majaderos como el entusiasmo.

Moratin fué para España más que Gottschad para Alemania; casi un Lessing, aunque casi al contrario. La parsimonia, la mesura de un Moratin no pueden extraviar á un pueblo; como pueden, v. gr.: las exageraciones literarias y poéticas de un Donoso Cortés. ¿Qué hubiera sido de España si hubiese hecho caso á este señor, siguiéndole en su apocalíptico mesianismo... retrospectivo, en su garrulería reaccionaria, en sus paradojas de misonista plagiatario?

— Pero, hombre! me dirán. Repare usted que también Donoso Cortés es muerto de los importados con Goya y Moratin, y usted le está comparando...

Es á propósito. Es para desagraviar al simpático autor de *La derrota de los pedantes*.

¿Me comparan á Moratin con Goya?

Pues yo ahora le comparo con el marqués de Valdegamas. Para que alguna vez salga Moratin ganando.

Donoso vivió y escribió mucho tiempo después que Moratin; y hoy cuánto más viejo es Donoso! Leed su filosofía *brillante* y leed las comedias clásicas de D. Leandro.

Estas siempre nuevas, como todo lo que queda. Las teorías y las retóricas de Donoso ropan vial.

Donoso, en su tiempo, influyó mucho. Es verdad. Pero también Cánovas. Moratin, para los hombres de gusto y reflexión, gana, es vez de perder con el tiempo. Donoso, hoy no puede ser considerado como verdadero filósofo. *Aquellos* es filósofo... recreativa. Subjetivismo sentimental. Romanticismo sobre motivos de grandes lugares comunes. Ni los más ardientes apologistas de Donoso se atreven á pedirnos que tomemos hoy en serio la filosofía de este orador elefante. Dicen que tuvo renombre europeo. Si, entre los que necesitaban número para la reacción intelectual que conspiraba en todas partes contra el pensamiento libre.

Una de las cosas mejores de Donoso que he leído, es una carta que publica en autógrafo, *La Ilustración Española*. Allí ofrece á su hermano enfermo y pobre todo lo que tiene; y se ve que lo ofrece de corazón. ¡Con qué sencillez, con qué elocuencia de *hecho* Por cierto que Donoso escribe dos veces *reír*, así, con *v*, por *reír*. Y donde quiere escribir *ahí* escribe *ay*. Pero esa ortografía capibobsa era fruta del tiempo. La mayor parte de los efectos que firmaron el *Convenio* de Vergara, firmaron el *Condenio*. En efecto, casi todos se criban *comengo* ó *comengo*.

Pero estos bravos guerreros no eran filósofos.

El Sr. Pidal alaba á Donoso principalmente por profeta.

¡Por cierto que dice Pidal que cuando lo del Diluvio el crédito de Moisés habrá crecido mucho á los ojos de los que no quisieron entrar en el arca. (Véase *El Liberal*).

Pero... si no fué Moisés el que hizo el arca y supo del Diluvio antes que viniera Moisés vivió muchos siglos más tarde.

El Moisés de Pidal se llamaba Noé.

Esto se explica. Cuando D. Alejandro estudió no se enseñaba *Historia Sagrada* en los Institutos. Pero se enseñaba en la escuela.

CLARIN

Si desafían á San Juan Bautista, como dice con mucha gracia el Sr. Poveda, ¿cómo no han de streverse con todos nosotros esos *ne-lunkos* y *crisantes* pódicos, jóvenes nenúfares y memo-*lillalés*? Un señor Orbe (¿quien no tengo por memo lillal, pero sí por bastante nenúfar), un señor Orbe, que abarca, como ustedes ven por su apellido, mucho más de lo que podrá apretar, se dedica á Diógenes de críticos y anda buscando uno que le llene; y no lo encuentra.

El quiere un crítico que se deje de Valera y otras antiguallas, y hable de los muchachos que escriben como en los peores y más bobalicones tiempos del romanticismo cursi y casero. No comprende el Sr. Orbe que él y los suyos son, estéticamente, lo mismo que las modistillas sentimentales que comían fósforos y leían á Pérez Escrich por entregas. Todos esos poetastros de que Orbe quiere que se hable, parecen uno mismo; dicen siempre lo mismo, esto es, nada; no tienen la menor idea original, no tienen corazón, sino un riplo cardíaco; no saben nada de nada; son muy sosos, tardos de entendederas, terios como... colchones; ni siquiera le entienden á uno cuando se burla de ellos con la finura del mundo. Y en letras de molde todavía disimulan algo la bobería. Pero cuando esos señoritos alternan con el vulgo de los mortales en teatros, casinos, cafés, pisasos, etc., la gente, por unanimidad, los clasifica entre los tontos, sin atenuaciones.

Cuando en una familia hay un *autor* de esos, todos los amigos de la casa, y los mismos miembros de la familia, lo consideran como una desgracia. Un *modernista* de esos es aun chico de quien no se puede hacer carrera. Conozco personalmente á varios de la clase, y sé á qué atenerme.

¿Cómo quiere el Sr. Orbe que la crítica hable de las ocurrencias en verso y prosa de esa parte abortiva de la humanidad doliente?

Todas esas diabluras literarias imitadas de la *moda de París*, no son ni más ni menos que los cuelllos exagerados y las casadoras y gahanes á muy largos ó muy cortos de nuestros más cucurbitáceos siete-mesines; todo ese falso modernismo es el modo de ser siete-mesinos los niños cursis y azoquetados que no tienen dinero para hacerse ropa extraordinaria.

°°

Clarín, dice Orbe, algo hizo en otro tiempo, pero ya está echado á perder. No habla más que de los literatos viejos, y lo alaba todo en ellos. Además, *Clarín* declara que no lee; y el que no lee no sirve.

¿Que no lee? ¿Dónde he dicho yo semejante cosa? Pero, hijo, ¡si me paso la vida leyendo!

Lo que yo no leo es el montón de libracos huecos, hospicianos, que

se van acumulando sobre las mesas de mi despacho, como aluvión abrumador.

No los leo, pero los huelo.

Así como hay olor de santidad, hay olor de tontería.

Abro: *huelo*: *Nimbo*: para Fulano. *Para*... el diablo que te leal

°°

No admite Orbe, que de buena fe se sabe *Morsamor* de Valera.

Pues, sí, señor; juro que *Morsamor* me gusta de veras; y creo más, creo que tengo mejor gusto que Orbe, y que por limitaciones de varias clases, es por lo que el Sr. Orbe no es capaz de penetrar las bellezas de *Morsamor*.

Menéndez y Pelayo, en su último libro, que es un examen de la *Propalidia* de Bartolomé Torres Naharro, dice de Valera, que es el más excelente y más clásico de los escritores españoles serios; y para describir una fiesta célebre de la corte de León X, con motivo del viaje famoso á Roma de Tristán de Azuña, el gran crítico deja la palabra á Valera, y copia una hermosa página... de *Morsamor*.

°°

Pero, ¡Menéndez y Pelayo á Orbel!

¡Leoncitos á Orbel!

Menéndez y Pelayo tampoco le sirve. No le niega que sabe. (Sería lo mismo.) Pero... D. Marcelino escribe libros de muchos tomos y muy exóticos.

¡Escotados los libros de Menéndez y Pelayo! ¡Pero si son como el agua! Claros, transparentes, para que los entienda todo el mundo.

¡Vaya un literato que está hecho el Sr. Orbe, que le parece empresa de titanes el leer la *Historia de las Ideas Estéticas*! Por fas ó por nefas, el Sr. Orbe no encuentra crítico en España.

Pero, es el caso, que en el número siguiente del periódico en que Orbe escribe, aparece un Sr. Jiménez, diciendo que, en efecto, la plaza está vacante y que debe ocuparla... ¡el mismísimo Sr. Orbel!

¡Hombre, es verdad!

Sí, señor Orbe, ánimese usted.

Sea usted el crítico que nos hace falta. Cómprese usted un bastón con borlas, como el de un gobernador; á ver si tenemos de una vez una enérgica autoridad literaria. Los gastos de representación se los pagará á usted el Sr. Jiménez.

NOTA. No se leen réplicas. No volveré á romper la faja del papillito que el Sr. Orbe sabe.

CLARÍN

PALIQUE

Cuando este artículo se publique, hablar en España del eclipse será ya como hablar... de las nubes de antaño.

En la moderna idolatría, ni el mismo Febo, Apolo Amante, es ya un dios; aquí no hay más dios... que una diosa: la diosa *Actualidad*. ¡El Sol! Nadie se acuerda de él más que un día... el día en que pierde por un momento su brillo, su fuerza; el día que lo eclipses un miserable satélite de la Tierra! Con las grandezas humanas hacemos lo mismo.

No agradeceamos su esplendor que nos alumbra, no pensamos en él; pero el día de la oscuridad, del decaimiento, nuestra pobreza, nuestra envidia, se vuelve atenta a observar, á lamentar el eclipse de aquella luz.

El negocio y el telescopio son enemigos. Harpo que tiene cuentachillos; pero telescopio! Lo estorbaría. Sólo oyó hablar de serio y del ocaso del Sol con relación á las letras de cambio. En el Código de Comercio, no en *Laplace*, ni en *Secchi*, ni en *Flammarion*... ni mucho menos en *Espronceda*.

Cuando los sabios más piensan en el eclipse, ahora, el público ya lo ha olvidado.

Hasta los nombres de esos sabios, que llenaron algunos días la Prensa, se han borrado de la memoria al soberano del perro chico.

Pero no sólo los astrónomos, los físicos, etcétera, deben seguir estudiando las *condiciones* del eclipse; también debo estudiar la filosofía callejera: la que tiene un laboratorio en medio del fogón.

La astronomía es Prometeo, la filosofía ética debe ser Epimeteo. Prometeo *re ante*; Epimeteo *después*. (Véase á Luciano de Samosata.)

Durante el eclipse se aprovechó la observación de todo hijo de vecino. Unos observaban las hormigas, otros las sensitivas; hasta hubo quien vió el *murciélago alcega* del poeta.

No faltó quien se dedicara á observar lo que habían aprendido en la escuela nuevos de nuestra concubinidad.

Hay quien se opona, acaso con razón, á que haya escuela de periodística.

Para debiera haber, exclusivamente, periodística... de escuela; es decir, que hubieran ido á la escuela.

Un *revistero celestial* de mi pueblo escribió, muy serio, que á tal hora, y durante el eclipse, *ya predominaba la luz de la Luna*.

Un profesor de... *ciencias morales y políticas* que, acompañado de sus discípulos, miraba el eclipse, oyó que un estudiante, que con unos malos gemelos veía el Sol por duplicado, exclamaba:

—¡Ahí está ya! ¡La Luna junto al Sol! ¡Yo ya he visto la Luna!

650 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.491, 3 junio, 1900

—Pues el *mitad* vuelve á *varia*—dijo el catedrático—, sale usted suspenso en Derecho civil.

—¿Se puede decir—preguntaba otro estudiante—que el eclipse está en su período álgido?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque es una barbaridad.

—Pues lo dicen muchísimos periódicos.

—Para eso es la libertad de imprenta.

—¿Y se puede decir que el eclipse de Sol está en su apogeo?

—Ese desatino aun es mayor, porque es decir que el eclipse de Sol está á la mayor distancia de la Tierra; lo cual es una incongruencia.

—Pues lo dicen... un periódico muy leído.

—Pero que ha leído poco.

—¿Y se puede decir que el eclipse fué más ó menos total?

—¿Lo dicen...?

—El periódico muy leído.

—Todo eso y más se puede decir, mientras la Cosmografía y la Gramática no se declaren en estado de sitio. Pero, suspendidas las garantías, tamaños dislates se pagan con cuatro tiritos.

—¿Y es verdad que después del eclipse de 30 de Agosto de 1905 ya no habrá otro por aquí cerca hasta... sabe Dios cuándo?

—¿Lo dicen los periódicos?

—Sí, señor.

—Pues si, en vez de estudiar ustedes los eclipses en los periódicos los estudiarán en el *Canon der Finsternisse* de Oppolzer, sabrían que el año 1912, el 17 de Abril, habrá otro eclipse que, según ese señor, será junto al cabo de Toribana y costa NO. de Galicia.

—¿Y quién es Oppolzer?

—Un señor que ha estudiado las curvas de ocho mil eclipses, desde el año 1207 antes de J. C., hasta el 2661 de nuestra Era.

—Pues ya estará mareado.

—Y hará cosas al andar.

—¿Y ha visto usted el *Canon* eso?

—No, señor; pero he leído esas noticias en la excelente *Memoria* dedicada por el Sr. Tarazona al eclipse de 1903. El cual Sr. Tarazona opina que, aunque no pueda afirmarse la exactitud de lo que Oppolzer anuncia respecto á los eclipses de 1905 y 1912, «casi podría asegurarse que las curvas de *centralidad* penetrarán en el interior de la Península, y los eclipses se cumplirán en inmejorables condiciones relativas para España».

¡Ojalá para 1912 no haya más que periodistas y estudiantes ilustrados, como ya lo son muchos, y nadie hablo de apogeos ni períodos álgidos del eclipse, ni de eclipses más ó menos totales!

✱

—¡El HERALDO, con el eclipse de Sol y Luna!—Así gritaba *Perico el ciego*, que es el apóstol del periódico, en la *venta*, aquí en Oviedo.

—Pero, hombre—lo dije—, ¿cómo dice eso?

—¿Qué quiere usted, señorito!... porque así se vende más. ¡Bah! Si usted fuera ciego de nacimiento, ya *vería* qué poca importancia daba á esas cosas.

—¿Cómo te figuras tú el eclipse?

—¡Yol! Pues como lo de Cayita. Se despencha el periódico más pronto y me acuesto yo más temprano.

Perico el ciego, á mi juicio, profesa un *idealismo* especial; el mundo no tiene realidad propia: lo que existe es la Prensa.

Los periódicos no son para los suecos; son los suecos para los periódicos.

CLARIN.

Palique.

Otra errata que me importa rectificar.

En el *Palique* anterior, yo había escrito *esotéricos* y salió *exotéricos*, que es todo lo contrario.

Los libros de Menéndez y Pelayo no son esotéricos, es decir, secretos, ocultos, para los iniciados, sino exotéricos, para el público, para que los entiendan todos.

Por ejemplo, bien claro y transparente es el hermoso estudio que acaba de publicar acerca de *La Propaladía* de Bartolomé Torres Naharro, animadísimo cuadro de la vida del Renacimiento en la corte pontificia. Por cierto que Menéndez y Pelayo, para hablar de la *clerecía* de aquel tiempo, no se muerde la lengua ni se anda con escrúpulos de Peirólón. Los hipócritas son los que se escandalizan por todo; los creyentes firmes saben distinguir, y reconocen los vicios y los errores de los hombres, aunque éstos se vistan por la cabeza. La Iglesia es uno y los eclesiásticos otro. — Pastor, el ilustre catedrático de Junsbruck, católico firme, como Menéndez y Pelayo, publica al frente de su célebre *Historia de los Papas* un *Breve* de León XIII sumamente laudatorio. León XIII abrió a Pastor ciertos secretos de la Biblioteca del Vaticano, jamás antes aprovechados. ¿Si tendrá confianza el Papa en l'astor?

Pues bueno; si se copiaran ciertos pasajes de la obra de que hablo en un periódico liberal, sin citar la procedencia, muchos neos españoles que no leen libros largos, que sólo leen *El Siglo Futuro*, gritarían: ¡Herejes! ¡Impios!

¿Por qué? Porque allí se reparte justicia seca, y a los Pontífices que tuvieron mácula no se les trata de ocultar la mácula, y se les deja encima los pecados que les atribuye la rigurosa Historia. En cambio, ¡cuánta autoridad no adquieren, con esto, los justísimos elogios que Pastor reparte entre innumerables varones santos y sabios, honra de la Iglesia!

Menéndez y Pelayo escribe con el mismo criterio de Pastor; sin mojigatería, con franqueza, seguro de que sus verdades nada manchan de lo que, para él, tiene que ser inmaculado.



Desde el otro campo, el liberal, el joven Martínez Ruiz, en su nuevo libro *El alma castellana*, también estudia imparcialmente costumbres y creencias de otros días, con amor al espíritu noble de nuestro pueblo, sin atenuar sus defectos, pero penetrando bien sus, á veces, recónditas bellezas.

Martínez Ruiz no es de los muchos que ahorcan los libros y se meten á predicadores.

Hoy por hoy, por su buen libro *ahorcará* cien púlpitos.

En vez de meterse, ante todo, en una rotativa, se ha metido en la Biblioteca. Más quiere ser cabeza de ratón... de biblioteca, que cola de león de... soneto modernista, como el vate *nenúfar* de días pasados.

Estos libros, como *Los Hídalgos*, *El alma castellana*, etc., no los da M. Ruiz, sino como apuntes, ensayos y bocetos, que son de gran provecho para el lector que no puede ser erudito y para el autor que suelta así el estilo, lo templó y equilibra, y va aprendiendo el arte difícilísimo de la composición histórica, necesario para el que en este género no ha de contentarse con ser un cronicón viviente.



La casa Gili, de Barcelona, que tanto trabaja por las letras, acaba de publicar en un elegantísimo tomo *«Los señores de Hermitas»*, y algunos otros escritos, varios inéditos, del malogrado novelista Juan Ochoa.

El libro lleva una biografía escrita por Altamira, con el arte y la cultura que tanto le distinguen. *Clarín* ha escrito un prólogo, que no es más que un tributo de amistad muy sincero.

¡Pobre Ochoa! Sólo pueden sentir todo tu mérito las almas buenas, sinceras, sencillas, no retraídas y falseadas por vanidades y egoísmos. ¡Una honrosa minoría nada más!

CLARÍN



LAS TARDES DEL RETIRO, por MÉNDEZ ALVARE

Palique.

Había yo dicho al Sr. Orbe que no le la réplicas. Pero yo propongo y el ingenio dispone. El Sr. Orbe me ha hecho leer su replica valiéndose de un artículo, que no me ha de enfadar á mí, como enfadé á Júpiter el de Prometeo cuando le dejó aquellos huesos que reer.

Llegó á mis manos el papelucho en que Orbe había escrito y en que yo creí que iba á replicar; y en efecto, sin romperle la faja, el papel fué... al cesto, hecho mil pedacitos. Como irá siempre.

Pero... el Sr. Orbe no escribió más allí, sino, en otro periódico, que yo ¡incautol! abrí y leí. Vi que hablaban de *Clarín* y que me daban bombo. Y ¡clarol! leí. El bombo no ocupa lugar. Fui á ver la firma... y ¡jera la de Orbel!

Orbe es muy... *urbanc*. No quiere refirir; y como yo tampoco quiero, ni hay para qué, figurense ustedes la paz que resultará. Si cuando uno no quiere dos no rifen, ¡qué será cuando no quieren los dos?

Y ya que estamos de buenas, le diré al Sr. Orbe que la causa de haberla emprendido con los nenúfares fué tal vez cierta impericia de su estilo, que le hizo decir las cosas de manera que resultaba algo despectiva, lo cual ya veo que estaba lejos de su ánimo.

Sepárese el Sr. Orbe, si quiere seguir un buen consejo, de las malas compañías; no dé ni quite destinos en la república de las letras, y huya de las comparaciones peligrosas.

Orbe asegura que *Paz en la guerra*, novela de Unamuno, es mucho mejor que *Moriamur*. Puede ser. Yo he leído *Moriamur* y no he leído *Paz en la guerra* todavía.

Por cierto que en esto es en lo que se funda Orbe para decir que no leo. Hombre, no lo leo tóco. Tampoco el Sr. Orbe lo lee todo. Porque, por lo menos, á veces no lee entre líneas. ¡Ah, Sr. Orbel! Hay que tener un poco de fe en los viejos. Y hasta en los que no lo somos todavía, pero lo seremos pronto, ¡oh, Póstumol!

La experiencia nos enseña ciertas cosas que es imposible que comuniquemos, no siendo por la fe.

Y á veces nos valemos de ciertas habili-

dades pedagógicas, lícitas, para llevar por el que nos parece buen camino á los menores en edad que merecen ser bien guiados.

Por ahí fuera se habla mucho de laboratorios psicológicos, y los hay; y prestan buenos servicios muchas veces; y otras, datos inútiles. Pero esos libertarios suelen estudiar más la *tribu* que el individuo. Casi siempre operan sobre masas para recoger enseñanzas de lugares comunes psicológicos. Y los mas agudos filósofos modernos ya se quejan de esto, y aspiran por el laboratorio y el observatorio de psicología pura, especial, individual y de observación histórica, orgánica.

Pues, en pequeño, un aficionado á las letras y más aficionado á la filosofía, como yo, bien puede ensayar, á su modo, algo que sea como de ese laboratorio y observatorio psicológico, individual, histórico, orgánico...

A veces, en los experimentos, revienta un frasco de repente, y le saltan á uno á la cara los vidrios rotos, mezclados con fragmentos del pobre *hominiculus* que estaba allí dentro.

Puede ser que, al llegar aquí, el Sr. Orbe mire hacia atrás, para ver si estoy hablando con otro... Algo hay de eso. No con otro, con otros muchos.

Todos esos artificios serían malas artes, si no fuera por lo honesto del propósito.

El Sr. Orbe me habla de un tal Las Heras, que ha descubierto la novedad de llamar la atención hablando horrores de *Clarín*. *Vieux jeu*. No es Las Heras materia primera de mis experimentos. No conozco ese simple.

El nuevo empresario del Español ha tenido una felicísima idea. La de nombrar director artístico al Sr. Balart. Y Balart ha tenido otra idea muy feliz: la de aceptar el cargo.

Por lo pronto, estamos de enhorabuena, porque esa resolución de Balart demuestra que el ilustre veterano de las letras está bien de salud, se siente vigoroso y con humor para andar entre bastidores. ¡Y es tan importante esto de que se conserven buenos los viejos ilustres!

Además, dados el carácter, la competencia y los propósitos de Balart, está de enhorabuena, particularmente, el arte escénico.

Balart se propone dirigir de veras. No va á ser tirano, va á ser consejero; pero un consejero que tendrá razón y que se retirará si se quiere que autoricé lo que no debe pasar. Mientras él conserve el cargo, no habrá ensayos de fórmula, precipitados; ni repartos absurdos, de puro capricho.

Balart hará que el autor tenga en el ensayo la influencia que debe tener. En el teatro, el autor no dispone, como en la novela, de la descripción y la narración independientes del diálogo, y debe poder suplir esto con advertencias y enseñanzas á los actores, para que estos sean como él quiere, como él los ha visto en su papel respectivo, no según la *manera* de ellos.

Yo he visto, con asombro, á los autores más eminentes y autorizados, casi *passivi* en los ensayos, dejando que los cómicos entendieran á su modo la obra y la cortasen y recortasen á su gusto. ¡Absurdo! Balart evitará la continuación de tan irracional costumbre.

Otro sí: Balart no quiere que se estrene demasiado. Más vale poco y bueno que mucho y malo.

No pasarán ciertos engendros ridículos. En cambio, no se postergará al ingenio que no quiere someterse á hipocresías de clase y á rutinas de oficio.

Los jóvenes de mérito que presenten obras, pueden estar seguros de que se *lerán*, y de que si son dignas de la escena, D. Federico hará que se representen bien ensayadas. Ya hay director. Ahora, á ver si hay algo bueno que dirigir....

CLARÍN



LAS TARDES DE RECOLETOS, por SANTANA BONILLA

Un señor que firma *Tersites*, y escribe muy discretamente de teatros en *El Español*, se queja de que para la dirección del teatro Español se nombre á un poeta lírico, y de que á un autor dramático se le lleve al Senado.

Por lo visto, ve en esto ejemplos de aquellos *vicerversas* españoles de que ya se burlaba Fray Gerundio.

El poeta lírico aludido es el Sr. Balart, que, en efecto, es poeta... lírico, como todavía decimos, aunque ya debíamos ir pensando en decirlo de otra manera. Poeta lírico, y bueno, es Balart; pero... ¿no es más que eso? Otra cosa es, según opinión unánime del público: un crítico eminente. Todavía lo de poeta se lo disputan algunos, aunque sin razón, á mi ver; pero lo de crítico, absolutamente nadie.

¿A que ya no le parece un *vicerversa* á *Tersites* que dirija un teatro un crítico?

Pero es que *Tersites* lo quiere crítico de teatros y con bríos juveniles. Lo de serlo de teatros suele ser accidental en los críticos de actualidad. Según las circunstancias personales, se habla de las comedias que se estrenan, ó no. Yo mismo, aunque indigno, fui muchos años crítico, ó por lo menos revisero, de teatros, y como tal empecé á ser algo conocido, para bien ó para mal. Si ahora no hablo de estrenos más que de tarde en tarde, es porque no vivo en Madrid. D. Federico no suele hablar ahora de teatros, pero... no es porque no sepa, señor *Tersites*; es porque no quiere. Conoce nuestro teatro antiguo y moderno perfectamente, como pocos, y demostrado lo tiene. *Allo tempore*, también escribió de estrenos, y ¡aquella era crítica teatral!

¿Quién no recuerda la gracia y el buen gusto con que Balart se opuso á la corriente vulgar que admiraba ciertas comedias de Eguílaz y de Larra (hijo), medianías que iban pasando por eminencias? La discusión de Balart con Larra, por causa de un estreno de éste, fué, por parte del crítico, un modelo de donosura, intención y gracia.

En cuanto á lo de los bríos, Balart los tiene como nadie, aunque ya no son juveniles. Y habiendo energía y actividad, la juventud ya no es tan necesaria para empeños como el de dirigir cosa tan compleja como un teatro nacional. La experiencia, el tacto, la prudencia y el saber que Balart tiene, por ser quien es, primero, y en parte por sus años, le habrían de servir más que arranques juveniles, más oportunos en otras empresas.

Poeta lírico es Balart, sí; pero no se crea que de esos sofadores que sólo saben leer y escribir versos. Balart, cuando ha querido, ha sido hombre de... ¡acción! y hasta de ¡administración! Fué subsecretario de un ministerio, en tiempos difíciles, y se lució en el cargo. Muchos años sirvió en el Banco de España, y adquirió muy pronto fama de inteligente, activo; era empleado modelo ¡y en cosa tan prosaica!

No se dude. Balart es que ni buscado con candil para dirigir el teatro Español.

No tema *Tersites* que se aburran los cómicos. Lo que harán será respetarle, como acaso no respetarían á uno de esos críticos jóvenes á quien *Tersites* prefiera. Entre éstos, ninguno hay con bastante autoridad para hacerse obedecer sólo por el prestigio de su nombre. Además, ninguno de ellos ha demostrado que sabía sobreponerse á

la corriente vulgar, al influjo del público tirano, y esto es indispensable en el cargo de que se trata. Ciertos éxitos transitorios, de oropel, de viento, debidos al mal gusto general, no fueron, en estos últimos años, contrarrestados por la crítica militante; por eso, porque esos señores críticos eran tan vulgares como el vulgo.

El mismo *Tersites* descarta á algunos que son de los que gozan de más crédito entre cierta parte del público. Excomulga al Sr. Arimón, desecha á Zeda... Pues, ¿entonces?

Más miedo que á *Tersites*, para esto de que se pueda descomponer lo del teatro Español y Balart, le tengo yo á cualquier concejal, de esos que tiran á las musas como á los matuteros, y no distinguen entre Melpómene y Pepe el huero.

Terribles son, para el arte, estos *encabezamientos* dramáticos del Municipio madrileño; y á lo mejor se queda con falta un rematante de consumos, que nos deja sin Balart y pone al frente del Español á un cabo de carabineros.

Dios quiera que la cuestión dramático-concejal no acabe en un expediente, un duelo y varias bofetadas, que es lo corriente en nuestras corporaciones populares.

Si le hemos quitado á la Iglesia una porción de bienes, porque no los administraba

bien, ¿por qué no hemos de atrevernos con el Ayuntamiento, quitándole el teatro Español, que él trata como si fuera el servicio de alcantarillas ó cosa por el estilo?

Volviendo ahora á *Tersites*, le diré que el poeta dramático que llevan al Senado, tampoco ofrece un caso de *vicerversa*, porque es D. José Echegaray.

Si le hubiesen encargado á ese poeta el trazado de un ferrocarril, ¿hubiera dicho *Tersites* «¿Qué atrocidad! á un poeta? No; porque sabe que Echegaray, además de poeta... es ingeniero. Pues el nuevo senador poeta fué ministro de Fomento y de Hacienda, hombre político de primera fila, orador parlamentario de los primeros, autor de leyes muy buenas é importantes... Claro, como Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, el de Frías, Lamartine, Hurtado de Mendoza, Disraeli, Gladstone y tantas docenas de hombres políticos que fueron poetas sin perjuicio de ser ministros, diplomáticos, legisladores...

¡Oh, quién nos diera muchos poetas líricos y dramáticos como Balart y Echegaray para arreglar aunque fuera la Hacienda, la Marina; el Ejército y hasta el Concordato!

Los que mataron á *Meco*... eran *prosistas*.

CLARÍN

PALIQUE

«El ministro de Instrucción pública, etcétera, está decidido á proteger efusivamente el teatro nacional.»

«El Sr. Balcarrá será director artístico del Teatro Español.»

«María Guerrero quiere trabajar en Madrid durante la próxima temporada y hacer teatro.»

Conveniría atar estos tres cabos sueltos.

Opino que el gobierno debe gastar algún dinero en beneficio del Teatro Español, y reglamentar, con elementos técnicos suficientes, la administración del mismo.

Apaludo con entusiasmo la intervención de Balcarrá en estas cosas.

Y creo que para la primera campaña gubernamental de nuestro teatro debemos contar con María Guerrero.

Desde el punto de vista que se llama *entre nosotros*, acaso pareciera imposible á poco menos que se pueda formar una compañía para la próxima temporada, bajo la protección del gobierno, que trabaje en el Español dirigida por Balcarrá y con María Guerrero como una de las primeras damas. Conozco algo de los *insidiosos* y de su psicología—es decir, la de quien anda entre ellos—y yo mismo me llamo flemo para mis adentros, al leer las goliardías que acabo de recibir.

No importa. El ministro no debe saber *qué cosa* es la crítica tampoco; el público no. Si lo que se sabe sirve para amilanarnos, más vale no saberlo.

Por lo pronto, callen esos sociólogos de gasfina que en cuanto se trata de gastar dinero y artículos de ley en el teatro, se echan á relinchar un individualismo estrecho, mal entendido, que para otros muchas cosas no se atreven á invocar. Por ejemplo, en la cuestión obrera, si se invocan ese individualismo entendido de tan mala manera, no habría admitir siquiera lo que hacen los gobiernos actuales en favor de los proletarios, y eso que viene á ser cosa entre dos platos.

Con el mismo derecho con que hay en-

señanza oficial, y con el mismo con que se gasta alro, poco, en Bellas Artes en conservar museos y tener teatro Real, de gastar siempre extranjera, se puede gastar algo en teatro teatro nacional, como lo tienen los franceses. Mucho más español es el teatro que la Academia.

La general, y poca á ciertas teorías económicas de la escuela nacionalista, cada más debe fomentar la producción de aquello para que tenga especial aptitud y facilidades naturales. Esto en lo económico; y en la técnica, el perfeccionismo artificial, *quantum visum*, podrá tener discípulos por circunstancias pasajeras; pero, en general, esa gran ley de la división del trabajo, relacionada con la de la aptitud y la del mínimo esfuerzo, debe ser obedecida. En España en artificial la protección de ciertas cosas para las que tenemos poca aptitud y pocos medios materiales. Por no disgustar á mi respetable amigo el insigne músico Sr. Bretón, uno de los españoles que toman más en serio el apostolado artístico, no diré que la ópera española me parece un género artificial, que sólo pueda vivir con la protección de esa clase que censura. Creo en las óperas de Bretón y de otros españoles; pero no en la ópera española, que es otra cosa, como el sabe mejor que yo.

En cambio, nuestro teatro no cantado, en verso y prosa, es verso asbr: todo, es una de las cosas mejores de España, de las más célebres. Hay que declararlo monumento nacional y defenderlo de la *puente municipal*; es decir, de la tutela del Ayuntamiento.

Es claro que en cuanto se pueda debe constriñerse un Teatro Español nuevo, si es posible en el mismo sitio que hoy ocupa el que tenemos; pero esto último no es paladado de pizarra.

Pero más prisa que la parte arquitectónica del asunto, corre la directamente dramática. Teatro, es decir, repertorio, le hay: el antiguo, clásico, glorioso, muy ampliado, y el del siglo XIX, que no es gran cosa más. ¡Un *Procedor*, un *Dos Alzados*, bien hechos, son cosa rica! Además, lo que de ahí al siglo XX, que algo sera.

Pero lo que no es tan fácil de reunir es el personal de la compañía.

No porque no haya algunos artistas excelentes, otros bastante buenos y muchos regulares. El caso es poder reunirlos... y mantenerlos reunidos.

Lloy para con los cómicos lo mismo que con... los otros cómicos, los políticos. Todo el mundo quiere ser cabeza de ratón.

Da usted un hombre á un actor modesto, pero con aptitud... y al día siguiente se declara en cantón, forma una compañía, declara la taquilla en estado de sitio y busca actores modestísimos, pero canónicos, que en lo que él necesita; porque si comen, no le sirven. En vano seguirá usted diciéndole que el repocenta muy bien, que tiene mucho talento; si quiere usted servirle, tiene que extender el elogio á los infelices que le rodean.

Para estar bien con la gente de teatro hay que ser de esta ó del otro *relancito*. Lo mismo que en política.

Para cambiar tales absurdos debe servir el teatro nacional dirigido con energía por personas de autoridad, propia y oficial, superiores á todas estas pasiones-cillas de bandera.

En cuanto á la crítica, si quiere ayudar de veras á la restauración, en lo posible, de nuestro teatro, debe ser independiente de veras, decir grandes verdades, gusten ó no.

Allá van unas pocas, por vía de ensayo y para dar ejemplo.

Muerto Calvo y no pudiendo ya Vico ser el gran Vico de otros días, á lo más ordinariamente, no tenemos ninguna actor de primera. Pero hay que cultivar el talento de los *espigones*, para que lleguen á la mayor altura que puedan.

Fernando Mendocza tiene algunas facilidades excelentes y progreso visiblemente.

La crítica de América y de París, que no podemos suponer vendida en masa al oro de María Guerrero, nos habla con rara unanimidad de esos progresos grandes de Mendocza. Me inclino á creer en ellos: apremios.

Thalhier también tiene excelentes condiciones... y ciertos defectos de que podría corregirse, con una crítica competente y franco, y renunciando á dirigir compañías medianas.

Ortega, Balaguer, Ruiz Arana y otros muchos que no cito por abreviar, y porque no los recuerdo á todos, son elementos que, bien dirigidos y ordenados (y subvencionados) pueden producir excelentes conjuntos.

Tomamos una actriz de primera clase: María Guerrero.

Hebo un tiempo, después de sus primeros triunfos, en que yo temi que se amaranos por vanidad, por andar rodeada de medianías y nulidades y por las con *placencia* de los actores que hacían obras para ella, en vez de hacer que ella se adaptase á la variedad de lo que imaginaban ellos.

Por fortuna, mis temores no se confirmaron. El talento de la Guerrero llegó á la madurez: sus facilidades de expresión, su mimica sobre todo, ganaron muchísimo. Es una gran actriz.

Pero no debe ser un capitán general. Cuando viaje por el extranjero, es buen hora sea *Isabel*, para que haya su roñado de *Isabel* y *Fernando*, que atraigan nuestra atención por ambos mundos.

Pero en Madrid, en el teatro oficial, nacional, que es donde debe estar, si puede entrar con toda su compañía, si compartiendo mandos vareniles. No imita á Sera Bernabé hasta en sus extravíos. El *feminismo* teatral es antipático, como otros muchos.

La señora Taban es también una artista desconocida y de elegancia; menos joven que la Guerrero, si no veces con lo que mil veces sabe vencer en otros días, lo seguir consiguiendo admiradores con su gran talento. Para muchos, es nuestra primera actriz; para todos, una actriz muy notable. También debe ser primera dama en el teatro nacional. Muchas veces, siempre que lo requiera el reparto, deben trabajar juntas las dos Marias.

Ave María—exclamaremos muchos al leer esto.

Diferencia, no se olvide que estoy moviéndome en la para región del ideal.

Rosario Pico, la Cabaña y otras muchas señoras y señores también deben entrar en el teatro de la nación.

Y el D. Federico, si aun ayudado por la benemérita (que vamos á referir), puede hacerse obediencia... que declina el mando.

Y que venga Weyler.

Clarín.

654 La Correspondencia de España
(Madrid), n. 15 486, 28 junio, 1900.

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA



654 Miniatura de la página.

Palique.

En el último *Palique* parecía que llamaba yo poetas á Gladstone y á Disraeli, porque faltaban las palabras *novelistas, críticos, etc.* Disraeli fué notable novelista; Gladstone gran concededor de los clásicos, que comentó en excelentes trabajos. Que conste.

Se ha despertado una desmedida afición á la prensa *rimbombante* que aquí quiere decir que *da ra bombos*.

Y conviene que haya una prudente protesta, porque la cosa resulta ridícula; y á la larga, y aun á la corte, contraría á la estricta moralidad.

Como á todo hay quien gane, algunos observadores notaron que había manera de atraer al público, mejor que la que emplean aquellos periódicos que, por el perro chico, en vez de rectificar á la opinión cuando lo merece, se van tras ella siempre, para adularla.

La nueva empresa era de una audacia colosal; se trataba, no de adular al vulgo en sus opiniones... sino personalmente *nominativum*.

Y dividiéndolo en clases, se fué publicando la biografía y el retrato de todos los chocolateros, de todos los soldados, de todos los ricos, de todos los pobres, etc., etc.

En América la costumbre es antigua; yo recibí ilustraciones que se llenan con la historia y las facciones de todas las niñas cursas que tocan al piano la *Reposada húngara*, y de todos los pollos tropicales que escriben versos, con ó sin decendencia. Pero aquí la afición ha tomado otro rumbo más lucrativo, y hay quien con esto busca el perro chico... y el perro grande.

Por lo mismo que sé que muy otros y más dignos son los propietarios de periódicos como *Relieves* y *Gente conocida*, les invito á fijarse en la peligrosa coincidencia de su *manera* periodística con la de otros que persiguen los interesados fines á que antes me refería.

Bien se ve que *Relieves*, por ejemplo, alaba á todo el mundo, y llama genio, á poco menos, á todo el mundo, por bondad de corazón, por generosidad; tal vez porque hoy él lo ha visto, y le ha mirado, y hoy cree en Dios; pero en el caso que al lector río á imparcial lo causa mal efecto que se anuncie la existencia de tantos hombres de primer orden, que, si existieran, formarían una respetable mayoría que nos salvaría de fijo.

Leo, por ejemplo, en los recientes números de *Relieves*, que el marqués de Mariano (muy señor mío) es volteriano, *empero* de un humanitarismo que raya en lo divino.

Que el marqués sea, aunque Voltaire sea un semidios, no es tan alarmante todavía como esto otro: «En la actualidad posee la jefatura de Tarragona, que en vano han tratado de disputarle otros grandes hombres.»

¿Cómo se entiende? ¿Qué es eso de la jefatura de Tarragona? ¿A que resulta ese marqués un cacique... divino, pero cacique?

Del marqués de Cubas dice *Relieves* que nadie le negará la exuberancia... Yo, á lo menos, no se la niego; con tal que no tenga la jefatura de una provincia, lo que quiere.

Del conde de San Luis, el de ahora, dice *Relieves* que está envuelto en una aureola, y que es insigne político, prócer admirado y periodista notable. Bueno es saberlo.

Añade *Relieves* que él es innumerables méritos del conde, que constituyen un brillante capítulo de la historia de españoles ilustres, bácenos *traerlo á colación*.

¿Conque le *traen ustedes á colación*?

Y eso que, según *Relieves*, el conde tiene cualidades que le acercan al Ser Supremo. Vamos, que viene á ser el conde de San Luis... el *Dios chico* que ahora celebran en Madrid.

A mucha menor altura queda el doctor Cellier, subdelegado de Medicina del partido de San Fernando, provincia de Cádiz, el cual Cellier no es más que uno de los nombres que figuran en primera fila y que ha de admirar la posteridad.

Fues en un periódico así escribe el Sr. Martínez Sierra un folletín en verso libre titulado *Flores de escarcha*, que deben ser flores blancas, ó yo no entiendo de meteoros.

Autoriza la Constitución, sin duda, el uso inmoderado del verso libre; pero yo aconsejo al Sr. M. Sierra que no lo emplee de modo exclusivo, como hace, porque los maliciosos van á creer que es por huir de las dificultades de la rima. Además, como el Sr. Martínez Sierra no hace más que decir cómo amaneca y cómo oscurece, y que en verano hace calor y en invierno frío, y otras cosas así, que sabe todo el mundo, y las dice lo mismo que él, resulta que los versos blancos de M. Sierra nos dejan en blanco por doble concepto.

Supongo que será errata lo de escribir exuberante por exuberante. Un poeta insigne, académico, me escribía á mí, y decía exuberante; y después, para disculparse, añadía que se le había escapado la *h*, *porosa* había escrito muy deprisa...

Más lógico era Casiano cuando, por la prisa, decía: *si no sí sol*.

En cuanto á *Gente conocida*, es un periódico ilustrado, de mucho lujo, escrito con guante blanco... Pero, sin notarlo acaso, abusa del incienso.

En el último número se propone hacernos admirar una señora infanta, y dice de ella: «El alma de esta princesa tiene una hermana gemela: la bondad. Las dos son hijas del noble y sencillo corazón que la ha educado.»

Vamos, vamos despacio. No concibo una infanta cuya alma sea hija del corazón de esa infanta misma. Además, el corazón será padre del alma y de la bondad, pero, ¿en quién las hubo! la madre, ¿quién es? Ahí está la madre del cordero.

De todos modos, resulta que las buenas obras, *hijas* de la bondad, son sobrinas carnales del alma de la infanta y nietas de su corazón y de una abuela desconocida.

¡Ay infeliz de la que nace... infantil

CLARÍN

PALIQUE

No sé si cuando se publiquen estas cortas líneas será todavía ministro de Instrucción pública el Sr. García Alix, ó si lo será el Sr. Arrazola, ó un tercero... ó un cuarto.

Arrazola. Está bien. Supongo que no será el difunto D. Lorenzo Arrazola, porque ésa ya debió de estar causada de haber sido ministro con don Jacinto II, y además, entre el sr. ministro y el sr. difunto hay cierta incompatibilidad; nunca no siempre, porque muchos ministros honrosos vieron cosas y años de nuestro presente. Sagnala, en cuanto subió al Poder, falló por una temporada, ó por lo menos hizo el muerto á maravilla, como *El señor* tramposo.

Arrazola, que casi tiene nombre de paila, debió de ser un hijo á robino del otro Arrazola; un sobrino ó hijo lleno de méritos y servicios, que yo no conozco, porque sé muy poco de historia contemporánea, especialmente de la política, y no pienso enjorramos hasta que el Sr. D. Gabriel Eppaña tenga abierto el *Bureau parlamentario* y en él pueda uno pedir informes de los ministros, como hoy se pide de una criada en una agonía.

Doy por hecho que el Sr. Arrazola es un hombre eminente, sobre todo si es andaluz; porque, según lo que va resultando de la asidua lectura de un periódico de esa corte que se llama *Relicves*, todos los españoles, y particularmente los andaluces, son grandes hombres y están linados á ser inmortales.

De todas suertes, sea Alix, sea Arrazola ó sea otro, el ministro de Instrucción pública que quiera hacer algo bueno debe irse derecho al bulto y dejarse de reformas en el papel, aunque sea papel de oficio.

El bulto está en el personal. Claro está que la mayoría del personal docente es docente. Pero hay una minoría de inuido cuido.

El ministro que quiera servir de veras á la onchunza debe dejarse de pajas culientas y atacar el mal en su raíz, estudiando la corrupción donde está, que bien se ve, y dejando en la calle, y en su caso en presidio, á quien lo merezca, que alguien será. Así se sirve al país. Exponiéndose á los disgustos que trae consigo, naturalmente, el pegar de veras al que se tiere.

En esta época de exámenes es cuando más oportunamente podría iniciarse una campaña para arrojor de las cátedras á los profesores indignos.

Son indignos los catedráticos que, con el mal aplicado epíteto de *debenculos*, atimen á los estudiantes malos de toda la Península para darlos aprobados que no merecen.

«Dejad á las vengas que vengan á mí», dice el profesorado indigno, y allá van reñidos de escalera trebalunentes, para los cuales va á haber que restablecer los pastos de la mesta por esas Castillas abajo...»

Entonces el ministro de lo que ha pasado ahora en materia de emigración estudiantil (aprovechando derechos adquiridos antes de recientes decretos), y si es nota que *sigue el movimiento*, que van las caravanas escolares por donde solían ir, y que vuelven con los aprobados de siempre, dados donde siempre... expedito al canto, y rigor y ongría para castigar á los culpables.

Otros viajes hay que también deben sujetarse á observación. Hablo de los viajes de los profesores de Instituto á colegios particulares, pero autorizados.

Se dice, y mucho me temo que se prueba, que en esos viajes hay á veces grandes luecos; que se trata á cuerpo de ray á los profesores, y que está oría en ellos un optimismo pedagógico que en traduce en plagias de sobresalientes y en la desparición de los suspensos.

El Pueblo, de Valencia, periódico radical, pero prudente y discreto, huea más de quince días que viene hablando de abusos y horrores en aquel distrito universitario, relacionados con esto de los Institutos. No he visto que la Prensa de Madrid, la popular, se haya hecho oco de estas acusaciones.

El ministro es quien debe enterarse de lo que haya.

También debe enterarse de esto:

Hay profesores de Medicina en alguna Universidad que entienden de maouera bien singular la extensión universitaria.

Ya se sabe que hay alumnos libres que suelen asistir á las cátedras oficiales para estudiar lo mismo que los otros.

Pues un profesor que enseñaba á sus alumnos no sé qué por el microscopio, al acercarse á ver algo por el instrumento un libre, la rechazó con malos modos y adonmanes, diciéndole:

—Usted es libre y no tiene derecho á utilizar este aparato, que es para los oficiales.

Recomiendo este proceder á los Estados Unidos y á Inglaterra, que andan descubriendo nuevos modos de extensión universitaria.

Añaden malas lenguas que esos profesores y otros dan lecciones con otras microscopias á los alumnos libres... mediante un justo estipendio.

También sé yo de profesores que solían decir á sus discípulos que no aspirasen á los premios... porque éstos se reservaban para los alumnos que traían los jesuitas.

El ministro es quien debe averiguar si se pueden probar estas y otras cosas, y sentar la mano á quien lo merezca.

Sin este valor, para nada sirven los decretos remediando la ley de Instrucción pública.

El rector de Oviedo acaba de dar un buen ejemplo. Se habló de irregularidades en la Secretaría del Instituto; hubo quien se atrevió á dar la cara, y ya está nombrado un inspector, uno de los hombres más enérgicos del profesorado español, Aniceto Solá, que dará á cada cual lo suyo; y así resulta, como es de desear, que nadie ha pocado, así se hará constar, y si no... ¡á ver si el ministro se atreve á reconocer las recomendaciones que florerán sobre él para que cohe tierra al asunto! A ver si se atreve á decir: «No hay Pidal ni San Pidal que valga!»

No es que yo crea que Pidal piense proteger á los culpables, si los hay; es que tengo por seguro que los culpables recurrirán á él, y temo que le engraben: Pidal es muy mal psicólogo; los pillos le hacen creer que son corderos casi pascuales.

Esto es el gran defecto de nuestro colégio. Sin saberlo, tiene á su devoción una porción de malas personas, que se le venden por santos.

Le pasa á Pidal, sobre poco más ó menos, lo que á D. Alfonso el Sabio: por las cosas del cielo olvida las de la tierra.

El, derecho á la gloria, si se va, claro. Pero ¡nos deja aquí una gaita!»

OLARIN.

656 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.521, 3 julio, 1900

Recordarán ustedes, sin duda, aquel pío, felice, triunfador Gutiérrez, catedrático de Retórica y Poética, que en la incruenta lid del gay saber, en Sevilla, obtuvo el primer premio, ó sea una flor natural, tan simbólica como pura y sencilla.

Pues este mismo Tasso de María Santísima, como si estas cosas de juegos florales fuesen completamente serias, ha reincidido, alcanzando otra flor sin artificio de ningún género, también pura, también sencilla. Parece mentira que un catedrático no tenga más que hacer que ganar flores naturales. Van á llamarle á usted Gutiérrez el ramillete.

Ahora el certamen ha sido en Granada, que es donde radica la jurisdicción retórica y poética de Gutiérrez; y si un político de talla, Moret, presidió la fiesta en Sevilla, otro político de talla, Canalejas, la presidió en Granada.

Luz de Granada se titula la poesía que le premiaran al Sr. Gutiérrez, y vamos á vérselos cara á cara con ella.

De mi espíritu adorada,
luz hermosa de Granada
fuente viva de salud,
llueve pródiga en fulgores
reanimando tus ardores
mi marchita juventud.

Lo de convertir la luz poética en *fuentes de salud*, como si se tratara de las Celdas ó cosa así, no es muy ideal, que digamos.

Y ese llueve, ¿qué es?, ¿es imperativo ó presente de indicativo? Creo que imperativo: y entonces, ese gerundio y ese *tus fulgores*, ¿qué hacen ahí? ¿Sabemos ó no sabemos sintaxis, señor retórico?

De todos modos, empieza usted á cantar la luz con mucha obscuridad.

Los torrentes de tu lumbré
se derraman por la cumbre (y demás)
del nevado Mulhacén,
y con tul esplendoroso
cubre el aire luminoso
de los moros el edén.

Cualquier cosa. Dice usted lo primero que se le ocurre, como *cualquier cosa*. ¿Qué tienen que ver los tres primeros versos con los otros tres?

El campo eterno, ¿qué es, y de quién es? Y ¿cómo ha de aclarar las tinieblas? Si se aclaran no son tinieblas. Hay tinieblas, si no hay claridad. Si hay claridad, no hay tinieblas. ¡Pues, *clarol*!

No es la noche triste y bruna,
sin estrellas y sin luna
tiene limpia claridad.

Dispénsenme usted; yo he estado en Granada y sé lo que son estrellas y donde están. Para que la noche no tenga estrellas hace falta que esté nublada. Y si el cielo está encapotado, *hasta en Granada* es la noche oscura. ¡Pues *clarol*!

Sigue el Sr. Gutiérrez diciendo que la luz alumbra, ilumina, irra-

Además, ese aire luminoso, como usted le llama, no es un tul. Por lo que usted dice, se ve que está al cielo completamente despejado; justamente sin tules.

Renaciendo de dos mundos
á los ósculos fecundos
con vivas animación,
á la erótica delicia
de tu espléndida caricia
todo es vida y expansión.

Chino, chino y chino. No se entiende una palabra. Con *vivas animación* le digo al Quintiliano de Granada que no se sabe qué dos mundos son esos que se besan, ni quién renace de ellos. Y más vale no entender ciertas cosas. Porque, ¿qué es lo que hace, al sol, el señor Gutiérrez, para atreverse á llamar erótica á la caricia de la luz?

Vida, sí, que ardiente brilla...

Brilla, asonante de caricia que acabamos de leer. Vicio viejo y feo: este de asonantar, en el Sr. Gutiérrez.

En la nube es escarlata,

(Si la nube es de ese color)

en las niveas cumbres plata,
oro pálido en la mies,
perlas, nácares, topacios,
en los árabes palacios,
esmeraldas á sus pies.

Ad libitum. El ripio, buhonero.

En la tierra granadina
arde siempre, luz divina,
tu inextinto luminar.

¿El luminar de la luz? ¿Qué es eso? ¿El sol? ¡Inextinto! Claro; si estuviera extinguido, ¿cómo había de arder? O es que quiere decir Gutiérrez que en Granada siempre es de día? ¡No exagerar!

Y aunque lo fuera; ahora, con los versos de Gutiérrez, se quedaban á buenas noches.

En las sombras del invierno
aún se ve tu campo eterno
fas tinieblas aclarar.

dia, resplandece, etc., etc. En todo el tempo no hace más que repetir lo mismo: que la luz... es cosa de ver.

¿Qué jurados son esos que se usan en Andalucía que premian estas cosas? Los versos del Sr. Gutiérrez son indignos de un chiquillo de quince años, que escribe sin ton ni son recordando cadencias de Zorrilla, y creyéndose poeta porque sabe *larrarar* octosílabos, sin ideas ni lógica.

Cuando Gutiérrez dice algo, dice un disparate; y el resto se le va en tontologías y frases huecas, para *hacer ruido*.

En Granada le premian esto.

En Sevilla le premian aquello del *origen del no ser*.

Por eso dice Gedeón que el *jurado* es una institución desacreditada.

CLARÍN

PALIQUE

Se ha publicado *L'Espagne*, el libro, pues esto es, que la acreditada *Nouvelle Revue International*, de madama Rattazzi, dedica al rescate el estado actual de nuestra patria. En el *HERALDO*, en el primer fondo, se ha hablado ya, con la seriedad propia del sitio, de esta importante obra, que los españoles debemos agradecer y los extranjeros estudiar.

Yo quiero anunciarla también a mi modo, y decir algo de ella en el tono propio de estos *Paliques*.

Nada más que elogios merecen artículos como el muy largo y muy pensado de Canalejas, que se titula *Los Partidos*, y los que firman Valera, Pi, Azcárate, Navarro Revorter, Moya, etc., tratando de cuestiones políticas. En prueba de imparcialidad se deja a Pi que hable de su eterno federalismo, y a Valbuena que nos pinta el carlismo a su sabor. Muy bien.

De la Corte, la Corte propiamente tal, se habla mucho en este libro; y yo, tolerante a mi vez, no diré que se habla demasiado, porque estos trabajos no se escriben exclusivamente para republicanos, sino para todo el mundo.

El Sr. Charriant, secretario de la Redacción, ha mostrado gran inteligencia y actividad dirigiendo y orientando la publicación de obra tan compleja, y no a falta de dirección, que la tiene grandísima, sino a mucha bondad, so debe atribuir el que se haya abusado un poco de su condescendencia por parte de algunos que siempre andan buscando ocasiones de exhibirse.

Valga la verdad: sobran en el libro retratos y biografías de muchas personas que en nada ni por nada caracterizan a España, ni son aquí generalmente conocidas. También se abusa un poco del *feminismo*. Nada más que elogios merece la repetida celebración de la sonora Pardo Bazán, que es todo un literato. Pero las Biedmas y otras así no representan más que el género epiceno-cursi, por lo que a las letras se refiere; pues en cuanto a damas, cuyos pies beso, aunque estén manchados de tinta, sólo respeto, cortesía y amabilidad merecen.

También se abusa un poco, lo mismo que en el palacio de España en la Exposición de París, según dicen, de la patria pintoresca, alias flamenco. Pero no era fácil, a extranjeros, prescindir de tales tópicos.

Nada diré del estudio que de nuestra soledad hace Abascal... porque es el director de este periódico, y me ha dado a más un bombito hace poco, después de otros muchos, y no estaría bien que yo le diera otro a él, por aquello de los bombos mutuos...

También omito elogiar los trabajos serios y sugestivos de Labra, A. de Beraza, Bretón y otros varios, porque no son de mi parroquia.

De literatura tratan Núñez de Arce, M. del Palacio, Picón, Dicenta, Ferrari y Clarín.

Siento que Picón, en sus notables párrafos acerca de la novela, no haya dicho algo de la nuestra actual, citando nombres propios.

Dicenta habla del teatro con modestia y cordura.

Aunque el trabajo de Clarín es muy largo, como abarca todo el movimiento literario, todo lo trata a grandes rasgos y se notan en él lamentables omisiones, a pesar del suplemento.

Aquí debo dar gracias al que se encargó de traducir mi pobre prosa, por la fidelidad de la traducción. No se me ha hecho decir nada de lo que no he querido decir, lo cual no suele ocurrir en casos tales.

Tampoco se ha mutilado mi trabajo. Sólo noto la falta de un párrafo final en que yo explicaba por qué me negaba a contestar a la última pregunta del cuestionario que se me había dirigido. Se pedía en ella que hablase de mí mismo, de mis obras y gestas literarias.

Yo, con la modestia propia de mi sexo, y del otro, me inhibía, lo que se llama inhibirse, diciendo, en substancia, algo como esto:

«En cuanto a tratar de mí mismo, haré lo que cierta ilustre persona que en otra revista extranjera tuvo el encargo de hacer una reseña general de nuestra literatura. No hablaré de mí.

No olean ustedes que lo que hizo esa persona fué no hablar de sí. No; de quisea no habló fué de mí. Por eso haré lo que ella, al pie de la letra.»

Esto lo omitió mi traductor; pero lo digo yo ahora... y en paz.

Pero añado algo. Es claro que yo no merezco que hablen de mí en revistas de nuestra literatura en el Extranjero...; pero es el caso que quien escribió la reseña a que aludo creía, en conciencia, que debía hablar de Clarín. Y consultó el caso con un amigo. Que lo dijo que debía citarme, si lo creía justo. Pero... no habló... porque tenía conmigo ciertos resquemores.

Me detengo en estas cosas tristes y monudas, porque pintan el carácter de nuestras costumbres literarias.

Concluyo diciendo que yo, en mi revista de *L'Espagne*, hablo con el elogio merecido de esa persona que, por resquemores, en ocasión análoga, no quiso hablar de mí.

✱

El Sr. Urales, *ácala acce* y *acreditada*, ha creído oportuno escribir una historia de la filosofía española, para lo cual escribió a varios señores preguntándoles varias cosas.

Y dice el Sr. Urales que todos le han contestado menos Salmerón y Clarín.

Salmerón no le contestó porque estaba enfermo, él, Salmerón.

Pues Clarín no le contesta porque está enfermo... Urales.

CLARÍN.

Pálique.

Un señor, que firma con iniciales, me escribe una carta llena de groserías, y hasta llega á decirme, ¡oh rubor!, que, en literatura, soy un ídolo. Pero, *¡latet anguis in herba!*; todo esto es para que siga leyendo y me trague la píldora. Según este caballero, he cometido un pecado escribiendo esto: «Porque muchos ministros hemos visto meses y años de cuerpo presente.» Según mi ídola, esto significa que yo he sido ministro. ¡Hombre, no! Eso significa que hemos visto muchos ministros, etc. ¿O cree usted que el sujeto tiene que ir siempre delante, y sin que se pueda suplir? ¿Cree usted que hay ambigüedad en lo que me censura? Tampoco. Según usted, lo que yo digo es que muchos, que somos ministros, ó lo hemos sido, hemos visto muchos meses y años de cuerpo presente. Lo cual no tiene sentido. Eso es la ambigüedad del tonto. Acababa yo de decir que puede haber muertos que sean ministros; y, como argumento humorístico, por supuesto, pongo ese: «que hemos visto muchos ministros meses y años de cuerpo presente».

¿No sabe el ídola que hay una cosa que se llama hipérbaton y otra que se llama elipsis?

Si censor empieza así su carta: «Como Castelar, sin saberlo, era un ídolo en política, usted lo es, del mismo modo, en la crítica literaria.»

Si para las ambigüedades nada significase el sentido natural, podrían entender que era usted el que no sabía que era su ídolo Castelar. Porque el orden de las palabras, como puede ser figurado, llevar

hipérbaton, no resuelve nada. Así que, aunque usted hubiera puesto en otra parte lo de «sin saberlo», se entendería lo mismo, lo natural. Lo que sobra, aunque no daña, es: *del mismo modo*, porque; á tan corta distancia, bastaba el *como*.

Y lo que está mal es que crea el señor de las iniciales que los críticos deben ser idolatrados y que, en su calidad de ídolos, tienen obligación de no equivocarse nunca (1). Si, por casualidad, esta vez no hay tal lapsus, por mi parte, otras muchas veces lo habrá, y no por esto el Sr. Iniciales debe apurarse ni gritar ¡los dioses se van!

Aun descontando los defectos de dicción que mis enemigos me atribuyen, y que no lo son, y descontando los mucho más numerosos que, sin culpa mía, aparecen en mis escritos, impresos, por error de imprenta, quedarán multitud de faltas que se me pueden imputar, sin duda.

¿Y qué? Si efectivamente quisiera uno pasar por divinidad, habría que poner mejor la pluma.

Pero, ¿cree usted que me tengo por autor de la Sagrada Escritura?

Suplico al ídola, y al Sr. Gutiérrez, que en el *Pálique* de la semana pasada no lean *ontología*, sino *trutología*. Y conste también que en el de hace dos semanas yo no escribí *debe*, sino *debe de*, donde correspondía; y *cierta* y no *cierto*, donde *cierta* debía decir.

(1) Las veces que se habrá equivocado... el *sancarrón* de Mahomah!

¡Pero, señor, en qué país estamos, que no le bastan á uno cerca de treinta años de servicios para que le supongan la regular gramática que debe tener un *diligente padre de familia*!

Hablemos ahora de vicios ajenos.

Muchos periodistas insisten en posponer al verbo ciertos pronombres, cuando la índole de nuestra construcción no lo consiente. Bien está aquello de «dámelo, bebólo, págolo y vóime contento», pero ni hay que abusar, ni se puede emplear á tontas y á locas tal modo de construir.

Es absurdo, por ejemplo, escribir: «No sintióse indispuesto», como si se leyer.

Para mí, han traído esta manía los correspondientes telegráficos para ahorrar dinero. «No pueden son dos palabras, y no se puede, tres. Contar más caro en telegramas lo último, pero lo otro no es castellano.

Pero pasemos á cosa más transcendental: «Ha sido nombrado ministro de Hacienda Allendesalazar.»

Allende... no puede ser más *transcendental*.

Veremos si además de ser Allendesalazar, es Allende... el nuevo conde de la Tabacalera.

Lo que él querrá, ser Allende... Octubre.

¿Por qué no lo he de decir?

¿Por qué no se ha de elogiar á más escritores jóvenes que los que ganan el premio de un concurso y los que tienen bastantes ahorros para gastarlos en publicar un librito?

En *La Correspondencia* escribe artículos muy graciosos y de mucha miga González Gil; miga y sal tienen los que en MADRID CÓMICO firman Poveda y Gabaldón y Carretero (que debiera escribir más á menudo). Si es verdad ¿por qué no decirlo?

Mucho más gusto que hablar mal de Gutiérrez ó callar las ocurrencias de tanto novelista y tanto lírico, que me llenan la casa de papel, me causa siempre el poder elogiar el mérito que no sonaca bombos con caritas y dedicatorias de turiferario.

La Guerrero, Mendoza y Thuillier piensan trabajar juntos en Madrid.

Miel.

Y se dijo que en el Español.

Sobre hojuelas.

Y después se dijo que en el Español no.

Sin hojuelas.

Pero, ¿qué hace ese Allende-García Alix? ¿Que no le ponga el pie delante *Plus Ultra*-Salazar! ¿Por qué no aprovecha la suspensión de garantías para llevar al Español á quien debe estar allí?

CLARÍN

PALIQUE

¿Ha visto usted este verano? ¿No va mar adentro a la Exposición?

—No, señor; yo no voy a ninguna parte. ¿Para qué? No merece la pena... Ya todo el mundo es igual. A estas horas, no va usted, por dondequiera, más que cazadores de patas y sombreritos de paja... Mire usted los graduados de las *Instituciones*... en todos los que representan una multitud... miles de sombreritos de paja. ¡Oh montón de humanidad moderna! Si por algo me es simpático este bárbaro de general chino Ching-pun-cong-tan, es sólo usted, porque no trae cazadora ni sombrero de paja... Parece un bazo con escudadura y lodo...

—¿Y qué es eso que trae a la espalda? —Un caracol con flechas... ¡Original! Ahí tiene usted un traje a propósito para Lisarce Rivas... ¡Hasta el ministro de Gracia y Justicia anda por Pamplona con sombrero de paja! Y eso que más oportuno sería un buen cordobés.

El ministro de Gracia y Justicia, ¡oh! tu mare! no ha ido a Navarra más que a ver toros. Por mi cuenta, a las cuarenta horas de estar en Pamplona ya había presenciado Vardillo treinta y seis arrastres y cientos de varas... ninguna la de la Justicia. Todo esto le serviría para el discurso de apertura de los Tribunales, en el que probará, es claro, que el pueblo no está en condiciones para que consorcio el Jurado... Naturalmente! Un pueblo así sólo puede pronunciar verdicetos por el estilo: fuego, fuego! ó la oreja, la oreja! Y para que no vaya corrigiendo, los ministros dejan sus quehaceres y se van al país natal a tirarse cigarreros y alfileres de corbata a Manzanares.

Es de suponer que cuando el Sr. Silveira se decida a surcar el piélago profundo, en compañía de las Instituciones, no llevará sombrero de paja, sino traje completo de marinero. Hay quien dice que

¿No irá él al mar a nadar?

porque teme marearse. Yo no creo que se maree; no por lo que tiene de ministro de Marina, pues otros que eran de la carrera se han mareado, sino porque es el piloto de la nave del Estado... y, a lo menos metafóricamente, debe de ser un lobo... de estancos del Retiro.

Pur si acaso, dicen que Silveira se prepara en casa a convertirse en un *Orisólogo* Colombo de cabotaje, cantando a todo pasto

Cantan los de Levante...

Los de Levante, porque los del Alto Aragón tienen muchos acollas.

Si una vez embarcado llega a descubrir la zona *Africana* y a doblar el Cabo de Buena Esperanza de Octubre, cantará:

¡Oh Paradiso... tu es apertido...

andando a los embargos.

No falta, sin idem (embargo), quien cree que Silveira no se aventurará y, por consiguiente, no pasará la mar, empeñándose en el loco empeño de pensar truchas a bragas enjutas (por no seguir la política hidráulica).

Y se funda quien tal opina en que García Aliz, enemigo del latín, no puede servirle, en caso de tempestad, como le hubiera servido Pidal, para decir aquello de

Que se ago... sed motos priusquam componere factas, y dejar el Cantábrico como una Bala de la Vega de Santia.

Lo que no hará de ninguna modo el jefe del Gobierno, zarpe ó no zarpe, será visitar las colonias relativamente nuevas que nos han salido allá en África.

El español escalado, de las colonias Irás huye, cuanto más de las calientes.

Como nos los hombres de Estado no suelen mostrarse muy luminosos cuando se trata de ilustrar la opinión acerca de las graves cuestiones de interés público, bueno ahora nada han dicho muy instructivo respecto de lo que debamos hacer con ese río de oro que se nos entra por las pupilas. Y yo, para enterarme, he recurrido al *Aperiguador de El Liberal*, donde, en efecto, el Sr. Beltrán y Rózpide, con modestia y competencia, en el día, por el procedimiento que recomendaba el tabernero de *La verbenaz*, *distintuendo*. No se puede, por ahora, ir a poblar aquello. Pero se debe ir a explotarlo. Pero no se reclaman de gusto los que llaman a Cuba y a Filipinas con mal fin, porque se trata de otra clase de explotación, aunque también es cosa de postas.

Contentarse con decir que no debemos emigrar al Sahara ni a Guinea porque tenemos mucho territorio en la Península sin cultivar, es dar un buen consejo, a medias. Además, la razón de no ir a poblar colonias porque no toda la Península está labrada, no es de valor absoluto.

Seguendo en todo tiempo al pie de la letra esa regla, gran parte del mundo, hoy civilizado, estaría en poder de salvajes. Si se preveía, además, que hay pedazos de nuestro suelo que se reúnen a producir en condiciones económicas, y que en el nuevo territorio se puede lograr con menos esfuerzo más riqueza, ¿cómo rechazar en absoluto la emigración? Según Beltrán y Rózpide, el Sahara español es sano, pero no puede mantener población emigrante, por ahora; nuestro territorio en Guinea es malsano, pero fertilísimo, de grandes riquezas naturales. De modo que si, por ahora, no se debe poblar aquello, es principalmente porque no se puede, no porque haya antes que sacarlo el jugo, que no tienen, a las estepas españolas.

Lo que se debe hacer no es condenar definitivamente la emigración, sino aplazarla; y en tanto, como dice Beltrán, ir escalando el país que hemos adquirido, nombrando Comisiones científicas, etc., etc., que, si puede ser, no han de presidir el Sr. Lastres, ni el Sr. Palan, ni ninguno de esos señores de la Comisión, que nos tienen fritos.

No porque yo dude de la competencia de tales señores, sino porque, ridículo, ya está uno cansado de ver que siempre son los mismos aficionados los que se autocomisionan.

Si fuéramos tan previsores como otros países, ciertos estudios teóricos y prácticos ya estarían hechos. Ayer mañana, puede decirse (si se puede), se quedaron los franceses con Madagascar; pues bueno, ya en 1872 estudiaba, por ejemplo, M. Erard Blanchard las condiciones de la isla, las tentativas de colonización y el viaje de exploración de Alfredo Grandidier.

Y cuando se iba a invadir el territorio,

la *Revista General de Ciencias*, de París, publicaba un libro con numerosos grabados, en que los más notables especialistas estudiaban todos los aspectos de lo que el P. Acosta llamaba *Historia natural y moral de Madagascar*.

Algo por el estilo, aunque sea en modesta escala, debiera emprender aquí alguna publicación popular... cuando estuvieran las cosas preparadas para ello, no antes de tiempo.

Además, para no condenar en absoluto la emigración al Sahara, cuando vayan arreglando aquello, hay otras razones de carácter moral.

Hay quien huye del país que le vio nacer, no porque no encuentra en él suficiente sustento, sino por estar lejos de un casique ó de un poeta gayo premiado con flores naturales; v. gr., el Sr. Gutiérrez de Granada.

Con qué cara se le dice: —Vaya usted a destripar terrones a la meseta castellana: a un español que quiere estar a mil leguas de un casique que hay en Toledo, especialista en ladrillos salinos y retrorrotos?

—Tome usted —le dicen a otro infante—: gáñese usted el pan con el sudor de su rostro roturando ese piramo de la provincia de Serbia...

—No me da la gana.

—Por qué?

—Porque tengo a mi séptima domisella en Burgos. O allá ó yo, a Guinea.

CLARIN.

660 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.541, 23 julio, 1901.

PALIQUE

—Ya comprendes, Aquilino, qué no podemos estarlos días y días en la fonda, con tres hijos, servidumbre y un ama casa. Además de que esto es muy caro, aquí no hay buenas marinas, ni se ve agua desde el balcón más que cuando riegan...

—Bueno, Autónoma, buscaré una casita...

—Lléveme en mano...

—Bien, Autónoma; una casa en que seamos como tí, autónomos... es decir, la única Autónoma seguiría siendo tú.

—Mira: hazme el favor de no ser autorrobleo también aquí en baños; me lo das para Madrid. Ahora estamos de vacaciones; no somos autores festivos. ¡Ahí que yo se lo olvido. Ya sabes que pongo por condición sinagueras...

—Sino que no...

—Corríente; sino que eso, que el pisa que tomamos está junto a la playa... ¡Que se domine el mar!

—Sí, hija. Dominaría también el mar, Neptuna mía. ¡Pobre mar; ya le voy como una balsa de aceite!

—Tome usted asiento; se ha fatigado mucho.

—Ya lo oí, señora; figúrese usted: ya asintió, y él... torero con entresuelo.

—Bajo.

—Alto, señora, muy alto; por las nubes... a no ser que usted me lo baje mucho...

—Quiero decir que es bajo, que no es entresuelo...

—Y... francamente, los muebles no son gran cosa...

—Bueno; pero asómesse usted al balcón...

—Sí, eso es lo mejor para no ver los muebles...

—Mira usted qué vistas... Estamos sobre La Sultana.

—Oh, pues que dispense; no había reparado.

—Ja, ja, qué bromista es usted. Se parece usted al otro. La Sultana es el balneario que tenemos ahí debajo. Baño de oís, y caliente, como se quiere.

—A propósito; en la casa echo de menos el cuarto de baño...

—Hombre, sería una... No sé cómo la llama el otro...

—Una redundancia...

—Eso; de un brinco está usted en La Sultana...

—Señora, sería un salto mortal! Pero vamos a ver: el precio...

—¡Lléveme en mano!

—¡O la muerte! Lléveme en mano... de mi mujer.

—Pues... fíjese usted en las vistas... Dominio usted todo el Cantábrico...

—No; quien lo dominará será mi mujer. Yo no tengo carácter...

—Dispense usted, caballero; pero... por un aquel... ¿es usted también...? para festivo, vamos, de los que escriben zarzuelas de reír...

—Sí, señora; aunque indigna. Pero ¿por qué dice usted también? ¿Es usted del gremio? ¿Seremos colegas?

—En, no señor. El que me llamó el segundo sí que es un porquero de esos. Don Polinario Exitazo. Doña lo conoce usted.

—¡Ya lo oí! ¡El rey del trimestre!

—Pero vive aquí? ¿Tiene un personaje?

—Y que usted lo diga. Ya va usted. Este es casa de categoría. Vaya usted fijándose dominar el Cantábrico, tener debajo a un Exitazo...

—¡Pero también me va usted a cobrar el dominio de la escena... que tiene D. Polinario?

—¡Ah, antes que se me olvide! El precio del piso varía, según que sea con ó sin Sultana...

—¿Cómo! ¿También tenemos debajo el presidente?

—No es eso. Pero ya sabe usted que se dice si se embarca ó no se embarca; y si vamos aparecer por el horizonte al Gobierno marroquí, ya ve usted que eso no se pe-

ga con oro...

—¡No modo que si viene la Corto, me echa usted de casa?

—No, señor; pero...

—¡No suba usted al cuarto?

—Es tercero.

—Bien, el cuarto tercero...

—Se lo cobro a usted como el segundo.

—Señora, ¡haberlo dicho primero!

—¡Muy gracioso! Como el de abajo...

—Señora, olvidémosle del Sr. Exitazo si me ha de cobrar usted también la ve-

higüenza. Además, aquí para inter no... D. Polinario... ya está agotado. Por este parte el piso desmerece bastante...

—Pero el mar, el líquido elemento...

—¡Asómesse usted otra vez! ¡Ven usted qué paisaje! Mii posetas, lo último, por todo el

mes.

—Yo doy quinientos...

—¡Una miseria!

—Transijamos... ¡No digo usted que aquí lo que se paga es esta hermosísima vista, esto de dominar el Cantábrico!

—Justo. Eso vale un mundo.

—Pues bien, señora; le doy a usted seiscientas posetas, y palabra de honor de que ni yo, ni mi familia, nos acercaremos jamás al balcón. Tendremos siempre cobijas las persianas. A mi mujer yo procuraré convencerla de que renuncie al dominio oceánico... y se contenta con seguir dominándonos a nosotros...

—Eh, oh, caballero... ¡Alta ahí! ¿Que modu de baharse es ese?

Habla un pelotista asturiano, que, por supuesto, no habla así; pero yo me acerco a hablar madrileño, que es el tradicional; como quien dice, el asturiano... de Castilla.

—¿Quién es usted?

—¡Non in va! El gobiernu, como quise decir. ¡Qué vestido es ese!

—Un traje de punto...

—¡Prohibido!... Métese en la caseta, fíjese metu en la caseta. ¡Non leyó el banal!

—Yo no leo banal; yo soy ártica, soy Alpes, el ártica Alpes; para mí no hay ni Rey ni Riqui... Me baha así... con esta velo ligero... por una abdicación; cuando venga la seracia me baha... como la Verdad. Sin velos!

—Pues ahora hay que vestirse como manda el caldo y como manda la decencia... y la moralidad...

—Yo soy Alpes; yo no tengo religión.

yo no tengo moral... soy ártica, soy libertario...

—Pues aunque sea el mismito D. Alejandro Pidal; á se tapa ¡é presal!

CLARIN.

661 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 5 546. 28 julio, 1900.

PALIQUE

Palique prebo.

Preparábase ya para escribir el artículo que debía servir este mes a La Correspondencia Española, cuando ella misma viene a sugerirme el asunto, con un escrito titulado «Probidad literaria», que me dedica su autor el Sr. Verdes Montenegro.

Merece este escritor que su le conteste y que se le lea.

Ante todo, cómo que no reñimos, yo a lo menos, no río. Verdes me llena de piropos; yo he dicho, según él me recuerda, que Verdes tiene talento; Verdes, si no le confundo con otro (lo no será el Dante) me dedica una conferencia en el Ateneo, ¡pues si somos amigos, si nos una una indudable simpatía! ¿No sería absurdo reír por un quitame allá ese Le Dantec!

Yo no replicaría, si no fuera porque Verdes me ha dicho que soy *parfido* como la *onda*; que es casi casi llamarme maldad, si se fija en el texto de su aludida *shakspereana*. ¡Como la *onda*! Eso me ha llecado al alma; y voy a demostrar que no hay tal onda.

Y va de historia. Hace mucho tiempo, años, escribía yo, al final de un palique en el *Heraldo*; Le Dantec ha dicho que la vida no era más que la preparación de un esqueleto más o menos durable. Y hace unos meses el Sr. Montenegro escribía: «El Dante ha dicho que la vida era la preparación de un esqueleto más o menos robusto»; (lo que va sobrando es textual).

Y al leer esto, pregunté ya Verdes desde el *Heraldo* en otro palique: «Pero de veras ha dicho eso el Dante! ¿Será errata! ¿Será Le Dantec! Yo hice esa misma cita hace tiempo; pero atribuyéndola, no al Dante, sino a Le Dantec... y aquí añadía yo algunas noticias de este señor, no para Verdes Montenegro, que ya se que sabe más que yo, sino para el vulgo de los lectores.

¿Dónde está la onda! ¿Dónde está la perdía! La perdía podría estar en lo que sigue; pero tampoco.

Es el caso que, si yo no recuerdo mal, en el antiguo artículo, donde yo había escrito «Le Dantec ha dicho...», las cajitas pusieron «El Dante ha dicho. (1)».

Es decir, que las cajitas en la misma cita del mismo autor que, por casualidad coincidimos en aprovechar Verdes y yo, nos pusieron a él y a mí la misma errata.

¿No es gracioso lance! Quise yo escribir hace años «El Dante ha dicho que la vida era la preparación de un esqueleto, y no heca decir: «El Dante ha dicho que la vida, etc.»

Quiere el Sr. Verdes, hace meses, escribir lo mismo precisamente, y loí cajitas le hecan decir: «El Dante ha dicho, etc., etc.», ¡otra vez el Dante por Le Dantec, y en el mismo texto!

«Casualidad como ella!» (Tamayo.—*Un drama nuevo*.—Acto primero).

Aquí podría estar la perdía. Es haber yo llamado esto de que, según oír recordar, a mí también me hicieron decir Dante por Le Dantec, *illo tempore*.

Pero no hay perdía, no hay onda; porque basta ahora no había recordado esta incidente, y aun ahora no me atrevo a asegurarlo aunque no creo equivocarme.

Ha hecho mal el Sr. Verdes en dejar pasar dos meses, ó cosa así, entre mi argumento y su *defensa*. Los maliciosos, no yo, podrían sospechar que en dos meses hay tiempo para «virgine quid» en Le Dantec, y a leerlo, y hasta a despreciarlo, como hace el Sr. Verdes, llamando «*marigalas*» a sus teorías.

Estas cosas se hacen pronto, pronto; como yo escribo este artículo, en cuanto recibo el de Verdes, aquí, en la aldea, donde me llega el correo con un día de retraso.

Si todo esto que ahora dice de Le Dantec, el distinguido doctor, lo hubiera dicho al día siguiente de mi artículo, na-

Según Verdes en una errata al *Le Dantec* por Le Dantec, yo hay más que una mala comedia. Yo veo más: el *Le Dantec* y cualquier *va* lo mismo.

da, ni los maliciosos, podrían sospechar que se había enterado despado.

Pero, aunque toda la vida hubiera andado de Le Dantec mil veces más que yo, el Sr. Verdes, aunque lo conociera, si él hubiera parido, todavía podría los maliciosos creer que la cita en cuestión, con errata y todo, la había tomado (recuérdese el *no*) de mi palique. Y yo creía de buena fe al Sr. Verdes estar citando al Dante, porque así lo había leído. En las Verdes no leyó eso del esqueleto en el su original, en *Le Dantec*, absolutamente seguro. Porque... le hace decir lo que Le Dantec no dice: «un esqueleto más o menos robusto».

Y eso no lo dice Le Dantec, ni nadie; porque no hay esqueletos robustos. La idea de robustez es incompatible con la de «esqueleto»; un esqueleto resistente, fuerte... no es robusto. Mejor que yo lo sabe Verdes, que es médico.

Vamos a ver, señor: ¿dónde dice Le Dantec eso que citamos los dos! ¡Al principio, al medio ó al final de un capítulo, en un tratado! ¿dónde! Contente más allá el Sr. Verdes. Claro que en los dos meses pudo encontrar el texto. Pero... por si acaso, si contesta a esto, no probará nada en su favor; pero si no contesta, probará mucho al mi pro. Por eso lo pregunto sin *onda*, sin perdía.

Porque él es médico, cree al Sr. Verdes que tiene motivos para conocer mejor que yo a Le Dantec; así como cree, porque yo soy doctor en derecho, que debo conocer mejor que él a Darkheim, a Gumplowitz y a otro señor a quien, efectivamente, no conozco, ó no recuerdo.

No estoy conforme. Sé de muchos médicos que no saben palabra de Le Dantec, y de muchos juristas que no saben nada de Darkheim. Cree Verdes que yo estaré harto de meditar las enseñanzas de Gumplowitz. No pienso usaré que me he quedado ciego aprendiendo lo que se le ocurre a este señor sociólogo de segunda fila, cuyas teorías me parecen superficiales y muy acovias; y como es de los muchos *sabios sociólogos* que se meten en sociología sin una previa ciencia filosófica, primera, indispensable, no tengo al tal Gumplowitz sino por un nombre de estudio, cosa muy corriente por ahí fuera, muy corriente con sus teorías dogmáticas, y de estas provecho, como no sea en el pormenor informativo. Darkheim me parece algo más profundo y mejor preparado, pero tampoco le tengo por una maravilla, ni mucho menos le sigo en sus opiniones.

Le Dantec no tiene por principal título científico *marigalas matemático-biológicas*, y además con las matemáticas hay que tener mucho cuidado... y cierto respeto. ¿Qué hay de matemáticas en el reciente estudio *Homología y analogía*!

Aunque el Sr. Verdes no quiere, lo más original y gráfico de la teoría biológica de Le Dantec es de relación química, como se ve en el trabajo en que figura la *cita dichosa* (1).

Mis aficiones, señor Verdes, no están en las *ciencias sociales*, como al parecer están las de García Alíx; creo que la *sociología*, tal como hoy se trabaja por los más, sin *preparación filosófica* y sin estudios suficientes de las llamadas *ciencias* por antonomasia, es labor poco fecunda en resultados sintéticos, al bien excelente como acumulación de datos. Mis aficiones están en la filosofía tal como hoy se cultiva por los que, aun para defender cosas ideales, estudian de veras el mundo físico, de *la determinación* (como los Bergson, los Boutroux, los Hennequin). Por eso no debe extrañar al Sr. Verdes que yo sepa algo, poco, de ese señor Le Dantec, con el cual, por supuesto, en lo esencial, no puedo estar de acuerdo.

Entre elogios, que agradezco, dice Verdes que él no contribuya a la conspiración del silencio respecto de mí.

Muchas gracias. Pero... si usted no me lo dice, yo no veo la conspiración. Por mi oficio de periodista *rotundo*, me siento con una publicidad semejante a la de la ruda. Si no fuera porque en ese campo siembro y recojo los garbanzos que comen mis hijos, oraría usted que me pesaría de tal notoriedad, que contribuyera a que ciertas gentes, que no saben

distinguir, le tratas a uno con poco respeto.

¿Silencio! ¿Conspiración! Todos los días recibo cartas y periódicos de ácratas, etetas, *señalares*, beatos, etc., etc., en que se me pone como un trapo. También recibo pruebas de estimación de muchos jóvenes y viejos. La gente escogida, los buenos escritores, los que me importan, se que me aprecian, y si hablan poco de mí en letras de molde, es porque ellos no se dedican a esta literatura manada que yo cultivo.

No veo el silencio, ni la conspiración. Pero de todas maneras, muchas gracias. La intención basta.

Final. Dice Verdes que «la frase misma origen de esta desagradable (por que incidente, la cito al año 97 en *Germania*».

Si es una cita anterior a mi palique, probará que no fué en él donde la vi Verdes.

Pero si en la cita del 97 leamos *esqueletos robustos*... tampoco lo tomé de Le Dantec, que no dice eso.

Si es tan amable el Sr. Verdes que me envíe el *Germania* esa, mucho se lo estimaré.

Y confrontaré la cita con mi palique... y con Le Dantec.

Que no recuerdo (palabra; sin *onda*) si publicó el del esqueleto (¡jamas robusto!) antes ó después del 97.

Si sé después del 97, esto sería un 93 para la cita de Verdes Montenegro.

Señor director de La Correspondencia: aunque creo tener perfecto derecho a que usted publique este artículo en el mismo lugar en que publicó el del señor Verdes, considero más lucrativo invocar, en vez de la ley, nuestro contrato, en virtud del cual, no sólo me publicará estas largas líneas, sino que me las pagará, no habiéndolo hecho por la... segunda etc.

Clarín.

662 La Correspondencia de España (Madrid), n. 15 523, 4 agosto. 1900.

(1) El mismo Le Dantec llama a su estudio *Teoría matemática sobre la vida*.

Palique.

Querido Loma: ¡pobre Portago! No tiene culpa de lo pasado. No fue el correo; no hubo retraso. Fue que hubo huelga; fue que hubo un paro. Yo soy obrero; de vez en cuando, me insubordino, porque me canso. Si hasta Dios Padre descansó el sábado, ¿por qué yo solo, siempre atisando, como la lumbre de un horno alto (no hay *altos hornos* para los clásicos), fuego de Venta, nunca apagado!

El caso es este; que *para el caso*, se cansa uno de ser urbano. Con los calores, nos llena el campo. Déjale la toga del ciudadano; y como tengo — no lo he comprado, que mis mayores me lo dejaron — un *fundo* humilde — no *tasculano* — con pomaradas, huertas y prados, me vine al *fundo*, que es mi regalo; y el surco viendo que buyes tardos sobre la tierra van dibujando..., me eché en el surco de largo a largo, según la ciencia de aquel *beatus...* *procul negotii*, que dijo Horacio.

Pero no se crea que mi objeto es presentarme, ni siquiera fuera de concurso, al noble é infortunio certamen que abre *El Liberal* para premiar el mejor trabajo acerca de la mejor vida que se puede hacer por el verano.

No, señores, diré, abandonando la forma poética, no he venido al campo a tomar datos, sino a tomar leche de vaca auténtica. *Por lo demás*, yo creo que uno de los que mejor vida hacen por el verano es Comillas; que también debe de pasar bastante bien el invierno; no por nada, sino por lo rico que es; y porque tiene asegurado el verano eterno que él pasará libre de los calores que *in inferis* aguardan a cuantos pecadores no pueden rescatar sus pecados a fuerza de obras pías. Comillas tiene asegurado el cielo con *serias garantías*. La tierra y el mar son suyos... pues que le entren mescas. No, no le entrarán aquellas *moscas venenosas* que mató a Max Stirner (ó Máximo, para que no diga mi amigo Usamuno); pero Stirner era ateo; el autor de *Lo único* era el apóstol del egoísmo absoluto; y, además, un pobretito. Comillas, todo altruismo y con el rifón cubierto, ¡qué ha de temer que le pique la mosca!

¡Lo que se debe hacer por el verano!
No se debe hacer nada.

Como García Alix: que a pesar de tantos decretos volviendo la ciencia oficial como un calcetín, no ha hecho nada entre dos platos. A lo menos, si Silveira le parece que Alix no ha hecho nada; porque no encuentra contradicción entre el plan de Alix y el plan de Pidal.

Y dice Silveira, como Mesejo en la *Revoltosa*: ¡A mí, Prim!
Tal vez Alix ha hecho un pan como unas hostias.

Y por eso Silveira creará que sigue Alix el espíritu de los Pidalos. Por lo de las hostias.

Lo malo es que los Pidalos las tomen por ruedas de molino. Y no quieran comulgar.

Y valga la verdad, lo que dijo Pidal, el marqués, por boca de *El Liberal*, defendiendo la enseñanza clásica... fué una lección de primera. Votos como los de Bourroux, Brouardel, Polincaré y otros así, a favor del *latín*, tienen mucho peso. Y prueban, sobre todo, lo que en España no quisieron entender muchos liberales: que la *cuestión del latín* no tiene nada que ver con el liberalismo y la reacción. Se pueda ser muy liberal y muy amigo del latín.

Conste, pues, Sr. Pidal, que yo no fui de los que aconsejaron a García sus reformas.
No soy su enemigo. No me consultó.

Yo soy principalmente pintor.
Acabo de descubrir mi vocación aquí en el campo.

Cuando *Blanco y Negro* abra otro concurso para premiar la pintura anti-poltrona, yo le ruego que, en vez de exigir *dos colores*, exija uno solo.

Y me presento yo con mi brocha gorda. Porque lo que yo he descubierto en mí, el vulgo lo llama... un albanil.

Pero yo soy un artista *mundicromo*. ¡Todo blanco! Hace muchos años, escribió Tomás Tuerco: *¡Todo azul!* (antes que Rubén Darío). Pues yo digo: ¡Todo blanco!

Verán ustedes cómo fué. Empecé modestamente, á blanquear una pared de mi huerta.

Yo no aspiraba más que á ser un aprendiz de albanil.

Al principio, no estuve satisfecho de mi obra. Mientras la cal estaba húmeda, la pared no expresaba bien el fondo de mi pensamiento artístico.

Pero á las pocas horas, cuando secó la cal... ¡oh portentoso! aquella era la pared que yo había soñado. ¡Qué blancura! ¡Lila! No cabe más modernismo. Sentí una vanidad inmensa. Como la de esos poetas que hacen versos *blancos* (de cal y arena también). Ni mi familia ni los criados querían reconocer que en mis brochazos había un *quid dnuum*. Buenas personas, pero vulgares.

Yo solo, en toda la parroquia, era capaz de comprender la honda expresión de aquella pared; blanca toda, gracias á mí.

Quien blanquea una pared, blanquea ciento. Eso hice yo.

Se acabaron las paredes... y pensé en los árboles.

Nos habla Goethe de un inglés que se suicidó porque todas las primaveras se pintaba la naturaleza de verde.

Comprendí aquel hastío... ¡Si yo pintara de blanco este peral, aquel manzano!

Y los prados... y las vacas... y los cerdos... y el pedáneo que viene á visitarme, y esta linda zagala... ¡por qué no! ¡Todo blanco, todos blancos!

¡Todo teñido de mi color; todo obra de mi subjetivismo, de mi brocha gorda!

Este es el arte modernista... ¡La mono... tonía, la mono... cronía... la mono... manía...

¡Y los decretos de García Alix! ¡La *Gaceta*, negra de solecismos! ¡por qué no blanquearla con mi brocha gorda!

Borrar todo ese *farrago* de pseudo-pedagogía, todas esas lucubraciones incongruentes, dejar la *Gaceta* blanca... ¡toda blanca!

Una brocha oportuna puede salvar á un pueblo.

Y si yo pudiera blanquear este palique... todas las *frivolidades* que acabo de escribir... ¡no me pagarían!

¡Soy un artista no comprendido!

Mancho lo blanco de negro... y me pagan.

Borro lo negro con lo blanco... dejo en blanco el palique — y al director —... y le echan la culpa á Portago. Y no me pagan.

No se puede ser albanil más que por dentro.

Seamos sepulcros blanqueados... por dentro.

Poeta, enjalbega el alma.

CLARÍN

PALIQUE

Estoy casi seguro de que el Sr. García Aliz no se digna leer las cosas que a Clara se le puedan ocurrir respecto de enseñanza pública, y menos en documentos tan poco solemnes como confesos que son estos empedacados *Paliques*, que yo escribo porque me los pagan, aunque sé que labran mi desdén en el concepto de las personas mejor almidonadas.

Pero aunque el ministro me desprecia, yo tengo un hijo que nació a la vida de la ciencia de segundas letras, como si dijéramos, bajo el signo de Gamazo en conjunción con Fomanto; quiero decir que fué su estrella ingresar en el Instituto cuando se inauguró el plan de D. Germán Gamazo, segado en flor (el plan, por supuesto), que es como se siegan aquí todos los planes, no dejándolos ni siquiera para alcazar.

Con el plan de Gamazo había, por lo menos, una cosa buena, y era que el primer año de Instituto consistía en un año más de escuela, que buena falta les hace a los estudiantes (y a muchos catedráticos). Se les enseñaba a los chicos un poco de gramática castellana y nada de latín, por lo pronto. Perfectamente.

Pero llegó el segundo curso... y ya no había Gamazo que valiera. Ahora Fidel. Seis años de latín se les pronosticaban a los chicos de segundo. Pero vinieron los hados en forma de García, y al entrar en tercer año, mi hijo y todo hijo de vecino que está en el mismo curso se encuentran con que... se acabó el carbón; ya no hay más latín. En vez de los seis años de Lacio... ninguno. De modo que los que ahora están en tercer año se han de bachilleros con un solo curso de lengua madre. En cambio, mi chico, y donas *ánimas viles*, estudiarán el primer curso de francés... que ya aprobaron el año pasado, por supuesto. Ya sé yo que el ministro no puede estar en todo; pero los que le aconsejan ya podían haber reparado en estas anomalías. ¿Tan difícil es enterarse de lo que ha sido objeto de cada curso en el año anterior, para no dejar a nadie sin los estudios necesarios, según la misma ley actual, y para no hacer a nadie cursar asignaturas que ya tiene aprobadas?

No me quiero quejar de que a mi hijo le hagan cursar, por tercera vez, Religión; suata más religión, mejor, que así nunca le faltará que comer; porque yo no conozco a ningún español que sea oficialmente religioso que no acabo por meter la cabeza en alguna parte. Además, más le quiero boato a mi hijo, que ateo, como el señor Urales, que declara que no tiene ni fe ni moral siquiera. ¡Ni moral universal, de sea que pida hasta la Polla! tiene el señor Urales! Pues el mejor día le meten preso. Mi hijo, con cuatro años más de Religión, con ejercicios prácticos, que le esperan, no será jamás un Urales—¡ni lo permita Dios!—ni será inmoral; aunque yo, de todas maneras, pienso vigilarle, porque no se puede dejar todo al cuidado del señor sacerdote encargado de hacernos santos a los bachilleros.

Tampoco me quejo de que, también por tercera vez, mi chico tenga que cursar Aritmética. Hay que saber sumar de varias maneras; supongo que un año le enseñarán a contar como los ministros de Hacienda y otro como los contribuyentes. Lo que no me gusta es que le obliguen a meterse en dibujos. Cada cual debe pintar a lo que, según se le pida el carácter.

Lo de quedarse mi vástago con un solo año de latín, después de haberle amenazado con seis, tampoco lo siento. Porque entre no aprender latín en un año, ó no aprenderlo en seis, prefiero el método más breve, que es quedarme sin saberlo en el menos tiempo posible.

La creación de la enseñanza clásica y de la enseñanza utilitaria es, entre nosotros, completamente ociosa. Porque, enseñanza utilitaria ó enseñanza clásica, lo que no tenemos es enseñanza.

En cambio, vamos a tener unos doctores en Ciencias sociales que, sin necesidad de latín, serán unos pedantes muy á la moderna, que es lo que hace falta, para que no nos dejen atrás las naciones más cultas.

Y ya verán ustedes cómo nos ponen á un médico á enseñar Derecho penal, que por ahí por Europa es, si no la última, por lo menos la penúltima moda. Cuando la crítica científica extranjera, con ocasión de los recientes libros de *criminología* (¿) de Lombroso y de Alimena, empieza á hacernos cargo de que el Derecho penal hay que devolvérselo á los juristas (que sepan lo que hay que saber de las ciencias auxiliares), los asesores de García Aliz le aconsejan que mezcle la Jurisprudencia con la Patología, porque así los parece la última palabra del saber humano.

Y cuando los más perspicaces filósofos están demostrando á los sociólogos *romanticistas* que esos sociólogos enciclopédicos son crutidión á la violeta, en reuniones ocultas, aquí vamos á crear *medias nuevas* que un Facultad de Ciencias sociales, porque otros ciertas campañas frías y no sabemos dónde.

Pero, misero de mí, quién soy yo para hablar de estas cosas, si no portonzoco á la Universidad Central, que es la única de primera, según el ministro, que clasifica las Universidades como las horinas, y si el único trigo candeal que tenemos es ese, el de Madrid, los pedagogos de provincia debamos callarnos, y si queremos, por desahogar, podemos cantar el himno de El Segador, ó como se diga eso.

Todas las ciencias sociales de este mundo le perdonaría yo al ministro, si en la cuestión del personal (que es donde le duelo) supiera mostrar alguna energía.

Pero ¿quién publica un decreto en que se obliga á los auxiliares morales á hacer oposición si quieren seguir cobrando.

¡Magnífico!

Sí; pero ya no hay nada de lo dicho.

El ministro se atreve con el latín; pero se atreve con las marquessas que le recomiendan gente holgazana.

Ataño la enseñanza clásica; pero con la clásica corrupción del favoritismo, ¿qué Molán se mete?

CLARIN.

PALIQUE

Mientras prosigue Silvela sus viajes de gaviota. Jason de cabotaje, acordándose del famoso diplomático que decía: «Deslázalo: no se apaga», la poética y angustia Toledo, sin castigo, sin que se enteren las más de nuestras regeneradoras, se venera de Garcilaso.

[Noble ciudad, noble poeta]
El sur,

[¿En collada que va por las montañas
¿Qué se veía y suante por las cañas?

[Cómo sopla en los telegramas que inspira *Hermes-Dato*? ¿Qué ruido para nada!
¡Y García ot! ¡Cuánto silencio para mucho!

Cuando pasen unos siglos, y ya nadie sepa que en el mundo hubo un Morgado ni un Silvela... porque gustados creen que el mundo no se olvida de los ministros?

Vamos á ver: ¿qué muchos de mis lectores no saben que hubo en España, á mediados del siglo, un ministro de la Guerra que se llamó Narváez...—dejémosle con él—y que no es el célebre D. Ramón? Pues, sí, señor; un poco antes hubo un ministro Narváez, que no fué el verdadera Narváez.

Ha de llegar día en que, al leer un ardidito que cierto rey vinjaba acompañado de *Dato*, se diga: «Aquí falta una cosa.» Y entienda: se trataba de un viaje de investigación, sin duda, pues el monarca iba acompañado de los *datos* necesarios; etc., etcétera.

2. No somos nada. Es decir, no son nada los ministros. Y Garcilaso irá siendo más conocido y más querido, según la cultura del pueblo progresa.

Y ¿qué hizo Garcilaso? ¡Nada! Cuatro siglos.

Muchas menos que Catalina.

No faltará retórico que os diga: ¡Bahl! Garcilaso no es gran cosa. ¡Un poeta imitador de latinos y de italianos; un autor de un género falso, de bucólicas en que los pastores hablan como académicos...

Todas esas vulgaridades, y otras así, tienen á Garcilaso en su inimitabilidad, libre de la admiración de pasotilla, del psitacismo estético.

Le aman de veras los que han criado el alma poética, la de músicas interiores, la que mezcla el ritmo y la idea con versos de Garcilaso.

«¡Aquello es de Virgilio! ¡aquello es de los italianos!»... ¡Qué na de ser! Aquello es Garcilaso. Lo que es de los otros, no es lo que al español, que sabe ser patriota por el oído, encuentra de original, de nuestro, en los endecasílabos y optasílabos de Garcilaso.

Delicadeza, dulzura, elegancia, sencillez, nobleza, dolor poético, á quien consuela la armonía; y el *algo* inefable, el sello genial, único: la armonía *Garcilaso*...

Su pucillo, su flompo, dignos de él, lo comprendieron. Eus suado, fui idealizado; guiso, apuesto, caballero, valiente, noble, poeta; vive á lo burro, canta á lo enamorado y muere de *salida*. Una esposa, grande de alma, lo adora; como digno amigo, lo comprende... Hijo de la gracia, es una de esas figuras que á veces esculpe la Historia, cuando quiere percerse al mejor poema. Si; la Historia hizo un Garcilaso, como pudo hacerlo un Shakespeare.

Y Toledo, casi en silencio, aprovechando otros ruidos, celebra la memoria de su poeta... ¡Toledo y Garcilaso! Cuánta España, de la buena, de la madre; la de misteriosas virtudes, de esa que la ternura filial adora, en el recuerdo, después que las madres mueren... Esa pobre España, ¡lo que nos quiso, lo que hizo por nosotros, antes de que nacéramos!... ¡Y nosotros, á veces ciegos, la pagamos con infidelidades, por pedantería!

Olvidados de que ya sólo vive en el altar que en el alma debo tener todo hijo para la madre muerta...

¡Toledo, Garcilaso! Historia, recuerdo... nada para el cuerpo; todo espíritu, aire, para que va callada por las montañas...

Y por las cañas... ¡Viva esto, viva lo otro! ¡Viva Silvela! ¡Viva *Dato*!... ¡Viva Morgado!...

¡Inicéces, qué han de vivir!

CLAREN.

PALIQUE

Exageraría si dijese que el hombre que peor escribe en España es el encargado de redactar los decretos pedagógicos del profesor García Alix, eso cuerno de la abundancia que se está bañando en Santander. El que peor escribe, ¿escribía, es, ¿era, el autor de un *Tratado del cultivo de la huerta*, publicado hace años en Valencia. Así lo he afirmado otra vez, y no me desdigo.

Pero después de eso, el peor escritor español es, sin duda, el *unfo cieto*, de segunda enseñanza, del Sr. García, el de los decretos ligeros (como Aquiles era el de los pies ligeros, según Homero).

Se trata ahora del concepto de las asignaturas de según la enseñanza. No es concepto lo que quiero decir, ó no sabo lo que es concepto; pero adelante.

«Castellano y Latín.—Tiene por objeto esta asignatura el estudio y conocimiento reflexivo (claro, si es estudio, ya es conocimiento reflexivo) del idioma patrio, como tal idioma (naturalmente; no había de ser como lengua en escueta), considerado filológicamente... (¿claro, baid jémo se ha de estudiar un idioma (1) sino filológicamente?). Añade el poeta que ha de predominar, en la *medida de lo posible* (¿olé el ostilón!), la práctica sobre la *escueta* teoría.»

La escueta teoría. ¡Muy bien! Parece que está hablando. Se necesita imaginación para dividir las teorías en escuetas y no escuetas.

«Geografía astronómica y física.—Debe comprender los conocimientos más sensibles ó indispensables de la Astronomía terrestre.»

Es muy sensible para mí tener que decir que no entiendo eso de los conocimientos más sensibles; y en cuanto a la Astronomía terrestre, ó es la Geografía astronómica, ó no es nada, y si es eso, no había falta decir que en la Geografía astronómica debe tratarse de... Geografía astronómica.

De la Historia dice que debe abarcar la Universal «y la de España, como parte de ella; pero *parte capital* é importantísima».

¿Y por qué la Historia de España ha de ser la cabeza de la Historia Universal? ¿Qué dirán de eso las domas naciones? ¿Se cree el Sr. Alix *umbilicun terre*?

Lo que el ministro quiere decir es otra cosa: que el estudio de nuestra historia nacional debe ocuparnos principalmente; pero eso no hace de España la cabeza del mundo, ni de su historia la *Historia capital*. Mala intención no tiene el decreto; es que no lo han sabido escribir.

«Aritmética y Álgebra.—En dos cursos; el primero para asegurar las nociones traídas de la primera enseñanza.»

Como el ministro no sabía lo que era concepto, naturalmente, no sabo lo que es noción. Cree que noción es algo así como conocimiento ligero, superficial y prendido con sífilereas. Por eso quiere *asegurar* las nociones, nada más que las nociones; con los juicios y raciocinios no se meto.

¿Y cómo asegura las nociones?

Así: «enseñándolas con otras definiciones, reglas, etc., etc.»

Al hombre que *ensancha* nociones con definiciones, reglas y operaciones, deben *estrecharlas* hasta hacerlas *devolver* el título de bacheliller, si lo tiene.

Lo que siempre se estudió con el nombre de *Retrórica*, lo divide el sabio en *Preceptiva literaria* ó *Historia literaria*, que considera como complemento de la receptiva.

Si se toman las cosas con rigor, la Historia no puede ser complemento de la Preceptiva; y si no, bien estaban las cosas como estaban: reunido todo eso, y algo más, bajo el nombre clásico y consagrado de *Retrórica y poética*.

Por lo demás, el legislador se propone despertar el sentido crítico á fuerza de lecturas. Ya verá usted como no duerme.

Y ignay de Alix, si en España despertara el sentido crítico!

Bastante ha leído Sivola, y no tiene sentido crítico bastante para conocer una los decretos de Instrucción pública están poniendo en ridículo al partido conservador hasta la cuarta generación.

Filosofía. Ahora entra lo bueno. «No hay necesidad de precisar el concepto del curso de Psicología y Lógica: será el tradicional de esta asignatura en nuestros Institutos.»

(1) Porque idioma no es lo mismo que lenguaje, como cree el Guada.

—¡Pues estamos frescos!—dirán muchos profesores jóvenes de Psicología, que vienen trabajando por sacar ese estudio del tradicional pantano en que siguen cantando el mismo cantar las ranas oscuras de Ercoto Erigena.

Pero ahora viene la bomba: «...manteniendo en la enseñanza de la Psicología el sentido espiritualista.»

De modo que en una simple Real orden, el ministro echa á tierra la Constitución, la libertad de conciencia, la libertad de enseñanza, y se declara dictador en Psicología.

Ni Orovisio se atrevió á tanto. Parecía que ya nadie se iba á meter jamás con las opiniones científicas del profesorado, y aquí viene Alix, el García más liso que conozco, á matar la independencia científica, á imponer el espiritualismo á los psicólogos de segunda enseñanza; y no en ley conseguida en Cortes y votando la Constitución, sino en una Real orden casi subrepticia, que sólo trata de dar el *concepto* de las asignaturas. —¡Por cuánto se atrevió el Sr. García Alix á proponer en el Congreso una ley que dijera: Se prohíbe al Sr. Salmerón explicar Metafísica en sentido positivista ó lo que sea, y se le impone el sentido idealista, ó la filosofía y las modas escocesas?—¡Se atrevió Alix á decir: El Sr. Ramón y Cajal explicará en su *anátora*, y demostrará en su laboratorio, que, pese á las neuronas, lo que lo anda al hombre por el cerebro es un espíritu puro!

Claro que no. Pero, por lo visto, eroo que los profesores de Instituto no merecen tanto respeto en sus ideas, y que se les pueda obligar á ser espiritualistas.

Yo, en el fondo de esto, veo el profundo materialismo del Sr. Alix. Para mí, este señor cree que la Psicología, para los niños, debe ser espiritualista, y para las personas formales, ó materialista ó monista.

Haceo Alix con la Psicología lo que con los sepulcros de la familia cierto amigo mío. Tenía en su pantón tres sepulcros: dos grandes, para él y su señora, y otro pequeño... para el niño.

CLARIN.

Pálique.

No diré yo que sea el desquite de Santiago de Cuba, el incurso en certamen poético marino de Almería; pero lo cierto es que de allí, del certamen, han salido llenos de flores naturales y objetos de arte, si no nuestros barcos, que no saben escribir (ni navegar), á lo menos muchos de nuestros marinos.

El Sr. Cervera, que fué algo así como mantenedor—por tierra, por supuesto—dicen que estuvo elocuentísimo; que es lo que deben estar los almirantes.

Sabido es que Nelson debió toda su gloria al compendio poético de bien decir que escribió Pope, el *Essay crítico*; y D. Juan de Austria venció al gran Turco gracias á Nebrija.

Nadie me negará que, si nuestros héroes de Cavite, en vez de estar en Filipinas, hubieran estado en Almería, celebrando juegos florales, nos hubiéramos ahorrado aquella derrota.

La buena Marina, la pierna quebrada y en casa.

Por eso el Ministro de Instrucción pública, queriendo ayudar á Silvela á restaurar nuestro poder naval, amplía ahora el estudio de la retórica, y la divide en *Preceptiva* é *Historia literaria*, aspirando á que ese forme el *sentido crítico* á fuerza de lecturas y análisis.

¿Que para qué quiere Alix tanto crítico? Pues para eso; para que, *lendo lendo*, lleguemos á tener otra *Invenible*.

Nunca será un Santa Cruz ni un Méndez Núñez el redactor de los decretos y de las Reales órdenes con que García Alix nos está abrumando pedagógicamente.

Según este redactor, ¿á que no saben ustedes por qué se suprime la enseñanza privada?

Oiganle:

«No habiéndose mencionado en el decreto de (aquí la fecha), se entiendo suprimida la enseñanza privada.»

¡Buen criterio para hacer leyes! No se suprime una enseñanza porque se la crea inútil, perjudicial, etc., sino... *porque* no se mencionó antes en un decreto.

¿Y si no se mencionó por olvido?

Suprimida.

Eso es. La *Gaceta* no padece olvidos. No hay fe de erratas en adelante. Cuando la *Gaceta* se equivoca... se entiende que suprime.

Por eso, si en una Real orden el Ministro echa por tierra la Constitución, no hay que entender que se equivocó el Ministro, sino que, «habiéndose prescindido de la Constitución en la Real orden de tal fecha, se entiende que la Constitución queda suprimida»; ni más ni menos que la enseñanza privada.

En efecto, el Ministro dice que la psicología se enseñará en los Institutos «en sentido espiritualista».

Y como esto es anticonstitucional, pues se niega con ello la libertad de conciencia y la libertad de enseñanza, lo que hay que entender no es que la Real orden no vale, sino que, efectivamente, quedan suprimidas la libertad de conciencia y la libertad de enseñanza.

De modo que si á doña Emilia Pardo Bazán le parece bien licenciarse, cosa para ella facilísima, en Filosofía, y ganar una cátedra de Psicología, no podrá explicar de acuerdo con su conciencia, pues tendrá que explicar psicología en sentido espiritualista.

Y no podrá decir, como dice en un artículo, que un amigo suyo que se murió á lo menos reposa ya sin sufrir; porque eso huele á herreja y á materialismo.

La verdad es que yo no me explico fácilmente cómo la Sra. Pardo Bazán, que siempre se ha llamado católica, piense que un hombre que se muere á lo menos deje de sufrir. Claro que donde dice sufrir, quiere decir padecer, pero es igual para el caso. En buena ortodoxia, el católico tiene que creer que el espíritu, que es quien padece, no deja de padecer porque se separe del cuerpo; el que se va al cielo derecho—caso raro, según los inteligentes—no sólo no padece, sino que goza desde luego; pero de esto no se puede decir *ed lo menos reposa ya sin sufrir*. Eso á lo menos es poco celestial. El que no va al cielo, va al infierno ó al purgatorio; y es de fe creer que en el infierno y en el purgatorio se padece.

Que Urales ó Nakens digan eso de que el que se muere ya no padece, es natural. Pero doña Emilia no sólo no es materialista, sino que es católica, apostólica, romana.

De manera que no sólo no puede explicar la psicología espiritualista de García Alix, sino que no puede comulgar por Pascua Florida, si no se retracta.

Podrá decir ella que la misma Iglesia admite lo de *requiescat in pace*, pero esto es una reminiscencia litúrgica de antiguas creencias, como

mejor se puede ver en Foustel de Coulange, y además, no pasa de un buen deseo, que no tiene el dejo materialista de la frase de doña Emilia.

Yo, por mi parte, prefiero creer que los muertos no dejan de sentir y padecer, aunque no sea con el cuerpo, que ya no tienen. Porque no puedo menos de figurarme pidiendo algo en el otro mundo, á mi heróico paisano y amigo Fernando Villamil y demás víctimas de Santiago, al saber que Cervera ha estado ahora elocuentísimo en Almería.

A pesar de esa elocuencia, yo creo que la *flor natural* del certamen de Almería debió haber sido para... *El Silencio*.

CLARÍN

10

Palique.

Veo, en el número anterior de MADRID CÓMICO, que algunas personas me honran deseando conocer mi opinión acerca de la famosa novela *¿Que vadis?*

Pues, por ahora, mi opinión es que no he leído todavía la celebradísima obra de Sienkiewicz.

La traducción española nadie me la ha enviado; el original no lo entendería, y en esta soledad en que ahora vivo no he tenido manera, hasta hoy, de adquirir una versión francesa, ó cosa así.

Cuando vuelva á la vida urbana, procuraré leer *¿Que vadis?* de la mejor manera posible; y entonces, si hay ocasión oportuna, diré mi parecer humilde, pero espontáneo y sincero.

Me inclino á pensar que la novela algo notable debe de tener; porque, cuando el río suena...

Cuando se publicó *Il Fuoco*, de G. d'Annunzio, yo, antes que el libro, leí críticas extremas, en pró y en contra. Después, leyendo sin pasión, vi que eran injustas las que condenaban la novela italiana en absoluto; hay allí mucho que repugna, no poco esteticismo al alcance de todas las fortunas; pero también hay elocuencia, cierta profundidad á ratos, sentimiento real y bien expresado, á veces. D'Annunzio no es un cualquiera. Pero tampoco es un arco de iglesia.

No es fácil dar con el justo medio al juzgar á ciertos autores que tienen el prurito de la originalidad, que quieren ser algo *aparte*, que se creen genios... y que son hombres de talento, de gusto delicado, algo *gust* por el amor propio.

El pobre Nietzsche, de quien no se habló en España hasta que hace poco Lázaro hizo traducir á *Zaratustra*, Nietzsche es otro de esos autores con quien es fácil ser injusto, por carta de menos ó por carta de más.

Ahora, con ocasión de su muerte, hasta las agencias telegráficas se han permitido juzgarle; y yo, entre dos noticias relativas á Dato, recuerdo haber leído que Nietzsche no era un filósofo, sino un escritor muy atrevido.

Para meterle el diente á Nietzsche no basta saber que mucho de su idea principal ya estaba en *El único* de Max Stirner. No importa, para el mérito de este desgraciado pensador, que Stirner y Schopenhauer, y otros muchos, hayan dicho, de otro modo, el fondo de su pensamiento, en gran parte. El ha sabido asimilárselo y expresarlo á su manera.

Yo recuerdo haber leído su teoría del *circulus vitiosus deus*, verdaderamente horrorosa, al día siguiente—por casualidad—de haber visto lo substancial de tan espantosa pesadilla filosófica en una expo-

sición de la doctrina del estolico Posidonio. ¿Y qué? No por esta coincidencia, ó reminiscencia, dejó el alemán de sentir con original espanto el vértigo terrible del eterno volver de todas las miserias humanas...

No es filósofo sistemático Nietzsche. Ciertamente. Tampoco lo fué Pascal... y de Pascal habla hoy la filosofía mucho más que de muchos escolásticos.

Nietzsche, fragmentariamente, es admirable no pocas veces.

Muchos delatares lo son por puro *pituitaria*, pueden aprender en este *alea* á comprender y sentir á Dios. Cuando, en *Alas allá del bien y del mal*, creo, nos habla de la angustia y el terror del que *ha matado á Dios*, aparece sublime Nietzsche en aquel *misticismo negativo*; y nos revela, mejor que muchos apologistas vulgares, todo lo que es para el alma y su equilibrio la creencia en la explicación del mundo por lo divino...

••

Pero noto que estoy hablando de Nietzsche sin permiso de un señorito, muy nerviosillo y pagado de sí mismo, que se firma Claudio Frollo, él sabrá por qué.

Por casualidad naturalmente he sabido que ese Sr. Frollo asegura que pocos días há leído un artículo mío en que proponiéndome tratar de *El Feminismo*, de Adolfo Posada, hablaba yo de lo que opinaba Nietzsche de las mujeres; y advierte D. Claudio que de las mujeres han opinado muchos autores esto ó lo otro.

El Sr. Frollo, por lo visto, lee los periódicos muy atrevidos; pues, eso que él leyó hace pocos días, lo publiqué en *El Español* hace más de un año. Y el artículo tenía por asunto directo y principal lo que Nietzsche decía de las mujeres, sin que el libro de Posada fuera más que el motivo que me había sugerido la idea de hablar de Nietzsche y su antiferminismo.

Del desgraciado pensador alemán he escrito yo en España mucho antes de que nadie pensara en traducirlo por acá; y mereciendo, como merece, que se le lea y se le juzgue, no sé por qué había de dejar de citarle y comentarle precisamente cuando en España, fuese por lo que fuese, empezaba á ser relativamente popular.

Eso de huir de lo común y buscar lo raro, lo excepcional, quedase para los infelices que sólo tienen recursos *externos*, de forma y apariencia. El que tiene algo que decir, lo dice, sin pensar si sigue ó no sigue la moda. El pobre Frollo quiso hablar de Nietzsche, sin haberlo leído, y creyó que lo más *distinguido* era declarar que le parecía cursi hablar del famoso alemán ahora cuando ya se podía leer algo suyo en especial, y cuando cualquiera podía permitirse el lujo de conocerlo. Y con un humorismo de *enfant terrible*, confiesa Frollo que él... no ha leído á Nietzsche, ni quiere.

Pues hace usted mal, hijo.

La *salida* no tiene gracia; y leyendo á Nietzsche, por poco que usted sacara en limpio, sería lo bastante para arrepentirse de haberle tratado con tanta... frescura, sin saber lo que valía.

••

Este Claudio Frollo no merece, por sí, en cuanto publicista, que se le saque del limbo, de esa tristísima penumbra en que vejeta, como tantos otros, creyéndose *conocido* porque á veces escribe en papeles de mucha circulación. Viven los tales consolándose con la metonimia que comete su vanidad y que consiste en tener la fama del *relativo* por la fama del que en él escribe. Yo no diría nada de Claudio, ni de sus salidas, si viera en él un muchacho de mérito, que hubiera cometido un lapsus, disculpable en los pocos años. Pero, no, Claudio Frollo es de carácter poco simpático, según nos probó él mismo, contándonos una historia en que se velan su vanidad, sus pobres ilusiones, pero no los milagros de gratitud que él procuraba describir.

Audaces de escasa instrucción, con mal gusto, afectados en el estilo, jamás humildes ni sinceros, estos jóvenes que hoy invaden la prensa, disputando puestos que otros merecen, necesitan que se les hable con entera claridad.

Si, señor Claudio Frollo. Si yo hubiera visto en usted algo bueno, en el talento ó en el carácter, no hubiera escrito lo que ya escribió. Pero hace tiempo que le observo á usted y creo que pertenece al grupo numeroso de los *nuevos* que debe *eliminar* la prensa, para que entren los que valen, por el corazón y por la cabeza.

Por supuesto, que... no se lean réplicas.

Puede usted *patatear* lo que guste, pero yo no me entoré.

CLAUDIO

••

Palique.

Por muchas vueltas que le dé *El Correo*, España seguirá siendo la tierra de *—* y toros.

Donde van los puntos suspensivos decía antes *Pan*; pero ¡ay, el dios *Pan* ha muerto!, podemos nosotros repetir con el clásico.

No, *pan* ya no hay; pero toros, sí.

Toros... y religión de nuestros mayores.

Por los periódicos pueden ustedes verlo.

Durante el verano y parte del otoño celebran la mayor parte de las ciudades y villas españolas de alguna importancia las ferias y fiestas. El pretexto es siempre algún santo patrono, á quien, por lo común, tratan muy mal los paganos, sacándole las tripas y arrastrándole por el suelo, ó sea la arena del circo. Pues nuestro católico auditorio, en conmemoración de tan horribles atentados, se va también á ver el arrastre, no de los santos, que ya no los hay, sino de los toros.

Llegará tiempo en que apenas se crea que un pueblo cristiano no hacía más que celebrar el aniversario de los mártires viendo matar *Miuras* y *Concha Sierras*.

Columnas y columnas llenan los periódicos relatando en telegramas, porque la cosa corre prisa, todos los pinchazos en hueso, y los aporreados y hasta los dedos, que se han dado por esas provincias de Dios.

Y unas veces se le da la creja al héroe, y otras se derriba la barrera se quema la plaza y se llama burro al presidente; todo siempre A. M. D. G., como diría un jesuita.

Por cierto que la Iglesia, que tanto condena los bailes, los periódicos liberales, los teatros, etc., etc., no se atreve con los toros. Pocas medidas veo yo que tomen los obispos contra las corridas. Ya sé que hay mucho escrito por la autoridad eclesiástica contra el *espectáculo nacional*, pero nadie se acuerda de recordarlo, y púlpitos y boletines eclesiásticos se callan muy buenas cosas de las que en nombre de la moral cristiana podrían decir contra los toros. Y no se diga que el público de las corridas no es ortodoxo: el mismo pueblo católico que *llena los templos por Semana Santa* es el que *llena la plaza por Pascua Florida*.

A nosotros ya no nos hace mella ni Barrio y Mier, porque estamos acostumbrados; pero es cosa que ha de maravillar á los siglos venideros eso de que un pueblo católico, apostólico, romano, para lamentar que á San Andrés le hayan crucificado en forma de X y á San Pedro boca abajo, no encuentra cosa mejor que coger la bota, irse á la plaza y esperar el *hule* con fruición no disimulada.

Y, en tanto, los obispos persiguen la representación del *Juan José* y no se atreven ni con la más insignificante novillada.

o o

Consuela un poco el ver que algunos pueblos hacen algo mejor que llamar al *Machaquito* y otros tales para que los perfeccionen en la educación *ciclos* de la *paidocornilogía*, y se acuerdan de sus hombres célebres sin coleta y los dedican fiestas y alabanzas.

Bien haya Toledo, que hace pocas semanas consagraba cariñoso recuerdo á su gran poeta Garcilaso. Verdad es que el resto de España apenas si se enteró; pero Toledo cumplió como buena.

Ahora es Valladolid quien merece plácemes por haber celebrado con solemnidad majestuosa el acto de descubrir la estatua de Zorrilla.

Tampoco por esas provincias de Dios y de todos los *Lagartijillos* que vayan saliendo han tomado con gran calor la fiesta hermosa, culta, de la capital castellana.

Hasta los *intelectuales* se han mostrado fríos, indiferentes.

Mal hecho.

Núñez de Arce, poeta también, poeta de veras, paisano de Zorrilla, era el llamado á presidir la ceremonia. Pero no se presentó. La excusa de D. Gaspar debe de ser legítima; porque, según creo, no está bien de salud.

Otros literatos notables, invitados también, presentaron excusas que, según se dice, no pasaban de frívolos pretextos.

Espectáculo lamentable.

¡Pobre Zorrilla! Tuvo que contentarse con el inevitable García Alix, que le largó un *discurso* en forma de discurso hidráulico.

El ministro venía de Santander, de paso para Madrid; por lo visto llevaba el discurso embotellado y con destino al primer banquete que le quisieran dar sus admiradores de Arévalo ó de Riosoco.

Éllo fué que le largó el discurso á Zorrilla y le dijo las mismas cosas que les hubiera dicho á una carretera ó á un puente al inaugurarlos.

No sabe uno si indignarse ó reírse leyendo lo que el ministro (de Instrucción pública) le dijo al poeta de los poetas.

Habló de la pérdida de las colonias, del renacimiento de la industria, de la riqueza pública, de la necesidad de trabajar mucho y abandonar la leyenda nacional.

¡Y esto se lo decía al poeta de los *Cantos del Trovador*!

Pero, ¿dónde va Silveira por estos ministros?

Ministros que no sirven para hablar á las estatuas.

Pero que servirían para que de ellos se hicieran monumentos muy duraderos.

CLARÍN

Pàlique.

¿Que nadie... á parar!

¿A dónde vas á parar, oh ministro de Instrucción pública!
Como esos prestidigitadores que sacan de un sombrero muchos kilómetros de tiras de papel, el Sr. García Alix continúa sacando de su cabeza decretos y más decretos, Reales órdenes, contraórdenes y sapos y culebras, de sintaxis.

Porque eso sí; el ministro hoy manda una cosa y mañana se desdice. Las reformas de la enseñanza resulta el baile de San Vito. Quiere al ministro que haya examen de ingreso en las facultades.

Buena ó mala, tal medida, no debía rezar con los que se han hecho bachilleres antes de publicarse esa ley. Después de ella, el que busca el título de bachiller ya sabe que no le sirve para ingresar en facultad, y no puede llamarse á engaño. Pero el bachiller anterior á la ley, creía legítimamente adquirir con el título la aptitud legal suficiente para comenzar los estudios superiores. Y el aplicar á los que están en el caso el nuevo decreto, es darle efecto retroactivo.

Para arreglarlo, sale el ministro con la gracia de que recomendará benevolencia á los tribunales.

¿Con que se viene el ministro con recomendaciones para los exámenes?

Pues, según disposición legal dada en tiempos en que era Santa María de Farides director de Instrucción pública, los profesores de los tribunales tienen obligación de denunciar á quien les venga con recomendaciones.

No creo que esté derogada esta disposición. Luego... ¡hay que denunciar al ministro!

¿Qué quiere decir eso de la benevolencia? ¿Es que los exámenes de ingreso van de ser una pameña? ¿Es que el ministro invita á los profesores á representar una pameña?

¿O es que supone que los tribunales son ordinariamente *malcosos*?
[Qué desbarajuste! Qué olvido de toda noción de ley, de gobierno, de dignidad profesional, de criterio pedagógico!

Benevolencia es el que quiere el bien. ¿Quién quiere el bien, el que deja pasar á los estudiantes que no deben pasar, ó el que sólo aprueba á quien lo merece? Este, este es el benevolencia. El profesor no puede prestarse á examinar de mentirillas. El ministro es el que debe abstenerse de obligar á examinar á quien tiene derecho á no hacerlo.

¡Llamas *malcosencia*, así, oficialmente, á la corrupción, á la falsificación de la prueba académica! El ministro emplea el tecnicismo de los estudiantes holgazanes que buscan influencias para hacerse sabios!

Si el Sr. Silveira fuese de veras un hombre de Estado, y un verdadero juriconsulto, sólo por eso de la *benevolencia* recomendada de Real orden ó poco menos, echaría del ministerio á este Sr. García Alix, que no sabe lo que tiene entre manos, y hace y deshace, y es del último que llega, y se deja engañar por todos los pelantes de intriga que llegan hasta su despacho.

•••

García deshace todo lo que hace menos cuando es un gran disparate.

Se le dijo cien veces que las asignaturas que imponía á los estudiantes de tercer año de instituto no eran las que les correspondían; y no hizo caso.

En efecto, los alumnos de ese año empezaron á estudiar por el plan de Gamazo, que en el primer curso no comprendía el latín. Curraron en el segundo año el primero de esa lengua, y ahora en el tercero... se acabó el latín. De modo que siendo, según la ley, dos años de latín los necesarios, esos alumnos de tercero se quedan con uno solo.

¿Tiene el ministro derecho a que prevalezcan estas equivocaciones suyas? Es un error evidente; es que se creyó que los que habían estudiado ya dos años, otros tantos cursos de latinidad tendrían aprobados. No hay tal cosa; pero el ministro no quiere declarar que se ha equivocado.

Pero hay más. Esos mismos estudiantes de tercer año aprobaron en el pasado el primer curso de francés. Natural parecía que ahora estudiaran el segundo curso de francés... pero no, señor; por mal maña del ministro, no estudiarán ese segundo curso. De modo que se les

deja un año entero para olvidar lo que han estudiado en el anterior. En tercer año no se cursa ninguna asignatura de lenguas vivas ni muertas. Y eso que en los seis años hay que estudiar latín, francés é inglés ó alemán.

¡Cabe mayor desconfianza!

¿No es esto jugar con la enseñanza?...

•••

Y ahora con este mal humor que le pone á uno el ministro de la *benevolencia*, hablen ustedes de Juegos florales.

¿Qué es peor; que haya toros ó que haya Juegos florales?

Piores, son los toros; más ridículos los juegos.
He leído en varios periódicos de Madrid que yo era juez en los Juegos florales de Oviedo.

Y me han dicho que un telegrama de *El Liberal*, decía que en una corrida me habían visto en el tendido número 7.

Esto puede que sea verdad; pero me explicará: Lo de juez de los juegos no es verdad. Es decir; se me honró nombrándome vocal del Jurado, pero yo no acepté el cargo.

Armando Palacio me dió el ejemplo.

Y Vital Aza que no *comparació*, también.

Me esperaban dieciocho odas con las fauces abiertas al negro espacio, ¡dieciocho poemas líricos locales, de los que diecisiete iban á ser muy pronto mortales enemigos!

No quiero ser crítico en mi patria.

¡Juegos florales! ¡Buenos estamos para juegos!

Mi querido Félix Aramburu, *mantenedor* (vaya por Dios) de los Juegos, pronunció un energético y noble discurso en que apenas se acordó de la *gaya ciencia* y en cambio, entre aplausos del público, apostrofó á los borrachos de la patria chica y á los ladrones y prevaricadores de la patria grande.

Uno de los trabajos premiados, hablaba de billetes de Banco y de la tasa del interés; otro de mecánica. ¡Naturalmente!

Los tiempos son de prosa.

Tengamos certámenes, pero no los llamemos Juegos florales.

Sperti que ni es juego, ni florido.

Premiémoslos trabajos espontáneos, pero no odas de circunstancias, de pio forzado, que ahora resultan siempre *hidráulicas*.

Buena es la industria... ¡pero no en verso!

¡Formalidad, señores, formalidad!

•••

Verdad es que acaso estuve en el tendido número 7...

Pero ¡qué falta hacía decirlo en los periódicos?

Aquel quinto aragonés, á quien en una revista reprendieron, porque le faltaba un botón, desde el cabo al coronel, exclamaba:
— ¡Ya lo sabe todo el batallón!

Anticris... p...

Yo fui á los toros... á observar; como se va á presidio sin ser preso; como he entrado alguna vez en una sala de juego... no floral, y en otras partes. A observar. nada más que á estudiar; por si Alix quiere encargarme de una cátedra de esas de ciencias sociales. Hay que sorprender al pueblo en todos los arranques del genio nacional. Cuando grita:

— ¡Cógelo, cógelo, engánchale, por tumbón!

Cuando exclama:

— ¡Soy caballo, cinco duros!

Y cuando canta:

¡Belva, España noble, noble maternal...

Todo es *hul...* y ciencia social.

CLARIN

Pálique.

Parce que se anima lo del Congreso Hispano-Americano. Me alegro mucho. Merece el asunto que se tome con calor y que se interesen en él las personas de verdadero mérito y de justo renombre. Por apatía de los míos, y también de los mejores, se dejó la iniciativa y la dirección de los preparativos á varios señores, cuya actividad y buena intención no se niegan, pero que no pueden ostentar la representación de lo mejor y más grande de España.

Ahora conviene rectificar en lo posible este mal principio, procurando que vayan al Congreso y trabajen en él nuestros hombres de veras ilustres, los talentos serios, las notabilidades positivas, no de relumbrón ó de Gaceta.

Silvela ofreció el auxilio oficial al Congreso desde el principio; pero comenzó por colocar en los primeros puestos á personas de su confianza; á quien debía favores y á quien tenía que dar algo, ya que no fuese una cartera.

Es muy de temer que, por lo que á España toca, el Congreso ofrezca dos capitales defectos: Primero, el predominio de lo oficial, de fórmula, de expediente, —*chinoiserie*— que sirve para que se luzcan y exhiban los espíritus ratoniles. Segundo, la invasión de las medianías y nulidades bullangueras, gárrulas, vanidosas, intrigantes, que van á tales sitios á procurarse notoriedad.

Por lo que toca á las letras, que es lo que en este periódico debe tratarse, hay el peligro de que tomen su representación poetas chirles y prosistas hueros; y es muy posible que con el pretexto de la fraternidad de raza, del amor que debemos tenernos españoles y americanos, se nos quiera hacer comulgar con ruedas de molino y tragar poetastros y pedantes y otros apos y culebras. El mal gusto siempre cuenta con una inmensa mayoría, y ha de haber quien procure hacer inoportuna, impertinente la crítica que defiende los fueros de lo racional y de lo bello en todo tiempo y lugar.

En América, lo mismo que en España, hay muchos «escritorzuelos vulgares, adocenados, insípidos, *invasores*, *encombrados*, audaces, entrometidos, corralesidiles que se multiplican. El Congreso ya está lleno de esta plaga. Los habrá indógenos y de importación.

Pero ¡cuidad! No vayamos á dejar que España esté representada sólo ó principalmente por esta clase de bichos, creyendo que América nos enviará un contingente análogo.

En América no todos son sísentes y oradores continuos, de caño libre.

La Academia, ciertos críticos y ciertos periódicos nos tenían acostumbrados á los literatos americanos de guayaba, á los malos imitadores de nuestros poetas y á los eruditos de un purismo falso é idólatrico, superficiales, sin ideas, llenos de preocupaciones. Una atmósfera de mutua adulación oscurecía y envenenaba el ambiente en esto de las relaciones literarias de España y de América. Después de los *sísentes* vinieron los *desadentes*; eran los mismos pájaros con otros colores. Ya no imitaban á Zorrilla, sino á los extravagantes de París; pero seguían siendo tontos. También era, y es, temible el *snob* americano que viaja, que ha vivido en París, en Londres... que ha visto mucho... como ven los *snobs*. Por ahí fuera se burlan de esta gente, con gran disimulo, y les sacan el dinero, si lo tienen. El americano que sigue admirando á París, á lo necio, después de años y años de vida europea, y aunque finja estar ya desencantado, es un tipo que se encuentra donde menos se piensa.

La prensa española, sin fijarse, está siendo víctima de este género de snobismo cursi y enfermizo. *Inteligente pauca*.

Pero, amigo, hay otros americanos; y muchos ya, gracias á Dios. Son hombres serios, de estudios sólidos, de buen gusto, modestos, sinceros en su amor á la raza y sus progresos; y de éstos es de esperar que vengán no pocos al Congreso. Traerán preparados trabajos concienzudos, provechosos; y para que España, que recibe á tales huéspedes, no haga mal papel, hay que sacar el fondo del baúl, hacer que se presenten y trabajen los españoles que de veras valen, que también los hay; sólo que suelen meterse en casa á comer.

Adonquillos y pen tierno,
dejando á otros el gobierno del mundo y sus monarquías.

Los americanos dignos de respeto, no desequilibrados, no esclavos de la moda de París ó de Londres, estiman á España, la estudian, y procuran ver, debajo de esta capa de reacción, de incultura, que es lo primero que nota aquí el observador extranjero, facultades latentes de la raza que esperan, para hacerse patentes, un esfuerzo nacional. Estos americanos latinos que, sin perder su originalidad, han sabido estudiar en la América sajona y en la Europa culta la vida moderna, son, en general, superiores á nosotros, por el carácter y por la ilustración.

Hay que contar con eso.

Por lo cual, repito, hay que echar mano, si no queremos hacer mal papel, de lo mejor de lo mejor.

•••

Si, lo que no espero, yo me equivocaré y no vinieran al Congreso esta clase de *intelectuales* americanos... buenos, sino charlatanes, *corresponsales* de Cheste y Catalina, poetas *unufíjares*, politiquillos intrigantes y pedantonesseudo-clásicos, entonces... no habría que molestarse á ninguno de nuestros hombres de verdadero mérito, y bastaría con *sollar*, para que allá se las hubieran con sus similares, unos cuantos de nuestros poetas... con *pórtico*.

CLARIN

•••

PALIQUE

Un día, por ver de todo, me fui a la Plaza de Toros de mi pueblo. Los toros... en provincias tienen su sabor particular; sobre todo en provincias que no tienen *señor torero*, como le sucede a esta en que *vivo*. Hace muchos años se hizo aquí una plaza de madera, que se pudrirá muy pronto. Y el mismo día que la derribaron, se inauguró un hermoso edificio de piedra, dedicado a *señoría pública*. ¡Queremos un cambio de progreso!—exclamamos los llanos.—El maestro viene al torero; el *corte* de la escuela al *corte* de la *corrida*. Y pasaron días más, y ahora tenemos una hermosa Plaza de Toros sólida, de cal y canto, destinada a *desahogar* las injurias del tiempo... Toda España en toreros, porque donde se alcanza el *cal* del torero *auténtico*, de la *afición* *española* y *sobera*, *señoría* la *pasión* del *señorismo* *torero*; el *traje* de *lucha*... con *montaña* *picada*; en *afición* *goleta*, *padiera* *de* *uno* de *esos* que

nos confunden a todos los de por aquí arriba. No era gallego, pero sí asturiano de tres cejas (como verá el lector), un ciudadano pacífico que aquella tarde de mi historia tenía yo en el tendido delante de mí. Era un honrado maestro, que no pertenecía a ninguna sociedad de templanza, de esas que... no hay por aquí. No, no hacía él alarde de sobrio, ni predicaba con el ejemplo contra el alcoholismo; más se le podía tachar de beodo, que de hipocrita. No era un sepulcro blanqueado por fuera; era un borracho que tenía el valor de su papalote. Y así como el señor don Pompeyo Gener se senta ario, mi hombre se senta andaluz; el vino se le convertía en hachas apiradas. Los ojos sonadores y llenos de lágrimas de lo tinto, desahuciaban el plácido delirio que le rodaba por el cerebro... y resultó que era un Aristarco en tauromaquia. Cada paya, todo quite, cualquier pase, la más insignificante encastada, le merecían comentarios, sentencias firmes, a que daba asenado su mirada arrogante y extraviada, paseándose por encima de la multitud y como dando a entender:

y el que dijere lo contrario, miente...

Los ebriosos, que alababan el aserto de sus juicios, tenían que estrecharle la mano.

Quería fraternizar con la *citédria*... y despreciable olímpicamente al vulgo que, según él, la erraba siempre al saltar y al aplaudir. Censuró el público una media entocada, y mi hombre, coidrico, increpó a la multitud y batió palmas. ¡Déjale, déjale, gritaba; Bebe, déjale morir, no lo toques, que no necesita más; y volviéndose a mí exclamó en tono que no admitía contradicción:

—¡Ese toro está muerto!
—¡Ya lo oíste! Vera usted cómo no dura media hora...
—¡Eso! Usted lo entienda. ¡Vengan sus ciegos!

¡Ero mi hombre ya no bebía. Pasaban toros, y él andaba improvisando iha cascadas sentencias definitivas. Hablaba poco y miraba con desconfianza a sus admiradores. Llegó a enmudecer. Al quinto toro, que los ojos lánguidos, la saliva pálida, pero con palabras más expedita, y sin hacer andaluzes, con el acento corriente del país, volviéndose a nosotros, a los que le rodeábamos, dijo con voz humilde:

—(Señor...) si he ofendido en algo, dispensen. Yo soy zapatero... y... no entiendo de cuernos... ¡pero a tener corazoncillo de cualquiera...

Y se dio tres golpes en el pecho. Serán se le marchaba la chispa se le iba la chispa infusa; la *afición* y el *señor torero* le había cogido en la taberna. Al reconocer el uso de la rana, sólo sabía, como Sócrates, que no sabía nada... de toros.

Yo comienzo por donde el borracho acabó: ya, que no he bebido nada, declaro que no entiendo palabra de toros... pero a corazon, a *señoría*... no me gana nadie.

Por lo pronto, siento... tener que decir lo que siento, y acaso disgustar a personas muy apreciables, las cuales tal vez no se fijen en mi buena intención.

Puede no ignorar el contrapunto, y tener su alma en su almarico. Yo estoy seguro de que hay música que me suena mal, otra que me alburra, otra que me parece demasiado imitación de las cosas de Wagner. En mi caso está la inmensa mayoría del público. ¡*Cuántos* *cosas*!

Lo que no sabemos nosotros es explicar técnicamente la causa de nuestro aburrimiento al oír cierta música; pero aburrirnos (vaya si sabemos!).

Los maestros saben que además de aquella parte del público, muy exigida, que busca explicar por el a más del programa el juicio que una obra musical le merece, hay otra, mas numerosa, pero digna de atención, que por sus propias impresiones se guía, que sabe relacionar los efectos musicales con las leyes generales estéticas, particularmente con el elemento rítmico y literario a que la música dramática, por ejemplo, necesita atender. Esta parte del público ha oído música, tiene gusto, aprecia... no hay que despreciarla.

En cambio, hay otra parte que no tiene gusto, ni sabe estética, ni de literatura y filosofía entiende nada; que se deja alucinar por los grandes nombres, y sobre todo, por la habilidad puramente técnica, que es su fuerte, tal vez su oficio.

Estos son como los malos retóricos que admiran las frialdades del pasado—del mismo literario por su conformidad con las reglas.—Un verificador correcto pasa por poeta a los ojos del que no siente la poesía, pero sabe si Ronsieu, como dicen los franceses.

Lo mismo pasa con la música. Apreciables maestros de solfeo, instrumentistas expertos, pero vulgares, peritos de la composición, le dicen a usted muy sermoneando una partitura soñá, coquicina, enclavada en los bienes de propios musicales: ¡Esto es música! ¡Qué ciencia, qué dominio de la técnica!

Y usted ignorante, pero hombre de gusto, bostaza; y tiene que decir amén.

En estos últimos años se ha escrito en España poca música *seria* que haya reo, si no diere aserto. Yo no quiero, hoy a lo menos, citar a nadie, ni obra alguna.

¡Ero es lo cierto que el wagnerismo al alza de todas las fortunas, tiene en gran parte la culpa de lo que sucede. Nada más fácil que comprender—superficialmente—los tópicos de la teoría wagneriana.

«La voz humana ya no es lo principal, es un instrumento más.» ¡Abajo el *antropocentrismo*! ¡Abajo el *teatro*! ¡Nihilismo social! Hermoso pretexto para dejar que canten los que no saben, y que escriban música dramática los que no pueden.

—¡Fijese usted en la orquesta!—le dice a usted el *mod* wagneriano, mientras el barítono y la contralto rifan en la escena «a prosa vil y sin ideas melódicas, ni ganas. En vez de arias, romanzas y demás pacotilla italiana, diálogos de tornillo sin fin, conferencias públicas y de *excentricidad* *univariaria* por las principales partes de la compañía.

Nada de palabras dulces, nobles; nada de buscar las agudas cuando el oído las reclama. La pasión no entiende de tales linderas.

LA TIPLE

Oh, tiple, causa de mi infortunio, tendrás que alentar a la concurrencia...

EL TENOR

Misera Largaire, he tomado ciertas medidas; no temas tus ascheras ni las de mi suegro...

LA TIPLE

¡Maldita sea mi suerte!

EL TENOR

¡A quien Dios se le dé, que se la bendiga San Pedro!

Cosas no más poéticas ni más enfáticas escuchaba yo pocas horas hace en el teatro, asistiendo a una subasta completamente wagneriana, en que la orquesta procuraba imitar los sonidos naturales de las pajas a la llana...

Y por eso hablo, y salgo en este palique por tan inesperado registro.

Pero es tarde. Siempre es tarde después de una partitura wagneriana... sin Wagner.—(Yo oíro que esto del reloj de veinticuatro horas se ha inventado para la ópera nacional con música del ex porvenir).

Elo es que son las veintidós. Y como dijo el clásico, que costaba de otra manera:

yo me doctro;
quédese para mañana.

O para otro mes.

Y ahora, lo de mi zapatero de los toros:

—Si he ofendido en algo, dispensen. Yo soy músico. Pero a sentir la música que es de lamentar, no me gana ni el mismísimo Hanselich...

Clarín.

673 La Correspondencia de España

(Madrid), n. 15.591, 11 octubre, 1900

PALIQUE

Dicen que el Sr. García Aliz va á juntar en un volumen todos sus decretos sobre reforma de la Instrucción pública.

Es como si Pandora, después de abierta su famosa caja, volviese á reunir en ella todos los males ya esparidos por el mundo.

El Sr. García, Narciso pedagógico, quiere verse de cuerpo entero en su *speculum sapientiae*... y en toda su horrible desnudez.

Yo también tengo gran curiosidad y deseo ver qué efectos producen tantos abaridos y tantos sollecismos juntos.

Si, por meterlos en un libro, se entendiera que esos decretos ya no estaban en la *Gaceta*, la obra anunciada del ministro sería meritória.

Así, como lincubraciones poéticas, debió publicar García Aliz su contón de decretos y Reales órdenes; y entonces hubiera sido un poeta lírico más, de esos que escriben ahora sin metro ni rima en versos que lo son tan sólo por el aspecto tipográfico.

Con un pörtico de Rubén Darío—que sí, gran humorista, escribiendo pörticos para niños—hubieran parecido muy bien las *decretales* y *extravagantes* de García el de las leyes.

Pero ¡ay! los vtipos didácticos de Aliz tienen fuerza de ley, y hasta efecto retroactivo.

Gracias á ellos, los estudiantes aquellos de tercer año de Instituto, de quienes hablé antes día, tendrán en efecto *vacas* *vacas*.

Intarse con un año de latín. En segundo—prescrita por la misma ley de Aliz—se les suprimen por una equivocación oficial, que no quiere el ministro reconocer.

Dice la ley que habrá dos años de latín. Y debió añadir: menos para los alumnos que empezaron á estudiar por el plan de Ganazo. Para éstos hasta un curso.

Otrosí; esos estudiantes, que aprobaron el año pasado el primero de francés, en este curso no estudian lengua ninguna, ni viva ni muerta; el segundo curso del idioma de Fenelón lo estudiarán el año que viene, es decir, cuando ya hayan tenido tiempo de olvidar lo poco que hayan aprendido en el curso primero.

El ministro ha hecho las cosas con tanta reflexión, que entre mil contrasentidos é imposibilidades, incongruencias y faltas de lógica y de sintaxis, impone á los maestros la obligación de juzgar si son ó no legítimas ciertas reclamaciones contra los libros de texto, y siendo tres las causas que para tales protestas señala á los maestros, sólo dice sus atribuciones respecto de una de esas tres causas. Se le fué el santo al cielo al ministro, y se olvidó de las otras dos.

Y todo así.

No atreviéndose á suprimir las notas, inventa una especie de *superfelicidad* de exámenes, y siendo el criterio predominante la tendencia á suprimir ó *cancelar* esa mala *prueba* de idoneidad, los multiplica para el efecto, casi pueril, de repartir notables y sobresalientes.

Es decir, que el profesor, á quien el examen angustia y humilla, tomara tarta y molía; y á los mismos á quienes podía muy bien calificar desde el primer examen, y aun sin él, tendría que examinarlos otra vez. No se le aumenta el trabajo útil, docente, sino el de vanas fórmulas, el que se tiende á suprimir.

Qué llos en los Institutos y Facultades, que ya disponen de poco personal y pocas aulas, con esta complicación de *oposiciones*... á las notas de no de curso!

Todo eso es gongorismo pedagógico en acción.

El ministro debe figurarse la enseñanza como un inmenso pastel.

Mete en el horno á Barrio y Mier y á Azcárate, y quiere que lo saiga un *Chateaubriand*... que explique psicología espiritualista, sin perjuicio de mezclar á Orti y Lara y á Salmorón para que en Facultad le resulte un Comte enseñando sociología, á sus positivistas, así, como á sus francos y conscientes.

Pero ¡qué mucho que García Aliz, que es quien es, haga estas mezclas, si un profesor que es un verdadero sabio y un buen pedagogo opina que la psicología que se debe enseñar es... la escocesa, así, para quedar bien con todos!

Y un *serate*, éste muy ignorante, me diga á mí en contradicción porque soy espiritualista y no quiero que se imponga oficialmente la psicología espiritualista.

¡Eh! ¿qué tal?

Esto lo da el país. Es la raza.

Los más *avanzados* tienen esas ideas de la ciencia, de la tolerancia y de la libertad de enseñanza y de conciencia.

De modo que esos *serates*, que es ateo, ¡impondría el ateísmo en la Universidad, si mandase.

Eso se desprende de su censura, porque soy espiritualista y no quiero que se prohiba no serlo á los profesores de Instituto.

¿Qué hubieran dicho en el reciente *Congreso de Filosofía* celebrado en París, si hubieran sabido que en España un ministro impone una escuela, un *anarquista* la encuentra natural, y un verdadero sabio busca un *término medio* en la filosofía escocesa para que la adopten todos los filósofos de segunda enseñanza?

Pero dijeran lo que dijeran esos filósofos del Congreso de París, ningún español les oiría ni tendría que responderles.

Porque en ese Congreso, donde hubo filósofos de todas las naciones cultas... ¡no hubo un solo español!

Hace años, en un catálogo de libros de psicología fisiológica, que contenía mil quinientos títulos de obras, sólo encontré una de autor español: una de Ramón y Cajal.

En filosofía pura, en un Congreso celebrado, donde se reúnen los mejores pensadores del mundo, ¡nadial, España ausente.

Pero en ese Congreso, á lo menos, ¡se hablaría de filósofos españoles modernos! Si no fui mal sólo una vez, un señor sacerdote, citó á Balmes.

Un país así merece que García Aliz lo diga lo que ha de creer, lo que ha de orar, lo que ha de obrar, como dice Astete, y lo que ha de recibir, según Astete también. No tenemos Marín, ni tenemos filosofía.

Por consiguiente osor Lepanto... y Porro Morcillo.

CLARIN.

674 Heraldo de Madrid (Madrid).
n. 3.622, 12 octubre, 1900.

Pàlique.

En la polémica que mantienen, ó han mantenido, *Caramanchil* desde *La Correspondencia* y un incógnito colaborador nuestro desde *MADRID CÓMICO* (incógnito para mí), me he visto aludido por ambas partes varias veces, y siempre con carido y con elogios muy superiores á mis humildes méritos.

Creo de mi deber, no terciar en la cuestión, naturalmente, sino mostrar: mi gratitud y el deseo de que no disputen dos literatos que demuestran talento y propósito firme de imparcialidad al tratar asuntos tan difíciles y expuestos á disgustos como son los de la crítica de actualidades teatrales.

Opino *Un paisano de Ramón* como quiera respecto de tal ó cual pormenor de la crítica de *Caramanchil* ó interprete sus opiniones con más ó menos exactitud, lo seguro es que ambos son de un mismo partido... el de la verdad en la censura teatral. Deben, pues, ayudarse, no combatirse.

Por lo que á mí toca, no creo que *Caramanchil* se acordara de mi pobre nombre, *Clarín*, cuando escogió su pseudónimo; pero también opino que nuestro colaborador no pensó al decir lo que dijo en malquistarme con *Caramanchil*, pues nada habla para mí ofensivo en lo supuesto por *Un paisano de Ramón*.

Sigan, sigan los dos diciendo verdades; no se anden con perniciosas contemplaciones y contribuyan á que no pase por excelente lo mediano y aun lo malo.

Hay un mal, de que ya nos hemos quejado muchos y que es vicio de todas las compañías, sin excluir aquellas á cuya cabeza están buenos artistas, amigos míos los más y á quienes yo no trataré nunca con palabras duras, pues sus grandes méritos los hacen acreedores á otra cosa, pero á los cuales diré la verdad, gústeles ó no les guste. Ese mal de que hablo es el *separatismo escénico*, el afán de ser cabeza de ratón de todo cómico bueno ó mediano, y la formación de compañías malas, insignificantes, con gente desconocida, á que sirven de núcleo un actor ó dos tolerables ó buenos.

Las listas de esas compañías parecen listas de repatriados ó cosas así: son nombres de excelentes damas y caballeros á quien no conozco nadie.

Lo que hace falta, pese á quien pese, es que haya muchas menos compañías, muy pocas, y que las compongan los actores y actrices conocidos y acreditados, que deben dejar sus pretensiones de empresarios cuando no tengan elementos serios para serlo.

Nada de camarillas de saloncillo, nada de bandos de chorizos y polacos: justicia seca para todos.

Pero... buenos modos para los artistas de brillante hoja de servicios, y no se hable de sus defectos con el desdén y el tono agrio, que vienen bien para desengañar á los ineptos.

Lo mismo *Un paisano de Ramón* que *Caramanchil* pueden ser muy útiles, sobre todo, si cunde el ejemplo.

Sólo les recuerdo lo de *suavilar in modo*... cuando no se trate de deshucados.

En el *Español*, va á haber que lamentar no poco cuando llegue el día de marcharse la Guerrero.

El Sr. Balart debe ir pensando en el trance de verse con la Cirera de primera dama.

No puede ser.

La señora Cirera no puede ser la primera dama en el primer teatro español, explíquese el hecho como se quiera.

Ningún daño me ha hecho esa señora, y no tengo propósito de molestarla. No le falta cierto talento, pero sus medios de expresión son traidores; y de fijo ella me creará injusto: porque *no se ve ni se oye*, y pensará que lo que ella concibe bien, sus gestos, sus ademanes, su voz lo expresan fielmente. ¡Ilusión! Pertenece á la escuela de cierto *histerismo escénico provinciano*, que ya debía estar enterrado con las varias actrices que fueron sus representantes. La señora Cirera, sobrevive á su desgraciada escuela.

No basta comprender y sentir, señora, es necesario que la expresión *resalte*.

Hablando de estas cosas, me recordaba Vico á cierto actor que *sentía* mejor que él... pero que *ponía* una cara que hacía reír al público.

La señora Cirera no hace reír... pero molesta.

Prescindamos de que ya está cansada, de que su edad no le consiente hacer la mayor parte de los papeles de primera dama... No es eso lo peor; lo peor es... el *histerismo provinciano*.

Vaya pensando en eso el Sr. Balart para cuando llegue el caso.

Y los críticos hagan justicia... con las mejores formas posibles.

También debe haber cruda campaña contra los *zarsucos* amanerados, chulescos, *afeminados*, grotescos que cultivan las manías del mal gusto, que tan fácilmente invaden al público indocto.

Los que vamos de tarde en tarde á Madrid, notamos mejor, porque nos hierne más, esa degradación del gusto, repugnante espectáculo que nos hace salir tristes y con mal humor de los teatros *por horas*.

De los estragos que hacen la falta de crítica severa, el triunfo de la *manera*, del mal gusto, y las complacencias de los autores que buscan sólo el trimestre; es ejemplo y víctima, Loreto Prado á quien yo *adiviné* hace muchos años en Gijón, en un teatrúcho, cuando nadie hablaba de ella. Hoy... vale menos que entonces; no por culpa suya, sino por causa del ambiente que la rodea, del público que aplaude su amaneramiento, de los autores que la hacen un repertorio muy apropiado para ahogar sus facultades y de los críticos malos que *jalean* todo eso. No, no se pierde el tiempo combatiendo lo *pequeño*.

El mal gusto es un microbio.

CLARÍN

Palique.

Á TOMÁS CARRERERO

aka, ministro de Asuntos Hemorroidales, Heritos & García Alta.

En el momento en que escribo me dicen que está en un tris

Alix (1);

y con el pie en el estribo, porque hubo crisis total, un célebre general de genio... administrativo... (ya está el consonante mal).

Mientras eso se resuelve y por si Alix á ser vuelve el ministro de Instrucción... ¡chitón! por si acaso no me abuelava. (Más tarde la explicación.)

Evito una campanada no diciéndole á usted nada del secreto.

[Ay] en la edad avanzada en que me voy interrando, siempre está el hombre pecando de discreto...

Si, mientras se resuelve la crisis para la edición de las provincias del Noroeste (¡el regionalismo... postal!), hablemos de *¿Que vadist?*

Aquí no hay más horizonte intelectual que Alix y *¿Que vadist?* Yo no creo que sea completamente cural hablar todavía de la novela de ese señor polaco... cuyo apellido me permitirán ustedes que omita, porque al minuto de leerlo se me olvida cómo se escribe, y no es cosa de andar buscando papeles... Eso prueba que ese distinguido novelista no me era familiar... ¡Qué había de ser!

Ya hubo quien dijo que mal nos habíamos de regenerar no habiendo leído, antes de ser célebre en toda Europa, al simpático polaco.

Yo confieso mi ignorancia. Pero, francamente: de conocer conocería á Polo y Peiródn, que es también novelista, y además compatriota. Y tampoco le conozco. Es decir, sé quien es. Sé que es... (Véase á Cervantes). Y no le leo. Pero leo al Padre Blanco que me cuenta los argumentos de las novelas de Peiródn... y como soy hombre de fe... afirmo que Peiródn, á quien el fraile sabores gota á gota, es muy mal novelista; y puedo probarlo, no con argumentos, pero sí con el martirio.

Eso del martirio me vuelve á *¿Que vadist?*

Sin negarle sus muchos méritos, lo cierto es que el éxito de librería se lo debe el autor á lo bárbaro que era Nerón y á lo resignados que eran los primitivos cristianos. Si San Pedro hubiera sido el padre Cámara, ¡pobre *¿Que vadist!*!

Para los sabios y para los que cerca le andan, poca novedad ofrece la pintura gráfica, novelasca, arqueológica, de la horrible persecución de los cristianos en tiempo del emperador Anticristo; mas para el gran público, al que devora ediciones (y las traga trilingües), los libros viejos son libros cerrados con siete sellos: y si además son de historia eclesiástica... tiene el honor de ignorarlos respetuosamente; porque entre nosotros eso de saber lo que fué la primitiva vida cristiana se deja para el clero, que por eso cobra.

En esto no se diferencian nuestros creyentes vulgares de nues-

(1) ¡Vaya un ministro cargante!
¡Ni siquiera es conocido en
de año y grado de año!

tros ímpios de tres al cuarto. Educados todos de la misma manera, unos y otros suelen pensar que es de fe el creer que Jesús está en el cielo á la diestra de Dios Padre, así como sueña. Y muchas cosas por el estilo.

Las generaciones que ahora admiran canderosamente los cuadros fuertes, chillones, pero interesantes, de la terrible lucha del genio cristiano con el paganismo corrompido y sensual, no conocen *Los Mártires*, ni siquiera la famosa *Fabiola* y otros libros análogos (en este respecto) populares en otros días.

El principal interés no está en el arte del autor (aunque arte tiene) sino en el asunto, que coge de nuevas á la inmensa mayoría del público.

¿Que vadist? es un libro en que se desahoga el Mediterráneo... para muchos ribereños del mismo... que nunca han mirado hacia el mar, porque compraban el pescado en la plaza...

Es claro que pienso hablar de este libro con toda formalidad, y procurando no parecer pedante con desdenes y exageraciones, que servirían para darme tono entre ciertos *sopos*, que siempre están de vuelta de todo. Pero ese tono me lo daría á costa de la justicia.

D. Juan Valera, con un humorismo, esta vez acaso inspirado, por pasajera pereza de escribir, ha dicho que no hablaba de *¿Que vadist?* porque á ello había sido invitado *Clarín*.

¡Pobre *Clarín*! Más que todo lo que á él se le puede ocurrir valen las pocas palabras en que D. Juan indica su opinión. Dice, con justicia, y *piensan* lo que quieren ciertos termómetros extranjeros, que no se hace *¿Que vadist?* sin más que leer un diccionario de antigüedades y el *Anticristo* de Renán.

Verdad es.

Así como que el *Anticristo*, aun en cuanto obra de arte, vale cien

veces más que *¿Que vadist?*

[Naturalmente] Vaya una gracia.

CLARÍN

Palique.

Es; ya tenemos a Periquito hecho fraile. Ya está el misero estudiante, a quien el inenarrable García Alix ha dejado sin segundo año de latín, estudiando la... *Preceptiva literaria*.

Ya se sabe, es cuanto un ministro inventa una ciencia, salen una porción de sabios de generación espontánea con sendos libros de texto, que empiezan definiendo la nueva disciplina como unos gerifaltes.

Antiguamente se estudiaba en Darcho, además del Derecho canónico, otra asignatura de la misma clase, que se titulaba *Disciplina eclesiástica*. Y eran de leer las lucubraciones que a los autores de la nueva ciencia se les ocurría para demostrar que era aquello cosa muy diferente del Derecho canónico; que era ciencia sustantiva, independiente. Bueno; pues se suprimió la asignatura... y desapareció la ciencia. Ya nadie sabe lo que era, ni a qué venía, como ciencia aparte, sustantiva, independiente, la *Disciplina eclesiástica*.

Como ese ejemplo podrían ponerse muchos.

Ahora, Alix, a quien no me detendré a calificar, separa del cuerpo de la clásica y bonachona *Retórica* la *Preceptiva literaria*... y surgen del abismo multitud de textos perfectamente autónomos, independientes de *Preceptiva literaria*.

Pongamos uno de esos textos, no de los más caros, en manos de nuestro estudiante, que se quedó a medio latín.

Enseñemos a nuestro estudiante qué es autor:

«Autor se llama al hombre que con facultades suficientes, y mediante arte, hace una obra.»

Según eso, el Sr. D. Dalmiro Fernández... no es autor del libro que analizo, aunque así lo reza la portada.

Porque D. Dalmiro no tiene facultades suficientes para escribir una obra de Retórica. Luego, según él, aunque la haya escrito, no es autor.

«Al industrial se le llama herrero, carpintero, cantero, hojalatero.

[Hombre; eso es de *La verbena de la Paloma*

Dice D. Dalmiro que el orador ayuda a la palabra con las *posiciones* del cuerpo y con los movimientos de la cabeza y de los brazos.

«... ¡Con mejores modos no hablaría Cicerón!»

«El arquitecto concibe la obra, forma el plano, pero siendo imposible que por sí sólo la ejecute.»

¡Hola, hola! Eso ya es escribir sin corrección. Y luego nos viene D. Dalmiro diciendo que el retórico debe saber gramática.

«(C) DEL OBRAR»

Aquí del Felipe II de aquel drama: Felipe II (cogiendo unos papeles) (Ahora voy yo a obrar)

«El autor puede desarrollar la actividad...»

[Otra vez la gramática, señor preceptista]

«Algunas veces, un solo acto, como sucede en las jugadas de billar...»

Mire usted; no les hablo del billar a los chicos... «La realización de la obra requiere la ejecución de actos. Ciertamente; pero eso lo ha leído usted en el *Bourgeois gentilhomme* de Molière.

La pintura, según D. Dalmiro, ha de ser sobre superficies planas. De modo que no se puede pintar ni en lo cóncavo ni en lo convexo.

El mismo D. Dalmiro nos demuestra que la antigua retórica no debe llamarse preceptiva. La preceptiva, dice, expone las reglas para la producción. Y es verdad. Pero después, D. Dalmiro, a los demás autores nuevos de *Preceptiva*, en esta dogmatizan, estudian la naturaleza de los géneros, de los medios de expresión: definen, dividen, clasifican... y esto es algo más que dar preceptos para la producción.

Pero es claro que de esta contradicción quien tiene la culpa es el legislador que hace estudiar con el nombre de *Preceptiva* lo que de ella trasciende.

Allí va un precepto de D. Dalmiro:

«El escritor que quiera ser decente en la elocución, empiece por ser decente en su manera de ser; es decir, por tener una moralidad intachable.»

■ No exagere usted! Una moralidad intachable la tiene un santo... ¡Y los demás no somos indecisos!

Pero no está de más el advertir a muchos escritores que sean de-

centes. Por supuesto, que hay quien con la mejor *elocución* del mundo le pide a usted diez duros ¡y hasta al valle de Jofas!

Hablando de la oratoria forense, opina D. Dalmiro que en las *causas civiles* tiene sequedad y aridez.

Pero eso es un precepto! ¡No ha visto usted algún pleito ameno!

Pero dejando, por hoy, a D. Dalmiro, vamos a la *Poética*, a los trozos selectos que el n.istro quiere que lean los chicos para formar el gusto.

Ante todo, ¡por qué han de ganar un dineral esos señores, que no hacen más que copiar lo primero que encuentran por delante, y con versos y prosa ajena, sin nada suyo, llenan un volumen y se declaran propietarios de todo aquello!

Un señor Sánchez Castañer publica un libro de esos, y allí mete lo que bien le parece, sin orden ni concierto, sin selección, ¡a salga lo que saliere. Y esto es un libro de texto. El único modelo que ofrece de oratoria sagrada es un *sermón predicado en Villavieja de los Barros*, por un don Francisco Sánchez Valiente. Es un cúmulo de vulgaridades en estilo ramplón y pedestre. ¡Hábrase visto! ¡El Bosquet de los Barros!

Único modelo de oratoria política: «Discurso sobre un proyecto de ley de rehabilitación de la pensión de 30.000 reales al marqués de Velasco.»

¡Y esto en la patria de Castelar!

Bien se ve que el Sr. Sánchez Castañer no hace más que ir embutiendo lo primero que tiene a mano, ¡Y eso es para que los chicos aprendan lo que es canela en materia de literatura española!

Oratoria forense: «Discurso sobre un robo con fractura.» Este discurso ocupa desde la página 145 a la 164.

¡Qué diferencia hay entre esto y un cartucho de perdigones!

[Sr. Ministro, yo acuso]

Ahora vamos a la poesía.

Lírica: De Fray Luis de León salta... a Reinoso, y después aparecen hay nada de nuestros poetas de los siglos XVI y XVII, y en cambio multitud de cosas medianas de los modernos.

Madrigales: El primero es de doña Feliciano Enriquez de Gzmán. ¡Será alguna amiga del Sr. Sánchez? Después viene otro de don Narciso Díaz de Escovar... ¡Hábrase visto!

¡Y este libro me ha costado una porción de pesetas!

[Yo que, ni dándome mucho dinero, leería a ese señor Díaz de Escovar, tengo que soltar la mosca para que le sea mi hijo! ¡Protesto! Entre los sonetos, género que con tanta gloria cultivaron nuestros clásicos, el Sr. Sánchez nos da una inmensa mayoría de vulgaridades modernas. Hay uno de D. Juan de Dios Peza que es modelo... de ripio.

¡Y en los romances! Después de varios *análisis*, uno de un señor Echevarría, poeta americano. ¡Protesto, acuso!

Balada... Una de Vicente Barrantes... otra de Díaz de Escovar...

[Acuso, protesto!]

Cantares: Ferrán... Díaz Escovar...

El libro acaba con una abundante fe de erratas: lo único original del autor...

[De modo que, entre la *Preceptiva* del otro y los *Trozos selectos* de éste... yo me he gastado tres o cuatro duros, creo, y mi hijo se habrá vuelto idiota, allá, para Mayol...]

CLARÍN

PALIQUE

Amigo Caranacheli: le llamo a usted amigo, aunque no sé de seguro quién es usted. Pero me parece que no me equivoco en mis conjeturas. Bueno; en la hipótesis de que es usted ese, ¡salud! Veo que cumple usted en promesa de ser imparcial, *suaviter in modo*, *fortiter*...

Su crítica de la última comedia de *El vestuario* es muy fina; llena va de entusiasmo; pero acaba por declarar que se trata de una cosa muy mala, con buenas decoraciones.

El primer enfemismo de usted consiste en decir que *El vestuario* es un *cujo* es recomendable. No lo crea usted!

[illegible]

La posible equivocación de usted, por usted mismo antes que por nadie reparada, supone solo que usted no domina el teatro de Cavendish; lo cual de fijo les sucede a los primeros críticos de Europa, a que no sabe tirarse ni Cavendish tiene un Juan Lorenzo o no?

Más grave me parece el desengaño de

otro cráneo que al saltar en *Electricidad*, de Pérez Galdós, añade: Nombre sagrado, fiero y superior. Parece que el crítico piensa que Galdós inventó ese de *Electricidad* y que llamó así a su obra, como pudo haberla llamado *Tragedy* o *Drama*.

a la Electra auténtica ó acaso otra inventada por él; lo que es de descartar que Electra, fuere griega ó no, no se llame la señora Cuera en el siglo.

Citas veces he escrito que soy partidario de que se refresque y renueve el ambiente del teatro español y se aprovechen todos los géneros nobles, el clásico incluído.

Pero hay que tratar con arte las cosas artísticas. Hay que ver qué autores y qué actores se encargan de renovar en la escena los tipos clásicos.

Por lo que toca a *Electra*—el se trata de la clásica,—en buenas manos está el pandero, en cuanto al autor. Pero ¿y la actriz? No se anuncia *Electra* para la

Por Dios, mi querido D. Benito, no se haga usted de miel, como otras veces. Si se trata de la novia de Iñades, no la deje usted en poder de ninguna otra *puerriera dama*, ni de una *dama soca*.

Y ahora volvamos a Nerón.
Creo haber leído que es en *El Español*
donde se va a representar: *Embarbano*,
como dijo el otro, escrito por Caves-

¡Ole, D. Federico!
Mejor que yo sabe usted que es im-
posible que Cavetti y nos de un Nerón
que no sea un cromó o un cliché reso-
bado.

No me mato yo ahora a averiguar si
tampoco actor capaz de representar el
famoso monstruo; con estudio y arte
suficiente. No me debe llevar ahí.

Hay que darle una disculpa á Cavestany. Decirle, por ejemplo, que, como el *Teatro Español* es un edificio viejo, se puede quemar de veras cuando llegue el acto, indispensable, del incendio de Roma.

¡Nerdn en manos del autor de El Ce-
cino!

Ya me figuro cosas así:

ACRIPINA

**Aunque tu pecho taladre,
¡que soy tu madre colliol!**

1997

КРЪТЪК

**¡Tú acaso serás mi madre,
pero yo no soy tu hijo!**

3

ACRIPINA
En el mar quisiste hundir
mi barco con un torpedó,
mas nadando con denuedo
logré a la orilla salir.

NEMOX
¡Yo voy de la gloria en pos!...

¡Me tienen odio profundo!

1

Si, madre mia, ¡en el mundo ya no cabemos los dos!

Bueno; ¡que el verdugo entre!
(*Entra*)

¿Cuánta agua se morirá?

y, pues me tienes que herir
animal! ¡Hiere en el corazón!

Y puede ser que esto no fuera de lo
normal.

Hablando con formalidad. Mas vale que se representen obras chulescas, originales y castizas, que *Verones* de carnaval y *dos á tres* sin.

El New York Times dijo, a su vez, que si no se le lleva al arte contemporáneo su probable realidad histórica, su papel es tan seguro, sus crímenes tan seguros, sus herencias tan pesadas, su objeto de representación estética... a no realizar el mismo error que se cometió con el impresionismo, a no verlo como "Shadespeare", a no verlo como "Shakespeare", a no verlo como "Shakespeare", a no verlo como "Shakespeare". Los New York Times dijo, a su vez, que si no se le lleva al arte contemporáneo su probable realidad histórica, su papel es tan seguro, sus crímenes tan seguros, sus herencias tan pesadas, su objeto de representación estética... a no realizar el mismo error que se cometió con el impresionismo, a no verlo como "Shadespeare", a no verlo como "Shakespeare", a no verlo como "Shakespeare".

Gregorio, con su celebre paradi-
do de la relativa defensa de Nerón, nos da
una figura de ciencia arqueológica; pero
necesita empezar por la recusación de
Tacito y Sestio. Se quiere hoy, por
algunos, rehabilitar a Nerón con argu-
mentos semejantes a los empleados para
defender a D. Pedro el *Cruel*. Se quiere
ver en Tacito, por ejemplo, un historia-
dor anónimo, como en Aya.

Pero el Nerón clásico, de la historia
mas probable, es un episteloide repug-
nante, monstruoso, rodeado de un ma-
do social más asqueroso que el, aunque
con excepciones de valor y virtud va-
damente heroicas. Ejemplos, Ru-
brius, Treason, la sublime libertad Epi-
maria.

Rosita, con todo su genio y toda su conciencia, nos da en su *Anticristo* un Necrológico que es un estudio psicoanalítico de la vida... pero abreviado. Aquel *dilettante*, aquel *snob* que Rosita nos presta, no es el Nerón de tanta sangre y de tanto odio y de tanta locura. Reflejado en la

tradición apocalíptica, es quien habla
con más verdad y *más arte* del Norte
verdadero.

Y esa bestia solo podría llevarla al
tintero con la grandesa de su monstro-
sidad, el creador de Caliban.

Clarín

Palique.

Hace muchos años, cuando yo escribía en Madrid críticas de teatro, el Sr. Cabestany (ó Cabestany; como sea) iba ya para genio. *Rey el sol que salta*, según un crítico de mérito que algunas veces se equivocaba; v. gr. esa.

El esclavo de su culpa, el prodigio que revelaba al sol naciente, era, y es, una comedia tan mala como cualquiera que sea mala de veras. Empieza con unos ripios atroces y antídorwinistas; y ya no recuerdo si me sigue, pero estoy seguro de que acaba mal.

Cabestany sigue siendo enemigo del transformismo; no se transforma, es siempre el mismo, un versificador muy cursi, que mete cosas en los escenarios porque tiene buenas relaciones.

Todos esos chicos que en Madrid y provincias publican su correspondiente tomito de versos de que nadie hace caso, son tan poetas como Cabestany, pero no tienen la suerte de haber refido con Silvela, que es lo mejor que ha hecho hasta ahora el autor de *El Casino*.

El Casino es otra comedia muy mala de Cabestany.

Caramanchel nos habla de un *Juan Lorenzo*, que también atribuye a Cabestany. No sé si será una equivocación de *Caramanchel*; pero si no es equivocación de *Caramanchel*, lo será del poeta.

De todas maneras, el *sol que nace* se puso en *Aguarín*... de cerrajas; y Cabestany abandonó el teatro por muchos años, y estuvo haciendo de político y de joven bien vestido un porción de tiempo.

Tomé estado, lo cual no es decir que se escapara de casa para meterse en un convento, como podría creer la Sala de la Audiencia de Madrid que entiende así las cosas; se casó Cabestany, y parecía que entre los cuidados de la familia y los de la casa pública no le dejarían ya nunca tiempo para fatigar á Talía. Pero ¡quién!

Se acordó de la época feliz en que había sido sol naciente, y volvió al teatro. Pero ahora venía con las de Calín, ó por lo menos con las de Sardou. Se decidió á ser un *Monsieur Sans Gêne* é instaló una fábrica de folletines representables.

Y empezó á escribir obras de esas que necesitan la colaboración de los muebles del señor duque de Tamames.

Nos dió la... *Batilly Batillure*; como decía uno, y se vió que era un desecho de tienda de folletín á lo Dumas padre. El poeta-sol sacó á relucir al rey-sol... de novela por entregas. Y ¡oh colmo de la profanación! Racine, Moliere, Corneille... todos los clásicos franceses salían de coristas.

Ahora Cabestany repite la sueta... traduciendo al castellano. No se trata del Luis XIV de munióón, sino del Felipe IV sistema Barbieri y Gastambide. Si, eso son las comedias históricas de Cabestany; zarzuelas... sin música, pero con muebles de la época... y de Tamames.

Ahora, en la última *zarzuela seca* que Cabestany acaba de estrenar, salen de comparsas Calderón, Quevedo y otras personas respetabilísimas.

Bueno, pues eso no se debía consentir.

Que para atraer al público distraído, se moleste al simpático prócer antes nombrado, y se le saquen de casa multitud de muebles (y ya sabe el señor duque que, como dice el refrán, dos estrenos de Cabestany equivalen á un incendio), todavía puede tolerarse, si, en efecto, Tamames lo tolera.

Lo que no es lícito es tratar á Velázquez, á Quevedo, á Calderón como si fueran consolas ó armarios. Los muebles se estropean menos con las mudanzas, que estos grandes hombres con los ripios ajenos

«Ni clavel, ni hermosa flor»

así dice un verso de la última comedia de Cabestany. Y á lo mejor es Calderón el encargado de producirse de esa manera. ¡No se puede consentir!

Cuando un hombre quiere juntar en un mesón á Felipe IV, su mujer, Villamediana, Calderón, Velázquez, Quevedo y otros *golpes* así, debe hacerlo cobijándose bajo el pabellón de Chueca.

Yo no me escandalizaría aunque viera á Isabel II, Quintana, Argüelles, Olózaga, etc., rifiendo en la posada del Peine, si todo eso lo autorizaba la música de un Bizet local, de un Arrieta redivivo.

Cuando Felipe IV, es el Felipe IV bajo ó barítono que todos conocemos, ó se le hace cantar... ó al foso...

Y ahora se nos amenaza con un *Nerón* de Cabestany.

¿Con muebles de Tamames también? ¿Con que *Nerón* nada menos? ¿Conque Cabestany se siente *Quo vadis* también?

Pensando lo mejor; que Cabestany se haya inspirado en el célebre *Nerón* del famoso dramaturgo italiano, siempre resultará una profanación arqueológica.

Protesto en nombre de la familia Julia, protesto en nombre de Tácito...

Y aconsejo al Sr. duque de Tamames, que no preste muebles para *Nerón*. Porque arderían en el incendio de Roma, que tanto incremento tomará con los ripios y las listas líricas de Cabestany.

CLARÍN

En el último *Palique* se me hace decir un porción.
Juro, con la mano puesta sobre la conciencia de Polo y Peirólan, que yo no digo un porción.

¡Ojalá lo dijera!

Probablemente sería millonario. Conozco a una porción de Vespucios—altas *indianas*—que dicen un porción, y además tienen un porción de millones. Es claro que no hicieron el dinero por decir un porción, sino por hacer una porción de cosas con el favor de Hermes.

Son los mismos que, reutilizados a la madre patria, ahora quieren que nos *unámonos* con las repúblicas americanas, para que de allá les compren el aceite ó el tocino en que ellos han colocado parte de su capital.

Si; hay muchos que entienden así esto de estrechar lazos con los españoles americanos. De lo que se trata, según muchos industriales y pocos doctores, es de abrirnos un mercado en la ex-virgen América para colocar nuestros géneros—míos no—lo más caro que se pueda y pagando lo menos que se pueda en Aduanas. Se quiere protección para los productos *latinos*, para el jabón latino, para el tassaño libérico; y no falta quien aspire á envenenar á nuestros hermanos de América con los mismos chorizos de cemento armado con que envenenamos á los hermanos de la ex-metrópolis.

No sospecho yo del señor ministro de Estado que sea un choriceiro de esos; pero la verdad es que en las dos sesiones en que ha hablado, como Presidente del Congreso hispano-americano, ha dejado ver un criterio de almacenista á quien se le acumulan las existencias y quiere darlas salidas.

Una y otra vez quiso dar á entender el dichoso señor que debíamos aprovechar en buscar ventajas positivas, el hecho de tener los de allá y los de acá los mismos usos y costumbres y la misma lengua.

Tanto insistió en esto, que se da uno á maliciar al creer al ministro que esta igualdad de lenguas y de usos y costumbres, como él dice, es pura casualidad.

¡Cree el ministro que nos vamos á juntar por eso de entendernos bien y tener todos la costumbre de *juntarnos* de lo lindo?

¡Si es al revés, señor! Porque ya *estuvimos juntos*, porque fuimos un solo pueblo es por lo que tenemos la misma lengua, etc. Nos juntamos porque somos *todos unos*; y eso del idioma, el culto, etc., es la demostración de ello.

Parece que entre ciertas gentes está pareciendo de buen tono cierto desdén respecto de las radicales corazonadas que buscan unión efectiva, eficaz, cercana.

¡Señores, no seamos cursis! Calor, entusiasmo, alma, generosa *voluntad*, eso es lo que debe dar el tono á los resultados generales del Congreso; sin perjuicio de que en las sesiones se haga todo lo *positivo, práctico, útil* porque supran los que tienen alma de alma... cenistas.

No sé lo que se estará haciendo ahora; pero lo que es en la sesión inaugural, se trató la cuestión ibero-americana por el sistema Kneipp. Resumen: duchas.

La cosa no es oficial, es social; y, sin embargo, el aparato ha sido

como si la *Gaceta* diese una fiesta imitando las de *Blanco y Negro*.

De cinco ó seis *turnos*, se dejó uno sólo para... el *desinfectante* que quisiera hablar en calidad de *caradura*.

Claro; nadie consumió ese turno. Los demás hablaron en virtud de sus *campanillas*... y el infeliz de ese turno horripantó tanta que representó á la plebe.

Quedó ese buco... y en él podemos colocar lo más importante, lo que se debió decir, pero no se dijo.

Hay que ser claros. Al gobierno le molestaría que se hablase de ideales que es siempre bueno poner en lo alto, como estrellas que guían—en los que podía aparecer el pab de futuras federaciones. Sin duda que no es imposible arreglar la federación entre una monarquía y dieciséis ó más repúblicas; pero... no es lo más *simétrico*...

•••

Y estos pensamientos me alejan del *deleitoso* ministro de Estado y me llevan á Romero Robledo, que huele á frescura, espontaneidad y... ¡venga de ahí!

Los gremios ¡quién lo había de decir! han aplaudido á Romero cuando decía, hablando como un libro, que es absurdo eso de querer intervenir en nombre de los intereses materiales en la vida pública, y, sin embargo, condenar la política.

Los gremios se debían llamar políticos. ¡Bravo! ¿Y qué deben ser los gremios en política? ¡Progresistas! Naturalmente. Aquí ha llegado la hora de que todo el mundo sea *progresista*.

Nadie ha escrito en España más perrerías que yo contra Romero Robledo—sin injuriarle nunca, por supuesto.—No justifico su pasado. Pero ¡si él tampoco pide ahora eso! ¡Olvídate, perdonar, creer, eso sí; se puede. ¡Que nos engaña otra vez! Peor para él.

Pero ¡y si había de veras! ¡Si sus arranques simpáticos, valientes, liberales, son sinceros!

Dejémosle trabajar... sin vergüenza de jalearle un poco.

Que junte á los suyos y á los gremios; que hagan algo como lo de París... pero político, liberal, progresista, democrático y lo que se sigue.

¡Qué gusto oír hablar á los industriales de libertad, de derechos individuales, de esas divinas y eternas antigüallas!

¡Macte animo, generoso Romero... y si usted nos engaña, no le chocará que le peguen un tirito!

En un país como España, un Romero acaso pueda lo que no pueden un Pi, un Salmerón, un Ascarate...

Dejarse solo...

Por ahora y sin perjuicio.

¡Quién sabe, quién sabe! Acaso el próximo futuro Congreso americano-español que se celebre en nuestra Península empiece con más animación que el primero, con más calor, más entusiasmo, más *voluntad*... y más *simetría*.

CLAREN

Ya veo, ya veo que están ustedes los madrileños ardiendo en fiestas en su casa, como en los tiempos del natal dichoso de Alimemon de Toledo.

El Congreso hispano-Campesino-americano; Biel, que da el sí, sin que tenga nada que decir Sagasta; la Duse, que les está dando a ustedes un repertorio de contrapelo y haciéndose admirar, y una visita de D'Annunzio en perspectiva, si no mienten los periódicos...

Yo no soy de los que consideran al Congreso como un fracaso, por más que no ha dado el sí como Biel, que era lo que yo quería.

El Congreso, en el fondo, en lo que viene a ser su verdadera utilidad, no importa tanto por lo que es como por lo que parece. Hay que prescindir de ciertos Campesinos y detalles. Eso, de lejos, no se ve.

La obra de la vanidad y de la garrulería queda desvanecida, como el esfuerzo frigidísimo del elemento oficial, ante el efecto del conjunto.

Es claro que a mí me hubiera gustado más que hubiera predominado la *generosa utopía*. Ya que mucho de lo hablado no se ha de hacer, por ahora, se debió haber soñado mucho más.

He dicho mil veces, aquí y en papeles de América, que yo, radical en tan pocas ocasiones, lo soy en esto de la *re-unión* hispano-americana. Para mí hay que poner las cosas tal como estaban cuando a Don Alfonso VI se le ocurrió repartir de mala manera su territorio.

España y Portugal son una sola nación. Toda la América hispano-

portuguesa es, como Portugal y España, Iberia. Sólo que, como la palabra *Iberia* es un poco cursi, desde aquello de «*Volvamos en sí*», yo prefiero decir España, aunque España sea palabra vascongada, como maliciaba el P. Isla, y aun en el supuesto de que signifique tierra de gazapos.

Que somos unos los de allá y los de acá se conoce en una porción de señales. No sólo en la importancia que damos a los Weyler, sino en los oradores que somos todos y en lo mucho que nos gusta la poesía escultórica.

Algunos señores americanos han escogido al Sr. Núñez de Arce como genio simbólico, en el cual han querido representar a todos nuestros grandes artistas de la palabra. Y hasta han llegado a proponer que se esculpa, ó lo que sea, una medalla con el busto de nuestro gran poeta y la fecha en que se juntaron a comer en su casa varios amigos.

¿Qué prueba esto? La unidad de la raza.

Porque ya no hay que fijarse en el hecho secundario y prosaico de haber sido Núñez de Arce el autor egregio que convidó a comer a esos señores. No, señor. Aunque la comida hubiera sido en casa de Campoamor, ó de Galdós ó de Valera, la proposición de la medalla hubiérase referido del mismo modo al Sr. Núñez de Arce; porque en América, igual que aquí, aman, sobre todo, los versos escultóricos ó esculturales, como sea. En fin, cosa de cincel.

Uno de los motivos más poderosos que tengo yo para desear que cuanto antes españoles y americanos seamos unos, una sola nación confederada (además del placer honesto de darle gusto al Sr. Pi y Margall) es el anhelo de que podamos tratarnos con toda confianza, y no como naciones más favorecidas. Ahora, es claro; el pabellón cubre la mercancía, y si se nos presentan ripias de América; pienso, ante todo en la hospitalidad. Y es más, no sólo se hace la vista gorda para los estetas y sinosotes de allá,—oradores ó poetas—sino que hasta extendemos la benevolencia, como un manto, sobre nuestros vates con *álbrico* y nuestros Cicerones á caño libre. No queremos que nuestros hermanos del otro lado del Atlántico nos vean en toda nuestra horrible desnudez.

Pasa Lastres, por ejemplo, y en vez de decirles a los americanos: —Ese es un señor de la Comisión de nacimiento, les decimos: Ahí va un ilustre jurisconsulto que nos honró hasta en Estokolmo... ¡el kolmol!

Que hable San Pedro (yo nunca le he oído, pero me atengo a la tradición); pues si nuestros hermanos de allende, etc., empiezan á impacientarse, y á perder la noción del tiempo y la del espacio, les decimos: —Pues, no crean ustedes, no es pesado por lo general... sólo que, con esto del reloj de veinticuatro horas... El día que todos seamos unos, se sabrá quien es *Colleja*... y otros que pasan *plaza* de lo que no son.

Pero la confianza ha de ser mutua; nada de aduanas para el juicio; el *solherrein* crítico.

¡Tengo una gana de que llegue el día!

Con los italianos, aunque también son bastante latinos, nunca serán lícitas esas expansiones, porque no son ibéricos.

Por eso, cuando venga Gabriel D'Annunzio, si viene—y bien venido sea—no hay que hablar de estetas, porque aquí se toma el vocablo á mala parte. Hay que obsequiarle, porque lo merece; y cuidar de que ningún colega le llame *Gabriel*. Si habla él del *integralismo*, ya se sabe que quiere decir grandza.

Muchas cosas de D'Annunzio son muy seriamente artísticas. Alabidse las.

Otras, si se les quita la salsa picante de la lascivia, quedan reducidas á una *Prescripción* de esas que decreta Alix, y paso yo (padre de familia).

El esteticismo,—en el buen sentido de la palabra—(como diría un personaje de *Los Galates*), es una doctrina seria, antigua. Para verle en sus filosofías profundas hay que remontarse á Jacobi, Novalis, Schlegel, etc., etc.

Con menos ruido, pero no menos elocuencia que D'Annunzio, exponía el credo *esteticista*, hace pocos años, un joven francés de mucho talento, Pajo, en su *Idealismo integral*.

Con todo, á mí me parece doctrina errónea. So quiere salvar la sustantividad de la belleza, y no se la hace *amoral*—como en la teoría pura del arte por el arte—sino *inmoral*. ¡Inmoral, por qué! Porque se saca de quicio la *finalidad sin fin*, se la compara con la moral en el terreno del *deber*, y lo estético, de *amoral* (extraño á la moral) se convierte en *inmoral*.

Eso hace constantemente D'Annunzio; unas veces en verso, otras en prosa, otras en latas.

Pero, cuando él venga, si viene, no hay que discutir.

Dígasele que sobre gustos no hay disputas.

Y mientras él esté aquí... ¡el *álbrico* libre en el esteta librial!

CLARÍN

PALIQUE

Nota.—Que sea muy vil, si sea muy feo, lo intereso. Mucho más.—Eso que sea de una buena (Párrafo, y párrafo, entre párrafo, entre párrafo).

En punto de confidencia
de un amigo a la audiencia.

(Continúa Don Juan Teodoro)

Ahora que ya he pasado la primera fase que nos impresionó todos mientras no celebró el Congreso Hispánico-oriental, ya puedo hablar de mi propia persona. La época (¿quién será Clara?) Y aunque mi amigo Ovejero lo contestó en *El Globo*, como si él me ponía por las nubes, resulta que no soy quien Ovejero cree. Voy a decirlo yo mismo a la época quien soy. Soy uno si quien hace muchos años se acordó Fernández Bremón, mi amigo entonces, presentándome al Sr. D. Alfredo Escobar, que era a la sazón poeta notable (antes de que escribiera poemas). El Sr. Escobar me dijo, en son de disculpa, que si había escrito poemas chicos había sido por consejo de Campoamor. Y quedamos tan amigos.

Pero Escobar insistió a escribir, no recuerdo qué, y como si mi no me gustó lo escribió, y lo dijo, se acabó la intención.

Y desde entonces la época no me puede ver, y siempre que tiene ocasión me abra, aunque con las buenas formas que la anelen distinguir. Hoy, Escobar, que me había visto en el gran de arena al famoso madrileño de mi Teresa, debía haberme perdonado ya; pues a esta fecha debe de estar de acuerdo conmigo en lo de que él no se podía, ni chico ni grande. Fue así, señor. Creyó que García Aliz le daba ocasión para molestarme, y volvió a la carga.

Atribuyó a Escobar la mala intención, pero los redactores de la época deben de ser inocentes. No los conozco, y no creo haber molestado jamás a ninguno de ellos.

La época se enteró en el ministerio de que García Aliz había mandado al rector de la Universidad de Oviedo que preguntase al profesor Sr. García Aliz si era capaz los artículos del *Hispano* firmados por Clara, y que en caso afirmativo se formase expediente a dicho profesor. La época sabía también que el editor, aunque no había dicho que él solo respondía de lo que llevase su firma; y sabía más la época que el ministro había mandado reunir el Claustro de Oviedo para hacerle saber que el Sr. García Aliz había declarado que no era Clara (1), y añadió el ministro que el Claustro debía alegar, ¿cómo sabía la época tantas cosas, qué no le había por ahí? Como tuvo noticia de todo eso, antes que el Claustro? Todo me explica con la suma de dos malas voluntades. Al Sr. Escobar le había dicho Clara que era mal poeta, y al Sr. Aliz que era mal prosista.

Y ahora basta de época, y vamos con Aliz.

Aunque está al calor, no quiero que crea que expere para hablar a que caiga. Por eso hablo ahora.

Y emplazo por decir que, en cierto modo, el ministro me ha desairado con su conducta reciente.

Por esa conducta, estas explicaciones van a ser mucho más sanas de lo que habrían sido en otro caso.

El Claustro de Oviedo, por unanimidad, declaró en esta, que elevó al ministro: primero, que no creía de sus tribulaciones interviniera en el asunto para que se le reuniera, y que no era el órgano de publicidad para tales noticias, que ya habían adelantado otros (la época), y segundo, que en todo caso, el al caso que es celebrada podía suponer alguna mortificación a molestias para el Sr. García Aliz, la Corporación hacía constar que estaba al lado del digno compañero con ánimo de acortarlo a todo lo que fuera molesto. Y el Sr. García Aliz declaró que lo que había contestado no suponía que afirmara ni negase que él complaciera al señor ministro.

A todo esto, el ministro, que no está contento no debió de haber oído al Sr. Sánchez Moguel, como tal vez le oyó antes, dijo la palabra por respuesta.

Y resultó así que cuando tres profesores de la Universidad de Oviedo fueron a Madrid como individuos del Congreso. Hicieron mer-

cado, el ministro los recibió con gran amabilidad, y antes de que los oyese hacer nada para favorecer a la Facultad de Ciencias de Oviedo con cierta entidad, que merece en justicia, por tantos de material indispensable. Es más al ministro muestra vivas deseos de premiar esfuerzos de su ilustre profesor ovetense a quien... yo quiero como a un hermano mayor.

Y ahora, mítele usted el diccionario *García Aliz*.

Si yo fuese egoísta, nada le tendría que agradecer al ministro. Pero como soy altruista...

Que hablen mal de él los ciegos de París.

Lo que sostengo es que un ministro no puede atender a todo, y que la redacción, la materialidad de la redacción, de decretos y Bales órdenes no puede ser obra suya en muchos casos.

Toma ya lo había dicho yo cuando Aliz me tenía entre ceja y ceja. Después varias veces (pero no) que me era él, misantropía él, quien podía tan mal la pluma.

Seguro estoy de que las últimas órdenes, muy oportunas y enérgicas, para evitar que los estudiantes anticipen las vacaciones, están pensadas por Aliz, pero escritas por otro. ¿Quién más si por Sánchez Moguel?

Llamar "muñido o desperdicio" a los alborotos de los estudiantes, no está bien; ya lo sé.

Algaralá! ¡Válgame Dios! Claro que no está bien.

En sentido figurado, ofende menos a los estudiantes...

Con todo, la palabra, en un documento oficial... es fuerte.

Pero ¿qué quieren ustedes? Sánchez Moguel no da más de sí.

También se dice que a los estudiantes que faltan se les obligará a repetir el curso.

Que es mucho más difícil que hacer darme en la cárcel.

Claro que la ley no quiere decir que, quienes que no quieren, los estudiantes tengan que seguir estudiando. No hay que ser tan materialista! Quien no quiere, no repetirá nada.

Seguro estoy de que si las puestas que el ministro manda a la Facultad de Ciencias de Oviedo llegan con faltas de ortografía, será por culpa de los empleados en Coruña. No importa; ya se les pondrán las tachas, si las necesitan (porque pueden llegar en forma de cheque).

En fin, Aliz podrá no ser un Nabab; pero yo no le tengo ni pizca de rabia.

Sánchez Moguel: ¡pi en el enemigo!

Pero, a todo esto, ¿quién es Clara?

Clara... soy yo.

Vamos a sentar jurisprudencia.

Clara soy yo, a veces. Otras veces, Clara es Valero de Tornos, por ejemplo.

Este señor, hace muchos años, firmó Clara una temporada. Después lo dejó, pero fui por quien quisiera.

Yo no puedo impedir a nadie que firme Clara. No hará bien; pero puede.

Si al Sr. Clara, me preguntan, de hombre y hombre, al Sr. Clara, contesto siempre que sí. Ya he tenido varias ocasiones, más o menos agrias, y siempre por el Sr. Clara. Una vez estuvo en una casa que tardase que bairase con el Felipe.

Pero si al Sr. señor García Aliz, no juegan un calostro, con las de Gila, le voy a preguntar si él es Clara, ¿quién ha de contestar Clara puedo serlo quien quisiera.

Agórra que sea, Clara, con razón, el Señor Clara, sin pretensiones de pasar por Su Divina Majestad.

Si al Heraldo hubiera podido canjarse la menor molestia que Clara no pareciera, hubieran parecido enseguida.

Algo se urta de que erigir otro con algún motecho? Pues Clara tiene por parca.

¿Que se trata de una cuestión personal, en el terreno canabido? Pues Clara siempre parece.

¿Que el que alarga de arriba, aprovechándose del hecho de Sagunto, quiere que Clara se coja los dedos en las puntas de un jagado de coque? Pues, si no hay perjuicio para tercero, Clara se desvanece, si hay modo.

Y ahora, que como así amigos, Sr. Aliz, venga usted así y pronuncie que tengo razón.

Sus cosas de usted las han encanorado mucho; usted, y yo no los quisiera formar explotando.

Es que Clara, diré usted, las trató en tono de burla.

Scholar, es que yo soy escritor *resivo*!

Además, (confes), he visto en varios escritos de profesores que firmaban con firma entera.

¿A qué que Clara injurió a García Aliz?

¡Jesús! Prueba de ello que Aliz, ni me llevó a los Tribunales, ni me mandó los padecidos.

Nunca hubo motivo para tales cosas.

Pero oredámame—en gracia de las puestas de marras—que no está bien que un estudiante coja los dedos del ministro en el tono que yo empleo en mi *Felipe*. Corriente. Pero ¡pues Clara no es estudiante!

¿Dónde está la falta de respeto a un jefe?

Esarria, si lo amo, es que un estudiante dijera al ministro—Sr. señor, yo he sido u quien ha escrito esas confusitas contra usted.

Y el ministro que tal pregunta sería quien provocaría esa problemática falta de disciplina.

Pero en el hecho de que en Clara, que puede ser cualquiera, sea veces uno y otras veces otro, escriba bromes: ¡leales, que no puede perseguir el ministro porque no son ofensivos, no cabe ver un caso de indisciplina universitaria.

En el exaltación no hay, el puede haber, ninguna profecía que se llama Clara.

¿Sistemas: sólo cuando se le hacen como a se le debe borrar, es cuando Clara se llama tribulada Andana.

Y gracias por todo.

CLARIN

PALIQUE

Con grata sorpresa me encuentro con que, sin saberlo, y cuando sospechaba cosa muy diferente, todavía estoy en la decena de los malditos treinta años, fúnebre edad de amargos desengaños, como dijo uno que no se re-halaba la edad.

Heraldo, alega que ciertos ilustres escritores, y otros no tan ilustres, tengan tan pocas años como han declarado en *Gran Vía*.

Yo, que no tengo tanta confianza como Bisco, que son esos señores, no me atrevo a decir de la palabra de los respetables *murderados*. Y como si *pues del número lo crean*, que ellos afirman. De algunos podría creerlo que se quitaban algo en broma, a fuer de humoristas; pero otros, graves elementos, no pueden haber tenido la intención de decir una mentira jocosas, según la expresión de ciertos moralistas.

2. Siembre a los que, por ejemplo, se han ido a vivir al extranjero, que son capaces de asegurar que solo ellos se acaban a conocer al fin misas.

Si el dice eso, es que lo cree.

De modo que, por respeto y otra porción de consideraciones, mi deber es admitir como buena la edad que esos caballeros se atribuyen.

l'ero, como si se tira de la cuerda, hay que tirar para todos, resulta que así me falta o mejor sobra, poco para ser gente joven; y casi estoy tentado a pedir a Rubén Darío un pórtico para un tratado de Prosopografía en verso sin rey ni roque, es decir, sin ritmo ni rima; en verso serrano.

Da gusto leer las bromitas de la *gente vieja*; parece que estamos en familia. La verdad es que siempre he notado que en los pueblos pequeños se divierte más la gente que en las aburridas capitales de provincia, donde hay las más tediosas prestaciones y cierta *malicia* que parece el buen tono y es el hastío en forma ridícula.

Los literatos del tiempo de M. del Pa-
lacio, Bremón, etc., etc., con muchas
excepciones, siempre fueron aficionados
a estudiar, a reunirse en tertulias fa-
miliares, a fumar tan corte tan boni-
chone y optimista como asigna de en-
chupadas. Se trataban todos, se ponían
mutuamente en los cuernos de Diana, y
hacían saber al lector *pío* las gracias que
se les ocurrían, casi siempre en verso,
cuando estaban de francachela.

Ahora... después de los años mil... ó por lo menos 999, vuelven a las minas inocentes mafias; se juntan, hablan entre sí, y a público de sus cosas; y parece todo ello una Arcadia en un patio de vecindad.

Nata hay en esto contrario á las leyes, ni á la moral, ni á la estética. La *génesis* también tiene el rebato; pero es más... brava. Más que los bombos matutos, aunque también abusan de ellos, les gusta el palo al enemigo, al *«J»*; y ¡tan van viaje á todo el que se habla de aus veros e ¡rodar en los pa-pales, aunque se los deducen con aque-llo de: «el primer crítico, al empuñe la escritura, etc. etc.

estrucho, no está así:
No necesario decir qué la gente asera...
Y buena, no vive en tales apuros.
Nosotros, los... mediores; los que so
mos Bustillos a efectos, los de mi ge-
neración, siempre hemos andado se-
sos, sin espíritu de cuerpo, sin contares
los años; nunca nos hemos reunido para
atracarnos, a los hemos defendido mu-
tuamente. Además, de "nuestra inuti-
dad" saben el público muy poco.

Pocos libros se publican, como el reciente de Taboada, en que se diga algo de estas cosas.

Y au. Taborda es muy sobrio en tal materia.

Los chistes de Iza, de Palacio, de Fiorentino Sanz, de Serra, etc., etc., han alcanzado millos de ediciones.

De los chistes *Académicos* de Taboada, de mi querido Tuerro, de Cavia, de Marcos Zavala (que no sé por qué anda entre los viejos, pues era de los nuestros, por decir, cosa de esta... al revés) y de otras muchas de mi época, el público no sabe cosa alguna.

Nunca nos hemos pintado unos a otros.
Somos una generación «in cuartatas»
colores.

¡Que es mejor! Ser como la gente vieja, como la nueva o como la nuestra! No lo sé. Todo es hecho. No juzgo; expongo hechos.

Si dire que entre las *capillas* de los as-
tutas y las francachalas de los asento-
nos, preferir estas últimas
riasta se nos ha hablado del buen diag-
to y excelente estómago de nuestros ar-
muera ¡nos se los conservel
E. que tiene las digestiones trágicas, y
tome que pedire a Dios, además del
pau, la digestión de cada día, admira a
nos asentados como en un mied.

Sigan, sigan con su literatura de conciencia y sus meriendas.
Sólo se les suplica que, al llegar a los mariscos, procedan de los perches.

Por mucha iniciativa que tengan los países europeos ó africanos.

Charles

PALIQUE

Cuando este artículo se publique, ya se habrá celebrado el banquete en honor del novelista valenciano Sr. Blasco Ibáñez.

Si yo hubiera estado en Madrid y se me hubiera indicado la idea, hubiera asistido al banquete.

Como también al que se anunció, y no sé si se celebró, en honor del muy notable poeta catalán Juan Marçail.

Nada mejor pueden ocurrir los literatos y aficionados madrileños que obsequiar a los escritores de provincias cuando visitan la capital cuando publiquen algo de provecho.

Que otras veces se le haya hecho lo que ahora se hace, no es razón para dejar de hacerlo.

Cualquier sea fúe al oro mundo sin que, en vida, se le dedicara una de esas grandes fiestas con que hemos tributado homenaje de admiración a varios contemporáneos. Esto no es motivo para que en adelante nos abstengamos de ser más justos con otros prohombres, aunque se valgan tanto como Castelar.

A Blasco Ibáñez se le da un banquete ahora con ocasión de su novela *Entre arañas*.

Pues si por ese libro y por su labor literaria, en general, Blasco merece el obsequio, no hay que acordarse, para abstenerse de contribuir a él, de que otros buenos novelistas, por ejemplo Armando Palacio, nunca fueron honrados en esa forma.

En España, en esta clase de asuntos, no hay que mirar antecedentes.

No hay honor que no se haya dejado de tributar a muchos que lo merecían, y que no se haya tributado a muchos que lo merecen.

Así como se ha abusado que Blasco hubiera recibido el banquete porque Langlois se ha dado a muchas nulidades, sería absurdo también negarse a este justo honor de ahora pensando en pasadas omisiones.

Si sólo se procediera por comparación, ninguna persona de verdadero mérito querría ser en España ni académico, ni ministro, ni diputado, ni candidato, yendo en los muchos ejemplos que llega a ecónomos, dignos, ministros y académicos.

No; y lo que es en esto, algo vamos ganando con ese bajo nivel de los honores; en los honores de mérito, la ambición de ventajas temporales, de vanidad pura, no puede hacer estragos. Aquí, el que trabaja de firme, valiendo como que ha de ser por abnegación, por amor al prójimo, por amor al arte. La necesidad ambiente no puede ofrecer ningún peache que no esté manchado por el lado que amasan las patas del rebano. Todo honor ha estado por los ocultos. Si la imbecilidad entrometida es una profanación, aquí todos los laureles están profanados.

No hay corona que no se le haya puesto a algún asno.

Pero, además, Blasco Ibáñez merece que se le obsequie, en compensación de injustas persecuciones.

Hombre de lucha, extremoso por ideas y temperamento, poco amigo del eufemismo al censurar, tiene enemigos que le atacan como pueden.

Una vez son los fanáticos, que quieren calificar. Otras veces, matones ocultos que lo quieren machacar con la calumnia.

Hay quien se dedica a escribir cartas particulares para desacreditar a sus enemigos, y piensa que es va a hacer eco de sus malas palabras el escritor imparcial y de buenos sentimientos.

Hace mucho tiempo recibí una acusación en regla contra Blasco. Se le llamaba plagiatista, y la prueba consistía en un cuento, muy mal escrito, publicado hacía treinta años, y que tenía por asunto el mismo que: otro cuento de Blasco. ¿Qué tal? ¿Qué triunfo para el rencor! Y, en efecto, se trataba de una conseja popular, de *bienes de propios* del *folk-lore*, que Blasco había utilizado bien, con arte, y el otro señor antiguo, mal, sin gracia.

Pasen meses, y se acusa a Blasco de haber publicado un artículo que está tomado de otro de un periódico de París. ¡Magnífico! Pero ahora lo que falta es... la prueba. La denuncia viene sin documentos.

Lo que prueba todo esto no es que Blasco plagie, sino que tiene enemigos de mala clase. Y llega *Entre arañas*, y vuelve la calumnia, por tal la tengo, a mordir en la lima de acero.

Entre arañas, de que hablaré con más extensión en otras partes, pues lo merecen por varias razones, es un hermoso cuadro de la vida provinciana en Lérida, escrito por un hijo de la tierra, que es artista, sin duda. Al que acusa a Blasco de plagiar aquello, habría que matarlo. Ahí no llega la calumnia. Aquello es la tierra valenciana como la ve un temperamento de poeta sanguíneo-nervioso, se padiera decir, si valieran antiguas metáforas.

El mismo país ha sido pintado de modo admirable, ha poco, por otro novelista, Armando Palacio, en su *Alegría del capitán Ribot*. El terreno viene a ser el mismo; para el espectador es diferente. Palacio es serio... bñico... y su maza algo lírica. Ve lo mismo que Blasco, y ve otra cosa. Donde Blasco encuentra perfumes alambicados del pondo, Palacio, más serio, más equilibrado, ve un apéndice escorialario para un drama de virtud. Donde Leonora se acunba, Ribot se abisma. Los dos son originales, absolutamente. Y si va a Valencia Galdós, además de ver lo que nadie ha visto todavía... cuenta todas las narajas.

Pero es el caso que en el cuadro levantado de Blasco hay un embudo (sentido artístico) de novela cosmopolita. Pasamos por Milán: vemos en Venecia la barca que también vió el

héro de Flaubert. La herma que lleva a Wagner' corren ya de la muerte. Leonora, aunque natural de Alsia, es una sacerdotisa habilitada de la balasa y del culto diosfórico de la vida. En todo esto es donde la calumnia ve el plagio... que no prueba. Con hay por esos muros, esas novelas, medianas las más, en que se trata de materia semejante, de personajes parecidos, es indudable. Pero esto prueba el plagio? Como son tantas, ya se olvidan tan pronto, esas obras de pacotilla del *señor faire*, del vulgar *dilettantismo social*, del *mediocritud* errador, es claro que fácilmente sería robar algo de esas novelas, medianas las más, que nadie lo conociera. Pero porque son fáciles robar, y vamos a suponer que robe quien no ha robado antes?

Argumento Aquiles de la calumnia. Que el lenguaje y aun el estilo de *Entre arañas* españoles, si no muy correctos siempre la gramática, en todo lo nacional, cuando se planta en vida extranjera, las aventuras de Leonora... parecen una traducción del francés, de esas que quedan medio francesas, como el loro de Irlanda.

En efecto; porque no todo han de ser flores, hay bastantes pasajes en que parece que estamos leyendo un libro francés, apenas traducido. Pero esto, si mi ver, si es indicio de plagio, al prueba ignorancia en el autor, el cual, si no muy correcto, es muy español en otras partes del libro. Yo creo que Blasco, a veces, acuda a sablendas el supuesto yugo de la lengua castiza, y, aligando doctrinas libertarias, que llegan al arte, escribe en cosmopolita, que, hoy por hoy, tiene que ser una mezcla de francés y otros lenguas, lo propio.

Si Blasco escribe *cosmopolita* y habla de la *acra* siempre que en francés hubiera dicho, en modismo, *travail*, y el abismo del aquello, *aquella*, *aquel*, que está recordando claro es de que abusan hoy muchos escritores franceses; si en otras muchas cosas, que aquí no cambian, nos revela una especie de sugestión de la forma francesa, que le sustrata, con todo ello no se demuestra que nuestro novelista copia, imita, sino que, por las muchas y recientes lecturas francesas, piensa así en francés y escribe así en francés. ¿No podría vencerse? Si; pero no quiere. Se me figura que ha de tener su teoría para defender ese modo de escribir... cuando le parece. Porque no le parece siempre.

El defecto, si mi ver, existe; pero como falta, no como prueba de otro delito.

Además, en el carácter de Leonora, aunque haya mucho de común con esas heroínas de novelas extranjeras, hay algo de español, muy arraigado, muy bien pintado. Leonora es de Nueva York y de Odessa... pero también es de Alsia.

Ahora... que el libro hubiera estado mucho mejor sin que hubiera teído la calumnia pretorio para colarse, también lo crea.

Y eso que es pñante el contraste del cuadro final, muy gracioso, entre la diva wagneriana y el pobre dino parlamentario, grotesco. De nuevo nuestra.

PALIQUE

Amigo Cívica Por culpa de usted no quiero ya trabajar para el obispo.
Del Heraldo me envían las pruebas de este Palique en que parto del supuesto de que usted es el Evangelio.

Supongo usted a Sinesio Delgado en grandes apuros económicos. A la misma, en la oficina de provincias de Sinesio hablaba usted, con todas sus letras. Y ya, conmovido, escribí lo que sigue... que ya así cobrado. Así es que... no retiro una palabra. En decir, retiro una Sinesio pero pongo otra: Casa. *bellatir mstantia* aplio a Casa todo lo que se le pueda aplicar de este Palique, pues amigo mío es ese señor, ¿quien felicitó por el buen éxito de las gestiones hechas en su favor por varios compañeros?

¿Y en cuanto a Cívica...

sed motos procat componere fluctuat

El Palique dicho, y seguirá diciéndolo, así:

Leo con asombro y con mucha pena, en un artículo de Cívica, que Sinesio Delgado se encuentra en tan mala situación económica, que... ¡no sé qué horrores!

Eso no puede ser, no debe ser.

Al principio creí que se trataba de algo como aquello del incendio del Museo de Pinturas; de una broma con moraleja. Pero no. El asunto no se presta a bromas.

Y, sin embargo, parece inverosímil todo lo que Cívica nos cuenta.

¿Cómo puede ser que Sinesio Delgado no viva de la literatura, aunque sea modestamente, como vivimos tantos otros?

Dice Cívica que en doce años de ausencia se ha olvidado a Sinesio.

Aquí hay errata. Donde dice doce debe decir dos... y es mucho.

Ausencia. ¿Pero ha estado ausente Sinesio?

¡Olvidar! ¡Pero si somos muchos los que nos acordamos de él todos los días!

Yo me le figuraba desdeñando la prensa alegre, en cuanto industria *extractiva*, y viviendo del teatro, dirigiendo alguno, dando obras a otros, unas veces con buen éxito, otras con menos suerte. Creía que Sinesio no publicaba versos y prosa en *Madrid Cómico* y en otros semanarios y revistas, porque no quería.

Y ahora dice Cívica que dice Sinesio: «Ni me admiten las comedias ni los artículos.»

No puede ser.

¿Cómo *Madrid Cómico*, sobre todo, no había de admitir original de Sinesio, su creador?

Seguro estoy de que por Loma, al director, no quedaría.

Supongo que a estas horas, leído el artículo de Cívica, *Madrid Cómico* ya habrá dicho y hecho algo.

Yo, con lo poquísimo que pueda en ese periódico, y de cualquier manera, estoy dispuesto a hacer cuanto esté en mi mano en favor del ingenioso poeta, del querido amigo, del antiguo compañero de veinte años.

Creo que Sinesio debe volver a sus antiguas tareas, respetando intereses y derechos adquiridos; pero invocando los suyos, que no le negará nadie.

No se trata de derechos de empresario. El fué dueño (*patrón*) en el periódico; lo vendió... como empresario nada le queda allí. Pero además era obrero, capataz. Nos dirigía, escribía versos, cables sueltos, inventaba neologismos, tenía un plan, un criterio... Y todo eso, ¡no vale dos cuartos!

¿Qué poco se habla y se piensa, respecto a la *cuestión obrera*, del trabajo intelectual! Los obreros de la pluma, por ejemplo, ¡qué abandonados estamos! Los más al se dan cuenta siquiera de la injusticia social que los abruma.

Con buen humor, muerto de risa, pintaba un cronista de *Le Figaro*, un obrero, las gracias del famoso director fundador del gran diario parisense; consistían esas gracias en escaquear el jugo al ingenio de un escritor de moda, y después ponerle de patitas en la calle, cuando creía al público amante de nuevas firmas. Otro al puesto, y después, a la calle también, *et sic de ceteris*.

Muy bonito.

Aunque no sea con tanto *genio* de empresario, ¡cuántos siguen el ejemplo! (Esto puede publicarlo en una *excepción*.)

Un periódico, en lo principal, es un espíritu.

Pues la *lev* y la *costumbre* no ven en él más que el *dinero*.

Lo que el lector lee y aprecia no es el capital del empresario, es lo que produce el ingenio del escritor.

Pues esto no vale nada, es accidental; el fondo legal del periódico es la Empresa.

Ann tratándose de aquella Prensa en que entra por mucho la información, que supone, ante todo, *dinero*; la inteligencia, el arte de quien dirige, de quien guía y de quien *informa*, importan mucho.

Si bastara el dinero, el periódico más

lento sería el del que más gasta, el que fundara un Fénix. Y no es así. El periódico llega a ser rico por su arte, por su inteligencia.

Pues el entendimiento puesto en un periódico, lo que le dió renombre, le atrajo suscriptores, lectores, y después le permitió *comprar* noticias... no se cuenta para nada al repartir beneficios. Cuando conviene, al ingenio se le despierta. Hay épocas en que es necesario reemplazarle con otro ingenio; pero también llegan tiempos en que el público se contenta con menos. Al ingenio le reemplazan un fotógrafo y un imbécil, que salen más baratos.

El escritor no tiene derecho ni a una peseta de retiro. Nada le debe el periódico que le debe la vida. Si te vi, no me acuerdo...

¿Qué poco se habla y se escribe de estos otros horrores del salario!

CLARIN.

685 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 5 690, 18 diciembre, 1900

Palique.

En un país bien organizado, en vez de perseguir al *Heraldo* por haber llamado á Catera papá en vez de padre, la autoridad competente hubiera reducido á grillo celular al Sr. Cavestany, por reincidente.

No contento con el crimen del teatro de la Princesa, el ilustre disidente, ese Toppmann de las tablas, va y perpetra otro en el Español (*por cierto que me chocó, querido Balart*). Hay reincidencia y, por tanto, circunstancia agravante. Porque, como dice muy bien el petalista italiano Allimera, la reincidencia no ha de versar sólo en la repetición del mismo delito, sino que la variedad de crímenes supone mayor depravación. No hay duda: en nombre de Lombroso, Cavestany es ó un genio ó un criminal nato. Es así que genio no lo es... luego es criminal nato; en literatura, por supuesto. *Nérón* es una reincidencia, aunque como delito sea más... endecasílabo que *La antigua comediante*, ó como se llame lo otro.

Los críticos han puesto en solfa el *Ensayebro* de Cavestany; pero eso no basta. Hay que indignarse. Algun Aristarco, que sigue siendo tan sopenso como hace diez años, cree que Cavestany, como poeta lírico, es de lo que no hay. Y, en efecto, los versos de Nérón son de los que no lo publicaría ni *La Moda Elegante*, si no llevasen la firma de un burgués acomodado y que tiene buenas aldeas.

Porque eso es lo que yo saco de la benevolencia con que la prensa trata el crimen de la plazuela de Santa Ana: que el Sr. Cavestany está muy bien relacionado.

Y, claro; con la impunidad, los partidarios del Sr. Cavestany se crecen y llegan á ser hasta provocativos.

¿Qué es, sino una provocación el hecho, á todas luces temerario, de publicar, como publica un periódico, la escena VII del segundo acto de *Nérón*?

¿No tenemos derecho los provincianos á que no llegue á nuestros castos oídos la vena lírica de Cavestany?

¿Es lícito hacerla decir á María Guerrero, tan guapa y tan inteligente, cargada de laureles:

«Marciano, me entristeces, te lo juro».

«Esa que te lo juró es una cristiana de la primer hornada, como si dijéramos. ¿Hablan así los cristianos de *Que vadis*?

«Si esa es su aspiración...»

¿Qué oído es ese, señor lírico?

¿Si esa es su así...

¿Se está usted discutiendo á sí mismo?

«No tengo por los dioses preferencia...»

Así hablaría cualquier diputado provincial interior, de los que no saben hablar.

—Yo te amo á ti, Marciano; tú no me amas.

—Que no te amo yo á ti?

—No, lo repito...»

¡A la cárcel! ¡A la cárcel! No hay más crítica ni más contemplaciones.

¿Qué dirán los extranjeros que estén en Madrid?

¡En los dos principales teatros de la corte se están representando simultáneamente obras de un autor que le hace á Luciano cantar una *bu' nada*!

Sin ningún comentario, copio lo siguiente, que Cavestany le hace decir á una señora, á la señora Guerrero:

Si no apetece más que horas felices,
caricias un momento compartidas,
eso... te lo darán las meretrices...
yo no te lo he de dar; no me lo pidas.

¡He leído yo mal? ¿Y Ugarte? ¿Qué hace Ugarte?
Supongamos que se lo hace decir á Caserta en un drama... ¿eso que acabo de copiar? ¿Lo consentiría Ugarte?

«¡Pronto este idioma
que sabemos muy pocos todavía,
se hablará en todo el mundo, y así en *Romas*.

Que no esté en el mundo, como es sabido.
Los romanos del *Nérón* se llaman cincuenta veces *inhumanos*. ¿Qué propiedad!

Después viene una especie de catecismo en verso, en que Marciano pregunta, y Fabia responde. Sólo falta que pregunte él, como el catecismo de los jesuitas:

—¿Ei ser liberal ¿es pecado?

¿Cree el señor Cavestany que es un endecasílabo cristiano ni católico éste:

un Dios inmortal, bueno y elemental?

¿Y lo de Dios inmortal, que le parece? ¿No sabe que hasta los dioses paganos eran inmortales?

Pero el señor Cavestany, ¿es siquiera bachiller?
De repente, Marciano ¡zá! Se copierte; siente en sí algo...

Fabia.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿De veras? ¿Es de veras?

Marciano.

—Si, tus palabras me convencen, creo.

Lo que yo creo, que por eso... ¿Eh? ¿Qué dices? Nadie le quitará á Cavestany su reclusión perpetua, si mandaran los estetas.

¡Pobre España! ¡No tiene remedio! Cuando todos los madrileños no reventan de risa con las *pelliculas* cursis de Cavestany, es que *ahor algo estápido en Dinamarca*.

Estetas, á defenderse! ¿Qué les parece á ustedes de darle á Cavestany un... *contra-banquete*?

•••

Se me ocurre una idea.

(Eso que nunca se le ocurrió al señor Cavestany).

Prede haber indulto para *Nérón*.

Como función de Paicusa... puede pasar.

Sobre todo, como función de inocentes.

Que Nérón sea Nerón; Fabia Fabia... y entonces se le puede otorgar el perdón al autor.

Si él no pisa por eso... No hay perdón.

«Yo no te lo he de dar; no me lo pidas!»

CLARÍN

Muy incomodado estará a estas horas el famoso polígrafo Max Nordau viendo a la gente tan ocupada en eso de celebrar la entrada del nuevo siglo.

En ilustré mediana, que es la admiración de muchos papanatas, se ponía furioso en su célebre libro, traducido con el título de *Degeneración*, por el afán que había de querer caracterizar las cosas con las palabras fin de siglo.

—¿Qué quiere decir eso?—gritaba Máximo, como le llamara la Pardo Bazán y Unamuno. Un siglo no es nada más que una división convencional del tiempo. *finis* (diría un filósofo moderno); además, el punto de partida para nuestro cómputo ordinario es una pura arbitrariedad; de modo, que no hay nada real, ni suyo en el tiempo, detrás de ese cambio de fechas; no empieza ni acaba nada ahora; la vida *continua* no tiene nada que ver con esas divisiones abstractas... y en fin, Max Nordau nos toma por tontolocos viéndolos preocupados con esto de acabar un siglo y empezar otro.

De tanta razón como tiene el Sr. D. Máximo, se pone en ridículo. Dedicar páginas y páginas muy serias y eruditas a demostrar que

no significa nada real eso de fin de siglo ó comienzo de siglo, es lo mismo que matar pulgas á cañonazos. Ninguna persona de buen sentido da valor *aditivo*, de efectos naturales, á esos signos cronológicos tan necesarios como abstractos y convencionales.

Ya se sabe que, hasta como convencional división del tiempo, es cosa de una minoría de la humanidad lo de que un siglo se haya acabado hace unos días y haya empezado otro.

Rusos y griegos cismáticos cuentan el tiempo de otro modo que nosotros; de modo que, para éstos, no empezará un siglo nuevo el 1.º de Enero, pasa á todas las *fuergas* con que hemos celebrado sajones y latinos, verbi-gracia, el *fausto* acontecimiento. Para los turcos (verdad es que á éstos no hay que creerlos) no estamos en 1901, sino en 1318. Es decir, en el siglo xiv.

Y yo, en vista del P. Montaña, y considerando á su sucesor Salvatierra, creo que los turcos tienen razón. En el siglo xiv estamos, á no ser que tengan razón los judíos, que se consideran en el año 5661.

Todo esto, por supuesto, si no se equivoca Bailly-Ballière, que es de donde saco toda esta sabiduría, ó si no se equivocó antes el libre francés de donde *Cedón* opina que Bailly-Ballière toma tan preciosos conocimientos.

•••

De todas maneras, no hay motivo para darse tono, como se lo da Aguilar y Campó, porque es ministro *dos veces secular*. Cierto es que ha sido ministro en el siglo xix, y que gracias á su poca aprensión sigue siéndolo en el xx; pero más *secular* es la viejecita que vende á mi criada la arena de fregar. Vivió diez años en el siglo xviii, ciento en el xix, y en el xx no se sabe lo que vivirá. Pero ha visto tres siglos.

Casi tantos como mi amigo el conocido escritor de *dos siglos* ha.

Mucho ó poco, todos hemos *entrado en el siglo*... menos los clérigos regulares y las monjas, por supuesto.

Eso no quita que los frailes sean de los que más celebran la llegada del siglo xx con triduos, sermones (del siglo xii) y repique de campanas.

Y hacen bien... En España ¿para qué seguir contando? Aquí todo es siglo xiii.

•••

Pero, ¿de qué sirven todos estos cuidados cronológicos, el *aureo* número, el Cielo de la Epactas, la reforma Juliana, la Gregoriana y demás zarandajas, para un *Kronos* como el Sr. Cavestany, que baraja los siglos según las exigencias de sus rigios dramáticos?

Habíamos quedado en que la *balada* era una forma poética inventada en el siglo xii de nuestra era, por los trovadores provenzales... pues Cavestany, sin que nadie le vaya al pie, hace al cordobés Lucano, que vivió once siglos antes, cantar una *balada* en seguidillas disimuladas.

Y el mejor día, escribe una tragedia titulada *«Agul fat Troyas»*, siempre con endecasílabos sujos y muvies de la Tamses, y nos presenta á Homero *adelantándose al proscenio* para improvisar unas *des-sinetas*.

Hacerle á Lucano *cantar una balada*, es lo mismo que atribuirle á Kalidasa una colección de dolores.

Con que, váyale usted con siglos á Cavestany, que no sabe en qué siglo vive, ni ganas.

Y á propósito de Cavestany.

Pido la palabra para una alusión.

Mi querido amigo el muy discreto y docto crítico teatral del *Heraldo*, Lépez Ballesteros, entre elogios que no merezco, desee saber mi opinión respecto al punto concreto de si al alabó con ironía el *Nerdn* de Cavestany. Si, señor. Yo vi clara como el agua la ironía. Lo de *enfundar el escabello* era un modo de decir que no hay *dios* que pueda con el mal gusto y la ignorancia reinantes; era un arranque de pesimismo, una queja del desaliento. Yo así lo entendi. Pero, lo mejor, es hablar claro; dejarse de ironías, cuando se dirige uno á cierto respetable público de dura mirada; y pedir la cabeza de Cavestany, así como suena. La cabeza lírico-dramática, por supuesto.

Insisto pues, en mi idea de darle á Cavestany un contra-banquete.

¿Qué cómo sé *de* eso? Yo no lo sé.

Ello debe ser algo así como una cencerrada.

CLARIS

PALIQUE

Como buen sistema, registro el día y la vez a varios escritores jóvenes, tanto a día y hora de nuestros autores, ilustrados, sin esperar a que produzcan obras nuevas; sólo por escrito, por respeto, y, sobre todo, por cultivar ese trabajo de reflexión que debe existir siempre en toda literatura nacional, orgánica.

Muchas veces me he quejado yo de que ramizásemos poco nuestro propio trabajo. En España, la literatura, recordo poco, examina lo que produce la tierra que ya ha dado. En Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Italia, la labor de comentario, de memoria, de repaso, de exámen, es elemento de los principales en la vida literaria. Aquí, al fin, vi no me acuerdo.

No faltan algunos, dignos de aprecio, que piensan de sus defectos, que se dedican a elegir sin tasa todo lo de su tiempo, sin distinguir lo insignificante de lo notable; otros, no muchos, escriben con diligente celo de minutas remotas y siempre con aparato de archivo.

No sobre esto; pero lo que se echa de menos es el estudio hondo, crítico, de nuestros autores, sus patéticos como modernos de vivos y muertos.

Da gusto, por ejemplo, leer las ramizaciones críticas que Valera me ha sembrado en esta ocasión en los libros. En el fondo de algunos grandes escritores, como en la prensa, da vez en cuando, respecto de un folio de la literatura española contemporánea. Murmurar, despreciar al rival en la tertulia, en la camarilla, no contenta los gustos. Pero en público, al palabra; a lo sumo, en solemnidades académicas, elogios de platano. Como si nada comprometa, como si crece nada. Cuando impetran, como si de dignidad intelectual, con censura dulce y agría, según se ofrece, en no se está.

Pero, en fin, por lo menos, bueno es que haya quien se acuerde, v. gr., al señalar un siglo, de los hombres que así vivieron y han ilustrado el anterior.

Haeckel, el ilustre naturalista alemán, honra de Turingia, gran apóstol del transformismo, y moderno filósofo, no contento con haber publicado, hace pocos años, su célebre folleto *El mundo, profesión de fe religiosa*, sin religión, ahora nos da su testamento de latente en un libro que lleva *Los Dogmas del Universo* (*Die Weltanschauung*), que será, según declara, su última obra, porque él quiere ser un «hombre del siglo XIX» y nada quiere producir en el siglo XX.

Nuestro querido Campamora, si no tan sabio, mejor filósofo que Haeckel, no ha escrito testamento alguno al acabar el siglo; pero en silencio ha creído que tampoco piensa publicar más; que quiere ser «un poeta nada más que del siglo XIX».

Por eso hacen muy bien los escritores que, sin esperar a que Campamora publique algo nuevo, solo recordando quién es, le señalan al acabar el siglo en su actualidad, y le consagran desinteresadamente, un tributo de admiración y cariño; tierno recuerdo.

La idea de Mariano de Cavia de invitar a todos a que envíen tarjeta a Campamora, es oportuna y delicada.

El muy simpático y discreto literato señor Estelrich, apañado el propalador; pero opina que con igual obsequio debe distinguirse al Sr. Núñez de Arce.

Perfectamente. Y si no se quiere honrar sólo a los poetas en verso, sino a los poetas en prosa, podemos acordarnos del gran poeta Pereda, a quien, como a Cervantes, nada me admira cuanto más experiencia de la vida y de las letras se va teniendo. ¿Y Valera? ¿Y Balzac? A todos, a todos ellos, en hora buena.

La recepción de Campamora, si hubiera llegado a serlo, creo yo que se fundaba en eso, en lo dicho, que Campamora ya no escribirá más probablemente, y los otros sí.

A D. Gasset se le han enviado tarjetas, en efecto, con motivo de sus días, y varios periódicos, con la misma ocasión, le han saludado cariñosamente. ¿Quién era el novel que niega el mérito de Núñez de Arce?

Pero a éste saber, aunque escriba a poco a nada, por ahora, no es tan fácil olvidarle. Porque no se ha olvidado como D. Ramón. Núñez de Arce preside una sociedad de literatos, recibe a los amigos, mantiene correspondencia con sus admiradores, hasta ahora de ex ministro. A Campamora le recordan ya sólo sus versos; lo Gasset está presente.

Siempre son las comparaciones odiosas, pero más irónicas de ilustres ancianos, gloria de las letras. Claro que había algo de pánico en aquellos *perilosos* de ahora: Arce, Vico y Gato, Calvario y Castellar, Gayarre y Masini, Lagartijo y Frazer, Campamora y Núñez de Arce... pero el terreno es rescatado. Todos ellos valen mucho... ¿qué desairar a nadie?

Pero, ya que se sacó la conversación, yo re-

gusto mi leal parecer. Admite el paralelo entre Lagartijo y Frazer, aunque yo prefiriera a Lagartijo entre Vico y Gato, aunque yo prefiriera a Vico; pero no lo admito entre Gayarre y Masini; era mucho más Gayarre; y mucho menos entre Castellar y Calvario, entre Campamora y Núñez de Arce.

Si la veneración que en este periódico se tributa a Calvario, y no quiero hablar aquí de mi opinión respecto de este célebre hombre político. Los que me conocen la conocen. Es real.

Castellar es, para mí, el español más grande del siglo XIX.

No creo ofender al Sr. Núñez de Arce, cuya poesía he alabado muchas veces, diciéndole que no le creo tan grande como el más grande de los poetas. Si molestaría, puedo pensar, y decir, que hay varios que me parecen todavía mejores que él.

¿Qué inconveniente hay en que uno de esos sea Campamora?

En mi juventud, yo he escrito mucho alabando *Los grillos del Conde*... algunos de los poemas cortos del autor del *Idilio* (que es una joya), el *Haz de Lino*. Ocupaba, en la edad madura, escribiendo, con mis otros entusiasmos, acerca de los últimos santos, publicados por D. G. Vico. ¿Hay contradicción en esto? No; que yo me acuerdo con Núñez de Arce lo contrario de lo que he dicho que me pasaba con Pereda. Este, cuando más viejo soy, me gusta más. Menéndez y Pelayo, que me gusta, y se hizo pronto suyo, vi, respecto de Pereda, a los veinte años, lo que yo vi a los cuarenta.

Es posible que mi querido Marcelino siga admirando a don Gasset tanto como los cinco últimos. Si es así, poco debe importarle al autor del *Idilio*; que mi entusiasmo por sus versos haya disminuido.

Campamora... Es de con grande escritores populares que todavía valen más de lo que dice su innata fama. El *Quijote*, el libro más célebre, es, en gran parte, un libro no comprendido.

A Campamora, como a Baudelaire, hay que perdonarle, a veces, cierta falta de sinceridad.

También a Víctor Hugo. Los que no ven poemas más que en los que se desatan de verso, no pueden admirar a muchos grandes poetas que no se han desatado nunca. ¿Cómo es Campamora, en el fondo? No lo sé. Pero el Campamora que él ha querido parecer aquí poeta! A veces dímela mal, y entonces de que, no por la comedia, si no porque su es divina.

En la teoría de Baudelaire, que, no siendo exclusiva, es legítima. Yo no digo con el poeta de las *Flores del mal* que la poesía debe ser así, sino que cuando es así también es legítima. Poeta, inventa lo que quieras, aunque sea en alma, pero explícame.

No imitemos a ciertos críticos que admiraba la elegía de un viento a su distancia y que le tuvo por poeta cuando contrajo segunda esposa.

Si no descubriera que D. Juan Niza-Gilillo había sido afrancesado, valdría menos la idea.

«Noche, obra, noche...»

Para Campamora no tiene más defecto grande que ese, desahuciar a veces que no pueden tanto como dice, al ser tan polímata, eclético, etc.

Porque, en la forma...

Me ha dicho que es la forma pecaba mucho Campamora. Justamente en la forma está el orgullo y está el mérito mayor de Campamora. Esto es, en la forma de imagen y expresión que recuadra para ideas que dichas de otro modo perderían.

Verdad es que Campamora, por sistema, nunca de sus connotaciones fáciles, asociadas fuera de tiempo, y emplea expresiones adverbiales y conjuntivas, no siempre dignas del verso; pero es correcto en el lenguaje, claro, propio, no es adjetivos de relieve, como otros, que impulsan los epítetos indolentes a las rupturas como castró.

Es probable que Campamora nunca haya llamado blanca a la nieve al ardiente al verano. Es más sustantivo que todo eso. Y más se acerca a Tirso que, de puro malintencionado, tendía a usar hasta para adjetivos los sustantivos.

Pero sea lo que quiera de las parvas de la oración, lo mismo Campamora que Rubén de Arce, merecen tarjeta.

¿Quién lo duda?

Clarín.

Palique.

Para valiente, D. Alejandro Pidal, que sin hacer caso de León XIII, la emprende á tiros, retrólicas, con los socialistas. Nos llama tontos á todos los *burgueses*, porque tratamos con amabilidad al socialismo.

¡Duro en él! Dice Pidal, escribiendo el *quinto Evangelio*.

Y, como el estilo es el hombre, D. Alejandro, que confundió á Nod con Moisés en cierta ocasión, ahora revela su *manera*, diciendo, que los axótipos de hoy se rien como los arápicos bajo la cartulina.

Por lo visto, Pidal cree que los arápicos eran cómicos.

¡Me estoy figurando á Cicerón con careta!

Y dice también Pidal: «El espectáculo no pierde nada de su idiotex».

¡La idiotex de un espectáculo! ¿Qué es eso? Según ustedes, según la Academia, idiotex es falta de inteligencia, imbecilidad. ¿Qué quiere decir la falta de inteligencia de un espectáculo?

¡Por Dios, D. Alejandro, que cen esas cosas se desacredita usted y nos desacredita á todos nosotros, á los súbditos de su cacicazgo de Asturias!

Gamszo manda en Valladolid tanto como usted aquí.

Pero Gamszo habla bien.

Y ahora vamos á Cánovas, ó por lo menos á su estatua.

Como yo no he dado un cuarto para ese monumento—conste—no sé si tengo voto para juzgarlo; pero me basta con la voz.

En el pedestal de la estatua hay inscripciones.

El estilo lapidario siempre ha sido considerado como difícil. Hay que ser lacónico... y hay que tentarse la ropa; porque se habla para muchas generaciones, y con letras de las que quedan. Figúrase el «*Pólvora en sí*», escrito con letras de oro en el Mihrab de la Mezquita de Córdoba...

Yo no sé si la estatua de Cánovas será respetada por nuestros descendientes; pero, de todas suertes, no estoy conforme con esto:

VÍCTIMA DEL ANARQUISMO
PUÉ ASESINADO EN SANTA LÚGEDA

Cuando se habla en mírmolés ó en bronce hay que desechar las palabras de doble sentido.

El anarquismo, así como suena, no es más que una teoría jurídica tan inocente como cualquiera. El anarquismo no mata á nadie. Hay asesinos que se llaman anarquistas, pero eso es otra cosa. Lo probable es que ese sentido traslaticio en el cual llamamos hoy *anarquismo* á las barbaridades de algunos locos ó criminales, no subsista dentro de cien años. Verdad es que acaso la estatua sea derribada antes... quién sabe si por el *anarquismo*.

POR SUS TALENTOS Y PATRIOTISMO
MERECE EL RESPETO
DE SUS CONTEMPORÁNEOS

Eso está mucho peor. En buen castellano, se llama talento, en singular, á lo que ahí se llama talentos. Talento, en singular, según la Academia, es, en sentido figurado, conjunto de dones naturales, y también dones intelectuales; es decir, idea colectiva expresada con un singular; por eso está mal *talentos*. Que parecen ahí monedas; en efecto, un malicioso del porvenir, podrá creer que Cánovas fué respetado porque tenía dinero, *talentos*.

Otro sí: merecer el respeto es poco. Para merecer, y conseguir, respeto, no hace falta talento. No se exigen estatuas nada más que por respeto. El autor lapidario dice menos de lo que quiere.

Más aún; ¡poco merece el respeto, Cánovas, más que de los contemporáneos? ¡No nos atrevemos á su poner que merecerá el do la posteridad también!

¡Pobre Cánovas! El escribía mal, y ahora lo *inscriben* peor. Justicia de piedra.

¡Horroriza pensar lo mal escritas que estarán las inscripciones que se pondrán en el pedestal de la estatua, que los asturianos agradecidos levantaremos á D. Alejandro Pidal y Mon el día en que él, y todos, descansemos!

Saludar la bandera... ¡Perfectamente! Pero á la fuerza, no.

Porque, si se impone el saludo, tiene que ser con una sanción penal. El Estado no puede mandar más que así: con una coacción, que se resuelve en un castigo.

Y como no habían de ahorcarle á uno por no saludar... total, papel de multas. O prisión subsidiaria, que ya sería algo fuerte.

Si se saluda la bandera, porque lo manda la ley, hay el inconveniente de que los maliciosos digan al ver á uno saludar:

—¡Ese... saluda la multa!

Yo, si convenimos en ello sin mandato coercitivo, tendré mucho gusto en saludar la bandera.

¡Por qué no!

¡Bendita sea la bandera española!

¡Qué tiene que ver la bandera con ciertos... abanderados!

¡Voy á ponerme á aborrecer á Tácito por causa del *Nerón*, de Caestany!

Pero si se hace obligatorio el saludo, porque se le ha ocurrido á un periodista que se hiciera, entonces yo... no saludaré la bandera y pagará la multa. Como pago la multa cuando me obligan á ir á jugar á mis semejantes, en un dos por tres, en cuanto *juez del hecho*, y sin más aparato jurídico que *tres veces sí y tres veces no*, como en los juegos de prendas.

Saludemus la bandera... porque se le ha ocurrido que se mande saludar á un señor periodista...

¡Tendrás gracia!

Aconsejar que se salude está muy bien. Ahí lo malo está en convertir el saludo en obligación, y en crear un nuevo *delito artificial*: el de *no saludar*. Porque se le ocurre á un señor.

De ninguna manera.

¡Bastantes *pendones* tiene uno que saludar á la fuerza!

CLARIN

689 Madrid Cómico (Madrid), n. 3, 19 enero, 1901.

PALIQUE

Los certámenes literarios, que sirven para dar á conocer el ingenio de un buen escritor novel ó para consolidar el crédito de alguno ya estimado por el público, merecen, sin duda, elogios; y las Empresas editoriales y periodistas que gastan en tan noble objeto algunas cuartas, trabajan en pro de la cultura.

No me refiero á los juegos florales, sino á concursos como los de *El Libertador*, el de la Biblioteca Mignón, de Rodríguez Serra, y el de Blanco y Negro.

Es claro que puede haber injusticias con ocasión de tales certámenes; que los escépticos y maliciosos pueden dudar, á veces, si los autores del Jurado han leído todo lo que se presentó al concurso; pero estas son las cosas propias de casi todas las empresas humanas.

Y aunque, en general, no cabe negar que puede haber lamentables errores en tales concursos al juzgar el mérito, ó inutilidad de datos para fundar el juicio, al puede deducirse que la experiencia, en los casos concretos á que he aludido, no ha dado armas al pesimismo ni á la malicia. En esos tres certámenes han resultado vencedores Nogales, Martínez Sierra y, últimamente, Francisco Acebal. Bueno; pues siempre se ha premiado á persona de mérito.

•••

A Nogales han querido darle de los pies algunos, valientes, principistas, no de cosas que él hubiera dicho ó hecho, sino de exageraciones imprudentes de amigos demasiado celosos ó de cronistas de esos que tienen en su pluma, como una tara, un tismo constante, venenos, que siempre escriben en superlativo. De estos escritores superlativos hay que hablar mucho, pues causan graves daños, á veces con intención óptima (que tratándose de ellos no basta decir buenos).

Nogales, con premio y sin premio, es un escritor de buena ley; tiene ideas, estilo y sano temperamento literario; lo cual, este último, abunda hoy menos de lo que parece.

•••

A Martínez Sierra lo premié yo, acompañado de Ortega Munilla y de Altamira.

De Martínez Sierra habían hablado algunos *superlativos* con elogio, no sólo excesivo, sino inoportuno. Le alabaron cierta prosa poética, en definitiva, artificiosa, mala; y después, versos, que, por culpa de la forma *deral*, eran malos desde luego. *Gedeón* y yo (sin plagiarismos, coincidiendo) le dijimos que había prosa que era verso y verso que era prosa. Y con esta mal hecha. Además, Martínez Sierra insistía en un simbolismo frío, fiero, que le ababoraba y que él siguió cultivando.

Pero vino el certamen Mignón, y allí leen las novelas *Almas asesinas*, entre muchos defectos, era ver, como mis compañeros, cualidades muy apreciables; observación, fuerza y alguna idea poética de veras interesante, aquella del loco que espera lo ideal... y lo encuentra de tan dramática manera. Nada de prosa poética, ó muy poco. Resultó que el autor era... Martínez Sierra. No lo esperaba; pero me alegré.

Gedeón ha juzgado unos pocos *Almas asesinas*, y, á pesar de su veracidad ordinaria y de lo que antes había dicho el autor, también elogió la novela.

¿No hay en todo esto algo que hace ver imparcialidad, y, además, las ventajas que puede tener estos certámenes para la justicia?

•••

690 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.730, 29 enero. 1901.

Y Francisco Acebal, el joven escritor premiado con 1.000 pesetas por *Blanco y Negro*, á propuesta de hombres como Echegaray, Galdós y Ortega, ¿quién es?

Para muchos, un desconocido...

Para mí, no.

Le conocí este verano. Era allí, en mi aldea, Paseaba yo por la carretera... cuando veo que un automóvil se detiene delante de mí. Era Francisco Acebal quien venía en él. Venía á visitarme en mi fundo toledano de Guimarín.

Pasamos juntos en un automóvil. Acebal no sólo escribe cuentos que le premian, sino que los otros que nadie ha premiado nunca, ni le merecen. Acebal conocía mis pobres cuentos mejor que yo. Los recordaba mejor, quiero decir.

Como algunos de ellos tienen por escenario el campo asturiano, según es en mi valle querido y en las cercanías, Acebal iba achacando de la acción de tal ó cual paisaje de mis invenciones.

Frente á Frendesa, en el camino de Avilés á Gijón, en un recodo de la carretera, dijo mi nuevo amigo:

—Aquí se apodó el indiano de *Borobón* (en cuento mío).

Así era, en efecto; es decir, aquí era precisamente el sitio en que yo había visto ó imaginado bajarse de un coche para dirigirse, á campo traviesa, á su hogar, que no había visitado en muchos años. De ahí mi *Borobón*. Acebal había adivinado como un Onokrot. Y como ásta, varios casos iguales de admiración, que no cito por no ser pesado.

Me habló mucho de mis novelas y cuentos, de los de otros. De que él los escribía también, ni palabra. Al ver de muchos jóvenes que no le habían á no más que de sí mismos.

Acebal me visitaba para pedirme consejo respecto de una magna empresa que traía entre manos: la de publicar, en compañía del señor Velasco, una revista grande, mensual, de literatura, arte, ciencia, etc.

Yo mostré cierto temor respecto del resultado. Acebal comprendió la fuerza de mis desengañados argumentos; pero él tenía otros en contra, llenos de esperanza, de fe, de energía, de... juventud.

Con ocasión de discutir este punto, pude apreciar en aquel joven infinita modestia. ¡Cuán ajeno del ingenuo despecho con que algunos se quejan del mundo, que no más de ellos porque no tiene todavía manera! No se presentó como literato; sólo como aficionado, como editor.

¡Y lo que aquel muchacho sabía, de muchas cosas que hay que saber para dirigir bien una revista seria y no dejarse angustiar por pedantes y timadores, y justos! Quédo encantado.

No he sido yo sólo. Hombres como Giner, tienen en mucho á Francisco Acebal. Sé que Armando Palaco, después de una visita, hizo también grandes elogios del talento, de la cultura, del tacto, de la modestia de Acebal. Elogia de Armando Palaco. Así es nada. Casi de Dárgenes el de la linterna.

•••

Y la revista de Acebal y Velasco va á publicarse pronto. Se llamará *La Lectura*. Y ofrece ser algo que está haciendo mucha falta. Hay gusto, hay amor al Arte, odio al fustio literario, y hay... dinero y voluntad de gastar bien, discretamente.

Conste que el propósito de Acebal de publicar una revista es anterior al certamen, á su triunfo.

No publica la revista envalentonado por el buen éxito de su novela de *Blanco y Negro*. Su empresa, sin duda arriesgada, es cosa anterior, muy pensada.

Le deseo en ella tan buena suerte como en el concurso.

¡Oh, y lo tendría, si todos los lectores fueran como yo! Quiero un Echegaray, quiero un Galdós, quiero un Ortega Munilla.

•••

Y Salvador Canals, que ha ganado un premio...

veces con la pluma, fuera de concurso, publica también otra revista, *Nuestro Tiempo*. Sea también muy bien venida.

Para todos hay espacio... ó debe haberlo. La España moderna, que, aunque entienda en sí, siempre me ha merecido justos elogios, tendrá una noble emulación, no otra cosa, en *La Lectura* y en *Nuestro Tiempo*, que tendrán otro estilo.

¡A vencer todos, ante el gran Jurado del público!

CLARIN

PALIQUE

Me he abstenido de mandar «Paliques» a) HERALDO, durante muchos días, por temor de que... no hubiera donde ponerlos. Se nos olvida damascado a los pobres periodistas del ramo de los vagos y amenas letras, en cuanto hay sucesos gordos. Se nos declara en huelga forzosa, según la moda inglesa de los *last-outs*, tálada a Gijón por un amigo mío; y, si el paro se prolonga... se comunica al estómago, que es un *horno alto* que no debe apagarle nunca.

Si fuéramos a consultar sólo nuestros merquinos intereses, los periodistas *vagos* y *amenos* (vagos, en el sentido que ustedes saben), desearíamos que nunca sucediera nada de particular, que el país aguantara la reacción como el santo Job... (que, en rigor, no aguantaba a la reacción, pues buenas cosas les decía a los *Beni-Panlos* que vienen a cenocerle), y que dejara al clero regular cometer mil irregularidades.

Nuestros articulitos pacíficos, inofensivos, moviéndose en el *puro terreno de las ideas*, sólo son de paso, mientras no llega el momento de decir, con Byron y Núñez de Arce:

Lira, déjame en paz, venga una espada, d por lo menos, venga una paladilla de acero para romper un *farol*... enemigo de las luces... *eléctricas*.

«Claro está que cuando habla el pueblo y hay que dar cuenta de sus manifestaciones callejeras, no hay espacio ni humor para oír nuestras anodinas lucubraciones literarias. Hay que suspenderlas...

Pero lo peor es que, como no se publican, claro, no se cobran.

Por eso conviene, ó nos conviene, que los días críticos sean pocos; que el estado de alarma no se prolongue, y que la buena causa triunfe luego.

Además, con este estado de cosas no padecemos sólo los periodistas literarios.

También padecen los pobres frailes, que están con la espalda abierta y con el convento cerrado.

Porque, lo que dirán ellos:

— Señores, ¡somos lícitos ó no somos lícitos? Si no lo somos, cobenamos ustedes y sabremos a qué atenernos; pero si tenemos derecho a nuestras gollerías, también lo tenemos a nuestras vidrieras.

Yo opino que, así como los alemanes llevaban en la guerra con Francia de 1871 el mapa del territorio que iban conquistando, para orientarse, nuestros hombres de letra debieran tener un documento en que constaran las diferentes clases de órdenes religiosas, para no confundir y no hacer que paguen justos por pecadores.

Hay comunidades cuya inocencia es evidente, cuyas obras de caridad y alejamiento de todo fin político no ignora nadie.

Los malos son los regulares, que hacen competencia al sistema constitucional y a los ultramarinos.

Malo es un jesuita que penetra en el fondo de nuestro espíritu y nos roba la libertad.

¡Pero ojo también a ese fraile, que son de chocolate mostrenco, digámoslo así, y asegura en un anuncio que sin el guayaquil de su convento, no es probable la salvación, ni fieli evitar las muertes repentinas!

Mucho se habló antaño contra el trabajo de los presidios, que hacía una competencia artificialmente ventajosa al trabajo ordinario.

Pues ahora se protesta sobre los frailes demasiado industriales que ganan la gloria eterna vendiendo géneros protegidos.

San Francisco labró una copa de madera primorosamente; gastó de su obra; pero luego, creyendo pecado tal delectación de artista, destruyó su trabajo y se dedicó a cincelar almas para Cristo solamente.

Nuestros frailes de ahora no sólo fabrican la copa, sino el licor que se ocha en ella.

Los benedictinos que con ella hicieron el renacimiento de las letras a modo de candil, ahora hacen... bebidas alcohólicas, que son, en definitiva, veneno.

Cuando se habla de ciertos alérgicos, regulares unos y otros no, no hay que pensar que se trata de nada que tenga que ver con la religión.

Hay fanáticos, hay hipócritas, que pueden parecer religiosos.

Pero hay muchos que, con toda desfachatez, dejan ver a la legua que lo que menos les importa a ellos es Dios; que quieren el culto como un arma, una dominación, un resorte temporal, para adquirir poder, gozos terrenales.

Estos, que abundan, que pululan por esos calles, generalmente tienen las señas personales del alérgico de Tiro:

Luto, grave, castileño,
mala de ventiduro,
el cuello torcido a un lado.

No son más que vagos con bula.

Pues que no los salve ni la bula.

Holgazanes autorizados por un breve... (trácese!)

Pues lo más breve es ponerlos a trabajar en cosas de substancia.

¿Qué tiene que ver Cristo con esa gente?

¿Qué tiene que ver el problema religioso con este problema de higiene social?

¿Cuántos clerezos de esos no verán ustedes por Madrid!

Tres o cuatro de ellos, una noche, en la calle de Preciados, me reconocieron a mí, y... desde la acera opuesta... me echaron un perro. Histórico; y de lanas. Conque... Lira, déjame en paz, venga... cualquier cosa!

CLARIN.

691 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.754, 22 febrero, 1901.

Palique.

No han armado mal zipizape varios colegas de Méjico, por causa de unas humildes palabras de un Palique de Madrid Cómico.

Periódicos escritos por españoles disputan con otros americanos y traen y llevan algunos rengiones en que yo, en el tono propio de estos articuleros, me quejaba del carácter material á interesado que algunos quieren dar al intento, en el nobilísimo, de estrechar las relaciones de España con América.

Yo no tengo la culpa de que la mala intención haya querido aprovechar mi modesta prosa dándola un sentido general que, no tiene.

Si yo hablaba de los choriceros que querían colocar sus chorizos de cemento armado en América, y que para esto pedían la fraternidad hispano-americana, es claro que no aludía á los que en Méjico comercian en embutidos, sino á los que aquí, en la madre España, nos llenan el estómago de mamposería.

Sobran, pues, todas esas protestas y censuras de los comerciantes y periodistas españoles residentes en Méjico. No va con ellos, ni con ningún español de los que viven en América (excluyendo á Cuba) nada de lo que he dicho.

Ignoro qué parte han podido tomar esos señores en el Congreso hispano-americano, y qué proposiciones hayan podido presentar respecto de nuestro comercio con América. De quien yo hablaba era de los cucos de por acá, gente de pura materia, que no ven en todo lezo con las antiguas colonias más que un medio de madre personal. Hablaba de los que aquí nos dan gato por liebre, de los que quieren regenerar el país y nos venden café que no es café, sino madera pintada, chocolate de ladrillo y otras ambrosias así. Y me temía que estos caballeros, que quieren someterlos á un régimen predominantemente mineral, pretendieran extender su comercio á nuestros hermanos de América para darles también una de *café* y otra... de *arena*.

¿Qué tiene esto que ver con los esfuerzos que los españoles residentes en América han hecho en pró de su patria? ¿No es ridículo darse por aludido, nada más que porque se vende chorizos y se es español, cuando es evidente que el escritor habla de otros López, es decir, de otros embutidos y de otros choriceros?

Uno de esos papeles hispano-americanos, hasta se permite censurarme porque ataco al Ministro de Estado español, marqués de Aguilar de Campó.

¡Pues si este señor tuvo la culpa de que yo hablara como hablé!

Por lo mismo que deseo con gran entusiasmo la unión de España y de América, y en este punto soy radical, como he dicho mil veces, aquí y en periódicos de América; por lo mismo, vi con indignación que el representante del Estado, más que por malicia, tal vez por escasa fantasía y frialdad de corazón, hablara con tan mezquino y rastrero criterio de cosa tan grande, no viendo en la gran obra que se iniciaba más que un mercado probable para nuestros productos, algunos de los cuales no son lo que parecen.

Es lástima que algunos apreciables compatriotas que viven en Méjico se apresuren á juzgar de ligero palabras que, no por dichas en tono de broma, dejan de estar medidas.

De las mismas maquinias del ministro, hablé con toda intención, porque me disgustaron sus discursos del Congreso, donde la representación oficial española no estuvo á la altura del espíritu que inspiraba la noble empresa.

De los *choriceros* de por acá, á muchos de los cuales podría señalar con el dedo, dije también lo que tenía muy pensado.

De los fabricantes de embutidos de Méjico, de nacionalidad española, nada bueno ni malo quise decir, porque ni siquiera sospechaba su existencia.

Si hay periódicos mejicanos enemigos de la unión de América con España, que mucho lo sentiré, en esos pueden, los españoles que escriben en Méjico y allí fabrican embutidos, demostrarlo, sin censurarme injustamente á mí, que arguye malicia, ó dura minerva, de generalizar mis juicios hasta el punto de sacar de ellos la reprobación de todo el intento, perseguido en el Congreso hispano-americano.

Por no ver á unos pocos á la altura de cosa tan grande y noble, como es la idea que inspiró ese movimiento, fué por lo que yo escribí tales censuras.

Resumen, que no soy yo mal español, ni enemigo de los españoles que viven en América.

Sino que los que son un poco ligeros son ciertos escritores residentes en Méjico, españoles y fabricantes de embutidos, que supongo desde luego procedentes, no de un derribo, como muchos de aquí, sino de las más auténticas matanzas de los señores de la *Corda*.

CEARIN



693 Miniatura de la página

PALIQUE

He leído que en Sevilla se va á prohibir á los niños jugar por calles y plazuelas.

¡Eso, eso!

Si quieren los niños jugar... que se vayan á los garitos y Circulos de recreo.

Que es donde juegan las personas mayores.

*

¿Por qué prohibirán á los niños jugar por las calles?

¿Porque estorban á los transeuntes que van á sus negocios?

Hay que ver primero quién estorba á quién.

¿Que las personas formales van á sus negocios?

Y los niños están al suyo.

Que es divertirse, correr, respirar aire libre, desarrollarse.

Si comparamos con este gran negocio la mayor parte de los que hacen ir ó venir á la gente por la vía pública, veremos qué cosas habrá tan importantes como el que los chicos puedan jugar á sus anchas.

*

¿De qué se queja D. Marcos, el activo corredor? ¿De que los chicos de la plazuela no le dejan correr; de que el otro día estaban jugando al toro, y, al pasar él, le pusieron dos banderillas?

¿Y de eso se queja?

¿No ve que las banderillas eran un aviso del cielo y le decían:

—¿Duermes, Bruto?

*

Allí va D. Macario. ¡Qué prisa lleva! Los chicos se le meten entre las piernas; quiere matar á uno. ¿Por culpa de ellos *no va á llegar á tiempo!* ¿Adónde? ¿A qué? A la cita que le ha dado la esposa de D. Marcos.

¡Zas! De pronto, un pelotazo. Un ojo fuera, ó, por lo menos, colgando. Mejor. Ya le meterá. En cambio, no ha consumado su crimen; no ha habido adulterio. En la cama, curándose el ojo, D. Macario ha tenido ocasión de ver las cosas mejor; lo cual prueba que no era nada lo del ojo.

Ha visto que la mujer del prójimo debe ser respetada, y que, á más, Dios castiga sin palo ni piedra: con un pelotazo.

*

Ya lo decía un guardia municipal:

«Dejad á los niños que vongan á mí.»

Si la Policía no se entretiene en perseguir á palos á los chicos de la calle, ¿cómo va á justificar el sueldo y á matar sus horas de ocio, que con todas las del día?

*

No me encerréis en estufas al hijo del pueblo.

A ese le educa el sol, no el P. Montaña.

CLARIN.

PALIQUE

(RETRASADO POR LAS NIEVES)

Se ha hablado de original para dos tomos de versos que había dejado Campoamor, y de disposiciones testamentarias que prohibían su publicación.

Después se rectificó esta noticia, diciendo que el Sr. Colorado, mi simpático amigo, sabía que no había tal original inédito; que sólo se trataba de varios versos sueltos, composiciones breves, que ya se habían publicado en periódicos y revistas, pero no en ninguna colección, ni en libro.

De todas maneras, el asunto es delicado. Publicar libros póstumos de Campoamor, que él no haya ordenado publicar, es empresa un poco atrevida, y que puede ofrecer ciertos inconvenientes.

Yo no condono en absoluto esa publicación; sólo en vista del original de que se trate podría hablarse con fundamento suficiente.

Vamos a suponer los dos casos que han ocurrido como noticias.

Supongamos, primero, que existe material para dos tomos o uno, material inédito rigurosamente. Y supongamos también que existe la prohibición de Campoamor, antes indicada. Prescindir, desde luego, de esta voluntad del poeta, es más fácil de decir que de hacer. Como *salida*, puede ser graciosa, bizarra, que dicen algunos; pero el atreverse a contrariar un mandato expreso, no es empresa fácil para hombres de conciencia.

Se puede citar el ejemplo clásico de Virgilio, queriendo quemar la Eneida; y los escríptulos célebres del Tasso, y otros muchos tópicos históricos, para animar a la rebeldía al que tuviera que ponerle el cascabel al gato.

Pero eso no basta. Hay que examinar bien el caso presente. Hay que conocer la calidad del original inédito, y las causas de la prohibición.

Si, lo que no es probable, la prohibición se fundara en escríptulos de carácter religioso, sugeridos a última hora, ó poco antes, en el ánimo de Campoamor enfermo, tal vez moribundo; yo acaso me atrevería á aconsejar que se tuvieran también en cuenta otros intereses muy respetables, y que se prescindiera de todo lo que pudiese ser obra de capelana coacción, entre moral y física.

Pero si Campoamor había prohibido la publicación de ese original por razones de arte, por su propio renombre, por no creer digno de un mero lo que dejaba inédito, había que mirarse mucho más, para atreverse á prescindir de sus órdenes. Ana en este supuesto, podía ser útil al arte español prescindir de la modestia y de los escríptulos literarios del autor, si en efecto, á juicio de peritos, lo que de-

jaba el poeta inédito podía ponerse al lado de sus obras consagradas por la fama.

Lo más probable es que no haya tal prohibición... ni original inédito para uno ó dos tomos.

Porque, en cambio, muy verosímil que existan no pocos versos de Campoamor, poesías cortas de verso de ser, solo publicados hasta ahora en periódicos, ó hechos para algún album ó álbum.

¿Se debía hacer un libro con todo ello, si en efecto lo hay?

Los peritos que lo hayan visto podrán decirlo.

Se necesita, para ser perito en cosas como estas, cualidades difíciles de reunir. Primero, hace falta buen gusto original. Esto lo tienen muy pocos. Críticos célebres lo habían, sobre todo del ramo de esculturas, que nunca han necesitado haber no del buen gusto original... me lo tenían. Hablar de Homero, de Dante, de Shakespeare, de Calderón. Bien se puede, siendo un sabio, aunque no se tenga gusto original. El juicio lo da hecho, en general, la historia.

Clasificar las obras conocidas, consagradas por la fama, de un autor moderno, tampoco es tan difícil, sobre todo si se quiere ser *católico* en el juicio. *Católico*, es decir, decidido en favor de la idea media predominante (que esto significa primero *católico* y no *universal*, como suele decirse).

Aquí tratándose de Campoamor, el juicio fácil, por corriente, por predominante, pero que no necesita ser original, consiste, respecto de sus obras conocidas, célebres, en preferir las dolores. El poeta de las *dolores*, dice casi todo el mundo. Siguen á estas en el *aprecio público* los pequeños poemas; se habla mucho, porque fueron el último género, ó lo que sea, por el contrivido, de las humoradas. De los libros primeros de versos se habla poco, porque aparte de determinadas composiciones, no son muy leídas; de las excelentes *Fábulas*, las más no saben; el *Códis* no se juzga, porque no se lee; y el *drama universal* muchos lo juzgan sin haberlo leído tampoco, y lo dejan para lo último. No; lo último es el teatro, que se mira, así, en montón, como género nada á propósito para la masa de Campoamor. Con tales tópicos críticos, en que algo habría que enmendar, no es difícil ordenar y clasificar la obra, conocida, de Campoamor.

Pero ¿y esos versos ó inéditos ó conocidos de pocos? Esos exigen, para ser juzgados, un gusto espontáneo, un gusto original.

No lo tenían, sin duda alguna, las mal aconsejadas ó mal inspiradas personas, por ejemplo, que publicaron los versos póstumos del autor de *El Escudado*.

Alarcón, como muchos literatos de su época, hacía á veces, por broma, versitos malos, para andar por casa. Y los amigos *incautos* de su masa, esos terribles admiradores que son partidarios de un poeta como lo era Nadas del progresismo, siguiéndole hasta *en sus errores*, le hicieron á Alarcón un fiasco serio publicando sus versos inéditos, que eran completamente anodinos, triviales, ridículos á veces. Alarcón, por desahogar, por broma, como hace cualquiera, aunque sea un genio, había hecho *aleluyas*, como en Carnaval se viste uno de mamarracho, cuando la edad y el humor lo consienten. Nada más legítimo y nada más ajeno á la literatura. Pero Alarcón tuvo la desgracia de que personas sin gusto creyeran que aquello valía algo, porque era del autor de *La Aljubarra*.

Campoamor, aunque de la misma época, tenía otras costumbres; no hacía cuartetas para pedir una camisola ó para mandarle á un amigo un cajón de cigarrillos. De seguro, entre lo menos importante que D. Ramón haya dejado no hay nada noño, trivial, pedestre, baladí. Pero, como él, hasta hace muy poco tiempo, siguió publicando, ó dejando publicar, libros que iban sacando sus últimas dolores y humoradas, según las iba produciendo, es lo más probable que nada, ó muy poco, de lo que él hubiera querido ver coleccionado, deje de estarlo ya.

Hay que tener en cuenta que, aunque don

Ramón conservó siempre firme la cabeza, si en estos últimos tiempos en que ya no daba nada al público, produjo *Obras sueltas*, poesía fragmentaria, como la llamaban los antiguos escépticos, acaso fuera con ánimo de que no pasara á la posteridad, por lo que pudieran haber influido en ella los achaques fisiológicos de última hora.

En fin, yo confío en que los parientes y amigos, que han de ser quien decida en todo esto, en vez de *carillos que matan* y *excesos de celo*, tendrán prudencia, tacto y la conciencia clara de que es muy importante y delicado su cometido en tan arduo asunto.

Y, mucho cuidado; no hay que dejar que intertengan en el asunto ciertos *tecnicos*, que, oficialmente, podrían parecer llamados á aconsejar en esto, y que son los mismos, creo yo, que andan ya en los papeles públicos hablando, por sí ó por pluma ajena, de si á Campoamor se le debe erigir una estatua ó no.

[Una estatua]

Tal como están las cosas... y las estatuas, yo creo que el problema (1) no debe formularse así:

¿Merced Campoamor la estatua?

Sígo así:

¿Merced la estatua á Campoamor?

Clarín.

PALIQUE

Casos y cosas (de *El Liberal*... si lo quiere): *¿Céden* tiene que escribir una carta al HERALDO. Y pone el sobre: «Señor director del HERALDO, conde de Romanones, 12.» Pero lo borra, diciendo:

—¡Qué cabeza!

Y escribe: «Señor director del HERALDO, ministro de Instrucción pública, 12.»

*

A propósito de ministros.

Mi ilustre amigo el Sr. Moret, por conducto de mi querido compañero Adolfo Posada, me ha hecho el honor de invitarme a tomar parte en las conferencias que han de darse en el Ateneo de Madrid acerca de la organización local en los diferentes países más adelantados.

Yo, agradeciendo mucho al Sr. Moret que se hubiera acordado de mi humilde persona, me he excusado, fundándome en mi falta de especial competencia para el asunto que ha de tratarse.

Y si he de decir la verdad, al inhibirme he sentido una satisfacción interior más pura que la que suelo experimentar cuando no me inhibo y allá voy á dar conferencias para contribuir con mi grano de mostaza, digo, de arena, á la arrastrada regeneración del país.

Claro es que, en general, no es una picardía, sino más bien una buena obra, aunque no sea un arco de iglesia, el andar por ahí *extendiendo* la Universidad y lo que se tercia, como he hecho yo este año, que así he perdido la campanilla á fuerza de discursos.

Pero ¿no pueden entrar por algo la vanidad y el interés propio en esta satisfacción de andar contando por ahí lo poco que uno sabe? Además, cuando uno se decide á dar lecciones, ¿está seguro de hallarse á la altura de su magisterio en el punto que trata?

En cambio, ahora, al inhibirme, al declarar mi falta de especial competencia, estoy seguro de que no se mezcla la vanidad en el asunto, y de que no meto gato por liebre, y de que hago un verdadero servicio al público, dejando el puesto á otro, que de esas cosas habrá más que yo.

*

Meditemos.

Casi todos los que han querido ser regeneradores, ayudar á levantar el espíritu del país, etc., etc., han empezado por *hacer algo*.

Pues, si bien se mira, en gran parte se puede contribuir mejor á la regeneración... *dejando de hacer*.

¡Oh, si muchos españoles *dejaran* de hacer las cosas feas que están haciendo! ¡Si se inhibieran los muchos que mangonean sin competencia!

España no se pierde tanto por lo que no hace, como por lo que hace mal.

No es lo peor que vayamos retrasados, sino que vamos fuera de camino.

Y mucha culpa es de los que no saben ó no quieren inhibirse cuando deben.

La psicología moderna (véase, por ejemplo, al célebre W. James y al insigne Dr. and de Groe) ha estudiado la inhibición

en nuestras facultades, y el papel capital que representa en la vida psíquica ordenada, equilibrada. Crimen, locura, son, en mucho, falta de inhibición.

Y además, ya lo dijo Aristóteles:

«Hay que comprimirse.»

*

Nunca he soñado con ser ministro. Pero sí con que me lo ofrecían.

Y yo... no aceptaba.

—Pero ¡hombre!—me decía el presidente.—¿Por qué no quiere usted?

—Porque no sé bastante para ser ministro.

—Pero usted ¿no es un intelectual? ¿No se pasa usted la vida en su rincón, leyendo y pensando? ¿No es usted hombre de gabinete?...

—Sí, señor, de *gabinetsimo*; tengo el estómago perdido de trabajar con el cerebro; trato yo la cabeza como los pies una bailarina; todo me sabe á letras de molde. Pero no sirvo para ministro, porque no sé bastante.

Si todos los que no saben más que yo supieran *inhibirse*, llegado el caso, y rechazar la cartera...

Ni Sagasta tendría que llevar una lista de ministros á turno par é impar, ni la Administración pública española sería lo que dijo el otro: un *galinientendust-mattas*.

CLARIN.

695 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.781, 21 marzo, 1901.

PALIQUE

El ministro de Instrucción pública, según mis noticias, es muy valiente; y crea ustedes que para hacer algo útil hoy en la enseñanza se necesita un hombre de pelo en pecho.

El Sr. García Alix era un bravo... contra leyes y decretos; en un periquete echaba por tierra medio Alambillas; pero, en llegando a las personas, se alambillaba. Romanones creo que es capaz de atrevase con las personas; y ahí la duda.

No sé si el nuevo ministro hará lo que el anterior, que despreciaba a Clara de una manera atroz, porque no le cabía en la cabeza que en una cosa que se llama Palique se le pudiera proponer nada bueno.

Seguro estoy de que si le preguntaban a García Alix:—Vámonos a ver, ¿quién vale más, Moguel ó Clara?—respondía:—¡Uf! Ni que decir tiene. Vale Moguel cuarenta veces más que Clara.

Y es al revés, claro; valgo yo cuarenta veces más que Moguel. Pero soy mucho menos solemne, y ahí tiene usted.

Romanones, según lo que de él me han dicho, ha de pagarse mucho menos de apariencias; y puede, puede que hasta lea Paliques en sus ratos de ocio.

Por si acaso, de vez en cuando, voy a permitirme decirle algunas ocurrencias referentes a su misión en ese ministerio en que habita ó, por lo menos, donde pasa algunas horas cada día, en compañía de Roquero, a quien no tengo el honor de conocer.

Después, el ministro hará de mis observaciones el caso que le parezca, por ejemplo, caso omiso.

Hay mucha tela cortada, pues aunque no planeo meterme en honduras, ni en grandes reformas, las menudencias prácticas a que pienso referirme son no pocas.

Pero Zamora no se ganó en una hora, y hay más días que longaniza.

Antes de hablar de lo que, en adelante, el ministro debe hacer, a mi juicio, diré algo de lo que ya ha hecho... y dejado de hacer.

Empezó por dejar de hacer... mangas y capirotes con todo lo que encontró ya hecho. Perfectamente. El que haya mucho malo, no es razón para echarlo todo a rodar, de improviso, y levantar otra Ebel sobre las ruinas de cien Babels.

Declaró Romanones que no venía hecho un Moladé, ni bajaba de ningún Sinaí, ni tenía nina Egeria; en fin, que él no era Numa, ni Licurgo, ni Solón, ni Mino, ni Zalenco.

Muy bien hecho. La enseñanza necesita aquí un cambio radical; pero por lo mismo no puede ser cosa que el ministro, á fuerza de decretos, la transformación necesaria.

Una obra nacional, eso ha de ser la transformación de la enseñanza; se necesita: primero, un período de estudio, de gestación reflexiva de la opinión ilustrada, y eso no ha empezado apenas todavía. Se necesita ánimo firme, nacional, de gastar mucho dinero en enseñanza, aunque sea quitando el pan de la boca (de los parásitos). Algunos, por escepticismo parlamentario, no quieren que el asunto sea cosa de las Cortes. Pero no hay más remedio. Si los grandes negocios nacionales no han de ir al Parlamento, por miedo á sus corruptions, estamos perdidos. En las Cortes se trata de los presupuestos, de las graves cuestiones de guerra, marina, etc., etc., y allí debe tratarse, con toda amplitud, la gran cuestión de la instrucción pública.

Y en tanto, un buen ministro debe contentarse con ir echando oportunos remedios á la ropa vieja; no convirtiéndola en guirapo á fuerza de titeretas.

Por todo esto, el ministro ha hecho bien en dejar de hacer y acortos.

Después vino la circular defendiendo la libertad de la cátedra. Esto, Inés, ello se alaba...

Pero anda por esas Gacetas una disposición legal en que se manda que se explique en los Institutos la Psicología en sentido espiritualista... y eso debía borrarse; porque está en contradicción con la circular... y con la Constitución.

Yo soy espiritualista; pero no quiero que á ningún filósofo, por ser de segunda enseñanza, se le imponga una doctrina psicológica.

Se dirá que nadie hace caso de esa disposición extravagante... Pero ¡y si algún director ó rector quiere agarrarse á ella para molestar á un catedrático?

Bórrese eso.

Lo de las jubilaciones por razón de la edad, también merece alabanza. No; por tener setenta años no se inutiliza un profesor. Vuelvan, en buen hora, al servicio aquellos que, en efecto, todavía sean útiles para él. Es claro que eran indispensables aclaraciones, creo que ya dadas, para que ningún derecho adquirido con la ley de García Alix padeciera ahora, pues en tal respecto la reforma no podía tener efecto retroactivo.

También se habla de suprimir los exámenes por escrito. Voto que se supriman. Son incongruentes. La enseñanza oral—como debe ser, para ser viva—pide la prueba oral, viva también. Para casos particulares, puede convenir al ejercicio escrito; en general, no.

Además, nuestros estudiantes no aprenden á escribir su lengua en ninguna asignatura del Instituto ni de Facultad.

Además, el examen concluyendo de los trabajos escritos (que muchas veces serían jeroglíficos), es muy molesto y largo... y la mayor parte de los profesores echarán por el estajo. Y si leían sus escritos los mismos alumnos... nadie atendería á la tercera ó cuarta lectura. Es probado.

Pero otra cosa urgente hay en materia de exámenes, de que no he visto que nadie se haya acordado.

Me refiero al doble examen necesario para obtener notas de sobresaliente y notable.

Si ya un examen sólo se abrevia y realiza á fórmula por los más, ¿qué sería el doble examen! Aburrimiento inútil. El profesor recto y que conope á sus discipu-

los puede juzgarlos desde la primera prueba. Además, la modestia, en el sistema de Alix, quitaría muchas notas.

Y basta por hoy. Quedo en el uso de la palabra, por haber pasado los reglamentos reglamentarios.

CLARIN.

696 Heraldo de Madrid (Madrid), n. 3.794, 3 abril, 1901

PALIQUE

En este mismo periódico, no hace muchos días, mi amigo y maestro el Sr. González Serrano pedía al menor de Camposamor en la Academia que se procurase que en la nueva edición del Diccionario — que ha de tardar un poco — se admitiera la palabra *dolera*.

Observa González Serrano que en la última edición (y menos en las anteriores, añade) no aparece esa palabra.

Nadie me gana en admiración y cariño a B. Ramón Camposamor, espejo de padre espiritual, amigo epistolario, a quien tantos favores y atenciones debo desde que nos conocimos. Si yo mandara en el Diccionario, en él entraría la palabra *dolera*... pero no como pide que entre mi ilustre amigo.

Porque González Serrano quiere que se considere como nuevo género literario creado por Camposamor; y en tal concepto, según él, habría que definir el vocablo. Confirma esta interpretación de esa palabra lo que sucede al pretender que en los tratados de poética se empezara la *dolera*.

Quiero decir todo esto, que para mi amigo el notable filólogo, puede haber más *doleras* que las de Camposamor, y en la *dolera* un género nuevo, en efecto, bien definido, con caracteres peculiares fáciles de señalar, ó por lo menos, ya determinados á estas horas por el guiso, aunque no haya sido oficialmente.

Siempre he sostenido lo contrario; de modo que, al oponerme ahora á lo que González Serrano pide, no meastro afán de oposición, si no que mantengo opiniones muy antiguas y algo modificadas.

Es claro que al pensar de otro modo al filólogo ilustre, tampoco he tenido para qué acordarme de que otros creían lo que creían.

Cada cual con su opinión, como dijo el célebre.

Mucho se escribió, antes, acerca de si la *dolera*, en efecto, era un género nuevo, objeto de, por decirlo así, (mal y pronto) ó si no era más que un título sonoro que Camposamor había querido dar á muchos de sus poemas. Se dijeron algunas cosas ingenuas con tal motivo; como así siempre, lo que dijeron esas cosas ingenuas fueron los escritores de ingenio; los tontos ó cuasi tontos, más ó menos felices, los acos y sin fantasía, aunque fueran cretinos, no dijeron más que vulgaridades desahucadas.

Al mismo Camposamor, defendiendo el género, dijo muchas cosas y demostró habilidad dialéctica y de estilo; Valera, creo que aún al decir la *dolera*... para todos, también, si no me acuerdo mal, escribió mil cosas; y otros escritores, escritores medianos y beneméritos milaneses, digamos de lo lindo, con más ó menos acierto en la crítica.

697 La Correspondencia de España
(Madrid, n.º 15.785, 24 abril, 1901.



697 Miniatura de la página.

Uno de los más grandes proleptos de tales disertaciones, cuando escribía las mías, fueron las *doleras a cachegas* que publicó, y así valió, el general Ros de Olano. Este señor, á quien se debe, creo, una cosa muy elegante, el ras de nuestro ejército y otra mucha cosas graciosas, el prólogo de *El dolero* de El dolero, de de Espinosa, creyó que la *dolera* sí era género, pero que debía dividirse por regiones. Y él salió por *dolera*... manchegas.

Cuando algunos jóvenes, mal aconsejados, escribieron versos imitando á Camposamor, escribí que parecieran *doleras*... que no eran *doleras*... porque no eran de Camposamor. Ni cuando más cerca estuvo la opinión de admitir la *dolera* como género, escribí *dolera*... ningún poeta de mérito, á no ser el inventor. Hoy no las escribe nadie. Nadie, á menos que González Serrano que se enseñará? No; no es probable que lo crea. Un poeta de mérito, original, fuerte, que pueda admirar mucho á Camposamor, y estudiarle á inspirarse en él, relativamente, no escribirá, sin embargo, poemas que titule *dolera*.

Este argumento histórico tal vez debiera bastar para desochar el pensamiento de que léxicos y poéticos admitan la *dolera* como género que puede cultivar cualquiera que, en efecto, cultivara, cultivan y cultivarán muchos.

Si no ha de haber más *doleras*, ¿para qué poner la palabra en el diccionario, como nuevo género?

No; no es género de rima, de combinación métrica, como la espelunca, que puede admitir cualquiera, el más original.

No es género fundado en lo que se funda la división de lo épico, de lo lírico y de lo dramático; ni en lo que se funda las subdivisiones de estos modos poéticos. No es género impersonal, histórico, cultivado por una escuela, ó engendrado por un grupo social, por una determinada esfera de actividad. No es más que un nombre, caprichoso en su forma derivada, que no significa nada de lo que arbitrariamente se ha querido señalar como característico y privativo de su correspondiente género.

Dolera parece que había de ser cosa de dolor... en forma extraña, poseía un adjetivo, sino de un sustantivo, imposible. Pues no; la *dolera* no es elegancia necesariamente, la *dolera* no necesita ser *dolerosa* ni *dolorida*. Mucho más, en efecto, no lo es. La *dolera* no es un pensamiento ó un sentimiento poético aprendiendo en forma derivada; pero muchísimas *doleras* nada tienen de dramáticas, si aun admitiendo el sentido lato en que hay que emplear la palabra para que sean dramáticas algunas *doleras*. Y si fuera eso la *dolera*, ¿por qué llamarla así? No, pero no es eso. Hay *doleras* de todo linaje; si suele predominar en ellas lo psicológico y en lo psicológico lo intelectual, reflexionando lo estético muchas veces; si lo que menos se ve en las *doleras* es su *lateral*, todo ello es propio del género de Camposamor, no característico de la *dolera*.

Si Camposamor hubiera querido llamar *dolera* á varias poesías suyas que no lo son, nadie hubiera conculcado la *falacia* (7). Si muchas de sus *doleras* fueran unidas con otras poesías sin tal nombre, ¿qué sería el linaje que dijera: ojo, que éstas son *doleras*?

¿Quién encuentra el rasgo característico común de la *dolera* en *El café* comparado con *Los dos viduos*?

Y sin embargo, la palabra *dolera* debe figurar en el Diccionario. Como se debe hablar de la *dolera* en las clases... de historia literaria española.

Como el Diccionario no habla de la *moneda* de Leibnitz y de la *monología*, debe hablar de la *dolera* de Camposamor.

Porque la palabra es clara que es ya española y queda y quedará... como el nombre y los versos de Camposamor.

Mientras se lean las *doleras*, y hay para rato, la *dolera* es y será una palabra que debe estar en el Diccionario.

Y más se honra al poeta admitiéndola en el sentido que yo digo.

Y, sobre todo, se honra más á la verdad, á mi ver.

Y además, se viene á decir: *Nadie las usaba...*

Clarín.

PALIQUE

¡Bravo, Sr. Romanones! ¡Qué digo Romanones, Romanos! Porque vale usted por dos. Sin embargo, hombres valientes como usted suelen estar de nubes.

En general, ¡bravo!

Me refiero al decreto de exámenes.

Así se hace; se va arreglando lo que se puede, y la obra magna se deja... para más señas, para todo el país que quiera ocuparse en lo que le importa.

Y ya se sabe: cuando se toque a reformar de firme... ha de ser con dinero. Con fe en la instrucción... y mucho dinero.

Pero, por ahora, en el *interín*, como ya no dice ni *La Epoca*, remiéndos y medias suelas.

Nada de entrar en las leyes de enseñanza pública como un caballo desbocado en una cacharrería, frase atribuida al señor Maura hablando de otro ministro que rompió muchos platos... y nada entre dos platos.

Muy bien declarar voluntaria la cátedra de Religión. Eso sí; el que la quiera, que la estudie con formalidad.

Pero esto de que sea voluntaria porque ensenchen esa cátedra varios curules y se entienda por religión la del Estado (que, por supuesto, no puede tener religión; como no la puede tener una catedral ni una pieza de música, aunque sea un *Te-Deum*).

Cuando venga la gran reforma, la Religión no debe ser voluntaria. Pero ni la han de enseñar, por fuerza, ouras, ni ha de ser la Religión entendida en el sentido de una confesión determinada. La filosofía y la historia, aunque sea de modo elemental, de la Religión, importa a todos; como la ciencia filosófica y la histórica del Derecho, de la Economía, del Arte, de la Ciencia, etc., etc.

Cuando todos estudien Religión, como se debe, hasta los *ácratas* de paño burdo dirán menos majaderías al defender el *libre jay pobrel pensamiento*. Ahora, después de leer un ataque de uno de esos ateos en libertad, a la Religión, dan ganas de meterse monja.

Don Juan Valera, analizando, hace tiempo, en una revista norteamericana, cierto folleto mío en defensa de la enseñanza religiosa (independiente, imparcial), encontraba difícil dar con el contenido propio de una asignatura de Religión que no fuera ni católica, ni budista, ni protestante, etcétera.

Guyau, el malogrado pensador, tan simpático, reconociendo la necesidad de la enseñanza religiosa, indicaba ya algo para la solución de esta dificultad.

Yo, humilde estudiante, me comprometo a trazar las líneas generales de un programa de enseñanza religiosa (filosófica e histórica) que sólo pudieran rechazar los intransigentes de los partidos extremos: los sacerdotales tradicionales y los nuevos seminaristas al revés del ateísmo libertario.

Todos esos que dicen que «la religión la enseña la madre en el hogar», confunden las cosas. La madre inspira la fe, educa el sentimiento; pero no enseña la historia pragmática religiosa, ni la vida psicológica y sociológica de la religiosidad, ni otras muchas cosas que debemos saber todas.

¡Si Zola hubiese estudiado bien la Religión, en su historia y en su filosofía, no creería, en su *Trabajo* (admirable, por lo demás), matar a Dios matando a un pobre cura bajo los escombros de una iglesia! Los dioses que mata Zola ya estaban enterados hace mucho tiempo...

Pero, en fin, por ahora, y mientras la religión que se enseña sea la oficial, bueno es—¡lo único constitucional!—que no sea cátedra obligatoria.

Bueno, pues vuelvo a quedar en el uso de la palabra.

CLARIN.

PALIQUE

—¡Romualdo!, oye... Es inútil que me presentes objeciones, óbicos u obstáculos... Sé lo que vas a decir: que todo se sabe, que un huevo cuesta un duro.

—¡Qué desagraciado!... Un duro un huevo... Ni que fuera el huevo de Colón...

—No se dice desagraciado, se dice... hipócrita... Y además, el huevo de Colón no era un huevo del otro jueves... Mira, Romualdo, to he dicho mil veces que debías ilustrarte algo, leer... No lees nada... Fíjate que eres la espasa de un escritor modernista...

—Pero, ¿se puede saber para qué me llamabas?

—Sí, ¿tú te fijas de la nueva cocinera?

—Por ahora no he notado que sea...

—No se eso. Es que tenemos que dar un banquete. Digo mal, tenía que darme un banquete, y si esa chica ha de ponernos en ridículo, es preferible mandar por todo a la fonda... ¿Ir a la fonda?

—¡Un banquete! ¡A santo de qué!

—A santo del *Soles azul*.

—¿Y qué es eso?

—El libro que acabo de imprimir. Poema en prosa poética y verso refractario.

—Como los ladrillos.

—¡No! ¡No! Refractario, porque rompe con las reglas pueriles de la poesía caduca... Fíjate... Los de mi escuela, escribiendo y hablando, despreciaban la eufonía y buscamos la cacofonía.

—¿Y cómo dices que se llama eso?

—El *soles azul*... Fíjate... Título incongruente y cacofónico... *La... aa...* ¡Para que rabie la crítica burguesa!

—Chico, yo creo que sería mejor *El solf azul*.

—Pero mujer! *soles* significa rearco, entranamiento... y de ahí *sof*...

—Bueno; pero un *sof* puede ser azul, y un entranamiento, no.

—Pero, ¿y la incongruencia que se busca?

—¿Y qué mayor chasco para la crítica que llamarlo el libro *El solf* y luego no encontrar dónde sentarse?

—Mira, no me vengas con chistes! ¡El chiste es *álavico*! Eres una física insoportable... ¡Romualdo!

—[No reconoces en ti mi sangre]

—Pero, hombre, si no la tengo...

—¿Es verdad? Me vuelvo loco. Yo te confundía con mi hija.

—¿Cómo con tu hija! ¡Qué hija es esa! ¡A ver, a ver! ¡Dios mío, una hija de contrabando!... ¿Algún *sol* *azul* de tus verdes años, ahí?

—No, no! ¡Mil veces no! ¡No soy criptógamo!

—Ya lo sé; eres modernista...; pero eso no tiene que ver...

—Mujer... ¡patruces al Verbo! Tienes un léxico tan reducido, que de diez palabras no entiendes veinte siquiera. Criptógamo; es decir, de bodas ocultas; que no ando en tapujos, quiero decir; que soy fanático, como tú...

—¿Qué soy yo? ¡Qué tienes tú que decir de mí!

—Eres... ¡una hembra imposible! ¡Has leído las *Mujeres de artistas*, de Daudet?

—No; pero he leído la lista de la lavandera.

—Eso es del método de Abn.

—Mira, Fermín, ya se me ha puesto en la sien el claro... Contigo al que no se puede vivir. Desde que eres *incoherente*, ¡no se dice así!, no eres un marido, eres un barongenal... Vámonos a ver. ¡Para qué me llamabas!

—Para organizar el banquete.

—¿Qué banquete?

—El que me tenía que dar espontáneamente.

—Pero ¿qué?

—Tú, mi suegra, ¡supongo que no se negará, mi cuñado, tu primo Andrés y el novio de su hija... En fin, mis parientes, mis amigos... que de ese modo celebran el triunfo del *Soles azul*. No hay otro modo de hacer el artículo. Mira, lee ese suelto: «Al Sr. Estrechín le han dado un banquete sus numerosos amigos para celebrar el gran éxito de su novela *Las osadas*, en que se pinta con tanta valentía todo lo que sucede en ciertos interiores del calijón del Gato...»

CLARIN.

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAS, ENTIDADES Y TÍTULOS

CONTENIDOS EN LOS EPÍGRAFES (PÁGINAS 23 A 34) DE LOS *Paliques*

(Remiten al número del documento. Ha sido respetada la grafía publicada, salvo en caso de evidente errata tipográfica)

- A El Siglo Futuro 62
 A la parietaria a ó d la parietaria b 286
 A San Juan de la Cruz 324
 Abajo los judíos 542
 Abarruzza, B. 404
 "El Abuelo" 534
 "El Abuelo, Conclusión" 535
 Academia Española
 Véase Real Academia Española
 Academia de Bellas Artes
 Véase Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
 Academia de Ciencias
 Véase Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales
 Academia de la Historia
 Véase Real Academia de la Historia
 Académicas 539
 Académicos en cuadrilla 483
 Acebal, F. 690
 El Adalid 176
 Adán y Eva 396
 Agius, J. 549, 552, 554
 Agua, azucarillos y aguardiente 498
 Agua turbia 638
 Aguilar de Campoo, Marqués de
 Véase García Sancho, V., Marqués de Aguilar de Campoo
 Aguinaldo, E. 565
 L'Aiglon 638
 Aires murcianos 597
 Al señor Don Ricardo de la Vega 44
 Alarcón, P. A. de 42, 166, 167, 183, 316, 592, 694
 Alcalde de Zafra, J. 614, 615
 Aldeguer, J.
 Véase García Aldeguer, J.
 Alegrías 638
 Alexandre, M. 320
 Alfonso, L. 183, 146, 290
 Alfonso XII, Rey de España 32, 33, 34, 180, 181
 Alfonso XIII, Rey de España 566
 Algo de historia 557
 Allendesalazar
 Véase Allende Salazar, M.
 Allende Salazar, M. 659
 El alma castellana 651
 Un alma de Dios 557
 Almanaque de la Ilustración Española y Americana 133, 619
 "Almaviva"
 Véase Escobar Ramírez, A.
 Almenas, Conde de las
 Véase Palacio F. J., Conde de las Almenas
 Alonso Martínez, M. 240
 Alonso y Orera, E. 241
 Altamira, R. 563
 Alvarez, M. 439, 512
 Alvarez de Toledo, J., Conde de Xiquena 218
 Alvarez Quintero, J. y S. 503, 585
 Amat, J. 90
 Los amateurs 371
 El amigo manso 125
 Angel Guerra 283
 Ansorena, L. de 242, 244, 245
 Antología de poetas líricos castellanos 259
 El Año Teatral 430, 431, 433
 Los Años, 341
 Apolo en Apolo 523
 Aquino, T. de 388
 Aquino Cabrera, F. 637
 Araujo, E. 644
 El Archimillonario 184
 Archivo de Simancas 131
 Arenal, C. 288, 299
 Arimón, J. 359, 361, 362, 367, 434, 498
 Armas y Céspedes, F. de 43
 Arpe, C. J. de 293, 298
 Arrazola, E. 656
 Arzobispo de Toledo
 Véase Moreno y Maisonnave, J. L., Cardenal Arzobispo de Toledo
 Arrando 383
 Ateneo, Velada literaria: Fray Juan, poema del sistema decimal por el Sr. Velarde 41
 Ateneo de Madrid I, 41, 68, 85, 87, 91, 109, 116, 120, 219, 277, 327, 328, 333, 358, 359, 436, 453, 551, 587, 695
 Ayot, D' M. L.
 Véase Lorenzo de Ayot, M.
 Aza, V. 241, 294, 395, 448
 "El Bachiller Francisco de Estepa" 483
 Bagatelas 448
 Bahr, H. 360
 Bailén, Duque de
 Véase Carandolet, E. de, Duque de Bailén
 Balaguer, V. 68, 116, 120, 131, 304, 451
 Balart, F. 255, 270, 299, 351, 391, 446, 448, 652, 653
 Balsa de la Vega, R. 359, 362, 364, 365
 Ballesteros, C. 640
 Barali, R. de 344, 348
 Barbadro 548
 Barcaiztegui, Crucero 374
 Bardón 496
 Bardón, L. 495, 496, 497
 Bargossi, A. 132
 Barinaga (Juez de Villaviciosa) 577
 Barrantes, V. 233, 271
 Barrido 403
 Becerro de Bengoa, M. 411, 476
 Benavente, J. 489, 564, 569, 622, 640
 Benthams, J. 378
 Bernhardt, S. 105, 106
 Bibliografía colombiana 353
 Biblioteca Mignon 597
 Biblioteca Nacional (España) 153
 Biedma, P. 295
 Béis Club 148
 Bismark, O. 21, 174
 Blanco García, F. 314, 315, 322, 325, 327, 341, 361
 Blasco, E. 13, 50, 360, 422, 528
 Blasco Ibáñez, V. 684
 Bobadilla, E. 224, 318, 321, 323
 Bofill, P. 209, 332
 Borbón, Paz de, Infanta de España 120
 Borbón y de Austria-Este, Carlos de, Duque de Madrid 437, 458, 559
 Bosch, A. 130, 315, 511
 Bosch, P. 120
 Bosch y Fustegueras, A. 251
 Boulanger, J. E. 309
 Bourget, P. 226
 Brañas, A. 606
 Brón, T. 627
 Brón de los Herreros, M. 444, 453
 Broceta, J. 358
 (Broma de carnaval retrasado por las nieves) 210
 Burell, J. 353, 556
 Busto, L. 589
 C.R.R. de E.V. 262
 Calderón, A. 474
 Calderón de la Barca, P. 40, 61, 66, 339, 434, 530
 Calínez 456, 458, 461, 483, 484, 511
 Lako, L. 140

- Calvo, R. 36, 333
Calvo y Muñoz, F. 247
Cámara, A. 17
Cámara, M. M. 601
Cámara, T., Obispo de Salamanca 453, 460
Cámaras de Comercio 591
Campillo, N. 413
Campo Arana, J. 77
Campoamor, R. de 2, 13, 55, 75, 77, 81, 89, 110, 165, 185, 238, 242, 244, 245, 287, 446, 448, 688, 694, 697
Canciller alemán
 Véase Bismarck, O.
Canals, S. 433, 544
Candau, F. de P. 39
Candilejas 318
Cano, L. 298
Canónigo Penitenciario de Toledo
 Véase Fernández Valbuena, R.,
Canónigo Penitenciario de Toledo
Cánovas y las letras 589
Cánovas del Castillo, A. 21, 37, 39, 87, 129, 130, 131, 132, 165, 182, 205, 216, 219, 233, 237, 266, 277, 287, 339, 342, 400, 455, 471, 508, 509, 510, 511, 589, 689
Cantos 336
Cañamaque, F. 153
Cañaveral, J. 283
Cañete, M. 18, 164, 201, 216
"Caramanchel"
 Véase Catarine, R. J.
Carandolet E. de, Duque de Bailén 24
Cardenal Moreno
 Véase Moreno y Maisonnave, J. I.,
Cardenal Arzobispo de Toledo
Cárdenas, J. de 404
Cartas Americanas 229, 252
Cartel, de desafío 234
Cartilla Huasteca 320
Carulla, J. M. 304
Carvajal, J. 326
Carracido
 Véase Rodríguez Carracido, J.
Carretero, T. 676
Cassola, M. 247
Castel, C., Marqués de Vadillo 427
Castelar, E. 17, 55, 183, 220, 341, 342, 446, 501, 512, 564, 605
Castro y Serrano, J. 390
Catalina, M. 25, 219, 590
Catarine, R. J. 675, 678, 679
La cédula de Bardón 497
Cavestany, J. A. 104, 128, 289, 678, 679, 686, 687
Cavia, M. de 193, 276, 291, 311, 365, 398, 523, 625, 685
Celebridades contemporáneas 210
Centro del Ejército y la Armada 333
Cepeda
 Véase Rodríguez Cepeda, R.,
El certamen de El Imparcial 157
Cheste, Conde de
 Véase Pezuela, J. de la, Conde de
Cheste
Chichón, R. 156
Chocano, J. S. 408
Christophe Colon 353
Cilla, R. 610
Cirera, J. 675
"Clarín" 307, 318, 325, 338, 357, 447, 450, 477, 491, 545, 569, 593, 610, 614, 618, 625, 626, 628, 659, 663, 682
"Claudio Frolo"
 Véase López Fernández F.,
Cleopatra 544
Código militar 406
Coello, conde de
 Véase Coello, D. de, Conde de Coello
Coello, D. de, Conde de 424
 (Colaboración inédita) 319, 336
Coll, J. 97
Coll, P.
 Véase Coll J.
Coloma, L. 291
Colorín colorao 563
El Cólico 536
Comillas, marqués de
 Véase López y López, A., Marqués de
Comillas
Concas, V. 379
Los Condenados 355
Congreso Católico Nacional (Burgos, 1889) 601, 606
Congreso de los Diputados
 Véase Cortes Generales, Congreso de
los Diputados
Congreso Filoxérico 130
Congreso Social y Económico Hispano-Americano 672, 680, 681, 692
Conservatorio de Música y Declamación (Madrid) 147
Correa, R. 291
El Correo Español 391
La Correspondencia de España 40, 71, 109, 143, 146, 675
Correspondencia particular 357
Correspondencia particular (imitación del Madrid Cólico) 262
Cortes Generales 70, 79, 187, 407, 566
Cortes Generales, Congreso de los Diputados 407
Cortes Generales, Senado 72
Cortes ordinarias...extraordinarias 394
Cosas de América 229
Covadonga, Barón de
 Véase Valdés, F., Barón de Covadonga
Una Cristiana 259, 260
Croisset, F. 586
"Cualquiera"
 Véase F. Balart
Cuenca, C. L. de 638
Cuento Futuro I 188
Cuento Futuro II 189
Cuento Futuro III 190
Cuentos y chascarrillos andaluces 413
Curro Vargas 592
Cursos Enriquez, M. 298
Cursiones 380
D. Carlos Huero, editor 56
D'Annunzio, G. 546, 669, 681
D'Agot
 Véase Lorenzo de Ayot, M.
Dafnis y Cloe 632
Dante Alighieri 420
Dario, R. 252, 351, 605, 615, 641
De Cantabria 265
De historia y de arte 563
De pión a pión 291
De Ortega Munilla 56
De Roma 600
 (De teatros) 105
Del desastre nacional 638
Delgado, S. 234, 262, 523, 685
El desprecio de la vida...ajena 532
Destrozos literarios 607
Diálogos fantásticos 614
Díaz de la Quintana, A. 500, 503
Díaz de Mendoza, F. 387
Dicenta, J. 278, 280, 284, 395, 404, 437, 440, 527
Diccionario de la Lengua Española, de la R.A.E. 196, 587, 697
Diccionario universal de contemporáneos 384
La Dignidad 37
Dios se ríe... 543
El doctor Angélico y los doctores de todos los diablos 388
"Doctor Thebissen"
 Véase Pardo de Figueroa, M.
El Domingo 8
El don de berrar y el don de errar 69
Don Juan Solo de Ortega Munilla 56
Don Juan Tenorio 76, 78, 613
Don Leonardo 505
Don Leonardo II 509
Donoso Cortés, J. 648
Dorado, P. 460, 493, 494, 499, 642
Dorados 467
Draper, J. W. 17
Dreyfus, A. 545
Duque de Bailén
 Véase Carandolet, E. de, Duque de
Bailén
Duque de Rivas
 Véase Rivas, Saavedra A. de, Duque de

Duque de Tetuán

Véase O'Donnell, C. M. Duque de Tetuán

Durbán, J. 637

Echevaray, J. de 121, 320, 395, 437, 653

Eduardo (?) 607

Eguilaz, L. de 178

Elduayen, J. 421, 574

(Electoral) 11

La elección de Galdós ó el triunfo de la gaceta-
lla 232

"Elele"

Véase Taboada L.

Enciclica papal

Véase León XIII. Papa

Enaida 582

Entre naranjos 684

La Época 109, 146, 147, 181, 198, 254,
309, 310, 331, 341, 386, 387, 391, 396,
399, 400, 401, 405, 449, 643, 682

Epitafio 517

Esby, R. 235

Escalada, M. 195

El esclavo de su culpa 678

Escobar, A. 310, 682

Escobar Ramírez A. 86, 91

Las esculturas de carne 146

La Efigie 65

L'Espresso 658

La España moderna 221, 644

Espejo, M. 470

La Espuma 283

Estévez, J. 43

Estévez, N. 628

Estrada, S. 250, 271

El estreno 525

"Estrechín" 699

Estudios sobre España 229

F. S. P. 111

Fabíe, A. M. 17, 273, 341

Fabra, Agencia Telegráfica 281

Facultad de Derecho de Salamanca

Véase: Universidad de Salamanca.

Facultad de Derecho

Farinelli, A. 589

Fausto 595

Faxort, J. 183

Fe de erratas 397, 454

Feli y Codina, J. 395, 483, 485

El Fénix 30

Fernández, D. 677

Fernández, J. 195

Fernández Bremón, J. 14, 15, 16, 48,

50, 55, 60, 61, 96, 181, 186, 201,

202, 356, 367, 368, 414, 416, 437,

444, 447, 453, 468, 479, 495, 502,

524, 553, 619

Fernández Flores, I. 119, 202, 203, 590

Fernández Grilo, A. 23, 108, 298, 311,

610

Fernández y González, M. 138

Fernández de Moratín, L. 648

Fernández Valbuena, R., Canónigo

Penitenciario de Toledo 472

Fernández Villegas, F. 309, 331, 332,

397, 400

"Fernandor"

Véase Fernández Flores I.

Ferrari, E.

Véase Pérez Ferrari, E.

Ferreiro, U. 5

Feuillet, O. 65

Figueras 149

Figueras, A. de, Conde de Romanones

696, 698

Figulinas 564

Un filibustero literario 431

Fitzmaurice Kelly, J. 578

Floras de escaroba 655

Francisco de Asís, Santo 467

Frasuelo 24

Fray Candil

Véase Bobadilla E.

Frusteras anecdóticas 584

Fuera carotas 143

Fuils de la rida 584

Il Fuoco 669

Gaceta de Madrid 28, 139

Gamazo, G. 145, 228, 416, 580, 581,

664

García Alix, A. 663, 664, 666, 667, 671,

674, 676, 682

García Aldeguez, J. 584

García Cadena P. 83, 100

García de Polavieja, C. 566, 580

García Gutierrez, A. 153

García Ladevesse, E. 304

García Sagastume, B. 500

García Sancho, V., Marqués de Aguilar

de Campoo 692

García Sanz, J. 424

Garcilaso de la Vega 665

La gala de Angola 640

Gavidia, F. 252

Gedón 432, 447, 449, 450, 452, 456,

458, 461, 462, 464

Gener, P. 353, 631

Genio y figura 470, 474

Gente conocida 655

Germinal 642

Gijón, Agosto 373

Gil, R. 270

Gil Blas 89

"Gil Blas de Santillana"

Véase Pey de Ordeix, S.

Goethe, J. W. von 595

Gómez, V. 76

Gómez Carrillo, E. 323

González Gil, L. 525

González, C. 467

González, V. 168

González Serrano, U. 18, 464, 697

Goya, F. de 648

Grandallana, L. 119

Grilo, A.

Véase Fernández Grilo, A.

Guerra, R. 603

La guerra y la Marina 570

Guerrero, M. 274, 275, 278, 387, 529,

530, 583, 585, 654, 675

Guerrero, T. 132

Guillermo II, Emperador de Alemania

279, 515

Gullón, P. 503

"Gustavo, S."

Véase Mane, T.

Gutiérrez, M. 657

Gutiérrez Abascal, J. 356

Gutiérrez de Alba, J. M. 253

Harris, E. 353

Hegel, G. W. F. 17

El Herald de Madrid 577

La Hermana San Sulpicio 226

Hermoso, E. L. 403

La herencia de Wagner 641

Herodiadas 85

Herrera, L. 582

Hierro, C. 56

Historia Natural 579

Historias de la corte celestial 320

History of Spanish Literature 578

Hojarasa 500

Horizontes 446, 448

Hortus inclusus 486

Hugo, V. 465

Huneeus, J. 229

Ibsen, H. 318, 395

Icaza, F. A. 641

La Ilustración Española y Americana 133,

619

Imitación, basta cierto punto, y por una sola

vez, de mi querido amigo Eduardo de

Palacio 243

El Imparcial 12, 108, 157, 195, 333, 386,

411, 435, 462, 575, 590

(Imparcialistas) 12

Incógnitas

Véase Burel, J.

El Independiente 31

Infanta Paz

Véase Borbón, Paz de, Infanta de

España

Insolación 226

Ipandro, I. 38

Los irresponsables 278

Isern, D. 638

Ixart, J. 365

Jiménez, D. 333

Jiménez Delgado, J. J. 192

Jimeno, I. 147

- José (?) 607
 José.- Novela por Armando Palacio Valdés 171
 Jove y Hevia, P. 249
 Jovellanos, M. G. de 303
Joya literaria 526
 Juan de la Cruz, Santo 308
 Juegos Florales de Almería 667
 Juegos Florales de Oviedo 671
 Juegos Florales de Sevilla 647
Justicia 385
La Justicia 281
Justiciero 633
 "Kasabal"
 Véase J. Gutiérrez Abascal
 L'Iniers, A. de 363
La de San Quintín 352
 Labra, R. M. de 512, 513
 Lagartijo 304, 306
 Lagarrigue, J. E. 518
 Larra, M. de 143
 Larra, M. J. de 246
 Lazos eternos 140
La Lectura 690
 Ledesma, E.
 Véase Navarro Ledesma, F.
La leña 40
 León Máinez, R. 51
 León XIII, Papa 240, 467
Ley de Enjuiciamiento Criminal 179
 Lezama, E. 255
El Liberal 391, 422, 498, 524, 626, 627, 629
La Libertad 281
 Liga Nacional de Productores 638, 640
 Linares (México), Obispo de
 Véase Montes de Oca I., obispo de Linares (México)
 Linares Rivas, M. 75
Literatura de orden 152
Lo cortés y lo valiente 20
Lo de Gándia 4
 López Fernández, F. 669
 López y López, A., Marqués de Comillas 663
 López Silva, J. 248, 367, 448
 Lorenzana, J. 156, 600
 Lorenzo de Ayot, M. 262, 266, 297, 363, 555, 556
 Luis I. Rey de Portugal 75
Luis Vidari 519
Los Lunes de El Imparcial 411, 462, 590
 Lustonó, E. 99
Luz de Granada 657
 M. 254
Madame Sans-Gêne 546
Madrid Cómico 262, 533, 536, 538, 629, 675
Madrid en Broma 283
Los Madrides 448
Madroñópolis 334
 Maeztu, R. 609
Magyar Szalon 354
 Maltrana 97
 Mane, T. 617, 625, 636
 Manzano, N. 82
 María Cristina, Reina consorte de Alfonso XII, Rey de España 77, 402
 Marini, V. 105, 112
 Mario, E. 604
 Mariscal, N. 555
 Marquina, E. 630
 Martínez Campos, A. 240, 377
 Martínez Rücker, C. 641
 Martínez Ruiz, J. 447, 482, 553, 651
 Martínez Sierra, G. 614, 655, 690
 Massenet, J. 85
Melquíades Alvarez 439
 Mellado, A. 600
 Mena y Zorrilla, A. 130
 Mencheta, Agencia 281
Mendizábal 589
 Mendoza F.
 Véase Díaz de Mendoza F.
 Menéndez Pelayo, M. 16, 58, 150, 259, 461, 468, 651
 Menéndez Pidal, J. 292, 366, 436.
 Menéndez Pidal, R. 465, 470
 Mestres, A. 320
Método Cortina 276
 Mi D. Leonardo en el meeting republicano de Gijón 512
 Mierzwinski, W. 75
Migajas 248
 Milliet, P. 85
 Mir, M. 346, 396, 403
 Miravalles, A. 241
Modas 369
Modas II 370
 Moguel, H. de 405
Monólogo en forma de diálogo (aunque parezca mentira) 206
 Montalvo, J. 526
 Montes de Oca, I., Obispo de Linares (México) 49
 Mora, E. 96
 Moratin
 Véase Fernández de Moratin, L.
 Morato, J. J. 642
 Moreno y Maisonnave, J. I., Cardenal Arzobispo de Toledo 96, 99
 Moret, S. 75, 111, 436, 453, 465, 695
 Morgades, J. 3
 Morriña 236, 238
Morsamor 598
 Mortalé, D. 501
Morris causa 533
 Múgica, P. de 454
 Muñños, C. 314, 315, 317, 318, 327
Las mujeres y las Academias, cuestión social inocente 301
El Mundo Naval Ilustrado 540
 Muro, A. 276
La musa ciega 608
La Nación 336
Naderías 549
Nana 51
 Nakens, J. 304
 Nansen, F. 473
 Navarrete, J. 149
 Navarro Gonzalvo, C. 63, 64
 Navarro Gonzalvo, E. 63, 64
 Navarro y Ledesma, F. 462, 464, 466, 468, 480, 483, 484, 495
 Navarro Reverter, J. 412, 416
La Nebina 408
 Nerón 678
Neurosis 607
 Nietzsche F. 594, 631, 669
El niño de la Bola, por Alarcón 42, 592
 Necedal, C. 573
 Necedal, R. 88, 326, 573
 Nogales, J. 629, 630, 690
 "Noherleson"
 Véase Hermoso EL.
 Nombela, J. 335
Nomadas 474
 Nordau, M. 408
 Nougues, P. 180
Nouvelle Revue Internationale 658
 Novelli, E. 398
 Novo, P. 184, 437
Novalgora 634
Nubes de Eslo 285
Nuevo Teatro Critico 286, 307, 337
Lo Nunca 65
Los Nulos 67
 Núñez de Arce, G. 9, 36, 363, 366, 406, 443, 446, 478, 479
 Obispo de Linares (México)
 Véase Montes de Oca, I., Obispo de Linares
 Obispo de Salamanca
 Véase Camara, T., Obispo de Salamanca
 O'Donnell, C. M., Duque de Tetuán 486
 O'Reyles, [C.] 539
Obras de Revilla 159
 Ochoa, J. 557, 597, 651
Odas 630
Ojito derecho 503
 Oller, N. 183, 602
 Orbe, T. 649, 652
 Orera
 Véase Alonso y Orera, E.
 Ortega y Munilla, J. 51, 56, 620
Las osadas 699
Otra reconquista 373
 Oyuela, C. 336
El Pado Aragonés 160
El País 102, 524, 526

- Unas palabras de Benibam 378
- Palacio, E. de 243, 297, 628
- Palacio, F. J., Conde de las Almenas 580
- Palacio, M. del 91, 234, 280, 282, 309, 311, 315, 320, 366, 411, 540, 641
- Palacio Valdés, A. 58, 171, 183, 226, 270, 283, 488, 571
- Palacios, M. 75
- Palique... importante 52
- Palique autobiográfico 95
- Palique del palique 227
- Palique jurídico-gramatical 230
- Palique político 180, 182, 228
- Palique teatral 140, 141
- Pando, General
- Véase Pando y Sánchez, L. M. de
- Pando y Sánchez, L. M. de 516
- "Panzaque" 386
- Papa
- Véase León XIII, Papa
- Para alusiones 379, 398
- Paraíso, [B.] 640
- Pardo Bazán, E. 150, 201, 215, 226, 236, 238, 239, 246, 259, 260, 267, 268, 272, 282, 286, 288, 290, 291, 295, 307, 312, 318, 319, 328, 330, 337, 341, 342, 345, 358, 396, 402, 405, 435, 436, 450, 465, 489, 502, 540, 548, 629, 630, 633, 636, 637, 667
- Pardo de Figueroa, A. 417
- Paris 550
- Paris, L. 332
- Paz, A. de 404
- Los pecados de los padres los pagan los hijos 501
- Pedrero, M. del B. S. 557
- Pensamientos de Grandallana 119
- Peña, T. 493, 494
- Peña y Goñi, A. 21, 221, 223
- Pepita Jiménez 237
- Pequeñeces 291
- Pareda, J. M. de 16, 126, 183, 221, 285, 392, 446, 557
- Peregrín García Cadena
- Véase García Cadena, P.
- Pérez, D. 626
- Pérez Escrich, E. 478, 481
- Pérez Ferrari, E. 235, 294, 311, 404, 463, 571, 591, 619
- Pérez Galdós, B. 124, 125, 151, 165, 232, 282, 283, 352, 355, 385, 395, 461, 468, 534, 564, 589, 616
- Perro Paco 118
- Pey de Ordeix, S. 447, 461
- Pezueta, J. de la, Conde de Cheste 13, 420
- Picón, J. O. 183
- Pidal, A. 1, 88, 89, 154, 407, 408, 467, 543, 596, 656, 689
- La piedra angular 319
- Pina Domínguez, M. 110
- Piñeiro, S. 426, 428
- Plauto 35
- Plauto en la escena 35
- Poda campoamorina 185
- Un poema de Ansorena y una carta de Campoamor I 242
- Un poema de Ansorena y una carta de Campoamor II 244
- Un poema de Ansorena y una carta de Campoamor III 245
- Polavieja
- Véase García de Polavieja, C.
- El Policébrina 284
- Polo y Peyrolón, M. 606
- ¿Por qué no escribe Alarcón? (Palique tal vez indiscreto) 166
- Prado, L. 675
- Preocupación literaria 677
- La Presse 586
- Pretendiente carlista
- Véase Borbón y de Austria-Este, Carlos de, Duque de Madrid
- Prieto, E. 334
- Primo de Rivera, F. 581
- Procopio 397
- Proemio del *Revistero* 42
- El Progreso 103, 565
- La Prosa Castellana 584
- Proyecto 491
- La Prueba 267, 268, 272
- La Puchera 221
- Puga, L. 455, 510, 521
- Pulido, A. 343, 391, 498, 555
- ¿Qué es bajo clero? 4
- Queipo de Llano, J. M. Conde de Toreno 21, 39
- ¿Quo radio? 669
- Rafael Calvo 36
- Ramón y Cajal, S. 353
- Ramos Carrión, M. 241, 395, 563
- Real Academia de Bellas Artes de San Fernando 147, 154
- Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales 251
- Real Academia de la Historia 353
- Real Academia Española 38, 58, 88, 89, 154, 172, 195, 196, 273, 299, 308, 324, 346, 390, 392, 393, 461, 488, 490, 571, 587, 591, 620, 626, 697
- La Reforma 247, 250
- La Reina
- Véase María Cristina, Reina consorte de Alfonso XII, Rey de España
- Reina, J. 103
- Relieves 655
- Renacimiento 77, 655,
- El Resumen 293, 298
- Resumen: Fernánflor y el naturalismo 119
- Resurrección 634, 635
- Retana, W. E. 420
- Retiro, Jardines del 81, 122
- Retrasado por las nieves 694
- Reverter
- Véase Navarro Reverter, J.
- Revilla, M. de la 4, 9, 159
- Revilla, M. G. 589
- Revista 221
- Revista crítica de Historia y Literatura 589
- Revista Moderna 480
- Rey
- Véase Alfonso XIII, Rey de España
- Rey de Portugal
- Véase Luis I, Rey de Portugal
- Reyes, A. 504
- Reyles, C.
- Véase O'Reyles
- Ricardo Vega, en sus escasas relaciones con la gramática, la retórica y la poética 46
- Rimas (ó rinitones saltados) 243
- Ripos Académicos 256, 257, 258
- Ripos Aristocráticos 168
- Ripos Vulgares 298
- Rivas, A. de Saavedra, Duque de 501
- Rivas, E. 13
- Rodríguez, B. 597
- Rodríguez Carracido, J. 219, 248
- Rodríguez de Cepeda, R. 612
- Rodríguez Rubí, T. 264
- Rodríguez Marín, F. 584
- Rodríguez Zapata, E. 235
- "Roger de Flor"
- Véase Brouta, J.
- (Un romance becho a la antigüa - al menos, muy anticuada - / para contestar a un crítico / que ahora vuelve a la jarana, / que él comenzó en illo tempore, / sobre cuestión de gramática) 409
- Romanones, Conde de
- Véase Figueroa, A. de, Conde de Romanones
- Romeca, J. 576
- Romero Glorón, V. 158
- Romero Robledo, F. 76, 110, 113, 541, 573, 680
- Rostand, E. 638
- Rueda, S. 262, 270, 351, 615
- Ruiz Gómez, S. 119, 123, 196
- Ruiz Gómez en el arte 119
- Rusñol, S. 584
- El sabor de la hierba 126
- Sagasta, P. M. 75, 341, 541
- Saint-Aubin, A. 457
- Salamanca, Obispo de
- Véase Cámara, T., Obispo de Salamanca
- Salmerón, N. 566
- Salvador, A. 540

"San Rafael"

Véase Sánchez, R. E.

San Francisco

Véase Francisco de Asís, Santo

Sancha, F. 610

Sánchez, R. E. 393

Sánchez Calvo, F. 365

Sánchez Castañer, E. 677

Sánchez Moguel, A. 417

Sánchez Pérez, A. 224, 333, 349

Sánchez Toca, J. 186

Sand, G. 162

Santa Teresa

Véase Teresa de Jesús, Santa

Santero, F. J. 48, 89

Sardou, V. 546

Sbarbi, J. M. 196

¿Se puede? 375

Segundo, F. 498

Sellés, E. 146, 544

Senado

Véase Cortes Generales. Senado

Sensaciones 637

El señor de la Revilla 4

El señor feudal 440

El señor Joaquín 576

El señorito Octavio 58

Sepúlveda, E. 426, 449, 453, 503

Sienkiewicz, H. 669

El Siglo Futuro 4, 10, 17, 18, 19, 30, 62,

643

El Siglo Futuro y el Telégrafo 4

Siles, J. 194

Silvela, F. 210, 492, 508, 575, 595, 660

Silvela, M. 75, 210, 335, 346, 492, 508,

575, 595, 660

Sinués, P. 153

Sobre motivos de los "Ripios académicos" de

Valbuena 256

Sobre motivos de los "Ripios académicos":

(Conclusión... que continuará) 257

Sobre motivos de los "Ripios académicos":

(Conclusión verdad) 258

Sobre motivos de una errata 220

El Socialista 527

Sociedad de Escritores y Artistas 112

El soldado San Marcial 179

Solsona, C. 48

Sor Lucía 51

"Sotera" 593

Sr. D. Ramón de Valle Inclán 520

Studien zur Kritik der moderne 360

Suarez Bravo, C. 178

Taboada, L. 211, 212, 214, 217, 283,

311, 313, 380, 386, 489, 536, 610

Tamayo y Baus, M. 178

Tardes grises 637

Taviel de Andrade, E. 7

Teatro de Apolo (Madrid) 43

Teatro de la Alhambra (Madrid) 76

Teatro de la Comedia (Madrid) 105

Teatro Español (Madrid) 37, 73, 140,

161, 177, 209, 278, 332, 333, 576,

623, 652

Teatro Real de Madrid 33, 75, 105

Tejada, J. 19

Téllez, J. 69

Teoría y práctica forenses (Comedia judicial)

381

Teresa 357

Teresa de Jesús, Santa 51

"Tersites" 653

El tesoro de Gastón 489

Tetán, Duque de

Véase O'Donnell, C.M. Duque de

Tetuán

El Tiempo 48

Tipos Cómicos 489

Toledo, Arzobispo de

Véase Moreno y Maisónave, J. I.,

Cardenal Arzobispo de Toledo

Toledo, Cándido Penitenciario de

Véase Fernández Valbuena, R.,

Canónigo Penitenciario de Toledo

Tolstói L. 634, 655

Toreno, Conde de

Véase Queipo de Llano, J. M., Conde

de Toreno

Torre, S. de la 480

Tórrega, B. 617

Trobal 615

Trilogía, 253

Trozos selectos 677

Tubau, M. 546

Tuero, T. 206

El último palique 338

Últimos escritos 316

La Unión 85, 163

Universidad de Oviedo 287

Universidad de Salamanca. Facultad de

Derecho 493

Urales, F. 618, 625, 658

Urrecha, F. 332, 428, 462

Vadillo, Marqués de

Véase Castel, C., Marqués de Vadillo

Valbuena, A. de 16, 256, 257, 258, 298,

454, 607, 638

Valdés, F., Barón de Covadonga 287

Valdivia, A. 128

Valdivia, N. 59

Valencia, C. 324

Valera, J. 150, 183, 192, 229, 237, 238,

252, 301, 329, 413, 415, 470, 474,

539, 547, 582, 598, 631, 632, 649, 668

Valera y el teatro libre 415

Valle-Inclán, R. del 517, 520

Vapereau, G. 384

Varela, H. 147

Vázquez de Mella, J. 425, 559

Vega, E. de la 569

Vega, R. de la 44, 45, 46, 47, 48, 571

Vega peluquero o sainero filólogo 45

Velarde, J. 41, 56, 57, 77, 87, 88, 101,

127, 131, 292, 311, 317

La venganza, poema del sistema decimal por

¿no fallaba más? si señores, por Velarde

56

La venganza, poema del sistema decimal por

Velarde (conclusión) 57

Verdes Montenegro, J. 662

Verlaine, P. 387

El verrito: poema de D. Gaspar Núñez de Arce

36

Viaje 589

Viajes por España y Portugal 589

Vico, A. 298, 300

Vida íntima 585

Vidart, L. 302, 519

Una visita crítica 93

Voluntad 385

Wagner, R. 627

Weyler, V. 532, 541, 609

"Zela"

Véase Fernández Villegas, F.

Zola, E. 51, 111, 545, 550, 553, 616

Zorrilla, J. 22, 170, 222, 342, 345, 384,

401, 670

Zorrilla y Moral 384

Zozaya, A. 608

Zumalacárregui 564

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Pág. 5 Hoja 1ª del manuscrito del "Palique"

publicado en *Madrid Cómico*, 12 feb. 1898.

Pág. 140 *Madrid Cómico*, 4 marzo 1883.

Pág. 201 *La Caricatura*, 2 marzo 1885.

Pág. 253 *El Curioso Parlante*, 7 jun. 1888.

Pág. 259 *España Humorística*, 9 feb. 1889.

Pág. 268 *El Tren Expreso*, 9 jun. 1889.

Pág. 274 *Los Madriles*, 20 jul. 1889.

Pág. 279 *Revista Cómica*, 22 ag. 1889.

Pág. 383 *Blanco y Negro*, 4 marzo 1893.

Pág. 467 *Madrid Cómico*, 19 sept. 1896.

Pág. 636 *La Vida Literaria*, 6 jul. 1899.

Pág. 652 *Madrid Cómico*, 28 oct. 1899.

APUNTE BIBLIOGRÁFICO

(Clarín, periodista y crítico. Los Paliques)

- L. Alas (1881). *Solos de Clarín*. Madrid: A. de Carlos Hierro.
- L. Alas (1881/ed. s.a.). *Solos de Clarín*. 2ª ed. Con un prólogo de J. Echegaray. Madrid: [Aurelio J. Alaña], (s.a.).
- L. Alas (1881/ed. 1891). *Solos de Clarín*. 4ª ed. Prólogo del autor. Madrid: Fernando Fe.
- L. Alas (1882a). *Ensayos y Revistas: 1888-1892*. Madrid: Manuel Fernández y Lasanta.
- L. Alas (1882b). *La literatura en 1881* / por A. Palacio Valdés y Leopoldo Alas "Clarín". Madrid: A. de Carlos Hierro, 1882.
- L. Alas (1885). *Sermón perdido: crítica y sátira*. Madrid: Librería de Fernando Fe.
- L. Alas (1887a). *Apolo en Pafos: (interview)*. Madrid: Librería de Fernando Fé (Imp. de E. Rubiños). (Folletos Literarios; 3).
- L. Alas (1887b). *Benito Pérez Galdós: estudio crítico-bibliográfico*. Madrid: Librería de Fernando Fé. (Imp. de E. Rubiños).
- L. Alas (1887c). *Cánovas y su tiempo. (Primera parte)*. Madrid: Librería de Fernando Fé. (Folletos Literarios; 2).
- L. Alas (1887d). *Nueva campaña. 1885-1886*. Madrid: Librería de Fernando Fé (Imp. E. Rubiños).
- L. Alas (1888). *Mis plagios. Un discurso de Nuñez de Arce*. Madrid: Librería de Fernando Fé. (Folletos literarios; 4).
- L. Alas (1889a). *A 0.50 poeta: epístola en versos malos con notas en prosa clara*. Madrid: Librería de Fernando Fé. (Folletos Literarios; 5).
- L. Alas (1889b). *Mezclilla*. Madrid: [s.n.] (E. Rubiños).
- L. Alas (1890a). *Museum: (mi revista)*. Madrid: Librería de Fernando Fé. (Folletos literarios; 7).
- L. Alas (1890b). *Rafael Calvo y el teatro español*. Madrid: Librería de Fernando Fé. (Imp. de E. Rubiños). (Folletos literarios; 6).
- L. Alas (1893). *Palique*. Madrid: Victoriano Suárez.
- L. Alas (1896). *Crítica popular*. Valencia: [s.n.] (Imp. de F. Vives Mora).
- L. Alas (1901). *Siglo pasado*. Madrid: Antonio R. López.
- L. Alas (1917). *Páginas escogidas*. Selección, prólogo y comentarios de Azorín. Madrid: Calleja.
- L. Alas (1947). *Obras Selectas*. Edición de J. A. Cabezas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- L. Alas (1972). *Preludios de Clarín*. Estudio preliminar, selección y notas por J.-F. Botrel. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- L. Alas (1973a). *Obra olvidada. Artículos de crítica*. [Selección e introducción de A. Ramos-Gascón]. Madrid: Júcar.
- L. Alas (1973b). *Palique*. Edición, introducción y notas de J. M. Martínez Cachero. Barcelona: Labor. (Textos hispánicos modernos; 26).
- L. Alas (1985). *Juan Ruiz: (Periódico humorístico)*. Transcripción, introducción y notas de S. Martín Gamero. Madrid: Espasa-Calpe.
- L. Alas (1987). *Mezclilla*. Prólogo de A. Vilanova. Barcelona: Lumen.
- L. Alas (1988). *Apolo en Pafos*. Introducción de R. F. Sánchez-Alarcos. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- L. Alas (1989). *Apolo en Pafos*. Edición, introducción, notas y glosario de A. Sotelo Vázquez. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias. (Literatura y pensamiento).
- L. Alas (1990). *Nueva campaña*. Prólogo de A. Vilanova. Barcelona: Lumen.
- L. Alas (1991a). *Ensayos y revistas*. Prólogo de A. Vilanova. Barcelona: Lumen.
- L. Alas (1991b). *Galdós, novelista*. Edición e introducción de A. Sotelo Vázquez. Barcelona: PPU. (Literatura y pensamiento. Universitat; 15).
- L. Alas (1992). *Obras Selectas*. Prólogo, notas y bibliografía por A. Ruiz de la Peña. Oviedo: Hércules Astur. (Grandes autores asturianos).
- L. Alas (1994). "Los artículos de Leopoldo Alas Clarín publicados en *Las Novedades*, Nueva York, 1894-1897". Introducción de A. Sotelo Vázquez. En: *Cuadernos Hispanoamericanos: Los Complementarios*, n. 13-14, jun.
- L. Alas (1998). *Folletos literarios*. Edición y prólogo de S. Sanz Villanueva. Madrid: Fundación José Antonio de Castro. (Obras completas, 4). (Biblioteca Castro).
- L. Alas (1999). *Siglo pasado*. Ed. y prólogo de J. L. García Martín. Gijón: Libros del Peixe.
- L. Alas (2000). *Siglo pasado: seguido de lecturas; De fuera: Otros artículos*. Edición y prólogo de J. L. García Martín, epílogo de J. C. Mainier. Gijón: Libros del Peixe.
- L. Alas (2001a). *Ensayos sobre Galdós*. Madrid: Fundamentos. (Espiral hispanoamericana; 45).
- L. Alas (2001b). *Ensayos y críticas (1881-1901)*. Edición, prólogo y notas a cargo de C. Barbáchano. Madrid: Páginas de Espuma.
- L. Alas (2002a). *Artículos (1875-1878)*. Edición de J.-F. Botrel e Y. Lissorgues. Oviedo: Ediciones Nobel. (Obras completas; 5).
- L. Alas (2002b). *Dos solos de Clarín*. Edición, introducción, notas y orientaciones para el estudio de la obra. J. A. Ponte Far. Madrid: Anaya. (Nueva biblioteca didáctica; 18).
- L. Alas (2003). *Crítica*. Edición de I. Bonet, con la colaboración de J. Estruch y F. Navarro. Oviedo: Nobel. (Obras completas; 4).
- C. Alonso (2001). "Clarín en la prensa de Valencia (1889-1901)". En: *Monte-Arabí*, n. 33, pp. 7-31.
- C. Alonso (2002). "Clarín y la configuración del espacio literario en la prensa de la Restauración". En: *Leopoldo Alas: Un clásico contemporáneo (1901-2001): Actas del congreso celebrado en Oviedo (12-16 de noviembre de 2001)*. Editadas por A. Iravedra Valca, E. de Lorenzo Alva.

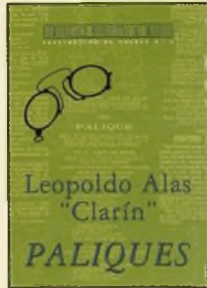
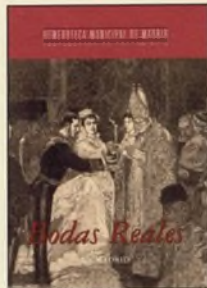
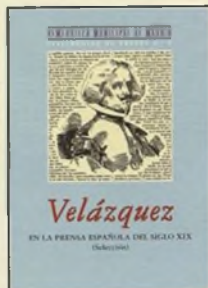
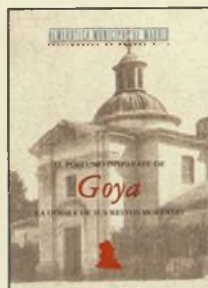
- rez y A. Ruiz de la Peña Oviedo: Universidad de Oviedo.
- N. Alonso Cortés (2002). "Clarín y el Madrid Cómico". En: *Archivum*, II, "Leopoldo Alas Clarín. (1852-1901)", pp. 43-62. (1ª reimp. facs. n. 1, 3ª ed., 1984-85).
- C. Barbáchano (1984). "Clarín y los jóvenes del 98. (Esbozo de un enfrentamiento generacional a través de la figura de Leopoldo Alas)". En: *Clarín y la Regenta en su tiempo. Actas del Simposio Internacional celebrado en Oviedo en 1984*. Oviedo: Universidad de Oviedo [et al.], pp. 1005-1022.
- A. Barrio (1975). *Las colaboraciones de Clarín a La Ilustración Ibérica. Mémoire de Maîtrise sous la direction d'Y. Lissorgues*. Université de Toulouse-Le Mirail.
- S. Beser, I. Bonet (1966). "Índice de colaboraciones de Leopoldo Alas en la prensa barcelonesa". En: *Archivum*, XVI, pp. 157-211.
- S. Beser (1968). *Leopoldo Alas. crítica literaria*. Madrid: Gredos. (Biblioteca Románica Hispánica. II. Estudios y Ensayos; 117).
- S. Beser (1972). *Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española*. Barcelona: Laia.
- I. Bonet (1975). "Clarín y la función de la crítica". En: *Insula*, n. 342, mayo, pp. 12-13.
- I. Bonet (1987). "La presencia de Clarín en La Ilustración Gallega y Asturiana: unos textos olvidados". En: *Los Cuadernos del Norte*, n. 4, pp. 93-107.
- I. Bonet (1989). "Clarín y las heridas de la cultura". En: "Homenaje a Juan Chabás". En: *Deniam*, pp. 313-319.
- I. Bonet (1999). "Solos de Clarín, un libro germánico". En: *Ideas en sus paisajes. Homenaje al Profesor Russet P. Sobol*. Alicante: Universidad.
- I. Bonet (2001a). "El barco y las ramas". En: *La voz de Asturias*, n. especial "Clarín en tres siglos (1852-1901-2001)", 13 jun., p. 87.
- I. Bonet (2001b). "La Literatura en 1881: Clarín entre Hegel y Zola". En: *Insula*, n. 659, nov. pp. 9-11.
- I. Bonet (2002a). "Clarín ante el canon: hacia una teoría del "oportunismo" literario". En: *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*. (Barcelona 20-22 de octubre de 1999). Ed. de L. F. Díaz Larios [et al.]. Barcelona: PPU.
- I. Bonet (2002b). "Clarín y la crítica: imágenes recurrentes". En: *Congreso Internacional de Leopoldo Alas Clarín en su centenario (1901-2001): espejo de una época*. P. Pinacho y I. Cuenca, editores. Madrid: Universidad San Pablo-CEU.
- J.-F. Botrel (1979). "Producción literaria y rentabilidad: el caso de Clarín". En: *Hommage des Hispanistes Français à Noël Salomon*. Barcelona: Laia.
- J.-F. Botrel (1981). "Clarín, el dinero y la literatura". En: *Los Cuadernos del Norte*, II, n. 7, mayo-jun., pp. 78-82.
- J.-F. Botrel (1985). "De periodista a periodista. Diez cartas de Clarín a Luis París". En: *Letras de Deusto*, n. 32, mayo-jun., pp. 171-184.
- J.-F. Botrel (1987). "Clarín y el Madrid Cómico: Historia de una colaboración (1883-1901)". En: *Clarín y "La Regenta" en su tiempo. Actas del Simposio Internacional*. Oviedo: Universidad, Servicio de Publicaciones.
- J.-F. Botrel (1997). "71 cartas de Leopoldo Alas Clarín a Simoes Delgado, director de Madrid Cómico (1883-1899), y seis de Manuel del Palacio". En: *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, LI, n. 149, en-jun., pp. 7-53.
- J.-F. Botrel (2001). "Clarín periodista". En: *Clarín: 100 años después. Un clásico contemporáneo*. [Alcalá de Henares: Instituto Cervantes].
- J.-F. Botrel (2002). "Clarín desde dentro: balance y perspectivas". En: *Leopoldo Alas: Un clásico contemporáneo (1901-2001): Actas del congreso celebrado en Oviedo (12-16 de noviembre de 2001)*. Editadas por A. Iravedra Valea, E. de Lorenzo Alvarez y A. Ruiz de la Peña. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- W. E. Bull, V. A. Chamberlin (1963). *Clarín: The critic in action*. Stillwater: Oklahoma State University. (Arts and Sciences Studies Humanities; 8). Separata de: *Oklahoma State University Publication*, v. 60, n. 9).
- J. A. Cabezas (1936). *Clarín, el provinciano universal*. Madrid: Espasa-Calpe.
- R. Cabré (2002). *Leopoldo Alas y José Ysari: amistad y aficiones entre dos críticos muy a la moderna. Notas para la recepción de J. M. Guyau*. En: *Leopoldo Alas Clarín: actas del Simposio Internacional (Barcelona, abril de 2001)*. Edición de A. Vilanova y A. Sotelo Vázquez. [Barcelona]: Universitat de Barcelona.
- O. Carreño (1984). "Clarín, el escritor y el público". En: *Los Cuadernos del Norte*, v. n. 23, en-feb., pp. 48-50.
- F. Caudet, J. M. Martínez Cachero (1993). *Pérez Galdós y Clarín*. Madrid: Júcar. (Historia de la Literatura Española; 36).
- M. P. Celma Valero (1991). *Literatura y periodismo en las revistas de fin de siglo: estudio e índices (1888-1907)*. Madrid: Júcar.
- E. Clochiatti (1949). *Leopoldo Alas Clarín. Su crítica y su estética*. Quebec: Ed. de la Critica.
- A. Coletes Blanco (2002). "La huella inglesa en Clarín". En: *Clarín ruso en su centenario (1901-2001): seis estudios críticos sobre Leopoldo Alas y su obra*. Edición al cuidado de A. Coletes Blanco. Oviedo: Real Instituto de Estudios Literarios.
- V. Colorado (1881). "Don Leopoldo Alas". En: *Revista Ilustrada* (Madrid), I, n. 31, 16 ag.
- I. De Filippo (1964). *Leopoldo Alas "Clarín" crítico literario*. Roma: [Aldo Chiocci].
- F. Durand (1965). "Leopoldo Alas, Clarín: Consistency of Outlook as Critic and Novelist". En: *Romanic Review*, LXI, pp. 37-49.
- R. M. Echeverría (2002). "Las obras completas de Clarín arrancan con un tomo de sus textos periodísticos". En: *ABC*, XCIX, n. 31-571, 7 mayo.
- J. de Entrambasaguas (1952/ed. 1984-1985). "Una semblanza de Menéndez y Pelayo, por Clarín". En: *Archivum*, II, "Leopoldo Alas Clarín. (1852-1901)", p. 23-32. (1ª reimp. facs. n. 1, 3ª ed., 1984-1985).
- R. Esquer Torres (1962). "Las luchas del siglo XIX: El P. Blanco García y Leopoldo Alas "Clarín". En: *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXXIII, jul.-sept., pp. 241-255.
- M. A. Ezama Gil (1988). "La crítica de la poesía en verso y un olvidado relato de Clarín". En: *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n. 130, abr.-jun.
- M. A. Ezama Gil (1989). "Un artículo olvidado de Clarín sobre María Guerrero". En: *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, n. 130, abr.-jun.
- M. Fernández Almagro (1952/ed. 1984-1985). "Crítica y sátira en Clarín". En: *Archivum*, II, "Leopoldo Alas Clarín. (1852-1901)", pp. 33-42. (1ª reimp. facs. n. 1, 3ª ed., 1984-1985).

- M. Fernández Avelló (1963). *Algo sobre Clarín y sus poliques. Discurso leído... en el acto de su solemne recepción académica. Contestación de A. García Oliveros*. Oviedo: [s.n.] (Imp. La Cruz).
- I) Gamallo Fierros (1963). "Páginas abandonadas de Clarín. Sus 400 colaboraciones de El Solfeo". En: *Imperio* (Zamora), 1949, 7 en.
- J. L. García Martín (2001). "Clarín, crítico literario: luces y sombras". En: *Clarín y su tiempo: Exposición conmemorativa del Centenario de la muerte de Leopoldo Alas (1901-2001)*. Oviedo: Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario...
- A. García Morales (1982/ed. 1992). *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*. [Sevilla]: Universidad, Secretariado de Publicaciones. (Filosofía y Letras: 136). (Reprod. de la ed. de 1982).
- F. García Pavón (1952/ed. 1984-1985). "Crítica literaria en la obra narrativa de Clarín". En: *Archivum*, II, "Leopoldo Alas Clarín. (1852-1901)", pp. 63-68. (1ª reimp. facs. n.1, 3ª ed. 1984-85).
- L. García San Miguel (1987). *El pensamiento de Leopoldo Alas "Clarín"*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales. (El derecho y la justicia: 6).
- P. Gener (1894). *El caso Clarín. Monomanía maliciosa de forma impulsiva. (Estudio psiquiátrico)*. Madrid: Librería de Fernando Fé.
- M. Gómez-Santos (1952). *Leopoldo Alas "Clarín": ensayo bio-bibliográfico*. Prólogo de C. Marañón. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- F. González Ollé (1964). "Del naturalismo al modernismo: los orígenes del poema en prosa y un desconocido artículo de Clarín". En: *Revista de Literatura*, en-jun., pp. 49-67.
- E. J. Gramberg (1958/ed. 2001). *Fondo y forma del humorismo de Leopoldo Alas "Clarín"*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos. (Reprod. de la ed. de 1958).
- R. Gullón (1949). "Clarín, crítico literario". En: *Universidad: revista de cultura y vida universitaria de Zaragoza*, XXXI, n. 3, p. 389-431.
- R. Gullón (1952/ed. 1984-1985). "Aspectos de Clarín". En: *Archivum*, II, "Leopoldo Alas Clarín. (1852-1901)", p. 161-188. (1ª reimp. facs. n.1, 3ª ed. 1984-1985).
- U. González Serrano (1892). *Estudios críticos*. Madrid: [s.n.] (Escuela Tipográfica del Hospicio).
- J. L. del Hierro (1987). "Aproximación al pensamiento filosófico-jurídico de Leopoldo Alas Clarín". En: *Revista de Ciencias de la Información*, n. 4, pp. 389-404.
- Leopoldo Alas (1978). *Leopoldo Alas "Clarín"*. Edición de J. M. Martínez Cachero. Madrid: Taunus. (Persiles; 105. Serie El escritor y la crítica).
- Leopoldo Alas (1986). *Leopoldo Alas (Clarín). An annotated bibliography*. Londres: Grant & Cutler.
- Y. Lissorgues (1980). *La producción periodística de Leopoldo Alas Clarín*. Toulouse: Université Toulouse-Le Mirail.
- Y. Lissorgues (1983/ed. 1996). *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas (Clarín) (1855-1901)*. Paris: CNRS. (Edic. española: Oviedo: Grupo Editorial Asturiano).
- Y. Lissorgues (1989). *Clarín político*. Prólogo de G. Sobejano. Barcelona: Lumen.
- Y. Lissorgues (1998). "Leopoldo Alas, Clarín, frente a la crisis de fin de siglo". En: *El camino hacia el 98: (los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*. Cecilio Alonso [et al.], edición de L. Romero Tobar. Madrid: Visor Libros. (Biblioteca filológica hispana, 33).
- Y. Lissorgues (2001a). "Leopoldo Alas Clarín. Pensamiento filosófico y religioso". En: *Clarín: Cien años después. Un clásico contemporáneo*. [Alcalá de Henares]: Instituto Cervantes.
- Y. Lissorgues (2001b). "Publicaciones periódicas en las que colaboró Clarín". En: *Clarín: Cien años después. Un clásico contemporáneo*. [Alcalá de Henares]: Instituto Cervantes.
- L. Linak (1977). "La idea de la decadencia en la crítica antimodernista en España (1888-1910)". En: *Hispanic Review*, XIV, pp. 397-412.
- J. López (1974). "Colaboración de Leopoldo Alas Clarín en el periódico *El Globo*". *Mémoire de Maîtrise sous la direction de Y. Lissorgues*. Université de Toulouse-Le Mirail.
- A. Lucas (2002). "Los textos periodísticos de Clarín descubren su faceta más radical". En: *El Mundo del Siglo XXI*, XIV, n. 4 538, 7 mayo.
- M. Maresca (1985). *Hipótesis sobre Clarín: el pensamiento crítico del reformismo español*. Granada: Diputación Provincial.
- J. M. Martínez Cachero (1952/ed. 1984-1985). "Adiciones a una bibliografía sobre Leopoldo Alas Clarín". En: *Archivum*, II, "Leopoldo Alas Clarín. (1852-1901)", pp. 408-420. (1ª reimp. facs. n.1, 3ª ed. 1984-1985).
- J. M. Martínez Cachero (1953a). "Clarín, crítico de su amigo Palaci Valdés". En: *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, VII, pp. 401-402.
- J. M. Martínez Cachero (1953b). "Crónica y bibliografía del primer centenario de Leopoldo Alas Clarín". En: *Archivum*, III, pp. 79-111.
- J. M. Martínez Cachero (1959). "Bibliografía reciente sobre Clarín". En: *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, XIII, pp. 469-472.
- J. M. Martínez Cachero (1983a). "La actitud antimodernista del crítico Clarín". En: *ALEXIA*, II, pp. 383-398.
- J. M. Martínez Cachero (1983b). "El crítico Clarín a través de sus comentarios al poeta Emilio Ferrat". En: *Homenaje a José Manuel Blecua*. Madrid: Gredos. pp. 433-442.
- J. M. Martínez Cachero (1984). *Las palabras y los días de Leopoldo Alas. Miscelánea de estudios sobre "Clarín"*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- J. M. Martínez Cachero (1985). "Polémicas y ataques del Clarín crítico". En: *Clarín y su obra: en el centenario de La Regenta (Barcelona, 1884-1885): actas del simposio internacional celebrado en Barcelona del 20 al 24 de marzo de 1984 / edición de A. Vilanova*. Barcelona: Universidad de Barcelona. Departamento de Literatura Española.
- J. M. Martínez Cachero (2001a). "Leopoldo Alas Clarín en su tiempo y en el nuestro". En: *Clarín y su tiempo: Exposición conmemorativa del Centenario de la muerte de Leopoldo Alas (1901-2001)*. Oviedo: Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario...
- J. M. Martínez Cachero (2001b). "Unos repases de R. L. Mañera (1891 y 1892) al releído y odioso Clarín". En: *Clarín y su tiempo: Exposición conmemorativa del Centenario de la muerte de Leopoldo Alas (1901-2001)*. Oviedo: Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario...
- J. M. Martínez Cachero (2002a). "Atendido, respetado Clarín (en sus días en

- España). En: *Leopoldo Alas: Un clásico contemporáneo (1901-2001): Actas del congreso celebrado en Oviedo (12-16 de noviembre de 2001)*. Editadas por A. Iravedra Valea, E. de Lorenzo Alvarez y A. Ruiz de la Peña. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- J. M. Martínez Cachero (2002b). "La crítica literaria de Clarín, ¿un Sermón perdido?". En: *Clarín visto en su centenario (1901-2001): seis estudios críticos sobre Leopoldo Alas y su obra*. Edición al cuidado de A. Coletes Blanco. Oviedo: Real Instituto de Estudios Literarios.
- J. M. Martínez Cachero (2002c). "Los 'Folletos Literarios', la revista personal de Leopoldo Alas". En: *Leopoldo Alas "Clarín": actas del Simposio Internacional (Barcelona, abril de 2001)*. Edición de A. Vilanova y A. Sotelo Vázquez. [Barcelona]: Universitat de Barcelona.
- Ch. Medrano (1974-1975). *Estudio de la colaboración de Leopoldo Alas Clarín en el periódico Madrid Cómico (1883-1885)*. Mémoire de Maîtrise sous la direction de Y. Lissorgues. Université de Toulouse-Le Mirail.
- S. Melón Fernández (1981). "La Generación del Carbayón y la Revista de Asturias". En: *Los Cuadernos del Norte*, II, n. 7, mayo-jun., pp. 104-108.
- J. I. Micolau Adell (2001). "Paliques de Clarín en la prensa de Alcañiz". En: *Turia*, n. 57, pp. 164-217.
- M. Mora (2002). "El primer tomo de las obras completas de Clarín descubren al periodista comprometido y rebelde". En: *El País*, XXVII, n. 9.111, 7 mayo, p. 40.
- J. Oleza (2002). "Las afinidades electivas de un liberal: Clarín en la tradición literaria". En: *Leopoldo Alas "Clarín": actas del Simposio Internacional (Barcelona, abril de 2001)*. Edición de A. Vilanova y A. Sotelo Vázquez. [Barcelona]: Universidad de Barcelona.
- E. Pardo Bazán (1889). "Sobre Mezclilla". En: *La España Moderna*, II, pp. 185-190.
- R. Pérez de Ayala (1952/ed. 1984-1985). "Clarín y Don Leopoldo Alas". En: *Archivum*, II, "Leopoldo Alas Clarín. (1852-1901)", p. 5-22. (1ª reimp. facs., n. 1, 3ª ed., 1984-1985).
- R. Pérez de Ayala (1961). *Amistades y recuerdos*. Barcelona: [Clarasó]: Aedos.
- A. Posada (1946). *Leopoldo Alas "Clarín"*. [Oviedo]: [s.n.] (Imp. La Cruz).
- C. Richmond (1981). "Clarín y el teatro: El cuento de un crítico". En: *Los Cuadernos del Norte*, II, n. 7, mayo-jun., pp. 56-67.
- C. Richmond (1987). "Juan Ruiz, o el vehículo de aprendizaje literario de Leopoldo Alas". En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 448, oct., pp. 112-118.
- L. Romero Tobar (2001). "Clarín en alas de sus seudónimos". En: *Insula*, n. 659, nov., pp. 26-27.
- L. Romero Tobar (2002). "Clarín, El ojo y el oído del crítico teatral". En: *Leopoldo Alas "Clarín": actas del Simposio Internacional (Barcelona, abril de 2001)*. Edición de A. Vilanova y A. Sotelo Vázquez. [Barcelona]: Universitat de Barcelona.
- L. M. Romeu Gualart (2002). "Reflexiones de Leopoldo Alas Clarín sobre la novela histórica". En: *Leopoldo Alas: Un clásico contemporáneo (1901-2001): Actas del congreso celebrado en Oviedo (12-16 de noviembre de 2001)*. Editadas por A. Iravedra Valea, E. de Lorenzo Alvarez y A. Ruiz de la Peña. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- L. Saavedra Mazariagos (1987). "Clarín: una interpretación". Madrid: Taurus. (Persiles; 174).
- S. Saillard (1973). *Leopoldo Alas, Clarín, collaborateur du journal "El Día". Du journalisme au roman. Thèse pour le Doctorat d'État*. Université de Toulouse-Le Mirail.
- P. Sainz Rodríguez (1921). *La obra de Clarín. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1921 a 1922*. Madrid: Universidad Literaria de Oviedo.
- R. G. Sánchez (1963). "Clarín y el romanticismo teatral: examen de una afición". En: *Hispanic Review*, XXXI, pp. 216-228.
- G. Sobejano (1965/ed. 1967). "Clarín y la crisis de la crítica satírica". En: *Revista Hispánica Moderna*, XXXI, p. 399-417. Reprod. en: *Forma literaria y sensibilidad social*. Madrid: Gredos.
- G. Sobejano (1985). *Clarín en su obra ejemplar*. Madrid: Castalia.
- J. A. Solís (1975). *Vida y obra de "Clarín"*. [Gijón]: J. A. Solís.
- M. Sotelo (2002). "Clarín y Emilia Pardo Bazán". En: *Leopoldo Alas "Clarín": actas del Simposio Internacional (Barcelona, abril de 2001)*. Edición de A. Vilanova y A. Sotelo Vázquez. [Barcelona]: Universitat de Barcelona.
- A. Sotelo Vázquez (1988). *Leopoldo Alas y el fin de siglo*. Barcelona: PPU.
- Sotelo Vázquez (1991). "Clarín en tomo a Realidad". En: *Revista Hispánica Moderna*, XLIV, n. 1, pp. 35-47.
- Sotelo Vázquez (2001a). "Leopoldo Alas, crítico literario". En: *Clarín: 100 años después: Un clásico contemporáneo*. Madrid: Instituto Cervantes.
- A. Sotelo Vázquez (2001b). *Perfiles de "Clarín"*. Barcelona: Ariel. (Ariel literatura y crítica).
- A. Sotelo Vázquez (2002). "Leopoldo Alas y Paul Bourget: crítica y novela". En: *Leopoldo Alas: Un clásico contemporáneo (1901-2001): Actas del congreso celebrado en Oviedo (12-16 de noviembre de 2001)*. Editadas por A. Iravedra Valea, E. de Lorenzo Alvarez y A. Ruiz de la Peña. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- L. Taboada (1900). *Intimidades y recuerdos (Páginas de la vida de un escritor)*. Madrid: [Fontane].
- D. Torres (1987). *Studies on Clarín: an annotated bibliography*. Metuchen: London: The Scarecrow Press. (Scarecrow Author Bibliographies; 79).
- E. de Urmeneta (1969). "Sobre estética clariniana". En: *Revista de Estudios Hispánicos*, XXVII, pp. 255-261.
- R. L. Utt (1988). *Textos y contextos de Clarín: Los artículos de Leopoldo Alas en "El Porvenir"*. Madrid: Istmo.
- N. M. Valis (1986). *Leopoldo Alas (Clarín): An annotated bibliography*. London: Grant & Cutler. (Research Bibliographies & Checklists; 46).
- B. Varela Jácome (1980). *Leopoldo Alas Clarín*. Madrid: Edad. (Escritores de todos los tiempos; 6).
- G. Velázquez Cueto (1981). *Galdós y Clarín*. Madrid: Cincel. (Cuadernos de Estudio).

FUE CONCLUIDA LA EDICIÓN DE ESTA OBRA
EL 13 DE JUNIO DE 2003,
CII ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO EN OVIEDO DE
LEOPOLDO ENRIQUE GARCÍA-ALAS UREÑA, "CLARÍN",
Y EN CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DE ESE ACONTECIMIENTO FUE COMPUESTA

FUNGAR VICE COTIS



ISBN 84-7812-566-3



9 788478 125661

Ayuntamiento de Madrid